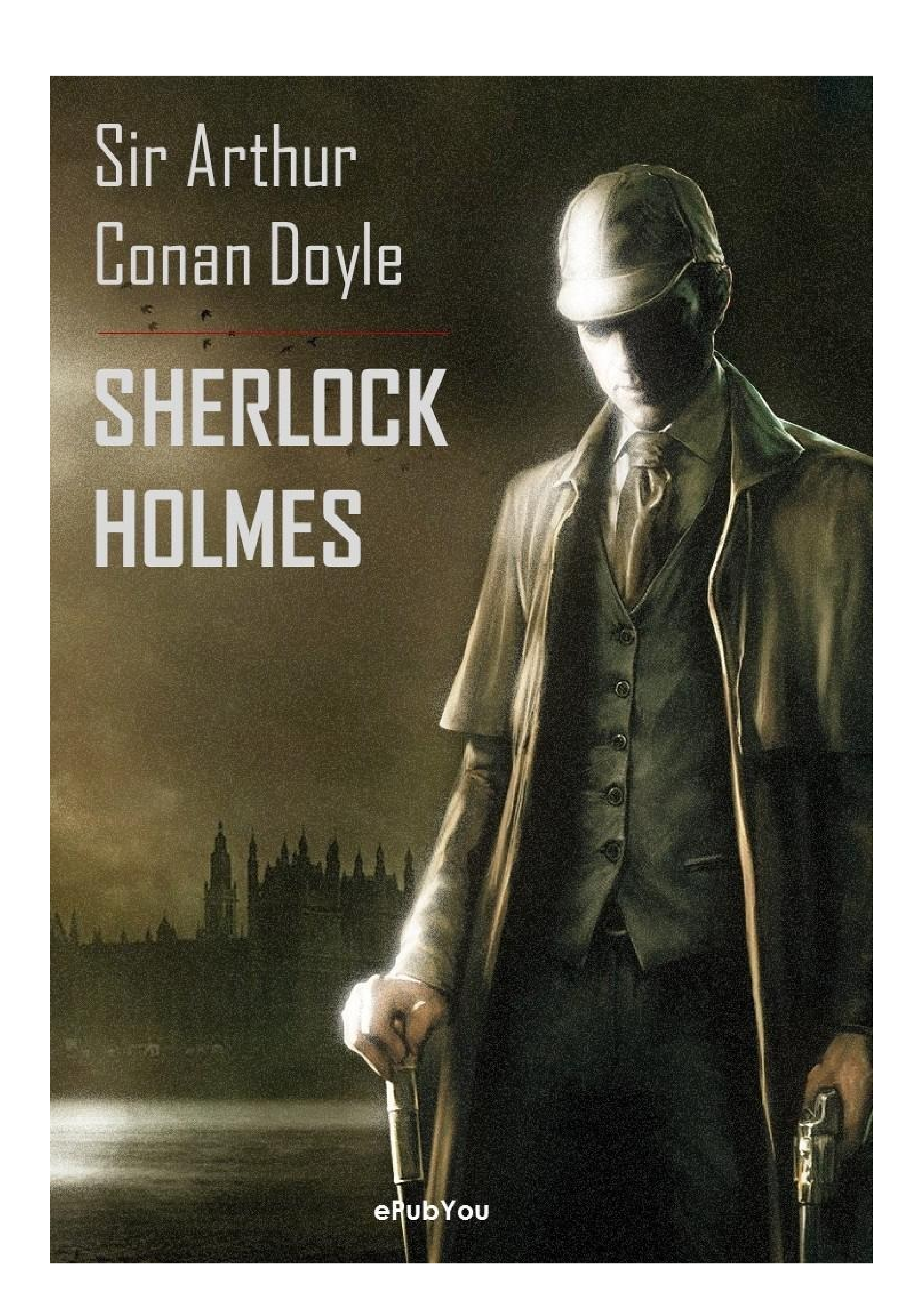
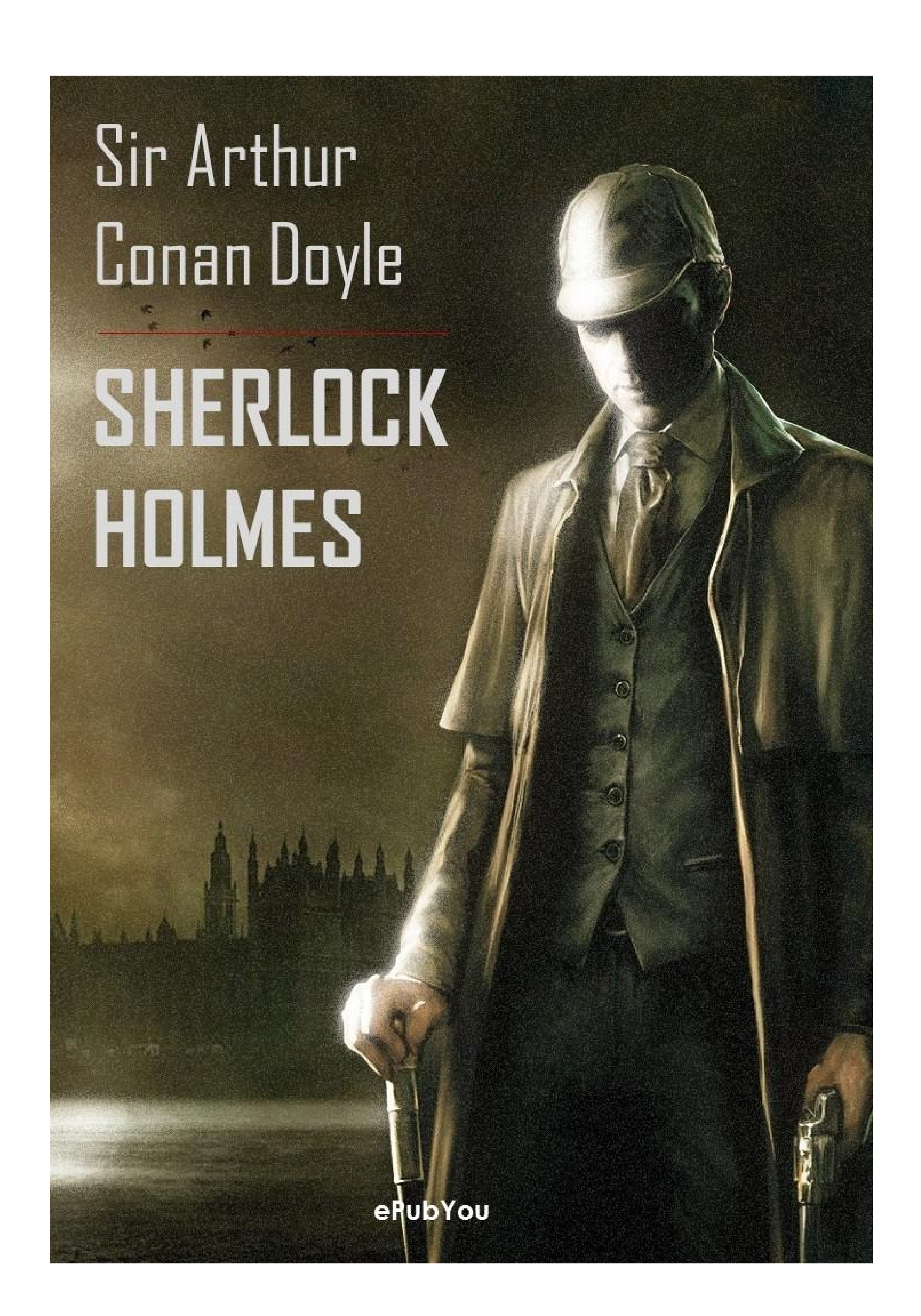

Sir Arthur
Conan Doyle
SHERLOCK
HOLMES
ePubYou


Sir Arthur
Conan Doyle
SHERLOCK
HOLMES
ePubYou

Sir Arthur Conan Doyle

Sherlock Holmes

Sir Arthur Conan Doyle

SHERLOCK HOLMES

ePubYou

ISBN 978-88-99637-74-3

Edición Digital

Julio 2016

ISBN: 978-88-99637-74-3

Este libro se ha creado con StreetLib Write (http://write.streetlib.com)

de Simplicissimus Book Farm

Indice

SHERLOCK HOLMES

Prólogo a esta edición

Estudio en escarlata es una novela de misterio escrita por publicada en julio de 1887 por Ward, Lock & Co. Hubo que esperar un año para que fuera publicada esta primera novela de la serie de Sherlock Holmes, y su autor cobraría 25 libras esterlinas por todos los derechos del texto. Se la reconoce por ser la primera de las novelas en las que figura el personaje del detective, que más tarde se convertiría en uno de los mayores iconos de la novela policíaca. Esta edición fue ilustrada por Charles Altamont Doyle, el padre de Arthur Conan Doyle. En principio, Arthur Conan Doyle tituló a su obra "Una madeja enmarañada". Tras varios rechazos, vio su obra publicada por Ward, Lock & Co. en Beeton's Christmas Annual en 1888. La primera edición norteamericana fue publicada en 1890 por J. B. Lippincott Co.

El signo de los cuatro es la segunda novela protagonizada por Sherlock Holmes. Su título también se ha traducido como La señal de los cuatro. La petición de una mujer a Sherlock Holmes para acompañarla a visitar a un hombre y la muerte del hermano del mismo, lo lleva descubrir, junto al Dr. Watson, el secreto que hay tras un tesoro encontrado en la India, un juramento entre tres indios, un blanco y una enloquecedora sed de venganza.

El sabueso de los Baskerville, también traducido como El perro de los Baskerville o El mastín de los Baskerville, es la tercera novela que tiene como protagonista principal a Sherlock Holmes. Fue publicada por entregas en el The Strand Magazine entre 1901 y 1902. La novela está principalmente ambientada en Dartmoor, en Devon en el Condado Oeste de Inglaterra. Conan Doyle escribió esta historia poco después de regresar de Sudáfrica, donde había trabajado como voluntario médico en The Langman Field Hospital en Bloemfontein. Fue asistido en el argumento por un periodista de 30 años de edad del Daily Express llamado Bertram Fletcher Robinson (1870-1907). Sus ideas provienen de la leyenda de Richard Cabell, que fue la inspiración de la leyenda de los Baskerville. Su tumba se puede

ver en un pueblo llamado Buckfastleigh.

El valle del terror es la cuarta y última novela. Fue publicada por primera vez en el Strand Magazine entre septiembre de 1914 y mayo de 1915. La primera edición en formato libro fue publicado en Nueva York el 27 de febrero de 1915.

Las aventuras de Sherlock Holmes. Primeria serie de relatos cortos que consta de 12 relatos publicados entre 1891 y 1892.

Escándalo en Bohemia.

Las memorias de Sherlock Holmes. Segunda serie que agrupa otros 12 relatos publicados entre 1892 y 1893. La edición americana no incluye La aventura de la caja de cartón.

Estrella de plata

La aventura de la caja de cartón*

El rostro amarillo

El oficinista del corredor de bolsa

La corbeta "Gloria Scott

El ritual de los Musgrave

Los hacendados de Reigate

La aventura del jorobado

El paciente interno

El intérprete griego

El tratado naval

El problema final

El regreso de Sherlock Holmes. Conan Doyle se vio casi obligado a escribir esta tercera serie de historias ya que sus lectores se quejaban de que el protagonista, Sherlock Holmes, hubiera muerto en las cataratas de Reichembach (Suiza) cuando luchaba con el profesor Moriarty en la historia titulada "El problema final" de la colección Las Memorias de Sherlock Holmes. Consta de 13 relatos publicados entre 1903 y 1904.

La casa deshabitada (La casa vacía)

El constructor de Norwood

Los bailarines

El ciclista solitario

El colegio Priory

La aventura del negro Peter (Peter el negro)

Charles Augustus Milverton

Los seis napoleones (El busto de Napoleón)

Los tres estudiantes

Las gafas de oro (Los quevedos de oro)

El tres cuartos desaparecido

La granja Abbey

La segunda mancha

Su última reverencia. Cabe mencionar que aunque posteriormente se publicó la colección El Archivo de Sherlock Holmes, las historias de esta serie son en el orden cronológico de la vida de Holmes los últimos: aquí se explica, entre otras cosas, su retiro al campo y su dedicación a la filosofía, la horticultura y eventualmente la apicultura. Son 7 relatos publicados en 1917.La edición americana consta de 8 relatos al incluir La aventura de la caja de cartón.

El pabellón Wisteria (La aventura de Wisteria Lodge).

El archivo de Sherlock Holmes. Última serie que consta de 12 relatos publicados en 1927. Los títulos marcados con * también se pueden encontrar en una recopilación bajoel nombre de Sherlock Holmes sigue en pie.**

La piedra de Mazarino ***

El problema del puente de Thor

El hombre que trepaba

El vampiro de Sussex ***

Los tres Garrideb ***

El cliente ilustre ***

Los tres gabletes ***

El soldado de la piel decolorada ***

La melena de león

Estudio en escarlata

Primera parte

(Reimpresión de las memorias de John H. Watson, doctor en medicina y oficial retirado del Cuerpo de Sanidad)

1. Mr. Sherlock Holmes

En el año 1878 obtuve el título de doctor en medicina por la Universidad de Londres, asistiendo después en Netley a los cursos que son de rigor antes de ingresar como médico en el ejército. Concluidos allí mis estudios, fui puntualmente destinado en el 5º de Fusileros de Northumberland en calidad de médico ayudante. El regimiento se hallaba por entonces estacionado en la India, y antes de que pudiera unirme a él, estalló la segunda guerra de Afganistán. Al desembarcar en Bombay me llegó la noticia de que las tropas a las que estaba agregado habían traspuesto la línea montañosa, muy dentro ya de territorio enemigo. Seguí, sin embargo, camino con muchos otros oficiales en parecida situación a la mía, hasta Candahar, donde sano y salvo, y en compañía por fin del regimiento, me incorporé sin más dilación a mi nuevo servicio.

La campaña trajo a muchos honores, pero a mí sólo desgracias y calamidades. Fui separado de mi brigada e incorporado a las tropas de Berkshire, con las que estuve de servicio durante el desastre de Maiwand. En la susodicha batalla una bala de Jezail me hirió el hombro, haciéndose añicos el hueso y sufriendo algún daño la arteria subclavia. Hubiera caído en manos de los despiadados ghazis a no ser por el valor y lealtad de Murray, mi asistente, quien, tras ponerme de través sobre una caballería, logró alcanzar felizmente las líneas británicas.

Agotado por el dolor, y en un estado de gran debilidad a causa de las muchas fatigas sufridas, fui trasladado, junto a un nutrido convoy de maltrechos compañeros de infortunio, al hospital de la base de Peshawar. Allí me rehice, y estaba ya lo bastante sano para dar alguna que otra vuelta por las salas, y orearme de tiempo en tiempo en la terraza, cuando caí víctima del tifus, el azote de nuestras posesiones indias. Durante meses no se dio un ardite por mi vida, y una vez vuelto al conocimiento de las cosas, e iniciada la convalecencia, me sentí tan extenuado, y con tan pocas fuerzas, que el consejo médico determinó sin más mi inmediato retorno a Inglaterra. Despachado en el transporte militar Orontes, al mes de travesía toqué tierra en Portsmouth, con la salud malparada para siempre y nueve meses de plazo, sufragados por un gobierno paternal, para probar a remediarla.

No tenía en Inglaterra parientes ni amigos, y era, por tanto, libre como una alondra —es decir, todo lo libre que cabe ser con un ingreso diario de once chelines y medio—. Hallándome en semejante coyuntura gravité naturalmente hacia Londres, sumidero enorme donde van a dar de manera fatal cuantos desocupados y haraganes contiene el imperio. Permanecí durante algún tiempo en un hotel del Strand, viviendo antes mal que bien, sin ningún proyecto a la vista, y gastando lo poco que tenía, con mayor liberalidad, desde luego, de la que mi posición recomendaba. Tan alarmante se hizo el estado de mis finanzas que pronto caí en la cuenta de que no me quedaban otras alternativas que decir adiós a la metrópoli y emboscarme en el campo, o imprimir un radical cambio a mi modo de vida. Elegido el segundo camino, principié por hacerme a la idea de dejar el hotel, y sentar mis reales en un lugar menos caro y pretencioso.

No había pasado un día desde semejante decisión, cuando, hallándome en el Criterion Bar, alguien me puso la mano en el hombro, mano que al dar media vuelta reconocí como perteneciente al joven Stamford, el antiguo practicante a mis órdenes en el Barts. La vista de una cara amiga en la jungla londinense resulta en verdad de gran consuelo al hombre solitario. En los viejos tiempos no habíamos sido Stamford y yo lo que se dice uña y carne, pero ahora lo acogí con entusiasmo, y él, por su parte, pareció contento de verme. En ese arrebato de alegría lo invité a que almorzara conmigo en el Holborn, y juntos subimos a un coche de caballos.

—Pero ¿qué ha sido de usted, Watson? —me preguntó sin embozar su sorpresa mientras el traqueteante vehículo se abría camino por las pobladas calles de Londres —. Está delgado como un arenque y más negro que una nuez.

Le hice un breve resumen de mis aventuras, y apenas si había concluido cuando llegamos a destino.

—¡Pobre de usted! —dijo en tono conmiserativo al escuchar mis penalidades—. ¿Y qué proyectos tiene?

—Busco alojamiento —repuse—. Quiero ver si me las arreglo para vivir a un precio razonable.

—Cosa extraña —comentó mi compañero—, es usted la segunda persona que ha empleado esas palabras en el día de hoy.

—¿Y quién fue la primera? —pregunté.

—Un tipo que está trabajando en el laboratorio de química, en el hospital. Andaba quejándose esta mañana de no tener a nadie con quien compartir ciertas habitaciones que ha encontrado, bonitas a lo que parece, si bien de precio demasiado abultado para su bolsillo.

—¡Demonio! —exclamé—, si realmente está dispuesto a dividir el gasto y las habitaciones, soy el hombre que necesita. Prefiero tener un compañero antes que vivir solo.

El joven Stamford, el vaso en la mano, me miró de forma un tanto extraña.

—No conoce todavía a Sherlock Holmes —dijo—, podría llegar a la conclusión de que no es exactamente el tipo de persona que a uno le gustaría tener siempre por vecino.

—¿Sí? ¿Qué habla en contra suya?

—Oh, en ningún momento he sostenido que haya nada contra él. Se trata de un hombre de ideas un tanto peculiares..., un entusiasta de algunas ramas de la ciencia.

Hasta donde se me alcanza, no es mala persona.

—Naturalmente sigue la carrera médica —inquirí.

—No... Nada sé de sus proyectos. Creo que anda versado en anatomía, y es un químico de primera clase; pero según mis informes, no ha asistido sistemáticamente a ningún curso de medicina. Persigue en el estudio rutas extremadamente dispares y excéntricas, si bien ha hecho acopio de una cantidad tal y tan desusada de conocimientos, que quedarían atónitos no pocos de sus profesores.

—¿Le ha preguntado alguna vez qué se trae entre manos?

—No; no es hombre que se deje llevar fácilmente a confidencias, aunque puede resultar comunicativo cuando está en vena.

—Me gustaría conocerle —dije—. Si he de partir la vivienda con alguien, prefiero que sea persona tranquila y consagrada al estudio. No me siento aún lo bastante fuerte para sufrir mucho alboroto o una excesiva agitación. Afganistán

me ha dispensado ambas cosas en grado suficiente para lo que me resta de vida. ¿Cómo podría entrar en contacto con este amigo de usted?

—Ha de hallarse con seguridad en el laboratorio —repuso mi compañero—. O se ausenta de él durante semanas, o entra por la mañana para no dejarlo hasta la noche.

Si usted quiere, podemos llegarnos allí después del almuerzo.

—Desde luego —contesté, y la conversación tiró por otros derroteros.

Una vez fuera de Holborn y rumbo ya al laboratorio, Stamford añadió algunos detalles sobre el caballero que llevaba trazas de convertirse en mi futuro coinquilino.

—Sepa exculparme si no llega a un acuerdo con él —dijo—, nuestro trato se reduce a unos cuantos y ocasionales encuentros en el laboratorio. Ha sido usted quien ha propuesto este arreglo, de modo que quedo exento de toda responsabilidad.

—Si no congeniamos bastará que cada cual siga su camino —repuse—. Me da la sensación, Stamford —añadí mirando fijamente a mi compañero—, de que tiene usted razones para querer lavarse las manos en este negocio. ¿Tan formidable es la destemplanza de nuestro hombre? Hable sin reparos.

—No es cosa sencilla expresar lo inexpresable —repuso riendo—. Holmes posee un carácter demasiado científico para mi gusto..., un carácter que raya en la frigidez. Me lo figuro ofreciendo a un amigo un pellizco del último alcaloide vegetal, no con malicia, entiéndame, sino por la pura curiosidad de investigar a la menuda sus efectos. Y si he de hacerle justicia, añadiré que en mi opinión lo engulliría él mismo con igual tranquilidad. Se diría que habita en su persona la pasión por el conocimiento detallado y preciso.

—Encomiable actitud.

—Y a veces extremosa... Cuando le induce a aporrear con un bastón los cadáveres, en la sala de disección, se pregunta uno si no está revistiendo acaso una forma en exceso peculiar.

—¡Aporrear los cadáveres!

—Sí, a fin de ver hasta qué punto pueden producirse magulladuras en un cuerpo muerto. Lo he contemplado con mis propios ojos.

—¿Y dice usted que no estudia medicina?

—No. Sabe Dios cuál será el objeto de tales investigaciones... Pero ya hemos llegado, y podrá usted formar una opinión sobre el personaje.

Cuando esto decía enfilamos una callejuela, y a través de una pequeña puerta lateral fuimos a dar a una de las alas del gran hospital. Siéndome el terreno familiar, no precisé guía para seguir mi itinerario por la lúgubre escalera de piedra y a través luego del largo pasillo de paredes encaladas y puertas color castaño. Casi al otro extremo, un corredor abovedado y de poca altura torcía hacia uno de los lados, conduciendo al laboratorio de química.

Era éste una habitación de elevado techo, llena toda de frascos que se alineaban a lo largo de las paredes o yacían desperdigados por el suelo. Aquí y allá aparecían unas mesas bajas y anchas erizadas de retortas, tubos de ensayo y pequeñas lámparas Bunsen con su azul y ondulante lengua de fuego. En la habitación hacía guardia un solitario estudiante que, absorto en su trabajo, se inclinaba sobre una mesa apartada. Al escuchar nuestros pasos volvió la cabeza, y saltando en pie dejó oír una exclamación de júbilo.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —gritó a mi acompañante mientras corría hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano—. He hallado un reactivo que precipita con la hemoglobina y solamente con ella.

El descubrimiento de una mina de oro no habría encendido placer más intenso en aquel rostro.

—Doctor Watson, el señor Sherlock Holmes —anunció Stamford a modo de presentación.

—Encantado —dijo cordialmente mientras me estrechaba la mano con una fuerza que su aspecto casi desmentía—. Por lo que veo, ha estado usted en tierras afganas.

—¿Cómo diablos ha podido adivinarlo? —pregunté, lleno de asombro.

—No tiene importancia —repuso él riendo por lo bajo—. Volvamos a la

hemoglobina. ¿Sin duda percibe usted el alcance de mi descubrimiento?

—Interesante desde un punto de vista químico —contesté—, pero, en cuanto a su aplicación práctica...

—Por Dios, se trata del más útil hallazgo que en el campo de la Medina Legal haya tenido lugar durante los últimos años. Fíjese: nos proporciona una prueba infalible para descubrir las manchas de sangre. ¡Venga usted a verlo!

Era tal su agitación que me agarró de la manga de la chaqueta, arrastrándome hasta el tablero donde había estado realizando sus experimentos.

—Hagámonos con un poco de sangre fresca —dijo, clavándose en el dedo una larga aguja y vertiendo en una probeta de laboratorio la gota manada de la herida. — Ahora añado esta pequeña cantidad de sangre a un litro de agua. Puede usted observar que la mezcla resultante ofrece la apariencia del agua pura. La proporción de sangre no excederá de uno a un millón. No me cabe duda, sin embargo, de que nos las compondremos para obtener la reacción característica.

Mientras tal decía, arrojó en el recipiente unos pocos cristales blancos, agregando luego algunas gotas de cierto líquido transparente. En el acto la mezcla adquirió un apagado color caoba, en tanto que se posaba sobre el fondo de la vasija de vidrio un polvo parduzco.

—¡Ajá! —exclamó, dando palmadas y alborozado como un niño con zapatos nuevos—. ¿Qué me dice ahora?

—Fino experimento —repuse.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! La tradicional prueba del guayaco resultaba muy tosca e insegura. Lo mismo cabe decir del examen de los corpúsculos de sangre... Este último es inútil cuando las manchas cuentan arriba de unas pocas horas. Sin embargo, acabamos de dar con un procedimiento que actúa tanto si la sangre es vieja como nueva. A ser mi hallazgo más temprano, muchas gentes que ahora pasean por la calle hubieran pagado tiempo atrás las penas a que sus crímenes les hacen acreedoras. —Caramba... —murmuré.

—Los casos criminales giran siempre alrededor del mismo punto. A veces un hombre resulta sospechoso de un crimen meses más tarde de cometido éste; se someten a examen sus trajes y ropa blanca: aparecen unas manchas parduzcas.

¿Son manchas de sangre, de barro, de óxido, acaso de fruta? Semejante extremo ha sumido en la confusión a más de un experto, y ¿sabe usted por qué? Por la inexistencia de una prueba segura. Sherlock Holmes ha aportado ahora esa prueba, y queda el camino despejado en lo venidero.

Había al hablar destellos en sus ojos; descansó la palma de la mano a la altura del corazón, haciendo después una reverencia, como si delante suyo se hallase congregada una imaginaria multitud.

—Merece usted que se le felicite —apunté, no poco sorprendido de su entusiasmo.

—¿Recuerda el pasado año el caso de Von Bischoff, en Frankfort? De haber existido esta prueba, mi experimento le habría llevado en derechura a la horca. ¡Y qué decir de Mason, el de Bradford, o del célebre Muller, o de Lefévre de Montpellier, o de Samson el de Nueva Orleans! Una veintena de casos me acuden a la mente en los que la prueba hubiera sido decisiva.

—Parece usted un almanaque viviente de hechos criminales —apuntó Stamford con una carcajada—. ¿Por qué no publica algo? Podría titularlo «Noticiario policiaco de tiempos pasados».

—No sería ningún disparate —repuso Sherlock Holmes poniendo un pedacito de parche sobre el pinchazo—. He de andar con tiento —prosiguió mientras se volvía sonriente hacia mí—, porque manejo venenos con mucha frecuencia.

Al tiempo que hablaba alargó la mano, y eché de ver que la tenía moteada de parches similares y descolorida por el efecto de ácidos fuertes.

—Hemos venido a tratar un negocio —dijo Stamford tomando asiento en un elevado taburete de tres patas, y empujando otro hacia mí con el pie—. Este señor anda buscando dónde cobijarse, y como se lamentaba usted de no encontrar nadie que quisiera ir a medias en la misma operación, he creído buena la idea de reunirlos a los dos.

A Sherlock Holmes pareció seducirle el proyecto de dividir su vivienda conmigo.

—Tengo echado el ojo a unas habitaciones en Baker Street —dijo—, que nos vendrían de perlas. Espero que no le repugne el olor a tabaco fuerte.

—No gasto otro —repuse.

—Hasta ahí vamos bastante bien. Suelo trastear con sustancias químicas y de vez en cuanto realizo algún experimento. ¿Le importa?

—En absoluto.

—Veamos..., cuáles son mis otros inconvenientes. De tarde en tarde me pongo melancólico y no despego los labios durante días. No lo atribuya usted nunca a mal humor o resentimiento. Déjeme sencillamente a mi aire y verá qué pronto me enderezo. En fin, ¿qué tiene usted a su vez que confesarme? Es aconsejable que dos individuos estén impuestos sobre sus peores aspectos antes de que se decidan a vivir juntos.

Me hizo reír semejante interrogatorio.

—Soy dueño de un cachorrito —dije—, y desapruebo los estrépitos porque mis nervios están destrozados... y me levanto a las horas más inesperadas y me declaro, en fin, perezoso en extremo. Guardo otra serie de vicios para los momentos de euforia, aunque los enumerados ocupan a la sazón un lugar preeminente.

—¿Entra para usted el violín en la categoría de lo estrepitoso? —me preguntó muy alarmado.

—Según quién lo toque —repuse—. Un violín bien tratado es un regalo de los dioses, un violín en manos poco diestras...

—Magnífico —concluyó con una risa alegre—. Creo que puede considerarse el trato zanjado..., siempre y cuando dé usted el visto bueno a las habitaciones.

—¿Cuándo podemos visitarlas?

—Venga usted a recogerme mañana a mediodía; saldremos después juntos y quedará todo arreglado.

—De acuerdo, a las doce en punto —repuse estrechándole la mano.

Lo dejamos enzarzado con sus productos químicos y juntos fuimos caminando hacia el hotel.

—Por cierto —pregunté de pronto, deteniendo la marcha y dirigiéndome a Stamford—, ¿cómo demonios ha caído en la cuenta de que venía yo de Afganistán?

Sobre el rostro de mi compañero se insinuó una enigmática sonrisa.

—He ahí una peculiaridad de nuestro hombre —dijo—. Es mucha la gente a la que intriga esa facultad suya de adivinar las cosas.

—¡Caramba! ¿Se trata de un misterio? —exclamé frotándome las manos—. Esto empieza a ponerse interesante. Realmente, le agradezco infinito su presentación... Como reza el dicho, «no hay objeto de estudio más digno del hombre que el hombre mismo».

—Aplíquese entonces a la tarea de estudiar a su amigo —dijo Stamford a modo de despedida—. Aunque no le arriendo la ganancia. Verá como acaba sabiendo él mucho más de usted, que usted de él... Adiós.

—Adiós —repuse, y proseguí sin prisas mi camino hacia el hotel, no poco intrigado por el individuo que acababa de conocer.

2. La ciencia de la deducción

Nos vimos al día siguiente, según lo acordado, para inspeccionar las habitaciones del 221B de Baker Street a que se había hecho alusión durante nuestro encuentro. Consistían en dos confortables dormitorios y una única sala de estar, alegre y ventilada, con dos amplios ventanales por los que entraba la luz. Tan conveniente en todos los aspectos nos pareció el apartamento y tan moderado su precio, una vez dividido entre los dos, que el trato se cerró de inmediato y, sin más dilaciones, tomamos posesión de la vivienda. Esa misma tarde procedí a mudar mis pertenencias del hotel a la casa, y a la otra mañana Sherlock Holmes hizo lo correspondiente con las suyas, presentándose con un equipaje compuesto de maletas y múltiples cajas. Durante uno o dos días nos entregamos a la tarea de desembalar las cosas y colocarlas lo mejor posible. Salvado semejante trámite, fue ya cuestión de hacerse al paisaje circundante e ir echando raíces nuevas.

No resultaba ciertamente Holmes hombre de difícil convivencia. Sus maneras eran suaves y sus hábitos regulares. Pocas veces le sorprendían las diez de la noche fuera de la cama, e indefectiblemente, al levantarme yo por la mañana, había tomado ya el desayuno y enfilado la calle. Algunos de sus días transcurrían íntegros en el laboratorio de química o en la sala de disección, destinando otros, ocasionalmente, a largos paseos que parecían llevarle hasta los barrios más bajos de la ciudad. Cuando se apoderaba de él la fiebre del trabajo era capaz de desplegar una energía sin parangón; pero a trechos y con puntualidad fatal, caía en un extraño estado de abulia, y entonces, y durante días, permanecía extendido sobre el sofá de la sala de estar, sin mover apenas un músculo o pronunciar palabra de la mañana a la noche. En tales ocasiones no dejaba de percibir en sus ojos cierta expresión perdida y como ausente que, a no ser por la templanza y limpieza de su vida toda, me habría atrevido a imputar al efecto de algún narcótico. Conforme pasaban las semanas, mi interés por él y la curiosidad que su proyecto de vida suscitaba en mí, fueron haciéndose cada vez más patentes y profundos. Su misma apariencia y aspecto externos eran a propósito para llamar la atención del más casual observador. En altura andaba antes por encima que por debajo de los seis pies, aunque la delgadez extrema exageraba

considerablemente esa estatura. Los ojos eran agudos y penetrantes, salvo en los períodos de sopor a que he aludido, y su fina nariz de ave rapaz le daba no sé qué aire de viveza y determinación. La barbilla también, prominente y maciza, delataba en su dueño a un hombre de firmes resoluciones. Las manos aparecían siempre manchadas de tinta y distintos productos químicos, siendo, sin embargo, de una exquisita delicadeza, como innumerables veces eché de ver por el modo en que manejaba Holmes sus frágiles instrumentos de física.

Acaso el lector me esté calificando ya de entrometido impenitente en vista de lo mucho que este hombre excitaba mi curiosidad y de la solicitud impertinente con que procuraba yo vencer la reserva en que se hallaba envuelto todo lo que a él concernía. No sería ecuánime sin embargo, antes de dictar sentencia, echar en olvido hasta qué punto sin objeto era entonces mi vida, y qué pocas cosas a la sazón podían animarla. Siendo el que era mi estado de salud, sólo en días de tiempo extraordinariamente benigno me estaba permitido aventurarme al espacio exterior, faltándome, los demás, amigos con quienes endulzar la monotonía de mi rutina cotidiana. En semejantes circunstancias, acogí casi con entusiasmo el pequeño misterio que rodeaba a mi compañero, así como la oportunidad de matar el tiempo probando a desvelarlo.

No seguía la carrera médica. Él mismo, respondiendo a cierta pregunta, había confirmado el parecer de Stamford sobre semejante punto. Tampoco parecía empeñado en suerte alguna de estudio que pudiera auparle hasta un título científico, o abrirle otra cualquiera de las reconocidas puertas por donde se accede al mundo académico. Pese a todo, el celo puesto en determinadas labores era notable, y sus conocimientos, excéntricamente circunscritos a determinados campos, tan amplios y escrupulosos que daban lugar a observaciones sencillamente asombrosas. Imposible resultaba que un trabajo denodado y una información en tal grado exacta no persiguieran un fin concreto. El lector poco sistemático no se caracteriza por la precisión de los datos acumulados en el curso de sus lecturas. Nadie satura su inteligencia con asuntos menudos a menos que tenga alguna razón de peso para hacerlo así.

Si sabía un número de cosas fuera de lo común, ignoraba otras tantas de todo el mundo conocidas. De literatura contemporánea, filosofía y política, estaba casi completamente en ayunas. Cierta vez que saqué yo a colación el nombre de Tomás Carlyle, me preguntó, con la mayor inocencia, quién era aquél y lo que había hecho. Mi estupefacción llegó sin embargo a su cenit cuando descubrí por casualidad que ignoraba la teoría copernicana y la composición del sistema solar.

El que un hombre civilizado desconociese en nuestro siglo XIX que la tierra gira en torno al sol, se me antojó un hecho tan extraordinario que apenas si podía darle crédito.

—Parece usted sorprendido —dijo sonriendo ante mi expresión de asombro—. Ahora que me ha puesto usted al corriente, haré lo posible por olvidarlo.

—¡Olvidarlo!

—Entiéndame —explicó—, considero que el cerebro de cada cual es como una pequeña pieza vacía que vamos amueblando con elementos de nuestra elección. Un necio echa mano de cuanto encuentra a su paso, de modo que el conocimiento que pudiera serle útil, o no encuentra cabida o, en el mejor de los casos, se halla tan revuelto con las demás cosas que resulta difícil dar con él. El operario hábil selecciona con sumo cuidado el contenido de ese vano disponible que es su cabeza.

Sólo de herramientas útiles se compondrá su arsenal, pero éstas serán abundantes y estarán en perfecto estado. Constituye un grave error el suponer que las paredes de la pequeña habitación son elásticas o capaces de dilatarse indefinidamente. A partir de cierto punto, cada nuevo dato añadido desplaza necesariamente a otro que ya poseíamos. Resulta por tanto de inestimable importancia vigilar que los hechos inútiles no arrebaten espacio a los útiles.

—¡Sí, pero el sistema solar...! —protesté.

—¿Y qué se me da a mí el sistema solar? —interrumpió ya impacientado—: dice usted que giramos en torno al sol... Que lo hiciéramos alrededor de la luna no afectaría un ápice a cuanto soy o hago.

Estuve entonces a punto de interrogarle sobre eso que él hacía, pero un no sé qué en su actitud me dio a entender que semejante pregunta no sería de su agrado. No dejé de reflexionar, sin embargo, acerca de nuestra conversación y las pistas que ella me insinuaba. Había mencionado su propósito de no entrometerse en conocimiento alguno que no atañera a su trabajo. Por tanto, todos los datos que atesoraba le reportaban por fuerza cierta utilidad. Enumeré mentalmente los distintos asuntos sobre los que había demostrado estar excepcionalmente bien informado. Incluso tomé un lápiz y los fui poniendo por escrito. No pude contener una sonrisa cuando vi el documento en toda su extensión. Decía así:

«Sherlock Holmes; sus límites.

Conocimientos de Literatura: ninguno.

Conocimientos de Filosofía: ninguno.

Conocimientos de Astronomía: ninguno.

Conocimientos de Política: escasos.

Conocimientos de Botánica: desiguales. Al día en lo atañedero a la belladona, el opio y los venenos en general. Nulos en lo referente a la jardinería.

Conocimientos de Geología: prácticos aunque restringidos. De una ojeada distingue un suelo geológico de otro. Después de un paseo me ha enseñado las manchas de barro de sus pantalones y ha sabido decirme, por la consistencia y color de la tierra, a qué parte de Londres correspondía cada una.

Conocimientos de Química: profundos.

Conocimientos de Anatomía: exactos, pero poco sistemáticos.

Conocimientos de literatura sensacionalista: inmensos. Parece conocertodos los detalles de cada hecho macabro acaecido en nuestro siglo.

Toca bien el violín.

Experto boxeador, y esgrimista de palo y espada.

Familiarizado con los aspectos prácticos de la ley inglesa.»

Al llegar a este punto, desesperado, arrojé la lista al fuego. «Si para adivinar lo

que este tipo se propone —me dije— he de buscar qué profesión corresponde al común denominador de sus talentos, puedo ya darme por vencido.»

Observo haber aludido poco más arriba a su aptitud para el violín. Era ésta notable, aunque no menos peregrina que todas las restantes. Que podía ejecutar piezas musicales, y de las difíciles, lo sabía de sobra, ya que a petición mía había reproducido las notas de algunos lieder de Mendelssohn y otras composiciones de mi elección. Cuando se dejaba llevar de su gusto, rara vez arrancaba sin embargo a su instrumento música o aires reconocibles. Recostado en su butaca durante toda una tarde, cerraba los ojos y con ademán descuidado arañaba las cuerdas del violín, colocado de través sobre una de sus rodillas. Unas veces eran las notas vibrantes y melancólicas, otras, de aire fantástico y alegre. Sin duda tales acordes reflejaban al exterior los ocultos pensamientos del músico, bien dándoles su definitiva forma, bien acompañándolos no más que como una caprichosa melodía del espíritu. Sabe Dios que no hubiera sufrido pasivamente esos exasperantes solos a no tener Holmes la costumbre de rematarlos con una rápida sucesión de mis piezas favoritas, ejecutadas en descargo de lo que antes de ellas había debido oír.

Llevábamos juntos alrededor de una semana sin que nadie apareciese por nuestro habitáculo, cuando empecé a sospechar en mi compañero una orfandad de amistades pareja a la mía. Pero, según pude descubrir a continuación, no sólo era ello falso, sino que además los contactos de Holmes se distribuían entre las más dispersas capas de la sociedad. Existía, por ejemplo, un hombrecillo de ratonil aspecto, pálido y ojimoreno, que me fue presentado como el señor Lestrade y que vino a casa en no menos de tres o cuatro ocasiones a lo largo de una semana. Otra mañana una joven elegantemente vestida fue nuestro huésped durante más de media hora. A la joven sucedió por la noche un tipo harapiento y de cabeza cana -la clásica estampa del buhonero judío-, que parecía hallarse sobre ascuas y que a su vez dejó paso a una raída y provecta señora. Un día estuvo mi compañero departiendo con cierto caballero anciano y de melena blanca como la nieve; otro, recibió a un mozo de cuerda que venía con su uniforme de pana. Cuando alguno de los miembros de esta abigarrada comunidad hacía acto de presencia, solía Holmes suplicarme el usufructo de la sala y yo me retiraba entonces a mi dormitorio. Jamás dejó de disculparse por el trastorno que de semejante modo me causaba.

—Tengo que utilizar esta habitación como oficina —decía—, y la gente que entra en ella constituye mi clientela.

¡Qué mejor momento para interrogarle a quemarropa! Sin embargo, me vi siempre sujeto por el recato de no querer forzar la confidencia ajena. Imaginaba que algo le impedía dejar al descubierto ese aspecto de su vida, cosa que pronto me desmintió él mismo yendo derecho al asunto sin el menor requerimiento por mi parte.

Se cumplía como bien recuerdo el 4 de marzo, cuando, habiéndome levantado antes que de costumbre, encontré a Holmes despachando su aún inconcluso desayuno. Tan hecha estaba la patrona a mis hábitos poco madrugadores, que no hallé ni el plato aparejado ni el café dispuesto. Con la característica y nada razonable petulancia del común de los mortales, llamé entonces al timbre y anuncié muy cortante que esperaba mi ración. Acto seguido tomé un periódico de la mesa e intenté distraer con él el tiempo mientras mi compañero terminaba en silencio su tostada. El encabezamiento de uno de los artículos estaba subrayado en rojo, y a él, naturalmente, dirigí en primer lugar mi atención.

Sobre la raya encarnada aparecían estas ampulosas palabras: EL LIBRO DE LA VIDA, y a ellas seguía una demostración de las innumerables cosas que a cualquiera le sería dado deducir no más que sometiendo a examen preciso y sistemático los acontecimientos de que el azar le hiciese testigo. El escrito se me antojó una extraña mezcolanza de agudeza y disparate. A sólidas y apretadas razones sucedían inferencias en exceso audaces o exageradas. Afirmaba el autor poder adentrarse, guiado de señales tan someras como un gesto, el estremecimiento de un músculo, o la mirada de unos ojos, en los más escondidos pensamientos de otro hombre. Según él, la simulación y el engaño resultaban impracticables delante de un individuo avezado al análisis y a la observación. Lo que éste dedujera sería tan cierto como las proposiciones de Euclides. Tan sorprendentes serían los resultados, que el no iniciado en las rutas por donde se llega de los principios a las conclusiones, habría por fuerza de creerse en presencia de un auténtico nigromante.

—A partir de una gota de agua —decía el autor—, cabría al lógico establecer la posible existencia de un océano Atlántico o unas cataratas del Niágara, aunque ni de lo uno ni de lo otro hubiese tenido jamás la más mínima noticia. La vida toda es una gran cadena cuya naturaleza se manifiesta a la sola vista de un eslabón aislado. A semejanza de otros oficios, la Ciencia de la Deducción y el Análisis exige en su ejecutante un estudio prolongado y paciente, no habiendo vida humana tan larga que en el curso de ella quepa a nadie alcanzar la perfección máxima de que el arte deductivo es susceptible. Antes de poner sobre

el tapete los aspectos morales y psicológicos de más bulto que esta materia suscita, descenderé a resolver algunos problemas elementales. Por ejemplo, cómo apenas divisada una persona cualquiera, resulta hacedero inferir su historia completa, así como su oficio o profesión. Parece un ejercicio pueril, y sin embargo afina la capacidad de observación, descubriendo los puntos más importantes y el modo como encontrarles respuesta. Las uñas de un individuo, las mangas de su chaqueta, sus botas, la rodillera de los pantalones, la callosidad de los dedos pulgar e índice, la expresión facial, los puños de su camisa, todos estos detalles, en fin, son prendas personales por donde claramente se revela la profesión del hombre observado. Que semejantes elementos, puestos en junto, no iluminen al inquisidor competente sobre el caso más difícil, resulta, sin más, inconcebible.

—¡Valiente sarta de sandeces! —grité, dejando el periódico sobre la mesa con un golpe seco—. Jamás había leído en mi vida tanto disparate.

—¿De qué se trata? —preguntó Sherlock Holmes.

—De ese artículo —dije, apuntando hacia él con mi cucharilla mientras me sentaba para dar cuenta de mi desayuno—. Veo que lo ha leído, ya que está subrayado por usted. No niego habilidad al escritor. Pero me subleva lo que dice. Se trata a ojos vista de uno de esos divagadores de profesión a los que entusiasma elucubrar preciosas paradojas en la soledad de sus despachos. Pura teoría. ¡Quién lo viera encerrado en el metro, en un vagón de tercera clase, frente por frente de los pasajeros, y puesto a la tarea de ir adivinando las profesiones de cada uno! Apostaría uno a mil en contra suya.

—Perdería usted su dinero —repuso Holmes tranquilamente—. En cuanto al artículo, es mío.

—¡Suyo!

—Sí; soy aficionado tanto a la observación como a la deducción. Esas teorías expuestas en el periódico y que a usted se le antojan tan quiméricas, vienen a ser en realidad extremadamente prácticas, hasta el punto que de ellas vivo.

—¿Cómo? —pregunté involuntariamente.

—Tengo un oficio muy particular, sospecho que único en el mundo. Soy detective asesor... Verá ahora lo que ello significa. En Londres abundan los

detectives comisionados por el gobierno, y no son menos los privados. Cuando uno de ellos no sabe muy bien por dónde anda, acude a mí, y yo lo coloco entonces sobre la pista. Suelen presentarme toda la evidencia de que disponen, a partir de la cual, y con ayuda de mi conocimiento de la historia criminal, me las arreglo decentemente para enseñarles el camino. Existe un fuerte aire de familia entre los distintos hechos delictivos, y si se dominan a la menuda los mil primeros, no resulta difícil descifrar el que completa el número mil uno. Lestrade es un detective bien conocido. No hace mucho se enredó en un caso de falsificación, y hallándose un tanto desorientado, vino aquí a pedir consejo.

—¿Y los demás visitantes?

—Proceden en la mayoría de agencias privadas de investigación. Son gente que está a oscuras sobre algún asunto y acude a buscar un poco de luz. Atiendo a su relato, doy mi opinión, y presento la minuta.

—¿Pretende usted decirme —atajé— que sin salir de esta habitación se las compone para poner en claro lo que otros, en contacto directo con las cosas, e impuestos sobre todos sus detalles, sólo ven a medias?

—Exactamente. Poseo, en ese sentido, una especie de intuición. De cuando en cuando surge un caso más complicado, y entonces es menester ponerse en movimiento y echar alguna que otra ojeada. Sabe usted que he atesorado una cantidad respetable de datos fuera de lo común; este conocimiento facilita extraordinariamente mi tarea. Las reglas deductivas por mí sentadas en el artículo que acaba de suscitar su desdén me prestan además un inestimable servicio. La capacidad de observación constituye en mi caso una segunda naturaleza. Pareció usted sorprendido cuando, nada más conocerlo, observé que había estado en Afganistán.

—Alguien se lo dijo, sin duda.

—En absoluto. Me constaba esa procedencia suya de Afganistán. El hábito bien afirmado imprime a los pensamientos una tan rápida y fluida continuidad, que me vi abocado a la conclusión sin que llegaran a hacérseme siquiera manifiestos los pasos intermedios. Éstos, sin embargo, tuvieron su debido lugar. Helos aquí puestos en orden: «Hay delante de mí un individuo con aspecto de médico y militar a un tiempo. Luego se trata de un médico militar. Acaba de llegar del trópico, porque la tez de su cara es oscura y ése no es el color suyo natural, como

se ve por la piel de sus muñecas. Según lo pregona su macilento rostro ha experimentado sufrimientos y enfermedades. Le han herido en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y de manera forzada... ¿en qué lugar del trópico es posible que haya sufrido un médico militar semejantes contrariedades, recibiendo, además, una herida en el brazo? Evidentemente, en Afganistán». Esta concatenación de pensamientos no duró el espacio de un segundo. Observé entonces que venía de la región afgana, y usted se quedó con la boca abierta.

—Tal como me ha relatado el lance, parece cosa de nada —dije sonriendo—. Me recuerda usted al Dupin de Allan Poe. Nunca imaginé que tales individuos pudieran existir en realidad.

Sherlock Holmes se puso en pie y encendió la pipa.

—Sin duda cree usted halagarme estableciendo un paralelo con Dupin —apuntó —. Ahora bien, en mi opinión, Dupin era un tipo de poca monta. Ese expediente suyo de irrumpir en los pensamientos de un amigo con una frase oportuna, tras un cuarto de hora de silencio, tiene mucho de histriónico y superficial. No le niego, desde luego, talento analítico, pero dista infinitamente de ser el fenómeno que Poe parece haber supuesto.

—¿Ha leído usted las obras de Gaboriau? —pregunté—. ¿Responde Lecoq a su ideal detectivesco?

Sherlock Holmes arrugó sarcástico la nariz.

—Lecoq era un chapucero indecoroso —dijo con la voz alterada—, que no tenía sino una sola cualidad, a saber: la energía. Cierto libro suyo me pone sencillamente enfermo... En él se trata de identificar a un prisionero desconocido, sencillísima tarea que yo hubiera ventilado en veinticuatro horas y para la cual Lecoq precisa, poco más o menos, seis meses. Ese libro merecería ser repartido entre los profesionales del ramo como manual y ejemplo de lo que no hay que hacer.

Hirió algo mi amor propio al ver tratados tan displicentemente a dos personas que admiraba. Me aproximé a la ventana, y tuve durante un rato la mirada perdida en la calle llena de gente. «No sé si será este tipo muy listo», pensé para mis adentros, «pero no cabe la menor duda de que es un engreído.»

—No quedan ya crímenes ni criminales —prosiguió, en tono quejumbroso—.

¿De qué sirve en nuestra profesión tener la cabeza bien puesta sobre los hombros? Sé de cierto que no me faltan condiciones para hacer mi nombre famoso. Ningún individuo, ahora o antes de mí, puso jamás tanto estudio y talento natural al servicio de la causa detectivesca... ¿Y para qué? ¡No aparece el gran caso criminal! A lo sumo me cruzo con alguna que otra chapucera villanía, tan transparente, que su móvil no puede hurtarse siquiera a los ojos de un oficial de Scotland Yard.

Persistía en mí el enfado ante la presuntuosa verbosidad de mi compañero, de manera que juzgué conveniente cambiar de tercio.

—¿Qué tripa se le habrá roto al tipo aquél? —pregunté señalando a cierto individuo fornido y no muy bien trajeado que a paso lento recorría la acera opuesta, sin dejar al tiempo de lanzar unas presurosas ojeadas a los números de cada puerta. Portaba en la mano un gran sobre azul, y su traza era a la vista la de un mensajero.

—¿Se refiere usted seguramente al sargento retirado de la Marina? —dijo Sherlock Holmes.

«¡Fanfarrón!», pensé para mí. «Sabe que no puedo verificar su conjetura.»

Apenas si este pensamiento había cruzado mi mente, cuando el hombre que espiábamos percibió el número de nuestra puerta y se apresuró a atravesar la calle. Oímos un golpe seco de aldaba, una profunda voz que venía de abajo y el ruido pesado de unos pasos a lo largo de la escalera.

—¡Para el señor Sherlock Holmes! —exclamó el extraño, y, entrando en la habitación, entregó la carta a mi amigo. ¡Era el momento de bajarle a éste los humos! ¡Quién le hubiera dicho, al soltar aquella andanada en el vacío, que iba a verse de pronto en el brete de hacerla buena!

Pregunté entonces con mi más acariciadora voz:

—¿Buen hombre, tendría usted la bondad de decirme cuál es su profesión?

—Ordenanza, señor —dijo con un gruñido—. Me están arreglando el uniforme.

—¿Qué era usted antes? —inquirí mientras miraba maliciosamente a Sherlock Holmes con el rabillo del ojo. —Sargento, señor, sargento de infantería ligera de

la Marina Real. ¿No hay contestación? Perfectamente, señor.

Y juntando los talones, saludó militarmente y desapareció de nuestra vista.

3. El misterio de Lauriston Gardens

No ocultaré mi sorpresa ante la eficacia que otra vez evidenciaban las teorías de Holmes. Sentí que mi respeto hacia tamaña facultad adivinatoria aumentaba portentosamente. Aun así, no podía acallar completamente la sospecha de que fuera todo un montaje enderezado a deslumbrarme en vista de algún motivo sencillamente incomprensible. Cuando dirigí hacia él la mirada, había concluido ya de leer la nota y en sus ojos flotaba la expresión vacía y sin brillo por donde se manifiestan al exterior los estados de abstracción meditativa.

—¿Cómo diantres ha llevado usted a cabo su deducción? —pregunté.

—¿Qué deducción? —repuso petulantemente.

—Caramba, la de que era un sargento retirado de la Marina.

—No estoy para bagatelas —contestó de manera cortante; y añadió, con una sonrisa—: Perdone mi brusquedad, pero ha cortado usted el hilo de mis pensamientos. Es lo mismo... Así, pues, ¿no le había saltado a la vista la condición del mensajero?

—Puede estar seguro.

—Resulta más fácil adivinar las cosas que explicar cómo da uno con ellas. Si le pidieran una demostración de por qué dos y dos son cuatro, es posible que se viera usted en un aprieto, no cabiéndole, con todo, ninguna duda en torno a la verdad del caso. Incluso desde el lado de la calle opuesto a aquel donde se hallaba nuestro hombre, acerté a distinguir un ancla azul de considerable tamaño tatuada sobre el dorso de su mano. Primera señal marinera. El porte era militar, sin embargo, y las patillas se ajustaban a la longitud que dicta el reglamento. Henos, pues, instalados en la Armada. Añádase cierta fachenda y como ínfulas de mando... Seguramente ha notado usted lo erguido de su cabeza y el modo como hacía oscilar el bastón. Un hombre formal, respetable, por añadidura de mediana edad... Tomados los hechos en conjunto, ¿de quién podía tratarse, sino de un sargento?

—¡Admirable! —exclamé.

—Trivial... —repuso Holmes, aunque adiviné por su expresión el contento que en él habían producido mi sorpresa y admiración—. Dejé dicho hace poco que no quedaban criminales. Pues bien, he de desmentirme. ¡Eche un vistazo!

Me confió la nota traída por el ordenanza.

—¡Demonios! —grité tras ponerle la vista encima—, ¡es espantoso!

—Parece salirse un tanto de los casos vulgares —observó flemático—. ¿Tendría la bondad de leérmela en voz alta?

He aquí la carta a la que di lectura:

«Ml QUERIDO SHERLOCK HOLMES,

Esta noche, en el número tres de Lauriston Gardens, según se va a Brixton, se nos ha presentado un feo asunto. Como a las dos de la mañana advirtió el policía de turno que estaban las luces encendidas, y, dado que se encuentra la casa deshabitada, sospechó de inmediato algo irregular. Halló la puerta abierta, y en la pieza delantera, desprovista de muebles, el cuerpo de un caballero bien trajeado. En uno de sus bolsillos había una tarjeta con estas señas grabadas: "Enoch J. Drebber, Cleveland, Ohio, U.S.A". No ha tenido lugar robo alguno, ni se echa de ver cómo haya podido sorprender la muerte a este desdichado. Aunque existen en la habitación huellas de sangre, el cuerpo no ostenta una sola herida. Desconocemos también por qué medio o conducto vino a dar el finado a la mansión vacía; de hecho, el percance todo presenta rasgos desconcertantes. Si se le pone a tiro llegarse aquí antes de las doce, me hallará en el escenario del crimen. He dejado orden de que nada se toque antes de que usted dé señales de vida. Si no pudiera acudir, le explicaría el caso más circunstanciadamente, en la esperanza de que me concediese el favor de su dictamen.

Le saluda atentamente,

TOBÍAS GREGSON.»

—Gregson es el más despierto de los inspectores de Scotland Yard —apuntó mi amigo—; él y Lestrade constituyen la flor y nata de un pelotón de torpes. Despliegan ambos rapidez y energía, mas son convencionales en grado sorprendente. Por añadidura, se tienen puesta mutuamente la proa. En punto a celos no les va a la zaga la damisela más presumida, y como uno y otro decidan tirar de la manta, la cosa va a resultar divertida.

No podía contener mi sorpresa ante la calma negligente con que iba Sherlock Holmes desgranando sus observaciones.

—Desde luego no hay un momento que perder —exclamé—: ¿le parece que llame ahora mismo a un coche de caballos?

—No sé qué decirle. Soy el hombre más perezoso que imaginarse pueda... Cuando me da por ahí, naturalmente, porque, llegado el caso, también sé andar a la carrera.

—¿No era ésta la ocasión que tanto esperaba?

—¿Y qué más da, hombre de Dios? En el supuesto de que me las componga para desenredar la madeja, no le quepa duda que serán Gregson, Lestrade y compañía quienes se lleven los laureles. ¡He ahí lo malo de ir uno por su cuenta!

—Le ha suplicado su ayuda...

—En efecto. Me sabe superior, y en privado lo reconoce, mas antes se dejaría cortar la lengua que admitir esa superioridad en público. Sin embargo, podemos ir a echar un vistazo. Haré las cosas a mi modo, y cuando menos podré reírme a costa de ellos. ¡En marcha!

Se puso el gabán a toda prisa, dando muestras, según se movía de un lado a otro, de que a la desgana anterior había sucedido una etapa de euforia.

—No olvide su sombrero —dijo.

—¿Desea usted que le acompañe?

—Sí, si no se le ocurre nada mejor que hacer.

Un momento después nos hallábamos instalados en un coche, en rápida carrera hacia el camino de Brixton. Se trataba de una de esas mañanas brumosas en que los cendales de niebla, suspendidos sobre los tejados y azoteas, parecen copiar el sucio barro callejero. Estaba Holmes de excelente humor, no cesando de abundar en asuntos tales como los violines de Cremona o la diferencia que media entre un Stradivarius y un Amati. En cuanto a mí, no abrí la boca, ya que el tiempo melancólico y el asunto fúnebre que nos solicitaba no eran a propósito para levantarle a uno el ánimo.

—Parece usted tener el pensamiento muy lejos del caso que se trae entre manos —dije al cabo, interrumpiendo la cháchara musical de Holmes.

—Faltan datos —repuso—. Es un error capital precipitarse a edificar teorías cuando no se halla aún reunida toda la evidencia, porque suele salir entonces el juicio combado según los caprichos de la suposición primera.

—Los datos no van a hacerse esperar —observé, extendiendo el índice—; esta calle es la de Brixton y aquélla la casa, a lo que parece.

—En efecto. ¡Pare, cochero, pare!

Unas cien yardas nos separaban todavía de nuestro destino, pese a lo cual Holmes porfió en apearse del coche y hacer andando lo que restaba de camino.

El número tres de Lauriston Gardens ofreció un aspecto entre amenazador y siniestro. Formaba parte de un grupo de cuatro inmuebles sitos algo a trasmano de la carretera, dos de ellos habitados y vacíos los restantes. Las fachadas de estos últimos estaban guarnecidas de tres melancólicas hileras de ventanas, tan polvorientas y cegadas que no habría resultado fácil distinguir unas de otras a no ser porque, de trecho en trecho, podía verse, como una catarata crecida en la oquedad de un ojo, el cartel de «Se alquila». Unos jardincillos salpicados de cierta vegetación anémica y escasa ponían tierra entre la calle y los portales, a los que se accedía por unos senderos estrechos, compuestos de una sustancia amarillenta que parecía ser mezcla de arcilla y grava. La lluvia caída durante la noche había convertido el paraje en un barrizal. El jardín se hallaba ceñido por un muro de ladrillo, de tres pies de altura y somero remate de madera; sobre este cercado o empalizada descansaba su macicez un guardia, rodeado de un pequeño grupo de curiosos, quienes, castigando inútilmente la vista y el cuello, hacían lo

imposible por alcanzar el interior del recinto.

Yo había imaginado que Sherlock Holmes entraría de galope en el edificio para aplicarse sin un momento de pérdida al estudio de aquel misterio. Nada más lejos, aparentemente, de su propósito. Con un aire negligente que, dadas las circunstancias, rayaba en la afectación, recorrió varias veces, despacioso, el largo de la carretera, lanzando miradas un tanto ausentes al suelo, el cielo, las casas fronteras y la valla de madera. Acabado que hubo semejante examen, se dio a seguir palmo a palmo el sendero, o mejor dicho, el borde de hierba que flanqueaba el sendero, fijos los ojos en tierra. Dos veces se detuvo y una de ellas le vi sonreírse, a la par que de sus labios escapaba un murmullo de satisfacción. Se apreciaban sobre el suelo arcilloso varias improntas de pasos; pero como quiera que la policía había estado yendo y viniendo, no alcanzaba yo a comprender de qué utilidad podían resultar tales huellas a mi amigo. Con todo, en vista de las extraordinarias pruebas de facultad perceptiva que poco antes me había dado, no me cabía la menor duda de que a sus ojos se hallaban presentes muchos más indicios que a los míos.

En la puerta nos tropezamos a un hombre alto y pálido, de cabellera casi blanca por lo rubia, el cual, apenas vernos —llevaba en la mano un cuaderno de notas —, se precipitó hacia Sherlock Holmes, asiendo efusivamente su diestra.

—¡Le agradezco que haya venido! —dijo—. Todo está como lo encontré...

—Excepto eso —repuso Holmes señalando el sendero—. Una manada de búfalos no habría obrado mayor confusión. Aunque sin duda supongo, Gregson, que ya tenía usted hecha una composición de lugar cuando permitió semejante estropicio.

—La tarea del interior de la casa no me ha dejado sosiego para nada —dijo evasivamente el detective—. Mi colega el señor Lestrade se encuentra aquí. A él había confiado mirar por las demás cosas.

Holmes dirigió los ojos hacia mí y enarcó sardónico las cejas.

—Con dos tipos como usted y Lestrade en la brecha, no sé qué va a pintar aquí una tercera persona —repuso.

Halagado, Gregson frotó una mano contra la otra.

—Creo que hemos hecho todo lo hacedero —dijo—; aunque, tratándose de un caso extraño, imaginé que le interesaría echar un vistazo.

—¿Se llegó usted aquí en coche? —preguntó Sherlock Holmes.

—No.

—¿Tampoco Lestrade?

—Tampoco.

—Vamos entonces a dar una vuelta por la habitación.

Tras este extemporáneo enunciado, entró en la casa seguido de Gregson, en cuyo rostro se dibujaba la más completa sorpresa.

Un corto pasillo, polvoriento y con el entarimado desnudo, conducía a la cocina y demás dependencias. Dos puertas se abrían a sendos lados. Una llevaba, evidentemente, varias semanas cerrada. La otra daba al comedor, escenario del misterioso hecho ocurrido. Allí se dirigió Holmes, y yo detrás de él, presa el corazón del cauteloso sentimiento que siempre inspira la muerte.

Se trataba de una gran pieza cuadrada cuyo tamaño aparecía magnificado por la absoluta ausencia de muebles. Un papel vulgar y chillón ornaba los tabiques, enmohecido a trechos y deteriorado de manera que las tiras desgarradas y colgantes dejaban de vez en cuando al desnudo el rancio yeso subyacente. Frente por frente de la puerta había una ostentosa chimenea, rematada por una repisa que quería figurar mármol blanco. A uno de los lados de la repisa se erguía el muñón rojo de una vela de cera. Sólo una ventana se abría en aquellos muros, tan sucia que la luz por ella filtrada, tenue e incierta, daba a todo un tinte grisáceo, intensificado por la espesa capa de polvo que cubría la estancia.

De estos detalles que aquí pongo me percaté más tarde. Por lo pronto mi atención se vio solicitada por la triste, solitaria e inmóvil figura que yacía extendida sobre el entarimado, fijos los ojos inexpresivos y ciegos en el techo sin color. Se trataba de un hombre de cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, de talla mediana, ancho de hombros, rizado el hirsuto pelo negro, y barba corta y áspera. Gastaba levita y chaleco de grueso velarte, pantalones claros, y puños y cuello de camisa inmaculados. A su lado, en el suelo, se destacaba la silueta de una pulcra y bien cepillada chistera. Los puños cerrados, los brazos abiertos y la

postura de las piernas, trabadas una con otra, sugerían un trance mortal de peculiar dureza. Sobre el rostro hierático había dibujado un gesto de horror, y, según me pareció, de odio, un odio jamás visto en ninguna otra parte. Esta contorsión maligna y terrible, en complicidad con la estrechez de la frente, la chatedad de la nariz y el prognatismo pronunciado daban al hombre muerto un aire simiesco, tanto mayor cuanto que aparecía el cuerpo retorcido y en insólita posición. He contemplado la muerte bajo diversas apariencias, todas, sin embargo, más tranquilizadoras que la ofrecida por esa siniestra y oscura habitación a orillas de la cual discurría una de las grandes arterias del Londres suburbial.

Lestrade, flaco y con su aire de animal de presa, estaba en pie junto al umbral, desde donde nos dio la bienvenida a mi amigo y a mí.

—Este caso va a traer cola —observó—. No se le compara ni uno sólo de los que he visto antes, y llevo tiempo en el oficio.

—¿Alguna pista? —dijo Gregson.

—En absoluto —repuso Lestrade.

Sherlock Holmes se aproximó al cuerpo, e hincándose de rodillas lo examinó cuidadosamente.

—¿Están seguros de que no tiene ninguna herida? —inquirió al tiempo que señalaba una serie de manchas y salpicaduras de sangre en torno al cadáver.

—¡Desde luego! —clamaron los detectives.

—Entonces, cae de por sí que esta sangre pertenece a un segundo individuo... Al asesino, en el supuesto de que se haya perpetrado un asesinato. Me vienen a las mientes ciertas semejanzas de este caso con el de la muerte de Van Jansen, en Utrecht, allá por el año treinta y cuatro. ¿Recuerda usted aquel suceso, Gregson?

—No.

—No deje entonces de acudir a los archivos. Nada hay nuevo bajo el sol... Cada acto o cada cosa tiene un precedente en el pasado.

Al tiempo sus ágiles dedos volaban de un lado para otro, palpando, presionando,

desabrochando, examinando, mientras podía apreciarse en los ojos esa expresión remota a la que antes he aludido. Tan presto llegó el reconocimiento a término, que nadie hubiera podido adivinar su exactitud exquisita. La operación de aplicar la nariz a los labios del difunto, y una ojeada a las botas de charol, pusieron el punto final. —Me dicen que el cuerpo no ha sido desplazado —señaló interrogativamente.

—Lo mínimo necesario para el fin de nuestras pesquisas.

—Pueden llevarlo ya al depósito de cadáveres —dijo Holmes—. Aquí no hay nada más que hacer.

Gregson disponía de una camilla y cuatro hombres. A su llamada penetraron en la habitación, y el extraño fue aupado del suelo y conducido fuera. Cuando lo alzaban se oyó el tintineo de un anillo, que rodó sobre el pavimento. Lestrade, tras haberse hecho con la alhaja, le dirigió una mirada llena de confusión.

—En la habitación ha estado una mujer —observó—. Este anillo de boda pertenece a una mujer...

Y mientras así decía, nos mostraba en la palma de la mano el objeto hallado. Hicimos corro en torno a él y echamos una ojeada. Saltaba a la vista que el escueto aro de oro había adornado un día la mano de una novia.

—Se nos complica el asunto —dijo Gregson—. ¡Y sabe Dios que no era antes sencillo!

—¿Está usted seguro de que no se simplifica? —repuso Holmes—. Veamos, no va a progresar usted mucho con esa mirada de pasmo..., ¿encontraron algo en los bolsillos del muerto?

—Está todo allí —dijo Gregson señalando unos cuantos objetos reunidos en montón sobre uno de los primeros peldaños de la escalera—. Un reloj de oro, número noventa y siete ciento sesenta y tres, de la casa Barraud de Londres. Una cadena de lo mismo, muy maciza y pesada. Un anillo, también de oro, que ostenta el emblema de la masonería. Un alfiler de oro cuyo remate figura la cabeza de un bulldog, con dos rubíes a modo de ojos. Tarjetero de piel de Rusia con unas cartulinas a nombre de Enoch J. Drebber de Cleveland, título que corresponde a las iniciales E. J. D. bordadas en la ropa blanca. No hay monedero, aunque sí dinero suelto por un montante de siete libras trece chelines.

Una edición de bolsillo del Decamerón de Boccaccio con el nombre de Joseph Stangerson escrito en la guarda. Dos cartas, dirigida una a E. J. Drebber, y a Joseph Stangerson la otra.

—¿Y la dirección?

—American Exchange, Strand, donde debían permanecer hasta su oportuna solicitación. Proceden ambas de la Guion Steamship Company, y tratan de la zarpa de sus buques desde Liverpool. A la vista está que este desgraciado se disponía a volver a Nueva York.

—¿Ha averiguado usted algo sobre el tal Stangerson?

—Inicié las diligencias de inmediato —dijo Gregson—. He puesto anuncios en todos los periódicos, y uno de mis hombres se halla destacado en el American Exchange, de donde no ha vuelto aún.

—¿Han establecido contacto con Cleveland?

—Esta mañana, por telegrama.

—¿Cómo lo redactaron?

—Tras hacer una relación detallada de lo sucedido, solicitamos cuanta información pudiera sernos útil.

—¿Hizo hincapié en algún punto que le pareciese de especial importancia?

—Pedí informes acerca de Stangerson.

—¿Nada más? ¿No existe para usted ningún detalle capital sobre el que repose el misterio de este asunto? ¿No telegrafiará de nuevo?

—He dicho cuanto tenía que decir —repuso Gregson con el tono de amor propio ofendido.

Sherlock Holmes rió para sí, y parecía presto a una observación, cuando Lestrade, ocupado durante el interrogatorio en examinar la habitación delantera, hizo acto de presencia, frotándose las manos con mucha fachenda.

—El señor Gregson —dijo—, acaba de encontrar algo de suma importancia, algo que se nos habría escapado si no llega a darme por explorar atentamente las paredes.

Brillaban como brasas los ojos del hombrecillo, a duras penas capaz de contener la euforia en él despertada por ese tanto de ventaja obtenido sobre su rival.

—Síganme —dijo volviendo a la habitación, menos sombría desde el momento en que había sido retirado su lívido inquilino—. ¡Ahora, aguarden!

Encendió un fósforo frotándolo contra la suela de la bota, y lo acostó a guisa de antorcha a la pared.

—¡Vean ustedes! —exclamó, triunfante.

He dicho antes que el papel colgaba en andrajos aquí y allá. Justo donde arrojaba ahora el fósforo su luz, una gran tira se había desprendido del soporte, descubriendo un parche cuadrado de tosco revoco. De lado a lado podía leerse, garrapateada en rojo sangriento, la siguiente palabra:

RACHE

—¿Qué les parece? —clamó el detective alargando la mano con desparpajo de farandulero—. Por hallarse estos trazos en la esquina más oscura de la habitación nadie les había echado el ojo antes. El asesino o la asesina los plasmó con su propia sangre. Observen esa gota que se ha escurrido pared abajo... En fin, queda excluida la hipótesis del suicidio. ¿Por qué hubo de ser escrito el mensaje precisamente en el rincón? Ya he dado con la causa. Reparen en la vela que está sobre la repisa. Se encontraba entonces encendida, resultando de ahí una claridad mayor en la esquina que en el resto de la pieza.

—Muy bien. ¿Y qué conclusiones saca de este hallazgo suyo? —preguntó Gregson en tono despectivo.

—Escuche: el autor del escrito, hombre o mujer, iba a completar la palabra «Rachel» cuando se vio impedido de hacerlo. No le quepa duda que una vez desentrañado el caso saldrá a relucir una dama, de nombre, precisamente... ¡Sí, ría cuanto quiera, señor Holmes, mas no olvide, por listo que sea, que después de habladas y pensadas las cosas, no resta mejor método que el del viejo perro de rastreo!

—Le ruego que me perdone —repuso mi compañero, quien había excitado la cólera del hombrecillo con un súbito acceso de risa—. Sin duda corresponde a usted el mérito de haber descubierto antes que nadie la inscripción, debida, según usted afirma, a la mano de uno de los actores de este drama. No me ha dado lugar aún a examinar la habitación, cosa a la que ahora procederé con su permiso.

Esto dicho, desenterró de su bolsillo una cinta métrica y una lupa, de grueso cristal y redonda armadura. Pertrechado con semejantes herramientas, se aprestó después a una silenciosa exploración de la pieza, deteniéndose unas veces, arrodillándose otras, llegando incluso a ponerse de bruces en el suelo en determinada ocasión. Tan absorto se hallaba por la tarea, que parecía haber olvidado nuestra presencia, estableciendo consigo mismo un diálogo compuesto de un pintoresco conjunto de exclamaciones, gruñidos, susurros y ligeros gritos de triunfo y ánimo, emitidos en ininterrumpida sucesión. Imposible era, frente a parejo espectáculo, no darse a pensar en un sabueso bien entrenado y de pura sangre en persecución de su presa, ora haciendo camino, ora deshaciendo lo andado, anhelante siempre hasta el hallazgo del rastro perdido. Más de veinte minutos duraron las pesquisas, en el curso de las cuales fueron medidas con precisión matemática distancias entre marcas para mí invisibles, o aplicada la cinta métrica, repentinamente, y de forma igualmente inalcanzable, a los muros de la habitación. En cierto sitio reunió Holmes un montoncito de polvo gris y lo guardó en un sobre. Finalmente, aplicó al ojo la lupa y sometió cada una de las palabras escritas con sangre a un circunstanciadísimo examen. Hecho lo cual, debió dar las pesquisas por terminadas, ya que fueron lupa y cinta devueltos a sus primitivos lugares.

—Se ha dicho que el genio se caracteriza por su infinita sensibilidad para el detalle —observó con una sonrisa—. La definición es muy mala, pero rige en lo tocante al oficio detectivesco.

Gregson y Lestrade habían seguido las maniobras de su compañero amateur con notable curiosidad y un punto de desdén. Evidentemente ignoraban aún, como yo había ignorado hasta poco antes, que los más insignificantes ademanes de Sherlock Holmes iban enderezados siempre a un fin práctico y definido.

—¿Cuál es su dictamen? —inquirieron a coro.

—¿Me creen capaz de menoscabar su mérito, osando iluminarles sobre el caso?

—repuso mi amigo—. Están ustedes llevándolo muy diestramente, y sería pena inmiscuirse.

No necesito decir la hiriente ironía de estas palabras.

—Si tienen ustedes en lo sucesivo la bondad de confiarme la naturaleza de sus investigaciones —prosiguió—, me placerá ayudarles en la medida de mis fuerzas.

Entre tanto sería conveniente cruzar unas palabras con el policía que halló el cadáver.

¿Podría saber su nombre y dirección?

Lestrade consultó un libro de notas.

—John Rance —dijo—. Está ahora fuera de servicio. Puede encontrarle en el cuarenta y seis de Audley Court, Kennington Park Gate.

Holmes tomó nota de la dirección.

—Venga, doctor —añadió—; vayamos a echar un vistazo a nuestro hombre... En cuanto a ustedes —dijo volviéndose hacia los policías—, les haré saber algo que acaso sea de su incumbencia. Existe un asesinato, cometido, para más señas, por un hombre. Mide más de uno ochenta, se halla en la flor de la vida, tiene pie pequeño para su altura, llevaba a la sazón unas botas bastas de punta cuadrada y estaba fumando un cigarro puro tipo Trichinopoly. Llegó aquí con su víctima en un carruaje de cuatro ruedas, tirado por un caballo con tres cascos viejos y uno nuevo, el de la pata delantera derecha; probablemente el asesino es de faz rubicunda, y ostenta en la mano diestra unas uñas de peculiar longitud. No son muchos los datos, aunque pueden resultar de alguna ayuda.

Lestrade y Gregson intercambiaron una sonrisa de incredulidad.

—Suponiendo que se haya producido un asesinato, ¿cómo llegó a ser ejecutado? —preguntó el primero.

—Veneno —repuso cortante Sherlock Holmes, y se dirigió hacia la puerta—. Otra cosa, Lestrade —añadió antes de salir—. «Rache» es palabra alemana que significa «Venganza», de modo que no pierda el tiempo buscando a una dama de

ese nombre.

Disparada la última andanada dejó la habitación, y con ella a los dos boquiabiertos rivales.

4. El informe de John Rance

A la una de la tarde abandonamos el número tres de Lauriston Gardens. Sherlock Holmes me condujo hasta la oficina de telégrafos más próxima, donde despachó una larga nota. Después llamó a un coche de alquiler, y dio al conductor la dirección que poco antes nos había facilitado Lestrade.

—La mejor evidencia es la que se obtiene de primera mano —observó mi amigo—; yo tengo hecha ya una composición de lugar, y aún así no desdeño ningún nuevo dato, por menudo que parezca.

—Me asombra usted, Holmes —dije—. Por descontado, no está usted tan seguro como parece de los particulares que enumeró hace un rato.

—No existe posibilidad de error —contestó—. Nada más llegado eché de ver dos surcos que un carruaje había dejado sobre el barro, a orillas de la acera. Como desde hace una semana, y hasta ayer noche, no ha caído una gota de lluvia, era fuerza que esas dos profundas rodadas se hubieran producido justo por entonces, esto es, ya anochecido. También aprecié pisadas de caballo, las correspondientes a uno de los cascos más nítidas que las de los otros tres restantes, prueba de que el animal había sido herrado recientemente. En fin, si el coche estuvo allí después de comenzada la lluvia, pero ya no estaba —al menos tal asegura Gregson— por la mañana, se sigue que hizo acto de presencia durante la noche, y que, por tanto, trajo a la casa a nuestros dos individuos.

—De momento, sea... —repuse—; ¿pero cómo se explica que obre en su conocimiento la estatura del otro hombre?

—Es claro; en nueve de cada diez casos, la altura de un individuo está en consonancia con el largor de su zancada. El cálculo no presenta dificultades, aunque tampoco es cuestión de que le aburra ahora a usted dándole pormenores. Las huellas visibles en la arcilla del exterior y el polvo del interior me permitieron estimar el espacio existente entre paso y paso. Otra oportunidad se me ofreció para poner a prueba esta primera conjetura... Cuando un hombre escribe sobre una pared, alarga la mano, por instinto, a la altura de sus ojos. Las

palabras que hemos encontrado se hallaban a más de seis pies del suelo. Como ve, se trata de un juego de niños.

—¿Y la edad?

—Un tipo que de una zancada se planta a cuatro pies y medio de donde estaba, anda todavía bastante terne. En el sendero del jardín vi un charco de semejante anchura con dos clases de huellas: las de las botas de charol, que lo habían bordeado, y las de las botas de puntera cuadrada, que habían pasado por encima. Aquí no hay misterios. Me limito a aplicar a la vida ordinaria los preceptos sobre observación y deducción que usted pudo leer en aquel artículo. ¿Tiene alguna otra curiosidad?

—La longitud de las uñas y la marca del tabaco —dije.

—La inscripción de la pared fue efectuada con la uña del dedo índice, untada en sangre. A través de la lupa acerté a observar que el estuco se hallaba algo rayado, prueba de que la uña no había sido recortada. Recogí una muestra de la ceniza esparcida por el suelo. Era oscura, y como formando escamas: este residuo sólo lo produce un cigarro tipo Trichinopoly. He leído estudios sobre la ceniza del tabaco, llegando a escribir incluso un trabajo científico. Me precio de poder distinguir todas las marcas de puro o cigarrillo no más que echando un vistazo a sus restos quemados. En detalles como éste se diferencia el detective hábil de los practicones al estilo de Lestrade o Gregson.

—¿Y la faz rubicunda? —pregunté.

—Ésa ha sido una conjetura un tanto aventurada, aunque no dudo de su verdad.

De momento, permítame callar semejante punto.

Me pasé la mano por la frente.

—Siento como si fuera a estallarme la cabeza... —observé—. Cuanto más cavilo sobre el asunto, más enigmático se me antoja. ¿Cómo diablos entraron los dos hombres —supuesto que fuesen dos— en la casa vacía? ¿Qué ha sido del cochero que los llevó hasta ella? ¿De qué expediente usó uno de los individuos para que engullera el otro el veneno? ¿De dónde procede la sangre? ¿Cuál pudo ser el objeto del asesinato, si descartamos el robo? ¿Por qué conducto llegó el anillo de la mujer hasta la casa? Ante todo, ¿a santo de qué se puso a escribir el

segundo hombre la palabra alemana «RACHE» antes de levantar el vuelo? Me reconozco incapaz de poner en armonía tantos hechos contradictorios.

Mi compañero sonrió con gesto aprobatorio.

—Ha resumido usted los aspectos problemáticos del caso de forma sucinta e inteligente —dijo—. Resta aún mucho por ser elucidado, aunque tengo ya pronto un veredicto sobre los puntos clave. En lo referente al descubrimiento de ese infeliz de Lestrade, se trata no más que de una añagaza para situar a la policía sobre una pista falsa, insinuándole historias de socialismo y sociedades secretas. Mas no hay alemanes por medio. La «A», fíjese bien, estaba escrita con caligrafía un poco gótica. Ahora bien, los alemanes de veras emplean siempre los caracteres latinos, de donde cabe afirmar que nos hallamos frente a un burdo imitador empeñado en exagerar un tanto su papel. Existía el propósito de conducir la investigación fuera de su curso adecuado. De momento, no más aclaraciones, doctor; como usted sabe, los adivinadores malogran su magia al desvelar el artificio que hay detrás de ella, y si continúo explicándole mi método va a llegar a la conclusión de que soy un tipo vulgar, después de todo.

—Puede usted tener la seguridad de lo contrario —repuse—; ha traído la investigación detectivesca a un grado de exactitud científica que jamás volverá a ser visto en el mundo.

Un puro rubor de satisfacción encendió el rostro de mi compañero ante semejantes palabras y el tono de verdad con que estaban dichas. Había ya observado que era tan sensible el halago en lo atañedero a su arte, como pueda serlo cualquier muchachita respecto de su belleza física.

—Otra cosa voy a confiarle —dijo—. El que gastaba bota acharolada, y su acompañante, el de las botas de puntera cuadrada, llegaron en el mismo coche de alquiler e hicieron el sendero juntos y en buena amistad, probablemente cogidos del brazo. Una vez dentro, recorrieron varias veces la habitación —mejor dicho, las botas de charol permanecieron fijas en un punto mientras las otras medían sucesivamente la estancia—. Estos hechos se hallaban escritos en el polvo; pude apreciar también que el individuo en movimiento fue dejándose ganar por el nerviosismo. La longitud creciente de sus pasos lo demuestra. En ningún instante dejó de hablar, al tiempo que su furia, sin duda, iba en aumento. Entonces ocurrió la tragedia. Dispone usted ya de todos los datos ciertos, puesto que los restantes entran en el campo de la conjetura. Nuestra base de partida, sin

embargo, no es mala. ¡Ahora, apresurémonos! ¡No quiero dejar de asistir esta tarde al concierto que en el Hall da Norman Neruda!

Esta conversación tuvo lugar mientras el carruaje hilaba su camino por una infinita sucesión de sucias calles y tristes pasadizos. Llegados éramos al más sucio y triste de todos, cuando el cochero detuvo de pronto su vehículo.

—Ahí está Audley Court —explicó, señalando una grieta o corredor abierto en el frontero muro de ladrillos—. De vuelta, me hallarán en el mismo lugar.

Audley Court no era un paraje placentero. Calle adelante desembocamos en un patio cuadrangular, tendido de losas y con sórdidas construcciones a los lados. Allí, entre grupos de chiquillos mugrientos, y sorteando las cuerdas empavesadas de ropa puesta a secar, llegamos a nuestro paradero, la puerta del número 45, guarnecida de una pequeña placa de bronce que ostentaba el nombre de «Rance». Fuimos enterados de que el policía estaba en la cama, y hubimos de aguardarlo en una breve pieza que a la entrada hacía las veces de sala de recibir.

Al fin apareció el hombre, un tanto enfadado, según se echaba de ver, por la súbita interrupción de su sueño.

—Ya he presentado mi informe en la comisaría —dijo.

Holmes enterró la mano en el bolsillo, sacó medio soberano, y se puso a juguetear con él despaciosamente.

—Resulta que nos gustaría oírlo repetido de sus propios labios —afirmó.

—Estoy a su completa disposición —repuso entonces el policía, súbitamente fascinado por el pequeño disco de oro.

—Diga no más, como le venga a las mientes, lo que usted presenció.

Rance tomó asiento en el sofá de crin y contrajo las cejas, en la actitud de quien

se concentra para poner toda su alma en una empresa.

—Ahí va la historia entera —dijo—. Mi ronda dura desde las diez de la noche a las seis de la madrugada. A las once hubo trifulca en «El Ciervo Blanco», pero, fuera de eso, no se produjo otra novedad durante el tiempo de servicio. A la una,

cuando comenzaban a caer las primeras gotas, me tropecé en la esquina de Henrietta Street a Harry Murcher —el que tiene a su cargo la vigilancia de Holland Grove—, y allí estuvimos de palique un buen rato. Hacia las dos —o quizá un poco más tarde— me puse otra vez en movimiento para ver si todo seguía en orden en Brixton Road. Ni un susurro se oía en la calle enfangada... Tampoco se me echó a la cara persona viviente, aunque me rebasaron uno o dos coches. Seguí mi marcha, pensando, dicho sea entre nosotros, en lo bien que me vendría un vaso de ginebra calentita, de los de a cuatro, cuando súbitamente percibí un rayo de luz filtrándose por una de las ventanas de la casa en cuestión. Ahora bien, yo sabía que esas dos casas de Lauriston Gardens estaban deshabitadas con motivo de unos desagües que el dueño se negaba a reponer, siendo así que el último inquilino había muerto de unas tifoideas. Me dejó un tanto patitieso aquella luz, y sospeché de inmediato alguna irregularidad. Alcanzada la puerta...

—Se detuvo usted, y retrocedió después hasta la cancela del jardín —interrumpió mi compañero—. ¿Por qué?

Rance se sobrecogió todo, fijos los maravillados ojos en Sherlock Holmes.

—¡Cierto, señor! —dijo—, aunque el diablo me confunda si llego a saber alguna vez cómo lo ha adivinado usted. En fin, ganada la puerta, me pareció aquello tan silencioso y solitario que consideré oportuno agenciarme antes la ayuda de otra persona. No hay bicho de carne y hueso que me asuste, pero me dio por imaginar que a lo mejor el difunto de las fiebres tifoideas andaba revolviendo en los desagües para ver qué se lo había llevado al otro mundo. Esta idea me produjo como un cosquilleo, y viré hasta la puerta del jardín, desde donde no se oteaba rastro de la linterna de Murcher ni de persona alguna.

—¿No había nadie en la calle?

—Nadie, señor, ni tan siquiera un perro se echaba de ver... Hice entonces de tripas corazón, volví sobre mis pasos y empujé la puerta. Adentro no encontré novedad, sólo una luz brillando en la habitación. Se trataba de una vela colocada encima de la repisa de la chimenea, una vela roja, por cuyo resplandor yo...

—Sí, sé ya todo lo que usted vio. Dio varias vueltas por la pieza, y después se hincó de rodillas junto al cadáver, y después caminó en derechura a la puerta de la cocina, y después...

John Race se puso en pie de un salto, pintado el susto en la cara y con una expresión de desconfianza en los ojos.

—¿Desde dónde estuvo espiándome? —exclamó—. Me da en la nariz que sabe usted mucho más de lo que debiera.

Soltando una carcajada, arrojó Holmes su tarjeta sobre la mesa.

—¡No se le ocurra arrestarme por asesinato! —dijo—. Soy de la jauría, no la pieza perseguida. El señor Gregson o el señor Lestrade pueden atestiguarlo. Ahora, adelante. ¿Qué ocurrió a continuación?

Rance volvió a sentarse, sin que desapareciera empero de su rostro la expresión de desconfianza.

—Volví a la cancela e hice sonar mi silbato. A la llamada acudieron Murcher y otros dos compañeros.

—¿Seguía la calle despejada de gente?

—De gente útil, sí.

—¿Qué quiere usted decir?

La boca del policía se distendió en una amplia sonrisa.

—Llevo vistos muchos hombres en mi vida —adujo—, aunque todos se me antojan sobrios al lado de aquel tipo. Estaba junto a la cancela cuando salí de la casa, apoyado en la verja y gritando a los cuatro vientos una canción que se titula Columbine's New-fangled Banner, o cosa por el estilo. No se aguantaba en pie.

¡Bonita ayuda iba a prestarme!

—Descríbame al hombre —dijo Sherlock Holmes.

Esta reiterada digresión pareció irritar un tanto a Rance.

—¡Un borracho muy peculiar! —prosiguió—. A no ser el momento que era, habría acabado en la comisaría.

—Su rostro, sus ropas... ¿Reparó en ellas? —atajó Holmes impaciente.

—¿Cómo no, si hubimos de sentarlo, para que no se cayera, entre Murcher y yo?

Era un tipo largo, de mejillas rojas, con la parte inferior de la cara embozada...

—Basta con eso —exclamó Holmes—. ¿Qué fue del hombre?

—¡Pues no teníamos poco que hacer, para cuidar encima de él! —repuso el policía en tono ofendido—. Estese tranquilo: habrá sabido volver solito a su casa.

—¿Cómo iba vestido?

—Con un abrigo marrón.

—¿Sostenía un látigo en la mano?

—¿Un látigo? No...

—No lo llevaba consigo esta segunda vez... —murmuró mi compañero—. ¿Oyó usted o pudo ver al cabo de un rato, un coche de caballos?

—No.

—Ea, es dueño usted de medio soberano —dijo mi compañero, poniéndose en pie y recogiendo su sombrero—. Temo, Rance, que no le aguarda un futuro brillante en el Cuerpo. La cabeza de usted no debiera ser sólo de adorno. Pudo haber ganado ayer noche los galones de sargento. El hombre que sostuvo en sus brazos encierra la solución de este misterio, y constituye el principal objeto de nuestras pesquisas. No es momento de que demos más vueltas al asunto... Confórmese con mi palabra. Andando, doctor...

Enfilamos el camino de vuelta al coche, dejando a nuestro informador indeciso entre la incredulidad y la pena.

—¡Valiente idiota! ¡Pensar que ha desperdiciado una de esas oportunidades que sólo se presentan una vez en un millón!

—Yo estoy aún a oscuras. La descripción del hombre coincide con sus presunciones acerca del segundo actor de este drama, pero... ¿por qué hubo de volver a la casa? No suelen conducirse así los criminales.

—El anillo, amigo mío, el anillo; he ahí la causa de su retorno. Si no se nos presenta otro medio de echar el lazo al criminal, podemos aún probar suerte con el anillo. Voy a atraparlo, doctor; le apuesto a usted dos a uno que no se me va de las manos. Por cierto, gracias. A no ser por su insistencia, me habría perdido el caso más bonito de todos cuantos se me han presentado. Podríamos llamarlo estudio en escarlata... ¿Por qué no emplear por una vez una jerga pintoresca? Existe una roja hebra criminal en la madeja incolora de la vida, y nuestra misión consiste en desenredarla, aislarla, y poner al descubierto sus más insignificantes sinuosidades. Ahora a comer, y después a oír a Norman Neruda. Maneja el dedo y pulsa la cuerda de modo admirable... ¿Cuál esa melodía de Chopin que interpreta tan maravillosamente? Tra-lala-Lara-lira-lei.

Y el sabueso amateur, recostado en su asiento, siguió lanzando trinos, en tanto meditaba yo sobre los arcanos del alma humana.

5. Nuestro anuncio atrae aun visitante

Con el excesivo ajetreo de la jornada se resintió mi no fuerte salud, y por la tarde estaba agotado. Después que Holmes hubo partido al concierto, busqué el sofá para descabezar allí dos horas de sueño. Vano intento. Tras todo lo ocurrido, no cesaban de cruzar por mi agitada imaginación las más insólitas conjeturas y fantasías. Apenas cerrados los ojos veía delante de mí el descompuesto semblante, la traza simiesca del hombre asesinado. Tan sobrecogedora era la impresión suscitada por ese rostro que, aun sin quererlo, sentía un impulso de gratitud hacia la mano anónima que había obrado su extrañamiento de este mundo. Nunca se ha plasmado el vicio con elocuencia tan repugnante como la manifestada por las facciones de Enoch J. Drebber, avecindado en Cleveland. Naturalmente, no desconocía que la ley tiene también sus imperativos y que la depravación de la víctima no constituye motivo de disculpa para el criminal.

Cuanto más cavilaba sobre lo acontecido, tanto más extraordinaria se me volvía la hipótesis de mi compañero acerca de una muerte por envenenamiento. Recordaba ahora su gesto de aplicar la nariz a los labios del interfecto, y no dudaba en atribuirlo a alguna razón de peso. Pero descartado el veneno, ¿a qué causa remitirse, si no se apreciaban heridas ni huellas de estrangulamiento? Y además, ¿a quién demonios pertenecía la sangre, profusamente esparcida por el suelo? No existían señales de lucha, ni se había encontrado junto al cuerpo ningún arma de que pudiera servirse el agredido para atacar a su ofensor. ¡Duro trabajo el de conciliar el sueño, para Holmes no menos que para mí, en medio de tanto interrogante sin respuesta! Sólo de una secreta y satisfactoria explicación de los hechos, una explicación que aún no se me alcanzaba, podía dimanar, según me lo parecía a mí entonces, la serena y segura actitud de Holmes.

Éste volvió tarde, mucho más de lo que el concierto exigía. La cena estaba ya servida.

—¡Soberbio recital! —comentó mientras tomaba asiento—. ¿Recuerda usted lo que Darwin ha dicho acerca de la música? En su opinión, la facultad de producir y apreciar una armonía data en la raza humana de mayor antigüedad que el uso del lenguaje. Acaso sea ésta la causa de que influya en nosotros de forma tan

sutil. Perviven en nuestras almas recuerdos borrosos de aquellos siglos en que el mundo se hallaba aún en su niñez...

—No me parece la idea muy estricta —apunté.

—Las ideas sobre la naturaleza han de ser tan holgadas como la naturaleza misma. ¿Cómo podría de otra manera ser ésta interpretada? A propósito —prosiguió

—, su aspecto no es el de siempre. Se conoce que el asunto de Brixton Road le tiene a usted trastornado.

—No voy a decirle que no —repuse—. Y el caso es que con la experiencia de Afganistán debiera haberme curtido un poco. He visto a camaradas hechos picadillo en Maiwand sin conmoverme de este modo.

—Me hago cargo. Este asunto está envuelto en un misterio que estimula la imaginación; sin la imaginación no existe el miedo. ¿Ha leído usted el periódico de esta tarde?

—No.

—Rinde cumplida cuenta de lo sucedido, quitando que, al ser aupado el cuerpo, rodó un anillo de compromiso por el suelo. No es inoportuno el olvido.

—Explíqueme eso.

—Eche un vistazo a este anuncio —repuso—. He enviado por la mañana uno idéntico a cada periódico, inmediatamente después de ocurrida la cosa.

Me hizo llegar el periódico desde el otro lado de la mesa, y yo busqué con los ojos el lugar señalado. Ocupaba el mensaje la cabeza de la columna destinada a «Hallazgos».

«Esta mañana», decía, «ha sido encontrado un anillo de compromiso, en oro de ley, en el tramo de Brixton Road comprendido entre la taberna de "El Ciervo Blanco" y Holand Grove. Dirigirse al Doctor Watson, 221 B, Baker Street, de ocho a nueve de la noche.»

—Disculpe que haya utilizado su nombre —prosiguió—, pero el mío habría sido

visto por alguno de estos badulaques, siempre prontos a meter las narices donde no les llaman.

—Eso no importa —repuse—. Importa más que no tengo el anillo.

—¡Claro que lo tiene! —exclamó, entregándome uno—. Para el caso es lo mismo, casi un facsímil.

—¿Y quién cree usted que contestará al anuncio?

—Naturalmente el tipo de abrigo marrón, nuestro amigo de rostro congestionado y botas con puntera cuadrada. Si no se presenta él personalmente, enviará a un cómplice.

—¿No se le antoja la maniobra demasiado peligrosa?

—En absoluto. Si estoy en lo cierto, y todo indica que tal es el caso, el hombre que nos preocupa sacrificaría cualquier cosa por no perder el anillo. Sospecho que se le cayó al suelo cuando se inclinaba sobre el cadáver, y que al pronto no lo echó en falta. Después de abandonar la casa y descubrir su pérdida, dio presurosa marcha atrás, pero la Policía había sido atraída ya a causa de la vela, que tontamente había dejado encendida. Se fingió borracho para despejar las sospechas acaso despertadas por su presencia en la cancela. Ahora, póngase en el pellejo de nuestro personaje. Revisando el caso, le habrá dado por pensar que el extravío ha podido producirse en la calle, fuera ya de la casa. ¿Qué hacer entonces? Sin duda ha consultado afanosamente los periódicos de la tarde, en la esperanza de hallar razón del objeto perdido. Mi anuncio no ha podido escapar a su atención. Estará ahora felicitándose de su suerte. ¿Por qué recelar una trampa? Desde su punto de vista, ninguna relación puede establecerse entre el hallazgo del anillo y el asesinato. Es probable que venga..., mejor aún, es inevitable. Aquí le tendremos antes de una hora.

—¿Y después? —dije.

—Déjelo de mi cuenta... ¿Dispone usted de algún arma?

—Mi viejo revólver de soldado y unos cuantos cartuchos.

—Pues ya está usted limpiando ese revólver y poniendo los cartuchos en la recámara. Nuestro visitante es un hombre desesperado, sin nada que perder;

acaso no baste el cogerlo desprevenido.

Fui a mi alcoba e hice lo que se me había aconsejado. Cuando volví con la pistola estaba ya la mesa despejada y Holmes, como otras veces, mataba el tiempo arañando las cuerdas de su violín.

—Cada vez es más espesa la maraña —observó al verme entrar—. Acabo de recibir desde América contestación a mi telegrama, y resulta que me hallaba en lo cierto.

—Explíquese —pedí entonces, impaciente.

—Este violín requiere cuerdas nuevas —dijo evasivamente Holmes—. En fin, métase la pistola en el bolsillo, y cuando se nos presente aquí ese pájaro, háblele sosegadamente. Yo me ocupo del resto. Evite las miradas insistentes, no vaya a despertar en él sospechas.

—Son en este instante exactamente las ocho —comenté, mirando el reloj.

—Estará probablemente aquí pasados unos minutos. Deje la puerta entreabierta. Así... Ahora, introduzca la llave por la parte de dentro. ¡Gracias! Encontré ayer esta rareza en un puesto de libros de lance... Se trata de De Jure ínter Gentes impreso en latín por una casa de Lieja, en los Países Bajos, allá por el año 1642. La cabeza del rey Carlos no había rodado aún por el cadalso cuando este pequeño volumen de tejuelos marrones vio la luz.

—¿Quién es el impresor?

—Philippe de Croy, o quien quiera que sea. En la guarda, con tinta casi borrada por los años, está escrita la leyenda «Ex libris Gulielmi Whyte». Me pregunto quién será el tal Willam Whyte. Probablemente un pragmático del XVII, como se echa de ver por el estilo abogadesco de su prosa. ¡Pero he aquí a nuestro hombre, según creo!

En ese instante se oyó en la entrada un fuerte campanillazo. Sherlock Holmes se incorporó suavemente y puso su silla frontera a la puerta. Oímos los pasos de la criada a través del vestíbulo, y después el ruido seco del picaporte al ser accionado.

—¿Vive aquí el doctor Watson? —preguntó una voz clara aunque más bien

áspera.

No pudimos escuchar la respuesta de la sirviente, pero la puerta se cerró, siguiendo a ese ruido el de unos pasos escaleras arriba. Se apoyaban los pies sobre el suelo indecisamente, como arrastrándose. A medida que estas señales llegaban a mi compañero, una expresión de sorpresa iba pintándose en su rostro. Vino a continuación la penosa travesía del pasillo, y por fin unos débiles golpe de nudillos sobre la puerta.

—¡Adelante! —exclamé.

A mi convocatoria, en vez de la fiera humana que esperábamos, acudió renqueando una anciana y decrépita mujer. Pareció deslumbrada por el súbito destello de luz, y tras esbozar una reverencia, permaneció inmóvil, parpadeando en dirección nuestra mientras sus dedos se agitaban nerviosos e inseguros en la faltriquera. Miró a mi amigo, cuyo semblante había adquirido tal expresión de desconsuelo que a poco más pierdo la compostura y rompo a reír.

El vejestorio desenterró de sus ropas un periódico de la tarde y señaló nuestro anuncio.

—Aquí me tienen en busca de lo mío, caballeros —dijo improvisando otra reverencia—; un anillo de compromiso perdido en Brixton Road. Pertenece a mi Sally, casada hace doce meses con un hombre que trabaja como camarero en un barco de la Unión. ¡No quiero ni decirles lo que pasaría si a la vuelta ve a su mujer sin el anillo! ¡Es de natural irascible, y de malísimas pulgas cuando le da a la botella! Sin ir más lejos ayer fue mi niña al circo...

—¿Es éste el anillo? —pregunté.

—¡El Señor sea alabado! —exclamó la mujer—. Feliz noche le aguarda hoy a

Sally... Éste es el anillo.

—¿Tendría la bondad de darme su dirección? —inquirí, tomando un lápiz.

—Duncan Street 13, Houndsditch. Muy a desmano de aquí.

—La calle Brixton no queda entre Houndsditch y circo alguno —terció entonces Sherlock Holmes, cortante.

La anciana dio media vuelta, mirándole vivamente con sus ojillos enrojecidos.

—El caballero pedía razón de mis señas —dijo—. Sally vive en el 3 de Mayfield Place, Peckham.

—¿Su apellido es...?

—Mi apellido es Sawyer, y el de ella Dennis, Dennis por Tom Dennis, su marido, un chico apañadito mientras está navegando —los jefes, por cierto, lo traen en palmitas—, pero no tanto en tierra, a causa de las mujeres y los bares...

—Aquí tiene usted el anillo, señora Sawyer —interrumpí de acuerdo con una seña de mi compañero—; no dudo que pertenece a su hija, y me complace devolverlo a su legítimo dueño.

Con mucho sahumerio de bendiciones, y haciendo protestas de gratitud, aquella ruina se embolsó el anillo, deslizándose después escaleras abajo. En ese mismo instante Sherlock Holmes saltó literalmente de su asiento y acudió veloz a su cuarto. Transcurridos apenas unos segundos apareció envuelto en un abrigo largo y amplio, de los llamados Ulster, y vestido el cuello con una bufanda.

—Voy a seguirla —me espetó a bocajarro—; se trata sin duda de un cómplice que nos conducirá hasta nuestro hombre. ¡Aguarde aquí mi vuelta!

Apenas si la puerta principal se había cerrado tras el paso de nuestra visitante, cuando Holmes se precipitó escaleras abajo. A través de la ventana pude observar a la vieja caminando penosamente a lo largo de la acera opuesta, mientras mi amigo la perseguía a una prudencial distancia.

—O es todo un disparate —pensé—, o esta mujer le llevará a la entraña del misterio.

No necesitaba Holmes haberme dicho que le aguardara en pie, puesto que jamás habría podido conciliar el sueño hasta conocer el desenlace de la aventura.

Holmes había partido al filo de las nueve. No teniendo noción de cuando volvería, decidí matar el tiempo aspirando estúpidamente el humo de mi pipa mientras fingía leer la Vie de Bohème de Henri Murger. Dieron las diez y oí los pasos de la sirviente camino de su dormitorio. Sonaron las once, y el más cadencioso taconeo del ama de llaves cruzó delante de mi puerta, en dirección

también a la cama. Serían casi las doce cuando llegó a mis oídos el ruido seco del picaporte de la entrada. Ver a mi amigo y adivinar que no le había asistido el éxito fue todo uno. La pena y el buen humor parecían disputarse en él la preeminencia, hasta que de pronto llevó el segundo la mejor parte y Holmes dejó escapar una franca carcajada.

—¡Por nada del mundo permitiría que Scotland Yard llegase a saber lo ocurrido! —exclamó, derrumbándose en su butaca—. He hecho tanta burla de ellos que no cesarían de recordármelo hasta el fin de mis días. Sí, me río porque adivino que a la larga me saldré con la mía.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Le contaré un descalabro. Escuche: la vieja había caminado un trecho cuando comenzó a cojear, dando muestras de tener los pies baldados. Al fin se detuvo e hizo señas a un coche de punto. Acorté la distancia con el propósito de oír la dirección señalada al cochero, aunque por las voces de la vieja, bastantes a derribar una muralla, bien pudiera haber excusado tanta cautela. «¡Lléveme al 13 de Duncan Street, Houndsditch», chilló. «¿Habrá dicho antes la verdad?», pensé entonces para mí, y viéndola ya dentro del vehículo, me enganché a la trasera de éste. Se trata el último, por cierto, de un arte que todo detective debiera dominar. En fin, nos pusimos en movimiento, sin que una sola vez aminoraran los caballos su marcha hasta la calle en cuestión. Antes de alcanzada la decimotercera puerta desmonté e hice lo que quedaba de camino a pie, más bien despacio, como un paseante cualquiera. Vi detenerse el coche. Su conductor saltó del pescante y fue a abrir una de sus portezuelas, donde permaneció un rato a la espera. Nadie asomó la cabeza. Cuando llegué allí estaba el hombre palpando el interior de la cabina con aire de pasmo, al tiempo que adornaba su cólera con el más florido rosario de improperios que jamás haya escuchado. No había trazas del pasajero, quien según creo va a demorar no poco rato el importe de la carrera. Al preguntar en el número 13, supe que se hallaba ocupado por un respetable industrial de papeles pintados, de nombre Keswick, y que ninguna persona apellidada Sawyer o Dennis había sido vista en el referido inmueble.

—¿Pretende usted decirme —repuse asombrado—, que esa vieja y vacilante anciana ha sido capaz de saltar del coche en marcha sin que usted o el piloto se apercibieran de ello?

—¡Dios confunda a la vieja! —dijo con mucho énfasis Sherlock Holmes—.

¡Viejas nosotros, y viejas burladas! ¡Ha debido tratarse de un hombre joven y vigoroso, amén de excelente actor! Su caracterización ha sido inmejorable. Observó sin duda que estaba siendo perseguido, y se las compuso para darme esquinazo. Ello demuestra que el sujeto tras el cual nos afanamos no se halla tan desasistido como yo pensaba, y que cuenta con amigos dispuestos a jugarse algo por él. Bueno, doctor, parece usted agotado... Siga mi consejo y acuéstese.

Me encontraba en verdad al límite de mis fuerzas, de modo que di por buena aquella invitación. Dejé a Holmes sentado frente al fuego en brasas, y, muy entrada ya la noche, pude oír los suaves y melancólicos gemidos de su violín, señal de que se hallaba el músico meditando sobre el extraño problema pendiente todavía de explicación.

6. Tobías Gregson en acción

Al día siguiente sólo tenía la prensa palabras para «El misterio de Brixton», según fue bautizado aquel suceso. Tras hacer una detallada relación de lo ocurrido, algún periódico le dedicaba además el artículo de fondo. Vine así al conocimiento de puntos para mí inéditos. Conservo todavía en mi libro de recortes numerosos extractos y fragmentos relativos al caso. He aquí una muestra de ellos:

El Daily Telegraph señalaba que en la historia del crimen difícilmente podría hallarse un episodio rodeado de circunstancias más desconcertantes. El nombre alemán de la víctima, la ausencia de móviles, y la siniestra inscripción sobre el muro, apuntaban conjuntamente hacia un ajuste de cuentas entre refugiados políticos o elementos revolucionarios. Los socialistas tenían varias ramificaciones en América, y el interfecto había violado sin duda las reglas tácitas del juego, siendo por ese motivo rastreado hasta Londres. Tras traer un tanto extemporáneamente a colación a la Vehmgericht, el aqua tofana, los Carbonari, a la marquesa de Brinvilliers, la teoría darwiniana, los principios de Malthus, y el asesinato de la carretera de Ratcliff, el autor del artículo remataba su perorata con una admonición al gobierno y la recomendación de que los extranjeros residentes en Inglaterra fuesen vigilados más de cerca.

Al Standard todo se le volvía decir que esta clase de crímenes tendían a cundir bajo los gobiernos liberales. Estaba su causa en el soliviantamiento de las masas y la consiguiente debilitación de la autoridad. El finado era de hecho un caballero americano que llevaba residiendo algunas semanas en la metrópoli. Se había alojado en la pensión de madame Charpentier, en Torquay Terrace, Camberwell. El señor Joseph Stangerson, su secretario particular, le acompañaba en sus viajes. El martes día 4 habían partido los dos hacia Euston Station con el manifiesto propósito de coger el expreso de Liverpool. No existían dudas sobre su presencia conjunta en uno de los andenes de la estación. Aquí se extraviaba el rastro de ambos caballeros hasta el ya referido hallazgo del cadáver del señor Drebber en la casa vacía de Brixton Road, a muchas millas de distancia de Euston. Cómo pudo la víctima alcanzar el escenario del crimen y hallar la

muerte, eran interrogantes aún abiertos. Acerca del paradero del señor Stangerson no se sabía absolutamente nada. Por fortuna incumbía al señor Lestrade y al señor Gregson, de Scotland Yard, la investigación del caso, sobre cuyo esclarecimiento, dada la conocida pericia de ambos inspectores, cabría esperar pronto noticias.

Según el Daily News, el crimen no podía ser sino político. El ejercicio despótico del poder y el odio al liberalismo, propios de los gobiernos continentales, arrojaban hacia nuestras costas a muchos hombres que acaso fueran excelentes ciudadanos a no hallarse su espíritu estragado por el recuerdo de los padecimientos sufridos. Entre estas gentes regía un puntilloso código de honor cuyo incumplimiento se castigaba con la muerte. No debía excusarse ningún esfuerzo en la búsqueda del secretario, Stangerson, ni en la investigación de algunos puntos concernientes a los hábitos de vida del interfecto. De gran importancia resultaba sin duda el descubrimiento de la casa donde éste se había hospedado, hazaña imputable enteramente a la perspicacia y energía del señor Gregson, de Scotland Yard.

Sherlock Holmes y yo repasamos estas noticias durante el desayuno, con gran regocijo por parte de mi amigo.

—Ya le dije que, independientemente de cómo discurriera esta historia, los laureles serían al foral para Gregson y Lestrade.

—Según qué visos tome la cosa.

—¡Da lo mismo, bendito de Dios! Si nuestro hombre resulta atrapado, lo habrá sido en razón de sus esfuerzos; si por el contrario escapa, lo hará pese a ellos. Ocurra una cosa o la opuesta, llevan las de ganar... Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

—¿Qué demonios sucede? —exclamé yo, pues se había producido de pronto, en el vestíbulo primero y después en las escaleras, un gran estrépito de pasos, acompañados de audibles muestras de disgusto por parte del ama de llaves.

—Va usted a conocer el ejército de policías que tengo a mi servicio en Baker Street —repuso gravemente mi compañero, y en ese momento se precipitaron en la habitación media docena de los más costrosos pilluelos que nunca haya acertado a ver.

—¡Fiiirmés! —gritó Holmes con bronca voz, y los seis perdidos se alinearon enhiestos y horribles como seis esfinges de quincallería.

—De aquí en adelante —prosiguió Holmes—, será Wiggins quien suba a darme el parte, y vosotros os quedaréis abajo. ¿Ha habido suerte, Wiggins?

—No, patrón, todavía no —dijo uno de los jóvenes.

—En verdad, no esperaba otra cosa. Sin embargo, perseverad. Aquí tenéis vuestro jornal.

Dio a cada uno un chelín.

—Largo, y no se os ocurra volver la próxima vez sin alguna noticia.

Agitó la mano, y los seis chicos se precipitaron como ratas escaleras abajo. Un instante después, la calle resonaba con sus agudos chillidos.

—Cunde más uno de estos piojosos que doce hombres de la fuerza regular —observó Holmes—. Basta que un funcionario parezca serlo, para que la gente se llene de reserva. Por el contrario, mis peones tienen acceso a cualquier sitio, y no hay palabra o consigna que no oigan. Son además vivos como ardillas; perfectos policías a poco que uno dirija sus acciones.

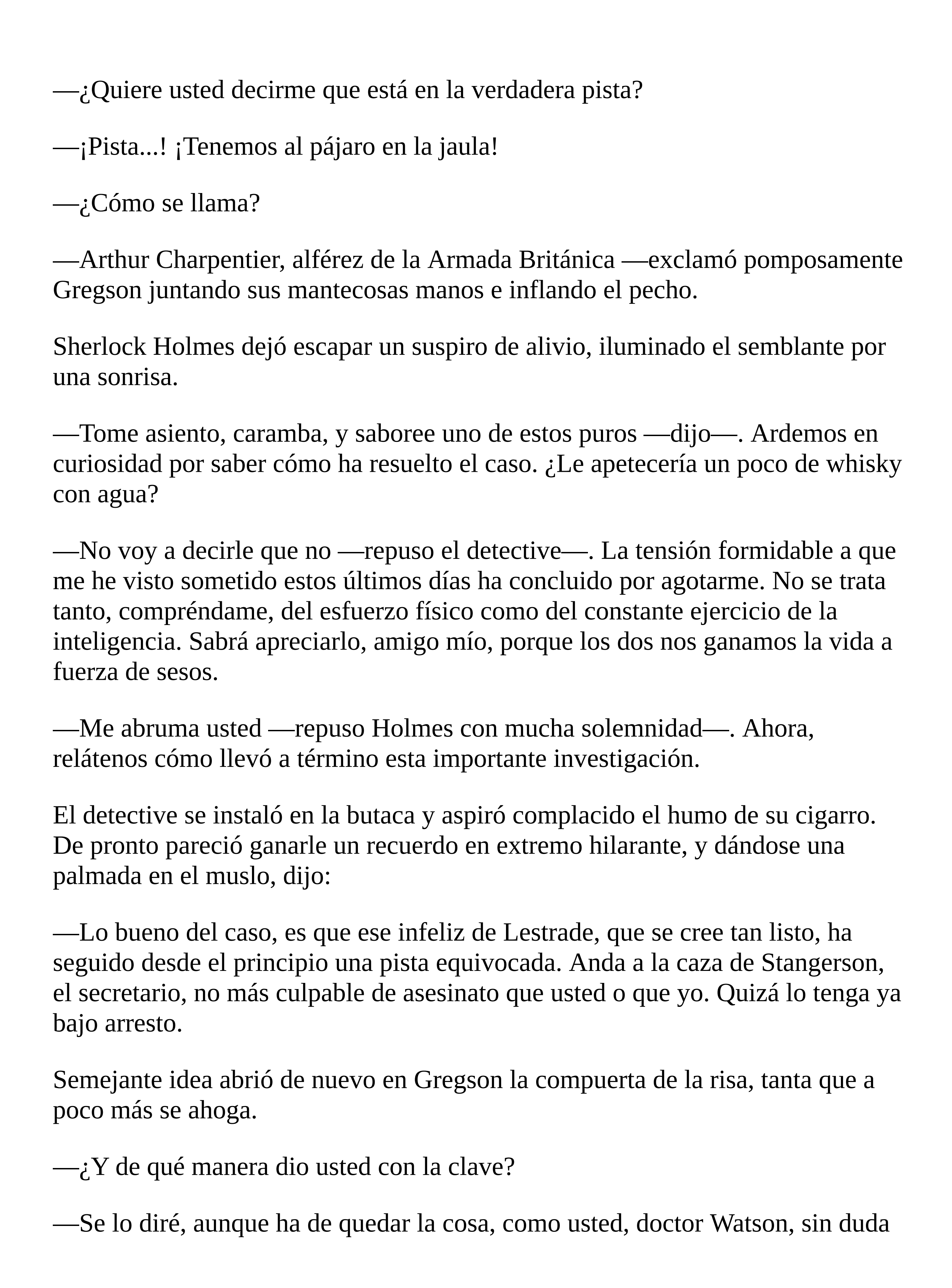
—¿Les ha puesto usted a trabajar en el asunto de la calle Brixton? —pregunté.

—Sí: hay un punto que me urge dilucidar. No es sino cuestión de tiempo. ¡Ahora prepárese a recibir nuevas noticias, probablemente con su poco de veneno, porque ahí viene Gregson más hueco que un pavo! Imagino que se dirige a nuestro portal. Sí, acaba de detenerse. ¡En efecto, tenemos visita!

Se oyó un violento campanillazo y un instante después las zancadas del rubicundo detective, quien salvando los escalones de tres en tres, se plantó de sopetón en la sala.

—Querido colega, ¡felicíteme! —gritó sacudiendo la mano inerte de Holmes—. He dejado el asunto tan claro como el día.

Me pareció como si una sombra de inquietud cruzara por el expresivo rostro de mi compañero.



—¿Quiere usted decirme que está en la verdadera pista?

—¡Pista...! ¡Tenemos al pájaro en la jaula!

—¿Cómo se llama?

—Arthur Charpentier, alférez de la Armada Británica —exclamó pomposamente Gregson juntando sus mantecosas manos e inflando el pecho.

Sherlock Holmes dejó escapar un suspiro de alivio, iluminado el semblante por una sonrisa.

—Tome asiento, caramba, y saboree uno de estos puros —dijo—. Ardemos en curiosidad por saber cómo ha resuelto el caso. ¿Le apetecería un poco de whisky con agua?

—No voy a decirle que no —repuso el detective—. La tensión formidable a que me he visto sometido estos últimos días ha concluido por agotarme. No se trata tanto, compréndame, del esfuerzo físico como del constante ejercicio de la inteligencia. Sabrá apreciarlo, amigo mío, porque los dos nos ganamos la vida a fuerza de sesos.

—Me abruma usted —repuso Holmes con mucha solemnidad—. Ahora, relátenos cómo llevó a término esta importante investigación.

El detective se instaló en la butaca y aspiró complacido el humo de su cigarro. De pronto pareció ganarle un recuerdo en extremo hilarante, y dándose una palmada en el muslo, dijo:

—Lo bueno del caso, es que ese infeliz de Lestrade, que se cree tan listo, ha seguido desde el principio una pista equivocada. Anda a la caza de Stangerson, el secretario, no más culpable de asesinato que usted o que yo. Quizá lo tenga ya bajo arresto.

Semejante idea abrió de nuevo en Gregson la compuerta de la risa, tanta que a poco más se ahoga.

—¿Y de qué manera dio usted con la clave?

—Se lo diré, aunque ha de quedar la cosa, como usted, doctor Watson, sin duda

comprenderá, exclusivamente entre nosotros. Primero era obligado averiguar los antecedentes americanos del difunto. Ciertas personas habrían aguardado a que sus solicitudes encontrasen respuesta, o espontáneamente suministrasen información las distintas partes interesadas. Mas no es éste el estilo de Tobías Gregson. ¿Recuerda el sombrero que encontramos junto al muerto?

—Sí —dijo Holmes—; llevaba la marca John Underwood and Sons, 129, Camberwell Road.

Gregson pareció al punto desarbolado.

—No sospechaba que lo hubiese usted advertido —dijo—. ¿Ha estado en la sombrerería?

—No.

—Pues sepa usted —repuso con voz otra vez firme—, que no debe desdeñarse ningún indicio, por pequeño que parezca.

—Para un espíritu superior nada es pequeño —observó Holmes sentenciosamente.

—Bien, me llegué a ese Underwood, y le pregunté si había vendido un sombrero semejante en hechura y aspecto al de la víctima. En efecto, consultó los libros y de inmediato dio con la respuesta. Había sido enviado el sombrero a nombre del señor Drebber, residente en la pensión Charpentier, Torquay Terrace. Así supe la dirección del muerto.

—Hábil... ¡Muy hábil! —murmuró Sherlock Holmes.

—A continuación pregunté por madame Charpentier —prosiguió el detective—. Estaba pálida y parecía preocupada. Su hija, una muchacha de belleza notable, dicho sea de paso, se hallaba con ella en la habitación; tenía los ojos enrojecidos, y cuando le interpelé sus labios comenzaron a temblar. Tomé buena nota de ello. Empezaba a olerme la cosa a chamusquina. Conoce usted por experiencia, señor Holmes, la sensación que invade a un detective cuando al fin se halla en buen camino. Es un hormigueo muy especial.

—¿Está usted enterada de la misteriosa muerte de su último inquilino, el señor Enoch J. Drebber, de Cleveland? —pregunté.

La madre asintió, incapaz de decir palabra. La muchacha rompió a llorar. Tuve más que nunca la sensación de que aquella gente no era ajena a lo ocurrido.

—¿A qué hora partió el señor Drebber hacia la estación? —añadí.

—A las ocho —contestó ella, tragando saliva para dominar el nerviosismo—. Su secretario, el señor Stangerson, dijo que había dos trenes, uno a las 9,15 y otro a las 11. Tenía pensado coger el primero.

—¿Y no volvió a verlo?

Una mutación terrible se produjo en el semblante de la mujer. Sus facciones adquirieron palidez extraordinaria. Pasaron varios segundos antes de que pudiera articular la palabra "no", y aun entonces fue ésta pronunciada en tono brusco, poco natural.

Se hizo el silencio, roto al cabo por la voz firme y tranquila de la muchacha.

—A nada, madre, conduce el mentir —dijo—. Seamos sinceras con este caballero. Vimos de nuevo al señor Drebber.

—¡Dios sea misericordioso!— gritó la madre echando los brazos a lo alto y dejándose caer en la butaca—. ¡Acabas de asesinar a tu hermano!

—Arthur preferiría siempre que dijésemos la verdad— repuso enérgica la joven.

—Será mejor que hablen por lo derecho —tercié yo—. Con las medias palabras no se adelanta nada. Además, ignoran ustedes hasta dónde llega nuestro conocimiento del caso.

—¡Tú lo has querido, Alice!— exclamó la madre, y volviéndose hacia mí, añadió —: No le ocultaré nada, señor. No atribuya mi agitación a temor sobre la parte desempeñada por mi hijo en este terrible asunto. Es absolutamente inocente. Me asusta tan sólo que a los ojos de usted o de los demás pueda parecer que le toca alguna culpa. Mas ello no es ciertamente concebible. Sus altas prendas morales, su profesión, sus antecedentes, constituyen garantía bastante.

—Sólo puede prestarle ayuda declarando la verdad —contesté—. Si su hijo es inocente, se beneficiará de ella.

—Quizá, Alice, sea conveniente que nos dejes solos —apuntó la mujer, y su hija abandonó el cuarto—. Bien, señor, prosiguió—, no tenía intención de hacerle semejantes confidencias, pero dado que mi niña le ha desvelado lo ocurrido, no me queda otra alternativa. Se lo relataré todo sin omitir detalle.

—El señor Drebber ha permanecido con nosotros cerca de tres semanas. Él y su secretario, el señor Stangerson, volvían de un viaje por el continente. Sus baúles ostentaban unas etiquetas con el nombre de "Copenhagen", señal de que había sido éste su último apeadero. Stangerson era hombre pacífico y retraído: siento tener que dar muy distinta cuenta de su patrón, agresivo y de maneras toscas. La misma noche de su llegada el alcohol acentuó tales rasgos. No recuerdo, de hecho, haberlo visto nunca sobrio después de las doce del mediodía. Con el servicio se concedía licencias intolerables. Peor aún, pronto hizo extensiva a mi hija tan reprobable actitud, llegando a permitirse una serie de insinuaciones que afortunadamente ella es demasiado inocente para comprender. En cierta ocasión la tomó en sus brazos y la apretó contra sí, arrebato cobarde que su mismo secretario no pudo por menos de echarle en cara.

—¿Por qué toleró esos desmanes tanto tiempo? —repuse—: ¿Acaso no está usted en el derecho de deshacerse de sus huéspedes, llegado el caso?

—La señora Charpentier se ruborizó ante mi pertinente pregunta.«¡Válgame Dios, ojalá lo hubiera despedido el día mismo de su llegada!", dijo. "Pero la tentación era viva. Me pagaba una libra por cabeza y día —lo que hace catorce a la semana—, y estamos en la temporada baja. Soy viuda, con un hijo en la Armada que me ha costado por demás. Me afligía la idea de desaprovechar ese dinero. Hice lo que me dictaba la conciencia. Lo último acaecido rebasaba el límite de lo tolerable y conminé a mi huésped para que abandonara la casa. Fue ése el motivo de su marcha." —Prosiga.

—Cuando lo vi partir sentí como si me quitaran un peso de encima. Mi hijo se encuentra precisamente ahora de permiso, pero no le dije nada porque es de natural violento y adora a su hermana. Al cerrar la puerta detrás de aquellos hombres respiré tranquila. Sin embargo, no había pasado una hora cuando se oyó un timbrazo y recibí la noticia de que el señor Drebber estaba de vuelta. Daba muestras de gran agitación, extremada, evidentemente, por el alcohol. Se abrió camino hasta la sala que ocupábamos mi hija y yo e hizo algunas incoherentes observaciones acerca del tren, que según él no había podido tomar. Se encaró después con Alice y delante de mis mismísimos ojos le propuso que se fugara

con él. "Eres mayor de edad", dijo "y la ley no puede impedirlo. Tengo dinero abundante. Olvida a la vieja y vente conmigo. Vivirás como una princesa." La pobre chiquilla estaba tan asustada que quiso huir, pero aquel salvaje la sujetó por la muñeca e intentó arrastrarla hasta la puerta. Dio un grito que atrajo de inmediato a mi hijo Arthur. Desconozco lo que ocurrió después. Oí juramentos y los ruidos confusos de una pelea. Mi miedo era tanto que no me atrevía a levantar la cabeza. Cuando al fin alcé los ojos, Arthur estaba en el umbral riendo y con un bastón en la mano. "No creo que este tipo vuelva a molestarnos", dijo. "Iré detrás suyo para ver qué hace." A la mañana siguiente nos enteramos de la muerte misteriosa del señor Drebber.

El relato de la señora Charpentier fue entrecortado y dificultoso. A ratos hablaba tan quedo que apenas se alcanzaba a oír lo que decía. Hice sin embargo un rápido resumen escrito de cuanto iba relatando, de modo que no pudiese existir posibilidad de error.

—Apasionante —observó Sherlock Holmes con un bostezo—. ¿Qué ocurrió después?

—Concluida la declaración de la señora Charpentier —repuso el detective—, eché de ver que todo el caso reposaba sobre un solo punto. Fijando en ella la mirada de una forma que siempre he hallado efectiva con las mujeres, le pregunté a qué hora había vuelto su hijo.

—¿No lo sabe?

—No..., dispone de una llave y entra y sale cuando quiere.

—¿Había vuelto cuando fue usted a la cama?

—No.

—¿Cuándo se acostó?

—Hacia las once.

—¿De modo que su hijo ya llevaba fuera más de dos horas?

—Sí.

—¿Quizá cuatro o cinco?

—Sí.

—¿Qué estuvo haciendo durante ese tiempo?

—Lo ignoro —repuso ella palideciendo intensamente.

Por supuesto, estaba todo dicho. Adivinado el paradero del teniente Charpentier, me hice acompañar de dos oficiales y arresté al sospechoso. Cuando posé la mano sobre su hombro conminándole a que se entregase sin resistencia, contestó insolente: "Imagino que estoy siendo arrestado por complicidad en el asesinato de ese miserable de Drebber." Nada le habíamos dicho sobre el caso, de modo que semejante comentario da mucho que pensar.

—Mucho —repuso Holmes.

—Aún portaba el grueso bastón que su madre afirma haberle visto cuando salió en persecución de Drebber. Se trata de una auténtica tranca de roble.

—En resumen, ¿cuál es su teoría?

—Bien, mi teoría es que siguió a Drebber hasta la calle Brixton. Allí se produjo una disputa entre los dos hombres, en el curso de la cual Drebber recibió un golpe de bastón, en la boca del estómago quizá, bastante para producirle la muerte sin la aparición de ninguna huella visible. Estaba la noche muy mala y la calle desierta, de modo que Charpentier pudo arrastrar el cuerpo de su víctima hasta el interior de la casa vacía. La vela, la sangre, la inscripción sobre la pared, el anillo, son probablemente pistas falsas con que se ha querido confundir a la Policía.

—¡Magnífico! —dijo Holmes en un tono alentador—. Realmente, progresa deprisa. ¡Acabaremos por hacer carrera de usted!

—Me precio de haber realizado un buen trabajo —contestó envanecido el detective—. El joven ha declarado que siguió un trecho el rastro de Drebber, hasta que éste, viéndose acechado, montó en un coche de punto. De vuelta a casa se tropezó a un antiguo camarada de a bordo, y los dos dieron un largo paseo. No ha sabido sin embargo decirme a satisfacción dónde se aloja este segundo individuo. Opino que las piezas encajan con pulcritud. Me divierte sobre todo

pensar en las inútiles idas y venidas de Lestrade. Temo que le valgan de poco. ¡Pero caramba, aquí lo tenemos!

Sí, era Lestrade, que había subido las escaleras mientras hablábamos, y entraba ahora en la habitación. Eché sin embargo en falta la viveza y desenvoltura propios de su porte. Traía el semblante oscurecido, y hasta en la vestimenta se percibía un vago desaliño. Había venido evidentemente con el propósito de asesorarse cerca de Sherlock Holmes, porque la vista de su colega pareció turbarle. Permaneció todo confuso en el centro de la estancia, manoseando nerviosamente su sombrero y sin saber qué hacer.

—Se trata —dijo por fin— del más extraordinario, incomprensible asunto que nunca me haya echado en cara.

—¿Usted cree, señor Lestrade? —exclamó Gregson con voz triunfante—. Sabía que no podría ser otra su conclusión. ¿Qué hay del secretario, el señor Stangerson?

—El secretario, el señor Joseph Stangerson —repuso Lestrade gravemente—, ha sido asesinado hacia las seis de esta mañana, en el Private Hotel de Halliday.

7. Luz en la oscuridad

El calibre y carácter inesperado de la nueva noticia eran tales que quedamos todos sumidos en un gran estupor. Gregson saltó de su butaca derramando el whisky y el agua que aún no había tenido tiempo de ingerir. Yo miré en silencio a Sherlock Holmes, cuyos labios permanecían apretados y crispadas las cejas sobre entrambos ojos.

—¡También Stangerson! —murmuró—. El asunto se complica.

—No era antes sencillo —gruñó Lestrade allegándose una silla—. Por cierto, me da en la nariz que he interrumpido una especie de consejo de guerra.

—¿Está usted seguro de la noticia? —balbució Gregson.

—Vengo derecho de la habitación donde ha ocurrido el percance —repuso—. He sido precisamente yo el primero en descubrirlo.

—Gregson acaba de explicarnos qué piensa del caso —observó Holmes—. ¿Tendría usted inconveniente en relatarnos lo que por su cuenta ha hecho o visto?

—Ninguno —dijo Lestrade tomando asiento—. Confieso abiertamente que en todo momento creí a Stangerson complicado en la muerte de Drebber. El último suceso demuestra el alcance de mi error. Llevado de él, me puse a investigar el paradero del secretario. Ambos habían sido vistos juntos en Euston Station alrededor de las ocho y media de la tarde del día tres. A las dos de la mañana aparecía el cuerpo de Drebber en la calle Brixton. Era, por tanto, cuestión de averiguar qué había hecho Stangerson entre las ocho y media y la hora del crimen, y hacia dónde conducían sus pasos ulteriores. Despaché un telegrama a Liverpool con la descripción de mi hombre, y la advertencia de que no apartasen un instante los ojos de los barcos con destino a América. A continuación inicié una operación de rastreo por todos los hoteles y pensiones de la zona de Euston. Pensaba que si Drebber y su secretario se habían separado, era natural que el último buscara alojamiento en algún sitio a mano para descolgarse en la estación

a la mañana siguiente.

—Habiendo tenido previamente la precaución de acordar con su compañero un posterior punto de encuentro —observó Holmes.

—En efecto. Toda la tarde de ayer se me fue en pesquisas inútiles. Esta mañana me puse a la tarea muy temprano, y a las ocho estaba ya plantado a la puerta del Halliday's Private Hotel, en la calle Little George. Inmediatamente me confirmaron la presencia del señor Stangerson en la lista de huéspedes.

—Sin duda es usted el caballero que estaba esperando —observaron—. Dos días hace que aguarda su visita.

—¿Cuál es su habitación —inquirí.

—La del piso de arriba. Desea ser despertado a las nueve.

—Subiré ahora mismo —dije.

Confiaba que, desconcertado ante mi súbita aparición, dejara escapar quizá una frase comprometedora. El botones se ofreció a conducirme hasta la habitación. Se hallaba en el segundo piso, al cabo de un estrecho pasillo. Me señaló la puerta con un ademán de la mano, y se disponía ya a bajar las escaleras, cuando vi algo que me revolvió el estómago pese a mis veinte años largos de servicio. Por debajo de la puerta salía un pequeño hilo de sangre que, trazando caprichosos meandros a lo largo del pasillo, iba a estancarse contra el zócalo frontero. Di un grito que atrajo al botones. Casi se desmaya al llegar a mi altura. La puerta estaba cerrada por dentro, pero conseguimos quebrantar el pestillo a fuerza de hombros. Debajo de la ventana de la habitación, abierta de par en par, yacía hecho un ovillo y en camisa de dormir el cuerpo de un hombre. Estaba muerto, y desde hacía algún tiempo, según eché de ver por la frialdad y rigidez de sus miembros. Cuando lo volvimos boca arriba el botones reconoció de inmediato al individuo que había alquilado la habitación bajo el nombre de señor Stangerson. Una cuchillada en el costado izquierdo, lo bastante profunda para alcanzar el corazón, daba razón de aquella muerte. Y ahora viene lo más misterioso del asunto. ¿Qué imaginan ustedes que encontré en la pared, encima del cuerpo del asesinado?

Sentí un estremecimiento de todo el cuerpo, y como una aprensión de horror, antes incluso de que Sherlock Holmes hablara.

—La palabra «RACHE», escrita con sangre —dijo.

—Así es —repuso Lestrade en tono de espanto, y permanecimos silenciosos durante un rato.

Había un no sé qué de metódico e incomprensible en las fechorías del anónimo asesino que acrecía la sensación de horror. Mis nervios, bastante templados en el campo de batalla, chirriaban heridos al solo estremecimiento de lo acontecido.

—Nuestro hombre ha sido avistado... —prosiguió Lestrade—. Un repartidor de leche, camino de su tienda, acertó a pasar por la callejuela que arranca de los establos contiguos a la trasera del hotel. Observó que cierta escalera de mano, generalmente tendida en tierra, estaba apoyada contra una de las ventanas del segundo piso, abierta de par en par. Al cabo de un rato volvió la cabeza y vio a un hombre descendiendo por ella. Su actitud era tan abierta y reposada que el chico lo confundió sin más con un carpintero o un operario al servicio del hotel. Nada, excepto lo temprano de la hora, le pareció digno de atención. El chico cree recordar que el hombre era alto, tenía las mejillas congestionadas, e iba envuelto en un abrigo marrón. Hubo de permanecer arriba un rato después del asesinato, ya que hallamos sangre en la jofaina, donde se lavó las manos, y huellas sangrientas también en las sábanas, con las que de propósito enjugó el cuchillo.

Miré a Holmes, impresionado de la semejanza existente entre la descripción del criminal y la adelantada antes por él. La euforia o la vanidad estaban sin embargo ausentes del rostro de mi amigo.

—¿Y no ha encontrado usted en la habitación nada que pudiera conducirnos hasta el asesino? —preguntó.

—En absoluto. Stangerson tenía en el bolsillo el portamonedas de Drebber, cosa por otra parte natural, ya que hacía todos los pagos. Contamos ochenta y tantas libras, las mismas que portaba antes de ser muerto. De los posibles móviles del crimen hay que excluir desde luego el robo. No había en los bolsillos documentos ni anotaciones, fuera de un telegrama fechado en Cleveland un mes antes más o menos, con la siguiente leyenda: «J. H. se encuentra en Europa». El mensaje no traía firma.

—¿Nada más? —insistió Holmes.

—Nada importante. Había sobre la cama una novela que debió leer antes de

dormirse, una pipa en una silla adyacente, un vaso de agua posado sobre la mesita de noche, y en el antepecho de la ventana una menuda caja de pomada con dos píldoras dentro.

Sherlock Holmes saltó de su asiento, presa de un júbilo extraordinario.

—¡Me han facilitado ustedes el último eslabón! —exclamó jubiloso—. El caso está cerrado.

Los dos detectives le dirigieron una mirada llena de pasmo.

—Tengo ahora entre las manos —añadió con aplomo mi compañero— los hilos que componen esta complicada madeja. No sabría, ciertamente, dar cuenta de todos los detalles, pero cuanto de importante ha sucedido, desde la separación de Drebber y Stangerson en la estación hasta el descubrimiento del segundo cadáver, se me revela casi con la nitidez de lo efectivamente visto. Les haré una demostración de eso que digo. ¿Podría agenciarse las píldoras?

—Las traigo conmigo —repuso Lestrade dejándonos ver una pequeña caja blanca —; hice acopio de ellas, junto al portamonedas y el telegrama, para ponerlas después a buen recaudo en la comisaría. Están aquí de milagro, ya que no les atribuyo la menor importancia.

—¡Déme esas píldoras! —exclamó Holmes; y a continuación, volviéndose hacia mí, añadió: —Díganos, doctor, ¿son estás comprimidos de uso corriente?

Ciertamente no lo eran. De un gris nacarado, pequeños, redondos, se tornaban casi transparentes vistos al trasluz.

—De su transparencia y ligereza concluyo que son solubles en agua —observé.

—Exactamente —repuso Holmes—. ¿Tendría ahora la bondad de bajar al primer piso y traer a ese pobre terrier hace tiempo enfermo, el que ayer pretendía el ama de llaves que usted librase por fin de tanto sufrimiento?

Descendí al primer piso y tomé al perro en mis brazos. La respiración difícil y la mirada vidriosa anunciaban una muerte próxima. De hecho, por la nieve inmaculada de su hocico, podía colegirse que aquel animal había vivido más de lo que es costumbre en la especie canina. Lo posé sobre un cojín, encima de la alfombra.

—Partiré en dos una de estas píldoras —anunció Holmes, y sacando su cortaplumas hizo verdad lo que había dicho—. Devolveremos la primera mitad a la caja, con el propósito que después se verá. La otra mitad voy a colocarla en esta copa de vino, donde he vertido un poco de agua. Pueden ustedes apreciar que nuestro amigo el doctor llevaba razón, y que la pastilla se disuelve en el líquido.

—No dudo que todo esto es fascinante —terció Lestrade en el tono herido de quien sospecha estar siendo víctima de una broma—; ¿pero qué demonios tiene que ver con la muerte de Joseph Stangerson?

—¡Paciencia, amigo mío, paciencia! Comprobará a su tiempo hasta qué punto no es sólo importante, sino esencial. Bien, ahora añado a la mezcla unas gotas de leche que la hagan sabrosa y se la doy a beber al perro, que no desdeñará el ofrecimiento.

En efecto, el animal apuró con ansiedad el mejunje que, mientras hablaba, había vertido Holmes en un platillo y colocado después delante suyo. La actitud de mi amigo estaba revestida de tal gravedad que todos, impresionados, permanecimos sentados en silencio y con la mirada fija en el perro, a la espera de algún acontecimiento extraordinario. Ninguno se produjo, sin embargo. El terrier permaneció extendido sobre el cojín, batallando por llenar de aire sus pulmones, ni mejor ni peor que antes de la libación.

Holmes había sacado su reloj de bolsillo, y conforme pasaba el tiempo inútilmente, una grandísima desolación se iba apoderando de su semblante. Se mordió los labios, aporreó la mesa con los dedos, y dio otras mil muestras de aguda impaciencia. Tan fuerte era su agitación que sentí auténtica pena, al tiempo que los dos detectives, antes jubilosos que afligidos por el fracaso de que eran testigos, sonreían maliciosamente.

—No puede tratarse de una coincidencia —gritó al fin saltando de su asiento y midiendo la estancia a grandes y frenéticos pasos—; es imposible que sea una pura coincidencia. Las mismas píldoras que deduje en el caso de Drebber aparecen tras la muerte de Stangerson. Y sin embargo son inofensivas. ¿Qué diantre significa ello? Desde luego no cabe que toda mi cadena de inferencias apunte en una falsa dirección. ¡Imposible! Y aún así esta pobre criatura no ha empeorado! ¡Ah, ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!

Con un alarido de perfecta felicidad acudió a la caja, partió la segunda píldora en dos, la disolvió en agua, añadió leche, y ofreció de nuevo la mezcla al terrier. No había tocado casi la lengua del desafortunado animal aquel líquido, cuando una terrible sacudida recorrió todo su cuerpo, rodando después por tierra tan rígido e inerte como si un rayo mortal se hubiera abatido sobre él desde las alturas.

Sherlock Holmes dio un largo suspiro y enjugó el sudor que perlaba su frente. —Debiera tener más fe —dijo—; ya es tiempo de saber que cuando un hecho semeja oponerse a una apretada sucesión de deducciones, existe siempre otra interpretación que salva la aparente paradoja. De las dos píldoras que hay en este pastillero, una es inofensiva, mientras que su compañera encierra un veneno mortal. Vergüenza me causa no haberlo supuesto apenas vista la caja.

Semejante observación se me antojó gratuita, que difícilmente podía persuadirme de que Holmes la hubiera hecho en serio. Ahí estaba, sin embargo, el perro muerto como testimonio de lo cierto de sus conjeturas. Tuve la sensación de que empezaba a ver más claro, y sentí una suerte de vaga, incipiente percepción de la verdad.

—Todo esto ha de sorprenderles —prosiguió Holmes— por la sencilla razón de que no repararon al principio de la investigación en cierto dato, el único rico en consecuencias. Quiso la suerte que le concediera yo el peso que realmente tenía, y los acontecimientos posteriores no han hecho sino afirmar mi suposición original, de la que realmente se seguían como corolario lógico. Lo que a ustedes se presentaba en tinieblas o dejaba perplejos, señalaba para mí el camino auténtico, esbozado ya en mis primeras conclusiones. No debe confundirse lo insólito con lo misterioso. Cuanto más ordinario un crimen, más misterioso también, ya que estarán ausentes las características o peculiaridades que puedan servir de punto de partida a nuestro razonamiento. El asesinato hubiera resultado infinitamente más difícil de desentrañar si llega a ser descubierto el cadáver en la calle y no acompañado de esos aditamentos sensacionales y outré, los que le conferían, precisamente, un aire peculiar. Los detalles extraordinarios, lejos de estorbar esta investigación, han servido para facilitarla.

El señor Gregson, que había atendido a la alocución dando muestras de considerable impaciencia, no pudo al fin contenerse.

—Mire usted, señor Holmes —dijo—, no necesita convencernos de que es usted un tipo listo, ni de que sigue métodos de trabajo muy personales. Sin embargo,

no es éste el momento de ponerse a decir sermones o ventear teorías. La cuestión es atrapar al criminal. Hice mi propia composición de lugar, al parecer equivocadamente. El joven Charpentier no ha podido estar complicado en el segundo asesinato. Lestrade ha escogido a Stangerson, enfilando también, por lo que se ve, una ruta desviada. Usted sin embargo, según lo demuestran algunas observaciones aisladas, acumula mayor conocimiento sobre el caso que nosotros, habiendo llegado el momento, creo, de que nos diga de una vez y por lo derecho lo que sabe. ¿Le consta ya el nombre del asesino?

—He de sumarme por fuerza a la petición de Gregson —observó Lestrade—. Ambos hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos, y los dos hemos fracasado. Le he oído decir a usted desde que estoy en esta habitación que contaba ya con todos los datos precisos. Espero que no los tenga ocultos por más tiempo.

—Cualquier tardanza en el apresamiento del asesino —tercié yo—, podría darle opción a una nueva atrocidad.

Ante nuestra insistencia, Holmes dio muestras de vacilar. Continuó midiendo el aposento a grandes pasos, con la cabeza hincada en el pecho y las cejas fruncidas, señales que en él denotaban un estado de profunda reflexión.

—No habrá más asesinatos —dijo al fin, parándose en seco y mirándonos a la cara—. Tal posibilidad queda descartada. Me preguntan ustedes si conozco el nombre del asesino. La respuesta es sí. Ello, sin embargo, poco significa comparado con la tarea más complicada de ponerle las manos encima. Espero hacerlo pronto, y a mi manera: pero es asunto delicado, ya que hemos de vérnoslas con un hombre astuto y desesperado al que presta ayuda, como he podido comprobar, un cómplice de prendas no menos formidables. Mientras el asesino desconozca que alguien le sigue la pista, existe la posibilidad de atraparlo: mas en cuanto le asalte la más mínima sospecha cambiará de nombre, perdiéndose sin más entre los cuatro millones de habitantes que pueblan esta gran ciudad. Sin propósito de ofenderles, debo admitir que considero a nuestros rivales de talla excesiva para las fuerzas de la policía, y que ésta ha sido la razón de que no requiera su ayuda. Si fracaso, no dudaré en reconocer el error de esta omisión, mas es riesgo que estoy dispuesto a correr. De momento, sepan ustedes que tan pronto como considere posible transmitirles información sin poner en peligro mis planes, lo haré gustoso.

Gregson y Lestrade quedaron lejos de satisfechos con estas declaraciones y la no muy halagadora alusión al cuerpo de policía. El primero se sonrojó hasta la raíz de sus rubios cabellos, en tanto los ojos de abalorio del otro echaban vivas chispas de inquietud y resentimiento. Ninguno de los dos había tenido tiempo sin embargo de abrir la boca, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta y la mínima y poco agraciada persona del joven Wiggins, portavoz de los pilluelos, entró en escena.

—Señor —dijo llevándose la mano a la guedeja que le caía sobre la frente—, tengo ya abajo el coche de caballos.

—Bien hecho, chico —repuso Holmes en tono casi afectuoso. Después, habiendo sacado de un cajón un par de esposas de acero, añadió: —¿Por qué no adoptan este modelo en Scotland Yard? Observen ustedes la suavidad del resorte. Cierra en un instante.

—También sirven las viejas mientras haya alguien a quien ponérselas —gruñó Lestrade.

—Está bien, está bien —repuso Holmes, sonriendo—. El cochero podría ayudarme a bajar los bultos. Dile que suba, Wiggins.

Me sorprendió ver a mi amigo prepararse a lo que parecía un largo viaje, ya que no me tenía dicho nada sobre su proyecto. Había en la habitación una pequeña maleta que asió enérgicamente y comenzó a sujetar con una correa. En tal manejo se hallaba ocupado cuando hizo acto de presencia el cochero.

—Venga acá, buen hombre —dijo hincando la rodilla en tierra, con la cabeza siempre echada hacia adelante—, y ponga mano a esta hebilla.

El cochero se llegó a él con aire entre arisco y desafiante, y alargó los brazos para auxiliarle en la faena. Entonces se oyó el clic de un resorte, resonaron unos metales, y Sherlock Holmes recuperó rápidamente la posición erecta.

—Señores —exclamó, centelleantes los ojos—, permítanme presentarles al señor Jefferson Hope, el asesino de Enoch Drebber y Joseph Stangerson.

El suceso tuvo lugar en un instante, tan breve que ni tiempo me dio a cobrar conciencia cabal de lo ocurrido. Conservo en la memoria la viva imagen de aquel momento: la expresión de triunfo de Holmes, y la faz furiosa, atónita, del

hombre, fijos los ojos en las brillantes esposas que como por arte de encantamiento habían ceñido de pronto sus muñecas. Durante uno o dos segundos pudimos parecer un grupo de estatuas. Entonces el hombre dejó escapar un grito de loco, y desasiéndose de la presa de Holmes impulsó su cuerpo contra la ventana. Maderos y cristales cedieron ante la acometida, mas no había el fugitivo completado aún su propósito cuando Holmes, Lestrade y Gregson hacían de nuevo, al igual que sabuesos, presa en él. Fue arrastrado hacia la habitación, donde se desarrolló una formidable lucha. Tanta era la fuerza y el empeño de nuestro enemigo que varias veces nos vimos frustrados en el intento de inmovilizarlo. Parecía poseído del empuje convulsivo de un hombre al que domina una crisis epiléptica. Cara y manos se hallaban terriblemente laceradas por el cristal de la ventana, mas la pérdida de sangre no le restaba un ápice de fuerza. Hasta que Lestrade consiguió asirlo de la corbata y hacer con ella torniquete, cortándole casi la respiración, no cesó en su resistencia; aun entonces sólo nos sentimos dueños del campo después de haberle atado de pies y manos. Tras ello volvimos a incorporarnos, sin aliento y jadeando.

—Abajo está su coche —dijo Sherlock Holmes—. Nos servirá para conducirlo a Scotland Yard. Y ahora, caballeros —prosiguió con una sonrisa complaciente—, puede decirse que hemos llegado ya al fondo de nuestro pequeño misterio. Háganme cuantas preguntas les ronden por la cabeza, sin temor de que vaya a dejar alguna pendiente.

Segunda parte. La tierra de los santos

1. En la gran llanura alcalina

En medio del gran continente norteamericano se extiende un desierto árido y tenebroso que durante muchos años obró de obstáculo al avance de la civilización. De Sierra Nevada a Nebraska, y del río Yellowstone en el Norte al Colorado en el Sur, reinan la desolación y el silencio. Los visajes con que aquí se expresa la Naturaleza son múltiples. Hay exaltadísimas montañas de cúpulas nevadas, y oscuros y tenebrosos valles. Existen ríos veloces que penetran como cuchillos en la ruinosa fábrica de una garganta o un cañón; y se dilatan también llanuras interminables, sepultadas en invierno bajo la nieve, y cubiertas en verano por el polvo gris del álcali salino. Todo ello, hasta lo más diverso, presidido por un mismo espíritu de esterilidad, tristeza y desabrimiento.

La tierra maldita está deshabitada. De cuando en cuando se aventuran en ella, en peregrinación hacia nuevos cazaderos, algunas partidas de pawnees o piesnegros, mas no existe uno solo, ni el más bravo o arrojado, que no sienta afán por dejar a sus espaldas la llanura imponente y acogerse otra vez al refugio de las praderas. El coyote acecha entre los matorrales, el busardo quiebra el aire con su vuelo pesado y el lento oso gris merodea sordamente por los barrancos, en busca del poco sustento que aquellos pedregales puedan dispensarle. No pueblan otras criaturas el vasto desierto.

Es cosa cierta que ningún panorama del mundo aventaja en lo tétrico al que se divisa desde la vertiente norte de Sierra Blanco. Hasta donde alcanza el ojo se extiende la tierra llana, salpicada de manchas alcalinas e interrumpida a trechos por espesuras de chaparros enanos. Cierran la raya extrema del firmamento los picos nevados y agudos de una larga cadena de montañas. De este paisaje interminable está ausente la vida o cuanto pueda evocarla. No se columbra una sola ave en el cielo, duro y azul, no estremece la tierra gris y yerta ningún movimiento, y, sobre todo, el silencio es absoluto. Por mucho que se afine el oído, no se aprecia siquiera una sombra de ruido en la soledad inmensa; nada sino silencio, completo y sobrecogedor silencio.

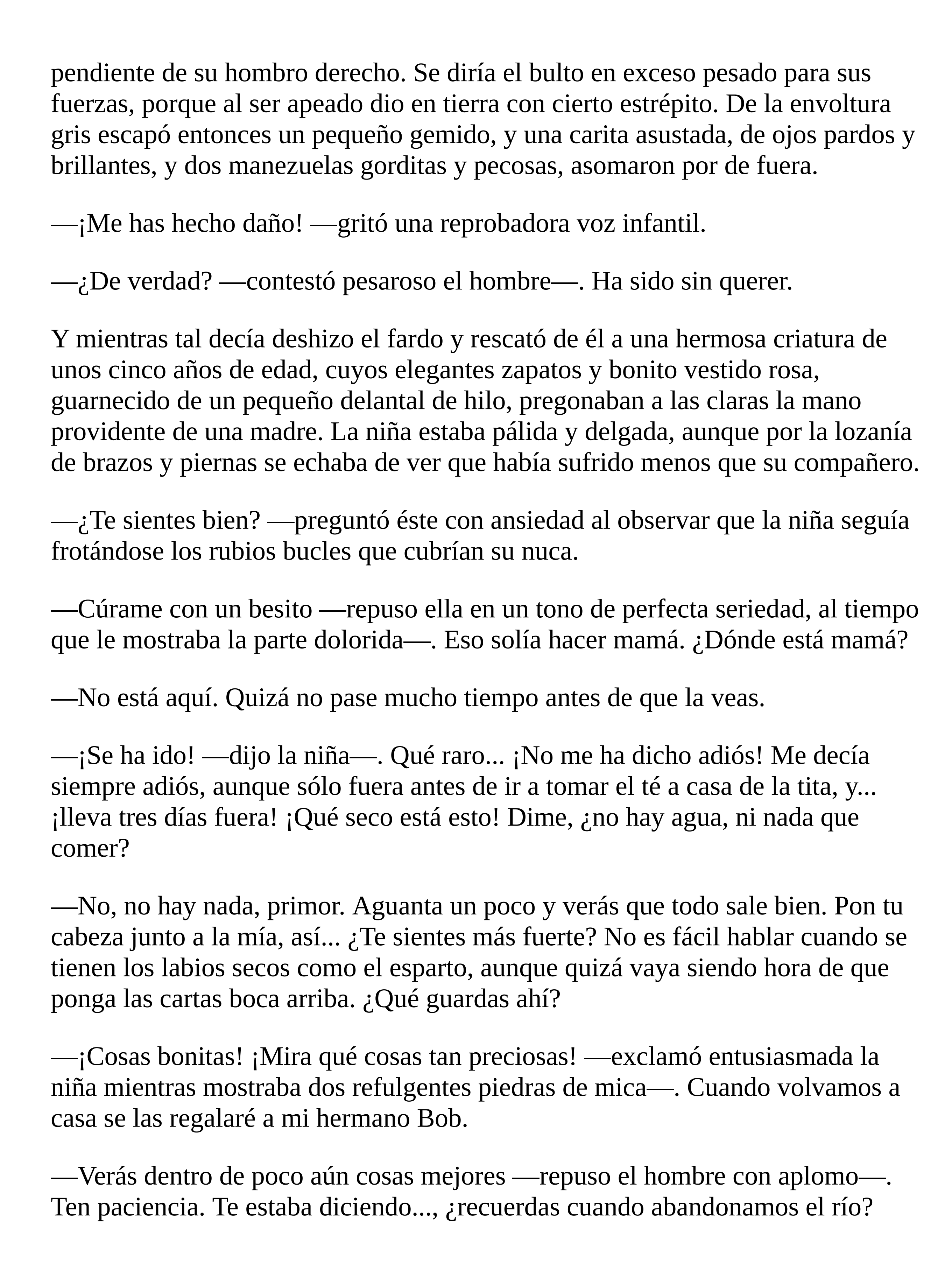
Hemos dicho que es absoluta la ausencia de vida en la vasta planicie. Un pequeño detalle lo desmiente. Mirando hacia abajo desde Sierra Blanco se

distingue un camino que cruza el desierto y, ondulante, se pierde en la línea remota del horizonte. Está surcado de ruedas de carros y lo han medido las botas de innumerables aventureros. Aquí y allá refulgen al sol, inmaculados sobre el turbio sedimento de álcali, unos relieves blancos. ¿Qué son? ¡Son huesos! Grandes y de textura grosera unos, más delicados y menudos los otros. Pertenecieron los primeros a algún buey, a seres humanos éstos... A lo largo de mil quinientas millas puede seguirse el rastro de la mortífera ruta por los restos dispersos que a su vera han ido dejando quienes sucumbían antes de llegar al final del camino.

Tal era el escenario que, el día 4 de mayo de 1847, se ofrecía a los ojos de cierto solitario viajero. La apariencia de éste semejaba a propósito para tamaños parajes. Imposible habría resultado, guiándose por ella, afirmar si frisaba en los cuarenta o en los sesenta años. Era de rostro enjuto y macilento, tenía la piel avellanada y morena, como funda demasiado estrecha de la que quisiera salirse la calavera, y en la barba y el pelo, muy crecidos, el blanco prevalecía casi sobre el castaño. Los ojos se hundían en sus cuencas, luciendo con un fulgor enfermizo, y la mano que sostenía el rifle apenas si estaba más forrada de carne que el varillaje de los huesos. Para tenerse en pie había de descansar el cuerpo sobre el arma, y sin embargo su espigada figura y maciza osamenta denotaban una constitución ágil y férrea al tiempo. En la flaqueza del rostro, y en las ropas que pendían holgadas de los miembros resecos, se adivinaba el porqué de ese aspecto decrépito y precozmente senil: aquel hombre agonizaba, agonizaba de hambre y de sed.

Se había abierto trabajosamente camino a lo largo del barranco, y hasta una leve eminencia después, en el vano propósito de descubrir algún indicio de agua. Ahora se extendía delante suyo la infinita planicie salada, circuida al norte por el cinturón de montañas salvajes, monda toda ella de plantas, árboles o cosa alguna que delatara la existencia de humedad. No se descubría en el ancho espacio un solo signo de esperanza. Norte, oriente y occidente fueron escudriñados por los ojos interrogadores y extraviados del viajero. Habían llegado a término, sí, sus correrías, y allí, en aquel risco árido, sólo le aguardaba la muerte. «¿Y por qué iba a ser de otro modo? ¿Por qué no ahora mejor que en un lecho de plumas, dentro quizá de veinte años?», murmuró mientras se sentaba al abrigo de un peñasco.

Antes de adoptar la posición sedente, había depositado en el suelo el rifle inútil, y junto a él un voluminoso fardo al que servía de envoltura un mantón gris,



pendiente de su hombro derecho. Se diría el bulto en exceso pesado para sus fuerzas, porque al ser apeado dio en tierra con cierto estrépito. De la envoltura gris escapó entonces un pequeño gemido, y una carita asustada, de ojos pardos y brillantes, y dos manezuelas gorditas y pecosas, asomaron por de fuera.

—¡Me has hecho daño! —gritó una reprobadora voz infantil.

—¿De verdad? —contestó pesaroso el hombre—. Ha sido sin querer.

Y mientras tal decía deshizo el fardo y rescató de él a una hermosa criatura de unos cinco años de edad, cuyos elegantes zapatos y bonito vestido rosa, guarnecido de un pequeño delantal de hilo, pregonaban a las claras la mano providente de una madre. La niña estaba pálida y delgada, aunque por la lozanía de brazos y piernas se echaba de ver que había sufrido menos que su compañero.

—¿Te sientes bien? —preguntó éste con ansiedad al observar que la niña seguía frotándose los rubios bucles que cubrían su nuca.

—Cúrame con un besito —repuso ella en un tono de perfecta seriedad, al tiempo que le mostraba la parte dolorida—. Eso solía hacer mamá. ¿Dónde está mamá?

—No está aquí. Quizá no pase mucho tiempo antes de que la veas.

—¡Se ha ido! —dijo la niña—. Qué raro... ¡No me ha dicho adiós! Me decía siempre adiós, aunque sólo fuera antes de ir a tomar el té a casa de la tita, y... ¡lleva tres días fuera! ¡Qué seco está esto! Dime, ¿no hay agua, ni nada que comer?

—No, no hay nada, primor. Aguanta un poco y verás que todo sale bien. Pon tu cabeza junto a la mía, así... ¿Te sientes más fuerte? No es fácil hablar cuando se tienen los labios secos como el esparto, aunque quizá vaya siendo hora de que ponga las cartas boca arriba. ¿Qué guardas ahí?

—¡Cosas bonitas! ¡Mira qué cosas tan preciosas! —exclamó entusiasmada la niña mientras mostraba dos refulgentes piedras de mica—. Cuando volvamos a casa se las regalaré a mi hermano Bob.

—Verás dentro de poco aún cosas mejores —repuso el hombre con aplomo—. Ten paciencia. Te estaba diciendo..., ¿recuerdas cuando abandonamos el río?

—¡Claro que sí!

—Pensamos que habría otros ríos. Pero no han salido las cosas a derechas: el mapa, o los compases, o lo que fuere nos han jugado una mala pasada, y no se ha dejado ver río alguno. Nos hemos quedado sin agua. Hay todavía unas gotitas para las personas como tú, y...

—Y no te has podido lavar —atajó la criatura, a la par que miraba con mucha gravedad el rostro de su compañero.

—Ni tampoco beber. El primero en irse fue el señor Bender, y después el indio Pete, y luego la señora McGregor, y luego Johnny Hones, y luego, primor, tu madre.

—Entonces mi madre está muerta también —gimió la niña, escondiendo la cabeza en el delantal y sollozando amargamente.

—Todos han muerto, menos tú y yo. Pensé..., que encontraríamos agua en esta dirección, y, contigo al hombro, me puse en camino. No parece que hayamos prosperado. ¡Dificilísimo será que salgamos adelante!

—¿Nos vamos a morir entonces? —preguntó la niña conteniendo los sollozos, y alzando su carita surcada por las lágrimas.

—Temo que sí.

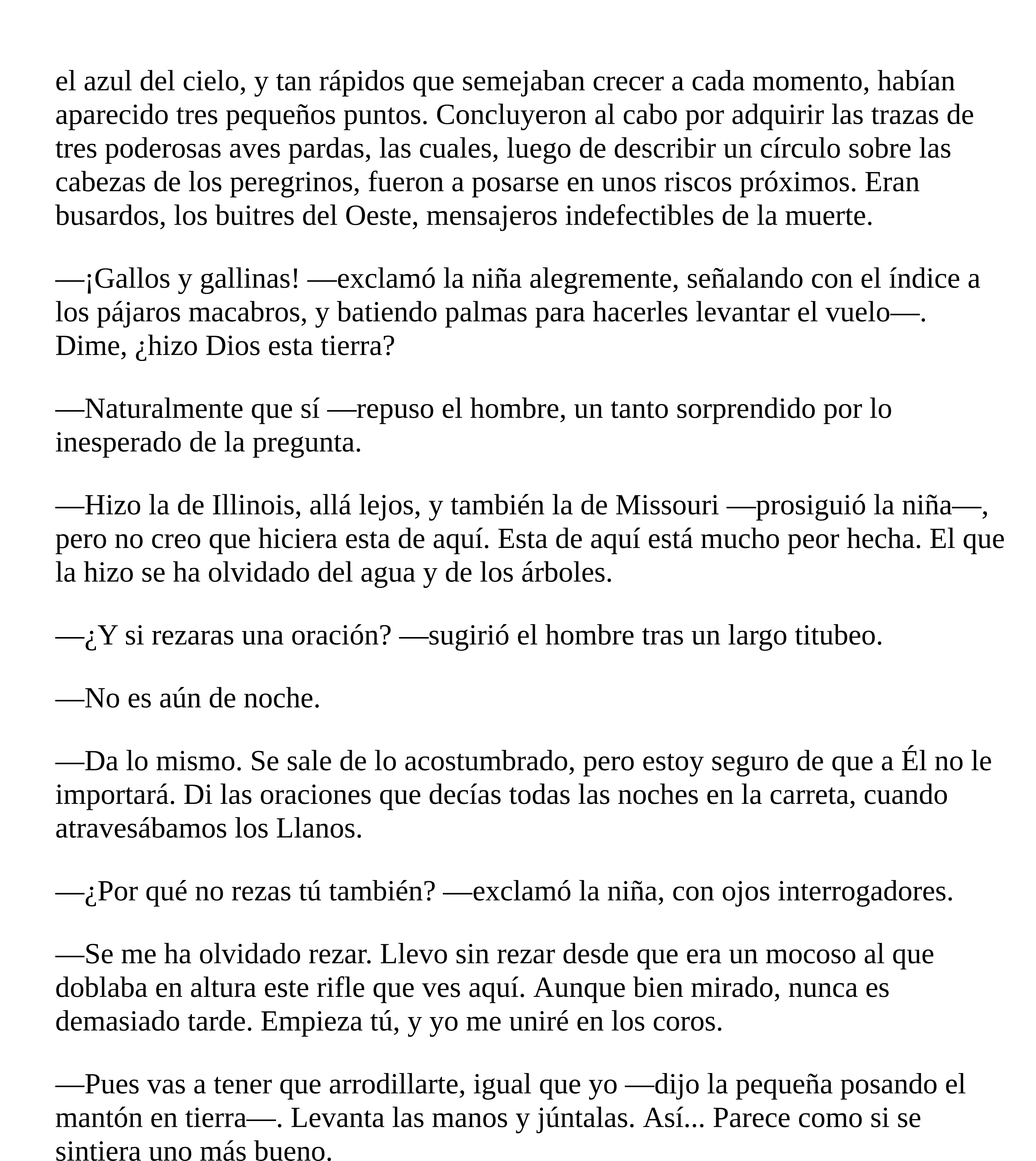
—¿Y cómo no me lo has dicho hasta ahora? —exclamó con júbilo la pequeña—. ¡Me tenías asustada! Cuanto más rápido nos muramos, naturalmente, antes estaremos con mamá.

—Sí que lo estarás, primor.

—Y tú también. Voy a decirle a mamá lo bueno que has sido conmigo. Apuesto a que nos estará esperando a la puerta del paraíso con un jarro de agua en la mano, y muchísimos pasteles de alforfón, calentitos y tostados por las dos caras, como los que nos gustaban a Bob y a mí... ¿Cuánto faltará todavía?

—No sé... Poco.

Los ojos del hombre permanecían clavados en la línea norte del horizonte. Sobre



el azul del cielo, y tan rápidos que semejaban crecer a cada momento, habían aparecido tres pequeños puntos. Concluyeron al cabo por adquirir las trazas de tres poderosas aves pardas, las cuales, luego de describir un círculo sobre las cabezas de los peregrinos, fueron a posarse en unos riscos próximos. Eran busardos, los buitres del Oeste, mensajeros indefectibles de la muerte.

—¡Gallos y gallinas! —exclamó la niña alegremente, señalando con el índice a los pájaros macabros, y batiendo palmas para hacerles levantar el vuelo—. Dime, ¿hizo Dios esta tierra?

—Naturalmente que sí —repuso el hombre, un tanto sorprendido por lo inesperado de la pregunta.

—Hizo la de Illinois, allá lejos, y también la de Missouri —prosiguió la niña—, pero no creo que hiciera esta de aquí. Esta de aquí está mucho peor hecha. El que la hizo se ha olvidado del agua y de los árboles.

—¿Y si rezaras una oración? —sugirió el hombre tras un largo titubeo.

—No es aún de noche.

—Da lo mismo. Se sale de lo acostumbrado, pero estoy seguro de que a Él no le importará. Di las oraciones que decías todas las noches en la carreta, cuando atravesábamos los Llanos.

—¿Por qué no rezas tú también? —exclamó la niña, con ojos interrogadores.

—Se me ha olvidado rezar. Llevo sin rezar desde que era un mocoso al que doblaba en altura este rifle que ves aquí. Aunque bien mirado, nunca es demasiado tarde. Empieza tú, y yo me uniré en los coros.

—Pues vas a tener que arrodillarte, igual que yo —dijo la pequeña posando el mantón en tierra—. Levanta las manos y júntalas. Así... Parece como si se sintiera uno más bueno.

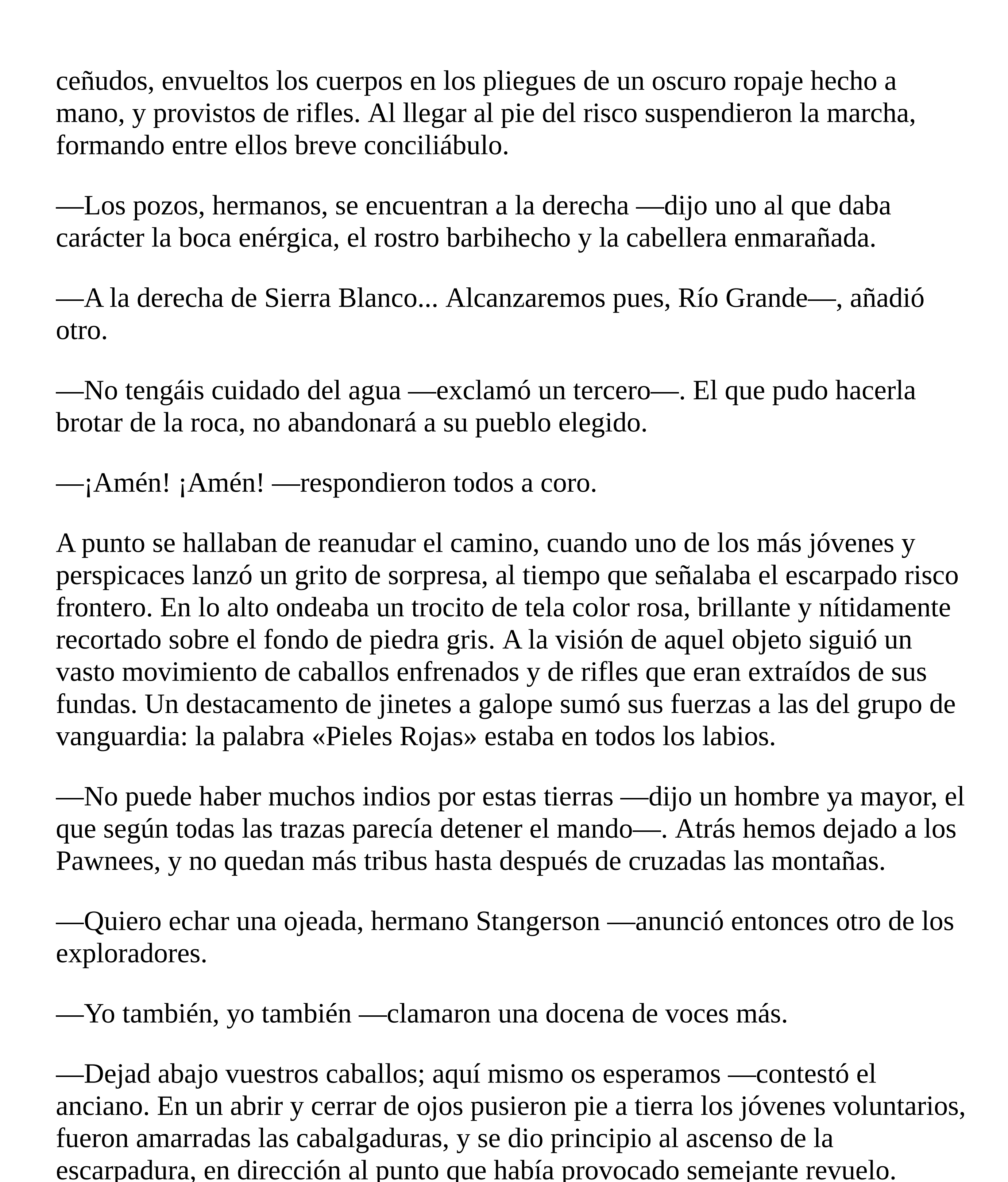
¡Curiosa escena la que se desarrolló entonces a los ojos de los busardos, únicos e indiferentes testigos! Sobre el breve chal, codo con codo, adoptaron la posición orante ambos peregrinos, la niña versátil y el arrojado y rudo aventurero. Estaban la tierna carita de la niña y el rostro anguloso y macilento del hombre vueltos con devoción pareja hacia el cielo limpio de nubes, en pos del Ser

terrible que de frente los con templaba, mientras las dos voces —frágil y clara una, áspera y profunda la otra— se fundían en un solo ruego de misericordia y perdón. Concluida la oración se recogieron de nuevo al abrigo de la roca, cayendo dormida al cabo la niña en el regazo de su protector. Vigiló éste durante un tiempo el sueño de la pequeña, mas la naturaleza, finalmente, lo redujo también a su mandato inexorable. Tres días y tres noches llevaba sin concederse un instante de tregua o reparador descanso.

Lentamente los párpados se deslizaron sobre los ojos fatigados y la cabeza fue hundiéndose en su pecho, hasta, confundida ya la barba gris del hombre con los rizos dorados de la niña, quedar ambos caminantes sumidos en idéntico sueño, profundo y horro de imágenes.

Media hora de vigilia hubiera bastado al vagabundo para contemplar la escena que ahora verá el lector. En la remota distancia, allí donde se hace la planicie fronteriza del cielo, se insinuó una como nubecilla de polvo, muy tenue al principio y apenas distinguible de la colina en que se hallaba envuelto el horizonte, después de superior tamaño, y, al fin, rotunda y definida. Fue aumentando el volumen de la nube, causada, evidentemente, por alguna muchedumbre o concurrencia de criaturas en movimiento. A ser aquellas tierras más fértiles, habría podido pensarse en el avance de una populosa manada de bisontes. Mas no es un suelo sin hierba sino a propósito para que en él paste el ganado... Próximo ya el torbellino de polvo a la solitaria eminencia donde reposaban los dos náufragos de la pradera, se insinuaron tras la bruma contornos de carretas guarnecidas con toldos, y perfiles de hombres armados, caballeros en sus monturas. ¡Se trataba de una expedición al Oeste, y qué expedición! Llegado uno de los extremos de ella a los pies de la montaña, aún seguía el otro perdido en el horizonte. A través de la llanura toda se extendía la caravana enorme, compuesta de galeras y carros, hombres a pie y hombres a caballo. Innumerables mujeres procedían vacilantes con su equipaje a cuestas, y los niños se afanaban detrás de los vehículos o asomaban las cabecitas bajo la envoltura blanca de los toldos. No podían ser estas gentes simples emigrantes; por fuerza habían de constituir un pueblo nómada, llevado de las circunstancias a buscar cobijo en nuevas tierras. Un estruendo confuso, una especie de fragor de ruedas chirriantes y resoplante caballería, ascendía de aquella masa humana y se perdía en el aire claro. Ni siquiera entonces, sin embargo, lograron despertarse los dos fatigados caminantes.

Encabezaba la columna más de una veintena de graves varones, de rostros



ceñudos, envueltos los cuerpos en los pliegues de un oscuro ropaje hecho a mano, y provistos de rifles. Al llegar al pie del risco suspendieron la marcha, formando entre ellos breve conciliábulo.

—Los pozos, hermanos, se encuentran a la derecha —dijo uno al que daba carácter la boca enérgica, el rostro barbihecho y la cabellera enmarañada.

—A la derecha de Sierra Blanco... Alcanzaremos pues, Río Grande—, añadió otro.

—No tengáis cuidado del agua —exclamó un tercero—. El que pudo hacerla brotar de la roca, no abandonará a su pueblo elegido.

—¡Amén! ¡Amén! —respondieron todos a coro.

A punto se hallaban de reanudar el camino, cuando uno de los más jóvenes y perspicaces lanzó un grito de sorpresa, al tiempo que señalaba el escarpado risco frontero. En lo alto ondeaba un trocito de tela color rosa, brillante y nítidamente recortado sobre el fondo de piedra gris. A la visión de aquel objeto siguió un vasto movimiento de caballos enfrenados y de rifles que eran extraídos de sus fundas. Un destacamento de jinetes a galope sumó sus fuerzas a las del grupo de vanguardia: la palabra «Pieles Rojas» estaba en todos los labios.

—No puede haber muchos indios por estas tierras —dijo un hombre ya mayor, el que según todas las trazas parecía detener el mando—. Atrás hemos dejado a los Pawnees, y no quedan más tribus hasta después de cruzadas las montañas.

—Quiero echar una ojeada, hermano Stangerson —anunció entonces otro de los exploradores.

—Yo también, yo también —clamaron una docena de voces más.

—Dejad abajo vuestros caballos; aquí mismo os esperamos —contestó el anciano. En un abrir y cerrar de ojos pusieron pie a tierra los jóvenes voluntarios, fueron amarradas las cabalgaduras, y se dio principio al ascenso de la escarpadura, en dirección al punto que había provocado semejante revuelo. Avanzaban los hombres rauda y silenciosamente, con la seguridad y destreza del explorador consumado. Desde el llano, se les vio saltar de roca en roca, hasta aparecer sus siluetas limpiamente perfiladas sobre el horizonte. El joven que había dado la voz de alarma abría la marcha. De súbito, observaron sus

compañeros que echaba los brazos a lo alto, como presa de irrefrenable asombro, asombro que pareció comunicarse al resto de la comitiva apenas se hubo ésta reunido con el de cabeza.

En la pequeña plataforma que ponía remate al risco pelado, se elevaba un solitario y gigantesco peñasco, a cuyo pie yacía un hombre alto, barbiluengo y de duras facciones, aunque enflaquecido hasta la extenuación. Su respiración regular y plácido gesto, eran los que suelen acompañar al sueño profundo. Enlazada a su cuello moreno y fuerte había una niña de brazuelos blancos y delicados. Estaba rendida su cabecita rubia sobre la pechera de pana del hombre, y en sus labios entreabiertos —que descubrían la nieve inmaculada de los dientes — retozaba una sonrisa infantil. Los miembros del hombre eran largos y ásperos, en peregrino contraste con las rollizas piernecillas de la criatura, las cuales terminaban en unos calcetines blancos y unos pulcros zapatitos de brillantes hebillas. La extraña escena tenía lugar ante la mirada de tres solemnes busardos apostados en la visera del peñasco. A la aparición de los recién llegados, dejaron oír un rauco chillido de odio y se descolgaron con sordo batir de alas.

El estrépito de las inmundas aves despertó a los dos yacentes, quienes echaron a su alrededor una mirada extraviada. El hombre recuperó, vacilante, la posición erecta y tendió la vista sobre la llanura, desierta cuando le había sorprendido el sueño y poblada ahora de muchedumbre enorme de bestias y seres humanos. Ganado por una incredulidad creciente, se pasó la mano por los ojos. «Debe ser esto lo que llaman delirio», murmuró para sí. La pequeña permanecía a su lado, cogida a las faldas de su casaca y sin decir nada, aunque vigilándolo todo con los ojos pasmados e inquisitivos de la niñez.

No les fue difícil a los recién ascendidos acreditar su condición de seres de carne y hueso. Uno de ellos cogió a la niña y la atravesó sobre los hombros, mientras otros dos asistían a su desmadejado compañero en el descenso hacia la caravana.

—Me llamo John Ferrier —explicó el caminante—; la pequeña y yo somos cuanto queda de una expedición de veintiún miembros. Allá en el sur, la sed y el hambre han dado buena cuenta del resto.

—¿La niña es hija tuya? —preguntó uno de los exploradores.

—Por tal la tengo —repuso desafiante el aventurero—. Mía es, porque la he salvado. Nadie va a arrebatármela. De ahora en adelante se llamará Lucy Ferrier.

Pero, ¿quiénes sois vosotros? —prosiguió mirando con curiosidad a sus fornidos y atezados rescatadores—. En verdad que no se os puede contar con los dedos de una mano.

—Sumamos cerca de diez mil —dijo uno de los jóvenes—; somos los hijos perseguidos de Dios, los elegidos del Ángel Moroni.

—Nunca he oído hablar de él —replicó el caminante—, pero a la vista está que no le faltan amigos.

—No uses ironía con lo sagrado —repuso el otro en tono cortante—. Somos aquellos que tienen puesta su fe en las santas escrituras, plasmadas con letra egipcia sobre planchas de oro batido y confiadas a Joseph Smith en el enclave de Palmyra. Procedemos de Nauvoo, en el Estado de Illinois, asiento de nuestra iglesia, y buscamos amparo del hombre violento y sin Dios, aunque para ello hayamos de llegar al corazón mismo del desierto.

El hombre de Nauvoo pareció despabilar la memoria de John Ferrier.

—Entonces —dijo—, sois mormones.

—En efecto, somos los mormones —repusieron todos a una sola voz.

—¿Y dónde os dirigís?

—Lo ignoramos. La mano de Dios guía a los mormones por medio de su profeta. A él te conduciremos. Él decidirá tu suerte.

Habían alcanzado ya la base de la colina, donde se hallaba congregada una multitud de peregrinos: mujeres pálidas y de ojos medrosos, niños fuertes y reidores, varones de expresión alucinada. A la vista de la juventud de uno de los extraños, y de la depauperación del otro, se elevaron de la turba gritos de asombro y conmiseración. No se detuvo sin embargo el pequeño cortejo, sino que se abrió camino, seguido de gran copia de mormones, hasta una carreta que sobresalía de las demás por su anchura excepcional e inusitada elegancia. Seis caballos se hallaban uncidos a ella, en contraste con los dos, o cuatro a lo sumo, que tiraban de las restantes. Junto al carrero se sentaba un hombre de no más de treinta años, aunque de poderosa cabeza y la firme expresión que distingue al caudillo. Estaba leyendo un volumen de lomo oscuro que dejó a un lado a la llegada del gentío. Tras escuchar atentamente la relación de lo acontecido, se

dirigió a los dos malaventurados.

—Si hemos de recogeros entre nosotros —dijo solemnemente—, será sólo a condición de que abracéis nuestro credo. No queremos lobos en el rebaño. ¡Pluga a Dios mil veces que blanqueen vuestros huesos en el desierto, antes de que seáis la manzana podrida que con el tiempo contamina a las restantes! ¿Aceptáis los términos del acuerdo?

—No hay términos que ahora puedan parecerme malos —repuso Ferrier con tal énfasis que los solemnes Ancianos no acertaron a reprimir una sonrisa. Sólo el caudillo perseveró en su terca y formidable seriedad.

—Hermano Stangerson —dijo—, hazte cargo de este hombre y de la niña, y dales comida y bebida. A ti confío la tarea de instruirles en nuestra fe. ¡Demasiado larga ha sido ya la pausa! ¡Adelante! ¡Adelante hacia Sión!

—¡Adelante hacia Sión! —bramó la muchedumbre de mormones, y el grito corrió de boca en boca a lo largo de la caravana, hasta perderse, como un murmullo, en la distancia remota. Entre estallidos de látigos y crujir de ruedas reanudaron la marcha las pesadas carretas, volviendo a serpentear al pronto en el desierto la comitiva enorme. El anciano bajo cuya tutela habían sido puestos los recién hallados, condujo a éstos a su carruaje, y allí les dio el prometido sustento.

—Aquí permaneceréis —les dijo—. A no mucho tardar os habréis recuperado de vuestras fatigas. Recordad, mientras tanto, que compartís nuestra fe, y la compartís para siempre. Lo ha dicho Brigham Young, y lo ha dicho con la voz de Joseph Smith, cuya voz es también la voz de Dios.

2. La flor de Utah

No es éste lugar a propósito para rememorar las privaciones y fatigas experimentadas por el pueblo emigrante antes de su definitiva llegada a puerto. Desde las orillas del Mississippi, hasta las estribaciones occidentales de las Montañas Rocosas, consiguió abrirse camino con pertinacia sin parangón apenas en la historia. Ni el hombre salvaje ni la bestia asesina, ni el hambre, ni la sed, ni el cansancio, ni la enfermedad, ninguno de los obstáculos en fin que plugo a la Naturaleza atravesar en la difícil marcha, fueron bastantes a vencer la tenacidad de aquellos pechos anglosajones. Sin embargo, la longitud del viaje y su cúmulo de horrores habían acabado por conmover hasta los corazones más firmes. Todos, sin excepción, cayeron de hinojos en reverente acción de gracias a Dios cuando, llegados al vasto valle de Utah, que se extendía a sus pies bajo el claro sol, supieron por los labios de su caudillo que no era otra la tierra de promisión, y que aquel suelo virgen les pertenecía ya para siempre.

Pronto demostró Young ser un hábil administrador, amén de jefe enérgico. Fueron aprestados mapas y planos en previsión de la ciudad futura de los mormones. Se procedió, según la categoría de cada destinatario, al reparto y adjudicación de las tierras circundantes. El artesano volvió a blandir su herramienta, y el comerciante a comprar y a vender. En la ciudad surgían calles y plazas como por arte de encantamiento. En el campo, se abrieron surcos para las acequias, fueron levantadas cercas y vallas, se limpió la maleza y se voleó la semilla, de modo que, al verano siguiente, ya cubría la tierra el oro del recién granado trigo. No había cosa que no prosperase en aquella extraña colonia. Sobre todo lo demás, sin embargo, creció el templo erigido por los fieles en el centro de la ciudad. Desde el alba a los últimos arreboles del día, el seco ruido del martillo y el chirriar asmático de la sierra imperaban en torno al monumento con que el pueblo peregrino rendía homenaje a Quien le había guiado salvo a través de tantos peligros.

Los dos vagabundos, John Perrier y la pequeña, su hija adoptiva y compañera de infortunio, hicieron junto a los demás el largo camino. No fue éste trabajoso para la joven Lucy Ferrier que, recogida en la carreta de Stangerson, partió vivienda y

comida con las tres esposas del mormón y su hijo, un obstinado e impetuoso muchacho de doce años. Habiéndose repuesto de la conmoción causada por la muerte de su madre, conquistó fácilmente el afecto de las tres mujeres (con esa presteza de la que sólo es capaz la infancia) y se hizo a su nueva vida trashumante. En tanto, el recobrado Ferrier ganaba fama de guía útil e infatigable cazador. Tan presto conquistó para sí la admiración de sus nuevos compañeros que, al dar éstos por acabada la aventura, recibió sin un solo reparo o voto en contra una porción de tierra no menor ni menos fecunda que las de otros colonos, con las únicas excepciones de Young y los cuatro ancianos principales, Stangerson, Kemball, Johnston y Drebber.

En la hacienda así adquirida levantó John Ferrier una sólida casa de troncos, ampliada y recompuesta infinitas veces en los años subsiguientes, hasta alcanzar al fin envergadura considerable. Era hombre con los pies afirmados en tierra, inteligente en los negocios y hábil con las manos, amén de recio, lo bastante para aplicarse sin descanso al cultivo y mejora de sus campos. Crecieron así su granja y posesiones desmesuradamente. A los tres años había sobrepujado a sus vecinos, a los seis se contaba entre el número de los acomodados, a los nueve de los pudientes, y a los doce no pasaban de cinco o seis quienes pudieran comparársele en riqueza. Desde el gran mar interior hasta las montañas de Wahsatch, el nombre de John Ferrier descollaba sobre todos los demás.

Sólo en un concepto ofendía este hombre la susceptibilidad de sus correligionarios. Nadie fue parte a convencerle para que fundara un harén al modo de otros mormones. Sin dar razones de su determinación, porfió en ella con firmeza inconmovible. Unos le acusaron de tibieza en la práctica de la religión recientemente adquirida; otros, de avaricia y espíritu mezquinamente ahorrativo. Llegó incluso a hablarse de un amor temprano, una muchacha de blondos cabellos muerta de nostalgia en las costas del Atlántico. El caso es que, por la causa que fuere, Ferrier permaneció estrictamente célibe. En todo lo demás siguió el credo de la joven comunidad, ganando fama de hombre ortodoxo y de recta conducta.

Junto al padre adoptivo, entre las cuatro paredes de la casa de troncos, y aplicada a la dura brega diaria, se crió Lucy Ferrier. El fino aire de las montañas y el aroma balsámico del pino cumplieron las veces de madre y niñera. Según transcurrían los años la niña se hizo más alta y fuerte, adquiriendo las mejillas color y el paso cadencia elástica. No pocos sentían revivir en sí antiguos hervores cada vez que, desde el tramo de camino que sesgaba la finca de Ferrier,

veían a la muchacha afanarse, joven y ligera, en los campos de trigo, o gobernar el cimarrón de su padre con una destreza digna en verdad de un auténtico hijo del Oeste. De esta manera se hizo flor el capullo, y el mismo año que ganaba Ferrier preeminencia entre los granjeros del lugar, se cumplía en su hija el más acabado ejemplo de belleza americana que encontrarse pudiera en la vertiente toda del Pacífico.

No fue el padre, sin embargo, el primero en advertir que la niña de antes era ya mujer. Rara vez ocurre tal. Esa transformación es harto sutil y lenta para que quepa situarla en un instante preciso. Más ajena todavía al cambio permanece la doncella misma, quien sólo al tono de una voz o al contacto de una mano, súbitas chispas iniciadoras de un fuego desconocido, descubre con orgullo y miedo a la vez la nueva y poderosa facultad que en ella ha nacido a la vida. Pocas mujeres han olvidado de hecho el día preciso y el exacto incidente por el que viene a ser conocido ese albor de una existencia nueva. En el caso de Lucy Ferrier la ocasión fue memorable de por sí, aparte el alcance que después tendría en su propio destino y en el de los demás.

Era una calurosa mañana de junio, y los Santos del último Día se afanaban en su cotidiana tarea al igual que un enjambre de abejas, cuyo fanal habían escogido por emblema y símbolo de la comunidad. De los campos y de las calles ascendía el sordo rumor del trabajo incesante. A lo largo de las carreteras polvorientas, avanzaban filas de mulas con pesadas cargas, en dirección todas al Oeste, ya que había estallado la fiebre del oro en California y la ruta continental tenía estación en la ciudad de los Elegidos. También se veían rebaños de vacas y ovejas, procedentes de pastos remotos, y partidas de fatigados emigrantes, no menos maltrechos que sus caballerías tras el viaje inacabable. En medio de aquella abigarrada muchedumbre, hilaba su camino con destreza de amazona Lucy Ferrier, arrebatado el rostro por el ejercicio físico y suelta al viento la larga cabellera castaña. Venía a la ciudad para dar cumplimiento a cierto encargo de su padre, y, desatenta a todo cuanto no fuera el asunto que en ese instante la solicitaba, volaba sobre su caballo, con la usada temeridad de otras veces. Se detenían a mirarla asombrados los astrosos aventureros, e incluso el indio impasible, con sus pieles a cuestas, rompía un instante su reserva ante el espectáculo de aquella bellísima rostro pálido.

Había alcanzado los arrabales de la ciudad, cuando halló la carretera obstruida por un gran rebaño de ganado al que daban gobierno media docena de selváticos pastores de la pradera. Impaciente, hizo por superar el obstáculo lanzándose a

una súbita brecha que se insinuaba enfrente. Cuando se hubo introducido en ella, sin embargo, el ganado volvió a cerrarse en torno, viéndose al pronto inmersa la amazona en la corriente movediza de las cuernilargas e indómitas bestias. Habituada como estaba a vivir entre ganado, no sintió alarma, e intentó por todos los medios abrirse camino a través de la manada. Por desgracia los cuernos de una de las reses, al azar o de intento, entraron en violento contacto con el flanco del cimarrón, excitándolo en grado máximo. El animal se levantó sobre sus patas traseras con un relincho furioso, al tiempo que daba unos saltos y hacía unas corvetas bastantes a derribar a un jinete de medianas condiciones. No podía ser la situación más peligrosa. Cada arrebato del caballo acentuaba el roce con los cuernos circundantes, y éstos inducían a su vez en la cabalgadura renovadas y furibundas piruetas. Sin falta debía la joven mantenerse sujeta a la silla de la montura, ya que al más leve desliz cabía que fuera a dar su cuerpo entre las pezuñas de las espantadas criaturas, encontrando así una muerte horrible. No hecha a tales trances, comenzó a nublarse su cabeza, al cabo que cedía la presa de la mano en la brida. Sofocada por la nube de polvo y el hedor de la forcejeante muchedumbre animal, se hallaba al borde del abandono, cuando oyó una voz amable que a su lado le prometía asistencia. A continuación una poderosa mano, curtida y tostada por el sol, asió del freno al asustado cuadrúpedo, conduciéndole pronto, sin mayores incidencias, fuera del tropel.

—Espero, señorita, que haya salido usted ilesa de la aventura —dijo respetuosamente a la joven su providencial salvador.

Aquélla levantó su rostro hacia el otro rostro, fiero y moreno, y riendo con franqueza repuso:

—¡Qué susto! ¿Cómo pensar que Pancho fuera a tener tanto miedo de un montón de vacas?

—Gracias a Dios, ha podido usted mantenerse en la montura —contestó el hombre con gesto grave.

Se trataba de un joven alto y de aguerrido aspecto, el cual, caballero en un poderoso ejemplar de capa baya, y guarnecido el cuerpo con las toscas galas del cazador, iba armado de un largo rifle, suspendido al bies tras de los hombros.

—Debe ser usted la hija de John Ferrier —añadió—; la he visto salir a caballo de su granja. Cuando lo vea, pregúntele si le trae algún recuerdo el nombre de

«Jefferson Hope», el de St. Louis. Si ese Ferrier es el que yo pienso, mi padre y el suyo fueron uña y carne.

—¿Por qué no viene y se lo pregunta usted mismo? —apuntó ella con recato.

El joven pareció complacido por la invitación, y en sus ojos negros refulgió una chispa de contento.

—Lo haré —dijo—, aunque llevamos dos meses en las montañas y mi traza no es a propósito para esta clase de visitas. Su padre de usted deberá recibirme tal como estoy.

—Es su deudor, igual que yo —replicó la joven—. Me tiene un cariño extraordinario; si esas vacas hubieran llegado a causarme la muerte, creo que habría muerto él también.

—Y yo —añadió el jinete.

—¡Usted! No creo que fuera a partírsele el corazón... ¡Ni siquiera somos amigos!

La oscura faz del cazador se ensombreció de semejante manera ante esta observación, que Lucy Ferrier no pudo evitar una carcajada.

—No me entienda mal, ¡ea! —dijo—. Ahora sí que somos amigos. No le queda más remedio que venir a vernos... En fin, he de seguir camino, porque, según está pasando el tiempo, no volverá a confiarme jamás mi padre recado alguno. ¡Adiós!

—¡Adiós —repuso el otro, alzando su sombrero alado e inclinándose sobre la mano de la damita. Tiró ésta de las riendas a su potro, blandió el látigo, y desapareció en la ancha carretera tras una ondulante nube de polvo.

El joven Jefferson Hope se unió a sus compañeros, triste y taciturno. Habían recorrido las montañas de Nevada en busca de plata, y volvían ahora a Salt Lake City, con el fin de reunir el capital necesario para la exploración de un filón descubierto allá arriba. Sus pensamientos, puestos hasta entonces, al igual que los del resto de la cuadrilla, en el negocio pendiente, no podían ya ser los mismos tras el encuentro súbito. La vista de la hermosa muchacha, fresca y sana como las brisas de la sierra, había conmovido lo más íntimo de su volcánico e

indómito corazón. Desaparecida la joven de su presencia, supo que una crisis acababa de producirse en su vida, y que ni las especulaciones de la plata, ni cosa alguna, podían compararse en importancia a lo recién acontecido. El efecto obrado de súbito en su corazón no era además un amor fugaz de adolescente, sino la pasión auténtica que se apodera del hombre de férrea voluntad e imperioso carácter. Estaba hecho a triunfar en todas las empresas. Se dijo solemnemente que no saldría mal de ésta, mientras de algo sirvieran la perseverancia y el tenaz esfuerzo.

Aquella misma noche se presentó en casa de John Ferrier, y a la siguiente y a la otra también, hasta convertirse en visitante asiduo y conocido. John, encerrado en el valle y absorbido por el trabajo diario, había tenido menguadísimas oportunidades de asomarse al mundo en torno durante los últimos doce años. De él le daba noticias Jefferson Hope, con palabras que cautivaban a Lucy no menos que a su padre. Había sido pionero en California, la loca y legendaria región de rápidas fortunas y estrepitosos empobrecimientos; había sido explorador, trampero, ranchero, buscador de plata... No existía aventura emocionante, en fin, que no hubiera corrido alguna vez Jefferson Hope. A poco ganó el afecto del viejo granjero, quien se hacía lenguas de sus muchas virtudes. En tales ocasiones Lucy permanecía silenciosa, mas podía echarse de ver, por el arrebol de las mejillas y el brillar de ojos, que no era ya la muchacha dueña absoluta de su propio corazón. Quizá escapasen estas y otras señales a los ojos del buen viejo, aunque no, desde luego, a los de quien constituía su recóndita causa.

Cierto atardecer de verano el joven llegó a galope por la carretera y se detuvo frente al cancel. Lucy estaba en el porche y, al verle, fue en dirección suya. El visitante pasó las bridas del caballo por encima de la cerca y tomó el camino de la casa.

—He de marcharme, Lucy —dijo asiéndole entrambas manos, al tiempo que la miraba tiernamente a los ojos—. No te pido que vengas ahora conmigo, pero ¿lo harás más adelante, cuando esté de vuelta?

—¿Vas a tardar mucho? —repuso la joven, riendo y encendiéndose toda.

—No más de dos meses. Vendré entonces por ti, querida. Nadie podrá interponerse entre nosotros dos.

—¿Qué dice mi padre?

—Ha dado su consentimiento, siempre y cuando me las arregle para poner en marcha esas minas. Sobre esto último no debes preocuparte.

—Oh, bien. Si estáis de acuerdo papá y tú, yo no tengo nada más que añadir —susurró ella, la mejilla apoyada en el poderoso pecho del aventurero.

—¡Dios sea alabado! —exclamó éste con ronca voz, e inclinando la cabeza, besó a la chica—. El trato puede considerarse zanjado. Cuanto más me demore, más difícil va a resultarme iniciar la marcha. Me aguardan en el cañón. ¡Adiós, amor, adiós! Dentro de dos meses me verás de nuevo.

Con estas palabras se separó de ella y, habiéndose plantado de un salto encima del caballo, picó espuelas a toda prisa sin volver siquiera la cabeza, en el temor, quizá, de que una sola mirada a la prenda de su corazón le hiciera desistir de su recién concebido proyecto. Permaneció Lucy junto al cancel, fija la vista en el jinete hasta desvanecerse éste en el horizonte. Después volvió a la casa. En todo Utah no podría hallarse chica más feliz.

3. John Ferrier habla con el profeta

Tres semanas habían transcurrido desde la marcha de Jefferson Hope y sus compañeros. Se entristecía el corazón de John Ferrier al pensar que pronto volvería el joven, arrebatándole su preciado tesoro. Sin embargo, la expresión feliz de la muchacha le reconciliaba mil veces más eficazmente con el pacto contraído que el mejor de los argumentos. Desde antiguo había determinado en lo hondo de su resuelta voluntad que a ningún mormón sería dada jamás la mano de su hija. Semejante unión se le figuraba un puro simulacro, un oprobio y una desgracia. Con independencia de los sentimientos que la doctrina de los mormones le inspiraba en otros terrenos, se mantenía sobre lo último inflexible, amén de mudo, ya que por aquellos tiempos las actitudes heterodoxas hallaban mal acomodo en la Tierra de los Santos.

Mal acomodo y terrible peligro... Hasta los más santos entre los santos contenían el aliento antes de dar voz a su íntimo parecer en materia de religión, no fuera cualquier palabra, o frase mal comprendida, a atraer sobre ellos un rápido castigo. Los perseguidos de antaño se habían constituido a su vez en porfiados y crudelísimos perseguidores. Ni la Inquisición sevillana, ni la tudesca Vehmgericht, ni las sociedades secretas de Italia acertaron jamás a levantar maquinaria tan formidable como la que tenía atenazado al Estado de Utah.

La organización resultaba doblemente terrible por sus atributos de invisibilidad y misterio. Todo lo veía y podía, y sin embargo escapaba al ojo y al oído humanos. Quien se opusiera a la Iglesia, desaparecía sin dejar rastro ni razón de sí. Mujer e hijos aguardaban inútilmente el retorno del proscrito, cuya voz no volvería a dejarse oír de nuevo, ni siquiera en anuncio de la triste sentencia que los sigilosos jueces habían pronunciado. Una palabra brusca, un gesto duro, eran castigados con la muerte. Ignoto, el poder aciago gravitaba sobre todas las existencias. Comprensible era que los hombres vivieran en terror perpetuo, sellada la boca y atada la lengua lo mismo en poblado que en la más rigurosa de las soledades.

En un principio sufrieron persecución tan sólo los elementos recalcitrantes, aquellos que, habiendo abrazado la fe de los mormones, deseaban abandonarla o

pervertirla. Pronto, sin embargo, aumentó la multitud de las víctimas. Eran cada vez menos las mujeres adultas, grave inconveniente para una doctrina que proponía la poligamia. Comenzaron a circular extraños rumores sobre emigrantes asesinados y salvajes saqueos ocurridos allí donde nunca, anteriormente, había llegado el indio. Mujeres desconocidas vinieron a nutrir los serrallos de los Ancianos, mujeres que lloraban y languidecían, y llevaban impresas en el rostro las señales de un espanto inextinguible. Algunos caminantes, rezagados en las montañas, afirmaban haberse cruzado con pandillas de hombres armados y enmascarados, en sigilosa y rápida peregrinación al amparo de las sombras. Tales historias y rumores fueron adquiriendo progresivamente cuerpo y confirmación, hasta concretarse en título y expresión definitivos. Incluso ahora, en los ranchos aislados del Oeste, el nombre de «La Banda de los Danitas», o «Los Ángeles Vengadores», conserva resonancias siniestras.

El mayor conocimiento de la organización que tan terribles efectos obraba, tendió antes a magnificar que a disimular el espanto de las gentes. Imposible resultaba saber si una persona determinada pertenecía a Los Ángeles Vengadores. Los nombres de quienes tomaban parte en las orgías de sangre y violencia perpetradas bajo la bandera de la religión eran mantenidos en riguroso secreto. Quizá el amigo que durante el día había escuchado ciertas dudas referentes al Profeta y su misión se contaba por la noche entre los asaltantes que acudían para dar cumplimiento al castigo inmisericorde y mortal. De este modo, cada cual desconfiaba de su vecino, recatando para sí sus más íntimos sentimientos.

Una hermosa mañana, cuando estaba a punto de partir hacia sus campos de trigo, oyó John Ferrier el golpe seco del pestillo al ser abierto, tras de lo cual pudo ver, a través de la ventana, a un hombre ni joven ni viejo, robusto y de cabello pajizo, que se aproximaba sendero arriba. Le dio un vuelco el corazón, ya que el visitante no era otro que el mismísimo Brigham Young. Lleno de inquietud —pues nada bueno presagiaba semejante encuentro— Ferrier acudió presuroso a la puerta para recibir al jefe mormón. Este último, sin embargo, correspondió fríamente a sus solicitaciones, y, con expresión adusta, le siguió hasta el salón.

—Hermano Ferrier —dijo, tomando asiento y fijando en el granjero la mirada a través de las pestañas rubias—, los auténticos creyentes te han demostrado siempre bondad. Fuiste salvado por nosotros cuando agonizabas de hambre en el desierto, contigo compartimos nuestra comida, te condujimos salvo hasta el

Valle de los Elegidos, recibiste allí una generosa porción de tierra y, bajo nuestra protección, te hiciste rico. ¿Es esto que digo cierto?

—Lo es —repuso John Ferrier.

—A cambio de tantos favores, no te pedimos sino una cosa: que abrazaras la fe verdadera, conformándote a ella en todos sus detalles. Tal prometiste hacer, y tal, según se dice, desdeñas hacer.

—¿Es ello posible? —preguntó Ferrier, extendiendo los brazos en ademán de protesta—. ¿No he contribuido al fondo común? ¿No he asistido al Templo? ¿No he...?

—¿Dónde están tus mujeres? —preguntó Young, lanzando una ojeada en derredor —. Hazlas pasar para que pueda yo presentarles mis respetos.

—Cierto es que no he contraído matrimonio —repuso Ferrier—. Pero las mujeres eran pocas, y muchos aquellos con más títulos que yo para pretenderlas. Además, no he estado solo: he tenido una hija para cuidar de mí.

—De ella, precisamente, quería hablarte —dijo el jefe de los mormones—. Se ha convertido, con los años, en la flor de Utah, y ahora mismo goza del favor de muchos hombres con preeminencia en esta tierra.

John Ferrier, en su interior, dejó escapar un gemido.

—Corren rumores que prefiero desoír, rumores en torno a no sé qué compromiso con un gentil. Maledicencias, supongo, de gente ociosa. ¿Cuál es la decimotercera regla del código legado a nosotros por Joseph Smith, el santo? «Que toda doncella perteneciente a la fe verdadera contraiga matrimonio con uno de los elegidos: pues si se uniera a un gentil, cometería pecado nefando.» Siendo ello así, no es posible que tú, que profesas el credo santo, hayas consentido que tu hija lo vulnere.

Nada repuso John Ferrier, ocupado en juguetear nerviosamente con su fusta.

—Por lo que en torno a ella resuelvas, habrá de medirse la fortaleza de tu fe. Tal ha convenido el Sagrado Consejo de los Cuatro. Tu hija es joven: no pretendemos que despose a un anciano, ni que se vea privada de toda elección. Nosotros los

Ancianos poseemos varias novillas[11], mas es fuerza que las posean también nuestros hijos. Stangerson tiene un hijo varón, Drebber otro, y ambos recibirían gustosos a tu hija en su casa. Dejo a ella la elección... Son jóvenes y ricos, y profesan la fe verdadera. ¿Qué contestas?

Ferrier permaneció silencioso un instante, arrugado el entrecejo.

—Concédeme un poco de tiempo —dijo al fin—. Mi hija es muy joven, quizá demasiado para tomar marido.

—Cuentas con un plazo de un mes —dijo Young, enderezándose de su asiento —. Transcurrido éste, habrá de dar la chica una respuesta.

Estaba cruzando el umbral cuando se volvió de nuevo, el rostro encendido y centelleantes los ojos:

—¡Guárdate bien, John Ferrier —dijo con voz tonante—, de oponer tu débil voluntad a las órdenes de los Cuatro Santos, porque en ese caso sentiríais tu hija y tú no yacer, reducidos a huesos mondos, en mitad de Sierra Blanco!

Con un amenazador gesto de la mano soltó el pomo de la puerta, y Ferrier pudo oír sus pasos desvaneciéndose pesadamente sobre la grava del sendero.

Estaba todavía en posición sedente, con el codo apoyado en la rodilla e incierto sobre cómo exponer el asunto a su hija, cuando una mano suave se posó en su hombro y, elevando los ojos, observó a la niña de pie junto a él. La sola vista de su pálido y aterrorizado rostro, fue bastante para revelarle que había escuchado la conversación.

—No lo pude evitar —dijo ella, en respuesta a su mirada—. Su voz atronaba la casa. Oh, padre, padre mío, ¿qué haremos?

—No te asustes —contestó éste, atrayéndola hacia sí, y pasando su mano grande

y fuerte por el cabello castaño de la joven—. Veremos la manera de arreglarlo. ¿No se te va ese joven de la cabeza, no es cierto?

A un sollozo y a un ademán de la mano, súbitamente estrechada a la del padre, se

redujo la respuesta de Lucy.

—No, claro que no. Y no me aflige que así sea. Se trata de un buen chico y de un cristiano, mucho más, desde luego, de lo que nunca pueda llegar a ser la gente de por aquí, con sus rezos y todos sus sermones. Mañana sale una expedición camino de Nevada, y voy a encargarme de que le hagan saber el trance en que nos hallamos. Si no me equivoco sobre el muchacho, le veremos volver aquí con una velocidad que todavía no ha alcanzado el moderno telégrafo.

Lucy confundió sus lágrimas con la risa que las palabras de su padre le producían.

—Cuando llegue, nos señalará el curso más conveniente. Es usted el que me inquieta. Una oye..., oye cosas terribles de quienes se enfrentan al Profeta: siempre sufren percances espantosos.

—Aún no nos hemos opuesto a nadie —repuso el padre—. Tiempo tenemos de mirar por nuestra suerte. Disponemos de un mes de plazo; para entonces espero que nos hallemos lejos de Utah.

—¡Lejos de Utah!

—Qué remedio...

—¿Y la granja?

—Convertiremos en dinero cuanto sea posible, renunciando al resto. Para ser sincero, Lucy, no es ésta la primera vez que semejante idea se me cruza por la cabeza. No me entusiasma el estar sometido a nadie, menos aún al maldito Profeta que tiene postrada a la gente de esta tierra. Nací americano y libre, y no entiendo de otra cosa. Quizá sea demasiado viejo para mudar de parecer. Si el tipo de marras persiste en merodear por mi granja, acaso acabe dándose de bruces con un puñado de postas avanzando en sentido contrario.

—Pero no nos dejarán marchar —objetó la joven.

—Aguarda a que venga Jefferson y entonces nos las compondremos para hacerlo. Entre tanto, querida, sosiégate, y no permitas que se te pongan los ojos feos de tanto llorar, no vaya a ser que al verte se la tome el chico conmigo. No hay razón para preocuparse, ni peligro ninguno.

John Ferrier imprimió a estas observaciones un tono de pausada confianza, lo que no fue obstáculo, sin embargo, para que advierta la joven cómo, llegada la noche, aseguraba con más cuidado del habitual las puertas de la casa, al tiempo que limpiaba y nutría de cartuchos la oxidada escopeta que hasta entonces había colgado de la pared de su dormitorio.

4. La huida

A la mañana siguiente, después de su entrevista con el Profeta de los mormones, acudió John Ferrier a Salt Lake City, donde, tras ponerse en contacto con un conocido que había de seguir el camino de Nevada, entregó el recado para Jefferson Hope. En él se explicaba al joven lo inminente del peligro a que estaban expuestos, y lo necesaria que se había hecho su vuelta. Cumplidas estas diligencias, pareció sosegarse el anciano y, ya de mejor talante, volvió a su casa.

Cerca de la granja, observó con sorpresa que a cada uno de los machones laterales de la portalada había atado un caballo. La sorpresa fue en aumento cuando al entrar en su casa se echó a la cara dos jóvenes, cómodamente instalados en el salón. Uno era de faz alongada y pálida, y estaba arrellanado en la mecedora, extendidas las piernas y puestos los dos pies sobre la estufa. El otro, un mozo de cuello robusto y tosco y mal dibujadas facciones, permanecía en pie junto a la ventana. Con las manos en los bolsillos, se entretenía silbando un himno entonces muy en boga. Ambos saludaron a Ferrier con una ligera inclinación de cabeza, después de lo cual dio el de la mecedora inicio a la conversación:

—Quizá no sepas quiénes somos —dijo—. Este de aquí es hijo del viejo Drebber, y yo soy Joseph Stangerson, uno de tus compañeros de peregrinación en el desierto cuando el Señor extendió su mano y se dignó recibirte entre los elegidos.

—Como recibirá a las restantes naciones del mundo en el instante por Él previsto —añadió el otro con acento nasal—; lentamente trenza su red el Señor, mas los agujeros de ésta son finísimos.

John Ferrier esbozó un frío saludo. No le cogía de nuevas la identidad de sus visitantes.

—Por indicación de nuestros padres —prosiguió Stangerson—, hemos venido a solicitar la mano de tu hija. Vosotros determinaréis a cuál de los dos corresponde. Dado que yo tengo tan sólo cuatro mujeres, mientras que el

hermano Drebber posee siete, me parece que reúno yo más títulos para ser el elegido.

—Ta, ta, hermano Stangerson —repuso aquél—, no se trata de cuántas mujeres tengamos, sino del número de ellas que podamos mantener. Mi padre me ha traspasado sus molinos, por lo que soy más rico que tú.

—Pero me aguarda a mí un futuro más holgado —respondió su rival, vehementemente—. Cuando el Señor tenga a bien llevarse a mi padre, entraré en posesión de su casa de tintes y su tenería. Además, soy mayor que tú, y por lo mismo estoy más alto en la jerarquía de la Iglesia.

—A la chica toca decir la última palabra —replicó el joven Drebber, mientras sonreía a la propia imagen reflejada en el vidrio de la ventana—. Que sea ella quien decida.

Durante todo el diálogo había permanecido John Ferrier en el umbral dándose a los demonios y casi tentado a descargar su fusta sobre las espaldas de los visitantes.

—Un momento —dijo al fin, acercándose a ellos—. Cuando mi hija os convoque, podréis venir, pero hasta entonces no quiero ver vuestras caras por aquí.

Los dos jóvenes mormones le dirigieron una mirada de estupefacción. A sus ojos, el forcejeo por la mano de la hija suponía un máximo homenaje, no menos honroso para ésta que para su padre.

—Hay dos caminos que conducen fuera de la habitación —gritó Ferrier—, la puerta y la ventana. ¿Cuál preferís?

Su rostro moreno había adquirido una expresión tan salvaje, y las manos un tan amenazador ademán, que los dos visitantes saltaron de sus asientos, emprendiendo una rápida retirada. El viejo granjero les siguió hasta la puerta.

—Me haréis saber quién de los dos se ha dispuesto que sea el agraciado —dijo con sorna.

—¡Recibirás tu merecido! —chilló Stangerson, lívido de ira—. Has desafiado al Profeta y al Consejo de los Cuatro. Materia tienes de arrepentimiento para el

resto de tus días.

—El Señor asentará sobre ti su pesada mano —exclamó a su vez el joven Drebber —; ¡por Él serás fulminado!

—¡Si ha de ser así, comencemos ya! —dijo Ferrier, furioso, y se hubiera precipitado escaleras arriba en busca de su escopeta a no sujetarlo Lucy por un brazo para impedir los efectos de su furia. Antes de que pudiera desasirse, el estrépito de unas uñas de caballo sobre el camino medía ya la distancia que habían puesto por medio sus enemigos.

—¡Mequetrefes hipócritas! —exclamó, enjugándose el sudor de la frente—. Prefiero verte en la tumba, niña, antes que esposa de cualquiera de ellos.

—Yo también, padre —repuso ella vehementemente—; pero Jefferson estará pronto de vuelta con nosotros.

—Sí. Poco ha de tardar. Cuanto menos, mejor, pues no sabemos qué otras sorpresas nos aguardan.

Era llegado en verdad el momento de que alguien acudiera, con su consejo y ayuda, en auxilio del tenaz anciano y su hija adoptiva. Hasta entonces no se había dado aún en la colonia un caso parejo de insubordinación y desobediencia a la autoridad de los Ancianos. Si las desviaciones menores eran castigada tan severamente, ¡cuál no sería el destino de este empecatado rebelde! Ferrier conocía que su riqueza y posición no lo eximían del castigo. Otros no menos ricos y conocidos que él habían desaparecido de la faz de la tierra, revertiendo sus propiedades a manos de la Iglesia. Aunque valeroso, no acertaba a reprimir un sentimiento de pánico ante el peligro impreciso y fantasmal que le amenazaba. A todo mal conocido se sentía capaz de hacer frente con pulso firme, pero la incertidumbre presente encerraba algo de terroríficamente paralizador. Recató aun así su miedo a la hija, afectando echar a barato lo acontecido, lo que no fue obstáculo, sin embargo, para que ella, con la sagacidad que infunde el amor, percibiera claramente la preocupación de que era presa el anciano.

Suponía éste que mediante una señal u otra le haría Young patente el disgusto hacia su conducta, y no andaba errado, aunque el anuncio llegó de forma inesperada. A la mañana siguiente, al despertarse, encontró para su sorpresa un pequeño rectángulo de papel prendido a la colcha, a la altura del pecho, y en él escritas con letra enérgica y desmañada estas palabras: «Veintinueve días restan

para que te enmiendes, y entonces...».

Ese vago peligro que parecía insinuarse tras los puntos suspensivos era mucho más temible que cualquier amenaza concreta. Que el mensaje hubiera podido llegar a la habitación, sumió a John Ferrier en una casi dolorosa perplejidad, ya que los sirvientes dormían en un pabellón separado de la casa, y las puertas y ventanas de ésta habían sido cerradas a cal y canto. Se deshizo del papel y ocultó lo ocurrido a su hija, aunque el incidente no pudo por menos de producirle una mortal angustia. Esos veintinueve días representaban sin duda lo sobrante del mes concedido por Young. ¿Qué valían la fuerza o el coraje contra un enemigo dotado de tan misteriosas facultades? La mano que había prendido el alfiler hubiese podido empujarlo hasta el centro de su corazón, sin que él llegara nunca a conocer la identidad de quien le causaba la muerte.

Mayor fue aún su conmoción a la mañana siguiente. Se había sentado para tomar el desayuno cuando Lucy dejó escapar un gesto de sorpresa al tiempo que señalaba el techo de la habitación. En su mitad, en torpes caracteres, se leía, escrito probablemente con la negra punta de un tizón, el número veintiocho. Nada significaba esta cifra para la hija, y Ferrier prefirió no sacarla de su ignorancia. Aquella noche, armado de una escopeta, montó guardia alrededor de la casa. No vio ni oyó cosa alguna y, sin embargo, al clarear, los largos trazos del número veintisiete cruzaban la hoja exterior de la puerta principal.

De esta guisa fueron transcurriendo los días; tan inevitablemente como sucede a la noche la luz de la mañana, mantenían sus invisibles enemigos la cuenta del menguante mes de gracia, expuesta siempre en algún lugar manifiesto. Ora aparecía el número fatal sobre una pared, ora en el suelo, más tarde, quizá, en un pequeño rótulo pegado al cancel del jardín o a la baranda. Pese a su permanente actitud de vigilancia, no pudo descubrir John Ferrier de dónde procedían estas advertencias diarias. Un horror rayano con la superstición llegó a poseerlo a la vista de cualquiera de ellas. Crispado y rendido, sus ojos adquirieron la expresión turbia de una fiera acorralada. Todas sus esperanzas, su única esperanza, se cifraba en el retorno del joven cazador de Nevada.

Los veinte días de franquía se redujeron a quince, éstos a diez y no daba aún señales de sí el ausente. Paso a paso fue aproximándose el temido término sin que llegaran noticias de fuera. Cada vez que un jinete rompía el silencio con el estrépito de su caballo a lo largo del camino, o incitaba un carretero a su recua, el viejo granjero se precipitaba hacia la puerta, creyendo ya llegado a su

auxiliador. Al fin, cuando los cinco últimos días dieron paso a los cuatro siguientes, y los cuatro a sus sucesivos tres, perdió el ánimo, y con él la esperanza en la salvación. Solo, y mal conocedor de las montañas circunvecinas, se sentía por completo perdido. En los caminos más transitados se había montado un estricto servicio de vigilancia que estorbaba el paso a los transeúntes no autorizados por el Consejo. Mirara donde mirara, se veía inevitablemente condenado a sufrir el castigo que se cernía sobre su cabeza. Con todo, mil veces hubiera preferido el anciano la muerte a consentir en lo que por fuerza se le antojaba el deshonor de su hija.

Sobre tales calamidades y los vanos intentos de ponerles remedio, reflexionaba una tarde el sedente John Ferrier. Aquella misma mañana había sido trazado el número dos sobre la pared de su casa, anuncio de la única franquía que, junto a la siguiente, todavía restaba hasta la expiración del plazo.

¿Qué ocurriría entonces? Mil terribles e imprecisas fantasías atormentaban su imaginación. ¿Qué sería de su hija cuando él faltara? No ofrecía escape la invisible maraña que alrededor de ellos se había trenzado. Derrumbó la cabeza sobre la mesa y se abandonó al llanto ante el sentimiento de su propia impotencia.

Pero ¿qué era eso? Un suave arañazo había turbado el silencio reinante —un ruido tenue, aunque claramente perceptible en medio de la quietud de la noche —. Procedía de la puerta de la casa. Ferrier se deslizó hasta el vestíbulo y aguzó el oído.

Hubo una pausa breve y después el blando, insidioso sonido volvió a repetirse. Evidentemente, alguien estaba golpeando con mucho tiento los cuarterones de la puerta. ¿Quizá un nocturno sicario enviado para llevar adelante las órdenes asesinas del tribunal secreto? ¿O acaso el agente encargado de grabar el anuncio del último día de gracia? Ferrier sintió que una muerte instantánea sería preferible a esta azorante incertidumbre que paralizaba su corazón. De un salto llegó hasta la puerta y, descorriendo el cerrojo, la abrió de par en par.

Fuera reinaba una absoluta quietud. Estaba despejada la noche, y en lo alto se veían parpadear las estrellas. Ante los ojos del granjero se extendía el pequeño jardín frontero, ceñido por la cerca y la portalada, pero ni en el espacio interior ni en la carretera se echaba de ver figura humana alguna. Con un suspiro de alivio oteó Ferrier a izquierda y derecha, hasta que, habiendo dirigido por

casualidad la mirada en dirección a sus pies, observó con asombro que un hombre yacía boca abajo sobre el suelo, abiertos en compás los brazos y las piernas.

Tal sobresalto le produjo la vista del cuerpo, que hubo de recostarse sobre la pared con una mano puesta en la garganta para sofocar el grito que de ésta pujaba por salir. Su primer pensamiento fue el de dar al hombre postrado por herido o muerto, mas, al mirarlo de nuevo, percibió cómo, serpenteando con la rapidez y sigilo de un ofidio, se deslizaba sobre el suelo hasta penetrar en el vestíbulo. Una vez dentro recuperó velozmente la posición erecta, cerró la puerta, y fueron entonces dibujándose ante el asombrado granjero las enérgicas facciones y decidida expresión de Jefferson Hope.

—¡Santo Cielo! —dijo jadeante John Ferrier—. ¡Qué susto me has dado! ¿Por qué diablos has entrado en casa así?

—Déme algo de comer —repuso el otro con voz ronca—. Hace cuarenta y ocho horas que no me llevo a la boca un trozo de pan o una gota de agua.

Se arrojó sobre la carne fría y el pan que, después de la cena, aún restaban en la mesa de su huésped, y dio cuenta de ellos vorazmente.

—¿Cómo anda de ánimo Lucy? —preguntó una vez satisfecha su hambre.

—Bien. Desconoce el peligro en que nos hallamos —repuso el padre.

—Tanto mejor. La casa está vigilada por todas partes. De ahí que me arrastrara hasta ella. Los tipos son listos, aunque no lo bastante para jugársela a un cazador Washoe.

John Ferrier se sintió renacer a la llegada de su devoto aliado. Asiendo la mano curtida del joven, se la estrechó cordialmente.

—Me enorgullezco de ti, muchacho —exclamó—. Pocos habrían tenido el arrojo de venir a auxiliarnos en este trance.

—No anda descaminado, a fe mía —repuso el joven cazador—. Le tengo ley, pero a ser usted el único en peligro me lo habría pensado dos veces antes de meter la mano en este avispero. Lucy me trae aquí, y antes de que le sobrevenga algún mal, hay en Utah un Hope para dar por ella la vida.

—¿Qué hemos de hacer?

—Mañana se acaba el plazo, y a menos que nos pongamos esta misma noche en movimiento, estará todo perdido. Tengo una mula y dos caballos esperándonos en el Barranco de las Águilas. ¿De cuánto dinero dispone?

—Dos mil dólares en oro y otros cinco mil en billetes.

—Es suficiente. Cuento yo con otro tanto. Hemos de alcanzar Carson City a través de las montañas. Preciso es que despierte a Lucy. Suerte que no duermen aquí los criados.

En tanto aprestaba Ferrier a su hija para el viaje inminente, Jefferson Hope juntó toda la comida que pudo encontrar en un pequeño paquete, al tiempo que llenaba de agua un cántaro de barro; como sabía por experiencia, los manantiales eran escasos en las montañas y muy distantes entre sí. Apenas si había terminado los preparativos cuando apareció el granjero con su hija, ya vestida y pertrechada para la marcha. El encuentro de los dos enamorados fue caluroso, pero breve, pues cada minuto era precioso, y restaba aún mucho por hacer.

—Salgamos cuanto antes —dijo Jefferson, en un susurro, donde se conocía, sin embargo, el tono firme de quien, sabiendo la gravedad de un lance, ha preparado su corazón para afrontarlo—. La entrada principal y la trasera están guardadas, aunque cabe deslizarse por la ventana lateral y seguir después a campo traviesa. Ya en la carretera, dos millas tan sólo nos separan del Barranco de las Águilas, en que aguarda la caballería. Cuando despunte el día estaremos a mitad de camino, en plena montaña. —¿Y si nos cierran el paso? —preguntó Ferrier.

Hope dio una palmada a la culata del revólver, que sobresalía tras la hebilla de su cinturón.

—En caso de que fueran demasiados para nosotros..., no dejaríamos este mundo sin que antes nos hicieran cortejo dos o tres de ellos —dijo, con una sonrisa siniestra.

Apagadas ya todas las luces del interior de la casa, Ferrier contempló desde la ventana, sumida en sombra, los campos que habían sido suyos, y de los que ahora iba a partirse para siempre. Era éste, sin embargo, un sacrificio al que ya tenía preparado su espíritu, y la consideración del honor y felicidad de su hija compensaba con creces el sentimiento de la fortuna perdida. Reinaba tal paz en

las vastas mieses y en torno a los susurrantes árboles, que nadie hubiese acertado a sospechar el negro revoloteo de la muerte. Sin embargo, la palidez de rostro y rígida expresión del joven cazador indicaban a las claras que en su trayecto hasta la casa no habían sido pocos los signos fatales por él advertidos.

John Ferrier llevaba consigo el talego con el oro y los billetes; Jefferson Hope, las escasas provisiones y el agua, mientras Lucy, en un pequeño atadijo, había hecho acopio de algunas de sus prendas más queridas. Tras abrir la ventana con todo el cuidado que las circunstancias exigían, aguardaron a que una nube ocultara la faz de la luna, aprovechando ese instante para descolgarse, uno a uno, al diminuto jardín. Con el aliento retenido y rasantes al suelo, ganaron al poco el seto limítrofe, de cuyo abrigo no se separó la comitiva hasta llegar a un vano abierto a los campos cultivados. Apenas lo habían alcanzado, cuando el joven retuvo a sus acompañantes empujándoles de nuevo hacia la sombra, en la que permanecieron temblorosos y en silencio.

Por ventura, la vida en las praderas había dotado a Jefferson Hope de un oído de lince. Un segundo después de su repliegue rasgó el aire el melancólico y casi inmediato aullido de un búho, contestado al punto por otro idéntico, pocos pasos más allá. En ese instante emergió del vano la silueta fantasmal de un hombre; repitió éste la lastimera señal, y a su conjunto salió de la sombra una segunda figura humana. —Mañana a medianoche —dijo el primero, quien parecía ser, de los dos, el investido de mayor autoridad—. Cuando el chotacabras grite tres veces.

—Bien —repuso el segundo—. ¿He de pasar el mensaje al Hermano Drebber?

—Que él lo reciba y tras él los siguientes. ¡Nueve a siete!

—¡Siete a cinco! —repitió su compañero—. Y ambas siluetas partieron rápidas en distintas direcciones. Las palabras finales recataban evidentemente una seña y su correspondiente contraseña. Apenas desvanecidos en la distancia los pasos de los conspiradores, Jefferson Hope se puso en pie y, después de aprestar a sus compañeros a través del vano, inició una rápida marcha por mitad de las mieses, sosteniendo y casi llevando en vilo a la joven cada vez que ésta sentía flaquear sus fuerzas.

—¡Deprisa, deprisa! —jadeaba de cuando en cuando—. Estamos cruzando la línea de centinelas. Todo depende de la velocidad a que avancemos. ¡Deprisa,

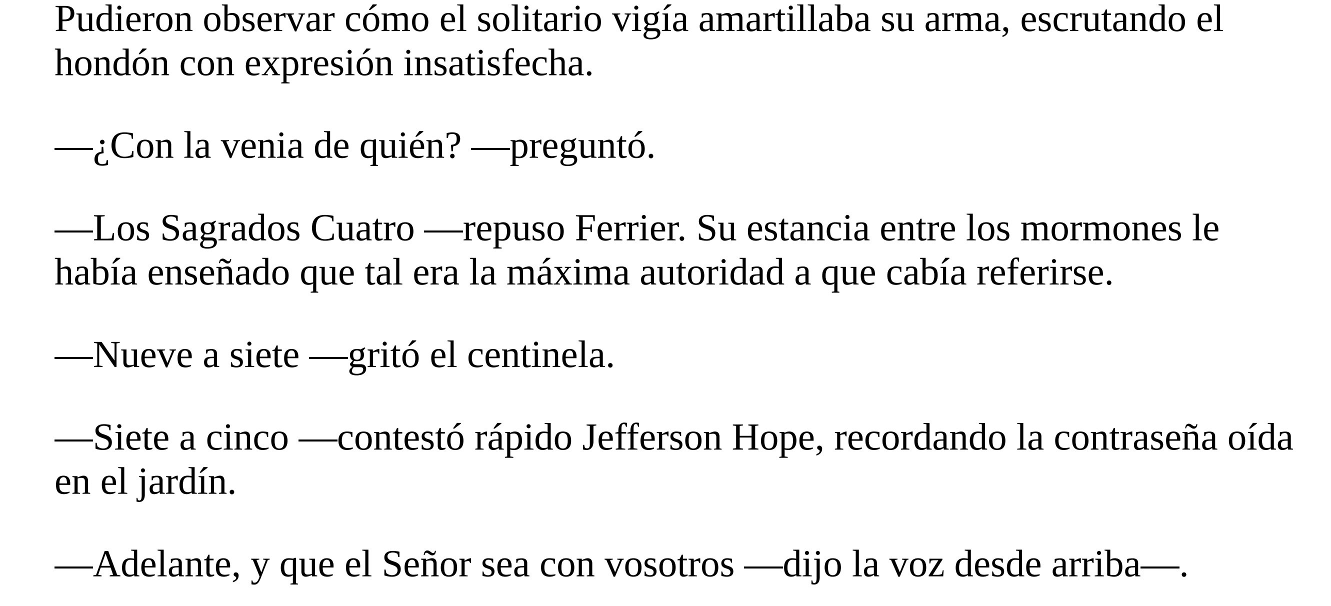
digo!

Ya en la carretera, cubrieron terreno con mayor presteza. Sólo una vez se cruzaron con otro caminante, mas tuvieron ocasión de deslizarse a un campo vecino y pasar así inadvertidos. Antes de alcanzar la ciudad, el cazador enfiló un sendero lateral y accidentado que conducía a las montañas. El desigual perfil de los picos rocosos se insinuó de pronto en la noche: el angosto desfiladero que entre ellos se abría no era otro que el Barranco de las Águilas, donde permanecían a la espera los caballos. Guiado de un instinto infalible, Jefferson Hope siguió su rumbo a través de las peñas y a lo largo del lecho seco de un río, hasta dar con una retirada quiebra, oculta por rocas. Allí estaban amarrados los fieles cuadrúpedos. La muchacha fue instalada sobre la mula, y el viejo Ferrier montó, con el talego, en uno de los caballos, mientras Jefferson Hope guiaba al restante por el difícil y escabroso camino.

Sólo para quien estuviera hecho a las manifestaciones más extremas de la Naturaleza podía resultar aquella ruta llevadera. A uno de los lados se elevaba un gigantesco peñasco por encima de los mil metros de altura. Negro, hosco y amenazante, erizada la rugosa superficie de largas columnas de basalto, sugería su silueta el costillar de un antiguo monstruo petrificado. A la otra mano un vasto caos de escoria y guijarros enormes impedía de todo punto la marcha. Entre ambas orillas discurría la desigual senda, tan angosta a trechos que habían de situarse lo viajeros en fila india, y tan accidentado que únicamente a un jinete consumado le hubiera resultado posible abrirse en ella camino. Sin embargo, pese a todas las fatigas, estaban alegres los fugitivos, ya que, a cada paso que daban, era mayor la distancia entre ellos y el despotismo terrible de que venían huyendo.

Pronto se les hizo manifiesto, con todo, que aún permanecían bajo la jurisdicción de los Santos. Habían alcanzado lo más abrupto y sombrío del desfiladero cuando la joven dejó escapar un grito, a la par que señalaba hacia lo alto. Sobre una de las rocas que se asomaban al camino, destacándose duramente sobre el fondo, montaba guardia un centinela solitario. Descubrió a la comitiva a la vez que era por ella visto, y un desafiante y marcial ¡quién vive! resonó en el silencioso barranco.

—Viajeros en dirección a Nevada —dijo Jefferson Hope, con una mano puesta sobre el rifle, que colgaba a uno de los lados de su silla.



Pudieron observar cómo el solitario vigía amartillaba su arma, escrutando el hondón con expresión insatisfecha.

—¿Con la venia de quién? —preguntó.

—Los Sagrados Cuatro —repuso Ferrier. Su estancia entre los mormones le había enseñado que tal era la máxima autoridad a que cabía referirse.

—Nueve a siete —gritó el centinela.

—Siete a cinco —contestó rápido Jefferson Hope, recordando la contraseña oída en el jardín.

—Adelante, y que el Señor sea con vosotros —dijo la voz desde arriba—.

Más allá de este enclave se ensanchaba la ruta, y los caballos pudieron iniciar un ligero trote. Mirando hacia atrás, alcanzaron a ver al centinela apoyado sobre su fusil, señal de que habían dejado a sus espaldas la posición última de los Elegidos y que cabalgaban ya por tierras de libertad.

5. Los ángeles vengadores

Durante toda la noche trazaron su camino a través de desfiladeros intrincados y de senderos irregulares sembrados de rocas. Varias veces perdieron el rumbo y otras tantas el íntimo conocimiento que Hope tenía de las montañas les permitió recuperarlo. Al rayar el alba, un escenario de maravillosa aunque agreste belleza se ofreció a sus ojos. Cerrando el contorno todo del espacio se elevaban los altos picos coronados de nieve, cabalgados los unos sobre los otros en actitud de vigías que escrutan el horizonte. Tan empinadas eran las vertientes rocosas a entrambos lados, que los pinos y alerces parecían estar suspendidos encima de sus cabezas, como a la espera de un parco soplo de aire para caer con violencia sobre los viajeros. Y no era la sensación meramente ilusoria, pues se hallaba aquella hoya pelada salpicada en toda su extensión por peñas y árboles que hasta allí habían llegado de semejante manera. Justo a su paso, una gran roca se precipitó de lo alto con un estrépito sordo, que despertó ecos en las cañadas silenciosas, e imprimió a los cansinos caballos un galope alocado.

Conforme el sol se levantaba lentamente sobre la línea de oriente, las cimas de las grandes montañas fueron encendiéndose una tras otra, al igual que los faroles de una verbena, hasta quedar todas rutilantes y arreboladas. El espectáculo magnífico alegró los corazones de los tres fugitivos y les infundió nuevos ánimos. Detuvieron la marcha junto a un torrente que con ímpetu surgía de un barranco y abrevaron a los caballos mientras daban rápida cuenta de su desayuno. Lucy y su padre habrían prolongado con gusto ese tiempo de tregua, pero Jefferson Hope se mostró inflexible.

—Ya estarán sobre nuestra pista —dijo—. Todo depende de nuestra velocidad. Una vez salvos en Carson podremos descansar el resto de nuestras vidas.

Durante el día entero se abrieron camino a través de los desfiladeros, habiéndose distanciado al atardecer, según sus cálculos, más de treinta millas de sus enemigos. A la noche establecieron el campamento al pie de un risco saledizo, medianamente protegido por las rocas del viento álgido, y allí, apretados para darse calor, disfrutaron de unas pocas horas de sueño. Antes de romper el día, sin embargo, ya estaban en pie, prosiguiendo viaje. No habían echado de ver señal

alguna de sus perseguidores, y Jefferson Hope comenzó a pensar que se hallaban acaso fuera del alcance de la terrible organización en cuya enemistad habían incurrido. Ignoraba aún cuán lejos podía llegar su garra de hierro, y qué presta estaba ésta a abatirse sobre ellos y aplastarlos.

Hacia la mitad del segundo día de fuga, su escaso lote de provisiones comenzó a agotarse. No inquietó ello, sin embargo, en demasía al cazador, pues abundaban las piezas por aquellos parajes, y no una, sino muchas veces, se había visto en la precisión de recurrir a su rifle para satisfacer las necesidades elementales de la vida. Tras elegir un rincón abrigado, juntó unas cuantas ramas secas y produjo una brillante hoguera, en la que pudieran encontrar algún confortamiento sus amigos; se encontraban a casi cinco mil pies de altura, y el aire era helado y cortante. Después de atar los caballos y despedirse de Lucy, se echó el rifle sobre la espalda y salió en busca de lo que la suerte quisiera dispensarle. Volviendo la cabeza atrás vio al anciano y a la joven acurrucados junto al brillante fuego, con las tres caballerías recortándose inmóviles sobre el fondo. A continuación, las rocas se interpusieron entre el grupo y su mirada.

Caminó un par de millas de un barranco a otro sin mayor éxito, aunque, por las marcas en las cortezas de los árboles, y otros indicios, coligió la presencia de numerosos osos en la zona. Al fin, tras dos o tres horas de búsqueda infructuosa, y cuando desanimado se disponía a dar marcha atrás, vio, echando la vista a lo alto, un espectáculo que le hizo estremecer de alegría. En el borde de una roca voladiza, a trescientos o cuatrocientos pies sobre su cabeza, afirmaba sobre el suelo las pezuñas una criatura de apariencia vagamente semejante a la de una cabra, aunque armada de un par de descomunales cuernos. La gran astada —por tal se le conocerá probablemente el guarda o vigía de un rebaño invisible al cazador; mas por fortuna estaba mirando en dirección opuesta a éste y no había advertido su presencia. Puesto de bruces, descansó el rifle sobre una roca y enfiló largamente y con firme pulso la diana antes de apretar el gatillo. El animal dio un respingo, se tambaleó un instante a orillas del precipicio, y se desplomó al cabo valle abajo.

Pesaba en exceso la res para ser llevada a cuestas, de modo que el cazador optó por desmembrar una pierna y parte del costado. Con este trofeo terciado sobre uno de los hombros se dio prisa a desandar lo andado, ya que comenzaba a caer la tarde. Apenas puesto en marcha, sin embargo, advirtió que se hallaba en un trance difícil. Llevado de su premura había ido mucho más allá de los barrancos conocidos, resultándole ahora difícil encontrar el camino de vuelta. El valle

donde estaba tendía a dividirse y subdividirse en numerosas cañadas, tan semejantes que se hacía imposible distinguirlas entre sí. Enfiló una por espacio de una milla o más hasta tropezar con un venero de montaña que le constaba no haber visto antes. Persuadido de haber errado el rumbo, probó otro distinto, mas no con mayor éxito. La noche caía rápidamente, y apenas si restaba alguna luz cuando dio por fin con un desfiladero de aire familiar. Incluso entonces no fue fácil seguir la pista exacta, porque la luna no había ascendido aún y los altos riscos, elevándose a una y otra mano, acentuaban aún más la oscuridad. Abrumado por su carga, y rendido tras tanto esfuerzo, avanzó a trompicones, infundiéndose ánimos con la reflexión de que a cada paso que diera se acortaba la distancia entre él y Lucy, y de que habría comida bastante para todos durante el resto del viaje.

Ya se hallaba en el principio mismo del desfiladero en que había dejado a sus compañeros. Incluso en la oscuridad acertaba a reconocer la silueta de las rocas que los rodeaban. Estarían esperándolo, pensó, con impaciencia, pues llevaba casi cinco horas ausente. En su alegría juntó las manos, se las llevó á la boca a modo de bocina, y anunció su llegada con un fuerte grito, resonante a lo largo de la cañada. Se detuvo y esperó la respuesta. Ninguna obtuvo, salvo la de su propia voz, que se extendió por las tristes, silenciosas cañadas, hasta retornar multiplicada en incontables ecos. De nuevo gritó, incluso más alto que la vez anterior, y de nuevo permanecieron mudos los amigos a quien había abandonado tan sólo unas horas atrás. Una angustia indefinible y sin nombre se apoderó de él, y dejando caer en su desvarío la preciosa carga de carne, echó a correr frenéticamente campo adelante.

Al doblar la esquina pudo avistar por entero el lugar preciso en que había sido encendida la hoguera. Aún restaba un cúmulo de brasas, evidentemente no avivadas desde su partida. El mismo silencio impenetrable reinaba en derredor. Con sus aprensiones mudadas en certeza prosiguió presuroso la pesquisa. No se veía cosa viviente junto a los restos de la hoguera: bestias, hombre, muchacha, habían desaparecido. Era evidente que algún súbito y terrible desastre había ocurrido durante su ausencia, un desastre que los comprendía a todos, sin dejar empero rastro alguno tras de sí.

Atónito, y como aturdido por el suceso, Jefferson Hope sintió que le daba vueltas la cabeza, y hubo de apoyarse en su rifle para no perder el equilibrio. Sin embargo, era en esencia hombre de acción, y se recobró pronto de su temporal estado de impotencia. Tomando un leño medio carbonizado de la ya lánguida

hoguera, lo atizó de un soplido hasta producir en él una llama, y alumbrándose con su ayuda, procedió al examen del pequeño campamento. La tierra estaba toda hollada por pezuñas de caballo, señal de que una cuadrilla de jinetes había alcanzado a los fugitivos. La dirección de las improntas indicaba asimismo que la partida había dirigido de nuevo sus pasos hacia Salt Lake City. ¿Quizá con sus dos compañeros? Estaba próximo Jefferson Hope a dar por buena esta conjetura, cuando sus ojos cayeron sobre un objeto que hizo vibrar hasta en lo más recóndito todos los nervios de su cuerpo. Cerca, hacia uno de los límites del campamento, se elevaba un montecillo de tierra rojiza, que a buen seguro no había estado allí antes. No podía ser sino una fosa recién excavada. Al aproximarse, el joven cazador distinguió el perfil de una estaca hincada en el suelo, con un papel sujeto a su extremo ahorquillado. En él se leían estas breves, aunque elocuentes palabras:

JOHN FERRIER,

Vecino de Salt Lake City.

Murió el 4 de agosto de 1860.

El valeroso anciano, al que había dejado de ver apenas unas horas antes, estaba ya en el otro mundo, y éste era todo su epitafio. Desolado, Jefferson Hope miró en derredor, por si hubiera una segunda tumba, mas no vio traza de ninguna. Lucy había sido arrebatada por sus terribles perseguidores para cumplir su destino original como concubina en el harén de uno de los hijos de los Ancianos. Cuando el joven cayó en la cuenta de este hecho fatal, que no estaba en su mano remediar, deseó de cierto compartir la suerte del viejo granjero y su última y silenciosa morada bajo el suelo.

De nuevo, sin embargo, su espíritu activo le permitió sacudirse el letargo a que induce la desesperación. Cuando menos podía consagrar el resto de su vida a vengar el agravio. Además de paciencia y perseverancia enormes, Jefferson Hope poseía también una peculiar aptitud para la venganza, aprendida acaso de los indios entre los que se había criado. Mientras permanecía junto al fuego casi

extinto, comprendió que la única cosa que alcanzaría a acallar su pena habría de ser el desquite absoluto, obrado por mano propia contra sus enemigos. Su fuerte voluntad e infatigable energía no tendrían, se dijo, otro fin. Pálido, ceñudo el rostro, volvió sobre sus pasos hasta donde había dejado caer la carne, y, tras reavivar las brasas, asó la suficiente para el sustento de algunos días. La envolvió luego y, cansado como estaba, emprendió la vuelta a través de las montañas, en pos de los Ángeles Vengadores.

Durante cinco días avanzó, abrumado y con los pies doloridos, por los desfiladeros que antes había atravesado a uña de caballo. En la noche se dejaba caer entre las rocas, concediendo unas pocas horas al sueño, pero primero que rayase el día estaba ya de nuevo en marcha. Al sexto día llegó al Cañón de las Águilas, punto de arranque de su desdichada fuga. Desde allí alcanzaba a contemplarse el hogar de los Santos. Maltrecho y exhausto se apoyó sobre su rifle, mientras tendía fieramente el puño curtido contra la silenciosa ciudad extendida a sus pies. Al mirarla con mayor sosiego, echó de ver banderas en las calles principales y otros signos de fiesta. Estaba aún preguntándose a qué se debería aquello, cuando atrajo su atención un batir de cascos contra el suelo, seguido por la aparición de un jinete que venía de camino. Cuando lo tuvo lo bastante cerca pudo reconocer a un mormón llamado Cowper, al que había rendido servicios en distintas ocasiones. Por tanto, al cruzarse con él, lo abordó con el fin de saber algo sobre el paradero de Lucy Ferrier.

—Soy Jefferson Hope —dijo—. ¿No me reconoce?

El mormón le dirigió una mirada de no disimulado asombro. Resultaba de hecho difícil advertir en aquel caminante harapiento y desgreñado, de cara horriblemente pálida y de ojos feroces y desorbitados, al apuesto y joven cazador de otras veces. Satisfecho, sin embargo, sobre este punto, el hombre mudó la sorpresa en consternación.

—Es locura que venga por aquí —exclamó—. Por sólo dirigirle la palabra, peligra ya mi vida. Está usted proscrito a causa de su participación en la fuga de los Ferrier.

—No temo a los Cuatro Santos ni a su mandamiento —dijo Hope vehementemente—. Algo tiene que haber llegado a sus oídos, Cowper. Le conjuro por lo que más quiera para que dé contestación a unas pocas preguntas. Siempre fuimos amigos. Por Dios, no rehúya responderme.

—¿De qué se trata? —inquirió nervioso el mormón—. Sea rápido. Hasta las rocas tienen oídos, y los árboles ojos.

—¿Qué ha sido de Lucy Ferrier?

—Fue dada ayer por esposa al joven Drebber. ¡Ánimo, hombre, ánimo! Parece usted un difunto...

—No se cuide de mí —repuso Hope con un susurro. Estaba mortalmente pálido, y se había dejado caer al pie del peñasco que antes le servía de apoyo—. ¿De modo que se ha casado?

—Justo ayer. No otra cosa conmemoran las banderas que ve ondear en la Casa Fundacional. Los jóvenes Drebber y Stangerson anduvieron disputándose la posesión del trofeo. Ambos formaban parte de la cuadrilla que había rastreado a los fugitivos, y de Stangerson es la bala que dio cuenta del padre, lo que parecía concederle alguna ventaja; mas al solventarse la cuestión en el Consejo, la facción de Drebber llevó la mejor parte, y el profeta puso en manos de éste a la chica. A nadie pertenecerá por largo tiempo, sin embargo, ya que ayer vi la muerte pintada en su cara. Más semeja un fantasma que una mujer. ¿Se marcha usted?

—Sí —dijo Jefferson Hope, abandonada por fin su posición sedente. Parecía cincelado en mármol el rostro del cazador, tan firme y dura se había tornado su expresión, en tanto los ojos brillaban con un resplandor siniestro.

—¿A dónde se dirige?

—No se preocupe —repuso, y terciando el arma sobre un hombro, siguió cañada adelante hasta lo más profundo de la montaña, allí donde tienen las alimañas su guarida. De todas ellas, era él la más peligrosa; entre aquellas fieras, la dotada de mayor fiereza.

La predicción del mormón se cumplió con macabra exactitud. Bien impresionada por la aparatosa muerte de su padre, bien a resultas del odioso matrimonio a que se había visto forzada, la pobre Lucy no volvió a levantar cabeza, falleciendo, al cabo, tras un mes de creciente languidez. Su estúpido marido, que la había desposado sobre todo porque apetecía la fortuna de John Ferrier, no mostró gran aflicción por la pérdida; pero sus otras mujeres lloraron a la difunta, y velaron su cuerpo la noche anterior al sepelio, según es costumbre

entre los mormones. Estaban agrupadas al alba en derredor del ataúd cuando, para su inexpresable sorpresa y terror, la puerta se abrió violentamente y un hombre de aspecto salvaje, curtido por la intemperie y cubierto de harapos, penetró en la habitación. Sin decir palabra o dirigir una sola mirada a las mujeres encogidas de espanto, se dirigió a la silenciosa y pálida figura que antes había contenido el alma pura de Lucy Ferrier. Inclinándose sobre ella, apretó reverentemente los labios contra la fría frente, tras de lo cual, levantando la mano inerte, tomó de uno de sus dedos el anillo de desposada.

—No la enterrarán con esto —gritó con fiereza; y antes de que nadie pudiera dar la señal de alarma, desapareció escaleras abajo. Tan peregrino y breve fue el episodio que los testigos habrían hallado difícil concederle crédito o persuadir de su veracidad a un tercero, a no ser por el hecho indudable de que el anillo que distinguía a la difunta como novia había desaparecido.

Durante algunos meses Jefferson Hope permaneció en las montañas, llevando una extraña vida salvaje y nutriendo en su corazón la violenta sed de venganza que lo poseía. En la ciudad se referían historias sobre una fantástica figura que merodeaba por los alrededores y que tenía su morada en las solitarias cañadas montañosas. En cierta ocasión, una bala atravesó silbando la ventana de Stangerson y fue a estamparse contra la pared a menos de un metro del mormón. Otra vez, cuando pasaba Drebber junto a un crestón, se precipitó sobre él una gran peña, que le hubiera causado muerte terrible a no tener la presteza de arrojarse de bruces hacia un lado. Los dos jóvenes mormones descubrieron pronto la causa de estos atentados contra sus vidas y encabezaron varias expediciones por las montañas con el propósito de capturar o dar muerte a su.enemigo, siempre sin éxito. Entonces decidieron no salir nunca solos o después de anochecido, y pusieron guardia a sus casas. Transcurrido un tiempo ya no le fue necesario mantener estas medidas, pues había desaparecido todo rastro de su oponente, en el que terminaron por creer acallado el deseo de venganza.

Por lo contrario, éste, si cabe, se adueñaba cada vez más del cazador. Su espíritu estaba formado de una materia dura e inflexible, habiendo hecho hasta tal punto presa en él la idea dominante del desquite, que apenas quedaba espacio para otros sentimientos. Aún así era aquel hombre, sobre todas las cosas, práctico. Comprendió pronto que ni siquiera su constitución de hierro podría resistir la presión constante a que la estaba sometiendo. La intemperie y la falta de alimentación adecuada principiaban a obrar su efecto. Caso de que muriese

como un perro en aquellas montañas, ¿qué sería de su venganza? Y había de morir de cierto si persistía en el empeño. Sintió que estaba jugando las cartas de sus enemigos, de modo que muy a su pesar volvió a las viejas minas de Nevada, con ánimo de reponer allí su salud y reunir dinero bastante a proseguir sin privaciones su proyecto.

No entraba en sus propósitos estar ausente arriba de un año, mas una combinación de circunstancias imprevistas le retuvo en las minas cerca de cinco. Al cabo de éstos, sin embargo, el recuerdo del agravio y su afán justiciero no eran menos agudos que en la noche memorable transcurrida junto a la tumba de John Ferrier. Disfrazado, y bajo nombre supuesto, retornó a Salt Lake City, menos atento a su vida que a la obtención de la necesaria justicia. Un trance adverso le aguardaba en la ciudad. Se había producido pocos meses antes un cisma en el Pueblo Elegido, tras la rebelión contra los Ancianos de algunos jóvenes miembros que, separados del cuerpo de la Iglesia, habían dejado Utah para convertirse en gentiles. Drebber y Stangerson se contaban entre éstos, y nadie conocía su paradero. Corría la especie de que el primero, por haber alcanzado a convertir parte de sus bienes en dinero, seguía siendo hombre acaudalado, mientras su compañero Stangerson nutría el número de los relativamente pobres. Sobre su destino actual nadie poseía, sin embargo, la menor noticia.

Muchos hombres, por grande que fuera el deseo de venganza, habrían cejado en su propósito ante tamañas dificultades, pero Jefferson Hope no desfalleció un solo instante. Con sus escasos bienes de fortuna, y ayudándose con tal o cual modesto empleo, viajó de una ciudad a otra de los Estados Unidos en busca de sus enemigos. Fue cediendo cada año lugar al siguiente, y se entreveró su negra cabellera de hebras blancas, mas no cesó aquel sabueso humano en su pesquisa, atento todo al objeto que daba sentido a su vida. Al fin obtuvo tanto ahínco su recompensa. Bastó la rápida visión de un rostro al otro lado de una ventana para confirmarle que Cleveland, en Ohio, constituía a la sazón el refugio de sus dos perseguidos. Nuestro hombre retornó a su pobre alojamiento con un plan de venganza concebido en todos sus detalles. El azar quiso, sin embargo, que Drebber, sentado junto a la ventana, reconociera al vagabundo, en cuyos ojos leyó una determinación homicida. Acudió presuroso a un juez de paz, acompañado por Stangerson, que se había convertido en su secretario, y explicó el peligro en que se hallaban sus vidas, amenazadas, según dijo, por el odio y los celos de un antiguo rival. Aquella misma tarde Jefferson Hope fue detenido, y no pudiendo pagar la fianza, hubo de permanecer en prisión varias semanas.

Cuando al fin recobró la libertad halló desierta la casa de Drebber, quien, junto a su secretario, había emigrado a Europa.

Otra vez había sido burlado el vengador, y de nuevo su odio intenso lo indujo a proseguir la caza. Andaba escaso de fondos, sin embargo, y durante un tiempo, tuvo que volver al trabajo, ahorrando hasta el último dólar para el viaje inminente. Al cabo, rehechos sus medios de vida, partió para Europa, y allí, de ciudad en ciudad, siguió la pista de sus enemigos, oficiando en toda suerte de ocupaciones serviles, sin dar nunca alcance a su presa. Llegado a San Petersburgo, resultó que aquéllos habían partido a París, y una vez allí se encontró con que acababan de salir para Copenhague. A la capital danesa arribó de nuevo con unos días de retraso, ya que habían tomado el camino de Londres, donde logró, al fin, atraparlos. Para lo que sigue será mejor confiar en el relato del propio cazador, tal como se halla puntualmente registrado en el «Diario del Doctor Watson», al que debemos ya inestimables servicios.

6. Continuación de las memorias de John Watson, doctor en Medicina

La furiosa resistencia del prisionero no encerraba al parecer encono alguno hacia nosotros, ya que al verse por fin reducido, sonrió de manera afable, a la par que expresaba la esperanza de no haber lastimado a nadie en la refriega.

—Supongo que van a llevarme ustedes a la comisaría —dijo a Sherlock Holmes—. Tengo el coche a la puerta. Si me desatan las piernas iré caminando. Peso ahora considerablemente más que antes.

Gregson y Lestrade intercambiaron una mirada, como si se les antojara la propuesta un tanto extemporánea; pero Holmes, cogiendo sin más la palabra al prisionero, aflojó la toalla que habíamos enlazado a sus tobillos. Se puso aquél en pie y estiró las piernas, casi dudoso, por las trazas, de que las tuviera otra vez libres. Recuerdo que pensé, según estaba ahí delante de mí, haber visto en muy pocas ocasiones hombre tan fuertemente constituido. Su rostro moreno, tostado por el sol, traslucía una determinación y energía no menos formidables que su aspecto físico.

—Si está libre la plaza de comisario, considero que es usted la persona indicada para ocuparla —dijo, mirando a mi compañero de alojamiento con una no disimulada admiración—. El modo como ha seguido usted mi pista raya en lo asombroso.

—Será mejor que me acompañen —dijo Holmes a los dos detectives.

—Yo puedo llevarlos en mi coche —repuso Lestrade.

—Bien. Que Gregson suba con nosotros a la cabina. Y usted también, doctor. Se ha tomado con interés el caso y puede sumarse a la comitiva.

Acepté de buen grado, y todos juntos bajamos a la calle. El prisionero no hizo por emprender la fuga, sino que, tranquilamente, entró en el coche que había sido suyo, seguido por el resto de nosotros. Lestrade se aupó al pescante, arreó al

caballo, y en muy breve tiempo nos condujo a puerto. Se nos dio entrada a una habitación pequeña, donde un inspector de policía anotó el nombre de nuestro prisionero, junto con el de los dos individuos a quienes la justicia le acusaba de haber asesinado. El oficial, un tipo pálido e inexpresivo, procedió a estos trámites como si fueran de pura rutina.

—El prisionero comparecerá a juicio en el plazo de una semana —dijo—. Entre tanto, ¿tiene algo que declarar, señor Hope? Le prevengo que cuanto diga puede ser utilizado en su contra.

—Mucho es lo que tengo que decir —repuso, lentamente, nuestro hombre—. No quiero guardarme un solo detalle.

—¿No sería mejor que atendiera a la celebración del juicio? —preguntó el inspector.

—Es posible que no llegue ese momento —contestó—. Mas no se alteren. No me ronda la cabeza la idea del suicidio. ¿Es usted médico?

Volvió hacia mí sus valientes ojos negros en el instante mismo de formular la última pregunta.

—Sí —repliqué.

—Ponga entonces las manos aquí —dijo con una sonrisa, al tiempo que con las muñecas esposadas se señalaba el pecho.

Le obedecí, percibiendo acto seguido una extraordinaria palpitación y como un tumulto en su interior. Las paredes del pecho parecían estremecerse y temblar como un frágil edificio en cuyos adentros se ocultara una maquinaria poderosa. En el silencio de la habitación acerté a oír también un zumbido o bordoneo sordo, procedente de la misma fuente.

—¡Diablos! —exclamé—. ¡Tiene usted un aneurisma aórtico!

—Así le dicen, según parece —repuso plácidamente—. La semana pasada acudí al médico y me aseguró que estallaría antes de no muchos días. Ha ido empeorando de año en año desde las muchas noches al sereno y el demasiado ayuno en las montañas de Salt Lake. Cumplida mi tarea, me importa poco la muerte, mas no quisiera irme al otro mundo sin dejar en claro algunos puntos.

Preferiría no ser recordado como un vulgar carnicero.

El inspector y los dos detectives intercambiaron presurosos unas cuantas palabras sobre la conveniencia de autorizar semejante relato.

—¿Considera, doctor, que el peligro de muerte es inmediato? —inquirió el primero.

—No hay duda —repuse.

—En tal caso, y en interés de la justicia, constituye evidentemente nuestro deber tomar declaración al prisionero —dijo el inspector.

—Es libre, señor, de dar inicio a su confesión, que, no lo olvide, quedará aquí consignada.

—Entonces, con su permiso, voy a tomar asiento —replicó aquél, conformando el acto a las palabras—. Este aneurisma que llevo dentro me ocasiona fácilmente fatiga, y la tremolina de hace un rato no ha contribuido a enmendar las cosas. Hallándome al borde de la muerte, comprenderán ustedes que no tengo mayor interés en ocultarles la verdad. Las palabras que pronuncie serán estrictamente ciertas. El uso que hagan después de ellas es asunto que me trae sin cuidado.

Tras este preámbulo, Jefferson Hope se recostó en la silla y dio principio al curioso relato que a continuación les transcribo. Su comunicación fue metódica y tranquila, como si correspondiera a hechos casi vulgares. Puedo responder de la exactitud de cuanto sigue, ya que he tenido acceso al libro de Lestrade, en el que fueron anotadas puntualmente, y según iba hablando, las palabras del prisionero.

—No les incumbe saber por qué odiaba yo a estos hombres —dijo—. Importa tan sólo que eran responsables de la muerte de dos seres humanos (un padre y una hija), y que, por tanto, habían perdido el derecho a sus propias vidas. Tras el mucho tiempo transcurrido desde la comisión del crimen, me resultaba imposible dar prueba fehaciente de su culpabilidad ante un tribunal. En torno a ella, sin embargo, no alimentaba la menor duda, de modo que determiné convertirme a la vez en juez, jurado y ejecutor. No hubiesen ustedes obrado de otro modo a ser verdaderamente hombres y encontrarse en mi lugar.

La chica de la que he hecho mención era, hace veinte años, mi prometida. La casaron por la fuerza con ese Drebber, lo que vino a ser lo mismo que llevarla al

patíbulo. Yo tomé de su dedo exangüe el anillo de boda, prometiéndome solemnemente que el culpable no habría de morir sin tenerlo ante los ojos, en recordación del crimen en cuyo nombre se le castigaba. Esa prenda ha estado en mi bolsillo durante los años en que perseguí por dos continentes, y al fin di caza, a mi enemigo y a su cómplice. Ellos confiaban en que la fatiga me hiciese cejar en el intento, mas confiaron en vano. Si, como es probable, muero mañana, lo haré sabiendo que mi tarea en el mundo está cumplida y bien cumplida. Muertos son y por mi mano. Nada ansío ni espero ya.

Al contrario que yo, eran ellos ricos, así que no resultaba fácil seguir su pista. Cuando llegué a Londres apenas si me quedaba un penique, y no tuve más remedio que buscar trabajo. Monto y gobierno caballos como quien anda: pronto me vi en el empleo de cochero. Cuanto excediera de cierta suma que cada semana había de llevar al patrón, era para mi bolsillo. Ascendía, por lo común, a poco, aunque pude ir tirando. Me fue en especial difícil orientarme en la ciudad, a lo que pienso el laberinto más endiablado que hasta la fecha haya tramado el hombre. Gracias, sin embargo, a un mapa que llevaba conmigo, acerté, una vez localizados los hoteles y estaciones principales, a componérmelas no del todo mal.

Pasó cierto tiempo antes de que averiguase el domicilio de los dos caballeros de mis entretelas; mas no descansé hasta dar con ellos. Se alojaban en una pensión de Camberwell, al otro lado del río. Supe entonces que los tenía a mi merced. Me había dejado crecer la barba, lo que me tornaba irreconocible. Proyectaba seguir sus pasos en espera del momento propicio. No estaba dispuesto a dejarlos escapar de nuevo.

Poco faltó, sin embargo, para que lo hicieran. Se encontraran donde se encontrasen, andaba yo pisándoles los talones. A veces les seguía en mi coche, otras a pie, aunque prefería lo primero, porque entonces no podían separarse de mí. De ahí resultó que sólo cobrara las carreras a primera hora de la mañana o a última de la noche, principiando a endeudarme con mi patrón. Me tenía ello sin cuidado, mientras pudiera echarles el guante a mis enemigos.

Eran éstos muy astutos, sin embargo. Debieron sospechar que acaso alguien seguía su rastro, ya que nunca salían solos o después de anochecido. Durante dos semanas no los perdí de vista, y en ningún instante se separó el uno del otro. Drebber andaba la mitad del tiempo borracho, pero Stangerson no se permitía un segundo de descuido. Los vigilaba de claro en claro y de turbio en turbio, sin

encontrar sombra siquiera de una oportunidad; no incurría, aun así, en el desaliento, pues una voz interior me decía que había llegado mi hora. Sólo tenía un cuidado: que me estallara esta cosa que llevo dentro del pecho demasiado pronto, impidiéndome dar remate a mi tarea.

Al fin, una tarde en la que llevaba ya varias veces recorrida en mi coche Torquay Terrace —tal nombre distinguía a la calle de la pensión donde se alojaban—, observé que un vehículo hacía alto justo delante de su puerta. Sacaron de la casa algunos bultos, y poco después Drebber y Stangerson, que habían aparecido tras ellos, partieron en el carruaje. Incité a mi caballo y no los perdí de vista, aunque me inquietaba la idea de que fueran a cambiar otra vez de residencia. Se apearon en Euston Station, y yo confié mi montura a un niño mientras los seguía hasta los andenes. Oí que preguntaban por el tren de Liverpool y también la contestación del vigilante, quien les explicó que ya estaba en camino y que habían de aguardar una hora hasta el siguiente.

La noticia pareció alterar grandemente a Stangerson y producir cierta complacencia en Drebber. Me arrimé a ellos lo bastante para escuchar cada una de las palabras que a la sazón se intercambiaban. Drebber dijo que le aguardaba un pequeño negocio.y que si el otro tenía a bien esperarle, se reuniría con él a no mucho tardar. Su compañero no se mostró conforme y recordó su acuerdo de permanecer juntos. Drebber repuso que el asunto era delicado y que debía tratarlo él solo. No pude oír la réplica de Stangerson, mas Drebber prorrumpió en improperios, diciendo al otro que no era al cabo sino un sirviente a sueldo, sin títulos para ordenarle esto o lo de más allá. Entonces prefirió ceder el secretario, tras de lo cual quedó convencido que Drebber se reuniría con Stangerson en el hotel Halliday Private, caso de que llegase a perder el último tren. El primero aseguró que estaría de vuelta en los andenes antes de las once y abandonó la estación.

La ocasión que tanto tiempo había aguardado parecía ponerse por fin al alcance de la mano. Tenía a mis enemigos en mi poder. Juntos podían darse protección uno al otro, mas por separado se hallaban a mi merced. No me dejé llevar sin embargo de la premura. Mi plan estaba ya dibujado. No hay satisfacción en la venganza a menos que el culpable encuentre modo de saber de quién es la mano que lo fulmina y cuál la causa del castigo. Entraba en mis propósitos que el hombre que me había agraviado pudiera comprender que sobre él se proyectaba la sombra de su antiguo pecado. Por ventura, el día antes, mientras visitaban unos inmuebles en Brixton Road, un sujeto había extraviado la llave de uno de

ellos en mi coche. Fue reclamada y devuelta aquella misma tarde, no antes, sin embargo, de que yo hubiera hecho un molde, y obtenido una réplica, de la original. De este modo ganaba acceso a un punto al menos de la ciudad donde podía tener la seguridad de obrar sin ser interrumpido. Cómo arrastrar a Drebber hasta esa casa era la difícil cuestión que ahora se me presentaba.

Mi hombre prosiguió calle abajo, entrando en uno o dos bares, y demorándose en el último casi media hora. Salió del último dibujando eses, bien empapado ya en alcohol. Hizo una seña al simón que había justo en frente de mí. Lo seguí tan de cerca que el hocico de mi caballo rozaba casi con el codo del conductor. Cruzamos el puente de Waterloo y después, interminablemente, otras calles, hasta que para mi sorpresa me vi en la explanada misma de donde habíamos partido. Ignoraba la razón de ese retorno, pero azucé a mi caballo y me detuve a unas cien yardas de la casa. Drebber entró en ella, y el simón siguió camino. Denme un vaso de agua, por favor.

Tengo la boca seca de tanto hablar.

Le alcancé el vaso, que apuró al instante.

—Así está mejor —dijo—. Bien, llevaba haciendo guardia un cuarto de hora, aproximadamente, cuando de pronto me llegó de la casa un ruido de gente enzarzada en una pelea. Inmediatamente después se abrió con brusquedad la puerta y aparecieron dos hombres, uno de los cuales era Drebber y el otro un joven al que nunca había visto antes. Este tipo tenía sujeto a Drebber por el cuello de la chaqueta, y cuando llegaron al pie de la escalera le dio un empujón y una patada después que lo hizo trastabillar hasta el centro de la calle.

—¡Canalla! —exclamó, enarbolando su bastón—. ¡Voy a enseñarte yo a ofender a una chica honesta!

Estaba tan excitado que sospecho que hubiera molido a Drebber a palos, de no poner el miserable pies en polvorosa. Corrió hasta la esquina, y viendo entonces mi coche, hizo ademán de llamarlo, saltando después a su interior.

—Al Holliday´s Private —dijo.

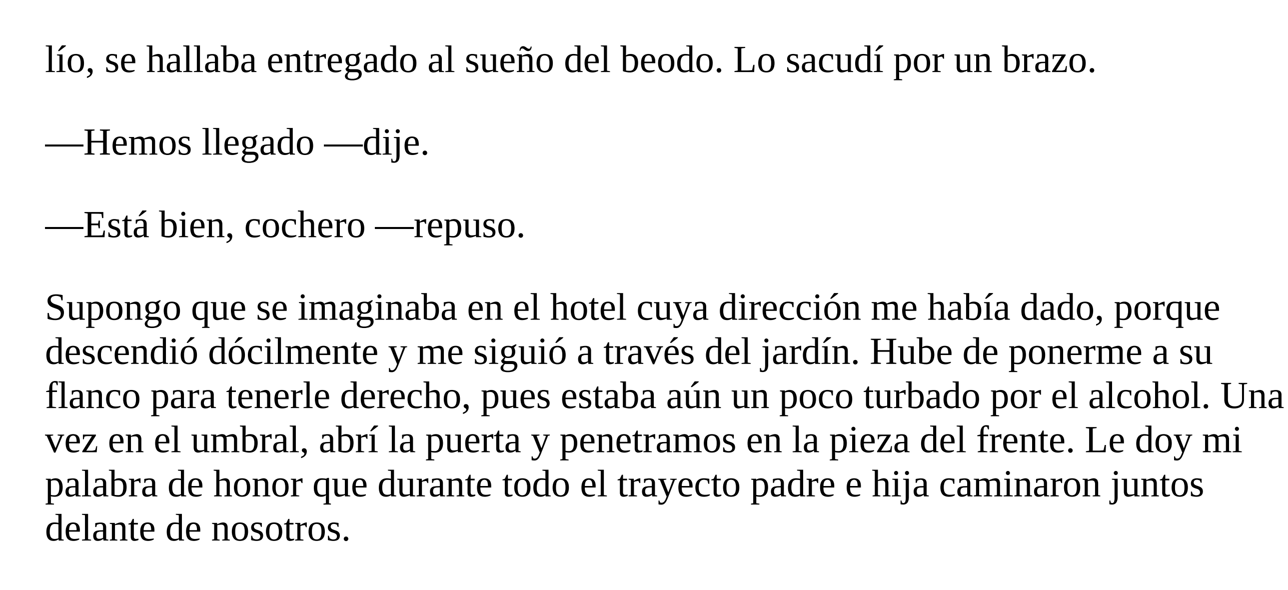
Viéndolo ya dentro sentí tal pálpito de gozo que temí que en ese instante último pudiera estallar mi aneurisma. Apuré la calle con lentitud, mientras reflexionaba sobre el curso a seguir. Podía llevarlo sin más a las afueras y allí, en cualquier

camino, celebrar mi postrer entrevista con él. Casi tenía decidido tal cuando Drebber me brindó otra solución. Se había apoderado nuevamente de él el delirio de la bebida, y me ordenó que le condujera a una taberna. Ingresó en ella tras haberme dicho que aguardara por él. No acabó hasta la hora de cierre, y para entonces estaba tan borracho que me supe dueño absoluto de la situación.

No piensen que figuraba en mi proyecto asesinarlo a sangre fría. No hubiese vulnerado con ello la más estricta justicia, mas me lo vedaba, por así decirlo, el sentimiento. Desde tiempo atrás había determinado no negarle la oportunidad de seguir vivo, siempre y cuando supiera aprovecharla. Entre los muchos trabajos que he desempeñado en América se cuenta el de conserje y barrendero en un laboratorio de York College. Un día el profesor, hablando de venenos, mostró a los estudiantes cierta sustancia, a la que creo recordar que dio el nombre de alcaloide, y que había extraído de una flecha inficionada por los indios sudamericanos. Tan fuerte era su efecto que un solo gramo bastaba para producir la muerte instantánea. Eché el ojo a la botella donde guardaba la preparación, y cuando todo el mundo se hubo ido, cogí un poco para mí. No se me da mal el oficio de boticario; con el alcaloide fabriqué unas píldoras pequeñas y solubles, que después coloqué en otros tantos estuches junto a unas réplicas de idéntico aspecto, mas desprovistas de veneno. Decidí que, llegado el momento, esos caballeros extrajeran una de las píldoras, dejándome a mí las restantes. El procedimiento era no menos mortífero y, desde luego, más sigiloso, que disparar con una pistola a través de un pañuelo. Desde entonces nunca me separaba de mi precioso cargamento, al que ahora tenía ocasión de dar destino.

Más cerca estábamos de la una que de las doce, y la noche era de perros, huracanada y metida en agua. Con lo desolado del paisaje aledaño contrastaba mi euforia interior, tan intensa que había de contenerme para no gritar. Quien quiera de ustedes que haya anhelado una cosa, y por espacio de veinte años porfiado en anhelarla, hasta que de pronto la ve al alcance de su mano, comprenderá mi estado de ánimo. Encendí un cigarro para calmar mis nervios, mas me temblaban las manos y latían las sienes de pura excitación. Conforme guiaba el coche pude ver al viejo Ferrier y a la dulce Lucy mirándome desde la oscuridad y sonriéndome, con la misma precisión con que les veo ahora a ustedes. Durante todo el camino me dieron escolta, cada uno a un lado del caballo, hasta la casa de Brixton Road.

No se veía un alma ni llegaba al oído el más leve rumor, quitando el menudo de la lluvia. Al asomarme a la ventana del carruaje avisté a Drebber, que, hecho un



lío, se hallaba entregado al sueño del beodo. Lo sacudí por un brazo.

—Hemos llegado —dije.

—Está bien, cochero —repuso.

Supongo que se imaginaba en el hotel cuya dirección me había dado, porque descendió dócilmente y me siguió a través del jardín. Hube de ponerme a su flanco para tenerle derecho, pues estaba aún un poco turbado por el alcohol. Una vez en el umbral, abrí la puerta y penetramos en la pieza del frente. Le doy mi palabra de honor que durante todo el trayecto padre e hija caminaron juntos delante de nosotros.

—Está esto oscuro como boca de lobo —dijo, andando a tientas.

—Pronto tendremos luz —repuse, al tiempo que encendía una cerilla y la aplicaba a una vela que había traído conmigo—. Ahora, Enoch Drebber —añadí levantando la candela hasta mi rostro—, intente averiguar quién soy yo.

Me contempló un instante con sus ojos turbios de borracho, en los que una súbita expresión de horror, acompañada de una contracción de toda la cara, me dio a entender que en mi hombre se había obrado una revelación. Retrocedió vacilante, dando diente con diente y lívido el rostro, mientras un sudor frío perlaba su frente. Me apoyé en la puerta y lancé una larga y fuerte carcajada. Siempre había sabido que la venganza sería dulce, aunque no todo lo maravillosa que ahora me parecía.

—¡Miserable! —dije—. He estado siguiendo tu pista desde Salt Lake City hasta San Petersburgo, sin conseguir apresarte. Por fin han llegado tus correrías a término, porque ésta será, para ti o para mí, la última noche.

Reculó aún más ante semejantes palabras, y pude adivinar, por la expresión de su cara, que me creía loco. De hecho, lo fui un instante. El pulso me latía en las sienes como a redobles de tambor, y creo que habría sufrido un colapso a no ser porque la sangre, manando de la nariz, me trajo momentáneo alivio.

—¿Qué piensas de Lucy Ferrier ahora? —grité, cerrando la puerta con llave y agitando ésta ante sus ojos—. El castigo se ha hecho esperar, pero ya se cierne sobre ti.

Vi temblar sus labios cobardes. Habría suplicado por su vida, de no saberlo inútil.

—¿Va a asesinarme? —balbució.

—¿Asesinarte? —repuse—. ¿Se asesina acaso a un perro rabioso? ¿Te preocupó semejante cosa cuando separaste a mi pobre Lucy de su padre recién muerto para llevarla a tu maldito y repugnante harén?

—No fui yo autor de esa muerte —gritó.

—Pero sí partiste por medio un corazón inocente —dije, mostrándole la caja de las pastillas—. Que el Señor emita su fallo. Toma una y trágala. En una habita la muerte, en otra la salvación. Para mí será la que tú dejes. Veremos si existe justicia en el mundo o si gobierna a éste el azar.

Cayó de hinojos pidiendo a gritos perdón, mas yo desenvainé mi cuchillo y lo allegué a su garganta hasta que me hubo obedecido. Tragué entonces la otra píldora, y durante un minuto o más estuvimos mirándonos en silencio, a la espera de cómo se repartía la Suerte. ¿Podré olvidar alguna vez la expresión de su rostro cuando, tras las primeras convulsiones, supo que el veneno obraba ya en su organismo? Reí al verlo, mientras sostenía a la altura de sus ojos el anillo de compromiso de Lucy. Fue breve el episodio, ya que el alcaloide actúa con rapidez. Un espasmo de dolor contrajo su cara; extendió los brazos, dio unos tumbos, y entonces, lanzando un grito, se derrumbó pesadamente sobre el suelo. Le di la vuelta con el pie y puse la mano sobre su corazón. No observé que se moviera. ¡Estaba muerto!

La sangre había seguido brotando de mi nariz, sin que yo lo advirtiera. No sé decirles qué me indujo a dibujar con ella esa inscripción. Quizá fuera la malicia de poner a la policía sobre una pista falsa, ya que me sentía eufórico y con el ánimo ligero. Recordé que en Nueva York había sido hallado el cuerpo de un alemán con la palabra «Rache» escrita sobre la pared, y se me hicieron presentes las especulaciones de la prensa atribuyendo el hecho a las sociedades secretas. Supuse que en Londres no suscitaría el caso menos confusión que en Nueva York, y mojando un dedo en mi sangre, grabé oportunamente el nombre sobre uno de los muros. Volví después a mi coche y comprobé que seguía la calle desierta y rugiente la noche. Llevaba hecho algún camino cuando, al hundir la mano en el bolsillo en que solía guardar el anillo de Lucy, lo eché en falta. Sentí

que me fallaba el suelo debajo de los pies, pues no me quedaba de ella otro recuerdo. Pensando que acaso lo había perdido al reclinarme sobre el cuerpo de Drebber, volví grupas y, tras dejar el coche en una calle lateral, retorné decidido a la casa. Cualquier peligro me parecía pequeño, comparado al de perder el anillo. Llegado allí casi me doy de bruces con el oficial, que justo entonces salía del inmueble, y sólo pude disipar sus sospechas fingiéndome mortalmente borracho.

De la manera dicha encontró Enoch Drebber la muerte. Sólo me restaba dar idéntico destino a Stangerson y saldar así la deuda de John Ferrier. Sabiendo que se alojaba en el Halliday's Private, estuve al acecho todo el día, sin avistarlo un instante. Imagino que entró en sospechas tras la incomparecencia de Drebber. Era astuto ese Stangerson y difícil de coger desprevenido. No sé si creyó que encerrándose en el hotel me mantenía a raya, mas en tal caso se equivocaba. Pronto averigüé qué ventana daba a su habitación, y a la mañana siguiente, sirviéndome de unas escaleras que había arrumbadas en una callejuela tras el hotel, penetré en su cuarto según rayaba el día. Lo desperté y le dije que había llegado la hora de responder por la muerte cometida tanto tiempo atrás. Le describí lo acontecido con Drebber, poniéndole después en el trance de la píldora envenenada. En vez de aprovechar esa oportunidad que para salvar el pellejo le ofrecía, saltó de la cama y se arrojó a mi cuello. En propia defensa, le atravesé el corazón de una cuchillada. De todos modos, estaba sentenciado, ya que jamás hubiera sufrido la providencia que su mano culpable eligiese otra píldora que la venenosa.

Poco más he de añadir, y por suerte, ya que me acabo por momentos. Seguí en el negocio del coche un día más o menos, con la idea de ahorrar lo bastante para volver a América. Estaba en las caballerizas cuando un rapaz harapiento vino preguntando por un tal Jefferson Hope, cuyo vehículo solicitaban en el 221 B de Baker Street. Acudí a la cita sin mayores recelos, y el resto es de ustedes conocido: el joven aquí presente me plantó sus dos esposas, con destreza asombrosa. Tal es la historia. Quizá me tengan por un asesino, pero yo estimo, señores, que soy un mero ejecutor de la justicia, en no menor medida que ustedes mismos.

Tan emocionante había asido el relato, y con tal solemnidad dicho, que permanecimos en todo instante mudos y pendientes de lo que oíamos. Incluso los dos detectives profesionales, hechos como estaban a cuanto se relaciona con el crimen, semejaban fascinados por la historia. Cuando ésta hubo terminado se

produjeron unos minutos de silencio, roto tan sólo por el lápiz de Lestrade al rasgar el papel en que iban quedando consignados los últimos detalles de su informe escrito.

—Sobre un solo punto desearía que se extendiese usted un poco más —dijo al fin Sherlock Holmes—. ¿Qué cómplice de usted vino en busca del anillo anunciado en la prensa?

El prisionero hizo un guiño risueño a mi amigo.

—Soy dueño de decir mis secretos, no de comprometer a un tercero. Leí su anuncio y pensé que podía ser una trampa, o también la ocasión de recuperar el anillo que buscaba. Mi amigo se ofreció a descubrirlo. Admitirá que no lo hizo mal.

—¡Desde luego!—repuso Holmes con vehemencia.

—Y ahora, caballeros —observó gravemente el inspector—, ha llegado el momento de cumplir lo que la ley estipula. El jueves comparecerá el preso ante los magistrados, siendo además necesaria la presencia de ustedes. Mientras tanto, yo me hago cargo del acusado.

Mientras esto decía hizo sonar una campanilla, a cuya llamada dos guardianes tomaron para sí al prisionero. Mi amigo y yo abandonamos la comisaría, cogiendo después un coche en dirección a Baker Street.

7. Conclusión

Teníamos orden de comparecer frente a los magistrados el jueves, mas llegada esa fecha fue ya inútil todo testimonio. Un juez más alto se había hecho cargo del caso, convocando a Jefferson Home a un tribunal donde, a buen seguro, le sería aplicada estricta justicia. La misma noche de la captura hizo crisis su aneurisma, y a la mañana siguiente fue encontrado el cuerpo sobre el suelo de la celda; en el rostro había impresa una sonrisa de placidez, como la de quien, volviendo la cabeza atrás, contempla en el último instante una vida útil o un trabajo bien hecho.

—Gregson y Lestrade han de estar tirándose de los cabellos —observó Holmes cuando a la tarde siguiente discutíamos sobre el asunto.

—Muerto su hombre, ¿quién les va a dar ahora publicidad?

—No veo que interviniesen grandemente en su captura —repuso.

—Poco importa que una cosa se haga —replicó mi compañero con amargura—. La cuestión está en hacer creer a la gente que la cosa se ha hecho. Mas vaya lo uno por lo otro —añadió poco después, ya de mejor humor—. No me habría perdido la investigación por nada del mundo. No alcanzo a recordar caso mejor que éste. Aun siendo simple, encerraba puntos sumamente instructivos.

—¡Simple! —exclamé.

—Bien, en realidad, apenas si admite ser descrito de distinto modo —dijo Sherlock Holmes, regocijado de mi sorpresa—. La prueba de su intrínseca simpleza está en que, sin otra ayuda que unas pocas deducciones en verdad nada extraordinarias, puse mano al criminal en menos de tres días.

—Cierto —dije.

—Ya le he explicado otras veces que en esta clase de casos lo extraordinario constituye antes que un estorbo, una fuente de indicios. La clave reside en

razonar a la inversa, cosa, sea dicho de paso, tan útil como sencilla, y poquísimo practicada. Los asuntos diarios nos recomiendan proceder de atrás adelante, de donde se echa en olvido la posibilidad contraria. Por cada cincuenta individuos adiestrados en el pensamiento sintético, no encontrará usted arriba de uno con talento analítico.

—Confieso —afirmé— que no consigo comprenderle del todo.

—No esperaba otra cosa. Veamos si logro exponérselo más a las claras. Casi todo el mundo, ante una sucesión de hechos, acertará a colegir qué se sigue de ellos... Los distintos acontecimientos son percibidos por la inteligencia, en la que, ya organizados, apuntan a un resultado. A partir de éste, sin embargo, pocas gentes saben recorrer el camino contrario, es decir, el de los pasos cuya sucesión condujo al punto final. A semejante virtud deductiva llamo razonar hacia atrás o analíticamente.

—Comprendo.

—Pues bien, nuestro caso era de esos en que se nos da el resultado, restando todo lo otro por adivinar. Permítame mostrarle las distintas fases de mi razonamiento. Empecemos por el principio... Como usted sabe, me aproximé a la casa por mi propio pie, despejada la mente de todo supuesto o impresión precisa. Comencé, según era natural, por inspeccionar la carretera, donde, ya se lo he dicho, vi claramente las marcas de un coche, al que por consideraciones puramente lógicas supuse llegado allí de noche. Que era en efecto un coche de alquiler y no particular, quedaba confirmado por la angostura de las rodadas. Los caballeros en Londres usan un cabriolé, cuyas ruedas son más anchas que las del carruaje ordinario.

Así di mi primer paso. Después atravesé el jardín siguiendo el sendero, cuyo suelo arcilloso resultó ser especialmente propicio para el examen de huellas. Sin duda no vio usted sino una simple franja de barro pisoteado; pero a mis ojos expertos cada marca transmitía un mensaje pleno de contenido. Ninguna de las ramas de la ciencia detectivesca es tan principal ni recibe tan mínima atención como ésta de seguir un rastro. Por fortuna, siempre lo he tenido muy en cuenta, y un largo adiestramiento ha concluido por convertir para mí esta sabiduría en segunda naturaleza. Reparé en las pesadas huellas del policía, pero también en las dejadas por los dos hombres que antes habían cruzado el jardín. Que eran las segundas más tempranas, quedaba palmariamente confirmado por el hecho de

que a veces desaparecían casi del todo bajo las marcas de las primeras. Así arribé a mi segunda conclusión, consistente en que subía a dos el número de los visitantes nocturnos, de los cuales uno, a juzgar por la distancia entre pisada y pisada, era de altura más que notable, y algo petimetre el otro, según se echaba de ver por las menudas y elegantes improntas que sus botas habían producido.

Al entrar en la casa obtuve confirmación de la última inferencia. El hombre de las lindas botas yacía delante de mí. Al alto, pues, procedía imputar el asesinato, en caso de que éste hubiera tenido lugar. No se veía herida alguna en el cuerpo del muerto, mas la agitada expresión de su rostro declaraba transparentemente que no había llegado ignaro a su fin. Quienes perecen víctimas de un ataque al corazón, o por otra causa natural y súbita, jamás muestran esa apariencia desencajada. Tras aplicar la nariz a los labios del difunto, detecté un ligero olor acre, y deduje que aquel hombre había muerto por la obligada ingestión de veneno. Al ser el envenenamiento voluntario, pensé, no habría quedado impreso en su cara tal gesto de odio y miedo. Por el método de exclusión, me vi, pues, abocado a la única hipótesis que autorizaban los hechos. No crea usted que era aquélla en exceso peregrina. La administración de un veneno por la fuerza figura no infrecuentemente en los anales del crimen. Los casos de Dolsky en Odesa, y el de Leturier en Montpellier, acudirían de inmediato a la memoria de cualquier toxicólogo.

A continuación se suscitaba la gran pregunta del porqué. La rapiña quedaba excluida, ya que no se echaba ningún objeto en falta. ¿Qué había entonces de por medio? ¿La política, quizá una mujer? Tal era la cuestión que entonces me inquietaba. Desde el principio me incliné por lo segundo. Los asesinos políticos se dan grandísima prisa a escapar una vez perpetrada la muerte. Ésta, sin embargo, había sido cometida con flema notable, y las mil huellas dejadas por su amor a lo largo y ancho de la habitación declaraban una estancia dilatada en el escenario del crimen. Sólo un agravio personal, no político, acertaba a explicar tan sistemático acto de venganza. Cuando fue descubierta la inscripción en la pared, me confirmé aún más en mis sospechas. Se trataba, evidentemente, de un falso señuelo. El hallazgo del anillo zanjó la cuestión. Era claro que el asesino lo había usado para atraer a su víctima el recuerdo de una mujer muerta o ausente. Justo entonces pregunté a Gregson si en el telegrama enviado a Cleveland se inquiría también por cuanto hubiera de peculiar en el pasado de Drebber. Fue su contestación, lo recordará usted, negativa.

Después procedí a un examen detenido de la habitación, en el curso del cual di

por buena mi primera estimación de la altura del asesino, y obtuve los datos referentes al cigarro de Trichonopoly y a la largura de sus uñas. Había llegado ya a la conclusión de que, dada la ausencia de señales de lucha, la sangre que salpicaba el suelo no podía proceder sino de las narices del asesino, presa seguramente de una gran excitación. Observé que el rastro de la sangre coincidía con el de sus pasos. Es muy difícil que un hombre, a menos que posea gran vigor, pueda fundir, impulsado de la sola emoción, semejante cantidad de sangre, así que aventuré la opinión de que era el criminal un tipo robusto y de faz congestionada. Los hechos han demostrado que iba por buen camino.

Tras abandonar la casa hice lo que Gregson había dejado de hacer. Envié un telegrama al jefe de policía de Cleveland, donde me limitaba a requerir cuantos detalles se relacionasen con el matrimonio de Enoch Drebber. La respuesta fue concluyente. Declaraba que Drebber había solicitado ya la protección de la ley contra un viejo rival amoroso, un tal Jefferson Hope, y que este Hope se encontraba a la sazón en Europa. Supe entonces que tenía la clave del misterio en mi mano y que no restaba sino atrapar al asesino.

Tenía ya decidido que el hombre que había entrado en la casa con Drebber y el conductor del carruaje eran uno y el mismo individuo. Se apreciaban en la carretera huellas que sólo un caballo sin gobierno puede producir. ¿Dónde iba a estar el cochero sino en el interior del edificio? Además, vulneraba toda lógica el que un hombre cometiera deliberadamente un crimen ante los ojos, digamos, de una tercera persona, un testigo que no tenía por qué guardar silencio. Por último, para un hombre que quisiera rastrear a otro a través de Londres, el oficio de cochero parecía sin duda el más adecuado. Todas estas consideraciones me condujeron irresistiblemente a la conclusión de que Jefferson Hope debía contarse entre los aurigas de la metrópoli.

Si tal había sido, era razonable además que lo siguiera siendo. Desde su punto de vista, cualquier cambio súbito sólo podía atraer hacia su persona una atención inoportuna. Probablemente, durante cierto tiempo al menos, persistiría en su oficio de cochero. Nada argüía tampoco que lo fuera a hacer bajo nombre supuesto. ¿Por qué mudar de nombre en un país donde era desconocido? Organicé, por tanto, mi cuadrilla de detectives vagabundos, ordenándoles acudir a todas las casas de coches de alquiler hasta que dieran con el hombre al que buscaba. Qué bien cumplieron el encargo y qué prisa me di a sacar partido de ello, son cosas que aún deben estar frescas en su memoria. El asesinato de Stangerson nos cogió enteramente por sorpresa, mas en ningún caso hubiésemos

podido impedirlo. Gracias a él, ya lo sabe, me hice con las píldoras, cuya existencia había previamente conjeturado. Vea cómo se ordena toda la peripecia según una cadena de secuencias lógicas, en las que no existe un solo punto débil o de quiebra.

—¡Magnífico! —exclamé—. Sus méritos debieran ser públicamente reconocidos. Sería bueno que sacase a la luz una relación del caso. Si no lo hace usted, lo haré yo.

—Haga, doctor, lo que le venga en gana —repuso—. Y ahora, ¡eche una mirada a esto! —agregó entregándome un periódico.

Era el Echo del día, y el párrafo sobre el que llamaba mi atención aludía al caso de autos.

«El público, rezaba, se ha perdido un sabrosísimo caso con la súbita muerte de un tal Hope, autor presunto del asesinato del señor Enoch Drebber y Joseph Stangerson. Aunque quizá sea demasiado tarde para alcanzar un conocimiento preciso de lo acontecido, se nos asegura de fuente fiable que el crimen fue efecto de un antiguo y romántico pleito, al que no son ajenos ni el mormonismo ni el amor. Parece que las dos víctimas habían pertenecido de jóvenes a los Santos del último Día, procediendo también Hope, el prisionero fallecido, de Salt Lake City. El caso habrá servido, cuando menos, para demostrar espectacularmente la eficacia de nuestras fuerzas policiales y para instruir a los extranjeros sobre la conveniencia de zanjar sus diferencias en su lugar de origen y no en territorio británico. Es un secreto a voces que el mérito de esta acción policial corresponde por entero a los señores Lestrade y Gregson, los dos famosos oficiales de Scotland Yard. El criminal fue capturado, según parece, en el domicilio de un tal Sherlock Holmes, un detective aficionado que ha dado ya ciertas pruebas de talento en este menester, talento que acaso se vea estimulado por el ejemplo constante de sus maestros. Es de esperar que, en prueba del debido reconocimiento a sus servicios, se celebre un homenaje en honor de los dos oficiales.»

—¿No se lo dije desde el comienzo? —exclamó Sherlock Holmes, con una carcajada—. He aquí lo que hemos conseguido con nuestro Estudio en Escarlata:

¡Procurar a esos dos botarates un homenaje!

—Pierda cuidado —repuse—. He registrado todos los hechos en mi diario, y el público tendrá constancia de ellos. Entre tanto, habrá usted de conformarse con la constancia del éxito, al igual que aquel avaro romano:

Populus me sibilat, at mihi plaudo.

Ipse domi simul ac nummos contemplar in arca.

FIN

El signo de los cuatro

1. La ciencia de la deducción

Sherlock Holmes cogió la botella del ángulo de la repisa de la chimenea, y su jeringuilla hipodérmica de su pulcro estuche de tafilete. Insertó con sus dedos largos, blancos y nerviosos, la delicada aguja, y se remangó la manga izquierda de la camisa. Por un instante sus ojos se posaron pensativos en el musculoso antebrazo y en la muñeca, cubiertos ambos de puntitos y marcas de los innumerables pinchazos. Finalmente, hundió en la carne la punta afilada, presionó hacia abajo el delicado émbolo y se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en el sillón forrado de terciopelo y exhalando un profundo suspiro de satisfacción.

Durante muchos meses había presenciado esa operación tres veces al día; pero la costumbre no había llegado a conseguir que mi alma se adaptara. Por el contrario, cada día que pasaba me sentía más irritado ante ese espectáculo, y todas las noches sentía sublevarse mi conciencia al pensar que me había faltado valor para protestar. Una y otra vez me había yo prometido que le diría todo lo que pensaba al respecto; pero había algo en las maneras frías y despreocupadas de mi compañero que lo hacían el último de los hombres con quien uno siente deseos de tomarse algo parecido a una libertad. Su gran energía, sus maneras dominadoras y la experiencia que yo había tenido de sus muchas y extraordinarias cualidades, me restaban confianza y me hacían reacio a llevarle la contraria.

Sin embargo, ya fuese efecto del Beaune que yo había tomado en la comida, o la irritación adicional que me producía el proceder de extrema deliberación con que Holmes actuó, el hecho es que aquella tarde tuve la súbita sensación de que no podía contenerme por más tiempo, y le pregunté:

—¿Qué ha sido hoy: morfina o cocaína?

Levantó sus ojos con languidez del viejo libro de caracteres góticos que había abierto.

—Cocaína —dijo—. Una solución al siete por ciento. ¿Le gustaría probarla?

—De ninguna manera —contesté con brusquedad—. Mi constitución física no ha superado aún por completo la campaña del Afganistán. No puedo permitirme el someterla a ninguna tensión anormal.

Holmes sonrió ante mi vehemencia.

—Quizá tenga usted razón, Watson —dijo—. Me imagino que su influencia es físicamente mala. Sin embargo, encuentro que estimula y aclara la mente de una forma tan trascendental, que sus efectos secundarios me resultan pasajeros.

—¡Reflexione usted! —le dije con viveza—. ¡Calcule el coste resultante! Quizá su mente se estimule y se excite, según usted asegura; pero es mediante un proceso patológico y morboso, que provoca cambios en los tejidos y que pudiera dejar al cabo de un tiempo una debilidad permanente. Sabe usted, además, qué funesta reacción se produce cuando finalizan sus efectos. Le aseguro que es un coste demasiado caro. ¿Para qué correr el riesgo, por un simple placer pasajero, de perder esas grandes facultades de que usted se halla dotado? Tenga presente que no le hablo tan sólo como amigo, sino como médico a una persona de cuyo estado físico es, hasta cierto grado, responsable.

No pareció ofenderse. Al contrario, juntó las puntas de ambas manos, apoyó los codos en los brazos del sillón, como quien siente deseos de conversar, y dijo:

—Mi mente se subleva ante el estancamiento. Proporcióneme usted problemas, proporcióneme trabajo, déme los más abstrusos criptogramas o los más intrincados análisis, y entonces me encontraré en mi ambiente. Podré prescindir de estimulantes artificiales. Pero odio la aburrida monotonía de la existencia. Deseo fervientemente la exaltación mental. Ahí tiene por qué he elegido esta profesión a que me dedico, o, mejor dicho, por qué razón la he creado, puesto que soy el único en el mundo que la practica.

—¿El único detective privado? —le dije, arqueando mis cejas.

—El único detective privado con consulta —me contestó—. Soy el más alto y supremo tribunal de apelación en el campo de la investigación criminal. Cuando Gregson, Lestrade o Athelney Jones se encuentran desbordados (lo que, dicho sea de paso, les ocurre muy seguido), me plantean a mí el asunto. Yo examino los datos en calidad de experto y doy mi opinión de especialista. En tales casos no reclamo ningún mérito. Mi nombre no aparece en los periódicos. Mi mayor recompensa está en el trabajo mismo, en el placer de encontrar dónde ejercitar

mis especiales facultades. Pero usted ya ha podido comprobar mis métodos de trabajo en el caso de Jefferson Hope.

—Desde luego que sí —contesté cordialmente—. Nada me ha impresionado tanto en toda mi vida. Le he dado incluso forma literaria en un folleto que lleva el título, algo fantástico, de Estudio en escarlata.

Holmes volvió tristemente la cabeza y dijo:

—Le eché un vistazo. Hablando con honradez, no puedo felicitarle por esa obra. La investigación es, o debería ser, una ciencia exacta, que es preciso tratar de la misma manera fría y carente de emoción que toda ciencia exacta. Usted ha intentado darle un tinte novelesco, y el resultado es idéntico al que se produciría si se tratase de una novela de amor o el rapto de una mujer por el procedimiento de la quinta proposición de Euclides.

—Lo novelesco estaba allí, y yo no podía modificar los hechos —le dije en tono de reconvención.

—Hay algunos hechos que sería necesario suprimir o, por lo menos, tratarlos manteniendo sus justas proporciones. El único aspecto que en ese caso merecería atención es el curioso razonamiento analítico de efecto a causa que me permitió desenredarlo.

Me dolió su crítica de una obra que yo había realizado especialmente para que resultase de su gusto. Confieso también que me irritó el egoísmo que exigía que hasta la última línea de mi escrito estuviese consagrada a sus propias actividades especiales. Más de una vez, durante los años que llevaba conviviendo con Holmes en Baker Street, había observado que bajo las maneras tranquilas y didácticas de mi amigo se ocultaba algo de vanidad. No hice, sin embargo, comentario alguno, y seguí sentado, acariciando mi pierna herida. No hace mucho una bala de fusil de los jezail me la había atravesado, y aunque no me impedía el caminar, sentía dolores siempre que el tiempo cambiaba.

—Mis actividades se han extendido en los últimos tiempos al continente —dijo Holmes, al cabo de un rato, mientras llenaba su vieja pipa de raíz de eglantina—. La semana pasada fui consultado por François le Villard; ya sabrá usted que es de los que últimamente están al frente del servicio francés de Investigación Criminal. Posee esa capacidad céltica de rápida intuición, pero es deficiente en el amplísimo campo de los conocimientos exactos esenciales para alcanzar los más

altos desarrollos en su profesión. El caso tenía relación con un testamento e incluía algunos aspectos interesantes. Pude establecer un paralelismo con dos casos, ocurridos uno en Riga, en 1857, y el otro en Saint Louis, en 1871, los que le sugirieron la solución exacta. Aquí tiene usted la carta que recibí esta mañana, y en la que me da las gracias por la ayuda que le he prestado.

Mientras hablaba, me pasó una arrugada hoja de papel de cartas extranjero. Lo recorrí con la vista, descubriendo toda una profusión de signos de admiración, y de una serie de magnifiques, de coup-demaitres y de tours-de-force, todo lo cual era un testimonio de la ardiente admiración del francés.

—Habla como un discípulo a su maestro.

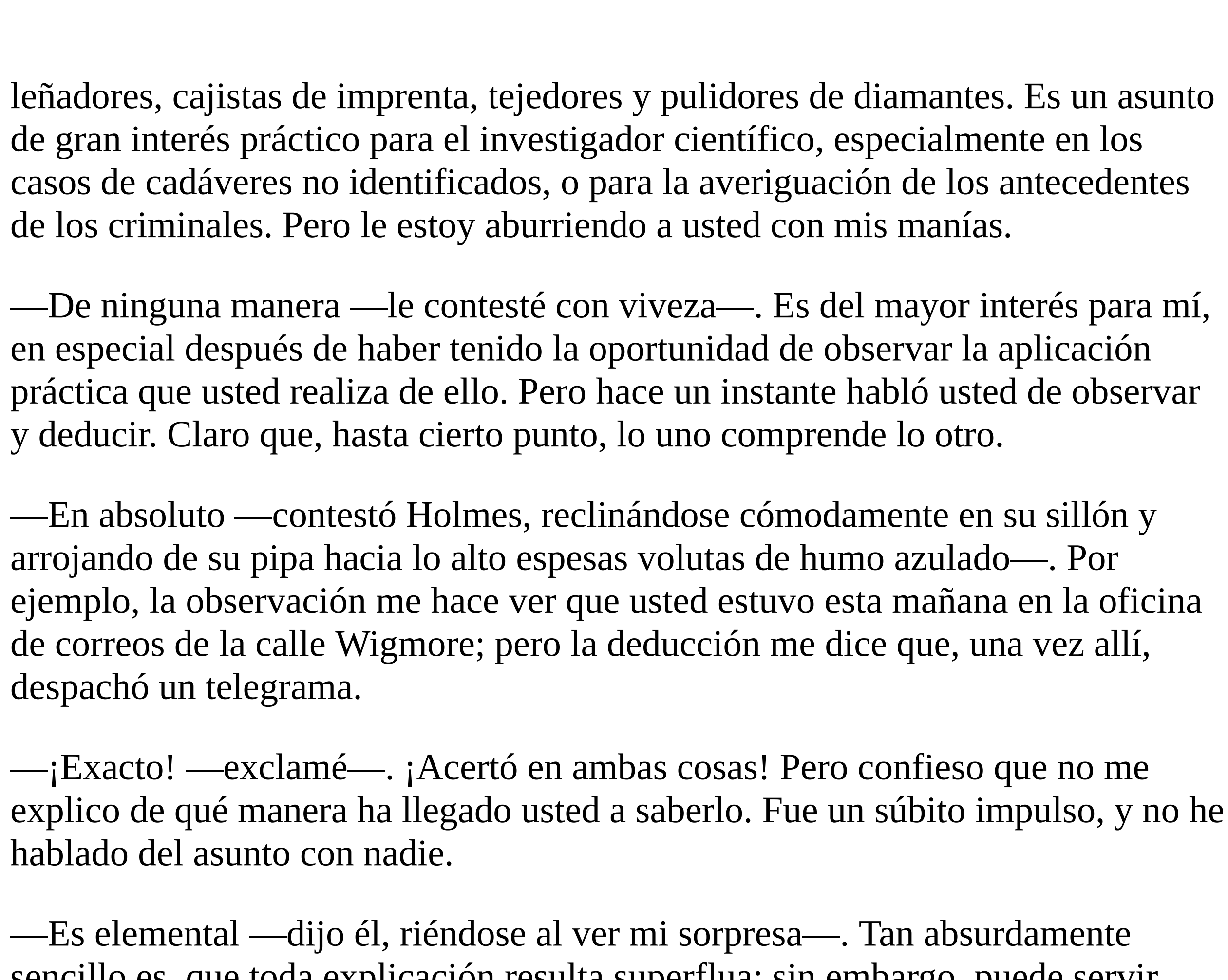
—El valora en exceso mi ayuda —dijo Sherlock Holmes con despreocupación —. Es un hombre de capacidad notable. Posee dos de las tres cualidades necesarias al detective ideal: la facultad de observar y la facultad de deducir. Falla en cuanto a conocimientos, pero eso quizá le venga con el tiempo. En la actualidad, está traduciendo al francés mis pequeñas obras.

—¿Las obras de usted?

—¿No lo sabía? —exclamó, echándose a reír—. Sí, soy autor de varias monografías. Todas ellas sobre asuntos técnicos. Aquí tiene usted, por ejemplo, una “Sobre las diferencias entre la ceniza de las distintas clases de tabacos”. Enumero en ella las clases de tabaco de ciento cuarenta formas de cigarros, cigarrillos y preparados para pipa, y lleva láminas en colores con los que se ilustran las diferencias de cada ceniza. Es un punto que aparece todos los días en los procesos criminales, y hay ocasiones en que resulta de gran importancia como clave. Es evidente que el campo de búsqueda se estrecha de una manera notable si se puede afirmar de modo terminante que el autor de un asesinato es un individuo que fumaba tabaco Lunkoh, de la India. El ojo adiestrado encuentra entre la ceniza oscura de un Trichinopoly y la pelusa blanca del ojo de pájaro una diferencia tan grande como entre una col y una patata.

—Tiene usted un talento extraordinario para las minucias —señalé.

—Sé apreciar su importancia. Aquí tiene mi monografía sobre las huellas de pies, con algunas observaciones sobre el empleo del yeso en la conservación de sus impresiones. He aquí también una curiosa obrita sobre la influencia del oficio en la forma de las manos, con litografías de manos de canteros, marinos,



leñadores, cajistas de imprenta, tejedores y pulidores de diamantes. Es un asunto de gran interés práctico para el investigador científico, especialmente en los casos de cadáveres no identificados, o para la averiguación de los antecedentes de los criminales. Pero le estoy aburriendo a usted con mis manías.

—De ninguna manera —le contesté con viveza—. Es del mayor interés para mí, en especial después de haber tenido la oportunidad de observar la aplicación práctica que usted realiza de ello. Pero hace un instante habló usted de observar y deducir. Claro que, hasta cierto punto, lo uno comprende lo otro.

—En absoluto —contestó Holmes, reclinándose cómodamente en su sillón y arrojando de su pipa hacia lo alto espesas volutas de humo azulado—. Por ejemplo, la observación me hace ver que usted estuvo esta mañana en la oficina de correos de la calle Wigmore; pero la deducción me dice que, una vez allí, despachó un telegrama.

—¡Exacto! —exclamé—. ¡Acertó en ambas cosas! Pero confieso que no me explico de qué manera ha llegado usted a saberlo. Fue un súbito impulso, y no he hablado del asunto con nadie.

—Es elemental —dijo él, riéndose al ver mi sorpresa—. Tan absurdamente sencillo es, que toda explicación resulta superflua; sin embargo, puede servir para definir los límites de la observación y la deducción. La observación me hace descubrir que lleva usted adherido a su calzado un poco de barro rojizo. Delante de la oficina de correos de la calle Wigmore Street acaban de levantar, precisamente, el pavimento y sacado tierra, de un modo que resulta difícil no pisarla al entrar. Hasta donde llegan mis conocimientos, esa tierra es de un tono rojizo característico que no se encuentra en ningún otro lugar de los alrededores. Hasta ahí es observación. El resto es deducción.

—¿Cómo dedujo lo del telegrama?

—Veamos. Yo sabía que usted no había escrito ninguna carta, porque estuve toda la mañana sentado frente de usted. Observo también ahí, en su pupitre abierto, que tiene usted una hoja de sellos y un buen paquete de postales. ¿A qué, pues, podía usted entrar en las oficinas de correos sino a expedir un telegrama? Eliminados todos los demás factores, el único que aún resta tiene que ser el verdadero.

—En este caso, ciertamente lo es —contesté tras una breve meditación—. Como

usted dice, es de lo más sencillo. ¿Consideraría impertinente que sometiese a una prueba más severa sus teorías?

—Todo lo contrario —me contestó—; con ello me evitaría una segunda dosis de cocaína. Me encantaría ahondar en cualquier problema que usted pudiera someter a mi consideración.

—Le he oído decir que es difícil que un hombre use todos los días un objeto cualquiera sin dejar impresa en el mismo su personalidad, hasta el punto de que un observador avanzado sería capaz de leerla. Pues bien: aquí tengo un reloj que ha pasado a mi posesión hace poco tiempo. ¿Tendría usted la amabilidad de exponerme su opinión sobre el carácter y costumbre de su anterior dueño?

Le entregué el reloj con cierta alegría en mi interior, porque, en mi opinión, era imposible semejante comprobación, y me proponía que constituyese un correctivo para el tono algo dogmático que de cuando en cuando solía adoptar Holmes. Este hizo oscilar el reloj en su mano, observó con fijeza la esfera, abrió la tapa posterior y examinó la maquinaria, primero a simple vista y luego con una potente lupa. Yo tuve que hacer un esfuerzo para no sonreírme viendo la cara alicaída que puso cuando cerró de golpe la tapa y me devolvió el reloj.

—Apenas si hay dato alguno —me dijo—. El reloj ha sido limpiado no hace mucho, y esto me priva de los hechos más sugerentes.

—Tiene usted razón —le contesté—. Fue limpiado antes que me lo enviaran.

Acusé para mis adentros a mi compañero por utilizar una disculpa débil e insuficiente con que tapar su fracaso. Pero, ¿qué datos esperaría sacar del reloj si hubiese estado sucio?

—Pero el examen del reloj, aunque insatisfactorio, no ha sido del todo estéril —comentó, mirando al techo fijamente, con ojos soñadores y apagados—. Salvo corrección de su parte, yo diría que el reloj pertenecía a su hermano mayor y que éste lo heredó del padre de ustedes.

—Lo ha deducido, sin duda, de las iniciales H. W. que tiene en la tapa posterior, ¿verdad?

—En efecto. La W recuerda el apellido de usted. La fecha del reloj es de unos cincuenta años atrás, y las iniciales son tan viejas como el reloj. De modo, pues,

que fue fabricado para la generación anterior a la actual. Lo corriente suele ser que las joyas pasen al hijo mayor; suele ser muy probable, además, que lleven el nombre del padre. Creo recordar que el padre de usted falleció hace muchos años; de modo, pues, que el reloj ha estado en manos de su hermano mayor.

—Hasta ahí va usted bien —le dije—. ¿Algo más?

—Este era hombre muy poco limpio y descuidado. Tenía muy buenas perspectivas en la vida, pero desperdició sus posibilidades, vivió durante algún tiempo en la pobreza, con cortos intervalos aislados de prosperidad y, por último, se dio a la bebida y falleció. Es todo lo que puedo deducir.

Me puse en pie de un salto y cojeé con impaciencia por la habitación, lleno de amargura en mi interior.

—Holmes, eso es indigno de usted —le dije—. No le hubiera creído capaz de rebajarse hasta ese punto. Usted ha realizado investigaciones sobre la vida de mi desgraciado hermano, y ahora pretende haber deducido de alguna manera fantástica esos conocimientos que ya tenía. ¡No esperará que yo vaya a creer que usted ha leído todo eso en el viejo reloj de mi hermano! Lo que ha hecho usted es poco amable y, para hablarle sin rodeos, tiene algo de charlatanismo.

—Mi querido doctor, le ruego que acepte mis disculpas —me contestó con amabilidad—. Yo, considerando el asunto como un problema abstracto, olvidé que podía resultar para usted algo personal y doloroso. Sin embargo, le aseguro que jamás supe que usted tuviera un hermano hasta el momento de entregarme su reloj.

—¿Cómo entonces, y en nombre de todo lo más sagrado, llegó usted a esos hechos? Porque son exactos en todos sus detalles.

—Pues, ha sido una cuestión de buena suerte, porque yo sólo podía hablar de lo que constituía un mayor porcentaje de probabilidades. En modo alguno esperaba ser tan exacto.

—Pero ¿no fueron simples suposiciones?

—No, no; yo nunca hago suposiciones. Es ese un hábito repugnante, que destruye la facultad de razonar. Eso que a usted le resulta sorprendente, lo es tan sólo porque no sigue el curso de mis pensamientos, ni observa los hechos

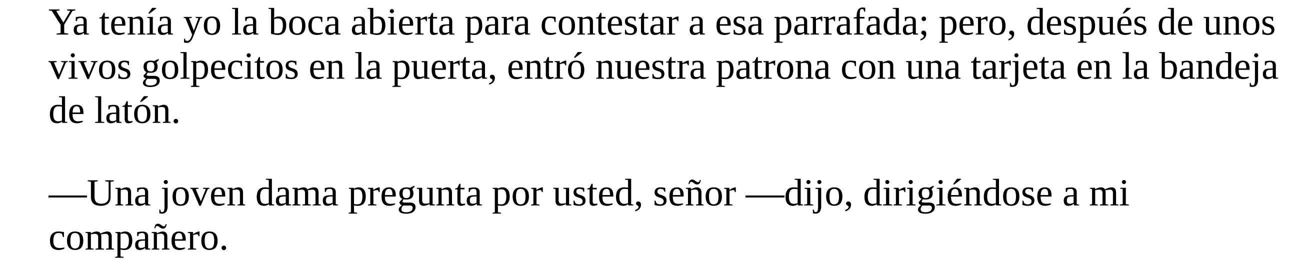
pequeños de los que se pueden hacer deducciones importantes. Por ejemplo, empecé afirmando que su hermano era descuidado. Si se fija en la parte inferior de la tapa del reloj, observará que no sólo tiene dos abolladuras, si no que muestra, también, cortes y marcas por todas partes, debido a la costumbre de guardar en el mismo bolsillo otros objetos duros, como llaves y monedas. Desde luego, no es una gran hazaña dar por supuesto que un hombre que trató así tan magnífico reloj de cincuenta guineas tiene que ser un descuidado. Ni es tampoco una deducción traída por los cabellos la de que una persona que hereda una joya de semejante valor haya recibido también otros bienes.

Asentí con la cabeza para dar a entender que seguía su razonamiento con atención.

—Es cosa muy corriente, entre los prestamistas ingleses, cuando toman en prenda un reloj, grabar en el interior de la tapa, valiéndose de un punzón, el número de la papeleta. Resulta más seguro que una etiqueta, y no hay peligro de extravío o trastrueque del número. En el interior de esta tapa, mi lupa ha descubierto no menos de cuatro de estos números. De esto se deduce que su hermano se veía con frecuencia en apuros. Otra deducción secundaria: gozaba de momentos de prosperidad, pues de lo contrario no habría podido desempeñar la prenda. Por último, le ruego que se fije en la chapa posterior, la de la llave. Observe los millares de rasguños que hay alrededor del agujero, es decir, las señales de los resbalones de la llave de la cuerda. ¿Puede un hombre sobrio hacer todas estas marcas? Jamás encontrará usted reloj de un beodo que no las tenga. Le dan cuerda por la noche y hacen estos arañazos por la inseguridad de su mano. ¿Ve usted ningún misterio en todo esto?

—Está claro como la luz del día —contesté—. Lamento haber sido injusto con usted. Debí tener una fe mayor en sus maravillosas facultades. ¿Puedo preguntarle si tiene actualmente en marcha alguna investigación profesional?

—Ninguna. Eso explica lo de la cocaína. No puedo vivir sin hacer trabajar mi cerebro. ¿Para qué otra cosa vale la pena vivir? Mire por esa ventana. ¿No es un mundo triste, lamentable e improductivo? Vea cómo la niebla amarilla se desliza por las calles y penetra en las casas marrones y grises. ¿Puede existir nada tan irremediablemente prosaico y material? ¿De qué le sirve a uno tener facultades, doctor, si carece de campo en que poder ejercitarlas? El crimen es algo vulgar, la vida es vulgar, y no hay en este mundo lugar sino para las dotes vulgares de la persona.



Ya tenía yo la boca abierta para contestar a esa parrafada; pero, después de unos vivos golpecitos en la puerta, entró nuestra patrona con una tarjeta en la bandeja de latón.

—Una joven dama pregunta por usted, señor —dijo, dirigiéndose a mi compañero.

—Señorita Mary Morstan —leyó él—. ¡hum! No recuerdo este nombre y apellido. Diga a la señorita que suba, señora Hudson. No se retire, doctor. Preferiría que se quede.

2. La exposición del caso

La señorita Morstan entró en la habitación con paso firme y mucha compostura exterior en sus maneras. Era una joven rubia, menuda, fina, con guantes largos y ataviada con el gusto más exquisito. Sus ropas, sin embargo, eran de una sencillez y falta de rebuscamiento que daban a entender unos recursos monetarios limitados. El vestido era de un gris ligeramente oscuro, sin adornos ni realces; llevaba un turbante pequeño de la misma tonalidad apagada, sin otro relieve que unas mínimas plumas blancas en un costado. Su rostro no poseía rasgos regulares ni belleza de complexión, pero la expresión del mismo era dulce y bondadosa, y sus grandes ojos azules eran singularmente espirituales y simpáticos. A pesar de que mi conocimiento de las mujeres abarca muchas naciones y tres continentes distintos, mis ojos nunca se habían posado en una cara que ofreciese tan claras promesas de una índole refinada y sensible. Cuando se sentó junto a Sherlock Holmes, no pude menos de fijarme en el temblor de sus labios, cómo se estremecían sus manos y exteriorizaba todos los síntomas de una intensa emoción interior.

—Señor Holmes —dijo la joven—, he venido a verle porque fue usted quien en cierta ocasión hizo posible que la señora Cecil Forrester, con la que yo estaba empleada, pudiera solucionar una pequeña complicación doméstica, quedando muy impresionada de la bondad y la habilidad demostradas por usted.

—La señora Cecil Forrester —repitió Holmes, pensativo—. En efecto, creo que le hice un ligero servicio. Sin embargo, si mal no recuerdo, el caso aquel fue muy sencillo.

—A ella no se lo pareció. Pero del mío, al menos, no podrá usted decir eso mismo. Difícilmente consigo yo imaginar nada más extraño, menos explicable, que la situación en que me encuentro.

Holmes se frotó las manos y sus ojos relucieron. Se inclinó hacia adelante; los rasgos de su cara, marcados y aguileños, adquirieron una expresión de extraordinaria concentración y dijo en tono seco y propio de hombre práctico:

—Exponga su caso.

Yo experimenté la sensación de que mi situación allí resultaba embarazosa, y dije, levantándome de la silla:

—Ustedes sabrán, sin duda, disculparme.

Vi con sorpresa que la joven alzaba su mano enguantada para detenerme y que decía:

—Si el amigo de usted tiene la bondad de seguir aquí, me haría con ello un inapreciable servicio.

Volví a dejarme caer en mi sillón, y ella prosiguió:

—Los hechos, expuestos brevemente, son los siguientes: mi padre era oficial de un regimiento en la India, y me envió a Inglaterra siendo muy niña. Mi madre había fallecido, y yo carecía de parientes aquí. Sin embargo, fui colocada en un cómodo internado de Edimburgo, y en él permanecí hasta los diecisiete años. En 1878 mi padre, veterano capitán de su regimiento, obtuvo un permiso de doce meses y vino a Inglaterra. Me telegrafió desde Londres que había llegado sin novedad y dándome órdenes de venir inmediatamente a la capital, diciéndome que se hospedaba en el hotel Langham. Recuerdo que su mensaje rebosaba cariño y amor. Al llegar a Londres, me hice conducir en coche al Langham; en este hotel me informaron que el capitán Morstan se hospedaba allí, en efecto, pero que había salido la noche anterior y aún no había regresado. Le esperé durante todo el día, sin tener noticias suyas. Aquella noche, por consejo del gerente del hotel, me puse en comunicación con la policía, y a la mañana siguiente pusimos anuncios en todos los periódicos. Nuestras pesquisas no obtuvieron resultado; y desde entonces hasta hoy no he vuelto a saber nada de mi desdichado padre. Había venido a Inglaterra, con el corazón rebosante de esperanza, deseoso de un poco de paz, alguna comodidad, y en lugar de eso...

La joven se llevó la mano a la garganta, y un sollozo ahogado le impidió seguir hablando.

—¿Fecha? —preguntó Holmes, abriendo su libro de notas.

—Desapareció el 3 de diciembre de 1878..., hace casi diez años.

—¿Qué fue de su equipaje?

—Quedó en el hotel. Nada encontramos en él que sugiriese una clave: algunas ropas, algunos libros y gran número de curiosidades de las islas Andamán. Había sido uno de los oficiales encargados allí de la vigilancia de los convictos.

—¿Tenía algún amigo en Londres?

—Únicamente sabemos de uno, el mayor Sholto, de su propio regimiento, el 34 de Infantería de Bombay. El mayor había obtenido su retiro poco tiempo antes y residía en Upper Norwood. Nos pusimos en comunicación con él, como es natural; pero ignoraba incluso que su compañero de armas se encontrase en Inglaterra.

—Es un caso singular —comentó Holmes.

—Todavía no he explicado la parte más extraordinaria. Hará seis años, el 4 de mayo de 1882, para ser más exacta, apareció en el Times un anuncio en el que se solicitaba la dirección de la señora Mary Morstan, asegurando que se beneficiaría dándose a conocer. El anuncio no daba nombre ni dirección. Por aquel entonces acababa yo de colocarme en la casa de la señora Cecil Forrester como institutriz. Por consejo de dicha señora publiqué mi dirección en la columna de anuncios. El mismo día me llegó por correo una cajita de cartón que resultó contener una perla muy voluminosa y brillante. Ni una sola palabra escrita acompañaba al envío. Desde entonces, y en idéntica fecha, ha aparecido todos los años una caja por el estilo con una perla parecida, pero sin la menor clave respecto a quien la envía. Un especialista dictaminó que eran de una variedad rara y de gran valor. Pueden ver ustedes mismos que las perlas son hermosísimas.

La joven abrió, mientras hablaba, una caja plana, y me mostró seis de las perlas más finas que yo había visto hasta entonces.

—Su relato resulta por demás interesante —dijo Sherlock Holmes—. ¿Le ha sucedido algo más?

—Sí, y precisamente hoy. Por eso he venido a verle. Esta mañana recibí esta carta, que quizá prefiera leer usted mismo.

—Gracias —dijo Holmes—. El sobre también, por favor. Matasellos de Londres

S. W., fecha, 7 de julio. ¡hum! En el ángulo veo la huella de un dedo pulgar, probablemente el del cartero. Papel de la mejor calidad. Sobre de los de seis peniques el paquete. Es curioso este hombre en sus gustos de papelería. Sin encabezamiento.

Vaya esta noche a las siete a la tercera columna, contando desde la izquierda, en la parte exterior del teatro Lyceum. Si desconfía, hágase acompañar de dos amigos. Usted ha sido perjudicada, y se le hará justicia. No se haga acompañar de la policía. Si lo hace, todo será inútil. Un amigo suyo desconocido.

¡Pues sí que resulta un pequeño misterio muy interesante! ¿Qué se propone hacer usted, señorita Morstan?

—Eso es precisamente lo que quiero preguntar a usted.

—En ese caso, iremos con toda seguridad usted, yo y...; sí..., ¿por qué no? el doctor Watson es el hombre indicado. Quien escribe habla de dos amigos. El doctor Watson y yo hemos trabajado juntos antes de ahora.

—Pero ¿querrá venir? —preguntó la joven, con voz y expresión enternecedora.

—Será para mí un orgullo y una dicha el poder serle de utilidad —exclamé fervorosamente.

—Son ustedes muy amables —contestó ella—. Yo he llevado una vida retirada, y no cuento con amigos a quienes recurrir. Bastará con que yo esté aquí a las seis, ¿verdad?

—Pero no más tarde —dijo Holmes—. Sin embargo, aún hay otra cuestión. ¿Es esta letra igual a la que traían las cajas de las perlas?

—Las he traído —contestó ella, sacando media docena de trozos de papel.

—Es usted, sin duda alguna, una cliente modelo. Tiene una intuición muy correcta. Veamos ahora. —Holmes extendió los papeles encima de la mesa, y fue clavando en ellos, uno después de otro, miradas rápidas y penetrantes, hasta que

dijo —: Fuera de la carta, las otras letras son fingidas; pero no cabe duda alguna respecto a su autor. Fíjense de qué manera incontenible se destaca la «y» y vean el remolino final de la «s». Pertenecen, indudablemente, a la misma mano. Señorita Morstan, no me agradaría despertar falsas esperanzas; pero ¿hay en esta escritura algún parecido con la de su padre?

—Nada se le pueda parecer menos.

—Esperaba esa respuesta. La esperaremos, pues, a las seis. Permítame que me quede con estos papeles, para poder examinarlos más a mi gusto de aquí a esa hora. Son nada más que las tres y media. ¿Au revoir, entonces?

—Au revoir —dijo nuestra visitante, y dirigiéndonos una mirada viva y amable, primero al uno y luego al otro, volvió a guardar en su seno la caja de las perlas y se retiró apresuradamente.

De pie junto a la ventana, la observé alejarse a paso vivo por la calle, hasta que su turbante gris y las plumas blancas no fueron ya sino un punto entre la oscura multitud.

—¡Qué mujer tan extraordinariamente atractiva! —exclamé, volviéndome hacia mi compañero.

Este había encendido otra vez su pipa y estaba recostado en su sillón con los párpados entornados.

—¿De veras? —dijo con languidez—. No me fijé.

—Es usted un autómata, una máquina calculadora —exclamé—. Hay momentos en que observo en usted un algo positivamente inhumano.

Holmes se sonrió amablemente, y dijo:

—Es de primordial importancia no dejar que nuestro razonamiento resulte influido por las cualidades personales. Para mí el cliente es una simple unidad, un factor del problema. Los factores personales son antagónicos del razonar sereno. Le aseguro que la mujer más encantadora que yo conocí fue ahorcada por haber envenenado a tres niños pequeños para cobrar el dinero del seguro; en cambio, el hombre físicamente más repugnante de todos mis conocidos es un filántropo que lleva gastado casi un cuarto de millón de libras en los pobres de

Londres.

—Sin embargo, en este caso...

—Nunca excepciones. La excepción rompe la regla. ¿Tuvo usted alguna vez oportunidad de estudiar los caracteres de la escritura? ¿Qué saca usted de la letra de este individuo?

—Es una letra clara y regular —contesté—. Se trata de un hombre con hábitos de negociante y que posee cierta fuerza de carácter.

Holmes movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Observe estas letras largas. Apenas si superan a las demás. Esta «d» pudiera pasar por una «a», y esta «l» por una «e». Las personas de carácter diferencian siempre sus letras largas, por muy ilegiblemente que escriban. Se observa aquí vacilación en la «k» y no hay en las letras mayúsculas sentimiento de propia estimación. Voy a salir ahora. Es preciso que haga algunas consultas. Permítame que le recomiende este libro, uno de los más notables que se han escrito: El martirio del hombre, por Winwood Reade. Estaré de vuelta antes de una hora.

Me senté junto a la ventana con el libro en las manos, pero mis pensamientos se hallaban muy lejos de las audaces especulaciones del escritor. Mi mente iba hacia nuestra reciente visitante, hacia sus sonrisas, hacia el tono profundo y vibrante de su voz, hacia el extraño misterio que se cernía sobre su vida. Si en el momento de la desaparición de su padre tenía ella diecisiete años, ahora debía tener veintisiete..., edad muy agradable, porque en ella la juventud ha perdido ya su presunción y se encuentra algo calmada por la experiencia. Permanecí, pues, sentado y haciendo cábalas, hasta que irrumpieron en mi cabeza pensamientos tan peligrosos que me apresuré a sentarme ante mi escritorio y a hundirme con furia en el tratado más reciente sobre patología. ¿Quién era yo, médico del ejército, con una pierna herida y una cuenta bancaria más débil todavía, para atreverme a pensar en tales cosas? Aquella joven era una unidad, un factor y nada más si mi porvenir era sombrío, lo mejor que podía hacer era afrontarlo como un hombre, sin intentar alegrarlo con simples caprichos de la imaginación.

3. En busca de una solución

Holmes regresó al dar las cinco y media. Estaba alegre, interesado y ansioso, un estado de espíritu que se alternaba en él con accesos de la más negra depresión.

—Este asunto no encierra un gran misterio —dijo, tomando la taza de té que yo le había servido—. Los hechos sólo parecen presentar una única explicación.

—¡Cómo! ¿Tiene usted ya resuelto el misterio?

—Eso sería decir demasiado. De todas formas, he descubierto un hecho sugerente. Un hecho solo, pero muy sintomático. Hay que agregarle todavía los detalles. Al examinar los archivos del Times, he descubierto que el mayor Sholto, de Upper Nerwood, que perteneció al 34 de Infantería de Bombay, falleció el 28 de abril de 1882.

—Holmes, quizá sea yo muy obtuso; pero no veo qué es lo que ese hecho le sugiere.

—¿Que no? Me sorprende usted. Considérelo, pues, de esta manera. El capitán Morstan desaparece. La única persona de Londres a la que podía haber visitado es el mayor Sholto. El mayor Sholto niega saber que aquél se encontrase en Londres. Cuatro años más tarde Sholto muere. Antes que transcurriese una semana de su muerte, la hija del capitán Morstan recibe un valioso regalo, que se repite año tras año, y que culmina ahora en una carta que la describe como perjudicada. ¿A qué otro perjuicio puede referirse sino al hecho de haberse visto? ¿Y por qué razón empiezan los obsequios inmediatamente después del fallecimiento de Sholto, sino porque ese heredero del mayor sabe algo del misterio y desea ofrecer una compensación? ¿Tiene usted, acaso, otra hipótesis alternativa que encaje con los hechos? ¡Qué extraña compensación! ¡Y qué manera más extraña de hacerla! ¿Y por qué, además, escribe una carta ahora y no hace seis años? Agregue a esto que la carta habla de hacer justicia a la joven. ¿Qué justicia es posible hacerle? Sería demasiado el suponer que su padre vive todavía. No hay, en el caso de la joven, otra injusticia que nosotros sepamos.

Hay ciertas dificultades; indiscutiblemente que las hay —dijo Sherlock Holmes, pensativo—; pero nuestra expedición de esta noche las resolverá todas. Vaya; ahí llega un coche de cuatro ruedas, y la señorita Morstan dentro del coche. ¿Está usted listo? Pues entonces lo mejor que podemos hacer es bajar, porque ya pasa un poco de la hora indicada.

Eché mano a mi sombrero y al más sólido de mis bastones, pero me fijé en que Holmes cogía su revólver del cajón y lo deslizaba en un bolsillo. Con toda evidencia, pensaba que el trabajo de aquella noche podía ser serio.

La señorita Morstan venía embozada en un manto oscuro, y su expresiva cara estaba serena pero pálida. Habría sido más que mujer si no hubiese experimentado cierto desasosiego ante la empresa sorprendente en que íbamos a embarcarnos; pero su dominio de sí misma era perfecto, y contestó con facilidad a las pocas preguntas adicionales que Sherlock Holmes le hizo.

—El mayor Sholto era un gran amigo de papá —dijo—. Las cartas de éste venían llenas de alusiones al mayor. Ambos estaban al mando de las fuerzas que había en las islas Andamán; de modo, pues, que estaban siempre juntos. A propósito: en la mesa de papá encontramos un documento curioso que nadie pudo entender. No creo que tenga importancia alguna, pero pensé que quizás usted querría verlo, y lo traje. Aquí lo tiene usted.

Holmes desdobló con cuidado el documento y lo alisó encima de sus rodillas. Luego procedió a examinarlo metódicamente, de cabo a rabo, con su lupa.

—El papel es de fabricación manual de la India —comentó—. Además, estuvo en alguna ocasión clavado en un tablero. El diagrama que se ve en él parece el plano de parte de una gran construcción con numerosas salas, corredores y pasillos. En un punto del diagrama hay una crucecita hecha con tinta roja, y encima de ella, escrito en lápiz, casi borrado, “3,37 desde la izquierda”. En el ángulo de la izquierda se ve un extraño jeroglífico de cuatro cruces alineadas y los brazos de la misma tocándose. Junto al mismo hay escrito, en caracteres muy burdos y ordinarios, “El Signo de los Cuatro: Jonathan Small, Mahomet Singh, Abdullah Khan, Dost Akbar”. Reconozco que no veo qué relación pueda tener esto con el asunto. Sin embargo, no cabe duda de que se trata de un documento importante. Ha sido guardado cuidadosamente en una agenda de notas; veo que está tan limpio de un lado como de otro.

—Lo encontramos en la agenda de notas de mi padre.

—Pues entonces, señorita Morstan, guárdelo con cuidado, porque quizá nos resulte útil. Empiezo a sospechar que es posible que este asunto nos resulte mucho más profundo y sutil que lo que al principio imaginé. Es preciso que vuelva a reconsiderar mis ideas.

Se recostó en el coche, y pude ver, juzgando por su frente arrugada y la expresión de ausencia de sus ojos, que Holmes meditaba intensamente. La señorita Morstan y yo conversamos en voz baja acerca de nuestra expedición y su posible desenlace, pero nuestro acompañante mantuvo su impenetrable reserva hasta el final de viaje.

Era un anochecer del mes de septiembre; no habían dado todavía las siete, pero el día había estado encapotado y una bruma densa y húmeda se extendía a poca altura sobre la gran ciudad. Nubes de color barroso flotaban tristemente sobre las enfangadas calles. A lo largo del Strand las lámparas del alumbrado no eran sino manchones nebulosos de luz difusa, que proyectaban un débil brillo circular sobre las pegajosas aceras. El brillo amarillento de los escaparates se alargaban por la atmósfera envuelta en un vaho vaporoso y difundía por la concurrida calle una luminosidad triste y de variada intensidad. Tuve la sensación de que había algo terrible y fantasmal en el cortejo sin fin de caras que pasaban flotando al través de aquellas estrechas franjas de luz; rostros tristes y alegres, desgraciados y felices. Al igual de lo que le ocurre a todo el género humano, pasaban de las tinieblas a la luz y volvían otra vez a las tinieblas.

Yo no me dejo impresionar fácilmente; pero aquel anochecer, melancólico y pesado, se combinaba con el extraordinario asunto en que nos habíamos lanzado, alterando mis nervios y haciéndome sentir deprimido. Por las maneras de la señorita Morstan me di cuenta de que ella era víctima de idéntico sentimiento. Holmes era el único capaz de sobreponerse a estas insignificantes influencias. Tenía abierta sobre las rodillas su agenda de notas, y de cuando en cuando trazaba cifras y notas en el mismo a la luz de su linterna de bolsillo.

Junto al teatro Lyceum, la multitud se apretujaba ya ante las puertas laterales. Frente a las de la fachada resonaba el estrépito de una corriente continua de coches de dos y de cuatro ruedas, de los que se apeaban caballeros de blanca pechera y señoras ataviadas de chales y adornos de brillantes. Sin darnos casi tiempo a llegar a la tercera columna, que era el sitio de nuestra cita, se nos

acercó un hombre pequeño, moreno y enérgico, con traje de cochero.

—¿Son ustedes las personas que vienen con la señorita Morstan? —preguntó.

—Yo soy la señorita Morstan, y estos dos caballeros son amigos míos —dijo la joven.

El hombre nos miró de soslayo con ojos extraordinariamente penetrantes e interrogadores.

—Usted me perdonará, señorita —dijo con tono algo terco—, pero tengo órdenes de pedirle que me dé su palabra de honor de que ninguno de sus acompañantes es agente de la policía.

—En cuanto a eso, le doy mi palabra —contestó ella.

El hombre dio entonces un agudo silbido; al oírlo, un pilluelo condujo hasta donde estábamos un coche de cuatro ruedas y abrió la portezuela. El hombre que nos había hablado subió al pescante, mientras nosotros ocupábamos nuestros sitios en el interior. Apenas nos habíamos sentado, cuando el cochero fustigó a su caballo y nos lanzamos a todo galope por las calles brumosas.

La situación era extraña. Nos dirigíamos hacia un lugar desconocido, para llevar a cabo una misión desconocida. Sin embargo, o bien la invitación era una trampa, hipótesis que resultaba inconcebible, o, de lo contrario, teníamos buenas razones para pensar que de aquella excursión pudieran estar pendientes importantes consecuencias. La manera de conducirse la señorita Morstan era tan resuelta y serena como siempre. Yo intenté alegrarla y divertirla con recuerdos de mis aventuras en el Afganistán; pero, si he de decir la verdad, yo mismo me encontraba tan excitado por nuestra situación, y sentía tal curiosidad por saber cuál sería nuestro destino, que mis anécdotas resultaban un poco embarrulladas. Hoy mismo ella suele contar que yo le relaté una anécdota conmovedora en la que se hacía referencia a un mosquete que asomó al interior de mi tienda a altas horas de la noche, y al que yo le disparé con un cachorro de tigre de dos cañones. Al principio tenía cierta idea de la dirección que llevaba el coche, pero muy pronto, entre la rapidez con que marchábamos, la niebla y mis conocimientos limitados de Londres, me desorienté, y ya nada supe, salvo que parecía que nuestro viaje resultaba muy largo. Sherlock Holmes, sin embargo, no se equivocaba nunca e iba mascullando los nombres de las calles, conforme el coche cruzaba traqueteante por plazas y entraba y salía de tortuosos callejones.

—Rochester Row —iba diciendo—. Ahora Vincent Square. Ahora desembocamos en Vauxhall Bridge Road. Vamos, por lo visto, en dirección a la orilla del Surrey. Sí, lo que yo pensaba. Ahora cruzamos el puente. Se ven destellos del río.

Desde luego, descubrirnos una fugaz visión de un trozo del Támesis, con las lámparas del alumbrado brillando sobre las anchas y silenciosas aguas; pero nuestro coche avanzaba rápidamente, y no tardamos en perdernos en el laberinto de calles de la otra orilla.

—Wandsworth Road —dijo mi compañero—. Priory Road, Larkhall Lane,

Stockwell Place, Robert Street, Cold Harbour Lane. Por lo visto, no se nos lleva hacia regiones muy elegantes.

En efecto, habíamos penetrado en una zona sospechosa y repelente. Largas hileras de monótonas casas de ladrillo, que sólo interrumpía el resplandor ordinario y la luminosidad chillona de las casas de mala nota, situadas en alguna que otra esquina. Se sucedieron luego manzanas de casas particulares de dos plantas, todas ellas con su miniatura de jardín delante; y otra vez las hileras interminables de espantosos edificios de ladrillo nuevo y llamativo, todo ello como tentáculos monstruosos que una ciudad gigantesca proyectaba hacia el campo. Al fin el coche se detuvo, en la tercera casa de una nueva explanada. Ninguna de las casas restantes estaba habitada, y aquella en que hicimos alto se hallaba tan a oscuras como las demás, a excepción de un apagado resplandor en la ventana de la cocina. Sin embargo, y respondiendo a nuestra llamada, un criado indio abrió instantáneamente la puerta; llevaba turbante amarillo, ropas blancas muy amplias y un sash amarillo. Resultaba curiosamente incongruente aquella figura oriental encuadrada en la entrada de una casa en un suburbio de tercera clase.

—El sahib[1] los espera —dijo. Pero, sin darle tiempo a terminar, nos llegó desde alguna habitación interior una voz chillona y cantarina, que gritaba:

—Hazlos pasar aquí, khitmulgar[2]. Tráelos aquí en seguida.

[1] Sahib: amo.

[2] Khitmulgar: despensero.

4. La historia del hombre calvo

Seguimos al indio a lo largo de un sórdido y vulgar pasillo, mal alumbrado y peor amueblado, hasta que llegamos a una puerta situada a la derecha, que él abrió de par en par. Surgió de ella un resplandor de luz amarilla, y en el centro de aquella luminosidad vimos en pie a un hombre pequeño, de gran cabeza, con una franja de erizados cabellos rojos alrededor de la misma, y sobresaliendo por encima de ella, como el pico de una montaña asoma sobre un bosque de abetos, una brillante calva. En pie como estaba, se retorcía las manos, y los rasgos de su cara se hallaban en un respingo constante, tan pronto sonrientes como ceñudos, pero ni un solo momento inmóviles. La naturaleza lo había dotado de un labio colgante y de una hilera demasiado visible de dientes amarillos e irregulares, que procuraba inútilmente ocultar pasándose de continuo la mano por la parte inferior de la cara. No obstante su considerable calva, daba la impresión de ser joven. En realidad, apenas si había alcanzado los treinta años.

—Servidor de usted, señorita Morstan —repetía una y otra vez con voz delgada y chillona—. Servidor de ustedes, caballeros. Pasen, por favor, a mi pequeño sancta sanctórum. Es pequeño, señorita; pero está acondicionado a gusto mío. Es un oasis de arte en el árido desierto del sur de Londres.

Nos quedamos atónitos ante el aspecto que presentaba la habitación a la que nos había invitado a entrar. Parecía tan fuera de lugar en aquella casa lamentable como un diamante de gran pureza en una montura de latón. Las paredes estaban revestidas de ricos y brillantes cortinajes y tapices, recogidos en pliegues aquí, y allá para exhibir alguna pintura magníficamente enmarcada o un jarrón oriental. La alfombra era de negro ámbar, tan blanda y tan tupida que el pie se hundía agradablemente dentro de ella, lo mismo que en un lecho de musgo. Dos anchas pieles de tigre, tendidas a través de la habitación, aumentaban la impresión de lujo oriental, lo mismo que la hookah [23] o pipa turca, que se alzaba sobre una esterilla en el rincón. En el centro del cuarto, colgada de un cable dorado casi invisible, veíase una lámpara con forma de una paloma de plata. Al arder impregnaba la atmósfera de un sutil y aromático perfume.

—Thaddeus Sholto —dijo el hombrecillo, siempre entre respingos y sonrisas—.

Ese es mi nombre. Desde luego, usted es la señorita Morstan. Y estos caballeros...

—Este es el señor Sherlock Holmes, y ese otro el doctor Watson.

—¡Cómo!, ¿un doctor? —exclamó, muy nervioso—. ¿Lleva usted su estetoscopio? ¿Podría pedirle..., tendría usted la amabilidad? Abrigo grandes dudas sobre el estado de mi válvula mitral, y si usted tuviere las amabilidad... De mi aorta estoy seguro, pero me agradaría conocer su opinión acerca de la mitral.

Le ausculté el corazón, según me pedía; pero no encontré trastorno alguno, fuera

de que era víctima de un arrebato de temor, porque temblaba de la cabeza a los pies.

—Creo que su estado es normal —le dije—. No tiene ningún motivo para intranquilizarse.

—Señorita Morstan, usted disculpará mi ansiedad —dijo con volubilidad—. Soy muy aprensivo y, desde hace mucho, abrigo recelos acerca del estado de esa válvula. Me encanta saber que son infundados. Si el padre de usted, señorita Morstan, hubiese tenido cuidado de no exigir demasiado a su corazón, quizá viviese todavía.

Sentí impulsos de abofetearle, tal indignación me produjo aquella referencia indiferente y hecha como de paso sobre un asunto tan delicado. La señorita Morstan se sentó, y su rostro se empalideció hasta el punto que sus labios parecieron lívidos.

—El corazón me decía que había muerto —dijo ella.

—Puedo darle todos los datos necesarios —dijo el hombre—, y lo que es más, estoy en situación de hacerle justicia, y se la haré, diga lo que diga el hermano Bartholomew. Me alegro mucho de que se hallen presentes estos amigos suyos, no sólo porque le sirven de escolta, sino también para que sean testigos de lo que me dispongo a hacer y decir. Entre los tres podemos plantar cara al hermano Bartholomew. Pero que no intervenga gente extraña: ni policías ni funcionarios. Podemos arreglarlo todo entre nosotros de una manera satisfactoria, sin entremetimientos de nadie. Nada molestaría tanto al hermano Bartholomew como cualquier tipo de publicidad.

Se sentó en un bajo canapé, y nos observó interrogativamente, con parpadeos de sus ojos azules, débiles y acuosos.

—Por mi parte —dijo Holmes—, no pasará de mí lo que usted vaya a decirnos.

Yo asentí con la cabeza para mostrar mi conformidad. Entonces, aquel hombre dijo:

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente! ¿Me permite ofrecerle un vaso de Chianti, señorita Morstan? ¿O de Tokay? Es lo único que tengo. ¿Quieren que descorche una botella? ¿No? Pues entonces espero que no pondrán inconveniente al tabaco, al aroma balsámico del tabaco oriental. Estoy un poco nervioso y mi hookah me resulta un sedante inapreciable.

Arrimó una bujía al gran receptáculo de la pipa turca y el humo burbujeó alegremente a través del agua rosada. Los tres nos sentamos en semicírculo, adelantando las cabezas y apoyando las barbillas en las manos, mientras aquel hombrecillo, extraño y gesticulante, de cabeza grande y lustrosa, despedía inquietas bocanadas en el centro.

—Cuando me decidí a hacerle a usted este relato —dijo—, podía haberle dado mi dirección; pero temí que quizá hiciese caso omiso de lo que yo le pedía y se hiciese acompañar de personas desagradables. Me tomé, por consiguiente, la libertad de citarla de manera que mi servidor, Williams, pudiera verla antes. Yo tengo absoluta confianza en la discreción de ese hombre, y tenía órdenes de que, si algo no le satisfacía, no seguir adelante con el asunto. Usted disculpará estas precauciones; soy hombre de gustos algo retraídos, y hasta pudiera decir que refinados, y no hay nada menos estético que un policía. Huyo por impulso natural de todas las formas de burdo materialismo. Pocas veces me pongo en contacto con las multitudes. Como ustedes ven, vivo en medio de una cierta atmósfera de elegancia. Podría aplicarme el calificativo de protector de las artes. Estas son mi debilidad. Ese paisaje es un Corot auténtico, y si bien es cierto que quizás un entendido pudiera verter alguna duda acerca de este Salvator Rosa, no puede haberla acerca del Bouguereau. Soy un entusiasta de la escuela moderna francesa.

—Usted me disculpará, señor Sholto —dijo la señorita Morstan—, pero si me encuentro aquí es a petición suya y para enterarme de algo que usted desea poner en conocimiento mío. Es muy tarde y me agradaría que esta entrevista fuese lo

más breve posible.

—En el mejor de los casos, requerirá algún tiempo —contestó el hombre—, porque no tendremos más remedio que marchar a Norwood para ver a mi hermano Bartholomew. Tendremos que ir e intentar imponernos a Bartholomew. Está muy enojado conmigo por haber adoptado el camino que me ha parecido correcto. La noche pasada cambiamos palabras muy fuertes. No pueden ustedes imaginarse qué hombre más terrible es cuando se enfada.

—Si hemos de ir a Norwood, quizá sería mejor que nos pusiésemos en camino de inmediato —me aventuré a apuntar.

Aquel hombre se echó a reír hasta que sus orejas se enrojecieron por completo, y exclamó:

—Poco adelantaríamos con ello. No sé qué diría él si yo les llevara de manera tan brusca. No, es preciso que antes los prepare haciéndoles ver nuestras respectivas posiciones. En primer lugar, debo decirles que en este asunto hay varios puntos que yo mismo ignoro. Sólo puedo exponer ante ustedes los hechos hasta donde los conozco. Ya habrán adivinado que mi padre fue el mayor John Sholto, que perteneció al ejército de la India. Se retiró hace unos once años y se instaló en Pondicherry Lodge, en Upper Norwood. En la India había prosperado, y se trajo con él una cantidad importante de dinero, una abundante colección de curiosidades y un servicio completo de criados nativos. Con todos estos recursos se compró una casa, y vivió con gran lujo. Mi hermano gemelo Bartholomew y yo éramos los únicos niños. Recuerdo perfectamente la sensación que produjo la desaparición del capitán Morstan. Leímos la información detallada en los periódicos y, sabedores de que había sido amigo de nuestro padre, hablamos con toda libertad del caso en su presencia. Nuestro padre se unía a nosotros en las hipótesis sobre lo que podía haberle ocurrido.

Ni por un instante sospechamos que tuviese él, como lo tenía, oculto aquel secreto en su propio corazón, y que era el único que sabía lo ocurrido a Arthur Morstan. Sin embargo, sí que sabíamos que se cernía sobre nuestro padre algún misterio, algún peligro concreto. Tenía mucho miedo de salir de casa solo, y había contratado a dos mercenarios en calidad de porteros de Pondicherry Lodge. Uno de ellos era Williams, o sea, quien los trajo a ustedes en coche esta noche. Fue, en otros tiempos, campeón de peso ligero de Inglaterra. Nuestro padre no nos contó nunca qué era lo que temía, pero experimentaba una

repulsión extraordinaria hacia cualquier hombre con una pata de palo. En cierta ocasión llegó incluso a disparar su revólver contra un hombre que la tenía, y que resultó ser un inofensivo comerciante que visitaba las casas en busca de pedidos. Tuvimos que pagar una fuerte cantidad para echar tierra al asunto. Mi hermano y yo creíamos que se trataba de una simple manía de mi padre, pero los acontecimientos posteriores nos hicieron cambiar de opinión. A principios de 1882, mi padre recibió una carta de la India que le produjo una gran emoción. Al abrirla estuvo a punto de desmayarse en la mesa del desayuno, y desde aquel día enfermó y acabó muriendo. Jamás logramos descubrir qué era lo que decía la carta; pero sí pude ver yo, mientras mi padre la tenía en su mano, que era breve y estaba escrita con una letra muy confusa. Nuestro padre padecía desde hacía años de una dilatación del bazo; pero desde ese momento empeoró rápidamente, y hacia fines de abril fuimos informados de que estaba desahuciado y de que deseaba hacernos una comunicación postrera.

Cuando entramos en su habitación se había incorporado en la cama, apoyado en almohadas, y respiraba con gran dificultad. Nos pidió que cerrásemos la puerta y que nos colocásemos a uno y otro lado de la cama. Entonces, cogiéndonos de la mano, y con voz entrecortada, tanto por la emoción como por el dolor, nos hizo una extraordinaria declaración. Intentaré repetírsela a ustedes con sus mismas palabras.

—En este instante supremo sólo hay una cosa que me abruma el alma —dijo—. Esa cosa es la manera como me he portado con la pobre huérfana de Morstan. La condenada avaricia, que en el transcurso de toda mi vida ha constituido mi constante pecado, me ha hecho retener un tesoro del que la mitad por lo menos le pertenece a ella. Y con todo no he hecho uso alguno del mismo, porque la avaricia es algo ciego y estúpido. La simple sensación de poseerlo me era tan inapreciable, que no podía soportar la idea de compartir el tesoro con otra persona. ¿Veis ese rosario con cuentas de perlas que hay junto al frasco de quinina? Pues ni siquiera de él fui capaz de desprenderme, a pesar de haberlo sacado con el propósito de enviárselo. Vosotros, hijos míos, entregaréis a esa joven una parte equitativa del tesoro de Agra. Pero no le enviéis nada, ni siquiera el collar, hasta después que yo haya muerto. Después de todo, hombres hubo tan enfermos como yo estoy ahora que sanaron.

—Voy a deciros cómo murió Morstan —prosiguió nuestro padre—. Hacía años que sufría del corazón, pero lo ocultaba a todo el mundo. Yo era el único que lo sabía.

Estando en la India, y debido a una extraordinaria cadena de circunstancias, entramos en posesión de un considerable tesoro. Yo lo traje a Inglaterra, y en cuanto Morstan llegó, vino rápidamente a reclamar su parte. Llegó directamente desde la estación, y le abrió la puerta mi fiel y viejo Lal Chowdar, ya fallecido. Morstan y yo tuvimos una diferencia de apreciación en cuanto a dividir el tesoro, y llegamos a frases airadas. Morstan, en el paroxismo de la ira, había saltado de su silla, y de pronto se oprimió el costado con la mano, su rostro adquirió una tonalidad oscura y cayó de espaldas, produciéndose un corte en la cabeza al golpearse contra un ángulo del cofre que contenía el tesoro. Al inclinarme sobre él, vi con espanto que estaba muerto.

Durante mucho rato permanecí sentado y medio enloquecido, preguntándome qué era lo que debía hacer. Como es natural, mi primer impulso fue solicitar ayuda; pero no podía menos de darme cuenta de que había muchas probabilidades de que se me acusara de haberlo asesinado. Su muerte durante una disputa y la herida que tenía en la cabeza constituirían un negro indicio en mi contra. Además, la investigación oficial no podía menos de sacar a relucir ciertos hechos relacionados con el tesoro, hechos que yo tenía extraordinario interés en que permaneciesen ocultos. Morstan me había asegurado que nadie absolutamente estaba al tanto de que había venido a mi casa, y no parecía necesario que nadie lo supiese jamás. Aún seguía yo meditando sobre ello cuando, al levantar los ojos, vi en el umbral de la puerta a mi criado Lal Chowdar. Entró calladamente y cerró con pestillo la puerta.

—Nada tema, sahib —dijo—; no es preciso que sepa nadie que usted lo ha matado. Ocultémoslo: ¿quién va a saberlo?

—No lo maté —le dije. Lal Chowdar movió su cabeza y se sonrió, diciendo:

—Sahib, lo he escuchado todo. Oí la pelea y también oí el golpe. Pero mi boca está sellada. Todos duermen en la casa. Ocultémosle entre los dos.

Aquello fue bastante para decidirme. Si mi propio criado era incapaz de creer en mi inocencia, ¿qué esperanza podía yo tener de hacer buena mi afirmación ante los doce estúpidos miembros de un jurado?

Lal Chowdar y yo nos libramos del cadáver aquella misma noche, y a los pocos días los periódicos de Londres aparecían llenos de noticias acerca de la misteriosa desaparición del capitán Morstan. Por esto que os digo podréis ver

que apenas si puede censurárseme en este asunto. Mi falta está en que no sólo ocultamos el cadáver, sino también el tesoro, y en que me quedara la parte que le correspondía a Morstan al mismo tiempo que la mía propia. Deseo, pues, que vosotros se la restituyáis. Acercad vuestros oídos a mi boca. El tesoro está escondido en...

En ese instante le sobrevino un horrible cambio de expresión: sus ojos se dilataron extraordinariamente, le colgó la mandíbula inferior y gritó con una voz que jamás olvidaré:

—¡Echadle de ahí! ¡Por amor de Cristo, no le dejéis entrar!

Mi hermano y yo nos volvimos hacia la ventana que teníamos a nuestras espaldas y en la que nuestro padre tenía clavados los ojos. Destacándose de la oscuridad, un rostro nos observaba. Pudimos ver el blanco de su nariz en el punto en que la oprimía contra el cristal. Era una cara barbuda e hirsuta, de ojos crueles y salvajes, y de expresión de concentrada malevolencia. Mi hermano y yo corrimos hacia la ventana; pero el hombre había desaparecido. Cuando volvimos junto a nuestro padre, éste había dejado caer la cabeza sobre el pecho, y su pulso ya no latía.

Durante la noche registramos por el jardín, sin descubrir rastro alguno del intruso, salvo que debajo de la ventana y en un macizo de flores se observaba la huella de un solo pie. De no haber sido por ésta, quizá hubiésemos pensado que eran nuestras imaginaciones las que habían hecho aparecer aquel fiero y salvaje rostro. Sin embargo, muy pronto tuvimos otra prueba más elocuente todavía de que actuaban a nuestro alrededor factores secretos. Por la mañana se encontró abierta la ventana del cuarto de mi padre; sus armarios y maletas habían sido revueltos, y sobre su cómoda estaba clavado un trozo de papel con estas palabras: «El Signo de los Cuatro» garrapateadas en él. Nunca hemos sabido lo que aquella frase significaba ni quién podría ser el misterioso visitante. Hasta donde alcanzan nuestros datos no se llevaron objeto alguno perteneciente a mi padre, aunque lo habían revuelto todo. Como es natural, mi hermano y yo relacionamos tan extraordinario incidente con el miedo que había perseguido a mi padre durante su vida; pero sigue siendo para nosotros un completo misterio.

El hombrecillo se inclinó para encender otra vez su pipa turca, y dio varias chupadas a la misma, permaneciendo pensativo unos instantes. Todos nosotros nos mantuvimos sentados y absortos escuchando su extraordinario relato. La

señorita Morstan se había puesto intensamente pálida al escuchar el breve relato de la muerte de su padre; temí por un momento que fuera a desmayarse. Sin embargo, se rehízo con sólo beber un vaso de agua que yo le escancié calladamente de una jarra veneciana situada en una mesa lateral. Sherlock Holmes se recostó en su sillón con expresión abstraída y los párpados casi cerrados sobre sus ojos centelleantes. Al verle en esta actitud, no pude menos de pensar en cómo durante aquel mismo día se había quejado amargamente de la monotonía de la vida. Aquí por lo menos se le presentaba un problema que exigiría el máximo de su sagacidad. El señor Thaddeus Sholto nos miraba a unos y a otros con evidente orgullo, al observar el efecto que su relato nos había producido; luego continuó, entre chupadas a su pipa borboteante:

—Mi hermano y yo, como pueden ustedes imaginarse, fuimos víctimas de una gran excitación por lo que se refiere al tesoro del que mi padre nos había hablado. Excavamos y revolvimos durante semanas y meses en todos los lugares del jardín, sin descubrir rastro alguno del mismo. Era cosa de volverse loco pensando que nuestro padre tenía en la punta de la lengua el lugar del escondite en el instante mismo de morir. Podíamos deducir la magnificencia de las riquezas perdidas por el collar que había extraído del tesoro. Mi hermano Bartholomew y yo tuvimos una pequeña discusión a propósito de aquel collar. Era evidente que las perlas tenían grandísimo valor, y mi hermano se oponía a separarse de ellas, porque, dicho sea entre amigos, también mi hermano sufre poco del vicio de mi padre. También pensó que, si nos desprendíamos del rosario, ello pudiera dar lugar a habladurías, y acarrearnos, por fin, dificultades. Todo lo que yo pude conseguir fue que me permitiese averiguar el paradero de la señorita Morstan para enviarle, en fechas determinadas, una perla suelta, a fin de que de ese modo no pasara, al menos, necesidades.

—Fue una idea sumamente generosa —dijo nuestra acompañante con gran emoción—, una idea sumamente bondadosa.

El hombrecito agitó la mano en actitud suplicante y dijo:

—Nosotros veníamos a ser albaceas suyos; así fue como yo consideré el asunto, aunque mi hermano Bartholomew no acababa de verlo bajo esa luz. Poseíamos bastante dinero y yo no deseaba más. Agregue a eso que habría sido de muy mal gusto dar a una joven un trato tan mezquino. Le mauvais goût méne au crime[24]. Los franceses tienen un modo muy claro de expresar estas cosas. Llegó a tal punto nuestra diferencia de opinión sobre la materia, que juzgué preferible

instalarme en habitaciones propias.

Abandoné, pues, Pondicherry Lodge llevándome conmigo al viejo khitmulgar y a Williams. Sin embargo, ayer me enteré de que había ocurrido un acontecimiento de extraordinaria importancia. El tesoro ha sido hallado. Busqué en el acto la manera de comunicarme con la señorita Morstan, y, sólo queda ya que marchemos en coche a Norwood y reclamemos nuestra parte. Anoche le expuse mi criterio al hermano; de modo que seremos visitantes esperados, aunque no bienvenidos.

El señor Thaddeus Sholto dejó de hablar y siguió sentado en su lujoso canapé, gesticulando. Nosotros tres permanecimos silenciosos, con los pensamientos fijos en el nuevo curso que había tomado el misterioso asunto. Holmes fue el primero en ponerse en pie, diciendo:

—Caballero, ha obrado usted bien desde el principio hasta el fin. Es posible que, a cambio de ello, podamos hacerle nosotros algún pequeño servicio proyectando algo de luz sobre lo que sigue siendo para usted oscuro. Pero, tal como la señorita Morstan observó hace un rato, es ya tarde, y lo mejor que podemos hacer es acabar el asunto sin más tardanza.

Nuestro nuevo amigo enrolló muy pausadamente el tubo de su pipa turca y sacó detrás de una cortina un abrigo muy largo de cuello y puños de astracán, que sujetaba con alamares. Se lo abrochó hasta arriba, a pesar de que la noche era bochornosa, y completó su atavío encasquetándose una gorra de piel de conejo con orejeras, de modo que no quedaba visible ninguna parte de su cuerpo fuera de su rostro gesticulante y enjuto.

—Mi salud es algo frágil —nos señaló, pasando delante de nosotros por el corredor—. No tengo más remedio que conducirme como una persona enfermiza.

Nuestro coche nos esperaba fuera de la casa, y era evidente que todo estaba previamente convenido, porque el cochero arrancó sin tardanza y a buen paso. Thaddeus Sholto habló sin cesar, con una voz que sobresalía por encima del traqueteo de las ruedas.

—Bartholomew es hombre inteligente —dijo—. ¿Cómo creen ustedes que descubrió dónde estaba oculto el tesoro? Había llegado a la conclusión de que estaba encerrado en alguna parte dentro de casa; entonces calculó todo el espacio

cúbico de la misma, realizó mediciones por todas partes y no dejó ni una sola pulgada fuera. Entre otras cosas, se encontró con que la altura del edificio era de setenta y cuatro pies, pero que sumando unas con otras las alturas separadas de las habitaciones y dejando un margen amplio para los espacios entre ellas, cosa que comprobó por medio de calas, el total no daba más que setenta pies.

De modo, pues, que faltaban cuatro que no se encontraban por parte alguna. Esos cuatro pies sólo podían estar en lo alto de la construcción. En vista de ello, abrió un agujero en el techo de listones y yeso, del cuarto y último piso, y allí, como no podía menos, descubrió encima otra pequeña buhardilla que había sido tapiada y de la que nadie tenía conocimiento. En el centro se encontraba la caja del tesoro, descansando en dos vigas. La descolgó por el agujero y allí está. Bartholomew calcula el valor de las alhajas en no menos de medio millón de libras esterlinas.

Al oír pronunciar esa cifra gigantesca nos miramos todos unos a otros con ojos dilatados. Si lográbamos asegurar los derechos de la señorita Morstan, ésta se convertía de pobre institutriz en la heredera más rica de Inglaterra. Claro que cualquier amigo leal tenía que regocijarse de tales noticias; sin embargo, me avergüenza confesar que el egoísmo se apoderó de mi alma y que sentí que el corazón me pesaba corno si se me hubiera convertido en plomo. Balbuceé unas pocas palabras entrecortadas de felicitación y permanecí sentado y abatido, con la cabeza inclinada, sordo al chachareo de nuestro nuevo amigo. Este era, evidentemente, un hipocondríaco indiscutible, y yo me daba cuenta, como en sueños, de que estaba espetando una interminable lista de síntomas de enfermedades y suplicando informes acerca de la composición y la eficacia de innumerables potingues de curandero, algunos de los cuales llevaba en el bolsillo, dentro de un estuche de cuero. Confío en que no se acordará de ninguna de las respuestas que le di aquella noche. Holmes asegura que oyó cómo lo ponía en guardia contra el grave peligro de tomar más de dos gotas de aceite de ricino, en tanto que le recomendaba que tomase estricnina en grandes dosis, como calmante de los nervios. Sea lo que fuere, lo cierto es que me sentí muy aliviado cuando nuestro coche se detuvo bruscamente y el cochero se apeó de un salto para abrir la portezuela.

—Señorita Morstan, esto es Pondicherry Lodge —dijo el señor Thaddeus Sholto, dándole la mano para apearse.

5. La tragedia de Pondicherry Lodge

Eran ya casi las once de la noche cuando llegamos a la etapa final de nuestra noche de aventuras. Habíamos dejado a nuestras espaldas la húmeda niebla de la gran ciudad, y la noche allí era bastante agradable. Soplaba desde el oeste un viento cálido y cruzaban lentamente por el firmamento pesadas nubes, mientras la media luna asomaba de cuando en cuando por entre los desgarrones de las mismas. La claridad era suficiente para ver a cierta distancia, pero Thaddeus Sholto descolgó uno de los faroles del coche para alumbrar mejor nuestro camino.

Pondicherry Lodge se alzaba en el centro de los terrenos que formaban la finca, y éstos se hallaban rodeados de un muro de piedra muy alto, con trozos de cristal en su parte superior. La única vía de acceso era una sola puerta con doble revestimiento de hierro. Nuestro guía la golpeó con el característico repiqueteo propio de los carteros.

—¿Quién es? —gritó desde el interior una voz malhumorada.

—Soy yo, McMurdo. Ya debería distinguir mi manera de llamar.

Se oyó refunfuñar y un tintineo y rechinar de llaves. La puerta giró pesadamente, y un hombre de corta estatura y gran anchura de pecho apareció en el umbral, levantando la luz amarilla de la linterna por encima de su cara, proyectada hacia adelante, sus ojos parpadeantes y desconfiados.

—¿Es usted, señor Thaddeus? Pero ¿quiénes son los demás? No he recibido del señor orden de dejarlos entrar.

—¿Cómo que no, McMurdo? ¡Me sorprende! La noche pasada le dije a mi hermano que vendría con algunos amigos.

—Señor Thaddeus, él no ha salido en todo el día de su habitación y yo no he recibido orden alguna. Usted sabe muy bien que no tengo más remedio que ceñirme a las normas. Puedo dejarle pasar a usted, pero sus amigos deben

quedarse donde están.

Aquel era un obstáculo inesperado. Thaddeus Sholto le miró perplejo y sin saber qué hacer.

—Eso que usted hace está muy mal, McMurdo —dijo—. Debería bastarle el que yo los garantizase. Hay, además, entre ellos una joven que no puede quedarse esperando en medio de la calle a semejantes horas.

—Lo siento mucho, señor Thaddeus —dijo el portero, inexorable—. Esa gente pueden ser amigos de usted y no serlo del amo. El me paga bien para que cumpla con mi obligación, y con mi obligación cumpliré. Yo no conozco a ninguno de esos amigos suyos.

—Sí que conoce usted a alguno, McMurdo —exclamó con sorna Sherlock Holmes—. No creo que se haya usted olvidado de mí. ¿No recuerda al aficionado con que peleó tres asaltos en Allison's la noche de su homenaje, hace cuatro años?

—¿Es posible que usted sea el señor Sherlock Holmes? —bramó el boxeador—. ¡Por vida mía! ¿Cómo he podido no reconocerlo? Si en lugar de permanecer ahí muy callado hubiese usted avanzado y me hubiese aplicado en la mandíbula aquel gancho característico suyo, lo habría identificado sin género alguno de duda. ¡Le digo a usted que ha desperdiciado sus cualidades! Hubiera llegado alto si le hubiese dado por ahí.

—Watson, ya ve usted que, cuando todo lo demás me falle, siempre tengo abierta una de las profesiones científicas —dijo Holmes, echándose a reír—. Estoy seguro de que nuestro amigo no nos obligará ya a permanecer aquí a la intemperie.

—Entre usted, señor; entre usted... y que entren también sus amigos —contestó —. Lo siento mucho, señor Thaddeus; pero las órdenes que tengo son muy rigurosas. Era preciso que yo me asegurase de quiénes eran sus amigos antes de permitirles el acceso.

Ya dentro, una senda de gravilla se curvaba entre desolados parterres hasta el enorme bloque de una casa, cuadrada y prosaica, oculta por completo en sombras, salvo allí donde un rayo de luna daba en una esquina y reverberaban en el cristal de una ventana de la buhardilla. El enorme tamaño del edificio, con su

lobreguez y su silencio mortal, infundía frío en el corazón. Incluso Thaddeus Sholto parecía desasosegado, y la linterna temblaba y traqueteaba en su mano. Por fin, dijo:

—No alcanzo a comprender lo que ocurre. Debe de haber algún error. Le dije de una manera terminante a Bartholomew que vendríamos, y, sin embargo, no veo luz en la ventana de su cuarto. No sé qué pensar.

—¿Tiene siempre su casa tan vigilada? —preguntó Holmes.

—Sí; ha seguido en ello las costumbres de mi padre. Era el hijo preferido, y a veces pienso que acaso le dijo a él algo que a mí jamás me dijo. La ventana de Bartholomew es aquélla donde brilla la luna. Reluce mucho, pero me parece que no hay luz en su interior

—Absolutamente ninguna —dijo Holmes—. Pero veo una rendija de luz en aquella ventana que hay junto a la puerta.

—La de la habitación del ama de llaves. Es ahí donde suele velar la señora Bernstone. Ella nos informará. Quizá no tengan ustedes inconveniente en esperar aquí un par de minutos, porque, si entramos todos juntos sin que ella esté advertida, quizá se alarme... Pero ¡chis!... ¿Qué es eso?

Levantó la linterna, y su mano empezó a temblar de tal manera, que los círculos de luz acabaron parpadeando y oscilando alrededor de nosotros. La señorita Morstan me cogió de la muñeca y todos permanecimos rígidos, con los corazones palpitando violentamente y los oídos tensos. Del negro interior de la casa y rasgando el silencio de la noche llegaba hasta nosotros el más triste y plañidero de los sonidos..., el gemir agudo y entrecortado de una mujer aterrorizada.

—Es la señora Bernstone —dijo Sholto—. No hay otra mujer en la casa.

Espéreme aquí. Vuelvo en seguida.

Corrió hacia la puerta y llamó a ésta con su estilo característico. Vimos que le abría una anciana de elevada estatura, que se tambaleó de alegría con sólo verle.

—¡Oh señor Thaddeus, cuánto me alegro de que haya venido! ¡Cuánto me alegro de que haya venido, señor Thaddeus!

Escuchamos sus reiteradas exclamaciones de alegría hasta que se cerró la puerta y la voz de la mujer se fue convirtiendo en un prolongado y monótono murmullo.

Nuestro guía nos había dejado la linterna. Holmes la hizo girar lentamente a nuestro alrededor y miró con vivo interés la fachada de la casa y los grandes montones de la tierra removida que obstruían el terreno.

La señorita Morstan y yo permanecimos el uno junto al otro, y su mano en la mía. El amor es algo maravillosamente sutil; allí estábamos nosotros dos, que nunca nos habíamos visto hasta aquel mismo día, que no habíamos intercambiado una sola palabra ni mirada de cariño, y que ahora, en un momento de dificultades, nos buscábamos instintivamente con nuestras manos. Desde entonces he pensado en aquello con asombro, pero en aquel momento me pareció la cosa más natural el que yo la buscase a ella, y también ella me ha contado muchas veces que fue un instinto el que la empujó hacia mí en busca de protección y ayuda. Estábamos, pues, cogidos de las manos, lo mismo que dos chiquillos, y reinaba la paz en nuestros corazones, a pesar de todas las lobregueces que nos rodeaban.

—Qué lugar más extraño! —dijo ella, mirando a su alrededor.

—Se diría que han soltado aquí todos los topos de Inglaterra. Algo por el estilo tuve ocasión de ver en las laderas de una colina, después de que trabajaron allí unos buscadores de oro.

—En ambos casos, por un móvil idéntico —dijo Holmes—. Los buscadores de tesoros dejan estas huellas. Tenga presente que lo han buscado por espacio de seis años. Con razón, el terreno tiene todo el aspecto de una cantera.

En ese mismo instante se abrió la puerta de la casa, y Thaddeus Sholto salió de ella corriendo, con las manos extendidas a todo lo que daban sus brazos y una expresión de terror en los ojos.

—Algo terrible le ha ocurrido a Bartholomew —gritó—. ¡Estoy asustado! Mis nervios no aguantan más.

En efecto, balbuceaba de terror, y su rostro gesticulante y débil, asomando por encima del gran cuello de astracán, tenía la expresión desamparada y suplicante de un niño espantado.

—Entremos en la casa —dijo Holmes con su voz seca y firme.

—¡Sí; entren! —suplicó Thaddeus Sholto—. La verdad es que yo no me siento con fuerzas para nada.

Le seguimos todos a la habitación del ama de llaves, que estaba a la mano izquierda, en el pasillo. La anciana se paseaba de un lado a otro con mirada asustada y dedos inquietos y nerviosos; pero la presencia de la señorita Morstan pareció ejercer un efecto sedante en ella.

—¡Que Dios bendiga su cara dulce y serena! —exclamó con un sollozo histérico —. Me consuela tanto verla a usted. ¡Qué día más doloroso he pasado!

Nuestra acompañante le dio unas palmaditas cariñosas en la mano, enjuta y estropeada por el trabajo, y le murmuró algunas frases de consuelo, afectuosas y femeninas, que tuvieron la virtud de devolver el color a las mejillas macilentas de la anciana.

—El señor se ha encerrado y no me responde a mis llamadas —explicó—. A pesar de que gusta con frecuencia de permanecer a solas, he estado durante todo el día esperando oír su voz; pero hará una hora que empecé a temer de que hubiese ocurrido algo malo, y subí y miré por el ojo de la cerradura. Es preciso que suba usted, señor Thaddeus... Es preciso que suba y mire usted mismo. Yo llevo tratando al señor Bartholomew durante diez largos años, en momentos de alegría y en momentos de dolor; pero jamás le he visto una cara como la que ahora tiene.

Sherlock Holmes alzó la lámpara y echó a andar delante de todos, porque a Thaddeus Sholto le castañeteaban los dientes. Tan tembloroso estaba, que tuve que cogerle del brazo cuando subía las escaleras, porque se le doblaban las rodillas. Dos veces, mientras subíamos, Holmes sacó bruscamente su lupa del bolsillo y examinó con cuidado unas huellas que a mí me parecieron informes manchas de polvo en la esterilla que recubría la escalera. Caminaba despacio, de escalón en escalón, sosteniendo a poca altura la lámpara y lanzando penetrantes miradas a derecha e izquierda. La señorita Morstan se había quedado abajo con la asustada ama de llaves.

El tercer tramo de escaleras terminaba en un pasillo estrecho bastante largo, que tenía a la derecha un gran tapiz indio con una extensa composición pictórica, y a la izquierda, tres puertas. Holmes avanzó por él con igual meticulosidad,

mientras nosotros le seguíamos pegados a sus talones; nuestras negras sombras se alargaban hacia atrás en el pasillo. La puerta que buscábamos era la tercera. Holmes llamó con los nudillos sin recibir respuesta alguna, en vista de lo cual intentó hacer girar el picaporte y abrirlo a la fuerza. Sin embargo, estaba cerrado del lado de dentro con un cerrojo ancho y fuerte, según pudimos comprobar al acercar la luz por fuera. Pero, como habían hecho girar la llave, el agujero de la cerradura no estaba obstruido por completo. Sherlock Holmes se inclinó hacia él y volvió a erguirse instantáneamente con una brusca inspiración.

—Watson, en todo esto hay algo de endiablado —exclamó con una emoción que yo no le había visto nunca—. ¿Qué opina usted?

Me agaché para mirar por el agujero y retrocedí horrorizado. La luz de la luna penetraba en la habitación, y ésta se hallaba iluminada por un resplandor difuso y desigual. Mirando de frente hacia mí, y suspendida, como si dijéramos, en el aire, porque todo lo demás eran sombras, había una cara..., la mismísima cara de nuestro acompañante Thaddeus. Idéntica cabeza, frente alta y lustrosa; idéntica franja circular de hirsuto cabello rojo; idéntico rostro exangüe. Sin embargo, las facciones de esta cara tenían una mueca rígida, una mueca dilatada, fija y antinatural, que en aquella habitación silenciosa e iluminada por la luna crispaba los nervios más que un ceño amenazante. Tan parecida era aquella cara y la de nuestro pequeño amigo, que me volví para mirar a éste y cerciorarme de que, en efecto, estaba con nosotros. De pronto, me acordé de que nos había dicho que él y su hermano eran gemelos.

—¡Es terrible! —le dije a Holmes—. ¿Qué debemos hacer?

—Hay que echar abajo la puerta —me contestó, y abalanzándose contra ella, cargó todo el peso de su cuerpo sobre la cerradura.

Esta crujió y rechinó, pero no cedió. Otra vez nos abalanzamos al mismo tiempo sobre ella, y esta vez saltó con un súbito estallido y nos encontramos dentro de la habitación de Bartholomew Sholto. Parecía haber estado acondicionada como laboratorio químico. La pared que daba frente por frente de la puerta tenía arrimadas a ella una doble hilera de botellas con tapón de cristal, y la mesa se veía abarrotada de quemadores Bunsen, tubos de ensayo y retortas. En los rincones había garrafas de ácido dentro de canastas de mimbres. Una de estas canastas parecía rezumar o haber sido rota, porque desde ella corría un reguero de líquido oscuro, y la atmósfera estaba impregnada de un olor

característicamente acre, como de alquitrán. A un lado de la habitación había una escalera portátil, en medio de un montón de tablas y escombros, y encima de ella se veía en el techo una abertura de anchura suficiente para que pudiera pasar una persona. Al pie de la escalera, y tirado de cualquier manera, había un largo rollo de cuerda. Junto a la mesa, en una silla de madera, se hallaba el dueño de la casa, sentado y encogido, con la cabeza caída sobre el hombro izquierdo y la sonrisa espantosa e inescrutable en su cara. Estaba rígido y frío, y era evidente que llevaba ya cadáver muchas horas. Me produjo la impresión de que no eran sólo sus facciones, sino todos los miembros de su cuerpo los que estaban retorcidos y contorsionados de forma totalmente extraña. Encima de la mesa y al lado de la mano del muerto se veía un curioso instrumento: un bastón de color oscuro, con una piedra toscamente atada para darle forma de martillo. Junto al bastón, una rasgada hoja de papel, en la que había garrapateadas algunas palabras. Holmes le echó un vistazo y luego me la entregó diciéndome con un arqueo elocuente de sus cejas:

—Vea usted.

A la luz de la linterna leí, con un estremecimiento de horror: «El Signo de los Cuatro».

—¡Vive Dios! ¿Qué significa esto? —pregunté.

—Significa que se ha cometido un asesinato —contestó inclinándose sobre el cadáver—. Tal y como yo me lo suponía. ¡Mire aquí!

Me señaló con el dedo una cosa que parecía una larga y negra espina clavada en la piel, justamente bajo la oreja.

—Parece una espina —dije.

—Es una espina, en efecto. Puede usted extraerla; pero con cuidado, porque está envenenada.

La agarré entre el dedo pulgar y el índice. Salió de la piel con tal facilidad, que casi no dejó señal alguna. Una gotita minúscula de sangre indicaba el sitio en que se había dado el pinchazo.

—Todo esto es para mí un misterio insoluble —dije—. En vez de aclararse, lo veo cada vez más oscuro.

—Por el contrario, cada vez se aclara más —me contestó—. Ya faltan únicamente algunos eslabones para componer un caso en el que todo ajusta perfectamente.

Desde que entramos en la habitación nos habíamos olvidado casi por completo de nuestro acompañante. Thaddeus Sholto permanecía aún en el umbral de la puerta, retorciéndose las manos y gimiendo por lo bajo, convertido en la estatua viva del terror. Súbitamente, sin embargo, lanzó un chillido penetrante y quejumbroso.

—¡Ha desaparecido el tesoro! ¡Nos robaron el tesoro! Por este agujero que se ve ahí lo bajó mi hermano. ¡Yo mismo le ayudé! ¡Yo fui la última persona que vio a mi hermano! Le vi aquí la noche pasada, y cuando bajaba le oí cerrar con llave la puerta.

—¿A qué hora fue eso?

—Eran las diez. Y ahora está él muerto, se llamará a la policía y sospecharán que yo he intervenido en ello. Sí; estoy seguro de que sospecharán. Pero ¿verdad, caballeros, que usted no creerán semejante cosa? ¿Verdad que no creen que he sido yo? Si hubiese sido yo, ¿cómo iba a traerlos a ustedes aquí? ¡Válgame Dios, válgame Dios! Creo que voy a volverme loco.

Y, poseído de un frenesí convulsivo, agitó los brazos y pataleo el suelo.

—Sus temores son infundados, señor Sholto —le dijo cariñosamente Holmes, poniéndole la mano en el hombro—. Siga mi consejo y hágase llevar en coche a la comisaría para denunciar el caso a la policía. Ofrézcase a ayudarles en todo. Nosotros aguardaremos aquí a que usted regrese.

El hombrecito obedeció como atontado, y oímos cómo bajaba por la escalera en la oscuridad, dando traspiés.

6. Sherlock Holmes hace una demostración

—Y ahora, Watson, disponemos de media hora por nuestra cuenta —dijo Holmes, frotándose las manos—. Aprovechémosla bien. Ya le he dicho que tengo casi completo mi caso; pero no debemos equivocarnos por exceso de confianza. El asunto se presenta hasta ahora sencillo pero bien pudiera, sin embargo, ocultar todavía algo más profundo.

—¡Sencillo! —fue la exclamación que se me escapó.

—¡Claro que lo es! —dijo Holmes con cierto aire de profesor clínico que da una explicación ante sus alumnos—. Y ahora, siéntese en aquel rincón para que sus pisadas no compliquen más las cosas. ¡Y a trabajar! En primer lugar, ¿cómo entraron esos individuos y cómo salieron? Desde la noche pasada no se ha abierto la puerta. Veamos la ventana —paseó su lámpara por ella murmurando en voz alta las observaciones que hacía, aunque hablaba más bien para sí mismo que para mí—. La ventana se levanta por la parte de dentro. La armazón es sólida. No tiene goznes al costado. Abrámosla. No hay ninguna tubería cerca. El tejado está fuera del alcance de la mano. Sin embargo, un hombre ha subido por esta ventana. La noche pasada llovió. Aquí está la huella del pie, impresa en barro sobre el antepecho. Y aquí hay una huella circular de fango, que se repite aquí, en el suelo, y aquí otra vez, encima de la mesa. ¡Mire esto, Watson! Aquí tiene una demostración realmente interesante.

Contemplé los discos de fango, redondos y bien marcados.

—Esto no es la huella de un pie —dije.

—Es algo que para nosotros tiene un valor mucho mayor. Es la huella de una pata de madera. Vea aquí, en el antepecho, la pisada de la bota, una bota pesada, con ancho tacón de metal, y junto a esa pisada, la señal de la pata de palo.

—Aquí tenemos al hombre de la pata de palo.

—Exactamente. Pero alguien más estuvo aquí..., un aliado muy hábil y eficaz.

¿Sería usted capaz de escalar esta pared, doctor?

Me asomé a mirar por la ventana. La luna proyectaba todavía su brillante luz sobre aquella esquina de la casa. Estábamos a más de veinte metros del suelo; por mucho que miré, no vi por parte alguna sitio donde asentar el pie, ni siquiera una grieta, en la pared de mampostería.

—Es absolutamente imposible —le contesté.

—Sin ayuda, desde luego. Pero supóngase que tuviera aquí arriba un amigo que le echase una buena cuerda resistente, como esa que veo ahí, en el rincón, y afirmase un extremo de la misma en este fuerte gancho que hay en la pared. Entonces, y si usted fuera un hombre emprendedor, podría trepar hasta arriba con su pata de palo y todo. Y se retiraría de idéntica manera. Entonces, su aliado recogería la cuerda, la desataría del gancho, cerraría la ventana, la sujetaría por dentro y saldría, a su vez, por donde había entrado. —Luego, y palpando la cuerda, agregó—: Puede hacerse notar, como detalle secundario, que nuestro amigo de la pata de palo, aunque buen trepador, no es un marinero profesional. No tiene las manos bastante callosas ni mucho menos. Mi lupa descubre más de una mancha de sangre, en especial hacia el extremo de la cuerda, de lo cual deduzco que se deslizó con tal velocidad que se arrancó la piel de las manos.

—Todo eso está muy bien; pese a ello, la cosa se hace más incomprensible que nunca —dije yo—. ¿Qué me dice de ese misterioso aliado? ¿Cómo pudo entrar aquí?

—¡Sí; el aliado! —repitió Holmes, pensativo—. La cuestión de ese aliado presenta detalles interesantes. Eleva el caso por encima de la vulgaridad. No sé por qué, pero me parece que este aliado abre nuevos campos en los anales de la criminalidad en nuestro país, aunque la India nos ofrece casos paralelos y, si no me engaña la memoria, también nos los ofrece Senegambia.

—¿Cómo entró, pues? —insistí—. La puerta está cerrada, la ventana es inaccesible. ¿Se metió por la chimenea?

—La rejilla es demasiado pequeña —contestó—. Ya se me había ocurrido esa posibilidad.

—¿Cómo, entonces?

—Usted se empeña en no aplicar mi precepto —contestó Holmes, moviendo negativamente la cabeza—. ¿Cuántas veces le tengo dicho que, una vez eliminado todo lo que es imposible, la verdad está en lo que queda, por improbable que parezca? Sabemos que no entró ni por la puerta, ni por la ventana, ni por la chimenea. Sabemos también que no pudo estar escondido en la habitación, porque no existe en ella escondite posible. ¿Por dónde entró, pues?

—¡Por el agujero del techo! —exclamé.

—¡Naturalmente que por ahí! No tuvo más remedio que entrar por ahí. Si es usted tan amable de sostenerme la lámpara, extenderemos nuestras pesquisas al cuarto del altillo, al cuarto secreto en el que fue hallado el tesoro.

Trepó por la escalera y, apalancándose con ambas manos sobre una viga, entró en la buhardilla. Hecho esto, tumbándose boca abajo, alargó la mano para alcanzar la lámpara y la sostuvo en alto mientras yo le seguía. La habitación en que ahora nos encontrábamos era de unos tres metros en un sentido por dos en otro. El suelo lo formaban las vigas, unidas entre sí con bovedillas de listones y de yeso, de modo que era preciso ir poniendo, al caminar, los pies sobre las vigas. Todo el armazón terminaba en punta, y era evidentemente la parte interior del verdadero tejado de la casa. No había allí mueble alguno, y el polvo acumulado durante años formaba una espesa capa sobre el suelo.

—Aquí lo tenemos —dijo Holmes apoyando la mano contra el muro en declive

—. Por esta trampilla se sale al tejado. La empujo, y aquí está el tejado, que muestra una suave inclinación. Por aquí, pues, entró el Número Uno. Veamos si descubrimos algunas huellas de su persona.

Colocó la lámpara en el suelo, y yo advertí por segunda vez aquella noche en la cara de Holmes una expresión de sobresalto y de sorpresa. Y al seguir la dirección de su mirada sentí que se me enfriaba la piel bajo las ropas. El suelo estaba lleno de pisadas de un pie desnudo. Eran pisadas claras, bien definidas, de perfecta conformación, pero que apenas llegaría a la mitad de los pies de un hombre normal.

—Holmes —le dije cuchicheando—, fue un niño quien hizo esta horrenda faena.

Mi amigo recobró en el acto el dominio de sí mismo, y dijo:

—Al momento, la cosa me sorprendió; pero es perfectamente natural. Me falló la memoria, pues de otro modo habría podido preverlo. Ya nada más podemos ver aquí. Bajemos.

—¿Cuál es, pues, su hipótesis acerca de estas huellas? —le pregunté ansiosamente, una vez que estuvimos de nuevo en el cuarto inferior.

—Intente hacer usted mismo un poco de análisis, mi querido Watson —me contestó con un dejo de impaciencia—. Ya conoce mis métodos. Aplíquelos, y algo aprenderemos al comparar los resultados.

—No tengo idea alguna capaz de abarcar todos los hechos —le dije.

—No tardarán éstos en serle suficientemente claros —dijo, corno si pensara en otra cosa—. Creo que ya no hay aquí nada importante, pero echaré una mirada.

Sacó la lupa y una cinta métrica, se arrodilló, y de esta forma recorrió con precipitación el cuarto midiendo, comparando, examinando, con su larga y delgada nariz a pocas pulgadas del entarimado, y con sus ojos de abalorio, hundidos y brillantes como los de un pájaro. Sus movimientos, que se asemejaban a los de un sabueso amaestrado que buscara un rastro, eran tan rápidos, silenciosos y furtivos, que no pude menos de pensar en la clase de criminal temible que habría sido si hubiese aplicado su energía y su sagacidad a luchar contra la ley, en vez de hacerlo en defensa de la misma. Mientras rebuscaba, iba mascullando para sí, hasta que estalló, por fin, en una ruidosa exclamación de satisfacción, y dijo:

—Nos acompaña la suerte, desde luego. De aquí en adelante no deberíamos tener ya dificultades. El Número Uno ha tenido la desgracia de pisar en la creosota. Vea la línea exterior de su pequeño pie aquí, junto a este barro maloliente. La garrafa se ha agrietado, como puede usted observar, y el contenido se ha salido fuera.

—¿Y qué hay con eso? —pregunté.

—Pues que ya es nuestro..., nada más que eso —me contestó—. Conozco un perro capaz de seguir este olor hasta el fin del mundo. Si una jauría es capaz de seguir por todo un condado del Midlands el olor de un arenque arrastrado por el suelo, ¿hasta dónde no será capaz un sabueso adiestrado de seguir un olor tan penetrante como éste? Es como una regla de tres. El resultado tiene que darnos

la... ¡Hola! Ya tenemos aquí a los acreditados representantes de la ley.

Desde la planta baja llegaban ruidos de fuertes pisadas y el clamor de voces, y la puerta del vestíbulo se cerró con un sonoro portazo.

—Antes que lleguen —dijo Holmes— ponga usted la mano aquí, en el brazo, y aquí, en la pierna de este pobre hombre. ¿Qué nota?

—Los músculos están duros como una tabla —contesté.

—Así es. Están en un estado de extremada contracción, que excede con mucho del rigor mortis. Relacione eso con la contorsión de la cara, con la sonrisa hipocrática, o risus sardonicus, como la llamaban los autores antiguos, ¿y qué sugiere todo eso a su imaginación?

—Que la muerte ha sobrevenido por algún fuerte alcaloide vegetal —le contesté —, por alguna sustancia similar a la estricnina y que produce el tétanos.

—Esa fue la idea que se me ocurrió en el mismo instante en que vi los contraídos músculos de la cara. Cuando entré en el cuarto, me puse a buscar el sistema de que se habían servido para introducir el veneno en el organismo. Ya vio usted cómo di con la espina que le habían metido o disparado con no mucha fuerza contra el cuello. Observe que el sitio en que se la clavaron es el que corresponde a la parte de la cabeza que este hombre tendría vuelta hacia el techo, si estaba sentado y erguido en su silla. Y ahora, examine la espina.

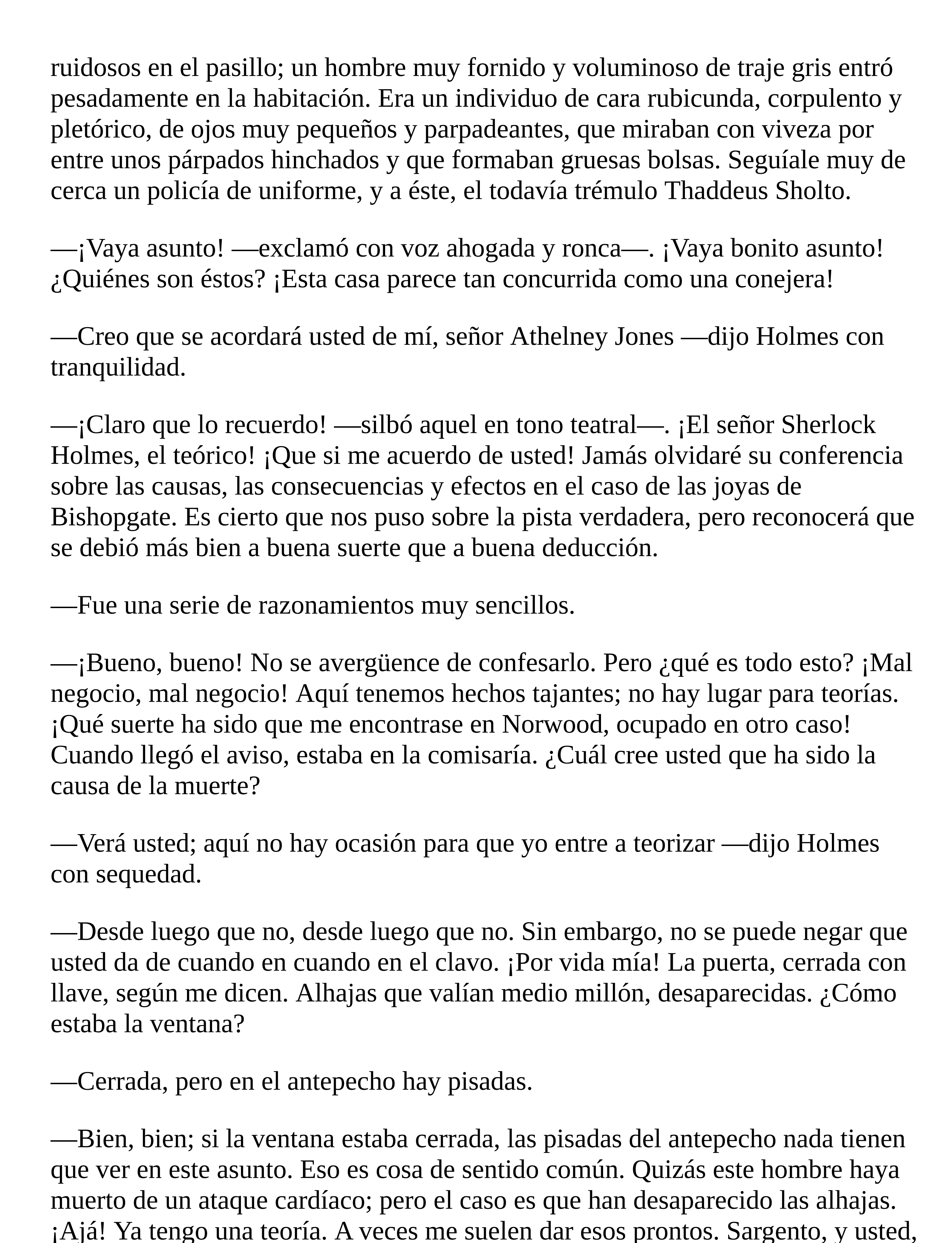
La recogí con gran cuidado y la puse a la luz de la linterna. Era larga, aguda y negra, y cerca de la punta se distinguía una parte brillante, como si alguna sustancia mucilaginosa se hubiese secado allí. La punta, embotada, había sido afilada con un cuchillo.

—¿Es esta una espina inglesa? —me preguntó.

—No; desde luego que no.

—Con todos estos datos debería usted hallarse en situación de sacar una consecuencia justa. Pero aquí están los oficiales; de modo que las fuerzas auxiliares deben batirse en retirada.

A medida que hablaba, los pasos, que se habían ido acercando, resonaban



ruidosos en el pasillo; un hombre muy fornido y voluminoso de traje gris entró pesadamente en la habitación. Era un individuo de cara rubicunda, corpulento y pletórico, de ojos muy pequeños y parpadeantes, que miraban con viveza por entre unos párpados hinchados y que formaban gruesas bolsas. Seguíale muy de cerca un policía de uniforme, y a éste, el todavía trémulo Thaddeus Sholto.

—¡Vaya asunto! —exclamó con voz ahogada y ronca—. ¡Vaya bonito asunto! ¿Quiénes son éstos? ¡Esta casa parece tan concurrida como una conejera!

—Creo que se acordará usted de mí, señor Athelney Jones —dijo Holmes con tranquilidad.

—¡Claro que lo recuerdo! —silbó aquel en tono teatral—. ¡El señor Sherlock Holmes, el teórico! ¡Que si me acuerdo de usted! Jamás olvidaré su conferencia sobre las causas, las consecuencias y efectos en el caso de las joyas de Bishopgate. Es cierto que nos puso sobre la pista verdadera, pero reconocerá que se debió más bien a buena suerte que a buena deducción.

—Fue una serie de razonamientos muy sencillos.

—¡Bueno, bueno! No se avergüence de confesarlo. Pero ¿qué es todo esto? ¡Mal negocio, mal negocio! Aquí tenemos hechos tajantes; no hay lugar para teorías. ¡Qué suerte ha sido que me encontrase en Norwood, ocupado en otro caso! Cuando llegó el aviso, estaba en la comisaría. ¿Cuál cree usted que ha sido la causa de la muerte?

—Verá usted; aquí no hay ocasión para que yo entre a teorizar —dijo Holmes con sequedad.

—Desde luego que no, desde luego que no. Sin embargo, no se puede negar que usted da de cuando en cuando en el clavo. ¡Por vida mía! La puerta, cerrada con llave, según me dicen. Alhajas que valían medio millón, desaparecidas. ¿Cómo estaba la ventana?

—Cerrada, pero en el antepecho hay pisadas.

—Bien, bien; si la ventana estaba cerrada, las pisadas del antepecho nada tienen que ver en este asunto. Eso es cosa de sentido común. Quizás este hombre haya muerto de un ataque cardíaco; pero el caso es que han desaparecido las alhajas. ¡Ajá! Ya tengo una teoría. A veces me suelen dar esos prontos. Sargento, y usted,

señor Sholto, hagan el favor de salir del cuarto. El amigo de usted puede quedarse. ¿Qué opina de esto, Holmes? Sholto, según confesión propia, estuvo anoche con su hermano. ¡Éste murió de un ataque, y entonces Sholto se largó de aquí con las alhajas! ¿Qué tal le suena eso?

—Y cuando él se marchó con las alhajas, el cadáver tuvo la atención de levantarse y de cerrar la puerta por dentro.

—¡Hum! Sí; ahí hay un punto que no encaja. Apliquemos el sentido común al problema. Este Thaddeus Sholto estaba con su hermano; riñeron; todo esto nos consta. El hermano ha muerto y las joyas han desaparecido. También eso nos consta. Desde el momento en que Thaddeus dejó aquí a su hermano, nadie volvió a ver a éste. Tampoco durmió en su cama. Thaddeus se encuentra evidentemente en un profundo estado de turbación. El aspecto suyo, la verdad, no tiene nada de simpático. Ya ve usted cómo estoy tejiendo mi red alrededor de Thaddeus. Empieza ya a cerrarse sobre él.

—Le faltan a usted todavía algunos datos —dijo Holmes—. Esta astillita de madera, que tengo toda clase de motivos para creer que está envenenada, la tenía este hombre en el cuero cabelludo, ahí donde puede usted ver todavía la señal; esta tira de papel, con la inscripción que usted ve, se hallaba encima de la mesa; y junto al papel, este instrumento, bastante curioso, con una piedra en su extremo. ¿Encaja bien todo esto en su teoría?

—La confirma desde todo punto de vista —dijo pomposamente el gordinflón detective—. Esta casa está llena de curiosidades indias. Thaddeus subió este bastón de la planta baja, y si esta astillita está envenenada, Thaddeus pudo servirse de ella igual que cualquier otra persona. La tira de papel es una añagaza, algo para desviar la atención. La única cuestión es ésta: ¿cómo salió de aquí? ¡Ya está! En el techo hay un agujero, desde luego.

Dando pruebas de gran agilidad, si se tiene en cuenta lo voluminoso de su cuerpo, trepó por la escalera y se escurrió en la buhardilla; casi en seguida oímos su voz jubilosa, que proclamaba el descubrimiento que había hecho de la trampilla.

—Es capaz, en ocasiones, de descubrir algo —comentó Holmes, encogiéndose de hombros—; tiene de cuando en cuando algunos destellos de razón. Il n'a pas des sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit![1]

—Ya ve usted que, en fin de cuentas, las realidades son superiores a las teorías — dijo Athelney Jones reapareciendo al pie de la escalera—. Se ve confirmada mi opinión sobre el caso. Existe una trampilla que comunica con el tejado y que está parcialmente abierta.

—Fui yo quien la abrió.

—¡Ah!, ¿sí? ¿De modo que usted ya la había visto? —este hallazgo pareció dejarle un poco alicaído—. Bueno, la viese quien la viese, ella nos demuestra que nuestro caballerito escapó por allí. ¡Inspector!

—Mande, señor —contestaron desde el pasillo.

—Que venga aquí el señor Sholto... Señor Sholto, me veo en el deber de comunicarle que cualquier cosa que diga podrá ser empleada en contra suya. Lo detengo, en nombre de la reina, como implicado en la muerte de su hermano.

—Ya está! ¿No se lo dije a ustedes? —exclamó el pobre hombrecillo, extendiendo sus manos hacia nosotros y mirándonos sucesivamente.

—Señor Sholto, no se aflija por ello —dijo Holmes—. Creo que puedo librarle de esa acusación.

—No prometa demasiado, señor teórico, no prometa demasiado —dijo secamente el detective—. Quizá le resulte una tarea más difícil de lo que piensa.

—No solamente lo libraré de esa acusación, señor Jones, sino que le obsequiaré a usted, sin retribución alguna, con el nombre y la descripción de uno de los dos hombres que la noche pasada estuvieron en esta habitación. Tengo toda clase de razones para creer que se llama Jonathan Small. Es hombre de escasa educación, de pequeña estatura, activo, le falta la pierna derecha y utiliza una pata postiza de palo con la parte inferior desgastada por el lado interior. Su bota izquierda es de suela ordinaria con punta cuadrada y tiene una tira de hierro alrededor del tacón. Es hombre muy curtido por el sol, de mediana edad y ha estado en presidio. Quizás estas ligeras indicaciones le sean a usted útiles, completándolas con el hecho de que tiene lastimadas las palmas de las manos. El otro hombre...

—¡Ah! ¿Tenemos otro hombre? —preguntó Athelney Jones en tono de mofa,

pero impresionado, no obstante, como yo pude advertir fácilmente, por la seguridad con que hablaba su interlocutor.

—El otro hombre es un tipo bastante curioso —dijo Sherlock Holmes, dando media vuelta—. Confío en que podré presentar a usted esa pareja antes de no mucho tiempo. Tengo que decirle unas palabras, Watson.

Me condujo a lo alto de la escalera, en el pasillo, y me dijo:

—Este hecho inesperado nos ha desviado bastante del propósito original de nuestro viaje.

—Eso mismo estaba yo pensando —le contesté—. No está bien que la señorita Morstan esté más tiempo en esta condenada casa.

—No. Usted debería acompañarla a la suya. Vive con la señora Cecil Forrester, en Lower Camberwell, de modo que no queda muy lejos. Yo le esperaré aquí, si vuelve usted en coche y si no está demasiado rendido.

—De ninguna manera. Creo que me sería imposible descansar hasta saber más detalles de este fantástico asunto. Llevo visto bastante del aspecto desagradable de la vida; pero le aseguro que esta rápida sucesión de sorpresas extraordinarias que hemos tenido esta noche ha alterado por completo mis nervios. Sin embargo, me agradaría, puesto que tan lejos he llegado, presenciar con usted el final del asunto.

—Su presencia me será de gran utilidad —contestó Holmes—. Trabajaremos el asunto por nuestra cuenta hasta aclararlo y dejaremos a este pobre diablo de Jones que se dé tono con cualquier paparrucha que se le antoje. Cuando haya usted dejado en su casa a la señorita Morstan, quiero que se dirija al número 3 de Pinchin Lane, muy cerca del río, en Lamheth. La tercera casa a la derecha es la de una pajarería llamada Sherman. En el escaparate verá una comadreja con un gazapito en la boca. Haga usted levantarse de la cama al viejo Sherman y dígale, después de saludarle de parte mía, que necesito en seguida a Toby. Me lo traerá usted en el coche.

—Se trata de un perro, ¿verdad?

—Sí; de un perro mestizo con una capacidad asombrosa para el rastreo. Prefiero la colaboración de Toby a la de todas las fuerzas de policías de Londres.

—Se lo traeré entonces —dije—. Ahora es la una. Podré estar de vuelta antes de las tres, si consigo un caballo descansado.

—Y yo —dijo Holmes— veré lo que puedo averiguar de boca de la señora Berstone y de la del sirviente indio, que, según me dice el señor Thaddeus, duerme en la buhardilla contigua. Después tendré que dedicarme a estudiar los métodos de Jones y a prestar oídos a sus no siempre delicados sermones. Wir sind gewohnt dass die Menschen verhóhnen was sie nicht verstehen[2] Goethe es siempre sustancioso.

[1] No hay tontos más molestos que los ingeniosos.

[2] Estamos acostumbrados a que los hombres se rían de lo que no entienden.

7. El episodio del barril

Los dos policías habían venido en coche, y yo lo utilicé para acompañar a la señorita Morstan hasta su casa. De acuerdo con la costumbre angelical de las mujeres, ella había aguantado los momentos difíciles con rostro sereno, mientras hubo otra persona más débil que ella a quien consolar, y yo la había visto mantenerse animosa y tranquila junto a la aterrorizada ama de llaves. Sin embargo, una vez en el coche, primero desfalleció y luego estalló en incontrolados sollozos. ¡Tan dolorosamente la habían afectado las aventuras de la noche! Con posterioridad, me ha dicho que durante ese viaje de regreso a su casa le parecí frío y reservado. ¡Qué poco adivinaba ella la lucha que se libraba dentro de mi pecho o el esfuerzo que tuve que hacer para dominarme y mantener mi reserva! Mis simpatías y mi amor se dirigían hacia ella, como se había dirigido mi mano cuando estábamos en el jardín. Supe que ni muchos años de las rutinas de trato diario podrían hacerme comprender la índole afectuosa y valiente de aquella mujer tan bien como aquel único día de extraños sucesos. Sin embargo, había dos pensamientos que sellaban mis labios para que no pronunciasen frase alguna de afecto. Ella era débil y se encontraba desamparada; su mente y sus nervios estaban quebrantados. El imponerle en un momento así una declaración de amor era aprovecharse de las circunstancias. Y lo que resultaba peor, ahora era rica. Si las investigaciones de Holmes tenían éxito, ella sería una rica heredera. ¿Era noble y honrado que un médico a media paga aprovechase la intimidad que le había proporcionado el azar? ¿No me consideraría ella un simple cazador de fortunas? Yo no hubiera podido soportar que pudiera cruzar por su mente ni la sombra de semejante pensamiento. El tesoro de Agra se interponía entre nosotros como una barrera insalvable.

Eran casi las dos de la madrugada cuando llegamos a la casa de Cecil Forrester. Los criados se habían retirado a descansar hacía horas; pero la señora Forrester, que se había preocupado muchísimo por el sorprendente mensaje que había recibido la señorita Morstan, estaba levantada en espera de que ésta regresase. Nos abrió la puerta ella misma. Era una mujer de edad mediana, simpática, y me alegró mucho ver con qué ternura ciñó con su brazo el talle de la joven y qué tono maternal tenía la voz con que la recibió. Evidentemente, la señorita Morstan

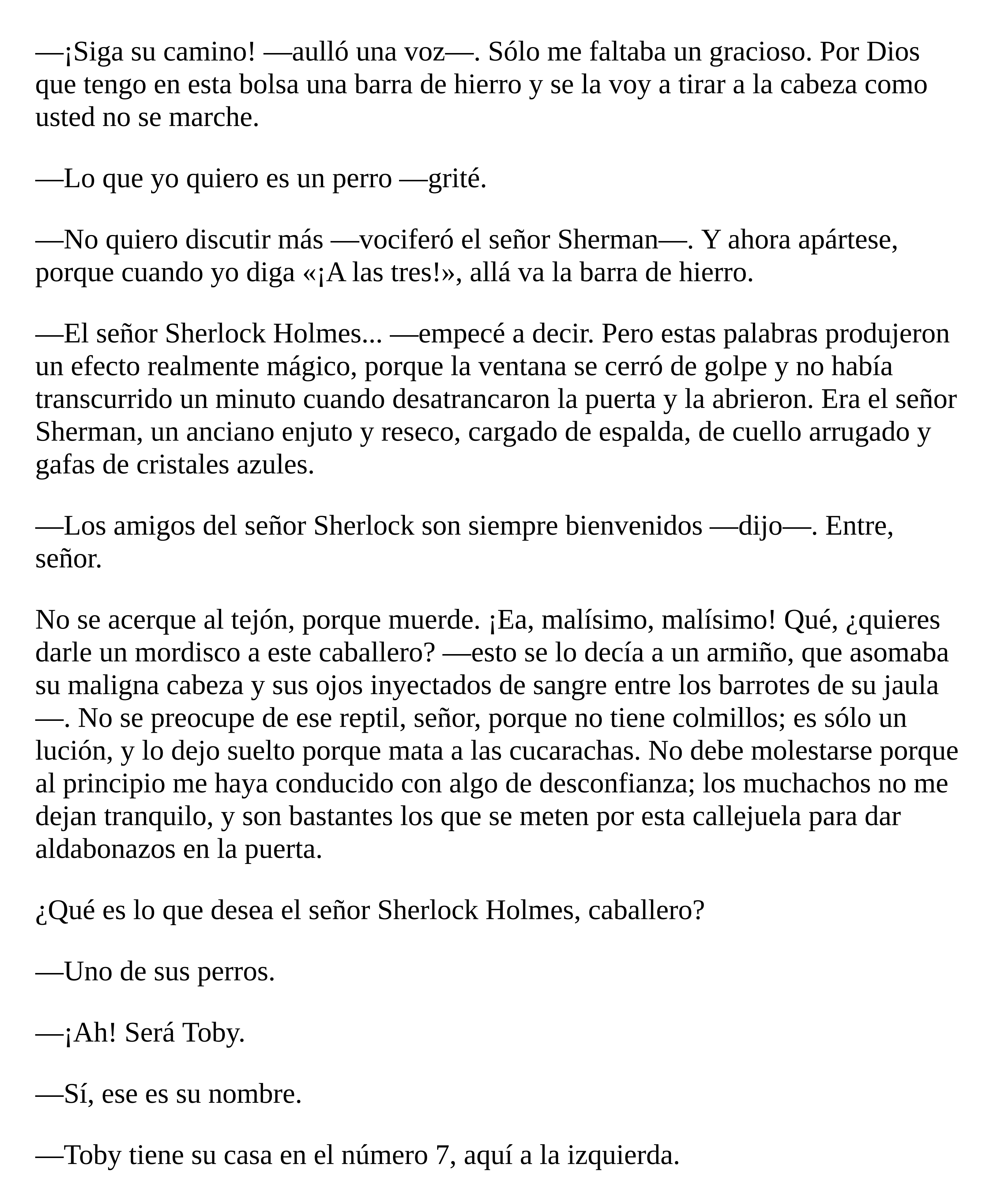
no era tan sólo una empleada, sino también una amiga estimada. Fui presentado, y la señora Forrester me suplicó con gran interés que entrase y le refiriese nuestras aventuras. Sin embargo, yo le expliqué la importancia de la misión que tenía encomendada y le prometí solemnemente visitarla para contarle cualquier avance que pudiéramos realizar. Cuando me retiraba de allí en mi coche, miré disimuladamente hacia atrás y vi que el pequeño grupo se hallaba todavía en la escalinata: las dos esbeltas figuras de mujer, abrazadas, la puerta entreabierta, la luz del vestíbulo brillando a través del vidrio de colores, el barómetro y las brillantes varillas de latón que sujetaban la alfombra de la escalera. Resultaba consolador echar un vistazo, aunque fuese pasajero, a un tranquilo hogar inglés en medio de aquel asunto salvaje y sombrío en que estábamos metidos.

Cuando más pensaba en lo ocurrido, más salvaje y sombrío me resultaba. Repasé toda la serie extraordinaria de acontecimientos mientras avanzaba con estrépito por las calles silenciosas, alumbradas con la luz de gas. Teníamos, por un lado, el problema original, que, por lo menos, estaba ya claro. La muerte del capitán Morstan, el envío de las perlas, el anuncio, la carta...; habíamos hecho luz sobre todos esos hechos. Sin embargo, éstos nos habían conducido a otro misterio más profundo y mucho más trágico: el tesoro indio, el curioso plano encontrado entre el equipaje de Morstan, la extraordinaria escena de la muerte del mayor Sholto, el redescubrimiento del tesoro, seguido acto continuo del asesinato de su descubridor; las singularísimas circunstancias que acompañaron al crimen, las huellas, la extraña arma, las palabras escritas en la tira de papel, iguales a las que figuraban en el plano del capitán Morstan. Todo ello constituía, desde luego, un laberinto en el que cualquier hombre que no tuviese las facultades de mi compañero de alojamiento tendría que desesperar de encontrar la clave.

Pinchin Lane era una manzana de pobres casas de ladrillo de dos plantas en el barrio más bajo de Lambeth. Tuve que llamar durante algún tiempo en el número 3 antes de que me hicieran caso. Sin embargo, por último apareció la luz de una vela detrás de las persianas, y una cara se asomó a la ventana superior.

—Largo de ahí, vagabundo borracho —me dijo aquella cara—. Si vuelve usted a golpear y armar barullo, abriré las perreras y le echaré encima mis cuarenta y tres sabuesos.

—Me basta con que suelte uno de ellos, y para eso precisamente vengo —contesté.



—¡Siga su camino! —aulló una voz—. Sólo me faltaba un gracioso. Por Dios que tengo en esta bolsa una barra de hierro y se la voy a tirar a la cabeza como usted no se marche.

—Lo que yo quiero es un perro —grité.

—No quiero discutir más —vociferó el señor Sherman—. Y ahora apártese, porque cuando yo diga «¡A las tres!», allá va la barra de hierro.

—El señor Sherlock Holmes... —empecé a decir. Pero estas palabras produjeron un efecto realmente mágico, porque la ventana se cerró de golpe y no había transcurrido un minuto cuando desatrancaron la puerta y la abrieron. Era el señor Sherman, un anciano enjuto y reseco, cargado de espalda, de cuello arrugado y gafas de cristales azules.

—Los amigos del señor Sherlock son siempre bienvenidos —dijo—. Entre, señor.

No se acerque al tejón, porque muerde. ¡Ea, malísimo, malísimo! Qué, ¿quieres darle un mordisco a este caballero? —esto se lo decía a un armiño, que asomaba su maligna cabeza y sus ojos inyectados de sangre entre los barrotes de su jaula —. No se preocupe de ese reptil, señor, porque no tiene colmillos; es sólo un lución, y lo dejo suelto porque mata a las cucarachas. No debe molestarse porque al principio me haya conducido con algo de desconfianza; los muchachos no me dejan tranquilo, y son bastantes los que se meten por esta callejuela para dar aldabonazos en la puerta.

¿Qué es lo que desea el señor Sherlock Holmes, caballero?

—Uno de sus perros.

—¡Ah! Será Toby.

—Sí, ese es su nombre.

—Toby tiene su casa en el número 7, aquí a la izquierda.

Avanzó lentamente con la vela en la mano por entre la extraña familia de animales reunida a su alrededor. A la luz incierta y cortada de sombras, pude distinguir confusamente ojos brillantes que se clavaban en nosotros desde todos

los rincones y hendiduras. Hasta en las vigas que cruzaban por encima de nuestras cabezas había hileras de pájaros solemnes, que alzaban perezosamente el peso de su cuerpo de una pata cargándolo en la otra al despertarlos de su reposo nuestras voces.

Toby resultó ser un animal feo, de largo pelo y orejas colgantes, mitad spaniel y mitad sabueso, castaño y blanco y de andares desgarbados y patosos. Aceptó, después de alguna vacilación, un terrón de azúcar que el viejo naturalista me entregó y, después de sellar de ese modo nuestra alianza, me siguió al coche y no puso dificultad alguna en acompañarme.

Acababan de dar las tres en el reloj del palacio, cuando llegaba de regreso a Pondicherry Lodge. Me enteré de que el ex boxeador, McMurdo, había sido detenido como cómplice y que él y el señor Sholto habían sido llevados a la comisaría. Dos agentes uniformados estaban de guardia en la estrecha puerta exterior; pero en cuanto mencioné el nombre del detective me dejaron pasar con mi perro. Holmes estaba en pie en el umbral de la casa, con las manos en los bolsillos y fumando en su pipa.

—¡Vaya; ya lo trae usted! —exclamó—. ¡Qué perro magnífico! Athelney Jones se ha marchado. Desde que usted se fue hemos tenido aquí un enorme despliegue de energía. No solamente ha detenido a nuestro amigo Thaddeus, sino también al que guardaba la puerta exterior, al ama de llaves y al criado indio. La casa, salvo por el sargento que está arriba, ha quedado a nuestra disposición. Deje usted al perro aquí y suba conmigo.

Atamos a Toby a la mesa del vestíbulo y subimos de nuevo al piso superior. La habitación estaba tal cual nosotros la habíamos dejado, salvo que habían colocado una sábana sobre la figura central. Recostado en el rincón estaba un sargento de policía con cara de cansado.

—Présteme su linterna, sargento —dijo mi compañero—. Ahora áteme esta tira de papel al cuello, de manera que me cuelgue por delante. Gracias. Ahora voy a quitarme las botas y los calcetines. Watson, hágame el favor de llevármelos abajo. Voy a realizar un pequeño ejercicio de trepador. Empaparé mi pañuelo en la creosota, eso bastará. Ahora suba conmigo un momento a la buhardilla.

Trepamos por el agujero y Holmes proyectó una vez más la luz sobre las huellas que había en el polvo, y dijo:

—Quiero que se fije usted muy bien en estas huellas. ¿Observa usted en ellas algo que le llame la atención?

—Pertenecen a un niño o a una mujer pequeña —dije.

—Prescindiendo, sin embargo, del tamaño, ¿no encuentra nada más?

—Parecen, más o menos, como cualquier otra huella de pie.

—De ninguna manera. Mire aquí. Es la impresión del pie derecho en el polvo. Ahora haré yo con mi pie desnudo una impresión junto a ella. ¿Cuál es la diferencia principal?

—Los dedos de los pies de usted están muy juntos. Los dedos de la otra impresión están totalmente separados los unos de los otros.

—Así es. He ahí el detalle importante. Téngalo presente. Hágame ahora el favor de pasar por encima de esa ventana plegadiza y huela el borde del marco de madera.

Yo me quedaré del lado de acá con este pañuelo en la mano.

Hice lo que me indicaba y advertí en el acto un fuerte olor a alquitrán.

—Es ahí donde puso el pie al salir de aquí. Si usted ha sido capaz de sentir el olor, creo que Toby no tendrá dificultad alguna. Y ahora corra a la planta baja, suelte al perro y preste atención en Blondin[1].

Cuando salí de la casa a los jardines, Sherlock Holmes ya estaba en el tejado y pude verlo como si fuese un enorme gusano de luz reptando muy despacio a lo largo del caballete del tejado. Le perdí de vista detrás de una serie de chimeneas, pero reapareció en seguida y luego volvió a desaparecer por el lado opuesto. Di vuelta a la casa y me lo encontré sentado en el ángulo de uno de los aleros.

—¿Es usted, Watson? —me gritó.

—Sí.

—Este es el lugar. ¿Qué es esa cosa negra que se ve ahí abajo?

—Una barrica de agua.

—¿Con tapa encima?

—Sí.

—¿No se ve por ahí una escalera?

—No. —¡Condenado individuo! ¡Esto es como para desnucarse! Sin embargo, por donde él trepó, yo he de poder bajar. La tubería de bajada de aguas parece sólida. Allá va, ocurra lo que ocurra.

Se oyó un rumor de pies y la linterna empezó a bajar sin interrupción por el ángulo de la pared, hasta que, dando un salto ligero, se plantó encima de la barrica, y de allí volvió a saltar al suelo.

—Fue fácil seguirle —dijo volviéndose a poner los calcetines y las botas—. A todo lo largo del camino he encontrado tejas sueltas, y ese hombre se dejó caer esto con la precipitación que llevaba. Como suelen decir ustedes los médicos, viene a confirmar mi diagnóstico.

El objeto que me alargó era una bolsita de lana teñida con colores vegetales y con algunas cuentecitas llamativas enhebradas a su alrededor. Tanto por la forma como por el tamaño, presentaba cierto parecido a una petaca. En el interior había media docena de espinas de madera negra, puntiagudas por un lado y redondeadas por el otro, lo mismo que la que había herido a Bartholomew Sholto.

—Son unos artefactos infernales —dijo—. Tenga cuidado de no pincharse. Estoy muy contento de haberme hecho con ellas, porque, según toda probabilidad, ese hombre no debía tener más que éstas. De modo que es menor el peligro de que usted y yo nos encontremos de pronto con una espina clavada en la piel. Por mi parte, preferiría que me disparasen una bala Martini. ¿Se siente usted con valor para una caminata de seis millas a paso vivo, Watson?

—Desde luego que sí —contesté.

—¿La resistirá su pierna?

—¡Oh, sí!

—¡De modo que ya estamos aquí, mi bueno y querido Toby! ¡Huele, Toby, huele!

Holmes adelantó el pañuelo empapado de creosota hasta colocarlo debajo de la nariz del perro, mientras el animal, con las peludas patas separadas y ladeando la cabeza de una manera cómica, olía como huele un catador de vinos el bouquet de una cosecha especial. Hecho eso, arrojó Holmes el pañuelo muy lejos, ató una fuerte cuerda al collar del perro y condujo a éste hasta el pie de la barrica de agua. El animal estalló inmediatamente en una serie de agudos y trémulos ladridos, y, con la nariz pegada al suelo y la cola enhiesta, salió pataleando en pos de la huella a un paso que mantenía tensa la traílla y nos hizo caminar a todo lo que daban nuestras piernas.

El este había empezado a clarear de una manera paulatina y la luz, fría y gris, nos permitía ver a cierta distancia. La casa, cuadrada y maciza, con sus ventanas negras y sin vida y los muros altos y pelados, se alzaba a nuestras espaldas, triste y solitaria. Nuestra carrera nos llevó a través de los terrenos de la casa, entrando y saliendo por las trincheras y pozos que los cortaban y se entrecruzaban. Todo aquel lugar, con los montones de tierra desperdigados y sus raquíticos arbustos, tenía un aspecto ominoso y decadente que armonizaba de una manera perfecta con la negra tragedia que lo envolvía.

Al llegar a la cerca exterior, Toby corrió a lo largo de la misma, resoplando ansiosamente por la sombra que aquélla proyectaba y deteniéndose por último en un rincón en el que se levantaba una joven haya. En el ángulo de las dos paredes habían aflojado varios ladrillos, y las grietas así dejadas presentaban un desgaste y estaban redondeadas en la parte inferior, como si hubiesen servido de escalones con frecuencia. Holmes trepó por ellos, yo le alcancé el animal, y él lo dejó caer, al otro lado de la cerca. Al subir yo y ponerme a su lado, me dijo:

—Vea usted aquí la impresión de la mano del hombre de la pata de palo. Fíjese en la manchita de sangre que hay sobre el yeso blanco. ¡Qué suerte hemos tenido con que no haya llovido fuerte desde ayer! A pesar de la ventaja de veintiocho horas que nos llevan, el olor no habrá desaparecido todavía de la carretera.

Confieso que tuve mis dudas pensando en el denso tráfico que habría circulado durante ese tiempo por la carretera de Londres. Pero pronto se apaciguaron mis

temores. Toby no dudó ni se desorientó una sola vez, sino que avanzaba pataleando con su curioso caminar bamboleante. No cabía duda de que el penetrante olor de la creosota se sobreponía a todos los demás olores en pugna.

—No vaya usted a figurarse —dijo Holmes— que fio mi éxito en el caso actual a la simple casualidad de que uno de estos individuos haya metido su pie en ese producto químico. Dispongo ya de datos como para seguirles la pista de diferentes maneras. Esta es, sin embargo, la más fácil, y ya que la suerte nos la ha deparado, sería negligente si la desperdiciase. De todos modos, el caso ha dejado con esto de ser el interesante problemita intelectual que se nos prometía. Quizá ganemos con él algún crédito, pero ésta es una pista demasiado palpable.

—El caso encierra mucho mérito —dije yo—. Le aseguro, Holmes, que los medios con que está consiguiendo sus resultados en este caso me maravillan más aún que los que empleó en el del asesinato de Jefferson Hope. Me parece todo más profundo y más inexplicable. Por ejemplo, ¿cómo pudo describir con tal seguridad al hombre de la pata de palo?

—¡Elemental, querido muchacho, eso fue algo elemental! No deseo dar teatralidad al asunto. Todo en él está a la vista y encima de la mesa. Dos oficiales al mando de la guardia de un presidio se enteran de un importante secreto referente a un tesoro sepultado. Un inglés, llamado Jonathan Small, traza para ellos un mapa. Recordará usted que vimos ese nombre en el que se hallaba en posesión del capitán Morstan. Jonathan Small lo había firmado en nombre suyo y el de sus asociados con el Signo de los Cuatro, como él lo llamaba dramatizando la cosa. Los oficiales o uno de ellos se hace, gracias a este mapa, con el tesoro, y se lo traen a Inglaterra dejando incumplida alguna de las condiciones bajo las cuales lo recibieron. Y yo me pregunto: ¿por qué no retiró el mismo Jonathan Small aquel tesoro? La contestación salta a la vista. El mapa está fechado en una época en que Morstan mantuvo una estrecha relación con presos. Jonathan Small no fue en busca del tesoro porque él y sus asociados estaban en presidio y no podían salir del mismo.

—Pero todo eso son simples hipótesis —dije.

—Son algo más que hipótesis. Es la única hipótesis capaz de explicar los hechos. Veamos si encaja dentro de lo que después ocurrió. El mayor Sholto vive en paz por espacio de algunos años y es feliz con la posesión de su tesoro. Después recibe una carta de la India que le llena de pánico. ¿Qué quiere decir eso?

—Que la carta le anunciaba que los hombres a quienes él había perjudicado estaban en libertad.

—O que se habían fugado. Esto es mucho más probable, porque él debía de saber cuáles eran sus condenas. No le habría producido sorpresa. ¿Y qué hace entonces? Se protege para defenderse de un hombre que tenía una pierna postiza... un hombre de raza blanca, fíjese bien, porque en cierta ocasión confundió con él a un comerciante blanco, y le disparó con su pistola. Pues bien: en el plano sólo figura un nombre de persona de raza blanca. Los otros son hindúes o mahometanos. No hay ningún otro hombre blanco. Podemos, pues, afirmar con toda confianza que el hombre de la pata de palo es el mismo Jonathan Small. ¿Le ve usted algún defecto a este razonamiento?

—No; es claro y conciso.

—Pues bien: situémonos ahora en el lugar de Jonathan Small. Consideremos el problema desde su punto de vista. El hombre llega a Inglaterra con el doble propósito de apoderarse de lo que él cree que le pertenece y de vengarse del hombre que le ha engañado. Averigua dónde vive Sholto, y se pone, muy probablemente, en contacto con alguien de dentro de la casa de éste. Aún no le hemos echado la vista encima a ese Lal Rao. La señora Bernstone me ha hablado de él como de persona más que dudosa. Pero Small no consiguió averiguar dónde estaba escondido el tesoro, porque nadie lo supo, fuera del mayor y de su leal servidor, ya fallecido. De pronto, Small se entera de que el mayor está en su lecho de muerte. Fuera de sí por el temor de que se lleve a la tumba su secreto, desafía a la vigilancia, se abre camino hasta la ventana del moribundo, y lo único que le impide entrar en la habitación es la presencia de sus dos hijos. Sin embargo, loco de odio contra el difunto, entra aquella misma noche en la habitación de éste, registra sus papeles particulares, con la esperanza de encontrar algún papel que hable del tesoro, y deja, por último, un recuerdo de su visita en la breve frase de la cartulina. Sin género alguno de duda, Jonathan Small lo había planeado todo por adelantado, y si hubiese podido matar al mayor, habría dejado sobre el cuerpo esta indicación, como señal de que no se trataba de un asesinato vulgar, sino, desde el punto de vista de los cuatro asociados, de algo que se parecía mucho a un acto de justicia. En los anales del crimen, por muy extraños y caprichosos que parezcan, existen bastantes conceptos de esa clase, que suelen proporcionar valiosas indicaciones acerca de quién es el criminal, ¿Sigue usted mi razonamiento? —Con toda claridad.

—¿Qué podía hacer, en vista de eso, Jonathan Small? No tenía otro recurso que el de vigilar los esfuerzos que se realizaban para encontrar el tesoro. Es posible que se ausentase de Inglaterra, para regresar de tiempo en tiempo a ella. De pronto, se produce el descubrimiento en la buhardilla, y Jonathan es informado de inmediato. Volvemos a encontrarnos con la presencia de algún cómplice en la casa. Jonathan, con su pierna postiza, es impotente para subir hasta la habitación alta de Bartholomew Sholto. Sin embargo, se lleva con él a un socio, por demás raro, que supera esa dificultad, pero que hunde un pie desnudo en la creosota, y entonces aparece Toby y la necesidad de una caminata de seis millas para un funcionario a media paga con el tendón de Aquiles lesionado.

—Pero quien cometió el crimen fue el socio, y no Jonathan.

—Probablemente. Y lo cometió con gran disgusto de Jonathan, a juzgar por la manera como fue y vino por el cuarto, una vez que estuvo dentro. Ningún rencor sentía él contra Bartholomew Sholto, y habría preferido que lo hubiese maniatado y amordazado. No tenía ninguna gana de poner en peligro su cabeza. Pero ya no podía evitarlo: los instintos salvajes de su compañero se habían desbordado y el veneno había hecho su obra. Jonathan Small dejó su señal, descolgó al suelo del jardín el cofre del tesoro y luego se descolgó él mismo. Los acontecimientos, hasta donde yo puedo descifrar, se desarrollaron de este modo. Por lo que a la apariencia personal de Jonathan Small se refiere, debe de ser de edad mediana y seguramente que muy atezado, después de haber cumplido condena en un horno como el de las islas Andamán. Por lo ancho de su zancada puede fácilmente calcularse su estatura. Sabemos también que tiene barba. La abundancia de su pelambre fue lo que más impresionó a Thaddeus Sholto cuando lo vio a través del cristal de la ventana. Creo que no hay nada más.

—¿Y su socio?

—Bueno; creo que eso no se trata de un gran misterio. Pero ya lo sabrá todo muy pronto... ¡Qué agradable es el aire de la mañana! Fíjese en cómo flota esa nubecilla, igual que la pluma rosada de algún flamenco gigantesco. Y cómo ahora emerge el borde rojo superior del disco solar por encima del banco londinense de nubes. Alumbra a muchísima gente, pero me atrevo a apostar que no alumbra a nadie que esté entregado a una misión tan extraña como la nuestra. ¡Qué pequeños nos sentimos, con nuestras minúsculas ambiciones y querellas, en presencia de las grandes fuerzas elementales de la naturaleza! ¿Está usted versado en la lectura de su Jean Paul?[2]

—Bastante. Volví a él a través de Carlyle.

—Eso fue como remontar el arroyuelo hasta el lago en que nace. Ese autor hace una observación curiosa, pero profunda. Afirma que la prueba mayor de la auténtica grandeza del hombre está en la percepción de su propia pequeñez. Esto demuestra, como usted comprenderá, una capacidad de comparación que es en sí misma una prueba de nobleza. Hay en Richter mucho en qué pensar... No lleva usted pistola, ¿verdad?

—Tengo mi bastón.

—Quizá nos haga falta algo por este estilo si llegamos hasta el cubil de esta gente. Dejaré que usted se encargue de Jonathan; pero al otro, si se pone peligroso, lo mataré a tiros.

Mientras hablaba sacó su revólver y, después de poner dos cartuchos en el tambor del mismo, volvió a meterlo en el bolsillo derecho de su chaqueta. En todo ese tiempo veníamos siguiendo a Toby, que nos llevaba por carreteras rurales que van hacia la metrópoli por entre hileras de villas. Pero ahora empezamos a cruzar por calles de construcciones ininterrumpidas, en las que los peones y los obreros del puerto iban y venían, mientras mujeres desaseadas abrían las ventanas y fregaban los escalones de las puertas de la calle. En las tabernas de las esquinas estaba empezando el movimiento; hombres de traza ruda salían de ellas frotándose la barba con la manga, después del trago de la mañana. Extraños perros callejeros iban y venían y nos miraban con curiosidad; pero nuestro inimitable Toby no miraba ni a derecha ni a izquierda, sino que avanzaba trotando, con la nariz pegada al suelo, dejando escapar de cuando en cuando un gemido ansioso que delataba un fuerte aroma.

Habíamos cruzado Streatham, Brixton y Camberwell, y nos encontrábamos en Kennington Lane, porque nos habíamos ido desviando por calles laterales hacia el este de Oval. Parecía que los hombres a quienes veníamos persiguiendo habían caminado trazando un curioso zigzag, probablemente con el propósito de que nadie se fijase en ellos. Nunca habían seguido la carretera principal si podían servirse de una lateral y paralela. Al final de Kennington Lane se desviaron hacia la izquierda, por las calles Bond y Miles. Toby dejó de avanzar donde esta última calle desemboca en Knight's Place, y empezó a dar carreras hacia adelante y

hacia atrás, con una oreja tiesa y la otra caída, convertido en el mismísimo retrato de la indecisión canina. Luego pataleó en círculos y alzando su mirada hacia nosotros de cuando en cuando, como solicitando nuestra simpatía ante su desconcierto.

—¿Qué diablos le pasa a este perro? —refunfuñó Holmes—. Seguramente que no tomaron un coche ni se han ido por los aires en globo.

—Quizá permanecieron aquí un buen rato —apunté yo.

—¡Bueno; todo va bien! Ya arranca de nuevo —dijo mi compañero con expresión de alivio.

En efecto, había arrancado otra vez, porque después de olfatear de nuevo a su alrededor pareció decidirse y se lanzó adelante con una energía y una resolución superiores a todas las que había demostrado hasta entonces. Se diría que el olor era mucho más fuerte ahora, porque ni siquiera tenía necesidad de arrimar la nariz al suelo y tiraba con fuerza de la traílla, empeñado en echar a correr. Por como brillaban los ojos de Holmes comprendí que pensaba que estábamos llegando al final de nuestro recorrido.

Seguimos ahora por Nine Elms adelante, hasta llegar al gran depósito de maderas de Broderick y Nelson, inmediatamente después de la taberna WhiteEagle. El perro, en el frenesí de la excitación, se metió en la puerta lateral dentro del espacio cercado, en el que los aserradores ya estaban trabajando. El perro avanzó corriendo por entre el serrín y las virutas, a lo largo de un callejón, dobló por un pasillo, entre dos pilas de madera, y, por último, se abalanzó con un aullido de triunfo sobre un gran barril que se hallaba aún sobre la carretilla de mano en que acababan de traerlo. Con lengua pendiente y ojos parpadeantes, Toby se plantó encima del tonel y nos miraba tan pronto al uno como al otro, en busca de una señal de aprobación. Las duelas del barril y las ruedas de la carretilla estaban embadurnadas de un líquido oscuro, y toda la atmósfera se hallaba impregnada de olor a creosota.

Sherlock Holmes y yo nos miramos inexpresivamente el uno al otro y estallarnos a un tiempo en un acceso de risa incontrolada.

[1] Célebre equilibrista de la época.

[2] Johann Pan Friedrich Richter (1763-1825), novelista y pensador alemán mejor conocido como Jean Paul.

8. Los irregulares de Baker Street

—Y ahora, ¿qué? —pregunté yo—. Es obvio que Toby acaba de perder su reputación de infalibilidad.

—Ha obrado de acuerdo con sus luces —dijo Holmes, bajando al perro de encima del tonel y sacándolo de aquel aserradero—. Si usted medita en la gran cantidad de creosota que se transporta de un lado para otro en Londres en el espacio de un día, no es de extrañar que la huella que seguíamos se haya cruzado con otra. Emplean actualmente mucho ese producto, en especial para la conservación de la madera. El pobre Toby no merece por ello ninguna censura.

—Me imagino que tendremos que volver a buscar el rastro principal.

—Así es. Por suerte, no tenemos que ir lejos. Es evidente que el perro se confundió en Knight's Place; allí había dos huellas diferentes con direcciones distintas. Seguimos por la equivocada. Sólo nos queda, pues, tomar ahora la otra.

Aquello no ofreció dificultad alguna. En cuanto llevamos a Toby al punto en que había cometido su equivocación, trazó un ancho círculo y se lanzó por último en una nueva dirección.

—Debemos cuidar de que no nos lleve ahora en la dirección de donde procedía el barril de creosota —dije yo.

—Ya había pensado en ello. Pero observe que ahora marcha por la acera, mientras que el barril vino por la calzada. No, esta vez seguirnos la verdadera pista.

Ésta iba en dirección de la orilla del río, pasando por Belmot Place y Prince Street. Al terminar Broad Street se dirigió en línea recta a la orilla del río, donde se alzaba un pequeño muelle de madera. Toby nos condujo hasta el mismo borde de éste, y allí se quedó gimoteando y mirando hacia la negra corriente de agua que había delante.

—Tenemos mala suerte —dijo Holmes—. Han embarcado aquí.

Por allí cerca, y al borde del muelle, se veían varias embarcaciones de fondo plano y algunos esquifes.

Llevamos a Toby a todos ellos, uno después del otro; pero, a pesar de que olfateó con gran avidez, no encontró señal alguna.

Cerca del tosco desembarcadero había una pequeña casa de ladrillo, de cuya segunda ventana sobresalía un cartelón de madera, a lo largo del cual estaba pintado con grandes letras:

Mordecai Smith, y debajo: Se alquilan lanchas por horas y días. Otra inscripción sobre la puerta nos informó de que disponían de una lancha a vapor, cosa que resultaba confirmada por una gran pila de carbón de coque que había en el malecón. Sherlock Holmes dirigió lentamente la mirada a su alrededor, y su cara adquirió una expresión seria.

—Esto presenta mal cariz —dijo—. Estos individuos son más astutos de lo que yo esperaba. Por lo visto han borrado sus huellas. Me temo que lo tenían todo bien preparado previamente.

Se iba acercando a la puerta de la casa, cuando ésta se abrió; salió de ella corriendo un niño de unos seis años, de cabellos rizados, seguido de una mujer fortachona, de cara rubicunda, que llevaba en la mano una gran esponja.

—Vuelve aquí para que te lave, Jack —gritó—. Vuelve, pilluelo; si tu padre llega a casa y te ve así, vamos a tener que oírle.

—¡Qué muchachito tan encantador! —exclamó Holmes, con estrategia—. ¡Vaya diablillo de carrillos sonrosados! Vamos a ver, Jack: ¿qué te gustaría que te diese? El muchacho lo pensó un momento, y dijo:

—Un chelín.

—¿Nada más que un chelín?

—Bueno, más aún me gustarían dos —contestó aquel niño prodigio, después de pensarlo un poco.

—¡Aquí los tienes, pues! ¡A ver si los agarras! ¡Estupendo niño, señora Smith!

—Sí que lo es, señor... Que Dios lo bendiga a usted..., y para cuidarlo. Yo casi no puedo con él, sobre todo cuando mi hombre falta varios días seguidos.

—Entonces, ¿está fuera? —dijo Holmes con voz de contrariedad—. Lo siento, porque deseaba hablarle.

—Falta desde ayer por la mañana, señor, y para serle franca, empiezo a preocuparme por él. Pero si se trata de alquilar una lancha, señor, quizá yo misma pudiera servirle.

—Deseaba alquilar la de vapor.

—Es una lástima, señor, porque precisamente es ésa la que se llevó. Y eso es lo que me tiene intrigada; porque me consta que no lleva más carbón que el que necesitaría para ir a Woolwich y regresar. Si se hubiera ausentado en la gabarra, la cosa no me habría preocupado; más de una vez lo han contratado para ir hasta Gravesand, y quizá se hubiese quedado allí si encontraba tarea. Pero ¿de qué sirve una lancha de vapor si no lleva carbón?

—Quizá lo haya comprado en algún muelle, río abajo.

—Sí, quizá. Pero a él no le gusta eso. Le he oído muchas veces protestar contra los precios que cobran por unos pocos sacos de carbón. Además, no me agrada nada ese hombre de la pata de palo, con su feísima cara y acento extranjero. ¿Qué es lo que anda buscando con tanto venir por aquí?

—¿Un hombre con una pata de palo? —preguntó Holmes, con cierta sorpresa.

—Sí, señor: un individuo moreno, con cara de mono, que ha venido varias veces en busca de mi hombre.

Él fue quien lo despertó ayer por la noche; y lo que es más, mi hombre lo esperaba, porque tenía la lancha a presión. Le digo a usted sin rodeos, señor, que no las tengo todas conmigo en este asunto.

—Pero, mi querida señora Smith —dijo Holmes, encogiéndose de hombros—, se asusta usted por una nadería. ¿Cómo sabe usted que fue el hombre de la pata de palo quien vino por la noche? No se me ocurre cómo puede usted estar tan

segura.

—Por su voz, señor. A mí se me había quedado grabada su voz, que es gruesa y ronca. Dio unos golpecitos en la ventana, serían las tres, y dijo: «Compañero, déjese ver, es hora del cambio de guardia».

Mi hombre despertó a Jim, que es mi hijo mayor, y allá se fueron sin decirme siquiera una palabra.

Escuché el martilleo de la pata de palo sobre las piedras.

—Pero ¿estaría solo ese hombre?

—Pues de verdad, señor, que no lo sé. No oí a ninguna otra persona.

—Lo siento, señora Smith; quería una lancha de vapor y me habían hablado muy bien de la... Veamos: ¿cómo me dijeron que se llamaba la lancha?

—La Aurora, señor.

—¡Ya! ¿No es una vieja lancha verde, con una línea amarilla, muy ancha de popa?

—De ninguna manera. Es la lanchita más esbelta y nueva que hay en el río. Está recién pintada de negro, con dos franjas encarnadas.

—Gracias. Deseo que tenga pronto noticias del señor Smith. Voy río abajo, y si le echo la vista encima a la Aurora le diré a su marido que está usted inquieta. ¿Dijo usted que tenía la chimenea pintada de negro?

—No, señor; de negro con una franja blanca.

—¡Ya caigo! De negro en los costados. Buenos días, señora Smith. Watson, tenemos ahí a un barquero con una chalana. La alquilaremos y cruzaremos el río. — Cuando estuvimos sentados a popa de la chalana, Holmes me dijo—: Con esta clase de gente, lo principal es no dejarles que supongan que los datos que uno les pide puedan tener la menor importancia. Como se lo debe usted suponer, se cierran como una ostra. En cambio, si hace como que los escucha porque no tiene otro remedio, es probable que averigüe lo que desea.

—Nuestra línea de acción parece que está ahora bastante clara —dije yo.

—¿Quiere decirme lo que usted haría?

—Contrataría una lancha de vapor y marcharía río abajo tras las huellas de la Aurora.

—Esa sería una tarea colosal, querido amigo. Ha podido atracar en uno cualquiera de los muelles de una y otra orilla que hay desde aquí a Greenwich. Más allá del puente y en un trayecto de muchas millas, los desembarcaderos forman un verdadero laberinto. La tarea de visitarlos todos nos llevaría días y días.

—Recurra usted entonces a la policía.

—No. Aunque es probable que en el último momento llame a Athelney Jones. No es mala persona, y no quisiera hacer nada que pudiera perjudicarle profesionalmente. Puesto que hemos avanzado ya tanto, tengo el capricho de llevar yo mismo el asunto hasta su desenlace.

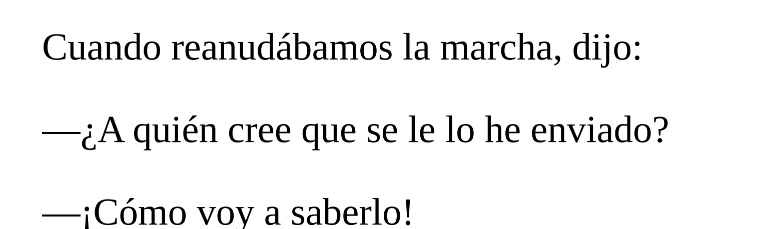
—¿Y no podríamos poner un anuncio pidiendo datos a los encargados de los diversos muelles?

—¡Mucho peor todavía! Nuestros hombres sabrían entonces que les pisamos los talones y se largarían del país. Aunque, y tal como están las cosas, es probable que se larguen; pero no lo harán con precipitación mientras se crean a salvo. La energía de Jones nos será en esto de gran utilidad, porque sus puntos de vista acerca del asunto aparecerán en la prensa diaria y los fugitivos creerán que todo el mundo anda despistado.

—¿Qué vamos, pues, a hacer? —le pregunté cuando desembarcábamos cerca de la penitenciaría del Millbank.

—Alquilar ese coche, irnos a casa, desayunar y dormir unas horas. Es posible, dentro del juego, que tengamos que pasar en pie otra noche más. ¡Cochero, deténgase en una oficina de telégrafos! Nos quedaremos con Toby, porque quizá pueda sernos de utilidad todavía.

El coche se detuvo frente a la oficina de telégrafos de Great Peter Street, y Holmes envió su telegrama.



Cuando reanudábamos la marcha, dijo:

—¿A quién cree que se le lo he enviado?

—¡Cómo voy a saberlo!

—¿Se acuerda de la sección del cuerpo de investigadores de Baker Street, a la que recurrí en el caso de Jefferson Hope?

—Sí, ¿y qué? —le pregunté, echándome a reír.

—Que en esta ocasión pudieran sernos de incalculable utilidad. Si ellos fracasan tengo otros recursos de que echar mano, pero voy a empezar por ponerlos a prueba. Ese telegrama lo dirigí a mi sucio tenientillo Wiggins, y confío en antes de que hayamos acabado de desayunar, él y su pandilla estarán con nosotros.

Serían entre las ocho y las nueve en ese momento, y yo notaba una fuerte reacción después de las sucesivas emociones de la noche. Estaba lánguido y cansado, con el cerebro brumoso y el cuerpo dolorido. No poseía el entusiasmo profesional que sostenía a mi compañero, ni podía encarar el asunto como un simple problema intelectual abstracto. Por lo que se refería al asesinato de Bartholomew Sholto, nada de bueno había oído hablar de esta persona y no podían inspirarme excesiva antipatía sus asesinos. Lo del tesoro ya era distinto. El tesoro, o por lo menos parte del mismo, le pertenecía, en justicia, a la señorita Morstan. Mientras existiese alguna posibilidad de recuperarlo, yo estaba dispuesto a consagrar mi vida a ese único objetivo. Es cierto, me decía yo mismo, que ello la colocará fuera de mi alcance. Pero el mío sería un amor ruin y egoísta si se dejase influir por una consideración tal. Si Holmes era capaz de trabajar para dar con los criminales, existía una razón diez veces más fuerte que me impelía a mí a la búsqueda del tesoro.

Un baño en Baker Street y el cambio total de ropas me reanimaron maravillosamente. Cuando bajé a nuestro cuarto de estar, me encontré el desayuno servido y a Holmes sirviendo el café.

—Ahí está el asunto —me dijo, riéndose, y señalándome el periódico—. Entre el enérgico Jones y el ubicuo informador de prensa, lo han averiguado ya todo. Pero basta ya para usted del caso. Lo mejor que puede hacer es probar, antes que nada, los huevos con jamón.

Le quité el periódico y leí una breve gacetilla cuyo encabezamiento era: «Misterioso asunto misterioso en Upper Norwood». Decía el Standard:

"La noche pasada, y a eso de las doce, fue encontrado muerto, en su habitación y en circunstancias que hacen pensar en algo turbio, el señor Bartholomew Sholto, de Pondicherry Lodge, Upper Norwood. Según nuestros datos, el cadáver del señor Sholto no presentaba ningún rastro de violencia, pero ha desaparecido una valiosa colección de piedras preciosas de la India que el muerto había heredado de su padre. Los primeros en descubrir el cadáver fueron el señor Sherlock Holmes y el doctor Watson, que habían ido a visitar al señor Thaddeus Sholto, hermano del difunto. Por afortunada coincidencia, el conocido miembro de cuerpo de detectives, señor Athelney Jones, se encontraba en la comisaría de Norwood y pudo hacer acto de presencia en el lugar del suceso menos de media hora después de la primera alarma. Sus facultades de hombre entrenado y experimentado se enfocaron inmediatamente hacia la tarea de descubrir a los criminales, con el satisfactorio resultado de que el hermano, Thaddeus Sholto, se encuentra ya detenido, junto con el ama de llaves, señora Bernstone, un mayordomo indio llamado Lal Rao y el portero McMurdo. Es evidente que el ladrón o ladrones conocían perfectamente la casa; los bien probados conocimientos técnicos del señor Jones y sus dotes de minuciosa observación le han permitido demostrar de un modo terminante que los criminales no pudieron entrar por la puerta ni por la ventana y se vieron obligados a introducirse por el tejado del edificio, valiéndose de una trampilla, hasta una habitación que comunica con la misma en que se encontró el cadáver. Este hecho, que ha quedado terminantemente establecido, demuestra que no se trata de un robo con escalo casual. La acción rápida y enérgica de los funcionarios de la ley prueba la gran ventaja que tiene en tales ocasiones la presencia de una sola inteligencia enérgica y dominadora. No podemos menos de pensar que suministra un argumento favorable a quienes desean que nuestros detectives estén más descentralizados, para que de ese modo puedan ponerse en contacto más cercano y eficaz con los casos que se ven obligados a investigar."

—¿No es estupendo? —dijo Holmes, sonriendo anchamente por encima de su taza de café—. ¿Qué le parece a usted?

—Creo que nos hemos librado por los pelos de no ser detenidos por el crimen.

—Eso mismo creo yo. No respondo de que ni aun ahora estemos seguros si a Jones le entrase otro de sus arrebatos de energía.

En ese mismo instante dieron un fuerte tirón a la campanilla de la puerta y llegó hasta mis oídos la voz de la señora Hudson, nuestra patrona, con un tono de súplica y de apocamiento.

—Por vida de... Holmes, creo que, realmente, vienen a por nosotros.

—No llega a tanto como eso la cosa. Son las fuerzas particulares... Los irregulares de Baker Street.

Mientras él hablaba, se oyó subir escaleras arriba un ruido de pies descalzos y un estruendo de voces chillonas, e irrumpió en el cuarto una docena de pilluelos sucios y desarrapados. A pesar de su entrada tumultuosa, se advertía entre ellos cierta disciplina, porque se alinearon instantáneamente y permanecieron frente a nosotros con caras expectantes. Uno de ellos, más alto y de más años que los otros, se adelantó con aire de tranquila superioridad, que resultaba por demás divertido en un monigote tan insignificante, y dijo:

—Recibí su mensaje, señor, y me los traje volando. Tres chelines y un penique en billetes.

—Tómalos —dijo Holmes, sacando algunas monedas de plata—. De aquí en adelante, Wiggins, que se pongan todos en contacto contigo y tú conmigo. No puedo consentir que invadáis la casa de este modo. Ahora, sin embargo, es mejor que todos escuchéis las órdenes. Deseo averiguar las andanzas de una lancha de vapor llamada Aurora, propiedad de Mordecai Smith. Es negra con dos franjas rojas y chimenea negra con una franja blanca. Debe de andar río abajo. Quiero que uno de vosotros se sitúe en el embarcadero de Mordecai Smith, frente al Millbank, para avisar si la lancha regresa. Tenéis que distribuiros entre vosotros el trabajo y revisar bien ambas orillas. En cuanto tengáis noticias, comunicádmelas. ¿Está todo claro?

—Sí, jefe —dijo Wiggins.

—La tarifa de siempre, y una guinea para el que descubra la lancha. Aquí tenéis la paga adelantada de un día. ¡Y ahora, largo!

Dio a cada uno de ellos un chelín, y allá se fueron alborotando escaleras abajo, y un momento después pude ver cómo se alejaban corriendo por la calle.

—Si la lancha está a flote, la descubrirán —dijo Holmes, levantándose de la

mesa y encendiendo su pipa—. Ellos se meten en todas partes, lo ven todo y lo escuchan todo. Confío en tener noticias, de aquí a la noche, de que han localizado la lancha. Entre tanto, no podemos hacer otra cosa que esperar los resultados. Nos es imposible encontrar la pista interrumpida mientras no demos con la Aurora o con Mordecai Smith.

—Me parece que Toby podría comerse estas sobras. ¿Va usted a acostarse, Holmes?

—No, no estoy cansado. Mi constitución es muy especial. No recuerdo que el trabajo me haya fatigado nunca, pero el ocio me agota por completo. Voy a ponerme a fumar y a meditar en este extraño asunto en el que nos ha metido nuestra bella cliente. Nuestra empresa debiera resultar facilísima, si alguna empresa lo es. Los hombres con una pata de madera no abundan demasiado; pero el otro individuo que lo acompaña es, creo yo, un tipo absolutamente único.

—¡Otra vez el otro individuo!

—De todos modos, no deseo en modo alguno hacer un misterio de él. Usted debe de haber formado ya su propia opinión. Y ahora, fíjese en los detalles que tenemos: huellas de pie diminutas, dedos que no se han sentido nunca apretados por las botas, pies descalzos, porra de madera con cabeza de piedra, gran agilidad, pequeños dardos emponzoñados. ¿Qué saca usted de todo esto?

—¡Que se trata de un salvaje! —exclamé—. Quizás uno de los indios con los que estaba asociado Jonathan Small.

—Difícilmente puede ser eso —dijo Holmes—. Yo también me sentí inclinado a pensarlo la primera vez que encontré señales de armas extrañas; pero lo extraordinario de las huellas de los pies me obligó a volver a meditar sobre mis puntos de vista. Algunos de los habitantes de la península indostana son de pequeña estatura, pero ninguno de ellos habría dejado huellas como éstas. El auténtico indio tiene pies largos y delgados. Los mahometanos, que usan sandalias, suelen tener el dedo gordo muy separado de los demás, porque suelen pasar entre ese dedo y los otros la correa de las mismas. Además, estos minúsculos dardos sólo pueden ser disparados de una manera: por medio de una cerbatana. Ahora bien: ¿en dónde vamos a encontrar a nuestro salvaje?

—En Sudamérica —aventuré.

Alargó la mano hacia un estante y retiró del mismo un grueso volumen que puso encima de la mesa.

—Es el tomo primero de un diccionario geográfico que se está publicando. Puede considerársele como la más reciente autoridad. Veamos que nos dice aquí: «Islas Andamán, situadas a trescientas cuarenta millas al norte de Sumatra, en la bahía de Bengala». ¡Vaya! Vaya! ¿Qué es todo esto? «Clima húmedo, arrecifes de coral, tiburones, Port Blair, penitenciaría, isla Rutland, algodoneros...» ¡Aquí lo tenemos!: «Los aborígenes de las islas Andamán pueden reclamar el honor de ser la raza más pequeña del mundo, aunque algunos antropólogos se inclinan por los bosquimanos de África, a los indios Digger de Norteamérica y a los fueguinos. La estatura media de aquéllos es bastante inferior a cuatro pies, pero se encuentran muchos adultos en pleno desarrollo que son de estatura bastante menor. Son pueblos intratables, adustos, feroces, aunque capaces de entablar amistades de la mayor abnegación una vez que se consigue ganar su confianza.» Fíjese en esto Watson. Y ahora, escuche lo que sigue: «Son, por naturaleza, feísimos; tienen cabezas voluminosas y deformes, ojos pequeños y agresivos y rasgos faciales distorsionados. Sin embargo, los pies y las manos de esta raza son extraordinariamente pequeños. Es gente tan intratable y salvaje, que los funcionarios oficiales han fracasado por completo en sus esfuerzos por atraérselos, aunque sólo sea en parte. Han constituido siempre una pesadilla para las tripulaciones de barcos náufragos, porque acaban con los supervivientes a golpes de sus mazas de piedra o hiriéndolos con dardos envenenados. Estas matanzas acaban de una manera invariable con un festín caníbal.» ¡Pueblo invariable y simpático este, Watson! Si a nuestro individuo le hubieran dejado actuar a gusto suyo, quizás este asunto hubiese tomado un cariz más siniestro todavía. Me imagino que incluso, tal como han ocurrido las cosas, Jonathan Small daría mucho por no haberse servido de este hombre.

—Pero ¿cómo habrá llegado a tener tan singular compañero?

—Eso es más de lo que yo estoy en situación de decir. Sin embargo, puesto que tenemos ya probado que Small procede de las islas Andamán, no resulta muy extraordinario el que le acompañe un isleño de las mismas. Sin duda alguna que lo averiguaremos todo con el tiempo. Escuche, Watson, usted parece bastante agotado. Túmbese ahí, en el sofá, y vea si yo consigo dormirle.

Holmes echó mano al violín que estaba en un rincón, y al mismo tiempo que yo me tumbaba en el sofá, empezó a tocar una suave melodía ensoñadora en

sordina, original suya, sin duda, porque poseía dotes notables para improvisar. Conservo un vago recuerdo de sus miembros enjutos, su cara expresiva, y del alzarse y bajar del arco del violín. Luego me pareció flotar serenamente, alejándome por un blando mar de sonidos, hasta que me encontré en el país de los sueños, con el dulce rostro de Mary Morstan que se inclinaba para mirarme.

9. Un eslabón roto

La tarde estaba ya avanzada cuando desperté, fortalecido y vigorizado. Sherlock Holmes seguía sentado de la misma manera que yo lo dejé, salvo que había dejado a un lado su violín y estaba ahora absorto en un libro. Cuando yo me moví, él miró de través y puede observar que tenía la cara ensombrecida y con expresión de preocupación.

—Ha dormido usted profundamente —me dijo—. Tenía miedo de que nuestra conversación lo hubiese desvelado.

—Pues no oí nada —le respondí—. ¿Eso quiere decir que ha tenido usted noticias?

—No, por desgracia. Confieso que me encuentro sorprendido y defraudado. Confiaba en haber tenido ya alguna noticia concreta. Acaba de estar aquí Wiggins, para informarme. Dice que no ha podido encontrar rastro alguno de la lancha. Es un obstáculo irritante, porque cada hora que pasa tiene importancia.

—¿Puedo hacer algo? Me siento completamente descansado, y muy dispuesto para otra noche al aire libre.

—No, nada podemos hacer. Sólo nos resta esperar. Si saliésemos nosotros mismos, pudiera llegar en ausencia nuestra el mensaje y se ocasionaría un retraso. Usted puede hacer lo que guste, pero yo no tengo más remedio que quedarme de guardia.

—Pues, entonces me acercaré en una carrera hasta Camberwell, para visitar a la señora Cecil Forrester. Me lo pidió ayer.

—¿A la señora Cecil Forrester? —preguntó Holmes, con el parpadeo de una sonrisa en los labios.

—Bueno; también a la señorita Morstan. Las dos mostraron la más viva ansiedad por saber lo que había ocurrido.

—Yo no les contaría demasiadas cosas —me contestó Holmes—. Nunca se debe uno confiar por completo a las mujeres..., ni siquiera a la mejor de ellas.

No quise ponerme a discutirle una opinión tan atroz, y le dije:

—Estaré de regreso dentro de una o dos horas a lo sumo.

—Muy bien. ¡Buena suerte! Pero oiga una cosa: si va usted a cruzar el río podría aprovechar para devolver a Toby, porque no me parece en modo alguno probable que lo necesitemos ya para nada.

Me llevé, pues, a nuestro perro, y lo entregué, junto con medio soberano, en la tienda del viejo naturalista de Pinchin Lane. En Camberwell encontré a la señorita Morstan un poco cansada después de sus aventuras de la noche anterior, pero ansiosa en recibir noticias. También la señora Forrester estaba llena de curiosidad. Les conté todo cuanto habíamos hecho, suprimiendo, no obstante, los detalles más terribles de la tragedia. De ese modo, aunque hablé de la muerte del señor Sholto, nada dije de la manera exacta y del método empleado para matarlo. Sin embargo, a pesar de todas mis omisiones, había materia suficiente para sorprenderlas y asombrarlas.

—¡Pero si es toda una novela! —exclamó la señora Forrester—. Una dama perjudicada, medio millón de libras, un caníbal negro y un bribón con una pata de palo. Estos personajes vienen a sustituir al dragón y al conde malvado que suele aparecer de ordinario.

—Tenemos, además, los dos caballeros andantes que acuden al rescate —agregó la señorita Morstan, mirándome con ojos encendidos.

—Pues bien, Mary: la fortuna de usted depende del resultado de esta búsqueda. Me parece que la cosa no la emociona ni con mucho lo que debiera. ¡Imagínese lo que debe ser el disponer de semejante riqueza y el tener el mundo a sus pies!

Mi corazón tuvo un pequeño estremecimiento de júbilo al comprobar que ella no mostraba síntoma alguno de entusiasmo ante aquella perspectiva. Al contrario, sacudió su orgullosa cabeza como si ese asunto despertara poco su interés.

—Lo que me tiene ansiosa es la suerte del señor Thaddeus Sholto —dijo—. Todo lo demás, carece de importancia. Creo que ese señor se ha portado, desde el principio hasta el fin, con la mayor bondad y honradez. Nuestro deber es

librarlo de esa tremenda e infundada acusación.

Era ya de noche cuando yo abandoné Camberwell, y la oscuridad era completa cuando llegué a casa. El libro y la pipa de mi compañero estaban al lado de su silla, pero él había desaparecido. Miré por todas partes con la esperanza de descubrir una carta, pero no había ninguna.

—¿Ha salido de casa el señor Holmes? —pregunté a la señora Hudson, cuando ésta entró para bajar las persianas.

—No, señor. Se ha metido en su dormitorio, señor. —Y luego me preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un cuchicheo elocuente—: ¿Sabe usted, señor, que temo por la salud del señor Holmes?

—¿Por qué, señora Hudson?

—¡Es que es tan extraño! Después de marcharse usted, se puso a pasear de arriba abajo y de abajo arriba; acabé por cansarme de oír sus pasos. Después le oí que hablaba consigo mismo y que mascullaba frases, y siempre que tocaban la campanilla de la puerta, él salía a lo alto de la escalera a preguntar: «¿Quién es, señora Hudson?» Y ahora se marchó a su cuarto dando un portazo, pero sigo oyéndole pasear lo mismo que antes. Espero que no se ponga enfermo, señor. Me arriesgué a decirle algunas palabras recomendándole un medicamento para los enfriamientos; pero se volvió y me miró de una manera tal, que yo no sé ni cómo acerté a salir del cuarto.

—Señora Hudson, no creo que haya motivos para que se intranquilice usted —le contesté—. Yo le he visto de esa manera antes de ahora. Tiene seguramente algún problema en mente que le desasosiega.

Procuré hablar a nuestra digna patrona sin dar importancia a la cosa; pero yo mismo me sentí algo preocupado, porque durante toda la larga noche seguí oyendo de cuando en cuando el ruido monótono de sus pasos, y comprendí toda la irritación de su espíritu activo contra aquella inactividad forzada.

Cuando nos sentamos a desayunar, Holmes apareció fatigado y ceñudo, mostrando en las mejillas una mancha de tipo febril.

—Amigo mío, usted se está matando —le dije—. Le he oído pasearse durante toda la noche.

—Es que no podía dormir —contestó—. Este problema infernal está consumiéndome. Resulta demasiado duro el verse detenido por un obstáculo tan insignificante, después de haber vencido todos los demás. Conozco a los hombres, sé cuál es la lancha, lo sé todo; y, sin embargo, no consigo noticia alguna. He puesto en acción otros grupos y he empleado todos los recursos a mi alcance. Se ha rebuscado todo el río en una y otra orilla, pero no hay noticias, y la señora Smith no las tiene tampoco de su marido. Pronto tendré que llegar a la conclusión de que ha hundido la lancha. Pero existen varias razones que lo contradicen.

—Quizá la señora Smith nos ha lanzado sobre una pista falsa.

—No, creo que hay que descartar esa suposición. He realizado investigaciones, y existe, en efecto, una lancha de esas características.

—¿Y no han podido navegar río arriba?

—También esa posibilidad la he tomado en cuenta, y he enviado un grupo explorador, que actuará hasta la altura de Richmond. Si hoy no tenemos alguna noticia, mañana me lanzaré yo mismo a la búsqueda, y veré de encontrar a los individuos más bien que a la embarcación. Pero estoy seguro de que hoy tendremos alguna noticia.

Sin embargo, no la tuvimos; ni de parte de Wiggins ni de la de ningún otro de los actuantes llegó hasta nosotros una sola palabra. En la mayoría de los periódicos se publicaron artículos acerca de la tragedia de Norwood. Todos ellos se mostraban bastante hostiles al desdichado Thaddeus Sholto. Sin embargo, no había en esos artículos ningún detalle nuevo, salvo que anunciaban que al día siguiente se celebraría una encuesta judicial. A la caída de la tarde fui caminando hasta Camberwell para comunicar a aquellas señoras nuestra falta de éxito, y a mi regreso me encontré a Holmes abatido y algo malhumorado. Apenas si contestó a mis preguntas, y durante toda la velada anduvo atareado en un abstruso análisis químico, que exigió calentar innumerables retortas y destilar gran cantidad de vapores, acabando después de todo en un olor que me obligó a salir del cuarto. Hasta las primeras horas de la madrugada seguí escuchando el entrechocar de sus tubos de ensayo, lo cual me indicó que Holmes se hallaba todavía entregado a su maloliente experimento.

Empezaba a clarear cuando desperté sobresaltado y quedé sorprendido al

descubrir, de pie junto a mi cama, a Holmes vestido con las ropas de un rudo marinero: grueso chaquetón de lana y una tosca bufanda encarnada alrededor del cuello.

—Me voy río abajo, Watson —dijo—. He dado vuelta a todo el asunto en mi cabeza y sólo veo una salida. Vale la pena, en todo caso, intentarla.

—Podré acompañarle, ¿verdad? —le dije.

—No, usted puede ser mucho más útil quedándose aquí, en representación mía. Me cuesta trabajo marcharme, porque cabe perfectamente, dentro del juego, que me llegue algún mensaje durante el día, a pesar de que Wiggins se manifestó anoche muy pesimista. Quiero que abra usted todas las cartas y telegramas y que, si llega alguna noticia, actúe según le dé a entender su propio criterio. ¿Puedo contar con usted?

—¡Con toda seguridad!

—Sospecho que no podrá encontrar manera de telegrafiarme, porque yo mismo me vería apurado para decirle ahora dónde andaré. Sin embargo, si la suerte me acompaña, quizá no permaneceré ausente demasiado tiempo. Antes de regresar, habré de conseguir noticias, sean las que sean.

A la hora del desayuno no sabía aún nada de Holmes. Sin embargo, al desdoblar el Standard encontré en el periódico una alusión nueva a nuestro caso. Decía así:

"Con referencia a la tragedia de Upper Norwood, tenemos motivos para creer que el asunto promete ser todavía más complejo y misterioso de lo que al principio se había supuesto. Pruebas posteriores han venido a demostrar que es del todo imposible que el señor Thaddeus Sholto haya podido tener intervención de ninguna clase en el mismo. Tanto el señor Thaddeus Sholto como el ama de llaves, señora Berstone, fueron puestos en libertad ayer por la noche. Se cree, sin embargo, que la policía tiene una pista acerca de los verdaderos culpables, pista que sigue el señor Athelney Jones, de Scotland Yard, con toda su bien conocida energía y sagacidad. Pueden esperarse en cualquier momento nuevas detenciones".

Hasta ahí, todo marcha satisfactoriamente —pensé yo—. El amigo Sholto, en todo caso, se encuentra a salvo. Me pregunto cuál será esa nueva pista, aunque tengo la impresión de que se trata de la frase estereotipada que emplea la policía

siempre que ha cometido un error.

Dejé el periódico encima de la mesa, pero en ese instante mis ojos descubrieron un anuncio en la sección de avisos personales. Estaba redactada de esta manera:

“Desaparecido. Mordecai Smith, barquero, y su hijo Jim, que partieron del embarcadero de Smith, a eso de las tres de la madrugada del martes pasado, en la lancha de vapor Aurora, negra con dos franjas encarnadas, chimenea negra con franja blanca. Se pagará la cantidad de cinco libras a cualquier persona que pueda citar informes a la señora Smith, en el embarcadero Smith o en el 221 B, Baker Street, sobre el paradero de dicho Mordecai Smith y de la lancha Aurora”.

Aquello era sin duda obra de Holmes. Bastaba para demostrarlo la dirección de Baker Street. A mí me pareció un recurso ingenioso, porque podían leerlo los fugitivos sin descubrir en el mismo otra cosa que la ansiedad natural de una mujer por la desaparición de su marido.

El día resultó muy largo. Cada vez que llamaban a la puerta o que se oían en la calle pasos rápidos, yo imaginaba que o bien era Holmes que volvía, o que llegaba una contestación a su anuncio. Me esforcé por leer, pero mis pensamientos se desviaban con frecuencia hacia nuestra investigación y a los dos hombres, tan dispares y tan malvados, a quienes perseguíamos. ¿Era posible, me preguntaba, que hubiese algún fallo radical en los razonamientos de mi compañero? ¿No sería éste quizá víctima de alguna enorme alucinación? ¿No habría quizá su inteligencia, ágil y especuladora, construido su atrevida teoría sobre premisas falsas? Yo no lo había visto nunca equivocado; sin embargo, hasta el más agudo razonador puede sufrir un engaño. Holmes podía, posiblemente, equivocarse al llevar su lógica a excesos de refinamiento..., por su preferencia a buscar una explicación sutil y extraña cuando tenía a mano otra más sencilla y más vulgar. Sin embargo, y por otro lado, yo mismo había visto las pruebas y le había oído exponer las razones que le servían para sus deducciones. Al repasar en mi imaginación la larga cadena de detalles curiosos, triviales muchos de ellos en sí mismos, pero que todos tendían a la misma dirección, no podía ocultarme a mí mismo que, aun en el caso de que la explicación de Holmes fuese incorrecta, la tesis verdadera tenía por fuerza que ser igualmente outré y sorprendente.

A las tres de la tarde resonó con fuerza la campanilla de la puerta, se oyó en el vestíbulo una voz autoritaria y, con gran sorpresa mía, fue introducido en mi

habitación nada menos que Athelney Jones en persona. Sin embargo, se mostraba ahora muy distinto del profesor en sentido común, tan brusco y dominador, que tan confiadamente se había hecho cargo del caso en Upper Norwood. Su expresión era de abatimiento, y sus maneras, mansas incluso, parecían pedir disculpa.

—Buenos días, señor; buenos días —dijo—. Me dicen que el señor Holmes ha salido.

—Sí, y no sé de fijo cuándo regresará. Pero quizá desee usted esperarle. Tome esa silla y sírvase un cigarro de éstos.

—Gracias; no tengo inconveniente —dijo, enjugándose la cara con un gran pañuelo rojo estampado.

—¿Un whisky con soda?

—Bueno, medio vaso. El tiempo es muy caluroso para la época del año en que estamos, y yo he tenido muchas preocupaciones y dificultades. ¿Conoce usted mi hipótesis sobre el caso de Norwood?

—Recuerdo que usted expuso una teoría.

—Pues bien: me he visto en la necesidad de reconsiderarla, Yo tenía bien sujeto en mis redes al señor Sholto, pero se me escapó por un agujero que había en su centro. Consiguió demostrar una coartada que no ha habido modo de echar abajo. Desde la hora en que se separó de su hermano ha habido en todo momento una u otra persona que no le han perdido de vista. De modo, pues, que no pudo ser él quien trepó hasta el tejado y se metió por la trampilla. Es un caso muy oscuro, y en él se juega mi crédito profesional. Me alegraría mucho recibir alguna pequeña ayuda.

—Todos nosotros la necesitamos en ocasiones —le dije.

—Su amigo, el señor Holmes, es una persona maravillosa —me dijo en un cuchicheo ronco y confidencial—. Es hombre al que nadie puede vencer. He visto a este joven acometer una buena cantidad de casos, y hasta ahora no he conocido ninguno en el que no haya conseguido arrojar luz. Es un hombre un tanto irregular en sus métodos y quizá demasiado rápido en aplicar teorías; pero, en conjunto, me parece que habría sido un agente con grandes perspectivas, y no

me importa que se entere nadie de lo que digo. Esta mañana he recibido un telegrama suyo, del que saco la consecuencia de que él tiene alguna pista del caso de Sholto. Vea usted el mensaje.

Extrajo el telegrama de su bolsillo y me lo entregó. Estaba fechado en Poplar, a las doce del mediodía, y decía:

“Vaya de inmediato a Baker Street. Si no he regresado, espéreme. Estoy siguiendo la pista de la pandilla de Sholto. Si quiere venir esta noche para asistir al momento final, puede acompañarnos”.

—Esto suena bien. Es evidente que ha vuelto a encontrar el rastro —dije.

—Vamos... según eso él también lo había perdido —exclamó Jones con satisfacción evidente—. Hasta los mejores nos despistamos en ocasiones. Desde luego, quizá sea esta una alarma falsa; pero mi deber de funcionario de la ley es no dejar que se me escurra ninguna posibilidad. Pero hay alguien a la puerta. Tal vez sea él.

Se oyeron fuertes pisadas escaleras arriba, acompañadas de muchos jadeos y bufidos, como de un hombre a quien le cuesta mucho recobrar el aliento. El que subía se detuvo una o dos veces, como si aquel esfuerzo le resultase excesivo, pero al fin llegó hasta nuestra puerta y entró en la habitación. Su aspecto correspondía a los ruidos que habíamos escuchado. Era un anciano, con atuendo completo de marinero y un viejo chaquetón, de lana gruesa, abrochado hasta el cuello. Era cargado de espalda, le temblaban las rodillas y su respiración era dolorosamente asmática. Al apoyarse en un grueso bastón de roble, sus hombros se alzaron en un gran esfuerzo por inspirar el aire en sus pulmones. Llevaba alrededor de la barbilla una bufanda de colores, y yo pude ver muy poco su cara, fuera de un par de ojos negros, de mirada penetrante, sombreados por unas tupidas cejas blancas, y largas patillas, también blancas. En conjunto, me produjo la impresión de un respetable y avezado marino cargado ya de años y venido a menos.

—¿Qué le trae, buen hombre? —le pregunté.

El visitante miró alrededor de sí de la manera lenta y metódica propia de los ancianos.

—¿Está aquí el señor Sherlock Holmes? —dijo.

—No; pero yo actúo en nombre suyo. Puedo darle cualquier mensaje que traiga para él.

—Es a él a quien yo tenía que dárselo —dijo.

—Ya le digo que actúo en nombre suyo. ¿Se trata de algo relacionado con la lancha de Mordecai Smith?

—Sí. Yo sé muy bien dónde se encuentra. Y sé dónde se hallan los hombres que persigue. Y sé dónde está el tesoro. Lo sé todo sobre el caso.

—Dígamelo entonces, y se lo comunicaré a él.

—Es a él a quien yo tenía que decírselo —repitió con la obstinación impertinente propia de toda persona muy anciana.

—Bueno, tendrá usted que esperarle.

—No, no; no voy a perder todo el día por dar gusto a nadie. Si el señor Holmes no está aquí, entonces el señor Holmes tendrá que descubrirlo todo por sí mismo. A mí no me convence el aspecto de ninguno de ustedes dos, y no les diré ni una palabra.

El viejo caminó arrastrando los pies hacia la puerta, pero Athelney Jones se le plantó delante, y le dijo:

—Espere un poco, amigo. Usted posee datos importantes y no debe marcharse de aquí. Le guste o no le guste, se quedará aquí hasta que regrese nuestro amigo.

El anciano dio una carrerita hacia la puerta, pero viendo que Athelney Jones apoyaba contra ella su ancha espalda, se convenció de que era inútil la resistencia, y gritó golpeando el suelo con su bastón: —¡Bonita manera de tratarme es ésta! Vengo aquí para ver a un caballero, y ustedes dos, a quienes no he visto nunca en mi vida, me sujetan y me tratan de esta manera.

—No perderá usted nada con ello —le dije—. Le recompensaremos por el tiempo que haya perdido. Siéntese en aquel sofá, y no tendrá que esperar mucho.

El viejo se dirigió con semblante malhumorado hasta el sofá, tomó asiento en el mismo apoyando la cara en sus manos. Jones y yo volvimos a nuestros cigarros

y a nuestra charla. Pero súbitamente nos interrumpió la voz de Holmes, que decía:

—Creo que podrían ustedes ofrecerme a mí también un cigarro.

Los dos pegamos un salto en nuestros asientos. Holmes estaba sentado junto a nosotros, con expresión tranquilamente divertida.

—¡Holmes! —exclamé yo—. ¡Usted aquí! Pero ¿dónde está el viejo?

—Aquí está el viejo —dijo, enseñándonos un montón de cabellos blancos que tenía en la mano—. Aquí está...: peluca, patillas, cejas y todo lo demás. Yo creía que mi disfraz era bastante bueno, pero no llegué a imaginarme que pudiera superar esta prueba.

—¡Ah bribón! —exclamó Jones, divertido—. Hubiera usted podido ser actor, y actor extraordinario. Ha imitado con exactitud la tos de los asilos de viejos, y esas piernas temblorosas bien valen diez libras por semana. Yo creí, sin embargo, reconocer el brillo de sus ojos. Ya ve que no se nos escapó tan fácilmente.

—He trabajado todo el día con este disfraz —dijo, encendiendo su cigarro—. Es que una buena cantidad de los criminales empiezan a conocerme..., en especial desde que a nuestro amigo aquí presente le dio por publicar algunos de mis casos; por eso ya no circulo por terreno peligroso sino bajo un sencillo disfraz como éste. Recibiría mi telegrama, ¿verdad?

—Sí; eso es lo que me ha traído aquí.

—Y qué, ¿ha adelantado su caso?

—Se quedó todo reducido a la nada. Tuve que dejar en libertad a dos de mis detenidos y no hay pruebas contra los otros dos.

—No importa. Le proporcionaremos otros dos, en lugar de éstos. Pero es preciso que usted se ponga bajo mis órdenes. Le dejo con mucho gusto todo el mérito oficial, pero tiene usted que actuar siguiendo las líneas que yo trazaré. ¿Convenido?

—Por completo, si usted me ayuda a atrapar a esos hombres.

—Pues bien: necesitaré, en primer lugar, una lancha rápida de la policía, una lancha a vapor, que deberá encontrarse en Westminster Stairs a las siete.

—Eso se arregla con facilidad. Siempre anda por allí alguna; pero para estar seguros voy a cruzar la calle y telefonear.

—Necesitaré, además, dos hombres valerosos, por si se nos ofrece resistencia.

—Habrá dos o tres en la lancha. ¿Algo más?

—Cuando cojamos los hombres nos apoderaremos también del tesoro. Yo creo que para este amigo mío aquí presente sería una satisfacción llevar el cofre a la joven a quien, en justicia, pertenece la mitad. Que sea ella la primera en abrirlo... ¿Qué le parece, Watson?

—Tendría un grandísimo placer en ello.

—El procedimiento es irregular —dijo Jones, sacudiendo la cabeza—. Sin embargo, todo el negocio es irregular, y supongo que podemos acceder a ello. El tesoro deberá ser entregado después a las autoridades hasta que termine la investigación oficial.

—Desde luego. Así es como debe ser. Otro punto más. Me agradaría escuchar de boca del propio Jonathan Small algunos detalles relativos a este asunto. Ya sabe usted que en todos mis casos me gusta perfilar los detalles. ¿No habrá, pues, obstáculo para que yo mantenga con él una entrevista en privado, ya sea aquí, en mis habitaciones, o en cualquier otro lugar, siempre que ese hombre se encuentre bien custodiado?

—Bueno, usted es el dueño de la situación. Yo no tengo todavía pruebas de la existencia del tal Jonathan Small. Sin embargo, si usted es capaz de echarle el guante, no veo modo de rehusarle una entrevista con él.

—¿Entendido, pues?

—Por completo. ¿Algo más?

—Únicamente que insisto en que usted cene con nosotros. La comida estará preparada antes de media hora. Tengo ostras y un par de perdices, con un buen surtido de vinos blancos. Watson, usted no ha sabido apreciar nunca mis méritos

como ama de casa.

10. El final de un isleño

Nuestra cena discurrió felizmente. Cuando quería, Holmes era un extraordinario conversador, y aquella noche quiso serlo. Parecía encontrarse en un estado de exaltación nerviosa. Nunca le he visto tan brillante. Habló sobre una rápida sucesión de temas; desde autos sacramentales hasta la vajilla medieval, los violines Stradivarius, el budismo en Ceilán y sobre los barcos de guerra del futuro. Trató todos y cada uno de los temas como si hubiese hecho un estudio especial de cada uno. Su humor alegre indicaba una reacción al sombrío abatimiento de los días anteriores. Athelney Jones resultó ser, en sus horas de asueto, un compañero agradable, e hizo frente a la comida con el aire de un bon vivant. En cuanto a mí, me sentía eufórico al pensar que nos aproximábamos al final de nuestra tarea, y me contagié en parte de la alegría de Holmes. Ninguno de los tres aludimos en el transcurso de la comida a la causa que nos había reunido.

Levantando los manteles, Holmes miró su reloj y escanció tres vasos de Oporto, diciendo:

—Bebamos un vaso por el éxito de nuestra pequeña expedición. Y ahora, es ya tiempo de que nos pongamos en camino. ¿Lleva usted pistola, Watson?

—Tengo en mi mesa mi viejo revólver de servicio.

—Entonces es preferible que lo coja. Conviene estar preparados. Veo que tenemos el coche de alquiler en la puerta. Lo cité para las seis y media.

Pasaba un poco de las siete cuando llegamos al muelle de Westminster, donde encontramos la lancha esperándonos. Holmes la examinó con ojo crítico.

—¿Lleva alguna indicación de que pertenece a la policía?

—Sí; esa lámpara verde a babor.

—Pues quitadla.

Se hizo ese pequeño cambio, subimos a bordo y se soltaron las amarras. Jones, Holmes y yo íbamos en la popa. Uno de los hombres manejaba el timón, otro cuidaba de las máquinas y a proa iban dos robustos inspectores de la policía.

—¿Adónde? —preguntó Jones.

—A la Torre. Dígales que se detengan frente al astillero de Jacobson.

Era evidente que nuestra embarcación era muy rápida. Cruzamos como una flecha junto al costado de las pesadas gabarras, que producían la impresión de estar inmóviles. Holmes se sonrió satisfecho al ver que alcanzábamos un vapor ribereño y lo dejábamos atrás.

—Seguramente, hemos de ser capaces de alcanzar cualquier embarcación del río —dijo.

—Quizá no a todas; pero pocas habrá que nos dejen atrás.

—Tendremos que perseguir a la Aurora, que tiene fama de correr mucho. Watson,

voy a ponerlo al corriente de la situación. ¿Recuerda lo molesto que estaba al vernos obstaculizados por algo tan pequeño?

—Sí.

—Pues bien: deje descansar por completo a mi mente zambulléndome en un análisis químico. Uno de nuestros más grandes estadistas ha dicho que el mejor descanso es un cambio de actividad. Y así es, en efecto. Cuando conseguí disolver el hidrocarbono, que era la tarea en que estaba empeñado, volví al problema de los Sholto y lo revisé de nuevo desde el principio. Mis muchachos habían recorrido arriba y abajo, sin resultado, las orillas del río. La lancha no aparecía en ningún embarcadero ni muelle; tampoco había regresado. Sin embargo, resultaba difícil que la hubiesen hundido para ocultar sus huellas, aunque esta hipótesis fue siempre una posibilidad, si todo lo demás fracasaba. Yo sabía que el tal Small poseía cierto grado de astucia, pero no le creí capaz de efectuar alguna estratagema sutil. Estas suelen ser producto de una educación más elevada. Pensé, pues, que desde el momento en que Small había permanecido, sin duda, en Londres, durante algún tiempo, como nos lo demostraba el que había mantenido una constante vigilancia sobre Pondicherry

Lodge, era difícil que pudiera largarse en el acto; necesitaría algún tiempo, aunque sólo fuese un día, para arreglar sus asuntos. En todo caso, la balanza de probabilidades se inclinaba hacia ello.

—Yo creo que esa suposición era algo débil —dije—; lo más probable es que hubiera dejado liquidados sus asuntos antes de emprender su expedición.

—No; a mí me resulta difícil creerlo. Su cubil sería un refugio demasiado valioso si llegaba el caso de necesitarlo, y por ello no lo abandonaría hasta estar seguro de que podía prescindir del mismo. Pero un segundo razonamiento me llamó poderosamente la atención. Jonathan Small debía forzosamente darse cuenta de que lo extraordinario de la figura de su compañero, por mucho que lo hubiera envuelto en ropas, daría pábulo a las charlas, y quizá le ocurriese a alguien asociarlo a esta tragedia de Norwood. Jonathan era lo bastante inteligente como para darse cuenta de ello. Salieron de su cuartel general a cubierto de la oscuridad, y querría regresar al mismo antes que se hiciese completamente de día. Pues bien: de acuerdo con lo que nos ha dicho la señora Smith, eran más de las tres cuando llegaron a la lancha. Una hora más tarde sería completamente de día, y la gente andaría ya de un lado para otro. Por consiguiente, me dije, no debieron de ir muy lejos. Pagaron bien a Smith para que no hablase, se reservaron su lancha para la huida final y se apresuraron a regresar a su alojamiento con la caja del tesoro. Un par de noches después, cuando hubiesen tenido tiempo de ver cómo se explicaban los periódicos y si existía alguna sospecha, emprenderían viaje, a cubierto de la oscuridad, hasta algún barco anclado en Gravesand o en los Downs, donde tendrían ya reservados sus pasajes para América o las colonias.

—Pero ¿y la lancha? No pudieron llevarse la lancha a su madriguera.

—Desde luego que no. Me dije que la lancha, a pesar de no vérsela por ninguna parte, no debía de estar lejos. Entonces me puse en lugar de Small, y me encaré con el problema como lo habría hecho un hombre de su capacidad. Probablemente, él pensaría que si enviaba la lancha a su punto de origen, o si le ordenaba quedarse en algún muelle, facilitaría con ello a la policía su persecución, si acaso ésta le seguía la pista. ¿Cómo esconder la lancha, pero teniéndola a mano para cuando la necesitase? Yo me pregunté qué haría yo metido en sus zapatos. Sólo se me ocurrió un medio. Podía llevarla a algún astillero, encargándole que hiciese en ella algunos pequeños arreglos. De ese modo la trasladarían a su cobertizo o explanada y quedaría eficazmente oculta,

pudiendo, no obstante, disponer de ella con sólo avisar con algunas horas de anticipación.

—Parece bastante sencillo.

—Lo sencillo suele ser precisamente lo que con mayor facilidad se nos pasa por alto. Pues bien: me decidí a actuar de acuerdo con esa idea. Me lancé en el acto bajo estos inofensivos atavíos de pescador y pregunté en todos los astilleros. Fracasé en quince; pero al dieciséis, el de Jacobson, averigüé que la Aurora había sido entregada allí dos días antes por un hombre con una pata de palo y que dio algunas órdenes triviales sobre un arreglo en el timón. El capataz me dijo: «A ese timón no le pasa nada. Es aquel de las franjas encarnadas que está en el suelo». Pero ¿a quién se le ocurrió presentarse en ese instante sino al mismísimo Mordecai Smith, el propietario de la lancha desaparecida? Venía bastante «tocado» por la bebida. Como ya se supondrán, yo no le habría conocido; pero él gritó su nombre y el de su lancha y dijo: “La quiero para esta noche, a las ocho... A las ocho en punto, recuérdenlo, porque he de llevar a dos caballeros que no les agrada esperar”. Era evidente que le habían pagado bien, porque venía bien provisto de dinero y repartió algunos chelines entre los hombres. Le seguí algún trecho, pero se metió en una cervecería. Entonces me volví al astillero, y como en el camino tropecé con uno de mis muchachos, le llevé conmigo y le situé de centinela junto a la lancha. Deberá permanecer al borde del agua y agitar su pañuelo cuando ellos embarquen. Nosotros estaremos al acecho en el centro de la corriente, y muy extraño será que no les echemos el guante, con el tesoro y todo.

—Sean o no los hombres que buscamos, lo ha planeado usted todo muy limpiamente —dijo Jones—. Pero si el asunto hubiese estado en mis manos, yo habría situado un destacamento de policía dentro del astillero y habría detenido a esos hombres cuando se presentasen.

—Y no se habrían presentado nunca. Ese Small es un individuo bastante astuto. Podía enviar un explorador, y si recelaba de cualquier cosa, permanecería oculto otra semana más.

—Pero usted podía pegarse a Mordecai Smith, y de ese modo sería usted guiado a su escondite —dije yo.

—En cuyo caso habría malbaratado un día. Creo que hay cien probabilidades

contra una de que Smith no sabe dónde viven. ¿Para qué preocuparse en hacer preguntas mientras dispone de bebida abundante y buena paga? Ellos le envían mensajes ordenándole lo que tiene que hacer. No; yo he meditado en todos los caminos que se podían seguir y éste es el mejor.

Mientras manteníamos esta conversación habíamos ido pasando como una flecha por debajo de la larga serie de puentes que cruzan el río Támesis. Cuando pasamos por delante de la City, los últimos rayos del sol doraban la cruz que hay en lo más alto de St. Paul. Cuando llegamos a la Torre era ya el crepúsculo.

Holmes, señalando un erizamiento de mástiles y de jarcias que había en la orilla de Surrey, dijo:

—Ese es el astillero de Jacobson. Cruzad despacio río arriba y río abajo, a cubierto de esta fila de barcazas —sacó del bolsillo unos gemelos de teatro y observó la costa durante cierto tiempo—. Veo a mi centinela en su sitio, pero no hay indicio alguno de su pañuelo —comentó.

—¿Y si fuéramos un corto trecho río abajo y permaneciésemos allí al acecho? —exclamó Jones con gran ansiedad.

Ya la ansiedad nos había ganado a todos, hasta a los policías y a los tripulantes, que sólo tenían una confusa idea de lo que traíamos entre manos. Holmes le contestó:

—No tenemos derecho a dar nada por supuesto. Existen, desde luego, diez probabilidades contra una a que vayan río abajo, pero no podemos tener la seguridad absoluta. Desde aquí podemos distinguir la entrada del astillero, mientras que ellos difícilmente pueden vernos. La noche va a ser despejada y dispondremos de luz abundante. Debemos permanecer donde estamos. Fíjense en cómo hormiguea la gente allí, al resplandor de las luces de gas.

—Salen del trabajo en el astillero.

—Dan la impresión de unos bergantes de mal aspecto, y, sin embargo, yo supongo que todos ellos ocultan dentro su pequeña chispa inmortal. Nadie lo diría viéndolos. No existe, a priori ninguna probabilidad en su favor. ¡Qué extraño enigma es el hombre!

—Alguien lo llamó un alma encerrada dentro de una bestia —apunté yo.

—Winwood Reade escribe muy bien acerca del tema —dijo Holmes—. Hace observar que mientras el hombre, tomado individualmente, es un acertijo irresoluble, el conjunto de los hombres se convierte en una certidumbre matemática. No puede usted, por ejemplo, anunciar de antemano qué es lo que hará un hombre determinado, pero se puede prever con precisión lo que hará la mayoría de ellos. Eso es lo que dice la estadística. Pero... ¿no es un pañuelo lo que estoy viendo? Con seguridad que allí se mueve una cosa blanca.

—Sí; es nuestro muchacho —exclamé—. Lo veo con toda claridad.

—Y allí está la Aurora —exclamó Holmes—. ¡Y que navega que la llevan los diablos! Adelante y a toda velocidad, maquinista! Siga esa lancha de luz amarilla hasta alcanzarla. ¡Por vida mía que no me lo perdonaré nunca si resulta que puede más que nosotros!

La Aurora se había deslizado disimuladamente por la entrada del astillero y había avanzado por detrás de dos o tres pequeñas embarcaciones, de manera que cuando nosotros la vimos, ya ella había alcanzado toda su velocidad. Y ahora volaba río abajo, cerca de la orilla, a una marcha tremenda. Jones miró muy serio hacia ella y movió en son de duda la cabeza, diciendo:

—Es muy rápida. Dudo de que podamos alcanzarla.

—¡Es preciso que la alcancemos! —exclamó Holmes entre dientes—. ¡Echadle combustible, fogoneros! ¡Exigidle todo lo que puede dar de sí! ¡Tenemos que echarles el guante aunque se queme la lancha!

Íbamos ahora bastante bien tras ella. Los hornos bramaban, los potentes motores zumbaban y traqueteaban, lo mismo que un inmenso corazón metálico. La afilada proa, casi perpendicular, cortaba las tranquilas aguas del río y despedía a derecha e izquierda de nosotros dos olas ondulantes. A cada palpitación de las máquinas saltábamos y nos estremecíamos lo mismo que si fuéramos una sola cosa viva. Una gran linterna amarilla, colocada a proa, proyectaba delante de nosotros un haz de luz largo y fluctuante. Más allá, en línea recta, un manchón sobre el agua nos indicaba el lugar en que estaba la Aurora, y el remolino de blanca espuma que dejaba detrás pregonaba la marcha que llevaba. Avanzamos como una flecha, dejando atrás barcazas, vapores y navíos mercantes, surgiendo por detrás de unos y dando un quiebro a otros; pero la Aurora seguía rugiendo, y nosotros detrás, pegados a su estela.

—¡Echad más carbón; echadlo, hombres! —gritó Holmes asomándose a mirar hacia abajo, a la sala de máquinas, y recibiendo en su cara anhelante y aguileña el fiero resplandor que de allí ascendía—. Subid la presión hasta la última libra.

—Creo que vamos acortando un poco la distancia —dijo Jones, con sus ojos fijos en la Aurora.

—Estoy seguro de que sí —le dije—. Antes de pocos minutos estaremos a la par suya.

Sin embargo, en ese instante, y como si una fatalidad desgraciada lo hubiese hecho a propósito, se interpuso entre la Aurora y nosotros un remolcador que arrastraba tres barcazas. Sólo un giro total de la rueda de nuestro timón nos libró de un choque, aunque, para cuando pudimos contornear el obstáculo y volver a ponernos en nuestro rumbo, la Aurora nos había sacado una ventaja de otros buenos doscientos metros. Sin embargo, seguía estando bien a la vista, y la luz incierta y borrosa del crepúsculo cedía el paso a una noche clara y estrellada. Nuestras calderas habían alcanzado su presión máxima, y el débil cascarón vibraba y crujía por efecto del empuje furioso que nos arrastraba. Habíamos pasado en trompa por el Pool, habíamos dejado atrás los muelles de la West India, cruzando Deptford Reach después de contornear la isla de los Perros.

La mancha borrosa que llevábamos por delante de nosotros se fue transformando hasta dibujarse con bastante claridad la elegante silueta de la Aurora. Jones la enfocó con nuestro proyector móvil y pudimos distinguir con claridad las figuras de los hombres que iban a bordo. Un hombre iba sentado a popa con un objeto negro entre las rodillas, sobre las que se apoyaba. A su lado se veía una masa oscura, que producía la impresión de un perro de Terranova tumbado. El muchacho empuñaba la caña del timón, y pude yo, al rojo resplandor del horno, distinguir a Smith padre, desnudo hasta la cintura y echando carbón como si en ello se jugara la vida. Quizás al principio tuvieran alguna duda sobre si eran ellos a quienes perseguíamos, pero ya no podían dudar, viéndonos tomar todos sus cambios de rumbo. A la altura de Greenwich estábamos a unos trescientos pasos detrás suyo. En Blackwell no llevábamos más de doscientos cincuenta. Durante la accidentada carrera de mi vida he perseguido en muchos países a muchas clases de animales, pero jamás partida alguna me produjo una emoción tan arrebatada como esta caza, llevada a una velocidad de locura, en pos del hombre. Támesis abajo, vara tras vara, íbamos acortando siempre distancias. Podíamos oír en el silencio de la noche el jadeo y los redobles de su máquina. El hombre

de popa seguía agazapado sobre cubierta, pero sus brazos se movían como si estuviesen atareados en algo: de cuando en cuando alzaba la vista y medía con la mirada la distancia que todavía nos separaba. Íbamos acercándonos cada vez más. Jones les gritó que se detuviesen. Ya sólo estábamos a cuatro largos de la lancha, y la suya y la nuestra volaban a velocidades tremendas. Corríamos por una sección despejada del río, con Barking Level a un lado y las melancólicas marismas de Plumbstead al otro. Al oír nuestros gritos, el hombre que iba a popa se puso bruscamente en pie sobre cubierta y nos amenazó con los puños crispados, lanzándonos al mismo tiempo maldiciones con voz chillona y cascada. Era un hombre fornido, de regular estatura. Al erguirse y afianzarse, abriendo el compás de las piernas, vi que tenía amputada la pierna hasta la altura del muslo y que llevaba una pata de palo. La masa oscura acurrucada sobre cubierta se movió cuando resonaron los gritos estridentes e irritados, y al erguirse la vimos transformada en un hombrecillo negro, el más pequeño que yo había visto nunca, de cabeza grande y deforme y una mata de cabellos rizados y enmarañados. Holmes había sacado ya su revólver, y yo saqué de un tirón el mío, al distinguir a aquel hombre salvaje y deforme. Estaba envuelto en una especie de capote o manta negra que sólo dejaba su cara al descubierto, pero esa cara era suficiente para quitarle a cualquiera el sueño. Jamás he visto facciones que tuvieran tan profundamente impresa la marca de la bestialidad y la crueldad. Sus ojillos brillaban y ardían con una luz siniestra, y sus gruesos labios se arrugaban hacia arriba y hacia abajo, mostrándonos los dientes y farfullando con furia medio bestial.

—Dispare su arma si levanta la mano —dijo tranquilamente Holmes.

Sólo nos separaba ya el largo de lancha: podíamos casi tocar nuestra presa con las manos. Me parece estar viendo a aquellos dos hombres: el blanco, con su pata de palo y las piernas abiertas, vociferando maldiciones, y el enano infernal, con su cara repugnante y sus dientes fuertes y amarillos rechinando; ambos enfocados por la luz de nuestra linterna. Suerte fue que le viésemos con tal claridad. Estábamos mirándole cuando extrajo de debajo de sus ropas un trozo de madera largo y redondo, parecido a la regla de un escolar, y se lo llevó a los labios. Nuestras pistolas dispararon simultáneamente. El hombre giró sobre sí mismo, extendió hacia arriba los brazos, dejó escapar una especie de tos ahogada y cayó de costado al río. Aún pude captar la visión rápida y breve de sus venenosos y amenazadores ojos destacándose entre el blanco remolino de las aguas. En ese mismo instante, el hombre de la pata de palo se abalanzó sobre la rueda del timón y la empujó bruscamente hacia un lado, dirigiendo su lancha

hacia la orilla sur, mientras nosotros cruzábamos, disparados, por detrás de su popa, a sólo unos pocos pies de distancia. Nos bastó un instante para virar y salir tras la Aurora, pero la otra lancha estaba ya muy cerca de la orilla. Era aquel un sitio salvaje y desolado; la luz de la luna brillaba sobre una ancha extensión de tierras pantanosas, en las que se veían charcas de agua estancada y macizos de vegetación podrida. La Aurora fue a chocar, con un ruido sordo, contra la ribera fangosa, quedando su proa en alto y su popa al nivel de las aguas. El fugitivo saltó a tierra, pero su pata de palo se hundió instantáneamente y por completo en el blando suelo. Fue inútil que forcejease y se retorciese. No podía dar un solo paso hacia adelante ni hacia atrás. Vociferó con rabia impotente y pateó frenético en el barro con el otro pie; pero con su forcejeos sólo consiguió que la pata de madera se hundiese aún más en la ribera pegajosa. Cuando emparejamos nuestra lancha a la Aurora se hallaba nuestro hombre anclado con tal seguridad, que tuvimos que echarle un cabo de cuerda por encima de los hombros, y sólo así logramos sacarlo e izarlo por encima de nuestra borda, igual que a un pez diabólico. Los dos Smith, padre e hijo, permanecían sentados y ceñudos en su lancha, pero subieron mansamente a bordo de la nuestra cuando se les ordenó. Desembarrancamos la Aurora y la sujetamos a nuestra popa. Sobre la cubierta encontramos un sólido cofre de hierro de artesanía india. No cabía duda de que era el que había contenido el infausto tesoro de los Sholto. No tenía llave alguna, pero pesaba mucho, y por eso la trasladamos con cuidado a nuestro pequeño camarote. Cuando remontamos el río, a poca velocidad, dirigimos nuestro proyector móvil en todas direcciones; pero no hallamos rastro alguno del isleño. En alguna parte del fangoso lecho del Támesis yacen los huesos de aquel extraordinario visitante de nuestras costas.

—Vea usted aquí —dijo Holmes, señalando hacia la escotilla de madera—. No fuimos lo bastante rápidos con nuestras pistolas.

En efecto: uno de aquellos dardos asesinos, que nosotros conocíamos bien, estaba clavado detrás del sitio en que habíamos estado sentados. Debió de pasar silbando entre nosotros en el instante que disparábamos. Holmes lo miró sonriente y se encogió de hombros con su habitual despreocupación; pero yo confieso que me sentí enfermo de sólo pensar en la horrible muerte que tan cerca de nosotros había pasado aquella noche.

11. El gran tesoro de Agra

Nuestro prisionero estaba sentado en el camarote, frente a la caja de hierro por la que tanto se había ingeniado y para hacerse con la cual tanto tuvo que esperar. Era un individuo atezado, de mirada atrevida, con sus facciones de caoba recubiertas de una red de pliegues y arrugas que pregonaban una dura vida a la intemperie. La punta barbuda de su mandíbula era de una prominencia extraordinaria, que delataba a un hombre al que no era fácil desviar de sus propósitos. Tendría alrededor de sus cincuenta años, porque sus cabellos negros y ensortijados estaban veteados de abundante gris. No era totalmente desagradable su rostro en reposo, aunque sus cejas espesas y su barbilla agresiva le daban una expresión terrible cuando las conmovía la ira, según yo acababa de ver. Ahora se hallaba con las manos esposadas sobre el regazo y la cabeza hundida en el pecho, mientras contemplaba con ojos vivos y centelleantes el cofre que había sido la causa de todas sus malas acciones. En la expresión rígida y reprimida de su rostro me pareció observar más pesar que furia. Incluso en un momento dado alzó su mirada hacia mí, y había en ella un algo que parecía un atisbo de humor.

—Bueno, Jonathan Small; siento que hayamos llegado a esta situación —dijo Holmes encendiendo un cigarro.

—Y yo también —contestó él con franqueza—. No creo que puedan colgarme por esto. Le juro por la Biblia que yo no levanté la mano contra Sholto. Fue ese pequeño sabueso infernal de Tonga quien le disparó y clavó uno de sus malditos dardos. Yo no tuve en ello parte alguna, señor. Me dolió, igual que si se hubiese tratado de un pariente mío. Golpeé por ello al pequeño demonio aquel con varios latigazos fuertes del extremo de la soga; pero el mal estaba hecho, y no me hallaba en condiciones de repararlo.

—Fume un cigarro —dijo Holmes—. Y lo mejor que podría hacer usted es echar un trago de mi frasco, porque está usted empapado. ¿Cómo esperaba que ese negroide, pequeño y débil, dominase al señor Sholto mientras usted trepaba por la cuerda?

—Parece que usted lo sabe todo como si hubiera estado viéndolo. La verdad es que esperaba encontrar desierta la habitación. Estaba bastante bien enterado de las costumbres de la casa, y Sholto solía bajar a esa hora a cenar. No guardaré secreto alguno en este asunto. La mejor defensa que puedo tener será decir toda la verdad. En cambio, si se hubiese tratado del viejo mayor me habría lanzado sobre él con corazón alegre. Me habría importado tan poca cosa acabar con él como fumarme este cigarro. Pero es condenadamente duro el tener que ir a presidio por la muerte de ese joven, Sholto, contra el que yo no tenía ninguna deuda pendiente.

—Se encuentra usted en manos del señor Athelney Jones, de Scotland Yard. Lo va a conducir a mis habitaciones particulares, y usted me hará un relato completo de todo el asunto. Tendrá que hablarme con el corazón en la mano, y si así lo hace, pienso que podré serle útil. Creo que podré demostrar que el veneno obra con tal rapidez, que el hombre ya estaba muerto cuando usted llegó a la habitación.

—Sí, señor; así fue. Jamás el corazón me dio un vuelco tan grande como cuando, al entrar por la ventana lo vi, sonriéndome de aquella manera, con la cabeza caída sobre el hombro. Le digo, señor, que me produjo una gran sacudida. Si Tonga no se hubiese escabullido, creo que le habría matado. Esa fue la causa de que se dejase allí su maza y también algunos de los dardos, según me dijo; creo que ellos le pondrían a usted en nuestra pista, aunque no me explico cómo fue usted capaz de atraparnos. No le guardo rencor por ello. —Luego agregó con amarga sonrisa—: Sí que resulta por demás extraño el que yo, que puedo reclamar en justicia mi parte de medio millón de libras esterlinas, me haya pasado la primera etapa de mi vida construyendo una presa de agua en Andamán y tenga, probablemente, que pasarme la otra mitad cavando zanjas en Dartmoor. Día desgraciado para mí aquel en que puse por vez primera mis ojos en el mercader Achmet y tuve relación con el tesoro de Agra, que hasta ahora sólo maldiciones ha acarreado a cuantos lo han poseído. Al mercader le acarreó el ser asesinado; al mayor Sholto, temor y remordimientos, y a mí, esclavitud para toda la vida.

Athelney Jones asomó en ese instante la cabeza y los hombros en el minúsculo camarote, y dijo:

—Parece que estamos en una reunión de familia. Me están entrando ganas de

echarle un trago a esa botella, Holmes. Bien, creo que todos podemos felicitarnos mutuamente. Lástima ha sido que no le hayamos echado el guante con vida al otro, pero no hubo elección posible. Oiga, Holmes: creo que se salió con la suya por un pelo. Hicimos lo único posible para alcanzar a la otra lancha.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Holmes—. Pero la verdad es que ignoraba que la Aurora fuese un clíper tan veloz.

—Smith asegura que es una de las lanchas más veloces que surcan el río, y que si hubiera contado con otro hombre que le ayudase en la máquina, no le habríamos alcanzado jamás. Jura que nada sabía de ese asunto de Norwood.

—Y es cierto lo que dice. No sabía ni una palabra —exclamó nuestro prisionero —. Elegí su lancha porque había oído decir que volaba. Nada le dijimos, pero le pagamos bien, y habría recibido un premio espléndido si hubiésemos alcanzado a nuestro vapor, el Esmeralda, en Gravesand, barco que zarpaba para el Brasil.

—Bueno; si él no ha hecho nada malo, ya cuidaremos de que nada malo le ocurra a él. Si somos bastante rápidos en echar el guante a la gente, no lo somos tanto en condenarla.

Resultaba divertido el ver cómo aquel fatuo de Jones empezaba ya a darse importancia por aquella captura. La leve sonrisa que jugueteó en la cara de Sherlock Holmes me hizo comprender que no le habían pasado inadvertidas aquellas palabras.

—Estaremos en el puente de Vauxhail en un instante —dijo Jones—, y allí lo desembarcaré a usted con el tesoro, doctor Watson. No necesito decirle que al dar este paso tomo sobre mí una grave responsabilidad. Es algo fuera de las normas, pero lo convenido obliga. Sin embargo, y teniendo en cuenta lo valioso de la carga que lleva, creo que es mi deber enviar en su compañía a un inspector. Irá en coche, ¿verdad?

—Sí; iré en coche.

—Es una lástima que el cofre no tenga llave para que podarnos hacer antes un inventario. ¿Dónde está la llave, hombre?

—En el fondo del río —contestó secamente Small.

—¡Ya! No hacía falta que nos diese esa molestia inútil. Ya nos ha dado, aun sin eso, bastante trabajo. En fin, doctor, no necesito advertirle que tenga mucho cuidado. Vuelva con el cofre a las habitaciones de Baker Street. Allí nos encontrará, camino de la comisaría.

Me desembarcaron en Vauxhall con mi pesado cofre de hierro y con un inspector, franco y simpático, de acompañante. Una carrera de un cuarto de hora en coche nos condujo hasta la casa de la señora Cecil Forrester. El criado mostró su sorpresa ante una visita tan tardía. Me explicó que la señora había salido y que, probablemente, volvería muy tarde. Pero la señorita Morstan sí que estaba en la sala; y a la sala fui llevando en brazos el cofre y dejando en el coche al amable inspector.

La joven se hallaba sentada junto a la ventana abierta. Vestía con una especie de tejido blanco y diáfano, con algunos toques de escarlata en el cuello y los puños. La luz suave de una lámpara con pantalla se proyectaba sobre ella; estaba recostada en un sillón de mimbre; la luz jugueteaba en su cara, dulce y seria, tiñendo de centelleos suaves y metálicos los rizos brillantes de su espléndida cabellera. Una mano y uno de su brazos marfileños colgaban a un costado del sillón, y el conjunto de su postura y de su rostro expresaban una absorbente melancolía. Sin embargo, al oír mis pasos se puso rápidamente en pie y sus pálidas mejillas se colorearon con un vivo sonrojo de sorpresa y de placer.

—Oí detenerse un coche —dijo—, y pensé que la señora Forrester regresaba muy pronto; pero ni en sueños se me ocurrió que fuese usted. ¿Qué noticias me trae?

—Le traigo algo mejor que noticias —le dije, depositando encima de la mesa el cofre y expresándome con jovialidad y bullicio, aunque sentía un peso en el corazón —. Le traigo una cosa que vale por todas las noticias del mundo. Le traigo una fortuna.

Ella miró el cofre de hierro.

—¿De modo que ese es el tesoro? —preguntó con bastante frialdad.

—Sí: éste es el gran tesoro de Agra. Una mitad le pertenece a usted, y la otra mitad, a Thaddeus Sholto. Les corresponderá a cada uno un par de cientos de miles de libras. Una renta anual de unas diez mil libras. Pocas jóvenes habrá en Inglaterra más ricas que usted... ¿No es esto magnífico?

Creo que debí exagerar mi satisfacción y que ella se dio cuenta de que mis felicitaciones sonaban a hueco, porque le vi arquear un poco las cejas y clavar en mí una miraba llena de curiosidad.

—Si tengo el tesoro, a usted se lo debo —dijo.

—No, no —le contesté—. No a mí, sino a mi amigo Sherlock Holmes. Con toda mi voluntad no habría sido yo capaz de seguir una pista que ha puesto en apuros incluso su genial capacidad para el análisis. Y con todo y con eso, casi estuvimos a punto de perderlo en el último instante.

—Por favor, siéntese y cuéntemelo todo, doctor Watson —dijo ella.

Le relaté con brevedad todo cuanto había ocurrido desde nuestra última entrevista: el nuevo método empleado por Holmes en la búsqueda, el hallazgo de la Aurora, la aparición de Athelney Jones, nuestra expedición nocturna y la furiosa persecución, Támesis abajo. Ella escuchaba mi relato de aquellas aventuras con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Cuando le hablé del dardo que tan cerca nos había pasado, se puso tan pálida que temí fuese a desmayarse. Me apresuré a servirle agua, y entonces me dijo:

—No es nada. Ya vuelvo a estar bien. Es que me afectó muchísimo el enterarme de que había expuesto a mis amigos a tan horrible peligro.

—Pero todo eso ya pasó —le contesté—. No fue nada. No quiero contarle más detalles lúgubres. Hablemos de algo más alegre. Ahí está el tesoro. ¿Puede haber nada más alegre? Conseguí permiso para traérselo, creyendo que le interesaría ser la primera en verlo.

—Me interesaría muchísimo —dijo ella.

Pero no había en su voz ninguna emoción. Más bien parecía que temiera parecer poco elegante al declararse indiferente hacia algo que tanto había costado obtener.

—¡Qué cofre más bello! —dijo, inclinándose para examinarlo—. Es trabajo indio, ¿verdad?

—Sí; trabajo en metal de Benarés.

—¡Y cuánto pesa! —exclamó intentando levantarlo—. El cofre, de por sí, debe ya de valer bastante. ¿Dónde está la llave?

—Small la tiró al Támesis —le contesté—. Tendré que recurrir a un atizador de la señora Forrester.

El cofre tenía en el frente un pasador grueso y ancho, forjado, que representaba la imagen de un Buda sedente. Metí debajo el extremo del atizador e hice con el mismo palanca hacia afuera. El pasador saltó con un fuerte chasquido, quedando el cofre abierto. Levanté con dedos temblorosos la tapa. Ella y yo nos quedamos atónitos. ¡El cofre estaba vacío! No era extraño que pesase tanto. La obra de hierro tenía en toda su extensión dos tercios de pulgada de espesor. Era maciza, bien fabricada; sólida, como recipiente destinado a transportar objetos de gran valor: pero en su interior no había sombra de joyas o metales preciosos. Estaba absoluta y totalmente vacío.

—¡El tesoro se ha perdido! —dijo la señorita Morstan con tranquilidad.

Al oír esas palabras y darme cuenta de su alcance, pareció que desaparecía de mi alma una densa sombra. No supe todo lo que me había abrumado aquel tesoro de Agra hasta ahora que la pesadilla quedaba apartada de una manera definitiva. Esto era, sin duda, egoísta, desleal e injusto; pero yo no advertí sino que la barrera de oro desaparecía de entre nosotros.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —exclamé desde el fondo de mi corazón.

Ella me miró con sonrisa rápida e interrogadora.

—¿Por qué lo dice usted? —me preguntó.

—Porque está usted de nuevo a mi alcance —dije, cogiendo su mano. Ella no la retiró—. Porque la amo, Mary, tan lealmente como jamás un hombre amó a una mujer. Porque ese tesoro, esas riquezas sellaban mis labios. Ahora que han desaparecido puedo decirle cuanto la amo. Por esa razón exclamé: ¡Gracias sean dadas a Dios!

—Entonces, yo también digo: ¡Gracias sean dadas a Dios! —murmuró ella al atraerla hacia mí.

Si alguien había perdido aquella noche un tesoro, yo, por lo menos, había ganado

uno.

12. La extraña historia de Jonathan Small

El inspector que había quedado en el coche de alquiler era hombre de paciencia, porque tuvo tiempo de aburrirse hasta que volví a reunirme con él. Su rostro se ensombreció cuando le mostré la caja vacía.

—¡Se nos fue la recompensa! —dijo sombríamente—. Donde no hay dinero, no hay paga. Si el tesoro hubiese estado allí dentro, la labor de esta noche nos habría valido a Sam Brown y a mí sendos billetes de diez libras.

—El señor Thaddeus Sholto es un hombre rico —le dije—; él cuidará de que ustedes reciban su recompensa, con tesoro o sin él.

Sin embargo, el inspector movió la cabeza con desaliento.

—Mal asunto —repitió—; y lo mismo le parecerá al señor Athelney Jones.

Su predicción resultó exacta, porque el detective oficial se quedó mirando con bastante turbación cuando le enseñé el cofre vacío. Acababan, precisamente, de llegar él, Holmes y el preso, porque por el camino habían alterado sus planes respecto al trámite de presentar el informe en la comisaría. Mi compañero estaba arrellanado en su sillón y tenía la expresión que era en él habitual, mientras que Small se hallaba sentado frente a él, imperturbable y con su pata de palo cruzada sobre su pierna sana. Cuando mostré el cofre vacío se echó hacia atrás en su silla y se echó a reír ruidosamente.

—Esto es cosa suya, Small —dijo Athelney Jones, irritado.

—Sí; tiré el tesoro donde no puedan ustedes nunca echarle mano —exclamó jubiloso—. El tesoro es mío, y si yo no puedo quedarme con el botín, he de tener buen cuidado de que tampoco aproveche a nadie. Les digo a ustedes que no hay ser viviente con derecho al tesoro, fuera de los tres hombres que se hallan actualmente en el presidio de Andamán y yo. Sé que no podré yo beneficiarme del tesoro y sé que tampoco se podrán beneficiar ellos. He actuado siempre pensando más en ellos que en mí mismo. Siempre hemos sido fieles al Signo de

los Cuatro. Pues bien, tengo la seguridad de que ellos aprobarían mi manera de obrar y que preferirán que haya tirado el tesoro al Támesis antes de permitir que fuese a parar a manos de parientes y amigos de Sholto o de Morstan. No hicimos lo que hicimos con Achmet para enriquecerlos a ellos. El tesoro lo encontrarán ustedes en el mismo lugar que la llave y que al pequeño Tonga. Cuando comprendí que la lancha nos alcanzaría, puse el botín en lugar seguro. Por esta vez la cosa no les va a producir rupias a ustedes.

—Small, usted nos está engañando —dijo Athelney con severidad—. Si hubiese deseado arrojar el tesoro al Támesis, le hubiera sido más fácil tirarlo con cofre y todo.

—Sí; habría sido más fácil para mí tirarlo y más fácil para ustedes el recuperarlo —contestó, mirando de soslayo con expresión astuta—. El hombre que era lo bastante inteligente para seguirme la pista lo sería igualmente para extraer del fondo del río un cofre de hierro. Pero como las joyas están desparramadas en un trayecto de cinco millas, más o menos, la tarea resultará mucho más difícil. La verdad es que me dolió en el alma hacerlo. Cuando ustedes nos alcanzaron, estaba yo medio loco. Pero de nada sirven las lamentaciones. En el transcurso de mi vida he tenido altibajos y he aprendido a no llorar ante la leche derramada.

—Este es un asunto muy serio, Small —dijo el detective—. Si usted hubiese ayudado a la justicia, en vez de burlarla de este modo, tendría muchas más probabilidades de salir bien parado del juicio.

—¡La justicia! —exclamó, con expresión de mofa, el ex presidiario—. ¡Bonita justicia! ¿De quién era este botín sino nuestro? ¿Dónde hay justicia en que yo lo hubiese entregado a quien jamás se lo ganó? ¡Vean, en cambio, cómo me lo gané yo! Veinte años largos pasé en aquellas tierras pantanosas e infectadas de fiebres, trabajando de día entre los mangles y pasando las noches con grilletes en las sucias chozas de los convictos, comido por los mosquitos, sacudido de tercianas, humillado por las fanfarronadas de todos aquellos guardianes negros, que se cobraban en mí sus cuentas contra los hombres blancos. Así fue como yo me gané el tesoro de Agra. ¡Y ustedes me hablan de justicia porque no puedo soportar la idea de que hubiese yo pagado ese precio únicamente para que otro disfrutase del tesoro! Preferiría que me ahorcasen veinte veces, o que me clavasen uno de esos dardos de Tonga, que pasarme la vida en una celda de presidio y saber que otro hombre vive cómodamente en un palacio gracias a un dinero que debería ser mío.

Small había dejado caer su máscara de estoicismo, y sus palabras le brotaron en furioso torbellino de su boca, mientras sus ojos llameaban y las esposas chocaban entre sí con ruido metálico en sus desatinados manoteos. Viendo los furores y arrebatos de aquel hombre, comprendí que no era ni infundado ni extraordinario el terror que había poseído al mayor Sholto cuando se enteró por vez primera de que el perjudicado presidiario había encontrado su pista.

—Se olvida usted de que nosotros nada sabemos de todo esto —le dijo con calma Holmes—. No nos ha contado todavía su historia y no podemos juzgar hasta qué punto la justicia estuvo primitivamente de su parte.

—Bien, señor; aunque me doy cuenta de que es a usted a quien debo el encontrarme esposado en este momento, me ha hablado en todo instante con mucha consideración. No le guardo, pues, rencor. Ha jugado limpio y de frente. Si desea oír el relato de mi vida, yo no tengo ningún deseo de ocultarla. Lo que le digo es el evangelio hasta la última palabra. Gracias. Puede usted colocar el vaso aquí, a mi lado, y yo acercaré a él mi boca si tengo sed.

Yo soy del Worcestershire, y nací cerca de Pershore. Creo que si usted quiere averiguarlo, encontrará que aún hoy viven allí un puñado de gentes de apellido Small. Muchas veces me entraron ganas de darme una vuelta por allí, pero la verdad es que nunca he dado motivos para que la familia se sintiera orgullosa de mí, y dudo de que se alegrasen mucho de verme. Eran todos ellos gente formal, frecuentadora de la capilla, pequeños granjeros, muy conocidos y respetados en la región; yo, en cambio, fui siempre un poco vagabundo. Pero cuando tenía alrededor de dieciocho años dejé de ocasionarles molestias, porque tuve un lío por cuestión de una muchacha, y no encontré otro medio de salir del paso que aceptando el chelín de la reina y alistándome en el tercero de Coraceros, que estaba a punto de salir para la India.

Poco era, sin embargo, lo que estaba destinado a servir en la milicia. Había salido apenas del aprendizaje del paso de ganso y el manejo del mosquete cuando cometí la tontería de ponerme a nadar en el Ganges. Por suerte para mí, John Holder, sargento de mi compañía, que era uno de los mejores nadadores del regimiento, estaba también en el agua. Cuando yo cruzaba por el centro del río, me cogió un cocodrilo y me cortó la pierna derecha con la misma limpieza que hubiera podido hacerlo un cirujano, justamente por encima de la rodilla. Me desmayé, por efecto del traumatismo y de la pérdida de sangre, y me habría ahogado si Holder no me hubiera cogido y conducido a nado hasta la orilla.

Estuve cinco meses en el hospital. Cuando, al fin, pude salir cojeando de éste, con mi pata de palo sujeta al muñón, me encontré dado de baja en el ejército por invalidez e incapaz de dedicarme a ocupaciones activas.

Ya se imaginarán ustedes la desgracia que aquello significaba para mí, porque, sin haber cumplido aún los veinte años, me veía convertido en un completo inválido. Sin embargo, esa desgracia resultó pronto una bendición disimulada. Un señor llamado Abel White, que había llegado allí para dedicarse al cultivo del añil, tuvo necesidad de un capataz que vigilara a sus coolies y les hiciera trabajar. Resultó ser amigo del coronel, que desde mi accidente se tomó gran interés por mí. Para abreviar una larga historia, el coronel me recomendó con gran insistencia para el cargo, y como el trabajo tenía que hacerse principalmente a caballo, mi pierna no resultaba un gran inconveniente, porque me había quedado suficiente muslo para sujetarme bien a la silla. Lo que yo tenía que hacer era recorrer los cultivos a caballo, vigilar a los hombres durante el trabajo y dar cuenta de los haraganes. La paga era bastante buena, yo estaba bien instalado y, en una palabra, me di por satisfecho con pasar el resto de mi vida en una plantación de añil. Abel White era hombre bondadoso; muchas veces se dejaba caer por mi chabola y fumaba una pipa en mi compañía, porque los blancos, cuando están por aquellos países, gustan de reunirse entre sí puesto que jamás acaban por sentirse en casa.

Pero mi buena suerte no fue nunca muy duradera. De pronto, y sin ninguna clase de previo aviso, estalló la gran insurrección. La India estuvo durante un mes tan tranquila y pacífica, en apariencia, como Surrey o Kent; al mes siguiente andaban desatados un par de cientos de miles de diablos morenos y todo el país era un completo infierno. Pero ustedes, caballeros, están bien enterados de todo eso... probablemente mucho mejor que yo, porque la lectura no ha sido mi especialidad. Sólo sé lo que tengo visto con mis propios ojos. Nuestra finca estaba en un lugar llamado Muttra, cerca de la frontera de las provincias del Noroeste. Noche tras noche iluminaban el firmamento los incendios de bungalows, y día tras día pasaban por nuestra finca pequeños grupos de europeos con sus mujeres e hijos camino de Agra, lugar donde estaban estacionadas las tropas más próximas. El señor Abel White era un hombre obstinado. Se le había metido en la cabeza que se exageraba la cosa y que la insurrección se apagaría tan súbitamente como había estallado. Y permanecía sentado en la terraza, bebiendo whisky con soda y fumando sus puros, mientras toda la región circundante ardía. Como es natural, Dawson y yo nos mantuvimos a su lado. Dawson, con su mujer, llevaba los libros y la administración. Y un buen día llegó

la catástrofe. Yo había estado ausente en una plantación distante y regresaba al atardecer a casa cabalgando a paso cansino. De pronto, mis ojos vieron un bulto confuso que había en el fondo de una hondonada. Bajé en mi caballo para ver de qué se trataba y la sangre se me heló al reconocer a la esposa de Dawson, cortada en trozos y medio comida por los chacales y los perros salvajes. Algo más adelante yacía Dawson, de bruces en la carretera, cadáver ya, con un revólver descargado en la mano y cuatro cipayos caídos a escasa distancia, uno junto a otro. Frené mi caballo, preguntándome qué camino debería tomar; pero en ese instante vi una espesa humareda que ascendía del bungalow de Abel White, y ya empezaban a salir llamas por el tejado. Comprendí que nada bueno podía hacer por mi patrón y que con intervenir solo conseguiría perder la vida. Desde donde estaba podía distinguir cientos de demonios negros, vestidos aún con sus chaquetillas rojas, bailando y aullando alrededor de la casa en llamas. Algunos de ellos me señalaron a los demás, y un par de balas pasaron junto a mi cabeza. Huí, pues, cruzando los arrozales, y ya muy avanzada la noche me vi a salvo dentro de los muros de Agra.

Pero resultó que tampoco allí se estaba muy seguro. La región entera andaba revuelta como un enjambre furioso. Allí donde los ingleses consiguieron reunirse en pequeños grupos, eran dueños del terreno hasta donde alcanzaban sus fusiles. En todos los demás lugares eran fugitivos sin amparo. Luchaban millones contra centenares; y lo más cruel de todo resultaba que los hombres contra quienes combatíamos, infantería, caballería y artillería, eran nuestras tropas elegidas, a las que habíamos adiestrado y entrenado, y que se servían de nuestras propias armas y usaban nuestros mismos toques de corneta. Agra se hallaba guarnecida por el tercero de Fusileros de Bengala, algunos sikhs, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería. Se había formado un cuerpo de voluntarios con los empleados y comerciantes, y a él me agregué con mi pata de palo y todo. A principios de julio salimos al encuentro de los rebeldes en Shahgunge, y los rechazamos durante algún tiempo, pero al agotársenos la pólvora tuvimos que retirarnos a la ciudad.

Sólo nos llegaban malas noticias de todas partes cosa de la que no hay que sorprenderse, porque si ustedes consultan el mapa, verán que nos encontrábamos en el corazón mismo de la revuelta. Lucknow está a algo más de cien millas hacia el este y Cawnpore, a una distancia parecida hacia el sol. Desde todos los puntos cardinales, sólo nos llegaban noticias de torturas, asesinatos y atropellos.

Agra es una gran ciudad, en la que pululan toda clase de fanáticos y furiosos

adoradores del demonio. Entre las calles, estrechas y tortuosas, hubiera estado perdido un puñado de hombres. En vista de ello, nuestro jefe nos hizo cruzar el río y estableció su posición en el viejo fuerte de Agra. Es un sitio por demás extraño, el más extraño de cuantos yo conozco, a pesar de que he estado en rincones por demás extraordinarios. Yo no sé, caballeros, si habrán leído u oído hablar de aquel viejo fuerte. En primer lugar; se distingue por su enorme tamaño. Yo diría que el recinto abarca varios acres. Tiene una parte moderna, con la que con gran holgura cupo toda nuestra guarnición, las mujeres, los niños, los almacenes y todo lo demás. Pero la parte moderna no tiene ni punto de comparación con la parte vieja, que nadie visita y que está abandonada a los escorpiones y ciempiés. Está llena por todas partes de grandes salones desiertos, tortuosos pasillos y largos corredores que se entrecruzan, de modo que es fácil que cualquiera pudiera perderse. Por esta razón, era muy raro que nadie se metiese por aquella parte, aunque, de cuando en cuando, algún grupo, provisto de antorchas, se lanzaba a explorar.

El río baña la parte frontera del viejo fuerte y de este modo lo protege; pero a los costados y en la parte trasera hay muchas puertas, y, como es natural, tenían que ser vigiladas, lo mismo con la parte vieja que con el sector que las tropas ocupaban verdaderamente. Estábamos escasos de personal. Teníamos apenas gente suficiente para proteger las esquinas del edificio y manejar las armas. Por consiguiente, nos era imposible estacionar una fuerte guardia en cada una de las innumerables salidas. Lo que hicimos fue organizar un cuerpo de guardia central en medio del fuerte y encargar de cada puerta a un blanco y a dos o tres nativos. Me eligieron a mí para que, durante algunas horas de la noche, estuviese al cuidado de una puerta, pequeña y aislada, en la parte sudoeste del edificio. Colocaron bajo mi mando a dos soldados sikhs, y recibí orden de que, si ocurría alguna novedad, disparase mi mosquete, seguro de que acudirían en el acto desde el cuerpo de guardia central para ayudarme. Sin embargo, como éste se encontraba a unos buenos doscientos pasos de distancia y como el espacio intermedio se hallaba cortado por un laberinto de pasillos y corredores, yo abrigaba grandes dudas de que pudieran llegar a tiempo en caso de un verdadero ataque.

La verdad sea dicha, yo estaba muy orgulloso de que me hubiesen dado ese pequeño mando, siendo como era un recluta sin experiencia, y, además, privado de una de las piernas. Monté la guardia durante dos noches con mis punjabis. Eran hombres altos y de presencia feroz y se llamaban Mahomet Singh y Abdullah Khan, ambos veteranos guerreros que habían luchado armas en mano

contra nosotros en Chilian Wallah. Sabían hablar el inglés bastante bien, pero eran realmente muy parcos en palabras. Preferían permanecer juntos y parlotear durante toda la noche en su extraño dialecto sikh. Por mi parte, yo solía situarme del lado exterior de la puerta, mirando desde allí el ancho y serpenteante río, y las parpadeantes luces de la gran ciudad. El redoble del tambor y el golpeteo de los tam-tams, con los gritos y aullidos de los rebeldes, borrachos de opio y de pólvora, bastaban para hacernos recordar durante toda la noche a los peligrosos vecinos que teníamos en la otra orilla del río. El oficial de noche solía recorrer cada dos horas los puestos, a fin de asegurarse de que todo estaba en orden.

La noche tercera de mi guardia se presentó lóbrega y oscura, con una fina llovizna. Permanecer a la puerta de la muralla con semejante tiempo, hora tras hora, resultaba tarea triste. Una y otra vez intenté, aunque sin mucho éxito, entablar conversación con los sikhs. A las dos de la madrugada pasó la ronda, y rompió, por un instante, la monotonía de la noche. En vista de que no había modo de conseguir que mis compañeros tomasen parte en una conversación, saqué mi pipa y dejé en el suelo mi mosquete para encender una cerilla. En un segundo, los dos sikhs se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos levantó en alto mi fusil de chispa y me apuntó con él a la cabeza, en tanto que el otro me arrimaba a la garganta la punta de un gran cuchillo y juraba entre dientes que me lo clavaría si me movía un paso.

Mi primer pensamiento fue que aquellos individuos se hallaban aliados con los rebeldes y que eso constituía el comienzo de un asalto. Si nuestra puerta caía en manos de los cipayos, por fuerza tenía que caer el fuerte, y las mujeres y los niños recibirían el mismo trato que en Cawnpore. Quizás ustedes, caballeros, se imaginen que yo estoy intentando presentar las cosas de modo que me favorezcan, pero les doy mi palabra de que cuando pensé en aquello, a pesar de que sentía en mi garganta la punta del cuchillo, abrí la boca con el propósito de dar un grito, aunque fuese el último de mi vida, con objeto de dar la alarma a la guardia principal. El hombre que me tenía sujeto pareció leer en mis pensamientos, porque en el instante mismo en que yo tomaba fuerzas para gritar, me cuchicheó:

—No haga ningún ruido. El fuerte está a salvo. A este lado del río no hay perros rebeldes.

En su voz había un acento de verdad, y comprendí que si alzaba mi voz era yo hombre muerto. Lo pude leer en sus ojos oscuros. Esperé, pues, en silencio para

enterarme de lo que de mí querían. El más alto y de aspecto más salvaje de los dos, el que respondía al nombre de Abdullah Khan, dijo:

—Escuche, sahib: es preciso que se ponga de nuestro lado o tendremos que hacerle callar para siempre. El asunto es demasiado importante para que vacilemos. O bien se pone con el alma y el corazón del lado nuestro, jurándolo sobre la cruz de los cristianos, o esta noche su cadáver será arrojado al foso y nosotros nos pasaremos a nuestros hermanos del ejército rebelde. No puede haber término medio. ¿Qué quiere, pues, que sea; la muerte o la vida? Sólo podemos darle tres minutos para que se decida, porque el tiempo pasa y es preciso hacerlo todo antes que vuelva a pasar la ronda.

—¿Cómo puedo yo decidir? —les dije—. No me han dicho lo que quieren de mí. Pero desde ahora les digo que si se trata de algo que vaya contra la seguridad del fuerte, no quiero saber nada: de modo, pues, que pueden clavarme el cuchillo y bienvenido sea.

—No se trata de nada contra el fuerte —me respondió—. Sólo le pedimos que haga usted lo que sus compatriotas vienen a hacer en este país. Le pedimos que consienta en ser rico. Si esta noche es usted uno de nosotros, le juramos sobre este cuchillo desenvainado y por medio del triple juramento, al que ningún sikh se sabe que haya faltado jamás, que tendrá usted su parte justa del botín. Una cuarta parte del tesoro será suya. Creemos que no se puede ser más justo.

—Pero ¿qué tesoro es ése? —le pregunté—. Yo deseo, tanto como ustedes, hacerme rico, a condición de que expliquen cómo puedo conseguirlo.

—¿Jurará usted —me dijo él— por los huesos de su padre, por el honor de su madre y por la cruz de su religión que no levantará su mano ni hablará una sola palabra en contra nuestra, ahora ni nunca?

—Lo juraré con tal que con ello no pongamos en peligro el fuerte —les contesté.

—Pues entonces mi camarada y yo juraremos que usted tendrá una cuarta parte del tesoro, el cual será dividido por partes iguales entre nosotros cuatro.

—No somos más de tres —dije.

—No; Dost Akbar debe tener su parte. Mientras lo esperamos, podemos contarle a usted la historia. Mahomet Singh, quédate en la puerta de la muralla y danos

aviso cuando llegue. Mire, sahib: lo que ocurre en esto, y se lo digo porque me consta que un juramento resulta obligatorio para un feringhee (europeo) y que podemos confiar en usted. Si se tratase de un indio embustero, aunque nos lo jurase por todos los falsos dioses de sus templos, su sangre habría corrido por mi cuchillo y su cadáver habría sido arrojado a las aguas. Pero los sikhs conocen a los ingleses, y los ingleses conocen a los sikhs. Escuche, pues, lo que tengo que decirle:

Hay en las provincias del norte un rajá riquísimo, aunque sus dominios sean pequeños. Heredó mucho de su padre, y aún es más lo que él ha reunido por sí mismo, porque es hombre ruin y amontona su oro en lugar de gastarlo. Cuando estalló la revuelta, él quiso ser amigo al mismo tiempo del león y del tigre: del cipayo y del gobierno de la Compañía de la India. Sin embargo, pronto creyó que los días de los hombres blancos habían llegado a su término, porque de todas las partes del país no recibía otras noticias que las de la muerte y la expulsión de esos hombres. Pero, como es precavido, planeó las cosas de manera que, fuera cual fuese el final, le quedase al menos la mitad de su tesoro. La parte en oro y plata de éste la guardó consigo en las cámaras de su palacio; pero las piedras más preciosas y las perlas más selectas que poseía las colocó en un cofre de hierro y lo envió a cargo de un servidor leal que, disfrazado de mercader, quedó encargado de traerlo al fuerte de Agra, para que esté guardado aquí hasta que vuelva a reinar la paz en el país. De ese modo, si ganan los rebeldes, él tendrá siempre su dinero; pero si triunfa la Compañía, salvará sus piedras preciosas. Hecha esta división de su tesoro, se entregó a la causa de los cipayos, porque éstos eran fuertes junto a sus fronteras. Al hacer esto, fíjese bien en lo que le digo, sahib, sus bienes pasaron a ser el botín de quienes han permanecido leales a la causa de aquellos con los que compartieron su sal. Este supuesto mercader, que viaja bajo el nombre de Achmet, se encuentra ahora en la ciudad de Agra y desea acceder al fuerte. Trae como compañero de viaje a mi hermano de leche, Dost Akbar, que conoce su secreto. Dost Akbar ha prometido conducirlo esta noche hasta una puerta lateral del fuerte y ésta ha elegido para sus propósitos ésta. Llegará de un momento a otro, y nos encontrará a Mahomet Singh y a mí esperándole. El lugar es solitario y nadie se enterará de su venida. El mundo no volverá a tener noticias del mercader Achmet, pero el gran tesoro del rajá será dividido entre nosotros. ¿Qué dice usted a eso, sahib?

La vida de un hombre se considera algo grande y sagrado en Worcestershire; pero la cosa es muy distinta cuando no hay alrededor de uno más que incendios y muertes y acabamos acostumbrándonos a tropezar con la muerte en cada

esquina. El que el mercader Achmet viviese o muriese pesaba para mí tan poco como el aire, pero al oír hablar del tesoro se me fue hacia éste el corazón: pensé en lo que podría hacer con él en mi patria y en los ojos de asombro que abrirían mis parientes cuando viesen regresar, con los bolsillos llenos de monedas de oro, al que ellos consideraban inútil para todo. Estaba, pues, ya resuelto. Sin embargo, Abdullah Khan, creyendo que yo vacilaba, insistió con mayor apremio todavía, y me dijo:

—Piense usted, sahib, que si el mayor del fuerte apresa a este hombre lo ahorcará o fusilará y sus joyas pasarán a poder del Gobierno, de manera que con ello nadie ganará una rupia. Ahora bien: si somos nosotros quienes lo apresamos, ¿por qué no hemos de hacer también lo demás? Las piedras preciosas estarán en nuestras manos tan bien como en los cofres de la Compañía. Hay suficiente para convertirnos los cuatro hombres en ricos y en grandes jefes. Nadie se enterará en absoluto del asunto, porque en este lugar nos hallamos apartados de todos. ¿Qué mejor oportunidad para nuestro designio? Repita, pues, sahib, si está con nosotros o si hemos de considerarle como enemigo.

—Estoy con vosotros con el alma y la vida —le contesté.

—Está bien —me respondió, devolviéndome mi fusil de chispa—. Ya ve que nosotros confiamos en usted, porque su palabra, como la nuestra, no puede ser quebrantada. Y ahora sólo nos queda esperar a que lleguen mi hermano y el mercader. —¿Sabe su hermano lo que ustedes se disponen a hacer? —le pregunté.

—El plan es suyo. Él lo ha preparado. Acerquémonos a la puerta de la muralla para compartir la vigilancia con Mahomet Singh.

Seguía cayendo la lluvia sin interrupción, porque nos encontrábamos en los comienzos de la estación de las lluvias. Nubes oscuras y pesadas cruzaban por el firmamento, y era difícil ver más allá de un tiro de piedra. Delante de nuestra puerta había un foso profundo, pero el agua se hallaba casi seca en algunos lugares y era fácil cruzarlo. Yo experimentaba una sensación extraña al verme allí con aquellos dos salvajes punyabíes, esperando al hombre que caminaba hacia su muerte.

De pronto, percibí al otro lado del foso el brillo de una lámpara sombreada. Desapareció entre los montones de tierra y volvió a reaparecer, viniendo

lentamente en dirección nuestra.

—¡Hay están! —exclamé.

—Usted, sahib, les dará el alto, como de costumbre —murmuró Abdullah—. Que no tenga motivos de recelo. Luego lo envía con nosotros, y mientras usted permanece aquí de guardia, nosotros haremos lo demás. Tenga la linterna preparada para proyectar su luz a fin de que nos aseguremos que se trata, en efecto, de nuestro hombre.

La luz fue acercándose vacilante: unas veces se detenía y otras se adelantaba; vi, por fin, dos figuras negras al otro lado del foso. Dejé que se descolgaran por el talud inclinado, que chapoteasen en el barro y que trepasen hasta mitad del camino de la puerta, y entonces les di el alto.

—¿Quién vive? —dije con voz apagada.

—Amigos —me contestaron.

Destapé mi linterna y proyecté sobre ellos un torrente de luz. El primero era un sikh enorme, con una barba negra que le llegaba casi hasta la cintura. Jamás he visto, fuera de las barracas de feria, hombre de tan elevada estatura. El otro era un hombrecillo grueso y barrigudo, con un gran turbante amarillo; llevaba en la mano un bulto cubierto con un chal parecía estar temblando de miedo; sus manos se retorcían como si estuviese atacado de tercianas, y volvía constantemente a derecha e izquierda la cabeza, con sus dos ojillos brillantes y parpadeaba, igual que ratoncito que se arriesga a salir de su agujero. A mi me dio un escalofrío pensando en que íbamos a matarle, pero pensé también en el tesoro y se me volvió el corazón como el pedernal. Cuando el mercader vio mi cara de hombre blanco dejó escapar un pequeño gorjeo de alegría y vino corriendo hacia mí.

—Protegerme sahib. —jadeó—; conceded vuestra protección al desdichado mercader Achmet. He cruzado el Rajputana a fin de buscar el cobijo del fuerte de Agra. Me han robado, me han apaleado, me han insultado, porque he sido amigo de la Compañía. ¡Bendita noche esta en que nos vemos una vez más en salvo..., yo y mi pobreza!

—¿Que trae en ese fardo? —le pregunté.

—Un cofre de hierro —me contestó— que contiene dos o tres recuerdos de familia sin valor para los demás, pero que a mí me dolería mucho perder. Sin embargo, no soy un mendigo; yo le recompensaré a usted, joven sahib, y también al gobernador del fuerte si me otorgan el cobijo que solicito.

Yo no podía seguir hablando más con aquel hombre sin traicionarme. Cuanto más contemplaba su rostro gordinflón y asustado, más duro me parecía el que tuviéramos que matarle a sangre fría. Lo mejor era acabar ya.

—Conducidle al cuerpo de guardia principal —dije.

Los dos sikhs se le colocaron a ambos lados y el gigante camino detrás, cruzando de ese modo la oscura puerta. Jamás un hombre marchó tan bien escoltado hacia la muerte. Yo me quedé, con la linterna, en el umbral de la puerta. Llegaban a mis oídos los pasos acompasados de aquellos hombres a medida que avanzaban por los solitarios corredores. De pronto, cesaron, y oí voces y ruido de golpes. Un instante después, y con horror mío, resonó, viniendo en mi dirección, el ruido de pasos a la carrera, acompañado del ruidoso jadear de un hombre que corría. Enfoqué la linterna hacia el pasillo largo y recto; allí venía el hombre gordinflón corriendo como el viento; un manchón de sangre le cruzaba la cara, y detrás de él, con saltos de tigre, el enorme sikh grandullón y de barba negra, con el cuchillo relampagueante en la mano. Jamás vi correr con tal velocidad a ningún hombre como al pequeño mercader. Le iba sacando ventaja al sikh.

Calculé que si cruzaba por delante de mí y llegaba a campo libre podía salvarse aún. Mi corazón sintió piedad, pero otra vez la idea del tesoro me volvió duro y frío. Cuando iba a cruzar por delante de mí, le metí entre las piernas mi fusil de chispa, y aquel hombre dio un par de volteretas sobre sí mismo, igual que un conejo alcanzado por un disparo. Antes que pudiera ponerse en pie, tambaleante, el sikh se le echó encima y hundió dos veces el cuchillo en su costado. El hombre no dejó escapar ni siquiera un gemido, ni movió un solo músculo, quedándose donde había caído. Quizá se desnucó al caer.

Ya ven ustedes, caballeros, que estoy cumpliendo mi promesa. Les cuento, palabra por palabra, todo, tal y cual sucedió, me sea o no favorable.

Small se calló, y alargó sus manos esposadas hacia el whisky con agua que Holmes le había preparado. Por mi parte, confieso que aquel hombre me

inspiraba ya el máximo horror, no sólo por aquel crimen a sangre fría, en el que había intervenido, sino todavía más por la forma, algo jactanciosa y despreocupada, con que lo había narrado. Cualquiera que fuese el castigo que le esperaba, me dije que no sería objeto de mis simpatías. Sherlock Holmes y Jones permanecían sentados, con las manos sobre las rodillas, profundamente interesados por el relato, pero en sus rostros también se leía la repugnancia. Quizá Small lo observó, porque al proseguir su narración, su voz y sus maneras adquirieron un toque de desafío.

—Sin duda alguna que aquello estuvo muy mal hecho —dijo—. Yo quisiera saber cuántos hombres, en mi pellejo, habrían rehusado una participación en aquel botín si les hubiesen puesto en la alternativa de cogerlo o dejarse cortar el cuello. Además, una vez aquel hombre dentro del fuerte, se trataba de su vida o de la mía. Si hubiera escapado, se habría puesto en claro todo el asunto, me habrían formado consejo de guerra y, probablemente, fusilado; porque en tiempos como aquellos, la gente es muy poco compasiva.

—Siga usted con su relato —dijo Holmes con brusquedad.

—Bueno, entre Abdullah, Akbar y yo lo metimos adentro. Pesaba mucho, no obstante su corta estatura. Mahomet Sing quedó de vigilante en la puerta. Lo llevamos a un lugar que los sikhs habían preparado ya. Quedaba a bastante distancia, en un sitio donde un tortuoso pasillo desemboca en un enorme salón, vacío, cuyos muros de ladrillo estaban desmoronándose. El suelo de tierra se había hundido en una parte, formando un sepulcro natural; depositamos, pues, allí al mercader Achmet, después de cubrir su cadáver con ladrillos sueltos. Hecho eso, volvimos todos a donde se hallaba el tesoro.

Estaba éste donde Achmet lo dejó caer al verse atacado. El cofre era ese mismo que está abierto ahí, sobre la mesa. En el asa tallada que tiene encima colgaba una llave atada con un cordel de seda. Abrimos el cofre, y la luz de la linterna centelleó en una colección de piedras preciosas como aquellas de que hablaban los libros que leí y que me hicieron ensoñar, cuando era yo un muchachito, en Pershore. Deslumbraban al mirarlas. Después de dar un banquete a nuestros ojos, las sacamos e hicimos una lista de ellas. Había ciento cuarenta y tres diamantes de primera agua, incluyendo uno al que, según creo, llamaban el "Gran Mogol", del que se dice que es, por su tamaño, el segundo de todos los que existen. Había además noventa y siete esmeraldas finísimas y ciento setenta rubíes, algunos de los cuales eran, sin embargo, pequeños. Había también cuarenta carbunclos,

doscientos diez zafiros, sesenta y una ágatas, y una gran cantidad de berilos, ónices, ojos de gato, turquesas y otras piedras cuyos nombres ni siquiera conocía entonces, aunque con posterioridad me he familiarizado con algunos de ellos. Además de todo esto, había cerca de trescientas perlas muy finas, doce de las cuales se hallaban engarzadas en una diadema de oro. Dicho sea de paso, estas últimas habían sido sacadas del cofre y no las encontré en él cuando lo recuperé.

Después de contar nuestros tesoros, volvimos a ponerlos en el cofre y los llevamos hasta la puerta de la muralla para mostrárselos a Mahomet Singh. Allí renovamos solemnemente nuestro juramento de mantenernos leales los unos a los otros y a nuestro secreto. Decidimos esconder nuestro botín en lugar seguro hasta que el país estuviese de nuevo en paz, y luego dividirlo entre nosotros en partes iguales. Nada se adelantaba dividiéndolo en aquel momento, porque si encontraban en nuestro poder piedras de tanto valor, ello daría lugar a sospechas, y en el fuerte no había manera de vivir aislados ni había tampoco lugar en que pudiéramos guardarlas. En vista de ello, llevamos el cofre a la misma sala en que habíamos sepultado el cadáver, y allí, debajo de determinados ladrillos del muro mejor conservado, hicimos un agujero y ocultamos en él el cofre. Anotamos con gran cuidado el lugar, y yo tracé, al día siguiente, cuatro planos, uno para cada uno de nosotros; al pie de ellos coloqué el Signo de los Cuatro, porque habíamos jurado que cada uno actuaría en interés de todos, de forma que nadie resultase beneficiado. Con la mano en el corazón, puedo asegurar que yo no he quebrantado nunca aquel juramento.

Bueno; no hace falta que yo les diga a ustedes, caballeros, cómo terminó la sublevación de la India. Cuando Wilson tomó Delhi y sir Colin hizo levantar el asedio de Lucknow se quebró el espinazo del asunto. Iban llegando tropas de refresco, y Nana Sahib huyó al otro lado de la frontera. Una columna móvil, al mando del coronel Greathed, avanzó hasta Agra y ahuyentó de allí a los pandis. Parecía que iba volviendo la paz al país, y nosotros cuatro empezamos a creer que iba acercándose el momento en que podríamos largarnos tranquilamente con nuestra parte del botín. Sin embargo, nuestras esperanzas quedaron en un instante destruidas al vernos apresados como asesinos de Achmet.

La cosa ocurrió de esta manera. Cuando el rajá entregó sus piedras preciosas a Achmet, lo hizo porque lo juzgaba hombre digno de confianza. Sin embargo, los orientales son gente recelosa; ¿qué hizo, pues, el rajá? Llamó a un segundo criado, de mayor confianza todavía, y le encargó el papel de espía del primero. A este segundo personaje se le ordenó que no perdiera nunca de vista a Achmet y

que lo siguiese como a su sombra. Aquella noche fue siguiendo a Achmet, y le vio entrar por la puerta de la muralla. Naturalmente, pensó que Achmet había encontrado refugio en el fuerte, y él mismo lo solicitó al día siguiente, pero no pudo encontrar rastro alguno de aquél. Esto le pareció tan sorprendente que se lo comunicó a un sargento de rastreadores, quien lo pasó a oídos del mayor. Se llevó a cabo, rápidamente, una investigación y se descubrió el cadáver. De esa manera, en el momento mismo en que pensábamos que estábamos a salvo, nos vimos presos y tuvimos que comparecer ante un tribunal bajo la acusación de asesinato, tres de nosotros, porque aquella noche estábamos de guardia en la puerta, y el cuarto, por saberse que había acompañado al muerto. En el proceso no se habló para nada de las joyas, porque el rajá había sido depuesto y había huido de la India; por ello, nadie tenía un interés particular en ellas.

Sin embargo, quedó claramente establecido el asesinato, y se tuvo la certeza de que todos estábamos complicados en el mismo. Los tres sikhs fueron condenados a cadena perpetua, y yo a muerte, aunque más tarde se conmutó mi sentencia por la misma pena de los demás.

La situación en que nos encontramos entonces era bastante extraña. Los cuatro nos vimos con una cadena en la pierna y con muy pocas probabilidades de salir jamás en libertad, siendo así que cada uno de nosotros era poseedor de un secreto que, de haber podido servirnos del mismo, nos habría permitido vivir en un palacio. Era como para roerle el corazón: tenían que aguantar los puntapiés y bofetadas de cualquier funcionario subalterno y vivir comiendo arroz y bebiendo agua, siendo así que aquella fortuna espléndida se hallaba siempre disponible, fuera de los muros de la cárcel, para cada uno de los cuatro, esperando, simplemente, que la recogiésemos. Quizás aquello me hubiese arrastrado a la locura, de no haber sido siempre un hombre muy tenaz. Me sostuve, pues, y dejé tiempo al tiempo.

Por último, juzgué que había llegado la ocasión. Me trasladaron desde Agra a Madrás, y de Madrás a la isla de Blair, en las Andamán. En este presidio son pocos los convictos blancos, y como yo me porté bien desde el principio, pronto llegué a ser una especie de privilegiado. Me dieron una choza en Hope Town, que es un lugar enfermizo plagado de fiebres situado en las laderas del monte Harriet, y me dejaron vivir casi independientemente. Es aquel un lugar melancólico y atacado por las fiebres. Más allá de nuestros pequeños calveros, la región se hallaba infestada de indígenas salvajes y caníbales, dispuestos a lanzar sobre nosotros un dardo emponzoñado a la primera oportunidad. Se trabajaba en

cavar, en abrir acequias, en plantar ñame y en otra docena de cosas más, de modo que andábamos muy atareados todo el día, aunque llegada la noche disponíamos de algún tiempo libre para dedicarlo a nuestras cosas. Entre otras, aprendí del médico a administrar medicinas y adquirí conocimientos superficiales de su ciencia. Yo permanecí siempre al acecho de una oportunidad para huir; pero aquella isla se encuentra a centenares de millas de distancia de la tierra más próxima, y en aquellos mares soplan poco o nada los vientos; de modo, pues, que el huir es tarea terriblemente difícil.

El médico, doctor Somerton, era un hombre gastador y amigo del juego, y los demás oficiales jóvenes se reunían en sus habitaciones y se pasaban las noches jugando a las cartas. La enfermería, donde yo solía preparar las recetas, se hallaba contigua al cuarto de estar del doctor y había una ventanita de comunicación entre ambos. Muchas veces, al sentirme aislado, apagaba la lámpara de la enfermería, y desde allí escuchaba la conversación de los jugadores y seguía su juego. A mí también me gusta jugar a las cartas, y el ver a los demás jugando era casi tan agradable como jugar uno mismo. Concurrían allí el mayor Sholto, el capitán Morstan, y el teniente Bromley Brown, que estaba al mando de las tropas indígenas, y el médico mismo, con dos o tres oficiales de prisiones; estos eran perros viejos y astutos, que desarrollaban un juego fino, hábil y seguro. En conjunto, formaban una reunión muy apañada.

Había algo que me llamaba siempre la atención, y era el que los militares solían perder siempre, mientras que los funcionarios civiles ganaban. No digo yo que hiciesen trampa, pero el hecho es que ganaban. Aquellos funcionarios de prisiones apenas habían hecho otra cosa que jugar a las cartas desde que llegaron a las islas Andamán; conocía cada uno al dedillo el juego de los demás, mientras que los militares jugaban sólo para pasar el rato y no se preocupaban mucho por el desarrollo del juego. Noche tras noche, los militares se iban empobreciendo, y cuanto más pobres se veían, más anhelo tenían por jugar. El mayor Sholto era quien más perdía. Al principio pagaba con billetes y monedas de oro, pero pronto empezó a pagar con letras firmadas y por sumas importantes. Tenía pequeñas rachas favorables, lo suficiente para que cobrase ánimos, y de pronto la suerte le volvía la espalda peor que nunca. Durante el día, iba y venía de un lado para otro, tan sombrío como el trueno, y acabó por dedicarse a la bebida más de lo que resultaba conveniente. Una noche perdió aún más que otras veces. Yo estaba sentado en mi choza cuando él y el capitán Morstan pasaron camino de sus habitaciones. Eran amigos íntimos, y nunca se alejaban mucho el uno del otro. El mayor iba como loco por sus fuertes pérdidas.

Cuando cruzaban por delante de mi choza, iba diciendo:

—Morstan, esto se acabó. Tendré que pedir la baja. Estoy arruinado.

—No me diga tonterías, viejo amigo —le contestó el otro dándole una palmada en la espalda—. También yo me las he visto negras, pero...

Eso fue todo lo que oí, más que suficiente para hacerme pensar. Un par de días más tarde, el mayor Sholto paseaba por la playa. Yo aproveché la oportunidad para hablarle.

—Mayor, desearía consultar una cosa con usted —le dije.

—¿De qué se trata, Small? —preguntó, retirando el cigarro puro de la boca.

—Señor, querría preguntarle quién es la persona más indicada para hacerle entrega de un tesoro escondido. Yo sé dónde hay oculto medio millón de libras, y como yo no puedo aprovecharlo, pensé que quizá lo mejor que podría hacer es ponerlo en manos de las autoridades correspondientes, porque quizá de ese modo me rebajarían el tiempo de condena.

—¿Medio millón, Small? —dijo, casi sin aliento, mirándome fijamente para ver si yo hablaba en serio.

—Medio millón, señor. En piedras preciosas y perlas. Está escondido en un lugar donde no es útil para nadie. Y lo más extraño del caso es que su verdadero propietario ha sido puesto fuera de la ley y desposeído de toda propiedad, de modo que en realidad pertenece al primero que llegue.

—Pertenece al gobierno, Small; al gobierno —tartamudeó. Pero lo dijo como a trompicones, y yo comprendí, allá en mi corazón, que tenía al mayor en mis manos.

—¿De modo, señor, que yo debería poner el hecho en conocimiento del gobernador general? —le pregunté con mucha tranquilidad.

—Bueno, bueno; no haga usted nada con precipitación de que luego pueda arrepentirse. Dígame a mí lo que hay del caso, Small. Póngame al corriente de los hechos.

Le relaté la historia completa, introduciendo pequeñas variantes con objeto de que él no pudiera identificar los lugares. Cuando terminé mi relato, vi que se había quedado como de piedra y absorto en meditaciones. Por la contorsión de sus labios adiviné la fuerte lucha que se libraba en su interior.

—Este es un asunto de mucha importancia, Small —dijo por último—. No debe usted decir una palabra acerca del mismo a nadie, y muy pronto volveremos a hablar.

Dos noches después, él y su amigo el capitán Morstan vinieron a mi choza alumbrándose con una linterna a altas horas de la noche.

—Small, deseo que el capitán Morstan pueda oír de sus propios labios ese relato —me dijo.

Se lo repetí tal como a él se lo había contado.

—¿Verdad que suena a cosa verdadera? ¿Te parece que tiene base suficiente para actuar? —dijo el mayor.

El capitán Morstan asintió con la cabeza, y el mayor agregó—: Mire, Small: hemos tratado del asunto mi amigo aquí presente y yo, llegando a la conclusión de que esto no es ni mucho menos algo en que deba intervenir el gobierno, sino que atañe exclusivamente a usted, y del que puede disponer como bien le parezca. El problema que ahora se plantea es saber cuál sería el precio que usted pediría. Si nos pusiésemos de acuerdo en las condiciones, quizá nos sintiésemos inclinados a aceptarlo, o por lo menos a estudiarlo.

El mayor procuraba expresarse en forma fría y sin darle importancia, pero en sus ojos brillaban la excitación y la avaricia. Yo le contesté procurando también simular frialdad, pero sintiéndome tan excitado como lo estaba él mismo:

—En cuanto a eso, caballeros, sólo puede hacer un trato quien se encuentra en la situación en que yo me encuentro. Lo que exijo es que me ayuden a recobrar la libertad, y que ayuden también a mis tres compañeros. Conseguida ésta, los aceptaremos en nuestra sociedad y les daremos una quinta parte para que se la repartan entre ustedes.

—¡Hum! ¡Una quinta parte! ¡No es cosa muy tentadora! —dijo él.

—Son unas cincuenta mil libras para cada uno —dije yo.

—Pero ¿cómo vamos a lograr su libertad? Usted sabe muy bien que lo que pide es imposible.

—Nada de eso —le contesté—. Lo tengo todo bien pensado, hasta en el más mínimo detalle. El único obstáculo para nuestra fuga es que carecemos de barco apropiado para el viaje y de provisiones suficientes para su mucha duración. En Calcuta y en Madrás hay muchos yates y balandros pequeños que servirán perfectamente para el caso nuestro. Traiga usted uno. Nosotros nos comprometemos a subir a bordo durante la noche, y si nos desembarca en un punto cualquiera de las costas de la India, habrá cumplido con su parte de compromiso.

—Si se tratara de una persona sola... —dijo él.

—O todos o ninguno —le contesté—. Lo hemos jurado. Siempre actuamos los cuatro juntos.

—Ya ve usted, Morstan, que Small es hombre de palabra —dijo el mayor—. No traiciona a sus amigos. Creo que muy bien podemos fiarnos de él.

—Es un asunto sucio —dijo el otro—. Sin embargo, y como usted dice, ese dinero nos permitiría muy bien salvar nuestros cargos.

—Bien, Small —dijo el mayor—. Creo que no vamos a tener más remedio que intentarlo y aceptar sus condiciones. Pero habrá que comprobar antes la autenticidad de su relato. Dígame dónde está escondido el tesoro, y yo pediré permiso y regresaré a la India en el barco que trae mensualmente los suministros. Una vez allí haré las investigaciones necesarias.

—No tan de prisa —le contesté, enfriándome a medida que él se entusiasmaba —. Necesito el consentimiento de mis tres camaradas. Ya le he dicho que hay que entenderse con los cuatro o con ninguno.

—¡Tonterías! ¿A santo de qué tienen que intervenir en nuestro convenio tres negros?

—Negros o azules —le dije—, ellos están en esto conmigo, y todos actuamos como un solo hombre.

En fin, que el asunto se cerró en una segunda entrevista, en la que se hallaron presentes Mahomet Singh, Abdullah Khan y Dost Akbar. Volvimos a plantear el asunto desde el principio, y llegamos, por último, a un arreglo. Nosotros suministraríamos a los oficiales sendos mapas de la parte del fuerte de Agra en cuestión y señalaríamos en ellos el sitio donde el tesoro estaba escondido. El mayor Sholto se trasladaría a la India para comprobar la verdad de nuestra historia. Si encontraba el cofre, debía dejarlo donde estaba, y proceder a enviarnos un pequeño yate aprovisionado para el viaje. La embarcación fondearía aguas afuera de la isla Rutland y nosotros nos las arreglaríamos para ir hasta ella. Después, el mayor volvería a su puesto. Acto continuo, el capitán Morstan solicitaría permiso, y vendría a reunirse con nosotros en Agra, donde se realizaría el reparto final, haciéndose cargo Morstan de su parte y de la del mayor. Todo aquello lo sellamos con los juramentos más solemnes que pueden la imaginación inventar y pronunciar los labios. Yo trabajé durante toda la noche con papel y tinta, y cuando llegó la mañana tuve preparados los dos mapas, firmados con el Signo de los Cuatro, es decir, el signo de Abdullah, Akbar, Mahomet y mío.

Bien, caballeros; observo que les estoy aburriendo con mi largo relato y comprendo que mi amigo el señor Jones está impaciente por tenerme a salvo en un calabozo. Abreviaré cuanto pueda. El canalla de Sholto marchó a la India, pero ya no regresó. Poco tiempo después, el capitán Morstan me mostró su nombre en una lista de pasajeros de barco correo. Había muerto un tío suyo dejándole una gran fortuna y había abandonado el ejército; sin embargo, fue muy capaz de rebajarse hasta el punto de conducirse de aquella manera con cinco hombres como nosotros. Morstan se trasladó poco después a Agra y se encontró, como esperábamos, con que el tesoro había desaparecido. El muy canalla lo robó íntegro, sin cumplir ninguna de las condiciones bajo las cuales le habíamos vendido el secreto. Desde esa fecha no viví sino para la venganza. Durante el día pensaba en ella y durante la noche la acariciaba amorosamente. Se convirtió para mí en una pasión avasalladora, absorbente. Me importaba poco la justicia, me importaba poco la hora. Fugarme, perseguir a Sholto hasta encontrarlo, apretarle con las manos el cuello ése era mi único pensamiento. Hasta el tesoro de Agra había pasado a ser cosa subalterna junto al ansia de matar a Sholto.

Bueno, yo me he propuesto en la vida muchas cosas, y en todas ellas logré su realización. Pero pasaron largos años antes que llegase mi hora. Ya les he dicho que había aprendido algo de medicina. En una ocasión, y estando el doctor Somerton en cama con fiebres, una cuadrilla de presidiarios recogió en los

bosques a un pequeño indígena de Andamán que, al sentirse mortalmente enfermo, se había encaminado a un lugar solitario para morir. Me hice cargo de él, a pesar de que era tan feroz como una serpiente, y en dos meses logré curarlo y ponerlo en situación de caminar por su pie. En vista de eso, aquel individuo se encariñó conmigo y andaba siempre merodeando alrededor de mi choza, sin querer regresar a sus bosques. Yo aprendí de él un poco de su dialecto, y esto hizo que se aficionase todavía más a mí.

Tonga, que así se llamaba, era un magnífico navegante y tenía una canoa grande y muy espaciosa de propiedad suya. Cuando me convencí de que me era leal y de que sería capaz de hacer cualquier cosa por mí, comprendí que allí se hallaba mi oportunidad de escapar. Hablé con él acerca del asunto. Se encargó de traer su lancha una noche determinada a un viejo embarcadero que no estaba vigilado, donde me recogería a bordo. Le di instrucciones para que cargase varias calabazas de agua y gran cantidad de ñame, cocos y boniatos. ¡Era hombre leal y firme el pequeño Tonga! Nadie tuvo nunca un camarada más fiel.

La noche convenida estuvo con su lancha en el muelle. Sin embargo, dio la casualidad de que se encontraba allí uno de los guardias del presidio, un indígena miserable de las fronteras del Afganistán que jamás había perdido ocasión de ofenderme e injuriarme. Yo le había jurado venganza, y vi llegado el momento de realizarla. Se hubiera dicho que el destino lo había situado en mi camino para que pudiera cobrarle mi deuda antes de abandonar la isla. Se encontraba en el malecón, vuelto de espaldas a mí, y con la carabina al hombro. Busqué a mi alrededor una piedra con la que poder saltarle los sesos, pero no vi ninguna.

De pronto un extraño pensamiento me mostró dónde tenía yo a mano un arma. Me senté en la oscuridad y solté las correas de mi pata de palo. Tres largos saltos sobre un pie me bastaron para llegar hasta él. Se echó el arma a la cara, pero yo le di de lleno, en la mitad de la frente. Vean ustedes la hendidura que señala el sitio en que golpeó la madera. Los dos caímos al mismo tiempo, porque no pude conservar el equilibrio; pero cuando yo me levanté lo vi a él en el suelo, inmóvil. Busqué la lancha y una hora después nos encontrábamos mar adentro. Tonga se había llevado consigo todas las riquezas que tenía en este mundo: sus armas y sus dioses. Traía, entre otras cosas, una larga lanza de bambú, algunas esterillas de cocotero de Andamán, y con ellas hice una especie de vela. Navegamos por espacio de diez días sin rumbo fijo, fiándonos a nuestra suerte, y al undécimo fuimos recogidos por un barco mercante que marchaba de Singapur a Jeddah con un cargamento de peregrinos malayos. Eran estos gente por demás extraña; y

pronto Tonga y yo nos las arreglamos para instalarnos entre ellos. Una buena condición tenían: no se metían con uno ni le hacían preguntas.

Bien, pues. Si yo les contara todas las aventuras que nos ocurrieron a mi pequeño camarada y a mí, ustedes no me lo agradecerían, porque los obligaría a permanecer escuchándome hasta que saliera el sol. Rodamos de aquí para allá por el mundo. Siempre se nos ponía por delante algún obstáculo que nos impedía llegar a Londres. Pero ni un solo instante perdí yo de vista mi propósito. Soñaba todas las noches con Sholto. Lo habré matado en sueños un centenar de veces. Pero, al fin, hará cosa de tres o cuatro años, nos vimos en Inglaterra. No me costó mucho trabajo descubrir el paradero de Sholto, y entonces me dediqué a la tarea de averiguar qué había hecho con el tesoro o si estaba éste todavía en su poder. Me hice amigo de alguien que podía servirme de ayuda, y no doy nombres porque no deseo meter a nadie más en un aprieto, y pronto averigüé que las joyas seguían en sus manos. Intenté entonces llegar hasta él de varias maneras; pero era muy astuto, y tenía siempre dos boxeadores para guardarlo, además de sus hijos y el khirnutgar indio.

Sin embargo, un día recibí aviso de que se estaba muriendo. Escalé la tapia y llegué a su jardín, enloquecido por la idea de que pudiera escapárseme de entre las garras de aquella manera; mirando por la ventana, le vi tendido en la cama y teniendo a cada lado a uno de sus hijos. Yo estaba dispuesto a saltar dentro, enfrentándome con los tres hombres, pero cuando lo miraba vi que su mandíbula caía hacia abajo sin fuerza y comprendí que había muerto. A pesar de todo, me metí aquella misma noche en su cuarto y busqué entre sus papeles, para ver si había dejado en algún sitio constancia del lugar en que había escondido el tesoro. Nada encontré, y me retiré, como es de suponer, tan furioso y amargado como puede estar un hombre. Antes de retirarme, se me ocurrió que, si alguna vez volvía yo a encontrarme con mis amigos los sikhs, les serviría de satisfacción el saber que yo había dejado alguna constancia de nuestro odio; garrapateé, pues, el Signo de los Cuatro, tal como lo habíamos estampado en los mapas, y se lo clavé en el pecho con un alfiler. Me resultaba intolerable que pudiera ser llevado a su tumba sin algún recuerdo de los hombres a quienes había robado y traicionado.

Por aquel entonces nos ganábamos la vida gracias a las exhibiciones del pobre Tonga en ferias y otros sitios por el estilo, donde aparecía como el caníbal negro. Comía carne cruda y bailaba su danza guerrera; y así, nos encontrábamos, después del trabajo del día, con el sombrero lleno de peniques. También recibías noticias de Pondicherry Lodge, aunque durante algunos años sólo supe que

buscaban el tesoro. Pero un buen día me llegó la noticia que habíamos esperado tanto tiempo. Había sido descubierto el tesoro. Estaba en la buhardilla de la casa sobre el laboratorio de Bartholomew Sholto. Fui en seguida y examiné bien la situación, pero no vi modo de encaramarme hasta allá arriba con mi pata de palo. Supe, sin embargo, que existía una trampilla en el tejado y averigüé también la hora en que el señor Sholto cenaba habitualmente. Creí que podría arreglármelas sin dificultad, valiéndome de Tonga. Me lo llevé con una larga cuerda arrollada a la cintura. El trepaba como un gato, y no tardó en meterse por el tejado; pero la mala suerte quiso que Bartholomew Sholto estuviese en su cuarto, para su desdicha. Tonga creyó que había hecho algo muy inteligente matándole, porque cuando yo llegué arriba me lo encontré pavoneándose muy orgulloso. Su sorpresa fue grande cuando yo le golpeé con el cabo de la cuerda y le maldije, diciéndole que era un enano sanguinario. Me apoderé del cofre del tesoro y lo descolgué al jardín, y luego me descolgué yo mismo, después de dejar el Signo de los Cuatro sobre la mesa, dando así a entender que las joyas volvían, por fin, a quienes con mayor derecho pertenecían. Entonces Tonga recogió la cuerda, cerró la ventana y salió por el mismo camino que había entrado.

Creo que nada más me queda por decir a ustedes. Había oído a un botero ponderar la rapidez de la lancha de Smith, la Aurora, y se me ocurrió que nos sería un medio adecuado para escapar. Comprometí al viejo Smith, que se habría ganado una suma muy importante si nos hubiese llevado sanos y salvos al barco. Debió de comprender que había en todo ello algo sospechoso, pero nunca estuvo en nuestro secreto. Todo esto es la pura verdad, y si se la he contado, caballeros, no ha sido para divertirlos, porque la pasada que me han jugado no ha sido precisamente un favor, sino porque creo que mi mejor defensa consiste en no ocultar nada, dejando que el mundo sepa lo mal que se comportó conmigo el mayor Sholto y lo inocente que soy de la muerte de su hijo.

—Es un relato extraordinario —dijo Sherlock Holmes—. Un apropiado cierre para un caso muy interesante. En la parte última de su relato no ha habido para mí nada nuevo, fuera de que trajo usted la cuerda de que se sirvió. Eso lo ignoraba. A propósito, yo calculé que Tonga había perdido toda su provisión de dardos; sin embargo nos dispararon uno desde la lancha.

—Los había perdido todos señor, menos el que tenía en la cerbatana.

—¡Naturalmente! No había caído en ello —dijo Holmes.

—¿Desean ustedes preguntarme alguna otra cosa? —preguntó el presidiario con afabilidad.

—Creo que no; gracias —contestó mi compañero.

—Bien, Holmes —intervino Athelney Jones—; es usted una persona a quien hay que rendir tributo, y todos sabemos que es un connoisseur del crimen; pero la obligación es la obligación, y ya me he excedido bastante con hacer lo que usted y su amigo me pidieron. Me sentiré más cómodo cuando tenga a nuestro narrador bajo llave y candado. El coche aún sigue esperando, y en la planta baja hay dos inspectores. Les quedo muy reconocido a los dos por la ayuda que me han prestado.

Como es natural, tendrán que hacer acto de presencia ante el tribunal. Buenas noches.

—Buenas noches, caballeros —dijo Jonathan Small.

—Usted adelante, Small —dijo el precavido Jones al salir de la habitación—. Sea o no cierto lo que hizo al caballero de las Adamán, yo pondré cuidado especial de que no me aporree usted con su pata de palo.

—Bueno, y con esto acaba nuestro pequeño drama —dije yo, cuando llevábamos un rato sentados y fumando en silencio—. Me temo que sea esta la última investigación en que tendré la ocasión de estudiar sus métodos, Holmes. La señorita Morstan me ha hecho el honor de aceptarme como futuro esposo.

Holmes dejó escapar un melancólico suspiro y rió:

—También yo me lo temía. La verdad, no puedo felicitarle.

Me sentí un poco ofendido y le pregunté:

—¿Existe algún motivo para que se sienta usted molesto por mi elección?

—De ninguna manera. Creo que es una de las jóvenes más encantadoras que he conocido, y ha sido más útil en esta tarea de lo que podíamos esperar. Cuenta con verdadero talento, como lo demuestra el que entre todos los papeles que tenía su padre guardase precisamente el plano de Agra. Pero el amor es un estado emotivo, y todo lo emocional resulta opuesto al razonar frío y sereno, que

yo coloco por encima de todas las cosas. No me casaré jamás, por temor a perder el juicio.

—Bien —le dije, echándome a reír—; confío en que mi juicio saldrá con bien de la prueba. Pero tiene usted cara de fatiga.

—Sí; la reacción se deja ya sentir en mí. Durante una semana voy a estar tirado como un trapo.

—Es sorprendente —le dije— cómo alternan en usted, con los accesos de magnífica energía y fortaleza, los paréntesis que yo calificaría de pereza en otra persona.

—Sí —me contestó—; llevo dentro de mí elementos para ser un grandioso vago, y también los que entran en la formación de un hombre de actividad extraordinaria. Muchas veces me acuerdo de estas líneas del viejo Goethe:

"Schade dass die Natur nur einem Mensch aus dir schuf

Denn zum würdigen Mann war und zum Schelmen der Stoff"[1]

A propósito de este asunto de Norwood, dicho sea de paso, ya ha visto usted cómo tenían, según mi suposición, un socio dentro de la casa, y éste no puede ser otro que Lal Rao, el despensero. Jones no tendrá necesidad de compartir con nadie el honor de haber pescado un pez en su gran redada.

—El reparto me parece muy poco justo —dije yo—. Usted lo ha hecho todo en este asunto. Yo me llevo una esposa. Jones se lleva la fama. ¿Quiere decirme con qué se queda usted?

—Para mí —contestó Sherlock Holmes— aún queda el frasco de cocaína.

Y extendió en su busca, su larga y blanca mano.

FIN

[1] ¡Lástima que la Naturaleza hiciera de ti tan sólo un hombre, pues tienes madera para haber sacado una persona honrada y un bribón!

El sabueso de los Baskerville

Agradecimientos

La idea para este relato me la proporcionó mi amigo, el señor Fletcher Robinson, que me ha ayudado además en la línea argumental y en los detalles de ambientación.

A.C.D.

1. El señor Sherlock Holmes

El señor Sherlock Holmes, que de ordinario se levantaba muy tarde, excepto en las ocasiones nada infrecuentes en que no se acostaba en toda la noche, estaba desayunando. Yo, que me hallaba de pie junto a la chimenea, me agaché para recoger el bastón olvidado por nuestro visitante de la noche anterior. Sólido, de madera de buena calidad y con un abultamiento a modo de empuñadura, era del tipo que se conoce como «abogado de Penang»[1]. Inmediatamente debajo de la protuberancia el bastón llevaba una ancha tira de plata, de más de dos centímetros, en la que estaba grabado «A James Mortimer, MRCS[2], de sus amigos de CCH», y el año, «1884». Era exactamente la clase de bastón que solían llevar los médicos de cabecera a la antigua usanza: digno, sólido y que inspiraba confianza.

—Veamos, Watson, ¿a qué conclusiones llega?

Holmes me daba la espalda, y yo no le había dicho en qué me ocupaba.

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? Voy a creer que tiene usted ojos en el cogote.

—Lo que tengo, más bien, es una reluciente cafetera con baño de plata delante de mí —me respondió—. Vamos, Watson, dígame qué opina del bastón de nuestro visitante. Puesto que hemos tenido la desgracia de no coincidir con él e ignoramos qué era lo que quería, este recuerdo fortuito adquiere importancia. Descríbame al propietario con los datos que le haya proporcionado el examen del bastón.

—Me parece —dije, siguiendo hasta donde me era posible los métodos de mi compañero— que el doctor Mortimer es un médico entrado en años y prestigioso que disfruta de general estimación, puesto que quienes lo conocen le han dado esta muestra de su aprecio.

—¡Bien! —dijo Holmes—. ¡Excelente!

—También me parece muy probable que sea médico rural y que haga a pie muchas de sus visitas.

—¿Por qué dice eso?

—Porque este bastón, pese a su excelente calidad, está tan baqueteado que difícilmente imagino a un médico de ciudad llevándolo. El grueso regatón de hierro está muy gastado, por lo que es evidente que su propietario ha caminado mucho con él.

—¡Un razonamiento perfecto! —dijo Holmes.

—Y además no hay que olvidarse de los «amigos de CCH». Imagino que se trata de una asociación local de cazadores[3], a cuyos miembros es posible que haya atendido profesionalmente y que le han ofrecido en recompensa este pequeño obsequio.

—A decir verdad se ha superado usted a sí mismo —dijo Holmes, apartando la silla de la mesa del desayuno y encendiendo un cigarrillo—. Me veo obligado a confesar que, de ordinario, en los relatos con los que ha tenido usted a bien recoger mis modestos éxitos, siempre ha subestimado su habilidad personal. Cabe que usted mismo no sea luminoso, pero sin duda es un buen conductor de la luz. Hay personas que sin ser genios poseen un notable poder de estímulo. He de reconocer, mi querido amigo, que estoy muy en deuda con usted.

Hasta entonces Holmes no se había mostrado nunca tan elogioso, y debo reconocer que sus palabras me produjeron una satisfacción muy intensa, porque la indiferencia con que recibía mi admiración y mis intentos de dar publicidad a sus métodos me había herido en muchas ocasiones. También me enorgullecía pensar que había llegado a dominar su sistema lo bastante como para aplicarlo de una forma capaz de merecer su aprobación. Acto seguido Holmes se apoderó del bastón y lo examinó durante unos minutos. Luego, como si algo hubiera despertado especialmente su interés, dejó el cigarrillo y se trasladó con el bastón junto a la ventana, para examinarlo de nuevo con una lente convexa.

—Interesante, aunque elemental —dijo, mientras regresaba a su sitio preferido en el sofá—. Hay sin duda una o dos indicaciones en el bastón que sirven de base para varias deducciones.

—¿Se me ha escapado algo? —pregunté con cierta presunción—. Confío en no

haber olvidado nada importante.

—Mucho me temo, mi querido Watson, que casi todas sus conclusiones son falsas. Cuando he dicho que me ha servido usted de estímulo me refería, si he de ser sincero, a que sus equivocaciones me han llevado en ocasiones a la verdad. Aunque tampoco es cierto que se haya equivocado usted por completo en este caso. Se trata sin duda de un médico rural que camina mucho.

—Entonces tenía yo razón.

—Hasta ahí, sí.

—Pero sólo hasta ahí.

—Sólo hasta ahí, mi querido Watson; porque eso no es todo, ni mucho menos. Yo consideraría más probable, por ejemplo, que un regalo a un médico proceda de un hospital y no de una asociación de cazadores, y que cuando las iniciales CC van unidas a la palabra hospital, se nos ocurra enseguida que se trata de Charing Cross.

—Quizá tenga usted razón.

—Las probabilidades se orientan en ese sentido. Y si adoptamos esto como hipótesis de trabajo, disponemos de un nuevo punto de partida desde donde dar forma a nuestro desconocido visitante.

—De acuerdo; supongamos que «CCH» significa «Hospital de Charing Cross»; ¿qué otras conclusiones se pueden sacar de ahí?

—¿No se le ocurre alguna de inmediato? Usted conoce mis métodos. ¡Aplíquelos!

—Sólo se me ocurre la conclusión evidente de que nuestro hombre ha ejercido su profesión en Londres antes de marchar al campo.

—Creo que podemos aventurarnos un poco más. Véalo desde esta perspectiva. ¿En qué ocasión es más probable que se hiciera un regalo de esas características? ¿Cuándo se habrán puesto de acuerdo sus amigos para darle esa prueba de afecto? Evidentemente en el momento en que el doctor Mortimer dejó de trabajar en el hospital para abrir su propia consulta. Sabemos que se le hizo un

regalo. Creemos que se ha producido un cambio y que el doctor Mortimer ha pasado del hospital de la ciudad a una consulta en el campo. ¿Piensa que estamos llevando demasiado lejos nuestras deducciones si decimos que el regalo se hizo con motivo de ese cambio?

—Parece probable, desde luego.

—Observará usted, además, que no podía formar parte del personal permanente del hospital, ya que tan sólo se nombra para esos puestos a profesionales experimentados, con una buena clientela en Londres, y un médico de esas características no se marcharía después a un pueblo. ¿Qué era, en ese caso? Si trabajaba en el hospital sin haberse incorporado al personal permanente, sólo podía ser cirujano o médico interno: poco más que estudiante posgraduado. Y se marchó hace cinco años; la fecha está en el bastón. De manera que su médico de cabecera, persona seria y de mediana edad, se esfuma, mi querido Watson, y aparece en su lugar un joven que no ha cumplido aún la treintena, afable, poco ambicioso, distraído, y dueño de un perro por el que siente gran afecto y que describiré aproximadamente como más grande que un terrier pero más pequeño que un mastín.

Yo me eché a reír con incredulidad mientras Sherlock Holmes se recostaba en el sofá y enviaba hacia el techo temblorosos anillos de humo.

—En cuanto a sus últimas afirmaciones, carezco de medios para rebatirlas —dije —, pero al menos no nos será difícil encontrar algunos datos sobre la edad y trayectoria profesional de nuestro hombre.

Del modesto estante donde guardaba los libros relacionados con la medicina saqué el directorio médico y, al buscar por el apellido, encontré varios Mortimer, pero tan sólo uno que coincidiera con nuestro visitante, por lo que procedí a leer en voz alta la nota biográfica.

«Mortimer, James, MRCS, 1882, Grimpen, Dartmoor, Devonshire. De 1882 a 1884 cirujano interno en el hospital de Charing Cross. En posesión del premio Jackson de patología comparada, gracias al trabajo titulado "¿Es la enfermedad una regresión?". Miembro correspondiente de la Sociedad Sueca de Patología. Autor de "Algunos fenómenos de atavismo" (Lancet, 1882), "¿Estamos progresando?" (Journal of Psychology, marzo de 1883). Médico de los municipios de Grimpen, Thorsley y High Barrow».

—No se menciona ninguna asociación de cazadores —comentó Holmes con una sonrisa maliciosa—; pero sí que nuestro visitante es médico rural, como usted dedujo atinadamente. Creo que mis deducciones están justificadas. Por lo que se refiere a los adjetivos, dije, si no recuerdo mal, afable, poco ambicioso y distraído. Según mi experiencia, sólo un hombre afable recibe regalos de sus colegas, sólo un hombre sin ambiciones abandona una carrera en Londres para irse a un pueblo y sólo una persona distraída deja el bastón en lugar de la tarjeta de visita después de esperar una hora.

—¿Y el perro?

—Está acostumbrado a llevarle el bastón a su amo. Como es un objeto pesado, tiene que sujetarlo con fuerza por el centro, y las señales de sus dientes son perfectamente visibles. La mandíbula del animal, como pone de manifiesto la distancia entre las marcas, es, en mi opinión, demasiado ancha para un terrier y no lo bastante para un mastín. Podría ser..., sí, claro que sí: se trata de un spaniel de pelo rizado.

Holmes se había puesto en pie y paseaba por la habitación mientras hablaba. Finalmente se detuvo junto al hueco de la ventana. Había un tono tal de convicción en su voz que levanté la vista sorprendido.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Por la sencilla razón de que estoy viendo al perro delante de nuestra casa, y acabamos de oír cómo su dueño ha llamado a la puerta. No se mueva, se lo ruego. Se trata de uno de sus hermanos de profesión, y la presencia de usted puede serme de ayuda. Éste es el momento dramático del destino, Watson: se oyen en la escalera los pasos de alguien que se dispone a entrar en nuestra vida y no sabemos si será para bien o para mal. ¿Qué es lo que el doctor James Mortimer, el científico, desea de Sherlock Holmes, el detective? ¡Adelante!

El aspecto de nuestro visitante fue una sorpresa para mí, dado que esperaba al típico médico rural y me encontré a un hombre muy alto y delgado, de nariz larga y ganchuda, disparada hacia adelante entre unos ojos grises y penetrantes, muy juntos, que centelleaban desde detrás de unos lentes de montura dorada. Vestía de acuerdo con su profesión, pero de manera un tanto descuidada, porque su levita estaba sucia y los pantalones, raídos. Cargado de espaldas, aunque todavía joven, caminaba echando la cabeza hacia adelante y ofrecía un aire

general de benevolencia corta de vista. Al entrar, sus ojos tropezaron con el bastón que Holmes tenía entre las manos, por lo que se precipitó hacia él lanzando una exclamación de alegría.

—¡Cuánto me alegro! —dijo—. No sabía si lo había dejado aquí o en la agencia marítima. Sentiría mucho perder ese bastón.

—Un regalo, por lo que veo —dijo Holmes.

—Así es.

—¿Del hospital de Charing Cross?

—De uno o dos amigos que tenía allí, con ocasión de mi matrimonio.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué contrariedad! —dijo Holmes, agitando la cabeza.

—¿Cuál es la contrariedad?

—Tan sólo que ha echado usted por tierra nuestras modestas deducciones. ¿Su matrimonio, ha dicho?

—Sí, señor. Al casarme dejé el hospital, y con ello toda esperanza de abrir una consulta. Necesitaba un hogar.

—Bien, bien; no estábamos tan equivocados, después de todo —dijo Holmes—.

Y ahora, doctor James Mortimer...

—No soy doctor; tan sólo un modesto MRCS.

—Y persona amante de la exactitud, por lo que se ve.

—Un simple aficionado a la ciencia, señor Holmes, coleccionista de conchas en las playas del gran océano de lo desconocido. Imagino que estoy hablando con el señor Sherlock Holmes y no...

—No se equivoca; yo soy Sherlock Holmes y éste es mi amigo, el doctor Watson.

—Encantado de conocerlo, doctor Watson. He oído mencionar su nombre junto

con el de su amigo. Me interesa usted mucho, señor Holmes. No esperaba encontrarme con un cráneo tan dolicocéfalo ni con un arco supraorbital tan pronunciado. ¿Le importaría que recorriera con el dedo su fisura parietal? Un molde de su cráneo, señor mío, hasta que pueda disponerse del original, sería el orgullo de cualquier museo antropológico. No es mi intención parecer obsequioso, pero confieso que codicio su cráneo.

Sherlock Holmes hizo un gesto con la mano para invitar a nuestro extraño visitante a que tomara asiento.

—Veo que se entusiasma usted tanto con sus ideas como yo con las mías —dijo —. Y observo por su dedo índice que se hace usted mismo los cigarrillos. No dude en encender uno si así lo desea.

El doctor Mortimer sacó papel y tabaco y lió un pitillo con sorprendente destreza. Sus dedos, largos y temblorosos, eran tan ágiles e inquietos como las antenas de un insecto.

Holmes guardó silencio, pero la intensidad de su atención me demostraba el interés que despertaba en él nuestro curioso visitante.

—Supongo —dijo finalmente—, que no debemos el honor de su visita de anoche y ésta de hoy exclusivamente a su deseo de examinar mi cráneo.

—No, claro está; aunque también me alegro de haber tenido la oportunidad de hacerlo, he acudido a usted, señor Holmes, porque no se me oculta que soy una persona poco práctica y porque me enfrento de repente con un problema tan grave como singular. Y reconociendo, como yo lo reconozco, que es usted el segundo experto europeo mejor cualificado...

—Ah. ¿Puedo preguntarle a quién corresponde el honor de ser el primero? —le interrumpió Holmes con alguna aspereza.

—Para una persona amante de la exactitud y de la ciencia, el trabajo de Monsieur Bertillon tendrá siempre un poderoso atractivo.

—¿No sería mejor consultarle a él en ese caso?

—He hablado de personas amantes de la exactitud y de la ciencia. Pero en cuanto a sentido práctico todo el mundo reconoce que carece usted de rival.

Espero, señor mío, no haber...

—Tan sólo un poco —dijo Holmes—. No estará de más, doctor Mortimer, que, sin más preámbulo, tenga la amabilidad de contarme en pocas palabras cuál es exactamente el problema para cuya resolución solicita mi ayuda.

[1] Bastón de paseo de cabeza abultada que se fabrica con el tallo de Licuala Acutifida, una palma de Asia oriental.

[2] Member of the Royal College of Surgeons (Miembro del Real Colegio de Cirujanos).

[3] La deducción de Watson se explica porque la inicial H sirve en inglés tanto para la palabra "hunt", una de cuyas acepciones es «asociación de cazadores», como para «hospital».

2. La maldición de los Baskerville

—Traigo un manuscrito en el bolsillo —dijo el doctor James Mortimer.

—Lo he notado al entrar usted en la habitación —dijo Holmes.

—Es un manuscrito antiguo.

—Primera mitad del siglo XVIII, a no ser que se trate de una falsificación.

—¿Cómo lo sabe?

—Los tres o cuatro centímetros que quedan al descubierto me han permitido examinarlo mientras usted hablaba. Una persona que no esté en condiciones de calcular la fecha de un documento con un margen de error de una década, más o menos, no es un experto. Tal vez conozca usted mi modesta monografía sobre el tema. Yo lo situaría hacia 1730.

—La fecha exacta es 1742 —el doctor Mortimer sacó el manuscrito del bolsillo interior de la levita—. Sir Charles Baskerville, cuya repentina y trágica muerte hace unos tres meses causó tanto revuelo en Devonshire, confió a mi cuidado este documento de su familia. Quizá deba explicar que yo era amigo personal suyo además de su médico. Sir Charles, pese a ser un hombre resuelto, perspicaz, práctico y tan poco imaginativo como yo, consideraba este documento una cosa muy seria, y estaba preparado para que le sucediera lo que finalmente puso fin a su vida.

Holmes extendió la mano para recibir el documento y lo alisó colocándoselo sobre la rodilla.

—Fíjese usted, Watson, en el uso alternativo de la S larga y corta. Es uno de los indicios que me han permitido calcular la fecha.

Por encima de su hombro contemplé el papel amarillento y la escritura ya borrosa. En el encabezamiento se leía: «Mansión de los Baskerville» y, debajo,

con grandes números irregulares, «1742».

—Parece una declaración.

—Sí, es una declaración acerca de cierta leyenda relacionada con la familia de los Baskerville.

—Pero imagino que usted me quiere consultar acerca de algo más moderno y práctico.

—De inmediata actualidad. Una cuestión en extremo práctica y urgente que hay que decidir en un plazo de veinticuatro horas. Pero el relato es breve y está íntimamente ligado con el problema. Con su permiso voy a proceder a leérselo.

Holmes se recostó en el asiento, unió las manos por las puntas de los dedos y cerró los ojos con gesto de resignación. El doctor Mortimer volvió el manuscrito hacia la luz y leyó, con voz aguda, que se quebraba a veces, la siguiente narración, pintoresca y extraña al mismo tiempo.

«Sobre el origen del sabueso de los Baskerville se han dado muchas explicaciones, pero como yo procedo en línea directa de Hugo Baskerville y la historia me la contó mi padre, que a su vez la supo de mi abuelo, la he puesto por escrito convencido de que todo sucedió exactamente como aquí se relata. Con ello quisiera convenceros, hijos míos, de que la misma Justicia que castiga el pecado puede también perdonarlo sin exigir nada a cambio, y que toda interdicción puede a la larga superarse gracias al poder de la oración y el arrepentimiento. Aprended de esta historia a no temer los frutos del pasado, sino, más bien, a ser circunspectos en el futuro, de manera que las horribles pasiones por las que nuestra familia ha sufrido hasta ahora tan atrozmente no se desaten de nuevo para provocar nuestra perdición.

Sabed que en la época de la gran rebelión (y mucho os recomiendo la historia que de ella escribió el sabio Lord Clarendon)[1] el propietario de esta mansión de los Baskerville era un Hugo del mismo apellido, y no es posible ocultar que se trataba del hombre más salvaje, soez y sin Dios que pueda imaginarse. Todo esto, a decir verdad, podrían habérselo perdonado sus coetáneos, dado que los santos no han florecido nunca por estos contornos, si no fuera porque había además en él un gusto por la lascivia y la crueldad que lo hicieron tristemente célebre en todo el occidente del país. Sucedió que este Hugo dio en amar (si, a decir verdad, a una pasión tan tenebrosa se le puede dar un nombre tan radiante)

a la hija de un pequeño terrateniente que vivía cerca de las propiedades de los Baskerville. Pero la joven, discreta y de buena reputación, evitaba siempre a Hugo por el temor que le inspiraba su nefasta notoriedad. Sucedió así que, un día de san Miguel, este antepasado nuestro, con cinco o seis de sus compañeros, tan ociosos como desalmados, llegaron a escondidas hasta la granja y secuestraron a la doncella, sabedores de que su padre y sus hermanos estaban ausentes. Una vez en la mansión, recluyeron a la doncella en un aposento del piso alto, mientras Hugo y sus amigos iniciaban una larga francachela, al igual que todas las noches. Lo más probable es que a la pobre chica se le trastornara el juicio al oír los cánticos y los gritos y los terribles juramentos que le llegaban desde abajo, porque dicen que las palabras que utilizaba Hugo Baskerville cuando estaba borracho bastarían para fulminar al hombre que las pronunciara. Finalmente, impulsada por el miedo, la muchacha hizo algo a lo que quizá no se hubiera atrevido el más valiente y ágil de los hombres, porque gracias a la enredadera que cubría (y todavía cubre) el lado sur de la casa, descendió hasta el suelo desde el piso alto, y emprendió el camino hacia su casa a través del páramo dispuesta a recorrer las tres leguas que separaban la mansión de la granja de su padre.

Sucedió que, algo más tarde, Hugo dejó a sus invitados para llevar alimento y bebida junto, quizá, con otras cosas peores a su cautiva, encontrándose vacía la jaula y desaparecido el pájaro. A partir de aquel momento, por lo que parece, el carcelero burlado dio la impresión de estar poseído por el demonio, porque bajó corriendo las escaleras para regresar al comedor, saltó sobre la gran mesa, haciendo volar por los aires jarras y fuentes, y dijo a grandes gritos ante todos los presentes que aquella misma noche entregaría cuerpo y alma a los poderes del mal si conseguía alcanzar a la muchacha. Y aunque a los juerguistas les espantó la furia de aquel hombre, hubo uno más perverso o, tal vez, más borracho que los demás, que propuso lanzar a los sabuesos en persecución de la doncella. Al oírlo Hugo salió corriendo de la casa y ordenó a gritos a sus criados que le ensillaran la yegua y soltaran la jauría; después de dar a los perros un pañuelo de la doncella, los puso inmediatamente sobre su pista para que, a la luz de la luna, la persiguieran por el páramo.

Durante algún tiempo los juerguistas quedaron mudos, incapaces de entender acontecimientos tan rápidos. Pero al poco salieron de su perplejidad e imaginaron lo que probablemente estaba a punto de suceder. El alboroto fue inmediato: quién pedía sus armas, quién su caballo y quién otra jarra de vino. A la larga, sin embargo, sus mentes enloquecidas recobraron un poco de sensatez, y todos, trece en total, montaron a caballo y salieron tras Hugo. La luna brillaba

sobre sus cabezas y cabalgaron a gran velocidad, siguiendo el camino que la muchacha tenía que haber tomado para volver a su casa.

Habían recorrido alrededor de media legua cuando se cruzaron con uno de los pastores que guardaban durante la noche el ganado del páramo, y lo interrogaron a grandes voces, pidiéndole noticias de la partida de caza. Y aquel hombre, según cuenta la historia, aunque se hallaba tan dominado por el miedo que apenas podía hablar, contó por fin que había visto a la desgraciada doncella y a los sabuesos que seguían su pista. "Pero he visto más que eso —añadió—, porque también me he cruzado con Hugo Baskerville a lomos de su yegua negra, y tras él corría en silencio un sabueso infernal que nunca quiera Dios que llegue a seguirme los pasos".

De manera que los caballeros borrachos maldijeron al pastor y siguieron adelante. Pero muy pronto se les heló la sangre en las venas, porque oyeron el ruido de unos cascos al galope y enseguida pasó ante ellos, arrastrando las riendas y sin jinete en la silla, la yegua negra de Hugo, cubierta de espuma blanca. A partir de aquel momento los juerguistas, llenos de espanto, siguieron avanzando por el páramo, aunque cada uno, si hubiera estado solo, habría vuelto grupas con verdadera alegría. Después de cabalgar más lentamente de esta guisa, llegaron finalmente a donde se encontraban los sabuesos. Los pobres animales, aunque afamados por su valentía y pureza de raza, gemían apiñados al comienzo de un hocino, como nosotros lo llamamos, algunos escabulléndose y otros, con el pelo erizado y los ojos desorbitados, mirando fijamente el estrecho valle que tenían delante.

Los jinetes, mucho menos borrachos ya, como es fácil de suponer, que al comienzo de su expedición, se detuvieron. La mayor parte se negó a seguir adelante, pero tres de ellos, los más audaces o, tal vez, los más ebrios, continuaron hasta llegar al fondo del valle, que se ensanchaba muy pronto y en el que se alzaban dos de esas grandes piedras, que aún perduran en la actualidad, obra de pueblos olvidados de tiempos remotos. La luna iluminaba el claro y en el centro se encontraba la desgraciada doncella en el lugar donde había caído, muerta de terror y de fatiga. Pero no fue la vista de su cuerpo, ni tampoco del cadáver de Hugo Baskerville que yacía cerca, lo que hizo que a aquellos juerguistas temerarios se les erizaran los cabellos, sino el hecho de que, encima de Hugo y desgarrándole el cuello, se hallaba una espantosa criatura: una enorme bestia negra con forma de sabueso pero más grande que ninguno de los sabuesos jamás contemplados por ojo humano. Acto seguido, y en su presencia,

aquella criatura infernal arrancó la cabeza de Hugo Baskerville, por lo que, al volver hacia ellos los ojos llameantes y las mandíbulas ensangrentadas, los tres gritaron empavorecidos y volvieron grupas desesperadamente, sin dejar de lanzar alaridos mientras galopaban por el páramo. Según se cuenta, uno de ellos murió aquella misma noche a consecuencia de lo que había visto, y los otros dos no llegaron a reponerse en los años que aún les quedaban de vida.

Ésa es la historia, hijos míos, de la aparición del sabueso que, según se dice, ha atormentado tan cruelmente a nuestra familia desde entonces. Lo he puesto por escrito, porque lo que se conoce con certeza causa menos terror que lo que sólo se insinúa o adivina. Como tampoco se puede negar que son muchos los miembros de nuestra familia que han tenido muertes desgraciadas, con frecuencia repentinas, sangrientas y misteriosas. Quizá podamos, sin embargo, refugiarnos en la bondad infinita de la Providencia, que no castigará sin motivo a los inocentes más allá de la tercera o la cuarta generación, que es hasta donde se extiende la amenaza de la Sagrada Escritura. A esa Providencia, hijos míos, os encomiendo ahora, y os aconsejo, como medida de precaución, que os abstengáis de cruzar el páramo durante las horas de oscuridad en las que triunfan los poderes del mal.

(De Hugo Baskerville para sus hijos Rodger y John, instándoles a que no digan nada de su contenido a Elizabeth, su hermana.)»

Cuando el doctor Mortimer terminó de leer aquella singular narración, se alzó los lentes hasta colocárselos en la frente y se quedó mirando a Sherlock Holmes de hito en hito. Este último bostezó y arrojó al fuego la colilla del cigarrillo que había estado fumando.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Le parece interesante?

—Para un coleccionista de cuentos de hadas.

El doctor Mortimer se sacó del bolsillo un periódico doblado.

—Ahora, señor Holmes, voy a leerle una noticia un poco más reciente, publicada en el Devon County Chronicle del 14 de junio de este año. Es un breve resumen de la información obtenida sobre la muerte de Sir Charles Baskerville, ocurrida pocos días antes.

Mi amigo se inclinó un poco hacia adelante y su expresión se hizo más atenta. Nuestro visitante se ajustó las gafas y comenzó a leer:

«El fallecimiento repentino de Sir Charles Baskerville, cuyo nombre se había mencionado como probable candidato del partido liberal en Mid-Devon para las próximas elecciones, ha entristecido a todo el condado. Si bien Sir Charles había residido en la mansión de los Baskerville durante un periodo comparativamente breve, su simpatía y su extraordinaria generosidad le ganaron el afecto y el respeto de quienes lo trataron. En estos días de nuevos ricos es consolador encontrar un caso en el que el descendiente de una antigua familia venida a menos ha sido capaz de enriquecerse en el extranjero y regresar luego a la tierra de sus mayores para restaurar el pasado esplendor de su linaje. Sir Charles, como es bien sabido, se enriqueció mediante la especulación sudafricana. Más prudente que quienes siguen en los negocios hasta que la rueda de la fortuna se vuelve contra ellos, Sir Charles se detuvo a tiempo y regresó a Inglaterra con sus ganancias. Han pasado sólo dos años desde que estableciera su residencia en la mansión de los Baskerville y son de todos conocidos los ambiciosos planes de reconstrucción y mejora que han quedado trágicamente interrumpidos por su muerte. Dado que carecía de hijos, su deseo, públicamente expresado, era que toda la zona se beneficiara, en vida suya, de su buena fortuna, y serán muchos los que tengan razones personales para lamentar su prematura desaparición. Las columnas de este periódico se han hecho eco con frecuencia de sus generosas donaciones a obras caritativas tanto locales como del condado.

No puede decirse que la investigación efectuada haya aclarado por completo las circunstancias relacionadas con la muerte de Sir Charles, pero, al menos, se ha hecho luz suficiente como para poner fin a los rumores a que ha dado origen la superstición local. No hay razón alguna para sospechar que se haya cometido un delito, ni para imaginar que el fallecimiento no obedezca a causas naturales. Sir Charles era viudo y quizá también persona un tanto excéntrica en algunas cuestiones. A pesar de su considerable fortuna, sus gustos eran muy sencillos y contaba únicamente, para su servicio personal, con el matrimonio apellidado Barrymore: el marido en calidad de mayordomo y la esposa como ama de llaves. Su testimonio, corroborado por el de varios amigos, ha servido para poner de manifiesto que la salud de Sir Charles empeoraba desde hacía algún tiempo y, de manera especial, que le aquejaba una afección cardíaca con manifestaciones como palidez, ahogos y ataques agudos de depresión nerviosa. El doctor James Mortimer, amigo y médico de cabecera del difunto, ha testimoniado en el mismo sentido.

Los hechos se relatan sin dificultad. Sir Charles tenía por costumbre pasear todas las noches, antes de acostarse, por el famoso paseo de los Tejos de la mansión de los

Baskerville. El testimonio de los Barrymore confirma esa costumbre. El cuatro de junio Sir Charles manifestó su intención de emprender viaje a Londres al día siguiente, y encargó a Barrymore que le preparase el equipaje. Aquella noche salió como de ordinario a dar su paseo nocturno, durante el cual tenía por costumbre fumarse un cigarro habano, pero nunca regresó. A las doce, al encontrar todavía abierta la puerta principal, el mayordomo se alarmó y, después de encender una linterna, salió en busca de su señor. Había llovido durante el día, y no le fue difícil seguir las huellas de Sir Charles por el paseo de los Tejos. Hacia la mitad del recorrido hay un portillo para salir al páramo. Sir Charles, al parecer, se detuvo allí algún tiempo. El mayordomo siguió paseo adelante y en el extremo que queda más lejos de la mansión encontró el cadáver. Según el testimonio de Barrymore, las huellas de su señor cambiaron de aspecto más allá del portillo que da al páramo, ya que a partir de entonces anduvo al parecer de puntillas. Un tal Murphy, gitano tratante en caballos, no se encontraba muy lejos en aquel momento, pero, según su propia confesión, estaba borracho. Murphy afirma que oyó gritos, pero es incapaz de precisar de dónde procedían. En la persona de Sir Charles no se descubrió señal alguna de violencia y aunque el testimonio del médico señala una distorsión casi increíble de los rasgos faciales —hasta el punto de que, en un primer momento, el doctor Mortimer se negó a creer que fuera efectivamente su amigo y paciente—, pudo saberse que se trata de un síntoma no del todo infrecuente en casos de disnea y de muerte por agotamiento cardíaco. Esta explicación se vio corroborada por el examen post mortem, que puso de manifiesto una enfermedad orgánica crónica, y el veredicto del jurado al que informó el coroner[2] estuvo en concordancia con las pruebas médicas. Hemos de felicitarnos de que haya sido así, porque, evidentemente, es de suma importancia que el heredero de Sir Charles se instale en la mansión y prosiga la encomiable tarea tan tristemente interrumpida. Si los prosaicos hallazgos del coroner no hubieran puesto fin a las historias románticas susurradas en conexión con estos sucesos, podría haber resultado difícil encontrar un nuevo ocupante para la mansión de los Baskerville. Según se sabe, el pariente más próximo de Sir Charles es el señor Henry Baskerville, hijo de su hermano menor, en el caso de que aún siga con vida. La última vez que se tuvo noticias de este joven se hallaba en Estados Unidos, y se están haciendo las averiguaciones necesarias para informarle de lo sucedido.» El doctor Mortimer volvió a doblar el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

—Ésos son, señor Holmes, los hechos en conexión con la muerte de Sir Charles Baskerville que han llegado a conocimiento de la opinión pública.

—Tengo que agradecerle —dijo Sherlock Holmes— que me haya informado sobre un caso que presenta sin duda algunos rasgos de interés. Recuerdo haber leído, cuando murió Sir Charles, algunos comentarios periodísticos, pero estaba muy ocupado con el asunto de los camafeos del Vaticano y, llevado de mi deseo de complacer a Su Santidad, perdí contacto con varios casos muy interesantes de mi país. ¿Dice usted que ese artículo contiene todos los hechos de conocimiento público? —Así es.

—En ese caso, infórmeme de los privados —recostándose en el sofá, Sherlock Holmes volvió a unir las manos por las puntas de los dedos y adoptó su expresión más impasible y juiciosa.

—Al hacerlo —explicó el doctor Mortimer, que empezaba a dar la impresión de estar muy emocionado— me dispongo a contarle algo que no he revelado a nadie. Mis motivos para ocultarlo durante la investigación del coroner son que un hombre de ciencia no puede adoptar públicamente una posición que, en apariencia, podría servir de apoyo a la superstición. Me impulsó además el motivo suplementario de que, como dice el periódico, la mansión de los Baskerville permanecería sin duda deshabitada si contribuyéramos de algún modo a confirmar su reputación, ya de por sí bastante siniestra. Por esas dos razones me pareció justificado decir bastante menos de lo que sabía, dado que no se iba a obtener con ello ningún beneficio práctico, mientras que ahora, tratándose de usted, no hay motivo alguno para que no me sincere por completo.

El páramo está muy escasamente habitado, y los pocos vecinos con que cuenta se visitan con frecuencia. Esa es la razón de que yo viera a menudo a Sir Charles Baskerville. Con la excepción del señor Frankland, de la mansión Lafter, y del señor Stapleton, el naturalista, no hay otras personas educadas en muchos kilómetros a la redonda. Sir Charles era un hombre reservado, pero su enfermedad motivó que nos tratáramos, y la coincidencia de nuestros intereses científicos contribuyó a reforzar nuestra relación. Había traído abundante información científica de África del Sur, y fueron muchas las veladas que pasamos conversando agradablemente sobre la anatomía comparada del bosquimano y del hotentote.

En el transcurso de los últimos meses advertí, cada vez con mayor claridad, que

el sistema nervioso de Sir Charles estaba sometido a una tensión casi insoportable. Se había tomado tan excesivamente en serio la leyenda que acabo de leerle que, si bien paseaba por los jardines de su propiedad, nada le habría impulsado a salir al páramo durante la noche. Por increíble que pueda parecerle, señor Holmes, estaba convencido de que pesaba sobre su familia un destino terrible y, a decir verdad, la información de que disponía acerca de sus antepasados no invitaba al optimismo. Le obsesionaba la idea de una presencia horrorosa, y en más de una ocasión me preguntó si durante los desplazamientos que a veces realizo de noche por motivos profesionales había visto alguna criatura extraña o había oído los ladridos de un sabueso. Esta última pregunta me la hizo en varias ocasiones y siempre con una voz alterada por la emoción.

Recuerdo muy bien un día, aproximadamente tres semanas antes del fatal desenlace, en que llegué a su casa ya de noche. Sir Charles estaba casualmente junto a la puerta principal. Yo había bajado de mi calesa y, al dirigirme hacia él, advertí que sus ojos, fijos en algo situado por encima de mi hombro, estaban llenos de horror. Al volverme sólo tuve tiempo de vislumbrar lo que me pareció una gran ternera negra que cruzaba por el otro extremo del paseo. Mi anfitrión estaba tan excitado y alarmado que tuve que trasladarme al lugar exacto donde había visto al animal y buscarlo por los alrededores, pero había desaparecido, aunque el incidente pareció dejar una impresión penosísima en su imaginación. Le hice compañía durante toda la velada y fue en aquella ocasión, y para explicarme la emoción de la que había sido presa, cuando confió a mi cuidado la narración que le he leído al comienzo de mi visita. Menciono este episodio insignificante porque adquiere cierta importancia dada la tragedia posterior, aunque por entonces yo estuviera convencido de que se trataba de algo perfectamente trivial y de que la agitación de mi amigo carecía de fundamento.

Sir Charles se disponía a venir a Londres por consejo mío. Yo sabía que estaba enfermo del corazón y que la ansiedad constante en que vivía, por quiméricos que fueran los motivos, tenía un efecto muy negativo sobre su salud. Me pareció que si se distraía durante unos meses en la gran metrópoli londinense se restablecería. El señor Stapleton, un amigo común, a quien también preocupaba mucho su estado de salud, era de la misma opinión. Y en el último momento se produjo la terrible catástrofe.

La noche de la muerte de Sir Charles, Barrymore, el mayordomo, que fue quien descubrió el cadáver, envió a Perkins, el mozo de cuadra, a caballo en mi busca, y dado que no me había acostado aún pude presentarme en la mansión menos de

una hora después. Comprobé de visu todos los hechos que más adelante se mencionaron en la investigación. Seguí las huellas, camino adelante, por el paseo de los Tejos y vi el lugar, junto al portillo que da al páramo, donde Sir Charles parecía haber estado esperando y advertí el cambio en la forma de las huellas a partir de aquel momento, así como la ausencia de otras huellas distintas de las de Barrymore sobre la arena blanda; finalmente examiné cuidadosamente el cuerpo, que nadie había tocado antes de mi llegada. Sir Charles yacía boca abajo, con los brazos extendidos, los dedos hundidos en el suelo y las facciones tan distorsionadas por alguna emoción fuerte que difícilmente hubiera podido afirmar bajo juramento que se trataba del propietario de la mansión de los Baskerville. No había, desde luego, lesión corporal de ningún tipo. Pero Barrymore hizo una afirmación incorrecta durante la investigación. Dijo que no había rastro alguno en el suelo alrededor del cadáver. El mayordomo no observó ninguno, pero yo sí. Se encontraba a cierta distancia, pero era reciente y muy claro. —¿Huellas?

—Huellas.

—¿De un hombre o de una mujer?

El doctor Mortimer nos miró extrañamente durante un instante y su voz se convirtió casi en un susurro al contestar:

—Señor Holmes, ¡eran las huellas de un sabueso gigantesco!

[1] Referencia a la guerra civil que concluyó con la condena a muerte y la ejecución de Carlos I, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, en 1649. Lord Clarendon, Primer Conde de Clarendon (1609-1674), fue primer ministro en la Restauración, pero en 1667 tuvo que huir a Francia, al acusársele de traición. En el exilio terminó de escribir su "Historia de la rebelión y de las guerras civiles en Inglaterra".

[2] Funcionario público cuyo principal deber es investigar, en presencia de un jurado, cualquier defunción cuando hay motivos para suponer que las causas no han sido naturales.

3. El problema

Confieso que sentí un escalofrío al oír aquellas palabras. El estremecimiento en la voz del doctor mostraba que también a él le afectaba profundamente lo que acababa de contarnos. La emoción hizo que Holmes se inclinara hacia adelante y que apareciera en sus ojos el brillo duro e impasible que los iluminaba cuando algo le interesaba vivamente. —¿Las vio usted?

—Tan claramente como estoy viéndolo a usted.

—¿Y no dijo nada?

—¿Para qué?

—¿Cómo es que nadie más las vio?

—Las huellas estaban a unos veinte metros del cadáver y nadie se ocupó de ellas.

Supongo que yo habría hecho lo mismo si no hubiera conocido la leyenda.

—¿Hay muchos perros pastores en el páramo?

—Sin duda, pero en este caso no se trataba de un pastor.

—¿Dice usted que era grande?

—Enorme.

—Pero, ¿no se había acercado al cadáver?

—No.

—¿Qué tiempo hacía aquella noche?

—Húmedo y frío.

—¿Pero no llovía?

—No.

—¿Cómo es el paseo?

—Hay dos hileras de tejos muy antiguos que forman un seto impenetrable de cuatro metros de altura. El paseo propiamente tal tiene unos tres metros de ancho.

—¿Hay algo entre los setos y el paseo?

—Sí, una franja de césped de dos metros de ancho a cada lado.

—¿Es exacto decir que el seto que forman los tejos queda cortado por un portillo?

—Sí; el portillo que da al páramo.

—¿Existe alguna otra comunicación?

—Ninguna.

—¿De manera que para llegar al paseo de los Tejos hay que venir de la casa o bien entrar por el portillo del páramo?

—Hay otra salida a través del pabellón de verano en el extremo que queda más lejos de la casa.

—¿Había llegado hasta allí Sir Charles?

—No; se encontraba a unos cincuenta metros.

—Dígame ahora, doctor Mortimer, y esto es importante, las huellas que usted vio ¿estaban en el camino y no en el césped?

—En el césped no se marcan las huellas.

—¿Estaban en el lado del paseo donde se encuentra el portillo?

—Sí; al borde del camino y en el mismo lado.

—Me interesa extraordinariamente lo que cuenta. Otro punto más: ¿estaba cerrado el portillo?

—Cerrado y con el candado puesto.

—¿Qué altura tiene?

—Algo más de un metro.

—En ese caso, cualquiera podría haber pasado por encima.

—Efectivamente.

—Y, ¿qué señales vio usted junto al portillo?

—Ninguna especial.

—¡Dios del cielo! ¿Nadie lo examinó?

—Lo hice yo mismo.

—¿Y no encontró nada?

—Resultaba todo muy confuso. Sir Charles, no hay duda, permaneció allí por espacio de cinco o diez minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se le cayó dos veces la ceniza del cigarro.

—¡Excelente! He aquí, Watson, un colega de acuerdo con nuestros gustos. Pero, ¿y las huellas?

—Sir Charles había dejado las suyas repetidamente en una pequeña porción del camino y no pude descubrir ninguna otra.

Sherlock Holmes se golpeó la rodilla con la mano en un gesto de impaciencia.

—¡Ah, si yo hubiera estado allí! —exclamó—. Se trata de un caso de extraordinario interés, que ofrece grandes oportunidades al experto científico. Ese paseo, en el que tanto se podría haber leído, hace ya tiempo que ha sido

emborronado por la lluvia y desfigurado por los zuecos de campesinos curiosos. ¿Por qué no me llamó usted, doctor Mortimer? Ha cometido un pecado de omisión.

—No me era posible llamarlo, señor Holmes, sin revelar al mundo los hechos que acabo de contarle, y ya he dado mis razones para desear no hacerlo. Además...

—¿Por qué vacila usted?

—Existe una esfera que escapa hasta al más agudo y experimentado de los detectives.

—¿Quiere usted decir que se trata de algo sobrenatural?

—No lo he afirmado.

—No, pero es evidente que lo piensa.

—Desde que sucedió la tragedia, señor Holmes, han llegado a conocimiento mío varios incidentes difíciles de reconciliar con el orden natural.

—¿Por ejemplo?

—He descubierto que antes del terrible suceso varias personas vieron en el páramo a una criatura que coincide con el demonio de Baskerville, y no es posible que se trate de ningún animal conocido por la ciencia. Todos describen a una enorme criatura, luminosa, horrible y espectral. He interrogado a esas personas, un campesino con gran sentido práctico, un herrero y un agricultor del páramo, y los tres cuentan la misma historia de una espantosa aparición, que se corresponde exactamente con el sabueso infernal de la leyenda. Le aseguro que se ha instaurado el reinado del terror en el distrito y que apenas hay nadie que cruce el páramo de noche.

—Y usted, un profesional de la ciencia, ¿cree que se trata de algo sobrenatural?

—Ya no sé qué creer.

Holmes se encogió de hombros.

—Hasta ahora he limitado mis investigaciones a este mundo —dijo—. Combato el mal dentro de mis modestas posibilidades, pero enfrentarse con el Padre del Mal en persona quizá sea una tarea demasiado ambiciosa. Usted admite, sin embargo, que las huellas son corpóreas.

—El primer sabueso era lo bastante corpóreo para desgarrar la garganta de un hombre sin dejar por ello de ser diabólico.

—Ya veo que se ha pasado usted con armas y bagajes al sobrenaturalismo. Pero dígame una cosa, doctor Mortimer, si es ésa su opinión, ¿por qué ha venido a consultarme? Me dice usted que es inútil investigar la muerte de Sir Charles y al mismo tiempo quiere que lo haga.

—No he dicho que quiera que lo haga.

—En ese caso, ¿cómo puedo ayudarle?

—Aconsejándome sobre lo que debo hacer con Sir Henry Baskerville, que llega a la estación de Waterloo —el doctor Mortimer consultó su reloj— dentro de hora y cuarto exactamente.

—¿Es el heredero?

—Sí. Al morir Sir Charles hicimos indagaciones acerca de ese joven, y se descubrió que se había consagrado a la agricultura en Canadá. De acuerdo con los informes que hemos recibido se trata de un excelente sujeto desde todos los puntos de vista. Ahora no hablo como médico sino en calidad de fideicomisario y albacea de Sir Charles.

—¿No hay ningún otro demandante, supongo?

—Ninguno. El único familiar que pudimos rastrear, además de él, fue Rodger Baskerville, el menor de los tres hermanos de los que Sir Charles era el de más edad. El segundo, que murió joven, era el padre de este muchacho, Henry. El tercero, Rodger, fue la oveja negra de la familia. Procedía de la vieja cepa autoritaria de los Baskerville y, según me han contado, era la viva imagen del retrato familiar del viejo Hugo. Su situación se complicó lo bastante como para tener que huir de Inglaterra y dar con sus huesos en América Central, donde murió de fiebre amarilla en 1876. Henry es el último de los Baskerville. Dentro de una hora y cinco minutos me reuniré con él en la estación de Waterloo. He

sabido por un telegrama que llegaba esta mañana a Southampton. Y ésa es mi pregunta, señor Holmes, ¿qué me aconseja que haga con él?

—¿Por qué tendría que renunciar a volver al hogar de sus mayores?

—Parece lo lógico, ¿no es cierto? Y, sin embargo, si se considera que todos los Baskerville que van allí son víctimas de un destino cruel, estoy seguro de que si hubiera podido hablar conmigo antes de morir, Sir Charles me habría recomendado que no trajera a ese lugar horrible al último vástago de una antigua raza y heredero de una gran fortuna. No se puede negar, sin embargo, que la prosperidad de toda la zona, tan pobre y desolada, depende de su presencia. Todo lo bueno que ha hecho Sir Charles se vendrá abajo con estrépito si la mansión se queda vacía. Y ante el temor de dejarme llevar por mi evidente interés en el asunto, he decidido exponerle el caso y pedirle consejo.

Holmes reflexionó unos instantes.

—Dicho en pocas palabras, la cuestión es la siguiente: en opinión de usted existe un agente diabólico que hace de Dartmoor una residencia peligrosa para un Baskerville, ¿no es eso?

—Al menos estoy dispuesto a afirmar que existen algunas pruebas en ese sentido.

—Exacto. Pero, indudablemente, si su teoría sobrenatural es correcta, el joven en cuestión está tan expuesto al imperio del mal en Londres como en Devonshire. Un demonio con un poder tan localizado como el de una junta parroquial sería demasiado inconcebible.

—Plantea usted la cuestión, señor Holmes, con una ligereza a la que probablemente renunciaría si entrara en contacto personal con estas cosas. Su punto de vista, por lo que se me alcanza, es que el joven Baskerville correrá en Devonshire los mismos peligros que en Londres. Llega dentro de cincuenta minutos. ¿Qué recomendaría usted?

—Lo que yo le recomiendo, señor mío, es que tome un coche, llame a su spaniel, que está arañando la puerta principal y siga su camino hasta Waterloo para reunirse con Sir Henry Baskerville.

—¿Y después?

—Después no le dirá nada hasta que yo tome una decisión sobre este asunto.

—¿Cuánto tiempo necesitará?

—Veinticuatro horas. Le agradeceré mucho, doctor Mortimer, que mañana a las diez en punto de la mañana venga a visitarme; también será muy útil para mis planes futuros que traiga consigo a Sir Henry Baskerville.

—Así lo haré, señor Holmes.

Garrapateó los detalles de la cita en el puño de la camisa y, con su manera distraída y un tanto peculiar de persona corta de vista, se apresuró a abandonar la habitación. Holmes, que recordó algo de pronto, logró detenerlo en el descansillo.

—Una última pregunta, doctor Mortimer. ¿Ha dicho usted que antes de la muerte de Sir Charles varias personas vieron esa aparición en el páramo?

—Tres exactamente.

—¿Se sabe de alguien que la haya visto después?

No ha llegado a mis oídos.

—Muchas gracias. Buenos días.

Holmes regresó a su asiento con un gesto sereno de satisfacción interior del que podía deducirse que tenía delante una tarea que le agradaba.

—¿Va usted a salir, Watson?

—Únicamente si no puedo serle de ayuda.

—No, mi querido amigo, es en el momento de la acción cuando me dirijo a usted en busca de ayuda. Pero esto que acabamos de oír es espléndido, realmente único desde varios puntos de vista. Cuando pase por Bradley's, ¿será tan amable de pedirle que me envíe una libra de la picadura más fuerte que tenga? Muchas gracias. También le agradecería que organizara sus ocupaciones para no regresar antes de la noche. Para entonces me agradará mucho comparar impresiones acerca del interesantísimo problema que se ha presentado esta mañana a nuestra

consideración.

Yo sabía que a Holmes le eran muy necesarios la reclusión y el aislamiento durante las horas de intensa concentración mental en las que sopesaba hasta los indicios más insignificantes y elaboraba diversas teorías que luego contrastaba para decidir qué puntos eran esenciales y cuáles carecían de importancia. De manera que pasé el día en mi club y no regresé a Baker Street hasta la noche. Eran casi las nueve cuando abrí de nuevo la puerta de la sala de estar.

Mi primera impresión fue que se había declarado un incendio, porque había tanto humo en el cuarto que apenas se distinguía la luz de la lámpara situada sobre la mesa. Nada más entrar, sin embargo, se disiparon mis temores, porque el picor que sentí en la garganta y que me obligó a toser procedía del humo acre de un tabaco muy fuerte y áspero. A través de la neblina tuve una vaga visión de Holmes en bata, hecho un ovillo en un sillón y con la pipa de arcilla negra entre los labios. A su alrededor había varios rollos de papel.

—¿Se ha resfriado, Watson?

—No; es esta atmósfera irrespirable.

—Supongo que está un poco cargada, ahora que usted lo menciona.

—¡Un poco cargada! Es intolerable.

—¡Abra la ventana entonces! Se ha pasado usted todo el día en el club, por lo que veo.

—¡Mi querido Holmes!

—¿Estoy en lo cierto?

—Desde luego, pero ¿cómo...?

A Holmes le hizo reír mi expresión de desconcierto.

—Hay en usted cierta agradable inocencia, Watson, que convierte en un placer el ejercicio, a costa suya, de mis modestas facultades de deducción. Un caballero sale de casa un día lluvioso en el que las calles se llenan de barro y regresa por la noche inmaculado, con el brillo del sombrero y de los zapatos todavía intacto.

Eso significa que no se ha movido en todo el tiempo. No es un hombre que tenga amigos íntimos.

¿Dónde puede haber estado, por lo tanto? ¿No es evidente?

—Sí, bastante.

—El mundo está lleno de cosas evidentes en las que nadie se fija ni por casualidad. ¿Dónde se imagina usted que he estado yo?

—Tampoco se ha movido.

—Muy al contrario, porque he estado en Devonshire.

—¿En espíritu?

—Exactamente. Mi cuerpo se ha quedado en este sillón y, en mi ausencia, siento comprobarlo, ha consumido el contenido de dos cafeteras de buen tamaño y una increíble cantidad de tabaco. Después de que usted se marchara pedí que me enviaran de Stanford's un mapa oficial de esa parte del páramo y mi espíritu se ha pasado todo el día suspendido sobre él. Creo estar en condiciones de recorrerlo sin perderme.

—Un mapa a gran escala, supongo.

—A grandísima escala —Holmes procedió a desenrollar una sección, sosteniéndola sobre la rodilla—. Aquí tiene usted el distrito concreto que nos interesa. Es decir, con la mansión de los Baskerville en el centro.

—¿Y un bosque alrededor?

—Exactamente. Me imagino que el paseo de los Tejos, aunque no está señalado con ese nombre, debe de extenderse a lo largo de esta línea, con el páramo, como puede usted ver, a la derecha. Ese puñado de edificios es el caserío de Grimpen, donde tiene su sede nuestro amigo el doctor Mortimer. Advierta que en un radio de ocho kilómetros tan sólo hay algunas casas desperdigadas. Aquí está la mansión Lafter, mencionada en el relato que leyó el doctor Mortimer. Esta indicación de una casa quizá señale la residencia del naturalista..., si no recuerdo mal su apellido era Stapleton. Aquí vemos dos granjas dentro del páramo, High Tor y Foulmire. Luego, a más de veinte kilómetros, la prisión de Princetown.

Entre esos puntos desperdigados se extiende el páramo deshabitado y sin vida. Tal es, por lo tanto, el escenario donde se ha representado la tragedia y donde quizá contribuyamos a que se represente de nuevo.

—Debe de ser un lugar extraño.

—Sí, el decorado merece la pena. Si el diablo de verdad desea intervenir en los asuntos de los hombres...

—¿Se inclina usted entonces hacia la explicación sobrenatural?

—Los agentes del demonio pueden ser de carne y hueso, ¿no es cierto? Hay dos cuestiones que aclarar antes de nada. La primera es si se ha cometido algún delito; la segunda, ¿qué delito y cómo? Por supuesto, si la teoría del doctor Mortimer fuese correcta y tuviéramos que vérnoslas con fuerzas que desbordan las leyes ordinarias de la naturaleza, nuestra investigación moriría antes de empezar. Pero estamos obligados a agotar todas las demás hipótesis antes de recurrir a ésa. Creo que podemos volver a cerrar esa ventana, si no tiene usted inconveniente. Es muy curioso, pero descubro que una atmósfera cargada contribuye a mantener la concentración mental. No lo he llevado hasta el extremo de meterme en una caja para pensar, pero ése sería el resultado lógico de mis convicciones. ¿También usted le ha dado vueltas al caso?

—Sí; he pensado mucho en ello durante todo el día.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Es muy desconcertante.

—Sin duda tiene unas características muy peculiares. Hay puntos muy sobresalientes. El cambio en la forma de las huellas, por ejemplo. ¿Qué opina usted de eso?

—Mortimer dijo que el difunto recorrió de puntillas aquella parte del paseo.

—El doctor se limitó a repetir lo que algún estúpido había dicho en la investigación. ¿Por qué tendría nadie que avanzar de puntillas paseo adelante?

—¿Qué sucedió entonces?

—Corría, Watson..., corría desesperadamente para salvar la vida; corría hasta que le estalló el corazón y cayó muerto de bruces.

—Corría..., ¿alejándose de qué?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Hay indicios de que Sir Charles estaba ya obnubilado por el miedo antes de empezar a correr.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Imagino que la causa de sus temores vino hacia él atravesando el páramo. Si es ése el caso, y parece lo más probable, sólo un hombre que ha perdido la razón corre alejándose de la casa en lugar de regresar a ella. Si se puede dar crédito al testimonio del gitano, corrió pidiendo auxilio en la dirección de donde era menos probable que pudiera recibir ayuda. Por otra parte, ¿a quién estaba esperando aquella noche, y por qué esperaba en el paseo de los Tejos y no en la casa?

—¿Cree usted que esperaba a alguien?

—Sir Charles era un hombre enfermo y de edad avanzada. Es comprensible que diera un paseo a última hora, pero, dada la humedad del suelo y la inclemencia de la noche, ¿es lógico pensar que se quedara quieto cinco o diez minutos, como el doctor Mortimer, con más sentido práctico del que yo le hubiera atribuido, dedujo gracias a la ceniza del cigarro puro?

—Pero salía todas las noches.

—Me parece improbable que se detuviera todas las noches junto al portillo.

Sabemos, por el contrario, que tendía a evitar el páramo. Aquella noche esperó allí. Al día siguiente se disponía a salir para Londres. El asunto empieza a tomar forma, Watson. Se hace coherente. Si no le importa, páseme el violín y no volveremos a pensar en ello hasta que tengamos ocasión de reunirnos con el doctor Mortimer y con Sir Henry Baskerville mañana por la mañana.

4. Sir Henry Baskerville

Terminamos pronto de desayunar y Holmes, en bata, esperó a que llegara el momento de la entrevista prometida. Nuestros clientes acudieron puntualmente a la cita: el reloj acababa de dar las diez cuando entró el doctor Mortimer, seguido del joven baronet, un hombre de unos treinta años, pequeño, despierto, de ojos negros, constitución robusta, espesas cejas negras y un rostro de rasgos enérgicos que reflejaban un carácter batallador. Vestía un traje de tweed de color rojizo y tenía la tez curtida de quien ha pasado mucho tiempo al aire libre, si bien había algo en la firmeza de su mirada y en la tranquila seguridad de sus modales que ponían de manifiesto su noble cuna.

—Sir Henry Baskerville —dijo el doctor Mortimer.

—A su disposición —dijo Sir Henry—, y lo más extraño, señor Holmes, es que si mi amigo, aquí presente, no me hubiera propuesto venir a verlo hoy por la mañana, habría venido yo por iniciativa propia. Según creo, resuelve usted pequeños rompecabezas y esta mañana me he encontrado con uno que requiere más sustancia gris de la que yo estoy en condiciones de consagrarle.

—Haga el favor de tomar asiento, Sir Henry. ¿Si no entiendo mal ya ha tenido usted alguna experiencia notable desde su llegada a Londres?

—Nada de importancia, señor Holmes. Tan sólo una broma, probablemente. Se trata de una carta, si es que se la puede llamar así, que he recibido esta mañana.

Sir Henry dejó un sobre en la mesa y todos nos inclinamos para verlo. Era de calidad corriente y color grisáceo. Las señas, «Sir Henry Baskerville, Northumberland Hotel», estaban escritas toscamente, en el matasellos se leía «Charing Cross» y la carta se había echado al correo la noche anterior.

—¿Quién sabía que fuese usted a alojarse en el Northumberland Hotel? —preguntó Holmes, mirando con gran interés a nuestro visitante.

—No lo sabía nadie. Lo decidí después de conocer al doctor Mortimer.

—Pero, sin duda, el doctor Mortimer se alojaba allí con anterioridad.

—No —dijo el doctor—; estuve disfrutando de la hospitalidad de un amigo. No existía la menor indicación de que fuésemos a elegir ese hotel.

—¡Hummm! Alguien parece estar muy interesado en sus movimientos.

Holmes sacó del sobre medio pliego doblado en cuatro que procedió a abrir y extender sobre la mesa. Una sola frase, escrita por el procedimiento de pegar en el papel palabras impresas, ocupaba el centro de la hoja y decía lo siguiente: «Si da usted valor a su vida o a su razón, se alejará del páramo». Tan sólo la palabra «páramo» estaba escrita a mano.

—Ahora —dijo Sir Henry Baskerville— quizá pueda usted decirme, señor

Holmes, cuál es, por mil pares de demonios, el significado de todo esto y quién es la persona que se interesa tanto por mis asuntos.

—¿Qué opina usted, doctor Mortimer? Tendrá usted que reconocer, al menos, que no hay nada de sobrenatural en ello.

—No, desde luego, pero podría venir de alguien convencido de que existe una intervención sobrenatural.

—¿De qué están hablando? —preguntó Sir Henry con aspereza—. Tengo la impresión de que todos ustedes, caballeros, están más al tanto que yo de mis propios asuntos.

—Le haremos partícipe de todo lo que sabemos antes de que abandone esta habitación, Sir Henry, se lo prometo —dijo Sherlock Holmes—. Pero por el momento, con su permiso, nos ceñiremos a este documento tan interesante, que debe de haberse compuesto y echado al correo anoche. ¿Tiene usted el Times de ayer, Watson?

—Está ahí en el rincón.

—¿Le importa acercármelo..., la tercera página, con los editoriales? —Holmes examinó los artículos con rapidez, recorriendo las columnas de arriba abajo con la mirada—. Un editorial muy importante sobre la libertad de comercio. Permítanme que les lea un extracto. «Quizá lo engatusen a usted para que se

imagine que su especialidad comercial o su industria se verán incentivadas mediante una tarifa protectora, pero si da en utilizar la razón comprenderá que, a la larga, esa legislación alejará del país mucha riqueza, disminuirá el valor de nuestras importaciones y empeorará las condiciones generales de vida en nuestras tierras.» ¿Qué le parece, Watson? —exclamó Holmes, con gran regocijo, frotándose las manos satisfecho—. ¿No cree usted que se trata de una opinión admirable?

El doctor Mortimer miró a Holmes con interés profesional y Sir Henry Baskerville volvió hacia mí unos ojos tan oscuros como desconcertados.

—No sé mucho sobre tarifas y cosas semejantes —dijo—, pero me parece que nos estamos apartando un poco de la cuestión.

—Pues yo opino, por el contrario, que la estamos siguiendo muy de cerca, Sir Henry. Watson, aquí presente, sabe más que usted acerca de mis métodos, pero me temo que tampoco él ha captado del todo la importancia de esta frase.

—No; confieso que no veo la relación.

—Y, sin embargo, mi querido Watson, existe una conexión muy estrecha, dado que la primera está sacada de ésta. «Usted», «su» «su», «vida», «razón», «valor», «alejará», «del». ¿Ve usted ahora de dónde se han tomado esas palabras?

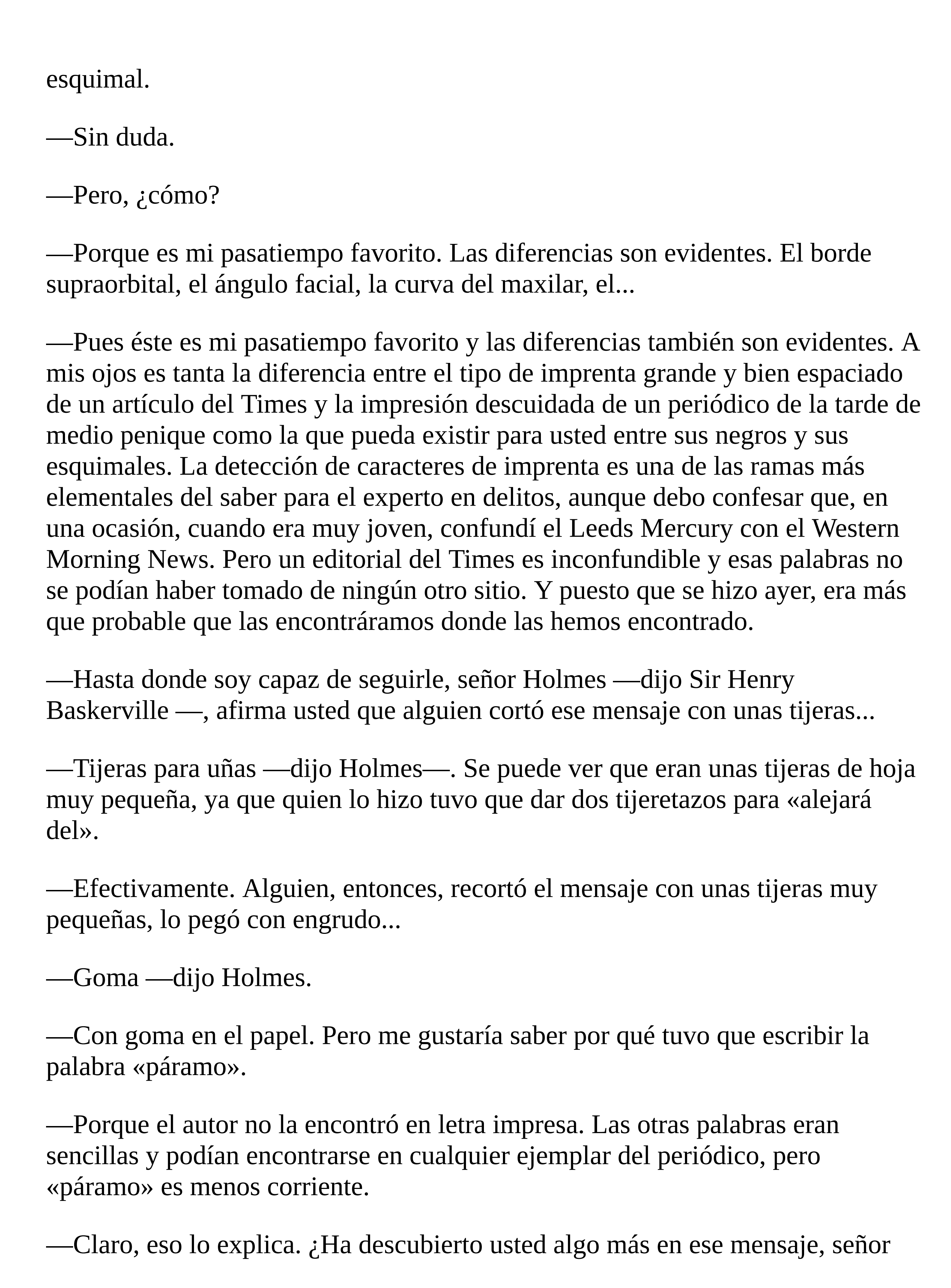
—¡Por todos los demonios, tiene usted razón! ¡Que me aspen si no es de lo más ingenioso! —exclamó Sir Henry.

—Y por si quedara alguna duda, no hay más que ver cómo «alejará» y «del» están en el mismo recorte.

—Cierto, ¡así es!

—A decir verdad, señor Holmes, esto sobrepasa cualquier cosa que hubiera podido imaginar —dijo el doctor Mortimer, contemplando a mi amigo con asombro —. Entendería que alguien dijera que las palabras han salido de un periódico, pero precisar cuál y añadir que se trata del editorial, es una de las cosas más sorprendentes que he visto nunca. ¿Cómo lo ha hecho?

—Imagino, doctor, que usted distinguiría entre el cráneo de un negro y el de un



esquimal.

—Sin duda.

—Pero, ¿cómo?

—Porque es mi pasatiempo favorito. Las diferencias son evidentes. El borde supraorbital, el ángulo facial, la curva del maxilar, el...

—Pues éste es mi pasatiempo favorito y las diferencias también son evidentes. A mis ojos es tanta la diferencia entre el tipo de imprenta grande y bien espaciado de un artículo del Times y la impresión descuidada de un periódico de la tarde de medio penique como la que pueda existir para usted entre sus negros y sus esquimales. La detección de caracteres de imprenta es una de las ramas más elementales del saber para el experto en delitos, aunque debo confesar que, en una ocasión, cuando era muy joven, confundí el Leeds Mercury con el Western Morning News. Pero un editorial del Times es inconfundible y esas palabras no se podían haber tomado de ningún otro sitio. Y puesto que se hizo ayer, era más que probable que las encontráramos donde las hemos encontrado.

—Hasta donde soy capaz de seguirle, señor Holmes —dijo Sir Henry Baskerville —, afirma usted que alguien cortó ese mensaje con unas tijeras...

—Tijeras para uñas —dijo Holmes—. Se puede ver que eran unas tijeras de hoja muy pequeña, ya que quien lo hizo tuvo que dar dos tijeretazos para «alejará del».

—Efectivamente. Alguien, entonces, recortó el mensaje con unas tijeras muy pequeñas, lo pegó con engrudo...

—Goma —dijo Holmes.

—Con goma en el papel. Pero me gustaría saber por qué tuvo que escribir la palabra «páramo».

—Porque el autor no la encontró en letra impresa. Las otras palabras eran sencillas y podían encontrarse en cualquier ejemplar del periódico, pero «páramo» es menos corriente.

—Claro, eso lo explica. ¿Ha descubierto usted algo más en ese mensaje, señor

Holmes?

—Hay uno o dos indicios, aunque se ha hecho todo lo posible por eliminar cualquier pista. La dirección, si se fija usted, está escrita con letra muy tosca. The

Times, sin embargo, es un periódico que prácticamente sólo leen las personas con una educación superior. Podemos deducir, por consiguiente, que quien compuso la carta es una persona educada que ha querido hacerse pasar por inculta y que su preocupación por ocultar su letra sugiere que quizá alguno de ustedes la conozca o pueda llegar a conocerla. Fíjense, además, en que las palabras no están pegadas con precisión, sino unas mucho más altas que otras. «Vida», por ejemplo, se halla completamente fuera de su sitio. Eso puede indicar descuido o tal vez agitación y prisa. En conjunto me inclino por esto último, ya que se trata de un asunto a todas luces importante y no es probable que el redactor de la carta descuidara su tarea voluntariamente. Si es cierto que tenía prisa, surge la interesante pregunta de por qué tenía tanta prisa, dado que Sir Henry habría recibido antes de abandonar el hotel cualquier carta que se echara al correo por la mañana temprano. ¿Acaso temía su autor una interrupción y, en ese caso, de quién?

—Estamos entrando en el terreno de las conjeturas —dijo el doctor Mortimer.

—Digamos, más bien, en el terreno donde sopesamos posibilidades y elegimos la más probable. Es el uso científico de la imaginación, pero siempre tenemos una base material sobre la que apoyar nuestras especulaciones. Sin duda puede usted llamarlo conjetura, pero estoy casi seguro de que estas señas se han escrito en un hotel.

—¿Cómo demonios puede usted saberlo?

—Si las examina cuidadosamente descubrirá que tanto la pluma como la tinta han causado problemas a la persona que escribía. La pluma ha emborronado dos veces la misma palabra y se ha quedado seca tres veces en muy poco tiempo, lo que demuestra que había muy poca tinta en el tintero. Ahora bien, raras veces se permite que una pluma o un tintero personales lleguen a esa situación, y la combinación de las dos ha de ser bastante rara. Pero todos ustedes conocen las plumas y los tinteros de los hoteles, donde lo raro es encontrar otra cosa. Sí: afirmo casi sin lugar a duda que si pudiéramos examinar el contenido de las

papeleras de los hoteles de los alrededores de Charing Cross hasta encontrar el resto del mutilado editorial del Times podríamos descubrir a la persona que envió este singular mensaje. ¡Vaya, vaya! ¿Qué es esto?

Sherlock Holmes estaba examinando cuidadosamente el medio pliego con las palabras pegadas, colocándoselo a pocos centímetros de los ojos.

—¿Y bien?

—Nada —respondió Holmes, dejándolo caer—. Es la mitad de un pliego totalmente en blanco, sin filigrana siquiera. Creo que hemos extraído toda la información posible de esta carta tan curiosa. Ahora, Sir Henry, ¿le ha sucedido alguna otra cosa de interés desde su llegada a Londres?

—No, señor Holmes, me parece que no.

—¿No ha observado que nadie lo siguiera o lo vigilara?

—Tengo la impresión de haberme convertido en personaje de novela barata —dijo nuestro visitante—. ¿Por qué demonios habría de vigilarme o de seguirme nadie?

—Estamos llegando a eso. ¿No tiene usted que informarnos de nada más antes de que hablemos de su viaje?

—Bueno, depende de lo que usted considere digno de mención.

—Creo que todo lo que se salga del curso ordinario de la vida es digno de mención.

Sir Henry sonrió.

—No sé aún mucho acerca de la vida británica, porque he pasado la mayor parte de mi existencia en los Estados Unidos y en Canadá. Pero supongo que tampoco aquí perder una bota es parte del curso ordinario de la vida.

—¿Ha perdido una bota?

—Mi querido señor —exclamó el doctor Mortimer—, tan sólo se ha extraviado. Estoy seguro de que la encontrará a su regreso al hotel. ¿Qué sentido tiene

molestar al señor Holmes con insignificancias como ésa?

—Me ha preguntado por cualquier cosa que se saliera de lo corriente.

—Así es —intervino Holmes—, aunque el incidente pueda parecer completamente estúpido. ¿Dice usted que ha perdido una bota?

—Digamos, más bien, que se ha extraviado. Anoche dejé las dos fuera y sólo había una por la mañana. No he conseguido sacar nada en limpio del sujeto que las limpia. Y lo peor de todo es que las compré precisamente anoche en el Strand y aún no las he estrenado.

—Si no se las había puesto, ¿por qué las dejó fuera para que se las limpiaran?

—Eran unas botas de cuero y estaban sin charolar. Por eso las saqué.

—¿Tengo que entender entonces que al llegar ayer a Londres salió inmediatamente a la calle y se compró un par de botas?

—Compré muchas cosas. El doctor Mortimer, aquí presente, me acompañó. Compréndalo usted, si voy a ser un terrateniente destacado, he de vestirme en consonancia con mi categoría social, y puede ser que me haya hecho un poco descuidado en América. Compré, entre otras cosas, esas botas marrones (pagué seis dólares por ellas) y he conseguido que me roben una antes de estrenarlas.

—Parece un robo particularmente inútil —dijo Sherlock Holmes—. Confieso compartir la creencia del doctor Mortimer de que la bota aparecerá dentro de poco.

—Y ahora, caballeros —dijo el baronet con decisión— me parece que he hablado más que suficiente de lo poco que sé. Ya es hora de que cumplan ustedes su promesa y me den una información completa sobre el asunto que a todos nos ocupa.

—Su petición es muy razonable —respondió Holmes—. Doctor Mortimer, creo que lo mejor será que cuente usted la historia a Sir Henry tal como nos la contó a nosotros.

Al recibir aquel estímulo, nuestro amigo el hombre de ciencia se sacó los papeles

que llevaba en el bolsillo y presentó el caso como lo había hecho el día anterior. Sir Henry le escuchó con la más profunda atención y con alguna exclamación de sorpresa de cuando en cuando.

—Vaya, parece que me ha tocado en suerte algo más que una herencia —comentó, una vez terminada la larga narración—. Por supuesto, llevo oyendo hablar del sabueso desde mi infancia. Es la historia preferida de la familia, aunque hasta ahora nunca se me había ocurrido tomarla en serio. Pero, por lo que se refiere a la muerte de mi tío..., bueno, todo parece arremolinárseme en la cabeza y todavía no consigo verlo con claridad. Creo que aún no han decidido ustedes si hay que acudir a la policía o a un clérigo.

—Exactamente.

—Y ahora se añade el asunto de la carta que me han mandado al hotel. Supongo que eso encaja con lo demás.

—Parece indicar que hay alguien que sabe más que nosotros sobre lo que pasa en el páramo —dijo el doctor Mortimer.

—Y alguien además —añadió Holmes— que está bien dispuesto hacia usted, puesto que lo previene del peligro.

—O que quizá quiere asustarme en beneficio propio.

—Sí, por supuesto, también eso es posible. Estoy muy en deuda con usted, doctor Mortimer, por haberme presentado un problema que ofrece varias alternativas interesantes. Pero tenemos que resolver una cuestión práctica, Sir Henry: la de si es aconsejable que vaya usted a la mansión de los Baskerville.

—¿Por qué tendría que renunciar a hacerlo?

—Podría ser peligroso.

—¿Se refiere usted al peligro de ese demonio familiar o a la actuación de seres humanos?

—Bien; eso es lo que tenemos que averiguar.

—En cualquiera de los dos casos, mi respuesta es la misma. No hay demonio en

el infierno ni hombre sobre la faz de la tierra que me pueda impedir volver a la casa de mi familia, y tenga usted la seguridad de que le doy mi respuesta definitiva — frunció el entrecejo mientras hablaba y su rostro enrojeció vivamente. No cabía duda de que el carácter fogoso de los Baskerville aún seguía vivo en el último retoño de la estirpe—. Por otra parte —continuó—, apenas he tenido tiempo de pensar sobre todo lo que me han contado ustedes. Es mucho pedir que una persona entienda y decida a la vez. Me gustaría disponer de una hora de tranquilidad. Vamos a ver, señor Holmes: ahora son las once y media y yo voy a volver directamente a mi hotel. ¿Qué le parece si usted y su amigo, el doctor Watson, se reúnen a las dos con nosotros y almorzamos juntos? Para entonces estaré en condiciones de decirle con más claridad cómo veo las cosas.

—¿Tiene usted algún inconveniente, Watson?

—Ninguno.

—En ese caso cuenten con nosotros. ¿Debo llamar a un coche de alquiler?

—Prefiero andar, porque este asunto me ha puesto un poco nervioso.

—Y yo le acompañaré con mucho gusto —dijo el doctor Mortimer.

—En ese caso volveremos a reunirnos a las dos. ¡Hasta luego y buenos días!

Oímos los pasos de nuestros visitantes en la escalera y el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. En un instante Holmes había dejado de ser el soñador lánguido para transformarse en el hombre de acción.

—¡Enseguida, Watson, póngase el sombrero y las botas! ¡Ni un momento que perder!

Holmes se dirigió a toda prisa hacia su cuarto para quitarse la bata y regresó a los pocos segundos con la levita puesta. Descendimos apresuradamente las escaleras y salimos a la calle. El doctor Mortimer y Baskerville eran todavía visibles a unos doscientos metros por delante de nosotros en dirección a Oxford Street.

—¿Quiere que corra y los alcance?

—Ni por lo más remoto, mi querido Watson. Su compañía me satisface

plenamente, si a usted no le desagrada la mía. Nuestros amigos han acertado, porque sin duda es una mañana muy adecuada para pasear.

Sherlock Holmes aceleró la marcha hasta que la distancia que nos separaba quedó reducida a la mitad. Luego, siempre manteniéndonos unos cien metros por detrás, seguimos a Baskerville y a Mortimer por Oxford Street y después por Regent Street. En una ocasión nuestros amigos se detuvieron a mirar un escaparate y Holmes hizo lo mismo. Un instante después dejó escapar un leve grito de satisfacción y, al seguir la dirección de su mirada, vi que un cabriolé de alquiler que se había detenido al otro lado de la calle reanudaba lentamente la marcha.

—¡Ahí está nuestro hombre, Watson! ¡Venga! Al menos tendremos ocasión de verlo, aunque no podamos hacer nada más.

En aquel momento me di cuenta de que una poblada barba negra y dos ojos muy penetrantes se habían vuelto hacia nosotros por la ventanilla del coche de alquiler. Inmediatamente se alzó la trampilla del techo, el cochero recibió una orden a gritos y el vehículo salió disparado Regent Street adelante. Holmes buscó ansiosamente con la vista otro coche desocupado, pero no había ninguno. Luego echó a correr desesperadamente entre la corriente del tráfico, pero la ventaja era demasiado grande y muy pronto el cabriolé se perdió de vista.

—¡Qué contrariedad! —dijo Holmes con amargura al apartarse, jadeante y pálido de indignación, del flujo de vehículos—. ¿Ha existido nunca peor suerte y también mayor torpeza? Watson, Watson, si es usted honesto ¡tendrá que apuntar esto en el debe, contraponiéndolo a mis éxitos!

—¿Quién era ese individuo?

—No tengo la menor idea.

—¿Un espía?

—Por lo que hemos oído era evidente que a Baskerville lo han estado siguiendo muy de cerca desde que llegó a Londres. De lo contrario, ¿cómo habría podido saberse tan pronto que se alojaba en el hotel Northumberland? Si lo habían seguido el primer día, era lógico que también lo siguieran el segundo. Quizá se percató usted de que me llegué dos veces hasta la ventana mientras el doctor Mortimer leía el texto de la leyenda.

—Sí, lo recuerdo.

—Quería ver si alguien merodeaba por la calle, pero no he tenido éxito. Nos enfrentamos con un hombre inteligente, Watson. Se trata de un asunto muy serio y aunque no he decidido aún si estamos en contacto con un agente benévolo o perverso, constato siempre la presencia de inteligencia y decisión. Al marcharse nuestros amigos los seguí al instante con la esperanza de localizar a su invisible acompañante, pero nuestro hombre ha tenido la precaución de no trasladarse a pie sino utilizar un coche, lo que le permitía rezagarse o adelantarlos a toda velocidad y escapar así a su detección. Ese método tiene la ventaja adicional de que si hubieran tomado un coche ya estaba preparado para seguirlos. Pero tiene, sin embargo, una desventaja.

—Lo pone a merced del cochero.

—Exactamente.

—¡Es una lástima que no tomáramos el número!

—Mi querido Watson, aunque haya obrado con torpeza, no pensará usted seriamente que he olvidado ese pequeño detalle. Nuestro hombre es el 2704. Pero por el momento no nos sirve de nada.

—No veo qué más podría usted haber hecho.

—Al descubrir el coche de alquiler debería haber dado la vuelta y haberme alejado, para, a continuación, alquilar con toda calma un segundo cabriolé y seguir al primero a una distancia prudente o, mejor aún, trasladarme al hotel Northumberland y esperar allí. Después de que el desconocido hubiera seguido a Baskerville hasta su casa habríamos tenido la oportunidad de jugar a su mismo juego y ver a dónde se dirigía él. Pero, debido a una impaciencia indiscreta, de la que nuestro contrincante ha sabido aprovecharse con extraordinaria celeridad y energía, nos hemos traicionado y lo hemos perdido.

Durante esta conversación habíamos seguido avanzando lentamente por Regent Street y ya hacía tiempo que el doctor Mortimer y su acompañante se habían perdido de vista.

—No tiene objeto que continuemos —dijo Holmes—. La persona que los seguía se ha marchado y no reaparecerá. Hemos de ver si disponemos de otros triunfos

y jugarlos con decisión. ¿Reconocería usted el rostro del hombre que iba en el cabriolé? —Sólo reconocería la barba.

—Lo mismo me sucede a mí, por lo que deduzco que, con toda probabilidad, era una barba postiza. Un hombre inteligente que lleva a cabo una misión tan delicada sólo utiliza una barba para dificultar su identificación. ¡Venga conmigo, Watson!

Holmes entró en una de las oficinas de recaderos del distrito, donde el gerente lo recibió de manera muy afectuosa.

—Ya veo, Wilson, que no ha olvidado el caso en que tuve la buena fortuna de poder ayudarle.

—No, señor; le aseguro que no lo he olvidado. Salvó usted mi reputación y quizá también mi vida.

—Exagera usted, amigo mío. Si no recuerdo mal, cuenta usted entre sus empleados con un muchacho apellidado Cartwright, que mostró cierto talento durante nuestra investigación.

—Sí, señor; todavía sigue con nosotros.

—¿Podría usted llamarlo? ¡Muchas gracias! Y también me gustaría que me cambiara este billete de cinco libras.

Un chico de catorce años, de rostro despierto y mirada inquisitiva, se presentó en respuesta a la llamada del encargado y se quedó mirando al famoso detective con aire reverente.

—Déjeme ver la guía de hoteles —dijo Holmes—. Muchas gracias. Vamos a ver, Cartwright, aquí tienes los nombres de veintitrés hoteles, todos en las inmediaciones de Charing Cross. ¿Los ves?

—Sí, señor.

—Vas a visitarlos todos, uno a uno.

—Sí, señor.

—Empezarás, en cada caso, por dar un chelín al portero. Aquí tienes veintitrés chelines.

—Sí, señor.

—Le dirás que quieres ver el contenido de las papeleras que se vaciaron ayer. Dirás que se ha extraviado un telegrama importante y que lo estás buscando. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Pero, en realidad, lo que vas a buscar es un ejemplar del Times de ayer en cuya página central se hayan hecho unos agujeros con tijeras. Aquí tienes el periódico. Ésta es la página. La reconocerás fácilmente, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—El portero te mandará en cada caso al conserje, a quien también darás un chelín. Aquí tienes otros veintitrés chelines. Es posible que en veinte de los veintitrés hoteles los papeles desechados del día de ayer hayan sido quemados o eliminados. En los otros tres casos te mostrarán un montón de papel y buscarás en él esta página del Times. Las posibilidades en contra son elevadísimas. Aquí tienes diez chelines más para una emergencia. Mándame un informe por telégrafo a Baker Street antes de la noche. Y ahora, Watson, sólo nos queda descubrir mediante el telégrafo la identidad de nuestro cochero, el número 2704; luego pasaremos por una de las galerías de Bond Street y ocuparemos el tiempo viendo cuadros hasta el momento de nuestra cita en el hotel.

5. Tres cabos rotos

Sherlock Holmes poseía, de manera muy notable, la capacidad de desentenderse a voluntad. Por espacio de dos horas pareció olvidarse del extraño asunto que nos tenía ocupados para consagrarse por entero a los cuadros de los modernos maestros belgas. Y desde que salimos de la galería hasta que llegamos al hotel Northumberland habló exclusivamente de arte, tema sobre el que tenía ideas muy elementales.

—Sir Henry Baskerville los espera en su habitación —dijo el recepcionista—. Me ha pedido que les hiciera subir en cuanto llegaran.

—¿Tiene inconveniente en que consulte su registro? —dijo Holmes.

—Ninguno.

En el registro aparecían dos entradas después de la de Baskerville: Theophilus Johnson y familia, de Newcastle, y la señora Oldmore con su doncella, de High Lodge, Alton.

—Sin duda este Johnson es un viejo conocido mío —le dijo Holmes al conserje —. ¿No se trata de un abogado, de cabello gris, con una leve cojera?

—No, señor; se trata del señor Johnson, propietario de minas de carbón, un caballero muy activo, no mayor que usted.

—¿Está seguro de no equivocarse sobre su ocupación?

—No, señor: viene a este hotel desde hace muchos años y lo conocemos muy bien.

—En ese caso no hay más que hablar. Pero..., señora Oldmore; también me parece recordar ese apellido. Perdone mi curiosidad, pero, con frecuencia, al ir a visitar a un amigo se encuentra a otro.

—Es una dama enferma, señor. Su esposo fue en otro tiempo alcalde de

Gloucester. Siempre se aloja en nuestro hotel cuando viene a Londres.

—Muchas gracias; me temo que no tengo el honor de conocerla. Hemos obtenido un dato muy importante con esas preguntas, Watson —continuó Holmes, en voz baja, mientras subíamos juntos la escalera—. Sabemos ya que las personas que sienten tanto interés por nuestro amigo no se alojan aquí. Eso significa que si bien, como ya hemos visto, están ansiosos de vigilarlo, les preocupa igualmente que Sir Henry pueda verlos. Y eso es un hecho muy sugerente.

—¿Qué es lo que sugiere?

—Sugiere... ¡vaya! ¿Qué le sucede, mi querido amigo?

Al terminar de subir la escalera nos tropezamos con Sir Henry Baskerville en persona, con el rostro encendido por la indignación y empuñando una bota muy usada y polvorienta. Estaba tan furioso que apenas se le entendía y cuando por fin habló con claridad lo hizo con un acento americano mucho más marcado del que había utilizado por la mañana.

—Me parece que me han tomado por tonto en este hotel —exclamó—. Pero como no tengan cuidado descubrirán muy pronto que donde las dan las toman. Por todos los demonios, si ese tipo no encuentra la bota que me falta, aquí va a haber más que palabras. Sé aceptar una broma como el que más, señor Holmes, pero esto ya pasa de castaño oscuro.

—¿Aún sigue buscando la bota?

—Así es, y estoy decidido a encontrarla.

—Pero, ¿no dijo usted que era una bota nueva de color marrón?

—Así era, señor mío. Y ahora se trata de otra negra y vieja.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir...?

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Sólo tenía tres pares..., las marrones nuevas, las negras viejas y los zapatos de charol, que son los que llevo puestos. Anoche se llevaron una marrón y hoy me ha desaparecido una negra. Veamos, ¿la ha encontrado usted? ¡Hable, caramba, y no se me quede mirando!

Había aparecido en escena un camarero alemán presa de gran nerviosismo.

—No, señor; he preguntado por todo el hotel, pero nadie sabe nada.

—Pues o aparece la bota antes de que se ponga el sol, o iré a ver al gerente para decirle que me marcho inmediatamente del hotel.

—Aparecerá, señor..., le prometo que si tiene usted un poco de paciencia la encontraremos.

—No se le olvide, porque es lo último que voy a perder en esta guarida de ladrones. Perdone, señor Holmes, que le moleste por algo tan insignificante...

—Creo que está justificado preocuparse.

—Veo que le parece un asunto serio.

—¿Cómo lo explica usted?

—No trato de explicarlo. Me parece la cosa más absurda y más extraña que me ha sucedido nunca.

—La más extraña, quizá —dijo Holmes pensativo.

—¿Cuál es su opinión?

—No pretendo entenderlo todavía. Este caso suyo es muy complicado, Sir Henry. Cuando lo relaciono con la muerte de su tío dudo de que entre los quinientos casos de importancia capital con que me he enfrentado hasta ahora haya habido alguno que presentara más dificultades. Disponemos de varias pistas y es probable que una u otra nos lleve hasta la verdad. Quizá perdamos tiempo siguiendo una falsa, pero, más pronto o más tarde, daremos con la correcta.

El almuerzo fue muy agradable, aunque en su transcurso apenas se dijo nada del asunto que nos había reunido. Tan sólo cuando nos retiramos a una sala de estar privada Holmes preguntó a Baskerville cuáles eran sus intenciones.

—Trasladarme a la mansión de los Baskerville.

—Y, ¿cuándo?

—A finales de semana.

—Creo que, en conjunto —dijo Holmes—, su decisión es acertada. Tengo suficientes pruebas de que está usted siendo seguido en Londres y entre los millones de habitantes de esta gran ciudad es difícil descubrir quiénes son esas personas y cuál pueda ser su propósito. Si su intención es hacer el mal pueden darle un disgusto y no estaríamos en condiciones de impedirlo. ¿Sabía usted, doctor Mortimer, que alguien los seguía esta mañana al salir de mi casa?

El doctor Mortimer tuvo un violento sobresalto.

—¡Seguidos! ¿Por quién?

—Eso es lo que, desgraciadamente, no puedo decirles.

Entre sus vecinos o conocidos de Dartmoor, ¿hay alguien de pelo negro que se deje la barba?

—No..., espere, déjeme pensar..., sí, claro, Barrymore, el mayordomo de Sir Charles, es un hombre muy moreno, con barba.

—¡Ajá! ¿Dónde está Barrymore?

—Tiene a su cargo la mansión de los Baskerville.

—Será mejor que nos aseguremos de que sigue allí o de si, por el contrario, ha tenido ocasión de trasladarse a Londres.

—¿Cómo puede usted averiguarlo?

—Deme un impreso para telegramas. «¿Está todo listo para Sir Henry?» Eso bastará. Dirigido al señor Barrymore, mansión de los Baskerville. ¿Cuál es la oficina de telégrafos más próxima? Grimpen. De acuerdo, enviaremos un segundo cable al jefe de correos de Grimpen: «Telegrama para entregar en mano al señor Barrymore. Si está ausente, devolver por favor a Sir Henry Baskerville, hotel Northumberland». Eso deberá permitirnos saber antes de la noche si Barrymore está en su puesto o se ha ausentado.

—Asunto resuelto —dijo Baskerville—. Por cierto, doctor Mortimer, ¿quién es ese Barrymore, de todas formas?

—Es el hijo del antiguo guarda, que ya murió. Los Barrymore llevan cuatro generaciones cuidando de la mansión. Hasta donde se me alcanza, él y su mujer forman una pareja tan respetable como cualquiera del condado.

—Al mismo tiempo —dijo Baskerville—, está bastante claro que mientras en la mansión no haya nadie de mi familia esas personas disfrutan de un excelente hogar y carecen de obligaciones.

—Eso es cierto.

—¿Dejó Sir Charles algo a los Barrymore en su testamento? —preguntó Holmes.

—Él y su mujer recibieron quinientas libras cada uno.

—¡Ah! ¿Estaban al corriente de que iban a recibir esa cantidad?

—Sí; Sir Charles era muy aficionado a hablar de las disposiciones de su testamento.

—Eso es muy interesante.

—Espero —dijo el doctor— que no considere usted sospechosas a todas las personas que han recibido un legado de Sir Charles, porque también a mí me dejó mil libras.

—¡Vaya! ¿Y a alguien más?

—Hubo muchas sumas insignificantes para otras personas y también se atendió a un gran número de obras de caridad. Todo lo demás queda para Sir Henry.

—¿Y a cuánto ascendía lo demás?

—Setecientas cuarenta mil libras.

Holmes alzó las cejas sorprendido.

—Ignoraba que se tratase de una suma tan enorme —dijo.

—Se daba por sentado que Sir Charles era rico, pero sólo hemos sabido hasta qué punto al inventariar sus valores. La herencia ascendía en total a casi un millón.

—¡Cielo santo! Por esa apuesta se puede intentar una jugada desesperada. Y una pregunta más, doctor Mortimer. Si le sucediera algo a nuestro joven amigo aquí presente (perdóneme esta hipótesis tan desagradable), ¿quién heredaría la fortuna de Sir Charles?

—Dado que Rodger Baskerville, el hermano pequeño, murió soltero, la herencia pasaría a los Desmond, que son primos lejanos. James Desmond es un clérigo de avanzada edad que vive en Westmorland.

—Muchas gracias. Todos estos detalles son de gran interés. ¿Conoce usted al señor James Desmond?

—Sí; en una ocasión vino a visitar a Sir Charles. Es un hombre de aspecto venerable y de vida íntegra. Recuerdo que, a pesar de la insistencia de Sir Charles, se negó a aceptar la asignación que le ofrecía.

—Y ese hombre de gustos sencillos, ¿sería el heredero de la fortuna?

—Heredaría la propiedad, porque está vinculada. Y también heredaría el dinero a no ser que el actual propietario, que, como es lógico, puede hacer lo que quiera con él, le diera otro destino en su testamento.

—¿Ha hecho usted testamento, Sir Henry?

—No, señor Holmes, no lo he hecho. No he tenido tiempo, porque sólo desde ayer estoy al corriente de todo. Pero, en cualquier caso, creo que el dinero no debe separarse ni del título ni de la propiedad. Esa era la idea de mi pobre tío. ¿Cómo sería posible restaurar el esplendor de los Baskerville si no se dispone del dinero necesario para mantener la propiedad? La casa, la tierra y el dinero deben ir juntos.

—Así es. Bien, Sir Henry: estoy completamente de acuerdo con usted en cuanto a la conveniencia de que se traslade sin tardanza a Devonshire. Pero hay una medida que debo tomar. En ningún caso puede usted ir solo.

—El doctor Mortimer regresa conmigo.

—Pero el doctor Mortimer tiene que atender a sus pacientes y su casa está a varios kilómetros de la de usted. Hasta con la mejor voluntad del mundo puede no estar en condiciones de ayudarle. No, Sir Henry; tiene usted que llevar consigo a alguien de confianza que permanezca constantemente a su lado.

—¿Existe la posibilidad de que venga usted conmigo, señor Holmes?

—Si llegara a producirse una crisis, me esforzaría por estar presente, pero sin duda entenderá usted perfectamente que, dada la amplitud de mi clientela y las constantes peticiones de ayuda que me llegan de todas partes, me resulte imposible ausentarme de Londres por tiempo indefinido. En el momento actual uno de los apellidos más respetados de Inglaterra está siendo mancillado por un chantajista y únicamente yo puedo impedir un escándalo desastroso. Comprenderá usted lo imposible que me resulta trasladarme a Dartmoor.

—Entonces, ¿a quién recomendaría usted?

Holmes me puso la mano en el brazo.

—Si mi amigo está dispuesto a acompañarle, no hay persona que resulte más útil en una situación difícil. Nadie lo puede decir con más seguridad que yo.

Aquella propuesta fue una sorpresa total para mí, pero, antes de que pudiera responder, Baskerville me tomó la mano y la estrechó cordialmente.

—Vaya, doctor Watson, es usted muy amable —dijo—. Ya ve la clase de persona que soy y sabe de este asunto tanto como yo. Si viene conmigo a la mansión de los Baskerville y me ayuda a salir del apuro no lo olvidaré nunca.

Siempre me ha fascinado la posibilidad de una aventura y me sentía además halagado por las palabras de Holmes y por el entusiasmo con que el baronet me había aceptado por compañero.

—Iré con mucho gusto —dije—. No creo que pudiera emplear mi tiempo de mejor manera.

—También se ocupará usted de informarme con toda precisión —dijo Holmes—. Cuando se produzca una crisis, como sin duda sucederá, le indicaré lo que tiene que hacer. ¿Estarán ustedes listos para el sábado?

—¿Le convendrá ese día al doctor Watson?

—No hay ningún problema.

—En ese caso, y si no tiene usted noticias en contra, el sábado nos reuniremos en Paddington para tomar el tren de las 10,30.

Nos habíamos levantado ya para marcharnos cuando Baskerville lanzó un grito de triunfo y, lanzándose hacia uno de los rincones de la habitación, sacó una bota marrón de debajo de un armario.

—¡La bota que me faltaba! —exclamó.

—¡Ojalá todas nuestras dificultades desaparezcan tan fácilmente! —dijo Sherlock Holmes.

—Resulta muy extraño de todas formas —señaló el doctor Mortimer—. Registré cuidadosamente la habitación antes del almuerzo.

—Y yo hice lo mismo —añadió Baskerville—. Centímetro a centímetro.

—No había ninguna bota.

—En ese caso tiene que haberla colocado ahí el camarero mientras almorzábamos.

Se llamó al alemán, quien aseguró no saber nada de aquel asunto, y el mismo resultado negativo dieron otras pesquisas. Se había añadido un elemento más a la serie constante de pequeños misterios, en apariencia sin sentido, que se sucedían unos a otros con gran rapidez. Dejando a un lado la macabra historia de la muerte de Sir Charles, contábamos con una cadena de incidentes inexplicables, todos en el espacio de cuarenta y ocho horas, entre los que figuraban la recepción de la carta confeccionada con recortes de periódico, el espía de barba negra en el cabriolé, la desaparición de la bota marrón recién comprada, la de la vieja bota negra y ahora la reaparición de la nueva. Holmes guardó silencio en el coche de caballos mientras regresábamos a Baker Street y sus cejas fruncidas y la intensidad de su expresión me hacían saber que su mente, como la mía, estaba ocupada tratando de encontrar una explicación que permitiera encajar todos aquellos extraños episodios sin conexión aparente. De vuelta a casa permaneció toda la tarde y hasta bien entrada la noche sumergido en el tabaco y en sus

pensamientos.

Poco antes de la cena llegaron dos telegramas. El primero decía así: «Acabo de saber que Barrymore está en la mansión. BASKERVILLE.» Y el segundo:

«Veintitrés hoteles visitados siguiendo instrucciones, pero lamento informar ha sido imposible encontrar hoja cortada del Times. CARTWRIGHT.»

—Dos de mis pistas que se desvanecen, Watson. No hay nada tan estimulante como un caso en el que todo se pone en contra. Hemos de seguir buscando.

—Aún nos queda el cochero que transportaba al espía.

—Exactamente. He mandado un telegrama al registro oficial para que nos facilite su nombre y dirección. No me sorprendería que esto fuera una respuesta a mi pregunta.

La llamada al timbre de la casa resultó, sin embargo, más satisfactoria aún que una respuesta, porque se abrió la puerta y entró un individuo de aspecto tosco que era evidentemente el cochero en persona.

—La oficina central me ha hecho saber que un caballero que vive aquí ha preguntado por el 2704 —dijo—. Llevo siete años conduciendo el cabriolé y no he tenido nunca la menor queja. Vengo directamente del depósito para preguntarle cara a cara qué es lo que tiene contra mí.

—No tengo nada contra usted, buen hombre —dijo mi amigo—. Estoy dispuesto, por el contrario, a darle medio soberano si contesta con claridad a mis preguntas.

—Bueno, la verdad es que hoy he tenido un buen día, ¡ya lo creo que sí! —dijo el cochero con una sonrisa—. ¿Qué quiere usted preguntarme, caballero?

—Antes de nada su nombre y dirección, por si volviera a necesitarle.

—John Clayton, del número 3 de Turpey Street, en el Borough. Encierro el cabriolé en el depósito Shipley, cerca de la estación de Waterloo.

Sherlock Holmes tomó nota.

—Vamos a ver, Clayton, cuénteme todo lo que sepa acerca del cliente que estuvo vigilando esta casa a las diez de la mañana y siguió después a dos caballeros por Regent Street.

El cochero pareció sorprendido y un tanto avergonzado.

—Vaya, no voy a poder decirle gran cosa, porque al parecer ya sabe usted tanto como yo —respondió—. La verdad es que aquel señor me dijo que era detective y que no dijera nada a nadie acerca de él.

—Se trata de un asunto muy grave, buen hombre, y quizá se encontraría usted en una situación muy difícil si tratase de ocultarme algo. ¿El cliente le dijo que era detective?

—Sí, señor, eso fue lo que dijo.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Al marcharse.

—¿Dijo algo más?

—Me dijo cómo se llamaba.

Holmes me lanzó una rápida mirada de triunfo.

—¿De manera que le dijo cómo se llamaba? Eso fue una imprudencia. Y, ¿cuál era su nombre?

—Dijo llamarse Sherlock Holmes.

Nunca he visto a mi amigo tan sorprendido como ante la respuesta del cochero. Por un instante el asombro le dejó sin palabras. Luego lanzó una carcajada:

—¡Tocado, Watson! ¡Tocado, sin duda! —dijo—. Advierto la presencia de un florete tan rápido y flexible como el mío. En esta ocasión ha conseguido un blanco excelente. De manera que se llamaba Sherlock Holmes, ¿no es eso?

—Sí, señor, eso me dijo.

—¡Magnífico! Cuénteme dónde lo recogió y todo lo que pasó.

—Me paró a las nueve y media en Trafalgar Square. Dijo que era detective y me ofreció dos guineas si seguía exactamente sus instrucciones durante todo el día y no hacía preguntas. Acepté con mucho gusto. Primero nos dirigimos al hotel

Northumberland y esperamos allí hasta que salieron dos caballeros y alquilaron un coche de la fila que esperaba delante de la puerta. Lo seguimos hasta que se paró en un sitio cerca de aquí.

—Esta misma puerta —dijo Holmes.

—Bueno, eso no lo sé con certeza, pero aseguraría que mi cliente conocía muy bien el sitio. Nos detuvimos a cierta distancia y esperamos durante hora y media. Luego los dos caballeros pasaron a nuestro lado a pie y los fuimos siguiendo por Baker Street y a lo largo de...

—Eso ya lo sé —dijo Holmes.

—Hasta recorrer las tres cuartas partes de Regent Street. Entonces mi cliente levantó la trampilla y gritó que me dirigiera a la estación de Waterloo lo más deprisa que pudiera. Fustigué a la yegua y llegamos en menos de diez minutos. Después me pagó las dos guineas, como había prometido, y entró en la estación. Pero en el momento de marcharse se dio la vuelta y dijo: «Quizá le interese saber que ha estado llevando al señor Sherlock Holmes». De esa manera supe cómo se llamaba.

—Entiendo. ¿Y ya no volvió a verlo?

—No, una vez que entró en la estación.

—Y, ¿cómo describiría usted al señor Sherlock Holmes?

El cochero se rascó la cabeza.

—Bueno, a decir verdad no era un caballero fácil de describir. Unos cuarenta años de edad y estatura media, cuatro o seis centímetros más bajo que usted. Iba vestido como un dandi, llevaba barba, muy negra, cortada en recto por abajo, y tenía la tez pálida. Me parece que eso es todo lo que recuerdo.

—¿Color de los ojos?

—No; eso no lo sé.

—¿No recuerda usted nada más?

—No, señor; nada más.

—Bien; en ese caso aquí tiene su medio soberano. Hay otro esperándole si me trae alguna información más. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor, y ¡muchas gracias!

John Clayton se marchó riendo entre dientes y Holmes se volvió hacia mí con un encogimiento de hombros y una sonrisa de tristeza.

—Se ha roto nuestro tercer cabo y hemos terminado donde empezamos —dijo —. Ese astuto granuja sabía el número de nuestra casa, sabía que Sir Henry Baskerville había venido a verme, me reconoció en Regent Street, supuso que me había fijado en el número del cabriolé y que acabaría por localizar al cochero, y decidió enviarme ese mensaje impertinente. Se lo aseguro, Watson, esta vez nos hemos tropezado con un adversario digno de nuestro acero. Me han dado jaque mate en Londres. Sólo me cabe desearle que tenga usted mejor suerte en Devonshire. Pero reconozco que no estoy tranquilo.

—¿No está tranquilo?

—No me gusta enviarlo a usted. Es un asunto muy feo, Watson, un asunto muy feo y peligroso, y cuanto más sé de él menos me gusta. Sí, mi querido amigo, ríase usted, pero le doy mi palabra de que me alegraré mucho de tenerlo otra vez sano y salvo en Baker Street.

6. La mansión de los Baskerville

El día señalado Sir Henry Baskerville y el doctor Mortimer estaban listos para emprender el viaje y, tal como habíamos convenido, salimos los tres camino de Devonshire. Sherlock Holmes me acompañó a la estación y antes de partir me dio las últimas instrucciones y consejos.

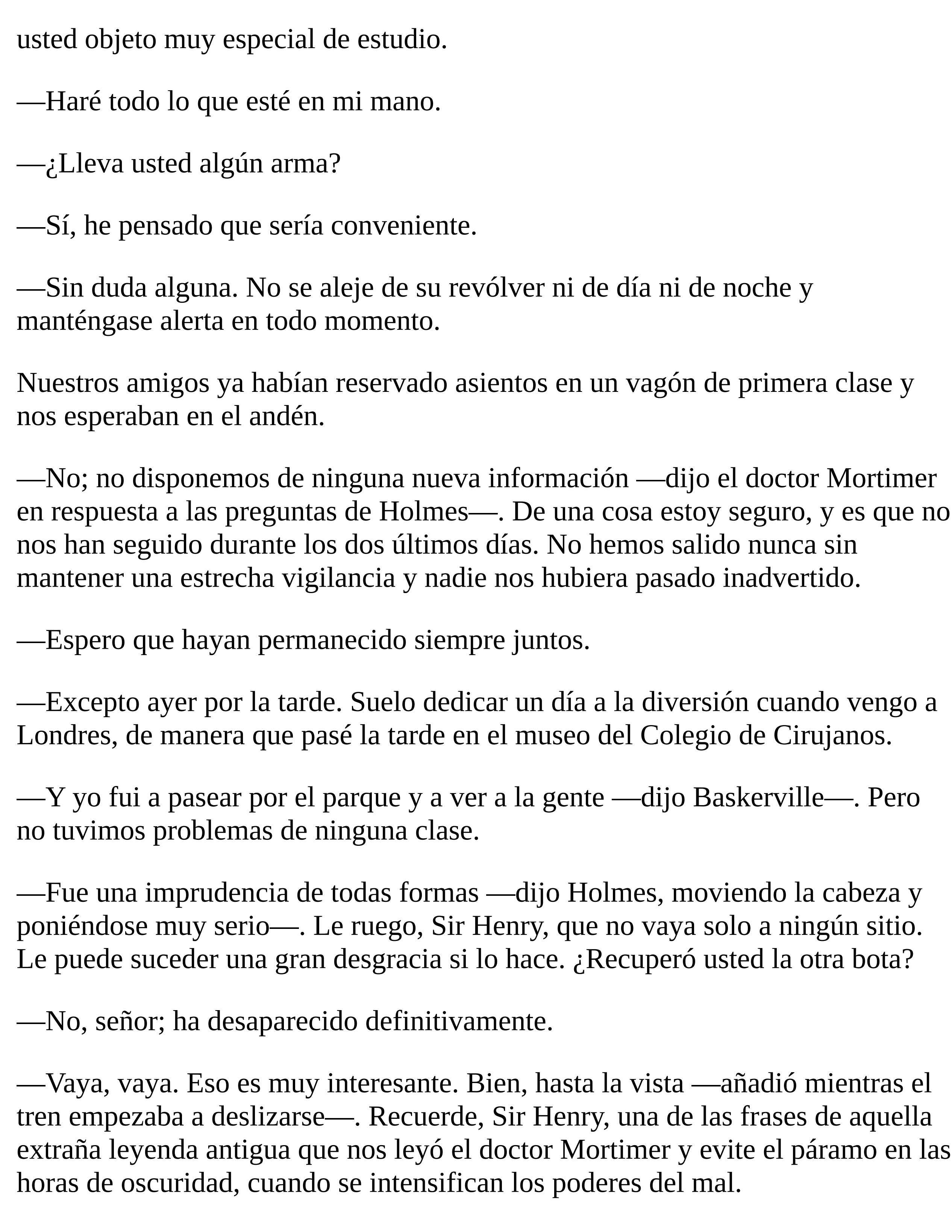
—No quiero influir sobre usted sugiriéndole teorías o sospechas, Watson. Limítese a informarme de los hechos de la manera más completa posible y deje para mí las teorías.

—¿Qué clase de hechos? —pregunté yo.

—Cualquier cosa que pueda tener relación con el caso, por indirecta que sea, y sobre todo las relaciones del joven Baskerville con sus vecinos, o cualquier elemento nuevo relativo a la muerte de Sir Charles. Por mi parte he hecho algunas investigaciones en los últimos días, pero mucho me temo que los resultados han sido negativos. Tan sólo una cosa parece cierta, y es que el señor James Desmond, el próximo heredero, es un caballero virtuoso de edad avanzada, por lo que no cabe pensar en él como responsable de esta persecución. Creo sinceramente que podemos eliminarlo de nuestros cálculos. Nos quedan las personas que en el momento presente conviven con Sir Henry en el páramo.

—¿No habría que librarse en primer lugar del matrimonio Barrymore?

—No, no; eso sería un error imperdonable. Si son inocentes cometeríamos una gran injusticia y si son culpables estaríamos renunciando a toda posibilidad de demostrarlo. No, no; los conservaremos en nuestra lista de sospechosos. Hay además un mozo de cuadra en la mansión, si no recuerdo mal. Tampoco debemos olvidar a los dos granjeros que cultivan las tierras del páramo. Viene a continuación nuestro amigo el doctor Mortimer, de cuya honradez estoy convencido, y su esposa, de quien nada sabemos. Hay que añadir a Stapleton, el naturalista, y a su hermana quien, según se dice, es una joven muy atractiva. Luego está el señor Frankland de la mansión Lafter, que también es un factor desconocido, y uno o dos vecinos más. Esas son las personas que han de ser para


usted objeto muy especial de estudio.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—¿Lleva usted algún arma?

—Sí, he pensado que sería conveniente.

—Sin duda alguna. No se aleje de su revólver ni de día ni de noche y manténgase alerta en todo momento.

Nuestros amigos ya habían reservado asientos en un vagón de primera clase y nos esperaban en el andén.

—No; no disponemos de ninguna nueva información —dijo el doctor Mortimer en respuesta a las preguntas de Holmes—. De una cosa estoy seguro, y es que no nos han seguido durante los dos últimos días. No hemos salido nunca sin mantener una estrecha vigilancia y nadie nos hubiera pasado inadvertido.

—Espero que hayan permanecido siempre juntos.

—Excepto ayer por la tarde. Suelo dedicar un día a la diversión cuando vengo a Londres, de manera que pasé la tarde en el museo del Colegio de Cirujanos.

—Y yo fui a pasear por el parque y a ver a la gente —dijo Baskerville—. Pero no tuvimos problemas de ninguna clase.

—Fue una imprudencia de todas formas —dijo Holmes, moviendo la cabeza y poniéndose muy serio—. Le ruego, Sir Henry, que no vaya solo a ningún sitio. Le puede suceder una gran desgracia si lo hace. ¿Recuperó usted la otra bota?

—No, señor; ha desaparecido definitivamente.

—Vaya, vaya. Eso es muy interesante. Bien, hasta la vista —añadió mientras el tren empezaba a deslizarse—. Recuerde, Sir Henry, una de las frases de aquella extraña leyenda antigua que nos leyó el doctor Mortimer y evite el páramo en las horas de oscuridad, cuando se intensifican los poderes del mal.

Volví la vista hacia el andén unos segundos más tarde y comprobé que aún seguía allí la figura alta y austera de Holmes, todavía inmóvil, que continuaba

mirándonos.

El viaje fue rápido y agradable y lo empleé en conocer mejor a mis dos acompañantes y en jugar con el spaniel del doctor Mortimer. En pocas horas la tierra parda se convirtió en rojiza, el ladrillo se transformó en granito y aparecieron vacas bermejas que pastaban en campos bien cercados donde la exuberante hierba y la vegetación más frondosa daban testimonio de un clima más fértil, aunque también más húmedo. El joven Baskerville miraba con gran interés por la ventanilla y lanzó exclamaciones de alegría al reconocer los rasgos familiares del paisaje de Devon.

—He visitado buena parte del mundo desde que salí de Inglaterra, doctor Watson —dijo—, pero nunca he encontrado lugar alguno que se pueda comparar con estas tierras.

—No conozco ningún natural de Devonshire que reniegue de su condado —hice notar.

—Depende de la raza tanto como del condado —intervino el doctor Mortimer—. Una simple mirada a nuestro amigo permite apreciar de inmediato la cabeza redonda de los celtas, que se traduce en el entusiasmo céltico y en la capacidad de afecto. La cabeza del pobre Sir Charles pertenecía a un tipo muy raro, mitad gaélica, mitad irlandesa en sus características. Pero usted era muy joven cuando vio por última vez la mansión de los Baskerville, ¿no es eso?

—No era más que un adolescente cuando murió mi padre y no vi nunca la mansión, porque vivíamos en un pequeño chalet de la costa sur. De allí fui directamente a vivir con un amigo norteamericano. Le aseguro que todo esto es tan nuevo para mí como para el doctor Watson y ardo en deseos de ver el páramo.

—¿Es eso cierto? Pues ya tiene usted su meta al alcance de la mano, porque se divisa desde aquí —dijo el doctor Mortimer, señalando hacia el paisaje.

Por encima de los verdes cuadrados de los campos y de la curva de un bosque, se alzaba a lo lejos una colina gris y melancólica, con una extraña cumbre dentada, borrosa y vaga en la distancia, semejante al paisaje fantástico de un sueño. Baskerville permaneció inmóvil mucho tiempo, con los ojos fijos en ella, y supe por la expresión de su rostro lo mucho que significaba para él ver por primera vez aquel extraño lugar que los hombres de su sangre habían dominado durante

tanto tiempo y en el que habían dejado una huella tan honda. A pesar de su traje de tweed, de su acento americano y de viajar en un prosaico vagón de ferrocarril, sentí más que nunca, al contemplar su rostro, moreno y expresivo, que era un auténtico descendiente de aquella larga sucesión de hombres de sangre ardiente, tan fogosos como autoritarios. Las cejas espesas, las delicadas ventanas de la nariz y los grandes ojos de color avellana daban fe de su orgullo, de su valor y de su fortaleza. Si en aquel páramo inhóspito nos esperaba una empresa difícil y peligrosa, contaba al menos con un compañero por quien se podía aceptar un riesgo con la seguridad de que lo compartiría con valor.

El tren se detuvo en una pequeña estación junto a la carretera y allí descendimos. Fuera, más allá de una cerca blanca de poca altura, esperaba una tartana tirada por dos jacos. Nuestra llegada suponía sin duda todo un acontecimiento, porque el jefe de estación y los mozos de cuerda se arracimaron a nuestro alrededor para llevarnos el equipaje. Era un lugar sencillo y agradable, pero me sorprendió observar la presencia junto al portillo de dos hombres de aspecto marcial con uniforme oscuro que se apoyaban en sus rifles y que nos miraron con mucho interés cuando pasamos. El cochero, un hombrecillo de facciones duras y manos nudosas, saludó a Sir Henry y pocos minutos después volábamos ya por la amplia carretera blanca. Ondulantes tierras de pastos ascendían a ambos lados y viejas casas con gabletes asomaban entre la densa vegetación, pero detrás del campo tranquilo e iluminado por el sol se elevaba siempre, oscura contra el cielo del atardecer, la larga y melancólica curva del páramo, interrumpida por colinas dentadas y siniestras.

La tartana se desvió por una carretera lateral y empezamos a ascender por caminos muy hundidos, desgastados por siglos de ruedas, con taludes muy altos a los lados, cubiertos de musgo húmedo y carnosas lenguas de ciervo. Helechos bronceados y zarzas resplandecían bajo la luz del sol poniente. Sin dejar de subir, pasamos sobre un estrecho puente de granito y bordeamos un ruidoso y veloz torrente, que espumeaba y rugía entre grandes rocas. Camino y curso de agua discurrían después por un valle donde abundaban los robles achaparrados y los abetos. A cada vuelta del camino Baskerville lanzaba una nueva exclamación de placer y miraba con gran interés a su alrededor haciendo innumerables preguntas. A él todo le parecía hermoso, pero para mí había un velo de melancolía sobre el paisaje, en el que se marcaba con toda claridad la proximidad del invierno. Los caminos estaban alfombrados de hojas amarillas que también caían sobre nosotros. El traqueteo de las ruedas enmudecía cuando atravesábamos montones de vegetación podrida: tristes regalos, en mi opinión,

para que la naturaleza los lanzara ante el coche del heredero de los Baskerville que regresaba a su casa solariega.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Mortimer—, ¿qué es esto?

Teníamos delante una pronunciada pendiente cubierta de brezos, una avanzadilla del páramo. En lo más alto, tan destacado y tan preciso como una estatua ecuestre sobre su pedestal, vimos a un soldado a caballo, sombrío y austero, el rifle preparado sobre el antebrazo. Estaba vigilando la carretera por la que circulábamos.

—¿Qué es lo que sucede, Perkins? —preguntó el doctor Mortimer.

El cochero se volvió a medias en su asiento.

—Se ha escapado un preso de Princetown, señor. Ya lleva tres días en libertad y los guardianes vigilan todas las carreteras y las estaciones, pero hasta ahora no han dado con él. A los agricultores de la zona no les gusta nada lo que pasa, se lo aseguro.

—Bueno, según tengo entendido, se les recompensará con cinco libras si proporcionan alguna información.

—Es cierto, señor, pero la posibilidad de ganar cinco libras es muy poca cosa comparada con el temor a que te corten el cuello. Porque no se trata de un preso corriente. Es un individuo que no se detendría ante nada.

—¿De quién se trata?

—Selden, señor: el asesino de Notting Hill.

Yo recordaba bien el caso, que había despertado el interés de Holmes por la peculiar ferocidad del crimen y la absurda brutalidad que había acompañado todos los actos del asesino. Se le había conmutado la pena capital en razón de algunas dudas sobre el estado de sus facultades mentales, precisamente por lo atroz de su conducta. Nuestra tartana había coronado una cuesta y entonces apareció ante nosotros la enorme extensión del páramo, salpicado de montones de piedras y de peñascos de formas extrañas. Enseguida se nos echó encima un viento frío que nos hizo tiritar. En algún lugar de aquella llanura desolada se escondía el diabólico asesino, oculto en un escondrijo como una bestia salvaje y

con el corazón lleno de malevolencia hacia toda la raza humana que lo había expulsado de su seno. Sólo se necesitaba aquello para colmar el siniestro poder de sugestión del páramo, junto con el viento helado y el cielo que empezaba a oscurecerse. Hasta el mismo Baskerville guardó silencio y se ciñó más el abrigo.

Habíamos dejado atrás y abajo las tierras fértiles. Al volver la vista contemplábamos los rayos oblicuos de un sol muy bajo que convertía los cursos de agua en hebras de oro y que brillaba sobre la tierra roja recién removida por el arado y sobre la extensa maraña de los bosques. El camino que teníamos ante nosotros se fue haciendo más desolado y silvestre por encima de enormes pendientes de color rojizo y verde oliva, salpicadas de peñascos gigantescos. De cuando en cuando pasábamos junto a una de las casas del páramo, con las paredes y el techo de piedra, sin planta trepadora alguna para dulcificar su severa silueta. De repente nos encontramos ante una depresión con forma de taza, salpicada de robles y abetos achaparrados, retorcidos e inclinados por la furia de años de tormentas. Dos altas torres muy estrechas se alzaban por encima de los árboles. El cochero señaló con la fusta.

—La mansión de los Baskerville —dijo.

Su dueño se había puesto en pie y la contemplaba con mejillas encendidas y ojos brillantes. Pocos minutos después habíamos llegado al portón de la casa del guarda, un laberinto de fantásticas tracerías en hierro forjado, con pilares a cada lado gastados por las inclemencias del tiempo, manchados de líquenes y coronados por las cabezas de jabalíes de los Baskerville. La casa del guarda era una ruina de granito negro y desnudas costillas de vigas, pero frente a ella se alzaba un nuevo edificio, construido a medias, primer fruto del oro sudafricano de Sir Charles.

A través del portón penetramos en la avenida, donde las ruedas enmudecieron de nuevo sobre las hojas muertas y donde los árboles centenarios cruzaban sus ramas formando un túnel en sombra sobre nuestras cabezas. Baskerville se estremeció al dirigir la mirada hacia el fondo de la larga y oscura avenida, donde la casa brillaba débilmente como un fantasma.

—¿Fue aquí? —preguntó en voz baja.

—No, no; el paseo de los Tejos está al otro lado.

El joven heredero miró a su alrededor con expresión melancólica.

—No tiene nada de extraño que mi tío tuviera la impresión de que algo malo iba a sucederle en un sitio como éste —dijo—. No se necesita más para asustar a cualquiera. Haré que instalen una hilera de lámparas eléctricas antes de seis meses, y no reconocerán ustedes el sitio cuando dispongamos en la puerta misma de la mansión de una potencia de mil bujías de Swan y Edison.

La avenida desembocaba en una gran extensión de césped y teníamos ya la casa ante nosotros. A pesar de la poca luz pude ver aún que la parte central era un macizo edificio del que sobresalía un pórtico. Toda la fachada principal estaba cubierta de hiedra, con algunos agujeros recortados aquí y allá para que una ventana o un escudo de armas asomara a través del oscuro velo. Desde el bloque central se alzaban las torres gemelas, antiguas, almenadas y horadadas por muchas troneras. A izquierda y derecha de las torres se extendían las alas más modernas de granito negro. Una luz mortecina brillaba a través de las ventanas con gruesos parteluces, y de las altas chimeneas que nacían del techo de muy pronunciada inclinación brotaba una sola columna de humo negro.

—¡Bienvenido, Sir Henry! Bienvenido a la mansión de los Baskerville!

Un hombre de estatura elevada había salido de la sombra del pórtico para abrir la puerta de la tartana. La figura de una mujer se recortaba contra la luz amarilla del vestíbulo. También esta última se adelantó para ayudar al hombre con nuestro equipaje.

—Espero que no lo tome a mal, Sir Henry, pero voy a volver directamente a mi casa —dijo el doctor Mortimer—. Mi mujer me aguarda.

—¿No se queda usted a cenar con nosotros?

—No; debo marcharme. Probablemente tendré trabajo esperándome. Me quedaría para enseñarle la casa, pero Barrymore será mejor guía que yo. Hasta la vista y no dude en mandar a buscarme de día o de noche si puedo serle útil.

El ruido de las ruedas se perdió avenida abajo mientras Sir Henry y yo entrábamos en la casa y la puerta se cerraba con estrépito a nuestras espaldas. Nos encontramos en una espléndida habitación de nobles proporciones y gruesas vigas de madera de roble ennegrecida por el tiempo que formaban los pares del techo. En la gran chimenea de tiempos pretéritos y detrás de los altos morillos de hierro crepitaba y chisporroteaba un fuego de leña. Sir Henry y yo extendimos las manos hacia él porque estábamos ateridos después del largo trayecto en la

tartana. Luego contemplamos las altas y estrechas ventanas con vidrios antiguos de colores, el revestimiento de las paredes de madera de roble, las cabezas de ciervo, los escudos de armas en las paredes, todo ello borroso y sombrío a la escasa luz de la lámpara central.

—Exactamente como lo imaginaba —dijo Sir Henry—. ¿No es la imagen misma de un antiguo hogar familiar? ¡Pensar que en esta sala han vivido los míos durante cinco siglos! Esa simple idea hace que todo me parezca más solemne.

Vi cómo su rostro moreno se iluminaba de entusiasmo juvenil al mirar a su alrededor. Se encontraba en un sitio donde la luz caía de lleno sobre él, pero sombras muy largas descendían por las paredes y colgaban como un dosel negro por encima de su cabeza; Barrymore había regresado de llevar el equipaje a nuestras habitaciones y se detuvo ante nosotros con la discreción característica de un criado competente. Era un hombre notable por su apariencia: alto, bien parecido, barba negra cuadrada, tez pálida y facciones distinguidas.

—¿Desea usted que se sirva la cena inmediatamente, Sir Henry?

—¿Está lista?

—Dentro de muy pocos minutos, señor. Encontrarán agua caliente en sus habitaciones. Mi mujer y yo, Sir Henry, seguiremos a su servicio con mucho gusto hasta que disponga usted otra cosa, aunque no se le ocultará que con la nueva situación habrá que ampliar la servidumbre de la casa.

—¿Qué nueva situación?

—Me refiero únicamente a que Sir Charles llevaba una vida muy retirada y nosotros nos bastábamos para atender sus necesidades. Usted querrá, sin duda, hacer más vida social y, en consecuencia, tendrá que introducir cambios.

—¿Quiere eso decir que su esposa y usted desean marcharse?

—Únicamente cuando ya no le cause a usted ningún trastorno.

—Pero su familia nos ha servido a lo largo de varias generaciones, ¿no es cierto?

Lamentaría comenzar mi vida aquí rompiendo una antigua relación familiar.

Me pareció discernir signos de emoción en las pálidas facciones del mayordomo.

—Mis sentimientos son idénticos, Sir Henry, y mi esposa los comparte plenamente. Pero, a decir verdad, los dos estábamos muy apegados a Sir Charles; su muerte ha sido un golpe terrible y ha llenado esta casa de recuerdos dolorosos. Mucho me temo que nunca recobraremos la paz de espíritu en la mansión de los Baskerville.

—Pero, ¿qué es lo que se proponen hacer?

—Estoy convencido de que tendremos éxito si emprendemos algún negocio. La generosidad de Sir Charles nos ha proporcionado los medios para ponerlo en marcha. Y ahora, señor, quizá convenga que los acompañe a ustedes a sus habitaciones.

Una galería rectangular con balaustrada, a la que se llegaba por una escalera doble, corría alrededor de la gran sala central. Desde aquel punto dos largos corredores se extendían a todo lo largo del edificio y a ellos se abrían los dormitorios. El mío estaba en la misma ala que el de Baskerville y casi puerta con puerta. Aquellas habitaciones parecían mucho más modernas que la parte central de la mansión; el alegre empapelado y la abundancia de velas contribuyeron un tanto a disipar la sombría impresión que se había apoderado de mi mente desde nuestra llegada.

Pero el comedor, al que se accedía desde la gran sala central, era también un lugar oscuro y melancólico. Se trataba de una larga cámara con un escalón que separaba la parte inferior, reservada a los subordinados, del estrado donde se colocaban los miembros de la familia. En un extremo se hallaba situado un palco para los músicos. Vigas negras cruzaban por encima de nuestras cabezas y, más arriba aún, el techo ennegrecido por el humo. Con hileras de antorchas llameantes para iluminarlo y con el colorido y el tosco jolgorio de un banquete de tiempos pretéritos quizá se hubiera dulcificado su aspecto; pero ahora, cuando tan sólo dos caballeros vestidos de negro se sentaban dentro del pequeño círculo de luz que proporcionaba una lámpara con pantalla, las voces se apagaban y los espíritus se abatían. Una borrosa hilera de antepasados, ataviados de las maneras más diversas, desde el caballero isabelino hasta el petimetre de la Regencia, nos miraba desde lo alto y nos intimidaban con su compañía silenciosa. Hablamos poco y, de manera excepcional, me alegré de que terminara la cena y de que pudiéramos retirarnos a la moderna sala de billar para fumar un cigarrillo.

—A fe mía, no se puede decir que sea un sitio muy alegre —exclamó Sir Henry —. Supongo que llegaremos a habituarnos, pero por el momento me siento un tanto desplazado. No me extraña que mi tío se pusiera algo nervioso viviendo solo en una casa como ésta. Si no le parece mal, hoy nos retiraremos pronto y quizá las cosas nos parezcan un poco más risueñas mañana por la mañana.

Abrí las cortinas antes de acostarme y miré por la ventana de mi cuarto. Daba a una extensión de césped situada delante de la puerta principal. Más allá, dos bosquecillos gemían y se balanceaban, agitados por el viento cada vez más intenso. La luna se abrió paso entre las nubes desbocadas. Gracias a su fría luz vi más allá de los árboles una franja incompleta de rocas y la larga superficie casi llana del melancólico páramo. Cerré las cortinas, convencido de que mi última impresión coincidía con las anteriores.

Aunque no fue la última en realidad. Pronto descubrí que estaba cansado pero insomne y di muchas vueltas en la cama, esperando un sueño que no venía. Muy a lo lejos un reloj de pared daba los cuartos de hora, pero, por lo demás, un silencio sepulcral reinaba sobre la vieja casa. Y luego, de repente, en la quietud de la noche, llegó hasta mis oídos un sonido claro, resonante e inconfundible. Eran los sollozos de una mujer, los jadeos ahogados de una persona desgarrada por un sufrimiento incontrolable. Me senté en la cama y escuché con atención. El ruido procedía sin duda del interior de la casa. Por espacio de media hora esperé con los nervios en tensión, pero de nuevo reinó el silencio, si se exceptúan las campanadas del reloj y el roce de la hiedra contra la pared.

7. Los Stapleton de la casa Merripit

Al día siguiente la belleza de la mañana contribuyó a borrar de nuestras mentes la impresión lúgubre y gris que a ambos nos había dejado el primer contacto con la mansión de los Baskerville. Mientras Sir Henry y yo desayunábamos, la luz del sol entraba a raudales por las altas ventanas con parteluces, proyectando pálidas manchas de color procedentes de los escudos de armas que decoraban los cristales. El revestimiento de madera brillaba como bronce bajo los rayos dorados y costaba trabajo convencerse de que estábamos en la misma cámara que la noche anterior había llenado nuestras almas de melancolía.

—¡Sospecho que los culpables somos nosotros y no la casa! —exclamó el baronet—. Llevábamos encima el cansancio del viaje y el frío del páramo, de manera que miramos este sitio con malos ojos. Ahora que hemos descansado y nos encontramos bien, nos parece alegre una vez más.

—Pero no fue todo un problema de imaginación —respondí yo—. ¿Acaso no oyó usted durante la noche a alguien, una mujer en mi opinión, que sollozaba?

—Es curioso, porque, cuando estaba medio dormido, me pareció oír algo así. Esperé un buen rato, pero el ruido no se repitió, de manera que llegué a la conclusión de que lo había soñado.

—Yo lo oí con toda claridad y estoy seguro de que se trataba de los sollozos de una mujer.

—Debemos informarnos inmediatamente.

Sir Henry tocó la campanilla y preguntó a Barrymore si podía explicarnos lo sucedido. Me pareció que aumentaba un punto la palidez del mayordomo mientras escuchaba la pregunta de su señor.

—No hay más que dos mujeres en la casa, Sir Henry —respondió—. Una es la fregona, que duerme en la otra ala. La segunda es mi mujer, y puedo asegurarle personalmente que ese sonido no procedía de ella.

Y sin embargo mentía, porque después del desayuno me crucé por casualidad con la señora Barrymore, cuando el sol le iluminaba de lleno el rostro, en el largo corredor al que daban los dormitorios. La esposa del mayordomo era una mujer grande, de aspecto impasible, facciones muy marcadas y un gesto de boca severo y decidido. Pero sus ojos enrojecidos, que me miraron desde detrás de unos párpados hinchados, la denunciaban. Era ella, sin duda, quien lloraba por la noche y, aunque su marido tenía que saberlo, había optado por correr el riesgo de verse descubierto al afirmar que no era así. ¿Por qué lo había hecho? Y ¿por qué lloraba su mujer tan amargamente? En torno a aquel hombre de tez pálida, bien parecido y de barba negra, se estaba creando ya una atmósfera de misterio y melancolía. Barrymore había encontrado el cuerpo sin vida de Sir Charles y únicamente contábamos con su palabra para todo lo referente a las circunstancias relacionadas con la muerte del anciano. ¿Existía la posibilidad de que, después de todo, fuera Barrymore a quien habíamos visto en el cabriolé de Regent Street? Podía muy bien tratarse de la misma barba. El cochero había descrito a un hombre algo más bajo, pero no era impensable que se hubiera equivocado. ¿Cómo podía yo aclarar aquel extremo de una vez por todas? Mi primera gestión consistiría en visitar al administrador de correos de Grimpen y averiguar si a Barrymore se le había entregado el telegrama de prueba en propia mano. Fuera cual fuese la respuesta, al menos tendría ya algo de que informar a Sherlock Holmes.

Sir Henry necesitaba examinar un gran número de documentos después del desayuno, de manera que era aquél el momento propicio para mi excursión, que resultó ser un agradable paseo de seis kilómetros siguiendo el borde del páramo y que me llevó finalmente a una aldehuela gris en la que dos edificios de mayor tamaño, que resultaron ser la posada y la casa del doctor Mortimer, destacaban considerablemente sobre el resto. El administrador de correos, que era también el tendero del pueblo, se acordaba perfectamente del telegrama.

—Así es, caballero —dijo—; hice que se entregara al señor Barrymore, tal como se indicaba.

—¿Quién lo entregó?

—Mi hijo, aquí presente. James, entregaste el telegrama al señor Barrymore en la mansión la semana pasada, ¿no es cierto?

—Sí, padre; lo entregué yo.

—¿En propia mano?

—Bueno, el señor Barrymore se hallaba en el desván en aquel momento, así que no pudo ser en propia mano, pero se lo di a su esposa, que prometió entregarlo inmediatamente.

—¿Viste al señor Barrymore?

—No, señor; ya le he dicho que estaba en el desván.

—Si no lo viste, ¿cómo sabes que estaba en el desván?

—Sin duda su mujer sabía dónde estaba —dijo, de malos modos, el administrador de correos—. ¿Es que no recibió el telegrama? Si ha habido algún error, que presente la queja el señor Barrymore en persona.

Parecía inútil proseguir la investigación, pero estaba claro que, pese a la estratagema de Holmes, seguíamos sin dilucidar si Barrymore se había trasladado a Londres. Suponiendo que fuera así, suponiendo que la misma persona que había visto a Sir Charles con vida por última vez hubiese sido el primero en seguir al nuevo heredero a su regreso a Inglaterra, ¿qué consecuencias podían sacarse? ¿Era agente de terceros o actuaba por cuenta propia con algún propósito siniestro? ¿Qué interés podía tener en perseguir a la familia Baskerville? Recordé la extraña advertencia extraída del editorial del Times. ¿Era obra suya o más bien de alguien que se proponía desbaratar sus planes? El único motivo plausible era el sugerido por Sir Henry: si se conseguía asustar a la familia de manera que no volviera a la mansión, los Barrymore dispondrían de manera permanente de un hogar muy cómodo. Pero sin duda un motivo así resultaba insuficiente para explicar unos planes tan sutiles como complejos que parecían estar tejiendo una red invisible en torno al joven baronet. Holmes en persona había dicho que de todas sus sensacionales investigaciones aquélla era la más compleja. Mientras regresaba por el camino gris y solitario recé para que mi amigo pudiera librarse pronto de sus ocupaciones y estuviera en condiciones de venir a Devonshire y de retirar de mis hombros la pesada carga de responsabilidad que había echado sobre ellos.

De repente mis pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido de unos pasos veloces y de una voz que repetía mi nombre. Me volví esperando ver al doctor Mortimer, pero, para mi sorpresa, descubrí que me perseguía un desconocido. Se trataba de un hombre pequeño, delgado, completamente afeitado, de aspecto

remilgado, cabello rubio y mandíbula estrecha, entre los treinta y los cuarenta años de edad, que vestía un traje gris y llevaba sombrero de paja. Del hombro le colgaba una caja de hojalata para especímenes botánicos y en la mano llevaba un cazamariposas verde.

—Estoy seguro de que sabrá excusar mi atrevimiento, doctor Watson —me dijo al llegar jadeando a donde me encontraba—. Aquí en el páramo somos gentes llanas y no esperamos a las presentaciones oficiales. Quizá haya usted oído pronunciar mi apellido a nuestro común amigo, el doctor Mortimer. Soy Stapleton y vivo en la casa Merripit.

—El cazamariposas y la caja me hubieran bastado —dije—, porque sabía que el señor Stapleton era naturalista. Pero, ¿cómo sabe usted quién soy yo?

—He ido a hacer una visita a Mortimer y, al pasar usted por la calle, lo hemos visto desde la ventana de su consultorio. Dado que llevamos el mismo camino, se me ha ocurrido alcanzarlo y presentarme. Confío en que Sir Henry no esté demasiado fatigado por el viaje.

—Se encuentra perfectamente, muchas gracias.

—Todos nos temíamos que después de la triste desaparición de Sir Charles el nuevo baronet no quisiera vivir aquí. Es mucho pedir que un hombre acaudalado venga a enterrarse en un sitio como éste, pero no hace falta que le diga cuánto significa para toda la zona. ¿Hago bien en suponer que Sir Henry no alberga miedos supersticiosos en esta materia?

—No creo que sea probable.

—Por supuesto usted conoce la leyenda del perro diabólico que persigue a la familia.

—La he oído.

—¡Es notable lo crédulos que son los campesinos por estos alrededores! Muchos de ellos están dispuestos a jurar que han visto en el páramo a un animal de esas características —hablaba con una sonrisa, pero me pareció leer en sus ojos que se tomaba aquel asunto con más seriedad—. Esa historia llegó a apoderarse de la imaginación de Sir Charles y estoy convencido de que provocó su trágico fin.

—Pero, ¿cómo?

—Tenía los nervios tan desquiciados que la aparición de cualquier perro podría haber tenido un efecto fatal sobre su corazón enfermo. Imagino que vio en realidad algo así aquella última noche en el paseo de los Tejos. Yo temía que pudiera suceder un desastre, sentía por él un gran afecto y no ignoraba la debilidad de su corazón.

—¿Cómo lo sabía?

—Me lo había dicho mi amigo Mortimer.

—¿Piensa usted, entonces, que un perro persiguió a Sir Charles y que, en consecuencia, el anciano baronet murió de miedo?

—¿Tiene usted alguna explicación mejor?

—No he llegado a ninguna conclusión.

—¿Tampoco su amigo, el señor Sherlock Holmes? Aquellas palabras me dejaron sin respiración por un momento, pero la placidez del rostro de mi interlocutor y su mirada impertérrita me hicieron comprender que no se proponía sorprenderme.

—Es inútil tratar de fingir que no le conocemos, doctor Watson —dijo—. Nos han llegado sus relatos de las aventuras del famoso detective y no podría usted celebrar sus éxitos sin darse también a conocer. Cuando Mortimer me dijo su apellido, no pudo negar su identidad. Si está usted aquí, se sigue que el señor Sherlock Holmes se interesa también por este asunto y, como es lógico, siento curiosidad por saber su opinión sobre el caso.

—Me temo que no estoy en condiciones de responder a esa pregunta.

—¿Puede usted decirme si nos honrará visitándonos en persona?

—En el momento presente sus ocupaciones no le permiten abandonar Londres. Tiene otros casos que requieren su atención.

—¡Qué lástima! Podría arrojar alguna luz sobre algo que está muy oscuro para nosotros. Pero por lo que se refiere a sus propias investigaciones, doctor Watson,

si puedo serle útil de alguna manera, confío en que no vacile en servirse de mí. Y si contara ya con alguna indicación sobre la naturaleza de sus sospechas o sobre cómo se propone usted investigar el caso, quizá pudiera, incluso ahora mismo, serle de ayuda o darle algún consejo.

—Siento desilusionarle, pero estoy aquí únicamente para visitar a mi amigo Sir Henry y no necesito ayuda de ninguna clase.

—¡Excelente! —dijo Stapleton—. Tiene usted toda la razón para mostrarse cauteloso y reservado. Me considero justamente reprendido por lo que ha sido sin duda una intromisión injustificada y le prometo que no volveré a mencionar este asunto.

Habíamos llegado a un punto donde un estrecho sendero cubierto de hierba se separaba de la carretera para internarse en el páramo. A la derecha quedaba una empinada colina salpicada de rocas que en tiempos remotos se había utilizado como cantera de granito. La cara que estaba vuelta hacia nosotros formaba una sombría escarpadura, en cuyos nichos crecían helechos y zarzas. Por encima de una distante elevación se alzaba un penacho gris de humo.

—Un paseo no demasiado largo por esta senda del páramo nos llevará hasta la casa Merripit —dijo mi acompañante—. Si dispone usted de una hora, tendré el placer de presentarle a mi hermana.

Lo primero que pensé fue que mi deber era estar al lado de Sir Henry, pero a continuación recordé los muchos documentos y facturas que abarrotaban la mesa de su estudio. Era indudable que yo no podía ayudarlo en aquella tarea. Y Holmes me había pedido expresamente que estudiara a los vecinos del baronet. Acepté la invitación de Stapleton y torcimos juntos por el sendero.

—El páramo es un lugar maravilloso —dijo mi interlocutor, recorriendo con la vista las ondulantes lomas, semejantes a grandes olas verdes, con crestas de granito dentado que formaban con su espuma figuras fantásticas—. Nunca cansa. No es posible imaginar los increíbles secretos que contiene. ¡Es tan vasto, tan estéril, tan misterioso!

—Lo conoce usted bien, ¿no es cierto?

—Sólo llevo aquí dos años. Los naturales de la zona me llamarían recién llegado. Vinimos poco después de que Sir Charles se instalara en la mansión.

Pero mis aficiones me han llevado a explorar todos los alrededores y estoy convencido de que pocos conocen el páramo mejor que yo.

—¿Es difícil conocerlo?

—Muy difícil. Fíjese, por ejemplo, en esa gran llanura que se extiende hacia el norte, con las extrañas colinas que brotan de ella. ¿Observa usted algo notable en su superficie?

—Debe de ser un sitio excepcional para galopar.

—Eso es lo que pensaría cualquiera, pero ya le ha costado la vida a más de una persona. ¿Advierte usted las manchas de color verde brillante que abundan por toda su superficie?

—Sí, parecen más fértiles que el resto. Stapleton se echó a reír.

—Es la gran ciénaga de Grimpen —dijo—, donde un paso en falso significa la muerte, tanto para un hombre como para cualquier animal. Ayer mismo vi a uno de los jacos del páramo meterse en ella. No volvió a salir. Durante mucho tiempo aún sobresalía la cabeza, pero el fango terminó por tragárselo. Incluso en las estaciones secas es peligroso cruzarla, pero aún resulta peor después de las lluvias del otoño. Y sin embargo yo soy capaz de llegar hasta el centro de la ciénaga y regresar vivo. ¡Vaya por Dios, allí veo a otro de esos desgraciados jacos!

Algo marrón se agitaba entre las juncias verdes. Después, un largo cuello atormentado se disparó hacia lo alto y un terrible relincho resonó por todo el páramo. El horror me heló la sangre en las venas, pero los nervios de mi acompañante parecían ser más resistentes que los míos.

—¡Desaparecido! —dijo—. La ciénaga se lo ha tragado. Dos en cuarenta y ocho horas y quizá muchos más, porque se acostumbran a ir allí cuando el tiempo es seco y no advierten la diferencia hasta quedar atrapados. La gran ciénaga de Grimpen es un sitio muy peligroso.

—¿Y usted dice que penetra en su interior?

—Sí, hay uno o dos senderos que un hombre muy ágil puede utilizar y yo los he descubierto.

—Pero, ¿qué interés encuentra en un sitio tan espantoso?

—¿Ve usted aquellas colinas a lo lejos? Son en realidad islas separadas del resto por la ciénaga infranqueable, que ha ido rodeándolas con el paso de los años. Allí es donde se encuentran las plantas raras y las mariposas, si es usted lo bastante hábil para llegar.

—Algún día probaré suerte.

Stapleton me miró sorprendido.

—¡Por el amor de Dios, ni se le ocurra pensarlo! —dijo—. Su sangre caería sobre mi cabeza. Le aseguro que no existe la menor posibilidad de que regrese con vida. Yo lo consigo únicamente gracias a recordar ciertas señales de gran complejidad.

—¡Caramba! —exclamé—. ¿Qué es eso?

Un largo gemido muy profundo, indescriptiblemente triste, se extendió por el páramo. Aunque llenaba el aire, resultaba imposible decir de dónde procedía. De un murmullo apagado pasó a convertirse en un hondísimo rugido, para volver de nuevo al murmullo melancólico. Stapleton me miró con una expresión peculiar.

—¡Extraño lugar el páramo! —dijo.

—Pero, ¿qué era eso?

—Los campesinos dicen que es el sabueso de los Baskerville reclamando su presa. Lo había oído antes una o dos veces, pero nunca con tanta claridad.

Con el frío del miedo en el corazón contemplé la enorme llanura salpicada por las manchas verdes de los juncos. Nada se movía en aquella gran extensión si se exceptúa una pareja de cuervos, que graznaron con fuerza desde un risco a nuestras espaldas.

—Usted es un hombre educado: no me diga que da crédito a tonterías como ésa —respondí—. ¿Cuál cree usted que es la causa de un sonido tan extraño?

—Las ciénagas hacen a veces ruidos extraños. El barro al moverse, o el agua al subir de nivel, o algo parecido.

—No, no; era la voz de un ser vivo.

—Sí, quizá lo fuera. ¿Ha oído alguna vez mugir a un avetoro?

—No, nunca.

—Es un pájaro poco común; casi extinguido en Inglaterra actualmente, pero todo es posible en el páramo. Sí; no me sorprendería que acabáramos de oír el grito del último de los avetoros.

—Es la cosa más misteriosa y extraña que he oído en toda mi vida.

—Sí, estamos en un lugar más bien extraño. Mire la falda de esa colina. ¿Qué supone usted que son esas formaciones?

Toda la empinada pendiente estaba cubierta de grises anillos de piedra, una veintena al menos.

—¿Qué son? ¿Apriscos para las ovejas?

—No; son los hogares de nuestros dignos antepasados. Al hombre prehistórico le gustaba vivir en el páramo, y como nadie lo ha vuelto a hacer desde entonces, encontramos sus pequeñas construcciones exactamente como él las dejó. Es el equivalente de las tiendas indias si se les quita el techo. Podrá usted ver incluso el sitio donde hacían fuego así como el lugar donde dormían, si la curiosidad le empuja a entrar en uno de ellos.

—Se trata, entonces, de toda una ciudad. ¿Cuándo estuvo habitada?

—Se remonta al periodo neolítico, pero se desconocen las fechas.

—¿A qué se dedicaban sus pobladores?

—El ganado pastaba por esas laderas y ellos aprendían a cavar en busca de estaño cuando la espada de bronce empezaba a desplazar al hacha de piedra. Fíjese en la gran zanja de la colina de enfrente. Esa es su marca. Sí; encontrará usted cosas muy peculiares en el páramo, doctor Watson. Ah, perdóneme un instante. Es sin duda un ejemplar de Cyclopides.

Una mosca o mariposilla se había cruzado en nuestro camino y Stapleton se

lanzó al instante tras ella con gran energía y rapidez. Para consternación mía el insecto voló directamente hacia la gran ciénaga, pero mi acompañante no se detuvo ni un instante, persiguiéndola a saltos de mata en mata, con el cazamariposas en ristre. Su ropa gris y la manera irregular de avanzar, a saltos y en zigzag, no le diferenciaban mucho de un gran insecto alado. Contemplaba su carrera con una mezcla de admiración por su extraordinario despliegue de facultades y de miedo a que perdiera pie en la ciénaga traicionera, cuando oí ruido de pasos y, al volverme, vi a una mujer que se acercaba hacia mí por el sendero. Procedía de la dirección en la que, gracias al penacho de humo, sabía ya que estaba localizada la casa Merripit, pero la inclinación del páramo me la había ocultado hasta que estuvo muy cerca.

No tuve ninguna duda de que se trataba de la señorita Stapleton, puesto que en el páramo no abundan las damas, y recordaba que alguien la había descrito como muy bella. La mujer que avanzaba en mi dirección lo era, desde luego, y de una hermosura muy poco corriente. No podía darse mayor contraste entre hermanos, porque en el caso del naturalista la tonalidad era neutra, con cabello claro y ojos grises, mientras que la señorita Stapleton era más oscura que ninguna de las morenas que he visto en Inglaterra y además esbelta, elegante y alta. Su rostro, altivo y de facciones delicadas, era tan regular que hubiera podido parecer frío de no ser por la boca y los hermosos ojos, oscuros y vehementes. Dada la perfección y elegancia de su vestido, resultaba, desde luego, una extraña aparición en la solitaria senda del páramo. Seguía con los ojos las evoluciones de su hermano cuando me di la vuelta, pero inmediatamente apresuró el paso hacia mí. Yo me había descubierto y me disponía a explicarle mi presencia con unas frases, cuando sus palabras hicieron que mis pensamientos cambiaran por completo de dirección.

—¡Váyase! —dijo—. Vuelva a Londres inmediatamente.

No pude hacer otra cosa que contemplarla, estupefacto. Sus ojos echaban fuego al mismo tiempo que su pie golpeaba el suelo con impaciencia.

—¿Por qué tendría que marcharme?

—No se lo puedo explicar —hablaba en voz baja y apremiante y con un curioso ceceo en la pronunciación—. Pero, por el amor de Dios, haga lo que le pido. Váyase y no vuelva nunca a pisar el páramo.

—Pero si acabo de llegar.

—Por favor —exclamó—. ¿No es capaz de reconocer una advertencia que se le hace por su propio bien? ¡Vuélvase a Londres! ¡Póngase esta misma noche en camino! ¡Aléjese de este lugar a toda costa! ¡Silencio, vuelve mi hermano! Ni una palabra de lo que le he dicho. ¿Le importaría cortarme la orquídea que está ahí, entre las colas de caballo? Las orquídeas abundan en el páramo, aunque, por supuesto, llega usted en una mala estación para disfrutar con la belleza de la zona.

Stapleton había abandonado la caza y se acercaba a nosotros jadeante y con el rostro encendido por el esfuerzo.

—¡Hola, Beryl! —dijo; y tuve la impresión de que el tono de su saludo no era excesivamente cordial.

—Estás muy sofocado, Jack.

—Sí. Perseguía a una Cyclopides. Es una mariposa muy poco corriente y raras veces se la encuentra a finales del otoño. ¡Es una pena que no haya conseguido capturarla!

Hablaba despreocupadamente, pero sus ojos claros nos vigilaban a ambos sin descanso.

—Se han presentado ya, por lo que observo.

—Sí. Estaba explicando a Sir Henry que el otoño no es una buena época para la verdadera belleza del páramo.

—¿Cómo? ¿Con quién crees que estás hablando?

—Supongo que se trata de Sir Henry Baskerville.

—No, no —dije yo—. Sólo soy un humilde plebeyo, aunque Baskerville me honre con su amistad. Me llamo Watson, doctor Watson.

El disgusto ensombreció por un momento el expresivo rostro de la joven.

—Hemos sido víctimas de un malentendido en nuestra conversación —dijo la

señorita Stapleton.

—En realidad no habéis tenido mucho tiempo —comentó su hermano, siempre con los mismos ojos interrogadores.

—He hablado como si el doctor Watson fuera residente en lugar de simple visitante —dijo la señorita Stapleton—. No puede importarle mucho si es pronto o tarde para las orquídeas. Pero, una vez que ha llegado hasta aquí, espero que nos acompañe para ver la casa Merripit.

Tras un breve paseo llegamos a una triste casa del páramo, granja de algún ganadero en los antiguos días de prosperidad, arreglada después para convertirla en vivienda moderna. La rodeaba un huerto, pero los árboles, como suele suceder en el páramo, eran más pequeños de lo normal y estaban quemados por las heladas; el lugar en conjunto daba impresión de pobreza y melancolía. Nos abrió la puerta un viejo criado, una criatura extraña, arrugada y de aspecto mohoso, muy en consonancia con la casa. Dentro, sin embargo, había habitaciones amplias, amuebladas con una elegancia en la que me pareció reconocer el gusto de la señorita Stapleton. Al contemplar desde sus ventanas el interminable páramo salpicado de granito que se extendía sin solución de continuidad hasta el horizonte más remoto, no pude por menos de preguntarme qué podía haber traído a un lugar así a aquel hombre tan instruido y a aquella mujer tan hermosa.

—Extraña elección para vivir, ¿no es eso? —dijo Stapleton, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Y sin embargo conseguimos ser aceptablemente felices, ¿no es así, Beryl?

—Muy felices —dijo ella, aunque faltaba el acento de la convicción en sus palabras.

—Yo llevaba un colegio privado en el norte —dijo Stapleton—. Para un hombre de mi temperamento el trabajo resultaba monótono y poco interesante, pero el privilegio de vivir con jóvenes, de ayudar a moldear sus mentes y de sembrar en ellos el propio carácter y los propios ideales, era algo muy importante para mí. Pero el destino se puso en contra nuestra. Se declaró una grave epidemia en el colegio y tres de los muchachos murieron. La institución nunca se recuperó de aquel golpe y gran parte de mi capital se perdió sin remedio. De todos modos, si no fuera por la pérdida de la encantadora compañía de los muchachos, podría

alegrarme de mi desgracia, porque, dada mi intensa afición a la botánica y a la zoología, tengo aquí un campo ilimitado de trabajo, y mi hermana está tan dedicada como yo a la naturaleza. Le explico todo esto, doctor Watson, porque he visto su expresión mientras contemplaba el páramo desde nuestra ventana.

—Es cierto que se me ha pasado por la cabeza la idea de que todo esto pueda ser, quizá, un poco menos aburrido para usted que para su hermana.

—No, no —replicó ella inmediatamente—; no me aburro nunca.

—Disponemos de muchos libros y de nuestros estudios, y también contamos con vecinos muy interesantes. El doctor Mortimer es un erudito en su campo. También el pobre Sir Charles era un compañero admirable. Lo conocíamos bien y carezco de palabras para explicar hasta qué punto lo echamos de menos. ¿Cree usted que sería una impertinencia por mi parte hacer esta tarde una visita a Sir Henry para conocerlo? —Estoy seguro de que le encantará recibirlo.

—En ese caso quizá quiera usted tener la amabilidad de mencionarle que me propongo hacerlo. Dentro de nuestra modestia tal vez podamos facilitarle un poco las cosas hasta que se acostumbre a su nuevo hogar. ¿Quiere subir conmigo, doctor Watson, y ver mi colección de Lepidoptera? Creo que es la más completa del suroeste de Inglaterra. Para cuando haya terminado de examinarlas el almuerzo estará casi listo.

Pero yo estaba deseoso de volver junto a la persona cuya seguridad se me había confiado. Todo -la melancolía del páramo, la muerte del desgraciado jaco, el extraño sonido asociado con la sombría leyenda de los Baskerville- contribuía a teñir de tristeza mis pensamientos. Y por si todas aquellas impresiones más o menos vagas no me bastaran, había que añadirles la advertencia clara y precisa de la señorita Stapleton, hecha con tanta vehemencia que estaba convencido de que la apoyaban razones serias y profundas. Rechacé los repetidos ruegos de los hermanos para que me quedase a almorzar y emprendí de inmediato el camino de regreso, utilizando el mismo sendero crecido de hierba por el que habíamos venido.

Existe sin embargo, al parecer, algún atajo que utilizan quienes conocen mejor la zona, porque antes de alcanzar la carretera me quedé pasmado al ver a la señorita Stapleton sentada en una roca al borde del camino. El rubor del esfuerzo embellecía aún más su rostro mientras se apretaba el costado con la mano.

—He corrido todo el camino para alcanzarlo, doctor Watson —me dijo— y me ha faltado hasta tiempo para ponerme el sombrero. No puedo detenerme porque de lo contrario mi hermano repararía en mi ausencia. Quería decirle lo mucho que siento la estúpida equivocación que he cometido al confundirle con Sir Henry. Haga el favor de olvidar mis palabras, que no tienen ninguna aplicación en su caso.

—Pero no puedo olvidarlas, señorita Stapleton —respondí—. Soy amigo de Sir Henry y su bienestar es de gran importancia para mí. Dígame por qué estaba usted tan deseosa de que Sir Henry regresara a Londres.

—Un simple capricho de mujer, doctor Watson. Cuando me conozca mejor comprenderá que no siempre puedo dar razón de lo que digo o hago.

—No, no. Recuerdo el temblor de su voz. Recuerdo la expresión de sus ojos. Por favor, sea sincera conmigo, señorita Stapleton, porque desde que estoy aquí tengo la sensación de vivir rodeado de sombras. Mi existencia se ha convertido en algo parecido a la gran ciénaga de Grimpen: abundan por todas partes las manchas verdes que ceden bajo los pies y carezco de guía que me señale el camino. Dígame, por favor, a qué se refería usted, y le prometo transmitir la advertencia a Sir Henry.

Por un instante apareció en su rostro una expresión de duda, pero cuando me respondió su mirada había vuelto a endurecerse.

—Se preocupa usted demasiado, doctor Watson —fueron sus palabras—. A mi hermano y a mí nos impresionó mucho la muerte de Sir Charles. Lo conocíamos muy bien, porque su paseo favorito era atravesar el páramo hasta nuestra casa. A Sir Charles le afectaba profundamente la maldición que pesaba sobre su familia y al producirse la tragedia pensé, como es lógico, que debía de existir algún fundamento para los temores que él expresaba. Me preocupa, por lo tanto, que otro miembro de la familia venga a vivir aquí, y creo que se le debe avisar del peligro que corre. Eso es todo lo que me proponía transmitir con mis palabras.

—Pero, ¿cuál es el peligro?

—¿Conoce usted la historia del sabueso?

—No creo en semejante tontería.

—Pues yo sí. Si tiene usted alguna influencia sobre Sir Henry, aléjelo de un lugar que siempre ha sido funesto para su familia. El mundo es muy grande. ¿Por qué tendría que vivir en un lugar donde corre tanto peligro?

—Precisamente por eso. Esa es la manera de ser de Sir Henry. Mucho me temo que si no me da usted una información más precisa, no logrará que se marche.

—No puedo decir nada más preciso porque no lo sé.

—Permítame que le haga una pregunta más, señorita Stapleton. Si únicamente era eso lo que quería usted decir cuando habló conmigo por vez primera, ¿por qué tenía tanto interés en que su hermano no oyera lo que me decía? No hay en sus palabras nada a lo que ni él, ni nadie, pueda poner objeciones.

—Mi hermano está deseosísimo de que la mansión de los Baskerville siga ocupada, porque cree que eso beneficia a los pobres que viven en el páramo. Se enojaría si supiera que he dicho algo que pueda impulsar a Sir Henry a marcharse. Pero ya he cumplido con mi deber y no voy a decir nada más. Tengo que volver a casa o de lo contrario Jack me echará de menos y sospechará que he estado con usted. ¡Hasta la vista!

Se dio la vuelta y en muy pocos minutos había desaparecido entre los peñascos desperdigados por el páramo, mientras yo, con el alma llena de vagos temores, proseguía mi camino hacia la mansión de los Baskerville.

8. Primer informe del doctor Watson

A partir de ahora seguiré el curso de los acontecimientos mediante la transcripción de mis cartas a Sherlock Holmes, que tengo delante de mí sobre la mesa. Falta una página, pero, por lo demás, las reproduzco exactamente como fueron escritas y muestran mis sentimientos y sospechas del momento con más precisión de lo que podría hacerlo mi memoria, a pesar de la claridad con que recuerdo aquellos trágicos sucesos.

«Mansión de los Baskerville,13 de octubre Mi querido Holmes:

Mis cartas y telegramas anteriores le han mantenido al día sobre todo lo que ha ocurrido en este rincón del mundo tan olvidado de Dios. Cuanto más tiempo se pasa aquí, más profundamente se mete en el alma el espíritu del páramo, su inmensidad y también su terrible encanto. Tan pronto como se penetra en él, queda atrás toda huella de la Inglaterra moderna y, en cambio, se advierte por doquier la presencia de los hogares y de las obras del hombre prehistórico. Se vaya por donde se vaya, siempre aparecen las casas de esas gentes olvidadas, con sus tumbas y con los enormes monolitos que, al parecer, señalaban el emplazamiento de sus templos. Cuando se contemplan sus refugios de piedra gris sobre un fondo de laderas agrestes, se deja a la espalda la época actual y si viéramos a un peludo ser humano cubierto con pieles de animales salir a gatas por una puerta que es como la boca de una madriguera y colocar una flecha con punta de pedernal en la cuerda de su arco, pensaríamos que su presencia en este sitio está mucho más justificada que la nuestra. Lo más extraño es que vivieran tantos en lo que siempre ha debido de ser una tierra muy poco fértil. No soy experto en prehistoria, pero imagino que se trataba de una raza nada belicosa y frecuentemente acosada que se vio forzada a aceptar las tierras que nadie más estaba dispuesto a ocupar.

Todo esto, sin embargo, nada tiene que ver con la misión que usted me confió y probablemente carecerá por completo de interés para una mente tan estrictamente práctica como la suya. Todavía recuerdo su completa indiferencia en cuanto a si el sol se movía alrededor de la tierra o la tierra alrededor del sol. Permítame, por lo tanto, que vuelva a los hechos relacionados con Sir Henry

Baskerville.

El hecho de que no haya usted recibido ningún informe en los últimos días obedece a que hasta hoy no tenía nada importante que relatarle. Luego ha ocurrido algo muy sorprendente que le contaré a su debido tiempo, pero, antes de nada, debo ponerle al corriente acerca de otros elementos de la situación.

Uno de ellos, al que apenas he aludido hasta este momento, es el preso escapado que rondaba por el páramo. Ahora existen razones poderosas para creer que se ha marchado, lo que supone un considerable alivio para aquellos habitantes del distrito que viven aislados. Han transcurrido dos semanas desde su huida, y en esos quince días no se le ha visto ni se ha oído nada relacionado con él. Es a todas luces inconcebible que haya podido resistir en el páramo durante tanto tiempo. Habría podido esconderse sin ninguna dificultad, desde luego. Cualquiera de los habitáculos de piedra podría haberle servido de refugio. Pero no hay nada que le proporcione alimento, a no ser que capture y sacrifique una de las ovejas del páramo. Creemos, por lo tanto, que se ha marchado, y el resultado es que los granjeros que están más aislados duermen mejor.

En esta casa nos alojamos cuatro varones en buen estado de salud, de manera que podemos cuidarnos sin ayuda de nadie, pero confieso que he tenido momentos de inquietud al pensar en los Stapleton, que se hallan a kilómetros del vecino más próximo. En la casa Merripit sólo viven una criada, un anciano sirviente, la hermana de Stapleton y el mismo Stapleton, que no es una persona de gran fortaleza física. Si el preso lograra entrar en la casa, estarían indefensos en manos de un individuo tan desesperado como este criminal de Notting Hill. Tanto a Sir Henry como a mí nos preocupa mucho su situación, y les sugerimos que Perkins, el mozo de cuadra, fuese a dormir a su casa, pero Stapleton no ha querido ni oír hablar de ello.

Lo cierto es que nuestro amigo el baronet empieza a interesarse mucho por su hermosa vecina. No tiene nada de sorprendente, porque para un hombre tan activo como él el tiempo se hace muy largo en este lugar tan solitario, y la señorita Stapleton es una mujer muy hermosa y fascinante. Hay en ella un algo tropical y exótico que crea un contraste singular con su hermano, tan frío e impasible. También él, sin embargo, sugiere la idea de fuegos escondidos. Stapleton tiene sin duda una marcada influencia sobre su hermana, porque he comprobado que cuando habla lo mira continuamente, como si buscara su aprobación para todo lo que dice. Espero que sea afectuoso con ella. El brillo

seco de los ojos de Stapleton y la firme expresión de su boca de labios muy finos denuncian un carácter dominante y posiblemente despótico. Sin duda será para usted un interesante objeto de estudio.

Vino a saludar a Baskerville el mismo día en que lo conocí y a la mañana siguiente nos llevó a los dos al sitio donde se supone que tuvo origen la leyenda sobre el malvado Hugo. Fue una excursión de varios kilómetros a través del páramo hasta un lugar que pudo, por sí solo, haber sugerido la historia, dado lo deprimente que resulta. Encontramos un valle de poca longitud entre peñascos escarpados, que desembocaba en un espacio abierto y verde salpicado de juncias. En el centro se alzaban dos grandes piedras, muy gastadas y bien afiladas por la parte superior, de manera que parecían los enormes colmillos, en proceso de descomposición, de un animal monstruoso. El lugar se corresponde en todos los detalles con el escenario de la antigua tragedia que ya conocemos. Sir Henry manifestó gran interés y preguntó más de una vez a Stapleton si creía realmente en la posibilidad de que los poderes sobrenaturales intervengan en los asuntos humanos. Hablaba con desenfado, pero no cabe duda de que sentía mucho interés. Stapleton se mostró cauto en sus respuestas, aunque se comprendía enseguida que decía menos de lo que sabía y opinaba, y que no se sinceraba por completo en consideración a los sentimientos del baronet. Nos contó casos semejantes de familias víctimas de alguna influencia maligna y nos dejó con la impresión de que compartía la opinión popular sobre el asunto.

A la vuelta nos detuvimos en la casa Merripit para almorzar, y fue allí donde Sir Henry conoció a la señorita Stapleton. Desde el primer momento Baskerville pareció sentir una fuerte atracción y, si no estoy muy equivocado, el sentimiento fue mutuo. Nuestro baronet habló de ella una y otra vez mientras volvíamos a casa y desde entonces apenas ha transcurrido un día sin que veamos en algún momento a los dos hermanos. Esta noche cenarán aquí y ya se habla de que iremos a su casa la semana que viene. Cualquiera pensaría que semejante enlace debería llenar de satisfacción a Stapleton y, sin embargo, más de una vez he captado una mirada suya de intensísima desaprobación cuando Sir Henry tenía alguna atención con su hermana. Sin duda está muy unido a ella y llevará una vida muy solitaria si se ve privado de su compañía, pero parecería el colmo del egoísmo que pusiera obstáculos a un matrimonio tan conveniente. Estoy convencido, de todos modos, de que Stapleton no desea que la amistad entre ambos llegue a convertirse en amor, y en varias ocasiones he observado sus esfuerzos para impedir que se queden a solas. Le diré entre paréntesis que sus instrucciones, en cuanto a no permitir que Sir Henry salga solo de la mansión,

serán mucho más difíciles de cumplir si una intriga amorosa viniera a añadirse a las otras dificultades. Mis buenas relaciones con el baronet se resentirían muy pronto si insistiera en seguir al pie de la letra las órdenes de usted.

El otro día -el jueves, para ser más precisos- almorzó con nosotros el doctor Mortimer. Ha realizado excavaciones en un túmulo funerario de Long Down y está muy contento por el hallazgo de un cráneo prehistórico. ¡No ha habido nunca un entusiasta tan resuelto como él! Los Stapleton se presentaron después, y el bueno del doctor nos llevó a todos al paseo de los Tejos, a petición de Sir Henry, para mostrarnos exactamente cómo sucedió la tragedia aquella noche aciaga. El paseo de los Tejos es un camino muy largo y sombrío entre dos altas paredes de seto recortado, con una estrecha franja de hierba a ambos lados. En el extremo más distante se halla un pabellón de verano, viejo y ruinoso. A mitad de camino está el portillo que da al páramo, donde el anciano caballero dejó caer la ceniza de su cigarro puro. Se trata de un portillo de madera, pintado de blanco, con un pestillo. Del otro lado se extiende el vasto páramo. Yo me acordaba de su teoría de usted y traté de imaginar todo lo ocurrido. Mientras Sir Charles estaba allí vio algo que se acercaba atravesando el páramo, algo que le aterrorizó hasta el punto de hacerle perder la cabeza, por lo que corrió y corrió hasta morir de puro horror y agotamiento. Teníamos delante el largo y melancólico túnel de césped por el que huyó. Pero, ¿de qué? ¿De un perro pastor del páramo? ¿O de un sabueso espectral, negro, enorme y silencioso? ¿Hubo intervención humana en el asunto? ¿Acaso Barrymore, tan pálido y siempre vigilante, sabe más de lo que contó? Todo resulta muy confuso y vago, pero siempre aparece detrás la oscura sombra del delito.

Desde la última vez que escribí he conocido a otro de los habitantes del páramo. Se trata del señor Frankland, de la mansión Lafter, que vive a unos seis kilómetros al sur de nosotros. Es un caballero anciano de cabellos blancos, rubicundo y colérico. Le apasionan las leyes británicas y ha invertido una fortuna en pleitear. Lucha por el simple placer de enfrentarse con alguien, y está siempre dispuesto a defender los dos lados en una discusión, por lo que no es sorprendente que pleitear le haya resultado una diversión costosa. En ocasiones cierra un derecho de paso y desafía al ayuntamiento para que le obligue a abrirlo. En otros casos rompe con sus propias manos el portón de otro propietario y afirma que desde tiempo inmemorial ha existido allí una senda, por lo que reta al propietario a que lo lleve a juicio por entrada ilegal. Es un erudito en el antiguo derecho señorial y comunal, y unas veces aplica sus conocimientos en favor de los habitantes de Fernworthy y otras en contra, de manera que periódicamente lo

llevan a hombros en triunfo por la calle mayor del pueblo o lo queman en efigie, de acuerdo con su última hazaña. Se dice que en el momento actual tiene entre manos unos siete pleitos que, probablemente, se tragarán lo que le resta de fortuna, por lo que se quedará sin aguijón y será inofensivo en el futuro. Aparte de las cuestiones jurídicas parece una persona cariñosa y afable y sólo hago mención de él porque usted insistió en que le enviara una descripción de todas las personas que nos rodean. En el momento actual su ocupación es bien curiosa ya que, por su afición a la astronomía, dispone de un excelente telescopio con el que se tumba en el tejado de su casa y escudriña el páramo de la mañana a la noche con la esperanza de ponerle la vista encima al preso escapado. Si consagrara a esto la totalidad de sus energías las cosas irían a pedir de boca, pero se rumorea que tiene intención de pleitear contra el doctor Mortimer por abrir una tumba sin el consentimiento de los parientes más próximos del difunto, dado que extrajo un cráneo neolítico del túmulo funerario de Long Down. Contribuye sin duda a alejar de nuestras vidas la monotonía y nos proporciona pequeños intermedios cómicos de los que estamos muy necesitados.

Y ahora, después de haberle puesto al día sobre el preso fugado, sobre los Stapleton, el doctor Mortimer y el señor Frankland de la mansión Lafter, permítame que termine con lo más importante y vuelva a hablarle de los Barrymore y en especial de los sorprendentes acontecimientos de la noche pasada.

Antes de nada he de mencionar el telegrama que envió usted desde Londres para asegurarse de que Barrymore estaba realmente aquí. Ya le expliqué que el testimonio del administrador de correos invalida su estratagema, por lo que carecemos de pruebas en un sentido u otro. Expliqué a Sir Henry cuál era la situación e inmediatamente, con su franqueza característica, hizo llamar a Barrymore y le preguntó si había recibido en persona el telegrama. Barrymore respondió que sí.

—¿Se lo entregó el chico en propia mano? —preguntó Sir Henry.

Barrymore pareció sorprendido y estuvo pensando unos momentos.

—No —dijo—; me hallaba en el ático en aquel momento y me lo trajo mi esposa.

—¿Lo contestó usted mismo?

—No; le dije a mi esposa cuál era la respuesta y ella bajó a escribirla.

Por la noche fue el mismo Barrymore quien sacó el tema.

—No consigo entender el objeto de su pregunta de esta mañana, Sir Henry —dijo —. Espero que no signifique que mi comportamiento le ha llevado a perder su confianza en mí.

Sir Henry le aseguró que no era ése el caso y lo aplacó regalándole buena parte de su antiguo vestuario, dado que había llegado ya el nuevo equipo encargado en Londres.

La señora Barrymore me interesa mucho. Es una mujer corpulenta, no demasiado brillante, muy respetuosa y con inclinación al puritanismo. Es difícil imaginar una persona menos propensa, en apariencia, a excesos emotivos. Y, sin embargo, tal como ya le he contado a usted, la oí sollozar amargamente durante nuestra primera noche aquí y desde entonces he observado en más de una ocasión huellas de lágrimas en su rostro. Alguna honda aflicción le desgarra sin tregua el corazón. A veces me pregunto si la obsesiona el recuerdo de alguna culpa y en otras ocasiones sospecho que Barrymore puede ser un tirano en el seno de su familia. Siempre he tenido la impresión de que había algo singular y dudoso en el carácter de este hombre, pero la aventura de la noche pasada ha servido para dar cuerpo a mis sospechas.

Y, sin embargo, podría parecer una cuestión de poca importancia. Usted sabe que nunca he dormido a pierna suelta, pero desde que vivo en guardia en esta casa tengo el sueño más ligero que nunca. Anoche, a eso de las dos de la madrugada, me despertaron los pasos sigilosos de alguien que cruzaba por delante de mi habitación. Me levanté, abrí la puerta y miré. Una larga sombra negra se deslizaba por el corredor, producida por un hombre que avanzaba en silencio con una vela en la mano. Se cubría tan sólo con la camisa y los pantalones e iba descalzo. No pude ver más que su silueta, pero su estatura me indicó que se trataba de Barrymore. Caminaba muy despacio y tomando muchas precauciones, y había un algo indescriptiblemente culpable y furtivo en todo su aspecto.

Ya le he explicado que el corredor queda interrumpido por la galería que rodea la gran sala, pero que continúa por el otro lado. Esperé a que Barrymore se perdiera de vista y luego lo seguí. Cuando llegué a la galería ya estaba al final del otro corredor y, gracias al resplandor de la vela a través de una puerta abierta, vi que

había entrado en una de las habitaciones. Ahora bien, todas esas habitaciones carecen de muebles y están desocupadas, de manera que aquella expedición resultaba todavía más misteriosa. La luz brillaba con fijeza, como si Barrymore se hubiera inmovilizado. Me deslicé por el corredor lo más silenciosamente que pude hasta asomarme apenas por la puerta abierta.

Barrymore, agachado junto a la ventana, mantenía la vela pegada al cristal. Su rostro estaba vuelto a medias hacia mí y sus facciones manifestaban la tensión de la espera mientras escudriñaba la negrura del páramo. Por espacio de varios minutos mantuvo la intensa vigilancia. Luego dejó escapar un hondo gemido y con un gesto de impaciencia apagó la vela. Yo regresé inmediatamente a mi habitación y muy poco después volví a oír los pasos sigilosos en su viaje de regreso. Mucho más tarde, cuando estaba hundiéndome ya en un sueño ligero, oí cómo una llave giraba en una cerradura, pero me fue imposible precisar de dónde procedía el ruido. No soy capaz de adivinar el significado de lo sucedido, pero sin duda en esta casa tan melancólica está en marcha algún asunto secreto que, más pronto o más tarde, terminaremos por descubrir. No quiero molestarle con mis teorías porque usted me pidió que sólo le proporcionara hechos. Esta mañana he tenido una larga conversación con Sir Henry y hemos elaborado un plan de campaña, basado en mis observaciones de la noche pasada, que no tengo intención de explicarle a usted ahora mismo, pero que sin duda contribuirá a que mi próximo informe resulte muy interesante.»

9. La luz en el páramo

[Segundo informe del doctor Watson] «Mansión de los Baskerville, 15 de octubre Mi querido Holmes:

Aunque durante los primeros días de mi misión no prodigara demasiado las noticias, ahora reconocerá usted que estoy recuperando el tiempo perdido y que los acontecimientos se suceden sin interrupción. En mi último informe di el do de pecho con el hallazgo de Barrymore en la ventana y ahora tengo ya una excelente segunda parte que, si no estoy muy equivocado, le sorprenderá bastante. Los acontecimientos han tomado un sesgo que yo no podía prever. En ciertos aspectos las cosas se han aclarado mucho durante las últimas cuarenta y ocho horas y en otros se han complicado todavía más. Pero voy a contárselo todo, y así podrá juzgar por sí mismo.

A la mañana siguiente, antes de bajar a desayunar, examiné la habitación que Barrymore había visitado la noche anterior. La ventana orientada al oeste por la que miraba con tanto interés, tiene, según he podido advertir, una peculiaridad que la distingue de todas las demás ventanas de la casa: es la que permite ver el páramo desde más cerca, gracias a una abertura entre los árboles, mientras que desde todas las otras se vislumbra con dificultad. De ahí se sigue que Barrymore, dado que sólo esa ventana se ajusta a sus necesidades, buscaba algo o a alguien que se encontraba en el páramo. La noche era muy oscura, por lo que es difícil comprender cómo esperaba ver a nadie. A mí se me ocurrió la posibilidad de que se tratara de alguna intriga amorosa. Ello explicaría el sigilo de sus movimientos y también el desasosiego de su esposa. Barrymore es un individuo con mucho atractivo, perfectamente capacitado para robarle el corazón a una campesina, de manera que esta teoría parecía tener algunos elementos a su favor. La apertura de la puerta que yo había oído después de regresar a mi dormitorio podía querer decir que Barrymore abandonaba la casa para dirigirse a una cita clandestina. Así razonaba yo conmigo mismo por la mañana y le cuento la dirección que tomaron mis sospechas, pese a que nuestras posteriores averiguaciones han demostrado que carecían por completo de fundamento.

Pero, fuera cual fuese la verdadera explicación de los movimientos de

Barrymore, consideré superior a mis fuerzas la responsabilidad de guardar el secreto sobre sus actividades hasta que pudiera explicarlas de manera satisfactoria, por lo que después del desayuno me entrevisté con el baronet en su estudio y le conté todo lo que había visto. Sir Henry se sorprendió menos de lo que yo esperaba.

—Sabía que Barrymore andaba de noche por la casa y había pensado hablar con él sobre ello —me dijo—. He oído dos o tres veces sus pasos en el corredor, yendo y viniendo, más o menos a la hora que usted menciona.

—En ese caso quizá visite precisamente esa ventana todas las noches —sugerí.

—Tal vez lo haga. Si es así, estaremos en condiciones de seguirlo y de ver qué es lo que se trae entre manos. Me pregunto qué haría su amigo Holmes si estuviera aquí.

—Creo que haría exactamente lo que acaba usted de sugerir —le respondí—.

Seguiría a Barrymore y vería qué es lo que hace.

—Entonces lo haremos juntos.

—Pero sin duda nos oirá.

—Es bastante sordo y de todos modos hemos de correr el riesgo. Aguardaremos en mi habitación a que pase—. Sir Henry se frotó las manos encantado, y era evidente que acogía aquella aventura como un agradable descanso de la vida excesivamente tranquila que llevaba en el páramo.

El baronet ha estado en contacto con el arquitecto que preparó los planos para Sir Charles y también con el contratista londinense que se encargó de las obras, de manera que quizá muy pronto empiecen a producirse aquí grandes cambios. También han venido de Plymouth decoradores y ebanistas: sin duda nuestro amigo tiene grandes ideas y no quiere escatimar esfuerzos ni gastos para restaurar el antiguo esplendor de su familia. Con la casa arreglada y amueblada de nuevo, sólo necesitará una esposa para que todo esté en orden. Le diré, entre nosotros, que hay signos muy evidentes de que eso no tardará en producirse si la dama consiente, porque raras veces he visto a un hombre más prendado de una mujer de lo que lo está Sir Henry de nuestra hermosa vecina, la señorita Stapleton. Sin embargo, el progreso del amor verdadero no siempre se produce

con toda la suavidad que cabría esperar dadas las circunstancias. Hoy, por ejemplo, la buena marcha del idilio se ha visto perturbada por un obstáculo inesperado que ha causado considerable perplejidad y enojo a nuestro amigo.

Después de la conversación acerca de Barrymore que ya he citado, Sir Henry se caló el sombrero y se dispuso a salir. Como la cosa más natural, yo hice lo mismo.

—Cómo, ¿viene usted conmigo, Watson? —me preguntó, mirándome de una forma muy peculiar.

—Eso depende de que se dirija usted al páramo —le respondí.

—Sí, eso es lo que voy a hacer.

—Bien; sabe usted cuáles son mis instrucciones. Siento entrometerme, pero sin duda recuerda usted lo mucho que Holmes insistió en que no lo dejase solo y sobre todo en que no se internara por el páramo sin compañía.

Sir Henry me puso la mano en el hombro acompañando el gesto de una cordial sonrisa.

—Mi querido amigo —dijo—; pese a toda su sabiduría, Holmes no previó algunas de las cosas que han sucedido desde que llegué al páramo. ¿Me entiende?

Estoy seguro de que no desea usted convertirse en aguafiestas. He de salir solo.

Sus palabras me colocaron en una situación muy incómoda. No sabía qué hacer ni qué decir, y antes de que tomara una decisión Sir Henry cogió el bastón y se marchó.

Pero cuando empecé a reflexionar sobre el asunto, mi conciencia me reprochó amargamente que lo perdiera de vista, cualquiera que fuese el pretexto. Imaginé cómo me sentiría si tuviera que presentarme ante usted y confesarle que había sucedido una desgracia por no seguir sus instrucciones al pie de la letra. Le aseguro que se me encendieron las mejillas ante semejante idea. Quizá no fuera aún demasiado tarde para alcanzarlo, de manera que me puse al instante en camino hacia la casa Merripit.

Me apresuré todo lo que pude carretera adelante sin encontrar rastro alguno de Sir Henry hasta llegar al punto en que nace el sendero del páramo. Una vez allí, temiendo que quizá, después de todo, había seguido una dirección equivocada, trepé por una colina -utilizada en otro tiempo como cantera de granito negro-, desde donde se divisa un panorama bastante amplio. Una vez en la cima vi de inmediato a Sir Henry. Se hallaba en el sendero del páramo, a unos cuatrocientos o quinientos metros de distancia, y le acompañaba una dama que sólo podía ser la señorita Stapleton. Estaba claro que existía un entendimiento entre ellos y que se habían dado cita. Caminaban despacio, absortos en la conversación que mantenían, y vi que ella hacía rápidos movimientos con las manos como si pusiera mucha vehemencia en sus palabras mientras él escuchaba con atención, y una o dos veces movía la cabeza en un gesto enérgico de desacuerdo. Permanecí entre las rocas contemplándolos, sin saber en absoluto lo que debía hacer a continuación. Acercarme e interrumpir una conversación tan íntima parecía inconcebible; mi deber, sin embargo, era muy claro: no perder de vista a Sir Henry. Actuar como espía tratándose de un amigo era una tarea odiosa. No fui capaz de encontrar mejor línea de acción que seguir observándolos desde la colina y luego descargarme la conciencia confesando a Sir Henry lo que había hecho. Es cierto que si le hubiera amenazado algún peligro repentino, habría estado demasiado lejos para serle de utilidad, pero sin duda convendrá usted conmigo en que mi situación era muy difícil y no estaba en mi mano hacer otra cosa.

Nuestro amigo el baronet y la dama se habían detenido en la senda y seguían hablando absortos, cuando observé de repente que no era yo el único testigo de su entrevista. Una mancha verde que flotaba en el aire atrajo mi atención y, al mirarla con más detenimiento, vi que iba sujeta a un mango y que la llevaba un hombre que avanzaba por terreno accidentado. Era Stapleton, con su cazamariposas. Estaba mucho más cerca de la pareja que yo, y daba la impresión de moverse hacia ellos. En aquel instante Sir Henry atrajo de repente a la señorita Stapleton hacia sí y le pasó la mano por la cintura, pero a mí me pareció que ella se esforzaba por separarse y que apartaba el rostro. Nuestro amigo inclinó la cabeza y ella alzó una mano como para protestar. Un instante después vi que se separaban y se volvían bruscamente.

Stapleton, que corría velozmente hacia ellos con el absurdo cazamariposas a la espalda, era la causa de la interrupción. Al llegar a su lado empezó a gesticular y casi a bailar de excitación delante de los enamorados. No entendí bien el sentido de la escena, pero me pareció que Stapleton insultaba a Sir Henry a pesar de sus

explicaciones, y que este último se enfadaba cada vez más al comprobar que el otro se negaba a aceptarlas. La dama se mantenía a un lado en altivo silencio. Finalmente Stapleton se dio la vuelta y llamó de manera perentoria a su hermana, quien, después de mirar indecisa a Sir Henry, se alejó en su compañía. Los gestos coléricos del naturalista ponían de manifiesto que también la señorita Stapleton había incurrido en su desagrado. El baronet los siguió unos momentos con la vista y luego regresó lentamente por donde había venido con la cabeza baja, convertido en la imagen misma del desaliento.

Yo no lograba entender lo que significaba todo aquello, pero estaba muy avergonzado por haber presenciado una escena tan íntima sin que mi amigo lo supiera. De manera que corrí colina abajo hasta reunirme con él. Sir Henry tenía el rostro encendido por la cólera y fruncía el ceño como alguien que no sabe en absoluto qué hacer.

—¡Vaya, Watson! ¿De dónde sale usted? —me preguntó—. ¿No irá a decirme que me ha seguido a pesar de todo?

Le expliqué lo sucedido: cómo me había parecido imperdonable quedarme atrás, cómo le había seguido y cómo había presenciado todo lo ocurrido. Por un instante los ojos le echaron llamas, pero mi franqueza lo desarmó y al final se echó a reír de una manera bastante triste.

—Cualquiera hubiera creído que el centro de esa llanura era un sitio suficientemente apartado —dijo—, pero, voto a bríos, se diría que todos los habitantes de la zona habían salido a verme cortejar..., ¡y además con muy poco acierto! ¿Dónde tenía usted reservado el asiento?

—Estaba en esa colina.

—Una de las últimas filas, ¿no es cierto? Pero Stapleton estaba mucho más cerca.

¿Lo vio acercarse a nosotros?

—Efectivamente.

—¿Ha tenido alguna vez la sensación de que esté loco?

—No; nunca lo he pensado.

—Yo tampoco. Siempre me había parecido que estaba en su sano juicio hasta hoy, pero me puede usted creer si le digo que a él o a mí deberían ponernos una camisa de fuerza. ¿Qué es lo que me pasa, de todos modos? Usted lleva varias semanas viviendo conmigo, Watson. Dígamelo con sinceridad ahora mismo. ¿Hay algo que me impida ser un buen esposo para la mujer que ame?

—Yo diría que no.

—Sin duda Stapleton no desaprueba mi posición social, de manera que se trata de mi persona. Pero, ¿qué tiene contra mí? Que yo sepa nunca he hecho daño a nadie. Sin embargo, no está dispuesto siquiera a permitir que roce la mano de su hermana.

—¿Es eso lo que ha dicho?

—Eso y mucho más. Pero le aseguro, Watson, que a pesar de las pocas semanas transcurridas, desde el primer momento comprendí que estaba hecha para mí y que yo, también..., que la señorita Stapleton era feliz cuando estaba conmigo, y eso puedo jurarlo. Hay un brillo en los ojos de una mujer que habla con más claridad que las palabras. Pero Stapleton nunca nos ha dejado a solas y hoy tenía por fin la primera oportunidad de decirle unas palabras sin testigos. Ella se ha alegrado de verme, pero no quería hablar de amor, y me habría impedido mencionarlo si hubiera estado en su mano. No ha hecho más que repetirme que este sitio es muy peligroso y que sólo será feliz cuando me haya marchado. Entonces le dije que desde que la vi no tengo ninguna prisa por marcharme y que si realmente quiere que me vaya, la única manera de lograrlo es arreglar las cosas para acompañarme. A continuación le pedí sin más rodeos que se casara conmigo, pero antes de que pudiera responder apareció ese hermano suyo, corriendo hacia nosotros con cara de loco. Se le veía lívido de rabia y hasta esos ojos suyos tan claros echaban fuego. ¿Qué estaba haciendo con Beryl? ¿Cómo me atrevía a ofrecerle unas atenciones que ella encontraba sumamente desagradables? ¿Acaso creía que por ser baronet podía hacer lo que me viniera en gana? De no tratarse de su hermano habría sabido mejor cómo responderle. Pero dada la situación le dije que mis sentimientos hacia su hermana eran tales que no tenía por qué avergonzarme de ellos y que esperaba que me hiciera el honor de casarse conmigo. Aquello no pareció contribuir a mejorar la situación, de manera que también yo perdí la paciencia y le respondí quizá con más acaloramiento del debido, si se piensa que estaba ella delante. Y la cosa ha terminado con Stapleton marchándose con su hermana, como usted ha visto, y

quedándome yo tan desconcertado como el que más. Haga el favor de explicarme qué significa todo esto, Watson, y quedaré tan en deuda con usted que nunca podré terminar de pagársela.

Intenté hallar una o dos explicaciones, pero, a decir verdad, también yo estaba desconcertado. El título nobiliario de nuestro amigo, su fortuna, su edad, su manera de ser y su aspecto están a su favor, y no me consta que haya nada en contra suya, si se exceptúa el triste destino que parece perseguir a su familia. Que su propuesta de matrimonio se rechace de manera tan brusca, sin referencia alguna a los deseos de la propia interesada, y que la dama misma acepte la situación sin protestar es de todo punto sorprendente. Sin embargo las aguas volvieron a su cauce gracias a la visita que Stapleton en persona hizo al baronet aquella misma tarde. Se presentó para pedir disculpas por su comportamiento grosero de la mañana y, después de una larga entrevista privada con Sir Henry en el estudio, la conversación concluyó con una reconciliación total; como prueba de ello cenaremos en la casa Merripit el viernes próximo.

—Tampoco es que ahora me atreva a afirmar que está del todo en su sano juicio —me comentó Sir Henry después de la entrevista—, porque no olvido cómo me miraba mientras corría hacia mí esta mañana, pero tengo que reconocer que nadie podría disculparse con más elegancia.

—¿Ha dado alguna explicación por su conducta?

—Su hermana lo es todo en su vida, dice. Eso es bastante lógico, y me alegro de que se dé cuenta de lo mucho que vale. Siempre han estado juntos y, según lo que Stapleton cuenta, siempre ha sido un hombre muy solitario sin otra compañía que su hermana, de manera que la idea de perderla le resulta terrible. No se había percatado, ha dicho, de mis sentimientos hacia ella, y cuando ha visto con sus propios ojos que era efectivamente así y que podía perderla, la intensidad del sobresalto ha hecho que durante algún tiempo no fuera responsable ni de sus palabras ni de sus acciones. Lamenta mucho lo sucedido y reconoce lo estúpido y lo egoísta que es imaginar que podrá retener toda la vida a una mujer como su hermana. Si ella tiene que dejarlo, prefiere que se trate de un vecino como yo antes que de cualquier otra persona. Pero de todos modos es un golpe para él y le llevará algún tiempo prepararse para encajarlo. Dejará por completo de oponerse si yo le prometo mantener las cosas como están por espacio de tres meses y contentarme durante ese tiempo con la amistad de su hermana sin exigir su amor. Eso es lo que le he prometido y así han quedado las

cosas.

De manera que eso aclara uno de nuestros pequeños misterios. Ya es algo tocar fondo en algún sitio de esta ciénaga en la que estamos metidos. Ahora sabemos por qué Stapleton miraba con desagrado al pretendiente de su hermana, pese a tratarse de un partido tan conveniente como Sir Henry. Y a continuación paso a ocuparme de otro hilo que ya he separado de esta madeja tan enredada: me refiero al misterio de los sollozos nocturnos, de las lágrimas en el rostro de la señora Barrymore y de los viajes secretos del mayordomo a la ventana con celosía que da a occidente. Felicíteme, mi querido Holmes, y dígame que no le he defraudado como agente suyo; que no lamenta la confianza que me demostró al enviarme aquí. Todos estos puntos han quedado completamente aclarados gracias al trabajo de una noche.

He dicho "el trabajo de una noche", pero, en realidad han sido dos las noches, porque la primera nos llevamos un buen chasco. Estuve con Sir Henry en su habitación hasta cerca de las tres de la madrugada, pero no oímos otro ruido que las campanadas del reloj en lo alto de la escalera. Fue una velada sumamente melancólica y los dos nos quedamos dormidos en nuestras sillas. Por fortuna no nos desanimamos y decidimos intentarlo de nuevo. A la noche siguiente redujimos la luz de la lámpara y fumamos cigarrillos sin hacer el menor ruido. Era increíble lo despacio que se arrastraban las horas y, sin embargo, nos ayudaba el mismo tipo de paciente interés que debe de sentir el cazador mientras vigila la trampa en la que espera que acabe por caer la pieza. El reloj dio la una, luego las dos y, desesperados, casi habíamos renunciado ya por segunda vez cuando nos inmovilizamos de repente, olvidados del cansancio y una vez más en tensión. Habíamos oído el crujido de una pisada en el corredor.

Sentimos pasar a Barrymore por delante del cuarto con mucha cautela y perderse luego en la distancia. Después el baronet abrió la puerta sin hacer ruido y salimos en su persecución. El mayordomo había atravesado ya la galería y nuestro lado del corredor estaba completamente a oscuras. Nos deslizamos en silencio hasta la otra ala. Llegamos a tiempo de vislumbrar la alta figura de barba negra y hombros arqueados que avanzaba de puntillas hasta entrar por la misma puerta donde yo le había visto dos noches antes, y también cómo la vela, con su luz, hacía que el marco destacara en la oscuridad, al tiempo que un único rayo amarillo iluminaba la oscuridad del corredor. Nos acercamos cautelosamente, probando las tablas del suelo antes de apoyarnos con todo nuestro peso. Habíamos tenido la precaución de quitarnos las botas, pero incluso

así el viejo entarimado crujía y chascaba bajo nuestros pies. A veces parecía imposible que Barrymore no advirtiera nuestra proximidad, pero afortunadamente está bastante sordo y se hallaba absorto en lo que hacía. Cuando por fin llegamos a la habitación y miramos dentro, lo encontramos agachado junto a la ventana, la vela en la mano, y el rostro pálido y ensimismado junto al cristal, exactamente igual que dos noches antes.

Habíamos preparado un plan de campaña, pero para el baronet las formas de actuar más directas son siempre las más naturales, de manera que entró sin más preámbulos en la habitación. Barrymore, jadeante, se irguió de un salto de su sitio junto a la ventana y se inmovilizó, lívido y tembloroso, ante nosotros. Sus ojos oscuros, que resaltaban mucho sobre la máscara blanca que era su rostro, nos miraron, a uno tras otro, llenos de horror y de asombro.

—¿Qué está usted haciendo aquí, Barrymore?

—Nada, señor —su agitación era tan intensa que apenas podía hablar y la vela que empuñaba le temblaba tanto que las sombras saltaban arriba y abajo—. Es por el viento, señor. Por la noche hago la ronda para ver si las ventanas están bien cerradas.

—¿En el piso alto?

—Sí, señor, todas las ventanas.

—Mire, Barrymore —dijo Sir Henry con gran firmeza—: estamos decididos a que nos diga usted la verdad, de manera que se ahorrará molestias sincerándose cuanto antes. ¡Vamos! ¡Basta de mentiras! ¿Qué hacía usted junto a esa ventana?

El mayordomo nos miró con aire desvalido y se retorció las manos como alguien que se halla al límite de la duda y del sufrimiento.

—No hacía nada malo, señor. Sólo estaba delante de la ventana con una vela encendida.

—Y, ¿por qué estaba usted con una vela encendida delante de la ventana?

—No me lo pregunte, Sir Henry, ¡no me lo pregunte! Le doy mi palabra de que el secreto no me pertenece y no me es posible decírselo. Si sólo dependiera de mí no trataría de ocultárselo.

De repente se me ocurrió una idea y recogí la vela del alféizar donde la había dejado el mayordomo.

—Debe de servirle como señal —dije—. Veamos si hay respuesta.

Sostuve la vela como lo había hecho él, al mismo tiempo que escudriñaba la oscuridad exterior. Como las nubes ocultaban la luna, sólo distinguía vagamente la hilera de árboles y la tonalidad más clara del páramo. Pero enseguida se me escapó un grito de júbilo, porque un puntito de luz amarilla había traspasado de repente el oscuro velo y después siguió brillando de manera uniforme en el centro del rectángulo negro que enmarcaba la ventana.

—¡Ahí está! —exclamé.

—No, señor, no; no es nada..., nada en absoluto —intervino el mayordomo—. Le aseguro que...

—¡Mueva la luz de un lado a otro de la ventana Watson! —exclamó el baronet —. ¿Ve? ¡La otra también se mueve! ¿Qué nos dice ahora, bribón? ¿Sigue negando que es una señal? ¡Vamos, hable! ¿Quién es su compinche y qué fechoría es la que se traen entre manos?

La expresión de Barrymore se hizo desafiante.

—Es asunto mío y no suyo. No se lo diré.

—En ese caso deja usted de estar a mi servicio ahora mismo.

—Muy bien, señor. Si así ha de ser, así será.

—Y se marcha deshonrado. Por todos los demonios, ¡tiene usted motivos para avergonzarse de sí mismo! Su familia ha vivido con la mía durante más de cien años bajo este techo, y he aquí que lo encuentro metido hasta el cuello en alguna siniestra intriga en contra mía.

—¡No, señor, no! ¡No en contra de usted!

Era la voz de una mujer: la señora Barrymore, más pálida y más asustada aún que su marido, se hallaba junto a la puerta. Su voluminosa figura, envuelta en un chal y una falda, podría haber resultado cómica de no ser por la intensidad de los

sentimientos que se leían en su rostro.

—Tenemos que marcharnos, Eliza. Esto es el fin. Ya puedes hacer el equipaje —dijo el mayordomo.

—¡John, John! ¿Voy a ser yo la causa de tu ruina? Todo es obra mía, Sir Henry..., yo soy la responsable. Todo lo que ha hecho lo ha hecho por mí y porque yo se lo he pedido.

—¡Hable, entonces! ¿Qué significa todo esto?

—Mi desgraciado hermano se está muriendo de hambre en el páramo. No podemos dejarlo perecer a las puertas mismas de nuestra casa. La luz es una señal para decirle que tiene comida preparada, y él, con su luz, nos indica el lugar donde hemos de llevársela.

—Entonces su hermano es...

—El preso escapado, señor..., Selden, el criminal.

—Así es, señor —intervino Barrymore—. Como le he dicho, el secreto no era mío y no se lo podía contar. Pero ahora ya lo sabe, y se dará cuenta de que si había una intriga no era contra usted.

Ésa era, por tanto, la explicación de las sigilosas expediciones nocturnas y de la luz en la ventana. Tanto Sir Henry como yo nos quedamos mirando a la señora Barrymore sin esconder nuestro asombro. ¿Cabía imaginar que aquella persona de respetabilidad tan impasible llevara la misma sangre que uno de los delincuentes más tristemente célebres del país?

—Sí, señor; mi apellido de soltera era Selden y el preso es mi hermano pequeño. Le consentimos demasiado cuando niño y le dejamos que hiciera en todo su santa voluntad, por lo que llegó a creer que el mundo no tenía otra finalidad que proporcionarle placeres y que podía hacer lo que le apeteciera. Más tarde, al hacerse mayor, frecuentó malas compañías y el diablo se le metió en el cuerpo, hasta que a mi madre le destrozó el corazón y arrastró nuestro apellido por el barro. De delito en delito fue cayendo cada vez más bajo, hasta que sólo la clemencia de Dios lo ha librado del patíbulo; pero para mí nunca ha dejado de ser el niñito de cabellos rizados al que cuidé y con el que jugué, como cualquier hermana mayor. Ésa es la razón de que se escapara, señor. Sabía que yo vivía en

esta casa y que no me negaría a ayudarlo. Cuando se arrastró una noche hasta aquí, agotado y hambriento, con los guardianes pisándole los talones, ¿qué podíamos hacer? Lo recogimos, lo alimentamos y cuidamos. Luego regresó usted, señor, y mi hermano pensó que estaría más seguro en el páramo que en cualquier otro sitio hasta que amainara la persecución, de manera que allí se escondió. Pero cada dos noches nos comunicábamos con él poniendo una luz en la ventana y, si respondía, mi marido le llevaba un poco de pan y carne. Todos los días vivíamos con la esperanza de que se hubiera marchado, pero mientras tanto no podíamos abandonarlo. Soy una buena cristiana y ésa es toda la verdad; comprenda usted que si hemos hecho algo malo, no es mi marido quien tiene la culpa, sino yo, porque todo lo que ha hecho lo ha hecho por mí.

Las palabras de la mujer estaban llenas de una vehemencia que las hacía muy convincentes.

—¿Es ésa la verdad, Barrymore?

—Sí, Sir Henry. Del principio al fin.

—Bien; no puedo culparlo por apoyar a su esposa. Olvide lo que le he dicho antes. Vuelvan los dos a su habitación y mañana por la mañana seguiremos hablando de este asunto.

Cuando se marcharon miramos de nuevo por la ventana. Sir Henry la había abierto, y el frío viento nocturno nos golpeaba en la cara. Muy lejos en la oscuridad brillaba aún el puntito de luz amarilla.

—Me sorprende que se atreva a descubrirse tanto —dijo Sir Henry.

—Tal vez sitúa la vela de manera que sólo sea visible desde aquí.

—Es muy posible. ¿A qué distancia cree que se encuentra?

—Calculo que a la altura de Cleft Tor.

—No más de dos o tres kilómetros.

—Menos, probablemente.

—No puede ser muy lejos si Barrymore tenía que llevarle la comida. Y ese

canalla está esperando junto a la vela. ¡Voy a salir a capturarlo!

La misma idea me había pasado por la cabeza. No era como si los Barrymore nos hubieran hecho una confidencia. Les habíamos arrancado el secreto a la fuerza. Aquel individuo era un peligro para la comunidad, un delincuente implacable que no tenía excusa ni merecía compasión. No hacíamos más que cumplir con nuestro deber al aprovechar la oportunidad de devolverlo de nuevo a donde no pudiera hacer daño. Debido a su carácter brutal y violento, otros tendrían que pagar las consecuencias si nos cruzábamos de brazos. Cualquier noche, por ejemplo, podía atacar a nuestros vecinos los Stapleton, y tal vez esa idea hizo que Sir Henry se interesara tanto por aquella aventura.

—Le acompañaré —dije.

—Entonces recoja su revólver y póngase las botas. Cuanto antes salgamos mejor, porque ese individuo puede apagar la luz y marcharse.

Cinco minutos después habíamos iniciado ya nuestra expedición. Apresuramos el paso entre los oscuros arbustos, en medio de los apagados gemidos del viento del otoño y del crujir de las hojas caídas. El aire nocturno estaba cargado de olor a humedad y a putrefacción. De cuando en cuando la luna se asomaba unos instantes, pero las nubes casi cubrían el cielo por completo y en el momento en que salíamos al páramo empezó a caer una lluvia ligera. La luz seguía brillando delante de nosotros. —¿Está usted armado? —pregunté.

—Tengo una fusta.

—Hemos de caer sobre él rápidamente, porque se dice que es un hombre desesperado. Debemos cogerlo por sorpresa y tenerlo a nuestra merced antes de que se resista.

—Escuche, Watson, ¿qué diría Holmes de esto? ¿Qué diría sobre esta hora de oscuridad en la que se intensifican los poderes del mal?

Como en respuesta a sus palabras se alzó de repente, en la inmensa tristeza del páramo, el extraño sonido que yo había oído ya cerca de la gran ciénaga de Grimpen. Nos llegó traído por el viento a través del silencio de la noche: un murmullo largo y profundo, luego un aullido cada vez más poderoso y finalmente el triste gemido con que acababa. Resonó una y otra vez, todo el aire palpitando con él, estridente, salvaje y amenazador. El baronet me cogió de la

manga y palideció tanto que el rostro le brilló tenuemente en la oscuridad.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha sido eso, Watson?

—No lo sé. Se trata de un sonido que se oye en el páramo. Es la segunda vez que lo escucho.

Los aullidos cesaron y un silencio absoluto descendió sobre nosotros. Aguzamos el oído, pero sin el menor resultado.

—Watson —dijo el baronet—, eso era el aullido de un sabueso.

La sangre se me heló en las venas, porque la voz se le quebró de una manera que ponía de manifiesto el terror repentino que se había apoderado de él.

—¿Qué dicen de ese sonido? —preguntó.

—¿Quiénes?

—Los habitantes de la zona.

—Bah, son gente ignorante. ¿Qué más le da lo que digan?

—Cuéntemelo, Watson. ¿Qué es lo que dicen?

Vacilé un momento, pero no podía escabullirme.

—Dicen que es el aullido del sabueso de los Baskerville.

Sir Henry dejó escapar un gemido y luego guardó silencio unos instantes.

—Era un sabueso —dijo por fin—, pero parecía venir de una distancia de varios kilómetros en aquella dirección, según creo.

—Es difícil saber de dónde procedía.

—Subía y bajaba con el viento. ¿No es ésa la dirección de la gran ciénaga de Grimpen?

—Sí, es ésa.

—Bien, pues era por allí. Dígame la verdad, ¿a usted no le pareció también que era el aullido de un sabueso? Ya no soy un niño. No tenga reparos en decirme la verdad.

—Stapleton se hallaba conmigo la otra vez. Dijo que podía ser el canto de un extraño pájaro.

—No, no; era un sabueso. Dios mío, ¿habrá algo de verdad en todas esas historias? ¿Es posible que esté realmente en peligro por una causa tan misteriosa?

Usted no lo cree, ¿no es así, Watson?

—No, claro que no.

—Y sin embargo una cosa es reírse de ello en Londres y otra muy distinta estar aquí en la oscuridad del páramo y oír un aullido como ése. ¡Y mi tío! Encontraron las huellas del sabueso muy cerca de donde cayó. Todo concuerda. No creo ser cobarde, Watson, pero ese sonido me ha helado la sangre. ¡Tóqueme la mano!

Estaba tan fría como un bloque de mármol.

—Mañana se encontrará usted perfectamente.

—No creo que la luz del día consiga sacarme ese aullido de la cabeza. ¿Qué le parece que hagamos ahora?

—¿Quiere que regresemos?

—No, voto a bríos; hemos salido a capturar a nuestro hombre y eso es lo que haremos. Nosotros vamos tras el preso y es probable que un sabueso del infierno vaya tras de nosotros. Adelante. Haremos lo que nos hemos propuesto hacer aunque corran por el páramo todos los demonios del averno.

Proseguimos lentamente nuestro camino en la oscuridad, con la borrosa silueta de las colinas cubiertas de peñascos a nuestro alrededor y el punto de luz amarilla brillando delante de nosotros. No hay nada tan engañoso como la distancia de una luz en una noche oscura como boca de lobo, y unas veces el resplandor parecía estar tan lejano como el horizonte y otras encontrarse a pocos

metros. Pero finalmente vimos de dónde procedía y entonces supimos que estábamos muy cerca. Una vela ya muy derretida estaba clavada en una grieta entre las rocas que la flanqueaban por ambos lados para protegerla del viento y también para lograr que sólo fuera visible desde la mansión de los Baskerville. Una roca de granito nos ocultó mientras nos acercábamos y pudimos asomarnos por encima para contemplar la luz de la señal. Era extraño ver aquella vela solitaria ardiendo allí, en mitad del páramo, sin el menor signo de vida a su alrededor: tan sólo la llama amarilla y el brillo de las rocas a ambos lados.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Sir Henry.

—Esperar aquí. Tiene que estar cerca. Quizá podamos verlo.

Apenas pronunciadas aquellas palabras lo vimos ambos. Sobre las rocas, en la grieta donde ardía la vela, surgió un maligno rostro amarillo, una terrible cara bestial, toda ella marcada y arrugada por las pasiones más viles. Manchada de cieno, con una barba hirsuta y coronada de cabellos enmarañados, podía muy bien haber pertenecido a uno de aquellos antiguos salvajes que habitaban en los refugios de las colinas. La luz de abajo se reflejaba en sus ojillos astutos, que escudriñaban con fiereza la oscuridad a derecha e izquierda, como un animal taimado y salvaje que ha oído pasos de cazadores.

Sin duda algo había despertado sus sospechas. Puede que Barrymore acostumbrara a darle alguna señal privada que nosotros habíamos omitido, o bien nuestro hombre tenía alguna otra razón para pensar que las cosas no marchaban como debían: en cualquier caso el miedo era visible en sus perversas facciones y de un momento a otro podía apagar la luz de un manotazo y esfumarse en la oscuridad. Salté hacia adelante y Sir Henry me imitó. En el mismo instante el preso nos lanzó una maldición y tiró una piedra que se hizo añicos contra la roca que nos había cobijado. Aún vislumbré por un momento su silueta rechoncha y musculosa mientras se ponía en pie y giraba en redondo para escapar. Por una feliz coincidencia la luna salió entonces de entre las nubes. Alcanzamos a toda prisa la cima de la colina y vimos que nuestro hombre descendía a gran velocidad por la otra ladera, saltando por encima de las rocas que hallaba en su camino con la agilidad de una cabra montés. Con suerte tal vez habría podido detenerlo con un disparo de mi revólver, pero la finalidad de aquel arma era tan sólo defenderme si se me atacaba y no disparar contra un hombre desarmado que huía.

Tanto el baronet como yo somos aceptables corredores y estamos en buena forma, pero pronto descubrimos que no teníamos posibilidad alguna de alcanzarlo. Seguimos viéndolo durante un buen rato a la luz de la luna, hasta que se convirtió en un puntito que avanzaba con celeridad entre las rocas que salpicaban la falda de una colina distante. Corrimos y corrimos hasta quedar completamente agotados, pero la distancia era cada vez mayor. Finalmente nos detuvimos y nos sentamos, jadeantes, en sendas rocas, desde donde seguimos viéndolo hasta que se perdió en la lejanía.

Y en aquel momento, cuando nos levantábamos de las rocas para darnos la vuelta y regresar a casa, abandonada ya la inútil persecución, ocurrió la cosa más extraña e inesperada. La luna quedaba muy baja hacia la derecha, y la cima dentada de un risco de granito se alzaba hasta la parte inferior de su disco de plata. Allí, recortada con la negrura de una estatua de ébano sobre el fondo brillante, vi, encima del risco, la figura de un hombre. No piense que fue una alucinación, Holmes. Le aseguro que en toda mi vida no he visto nada con mayor claridad. Hasta donde se me alcanza, era la figura de un hombre alto y delgado. Mantenía las piernas un poco separadas, estaba cruzado de brazos e inclinaba la cabeza como si meditara sobre el enorme desierto de turba y granito que quedaba a su espalda. Podía haber sido el espíritu mismo de aquel terrible lugar. Desde luego no era el preso. Aquel hombre se hallaba muy lejos del sitio donde el otro había desaparecido. Además era mucho más alto. Con una exclamación de sorpresa quise mostrárselo al baronet, pero durante el momento en que me volví para agarrarlo del brazo, la figura desapareció. La cima dentada del risco seguía cortando el borde inferior de la luna, pero ya no quedaba el menor rastro de la figura silenciosa e inmóvil.

Quise marchar en aquella dirección e investigar los alrededores del risco, pero quedaba bastante lejos. Los nervios del baronet seguían en tensión a consecuencia de aquel aullido que le había recordado la oscura historia de su familia y no estaba de humor para nuevas aventuras. Tampoco había visto al hombre solitario sobre el risco y no sentía la emoción que su extraña presencia y su aire de autoridad me habían producido. "Un vigilante del penal, sin duda" dijo. "Abundan en el páramo desde que se escapó ese sujeto". Cabe que esa explicación sea la justa, pero me gustaría tener pruebas más concluyentes. Hoy nos proponemos hacer saber a las autoridades de Princetown dónde tienen que buscar al huido, pero sentimos no haberlo capturado nosotros. Tales son las aventuras de la pasada noche y tendrá usted que reconocer, mi querido Holmes, que no le estoy fallando en materia de información. Mucho de lo que le cuento

no tiene, sin duda, mayor importancia, pero sigo pensando que lo mejor es transmitirle todos los hechos y dejarle que elija usted los que le resulten más útiles. No hay duda de que estamos haciendo progresos. Por lo que se refiere a los Barrymore, hemos descubierto el motivo de sus acciones, y eso ha aclarado mucho la situación. Pero el páramo con sus misterios y sus extraños habitantes sigue tan inescrutable como siempre. Quizá en mi próxima comunicación esté también en condiciones de arrojar alguna luz sobre eso. Aunque lo mejor sería que viniera usted a reunirse con nosotros.»

10. Fragmento del diario del doctor Watson

Hasta este momento he podido utilizar los informes que envié a Sherlock Holmes durante los primeros días de mi estancia en el páramo. Pero he llegado ya a un punto en mi narración en el que me veo obligado a abandonar ese método y recurrir una vez más a mis recuerdos, con la ayuda del diario que llevaba por entonces. Algunos fragmentos de este último me permitirán enlazar con las escenas que están indeleblemente grabadas en mi memoria. Continúo, por lo tanto, en la mañana siguiente a nuestra infructuosa persecución de Selden y a nuestras extrañas experiencias en el páramo.

16 de octubre. - Día brumoso y gris con algo de llovizna. La casa está cubierta de nubes en movimiento que se abren de vez en cuando para mostrar las monótonas curvas del páramo, con delgadas vetas plateadas en las faldas de las colinas y rocas distantes que brillan cuando sus húmedas superficies reflejan la luz. Reina la melancolía fuera y dentro. El baronet ha reaccionado mal ante las emociones de la noche pasada. Yo mismo me noto un peso en el corazón y el sentimiento de la inminencia de un peligro siempre al acecho, precisamente más terrible porque no soy capaz de definirlo.

Y, ¿acaso no está justificado ese sentimiento? Piénsese en la larga sucesión de incidentes que delatan las fuerzas siniestras que actúan a nuestro alrededor. Primero, la muerte del anterior ocupante de la mansión, en la que se cumplieron con toda exactitud las condiciones de la leyenda familiar, y, en segundo lugar, las repetidas afirmaciones por parte de los campesinos de la zona de que ha aparecido en el páramo una extraña criatura. En dos ocasiones he escuchado ya un sonido que recuerda el aullido distante de un sabueso. No puede tratarse de algo ajeno a las leyes ordinarias de la naturaleza. Un sabueso espectral que deje huellas visibles y que llene el aire con sus aullidos es sin duda impensable. Quizá Stapleton acepte esa superstición y a Mortimer tal vez le suceda lo mismo; pero si yo tengo una cualidad es el sentido común y nada logrará convencerme de una cosa así. Hacerlo sería rebajarse al nivel de esos pobres campesinos que no se contentan con un simple perro asilvestrado, sino que necesitan describirlo arrojando fuego del infierno por ojos y boca. Holmes nunca prestaría atención a

semejantes fantasías y yo soy su representante. Pero los hechos son los hechos y ya he oído dos veces ese aullido en el páramo. Supongamos que hubiera realmente un enorme sabueso en libertad; eso contribuiría mucho a explicarlo todo. Pero, ¿dónde se escondería, dónde conseguiría la comida, de dónde procedería, cómo sería posible que nadie lo hubiera visto durante el día?

Hay que confesar que la teoría del perro de carne y hueso presenta casi tantas dificultades como la otra. Y además, dejando de lado al sabueso, queda la intervención del individuo del cabriolé en Londres y la carta en la que se advertía a Sir Henry del peligro que corría. Eso por lo menos es real, pero tanto podría ser obra de un amigo deseoso de protegerlo como de un enemigo. ¿Dónde está ahora ese amigo o enemigo? ¿Se ha quedado en Londres o nos ha seguido hasta el páramo? ¿Podría ser..., podría ser el desconocido que vi sobre el risco?

Es verdad que sólo lo contemplé unos instantes, pero hay algunas cosas de las que estoy completamente seguro. Como conozco ya a todos nuestros vecinos puedo afirmar que no es ninguno de ellos. El individuo que estaba sobre el risco era más alto que Stapleton y más delgado que Frankland. Cabría que se tratara de Barrymore, pero lo dejamos en la mansión, y estoy seguro de que no pudo seguirnos. Por lo tanto hay un desconocido que nos sigue aquí de la misma manera que un desconocido nos siguió en Londres. No nos hemos librado de él. Si pudiera ponerle las manos encima, tal vez resolviéramos todas nuestras dificultades. A esta única finalidad debo consagrar todas mis energías a partir de ahora.

Mi primer impulso fue contar mis planes a Sir Henry. El segundo y más prudente ha sido hacer mi juego y hablar lo menos posible. El baronet está silencioso y distraído. El aullido en el páramo lo ha conmocionado extrañamente. No diré nada que contribuya a aumentar su ansiedad, pero tomaré las medidas oportunas para lograr lo que me propongo.

Esta mañana tuvimos una pequeña escena después del desayuno. Barrymore pidió permiso para hablar con Sir Henry y se encerraron en el estudio del baronet durante unos minutos. Desde mi asiento en la sala de billar oí más de una vez cómo ambos alzaban la voz y reconozco que tenía una idea bastante exacta del motivo de la discusión. Finalmente Sir Henry abrió la puerta y me llamó.

—Barrymore considera que tiene motivos para quejarse —dijo—. Opina que no hemos sido justos al dar caza a su cuñado cuando él, libremente, nos había

revelado el secreto.

El mayordomo se hallaba delante de nosotros, muy pálido pero muy dueño de sí mismo.

—Quizá haya hablado con demasiado calor —dijo— y, en ese caso, le pido sinceramente que me perdone. Pero me ha sorprendido mucho enterarme de que han regresado ustedes de madrugada y de que han estado persiguiendo a Selden. El pobrecillo ya tiene suficientes enemigos sin necesidad de que yo contribuya a crearle más.

—Si nos lo hubiera usted revelado por decisión propia, habría sido distinto —dijo el baronet—. Pero nos lo contó (o más bien lo hizo su mujer) cuando le obligamos y no tuvo otro remedio.

—Nunca pensé que se aprovechara de ello, Sir Henry; nunca lo hubiera creído.

—Ese hombre es un peligro público. Hay casas solitarias repartidas por el páramo

y Selden no se detendría ante nada. Basta con ver su rostro un instante para darse cuenta. Piense, por ejemplo, en la casa del señor Stapleton, sin nadie excepto él para defenderla. Todo el mundo correrá peligro hasta que se le vuelva a poner a buen recaudo.

—Selden no entrará en ninguna casa, señor. Le doy solemnemente mi palabra. Ni volverá a molestar a nadie en este país. Le aseguro, Sir Henry, que dentro de muy pocos días se habrán tomado las medidas necesarias y estará camino de América del Sur. Por el amor de Dios, señor, le ruego que no informe a la policía de que mi cuñado sigue aún en el páramo. Han abandonado la persecución y será un buen refugio hasta que el barco esté preparado. Y si lo denuncia nos causará problemas a mi mujer y a mí. Se lo suplico, señor, no diga nada a la policía.

—¿Qué opina usted, Watson?

Me encogí de hombros.

—Si Selden saliera del país sin causar problemas los contribuyentes se verían libres de una carga.

—Pero, ¿qué me dice de la posibilidad de que asalte a alguien antes de marcharse?

—No hará una locura semejante, señor. Le hemos proporcionado todo lo que necesita. Cometer un delito sería lo mismo que proclamar dónde está escondido.

—Eso es cierto —dijo Sir Henry—. Bien, Barrymore...

—¡Que Dios le bendiga! ¡Se lo agradezco de todo corazón! Mi pobre mujer se moriría de pena si lo capturasen otra vez.

—Supongo que estamos haciéndonos cómplices de un delito, ¿no es eso, Watson? Pero después de lo que acabamos de oír no me creo capaz de entregar a ese hombre, de manera que punto final. De acuerdo, Barrymore, puede usted marcharse.

Con unas inconexas palabras de gratitud el mayordomo se dirigió hacia la puerta, pero luego vaciló y volvió sobre sus pasos.

—Se ha portado usted tan bien con nosotros, señor, que, a cambio, quisiera hacer por usted todo lo que esté en mi mano. Sé algo, Sir Henry, que quizá debiera haber dicho antes, pero sólo lo descubrí mucho tiempo después de terminada la investigación. Nunca lo he comentado con nadie. Y tiene que ver con la muerte del pobre Sir Charles.

Tanto el baronet como yo nos pusimos en pie.

—¿Acaso sabe usted cómo murió?

—No, señor, eso no lo sé.

—¿De qué se trata, entonces?

—Sé por qué estaba en el portillo a aquella hora. Se había citado con una mujer.

—¿Citado con una mujer? ¿Sir Charles?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted quién era?

—No le puedo decir el nombre, señor, pero sí las iniciales: L. L.

—¿Cómo ha sabido usted todo eso, Barrymore?

—Verá, Sir Henry, su tío recibió una carta aquella mañana. De ordinario recibía muchas a diario porque era un hombre conocido y todo el mundo se hacía lenguas de su buen corazón, así que las personas con problemas recurrían a él. Pero aquella mañana, por casualidad, sólo recibió una carta, de manera que me fijé más en ella. Venía de Coombe Tracey y la letra del sobre era de mujer.

—¿Y?

—Verá, señor; yo no hubiera vuelto a pensar en ello de no ser por mi mujer que, hace tan sólo unas semanas, cuando estaba limpiando el estudio de Sir Charles (no se había tocado desde su muerte), encontró las cenizas de una carta en el hogar de la chimenea. Aunque las cuartillas estaban prácticamente carbonizadas había un trocito, el final de una página, que no se había disgregado y aún era posible leer lo que estaba escrito, en gris sobre fondo negro. Nos pareció que se trataba de una postdata y decía lo siguiente: "Por favor, por favor, como es usted un caballero, queme esta carta y esté junto al portillo a las diez en punto". Debajo alguien había firmado con las iniciales L. L.

—¿Ha conservado ese trocito de papel?

—No, señor; se deshizo cuando lo movimos.

—¿Había recibido Sir Charles otras cartas con la misma letra?

—A decir verdad, no me fijaba mucho en sus cartas. Y tampoco me hubiera fijado en ésa de no llegar sola.

—¿Y no tiene idea de quién pueda ser L. L.?

—No, señor. Estoy tan a oscuras como usted. Pero creo que si pudiéramos localizar a esa dama sabríamos más acerca de la muerte de Sir Charles.

—Lo que no entiendo, Barrymore, es cómo ha podido ocultar una información tan importante.

—Compréndalo, señor; nuestros problemas empezaron inmediatamente después

y, por otra parte, como es lógico, si se piensa en todo lo que hizo por nosotros, los dos sentíamos un gran cariño por Sir Charles. Revolver en ese asunto no podía ayudar ya a nuestro pobre señor, y conviene andar con tiento cuando hay una dama por medio.

Hasta los mejores de entre nosotros...

—¿Cree usted que podría dañar su reputación?

—Verá, señor: pensé que no saldría nada bueno. Pero después de haberse portado usted tan bien con nosotros, me parece que le trataría injustamente si no le contara todo lo que sé.

—Muy bien, Barrymore; puede marcharse.

Cuando el mayordomo nos hubo dejado Sir Henry se volvió hacia mí.

—Bueno, Watson, ¿qué piensa usted de esta nueva pista?

—Me parece que sólo sirve para aumentar la oscuridad.

—Eso pienso yo. Pero si pudiéramos encontrar a L. L. se aclararía todo este asunto. Al menos algo hemos ganado. Sabemos que hay una persona que conoce los hechos y lo único que necesitamos es encontrarla. ¿Qué cree que debemos hacer?

—Informar a Holmes inmediatamente. Le proporcionará el indicio que ha estado buscando. Y o mucho me equivoco o eso hará que se presente aquí.

Regresé inmediatamente a mi habitación y redacté para Holmes el informe sobre nuestra conversación matutina. Era evidente que mi amigo había estado muy ocupado últimamente, porque las notas que me llegaban de Baker Street eran pocas y breves, sin comentarios sobre la información que le había suministrado y casi sin referencia alguna a mi misión. No había duda de que el caso del chantaje absorbía todas sus facultades. Y, sin embargo, este nuevo factor debería con toda seguridad llamar su atención y renovar su interés. Ojalá estuviese aquí.

17 de octubre. - Ha llovido a cántaros todo el día, y las gotas resuenan sobre la hiedra y caen desde los aleros. Me he acordado del fugitivo en el frío páramo desolado, sin sitio donde guarecerse. ¡Pobrecillo! Sean cuales fueran sus

delitos, está sufriendo para expiarlos. Y luego me acordé del otro: del rostro en el cabriolé, de la figura recortada contra la luna. ¿También el que vigilaba sin ser visto, el hombre de la oscuridad, se hallaba a la intemperie bajo aquel diluvio? A la caída de la tarde me puse el impermeable y paseé hasta muy lejos por el páramo empapado de agua, lleno de imágenes oscuras, con la lluvia golpeándome el rostro y el viento silbándome en los oídos. Que Dios tenga de su mano a quienes se acerquen a la gran ciénaga en tales momentos, porque incluso las tierras altas, firmes de ordinario, se están convirtiendo en un pantano. Encontré el Risco Negro sobre el que había visto al vigía solitario y desde su cima dentada contemplé las melancólicas lomas. Ráfagas de lluvia iban a la deriva sobre sus superficies rojizas y las densas nubes de color pizarra colgaban muy bajas sobre el paisaje, cayendo en jirones grises por las laderas de las fantásticas colinas. En la lejana concavidad hacia la izquierda, escondidas a medias por la niebla, se alzaban por encima de los árboles las dos delgadas torres de la mansión de los Baskerville. Eran los únicos signos visibles de vida humana, si se exceptúan los refugios prehistóricos que tanto abundan en las faldas de las colinas. En ningún sitio había rastro alguno del extraño vigía del páramo.

Mientras regresaba a la mansión me alcanzó el doctor Mortimer que conducía su coche de dos ruedas por un tosco sendero, de regreso de la remota granja de Foulmire. Ha estado siempre pendiente de nosotros y apenas ha pasado un día sin presentarse por la mansión para ver cómo nos va. Me insistió para que subiera al coche y le acompañara hasta la casa. Lo encontré muy preocupado por la desaparición de su pequeño spaniel, que se había adentrado por el páramo y no había vuelto. Lo consolé como pude, pero al acordarme del poni sepultado en la ciénaga de Grimpen, temí que no volviera a ver a su perrito.

—Por cierto, Mortimer —le dije mientras avanzábamos a saltos por aquel camino tan desigual—, supongo que serán muy pocas las personas de la zona que usted no conozca.

—Prácticamente ninguna, creo yo.

—¿Puede usted, en ese caso, decirme el nombre de alguna mujer cuyas iniciales sean L. L.?

El doctor Mortimer estuvo pensando unos minutos.

—No —dijo—. Hay algunos gitanos y jornaleros de los que no puedo responder, pero entre los granjeros o la burguesía y pequeña nobleza no hay nadie con iniciales como ésas. Espere un momento —añadió, después de una pausa—. Está Laura Lyons, sus iniciales son L. L., aunque vive en Coombe Tracey.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es la hija de Frankland.

—¿Cómo? ¿Frankland el viejo chiflado?

—Exactamente. Se casó con un artista llamado Lyons que vino a hacer unos bocetos en el páramo. Resultó ser un sinvergüenza y la abandonó. Aunque quizá la culpa, por lo que he oído, no fuera toda del pintor. Su padre se negó a tener nada que ver con ella porque se había casado sin su consentimiento y quizá también por una o dos razones más. De manera que entre los dos pecadores, el viejo y el joven, la pobre chica lo ha pasado bastante mal.

—¿Cómo vive?

—Imagino que su padre le pasa una asignación, pero debe de ser una miseria, porque la situación económica de Frankland deja mucho que desear. Por mal que se hubiera portado, no se podía consentir que se hundiera definitivamente. Su historia llegó a saberse y varias personas de los alrededores colaboraron para permitirle que se ganara la vida honradamente. Stapleton fue uno de ellos y Sir Charles otro. También yo contribuí modestamente. Se trataba de que pusiera en marcha un servicio de mecanografía.

Mortimer quiso saber el motivo de mis investigaciones, pero logré satisfacer su curiosidad sin decirle demasiado, porque no hay razón para confiar en nadie. Mañana por la mañana me pondré en camino hacia Coombe Tracey y si puedo ver a la señora Laura Lyons, de dudosa reputación, se habrá dado un gran paso para aclarar uno de los incidentes de esta cadena de misterios. Sin duda estoy adquiriendo la prudencia de la serpiente, porque cuando Mortimer insistió en sus preguntas hasta extremos inconvenientes, me interesé como por casualidad por el tipo de cráneo de Frankland, de manera que sólo oí hablar de craneología durante el resto del trayecto. De algo ha de servirme haber vivido durante años con Sherlock Holmes.

Sólo tengo un último incidente que anotar en este melancólico día de tormenta.

Se trata de mi conversación con Barrymore de hace unos instantes: el mayordomo me ha proporcionado un triunfo más que podré utilizar en su momento.

Mortimer se ha quedado a cenar y el baronet y él han jugado después al écarté. El mayordomo me ha llevado el café a la librería y he aprovechado la oportunidad para hacerle unas preguntas.

—Bien —dije—, ¿se ha marchado ya ese inapreciable pariente suyo o sigue todavía escondido en el páramo?

—No lo sé, señor. Le pido a Dios que se haya ido, porque a nosotros no nos ha causado más que problemas. No he sabido nada de él desde que le dejé comida la última vez, y de eso hace ya tres días.

—¿Usted lo vio?

—No, señor; pero la comida había desaparecido cuando volví a pasar por allí.

—Entonces, ¿es seguro que sigue en el páramo?

—Parece lo lógico, señor, a no ser que se la haya llevado el otro.

No terminé de llevarme la taza a la boca y miré fijamente a Barrymore.

—Entonces, ¿usted sabe que hay otro hombre?

—Sí, señor; hay otro hombre en el páramo.

—¿Lo ha visto?

—No, señor.

—¿Cómo sabe de su existencia?

—Selden me habló de él hace una semana o poco más. También se esconde, pero no es un preso, por lo que he podido deducir. No me gusta nada, doctor Watson; le digo con toda sinceridad que no me gusta nada —hablaba con repentina vehemencia.

—Ahora escúcheme usted, Barrymore. Yo no tengo otro interés en este asunto

que el de su señor. Estoy aquí para ayudarlo. Dígame, con toda franqueza, qué es lo que no le gusta.

Barrymore vaciló un momento, como si lamentara su arranque o le resultara difícil expresar con palabras sus sentimientos.

—Son todas estas cosas que están pasando —exclamó por fin, agitando la mano en dirección a la ventana que daba al páramo, golpeada por la lluvia—. Se está jugando sucio en algún sitio y se está tramando alguna maldad muy negra, ¡eso lo puedo jurar! ¡Me alegraría mucho de que Sir Henry volviera a Londres!

—Pero, ¿qué es lo que le inquieta?

—¡Fíjese en la muerte de Sir Charles! Aquello ya fue terrible, a pesar de todo lo que dijera el coroner. Fíjese en los ruidos que se oyen en el páramo por la noche. No hay una sola persona que quiera cruzarlo después de ponerse el sol ni aunque le paguen por hacerlo. ¡Fíjese en ese desconocido que se esconde, que vigila y espera! ¿Qué es lo que espera? ¿Qué significa todo eso? Seguro que no significa nada bueno para cualquiera que se llame Baskerville, y me marcharé con mucho gusto el día que los nuevos criados puedan hacerse cargo de la mansión.

—Pero, en cuanto a ese desconocido —dije—. ¿No sabe usted nada más acerca de él? ¿Qué le contó Selden? ¿Había descubierto dónde se escondía o qué era lo que estaba haciendo?

—Lo vio una o dos veces, pero es muy astuto y no enseña su juego. Al principio mi cuñado pensó que era de la policía, pero pronto comprendió que trabaja por su cuenta. Alguien muy parecido a un caballero, por lo que a él se le alcanzaba, pero no consiguió averiguar qué era lo que estaba haciendo.

—Y, ¿dónde le dijo que vivía?

—En los viejos refugios de las colinas; los viejos refugios de piedra donde vivían los antiguos.

—Pero, ¿cómo se las arregla para comer?

—Selden descubrió que tiene un chico que trabaja para él y le lleva todo lo que necesita. Imagino que va a buscarlo a Coombe Tracey.

—Muy bien, Barrymore. Quizá sigamos hablando de todo esto en otro momento.

Después de que el mayordomo se marchara me acerqué a la ventana y, a través del cristal empañado, contemplé las nubes veloces y las siluetas estremecidas de los árboles agitados por el viento. Es una noche terrible dentro de casa, pero ¿cómo será en un refugio de piedra en el páramo? ¿Qué intensidad en el odio puede hacer que un hombre aceche en un sitio así en semejante momento? ¿Y qué puede ser lo que se propone que le exige someterse a semejante prueba? Allí, en ese habitáculo que se abre al páramo, parece hallarse el centro mismo del problema que tantos disgustos me está causando. Juro que no pasará un día más sin que haya hecho todo lo que esté en mi mano para llegar al fondo del misterio.»

11. El hombre del risco

El fragmento de mi diario que he utilizado en el último capítulo sitúa la narración en el 18 de octubre, momento en que los extraños acontecimientos de las últimas semanas se encaminaban rápidamente hacia su terrible desenlace. Los incidentes de los días que siguieron han quedado indeleblemente grabados en mi memoria y estoy en condiciones de relatarlos sin recurrir a las notas que tomé en aquel momento. Comienzo, por lo tanto, un día después de que lograra establecer dos hechos de gran importancia: el primero que la señora Laura Lyons de Coombe Tracey había escrito a Sir Charles Baskerville para citarse con él precisamente a la hora y en el sitio donde el baronet encontró la muerte; y el segundo que al hombre al acecho en el páramo se le podía encontrar en los refugios de piedra de las colinas. Con aquellos dos datos en mi poder, llegué a la conclusión de que si no me hallaba completamente desprovisto ni de inteligencia ni de valor, tendría que arrojar por fin alguna luz sobre tanta oscuridad.

No encontré momento para contar al baronet lo que había averiguado la noche anterior acerca de la señora Lyons, porque el doctor Mortimer se quedó jugando con él a las cartas hasta muy tarde. A la hora del desayuno, sin embargo, le informé de mi descubrimiento y le pregunté si quería acompañarme a Coombe Tracey. Al principio se mostró deseoso de hacerlo, pero al pensarlo con más calma llegamos ambos a la conclusión de que el resultado sería mejor si iba yo solo. Cuanto más oficial hiciéramos la visita, menos información obtendríamos. Dejé, por consiguiente, a Sir Henry en casa, aunque no sin ciertos remordimientos, y me puse en camino para emprender la nueva investigación.

Al llegar a Coombe Tracey le dije a Perkins que buscara acomodo a los caballos e hice algunas preguntas para localizar a la dama a la que me proponía interrogar. Encontré sin dificultad su alojamiento, céntrico y bien señalado. Una doncella me hizo pasar sin muchas ceremonias y, al entrar en el salón, la dama que estaba sentada delante de una máquina de escribir marca Remington se puso en pie con una agradable sonrisa de bienvenida. Su expresión cambió, sin embargo, al comprobar que se trataba de un desconocido; acto seguido se sentó de nuevo y preguntó cuál era el objeto de mi visita.

Lo primero que impresionaba de la señora Lyons era su extraordinaria belleza. Tenía los ojos y el cabello de un color castaño muy cálido, y sus mejillas, aunque con abundantes pecas, se veían agraciadas con la perfección característica de las morenas: la delicada tonalidad que se esconde en el corazón de la rosa. La admiración era, como digo, la primera impresión. Pero a la admiración sucedía de inmediato la crítica. Había un algo muy sutil que no funcionaba en aquel rostro, una vulgaridad en la expresión, quizá una dureza en la mirada, un rictus en la boca que desvirtuaba belleza tan perfecta. Pero todas estas reflexiones son, por supuesto, tardías. En aquel momento no hice más que darme cuenta de que tenía delante a una mujer muy hermosa que me preguntaba cuál era el motivo de mi visita. Y hasta entonces yo no había entendido bien hasta qué punto era delicada mi misión.

—Tengo el placer —dije— de conocer a su padre.

Era un presentación muy torpe y la señora Lyons no la pasó por alto.

—Mi padre y yo no tenemos nada en común —respondió—. No le debo nada y sus amigos no lo son míos. Si no hubiera sido por el difunto Sir Charles Baskerville y otras personas de buen corazón podría haberme muerto de hambre sin que mi padre moviera un dedo.

—He venido a verla precisamente en relación con el difunto Sir Charles Baskerville.

Las pecas adquirieron mayor relieve sobre el rostro de la dama.

—¿Qué puedo decirle acerca de él? —preguntó, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con los marginadores de la máquina de escribir.

—Usted lo conocía, ¿no es cierto?

—Ya le he dicho que estoy muy en deuda con su amabilidad. Si soy capaz de mantenerme, se lo debo en gran parte al interés que se tomó al conocer mi desgraciada situación.

—¿Se carteaba usted con él?

La dama levantó rápidamente la vista, con un brillo de cólera en los ojos de color de avellana.

—¿Cuál es el objeto de estas preguntas? —quiso saber, con tono cortante.

—El objeto es evitar un escándalo público. Es mejor hacerlas aquí, y evitar que este asunto escape a nuestro control.

La señora Lyons guardó silencio al tiempo que palidecía. Por fin alzó de nuevo los ojos con un algo temerario y desafiante en su actitud.

—Está bien, responderé —dijo—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Se carteaba usted con Sir Charles?

—Le escribí por supuesto una o dos veces para agradecerle su delicadeza y su generosidad.

—¿Recuerda usted las fechas de esas cartas?

—No.

—¿Lo conoció usted personalmente?

—Sí, estuve con él una o dos veces, cuando vino a Coombe Tracey. Era un hombre muy reservado y prefería hacer el bien con mucha discreción.

—Si lo vio tan pocas veces y le escribió con tan poca frecuencia, ¿qué fue lo que le impulsó a ayudarla, como usted asegura que hizo?

La señora Lyons resolvió mi objeción con la mayor facilidad.

—Eran varios los caballeros que estaban al tanto de mi triste historia y que se unieron para ayudarme. Uno de ellos, el señor Stapleton, vecino y amigo íntimo de Sir Charles, fue muy amable conmigo, y el baronet supo de mis problemas por mediación suya.

Yo estaba enterado de que Sir Charles Baskerville había recurrido en diferentes ocasiones a Stapleton como limosnero suyo, de manera que la explicación de mi interlocutora tenía todos los visos de ser cierta.

—¿Escribió usted alguna vez a Sir Charles pidiéndole una cita? —continué.

La señora Lyons enrojeció una vez más, movida por la ira.

—A decir verdad, señor mío, se trata de una pregunta singular.

—Lo siento, señora, pero debo repetírsela.

—En ese caso respondo: desde luego que no.

—¿Ni siquiera el mismo día de la muerte de Sir Charles?

El rubor desapareció en un instante y tuve ante mí una palidez mortal. La sequedad que se apoderó de su boca le impidió pronunciar el «No» que yo vi más que oí.

—Sin duda la traiciona la memoria —le respondí—. Podría incluso citar un pasaje de su carta. Decía así: «Por favor, por favor, como es usted un caballero, queme esta carta y esté junto al portillo a las diez en punto».

Pensé que se había desmayado, pero se recuperó gracias a un esfuerzo supremo.

—¿Es que ya no quedan caballeros? —jadeó.

—Es usted injusta con Sir Charles, que sí quemó la carta. Pero a veces una carta puede ser legible incluso después de arder. ¿Reconoce que la escribió?

—Sí, lo hice —exclamó, volcando el alma en un torrente de palabras—. La escribí. ¿Por qué tendría que negarlo? No hay motivo para avergonzarme de ello. Quería que me ayudara. Estaba convencida de que si me entrevistaba con él conseguiría que me ayudara, de manera que le pedí una cita.

—Pero, ¿por qué a esa hora?

—Porque acababa de enterarme de que salía para Londres al día siguiente y quizá tardara meses en regresar. Había motivos que me impedían llegar antes a la mansión.

—Pero, ¿por qué una cita en el jardín en lugar de una visita a la casa?

—¿Cree usted que una dama puede entrar sola a esa hora en el hogar de un soltero?

—Bien; ¿qué sucedió cuando llegó usted allí?

—No fui.

—¡Señora Lyons!

—No, se lo juro por lo más sagrado. No fui. Sucedió algo que me impidió acudir.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Es un asunto privado. No se lo puedo contar.

—Entonces, ¿reconoce que concertó una cita con Sir Charles a la hora y en el lugar donde encontró la muerte, pero niega que acudiera a ella?

—Así es.

Seguí interrogándola para comprobar si había dicho la verdad, pero no logré sacar nada más en limpio.

—Señora Lyons —dije mientras me ponía en pie, después de terminar aquella larga entrevista tan poco satisfactoria—, incurre usted en una gran responsabilidad y se coloca en una posición muy falsa al no confesar todo lo que sabe. Si tengo que solicitar el auxilio de la policía, descubrirá lo gravemente que está usted comprometida. Si es usted inocente, ¿por qué empezó negando que hubiera escrito a Sir Charles en esa fecha?

—Porque temía que se sacaran conclusiones erróneas y me viera envuelta en un escándalo.

—Y, ¿por qué tenía usted tanto interés en que Sir Charles destruyera la carta?

—Si la ha leído sabrá el porqué.

—Yo no he dicho que hubiera leído la carta.

—Ha citado usted un fragmento.

—He citado la postdata. Como ya he dicho, la carta ardió y no era legible en su totalidad. Le pregunto una vez más por qué insistió tanto en que Sir Charles destruyera esa carta.

—Se trata de un asunto muy privado.

—Una razón más para que evite usted una investigación pública.

—Se lo contaré, en ese caso. Si ha oído algo acerca de mi desgraciada historia, sabrá que hice un matrimonio imprudente y que he tenido motivos para lamentarlo.

—Estoy enterado de eso.

—Mi vida ha sido una persecución incesante por parte de un marido al que aborrezco. La justicia está de su parte, y todos los días me enfrento con la posibilidad de que me fuerce a vivir con él. En el momento en que escribí la carta a Sir Charles se me informó de que existía una posibilidad de recobrar mi libertad si se podían atender ciertos gastos. Eso lo significaba todo para mí: tranquilidad, dicha, propia estimación..., absolutamente todo. Sabía de la generosidad de Sir Charles y pensé que si escuchaba la historia de mis propios labios me ayudaría.

—En ese caso, ¿cómo es que no acudió a la cita?

—Porque mientras tanto recibí ayuda de otra fuente.

—¿Por qué, entonces, no escribió a Sir Charles explicándoselo?

—Lo habría hecho así si no hubiera leído la noticia de su muerte en el periódico a la mañana siguiente.

Su historia tenía coherencia y no conseguí que se contradijera a pesar de mis preguntas. Sólo podía comprobarla averiguando si, de hecho, en el momento de la tragedia o poco antes, había iniciado los trámites para conseguir el divorcio.

No era probable que mintiera al decir que no había estado en la mansión de los Baskerville, dado que se necesitaba un cabriolé para llegar hasta allí, y que tendría que haber regresado a Coombe Tracey de madrugada, lo que hacía imposible mantener el secreto sobre una expedición de tales características. Lo más probable era, por consiguiente, que dijera la verdad o, por lo menos, parte de la verdad. Me marché desconcertado y desanimado.

Una vez más me tropezaba con la misma barrera infranqueable que parecía

interponerse en mi camino cada vez que trataba de alcanzar el objetivo de mi misión. Y, sin embargo, cuanto más pensaba en el rostro de la dama y en su actitud, más seguro estaba de que ocultaba algo. ¿Por qué había palidecido tanto? ¿Por qué se resistió a reconocer lo sucedido hasta que se vio forzada a hacerlo? ¿Por qué tendría que haberse mostrado tan reservada en el momento de la tragedia? Con toda seguridad la explicación no era tan inocente como pretendía hacerme creer. De momento no podía avanzar más en aquella dirección y debía regresar a los refugios del páramo en busca de la otra pista.

Pero se trataba de un rastro sumamente vago, como advertí en el viaje de regreso al comprobar que, una tras otra, todas las colinas conservaban huellas de sus antiguos pobladores. La única indicación de Barrymore había sido que el desconocido vivía en uno de aquellos refugios abandonados, pero existían cientos de ellos a todo lo largo y ancho del páramo. Contaba, sin embargo, con mi experiencia como guía, puesto que había visto al desconocido con mis propios ojos en la cima del Risco Negro. Aquel lugar, por lo tanto, debía ser el punto de partida de mi búsqueda. Allí iniciaría la exploración de todos los refugios hasta que diera con el que buscaba. Si aquel individuo estaba dentro, sabría de sus propios labios, a punta de revólver si era necesario, quién era y por qué nos había seguido durante tanto tiempo. Quizá podía darnos esquinazo entre el gentío de Regent Street, pero le iba a resultar imposible en la soledad del páramo. Por otra parte, si encontraba el refugio y su ocupante no estaba dentro, me quedaría allí, por larga que resultara la espera, hasta que regresase. Holmes lo había perdido en Londres. Sería para mí un verdadero triunfo lograr capturarlo después del fracaso de mi maestro.

La suerte se había vuelto una y otra vez contra nosotros en el curso de aquella investigación, pero ahora vino por fin en mi ayuda. Y el mensajero de mi buena suerte no fue otro que el señor Frankland que se hallaba de pie, con sus patillas grises y su tez rojiza, junto a la puerta del jardín de su casa, que daba a la carretera por la que yo viajaba.

—Buenos días, doctor Watson —exclamó con insólito buen humor—; permita que sus caballos disfruten de un descanso y entre en casa a beber un vaso de vino y felicitarme.

Mis sentimientos hacia Frankland distaban mucho de ser amistosos después de lo que había oído sobre su manera de tratar a la señora Lyons, pero estaba deseoso de enviar a Perkins y la tartana a casa, y aquélla era una buena

oportunidad. Descendí del coche y envié un mensaje a Sir Henry comunicándole que regresaría a pie, a tiempo para la cena. Después seguí a Frankland hasta su comedor.

—Es un gran día para mí, uno de los días de mi vida escritos con letras doradas —exclamó, interrumpiéndose varias veces para reír entre dientes—. He conseguido un doble triunfo. Me proponía enseñar a las gentes de esta zona que la ley es la ley, y que aquí vive un hombre a quien no le asusta recurrir a ella. He establecido un derecho de paso que cruza por el centro de los jardines del viejo Middleton, que atraviesa la propiedad a menos de cien metros de la puerta principal. ¿Qué me dice de eso? Vamos a enseñar a esos magnates que no se puede pisotear los derechos de los plebeyos, ¡y que Dios los confunda! Y también he cerrado el bosque donde iba de excursión la gente de Fernworthy. Esos infernales pueblerinos parecen creer que no existe el derecho de propiedad y que pueden meterse por donde les apetezca y ensuciarlo todo con papeles y botellas. Ambos casos fallados, doctor Watson, y los dos a mi favor. No recuerdo un día parecido desde que conseguí que condenaran a Sir John Morland por cazar en sus propias tierras.

—¿Cómo demonios consiguió usted eso?

—Mírelo en la jurisprudencia, señor mío. Merece la pena leerlo: Frankland contra Morland, llegamos hasta el Tribunal Supremo. Me costó doscientas libras, pero conseguí que se fallara a mi favor.

—¿Le reportó algún beneficio?

—Ninguno, señor mío, ninguno. Me enorgullece decir que yo no tenía interés material alguno en aquella cuestión. Siempre actúo por sentido del deber. No me cabe la menor duda, por ejemplo, de que los habitantes de Fernworthy me quemarán esta noche en efigie. La última vez que lo hicieron dije a la policía que deberían impedir espectáculos tan lamentables. La incompetencia de la policía del condado es escandalosa, señor mío, y no se me proporciona la protección a la que tengo derecho. Mi pleito contra la Reina servirá para atraer la atención del público sobre este asunto. Les dije que tendrían oportunidad de lamentar la manera en que me tratan y mis palabras se han hecho ya realidad.

—¿Cómo así? —pregunté.

El anciano hizo un gesto de complicidad.

—Porque podría decirles lo que están deseando saber, pero nada ni nadie me persuadirá para que ayude a esos sinvergüenzas en lo más mínimo.

Yo había estado tratando de encontrar alguna excusa para escapar a su charla incesante, pero ahora sentí deseos de saber más. Sin embargo había tenido suficientes pruebas de su tendencia a llevar la contraria como para comprender que cualquier manifestación de vivo interés sería la mejor manera de poner fin a las confidencias de aquel viejo excéntrico.

—Algún caso de caza furtiva, imagino —dije, con aire indiferente.

—Ja, ja; ¡algo mucho más importante que eso, caballerete! ¿Qué me dice del preso escapado?

Me sobresalté.

—¿No querrá usted decir que sabe dónde se esconde? —le pregunté.

—Quizá no sepa exactamente dónde se esconde, pero estoy completamente seguro que podría ayudar a la policía a echarle el guante. ¿Nunca se le ha ocurrido que la manera de atrapar a ese sujeto es descubrir dónde consigue la comida y llegar después hasta él?

El señor Frankland daba toda la impresión de hallarse incómodamente cerca de la verdad.

—Sin duda —dije—; pero, ¿cómo sabe que está en el páramo?

—Lo sé porque he visto con mis propios ojos al mensajero que le lleva la comida.

Se me cayó el alma a los pies pensando en Barrymore. Era un grave problema estar en manos de aquel viejo entrometido y rencoroso. Pero su siguiente observación me quitó un peso de encima.

—Le sorprenderá saber que es un niño quien le lleva la comida. Lo veo todos los días gracias al telescopio que tengo en el tejado. Siempre pasa por el mismo camino a la misma hora y, ¿cuál puede ser su destino excepto el refugio del huido?

¡Una vez más la suerte me sonreía! Y sin embargo evité dar muestras de interés.

¡Un niño! Barrymore me había dicho que al desconocido lo atendía un muchacho. Frankland había tropezado por casualidad con su rastro y no con el de Selden. Si me enteraba de lo que él sabía, quizá me ahorrara una búsqueda larga y fatigosa. Pero la incredulidad y la indiferencia eran sin duda mis mejores armas.

—En mi opinión es mucho más probable que se trate del hijo de uno de los pastores del páramo y que se limite a llevar la comida a su padre.

El menor signo de oposición bastaba para que el viejo autócrata echara chispas por los ojos. Me miró con malevolencia y se le erizaron las patillas grises como podría hacerlo el lomo de un gato enfurecido.

—¿Así que eso es lo que usted piensa? —dijo, señalando al páramo que se extendía delante de nuestros ojos—. ¿Ve allí el Risco Negro? Bien; ¿ve la pequeña colina de más allá en la que crece un espino? Es la parte más pedregosa de todo el páramo. ¿Le parece probable que un pastor se sitúe en un lugar así? Su sugerencia, señor mío, es completamente absurda.

Le respondí mansamente que había hablado sin conocer todos los datos. Mi docilidad le agradó y ello provocó nuevas confidencias.

—Puede tener la seguridad de que siempre piso terreno firme antes de llegar a una conclusión. He visto una y otra vez al muchacho con su hatillo. Todos los días, y en ocasiones dos veces al día, he podido... un momento, doctor Watson. ¿Me engañan los ojos, o hay en este momento algo que se mueve por la falda de aquella colina?

La distancia era de varios kilómetros, pero vi con claridad un puntito oscuro sobre la monotonía verde y gris.

—¡Venga, señor mío, venga conmigo! —exclamó Frankland, subiendo las escaleras a toda prisa—. Va usted a verlo con sus propios ojos y podrá juzgar por sí mismo.

El telescopio, un instrumento formidable montado sobre un trípode, se hallaba sobre la azotea de la casa. Frankland se acercó para mirar y dejó escapar un grito

de satisfacción.

—¡Deprisa, doctor Watson, deprisa antes de que pase al otro lado!

Allí estaba, sin la menor duda: un pilluelo con un hatillo al hombro, subiendo sin prisas por la pendiente. Cuando llegó a la cresta vi, recortada por un momento contra el frío cielo azul, la figura desaseada y rústica. El chiquillo miró a su alrededor con aire furtivo y cauteloso, como alguien que teme ser perseguido. Luego desapareció por la ladera opuesta.

—Bien, señor mío, ¿estoy en lo cierto?

—Se trata sin duda de un muchacho que parece tener una ocupación secreta.

—Y cuál sea esa ocupación es algo que hasta un policía rural podría adivinar. Pero no seré yo quien les diga una sola palabra, y a usted le exijo también que guarde el secreto, doctor Watson. ¡Ni una palabra! ¿Entendido?

—Como usted desee.

—Me han tratado vergonzosamente, ésa es la verdad. Cuando salgan a la luz los hechos en mi pleito contra la Reina me atrevo a creer que un escalofrío de indignación recorrerá el país. Nada me impulsará a ayudar a la policía. Por lo que a ellos se refiere, les daría lo mismo que esos tunantes del pueblo me quemaran en persona y no en efigie. ¡No irá a marcharse ya! ¡Tiene que ayudarme a vaciar la botella para celebrar este gran acontecimiento!

Pero desoí todas sus súplicas y logré que renunciara también a acompañarme andando a casa. Seguí carretera adelante hasta perder de vista a Frankland y luego me lancé campo a través por el páramo en dirección a la colina pedregosa en donde habíamos perdido de vista al muchacho. Todo trabajaba en mi favor y me juré que ni por falta de energía ni de perseverancia desperdiciaría la oportunidad que la fortuna había puesto a mi alcance.

Atardecía cuando alcancé la cumbre de la colina; los largos declives que quedaban a mi espalda eran de color verde oro por un lado y gris oscuro por otro. En el horizonte más lejano las formas fantásticas de Belliver y del Risco Vixen sobresalían por encima de una suave neblina. No había sonido ni movimiento alguno en toda la extensión del páramo. Un gran pájaro gris, gaviota o zarapito, volaba muy alto en el cielo. El ave y yo parecíamos los únicos seres

vivos entre el enorme arco del cielo y el desierto a mis pies. El paisaje yermo, la sensación de soledad y el misterio y la urgencia de mi tarea se confabularon para helarme el corazón. Al muchacho no se le veía por ninguna parte. Pero por debajo de mí, en una hendidura entre las colinas, los antiguos refugios de piedra formaban un círculo y en el centro había uno que conservaba el techo suficiente como para servir de protección contra las inclemencias del tiempo. El corazón me dio un vuelco al verlo. Aquélla tenía que ser la guarida donde se ocultaba el desconocido. Por fin iba a poner el pie en el umbral de su escondite: tenía su secreto al alcance de la mano.

Mientras me acercaba al refugio, caminando con tantas precauciones como pudiese hacerlo Stapleton cuando, con el cazamariposas en ristre, se aproximara a un lepidóptero inmóvil, comprobé que aquel lugar se había utilizado sin duda alguna como habitación. Un sendero apenas marcado entre las grandes piedras conducía hasta la derruida abertura que servía de puerta. Dentro reinaba el silencio. El desconocido podía estar escondido en su interior o merodear por el páramo. La sensación de aventura me produjo un agradable cosquilleo. Después de tirar el cigarrillo, puse la mano sobre la culata del revólver y, llegándome rápidamente hasta la puerta, miré dentro. El refugio estaba vacío.

Signos abundantes confirmaban, sin embargo, que había seguido la pista correcta. Se trataba del lugar donde se alojaba el desconocido. Sobre la misma losa de piedra donde el hombre neolítico había dormido en otro tiempo se veían varias mantas envueltas en una tela impermeable. En la tosca chimenea se acumulaban las cenizas de un fuego. A su lado descansaban algunos utensilios de cocina y un cubo lleno a medias de agua. Un montón de latas vacías ponía de manifiesto que el lugar llevaba algún tiempo ocupado y, cuando mis ojos se habituaron a la relativa oscuridad, vi en un rincón un vaso de metal y una botella mediada de alguna bebida alcohólica. En el centro del refugio, una piedra plana hacía las veces de mesa y sobre ella se hallaba un hatillo: el mismo, sin duda, que había visto por el telescopio sobre el hombro del muchacho. En su interior encontré una barra de pan, una lengua en conserva y dos latas de melocotón en almíbar. Al dejar otra vez en su sitio el hatillo después de haberlo examinado, el corazón me dio un vuelco al ver que debajo había una hoja escrita. Alcé el papel y esto fue lo que leí, toscamente garabateado a lápiz:

«El doctor Watson ha ido a Coombe Tracey».

Durante un minuto permanecí allí con la hoja en la mano preguntándome cuál

podía ser el significado de aquel escueto mensaje. El desconocido me seguía a mí y no a Sir Henry. No me había seguido en persona, pero había puesto a un agente —el muchacho, tal vez— tras mis huellas, y aquél era su informe. Posiblemente yo no había dado un solo paso desde mi llegada al páramo sin ser observado y sin que después se transmitiera la información. Siempre el sentimiento de una fuerza invisible, de una tupida red tejida a nuestro alrededor con habilidad y delicadeza infinitas, una red que apretaba tan poco que sólo en algún momento supremo la víctima advertía por fin que estaba enredada en sus mallas.

La existencia de aquel informe indicaba que podía haber otros, de manera que los busqué por todo el refugio. No hallé, sin embargo, el menor rastro, ni descubrí señal alguna que me indicara la personalidad o las intenciones del hombre que vivía en aquel sitio tan singular, excepto que debía de tratarse de alguien de costumbres espartanas y muy poco preocupado por las comodidades de la vida. Al recordar las intensas lluvias y contemplar el techo agujereado valoré la decisión y la resistencia necesarias para perseverar en alojamiento tan inhóspito. ¿Se trataba de nuestro perverso enemigo o me había tropezado, quizá, con nuestro ángel de la guarda? Juré que no abandonaría el refugio sin saberlo.

Fuera se estaba poniendo el sol y el occidente ardía en escarlata y oro. Las lejanas charcas situadas en medio de la gran ciénaga de Grimpen devolvían su reflejo en manchas doradas. También se veían las torres de la mansión de los Baskerville y más allá una remota columna de humo que indicaba la situación de la aldea de Grimpen. Entre las dos, detrás de la colina, se hallaba la casa de los Stapleton. Bañado por la dorada luz del atardecer todo parecía dulce, suave y pacífico y, sin embargo, mientras contemplaba el paisaje mi alma no compartía en absoluto la paz de la naturaleza, sino que se estremecía ante la imprecisión y el terror de aquel encuentro, más próximo a cada instante que pasaba. Con los nervios en tensión pero más decidido que nunca, me senté en un rincón del refugio y esperé con sombría paciencia la llegada de su ocupante.

Finalmente le oí. Desde lejos me llegó el ruido seco de una bota que golpeaba la piedra. Luego otro y otro, cada vez más cerca. Me acurruqué en mi rincón y amartillé el revólver en el bolsillo, decidido a no revelar mi presencia hasta ver al menos qué aspecto tenía el desconocido. Se produjo una pausa larga, lo que quería decir que mi hombre se había detenido. Luego, una vez más, los pasos se aproximaron y una sombra se proyectó sobre la entrada del refugio.

—Un atardecer maravilloso, mi querido Watson —dijo una voz que conocía muy bien—. Créame si le digo que estará usted más cómodo en el exterior que ahí dentro.

12. Muerte en el páramo

Durante unos instantes contuve la respiración, apenas capaz de dar crédito a mis oídos. Luego recobré los sentidos y la voz, al mismo tiempo que, como por ensalmo, el peso de una abrumadora responsabilidad pareció desaparecer de mis hombros. Aquella voz fría, incisiva, irónica, sólo podía pertenecer a una persona en todo el mundo.

—¡Holmes! —exclamé—. ¡Holmes!

—Salga —dijo— y, por favor, tenga cuidado con el revólver.

Me agaché bajo el tosco dintel y allí estaba, sentado sobre una piedra en el exterior del refugio, los ojos grises llenos de regocijo mientras captaban el asombro que reflejaban mis facciones. Mi amigo estaba muy flaco y fatigado, pero tranquilo y alerta, el afilado rostro tostado por el sol y curtido por el viento. Con el traje de tweed y la gorra de paño parecía uno de los turistas que visitan el páramo y, gracias al amor casi felino por la limpieza personal que era una de sus características, había logrado que sus mejillas estuvieran tan bien afeitadas y su ropa blanca tan inmaculada como si siguiera viviendo en Baker Street.

—Nunca me he sentido tan contento de ver a nadie en toda mi vida —dije mientras le estrechaba la mano con todas mis fuerzas.

—Ni tampoco más asombrado, ¿no es cierto?

—Así es, tengo que confesarlo.

—No ha sido usted el único sorprendido, se lo aseguro. Hasta llegar a veinte pasos de la puerta no tenía ni idea de que hubiera descubierto mi retiro provisional y menos aún de que estuviera dentro.

—¿Mis huellas, supongo?

—No, Watson; me temo que no estoy en condiciones de reconocer sus huellas

entre todas las demás. Si se propone usted de verdad sorprenderme, tendrá que cambiar de estanquero, porque cuando veo una colilla en la que se lee Bradley, Oxford Street, sé que mi amigo Watson se encuentra por los alrededores. Puede usted verla ahí, junto al sendero. Sin duda alguna se deshizo del cigarrillo en el momento crucial en que se abalanzó sobre el refugio vacío.

—Exacto.

—Eso pensé y, conociendo su admirable tenacidad, tenía la certeza de que estaba emboscado, con un arma al alcance de la mano, en espera de que regresara el ocupante del refugio. ¿De manera que creyó usted que era yo el criminal?

—No sabía quién se ocultaba aquí, pero estaba decidido a averiguarlo.

—¡Excelente, Watson! Y, ¿cómo me ha localizado? ¿Me vio quizá la noche en que Sir Henry y usted persiguieron al preso, cuando cometí la imprudencia de permitir que la luna se alzara por detrás de mí?

—Sí; le vi en aquella ocasión.

—Y, sin duda, ¿ha registrado usted todos los refugios hasta llegar a éste?

—No; alguien ha advertido los movimientos del muchacho que le trae la comida y eso me ha servido de guía para la búsqueda.

—Sin duda el anciano caballero con el telescopio. No conseguí entender de qué se trataba la primera vez que vi el reflejo del sol sobre la lente —se levantó y miró dentro del refugio—. Vaya, veo que Cartwright me ha traído algunas provisiones.

¿Qué dice el papel? De manera que ha estado usted en Coombe Tracey, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Para ver a la señora Laura Lyons?

—Así es.

—¡Bien hecho! Nuestras investigaciones han avanzado en líneas paralelas y

cuando sumemos los resultados espero obtener una idea bastante completa del caso.

—Bueno; yo me alegro en el alma de haberlo encontrado, porque a decir verdad la responsabilidad y el misterio estaban llegando a ser demasiado para mí. Pero, por el amor del cielo, ¿cómo es que ha venido usted aquí y qué es lo que ha estado haciendo? Creía que seguía en Baker Street, trabajando en ese caso de chantaje.

—Eso era lo que yo quería que pensara.

—¡Entonces me utiliza pero no tiene confianza en mí! —exclamé con cierta amargura—. Creía haber merecido que me tratara usted mejor, Holmes.

—Mi querido amigo, en ésta, como en otras muchas ocasiones, su ayuda me ha resultado inestimable y le ruego que me perdone si doy la impresión de haberle jugado una mala pasada. A decir verdad, lo he hecho en parte pensando en usted, porque lo que me empujó a venir y a examinar la situación en persona fue darme cuenta con toda claridad del peligro que corría. Si los hubiera acompañado a Sir Henry y a usted, mi punto de vista coincidiría por completo con el suyo, y mi presencia habría puesto sobre aviso a nuestros formidables antagonistas. De este otro modo me ha sido posible moverme como no habría podido hacerlo de vivir en la mansión, por lo que sigo siendo un factor desconocido en este asunto, listo para intervenir con eficacia en un momento crítico.

—Pero, ¿por qué mantenerme a oscuras?

—Que usted estuviera informado no nos habría servido de nada y podría haber descubierto mi presencia. Habría usted querido contarme algo o, llevado de su amabilidad, habría querido traerme esto o aquello para que estuviera más cómodo y de esa manera habríamos corrido riesgos innecesarios. Traje conmigo a Cartwright (sin duda recuerda usted al muchachito de la oficina de recaderos) que ha estado atendiendo a mis escasas necesidades: una barra de pan y un cuello limpio. ¿Para qué más? También me ha prestado un par de ojos suplementarios sobre unas piernas muy activas y ambas cosas me han sido inapreciables.

—¡En ese caso mis informes no le han servido de nada! —me tembló la voz y recordé las penalidades y el orgullo con que los había redactado.

Holmes se sacó unos papeles del bolsillo.

—Aquí están sus informes, mi querido amigo, que he estudiado muy a fondo, se lo aseguro. He arreglado muy bien las cosas y sólo me llegaban con un día de retraso. Tengo que felicitarle por el celo y la inteligencia de que ha hecho usted gala en un caso extraordinariamente difícil.

Todavía estaba bastante dolorido por el engaño de que había sido objeto, pero el calor de los elogios de Holmes me ablandó y además comprendí que tenía razón y que en realidad era mejor para nuestros fines que no me hubiera informado de su presencia en el páramo.

—Eso ya está mejor —dijo Holmes, al ver cómo desaparecía la sombra de mi rostro—. Y ahora cuénteme el resultado de su visita a la señora Laura Lyons; no me ha sido difícil adivinar que había ido usted a verla porque ya sabía que es la única persona de Coombe Tracey que podía sernos útil en este asunto. De hecho, si usted no hubiera ido hoy, es muy probable que mañana lo hubiera hecho yo.

El sol se había ocultado y la oscuridad se extendía por el páramo. El aire era frío y entramos en el refugio para calentamos. Allí, sentados en la penumbra, le conté a Holmes mi conversación con la dama. Se interesó tanto por mi relato que tuve que repetirle algunos fragmentos antes de que se diera por satisfecho.

—Todo eso es de gran importancia en este asunto tan complicado —dijo cuando terminé—, porque colma una laguna que yo había sido incapaz de llenar. Quizá está usted al corriente del trato íntimo que esa dama mantiene con Stapleton.

Lo ignoraba por completo.

—No existe duda alguna al respecto. Se ven, se escriben, hay un entendimiento total entre ambos. Y esto coloca en nuestras manos un arma muy poderosa. Si pudiéramos utilizarla para separar a su mujer...

—¿Su mujer?

—Déjeme que le dé alguna información a cambio de toda la que usted me ha proporcionado. La dama que se hace pasar por la señorita Stapleton es en realidad esposa del naturalista.

—¡Cielo santo, Holmes! ¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Cómo ha permitido

ese hombre que Sir Henry se enamore de ella?

—El enamoramiento de Sir Henry sólo puede perjudicar al mismo baronet. Stapleton ha tenido buen cuidado de que Sir Henry no haga el amor a su mujer, como usted ha tenido ocasión de comprobar. Le repito que la dama de que hablamos es su esposa y no su hermana.

—Pero, ¿cuál es la razón de un engaño tan complicado?

—Prever que le resultaría mucho más útil presentarla como soltera.

Todas mis dudas silenciadas y mis vagas sospechas tomaron repentinamente forma concentrándose en el naturalista, en aquel hombre impasible, incoloro, con su sombrero de paja y su cazamariposas. Me pareció descubrir algo terrible: un ser de paciencia y habilidad infinitas, de rostro sonriente y corazón asesino.

—¿Es él, entonces, nuestro enemigo? ¿Es él quien nos siguió en Londres?

—Así es como yo leo el enigma.

—Y el aviso..., ¡tiene que haber venido de ella!

—Exacto.

En medio de la oscuridad que me había rodeado durante tanto tiempo empezaba a perfilarse el contorno de una monstruosa villanía, mitad vista, mitad adivinada.

—Pero, ¿está usted seguro de eso, Holmes? ¿Cómo sabe que esa mujer es su esposa?

—Porque el día que usted lo conoció cometió la torpeza de contarle un fragmento auténtico de su autobiografía, torpeza que, me atrevería a afirmar, ha lamentado muchas veces desde entonces. Es cierto que fue en otro tiempo profesor en el norte de Inglaterra. Ahora bien, no hay nada tan fácil de rastrear como un profesor. Existen agencias académicas que permiten identificar a cualquier persona que haya ejercido la docencia. Una pequeña investigación me permitió descubrir cómo un colegio se había venido abajo en circunstancias atroces, y cómo su propietario (el apellido era entonces diferente) había desaparecido junto con su esposa. La descripción coincidía. Cuando supe que el desaparecido se dedicaba a la entomología, no me quedó ninguna duda.

La oscuridad se aclaraba, pero aún quedaban muchas cosas ocultas por las sombras.

—Si esa mujer es de verdad su esposa, ¿qué papel corresponde a la señora Lyons en todo esto? —pregunté.

—Ese es uno de los puntos sobre los que han arrojado luz sus investigaciones. Su entrevista con ella ha aclarado mucho la situación. Yo no tenía noticia del proyecto de divorcio. En ese caso, y creyendo que Stapleton era soltero, la señora Lyons pensaba sin duda convertirse en su esposa.

—Y, ¿cuándo sepa la verdad?

—Llegado el momento podrá sernos útil. Quizá nuestra primera tarea sea verla mañana, los dos juntos. ¿No le parece, Watson, que lleva demasiado tiempo lejos de la persona que le ha sido confiada? En este momento debería estar usted en la mansión de los Baskerville.

En el occidente habían desaparecido los últimos jirones rojos y la noche se había adueñado del páramo. Unas cuantas estrellas brillaban débilmente en el cielo color violeta.

—Una última pregunta, Holmes —dije, mientras me ponía en pie—. Sin duda no

hay ninguna necesidad de secreto entre usted y yo. ¿Qué sentido tiene todo esto?

¿Qué es lo que se propone Stapleton?

Mi amigo bajó la voz al responder:

—Se trata de asesinato, Watson; de asesinato refinado, a sangre fría, lleno de premeditación. No me pida detalles. Mis redes se están cerrando en torno suyo como las de Stapleton tienen casi apresado a Sir Henry, pero con la ayuda que usted me ha prestado, Watson, lo tengo casi a mi merced. Tan sólo nos amenaza un peligro: la posibilidad de que golpee antes de que estemos preparados. Un día más, dos como mucho, y el caso estará resuelto, pero hasta entonces ha de proteger usted al hombre que tiene a su cargo con la misma dedicación con que una madre amante cuida de su hijito enfermo. Su expedición de hoy ha quedado plenamente justificada y, sin embargo, casi desearía que no hubiera dejado solo a Sir Henry. ¡Escuche!

Un alarido terrible, un grito prolongado de horror y de angustia había brotado del silencio del páramo. Aquel sonido espantoso me heló la sangre en las venas.

—¡Dios mío! —dije con voz entrecortada—. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué es lo que significa?

Holmes se había puesto en pie de un salto y su silueta atlética se recortó en la puerta del refugio, los hombros inclinados, la cabeza adelantada, escudriñando la oscuridad.

—¡Silencio! —susurró—. ¡Silencio!

El grito nos había llegado con claridad debido a su vehemencia, pero procedía de un lugar lejano de la llanura en tinieblas. De nuevo estalló en nuestros oídos, más cercano, más intenso, más perentorio que antes.

—¿De dónde viene? —susurró Holmes; y supe, por el temblor de su voz, que también él, el hombre de hierro, se había estremecido hasta lo más hondo—. ¿De dónde viene, Watson?

—De allí, me parece —dije señalando hacia la oscuridad.

—¡No, de allí!

De nuevo el grito de angustia se extendió por el silencio de la noche, más intenso y más cercano que nunca. Y un nuevo ruido mezclado con él, un fragor hondo y contenido, musical y sin embargo amenazador, que se alzaba y descendía como el murmullo constante y profundo del mar.

—¡El sabueso! —exclamó Holmes—. ¡Vamos, Watson, vamos! ¡No quiera Dios que lleguemos tarde!

Mi amigo corría ya por el páramo a gran velocidad y yo le seguí inmediatamente. Pero ahora surgió, de algún lugar entre las anfractuosidades del terreno que se hallaba inmediatamente frente a nosotros, un último alarido de desesperación y luego un ruido sordo producido por algo pesado. Nos detuvimos y escuchamos. Ningún nuevo sonido quebró el denso silencio de la noche sin viento.

Vi que Holmes se llevaba la mano a la frente, como un hombre que ha perdido el

dominio sobre sí mismo, y que golpeaba el suelo con el pie.

—Nos ha vencido, Watson. Hemos llegado demasiado tarde.

—No, no, ¡es imposible!

—Mi estupidez por no atacar antes. Y usted, Watson, ¡vea lo que sucede por dejar solo a Sir Henry! Pero, el cielo me es testigo, ¡si ha sucedido lo peor, lo vengaremos!

Corrimos a ciegas en la oscuridad, tropezando contra las rocas, abriéndonos camino entre matas de aulaga, jadeando colinas arriba y precipitándonos pendientes abajo, siempre en la dirección de donde nos habían llegado aquellos gritos espantosos. En todas las elevaciones Holmes miraba atentamente a su alrededor, pero las sombras se espesaban sobre el páramo y no había el menor movimiento en su monótona superficie.

—¿Ve usted algo?

—Nada.

—¡Escuche! ¿Qué es eso?

Un débil gemido había llegado hasta nuestros oídos. ¡Y luego una vez más a nuestra izquierda! Por aquel lado una hilera de rocas terminaba en un farallón cortado a pico. Abajo, sobre las piedras, divisamos un objeto oscuro, de forma irregular. Al acercarnos corriendo la silueta imprecisa adquirió contornos definidos. Era un hombre caído boca abajo, con la cabeza doblada bajo el cuerpo en un ángulo horrible, los hombros curvados y el cuerpo encogido como si se dispusiera a dar una vuelta de campana. La postura era tan grotesca que tardé unos momentos en comprender que había muerto al exhalar aquel último gemido. Porque ya no nos llegaba ni un susurro, ni el más pequeño movimiento, de la figura en sombra sobre la que nos inclinábamos. Holmes lo tocó y enseguida retiró la mano con una exclamación de horror. El resplandor de un fósforo permitió ver que se había manchado los dedos de sangre, así como el espantoso charco que crecía lentamente y que brotaba del cráneo aplastado de la víctima. Y algo más que nos llenó de desesperación y de desánimo: ¡se trataba del cuerpo de Sir Henry Baskerville!

Era imposible que ninguno de los dos olvidara aquel peculiar traje rojizo de

tweed: el mismo que llevaba la mañana que se presentó en Baker Street. Lo vimos un momento con claridad y enseguida el fósforo parpadeó y se apagó, de la misma manera qué la esperanza había abandonado nuestras almas. Holmes gimió y su rostro adquirió un tenue resplandor blanco a pesar de la oscuridad.

—¡Fiera asesina! —exclamé, apretando los puños—. ¡Ah, Holmes, nunca me perdonaré haberlo abandonado a su destino!

—Yo soy más culpable que usted, Watson. Con el fin de dejar el caso bien rematado y completo, he permitido que mi cliente perdiera la vida. Es el peor golpe que he recibido en mi carrera. Pero, ¿cómo iba yo a saber, cómo podía saber, que fuese a arriesgar la vida a solas en el páramo, a pesar de todas mis advertencias?

—¡Pensar que hemos oído sus alaridos, y qué alaridos, Dios mío, sin ser capaces de salvarlo! ¿Dónde está ese horrendo sabueso que lo ha llevado a la muerte? Quizá se esconda detrás de aquellas rocas en este instante. Y Stapleton, ¿dónde está Stapleton? Tendrá que responder por este crimen.

—Lo hará. Me encargaré de ello. Tío y sobrino han sido asesinados: el primero muerto de miedo al ver a la bestia que él creía sobrenatural y el segundo empujado a la destrucción en su huida desesperada para escapar de ella. Pero ahora tenemos que demostrar la conexión entre el hombre y el animal. Si no fuera por el testimonio de nuestros oídos, ni siquiera podríamos jurar que existe el sabueso, dado que Sir Henry ha muerto a consecuencia de la caída. Pero pongo al cielo por testigo de que a pesar de toda su astucia, ¡ese individuo estará en mi poder antes de veinticuatro horas!

Nos quedamos inmóviles con el corazón lleno de amargura a ambos lados del cuerpo destrozado, abrumados por aquel repentino e irreparable desastre que había puesto tan lamentable fin a nuestros largos y fatigosos esfuerzos. Luego, mientras salía la luna, trepamos a las rocas desde cuya cima había caído nuestro pobre amigo y contemplamos el páramo en sombras, mitad plata y mitad oscuridad. Muy lejos, a kilómetros de distancia en la dirección de Grimpen, brillaba constante una luz amarilla. Únicamente podía venir de la casa solitaria de los Stapleton. Mientras la miraba agité el puño y dejé escapar una amarga maldición.

—¿Por qué no lo detenemos ahora mismo?

—Nuestro caso no está terminado. Ese individuo es extraordinariamente cauteloso y astuto. No cuenta lo que sabemos sino lo que podemos probar. Un solo movimiento en falso y quizá se nos escape aún ese bellaco.

—¿Qué podemos hacer?

—Mañana no nos faltarán ocupaciones. Esta noche sólo nos queda rendir un último tributo a nuestro pobre amigo. Juntos descendimos de nuevo la escarpada pendiente y nos acercamos al cadáver, que se recortaba como una mancha negra sobre las piedras plateadas. La angustia que revelaban aquellos miembros dislocados me provocó un espasmo de dolor y las lágrimas me enturbiaron los ojos.

—¡Hemos de pedir ayuda, Holmes! No es posible llevarlo desde aquí hasta la mansión. ¡Cielo santo! ¿Se ha vuelto loco?

Mi amigo había lanzado una exclamación al tiempo que se inclinaba sobre el cuerpo. Y ahora bailaba y reía y me estrechaba la mano. ¿Era aquél el Sherlock Holmes severo y reservado que yo conocía? ¡Cuánto fuego escondido!

—¡Una barba! ¡Una barba! ¡El muerto tiene barba!

—¿Barba?

—No es el baronet..., es..., ¡mi vecino, el preso fugado! Con febril precipitación dimos la vuelta al cadáver, y la barba goteante apuntaba a la luna, clara y fría. No había la menor duda sobre los abultados arcos supraorbitales y los hundidos ojos de aspecto bestial. Se trataba del mismo rostro que me había mirado con cólera a la luz de la vela por encima de la roca: el rostro de Selden, el criminal.

Luego, en un instante, lo entendí todo. Recordé que el baronet había regalado a Barrymore sus viejas prendas de vestir. El mayordomo se las había traspasado a Selden para facilitarle la huida. Botas, camisa, gorra: todo era de Sir Henry. La tragedia seguía siendo espantosa, pero, al menos de acuerdo con las leyes de su país, aquel hombre había merecido la muerte. Con el corazón rebosante de agradecimiento y de alegría expliqué a Holmes lo que había sucedido.

—De modo que ese pobre desgraciado ha muerto por llevar la ropa del baronet — dijo mi amigo—. Al sabueso se le ha entrenado mediante alguna prenda de Sir Henry (la bota que le desapareció en el hotel, con toda probabilidad) y por

eso ha acorralado a este hombre. Hay, sin embargo, una cosa muy extraña: dada la oscuridad de la noche, ¿cómo llegó Selden a saber que el sabueso seguía su rastro?

—Lo oyó.

—Oír a un sabueso en el páramo no habría asustado a un hombre como él hasta el punto de exponerse a una nueva captura a causa de sus frenéticos alaridos pidiendo ayuda. Si nos guiamos por sus gritos, aún corrió mucho tiempo después de saber que el animal lo perseguía. ¿Cómo lo supo?

—Para mí es un misterio todavía mayor por qué ese sabueso, suponiendo que todas nuestras conjeturas sean correctas...

—Yo no supongo nada.

—Bien, pero ¿por qué tendría que estar suelto ese animal precisamente esta noche? Imagino que no siempre anda libre por el páramo. Stapleton no lo habría dejado salir sin buenas razones para pensar que iba a encontrarse con Sir Henry.

—Mi dificultad es la más ardua de las dos, porque creo que muy pronto encontraremos una explicación para la suya, mientras que la mía quizá siga siendo siempre un misterio. Ahora el problema es, ¿qué vamos a hacer con el cuerpo de este pobre desgraciado? No podemos dejarlo aquí a merced de los zorros y de los cuervos.

—Sugiero que lo metamos en uno de los refugios hasta que podamos informar a la policía.

—De acuerdo. Estoy seguro de que podremos trasladarlo entre los dos. ¡Caramba, Watson! ¿Qué es lo que veo? Nuestro hombre en persona. ¡Fantástico! ¡No cabe mayor audacia! Ni una palabra que revele lo que sabemos; ni una palabra, o mis planes se vienen abajo.

Una figura se acercaba por el páramo, acompañada del débil resplandor rojo de un cigarro puro. La luna brillaba en lo alto del cielo y me fue posible distinguir el aspecto atildado y el caminar desenvuelto del naturalista. Stapleton se detuvo al vernos, pero sólo unos instantes.

—Vaya, doctor Watson; me cuesta trabajo creer que sea usted, la última persona

que hubiera esperado encontrar en el páramo a estas horas de la noche. Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¿Alguien herido? ¡No! ¡No me diga que se trata de nuestro amigo Sir Henry!

Pasó precipitadamente a mi lado para agacharse junto al muerto. Le oí hacer una brusca inspiración y el cigarro se le cayó de la mano.

—¿Quién..., quién es este individuo? —tartamudeó.

—Es Selden, el preso fugado de Princetown.

Al volverse hacia nosotros la expresión de Stapleton era espantosa, pero, con un supremo esfuerzo, logró superar su asombro y su decepción. Luego nos miró inquisitivamente a los dos.

—¡Cielo santo! ¡Qué cosa tan espantosa! ¿Cómo ha muerto?

—Parece haberse roto el cuello al caer desde aquellas rocas. Mi amigo y yo paseábamos por el páramo cuando oímos un grito.

—Yo también oí un grito. Eso fue lo que me hizo salir. Estaba intranquilo a causa de Sir Henry.

—¿Por qué acerca de Sir Henry en particular? —no pude por menos de preguntar.

—Porque le había propuesto que viniera a mi casa. Me sorprendió que no se presentara y, como es lógico, me alarmé al oír gritos en el páramo. Por cierto —sus ojos escudriñaron de nuevo mi rostro y el de Holmes—, ¿han oído alguna otra cosa además de un grito?

—No —dijo Holmes—, ¿y usted?

—Tampoco.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

—Bueno, ya conoce las historias de los campesinos acerca de un sabueso fantasmal. Según cuentan se le oye de noche en el páramo. Me preguntaba si en esta ocasión habría alguna prueba de un sonido así.

—No hemos oído nada —dije.

—Y, ¿cuál es su teoría sobre la muerte de este pobre desgraciado?

—No me cabe la menor duda de que la ansiedad y las inclemencias del tiempo le han hecho perder la cabeza. Ha echado a correr por el páramo enloquecido y ha terminado por caerse desde ahí y romperse el cuello.

—Parece la teoría más razonable —dijo Stapleton, acompañando sus palabras con un suspiro que a mí me pareció de alivio—. ¿Cuál es su opinión, señor Holmes?

Mi amigo hizo una inclinación de cabeza a manera de cumplido.

—Identifica usted muy pronto a las personas —dijo.

—Le hemos estado esperando desde que llegó el doctor Watson. Ha venido usted a tiempo de presenciar una tragedia.

—Así es, efectivamente. No tengo la menor duda de que la explicación de mi amigo se ajusta plenamente a los hechos. Mañana volveré a Londres con un desagradable recuerdo.

—¿Regresa usted mañana?

—Ésa es mi intención.

—Espero que su visita haya arrojado alguna luz sobre estos acontecimientos que tanto nos han desconcertado.

Holmes se encogió de hombros.

—No siempre se consigue el éxito deseado. Un investigador necesita hechos, no leyendas ni rumores. No ha sido un caso satisfactorio.

Mi amigo hablaba con su aire más sincero y despreocupado. Stapleton seguía mirándolo con gran fijeza. Luego se volvió hacia mí.

—Les sugeriría que trasladásemos a este pobre infeliz a mi casa, pero mi hermana se asustaría tanto que no me parece que esté justificado. Creo que si le

cubrimos el rostro estará seguro hasta mañana.

Así lo hicimos. Después de rechazar la hospitalidad que Stapleton nos ofrecía, Holmes y yo nos dirigimos hacia la mansión de los Baskerville, dejando que el naturalista regresara solo a su casa. Al volver la vista vimos cómo se alejaba lentamente por el ancho páramo y, detrás de él, la mancha negra sobre la pendiente plateada que mostraba el sitio donde yacía el hombre que había tenido tan horrible fin.

—¡Ya era hora de que nos viéramos las caras! —dijo Holmes mientras caminábamos juntos por el páramo—. ¡Qué gran dominio de sí mismo!

Extraordinaria su recuperación después del terrible golpe que le ha supuesto descubrir cuál había sido la verdadera víctima de su intriga. Ya se lo dije en Londres, Watson, y se lo repito ahora: nunca hemos encontrado otro enemigo más digno de nuestro acero.

—Siento que le haya visto, Holmes.

—Al principio también lo he sentido yo. Pero no se podía evitar.

—¿Qué efecto cree que tendrá sobre sus planes?

—Puede hacerle más cauteloso o empujarlo a decisiones desesperadas. Como la mayor parte de los criminales inteligentes, quizá confíe demasiado en su ingenio y se imagine que nos ha engañado por completo.

—¿Por qué no lo detenemos inmediatamente?

—Mi querido Watson, no hay duda de que nació usted para hombre de acción. Su instinto le lleva siempre a hacer algo enérgico. Pero supongamos, como simple hipótesis, que hacemos que lo detengan esta noche, ¿qué es lo que sacaríamos en limpio? No podemos probar nada contra él. ¡En eso estriba su astucia diabólica! Si actuara por medio de un agente humano podríamos obtener alguna prueba, pero aunque lográramos sacar a ese enorme perro a la luz del día, seguiríamos sin poder colocar a su amo una cuerda alrededor del cuello.

—Estoy seguro de que disponemos de pruebas suficientes.

—Ni muchísimo menos: tan sólo de suposiciones y conjeturas. Seríamos el

hazmerreír de un tribunal si nos presentáramos con semejante historia y con semejantes pruebas.

—Está la muerte de Sir Charles.

—No se encontró en su cuerpo la menor señal de violencia. Usted y yo sabemos que murió de miedo y sabemos también qué fue lo que le asustó, pero, ¿cómo vamos a conseguir que doce jurados impasibles también lo crean? ¿Qué señales hay de un sabueso? ¿Dónde están las huellas de sus colmillos? Sabemos, por supuesto, que un sabueso no muerde un cadáver y que Sir Charles estaba muerto antes de que el animal lo alcanzara. Pero todo eso tenemos que probarlo y no estamos en condiciones de hacerlo.

—¿Y qué me dice de lo que ha sucedido esta noche?

—No salimos mucho mejor parados. Una vez más no existe conexión directa entre el sabueso y la muerte de Selden. No hemos visto al animal en ningún momento. Lo hemos oído, es cierto; pero no podemos probar que siguiera el rastro del preso. No hay que olvidar, además, la total ausencia de motivo. No, mi querido Watson; hemos de reconocer que en el momento actual carecemos de las pruebas necesarias y también que merece la pena correr cualquier riesgo con tal de conseguirlas.

—Y, ¿cómo se propone usted lograrlas?

—Espero mucho de la ayuda que nos preste la señora Laura Lyons cuando sepa exactamente cómo están las cosas. Y cuento además con mi propio plan. No hay que preocuparse del mañana, porque a cada día le basta su malicia[1], pero no pierdo la esperanza de que antes de veinticuatro horas hayamos ganado la batalla.

No logré que me dijera nada más y hasta que llegamos a las puertas de la mansión de los Baskerville siguió perdido en sus pensamientos.

—¿Va usted a entrar?

—Sí; no veo razón alguna para seguir escondiéndome. Pero antes una última advertencia, Watson. Ni una palabra del sabueso a Sir Henry. Para él Selden ha muerto como Stapleton quisiera que creyéramos. Se enfrentará con más tranquilidad a la dura prueba que le espera mañana, puesto que se ha

comprometido, si recuerdo correctamente su informe, a cenar con esas personas.

—Yo debo acompañarlo.

—Tendrá que disculparse, porque Sir Henry ha de ir solo. Eso lo arreglaremos sin dificultad. Y ahora creo que los dos necesitaremos un tentempié en el caso de que lleguemos demasiado tarde para la cena.

[1] Alusión a San Mateo 6,34.

13. Preparando las redes

Más que sorprenderse, Sir Henry se alegró de ver a Sherlock Holmes, porque esperaba, desde varios días atrás, que los recientes acontecimientos lo trajeran de Londres. Alzó sin embargo las cejas cuando descubrió que mi amigo llegaba sin equipaje y no hacía el menor esfuerzo por explicar su falta. Entre el baronet y yo muy pronto proporcionamos a Holmes lo que necesitaba y luego, durante nuestro tardío tentempié, explicamos al baronet todo aquello que parecía deseable que supiera. Pero antes me correspondió la desagradable tarea de comunicar a Barrymore y a su esposa la noticia de la muerte de Selden. Para el mayordomo quizá fuera un verdadero alivio, pero su mujer lloró amargamente, cubriéndose el rostro con el delantal. Para el resto del mundo Selden era el símbolo de la violencia, mitad animal, mitad demonio; pero para su hermana mayor seguía siendo el niñito caprichoso de su adolescencia, el pequeño que se aferraba a su mano. Muy perverso ha de ser sin duda el hombre que no tenga una mujer que llore su muerte.

—No he hecho otra cosa que sentirme abatido desde que Watson se marchó por la mañana —dijo el baronet—. Imagino que se me debe reconocer el mérito, porque he cumplido mi promesa. Si no hubiera jurado que no saldría solo, podría haber pasado una velada más entretenida, porque Stapleton me envió un recado para que fuese a visitarlo.

—No tengo la menor duda de que habría pasado una velada más animada —dijo Holmes con sequedad—. Por cierto, no sé si se da cuenta de que durante algún tiempo hemos lamentado su muerte, convencidos de que tenía el cuello roto. Sir Henry abrió mucho los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Ese pobre infeliz llevaba puesta su ropa desechada. Temo que el criado que se la dio tenga dificultades con la policía.

—No es probable. Esas prendas carecían de marcas, si no recuerdo mal.

—Es una suerte para él..., de hecho es una suerte para todos ustedes, ya que todos han transgredido la ley. Me pregunto si, en mi calidad de detective concienzudo, no me correspondería arrestar a todos los habitantes de la casa. Los informes de Watson son unos documentos sumamente comprometedores.

—Pero, dígame, ¿cómo va el caso? —preguntó el baronet—. ¿Ha encontrado usted algún cabo que permita desenredar este embrollo? Creo que ni Watson ni yo sabemos ahora mucho más de lo que sabíamos al llegar de Londres.

—Me parece que dentro de poco estaré en condiciones de aclararle en gran medida la situación. Ha sido un asunto extraordinariamente difícil y complicado. Quedan varios puntos sobre los que aún necesitamos nuevas luces, pero llevaremos el caso a buen término de todos modos.

—Como sin duda Watson le habrá contado ya, hemos tenido una extraña experiencia. Oímos al sabueso en el páramo, por lo que estoy dispuesto a jurar que no todo es superstición vacía. Tuve alguna relación con perros cuando viví en el Oeste americano y reconozco sus voces cuando las oigo. Si es usted capaz de poner a ése un bozal y de atarlo con una cadena, estaré dispuesto a afirmar que es el mejor detective de todos los tiempos.

—No abrigo la menor duda de que le pondré el bozal y la cadena si usted me ayuda.

—Haré todo lo que me diga.

—De acuerdo, pero le voy a pedir además que me obedezca a ciegas, sin preguntar las razones.

—Como usted quiera.

—Si lo hace, creo que son muchas las probabilidades de que resolvamos muy pronto nuestro pequeño problema. No tengo la menor duda...

Holmes se interrumpió de pronto y miró fijamente al aire por encima de mi cabeza. La luz de la lámpara le daba en la cara y estaba tan embebido y tan inmóvil que su rostro podría haber sido el de una estatua clásica, una personificación de la vigilancia y de la expectación.

—¿Qué sucede? —exclamamos Sir Henry y yo.

Comprendí inmediatamente cuando bajó la vista que estaba reprimiendo una emoción intensa. Sus facciones mantenían el sosiego, pero le brillaban los ojos, jubilosos y divertidos.

—Perdonen la admiración de un experto —dijo señalando con un gesto de la mano la colección de retratos que decoraba la pared frontera—. Watson niega que yo tenga conocimientos de arte, pero no son más que celos, porque nuestras opiniones sobre esa materia difieren. A decir verdad, posee usted una excelente colección de retratos.

—Vaya, me agrada oírselo decir —replicó Sir Henry, mirando a mi amigo con algo de sorpresa—. No pretendo saber mucho de esas cosas y soy mejor juez de caballos o de toros que de cuadros. E ignoraba que encontrara usted tiempo para cosas así.

—Sé lo que es bueno cuando lo veo y ahora lo estoy viendo. Me atrevería a jurar que la dama vestida de seda azul es obra de Kneller y el caballero fornido de la peluca, de Reynolds. Imagino que se trata de retratos de familia.

—Absolutamente todos.

—¿Sabe quiénes son?

—Barrymore me ha estado dando clases particulares y creo que ya me encuentro en condiciones de pasar con éxito el examen.

—¿Quién es el caballero del telescopio?

—El contraalmirante Baskerville, que estuvo a las órdenes de Rodney en las Antillas. El de la casaca azul y el rollo de documentos es Sir William Baskerville, presidente de los comités de la Cámara de los Comunes en tiempos de Pitt.

—¿Y el que está frente a mí, el partidario de Carlos I con el terciopelo negro y los encajes?

—Ah; tiene usted todo el derecho a estar informado, porque es la causa de nuestros problemas. Se trata del malvado Hugo, que puso en movimiento al sabueso de los Baskerville. No es probable que nos olvidemos de él.

Contemplé el retrato con interés y cierta sorpresa.

—¡Caramba! —dijo Holmes—, parece un hombre tranquilo y de buenas costumbres, pero me atrevo a decir que había en sus ojos un demonio escondido. Me lo había imaginado como una persona más robusta y de aire más rufianesco.

—No hay la menor duda sobre su autenticidad, porque por detrás del lienzo se indican el nombre y la fecha, 1647.

Holmes no dijo apenas nada más, pero el retrato del juerguista de otros tiempos parecía fascinarle, y no apartó los ojos de él durante el resto de la comida. Tan sólo más tarde, cuando Sir Henry se hubo retirado a su habitación, pude seguir el hilo de sus pensamientos. Holmes me llevó de nuevo al refectorio y alzó la vela que llevaba en la mano para iluminar aquel retrato manchado por el paso del tiempo.

—¿Ve usted algo especial?

Contemplé el ancho sombrero adornado con una pluma, los largos rizos que caían sobre las sienes, el cuello blanco de encaje y las facciones austeras y serias que quedaban enmarcadas por todo el conjunto. No era un semblante brutal, sino remilgado, duro y severo, con una boca firme de labios muy delgados y ojos fríos e intolerantes.

—¿Se parece a alguien que usted conozca?

—Hay algo de Sir Henry en la mandíbula.

—Tan sólo una pizca, quizá. Pero, ¡aguarde un instante! Holmes se subió a una silla y, alzando la luz con la mano izquierda, dobló el brazo derecho para tapar con él el sombrero y los largos rizos.

—¡Dios del cielo! —exclamé, sin poder ocultar mi asombro.

En el lienzo había aparecido el rostro de Stapleton.

—¡Ajá! Ahora lo ve ya. Tengo los ojos entrenados para examinar rostros y no sus adornos. La primera virtud de un investigador criminal es ver a través de un disfraz.

—Es increíble. Podría ser su retrato.

—Sí; es un caso interesante de salto atrás en el cuerpo y en el espíritu. Basta un estudio de los retratos de una familia para convencer a cualquiera de la validez de la doctrina de la reencarnación. Ese individuo es un Baskerville, no cabe la menor duda.

—Y con intenciones muy definidas acerca de la sucesión.

—Exacto. Gracias a ese retrato encontrado por casualidad, disponemos de un eslabón muy importante que todavía nos faltaba. Ahora ya es nuestro, Watson, y me atrevo a jurar que antes de mañana por la noche estará revoloteando en nuestra red tan impotente como una de sus mariposas. ¡Un alfiler, un corcho y una tarjeta y lo añadiremos a la colección de Baker Street.

Holmes lanzó una de sus infrecuentes carcajadas mientras se alejaba del retrato. No le he oído reír con frecuencia, pero siempre ha sido un mal presagio para alguien.

A la mañana siguiente me levanté muy pronto, pero Holmes se me había adelantado, porque mientras me vestía vi que regresaba hacia la casa por la avenida.

—Sí, hoy vamos a tener una jornada muy completa —comentó, mientras el júbilo que le producía entrar en acción le hacía frotarse las manos—. Las redes están en su sitio y vamos a iniciar el arrastre. Antes de que acabe el día sabremos si hemos pescado nuestro gran lucio de mandíbula estrecha o si se nos ha escapado entre las mallas.

—¿Ha estado usted ya en el páramo?

—He enviado un informe a Princetown desde Grimpen relativo a la muerte de Selden. Tengo la seguridad de que no los molestarán a ustedes. También me he entrevistado con mi fiel Cartwright, que ciertamente habría languidecido a la puerta de mi refugio como un perro junto a la tumba de su amo si no le hubiera hecho saber que me hallaba sano y salvo.

—¿Cuál es el próximo paso?

—Ver a Sir Henry. Ah, ¡aquí está ya!

—Buenos días, Holmes —dijo el baronet—. Parece usted un general que planea la batalla con el jefe de su estado mayor.

—Ésa es exactamente la situación. Watson estaba pidiéndome órdenes.

—Lo mismo hago yo.

—Muy bien. Esta noche está usted invitado a cenar, según tengo entendido, con nuestros amigos los Stapleton.

—Espero que también venga usted. Son unas personas muy hospitalarias y estoy seguro de que se alegrarán de verlo.

—Mucho me temo que Watson y yo hemos de regresar a Londres.

—¿A Londres?

—Sí; creo que en el momento actual hacemos más falta allí que aquí.

Al baronet se le alargó la cara de manera perceptible.

—Tenía la esperanza de que me acompañaran ustedes hasta el final de este asunto. La mansión y el páramo no son unos lugares muy agradables cuando se está solo.

—Mi querido amigo, tiene usted que confiar plenamente en mí y hacer exactamente lo que yo le diga. Explique a sus amigos que nos hubiera encantado acompañarlo, pero que un asunto muy urgente nos obliga a volver a Londres. Esperamos regresar enseguida. ¿Se acordará usted de transmitirles ese mensaje?

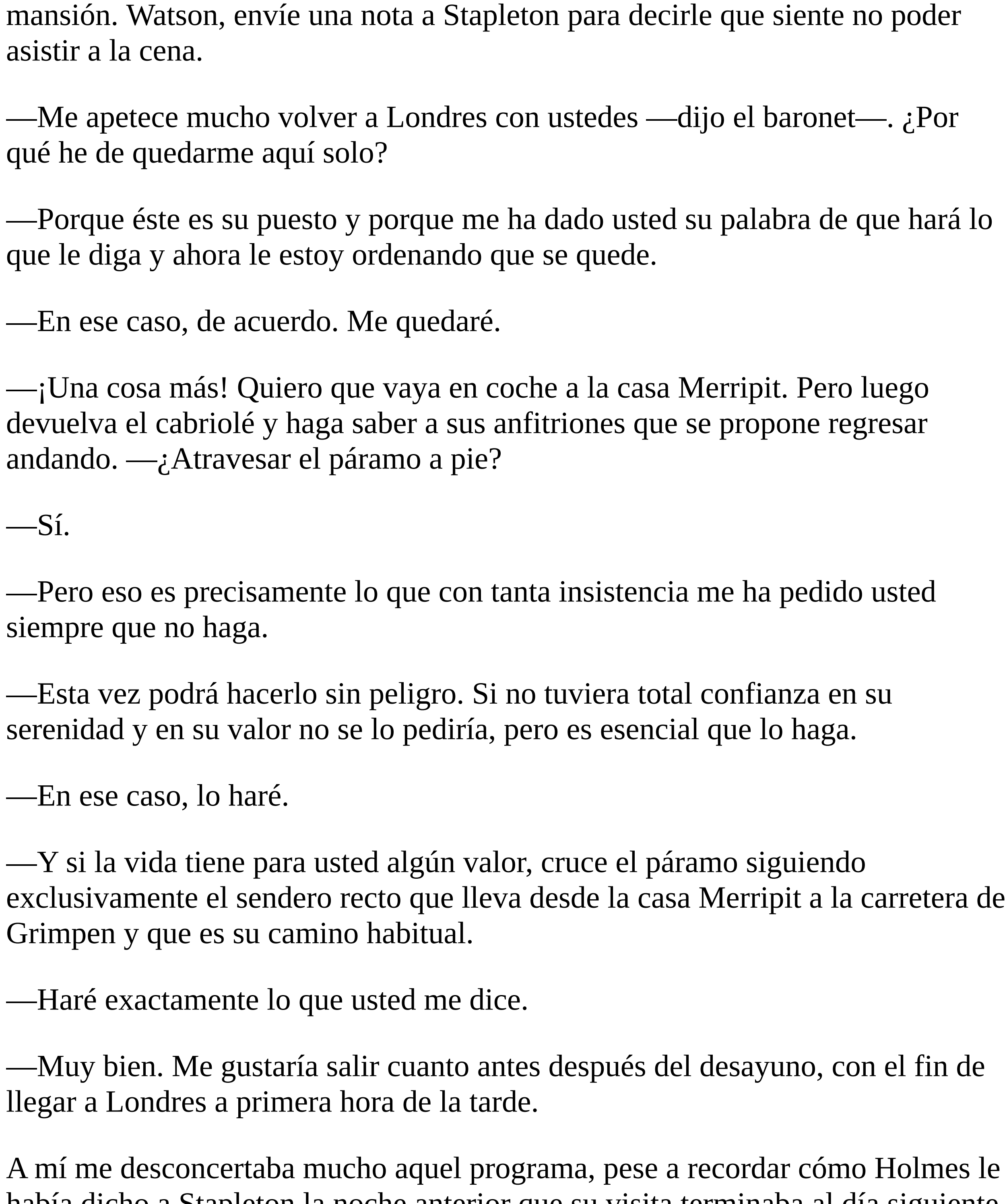
—Si insiste usted en ello...

—No hay otra alternativa, se lo aseguro.

El ceño fruncido del baronet me hizo saber que estaba muy afectado porque creía que nos disponíamos a abandonarlo.

—¿Cuándo desean ustedes marcharse? —preguntó fríamente.

—Inmediatamente después del desayuno. Pasaremos antes por Coombe Tracey, pero mi amigo dejará aquí sus cosas como garantía de que regresará a la



mansión. Watson, envíe una nota a Stapleton para decirle que siente no poder asistir a la cena.

—Me apetece mucho volver a Londres con ustedes —dijo el baronet—. ¿Por qué he de quedarme aquí solo?

—Porque éste es su puesto y porque me ha dado usted su palabra de que hará lo que le diga y ahora le estoy ordenando que se quede.

—En ese caso, de acuerdo. Me quedaré.

—¡Una cosa más! Quiero que vaya en coche a la casa Merripit. Pero luego devuelva el cabriolé y haga saber a sus anfitriones que se propone regresar andando. —¿Atravesar el páramo a pie?

—Sí.

—Pero eso es precisamente lo que con tanta insistencia me ha pedido usted siempre que no haga.

—Esta vez podrá hacerlo sin peligro. Si no tuviera total confianza en su serenidad y en su valor no se lo pediría, pero es esencial que lo haga.

—En ese caso, lo haré.

—Y si la vida tiene para usted algún valor, cruce el páramo siguiendo exclusivamente el sendero recto que lleva desde la casa Merripit a la carretera de Grimpen y que es su camino habitual.

—Haré exactamente lo que usted me dice.

—Muy bien. Me gustaría salir cuanto antes después del desayuno, con el fin de llegar a Londres a primera hora de la tarde.

A mí me desconcertaba mucho aquel programa, pese a recordar cómo Holmes le había dicho a Stapleton la noche anterior que su visita terminaba al día siguiente. No se me había pasado por la imaginación, sin embargo, que quisiera llevarme con él, ni entendía tampoco que pudiéramos ausentarnos los dos en un momento que el mismo Holmes consideraba crítico. Pero no se podía hacer otra cosa que obedecer ciegamente; de manera que dijimos adiós a nuestro cariacontecido

amigo y un par de horas después nos hallábamos en la estación de Coombe Tracey y habíamos despedido al cabriolé para que iniciara el regreso a la mansión. Un muchachito nos esperaba en el andén.

—¿Alguna orden, señor?

—Tienes que salir para Londres en este tren, Cartwright. Nada más llegar enviarás en mi nombre un telegrama a Sir Henry Baskerville para decirle que si encuentra el billetero que he perdido lo envíe a Baker Street por correo certificado.

—Sí, señor.

—Y ahora pregunta en la oficina de la estación si hay un mensaje para mí.

El chico regresó enseguida con un telegrama, que Holmes me pasó. Decía así:

«Telegrama recibido. Voy hacia allí con orden de detención sin firmar. Llegaré a las diecisiete cuarenta. LESTRADE».

—Es la respuesta al que envié esta mañana. Considero a Lestrade el mejor de los profesionales y quizá necesitemos su ayuda. Ahora, Watson, creo que la mejor manera de emplear nuestro tiempo es hacer una visita a su conocida, la señora Laura Lyons.

Su plan de campaña empezaba a estar claro. Iba a utilizar al baronet para convencer a los Stapleton de que nos habíamos ido, aunque en realidad regresaríamos en el momento crítico. El telegrama desde Londres, si Sir Henry lo mencionaba en presencia de los Stapleton, serviría para eliminar las últimas sospechas. Ya me parecía ver cómo nuestras redes se cerraban en torno al lucio de mandíbula estrecha.

La señora Laura Lyons estaba en su despacho, y Sherlock Holmes inició la entrevista con tanta franqueza y de manera tan directa que la hija de Frankland no pudo ocultar su asombro.

—Estoy investigando las circunstancias relacionadas con la muerte de Sir Charles Baskerville —dijo Holmes—. Mi amigo aquí presente, el doctor Watson, me ha informado de lo que usted le comunicó y también de lo que ha ocultado en relación con este asunto.

—¿Qué es lo que he ocultado? —preguntó la señora Lyons, desafiante.

—Ha confesado que solicitó de Sir Charles que estuviera junto al portillo a las diez en punto. Sabemos que el baronet encontró la muerte en ese lugar y a esa hora y sabemos también que usted ha ocultado la conexión entre esos sucesos.

—No hay ninguna conexión.

—En ese caso se trata de una coincidencia de todo punto extraordinaria. Pero espero que a la larga lograremos establecer esa conexión. Quiero ser totalmente sincero con usted, señora Lyons. Creemos estar en presencia de un caso de asesinato y las pruebas pueden acusar no sólo a su amigo, el señor Stapleton, sino también a su esposa. La dama se levantó violentamente del asiento.

—¡Su esposa! —exclamó.

—El secreto ha dejado de serlo. La persona que pasaba por ser su hermana es en realidad su esposa.

La señora Lyons había vuelto a sentarse. Apretaba con las manos los brazos del sillón y vi que las uñas habían perdido el color rosado a causa de la presión ejercida.

—¡Su esposa! —dijo de nuevo—. ¡Su esposa! No está casado.

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—¡Demuéstremelo! ¡Demuéstremelo! Y si lo hace... —el brillo feroz de sus ojos fue más elocuente que cualquier palabra.

—Vengo preparado —dijo Holmes sacando varios papeles del bolsillo—. Aquí tiene una fotografía de la pareja hecha en York hace cuatro años. Al dorso está escrito «El señor y la señora Vandeleur», pero no le costará trabajo identificar a Stapleton, ni tampoco a su pretendida hermana, si la conoce usted de vista. También dispongo de tres testimonios escritos, que proceden de personas de confianza, con descripciones del señor y de la señora Vandeleur, cuando se ocupaban del colegio particular St. Oliver. Léalas y dígame si le queda alguna duda sobre la identidad de esas personas.

La señora Lyons lanzó una ojeada a los papeles que le presentaba Sherlock

Holmes y luego nos miró con las rígidas facciones de una mujer desesperada.

—Señor Holmes —dijo—, ese hombre había ofrecido casarse conmigo si yo conseguía el divorcio. Me ha mentido, el muy canalla, de todas las maneras imaginables. Ni una sola vez me ha dicho la verdad. Y ¿por qué, por qué? Yo imaginaba que lo hacía todo por mí, pero ahora veo que sólo he sido un instrumento en sus manos. ¿Por qué tendría que mantener mi palabra cuando él no ha hecho más que engañarme? ¿Por qué tendría que protegerlo de las consecuencias de sus incalificables acciones? Pregúnteme lo que quiera: no le ocultaré nada. Una cosa sí le juro, y es que cuando escribí la carta nunca soñé que sirviera para hacer daño a aquel anciano caballero que había sido el más bondadoso de los amigos.

—No lo dudo, señora —dijo Sherlock Holmes—, y como el relato de todos esos acontecimientos podría serle muy doloroso, quizá le resulte más fácil escuchar el relato que voy a hacerle, para que me corrija cuando cometa algún error importante.

¿Fue Stapleton quien sugirió el envío de la carta?

—Él me la dictó.

—Supongo que la razón esgrimida fue que usted recibiría ayuda de Sir Charles para los gastos relacionados con la obtención del divorcio.

—En efecto.

—Y que luego, después de enviada la carta, la disuadió de que acudiera a la cita.

—Me dijo que se sentiría herido en su amor propio si cualquier otra persona proporcionaba el dinero para ese fin, y que a pesar de su pobreza consagraría hasta el último céntimo de que disponía para apartar los obstáculos que se interponían entre nosotros.

—Parece una persona muy consecuente. Y ya no supo usted nada más hasta que leyó en el periódico la noticia de la muerte de Sir Charles.

—Así fue.

—¿También le hizo jurar que no hablaría a nadie de su cita con Sir Charles?

—Sí. Dijo que se trataba de una muerte muy misteriosa y que sin duda se sospecharía de mí si llegaba a saberse la existencia de la carta. Me asustó para que guardara silencio.

—Era de esperar. ¿Pero usted sospechaba algo?

La señora Lyons vaciló y bajó los ojos.

—Sabía cómo era —dijo—. Pero si no hubiera faltado a su palabra yo siempre le habría sido fiel.

—Creo que, en conjunto, puede considerarse afortunada al escapar como lo ha hecho —dijo Sherlock Holmes—. Tenía usted a Stapleton en su poder, él lo sabía y sin embargo aún sigue viva. Lleva meses caminando al borde de un precipicio. Y ahora, señora Lyons, vamos a despedirnos de usted por el momento; es probable que pronto tenga otra vez noticias nuestras.

—El caso se está cerrando y, una tras otra, desaparecen las dificultades —dijo Holmes mientras esperábamos la llegada del expreso procedente de Londres—. Muy pronto podré explicar con todo detalle uno de los crímenes más singulares y sensacionales de los tiempos modernos. Los estudiosos de la criminología recordarán los incidentes análogos de Grodno, en la Pequeña Rusia, el año 1866 y también, por supuesto, los asesinatos Anderson de Carolina del Norte, aunque este caso posee algunos rasgos que son específicamente suyos, porque todavía carecemos, incluso ahora, de pruebas concluyentes contra ese hombre tan astuto. Pero mucho me sorprenderá que no se haga por completo la luz antes de que nos acostemos esta noche.

El expreso de Londres entró rugiendo en la estación y un hombre pequeño y nervudo con aspecto de bulldog saltó del vagón de primera clase. Nos estrechamos la mano y advertí enseguida, por la forma reverente que Lestrade tenía de mirar a mi compañero, que había aprendido mucho desde los días en que trabajaron juntos por vez primera. Aún recordaba perfectamente el desprecio que las teorías de Sherlock Holmes solían despertar en aquel hombre de espíritu tan práctico.

—¿Algo que merezca la pena? —preguntó.

—Lo más grande en mucho años —dijo Holmes—. Disponemos de dos horas antes de empezar. Creo que vamos a emplearlas en comer algo, y luego,

Lestrade, le sacaremos de la garganta la niebla de Londres haciéndole respirar el aire puro de las noches de Dartmoor. ¿No ha estado nunca en el páramo? ¡Espléndido! No creo que olvide su primera visita.

14. El sabueso de los Baskerville

Uno de los defectos de Sherlock Holmes —si es que en realidad se le puede llamar defecto— era lo mucho que se resistía a comunicar sus planes antes del momento mismo de ponerlos por obra. Ello obedecía en parte, sin duda, a su carácter autoritario, que le empujaba a dominar y a sorprender a quienes se hallaban a su alrededor. Y también en parte a su cautela profesional, que le llevaba siempre a reducir los riesgos al mínimo. Esta costumbre, sin embargo, resultaba muy molesta para quienes actuaban como agentes y colaboradores suyos. Yo había sufrido ya por ese motivo con frecuencia, pero nunca tanto como durante aquel largo trayecto en la oscuridad. Teníamos delante la gran prueba; pero, aunque nos disponíamos a librar la batalla final Holmes no había dicho nada: sólo me cabía conjeturar cuál iba a ser su línea de acción. Apenas pude contener mi nerviosismo cuando, por fin, el frío viento que nos cortaba la cara y los oscuros espacios vacíos a ambos lados del estrecho camino me anunciaron que estábamos una vez más en el páramo. Cada paso de los caballos y cada vuelta de las ruedas nos acercaban a la aventura suprema.

Debido a la presencia del cochero no hablábamos con libertad y nos veíamos forzados a conversar sobre temas triviales mientras la emoción y la esperanza tensaban nuestros nervios. Después de aquella forzada reserva me supuso un gran alivio dejar atrás la casa de Frankland y saber que nos acercábamos a la mansión de los Baskerville y al escenario de la acción. En lugar de llegar en coche hasta la casa nos apeamos junto al portón al comienzo de la avenida. Despedimos a la tartana y ordenamos al cochero que regresara a Coombe Tracey de inmediato, al mismo tiempo que nos poníamos en camino hacia la casa Merripit.

—¿Va usted armado, Lestrade?

—Siempre que me pongo los pantalones dispongo de un bolsillo trasero —respondió con una sonrisa el detective de corta estatura— y siempre que dispongo de un bolsillo trasero llevo algo dentro.

—¡Bien! También mi amigo y yo estamos preparados para cualquier emergencia.

—Se muestra usted muy reservado acerca de este asunto, señor Holmes. ¿A qué vamos a jugar ahora?

—Jugaremos a esperar.

—¡Válgame Dios, este sitio no tiene nada de alegre! —dijo el detective con un estremecimiento, contemplando a su alrededor las melancólicas laderas de las colinas y el enorme lago de niebla que descansaba sobre la gran ciénaga de Grimpen—. Veo unas luces delante de nosotros.

—Eso es la casa Merripit y el final de nuestro trayecto. He de rogarles que caminen de puntillas y hablen en voz muy baja.

Avanzamos con grandes precauciones por el sendero como si nos dirigiéramos hacia la casa, pero Holmes hizo que nos detuviéramos cuando nos encontrábamos a unos doscientos metros.

—Ya es suficiente —dijo—. Esas rocas de la derecha van a proporcionarnos una admirable protección.

—¿Hemos de esperar ahí?

—Así es; vamos a preparar nuestra pequeña emboscada. Lestrade, métase en ese hoyo. Usted ha estado dentro de la casa, ¿no es cierto, Watson? ¿Puede describirme la situación de las habitaciones? ¿A dónde corresponden esas ventanas enrejadas?

—Creo que son las de la cocina.

—¿Y la que queda un poco más allá, tan bien iluminada?

—Se trata sin duda del comedor.

—Las persianas están levantadas. Usted es quien mejor conoce el terreno. Deslícese con el mayor sigilo y vea lo que hacen, pero, por el amor del cielo, ¡que no descubran que los estamos vigilando!

Avancé de puntillas por el sendero y me agaché detrás del muro de poca altura que rodeaba el huerto de árboles achaparrados. Aprovechando su sombra me deslicé hasta alcanzar un punto que me permitía mirar directamente por la

ventana desprovista de visillos.

Sólo había dos personas en la habitación: Sir Henry y Stapleton, sentados a ambos lados de la mesa redonda. Yo los veía de perfil desde mi punto de observación. Ambos fumaban cigarros y tenían delante café y vino de Oporto. Stapleton hablaba animadamente, pero el baronet parecía pálido y ausente. Quizá la idea del paseo solitario a través del páramo pesaba en su ánimo.

Mientras los contemplaba, Stapleton se puso en pie y salió de la habitación; Sir Henry volvió a llenarse la copa y se recostó en la silla, aspirando el humo del cigarro. Luego oí el chirrido de una puerta y el ruido muy nítido de unas botas sobre la grava. Los pasos recorrieron el sendero por el otro lado del muro que me cobijaba. Alzando un poco la cabeza vi que el naturalista se detenía ante la puerta de una de las dependencias de la casa, situada en la esquina del huerto. Oí girar una llave y al entrar Stapleton se oyó un ruido extraño en el interior. El dueño de la casa no permaneció más de un minuto allí dentro; después oí de nuevo girar la llave en la cerradura, el naturalista pasó cerca de mí y regresó a la casa. Cuando comprobé que se reunía con su invitado me deslicé en silencio hasta donde me esperaban mis compañeros y les conté lo que había visto.

—¿Dice usted, Watson, que la señora no está en el comedor? —preguntó Holmes cuando terminé mi relato.

—No.

—¿Dónde puede estar, en ese caso, dado que no hay luz en ninguna otra habitación si se exceptúa la cocina?

—No sabría decirle.

Ya he mencionado que sobre la gran ciénaga de Grimpen flotaba una espesa niebla blanca que avanzaba lentamente en nuestra dirección y que se presentaba frente a nosotros como un muro de poca altura, muy denso y con límites muy precisos. La luna la iluminaba desde lo alto, convirtiéndola en algo parecido a una resplandeciente lámina de hielo de grandes dimensiones, con las crestas de los riscos a manera de rocas que descansaran sobre su superficie. Holmes se había vuelto a mirar la niebla y empezó a murmurar, impaciente, mientras seguía con los ojos su lento derivar.

—Viene hacia nosotros, Watson.

—¿Es eso grave?

—Ya lo creo: la única cosa capaz de desbaratar mis planes. El baronet no puede ya retrasarse mucho. Son las diez. Nuestro éxito e incluso la vida de Sir Henry pueden depender de que salga antes de que la niebla cubra la senda.

Por encima de nosotros el cielo estaba claro y sereno. Las estrellas brillaban fríamente y la media luna bañaba toda la escena con una luz suave, que apenas marcaba los contornos. Ante nosotros yacía la masa oscura de la casa, con el tejado dentado y las enhiestas chimeneas violentamente recortadas contra el cielo plateado. Anchas barras de luz dorada procedentes de las habitaciones iluminadas del piso bajo se alargaban por el huerto y el páramo. Una de las ventanas se cerró de repente. Los criados habían abandonado la cocina. Sólo quedaba la lámpara del comedor donde los dos hombres, el anfitrión criminal y el invitado desprevenido, todavía conversaban saboreando sus cigarros puros.

Cada minuto que pasaba la algodonosa llanura blanca que cubría la mitad del páramo se acercaba más a la casa. Los primeros filamentos cruzaron por delante del rectángulo dorado de la ventana iluminada. La valla más distante del huerto se hizo invisible y los árboles se hundieron a medias en un remolino de vapor blanco. Ante nuestros ojos los primeros tentáculos de niebla dieron la vuelta por las dos esquinas de la casa y avanzaron lentamente, espesándose, hasta que el piso alto y el techo quedaron flotando como una extraña embarcación sobre un mar de sombras. Holmes golpeó apasionadamente con la mano la roca que nos ocultaba e incluso pateó el suelo llevado de la impaciencia.

—Si nuestro amigo tarda más de un cuarto de hora en salir la niebla cubrirá el sendero. Y dentro de media hora no nos veremos ni las manos.

—¿Y si nos situáramos a más altura?

—Sí; creo que no estaría de más.

De manera que nos alejamos hasta unos ochocientos metros de la casa, si bien el espeso mar blanco, su superficie plateada por la luna, seguía avanzando lenta pero inexorablemente:

—Hemos de quedarnos aquí —dijo Holmes—. No podemos correr el riesgo de que Sir Henry sea alcanzado antes de llegar a nuestra altura. Hay que mantener esta posición a toda costa —se dejó caer de rodillas y pegó el oído al suelo—.

Me parece que le oigo venir, gracias a Dios.

El ruido de unos pasos rápidos rompió el silencio del páramo. Agazapados entre las piedras, contemplamos atentamente el borde plateado del mar de niebla que teníamos delante. El ruido de las pisadas se intensificó y, a través de la niebla, como si se tratara de una cortina, surgió el hombre al que esperábamos. Sir Henry miró a su alrededor sorprendido al encontrarse de repente con una noche clara, iluminada por las estrellas. Luego avanzó a toda prisa sendero adelante, pasó muy cerca de donde estábamos escondidos y empezó a subir por la larga pendiente que quedaba a nuestras espaldas. Al caminar miraba continuamente hacia atrás, como un hombre desasosegado.

—¡Atentos! —exclamó Holmes, al tiempo que se oía el nítido chasquido de un revólver al ser amartillado—. ¡Cuidado! ¡Ya viene!

De algún sitio en el corazón de aquella masa blanca que seguía deslizándose llegó hasta nosotros un tamborileo ligero y continuo. La niebla se hallaba a cincuenta metros de nuestro escondite y los tres la contemplábamos sin saber qué horror estaba a punto de brotar de sus entrañas. Yo me encontraba junto a Holmes y me volví un instante hacia él. Lo vi pálido y exultante, brillándole los ojos a la luz de la luna. De repente, sin embargo, su mirada adquirió una extraña fijeza y el asombro le hizo abrir la boca. Lestrade también dejó escapar un grito de terror y se arrojó al suelo de bruces. Yo me puse en pie de un salto, inerte la mano que sujetaba la pistola, paralizada la mente por la espantosa forma que saltaba hacia nosotros de entre las sombras de la niebla. Era un sabueso, un enorme sabueso, negro como un tizón, pero distinto a cualquiera que hayan visto nunca ojos humanos. De la boca abierta le brotaban llamas, los ojos parecían carbones encendidos y un resplandor intermitente le iluminaba el hocico, el pelaje del lomo y el cuello. Ni en la pesadilla más delirante de un cerebro enloquecido podría haber tomado forma algo más feroz, más horroroso, más infernal que la oscura forma y la cara cruel que se precipitó sobre nosotros desde el muro de niebla.

La enorme criatura negra avanzó a grandes saltos por el sendero, siguiendo los pasos de nuestro amigo. Hasta tal punto nos paralizó su aparición que ya había pasado cuando recuperamos la sangre fría. Entonces Holmes y yo disparamos al unísono y la criatura lanzó un espantoso aullido, lo que quería decir que al menos uno de los proyectiles le había acertado. Siguió, sin embargo, avanzando a grandes saltos sin detenerse. A lo lejos, en el camino, vimos cómo Sir Henry se

volvía, el rostro blanco a la luz de la luna, las manos alzadas en un gesto de horror, contemplando impotente el ser horrendo que le daba caza.

Pero el aullido de dolor del sabueso había disipado todos nuestros temores. Si aquel ser era vulnerable, también era mortal, y si habíamos sido capaces de herirlo también podíamos matarlo. Nunca he visto correr a un hombre como corrió Holmes aquella noche. Se me considera veloz, pero mi amigo me sacó tanta ventaja como yo al detective de corta estatura. Mientras volábamos por el sendero oíamos delante los sucesivos alaridos de Sir Henry y el sordo rugido del sabueso. Pude ver cómo la bestia saltaba sobre su víctima, la arrojaba al suelo y le buscaba la garganta. Pero un instante después, Holmes había disparado cinco veces su revólver contra el costado del animal. Con un último aullido de dolor y una violenta dentellada al aire, el sabueso cayó de espaldas, agitando furiosamente las cuatro patas, hasta inmovilizarse por fin sobre un costado. Yo me detuve, jadeante, y acerqué mi pistola a la horrible cabeza luminosa, pero ya no servía de nada apretar el gatillo. El gigantesco perro había muerto.

Sir Henry seguía inconsciente en el lugar donde había caído. Le arrancamos el cuello de la camisa y Holmes musitó una acción de gracias al ver que no estaba herido: habíamos llegado a tiempo. El baronet parpadeó a los pocos instantes e hizo un débil intento de moverse. Lestrade le acercó a la boca el frasco de brandy y muy pronto dos ojos llenos de espanto nos miraron fijamente.

—¡Dios mío! —susurró nuestro amigo—. ¿Qué era eso? En nombre del cielo, ¿qué era eso?

—Fuera lo que fuese, ya está muerto —dijo Holmes—. De una vez por todas hemos acabado con el fantasma de la familia Baskerville.

El tamaño y la fuerza bastaban para convertir en un animal terrible a la criatura que yacía tendida ante nosotros. No era ni sabueso ni mastín de pura raza, sino que parecía más bien una mezcla de los dos: demacrado, feroz y del tamaño de una pequeña leona. Incluso ahora, en la inmovilidad de la muerte, de sus enormes mandíbulas parecía seguir brotando una llama azulada, y los ojillos crueles, muy hundidos en las órbitas, aún daban la impresión de estar rodeados de fuego. Toqué con la mano el hocico luminoso y al apartar los dedos vi que brillaban en la oscuridad, como si ardieran a fuego lento.

—Fósforo —dije.

—Un ingenioso preparado hecho con fósforo —dijo Holmes, acercándose al sabueso para olerlo—. Totalmente inodoro para no dificultar la capacidad olfatoria del animal. Es mucho lo que tiene usted que perdonarnos, Sir Henry, por haberlo expuesto a este susto tan espantoso. Yo me esperaba un sabueso, pero no una criatura como ésta. Y la niebla apenas nos ha dado tiempo para recibirlo como se merecía.

—Me han salvado la vida.

—Después de ponerla en peligro. ¿Tiene usted fuerzas para levantarse?

—Denme otro sorbo de ese brandy y estaré listo para cualquier cosa. ¡Bien!

Ayúdenme a levantarme. ¿Qué se propone hacer ahora, señor Holmes?

—A usted vamos a dejarlo aquí. No está en condiciones de correr más aventuras esta noche. Si hace el favor de esperar, uno de nosotros volverá con usted a la mansión.

El baronet logró ponerse en pie con dificultad, pero aún seguía horrorosamente pálido y temblaba de pies a cabeza. Lo llevamos hasta una roca, donde se sentó con el rostro entre las manos y el cuerpo estremecido.

—Ahora tenemos que dejarlo —dijo Holmes—. Hemos de acabar el trabajo y no hay un momento que perder. Ya tenemos las pruebas; sólo nos falta nuestro hombre. Hay una probabilidad entre mil de que lo hallemos en la casa —siguió mi amigo, mientras regresábamos a toda velocidad por el camino—. Sin duda los disparos le han hecho saber que ha perdido la partida.

—Estábamos algo lejos y la niebla ha podido amortiguar el ruido.

—Tenga usted la seguridad de que seguía al sabueso para llamarlo cuando terminara su tarea. No, no; se habrá marchado ya, pero lo registraremos todo y nos aseguraremos.

La puerta principal estaba abierta, de manera que irrumpimos en la casa y recorrimos velozmente todas las habitaciones, con gran asombro del anciano y tembloroso sirviente que se tropezó con nosotros en el pasillo. No había otra luz que la del comedor, pero Holmes se apoderó de la lámpara y no dejó rincón de la casa sin explorar. Aunque no aparecía por ninguna parte el hombre al que

perseguíamos, descubrimos que en el piso alto uno de los dormitorios estaba cerrado con llave.

—¡Aquí dentro hay alguien! —exclamó Lestrade—. Oigo ruidos. ¡Abra la puerta!

Del interior brotaban débiles gemidos y crujidos. Holmes golpeó con el talón exactamente encima de la cerradura y la puerta se abrió inmediatamente. Pistola en mano, los tres irrumpimos en la habitación.

Pero en su interior tampoco se hallaba el criminal desafiante que esperábamos ver y sí, en cambio, un objeto tan extraño y tan inesperado que por unos instantes no supimos qué hacer, mirándolo asombrados.

El cuarto estaba arreglado como un pequeño museo y en las paredes se alineaban las vitrinas que albergaban la colección de mariposas diurnas y nocturnas cuya captura servía de distracción a aquel hombre tan complicado y tan peligroso. En el centro de la habitación había un pilar, colocado allí en algún momento para servir de apoyo a la gran viga, vieja y carcomida, que sustentaba el techo. A aquel pilar estaba atada una figura tan envuelta y tan tapada con las sábanas utilizadas para sujetarla que de momento no se podía decir si era hombre o mujer. Una toalla, anudada por detrás al pilar, le rodeaba la garganta. Otra le cubría la parte inferior del rostro y, por encima de ella, dos ojos oscuros —llenos de dolor y de vergüenza y de horribles preguntas— nos contemplaban. En un minuto habíamos arrancado la mordaza y desatado los nudos y la señora Stapleton se derrumbó delante de nosotros. Mientras la hermosa cabeza se le doblaba sobre el pecho vi, cruzándole el cuello, el nítido verdugón de un latigazo.

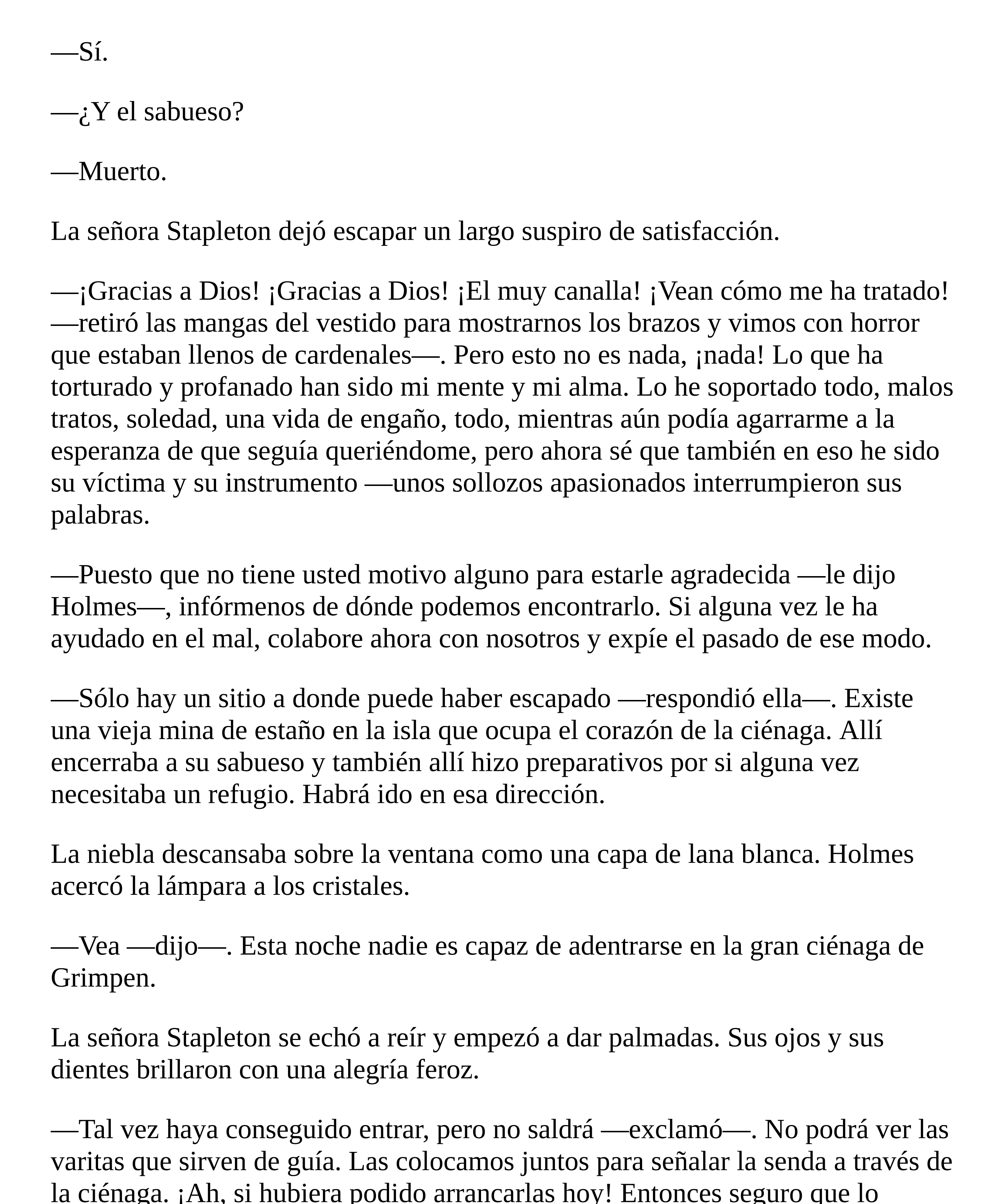
—¡Qué canalla! —exclamó Holmes—. ¡Lestrade, por favor, su frasco de brandy! ¡Llévenla a esa silla! Los malos tratos y la fatiga han hecho que pierda el conocimiento.

La señora Stapleton abrió de nuevo los ojos.

—¿Está a salvo? —preguntó—. ¿Ha escapado?

—No se nos escapará, señora.

—No, no; no me refiero a mi marido. ¿Está Sir Henry a salvo?



—Sí.

—¿Y el sabueso?

—Muerto.

La señora Stapleton dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! ¡El muy canalla! ¡Vean cómo me ha tratado! —retiró las mangas del vestido para mostrarnos los brazos y vimos con horror que estaban llenos de cardenales—. Pero esto no es nada, ¡nada! Lo que ha torturado y profanado han sido mi mente y mi alma. Lo he soportado todo, malos tratos, soledad, una vida de engaño, todo, mientras aún podía agarrarme a la esperanza de que seguía queriéndome, pero ahora sé que también en eso he sido su víctima y su instrumento —unos sollozos apasionados interrumpieron sus palabras.

—Puesto que no tiene usted motivo alguno para estarle agradecida —le dijo Holmes—, infórmenos de dónde podemos encontrarlo. Si alguna vez le ha ayudado en el mal, colabore ahora con nosotros y expíe el pasado de ese modo.

—Sólo hay un sitio a donde puede haber escapado —respondió ella—. Existe una vieja mina de estaño en la isla que ocupa el corazón de la ciénaga. Allí encerraba a su sabueso y también allí hizo preparativos por si alguna vez necesitaba un refugio. Habrá ido en esa dirección.

La niebla descansaba sobre la ventana como una capa de lana blanca. Holmes acercó la lámpara a los cristales.

—Vea —dijo—. Esta noche nadie es capaz de adentrarse en la gran ciénaga de Grimpen.

La señora Stapleton se echó a reír y empezó a dar palmadas. Sus ojos y sus dientes brillaron con una alegría feroz.

—Tal vez haya conseguido entrar, pero no saldrá —exclamó—. No podrá ver las varitas que sirven de guía. Las colocamos juntos para señalar la senda a través de la ciénaga. ¡Ah, si hubiera podido arrancarlas hoy! Entonces seguro que lo tendrían ustedes a su merced.

Evidentemente era inútil proseguir la búsqueda antes de que levantara la niebla.

Dejamos a Lestrade para que custodiara la casa y Holmes y yo regresamos a la mansión con el baronet. Ya no podíamos ocultarle por más tiempo la historia de los Stapleton, pero encajó con mucho valor las revelaciones sobre la mujer de la que se había enamorado. De todos modos, la impresión producida por las aventuras nocturnas le había destrozado los nervios y poco después deliraba ya con una fiebre muy alta, atendido por el doctor Mortimer. Los dos estaban destinados a dar la vuelta al mundo antes de que Sir Henry volviese a ser el hombre robusto y cordial que fuera antes de convertirse en el dueño de aquella mansión cargada con el peso de la leyenda.

Y ya sólo me queda llegar rápidamente al desenlace de esta narración singular con la que he tratado de conseguir que el lector compartiera los miedos oscuros y las vagas conjeturas que ensombrecieron durante tantas semanas nuestras vidas y que concluyeron de manera tan trágica. A la mañana siguiente se levantó la niebla y la señora Stapleton nos llevó hasta el sitio donde ella y su esposo habían encontrado un camino practicable para penetrar en el pantano. El interés y la alegría con que aquella mujer nos puso sobre la pista de su marido nos ayudó a comprender mejor los horrores de su vida con Stapleton. La dejamos en la estrecha península de suelo firme de turba que acababa desapareciendo en la ciénaga. A partir de allí unas varitas clavadas en la tierra iban mostrando el sendero, que zigzagueaba de juncar en juncar entre las pozas llenas de verdín y los fétidos cenagales que cerraban el paso a cualquier intruso. Los abundantes juncos y las exuberantes y viscosas plantas acuáticas despedían olor a putrefacción y nos lanzaban a la cara densos vapores miasmáticos, mientras que al menor paso en falso nos hundíamos hasta el muslo en el oscuro fango tembloroso que, a varios metros a la redonda, se estremecía en suaves ondulaciones bajo nuestros pies, tiraba con tenacidad de nuestros talones mientras avanzábamos y, cada vez que nos hundíamos en él, se transformaba en una mano malévola que quería llevarnos hacia aquellas horribles profundidades: tal era la intensidad y la decisión del abrazo con que nos sujetaba. Sólo una vez comprobamos que alguien había seguido senda tan peligrosa antes de nosotros. Del centro del matorral de juncias que lo mantenía fuera del fango sobresalía un objeto oscuro. Holmes se hundió hasta la cintura al salirse del sendero para recogerlo, y si no hubiéramos estado allí para ayudarlo nunca hubiera vuelto a poner el pie en tierra firme. Lo que alzó en el aire fue una bota vieja de color negro. «Meyers, Toronto» estaba impreso en el interior del cuero.

—El baño de barro estaba justificado —dijo Holmes—. Es la bota perdida de nuestro amigo Sir Henry.

—Arrojada aquí por Stapleton en su huida.

—En efecto. Siguió con ella en la mano después de utilizarla para poner al sabueso en la pista del baronet. Luego, todavía empuñando la bota, escapó al darse cuenta de que había perdido la partida. Y la arrojó lejos de sí en este sitio durante su huida. Ya sabemos al menos que logró llegar hasta aquí.

Pero no estábamos destinados a saber nada más, aunque pudimos deducir muchas otras cosas. No existía la menor posibilidad de encontrar huellas en el pantano, porque el barro que se alzaba con cada pisada las cubría rápidamente y, aunque las buscamos ávidamente cuando por fin llegamos a tierra firme, nunca encontramos ni el menor rastro. Si la tierra nos contó una historia verdadera, hay que creer que Stapleton nunca llegó a la isla que aquella última noche trató de alcanzar entre la niebla y en la que esperaba refugiarse. Hundido en algún lugar del corazón de la gran ciénaga, en el fétido limo del enorme pantano que se lo había tragado, quedó enterrado para siempre aquel hombre frío de corazón despiadado.

En la isla del centro del pantano donde escondía a su cruel aliado hallamos muchos rastros de su presencia. Una enorme rueda motriz y un pozo lleno a medias de escombros señalaban la posición de una mina abandonada. Junto a ella se encontraban los derruidos restos de unas chozas; los mineros, sin duda, habían terminado por marcharse, incapaces de resistir el hedor apestoso que los rodeaba. En una de ellas una armella y una cadena, junto a unos huesos roídos, mostraban el sitio donde el sabueso permanecía confinado. Entre los demás restos encontramos un esqueleto que tenía pegados unos mechones castaños.

—¡Un perro! —dijo Holmes—. Sin duda un spaniel de pelo rizado. El pobre Mortimer nunca volverá a ver a su preferido. Bien; no creo que este lugar contenga ningún secreto que no hayamos descubierto ya. Stapleton escondía al sabueso, pero no podía impedir que se le oyera, y de ahí los aullidos que ni siquiera durante el día resultaban agradables. En los momentos críticos podía encerrarlo en una de las dependencias de Merripit, pero eso significaba correr un riesgo, y sólo el gran día, la jornada en que Stapleton iba a culminar todos sus esfuerzos, se atrevió a hacerlo. La pasta que hay en esa lata es sin duda la mezcla luminosa con que embadurnaba al animal. La idea se la sugirió, por supuesto, la

leyenda del sabueso infernal y el deseo de dar un susto de muerte al anciano Sir Charles. No tiene nada de extraño que Selden, aquel pobre diablo, corriera y gritara, como lo ha hecho nuestro amigo, y como podíamos haberlo hecho nosotros, cuando vio a semejante criatura siguiendo su rastro a grandes saltos por el páramo a oscuras. Era una estratagema muy astuta, porque, además de la posibilidad de provocar la muerte de la víctima elegida, ¿qué campesino se atrevería a interesarse de cerca por semejante criatura en el caso de que, como les ha sucedido a muchos, la viera por el páramo? Lo dije en Londres, Watson, y lo repito ahora: nunca hemos contribuido a acabar con un hombre tan peligroso como el que ahí yace —y extendió su largo brazo hacia la enorme extensión de la ciénaga, cubierta de manchas verdes, que se prolongaba hasta confundirse con el color rojizo del páramo.

15. Examen retrospectivo

En una fría noche de niebla, a finales del mes de noviembre, Holmes y yo estábamos sentados a ambos lados de un fuego muy vivo en nuestra sala de estar de Baker Street. Desde la trágica conclusión de nuestra visita a Devonshire, mi amigo se había ocupado de dos asuntos de extraordinaria importancia; en el curso del primero puso de manifiesto la conducta atroz del coronel Upwood en relación con el famoso escándalo de los naipes del Club Nonpareil, mientras que con motivo del segundo defendió a la desgraciada Mme. Montpensier de la acusación de asesinato que pesaba sobre ella en relación con la muerte de su hijastra, Mlle. Carère, una joven que, como se recordará, apareció seis meses más tarde en Nueva York, después de haber contraído matrimonio. Mi amigo se hallaba de excelente humor debido a los éxitos conseguidos en una sucesión de casos difíciles a la vez que importantes, y no me fue difícil empujarle a que repasara conmigo los detalles del misterio de Baskerville. Yo había esperado pacientemente a que se presentara la oportunidad, porque sabía muy bien que Holmes no permitía nunca la superposición de casos, y que su mente, tan clara y tan lógica, no abandonaba nunca el trabajo presente para ocuparse de recuerdos. Pero Sir Henry y el doctor Mortimer se hallaban en Londres, a punto de emprender el largo viaje recomendado al baronet para restablecer sus nervios destrozados, y nos habían visitado aquella misma tarde, lo que me permitió sacar a relucir el tema con toda naturalidad.

—Desde el punto de vista de la persona que se hacía llamar Stapleton —dijo Holmes—, el plan que había urdido era de una gran sencillez, si bien para nosotros, que al principio carecíamos de medios para averiguar el motivo de sus acciones y sólo disponíamos en parte de los hechos, resultara extraordinariamente complejo. Yo he tenido además la suerte de hablar en dos ocasiones con la señora Stapleton, por lo que el caso está totalmente aclarado y no queda ya secreto alguno. En el apartado Bertha de la lista de mis casos, que llevo por orden alfabético, encontrará algunas notas sobre este asunto.

—Quizá sea usted tan amable como para esbozarme de memoria el curso de los acontecimientos.

—Claro que sí, aunque no le garantizo que conserve todos los datos en la cabeza. Es curioso cómo la intensa concentración mental consigue borrar el pasado. El abogado que cuando conoce un caso con pelos y señales es capaz de discutir con los expertos en el tema, descubre que le bastan una semana o dos de un trabajo nuevo para que olvide todo lo que había aprendido. De la misma manera cada uno de mis casos desplaza al anterior y Mlle. Carère ha desdibujado mis recuerdos de la mansión de los Baskerville. Mañana quizá se me pida que me ocupe de otro problema insignificante que, a su vez, eliminará a la hermosa dama francesa y al infame Upwood.

Por lo que se refiere al caso del sabueso, le expondré lo más exactamente que pueda los acontecimientos y siempre podrá usted interrogarme sobre cualquier punto que haya olvidado.

Mis investigaciones han demostrado sin lugar a dudas que el retrato familiar no mentía y que nuestro hombre era efectivamente un Baskerville, hijo de Rodger, el hermano menor de Sir Charles, que escapó, ya con una siniestra reputación, a América del Sur, donde se dijo que había muerto soltero. La verdad es que contrajo matrimonio y que tuvo un único hijo, nuestro personaje, que recibió el nombre de su padre, y que a su vez se casó con Beryl García, una de las beldades de Costa Rica; luego de robar una considerable suma de dinero del Estado, pasó a apellidarse Vandeleur y huyó a Inglaterra, donde creó un colegio en la zona este de Yorkshire. Su interés por este tipo particular de ocupación obedecía a que durante el viaje de vuelta a Inglaterra conoció a un profesor, enfermo de tuberculosis, cuya gran competencia profesional utilizó para que la empresa tuviera éxito. Pero al morir Fraser, el profesor, el colegio se desprestigió primero para caer después en el descrédito más absoluto, por lo que los Vandeleur juzgaron conveniente cambiar de nuevo de apellido, y así el hijo de Rodger Baskerville se trasladó, como Jack Stapleton, al sur de Inglaterra con los restos de su fortuna, sus planes para el futuro y su afición a la entomología. En el Museo Británico he podido saber que se le consideraba una autoridad en ese campo y que el apellido Vandeleur ha quedado identificado con cierta mariposa nocturna que él describió por vez primera durante su estancia en Yorkshire.

Llegamos ya a la parte de su vida que ha resultado de tan gran interés para nosotros. Stapleton hizo sin duda investigaciones y descubrió que sólo dos vidas le separaban de una cuantiosa herencia. Creo que cuando se trasladó a Devonshire sus planes eran aún extraordinariamente vagos, aunque el carácter delictivo de sus intenciones queda de manifiesto desde el principio por el hecho

de que hiciera pasar a su esposa por su hermana. La idea de utilizarla como señuelo estaba ya en su mente, aunque quizá no supiera aún con claridad cómo iba a organizar todos los detalles del plan. Al final del camino se hallaba la herencia de los Baskerville, y estaba dispuesto a utilizar cualquier instrumento y correr cualquier riesgo para lograrla. El primer paso fue instalarse lo más cerca que pudo de su hogar ancestral y el segundo cultivar la amistad de Sir Charles Baskerville y de sus vecinos.

El mismo baronet le contó la historia del sabueso, preparándose, sin saberlo, el camino hacia la tumba. Stapleton, como voy a seguir llamándolo, sabía que el anciano estaba enfermo del corazón y que cualquier emoción fuerte podía acabar con él, información que le había facilitado el doctor Mortimer. También llegó a sus oídos que Sir Charles era supersticioso y que se tomaba muy en serio la macabra leyenda del sabueso. Su ingenio le sugirió de inmediato una manera para acabar con la vida del baronet sin que existiera en la práctica la menor posibilidad de descubrir al culpable.

Concebida la idea, Stapleton procedió a llevarla a la práctica con notable astucia. Un intrigante ordinario se habría dado por satisfecho con un animal suficientemente feroz. La utilización de medios artificiales para convertir al animal en diabólico fue un destello de genio por su parte. El perro lo adquirió en Londres, acudiendo a la firma Ross y Mangles, que tiene su establecimiento en Fulham Road. Era el más fuerte y el más feroz de que disponían. Para transportarlo hasta el páramo Stapleton utilizó la línea de ferrocarril del norte de Devon y recorrió luego a pie una gran distancia, con el fin de no despertar sospechas. Para entonces, y gracias a sus expediciones a la caza de insectos, ya se había adentrado en la ciénaga de Grimpen, lo que le permitió encontrar un escondite seguro para el animal. Después de instalarlo allí esperó a que se le presentara una oportunidad.

La ocasión, sin embargo, tardó algún tiempo en aparecer. De noche no era posible sacar de sus propiedades al anciano caballero. A lo largo de los meses Stapleton acechó por los alrededores con su sabueso, pero sin éxito. Durante esos intentos infructuosos lo vieron, o vieron más bien a su acompañante, algunos campesinos, gracias a lo cual la leyenda del perro demoníaco recibió nueva confirmación. Stapleton confiaba en que su esposa arrastrase a Sir Charles a su ruina, pero en ese punto Beryl resultó inesperadamente independiente. No estaba dispuesta a provocar un enredo sentimental que pusiera al anciano baronet en manos de su enemigo. Ni las amenazas ni, siento decirlo, los golpes lograron

convencerla. Se negó siempre de plano y durante algún tiempo Stapleton se encontró en un punto muerto.

Finalmente halló la manera de superar sus dificultades por conducto del mismo Sir Charles, quien, por el afecto que le profesaba, delegó en él para todo lo relacionado con el caso de esa mujer tan desventurada que es la señora Laura Lyons. Al presentarse como soltero, adquirió muy pronto un gran ascendiente sobre ella, y le dio a entender que si conseguía divorciarse de Lyons se casaría con ella. La situación llegó a un punto crítico cuando Stapleton supo que Sir Charles se disponía a abandonar el páramo siguiendo el consejo del doctor Mortimer, con cuya opinión él mismo fingía estar de acuerdo. Era preciso actuar de inmediato, porque de lo contrario su víctima podía quedar para siempre fuera de su alcance. De manera que presionó a la señora Lyons para que escribiera la carta, pidiendo al anciano que le concediera una entrevista la noche antes de emprender viaje a Londres y luego, con falsas razones, le impidió acudir, logrando así la oportunidad que esperaba desde hacía tanto tiempo.

Al regresar de Coombe Tracey a última hora de la tarde tuvo tiempo de ir en busca del sabueso, embadurnarlo con su pintura infernal y llevarlo hasta el portillo donde tenía buenas razones para confiar en que encontraría al anciano caballero. El perro, incitado por su amo, saltó el portillo y persiguió al desgraciado baronet que huyó dando alaridos por el paseo de los Tejos. En ese túnel tan sombrío tuvo que resultar especialmente horrible ver a aquella enorme criatura negra, de mandíbulas luminosas y ojos llameantes, persiguiendo a grandes saltos a su víctima. Sir Charles cayó muerto al final del paseo debido al terror y a su corazón enfermo. Mientras el baronet corría por el camino el sabueso se había mantenido en el borde de hierba, de manera que sólo eran visibles las huellas del ser humano. Al verlo caído e inmóvil es probable que el animal se acercara a olerlo; fue después, al descubrir que estaba muerto, cuando, al dar la vuelta para marcharse, dejó la huella en la que más tarde había de reparar el doctor Mortimer. Stapleton llamó al perro y se apresuró a devolverlo a su guarida en la ciénaga de Grimpen, dejando atrás un misterio que desconcertó a las autoridades, alarmó a todos los habitantes de la zona y provocó finalmente que se solicitara nuestra colaboración.

Es posible que Stapleton ignorase aún la existencia del heredero que vivía en Canadá, pero, en cualquier caso, lo supo muy pronto de labios de su amigo el doctor Mortimer, que le comunicó además todos los detalles sobre la llegada a Londres de Sir Henry Baskerville. La primera idea de Stapleton fue que, en lugar

de esperar a que se presentara en Devonshire, quizá fuera posible acabar en Londres con la vida del joven extranjero. Como desconfiaba de su esposa desde que se negara a ayudarle a tender una trampa al anciano baronet, no se atrevió a dejarla sola por temor a perder su influencia sobre ella. Esa es la razón de que vinieran juntos a Londres. Se alojaron, según descubrí, en el hotel privado Mexborough, en Craven Street, uno de los que de hecho visitó mi agente en busca de pruebas. Stapleton dejó allí encerrada a su esposa mientras él, ocultando su identidad bajo una barba, seguía al doctor Mortimer a Baker Street y más tarde a la estación y al hotel Northumberland. Su mujer tenía barruntos de los planes de su marido, pero era tanto su temor —temor fundado en los brutales malos tratos a los que la había sometido— que no se atrevió a escribir para advertir a Sir Henry del peligro que corría. Si la carta caía en manos de Stapleton también su vida se vería amenazada. Finalmente, como sabemos, recurrió al expediente de recortar palabras impresas y de escribir la dirección deformando la letra. El mensaje llegó a manos del baronet y fue el primer aviso del peligro que corría.

Stapleton necesitaba alguna prenda de vestir de Sir Henry, para, en el caso de que se viera obligado a recurrir al sabueso, disponer de los medios que le permitieran seguir su rastro. Con la celeridad y la audacia que le caracterizaban puso de inmediato manos a la obra y no cabe duda de que sobornó al limpiabotas o a la camarera del hotel para que le ayudaran en su empeño. Casualmente, sin embargo, la primera bota que consiguió era una de las nuevas y, por consiguiente, sin utilidad para sus planes. Stapleton hizo entonces que se devolviera y obtuvo otra. Un incidente muy instructivo, porque me demostró sin lugar a dudas que se trataba de un sabueso de verdad: ninguna otra explicación justificaba la apremiante necesidad de conseguir la bota vieja y la indiferencia ante la nueva. Cuanto más outré y grotesco resulta un incidente, mayor es la atención con que hay que examinarlo, y el punto que más parece complicar un caso es, cuando se estudia con cuidado y se maneja de manera científica, el que proporciona mayores posibilidades de elucidarlo.

A la mañana siguiente recibimos la visita de nuestros amigos, siempre espiados por Stapleton desde el coche de punto. Dados su conocimiento del sitio donde vivimos y también de mi aspecto, así como por su manera general de comportarse, me inclino a creer que la carrera criminal de Stapleton no se redujo al asunto de Baskerville. Resulta interesante saber que durante los tres últimos años se han producido en esa zona cuatro robos con fractura de considerable importancia y que en ninguno de los casos se ha detenido a los culpables. El

último, en el mes de mayo, con Folkestone Court como escenario, fue notable porque el ladrón enmascarado, que actuaba en solitario, disparó a sangre fría contra el botones que lo sorprendió. No me cabe la menor duda de que Stapleton renovaba de ese modo sus menguados recursos económicos y que era desde hacía años un individuo desesperado y sumamente peligroso.

Lo sucedido aquella mañana en que se nos escapó tan hábilmente, así como su audacia al devolverme mi propio nombre por medio del cochero, es un buen ejemplo de sus muchos recursos. A partir de aquel momento, sabedor de que me había hecho cargo del caso en Londres, comprendió que no tenía ya ninguna posibilidad de éxito en la metrópoli y regresó a Dartmoor para esperar la llegada del baronet.

—¡Un momento! —dije yo—. No hay duda de que ha descrito usted correctamente la sucesión de los hechos, pero hay un punto que no ha mencionado. ¿Qué se hizo del sabueso durante la estancia de su amo en Londres?

—He reflexionado sobre ese asunto, porque no hay duda de que tiene importancia. Es evidente que Stapleton tenía un confidente, aunque no es probable que se pusiera por completo a su merced comunicándole todos sus planes. En la casa Merripit había un anciano sirviente llamado Anthony. Su asociación con los Stapleton se remonta a años atrás, a los tiempos del colegio, por lo que debía de saber que su señor y su señora eran en realidad marido y mujer. Este hombre ha desaparecido, huyendo del país. Dese usted cuenta de que Anthony no es un nombre frecuente en Inglaterra, mientras que Antonio sí lo es en España y en los países americanos de habla española. Ese individuo, como la misma señora Stapleton, hablaba inglés correctamente, pero con un curioso ceceo. Tuve ocasión de ver cómo ese anciano cruzaba la ciénaga de Grimpen por el camino que Stapleton marcara. Es muy probable, por tanto, que en ausencia de su señor fuese él quien se ocupara del sabueso, aunque quizá sin saber nunca la finalidad para la que se lo destinaba.

Acto seguido los Stapleton regresaron a Devonshire, seguidos, muy poco después, por Sir Henry y usted. Un breve comentario sobre mi situación en aquel momento. Quizá conserve usted el recuerdo de que, cuando examiné el papel en el que estaban pegadas las palabras impresas, lo estudié con gran detenimiento en busca de la filigrana. Al hacerlo me lo acerqué bastante y advertí un débil olor a jazmín. El experto en criminología ha de distinguir los setenta y cinco

perfumes que se conocen y, por lo que a mi propia experiencia se refiere, la resolución de más de un caso ha dependido de su rápida identificación. Aquel aroma sugería la presencia de una dama, por lo que mis sospechas empezaron a dirigirse hacia los Stapleton. Fue así cómo averigüé la existencia del sabueso y deduje ya quién era el asesino antes de trasladarme a Devonshire.

Mi juego consistía en vigilar a Stapleton. Era evidente, sin embargo, que no podía hacerlo yendo con usted, porque en ese caso mi hombre estaría siempre en guardia. De manera que engañé a todos, usted incluido, y me trasladé secretamente al páramo cuando se daba por sentado que seguía en Londres. Los apuros que pasé no fueron tan grandes como usted imagina, aunque cuestiones de tan poca importancia no deben nunca dificultar la investigación de un caso. Pasé la mayor parte del tiempo en Coombe Tracey y únicamente utilicé el refugio neolítico cuando era necesario estar cerca del escenario de la acción. Cartwright, que me había acompañado, me fue de gran ayuda con su disfraz de campesino. Dependía de él para la comida y las mudas de ropa. Mientras yo vigilaba a Stapleton, era frecuente que Cartwright lo vigilara a usted, de manera que controlaba todos los resortes.

Ya le he explicado que sus informes me llegaban enseguida, porque de Baker Street los enviaban inmediatamente a Coombe Tracey. Me fueron de gran utilidad y en especial aquel fragmento verídico de la biografía de Stapleton. Así pude averiguar la identidad de la pareja y saber por fin a qué carta quedarme. El caso se había complicado bastante debido al incidente del preso fugado y de su relación con los Barrymore. También eso lo aclaró usted de manera muy eficaz, aunque por mi parte hubiera llegado a la misma conclusión.

Cuando me encontró usted en el páramo tenía ya un conocimiento completo del caso, pero carecía de pruebas que pudieran presentarse ante un jurado. Ni siquiera el intento criminal contra Sir Henry la noche en que quedó truncada la vida del desventurado preso nos hubiera servido de ayuda para acusar a Stapleton de asesinato. No parecía existir otra alternativa que sorprenderlo con las manos en la masa y para ello teníamos que utilizar como cebo a Sir Henry, solo y sin protección en apariencia. Así lo hicimos y, a costa de un terrible sobresalto para nuestro cliente, logramos coronar nuestro trabajo y provocar el fin de Stapleton. He de confesar que supone un desdoro para mi forma de llevar el caso el hecho de que Sir Henry se viera expuesto a semejante peligro, pero carecíamos de medios para prever el aspecto, terrible y sobrecogedor, que presentaba el animal, como tampoco podíamos predecir la niebla que le permitió

aparecer ante nosotros casi de improviso. Logramos nuestro objetivo a un costo que, según me han asegurado tanto el especialista como el doctor Mortimer, será sólo momentáneo. Un viaje largo permitirá que nuestro amigo se recupere no sólo de sus nervios destrozados sino también de sus sentimientos heridos. Su amor por la señora Stapleton era profundo y sincero y para él lo más triste de todo este asunto tan tenebroso es que ella lo engañara.

Sólo queda ya dilucidar el papel de la señora Stapleton. No hay duda de que su marido ejercía sobre ella una influencia que puede haber sido amor, miedo, o muy posiblemente ambas cosas, dado que no son, desde luego, sentimientos incompatibles. En cualquier caso esa influencia era absolutamente eficaz. Al ordenárselo él, consintió en hacerse pasar por su hermana, aunque también es cierto que Stapleton descubrió los límites de su poder cuando quiso convertirla en cómplice de un asesinato. Beryl estaba dispuesta a prevenir a Sir Henry aunque sin descubrir a su marido, y trató de hacerlo una y otra vez. Es evidente que también Stapleton era capaz de sentir celos, de manera que cuando vio cómo el baronet cortejaba a su esposa, pese a que formaba parte de su plan, no pudo evitar interrumpir el idilio con un estallido de pasión que puso de manifiesto el alma fogosa que tan inteligentemente escondía bajo sus modales reservados. Al fomentar la intimidad entre ambos se aseguraba de que Sir Henry acudiera con frecuencia a la casa Merripit y de que más pronto o más tarde se presentase la oportunidad que esperaba. El día de la crisis definitiva, sin embargo, su mujer se revolvió inesperadamente contra él. Había llegado a sus oídos la noticia de la muerte de Selden, y no ignoraba, la noche en que habían invitado a Sir Henry a cenar, que el sabueso estaba en una de las dependencias de la casa. Beryl acusó a su marido de querer asesinar al baronet y eso provocó una escena violenta, durante la cual Stapleton reveló por vez primera a su mujer que tenía una rival. La fidelidad de la señora Stapleton se transformó inmediatamente en odio intenso y nuestro hombre comprendió que su mujer estaba dispuesta a traicionarlo. Entonces procedió a atarla para que no pudiera avisar a Sir Henry, sin perder la esperanza de que cuando todos los habitantes de la zona atribuyesen la muerte del baronet a la maldición familiar, como sin duda sucedería, su mujer aceptara los hechos consumados y guardase silencio sobre lo que sabía. Por lo que a eso se refiere tengo la impresión de que calculó mal y que, aun sin contar con nuestra presencia, su caída era inevitable. Una mujer de sangre española no perdona fácilmente semejante afrenta. Y ya, mi querido Watson, no estoy en condiciones de hacerle un relato más detallado de este interesantísimo caso sin recurrir a mis anotaciones. Ignoro si ha quedado sin explicar algo esencial.

—Stapleton tenía que saber que no iba a ser posible matar a Sir Henry de miedo, con el sabueso falsamente infernal, como sucediera en el caso de su tío.

—Era un perro muy feroz y estaba hambriento. Si su apariencia no acababa con la víctima, el miedo podía al menos paralizarla, de manera que no ofreciese resistencia.

—Sin duda. Queda tan sólo una dificultad. Si Stapleton hubiese llegado a tomar posesión de la herencia ¿cómo habría explicado el hecho de que él, el heredero, hubiese vivido sin darse a conocer y con otro nombre en un lugar tan próximo a la mansión de los Baskerville? ¿Cómo podría reclamar la herencia sin despertar sospechas ni provocar investigaciones?

—Se trata de un problema muy arduo y temo que espera usted demasiado al pedirme que lo solucione. El pasado y el presente se hallan dentro del campo de mis investigaciones, pero lo que una persona vaya a hacer en el futuro es algo muy difícil de prever. La señora Stapleton oyó a su marido analizar el problema en varias ocasiones. Eran tres las soluciones posibles. Podía reclamar la propiedad desde América del Sur, demostrar su identidad ante las autoridades consulares británicas y obtener así la fortuna sin aparecer nunca por Inglaterra; podía también adoptar un disfraz que lo hiciera irreconocible durante el breve periodo de tiempo que necesitase permanecer en Londres y, finalmente, podía suministrar a un cómplice las pruebas y los documentos, haciéndolo pasar por el heredero, pero reteniendo el derecho a un porcentaje de sus ingresos. Por lo que sabemos de él, tenemos la seguridad de que habría encontrado algún modo de solucionar ese problema. Y ahora, mi querido Watson, permítame decirle que llevamos varias semanas trabajando con mucha intensidad y que, por una vez, no estaría de más que nos ocupáramos de cosas más placenteras. Tengo un palco para Les Huguenots. ¿Ha oído usted a los De Reszke?[37]. ¿Le importaría en ese caso estar listo dentro de media hora, para que podamos detenernos en Marcini's de camino hacia el teatro y tomar un bocado antes de la representación?

FIN

El valle del terror

Primera parte. La tragedia de Birlstone

Primera parte. La tragedia de Birlstone

1. La advertencia

—Estoy inclinado a pensar... —dije.

—Yo debería hacer lo mismo —Sherlock Holmes observó impacientemente.

Pienso que soy uno de los más pacientes de entre los mortales; pero admito que me molestó esa sardónica interrupción.

—De verdad, Holmes —dije con severidad— es un poco irritante en ciertas ocasiones.

Estaba muy absorbido en sus propios pensamientos para dar una respuesta inmediata a mi réplica. Se recostó sobre su mano, con su desayuno intacto ante él, y clavó su mirada en el trozo de papel que acababa de sacar de su sobre. Luego tomo el mismo sobre, tendiéndolo contra la luz y estudiándolo cuidadosamente, tanto el exterior como la cubierta.

—Es la letra de Porlock —dijo pensativo—. Me quedan pocas dudas de que sea su letra, aunque la haya visto sólo dos veces anteriormente. La e griega con el peculiar adorno arriba es muy distintiva. Pero si es Porlock, entonces debe ser algo de primera importancia.

Hablaba más consigo mismo que conmigo; pero mi incomodidad desapareció para dar lugar al interés que despertaron aquellas palabras.

—¿Quién es ese Porlock? —pregunté.

—Porlock, Watson, es un nom-de-plume, una simple señal de identificación; pero detrás de ella se esconde una personalidad deshonesta y evasiva. En una carta formal me informó francamente que aquel nombre no era suyo, y me desafió incluso a seguir su rastro entre los millones de personas de esta gran ciudad. Porlock es importante, no por sí mismo, sino por el gran hombre con quien se mantiene en contacto. Imagínese usted al pez piloto con el tiburón, al chacal con el león, cualquier cosa que sea insignificante en compañía de lo que

es formidable: no sólo formidable, Watson, pero siniestro, en el más alto nivel de lo siniestro. Allí es cuando entra en lo que le estoy diciendo. ¿Me ha oído usted hablar del profesor Moriarty?

—El famoso científico criminal, tan famoso entre los maleantes como...

—¡Por mi vida, Watson! —murmuró Holmes en tono desaprobatorio.

—Estaba a punto de decir, como desconocido para el público.

—¡Un poco! En cierto modo —dijo Holmes—. Está desarrollando un inesperado pero cierto sentido agudo del humor, Watson, contra el que debo aprender a cuidarme. Pero al llamar criminal a Moriarty está expresando una difamación ante los ojos de la ley. ¡Y es precisamente allí donde yace la gloria y maravilla de esto! El más grande maquinador de todos los tiempos, el organizador de cada maldad, el cerebro que controla el sub-mundo, un cerebro que puede haber construido o destruido el destino de las naciones, ése es nuestro hombre. Pero tan lejos está de sospechas, tan inmune a la crítica, tan admirable en sus manejos y sus “actuaciones”, que por esas palabras que acaba de pronunciar, lo podría llevar a la corte y hacerse con su pensión anual como una reparación a su personalidad ofendida. ¿No es él el aclamado autor de Las Dinámicas de un Asteroide, un libro que asciende a tan raras cuestiones de matemática pura, que se dice que no hay individuo en la prensa científica capaz de criticarlo? ¿Es éste un hombre que delinque? ¡Doctor mal hablado y profesor calumniado, esos serían sus respectivos roles! Eso es ser un genio, Watson. Pero si soy eximido por gente de menor inteligencia, nuestro día seguramente vendrá.

—¡Espero estar ahí para verlo! —exclamé con devoción—. Pero estábamos hablando de este hombre, Porlock.

—Ah, sí, el así llamado Porlock es un eslabón en la cadena a poco camino de su gran obsesión. Entre nosotros, Porlock no es un eslabón real. Es el único defecto en esa cadena hasta donde he podido observarla.

—Pero ninguna cadena es más fuerte que su enlace más débil.

—¡Exacto, mi querido Watson! Aquí está la extrema importancia de Porlock. Guiado por aspiraciones rudimentarias hacia el derecho, y estimulado por un ocasional cheque por diez libras enviado para él a través de métodos indirectos, me ha dado una o dos veces información avanzada que ha sido de valor, del más

grande valor, puesto que anticipa y previene más que vengar el crimen. No puedo dudar de ello, si tuviéramos la clave, encontraríamos que esta comunicación es de la naturaleza que digo.

Otra vez Holmes aplastó el papel contra su plato intacto. Yo me levanté e, inclinándome hacia él, observé detenidamente la curiosa inscripción, que decía lo siguiente:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41

DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE

26 BIRLSTONE 9 47 171

—¿Qué saca de esto Holmes?

—Es obviamente un intento de transmitir información secreta.

—¿Pero cuál es el sentido de un mensaje en cifras sin la clave?

—En este momento, no del todo.

—¿Qué quiere decir con “en este momento”?

—Porque hay muchos números que yo leeré tan fácil como la apócrifa al final de

una columna de avisos: Medios tan crudos entretienen a la inteligencia sin siquiera fatigarla. Pero esto es diferente. Es claramente una referencia a las palabras de la página de algún libro. Hasta que me diga qué página y qué libro no puedo hacer nada.

—¿Pero por qué “Douglas” y “Birlstone”?

—Obviamente porque dichas palabras no están en la página en cuestión.

—¿Entonces por qué no ha indicado el libro?

—Su agudeza innata, mi querido Watson, esa astucia que es el deleite de sus amigos, lo prevendría de colocar la clave y el mensaje en el mismo sobre. En caso que se extravíe, estaría incompleto. Por ello, ambos deben ir por distintos rumbos antes que algún peligro los amenace. Nuestra segunda pista está atrasada, y estaría sorprendido si no nos trae o una explicación más detallada de la carta, o, lo que es más probable, el mismo volumen a lo que estos números se refieren.

Los cálculos de Holmes se realizaron en pocos minutos con la aparición de Billy, el botones, con la carta que estábamos esperando.

—La misma letra, —me indicó Holmes, al abrir el sobre— y esta vez está firmada —añadió con interés mientras abría la epístola—. Vamos, ya estamos llegando, Watson—. Sin embargo, su frente se nubló al fijarse en el contenido.

—¡Por Dios!, estoy es muy decepcionante. Me temo, Watson, que todas nuestras expectativas chocaron con nada. Confió en que este hombre, Porlock, saldrá sin problemas de esto.

“Estimado Mr. Holmes [decía]:

No iré más lejos en el asunto. Es demasiado peligroso, el sospecha de mí. Puedo ver que él sospecha de mí. Vino inesperadamente luego de que escribiese la dirección en el sobre con la intención de enviarle la clave del cifrado. Fui capaz de esconderla. Si la hubiera visto, me hubiera ido realmente mal. Pero puedo leer la desconfianza en sus ojos. Por favor queme el mensaje en cifras, que ahora ya no puede ser útil para usted.”

“FRED PORLOCK”

Holmes se sentó por un momento retorciendo esta misiva entre sus dedos, frunciendo las cejas, mientras se detenía junto al fuego.

—Después de todo —dijo finalmente— puede que no haya nada en él. Puede ser sólo su conciencia culpable. Conociéndose a sí mismo como traidor, puede haber leído una acusación en los ojos de los demás.

—La otra persona a la que se refiere, presumo, que es Moriarty.

—¡Nada menos! Cuando cualquiera de esa sociedad habla de “él” uno sabe a quién se refiere. Hay un “él” predominante entre todos ellos.

—¿Pero qué puede hacer él?

—¡Hum! Ésa es una gran pregunta. Cuando tienes a uno de los primeros cerebros de Europa en tu contra, y todos los poderes de la oscuridad tras él, hay infinitas posibilidades. De cualquier manera, el amigo Porlock está evidentemente asustado por encima de todas las sensaciones. Cuidadosamente compare la escritura en la nota con la del sobre, que fue hecha, él nos lo dijo, antes de esa inesperada visita. Ésta es clara y firme, la otra es difícilmente legible.

—¿Pero por qué escribió después de todo? ¿Por qué no simplemente tiró la nota?

—Porque temía que yo hiciera algunas investigaciones sobre él en ese caso, y le llevara muchos problemas.

—Sin duda —dije—. Por supuesto —había levantado el cifrado original y doblé mi frente hacia él—. Es un poco sorprendente saber que un importante secreto pueda yacer en este pedazo de papel, y que penetrar en él está más allá de los poderes humanos.

Sherlock Holmes había apartado su desayuno sin probar y encendió su pipa sin sabor que era su compañía en sus profundas meditaciones.

—Me pregunto... —dijo, recostándose y observando el techo—. Tal vez hay puntos que hayan escapado su pensamiento maquiavélico. Consideremos el problema en la luz de la razón pura. La referencia de este hombre es un libro. Ése es nuestro punto de partida.

—Uno algo vago.

—Veamos si lo podemos acortar. A la par que concentro mi mente en ello, éste se vuelve en algo un poco menos impenetrable. ¿Qué indicaciones tenemos acerca de este libro?

—Ninguna.

—Bueno, bueno, seguramente no es tan malo como eso. El mensaje comienza con un gran 534, ¿no es así? Podemos tomar como una hipótesis que el 534 es la página en particular a la que el cifrado se refiere. Así, nuestro libro se ha convertido en un gran libro, que ya es algo. ¿Qué otras indicaciones tenemos sobre la naturaleza de este gran libro? El siguiente signo es C2. ¿Qué saca de eso, Watson?

—Segundo capítulo, sin duda.

—Eso es muy difícil, Watson. Usted, estoy seguro, estará de acuerdo conmigo en que si se nos ha dado la página, el número del capítulo ya no tiene relevancia. También que si la página 534 recién está en el segundo capítulo, la longitud de la primera debe ser bastante intolerable.

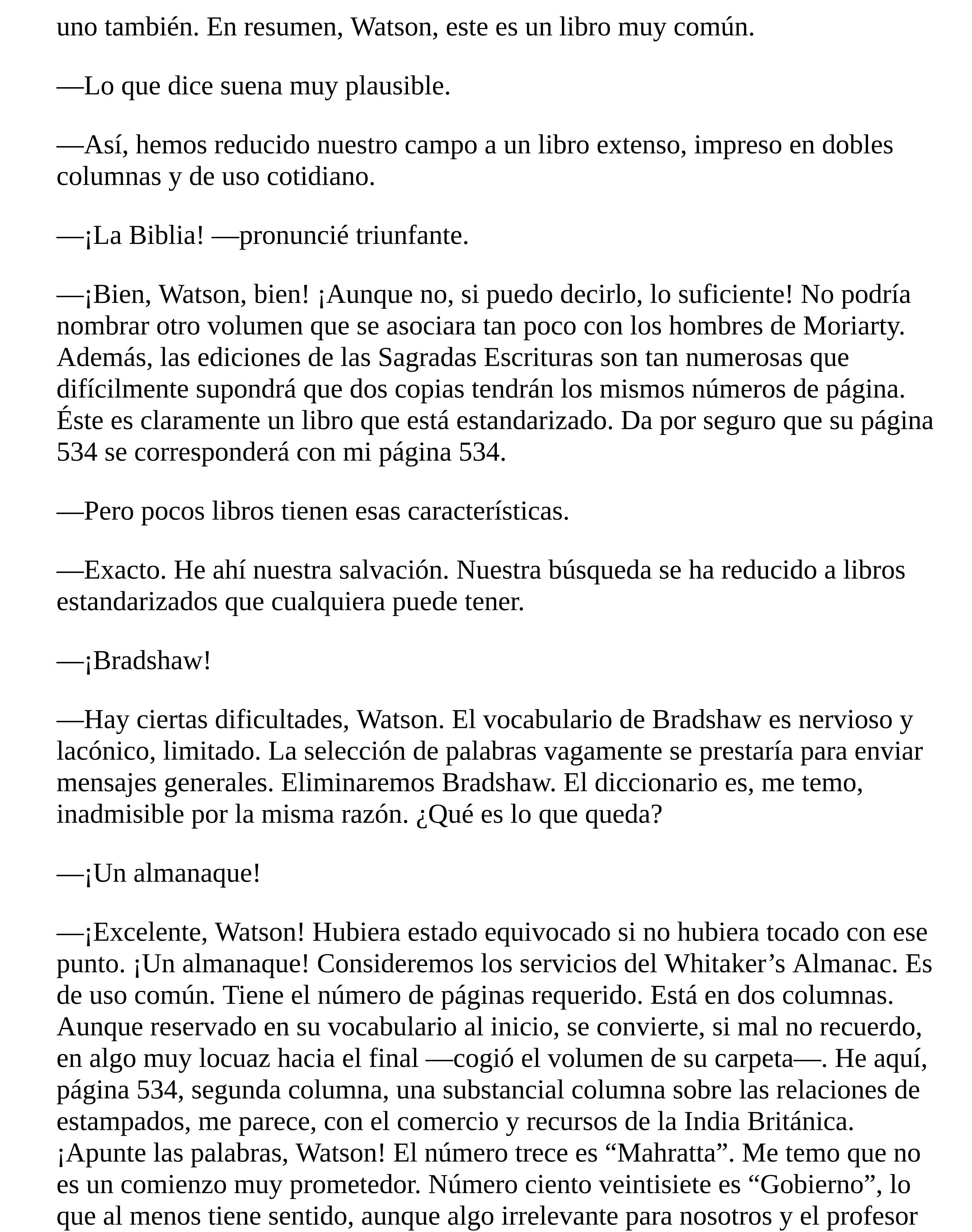
—Columna —exclamé.

—Brillante, Watson. Está muy despierto esta mañana. Si no significa columna, entonces estoy completamente engañado. Ahora, ve usted, comenzamos a vislumbrar un gran libro, impreso en columnas dobles que son de considerable extensión, pues una de las palabras está indicada en documento como la doscientos noventa y tres.

¿Ya hemos llegado a los límites que la razón nos puede proveer?

—Me temo que ya los hemos tocado.

—Ciertamente comete una injusticia consigo mismo. Un centelleo más, mi querido Watson, sólo un poco más de esfuerzo cerebral. Si el volumen hubiera sido una rareza, me lo habría enviado. En lugar de eso, él quiso, antes que sus planes se derrumbaran, enviarme las pistas en ese sobre. Él lo dice en la nota. Esto quiere decir que el libro es uno el cual él piensa que no tendré dificultad alguna en encontrarlo por mí mismo. Él lo posee, y se imaginará que yo poseo


uno también. En resumen, Watson, este es un libro muy común.

—Lo que dice suena muy plausible.

—Así, hemos reducido nuestro campo a un libro extenso, impreso en dobles columnas y de uso cotidiano.

—¡La Biblia! —pronuncié triunfante.

—¡Bien, Watson, bien! ¡Aunque no, si puedo decirlo, lo suficiente! No podría nombrar otro volumen que se asociara tan poco con los hombres de Moriarty. Además, las ediciones de las Sagradas Escrituras son tan numerosas que difícilmente supondrá que dos copias tendrán los mismos números de página. Éste es claramente un libro que está estandarizado. Da por seguro que su página 534 se corresponderá con mi página 534.

—Pero pocos libros tienen esas características.

—Exacto. He ahí nuestra salvación. Nuestra búsqueda se ha reducido a libros estandarizados que cualquiera puede tener.

—¡Bradshaw!

—Hay ciertas dificultades, Watson. El vocabulario de Bradshaw es nervioso y lacónico, limitado. La selección de palabras vagamente se prestaría para enviar mensajes generales. Eliminaremos Bradshaw. El diccionario es, me temo, inadmisible por la misma razón. ¿Qué es lo que queda?

—¡Un almanaque!

—¡Excelente, Watson! Hubiera estado equivocado si no hubiera tocado con ese punto. ¡Un almanaque! Consideremos los servicios del Whitaker’s Almanac. Es de uso común. Tiene el número de páginas requerido. Está en dos columnas. Aunque reservado en su vocabulario al inicio, se convierte, si mal no recuerdo, en algo muy locuaz hacia el final —cogió el volumen de su carpeta—. He aquí, página 534, segunda columna, una substancial columna sobre las relaciones de estampados, me parece, con el comercio y recursos de la India Británica. ¡Apunte las palabras, Watson! El número trece es “Mahratta”. Me temo que no es un comienzo muy prometedor. Número ciento veintisiete es “Gobierno”, lo que al menos tiene sentido, aunque algo irrelevante para nosotros y el profesor

Moriarty. Ahora, intentemos de nuevo. ¿Qué es lo que hace el Gobierno de Mahratta? La siguiente palabra es “cerdas”. ¡Estamos acabados, mi querido Watson! ¡Se terminó!

Había hablado en sentido burlón, pero la contracción de sus pobladas cejas anunciaba su decepción e irritación. Me senté sin poder ayudar y descontento, observando el fuego. Un largo silencio fue roto por una súbita exclamación de Holmes, que corrió al armario del que emergió con un segundo volumen color amarillo en su mano.

—¡Pagamos el precio, Watson, por están tan al corriente con las fechas! —exclamó—. Lo estamos, y sufrimos los castigos usualmente. Siendo sólo el 7 de enero, hemos confiado a ciegas en el nuevo almanaque. Es muy probable que Porlock tomara su mensaje del anterior. No hay duda de que nos lo habría dicho de haber escrito su nota de explicación. Ahora veamos que nos aguarda la página 534. Número trece es “Hay”, lo que es mucho más prometedor. Número ciento veintisiete es “un”. “Hay un” —los ojos de Holmes brillaban de excitación y sus delgados y nerviosos dedos temblaban mientras pronunciaba las palabras. “Peligro”, ¡Ha, ha! ¡Importante! Ponga eso, Watson. “Hay” “un” “peligro” “puede” “venir” “muy” “pronto” “uno”. Luego tenemos el nombre “Douglas” “rico” “hombre del campo” “ahora” “en” “Birlstone” “House” “Birlstone” “confidencia” “es” “urgente” (“There” “is” “danger”

“may” “come” “very” “soon” “one” “Douglas” “rich” “country” “now” “at”

“Birlstone” “House” “Birlstone” “confidence” “is” “pressing”). ¡Lo tenemos, Watson! ¿Qué piensa de la razón pura y su fruto? Si el tendero tuviera algo así como una corona de laureles, debería enviar a Billy inmediatamente por una.

Me quedé mirando fijamente el mensaje que había garabateado, mientras él lo descifraba, en una hoja de papel oficio en mi rodilla.

—¡Qué rara y enmarañada manera de expresar su significado! —dije.

—Por el contrario, lo ha hecho de una forma muy notable —dijo Holmes—. Cuando uno busca en una columna palabras para precisar un significado, difícilmente puedes hallar todas las que quisieras. Estás obligado a dejar algo para la inteligencia de tu correspondiente. El significado está perfectamente claro. Una maldad se está tramando en contra de un tal Douglas, que quien quiera que sea, es un rico caballero campestre. Está seguro, “confidencia” fue lo

más cerca que pudo tener a “confidente”, que es apremiante. He allí nuestro resultado, y un trabajo muy bien elaborado en análisis terminó siendo.

Holmes tenía la alegría imprecisa de un verdadero artista en su mejor trabajo, incluso mientras se lamentaba oscuramente cuando caía debajo del gran nivel al que él aspiraba. Aún se reía muy discretamente cuando Billy abrió la puerta y el inspector MacDonald de Scotland Yard fue conducido al cuarto.

Esos eran los primeros días a finales de los 80’s cuando Alec MacDonald estaba lejos de haber alcanzado la fama nacional que ahora ha alcanzado. Era un joven, pero confiable, miembro del departamento de detectives, que se había distinguido en varios casos que se le habían encomendado. Su alta y huesuda figura daba rasgos de excepcional fuerza física, que su gran cráneo y profundos, lustrosos ojos hablaban no menos de su filosa inteligencia que chispeaba de sus frondosas cejas. Era un callado y preciso hombre con un temperamento serio y un fuerte acento de Aberdeen.

Dos veces en su carrera le ayudó Holmes en alcanzar el éxito, siendo su única recompensa el disfrute intelectual en los problemas. Por esta razón, la inclinación y el respeto del escocés hacia su colega amateur eran profundos, y los demostraba con la franqueza con la que consultaba a Holmes en cada dificultad. La mediocridad no conoce nada más allá de ella, pero el talento instantáneamente reconoce a los genios, y MacDonald tenía talento suficiente para su profesión para permitirle percibir que no había humillación en buscar la asistencia de alguien que ya se erguía entre toda Europa, tanto en sus dones como en su experiencia. Holmes no estaba predispuesto a la amistad, pero era tolerante con el gran escocés, y sonrió al aparecer su figura.

—Usted es un pájaro madrugador, Mr. Mac —dijo él—, le deseo suerte con su gusano. Me temo que esto significa que hay alguna diablura en marcha.

—Si dijera “espero” en lugar de “me temo”, estaría más cerca de la verdad. Estoy pensando, Mr. Holmes —el inspector respondió con una sonrisa—. Bien, tal vez un pequeño trago disipará el frío de la cruda mañana. No, no fumaré, gracias. Deberé esforzarme mucho, pues las horas más tempranas de un caso son las más preciosas, como no sabe otro hombre mejor que usted. Pero..., pero...

El inspector se había detenido de repente, y miraba fijamente con absoluto asombro un papel que había sobre la mesa. Era la hoja sobre la que yo había

garabateado el enigmático mensaje.

—¡Douglas! —balbuceó —¡Birlstone! ¿Qué es esto, Mr. Holmes? ¡Hombre, eso es una brujería! ¿Dónde, en nombre de todos los dioses, consiguió estos nombres?

—Es un código que el Dr. Watson y yo tuvimos oportunidad de resolver. ¿Pero por qué, qué hay de extraño con esos nombres?

El inspector nos miraba al uno y al otro con sorpresa confundida.

—Sólo esto —dijo—, que Mr. Douglas de Birlstone Manor House fue horriblemente asesinado anoche.

2. Sherlock Holmes hace un discurso

Era uno de esos dramáticos momentos por los que mi amigo existía. Hubiera sido una exageración decir que estaba alterado o incluso excitado por el increíble aviso. Sin tener una pizca de crueldad en su singular composición, era indiscutiblemente duro a partir de una larga sobreestimulación. Aún así, si sus emociones eran opacas, sus percepciones intelectuales eran excesivamente activas. No había ni rastro del horror que yo sí había sentido con esa cruda declaración, pero su rostro mostró, en su lugar, la quieta e interesada postura del químico que ve los cristales cayendo de su posición inicial por la solución sobresaturada.

—¡Extraordinario! —dijo— ¡Extraordinario!

—No se ve muy sorprendido.

—Interesado, Mr. Mac, pero apenas sorprendido. ¿Por qué debería estarlo? Recibo un mensaje anónimo de un origen que sé que es importante, advirtiéndome que un peligro amenaza a cierta persona. En una hora me entero que este peligro ya se ha materializado y que la persona está muerta. Estoy interesado; pero, como observa, no estoy sorprendido.

En pocas cortas oraciones explicó al inspector los hechos acerca de la carta y el cifrado. MacDonald se sentó con su mentón en sus manos y sus grandes y rojizas cejas juntadas en un embrollo amarillo.

—Me iba a dirigir a Birlstone esta mañana —dijo—. Vine a preguntarle si le interesaba venir conmigo, usted y su amigo aquí. Pero por lo que dice podríamos quizá hacer un mejor trabajo en Londres.

—Más bien pienso que no —señaló Holmes.

—¡Mire bien esto, Mr. Holmes! —exclamó el inspector—. Los periódicos estarán llenos del misterio de Birlstone en un día o dos; ¿pero dónde está el misterio si hay un hombre en Londres que profetizó el crimen antes de que

ocurriera? Solamente debemos echar el guante a ese hombre, y el resto vendrá por sí solo.

—Sin duda, Mr. Mac. ¿Pero cómo se propone echar el guante al tal Porlock?

MacDonald volteó la carta que Holmes le había alcanzado.

—Echada en Camberwell... eso no nos ayuda mucho. El nombre, usted dice, es falso. No hay mucho para avanzar, de verdad. ¿No dijo que le había enviado dinero? —Dos veces.

—¿Y cómo?

—En cheques a la oficina de correos de Camberwell.

—¿Alguna vez se molestó en ir a ver quién los cobraba?

—No.

El inspector se vio estupefacto y un poco sacudido.

—¿Por qué no?

—Porque siempre mantengo la fe. Le prometí cuando escribió por primera vez que no intentaría rastrearlo.

—¿Piensa que hay alguien tras él?

—Sé que lo hay.

—¿El profesor que lo oí mencionar?

—¡Exactamente!

El inspector MacDonald se sonrió, y su párpado se estremeció mientras observaba hacia mí.

—No se lo ocultaré, Mr. Holmes, pero en la División de Investigaciones Criminales creemos que siente algo así como una abeja en su sombrero cuando habla sobre este profesor. He hecho averiguaciones al respecto por mí mismo. Parece ser una clase de hombre muy respetable, ilustrada y talentosa.

—Me alegro que haya ido tan lejos como para reconocer su talento.

—¡Hombre, no puede sino reconocerlo! Después de ver su punto de vista hice que mi tarea fuera ir a verlo. Tuve una conversación con él sobre los eclipses. Cómo la charla fue hacia ese camino, no lo sé; pero con una linterna de reflexión y un globo terráqueo lo aclaró todo en un minuto. Me prestó un libro; pero no me preocupa decir que está un poco avanzado para mí cabeza, a pesar que tengo una buena educación de Aberdeen. Él hubiera sido un gran ministro con esa delgada cabeza y gris cabello y manera de hablar solemne. Cuando puso su mano en mi hombro al despedirnos, fue como la bendición de un padre antes de ir a un mundo frío y cruel.

Holmes dejó ver una risita y frotó sus manos.

—¡Estupendo! —dijo— ¡Estupendo! ¿Dígame, amigo MacDonald, esta agradable y conmovedora entrevista fue, me imagino, en el estudio del profesor?

—Así es.

—Una bonita habitación, ¿no es cierto?

—Muy bonita... muy elegante mejor dicho, Mr. Holmes.

—¿Se sentó frente a su escritorio?

—Justo lo que dice.

—¿El sol caía en los ojos de usted y la cara de él estaba en sombras?

—Bueno, ya era de tarde; pero recuerdo que la lámpara estaba dando a mi rostro.

—Debería estarlo. ¿Pudo ver una pintura encima de la cabeza del profesor?

—No me pierdo de mucho, Mr. Holmes. Quizás aprendí ello de usted. Sí, vi la pintura... una mujer joven con su cabeza en sus manos, asomándose de lado a lado.

—Ese cuadro está hecho por Jean Baptiste Greuze.

El inspector se esforzó en verse intrigado.

—Jean Baptiste Greuze —Holmes continuó, juntando la punta de sus dedos y recostándose en su silla— fue un artista francés que floreció entre los años 1750 y 1800. Aludo, verdaderamente, su carrera artística. La crítica moderna ha hecho más que respaldar la alta opinión que tenían de él sus contemporáneos.

Los ojos del inspector se agrandaron abstractamente.

—No sería mejor... —manifestó.

—Lo estamos haciendo —Holmes lo interrumpió—. Todo lo que estoy diciendo tiene un lazo muy directo y vital con lo que usted ha llamado el Misterio de Birlstone.

De hecho, puede ser en un sentido el mismo centro de él.

MacDonald sonrió débilmente, y me miró como buscando mi apoyo.

—Sus pensamientos se mueven demasiado rápido para mí, Mr. Holmes. Deja un eslabón o dos, y no puedo cruzar la brecha. ¿Cuál en todo el grande y ancho mundo puede ser la conexión entre este fallecido pintor y lo acontecido en Birlstone?

—Todo conocimiento es útil para el detective —remarcó Holmes—. Incluso la certeza trivial que en el año 1865 un cuadro de Greuze titulado “La Jeune Fille a l’Agneau” alcanzó un millón doscientos mil francos, más de cuarenta mil libras, en la venta de Portalis puede comenzar un tren de reflexiones en su mente.

Era claro que lo logró. El inspector se vio honestamente atraído.

—Puedo recordarle —continuó Holmes— que el salario del profesor puede ser averiguado en varios libros confiables de referencias. Es de setecientos al año.

—Entonces cómo pudo comprar...

—¡Así es! ¿Cómo pudo?

—Hey, eso es sorprendente —dijo el inspector consideradamente—. Diga más, Mr. Holmes. Lo estoy disfrutando. ¡Es grandioso!

Holmes sonrió. Siempre se entusiasmaba por una genuina admiración, la

característica del real artista.

—¿Qué hay acerca de ir a Birlstone?

—Tenemos tiempo aún —contestó el inspector, mirando su reloj—. Tengo un taxi en la puerta y no nos tomará ni veinte minutos en llegar a Victoria. Pero sobre esta pintura: Pensé que me había dicho una vez, Mr. Holmes, que nunca se hubo encontrado con el profesor Moriarty.

—No, nunca lo he hecho.

—¿Entonces, cómo conoce sus habitaciones?

—Ah, ése es otro punto. He estado tres veces en sus aposentos, dos de ellas esperándolo bajo diferentes pretextos y retirándome antes que regrese. Una vez... bueno, difícilmente puedo contarle sobre esa vez a un detective oficial. Fue en la última ocasión que me tomé la libertad de rebuscar entre sus papeles... con los más inesperados resultados.

—¿Halló algo comprometedor?

—Absolutamente nada. Eso fue lo que me impresionó. Sin embargo, ha visto ahora el motivo de hablar de la pintura. Demuestra que es un hombre muy pudiente. ¿Dónde adquiere sus riquezas? Es soltero. Su hermano menor es un director de estación en el oeste de Inglaterra. Su cátedra vale setecientas al año. Y tiene un Greuze.

—¿Bueno?

—Seguramente la inferencia sencilla.

—¿Quiere usted decir que posee un gran ingreso y que debe obtenerlo de la manera ilegal?

—Exacto. Obviamente tengo otras razones para pensar en ello... docenas de pequeños hilos que nos llevan vagamente hacia el centro de la telaraña donde la venenosa, inmóvil criatura está al acecho. Sólo mencioné al Greuze porque lleva al asunto al rango de su propia observación.

—Bueno, Mr. Holmes, admito que lo que dice es cautivante: es más que

cautivante... es soberbio. Pero vamos a hacerlo un poco más despejado si usted puede. ¿Es falsificación, acuñación de monedas falsas, robos... de dónde proviene el dinero?

—¿Ha leído alguna vez sobre Jonathan Wild?

—Bueno, el nombre me suena familiar. Un personaje de novela, ¿no es así? Yo no sé mucho de detectives de novelas... sujetos que hacen las cosas y nunca te dejan ver cómo las hicieron. Eso es sólo inspiración: no es mi negocio.

—Jonathan Wild no fue un detective, y no pertenece a una novela. Era un maestro criminal, y vivió en el siglo pasado... 1750 o en sus alrededores.

—Entonces no tiene ningún uso para mí. Soy un hombre práctico.

—Mr. Mac, la cosa más práctica que pueda hacer en su vida es encerrarse por tres meses y leer doce horas al día los anales del crimen. Todo viene en círculo, incluso el profesor Moriarty. Jonathan Wild era la fuerza oculta de los criminales de Londres, por lo que vendía sus cerebros y su organización por una comisión del quince por ciento. La vieja rueda se vuelve, y el mismo discurso se repite. Todo ya ha sido hecho antes, y lo será de nuevo. Le diré una o dos cosas acerca de Moriarty que le podrían atraer.

—Desde luego que me atraerá, ya de por sí.

—Yo sé quién es el primer eslabón en su cadena... una cadena con este Napoleón envilecido a un lado y un ciento de peleadores arruinados, ladronzuelos, chantajistas y fulleros al otro, con cualquier clase de crimen en medio. Su jefe de estado mayor es el coronel Sebastian Moran, tan reservado y guardado e inaccesible a la ley como él mismo. ¿Cuánto cree que le paga?

—Me gustaría escucharlo.

—Seis mil al año. Eso es pagar por cerebros, ve usted, el principio de negocios americano. Conseguí ese detalle casi por casualidad. Es más de lo que gana el Primer Ministro. Eso le da una idea de las ganancias de Moriarty y la escala en la que trabaja. Otro punto: Hice que mi trabajo fuese seguir algunos de los cheques de Moriarty últimamente... sólo comunes e inocentes cheques con los que paga las facturas de su renta. Estaban girados en seis distintos bancos. ¿Eso hace alguna impresión en su mente?

—¡Singular, ciertamente! ¿Pero qué obtiene de ello?

—Que no quiere esparcir comentarios sobre su riqueza. Ningún hombre debe saber lo que tiene. No dudo de que tenga veinte cuentas bancarias; el grueso de su fortuna en el exterior en el Deutsche Bank o el Credit Lyonnais es probable. Alguna vez cuando tenga un año o dos para disponer le recomendaría el estudio del profesor Moriarty.

El inspector MacDonald se mostraba firmemente más impresionado a la par que la conversación procedía. Se había perdido en su fascinación. Ahora, su práctica inteligencia escocesa lo trajo de vuelta con un chasquido al asunto en cuestión.

—Se puede observar, de todos modos —prorrumpió—. Nos tuvo desviados con sus curiosas anécdotas, Mr. Holmes. Lo que realmente cuenta es su indicación de que hay una conexión entre este profesor y el crimen. Eso lo sabe por la advertencia recibida a través del hombre Porlock. ¿Podemos, por nuestras necesidades prácticas presentes, ir más lejos de ello?

—Podemos formar una concepción sobre los motivos del crimen. Es, como lo percibo por sus primeros comentarios un inexplicable, o por lo menos inexplicado, crimen. Ahora, asumiendo que el origen del crimen es quien sospechamos, puede haber dos motivos diferentes. En primer lugar, debo decir que Moriarty gobierna con una barra de hierro sobre su gente. Su disciplina es tremenda. Sólo hay un castigo en su código. Es la muerte. Entonces podemos suponer que este hombre asesinado, este Douglas cuya próxima suerte fue conocida por uno de los subordinados del archicriminal, hubo de alguna manera traicionado al jefe. Su castigo siguió a ello, y debió ser sabido por todos... tal vez solamente para poner terror de muerte sobre todos ellos.

—Bueno, eso es una sugestión, Mr. Holmes.

—La otra es que fue maquinado por Moriarty en el ordinario curso de sus trabajos. ¿Hubo algún hurto?

—No lo he oído.

—Si lo hay, estará, por supuesto, en contra de la primera hipótesis y a favor de la segunda. Moriarty pudo ser contratado para dirigir eso con la promesa de repartir el botín, o pudo haber sido pagado lo suficiente para encargarse de ello y nada más. Cualquiera es posible. Pero cualquiera que sea, o si es una tercera

combinación, es en Birlstone donde debemos hallar la solución. Conozco a nuestro hombre lo suficiente para saber que ha dejado algo allí que nos llevará el camino hacia él.

—¡Entonces a Birlstone iremos! —gritó MacDonald saltando de su silla—. ¡Dios mío! Es más tarde de lo que creía. Les puedo dar, caballeros, cinco minutos para que se preparen, y eso es todo.

—Y es bastante para ambos —respondió Holmes mientras se incorporaba y se apuraba en cambiar su batín por su abrigo—. Mientras estemos en la ruta, Mr. Mac, le pediré que sea bueno y nos diga todo sobre el problema.

"Todo sobre el problema" resultó ser decepcionantemente poco, y sin embargo era lo suficiente para asegurarnos que en este caso valía la pena atraer la atención más grande del experto. Se animó y restregó sus delgadas manos mientras escuchaba los escasos pero importantes detalles. Una larga serie de semanas estériles yacía detrás de nosotros, y por fin había un apropiado objeto para esos increíbles poderes que, como todos los dones especiales, se volvían tediosos para su propietario cuando no se usaban. Ese afilado cerebro se despuntaba y oxidaba con la inacción.

Los ojos de Sherlock Holmes relucían, sus pálidas mejillas tomaban un matiz más cálido, y su ansioso rostro brillaba con una luz interior cuando le llegaba la llamada al trabajo. Reclinándose hacia delante en el taxi escuchó, atentamente a MacDonald el pequeño esbozo del problema que nos esperaba en Sussex. El inspector dependía, como nos explicó, de una cuenta garabateada y dirigida a él por el tren de la leche en las tempranas horas de la mañana. White Mason, el oficial local, era un amigo personal, y por lo tanto MacDonald había sido notificado más prontamente de lo usual para Scotland Yard cuando los provincianos requieren su asistencia. Es un rastro muy frío sobre el cual el experto metropolitano es generalmente solicitado para actuar.

"Estimado inspector MacDonald [decía la carta que nos leyó]:

La requisición oficial de sus servicios está en otro sobre. Esto es para su ojo privado. Telegrafíeme sobre el tren que en la mañana lo llevará hacia Birlstone, y

lo recibiré... o lo haré recibir si estoy muy ocupado. Este caso es muy penoso. No desperdicie ni un momento en comenzar. Si puede traer a Mr. Holmes, por favor hágalo; porque él de seguro encontrará algo tras su propio corazón. Pensaríamos que todo ha sido arreglado para un efecto teatral si no hubiera un hombre muerto en medio de todo. ¡Por Dios! Es muy penoso.”

—Su amigo no parece ningún tonto —remarcó Holmes.

—No, señor, White Mason es un hombre muy enérgico, si se me puede considerar un juez.

—Bueno, ¿tiene algo más?

—Sólo que nos dará todos los detalles cuando nos reunamos con él.

—¿Entonces cómo sabe lo de Mr. Douglas y el hecho que fue horriblemente asesinado?

—Eso estaba en el cubierto informe oficial. No decía “horrible”: ése no es un término oficial reconocido. Daba el nombre de John Douglas. Mencionaba que sus heridas fueron en la cabeza, por la descarga de una escopeta. También mencionaba la hora de la alarma, que fue cerca de la medianoche de anoche. Añadía que el caso era indudablemente uno de asesinato, pero que ningún arresto había sido hecho, y que el caso era uno que presentaba algunos detalles perplejos y extraordinarios. Eso es absolutamente todo lo que tenemos al presente, Mr. Holmes.

—Ahora, con su permiso, lo dejaremos tal como está, Mr. Mac. La tentación de formar teorías prematuras con datos insuficientes es la ruina de nuestra profesión. Puedo ver solamente dos cosas certeras por el momento... un gran cerebro en Londres, y un hombre muerto en Sussex. Es la cadena de en medio la que vamos a rastrear.

3. La tragedia de Birlstone

Ahora por un momento pediré remover mi propia insignificante personalidad para describir los eventos que ocurrieron antes de arribar a la escena por medio de la luz de conocimiento que nos llegó mucho después. Sólo en esta forma puedo hacer que el lector aprecie la gente concernida y el extraño escenario en el cual su suerte estaba echada.

El pueblo de Birlstone es un pequeño y muy antiguo grupo de casitas mitad enmaderadas en la frontera norte del condado de Sussex. Por siglos ha permanecido sin cambios, pero en los últimos años su pintoresca apariencia y situación han atraído a un número de bienhechores residentes, cuyas casas de campo se atisban desde los bosques a su alrededor. En la localidad se cree que estos bosques son el extremo fleco del gran bosque de la campiña que se estrecha hasta que llega a los yacimientos de yeso al norte. Un número de pequeñas tiendas han surgido para satisfacer las necesidades de la creciente población; pues hay algunos prospectos que dicen que Birlstone pronto pasará de ser una villa anticuada a un moderno lugar. Es el centro de una considerable área de campo, pues Tunbridge Wells, el sitio de importancia más cercano, está a diez o doce millas al este, en las fronteras con Kent.

A una media milla del pueblo, construido en un viejo parque famoso por sus enormes árboles de haya, está la antigua Manor House de Birlstone. Una parte de este venerable edificio data del tiempo de la primera cruzada, cuando Hugo de Capus erigió una fortaleza en el centro de la hacienda, que le fue dada por el Rey Rojo. Ésta fue destruida por el fuego en 1543, y algunas de sus piedras en las esquinas, ennegrecidas por el humo, fueron usadas cuando, en tiempos jacobinos, una gran casa de campo emergió de las ruinas del castillo feudal.

Manor House, con sus múltiples aleros y sus pequeños cristales romboides en las ventanas, era casi la misma que el constructor dejó a comienzos del siglo XVII. De los dos fosos que una vez guardaron a su predecesor bélico, el exterior se había dejado secar, y servía la humilde función de una huerta. El interior aún estaba allí, y permanecía a cuarenta pies de anchura, contorneando toda la casa. Una pequeña corriente lo alimentaba y continuaba más allá de él, para que la

extensión de agua, aunque turbia, nunca fuese como de acequia o insalubre. Las ventanas del piso inferior estaban a un pie de la superficie del agua. La única vía de acceso a la casa era un puente levadizo, cuyas cadenas y árganas se había oxidado y roto hacía mucho tiempo. Los últimos inquilinos de Manor House habían, no obstante, con energía característica, arreglado ello, y el puente levadizo no sólo era capaz de elevarse, sino que se levantaba cada tarde y se bajaba cada mañana. Por esta renovación de las costumbres de los viejos días feudales, Manor House era convertida en una isla durante la noche... un hecho que tiene una muy directa relación con el misterio que estaba próximo a capturar la atención de toda Inglaterra.

La casa había estado sin dueños por algunos años y amenazaba con desmoronarse en un pintoresco decaimiento cuando los Douglas tomaron posesión de ella. Esta familia consistía únicamente de dos individuos, John Douglas y su esposa. Douglas era un hombre sorprendente, tanto en carácter como en persona. En edad pudo haber tenido alrededor de cincuenta, con fuertes mandíbulas y robusta cara, un bigote pardusco, ojos grises particularmente perspicaces, y una nervuda, vigorosa figura que no había perdido nada de la fuerza y actividad de la juventud. Era animado y genial con todos, pero algo descuidado en sus maneras, dando la impresión de que había visto la vida en estrato social o algún horizonte más lejano que la sociedad del condado de Sussex.

Aún así, aunque visto con algo de curiosidad y reserva por sus más cultos vecinos, pronto adquirió una gran popularidad entre los pueblerinos, suscribiéndose generosamente a todos los eventos locales, y asistiendo a sus conciertos de fumadores y otras funciones, donde, teniendo una destacable y rica voz de tenor, estaba siempre listo para complacer con una excelente canción. Parecía tener mucho dinero, que se decía que había ganado en los campos auríferos de California, y era claro por sus propias palabras y las de su esposa que había pasado parte de su vida en América.

La buena impresión producida por su generosidad y sus modales democráticos se incrementó por la reputación que se ganó por su completa indiferencia al peligro. Aunque era un malísimo jinete acudía a todos los concursos, y se daba las más impresionantes caídas en su determinación de ser siempre mejor. Cuando la vicaría se incendió se distinguió por la temeridad con la que volvió a entrar a la construcción para salvar propiedades, luego de que la brigada de bomberos local lo había abandonado como imposible. Así fue como este John Douglas de

Manor House se ganó en cinco años una gran reputación en Birlstone. Su esposa, también, era popular con todos lo que entablaban alguna amistad con ella; aunque, debido a la conducta inglesa, las visitas a un extraño que se ha instalado en el condado sin introducciones eran pocas y distantes. Esto no le importaba mucho a ella, porque por disposición propia se apartaba, por todas las apariencias, para dedicarse a su esposo y las labores domésticas. Se sabía que ella era una señorita inglesa que conoció a Mr. Douglas en Londres, siendo él en ese tiempo un viudo. Era una bella, alta, modesta y delgada mujer, unos veinte años más joven que su marido, una disparidad que no parecía disturbar la felicidad de su vida familiar.

Era digno de decir, con todo, por aquellos que los conocían mejor, que la confidencia entre los dos no era completa, pues era muy reservada acerca de la vida pasada de su cónyuge, o sino, lo que era más probable, había sido imperfectamente informada sobre ella. También se había notado y comentado por una poca gente observadora que habían signos a veces de nerviosismo por parte de Mrs. Douglas, y que manifestaba agudos malestares si su ausente marido regresaba particularmente tarde al hogar. En las tranquilas tierras campestres, donde todo chisme es bienvenido, esta debilidad de la señora de Manor House no pasaba desapercibida y se hizo más grande en la memoria de la gente cuando los eventos surgieron, lo que le daría un significado muy especial.

Había otro individuo cuya residencia bajo ese techo era, es verdad, esporádica, pero su presencia al mismo tiempo que los extraños sucesos que ahora serán narrados llevó su nombre prominentemente ante el público. Éste era Cecil James Barker, de Hales Lodge, Hampstead.

La figura alta, desvencijada de Cecil Barker era una familiar en la calle principal de Birlstone; pues él era un frecuente y bienvenido visitante en Manor House. Era el único amigo conocido de la vida pasada de Mr. Douglas que lo visitaba en sus nuevos dominios ingleses. Barker era indudablemente un inglés; pero por sus comentarios era claro que había conocido a Douglas en América y que había establecido íntimas relaciones con él. Parecía ser un hombre de considerable fortuna y se decía ser soltero.

En edad era un poco menor que Douglas, cuarenta y cinco como máximo; alto, derecho, de pecho ancho con un rostro rasurado, de boxeador, espesas, fuertes y negras cejas, y un par de dominantes ojos oscuros que podrían, incluso sin la ayuda de sus manos, limpiarle el camino a través de una multitud hostil. No

montaba ni era tirador, pero pasaba los días vagabundeando por la vieja aldea con la pipa en su boca, o manejando carrozas con su anfitrión, o en su ausencia, con su anfitriona, a través de los bellos campos. “Un caballero sereno y liberal” dijo Ames, el despensero. “¡Pero por todos los cielos! ¡Yo no habría querido ser el hombre que se cruce por su camino!” Era cordial e íntimo con Douglas, y no era menos amistoso con su esposa, una amistad que más de una vez le causó una irritación a su esposo, tanto que incluso los sirvientes podían percibir su enojo. Ésa era la tercera persona que ya era una de la familia cuando la catástrofe ocurrió.

En cuanto a los otros residentes de la vieja casa, basta de todo el amplio servicio de sirvientes con mencionar al remilgado, respetable y capaz Ames, y Mrs. Allen, una rolliza y jovial persona, que releva a la señora en algunos de los quehaceres de la casa. Los otros seis empleados en la mansión no se relacionan con los eventos de la noche del 6 de enero.

Eran las once y cuarenta y cinco cuando la primera alarma llegó a la pequeña estación de la policía local, a cargo del sargento Wilson de la cuadrilla de alguaciles de Sussex. Cecil Barker, muy excitado, había corrido hacia la puerta y hecho sonar fuertemente la campana. Una terrible tragedia había ocurrido en Manor House, y

John Douglas había sido asesinado. Ésa era el expectante contenido de su mensaje. Se apuró en regresar a la casa, seguido en minutos por el sargento de policía, que llegó a la escena del crimen un poco después de las doce en punto, luego de tomar prontas disposiciones en avisar a las autoridades del condado que algo serio estaba en pie.

Al llegar a Manor House, el sargento encontró el puente levadizo abajo, las ventanas encendidas, y toda la casa en estado de confusión salvaje y alarma. Los pálidos sirvientes estaban amontonados todos en el vestíbulo, con el asustado mayordomo retorciéndose las manos en la entrada. Solamente Cecil Barker parecía ser dueño de sí mismo y sus emociones; abrió la puerta que estaba más cerca del pórtico e hizo una señal al sargento para que lo siguiera. En ese momento llegó el Dr. Wood, un fuerte y hábil profesional del pueblo. Los tres hombres entraron al aposento fatal juntos, a la par que el horrorizado despensero siguió sus pasos, cerrando la puerta tras él para ocultar la terrible escena a los sirvientes.

El difunto yacía de espaldas, acostado con las piernas abiertas en el centro del cuarto. Estaba vestido sólo con su batín rosado, que cubría sus pijamas. Habían pantuflas en sus pies desnudos. El doctor se arrodilló a su lado y sostuvo la lámpara de mano que permanecía en la mesa. Una ojeada a la víctima era suficiente para mostrarle al médico que su presencia podía ser prescindida. El hombre había sido horriblemente herido. Tendido a través de su pecho había una curiosa arma, una escopeta con el cañón aserrado un pie frente a los gatillos. Era obvio que había sido disparado a corta distancia y que había recibido toda la carga en la cara, volando su cabeza en pedazos. Los gatillos habían sido accionados a la vez, para hacer la simultánea descarga más destructiva.

El policía de campo estaba enervado y preocupado por la tremenda responsabilidad que sorpresivamente caía sobre él.

—No tocaremos nada hasta que lleguen mis superiores —dijo en una quieta voz, mirando fijamente con horror a la cabeza espantosa.

—Nada ha sido tocado hasta ahora —respondió Cecil Barker—. Yo respondo por eso. Lo ve todo exactamente como lo encontré.

—¿A qué hora fue eso? —el sargento había sacado su libreta de apuntes.

—Eran justo las once y media. No me había comenzado a desvestir, y estaba sentado junto al fuego en mi habitación cuando oí el escopetazo. No fue muy fuerte, pareció ser amortiguado. Corrí rápidamente, no pienso que fueran treinta segundos antes que estuviera en el cuarto.

—¿La puerta estaba abierta?

—Sí, estaba abierta. El pobre Douglas yacía como lo encuentra ahora. La vela de su dormitorio ardía sobre la mesa. Fui yo quien encendió la lámpara minutos después. —¿No vio a nadie?

—No. Oí a Mrs. Douglas bajando las escaleras tras de mí, y me apresuré en prevenir que viera esta vista horrorosa. Mrs. Allen, el ama de llaves, vino y se la llevó. Ames arribó y entramos al aposento nuevamente.

—Pero de hecho yo he oído que el puente levadizo está levantado toda la noche.

—Sí, estaba levantado hasta que yo lo bajé.

—¿Entonces cómo pudo el asesino escapar? ¡Está fuera de toda lógica! Mr. Douglas debió dispararse a sí mismo.

—Ésa fue nuestra primera idea. ¡Pero vea! —Barker arrimó la cortina y mostró que la larga ventana de cristal en forma de rombo estaba abierta en toda su extensión —. ¡Y mire esto! —llevó la lámpara para iluminar una mancha de sangre como la marca de una suela de bota en el umbral de madera.

—Alguien se quedó aquí al salir.

—¿Quiere decir que alguien vadeó el foso?

—¡Exacto!

—Entonces si usted estuvo en el recinto en medio minuto, debió haber estado en el agua en ese momento.

—No tengo duda acerca de ello. ¡Quisiera por todos los cielos haber corrido a la ventana! Pero la cortina lo tapaba, como usted ve, por lo que nunca se me ocurrió. En aquel momento oí los pasos de Mrs. Douglas, y no le dejé entrar en el lugar. Hubiera sido demasiado terrible.

—¡Suficientemente terrible! —dijo el doctor, mirando a la cabeza hecha añicos y las atroces marcas que la rodeaban—. Nunca había visto tales heridas desde el choque ferroviario de Birlstone.

—Pero, yo digo —remarcó el sargento policía, cuyo lento y bucólico sentido común todavía ponderaba la ventana abierta—. Está muy bien lo que dice que un hombre escapó vadeando el foso, pero lo que le pregunto es, ¿cómo llegó a la casa si el puente estaba elevado?

—Ah, ésa es la pregunta —replicó Barker.

—¿A qué hora era levantado?

—Fue cerca de las seis —manifestó Ames, el mayordomo.

—He oído —opinó el sargento— que usualmente estaba elevado al ocaso. Eso sería más cerca de las cuatro y media que de las seis en esta época del año.

—Mrs. Douglas tuvo visitantes para tomar el té —expresó Ames—. No lo pude levantar hasta que se fueron. Luego lo alcé yo mismo.

—Entonces todo viene a esto —alegó el sargento— Si alguien vino de fuera, si lo hizo, debieron hacerlo a través del puente antes de las seis, y estar escondido desde entonces, hasta que Mr. Douglas fue al cuarto después de las once.

—¡Eso es! Mr. Douglas iba por toda la casa cada noche, lo último que hacía antes de meterse en la cama, para ver que las luces estuvieran en orden. Esto lo trajo hasta aquí. El hombre estaba esperando y le disparó. Posteriormente se alejó por la ventana y dejo su arma tras él. Así es como lo veo, porque nada más encajaría en los hechos.

El sargento recogió una tarjeta que estaba junto al cadáver en el piso. Las iniciales V. V. y bajo ellas el número 341 estaban rudamente garabateadas con tinta en ella.

—¿Qué es esto? —preguntó, sosteniéndola.

Barker la miró con curiosidad.

—No la había notado —indicó—. El asesino debió haberlo dejado tras él.

—V. V. - 341. No puedo sacar nada concreto de ello.

El sargento continuó agitándola entre sus grandes dedos.

—¿Qué es V. V.? Las iniciales de alguien probablemente. ¿Qué es lo que tiene allí, Dr. Wood?

Era un martillo de un gran tamaño el que yacía en la alfombra frente a la chimenea... un sólido y bien acabado martillo. Cecil Barker apuntó a una caja de clavos con cabeza de latón sobre la repisa.

—Mr. Douglas estuvo cambiando las pinturas ayer —declaró—. Lo vi yo mismo, parándose encima de la silla y fijando el gran cuadro ahí arriba. Eso explica el martillo.

—Haríamos bien en volverlo a poner en la alfombra donde lo hallamos —comentó el sargento, rascando su confundida cabeza en perplejidad—.

Necesitará de los mejores cerebros de la fuerza para llegar al fondo de todo esto. Será un trabajo de Londres antes de haber finalizado —alzó la lámpara de mano y avanzó lentamente en la estancia—. ¡Hola! —gritó, excitado, descorriendo la cortina de la ventana a un lado—. ¿A qué hora fueron cerradas estas cortinas?

—Cuando las lámparas fueron prendidas —dijo el despensero—. Sería alrededor de las cuatro.

—Alguien se estuvo escondiendo aquí, muy seguro —bajó la luz, y las marcas de botas embarradas fueron visibles en la esquina—. Esto confirma su teoría, Mr. Barker. Parece que el hombre se metió en la casa después de las cuatro, cuando las cortinas fueron cerradas, y antes de las seis cuando el puente se levantó. Se deslizó dentro del cuarto, porque fue el primero que vio. No había otro lugar en el que se pudiera esconder, por lo que se ocultó detrás de esta cortina. Eso se ve muy claramente. Es probable que su idea original fuera la de desvalijar la casa; pero Mr. Douglas inoportunamente vino sobre él, por lo que lo mató y escapó.

—Así es como parece —respondió Barker—. Pero digo, ¿no estamos perdiendo un tiempo precioso? ¿No podemos salir y recorrer la comarca antes que el tipo se aleje más aún?

El sargento lo consideró por un momento.

—No hay trenes hasta antes de las seis de la mañana; así que no puede irse por tren. Si va por la carretera con sus piernas todas goteando hay probabilidades de que alguien lo vea. De cualquier forma, no puedo irme de aquí hasta que sea relevado. Pero creo que ninguno de ustedes debe irse hasta que veamos más notoriamente cómo estamos.

El doctor tomó la lámpara y escudriñó de cerca al cuerpo.

—¿Qué es esta marca? —preguntó —¿Podría esto tener alguna relación con el crimen?

El brazo derecho del muerto estaba sacado de su batín y expuesto hasta el codo. A mitad del antebrazo había un curioso diseño marrón, un triángulo dentro de un círculo, resaltando en un vívido relieve sobre la piel color de lardo.

—No está tatuado —informó el doctor, observando a través de sus anteojos—.

Nunca vi algo así. Este hombre ha sido marcado en algún tiempo de la misma manera que marcan ganado. ¿Cuál es el significado de esto?

—Confieso que no sé el significado de ello —refirió Cecil Barker— pero he visto esa señal en Douglas muchas veces en los últimos diez años.

—También yo —dijo el mayordomo—. Muchas veces cuando el amo arremangaba sus puños he notado esa marca. Continuamente me preguntaba qué sería.

—Entonces no tiene nada que ver con el crimen, de todas formas —dijo el sargento—. Pero es algo singular sobre todo. Todo en este caso es singular. Bueno, ¿qué hay ahora?

El despensero había dado una exclamación de asombro y apuntaba la mano distendida del cadáver.

—Se han llevado su anillo de bodas —jadeó.

—¡Qué!

—Sí, en efecto. El amo siempre usaba su sencillo anillo de bodas de oro en el dedo meñique de su mano izquierda. Ese anillo con la pepita de oro sin tallar estaba sobre él, y el aro de la retorcida serpiente en el dedo medio. Ahí está la pepita y ahí la serpiente, pero el anillo de bodas no está.

—Tiene razón —agregó Barker.

—Me dice usted —comentó el sargento— que el anillo de matrimonio estaba debajo del otro.

—¡Siempre!

—Por lo tanto el asesino, o quien quiera que sea, primero tomó el aro que usted llama el de la pepita, luego el de compromiso, y por último regresó el de la pepita a su lugar.

—¡Así es!

El meritorio policía de campo movió su cabeza.

—Me parece que mientras más pronto los de Londres estén en este caso, mejor — alegó—. White Mason es un hombre inteligente. Ningún trabajo local ha sido nunca mucho para White Mason. No será mucho tiempo antes de que él esté aquí para ayudarnos. Pero espero que tengamos que mirar hacia Londres antes de continuar. No me avergüenzo de decir que es un asunto muy voluminoso para mis gustos.

4. Oscuridad

A las tres de la mañana el gran detective de Sussex, obedeciendo la urgente llamada del sargento Wilson de Birlstone, arribó de sus cuarteles en un ligero carruaje detrás de un trotador sin aliento. Por el tren de las cinco y cuarenta de la madrugada envió su mensaje a Scotland Yard, y estuvo en la estación de Birlstone a las doce del mediodía para recibirnos. White Mason era una persona tranquila, confortable con un suelto traje de tweed, una cara bien afeitada y rubicunda, un cuerpo fornido, y piernas poderosas y estevadas adornadas con polainas, con el aspecto de un pequeño granjero, un guardabosques retirado, o cualquier cosa sobre la tierra excepto un muy favorable espécimen de oficial de criminalística provinciano.

—Un problema absolutamente incompresible, Mr. MacDonald —no se cansaba de repetir—. Tendremos a los periodistas viniendo como moscas hasta que se haya esclarecido el asunto. Espero que terminemos nuestro trabajo antes que metan sus narices y desordenen todas las pistas. No ha habido nada igual hasta donde yo recuerdo. Hay algunos detalles que le serán muy atractivos, Mr. Holmes, o me equivoco. Y para usted también, Dr. Watson; porque los médicos deberán dar un veredicto también antes de terminar esto. Su habitación está en Westville Arms. No hay otro sitio; pero he oído que es limpio y bueno. Este hombre llevará sus equipajes. Por este camino, caballeros, si no es molestia.

Era una persona muy habladora y genial, este detective de Sussex. En diez minutos habíamos llegado a nuestros cuarteles. En diez más estábamos sentados en el salón de la posada y siendo informado de un bosquejo de los eventos que fueron relatados en el capítulo previo. MacDonald hizo una observación ocasional; mientras Holmes estaba sentado y absorbido, con la expresión de sorprendido y reverentes admiraciones con las que el botánico examina el raro y precioso florecimiento.

—¡Impresionante! —pronunció, cuando la historia se terminó— ¡Muy impresionante! Difícilmente puedo recordar un caso cuyos detalles fueran tan peculiares.

—Pensé que diría eso, Mr. Holmes —contestó White Mason con gran satisfacción —. Estamos muy al día aquí en Sussex. Le he dicho cómo está la situación aquí, al tiempo en que tomé el puesto del sargento Wilson entre las tres y cuatro de la madrugada. ¡Cielos! ¡Hice partir a la vieja yegua! Pero no estaba en grandes apuros, como al final resulto ser; aunque no había nada inmediato que pudiese hacer. El sargento Wilson tenía todos los pormenores. Los chequeé y consideré y tal vez añadí algunos por mí mismo.

—¿Cuáles eran? —preguntó Holmes ansiosamente.

—Bueno, primero hice examinar el martillo. El Dr. Wood estaba ahí para ayudarme. No encontramos signos de violencia en él. Esperaba que si Mr. Douglas se defendió con el martillo, hubiera causado algo al asesino antes de caer al felpudo. Pero no había ninguna mancha.

—Eso, verdaderamente, no prueba nada —remarcó el inspector MacDonald. Han habido muchos asesinatos con martillo sin rastros en el martillo.

—En efecto. No prueba que no fue usado. Pero podrían haber habido manchas, y eso nos hubiera ayudado. Pero no es un problema en el asunto. Tras ello examiné el arma. Eran cartuchos de perdigones, y, como el sargento Wilson apuntó, los gatillos estaban conectados, para que en el caso de que apretara el posterior, ambos cañones serían disparados. Cualquiera que haya arreglado eso se habría decidido en que no tendría la oportunidad de fallar en su tiro. El arma aserrada no tenía más de dos pies de largo... uno podía fácilmente cargarla en su abrigo. No había un nombre completo del fabricante, pero las letras impresas P-E-N en el ala entre los cañones, y el resto del nombre había sido cortado por la sierra.

—¿Una gran P con un adorno encima, con la E y la N más pequeñas?

—Exacto.

—Pennsylvania Small Arms Company... una bien conocida firma americana —replicó Holmes.

White Mason miró asombrado a mi amigo como el pequeño profesional de campo mira al especialista de Harley Street quien con una palabra puede resolver las dificultades que lo dejan perplejo.

—Esto es muy útil, Mr. Holmes. Sin duda que está en lo correcto. ¡Maravilloso!

¡Maravilloso! ¿Carga con los nombres de todos los fabricantes de armas en su memoria?

Holmes se desentendió de la pregunta con un ademán.

—Sin duda es una escopeta americana —White Mason continuó— Me parece haber leído que una escopeta aserrada es una arma usada en algunas partes de América. Sin tener en cuenta el nombre encima del cañón, la idea ya me había venido a la cabeza. Hay alguna evidencia, entonces, que este hombre que entró en este caso y mató a su dueño era un americano. MacDonald sacudió su cabeza.

—Hombre, de verdad que está avanzando demasiado rápido —pronunció—. No he escuchado evidencias que digan que algún extraño haya estado en la casa.

—¡La ventana abierta, la sangre en el umbral, la rara tarjeta, las marcas de botas en la esquina, la escopeta!

—Nada que no pudo haber sido arreglado. Mr. Douglas era un americano, o había vivido mucho tiempo en América. También Mr. Barker. No necesita emplear a un americano para deshacerse de hombres americanos.

—Ames, el mayordomo...

—¿Qué sobre él? ¿Es confiable?

—Diez años con Sir Charles Chandos... tan sólido como una roca. Ha estado con Douglas desde que tomó Manor House hace cinco años. Nunca ha visto un arma de esta clase en la vivienda.

—El arma fue hecha para dar falsa pista. Por eso es que los cañones fueron cortados. Sino encajaría en cualquier caja. ¿Cómo puede jurar que no hay un arma así en la casa?

—Bueno, de todas maneras, él no ha visto una así.

MacDonald meció su obstinada cabeza escocesa.

—No estoy convencido todavía de que haya habido alguien en la mansión —opinó—. Les estoy pidiendo que consideren (su acento se convertía cada vez más en uno de Aberdeen a la par que se perdía en su argumento). Les estoy

pidiendo que consideren qué es lo que involucra su suposición que esa arma haya sido llevada a la casa, y que todos estos insólitos hechos fueron hechos por un hombre de fuera. ¡Hombre, es inconcebible! Está contra el sentido común. Se lo pongo a usted, Mr. Holmes, juzgándolo por lo que hemos oído.

—Bueno, exponga su concepto, Mr. Mac —Holmes expresó en su estilo más judicial.

—El hombre no fue un ladrón, suponiendo que haya existido. El asunto del anillo y la carta apuntan a un asesinato premeditado por alguna razón privada. Muy bien. Aquí hay un hombre que se desliza hasta dentro de la mansión con la deliberada intención de matar. Sabe, si sabe algo, que tendrá una dificultad en ponerse a salvo, pues está rodeado por agua. ¿Qué arma escogería? Uno diría la más silenciosa del mundo. Entonces supondría que cuando el acto hubiese sido cometido, salir rápidamente por la ventana, vadear el foso, y escapar ileso. Eso es entendible. ¿Pero es entendible que iría con el arma más ruidosa que podría seleccionar, conociendo que despertaría a todos los habitantes de la casa y los llevaría al lugar tan rápido como puedan correr, y que hay toda probabilidad que sea visto antes de cruzar el agua? ¿Es esto creíble, Mr. Holmes?

—Bueno, pone el caso difícil —mi amigo manifestó pensativamente—. Ciertamente necesita una buena justificación. ¿Puedo preguntar, Mr. White Mason, si examinó el lado más alejado del foso para ver si hay algunos signos de que el hombre haya trepado desde el agua?

—No habían rastros, Mr. Holmes. Pero es un borde de piedra, y uno a duras penas los encontraría.

—¿Ninguna huella ni señal?

—Ninguna.

—¡Ha! ¿Habría alguna objeción, Mr. White Mason, en que vayamos a la casa de inmediato? Probablemente haya pequeños puntos que sean sugestivos.

—Se lo iba a proponer, Mr. Holmes; pero pensé que sería mejor ponerlo en contacto con todos los acontecimientos antes de irnos. Me pregunto si habrá algo que lo pudiese sorprender... —White Mason miró dudosamente al amateur.

—He trabajado con Mr. Holmes antes —explicó el inspector MacDonald—. Él

está dentro del juego.

—Mi propia idea del juego, en cualquier forma —afirmó Holmes, con una sonrisa. Yo entro en un caso para ayudar a los fines de la justicia y el trabajo de la policía. Si yo me he separado de la fuerza oficial es porque ellos primero se separaron de mí. No deseo ganar a sus expensas. Al mismo tiempo, Mr. White Mason, reclamo el derecho a trabajar en mi propio estilo y dar mis resultados a su debido tiempo... completos más bien que por partes.

—Estoy seguro que nos hace un honor con su presencia y con mostrarle todo lo que sabemos —replicó White Mason cordialmente—. Venga por aquí, Dr. Watson, y cuando el tiempo venga esperaremos tener un lugar en su libro.

Anduvimos por la pintoresca calle de la villa con una fila de olmos descopados a cada lado. Más allá había dos antiguos pilares de piedra, pigmentados por el clima y cubiertos con líquenes, teniendo en sus cimas algo sin forma que alguna vez había sido el extravagante león de Capus de Birlstone. Una corta caminata por el tortuoso paseo con césped y robles a su derredor que uno sólo ve en la Inglaterra rural, un súbito giro, y la gran casa de principios de los tiempos jacobinos de negruzcos ladrillos color hígado apareció ante nosotros, con un jardín de modelo anticuado con tejos a cada lado. Cuando nos aproximábamos, vimos el puente levadizo de madera y el bonito ancho foso tan calmado y luminoso como mercurio entre los rayos fríos de invierno.

Tres siglos han corrido por la vieja Manor House, centurias de nacimientos y visitas, de bailes campestres y de reuniones de cazadores de zorros. ¡Extraño que ahora en su vieja edad este antiguo negocio haya cernido sus sombras en estas venerables paredes! Y aún así esos raros tejados encumbrados y aleros de gran decoro suspendidos por arriba eran una adecuada cubierta para una horrenda y terrible intriga. Mientras observaba las fijas ventanas y la larga extensión de la opaca fachada lamida por el agua, sentí que ninguna escena sería más accesible a una tragedia.

—Ésa es la ventana —indicó White Mason— la que está justo a la derecha del puente levadizo. Está abierta tal y como se encontró anoche.

—Se ve un poco estrecha para que un hombre pueda pasar.

—Bueno, no era un hombre gordo, entonces. No necesitamos sus deducciones, Mr. Holmes, para que nos diga eso. Pero usted o yo podríamos pasar por ahí sin

problemas.

Holmes avanzó hacia el filo del foso y miró a través. Luego examinó la orilla de piedra y la sección de césped más allá de ésta.

—Le he dado una buena inspección, Mr. Holmes —alegó White Mason—. No hay nada allí, ningún signo de que alguien haya puesto los pies... ¿pero por qué debería dejar señales?

—Exacto. ¿Por qué debería? ¿Está el agua siempre túrbida?

—Generalmente tiene ese color. La corriente trae consigo arcilla.

—¿Cuán profundo es?

—Como de dos pies a los lados y tres en el centro.

—Por lo que podemos poner de lado la idea de que el hombre se halla ahogado al cruzar.

—No, un niño no se podría ahogar allí.

Transitamos a través del puente levadizo y fuimos recibidos por una amena, retorcida, enjuta persona, que era Ames, el despensero. El pobre viejo hombre estaba pálido del trastorno. El sargento del pueblo, una alta, formal y melancólica persona había pasado la vigilia en la habitación del destino. El doctor se había ido.

—¿Algo nuevo, sargento Wilson? —preguntó White Mason.

—No, señor.

—Ya se puede ir a su casa. Ha tenido suficiente. Le enviaremos por usted si le necesitamos. El mayordomo mejor será que espere afuera. Dígale que avise a Cecil Barker, Mrs. Douglas y el ama de llaves que probablemente necesitemos hablar con ellos un momento. Ahora, caballeros, quizás me permitirán darles mis puntos de vista que he construido, y luego opinarán por sí mismos.

Me impresionó, el especialista del campo. Tenía un sólido puño y un cerebro sereno, claro y con sentido común, que lo llevarán lejos en su profesión. Holmes

lo escuchó con atención, sin ningún signo de impaciencia que el exponente oficial sí daba frecuentemente.

—¿Es suicidio, o es asesinato... ésa es nuestra primera pregunta, caballeros, no es así? Si fuera suicidio, entonces debemos pensar que este hombre comenzó con quitarse su anillo de bodas y escondiéndolo, descendió con su batín, puso barro en una esquina detrás de la cortina para dar la idea de que alguien lo había esperado, abrió la ventana, puso sangre en la...

—Podemos descartar eso —habló MacDonald.

—Eso es lo que pienso. El suicidio está fuera de toda cuestión. Entonces un asesinato ha sido perpetrado. Lo que tenemos que determinar es si fue cometido por alguien de fuera o dentro de la casa.

—Bueno, oigamos el argumento.

—Hay considerables dificultades en ambos caminos, y sin embargo uno u otro debe serlo. Supongamos que una persona o personas dentro de la casa realizaron el crimen. Llevaron a este hombre aquí cuando todos aún estaban quietos y nadie dormía. Luego hicieron el acto con la más extraña y ruidosa arma en el mundo, como para advertir a todos de lo que estaba pasando... un arma que nunca fue vista en la casa antes. Eso no se ve como un comienzo prometedor, ¿no es así?

—No, tiene razón.

—Bueno, todos están de acuerdo en que luego de que la alarma fuese dada sólo pasó un minuto para que toda la gente de la mansión, no Mr. Cecil Barker en solitario, aunque él afirma haber sido el primero, Ames y el resto estuvieran en el sitio. ¿Me dice que en ese tiempo el culpable hizo las pisadas en la esquina, abrió la ventana, marcó el umbral, sacó el anillo de bodas de su dedo, y todo lo demás? ¡Es imposible!

—Lo pone usted todo claramente —afirmó Holmes—. Me inclino a favor suyo.

—Bien, entonces, vamos a la teoría de que fue cometido por alguien de afuera. Aún nos enfrentamos a grandes dificultades; pero por ahora cesaron las imposibilidades. El hombre se metió a la casa entre las cuatro y media y las seis, esto es, entre el crepúsculo y el tiempo en que el puente fue elevado. Habían entrado algunas visitas, y la puerta estaba abierta; por lo que no había nada que

se lo impidiera. Pudo haber sido un ladrón común, o pudo haber sido alguien con un resentimiento privado contra Mr. Douglas. Puesto que Mr. Douglas había pasado gran parte de su vida en América, y esta escopeta parece ser un instrumento americano, parecería que la del resentimiento privado es la más plausible teoría. Se deslizó dentro del cuarto porque fue el primero que vio, y se escondió tras las cortinas. Ahí permaneció hasta un poco después de las once de la noche. A ese tiempo Mr. Douglas entró en la habitación. Fue una corta entrevista, si hubo una entrevista con todo; pues Mrs. Douglas declara que su marido no se había alejado de ella más de unos cuantos minutos cuando oyó el disparo.

—La vela demuestra eso —declaró Holmes.

—Exacto. La vela, que era nueva, no se había consumido más de media pulgada. La debió poner en la mesa antes de ser atacado; de otra manera, por supuesto, se hubiera caído cuando él se derrumbó. Esto revela que no fue atacado en el instante que entró al cuarto. Cuando Mr. Barker llegó al aposento la vela estaba encendida y la lámpara apagada.

—Eso es suficientemente entendible.

—Bien, ahora, podemos reconstruir las cosas en esas líneas. Mr. Douglas entra al cuarto, coloca la vela en la mesa. Un hombre aparece de detrás de esa cortina. Está armado con una escopeta. Exige su anillo de compromiso... sólo el Cielo sabe por qué, pero así debió haber sido. Mr. Douglas se lo da. Luego a sangre fría o en un forcejeo, Douglas pudo haber cogido el martillo que fue hallado en el tapete, disparó a Douglas en esta horrible forma. Dejó su escopeta y también parecería que esta rara tarjeta: V. V. - 341, lo que sea que signifique, y escapó por la ventana y a través del foso en el momento en que Cecil Barker descubría el crimen. ¿Cómo está eso, Mr.

Holmes?

—Muy interesante, pero un poco no convincente.

—¡Hombre, sería algo absolutamente sin sentido si no fuera porque todo lo demás está peor! —gimió MacDonald—. Alguien mató al hombre, y quienquiera que sea fácilmente podría probar que lo hizo de otra forma. ¿Qué pretendía haciendo que su retirada fuera interrumpida de esa manera? ¿Qué pretendía al usar una escopeta cuando su única oportunidad de escapar era el silencio?

Venga, Mr. Holmes, está en usted el darnos una guía, porque dice usted que la teoría de Mr. White Mason es no convincente.

Holmes se mantuvo intencionadamente como observador durante esta larga discusión, sin perderse ni una palabra que fuera dicha, con sus diestros ojos siseando de derecha a izquierda, y su frente arrugada con especulación.

—Me gustaría tener algunos hechos más antes de ir tan lejos como para formular una teoría, Mr. Mac —declaró, arrodillándose junto al cadáver—. ¡Oh Dios! Estas heridas son realmente aterradoras. ¿Podemos traer al mayordomo aquí por un momento?... Ames, entiendo que comúnmente había visto esta marca muy inusual, un triángulo saliente dentro de un círculo, sobre el antebrazo de Mr. Douglas.

—Frecuentemente, señor.

—¿Nunca oyó alguna explicación sobre su significado?

—No, señor.

—Debió haber causado un gran dolor al ser colocada. Es sin duda una quemadura. Ahora, presumo, Ames, que hay una pequeña pieza de yeso en el ángulo de la mandíbula de Mr. Douglas. ¿Lo observó eso antes?

—Sí, señor, se cortó ayer en la mañana al afeitarse.

—¿Sabe si alguna vez se cortó al afeitarse antes?

—No por un largo tiempo, señor.

—¡Sugestivo! —exclamó Holmes—. Puede, por cierto, ser una simple coincidencia, o puede indicar nerviosismo lo que indicaría que tenía razones para temer un peligro. ¿Notó algo inusual en su conducta, ayer, Ames?

—Me sorprendió verlo como si no hubiese descansado y además excitado, señor.

—¡Ha! El ataque puede que no hubiese sido completamente inesperado. Parecemos hacer un pequeño progreso, ¿no es así? ¿Tal vez se quiera unir al interrogatorio, Mr. Mac?

—No, Mr. Holmes, está en mejores manos que las mías.

—Bueno, pasaremos a esta tarjeta, V. V. - 341. Es cartón duro. ¿Tiene algunas parecidas en esta casa?

—No lo creo.

Holmes avanzó a través de la carpeta y untó un poco de tinta de cada botella en el papel secante.

—No fue impreso en esta habitación —declaró—. Ésta es tinta negra y la otra es púrpura. Fue hecha con un lapicero grueso, y estos son finos. No, fue hecha en otro lugar, debo decirlo. ¿Puede sacar algo de esta inscripción, Ames?

—No, señor, nada.

—¿Qué es lo que piensa, Mr. Mac?

—Me da la impresión de una sociedad secreta de alguna clase; lo mismo con la divisa en su antebrazo.

—Esa es mi idea también —señaló White Mason.

—Bueno, podemos adoptar como una hipótesis en funcionamiento y luego ver hasta cuán lejos nuestras dificultades desaparecen. Un agente de dicha sociedad hace su camino a la casa, espera por Mr. Douglas, vuela su cabeza con su escopeta, y escapa vadeando el foso, luego de dejar su tarjeta junto al muerto, que, al ser mencionada en los periódicos, le dirá a otros miembros de la sociedad que la venganza ha sido realizada. Eso todo encaja. ¿Pero por qué esta arma, de todas las demás?

—Exactamente.

—¿Y por qué se llevó el anillo?

—Así es.

—¿Y por qué no se produce ningún arresto? Ya son más de las dos ahora. Doy por hecho que desde el alba todos los alguaciles en cuarenta millas han estado buscando por un extraño individuo mojado.

—Eso es, Mr. Holmes.

—Bien, a menos que tenga un escondite cerca o un cambio de ropas listo, difícilmente lo perderán. ¡Y sin embargo no lo han hallado hasta ahora! —Holmes se había acercado a la ventana y examinaba con sus lentes la marca de sangre en el umbral—. Es claramente la huella de un zapato. Es increíblemente ancha; un pie achatado, uno diría. Curioso, porque, tan lejos como alguien pueda rastrear una huella en esta esquina embarrada, uno diría que era una más formada planta del pie. No obstante, son muy indistintas. ¿Qué hay bajo este aparador?

—Las pesas de gimnasia de Mr. Douglas —contestó Ames.

—Pesa, solamente hay una. ¿Dónde está la otra?

—No sé, Mr. Holmes. Probablemente sólo había una. No me he dado cuenta en meses.

—Una pesa... —Holmes señaló seriamente; pero sus pensamientos fueron interrumpidos por un agudo golpeteo en la puerta.

Un alto, quemado por el sol, de parecer capaz, y bien afeitado hombre nos miró. No tuve dificultad en adivinar que era el Cecil Barker del que había escuchado. Sus magistrales ojos viajaron rápidamente con una mirada desterrada de cara a cara.

—Disculpen por interrumpir su conversación —dijo —pero deben prestar atención a las últimas noticias.

—¿Un arresto?

—No tenemos esa suerte. Pero encontraron su bicicleta. El tipo dejó su bicicleta tras de sí. Vengan y véanla. Está a unas cien yardas de la puerta principal.

Hallamos a tres o cuatro mozos y haraganes permaneciendo en el camino inspeccionando una bicicleta que había sido extraída de un grupo de arbustos en los que había sido escondida. Era una bien cuidada Rudge-Whitworth enlodada como si hubiera pasado por un considerable viaje. Ahí estaba la alforja con la llave y la aceitera, pero ninguna pista de su propietario.

—Sería una magnífica ayuda para la policía —observó el inspector— si estas cosas fuesen numeradas y registradas. Pero debemos estar agradecidos de lo que tenemos. Si no podemos saber hacia dónde se fue, por lo menos podemos conocer su origen. ¿Pero qué en nombre de todo lo sorprendente pudo hacer que este individuo la dejara atrás? ¿Y cómo se ha alejado sin ella? No parecemos tener un destello de luz en este caso, Mr. Holmes.

—¿No? —respondió mi amigo pensativamente—. ¡Desearía saberlo!

5. La gente del drama

—¿Ha visto todo lo que desea del estudio? —le interrogó White Mason mientras volvíamos a entrar a la casa.

—Por ahora —declaró el inspector. Holmes asintió.

—Entonces quizá les gustaría oír la evidencia de algunas de las personas de la mansión. Podemos usar el comedor; Ames, por favor entre usted primero y díganos lo que sepa.

El relato del mayordomo fue simple y nítido, y dio una convincente impresión de sinceridad. Había sido contratado hace cinco años, cuando Douglas vino por primera vez a Birlstone. Entendió que Mr. Douglas era un rico caballero que había hecho su fortuna en América. Era un empleador amable y considerado, no como los que Ames se había acostumbrado, tal vez; pero uno no puede obtener todo. Nunca vio signos de recelos en Mr. Douglas. Al contrario, era el hombre con menos temor que haya conocido. Ordenaba levantar el puente levadizo cada noche porque ésa era la antigua costumbre en la vieja mansión y le gustaba seguir con aquellas.

Mr. Douglas raramente iba a Londres o dejaba el pueblo; pero el día anterior al crimen había estado haciendo compras en Tunbridge Wells. Él (Ames) observó falta de sueño y excitación de parte de Mr. Douglas en ese día; parecía impaciente e irritable, lo que era inusual en él. No había ido a la cama aquella noche; sino que estaba en la despensa a la espalda de la casona guardando la vajilla de plata, cuando oyó la campanilla furiosamente. No escuchó disparo alguno, pero era casi imposible que lo lograra, puesto que la despensa y las cocinas se hallaban en la misma espalda de la casa y habían varias puertas cerradas y un largo pasadizo en medio. El ama de llaves había salido de su cuarto, atraída por el violento campanillazo. Habían ido hasta la fachada juntos.

A la vez que llegaban al fondo de las escaleras él vio a Mrs. Douglas bajando de ella. No, no estaba apurada; no le pareció que estuviese particularmente agitada. Justo cuando llegaba al fondo Mr. Barker se apresuró desde el estudio. Detuvo a

Mrs. Douglas y le rogó que regresase.

—¡Por el amor de Dios, vuelva a su dormitorio! —exclamó— ¡El pobre Jack está muerto! No puede hacer nada. ¡Por el amor de Dios regrese!

Tras un poco de persuasión en las escaleras, Mrs. Douglas se retiró. No profirió ningún grito. Tampoco clamó. Mrs. Allen, el ama de llaves, la había llevado arriba y estuvo con ella en su habitación. Ames y Mr. Barker regresaron al estudio donde encontraron todo exactamente como la policía lo había visto. La vela no estaba encendida en ese momento; pero la lámpara estaba ardiendo. Miraron por fuera de la ventana; pero la noche era muy oscura y nada podía ser visto ni oído. Luego se precipitaron al pasillo, donde Ames accionó la árgana que descendió el puente levadizo. Mr. Barker se apuró en avisar a la policía.

Ésa era, en su esencia, el relato del despensero.

La historia de Mrs. Allen, el ama de llaves, fue, hasta donde recuerdo, una corroboración de la de su amigo sirviente. Su aposento estaba más cerca al frontis de la casa que a la despensa donde Ames trabajaba. Se preparaba para ir a dormir cuando un fuerte sonido de la campanilla atrajo su atención. Era un poco sorda. Quizás esa fuera la razón por la que no oyó el disparo; pero de cualquier forma, el estudio estaba a un buen trecho. Recuerda haber escuchado un sonido que imaginó ser el cierre de una puerta. Eso fue un poco antes, media hora antes de la campanilla. Cuando Mr. Ames corrió hacia el frontis fue con él. Vio a Mr. Barker, muy pálido y excitado, saliendo del estudio. Interceptó a Mrs. Douglas que venía por las escaleras.

Él le suplicó que regresase, y ella le respondió, pero lo que ella dijo no pudo oírlo.

—¡Llévesela! ¡Permanezca con ella! —él le ordenó a Mrs. Allen.

Ella por lo tanto la llevó a su habitación, y se esforzó en consolarla. Estaba muy excitada, temblante, pero no hizo ningún otro intento en bajar. Sólo se sentó con su batín delante de la chimenea del cuarto, con su cabeza hundida entre sus manos. Mrs. Allen estuvo con ella la mayor parte de la noche. En cuanto a los demás sirvientes, todos se habían acostado, y la alarma no les llegó hasta poco antes que la policía llegase. Ellos dormían en el extremo posterior de la casa, y no habían podido prestar atención a nada.

Por ahora el ama de llaves no pudo añadir nada en el contra-interrogatorio aparte de lamentaciones y expresiones de asombro.

Cecil Barker relevó a Mrs. Allen como testigo. En cuanto a los sucesos de la noche anterior tenía muy poco más que decir que lo que ya había declarado a la policía. Personalmente, estaba convencido de que el asesino había escapado por la ventana. La mancha de sangre era conclusiva, en su opinión, en ese punto. Además, como el puente estaba arriba, no había otra posible manera de escape. No podía explicar qué había sido del asesino o por qué no había llevado su bicicleta, si en realidad era suya. Era imposible que se hubiera ahogado en el foso, pues no había sitio más profundo que tres pies.

En su propia opinión tenía una teoría muy definida del asesinato. Douglas era un hombre reservado, y había ciertos capítulos de su vida de los cuales nunca hablaba. Había emigrado a América cuando era muy joven. Prosperó muy bien, y Barker primero lo conoció en California, donde se convirtieron en compañeros en un floreciente terreno minero conocido como Benito Cañón. Les había ido muy bien; pero Douglas súbitamente vendió todo y se vino a Inglaterra. Era ya viudo en esa época. Después Barker convirtió su dinero para partir a Inglaterra. Así habían renovado su amistad.

Douglas le dio la impresión que algún peligro pendía sobre su cabeza, y siempre consideraba su salida desde California y también la renta de una vivienda en un lugar calmado de Inglaterra, como conectadas con dicho peligro. Imaginó que alguna sociedad secreta, una implacable organización, estaba bajo el rastro de Douglas, que no descansaría hasta acabar con él. Ciertas cosas que le había dicho le ofrecieron esta idea; aunque nunca le había dicho qué era la sociedad, o cómo la había ofendido. Sólo podía suponer que la inscripción en el letrero debía tener alguna referencia con esta sociedad secreta.

—¿Cuánto tiempo estuvo con Douglas en California? —interpeló el inspector MacDonald.

—Cinco años en total.

—¿Era soltero, dice usted?

—Viudo.

—¿Alguna vez le oyó hablar de dónde venía su primera esposa?

—No, recuerdo que dijo que era de extracción alemana, y he visto su retrato. Era una mujer muy hermosa. Murió de tifoidea el año anterior a que lo conociese.

—¿No asocia su pasado con algún lugar en particular en América?

—Lo oía hablar de Chicago. Conocía la ciudad adecuadamente y había trabajado allí. Lo escuchaba hablar de los distritos de carbón y hierro. Viajó mucho en sus buenos tiempos.

—¿Era un político? ¿Esta sociedad secreta tenía que ver con políticos?

—No, no le interesaba nada lo político.

—¿Tiene razones para pensar que era un criminal?

—Por el contrario, jamás vi a un hombre más derecho en mi vida.

—¿Hubo algo curioso durante su vida en California?

—Le gustaba mejor quedarse y trabajar en nuestras minas en las montañas. Nunca iba con los demás hombres. Esa fue la razón por la que comencé a pensar que alguien estaba tras él. Luego, cuando repentinamente abandonó California, mis sospechas se hicieron realidad. Creo que recibió una advertencia de algún tipo. Una semana después de su ida media docena de hombres preguntaban por él.

—¿Qué clase de hombres?

—Era un poderoso grupo de hombres rudos. Fueron al campamento y querían saber dónde estaba. Les dije que había ido hacia Europa y que no sabía dónde hallarlo. No significaba nada bueno para él, era fácil saberlo.

—¿Eran estos hombres americanos-californianos?

—Bueno, no sé si californianos. Pero sí eran americanos. Aunque no eran mineros. No sé lo que eran y me alegré mucho al verlos partir.

—¿Eso fue hace seis años?

—Casi siete.

—¿Y entonces ustedes estuvieron juntos cinco años en California, por lo que su negocio dataría de once años como mínimo?

—Debe serlo.

—Debe ser una muy seria enemistad la que sea mantenida con tanto celo por tanto tiempo como ése. No sería algo pequeño lo que la originó.

—Pienso que ensombreció toda su vida. Nunca estaba en sosiego.

—¿Pero si un hombre tiene un peligro que pende sobre él, y sabe lo que es, no cree que debería llamar a la policía por protección?

—Tal vez era un peligro del cual no podía ser protegido. Hay algo que debe saber. Siempre iba armado. Su revólver nunca estaba fuera de su bolsillo. Pero, para su mala suerte, estaba con su batín y lo había abandonado en su dormitorio aquella noche. Una vez que el puente estaba arriba, me imagino que creía que estaba a salvo.

—Me gustaría tener esas fechas un poco más claras —pronunció MacDonald—. Es alrededor de seis años desde que Douglas se fue de California. Lo siguió el año siguiente, ¿no es cierto?

—Así es.

—Y ha estado cinco años casado. Usted debió haber regresado más o menos en la época de su boda.

—Como un mes antes. Yo fui su padrino.

—¿Conoció a Mrs. Douglas antes de su matrimonio?

—No. Había estado fuera de Inglaterra por diez años.

—Pero ha visto mucho de ella desde entonces.

Barker miró severamente al detective.

—He visto mucho de él desde entonces —respondió—. Si la he visto a ella, es porque no puede visitar uno a un hombre sin ver a su mujer. Si piensa que hay

alguna conexión...

—No pienso nada, Mr. Barker. Debo hacer todas las investigaciones que pueda en este caso. Pero no me proponía ofenderlo.

—Algunas preguntas son ofensivas —Barker contestó con tono amargo.

—Sólo son hechos lo que queremos. Está en su interés y en el de todos que sean aclarados. ¿Mr. Douglas aprobó su amistad con su esposa?

Barker se puso más pálido, y sus grandes y fuertes manos se cerraron compulsivamente a la vez.

—¡No tiene derecho a hacer tales preguntas! —gritó— ¿Qué tiene esto que ver con el problema que está investigando?

—Debo repetir la pregunta.

—Bueno, me rehúso a responderla.

—Puede rehusarse a responderla; pero debe saber que su negativa es en sí una respuesta, porque no se rehusaría si no tuviera algo que esconder.

Barker se detuvo por un momento con su rostro áspero y sus cejas fuertemente negras se dibujaron en un intenso pensamiento. Luego se volvió con una sonrisa.

—Bien, creo que ustedes caballeros solamente están haciendo su trabajo después de todo, y no tengo derecho de obstruirlo. Sólo les pediría no molestar a Mrs. Douglas con este asunto; porque ya ha tenido suficiente hasta ahora. Les puedo decir que el pobre Douglas únicamente tenía un defecto en el mundo, y ése era su celo. Era cariñoso conmigo, ningún hombre lo era más con su amigo. Y era amoroso con su esposa. Él quería que viniera aquí, y siempre enviaba por mí. Y no obstante si su esposa y yo hablábamos solos o aparecía una simpatía entre nosotros, una especie de ola de celos pasaba sobre él, y estaría fuera de sí y diciendo las palabras más fuertes durante un momento. Más de una vez he dejado de venir por esa razón, y luego él me escribía cartas con disculpas, implorándome que volviese. ¡Pero pueden creerme, caballeros, cuando mi última palabra es que ningún hombre tuvo nunca una esposa más querida y fiel, y también puedo decir que no hubo amigo más leal que yo!

Había hablado con fervor y sentimiento, y sin embargo el inspector MacDonald no soltaba su pregunta.

—Conoce —profirió— que el anillo de bodas del cadáver había sido quitado de su dedo.

—Así parece —indicó Barker.

—¿Qué quiere decir con “parece”? Sabe que es un hecho.

El hombre pareció confuso e indeciso.

—Cuando dije “parece” quería decir que era posible que él mismo se haya sacado el aro.

—¿El simple hecho de que su anillo esté ausente, quienquiera que lo haya retirado, sugeriría a cualquiera, no es así, que el matrimonio y la tragedia están conectados?

Barker encogió sus anchos hombros.

—No puedo pensar qué significa —contestó—. Pero si insinúa que puede reflejarse de cualquier forma en el honor de esta dama —sus ojos ardieron por un instante, y luego con un esfuerzo evidente sostuvo sus propias emociones—, bueno, está sobre el camino equivocado.

—No tengo nada más que preguntarle al presente —señaló MacDonald fríamente.

—Hay un pequeño punto —remarcó Sherlock Holmes—, ¿cuándo entró al aposento solamente había una vela encendida en la mesa, no?

—Sí, así es.

—¿Por esta luz vio el terrible incidente ocurrido?

—Exacto.

—¿Inmediatamente llamó con la campanilla por ayuda?

—Sí.

—¿Y llegó rápidamente?

—Como en un minuto más o menos.

—Y cuando arribaron hallaron la vela apagada y la lámpara prendida. Eso es interesante.

De nuevo Barker manifestó signos de indecisión.

—No veo lo interesante, Mr. Holmes, —repuso tras una pausa—. La vela daba una luz muy mala. Mi primera idea fue la de dar una mejor. La lámpara estaba en la mesa; la prendí.

—¿Y sopló la vela?

—Exacto.

Holmes no formuló más preguntas, y Barker, con una mirada deliberada de uno a otro de entre nosotros con, como me pareció, algo de desafío en ella, se volvió y abandonó el cuarto. El inspector MacDonald envió una nota con el propósito de interrogar a Mrs. Douglas en su habitación; pero nos respondió diciendo que nos recibiría en el comedor. Entró, una alta y bella mujer de unos treinta, reservada y retraída a un alto grado, muy distinta de la trágica y perturbada mujer que yo había imaginado. Es verdad que su cara esta pálida y marcada, como la de alguien que ha pasado por un gran trauma; pero sus ademanes eran sosegados, y la mano finamente moldeada que descansaba en el borde de la mesa estaba tan firme como la mía. Sus tristes y suplicantes ojos viajaban de uno a otro de nosotros con una expresión inquisitiva. La mirada fija y preguntona se transformó abiertamente en una conversación abierta.

—¿Han hallado algo ya? —consultó.

¿Fue mi imaginación o había un pequeño tono de miedo más que de esperanza en la interpelación?

—Hemos llevado cada paso posible, Mrs. Douglas —expresó el inspector—. Puede estar segura que nada será descuidado.

—No escatimen el dinero —dijo en un tono muerto y llano—. Es mi deseo que todo esfuerzo posible sea realizado.

—Quizá pueda decirnos algo que traiga alguna luz al asunto.

—Me temo que no; pero todo lo que sé está a su servicio.

—Hemos escuchado de Mr. Cecil Barker que usted no vio, que usted nunca estuvo en el cuarto donde aconteció la tragedia.

—No, él me regresó de vuelta a las escaleras. Me suplicó que regresase a mi aposento.

—Así es. ¿Oyó el disparo, e inmediatamente bajó?

—Me puse mi batín y después bajé.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que percibió el disparo y que Mr. Barker la detuviera en la escalera?

—Pudo haber sido un par de minutos. Es difícil reconocer el tiempo en esos momentos. Me imploró que no siguiera. Me aseguró que no podía hacer nada. Luego, Mrs. Allen, el ama de llaves, me condujo arriba nuevamente. Era todo como un horrendo sueño.

—¿Puede darnos una idea de cuánto tiempo su esposo había estado abajo antes del disparo?

—No, no puedo decir. Fue desde su cuarto de vestir, y no lo escuché irse. Daba una ronda a la casa todas las noches, porque le asustaba el fuego. Era la única cosa que yo sabía que le atemorizaba.

—Ése es justo el punto al cual quiero que venga, Mrs. Douglas. Usted conoció a su marido en Inglaterra, ¿no es así?

—Sí, hemos estado casados cinco años.

—¿Lo oyó hablar de algo que le haya ocurrido en América y que le podría traer algún peligro?

Mrs. Douglas meditó seriamente antes de responder.

—Sí —explicó por fin—, siempre sentí que había cierto peligro sobre él. Se

rehusaba a discutirlo conmigo. No fue por falta de confianza en mí, había el amor más completo y leal entre nosotros, pero quería con todas sus fuerzas mantener cualquier alarma lejos de mí. Especuló que me asustaría si lo sabía todo, por eso estaba tan callado.

—¿Cómo lo supo, entonces?

La cara de Mrs. Douglas se encendió con una rápida sonrisa.

—¿Puede un cónyuge cargar su secreto toda la vida sin que la mujer que lo ama tener una sospecha al respecto? Entendía su rechazo a hablar de ciertos episodios de su vida americana. Lo entendía por ciertas precauciones que tomaba. Lo entendía por ciertas palabras que se le escapaban. Lo entendía por la manera en que veía a extraños inesperados. Estaba perfectamente segura que tenía poderosos enemigos, que creía que iban por su rastro, y que siempre estaba en guardia contra ellos. Estaba tan segura de ello que por años he estado aterrorizada si llegaba más tarde de lo esperado.

—¿Puedo preguntar —formuló Holmes— qué palabras fueron las que atrajeron su atención?

—El Valle del Terror —contestó la señora—. Ésa fue una expresión que usó cuando lo interrogué. “He estado en el Valle del Terror. No estoy fuera de él todavía.” “¿Nunca podremos salir del Valle del Terror?” le pregunté cuando lo vi más serio de lo usual. “A veces pienso que nunca podremos” respondió.

—¿Seguramente le cuestionó qué quería decir con el Valle del Terror?

—Lo hice; pero su rostro se volvió muy grave y sacudió su cabeza. “Es suficientemente malo que uno de nosotros esté bajo su sombra” dijo “¡Ruega a Dios que nunca caiga sobre ti!” Era un valle real en el cual había vivido y en el que algo terrible le había ocurrido, de eso estoy segura; pero más no le puedo decir.

—¿Y alguna vez mencionó nombres?

—Sí, estaba delirando por una fiebre una vez cuando tuvo su accidente cazando tres años atrás. Recuerdo que había un nombre que continuamente venía a sus labios. Lo pronunciaba con furia y una clase de horror. McGinty era el nombre, jefe del cuerpo McGinty. Le pregunté al recuperarse quién era el jefe del cuerpo

McGinty, y de qué cuerpo era su amo. “¡Nunca del mío, gracias a Dios!” respondió con una risa, y eso fue todo lo que pude sacar de él. Pero hay una conexión entre el jefe del cuerpo McGinty y el Valle del Terror.

—Hay otro punto —añadió el inspector MacDonald—. ¿Conoció a Mr. Douglas en una pensión en Londres, no es así, y se comprometieron allí? ¿Hubo algún romance, algo secreto o misterioso, concerniente al matrimonio?

—Hubo romance. Siempre hay romance. No hubo nada misterioso.

—¿No tuvo un rival?

—No, yo estaba libre.

—Ha oído, sin duda, que su anillo de bodas fue retirado. ¿Eso le sugiere algo? Suponga que algún enemigo de su vida pasada lo haya seguido y cometido este crimen, ¿qué posible razón podría tener para coger su anillo de compromiso?

Por un instante podría haber jurado que la más débil sombra de una sonrisa se filtró por los labios de la mujer.

—Realmente no lo puedo decir —reconoció—. Es ciertamente una cosa extraordinaria.

—Bueno, no la detendremos por más tiempo, y pedimos disculpas por haberle dado problemas en este tiempo angustioso —indicó el inspector—. Hay otros puntos, sin duda; pero los referiremos a usted a medida que se vayan tomando en cuenta.

Ella se levantó, y nuevamente fui consciente de esa rápida, inquisitiva mirada que nos examinaba: “¿Qué impresión mi testimonio les ha producido?” La pregunta pudo bien haber sido dicha. Después, con una despedida, se retiró del cuarto.

—Es una hermosa mujer, una muy hermosa mujer —pronunció MacDonald pensativamente, luego de que la puerta se cerrara detrás de ella—. Este hombre Barker ha tenido un importante rol en esto. Es un hombre que puede ser atractivo para una mujer. Admite que el muerto era celoso, y quizás sabe muy bien la causa de sus celos. Ahí está el anillo de bodas. No lo podemos pasar por alto. El hombre que tira del anillo de compromiso de un cadáver... ¿Qué dice usted, Mr.

Holmes?

Mi amigo estaba sentado con su cabeza encima de sus manos, enfrascado en una profunda meditación. Luego se levantó e hizo sonar la campana.

—Ames —expresó, cuando el despensero hubo entrado—, ¿dónde está Mr. Cecil Barker ahora?

—Voy a ir a ver, señor.

Regresó en un momento para decir que Barker estaba en el jardín.

—¿Puede recordar, Ames, qué era lo que Mr. Barker tenía puesto en sus pies cuando lo encontró en el estudio?

—Sí, Mr. Holmes. Tenía sus pantuflas de dormir. Le llevé sus botas cuando fue a ver a la policía.

—¿Dónde están las pantuflas ahora?

—Aún están bajo la silla en el vestíbulo.

—Muy bien, Ames. Es, por supuesto, importante para nosotros saber cuáles son las huellas de Mr. Barker y cuáles las de fuera.

—Sí señor. Debo decir que he notado que las chinelas están manchadas con sangre, al igual que las mías.

—Eso es natural, considerando la condición del aposento. Muy bien, Ames. Nosotros lo llamaremos si lo necesitamos.

Pocos minutos después estábamos en el estudio. Holmes trajo consigo las chinelas del pasadizo. Como Ames dijo, las suelas estaban oscuras de sangre.

—¡Extraño! —murmuró Holmes, mientras permanecía a la luz de la ventana y las examinaba minuciosamente—. ¡Muy extraño en realidad!

Inclinándose con uno de sus rápidos impulsos felinos, colocó la pantufla sobre la marca de sangre en el umbral. Se correspondía exactamente. Sonrió en silencio a sus colegas.

El inspector se transformó en excitación. Su acento nativo se confundió como una varita en medio de las rieles.

—¡Hombre —prorrumpió— no hay duda de ello! Barker ha marcado la ventana por sí mismo. Es bastante más ancha que cualquier otra marca de pie. Recuerdo que usted dijo que era un pie achatado, y aquí está la explicación. ¿Pero cuál es el juego, Mr. Holmes, cuál es el juego?

—Eso, ¿cuál es el juego? —mi amigo repitió cavilosamente.

White Mason se rió entre dientes y frotó sus gruesas manos en satisfacción profesional.

—¡Dije que era un caso formidable! —voceó— ¡Y uno verdaderamente formidable!

6. Una tenue luz

Los tres detectives tenían muchos detalles en los que reflexionar; por lo que retorné solo a nuestro modesto cuartel en la posada del pueblo. Pero antes de hacerlo tomé un paseo en el curioso jardín del mundo antiguo que flanqueaba la casa. Filas de tejos muy ancianos cortados en extraños diseños rodeaban todo a su alrededor. Dentro había un bello ámbito de césped con un viejo reloj de sol, dando un efecto tan aliviante y descansado que fue bienvenido por mis nervios alterados.

En la profunda y pacífica atmósfera uno puede olvidar, o recordar solamente como una fantasiosa pesadilla, ese oscuro estudio con la extendida, ensangrentada figura en el piso. Y aún así, yo mientras vagabundeaba por ahí y trataba de empapar mi alma en ese suave bálsamo, un singular incidente aconteció, lo que me trajo de vuelta a la tragedia y dejó una siniestra impresión en mi mente.

He dicho que una decoración de tejos circundaba el jardín. En el final más alejado de la casa se engrosaban en una continua barrera. Al otro lado de este vallado, oculto de los ojos de cualquiera acercándose desde la casa, había un asiento de piedra. Mientras me acercaba al sitio distinguí voces, algunos comentarios en los tonos graves de un hombre, replicados por un pequeño murmullo de risa femenina.

Un instante después había llegado al final de la barrera y mis ojos divisaron a Mrs. Douglas y al hombre Barker sin que se dieran cuenta de mi presencia. Su apariencia me provocó asombro. En el comedor había sido modesta y discreta. Ahora toda presencia de dolor se había alejado de ella. Sus ojos brillaban con la alegría de vivir, y su cara se estremecía con gozo a las palabras de su compañero. Él se había sentado hacia delante, con sus manos apretadas y sus antebrazos en sus rodillas, con una demostrativa sonrisa en su audaz y atractivo rostro. En un instante, pero fue uno que llegó demasiado tarde, volvieron a ponerse sus solemnes máscaras a la vez que mi figura entraba en su vista. Una palabra apurada o dos se pasaron entre sí, y tras ello Barker se levantó y vino hacia mí.

—¿Excúseme, señor —refirió—, pero me estoy dirigiendo al Dr. Watson?

Le hice una reverencia con una frialdad que mostraba, puedo decirlo, muy claramente la impresión que se había producido en mi mente.

—Pensamos que tal vez era probablemente usted, pues su amistad con Mr. Sherlock Holmes es muy conocida. ¿Le importaría venir y hablar con Mrs. Douglas un instante?

Lo seguí con una rigurosa cara. Muy limpiamente en mi mente podía ver a esa figura destrozada en el piso. Y aquí pocas horas después de la tragedia estaban su esposa y su amigo más cercano riéndose detrás de un arbusto en el jardín que había sido suyo. Saludé a la señora con reserva. Me había apenado con su desdicha en el comedor. Ahora veía a su atenta mirada con un ojo divagante.

—Me temo que me crea usted una persona insensible y de corazón de piedra —manifestó.

Me encogí de hombros.

—No es mi asunto —alegué.

—Quizás algún día me haga justicia. Si sólo supiera...

—No hay necesidad de que el Dr. Watson sepa nada —interrumpió Barker rápidamente—. Como él mismo dijo, éste no es un posible asunto suyo.

—Exacto —repliqué— y siendo así les pediría que me permitan proseguir con mi caminata.

—Un momento, Dr. Watson —gritó la mujer en una voz suplicante—. Hay una pregunta que me puede contestar con más autoridad que nadie en el mundo, y podría hacer una gran diferencia para mí. Conoce a Mr. Holmes y sus relaciones con la policía mejor que nadie. Suponiendo que un suceso fuese llevado confidencialmente a su conocimiento, ¿es absolutamente necesario que se lo pase a los detectives?

—Sí, eso es —añadió Barker ansiosamente—. ¿Está por sí mismo o está completamente con ellos?

—Realmente no sé si pueda ser justificado al discutir sobre ese punto.

—¡Le ruego, le imploro que lo haga, Dr. Watson! Le aseguro que nos estará ayudando, me estará ayudando de gran manera si nos guía en ese punto.

Hubo un tono tal de sinceridad en la voz de la mujer que por un instante me olvidé todo acerca de su levedad y me vi movido a cumplir su deseo.

—Mr. Holmes es un investigador independiente —contesté—. Es su propio superior, y actuaría de acuerdo a como su propio juicio se lo indique. Al mismo tiempo, naturalmente siente lealtad hacia los oficiales que están trabajando en el mismo caso, y no les ocultaría nada que les pueda ayudar en entregar al criminal a la justicia. No puedo decir nada más allá de esto, y les podría llevar a donde el mismo Mr. Holmes si desean una información más completa.

Diciendo esto cogí mi sombrero y regresé a mi camino, dejándolos detrás de esa barrera ocultadora. Miré hacia atrás mientras rodeaba el final de ésta y vi que aún hablaban muy encarecidamente, y, como me estaban observando, era obvio que era nuestra entrevista el objeto de su debate.

—No deseo ninguna de sus confidencias —explicó Holmes, cuando le reporté lo que había ocurrido. Había pasado toda la tarde en Manor House en consulta con sus dos colegas, y regresado alrededor de las cinco con un voraz apetito por un té cargado que le había ordenado—. Sin confidencias, Watson; porque son poderosamente embarazosas si llegamos a un arresto por conspiración y asesinato.

—¿Cree que se llegará a eso?

Estaba en su más jovial y vivo humor.

—Mi querido Watson, cuando haya exterminado a esta cuarta postura deberé estar listo para ponerlo al corriente de toda la situación. No digo que la hayamos desentrañado, estamos lejos de ello, pero cuando hayamos rastreado la pesa de gimnasia perdida...

—¡La pesa!

—¿Cielos, Watson, es posible que no haya penetrado el hecho de que el caso depende de la pesa perdida? Bueno, bueno, no debe deprimirse; entre nosotros,

no creo que ni el inspector Mac ni el excelente profesional local hayan divisado la gigantesca importancia de este incidente. ¡Una pesa, Watson! ¡Considere un atleta con una pesa! Imagínese el desarrollo unilateral, el inminente peligro de una curvatura espinal. ¡Impactante, Watson, impactante!

Se sentó con su boca llena de tostada y sus ojos centelleando con malicia, observando mi embrollo intelectual. La simple vista de excelente apetito era una certeza de su acierto; porque tenía muy claras memorias de días y noches sin una pizca de comida, cuando su frustrada mente se irritaba ante un problema mientras sus delgados y ansiosos rasgos se atenuaban más con el ascetismo de completa concentración mental. Finalmente encendió su pipa, y sentado junto al hogar de la vieja posada del pueblo habló despacio y al azar sobre su caso, más bien como alguien que piensa en voz alta que como alguien que hace una considerada declaración.

—¡Una mentira, Watson, una grande, gruesa, sorpresiva, sin compromisos y aislada mentira, eso es lo que nos espera en la entrada! Ése es nuestro punto de partida. La completa historia referida por Barker es una mentira. Pero la historia de Barker está corroborada por Mrs. Douglas. Por lo tanto también está mintiendo. Ambos están mintiendo, y en conspiración. Ahora tenemos el problema claro. ¿Por qué están mintiendo, y cuál es la verdad que están intentando tan arduamente esconder? Tratemos, Watson, usted y yo, si podemos pasar por encima de la mentira y reconstruir la verdad.

¿Cómo sé que están mintiendo? Porque es una torpe fabricación que simplemente no puede ser verdad. ¡Considere! De acuerdo a la historia que nos ha sido contada, el asesino tuvo menos de un minuto luego de haber sido cometido el crimen para sacar el anillo, que estaba bajo otro aro, del dedo del muerto, volver a poner el otro anillo, algo que seguramente nunca habría hecho, y colocar esa singular tarjeta al lado de la víctima. Digo que todo esto es obviamente imposible.

Puede argüir, pero tengo mucho respeto de su juicio, Watson, para creer que lo haga, que el anillo haya sido tomado antes de que el hombre fuera asesinado. El hecho de que la vela haya sido prendida por poco tiempo demuestra que no hubo una entrevista de mucho tiempo. ¿Era este Douglas, por lo que hemos escuchado de su carácter temerario, un hombre que daría su anillo de bodas sin mayores objeciones, o podríamos concebir que lo haya dado después de todo? No, no, Watson, el asesino estuvo solo con el difunto por algo de tiempo con la lámpara

encendida. De eso no tengo duda alguna.

Pero el tiro fue aparentemente la causa de la muerte. Por consiguiente éste debió ser disparado un poco antes de lo que nos dijeron. No debe haber error en ello. Estamos en presencia, así, de una deliberada conspiración de parte de las dos personas que oyeron la explosión, del hombre Barker y de la mujer Douglas. Cuando encima de todo esto puedo demostrar que la marca de sangre en el umbral de la ventana fue puesta a propósito por Barker para dar una falsa pista a la policía, admitirá que el caso se vuelve más siniestro para él.

Ahora nos preguntamos a qué hora el asesinato realmente ocurrió. A la diez y media los sirvientes se movían por toda la casa; ciertamente no fue antes de ese tiempo. A un cuarto para las once todos se habían ido a sus cuartos con la excepción de Ames, quien estaba en la despensa. He estado haciendo algunos experimentos después de que nos dejó esta tarde, y me di cuenta de que ningún sonido que MacDonald haya hecho en el estudio pudo penetrar hacia mí hasta la despensa con todas las puertas cerradas.

Es distinto, no obstante, desde la habitación del ama de llaves. No está muy lejos del corredor, y desde ahí pude vagamente oír un ruido cuando era lo suficientemente fuerte. El sonido de una escopeta es un poco amortiguado cuando la descarga es a corta distancia, como indudablemente es en este suceso. No era muy fuerte, pero en el silencio de la noche pudo fácilmente haber penetrado a la alcoba de Mrs. Allen. Ella es, como nos ha dicho, algo sorda; pero sin embargo ella mencionó en su testimonio que sí oyó algo como un portazo media hora antes que se diera la alarma. Media hora antes que sonase la alarma sería un cuarto para las once. No tengo duda de que lo que escuchó fue el ruido del arma, y que fue el verdadero momento del homicidio.

Si es así, debemos determinar ahora qué es lo que Mr. Barker y Mrs. Douglas, asumiendo que no son los verdaderos asesinos, podían haber estado haciendo desde un cuarto para las once, cuando el sonido del disparo los llevó abajo, hasta las once y cuarto, cuando dieron un campanillazo para convocar a los sirvientes. ¿Qué estaban haciendo y por qué no dieron instantáneamente la alarma? Ésa es la pregunta con la que nos confrontamos, y que cuando sea respondida seguramente habremos apartado algo de peso del problema.

—Estoy convencido —afirmé— de que hay un entendimiento entre ambas personas. Debe ser una criatura sin corazón para sentarse a reír con una broma a

pocas horas del crimen de su marido.

—Exacto. No destaca como una esposa incluso en su propio relato de lo que ocurrió. No soy un completo admirador del género femenino, como sabe, Watson, pero mi experiencia en la vida me ha enseñado que hay algunas mujeres que, sin tener consideración por su cónyuge, tendrían a cualquier palabra de hombre entre ellas y el cadáver de su pareja. Si me casara alguna vez, Watson, esperaría inspirar a mi esposa un sentimiento tal que le prevenga ser ganada por mi casero cuando mi cuerpo aún yazca a pocas yardas de ella. Está pésimamente dirigida su actuación; porque incluso los más novatos investigadores estarían sorprendidos por la ausencia del usual ululato femenino. Si no hubiera nada más, este solo incidente me sugeriría una conspiración premeditada.

—¿Piensa, definitivamente, que Barker y Mrs. Douglas son culpables del homicidio?

—Sus preguntas son amenazantes y directas, Watson —insinuó Holmes, meciendo su pipa frente a mí—. Vienen hacia mí como balas. Si dice que Mrs. Douglas y Barker conocen la verdad del crimen, y están conspirando para ocultarla, puedo darle una respuesta con toda mi intuición. Estoy seguro que lo hacen. Pero su proposición tortuosa no es muy lúcida. Por un momento consideremos las dificultades que hay en el camino.

Suponemos que esta pareja está unida por los lazos de un amor pecaminoso, y que han determinado deshacerse del hombre que se pone en medio. Es una peligrosa suposición; porque una discreta pesquisa entre los sirvientes y demás han fallado en corroborarla. Por el contrario, hay una gran evidencia de que los Douglas estaban muy unidos el uno del otro.

—Eso, estoy seguro, no puede ser verdad —interrumpí recordando la bella cara sonriente en el jardín.

—Bueno, por lo menos daban la impresión. Sin embargo, pensemos que son una pareja extraordinariamente astuta, que engañan a todos en ese punto, y conspiran para matar al marido. Él al parecer es un hombre del cual pende un peligro...

—Sólo tenemos su palabra para ello.

Holmes se veía reflexivo.

—Ya veo, Watson. Está formulando una teoría por la cual todo lo que dicen desde un inicio es falso. De acuerdo a su idea, nunca hubo una amenaza oculta, o sociedad secreta, o Valle del Terror, o jefe MacAlguien, o todo lo demás. Bueno, ésa es una arrolladora generalización. Veamos hasta dónde nos lleva. Inventaron esa teoría por culpa del crimen. Luego ellos continúan con la idea dejando una bicicleta en el parque como prueba de la existencia de un extraño. La mancha en el umbral se transmite a la misma idea. También lo hace la tarjeta sobre el cuerpo, que pudo haber sido preparada en la casa. Todo eso entra en su hipótesis, Watson. Ahora vamos a las feas, angulares y aisladas partes que no entran en sus lugares, ¿Por qué una escopeta cortada de entre todas las armas, y una americana encima de todo? ¿Cómo pueden haber estado tan seguros que el sonido no traería a alguien al sitio? Fue una simple casualidad que Mrs. Allen no haya comenzado a inquirir sobre el cierre de la puerta. ¿Por qué la pareja culpable hizo todo esto, Watson?

—Confieso que no lo puedo explicar.

—Luego nuevamente, si una mujer y su amante conspiran para matar al consorte, ¿van a anunciar su delito deliberadamente quitando el anillo de bodas de después de su muerte? ¿Eso le suena probable, Watson?

—No.

—Y de nuevo, si la idea de dejar una bicicleta escondida fuera se le hubiera ocurrido a usted, valdría la pena verdaderamente cuando el más torpe detective diría que es una obvia añagaza, porque la bicicleta sería la primera cosa que el fugitivo utilizaría para escapar.

—No puedo presumir ninguna explicación.

—Y aún así no hay combinación de eventos de los cuales el ingenio del hombre no pueda concebir una explicación. Simplemente como un ejercicio mental, sin ninguna afirmación de que sea verdad, permítame indicarle la posible línea de pensamiento. Es, como admito, solamente imaginación; ¿pero cuán frecuentemente es la imaginación la madre de la verdad?

Supondremos que hay un secreto delictivo, uno realmente vergonzoso en la vida de este hombre Douglas. Esto conduce a un asesinato por alguien que es, conjeturamos, un vengador, alguien de fuera. Este vengador, por alguna razón que confieso que aún no puedo explicar, tomó el aro de compromiso del muerto.

La vendetta concebiblemente data hasta el primer matrimonio del hombre, y el anillo fue sustraído por esa razón.

Antes que el vengador se fuera, Barker y la esposa llegaron a la estancia. El asesino los convenció que cualquier intento llevaría a la publicación de algún escándalo horrible. Fueron absorbidos por esa idea, y prefirieron dejarlo ir. Para este propósito posiblemente descendieron el puente, lo que puede ser hecho sin ningún ruido, y luego vuelto a levantar. Hizo este escape, y por alguna razón creyó que podía hacerlo más a salvo a pie que en bicicleta. Por lo tanto, dejó esa máquina donde no pueda ser descubierta hasta que esté suficientemente seguro. Hasta ahí aún estamos en los límites de la posibilidad, ¿no es así?

—Bueno, es posible, sin duda —repliqué, con algo de reserva.

—Debemos recordar, Watson, que lo que sea que ocurrió fue algo innegablemente muy extraordinario. Bien, ahora, para continuar con nuestro caso hipotético, la pareja, no necesariamente la pareja culpable, se dio cuenta después de que el homicida se halla marchado, que se habían puesto en una situación en la que podía ser difícil probar que ellos mismos no cometieron el acto o fueron cómplices de él. Rápidamente y un poco ingenuamente fabricaron un hecho. La huella fue puesta por la pantufla de Barker ensangrentada en el umbral de la ventana para sugerir que por allí el fugitivo había escapado. Obviamente eran los dos que habían oído el arma; por lo que dieron la alarma exactamente como debió haber sido, pero una buena media hora después del evento.

—¿Y cómo se propone probar esto?

—Bueno, si hubiera un extraño, podría ser rastreado y capturado. Ésa sería la más efectiva de todas las pruebas. Pero si no, bueno, los recursos de la ciencia están lejos de extinguirse. Creo que una tarde solo en el estudio me ayudaría mucho.

—¡Una tarde solo!

—Me dispongo a ir allá personalmente. Lo he arreglado todo con el estimable Ames, quien por ningún motivo confía en este Barker. Me deberé sentar en ese aposento y ver si su atmósfera me trae inspiración. Creo que el genio depende del sitio. Sonríe, amigo Watson. Bueno, ya veremos. De paso, tiene usted un gran paraguas, ¿no es así?

—Está aquí.

—Bien. Lo pediré prestado si me lo permite.

—¡Ciertamente, pero qué malísima arma! Si hay peligro...

—Nada serio, mi querido Watson, o de otro modo pediría de seguro su asistencia. Pero tomaré el paraguas. Al presente solo estoy aguardando el regreso de nuestros colegas de Tunbridge Wells, donde deben estar ocupados en buscar un probable dueño de la bicicleta.

Era ya caída la tarde antes que el inspector MacDonald y White Mason retornaran de su expedición, y arribaron exultantes, reportando un gran avance en nuestra investigación.

—Hombre, admito que tenía mis dudas de que si alguna vez hubo un forastero — profirió MacDonald—; pero eso está todo pasado ahora. Tenemos nuestra bicicleta identificada, y una descripción de nuestro hombre; por lo que eso es un gran paso en nuestra ruta.

—Me suena como el comienzo del fin —manifestó Holmes—. Estén seguros que los felicito con todo mi corazón.

—Bueno, yo empecé desde el hecho que Mr. Douglas había estado perturbado desde el día anterior, cuando había estado en Tunbridge Wells. Era en Tunbridge Wells entonces donde se volvió consciente del peligro. Era claro, por consiguiente, que si un hombre había ido con una bicicleta era desde Tunbridge Wells donde se podía esperar que hubiera venido. Tomamos la bicicleta con nosotros y la mostramos en los hoteles. Fue identificada inmediatamente por el gerente de "The Eagle Commercial" como perteneciente a un hombre llamado Hargrave, quien había tomado un cuarto dos días atrás. Esta bicicleta y una pequeña maleta eran sus únicas pertenencias. Había registrado su nombre como proveniente de Londres, pero no dio dirección. Esa valija fue hecha en Londres, y los contenidos eran británicos; pero el hombre era indudablemente un americano.

—¡Bien, bien —expresó Holmes alegremente—, han realizado verdaderamente un sólido trabajo mientras yo he estado sentado revolviendo teorías con mi amigo! Es una lección para ser práctico, Mr. Mac.

—Hey, no es demasiado, Mr. Holmes —señaló el inspector con satisfacción.

—Pero esto puede todo encajar en sus teorías —remarqué.

—Puede ser o puede no ser. Pero cuéntenos el final, Mr. Mac. ¿No había nada para identificar a este hombre?

—Tan poco que era evidente que se había guardado cuidadosamente de toda identificación. No había papeles ni cartas, ni marcas en las ropas. Un mapa cíclico del condado yacía en la mesa de dormitorio. Dejó el hotel ayer en la mañana con su bicicleta, y nada más fue oído sobre él hasta nuestras indagaciones.

—Eso es lo que me desconcierta —declaró White Mason—. Si el tipo no quería destacar y el escándalo se cierne sobre él, uno se imaginaría que regresaría y se quedaría en el hotel como un inofensivo turista. Como van las cosas, debe saber que será reportado a la policía por el gerente del hotel y que su desaparición debe estar conectado al asesinato.

—Uno lo imaginaría así. Aún así, está ajustado a sus conocimientos al día, en todo sentido, pues no ha sido capturado. ¿Pero su descripción, cuál es?

MacDonald dio un vistazo a su libreta de notas.

—Aquí la tenemos hasta donde nos la han podido dar. No parecen haber tenido una muy particular impresión de él; pero el portero, el conserje y la camarera están todos de acuerdo en determinados puntos. Era un hombre de unos cinco pies y nueve de altura, cincuenta o algo así de edad, su cabello ligeramente entrecano, un grisáceo bigote, una nariz curvada, y un rostro que todos describieron como fiero y repulsivo.

—Bueno, salvo la expresión, esa casi podría ser la misma descripción de Douglas —argumentó Holmes—. Tiene más de cincuenta, con pardusco cabello y bigote, y más o menos la misma altura. ¿Obtuvo algo más?

—Estaba vestido en una ropa gris fuerte con un chaquetón, y vestía un corto abrigo amarillo y una suave gorra.

—¿Qué hay sobre la escopeta?

—Tiene menos de dos pies. Fácilmente entraría en su valija. La podría cargar dentro de su saco sin dificultad.

—¿Y qué piensa que todo esto traiga al caso en sí?

—Bueno, Mr. Holmes —insinuó MacDonald— cuando tengamos a nuestro hombre, y puede estar seguro que ya telegrafié con su descripción cinco minutos después de oírla, estaremos aptos para juzgar. Pero, incluso como se sostiene, hemos ya recorrido un largo trecho. Sabemos que un americano que se llama a sí mismo Hargrave fue a Tunbridge Wells hace dos días con una bicicleta y una maleta. En la última había una escopeta aserrada; por lo que vino con el propósito deliberado del crimen. Ayer en la mañana partió para este lugar con su bicicleta, con su arma escondida en su abrigo. Nadie lo vio llegar, hasta donde sabemos; pero no necesitó pasar por la villa para llegar a las puertas de la mansión, y hay muchos ciclistas por la ruta. Presumiblemente ocultó su bicicleta entre los laureles donde después fue hallada, y posiblemente acechó desde allí, con sus ojos a la casa, esperando que Mr. Douglas saliese. La escopeta era una extraña arma para usar dentro de la morada; pero tenía intención de usarla afuera, y ahí tenía grandes ventajas, porque sería imposible fallarle, y el sonido de disparos es tan común en un vecindario deportivo inglés que ninguna aviso sería dado.

—Eso está muy claro —apuntó Holmes.

—Bueno, Mr. Douglas no apareció. ¿Qué hacer por consiguiente? Dejó su bicicleta y se acercó hacia la vivienda en el crepúsculo. Halló el puente abajo y nadie alrededor. Tomó su oportunidad, intentando, sin duda, dar alguna excusa si se interceptaba con alguien. No lo hizo. Se deslizó al primer cuarto que vio y se encubrió detrás de la cortina. Allí vio que el puente levadizo se elevaba y supo que su única escapatoria era a través del foso. Esperó hasta las once y cuarto, cuando Mr. Douglas en su usual ronda nocturna entró al recinto. Le disparó y escapó, como lo dispuso. Estaba seguro que la bicicleta sería descrita por la gente del hotel y usada como una prueba en su contra; así que la dejó allí y abrió su camino por otros medios a Londres o a cualquier otro lugar seguro de escondite que ya haya previsto. ¿Cómo está eso, Mr. Holmes?

—Bien, Mr. Mac, está muy bien y muy claro hasta donde llega. Ése es su final de la historia. Mi final es que el delito fue cometido media hora antes de lo reportado; que Mrs. Douglas y Barker conspiran para tapar algo; que ellos

facilitaron el escape del asesino, o por lo menos que llegaron al cuarto antes de que escapase, y que fabricaron evidencias de su fuga por la ventana, y que con toda probabilidad lo dejaron ir al descender el puente. Ésa es mi lectura de la primera mitad.

Los dos detectives sacudieron sus cabezas.

—Bien, Mr. Holmes, si es verdad, solamente caemos de un misterio a otro —gruñó el inspector de Londres.

—Y en cierta forma uno peor —añadió White Mason—. La señora nunca ha estado en América en toda su vida. ¿Qué posible conexión podría ella tener con un asesino americano que causara que lo resguarde?

—Libremente admito las dificultades —contestó Holmes—. Me he propuesto hacer una investigación por mi cuenta esta noche, y es posible que pueda contribuir con algo a esta causa común.

—¿Lo podemos ayudar, Mr. Holmes?

—¡No, no! La oscuridad y el paraguas del Dr. Watson, mis requerimientos son simples. Y Ames, el fiel Ames, sin duda que me brindará ayuda. Todas mis líneas de pensamiento me dirigen invariablemente a una pregunta básica, ¿por qué un hombre atlético debería desarrollar su contextura con un instrumento tan innatural como una sola pesa de gimnasia?

Era ya tarde aquella noche cuando Holmes regresó de su solitaria excursión. Dormíamos en un cuarto con dos camas, que era lo mejor que esa posada del campo nos podía dar. Estaba ya dormido cuando fui despertado en parte por su regreso.

—Bueno, Holmes —murmuré— ¿ha descubierto algo?

Permaneció junto a mí en silencio, con la vela en su mano. Entonces la alta y reclinada figura se volvió hacia mí.

—Digo, Watson —musitó—, ¿estaría asustado de dormir en la misma habitación que un lunático, un hombre con reblandecimiento cerebral, un idiota cuya mente ha perdido su filo?

—No mucho —respondí con aturdimiento.

—¡Ah, qué suerte! —dijo, y ninguna palabra más fue pronunciada aquella noche.

7. La solución

La mañana siguiente, después del desayuno, encontramos al inspector MacDonald y a White Mason sentados en cercana reunión en el pequeño salón del sargento de la policía local. En la mesa frente a ellos había apiladas un montón de cartas y telegramas, que estaban cuidadosamente seleccionando y enlistando. Tres habían sido colocadas a un lado.

—¿Aún en la pista del evasivo ciclista? —Holmes interrogó felizmente—. ¿Cuál es la última noticia de ese rufián?

MacDonald apuntó desanimadamente a su montón de correspondencia.

—Está reportado desde Leicester, Nottingham, Southampton, Derby, East Ham, Richmond, y catorce otros lugares. En tres de esos, East Ham, Leicester y Liverpool, hay una clara acusación en su contra. El país parece estar lleno de fugitivos con abrigos amarillos.

—¡Por Dios! —exclamó Holmes con aire simpatizante—. Ahora, Mr. Mac, y usted, Mr. White Mason, les deseo dar una importante consejo. Cuando me metí en este caso con ustedes yo convine, como sin duda recordarán, que no les presentaría teorías inconcretas, sino que retendría y ejecutaría mis ideas hasta que me haya cerciorado de que sean correctas. Por esta razón no estoy en el presente momento diciéndoles todo lo que está en mi mente. Por otra parte, les dije que haría el juego de igual a igual con ustedes, y no creo que sea una partida justa permitirles ir por innecesarios momentos desperdiciando sus energías en una tarea sin beneficio alguno. Por lo tanto estoy aquí para sugerirles algo, y esa sugerencia está resumida en tres palabras, abandonen el caso.

MacDonald y White Mason miraron con asombro a su celebrado colega.

—¡Lo considera irresoluble!

—Considero su situación como sin esperanza. No considero que sea imposible llegar a la verdad.

—Pero este ciclista. No es una invención. Tenemos su descripción, su valija, su bicicleta. El tipo debe estar en algún lugar. ¿Por qué no lo podríamos coger?

—Sí, sí, sin duda, que está por algún lugar, y sin duda que lo cogerán; pero no haré que gasten sus energías en East Ham o Liverpool. Estoy seguro de que podemos hallar un pequeño atajo para el resultado.

—Está reteniendo algo. Eso no es nada justo, Mr. Holmes —el inspector estaba molesto.

—Conoce mis métodos de trabajo, Mr. Mac. Pero lo contendré por el menor tiempo posible. Sólo deseo verificar mis detalles en un sentido, lo que puede ser prontamente hecho, y luego me despediré y me iré a Londres, dejando mis resultados completamente a su servicio. Les debo demasiado de su actitud; porque en toda mi experiencia no puedo recordar un estudio más singular e interesante.

—Esto está honestamente más allá de mi percepción, Mr. Holmes. Lo vimos cuando retornamos de Tunbridge Wells anoche, y estaba en acuerdo general con nuestros resultados. ¿Qué ha sucedido desde entonces que le ha dado una completamente nueva idea del caso?

—Bueno, ya que me pregunta, pasé, como les dije que lo haría, algunas horas la última noche en Manor House.

—Bien, ¿qué ocurrió?

—Ah, solamente les puedo dar una respuesta muy general por el momento. De paso, he estado leyendo una corta pero interesante reseña de la vieja mansión, comprable por la modesta suma de un penique al tabaquero local.

Holmes sacó un pequeño folleto, adornado por el tosco grabado de la antigua Manor House, de su chaleco.

—Inmensamente añade entusiasmo a la investigación, mi querido Mr. Mac, cuando uno está en consciente armonía con la atmósfera histórica de los alrededores locales. No me mire tan impacientemente; le aseguro que incluso tan escueta referencia como ésta hace rememorar una imagen del pasado en la mente de uno. Permítanme darles un ejemplo. “Erigida en el quinto año de Jacobo I, y hecha encima de un edificio más viejo, Manor House de Birlstone presenta uno

de los mejores ejemplos sobrevivientes de las residencias jacobinas rodeadas con foso...” —¡Nos está tratando como a unos tontos, Mr. Holmes!

—¡Basta, basta, Mr. Mac!, es el primer signo de mal genio que he notado en usted. Bueno, no lo leeré palabra por palabra, ya que se siente tan irritable por el tema. Pero cuando le digo que hay ciertas crónicas respecto al arrendamiento del lugar por un coronel del Parlamento en 1644, del escondite de Carlos por varios días durante el curso de la Guerra Civil, y finalmente de la visita a aquí por el segundo Jorge, admitirá que hay varias asociaciones de interés con esta vieja casona.

—No lo dudo, Mr. Holmes; pero ése no es asunto nuestro.

—¿No lo es? ¿No lo es? Visión ancha, mi querido Mr. Mac, es una de las cualidades esenciales en nuestra profesión. La reciprocidad de ideas y el oblicuo uso del saber son comúnmente de extraordinario interés. Excusará estos reparos de alguien que, aunque es un simple conocedor del crimen, es un poco mayor y tal vez más experimentado que usted.

—Soy el primero en admitirlo —afirmó el detective cordialmente—. Llega al punto, lo reconozco; pero tiene una forma muy extravagante de conseguirlo.

—Bueno, bueno, dejaré la historia pasada y me dirigiré a los hechos del presente. Hice una visita la noche pasada, como se los había mencionado, a Manor House. No vi ni a Barker ni a Mrs. Douglas. No tuve necesidad de disturbarlos; pero me sentí a gusto al escuchar que la señora no estaba visiblemente lánguida y que había participado en una excelente cena. Mi visita se la debo especialmente al buen Mr. Ames, con el cual intercambié palabras amistosas, que culminaron permitiéndome, sin dar noticia a nadie, sentarme solo por un tiempo en el estudio.

—¡Qué! ¿Con eso? —prorrumpí.

—No, no, ahora está todo en orden. Dio permiso para ello, Mr. Mac, como me fue informado. La estancia estaba en su estado normal, y en ella pasé un instructivo cuarto de hora.

—¿Qué estuvo haciendo?

—Bueno, para no hacer un misterio de tan simple cuestión, estuve buscando la

pesa de gimnasia perdida. Siempre ha ocupado un prominente lugar en mi propia estimación del caso. Terminé encontrándola.

—¿Dónde?

—Ah, ahí vamos al borde de lo inexplorado. Permítanme ir un poco lejos, un poco más lejos, y les prometo que compartiré todo lo que sé.

—Bueno, estamos obligados a aceptar sus propios términos —opinó el inspector —; pero cuando nos dice que dejemos el asunto, ¿por qué en nombre de todos los dioses debemos abandonar el caso?

—Por la simple razón, mi querido Mr. Mac, que no tiene la principal idea de lo que está investigando.

—Estamos investigando el asesinato de Mr. John Douglas de Birlstone Manor.

—Sí, sí, así lo están haciendo. Pero no se molesten en seguir al misterioso caballero sobre la bicicleta. Les aseguro que eso no les ayudará.

—¿Entonces qué nos sugiere hacer?

—Les diré exactamente lo que tienen que hacer, si están dispuestos a hacerlo.

—Bueno, me veo impuesto a decir que siempre he hallado una razón detrás de sus raros métodos. Haré lo que indiqué.

—¿Y usted, Mr. White Mason?

El detective del campo miró como pidiendo ayuda a uno y otro lado. Holmes y su sistema eran nuevos para él.

—Bueno, si es suficientemente bueno para el inspector, es suficientemente bueno para mí —pronunció por fin.

—¡Capital! —exclamó Holmes—. Bien, entonces, les recomendaré una sana y alegre caminata campestre a los dos. Me han dicho que las vistas desde Birlstone Ridge a toda la campiña son muy impresionantes. Sin duda que el almuerzo puede ser efectuado en alguna hostelería apropiada; aunque mi ignorancia del campo me impide recomendarles una. En la tarde, ya cansados pero contentos...

—¡Hombre, esto es pasarse de la raya! —gritó MacDonald, elevándose furiosamente de su silla.

—Bueno, bueno, pasen el día como gusten —manifestó Holmes, dándole palmaditas alegremente en el hombro—. Hagan lo que quieran y vayan a donde quieran, pero reúnanse conmigo antes del crepúsculo sin falta, sin falta, Mr. Mac.

—Eso suena más cuerdo.

—Todo lo que dije fue un excelente consejo; pero no insisto, siempre y cuando estén aquí cuando los necesite. Pero ahora, antes de partir, quiero que escriba una nota a Mr. Barker.

—¿Y bien?

—Se la dictaré si prefiere. ¿Listo?

“Querido señor:”

“Me ha acometido la idea de que es nuestro trabajo drenar el foso, esperando poder encontrar algo...”

—Es imposible —informó el inspector—. Ya he hecho una investigación allí. —¡Basta, basta! Mi querido señor, por favor haga lo que le pido, —Bien, prosiga.

“... esperando poder encontrar algo que pese en nuestra investigación. He dispuesto ya los arreglos, y los obreros estarán en el trabajo mañana temprano desviando la corriente...” —¡Imposible!

“... desviando la corriente; por lo que pensé que era mejor explicar el acto de antemano.”

Ahora firme eso y envíelo personalmente a las cuatro de la tarde. A esa hora nos volveremos a encontrar en esta habitación. Hasta eso podemos hacer lo que a cada uno nos plazca; por lo que puedo asegurarle que esta investigación ha llegado a una pausa definitiva.

La tarde se estaba dibujando cuando nos volvimos a juntar. Holmes estaba de modales serios, muy curiosos, y los detectives estaban obviamente críticos y enfadados.

—Bien, caballeros —apuntó mi amigo—, les estoy pidiendo ahora que dejen el resto de la prueba a mí, y juzgarán por ustedes mismos si las observaciones que hago justifican las conclusiones a las que he llegado. Es una fría tarde, y no sé cuánto tiempo podría durar nuestra expedición; por eso les ruego que vistan sus sacos más abrigadores. Es de principal importancia que estemos en nuestros puestos antes de que se haga más oscuro; así que con su permiso empezaremos de inmediato.

Pasamos a través de los límites exteriores del parque de Manor House hasta que llegamos adonde había un hueco en las rejas que lo cercaban. Por éste nos deslizamos, y luego en la lóbrega cuesta seguimos a Holmes hasta que llegamos a un arbusto que yacía cercanamente opuesto a la entrada principal y el puente levadizo. Este último no había sido elevado. Holmes se agachó detrás del escondite de laureles, y nosotros tres seguimos su ejemplo.

—Bien, ¿qué es lo que vamos a hacer ahora? —interrogó MacDonald con algo de aspereza.

—Mantener pacientes nuestras almas y hacer el menor ruido posible —Holmes respondió.

—¿Para qué estamos aquí después de todo? Realmente pienso que nos debería tratar con mayor franqueza.

Holmes se rió.

—Watson insiste en que soy un dramaturgo en la vida real —alegó—. Un toque de artista está recóndito dentro de mí, y me llama insistentemente a una representación bien escenificada. Ciertamente nuestra profesión, Mr. Mac, sería

una monótona y sórdida si algunas veces no hiciéramos una escena para glorificar nuestros resultados. La abrupta acusación, el brutal palmazo en el hombre, ¿qué puede sacar uno de dicho dénouement? En cambio la inferencia veloz, la sutil trampa, el inteligente pronóstico de los próximos acontecimientos, la triunfante vindicación de audaces teorías, ¿no son estos el orgullo y la justificación de nuestro trabajo en la vida? En el presente momento usted se emociona con el encanto de la situación y la anticipación de la caza. ¿Dónde estaría esa fascinación si yo hubiera sido tan exacto como un horario? Sólo le pido un poco de paciencia, Mr. Mac, y todo estará claro para usted.

—Bueno, espero que el orgullo y la justificación y todo lo demás venga antes de que nos muramos de frío —arguyó el detective de Londres con cómica resignación.

Teníamos todos buenas razones para unirnos a la aspiración; pues nuestra vigilia era una larga y amarga. Lentamente las sombras se oscurecieron sobre la larga y sombría fachada de la antigua casa. Un helado y húmedo vapor desde el foso nos congelaba hasta los huesos y hacía temblar nuestros dientes. Había una única lámpara sobre la entrada y un firme globo de aire en el estudio fatal. Todo lo demás estaba oscuro y quieto.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —preguntó el inspector finalmente—.¿Y qué es eso que estamos vigilando?

—No tengo ninguna noción de cuanto tiempo durará —Holmes respondió con rigidez—. Si los criminales establecieran su itinerario como los trenes, seguramente sería más conveniente para nosotros. Y con respecto a qué es eso que... bueno, ¡eso es lo que estamos vigilando!

Mientras hablaba la brillante, amarilla luz fue oscurecida por alguien pasando adelante y atrás de ella. Los laureles en los cuales permanecíamos estaban inmediatamente opuestos a la ventana y a no más de cien pies de ella. Se abrió de par en par con un quejido de bisagra, y pudimos penosamente ver la oscura silueta de la cabeza y hombros de un hombre mirando hacia fuera a las sombras. Por algunos minutos permaneció observando de manera furtiva y discreta, como uno que quiere estar seguro de que no es espiado. Luego se reclinó hacia delante, y en el intenso silencio percibimos el suave chapoteo de agua agitada. Parecía estar moviéndose por el foso con algo que sostenía en su mano. De pronto súbitamente cogió de un porrazo algo, como un pescador lleva a tierra un pez, un

grande y redondo objeto que ensombreció la luz mientras era arrastrado a través de la puerta ventana.

—¡Ahora! —gritó Holmes— ¡Ahora!

Todos estuvimos de pie tambaleándonos para cogerlo con nuestras entumecidas piernas, mientras corrimos rápidamente por el puente e hicimos sonar violentamente la campanilla. Hubo un chirrido de cerrojos desde el otro lado, y el sorprendido Ames permaneció parado en la entrada. Holmes lo apartó sin decir ni una palabra y, seguido por todos nosotros, se apresuró dentro del cuarto que había sido ocupado por el hombre que habíamos estado vigilando.

La lámpara de aceite en la mesa representaba el brillo que habíamos visto de afuera. Ahora estaba en la mano de Cecil Barker, que la sostenía hacia nosotros cuando entramos. Su luz brillaba sobre su fuerte, resoluta, afeitada cara y amenazantes ojos.

—¿Qué diablos significa esto? —vociferó—. ¿Qué están buscando, después de todo?

Holmes dio un rápido vistazo a su alrededor, y luego saltó hacia un mojado bulto atado junto con una cuerda que estaba metido debajo del escritorio.

—Esto es lo que andamos buscando, ese fardo, cargado con una pesa, que acaba de sacar del fondo del foso.

Barker miró a Holmes con sorpresa en su rostro.

—¿Cómo rayos supo algo de eso? —formuló.

—Simplemente porque yo lo coloqué allí.

—¡Lo puso allí! ¡Usted!

—Quizás debería mejor decir “lo volví a colocar allí” —contestó Holmes—.

Usted recordará, inspector MacDonald, que estuve agobiado por la ausencia de una pesa. Llevé su atención a ella; pero con la presión de los otros incidentes difícilmente tuvo tiempo para darle la consideración que le habría permitido obtener deducciones de allí. Cuando hay agua cerca y una pesa está desaparecida

no es una remota suposición que algo ha sido hundido en el agua. La idea valía la pena ser probada; así con la ayuda de Ames, quien me admitió en el cuarto, y el gancho del paraguas del Dr. Watson, fui capaz anoche de pescar e inspeccionar este bulto.

Era de primera importancia, sin embargo, que estuviera apto de probar quién la coloco allí. Esto fue logrado por el obvio artificio de anunciar que el foso sería drenado mañana, lo que tuvo, por supuesto, el efecto de que quienquiera que haya escondido el bulto ciertamente lo retiraría en el momento en que la oscuridad se lo permitiera. Tenemos nada menos que cuatro testigos y también a quien tomó ventaja de la oportunidad, y así, Mr. Barker, pienso que la palabra le pertenece ahora a usted.

Sherlock Holmes dejó el fardo empapado sobre la mesa junto a la lámpara y deshizo el nudo que lo juntaba. De adentro extrajo una pesa la cual aventó a su compañero en la esquina. Posteriormente desembolsó un par de botas.

—Americanas, como ve —remarcó apuntando a las puntas del calzado.

A continuación dejó en la mesa un largo, mortal y envainado cuchillo. Finalmente desembrolló un montón de vestido, incluidos un conjunto completo de ropa interior, medias, un traje gris de tweed, y un abrigo corto amarillo.

—Las ropas son comunes —explicó Holmes— salvo sólo el abrigo, que está lleno de sugestivas peculiaridades —lo sostuvo tendidamente contra la luz—. Aquí, como percibe, está el bolsillo interior prolongado hasta dentro del revestimiento de manera que daba amplio espacio para la escopeta truncada. La marca del sastre está en el cuello, “Neal, Abastecedor, Vermissa, E.E.U.U.” He pasado una instructiva tarde en la librería del rector, y he aumentado mi saber añadiendo el hecho que Vermissa es una floreciente pequeña ciudad al frente de uno de los más conocidos valles del carbón y hierro de los Estados Unidos. Creo rememorar, Mr. Barker, que usted asoció los distritos de carbón con la primera esposa de Mr. Douglas, y no estaría muy lejana la inferencia de que la V. V. en la tarjeta que estaba encima del cadáver quiera decir Vermissa Valley, o que este valle que envía por delante emisarios de la muerte pueda ser el Valle del Terror del cual hemos oído. Hasta ahí está claro. Y ahora, Mr. Barker, me parece estar interponiéndome en el camino de su explicación.

Era un espectáculo ver la expresiva cara de Cecil Barker durante esta exposición

del gran detective. Ira, estupefacción, consternación e indecisión se pasaron todas por turno. Finalmente buscó refugio en una ironía algo agria.

—Sabe realmente bastante, Mr. Holmes, quizás sería mejor que le dijéramos algo más —dijo con desprecio.

—No dudo que nos pueda decir algo más, Mr. Barker; pero le convendría a usted. —¿Oh, lo piensa así, no? Bueno, todo lo que es que si hay algún secreto aquí no es mi secreto, y no soy el hombre que lo revele.

—Bien, si se apega a esa línea, Mr. Barker —interrumpió el inspector calmadamente—, debemos mantenerlo vigilado hasta que tengamos la autorización y lo arrestemos.

—Pueden hacer su maldita gana sobre esto —exclamó Barker desafiante.

Los procedimientos parecían haber llegado a un final definitivo hasta donde los veíamos; pues uno sólo debía mirar ese rostro de granito para darse cuenta que ningún peine forte et dure le obligaría a hablar contra su voluntad. El insuperable desacuerdo se rompió, no obstante, por la voz de una mujer. Mrs. Douglas había estado detenida oyendo, y ahora entró al cuarto.

—Ha hecho suficiente, Cecil —manifestó—. Lo que sea que venga en el futuro, ha hecho suficiente.

—Suficiente y más que suficiente —clamó Sherlock Holmes gravemente—. Tengo todas las simpatías con usted, madame, y le ruego con fuerza que tenga confianza en el sentido común de nuestra jurisdicción y llevar a la policía voluntariamente a su entera sinceridad. Puede ser que yo mismo esté en falta por no seguir la pista que me transfirió por medio de mi amigo, el Dr. Watson; pero, en ese momento tenía todas las razones para pensar que estaba directamente conectada con el crimen. Ahora estoy seguro de que no es así. Al mismo tiempo, hay mucho que no ha sido explicado, y le recomendaría verdaderamente que le pidiera a Mr. Douglas que nos cuente su propia historia.

Mrs. Douglas dio un grito de desconcierto por las palabras de Holmes. Los detectives y yo debimos imitarlo, cuando advertimos a un hombre que parecía haber emergido de la pared y avanzó desde las sombras de la esquina de las cuales apareció. Mrs. Douglas se volvió, y en un instante sus brazos estaban a su alrededor. Barker había asido su alargada mano.

—Es mejor de esta manera, Jack —su esposa repitió—; estoy segura de que será mejor.

—Cierto, sí, Mr. Douglas —insinuó Sherlock Holmes—, estoy seguro que lo encontrará mejor.

El hombre permaneció parpadeando viéndonos con la deslumbrada mirada de alguien que pasa de la oscuridad a la luz. Era una asombrosa cara, osados ojos grises, un fuerte, recortado y pardusco bigote, un cuadrado y proyectante mentón, y una boca caprichosa. Nos dio una buena mirada a todos, y luego ante mi asombro avanzó y me dio un montón de papeles.

—He oído de usted —dijo en una voz que no era ni tan inglesa ni tan americana, sino juntas suave y complacientemente—. Usted es el historiador de este grupo. Bueno, Dr. Watson, nunca tuvo un relato tal como el que pasé a sus manos, y deposito hasta mi último dólar en eso. Cuéntelo a su manera; pero ahí están los hechos, y no puede perder público mientras tenga aquello. He estado encerrado dos días, y he usado las horas de la luz del día, tanta como pude obtener en esa ratonera, en poner el asunto en palabras. Ahí está la historia del Valle del Terror.

—Eso es el pasado, Mr. Douglas —detalló Sherlock Holmes quietamente—. Lo que deseamos ahora es escuchar su narración del presente.

—Lo tendrá, señor. ¿Puedo fumar mientras hablo? Bien, gracias, Mr. Holmes. Es usted mismo un fumador, si mal no recuerdo, e imaginará lo que es estar dos días sentado con tabaco en el bolsillo y estar asustado de que el olor lo delate —se recostó contra la repisa y tomó el cigarro que Holmes le había alcanzado—. He oído de usted, Mr. Holmes. Nunca pensé que lo conocería. Pero antes de que comience —apuntó a mis papeles— dirán que les he traído algo nuevo para estudiar.

El inspector MacDonald había estado observando al recién llegado con el más grande asombro.

—¡Bueno, esto sí que me atonta! —bramó por fin—. ¿Si es usted Mr. John Douglas de Birlstone Manor, entonces la muerte de quién hemos estado investigando por estos dos días, y cómo demonios sale de la nada? Me pareció verlo venir del suelo como un muñeco de una caja sorpresa.

—Ah, Mr. Mac —dijo Holmes agitando un dedo índice reprobatorio—, usted no

leyó esa excelente compilación local que describía el ocultamiento del rey Carlos. La gente no se escondía en esos días sin excelentes guaridas, y el escondrijo que fue usado una vez pudo ser usado nuevamente. Me había persuadido a mí mismo que deberíamos encontrar a Mr. Douglas bajo este techo.

—¿Y cuánto tiempo ha estado jugando con este truco, Mr. Holmes? —profirió el inspector furiosamente—. ¿Cuánto tiempo nos permitió desgastarnos en una búsqueda que sabía que era absurda?

—Ni un solo instante, mi querido Mr. Mac. Solamente anoche formé mis vistas del caso. Y como no podían ser puestas a prueba hasta esta noche, lo invité a usted y su colega a tomar un descanso durante el día. ¿Algo más pude hacer? Cuando hallé el montón de ropas en el foso, inmediatamente me vino a la mente que el cuerpo que habíamos encontrado no podría haber sido el de Mr. Douglas, sino el del ciclista de Tunbridge Wells. Ninguna otra conclusión era posible. Por lo tanto, debía determinar dónde Mr. John Douglas en sí mismo debía estar, y el balance de probabilidad era que con el consentimiento de su esposa y su amigo estuviera oculto en una casa que tenía muchos convenientes para un fugitivo, y que esperara tiempos más tranquilos para realizar su escape final.

—Bueno, se lo figuró muy bien —dijo Douglas con tono aprobatorio—. Pensé que debería esquivar su ley británica; porque no estaba seguro de cómo me situaba ante ella, y también vi mi oportunidad de quitarme a esos cazadores de una vez y por todas de mi pista. Debe saber, que desde el principio al final no tengo nada de qué avergonzarme, y nada que no volvería a hacer; pero ustedes me juzgarán por ustedes mismos cuando escuchen mi historia. No se preocupe en advertírmelo, inspector: Estoy listo plantarme para contar la verdad.

No voy a empezar desde el inicio. Está todo allí —indicó mi montón de papeles — y un poderosamente extraño cúmulo es. Pero todo se reduce a esto: Que hay ciertos hombres que tienen una buena causa para odiarme y darían hasta su último dólar para saber que me han terminado. Por eso mientras yo esté vivo y ellos estén vivos, no hay seguridad en este mundo para mí. Me siguieron desde Chicago hasta California, y luego me persiguieron fuera de América; pero cuando me casé y me establecí en este calmado lugar pensé que mis últimos años los pasaría en paz.

Nunca le expliqué a mi esposa cómo estaban las cosas. ¿Por qué debería meterla en esto? Nunca volvería a estar sosegada otra vez; sino siempre imaginaría

peligro. Conjeturé que ella sabía algo, por lo que le dejé algunas palabras por aquí y por allá; pero hasta ayer, después de que ustedes caballeros la hayan visto, nunca supo la verdad del problema. Les refirió todo lo que conocía, y también Barker lo hizo; pues en la noche cuando esto ocurrió hubo verdaderamente poco tiempo para explicar los hechos. Ella lo sabe todo ahora, y hubiera sido un hombre más sabio si se lo hubiera dicho antes. Pero era una difícil situación, querida —tomó su mano por un instante con la suya— y actué por lo mejor.

Bueno, caballeros, el día anterior a esos acaecimientos estuve en Tunbridge Wells, y le di un vistazo al hombre en la calle. Sólo fue un vistazo; pero tengo un ojo rápido para estas cosas, y no dudé acerca de quién era. Era el peor enemigo que tenía de entre todos, uno que ha estado a por mí como un lobo hambriento por un caribú en estos años. Me percataba que había peligro inminente, y me vine a casa listo para él. Pensé que me abriría paso entre todo ello, mi suerte era proverbial en los Estados Unidos en el ’76. Nunca dudé de que siguiera conmigo aún.

Estuve en guardia todo el siguiente día, y nunca anduve fuera del parque. Estuvo bien, porque de otro modo me hubiera disparado con esa arma de perdigones antes que lo sujetase. Luego de que el puente estuviera elevado, mi mente estaba más descansada cuando el puente estaba arriba durante las noches, puse el asunto fuera de mi cabeza. Nunca soñé de su llegada a la mansión y su espera por mí. Pero cuando hacía mi ronda con mi batín, como era mi hábito, no había ni entrado al estudio cuando olí amenaza. Aventuro que cuando un hombre ha vivido con riesgos toda su vida, y he tenido más que suficientes en mi existencia, hay una especie de sexto sentido que alza la bandera roja. Vi la señal claramente, y aún así no puedo decirles por qué. Al siguiente instante distinguí una bota bajo la cortina de la ventana, y ahí vi evidentemente todo.

Sólo tenía la vela que estaba en mi mano; pero había una buena luz de la lámpara

del vestíbulo a través de la puerta abierta. Dejé la vela y salté por un martillo que había abandonado en la mesilla. En ese momento se impulsó hacia mí. Vi el destello de un cuchillo, y le fustigué con el martillo. Le di en alguna parte, pues el cuchillo tintineó en el piso. Me esquivó gracias a la mesa tan rápido como una anguila, y un momento después había sacado su arma de su abrigo. Lo oí percutiéndola; pero la tenía agarrada antes de que pudiera disparar. La así por el cañón, y la forcejeamos por un minuto o más. Era la muerte para el hombre que perdiera su empuñadura.

Nunca perdió su asidero; pero retrocedió por un largo momento. Quizás fui yo quien jaló el gatillo. Tal vez la hicimos disparar entre los dos. De cualquier forma, le dieron los dos cañones en la cara, y ahí estaba, observando todo lo que quedaba de Ted Baldwin. Lo había reconocido en el pueblo, y de nuevo cuando saltó hacia mí; pero su propia madre no lo reconocería como lo vi en ese entonces. Estoy acostumbrado a fuertes trabajos, pero realmente me enfermé con su visión.

Pendía de un lado de la mesa cuando Barker vino apresuradamente. Escuché a mi esposa viniendo, y corrí a la puerta a detenerla. No era un espectáculo para una mujer. Prometí que regresaría con ella pronto. Le dije una palabra o dos a Barker, lo vio todo con una ojeada, y esperamos que el resto viniera. Pero no había signos de ellos. Entonces entendimos que no habían oído nada, y que todo lo sucedido era sólo conocido por nosotros.

Fue en ese instante que la idea vino a mí. Estaba verdaderamente deslumbrado por la brillantez de la misma. La manga del hombre estaba deslizada hacia arriba y ahí estaba la marca de la logia en su antebrazo. ¡Vean esto!

El hombre que conocíamos como Douglas se quitó su propio abrigo y el puño de la camisa para mostrar un triángulo marrón con un círculo exactamente como el que habíamos visto en el cadáver.

—Fue la visión de eso lo que me impulsó en ella. Lo vi todo claro de una ojeada. Estaban su altura, su cabello, su figura, casi la misma que la mía. Nadie podía identificar su rostro, ¡pobre diablo! Le saqué este juego de ropas, y en un cuarto de hora Barker y yo le habíamos puesto mi batín y yació tal y como lo encontraron. Amarramos todas estas cosas en un fardo, y las hicimos pesar con la única pesa que pude encontrar y lo colocamos fuera de la ventana. La tarjeta que tenía pensado poner sobre mi cuerpo estaba junto al suyo.

Mis anillos fueron puestos en su dedo; pero cuando llegamos al anillo de bodas —lo mostró en su musculosa mano— pueden ver por ustedes mismos que llegué a mi límite. No me lo había quitado desde el día en que me casé, y hubiera necesitado una lima para sacármelo. No sé, a todas luces, si hubiera debido separarme de él; pero aún si lo hubiera querido no podía. Así que dejamos ese detalle para que se cuide por sí mismo. Por otra parte, llevé un poco de yeso y lo puse donde yo estaba teniendo uno en ese momento. Se tropezó allí, Mr. Holmes, inteligente como usted mismo; pues si hubiera tenido la ocurrencia de

sacar ese yeso hubiera encontrado que no había corte bajo él.

Bueno, ésa era la situación. Si me podía ocultar por un momento y luego reunirme con mi “viuda”, tendríamos la oportunidad de vivir en paz por el resto de nuestras vidas. Estos demonios no me darían descanso mientras siguiera sobre la tierra; pero si veían en los periódicos que Baldwin había acabado con su hombre, habría un final para todas mis preocupaciones. No tenía mucho tiempo para exponerlo todo a Barker y a mi esposa; pero entendían lo suficiente para ayudarme. Sabía todo sobre este escondite, así también como Ames; pero nunca le entró en su cabeza conectarlo con el asunto. Me retiré a él, y estaba en Barker hacer el resto.

Me imagino que se habrán imaginado lo que hizo. Abrió la ventana y diseñó la marca en el umbral para dar una idea de cómo el asesino había escapado. Era una exagerada orden, aquella; pero como el puente estaba elevado no había otra forma. Luego, cuando todo ya estaba arreglado, hizo sonar la campanilla porque él era responsable en la escena. Lo que aconteció después ya lo saben. Y así, caballeros, pueden hacer lo que les plazca; pero les he dicho la verdad, y la pura verdad, ¡ayúdame Dios! ¿Lo que les pregunto ahora es cómo me mantengo frente a la ley inglesa?

Hubo un silencio que fue roto por Sherlock Holmes.

—La ley inglesa es en el fondo una justa ley. No recibirá nada peor que lo que se merece por ello, Mr. Douglas. Pero me gustaría preguntar ¿cómo este hombre supo que vivía aquí, o cómo llegar hasta su casa, o dónde esconderse para sorprenderlo?

—No sé nada de eso.

La cara de Holmes estaba muy blanca y grave.

—La historia no está terminada, me temo —dijo—. Podría encontrar peores peligros que la ley inglesa, o incluso que sus enemigos de América. Veo problemas para usted, Mr. Douglas. Tome mi consejo y manténgase en guardia.

Y ahora, mis pacientes lectores, les pediré que vengan conmigo por un tiempo, lejos de la Manor House de Birlstone en Sussex, y lejos del año de gracia en el que hicimos nuestro memorable viaje que terminó con el extraño relato del hombre conocido como John Douglas. Les pido que regresen unos veinte años al

pasado, y al oeste unos miles de millas en espacio, para contarles una narración singular y terrible, tan singular y terrible que juzgarán difícil de creer que tal y como lo cuento sucedió.

No piensen que introduzco una historia antes de que otra sea finalizada. Mientras lean se darán cuenta de que no es así. Y cuando haya detallado aquellos distantes eventos y hayan resuelto esos misterios del pasado, nos encontraremos de nuevo en las habitaciones de Baker Street, donde ésta, como otras muchas maravillosas aventuras, encontrarán su final.

Segunda parte.

Los Scowrers

1. El hombre

Era el 4 de febrero del año 1875. Había habido un severo invierno, y la nieve yacía profundamente en los desfiladeros de las Gilmerton Mountains. Los arados a vapor habían, sin embargo, mantenido los rieles abiertos, y el tren de la tarde que conecta la larga línea de campamentos de minería de carbón y extracción de hierro estaba lentamente sonando en su camino por las empinadas pendientes que llevan de

Stagville en la planicie a Vermissa, el municipio central que permanece a la cabeza de Vermissa Valley. Desde este punto el camino desciende a Bartons Crossing, Helmdale, y el puramente agrícola condado de Merton.

Era un riel con una sola ruta; pero a cada desviador, y eran numerosos, largas líneas de camiones llenos de carbón y mineral de hierro hablaban de la riqueza escondida que había traído una vigorosa población y una vida trajinante a la más desolada esquina de los Estados Unidos de América.

¡Realmente era desolado! Poco podía el pequeño pionero que lo haya atravesado imaginar que las más despejadas praderas y las dehesas de la más lozana agua no tenían valor comparadas con esta sombría tierra de despeñaderos y enmarañados bosques. Sobre los oscuros y comúnmente escasos sotos en sus flancos, las altas, desnudas cimas de las montañas, blanca nieve, y melladas rocas descolladas a cada lado, dejaban un largo, rico en minerales y sinuoso valle en el centro. Encima de éste el pequeño tren se arrastraba lentamente.

Las lámparas de aceite recién se habían encendido en el primer vagón de pasajeros, gastado carro en el que unas veinte o treinta personas estaban sentadas. La mayoría de estos eran obreros retornando de su faena del día en la parte baja del valle. Por lo menos una docena, por sus sonrientes rostros y las linternas de seguridad que portaban, dijeron ser mineros. Estos se sentaron a fumar en un grupo y conversaron a baja voz, mirando ocasionalmente a dos hombres en el lado opuesto del carro, cuyos uniformes y medallas les anunciaban que eran policías.

Varias mujeres de la clase proletaria y uno o dos viajeros quienes pudieran haber sido locales pequeños tenderos hacían el resto de la compañía, con la excepción de un joven hombre en la esquina solo. Es este hombre el que nos concierne. Denle una buena vista, pues vale la pena hacerlo.

Es un hombre joven, robusto y de estatura mediana, no lejos, uno diría, de su trigésimo año. Tenía grandes, sagaces y graciosos ojos que parpadeaban interrogantemente mientras miraba de rato en rato a través de sus anteojos a la gente a su alrededor. Es fácil ver que es de una sociable y posiblemente simple disposición, ansioso por ser amistoso a todos los hombres. Cualquiera lo cogería en un instante porque es gregario en sus hábitos y comunicativo en su naturaleza, con una rápida inteligencia y una sonrisa lista. Y aún así el hombre que lo estudie más de cerca podría distinguir una cierta firmeza en la mandíbula y fiera tensión en los labios, que le advertirían que habían profundidades en su más allá, y que este agradable, de cabellos marrones, joven irlandés podría concebiblemente dejar su marca para bien o para mal en cualquier sociedad en que sea introducido.

Teniendo uno o dos tentativos comentarios con el minero más próximo, y recibiendo sólo cortas y ásperas réplicas, el viajero se resignó al silencio incompatible, observando melancólicamente afuera de la ventana al marchito paisaje.

No era una alegre visión. A través de la creciente lobreguez ahí latía el rojo centelleo de los caloríferos en los lados de las colinas. Grandes pilas de basura y montones de carbón se destacaban a cada flanco, con las altas bocas de las hulleras dominando sobre ellas. Agrupados conjuntos de humildes casas de madera, cuyas ventanas comenzaban a delinearse en la luz, comenzaban a esparcirse aquí y allá a lo largo del riel, y los frecuentes paraderos estaban aglomerados con sus atezados habitantes.

Los valles de hierro y del carbón del distrito de Vermissa no eran refugio para los holgazanes o los letrados. En todas partes habían severos signos de la cruda batalla de la vida, el duro trabajo para ser hecho, y los rudos, fuertes obreros que lo hacían.

El joven peregrino clavó su mirada en este tétrico campo con el rostro de repulsión mezclado con interés, que le mostraba que el escenario era nuevo para él. En los intervalos sacaba de su bolsillo una gruesa carta por la cual acudía, y

en cuyos márgenes había garabateado algunas notas.

Una vez de detrás de su cintura extrajo algo que uno raramente hubiera esperado hallar en posesión de un hombre de benigno temperamento. Era un revólver de marina del mayor tamaño. Mientras lo colocaba oblicuamente hacia la luz, el fulgor en los bordes de los cartuchos de cobre dentro del cilindro le mostraba que estaba completamente cargado. Rápidamente lo regresó a su bolsillo secreto pero no antes de que fuera visto por un proletario que se había sentado en la contigua banca.

—¡Hola, amigo! —saludó—. Se ve de pie y preparado.

El hombre joven sonrió con un aire de turbación.

—Sí —dijo —los necesitamos algunos en el lugar de donde provengo.

—¿Y dónde es?

—Últimamente estuve en Chicago.

—¿Un extraño en esta zona?

—Sí.

—Pudiera ser que la necesite aquí —alegó el trabajador.

—Ah, ¿de verdad? —el joven se vio interesado.

—¿No ha oído nada acerca de acontecimientos por estos lugares?

—Nada fuera de lo común.

—Dios, pensé que el país estaba lleno de ellos. Los oirá rápidamente. ¿Qué le hizo venir aquí?

—Siempre presté atención cuando decían que siempre hay un trabajo para un hombre dispuesto.

—¿Es un miembro de la unión?

—Seguro.

—Entonces hallará su trabajo, creo. ¿Tiene amigos?

—No aún; pero tengo intenciones de hacerlos.

—¿Cómo es eso?

—Soy uno de la Eminent Order of Freemen. No hay pueblo sin una logia, y donde la haya haré amistades.

Esa revelación tuvo un singular efecto en su compañía. Observó sospechosamente a los otros en el carro. Los mineros continuaban murmurando entre ellos. Los dos policías dormitaban. Él se acercó, se sentó junto al joven viajero, y sostuvo su mano.

—¡Póngala! —exclamó.

Un apretón de manos pasó entre los dos.

—Veo que dice la verdad —mencionó el obrero—. Pero siempre es bueno asegurarse—. Elevó su mano diestra hasta su ceja derecha. El emigrante a su vez subió su mano izquierda a su ceja izquierda.

—Las noches oscuras son desagradables —pronunció el trabajador.

—Sí, para que viajen los extraños —el otro respondió.

—Eso es suficiente. Soy el Hermano Scanlan, Logia 341, Vermissa Valley. Encantado de verlo en estos sitios.

—Gracias. Soy el Hermano John McMurdo, Logia 29, Chicago. Jefe del cuerpo J. H. Scout Pero sí que tengo suerte de encontrar un hermano tan temprano.

—Bueno, hay muchos de los nuestros por aquí. No encontrara la orden más floreciente en ningún lado de los Estados Unidos que aquí en Vermissa Valley. Pero podemos aceptar a muchachos como usted. No concibo a un hombre activo de la unión sin encontrar nada que hacer en Chicago.

—Encontré mucho trabajo que hacer —respondió McMurdo.

—¿Entonces por qué se fue?

McMurdo movió su cabeza hacia los policías y sonrió.

—Me imagino que estos tipos estarían felices de saberlo.

Scanlan gimió compasivamente.

—¿En problemas? —formuló en un murmullo.

—Profundos.

—¿Un trabajo penitenciario?

—Y el resto.

—¡Nada ridículo!

—Es muy temprano para hablar de esas cosas —manifestó McMurdo con el aire de un sujeto que ha sido sorprendido diciendo más de lo intencionado—. Tengo mis propias buenas razonas para dejar Chicago, y que sea suficiente para usted. ¿Quién es para permitirse hablar de esas cosas? —sus grises ojos centellearon con repentina y peligrosa furia de detrás de sus lentes.

—Está bien, amigo, sin ofensas. Los chicos no pensarán nada mal de usted, lo que sea que hayas hecho. ¿Hacia dónde se dirige ahora?

—Vermissa.

—Ésa es la tercera estación en la línea. ¿Dónde se quedará?

McMurdo sacó un sobre y lo acercó a la oscura lámpara de aceite.

—He aquí la dirección, Jacob Shafter, Sheridan Street. Es una casa de huéspedes que me fue recomendada por un hombre que conocí en Chicago.

—Bueno, no la conozco; pero Vermissa está fuera de mi rango. Vivo en Hobson’s Patch, y es adonde nos dirigimos. Pero, hay un pequeño consejo que le daré antes de que nos separemos: Si está en aprietos en Vermissa, vaya directamente a la Union House a ver al jefe McGinty. Él es el jefe del cuerpo en la logia de Vermissa, y nada puede ocurrir en estos lares sin que Black Jack McGinty lo desee. ¡Adiós, amigo! Quizás nos encontremos en la logia una de

estas tardes. Pero recuerda mis palabras: Si está en aprietos, vaya donde el jefe McGinty.

Scanlan descendió, y McMurdo fue abandonado nuevamente a sus pensamientos. La noche ya había caído, y las flamas de los frecuentes caloríferos rugían y saltaban en la oscuridad. Contra su cárdeno fondo figuras oscuras estaban inclinándose y estirándose, torciéndose y virando, con el movimiento del torno o el árgana, al ritmo del eterno rechinamiento y bramido.

—Me figuro que el infierno debe verse algo así como eso —enunció una voz.

McMurdo se volteó y vio que uno de los policías se había cambiado a su asiento y estaba observando afuera los vehementes despojos.

—Para eso —exclamó el otro policía—, yo también digo que el infierno debe ser como eso. Si hay peores diablos más allá que algunos que podríamos nombrar, es más de lo esperado. ¿Vislumbro que es usted nuevo en esta zona, joven hombre?

—Bueno, y qué si lo soy —McMurdo contestó en una voz hosca.

—Sólo esto, señor, que le debo avisar que sea cuidadoso escogiendo a sus amigos. No creo que empezaría con Mike Scanlan o con su banda si fuera usted.

—¿Qué demonios les interesa quienes sean mis amigos? —rugió McMurdo en una voz que atrajo la atención y llevó todas las caras del carro a presenciar el altercado—. ¿Les pedí consejo, o me cree un idiota que no me pueda mover sin él? ¡Hable cuando sea hablado, y por el Señor tendría que esperar un buen momento si fuera yo! —volcó su rostro y mostró los dientes a los policías como un perro malhumorado.

Los dos policías, hombres fuertes y de buen carácter retrocedieron por la extraordinaria violencia con la cual sus avances amistosos fueron repelidos.

—Sin ofensas, extraño —indicó uno—. Era una advertencia para su bien, viendo como es usted, por su apariencia, nuevo en el lugar.

—¡Soy nuevo en el lugar pero no nuevo para ustedes y su clase! —gritó McMurdo en una insensible ira—. Veo que son los mismos en todas partes, dando sus consejos cuando nadie se los pide.

—Tal vez veamos más de usted en no mucho tiempo —señaló uno de los policías con una sonrisita—. Es usted un verdadero “escogido”, si lo puedo juzgar.

—Yo estaba pensando lo mismo —remarcó el otro—. Sospecho que nos encontraremos nuevamente.

—¡No les temo a ustedes, y ni siquiera lo piensen! —vociferó McMurdo—. Mi nombre es Jack McMurdo, ¿ven? Si me quieren ver, me hallarán en la pensión de Jacob Shafter en Sheridan Street, Vermissa; así que no me estoy escondiendo de ustedes, ¿o no? ¡De día o de noche me atrevería a ver la cara de ustedes, y no confundan eso!

Hubo un murmullo de simpatía y admiración por los mineros a los impávidos modales del recién llegado, mientras los dos policías se encogieron de hombros y renovaron la conversación entre ellos.

Unos pocos minutos después el tren llegó a una mala iluminada estación, y hubo un descenso general; pues Vermissa era por mucho la más grande villa de la línea. McMurdo levantó su maleta de cuero, y ya se iba a aventurar a la oscuridad, cuando uno de los mineros le abrió conversación.

—¡Por Dios, amigo! Usted sí sabe como hablar con los policías —pronunció en una voz de reverencia—. Fue magnífico oírlo. Déjeme cargar su saco y mostrarle el camino. Paso por donde Shafter en mi ruta a mi propia casucha.

Hubo un coro de amigables “Buenas noches” por los otros mineros mientras cruzaban la plataforma. Antes de poner un pie, McMurdo el turbulento se había vuelto un personaje en Vermissa.

El campo había sido un sitio de terror; pero el pueblo era en su propia forma más deprimente. Debajo de ese largo valle había por lo menos una tétrica grandiosidad en las enormes fogatas y las nubes de humo movedizo, mientras la fuerza y la industria del hombre hallaban convenientes monumentos en las colinas que había destruido y dejado de lado por sus monstruosas excavaciones. Pero el villorrio mostraba un nivel muerto de mezquinas fealdad y mugre. La ancha calle estaba revuelta por el tráfico y convertida en una horriblemente surcada pasta de turbia nieve. Las aceras eran estrechas y dispares. Las numerosas lámparas a gas servían únicamente para mostrar más claras las viviendas de madera, cada una con su pórtico dando a la vía, sin manutención y

sucia.

Mientras se aproximaban al centro del pueblo la escena brillaba por una fila de bien iluminadas tiendas, y aún más por una caterva de tabernas y casas de juego, en las que los mineros utilizaban sus difícilmente ganados pero generosos sueldos.

—Ésa es la Union House —apuntó el guía, señalando a una cantina que se elevaba casi a la dignidad de un hotel—. Jack McGinty es el líder allí.

—¿Qué clase de hombre es? McMurdo interrogó.

—¡Qué! ¿Nunca ha oído hablar del jefe?

—¿Cómo puedo haber oído de él cuando sabe que soy un extraño en estos lares?

—Bueno, pensé que su nombre era conocido a lo largo del país. Ha estado en los periódicos muchas veces.

—¿Por qué?

—Bueno —el minero bajó su voz—, por sus negocios.

—¿Qué negocios?

—¡Por Dios, señor! Es usted raro, si lo puedo decir sin ofenderlo. Sólo hay un grupo de asuntos que oirá por estos lugares, y esos son los negocios de los Scowrers.

—Vaya, me parece haber leído sobre los Scowrers en Chicago. Una banda de asesinos, ¿no es así?

—¡Por todos los cielos! —gritó el minero, permaneciendo quieto y alarmado, y observando con sorpresa a su compañía—. Hombre, no vivirá mucho tiempo en estos sitios si habla en la calle abierta así. Muchos hombres han perdido la vida por menos que eso.

—Bien, no sé nada de ellos. Es solamente lo que he leído.

—Y no estoy diciendo que lo que haya leído no sea verdad —el hombre miró

nerviosamente a su alrededor mientras hablaba, atisbando a las sombras como presintiendo que hubiera una amenaza acechadora— Si el matar es un asesinato, entonces Dios sabe que hay asesinatos y de sobra. Pero no ose pronunciar el nombre de Jack McGinty en conexión con él, extraño; pues cada murmullo va donde él, y no es alguien que probablemente lo deje pasar. Ahora, ésa es la vivienda que está buscando, la que queda detrás de la vía. Hallará al viejo Jacob Shafter que la maneja tan honestamente como un hombre que viva en este municipio.

—Le doy las gracias —dictó McMurdo, y sacudiendo las manos con su nuevo conocido anduvo, con su maleta en mano, por el camino que llevaba al domicilio, en cuya puerta dio un resonante golpeteo.

Fue abierta inmediatamente por alguien muy diferente a lo que esperaba. Era una mujer, joven y singularmente bella. Era del tipo alemán, rubia y de cabellos blondos, con el picante contraste de un par de hermosos ojos oscuros con los que inspeccionó al extraño con sorpresa y un agradable desconcierto que trajo un rubor en su pálida cara. Enmarcada en la brillante luz de la abierta entrada, le pareció a McMurdo que nunca había visto una imagen tan encantadora; más atractiva por su contraste con los alrededores sórdidos y melancólicos. Una grata violeta creciendo entre esos negras minas amontonadas de basura no se vería tan asombrosa. Tan embelesado estaba que se quedó parado observándola sin decir palabra alguna, y fue ella quien rompió el silencio.

—Pensé que era mi padre —irrumpió ella con un complaciente acento alemán—. ¿Vino a verlo? Está en el centro del pueblo. Aguardo que venga en cualquier minuto.

McMurdo continuó clavando sus ojos en ella con abierta admiración hasta que sus ojos cayeron en confusión ante su dominante visita.

—No, señorita —dijo por fin—. No tengo ningún apuro en verlo. Pero su morada me fue recomendada para residirla. Pensé que me sentaría bien, y ahora sé que lo hará.

—Es rápido para decidir su mente —replicó ella con una sonrisa.

—Nadie sino un ciego no haría lo mismo —el otro contestó.

Se rió con el cumplimiento.

—Entre, señor —expresó—. Soy miss Ettie Shafter, la hija de Mr. Shafter. Mi madre está muerta, y yo dirijo la casa. Puede sentarse junto a la estufa en el cuarto que da a la calle... ¡Ah, aquí está! Puede arreglar las cosas con él de inmediato.

Un hombre fornido, anciano vino ajetreándose por el camino. En pocas palabras McMurdo le explicó su negocio. Un hombre con el nombre de Murphy le había dado su dirección en Chicago. Él también la había tenido por alguien más. El viejo Shafter estaba listo. El desconocido no se hizo problemas con los términos, aceptó rápidamente todas las condiciones, y estaba aparentemente bien provisto de dinero. Por siete dólares por semana pagó por adelantado pues iba a tener comida y morada.

Así era este McMurdo, el autoconfesado fugitivo de la justicia, tomó su habitación bajo el techo de los Shafter, el primer paso que lo llevó a una larga y oscura sucesión de eventos, terminando en una tierra muy distante.

2. El jefe del cuerpo

McMurdo era un hombre que dejaba su huella rápidamente. En cualquier lugar en el que estaba la gente alrededor prontamente lo reconocía. En una semana se volvió infinitamente la más importante persona en la vivienda de Shafter. Habían diez o una docena de huéspedes allí; pero eran honestos capataces o vulgares dependientes de las tiendas, de un muy distinto calibre del joven irlandés. En la tarde en que se juntaban su chiste era siempre el más ameno, su conversación la más brillante, y su canción la mejor. Era un genial compañero por naturaleza, con un magnetismo que atraía el buen humor a su alrededor.

Y aún así mostraba una y otra vez, como lo había enseñado en el vagón del tren, una capacidad para una repentina, fiera ira, que forzaban el respeto e incluso el miedo de aquellos que se reunían con él. Para la ley, también, y todos los que estaban conectados con ella, exhibía un amargo desprecio que deslumbraba a unos y alarmaba a otros de sus compañeros pensionistas.

Desde el comienzo hizo evidente, por su abierta admiración, que la hija de la casa había ganado su corazón el instante en que había puesto sus ojos en su belleza y gracia. No era un lerdo pretendiente. En el segundo día le dijo que la amaba, y de ahí en adelante repitió la misma historia con un absoluto caso omiso de lo que ella pudiera decir para desanimarlo. “¿Alguien más?” gritaría. “¡Bueno, la peor suerte para ese alguien más! ¡Déjenlo que se cuide a sí mismo! ¿Estaré dispuesto a perder mi oportunidad de la vida y todos los deseos de mi corazón por alguien más? Puedes seguir diciendo no, Ettie: el día vendrá en que dirás sí, y soy lo suficientemente joven para esperarlo.”

Era un peligroso pretendiente, con su lengua suelta irlandesa, y sus modales regulares, engatusadores. Había en él también ése hechizo de experiencia y de misterio que atrae el interés de una mujer, y finalmente su amor. Él podría hablar de los dulces valles de County Monagham de donde provenía, de la agradable, distante isla, las colinas bajas y verdes prados los cuales parecían más fastuosos cuando la imaginación los veía desde este lugar de tizne y nieve.

Estaba versado en la vida de las ciudades del Norte, de Detroit, de los

campamentos madereros de Michigan, y finalmente de Chicago, donde había trabajado en un taller de acepilladura. Y después vino la insinuación de la aventura, la sensación de que raras cosas le habían ocurrido en esa gran ciudad, tan insólitas y tan íntimas que no podían ser habladas. Mencionaba con anhelo una precipitada partida, un rompimiento de viejos lazos, una evasión a un desconocido mundo, acabando en este monótono valle, y Ettie escuchaba, sus oscuros ojos destellaban con pena y con simpatía, esas dos cualidades que pueden convertirse tan rápida y naturalmente en amor.

McMurdo había obtenido un trabajo provisional como tenedor de libros; porque era un hombre bien instruido. Esto lo mantenía ocupado la mayor parte del día, y no había encontrado ocasión para reportarse al jefe de la logia de la Eminent Order of Freemen. Fue recordado de su omisión, no obstante, por Mike Scanlan, el compañero que había conocido en el tren. Scanlan, el hombre pequeño, de cara puntiaguda, vigoroso, de ojos negros pareció complacido de volver a verlo. Luego de un vaso o dos de whisky introdujo el objeto de su visita.

—Dígame, McMurdo —inquirió—. Recordé su dirección, por lo que me atreví a llamarlo. Estoy sorprendido de que no se haya reportado al jefe del cuerpo. ¿Por qué no ha visto al jefe McGinty hasta ahora?

—Bueno, debía encontrar un empleo. He estado ocupado.

—Debe hallar tiempo para él y no tiene tiempo que perder. ¡Por Dios, hombre! ¡Es usted un tonto al no ir a la Union House y registrar su nombre la primera mañana después de venir aquí! ¡Si va contra eso, bueno, no debe, y eso es todo!

McMurdo mostró una moldeada sorpresa.

—He sido un miembro de la logia por más de dos años, Scanlan, pero nunca oí que los trabajos fueran tan urgentes como parecen.

—Quizá no en Chicago.

—Bien, es la misma sociedad aquí.

—¿Lo es?

Scanlan lo miró por un tiempo fijamente. Había algo siniestro en sus ojos.

—¿No lo es?

—Me lo dirá en el tiempo de un mes. Escuché que tuvo una conversación con los policías después que yo me fuese de tren.

—¿Cómo sabe eso?

—Oh, salió a la luz, las cosas salen a la luz para bien o para mal en este distrito.

—Bien, sí. Les dije a los sabuesos lo que pensaba de ellos.

—¡Por el Señor, usted será un hombre ante el corazón de McGinty!

—¿Qué, el también odia a la policía?

Scanlan estalló de risa.

—Vaya y véalo usted mismo, mi muchacho —dictó mientras hizo su despedida —. ¡No será a la policía sino a usted si no lo hace! ¡Ahora, tome un consejo de amigo y acuda de inmediato!

Para su ventura sucedió que McMurdo tenía la misma tarde otra más apremiante entrevista que lo llevó en la misma dirección. Pudiera haber sido que sus atenciones con Ettie se habían hecho más evidentes que antes, o que gradualmente se habían introducido en la lenta mente de su buen anfitrión alemán; pero, cualquiera que sea la causa, el casero pensionista llamó al joven hombre a su cuarto privado y empezó con su objeto de conversación sin ningún circunloquio.

—Me parrece, señorr —alegó—, que ha puesto sus ojos sobrre mi Ettie. ¿No es así, o estoy equivocado?

—Sí, así es —contestó el joven.

—Bueno, le quierro decirr ahorra mismo que ya no tiene por qué molestarrse. Ya hay un hombrre que se ha escurrido antes de usted.

—Ella me dijo eso.

—Bien, puede estarr segurro que le dijo la verrdad. ¿Perro le dijo quién erra?

—No, le pregunté; pero ella no me lo quiso decir.

—¡No tengo duda de que no, mi pequeña! Quizás no te querría ahuyentarr.

—¡Ahuyentarme! —McMurdo estaba ardiendo en ese momento.

—¡Ah, sí, mi amigo! No debe de averrgonzarrse por asustarrse de él. Es Teddy Baldwin.

—¿Y quién demonios es?

—Es un líderr de los Scowrrerrs.

—¡Scowrers! He oído de ellos antes. ¡Hablan de Scowrers aquí y Scowrers allá, y siempre en un murmullo! ¿A qué le temen? ¿Quiénes son los Scowrers?

El hospedero instintivamente bajó la voz, como hacían todos los que hablaban de esa terrible sociedad.

—¡Los Scowrrerrs —informó— son la Eminent Orrderr of Frreemen!

El joven lo miró atentamente.

—Por qué, yo mismo soy un miembro de esa orden.

—¡Usted! Nunca lo habrría aceptado en mi casa si lo hubierra sabido, incluso si me pagaba cien dólarres a la semana.

—¿Qué hay de malo con la orden? Es por caridad y buen compañerismo. Las reglas dicen eso.

—Tal vez en cierrtos lugarres. ¡No aquí!

—¿Qué es aquí?

—Es una sociedad asesina, eso es lo que es.

McMurdo se rió incrédulamente.

—¿Cómo puede probar eso? —preguntó.

—¡Probarrlo! ¿No hay cincuenta muerrtes que lo demuestrran? ¿Qué hay sobrre Milman y Van Shorst, y la familia Nicholson, y el viejo Mr. Hyam, y el pequeño Billy James, y los demás? ¡Probarrlo! ¿Hay un hombrre o una mujerr en este valle que no lo sepa?

—¡Mire aquí! —enunció McMurdo seriamente—. Quiero que se retracte de lo que ha dicho, o que lo corrija. Uno o lo otro debe hacer antes de que me retire de esta habitación. Póngase en mi lugar. Aquí estoy yo, un extraño en el pueblo. Pertenezco a una sociedad que sé que es una inocente. La encontrará a lo largo y ancho de los Estados Unidos; pero siempre como una inocente. Ahora, cuando estoy pensando en inscribirme en ella aquí, me dice que es la misma que un grupo asesino denominado los Scowrers. Creo que me debe o una disculpa o una explicación, Mr. Shafter.

—Sólo le digo lo que todos saben, señorr. Los líderres de la una son los líderres de la otrra. Si ofende a una, es la otrra la que le castigarrá. Lo hemos prrobado muy comúnmente.

—¡Eso es solo un rumor, quiero pruebas! —exclamó McMurdo.

—Si vive aquí el tiempo suficiente encontrarrá sus prruebas. Pero olvido que es usted uno de ellos. Prronto serrá tan perrverrso como el resto. Pero hallarrá otras logias, señorr. No lo puedo tenerr aquí. ¿No es suficientemente malo que una de esas perrsonas venga a corrtejar a mi Ettie, y que no me atrreva a despedirrlo, sino que ahorra también tenga otrra como inquilino? Sí, de verdad, no dorrmirrá aquí después de esta noche.

McMurdo se encontró bajo palabra de expulsión tanto de sus confortables cuartos y de la chica que amaba. La encontró sola en el gabinete esa misma tarde, y vertió sus problemas en su oído.

—Seguro, tu padre me acaba de advertir —anunció—. ¡Sería poco lo que me importaría si sólo fuera el aposento, pero en cambio, Ettie, aunque hace solamente una semana que te conozco, eres mi propio aliento de vida para mí, y no pudo vivir sin ti!

—¡Oh, cielos, Mr. McMurdo, no hable así! —profirió la muchacha—. ¿Ya le dije, o no, que llegó usted tarde? Hay otro, y si no le he prometido casarme con él de inmediato, por lo menos no me puedo prometer a nadie más.

—Suponiendo que yo hubiera sido primero, Ettie, ¿tendría una oportunidad?

La chica hundió su cabeza entre sus manos.

—Desearía con todo mi corazón que hubieses sido el primero.

McMurdo estaba arrodillado ante ella en un instante.

—¡Por el amor de Dios, Ettie, no nos quedemos así! —prorrumpió—. ¿Arruinarías tu vida y la mía por causa de una promesa? ¡Sigue tu corazón, acushla! Es una guía más segura que cualquier promesa hecha antes de que supieras lo que estabas diciendo.

Había cogido la mano blanca de Ettie entre las suyas fuertes y tostadas. —¡Di que serás mía, y lo afrontaremos todo juntos!

—¿No aquí?

—Sí aquí.

—¡No, no Jack! —sus brazos la rodeaban a ella ahora—. No puede ser aquí. ¿Me puedes llevar a otra parte?

Una pugna pasó por un momento en el rostro de McMurdo; pero terminó poniéndose como granito.

—No, aquí —dijo—. ¡Te protegeré de todo el mundo, Ettie, aquí donde estamos!

—¿Por qué no podemos huir juntos?

—No, Ettie, no me puedo ir de aquí.

—¿Pero por qué?

—Nunca levantaría mi cabeza de nuevo si sintiera que estoy completamente derrotado. Además, ¿de qué hay que asustarse? ¿No somos personas libres en un país libre? Si me amas, y yo a ti, ¿quien se atreverá a interponerse?

—Tú no sabes, Jack. Has estado aquí muy poco tiempo. No conoces a este Baldwin. No conoces a McGinty y sus Scowrers.

—¡No, no los conozco, y no les temo, y ni siquiera creo en ellos! —pregonó McMurdo—. He vivido entre hombres rudos, mi querida, y en vez de temerlos siempre terminaban temiéndome a mí, siempre, Ettie. ¡Es absurdo si lo ves atentamente! Si estos tipos, como tu padre afirma, han cometido crimen tras crimen en este valle, y si todos los reconocen por sus nombres, ¿cómo entonces ninguno ha sido llevado a la justicia? ¡Respóndeme eso, Ettie!

—Porque ningún testigo se atreve a comparecer en su contra. No vivirían un mes si lo hicieran. También porque tienen sus propios hombres para jurar que el acusador estaba lejos de la escena del crimen. Pero seguramente, Jack, tú debes haber leído todo esto. Tenía entendido que todo periódico en los Estados Unidos estaba escribiendo sobre eso.

—Bueno, he leído algo, es verdad; pero conjeturé que serían cuentos. Quizás estos sujetos tienen alguna razón para lo que hacen. Quizás no tienen razón y no tienen otra forma de ayudarse a sí mismos.

—¡Oh, Jack, no me dejes escuchar que hables así! Así es como habla, el otro.

—Baldwin, el habla así, ¿no es así?

—Y ése es el motivo por que lo detesto. Oh, Jack, ahora puedo contarte la verdad. Lo odio con todo mi corazón; pero le temo también. Temo por mí misma; pero sobre todo le temo por mi padre. Sé que una gran pena vendrá sobre nosotros si me atrevo a decirle lo que realmente siento. Ésa es la causa por la que le aplazo con medias promesas. Ésta es en real verdad nuestra única esperanza. Pero si huyeras conmigo, Jack, podríamos llevar a mi padre con nosotros y vivir por siempre lejos del poder de estos malvados tipos.

Nuevamente hubo un dilema en el rostro de McMurdo, y otra vez se puso como granito.

—Ninguna amenaza vendrá hasta ti, Ettie, ni tampoco a tu padre. Y en cuanto a los malvados tipos, espero que veas que yo soy tan malo como el peor de ellos antes que nos escapemos.

—¡No, no, Jack! Yo confiaré en ti en cualquier parte.

McMurdo se rió amargamente.

—¡Por Dios! ¡Cuán poco sabes de mí! Tu inocente alma, cariño, ni siquiera puede imaginar lo que está pasando por la mía. Pero, hola, ¿quién es el visitante?

La puerta se abrió inesperadamente, y un joven muchacho entró jactándose con el aire de alguien que es el dueño. Era un guapo, brioso joven hombre de más o menos la misma edad y contextura que McMurdo. Bajo su sombrero negro de fieltro con bordes anchos, que no se había tomado la molestia de quitarse, una atractiva faz con fieros y dominantes ojos y una curvada nariz de gavilán miró salvajemente al par que estaba sentado junto a la estufa.

Ettie había saltado llena de confusión y alarma.

—Estoy contenta de verlo, Mr. Baldwin —inició—. Llegó más temprano de lo que pensé. Venga y siéntese.

Baldwin permaneció con sus manos en sus caderas viendo a McMurdo.

—¿Quién es éste? —preguntó secamente.

—Es un amigo mío, Mr. Baldwin, un nuevo pensionista aquí. ¿Mr. McMurdo, me permite presentarle a Mr. Baldwin?

Los jóvenes inclinaron sus cabezas de forma arisca contra cada uno.

—¿Tal vez miss Ettie ya le ha dicho cómo van las cosas entre nosotros? —alegó Baldwin.

—No podía entender que hubiera una relación entre ustedes.

—¿No puede? Bueno, ya lo puede entender ahora. Puede tomar mi palabra de que esta señorita es mía, y usted hallaría una buena tarde para salir a caminar.

—Gracias, no estoy de humor para un paseo.

—¿No lo está? —los salvajes ojos del hombre llameaban de furia—. ¡Quizás está en humor para una pelea, señor inquilino!

—¡Sí que lo estoy! —gritó McMurdo, incorporándose en sus pies—. Nunca dijo una palabra mejor bienvenida.

—¡Por el amor de Dios, Jack! ¡Oh, por el amor de Dios! —clamó la pobre y aturdida Ettie—. ¡Oh, Jack, Jack, te lastimará!

—¿Oh, ahora es Jack, no? —exclamó Baldwin con un juramento Ya han llegado a esto, ¿no?

—¡Oh, Ted, sé razonable, sé amable! ¡Por mi amor, Ted, si alguna vez me has amado, sé magnánimo y clemente!

—Pienso, Ettie, que si nos dejaras solos podríamos arreglar este asunto —mencionó calmadamente McMurdo—. O quizás, Mr. Baldwin, pudiera dar una vuelta por la calle conmigo. Es una apacible tarde, y hay un terreno abierto más allá de la siguiente cuadra.

—Terminaría con usted sin siquiera ensuciarme las manos —afirmó su enemigo—. Deseará no haber puesto un pie en esta casa antes que lo haya acabado.

—No hay mejor tiempo que el presente —increpó McMurdo.

—Yo escogeré mi momento, señor. Puede dejarlo a mí. ¡Vea! —repentinamente subió su manga y mostró en su antebrazo un peculiar signo que parecía haber sido marcado allí. Era un círculo con un triángulo dentro—. ¿Sabe lo que significa?

—No lo sé ni me interesa.

—Bien, lo sabrá, se lo prometo. No será más viejo, también. Tal vez miss Ettie le puede decir algo sobre eso. Y en cuanto a ti, Ettie, regresarás a mí de rodillas, ¿me oyes, niña?, de rodillas, y entonces te diré cuál será tu castigo. ¡Has sembrado, y por el Señor, veré que coseches!

Los miró a ambos con ira. Luego volvió sus talones, y un instante después la puerta exterior se había cerrado con un golpe violento detrás de él.

Por unos momentos McMurdo y la chica se quedaron en silencio. Luego ella tiró sus brazos alrededor de él.

—¡Oh, Jack, qué valiente fuiste! ¡Pero no tiene caso, debemos huir! ¡Esta noche, Jack, esta noche! Es nuestra única esperanza. Él tendrá tu vida. Lo leí en sus horribles ojos. ¿Qué oportunidad tienes contra una docena de ellos, con el jefe

McGinty y todo el poder de la logia detrás de ellos?

McMurdo se libró de sus manos, la besó, y amablemente la volvió a poner en una silla.

—¡Aquí, acushla, aquí! No te turbes o temas por mí. Soy un Freeman también. Ya le dije a tu padre eso. Quizás no soy mejor que los demás; así que no me hagas un santo. ¿Posiblemente me odies también, ahora que te he dicho lo suficiente?

—¿Odiarte, Jack? ¡Mientras dure mi vida no podría nunca hacerlo! He oído que no es ningún mal ser un Freeman en cualquier lado excepto aquí; ¿entonces por qué debería pensar lo peor de ti por eso? Pero si eres un Freeman, Jack, por qué no vas y te haces amigo del jefe McGinty. ¡Oh, apúrate, Jack, apúrate! Da tu palabra primero, o los sabuesos estarán bajo tu pista.

—Estaba pensando lo mismo —respondió McMurdo—. Iré inmediatamente y lo arreglaré todo. Puedes decirle a tu padre que dormiré aquí esta noche y que encontraré otras habitaciones en la mañana.

La taberna de McGinty estaba amontonada como era lo usual; pues era el lugar favorito para haraganear para todos los rudos elementos del pueblo. El hombre era popular; porque tenía una tosca y jovial disposición que formaba una máscara, cubriendo una buena porción que yacía tras de ella. Pero aparte de esta popularidad, el miedo que inspiraba por todo el municipio, y de hecho en treinta millas de valle y pasando las montañas a cada lado de él, era suficiente para llenar su cantina; pues nadie podía exponerse a desatender su buena voluntad.

Más allá de esos secretos poderes que universalmente se creía que ejercitaba en formas tan lastimosas, era un oficial público de alto grado, un concejal municipal, y un comisario de carreteras, elegido al oficio por los votos de los rufianes que a cambio esperaban recibir favores de sus manos. Las imposiciones de contribuciones y tasas eran enormes; los trabajos públicos eran notoriamente descuidados, las cuentas estaban ignoradas a favor de contadores sobornados, y el ciudadano decente estaba aterrorizado en pagar chantajes públicos, y en frenar su lengua por miedo a que algo peor le fuera a sobrevenir.

De este modo era, año por año, los prendedores de diamante de McGinty se volvían más vistosos, sus cadenas doradas más ponderosas a través de un más primoroso chaleco, y su taberna se extendía más lejos y más lejos, hasta que

amenazó con absorber un lado completo del Market Square.

McMurdo empujó la puerta giratoria del bar e hizo su camino en medio de la multitud que estaba dentro, en una atmósfera empañada con humo de tabaco y pesada con el olor de espíritus. El lugar estaba encendido muy brillantemente, y los enormes y excesivamente dorados espejos en cada pared reflejaban y multiplicaban la ostentosa iluminación. Habían varios cantineros en sus camisas de manga, ocupados en su trabajo de mezclar bebidas para los holgazanes que flecaban el ancho mostrador ataviado con bronce.

Al final, con su cuerpo descansando en una barra y el cigarro hincado en un ángulo agudo en la esquina de su boca, permanecía un alto, fuerte, sumamente desarrollado hombre que no podía ser otro sino el mismo McGinty. Era un gigante de melena negra, con barba hasta los pómulos, y con una greña de pelo negro lustroso que caía sobre su cuello. Su tez era tan trigueña como la de un italiano, y sus ojos eran de un raro azabache muerto, que, combinado con su ligero estrabismo, le daban una apariencia particularmente siniestra.

Todo lo demás en este hombre, sus nobles proporciones, sus finos rasgos, y sus francas maneras, encajaban con esos joviales, sinceros modales que tenía. Aquí, uno diría, hay un fanfarrón y honesto tipo, cuyo corazón sería sano, sin embargo sus palabras groseras parecerían rudas. Solamente ocurría cuando esos inactivos, oscuros ojos, profundos y crueles, se volvían hacia un hombre que haya mermado, sintiendo que estaba cara a cara con una infinita posibilidad de latente maldad, con una fuerza y coraje y sagacidad tras él que lo hacía mil veces más fatal.

Teniendo una buena visión de este hombre, McMurdo abrió su camino a codazos con su usual audacia negligente, y entró a un pequeño grupo de cortesanos que adulaban al poderoso líder, riéndose escandalosamente con la más pequeña de sus bromas. Los osados ojos grises del joven desconocido miraban sin miedo a través de sus lentes a los peligrosos ojos negros que se voltearon ásperamente sobre él.

—Bien, joven hombre, no puedo recordar su cara en mi memoria.

—Soy nuevo aquí, Mr. McGinty.

—Nunca se es tan nuevo como para no darle su apropiado título a un caballero.

—Él es el Concejal McGinty, joven —pronunció una voz del grupo.

—Discúlpeme, Concejal. Desconozco las costumbres de este lugar. Pero fui aconsejado para verlo.

—Bien, me está viendo. Esto es todo lo que queda. ¿Qué piensa de mí?

—Bueno, todavía es demasiado temprano para eso. Pero si su corazón es tan grande como su cuerpo, y su alma tan correcta como su rostro, entonces no pediría nada mejor —dijo McMurdo.

—¡Por Dios! Tiene una lengua irlandesa en su cabeza de cualquier manera —aclamó el tabernero, no muy seguro si para bromear al audaz visitante o para sobrepasar su dignidad.

—¿Así que es usted suficientemente bueno para aprobar mi semblante?

—Seguro.

—¿Y le fue dicho que me viera?

—En efecto.

—¿Y quién se lo dijo?

—El Hermano Scanlan de la Logia 341, Vermissa. Bebo a su salud, Concejal, y por nuestra mejor amistad —elevó un vaso que se había servido en sus labios y elevó su dedo meñique mientras tomaba.

McGinty que lo estaba observando de cerca, frunció sus pobladas cejas negras.
—Oh, ¿con que así es, no? —opinó—. Deberé ver más atentamente esto, Mr...

—McMurdo.

—Más atentamente, Mr. McMurdo; porque no confiamos en los muchachos en estas partes; ni creemos todo lo que nos dicen tampoco. Venga aquí un momento, detrás de la barrera.

Había un pequeño salón ahí, alineado con barriles. McGinty cuidadosamente cerró la puerta, y luego se sentó en uno de ellos, mordiendo pensativamente su

cigarro y examinando a su compañía con aquellos ojos inquietos. Por un par de minutos se mantuvo en completo silencio. McMurdo sobrellevó la inspección animosamente, con una mano en su bolsillo del abrigo, y la otra torciendo su pardo bigote. Sorpresivamente McGinty se encorvó y sacó un revólver que parecía ser uno malvado.

—Mire, aquí bromista —exclamó—, si pensara que está jugando con nosotros sería un tiempo muy breve el que le siga.

—Es una insólita bienvenida —McMurdo replicó con algo de dignidad— para el jefe del cuerpo de una logia de Freemen hacia un hermano extraño.

—¡Sí, pero es eso mismo lo que tiene que probar —prorrumpió McGinty— y que Dios le ayude si falla! ¿Dónde fue hecho?

—Logia 29, Chicago.

—¿Cuándo?

—El 24 de junio de 1872.

—¿Quién es el jefe del cuerpo?

—James H. Scott.

—¿Quién era su gobernador distrital?

—Bartholomew Wilson.

—¡Hum! Parece suficientemente suelto en sus respuestas. ¿Qué está haciendo aquí?

—Trabajando, lo mismo que usted, pero un oficio más pobre.

—Tuvo su respuesta bien rápida.

—Sí, siempre fui rápido al hablar.

—¿Es rápido de acción?

—He tenido ese nombre entre quienes me conocían mejor.

—Bien, lo probaremos más pronto de lo que se imagine. ¿Ha oído algo de la logia por estos lares?

—He oído que se necesita ser un hombre para ser un hermano.

—Verdaderamente para usted, McMurdo. ¿Por qué abandonó Chicago?

—¡Estaré condenado si le digo eso!

McGinty abrió sus ojos. No estaba acostumbrado a ser respondido de esa forma, y le divirtió.

—¿Por qué no me lo va a decir?

—Porque ningún hermano debe decirle a otro una mentira.

—¿Entonces la verdad es demasiado mala para decirla?

—Lo puede poner de esa forma si gusta.

—Vea, señor, no puede esperar que yo, como jefe del cuerpo, vaya a pasar a la logia a alguien que no puede responder por su pasado.

McMurdo se vio perplejo. Después tomó un recorte de periódico gastado de su bolsillo interior.

—¿Nunca delataría a un compañero? —manifestó.

—¡Atravesaré mi mano por su cara si me dice tales palabras! —chilló McGinty ardientemente.

—Tiene razón, Concejal —pronunció McMurdo dócilmente—. Debo pedir disculpas. Hablé sin pensarlo. Bien, sé que estoy seguro en sus manos. Mire este recorte.

McGinty colocó sus ojos sobre la reseña de un disparo a un tal Jonas Pinto, en Lake Saloon, Market Street, Chicago, en la semana de año nuevo de 1874.

—¿Su trabajo? —formuló mientras devolvía el periódico.

McMurdo asintió.

—¿Por qué le disparó?

—Estaba ayudándole al Tío Sam a hacer dólares. Tal vez el mío no era tan fino oro como el suyo, pero se veían bien y eran más baratos para hacer. Este hombre Pinto me ayudó a impulsar los falsos...

—¿Hacer qué?

—Bueno, significa sacar dólares para su circulación. Después dijo que lo revelaría. Quizás lo hizo. No esperé a verlo. Solamente lo maté y puse pies en polvorosa para los campos de carbón.

—¿Por qué los campos de carbón?

—Porque había leído en los periódicos que no eran muy minuciosos en esas partes.

McGinty se rió.

—Fue primero un acuñador y luego un asesino, y vino a estas zonas porque pensó que sería bienvenido.

—Algo así —contestó McMurdo.

—Bueno, creo que llegará muy lejos. Dígame, ¿puede hacer esos dólares aún?

McMurdo sacó media docena de su bolsillo.

—Éstos nunca pasaron la casa de moneda de Filadelfia —indicó.

—¡No me diga! —McGinty los sostuvo contra la luz con su enorme mano, que era tan peluda como la de un gorila—. No puedo ver ninguna diferencia. ¡Dios! ¡Será un hermano poderosamente útil, estoy pensándolo! Podemos hacerlo con un bandido o dos entre nosotros, amigo McMurdo: pues hay tiempo en los que debemos tomar nuestro propio partido. Estaríamos pronto contra la pared si no hacemos retroceder a aquellos que nos estaban empujando.

—Bien, me imagino que haré mi parte en empujar con el resto de los chicos.

—Parece tener un buen ánimo. No se retorció cuando le apunté con esta arma.

—No era yo quien estaba en peligro.

—¿Quién entonces?

—Era usted, Concejal —McMurdo extrajo una pistola percutida de su bolsillo lateral de su chaquetón de marinero—. Lo he estado cubriendo todo este tiempo. Creo que mi disparo hubiera sido tan rápido como el suyo.

—¡Por Dios! —McGinty se abochornó en un rojo furioso y luego estalló en un bramido de risa—. Dígame, no hemos tenido ningún terror más grande que venga a nosotros este año. Reconozco que la logia estará muy orgullosa de usted... Bien, ¿qué diablos quieres? ¿Y no puedo hablar solo con un caballero por cinco minutos sino que debes entrometerte entre nosotros?

El cantinero permaneció avergonzado.

—Discúlpeme, Concejal, pero es Ted Baldwin. Dice que debe verlo este mismo instante.

El mensaje fue innecesario; pues la sólida y cruel cara del hombre por sí mismo estaba mirando por encima del hombro del empleado. Empujo al tabernero y le cerró la puerta.

—Así que —dijo clavando su furiosa vista en McMurdo—, se vino aquí primero, ¿no es así? Tengo una palabra que mencionarle, Concejal, sobre este hombre.

—Entonces dígala aquí y frente a mí —exclamó McMurdo.

—La diré en mi propio tiempo, a mi propio estilo.

—¡Basta! ¡Basta! —berreó McGinty, elevándose de su barril—. Esto nunca funcionará. Tenemos un nuevo hermano aquí, Baldwin, y no nos corresponde saludarlo de esa forma. ¡Saque su mano, hombre, y levántela!

—¡Nunca! —gritó Baldwin en cólera.

—Le he ofrecido pelear con él si cree que le he perjudicado —señaló McMurdo —. Lucharé con mis puños, o, si eso no lo satisface, lucharé de la manera que el escoja. Ahora, se lo dejo a usted, Concejal, juzgar entre nosotros como un jefe

del cuerpo debe hacer.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Una joven señorita. Es libre de elegir por sí misma.

—¿Lo es? —gritó Baldwin.

—Como es entre dos hermanos de la logia debería decir que lo es —dictó el jefe.

—Oh, ése es su fallo, ¿no es así?

—Sí, sí lo es, Ted Baldwin —explicó McGinty, con un encaro maléfico—. ¿Será usted quien lo discuta?

—¿Rechazará a alguien que ha estado con usted estos cinco años a favor de un hombre que no vio nunca antes en su vida? ¡No será un jefe del cuerpo de por vida, Jack McGinty, y por Dios! Cuando toque votar nuevamente...

El Concejal se impulsó hacia él como un tigre. Su mano encerró el cuello del otro, y lo lanzó hacia atrás entre los barriles. En su loco furor hubiera exprimido su vida si McMurdo no hubiera interferido.

—¡Cuidado, Concejal! ¡Por la gracia de Dios, con cuidado! —abucheó, mientras lo arrastró hacia atrás.

McGinty soltó su presa, y Baldwin, acobardado y sacudido, jadeando para respirar, y temblando en cada extremidad, como uno que ha visto el mismo borde de la muerte, se sentó sobre el barril del cual había sido tirado.

—¡Ha estado pidiendo esto hace varios días, Ted Baldwin, ahora ya lo tuvo! —aulló McGinty, con su enorme pecho levantándose y cayendo—. Quizás pensaste que si yo era rechazado por votación como jefe del cuerpo te encontrarías pronto en mis zapatos. Está en la logia decidir eso. Pero mientras sea el jefe no dejaré que ningún hombre levante su voz contra mí o mis disposiciones.

—No tengo nada contra usted —barboteó Baldwin, cogiendo su garganta.

—Bueno, entonces —gruñó el otro, recayendo en un momento en una fanfarrona jovialidad—, somos todos buenos amigos de nuevo y ahí acaba el asunto.

Agarró una botella de champagne del estante y giró el corcho.

—Vean ahora —continuó, a la par que llenaba tres grandes vasos—. Bebámonos la razón de la discordia de la logia. Después de eso, como saben, no puede haber mala sangre entre nosotros. Ahora, la mano izquierda en la manzana de mi garganta. Le digo, Ted Baldwin, ¿cuál es la ofensa, señor?

—Las nubes son pesadas —contestó Baldwin.

—Pero por siempre serán brillantes.

—¡Y esto lo juro!

Los hombres bebieron sus vasos, y la misma ceremonia fue realizada entre Baldwin y McMurdo.

—¡Aquí! —chilló McGinty, frotando sus manos—. Ése es el final de la sangre negra. ¡Estarán bajo la disciplina de la logia si va más allá, y es una mano pesada en estas partes, como el Hermano Baldwin conoce, y como lo hallará muy pronto, Hermano McMurdo, si busca problemas!

—Tenga fe en que tardaré mucho en llegar a eso —declaró McMurdo. Mantuvo firme su mano con la de Baldwin—. Soy rápido para reñir y rápido para perdonar. Es mi caliente sangre irlandesa, me dicen. Pero está todo terminado para mí, y no llevo ningún resentimiento.

Baldwin tuvo que tomar la mano ofrecida; porque el ojo funesto del terrible jefe estaba sobre él. Pero el rostro arisco mostraba cuán poco las palabras del otro lo habían hecho cambiar de opinión.

McGinty los palmoteó a ambos en los hombros.

—¡Cielos! ¡Estas chicas! ¡Estas chicas! —bramó—. ¡Pensar que las mismas chiquillas se interpondrían entre dos de mis muchachos! ¡Es la misma suerte del diablo! ¡Bien, es la niña dentro de ellas la que debe arreglar la cuestión; pues está fuera de la jurisdicción de un jefe del cuerpo, y el Señor debe ser loado por eso! Tenemos suficiente con nosotros, sin las mujeres. Será afiliado a la Logia 341, Hermano McMurdo. Tenemos nuestros propios modos y métodos, diferentes de los de Chicago. El sábado por la noche es nuestra reunión, y si viene entonces, le haremos vacante para siempre de Vermissa Valley.

3. Logia 341, Vermissa

En el día siguiente a la tarde que contuvo tantos excitantes eventos, McMurdo movió sus pertenencias de la casa del viejo Jacob Shafter y tomó sus cuartos en la de la viuda MacNamara en los límites de las afueras de la villa. Scanlan, su conocido original a bordo del tren, tuvo ocasión poco tiempo después de trasladarse a Vermissa, y los dos se hospedaron juntos. No había otro inquilino, y la anfitriona era una calmada anciana irlandesa que los dejaba a ellos; por lo que tenían la libertad de hablar y actuar bienvenida para hombres que tienen secretos en común.

Shafter había cedido hasta el punto de dejar a McMurdo ir a sus comidas cuando gustase; así que su comunicación con Ettie no se rompió de ninguna manera. Por el contrario, se hizo más cercano y más íntimo al pasar de las semanas.

En su dormitorio en su nueva permanencia McMurdo se sintió seguro para sacar sus moldes de acuñación, y bajo varias promesas de secreto un número de hermanos de la logia fueron permitidos para entrar y verlos, cada uno llevándose en sus bolsillos algunos de los ejemplares del dinero falso, tan astutamente fabricado que nunca había la más pequeña dificultad o peligro en hacerlo pasar. Por qué, con este maravilloso arte en sus manos, McMurdo condescendía a trabajar después de todo era un perpetuo misterio para sus compañeros; aunque hizo claro a cualquiera que le preguntó que si vivía sin ninguna posible maldad, rápidamente traería a la policía bajo su pista.

Un policía estaba de hecho tras él ya; pero el incidente, con la suerte que tenía, le dio al aventurero mucho más bien que daño. Luego de la primera introducción hubieron pocas tardes en las que no abría su camino hasta la taberna de McGinty, para hacerse mejores camaradas con “los muchachos”, que era el título jovial con el que la peligrosa banda que infestaba el lugar se conocía el uno con el otro. Su manera precipitada y forma de hablar sin miedo lo hizo un favorito de todos; mientras el rápido y científico camino con el que barrió con su antagonista en una reyerta en el cuarto del bar con todos presentes le ganó el respeto de esa ruda comunidad. Otro incidente, no obstante, lo elevó aún más en su estimación.

Justo a la hora más populosa una noche, la puerta se abrió y un hombre ingresó con el uniforme azul tenue y sombrero puntiagudo de la policía de las minas. Éste era un cuerpo especial sostenido por los propietarios de ferrocarriles y minas de carbón para suplementar los esfuerzos de la ordinaria policía civil, que era perfectamente inútil contra los organizados rufianes que aterrorizaban el distrito. Hubo un apaciguamiento cuando entró, y muchas miradas fueron clavadas en él; pero las relaciones entre los policías y los criminales son peculiares en algunas partes de los Estados Unidos, y el propio McGinty, parado detrás de su mostrador, no mostró sorpresa alguna cuando el policía se enroló entre sus clientes.

—Un whisky directo; pues la noche es amarga —solicitó el oficial de policía—.

¿No me parece que nos hayamos visto antes, Concejal?

—¿Usted será el nuevo capitán? —gruñó McGinty.

—Así es. Lo andábamos buscando, Concejal, y a los demás ciudadanos importantes, para ayudarnos en defender la ley y el orden en este municipio. Capitán Marvin es mi nombre.

—Estaríamos mejor sin usted, capitán Marvin —alegó McGinty fríamente—; porque tenemos nuestra propia policía del municipio, y no necesitamos beneficios importados. ¿Qué son ustedes sino la herramienta pagada de los capitalistas, contratados por ellos para aporrear o disparar a sus pobres amigos ciudadanos?

—Bien, bien, no discutiremos sobre ello —dijo el oficial de policía de buen humor—. Espero que todos hagamos nuestra tarea de la misma forma como la vemos; aunque nunca la podamos ver igual —había bebido su vaso y se disponía a irse, cuando sus ojos cayeron sobre el rostro de Jack McMurdo, quien estaba frunciendo su ceño a la altura del codo—. ¡Hola! ¡Hola! —exclamó, viéndolo arriba y abajo—. ¡Aquí hay un viejo conocido!

McMurdo se apartó un poco de él.

—Nunca he sido su amigo ni de ningún otro maldito policía en mi vida —exclamó.

—Un conocido no es siempre un amigo —afirmó el policía, sonriendo—. ¡Es

usted Jack McMurdo de Chicago, sí, y no lo niegue!

McMurdo se encogió de hombros.

—No lo estoy negando —respondió—. ¿Cree que estoy avergonzado de mi propio nombre?

—Tiene una buena causa para estarlo, de todas maneras.

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —rugió con sus puños cerrados.

—No, no, Jack, su jactancia no funcionará conmigo. Fui un oficial en Chicago antes de venir a esta detestable carbonera., y reconozco a los bandidos de Chicago cuando los veo.

La cara de McMurdo se cayó.

—¡No me diga que es usted Marvin de la Central de Chicago! —gimió.

—El mismo viejo Teddy Marvin, a su servicio. No hemos olvidado el tiro dado a Jonas Pinto allá.

—Nunca le disparé.

—¿No lo hizo? Ésa es una buena declaración imparcial, ¿no es así? Bueno, su muerte vino de manera inusualmente útil para usted, o lo hubieran agarrado por los falsos. Bien, eso lo podemos dar por olvidado; pues, entre usted y yo, y quizás estoy yendo más lejos de lo que mi trabajo me permite al decirlo, no pudimos armar una acusación completa contra usted y Chicago está abierta a usted mañana.

—Estoy muy bien donde estoy.

—Bueno, yo le di la indicación, y es usted un molesto perro al no agradecerme por ello.

—Bien, supongo, que usted no tiene nada contra mí, y le doy las gracias — manifestó McMurdo en manera no muy amable.

—Estaré callado sobre ello mientras siga viviendo en el sendero correcto —

expresó el capitán—. ¡Pero, por el Señor! ¡Si se descarrila después de esto, es otra historia! Así pues, buenas noches a ustedes y buenas noches, Concejal.

Abandonó el salón del bar; pero no antes de ser creado un héroe local. Las actividades de McMurdo en la lejana Chicago habían sido rumoreadas anteriormente. Había evadido las preguntas con una sonrisa, como alguien que no desea tener un gran hincapié en eso. Pero ahora el hecho estaba oficialmente confirmado. Los haraganes de la cantina se amontonaron a alrededor y le dieron la mano de buena gana. Era vacante de la comunidad de ahí en adelante. Podía beber bastante y mostrar pocos rasgos de ello; pero esa tarde, al no tener a su amigo Scanlan para guiarlo a casa, el festejado héroe seguramente pasaría la noche.

En la noche del sábado McMurdo fue introducido a la logia. Había pensado entrar sin ceremonia al ser un iniciado de Chicago; pero había particulares ritos en Vermissa de los cuales estaban orgullosos, y estos tenían que ser aguantados por todos los postulantes. La asamblea se reunió en una gran habitación reservada para tales propósitos en la Union House. Unos sesenta miembros congregados en Vermissa; pero eso de ningún modo representaba el poder completo de la organización, pues había varias otras logias en el valle, y otras más allá de las montañas a cada lado, que intercambiaban miembros cuando algún serio negocio estaba en pie, para que así un crimen pueda ser cometido por extraños en la localidad. Con todos juntos no había menos de quinientos esparcidos por el distrito del carbón.

En el desnudo cuarto de la asamblea los hombres estaban concentrados alrededor de una larga mesa. Al lado había una segunda cargada con botellas y vasos, en los que algunos miembros de la compañía ya habían puesto sus ojos. McGinty se sentó a la cabeza con un gorro negro llano de terciopelo sobre su mata de pelo negro enredado, y una estola morada en torno a su cuello; por lo que parecía ser un sacerdote presidiendo un ritual diabólico. A su derecha e izquierda estaban los altos oficiales de la logia, con la cruel y atractiva faz de Ted Baldwin entre ellos. Cada uno de ellos vestía una bufanda o medallón como emblema de su puesto.

Eran, en su generalidad, hombres de edad madura; pero el resto de la compañía consistía en jóvenes muchachos de dieciocho a veinticinco, los aptos y capaces agentes que ejecutaban las órdenes de sus mayores. Entre los hombres mayores había varios cuyos rasgos mostraban las feroces almas sin ley que llevaban

dentro; pero mirando al rango y fila era difícil pensar que estos ansiosos y francos chiquillos eran en realidad una temible banda de asesinos, cuyas mentes habían sufrido una tan completa perversión moral que tomaban un horrible orgullo en su eficiencia en el trabajo, y veían con el más grande respeto al hombre que tenía la reputación de hacer lo que ellos llamaban "una tarea limpia".

En sus retorcidas naturalezas se había convertido una cosa animada y caballerosa hacer un "servicio" contra un hombre que nunca les había dañado y que en muchos casos nunca habían visto en sus vidas. Una vez hecho el crimen, se peleaban por decidir quién había dado el tiro final, y se entretenían entre ellos y a la compañía describiendo los gritos y contorsiones del hombre asesinado.

Al comienzo habían mostrado algo de secreto en sus disposiciones; pero en el tiempo en que esta narración las describe sus procedimientos eran extraordinariamente abiertos, pues los repetidos fracasos de la ley les habían probado que, por una parte, nadie se atrevería a testificar contra ellos, y por la otra tenían un ilimitado número de testigos adictos los cuales podían llamar, y un bien repleto cofre del tesoro del que podían sacar los fondos para contratar el mejor talento legal del estado. En diez largos años de atropellos no había habido ni una prueba de culpabilidad, y el único peligro que amenazaba a los Scowrers yacía en la misma víctima, que aunque sobrepasada en número y tomada por sorpresa, podía, y ocasionalmente lo hacía, dejar su marca en sus asaltantes.

McMurdo había sido advertido que una prueba le esperaba; pero nadie le decía en qué consistía. Había sido llevado al cuarto exterior por dos solemnes hermanos. Por la división de la tabla podía oír el murmullo de varias voces de dentro de la asamblea. Una o dos veces alcanzó a escuchar el sonido de su propio nombre, y sabía que estaban discutiendo su candidatura. Entonces entró un guardia de adentro con una verde y dorada banda a través de su pecho.

—El jefe del cuerpo ordena que debe ser reforzado, enceguecido e introducido — pronunció.

Tres de ellos le removieron su abrigo, levantaron la manga de su brazo derecho, y finalmente pasaron una cuerda encima de sus codos y la apretaron. Luego colocaron una tupida montera negra justo sobre su cabeza y la parte superior de su rostro, para que no pueda ver nada. Después fue conducido a la sala de la asamblea.

Era todo de un negro alquitrán y muy sofocante bajo esa capucha. Oía el crujido y susurro de la gente junto a él, y luego la voz de McGinty sonó apagada y distante en sus orejas cubiertas.

—John McMurdo —clamó la voz— ¿es usted un miembro ya de la Ancient Order of Freemen?

Hizo una inclinación en asentimiento.

—¿Es su logia la No. 29, en Chicago?

Se inclinó nuevamente.

—Las noches oscuras son desagradables —bramó la voz.

—Sí, para que viajen los extraños —contestó.

—Las nubes son pesadas.

—Sí, una tormenta se está aproximando.

—¿Está la hermandad satisfecha? —preguntó el jefe del cuerpo.

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—Sabemos, hermano, por su seña y contraseña que es verdaderamente de los nuestros —dijo McGinty—. Le haremos percatarse, sin embargo, que en este condado y en otros condados de estos lares poseemos ciertos ritos, y también ciertas tareas de nosotros que llaman a los buenos hombres. ¿Está listo para ser probado?

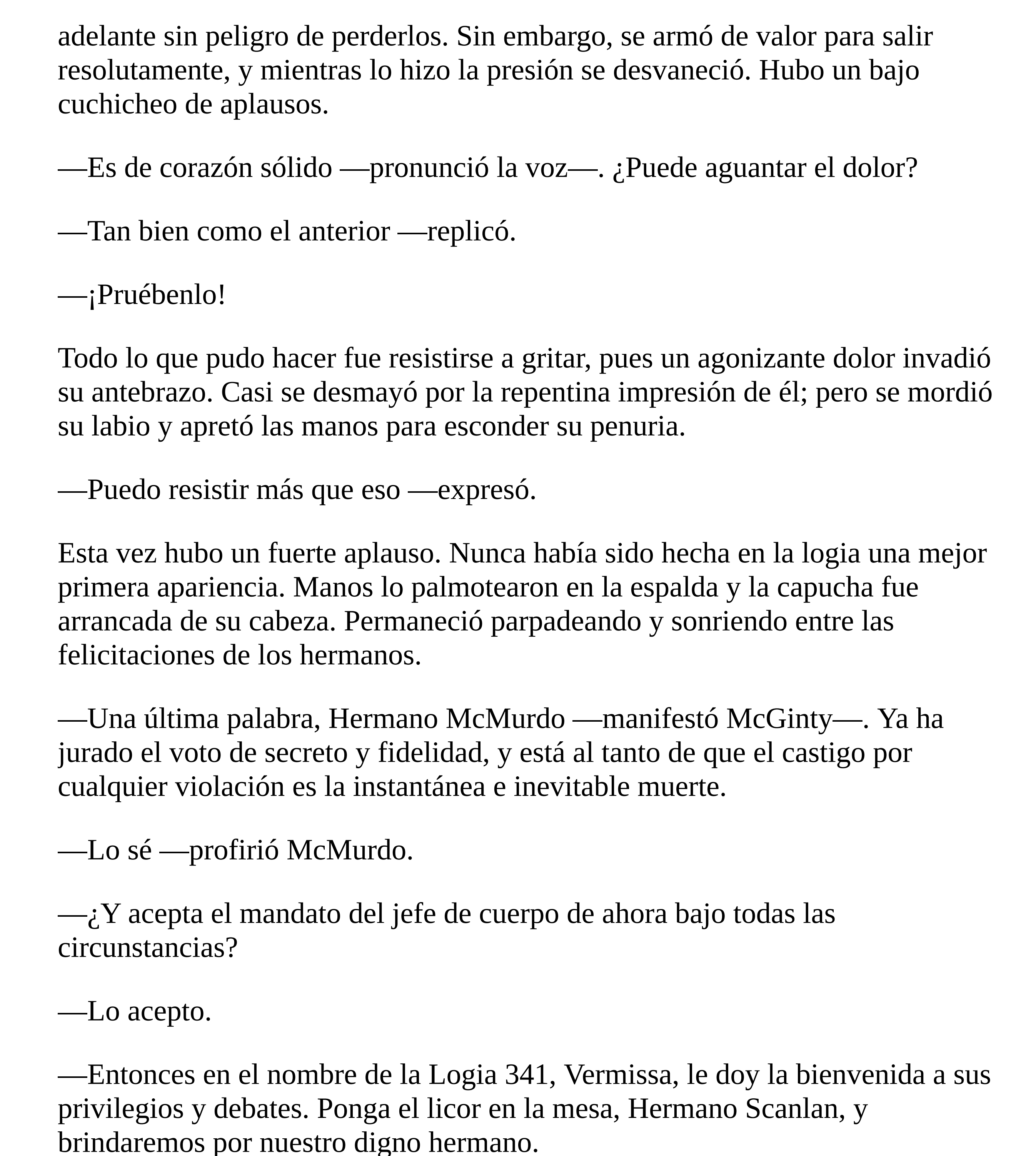
—Lo estoy.

—¿Es usted de corazón sólido?

—Lo soy.

—Dé un largo paso hacia delante para comprobarlo.

A la par que las palabras eran dichas sintió dos puntos duros en sus ojos, presionando sobre ellos de tal forma que parecía que no los podría mover



adelante sin peligro de perderlos. Sin embargo, se armó de valor para salir resolutamente, y mientras lo hizo la presión se desvaneció. Hubo un bajo cuchicheo de aplausos.

—Es de corazón sólido —pronunció la voz—. ¿Puede aguantar el dolor?

—Tan bien como el anterior —replicó.

—¡Pruébenlo!

Todo lo que pudo hacer fue resistirse a gritar, pues un agonizante dolor invadió su antebrazo. Casi se desmayó por la repentina impresión de él; pero se mordió su labio y apretó las manos para esconder su penuria.

—Puedo resistir más que eso —expresó.

Esta vez hubo un fuerte aplauso. Nunca había sido hecha en la logia una mejor primera apariencia. Manos lo palmotearon en la espalda y la capucha fue arrancada de su cabeza. Permaneció parpadeando y sonriendo entre las felicitaciones de los hermanos.

—Una última palabra, Hermano McMurdo —manifestó McGinty—. Ya ha jurado el voto de secreto y fidelidad, y está al tanto de que el castigo por cualquier violación es la instantánea e inevitable muerte.

—Lo sé —profirió McMurdo.

—¿Y acepta el mandato del jefe de cuerpo de ahora bajo todas las circunstancias?

—Lo acepto.

—Entonces en el nombre de la Logia 341, Vermissa, le doy la bienvenida a sus privilegios y debates. Ponga el licor en la mesa, Hermano Scanlan, y brindaremos por nuestro digno hermano.

El abrigo de McMurdo le había sido regresado; pero antes de ponérselo inspeccionó su brazo derecho, que aún dolía fuertemente. Ahí en la carne del antebrazo había un círculo con un triángulo dentro de él, profundo y rojo, como el hierro que lo marcó lo había dejado. Uno o dos de sus vecinos se

arremangaron y mostraron sus propias señales de la logia.

—Todos la hemos llevado —exclamó uno—, pero no tan valientemente como lo sobrellevó usted.

—¡Tonterías! No fue nada —prorrumpió; pero quemaba y dolía aún.

Cuando las bebidas que siguieron a la ceremonia de iniciación ya habían sido acabadas, procedieron al negocio de la logia. McMurdo, acostumbrado sólo a las triviales acciones de Chicago, escuchó con oídos atentos y más sorpresa que la que se aventuraba a mostrar a lo que se dijo a continuación.

—El primer negocio de la agenda —aseveró McGinty—, es leer la siguiente carta del maestro de división Windle del condado de Merton, Logia 249. Dice:

“Estimado señor:

Hay un trabajo para ser hecho con Andrew Rae de Rae & Sturmash, propietarios de carbón cerca de este lugar. Usted recordará que su logia nos debe algo en correspondencia, dado el servicio de dos de nuestros hermanos en el asunto de las patrullas del otoño pasado. Enviará dos buenos hombres, estarán a cargo del tesorero Higgins de esta logia, cuya dirección conoce. Él les dirá cuándo actuar y dónde.

“Suyo en libertad,”

“J. W. WINDLE, D. M. A. O. F”

—Windle nunca se ha rehusado a nosotros cuando hemos tenido la ocasión de solicitar por la prestación de un hombre o dos, y nosotros no debemos rechazarle

— McGinty se detuvo y vio alrededor de la habitación con sus opacos y malevolentes ojos—. ¿Quién será voluntario para este asunto?

Varios jóvenes alzaron sus manos. El jefe del cuerpo los observó con una sonrisa aprobatoria.

—Tú lo harás, Tigre Cormac. Si lo manejas tan bien como la última vez, no estarás mal. Y tú, Wilson.

—No tengo pistola —afirmó el voluntario, un simple chiquillo en sus años de adolescente.

—Es tu primera vez, ¿no es así? Bien, debes ser sangriento alguna vez. Será un gran comienzo para ti. En cuanto a la pistola, la encontrarás esperando por ti, o me equivoco. Si se reportan el lunes, habrá tiempo suficiente. Tendrán una gran bienvenida cuando regresen.

—¿Alguna recompensa esta vez? —preguntó Cormac, un joven grueso, de cara oscura y parecer brutal, cuya ferocidad le había merecido el título de “Tigre”.

—No piensen en la recompensa. Solamente háganlo por el honor del acto. Tal vez cuando terminen haya unos pocos sobrantes dólares al fondo de la caja.

—¿Qué ha hecho ese hombre? —formuló Wilson.

—Seguramente, no está en los gustos de uno que le pregunten qué ha hecho el hombre. Ya ha sido juzgado allá. No es nuestro problema. Todo lo que debemos hacer es llevarlo a cabo por ellos, de la misma manera que lo harían por nosotros. Hablando de eso, dos hermanos de la logia de Merton vendrán con nosotros la próxima semana a hacer algún negocio en esta comarca.

—¿Quiénes son? —interrogó alguien.

—Tengan fe, es más sabio no consultar. Si uno no sabe nada, no puede testificar nada, y ningún problema puede venir de eso. Pero son hombres que harán una limpia labor cuando estén en ello.

—¡Y tiempo, también! —gritó Ted Baldwin—. Los muchachos están volviéndose desertores por estos lares. Solamente la semana pasada tres de nuestros hombres fueron desviados por el capataz Blaker. Se lo hemos estado

debiendo por un largo tiempo, y lo tendrá de lleno y apropiadamente.

—¿Tendrá qué? —McMurdo musitó a su vecino.

—¡El negocio termina con un cartucho de perdigones! —aclamó el hombre con una fuerte risa—. ¿Qué piensa de nuestros métodos, hermano?

El alma criminal de McMurdo parecía haber ya absorbido el espíritu de la vil asociación de la que era ahora miembro.

—Me gusta —refirió—. Es un lugar propicio para un mozalbete con brío.

Varios de los que se sentaban a su alrededor oyeron sus palabras y las aplaudieron.

—¿Qué es esto? —abucheó el jefe del cuerpo de la negra melena desde el final de la mesa.

—Aquí nuestro nuevo hermano, señor, que encuentra nuestros métodos a su gusto.

McMurdo se incorporó en sus pies por un instante.

—Podría decir, eminente jefe del cuerpo, que si un hombre pudiera ser requerido tomaría como un honor el ser elegido para ayudar a la logia.

Hubo un gran aplauso con esto. Se sintió que un nuevo sol estaba empujando su imagen sobre el horizonte. Para algunos de los mayores les pareció que el progreso era demasiado rápido.

—Yo pienso —insinuó el secretario, Harraway, un viejo con cara de buitre y barba gris que se sentó junto al presidente de la junta—, que el Hermano McMurdo debería esperar hasta que sea la voluntad de la logia la que le dé un empleo.

—Seguro, eso era lo que quería decir; estoy en sus manos —dijo McMurdo.

—Su tiempo llegará, hermano —afirmó el presidente—. Lo hemos marcado como un hombre dispuesto, y creemos que hará un buen trabajo en estas partes. Hay un pequeño asunto esta noche en el que podría tomar mano si gusta.

—Esperaré por algo que valga la pena mientras.

—Puede venir esta noche, de todas formas, y le ayudará a entender lo que exigimos en esta comunidad. Haré el anuncio después. Mientras tanto —observó su agenda—, tengo uno o dos puntos que traer antes de la sesión. Primero, pediré a nuestro tesorero nuestro balance bancario. Está la pensión a la viuda de Jim Carnaway. Fue muerto haciendo la misión de la logia y está en nosotros ver que no salga ella perdiendo.

—Jim fue disparado el mes pasado cuando intentaron asesinar a Chester Wilcox de Marley Creek —le informó el vecino de McMurdo a él.

—Los fondos son buenos por el momento —anunció el tesorero, con el libro bancario frente a él. Las firmas han sido generosas últimamente. Max Linder & Co. pagó quinientos para ser dejado en paz. Los hermanos Walker enviaron un ciento; pero yo mismo los regresaré y pediré cinco. Si no los escucho hasta el miércoles, su máquina de extracción se podría malograr. Debimos quemar su quebrantadora el año pasado para que se volviesen más razonables. También la West Section Coaling Company ya liquidó su contribución anual. Tenemos suficiente en las manos para hacer cualquier obligación.

—¿Qué hay acerca de Archie Swindon? —cuestionó un hermano.

—Ya ha vendido todo lo que tiene y abandonado el distrito. El viejo diablo dejó una nota para decir que preferiría ser un barrendero de carreteras en Nueva York que un propietario de una gran mina bajo el poder de un grupo de chantajistas. ¡Por Dios! Fue bueno que huyera antes de que la nota llegase a nosotros. Me imagino que no mostrará su rostro por este valle de nuevo.

Un hombre mayor, bien afeitado con una afable fisonomía y unas grandes cejas se levantó desde el final de la mesa que estaba frente al presidente.

—¿Señor tesorero —interpeló— puedo preguntar quién compró las propiedades de este hombre que ha salido del distrito?

—Sí, Hermano Morris. Ha sido comprado por la State & Merton County Railroad Company.

—¿Y quién adquirió las minas de Todman y de Lee que entraron al mercado del mismo modo este año?

—La misma compañía, Hermano Morris.

—¿Y quién abonó por las fundiciones de hierro de Manson y de Shuman, y de Van Deher y de Atwood, que han sido resignadas últimamente.

—Fueron todas ganadas por la West Gilmerton General Mining Company.

—No veo, Hermano Morris —pronunció el presidente—, que nos interese quién las compró, pues no las pueden sacar del distrito.

—Con todo el respeto que se merece, eminente jefe del cuerpo, pienso que nos debería interesar mucho. Este proceso ha estado en actividad por diez largos años. Estamos gradualmente retirando a los pequeños hombres fuera del comercio. ¿Cuál es el resultado? Hallamos en sus lugares a grandes compañías como la Railroad o la General Iron, que tienen sus directores en Nueva York o Filadelfia, y no les interesan nuestras amenazas. Los podemos obtener de sus jefes locales; pero eso sólo significa que otros serán enviados a sus puestos. Y lo hacemos peligroso para nosotros mismos. Los pequeños hombres no nos podían dañar. No tenían ni el dinero ni el poder para hacerlo. Mientras no los exprimiéramos demasiado, quedarían bajo nuestro dominio. Pero si esas grandes compañías se dan cuenta que estamos entre ellos y sus ganancias, no escatimarán esfuerzos en cazarnos y llevarnos a la corte.

Hubo un silencio ante estas palabras ominosas, y todos los semblantes oscurecidos tenebrosamente fueron permutados. Tan omnipotentes e indesafiables habían sido que el pensamiento de una posible respuesta desde el fondo se había desvanecido de sus mentes. Y aún así la idea les dio un estremecimiento a los más descuidados de ellos.

—Es mi consejo —el hablante continuó— que obremos con más cuidado con los hombres pequeños. El día que sean quitados de en medio el poder de esta sociedad se resquebrajará.

Verdades no bienvenidas no eran populares. Hubo gritos molestos a la par que el parlante regresaba a su sitio. McGinty se irguió con oscuridad en su frente.

—Hermano Morris —articuló—, usted siempre fue siempre un refunfuñador. Mientras los miembros de esta logia permanezcan juntos no hay poder alguno en los Estados Unidos que los toque. Seguro, ¿no lo hemos probado tan seguidamente en las cortes? Yo especulo que las grandes compañías hallarán

más fácil pagar que luchar, lo mismo que las pequeñas compañías. Y ahora, hermanos —McGinty se sacó su gorro negro de terciopelo y su estola mientras discurseaba—, esta logia ha finalizado su negocio por esta tarde, salvo por un pequeño asunto que podrá ser mencionado cuando ya partamos. El tiempo ha llegado para el refrigerio fraternal y la armonía.

Extraña verdaderamente es la naturaleza humana. Aquí estaban estos hombres, para los que el asesinato era familiar, que una y otra vez habían acabado con el padre de una familia, algún hombre con el que no tenían sentimientos personales, sin ningún pensamiento de remordimiento o de compasión por su esposa que llora y sus niños que se quedan desamparados, y aún así lo tierno o conmovedor en la música los llevaba a las lágrimas. McMurdo tenía una fina voz de tenor, y si hubiera fallado en ganar la buena voluntad de la logia antes, no hubiera sido retenido por más tiempo después de haberlos emocionado con "I'm Sitting on the Stile, Mary" y "On the Banks of Allan Water".

En su primera noche el nuevo recluta se había hecho uno de los hermanos más populares, ya anunciado para un ascenso y un alto oficio. Había otras cualidades necesitadas, no obstante, más allá del buen compañerismo, para hacer a un valioso Freeman, y le fue dado un ejemplo de éstas antes de acabar la tarde. La botella de whisky había dado vuelta muchas veces, y los hombres estaban abochornados y listos para hacer maldades cuando su jefe del cuerpo se levantó una vez más para dirigirles la palabra.

—Muchachos —declaró— hay un hombre en este pueblo que quiere ser hermoseado y está en ustedes el ver que lo haga. Estoy hablando de James Stanger del Herald. ¿Ya han visto cómo ha abierto su boca contra nosotros de nuevo?

Hubo un murmullo de asentimiento, con muchos que rezongaron juramentos. McGinty extrajo un pedazo de periódico de su bolsillo del chaleco.

"¡LEY Y ORDEN!"

Así fue como lo leyó.

“REINO DE TERROR EN EL DISTRITO DEL CARBÓN Y EL HIERRO”

“Doce años han ya pasado desde los primeros asesinatos que demostraron la existencia de una organización criminal en nuestro medio. Desde ese día las injusticias nunca han cesado, ahora han llegado al grado de inclinación que nos hace el oprobio del mundo civilizado. ¿Es para estos resultados que nuestro gran país recibe en su seno al extranjero que huye de los despotismos de Europa? ¿Es que deben convertirse a sí mismo en tiranos de los mismos hombres que les dan protección, y que un estado de terrorismo y omisión de la ley deba ser establecido bajo la misma sombra de los sacros pergaminos de la estrellada Bandera de la Libertad lo que atraería horror a nuestras mentes si leemos de ella como existente bajo la más infructuosa monarquía del Este? Los hombres son conocidos. La organización es patente y pública. ¿Cuánto tiempo la dejaremos seguir? ¿Podemos por siempre vivir...”

¡Seguro, ya he leído suficiente de esta basura! —prorrumpió el presidente, aventando el papel sobre la mesa—. Eso es lo que dice de nosotros. La interrogante es ¿qué deberíamos hacer con él?

—¡Matarlo! —aullaron una docena de indómitas voces.

—Protesto contra eso —desaprobó el Hermano Morris, el hombre de las grandes cejas y afeitada faz—. Les digo, hermanos, que nuestra mano es demasiado opresiva en este valle, y llegará a un punto donde en defensa propia todos los hombres se unirán para aplastarnos. James Stanger es un anciano. Es respetado en el municipio y el distrito. Los periódicos se mantienen como lo único sólido en el valle. Si ese hombre es aniquilado habrá una irritación a lo largo del estado que acabará con nuestra destrucción.

—¿Y cómo llevarán a cabo nuestro destrucción, señor retroceso? —gritó McGinty—. ¿Lo hará la policía? Seguro, la mitad de ellos están bajo nuestros pagos y la otra mitad nos teme. ¿O será por las cortes y el juez? ¿Ya no lo hemos probado antes, y cuál fue el resultado de ello?

—Hay un juez Lynch que podría hacerse cargo del caso —indicó el Hermano Morris.

Una protesta general de furia recibió a la sugestión.

—Sólo debería alzar mi dedo —gruñó McGinty— para poner a doscientos hombres en esta villa y la despacharían desde el comienzo hasta el final —sucesivamente alzó su voz y plegó sus cejas en un terrible fruncimiento—. ¡Mire, Hermano Morris, tengo mi ojo puesto en usted, y lo he hecho por un buen tiempo! No tiene corazón, y trata de sacar el corazón de otros. Será un nefasto día para usted, Hermano Morris, cuando su propio nombre aparezca en la agenda, y estoy pensando que es justo ahí donde debería ponerlo.

Morris se había puesto pálidamente lívido, y sus rodillas parecían fallarle mientras se caía en su silla. Elevó su vaso en su trémula mano y bebió antes de responder.

—Pido disculpas, eminente jefe del cuerpo, a usted y a cada hermano de esta logia si digo más de lo que debo. Soy un miembro fiel, todos lo saben, y es mi temor de que ningún mal venga sobre la logia lo que me hace expresarme en tan ansiosas palabras. Pero tengo una mayor confianza en su juicio que en el mío, eminente jefe del cuerpo, y le prometo que no lo ofenderé nuevamente.

El entrecejo del jefe del cuerpo se relajó al oír esas humildes oraciones.

—Muy bien, Hermano Morris. Sería yo el que se sentiría apenado si tuviéramos que darle una lección. Pero mientras esté en la presidencia deberemos ser una logia unida en palabras y actos. Y ahora, muchachos —continuó mirando en torno a la compañía—, digo, que si Stanger sigue con sus méritos habrá más problemas de los que necesitamos. Estos editores permanecen unidos, y cada diario del estado estará llamando a la policía y a las tropas. Pero creo que le podemos dar una advertencia muy severa. ¿Se encargará de ella, Hermano Baldwin?

—Seguro —manifestó el joven impacientemente.

—¿Cuántos llevará?

—Media docena, y dos para guardar la puerta. Tú vendrás Gower, y tú, Mansel,

y tú, Scanlan, y los dos Willaby.

—Le prometí al nuevo hermano que iría —alegó el presidente.

Ted Baldwin observó a McMurdo con ojos que decían que no había olvidado ni perdonado.

—Bien, puede venir si desea —reconoció en una ruda voz—. Eso es suficiente. Mientras más pronto nos pongamos a trabajar será mejor.

La compañía rompió filas con gritos y alaridos y arrebatos de canciones de borrachos. El bar aún estaba lleno de parrandistas y muchos hermanos se quedaron allí. La pequeña banda a la que se le había asignado un trabajo salió por la calle, caminando de dos y de tres por la vereda para no llamar la atención. Era una amarga noche fría, con una media luna brillando en un cielo escarchado y tachonado de estrellas. Los hombres se detuvieron y se concentraron en un patio que encaraba un alto edificio. Las palabras “Vermissa Herald” estaban impresas en letra dorada entre las iluminadas ventanas.

—Aquí, usted —indicó Baldwin a McMurdo— puede quedarse abajo en la puerta y verificar que el camino quede abierto para nosotros. Arthur Willaby puede estar con usted. Los demás vengan conmigo. No teman, muchachos; pues tenemos una docena de testigos que dirán que estamos en el Union Bar en este momento.

Era cerca de la medianoche, y la calle estaba desierta salvo por uno o dos juergueros que iban a sus casas. El grupo cruzó la pista, y, empujando la puerta de la oficina del periódico, Baldwin y sus hombres se apresuraron y subieron las escaleras que estaban ante ellos. McMurdo y el otro se plantaron abajo. Desde la habitación de arriba se escuchó un grito, una llamada de auxilio, y luego el sonido de pisoteos y de sillas derrumbadas. Un instante después un hombre canoso salió corriendo hacia tierra.

Fue sujetado antes de que vaya más lejos, y sus lentes cayeron tintineando a los pies de McMurdo. Hubo un baque y un quejido. Estaba de cara, y media docena de palos resonaban juntos mientras caían sobre él. Se retorcía, y sus largas y delgadas extremidades temblaban con los golpes. Los demás cesaron; pero Baldwin no, su cruel semblante mostró una sonrisa infernal mientras apaleaba la cabeza del hombre, que en vano se esforzaba en proteger con sus brazos. Su blanco cabello estaba salpicado con manchas de sangre. Baldwin aún estaba

agachado sobre su víctima, dispuesto a descargar un corto y maligno palazo en donde pueda ver una zona expuesta, cuando McMurdo subió las escaleras y lo empujó hacia atrás.

—¡Matará al hombre! —dijo —¡Suéltelo!

Baldwin lo miró aturdido.

—¡Maldito sea! —gritó— ¿Quién es usted para interferir, usted que es nuevo en la logia? ¡Retroceda! —elevó su palo; pero McMurdo había sacado su pistola de su bolsillo de la cadera.

—¡Quédese allí usted! —exclamó—. Le volaré la cabeza si pone una mano sobre mí. Y en cuanto a la logia, no fue la orden del jefe del cuerpo que el hombre no fuera muerto, ¿y qué está haciendo sino matarlo?

—Es verdad lo que dice —remarcó uno de ellos.

—¡Por Dios! ¡Mejor apúrense! —avisó el hombre de abajo—. ¡Las ventanas se están encendiendo, y tendrán aquí al pueblo entero en cinco minutos.

Había verdaderamente un sonido de gritos en la calle, y un pequeño grupo de compositores y periodistas se formaban en el pasadizo inferior y preparándose para la acción. Dejando el débil e inmóvil cuerpo del editor a la cabeza de las escaleras, los criminales bajaron e hicieron su camino rápidamente a través de la calle. Habiendo llegado a la Union House, algunos de ellos se mezclaron con la multitud en el bar de McGinty, susurrando por la cantina hasta llegar al jefe diciendo que el trabajo había sido bien llevado. Otros, y entre ellos, McMurdo, se esparcieron por las callejuelas y por desviadas vías hasta sus hogares.

4. El valle del terror

Cuando McMurdo se despertó la mañana siguiente tenía buenas razones para rememorar su iniciación en la logia. Su cabeza la dolía con el efecto de la bebida, y su brazo, donde había sido marcado, estaba caliente e hinchado. Por tener su propia peculiar fuente de ingresos, era irregular en su asistencia al trabajo; por lo que tuvo un desayuno tardío, y permaneció en casa por la mañana escribiendo una larga carta a un amigo. Después de ello cogió el Daily Herald. En una columna especial puesta en el último momento leyó:

“BARBARIE EN LA OFICINA DEL HERALD — EDITOR SERIAMENTE HERIDO”

Era un corto relato de los hechos con los cuales él mismo era más familiar que lo que el escritor pudiera haber sido. Terminaba con la afirmación:

“El problema está ahora en manos de la policía; pero difícilmente se puede esperar que sus esfuerzos sean acompañados por mejores resultados que en el pasado. Algunos de los hombres fueron reconocidos, y hay expectativas de que una prueba pueda ser obtenida. El origen del atropello fue, no necesita ser dicho, la infame sociedad que tiene la comunidad en esclavitud por tan largo periodo, y contra la cual el Herald ha tomado tan inflexible posición. Los amigos de Mr. Stanger estarán alegres de escuchar que, aunque fue cruel y brutalmente golpeado, y a pesar de que recibió severas heridas en la cabeza, no hay peligro inmediato contra su vida.”

Debajo mencionaba que una guardia de policías, armados con rifles Winchester,

había sido requerida para la defensa de la oficina.

McMurdo había dejado el periódico, y estaba encendiendo su pipa con una mano que estaba temblante por los excesos de la tarde pasada, cuando hubo un golpeteo afuera, y su casera le trajo una nota que había sido traída por un chiquillo. No estaba firmada y decía esto:

"Desearía hablar con usted; pero preferiría no hacerlo en su casa. Me encontrará junto al asta de bandera sobre Miller Hill. Si viene ahora mismo, tengo algo que es importante para usted escuchar y para mí decirlo."

McMurdo leyó la nota dos veces con extrema sorpresa; pues no se podía imaginar qué significaba ni quién era el autor de ésta. De haber sido una mano femenina, se habría imaginado que era el inicio de una de esas aventuras que le eran suficientemente familiares en su vida pasada. Pero era la escritura de un hombre, y de uno muy educado, también. Finalmente, luego de una vacilación, se determinó ir a ver el asunto.

Miller Hill era un parque público mal mantenido en el mismo centro del pueblo. En verano era el lugar favorito de concurrencia de la gente; pero en invierno era bastante desolado. Desde su cima uno tenía una vista de no sólo el disperso y sucio caserío, sino también del serpentino valle más allá, y de las diseminadas minas y fábricas ensuciando la nieve a cada lado de ella, y de las cordilleras cubiertas de blanco y llenas de bosques que lo flanqueaban.

McMurdo vagaba por el zigzagueante camino cercado con arbustos hasta que llegó al desierto restaurante que forma el núcleo del alborozo de estío. A su lado había un asta desnuda, y bajo ella un hombre, con su sombrero sacado y el cuello de su abrigo arremangado. Cuando volteó su cara McMurdo vio que se trataba del Hermano Morris, quien había causado la ira del jefe del cuerpo la noche anterior. La señal de la logia fue dada e intercambiada cuando se juntaron.

—Deseaba tener unas palabras con usted, Hermano McMurdo —empezó el hombre mayor, hablando con una duda que mostraba que estaba en tierras delicadas —. Fue muy amable de su parte el venir.

—¿Por qué no puso su nombre en la nota?

—Uno debe ser cauteloso, señor. Uno nunca sabe en estos tiempos cómo una cosa puede regresar a uno. Uno nunca sabe en quién confiar y en quién no confiar.

—Seguramente uno puede confiar en los hermanos de la logia.

—No, no, no siempre —gimió Morris con vehemencia—. Todo lo que decimos, incluso lo que pensamos, parece ir a ese hombre McGinty.

—¡Mire! —exclamó McMurdo torvamente—. Tan sólo la noche pasada, usted sabe muy bien, juré buena voluntad a nuestro jefe del cuerpo. ¿Me está pidiendo romper mi promesa?

—Si así es como lo ve —señaló Morris tristemente—. Solamente puedo pedir disculpas por la fatiga de venir a verme. Las cosas han llegado a algo muy malo cuando dos ciudadanos libres no pueden expresar sus pensamientos el uno al otro.

McMurdo, que había observado a su compañero muy de cerca, relajó un poco su resistencia.

—De veras yo hablo sólo por mí —dijo—. Soy un recién llegado, como sabe, y soy extraño a todo. No es propio de mí el abrir la boca, Mr. Morris, y si cree que es lo indicado decirme algo estoy aquí para prestar atención.

—¡Y para decirle al jefe McGinty! —clamó Morris amargamente.

—Ciertamente, me hace una injusticia con eso —bramó McMurdo—. Yo soy leal a la logia, y eso es lo que le digo; pero sería una pobre criatura si fuera a repetir a otro lo que usted me mencione en confidencia. Su comentario no irá más lejos conmigo; aunque le aviso que puede no obtener ni ayuda ni simpatía.

—Ya estoy cansado de buscar una o la otra —replicó Morris—. Puedo estar colocando mi vida en sus manos por lo que diga; pero, aunque sea malo, y me pareció anoche que se está adaptando para ser tan malo como el peor, aún es nuevo en esto, y su conciencia no puede ser tan inhumana como la de ellos. Ésa fue la razón por la que premedité hablar con usted.

—Bien, ¿qué me debe decir?

—Si me delata, ¡que una maldición caiga sobre usted!

—Seguro, ya le dije que no lo haré.

—¿Le pediré, entonces, que me diga si cuando usted se enroló en la sociedad de los Freeman en Chicago y juró votos de caridad y fidelidad, alguna vez se cruzó por su mente que lo dirigiría al crimen?

—Si lo llama crimen —contestó McMurdo.

—¡Llamarlo crimen! —aclamó Morris, con su voz vibrando con pasión—. Ha visto poco de esto si le pregunta a alguien más. ¿Fue un crimen anoche cuando un hombre lo suficientemente viejo para ser su padre fue golpeado hasta que la sangre chorree de sus canas? ¿Fue eso crimen, o qué otra cosa lo llamaría usted?

—Algunos dirían que fue guerra —respondió McMurdo— una guerra entre dos clases con todo, por lo que cada uno golpeó lo mejor que pudo.

—Bueno, ¿se imaginó usted eso cuando se unió a la sociedad de los Freeman en Chicago?

—No, estoy obligado a decir que no.

—Ni tampoco yo cuando me uní a ella en Filadelfia. Era únicamente un club benéfico y un lugar de reunión para los compañeros de uno. Entonces escuché sobre este lugar, ¡maldita sea la hora en que ese nombre llegó a mis oídos! ¡Y vine a mejorarme a mí mismo! ¡Por Dios! ¡A mejorarme a mí mismo! Mi esposa y mis tres niños vinieron conmigo. Inicié una lencería en Market Square, y prosperó muy bien. El rumor corrió que yo era un Freeman, y fui forzado a juntarme a la logia local, de la misma forma que lo hizo usted anoche. Tengo la medalla de la vergüenza en mi antebrazo y algo peor marcó mi corazón. Me di cuenta de que estaba bajo las órdenes de un negro villano y metido dentro de una red del crimen. ¿Qué podía hacer? Cada palabra que pronunciaba para hacer las cosas mejores fue tomada como una traición, de la misma manera como la noche de ayer. No puedo salir de ella; pues todo lo que tengo en el mundo es mi tienda. Si dejo la sociedad, sé muy bien que significa la muerte para mí, y Dios sabe si para mi esposa e hijos. ¡Oh, hombre, es horrible, horrible! —puso sus manos en su perfil, y su cuerpo se sacudió con convulsivos sollozos.

McMurdo se encogió de hombros.

—Fue demasiado blando para el trabajo —sugirió—. Está usted mal en ese empleo.

—Tengo conciencia y una religión; pero me hicieron un criminal entre ellos. Fui escogido para un trabajo. Si me rehusaba, sabía lo que me esperaría. Quizá soy un cobarde. Quizás es el pensamiento de mi pobre mujercita y los niños lo que me hace uno. De cualquier manera fui. Creo que me perseguirá para siempre.

Era una casa solitaria, a veinte millas de aquí, más allá de aquellas montañas. Fui designado para la puerta, al igual que usted anoche. No podían confiar en mí en el trabajo. Los demás entraron. Cuando salieron sus manos carmesíes hasta las muñecas. Mientras nos íbamos un niño estaba gritando en la casa detrás de nosotros. Era un chico de unos cinco años que había visto a su padre asesinado. Casi me desmayé con el horror de eso, y aún así debía mantener una atrevida y sonriente cara; porque bien sabía que si no lo hacía sería de mi vivienda de donde saldrían la siguiente vez con sus manos ensangrentadas, y sería mi pequeño Fred el que estaría chillando por su padre

Pero era un criminal en ese entonces, con una parte compartida en un asesinato, perdido para siempre en este mundo, y también en el siguiente. Soy un buen católico; pero el sacerdote no me dirigiría la palabra cuando oiga que soy un Scowrer, y estoy excomulgado de mi fe. Así es como yo estoy aquí. ¿Está listo para ser un asesino a sangre fría también, o podemos hacer algo para detenerlo?

—¿Qué hará usted? —formuló McMurdo abruptamente—. ¿No informará?

—¡Dios me lo prohíba! —se lamentó Morris—. De hecho, el sólo pensamiento me costaría la vida.

—Eso está bien —dijo McMurdo—. Estoy pensando que es usted un hombre débil y que hace demasiados problemas en el asunto.

—¡Demasiados! Espere a vivir aquí por más tiempo. ¡Mire el valle! ¡Vea la nube de unas cien chimeneas que lo oscurece! Le digo que cada nube de muertes pende cada vez más espesa y más abajo sobre las cabezas de nuestra gente. Es el Valle del Terror, el Valle de la Muerte. El terror está en los corazones de la gente desde el crepúsculo hasta el amanecer. Espere, joven hombre, y lo comprenderá por usted mismo.

—Bueno, le haré saber lo que piense cuando haya visto más —contestó McMurdo sin importarle mucho—. Lo que está muy claro es que no es usted el hombre para estos lares, y que mientras más pronto venda todo y se vaya, si solamente consigue un décimo de dólar por lo que valga la pena el negocio, lo mejor será para usted. Lo que me ha dicho está a salvo conmigo; pero, ¡Por Dios! Si sé que es usted un informante...

—¡No, no! —chilló Morris lastimosamente.

—Bueno, dejémoslo ahí. Tendré en cuenta lo que usted me ha dicho, y quizás algún día regrese a ello. Me imagino que usted fue muy amable al venir a decirme esto. Ahora partiré a casa.

—Una cosa antes de que se vaya —interrumpió Morris—. Puede ser que nos hayan visto juntos. Querrán saber de qué hemos conversado.

—¡Ah! Eso está muy bien pensado.

—Le ofrecí un oficio de dependiente en mi tienda.

—Y me rehusé a él. Ése es nuestro negocio. Bien, hasta la vista, Hermano Morris, y verá que las cosas cambian para bien en su futuro.

La misma tarde, mientras McMurdo se sentó a fumar, perdido en sus ideas, junto a la estufa del cuarto de estar, la puerta se balanceó al abrirse y su entramado se llenó con la enorme figura del jefe McGinty. Él hizo la seña, y sentándose al lado opuesto del joven lo miró fijamente por un algún tiempo, una mirada que fue respondida también fijamente.

—No soy mucho de visitar, Hermano McMurdo —anunció por fin—. Creo que estoy muy ocupado con los muchachos que vienen a visitarme a mí. Pero me imaginé que me ajustaría una hora y me dejaría caer en su propia casa.

—Estoy orgulloso de verlo aquí, Concejal —McMurdo replicó cordialmente, trayendo una botella de whisky de su armario—. Es un honor que no me lo esperaba.

—¿Cómo está el brazo? —interrogó el jefe.

McMurdo puso una cara torcida.

—Bueno, no lo estoy olvidando —manifestó—; pero valió la pena.

—Sí, vale la pena —el otro respondió—, para aquellos que son leales y van con ella ayudando a la logia. ¿Qué estuvo hablando con el Hermano Morris en Miller Hill esta mañana?

La pregunta llegó tan sorpresivamente que fue bueno que ya tuviera una respuesta preparada. Estalló en una alegre risa.

—Morris no sabía que yo podía ganarme la vida aquí en mis aposentos. No conocía mi manera de hacerlo también; pues tiene demasiada conciencia para los sujetos como yo. Pero es un viejo tipo con buen corazón. Fue su idea que yo estaba desamparado y que haría un bien ofreciéndome un puesto de dependiente en una tienda de lencería.

—¿Oh, fue eso?

—Sí, fue eso.

—¿Y se rehusó a él?

—De hecho. ¿No puedo ganar yo diez veces más en mi dormitorio con el trabajo de cuatro horas?

—Sí. Pero yo no me juntaría mucho con Morris.

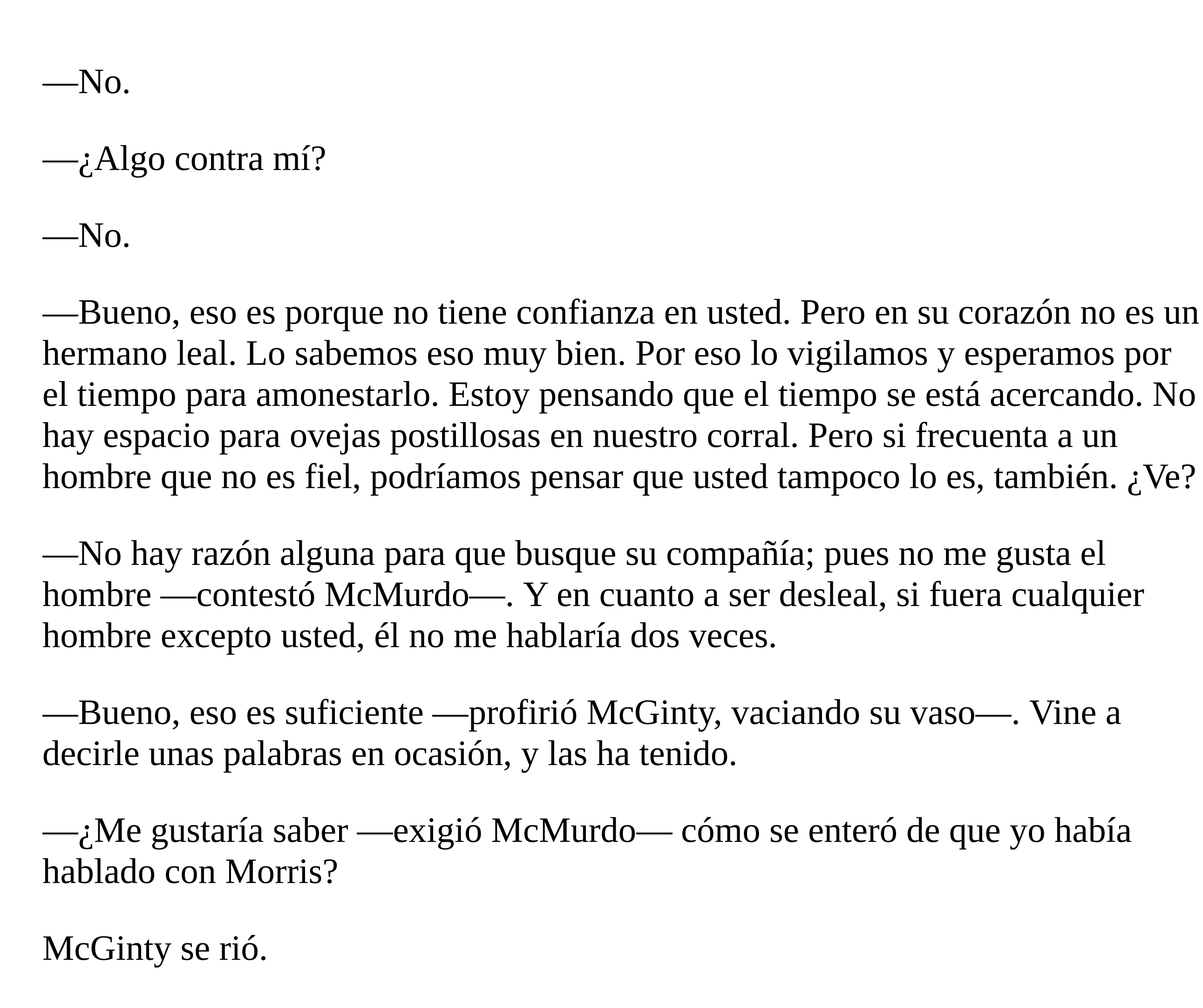
—¿Por qué no?

—Bueno, creo que es suficiente razón que yo te diga que no. Eso basta para los muchachos de estas partes.

—Bastará para muchos muchachos: pero no es suficiente para mí, Concejal —pronunció McMurdo osadamente—. Si usted juzga a los hombres, usted lo sabrá.

El atezado gigante lo observó atentamente, y su mano peluda se cerró por un instante alrededor del vaso como si la fuera a arrojarla sobre la mano de su compañía. Entonces se rió en su forma fuerte, estrepitosa y nada sincera.

—Es usted una rara persona, verdaderamente —respondió—. Bien, si quiere razones, se las daré. ¿Morris le dijo algo contra la logia?



—No.

—¿Algo contra mí?

—No.

—Bueno, eso es porque no tiene confianza en usted. Pero en su corazón no es un hermano leal. Lo sabemos eso muy bien. Por eso lo vigilamos y esperamos por el tiempo para amonestarlo. Estoy pensando que el tiempo se está acercando. No hay espacio para ovejas postillosas en nuestro corral. Pero si frecuenta a un hombre que no es fiel, podríamos pensar que usted tampoco lo es, también. ¿Ve?

—No hay razón alguna para que busque su compañía; pues no me gusta el hombre —contestó McMurdo—. Y en cuanto a ser desleal, si fuera cualquier hombre excepto usted, él no me hablaría dos veces.

—Bueno, eso es suficiente —profirió McGinty, vaciando su vaso—. Vine a decirle unas palabras en ocasión, y las ha tenido.

—¿Me gustaría saber —exigió McMurdo— cómo se enteró de que yo había hablado con Morris?

McGinty se rió.

—Es mi trabajo saber lo que ocurre en este municipio —dijo—. Me imagino que usted haría bien en creer en que oigo todo lo que pasa. Bueno, se acabó el tiempo, y sólo le diré...

Pero su despedida fue cortada de manera inesperada. Con un súbito estampido la puerta se abrió y tres rostros fruncidos y asiduos clavaron su mirada en ellos bajo las puntas de los gorros de policía. McMurdo se incorporó en sus pies y entresacó su revólver; pero su brazo se detuvo en medio cuando se percató de que dos rifles Winchester apuntaban a su cabeza. Un hombre en uniforme avanzó hacia el cuarto, con una pistola de seis cilindros en su mano. Era el capitán Marvin, una vez de Chicago, y ahora de la Comisaría Minera. Meneó su cabeza con una sonrisa a medias dirigida a McMurdo.

—Ya me imaginaba que se metería en problemas, Mr. Delincuente McMurdo de Chicago —mencionó—. ¿No puede salir de esto, no es así? Tome su sombrero y venga con nosotros.

—Creo que pagará por esto, capitán Marvin —exclamó McGinty—. ¿Quiénes son ustedes, me gustaría saber, para entrar en una casa de esa forma y molestar a honestos hombres acatadores de la ley?

—Usted no entra en este asunto, Concejal McGinty —enunció el capitán de la policía—. No estamos tras usted, sino tras este hombre McMurdo. Está en usted el ayudarnos, no obstaculizarnos en nuestra tarea.

—Es un amigo mío, y yo responderé por su conducta —exclamó el jefe.

—De cualquier manera, Mr. McGinty, deberá responder por su propia conducta uno de estos días —objetó el capitán—. Este tipo McMurdo fue un bandido antes de venir aquí, y bandido sigue siendo. Cúbranlo, policías, mientras lo desarmo.

—Aquí está mi pistola —indicó McMurdo calmadamente—. Quizás, capitán Marvin, si usted y yo estuviéramos solos frente a frente no me cogería tan fácilmente.

—¿Dónde está su orden? —consultó McGinty—. ¡Por Dios! Un hombre estaría igual viviendo en Rusia que en Vermissa con sujetos como usted manejando la policía. Es un abuso capitalista, y escuchará más de esto, ya lo creo.

—Usted hace lo que cree que es su trabajo lo mejor que puede, Concejal. Déjenos hacer el nuestro.

—¿De qué soy acusado? —demandó McMurdo.

—De estar involucrado en la paliza dada al anciano editor Stanger en la oficina del Herald. No fue su culpa que no fuese un cargo de homicidio.

—Bueno, eso es todo lo que tiene contra él —berreó McGinty con una risa—, pueden evitarse un montón de molestias con soltarlo ahora mismo. Este hombre estaba conmigo en mi cantina jugando póker hasta la medianoche, y puedo traer una docena que lo prueben.

—Es su problema, y creo que lo podrá dar por sentado en la corte mañana. Mientras tanto, venga, McMurdo, y venga quieto sino quiere que un arma le atraviese la cabeza. ¡Permanezca apartado, Mr. McGinty; pues le advierto que no toleraré resistencia alguna mientras esté en mi deber!

Tan determinada era el aspecto que ambos, McMurdo y su jefe, fueron forzados a aceptar la situación. Este último alcanzó a decirle unas pocas en murmullo al prisionero antes de que partiera.

—¿Qué hay sobre... —señaló con su pulgar hacia arriba para referirse a la fábrica acuñadora.

—Todo está bien —musitó McMurdo, quien había urdido un escondite seguro bajo el piso.

—Adiós —proclamó el jefe, dándole la mano—. Veré a Reilly el abogado y yo mismo tomaré su defensa. Tenga fe en que no serán capaces de retenerle.

—No apostaría eso. Cuiden al prisionero, ustedes dos, y dispárenle si intenta cualquier juego. Revisaré la casa antes de irme.

Lo hizo; pero aparentemente no halló rastros de la fábrica oculta. Cuando hubo regresado él y sus hombres escoltaron a McMurdo hasta los cuarteles. La oscuridad ya había caído, y una ávida ventisca invadía tanto las calles que estaban desiertas; aunque algunos ociosos seguían al grupo, y envalentonados por la invisibilidad gritaban imprecaciones al prisionero.

—¡Linchen al maldito Scowrer! —aullaban— ¡Línchenlo!

Se reían y mofaban mientras era empujado hacia la estación de policía. Luego de un corto y formal examen del inspector a cargo fue puesto en la celda común. Allí encontró a Baldwin y otros tres criminales de la noche anterior, todos arrestados esa tarde y esperando su juicio la siguiente mañana.

Pero incluso en esta fortaleza interior de la ley el largo brazo de los Freemen se extendía. Tarde en la noche vino el carcelero con un hato de paja para su ropa de cama, de las cuales extrajo dos botellas de whisky, algunos vasos y un paquete de cartas. Pasaron una bulliciosa noche, con un ansioso pensamiento por la prueba de la mañana.

También tenían la causa, como el resultado lo demostró. El magistrado no podía posiblemente, con la evidencia, llevarlos a una corte superior. Por una parte los compositores y periodistas fueron forzados a admitir que la luz no era muy clara, que ellos mismos estaban muy perturbados, y que era muy dificultoso para ellos jurar la identidad de los asaltantes; aunque creían que el acusado estaba entre

ellos. Contrainterrogados por el hábil abogado que había sido contratado por McGinty, fueron aún más confusos en su testimonio.

El hombre herido ya había declarado que había sido tomado por sorpresa por lo repentino del ataque y no podía afirmar nada más allá del hecho de que el primer hombre que lo golpeó tenía un bigote. Añadió que sabía que eran Scowrers, pues nadie más en la comunidad podía de verdad tener una enemistad con él. Por otra parte fue lúcidamente expuesto por el unido e inquebrantable testimonio de seis ciudadanos, con ese alto oficial municipal más, Concejal McGinty, que los hombres habían estado en un juego de cartas en la Union House hasta una hora mucho más tardía que la de la realización de la atrocidad.

No es necesario decir que fueron librados de los cargos con algo muy cercano a las disculpas del tribunal por la situación inconveniente en la que los habían puesto, junto con una implicada censura al capitán Marvin y la policía por el entrometido arresto.

El veredicto fue acogido con un fuerte aplauso por la corte en la que McMurdo

vio muchas caras familiares. Los hermanos de la logia sonreían y se agitaban. Pero había otros que se sentaban con los labios comprimidos y ojos cavilantes a la par que los hombres salían en fila del banquillo de los acusados. Uno de ellos, un pequeño tipo resoluto de barba negra, puso las ideas de sí mismo y sus camaradas en palabras mientras los prisioneros pasaban ante él.

—¡Malditos asesinos! —dictó— ¡Ya nos las arreglaremos con ustedes!

5. La hora más oscura

Si algo hubiera sido necesitado para dar un ímpetu a la popularidad de Jack McMurdo entre sus camaradas sería su arresto y absolución. Que un hombre la misma noche de su incorporación a la logia haya hecho algo que lo llevase ante el magistrado era un nuevo registro en los anales de la sociedad. Ya se había ganado la reputación de ser un bueno y dadivoso compañero, un alegre parrandero, y además un hombre de fuerte temperamento, que no recibiría un insulto ni del mismo poderoso jefe. Pero en adición a esto impresionó a sus compañeros con la idea de que entre todos ellos no había ni uno cuyo cerebro estuviera tan preparado para inventar un plan tan sanguinario, o cuya mano sea tan capaz para llevarlo a cabo. "Él será el chico que haga el trabajo limpio", manifestaban los mayores uno al otro, y esperaban su tiempo hasta que lo pudieran enviar a su trabajo.

McGinty tenía ya instrumentos suficientes; pero reconoció que era éste uno considerablemente competente. Se sentía como un hombre reteniendo a un fiero sabueso por su correa. Habían algunos perros de caza que hacían la pequeña tarea; pero algún día soltaría esta criatura sobre su presa. Unos pocos miembros de la logia, Ted Baldwin entre ellos, se resintieron por el rápido ascenso del extraño y lo odiaron por eso; pero se mantenían fuera de su camino, pues estaba tan listo para pelear como para reír.

Pero si ganaba favores entre los suyos, había otra área, una que se había vuelto más vital para él, en la que perdió. El padre de Ettie Shafter no quería saber más de él, ni dejarle entrar en la casa. La misma Ettie estaba tan profundamente enamorada como para dejarlo por completo, y sin embargo su buen sentido le avisaba de lo que le sobrevendría de un matrimonio con un hombre que era estimado como un criminal.

Una mañana tras una noche sin dormir se determinó a verlo, posiblemente por última vez, y hacer un fuerte esfuerzo para arrastrarlo de esas influencias malignas que lo absorbían. Fue a su casa, como comúnmente él le rogaba que hiciera, e hizo su camino hasta su habitación que él usaba como su gabinete. Él estaba sentado en la mesa, de espaldas y con una carta enfrente de él. Un súbito

espíritu de travesura de niña le vino, solamente tenía diecinueve años. No la había escuchado cuando empujó la puerta. Anduvo de puntillas y colocó su mano suavemente sobre sus hombros encorvados.

Si había pensado en asustarlo, ciertamente lo consiguió; pero a cambio de ser asustada ella misma. Con un salto de tigre se volteó hacia ella, y su mano derecha fue puesta en su garganta. En el mismo instante con la otra mano arrugó la hoja de papel que yacía ante él. Por un instante permaneció observándola. Luego la estupefacción y alegría tomaron el lugar de la ferocidad que había convulsionado sus facciones, una ferocidad que la había sumergido en horror como algo que nunca se había introducido en su mansa vida.

—¡Eres tú! —dijo, arrugando su frente—. ¡Y pensar que venías por mí, corazón de mi corazón, y yo no hallaría nada mejor que hacer que estrangularte! Ven, querida —y retiró sus manos—, déjame arreglarte.

Pero ella no se había recobrado de aquél precipitado vistazo de miedo culpable que había leído en la cara del hombre. Todos sus instintos de mujer le indicaron que no era el simple susto de un hombre que es espantado. Culpabilidad, eso era, culpabilidad y miedo.

—¿Qué es lo que te pasa, Jack? —exclamó—. ¿Por qué estabas espantado de mí? ¡Oh, Jack, si tu conciencia estuviera en reposo, no me hubieras mirado así!

—Seguro, estaba pensando en otras cosas, y cuando viniste a hurtadillas en esos pies de hadas tuyos...

—No, no, fue más que eso, Jack —entonces una repentina sospecha la acometió —. Déjame ver lo que estabas escribiendo.

—Ah, Ettie, no puedo hacer eso.

Sus sospechas se transformaron en certezas.

—Es para otra mujer —gritó—. ¡Lo sé! ¿Por qué otra razón la apartarías de mí? ¿Le estabas escribiendo a tu esposa? ¿Cómo sé que no eres un hombre casado, tú, un extraño, que nadie conoce?

—No soy casado, Ettie. ¡Mira, lo juro! Eres la única mujer en la tierra para mí. ¡Por la cruz de Cristo lo juro!

Estaba tan blanco con seriedad apasionada que ella no pudo hacer más que creerle.

—Bueno, entonces —alegó— ¿por qué no me enseñas la carta?

—Te lo diré, acushla —manifestó—. Estoy bajo promesa de no mostrarla, y así como yo no rompería mis palabras contigo debo mantener la promesa que hice a estas personas. Es el negocio de la logia, y aun para ti es secreto. ¿Y si fui asustado cuando una mano cayó sobre mí, no lo puedes entender cuando bien pudo haber sido la mano de un detective?

Ella sintió que le decía la verdad. Se echó sobre sus brazos y desvaneció sus miedos y dudas.

—Siéntate aquí, junto a mí. Es un raro trono para una reina como ésta; pero es lo mejor que tu pobre enamorado pudo encontrar. Lo hará mejor para ti uno de estos días, lo estoy pensando. Ahora tu mente está sosegada nuevamente, ¿no es así?

—¿Cómo puede estar sosegada, Jack, cuando sé que eres un criminal entre criminales, cuando nunca sabré el día en que pueda oír que estás en la corte por asesinato? "McMurdo, el Scowrer", así fue como uno de nuestros huéspedes te llamó ayer. Atravesó mi corazón como un cuchillo.

—Seguro, palabras duras no quiebran los huesos.

—Pero eran ciertas.

—Bueno, querida, no es tan malo como piensas. Sólo somos hombres pobres que trazamos nuestra propia ruta para ganar nuestros derechos.

Ettie estiró sus brazos alrededor del cuello de su amado.

—¡Déjalo, Jack! ¡Por mí, por la gracia de Dios, déjalo! Fue para pedírtelo que vine aquí hoy día. ¡Oh, Jack, mira, te lo imploro de rodillas! ¡Arrodillándome ante ti te ruego que lo dejes!

Él la elevó y alivió con su cabeza contra su pecho.

—De veras, mi querida, no sabes qué es lo que me pides. ¿Cómo podría

renunciar cuando sería romper mi juramento y desertar de mis camaradas? Si pudieras ver cómo están las cosas conmigo no me pedirías eso. Además, si quisiera, ¿cómo podría hacerlo? ¿No supondrás que la logia dejará libre a un hombre con todos sus secretos?

—He pensado en eso, Jack. Lo he planeado todo. Mi padre ha guardado un poco de dinero. Está harto de este lugar donde el miedo a esta gente oscurece nuestras vidas. Está listo para irse. Podríamos huir juntos a Filadelfia o Nueva York, donde estaremos a salvo de ellos.

McMurdo se carcajeó.

—La logia tiene un largo brazo. ¿Piensas que no se podría extender desde aquí hasta Filadelfia o Nueva York?

—¡Bueno, entonces, al Oeste, o a Inglaterra o Alemania, de donde viene mi padre, cualquier sitio para salir de este Valle del Terror!

McMurdo pensó en el viejo Hermano Morris.

—Verdaderamente es la segunda vez que he oído ser llamado así al valle —afirmó—. La sombra parece estar cayendo pesadamente en varios de ustedes.

—Eclipsa cada momento de nuestras vidas. ¿Crees que Ted Baldwin nos ha perdonado? Si no fuera porque te teme, ¿cuáles supones que serían nuestras oportunidades? ¡Si vieras la mirada en esos oscuros ojos hambrientos cuando caen sobre mí!

—¡Por Dios! ¡Le enseñaría mejores modales si lo encuentro así! Pero mira esto, pequeñita. No me puedo ir de aquí. No puedo, entiéndeme eso de una vez por todas. Pero si me dejas encontrar mi propio camino, trataré de hallar uno para salir honorablemente de esto.

—No hay honor en tal asunto.

—Bueno, bueno, es simplemente cómo lo ves. Pero si me dieras seis meses, trabajaría lo suficiente para irme sin estar avergonzado de mirar a otros en la cara.

La chica se rió con gozo.

—¡Seis meses! —gritó— ¿Es una promesa?

—Bueno, pueden ser siete u ocho. Pero en un año como máximo dejaremos el valle tras nosotros.

Era todo lo que Ettie podía conseguir, y aún así era algo. Estaba esta luz distante para iluminar la tenebrosidad del futuro inmediato. Regresó a la morada de su padre lo más aliviada que había estado desde que Jack McMurdo llegó a su vida.

Puede ser imaginado que como miembro, todas las actividades de la sociedad le serían explicadas; pero estaba pronto a descubrir que la organización era aún más amplia y más compleja que la simple logia. Incluso el jefe McGinty ignoraba algunas cosas; pues había un oficial denominado el delegado del condado, que vivía en Hobson's Patch más allá en la línea ferroviaria, que tenía el poder sobre varias diferentes logias que manejaba de forma precipitada y arbitraria. Sólo una vez McMurdo lo divisó, un hombre-rata astuto y de pelo cano, con un andar escurridizo y una mirada lateral que estaba cargada con malicia. Evans Pott era su nombre, e incluso el gran jefe de Vermissa sentía hacia él algo de la repulsión y el miedo que el enorme Danton pudo haber sentido por el pequeño pero peligroso Robespierre.

Un día Scanlan, que era el compañero de vivienda de McMurdo, recibió una nota de McGinty adjuntada a una de Evans Pott, que le informaba que él estaba enviando dos hombre diestros, Lawler y Andrews, quienes tenían instrucciones de actuar en el vecindario; aunque era mejor para su tarea que ningún comentario sobre su objeto de venida fuera dado. ¿Podría el jefe del cuerpo ver que los arreglos apropiados fueran hechos para su hospedaje y comodidad hasta que llegase el tiempo de acción? McGinty añadía que era imposible para alguien permanecer en secreto en la Union House, y, por lo tanto, estaría agradecido si McMurdo y Scanlan acogieran a los desconocidos por unos pocos días en su pensión.

La misma tarde los dos hombres arribaron, cada uno portando su maleta. Lawler era un hombre mayor, sutil, silencioso y retraído, vestido en una vieja levita negra, que con su suave sombrero de fieltro y andrajosa y pardusca barba le daba un parecido general a un predicador itinerante. Su compañero Andrews era un poco más que un chiquillo, de faz sencilla y alegre, con los vivos modales de alguien que ha salido de vacaciones y está dispuesto a disfrutar cada minuto de ellas. Ambos hombres eran abstemios totales, y se comportaban en todo sentido

como miembros ejemplares de la sociedad, con la única simple excepción de que eran asesinos que se habían probado a sí mismos ser capaces instrumentos para esta asociación de muerte. Lawler había llevado catorce comisiones de este tipo, y Andrews tres.

Estaban, como McMurdo se dio cuenta, dispuestos a explicar sobre sus hechos en el pasado, los cuales recontaban con el orgullo medio tímido de hombres que han realizado un buen y desinteresado servicio para la comunidad. Eran reticentes, no obstante, al trabajo inmediato que tenían en mano.

—Nos escogieron porque ni yo ni el chico bebemos —declaró Lawler—. Pueden contar con que nosotros no diremos más de lo que deberíamos. No deben tomarnos mal, pero son las órdenes del delegado del condado las que obedecemos.

—Seguro, estamos todos en ello —mencionó Scanlan, el amigo de McMurdo a la par que se sentaban los cuatro a cenar.

—Eso es cierto, y hablaremos hasta que las vacas regresen a sus hogares del homicidio de Charlie Williams o de Simon Bird, o cualquier otro trabajo en el pasado. Pero hasta que la labor no esté cumplida no diremos nada.

—Hay media docena a los que me gustaría darles su merecido —refirió McMurdo, con un juramento—. Supongo que no es Jack Knox de Ironhill tras el cual ustedes van. Iría algún día para darle lo que debe recibir por sus méritos.

—No, no es él aún.

—¿O Herman Strauss?

—No, tampoco él.

—Bien, si no nos lo dicen no los podemos obligar; pero estaría contento de saberlo.

Lawler sonrió y sacudió su cabeza. Él no iba a ser desentrañado. En vista de la mesura de sus invitados, Scanlan y McMurdo estaban determinados a asistir a lo que ellos llamaban “la diversión”. Cuando, por consiguiente, a tempranas horas una mañana McMurdo los oyó caminando lentamente por las escaleras despertó a Scanlan, y los dos se apresuraron en ponerse sus ropas. Cuando estuvieron

vestidos se habían marchado, dejando la puerta abierta a sus espaldas. Aún no era la alborada, y por la luz de las lámparas podían ver a dos hombres distantes en la calle. Los siguieron cautelosamente, pisoteando sin hacer ruido la profunda nieve. La casa de huéspedes estaba cerca de los límites del pueblo, y pronto estuvieron en las encrucijadas que están más allá de sus confines. Allí tres hombres estaban esperando, con los cuales Lawler y Andrews sostuvieron una corta y ansiosa conversación. Entonces todos se movieron juntos. Era claramente algún trabajo notable que necesitaba un buen número. En este punto había varios senderos que llevaban a distintas minas. Los extraños tomaron el que se dirigía a Crow Hill, un enorme negocio que estaba en fuertes manos que habían sido capaces, gracias a su enérgico y temerario gerente de Nueva Inglaterra, Josiah H. Dunn, de mantener algo de orden y disciplina durante el largo reinado del terror.

El día estaba irrumpiendo ahora, y una fila de obreros estaban lentamente haciendo su camino, individualmente y en grupos, entre la ruta ennegrecida.

McMurdo y Scanlan vagaron con los demás, manteniendo a la vista a los hombres que seguían. Una espesa niebla descendió sobre ellos, y desde el corazón de ella vino el inesperado chillido de un silbato de vapor. Era la señal de diez minutos antes de que los camarines bajen y la labor del día comience.

Cuando alcanzaron el espacio abierto alrededor del respiradero de la mina había cientos de mineros esperando, estampando sus pies y soplando sus dedos; pues el día era amargamente frío. Los extraños se quedaron en un pequeño grupo bajo la sombra de la sala de máquinas. Scanlan y McMurdo treparon un montón de basura desde donde se podía ver la escena completa ante ellos. Vieron al ingeniero de la mina, un gran escocés barbudo llamado Menzies, salir de la sala de máquinas y sonar el silbato para que los camarines fueran deslizados.

En el preciso instante un alto joven de holgada silueta con un rostro afeitado y serio avanzó acuciosamente hacia el pozo. Mientras avanzaba sus ojos se colocaron sobre el grupo, silencioso e inmóvil, bajo la sala de máquinas. Los hombres se habían quitado sus sombreros y elevado los cuellos de sus ropas para ocultar sus caras. Por un momento el presentimiento de la Muerte puso su fría mano sobre el corazón del gerente. Al siguiente se había zafado de él y vio únicamente su trabajo con respecto a desconocidos intrusos.

—¿Quiénes son ustedes? —formuló mientras continuaba—. ¿Qué están haraganeando por ahí?

No hubo respuesta; sino que el muchacho Andrews dio un paso hacia él y le disparó en el estómago. El centenar de mineros esperando permanecieron inmóviles y sin poder ayudar como si estuviesen paralizados. El gerente se llevó sus dos manos a la herida y se dobló en dos. Luego se bamboleó hacia atrás; pero otro de los asesinos dio un tiro, y cayó de lado, pataleando y arañando entre el hato de desmonte. Menzies, el escocés, lanzó un rugido de ira ante esa visión y se apresuró con una llave de hierro hacia los asesinos; pero fue recibido con dos balas en el rostro que lo dejaron muerto a sus propios pies.

Hubo una agitación entre los mineros, y un inarticulado grito de lástima y cólera; pero un par de los desconocidos vaciaron sus barriles de seis disparos sobre las cabezas de la multitud, y rompieron filas y se esparcieron, algunos de ellos corriendo salvajemente de vuelta a sus hogares en Vermissa.

Cuando pocos de los más valientes se reagruparon, y hubo un retorno a la mina, la banda asesina se había desvanecido en la neblina de la mañana, sin ni un solo testigo capaz de jurar la identidad de estos hombres que frente a un centenar de espectadores habían cometido un doble crimen.

Scanlan y McMurdo ya habían regresado; Scanlan algo chocado, pues era el primer trabajo de asesinato que había visto con sus propios ojos, y le pareció menos divertido que lo que le habían hecho creer. Los horribles gritos de la esposa del gerente muerto los persiguieron mientras se apremiaban hacia el pueblo. McMurdo estaba absorbido en sus pensamientos y mudo; pero no mostró simpatía alguna por la debilidad de su compañero.

—Seguro, es como la guerra —repitió—. Qué es sino una guerra entre nosotros y ellos, contraatacamos donde mejor podemos.

Hubo un gran festejo en la Union House esa noche, no solamente por el homicidio del gerente y el ingeniero de la mina Crow Hill, lo que llevaría a esta organización a la ley junto a las otras compañías chantajistas y aterrorizadoras del distrito, sino también por un triunfo distante que había sido hecho por las manos de la propia logia.

Parecía que cuando el delegado del condado hubo enviado cinco hombres expertos a hacer un golpe en Vermissa, había demandado por su parte que en retorno tres hombres de Vermissa fueran secretamente selectos y despachados para matar a William Hales de Stake Royal, uno de los más conocidos y más

populares propietarios mineros en el distrito de Gilmerton, un hombre del que se creía que no tenía enemigos en el mundo; pues era de todas formas un empleador modelo. Había insistido, no obstante, en la eficiencia del trabajo, y había, por lo tanto, despedido a ciertos borrachos y ociosos empleados que eran miembros de la sociedad todopoderosa. Anuncios de ataúdes que pendían de su puerta no habían ablandado su resolución, y así en un libre y civilizado país se vio a sí mismo condenado a muerte.

La ejecución había sido esta vez llevada a cabo debidamente. Ted Baldwin, que ahora se tendía en el sitio de honor junto al jefe del cuerpo, había sido el líder del grupo. Su perfil abochornado y ojos vidriosos, inyectados de sangre hablaban de una falta de sueño y de bebida. Él y sus dos camaradas habían pasado la noche anterior entre las montañas. Estuvieron desaseados y empapados. Pero ningún héroe, regresando de una desamparada aventura, pudo haber tenido una más cálida bienvenida por sus compañeros.

La historia fue contada y recontada en medio de gritos de deleite y exclamaciones de risas. Habían esperado por su hombre mientras él se dirigía en coche a su hogar al anochecer, tomando su estación en la cumbre de una colina empinada, donde su caballo comenzó su andar. Estaba tan forrado para reprimir el frío que no pudo sacar su pistola. Lo arrastraron fuera y le dispararon una y otra vez. Había clamado por piedad. Los clamores fueron repetidos para la diversión de la logia.

—Oigamos de nuevo cómo chillaba —vociferaron.

Ninguno de ellos conocía al hombre; pero hay drama eterno en el asesinato, y le habían demostrado a los Scowrers de Gilmerton que los hombres de Vermissa podían ser puestos bajo confianza.

Había ocurrido un contratiempo; pues un hombre y su esposa conducían por allí cuando aún vaciaban sus revólveres en el cuerpo inanimado. Fue sugerido que les dispararan a ambos también; pero eran personas inofensivas que no estaban conectadas con las minas, por lo que fueron severamente avisados para que continuaran su camino y se quedaran callados, para que no caiga una cosa peor sobre ellos. Y así la ensangrentada figura fue dejada como una advertencia para aquellos empleadores de corazón duro, y los tres nobles vengadores se adelantaron hacia las montañas donde la intacta naturaleza se extendía hasta el límite con los caloríferos y los montones de basura. Allí estaban, sanos y salvos,

con su trabajo bien hecho, y las aclamaciones de sus amigos en sus oídos.

Había sido un gran día para los Scowrers. La sombra había descendido aún más negra sobre el valle. Pero así como el sabio general escoge el momento de la victoria en el que redobla sus esfuerzos, para que así sus enemigos no tuvieran tiempo para afirmarse después de un desastre, así el jefe McGinty que veía sobre la escena completa con sus reflexivos y maliciosos ojos, había programado un nuevo ataque contra aquellos que se oponían a él. Esa misma noche, mientras la media bebida compañía rompía filas, tocó a McMurdo en el hombro y lo condujo al cuarto interior donde tuvieron su primera entrevista.

—Mira, mi muchacho —dijo—. Tengo un trabajo que por fin vale la pena para ti.

Tendrás la acción de éste en tus manos.

—Estoy orgulloso de escucharlo —McMurdo contestó.

—Puedes tomar a dos hombres contigo, Manders y Reilly. Han sido notificados para este servicio. Nunca estaremos sosegados en este distrito hasta que Chester Wilcox haya sido liquidado, y tendrá el agradecimiento de todas las logias en los campos carboníferos si lo puede arreglar.

—Haré mi mejor esfuerzo, de todas maneras. ¿Quién es él, y dónde podría encontrarlo?

McGinty tomó su eterno cigarro medio masticado y medio fumado de la esquina de su boca, y procedió a dibujar un burdo diagrama en una página arrancada de su cuaderno de notas.

—Es la cabeza de los capataces de la Iron Dike Company. Es un ciudadano inflexible, un viejo sargento militar de la guerra, todo cicatrices y de color gris. Hemos tenido dos intentos con él; pero no tuvimos suerte, y Jim Carnaway perdió su vida en ellos. Ahora está en ti relevarlos. Ésa es la casa, toda solitaria en los cruces de Iron Dike, lo mismo como lo ves aquí en el mapa, sin nadie al alcance del oído. No será muy fácil. Está armado y dispara rápido y al blanco, sin hacer preguntas. Pero de noche, bueno, allí está con su esposa, tres niños, y una ayuda contratada. No puedes recoger ni seleccionar. Es todo o nada. Si puedes llevar una bolsa de pólvora explosiva al frente de su puerta con una lenta mecha en ella...

—¿Qué ha hecho el hombre?

—¿No te dije que le disparó a Jim Carnaway?

—¿Por qué le disparó?

—¿Qué truenos tiene eso que ver contigo? Carnaway se dirigía a su casa, y le pegó un tiro. Eso es suficiente para mí y para ti. Tienes que terminar bien este asunto.

—Están estas dos mujeres y los niños. ¿Entran en esto también?

—Deben hacerlo, ¿de qué otra forma podemos cogerlo?

—Parece demasiado cruel con ellos; pues no han hecho nada.

—¿Qué clase de conversación de estúpidos es ésta? ¿Te arrepientes?

—¡Calma, Concejal, calma! ¿Qué he hecho alguna vez para que pueda pensar que estoy desertando de una orden del jefe del cuerpo de mi propia logia? Si está correcto o incorrecto, está en usted el decidir.

—¿Lo harás entonces?

—Por supuesto que lo haré.

—¿Cuándo?

—Bueno, debe darme mejor una noche o dos para que pueda verificar la casa y hacer mis planes. Luego...

—Muy bien —pronunció McGinty, dándole la mano—. Te lo dejo a ti. Será un gran día cuando nos traigas las noticias. Es justo el golpe final que los dejará a todos de rodillas.

McMurdo pensó larga y profundamente en la comisión que tan precipitadamente había sido puesta en sus manos. La aislada vivienda en la cual vivía Chester Wilcox estaba a cinco millas en un valle adyacente. Esa misma noche se puso en marcha solo para preparar el atentado. Era ya de día antes de que regresase de su reconocimiento. Al día siguiente entrevistó a sus dos subordinados, Manders y

Reilly, temerarios jovenzuelos que estaban tan exaltados como si fueran a una caza de ciervos.

Dos noches más tarde se reunieron fuera de la villa, los tres armados, y uno de ellos acarreando un saco atestado de la pólvora que utilizaban en las canteras. Eran las dos de la madrugada antes de que arribaran a la morada solitaria. La noche era una de fuerte viento, con nubes deshechas llevadas rápidamente a través de la cara de la luna en tres cuartos. Habían sido prevenidos de estar en guardia contra sabuesos; por lo que avanzaban cautelosamente, con sus pistolas amartilladas en sus manos. Pero no había sonido alguno excepto por el aullido del viento, y ningún movimiento salvo por las ramas que se inclinaban sobre ellos. McMurdo escuchó a la puerta de la casa solitaria; pero todo estaba quieto dentro. Entonces arrimó la bolsa de pólvora contra ella, rasgó un hoyo en ella con su cuchillo, y la unió con la mecha. Cuando estuvieron bien juntadas él y sus dos compañeros corrieron tras sus talones, y estuvieron a cierta distancia, seguros y abrigados en un foso que les sirvió de refugio, antes de que el ruido potente de la explosión, con el bajo y profundo retumbo de un edificio colapsado, les dijeran que su trabajo había sido realizado. Ningún trabajo más limpio había sido hecho en los anales de la sociedad manchados de sangre.

¡Pero fue una pena que una labor tan bien organizada y llevada a cabo tan osadamente fuera toda para nada! Advertido por el destino de varias víctimas, y sabiendo que estaba señalado para la destrucción, Chester Wilcox se había trasladado con su familia justo el día anterior a unos cuarteles más seguros y menos conocidos, donde una guardia de policía los protegería. Era una casa deshabitada la que había sido despedazada por la pólvora, y el hosco viejo sargento militar de la guerra aún continuaba enseñando disciplina a los mineros de Iron Dike.

—Déjemelo a mí —manifestó McMurdo—. Él es mi hombre, y lo tendré por seguro aunque deba esperar un año por él.

Un voto de gratitud y de confianza fue puesto a buen recaudo, y por el momento el asunto terminó. Cuando unas pocas semanas más tarde fue reportado en los periódicos que Wilcox había sido disparado en una emboscada, fue un secreto abierto el que McMurdo seguía con su trabajo más allá de su tarea inconclusa.

Tales eran los métodos de la sociedad de Freemen, y tales eran los actos de los Scowrers con los cuales esparcieron su mandato del miedo sobre el grande y rico

distrito que fue por tan largo periodo perseguido por su terrible presencia. ¿Por qué estas páginas deben ser ensuciadas con demás crímenes? ¿No he dicho lo suficiente para mostrar a los hombres y sus métodos?

Estos hechos han sido escritos en la historia, y hay registros donde uno puede leer los detalles de ellos. Ahí uno puede aprender sobre los disparos dados a los policías Hunt y Evans porque se habían atrevido a arrestar a dos miembros de la sociedad, una doble inclemencia planeada por la logia de Vermissa y realizada a sangre fría sobre dos indefensos y desarmados hombres. Ahí uno también puede leer de los tiros dados a Mrs. Larbey cuando estaba cuidando de su marido, el cual había sido golpeado casi hasta la muerte por órdenes del jefe McGinty. El homicidio del anciano Jenkins, seguido rápidamente por el de su hermano, la mutilación de James Murdoch, la voladura de la familia Staphouse, y el asesinato de los Stendal todos continuos uno tras otro en el mismo terrible invierno.

Oscuramente la sombra yacía sobre el Valle del Terror. La primavera había llegado con arroyos fluyentes y árboles floridos. Había una esperanza para la Naturaleza sometida tanto tiempo por un yugo de hierro; pero en ninguna parte había esperanzas para los hombres y mujeres que vivían bajo la opresión del terror. Nunca antes la nube encima de ellos había sido más apagada y desalentadora que a comienzos del verano del año 1875.

6. Peligro

Era la cima del reino del terror. McMurdo, que ya había sido designado diácono interior, con todas las perspectivas para algún día suceder a McGinty como jefe del cuerpo, era ahora tan necesario en los concilios de sus camaradas que nada era hecho sin su ayuda y consejo. Lo más popular que se volvía, sin embargo, con los Freemen, lo más tenebrosas que eran los entrecejos que lo saludaban mientras pasaba por las calles de Vermissa. A pesar de su terror los ciudadanos estaban comenzando a tomar cartas para unirse todos juntos contra sus opresores. Ciertos rumores habían llegado a la logia de asambleas secretas en la oficina del Herald y de la distribución de armas de fuego entre la gente que acataba la ley. Pero McGinty y sus hombres no estaban turbados por tales informes. Ellos eran numerosos, resolutos y bien armados. Sus oponentes estaban dispersos e impotentes. Todo acabaría, como había ocurrido en el pasado, en conversaciones sin rumbo y posiblemente en arrestos inútiles. Así decían McGinty, McMurdo, y todas aquellas almas atrevidas.

Era un sábado por la tarde en mayo. El sábado era siempre la noche de la logia, y McMurdo salía de su casa para asistir a ella cuando Morris, el hermano débil de la orden, vino a verlo. Su ceja estaba plegada con ansiedad, y su amable semblante estaba dibujado y macilento.

—¿Puedo hablar con usted abiertamente, Mr. McMurdo?

—Seguro.

—No puedo olvidar que le hablé una vez con todo mi corazón, y que se lo retuvo para usted mismo, aunque incluso el jefe por sí mismo vino a preguntarle sobre eso.

—¿Qué más pude hacer si confió en mí? No significó que concordara con lo que usted dijo.

—Lo sé muy bien. Pero es usted el único con el que puedo conversar y estar a salvo. Tengo un secreto aquí —colocó su mano en su pecho—, y me está

consumiendo la vida. Desearía que hubiera llegado a todos menos a mí. Si se lo digo a ellos, significaría un asesinato, de seguro. Si no lo hago, podría acarrear el fin de todos nosotros. ¡Dios me ayude, pero estoy al borde de mi cordura con esto!

McMurdo observó al hombre formalmente. Le estaban temblando todos sus miembros. Vertió algo de whisky en un vaso y se lo alcanzó.

—Es la medicina para gente como usted —insinuó—. Ahora déjeme escucharlo.

Morris bebió, y su blanca fisonomía tomó un tinte de color.

—Se lo puedo decir con una sola oración —indicó—. Hay un detective tras nuestro rastro.

McMurdo clavó su mirada en él con asombro.

—Por qué, hombre, está usted loco —opinó—. ¿No está acaso el lugar lleno de policías y detectives, y qué daño nos han hecho alguna vez?

—No, no, no es un hombre de este distrito. Como usted dice, los conocemos, y es poco lo que pueden hacer. ¿Pero ha oído de los de Pinkerton?

—He oído sobre un tipo con ese nombre.

—Bueno, puedo asegurarle que no encontrará rastros de él cuando esté sobre su pista. No es un trivial interés del gobierno. Es una certera y seria proposición de negocio la que está buscando resultados y los conservará ante todo cuando los halle. Si un hombre de Pinkerton está metido en este negocio, estamos todos destruidos.

—Debemos matarlo.

—¡Ah, es el primer pensamiento que le vino a usted! Será lo mismo con la logia.

¿No le dije que esto terminaría con un asesinato?

—¿Seguro, qué es matar? ¿No es una cosa muy común en estos lares?

—Lo es, ciertamente; pero no está en mí señalar al hombre que será liquidado.

No descansaría sosegadamente de nuevo. Y no obstante son nuestros cuellos los que están en juego. ¿En el nombre de Dios qué debo hacer? —se balanceó hacia delante y atrás en la angustia de su indecisión.

Pero sus palabras habían afectado a McMurdo profundamente. Era fácil ver que compartía la opinión del otro en cuanto al peligro, y la necesidad de ser presentado. Asió el hombro de Morris y lo sacudió en su buena fe.

—Vea, hombre —prorrumpió, y casi chilló sus palabras en su excitación—, no ganará nada sentándose acuciosamente como una vieja esposa en un velatorio. Consideremos los hechos. ¿Quién es el tipo? ¿Dónde está? ¿Cómo oyó sobre él?

—Vine a usted; pues usted es el único hombre que me aconsejaría. Le dije que tenía una tienda en el este antes de venir aquí. Dejé a buenos amigos detrás de mí, y uno de ellos está en el servicio de telégrafos. Aquí hay una carta que recibí de él ayer.

Es esta parte en la parte de arriba de la página. Puede leerla usted mismo.

Esto fue lo que McMurdo leyó:

“¿Cómo van los Scowrers por esas partes? Leemos mucho de ellos en los periódicos. Entre tú y yo espero oír noticias de ti dentro de muy poco. Cinco grandes corporaciones y dos compañías de ferrocarriles han cogido el asunto con absoluta gravedad. ¡De verdad lo van a hacer, y puedes apostar a que llegarán hasta el fondo! Están justo en lo más profundo de ello. Pinkerton ha tomado sus órdenes, y su mejor hombre, Birdy Edwards, está operando. El asunto debe ser detenido ahora mismo.” —Ahora lea la postdata.

“Por supuesto, lo que te digo es lo que he aprendido en el negocio; por lo que no va más lejos. Es una rara clave la que se maneja por la oficina cada día y no se puede obtener información de ella.”

McMurdo se sentó en silencio por algún tiempo, con la carta en sus descuidadas manos. La niebla se había despejado por un momento, y había un abismo ante él. —¿Alguien más sabe de esto? —interrogó.

—No le he dicho a nadie más.

—¿Pero este hombre, su amigo, no tiene otra persona a la que sería posible que

le escribiera?

—Bueno, me atrevería a decir que conoce a uno o dos más.

—¿De la logia?

—Es muy probable.

—Preguntaba porque es verosímil que haya dado alguna descripción de este tipo, Birdy Edwards, para que podemos ir tras su rastro.

—Bueno, es posible. Pero no creo que lo conozca. Únicamente me está refiriendo las noticias que vinieron a él en materia de negocios. ¿Cómo podría conocer a este hombre de Pinkerton?

McMurdo dio un violento respingo.

—¡Por Dios! —gritó—. Ya lo tengo. Qué tonto he sido para no percatarlo. ¡Señor! ¡Pero tenemos suerte! Lo arreglaremos antes de que pueda hacer algún daño.

Vea, Morris, ¿dejaría esto en mis manos?

—De hecho, se lo agradecería si lo quitara de las mías.

—Lo haré. Puede dar un paso atrás y yo correré con ello. Incluso su nombre no necesitará ser mencionado. Lo tomaré todo para mí mismo, como si esta carta haya venido para mí. ¿Eso lo contentaría?

—Es justo lo que le pediría.

—Entonces déjelo y manténgase callado. Ahora iré donde la logia, y pronto haremos que el viejo Pinkerton se disculpe por sí mismo.

—¿No matará a este hombre?

—Lo menos que sepa, amigo Morris, lo más tranquila que estará su conciencia, y dormirá de mejor manera. No pregunte, y deje que estas cosas se arreglen por sí solas. Tengo esto ahora.

Morris meneó su cabeza tristemente mientras se retiraba.

—Siento que su sangre está en mis manos —gimió.

—La auto-protección no es asesinato, de todas formas —expresó McMurdo sonriendo ásperamente—. Es él o nosotros. Me imagino que este hombre nos destruiría a todos si lo dejamos andar por este valle. Por qué, Hermano Morris, tendremos que elegirlo como jefe del cuerpo ya; pues indudablemente ha salvado a la logia.

Y sin embargo era claro por sus acciones que pensaba más seriamente sobre esta nueva intrusión que lo que sus palabras podían notar. Pudo haber sido su conciencia culpable, pudo haber sido la reputación de la organización de Pinkerton, pudo haber sido el entendimiento de que grandes y ricas corporaciones se habían dado la tarea de barrer con los Scowrers; pero, cualquiera que sea su razón, sus acciones fueron las de un hombre que se preparaba para lo peor. Todo papel que lo hubiera incriminado fue destruido antes de abandonar su morada. Tras ello dio un largo suspiro de satisfacción; pues le pareció que estaba a salvo. Y aún así el peligro debía aún estar presionando sobre él; pues en su camino a la logia se detuvo en la pensión del viejo Shafter. La vivienda estaba prohibida para él; pero cuando golpeteó la ventana Ettie salió de ella. La danzante travesura irlandesa se había apartado de los ojos de su amado. Leyó peligro en su grave rostro.

—¡Algo ha sucedido! —exclamó— ¡Oh, Jack, estás en peligro!

—Seguro, no es muy malo, mi corazón. Pero sería sabio que hiciéramos un movimiento antes de que sea peor.

—¿Hacer un movimiento?

—Te prometí una vez que me iría algún día. Creo que el tiempo se está acercando. Tuve noticias esta noche, malas noticias, y veo peligro cercano.

—¿La policía?

—Bueno, un hombre de Pinkerton. Pero, ciertamente, no sabrías lo que es, acushla, ni tampoco lo que significa para tipos como yo. Estoy hasta el cuello en esto, y puedo tener que irme rápido. Dijiste que vendrías conmigo si me marchaba.

—¡Oh, Jack, sería tu salvación!

—Soy un hombre honesto en algunas cosas, Ettie. No dañaría ni un cabello de tu linda cabeza por todo lo que el mundo me pueda dar, ni tampoco empujarte una pulgada del trono dorado encima de las nubes donde siempre te veo. ¿Confiarías en mí?

Ella colocó su mano sobre la suya sin decir una palabra.

—Bueno, entonces, presta atención a lo que te digo, y haz como te ordene; pues en todo caso es el único rumbo que nos queda. Algunas cosas van a ocurrir en este valle. Lo siento en mis huesos. Podría haber muchos que nos buscarán. Soy uno, de todas maneras. ¡Si voy, de día o de noche, eres tú la que debe venir conmigo!

—Iría después de ti, Jack.

—No, no, deberás venir conmigo. ¿Si este valle estuviera cerrado para mí y nunca pudiera regresar, cómo te podría dejar atrás, y conmigo quizás escondiéndome de la policía sin ninguna oportunidad de darte un mensaje? Es conmigo con quien debes venir. Conozco a una buena mujer en el lugar de donde vengo, y es allí donde te dejaría hasta que estemos casados. ¿Vendrás?

—Sí, Jack, iré.

—¡Dios te bendiga por la confianza que tienes en mí! Sería un demonio infernal si abusara de ella. Ahora, te aviso, Ettie, sólo será un mensaje dirigido a ti, y cuando te llegue dejarás todo y vendrás directo a la antesala del depósito y te quedarás allí hasta que vaya por ti.

—De día o de noche, acudiré al mensaje, Jack.

Algo tranquilizado en su mente, ahora que sus preparativos para escapar habían comenzado, McMurdo se encaminó a la logia. Ya se había reunido, y solamente con complicadas señas y contraseñas pudo pasar la guardia exterior y la guardia interior que la cercaban. Un susurro de complacencia y bienvenida lo acogió mientras entraba. El gran aposento estaba amontonado, y por la bruma de humo de tabaco vio la enredada melena negra del jefe del cuerpo, los rasgos crueles y nada amigables de Baldwin, la cara de buitre de Harraway, el secretario, y una docena más quienes estaban entre los líderes de la logia. Se regocijó con la idea de que todos tomarían consejo ante sus noticias.

—¡De hecho, estamos felices de verlo, hermano! —profirió el presidente—. Hay un oficio aquí que necesita de un Salomón en el juicio para acordarlo bien.

—Son Lander y Egan —le explicó su vecino mientras tomaba asiento—. Ambos claman la mayor paga dada por la logia por las descargas dadas al viejo Crabbe en Stylestown y ¿quién dirá quién fue el que disparó la bala?

McMurdo se irguió en su lugar y levantó la mano. La expresión de su talante congeló la atención de la audiencia. Hubo un silencio sepulcral de expectación.

—Eminente jefe del cuerpo —soltó, en una voz solemne—. ¡Reclamo urgencia!

—El Hermano McMurdo reclama urgencia —señaló McGinty—. Es un reclamo que según las reglas de la logia toma precedencia. Ahora, hermano, lo escuchamos.

McMurdo sacó la carta de su bolsillo.

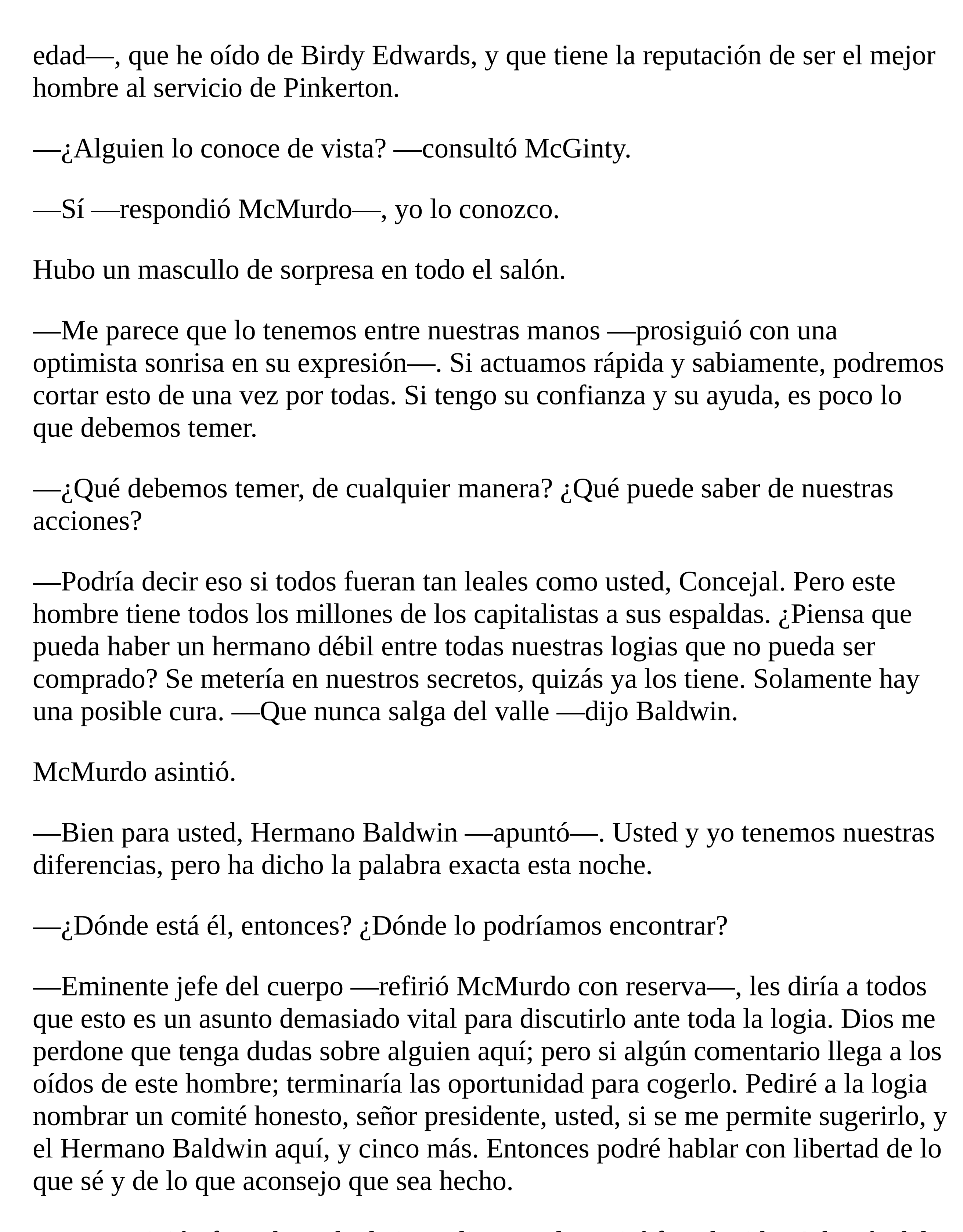
—Eminente jefe del cuerpo y hermanos —pronunció—, soy el portador de malas noticias este día; pero es mejor que sea divulgado y discutido, a que un golpe nos caiga sobre nosotros sin advertencia lo que nos destruiría a todos. Tengo información de que las más poderosas y pudientes organizaciones en este estado se han unido para nuestra destrucción, y que en este mismo instante hay un detective de Pinkerton, un tal Birdy Edwards, trabajando en el valle recolectando la evidencia que podría poner una soga alrededor de los cuellos de muchos de nosotros, y enviar a todos los hombres de esta habitación a una celda para criminales. Ésa es la situación para la discusión por la cual he hecho un reclamo de urgencia.

Hubo un silencio lúgubre en la estancia. Fue roto por el presidente.

—¿Cuál es su evidencia para esto, Hermano McMurdo? —formuló.

—Es esta carta que ha llegado a mis manos —indicó McMurdo. Leyó el pasaje en voz alta—. Es un asunto de honor conmigo el que no dé detalles más particulares sobre esta misiva, ni ponerla en sus manos; pero les aseguro que no hay nada más en ella que afecte a los intereses de la logia. Coloco el caso ante ustedes tal y como me llegó a mí.

—Déjeme decirle, señor presidente —manifestó uno de los hermanos de más



edad—, que he oído de Birdy Edwards, y que tiene la reputación de ser el mejor hombre al servicio de Pinkerton.

—¿Alguien lo conoce de vista? —consultó McGinty.

—Sí —respondió McMurdo—, yo lo conozco.

Hubo un mascullo de sorpresa en todo el salón.

—Me parece que lo tenemos entre nuestras manos —prosiguió con una optimista sonrisa en su expresión—. Si actuamos rápida y sabiamente, podremos cortar esto de una vez por todas. Si tengo su confianza y su ayuda, es poco lo que debemos temer.

—¿Qué debemos temer, de cualquier manera? ¿Qué puede saber de nuestras acciones?

—Podría decir eso si todos fueran tan leales como usted, Concejal. Pero este hombre tiene todos los millones de los capitalistas a sus espaldas. ¿Piensa que pueda haber un hermano débil entre todas nuestras logias que no pueda ser comprado? Se metería en nuestros secretos, quizás ya los tiene. Solamente hay una posible cura. —Que nunca salga del valle —dijo Baldwin.

McMurdo asintió.

—Bien para usted, Hermano Baldwin —apuntó—. Usted y yo tenemos nuestras diferencias, pero ha dicho la palabra exacta esta noche.

—¿Dónde está él, entonces? ¿Dónde lo podríamos encontrar?

—Eminente jefe del cuerpo —refirió McMurdo con reserva—, les diría a todos que esto es un asunto demasiado vital para discutirlo ante toda la logia. Dios me perdone que tenga dudas sobre alguien aquí; pero si algún comentario llega a los oídos de este hombre; terminaría las oportunidad para cogerlo. Pediré a la logia nombrar un comité honesto, señor presidente, usted, si se me permite sugerirlo, y el Hermano Baldwin aquí, y cinco más. Entonces podré hablar con libertad de lo que sé y de lo que aconsejo que sea hecho.

La proposición fue adoptada de inmediato, y el comité fue elegido. Además del presidente y Baldwin estaba el secretario con cara de buitre, Harraway, el Tigre

Cormac, el brutal joven asesino, Carter, el tesorero, y los hermanos Willaby, indómitos y arriesgados hombres que no se inmutarían ante nada.

El usual jaleo de la logia fue corto y reprimido; pues había una nube en los espíritus de los hombres, y varios allí por primera vez empezaron a ver la nube de la Ley vengadora viajando en el cielo sereno bajo el cual habían vivido por tanto tiempo. Los horrores que habían inspirado a los demás se habían vuelto parte de sus acomodadas vidas tanto que el pensamiento de una retribución era uno muy remoto, y así aparecía el sobresalto que se acercaba más a ellos. Se fueron tempranamente y dejaron a sus líderes en su concilio.

—¡Ahora, McMurdo! —exclamó McGinty cuando estuvieron solos. Los siete hombres se sentaron detenidamente en sus sitios.

—Acabo de decir que conozco a Birdy Edwards —McMurdo reveló—. No necesito decirles que no está con ese nombre. Es un hombre valiente, pero no uno loco. Se hace pasar por el nombre de Steve Wilson, y se está hospedando en Hobson’s Patch.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque una vez caí en conversación con él. No le di mucha importancia en ese instante, ni lo hubiera pensado por segunda vez sino fuera por esta carta; pero ahora estoy seguro que es el hombre. Lo hallé en los carruajes cuando descendía por la línea el miércoles, un difícil encuentro si alguna vez hubo uno. Dijo que era un reportero. Se lo creí por el momento. Quería saber todo lo que podía sobre los Scowrers y lo que llamaba “las atrocidades” en un periódico de Nueva York. Me preguntó toda clase de cuestiones como para sacarme algo. Pueden apostar a que no dije nada. “Pagaré por ello y pagaré bien,” dijo “si puedo conseguir algún artículo que convenza a mi editor.” Le dije lo que pensé que le gustaría, y me dio un billete de veinte dólares por mi información. “Hay diez veces más para usted,” alegó “si me puede encontrar todo lo que quiero.” —¿Qué le dijo, entonces?

—Cualquier cosa que pude inventar.

—¿Cómo sabe que no era un periodista?

—Les diré. Se retiró a Hobson’s Patch, y lo mismo hice yo. De casualidad fui a la oficina de telégrafos y lo vi saliendo de allí. “Vea,” señaló el operador después

que se hubo ido “me parece que deberíamos cobrar doble tarifa por esto.” “Me parece que debería hacerlo” respondí. Había llenado el formulario con letras que bien pudieron haber sido chino, de todo lo que pudimos sacar. “Envía una hoja así todos los días” refirió el empleado. “Sí” respondí; “son noticias especiales para su diario, y está asustado de que los otros lo puedan sabotear.” Eso fue lo que el operador pensó y lo que pensé en ese momento; pero ahora es diferente.

—¡Por Dios! Creo que estás en lo correcto —gruñó McGinty—. ¿Pero qué crees que deberíamos hacer con ello?

—¿Por qué no vamos de frente y nos las arreglamos con él? —alguien sugirió.

—Sí, mientras más pronto será mejor.

—Empezaría este mismo minuto si supiera dónde hallarlo —dictó McMurdo—. Está en Hobson’s Patch; pero no conozco la casa. Tengo un plan, no obstante, si siguieran mi consejo. —Bien, ¿cuál es?

—Iré a Patch mañana en la mañana. Lo rastrearé a través de operador. Él lo puede localizar, supongo. Bien, entonces le diré que yo mismo soy un Freeman. Le ofreceré todos los secretos de la logia por un precio. Pueden apostar a que se lo tragará. Le diré que los papeles están en mi morada, y que sería todo lo que valdría mi vida dejarle ir mientras los muchachos estén cerca. Verá que es un práctico sentido común. Le diré que venga a las diez de la noche y que podrá ver todo. Eso lo atraerá de seguro.

—¿Bueno?

—Pueden planear el resto ustedes mismos. La pensión de la viuda MacNamara es una casa solitaria. Ella es tan constante como el acero y tan sorda como un poste. Sólo estamos Scanlan y yo en la morada. Si obtengo su promesa, y les haré saber si lo hago, los tendré a ustedes siete conmigo a las nueve en punto. Lo cogeremos. ¡Si logra salir con vida, bueno, podremos hablar de la suerte de Birdy Edwards por el resto de sus días!

—Habrá un vacío en la oficina de Pinkerton o me equivoco. Déjalo así, McMurdo. A las nueve mañana estaremos contigo. Una vez que cierres la puerta tras él, puedes dejarnos lo demás.

7. La captura de Birdy Edwards

Como McMurdo había dicho la vivienda donde habitaba era una solitaria y muy apropiada para el crimen que habían planeado. Estaba en el fleco extremo de la villa y permanecía de espaldas a la carretera. En cualquier otro caso los conspiradores simplemente llamaban a su hombre, como habían hecho varias veces antes, y vaciaban sus pistolas en su cuerpo; pero en esa circunstancia era muy imperioso descubrir cuánto sabía, cómo lo sabía, y qué había sido informado a sus empleadores.

Era posible que llegaran demasiado tarde y que el trabajo ya haya sido hecho. Si ése era el caso, por lo menos tendrían su venganza con el hombre que lo había hecho. Pero estaban esperanzados en que nada de gran importancia había llegado al conocimiento del detective, o de otra forma, argüían, no se habría molestado en escribir toda esa trivial información que McMurdo afirmaba haberle dado. Sin embargo, todo esto lo sabrían de sus propios labios. Una vez en su poder, hallarían la manera de hacerlo hablar. No era la primera vez que habían operado a un testigo renuente.

McMurdo se encaminó a Hobson’s Patch como fue acordado. La policía parecía haber tomado un particular interés en él esa mañana, y el capitán Marvin, aquél que había mencionado su viejo conocimiento mutuo con él en Chicago, le dirigió la palabra mientras esperaba en la estación. McMurdo se despidió de él y se rehusó a hablar con él. Estaba de vuelta de su misión en la tarde, y se encontró con McGinty en la Union House.

—Él va a venir —declaró.

—¡Bien! —opinó McGinty.

El gigante estaba con su camisa con mangas, con cadenas y sellos fulgurando a través de su amplio chaleco y un diamante destellando por los lados de su erizada barba. La bebida y la política habían hecho al jefe un hombre tan rico como poderoso. Lo más terrible, por lo tanto, parecía ser esa visión de la prisión o la horca que se le habían aparecido la noche anterior.

—¿Presumes que sepa bastante? —formuló ansiosamente.

McMurdo sacudió su cabeza sombríamente.

—Ha estado a aquí algún tiempo, seis semanas por lo menos. Creo que no vino a estas partes para ver el panorama. Si ha estado trabajando entre nosotros ese tiempo con el dinero de las compañías ferrocarrileras a sus espaldas, supongo que ha obtenido resultados, y que se los ha enviado.

—No hay ni un hombre débil en la logia —vociferó McGinty—. Leales como el acero, todos ellos. ¡Y aún así, por el Señor! Está ese canalla de Morris. ¿Qué hay sobre él? Si algún hombre nos delata, sería él. He pensado en enviar un par de los muchachos antes de la noche para darle una paliza y ver qué le pueden sacar.

—Bien, no habría daño alguno en ello —contestó McMurdo—. No negaré que tengo una simpatía por Morris y lamentaría que lo golpearan. Me ha hablado una o dos veces sobre problemas de la logia, y aunque no se parezca a usted o a mí, no me parece ser de la clase que delate. Pero nuevamente no es para mí el introducirme entre él y usted.

—¡Le daré su merecido al viejo diablo! —pronunció McGinty con un juramento —. He tenido puesto mi ojo en él todo este año.

—Bueno, usted sabe más sobre eso —respondió McMurdo—. Pero lo que sea que haga debe hacerlo mañana; pues debemos permanecer por lo bajo hasta que este asunto de Pinkerton esté solucionado. No debemos lograr que la policía esté husmeando, hoy más que todos los días.

—Tienes razón —mencionó McGinty—. Y percibiremos del mismo Birdy Edwards de dónde obtuvo sus noticias aunque tengamos que despedazar su corazón antes. ¿Él pareció presentir una trampa?

McMurdo se rió.

—Creo que lo agarré en su punto débil —dijo—. Si pudo seguir tan bien el rastro de los Scowrers, está listo para seguirlo hasta el infierno. Tomé su dinero — McMurdo esbozó una sonrisa maliciosa a la par que sacaba un manojo de dólares en billetes—, y conseguiré más cuando él haya visto todos mis papeles.

—¿Qué papeles?

—Bueno, no hay papeles. Pero lo llené de palabras sobre constituciones y libros de reglas y formularios de membresía. Él espera llegar hasta el fondo de todo antes de irse.

—Tengamos fe, él estará justo ahí —afirmó McGinty toscamente—. ¿No te preguntó por qué no le llevaste los papeles?

—Como si yo fuera a cargar tales cosas, y yo siendo un hombre sospechoso, y el capitán Marvin tras de mí hablándome el mismo día en el depósito.

—Sí, escuché sobre eso —insinuó McGinty—. Me imagino que lo más pesado de este negocio está recayendo en ti. Lo podríamos poner en un viejo respiradero cuando hayamos terminado con él; pero como sea que trabajemos no podremos ocultar el hecho de que el hombre esté viviendo en Hobson’s Patch y tú hayas estado allí hoy.

McMurdo se encogió de hombros.

—Si lo manejamos bien, nunca podrán probar el homicidio —reconoció—. Nadie lo podrá ver ir a la casa después del anochecer, y yo me encargaré de que nadie lo vea salir. Ahora vea, Concejal, le enseñaré mi plan y le pediré que meta a los demás en esto. Todos vendrán a la hora prevista. Muy bien. Él llega a las diez. Golpeará tres veces la puerta, y yo se la abriré. Entonces me pondré detrás de él y la cerraré. Será nuestro hombre entonces.

—Es todo fácil y simple.

—Sí; pero el siguiente paso requiere consideración. Es un difícil blanco. Está fuertemente armado. He jugado con él apropiadamente, y parece estar bien en guardia. Suponga que lo meto dentro de un cuarto con siete hombres en él cuando esperaba hallarme solo. Va a haber un tiroteo, y alguien resultará herido.

—Así es.

—Y el ruido traerá a todos los malditos policías del municipio al lugar.

—Creo que está en lo correcto.

—Así es como obraré. Todos ustedes estarán en el gran aposento, el mismo que vio cuando tuvo una conversación conmigo. Le abriré la puerta, lo conduciré por

el salón más allá de la puerta, y lo dejaré allí a la par que busco los papeles. Eso me dará la ocasión de decirle cómo están yendo las cosas. Entonces regresaré con él con algunos papeles falsificados. Mientras esté leyendo saltaré sobre él y sujetaré el brazo con el que agarraría su pistola. Me oirán llamarlos y ustedes se apresurarán dentro. Cuanto más rápido mejor; pues es un hombre tan fuerte como yo, y puede ser que yo tenga más de lo que pueda contener. Pero les garantizo que lo detendré hasta que hayan llegado.

—Es un buen plan —enunció McGinty—. La logia le estará en deuda después de esto. Creo que cuando me mueva de esta presidencia ya podré poner el nombre del hombre que viene después de mí.

—Seguro, Concejal, soy poco más que un recluta —aseguró McMurdo; pero su semblante demostraba lo que pensaba del cumplido del gran hombre.

Cuando hubo retornado a su hogar hizo sus propias preparaciones para la dura noche que estaba ante él. Primero se aseó, aceitó, y cargó su revólver Smith & Wesson. Luego examinó la estancia en la que el detective iba a ser atrapado. Era un extenso apartamento, con una larga mesa en el centro, y la gran estufa a un lado. A cada uno de los demás flancos había ventanas. No había postigos en ésas; sólo delgadas cortinas que las cubrían a través. McMurdo las inspeccionó atentamente. Sin duda le debe haber impactado que el cuarto sea muy expuesto para una reunión tan secreta. Aún así su distancia de la carretera la hacía de menos consecuencias. Finalmente discutió el problema con su amigo inquilino, Scanlan, aunque era un Scowrer, era un inofensivo hombrecito que era demasiado débil para estar en contra de la opinión de sus camaradas, estaba discretamente horrorizado por los actos sangrientos a los que ciertas veces había sido forzado a asistir. McMurdo le contó escasamente lo que pretendía hacer.

—Y si yo fuera tú, Mike Scanlan. Me pasaría la noche fuera para salir de esto. Habrá un trabajo sangriento aquí antes de la mañana.

—Bueno, así será, Mac —respondió Scanlan—. No es la voluntad sino los nervios lo que me estremecen. Cuando vi al gerente Dunn morir en aquellas hulleras fue más de lo que pude resistir. No estoy hecho para esto, no como tú o McGinty. Si la logia pensara lo peor de mí, únicamente haría como me aconsejaste y los dejaría a ustedes esta noche.

Los hombres llegaron a la hora planeada. Eran aparentemente ciudadanos

respetables, bien vestidos y limpios; pero un juez de rostros habría leído muy poca esperanza para Birdy Edwards en esas tiesas bocas y crueles ojos. No había hombre en la habitación cuyas manos no se hayan enrojecido una docena de veces antes. Estaban tan endurecidos con respecto al homicidio como un carnicero con las ovejas.

Primero, por supuesto, tanto en apariencia como en delito, estaba el formidable jefe. Harraway, el secretario, era un hombre enjuto y severo con un cuello largo y descarnado y nerviosas y defectuosas extremidades, un hombre de fidelidad incorruptible donde concernían las finanzas de la orden, y sin ninguna noción de justicia u honestidad a nadie más allá de eso. El tesorero, Carter, era un tipo de mediana edad, con una expresión impasible, mejor dicho malhumorada, y una piel amarillo pergamino. Era un organizador capaz, y los propios detalles de casi todas las barbaries habían salido de su cerebro conspirador. Los dos Willaby eran hombres de acción, muchachos altos y delgados con talantes determinados, a la vez que su compañía, el Tigre Cormac, un fuerte y atezado joven, era temido incluso por sus propios camaradas por la ferocidad de su disposición. Estos eran los hombres que se reunieron aquella noche bajo el techo de McMurdo para matar al detective de Pinkerton. Su anfitrión había colocado whisky sobre la mesa, y se habían apresurado a prepararse para el oficio que tenían por delante. Baldwin y Cormac ya estaban medio borrachos, y el licor había sacado toda su violencia. Cormac puso sus manos en la estufa por un instante, había sido encendida, pues las noches aún eran frías.

—Esto lo hará —comentó, con un juramento.

—Sí —expresó Baldwin entendiendo su significado—. Si es atado a eso, tendremos la pura verdad de él.

—Tendremos la verdad de él, no teman —articuló McMurdo. Tenía nervios de acero, este hombre; pues aunque todo el peso del asunto estaba en él sus modales estaban tan relajados e indiferentes como siempre. Los demás lo notaron y lo aclamaron.

—Serás tú el que lo entretenga —afirmó el jefe en tono aprobatorio—. Ninguna advertencia tendrá hasta que tu mano esté en su garganta. Es una pena que no halla postigos en las ventanas.

McMurdo se encaminó hacia una y otra y las cerró más herméticamente.

—Ahora nadie puede ya espiarnos. La hora se acerca.

—Tal vez no vendrá. Tal vez tuvo un sentimiento de peligro —dijo el secretario.

—El vendrá, no teman —replicó McMurdo—. Está tan ansioso por venir como ustedes lo están por verlo. ¡No olviden eso!

Todos se sentaron como figuras de cera, algunos con sus anteojos arrastrados a medio camino de sus labios. Tres fuertes golpes sonaron en la puerta.

—¡Silencio! —McMurdo alzó su mano para indicar precaución. Una exultante mirada pasó alrededor de aquel círculo, y las manos fueron colocadas en las armas escondidas.

—¡Ni un solo sonido, por sus vidas! —musitó McMurdo, mientras salía del cuarto, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de él.

Con los oídos atentos esperaron los asesinos. Contaron los pasos de su compañero por el pasillo. Lo escucharon abrir la puerta exterior. Hubo pocas palabras bienvenida. Entonces se percataron de unas extrañas pisadas dentro y de una voz no familiar. Un instante después vino el portazo y la vuelta de la llave en el cerrojo. Su presa estaba a salvo dentro de la trampa. El Tigre Cormac se rió horriblemente, y el jefe McGinty cerró su boca con su gran mano.

—¡Estate quieto, idiota! —murmuró— ¡Lo echarás a perder todo!

Hubo una conversación en susurro en la habitación contigua. Parecía ser ininteligible. Entonces la puerta se abrió, y McMurdo apareció, con su dedo sobre sus labios.

Fue hasta el final de la mesa y los miró a todos. Un sutil cambio le había sobrevenido. Sus maneras eran las de alguien que tenía un gran trabajo por hacer. Su semblante se había afirmado como el granito. Sus ojos brillaban con una furiosa excitación detrás de sus lentes. Se había convertido en un líder visible de hombres. Clavaron su mirada en él con apremiante interés, pero no dijo nada. En cambio con la misma mirada observó a cada uno de los hombres.

—¡Bueno! —gritó McGinty por fin—. ¿Está aquí? ¿Está Birdy Edwards aquí?

—Sí —McMurdo respondió lentamente—. Birdy Edwards está aquí. ¡Yo soy

Birdy Edwards!

Transcurrieron diez segundos luego de esa breve conversación durante el cual el aposento parecía estar vacío, pues tan profundo era el silencio. El siseo de una caldera sobre la estufa se agudizó y se volvió estridente para el oído. Siete rostros pálidos, todos dirigidos a este hombre que los dominaba, estaban inmóviles de absoluto terror. Entonces, con un repentino rompimiento de cristales, una gran cantidad de resplandecientes cañones de rifle irrumpieron a través de cada ventana, a la par que las cortinas eran apartadas de sus pendientes.

Ante esa visión el jefe McGinty dio un rugido de oso herido y se lanzó a la puerta semiabierta. Un revólver apuntado lo encontró con los decididos ojos azules del capitán Marvin de la Policía Minera centelleando detrás de él. El jefe retrocedió y cayó en su silla.

—Estará más seguro allí, Concejal —reconoció el hombre que habían conocido como McMurdo—. Y usted, Baldwin, si no retira su mano de su pistola, le ahorrará un trabajo al verdugo. Sáquela, o por el Señor que me hizo... así, eso está bien. Hay cuarenta hombres armados en torno a esta casa, y se pueden figurar por ustedes mismos qué oportunidades tienen. ¡Coja sus pistolas, Marvin!

No había posible resistencia bajo la amenaza de esos rifles. Los hombres fueron desarmados. Hoscos, tímidos, y sorprendidos, todavía estaban sentados alrededor de la mesa.

—Me gustaría decirles unas palabras antes que nos separemos —mencionó el hombre que los había entrampado—. Me parece que no nos volveremos a ver de nuevo hasta que me vean comparecer en el tribunal. Les daré algo para que piensen por un largo tiempo. Me conocen ahora por lo que soy. Por lo menos puedo poner mis cartas sobre la mesa. Soy Birdy Edwards de la oficina de Pinkerton. Fui escogido para desarmar su banda. Tenía un juego difícil y peligroso ante mí. Ni un alma, ni una sola alma, ni siquiera mis más cercanos o más queridos, sabían que lo estaba jugando. Sólo el capitán Marvin aquí y mis empleadores lo sabían. ¡Pero ha terminado esta noche, gracias a Dios, y yo soy el ganador!

Las siete pálidas caras rígidas lo observaron. Había un odio inimaginable en sus ojos. Él leyó la implacable amenaza.

—Quizás piensen que el juego no ha terminado aún. Bueno, acepto mis riesgos

por eso. De cualquier forma, algunos de ustedes dejarán de respirar, y hay sesenta además de ustedes que verán la cárcel esta noche. Les diré esto, que cuando fui puesto en este trabajo nunca creí que hubiera una sociedad tal como la suya. Pensé que eran habladurías de los periódicos, y que lo probaría por mí mismo. Me dijeron que tenía que ver con los Freemen; por lo que fui a Chicago y me hice uno. Entonces estuve más seguro que nunca que no eran más que exageraciones de los diarios; pues no hallé daño alguno en la sociedad, sino una comunidad caritativa.

Aún así, debía proseguir con mi trabajo, y me vine a los valles del carbón. Cuando llegué a este lugar aprendí que estaba equivocado y que no era una novela barata después de todo. Por lo que me quedé para vigilarla. Nunca maté a un hombre en Chicago. Jamás forjé un dólar en mi vida. Aquellos que les di eran tan buenos como los otros; pero ninguna vez usé el dinero de mejor forma. Pero conocía el camino para obtener su buena voluntad, por lo que pretendí que la ley estaba detrás de mí. Todo funcionó como lo planeé.

Así que me uní a su logia infernal, y participé en sus concilios. Quizás puedan decir que eran tan perverso como ustedes. Pueden decir lo que quieran, siempre y cuando los atrape. ¿Pero cuál es la verdad? La noche que fui con ustedes a golpear al viejo Stanger, no le pude advertir, pues no hubo tiempo; pero detuve su mano, Baldwin, cuando lo podría haber matado. Si alguna vez sugería cosas, para mantener mi lugar entre ustedes, eran cosas que sabía que podía prevenir. No pude salvar a

Dunn ni a Menzies, pues no conocía lo suficiente; pero veré que sus asesinos sean colgados. Le di a Chester Wilcox una advertencia, para que así cuando volara su casa, él y su compañía estuvieran escondidos. Hubo varios crímenes que no pude detener; pero si miran hacia atrás y piensan cuán seguido su hombre iba a su vivienda por otro camino, o estaba en medio del pueblo cuando iban por él, o se quedaba dentro de la pensión cuando pensaban que iba a salir, podrán ver mi trabajo.

—¡Tú maldito traidor! —silbó McGinty a través de sus dientes cerrados.

—Sí, John McGinty, puede llamarme así si eso calma su aflicción. Usted y los de su tipo han sido los enemigos de Dios y el hombre en estos lares. Se necesitó a un hombre para introducirse entre ustedes y los pobres diablos de hombres y mujeres que mantenían bajo su yugo. Solamente había una manera de hacerlo, y

yo lo hice. Ustedes me llamarán traidor; pero creo que hay miles que me denominarán un libertador que se fue hasta el mismo infierno para salvarlos. He aguantado tres meses de esto. No pasaría otros tres meses así nuevamente aunque me soltaran el erario de Washington por ello. Debía quedarme en ello hasta que lo tuviera todo, todos los hombres y todos los secretos en mi mano. Hubiera esperado un poco más sino hubiera venido a mi conocimiento que mi secreto estaba a punto de salir. Una carta había llegado a la villa que los hubiera alertado a todos. Entonces tuve que actuar y actuar rápidamente.

No tengo más que decirles, excepto que cuando mi hora llegue moriré más tranquilamente cuando piense en la labor que hice en este valle. Ahora, Marvin, ya no le detengo más. Llévenselos y termine con esto.

Hay un poco más que contar. A Scanlan le había llegado una nota sellada para ser dejada en la dirección de miss Ettie Shafter, una misión que aceptó con un guiño y una sonrisa entendida. En las tempranas horas de la mañana una hermosa mujer y un hombre bastante apagado abordaron un tren especial que había sido enviado por la compañía ferrocarrilera, e hicieron un rápido e ininterrumpido viaje fuera de la tierra del peligro. Era la última vez que tanto Ettie o su amado pusieron sus pies en el Valle del Terror. Diez días después se casaron en Chicago, con el viejo Jacob Shafter como testigo en su boda.

El juicio de los Scowrers fue llevado a cabo lejos del lugar donde sus adherentes hubieran podido aterrorizar a los guardianes de la ley. En vano se resistieron. En vano el dinero de la logia, dinero exprimido por medio de chantajes a todos los habitantes del campo, fue derrochado como agua en el intento para salvarlos. Esa fría, clara, desalmada declaración de alguien que conocía cada detalle de sus vidas, su organización, y sus crímenes fue firme ante todas las tretas de sus defensores. Por fin tras muchos años fueron deshechos y esparcidos. La nube fue levantada para siempre del valle.

McGinty encontró su suerte sobre el cadalso, arrastrándose y gimiendo cuando su última hora llegó. Ocho de sus seguidores principales compartieron su destino.

Cincuenta de ellos tuvieron distintos grados de prisión. El trabajo de Birdy Edwards estaba completo.

Y aún así, como imaginó, el asunto no había terminado todavía. Había otra mano

que iba a ser jugada, y otra y otra. Ted Baldwin, por ejemplo, escapó del patíbulo; así como también los Willaby; y también varios otros de los más bestiales espíritus de la logia. Por diez años estuvieron fuera del mundo, y luego llegó el día cuando estuvieron libres nuevamente, un día en el que Edwards, que conocía a esos hombres, estaba seguro que sería el final de su vida en paz. Habían jurado una promesa por todo lo que creían sagrado de tener su sangre como venganza por sus camaradas. ¡Y se esforzaron muy bien para mantener su voto!

Desde Chicago fue perseguido, tras dos intentos tan cercanos al éxito que era seguro que el tercero lo acabaría. De Chicago fue con un nombre cambiado a California, y fue allí cuando la luz se desvaneció por un tiempo de su vida cuando

Ettie Edwards falleció. De nuevo fue casi asesinado, y nuevamente bajo el nombre de Douglas trabajó en un solitario cañón, donde con un compañero inglés llamado Barker amasó una fortuna. Por lo menos le llegó un aviso que sus sabuesos estaban bajo su pista una vez más, y se marchó, justo a tiempo, a Inglaterra. Y de allí vino el John Douglas que por segunda vez se casó con una valiosa esposa, y vivió por cinco años como un caballero del condado de Sussex, una vida que acabó con los extraños sucesos que hemos escuchado.

Epílogo

El juicio de la policía aconteció, en el cual el caso de John Douglas fue referido a una corte superior. Así hicieron las sesiones trimestrales, en la cuales fue absuelto por haber actuado en defensa propia.

“Lléveselo de Inglaterra a cualquier costo,” escribió Holmes a la cónyuge. “Hay fuerzas aquí que pueden ser más peligrosas que aquellas de las que ha escapado. No hay seguridad para su marido en Inglaterra.”

Dos meses habían pasado, y la cuestión ya se había disipado de nuestras mentes. Entonces una mañana vino una nota enigmática que se había deslizado en nuestro buzón. “Válgame Dios, Mr. Holmes. ¡Válgame Dios!” decía la singular epístola. No había ni sobrescrito ni firma. Yo me reí con el extraño mensaje; pero Holmes demostró una seriedad inusitada.

—¡Una diablura, Watson! —remarcó, y se sentó con una frente nublada.

Tarde en la noche Mrs. Hudson, nuestra ama de llaves, trajo un mensaje que decía que un caballero deseaba ver a Holmes, y que el asunto era de la más enorme importancia. Inmediatamente tras su mensajera entró Cecil Barker, nuestro amigo de la Manor House rodeada por un foso. Su fisonomía estaba dibujada y ojerosa.

—Me han dado malas noticias, terribles noticias, Mr. Holmes —dijo.

—Me lo temía —indicó Holmes.

—¿No tenía un telégrafo no es así?

—He recogido una nota de alguien que tiene uno.

—Es el pobre Douglas. Me dijeron que su nombre era Edwards; pero siempre será Jack Douglas de Benito Cañón para mí. Le dije que comenzaron juntos un viaje a África del Sur en el Palmyra hace tres semanas.

—Exacto.

—La nave alcanzó Ciudad del Cabo anoche. Recibí este telegrama de Mrs. Douglas esta mañana.

“Jack se ha perdido a bordo en un vendaval en Santa Elena. Nadie sabe cómo ocurrió el accidente.”

“IVY DOUGLAS”

—¡Ha! ¿Ocurrió de esa forma, no es así? —expresó Holmes pensativamente—.

Bueno, no dudo de que fue bien planeado.

—¿Quiere decir que no cree que fue un accidente?

—Absolutamente.

—¿Fue un asesinato?

—¡De hecho!

—Así también lo pienso. Estos Scowrers infernales, este vengativo nido de criminales...

—No, no, mi buen señor —notó Holmes—. Hay una mano maestra aquí. No es un caso de escopetas aserradas ni de incómodas pistolas de seis cargas. Puedes reconocer a un viejo maestro por el recorrido de su pincel. Puedo nombrar un crimen de Moriarty cuando veo uno. Este crimen es de Londres, no de América.

—¿Pero por qué motivo?

—Porque está realizado por un hombre que no puede permitirse fallar, uno cuya única posición depende del hecho de que debe salir exitoso. Un gran cerebro y una enorme organización han sido empleadas para la extinción de un hombre. Es

como estrujar una nuez con una máquina trituradora, un absurdo desperdicio de energía, aunque la nuez es totalmente aplastada.

—¿Cómo llegó este hombre a tener algo que ver con esto?

—Solamente puedo decir que el primer mensaje que nos llegó de este asunto fue de uno de sus lugartenientes. Estos americanos estaban bien aconsejados. Teniendo una labor inglesa que hacer, hicieron sociedad, como cualquier otro criminal extranjero haría, con este gran consultor del crimen. Desde ese momento el hombre estaba condenado. Al comienzo se contentaría usando su maquinaria para hallar a su víctima. Tras ello indicaría cómo el problema debería ser tratado. Finalmente, cuando leyó en las noticias sobre el fracaso de su agente, se haría a un lado para dar un toque magistral. Me oyó prevenir a este hombre en Birlstone Manor House que el peligro que venía era más grande que el pasado. ¿Estuve en lo correcto?

Barker golpeó su cabeza con su puño cerrado en su ira impotente.

—¿No me diga que tendremos que quedarnos sentados sin hacer nada? ¿Dice usted que nadie puede llegar al nivel de este rey de los diablos?

—No, yo no dije eso —pronosticó Holmes, y sus ojos parecían estar observando lejos en el futuro—. No dije que no puede ser vencido. ¡Pero deben darme tiempo, deben darme tiempo!

Todos nos sentamos en silencio por algunos minutos mientras esos ojos funestos aún hacían un esfuerzo para traspasar aquel velo.

FIN

Las aventuras de Sherlock Holmes

1. Escándalo en Bohemia

Para Sherlock Holmes, ella es siempre la mujer. Rara vez le oí mencionarla de otro modo. A sus ojos, ella eclipsa y domina a todo su sexo. Y no es que sintiera por Irene Adler nada parecido al amor. Todas las emociones, y en especial ésa, resultaban abominables para su inteligencia fría y precisa pero admirablemente equilibrada. Siempre lo he tenido por la máquina de observar y razonar más perfecta que ha conocido el mundo; pero como amante no habría sabido qué hacer. Jamás hablaba de las pasiones más tiernas, si no era con desprecio y sarcasmo. Eran cosas admirables para el observador, excelentes para levantar el velo que cubre los motivos y los actos de la gente. Pero para un razonador experto, admitir tales intrusiones en su delicado y bien ajustado temperamento equivalía a introducir un factor de distracción capaz de sembrar de dudas todos los resultados de su mente. Para un carácter como el suyo, una emoción fuerte resultaba tan perturbadora como la presencia de arena en un instrumento de precisión o la rotura de una de sus potentes lupas. Y sin embargo, existió para él una mujer, y esta mujer fue la difunta Irene Adler, de dudoso y cuestionable recuerdo.

Últimamente, yo había visto poco a Holmes. Mi matrimonio nos había apartado al uno del otro. Mi completa felicidad y los intereses hogareños que se despiertan en el hombre que por primera vez pone casa propia bastaban para absorber toda mi atención; mientras tanto, Holmes, que odiaba cualquier forma de vida social con toda la fuerza de su alma bohemia, permaneció en nuestros aposentos de Baker Street, sepultado entre sus viejos libros y alternando una semana de cocaína con otra de ambición, entre la modorra de la droga y la fiera energía de su intensa personalidad. Como siempre, le seguía atrayendo el estudio del crimen, y dedicaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de observación a seguir pistas y aclarar misterios que la policía había abandonado por imposibles. De vez en cuando, me llegaba alguna vaga noticia de sus andanzas: su viaje a Odesa para intervenir en el caso del asesinato de Trepoff, el esclarecimiento de la extraña tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, por último, la misión que tan discreta y eficazmente había llevado a cabo para la familia real de Holanda. Sin embargo, aparte de estas señales de actividad, que

yo me limitaba a compartir con todos los lectores de la prensa diaria, apenas sabía nada de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche -la del 20 de marzo de 1888- volvía yo de visitar a un paciente (pues de nuevo estaba ejerciendo la medicina), cuando el camino me llevó por Baker Street. Al pasar frente a la puerta que tan bien recordaba, y que siempre estará asociada en mi mente con mi noviazgo y con los siniestros incidentes del Estudio en escarlata, se apoderó de mí un fuerte deseo de volver a ver a Holmes y saber en qué empleaba sus extraordinarios poderes. Sus habitaciones estaban completamente iluminadas, y al mirar hacia arriba vi pasar dos veces su figura alta y delgada, una oscura silueta en los visillos. Daba rápidas zancadas por la habitación, con aire ansioso, la cabeza hundida sobre el pecho y las manos juntas en la espalda. A mí, que conocía perfectamente sus hábitos y sus humores, su actitud y comportamiento me contaron toda una historia. Estaba trabajando otra vez. Había salido de los sueños inducidos por la droga y seguía de cerca el rastro de algún nuevo problema. Tiré de la campanilla y me condujeron a la habitación que, en parte, había sido mía.

No estuvo muy efusivo; rara vez lo estaba, pero creo que se alegró de verme. Sin apenas pronunciar palabra, pero con una mirada cariñosa, me indicó una butaca, me arrojó su caja de cigarros, y señaló una botella de licor y un sifón que había en la esquina. Luego se plantó delante del fuego y me miró de aquella manera suya tan ensimismada.

—El matrimonio le sienta bien —comentó—. Yo diría, Watson, que ha engordado usted siete libras y media desde la última vez que le vi.

—Siete —respondí.

—La verdad, yo diría que algo más. Sólo un poquito más, me parece a mí, Watson. Y veo que está ejerciendo de nuevo. No me dijo que se proponía volver a su profesión.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que hace poco sufrió usted un remojón y que tiene una sirvienta de lo más torpe y descuidada?

—Mi querido Holmes —dije—, esto es demasiado. No me cabe duda de que si hubiera vivido usted hace unos siglos le habrían quemado en la hoguera. Es

cierto que el jueves di un paseo por el campo y volví a casa hecho una sopa; pero, dado que me he cambiado de ropa, no logro imaginarme cómo ha podido adivinarlo. Y respecto a Mary Jane, es incorregible y mi mujer la ha despedido; pero tampoco me explico cómo lo ha averiguado.

Se rió para sus adentros y se frotó las largas y nerviosas manos.

—Es lo más sencillo del mundo —dijo—. Mis ojos me dicen que en la parte interior de su zapato izquierdo, donde da la luz de la chimenea, la suela está rayada con seis marcas casi paralelas. Evidentemente, las ha producido alguien que ha raspado sin ningún cuidado los bordes de la suela para desprender el barro adherido. Así que ya ve: de ahí mi doble deducción de que ha salido usted con mal tiempo y de que posee un ejemplar particularmente maligno y rompebotas de fregona londinense. En cuanto a su actividad profesional, si un caballero penetra en mi habitación apestando a yodoformo, con una mancha negra de nitrato de plata en el dedo índice derecho, y con un bulto en el costado de su sombrero de copa, que indica dónde lleva escondido el estetoscopio, tendría que ser completamente idiota para no identificarlo como un miembro activo de la profesión médica.

No pude evitar reírme de la facilidad con la que había explicado su proceso de deducción.

—Cuando le escucho explicar sus razonamientos —comenté—, todo me parece tan ridículamente simple que yo mismo podría haberlo hecho con facilidad. Y sin embargo, siempre que le veo razonar me quedo perplejo hasta que me explica usted el proceso. A pesar de que considero que mis ojos ven tanto como los suyos.

—Desde luego —respondió, encendiendo un cigarrillo y dejándose caer en una butaca— —. Usted ve, pero no observa. La diferencia es evidente. Por ejemplo, usted habrá visto muchas veces los escalones que llevan desde la entrada hasta esta habitación.

—Muchas veces.

—¿Cuántas veces?

—Bueno, cientos de veces.

—¿Y cuántos escalones hay?

—¿Cuántos? No lo sé.

—¿Lo ve? No se ha fijado. Y eso que lo ha visto. A eso me refería. Ahora bien, yo sé que hay diecisiete escalones, porque no sólo he visto, sino que he observado. A propósito, puesto que está usted interesado en estos pequeños problemas, y dado que ha tenido la amabilidad de poner por escrito una o dos de mis insignificantes experiencias, quizá le interese esto —me alargó una carta escrita en papel grueso de color rosa, que había estado abierta sobre la mesa—. Esto llegó en el último reparto del correo —dijo—. Léala en voz alta.

La carta no llevaba fecha, firma, ni dirección.

«Esta noche pasará a visitarle, a las ocho menos cuarto, un caballero que desea consultarle sobre un asunto de la máxima importancia. Sus recientes servicios a una de las familias reales de Europa han demostrado que es usted persona a quien se pueden confiar asuntos cuya trascendencia no es posible exagerar. Estas referencias de todas partes nos han llegado. Esté en su cuarto, pues, a la hora dicha y no se tome a ofensa que el visitante lleve una máscara.»

—Esto sí que es un misterio —comenté—. ¿Qué cree usted que significa?

—Aún no dispongo de datos. Es un error capital teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de ajustar las teorías a los hechos. Pero en cuanto a la carta en sí, ¿qué deduce usted de ella? Examiné atentamente la escritura y el papel en el que estaba escrita.

—El hombre que la ha escrito es, probablemente, una persona acomodada —comenté, esforzándome por imitar los procedimientos de mi compañero—. Esta clase de papel no se compra por menos de media corona el paquete. Es especialmente fuerte y rígido.

—Especial, ésa es la palabra —dijo Holmes—. No es en absoluto un papel inglés. Mírelo contra la luz.

Así lo hice, y vi una E grande con una g pequeña, y una P y una G grandes con una t pequeña, marcadas en la fibra misma del papel.

—¿Qué le dice esto? —preguntó Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; o más bien, su monograma.

—Ni mucho menos. La G grande con la t pequeña significan Gesellschaft, que en alemán quiere decir «compañía»; una contracción habitual, como cuando nosotros ponemos «Co.». La P, por supuesto, significa papier. Vamos ahora con lo de Eg. Echemos un vistazo a nuestra Geografía del Continente —sacó de una estantería un pesado volumen de color pardo—. Eglow, Eglonitz..., aquí está: Egria. Está en un país de habla alemana... en Bohemia, no muy lejos de Carlsbad. «Lugar conocido por haber sido escenario de la muerte de Wallenstein, y por sus numerosas fábricas de cristal y papel.» ¡Ajá, muchacho! ¿Qué saca usted de esto?

Le brillaban los ojos y dejó escapar de su cigarrillo una nube triunfante de humo azul.

—El papel fue fabricado en Bohemia —dije yo.

—Exactamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. ¿Se ha fijado usted en la curiosa construcción de la frase «Estas referencias de todas partes nos han llegado»? Un francés o un ruso no habría escrito tal cosa. Sólo los alemanes son tan desconsiderados con los verbos. Por tanto, sólo falta descubrir qué es lo que quiere este alemán que escribe en papel de Bohemia y prefiere ponerse una máscara a que se le vea la cara. Y aquí llega, si no me equivoco, para resolver todas nuestras dudas.

Mientras hablaba, se oyó claramente el sonido de cascos de caballos y de ruedas que rozaban contra el bordillo de la acera, seguido de un brusco campanillazo. Holmes soltó un silbido.

—Un gran señor, por lo que oigo —dijo—. Sí —continuó, asomándose a la ventana—, un precioso carruaje y un par de purasangres. Ciento cincuenta guineas cada uno. Si no hay otra cosa, al menos hay dinero en este caso, Watson.

—Creo que lo mejor será que me vaya, Holmes.

—Nada de eso, doctor. Quédese donde está. Estoy perdido sin mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena perdérselo.

—Pero su cliente...

—No se preocupe por él. Puedo necesitar su ayuda, y también puede necesitarla él. Aquí llega. Siéntese en esa butaca, doctor, y no se pierda detalle.

Unos pasos lentos y pesados, que se habían oído en la escalera y en el pasillo, se detuvieron justo al otro lado de la puerta. A continuación, sonó un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

Entró un hombre que no mediría menos de dos metros de altura, con el torso y los brazos de un Hércules. Su vestimenta era lujosa, con un lujo que en Inglaterra se habría considerado rayano en el mal gusto. Gruesas tiras de astracán adornaban las mangas y el delantero de su casaca cruzada, y la capa de color azul oscuro que llevaba sobre los hombros tenía un forro de seda roja como el fuego y se sujetaba al cuello con un broche que consistía en un único y resplandeciente berilo. Un par de botas que le llegaban hasta media pantorrilla, y con el borde superior orlado de lujosa piel de color pardo, completaba la impresión de bárbara opulencia que inspiraba toda su figura. Llevaba en la mano un sombrero de ala ancha, y la parte superior de su rostro, hasta más abajo de los pómulos, estaba cubierta por un antifaz negro, que al parecer acababa de ponerse, ya que aún se lo sujetaba con la mano en el momento de entrar. A juzgar por la parte inferior del rostro, parecía un hombre de carácter fuerte, con labios gruesos, un poco caídos, y un mentón largo y recto, que indicaba un carácter resuelto, llevado hasta los límites de la obstinación.

—¿Recibió usted mi nota? —preguntó con voz grave y ronca y un fuerte acento alemán—. Le dije que vendría a verle —nos miraba a uno y a otro, como si no estuviera seguro de a quién dirigirse.

—Por favor, tome asiento —dijo Holmes—. Éste es mi amigo y colaborador, el doctor Watson, que de vez en cuando tiene la amabilidad de ayudarme en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Puede usted dirigirse a mí como conde von Kramm, noble de Bohemia. He de suponer que este caballero, su amigo, es hombre de honor y discreción, en quien puedo confiar para un asunto de la máxima importancia. De no ser así, preferiría muy mucho comunicarme con usted solo.

Me levanté para marcharme, pero Holmes me cogió por la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo.

—O los dos o ninguno —dijo—. Todo lo que desee decirme a mí puede decirlo delante de este caballero.

El conde encogió sus anchos hombros.

—Entonces debo comenzar —dijo— por pedirles a los dos que se comprometan a guardar el más absoluto secreto durante dos años, al cabo de los cuales el asunto ya no tendrá importancia. Por el momento, no exagero al decirles que se trata de un asunto de tal peso que podría afectar a la historia de Europa.

—Se lo prometo —dijo Holmes.

—Y yo.

—Tendrán que perdonar esta máscara —continuó nuestro extraño visitante—. La augusta persona a quien represento no desea que se conozca a su agente, y debo confesar desde este momento que el título que acabo de atribuirme no es exactamente el mío.

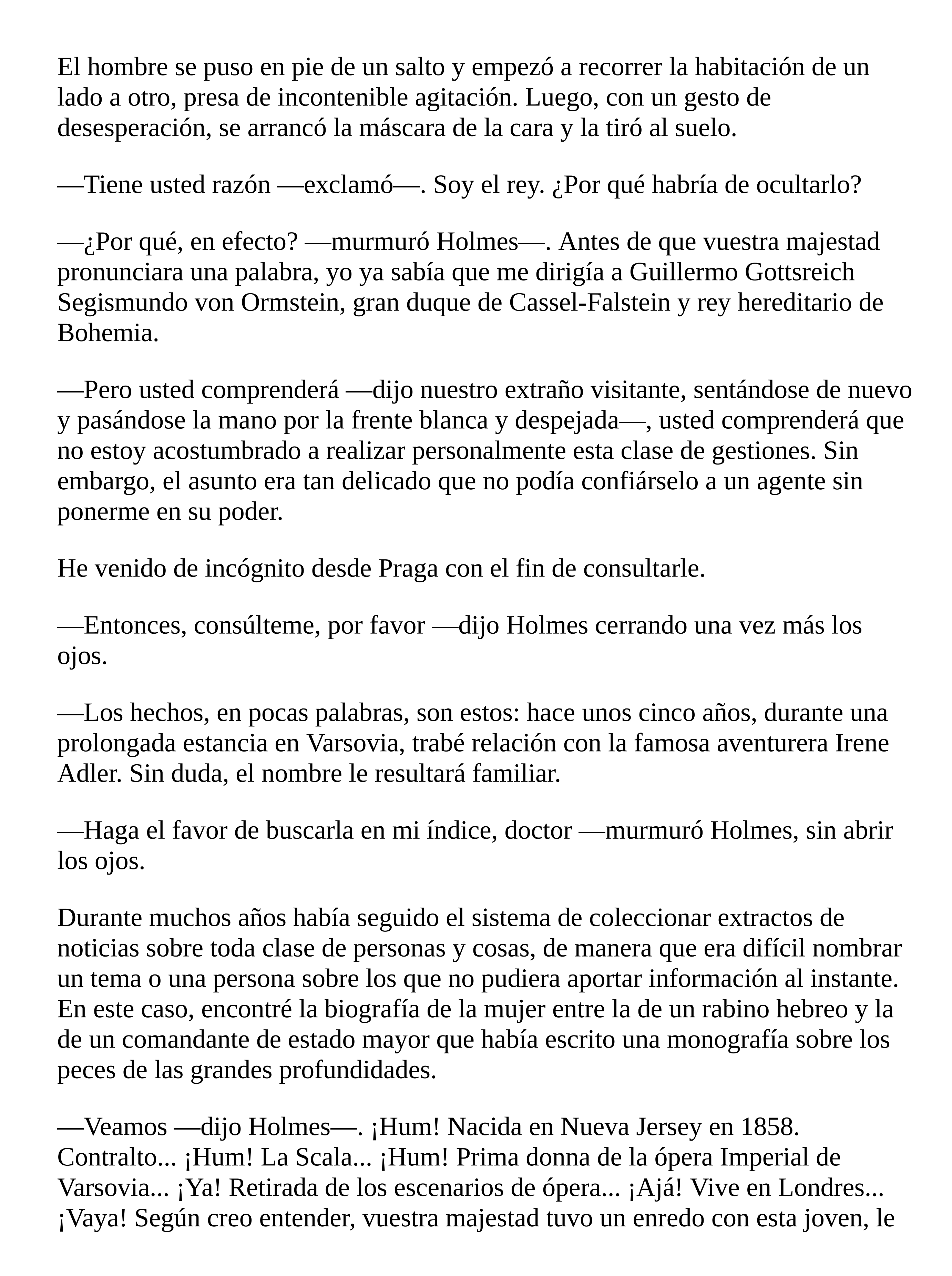
—Ya me había dado cuenta de ello —dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son muy delicadas, y es preciso tomar toda clase de precauciones para sofocar lo que podría llegar a convertirse en un escándalo inmenso, que comprometiera gravemente a una de las familias reinantes de Europa. Hablando claramente, el asunto concierne a la Gran Casa de Ormstein, reyes hereditarios de Bohemia.

—También me había dado cuenta de eso —dijo Holmes, acomodándose en su butaca y cerrando los ojos.

Nuestro visitante se quedó mirando con visible sorpresa la lánguida figura recostada del hombre que, sin duda, le había sido descrito como el razonador más incisivo y el agente más energético de Europa. Holmes abrió lentamente los ojos y miró con impaciencia a su gigantesco cliente.

—Si su majestad condescendiese a exponer su caso —dijo—, estaría en mejores condiciones de ayudarle.


El hombre se puso en pie de un salto y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, presa de incontenible agitación. Luego, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara de la cara y la tiró al suelo.

—Tiene usted razón —exclamó—. Soy el rey. ¿Por qué habría de ocultarlo?

—¿Por qué, en efecto? —murmuró Holmes—. Antes de que vuestra majestad pronunciara una palabra, yo ya sabía que me dirigía a Guillermo Gottsreich Segismundo von Ormstein, gran duque de Cassel-Falstein y rey hereditario de Bohemia.

—Pero usted comprenderá —dijo nuestro extraño visitante, sentándose de nuevo y pasándose la mano por la frente blanca y despejada—, usted comprenderá que no estoy acostumbrado a realizar personalmente esta clase de gestiones. Sin embargo, el asunto era tan delicado que no podía confiárselo a un agente sin ponerme en su poder.

He venido de incógnito desde Praga con el fin de consultarle.

—Entonces, consúlteme, por favor —dijo Holmes cerrando una vez más los ojos.

—Los hechos, en pocas palabras, son estos: hace unos cinco años, durante una prolongada estancia en Varsovia, trabé relación con la famosa aventurera Irene Adler. Sin duda, el nombre le resultará familiar.

—Haga el favor de buscarla en mi índice, doctor —murmuró Holmes, sin abrir los ojos.

Durante muchos años había seguido el sistema de coleccionar extractos de noticias sobre toda clase de personas y cosas, de manera que era difícil nombrar un tema o una persona sobre los que no pudiera aportar información al instante. En este caso, encontré la biografía de la mujer entre la de un rabino hebreo y la de un comandante de estado mayor que había escrito una monografía sobre los peces de las grandes profundidades.

—Veamos —dijo Holmes—. ¡Hum! Nacida en Nueva Jersey en 1858. Contralto... ¡Hum! La Scala... ¡Hum! Prima donna de la ópera Imperial de Varsovia... ¡Ya! Retirada de los escenarios de ópera... ¡Ajá! Vive en Londres... ¡Vaya! Según creo entender, vuestra majestad tuvo un enredo con esta joven, le

escribió algunas cartas comprometedoras y ahora desea recuperar dichas cartas.

—Exactamente. Pero ¿cómo...?

—¿Hubo un matrimonio secreto?

—No.

—¿Algún certificado o documento legal?

—Ninguno.

—Entonces no comprendo a vuestra majestad. Si esta joven sacara a relucir las cartas, con propósitos de chantaje o de cualquier otro tipo, ¿cómo iba a demostrar su autenticidad?

—Está mi letra.

—¡Bah! Falsificada.

—Mi papel de cartas personal.

—Robado.

—Mi propio sello.

—Imitado.

—Mi fotografía.

—Comprada.

—Estábamos los dos en la fotografía.

—¡Válgame Dios! Eso está muy mal. Verdaderamente, vuestra majestad ha cometido una indiscreción.

—Estaba loco... trastornado.

—Os habéis comprometido gravemente.

—Entonces era sólo príncipe heredero. Era joven. Ahora mismo sólo tengo treinta años.

—Hay que recuperarla.

—Lo hemos intentado en vano.

—Vuestra majestad tendrá que pagar. Hay que comprarla.

—No quiere venderla.

—Entonces, robarla.

—Se ha intentado cinco veces. En dos ocasiones, ladrones pagados por mí registraron su casa. Una vez extraviamos su equipaje durante un viaje. Dos veces ha sido asaltada. Nunca hemos obtenido resultados.

—¿No se ha encontrado ni rastro de la foto?

—Absolutamente ninguno.

Holmes se echó a reír.

—Sí que es un bonito problema —dijo.

—Pero para mí es muy serio —replicó el rey en tono de reproche.

—Mucho, es verdad. ¿Y qué se propone ella hacer con la fotografía?

—Arruinar mi vida.

—Pero ¿cómo?

—Estoy a punto de casarme.

—Eso he oído.

—Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de

Escandinavia. Quizá conozca usted los estrictos principios de su familia. Ella misma es el colmo de la delicadeza. Cualquier sombra de duda sobre mi

conducta pondría fin al compromiso.

—¿Y qué dice Irene Adler?

—Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un carácter de acero. Posee el rostro de la más bella de las mujeres y la mentalidad del más decidido de los hombres. No hay nada que no esté dispuesta a hacer con tal de evitar que yo me case con otra mujer... nada.

—¿Estáis seguro de que no la ha enviado aún?

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque ha dicho que la enviará el día en que se haga público el compromiso. Lo cual será el lunes próximo.

—Oh, entonces aún nos quedan tres días —dijo Holmes, bostezando—. Es una gran suerte, ya que de momento tengo que ocuparme de uno o dos asuntos de importancia. Por supuesto, vuestra majestad se quedará en Londres por ahora...

—Desde luego. Me encontrará usted en el Langham, bajo el nombre de conde von Kramm.

—Entonces os mandaré unas líneas para poneros al corriente de nuestros progresos.

—Hágalo, por favor. Aguardaré con impaciencia.

—¿Y en cuanto al dinero?

—Tiene usted carta blanca.

—¿Absolutamente?

—Le digo que daría una de las provincias de mi reino por recuperar esa fotografía.

—¿Y para los gastos del momento?

El rey sacó de debajo de su capa una pesada bolsa de piel de gamuza y la depositó sobre la mesa.

—Aquí hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes de banco —dijo.

Holmes escribió un recibo en una hoja de su cuaderno de notas y se lo entregó.

—¿Y la dirección de mademoiselle? —preguntó.

—Residencia Briony, Serpentine Avenue, St. John's Wood. Holmes tomó nota.

—Una pregunta más —añadió—. ¿La fotografía era de formato corriente?

—Sí lo era.

—Entonces, buenas noches, majestad, espero que pronto podamos darle buenas noticias. Y buenas noches, Watson —añadió cuando se oyeron las ruedas del carricoche real rodando calle abajo—. Si tiene usted la amabilidad de pasarse por aquí mañana a las tres de la tarde, me encantará charlar con usted de este asuntillo.

A las tres en punto yo estaba en Baker Street, pero Holmes aún no había regresado. La casera me dijo que había salido de casa poco después de las ocho de la mañana. A pesar de ello, me senté junto al fuego, con la intención de esperarle, tardara lo que tardara.

Sentía ya un profundo interés por el caso, pues aunque no presentara ninguno de los aspectos extraños y macabros que caracterizaban a los dos crímenes que ya he relatado en otro lugar, la naturaleza del caso y la elevada posición del cliente le daban un carácter propio. La verdad es que, independientemente de la clase de investigación que mi amigo tuviera entre manos, había algo en su manera magistral de captar las situaciones y en sus agudos e incisivos razonamientos, que hacía que para mí fuera un placer estudiar su sistema de trabajo y seguir los métodos rápidos y sutiles con los que desentrañaba los misterios más enrevesados. Tan acostumbrado estaba yo a sus invariables éxitos que ni se me pasaba por la cabeza la posibilidad de que fracasara.

Eran ya cerca de las cuatro cuando se abrió la puerta y entró en la habitación un mozo con pinta de borracho, desastrado y con patillas, con la cara enrojecida e impresentablemente vestido. A pesar de lo acostumbrado que estaba a las

asombrosas facultades de mi amigo en el uso de disfraces, tuve que mirarlo tres veces para convencerme de que, efectivamente, se trataba de él. Con un gesto de saludo desapareció en el dormitorio, de donde salió a los cinco minutos vestido con un traje de tweed y tan respetable como siempre. Se metió las manos en los bolsillos, estiró las piernas frente a la chimenea y se echó a reír a carcajadas durante un buen rato. —¡Caramba, caramba! —exclamó, atragantándose y volviendo a reír hasta quedar fláccido y derrengado, tumbado sobre la silla.

—¿Qué pasa?

—Es demasiado gracioso. Estoy seguro de que jamás adivinaría usted en qué he empleado la mañana y lo que he acabado haciendo.

—Ni me lo imagino. Supongo que habrá estado observando los hábitos, y quizá la casa, de la señorita Irene Adler.

—Desde luego, pero lo raro fue lo que ocurrió a continuación. Pero voy a contárselo.

Salí de casa poco después de las ocho de la mañana, disfrazado de mozo de cuadra sin trabajo. Entre la gente que trabaja en las caballerizas hay mucha camaradería, una verdadera hermandad; si eres uno de ellos, pronto te enterarás de todo lo que desees saber. No tardé en encontrar la residencia Briony. Es una villa de lujo, con un jardín en la parte de atrás pero que por delante llega justo hasta la carretera; de dos pisos. Cerradura Chubbs en la puerta. Una gran sala de estar a la derecha, bien amueblada, con ventanales casi hasta el suelo y esos ridículos pestillos ingleses en las ventanas, que hasta un niño podría abrir. Más allá no había nada de interés, excepto que desde el tejado de la cochera se puede llegar a la ventana del pasillo. Di la vuelta a la casa y la examiné atentamente desde todos los puntos de vista, pero no vi nada interesante. Me dediqué entonces a rondar por la calle y, tal como había esperado, encontré unas caballerizas en un callejón pegado a una de las tapias del jardín. Eché una mano a los mozos que limpiaban los caballos y recibí a cambio dos peniques, un vaso de cerveza, dos cargas de tabaco para la pipa y toda la información que quise sobre la señorita Adler, por no mencionar a otra media docena de personas del vecindario que no me interesaban lo más mínimo, pero cuyas biografías no tuve más remedio que escuchar.

—¿Y qué hay de Irene Adler? —pregunté.

—Bueno, trae de cabeza a todos los hombres de la zona. Es la cosa más bonita que se ha visto bajo un sombrero en este planeta. Eso aseguran los caballerizos del Serpentine, hasta el último hombre. Lleva una vida tranquila, canta en conciertos, sale todos los días a las cinco y regresa a cenar a las siete en punto. Es raro que salga a otras horas, excepto cuando canta. Sólo tiene un visitante masculino, pero lo ve mucho. Es moreno, bien parecido y elegante. Un tal Godfrey Norton, del Inner Temple. Ya ve las ventajas de tener por confidente a un cochero. Le han llevado una docena de veces desde el Serpentine y lo saben todo acerca de él. Después de escuchar todo lo que tenían que contarme, me puse otra vez a recorrer los alrededores de la residencia Briony, tramando mi plan de ataque. Evidentemente, este Godfrey Norton era un factor importante en el asunto. Es abogado; esto me sonó mal. ¿Qué relación había entre ellos y cuál era el motivo de sus repetidas visitas? ¿Era ella su cliente, su amiga o su amante? De ser lo primero, probablemente habría puesto la fotografía bajo su custodia. De ser lo último, no era tan probable que lo hubiera hecho. De esta cuestión dependía el que yo continuara mi trabajo en Briony o dirigiera mi atención a los aposentos del caballero en el Temple. Se trataba de un aspecto delicado, que ampliaba el campo de mis investigaciones. Temo aburrirle con estos detalles, pero tengo que hacerle partícipe de mis pequeñas dificultades para que pueda usted comprender la situación.

—Le sigo atentamente —respondí.

—Estaba todavía dándole vueltas al asunto cuando llegó a Briony un coche muy elegante, del que se apeó un caballero. Se trataba de un hombre muy bien parecido, moreno, de nariz aguileña y con bigote. Evidentemente, el mismo hombre del que había oído hablar. Parecía tener mucha prisa, le gritó al cochero que esperara y pasó como una exhalación junto a la doncella, que le abrió la puerta, con el aire de quien se encuentra en su propia casa. Permaneció en la casa una media hora, y pude verle un par de veces a través de las ventanas de la sala de estar, andando de un lado a otro, hablando con agitación y moviendo mucho los brazos. A ella no la vi. Por fin, el hombre salió, más excitado aún que cuando entró. Al subir al coche, sacó del bolsillo un reloj de oro y lo miró con preocupación. «¡Corra como un diablo! —ordenó—. Primero a Gross & Hankey, en Regent Street, y luego a la iglesia de Santa Mónica, en Edgware Road. ¡Media guinea si lo hace en veinte minutos!» Allá se fueron, y yo me preguntaba si no convendría seguirlos, cuando por el callejón apareció un pequeño y bonito landó, cuyo cochero llevaba la levita a medio abrochar, la corbata debajo de la oreja y todas las correas del aparejo salidas de las hebillas. Todavía no se había

parado cuando ella salió disparada por la puerta y se metió en el coche. Sólo pude echarle un vistazo, pero se trata de una mujer deliciosa, con una cara por la que un hombre se dejaría matar.

—A la iglesia de Santa Mónica, John —ordenó—. Y medio soberano si llegas en veinte minutos.

Aquello era demasiado bueno para perdérselo, Watson. Estaba dudando si hacer el camino corriendo o agarrarme a la trasera del landó, cuando apareció un coche por la calle. El cochero no parecía muy interesado en un pasajero tan andrajoso, pero yo me metí dentro antes de que pudiera poner objeciones. "A la iglesia de Santa Mónica —dije— —, y medio soberano si llega en veinte minutos." Eran las doce menos veinticinco y, desde luego, estaba clarísimo lo que se estaba cociendo.

Mi cochero se dio bastante prisa. No creo haber ido tan rápido en la vida, pero los otros habían llegado antes. El coche y el landó, con los caballos sudorosos, se encontraban ya delante de la puerta cuando nosotros llegamos. Pagué al cochero y me metí corriendo en la iglesia. No había ni un alma, con excepción de las dos personas que yo había seguido y de un clérigo con sobrepelliz que parecía estar amonestándolos. Los tres se encontraban de pie, formando un grupito delante del altar. Avancé despacio por el pasillo lateral, como cualquier desocupado que entra en una iglesia. De pronto, para mi sorpresa, los tres del altar se volvieron a mirarme y Godfrey Norton vino corriendo hacia mí, tan rápido como pudo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Usted servirá! ¡Venga, venga!

—¿Qué pasa? —pregunté yo.

—¡Venga, hombre, venga, tres minutos más y no será legal!

Prácticamente me arrastraron al altar, y antes de darme cuenta de dónde estaba me encontré murmurando respuestas que alguien me susurraba al oído, dando fe de cosas de las que no sabía nada y, en general, ayudando al enlace matrimonial de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo se hizo en un instante, y allí estaban el caballero dándome las gracias por un lado y la dama por el otro, mientras el clérigo me miraba resplandeciente por delante. Es la situación más ridícula en que me he encontrado en la vida, y pensar en ello es lo que me hacía reír hace un momento. Parece que había alguna irregularidad en su licencia, que el cura se negaba rotundamente a casarlos sin que hubiera algún testigo, y que

mi feliz aparición libró al novio de tener que salir a la calle en busca de un padrino. La novia me dio un soberano, y pienso llevarlo en la cadena del reloj como recuerdo de esta ocasión.

—Es un giro bastante inesperado de los acontecimientos —dije—. ¿Y qué pasó luego?

—Bueno, me di cuenta de que mis planes estaban a punto de venirse abajo. Daba la impresión de que la parejita podía largarse inmediatamente, lo cual exigiría medidas instantáneas y enérgicas por mi parte. Sin embargo, en la puerta de la iglesia se separaron: él volvió al Temple y ella a su casa. «Saldré a pasear por el parque a las cinco, como de costumbre», dijo ella al despedirse. No pude oír más. Se marcharon en diferentes direcciones, y yo fui a ocuparme de unos asuntillos propios.

—¿Que eran...?

—Un poco de carne fría y un vaso de cerveza —respondió, haciendo sonar la campanilla—. He estado demasiado ocupado para pensar en comer, y probablemente estaré aún más ocupado esta noche. Por cierto, doctor, voy a necesitar su cooperación.

—Estaré encantado.

—¿No le importa infringir la ley?

—Ni lo más mínimo.

—¿Y exponerse a ser detenido?

—No, si es por una buena causa.

—¡Oh, la causa es excelente!

—Entonces, soy su hombre.

—Estaba seguro de que podía contar con usted.

—Pero ¿qué es lo que se propone?

—Cuando la señora Turner haya traído la bandeja se lo explicaré claramente. Veamos —dijo, mientras se lanzaba vorazmente sobre el sencillo almuerzo que nuestra casera había traído—. Tengo que explicárselo mientras como, porque no tenemos mucho tiempo. Ahora son casi las cinco. Dentro de dos horas tenemos que estar en el escenario de la acción. La señorita Irene, o mejor dicho, la señora, vuelve de su paseo a las siete. Tenemos que estar en villa Briony cuando llegue.

—Y entonces, ¿qué?

—Déjeme eso a mí. Ya he arreglado lo que tiene que ocurrir. Hay una sola cosa en la que debo insistir. Usted no debe interferir, pase lo que pase. ¿Entendido?

—¿He de permanecer al margen?

—No debe hacer nada en absoluto. Probablemente se producirá algún pequeño alboroto. No intervenga. El resultado será que me harán entrar en la casa. Cuatro o cinco minutos después se abrirá la ventana de la sala de estar. Usted se situará cerca de esa ventana abierta.

—Sí.

—Tiene usted que fijarse en mí, que estaré al alcance de su vista.

—Sí.

—Y cuando yo levante la mano, así, arrojará usted al interior de la habitación una cosa que le voy a dar, y al mismo tiempo lanzará el grito de «¡Fuego!». ¿Me sigue?

—Perfectamente.

—No es nada especialmente terrible —dijo, sacando del bolsillo un cilindro en forma de cigarro—. Es un cohete de humo corriente de los que usan los fontaneros, con una tapa en cada extremo para que se encienda solo. Su tarea se reduce a eso. Cuando empiece a gritar ¡fuego!, mucha gente lo repetirá. Entonces, usted se dirigirá al extremo de la calle, donde yo me reuniré con usted al cabo de diez minutos. Espero haberme explicado bien.

—Tengo que mantenerme al margen, acercarme a la ventana, fijarme en usted, aguardar la señal y arrojar este objeto, gritar «¡Fuego!», y esperarle en la esquina

de la calle.

—Exactamente.

—Entonces, puede usted confiar plenamente en mí.

—Excelente. Creo que ya va siendo hora de que me prepare para el nuevo papel que he de representar.

Desapareció en su dormitorio, para regresar a los cinco minutos con la apariencia de un afable y sencillo sacerdote disidente. Su sombrero negro de ala ancha, sus pantalones con rodilleras, su chalina blanca, su sonrisa simpática y su aire general de curiosidad inquisitiva y benévola, no podrían haber sido igualados más que por el mismísimo John Hare. Holmes no se limitaba a cambiarse de ropa; su expresión, su forma de actuar, su misma alma, parecían cambiar con cada nuevo papel que asumía. El teatro perdió un magnífico actor y la ciencia un agudo pensador cuando Holmes decidió especializarse en el delito.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de Baker Street, y todavía faltaban diez minutos para las siete cuando llegamos a Serpentine Avenue. Ya oscurecía, y las farolas se iban encendiendo mientras nosotros andábamos calle arriba y calle abajo frente a la villa Briony, aguardando la llegada de su inquilina. La casa era tal como yo la había imaginado por la sucinta descripción de Sherlock Holmes, pero el vecindario parecía menos solitario de lo que había esperado. Por el contrario, para tratarse de una calle pequeña en un barrio tranquilo, se encontraba de lo más animada. Había un grupo de hombres mal vestidos fumando y riendo en una esquina, un afilador con su rueda, dos guardias reales galanteando a una niñera, y varios jóvenes bien vestidos que paseaban de un lado a otro con cigarros en la boca.

—¿Sabe? —comentó Holmes mientras deambulábamos frente a la casa—. Este matrimonio simplifica bastante las cosas. Ahora la fotografía se ha convertido en un arma de doble filo. Lo más probable es que ella tenga tan pocas ganas de que la vea el señor Godfrey Norton, como nuestro cliente de que llegue a ojos de su princesa. Ahora la cuestión es: ¿dónde vamos a encontrar la fotografía?

—Eso. ¿Dónde?

—Es muy improbable que ella la lleve encima. El formato es demasiado grande como para que se pueda ocultar bien en un vestido de mujer. Sabe que el rey es

capaz de hacer que la asalten y registren. Ya se ha intentado algo parecido dos veces. Debemos suponer, pues, que no la lleva encima.

—Entonces, ¿dónde?

—Su banquero o su abogado. Existe esa doble posibilidad. Pero me inclino a pensar que ninguno de los dos la tiene. Las mujeres son por naturaleza muy dadas a los secretos, y les gusta encargarse de sus propias intrigas. ¿Por qué habría de ponerla en manos de otra persona? Puede fiarse de sí misma, pero no sabe qué presiones indirectas o políticas pueden ejercerse sobre un hombre de negocios. Además, recuerde que tiene pensado utilizarla dentro de unos días. Tiene que tenerla al alcance de la mano. Tiene que estar en la casa.

—Pero la han registrado dos veces.

—¡Bah! No sabían buscar.

—¿Y cómo buscará usted?

—Yo no buscaré.

—¿Entonces...?

—Haré que ella me lo indique.

—Pero se negará.

—No podrá hacerlo. Pero oigo un ruido de ruedas. Es su coche. Ahora, cumpla

mis órdenes al pie de la letra.

Mientras hablaba, el fulgor de las luces laterales de un coche asomó por la curva de la avenida. Era un pequeño y elegante landó que avanzó traqueteando hasta la puerta de la villa Briony. En cuanto se detuvo, uno de los desocupados de la esquina se lanzó como un rayo a abrir la puerta, con la esperanza de ganarse un penique, pero fue desplazado de un codazo por otro desocupado que se había precipitado con la misma intención. Se entabló una feroz disputa, a la que se unieron los dos guardias reales, que se pusieron departe de uno de los desocupados, y el afilador, que defendía con igual vehemencia al bando contrario. Alguien recibió un golpe y, en un instante, la dama, que se había

apeado del carruaje, se encontró en el centro de un pequeño grupo de acalorados combatientes, que se golpeaban ferozmente con puños y bastones. Holmes se abalanzó entre ellos para proteger a la dama pero, justo cuando llegaba a su lado, soltó un grito y cayó al suelo, con la sangre corriéndole abundantemente por el rostro. Al verlo caer, los guardias salieron corriendo en una dirección y los desocupados en otra, mientras unas cuantas personas bien vestidas, que habían presenciado la reyerta sin tomar parte en ella, se agolpaban para ayudar a la señora y atender al herido. Irene Adler, como pienso seguir llamándola, había subido a toda prisa los escalones; pero en lo alto se detuvo, con su espléndida figura recortada contra las luces de la sala, volviéndose a mirar hacia la calle.

—¿Está malherido ese pobre caballero? —preguntó.

—Está muerto —exclamaron varias voces.

—No, no, todavía le queda algo de vida —gritó otra—. Pero habrá muerto antes de poder llevarlo al hospital.

—Es un valiente —dijo una mujer—. De no ser por él le habrían quitado el bolso y el reloj a esta señora. Son una banda, y de las peores. ¡Ah, ahora respira!

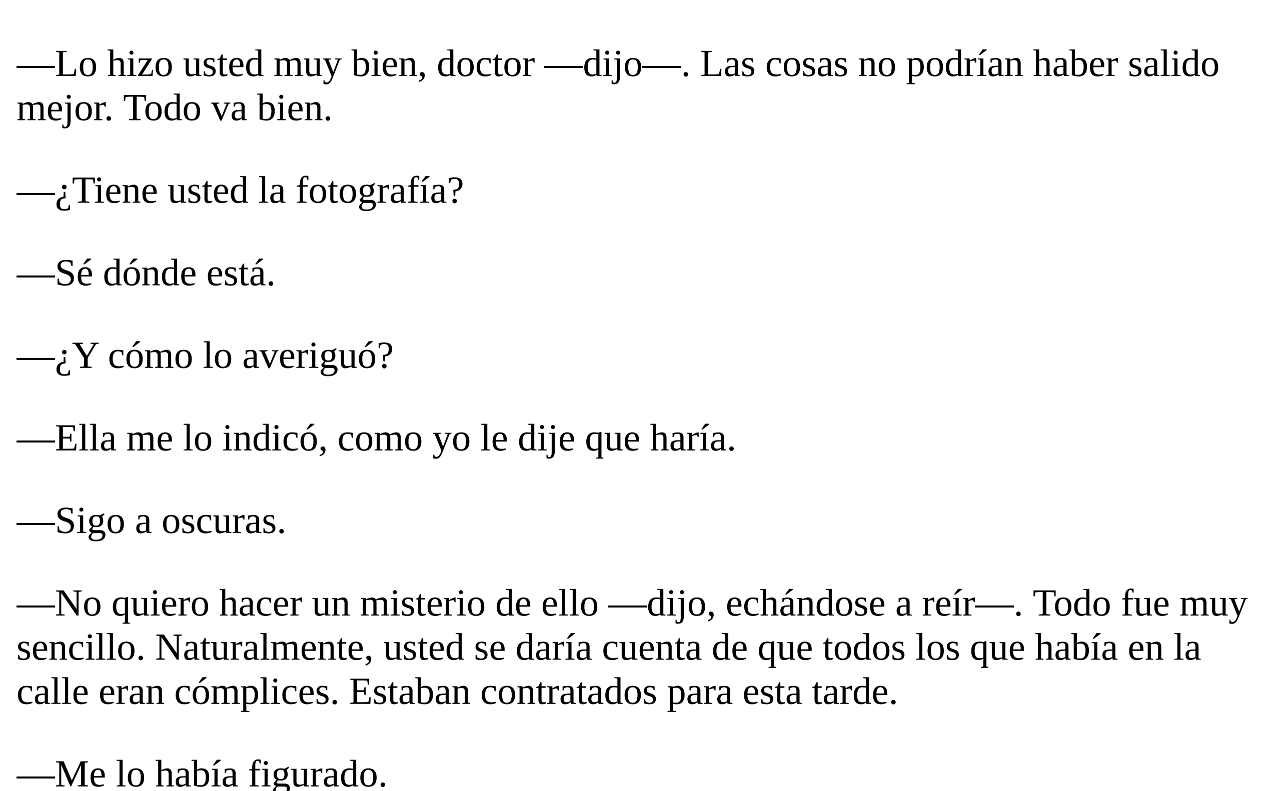
—No puede quedarse tirado en la calle. ¿Podemos meterlo en la casa, señora?

—Claro. Tráiganlo a la sala de estar. Hay un sofá muy cómodo. Por aquí, por favor.

Lenta y solemnemente fue introducido en la residencia Briony y acostado en el salón principal, mientras yo seguía observando el curso de los acontecimientos desde mi puesto junto a la ventana. Habían encendido las lámparas, pero sin correr las cortinas, de manera que podía ver a Holmes tendido en el sofá. Ignoro si en aquel momento él sentía algún tipo de remordimiento por el papel que estaba representando, pero sí sé que yo nunca me sentí tan avergonzado de mí mismo como entonces, al ver a la hermosa criatura contra la que estaba conspirando, y la gracia y amabilidad con que atendía al herido. Y sin embargo, abandonar en aquel punto la tarea que Holmes me había confiado habría sido una traición de lo más abyecto. Así pues, hice de tripas corazón y saqué el cohete de humo de debajo de mi impermeable. Al fin y al cabo, pensé, no vamos a hacerle ningún daño. Sólo vamos a impedirle que haga daño a otro.

Holmes se había sentado en el diván, y le vi moverse como si le faltara aire. Una

doncella se apresuró a abrir la ventana. En aquel preciso instante le vi levantar la mano y, obedeciendo su señal, arrojé el cohete dentro de la habitación mientras gritaba: «¡Fuego!». Apenas había salido la palabra de mis labios cuando toda la multitud de espectadores, bien y mal vestidos —caballeros, mozos de cuadra y criadas—, se unió en un clamor general de «¡Fuego!». Espesas nubes de humo se extendieron por la habitación y salieron por la ventana abierta. Pude entrever figuras que corrían, y un momento después oí la voz de Holmes dentro de la casa, asegurando que se trataba de una falsa alarma. Deslizándome entre la vociferante multitud, llegué hasta la esquina de la calle y a los diez minutos tuve la alegría de sentir el brazo de mi amigo sobre el mío y de alejarme de la escena del tumulto. Holmes caminó de prisa y en silencio durante unos pocos minutos, hasta que nos metimos por una de las calles tranquilas que llevan hacia Edgware Road.



—Lo hizo usted muy bien, doctor —dijo—. Las cosas no podrían haber salido mejor. Todo va bien.

—¿Tiene usted la fotografía?

—Sé dónde está.

—¿Y cómo lo averiguó?

—Ella me lo indicó, como yo le dije que haría.

—Sigo a oscuras.

—No quiero hacer un misterio de ello —dijo, echándose a reír—. Todo fue muy sencillo. Naturalmente, usted se daría cuenta de que todos los que había en la calle eran cómplices. Estaban contratados para esta tarde.

—Me lo había figurado.

—Cuando empezó la pelea, yo tenía un poco de pintura roja, fresca, en la palma de la mano. Eché a correr, caí, me llevé las manos a la cara y me convertí en un espectáculo patético. Un viejo truco.

—Eso también pude figurármelo.

—Entonces me llevaron adentro. Ella tenía que dejarme entrar. ¿Cómo habría

podido negarse? Y a la sala de estar, que era la habitación de la que yo sospechaba. Tenía que ser ésa o el dormitorio, y yo estaba decidido a averiguar cuál. Me tendieron en el sofá, hice como que me faltaba el aire, se vieron obligados a abrir la ventana y usted tuvo su oportunidad.

—¿Y de qué le sirvió eso?

—Era importantísimo. Cuando una mujer cree que se incendia su casa, su instinto le hace correr inmediatamente hacia lo que tiene en más estima. Se trata de un impulso completamente insuperable, y más de una vez le he sacado partido. En el caso del escándalo de la suplantación de Darlington me resultó muy útil, y también en el asunto del castillo de Arnsworth. Una madre corre en busca de su bebé, una mujer soltera echa mano a su joyero. Ahora bien, yo tenía muy claro que para la dama que nos ocupa no existía en la casa nada tan valioso como lo que nosotros andamos buscando, y que correría a ponerlo a salvo. La alarma de fuego salió de maravilla. El humo y los gritos eran como para trastornar unos nervios de acero. Ella respondió a la perfección. La fotografía está en un hueco detrás de un panel corredizo, encima mismo del cordón de la campanilla de la derecha. Se plantó allí en un segundo, y vi de reojo que empezaba a sacarla. Al gritar yo que se trataba de una falsa alarma, la volvió a meter, miró el cohete, salió corriendo de la habitación y no la volví a ver. Me levanté, presenté mis excusas y salí de la casa. Pensé en intentar apoderarme de la fotografía en aquel mismo momento; pero el cochero había entrado y me observaba de cerca, así que me pareció más seguro esperar. Un exceso de precipitación podría echarlo todo a perder.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Nuestra búsqueda prácticamente ha concluido. Mañana iré a visitarla con el rey, y con usted, si es que quiere acompañarnos. Nos harán pasar a la sala de estar a esperar a la señora, pero es probable que cuando llegue no nos encuentre ni a nosotros ni la fotografía. Será una satisfacción para su majestad recuperarla con sus propias manos.

—¿Y cuándo piensa ir?

—A las ocho de la mañana. Aún no se habrá levantado, de manera que tendremos el campo libre. Además, tenemos que darnos prisa, porque este matrimonio puede significar un cambio completo en su vida y costumbres.

Tengo que telegrafiar al rey sin perder tiempo.

Habíamos llegado a Baker Street y nos detuvimos en la puerta. Holmes estaba buscando la llave en sus bolsillos cuando alguien que pasaba dijo:

—Buenas noches, señor Holmes.

Había en aquel momento varias personas en la acera, pero el saludo parecía proceder de un joven delgado con impermeable que había pasado de prisa a nuestro lado.

—Esa voz la he oído antes —dijo Holmes, mirando fijamente la calle mal iluminada—. Me pregunto quién demonios podrá ser.

Aquella noche dormí en Baker Street, y estábamos dando cuenta de nuestro café con tostadas cuando el rey de Bohemia se precipitó en la habitación.

—¿Es verdad que la tiene? —exclamó, agarrando a Sherlock Holmes por los hombros y mirándolo ansiosamente a los ojos.

—Aún no.

—Pero ¿tiene esperanzas?

—Tengo esperanzas.

—Entonces, vamos. No puedo contener mi impaciencia.

—Tenemos que conseguir un coche.

—No, mi carruaje está esperando.

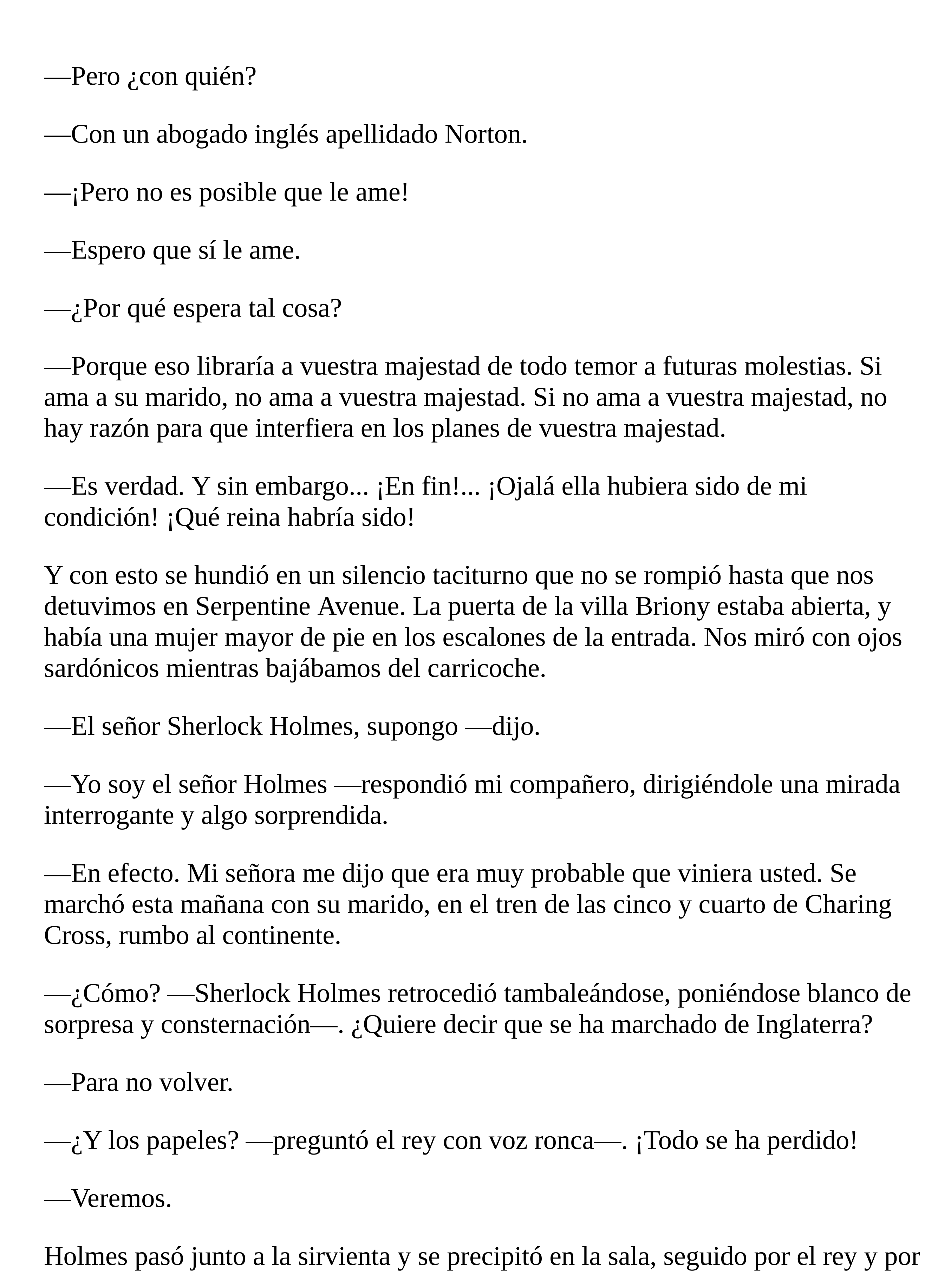
—Bien, eso simplifica las cosas.

Bajamos y nos pusimos otra vez en marcha hacia la villa Briony.

—Irene Adler se ha casado —comentó Holmes.

—¿Se ha casado? ¿Cuándo?

—Ayer.



—Pero ¿con quién?

—Con un abogado inglés apellidado Norton.

—¡Pero no es posible que le ame!

—Espero que sí le ame.

—¿Por qué espera tal cosa?

—Porque eso libraría a vuestra majestad de todo temor a futuras molestias. Si ama a su marido, no ama a vuestra majestad. Si no ama a vuestra majestad, no hay razón para que interfiera en los planes de vuestra majestad.

—Es verdad. Y sin embargo... ¡En fin!... ¡Ojalá ella hubiera sido de mi condición! ¡Qué reina habría sido!

Y con esto se hundió en un silencio taciturno que no se rompió hasta que nos detuvimos en Serpentine Avenue. La puerta de la villa Briony estaba abierta, y había una mujer mayor de pie en los escalones de la entrada. Nos miró con ojos sardónicos mientras bajábamos del carricoche.

—El señor Sherlock Holmes, supongo —dijo.

—Yo soy el señor Holmes —respondió mi compañero, dirigiéndole una mirada interrogante y algo sorprendida.

—En efecto. Mi señora me dijo que era muy probable que viniera usted. Se marchó esta mañana con su marido, en el tren de las cinco y cuarto de Charing Cross, rumbo al continente.

—¿Cómo? —Sherlock Holmes retrocedió tambaleándose, poniéndose blanco de sorpresa y consternación—. ¿Quiere decir que se ha marchado de Inglaterra?

—Para no volver.

—¿Y los papeles? —preguntó el rey con voz ronca—. ¡Todo se ha perdido!

—Veremos.

Holmes pasó junto a la sirvienta y se precipitó en la sala, seguido por el rey y por

mí. El mobiliario estaba esparcido en todas direcciones, con estanterías desmontadas y cajones abiertos, como si la señora los hubiera vaciado a toda prisa antes de escapar. Holmes corrió hacia el cordón de la campanilla, arrancó una tablilla corrediza y, metiendo la mano, sacó una fotografía y una carta. La fotografía era de la propia Irene Adler en traje de noche; la carta estaba dirigida a «Sherlock Holmes, Esq. Para dejar hasta que la recojan». Mi amigo la abrió y los tres la leímos juntos. Estaba fechada la medianoche anterior, y decía lo siguiente:

«Mi querido señor Sherlock Holmes: La verdad es que lo hizo usted muy bien. Me tomó completamente por sorpresa. Hasta después de la alarma de fuego, no sentí la menor sospecha. Pero después, cuando comprendí que me había traicionado a mí misma, me puse a pensar. Hace meses que me habían advertido contra usted. Me dijeron que si el rey contrataba a un agente, ése sería sin duda usted. Hasta me habían dado su dirección. Y a pesar de todo, usted me hizo revelarle lo que quería saber. Aun después de entrar en sospechas, se me hacía difícil pensar mal de un viejo clérigo tan simpático y amable. Pero, como sabe, también yo tengo experiencia como actriz. Las ropas de hombre no son nada nuevo para mí. Con frecuencia me aprovecho de la libertad que ofrecen. Ordené a John, el cochero, que le vigilara, corrí al piso de arriba, me puse mi ropa de paseo, como yo la llamo, y bajé justo cuando usted salía.

Bien; le seguí hasta su puerta y así me aseguré de que, en efecto, yo era objeto de interés para el célebre Sherlock Holmes. Entonces, un tanto imprudentemente, le deseé buenas noches y me dirigí al Temple para ver a mi marido.

Los dos estuvimos de acuerdo en que, cuando te persigue un antagonista tan formidable, el mejor recurso es la huida. Así pues, cuando llegue usted mañana se encontrará el nido vacío. En cuanto a la fotografía, su cliente puede quedar tranquilo. Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El rey puede hacer lo que quiera, sin encontrar obstáculos por parte de alguien a quien él ha tratado injusta y cruelmente. La conservo sólo para protegerme y para disponer de un arma que me mantendrá a salvo de cualquier medida que él pueda adoptar en el

futuro. Dejo una fotografía que tal vez le interese poseer. Y quedo, querido señor Sherlock Holmes, suya afectísima.

Irene NORTON, née ADLER.»

—¡Qué mujer! ¡Pero qué mujer! —exclamó el rey de Bohemia cuando los tres hubimos leído la epístola—. ¿No le dije lo despierta y decidida que era? ¿Acaso no habría sido una reina admirable? ¿No es una pena que no sea de mi clase?

—Por lo que he visto de la dama, parece, verdaderamente, pertenecer a una clase muy diferente a la de vuestra majestad —dijo Holmes fríamente—. Lamento no haber sido capaz de llevar el asunto de vuestra majestad a una conclusión más feliz.

—¡Al contrario, querido señor! —exclamó el rey—. No podría haber terminado mejor. Me consta que su palabra es inviolable. La fotografía es ahora tan inofensiva como si la hubiesen quemado.

—Me alegra que vuestra majestad diga eso.

—He contraído con usted una deuda inmensa. Dígame, por favor, de qué manera puedo recompensarle. Este anillo... —se sacó del dedo un anillo de esmeraldas en forma de serpiente y se lo extendió en la palma de la mano.

—Vuestra majestad posee algo que para mí tiene mucho más valor —dijo Holmes.

—No tiene más que decirlo.

—Esta fotografía.

El rey se le quedó mirando, asombrado.

—¡La fotografía de Irene! —exclamó—. Desde luego, si es lo que desea.

—Gracias, majestad. Entonces, no hay más que hacer en este asunto. Tengo el

honor de desearos un buen día.

Hizo una inclinación, se dio la vuelta sin prestar atención a la mano que el rey le tendía, y se marchó conmigo a sus aposentos.

Y así fue como se evitó un gran escándalo que pudo haber afectado al reino de Bohemia, y cómo los planes más perfectos de Sherlock Holmes se vieron derrotados por el ingenio de una mujer. Él solía hacer bromas acerca de la inteligencia de las mujeres, pero últimamente no le he oído hacerlo. Y cuando habla de Irene Adler o menciona su fotografía, es siempre con el honroso título de la mujer.

2. La Liga de los Pelirrojos

Un día de otoño del año pasado, me acerqué a visitar a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, y lo encontré enfrascado en una conversación con un caballero de edad madura, muy corpulento, de rostro encarnado y cabellos rojos como el fuego. Pidiendo disculpas por mi intromisión, me disponía a retirarme cuando Holmes me hizo entrar bruscamente de un tirón y cerró la puerta a mis espaldas.

—No podría haber llegado en mejor momento, querido Watson —dijo cordialmente.

—Temí que estuviera usted ocupado.

—Lo estoy, y mucho.

—Entonces, puedo esperar en la habitación de al lado.

—Nada de eso. Señor Wilson, este caballero ha sido mi compañero y colaborador en muchos de mis casos más afortunados, y no me cabe duda de que también me será de la mayor ayuda en el suyo.

El corpulento caballero se medio levantó de su asiento y emitió un gruñido de salutación, acompañado de una rápida mirada interrogadora de sus ojillos rodeados de grasa.

—Siéntese en el canapé —dijo Holmes, dejándose caer de nuevo en su butaca y juntando las puntas de los dedos, como solía hacer siempre que se sentía reflexivo—. Me consta, querido Watson, que comparte usted mi afición a todo lo que sea raro y se salga de los convencionalismos y la monótona rutina de la vida cotidiana. Ha dado usted muestras de sus gustos con el entusiasmo que le ha impelido a narrar y, si me permite decirlo, embellecer en cierto modo tantas de mis pequeñas aventuras.

—La verdad es que sus casos me han parecido de lo más interesante —respondí.

—Recordará usted que el otro día, justo antes de que nos metiéramos en el sencillísimo problema planteado por la señorita Mary Sutherland, le comenté que si queremos efectos extraños y combinaciones extraordinarias, debemos buscarlos en la vida misma, que siempre llega mucho más lejos que cualquier esfuerzo de la imaginación.

—Un argumento que yo me tomé la libertad de poner en duda.

—Así fue, doctor, pero aun así tendrá usted que aceptar mi punto de vista, pues de lo contrario empezaré a amontonar sobre usted datos y más datos, hasta que sus argumentos se hundan bajo el peso y se vea obligado a darme la razón. Pues bien, el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de venir a visitarme esta mañana, y ha empezado a contarme una historia que promete ser una de las más curiosas que he escuchado en mucho tiempo. Ya me ha oído usted comentar que las cosas más extrañas e insólitas no suelen presentarse relacionadas con los crímenes importantes, sino con delitos pequeños e incluso con casos en los que podría dudarse de que se haya cometido delito alguno. Por lo que he oído hasta ahora, me resulta imposible saber si en este caso hay delito o no, pero desde luego el desarrollo de los hechos es uno de los más extraños que he oído en la vida. Quizá, señor Wilson, tenga usted la bondad de empezar de nuevo su relato. No se lo pido sólo porque mi amigo el doctor Watson no ha oído el principio, sino también porque el carácter insólito de la historia me tiene ansioso por escuchar de sus labios hasta el último detalle. Como regla general, en cuanto percibo la más ligera indicación del curso de los acontecimientos, suelo ser capaz de guiarme por los miles de casos semejantes que acuden a mi memoria. En el caso presente, me veo en la obligación de reconocer que los hechos son, hasta donde alcanza mi conocimiento, algo nunca visto.

El corpulento cliente hinchó el pecho con algo parecido a un ligero orgullo, y sacó del bolsillo interior de su gabán un periódico sucio y arrugado. Mientras recorría con la vista la columna de anuncios, con la cabeza inclinada hacia adelante, yo le eché un buen vistazo, esforzándome por interpretar, como hacía mi compañero, cualquier indicio que ofrecieran sus ropas o su aspecto. Sin embargo, mi inspección no me dijo gran cosa. Nuestro visitante tenía todas las trazas del típico comerciante británico: obeso, pomposo y algo torpe. Llevaba pantalones grises a cuadros con enormes rodilleras, una levita negra y no demasiado limpia, desabrochada por delante, y un chaleco gris-amarillento con una gruesa cadena de latón y una pieza de metal con un agujero cuadrado que colgaba a modo de adorno. Junto a él, en una silla, había un raído sombrero de

copa y un abrigo marrón descolorido con cuello de terciopelo bastante arrugado. En conjunto, y por mucho que lo mirase, no había nada notable en aquel hombre, con excepción de su cabellera pelirroja y de la expresión de inmenso pesar y disgusto que se leía en sus facciones.

Mis esfuerzos no pasaron desapercibidos para los atentos ojos de Sherlock Holmes, que movió la cabeza, sonriendo, al adivinar mis inquisitivas miradas.

—Aparte de los hechos evidentes de que en alguna época ha realizado trabajos manuales, que toma rapé, que es masón, que ha estado en China y que últimamente ha escrito muchísimo, soy incapaz de deducir nada más —dijo.

El señor Jabez Wilson dio un salto en su silla, manteniendo el dedo índice sobre el periódico, pero con los ojos clavados en mi compañero.

—¡En nombre de todo lo santo! ¿Cómo sabe usted todo eso, señor Holmes? —preguntó—. ¿Cómo ha sabido, por ejemplo, que he trabajado con las manos? Es tan cierto como el Evangelio que empecé siendo carpintero de barcos.

—Sus manos, señor mío. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Ha trabajado usted con ella y los músculos se han desarrollado más.

—Está bien, pero ¿y lo del rapé y la masonería?

—No pienso ofender su inteligencia explicándole cómo he sabido eso, especialmente teniendo en cuenta que, contraviniendo las estrictas normas de su orden, lleva usted un alfiler de corbata con un arco y un compás.

—¡Ah, claro! Lo había olvidado. ¿Y lo de escribir?

—¿Qué otra cosa podría significar el que el puño de su manga derecha se vea tan lustroso en una anchura de cinco pulgadas, mientras que el de la izquierda está rozado cerca del codo, por donde se apoya en la mesa?

—Bien. ¿Y lo de China?

—El pez que lleva usted tatuado justo encima de la muñeca derecha sólo se ha podido hacer en China. Tengo realizado un pequeño estudio sobre los tatuajes e incluso he contribuido a la literatura sobre el tema. Ese truco de teñir las escamas con una delicada tonalidad rosa es completamente exclusivo de los

chinos. Y si, además, veo una moneda china colgando de la cadena de su reloj, la cuestión resulta todavía más sencilla.

El señor Jabez Wilson se echó a reír sonoramente.

—¡Quién lo iba a decir! —exclamó—. Al principio me pareció que había hecho usted algo muy inteligente, pero ahora me doy cuenta de que, después de todo, no tiene ningún mérito.

—Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que cometo un error al dar explicaciones. Omne ignotum pro magnifico, como usted sabe, y mi pobre reputación, en lo poco que vale, se vendrá abajo si sigo siendo tan ingenuo. ¿Encuentra usted el anuncio, señor Wilson?

—Sí, ya lo tengo —respondió Wilson, con su dedo grueso y colorado plantado a mitad de la columna—. Aquí está. Todo empezó por aquí. Léalo usted mismo, señor.

Tomé el periódico de sus manos y leí lo siguiente:

«A LA LIGA DE LOS PELIRROJOS. Con cargo al legado del difunto Ezekiah Hopkins, de Lebanon, Pennsylvania, EE.UU., se ha producido otra vacante que da derecho a un miembro de la Liga a percibir un salario de cuatro libras a la semana por servicios puramente nominales. Pueden optar al puesto todos los varones pelirrojos, sanos de cuerpo y de mente, y mayores de veintiún años. Presentarse en persona el lunes a las once a Duncan Ross, en las oficinas de la Liga, 7 Pope's Court, Fleet Street.»

—¿Qué diablos significa esto? —exclamé después de haber leído dos veces el extravagante anuncio.

Holmes se rió por lo bajo y se removió en su asiento, como solía hacer cuando estaba de buen humor.

—Se sale un poco del camino trillado, ¿no es verdad? —dijo—. Y ahora, señor Wilson, empiece por el principio y cuéntenoslo todo acerca de usted, su familia y el efecto que este anuncio tuvo sobre su vida. Pero primero, doctor, tome nota del periódico y la fecha.

—Es el Morning Chronicle del 27 de abril de 1890. De hace exactamente dos

meses.

—Muy bien. Vamos, señor Wilson.

—Bueno, como ya le he dicho, señor Holmes —dijo Jabez Wilson secándose la frente— —, poseo una pequeña casa de préstamos en Coburg Square, cerca de la City. No es un negocio importante, y en los últimos años me daba lo justo para vivir. Antes podía permitirme tener dos empleados, pero ahora sólo tengo uno; y tendría dificultades para pagarle si no fuera porque está dispuesto a trabajar por media paga, mientras aprende el oficio.

—¿Cómo se llama ese joven de tan buen conformar? —preguntó Sherlock Holmes.

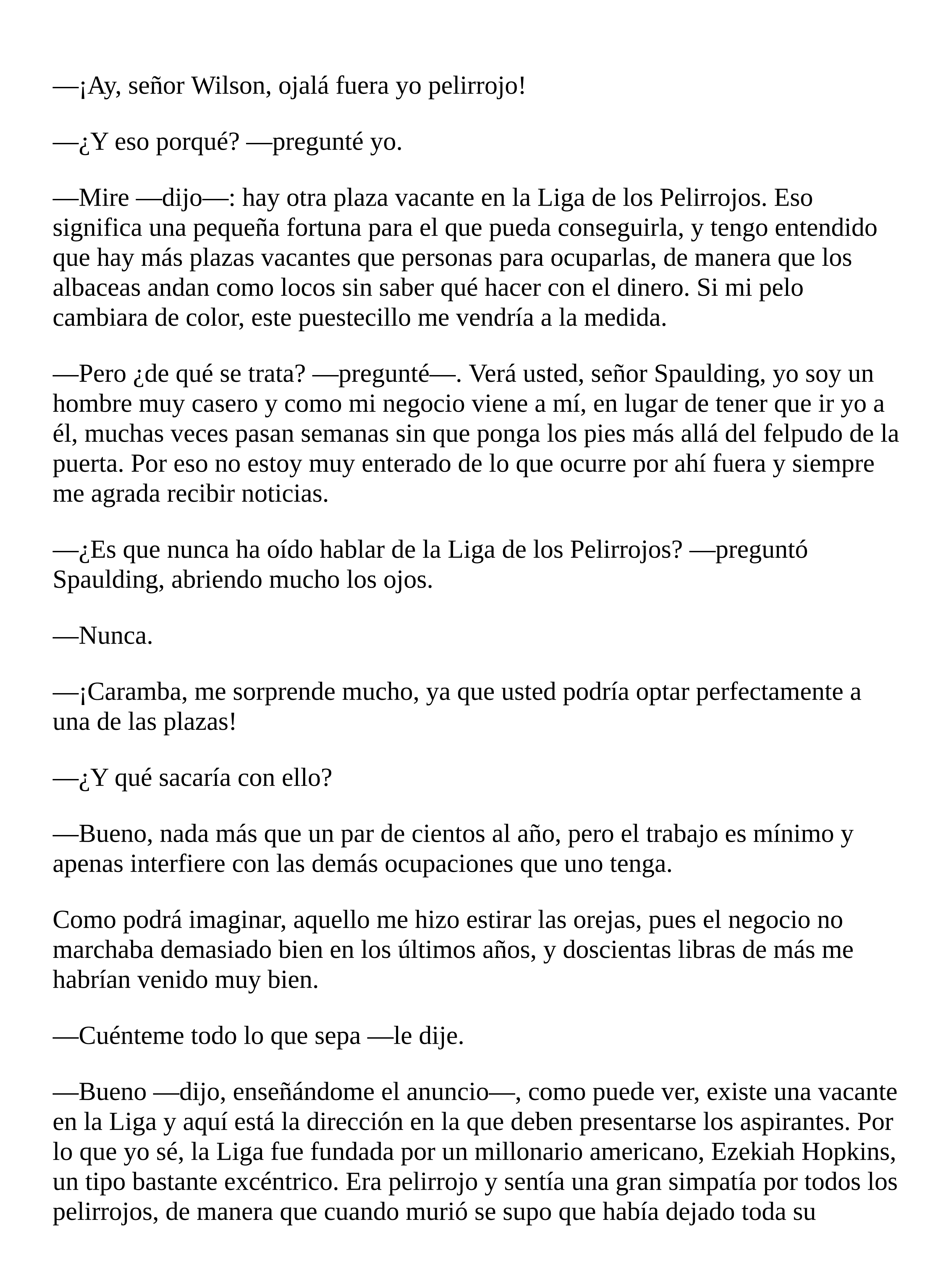
—Se llama Vincent Spaulding, y no es tan joven. Resulta difícil calcular su edad. No podría haber encontrado un ayudante más eficaz, señor Holmes, y estoy convencido de que podría mejorar de posición y ganar el doble de lo que yo puedo pagarle. Pero, al fin y al cabo, si él está satisfecho, ¿por qué habría yo de meterle ideas en la cabeza?

—Desde luego, ¿por qué iba a hacerlo? Creo que ha tenido usted mucha suerte al encontrar un empleado más barato que los precios del mercado. No todos los patrones pueden decir lo mismo en estos tiempos. No sé qué es más extraordinario, si su ayudante o su anuncio.

—Bueno, también tiene sus defectos —dijo el señor Wilson—. Jamás he visto a nadie tan aficionado a la fotografía. Siempre está sacando instantáneas cuando debería estar cultivando la mente, y luego zambulléndose en el sótano como un conejo en su madriguera para revelar las fotos. Ese es su principal defecto; pero en conjunto es un buen trabajador. Y no tiene vicios.

—Todavía sigue con usted, supongo.

—Sí, señor. Él y una chica de catorce años, que cocina un poco y se encarga de la limpieza. Eso es todo lo que tengo en casa, ya que soy viudo y no tengo más familia. Los tres llevamos una vida muy tranquila, sí señor, y nos dábamos por satisfechos con tener un techo bajo el que cobijarnos y pagar nuestras deudas. Fue el anuncio lo que nos sacó de nuestras casillas. Hace justo ocho semanas, Spaulding bajó a la oficina con este mismo periódico en la mano diciendo:



—¡Ay, señor Wilson, ojalá fuera yo pelirrojo!

—¿Y eso porqué? —pregunté yo.

—Mire —dijo—: hay otra plaza vacante en la Liga de los Pelirrojos. Eso significa una pequeña fortuna para el que pueda conseguirla, y tengo entendido que hay más plazas vacantes que personas para ocuparlas, de manera que los albaceas andan como locos sin saber qué hacer con el dinero. Si mi pelo cambiara de color, este puestecillo me vendría a la medida.

—Pero ¿de qué se trata? —pregunté—. Verá usted, señor Spaulding, yo soy un hombre muy casero y como mi negocio viene a mí, en lugar de tener que ir yo a él, muchas veces pasan semanas sin que ponga los pies más allá del felpudo de la puerta. Por eso no estoy muy enterado de lo que ocurre por ahí fuera y siempre me agrada recibir noticias.

—¿Es que nunca ha oído hablar de la Liga de los Pelirrojos? —preguntó Spaulding, abriendo mucho los ojos.

—Nunca.

—¡Caramba, me sorprende mucho, ya que usted podría optar perfectamente a una de las plazas!

—¿Y qué sacaría con ello?

—Bueno, nada más que un par de cientos al año, pero el trabajo es mínimo y apenas interfiere con las demás ocupaciones que uno tenga.

Como podrá imaginar, aquello me hizo estirar las orejas, pues el negocio no marchaba demasiado bien en los últimos años, y doscientas libras de más me habrían venido muy bien.

—Cuénteme todo lo que sepa —le dije.

—Bueno —dijo, enseñándome el anuncio—, como puede ver, existe una vacante en la Liga y aquí está la dirección en la que deben presentarse los aspirantes. Por lo que yo sé, la Liga fue fundada por un millonario americano, Ezekiah Hopkins, un tipo bastante excéntrico. Era pelirrojo y sentía una gran simpatía por todos los pelirrojos, de manera que cuando murió se supo que había dejado toda su

enorme fortuna en manos de unos albaceas, con instrucciones de que invirtieran los intereses en proporcionar empleos cómodos a personas con dicho color de pelo. Según he oído, la paga es espléndida y apenas hay que hacer nada.

—Pero tiene que haber millones de pelirrojos que soliciten un puesto de esos —dije yo.

—Menos de los que usted cree —respondió—. Verá, la oferta está limitada a los londinenses mayores de edad. Este americano procedía de Londres, de donde salió siendo joven, y quiso hacer algo por su vieja ciudad. Además, he oído que es inútil presentarse si uno tiene el pelo rojo claro o rojo oscuro, o de cualquier otro tono que no sea rojo intenso y brillante como el fuego. Pero si usted se presentara, señor Wilson, le aceptarían de inmediato. Aunque quizá no valga la pena que se tome esa molestia sólo por unos pocos cientos de libras.

Ahora bien, es un hecho, como pueden ver por sí mismos, que mi cabello es de un tono rojo muy intenso, de manera que me pareció que, por mucha competencia que hubiera, yo tenía tantas posibilidades como el que más. Vincent Spaulding parecía estar tan informado del asunto que pensé que podría serme útil, de modo que le dije que echara el cierre por lo que quedaba de jornada y me acompañara. Se alegró mucho de poder hacer fiesta, así que cerramos el negocio y partimos hacia la dirección que indicaba el anuncio.

No creo que vuelva a ver en mi vida un espectáculo semejante, señor Holmes. Del norte, del sur, del este y del oeste, todos los hombres cuyo cabello presentara alguna tonalidad rojiza se habían plantado en la City en respuesta al anuncio. Fleet Street se encontraba abarrotada de pelirrojos, y Pope's Court parecía el carro de un vendedor de naranjas. Jamás pensé que hubiera en el país tantos pelirrojos como los que habían acudido atraídos por aquel solo anuncio. Los había de todos los matices: rojo pajizo, limón, naranja, ladrillo, de perro setter, rojo hígado, rojo arcilla... pero, como había dicho Spaulding, no había muchos que presentaran la auténtica tonalidad rojo-fuego. Cuando vi que eran tantos, me desanimé y estuve a punto de echarme atrás; pero Spaulding no lo consintió. No me explico cómo se las arregló, pero a base de empujar, tirar y embestir, consiguió hacerme atravesar la multitud y llegar hasta la escalera que llevaba a la oficina. En la escalera había una doble hilera de personas: unas que subían esperanzadas y otras que bajaban rechazadas; pero también allí nos abrimos paso como pudimos y pronto nos encontramos en la oficina.

—Una experiencia de lo más divertido —comentó Holmes, mientras su cliente hacía una pausa y se refrescaba la memoria con una buena dosis de rapé—. Le ruego que continúe con la interesantísima exposición.

—En la oficina no había nada más que un par de sillas de madera y una mesita, detrás de la cual se sentaba un hombre menudo, con una cabellera aún más roja que la mía. Cambiaba un par de palabras con cada candidato que se presentaba y luego siempre les encontraba algún defecto que los descalificaba. Por lo visto, conseguir la plaza no era tan sencillo como parecía. Sin embargo, cuando nos llegó el turno, el hombrecillo se mostró más inclinado por mí que por ningún otro, y cerró la puerta en cuanto entramos, para poder hablar con nosotros en privado.

—Éste es el señor Jabez Wilson —dijo mi empleado—, y aspira a ocupar la plaza vacante en la Liga.

—Y parece admirablemente dotado para ello —respondió el otro—. Cumple todos los requisitos. No recuerdo haber visto nada tan perfecto.

Retrocedió un paso, torció la cabeza hacia un lado y me miró el pelo hasta hacerme ruborizar. De pronto, se abalanzó hacia mí, me estrechó la mano y me felicitó calurosamente por mi éxito.

—Sería una injusticia dudar de usted —dijo—, pero estoy seguro de que me perdonará usted por tomar una precaución obvia —y diciendo esto, me agarró del pelo con las dos manos y tiró hasta hacerme chillar de dolor—. Veo lágrimas en sus ojos —dijo al soltarme—, lo cual indica que todo está como es debido. Tenemos que ser muy cuidadosos, porque ya nos han engañado dos veces con pelucas y una con tinte. Podría contarle historias sobre tintes para zapatos que le harían sentirse asqueado de la condición humana —se acercó a la ventana y gritó por ella, con toda la fuerza de sus pulmones, que la plaza estaba cubierta. Desde abajo nos llegó un gemido de desilusión, y la multitud se desbandó en distintas direcciones hasta que no quedó una cabeza pelirroja a la vista, exceptuando la mía y la del gerente.

—Me llamo Duncan Ross —dijo éste—, y soy uno de los pensionistas del fondo legado por nuestro noble benefactor. ¿Está usted casado, señor Wilson? ¿Tiene usted familia?

Le respondí que no. Al instante se le demudó el rostro.

—¡Válgame Dios! —exclamó muy serio—. Esto es muy grave, de verdad. Lamento oírle decir eso. El legado, naturalmente, tiene como objetivo la propagación y expansión de los pelirrojos, y no sólo su mantenimiento. Es un terrible inconveniente que sea usted soltero.

Al oír aquello, puse una cara muy larga, señor Holmes, pensando que después de todo no iba a conseguir la plaza; pero después de pensárselo unos minutos, el gerente dijo que no importaba.

—De tratarse de otro —dijo—, la objeción habría podido ser fatal, pero creo que debemos ser un poco flexibles a favor de un hombre con un pelo como el suyo.

¿Cuándo podrá hacerse cargo de sus nuevas obligaciones?

—Bueno, hay un pequeño problema, ya que tengo un negocio propio —dije.

—¡Oh, no se preocupe de eso, señor Wilson! —dijo Vincent Spaulding—. Yo puedo ocuparme de ello por usted.

—¿Cuál sería el horario? —pregunté.

—De diez a dos.

Ahora bien, el negocio del prestamista se hace principalmente por las noches, señor Holmes, sobre todo las noches del jueves y el viernes, justo antes del día de paga; de manera que me vendría muy bien ganar algún dinerillo por las mañanas. Además, me constaba que mi empleado era un buen hombre y que se encargaría de lo que pudiera presentarse.

—Me viene muy bien —dije—. ¿Y la paga?

—Cuatro libras a la semana.

—¿Y el trabajo?

—Es puramente nominal.

—¿Qué entiende usted por puramente nominal?

—Bueno, tiene usted que estar en la oficina, o al menos en el edificio, todo el

tiempo. Si se ausenta, pierde para siempre el puesto. El testamento es muy claro en este aspecto. Si se ausenta de la oficina durante esas horas, falta usted al compromiso. —No son más que cuatro horas al día, y no pienso ausentarme —dije.

—No se acepta ninguna excusa —insistió el señor Duncan Ross—. Ni enfermedad, ni negocios, ni nada de nada. Tiene usted que estar aquí o pierde el empleo.

—¿Y el trabajo?

—Consiste en copiar la Enciclopedia Británica. En ese estante tiene el primer volumen. Tendrá usted que poner la tinta, las plumas y el papel secante; nosotros le proporcionamos esta mesa y esta silla. ¿Podrá empezar mañana?

—Desde luego.

—Entonces, adiós, señor Jabez Wilson, y permítame felicitarle una vez más por el importante puesto que ha tenido la suerte de conseguir.

Se despidió de mí con una reverencia y yo me volví a casa con mi empleado, sin apenas saber qué decir ni qué hacer, tan satisfecho me sentía de mi buena suerte.

Me pasé todo el día pensando en el asunto y por la noche volvía a sentirme deprimido, pues había logrado convencerme de que todo aquello tenía que ser una gigantesca estafa o un fraude, aunque no podía imaginar qué se proponían con ello. Parecía absolutamente increíble que alguien dejara un testamento semejante, y que se pagara semejante suma por hacer algo tan sencillo como copiar la Enciclopedia Británica. Vincent Spaulding hizo todo lo que pudo por animarme, pero a la hora de acostarme yo ya había decidido desentenderme del asunto. Sin embargo, a la mañana siguiente pensé que valla la pena probar, así que compré un tintero de un penique, me hice con una pluma y siete pliegos de papel, y me encaminé a Pope's Court.

Para mi sorpresa y satisfacción, todo salió a pedir de boca. Encontré la mesa ya preparada para mí, y al señor Duncan Ross esperando a ver si me presentaba puntualmente al trabajo. Me dijo que empezara por la letra A y me dejó solo; pero se dejaba caer de vez en cuando para comprobar que todo iba bien. A las dos me deseó buenas tardes, me felicitó por lo mucho que había escrito y cerró la puerta de la oficina cuando yo salí.

Todo siguió igual un día tras otro, señor Holmes, y el sábado se presentó el gerente y me abonó cuatro soberanos por el trabajo de la semana. Lo mismo ocurrió a la semana siguiente, y a la otra. Yo llegaba cada mañana a las diez y me marchaba a las dos de la tarde. Poco a poco, el señor Duncan Ross se limitó a aparecer una vez cada mañana y, con el tiempo, dejó de presentarse. Aun así, como es natural, yo no me atrevía a ausentarme de la habitación ni un instante, pues no estaba seguro de cuándo podría aparecer, y el empleo era tan bueno y me venía tan bien que no quería arriesgarme a perderlo.

De este modo transcurrieron ocho semanas, durante las cuales escribí sobre Abades, Armaduras, Arquerías, Arquitectura y Ática, y esperaba llegar muy pronto a la B si me aplicaba. Tuve que gastar algo en papel, y ya tenía un estante casi lleno de hojas escritas. Y de pronto, todo se acabó.

—¿Que se acabó?

—Sí, señor. Esta misma mañana. Como de costumbre, acudí al trabajo a las diez en punto, pero encontré la puerta cerrada con llave y una pequeña cartulina clavada en la madera con una chincheta. Aquí la tiene, puede leerla usted mismo. Extendió un trozo de cartulina blanca, del tamaño aproximado de una cuartilla. En ella estaba escrito lo siguiente:

«HA QUEDADO DISUELTA LA LIGA DE LOS PELIRROJOS. 9 de

octubre de 1890»

Sherlock Holmes y yo examinamos aquel conciso anuncio y la cara afligida que había detrás, hasta que el aspecto cómico del asunto dominó tan completamente las demás consideraciones que ambos nos echamos a reír a carcajadas.

—No sé qué les hace tanta gracia —exclamó nuestro cliente, sonrojándose hasta las raíces de su llameante cabello—. Si lo mejor que saben hacer es reírse de mí, más vale que recurra a otros.

—No, no —exclamó Holmes, empujándolo de nuevo hacia la silla de la que casi se había levantado—. Le aseguro que no dejaría escapar su caso por nada del

mundo. Resulta reconfortantemente insólito. Pero, si me perdona que se lo diga, el asunto presenta algunos aspectos bastante graciosos. Dígame, por favor: ¿qué pasos dio usted después de encontrar esta tarjeta en la puerta?

—Me quedé de una pieza, señor. No sabía qué hacer. Entonces entré en las oficinas de al lado, pero en ninguna de ellas parecían saber nada del asunto. Por último, me dirigí al administrador, un contable que vive en la planta baja, y le pregunté si sabía qué había pasado con la Liga de los Pelirrojos. Me respondió que jamás había oído hablar de semejante sociedad. Entonces le pregunté por el señor Duncan Ross. Me dijo que era la primera vez que oía ese nombre.

—Bueno —dije yo—, me refiero al caballero del número 4.

—Cómo, ¿el pelirrojo?

—Sí.

—¡Oh! —dijo—. Se llama William Morris. Es abogado y estaba utilizando el local como despacho provisional mientras acondicionaba sus nuevas oficinas. Se marchó ayer.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Pues en sus nuevas oficinas. Me dio la dirección. Sí, eso es, King Edward Street, número 17, cerca de San Pablo.

Salí disparado, señor Holmes, pero cuando llegué a esa dirección me encontré con que se trataba de una fábrica de rodilleras artificiales y que allí nadie había oído hablar del señor William Morris ni del señor Duncan Ross.

—¿Y qué hizo entonces? —preguntó Holmes.

—Volví a mi casa en Saxe-Coburg Square y pedí consejo a mi empleado. Pero no pudo darme ninguna solución, aparte de decirme que, si esperaba, acabaría por recibir noticias por carta. Pero aquello no me bastaba, señor Holmes. No estaba dispuesto a perder un puesto tan bueno sin luchar, y como había oído que usted tenía la amabilidad de aconsejar a la pobre gente necesitada, me vine directamente a verle.

—E hizo usted muy bien —dijo Holmes—. Su caso es de lo más notable y me

encantará echarle un vistazo. Por lo que me ha contado, me parece muy posible que estén en juego cosas más graves que lo que parece a simple vista.

—¡Ya lo creo que son graves! —dijo el señor Jabez Wilson—. ¡Como que me he quedado sin cuatro libras a la semana!

—Por lo que a usted respecta —le hizo notar Holmes—, no veo que tenga motivos para quejarse de esta extraordinaria Liga. Por el contrario, tal como yo lo veo, ha salido usted ganando unas treinta libras, y eso sin mencionar los detallados conocimientos que ha adquirido sobre todos los temas que empiezan por la letra A. Usted no ha perdido nada.

—No, señor. Pero quiero averiguar algo sobre ellos, saber quiénes son y qué se proponían al hacerme esta jugarreta... si es que se trata de una jugarreta. La broma les ha salido bastante cara, ya que les ha costado treinta y dos libras.

—Procuraremos poner en claro esos puntos para usted. Pero antes, una o dos preguntas, señor Wilson. Ese empleado suyo, que fue quien le hizo fijarse en el anuncio..., ¿cuánto tiempo llevaba con usted?

—Entonces llevaba como un mes más o menos.

—¿Cómo llegó hasta usted?

—En respuesta a un anuncio.

—¿Fue el único aspirante?

—No, recibí una docena.

—¿Y por qué lo eligió a él?

—Porque parecía listo y se ofrecía barato.

—A mitad de salario, ¿no es así?

—Eso es.

—¿Cómo es este Vincent Spaulding?

—Bajo, corpulento, de movimientos rápidos, barbilampiño, aunque no tendrá

menos de treinta años. Tiene una mancha blanca de ácido en la frente.

Holmes se incorporó en su asiento muy excitado.

—Me lo había figurado —dijo—. ¿Se ha fijado usted en si tiene las orejas perforadas, como para llevar pendientes?

—Sí, señor. Me dijo que se las había agujereado una gitana cuando era muchacho.

—¡Hum! —exclamó Holmes, sumiéndose en profundas reflexiones—. ¿Sigue aún con usted?

—¡Oh, sí, señor! Acabo de dejarle.

—¿Y el negocio ha estado bien atendido durante su ausencia?

—No tengo ninguna queja, señor. Nunca hay mucho trabajo por las mañanas.

—Con eso bastará, señor Wilson. Tendré el gusto de darle una opinión sobre el asunto dentro de uno o dos días. Hoy es sábado; espero que para el lunes hayamos llegado a una conclusión.

—Bien, Watson —dijo Holmes en cuanto nuestro visitante se hubo marchado—.

¿Qué saca usted de todo esto?

—No saco nada —respondí con franqueza—. Es un asunto de lo más misterioso.

—Como regla general —dijo Holmes—, cuanto más extravagante es una cosa, menos misteriosa suele resultar. Son los delitos corrientes, sin ningún rasgo notable, los que resultan verdaderamente desconcertantes, del mismo modo que un rostro vulgar resulta más difícil de identificar. Tengo que ponerme inmediatamente en acción.

—¿Y qué va usted a hacer? —pregunté.

—Fumar —respondió—. Es un problema de tres pipas, así que le ruego que no me dirija la palabra durante cincuenta minutos.

Se acurrucó en su sillón con sus flacas rodillas alzadas hasta la nariz de halcón, y

allí se quedó, con los ojos cerrados y la pipa de arcilla negra sobresaliendo como el pico de algún pájaro raro. Yo había llegado ya a la conclusión de que se había quedado dormido, y de hecho yo mismo empezaba a dar cabezadas, cuando de pronto saltó de su asiento con el gesto de quien acaba de tomar una resolución, y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

—Esta noche toca Sarasate en el St. James Hall —comentó—. ¿Qué le parece, Watson? ¿Podrán sus pacientes prescindir de usted durante unas pocas horas?

—No tengo nada que hacer hoy. Mi trabajo nunca es muy absorbente.

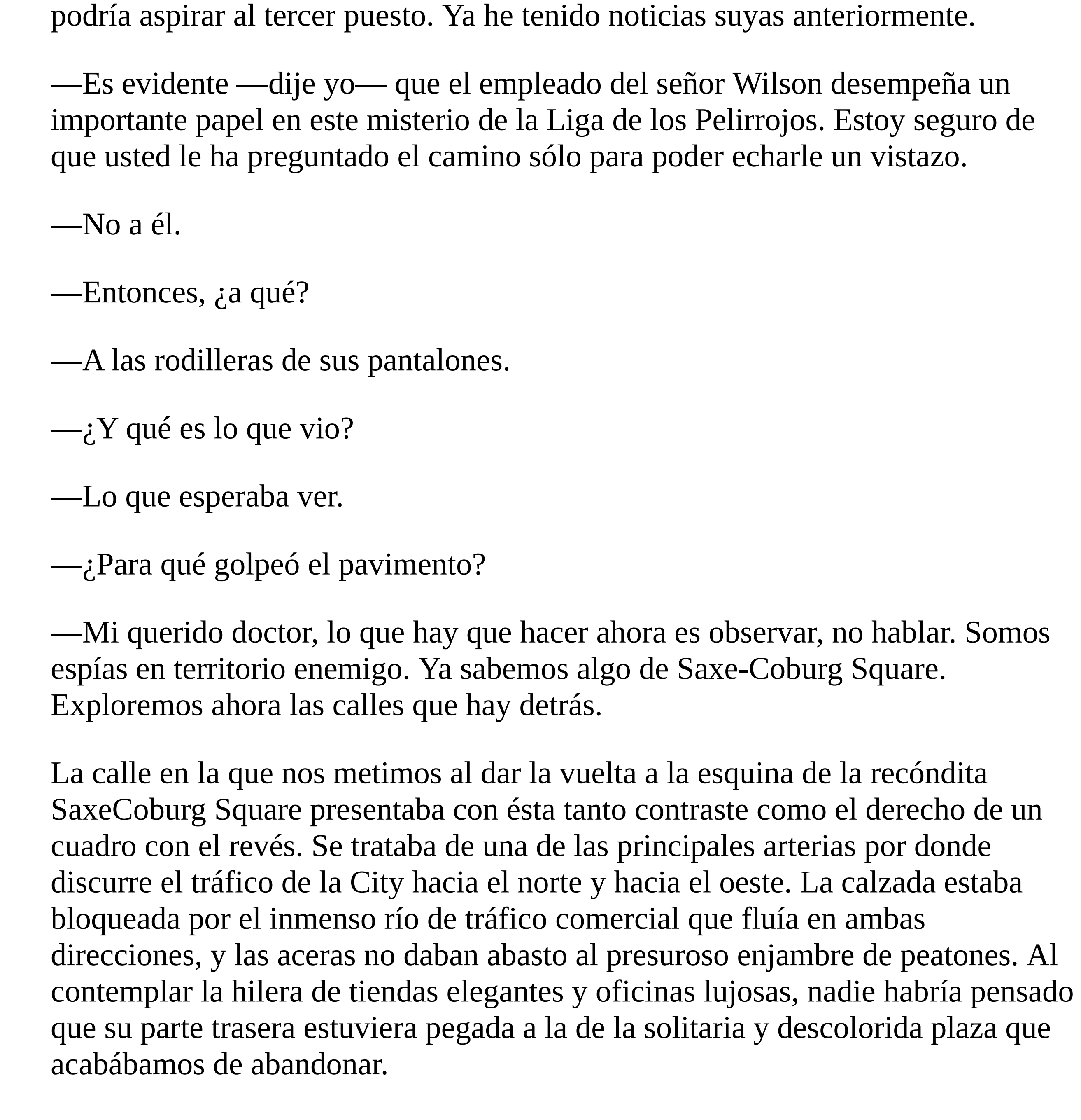
—Entonces, póngase el sombrero y venga. Antes tengo que pasar por la City, y podemos comer algo por el camino. He visto que hay en el programa mucha música alemana, que resulta más de mi gusto que la italiana o la francesa. Es introspectiva y yo quiero reflexionar. ¡En marcha!

Viajamos en el Metro hasta Aldersgate, y una corta caminata nos llevó a SaxeCoburg Square, escenario de la singular historia que habíamos escuchado por la mañana. Era una placita insignificante, pobre pero de aspecto digno, con cuatro hileras de desvencijadas casas de ladrillo, de dos pisos, rodeando un jardincito vallado, donde un montón de hierbas sin cuidar y unas pocas matas de laurel ajado mantenían una dura lucha contra la atmósfera hostil y cargada de humo. En la esquina de una casa, tres bolas doradas y un rótulo marrón con las palabras «JABEZ WILSON» en letras de oro anunciaban el local donde nuestro pelirrojo cliente tenía su negocio. Sherlock Holmes se detuvo ante la casa, con la cabeza ladeada, y la examinó atentamente, con los ojos brillándole bajo los párpados fruncidos. A continuación, caminó despacio calle arriba y calle abajo, sin dejar de examinar las casas. Por último, regresó frente a la tienda del prestamista y, después de dar dos o tres fuertes golpes en el suelo con el bastón, se acercó a la puerta y llamó. Abrió al instante un joven con cara de listo y bien afeitado, que le invitó a entrar.

—Gracias —dijo Holmes—. Sólo quería preguntar por dónde se va desde aquí al Strand.

—La tercera a la derecha y la cuarta a la izquierda —respondió sin vacilar el empleado, cerrando a continuación la puerta.

—Un tipo listo —comentó Holmes mientras nos alejábamos—. En mi opinión, es el cuarto hombre más inteligente de Londres; y en cuanto a audacia, creo que



podría aspirar al tercer puesto. Ya he tenido noticias suyas anteriormente.

—Es evidente —dije yo— que el empleado del señor Wilson desempeña un importante papel en este misterio de la Liga de los Pelirrojos. Estoy seguro de que usted le ha preguntado el camino sólo para poder echarle un vistazo.

—No a él.

—Entonces, ¿a qué?

—A las rodilleras de sus pantalones.

—¿Y qué es lo que vio?

—Lo que esperaba ver.

—¿Para qué golpeó el pavimento?

—Mi querido doctor, lo que hay que hacer ahora es observar, no hablar. Somos espías en territorio enemigo. Ya sabemos algo de Saxe-Coburg Square. Exploremos ahora las calles que hay detrás.

La calle en la que nos metimos al dar la vuelta a la esquina de la recóndita SaxeCoburg Square presentaba con ésta tanto contraste como el derecho de un cuadro con el revés. Se trataba de una de las principales arterias por donde discurre el tráfico de la City hacia el norte y hacia el oeste. La calzada estaba bloqueada por el inmenso río de tráfico comercial que fluía en ambas direcciones, y las aceras no daban abasto al presuroso enjambre de peatones. Al contemplar la hilera de tiendas elegantes y oficinas lujosas, nadie habría pensado que su parte trasera estuviera pegada a la de la solitaria y descolorida plaza que acabábamos de abandonar.

—Veamos —dijo Holmes, parándose en la esquina y mirando la hilera de edificios—. Me gustaría recordar el orden de las casas. Una de mis aficiones es conocer Londres al detalle. Aquí está Mortimer's, la tienda de tabacos, la tiendecita de periódicos, la sucursal de Coburg del City and Suburban Bank, el restaurante vegetariano y las cocheras McFarlane. Con esto llegamos a la siguiente manzana. Y ahora, doctor, nuestro trabajo está hecho y ya es hora de que tengamos algo de diversión. Un bocadillo, una taza de café y derechos a la tierra del violín, donde todo es dulzura, delicadeza y armonía, y donde no hay

clientes pelirrojos que nos fastidien con sus rompecabezas.

Mi amigo era un entusiasta de la música, no sólo un intérprete muy dotado, sino también un compositor de méritos fuera de lo común. Se pasó toda la velada sentado en su butaca, sumido en la más absoluta felicidad, marcando suavemente el ritmo de la música con sus largos y afilados dedos, con una sonrisa apacible y unos ojos lánguidos y soñadores que se parecían muy poco a los de Holmes el sabueso, Holmes el implacable, Holmes el astuto e infalible azote de criminales. La curiosa dualidad de la naturaleza de su carácter se manifestaba alternativamente, y muchas veces he pensado que su exagerada exactitud y su gran astucia representaban una reacción contra el humor poético y contemplativo que de vez en cuando predominaba en él. Estas oscilaciones de su carácter lo llevaban de la languidez extrema a la energía devoradora y, como yo bien sabía, jamás se mostraba tan formidable como después de pasar días enteros repantigado en su sillón, sumido en sus improvisaciones y en sus libros antiguos. Entonces le venía de golpe el instinto cazador, y sus brillantes dotes de razonador se elevaban hasta el nivel de la intuición, hasta que aquellos que no estaban familiarizados con sus métodos se le quedaban mirando asombrados, como se mira a un hombre que posee un conocimiento superior al de los demás mortales. Cuando le vi aquella tarde, tan absorto en la música del St. James Hall, sentí que nada bueno les esperaba a los que se había propuesto cazar.

—Sin duda querrá usted ir a su casa, doctor —dijo en cuanto salimos.

—Sí, ya va siendo hora.

—Y yo tengo que hacer algo que me llevará unas horas. Este asunto de Coburg Square es grave.

—¿Por qué es grave?

—Se está preparando un delito importante. Tengo toda clase de razones para creer que llegaremos a tiempo de impedirlo. Pero el hecho de que hoy sea sábado complica las cosas. Necesitaré su ayuda esta noche.

—¿A qué hora?

—A las diez estará bien.

—Estaré en Baker Street a las diez.

—Muy bien. ¡Y oiga, doctor! Puede que haya algo de peligro, así que haga el favor de echarse al bolsillo su revólver del ejército.

Se despidió con un gesto de la mano, dio media vuelta y en un instante desapareció entre la multitud.

No creo ser más torpe que cualquier hijo de vecino, y sin embargo, siempre que trataba con Sherlock Holmes me sentía como agobiado por mi propia estupidez. En este caso había oído lo mismo que él, había visto lo mismo que él, y sin embargo, a juzgar por sus palabras, era evidente que él veía con claridad no sólo lo que había sucedido, sino incluso lo que iba a suceder, mientras que para mí todo el asunto seguía igual de confuso y grotesco. Mientras me dirigía a mi casa en Kensington estuve pensando en todo ello, desde la extraordinaria historia del pelirrojo copiador de enciclopedias hasta la visita a Saxe-Coburg Square y las ominosas palabras con que Holmes se había despedido de mí. ¿Qué era aquella expedición nocturna, y por qué tenía que ir armado? ¿Dónde íbamos a ir y qué íbamos a hacer? Holmes había dado a entender que aquel imberbe empleado del prestamista era un tipo de cuidado, un hombre empeñado en un juego importante. Traté de descifrar el embrollo, pero acabé por darme por vencido, y decidí dejar de pensar en ello hasta que la noche aportase alguna explicación.

A las nueve y cuarto salí de casa, atravesé el parque y recorrí Oxford Street hasta llegar a Baker Street. Había dos coches aguardando en la puerta, y al entrar en el vestíbulo oí voces arriba. Al penetrar en la habitación encontré a Holmes en animada conversación con dos hombres, a uno de los cuales identifiqué como Peter Jones, agente de policía; el otro era un hombre larguirucho, de cara triste, con un sombrero muy lustroso y una levita abrumadoramente respetable.

—¡Ajá! Nuestro equipo está completo —dijo Holmes, abotonándose su chaquetón marinero y cogiendo del perchero su pesado látigo de caza—. Watson, creo que ya conoce al señor Jones, de Scotland Yard. Permítame que le presente al señor Merryweather, que nos acompañará en nuestra aventura nocturna.

—Como ve, doctor, otra vez vamos de caza por parejas —dijo Jones con su retintín habitual—. Aquí nuestro amigo es único organizando cacerías. Sólo necesita un perro viejo que le ayude a correr la pieza.

—Espero que al final no resulte que hemos cazado fantasmas —comentó el señor Merryweather en tono sombrío.

—Puede usted depositar una considerable confianza en el señor Holmes, caballero — dijo el policía con aire petulante—. Tiene sus métodos particulares, que son, si me permite decirlo, un poco demasiado teóricos y fantasiosos, pero tiene madera de detective. No exagero al decir que en una o dos ocasiones, como en aquel caso del crimen de los Sholto y el tesoro de Agra, ha llegado a acercarse más a la verdad que el cuerpo de policía.

—Bien, si usted lo dice, señor Jones, por mí de acuerdo —dijo el desconocido con deferencia—. Aun así, confieso que echo de menos mi partida de cartas. Es la primera noche de sábado en veintisiete años que no juego mi partida.

—Creo que pronto comprobará —dijo Sherlock Holmes que esta noche se juega usted mucho más de lo que se ha jugado en su vida, y que la partida será mucho más apasionante. Para usted, señor Merryweather, la apuesta es de unas treinta mil libras; y para usted, Jones, el hombre al que tanto desea echar el guante.

—John Clay, asesino, ladrón, estafador y falsificador. Es un hombre joven, señor

Merryweather, pero se encuentra ya en la cumbre de su profesión, y tengo más ganas de ponerle las esposas a él que a ningún otro criminal de Londres. Un individuo notable, este joven John Clay. Es nieto de un duque de sangre real, y ha estudiado en Eton y en Oxford. Su cerebro es tan ágil como sus manos, y aunque encontramos rastros suyos a cada paso, nunca sabemos dónde encontrarlo a él. Esta semana puede reventar una casa en Escocia, y a la siguiente puede estar recaudando fondos para construir un orfanato en Cornualles. Llevo años siguiéndole la pista y jamás he logrado ponerle los ojos encima.

—Espero tener el placer de presentárselo esta noche. Yo también he tenido un par de pequeños roces con el señor John Clay, y estoy de acuerdo con usted en que se encuentra en la cumbre de su profesión. No obstante, son ya más de las diez, y va siendo hora de que nos pongamos en marcha. Si cogen ustedes el primer coche, Watson y yo los seguiremos en el segundo.

Sherlock Holmes no se mostró muy comunicativo durante el largo trayecto, y permaneció arrellanado, tarareando las melodías que había escuchado por la tarde. Avanzamos traqueteando a través de un interminable laberinto de calles iluminadas por farolas de gas, hasta que salimos a Farringdon Street.

—Ya nos vamos acercando —comentó mi amigo—. Este Merryweather es

director de banco, y el asunto le interesa de manera personal. Y me pareció conveniente que también nos acompañase Jones. No es mal tipo, aunque profesionalmente sea un completo imbécil. Pero posee una virtud positiva: es valiente como un bulldog y tan tenaz como una langosta cuando cierra sus garras sobre alguien. Ya hemos llegado, y nos están esperando.

Nos encontrábamos en la misma calle concurrida en la que habíamos estado por la mañana. Despedimos a nuestros coches y, guiados por el señor Merryweather, nos metimos por un estrecho pasadizo y penetramos por una puerta lateral que Merryweather nos abrió. Recorrimos un pequeño pasillo que terminaba en una puerta de hierro muy pesada. También ésta se abrió, dejándonos pasar a una escalera de piedra que terminaba en otra puerta formidable. El señor Merryweather se detuvo para encender una linterna y luego nos siguió por un oscuro corredor que olía a tierra, hasta llevarnos, tras abrir una tercera puerta, a una enorme bóveda o sótano, en el que se amontonaban por todas partes grandes cajas y cajones.

—No es usted muy vulnerable por arriba —comentó Holmes, levantando la linterna y mirando a su alrededor.

—Ni por abajo —respondió el señor Merryweather, golpeando con su bastón las losas que pavimentaban el suelo—. Pero... ¡válgame Dios! ¡Esto suena a hueco! — exclamó, alzando sorprendido la mirada.

—Debo rogarle que no haga tanto ruido —dijo Holmes con tono severo—. Acaba de poner en peligro el éxito de nuestra expedición. ¿Puedo pedirle que tenga la bondad de sentarse en uno de esos cajones y no interferir?

El solemne señor Merryweather se instaló sobre un cajón, con cara de sentirse muy ofendido, mientras Holmes se arrodillaba en el suelo y, con ayuda de la linterna y de una lupa, empezaba a examinar atentamente las rendijas que había entre las losas. A los pocos segundos se dio por satisfecho, se puso de nuevo en pie y se guardó la lupa en el bolsillo.

—Disponemos por lo menos de una hora —dijo—, porque no pueden hacer nada hasta que el bueno del prestamista se haya ido a la cama. Entonces no perderán ni un minuto, pues cuanto antes hagan su trabajo, más tiempo tendrán para escapar. Como sin duda habrá adivinado, doctor, nos encontramos en el sótano de la sucursal en la City de uno de los principales bancos de Londres. El señor

Merryweather es el presidente del consejo de dirección y le explicará qué razones existen para que los delincuentes más atrevidos de Londres se interesen tanto en su sótano estos días.

—Es nuestro oro francés —susurró el director—. Ya hemos tenido varios avisos de que pueden intentar robarlo.

—¿Su oro francés?

—Sí. Hace unos meses creímos conveniente reforzar nuestras reservas y, por este motivo, solicitamos al Banco de Francia un préstamo de treinta mil napoleones de oro. Se ha filtrado la noticia de que no hemos tenido tiempo de desembalar el dinero y que éste se encuentra aún en nuestro sótano. El cajón sobre el que estoy sentado contiene dos mil napoleones empaquetados en hojas de plomo. En estos momentos, nuestras reservas de oro son mucho mayores que lo que se suele guardar en una sola sucursal, y los directores se sienten intranquilos al respecto.

—Y no les falta razón para ello —comentó Holmes—. Y ahora, es el momento de poner en orden nuestros planes. Calculo que el movimiento empezará dentro de una hora. Mientras tanto, señor Merryweather, conviene que tapemos la luz de esa linterna.

—¿Y quedarnos a oscuras?

—Me temo que sí. Traía en el bolsillo una baraja y había pensado que, puesto que somos cuatro, podría usted jugar su partidita después de todo. Pero, por lo que he visto, los preparativos del enemigo están tan avanzados que no podemos arriesgarnos a tener una luz encendida. Antes que nada, tenemos que tomar posiciones. Esta gente es muy osada y, aunque los cojamos por sorpresa, podrían hacernos daño si no andamos con cuidado. Yo me pondré detrás de este cajón, y ustedes escóndanse detrás de aquéllos. Cuando yo los ilumine con la linterna, rodéenlos inmediatamente. Y si disparan, Watson, no tenga reparos en tumbarlos a tiros.

Coloqué el revólver, amartillado, encima de la caja de madera detrás de la que me había agazapado. Holmes corrió la pantalla de la linterna sorda y nos dejó en la más negra oscuridad, la oscuridad más absoluta que yo jamás había experimentado. Sólo el olor del metal caliente nos recordaba que la luz seguía ahí, preparada para brillar en el instante preciso. Para mí, que tenía los nervios de punta a causa de la expectación, había algo de deprimente y ominoso en

aquellas súbitas tinieblas y en el aire frío y húmedo de la bóveda.

—Sólo tienen una vía de retirada —susurró Holmes—, que consiste en volver a la casa y salir a Saxe-Coburg Square. Espero que habrá hecho lo que le pedí, Jones.

—Tengo un inspector y dos agentes esperando delante de la puerta.

—Entonces, hemos tapado todos los agujeros. Y ahora, a callar y esperar.

¡Qué larga me pareció la espera! Comparando notas más tarde, resultó que sólo había durado una hora y cuarto, pero a mí me parecía que ya tenía que haber transcurrido casi toda la noche y que por encima de nosotros debía estar amaneciendo ya. Tenía los miembros doloridos y agarrotados, porque no me atrevía a cambiar de postura, pero mis nervios habían alcanzado el límite máximo de tensión, y mi oído se había vuelto tan agudo que no sólo podía oír la suave respiración de mis compañeros, sino que distinguía el tono grave y pesado de las inspiraciones del corpulento Jones, de las notas suspirantes del director de banco. Desde mi posición podía mirar por encima del cajón el piso de la bóveda. De pronto, mis ojos captaron un destello de luz.

Al principio no fue más que una chispita brillando sobre el pavimento de piedra. Luego se fue alargando hasta convertirse en una línea amarilla; y entonces, sin previo aviso ni sonido, pareció abrirse una grieta y apareció una mano, una mano blanca, casi de mujer, que tanteó a su alrededor en el centro de la pequeña zona de luz. Durante un minuto, o quizá más, la mano de dedos inquietos siguió sobresaliendo del suelo. Luego se retiró tan de golpe como había aparecido, y todo volvió a oscuras, excepto por el débil resplandor que indicaba una rendija entre las piedras.

Sin embargo, la desaparición fue momentánea. Con un fuerte chasquido, una de las grandes losas blancas giró sobre uno de sus lados y dejó un hueco cuadrado del que salía proyectada la luz de una linterna. Por la abertura asomó un rostro juvenil y atractivo, que miró atentamente a su alrededor y luego, con una mano a cada lado del hueco, se fue izando, primero hasta los hombros y luego hasta la cintura, hasta apoyar una rodilla en el borde. Un instante después estaba de pie junto al agujero, ayudando a subir a un compañero, pequeño y ágil como él, con cara pálida y una mata de pelo de color rojo intenso.

—No hay moros en la costa —susurró—. ¿Tienes el formón y los sacos? ¡Rayos

y truenos! ¡Salta, Archie, salta, que me cuelguen sólo a mí!

Sherlock Holmes había saltado sobre el intruso, agarrándolo por el cuello de la chaqueta. El otro se zambulló de cabeza en el agujero y pude oír el sonido de la tela rasgada al agarrarlo Jones por los faldones. Brilló a la luz el cañón de un revólver, pero el látigo de Holmes se abatió sobre la muñeca del hombre, y el revólver rebotó con ruido metálico sobre el suelo de piedra.

—Es inútil, John Clay —dijo Holmes suavemente—. No tiene usted ninguna posibilidad.

—Ya veo —respondió el otro con absoluta sangre fría—. Confío en que mi colega esté a salvo, aunque veo que se han quedado ustedes con los faldones de su chaqueta.

—Hay tres hombres esperándolo en la puerta —dijo Holmes.

—¡Ah, vaya! Parece que no se le escapa ningún detalle. Tengo que felicitarle.

—Y yo a usted —respondió Holmes—. Esa idea de los pelirrojos ha sido de lo más original y astuto.

—Pronto volverá usted a ver a su amigo —dijo Jones—. Es más rápido que yo saltando por agujeros. Extienda las manos para que le ponga las esposas.

—Le ruego que no me toque con sus sucias manos —dijo el prisionero mientras las esposas se cerraban en torno a sus muñecas—. Quizá ignore usted que por mis venas corre sangre real. Y cuando se dirija a mí tenga la bondad de decir siempre «señor» y «por favor».

—Perfectamente —dijo Jones, mirándolo fijamente y con una risita contenida—. ¿Tendría el señor la bondad de subir por la escalera para que podamos tomar un coche en el que llevar a vuestra alteza a la comisaría?

—Así está mejor —dijo John Clay serenamente. Nos saludó a los tres con una inclinación de cabeza y salió tranquilamente, custodiado por el policía.

—La verdad, señor Holmes —dijo el señor Merryweather mientras salíamos del sótano tras ellos—, no sé cómo podrá el banco agradecerle y recompensarle por esto. No cabe duda de que ha descubierto y frustrado de la manera más completa

uno de los intentos de robo a un banco más audaces que ha conocido mi experiencia.

—Tenía un par de cuentas pendientes con el señor John Clay —dijo Holmes—. El asunto me ha ocasionado algunos pequeños gastos, que espero que el banco me reembolse, pero aparte de eso me considero pagado de sobra con haber tenido una experiencia tan extraordinaria en tantos aspectos, y con haber oído la increíble historia de la Liga de los Pelirrojos.

—Como ve, Watson —explicó Holmes a primeras horas de la mañana, mientras tomábamos un vaso de whisky con soda en Baker Street—, desde un principio estaba perfectamente claro que el único objeto posible de esta fantástica maquinación del anuncio de la Liga y el copiar la Enciclopedia era quitar de en medio durante unas cuantas horas al día a nuestro no demasiado brillante prestamista. Para conseguirlo, recurrieron a un procedimiento bastante extravagante, pero la verdad es que sería difícil encontrar otro mejor. Sin duda, fue el color del pelo de su cómplice lo que inspiró la idea al ingenioso cerebro de Clay. Las cuatro libras a la semana eran un cebo que no podía dejar de atraerlo, ¿y qué significaba esa cantidad para ellos, que andaban metidos en una jugada de varios miles? Ponen el anuncio; uno de los granujas alquila temporalmente la oficina, el otro incita al prestamista a que se presente, y juntos se las arreglan para que esté ausente todas las mañanas. Desde el momento en que oí que ese empleado trabajaba por medio salario, comprendí que tenía algún motivo muy poderoso para ocupar aquel puesto.

—Pero ¿cómo pudo adivinar cuál era ese motivo?

—De haber habido mujeres en la casa, habría sospechado una intriga más vulgar. Sin embargo, eso quedaba descartado. El negocio del prestamista era modesto, y en su casa no había nada que pudiera justificar unos preparativos tan complicados y unos gastos como los que estaban haciendo. Por tanto, tenía que tratarse de algo que estaba fuera de la casa. ¿Qué podía ser? Pensé en la afición del empleado a la fotografía, y en su manía de desaparecer en el sótano. ¡El sótano! Allí estaba el extremo de este enmarañado ovillo. Entonces hice algunas averiguaciones acerca de este misterioso empleado, y descubrí que tenía que habérmelas con uno de los delincuentes más calculadores y audaces de Londres. Algo estaba haciendo en el sótano... algo que le ocupaba varias horas al día durante meses y meses. ¿Qué podía ser?, repito. Lo único que se me ocurrió es que estaba excavando un túnel hacia algún otro edificio.

Hasta aquí había llegado cuando fuimos a visitar el escenario de los hechos. A usted le sorprendió el que yo golpeara el pavimento con el bastón. Estaba comprobando si el sótano se extendía hacia delante o hacia detrás de la casa. No estaba por delante. Entonces llamé a la puerta y, tal como había esperado, abrió el empleado. Habíamos tenido alguna que otra escaramuza, pero nunca nos habíamos visto el uno al otro. Yo apenas le miré la cara; lo que me interesaba eran sus rodillas. Hasta usted se habrá fijado en lo sucias, arrugadas y gastadas que estaban. Eso demostraba las muchas horas que había pasado excavando. Sólo quedaba por averiguar para qué excavaban. Al doblar la esquina y ver el edificio del City and Suburban Bank pegado espalda con espalda al local de nuestro amigo, consideré resuelto el problema. Mientras usted volvía a su casa después del concierto, yo hice una visita a Scotland Yard y otra al director del banco, con el resultado que ha podido usted ver.

—¿Y cómo pudo saber que intentarían dar el golpe esta noche? —pregunté.

—Bueno, el que clausuraran la Liga era señal de que ya no les preocupaba la presencia del señor Jabez Wilson; en otras palabras, tenían ya terminado el túnel. Pero era esencial que lo utilizaran en seguida, antes de que lo descubrieran o de que trasladaran el oro a otra parte. El sábado era el día más adecuado, puesto que les dejaría dos días para escapar. Por todas estas razones, esperaba que vinieran esta noche.

—Lo ha razonado todo maravillosamente —exclamé sin disimular mi admiración —. Una cadena tan larga y, sin embargo, cada uno de sus eslabones suena a verdad.

—Me salvó del aburrimiento —respondió, bostezando—. ¡Ay, ya lo siento abatirse de nuevo sobre mí! Mi vida se consume en un prolongado esfuerzo por escapar de las vulgaridades de la existencia. Estos pequeños problemas me ayudan a conseguirlo.

—Y además, en beneficio de la raza humana —añadí yo.

Holmes se encogió de hombros.

—Bueno, es posible que, a fin de cuentas, tenga alguna pequeña utilidad —comentó—. L'homme c'est ríen, l'oeuvre c'est tout, como le escribió Gustave Flaubert a George Sand.

3. Un caso de identidad

—Querido amigo —dijo Sherlock Holmes mientras nos sentamos a uno y otro lado de la chimenea en sus aposentos de Baker Street—. La vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa que pueda inventar la mente humana. No nos atreveríamos a imaginar ciertas cosas que en realidad son de lo más corriente. Si pudiéramos salir volando por esa ventana, cogidos de la mano, sobrevolar esta gran ciudad, levantar con cuidado los tejados y espiar todas las cosas raras que pasan, las extrañas coincidencias, las intrigas, los engaños, los prodigiosos encadenamientos de circunstancias que se extienden de generación en generación y acaban conduciendo a los resultados más extravagantes, nos parecería que las historias de ficción, con sus convencionalismos y sus conclusiones sabidas de antemano, son algo trasnochado e insípido.

—Pues yo no estoy convencido de eso —repliqué—. Los casos que salen a la luz en los periódicos son, como regla general, bastante prosaicos y vulgares. En los informes de la policía podemos ver el realismo llevado a sus últimos límites y, sin embargo, debemos confesar que el resultado no tiene nada de fascinante ni de artístico.

—Para lograr un efecto realista es preciso ejercer una cierta selección y discreción — contestó Holmes—. Esto se echa de menos en los informes policiales, donde se tiende a poner más énfasis en las perogrulladas del magistrado que en los detalles, que para una persona observadora encierran toda la esencia vital del caso.

Puede creerme, no existe nada tan antinatural como lo absolutamente vulgar.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Entiendo perfectamente que piense usted así —dije—. Por supuesto, dada su posición de asesor extraoficial, que presta ayuda a todo el que se encuentre absolutamente desconcertado, en toda la extensión de tres continentes, entra usted en contacto con todo lo extraño y fantástico. Pero veamos —recogí del suelo el periódico de la mañana—, vamos a hacer un experimento práctico. El

primer titular con el que me encuentro es: «Crueldad de un marido con su mujer». Hay media columna de texto, pero sin necesidad de leerlo ya sé que todo me va a resultar familiar. Tenemos, naturalmente, a la otra mujer, la bebida, el insulto, la bofetada, las lesiones, la hermana o casera comprensiva. Ni el más ramplón de los escritores podría haber inventado algo tan ramplón.

—Pues resulta que ha escogido un ejemplo que no favorece nada a su argumentación —dijo Holmes, tomando el periódico y echándole un vistazo—. Se trata del proceso de separación de los Dundas, y da la casualidad de que yo intervine en el esclarecimiento de algunos pequeños detalles relacionados con el caso. El marido era abstemio, no existía otra mujer, y el comportamiento del que se quejaba la esposa consistía en que el marido había adquirido la costumbre de rematar todas las comidas quitándose la dentadura postiza y arrojándosela a su esposa, lo cual, estará usted de acuerdo, no es la clase de acto que se le suele ocurrir a un novelista corriente. Tome una pizca de rapé, doctor, y reconozca que me he apuntado un tanto con este ejemplo suyo.

Me alargó una cajita de rapé de oro viejo, con una gran amatista en el centro de la tapa. Su esplendor contrastaba de tal modo con las costumbres hogareñas y la vida sencilla de Holmes que no pude evitar un comentario.

—¡Ah! —dijo—. Olvidaba que llevamos varias semanas sin vernos. Es un pequeño recuerdo del rey de Bohemia, como pago por mi ayuda en el caso de los documentos de Irene Adler.

—¿Y el anillo? —pregunté, mirando un precioso brillante que refulgía sobre su dedo.

—Es de la familia real de Holanda, pero el asunto en el que presté mis servicios era tan delicado que no puedo confiárselo ni siquiera a usted, benévolo cronista de uno o dos de mis pequeños misterios.

—¿Y ahora tiene entre manos algún caso? —pregunté interesado.

—Diez o doce, pero ninguno presenta aspectos de interés. Ya me entiende, son importantes, pero sin ser interesantes. Precisamente he descubierto que, por lo general, en los asuntos menos importantes hay mucho más campo para la observación y para el rápido análisis de causas y efectos, que es lo que da su encanto a las investigaciones. Los delitos más importantes suelen tender a ser sencillos, porque cuanto más grande es el crimen, más evidentes son, como regla

general, los motivos. En estos casos, y exceptuando un asunto bastante enrevesado que me han mandado de Marsella, no hay nada que presente interés alguno. Sin embargo, es posible que me llegue algo mejor antes de que pasen muchos minutos porque, o mucho me equivoco, o ésa es una cliente.

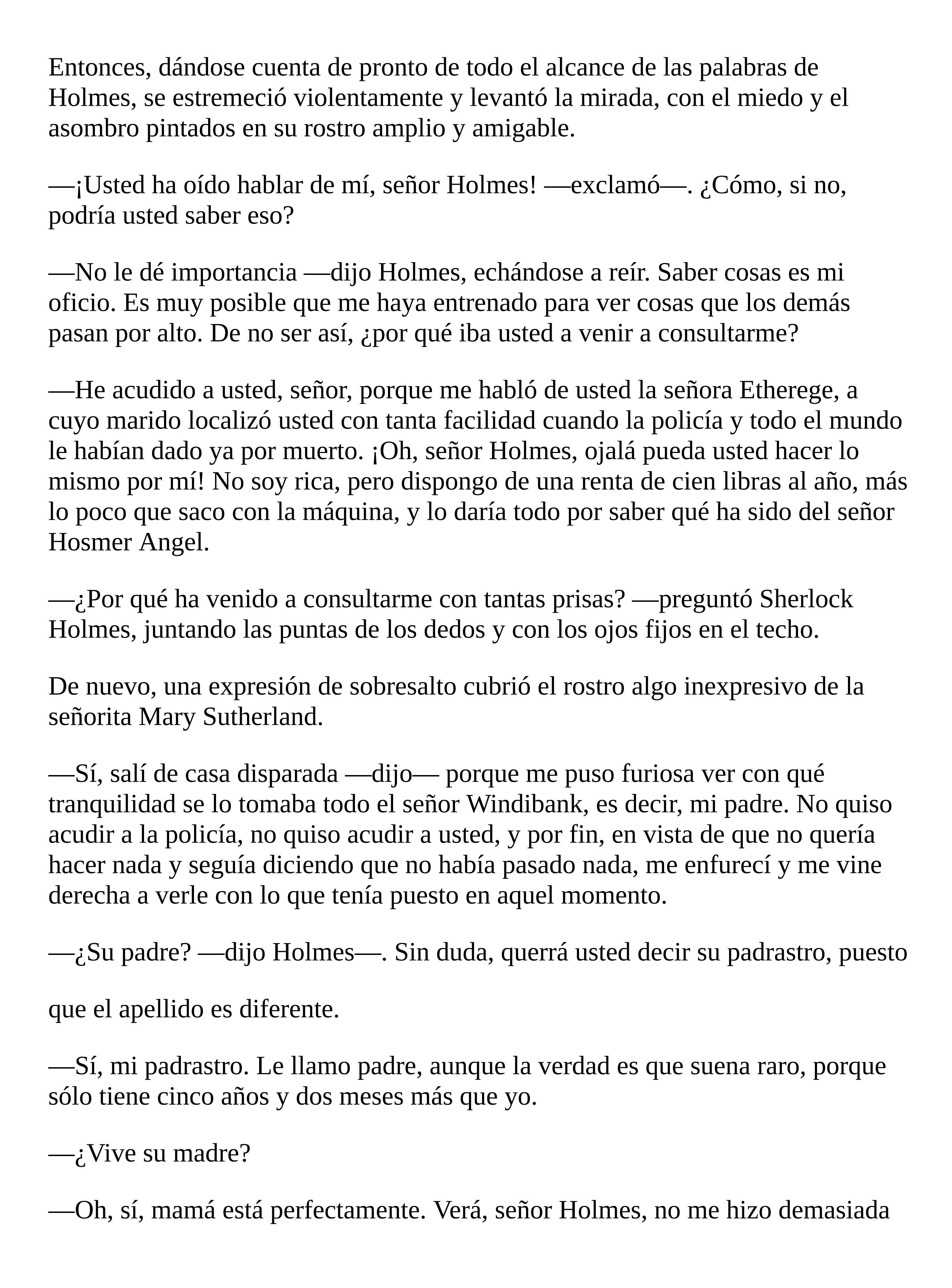
Se había levantado de su asiento y estaba de pie entre las cortinas separadas, observando la gris y monótona calle londinense. Mirando por encima de su hombro, vi en la acera de enfrente a una mujer grandota, con una gruesa boa de piel alrededor del cuello, y una gran pluma roja ondulada en un sombrero de ala ancha que llevaba inclinado sobre la oreja, a la manera coquetona de la duquesa de Devonshire. Bajo esta especie de palio, la mujer miraba hacia nuestra ventana, con aire de nerviosismo y de duda, mientras su cuerpo oscilaba de delante a atrás y sus dedos jugueteaban con los botones de sus guantes. De pronto, con un arranque parecido al del nadador que se tira al agua, cruzó presurosa la calle y oímos el fuerte repicar de la campanilla.

—Conozco bien esos síntomas —dijo Holmes, tirando su cigarrillo a la chimenea —. La oscilación en la acera significa siempre un affaire du coeur. Necesita consejo, pero no está segura de que el asunto no sea demasiado delicado como para confiárselo a otro. No obstante, hasta en esto podemos hacer distinciones. Cuando una mujer ha sido gravemente perjudicada por un hombre, ya no oscila, y el síntoma habitual es un cordón de campanilla roto. En este caso, podemos dar por supuesto que se trata de un asunto de amor, pero la doncella no está verdaderamente indignada, sino más bien perpleja o dolida. Pero aquí llega en persona para sacarnos de dudas.

No había acabado de hablar cuando sonó un golpe en la puerta y entró un botones anunciando a la señorita Mary Sutherland, mientras la dama mencionada se cernía sobre su pequeña figura negra como un barco mercante, con todas sus velas desplegadas, detrás de una barquichuela. Sherlock Holmes la acogió con la espontánea cortesía que le caracterizaba y, después de cerrar la puerta e indicarle con un gesto que se sentara en una butaca, la examinó de aquella manera minuciosa y a la vez abstraída, tan peculiar en él.

—¿No le parece —dijo— que siendo corta de vista es un poco molesto escribir tanto a máquina?

—Al principio, sí —respondió ella—, pero ahora ya sé dónde están las letras sin necesidad de mirar.


Entonces, dándose cuenta de pronto de todo el alcance de las palabras de Holmes, se estremeció violentamente y levantó la mirada, con el miedo y el asombro pintados en su rostro amplio y amigable.

—¡Usted ha oído hablar de mí, señor Holmes! —exclamó—. ¿Cómo, si no, podría usted saber eso?

—No le dé importancia —dijo Holmes, echándose a reír. Saber cosas es mi oficio. Es muy posible que me haya entrenado para ver cosas que los demás pasan por alto. De no ser así, ¿por qué iba usted a venir a consultarme?

—He acudido a usted, señor, porque me habló de usted la señora Etherege, a cuyo marido localizó usted con tanta facilidad cuando la policía y todo el mundo le habían dado ya por muerto. ¡Oh, señor Holmes, ojalá pueda usted hacer lo mismo por mí! No soy rica, pero dispongo de una renta de cien libras al año, más lo poco que saco con la máquina, y lo daría todo por saber qué ha sido del señor Hosmer Angel.

—¿Por qué ha venido a consultarme con tantas prisas? —preguntó Sherlock Holmes, juntando las puntas de los dedos y con los ojos fijos en el techo.

De nuevo, una expresión de sobresalto cubrió el rostro algo inexpresivo de la señorita Mary Sutherland.

—Sí, salí de casa disparada —dijo— porque me puso furiosa ver con qué tranquilidad se lo tomaba todo el señor Windibank, es decir, mi padre. No quiso acudir a la policía, no quiso acudir a usted, y por fin, en vista de que no quería hacer nada y seguía diciendo que no había pasado nada, me enfurecí y me vine derecha a verle con lo que tenía puesto en aquel momento.

—¿Su padre? —dijo Holmes—. Sin duda, querrá usted decir su padrastro, puesto

que el apellido es diferente.

—Sí, mi padrastro. Le llamo padre, aunque la verdad es que suena raro, porque sólo tiene cinco años y dos meses más que yo.

—¿Vive su madre?

—Oh, sí, mamá está perfectamente. Verá, señor Holmes, no me hizo demasiada

gracia que se volviera a casar tan pronto, después de morir papá, y con un hombre casi quince años más joven que ella. Papá era fontanero en Tottenham Court Road, y al morir dejó un negocio muy próspero, que mi madre siguió manejando con ayuda del señor Hardy, el capataz; pero cuando apareció el señor Windibank, la convenció de que vendiera el negocio, pues el suyo era mucho mejor: tratante de vinos. Sacaron cuatro mil setecientas libras por el traspaso y los intereses, mucho menos de lo que habría conseguido sacar papá de haber estado vivo.

Yo había esperado que Sherlock Holmes diera muestras de impaciencia ante aquel relato intrascendente e incoherente, pero vi que, por el contrario, escuchaba con absoluta concentración.

—Esos pequeños ingresos suyos —preguntó—, ¿proceden del negocio en cuestión?

—Oh, no señor, es algo aparte, un legado de mi tío Ned, el de Auckland. Son valores neozelandeses que rinden un cuatro y medio por ciento. El capital es de dos mil quinientas libras, pero yo sólo puedo cobrar los intereses.

—Eso es sumamente interesante —dijo Holmes—. Disponiendo de una suma tan elevada como son cien libras al año, más el pico que usted gana, no me cabe duda de que viajará usted mucho y se concederá toda clase de caprichos. En mi opinión, una mujer soltera puede darse la gran vida con unos ingresos de sesenta libras.

—Yo podría vivir con muchísimo menos, señor Holmes, pero comprenderá usted que mientras siga en casa no quiero ser una carga para ellos, así que mientras vivamos juntos son ellos los que administran el dinero. Por supuesto, eso es sólo por el momento. El señor Windibank cobra mis intereses cada trimestre, le da el dinero a mi madre, y yo me las apaño bastante bien con lo que gano escribiendo a máquina. Saco dos peniques por folio, y hay muchos días en que escribo quince o veinte folios.

—Ha expuesto usted su situación con toda claridad —dijo Holmes—. Le presento a mi amigo el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar con tanta libertad como ante mí mismo. Ahora, le ruego que nos explique todo lo referente a su relación con el señor Hosmer Angel.

El rubor se apoderó del rostro de la señorita Sutherland, que empezó a pellizcar

nerviosamente el borde de su chaqueta.

—Le conocí en el baile de los instaladores del gas —dijo—. Cuando vivía papá, siempre le enviaban invitaciones, y después se siguieron acordando de nosotros y se las mandaron a mamá. El señor Windibank no quería que fuéramos. Nunca ha querido que vayamos a ninguna parte. Se ponía como loco con que yo quisiera ir a una fiesta de la escuela dominical. Pero esta vez yo estaba decidida a ir, y nada me lo iba a impedir. ¿Qué derecho tenía él a impedírmelo? Dijo que aquella gente no era adecuada para nosotras, cuando iban a estar presentes todos los amigos de mi padre. Y dijo que yo no tenía un vestido adecuado, cuando tenía uno violeta precioso, que prácticamente no había sacado del armario. Al final, viendo que todo era en vano, se marchó a Francia por asuntos de su negocio, pero mamá y yo fuimos al baile con el señor Hardy, nuestro antiguo capataz, y allí fue donde conocí al señor Hosmer Angel.

—Supongo —dijo Holmes— que cuando el señor Windibank regresó de Francia, se tomaría muy a mal que ustedes dos hubieran ido al baile.

—Bueno, pues se lo tomó bastante bien. Recuerdo que se echó a reír, se encogió de hombros y dijo que era inútil negarle algo a una mujer, porque ésta siempre se sale con la suya.

—Ya veo. Y en el baile de los instaladores del gas conoció usted a un caballero llamado Hosmer Angel, según tengo entendido.

—Así es. Le conocí aquella noche y al día siguiente nos visitó para preguntar si habíamos regresado a casa sin contratiempos, y después le vimos... es decir, señor Holmes, le vi yo dos veces, que salimos de paseo, pero luego volvió mi padre y el señor Hosmer Angel ya no vino más por casa.

—¿No?

—Bueno, ya sabe, a mi padre no le gustan nada esas cosas. Si de él dependiera, no recibiría ninguna visita, y siempre dice que una mujer debe sentirse feliz en su propio círculo familiar. Pero por otra parte, como le decía yo a mi madre, para eso se necesita tener un círculo propio, y yo todavía no tenía el mío.

—¿Y qué fue del señor Hosmer Angel? ¿No hizo ningún intento de verla?

—Bueno, mi padre tenía que volver a Francia una semana después y Hosmer

escribió diciendo que sería mejor y más seguro que no nos viéramos hasta que se hubiera marchado. Mientras tanto, podíamos escribirnos, y de hecho me escribía todos los días. Yo recogía las cartas por la mañana, y así mi padre no se enteraba.

—¿Para entonces ya se había comprometido usted con ese caballero?

—Oh, sí, señor Holmes. Nos prometimos después del primer paseo que dimos juntos. Hosmer... el señor Angel... era cajero en una oficina de Leadenhall Street... y...

—¿Qué oficina?

—Eso es lo peor, señor Holmes, que no lo sé.

—¿Y dónde vivía?

—Dormía en el mismo local de las oficinas.

—¿Y no conoce la dirección?

—No... sólo que estaban en Leadenhall Street.

—Entonces, ¿adónde le dirigía las cartas?

—A la oficina de correos de Leadenhall Street, donde él las recogía. Decía que si las mandaba a la oficina, todos los demás empleados le gastarían bromas por cartearse con una dama, así que me ofrecí a escribirlas a máquina, como hacía él con las suyas, pero se negó, diciendo que si yo las escribía se notaba que venían de mí, pero si estaban escritas a máquina siempre sentía que la máquina se interponía entre nosotros. Esto le demostrará lo mucho que me quería, señor Holmes, y cómo se fijaba en los pequeños detalles.

—Resulta de lo más sugerente —dijo Holmes—. Siempre he sostenido el axioma de que los pequeños detalles son, con mucho, lo más importante. ¿Podría recordar algún otro pequeño detalle acerca del señor Hosmer Angel?

—Era un hombre muy tímido, señor Holmes. Prefería salir a pasear conmigo de noche y no a la luz del día, porque decía que no le gustaba llamar la atención. Era muy retraído y caballeroso. Hasta su voz era suave. De joven, según me dijo, había sufrido anginas e inflamación de las amígdalas, y eso le había dejado la

garganta débil y una forma de hablar vacilante y como susurrante. Siempre iba bien vestido, muy pulcro y discreto, pero padecía de la vista, lo mismo que yo, y usaba gafas oscuras para protegerse de la luz fuerte.

—Bien, ¿y qué sucedió cuando su padrastro, el señor Windibank, volvió a marcharse a Francia?

—El señor Hosmer Angel vino otra vez a casa y propuso que nos casáramos antes de que regresara mi padre. Se mostró muy ansioso y me hizo jurar, con las manos sobre los Evangelios, que, ocurriera lo que ocurriera, siempre le sería fiel. Mi madre dijo que tenía derecho a pedirme aquel juramento, y que aquello era una muestra de su pasión. Desde un principio, mi madre estuvo de su parte e incluso parecía apreciarle más que yo misma. Cuando se pusieron a hablar de casarnos aquella misma semana, yo pregunté qué opinaría mi padre, pero ellos me dijeron que no me preocupara por mi padre, que ya se lo diríamos luego, y mamá dijo que ella lo arreglaría todo. Aquello no me gustó mucho, señor Holmes. Resultaba algo raro tener que pedir su autorización, no siendo más que unos pocos años mayor que yo, pero no quería hacer nada a escondidas, así que escribí a mi padre a Burdeos, donde su empresa tenía sus oficinas en Francia, pero la carta me fue devuelta la mañana misma de la boda.

—¿Así que él no la recibió?

—Así es, porque había partido para Inglaterra justo antes de que llegara la carta.

—¡Ajá! ¡Una verdadera lástima! De manera que su boda quedó fijada para el viernes. ¿Iba a ser en la iglesia?

—Sí, señor, pero en privado. Nos casaríamos en San Salvador, cerca de King's Cross, y luego desayunaríamos en el hotel St. Pancras. Hosmer vino a buscarnos en un coche, pero como sólo había sitio para dos, nos metió a nosotras y él cogió otro cerrado, que parecía ser el único coche de alquiler en toda la calle. Llegamos las primeras a la iglesia, y cuando se detuvo su coche esperamos verle bajar, pero no bajó. Y cuando el cochero se bajó del pescante y miró al interior, allí no había nadie. El cochero dijo que no tenía la menor idea de lo que había sido de él, habiéndolo visto con sus propios ojos subir al coche. Esto sucedió el viernes pasado, señor Holmes, y desde entonces no he visto ni oído nada que arroje alguna luz sobre su paradero.

—Me parece que la han tratado a usted de un modo vergonzoso —dijo Holmes.

—¡Oh, no señor! Era demasiado bueno y considerado como para abandonarme así. Durante toda la mañana no paró de insistir en que, pasara lo que pasara, yo tenía que serle fiel, y que si algún imprevisto nos separaba, yo tenía que recordar siempre que estaba comprometida con él, y que tarde o temprano él vendría a reclamar sus derechos. Parece raro hablar de estas cosas en la mañana de tu boda, pero lo que después ocurrió hace que cobre sentido.

—Desde luego que sí. Según eso, usted opina que le ha ocurrido alguna catástrofe imprevista.

—Sí, señor. Creo que él temía algún peligro, pues de lo contrario no habría hablado así. Y creo que lo que él temía sucedió.

—Pero no tiene idea de lo que puede haber sido.

—Ni la menor idea.

—Una pregunta más: ¿Cómo se lo tomó su madre?

—Se puso furiosa y dijo que yo no debía volver a hablar jamás del asunto.

—¿Y su padre? ¿Se lo contó usted?

—Sí, y parecía pensar, lo mismo que yo, que algo había ocurrido y que volvería a tener noticias de Hosmer. Según él, ¿para qué iba nadie a llevarme hasta la puerta de la iglesia y luego abandonarme? Si me hubiera pedido dinero prestado o si se hubiera casado conmigo y hubiera puesto mi dinero a su nombre, podría existir un motivo; pero Hosmer era muy independiente en cuestiones de dinero y jamás tocaría un solo chelín mío. Pero entonces, ¿qué había ocurrido? ¿Y por qué no escribía? ¡Oh, me vuelve loca pensar en ello! No pego ojo por las noches.

Sacó de su manguito un pañuelo y empezó a sollozar ruidosamente en él.

—Examinaré el caso por usted —dijo Holmes, levantándose—, y estoy seguro de que llegaremos a algún resultado concreto. Deje en mis manos el asunto y no se siga devanando la mente con él. Y por encima de todo, procure que el señor Hosmer Angel se desvanezca de su memoria, como se ha desvanecido de su vida.

—Entonces, ¿cree usted que no lo volveré a ver?

—Me temo que no.

—Pero ¿qué le ha ocurrido, entonces?

—Deje el asunto en mis manos. Me gustaría disponer de una buena descripción de él, así como de cuantas cartas suyas pueda usted proporcionarme.

—Puse un anuncio pidiendo noticias suyas en el Chronicle del sábado pasado —dijo ella—. Aquí está el recorte, y aquí tiene cuatro cartas suyas.

—Gracias. ¿Y la dirección de usted?

—Lyon Place 31, Camberwell.

—Por lo que he oído, la dirección del señor Angel no la supo nunca. ¿Dónde está la empresa de su padre?

—Es viajante de Westhouse & Marbank, los grandes importadores de clarete de Fenchurch Street.

—Gracias. Ha expuesto usted el caso con mucha claridad. Deje aquí los papeles, y acuérdese del consejo que le he dado. Considere todo el incidente como un libro cerrado y no deje que afecte a su vida.

—Es usted muy amable, señor Holmes, pero no puedo hacer eso. Seré fiel a Hosmer. Me encontrará esperándole cuando vuelva.

A pesar de su ridículo sombrero y de su rostro inexpresivo, había un algo de nobleza que imponía respeto en la sencilla fe de nuestra visitante. Dejó sobre la mesa su montoncito de papeles y se marchó prometiendo acudir en cuanto la llamáramos.

Sherlock Holmes permaneció sentado y en silencio durante unos cuantos minutos, con las puntas de los dedos juntas, las piernas estiradas hacia adelante y la mirada fija en el techo. Luego tomó del estante la vieja y grasienta pipa que le servía de consejera y, después de encenderla, se recostó en su butaca, emitiendo densas espirales de humo azulado, con una expresión de infinita languidez en el rostro.

—Interesante personaje, esa muchacha —comentó—. Me ha parecido más interesante ella que su pequeño problema que, dicho sea de paso, es de lo más vulgar. Si consulta usted mi índice, encontrará casos similares en Andover, año 77, y otro bastante parecido en La Haya el año pasado.

—Parece que ha visto en ella muchas cosas que para mí eran invisibles —le hice notar.

—Invisibles no, Watson, inadvertidas. No sabía usted dónde mirar y se le pasó por alto todo lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugerentes que son las uñas de los pulgares, de los graves asuntos que penden de un cordón de zapato. Veamos, ¿qué dedujo usted del aspecto de esa mujer? Descríbala.

—Pues bien, llevaba un sombrero de paja de ala ancha y de color pizarra, con una pluma rojo ladrillo. Chaqueta negra, con abalorios negros y una orla de cuentas de azabache. Vestido marrón, bastante más oscuro que el café, con terciopelo morado en el cuello y los puños. Guantes tirando a grises, con el dedo índice de la mano derecha muy desgastado. En los zapatos no me fijé. Llevaba pendientes de oro, pequeños y redondos, y en general tenía aspecto de persona bastante bien acomodada, con un estilo de vida vulgar, cómodo y sin preocupaciones.

Sherlock Holmes aplaudió suavemente y emitió una risita.

—¡Por mi vida, Watson, está usted haciendo maravillosos progresos! Lo ha hecho muy bien, de verdad. Claro que se le ha escapado todo lo importante, pero ha dado usted con el método y tiene buena vista para los colores. No se fie nunca de las impresiones generales, muchacho, concéntrese en los detalles. Lo primero que miro en una mujer son siempre las mangas. En un hombre, probablemente, es mejor fijarse antes en las rodilleras de los pantalones. Como bien ha dicho usted, esta mujer tenía terciopelo en las mangas, un material sumamente útil para descubrir rastros. La doble línea justo por encima de las muñecas, donde la mecanógrafa se apoya en la mesa, estaba perfectamente definida. Una máquina de coser del tipo manual deja una marca semejante, pero sólo en la manga izquierda y en el lado más alejado del pulgar, en vez de cruzar la manga de parte a parte, como en este caso. Luego le miré la cara y, advirtiendo las marcas de unas gafas a ambos lados de su nariz, aventuré aquel comentario acerca de escribir a máquina siendo corta de vista, que tanto pareció sorprenderla.

—También me sorprendió a mí.

—Pues resultaba bien evidente. A continuación, miré hacia abajo y quedé muy sorprendido e interesado al observar que, aunque sus zapatos se parecían mucho, en realidad estaban desparejados: uno tenía un pequeño adorno en la punta y el otro era de punta lisa. Y de los cinco botones de cada zapato, uno tenía abrochados sólo los dos de abajo, y el otro el primero, el tercero y el quinto. Ahora bien, cuando ve usted que una joven, por lo demás impecablemente vestida, ha salido de su casa con los zapatos desparejados y a medio abotonar, no tiene nada de extraordinario deducir que salió a toda prisa.

—¿Y qué más? —pregunté vivamente interesado, como siempre, por los incisivos razonamientos de mi amigo.

—Advertí, de pasada, que antes de salir de casa, pero después de haberse vestido del todo, había escrito una nota. Usted ha observado que el guante derecho tenía roto el dedo índice, pero no se fijó en que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con prisas y metió demasiado la pluma en el tintero. Ha tenido que ser esta mañana, pues de no ser así la mancha no estaría tan clara en el dedo. Todo esto resulta entretenido, aunque bastante elemental, pero hay que ponerse a la faena, Watson. ¿Le importaría leerme la descripción del señor Hosmer Angel que se da en el anuncio?

Levanté a la luz el pequeño recorte impreso. «Desaparecido, en la mañana del día 14, un caballero llamado Hosmer Angel. Estatura, unos cinco pies y siete pulgadas; complexión fuerte, piel atezada, cabello negro con una pequeña calva en el centro, patillas largas y bigote negro; gafas oscuras, ligero defecto en el habla. La última vez que se le vio vestía levita negra con solapas de seda, chaleco negro con una cadena de oro y pantalones grises de paño, con polainas marrones sobre botines de elástico. Se sabe que ha trabajado en una oficina de Leadenhall Street. Quien pueda aportar noticias, etc., etc.»

—Con eso basta —dijo Holmes—. En cuanto a las cartas... —continuó, echándolas un vistazo— son de lo más vulgar. No hay en ellas ninguna pista del señor Angel, salvo que cita una vez a Balzac. Sin embargo, presentan un aspecto muy notable, que sin duda le llamará la atención.

—Que están escritas a máquina —dije yo.

—No sólo eso, hasta la firma está a máquina. Fíjese en el pequeño y pulcro

«Hosmer Angel» escrito al pie. Y, como verá, hay fecha pero no dirección completa, sólo «Leadenhall Street», que es algo muy inconcreto. Lo de la firma resulta muy sugerente... casi podría decirse que concluyente.

—¿De qué?

—Querido amigo, ¿es posible que no vea la importancia que esto tiene en el caso?

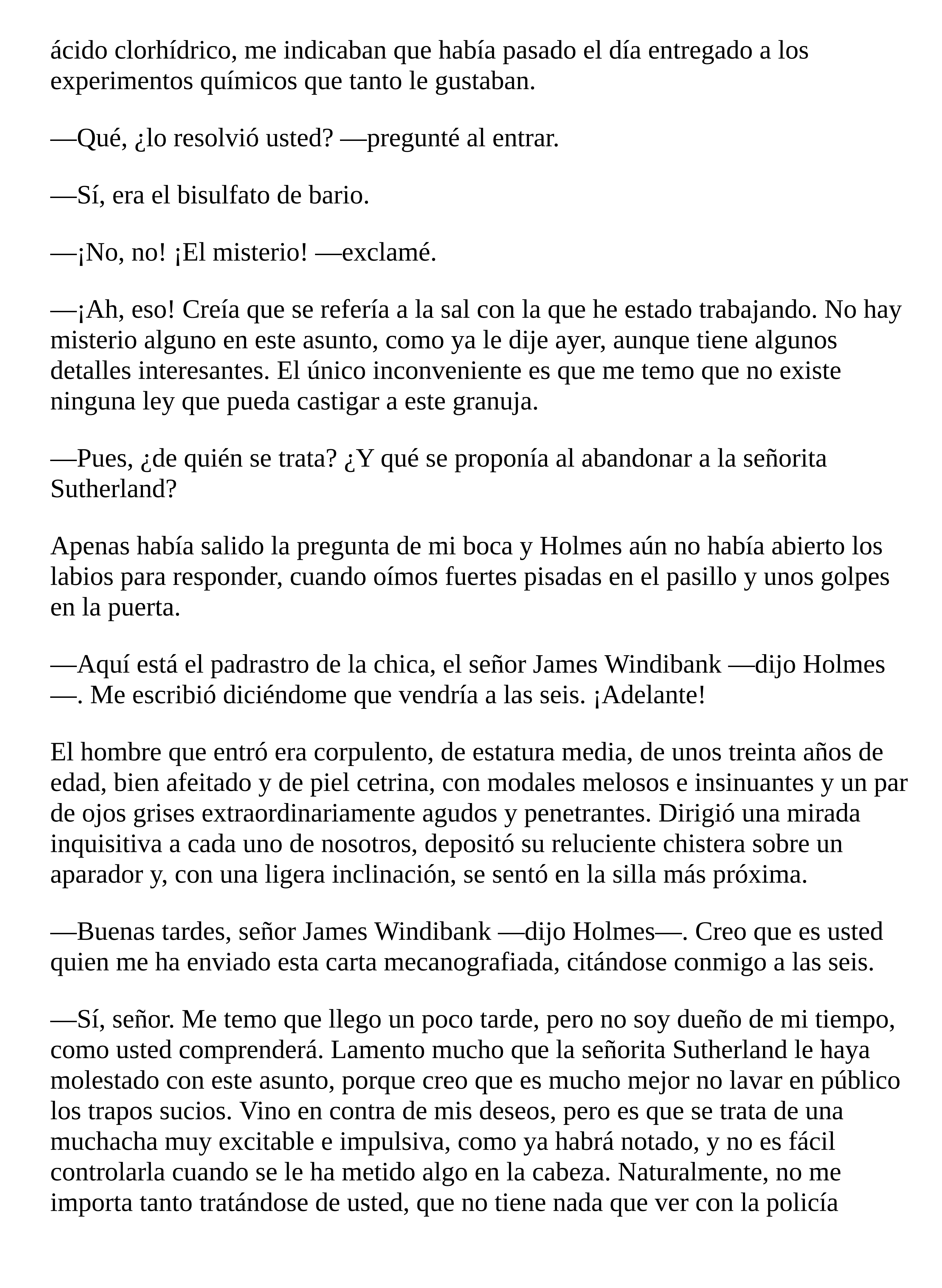
—Mentiría si dijera que la veo, a no ser que lo hiciera para poder negar que la firma era suya, en caso de que se le demandara por ruptura de compromiso.

—No, no se trata de eso. Sin embargo, voy a escribir dos cartas que dejarán zanjado el asunto. Una, para una firma de la City; y la otra, al padrastro de la joven, el señor Windibank, pidiéndole que venga a visitarnos mañana a las seis de la tarde. Ya es hora de que tratemos con los varones de la familia. Y ahora, doctor, no hay nada que hacer hasta que lleguen las respuestas a las cartas, así que podemos desentendernos del problemilla por el momento.

Tenía tantas razones para confiar en las penetrantes dotes deductivas y en la extraordinaria energía de mi amigo, que supuse que debía existir una base sólida para la tranquila y segura desenvoltura con que trataba el singular misterio que se le había llamado a sondear. Sólo una vez le había visto fracasar, en el caso del rey de Bohemia y la fotografía de Irene Adler, pero si me ponía a pensar en el misterioso enredo de El signo de los Cuatro o en las extraordinarias circunstancias que concurrían en el Estudio en escarlata, me sentía convencido de que no había misterio tan complicado que él no pudiera resolver.

Lo dejé, pues, todavía chupando su pipa de arcilla negra, con el convencimiento de que, cuando volviera por allí al día siguiente, encontraría ya en sus manos todas las pistas que conducirían a la identificación del desaparecido novio de la señorita Mary Sutherland.

Un caso profesional de extrema gravedad ocupaba por entonces mi atención, y pasé todo el día siguiente a la cabecera del enfermo. Eran ya casi las seis cuando quedé libre y pude saltar a un coche que me llevara a Baker Street, con cierto miedo de llegar demasiado tarde para asistir al desenlace del pequeño misterio. Sin embargo, encontré a Sherlock Holmes solo, medio dormido, con su larga y delgada figura enroscada en los recovecos de su sillón. Un formidable despliegue de frascos y tubos de ensayo, más el olor picante e inconfundible del


ácido clorhídrico, me indicaban que había pasado el día entregado a los experimentos químicos que tanto le gustaban.

—Qué, ¿lo resolvió usted? —pregunté al entrar.

—Sí, era el bisulfato de bario.

—¡No, no! ¡El misterio! —exclamé.

—¡Ah, eso! Creía que se refería a la sal con la que he estado trabajando. No hay misterio alguno en este asunto, como ya le dije ayer, aunque tiene algunos detalles interesantes. El único inconveniente es que me temo que no existe ninguna ley que pueda castigar a este granuja.

—Pues, ¿de quién se trata? ¿Y qué se proponía al abandonar a la señorita Sutherland?

Apenas había salido la pregunta de mi boca y Holmes aún no había abierto los labios para responder, cuando oímos fuertes pisadas en el pasillo y unos golpes en la puerta.

—Aquí está el padrastro de la chica, el señor James Windibank —dijo Holmes —. Me escribió diciéndome que vendría a las seis. ¡Adelante!

El hombre que entró era corpulento, de estatura media, de unos treinta años de edad, bien afeitado y de piel cetrina, con modales melosos e insinuantes y un par de ojos grises extraordinariamente agudos y penetrantes. Dirigió una mirada inquisitiva a cada uno de nosotros, depositó su reluciente chistera sobre un aparador y, con una ligera inclinación, se sentó en la silla más próxima.

—Buenas tardes, señor James Windibank —dijo Holmes—. Creo que es usted quien me ha enviado esta carta mecanografiada, citándose conmigo a las seis.

—Sí, señor. Me temo que llego un poco tarde, pero no soy dueño de mi tiempo, como usted comprenderá. Lamento mucho que la señorita Sutherland le haya molestado con este asunto, porque creo que es mucho mejor no lavar en público los trapos sucios. Vino en contra de mis deseos, pero es que se trata de una muchacha muy excitable e impulsiva, como ya habrá notado, y no es fácil controlarla cuando se le ha metido algo en la cabeza. Naturalmente, no me importa tanto tratándose de usted, que no tiene nada que ver con la policía

oficial, pero no es agradable que se comente fuera de casa una desgracia familiar como ésta. Además, se trata de un gasto inútil, porque, ¿cómo iba usted a poder encontrar a ese Hosmer Angel?

—Por el contrario —dijo Holmes tranquilamente—, tengo toda clase de razones para creer que lograré encontrar al señor Hosmer Angel.

El señor Windibank tuvo un violento sobresalto y se le cayeron los guantes.

—Me alegra mucho oír eso —dijo.

—Es muy curioso —comentó Holmes— que una máquina de escribir tenga tanta individualidad como lo que se escribe a mano. A menos que sean completamente nuevas, no hay dos máquinas que escriban igual. Algunas letras se gastan más que otras, y algunas se gastan sólo por un lado. Por ejemplo, señor Windibank, como puede ver en esta nota suya, la «e» siempre queda borrosa y hay un pequeño defecto en el rabillo de la «r». Existen otras catorce características, pero éstas son las más evidentes.

—Con esta máquina escribimos toda la correspondencia en la oficina, y es lógico que esté un poco gastada —dijo nuestro visitante, mirando fijamente a Holmes con sus ojillos brillantes.

—Y ahora le voy a enseñar algo que constituye un estudio verdaderamente interesante, señor Windibank —continuó Holmes—. Uno de estos días pienso escribir otra pequeña monografía acerca de la máquina de escribir y su relación con el crimen. Es un tema al que he dedicado cierta atención. Aquí tengo cuatro cartas presuntamente remitidas por el desaparecido. Todas están escritas a máquina. En todos los casos, no sólo las «es» están borrosas y las «erres» no tienen rabillo, sino que podrá usted observar, si mira con mi lupa, que también aparecen las otras catorce características de las que le hablaba antes.

El señor Windibank saltó de su silla y recogió su sombrero.

—No puedo perder el tiempo hablando de fantasías, señor Holmes —dijo—. Si puede coger al hombre, cójalo, y hágamelo saber cuando lo tenga.

—Desde luego —dijo Holmes, poniéndose en pie y cerrando la puerta con llave —. En tal caso, le hago saber que ya lo he cogido.

—¿Cómo? ¿Dónde? —exclamó el señor Windibank, palideciendo hasta los labios y mirando a su alrededor como una rata cogida en una trampa.

—Vamos, eso no le servirá de nada, de verdad que no —dijo Holmes con suavidad—. No podrá librarse de ésta, señor Windibank. Es todo demasiado transparente y no me hizo usted ningún cumplido al decir que me resultaría imposible resolver un asunto tan sencillo. Eso es, siéntese y hablemos.

Nuestro visitante se desplomó en una silla, con el rostro lívido y un brillo de sudor en la frente.

—No... no constituye delito —balbuceó.

—Mucho me temo que no. Pero, entre nosotros, Windibank, ha sido una jugarreta cruel, egoísta y despiadada, llevada a cabo del modo más ruin que jamás he visto. Ahora, permítame exponer el curso de los acontecimientos y contradígame si me equivoco.

El hombre se encogió en su asiento, con la cabeza hundida sobre el pecho, como quien se siente completamente aplastado. Holmes levantó los pies, apoyándolos en una esquina de la repisa de la chimenea, se echó hacia atrás con las manos en los bolsillos y comenzó a hablar, con aire de hacerlo más para sí mismo que para nosotros.

—Un hombre se casó con una mujer mucho mayor que él, por su dinero —dijo —, y también se beneficiaba del dinero de la hija mientras ésta viviera con ellos. Se trataba de una suma considerable para gente de su posición y perderla habría representado una fuerte diferencia. Valía la pena hacer un esfuerzo por conservarla. La hija tenía un carácter alegre y comunicativo, y además era cariñosa y sensible, de manera que resultaba evidente que, con sus buenas dotes personales y su pequeña renta, no duraría mucho tiempo soltera. Ahora bien, su matrimonio significaba, sin lugar a dudas, perder cien libras al año. ¿Qué hace entonces el padrastro para impedirlo? Adopta la postura más obvia: retenerla en casa y prohibirle que frecuente la compañía de gente de su edad. Pero pronto se da cuenta de que eso no le servirá durante mucho tiempo. Ella se rebela, reclama sus derechos y por fin anuncia su firme intención de asistir a cierto baile. ¿Qué hace entonces el astuto padrastro? Se le ocurre una idea que honra más a su cerebro que a su corazón. Con la complicidad y ayuda de su esposa, se disfraza, ocultando con gafas oscuras esos ojos penetrantes, enmascarando su rostro con

un bigote y un par de pobladas patillas, disimulando el timbre claro de su voz con un susurro insinuante... Y, doblemente seguro a causa de la miopía de la chica, se presenta como el señor Hosmer Angel y ahuyenta a los posibles enamorados cortejándola él mismo.

—Al principio era sólo una broma —gimió nuestro visitante—. Nunca creímos que se lo tomara tan en serio.

—Probablemente, no. Fuese como fuese, lo cierto es que la muchacha se lo tomó muy en serio; y, puesto que estaba convencida de que su padrastro se encontraba en Francia, ni por un instante se le pasó por la cabeza la sospecha de una traición. Se sentía halagada por las atenciones del caballero, y la impresión se veía aumentada por la admiración que la madre manifestaba a viva voz. Entonces el señor Angel empezó a visitarla, pues era evidente que, si se querían obtener resultados, había que llevar el asunto tan lejos como fuera posible. Hubo encuentros y un compromiso que evitaría definitivamente que la muchacha dirigiera su afecto hacia ningún otro. Pero el engaño no se podía mantener indefinidamente. Los supuestos viajes a Francia resultaban bastante embarazosos. Evidentemente, lo que había que hacer era llevar el asunto a una conclusión tan dramática que dejara una impresión permanente en la mente de la joven, impidiéndole mirar a ningún otro pretendiente durante bastante tiempo. De ahí esos juramentos de fidelidad pronunciados sobre el Evangelio, y de ahí las alusiones a la posibilidad de que ocurriera algo la misma mañana de la boda. James Windibank quería que la señorita Sutherland quedara tan atada a Hosmer Angel y tan insegura de lo sucedido, que durante diez años, por lo menos, no prestara atención a ningún otro hombre. La llevó hasta las puertas mismas de la iglesia y luego, como ya no podía seguir más adelante, desapareció oportunamente, mediante el viejo truco de entrar en un coche por una puerta y salir por la otra. Creo que éste fue el encadenamiento de los hechos, señor Windibank.

Mientras Holmes hablaba, nuestro visitante había recuperado parte de su aplomo, y al llegar a este punto se levantó de la silla con una fría expresión de burla en su pálido rostro.

—Puede que sí y puede que no, señor Holmes —dijo—. Pero si es usted tan listo, debería saber que ahora mismo es usted y no yo quien está infringiendo la ley. Desde el principio, yo no he hecho nada punible, pero mientras mantenga usted esa puerta cerrada se expone a una demanda por agresión y retención

ilegal.

—Como bien ha dicho, la ley no puede tocarle —dijo Holmes, girando la llave y abriendo la puerta de par en par—. Sin embargo, nadie ha merecido jamás un castigo tanto como lo merece usted. Si la joven tuviera un hermano o un amigo, le cruzaría la espalda a latigazos. ¡Por Júpiter! —exclamó acalorándose al ver el gesto de burla en la cara del otro—. Esto no forma parte de mis obligaciones para con mi cliente, pero tengo a mano un látigo de caza y creo que me voy a dar el gustazo de...

Dio dos rápidas zancadas hacia el látigo, pero antes de que pudiera cogerlo se oyó un estrépito de pasos en la escalera, la puerta de la entrada se cerró de golpe y pudimos ver por la ventana al señor Windibank corriendo calle abajo a toda la velocidad de que era capaz.

—¡Ahí va un canalla con verdadera sangre fría! —dijo Holmes, echándose a reír mientras se dejaba caer de nuevo en su sillón—. Ese tipo irá subiendo de delito en delito hasta que haga algo muy grave y termine en el patíbulo. En ciertos aspectos, el caso no carecía por completo de interés.

—Todavía no veo muy claros todos los pasos de su razonamiento —dije yo.

—Pues, desde luego, en un principio era evidente que este señor Hosmer Angel tenía que tener alguna buena razón para su curioso comportamiento, y estaba igualmente claro que el único hombre que salía beneficiado del incidente, hasta donde nosotros sabíamos, era el padrastro. Luego estaba el hecho, muy sugerente, de que nunca se hubiera visto juntos a los dos hombres, sino que el uno aparecía siempre cuando el otro estaba fuera. Igualmente sospechosas eran las gafas oscuras y la voz susurrante, factores ambos que sugerían un disfraz, lo mismo que las pobladas patillas. Mis sospechas se vieron confirmadas por ese detalle tan curioso de firmar a máquina, que por supuesto indicaba que la letra era tan familiar para la joven que ésta reconocería cualquier minúscula muestra de la misma. Como ve, todos estos hechos aislados, junto con otros muchos de menor importancia, señalaban en la misma dirección.

—¿Y cómo se las arregló para comprobarlo?

—Habiendo identificado a mi hombre, resultaba fácil conseguir la corroboración.

Sabía en qué empresa trabajaba este hombre. Cogí la descripción publicada, eliminé todo lo que se pudiera achacar a un disfraz, las patillas, las gafas, la voz y se la envié a la empresa en cuestión, solicitando que me informaran de si alguno de sus viajantes respondía a la descripción. Me había fijado ya en las peculiaridades de la máquina, y escribí al propio sospechoso a su oficina, rogándole que acudiera aquí. Tal como había esperado, su respuesta me llegó escrita a máquina, y mostraba los mismos defectos triviales pero característicos. En el mismo correo me llegó una carta de Westhouse & Marbank, de Fenchurch Street, comunicándome que la descripción coincidía en todos sus aspectos con la de su empleado James Windibank. Voílá tout!

—¿Y la señorita Shutherland?

—Si se lo cuento, no me creerá. Recuerde el antiguo proverbio persa: «Tan peligroso es quitarle su cachorro a un tigre como arrebatarle a una mujer una ilusión.» Hay tanta sabiduría y tanto conocimiento del mundo en Hafiz como en Horacio.

4. El misterio de Boscombe Valley

Estábamos una mañana sentados mi esposa y yo cuando la doncella trajo un telegrama. Era de Sherlock Holmes y decía lo siguiente:

«¿Tiene un par de días libres? Me han telegrafiado desde el oeste de Inglaterra a propósito de la tragedia de Boscombe Valley. Me alegraría que usted me acompañase. Atmósfera y paisaje maravillosos. Salgo de Paddington en el tren de las 11.15».

—¿Qué dices a esto, querido? —preguntó mi esposa, mirándome directamente —.

¿Vas a ir?

—No sé qué decir. En estos momentos tengo una lista de pacientes bastante larga.

—¡Bah! Anstruther se encargará de ellos. Últimamente se te ve un poco pálido. El cambio te sentará bien, y siempre te han interesado mucho los casos del señor Sherlock Holmes.

—Sería un desagradecido si no me interesaran, en vista de lo que he ganado con uno solo de ellos —respondí—. Pero si voy a ir, tendré que hacer el equipaje ahora mismo, porque sólo me queda media hora.

Mi experiencia en la campaña de Afganistán me había convertido, por lo menos, en un viajero rápido y dispuesto. Mis necesidades eran pocas y sencillas, de modo que, en menos de la mitad del tiempo mencionado, ya estaba en un coche de alquiler con mi maleta, rodando en dirección a la estación de Paddington. Sherlock Holmes paseaba andén arriba y andén abajo, y su alta y sombría figura parecía aún más alta y sombría a causa de su largo capote gris de viaje y su ajustada gorra de paño.

—Ha sido usted verdaderamente amable al venir, Watson —dijo—. Para mí es

considerablemente mejor tener al lado a alguien de quien fiarme por completo. La ayuda que se encuentra en el lugar de los hechos, o no vale para nada o está influida. Coja usted los dos asientos del rincón y yo sacaré los billetes.

Teníamos todo el compartimento para nosotros, si no contamos un inmenso montón de papeles que Holmes había traído consigo. Estuvo hojeándolos y leyéndolos, con intervalos dedicados a tomar notas y a meditar, hasta que dejamos atrás Reading. Entonces hizo de pronto con todos ellos una bola gigantesca y la tiró a la rejilla de los equipajes.

—¿Ha leído algo acerca del caso? —preguntó.

—Ni una palabra. No he leído un periódico en varios días.

—La prensa de Londres no ha publicado relatos muy completos. Acabo de repasar todos los periódicos recientes a fin de hacerme con los detalles. Por lo que he visto, parece tratarse de uno de esos casos sencillos que resultan extraordinariamente difíciles.

—Eso suena un poco a paradoja.

—Pero es una gran verdad. Lo que se sale de lo corriente constituye, casi invariablemente, una pista. Cuanto más anodino y vulgar es un crimen, más difícil resulta resolverlo. Sin embargo, en este caso parece haber pruebas de peso contra el hijo del asesinado.

—Entonces, ¿se trata de un asesinato?

—Bueno, eso se supone. Yo no aceptaré nada como seguro hasta que haya tenido ocasión de echar un vistazo en persona. Voy a explicarle en pocas palabras la situación, tal y como yo la he entendido.

Boscombe Valley es un distrito rural de Herefordshire, situado no muy lejos de

Ross. El mayor terrateniente de la zona es un tal John Turner, que hizo fortuna en Australia y regresó a su país natal hace algunos años. Una de las granjas de su propiedad, la de Hatherley, la tenía arrendada al señor Charles McCarthy, otro ex australiano. Los dos se habían conocido en las colonias, por lo que no tiene nada de raro que cuando vinieron a establecerse aquí procuraran estar lo más cerca posible uno del otro. Según parece, Turner era el más rico de los dos, así que

McCarthy se convirtió en arrendatario suyo, pero al parecer seguían tratándose en términos de absoluta igualdad y se los veía mucho juntos. McCarthy tenía un hijo, un muchacho de dieciocho años, y Turner tenía una hija única de la misma edad, pero a ninguno de los dos les vivía la esposa. Parece que evitaban el trato con las familias inglesas de los alrededores y que llevaban una vida retirada, aunque los dos McCarthy eran aficionados al deporte y se los veía con frecuencia en las carreras de la zona. McCarthy tenía dos sirvientes: un hombre y una muchacha. Turner disponía de una servidumbre considerable, por lo menos media docena. Esto es todo lo que he podido averiguar sobre las familias. Pasemos ahora a los hechos.

El 3 de junio —es decir, el lunes pasado—, McCarthy salió de su casa de Hatherley a eso de la tres de la tarde, y fue caminando hasta el estanque de Boscombe, una especie de laguito formado por un ensanchamiento del arroyo que corre por el valle de Boscombe. Por la mañana había estado con su criado en Ross y le había dicho que tenía que darse prisa porque a las tres tenía una cita importante. Una cita de la que no regresó vivo.

Desde la casa de Hatherley hasta el estanque de Boscombe hay como un cuarto de milla, y dos personas le vieron pasar por ese terreno. Una fue una anciana, cuyo nombre no se menciona, y la otra fue William Crowder, un guarda de caza que está al servicio del señor Turner. Los dos testigos aseguran que el señor McCarthy iba caminando solo. El guarda añade que a los pocos minutos de haber visto pasar al señor McCarthy vio pasar a su hijo en la misma dirección, con una escopeta bajo el brazo. En su opinión, el padre todavía estaba al alcance de la vista y el hijo iba siguiéndolo. No volvió a pensar en el asunto hasta que por la tarde se enteró de la tragedia que había ocurrido.

Hubo alguien más que vio a los dos McCarthy después de que William Crowder,

el guarda, los perdiera de vista. El estanque de Boscombe está rodeado de espesos bosques, con sólo un pequeño reborde de hierba y juncos alrededor. Una muchacha de catorce años, Patience Moran, hija del guardés del pabellón de Boscombe Valley, se encontraba en uno de los bosques cogiendo flores. Ha declarado que, mientras estaba allí, vio en el borde del bosque y cerca del estanque al señor McCarthy y su hijo, que parecían estar discutiendo acaloradamente. Oyó al mayor de los McCarthy dirigirle a su hijo palabras muy fuertes, y vio a éste levantar la mano como para pegar a su padre. La violencia de la escena la asustó tanto que echó a correr, y cuando llegó a su casa le contó a

su madre que había visto a los dos McCarthy discutiendo junto al estanque de Boscombe y que tenía miedo de que fueran a pelearse. Apenas había terminado de hablar cuando el joven McCarthy llegó corriendo al pabellón, diciendo que había encontrado a su padre muerto en el bosque y pidiendo ayuda al guardés. Venía muy excitado, sin escopeta ni sombrero, y vieron que traía la mano y la manga derechas manchadas de sangre fresca. Fueron con él y encontraron el cadáver del padre, tendido sobre la hierba junto al estanque. Le habían aplastado la cabeza a golpes con algún arma pesada y roma. Eran heridas que podrían perfectamente haberse infligido con la culata de la escopeta del hijo, que se encontró tirada en la hierba a pocos pasos del cuerpo. Dadas las circunstancias, el joven fue detenido inmediatamente, el martes la investigación dio como resultado un veredicto de «homicidio intencionado», y el miércoles compareció ante los magistrados de Ross, que han remitido el caso a la próxima sesión del tribunal. Éstos son los hechos principales del caso, según se desprende de la investigación judicial y el informe policial.

—El caso no podría presentarse peor para el joven —comenté—. Pocas veces se han dado tantas pruebas circunstanciales que acusasen con tanta insistencia al criminal.

—Las pruebas circunstanciales son muy engañosas —respondió Holmes, pensativo—. Puede parecer que indican claramente una cosa, pero si cambias un poquito tu punto de vista, puedes encontrarte con que indican, con igual claridad, algo completamente diferente. Sin embargo, hay que confesar que el caso se presenta muy mal para el joven, y es muy posible que verdaderamente sea culpable. Sin embargo, existen varias personas en la zona, y entre ellas la señorita Turner, la hija del terrateniente, que creen en su inocencia y que han contratado a Lestrade, al que usted recordará de cuando intervino en el Estudio en escarlata, para que investigue el caso en beneficio suyo. Lestrade se encuentra perdido y me ha pasado el caso a mí, y ésta es la razón de que dos caballeros de edad mediana vuelen en este momento hacia el oeste, a cincuenta millas por hora, en lugar de digerir tranquilamente su desayuno en casa.

—Me temo —dije— que los hechos son tan evidentes que este caso le reportará muy poco mérito.

—No hay nada tan engañoso como un hecho evidente —respondió riendo—. Además, bien podemos tropezar con algún otro hecho evidente que no le resultara tan evidente al señor Lestrade. Me conoce usted lo suficientemente bien

como para saber que no fanfarroneo al decir que soy capaz de confirmar o echar por tierra su teoría valiéndome de medios que él es totalmente incapaz de emplear e incluso de comprender. Por usar el ejemplo más a mano, puedo advertir con toda claridad que la ventana de su cuarto está situada a la derecha, y dudo mucho que el señor Lestrade se hubiera fijado en un detalle tan evidente como ése.

—¿Cómo demonios...?

—Mi querido amigo, le conozco bien. Conozco la pulcritud militar que le caracteriza. Se afeita usted todas las mañanas, y en esta época del año se afeita a la luz del sol, pero como su afeitado va siendo cada vez menos perfecto a medida que avanzamos hacia la izquierda, hasta hacerse positivamente chapucero a la altura del ángulo de la mandíbula, no puede caber duda de que ese lado está peor iluminado que el otro. No puedo concebir que un hombre como usted se diera por satisfecho con ese resultado si pudiera verse ambos lados con la misma luz. Esto lo digo sólo a manera de ejemplo trivial de observación y deducción. En eso consiste mi oficio, y es bastante posible que pueda resultar de alguna utilidad en el caso que nos ocupa. Hay uno o dos detalles menores que salieron a relucir en la investigación y que vale la pena considerar.

—¿Como qué?

—Parece que la detención no se produjo en el acto, sino después de que el joven regresara a la granja Hatherley. Cuando el inspector de policía le comunicó que estaba detenido, repuso que no le sorprendía y que no se merecía otra cosa. Este comentario contribuyó a disipar todo rastro de duda que pudiera quedar en las mentes del jurado encargado de la instrucción.

—Como que es una confesión —exclamé.

—Nada de eso, porque a continuación se declaró inocente.

—Viniendo después de una serie de hechos tan condenatoria fue, por lo menos, un comentario de lo más sospechoso.

—Por el contrario —dijo Holmes—. Por el momento ésa es la rendija más luminosa que puedo ver entre los nubarrones. Por muy inocente que sea, no puede ser tan rematadamente imbécil que no se dé cuenta de que las circunstancias son fatales para él. Si se hubiera mostrado sorprendido de su

detención o hubiera fingido indignarse, me habría parecido sumamente sospechoso, porque tal sorpresa o indignación no habrían sido naturales, dadas las circunstancias, aunque a un hombre calculador podrían parecerle la mejor táctica a seguir. Su franca aceptación de la situación le señala o bien como a un inocente, o bien como a un hombre con mucha firmeza y dominio de sí mismo. En cuanto a su comentario de que se lo merecía, no resulta tan extraño si se piensa que estaba junto al cadáver de su padre y que no cabe duda de que aquel mismo día había olvidado su respeto filial hasta el punto de reñir con él e incluso, según la muchacha cuyo testimonio es tan importante, de levantarle la mano como para pegarle. El remordimiento y el arrepentimiento que se reflejan en sus palabras me parecen señales de una mentalidad sana y no de una mente culpable.

—A muchos los han ahorcado con pruebas bastante menos sólidas —comenté, meneando la cabeza.

—Así es. Y a muchos los han ahorcado injustamente.

—¿Cuál es la versión de los hechos según el propio joven?

—Me temo que no muy alentadora para sus partidarios, aunque tiene un par de detalles interesantes. Aquí la tiene, puede leerla usted mismo.

Sacó de entre el montón de papeles un ejemplar del periódico de Herefordshire, encontró la página y me señaló el párrafo en el que el desdichado joven daba su propia versión de lo ocurrido. Me instalé en un rincón del compartimento y lo leí con mucha atención. Decía así:

“Compareció a continuación el señor James McCarthy, hijo único del fallecido, que declaró lo siguiente: «Había estado fuera de casa tres días, que pasé en Bristol, y acababa de regresar la mañana del pasado lunes, día 3. Cuando llegué, mi padre no estaba en casa y la doncella me dijo que había ido a Ross con John Cobb, el caballerizo. Poco después de llegar, oí en el patio las ruedas de su coche; miré por la ventana y le vi bajarse y salir a toda prisa del patio, aunque no me fijé en qué dirección se fue. Cogí entonces mi escopeta y eché a andar en dirección al estanque de Boscombe, con la intención de visitar las conejeras que hay al otro lado. Por el camino vi a William Crowder, el guarda, tal como él ha declarado; pero se equivocó al pensar que yo iba siguiendo a mi padre. No tenía ni idea de que él iba delante de mí. A unas cien yardas del estanque oí el grito de

¡cui!, que mi padre y yo utilizábamos normalmente como señal. Al oírlo, eché a correr y lo encontré de pie junto al estanque. Pareció muy sorprendido de verme y me preguntó con bastante mal humor qué estaba haciendo allí. Nos enzarzamos en una discusión que degeneró en voces, y casi en golpes, pues mi padre era un hombre de temperamento muy violento. En vista de que su irritación se hacía incontrolable, lo dejé, y emprendí el camino de regreso a Hatherley. Pero no me había alejado ni ciento cincuenta yardas cuando oí a mis espaldas un grito espantoso, que me hizo volver corriendo. Encontré a mi padre agonizando en el suelo, con terribles heridas en la cabeza. Dejé caer mi escopeta y lo tomé en mis brazos, pero expiró casi en el acto. Permanecí unos minutos arrodillado a su lado y luego fui a pedir ayuda a la casa del guardés del señor Turner, que era la más cercana. Cuando volví junto a mi padre no vi a nadie cerca, y no tengo ni idea de cómo se causaron sus heridas. No era una persona muy apreciada, a causa de su carácter frío y reservado; pero, por lo que yo sé, tampoco tenía enemigos declarados.

No sé nada más del asunto».

El juez instructor: «¿Le dijo su padre algo antes de morir?».

El testigo: «Murmuró algunas palabras, pero lo único que entendí fue algo sobre una rata».

El juez: «¿Cómo interpretó usted aquello?».

El testigo: «No significaba nada para mí. Creí que estaba delirando».

El juez: «¿Cuál fue el motivo de que usted y su padre sostuvieran aquella última discusión?».

El testigo: «Preferiría no responder».

El juez: «Me temo que debo insistir».

El testigo: «De verdad que me resulta imposible decírselo. Puedo asegurarle que no tenía nada que ver con la terrible tragedia que ocurrió a continuación».

El juez: «El tribunal es quien debe decidir eso. No es necesario advertirle que su negativa a responder puede perjudicar considerablemente su situación en cualquier futuro proceso a que pueda haber lugar».

El testigo: «Aun así, tengo que negarme».

El juez: «Según tengo entendido, el grito de culi era una señal habitual entre usted y su padre».

El testigo: «Así es».

El juez: «En tal caso, ¿cómo es que dio el grito antes de verle a usted, cuando ni siquiera sabía que había regresado usted de Bristol?».

El testigo (bastante desconcertado): «No lo sé».

Un jurado: «¿No vió usted nada que despertara sus sospechas cuando regresó al oír gritar a su padre y lo encontró herido de muerte?».

El testigo: «Nada concreto».

El juez: «¿Qué quiere decir con eso?».

El testigo: «Al salir corriendo al claro iba tan trastornado y excitado que no podía pensar más que en mi padre. Sin embargo, tengo la vaga impresión de que al correr vi algo tirado en el suelo a mi izquierda. Me pareció que era algo de color gris, una especie de capote o tal vez una manta escocesa. Cuando me levanté al dejar a mi padre miré a mi alrededor para fijarme, pero ya no estaba».

—«¿Quiere decir que desapareció antes de que usted fuera a buscar ayuda?».

—«Eso es, desapareció».

—«¿No puede precisar lo que era?».

—«No, sólo me dio la sensación de que había algo allí».

—«¿A qué distancia del cuerpo?».

—«A unas doce yardas».

—«¿Y a qué distancia del lindero del bosque?».

—«Más o menos a la misma».

—«Entonces, si alguien se lo llevó, fue mientras usted se encontraba a unas doce yardas de distancia».

—«Sí, pero vuelto de espaldas».

Con esto concluyó el interrogatorio del testigo”.

—Por lo que veo —dije echando un vistazo al resto de la columna—, el juez instructor se ha mostrado bastante duro con el joven McCarthy en sus conclusiones. Llama la atención, y con toda la razón, sobre la discrepancia de que el padre lanzara la llamada antes de verlo, hacia su negativa a dar detalles de la conversación con el padre y sobre su extraño relato de las últimas palabras del moribundo. Tal como él dice, todo eso apunta contra el hijo.

Holmes se rió suavemente para sus adentros y se estiró sobre el mullido asiento.

—Tanto usted como el juez instructor se han esforzado a fondo —dijo— en destacar precisamente los aspectos más favorables para el muchacho. ¿No se da usted cuenta de que tan pronto le atribuyen demasiada imaginación como demasiado poca? Demasiado poca, si no es capaz de inventarse un motivo para la disputa que le haga ganarse las simpatías del jurado; demasiada, si es capaz de sacarse de la mollera una cosa tan outré como la alusión del moribundo a una rata y el incidente de la prenda desaparecida. No señor, yo enfocaré este caso partiendo de que el joven ha dicho la verdad, y veremos adónde nos lleva esta hipótesis. Y ahora, aquí tengo mi Petrarca de bolsillo, y no pienso decir ni una palabra más sobre el caso hasta que lleguemos al lugar de los hechos. Comeremos en Swindon, y creo que llegaremos dentro de veinte minutos.

Eran casi las cuatro cuando nos encontramos por fin en el bonito pueblecito campesino de Ross, tras haber atravesado el hermoso valle del Stroud y cruzado el ancho y reluciente Severn. Un hombre delgado, con cara de hurón y mirada furtiva y astuta, nos esperaba en el andén. A pesar del guardapolvo marrón claro y de las polainas de cuero que llevaba como concesión al ambiente campesino, no tuve dificultad en reconocer a Lestrade, de Scotland Yard. Fuimos con él en coche hasta «El Escudo de Hereford», donde ya se nos había reservado una habitación.

—He pedido un coche —dijo Lestrade, mientras nos sentábamos a tomar una taza de té—. Conozco su carácter enérgico y sé que no estará a gusto hasta que haya visitado la escena del crimen.

—Es usted muy amable y halagador —respondió Holmes—. Pero todo depende de la presión barométrica.

Lestrade pareció sorprendido.

—No comprendo muy bien —dijo.

—¿Qué marca el barómetro? Veintinueve, por lo que veo. No hay viento, ni se ve una nube en el cielo. Tengo aquí una caja de cigarrillos que piden ser fumados, y el sofá es muy superior a las habituales abominaciones que suelen encontrarse en los hoteles rurales. No creo probable que utilice el coche esta noche.

Lestrade dejó escapar una risa indulgente.

—Sin duda, ya ha sacado usted conclusiones de los periódicos —dijo—. El caso es tan vulgar como un palo de escoba, y cuanto más profundiza uno en él, más vulgar se vuelve. Pero, por supuesto, no se le puede decir que no a una dama, sobre todo a una tan voluntariosa. Había oído hablar de usted e insistió en conocer su opinión, a pesar de que yo le repetí un montón de veces que usted no podría hacer nada que yo no hubiera hecho ya. Pero, ¡caramba! ¡Ahí está su coche en la puerta!

Apenas había terminado de hablar cuando irrumpió en la habitación una de las jóvenes más encantadoras que he visto en mi vida. Brillantes ojos color violeta, labios entreabiertos, un toque de rubor en sus mejillas, habiendo perdido toda noción de su recato natural ante el ímpetu arrollador de su agitación y preocupación.

—¡Oh, señor Sherlock Holmes! —exclamó, pasando la mirada de uno a otro, hasta que, con rápida intuición femenina, la fijó en mi compañero—. Estoy muy contenta de que haya venido. He venido a decírselo. Sé que James no lo hizo. Lo sé, y quiero que usted empiece a trabajar sabiéndolo también. No deje que le asalten dudas al respecto. Nos conocemos el uno al otro desde que éramos niños, y conozco sus defectos mejor que nadie; pero tiene el corazón demasiado blando como para hacer daño ni a una mosca. La acusación es absurda para cualquiera que lo conozca de verdad.

—Espero que podamos demostrar su inocencia, señorita Turner —dijo Sherlock Holmes—. Puede usted confiar en que haré todo lo que pueda.

—Pero usted ha leído las declaraciones. ¿Ha sacado alguna conclusión? ¿No ve alguna salida, algún punto débil? ¿No cree usted que es inocente?

—Creo que es muy probable.

—¡Ya lo ve usted! —exclamó ella, echando atrás la cabeza y mirando desafiante a Lestrade—. ¡Ya lo oye! ¡Él me da esperanzas!

Lestrade se encogió de hombros.

—Me temo que mi colega se ha precipitado un poco al sacar conclusiones — dijo.

—¡Pero tiene razón! ¡Sé que tiene razón! James no lo hizo. Y en cuanto a esa disputa con su padre, estoy segura de que la razón de que no quisiera hablar de ella al juez fue que discutieron acerca de mí.

—¿Y por qué motivo?

—No es momento de ocultar nada. James y su padre tenían muchas desavenencias por mi causa. El señor McCarthy estaba muy interesado en que nos casáramos. James y yo siempre nos hemos querido como hermanos, pero, claro, él es muy joven y aún ha visto muy poco de la vida, y... y... bueno, naturalmente, todavía no estaba preparado para meterse en algo así. De ahí que tuvieran discusiones, y ésta, estoy segura, fue una más.

—¿Y el padre de usted? —preguntó Holmes—. ¿También era partidario de ese enlace?

—No, él también se oponía. El único que estaba a favor era McCarthy.

Un súbito rubor cubrió sus lozanas y juveniles facciones cuando Holmes le dirigió una de sus penetrantes miradas inquisitivas.

—Gracias por esta información —dijo—. ¿Podría ver a su padre si le visito mañana?

—Me temo que el médico no lo va a permitir.

—¿El médico?

—Sí, ¿no lo sabía usted? El pobre papá no andaba bien de salud desde hace años, pero esto le ha acabado de hundir. Tiene que guardar cama, y el doctor Willows dice que está hecho polvo y que tiene el sistema nervioso destrozado. El señor McCarthy era el único que había conocido a papá en los viejos tiempos de Victoria.

—¡Ajá! ¡Así que en Victoria! Eso es importante.

—Sí, en las minas.

—Exacto; en las minas de oro, donde, según tengo entendido, hizo su fortuna el señor Turner.

—Eso es.

—Gracias, señorita Turner. Ha sido usted una ayuda muy útil.

—Si mañana hay alguna novedad, no deje de comunicármela. Sin duda, irá usted a la cárcel a ver a James. Oh, señor Holmes, si lo hace dígale que yo sé que es inocente.

—Así lo haré, señorita Turner.

—Ahora tengo que irme porque papá está muy mal y me echa de menos si lo dejo solo. Adiós, y que el Señor le ayude en su empresa.

Salió de la habitación tan impulsivamente como había entrado y oímos las ruedas de su carruaje traqueteando calle abajo.

—Estoy avergonzado de usted, Holmes —dijo Lestrade con gran dignidad, tras unos momentos de silencio—. ¿Por qué despierta esperanzas que luego tendrá que defraudar? No soy precisamente un sentimental, pero a eso lo llamo crueldad.

—Creo que encontraré la manera de demostrar la inocencia de James McCarthy —dijo Holmes—. ¿Tiene usted autorización para visitarlo en la cárcel?

—Sí, pero sólo para usted y para mí.

—En tal caso, reconsideraré mi decisión de no salir. ¿Tendremos todavía tiempo

para tomar un tren a Hereford y verlo esta noche?

—De sobra.

—Entonces, en marcha. Watson, me temo que se va a aburrir, pero sólo estaré ausente un par de horas.

Los acompañé andando hasta la estación, y luego vagabundeé por las calles del pueblecito, acabando por regresar al hotel, donde me tumbé en el sofá y procuré interesarme en una novela policiaca. Pero la trama de la historia era tan endeble en comparación con el profundo misterio en el que estábamos sumidos, que mi atención se desviaba constantemente de la ficción a los hechos, y acabé por tirarla al otro extremo de la habitación y entregarme por completo a recapacitar sobre los acontecimientos del día. Suponiendo que la historia del desdichado joven fuera absolutamente cierta, ¿qué cosa diabólica, qué calamidad absolutamente imprevista y extraordinaria podía haber ocurrido entre el momento en que se separó de su padre y el instante en que, atraído por sus gritos, volvió corriendo al claro? Había sido algo terrible y mortal, pero ¿qué? ¿Podrían mis instintos médicos deducir algo de la índole de las heridas? Tiré de la campanilla y pedí que me trajeran el periódico semanal del condado, que contenía una crónica textual de la investigación. En la declaración del forense se afirmaba que el tercio posterior del parietal izquierdo y la mitad izquierda del occipital habían sido fracturados por un fuerte golpe asestado con un objeto romo. Señalé el lugar en mi propia cabeza. Evidentemente, aquel golpe tenía que haberse asestado por detrás. Hasta cierto punto, aquello favorecía al acusado, ya que cuando se le vio discutiendo con su padre ambos estaban frente a frente. Aun así, no significaba gran cosa, ya que el padre podía haberse vuelto de espaldas antes de recibir el golpe. De todas maneras, quizá valiera la pena llamar la atención de Holmes sobre el detalle. Luego teníamos la curiosa alusión del moribundo a una rata. ¿Qué podía significar aquello? No podía tratarse de un delirio. Un hombre que ha recibido un golpe mortal no suele delirar. No, lo más probable era que estuviera intentando explicar lo que le había ocurrido. Pero ¿qué podía querer decir? Me devané los sesos en busca de una posible explicación. Y luego estaba también el asunto de la prenda gris que había visto el joven McCarthy. De ser cierto aquello, el asesino debía haber perdido al huir alguna prenda de vestir, probablemente su gabán, y había tenido la sangre fría de volver a recuperarla en el mismo instante en que el hijo se arrodillaba, vuelto de espaldas, a menos de doce pasos. ¡Qué maraña de misterios e improbabilidades era todo el asunto! No me extrañaba la opinión de Lestrade, a pesar de lo cual

tenía tanta fe en la perspicacia de Sherlock Holmes que no perdía las esperanzas, en vista de que todos los nuevos datos parecían reforzar su convencimiento de la inocencia del joven McCarthy.

Era ya tarde cuando regresó Sherlock Holmes. Venía solo, ya que Lestrade se alojaba en el pueblo.

—El barómetro continúa muy alto —comentó mientras se sentaba—. Es importante que no llueva hasta que hayamos podido examinar el lugar de los hechos. Por otra parte, para un trabajito como ése uno tiene que estar en plena forma y bien despierto, y no quiero hacerlo estando fatigado por un largo viaje. He visto al joven McCarthy.

—¿Y qué ha sacado de él?

—Nada.

—¿No pudo arrojar ninguna luz?

—Absolutamente ninguna. En algún momento me sentí inclinado a pensar que él sabía quién lo había hecho y estaba encubriéndolo o encubriéndola, pero ahora estoy convencido de que está tan a oscuras como todos los demás. No es un muchacho demasiado perspicaz, aunque sí bien parecido y yo diría que de corazón noble.

—No puedo admirar sus gustos —comenté—, si es verdad eso de que se negaba a casarse con una joven tan encantadora como esta señorita Turner.

—Ah, en eso hay una historia bastante triste. El tipo la quiere con locura, con desesperación, pero hace unos años, cuando no era más que un mozalbete, y antes de conocerla bien a ella, porque la chica había pasado cinco años en un internado, ¿no va el muy idiota y se deja atrapar por una camarera de Bristol, y se casa con ella en el juzgado? Nadie sabe una palabra del asunto, pero puede usted imaginar lo enloquecedor que tenía que ser para él que le recriminaran por no hacer algo que daría los ojos por poder hacer, pero que sabe que es absolutamente imposible. Fue uno de esos arrebatos de locura lo que le hizo levantar las manos cuando su padre, en su última conversación, le seguía insistiendo en que le propusiera matrimonio a la señorita Turner. Por otra parte, carece de medios económicos propios y su padre, que era en todos los aspectos un hombre muy duro, le habría repudiado por completo si se hubiera enterado de

la verdad. Con esta esposa camarera es con la que pasó los últimos tres días en Bristol, sin que su padre supiera dónde estaba. Acuérdese de este detalle. Es importante. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga, ya que la camarera, al enterarse por los periódicos de que el chico se ha metido en un grave aprieto y es posible que lo ahorquen, ha roto con él y le ha escrito comunicándole que ya tiene un marido en los astilleros Bermudas, de modo que no existe un verdadero vínculo entre ellos. Creo que esta noticia ha bastado para consolar al joven McCarthy de todo lo que ha sufrido.

—Pero si él es inocente, entonces, ¿quién lo hizo?

—Eso: ¿Quién? Quiero llamar su atención muy concretamente hacia dos detalles. El primero, que el hombre asesinado tenía una cita con alguien en el estanque, y que este alguien no podía ser su hijo, porque el hijo estaba fuera y él no sabía cuándo iba a regresar. El segundo, que a la víctima se le oyó gritar culi, aunque aún no sabía que su hijo había regresado. Éstos son los puntos cruciales de los que depende el caso. Y ahora, si no le importa, hablemos de George Meredith, y dejemos los detalles secundarios para mañana.

Tal como Holmes había previsto, no llovió, y el día amaneció despejado y sin nubes. A las nueve en punto, Lestrade pasó a recogernos con el coche y nos dirigimos a la granja Hatherley y al estanque de Boscombe.

—Hay malas noticias esta mañana —comentó Lestrade—. Dicen que el señor Turner, el propietario, está tan enfermo que no hay esperanzas de que viva.

—Supongo que será ya bastante mayor —dijo Holmes.

—Unos sesenta años; pero la vida en las colonias le destrozó el organismo, y llevaba bastante tiempo muy flojo de salud. Este suceso le ha afectado de muy mala manera. Era viejo amigo de McCarthy, y podríamos añadir que su gran benefactor, pues me he enterado de que no le cobraba renta por la granja Hatherley.

—¿De veras? Esto es interesante —dijo Holmes.

—Pues, sí. Y le ha ayudado de otras cien maneras. Por aquí todo el mundo habla de lo bien que se portaba con él.

—¡Vaya! ¿Y no le parece a usted un poco curioso que este McCarthy, que parece

no poseer casi nada y deber tantos favores a Turner, hable, a pesar de todo, de casar a su hijo con la hija de Turner, presumible heredera de su fortuna, y, además, lo diga con tanta seguridad como si bastara con proponerlo para que todo lo demás viniera por sí solo? Y aún resulta más extraño sabiendo, como sabemos, que el propio Turner se oponía a la idea. Nos lo dijo la hija. ¿No deduce usted nada de eso?

—Ya llegamos a las deducciones y las inferencias —dijo Lestrade, guiñándome un ojo —. Holmes, ya me resulta bastante difícil bregar con los hechos, sin tener que volar persiguiendo teorías y fantasías.

—Tiene usted razón —dijo Holmes con fingida humildad—. Le resulta a usted muy difícil bregar con los hechos.

—Pues al menos he captado un hecho que a usted parece costarle mucho aprehender —replicó Lestrade, algo acalorado.

—¿Y cuál es?

—Que el señor McCarthy, padre, halló la muerte a manos del señor McCarthy, hijo, y que todas las teorías en contra no son más que puras pamplinas, cosa de lunáticos.

—Bueno, a la luz de la luna se ve más que en la niebla —dijo Holmes, echándose a reír—. Pero, o mucho me equivoco o eso de la izquierda es la granja Hatherley.

—En efecto.

Era una construcción amplia, de aspecto confortable, de dos plantas, con tejado de pizarra y grandes manchas amarillas de liquen en sus muros grises. Sin embargo, las persianas bajadas y las alan de las chi sin humo le daban un aspecto desolado, como si aún se sintiera en el edificio el peso de la tragedia. Llamamos a la puerta y la doncella, a petición de Holmes, nos enseñó las botas que su señor llevaba en el momento de su muerte, y también un par de botas del hijo, aunque no las que llevaba puestas entonces. Después de haberlas medido cuidadosamente por siete u ocho puntos diferentes, Holmes pidió que le condujeran al patio, desde donde todos seguimos el tortuoso sendero que llevaba al estanque de Boscombe.

Cuando seguía un rastro como aquél, Sherlock Holmes se transformaba. Los que sólo conocían al tranquilo pensador y lógico de Baker Street habrían tenido dificultades para reconocerlo. Su rostro se acaloraba y se ensombrecía. Sus cejas se convertían en dos líneas negras y marcadas, bajo las cuales relucían sus ojos con brillo de acero. Llevaba la cabeza inclinada hacia abajo, los hombros encorvados, los labios apretados y las venas de su cuello largo y fibroso sobresalían como cuerdas de látigo. Los orificios de la nariz parecían dilatarse con un ansia de caza puramente animal, y su mente estaba tan concentrada en lo que tenía delante que toda pregunta o comentario caía en oídos sordos o, como máximo, provocaba un rápido e impaciente gruñido de respuesta. Fue avanzando rápida y silenciosamente a lo largo del camino que atravesaba los prados y luego conducía a través del bosque hasta el estanque de Boscombe. El terreno era húmedo y pantanoso, lo mismo que en todo el distrito, y se veían huellas de muchos pies, tanto en el sendero como sobre la hierba corta que lo bordeaba por ambos lados. A veces, Holmes apretaba el paso; otras veces, se paraba en seco; y en una ocasión dio un pequeño rodeo, metiéndose por el prado. Lestrade y yo caminábamos detrás de él: el policía, con aire indiferente y despectivo, mientras que yo observaba a mi amigo con un interés que nacía de la convicción de que todas y cada una de sus acciones tenían una finalidad concreta.

El estanque de Boscombe, que es una pequeña extensión de agua de unas cincuenta yardas de diámetro, bordeada de juncos, está situado en el límite entre los terrenos de la granja Hatherley y el parque privado del opulento señor Turner. Por encima del bosque que se extendía al otro lado podíamos ver los rojos y enhiestos pináculos que señalaban el emplazamiento de la residencia del rico terrateniente. En el lado del estanque correspondiente a Hatherley el bosque era muy espeso, y había un estrecho cinturón de hierba saturada de agua, de unos veinte pasos de anchura, entre el lindero del bosque y los juncos de la orilla. Lestrade nos indicó el sitio exacto donde se había encontrado el cadáver, y la verdad es que el suelo estaba tan húmedo que se podían apreciar con claridad las huellas dejadas por el cuerpo caído. A juzgar por su rostro ansioso y sus ojos inquisitivos, Holmes leía otras muchas cosas en la hierba pisoteada. Corrió de un lado a otro, como un perro de caza que sigue una pista, y luego se dirigió a nuestro acompañante.

—¿Para qué se metió usted en el estanque? —preguntó.

—Estuve de pesca con un rastrillo. Pensé que tal vez podía encontrar un arma o algún otro indicio. Pero ¿cómo demonios...?

—Tch, tch. No tengo tiempo. Ese pie izquierdo suyo, torcido hacia dentro, aparece por todas partes. Hasta un topo podría seguir sus pasos, y aquí se meten entre los juncos. ¡Ay, qué sencillo habría sido todo si yo hubiera estado aquí antes de que llegaran todos, como una manada de búfalos, chapoteando por todas partes! Por aquí llegó el grupito del guardés, borrando todas las huellas en más de dos metros alrededor del cadáver. Pero aquí hay tres pistas distintas de los mismos pies —sacó una lupa y se tendió sobre el impermeable para ver mejor, sin dejar de hablar, más para sí mismo que para nosotros—. Son los pies del joven McCarthy. Dos veces andando y una corriendo tan aprisa que las puntas están marcadas y los tacones apenas se ven. Esto concuerda con su relato. Echó a correr al ver a su padre en el suelo. Y aquí tenemos las pisadas del padre cuando andaba de un lado a otro. ¿Y esto qué es? Ah, la culata de la escopeta del hijo, que se apoyaba en ella mientras escuchaba. ¡Ajá! ¿Qué tenemos aquí? ¡Pasos de puntillas, pasos de puntillas! ¡Y, además, de unas botas bastante raras, de puntera cuadrada! Vienen, van, vuelven a venir... por supuesto, a recoger el abrigo. Ahora bien, ¿de dónde venían?

Corrió de un lado a otro, perdiendo a veces la pista y volviéndola a encontrar, hasta que nos adentramos bastante en el bosque y llegamos a la sombra de una enorme haya, el árbol más grande de los alrededores. Holmes siguió la pista hasta detrás del árbol y se volvió a tumbar boca abajo, con un gritito de satisfacción. Se quedó allí durante un buen rato, levantando las hojas y las ramitas secas, recogiendo en un sobre algo que a mí me pareció polvo y examinando con la lupa no sólo el suelo sino también la corteza del árbol hasta donde pudo alcanzar. Tirada entre el musgo había una piedra de forma irregular, que también examinó atentamente, guardándosela luego. A continuación siguió un sendero que atravesaba el bosque hasta salir a la carretera, donde se perdían todas las huellas.

—Ha sido un caso sumamente interesante —comentó, volviendo a su forma de ser habitual—. Imagino que esa casa gris de la derecha debe ser el pabellón del guarda. Creo que voy a entrar a cambiar unas palabras con Moran, y tal vez escribir una notita. Una vez hecho eso, podemos volver para comer. Ustedes pueden ir andando hasta el coche, que yo me reuniré con ustedes en seguida.

Tardamos unos diez minutos en llegar hasta el coche y emprender el regreso a Ross. Holmes seguía llevando la piedra que había recogido en el bosque.

—Puede que esto le interese, Lestrade —comentó, enseñándosela—. Con esto se

cometió el asesinato.

—No veo ninguna señal.

—No las hay.

—Y entonces, ¿cómo lo sabe?

—Debajo de ella, la hierba estaba crecida. Sólo llevaba unos días tirada allí. No se veía que hubiera sido arrancada de ningún sitio próximo. Su forma corresponde a las heridas. No hay rastro de ninguna otra arma.

—¿Y el asesino?

—Es un hombre alto, zurdo, que cojea un poco de la pierna derecha, lleva botas de caza con suela gruesa y un capote gris, fuma cigarros indios con boquilla y lleva una navaja mellada en el bolsillo. Hay otros varios indicios, pero éstos deberían ser suficientes para avanzar en nuestra investigación.

Lestrade se echó a reír.

—Me temo que continúo siendo escéptico —dijo—. Las teorías están muy bien, pero nosotros tendremos que vérnoslas con un tozudo jurado británico.

—Nous verrons —respondió Holmes muy tranquilo—. Usted siga su método, que yo seguiré el mío. Estaré ocupado esta tarde y probablemente regresaré a Londres en el tren de la noche.

—¿Dejando el caso sin terminar?

—No, terminado.

—¿Pero el misterio...?

—Está resuelto.

—¿Quién es, pues, el asesino?

—El caballero que le he descrito.

—Pero ¿quién es?

—No creo que resulte tan difícil averiguarlo. Esta zona no es tan populosa.

Lestrade se encogió de hombros.

—Soy un hombre práctico —dijo—, y la verdad es que no puedo ponerme a recorrer los campos en busca de un caballero zurdo con una pata coja. Sería el hazmerreír de Scotland Yard.

—Muy bien —dijo Holmes, tranquilamente—. Ya le he dado su oportunidad. Aquí están sus aposentos. Adiós. Le dejaré una nota antes de marcharme.

Tras dejar a Lestrade en sus habitaciones, regresamos a nuestro hotel, donde encontramos la comida ya servida. Holmes estuvo callado y sumido en reflexiones, con una expresión de pesar en el rostro, como quien se encuentra en una situación desconcertante.

—Vamos a ver, Watson —dijo cuando retiraron los platos—. Siéntese aquí, en esta silla, y deje que le predique un poco. No sé qué hacer y agradecería sus consejos. Encienda un cigarro y deje que me explique.

—Hágalo, por favor.

—Pues bien, al estudiar este caso hubo dos detalles de la declaración del joven McCarthy que nos llamaron la atención al instante, aunque a mí me predispusieron a favor y a usted en contra del joven. Uno, el hecho de que el padre, según la declaración, lanzara el grito de cuii antes de ver a su hijo. El otro, la extraña mención de una rata por parte del moribundo. Dése cuenta de que murmuró varias palabras, pero esto fue lo único que captaron los oídos del hijo. Ahora bien, nuestra investigación debe partir de estos dos puntos, y comenzaremos por suponer que lo que declaró el muchacho es la pura verdad.

—¿Y qué sacamos del cuii?

—Bueno, evidentemente, no era para llamar al hijo, porque él creía que su hijo estaba en Bristol. Fue pura casualidad que se encontrara por allí cerca. El cuii pretendía llamar la atención de la persona con la que se había citado, quienquiera que fuera. Pero ese cuii es un grito típico australiano, que se usa entre australianos. Hay buenas razones para suponer que la persona con la que McCarthy esperaba encontrarse en el estanque de Boscombe había vivido en Australia.

—¿Y qué hay de la rata?

Sherlock Holmes sacó del bolsillo un papel doblado y lo desplegó sobre la mesa.

—Aquí tenemos un mapa de la colonia de Victoria —dijo—. Anoche telegrafié a Bristol pidiéndolo.

Puso la mano sobre una parte del mapa y preguntó:

—¿Qué lee usted aquí?

—ARAT —leí.

—¿Y ahora? —levantó la mano.

—BALLARAT.

—Exacto. Eso es lo que dijo el moribundo, pero su hijo sólo entendió las dos últimas sílabas: a rat, una rata. Estaba intentando decir el nombre de su asesino. Fulano de Tal, de Ballarat.

—¡Asombroso! —exclamé.

—Evidente. Con eso, como ve, quedaba considerablemente reducido el campo. La posesión de una prenda gris era un tercer punto seguro, siempre suponiendo que la declaración del hijo fuera cierta. Ya hemos pasado de la pura incertidumbre a la idea concreta de un australiano de Ballarat con un capote gris.

—Desde luego.

—Y que, además, andaba por la zona como por su casa, porque al estanque sólo se puede llegar a través de la granja o de la finca, por donde no es fácil que pase gente extraña.

—Muy cierto.

—Pasemos ahora a nuestra expedición de hoy. El examen del terreno me reveló los insignificantes detalles que ofrecí a ese imbécil de Lestrade acerca de la persona del asesino.

—¿Pero cómo averiguó todo aquello?

—Ya conoce usted mi método. Se basa en la observación de minucias.

—Ya sé que es capaz de calcular la estatura aproximada por la longitud de los pasos. Y lo de las botas también se podría deducir de las pisadas.

—Sí, eran botas poco corrientes.

—Pero ¿lo de la cojera?

—La huella de su pie derecho estaba siempre menos marcada que la del izquierdo. Cargaba menos peso sobre él. ¿Por qué? Porque renqueaba... era cojo.
—¿Y cómo sabe que es zurdo?

—A usted mismo le llamó la atención la índole de la herida, tal como la describió el forense en la investigación. El golpe se asestó de cerca y por detrás, y sin embargo estaba en el lado izquierdo. ¿Cómo puede explicarse esto, a menos que lo asestara un zurdo? Había permanecido detrás del árbol durante la conversación entre el padre y el hijo. Hasta se fumó un cigarro allí. Encontré la ceniza de un cigarro, que mis amplios conocimientos sobre cenizas de tabaco me permitieron identificar como un cigarro indio. Como usted sabe, he dedicado cierta atención al tema, y he escrito una pequeña monografía sobre las cenizas de ciento cuarenta variedades diferentes de tabaco de pipa, cigarros y cigarrillos. En cuanto encontré la ceniza, eché un vistazo por los alrededores y descubrí la colilla entre el musgo, donde la habían tirado. Era un cigarro indio de los que se lían en Rotterdam.

—¿Y la boquilla?

—Se notaba que el extremo no había estado en la boca. Por lo tanto, había usado boquilla. La punta estaba cortada, no arrancada de un mordisco, pero el corte no era limpio, de lo que deduje la existencia de una navaja mellada.

—Holmes —dije—, ha tendido usted una red en torno a ese hombre, de la que no podrá escapar, y ha salvado usted una vida inocente, tan seguro como si hubiera cortado la cuerda que le ahorcaba. Ya veo en qué dirección apunta todo esto. El culpable es...

—¡El señor John Turner! —exclamó el camarero del hotel, abriendo la puerta de nuestra sala de estar y haciendo pasar a un visitante.

El hombre que entró presentaba una figura extraña e impresionante. Su paso lento y renqueante y sus hombros cargados le daban aspecto de decrepitud, pero sus facciones duras, marcadas y arrugadas, así como sus enormes miembros, indicaban que poseía una extraordinaria energía de cuerpo y carácter. Su barba enmarañada, su cabellera gris y sus cejas prominentes y lacias contribuían a dar a su apariencia un aire de dignidad y poderío, pero su rostro era blanco ceniciento, y sus labios y las esquinas de los orificios nasales presentaban un tono azulado. Con sólo mirarlo, pude darme cuenta de que era presa de alguna enfermedad crónica y mortal.

—Por favor, siéntese en el sofá —dijo Holmes educadamente—. ¿Recibió usted mi nota?

—Sí, el guarda me la trajo. Decía usted que quería verme aquí para evitar el escándalo.

—Me pareció que si yo iba a su residencia podría dar que hablar.

—¿Y por qué quería usted verme? —miró fijamente a mi compañero, con la desesperación pintada en sus cansados ojos, como si su pregunta ya estuviera contestada.

—Sí, eso es —dijo Holmes, respondiendo más a la mirada que a las palabras—.

Sé todo lo referente a McCarthy.

El anciano se hundió la cara entre las manos.

—¡Que Dios se apiade de mí! —exclamó—. Pero yo no habría permitido que le ocurriese ningún daño al muchacho. Le doy mi palabra de que habría confesado si las cosas se le hubieran puesto feas en el juicio.

—Me alegra oírle decir eso —dijo Holmes muy serio.

—Ya habría confesado de no ser por mi hija. Esto le rompería el corazón... y se lo romperá cuando se entere de que me han detenido.

—Puede que no se llegue a eso —dijo Holmes.

—¿Cómo dice?

—Yo no soy un agente de la policía. Tengo entendido que fue su hija la que solicitó mi presencia aquí, y actúo en nombre suyo. No obstante, el joven McCarthy debe quedar libre.

—Soy un moribundo —dijo el viejo Turner—. Hace años que padezco diabetes. Mi médico dice que podría no durar ni un mes. Pero preferiría morir bajo mi propio techo, y no en la cárcel.

Holmes se levantó y se sentó a la mesa con la pluma en la mano y un legajo de papeles delante.

—Limítese a contarnos la verdad —dijo—. Yo tomaré nota de los hechos. Usted lo firmará y Watson puede servir de testigo. Así podré, en último extremo, presentar su confesión para salvar al joven McCarthy. Le prometo que no la utilizaré a menos que sea absolutamente necesario.

—Perfectamente —dijo el anciano—. Es muy dudoso que yo viva hasta el juicio, así que me importa bien poco, pero quisiera evitarle a Alice ese golpe. Y ahora, le voy a explicar todo el asunto. La acción abarca mucho tiempo, pero tardaré muy poco en contarlo.

Usted no conocía al muerto, a ese McCarthy. Era el diablo en forma humana. Se lo aseguro. Que Dios le libre de caer en las garras de un hombre así. Me ha tenido en sus manos durante estos veinte años, y ha arruinado mi vida. Pero primero le explicaré cómo caí en su poder.

A principios de los sesenta, yo estaba en las minas. Era entonces un muchacho impulsivo y temerario, dispuesto a cualquier cosa; me enredé con malas compañías, me aficioné a la bebida, no tuve suerte con mi mina, me eché al monte y, en una palabra, me convertí en lo que aquí llaman un salteador de caminos. Éramos seis, y llevábamos una vida de lo más salvaje, robando de vez en cuando algún rancho, o asaltando las carretas que se dirigían a las excavaciones. Me hacía llamar Black Jack de Ballarat, y aún se acuerdan en la colonia de nuestra cuadrilla, la Banda de Ballarat.

Un día partió un cargamento de oro de Ballarat a Melbourne, y nosotros lo emboscamos y lo asaltamos. Había seis soldados de escolta contra nosotros seis, de manera que la cosa estaba igualada, pero a la primera descarga vaciamos cuatro monturas. Aun así, tres de los nuestros murieron antes de que nos apoderáramos del botín. Apunté con mi pistola a la cabeza del conductor del

carro, que era el mismísimo McCarthy. Ojalá le hubiese matado entonces, pero le perdoné aunque vi sus malvados ojillos clavados en mi rostro, como si intentara retener todos mis rasgos. Nos largamos con el oro, nos convertimos en hombres ricos, y nos vinimos a Inglaterra sin despertar sospechas. Aquí me despedí de mis antiguos compañeros, decidido a establecerme y llevar una vida tranquila y respetable. Compré esta finca, que casualmente estaba a la venta, y me propuse hacer algún bien con mi dinero, para compensar el modo en que lo había adquirido. Me casé, y aunque mi esposa murió joven, me dejó a mi querida Alice. Aunque no era más que un bebé, su minúscula manita parecía guiarme por el buen camino como no lo había hecho nadie. En una palabra, pasé una página de mi vida y me esforcé por reparar el pasado. Todo iba bien, hasta que McCarthy me echó las zarpas encima.

Había ido a Londres para tratar de una inversión, y me lo encontré en Regent Street, prácticamente sin nada que ponerse encima.

—Aquí estamos, Jack —me dijo, tocándome el brazo—. Vamos a ser como una familia para ti. Somos dos, mi hijo y yo, y tendrás que ocuparte de nosotros. Si no lo haces... bueno... Inglaterra es un gran país, respetuoso de la ley, y siempre hay un policía al alcance de la voz.

Así que se vinieron al oeste, sin que hubiera forma de quitármelos de encima, y aquí han vivido desde entonces, en mis mejores tierras, sin pagar renta. Ya no hubo para mí reposo, paz ni posibilidad de olvidar; allá donde me volviera, veía a mi lado su cara astuta y sonriente. Y la cosa empeoró al crecer Alice, porque él en seguida se dio cuenta de que yo tenía más miedo a que ella se enterara de mi pasado que de que lo supiera la policía. Me pedía todo lo que se le antojaba, y yo se lo daba todo sin discutir: tierra, dinero, casas, hasta que por fin me pidió algo que yo no le podía dar: me pidió a Alice.

Resulta que su hijo se había hecho mayor, igual que mi hija, y como era bien sabido que yo no andaba bien de salud, se le ocurrió la gran idea de que su hijo se quedara con todas mis propiedades. Pero aquí me planté. No estaba dispuesto a que su maldita estirpe se mezclara con la mía. No es que me disgustara el muchacho, pero llevaba la sangre de su padre y con eso me bastaba. Me mantuve firme. McCarthy me amenazó. Yo le desafié a que hiciera lo peor que se le ocurriera. Quedamos citados en el estanque, a mitad de camino de nuestras dos casas, para hablar del asunto.

Cuando llegué allí, lo encontré hablando con su hijo, de modo que encendí un cigarro y esperé detrás de un árbol a que se quedara solo. Pero, según le oía hablar, iba saliendo a flote todo el odio y el rencor que yo llevaba dentro. Estaba instando a su hijo a que se casara con mi hija, con tan poca consideración por lo que ella pudiera opinar como si se tratara de una buscona de la calle. Me volvía loco al pensar que yo y todo lo que yo más quería estábamos en poder de un hombre semejante. ¿No había forma de romper las ataduras? Me quedaba poco de vida y estaba desesperado. Aunque conservaba las facultades mentales y la fuerza de mis miembros, sabía que mi destino estaba sellado. Pero ¿qué recuerdo dejaría y qué sería de mi hija? Las dos cosas podían salvarse si conseguía hacer callar aquella maldita lengua. Lo hice, señor Holmes, y volvería a hacerlo. Aunque mis pecados han sido muy graves, he vivido un martirio para purgarlos. Pero que mi hija cayera en las mismas redes que a mí me esclavizaron era más de lo que podía soportar. No sentí más remordimientos al golpearlo que si se hubiera tratado de una alimaña repugnante y venenosa. Sus gritos hicieron volver al hijo, pero yo ya me había refugiado en el bosque, aunque tuve que regresar a por el capote que había dejado caer al huir. Ésta es, caballeros, la verdad de todo lo que ocurrió.

—Bien, no me corresponde a mí juzgarle —dijo Holmes, mientras el anciano firmaba la declaración escrita que acababa de realizar—. Y ruego a Dios que nunca nos veamos expuestos a semejante tentación.

—Espero que no, señor. ¿Y qué se propone usted hacer ahora?

—En vista de su estado de salud, nada. Usted mismo se da cuenta de que pronto tendrá que responder de sus acciones ante un tribunal mucho más alto que el de lo penal. Conservaré su confesión y, si McCarthy resulta condenado, me veré obligado a utilizarla. De no ser así, jamás la verán ojos humanos; y su secreto, tanto si vive usted como si muere, estará a salvo con nosotros.

—Adiós, pues —dijo el anciano solemnemente—. Cuando les llegue la hora, su lecho de muerte se les hará más llevadero al pensar en la paz que han aportado al mío —y salió de la habitación tambaleándose, con toda su gigantesca figura sacudida por temblores.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó Sherlock Holmes después de un largo silencio —. ¿Por qué el Destino les gasta tales jugarretas a los pobres gusanos indefensos? Siempre que me encuentro con un caso así, no puedo evitar

acordarme de las palabras de Baxter y decir: «Allá va Sherlock Holmes, por la gracia de Dios».

James McCarthy resultó absuelto en el juicio, gracias a una serie de alegaciones que Holmes preparó y sugirió al abogado defensor. El viejo Turner aún vivió siete meses después de nuestra entrevista, pero ya falleció; y todo parece indicar que el hijo y la hija vivirán felices y juntos, ignorantes del negro nubarrón que envuelve su pasado.

5. Las cinco semillas de naranja

Cuando repaso mis notas y apuntes de los casos de Sherlock Holmes entre los años 1882 y 1890, son tantos los que presentan aspectos extraños e interesantes que no resulta fácil decidir cuáles escoger y cuáles descartar. No obstante, algunos de ellos ya han recibido publicidad en la prensa y otros no ofrecían campo para las peculiares facultades que mi amigo poseía en tan alto grado, y que estos escritos tienen por objeto ilustrar. Hay también algunos que escaparon a su capacidad analítica y que, como narraciones, serían principios sin final; y otros sólo quedaron resueltos en parte, y su explicación se basa más en conjeturas y suposiciones que en la evidencia lógica absoluta a la que era tan aficionado. Sin embargo, hay uno de estos últimos tan notable en sus detalles y tan sorprendente en sus resultados que me siento tentado de hacer una breve exposición del mismo, a pesar de que algunos de sus detalles nunca han estado muy claros y, probablemente, nunca lo estarán.

El año 87 nos proporcionó una larga serie de casos de mayor o menor interés, de los cuales conservo notas. Entre los archivados en estos doce meses, he encontrado una crónica de la aventura de la Sala Paradol, de la Sociedad de Mendigos Aficionados, que mantenía un club de lujo en la bóveda subterránea de un almacén de muebles; los hechos relacionados con la desaparición del velero británico Sophy Anderson; la curiosa aventura de la familia Grice Patersons en la isla de Uffa; y, por último, el caso del envenenamiento de Camberwell. Como se recordará, en este último caso Sherlock Holmes consiguió, dando toda la cuerda al reloj del muerto, demostrar que le habían dado cuerda dos horas antes y que, por lo tanto, el difunto se había ido a la cama durante ese intervalo... una deducción que resultó fundamental para resolver el caso. Es posible que en el futuro acabe de dar forma a todos estos, pero ninguno de ellos presenta características tan sorprendentes como el extraño encadenamiento de circunstancias que me propongo describir a continuación.

Nos encontrábamos en los últimos días de septiembre, y las tormentas equinocciales se nos habían echado encima con excepcional violencia. Durante todo el día, el viento había aullado y la lluvia había azotado las ventanas, de

manera que hasta en el corazón del inmenso y artificial Londres nos veíamos obligados a elevar nuestros pensamientos, desviándolos por un instante de las rutinas de la vida, y aceptar la presencia de las grandes fuerzas elementales que rugen al género humano por entre los barrotes de su civilización, como fieras enjauladas. Según avanzaba la tarde, la tormenta se iba haciendo más ruidosa, y el viento aullaba y gemía en la chimenea como un niño. Sherlock Holmes estaba sentado melancólicamente a un lado de la chimenea, repasando sus archivos criminales, mientras yo me sentaba al otro lado, enfrascado en uno de los hermosos relatos marineros de Clark Russell, hasta que el fragor de la tormenta de fuera pareció fundirse con el texto, y el salpicar de la lluvia se transformó en el batir de las olas. Mi esposa había ido a visitar a una tía suya, y yo volvía a hospedarme durante unos días en mis antiguos aposentos de Baker Street.

—Caramba —dije, levantando la mirada hacia mi compañero—. ¿Eso ha sido el timbre de la puerta? ¿Quién podrá venir a estas horas? ¿Algún amigo suyo?

—Exceptuándole a usted, no tengo ninguno —respondió—. No soy aficionado a recibir visitas.

—¿Un cliente, entonces?

—Si lo es, se trata de un caso grave. Nadie saldría en un día como éste y a estas horas por algo sin importancia. Pero me parece más probable que se trate de una amiga de la casera.

Sin embargo, Sherlock Holmes se equivocaba en esta conjetura, porque se oyeron pasos en el pasillo y unos golpes en la puerta. Holmes estiró su largo brazo para apartar de su lado la lámpara y acercarla a la silla vacía en la que se sentaría el recién llegado.

—Adelante —dijo.

El hombre que entró era joven, de unos veintidós años a juzgar por su fachada, bien arreglado y elegantemente vestido, con cierto aire de refinamiento y delicadeza. El chorreante paraguas que sostenía en la mano y su largo y reluciente impermeable hablaban bien a las claras de la furia temporal que había tenido que afrontar. Miró ansiosamente a su alrededor a la luz de la lámpara, y pude observar su rostro pálido y sus ojos abatidos, como los de quien se siente abrumado por una gran inquietud.

—Le debo una disculpa —dijo, alzándose hasta los ojos sus gafas—. Espero no interrumpir. Me temo que he traído algunos rastros de la tormenta y la lluvia a su acogedora habitación.

—Déme su impermeable y su paraguas —dijo Holmes—. Pueden quedarse aquí en el perchero hasta que se sequen. Veo que viene usted del suroeste.

—Sí, de Horsham.

—Esa mezcla de arcilla y yeso que veo en sus punteras es de lo más característico.

—He venido en busca de consejo.

—Eso se consigue fácilmente.

—Y de ayuda.

—Eso no siempre es tan fácil.

—He oído hablar de usted, señor Holmes. El mayor Prendergast me contó cómo le salvó usted en el escándalo del club Tankerville.

—¡Ah, sí! Se le acusó injustamente de hacer trampas con las cartas.

—Me dijo que usted es capaz de resolver cualquier problema.

—Eso es decir demasiado.

—Que jamás le han vencido.

—Me han vencido cuatro veces: tres hombres y una mujer.

—¿Pero qué es eso en comparación con el número de sus éxitos?

—Es cierto que por lo general he sido afortunado.

—Entonces, lo mismo puede suceder en mi caso.

—Le ruego que acerque su silla al fuego y me adelante algunos detalles del mismo.

—No se trata de un caso corriente.

—Ninguno de los que me llegan lo es. Soy como el último tribunal de apelación.

—Aun así, me permito dudar, señor, de que en todo el curso de su experiencia haya oído una cadena de sucesos más misteriosa e inexplicable que la que se ha forjado en mi familia.

—Me llena usted de interés —dijo Holmes—. Le ruego que nos comunique para empezarlos hechos principales y luego ya le preguntaré acerca de los detalles que me parezcan más importantes.

El joven arrimó la silla y estiró los empapados pies hacia el fuego.

—Me llamo John Openshaw —dijo—, pero por lo que yo puedo entender, mis propios asuntos tienen poco que ver con este terrible enredo. Se trata de una cuestión hereditaria, así que, para que se haga usted una idea de los hechos, tengo que remontarme al principio de la historia.

Debe usted saber que mi abuelo tuvo dos hijos: mi tío Elías y mi padre Joseph. Mi padre tenía una pequeña industria en Coventry, que amplió cuando se inventó la bicicleta. Patentó la llanta irrompible Openshaw, y su negocio tuvo tanto éxito que pudo venderlo y retirarse con una posición francamente saneada.

Mi tío Elías emigró a América siendo joven, y se estableció como plantador en Florida, donde parece que le fue muy bien. Durante la guerra sirvió con las tropas de Jackson, y más tarde con las de Hood, donde alcanzó el grado de coronel. Cuando Lee depuso las armas, mi tío regresó a su plantación, donde permaneció tres o cuatro años. Hacia mil ochocientos sesenta y nueve o mil ochocientos setenta, regresó a Europa y adquirió una pequeña propiedad en Sussex, cerca de Horsham. Había amasado una considerable fortuna en los Estados Unidos, y si se marchó de allí fue por su aversión a los negros y su disgusto por la política republicana de concederles la emancipación y el voto. Era un hombre muy particular, violento e irritable, muy malhablado cuando se enfurecía, y de carácter muy reservado. Durante todos los años que vivió en Horsham, no creo que jamás viniera a la ciudad. Tenía un huerto y dos o tres campos alrededor de su casa, y allí solía hacer ejercicio, aunque muchas veces no salía de su habitación en semanas enteras. Bebía mucho brandy y fumaba sin parar, pero no se trataba con nadie y no quería amigos; ni siquiera quería ver a su hermano.

No le importaba verme a mí, y de hecho llegó a cogerme gusto, porque la primera

vez que me vio era un chaval de doce años. Esto debió ser hacia mil ochocientos setenta y ocho, cuando ya llevaba ocho o nueve años en Inglaterra. Le pidió a mi padre que me permitiera ir a vivir con él, y se portó muy bien conmigo, a su manera. Cuando estaba sobrio, le gustaba jugar al backgammon y a las damas, y me nombró representante suyo ante la servidumbre y los proveedores, de manera que para cuando cumplí dieciséis años yo ya era el amo de la casa. Controlaba todas las llaves y podía ir donde quisiera y hacer lo que me diera la gana, siempre que no invadiera su intimidad. Había, sin embargo, una curiosa excepción, porque tenía un cuartito, una especie de trastero en el ático, que siempre estaba cerrado y en el que no permitía que entrara yo ni ningún otro. Con la curiosidad propia de los chicos, yo había mirado más de una vez por la cerradura, pero nunca pude ver nada, aparte de la obligada colección de baúles y bultos viejos que es de esperar en una habitación así.

Un día... esto fue en marzo de mil ochocientos ochenta y tres... depositaron una carta con sello extranjero sobre la mesa del coronel. Era muy raro que recibiera cartas, porque todas sus facturas las pagaba al contado y no tenía amigos de ninguna clase. "¡De la India! —dijo al cogerla—. ¡Matasellos de Pondicherry! ¿Qué puede ser esto?" La abrió apresuradamente y del sobre cayeron cinco semillas de naranja secas, que tintinearon sobre la bandeja. Casi me eché a reír, pero la risa se me borró de los labios al ver la cara de mi tío. Tenía la boca abierta, los ojos saltones, la piel del color de la cera, y miraba fijamente el sobre que aún sostenía en su mano temblorosa. "K. K. K.", gimió, añadiendo luego: "¡Dios mío, Dios mío, mis pecados me han alcanzado al fin!".

—¿Qué es eso, tío? —exclamé.

—¡La muerte! —dijo él, y levantándose de la mesa se retiró a su habitación, dejándome estremecido de horror. Recogí el sobre y vi, garabateada en tinta roja sobre la solapa interior, encima mismo del engomado, la letra K repetida tres veces. No había nada más, a excepción de las cinco semillas secas. ¿Cuál podía ser la razón de su incontenible espanto? Dejé la mesa del desayuno y, al subir las escaleras, me lo encontré bajando con una llave vieja y oxidada, que debía ser la del ático, en una mano, y una cajita de latón, como de caudales, en la otra.

—¡Pueden hacer lo que quieran, que aún los ganaré por la mano! —dijo con un

juramento—. Dile a Mary que encienda hoy la chimenea de mi habitación y haz llamar a Fordham, el abogado de Horsham.

Hice lo que me ordenaba, y cuando llegó el abogado me pidieron que subiera a la habitación. El fuego ardía vivamente, y en la rejilla había una masa de cenizas negras y algodonosas, como de papel quemado; a un lado, abierta y vacía, estaba tirada la caja de latón. Al mirar la caja, advertí con sobresalto que en la tapa estaba grabada la triple K que había leído en el sobre por la mañana.

—Quiero, John, que seas testigo de mi testamento —dijo mi tío—. Dejo mi propiedad, con todas sus ventajas e inconvenientes, a mi hermano, tu padre, de quien, sin duda, la heredarás tú. Si puedes disfrutarla en paz, mejor para ti. Si ves que no puedes, sigue mi consejo, hijo mío, y déjasela a tu peor enemigo. Lamento dejaros un arma de dos filos como ésta, pero no sé qué giro tomarán los acontecimientos. Haz el favor de firmar el documento donde el señor Fordham te indique.

Firmé el papel como se me indicó, y el abogado se lo llevó. Como puede usted suponer, este curioso incidente me causó una profunda impresión, y no hacía más que darle vueltas en la cabeza, sin conseguir sacar nada en limpio. No conseguía librarme de una vaga sensación de miedo que dejó a su paso, aunque la sensación se fue debilitando con el paso de las semanas, y no sucedió nada que perturbara la rutina habitual de nuestras vidas. Sin embargo, pude observar un cambio en mi tío. Bebía más que nunca y estaba más insociable que de costumbre. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, con la puerta cerrada por dentro, pero a veces salía en una especie de frenesí alcohólico, y se lanzaba fuera de la casa para recorrer el jardín con un revólver en la mano, gritando que él no tenía miedo a nadie y que no se dejaría acorralar, como oveja en el redil, ni por hombres ni por diablos, Sin embargo, cuando se le pasaban los ataques, corría precipitadamente a la puerta, cerrándola y atrancándola, como quien ya no puede hacer frente a un terror que surge de las raíces mismas de su alma. En tales ocasiones he visto su rostro, incluso en días fríos, tan cubierto de sudor como si acabara de sacarlo del agua.

Pues bien, para acabar con esto, señor Holmes, y no abusar de su paciencia, llegó una noche en la que hizo una de aquellas salidas de borracho y no regresó. Cuando salimos a buscarlo, lo encontramos tendido boca abajo en un pequeño estanque cubierto de espuma verde que hay al extremo del jardín. No presentaba señales de violencia, y el agua sólo tenía dos palmos de profundidad, de manera

que el jurado, teniendo en cuenta su fama de excéntrico, emitió un veredicto de suicidio. Pero yo, que sabía cómo se rebelaba ante el mero pensamiento de la muerte, tuve muchas dificultades para convencerme de que había salido deliberadamente a buscarla. No obstante, el asunto quedó definitivamente zanjado, y mi padre entró en posesión de la finca y de unas catorce mil libras que mi tío tenía en el banco.

—Un momento —le interrumpió Holmes—. Ya puedo anticipar que su declaración va a ser una de las más notables que jamás he escuchado. Déjeme anotar la fecha en que su tío recibió la carta y la fecha de su supuesto suicidio.

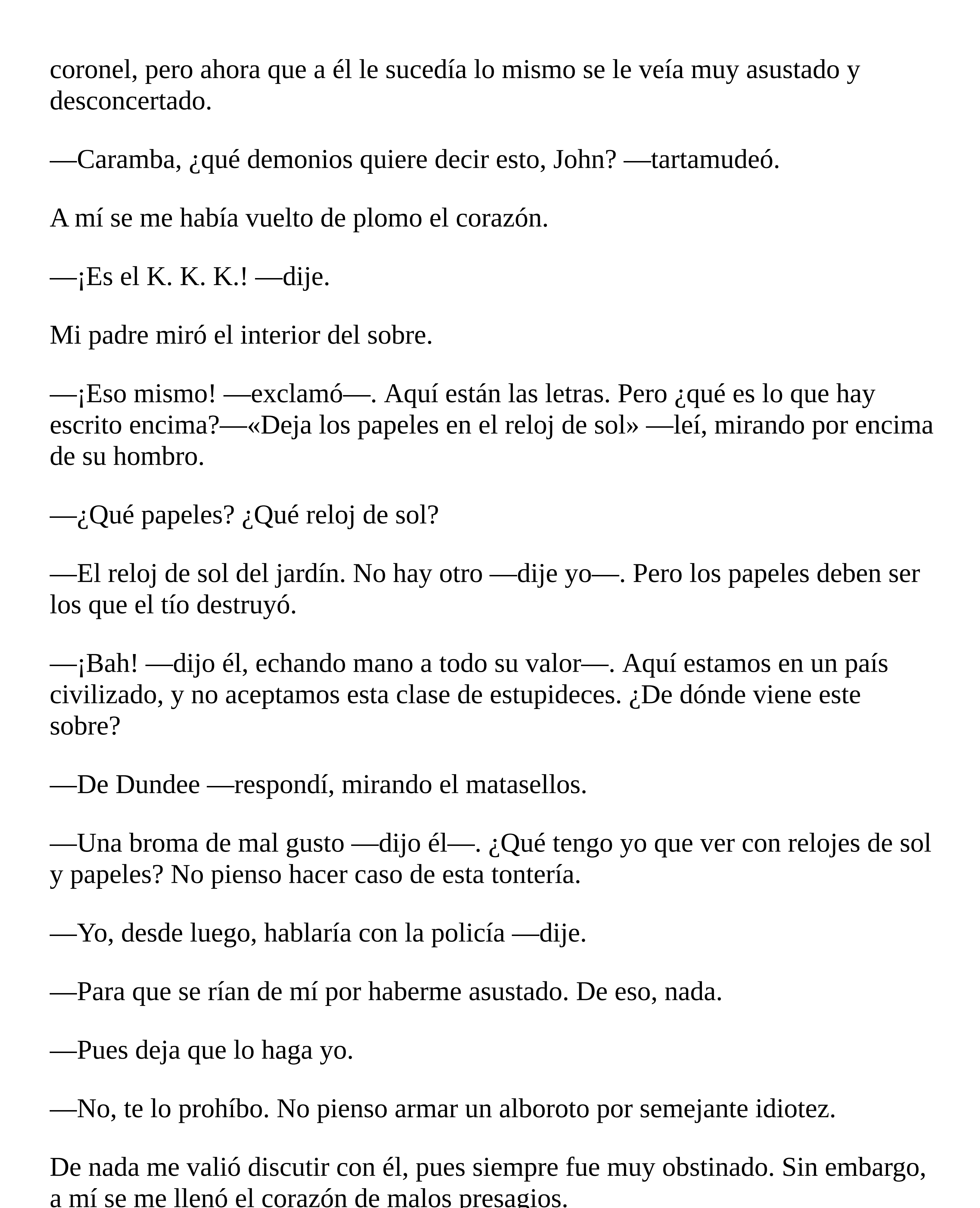
—La carta llegó el diez de marzo de mil ochocientos ochenta y tres. La muerte ocurrió siete semanas después, la noche del dos de mayo.

—Gracias. Continúe, por favor.

—Cuando mi padre se hizo cargo de la finca de Horsham, por indicación mía, llevó a cabo una minuciosa inspección del ático que siempre había permanecido cerrado. Encontramos allí la caja de latón, aunque su contenido había sido destruido.

En el interior de la tapa había una etiqueta de papel, con las iniciales K. K. K., repetidas una vez más, y las palabras «Cartas, informes, recibos y registro» escritas debajo. Suponemos que esto indicaba la naturaleza de los papeles que había destruido el coronel Openshaw. Por lo demás, no había en el ático nada de mayor importancia, aparte de muchísimos papeles revueltos y cuadernos con anotaciones de la vida de mi tío en América. Algunos eran de la época de la guerra, y demostraban que había cumplido bien con su deber, y que había ganado fama de soldado valeroso. Otros llevaban fecha del período de reconstrucción de los estados del sur, y trataban principalmente de política, resultando evidente que había participado de manera destacada en la oposición a los políticos especuladores que habían llegado del norte.

Pues bien, a principios del ochenta y cuatro mi padre se trasladó a vivir a Horsham, y todo fue muy bien hasta enero del ochenta y cinco. Cuatro días después de Año Nuevo, oí a mi padre lanzar un fuerte grito de sorpresa cuando nos disponíamos a desayunar. Allí estaba sentado, con un sobre recién abierto en una mano y cinco semillas de naranja secas en la palma extendida de la otra. Siempre se había reído de lo que él llamaba mi disparatada historia sobre el


coronel, pero ahora que a él le sucedía lo mismo se le veía muy asustado y desconcertado.

—Caramba, ¿qué demonios quiere decir esto, John? —tartamudeó.

A mí se me había vuelto de plomo el corazón.

—¡Es el K. K. K.! —dije.

Mi padre miró el interior del sobre.

—¡Eso mismo! —exclamó—. Aquí están las letras. Pero ¿qué es lo que hay escrito encima?—«Deja los papeles en el reloj de sol» —leí, mirando por encima de su hombro.

—¿Qué papeles? ¿Qué reloj de sol?

—El reloj de sol del jardín. No hay otro —dije yo—. Pero los papeles deben ser los que el tío destruyó.

—¡Bah! —dijo él, echando mano a todo su valor—. Aquí estamos en un país civilizado, y no aceptamos esta clase de estupideces. ¿De dónde viene este sobre?

—De Dundee —respondí, mirando el matasellos.

—Una broma de mal gusto —dijo él—. ¿Qué tengo yo que ver con relojes de sol y papeles? No pienso hacer caso de esta tontería.

—Yo, desde luego, hablaría con la policía —dije.

—Para que se rían de mí por haberme asustado. De eso, nada.

—Pues deja que lo haga yo.

—No, te lo prohíbo. No pienso armar un alboroto por semejante idiotez.

De nada me valió discutir con él, pues siempre fue muy obstinado. Sin embargo, a mí se me llenó el corazón de malos presagios.

El tercer día después de la llegada de la carta, mi padre se marchó de casa para

visitar a un viejo amigo suyo, el mayor Freebody, que está al mando de uno de los cuarteles de Portsdown Hill. Me alegré de que se fuera, porque me parecía que cuanto más se alejara de la casa, más se alejaría del peligro. Pero en esto me equivoqué. Al segundo día de su ausencia, recibí un telegrama del mayor, rogándome que acudiera cuanto antes. Mi padre había caído en uno de los profundos pozos de cal que abundan en la zona, y se encontraba en coma, con el cráneo roto. Acudí a toda prisa, pero expiró sin recuperar el conocimiento. Según parece, regresaba de Fareham al atardecer, y como no conocía la región y el pozo estaba sin vallar, el jurado no vaciló en emitir un veredicto de «muerte por causas accidentales». Por muy cuidadosamente que examiné todos los hechos relacionados con su muerte, fui incapaz de encontrar nada que sugiriera la idea de asesinato. No había señales de violencia, ni huellas de pisadas, ni robo, ni se habían visto desconocidos por los caminos. Y sin embargo, no necesito decirles que no me quedé tranquilo, ni mucho menos, y que estaba casi convencido de que había sido víctima de algún siniestro complot.

De esta manera tan macabra entré en posesión de mi herencia. Se preguntará usted por qué no me deshice de ella. La respuesta es que estaba convencido de que nuestros apuros se derivaban de algún episodio de la vida de mi tío, y que el peligro sería tan apremiante en una casa como en otra.

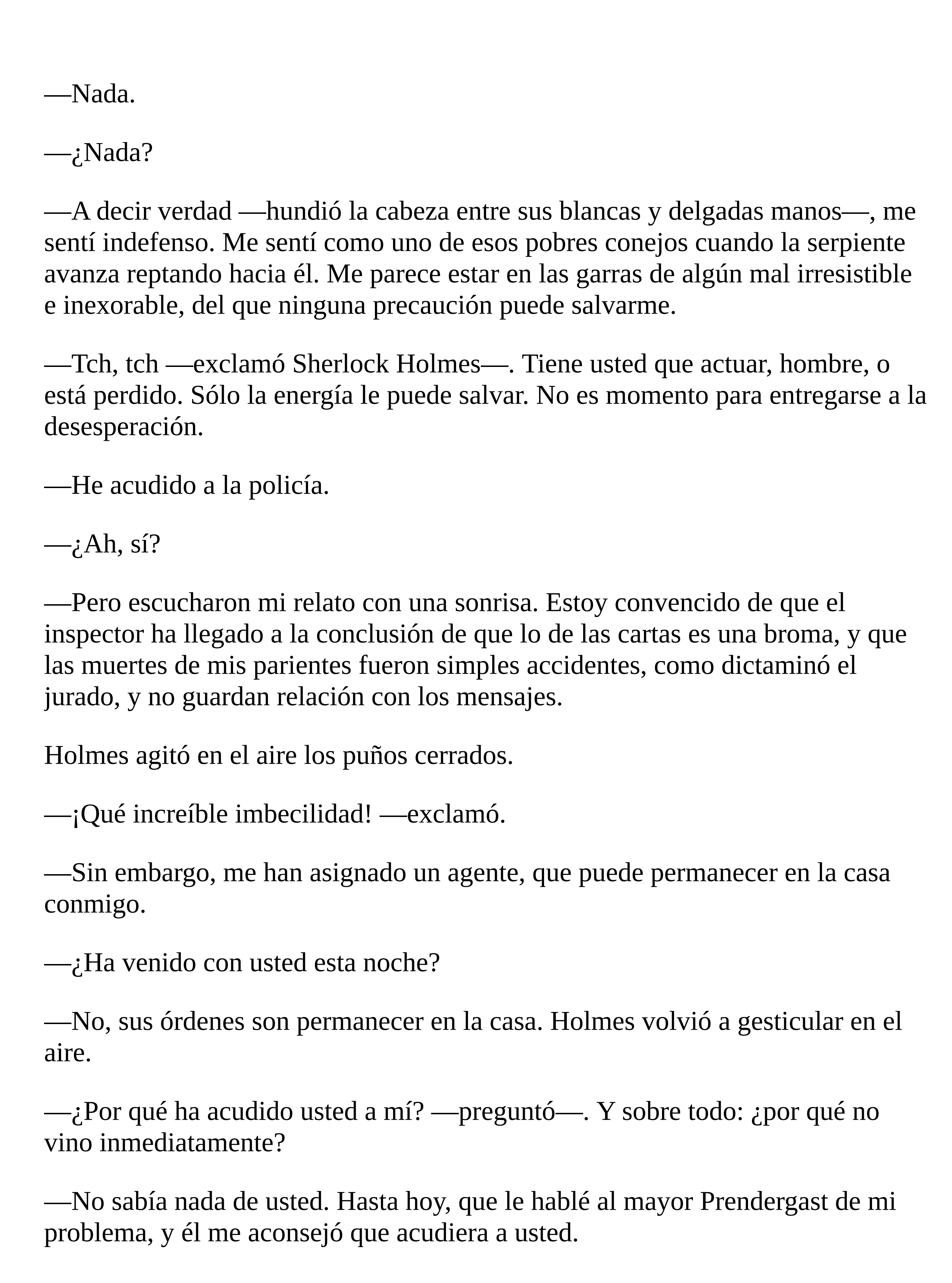
Mi pobre padre halló su fin en enero del ochenta y cinco, y desde entonces han transcurrido dos años y ocho meses. Durante este tiempo, he vivido feliz en Horsham y había comenzado a albergar esperanzas de que la maldición se hubiera alejado de la familia, habiéndose extinguido con la anterior generación. Sin embargo, había empezado a sentirme tranquilo demasiado pronto. Ayer por la mañana cayó el golpe, exactamente de la misma forma en que cayó sobre mi padre.

El joven sacó de su chaleco un sobre arrugado y, volcándolo sobre la mesa, dejó caer cinco pequeñas semillas de naranja secas.

—Éste es el sobre —prosiguió—. El matasellos es de Londres, sector Este. Dentro están las mismas palabras que aparecían en el mensaje que recibió mi padre:

«K. K. K.», y luego «Deja los papeles en el reloj de sol».

—¿Y qué ha hecho usted? —preguntó Holmes.



—Nada.

—¿Nada?

—A decir verdad —hundió la cabeza entre sus blancas y delgadas manos—, me sentí indefenso. Me sentí como uno de esos pobres conejos cuando la serpiente avanza reptando hacia él. Me parece estar en las garras de algún mal irresistible e inexorable, del que ninguna precaución puede salvarme.

—Tch, tch —exclamó Sherlock Holmes—. Tiene usted que actuar, hombre, o está perdido. Sólo la energía le puede salvar. No es momento para entregarse a la desesperación.

—He acudido a la policía.

—¿Ah, sí?

—Pero escucharon mi relato con una sonrisa. Estoy convencido de que el inspector ha llegado a la conclusión de que lo de las cartas es una broma, y que las muertes de mis parientes fueron simples accidentes, como dictaminó el jurado, y no guardan relación con los mensajes.

Holmes agitó en el aire los puños cerrados.

—¡Qué increíble imbecilidad! —exclamó.

—Sin embargo, me han asignado un agente, que puede permanecer en la casa conmigo.

—¿Ha venido con usted esta noche?

—No, sus órdenes son permanecer en la casa. Holmes volvió a gesticular en el aire.

—¿Por qué ha acudido usted a mí? —preguntó—. Y sobre todo: ¿por qué no vino inmediatamente?

—No sabía nada de usted. Hasta hoy, que le hablé al mayor Prendergast de mi problema, y él me aconsejó que acudiera a usted.

—Lo cierto es que han pasado dos días desde que recibió usted la carta. Deberíamos habernos puesto en acción antes. Supongo que no tiene usted más datos que los que ha expuesto... ningún detalle sugerente que pudiera sernos de utilidad.

—Hay una cosa —dijo John Openshaw. Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un trozo de papel azulado y descolorido, que extendió sobre la mesa, diciendo —: Creo recordar vagamente que el día en que mi tío quemó los papeles, me pareció observar que los bordes sin quemar que quedaban entre las cenizas eran de este mismo color. Encontré esta hoja en el suelo de su habitación, y me inclino a pensar que puede tratarse de uno de aquellos papeles, que posiblemente se cayó de entre los otros y de este modo escapó de la destrucción. Aparte de que en él se mencionan las semillas, no creo que nos ayude mucho. Yo opino que se trata de una página de un diario privado. La letra es, sin lugar a dudas, de mi tío.

Holmes cambió de sitio la lámpara y los dos nos inclinamos sobre la hoja de papel, cuyo borde rasgado indicaba que, efectivamente, había sido arrancada de un cuaderno. El encabezamiento decía «Marzo de 1869», y debajo se leían las siguientes y enigmáticas anotaciones:

4. Vino Hudson. Lo mismo de siempre.

7. Enviadas semillas a McCauley, Paramore y Swain de St. Augustine.

McCauley se largó.

John Swain se largó.

Visita a Paramore. Todo va bien.

—Gracias —dijo Holmes, doblando el papel y devolviéndoselo a nuestro visitante —. Y ahora, no debe usted perder un instante, por nada del mundo. No

podemos perder tiempo ni para discutir lo que me acaba de contar. Tiene que volver a casa inmediatamente y ponerse en acción.

—¿Y qué debo hacer?

—Sólo puede hacer una cosa. Y tiene que hacerla de inmediato. Tiene que meter esta hoja de papel que nos ha enseñado en la caja de latón que antes ha descrito. Debe incluir una nota explicando que todos los demás papeles los quemó su tío, y que éste es el único que queda. Debe expresarlo de una forma que resulte convincente. Una vez hecho esto, ponga la caja encima del reloj de sol, tal como le han indicado. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente.

—Por el momento, no piense en venganzas ni en nada por el estilo. Creo que eso podremos lograrlo por medio de la ley; pero antes tenemos que tejer nuestra red, mientras que la de ellos ya está tejida. Lo primero en lo que hay que pensar es en alejar el peligro inminente que le amenaza. Lo segundo, en resolver el misterio y castigar a los culpables.

—Muchas gracias —dijo el joven, levantándose y poniéndose el impermeable—. Me ha dado usted nueva vida y esperanza. Le aseguro que haré lo que usted dice.

—No pierda un instante. Y sobre todo, tenga cuidado mientras tanto, porque no me cabe ninguna duda de que corre usted un peligro real e inminente. ¿Cómo piensa volver?

—En tren, desde Waterloo.

—Aún no son las nueve. Las calles estarán llenas de gente, así que confío en que estará usted a salvo. Sin embargo, toda precaución es poca.

—Voy armado.

—Eso está muy bien. Mañana me pondré a trabajar en su caso.

—Entonces, ¿le veré en Horsham?

—No, su secreto se oculta en Londres. Es aquí donde lo buscaré.

—Entonces vendré yo a verle dentro de uno o dos días y le traeré noticias de la caja y los papeles. Seguiré su consejo al pie de la letra.

Nos estrechó las manos y se marchó. Fuera, el viento seguía rugiendo y la lluvia golpeaba y salpicaba en las ventanas. Aquella extraña y disparatada historia parecía habernos llegado arrastrada por los elementos enfurecidos, como si la tempestad nos hubiera arrojado a la cara un manojo de algas. Y ahora parecía que los elementos se la habían tragado de nuevo.

Sherlock Holmes permaneció un buen rato sentado en silencio, con la cabeza inclinada hacia adelante y los ojos clavados en el rojo resplandor del fuego. Luego encendió su pipa y, echándose hacia atrás en su asiento, se quedó contemplando los anillos de humo azulado que se perseguían unos a otros hasta el techo.

—Creo, Watson, que entre todos nuestros casos no ha habido ninguno más fantástico que éste —dijo por fin. —Exceptuando, tal vez, el del Signo de los Cuatro.

—Bueno, sí. Exceptuando, tal vez, ése. Aun así, me parece que este John Openshaw se enfrenta a mayores peligros que los Sholto.

—¿Pero es que ya ha sacado una conclusión concreta acerca de la naturaleza de dichos peligros? —pregunté.

—No existe duda alguna sobre su naturaleza —respondió.

—¿Cuáles son, pues? ¿Quién es este K. K. K., y por qué persigue a esta desdichada familia?

Sherlock Holmes cerró los ojos y colocó los codos sobre los brazos de su butaca, juntando las puntas de los dedos.

—El razonador ideal —comentó—, cuando se le ha mostrado un solo hecho en todas sus implicaciones, debería deducir de él no sólo toda la cadena de acontecimientos que condujeron al hecho, sino también todos los resultados que se derivan del mismo. Así como Cuvier podía describir correctamente un animal con sólo examinar un único hueso, el observador que ha comprendido a la perfección un eslabón de una serie de incidentes debería ser capaz de enumerar correctamente todos los demás, tanto anteriores como posteriores. Aún no

tenemos conciencia de los resultados que se pueden obtener tan sólo mediante la razón. Se pueden resolver en el estudio problemas que han derrotado a todos los que han buscado la solución con la ayuda de los sentidos. Sin embargo, para llevar este arte a sus niveles más altos, es necesario que el razonador sepa utilizar todos los datos que han llegado a su conocimiento, y esto implica, como fácilmente comprenderá usted, poseer un conocimiento total, cosa muy poco corriente, aun en estos tiempos de libertad educativa y enciclopedias. Sin embargo, no es imposible que un hombre posea todos los conocimientos que pueden resultarles útiles en su trabajo, y esto es lo que yo he procurado hacer en mi caso. Si no recuerdo mal, en los primeros tiempos de nuestra amistad, usted definió en una ocasión mis límites de un modo muy preciso.

—Sí —respondí, echándome a reír—. Era un documento muy curioso. Recuerdo que en filosofía, astronomía y política, le puse un cero. En botánica, irregular; en geología, conocimientos profundos en lo que respecta a manchas de barro de cualquier zona en cincuenta millas a la redonda de Londres. En química, excéntrico; en anatomía, poco sistemático; en literatura, sensacionalista, y en historia del crimen, único. Violinista, boxeador, esgrimista, abogado y autoenvenenador a base de cocaína y tabaco. Creo que ésos eran los aspectos principales de mi análisis.

Holmes sonrió al escuchar el último apartado.

—Muy bien —dijo—. Digo ahora, como dije entonces, que uno debe amueblar el pequeño ático de su cerebro con todo lo que es probable que vaya a utilizar, y que el resto puede dejarlo guardado en el desván de la biblioteca, de donde puede sacarlo si lo necesita. Ahora bien, para un caso como el que nos han planteado esta noche es evidente que tenemos que poner en juego todos nuestros recursos. Haga el favor de pasarme la letra K de la Enciclopedia americana que hay en ese estante junto a usted. Gracias. Ahora, consideremos la situación y veamos lo que se puede deducir de ella. En primer lugar, podemos comenzar por la suposición de que el coronel Openshaw tenía muy buenas razones para marcharse de América. Los hombres de su edad no cambian de golpe todas sus costumbres, ni abandonan de buena gana el clima delicioso de Florida por una vida solitaria en un pueblecito inglés. Una vez en Inglaterra, su extremado apego a la soledad sugiere la idea de que tenía miedo de alguien o de algo, así que podemos adoptar como hipótesis de trabajo que fue el miedo a alguien o a algo lo que le hizo salir de América. ¿Qué era lo que temía? Eso sólo podemos deducirlo de las misteriosas cartas que recibieron él y sus herederos.

¿Recuerda usted de dónde eran los matasellos de esas cartas?

—El primero era de Pondicherry, el segundo de Dundee, y el tercero de Londres.

—Del este de Londres. ¿Qué deduce usted de eso?

—Todos son puertos de mar. El que escribió las cartas estaba a bordo de un barco.

—Excelente. Ya tenemos una pista. No cabe duda de que es probable, muy probable, que el remitente se encontrara a bordo de un barco. Y ahora, consideremos otro aspecto. En el caso de Pondicherry, transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su ejecución; en el de Dundee, sólo tres o cuatro días. ¿Qué le sugiere eso?

—La distancia a recorrer era mayor.

—Pero también la carta venía de más lejos.

—Entonces, no lo entiendo.

—Existe, por lo menos, una posibilidad de que el barco en el que va nuestro hombre, u hombres, sea un barco de vela. Parece como si siempre enviaran su curioso aviso o prenda por delante de ellos, cuando salían a cumplir su misión. Ya ve el poco tiempo transcurrido entre el crimen y la advertencia cuando ésta vino de Dundee. Si hubieran venido de Pondicherry en un vapor, habrían llegado al mismo tiempo que la carta. Y sin embargo, transcurrieron siete semanas. Creo que esas siete semanas representan la diferencia entre el vapor que trajo la carta y el velero que trajo al remitente.

—Es posible.

—Más que eso: es probable. Y ahora comprenderá usted la urgencia mortal de este nuevo caso y por qué insistí en que el joven Openshaw tomara precauciones. El golpe siempre se ha producido al cabo del tiempo necesario para que los remitentes recorran la distancia. Pero esta vez la carta viene de Londres, y por lo tanto no podemos contar con ningún retraso.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué puede significar esta implacable persecución?

—Es evidente que los papeles que Openshaw conservaba tienen una importancia vital para la persona o personas que viajan en el velero. Creo que está muy claro que deben ser más de uno. Un hombre solo no habría podido cometer dos asesinatos de manera que engañasen a un jurado de instrucción. Deben ser varios, y tienen que ser gente decidida y de muchos recursos. Están dispuestos a hacerse con esos papeles, sea quien sea el que los tenga en su poder. Así que, como ve, K. K. K. ya no son las iniciales de un individuo, sino las siglas de una organización.

—¿Pero de qué organización?

—¿Nunca ha oído usted... —Sherlock Holmes se echó hacia adelante y bajó la voz—...nunca ha oído usted hablar del Ku Klux Klan?

—Nunca.

Holmes pasó las hojas del libro que tenía sobre las rodillas.

—Aquí está —dijo por fin—. «Ku Klux Klan»: «Palabra que se deriva del sonido producido al amartillar un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue fundada en los estados del sur por excombatientes del ejército confederado después de la guerra civil, y rápidamente fueron surgiendo agrupaciones locales en diferentes partes del país, en especial en Tennessee, Louisiana, las Carolinas, Georgia y Florida. Empleaba la fuerza con fines políticos, sobre todo para aterrorizar a los votantes negros y para asesinar o expulsar del país a los que se oponían a sus ideas. Sus ataques solían ir precedidos de una advertencia que se enviaba a la víctima, bajo alguna forma extravagante pero reconocible: en algunas partes, un ramito de hojas de roble; en otras, semillas de melón o de naranja. Al recibir aviso, la víctima podía elegir entre abjurar públicamente de su postura anterior o huir del país. Si se atrevía a hacer frente a la amenaza, encontraba indefectiblemente la muerte, por lo general de alguna manera extraña e imprevista. La organización de la sociedad era tan perfecta, y sus métodos tan sistemáticos, que prácticamente no se conoce ningún caso de que alguien se enfrentara a ella y quedara impune, ni de que se llegara a identificar a los autores de ninguna de las agresiones. La organización funcionó activamente durante algunos años, a pesar de los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos y de amplios sectores de la comunidad sureña. Pero en el año 1869 el movimiento se extinguió de golpe, aunque desde entonces se han producido algunos resurgimientos esporádicos de prácticas similares.»

—Se habrá dado cuenta —dijo Holmes, dejando el libro— de que la repentina disolución de la sociedad coincidió con la desaparición de Openshaw, que se marchó de América con sus papeles. Podría existir una relación de causa y efecto. No es de extrañar que él y su familia se vean acosados por agentes implacables. Como comprenderá, esos registros y diarios podrían implicar a algunos de los personajes más destacados del sur, y puede que muchos de ellos no duerman tranquilos hasta que sean recuperados.

—Entonces, la página que hemos visto...

—Es lo que parecía. Si no recuerdo mal, decía: «Enviadas semillas a A, B y C».

Es decir, la sociedad les envió su aviso. Luego, en sucesivas anotaciones se dice que A y B se largaron, supongo que de la región, y por último que C recibió una visita, me temo que con consecuencias funestas para el tal C. Bien, doctor, creo que podemos arrojar un poco de luz sobre estas tinieblas, y creo que la única oportunidad que tiene el joven Openshaw mientras tanto es hacer lo que le he dicho. Por esta noche, no podemos hacer ni decir más, así que páseme mi violín y procuremos olvidar durante media hora el mal tiempo y las acciones, aun peores, de nuestros semejantes.

La mañana amaneció despejada, y el sol brillaba con una luminosidad atenuada por la neblina que envuelve la gran ciudad. Sherlock Holmes ya estaba desayunando cuando yo bajé.

—Perdone que no le haya esperado —dijo—. Presiento que hoy voy a estar muy atareado con este asunto del joven Openshaw.

—¿Qué pasos piensa dar? —pregunté.

—Dependerá más que nada del resultado de mis primeras averiguaciones. Puede que, después de todo, tenga que ir a Horsham.

—¿Es que no piensa empezar por allí?

—No, empezaré por la City. Toque la campanilla y la doncella le traerá el café.

Mientras aguardaba, cogí de la mesa el periódico, aún sin abrir, y le eché una ojeada. Mi mirada se clavó en unos titulares que me helaron el corazón.

—Holmes —exclamé—. Ya es demasiado tarde.

—¡Vaya! —dijo él, dejando su taza en la mesa—. Me lo temía. ¿Cómo ha sido? — hablaba con tranquilidad, pero pude darme cuenta de que estaba profundamente afectado.

—Acabo de tropezarme con el nombre de Openshaw y el titular «Tragedia junto al puente de Waterloo». Aquí está la crónica: «Entre las nueve y las diez de la pasada noche, el agente de policía Cook, de la división H, de servicio en las proximidades del puente de Waterloo, oyó un grito que pedía socorro y un chapoteo en el agua. Sin embargo, la noche era sumamente oscura y tormentosa, por lo que, a pesar de la ayuda de varios transeúntes, resultó imposible efectuar el rescate. No obstante, se dio la alarma y, con la ayuda de la policía fluvial, se consiguió por fin recuperar el cuerpo, que resultó ser el de un joven caballero cuyo nombre, según se deduce de un sobre que llevaba en el bolsillo, era John Openshaw, y que residía cerca de Horsham. Se supone que debía ir corriendo para tomar el último tren de la estación de Waterloo, y que debido a las prisas y la oscuridad reinante, se salió del camino y cayó por el borde de uno de los pequeños embarcaderos para los barcos fluviales. El cuerpo no presenta señales de violencia, y parece fuera de dudas que el fallecido fue víctima de un desdichado accidente, que debería servir para llamar la atención de nuestras autoridades acerca del estado en que se encuentran los embarcaderos del río.»

Permanecimos sentados en silencio durante unos minutos, y jamás había visto a Holmes tan alterado y deprimido como entonces.

—Esto hiere mi orgullo, Watson —dijo por fin—. Ya sé que es un sentimiento mezquino, pero hiere mi orgullo. Esto se ha convertido en un asunto personal y, si Dios me da salud, le echaré el guante a esa cuadrilla. ¡Pensar que acudió a mí en busca de ayuda y que yo lo envié a la muerte! —se levantó de un salto y empezó a dar zancadas por la habitación, presa de una agitación incontrolable, con sus enjutas mejillas cubiertas de rubor y sin dejar de abrir y cerrar nerviosamente sus largas y delgadas manos—. Tienen que ser astutos como demonios —exclamó al fin— ¿Cómo se las arreglaron para desviarle hasta allí? El embarcadero no está en el camino directo a la estación. No cabe duda de que el puente, a pesar de la noche que hacía, debía estar demasiado lleno de gente para sus propósitos. Bueno, Watson, ya veremos quién vence a la larga. ¡Voy a salir!

—¿A ver a la policía?

—No, yo seré mi propia policía. Cuando yo haya tendido mi red, podrán hacerse cargo de las moscas, pero no antes.

Pasé todo el día dedicado a mis tareas profesionales, y no regresé a Baker Street hasta bien entrada la noche. Sherlock Holmes no había vuelto aún. Eran casi las diez cuando llegó, con aspecto pálido y agotado. Se acercó al aparador, arrancó un trozo de pan de la hogaza y lo devoró ávidamente, ayudándolo a pasar con un gran trago de agua.

—Viene usted hambriento —comenté.

—Muerto de hambre. Se me olvidó comer. No había tomado nada desde el desayuno.

—¿Nada?

—Ni un bocado. No he tenido tiempo de pensar en ello.

—¿Y qué tal le ha ido?

—Bien.

—¿Tiene usted una pista?

—Los tengo en la palma de la mano. La muerte del joven Openshaw no quedará sin venganza. Escuche, Watson, vamos a marcarlos con su propia marca diabólica. ¿Qué le parece la idea?

—¿A qué se refiere?

Tomó del aparador una naranja, la hizo pedazos y exprimió las semillas sobre la mesa. Cogió cinco de ellas y las metió en un sobre. En la parte interior de la solapa escribió «De S. H. a J. C.». Luego lo cerró y escribió la dirección: «Capitán Calhoun, Barco Lone Star, Savannah, Georgia».

—Le estará esperando cuando llegue a puerto —dijo riendo por lo bajo—. Eso le quitará el sueño por la noche. Será un anuncio de lo que le espera, tan seguro como lo fue para Openshaw.

—¿Y quién es este capitán Calhoun?

—El jefe de la banda. Cogeré a los otros, pero primero él.

—¿Cómo lo ha localizado?

Sacó de su bolsillo un gran pliego de papel, completamente cubierto de fechas y nombres.

—He pasado todo el día —explicó— en los registros de Lloyd's examinando periódicos atrasados, y siguiendo las andanzas de todos los barcos que atracaron en Pondicherry en enero y febrero del ochenta y tres. Había treinta y seis barcos de buen tonelaje que pasaron por allí durante esos meses. Uno de ellos, el Lone Star, me llamó inmediatamente la atención, porque, aunque figuraba como procedente de Londres, el nombre, «Estrella Solitaria», es el mismo que se aplica a uno de los estados de la Unión.

—Texas, creo.

—No sé muy bien cuál; pero estaba seguro de que el barco era de origen norteamericano.

—Y después, ¿qué?

—Busqué en los registros de Dundee, y cuando comprobé que el Lone Star había estado allí en enero del ochenta y cinco, mi sospecha se convirtió en certeza. Pregunté entonces qué barcos estaban atracados ahora mismo en el puerto de Londres.

—¿Y...?

—El Lone Star había llegado la semana pasada. Me fui hasta el muelle Albert y descubrí que había zarpado con la marea de esta mañana, rumbo a su puerto de origen, Savannah. Telegrafié a Gravesend y me dijeron que había pasado por allí hacía un buen rato. Como sopla viento del este, no me cabe duda de que ahora debe haber dejado atrás los Goodwins y no andará lejos de la isla de Wight.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Oh, ya les tengo puesta la mano encima. Me he enterado de que él y los dos

contramaestres son los únicos norteamericanos que hay a bordo. Los demás son finlandeses y alemanes. También he sabido que los tres pasaron la noche fuera del barco. Me lo contó el estibador que estuvo subiendo su cargamento. Para cuando el velero llegue a Savannah, el vapor correo habrá llevado esta carta, y el telégrafo habrá informado a la policía de Savannah de que esos tres caballeros son reclamados aquí para responder de una acusación de asesinato.

Sin embargo, siempre existe una grieta hasta en el mejor trazado de los planes humanos, y los asesinos de John Openshaw no recibirían nunca las semillas de naranja que les habrían anunciado que otra persona, tan astuta y decidida como ellos, les iba siguiendo la pista. Las tormentas equinocciales de aquel año fueron muy prolongadas y violentas. Durante semanas, esperamos noticias del Lone Star de Savannah, pero no nos llegó ninguna. Por fin nos enteramos de que en algún punto del Atlántico se había avistado el codaste destrozado de una lancha, zarandeado por las olas, que llevaba grabadas las letras «L. S.», y eso es todo lo más que llegaremos nunca a saber acerca del destino final del Lone Star.

6. El hombre del labio retorcido

Isa Whitney, hermano del difunto Elías Whitney, D. D., director del Colegio de Teología de San Jorge, era adicto perdido al opio. Según tengo entendido, adquirió el hábito a causa de una típica extravagancia de estudiante: habiendo leído en la universidad la descripción que hacía De Quincey de sus ensueños y sensaciones, había empapado su tabaco en láudano con la intención de experimentar los mismos efectos. Descubrió, como han hecho tantos otros, que resulta más fácil adquirir el hábito que librarse de él, y durante muchos años vivió esclavo de la droga, inspirando una mezcla de horror y compasión a sus amigos y familiares. Todavía me parece que lo estoy viendo, con la cara amarillenta y fofa, los párpados caídos y las pupilas reducidas a un puntito, encogido en una butaca y convertido en la ruina y los despojos de un buen hombre.

Una noche de junio de 1889 sonó el timbre de mi puerta, aproximadamente a la hora en que uno da el primer bostezo y echa una mirada al reloj. Me incorporé en mi asiento, y mi esposa dejó su labor sobre el regazo y puso una ligera expresión de desencanto.

—¡Un paciente! —dijo—. Vas a tener que salir.

Solté un gemido, porque acababa de regresar a casa después de un día muy fatigoso.

Oímos la puerta que se abría, unas pocas frases presurosas, y después unos pasos rápidos sobre el linóleo. Se abrió de par en par la puerta de nuestro cuarto, y una dama vestida de oscuro y con un velo negro entró en la habitación.

—Perdonen ustedes que venga tan tarde —empezó a decir; y en ese mismo momento, perdiendo de repente el dominio de sí misma, se abalanzó corriendo sobre mi esposa, le echó los brazos al cuello y rompió a llorar sobre su hombro —. ¡Ay, tengo un problema tan grande! —sollozó—. ¡Necesito tanto que alguien me ayude!

—¡Pero si es Kate Whitney! —dijo mi esposa, alzándole el velo—. ¡Qué susto me has dado, Kate! Cuando entraste no tenía ni idea de quién eras.

—No sabía qué hacer, así que me vine derecho a verte. Siempre pasaba lo mismo. La gente que tenía dificultades acudía a mi mujer como los pájaros a la luz de un faro.

—Has sido muy amable viniendo. Ahora, tómate un poco de vino con agua, siéntate cómodamente y cuéntanoslo todo. ¿O prefieres que mande a James a la cama?

—Oh, no, no. Necesito también el consejo y la ayuda del doctor. Se trata de Isa. No ha venido a casa en dos días. ¡Estoy tan preocupada por él!

No era la primera vez que nos hablaba del problema de su marido, a mí como doctor, a mi esposa como vieja amiga y compañera del colegio. La consolamos y reconfortamos lo mejor que pudimos. ¿Sabía dónde podía estar su marido? ¿Era posible que pudiéramos hacerle volver con ella?

Por lo visto, sí que era posible. Sabía de muy buena fuente que últimamente, cuando le daba el ataque, solía acudir a un fumadero de opio situado en el extremo oriental de la City. Hasta entonces, sus orgías no habían pasado de un día, y siempre había vuelto a casa, quebrantado y tembloroso, al caer la noche. Pero esta vez el maleficio llevaba durándole cuarenta y ocho horas, y sin duda allí seguía tumbado, entre la escoria de los muelles, aspirando el veneno o durmiendo bajo sus efectos. Su mujer estaba segura de que se le podía encontrar en «El Lingote de Oro», en Upper Swandam Lane. Pero ¿qué podía hacer ella? ¿Cómo iba ella, una mujer joven y tímida, a meterse en semejante sitio y sacar a su marido de entre los rufianes que le rodeaban?

Así estaban las cosas y, desde luego, no había más que un modo de resolverlas. ¿No podía yo acompañarla hasta allí? Sin embargo, pensándolo bien, ¿para qué había de venir ella? Yo era el consejero médico de Isa Whitney y, como tal, tenía cierta influencia sobre él. Podía apañármelas mejor si iba solo. Le di mi palabra de que antes de dos horas se lo enviaría a casa en un coche si de verdad se encontraba en la dirección que me había dado.

Y así, al cabo de diez minutos, había abandonado mi butaca y mi acogedor cuarto de estar, y viajaba a toda velocidad en un coche de alquiler rumbo al este, con lo que entonces me parecía una extraña misión, aunque sólo el futuro me iba

a demostrar lo extraña que era en realidad.

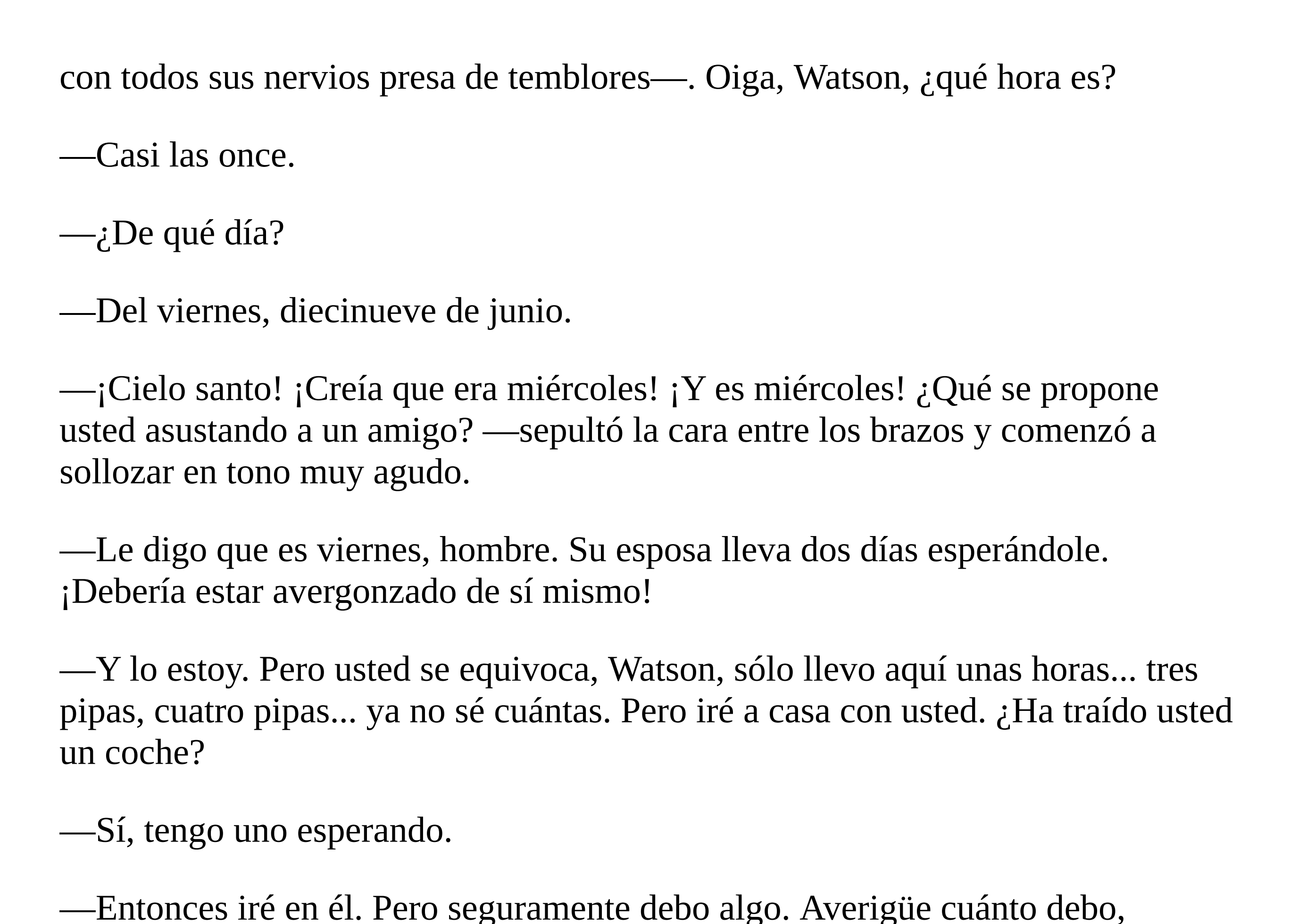
Sin embargo, no encontré grandes dificultades en la primera etapa de mi aventura. Upper Swandam Lane es una callejuela miserable, oculta detrás de los altos muelles que se extienden en la orilla norte del río, al este del puente de Londres. Entre una tienda de ropa usada y un establecimiento de ginebra encontré el antro que iba buscando, al que se llegaba por una empinada escalera que descendía hasta un agujero negro como la boca de una caverna. Ordené al cochero que aguardara y bajé los escalones, desgastados en el centro por el paso incesante de pies de borrachos. A la luz vacilante de una lámpara de aceite colocada encima de la puerta, encontré el picaporte y penetré en una habitación larga y de techo bajo, con la atmósfera espesa y cargada del humo pardo del opio, y equipada con una serie de literas de madera, como el castillo de proa de un barco de emigrantes.

A través de la penumbra se podían distinguir a duras penas numerosos cuerpos, tumbados en posturas extrañas y fantásticas, con los hombros encorvados, las rodillas dobladas, las cabezas echadas hacia atrás y el mentón apuntando hacia arriba; de vez en cuando, un ojo oscuro y sin brillo se fijaba en el recién llegado. Entre las sombras negras brillaban circulitos de luz, encendiéndose y apagándose, según que el veneno ardiera o se apagara en las cazoletas de las pipas metálicas. La mayoría permanecía tendida en silencio, pero algunos murmuraban para sí mismos, y otros conversaban con voz extraña, apagada y monótona; su conversación surgía en ráfagas y luego se desvanecía de pronto en el silencio, mientras cada uno seguía mascullando sus propios pensamientos, sin prestar atención a las palabras de su vecino. En el extremo más apartado había un pequeño brasero de carbón, y a su lado un taburete de madera de tres patas, en el que se sentaba un anciano alto y delgado, con la barbilla apoyada en los puños y los codos en las rodillas, mirando fijamente el fuego.

Al verme entrar, un malayo de piel cetrina se me acercó rápidamente con una pipa y una porción de droga, indicándome una litera libre.

—Gracias, no he venido a quedarme —dije—. Hay aquí un amigo mío, el señor Isa Whitney, y quiero hablar con él. Hubo un movimiento y una exclamación a mi derecha y, atisbando entre las tinieblas, distinguí a Whitney, pálido, ojeroso y desaliñado, con la mirada fija en mí.

—¡Dios mío! ¡Es Watson! —exclamó. Se encontraba en un estado lamentable,



con todos sus nervios presa de temblores—. Oiga, Watson, ¿qué hora es?

—Casi las once.

—¿De qué día?

—Del viernes, diecinueve de junio.

—¡Cielo santo! ¡Creía que era miércoles! ¡Y es miércoles! ¿Qué se propone usted asustando a un amigo? —sepultó la cara entre los brazos y comenzó a sollozar en tono muy agudo.

—Le digo que es viernes, hombre. Su esposa lleva dos días esperándole. ¡Debería estar avergonzado de sí mismo!

—Y lo estoy. Pero usted se equivoca, Watson, sólo llevo aquí unas horas... tres pipas, cuatro pipas... ya no sé cuántas. Pero iré a casa con usted. ¿Ha traído usted un coche?

—Sí, tengo uno esperando.

—Entonces iré en él. Pero seguramente debo algo. Averigüe cuánto debo, Watson. Me encuentro incapaz. No puedo hacer nada por mí mismo.

Recorrí el estrecho pasadizo entre la doble hilera de durmientes, conteniendo la respiración para no inhalar el humo infecto y estupefaciente de la droga, y busqué al encargado. Al pasar al lado del hombre alto que se sentaba junto al brasero, sentí un súbito tirón en los faldones de mi chaqueta y una voz muy baja susurró: «Siga adelante y luego vuélvase a mirarme». Las palabras sonaron con absoluta claridad en mis oídos.

Miré hacia abajo. Sólo podía haberlas pronunciado el anciano que tenía a mi lado, y sin embargo continuaba sentado tan absorto como antes, muy flaco, muy arrugado, encorvado por la edad, con una pipa de opio caída entre sus rodillas, como si sus dedos la hubieran dejado caer de puro relajamiento. Avancé dos pasos y me volvía mirar. Necesité todo el dominio de mí mismo para no soltar un grito de asombro. El anciano se había vuelto de modo que nadie pudiera verlo más que yo. Su figura se había agrandado, sus arrugas habían desaparecido, los ojos apagados habían recuperado su fuego, y allí, sentado junto al brasero y sonriendo ante mi sorpresa, estaba ni más ni menos que Sherlock Holmes. Me

indicó con un ligero gesto que me aproximara y, al instante, en cuanto volvió de nuevo su rostro hacia la concurrencia, se hundió una vez más en una senilidad decrépita y babeante.

—¡Holmes! —susurré—. ¿Qué demonios está usted haciendo en este antro?

—Hable lo más bajo que pueda —respondió—. Tengo un oído excelente. Si tuviera usted la inmensa amabilidad de librarse de ese degenerado amigo suyo, me alegraría muchísimo tener una pequeña conversación con usted.

—Tengo un coche fuera.

—Entonces, por favor, mándelo a casa en él. Puede fiarse de él, porque parece demasiado hecho polvo como para meterse en ningún lío. Le recomiendo también que, por medio del cochero, le envíe una nota a su esposa diciéndole que ha unido su suerte a la mía. Si me espera fuera, estaré con usted en cinco minutos.

Resultaba difícil negarse a las peticiones de Sherlock Holmes, porque siempre eran extraordinariamente concretas y las exponía con un tono de lo más señorial. De todas maneras, me parecía que una vez metido Whitney en el coche, mi misión había quedado prácticamente cumplida; y, por otra parte, no podía desear nada mejor que acompañar a mi amigo en una de aquellas insólitas aventuras que constituían su modo normal de vida.

Me bastaron unos minutos para escribir la nota, pagar la cuenta de Whitney, llevarlo hasta el coche y verle partir a través de la noche. Muy poco después, una decrépita figura salía del fumadero de opio y yo caminaba calle abajo en compañía de Sherlock Holmes. Avanzó por un par de calles arrastrando los pies, con la espalda encorvada y el paso inseguro; y de pronto, tras echar una rápida mirada a su alrededor, enderezó el cuerpo y estalló en una alegre carcajada.

—Supongo, Watson —dijo—, que está usted pensando que he añadido el fumar opio a las inyecciones de cocaína y demás pequeñas debilidades sobre las que usted ha tenido la bondad de emitir su opinión facultativa.

—Desde luego, me sorprendió encontrarlo allí.

—No más de lo que me sorprendió a mí verle a usted.

—Yo vine en busca de un amigo.

—Y yo, en busca de un enemigo.

—¿Un enemigo?

—Sí, uno de mis enemigos naturales o, si se me permite decirlo, de mis presas naturales. En pocas palabras, Watson, estoy metido en una interesantísima investigación, y tenía la esperanza de descubrir alguna pista entre las divagaciones incoherentes de estos adictos, como me ha sucedido otras veces. Si me hubieran reconocido en aquel antro, mi vida no habría valido ni la tarifa de una hora, porque ya lo he utilizado antes para mis propios fines, y el bandido del dueño, un antiguo marinero de las Indias Orientales, ha jurado vengarse de mí. Hay una trampilla en la parte trasera del edificio, cerca de la esquina del muelle de San Pablo, que podría contar historias muy extrañas sobre lo que pasa a través de ella las noches sin luna.

—¡Cómo! ¡No querrá usted decir cadáveres!

—Sí, Watson, cadáveres. Seríamos ricos si nos dieran mil libras por cada pobre diablo que ha encontrado la muerte en ese antro. Es la trampa mortal más perversa de toda la ribera del río, y me temo que Neville St. Clair ha entrado en ella para no volver a salir.

Pero nuestro coche debería estar aquí —se metió los dos dedos índices en la boca y lanzó un penetrante silbido, una señal que fue respondida por un silbido similar a lo lejos, seguido inmediatamente por el traqueteo de unas ruedas y las pisadas de cascos de caballo.

—Y ahora, Watson —dijo Holmes, mientras un coche alto, de un caballo, salía de la oscuridad arrojando dos chorros dorados de luz amarilla por sus faroles laterales—, ¿viene usted conmigo o no?

—Si puedo ser de alguna utilidad...

—Oh, un camarada de confianza siempre resulta útil. Y un cronista, más aún. Mi habitación de Los Cedros tiene dos camas.

—¿Los Cedros?

—Sí, así se llama la casa del señor St. Clair. Me estoy alojando allí mientras llevo a cabo la investigación.

—¿Y dónde está?

—En Kent, cerca de Lee. Tenemos por delante un trayecto de siete millas.

—Pero estoy completamente a oscuras.

—Naturalmente. Pero en seguida va a enterarse de todo. ¡Suba aquí! Muy bien, John, ya no le necesitaremos. Aquí tiene media corona. Venga a buscarme mañana a eso de las once. Suelte las riendas y hasta mañana.

Tocó al caballo con el látigo y salimos disparados a través de la interminable sucesión de calles sombrías y desiertas, que poco a poco se fueron ensanchando hasta que cruzamos a toda velocidad un amplio puente con balaustrada, mientras las turbias aguas del río se deslizaban perezosamente por debajo. Al otro lado nos encontramos otra extensa desolación de ladrillo y cemento envuelta en un completo silencio, roto tan sólo por las pisadas fuertes y acompasadas de un policía o por los gritos y canciones de algún grupillo rezagado de juerguistas. Una oscura cortina se deslizaba lentamente a través del cielo, y una o dos estrellas brillaban débilmente entre las rendijas de las nubes. Holmes conducía en silencio, con la cabeza caída sobre el pecho y toda la apariencia de encontrarse sumido en sus pensamientos, mientras yo, sentado a su lado, me consumía de curiosidad por saber en qué consistía esta nueva investigación que parecía estar poniendo a prueba sus poderes, a pesar de lo cual no me atrevía a entrometerme en el curso de sus reflexiones. Llevábamos recorridas varias millas, y empezábamos a entrar en el cinturón de residencias suburbanas, cuando Holmes se desperezó, se encogió de hombros y encendió su pipa con el aire de un hombre satisfecho por estar haciéndolo lo mejor posible.

—Watson, posee usted el don inapreciable de saber guardar silencio —dijo—. Eso le convierte en un compañero de valor incalculable. Le aseguro que me viene muy bien tener alguien con quien hablar, pues mis pensamientos no son demasiado agradables. Me estaba preguntando qué le voy a decir a esta pobre mujer cuando salga esta noche a recibirme a la puerta.

—Olvida usted que no sé nada del asunto.

—Tengo el tiempo justo de contarle los hechos antes de llegar a Lee. Parece un

caso ridículamente sencillo y, sin embargo, no sé por qué, no consigo avanzar nada. Hay mucha madeja, ya lo creo, pero no doy con el extremo del hilo. Bien, Watson, voy a exponerle el caso clara y concisamente, y tal vez usted pueda ver una chispa de luz donde para mí todo son tinieblas.

—Adelante, pues.

—Hace unos años... concretamente, en mayo de mil ochocientos ochenta y cuatro, llegó a Lee un caballero llamado Neville St. Clair, que parecía tener dinero en abundancia. Adquirió una gran residencia, arregló los terrenos con muy buen gusto y, en general, vivía a lo grande. Poco a poco, fue haciendo amistades entre el vecindario, y en mil ochocientos ochenta y siete se casó con la hija de un cervecero de la zona, con la que tiene ya dos hijos. No trabajaba en nada concreto, pero tenía intereses en varias empresas y venía todos los días a Londres por la mañana, regresando por la tarde en el tren de las cinco catorce desde Cannon Street. El señor St. Clair tiene ahora treinta y siete años de edad, es hombre de costumbres moderadas, buen esposo, padre cariñoso, y apreciado por todos los que le conocen. Podríamos añadir que sus deudas actuales, hasta donde hemos podido averiguar, suman un total de ochenta y ocho libras y diez chelines, y que su cuenta en el banco, el Capital Counties Bank, arroja un saldo favorable de doscientas veinte libras. Por tanto, no hay razón para suponer que sean problemas de dinero los que le atormentan.

El lunes pasado, el señor Neville St. Clair vino a Londres bastante más temprano que de costumbre, comentando antes de salir que tenía que realizar dos importantes gestiones, y que al volver le traería al niño pequeño un juego de construcciones. Ahora bien, por pura casualidad, su esposa recibió un telegrama ese mismo lunes, muy poco después de marcharse él, comunicándole que había llegado un paquetito muy valioso que ella estaba esperando, y que podía recogerlo en las oficinas de la Compañía Naviera Aberdeen. Pues bien, si conoce usted Londres, sabrá que las oficinas de esta compañía están en Fresno Street, que hace esquina con Upper Swandam Lane, donde me ha encontrado usted esta noche. La señora St. Clair almorzó, se fue a Londres, hizo algunas compras, pasó por la oficina de la compañía, recogió su paquete, y exactamente a las cuatro treinta y cinco iba caminando por Swandam Lane camino de la estación. ¿Me sigue hasta ahora?

—Está muy claro.

—Quizá recuerde usted que el lunes hizo muchísimo calor, y la señora St. Clair iba andando despacio, mirando por todas partes con la esperanza de ver un coche de alquiler, porque no le gustaba el barrio en el que se encontraba. Mientras bajaba de esta manera por Swandam Lane, oyó de repente un grito o una exclamación y se quedó helada de espanto al ver a su marido mirándola desde la ventana de un segundo piso y, según le pareció a ella, llamándola con gestos. La ventana estaba abierta y pudo verle perfectamente la cara, que según ella parecía terriblemente agitada. Le hizo gestos frenéticos con las manos y después desapareció de la ventana tan repentinamente que a la mujer le pareció que alguna fuerza irresistible había tirado de él por detrás. Un detalle curioso que llamó su femenina atención fue que, aunque llevaba puesta una especie de chaqueta oscura, como la que vestía al salir de casa, no tenía cuello ni corbata.

Convencida de que algo malo le sucedía, bajó corriendo los escalones —pues la casa no era otra que el fumadero de opio en el que usted me ha encontrado— y tras atravesar a toda velocidad la sala delantera, intentó subir por las escaleras que llevan al primer piso. Pero al pie de las escaleras le salió al paso ese granuja de marinero del que le he hablado, que la obligó a retroceder y, con la ayuda de un danés que le sirve de asistente, la echó a la calle a empujones. Presa de los temores y dudas más enloquecedores, corrió calle abajo y, por una rara y afortunada casualidad, se encontró en Fresno Street con varios policías y un inspector que se dirigían a sus puestos de servicio. El inspector y dos hombres la acompañaron de vuelta al fumadero y, a pesar de la pertinaz resistencia del propietario, se abrieron paso hasta la habitación en la que St. Clair fue visto por última vez. No había ni rastro de él. De hecho, no encontraron a nadie en todo el piso, con excepción de un inválido decrépito de aspecto repugnante. Tanto él como el propietario juraron insistentemente que en toda la tarde no había entrado nadie en aquella habitación. Su negativa era tan firme que el inspector empezó a tener dudas, y casi había llegado a creer que la señora St. Clair había visto visiones cuando ésta se abalanzó con un grito sobre una cajita de madera que había en la mesa y levantó la tapa violentamente, dejando caer una cascada de ladrillos de juguete. Era el regalo que él había prometido llevarle a su hijo.

Este descubrimiento, y la evidente confusión que demostró el inválido, convencieron al inspector de que se trataba de un asunto grave. Se registraron minuciosamente las habitaciones, y todos los resultados parecían indicar un crimen abominable. La habitación delantera estaba amueblada con sencillez como sala de estar, y comunicaba con un pequeño dormitorio que da a la parte posterior de uno de los muelles. Entre el muelle y el dormitorio hay una estrecha

franja que queda en seco durante la marea baja, pero que durante la marea alta queda cubierta por metro y medio de agua, por lo menos. La ventana del dormitorio es bastante ancha y se abre desde abajo. Al inspeccionarla, se encontraron manchas de sangre en el alféizar, y también en el suelo de madera se veían varias gotas dispersas. Tiradas detrás de una cortina en la habitación delantera, se encontraron todas las ropas del señor Neville St. Clair, a excepción de su chaqueta: sus zapatos, sus calcetines, su sombrero y su reloj... todo estaba allí. No se veían señales de violencia en ninguna de las prendas, ni se encontró ningún otro rastro del señor St. Clair. Al parecer, tenían que haberlo sacado por la ventana, ya que no se pudo encontrar otra salida, y las ominosas manchas de sangre en la ventana daban pocas esperanzas de que hubiera podido salvarse a nado, porque la marea estaba en su punto más alto en el momento de la tragedia.

Y ahora, hablemos de los maleantes que parecen directamente implicados en el asunto. Sabemos que el marinero es un tipo de pésimos antecedentes, pero, según el relato de la señora St. Clair, se encontraba al pie de la escalera a los pocos segundos de la desaparición de su marido, por lo que difícilmente puede haber desempeñado más que un papel secundario en el crimen. Se defendió alegando absoluta ignorancia, insistiendo en que él no sabía nada de las actividades de Hugh Boone, su inquilino, y que no podía explicar de ningún modo la presencia de las ropas del caballero desaparecido.

Esto es lo que hay respecto al marinero. Pasemos ahora al siniestro inválido que vive en la segunda planta del fumadero de opio y que, sin duda, fue el último ser humano que puso sus ojos en el señor St. Clair. Se llama Hugh Boone, y todo el que va mucho por la City conoce su repugnante cara. Es mendigo profesional, aunque para burlar los reglamentos policiales finge vender cerillas. Puede que se haya fijado usted en que, bajando un poco por Threadneedle Street, en la acera izquierda, hay un pequeño recodo en la pared. Allí es donde se instala cada día ese engendro, con las piernas cruzadas y su pequeño surtido de cerillas en el regazo. Ofrece un espectáculo tan lamentable que provoca una pequeña lluvia de caridad sobre la grasienta gorra de cuero que coloca en la acera delante de él. Más de una vez lo he estado observando, sin tener ni idea de que llegaría a relacionarme profesionalmente con él, y me ha sorprendido lo mucho que recoge en poco tiempo. Tenga en cuenta que su aspecto es tan llamativo que nadie puede pasar a su lado sin fijarse en él. Una mata de cabello anaranjado, un rostro pálido y desfigurado por una horrible cicatriz que, al contraerse, ha retorcido el borde de su labio superior, una barbilla de bulldog y un par de ojos oscuros y muy penetrantes, que contrastan extraordinariamente con el color de su pelo,

todo ello le hace destacar de entre la masa vulgar de pedigüeños: También destaca por su ingenio, pues siempre tiene a mano una respuesta para cualquier pulla que puedan dirigirle los transeúntes. Éste es el hombre que, según acabamos de saber, vive en lo alto del fumadero de opio y fue la última persona que vio al caballero que andamos buscando.

—¡Pero es un inválido! —dije—. ¿Qué podría haber hecho él solo contra un hombre en la flor de la vida?

—Es inválido en el sentido de que cojea al andar; pero en otros aspectos, parece tratarse de un hombre fuerte y bien alimentado. Sin duda, Watson, su experiencia médica le habrá enseñado que la debilidad en un miembro se compensa a menudo con una fortaleza excepcional en los demás.

—Por favor, continúe con su relato.

—La señora St. Clair se había desmayado al ver la sangre en la ventana, y la policía la llevó en coche a su casa, ya que su presencia no podía ayudarles en las investigaciones.

El inspector Barton, que estaba a cargo del caso, examinó muy detenidamente el local, sin encontrar nada que arrojara alguna luz sobre el misterio. Se cometió un error al no detener inmediatamente a Boone, ya que así dispuso de unos minutos para comunicarse con su compinche el marinero, pero pronto se puso remedio a esta equivocación y Boone fue detenido y registrado, sin que se encontrara nada que pudiera incriminarle. Es cierto que había manchas de sangre en la manga derecha de su camisa, pero enseñó su dedo índice, que tenía un corte cerca de la uña, y explicó que la sangre procedía de allí, añadiendo que poco antes había estado asomado a la ventana y que las manchas observadas allí procedían, sin duda, de la misma fuente. Negó hasta la saciedad haber visto en su vida al señor Neville St. Clair, y juró que la presencia de las ropas en su habitación resultaba tan misteriosa para él como para la policía. En cuanto a la declaración de la señora St. Clair, que afirmaba haber visto a su marido en la ventana, alegó que estaría loca o lo habría soñado. Se lo llevaron a comisaría entre ruidosas protestas, mientras el inspector se quedaba en la casa, con la esperanza de que la bajamar aportara alguna nueva pista.

Y así fue, aunque lo que encontraron en el fango no era lo que temían encontrar. Lo que apareció al retirarse la marea fue la chaqueta de Neville St. Clair, y no el

propio Neville St. Clair. ¿Y qué cree que encontraron en los bolsillos?

—No tengo ni idea.

—No creo que pueda adivinarlo. Todos los bolsillos estaban repletos de peniques y medios peniques: en total, cuatrocientos veintiún peniques y doscientos setenta medios peniques. No es de extrañar que la marea no se la llevara. Pero un cuerpo humano es algo muy diferente. Hay un fuerte remolino entre el muelle y la casa.

Parece bastante probable que la chaqueta se quedara allí debido al peso, mientras el cuerpo desnudo era arrastrado hacia el río.

—Pero, según tengo entendido, todas sus demás ropas se encontraron en la habitación. ¿Es que el cadáver iba vestido sólo con la chaqueta?

—No, señor, los datos pueden ser muy engañosos. Suponga que este tipo, Boone, ha tirado a Neville St. Clair por la ventana, sin que le haya visto nadie. ¿Qué hace a continuación? Por supuesto, pensará inmediatamente en librarse de las ropas delatoras. Coge la chaqueta, y está a punto de tirarla cuando se le ocurre que flotará en vez de hundirse. Tiene poco tiempo, porque ha oído el alboroto al pie de la escalera, cuando la esposa intenta subir, y puede que su compinche el marinero le haya avisado ya de que la policía viene corriendo calle arriba. No hay un instante que perder. Corre hacia algún escondrijo secreto, donde ha ido acumulando los frutos de su mendicidad, y mete en los bolsillos de la chaqueta todas las monedas que puede, para asegurarse de que se hunda. La tira, y habría hecho lo mismo con las demás prendas de no haber oído pasos apresurados en la planta baja, de manera que sólo le queda tiempo para cerrar la ventana antes de que la policía aparezca.

—Desde luego, parece factible.

—Bien, lo tomaremos como hipótesis de trabajo, a falta de otra mejor. Como ya le he dicho, detuvieron a Boone y lo llevaron a comisaría, pero no se le pudo encontrar ningún antecedente delictivo. Se sabía desde hacía muchos años que era mendigo profesional, pero parece que llevaba una vida bastante tranquila e inocente. Así están las cosas por el momento, y nos hallamos tan lejos como al principio de la solución de las cuestiones pendientes: qué hacía Neville St. Clair en el fumadero de opio, qué le sucedió allí, dónde está ahora y qué tiene que ver Hugh Boone con su desaparición. Confieso que no recuerdo en toda mi experiencia un caso que pareciera tan sencillo a primera vista y que, sin

embargo, presentara tantas dificultades.

Mientras Sherlock Holmes iba exponiendo los detalles de esta singular serie de acontecimientos, rodábamos a toda velocidad por las afueras de la gran ciudad, hasta que dejamos atrás las últimas casas desperdigadas y seguimos avanzando con un seto rural a cada lado del camino. Pero cuando terminó, pasábamos entre dos pueblecitos de casas dispersas, en cuyas ventanas aún brillaban unas cuantas luces.

—Estamos a las afueras de Lee —dijo mi compañero—. En esta breve carrera hemos pisado tres condados ingleses, partiendo de Middlesex, pasando de refilón por Surrey y terminando en Kent. ¿Ve aquella luz entre los árboles? Es Los Cedros, y detrás de la lámpara está sentada una mujer cuyos ansiosos oídos han captado ya, sin duda alguna, el ruido de los cascos de nuestro caballo.

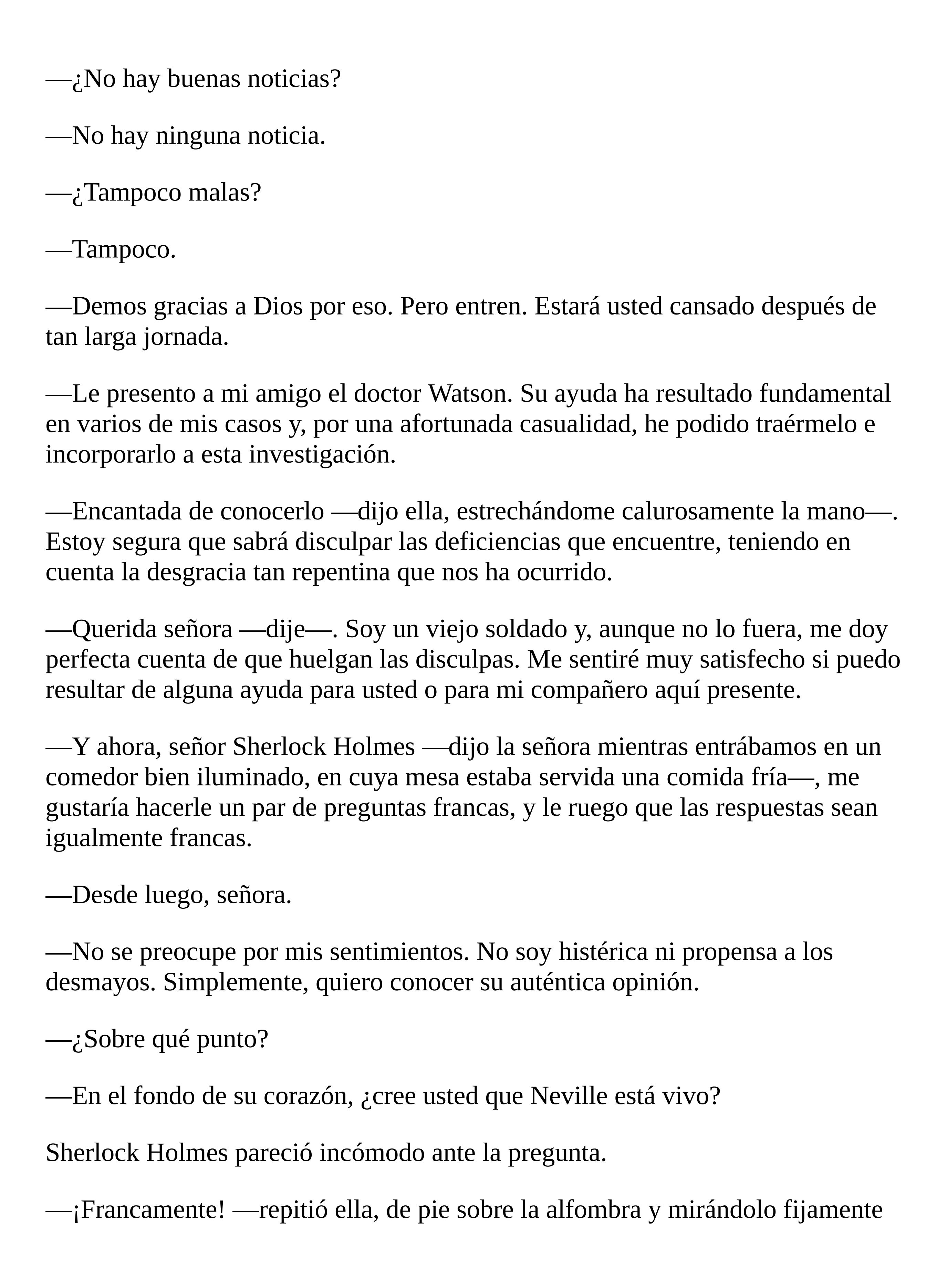
—Pero ¿por qué no lleva usted el caso desde Baker Street?

—Porque hay mucho que investigar aquí. La señora St. Clair ha tenido la amabilidad de poner dos habitaciones a mi disposición, y puede usted tener la seguridad de que dará la bienvenida a mi amigo y compañero. Me espanta tener que verla, Watson, sin traer noticias de su marido. En fin, aquí estamos. ¡So, caballo, soo!

Nos habíamos detenido frente a una gran mansión con terreno propio. Un mozo de cuadras había corrido a hacerse cargo del caballo y, tras descender del coche, seguí a Holmes por un estrecho y ondulante sendero de grava que llevaba a la casa. Cuando ya estábamos cerca, se abrió la puerta y una mujer menuda y rubia apareció en el marco, vestida con una especie de mousseline-de-soie, con apliques de gasa rosa y esponjosa en el cuello y los puños. Permaneció inmóvil, con su silueta recortada contra la luz, una mano apoyada en la puerta, la otra a medio alzar en un gesto de ansiedad, el cuerpo ligeramente inclinado, adelantando la cabeza y la cara, con ojos impacientes y labios entreabiertos. Era la estampa viviente misma de la incertidumbre.

—¿Y bien? —gimió—. ¿Qué hay?

Y entonces, viendo que éramos dos, soltó un grito de esperanza que se transformó en un gemido al ver que mi compañero meneaba la cabeza y se encogía de hombros.



—¿No hay buenas noticias?

—No hay ninguna noticia.

—¿Tampoco malas?

—Tampoco.

—Demos gracias a Dios por eso. Pero entren. Estará usted cansado después de tan larga jornada.

—Le presento a mi amigo el doctor Watson. Su ayuda ha resultado fundamental en varios de mis casos y, por una afortunada casualidad, he podido traérmelo e incorporarlo a esta investigación.

—Encantada de conocerlo —dijo ella, estrechándome calurosamente la mano—. Estoy segura que sabrá disculpar las deficiencias que encuentre, teniendo en cuenta la desgracia tan repentina que nos ha ocurrido.

—Querida señora —dije—. Soy un viejo soldado y, aunque no lo fuera, me doy perfecta cuenta de que huelgan las disculpas. Me sentiré muy satisfecho si puedo resultar de alguna ayuda para usted o para mi compañero aquí presente.

—Y ahora, señor Sherlock Holmes —dijo la señora mientras entrábamos en un comedor bien iluminado, en cuya mesa estaba servida una comida fría—, me gustaría hacerle un par de preguntas francas, y le ruego que las respuestas sean igualmente francas.

—Desde luego, señora.

—No se preocupe por mis sentimientos. No soy histérica ni propensa a los desmayos. Simplemente, quiero conocer su auténtica opinión.

—¿Sobre qué punto?

—En el fondo de su corazón, ¿cree usted que Neville está vivo?

Sherlock Holmes pareció incómodo ante la pregunta.

—¡Francamente! —repitió ella, de pie sobre la alfombra y mirándolo fijamente

desde lo alto, mientras Holmes se retrepaba en un sillón de mimbre.

—Pues, francamente, señora: no.

—¿Cree usted que ha muerto?

—Sí.

—¿Asesinado?

—No puedo asegurarlo. Es posible.

—¿Y qué día murió?

—El lunes.

—Entonces, señor Holmes, ¿tendría usted la bondad de explicar cómo es posible que haya recibido hoy esta carta suya? Sherlock Holmes se levantó de un salto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué? —rugió.

—Sí, hoy mismo —dijo ella, sonriendo y sosteniendo en alto una hojita de papel.

—¿Puedo verla?

—Desde luego.

Se la arrebató impulsivamente y, extendiendo la carta sobre la mesa, acercó una lámpara y la examinó con detenimiento. Yo me había levantado de mi silla y miraba por encima de su hombro. El sobre era muy ordinario, y traía matasellos de Gravesend y fecha de aquel mismo día, o más bien del día anterior, pues ya era mucho más de medianoche.

—¡Qué mal escrito! —murmuró Holmes—. No creo que esta sea la letra de su marido, señora.

—No, pero la de la carta sí que lo es.

—Observo, además, que la persona que escribió el sobre tuvo que ir a preguntar la dirección.

—¿Cómo puede saber eso?

—El nombre, como ve, está en tinta perfectamente negra, que se ha secado sola. El resto es de un color grisáceo, que demuestra que se ha utilizado papel secante. Si lo hubieran escrito todo seguido y lo hubieran secado con secante, no habría ninguna letra tan negra. Esta persona ha escrito el nombre y luego ha hecho una pausa antes de escribir la dirección, lo cual sólo puede significar que no le resultaba familiar. Por supuesto, se trata tan sólo de un detalle trivial, pero no hay nada tan importante como los detalles triviales. Veamos ahora la carta. ¡Ajá! ¡Aquí dentro había algo más!

—Sí, había un anillo. El anillo con su sello.

—¿Y está usted segura de que ésta es la letra de su marido?

—Una de sus letras.

—¿Una?

—Su letra de cuando escribe con prisas. Es muy diferente de su letra habitual, a pesar de lo cual la conozco bien.

—«Querida, no te asustes. Todo saldrá bien. Se ha cometido un terrible error, que quizá tarde algún tiempo en rectificar. Ten paciencia, Neville.» Escrito a lápiz en la guarda de un libro, formato octavo, sin marca de agua. Echado al correo hoy en Gravesend, por un hombre con el pulgar sucio. ¡Ajá! Y la solapa la ha pegado, si no me equivoco, una persona que ha estado mascando tabaco. ¿Y usted no tiene ninguna duda de que se trata de la letra de su esposo, señora?

—Ninguna. Esto lo escribió Neville.

—Y lo han echado al correo hoy en Gravesend. Bien, señora St. Clair, las nubes se despejan, aunque no me atrevería a decir que ha pasado el peligro.

—Pero tiene que estar vivo, señor Holmes.

—A menos que se trate de una hábil falsificación para ponernos sobre una pista falsa. Al fin y al cabo, el anillo no demuestra nada. Se lo pueden haber quitado.

—¡No, no, es su letra, lo es, lo es, lo es!

—Muy bien. Sin embargo, puede haberse escrito el lunes y no haberse echado al correo hasta hoy.

—Eso es posible.

—De ser así, han podido ocurrir muchas cosas entre tanto.

—Ay, no me desanime usted, señor Holmes. Estoy segura de que se encuentra bien. Existe entre nosotros una comunicación tan intensa que si le hubiera pasado algo malo, yo lo sabría. El mismo día en que le vi por última vez, se cortó en el dormitorio, y yo, que estaba en el comedor, subí corriendo al instante, con la plena seguridad de que algo había ocurrido. ¿Cree usted que puedo responder a semejante trivialidad y, sin embargo, no darme cuenta de que ha muerto?

—He visto demasiado como para no saber que la intuición de una mujer puede resultar más útil que las conclusiones de un razonador analítico. Y, desde luego, en esta carta tiene usted una prueba bien palpable que corrobora su punto de vista. Pero si su marido está vivo y puede escribirle cartas, ¿por qué no se pone en contacto con usted?

—No tengo ni idea. Es incomprensible.

—¿No comentó nada el lunes antes de marcharse?

—No.

—Y a usted le sorprendió verlo en Swandan Lane.

—Mucho.

—¿Estaba abierta la ventana?

—Sí.

—Entonces, él podía haberla llamado.

—Podía, sí.

—Pero, según tengo entendido, sólo lanzó un grito inarticulado.

—En efecto.

—Que a usted le pareció una llamada de auxilio.

—Sí, porque agitaba las manos.

—Pero podría haberse tratado de un grito de sorpresa. El asombro, al verla de pronto a usted, podría haberle hecho levantar las manos.

—Es posible.

—Y a usted le pareció que tiraban de él desde atrás.

—Como desapareció tan bruscamente...

—Pudo haber saltado hacia atrás. Usted no vio a nadie más en la habitación.

—No, pero aquel hombre confesó que había estado allí, y el marinero se encontraba al pie de la escalera.

—En efecto. Su esposo, por lo que usted pudo ver, ¿llevaba puestas sus ropas habituales?

—Pero sin cuello. Vi perfectamente su cuello desnudo.

—¿Había mencionado alguna vez Swandam Lane?

—Nunca.

—¿Alguna vez dio señales de haber tomado opio?

—Nunca.

—Gracias, señora St. Clair. Estos son los principales detalles que quería tener absolutamente claros. Ahora comeremos un poco y después nos retiraremos, pues mañana es posible que tengamos una jornada muy atareada.

Teníamos a nuestra disposición una habitación amplia y confortable, con dos camas, y no tardé en meterme entre las sábanas, pues me encontraba fatigado por la noche de aventuras. Sin embargo, Sherlock Holmes era un hombre que cuando tenía en la cabeza un problema sin resolver, podía pasar días, y hasta una

semana, sin dormir, dándole vueltas, reordenando los datos, considerándolos desde todos los puntos de vista, hasta que lograba resolverlo o se convencía de que los datos eran insuficientes. Pronto me resultó evidente que se estaba preparando para pasar la noche en vela. Se quitó la chaqueta y el chaleco, se puso una amplia bata azul y empezó a vagar por la habitación, recogiendo almohadas de la cama y cojines del sofá y las butacas. Con ellos construyó una especie de diván oriental, en el que se instaló con las piernas cruzadas, colocando delante de él una onza de tabaco fuerte y una caja de cerillas. Pude verlo allí sentado a la luz mortecina de la lámpara, con una vieja pipa de brezo entre los labios, los ojos ausentes, fijos en un ángulo del techo, desprendiendo volutas de humo azulado, callado, inmóvil, con la luz cayendo sobre sus marcadas y aguileñas facciones. Así se encontraba cuando me fui a dormir, y así continuaba cuando una súbita exclamación suya me despertó, y vi que la luz del sol ya entraba en el cuarto. La pipa seguía entre sus labios, el humo seguía elevándose en volutas, y una espesa niebla de tabaco llenaba la habitación, pero no quedaba nada del paquete de tabaco que yo había visto la noche anterior.

—¿Está despierto, Watson? —preguntó.

—Sí.

—¿Listo para una excursión matutina?

—Desde luego.

—Entonces, vístase. Aún no se ha levantado nadie, pero sé dónde duerme el mozo de cuadras, y pronto tendremos preparado el coche.

Al hablar, se reía para sus adentros, le centelleaban los ojos y parecía un hombre diferente del sombrío pensador de la noche anterior.

Mientras me vestía, eché un vistazo al reloj. No era de extrañar que nadie se hubiera levantado aún. Eran las cuatro y veinticinco. Apenas había terminado cuando Holmes regresó para anunciar que el mozo estaba enganchando el caballo.

—Quiero poner a prueba una pequeña hipótesis mía —dijo, mientras se ponía las botas—. Creo, Watson, que tiene usted delante a uno de los más completos idiotas de toda Europa. Merezco que me lleven a patadas desde aquí a Charing Cross. Pero me parece que ya tengo la clave del asunto.

—¿Y dónde está? —pregunté, sonriendo.

—En el cuarto de baño —respondió—. No, no estoy bromeando —continuó, al ver mi gesto de incredulidad—. Acabo de estar allí, la he cogido y la tengo dentro de esta maleta Gladstone. Venga, compañero, y veremos si encaja o no en la cerradura.

Bajamos lo más rápidamente posible y salimos al sol de la mañana. El coche y el caballo ya estaban en la carretera, con el mozo de cuadras a medio vestir aguardando delante. Subimos al vehículo y salimos disparados por la carretera de Londres. Rodaban por ella algunos carros que llevaban verduras a la capital, pero las hileras de casas de los lados estaban tan silenciosas e inertes como una ciudad de ensueño.

—En ciertos aspectos, ha sido un caso muy curioso —dijo Holmes, azuzando al caballo para ponerlo al galope—. Confieso que he estado más ciego que un topo, pero más vale aprender tarde que no aprender nunca.

En la ciudad, los más madrugadores apenas empezaban a asomarse medio dormidos a la ventana cuando nosotros penetramos por las calles del lado de Surrey. Bajamos por Waterloo Bridge Road, cruzamos el río y subimos a toda velocidad por Wellington Street, para allí torcer bruscamente a la derecha y llegar a Bow Street. Sherlock Holmes era bien conocido por el cuerpo de policía, y los dos agentes de la puerta le saludaron. Uno de ellos sujetó las riendas del caballo, mientras el otro nos hacía entrar.

—¿Quién está de guardia? —preguntó Holmes.

—El inspector Bradstreet, señor.

—Ah, Bradstreet, ¿cómo está usted? —un hombre alto y corpulento había surgido

por el corredor embaldosado, con una gorra de visera y chaqueta con alamares —. Me gustaría hablar unas palabras con usted, Bradstreet.

—Desde luego, señor Holmes. Pase a mi despacho.

Era un despachito pequeño, con un libro enorme encima de la mesa y un teléfono de pared. El inspector se sentó ante el escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Holmes?

—Se trata de ese mendigo, el que está acusado de participar en la desaparición del señor Neville St. Clair, de Lee.

—Sí. Está detenido mientras prosiguen las investigaciones.

—Eso he oído. ¿Lo tienen aquí?

—En los calabozos.

—¿Está tranquilo?

—No causa problemas. Pero cuidado que es guarro.

—¿Guarro?

—Sí, lo más que hemos conseguido es que se lave las manos, pero la cara la tiene tan negra como un fogonero. En fin, en cuanto se decida su caso tendrá que bañarse periódicamente en la cárcel, y si usted lo viera, creo que estaría de acuerdo conmigo en que lo necesita.

—Me gustaría muchísimo verlo.

—¿De veras? Pues eso es fácil. Venga por aquí. Puede dejar la maleta.

—No, prefiero llevarla.

—Como quiera. Vengan por aquí, por favor —nos guió por un pasillo, abrió una puerta con barrotes, bajó una escalera de caracol, y nos introdujo en una galería encalada con una hilera de puertas a cada lado.

—La tercera de la derecha es la suya —dijo el inspector—. ¡Aquí está! —abrió sin hacer ruido un ventanuco en la parte superior de la puerta y miró al interior —. Está dormido —dijo—. Podrán verle perfectamente.

Los dos aplicamos nuestros ojos a la rejilla. El detenido estaba tumbado con el rostro vuelto hacia nosotros, sumido en un profundo sueño, respirando lenta y ruidosamente. Era un hombre de estatura mediana, vestido toscamente, como correspondía a su oficio, con una camisa de colores que asomaba por los rotos de

su andrajosa chaqueta. Tal como el inspector había dicho, estaba sucísimo, pero la porquería que cubría su rostro no lograba ocultar su repulsiva fealdad. El ancho costurón de una vieja cicatriz le recorría la cara desde el ojo a la barbilla, y al contraerse había tirado del labio superior dejando al descubierto tres dientes en una perpetua mueca. Unas greñas de cabello rojo muy vivo le caían sobre los ojos y la frente.

—Una preciosidad, ¿no les parece? —dijo el inspector.

—Desde luego, necesita un lavado —contestó Holmes—. Se me ocurrió que podría necesitarlo y me tomé la libertad de traer el instrumental necesario —mientras hablaba, abrió la maleta Gladstone y, ante mi asombro, sacó de ella una enorme esponja de baño.

—¡Ja, ja! Es usted un tipo divertido —rió el inspector.

—Ahora, si tiene usted la inmensa bondad de abrir con mucho cuidado esta puerta, no tardaremos en hacerle adoptar un aspecto mucho más respetable.

—Caramba, ¿por qué no? —dijo el inspector—. Es un descrédito para los calabozos de Bow Street, ¿no les parece?

Introdujo la llave en la cerradura y todos entramos sin hacer ruido en la celda. El durmiente se dio media vuelta y volvió a hundirse en un profundo sueño. Holmes se inclinó hacia el jarro de agua, mojó su esponja y la frotó con fuerza dos veces sobre el rostro del preso.

—Permítame que les presente —exclamó— al señor Neville St. Clair, de Lee, condado de Kent.

Jamás en mi vida he presenciado un espectáculo semejante. El rostro del hombre se desprendió bajo la esponja como la corteza de un árbol. Desapareció su repugnante color pardusco. Desapareció también la horrible cicatriz que lo cruzaba, y lo mismo el labio retorcido que formaba aquella mueca repulsiva. Los desgreñados pelos rojos se desprendieron de un tirón, y ante nosotros quedó, sentado en el camastro, un hombre pálido, de expresión triste y aspecto refinado, pelo negro y piel suave, frotándose los ojos y mirando a su alrededor con asombro soñoliento. De pronto, dándose cuenta de que le habían descubierto, lanzó un alarido y se dejó caer, hundiendo el rostro en la almohada.

—¡Por todos los santos! —exclamó el inspector—. ¡Pero si es el desaparecido! ¡Lo reconozco por las fotografías!

El preso se volvió con el aire indiferente de quien se abandona en manos del destino.

—De acuerdo —dijo—. Y ahora, por favor, ¿de qué se me acusa?

—De la desaparición del señor Neville St... ¡Oh, vamos, no se le puede acusar de eso, a menos que lo presente como un intento de suicidio! —dijo el inspector, sonriendo—. Caramba, llevo veintisiete años en el cuerpo, pero esto se lleva la palma.

—Si yo soy Neville St. Clair, resulta evidente que no se ha cometido ningún delito y, por lo tanto, mi detención aquí es ilegal.

—No se ha cometido delito alguno, pero sí un tremendo error —dijo Holmes—. Más le habría valido confiar en su mujer.

—No era por ella, era por los niños —gimió el detenido—. ¡Dios mío, no quería que se avergonzaran de su padre! ¡Dios santo, qué vergüenza! ¿Qué voy a hacer ahora?

Sherlock Holmes se sentó junto a él en la litera y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Si deja usted que los tribunales esclarezcan el caso —dijo—, es evidente que no podrá evitar la publicidad. Por otra parte, si puede convencer a las autoridades policiales de que no hay motivos para proceder contra usted, no veo razón para que los detalles de lo ocurrido lleguen a los periódicos. Estoy seguro de que el inspector

Bradstreet tomará nota de todo lo que quiera usted declarar para ponerlo en conocimiento de las autoridades competentes. En tal caso, el asunto no tiene por qué llegar a los tribunales.

—¡Que Dios le bendiga! —exclamó el preso con fervor—. Habría soportado la cárcel, e incluso la ejecución, antes que permitir que mi miserable secreto cayera como un baldón sobre mis hijos.

Son ustedes los primeros que escuchan mi historia. Mi padre era maestro de escuela en Chesterfield, donde recibí una excelente educación. De joven viajé por el mundo, trabajé en el teatro y por último me hice reportero en un periódico vespertino de Londres. Un día, el director quería que se hiciera una serie de artículos sobre la mendicidad en la capital, y yo me ofrecí voluntario para hacerlo. Éste fue el punto de partida de mis aventuras. La única manera de obtener datos para mis artículos era practicando como mendigo aficionado. Naturalmente, cuando trabajé como actor había aprendido todos los trucos del maquillaje, y tenía fama en los camerinos por mi habilidad en la materia. Así que decidí sacar partido de mis conocimientos. Me pinté la cara y, para ofrecer un aspecto lo más penoso posible, me hice una buena cicatriz y me retorcí un lado del labio con ayuda de una tira de esparadrapo color carne. Y después, con una peluca roja y vestido adecuadamente, ocupé mi puesto en la zona más concurrida de la City, aparentando vender cerillas, pero en realidad pidiendo. Desempeñé mi papel durante siete horas y cuando volví a casa por la noche descubrí, con gran sorpresa, que había recogido nada menos que veintiséis chelines y cuatro peniques.

Escribí mis artículos y no volví a pensar en el asunto hasta que, algún tiempo después, avalé una letra de un amigo y de pronto me encontré con una orden de pago por valor de veinticinco libras. Me volví loco intentando reunir el dinero y de repente se me ocurrió una idea. Solicité al acreedor una prórroga de quince días, pedí vacaciones a mis jefes y me dediqué a pedir limosna en la City, disfrazado. En diez días había reunido el dinero y pagado la deuda.

Pues bien, se imaginarán lo difícil que me resultó someterme de nuevo a un trabajo fatigoso por dos libras a la semana, sabiendo que podía ganar esa cantidad en un día con sólo pintarme la cara, dejar la gorra en el suelo y esperar sentado. Hubo una larga lucha entre mi orgullo y el dinero, pero al final ganó el dinero, dejé el periodismo y me fui a sentar, un día tras otro, en el mismo rincón del principio, inspirando lástima con mi espantosa cara y llenándome los bolsillos de monedas. Sólo un hombre conocía mi secreto: el propietario de un tugurio de Swandam Lane donde tenía alquilada una habitación. De allí salía cada mañana como un mendigo mugriento, y por la tarde me transformaba en un caballero elegante, vestido a la última. Este individuo, un antiguo marinero, recibía una magnífica paga por sus habitaciones, y yo sabía que mi secreto estaba seguro en sus manos.

Muy pronto me encontré con que estaba ahorrando sumas considerables de

dinero. No pretendo decir que cualquier mendigo que ande por las calles de Londres pueda ganar setecientas libras al año —que es menos de lo que yo ganaba por término medio—, pero yo contaba con importantes ventajas en mi habilidad para la caracterización y también en mi facilidad para las réplicas ingeniosas, que fui perfeccionando con la práctica hasta convertirme en un personaje bastante conocido en la City. Todos los días caía sobre mí una lluvia de peniques, con alguna que otra moneda de plata intercalada, y muy mal se me tenía que dar para no sacar por lo menos dos libras.

A medida que me iba haciendo rico, me fui volviendo más ambicioso: adquirí una casa en el campo y me casé, sin que nadie llegara a sospechar a qué me dedicaba en realidad. Mi querida esposa sabía que tenía algún negocio en la City. Poco se imaginaba en qué consistía.

El lunes pasado, había terminado mi jornada y me estaba vistiendo en mi habitación, encima del fumadero de opio, cuando me asomé a la ventana y vi, con gran sorpresa y consternación, a mi esposa parada en mitad de la calle, con los ojos clavados en mí. Solté un grito de sorpresa, levanté los brazos para taparme la cara y corrí en busca de mi confidente, el marinero, instándole a que no permitiese a nadie subir a donde yo estaba. Oí la voz de mi mujer en la planta baja, pero sabía que no la dejarían subir. Rápidamente me quité mis ropas, me puse las de mendigo y me apliqué el maquillaje y la peluca. Ni siquiera los ojos de una esposa podrían penetrar un disfraz tan perfecto. Pero entonces se me ocurrió que podrían registrar la habitación y las ropas me delatarían. Abrí la ventana con tal violencia que se me volvió a abrir un corte que me había hecho por la mañana en mi casa. Cogí la chaqueta con todas las monedas que acababa de transferir de la bolsa de cuero en la que guardaba mis ganancias. La tiré por la ventana y desapareció en las aguas del Támesis. Habría hecho lo mismo con las demás prendas, pero en aquel momento llegaron los policías corriendo por la escalera y a los pocos minutos descubrí, debo confesar que con gran alivio por mi parte, que en lugar de identificarme como el señor Neville St. Clair, se me detenía por su asesinato.

Creo que no queda nada por explicar. Estaba decidido a mantener mi disfraz todo el tiempo que me fuera posible, y de ahí mi insistencia en no lavarme la cara. Sabiendo que mi esposa estaría terriblemente preocupada, me quité el anillo y se lo pasé al marinero en un momento en que ningún policía me miraba, junto con una notita apresurada, diciéndole que no debía temer nada.

—La nota no llegó a sus manos hasta ayer —dijo Holmes.

—¡Santo Dios! ¡Qué semana debe de haber pasado!

—La policía ha estado vigilando a ese marinero —dijo el inspector Bradstreet—, y no me extraña que le haya resultado difícil echar la carta sin que le vieran. Probablemente, se la entregaría a algún marinero cliente de su casa, que no se acordó del encargo en varios días.

—Así debió de ser, no me cabe duda —dijo Holmes, asintiendo—. Pero ¿nunca le han detenido por pedir limosna?

—Muchas veces; pero ¿qué significaba para mí una multa?

—Sin embargo, esto tiene que terminar aquí —dijo Bradstreet—. Si quiere que la policía eche tierra al asunto, Hugh Boone debe dejar de existir.

—Lo he jurado con el más solemne de los juramentos que puede hacer un hombre.

—En tal caso, creo que es probable que el asunto no siga adelante. Pero si volvemos a toparnos con usted, todo saldrá a relucir. Verdaderamente, señor Holmes, estamos en deuda con usted por haber esclarecido el caso. Me gustaría saber cómo obtiene esos resultados.

—Éste lo obtuve —dijo mi amigo— sentándome sobre cinco almohadas y consumiendo una onza de tabaco. Creo, Watson, que, si nos ponemos en marcha hacia Baker Street, llegaremos a tiempo para el desayuno.

7. El carbunclo azul

Dos días después de la Navidad, pasé a visitar a mi amigo Sherlock Holmes con la intención de transmitirle las felicitaciones propias de la época. Lo encontré tumbado en el sofá, con una bata morada, el colgador de las pipas a su derecha y un montón de periódicos arrugados, que evidentemente acababa de estudiar, al alcance de la mano. Al lado del sofá había una silla de madera, y de una esquina de su respaldo colgaba un sombrero de fieltro ajado y mugriento, gastadísimo por el uso y roto por varias partes. Una lupa y unas pinzas dejadas sobre el asiento indicaban que el sombrero había sido colgado allí con el fin de examinarlo.

—Veo que está usted ocupado —dije—. ¿Le interrumpo?

—Nada de eso. Me alegro de tener un amigo con el que poder comentar mis conclusiones. Se trata de un caso absolutamente trivial —señaló con el pulgar el viejo sombrero—, pero algunos detalles relacionados con él no carecen por completo de interés, e incluso resultan instructivos.

Me senté en su butaca y me calenté las manos en la chimenea, pues estaba cayendo una buena helada y los cristales estaban cubiertos de placas de hielo.

—Supongo —comenté— que, a pesar de su aspecto inocente, ese objeto tendrá una historia terrible... o tal vez es la pista que le guiará a la solución de algún misterio y al castigo de algún delito.

—No, qué va. Nada de crímenes —dijo Sherlock Holmes, echándose a reír—. Tan sólo uno de esos incidentes caprichosos que suelen suceder cuando tenemos cuatro millones de seres humanos apretujados en unas pocas millas cuadradas. Entre las acciones y reacciones de un enjambre humano tan numeroso, cualquier combinación de acontecimientos es posible, y pueden surgir muchos pequeños problemas que resultan extraños y sorprendentes, sin tener nada de delictivo. Ya hemos tenido experiencias de ese tipo.

—Ya lo creo —comenté—. Hasta el punto de que, de los seis últimos casos que

he añadido a mis archivos, hay tres completamente libres de delito, en el aspecto legal.

—Exacto. Se refiere usted a mi intento de recuperar los papeles de Irene Adler, al curioso caso de la señorita Mary Sutherland, y a la aventura del hombre del labio retorcido. Pues bien, no me cabe duda de que este asuntillo pertenece a la misma categoría inocente. ¿Conoce usted a Peterson, el recadero?

—Sí.

—Este trofeo le pertenece.

—¿Es su sombrero?

—No, no, lo encontró. El propietario es desconocido. Le ruego que no lo mire como un sombrerucho desastrado, sino como un problema intelectual. Veamos, primero, cómo llegó aquí. Llegó la mañana de Navidad, en compañía de un ganso cebado que, no me cabe duda, ahora mismo se está asando en la cocina de Peterson. Los hechos son los siguientes. A eso de las cuatro de la mañana del día de Navidad, Peterson, que, como usted sabe, es un tipo muy honrado, regresaba de alguna pequeña celebración y se dirigía a su casa bajando por Tottenham Court Road. A la luz de las farolas vio a un hombre alto que caminaba delante de él, tambaleándose un poco y con un ganso blanco al hombro. Al llegar a la esquina de Goodge Street, se produjo una trifulca entre este desconocido y un grupillo de maleantes. Uno de éstos le quitó el sombrero de un golpe; el desconocido levantó su bastón para defenderse y, al enarbolarlo sobre su cabeza, rompió el escaparate de la tienda que tenía detrás. Peterson había echado a correr para defender al desconocido contra sus agresores, pero el hombre, asustado por haber roto el escaparate y viendo una persona de uniforme que corría hacia él, dejó caer el ganso, puso pies en polvorosa y se desvaneció en el laberinto de callejuelas que hay detrás de Tottenham Court Road. También los matones huyeron al ver aparecer a Peterson, que quedó dueño del campo de batalla y también del botín de guerra, formado por este destartalado sombrero y un impecable ejemplar de ganso de Navidad.

—¿Cómo es que no se los devolvió a su dueño?

—Mi querido amigo, en eso consiste el problema. Es cierto que en una tarjetita atada a la pata izquierda del ave decía «Para la señora de Henry Baker», y también es cierto que en el forro de este sombrero pueden leerse las iniciales «H.

B.»; pero como en esta ciudad nuestra existen varios miles de Bakers y varios cientos de Henry Bakers, no resulta nada fácil devolverle a uno de ellos sus propiedades perdidas.

—¿Y qué hizo entonces Peterson?

—La misma mañana de Navidad me trajo el sombrero y el ganso, sabiendo que a mí me interesan hasta los problemas más insignificantes. Hemos guardado el ganso hasta esta mañana, cuando empezó a dar señales de que, a pesar de la helada, más valía comérselo sin retrasos innecesarios. Así pues, el hombre que lo encontró se lo ha llevado para que cumpla el destino final de todo ganso, y yo sigo en poder del sombrero del desconocido caballero que se quedó sin su cena de Navidad. —¿No puso ningún anuncio?

—No.

—¿Y qué pistas tiene usted de su identidad?

—Sólo lo que podemos deducir.

—¿De su sombrero?

—Exactamente.

—Está usted de broma. ¿Qué se podría sacar de esa ruina de fieltro?

—Aquí tiene mi lupa. Ya conoce usted mis métodos. ¿Qué puede deducir usted referente a la personalidad del hombre que llevaba esta prenda?

Tomé el pingajo en mis manos y le di un par de vueltas de mala gana. Era un vulgar sombrero negro de copa redonda, duro y muy gastado. El forro había sido de seda roja, pero ahora estaba casi completamente descolorido. No llevaba el nombre del fabricante, pero, tal como Holmes había dicho, tenía garabateadas en un costado las iniciales «H.B.». El ala tenía presillas para sujetar una goma elástica, pero faltaba ésta. Por lo demás, estaba agrietado, lleno de polvo y cubierto de manchas, aunque parecía que habían intentado disimular las partes descoloridas pintándolas con tinta.

—No veo nada —dije, devolviéndoselo a mi amigo.

—Al contrario, Watson, lo tiene todo a la vista. Pero no es capaz de razonar a partir de lo que ve. Es usted demasiado tímido a la hora de hacer deducciones.

—Entonces, por favor, dígame qué deduce usted de este sombrero.

Lo cogió de mis manos y lo examinó con aquel aire introspectivo tan característico.

—Quizás podría haber resultado más sugerente —dijo—, pero aun así hay unas cuantas deducciones muy claras, y otras que presentan, por lo menos, un fuerte saldo de probabilidad. Por supuesto, salta a la vista que el propietario es un hombre de elevada inteligencia, y también que hace menos de tres años era bastante rico, aunque en la actualidad atraviesa malos momentos. Era un hombre previsor, pero ahora no lo es tanto, lo cual parece indicar una regresión moral que, unida a su declive económico, podría significar que sobre él actúa alguna influencia maligna, probablemente la bebida. Esto podría explicar también el hecho evidente de que su mujer ha dejado de amarle.

—¡Pero... Holmes, por favor!

—Sin embargo, aún conserva un cierto grado de amor propio —continuó, sin hacer caso de mis protestas—. Es un hombre que lleva una vida sedentaria, sale poco, se encuentra en muy mala forma física, de edad madura, y con el pelo gris, que se ha cortado hace pocos días y en el que se aplica fijador. Éstos son los datos más aparentes que se deducen de este sombrero. Además, dicho sea de paso, es sumamente improbable que tenga instalación de gas en su casa.

—Se burla usted de mí, Holmes.

—Ni muchos menos. ¿Es posible que aún ahora, cuando le acabo de dar los resultados, sea usted incapaz de ver cómo los he obtenido?

—No cabe duda de que soy un estúpido, pero tengo que confesar que soy incapaz de seguirle. Por ejemplo: ¿de dónde saca que el hombre es inteligente?

A modo de respuesta, Holmes se encasquetó el sombrero en la cabeza. Le cubría por completo la frente y quedó apoyado en el puente de la nariz.

—Cuestión de capacidad cúbica —dijo—. Un hombre con un cerebro tan grande tiene que tener algo dentro.

—¿Y su declive económico?

—Este sombrero tiene tres años. Fue por entonces cuando salieron estas alas planas y curvadas por los bordes. Es un sombrero de la mejor calidad. Fíjese en la cinta de seda con remates y en la excelente calidad del forro. Si este hombre podía permitirse comprar un sombrero tan caro hace tres años, y desde entonces no ha comprado otro, es indudable que ha venido a menos.

—Bueno, sí, desde luego eso está claro. ¿Y eso de que era previsor, y lo de la regresión moral?

Sherlock Holmes se echó a reír.

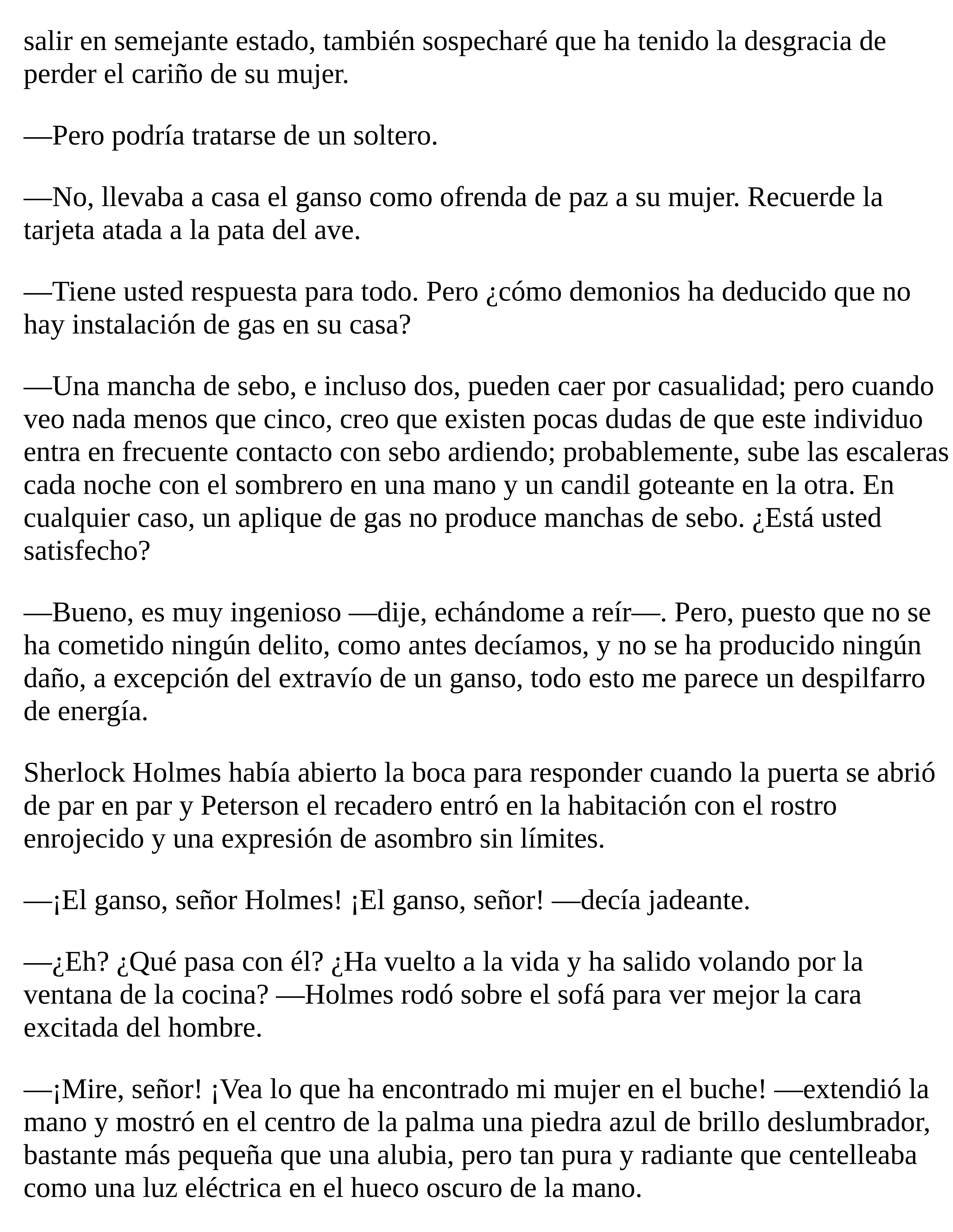
—Aquí está la precisión —dijo, señalando con el dedo la presilla para enganchar la goma sujeta sombreros—. Ningún sombrero se vende con esto. El que nuestro hombre lo hiciera poner es señal de un cierto nivel de previsión, ya que se tomó la molestia de adoptar esta precaución contra el viento. Pero como vemos que desde entonces se le ha roto la goma y no se ha molestado en cambiarla, resulta evidente que ya no es tan previsor como antes, lo que demuestra claramente que su carácter se debilita. Por otra parte, ha procurado disimular algunas de las manchas pintándolas con tinta, señal de que no ha perdido por completo su amor propio.

—Desde luego, es un razonamiento plausible.

—Los otros detalles, lo de la edad madura, el cabello gris, el reciente corte de pelo y el fijador, se advierten examinando con atención la parte inferior del forro. La lupa revela una gran cantidad de puntas de cabello, limpiamente cortadas por la tijera del peluquero. Todos están pegajosos, y se nota un inconfundible olor a fijador. Este polvo, fíjese usted, no es el polvo gris y terroso de la calle, sino la pelusilla parda de las casas, lo cual demuestra que ha permanecido colgado dentro de casa la mayor parte del tiempo; y las manchas de sudor del interior son una prueba palpable de que el propietario transpira abundantemente y, por lo tanto, difícilmente puede encontrarse en buena forma física.

—Pero lo de su mujer... dice usted que ha dejado de amarle.

—Este sombrero no se ha cepillado en semanas. Cuando le vea a usted, querido Watson, con polvo de una semana acumulado en el sombrero, y su esposa le deje



salir en semejante estado, también sospecharé que ha tenido la desgracia de perder el cariño de su mujer.

—Pero podría tratarse de un soltero.

—No, llevaba a casa el ganso como ofrenda de paz a su mujer. Recuerde la tarjeta atada a la pata del ave.

—Tiene usted respuesta para todo. Pero ¿cómo demonios ha deducido que no hay instalación de gas en su casa?

—Una mancha de sebo, e incluso dos, pueden caer por casualidad; pero cuando veo nada menos que cinco, creo que existen pocas dudas de que este individuo entra en frecuente contacto con sebo ardiendo; probablemente, sube las escaleras cada noche con el sombrero en una mano y un candil goteante en la otra. En cualquier caso, un aplique de gas no produce manchas de sebo. ¿Está usted satisfecho?

—Bueno, es muy ingenioso —dije, echándome a reír—. Pero, puesto que no se ha cometido ningún delito, como antes decíamos, y no se ha producido ningún daño, a excepción del extravío de un ganso, todo esto me parece un despilfarro de energía.

Sherlock Holmes había abierto la boca para responder cuando la puerta se abrió de par en par y Peterson el recadero entró en la habitación con el rostro enrojecido y una expresión de asombro sin límites.

—¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso, señor! —decía jadeante.

—¿Eh? ¿Qué pasa con él? ¿Ha vuelto a la vida y ha salido volando por la ventana de la cocina? —Holmes rodó sobre el sofá para ver mejor la cara excitada del hombre.

—¡Mire, señor! ¡Vea lo que ha encontrado mi mujer en el buche! —extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul de brillo deslumbrador, bastante más pequeña que una alubia, pero tan pura y radiante que centelleaba como una luz eléctrica en el hueco oscuro de la mano.

Sherlock Holmes se incorporó lanzando un silbido.

—¡Por Júpiter, Peterson! —exclamó—. ¡A eso le llamo yo encontrar un tesoro! Supongo que sabe lo que tiene en la mano.

—¡Un diamante, señor! ¡Una piedra preciosa! ¡Corta el cristal como si fuera masilla!

—Es más que una piedra preciosa. Es la piedra preciosa.

—¿No se referirá al carbunclo azul de la condesa de Morcar? —exclamé yo.

—Precisamente. No podría dejar de reconocer su tamaño y forma, después de haber estado leyendo el anuncio en el Times tantos días seguidos. Es una piedra absolutamente única, y sobre su valor sólo se pueden hacer conjeturas, pero la recompensa que se ofrece, mil libras esterlinas, no llega ni a la vigésima parte de su precio en el mercado.

—¡Mil libras! ¡Santo Dios misericordioso! —el recadero se desplomó sobre una silla, mirándonos alternativamente a uno y a otro.

—Ésa es la recompensa, y tengo razones para creer que existen consideraciones sentimentales en la historia de esa piedra que harían que la condesa se desprendiera de la mitad de su fortuna con tal de recuperarla.

—Si no recuerdo mal, desapareció en el hotel Cosmopolitan —comenté.

—Exactamente, el 22 de diciembre, hace cinco días. John Horner, fontanero, fue acusado de haberla sustraído del joyero de la señora. Las pruebas en su contra eran tan sólidas que el caso ha pasado ya a los tribunales. Creo que tengo por aquí un informe — rebuscó entre los periódicos, consultando las fechas, hasta que seleccionó uno, lo dobló y leyó el siguiente párrafo: «Robo de joyas en el hotel Cosmopolitan.

John Horner, de 26 años, fontanero, ha sido detenido bajo la acusación de haber sustraído, el 22 del corriente, del joyero de la condesa de Morcar, la valiosa piedra conocida como "el carbunclo azul". James Ryder, jefe de servicio del hotel, declaró que el día del robo había conducido a Horner al gabinete de la condesa de Morcar, para que soldara el segundo barrote de la rejilla de la chimenea, que estaba suelto. Permaneció un rato junto a Horner, pero al cabo de algún tiempo tuvo que ausentarse. Al regresar comprobó que Horner había desaparecido, que el escritorio había sido forzado y que el cofrecillo de tafilete

en el que, según se supo luego, la condesa acostumbraba a guardar la joya, estaba tirado, vacío, sobre el tocador. Ryder dio la alarma al instante, y Horner fue detenido esa misma noche, pero no se pudo encontrar la piedra en su poder ni en su domicilio. Catherine Cusack, doncella de la condesa, declaró haber oído el grito de angustia que profirió Ryder al descubrir el robo, y haber corrido a la habitación, donde se encontró con la situación ya descrita por el anterior testigo. El inspector Bradstreet, de la División B, confirmó la detención de Horner, que se resistió violentamente y declaró su inocencia en los términos más enérgicos. Al existir constancia de que el detenido había sufrido una condena anterior por robo, el magistrado se negó a tratar sumariamente el caso, remitiéndolo a un tribunal superior. Horner, que dio muestras de intensa emoción durante las diligencias, se desmayó al oír la decisión y tuvo que ser sacado de la sala.»

—¡Hum! Hasta aquí, el informe de la policía —dijo Holmes, pensativo—. Ahora, la cuestión es dilucidar la cadena de acontecimientos que van desde un joyero desvalijado, en un extremo, al buche de un ganso en Tottenham Court Road, en el otro. Como ve, Watson, nuestras pequeñas deducciones han adquirido de pronto un aspecto mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra vino del ganso y el ganso vino del señor Henry Baker, el caballero del sombrero raído y todas las demás características con las que le he estado aburriendo. Así que tendremos que ponernos muy en serio a la tarea de localizar a este caballero y determinar el papel que ha desempeñado en este pequeño misterio. Y para eso, empezaremos por el método más sencillo, que sin duda consiste en poner un anuncio en todos los periódicos de la tarde. Si esto falla, recurriremos a otros métodos.

—¿Qué va usted a decir?

—Déme un lápiz y esa hoja de papel. Vamos a ver: «Encontrados un ganso y un sombrero negro de fieltro en la esquina de Goodge Street. El señor Henry Baker puede recuperarlos presentándose esta tarde a las 6,30 en el 221 B de Baker Street». Claro y conciso.

—Mucho. Pero ¿lo verá él?

—Bueno, desde luego mirará los periódicos, porque para un hombre pobre se trata de una pérdida importante. No cabe duda de que se asustó tanto al romper el escaparate y ver acercarse a Peterson que no pensó más que en huir; pero luego debe de haberse arrepentido del impulso que le hizo soltar el ave. Pero

además, al incluir su nombre nos aseguramos de que lo vea, porque todos los que le conozcan se lo harán notar. Aquí tiene, Peterson, corra a la agencia y que inserten este anuncio en los periódicos de la tarde.

—¿En cuáles, señor?

—Oh, pues en el Globe, el Star, el Pall Mall, la St. James Gazette, el Evening News, el Standard, el Echo y cualquier otro que se le ocurra.

—Muy bien, señor. ¿Y la piedra?

—Ah, sí, yo guardaré la piedra. Gracias. Y oiga, Peterson, en el camino de vuelta compre un ganso y tráigalo aquí, porque tenemos que darle uno a este caballero a cambio del que se está comiendo su familia.

Cuando el recadero se hubo marchado, Holmes levantó la piedra y la miró al trasluz.

—¡Qué maravilla! —dijo—. Fíjese cómo brilla y centellea. Por supuesto, esto es como un imán para el crimen, lo mismo que todas las buenas piedras preciosas. Son el cebo favorito del diablo. En las piedras más grandes y más antiguas, se puede decir que cada faceta equivale a un crimen sangriento. Esta piedra aún no tiene ni veinte años de edad. La encontraron a orillas del río Amoy, en el sur de China, y presenta la particularidad de poseer todas las características del carbunclo, salvo que es de color azul en lugar de rojo rubí. A pesar de su juventud, ya cuenta con un siniestro historial. Ha habido dos asesinatos, un atentado con vitriolo, un suicidio y varios robos, todo por culpa de estos doce quilates de carbón cristalizado. ¿Quién pensaría que tan hermoso juguete es un proveedor de carne para el patíbulo y la cárcel? Lo guardaré en mi caja fuerte y le escribiré unas líneas a la condesa, avisándole de que lo tenemos.

—¿Cree usted que ese Horner es inocente?

—No lo puedo saber.

—Entonces, ¿cree usted que este otro, Henry Baker, tiene algo que ver con el asunto?

—Me parece mucho más probable que Henry Baker sea un hombre completamente inocente, que no tenía ni idea de que el ave que llevaba valiera

mucho más que si estuviera hecha de oro macizo. No obstante, eso lo comprobaremos mediante una sencilla prueba si recibimos respuesta a nuestro anuncio. —¿Y hasta entonces no puede hacer nada?

—Nada.

—En tal caso, continuaré mi ronda profesional, pero volveré esta tarde a la hora indicada, porque me gustaría presenciar la solución a un asunto tan embrollado.

—Encantado de verle. Cenaré a las siete. Creo que hay becada. Por cierto que, en vista de los recientes acontecimientos, quizás deba decirle a la señora Hudson que examine cuidadosamente el buche.

Me entretuve con un paciente, y era ya más tarde de las seis y media cuando pude volver a Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto con boina escocesa y chaqueta abotonada hasta la barbilla, que aguardaba en el brillante semicírculo de luz de la entrada. Justo cuando yo llegaba, la puerta se abrió y nos hicieron entrar juntos a los aposentos de Holmes.

—El señor Henry Baker, supongo —dijo Holmes, levantándose de su butaca y saludando al visitante con aquel aire de jovialidad espontánea que tan fácil le resultaba adoptar—. Por favor, siéntese aquí junto al fuego, señor Baker. Hace frío esta noche, y veo que su circulación se adapta mejor al verano que al invierno. Ah, Watson, llega usted muy a punto. ¿Es éste su sombrero, señor Baker?

—Sí, señor, es mi sombrero, sin duda alguna.

Era un hombre corpulento, de hombros cargados, cabeza voluminosa y un rostro amplio e inteligente, rematado por una barba puntiaguda, de color castaño canoso. Un toque de color en la nariz y las mejillas, junto con un ligero temblor en su mano extendida, me recordaron la suposición de Holmes acerca de sus hábitos. Su levita, negra y raída, estaba abotonada hasta arriba, con el cuello alzado, y sus flacas muñecas salían de las mangas sin que se advirtieran indicios de puños ni de camisa. Hablaba en voz baja y entrecortada, eligiendo cuidadosamente sus palabras, y en general daba la impresión de un hombre culto e instruido, maltratado por la fortuna.

—Hemos guardado estas cosas durante varios días —dijo Holmes— porque esperábamos ver un anuncio suyo, dando su dirección. No entiendo cómo no

puso usted el anuncio. Nuestro visitante emitió una risa avergonzada.

—No ando tan abundante de chelines como en otros tiempos —dijo—. Estaba convencido de que la pandilla de maleantes que me asaltó se había llevado mi sombrero y el ganso. No tenía intención de gastar más dinero en un vano intento de recuperarlos.

—Es muy natural. A propósito del ave... nos vimos obligados a comérnosla.

—¡Se la comieron! —nuestro visitante estaba tan excitado que casi se levantó de la silla.

—Sí; de no hacerlo no le habría aprovechado a nadie. Pero supongo que este otro ganso que hay sobre el aparador, que pesa aproximadamente lo mismo y está perfectamente fresco, servirá igual de bien para sus propósitos.

—¡Oh, desde luego, desde luego! —respondió el señor Baker con un suspiro de alivio.

—Por supuesto, aún tenemos las plumas, las patas, el buche y demás restos de su ganso, así que si usted quiere...

El hombre se echó a reír de buena gana.

—Podrían servirme como recuerdo de la aventura —dijo—, pero aparte de eso,

no veo de qué utilidad me iban a resultar los disjecta membra de mi difunto amigo. No, señor, creo que, con su permiso, limitaré mis atenciones a la excelente ave que veo sobre el aparador.

Sherlock Holmes me lanzó una intensa mirada de reojo, acompañada de un encogimiento de hombros.

—Pues aquí tiene usted su sombrero, y aquí su ave —dijo—. Por cierto, ¿le importaría decirme dónde adquirió el otro ganso? Soy bastante aficionado a las aves de corral y pocas veces he visto una mejor criada.

—Desde luego, señor —dijo Baker, que se había levantado, con su recién adquirida propiedad bajo el brazo—. Algunos de nosotros frecuentamos el mesón Alpha, cerca del museo... Durante el día, sabe usted, nos encontramos en

el museo mismo. Este año, el patrón, que se llama Windigate, estableció un Club del Ganso, en el que, pagando unos pocos peniques cada semana, recibiríamos un ganso por Navidad. Pagué religiosamente mis peniques, y el resto ya lo conoce usted. Le estoy muy agradecido, señor, pues una boina escocesa no resulta adecuada ni para mis años ni para mi carácter discreto.

Con cómica pomposidad, nos dedicó una solemne reverencia y se marchó por su camino.

—Con esto queda liquidado el señor Henry Baker —dijo Holmes, después de cerrar la puerta tras él—. Es indudable que no sabe nada del asunto. ¿Tiene usted hambre, Watson?

—No demasiada.

—Entonces, le propongo que aplacemos la cena y sigamos esta pista mientras aún esté fresca.

—Con mucho gusto.

Hacía una noche muy cruda, de manera que nos pusimos nuestros gabanes y nos envolvimos el cuello con bufandas. En el exterior, las estrellas brillaban con luz fría en un cielo sin nubes, y el aliento de los transeúntes despedía tanto humo como un pistoletazo. Nuestras pisadas resonaban fuertes y secas mientras cruzábamos el barrio de los médicos, Wimpole Street, Harley Street y Wigmore Street, hasta desembocar en Oxford Street. Al cabo de un cuarto de hora nos encontrábamos en Bloomsbury, frente al mesón Alpha, que es un pequeño establecimiento público situado en la esquina de una de las calles que se dirigen a Holborn. Holmes abrió la puerta del bar y pidió dos vasos de cerveza al dueño, un hombre de cara colorada y delantal blanco.

—Su cerveza debe de ser excelente, si es tan buena como sus gansos —dijo.

—¡Mis gansos! —el hombre parecía sorprendido.

—Sí. Hace tan sólo media hora, he estado hablando con el señor Henry Baker, que es miembro de su Club del Ganso.

—¡Ah, ya comprendo! Pero, verá usted, señor, los gansos no son míos.

—¿Ah, no? ¿De quién son, entonces?

—Bueno, le compré las dos docenas a un vendedor de Covent Garden.

—¿De verdad? Conozco a algunos de ellos. ¿Cuál fue?

—Se llama Breckinridge.

—¡Ah! No le conozco. Bueno, a su salud, patrón, y por la prosperidad de su casa.

Buenas noches.

—Y ahora, vamos a por el señor Breckinridge —continuó, abotonándose el gabán mientras salíamos al aire helado de la calle—. Recuerde, Watson, que aunque tengamos a un extremo de la cadena una cosa tan vulgar como un ganso, en el otro tenemos un hombre que se va a pasar siete años de trabajos forzados, a menos que podamos demostrar su inocencia. Es posible que nuestra investigación confirme su culpabilidad; pero, en cualquier caso, tenemos una línea de investigación que la policía no ha encontrado y que una increíble casualidad ha puesto en nuestras manos. Sigámosla hasta su último extremo. ¡Rumbo al sur, pues, y a paso ligero! Atravesamos Holborn, bajando por Endell Street, y zigzagueamos por una serie de callejuelas hasta llegar al mercado de Covent Garden. Uno de los puestos más grandes tenía encima el rótulo de Breckinridge, y el dueño, un hombre con aspecto de caballo, de cara astuta y patillas recortadas, estaba ayudando a un muchacho a echar el cierre.

—Buenas noches, y fresquitas —dijo Holmes.

El vendedor asintió y dirigió una mirada inquisitiva a mi compañero.

—Por lo que veo, se le han terminado los gansos —continuó Holmes, señalando los estantes de mármol vacíos.

—Mañana por la mañana podré venderle quinientos.

—Eso no me sirve.

—Bueno, quedan algunos que han cogido olor a gas.

—Oiga, que vengo recomendado.

—¿Por quién?

—Por el dueño del Alpha.

—Ah, sí. Le envié un par de docenas.

—Y de muy buena calidad. ¿De dónde los sacó usted? Ante mi sorpresa, la pregunta provocó un estallido de cólera en el vendedor.

—Oiga usted, señor —dijo con la cabeza erguida y los brazos en jarras—. ¿Adónde quiere llegar? Me gustan la cosas claritas.

—He sido bastante claro. Me gustaría saber quién le vendió los gansos que suministró al Alpha.

—Y yo no quiero decírselo. ¿Qué pasa?

—Oh, la cosa no tiene importancia. Pero no sé por qué se pone usted así por una nimiedad.

—¡Me pongo como quiero! ¡Y usted también se pondría así si le fastidiasen tanto como a mí! Cuando pago buen dinero por un buen artículo, ahí debe terminar la cosa. ¿A qué viene tanto «¿Dónde están los gansos?» y «¿A quién le ha vendido los gansos?» y «¿Cuánto quiere usted por los gansos?» Cualquiera diría que no hay otros gansos en el mundo, a juzgar por el alboroto que se arma con ellos.

—Le aseguro que no tengo relación alguna con los que le han estado interrogando — dijo Holmes con tono indiferente—. Si no nos lo quiere decir, la apuesta se queda en nada. Pero me considero un entendido en aves de corral y he apostado cinco libras a que el ave que me comí es de campo.

—Pues ha perdido usted sus cinco libras, porque fue criada en Londres —atajó el vendedor.

—De eso, nada.

—Le digo yo que sí.

—No le creo.

—¿Se cree que sabe de aves más que yo, que vengo manejándolas desde que era un mocoso? Le digo que todos los gansos que le vendí al Alpha eran de Londres.

—No conseguirá convencerme.

—¿Quiere apostar algo?

—Es como robarle el dinero, porque me consta que tengo razón. Pero le apuesto un soberano, sólo para que aprenda a no ser tan terco.

El vendedor se rió por lo bajo y dijo:

—Tráeme los libros, Bill.

El muchacho trajo un librito muy fino y otro muy grande con tapas grasientas, y los colocó juntos bajo la lámpara.

—Y ahora, señor Sabelotodo —dijo el vendedor—, creía que no me quedaban gansos, pero ya verá cómo aún me queda uno en la tienda. ¿Ve usted este librito?

—Sí, ¿y qué?

—Es la lista de mis proveedores. ¿Ve usted? Pues bien, en esta página están los del campo, y detrás de cada nombre hay un número que indica la página de su cuenta en el libro mayor. ¡Veamos ahora! ¿Ve esta otra página en tinta roja? Pues es la lista de mis proveedores de la ciudad. Ahora, fíjese en el tercer nombre. Léamelo.

—Señora Oakshott,117 Brixton Road... 249 —leyó Holmes.

—Exacto. Ahora, busque esa página en el libro mayor. Holmes buscó la página indicada.

—Aquí está: señora Oakshott, 117 Brixton Road, proveedores de huevos y pollería.

—Muy bien. ¿Cuáles la última entrada?

—Veintidós de diciembre. Veinticuatro gansos a siete chelines y seis peniques.

—Exacto. Ahí lo tiene. ¿Qué pone debajo?

—Vendidos al señor Windigate, del Alpha, a doce chelines.

—¿Qué me dice usted ahora?

Sherlock Holmes parecía profundamente disgustado. Sacó un soberano del bolsillo y lo arrojó sobre el mostrador, retirándose con el aire de quien está tan fastidiado que incluso le faltan las palabras. A los pocos metros se detuvo bajo un farol y se echó a reír de aquel modo alegre y silencioso tan característico en él.

—Cuando vea usted un hombre con patillas recortadas de ese modo y el «Pink'Up» asomándole del bolsillo, puede estar seguro de que siempre se le podrá sonsacar mediante una apuesta —dijo—. Me atrevería a decir que si le hubiera puesto delante cien libras, el tipo no me habría dado una información tan completa como la que le saqué haciéndole creer que me ganaba una apuesta. Bien, Watson, me parece que nos vamos acercando al foral de nuestra investigación, y lo único que queda por determinar es si debemos visitar a esta señora Oakshott esta misma noche o si lo dejamos para mañana. Por lo que dijo ese tipo tan malhumorado, está claro que hay otras personas interesadas en el asunto, aparte de nosotros, y yo creo...

Sus comentarios se vieron interrumpidos de pronto por un fuerte vocerío procedente del puesto que acabábamos de abandonar. Al darnos la vuelta, vimos a un sujeto pequeño y con cara de rata, de pie en el centro del círculo de luz proyectado por la lámpara colgante, mientras Breckinridge, el tendero, enmarcado en la puerta de su establecimiento, agitaba ferozmente sus puños en dirección a la figura encogida del otro.

—¡Ya estoy harto de ustedes y sus gansos! —gritaba—. ¡Váyanse todos al diablo! Si vuelven a fastidiarme con sus tonterías, les soltaré el perro. Que venga aquí la señora Oakshott y le contestaré, pero ¿a usted qué le importa? ¿Acaso le compré a usted los gansos?

—No, pero uno de ellos era mío —gimió el hombrecillo.

—Pues pídaselo a la señora Oakshott.

—Ella me dijo que se lo pidiera a usted.

—Pues, por mí, se lo puede ir a pedir al rey de Prusia. Yo ya no aguanto más. ¡Largo de aquí! Dio unos pasos hacia delante con gesto feroz y el preguntón se esfumó entre las tinieblas.

—Ajá, esto puede ahorrarnos una visita a Brixton Road —susurró Holmes—. Venga conmigo y veremos qué podemos sacarle a ese tipo.

Avanzando a largas zancadas entre los reducidos grupillos de gente que aún rondaban en torno a los puestos iluminados, mi compañero no tardó en alcanzar al hombrecillo y le tocó con la mano en el hombro. El individuo se volvió bruscamente y pude ver a la luz de gas que de su cara había desaparecido todo rastro de color.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó con voz temblorosa.

—Perdone usted —dijo Holmes en tono suave—, pero no he podido evitar oír lo que le preguntaba hace un momento al tendero, y creo que yo podría ayudarle.

—¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber nada de este asunto?

—Me llamo Sherlock Holmes, y mi trabajo consiste en saber lo que otros no saben.

—Pero usted no puede saber nada de esto.

—Perdone, pero lo sé todo. Anda usted buscando unos gansos que la señora Oakshott, de Brixton Road, vendió a un tendero llamado Breckinridge, y que éste a su vez vendió al señor Windigate, del Alpha, y éste a su club, uno de cuyos miembros es el señor Henry Baker.

—Ah, señor, es usted el hombre que yo necesito —exclamó el hombrecillo, con las manos extendidas y los dedos temblorosos—. Me sería difícil explicarle el interés que tengo en este asunto.

Sherlock Holmes hizo señas a un coche que pasaba.

—En tal caso, lo mejor sería hablar de ello en una habitación confortable, y no en este mercado azotado por el viento —dijo—. Pero antes de seguir adelante, dígame por favor a quién tengo el placer de ayudar.

El hombre vaciló un instante.

—Me llamo John Robinson —respondió, con una mirada de soslayo.

—No, no, el nombre verdadero —dijo Holmes en tono amable—. Siempre resulta incómodo tratar de negocios con un alias.

Un súbito rubor cubrió las blancas mejillas del desconocido.

—Está bien, mi verdadero nombre es James Ryder.

—Eso es. Jefe de servicio del hotel Cosmopolitan. Por favor, suba al coche y pronto podré informarle de todo lo que desea saber.

El hombrecillo se nos quedó mirando con ojos medio asustados y medio esperanzados, como quien no está seguro de si le aguarda un golpe de suerte o una catástrofe. Subió por fin al coche, y al cabo de media hora nos encontrábamos de vuelta en la sala de estar de Baker Street. No se había pronunciado una sola palabra durante todo el trayecto, pero la respiración agitada de nuestro nuevo acompañante y su continuo abrir y cerrar de manos hablaban bien a las claras de la tensión nerviosa que le dominaba.

—¡Henos aquí! —dijo Holmes alegremente cuando penetramos en la habitación —. Un buen fuego es lo más adecuado para este tiempo. Parece que tiene usted frío, señor Ryder. Por favor, siéntese en el sillón de mimbre. Permita que me ponga las zapatillas antes de zanjar este asuntillo suyo. ¡Ya está! ¿Así que quiere usted saber lo que fue de aquellos gansos?

—Sí, señor.

—O más bien, deberíamos decir de aquel ganso. Me parece que lo que le interesaba era un ave concreta... blanca, con una franja negra en la cola.

Ryder se estremeció de emoción.

—¡Oh, señor! —exclamó—. ¿Puede usted decirme dónde fue a parar?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, y resultó ser un ave de lo más notable. No me extraña que le interese tanto. Como que puso un huevo después de muerta... el huevo azul más pequeño, precioso y brillante que jamás se ha visto. Lo tengo aquí en mi museo.

Nuestro visitante se puso en pie, tambaleándose, y se agarró con la mano derecha a la repisa de la chimenea. Holmes abrió su caja fuerte y mostró el carbunclo azul, que brillaba como una estrella, con un resplandor frío que irradiaba en todas direcciones. Ryder se lo quedó mirando con las facciones contraídas, sin decidirse entre reclamarlo o negar todo conocimiento del mismo.

—Se acabó el juego, Ryder —dijo Holmes muy tranquilo—. Sosténgase, hombre, que se va a caer al fuego. Ayúdele a sentarse, Watson. Le falta sangre fría para meterse en robos impunemente. Déle un trago de brandy. Así. Ahora parece un poco más humano. ¡Menudo mequetrefe, ya lo creo!

Durante un momento había estado a punto de desplomarse, pero el brandy hizo subir un toque de color a sus mejillas, y permaneció sentado, mirando con ojos asustados a su acusador.

—Tengo ya en mis manos casi todos los eslabones y las pruebas que podría necesitar, así que es poco lo que puede usted decirme. No obstante, hay que aclarar ese poco para que el caso quede completo. ¿Había usted oído hablar de esta piedra de la condesa de Morcar, Ryder?

—Fue Catherine Cusack quien me habló de ella —dijo el hombre con voz cascada.

—Ya veo. La doncella de la señora. Bien, la tentación de hacerse rico de golpe y con facilidad fue demasiado fuerte para usted, como lo ha sido antes para hombres mejores que usted; pero no se ha mostrado muy escrupuloso en los métodos empleados. Me parece, Ryder, que tiene usted madera de bellaco miserable. Sabía que ese pobre fontanero, Horner, había estado complicado hace tiempo en un asunto semejante, y que eso le convertiría en el blanco de todas las sospechas. ¿Y qué hizo entonces? Usted y su cómplice Cusack hicieron un pequeño estropicio en el cuarto de la señora y se las arreglaron para que hiciesen llamar a Horner. Y luego, después de que Horner se marchara, desvalijaron el joyero, dieron la alarma e hicieron detener a ese pobre hombre. A continuación...

De pronto, Ryder se dejó caer sobre la alfombra y se agarró a las rodillas de mi compañero.

—¡Por amor de Dios, tenga compasión! —chillaba—. ¡Piense en mi padre! ¡En mi madre! Esto les rompería el corazón. Jamás hice nada malo antes, y no lo volveré a hacer. ¡Lo juro! ¡Lo juro sobre la Biblia! ¡No me lleve a los tribunales! ¡Por amor de Cristo, no lo haga!

—¡Vuelva a sentarse en la silla! —dijo Holmes rudamente—. Es muy bonito eso de llorar y arrastrarse ahora, pero bien poco pensó usted en ese pobre Horner, preso por un delito del que no sabe nada.

—Huiré, señor Holmes. Saldré del país. Así tendrán que retirar los cargos contra él.

—¡Hum! Ya hablaremos de eso. Y ahora, oigamos la auténtica versión del siguiente acto. ¿Cómo llegó la piedra al buche del ganso, y cómo llegó el ganso al mercado público? Díganos la verdad, porque en ello reside su única esperanza de salvación.

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos.

—Le diré lo que sucedió, señor —dijo—. Una vez detenido Horner, me pareció que lo mejor sería esconder la piedra cuanto antes, porque no sabía en qué momento se le podía ocurrir a la policía registrarme a mí y mi habitación. En el hotel no había ningún escondite seguro. Salí como si fuera a hacer un recado y me fui a casa de mi hermana, que está casada con un tipo llamado Oakshott y vive en Brixton Road, donde se dedica a engordar gansos para el mercado. Durante todo el camino, cada hombre que veía se me antojaba un policía o un detective, y aunque hacía una noche bastante fría, antes de llegar a Brixton Road me chorreaba el sudor por toda la cara. Mi hermana me preguntó qué me ocurría para estar tan pálido, pero le dije que estaba nervioso por el robo de joyas en el hotel. Luego me fui al patio trasero, me fumé una pipa y traté de decidir qué era lo que más me convenía hacer.

En otros tiempos tuve un amigo llamado Maudsley que se fue por el mal camino y acaba de cumplir condena en Pentonville. Un día nos encontramos y se puso a hablarme sobre las diversas clases de ladrones y cómo se deshacían de lo robado. Sabía que no me delataría, porque yo conocía un par de asuntillos suyos, así que decidí ir a Kilburn, que es donde vive, y confiarle mi situación. Él me indicará cómo convertir la piedra en dinero. Pero ¿cómo llegar hasta él sin contratiempos? Pensé en la angustia que había pasado viniendo del hotel,

pensando que en cualquier momento me podían detener y registrar, y que encontrarían la piedra en el bolsillo de mi chaleco. En aquel momento estaba apoyado en la pared, mirando a los gansos que correteaban alrededor de mis pies, y de pronto se me ocurrió una idea para burlar al mejor detective que haya existido en el mundo.

Unas semanas antes, mi hermana me había dicho que podía elegir uno de sus gansos como regalo de Navidad, y yo sabía que siempre cumplía su palabra. Cogería ahora mismo mi ganso y en su interior llevaría la piedra hasta Kilburn. Había en el patio un pequeño cobertizo, y me metí detrás de él con uno de los gansos, un magnífico ejemplar, blanco y con una franja en la cola. Lo sujeté, le abrí el pico y le metí la piedra por el gaznate, tan abajo como pude llegar con los dedos. El pájaro tragó, y sentí la piedra pasar por la garganta y llegar al buche. Pero el animal forcejeaba y aleteaba, y mi hermana salió a ver qué ocurría. Cuando me volví para hablarle, el bicho se me escapó y regresó dando un pequeño vuelo entre sus compañeros.

—¿Qué estás haciendo con ese ganso, Jem? —preguntó mi hermana.

—Bueno —dije—, como dijiste que me ibas a regalar uno por Navidad, estaba mirando cuál es el más gordo.

—Oh, ya hemos apartado uno para ti —dijo ella—. Lo llamamos el ganso de Jem. Es aquel grande y blanco. En total hay veintiséis; o sea, uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para vender.

—Gracias, Maggie —dije yo—. Pero, si te da lo mismo, prefiero ese otro que estaba examinando.

—El otro pesa por lo menos tres libras más —dijo ella—, y lo hemos engordado expresamente para ti.

—No importa. Prefiero el otro, y me lo voy a llevar ahora —dije.

—Bueno, como quieras —dijo ella, un poco mosqueada—. ¿Cuál es el que dices que quieres?

—Aquel blanco con una raya en la cola, que está justo en medio.

—De acuerdo. Mátalo y te lo llevas.

Así lo hice, señor Holmes, y me llevé el ave hasta Kilburn. Le conté a mi amigo lo que había hecho, porque es de la clase de gente a la que se le puede contar una cosa así. Se rió hasta partirse el pecho, y luego cogimos un cuchillo y abrimos el ganso. Se me encogió el corazón, porque allí no había ni rastro de la piedra, y comprendí que había cometido una terrible equivocación. Dejé el ganso, corrí a casa de mi hermana y fui derecho al patio. No había ni un ganso a la vista.

—¿Dónde están todos, Maggie? —exclamé.

—Se los llevaron a la tienda.

—¿A qué tienda?

—A la de Breckinridge, en Covent Garden.

—¿Había otro con una raya en la cola, igual que el que yo me llevé? —pregunté.

—Sí, Jem, había dos con raya en la cola. Jamás pude distinguirlos.

Entonces, naturalmente, lo comprendí todo, y corrí a toda la velocidad de mis piernas en busca de ese Breckinridge; pero ya había vendido todo el lote y se negó a decirme a quién. Ya le han oído ustedes esta noche. Pues todas las veces ha sido igual. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A veces, yo también lo creo. Y ahora... ahora soy un ladrón, estoy marcado, y sin haber llegado a tocar la riqueza por la que vendí mi buena fama. ¡Que Dios se apiade de mí! ¡Que Dios se apiade de mí!

Estalló en sollozos convulsivos, con la cara oculta entre las manos.

Se produjo un largo silencio, roto tan sólo por su agitada respiración y por el rítmico tamborileo de los dedos de Sherlock Holmes sobre el borde de la mesa. Por fin, mi amigo se levantó y abrió la puerta de par en par.

—¡Váyase! —dijo.

—¿Cómo, señor? ¡Oh! ¡Dios le bendiga!

—Ni una palabra más. ¡Fuera de aquí!

Y no hicieron falta más palabras. Hubo una carrera precipitada, un pataleo en la

escalera, un portazo y el seco repicar de pies que corrían en la calle.

—Al fin y al cabo, Watson —dijo Holmes, estirando la mano en busca de su pipa de arcilla—, la policía no me paga para que cubra sus deficiencias. Si Horner corriera peligro, sería diferente, pero este individuo no declarará contra él, y el proceso no seguirá adelante. Supongo que estoy indultando a un delincuente, pero también es posible que esté salvando un alma. Este tipo no volverá a descarriarse. Está demasiado asustado. Métalo en la cárcel y lo convertirá en carne de presidio para el resto de su vida. Además, estamos en época de perdonar. La casualidad ha puesto en nuestro camino un problema de lo más curioso y extravagante, y su solución es recompensa suficiente. Si tiene usted la amabilidad de tirar de la campanilla, doctor, iniciaremos otra investigación, cuyo tema principal será también un ave de corral.

8. La banda de lunares

Al repasar mis notas sobre los setenta y tantos casos en los que, durante los ocho últimos años, he estudiado los métodos de mi amigo Sherlock Holmes, he encontrado muchos trágicos, algunos cómicos, un buen número de ellos que eran simplemente extraños, pero ninguno vulgar; porque, trabajando como él trabajaba, más por amor a su arte que por afán de riquezas, se negaba a intervenir en ninguna investigación que no tendiera a lo insólito e incluso a lo fantástico. Sin embargo, entre todos estos casos tan variados, no recuerdo ninguno que presentara características más extraordinarias que el que afectó a una conocida familia de Surrey, los Roylott de Stoke Moran. Los acontecimientos en cuestión tuvieron lugar en los primeros tiempos de mi asociación con Holmes, cuando ambos compartíamos un apartamento de solteros en Baker Street. Podría haberlo dado a conocer antes, pero en su momento se hizo una promesa de silencio, de la que no me he visto libre hasta el mes pasado, debido a la prematura muerte de la dama a quien se hizo la promesa. Quizás convenga sacar los hechos a la luz ahora, pues tengo motivos para creer que corren rumores sobre la muerte del doctor Grimesby Roylott que tienden a hacer que el asunto parezca aún más terrible que lo que fue en realidad.

Una mañana de principios de abril de 1883, me desperté y vi a Sherlock Holmes completamente vestido, de pie junto a mi cama. Por lo general, se levantaba tarde, y en vista de que el reloj de la repisa sólo marcaba las siete y cuarto, le miré parpadeando con una cierta sorpresa, y tal vez algo de resentimiento, porque yo era persona de hábitos muy regulares.

—Lamento despertarle, Watson —dijo—, pero esta mañana nos ha tocado a todos. A la señora Hudson la han despertado, ella se desquitó conmigo, y yo con usted.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Un incendio?

—No, un cliente. Parece que ha llegado una señorita en estado de gran excitación, que insiste en verme. Está aguardando en la sala de estar. Ahora bien, cuando las jovencitas vagan por la metrópoli a estas horas de la mañana,

despertando a la gente dormida y sacándola de la cama, hay que suponer que tienen que comunicar algo muy apremiante. Si resultara ser un caso interesante, estoy seguro de que le gustaría seguirlo desde el principio. En cualquier caso, me pareció que debía llamarle y darle la oportunidad.

—Querido amigo, no me lo perdería por nada del mundo. No existía para mí mayor placer que seguir a Holmes en todas sus investigaciones y admirar las rápidas deducciones, tan veloces como si fueran intuiciones, pero siempre fundadas en una base lógica, con las que desentrañaba los problemas que se le planteaban.

Me vestí a toda prisa, y a los pocos minutos estaba listo para acompañar a mi amigo a la sala de estar. Una dama vestida de negro y con el rostro cubierto por un espeso velo estaba sentada junto a la ventana y se levantó al entrar nosotros.

—Buenos días, señora —dijo Holmes animadamente—. Me llamo Sherlock Holmes. Éste es mi íntimo amigo y colaborador, el doctor Watson, ante el cual puede hablar con tanta libertad como ante mí mismo. Ajá, me alegro de comprobar que la señora Hudson ha tenido el buen sentido de encender el fuego. Por favor, acérquese a él y pediré que le traigan una taza de chocolate, pues veo que está usted temblando.

—No es el frío lo que me hace temblar —dijo la mujer en voz baja, cambiando de asiento como se le sugería.

—¿Qué es, entonces?

—El miedo, señor Holmes.

El terror al hablar, alzó su velo y pudimos ver que efectivamente se encontraba en un lamentable estado de agitación, con la cara gris y desencajada, los ojos inquietos y asustados, como los de un animal acosado. Sus rasgos y su figura correspondían a una mujer de treinta años, pero su cabello presentaba prematuras mechas grises, y su expresión denotaba fatiga y agobio. Sherlock Holmes la examinó de arriba a abajo con una de sus miradas rápidas que lo veían todo.

—No debe usted tener miedo —dijo en tono consolador, inclinándose hacia delante y palmeándole el antebrazo—. Pronto lo arreglaremos todo, no le quepa duda.

Veo que ha venido usted en tren esta mañana.

—¿Es que me conoce usted?

—No, pero estoy viendo la mitad de un billete de vuelta en la palma de su guante izquierdo. Ha salido usted muy temprano, y todavía ha tenido que hacer un largo trayecto en coche descubierto, por caminos accidentados, antes de llegar a la estación.

La dama se estremeció violentamente y se quedó mirando con asombro a mi compañero.

—No hay misterio alguno, querida señora —explicó Holmes sonriendo—. La manga izquierda de su chaqueta tiene salpicaduras de barro nada menos que en siete sitios. Las manchas aún están frescas. Sólo en un coche descubierto podría haberse salpicado así, y eso sólo si venía sentada a la izquierda del cochero.

—Sean cuales sean sus razones, ha acertado usted en todo —dijo ella—. Salí de casa antes de las seis, llegué a Leatherhead a las seis y veinte y cogí el primer tren a Waterloo. Señor, ya no puedo aguantar más esta tensión, me volveré loca de seguir así. No tengo a nadie a quien recurrir... sólo hay una persona que me aprecia, y el pobre no sería una gran ayuda. He oído hablar de usted, señor Holmes; me habló de usted la señora Farintosh, a la que usted ayudó cuando se encontraba en un grave apuro. Ella me dio su dirección. ¡Oh, señor! ¿No cree que podría ayudarme a mí también, y al menos arrojar un poco de luz sobre las densas tinieblas que me rodean? Por el momento, me resulta imposible retribuirle por sus servicios, pero dentro de uno o dos meses me voy a casar, podré disponer de mi renta y entonces verá usted que no soy desagradecida.

Holmes se dirigió a su escritorio, lo abrió y sacó un pequeño fichero que consultó a continuación.

—Farintosh —dijo—. Ah, sí, ya me acuerdo del caso; giraba en torno a una tiara de ópalo. Creo que fue antes de conocernos, Watson. Lo único que puedo decir, señora, es que tendré un gran placer en dedicar a su caso la misma atención que dediqué al de su amiga. En cuanto a la retribución, mi profesión lleva en sí misma la recompensa; pero es usted libre de sufragar los gastos en los que yo pueda incurrir, cuando le resulte más conveniente. Y ahora, le ruego que nos exponga todo lo que pueda servirnos de ayuda para formarnos una opinión sobre el asunto.

—¡Ay! —replicó nuestra visitante—. El mayor horror de mi situación consiste en que mis temores son tan inconcretos, y mis sospechas se basan por completo en detalles tan pequeños y que a otra persona le parecerían triviales, que hasta el hombre a quien, entre todos los demás, tengo derecho a pedir ayuda y consejo, considera todo lo que le digo como fantasías de una mujer nerviosa. No lo dice así, pero puedo darme cuenta por sus respuestas consoladoras y sus ojos esquivos. Pero he oído decir, señor Holmes, que usted es capaz de penetrar en las múltiples maldades del corazón humano. Usted podrá indicarme cómo caminar entre los peligros que me amenazan.

—Soy todo oídos, señora.

—Me llamo Helen Stoner, y vivo con mi padrastro, último superviviente de una de las familias sajonas más antiguas de Inglaterra, los Roylott de Stoke Moran, en el límite occidental de Surrey.

Holmes asintió con la cabeza.

—El nombre me resulta familiar —dijo.

—En otro tiempo, la familia era una de las más ricas de Inglaterra, y sus propiedades se extendían más allá de los límites del condado, entrando por el norte en Berkshire y por el oeste en Hampshire. Sin embargo, en el siglo pasado hubo cuatro herederos seguidos de carácter disoluto y derrochador, y un jugador completó, en tiempos de la Regencia, la ruina de la familia. No se salvó nada, con excepción de unas pocas hectáreas de tierra y la casa, de doscientos años de edad, sobre la que pesa una fuerte hipoteca. Allí arrastró su existencia el último señor, viviendo la vida miserable de un mendigo aristócrata; pero su único hijo, mi padrastro, comprendiendo que debía adaptarse a las nuevas condiciones, consiguió un préstamo de un pariente, que le permitió estudiar medicina, y emigró a Calcuta, donde, gracias a su talento profesional y a su fuerza de carácter, consiguió una numerosa clientela. Sin embargo, en un arrebato de cólera, provocado por una serie de robos cometidos en su casa, azotó hasta matarlo a un mayordomo indígena, y se libró por muy poco de la pena de muerte. Tuvo que cumplir una larga condena, al cabo de la cual regresó a Inglaterra, convertido en un hombre huraño y desengañado.

Durante su estancia en la India, el doctor Roylott se casó con mi madre, la señora Stoner, joven viuda del general de división Stoner, de la artillería de

Bengala. Mi hermana Julia y yo éramos gemelas, y sólo teníamos dos años cuando nuestra madre se volvió a casar. Mi madre disponía de un capital considerable, con una renta que no bajaba de las mil libras al año, y se lo confió por entero al doctor Roylott mientras viviésemos con él, estipulando que cada una de nosotras debía recibir cierta suma anual en caso de contraer matrimonio. Mi madre falleció poco después de nuestra llegada a Inglaterra... hace ocho años, en un accidente ferroviario cerca de Crewe. A su muerte, el doctor Roylott abandonó sus intentos de establecerse como médico en Londres, y nos llevó a vivir con él en la mansión ancestral de Stoke Moran. El dinero que dejó mi madre bastaba para cubrir todas nuestras necesidades, y no parecía existir obstáculo a nuestra felicidad.

Pero, aproximadamente por aquella época, nuestro padrastro experimentó un cambio terrible. En lugar de hacer amistades e intercambiar visitas con nuestros vecinos, que al principio se alegraron muchísimo de ver a un Roylott de Stoke Moran instalado de nuevo en la vieja mansión familiar, se encerró en la casa sin salir casi nunca, a no ser para enzarzarse en furiosas disputas con cualquiera que se cruzase en su camino. El temperamento violento, rayano con la manía, parece ser hereditario en los varones de la familia, y en el caso de mi padrastro creo que se intensificó a consecuencia de su larga estancia en el trópico. Provocó varios incidentes bochornosos, dos de los cuales terminaron en el juzgado, y acabó por convertirse en el terror del pueblo, de quien todos huían al verlo acercarse, pues tiene una fuerza extraordinaria y es absolutamente incontrolable cuando se enfurece.

La semana pasada tiró al herrero del pueblo al río, por encima del pretil, y sólo a base de pagar todo el dinero que pude reunir conseguí evitar una nueva vergüenza pública. No tiene ningún amigo, a excepción de los gitanos errantes, y a estos vagabundos les da permiso para acampar en las pocas hectáreas de tierra cubierta de zarzas que componen la finca familiar, aceptando a cambio la hospitalidad de sus tiendas y marchándose a veces con ellos durante semanas enteras. También le apasionan los animales indios, que le envía un contacto en las colonias, y en la actualidad tiene un guepardo y un babuino que se pasean en libertad por sus tierras, y que los aldeanos temen casi tanto como a su dueño.

Con esto que le digo podrá usted imaginar que mi pobre hermana Julia y yo no llevábamos una vida de placeres. Ningún criado quería servir en nuestra casa, y durante mucho tiempo hicimos nosotras todas las labores domésticas. Cuando murió no tenía más que treinta años y, sin embargo, su cabello ya empezaba a

blanquear, igual que el mío.

—Entonces, su hermana ha muerto.

—Murió hace dos años, y es de su muerte de lo que vengo a hablarle. Comprenderá usted que, llevando la vida que he descrito, teníamos pocas posibilidades de conocer a gente de nuestra misma edad y posición. Sin embargo, teníamos una tía soltera, hermana de mi madre, la señorita Honoria Westphail, que vive cerca de Harrow, y de vez en cuando se nos permitía hacerle breves visitas. Julia fue a su casa por Navidad, hace dos años, y allí conoció a un comandante de Infantería de Marina retirado, al que se prometió en matrimonio. Mi padrastro se enteró del compromiso cuando regresó mi hermana, y no puso objeciones a la boda. Pero menos de quince días antes de la fecha fijada para la ceremonia, ocurrió el terrible suceso que me privó de mi única compañera.

Sherlock Holmes había permanecido recostado en su butaca con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en un cojín, pero al oír esto entreabrió los párpados y miró de frente a su interlocutora.

—Le ruego que sea precisa en los detalles —dijo.

—Me resultará muy fácil, porque tengo grabados a fuego en la memoria todos los acontecimientos de aquel espantoso período. Como ya le he dicho, la mansión familiar es muy vieja, y en la actualidad sólo un ala está habitada. Los dormitorios de esta ala se encuentran en la planta baja, y las salas en el bloque central del edificio. El primero de los dormitorios es el del doctor Roylott, el segundo el de mi hermana, y el tercero el mío. No están comunicados, pero todos dan al mismo pasillo. ¿Me explico con claridad?

—Perfectamente.

—Las ventanas de los tres cuartos dan al jardín. La noche fatídica, el doctor Roylott se había retirado pronto, aunque sabíamos que no se había acostado porque a mi hermana le molestaba el fuerte olor de los cigarros indios que solía fumar. Por eso dejó su habitación y vino a la mía, donde se quedó bastante rato, hablando sobre su inminente boda. A las once se levantó para marcharse, pero en la puerta se detuvo y se volvió a mirarme.

—Dime, Helen —dijo—. ¿Has oído a alguien silbar en medio de la noche?

—Nunca —respondí.

—¿No podrías ser tú, que silbas mientras duermes?

—Desde luego que no. ¿Por qué?

—Porque las últimas noches he oído claramente un silbido bajo, a eso de las tres de la madrugada. Tengo el sueño muy ligero, y siempre me despierta. No podría decir de dónde procede, quizás del cuarto de al lado, tal vez del jardín. Se me ocurrió preguntarte por si tú también lo habías oído.

—No, no lo he oído. Deben ser esos horribles gitanos que hay en la huerta.

—Probablemente. Sin embargo, si suena en el jardín, me extraña que tú no lo hayas oído también.

—Es que yo tengo el sueño más pesado que tú.

—Bueno, en cualquier caso, no tiene gran importancia —me dirigió una sonrisa, cerró la puerta y pocos segundos después oí su llave girar en la cerradura.

—Caramba —dijo Holmes—. ¿Tenían la costumbre de cerrar siempre su puerta con llave por la noche?

—Siempre.

—¿Y por qué?

—Creo haber mencionado que el doctor tenía sueltos un guepardo y un babuino.

No nos sentíamos seguras sin la puerta cerrada.

—Es natural. Por favor, prosiga con su relato.

—Aquella noche no pude dormir. Sentía la vaga sensación de que nos amenazaba una desgracia. Como recordará, mi hermana y yo éramos gemelas, y ya sabe lo sutiles que son los lazos que atan a dos almas tan estrechamente unidas. Fue una noche terrible. El viento aullaba en el exterior, y la lluvia caía con fuerza sobre las ventanas. De pronto, entre el estruendo de la tormenta, se oyó el grito desgarrado de una mujer aterrorizada. Supe que era la voz de mi

hermana. Salté de la cama, me envolví en un chal y salí corriendo al pasillo. Al abrir la puerta, me pareció oír un silbido, como el que había descrito mi hermana, y pocos segundos después un golpe metálico, como si se hubiese caído un objeto de metal. Mientras yo corría por el pasillo se abrió la cerradura del cuarto de mi hermana y la puerta giró lentamente sobre sus goznes. Me quedé mirando horrorizada, sin saber lo que iría a salir por ella. A la luz de la lámpara del pasillo, vi que mi hermana aparecía en el hueco, con la cara lívida de espanto y las manos extendidas en petición de socorro, toda su figura oscilando de un lado a otro, como la de un borracho. Corrí hacia ella y la rodeé con mis brazos, pero en aquel momento parecieron ceder sus rodillas y cayó al suelo. Se estremecía como si sufriera horribles dolores, agitando convulsivamente los miembros. Al principio creí que no me había reconocido, pero cuando me incliné sobre ella gritó de pronto, con una voz que no olvidaré jamás: «¡Dios mío, Helen! ¡Ha sido la banda! ¡La banda de lunares!» Quiso decir algo más, y señaló con el dedo en dirección al cuarto del doctor, pero una nueva convulsión se apoderó de ella y ahogó sus palabras. Corrí llamando a gritos a nuestro padrastro, y me tropecé con él, que salía en bata de su habitación. Cuando llegamos junto a mi hermana, ésta ya había perdido el conocimiento, y aunque él le vertió brandy por la garganta y mandó llamar al médico del pueblo, todos los esfuerzos fueron en vano, porque poco a poco se fue apagando y murió sin recuperar la conciencia. Éste fue el espantoso final de mi querida hermana.

—Un momento —dijo Holmes—. ¿Está usted segura de lo del silbido y el sonido metálico? ¿Podría jurarlo?

—Eso mismo me preguntó el juez de instrucción del condado durante la investigación. Estoy convencida de que lo oí, a pesar de lo cual, entre el fragor de la tormenta y los crujidos de una casa vieja, podría haberme equivocado.

—¿Estaba vestida su hermana?

—No, estaba en camisón. En la mano derecha se encontró el extremo chamuscado de una cerilla, y en la izquierda una caja de fósforos.

—Lo cual demuestra que encendió una cerilla y miró a su alrededor cuando se produjo la alarma. Eso es importante. ¿Y a qué conclusiones llegó el juez de instrucción?

—Investigó el caso minuciosamente, porque la conducta del doctor Roylott

llevaba mucho tiempo dando que hablar en el condado, pero no pudo descubrir la causa de la muerte. Mi testimonio indicaba que su puerta estaba cerrada por dentro, y las ventanas tenían postigos antiguos, con barras de hierro que se cerraban cada noche. Se examinaron cuidadosamente las paredes, comprobando que eran bien macizas por todas partes, y lo mismo se hizo con el suelo, con idéntico resultado. La chimenea es bastante amplia, pero está enrejada con cuatro gruesos barrotes. Así pues, no cabe duda de que mi hermana se encontraba sola cuando le llegó la muerte.

Además, no presentaba señales de violencia.

—¿Qué me dice del veneno?

—Los médicos investigaron esa posibilidad, sin resultados.

—¿De qué cree usted, entonces, que murió la desdichada señorita?

—Estoy convencida de que murió de puro y simple miedo o de trauma nervioso, aunque no logro explicarme qué fue lo que la asustó.

—¿Había gitanos en la finca en aquel momento?

—Sí, casi siempre hay algunos.

—Ya. ¿Y qué le sugirió a usted su alusión a una banda... una banda de lunares?

—A veces he pensado que se trataba de un delirio sin sentido; otras veces, que debía referirse a una banda de gente, tal vez a los mismos gitanos de la finca. No sé si los pañuelos de lunares que muchos de ellos llevan en la cabeza le podrían haber inspirado aquel extraño término.

Holmes meneó la cabeza como quien no se da por satisfecho.

—Nos movemos en aguas muy profundas —dijo—. Por favor, continúe con su narración.

—Desde entonces han transcurrido dos años, y mi vida ha sido más solitaria que nunca, hasta hace muy poco. Hace un mes, un amigo muy querido, al que conozco desde hace muchos años, me hizo el honor de pedir mi mano. Se llama Armitage, Percy Armitage, segundo hijo del señor Armitage, de Crane Water,

cerca de Reading. Mi padrastro no ha puesto inconvenientes al matrimonio, y pensamos casarnos en primavera. Hace dos días se iniciaron unas reparaciones en el ala oeste del edificio, y hubo que agujerear la pared de mi cuarto, por lo que me tuve que instalar en la habitación donde murió mi hermana y dormir en la misma cama en la que ella dormía. Imagínese mi escalofrío de terror cuando anoche, estando yo acostada pero despierta, pensando en su terrible final, oí de pronto en el silencio de la noche el suave silbido que había anunciado su propia muerte. Salté de la cama y encendí la lámpara, pero no vi nada anormal en la habitación. Estaba demasiado nerviosa como para volver a acostarme, así que me vestí y, en cuando salió el sol, me eché a la calle, cogí un coche en la posada Crown, que está enfrente de casa, y me planté en Leatherhead, de donde he llegado esta mañana, con el único objeto de venir a verle y pedirle consejo.

—Ha hecho usted muy bien —dijo mi amigo—. Pero ¿me lo ha contado todo?

—Sí, todo.

—Señorita Stoner, no me lo ha dicho todo. Está usted encubriendo a su padrastro.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

Por toda respuesta, Holmes levantó el puño de encaje negro que adornaba la mano que nuestra visitante apoyaba en la rodilla. Impresos en la blanca muñeca se veían cinco pequeños moratones, las marcas de cuatro dedos y un pulgar.

—La han tratado con brutalidad —dijo Holmes.

La dama se ruborizó intensamente y se cubrió la lastimada muñeca.

—Es un hombre duro —dijo—, y seguramente no se da cuenta de su propia fuerza.

Se produjo un largo silencio, durante el cual Holmes apoyó el mentón en las manos y permaneció con la mirada fija en el fuego crepitante.

—Es un asunto muy complicado —dijo por fin—. Hay mil detalles que me gustaría conocer antes de decidir nuestro plan de acción, pero no podemos perder un solo instante. Si nos desplazáramos hoy mismo a Stoke Moran, ¿nos sería posible ver esas habitaciones sin que se enterase su padrastro?

—Precisamente dijo que hoy tenía que venir a Londres para algún asunto importante. Es probable que esté ausente todo el día y que pueda usted actuar sin estorbos. Tenemos una sirvienta, pero es vieja y estúpida, y no me será difícil quitarla de en medio.

—Excelente. ¿Tiene algo en contra de este viaje, Watson?

—Nada en absoluto.

—Entonces, iremos los dos. Y usted, ¿qué va a hacer?

—Ya que estoy en Londres, hay un par de cosillas que me gustaría hacer. Pero pienso volver en el tren de las doce, para estar allí cuando ustedes lleguen.

—Puede esperarnos a primera hora de la tarde. Yo también tengo un par de asuntillos que atender. ¿No quiere quedarse a desayunar?

—No, tengo que irme. Me siento ya más aliviada desde que le he confiado mi problema. Espero volverle a ver esta tarde —dejó caer el tupido velo negro sobre su rostro y se deslizó fuera de la habitación.

—¿Qué le parece todo esto, Watson? —preguntó Sherlock Holmes recostándose en su butaca.

—Me parece un asunto de lo más turbio y siniestro.

—Turbio y siniestro a no poder más.

—Sin embargo, si la señorita tiene razón al afirmar que las paredes y el suelo son sólidos, y que la puerta, ventanas y chimenea son infranqueables, no cabe duda de que la hermana tenía que encontrarse sola cuando encontró la muerte de manera tan misteriosa.

—¿Y qué me dice entonces de los silbidos nocturnos y de las intrigantes palabras de la mujer moribunda?

—No se me ocurre nada.

—Si combinamos los silbidos en la noche, la presencia de una banda de gitanos que cuentan con la amistad del viejo doctor, el hecho de que tenemos razones de

sobra para creer que el doctor está muy interesado en impedir la boda de su hijastra, la alusión a una banda por parte de la moribunda, el hecho de que la señorita Helen Stoner oyera un golpe metálico, que pudo haber sido producido por una de esas barras de metal que cierran los postigos al caer de nuevo en su sitio, me parece que hay una buena base para pensar que podemos aclarar el misterio siguiendo esas líneas.

—Pero ¿qué es lo que han hecho los gitanos?

—No tengo ni idea.

—Encuentro muchas objeciones a esa teoría.

—También yo. Precisamente por esa razón vamos a ir hoy a Stoke Moran. Quiero comprobar si las objeciones son definitivas o se les puede encontrar una explicación. Pero... ¿qué demonio?...

Lo que había provocado semejante exclamación de mi compañero fue el hecho de que nuestra puerta se abriera de golpe y un hombre gigantesco apareciera en el marco. Sus ropas eran una curiosa mezcla de lo profesional y lo agrícola: llevaba un sombrero negro de copa, una levita con faldones largos y un par de polainas altas, y hacía oscilar en la mano un látigo de caza. Era tan alto que su sombrero rozaba el montante de la puerta, y tan ancho que la llenaba de lado a lado. Su rostro amplio, surcado por mil arrugas, tostado por el sol hasta adquirir un matiz amarillento y marcado por todas las malas pasiones, se volvía alternativamente de uno a otro de nosotros, mientras sus ojos, hundidos y biliosos, y su nariz alta y huesuda, le daban cierto parecido grotesco con un ave de presa, vieja y feroz.

—¿Quién de ustedes es Holmes? —preguntó la aparición.

—Ése es mi nombre, señor, pero me lleva usted ventaja —respondió mi compañero muy tranquilo.

—Soy el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran.

—Ah, ya —dijo Holmes suavemente—. Por favor, tome asiento, doctor.

—No me da la gana. Mi hijastra ha estado aquí. La he seguido. ¿Qué le ha estado contando?

—Hace algo de frío para esta época del año —dijo Holmes.

—¿Qué le ha contado? —gritó el viejo, enfurecido.

—Sin embargo, he oído que la cosecha de azafrán se presenta muy prometedora —continuó mi compañero, imperturbable.

—¡Ja! Conque se desentiende de mí, ¿eh? —dijo nuestra nueva visita, dando un paso adelante y esgrimiendo su látigo de caza—. Ya le conozco, granuja. He oído hablar de usted. Usted es Holmes, el entrometido.

Mi amigo sonrió.

—¡Holmes el metomentodo! La sonrisa se ensanchó.

—¡Holmes, el correveidile de Scotland Yard! Holmes soltó una risita cordial.

—Su conversación es de lo más amena —dijo—. Cuando se vaya, cierre la puerta, porque hay una cierta corriente.

—Me iré cuando haya dicho lo que tengo que decir. No se atreva a meterse en mis asuntos. Me consta que la señorita Stoner ha estado aquí. La he seguido. Soy un hombre peligroso para quien me fastidia. ¡Fíjese!

Dio un rápido paso adelante, cogió el atizafuego y lo curvó con sus enormes manazas morenas.

—¡Procure mantenerse fuera de mi alcance! —rugió. Y arrojando el hierro doblado a la chimenea, salió de la habitación a grandes zancadas.

—Parece una persona muy simpática —dijo Holmes, echándose a reír—. Yo no tengo su corpulencia, pero si se hubiera quedado le habría podido demostrar que mis manos no son mucho más débiles que las suyas —y diciendo esto, recogió el atizador de hierro y con un súbito esfuerzo volvió a enderezarlo—. ¡Pensar que ha tenido la insolencia de confundirme con el cuerpo oficial de policía! No obstante, este incidente añade interés personal a la investigación, y sólo espero que nuestra amiga no sufra las consecuencias de su imprudencia al dejar que esa bestia le siguiera los pasos. Y ahora, Watson, pediremos el desayuno y después daré un paseo hasta Doctors' Commons, donde espero obtener algunos datos que nos ayuden en nuestra tarea.

Era casi la una cuando Sherlock Holmes regresó de su excursión. Traía en la mano una hoja de papel azul, repleta de cifras y anotaciones.

—He visto el testamento de la esposa fallecida —dijo—. Para determinar el valor exacto, me he visto obligado a averiguar los precios actuales de las inversiones que en él figuran. La renta total, que en la época en que murió la esposa era casi de 1.100 libras, en la actualidad, debido al descenso de los precios agrícolas, no pasa de las

750. En caso de contraer matrimonio, cada hija puede reclamar una renta de 250. Es evidente, por lo tanto, que si las dos chicas se hubieran casado, este payaso se quedaría a dos velas; y con que sólo se casara una, ya notaría un bajón importante. El trabajo de esta mañana no ha sido en vano, ya que ha quedado demostrado que el tipo tiene motivos de los más fuertes para tratar de impedir que tal cosa ocurra. Y ahora, Watson, la cosa es demasiado grave como para andar perdiendo el tiempo, especialmente si tenemos en cuenta que el viejo ya sabe que nos interesamos por sus asuntos, así que, si está usted dispuesto, llamaremos a un coche para que nos lleve a Waterloo. Le agradecería mucho que se metiera el revólver en el bolsillo. Un Eley n.° 2 es un excelente argumento para tratar con caballeros que pueden hacer nudos con un atizador de hierro. Eso y un cepillo de dientes, creo yo, es todo lo que necesitamos.

En Waterloo tuvimos la suerte de coger un tren a Leatherhead, y una vez allí alquilamos un coche en la posada de la estación y recorrimos cuatro o cinco millas por los encantadores caminos de Surrey. Era un día verdaderamente espléndido, con un sol resplandeciente y unas cuantas nubes algodonosas en el cielo. Los árboles y los setos de los lados empezaban a echar los primeros brotes, y el aire olía agradablemente a tierra mojada. Para mí, al menos, existía un extraño contraste entre la dulce promesa de la primavera y la siniestra intriga en la que nos habíamos implicado. Mi compañero iba sentado en la parte delantera, con los brazos cruzados, el sombrero caído sobre los ojos y la barbilla hundida en el pecho, sumido aparentemente en los más profundos pensamientos. Pero de pronto se incorporó, me dio un golpecito en el hombro y señaló hacia los prados.

—¡Mire allá! —dijo.

Un parque con abundantes árboles se extendía en suave pendiente, hasta convertirse en bosque cerrado en su punto más alto. Entre las ramas sobresalían los frontones grises y el alto tejado de una mansión muy antigua.

—¿Stoke Moran? —preguntó.

—Sí, señor; ésa es la casa del doctor Grimesby Roylott —confirmó el cochero.

—Veo que están haciendo obras —dijo Holmes—. Es allí donde vamos.

—El pueblo está allí —dijo el cochero, señalando un grupo de tejados que se veía a cierta distancia a la izquierda—. Pero si quieren ustedes ir a la casa, les resultará más corto por esa escalerilla de la cerca y luego por el sendero que atraviesa el campo. Allí, por donde está paseando la señora.

—Y me imagino que dicha señora es la señorita Stoner —comentó Holmes, haciendo visera con la mano sobre los ojos—. Sí, creo que lo mejor es que hagamos lo que usted dice.

Nos apeamos, pagamos el trayecto y el coche regresó traqueteando a Leatherhead.

—Me pareció conveniente —dijo Holmes mientras subíamos la escalerilla— que el cochero creyera que venimos aquí como arquitectos, o para algún otro asunto concreto. Puede que eso evite chismorreos. Buenas tardes, señorita Stoner. Ya ve que hemos cumplido nuestra palabra.

Nuestra cliente de por la mañana había corrido a nuestro encuentro con la alegría pintada en el rostro.

—Les he estado esperando ansiosamente —exclamó, estrechándonos afectuosamente las manos—. Todo ha salido de maravilla. El doctor Roylott se ha marchado a Londres, y no es probable que vuelva antes del anochecer.

—Hemos tenido el placer de conocer al doctor —dijo Holmes, y en pocas palabras le resumió lo ocurrido. La señorita Stoner palideció hasta los labios al oírlo. —¡Cielo santo! —exclamó—. ¡Me ha seguido!

—Eso parece.

—Es tan astuto que nunca sé cuándo estoy a salvo de él. ¿Qué dirá cuando vuelva?

—Más vale que se cuide, porque puede encontrarse con que alguien más astuto

que él le sigue la pista. Usted tiene que protegerse encerrándose con llave esta noche. Si se pone violento, la llevaremos a casa de su tía de Harrow. Y ahora, hay que aprovechar lo mejor posible el tiempo, así que, por favor, llévenos cuanto antes a las habitaciones que tenemos que examinar.

El edificio era de piedra gris manchada de liquen, con un bloque central más alto y dos alas curvadas, como las pinzas de un cangrejo, una a cada lado. En una de dichas alas, las ventanas estaban rotas y tapadas con tablas de madera, y parte del tejado se había hundido, dándole un aspecto ruinoso. El bloque central estaba algo mejor conservado, pero el ala derecha era relativamente moderna, y las cortinas de las ventanas, junto con las volutas de humo azulado que salían de las chimeneas, demostraban que en ella residía la familia. En un extremo se habían levantado andamios y abierto algunos agujeros en el muro, pero en aquel momento no se veía ni rastro de los obreros. Holmes caminó lentamente de un lado a otro del césped mal cortado, examinando con gran atención la parte exterior de las ventanas.

—Supongo que ésta corresponde a la habitación en la que usted dormía, la del centro a la de su difunta hermana, y la que se halla pegada al edificio principal a la habitación del doctor Roylott.

—Exactamente. Pero ahora duermo en la del centro.

—Mientras duren las reformas, según tengo entendido. Por cierto, no parece que haya una necesidad urgente de reparaciones en ese extremo del muro.

—No había ninguna necesidad. Yo creo que fue una excusa para sacarme de mi habitación.

—¡Ah, esto es muy sugerente! Ahora, veamos: por la parte de atrás de este ala está el pasillo al que dan estas tres habitaciones. Supongo que tendrá ventanas.

—Sí, pero muy pequeñas. Demasiado estrechas para que pueda pasar nadie por ellas.

—Puesto que ustedes dos cerraban sus puertas con llave por la noche, el acceso a sus habitaciones por ese lado es imposible. Ahora, ¿tendrá usted la bondad de entrar en su habitación y cerrar los postigos de la ventana?

La señorita Stoner hizo lo que le pedían, y Holmes, tras haber examinado

atentamente la ventana abierta, intentó por todos los medios abrir los postigos cerrados, pero sin éxito. No existía ninguna rendija por la que pasar una navaja para levantar la barra de hierro. A continuación, examinó con la lupa las bisagras, pero éstas eran de hierro macizo, firmemente empotrado en la recia pared.

—¡Hum! —dijo, rascándose la barbilla y algo perplejo—. Desde luego, mi teoría presenta ciertas dificultades. Nadie podría pasar con estos postigos cerrados. Bueno, veamos si el interior arroja alguna luz sobre el asunto.

Entramos por una puertecita lateral al pasillo encalado al que se abrían los tres dormitorios. Holmes se negó a examinar la tercera habitación y pasamos directamente a la segunda, en la que dormía la señorita Stoner y en la que su hermana había encontrado la muerte. Era un cuartito muy acogedor, de techo bajo y con una amplia chimenea de estilo rural. En una esquina había una cómoda de color castaño, en otra una cama estrecha con colcha blanca, y a la izquierda de la ventana una mesa de tocador. Estos artículos, más dos sillitas de mimbre, constituían todo el mobiliario de la habitación, aparte de una alfombra cuadrada de Wilton que había en el centro. El suelo y las paredes eran de madera de roble, oscura y carcomida, tan vieja y descolorida que debía remontarse a la construcción original de la casa. Holmes arrimó una de las sillas a un rincón y se sentó en silencio, mientras sus ojos se desplazaban de un lado a otro, arriba y abajo, asimilando cada detalle de la habitación.

—¿Con qué comunica esta campanilla? —preguntó por fin, señalando un grueso cordón de campanilla que colgaba junto a la cama, y cuya borla llegaba a apoyarse en la almohada.

—Con la habitación de la sirvienta.

—Parece más nueva que el resto de las cosas.

—Sí, la instalaron hace sólo dos años.

—Supongo que a petición de su hermana.

—No; que yo sepa, nunca la utilizó. Si necesitábamos algo, íbamos a buscarlo nosotras mismas.

—La verdad, me parece innecesario instalar aquí un llamador tan bonito.

Excúseme unos minutos, mientras examino el suelo.

Se tumbó boca abajo en el suelo, con la lupa en la mano, y se arrastró velozmente de un lado a otro, inspeccionando atentamente las rendijas del entarimado. A continuación hizo lo mismo con las tablas de madera que cubrían las paredes. Por último, se acercó a la cama y permaneció algún tiempo mirándola fijamente y examinando la pared de arriba a abajo. Para terminar, agarró el cordón de la campanilla y dio un fuerte tirón.

—¡Caramba, es simulado! —exclamó.

—¿Cómo? ¿No suena?

—No, ni siquiera está conectado a un cable. Esto es muy interesante. Fíjese en que está conectado a un gancho justo por encima del orificio de ventilación.

—¡Qué absurdo! ¡Jamás me había fijado!

—Es muy extraño —murmuró Holmes, tirando del cordón—. Esta habitación tiene uno o dos detalles muy curiosos. Por ejemplo, el constructor tenía que ser un estúpido para abrir un orificio de ventilación que da a otra habitación, cuando, con el mismo esfuerzo, podría haberlo hecho comunicar con el aire libre.

—Eso también es bastante moderno —dijo la señorita.

—Más o menos, de la misma época que el llamador —aventuró Holmes.

—Sí, por entonces se hicieron varias pequeñas reformas.

—Y todas parecen de lo más interesante... cordones de campanilla sin campanilla y orificios de ventilación que no ventilan. Con su permiso, señorita Stoner, proseguiremos nuestras investigaciones en la habitación de más adentro.

La alcoba del doctor Grimesby Roylott era más grande que la de su hijastra, pero su mobiliario era igual de escueto. Una cama turca, una pequeña estantería de madera llena de libros, en su mayoría de carácter técnico, una butaca junto a la cama, una vulgar silla de madera arrimada a la pared, una mesa camilla y una gran caja fuerte de hierro, eran los principales objetos que saltaban a la vista. Holmes recorrió despacio la habitación, examinándolos todos con el más vivo

interés.

—¿Qué hay aquí? —preguntó, golpeando con los nudillos la caja fuerte.

—Papeles de negocios de mi padrastro.

—Entonces es que ha mirado usted dentro.

—Sólo una vez, hace años. Recuerdo que estaba llena de papeles.

—¿Y no podría haber, por ejemplo, un gato?

—No. ¡Qué idea tan extraña!

—Pues fíjese en esto —y mostró un platillo de leche que había encima de la caja.

—No, gato no tenemos, pero sí que hay un guepardo y un babuino.

—¡Ah, sí, claro! Al fin y al cabo, un guepardo no es más que un gato grandote, pero me atrevería a decir que con un platito de leche no bastaría, ni mucho menos, para satisfacer sus necesidades. Hay una cosa que quiero comprobar.

Se agachó ante la silla de madera y examinó el asiento con la mayor atención.

—Gracias. Esto queda claro —dijo levantándose y metiéndose la lupa en el bolsillo—. ¡Vaya! ¡Aquí hay algo muy interesante!

El objeto que le había llamado la atención era un pequeño látigo para perros que colgaba de una esquina de la cama. Su extremo estaba atado formando un lazo corredizo.

—¿Qué le sugiere a usted esto, Watson?

—Es un látigo común y corriente. Aunque no sé por qué tiene este nudo.

—Eso no es tan corriente, ¿eh? ¡Ay, Watson! Vivimos en un mundo malvado, y cuando un hombre inteligente dedica su talento al crimen, se vuelve aún peor. Creo que ya he visto suficiente, señorita Stoner, y, con su permiso, daremos un paseo por el jardín.

Jamás había visto a mi amigo con un rostro tan sombrío y un ceño tan fruncido como cuando nos retiramos del escenario de la investigación. Habíamos recorrido el jardín varias veces de arriba abajo, sin que ni la señorita Stoner ni yo nos atreviéramos a interrumpir el curso de sus pensamientos, cuando al fin Holmes salió de su ensimismamiento.

—Es absolutamente esencial, señorita Stoner —dijo—, que siga usted mis instrucciones al pie de la letra en todos los aspectos.

—Le aseguro que así lo haré.

—La situación es demasiado grave como para andarse con vacilaciones. Su vida depende de que haga lo que le digo.

—Vuelvo a decirle que estoy en sus manos.

—Para empezar, mi amigo y yo tendremos que pasar la noche en su habitación.

Tanto la señorita Stoner como yo le miramos asombrados.

—Sí, es preciso. Deje que le explique. Aquello de allá creo que es la posada del pueblo, ¿no?

—Sí, el «Crown».

—Muy bien. ¿Se verán desde allí sus ventanas?

—Desde luego.

—En cuanto regrese su padrastro, usted se retirará a su habitación, pretextando un dolor de cabeza. Y cuando oiga que él también se retira a la suya, tiene usted que abrir la ventana, alzar el cierre, colocar un candil que nos sirva de señal y, a continuación, trasladarse con todo lo que vaya a necesitar a la habitación que ocupaba antes. Estoy seguro de que, a pesar de las reparaciones, podrá arreglárselas para pasar allí una noche.

—Oh, sí, sin problemas.

—El resto, déjelo en nuestras manos.

—Pero ¿qué van ustedes a hacer?

—Vamos a pasar la noche en su habitación e investigar la causa de ese sonido que la ha estado molestando.

—Me parece, señor Holmes, que ya ha llegado usted a una conclusión —dijo la señorita Stoner, posando su mano sobre el brazo de mi compañero.

—Es posible.

—Entonces, por compasión, dígame qué ocasionó la muerte de mi hermana.

—Prefiero tener pruebas más terminantes antes de hablar.

—Al menos, podrá decirme si mi opinión es acertada, y murió de un susto.

—No, no lo creo. Creo que es probable que existiera una causa más tangible. Y ahora, señorita Stoner, tenemos que dejarla, porque si regresara el doctor Roylott y nos viera, nuestro viaje habría sido en vano. Adiós, y sea valiente, porque si hace lo que le he dicho puede estar segura de que no tardaremos en librarla de los peligros que la amenazan.

Sherlock Holmes y yo no tuvimos dificultades para alquilar una alcoba con sala de estar en el «Crown». Las habitaciones se encontraban en la planta superior, y desde nuestra ventana gozábamos de una espléndida vista de la entrada a la avenida y del ala deshabitada de la mansión de Stoke Moran. Al atardecer vimos pasar en un coche al doctor Grimesby Roylott, con su gigantesca figura sobresaliendo junto a la menuda figurilla del muchacho que guiaba el coche. El cochero tuvo alguna dificultad para abrir las pesadas puertas de hierro, y pudimos oír el áspero rugido del doctor y ver la furia con que agitaba los puños cerrados, amenazándolo. El vehículo siguió adelante y, pocos minutos más tarde, vimos una luz que brillaba de pronto entre los árboles, indicando que se había encendido una lámpara en uno de los salones.

—¿Sabe usted, Watson? —dijo Holmes mientras permanecíamos sentados en la oscuridad—. Siento ciertos escrúpulos de llevarle conmigo esta noche. Hay un elemento de peligro indudable.

—¿Puedo servir de alguna ayuda?

—Su presencia puede resultar decisiva.

—Entonces iré, sin duda alguna.

—Es usted muy amable.

—Dice usted que hay peligro. Evidentemente, ha visto usted en esas habitaciones más de lo que pude ver yo.

—Eso no, pero supongo que yo habré deducido unas pocas cosas más que usted. Imagino, sin embargo, que vería usted lo mismo que yo.

—Yo no vi nada destacable, a excepción del cordón de la campanilla, cuya finalidad confieso que se me escapa por completo.

—¿Vio usted el orificio de ventilación?

—Sí, pero no me parece que sea tan insólito que exista una pequeña abertura entre dos habitaciones. Era tan pequeña que no podría pasar por ella ni una rata.

—Yo sabía que encontraríamos un orificio así antes de venir a Stoke Moran.

—¡Pero Holmes, por favor!

—Le digo que lo sabía. Recuerde usted que la chica dijo que su hermana podía oler el cigarro del doctor Roylott. Eso quería decir, sin lugar a dudas, que tenía que existir una comunicación entre las dos habitaciones. Y tenía que ser pequeña, o alguien se habría fijado en ella durante la investigación judicial. Deduje, pues, que se trataba de un orificio de ventilación.

—Pero, ¿qué tiene eso de malo?

—Bueno, por lo menos existe una curiosa coincidencia de fecha. Se abre un orificio, se instala un cordón y muere una señorita que dormía en la cama. ¿No le resulta llamativo?

—Hasta ahora no veo ninguna relación.

—¿No observó un detalle muy curioso en la cama?

—No.

—Estaba clavada al suelo. ¿Ha visto usted antes alguna cama sujeta de ese modo? —No puedo decir que sí.

—La señorita no podía mover su cama. Tenía que estar siempre en la misma posición con respecto a la abertura y al cordón... podemos llamarlo así, porque, evidentemente, jamás se pensó en dotarlo de campanilla.

—Holmes, creo que empiezo a entrever adónde quiere usted ir a parar —exclamé —. Tenemos el tiempo justo para impedir algún crimen artero y horrible.

—De lo más artero y horrible. Cuando un médico se tuerce, es peor que ningún criminal. Tiene sangre fría y tiene conocimientos. Palmer y Pritchard estaban en la cumbre de su profesión. Este hombre aún va más lejos, pero creo, Watson, que podremos llegar más lejos que él. Pero ya tendremos horrores de sobra antes de que termine la noche; ahora, por amor de Dios, fumemos una pipa en paz, y dediquemos el cerebro a ocupaciones más agradables durante unas horas.

A eso de las nueve, se apagó la luz que brillaba entre los árboles y todo quedó a oscuras en dirección a la mansión. Transcurrieron lentamente dos horas y, de pronto, justo al sonar las once, se encendió exactamente frente a nosotros una luz aislada y brillante.

—Ésa es nuestra señal —dijo Holmes, poniéndose en pie de un salto—. Viene de la ventana del centro.

Al salir, Holmes intercambió algunas frases con el posadero, explicándole que íbamos a hacer una visita de última hora a un conocido y que era posible que pasáramos la noche en su casa. Un momento después avanzábamos por el oscuro camino, con el viento helado soplándonos en la cara y una lucecita amarilla parpadeando frente a nosotros en medio de las tinieblas para guiarnos en nuestra tétrica incursión.

No tuvimos dificultades para entrar en la finca porque la vieja tapia del parque estaba derruida por varios sitios. Nos abrimos camino entre los árboles, llegamos al jardín, lo cruzamos, y nos disponíamos a entrar por la ventana cuando de un macizo de laureles salió disparado algo que parecía un niño deforme y repugnante, que se tiró sobre la hierba retorciendo los miembros y luego corrió a toda velocidad por el jardín hasta perderse en la oscuridad.

—¡Dios mío! —susurré—. ¿Ha visto eso?

Por un momento, Holmes se quedó tan sorprendido como yo, y su mano se cerró como una presa sobre mi muñeca. Luego, se echó a reír en voz baja y acercó los labios a mi oído.

—Es una familia encantadora —murmuró—. Eso era el babuino.

Me había olvidado de los extravagantes animalitos de compañía del doctor. Había también un guepardo, que podía caer sobre nuestros hombros en cualquier momento. Confieso que me sentí más tranquilo cuando, tras seguir el ejemplo de Holmes y quitarme los zapatos, me encontré dentro de la habitación. Mi compañero cerró los postigos sin hacer ruido, colocó la lámpara encima de la mesa y recorrió con la mirada la habitación. Todo seguía igual que como lo habíamos visto durante el día. Luego se arrastró hacia mí y, haciendo bocina con la mano, volvió a susurrarme al oído, en voz tan baja que a duras penas conseguí entender las palabras.

—El más ligero ruido sería fatal para nuestros planes.

Asentí para dar a entender que lo había oído.

—Tenemos que apagar la luz, o se vería por la abertura.

Asentí de nuevo.

—No se duerma. Su vida puede depender de ello. Tenga preparada la pistola por si acaso la necesitamos. Yo me sentaré junto a la cama, y usted en esa silla.

Saqué mi revólver y lo puse en una esquina de la mesa.

Holmes había traído un bastón largo y delgado que colocó en la cama a su lado. Junto a él puso la caja de cerillas y un cabo de vela. Luego apagó la lámpara y quedamos sumidos en las tinieblas.

¿Cómo podría olvidar aquella angustiosa vigilia? No se oía ni un sonido, ni siquiera el de una respiración, pero yo sabía que a pocos pasos de mí se encontraba mi compañero, sentado con los ojos abiertos y en el mismo estado de excitación que yo. Los postigos no dejaban pasar ni un rayito de luz, y esperábamos en la oscuridad más absoluta. De vez en cuando nos llegaba del

exterior el grito de algún ave nocturna, y en una ocasión oímos, al lado mismo de nuestra ventana, un prolongado gemido gatuno, que indicaba que, efectivamente, el guepardo andaba suelto. Cada cuarto de hora oíamos a lo lejos las graves campanadas del reloj de la iglesia. ¡Qué largos parecían aquellos cuartos de hora! Dieron las doce, la una, las dos, las tres, y nosotros seguíamos sentados en silencio, aguardando lo que pudiera suceder.

De pronto se produjo un momentáneo resplandor en lo alto, en la dirección del orificio de ventilación, que se apagó inmediatamente; le siguió un fuerte olor a aceite quemado y metal recalentado. Alguien había encendido una linterna sorda en la habitación contigua. Oí un suave rumor de movimiento, y luego todo volvió a quedar en silencio, aunque el olor se hizo más fuerte. Permanecí media hora más con los oídos en tensión. De repente se oyó otro sonido... un sonido muy suave y acariciador, como el de un chorrito de vapor al salir de una tetera. En el instante mismo en que lo oímos, Holmes saltó de la cama, encendió una cerilla y golpeó furiosamente con su bastón el cordón de la campanilla.

—¿Lo ve, Watson? —gritaba—. ¿Lo ve?

Pero yo no veía nada. En el mismo momento en que Holmes encendió la luz, oí un silbido suave y muy claro, pero el repentino resplandor ante mis ojos hizo que me resultara imposible distinguir qué era lo que mi amigo golpeaba con tanta ferocidad. Pude percibir, no obstante, que su rostro estaba pálido como la muerte, con una expresión de horror y repugnancia.

Había dejado de dar golpes y levantaba la mirada hacia el orificio de ventilación, cuando, de pronto, el silencio de la noche se rompió con el alarido más espantoso que jamás he oído. Un grito cuya intensidad iba en aumento, un ronco aullido de dolor, miedo y furia, todo mezclado en un solo chillido aterrador. Dicen que abajo, en el pueblo, e incluso en la lejana casa parroquial, aquel grito levantó a los durmientes de sus camas. A nosotros nos heló el corazón; yo me quedé mirando a Holmes, y él a mí, hasta que los últimos ecos se extinguieron en el silencio del que habían surgido.

—¿Qué puede significar eso? —jadeé.

—Significa que todo ha terminado —respondió Holmes—. Y quizás, a fin de cuentas, sea lo mejor que habría podido ocurrir. Coja su pistola y vamos a entrar en la habitación del doctor Roylott.

Encendió la lámpara con expresión muy seria y salió al pasillo. Llamó dos veces a la puerta de la habitación sin que respondieran desde dentro. Entonces hizo girar el picaporte y entró, conmigo pegado a sus talones, con la pistola amartillada en la mano.

Una escena extraordinaria se ofrecía a nuestros ojos. Sobre la mesa había una linterna sorda con la pantalla a medio abrir, arrojando un brillante rayo de luz sobre la caja fuerte, cuya puerta estaba entreabierta. Junto a esta mesa, en la silla de madera, estaba sentado el doctor Grimesby Roylott, vestido con una larga bata gris, bajo la cual asomaban sus tobillos desnudos, con los pies enfundados en unas babuchas rojas. Sobre su regazo descansaba el corto mango del largo látigo que habíamos visto el día anterior, el curioso látigo con el lazo en la punta. Tenía la barbilla apuntando hacia arriba y los ojos fijos, con una mirada terriblemente rígida, en una esquina del techo. Alrededor de la frente llevaba una curiosa banda amarilla con lunares pardos que parecía atada con fuerza a la cabeza. Al entrar nosotros, no se movió ni hizo sonido alguno.

—¡La banda! ¡La banda de lunares! —susurró Holmes.

Di un paso adelante. Al instante, el extraño tocado empezó a moverse y se desenroscó, apareciendo entre los cabellos la cabeza achatada en forma de rombo y el cuello hinchado de una horrenda serpiente.

—¡Una víbora de los pantanos! —exclamó Holmes—. La serpiente más mortífera de la India. Este hombre ha muerto a los diez segundos de ser mordido. ¡Qué gran verdad es que la violencia se vuelve contra el violento y que el intrigante acaba por caer en la fosa que cava para otro! Volvamos a encerrar a este bicho en su cubil y luego podremos llevar a la señorita Stoner a algún sitio más seguro e informar a la policía del condado de lo que ha sucedido.

Mientras hablaba cogió rápidamente el látigo del regazo del muerto, pasó el lazo por el cuello del reptil, lo desprendió de su macabra percha y, llevándolo con el brazo bien extendido, lo arrojó a la caja fuerte, que cerró a continuación.

Éstos son los hechos verdaderos de la muerte del doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran. No es necesario que alargue un relato que ya es bastante extenso, explicando cómo comunicamos la triste noticia a la aterrorizada joven, cómo la llevamos en el tren de la mañana a casa de su tía de Harrow, o cómo el lento proceso de la investigación judicial llegó a la conclusión de que el doctor había

encontrado la muerte mientras jugaba imprudentemente con una de sus peligrosas mascotas. Lo poco que aún me quedaba por saber del caso me lo contó Sherlock Holmes al día siguiente, durante el viaje de regreso.

—Yo había llegado a una conclusión absolutamente equivocada —dijo—, lo cual demuestra, querido Watson, que siempre es peligroso sacar deducciones a partir de datos insuficientes. La presencia de los gitanos y el empleo de la palabra «banda», que la pobre muchacha utilizó sin duda para describir el aspecto de lo que había entrevisto fugazmente a la luz de la cerilla, bastaron para lanzarme tras una pista completamente falsa. El único mérito que puedo atribuirme es el de haber reconsiderado inmediatamente mi postura cuando, pese a todo, se hizo evidente que el peligro que amenazaba al ocupante de la habitación, fuera el que fuera, no podía venir por la ventana ni por la puerta. Como ya le he comentado, en seguida me llamaron la atención el orificio de ventilación y el cordón que colgaba sobre la cama. Al descubrir que no tenía campanilla, y que la cama estaba clavada al suelo, empecé a sospechar que el cordón pudiera servir de puente para que algo entrara por el agujero y llegara a la cama. Al instante se me ocurrió la idea de una serpiente y, sabiendo que el doctor disponía de un buen surtido de animales de la India, sentí que probablemente me encontraba sobre una buena pista. La idea de utilizar una clase de veneno que los análisis químicos no pudieran descubrir parecía digna de un hombre inteligente y despiadado, con experiencia en Oriente. Muy sagaz tendría que ser el juez de guardia capaz de descubrir los dos pinchacitos que indicaban el lugar donde habían actuado los colmillos venenosos.

A continuación pensé en el silbido. Por supuesto, tenía que hacer volver a la serpiente antes de que la víctima pudiera verla a la luz del día. Probablemente, la tenía adiestrada, por medio de la leche que vimos, para que acudiera cuando él la llamaba. La hacía pasar por el orificio cuando le parecía más conveniente, seguro de que bajaría por la cuerda y llegaría a la cama. Podía morder a la durmiente o no; es posible que ésta se librase todas las noches durante una semana, pero tarde o temprano tenía que caer.

Había llegado ya a estas conclusiones antes de entrar en la habitación del doctor. Al examinar su silla comprobé que tenía la costumbre de ponerse en pie sobre ella: evidentemente, tenía que hacerlo para llegar al respiradero. La visión de la caja fuerte, el plato de leche y el látigo con lazo, bastó para disipar las pocas dudas que pudieran quedarme. El golpe metálico que oyó la señorita Stoner lo produjo sin duda el padrastro al cerrar apresuradamente la puerta de la caja

fuerte, tras meter dentro a su terrible ocupante. Una vez formada mi opinión, ya conoce usted las medidas que adopté para ponerla a prueba. Oí el silbido del animal, como sin duda lo oyó usted también, y al momento encendí la luz y lo ataqué.

—Con el resultado de que volvió a meterse por el respiradero.

—Y también con el resultado de que, una vez al otro lado, se revolvió contra su amo. Algunos golpes de mi bastón habían dado en el blanco, y la serpiente debía estar de muy mal humor, así que atacó a la primera persona que vio. No cabe duda de que soy responsable indirecto de la muerte del doctor Grimesby Roylott, pero confieso que es poco probable que mi conciencia se sienta abrumada por ello.

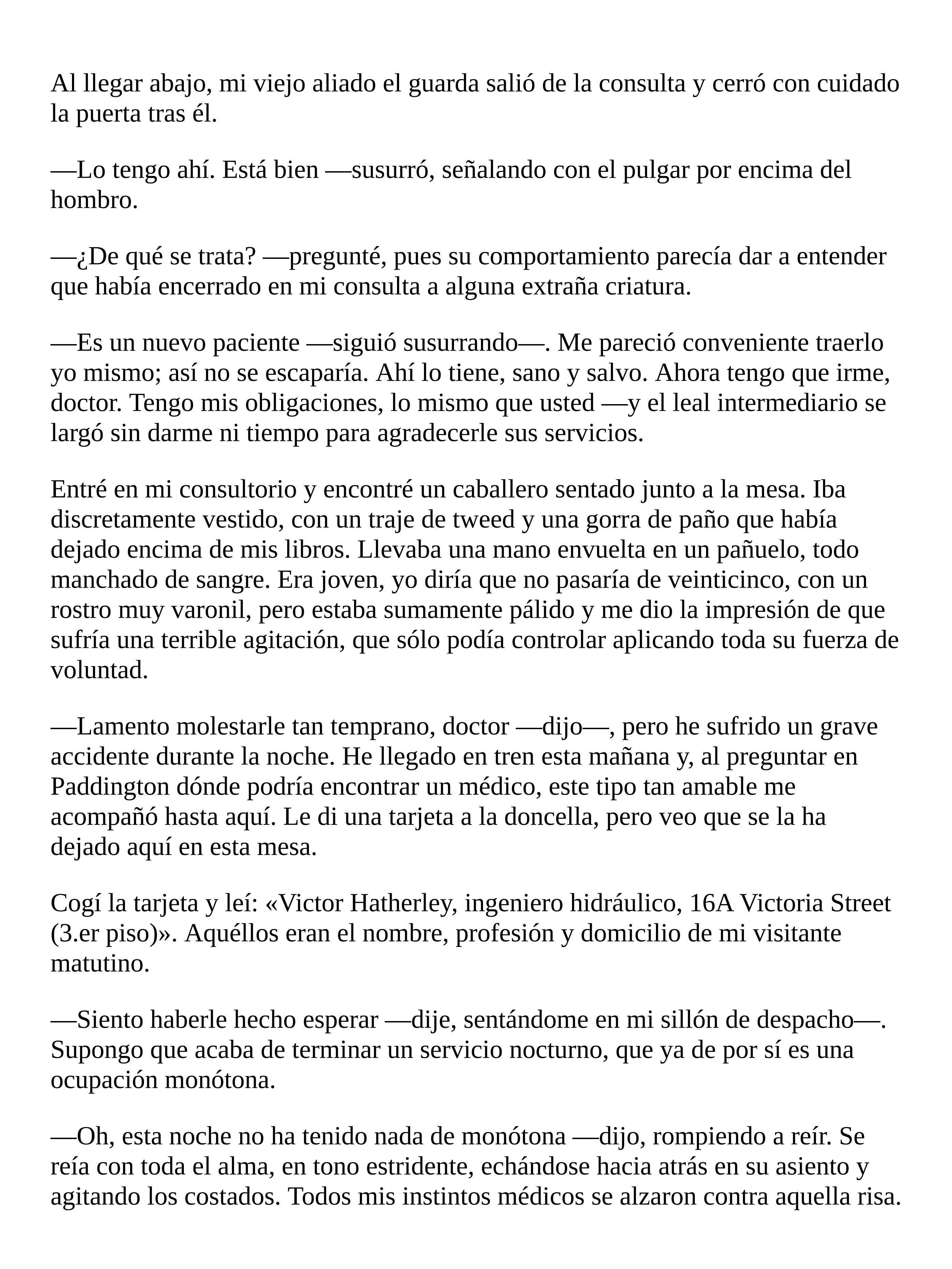
9. El dedo pulgar del ingeniero

Entre todos los problemas que se sometieron al criterio de mi amigo Sherlock Holmes durante los años que duró nuestra asociación, sólo hubo dos que llegaran a su conocimiento por mediación mía, el del pulgar del señor Hatherley y el de la locura del coronel Warburton. Es posible que este último ofreciera más campo para un observador agudo y original, pero el otro tuvo un principio tan extraño y unos detalles tan dramáticos que quizás merezca más ser publicado, aunque ofreciera a mi amigo menos oportunidades para aplicar los métodos de razonamiento deductivo con los que obtenía tan espectaculares resultados. La historia, según tengo entendido, se ha contado más de una vez en los periódicos, pero, como sucede siempre con estas narraciones, su efecto es mucho menos intenso cuando se exponen en bloque, en media columna de letra impresa, que cuando los hechos evolucionan poco a poco ante tus propios ojos y el misterio se va aclarando progresivamente, a medida que cada nuevo descubrimiento permite avanzar un paso hacia la verdad completa. En su momento, las circunstancias del caso me impresionaron profundamente, y el efecto apenas ha disminuido a pesar de los dos años transcurridos.

Los hechos que me dispongo a resumir ocurrieron en el verano del 89, poco después de mi matrimonio. Yo había vuelto a ejercer la medicina y había abandonado por fin a Sherlock Holmes en sus habitaciones de Baker Street, aunque le visitaba con frecuencia y a veces hasta lograba convencerle de que renunciase a sus costumbres bohemias hasta el punto de venir a visitarnos. Mi clientela aumentaba constantemente y, dado que no vivía muy lejos de la estación de Paddington, tenía algunos pacientes entre los ferroviarios.

Uno de éstos, al que había curado de una larga y dolorosa enfermedad, no se cansaba de alabar mis virtudes, y tenía como norma enviarme a todo sufriente sobre el que tuviera la más mínima influencia.

Una mañana, poco antes de las siete, me despertó la doncella, que llamó a mi puerta para anunciar que dos hombres habían venido a Paddington y aguardaban en la sala de consulta. Me vestí a toda prisa, porque sabía por experiencia que los accidentes de ferrocarril casi nunca son leves, y bajé corriendo las escaleras.



Al llegar abajo, mi viejo aliado el guarda salió de la consulta y cerró con cuidado la puerta tras él.

—Lo tengo ahí. Está bien —susurró, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—¿De qué se trata? —pregunté, pues su comportamiento parecía dar a entender que había encerrado en mi consulta a alguna extraña criatura.

—Es un nuevo paciente —siguió susurrando—. Me pareció conveniente traerlo yo mismo; así no se escaparía. Ahí lo tiene, sano y salvo. Ahora tengo que irme, doctor. Tengo mis obligaciones, lo mismo que usted —y el leal intermediario se largó sin darme ni tiempo para agradecerle sus servicios.

Entré en mi consultorio y encontré un caballero sentado junto a la mesa. Iba discretamente vestido, con un traje de tweed y una gorra de paño que había dejado encima de mis libros. Llevaba una mano envuelta en un pañuelo, todo manchado de sangre. Era joven, yo diría que no pasaría de veinticinco, con un rostro muy varonil, pero estaba sumamente pálido y me dio la impresión de que sufría una terrible agitación, que sólo podía controlar aplicando toda su fuerza de voluntad.

—Lamento molestarle tan temprano, doctor —dijo—, pero he sufrido un grave accidente durante la noche. He llegado en tren esta mañana y, al preguntar en Paddington dónde podría encontrar un médico, este tipo tan amable me acompañó hasta aquí. Le di una tarjeta a la doncella, pero veo que se la ha dejado aquí en esta mesa.

Cogí la tarjeta y leí: «Victor Hatherley, ingeniero hidráulico, 16A Victoria Street (3.er piso)». Aquéllos eran el nombre, profesión y domicilio de mi visitante matutino.

—Siento haberle hecho esperar —dije, sentándome en mi sillón de despacho—. Supongo que acaba de terminar un servicio nocturno, que ya de por sí es una ocupación monótona.

—Oh, esta noche no ha tenido nada de monótona —dijo, rompiendo a reír. Se reía con toda el alma, en tono estridente, echándose hacia atrás en su asiento y agitando los costados. Todos mis instintos médicos se alzaron contra aquella risa.

—¡Pare! —grité—. ¡Contrólese! —y le escancié un poco de agua de una garrafa.

No sirvió de nada. Era víctima de uno de esos ataques histéricos que sufren las personas de carácter fuerte después de haber pasado una grave crisis. Por fin consiguió serenarse, quedando exhausto y sonrojadísimo.

—Estoy haciendo el ridículo —jadeó.

—Nada de eso. Beba esto —añadí al agua un poco de brandy y el color empezó a regresar a sus mejillas.

—Ya me siento mejor —dijo—. Y ahora, doctor, quizás pueda usted mirar mi dedo pulgar, o más bien el sitio donde antes estaba mi pulgar.

Desenrolló el pañuelo y extendió la mano. Incluso mis nervios endurecidos se estremecieron al mirarla. Tenía cuatro dedos extendidos y una horrible superficie roja y esponjosa donde debería haber estado el pulgar. Se lo habían cortado o arrancado de cuajo.

—¡Cielo santo! —exclamé—. Es una herida espantosa. Tiene que haber sangrado mucho.

—Ya lo creo. En el primer momento me desmayé, y creo que debí permanecer mucho tiempo sin sentido. Cuando recuperé el conocimiento, todavía estaba sangrando, así que me até un extremo del pañuelo a la muñeca y lo apreté por medio de un palito.

—¡Excelente! Usted debería haber sido médico.

—Verá usted, es una cuestión de hidráulica, así que entraba dentro de mi especialidad.

—Esto se ha hecho con un instrumento muy pesado y cortante —dije, examinando la herida.

—Algo así como una cuchilla de carnicero —dijo él.

—Supongo que fue un accidente.

—Nada de eso.

—¡Cómo! ¿Un ataque criminal?

—Ya lo creo que fue criminal.

—Me horroriza usted.

Pasé una esponja por la herida, la limpié, la curé y, por último, la envolví en algodón y vendajes carbolizados. Él se dejó hacer sin pestañear, aunque se mordía el labio de vez en cuando.

—¿Qué tal? —pregunté cuando hube terminado.

—¡Fenomenal! ¡Entre el brandy y el vendaje, me siento un hombre nuevo! Estaba muy débil, pero es que lo he pasado muy mal.

—Quizás sea mejor que no hable del asunto. Es evidente que le altera los nervios.

—Oh, no; ahora ya no. Tendré que contárselo todo a la policía; pero, entre nosotros, si no fuera por la convincente evidencia de esta herida mía, me sorprendería que creyeran mi declaración, pues se trata de una historia extraordinaria y no dispongo de gran cosa que sirva de prueba para respaldarla. E, incluso si me creyeran, las pistas que puedo darles son tan imprecisas que difícilmente podrá hacerse justicia.

—¡Vaya! —exclamé—. Si tiene usted algo parecido a un problema que desea ver resuelto, le recomiendo encarecidamente que acuda a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, antes de recurrir a la policía.

—Ya he oído hablar de ese tipo —respondió mi visitante—, y me gustaría mucho que se ocupase del asunto, aunque desde luego tendré que ir también a la policía.

¿Podría usted darme una nota de presentación?

—Haré algo mejor. Le acompañaré yo mismo a verle.

—Le estaré inmensamente agradecido.

—Llamaré a un coche e iremos juntos. Llegaremos a tiempo de tomar un

pequeño desayuno con él. ¿Se siente usted en condiciones?

—Sí. No estaré tranquilo hasta que haya contado mi historia.

—Entonces, mi doncella irá a buscar un coche y yo estaré con usted en un momento —corrí escaleras arriba, le expliqué el asunto en pocas palabras a mi esposa, y en menos de cinco minutos estaba dentro de un coche con mi nuevo conocido, rumbo a Baker Street.

Tal como yo había esperado, Sherlock Holmes estaba haraganeando en su sala de estar, cubierto con un batín, leyendo la columna de sucesos del Times y fumando su pipa de antes del desayuno, compuesta por todos los residuos que habían quedado de las pipas del día anterior, cuidadosamente secados y reunidos en una esquina de la repisa de la chimenea. Nos recibió con su habitual amabilidad tranquila, pidió más tocino y más huevos y compartimos un sustancioso desayuno. Al terminar instaló a nuestro nuevo conocimiento en el sofá, y puso al alcance de su mano una copa de brandy con agua.

—Se ve con facilidad que ha pasado por una experiencia poco corriente, señor Hatherley —dijo—. Por favor, recuéstese ahí y considérese por completo en su casa. Cuéntenos lo que pueda, pero párese cuando se fatigue, y recupere fuerzas con un poco de estimulante.

—Gracias —dijo mi paciente—, pero me siento otro hombre desde que el doctor me vendó, y creo que su desayuno ha completado la cura. Procuraré abusar lo menos posible de su valioso tiempo, así que empezaré inmediatamente a narrar mi extraordinaria experiencia.

Holmes se sentó en su butacón, con la expresión fatigada y somnolienta que enmascaraba su temperamento agudo y despierto, mientras yo me sentaba enfrente de él, y ambos escuchamos en silencio el extraño relato que nuestro visitante nos fue contando.

—Deben ustedes saber —dijo— que soy huérfano y soltero, y vivo solo en un apartamento de Londres. Mi profesión es la de ingeniero hidráulico, y adquirí una considerable experiencia de la misma durante los siete años de aprendizaje que pasé en Venner Matheson, la conocida empresa de Greenwich. Hace dos años, habiendo cumplido mi contrato, y disponiendo además de una buena suma de dinero que heredé a la muerte de mi pobre padre, decidí establecerme por mi cuenta y alquilé un despacho en Victoria Street.

Supongo que, al principio, emprender un negocio independiente es una experiencia terrible para todo el mundo. Para mí fue excepcionalmente duro. Durante dos años no he tenido más que tres consultas y un trabajo de poca monta, y eso es absolutamente todo lo que mi profesión me ha proporcionado. Mis ingresos brutos ascienden a veintisiete libras y diez chelines. Todos los días, de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, aguardaba en mi pequeño cubil, hasta que por fin empecé a desanimarme y llegué a creer que nunca encontraría clientes.

Sin embargo, ayer, justo cuando yo estaba pensando en dejar la oficina, mi secretario entró a decir que había un caballero esperando para verme por una cuestión de negocios. Traía además una tarjeta con el nombre "Coronel Lysander Stark" grabado. Pisándole los talones entró el coronel mismo, un hombre de estatura muy superior a la media, pero extraordinariamente flaco. No creo haber visto nunca un hombre tan delgado. Su cara estaba afilada hasta quedar reducida a la nariz y la barbilla, y la piel de sus mejillas estaba completamente tensa sobre sus huesos salientes. Sin embargo, esta escualidez parecía natural en él, no debida a una enfermedad, porque su mirada era brillante, su paso vivo y su porte firme. Iba vestido con sencillez pero con pulcritud, y su edad me pareció más cercana a los cuarenta que a los treinta.

—¿El señor Hatherley? —preguntó con un ligero acento alemán—. Me ha sido usted recomendado, señor Hatherley, como persona que no sólo es competente en su profesión, sino también discreta y capaz de guardar un secreto.

Hice una inclinación, sintiéndome tan halagado como se sentiría cualquier joven ante semejante introducción.

—¿Puedo preguntar quién ha dado esa imagen tan favorable de mí? —pregunté.

—Bueno, quizás sea mejor que no se lo diga por el momento. He sabido, por la misma fuente, que es usted huérfano y soltero, y que vive solo en Londres.

—Eso es completamente cierto —dije—, pero perdone que le diga que no entiendo qué relación puede tener eso con mi competencia profesional. Tengo entendido que quería usted verme por un asunto profesional.

—En efecto. Pero ya verá usted que todo lo que digo guarda relación con ello. Tengo un encargo profesional para usted, pero el secreto absoluto es completamente esencial. Secreto ab-so-lu-to, ¿comprende usted? Y, por

supuesto, es más fácil conseguirlo de un hombre que viva solo que de otro que viva en el seno de una familia.

—Si yo prometo guardar un secreto —dije—, puede estar absolutamente seguro de que así lo haré.

Mientras yo hablaba, él me miraba muy fijamente, y me pareció que jamás había visto una mirada tan inquisitiva y recelosa como la suya.

—Entonces, ¿lo promete?

—Sí, lo prometo.

—¿Silencio completo y absoluto, antes, durante y después? ¿Ningún comentario sobre el asunto, ni de palabra ni por escrito?

—Ya le he dado mi palabra.

—Muy bien —de pronto se levantó, atravesó la habitación como un rayo y abrió la puerta de par en par. El pasillo estaba vacío.

—Todo va bien —dijo, mientras volvía a sentarse—. Sé que a veces los empleados sienten curiosidad por los asuntos de sus jefes. Ahora podemos hablar con tranquilidad — arrimó su silla a la mía y comenzó a escudriñarme con la misma mirada inquisitiva y dudosa.

Yo empezaba a experimentar una sensación de repulsión y de algo parecido al miedo ante las extrañas manías de aquel hombre esquelético. Ni siquiera el temor a perder un cliente impedía que diera muestras de impaciencia.

—Le ruego que exponga su asunto, señor —dije—. Mi tiempo es valioso.

—Que Dios me perdone esta última frase, pero las palabras salieron solas de mis labios.

—¿Qué le parecerían cincuenta guineas por una noche de trabajo? —preguntó.

—De maravilla.

—He dicho una noche de trabajo, pero una hora sería más aproximado.

Simplemente, quiero su opinión acerca de una prensa hidráulica que se ha estropeado. Si nos dice en qué consiste la avería, nosotros mismos la arreglaremos. ¿Qué le parece el encargo?

—El trabajo parece ligero, y la paga generosa.

—Exacto. Nos gustaría que viniera esta noche, en el último tren.

—¿Adónde?

—A Eyford, en Berkshire. Es un pueblecito cerca de los límites de Oxfordshire y a menos de siete millas de Reading. Hay un tren desde Paddington que le dejará allí a las once y cuarto aproximadamente.

—Muy bien.

—Yo iré a esperarle con un coche.

—Entonces, ¿hay que ir más lejos?

—Sí, nuestra pequeña empresa está fuera del pueblo, a más de siete millas de la estación de Eyford.

—Entonces, no creo que podamos llegar antes de la medianoche. Supongo que no habrá posibilidad de regresar en tren y que tendré que pasar allí la noche.

—Sí, no tendremos problema alguno para prepararle una cama.

—Resulta bastante incómodo. ¿No podría ir a otra hora más conveniente?

—Nos ha parecido mejor que venga usted de noche. Para compensarle por la incomodidad es por lo que le estamos pagando a usted, una persona joven y desconocida, unos honorarios con los que podríamos obtener el dictamen de las figuras más prestigiosas de su profesión. No obstante, si usted prefiere desentenderse del asunto, aún tiene tiempo de sobra para hacerlo.

Pensé en las cincuenta guineas y en lo bien que me vendrían.

—Nada de eso —dije—. Tendré mucho gusto en acomodarme a sus deseos. Sin embargo, me gustaría tener una idea más clara de lo que ustedes quieren que

haga.

—Desde luego. Es muy natural que la promesa de secreto que le hemos exigido despierte su curiosidad. No tengo intención de comprometerle en nada sin antes habérselo explicado todo. Supongo que estamos completamente a salvo de oídos indiscretos.

—Por completo.

—Entonces, el asunto es el siguiente: probablemente está usted enterado de que la tierra de batán es un producto valioso, que sólo se encuentra en uno o dos lugares de Inglaterra.

—Eso he oído.

—Hace algún tiempo adquirí una pequeña propiedad, muy pequeña, a diez millas de Reading, y tuve la suerte de descubrir que en uno de mis campos había un yacimiento de tierra de batán. Sin embargo, al examinarlo comprobé que se trataba de un yacimiento relativamente pequeño, pero que formaba como un puente entre otros dos, mucho mayores, situados en terrenos de mis vecinos. Esta buena gente ignoraba por completo que su tierra contuviera algo prácticamente tan valioso como una mina de oro. Naturalmente, me interesaba comprar sus tierras antes de que descubrieran su auténtico valor; pero, por desgracia, carecía de capital para hacerlo. Confié el secreto a unos pocos amigos y éstos propusieron explotar, sin que nadie se enterara, nuestro pequeño yacimiento, y de ese modo reunir el dinero que nos permitiría comprar los campos vecinos. Así lo hemos venido haciendo desde hace algún tiempo, y para ayudarnos en nuestro trabajo instalamos una prensa hidráulica. Esta prensa, como ya le he explicado, se ha estropeado, y deseamos que usted nos aconseje al respecto. Sin embargo, guardamos nuestro secreto celosamente, y si se llegara a saber que a nuestra casa vienen ingenieros hidráulicos, alguien podría sentirse curioso; y si salieran a relucir los hechos, adiós a la posibilidad de hacernos con los campos y llevar a cabo nuestros planes. Por eso le he hecho prometer que no le dirá a nadie que esta noche va a ir a Eyford. Espero haberme explicado con claridad.

—He comprendido perfectamente —dije—. Lo único que no acabo de entender es para qué les sirve una prensa hidráulica en la extracción de la tierra, que, según tengo entendido, se extrae como grava de un pozo.

—¡Ah! —dijo como sin darle importancia—. Es que tenemos métodos propios. Comprimimos la tierra en forma de ladrillos para así poder sacarlos sin que se sepa qué son. Pero ésos son detalles sin importancia. Ahora ya se lo he revelado todo, señor Hatherley, demostrándole que confío en usted —se levantó mientras hablaba—. Así pues, le espero en Eyford a las once y cuarto.

—Estaré allí sin falta.

—Y no le diga una palabra a nadie —me dirigió una última mirada, larga e inquisitiva, y después, estrechándome la mano con un apretón frío y húmedo, salió con prisas del despacho.

Pues bien, cuando me puse a pensar en todo aquello con la cabeza fría, me sorprendió mucho, como podrán ustedes comprender, este repentino trabajo que se me había encomendado. Por una parte, como es natural, estaba contento, porque los honorarios eran, como mínimo, diez veces superiores a lo que yo habría pedido de haber tenido que poner precio a mis propios servicios, y era posible que a consecuencia de este encargo me surgieran otros. Pero por otra parte, el aspecto y los modales de mi cliente me habían causado una desagradable impresión, y no acababa de convencerme de que su explicación sobre el asunto de la tierra bastara para justificar el hacerme ir a medianoche, y su machacona insistencia en que no le hablara a nadie del trabajo. Sin embargo, acabé por disipar todos mis temores, me tomé una buena cena, cogí un coche para Paddington y emprendí el viaje, habiendo obedecido al pie de la letra la orden de contener la lengua.

En Reading tuve que cambiar no sólo de tren, sino también de estación, pero llegué a tiempo de coger el último tren a Eyford, a cuya estación, mal iluminada, llegamos pasadas las once. Fui el único pasajero que se apeó allí, y en el andén no había nadie, a excepción de un mozo medio dormido con un farol. Sin embargo, al salir por la puerta vi a mi conocido de por la mañana, que me esperaba entre las sombras al otro lado de la calle. Sin decir una palabra, me cogió del brazo y me hizo entrar a toda prisa en un coche que aguardaba con la puerta abierta. Levantó la ventanilla del otro lado, dio unos golpecitos en la madera y salimos a toda la velocidad de que era capaz el caballo.

—¿Un solo caballo? —interrumpió Holmes.

—Sí, sólo uno.

—¿Se fijó usted en el color?

—Lo vi a la luz de los faroles cuando subía al coche. Era castaño.

—¿Parecía cansado o estaba fresco?

—Oh, fresco y reluciente.

—Gracias. Lamento haberle interrumpido. Por favor, continúe su interesantísima exposición.

—Como le decía, salimos disparados y rodamos durante una hora por lo menos. El coronel Lysander Stark había dicho que estaba a sólo siete millas, pero a juzgar por la velocidad que parecíamos llevar y por el tiempo que duró el trayecto, yo diría que más bien eran doce. Permaneció durante todo el tiempo sentado a mi lado sin decir palabra; y más de una vez, al mirar en su dirección, me di cuenta de que él me miraba con gran intensidad. Las carreteras rurales no parecían encontrarse en muy buen estado en esa parte del mundo, porque dábamos terribles botes y bandazos. Intenté mirar por las ventanillas para ver por dónde íbamos, pero eran de cristal esmerilado y no se veía nada, excepto alguna luz borrosa y fugaz de vez en cuando. En un par de ocasiones, aventuré algún comentario para romper la monotonía del viaje, pero el coronel me respondió sólo con monosílabos, y pronto decaía la conversación. Por fin, el traqueteo del camino fue sustituido por la lisa uniformidad de un sendero de grava, y el carruaje se detuvo. El coronel Lysander Stark saltó del coche y cuando yo me apeé tras él, me arrastró rápidamente hacia un porche que se abría ante nosotros. Podría decirse que pasamos directamente del coche al vestíbulo, de modo que no pude echar ni un vistazo a la fachada de la casa. En cuanto crucé el umbral, la puerta se cerró de golpe a nuestras espaldas, y oí el lejano traqueteo de las ruedas del coche que se alejaba.

El interior de la casa estaba oscuro como boca de lobo, y el coronel buscó a tientas unas cerillas, murmurando en voz baja. De pronto se abrió una puerta al otro extremo del pasillo y un largo rayo de luz dorada se proyectó hacia nosotros. Se hizo más ancho y apareció una mujer con un farol en la mano, levantándolo por encima de la cabeza y adelantando la cara para mirarnos. Pude observar que era bonita y por el brillo que provocaba la luz en su vestido negro, comprendí que la tela era de calidad. Dijo unas pocas palabras en un idioma extranjero, que por el tono parecían una pregunta, y cuando mi acompañante

respondió con un ronco monosílabo, se llevó tal sobresalto que casi se le cae el farol de la mano. El coronel Stark corrió hacia ella, le susurró algo al oído y luego, tras empujarla a la habitación de donde había salido, volvió hacia mí con el farol en la mano.

—¿Tendría usted la amabilidad de aguardar en esta habitación unos minutos? —dijo, abriendo otra puerta. Era una habitación pequeña y recogida, amueblada con sencillez, con una mesa redonda en el centro, sobre la cual había unos cuantos libros en alemán. El coronel Stark colocó el farol encima de un armonio situado junto a la puerta—. No le haré esperar casi nada —dijo, desapareciendo en la oscuridad.

Eché una ojeada a los libros que había sobre la mesa y, a pesar de mi desconocimiento del alemán, pude darme cuenta de que dos de ellos eran tratados científicos, y que los demás eran de poesía. Me acerqué a la ventana con la esperanza de ver algo del campo, pero estaba cerrada con postigos de roble y barras de hierro. Reinaba en la casa un silencio sepulcral. En algún lugar del pasillo se oía el sonoro tic tac de un viejo reloj, pero por lo demás el silencio era de muerte. Empezó a apoderarse de mí una vaga sensación de inquietud. ¿Quiénes eran aquellos alemanes y qué estaban haciendo, viviendo en aquel lugar extraño y apartado? ¿Y dónde estábamos? A unas millas de Eyford, eso era todo lo que sabía, pero ignoraba si al norte, al sur, al este o al oeste. Por otra parte, Reading y posiblemente otras poblaciones de cierto tamaño, se encontraban dentro de aquel radio, por lo que cabía la posibilidad de que la casa no estuviera tan aislada, después de todo. Sin embargo, el absoluto silencio no dejaba lugar a dudas de que nos encontrábamos en el campo. Me paseé de un lado a otro de la habitación, tarareando una canción entre dientes para elevar los ánimos, y sintiendo que me estaba ganando a fondo mis honorarios de cincuenta guineas.

De pronto, sin ningún sonido preliminar en medio del silencio absoluto, la puerta de mi habitación se abrió lentamente. La mujer apareció en el hueco, con la oscuridad del vestíbulo a sus espaldas y la luz amarilla de mi farol cayendo sobre su hermoso y angustiado rostro. Se notaba a primera vista que estaba enferma de miedo, y el advertirlo me provocó escalofríos. Levantó un dedo tembloroso para advertirme que guardara silencio y me susurró algunas palabras en inglés defectuoso, mientras sus ojos miraban como los de un caballo asustado a la oscuridad que tenía detrás.

—Yo que usted me iría —dijo, me pareció que haciendo un gran esfuerzo por hablar con calma—. Yo me iría. No me quedaría aquí. No es bueno para usted.

—Pero, señora —dije—, aún no he hecho lo que vine a hacer. No puedo marcharme en modo alguno hasta haber visto la máquina.

—No vale la pena que espere —continuó—. Puede salir por la puerta; nadie se lo impedirá —y entonces, viendo que yo sonreía y negaba con la cabeza, abandonó de pronto toda reserva y avanzó un paso con las manos entrelazadas —. ¡Por amor de Dios! —susurró—. ¡Salga de aquí antes de que sea demasiado tarde!

Pero yo soy algo testarudo por naturaleza, y basta que un asunto presente algún obstáculo para que sienta más ganas de meterme en él. Pensé en mis cincuenta guineas, en el fatigoso viaje y en la desagradable noche que parecía esperarme. ¿Y todo aquello por nada? ¿Por qué habría de escaparme sin haber realizado mi trabajo y sin la paga que me correspondía? Aquella mujer, por lo que yo sabía, bien podía estar loca. Así que, con una expresión firme, aunque su comportamiento me había afectado más de lo que estaba dispuesto a confesar, volví a negar con la cabeza y declaré mi intención de quedarme donde estaba. Ella estaba a punto de insistir en sus súplicas cuando sonó un portazo en el piso de arriba y se oyó ruido de pasos en las escaleras. La mujer escuchó un instante, levantó las manos en un gesto de desesperación y se esfumó tan súbita y silenciosamente como había venido.

Los que venían eran el coronel Lysander Stark y un hombre bajo y rechoncho, con una barba que parecía una piel de chinchilla creciendo entre los pliegues de su papada, que me fue presentado como el señor Ferguson.

—Éste es mi secretario y administrador —dijo el coronel—. Por cierto, tenía la impresión de haber dejado esta puerta cerrada. Le habrá entrado frío.

—Al contrario —dije yo—. La abrí yo, porque me sentía un poco agobiado.

Me dirigió una de sus miradas recelosas.

—En tal caso —dijo—, quizás lo mejor sea poner manos a la obra. El señor Ferguson y yo le acompañaremos a ver la máquina.

—Tendré que ponerme el sombrero.

—Oh, no hace falta, está en la casa.

—¿Cómo? ¿Extraen ustedes la tierra en la casa?

—No, no, aquí sólo la comprimimos. Pero no se preocupe de eso. Lo único que queremos es que examine la máquina y nos diga lo que anda mal.

Subimos juntos al piso de arriba, primero el coronel con la lámpara, después el obeso administrador, y yo cerrando la marcha. La casa era un verdadero laberinto, con pasillos, corredores, estrechas escaleras de caracol y puertecillas bajas, con los umbrales desgastados por las generaciones que habían pasado por ellas. Por encima de la planta baja no había alfombras ni rastro de muebles, el revoco se desprendía de las paredes y la humedad producía manchones verdes y malsanos. Procuré adoptar un aire tan despreocupado como me fue posible, pero no había olvidado las advertencias de la mujer, a pesar de no haber hecho caso de ellas, y no les quitaba el ojo de encima a mis dos acompañantes. Ferguson parecía un hombre huraño y callado, pero, por lo poco que había dicho, pude notar que por lo menos era un compatriota.

Por fin, el coronel Lysander Stark se detuvo ante una puerta baja y abrió el cierre. Daba a un cuartito cuadrado en el que apenas había sitio para los tres. Ferguson se quedó fuera y el coronel me hizo entrar.

—Ahora —dijo— estamos dentro de la prensa hidráulica, y sería bastante desagradable que alguien la pusiera en funcionamiento. El techo de este cuartito es, en realidad, el extremo del émbolo, que desciende sobre este suelo metálico con una fuerza de muchas toneladas. Ahí fuera hay pequeñas columnas hidráulicas laterales, que reciben la fuerza y la transmiten y multiplican de la manera que usted sabe. La verdad es que la máquina funciona, pero con cierta rigidez, y ha perdido un poco de fuerza. ¿Tendrá usted la amabilidad de echarle un vistazo y explicarnos cómo podemos arreglarla?

Cogí la lámpara de su mano y examiné a conciencia la máquina. Era verdaderamente gigantesca y capaz de ejercer una presión enorme. Sin embargo, cuando salí y accioné las palancas de control, supe al instante, por el siseo que producía, que existía una pequeña fuga de agua por uno de los cilindros laterales. Un nuevo examen reveló que una de las bandas de caucho que rodeaban la cabeza de un eje se había encogido y no llenaba del todo el tubo por el que se deslizaba. Aquélla, evidentemente, era la causa de la pérdida de potencia y así se

lo hice ver a mis acompañantes, que escucharon con gran atención mis palabras e hicieron varias preguntas de tipo práctico sobre el modo de corregir la avería. Después de explicárselo con toda claridad, volví a entrar en la cámara de la máquina y le eché un buen vistazo para satisfacer mi propia curiosidad. Se notaba a primera vista que la historia de la tierra de batán era pura fábula, porque sería absurdo utilizar una máquina tan potente para unos fines tan inadecuados. Las paredes eran de madera, pero el suelo era una gran plancha de hierro, y cuando me agaché a examinarlo pude advertir una capa de sedimento metálico por toda su superficie. Estaba en cuclillas, rascándolo para ver qué era exactamente, cuando oí mascullar una exclamación en alemán y vi el rostro cadavérico del coronel que me miraba desde arriba.

—¿Qué está usted haciendo? —preguntó.

Yo estaba irritado por haber sido engañado con una historia tan descabellada como la que me había contado, y contesté:

—Estaba admirando su tierra de batán. Creo que podría aconsejarle mejor acerca de su máquina si conociera el propósito exacto para el que la utiliza.

En el mismo instante de pronunciar aquellas palabras, lamenté haber hablado con tanto atrevimiento. Su expresión se endureció y en sus ojos se encendió una luz siniestra.

—Muy bien —dijo—. Va usted a saberlo todo acerca de la máquina.

Dio un paso atrás, cerró de golpe la puertecilla e hizo girar la llave en la cerradura. Yo me lancé sobre la puerta y tiré del picaporte, pero estaba bien trabado y la puerta resistió todas mis patadas y empujones.

—¡Oiga! —grité—. ¡Eh, coronel! ¡Déjeme salir!

Y entonces, en el silencio de la noche, oí de pronto un sonido que me puso el corazón en la boca. Era el chasquido de las palancas y el siseo del cilindro defectuoso. Habían puesto en funcionamiento la máquina. La lámpara seguía en el suelo, donde yo la había dejado para examinar el piso. A su luz pude ver que el techo negro descendía sobre mí, despacio y con sacudidas, pero, como yo sabía mejor que nadie, con una fuerza que en menos de un minuto me reduciría a una pulpa informe. Me arrojé contra la puerta gritando y ataqué la cerradura con las uñas. Imploré al coronel que me dejara salir, pero el implacable chasquido de

las palancas ahogó mis gritos. El techo ya sólo estaba a uno o dos palmos por encima de mi cabeza, y levantando la mano podía palpar su dura y rugosa superficie. Entonces se me ocurrió de pronto que mi muerte sería más o menos dolorosa según la posición en que me encontrara. Si me tumbaba boca abajo, el peso caería sobre mi columna vertebral, y me estremecí al pensar en el terrible crujido. Tal vez fuera mejor ponerse al revés, pero ¿tendría la suficiente sangre fría para quedarme tumbado, viendo descender sobre mí aquella mortífera sombra negra? Ya me resultaba imposible permanecer de pie, cuando mis ojos captaron algo que inyectó en mi corazón un chorro de esperanza.

Ya he dicho que, aunque el suelo y el techo eran de hierro, las paredes eran de madera. Al echar una última y urgente mirada a mi alrededor, descubrí una fina línea de luz amarillenta entre dos de las tablas, que se iba ensanchando cada vez más al retirarse hacia atrás un pequeño panel. Durante un instante, casi no pude creer que allí se abría una puerta por la que podría escapar de la muerte. Pero al instante siguiente me lancé a través de ella y caí, casi desmayado, al otro lado. El panel se había vuelto a cerrar detrás de mí, pero el crujido de la lámpara y, unos instantes después, el choque de las dos planchas de metal, me hicieron comprender por qué poco había escapado.

Un frenético tirón de la muñeca me hizo volver en mí, y me encontré caído en el suelo de piedra de un estrecho pasillo. Una mujer se inclinaba sobre mí y tiraba de mi brazo con la mano izquierda, mientras sostenía una vela en la derecha. Era la misma buena amiga cuyas advertencias había rechazado tan estúpidamente.

—¡Vamos! ¡Vamos! —me gritaba sin aliento—. ¡Estarán aquí dentro de un momento! ¡Verán que no está usted ahí! ¡No pierda un tiempo tan precioso! ¡Venga!

Al menos esta vez no me burlé de sus consejos. Me puse en pie, un poco tambaleante, y corrí con ella por el pasillo, bajando luego por una escalera de caracol que conducía a otro corredor más ancho. Justo cuando llegábamos a éste, oímos ruido de pies que corrían y gritos de dos voces, una de ellas respondiendo a la otra, en el piso en el que estábamos y en el de abajo. Mi guía se detuvo y miró a su alrededor como sin saber qué hacer. Entonces abrió una puerta que daba a un dormitorio, a través de cuya ventana se veía brillar la luna.

—¡Es su única oportunidad! —dijo—. Está bastante alto, pero quizás pueda saltar.

Mientras ella hablaba, apareció una luz en el extremo opuesto del corredor y vi la flaca figura del coronel Lysander Stark corriendo hacia nosotros con un farol en una mano y un arma parecida a una cuchilla de carnicero en la otra. Atravesé corriendo la habitación, abrí la ventana y miré al exterior. ¡Qué tranquilo, acogedor y saludable se veía el jardín a la luz de la luna! Y no podía estar a más de diez metros de distancia hacia abajo. Me encaramé al antepecho, pero no me decidí a saltar hasta haber oído lo que sucedía entre mi salvadora y el rufián que me perseguía. Si intentaba maltratarla, estaba decidido a volver en su ayuda, costara lo que costara. Apenas había tenido tiempo de pensar esto cuando él llegó a la puerta, apartando de un empujón a la mujer; pero ella le echó los brazos al cuello e intentó detenerlo.

—¡Fritz! ¡Fritz! —gritaba en inglés—. Recuerda lo que me prometiste después de la última vez. Dijiste que no volvería a ocurrir. ¡No dirá nada! ¡De verdad que no dirá nada!

—¡Estás loca, Elisa! —grito él, forcejeando para desembarazarse de ella—. ¡Será nuestra ruina! Este hombre ha visto demasiado. ¡Déjame pasar, te digo!

La arrojó a un lado y, corriendo a la ventana, me atacó con su pesada arma. Yo me había descolgado y estaba agarrado con los dedos a la ranura de la ventana, con las manos sobre el alféizar, cuando cayó el golpe. Sentí un dolor apagado, mi mano se soltó y caí al jardín.

La caída fue violenta, pero no sufrí ningún daño. Me incorporé, pues, y corrí entre los arbustos tan deprisa como pude, pues me daba cuenta de que aún no estaba fuera de peligro, ni mucho menos. Pero de pronto, mientras corría, se apoderó de mí un terrible mareo y casi me desmayé. Me miré la mano, que palpitaba dolorosamente, y entonces vi por vez primera que me habían cortado el dedo pulgar y que la sangre brotaba a chorros de la herida. Intenté vendármela con un pañuelo, pero entonces sentí un repentino zumbido en los oídos y al instante siguiente caí desvanecido entre los rosales.

No podría decir cuánto tiempo permanecí inconsciente. Tuvo que ser bastante tiempo, porque cuando recuperé el sentido la luna se había ocultado y empezaba a despuntar la mañana. Tenía las ropas empapadas de rocío y la manga de la chaqueta toda manchada de sangre de la herida. El dolor de la misma me hizo recordar en un instante todos los detalles de mi aventura nocturna, y me puse en pie de un salto, con la sensación de que aún no me encontraba a salvo de mis

perseguidores. Pero me llevé una gran sorpresa al mirar a mi alrededor y comprobar que no había ni rastro de la casa ni del jardín. Había estado tumbado en un rincón del seto, al lado de la carretera, y un poco más abajo había un edificio largo, que al acercarme a él resultó ser la misma estación a la que había llegado la noche antes. De no ser por la fea herida de mi mano, habría pensado que todo lo ocurrido durante aquellas terribles horas había sido una pesadilla.

Medio atontado, llegué a la estación y pregunté por el tren de la mañana. Salía uno para Reading en menos de una hora. Vi que estaba de servicio el mismo mozo que había visto al llegar. Le pregunté si había oído alguna vez hablar del coronel Lysander Stark. El nombre no le decía nada. ¿Se había fijado, la noche anterior, en el coche que me esperaba? No, no se había fijado. ¿Había una comisaría de policía cerca de la estación? Había una, a unas tres millas. Era demasiado lejos para mí, con lo débil y maltrecho que estaba. Decidí esperar hasta llegar a Londres para contarle mi historia a la policía. Eran poco más de las seis cuando llegué, fui antes que nada a que me curaran la herida, y luego el doctor tuvo la amabilidad de traerme aquí. Pongo el caso en sus manos, y haré exactamente lo que usted me aconseje.

Ambos guardamos silencio durante unos momentos después de escuchar este extraordinario relato. Entonces Sherlock Holmes cogió de un estante uno de los voluminosos libros en los que guardaba sus recortes.

—Aquí hay un anuncio que puede interesarle —dijo—. Apareció en todos los periódicos hace aproximadamente un año. Escuche: «Desaparecido el 9 del corriente, el señor Jeremiah Hayling, ingeniero hidráulico de 26 años. Salió de su domicilio a las diez de la noche y no se le ha vuelto a ver. Vestía, etc.». ¡Ajá! Imagino que ésta fue la última vez que el coronel tuvo necesidad de reparar su máquina.

—¡Cielo santo! —exclamó mi paciente—. ¡Eso explica lo que dijo la mujer!

—Sin duda alguna. Es evidente que el coronel es un hombre frío y temerario, absolutamente decidido a que nada se interponga en su juego, como aquellos piratas desalmados que no dejaban supervivientes en los barcos que abordaban. Bueno, no hay tiempo que perder, así que, si se siente usted capaz, nos pasaremos ahora mismo por Scotland Yard, como paso previo a nuestra visita a Eyford.

Unas tres horas después, nos encontrábamos todos en el tren que salía de Reading con destino al pueblecito de Berkshire. «Todos» éramos Sherlock Holmes, el ingeniero hidráulico, el inspector Bradstreet de Scotland Yard, un policía de paisano y yo. Bradstreet había desplegado sobre el asiento un mapa militar de la región y estaba muy ocupado con sus compases, trazando un círculo con Eyford como centro.

—Aquí lo tienen —dijo—. Este círculo tiene un radio de diez millas a partir del pueblo. El sitio que buscamos tiene que estar en algún punto cercano a esta línea.

Dijo usted diez millas, ¿no es así, señor?

—Fue un trayecto de una hora, a buena velocidad.

—¿Y piensa usted que lo trajeron de vuelta mientras se encontraba inconsciente?

—Tuvo que ser así. Conservo un vago recuerdo de haber sido levantado y llevado a alguna parte.

—Lo que no acabo de entender —dije yo— es por qué no lo mataron cuando lo encontraron sin sentido en el jardín. Puede que el asesino se ablandara ante las súplicas de la mujer.

—No me parece probable. Jamás en mi vida vi un rostro tan implacable.

—Bueno, pronto aclararemos eso —dijo Bradstreet—. Y ahora, una vez trazado el círculo, me gustaría saber en qué punto del mismo podremos encontrar a la gente que andamos buscando.

—Creo que podría señalarlo con el dedo —dijo Holmes tranquilamente.

—¡Válgame Dios! —exclamó el inspector—. ¡Ya se ha formado una opinión! Está bien, veamos quién está de acuerdo. Yo digo que está al sur, porque la región está menos poblada por esa parte.

—Y yo digo que al este —dijo mi paciente.

—Yo voto por el oeste —apuntó el policía de paisano—. Por esa parte hay varios pueblecitos muy tranquilos.

—Y yo voto por el norte —dije yo—, porque por ahí no hay colinas, y nuestro amigo ha dicho que no observó que el coche pasara por ninguna.

—Bueno —dijo el inspector echándose a reír—. No puede haber más diversidad de opiniones. Hemos recorrido toda la brújula. ¿A quién apoya usted con el voto decisivo?

—Todos se equivocan.

—Pero no es posible que nos equivoquemos todos.

—Oh, sí que lo es. Yo voto por este punto —colocó el dedo en el centro del círculo—. Aquí es donde los encontraremos.

—¿Y el recorrido de doce millas? —alegó Hatherley.

—Seis de ida y seis de vuelta. No puede ser más sencillo. Usted mismo dijo que el caballo se encontraba fresco y reluciente cuando usted subió al coche. ¿Cómo podía ser eso si había recorrido doce millas por caminos accidentados?

—Desde luego, es un truco bastante verosímil —comentó Bradstreet, pensativo —. Y, por supuesto, no hay dudas sobre a qué se dedica esa banda.

—Absolutamente ninguna —corroboró Holmes—. Son falsificadores de moneda a gran escala, y utilizan la máquina para hacer la amalgama con la que sustituyen a la plata.

—Hace bastante tiempo que sabemos de la existencia de una banda muy hábil — dijo el inspector—. Están poniendo en circulación monedas de media corona a millares. Les hemos seguido la pista hasta Reading, pero no pudimos pasar de ahí; han borrado sus huellas de una manera que indica que se trata de verdaderos expertos. Pero ahora, gracias a este golpe de suerte, creo que les echaremos el guante.

Pero el inspector se equivocaba, porque aquellos criminales no estaban destinados a caer en manos de la justicia.

Cuando entrábamos en la estación de Eyford vimos una gigantesca columna de humo que ascendía desde detrás de una pequeña arboleda cercana, cerniéndose sobre el paisaje como una inmensa pluma de avestruz.

—¿Un incendio en una casa? —preguntó Bradstreet, mientras el tren arrancaba de nuevo para seguir su camino.

—Sí, señor —dijo el jefe de estación.

—¿A qué hora se inició?

—He oído que durante la noche, señor, pero ha ido empeorando y ahora toda la casa está en llamas.

—¿De quién es la casa?

—Del doctor Becher.

—Dígame —interrumpió el ingeniero—, ¿este doctor Becher es alemán, muy flaco y con la nariz larga y afilada?

El jefe de estación se echó a reír de buena gana.

—No, señor; el doctor Becher es inglés, y no hay en toda la parroquia un hombre con el chaleco mejor forrado. Pero en su casa vive un caballero, creo que un paciente, que sí que es extranjero y al que, por su aspecto, no le vendría mal un buen filete de Berkshire.

Aún no había terminado de hablar el jefe de estación, y ya todos corríamos en dirección al incendio. La carretera remontaba una pequeña colina, y desde lo alto pudimos ver frente a nosotros un gran edificio encalado que vomitaba llamas por todas sus ventanas y aberturas, mientras en el jardín tres bombas de incendios se esforzaban en vano por dominar el fuego.

—¡Ésa es! —gritó Hatherley, tremendamente excitado—. ¡Ahí está el sendero de grava, y ésos son los rosales donde me caí. Aquella ventana del segundo piso es desde donde salté.

—Bueno, por lo menos ha conseguido usted vengarse —dijo Holmes—. No cabe duda de que fue su lámpara de aceite, al ser aplastada por la prensa, la que prendió fuego a las paredes de madera; pero ellos estaban tan ocupados persiguiéndole que no se dieron cuenta a tiempo. Ahora abra bien los ojos, por si puede reconocer entre toda esa gente a sus amigos de anoche, aunque mucho me temo que a estas horas se encuentran por lo menos a cien millas de aquí.

Los temores de Holmes se vieron confirmados, porque hasta la fecha no se ha vuelto a saber ni una palabra de la hermosa mujer, el siniestro alemán y el sombrío inglés. A primera hora de aquella mañana, un campesino se había cruzado con un coche que rodaba apresuradamente en dirección a Reading, cargado con varias personas y varias cajas muy voluminosas, pero allí se perdió la pista de los fugitivos, y ni siquiera el ingenio de Holmes fue capaz de descubrir el menor indicio de su paradero.

Los bomberos se sorprendieron mucho ante los extraños dispositivos que encontraron en la casa, y aún más al descubrir un pulgar humano recién cortado en el alféizar de una ventana del segundo piso. Hacia el atardecer sus esfuerzos dieron por fin resultados y lograron dominar el fuego, pero no sin que antes se desplomara el tejado y la casa entera quedara tan absolutamente reducida a ruinas que, exceptuando algunos cilindros retorcidos y algunas tuberías de hierro, no quedaba ni rastro de la maquinaria que tan cara había costado a nuestro desdichado ingeniero. En un cobertizo adyacente se encontraron grandes cantidades de níquel y estaño, pero ni una sola moneda, lo cual podría explicar aquellas cajas tan abultadas que ya hemos mencionado.

La manera en que nuestro ingeniero hidráulico fue trasladado desde el jardín hasta el punto donde recuperó el conocimiento habría quedado en el misterio, de no ser por el mantillo del jardín, que nos reveló una sencilla historia. Era evidente que había sido transportado por dos personas, una de ellas con los pies muy pequeños y la otra con pies extraordinariamente grandes. En conjunto, parecía bastante probable que el silencioso inglés, menos audaz o menos asesino que su compañero, hubiera ayudado a la mujer a trasladar al hombre inconsciente fuera del peligro.

—¡Bonito negocio he hecho! —dijo nuestro ingeniero en tono de queja mientras ocupábamos nuestros asientos para regresar a Londres—. He perdido un dedo, he perdido unos honorarios de cincuenta guineas... y qué es lo que he ganado?

—Experiencia —dijo Holmes, echándose a reír—. En cierto modo, puede resultarle muy valiosa. No tiene más que ponerla en forma de palabras para ganarse una reputación de persona interesante para el resto de su vida.

10. El aristócrata solterón

Hace ya mucho tiempo que el matrimonio de lord St. Simon y la curiosa manera en que terminó dejaron de ser temas de interés en los selectos círculos en los que se mueve el infortunado novio. Nuevos escándalos lo han eclipsado, y sus detalles más picantes han acaparado las murmuraciones, desviándolas de este drama que ya tiene cuatro años de antigüedad. No obstante, como tengo razones para creer que los hechos completos no se han revelado nunca al público en general, y dado que mi amigo Sherlock Holmes desempeñó un importante papel en el esclarecimiento del asunto, considero que ninguna biografía suya estaría completa sin un breve resumen de este notable episodio.

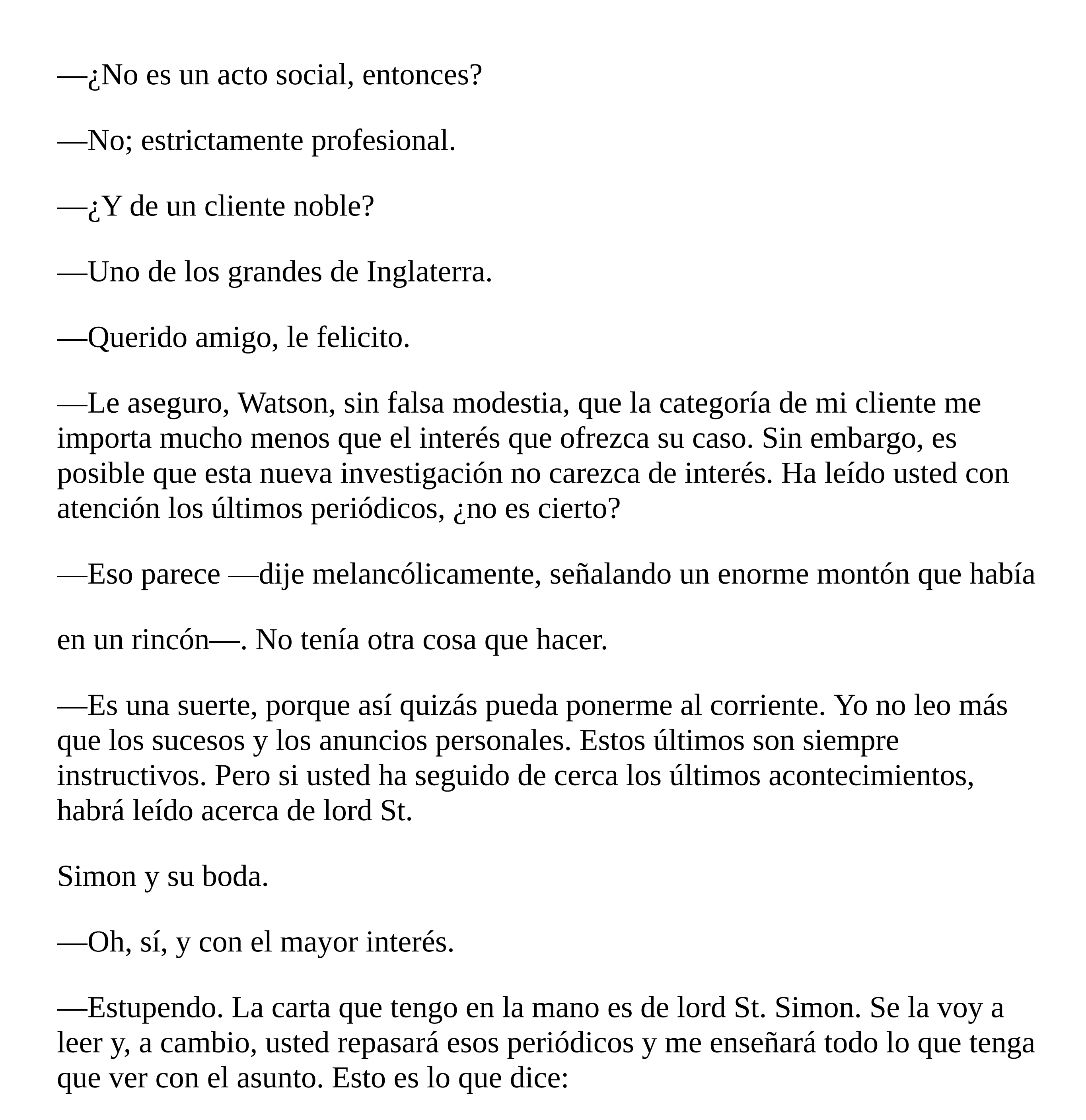
Pocas semanas antes de mi propia boda, cuando aún compartía con Holmes el apartamento de Baker Street, mi amigo regresó a casa después de un paseo y encontró una carta aguardándole encima de la mesa. Yo me había quedado en casa todo el día, porque el tiempo se había puesto de repente muy lluvioso, con fuertes vientos de otoño, y la bala que me había traído dentro del cuerpo como recuerdo de mi campaña de Afganistán palpitaba con monótona persistencia. Tumbado en una poltrona con una pierna encima de otra, me había rodeado de una nube de periódicos hasta que, saturado al fin de noticias, los tiré a un lado y me quedé postrado e inerte, contemplando el escudo y las iniciales del sobre que había encima de la mesa, y preguntándome perezosamente quién sería aquel noble que escribía a mi amigo.

—Tiene una carta de lo más elegante —comenté al entrar él—. Si no recuerdo mal, las cartas de esta mañana eran de un pescadero y de un aduanero del puerto.

—Sí, desde luego, mi correspondencia tiene el encanto de la variedad —respondió él, sonriendo—. Y, por lo general, las más humildes son las más interesantes. Ésta parece una de esas molestas convocatorias sociales que le obligan a uno a aburrirse o a mentir.

Rompió el lacre y echó un vistazo al contenido.

—¡Ah, caramba! ¡Después de todo, puede que resulte interesante!



—¿No es un acto social, entonces?

—No; estrictamente profesional.

—¿Y de un cliente noble?

—Uno de los grandes de Inglaterra.

—Querido amigo, le felicito.

—Le aseguro, Watson, sin falsa modestia, que la categoría de mi cliente me importa mucho menos que el interés que ofrezca su caso. Sin embargo, es posible que esta nueva investigación no carezca de interés. Ha leído usted con atención los últimos periódicos, ¿no es cierto?

—Eso parece —dije melancólicamente, señalando un enorme montón que había

en un rincón—. No tenía otra cosa que hacer.

—Es una suerte, porque así quizás pueda ponerme al corriente. Yo no leo más que los sucesos y los anuncios personales. Estos últimos son siempre instructivos. Pero si usted ha seguido de cerca los últimos acontecimientos, habrá leído acerca de lord St.

Simon y su boda.

—Oh, sí, y con el mayor interés.

—Estupendo. La carta que tengo en la mano es de lord St. Simon. Se la voy a leer y, a cambio, usted repasará esos periódicos y me enseñará todo lo que tenga que ver con el asunto. Esto es lo que dice:

«Querido señor Sherlock Holmes: Lord Backwater me asegura que puedo confiar plenamente en su juicio y discreción. Así pues, he decidido hacerle una visita para consultarle con respecto al dolorosísimo suceso acaecido en relación con mi boda. El señor Lestrade, de Scotland Yard, se encuentra ya trabajando en el asunto, pero me ha asegurado que no hay inconveniente alguno en que usted coopere, e incluso cree que podría resultar de alguna ayuda. Pasaré a verle a las cuatro de la tarde, y le agradecería que aplazara cualquier otro compromiso que pudiera tener a esa hora, ya que el asunto es de trascendental importancia. Suyo

afectísimo, ROBERT ST. SIMON.»

—Está fechada en Grosvenor Mansions, escrita con pluma de ave, y el noble señor ha tenido la desgracia de mancharse de tinta la parte de fuera de su meñique derecho — comentó Holmes, volviendo a doblar la carta.

—Dice que a las cuatro, y ahora son las tres. Falta una hora para que venga.

—Entonces, tengo el tiempo justo, contando con su ayuda, para ponerme al corriente del tema. Repase esos periódicos y ordene los artículos por orden de fechas, mientras yo miro quién es nuestro cliente —sacó un volumen de tapas rojas de una hilera de libros de referencia que había junto a la repisa de la chimenea—. Aquí está —dijo, sentándose y abriéndolo sobre las rodillas —.«Robert Walsingham de Vere St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral»... ¡Hum! Escudo: Campo de azur, con tres abrojos en jefe sobre banda de sable. Nacido en 1846. Tiene, pues, cuarenta y un años, que es una edad madura para casarse. Fue subsecretario de las colonias en una administración anterior. El duque, su padre, fue durante algún tiempo ministro de Asuntos Exteriores. Han heredado sangre de los Plantagenet por vía directa y de los Tudor por vía materna. ¡Ajá! Bueno, en todo esto no hay nada que resulte muy instructivo. Creo que dependo de usted, Watson, para obtener datos más sólidos.

—Me resultará muy fácil encontrar lo que busco —dije yo—, porque los hechos son bastante recientes y el asunto me llamó bastante la atención. Sin embargo, no me atrevía a hablarle del tema, porque sabía que tenía una investigación entre manos y que no le gusta que se entrometan otras cosas.

—Ah, se refiere usted al insignificante problema del furgón de muebles de Grosvenor Square. Eso ya está aclarado de sobra... aunque la verdad es que era evidente desde un principio. Por favor, deme los resultados de su selección de prensa.

—Aquí está la primera noticia que he podido encontrar. Está en la columna personal del Morning Post y, como ve, lleva fecha de hace unas semanas. «Se ha concertado una boda», dice, «que, si los rumores son ciertos, tendrá lugar dentro de muy poco, entre lord Robert St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral, y la señorita Hatty Doran, hija única de Aloysius Doran, de San Francisco, California, EE.UU.» Eso es todo.

—Escueto y al grano —comentó Holmes, extendiendo hacia el fuego sus largas

y delgadas piernas.

—En la sección de sociedad de la misma semana apareció un párrafo ampliando lo anterior. ¡Ah, aquí está!: «Pronto será necesario imponer medidas de protección sobre el mercado matrimonial, en vista de que el principio de libre comercio parece actuar decididamente en contra de nuestro producto nacional. Una tras otra, las grandes casas nobiliarias de Gran Bretaña van cayendo en manos de nuestras bellas primas del otro lado del Atlántico. Durante la última semana se ha producido una importante incorporación a la lista de premios obtenidos por estas encantadoras invasoras. Lord St. Simon, que durante más de veinte años se había mostrado inmune a las flechas del travieso dios, ha anunciado de manera oficial su próximo enlace con la señorita Hatty Doran, la fascinante hija de un millonario californiano. La señorita Doran, cuya atractiva figura y bello rostro atrajeron mucha atención en las fiestas de Westbury House, es hija única y se rumorea que su dote está muy por encima de las seis cifras, y que aún podría aumentar en el futuro. Teniendo en cuenta que es un secreto a voces que el duque de Balmoral se ha visto obligado a vender su colección de pintura en los últimos años, y que lord St. Simon carece de propiedades, si exceptuamos la pequeña finca de Birchmoor, parece evidente que la heredera californiana no es la única que sale ganando con una alianza que le permitirá realizar la fácil y habitual transición de dama republicana a aristócrata británica».

—¿Algo más? —preguntó Holmes, bostezando.

—Oh, sí, mucho. Hay otro párrafo en el Morning Post diciendo que la boda sería un acto absolutamente privado, que se celebraría en San Jorge, en Hanover Square, que sólo se invitaría a media docena de amigos íntimos, y que luego todos se reunirían en una casa amueblada de Lancaster Gate, alquilada por el señor Aloysius Doran. Dos días después... es decir, el miércoles pasado... hay una breve noticia de que la boda se ha celebrado y que los novios pasarían la luna de miel en casa de lord Backwater, cerca de Petersfield. Éstas son todas las noticias que se publicaron antes de la desaparición de la novia.

—¿Antes de qué? —preguntó Holmes con sobresalto.

—De la desaparición de la dama.

—¿Y cuándo desapareció?

—Durante el almuerzo de boda.

—Caramba. Esto es más interesante de lo que yo pensaba; y de lo más dramático.

—Sí, a mí me pareció un poco fuera de lo corriente.

—Muchas novias desaparecen antes de la ceremonia, y alguna que otra durante la luna de miel; pero no recuerdo nada tan súbito como esto. Por favor, déme detalles.

—Le advierto que son muy incompletos.

—Quizás podamos hacer que lo sean menos.

—Lo poco que se sabe viene todo seguido en un solo artículo publicado ayer por la mañana, que voy a leerle. Se titula «Extraño incidente en una boda de alta sociedad».

«La familia de lord Robert St. Simon ha quedado sumida en la mayor consternación por los extraños y dolorosos sucesos ocurridos en relación con su boda. La ceremonia, tal como se anunciaba brevemente en la prensa de ayer, se celebró anteayer por la mañana, pero hasta hoy no había sido posible confirmar los extraños rumores que circulaban de manera insistente. A pesar de los esfuerzos de los amigos por silenciar el asunto, éste ha atraído de tal modo la atención del público que de nada serviría fingir desconocimiento de un tema que está en todas las conversaciones.

La ceremonia, que se celebró en la iglesia de San Jorge, en Hanover Square, tuvo lugar en privado, asistiendo tan sólo el padre de la novia, señor Aloysius Doran, la duquesa de Balmoral, lord Backwater, lord Eustace y lady Clara St. Simon (hermano menor y hermana del novio), y lady Alicia Whittington. A continuación, el cortejo se dirigió a la casa del señor Aloysius Doran, en Lancaster Gate, donde se había preparado un almuerzo. Parece que allí se produjo un pequeño incidente, provocado por una mujer cuyo nombre no se ha podido confirmar, que intentó penetrar por la fuerza en la casa tras el cortejo nupcial, alegando ciertas reclamaciones que tenía que hacerle a lord St. Simon. Tras una larga y bochornosa escena, el mayordomo y un lacayo consiguieron expulsarla. La novia, que afortunadamente había entrado en la casa antes de esta desagradable interrupción, se había sentado a almorzar con los demás cuando se

quejó de una repentina indisposición y se retiró a su habitación.

Como su prolongada ausencia empezaba a provocar comentarios, su padre fue a buscarla; pero la doncella le dijo que sólo había entrado un momento en su habitación para coger un abrigo y un sombrero, y que luego había salido a toda prisa por el pasillo. Uno de los lacayos declaró haber visto salir de la casa a una señora cuya vestimenta respondía a la descripción, pero se negaba a creer que fuera la novia, por estar convencido de que ésta se encontraba con los invitados. Al comprobar que su hija había desaparecido, el señor Aloysius Doran, acompañado por el novio, se puso en contacto con la policía sin pérdida de tiempo, y en la actualidad se están llevando a cabo intensas investigaciones, que probablemente no tardarán en esclarecer este misterioso asunto. Sin embargo, a últimas horas de esta noche todavía no se sabía nada del paradero de la dama desaparecida. Los rumores se han desatado, y se dice que la policía ha detenido a la mujer que provocó el incidente, en la creencia de que, por celos o algún otro motivo, pueda estar relacionada con la misteriosa desaparición de la novia.»

—¿Y eso es todo?

—Sólo hay una notita en otro de los periódicos, pero bastante sugerente.

—¿Qué dice?

—Que la señorita Flora Millar, la dama que provocó el incidente, había sido detenida. Parece que es una antigua bailarina del Allegro, y que conocía al novio desde hace varios años. No hay más detalles, y el caso queda ahora en sus manos... Al menos, tal como lo ha expuesto la prensa.

—Y parece tratarse de un caso sumamente interesante. No me lo perdería por nada del mundo. Pero creo que llaman a la puerta, Watson, y dado que el reloj marca poco más de las cuatro, no me cabe duda de que aquí llega nuestro aristocrático cliente. No se le ocurra marcharse, Watson, porque me interesa mucho tener un testigo, aunque sólo sea para confirmar mi propia memoria.

—El señor Robert St. Simon —anunció nuestro botones, abriendo la puerta de par en par, para dejar entrar a un caballero de rostro agradable y expresión inteligente, altivo y pálido, quizás con algo de petulancia en el gesto de la boca, y con la mirada firme y abierta de quien ha tenido la suerte de nacer para mandar y ser obedecido. Aunque sus movimientos eran vivos, su aspecto general daba una errónea impresión de edad, porque iba ligeramente encorvado y se le

doblaban un poco las rodillas al andar. Además, al quitarse el sombrero de ala ondulada, vimos que sus cabellos tenían las puntas grises y empezaban a clarear en la coronilla. En cuanto a su atuendo, era perfecto hasta rayar con la afectación: cuello alto, levita negra, chaleco blanco, guantes amarillos, zapatos de charol y polainas de color claro. Entró despacio en la habitación, girando la cabeza de izquierda a derecha y balanceando en la mano derecha el cordón del que colgaban sus gafas con montura de oro.

—Buenos días, lord St. Simon —dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia—. Por favor, siéntese en la butaca de mimbre. Éste es mi amigo y colaborador, el doctor Watson. Acérquese un poco al fuego y hablaremos del asunto.

—Un asunto sumamente doloroso para mí, como podrá usted imaginar, señor Holmes. Me ha herido en lo más hondo. Tengo entendido, señor, que usted ya ha intervenido en varios casos delicados, parecidos a éste, aunque supongo que no afectarían a personas de la misma clase social.

—En efecto, voy descendiendo.

—¿Cómo dice?

—Mi último cliente de este tipo fue un rey.

—¡Caramba! No tenía ni idea. ¿Y qué rey?

—El rey de Escandinavia.

—¿Cómo? ¿También desapareció su esposa?

—Como usted comprenderá —dijo Holmes suavemente—, aplico a los asuntos de mis otros clientes la misma reserva que le prometo aplicar a los suyos.

—¡Naturalmente! ¡Tiene razón, mucha razón! Le pido mil perdones. En cuanto a mi caso, estoy dispuesto a proporcionarle cualquier información que pueda ayudarle a formarse una opinión.

—Gracias. Sé todo lo que ha aparecido en la prensa, pero nada más. Supongo que puedo considerarlo correcto... Por ejemplo, este artículo sobre la desaparición de la novia.

El señor St. Simon le echó un vistazo.

—Sí, es más o menos correcto en lo que dice.

—Pero hace falta mucha información complementaria para que alguien pueda adelantar una opinión. Creo que el modo más directo de conocer los hechos sería preguntarle a usted.

—Adelante.

—¿Cuándo conoció usted a la señorita Hatty Doran?

—Hace un año, en San Francisco.

—¿Estaba usted de viaje por los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Fue entonces cuando se prometieron?

—No.

—¿Pero su relación era amistosa?

—A mí me divertía estar con ella, y ella se daba cuenta de que yo me divertía.

—¿Es muy rico su padre?

—Dicen que es el hombre más rico de la Costa Oeste.

—¿Y cómo adquirió su fortuna?

—Con las minas. Hace unos pocos años no tenía nada. Entonces, encontró oro, invirtió y subió como un cohete.

—Veamos: ¿qué impresión tiene usted sobre el carácter de la señorita... es decir, de su esposa?

El noble aceleró el balanceo de sus gafas y se quedó mirando al fuego.

—Verá usted, señor Holmes —dijo—. Mi esposa tenía ya veinte años cuando su

padre se hizo rico. Se había pasado la vida correteando por un campamento minero y vagando por bosques y montañas, de manera que su educación debe más a la naturaleza que a los maestros de escuela. Es lo que en Inglaterra llamaríamos una buena pieza, con un carácter fuerte, impetuoso y libre, no sujeto a tradiciones de ningún tipo. Es impetuosa... hasta diría que volcánica. Toma decisiones con rapidez y no vacila en llevarlas a la práctica. Por otra parte, yo no le habría dado el apellido que tengo el honor de llevar —soltó una tosecilla solemne— si no pensara que tiene un fondo de nobleza. Creo que es capaz de sacrificios heroicos y que cualquier acto deshonroso la repugnaría.

—¿Tiene una fotografía suya?

—He traído esto.

Abrió un medallón y nos mostró el retrato de una mujer muy hermosa. No se trataba de una fotografía, sino de una miniatura sobre marfil, y el artista había sacado el máximo partido al lustroso cabello negro, los ojos grandes y oscuros y la exquisita boca. Holmes lo miró con gran atención durante un buen rato. Luego cerró el medallón y se lo devolvió a lord St. Simon.

—Así pues, la joven vino a Londres y aquí reanudaron sus relaciones.

—Sí, su padre la trajo a pasar la última temporada en Londres. Nos vimos varias veces, nos prometimos y por fin nos casamos.

—Tengo entendido que la novia aportó una dote considerable.

—Una buena dote. Pero no mayor de lo habitual en mi familia.

—Y, por supuesto, la dote es ahora suya, puesto que el matrimonio es un hecho consumado.

—La verdad, no he hecho averiguaciones al respecto.

—Es muy natural. ¿Vio usted a la señorita Doran el día antes de la boda?

—Sí.

—¿Estaba ella de buen humor?

—Mejor que nunca. No paraba de hablar de la vida que llevaríamos en el futuro.

—Vaya, vaya. Eso es muy interesante. ¿Y la mañana de la boda?

—Estaba animadísima... Por lo menos, hasta después de la ceremonia.

—¿Y después observó usted algún cambio en ella?

—Bueno, a decir verdad, fue entonces cuando advertí las primeras señales de que su temperamento es un poquitín violento. Pero el incidente fue demasiado trivial como para mencionarlo, y no puede tener ninguna relación con el caso.

—A pesar de todo, le ruego que nos lo cuente.

—Oh, es una niñería. Cuando íbamos hacia la sacristía se le cayó el ramo. Pasaba en aquel momento por la primera fila de reclinatorios, y se le cayó en uno de ellos. Hubo un instante de demora, pero el caballero del reclinatorio se lo devolvió y no parecía que se hubiera estropeado con la caída. Aun así, cuando le mencioné el asunto, me contestó bruscamente; y luego, en el coche, camino de casa, parecía absurdamente agitada por aquella insignificancia.

—Vaya, vaya. Dice usted que había un caballero en el reclinatorio. Según eso, había algo de público en la boda, ¿no?

—Oh, sí. Es imposible evitarlo cuando la iglesia está abierta.

—El caballero en cuestión, ¿no sería amigo de su esposa?

—No, no; le he llamado caballero por cortesía, pero era una persona bastante vulgar. Apenas me fijé en su aspecto. Pero creo que nos estamos desviando del tema.

—Así pues, la señora St. Simon regresó de la boda en un estado de ánimo menos jubiloso que el que tenía al ir. ¿Qué hizo al entrar de nuevo en casa de su padre?

—La vi mantener una conversación con su doncella.

—¿Y quién es esta doncella?

—Se llama Alice. Es norteamericana y vino de California con ella.

—¿Una doncella de confianza?

—Quizás demasiado. A mí me parecía que su señora le permitía excesivas libertades. Aunque, por supuesto, en América estas cosas se ven de un modo diferente.

—¿Cuánto tiempo estuvo hablando con esta Alice?

—Oh, unos minutos. Yo tenía otras cosas en que pensar.

—¿No oyó usted lo que decían?

—La señora St. Simon dijo algo acerca de «pisarle a otro la licencia». Solía utilizar esa jerga de los mineros para hablar. No tengo ni idea de lo que quiso decir con eso.

—A veces, la jerga norteamericana resulta muy expresiva. ¿Qué hizo su esposa cuando terminó de hablar con la doncella?

—Entró en el comedor.

—¿Del brazo de usted?

—No, sola. Era muy independiente en cuestiones de poca monta como ésa. Y luego, cuando llevábamos unos diez minutos sentados, se levantó con prisas, murmuró unas palabras de disculpa y salió de la habitación. Ya no la volvimos a ver.

—Pero, según tengo entendido, esta doncella, Alice, ha declarado que su esposa fue a su habitación, se puso un abrigo largo para tapar el vestido de novia, se caló un sombrero y salió de la casa.

—Exactamente. Y más tarde la vieron entrando en Hyde Park en compañía de Flora Millar, una mujer que ahora está detenida y que ya había provocado un incidente en casa del señor Doran aquella misma mañana.

—Ah, sí. Me gustaría conocer algunos detalles sobre esta dama y sus relaciones con usted.

Lord St. Simon se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Durante algunos años hemos mantenido relaciones amistosas... podría decirse que muy amistosas. Ella trabajaba en el Allegro. La he tratado con generosidad, y no tiene ningún motivo razonable de queja contra mí, pero ya sabe usted cómo son las mujeres, señor Holmes. Flora era encantadora, pero demasiado atolondrada, y sentía devoción por mí. Cuando se enteró de que me iba a casar, me escribió unas cartas terribles; y, a decir verdad, la razón de que la boda se celebrara en la intimidad fue que yo temía que diese un escándalo en la iglesia. Se presentó en la puerta de la casa del señor Doran cuando nosotros acabábamos de volver, e intentó abrirse paso a empujones, pronunciando frases muy injuriosas contra mi esposa, e incluso amenazándola, pero yo había previsto la posibilidad de que ocurriera algo semejante, y había dado instrucciones al servicio, que no tardó en expulsarla. Se tranquilizó en cuanto vio que no sacaría nada con armar alboroto.

—¿Su esposa oyó todo esto?

—No, gracias a Dios, no lo oyó.

—¿Pero más tarde la vieron paseando con esta misma mujer?

—Sí. Y al señor Lestrade, de Scotland Yard, eso le parece muy grave. Cree que Flora atrajo con engaños a mi esposa hacia alguna terrible trampa.

—Bueno, es una suposición que entra dentro de lo posible.

—¿También usted lo cree?

—No dije que fuera probable. ¿Le parece probable a usted?

—Yo no creo que Flora sea capaz de hacer daño a una mosca.

—No obstante, los celos pueden provocar extraños cambios en el carácter. ¿Podría decirme cuál es su propia teoría acerca de lo sucedido?

—Bueno, en realidad he venido aquí en busca de una teoría, no a exponer la mía. Le he dado todos los datos. Sin embargo, ya que lo pregunta, puedo decirle que se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que la emoción de la boda y la conciencia de haber dado un salto social tan inmenso le hayan provocado a mi esposa algún pequeño trastorno nervioso de naturaleza transitoria.

—En pocas palabras, que sufrió un arrebato de locura.

—Bueno, la verdad, si consideramos que ha vuelto la espalda... no digo a mí, sino a algo a lo que tantas otras han aspirado sin éxito... me resulta difícil hallar otra explicación.

—Bien, desde luego, también es una hipótesis concebible —dijo Holmes sonriendo—. Y ahora, lord St. Simon, creo que ya dispongo de casi todos los datos. ¿Puedo preguntar si en la mesa estaban ustedes sentados de modo que pudieran ver por la ventana?

—Podíamos ver el otro lado de la calle, y el parque.

—Perfecto. En tal caso, creo que no necesito entretenerlo más tiempo. Ya me pondré en comunicación con usted.

—Si es que tiene la suerte de resolver el problema —dijo nuestro cliente, levantándose de su asiento.

—Ya lo he resuelto.

—¿Eh? ¿Cómo dice?

—Digo que ya lo he resuelto.

—Entonces, ¿dónde está mi esposa?

—Ése es un detalle que no tardaré en proporcionarle.

Lord St. Simon meneó la cabeza.

—Me temo que esto exija cabezas más inteligentes que la suya o la mía —comentó, y tras una pomposa inclinación, al estilo antiguo, salió de la habitación.

—El bueno de lord St. Simon me hace un gran honor al colocar mi cabeza al mismo nivel que la suya —dijo Sherlock Holmes, echándose a reír—. Después de tanto interrogatorio, no me vendrá mal un poco de whisky con soda. Ya había sacado mis conclusiones sobre el caso antes de que nuestro cliente entrara en la habitación.

—¡Pero Holmes!

—Tengo en mi archivo varios casos similares, aunque, como le dije antes, ninguno tan precipitado. Todo el interrogatorio sirvió únicamente para convertir mis conjeturas en certeza. En ocasiones, la evidencia circunstancial resulta muy convincente, como cuando uno se encuentra una trucha en la leche, por citar el ejemplo de Thoreau.

—Pero yo he oído todo lo que ha oído usted.

—Pero sin disponer del conocimiento de otros casos anteriores, que a mí me ha sido muy útil. Hace años se dio un caso muy semejante en Aberdeen, y en Munich, al año siguiente de la guerra franco-prusiana, ocurrió algo muy parecido. Es uno de esos casos... Pero ¡caramba, aquí viene Lestrade! Buenas tardes, Lestrade. Encontrará usted otro vaso encima del aparador, y aquí en la caja tiene cigarros.

El inspector de policía vestía chaqueta y corbata marineras, que le daban un aspecto decididamente náutico, y llevaba en la mano una bolsa de lona negra. Con un breve saludo, se sentó y encendió el cigarro que le ofrecían.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Holmes con un brillo malicioso en los ojos —. Parece usted descontento.

—Y estoy descontento. Es este caso infernal de la boda de St. Simon. No le encuentro ni pies ni cabeza al asunto.

—¿De verdad? Me sorprende usted.

—¿Cuándo se ha visto un asunto tan lioso? Todas las pistas se me escurren entre los dedos. He estado todo el día trabajando en ello.

—Y parece que ha salido mojadísimo del empeño —dijo Holmes, tocándole la manga de la chaqueta marinera.

—Sí, es que he estado dragando el Serpentine.

—¿Y para qué, en nombre de todos los santos?

—En busca del cuerpo de lady St. Simon.

Sherlock Holmes se echó hacia atrás en su asiento y rompió en carcajadas.

—¿Y no se le ha ocurrido dragar la pila de la fuente de Trafalgar Square?

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Pues que tiene usted tantas posibilidades de encontrar a la dama en un sitio como en otro.

Lestrade le dirigió a mi compañero una mirada de furia.

—Supongo que usted ya lo sabe todo —se burló.

—Bueno, acabo de enterarme de los hechos, pero ya he llegado a una conclusión.

—¡Ah, claro! Y no cree usted que el Serpentine intervenga para nada en el asunto. —Lo considero muy improbable.

—Entonces, tal vez tenga usted la bondad de explicar cómo es que encontramos esto en él —y diciendo esto, abrió la bolsa y volcó en el suelo su contenido; un vestido de novia de seda tornasolada, un par de zapatos de raso blanco, una guirnalda y un velo de novia, todo ello descolorido y empapado. Encima del montón colocó un anillo de boda nuevo—. Aquí tiene, maestro Holmes. A ver cómo casca usted esta nuez.

—Vaya, vaya —dijo mi amigo, lanzando al aire anillos de humo azulado—. ¿Ha encontrado usted todo eso al dragar el Serpentine?

—No, lo encontró un guarda del parque, flotando cerca de la orilla. Han sido identificadas como las prendas que vestía la novia, y me pareció que si la ropa estaba allí, el cuerpo no se encontraría muy lejos.

—Según ese brillante razonamiento, todos los cadáveres deben encontrarse cerca de un armario ropero. Y dígame, por favor, ¿qué esperaba obtener con todo esto?

—Alguna prueba que complicara a Flora Millar en la desaparición.

—Me temo que le va a resultar difícil.

—¿Conque eso se teme, eh? —exclamó Lestrade, algo picado—. Pues yo me temo, Holmes, que sus deducciones y sus inferencias no le sirven de gran cosa. Ha metido dos veces la pata en otros tantos minutos. Este vestido acusa a la señorita Flora Millar.

—¿Y de qué manera?

—En el vestido hay un bolsillo. En el bolsillo hay un tarjetero. En el tarjetero hay una nota. Y aquí está la nota —la plantó de un manotazo en la mesa, delante de él—. Escuche esto: «Nos veremos cuando todo esté arreglado. Ven en seguida. F H. M.». Pues bien, desde un principio mi teoría ha sido que lady St. Simon fue atraída con engaños por Flora Millar, y que ésta, sin duda con ayuda de algunos cómplices, es responsable de su desaparición. Aquí, firmada con sus iniciales, está la nota que sin duda le pasó disimuladamente en la puerta, y que sirvió de cebo para atraerla hasta sus manos.

—Muy bien, Lestrade —dijo Holmes, riendo—. Es usted fantástico. Déjeme verlo — cogió el papel con indiferencia, pero algo le llamó la atención al instante, haciéndole emitir un grito de satisfacción.

—¡Esto sí que es importante! —dijo.

—¡Vaya! ¿Le parece a usted?

—Ya lo creo. Le felicito calurosamente.

Lestrade se levantó con aire triunfal e inclinó la cabeza para mirar.

—¡Pero...! —exclamó—. ¡Si lo está usted mirando por el otro lado!

—Al contrario, éste es el lado bueno.

—¿El lado bueno? ¡Está usted loco! ¡La nota escrita a lápiz está por aquí!

—Pero por aquí hay algo que parece un fragmento de una factura de hotel, que es lo que me interesa, y mucho.

—Eso no significa nada. Ya me había fijado —dijo Lestrade—. «4 de octubre, habitación 8 chelines, desayuno 2 chelines y 6 peniques, cóctel 1 chelín, comida 2 chelines y 6 peniques, vaso de jerez 8 peniques.» Yo no veo nada ahí.

—Probablemente, no. Pero aun así, es muy importante. También la nota es importante, o al menos lo son las iniciales, así que le felicito de nuevo.

—Ya he perdido bastante tiempo —dijo Lestrade, poniéndose en pie—. Yo creo en el trabajo duro, y no en sentarme junto a la chimenea urdiendo bellas teorías. Buenos días, señor Holmes, y ya veremos quién llega antes al fondo del asunto — recogió las prendas, las metió otra vez en la bolsa y se dirigió a la puerta.

—Le voy a dar una pequeña pista, Lestrade —dijo Holmes lentamente—. Voy a decirle la verdadera solución del asunto. Lady St. Simon es un mito. No existe ni existió nunca semejante persona.

Lestrade miró con tristeza a mi compañero. Luego se volvió a mí, se dio tres golpecitos en la frente, meneó solemnemente la cabeza y se marchó con prisas. Apenas se había cerrado la puerta tras él, cuando Sherlock Holmes se levantó y se puso su abrigo.

—Algo de razón tiene este buen hombre en lo que dice sobre el trabajo de campo — comentó—. Así pues, Watson, creo que tendré que dejarle algún tiempo solo con sus periódicos.

Eran más de las cinco cuando Sherlock Holmes se marchó, pero no tuve tiempo de aburrirme, porque antes de que transcurriera una hora llegó un recadero con una gran caja plana, que procedió a desenvolver con ayuda de un muchacho que le acompañaba. Al poco rato, y con gran asombro por mi parte, sobre nuestra modesta mesa de caoba se desplegaba una cena fría totalmente epicúrea. Había un par de cuartos de becada fría, un faisán, un pastel de foie-gras y varias botellas añejas, cubiertas de telarañas. Tras extender todas aquellas delicias, los dos visitantes se esfumaron como si fueran genios de las Mil y Una Noches, sin dar explicaciones, aparte de que las viandas estaban pagadas y que les habían encargado llevarlas a nuestra dirección.

Poco antes de las nueve, Sherlock Holmes entró a paso rápido en la sala. Traía una expresión seria, pero había un brillo en sus ojos que me hizo pensar que no le habían fallado sus suposiciones.

—Veo que han traído la cena —dijo, frotándose las manos.

—Parece que espera usted invitados. Han traído bastante para cinco personas.

—Sí, me parece muy posible que se deje caer por aquí alguna visita —dijo—. Me sorprende que lord St. Simon no haya llegado aún. ¡Ajá! Creo que oigo sus pasos en la escalera.

Era, en efecto, nuestro visitante de por la mañana, que entró como una tromba, balanceando sus lentes con más fuerza que nunca y con una expresión de absoluto desconcierto en sus aristocráticas facciones.

—Veo que mi mensajero dio con usted —dijo Holmes.

—Sí, y debo confesar que el contenido del mensaje me dejó absolutamente perplejo. ¿Tiene usted un buen fundamento para lo que dice?

—El mejor que se podría tener.

Lord St. Simon se dejó caer en un sillón y se pasó la mano por la frente.

—¿Qué dirá el duque —murmuró— cuando se entere de que un miembro de su familia ha sido sometido a semejante humillación?

—Ha sido puro accidente. Yo no veo que haya ninguna humillación.

—Ah, usted mira las cosas desde otro punto de vista.

—Yo no creo que se pueda culpar a nadie. A mi entender, la dama no podía actuar de otro modo, aunque la brusquedad de su proceder sea, sin duda, lamentable. Al carecer de madre, no tenía a nadie que la aconsejara en esa crisis.

—Ha sido un desaire, señor, un desaire público —dijo lord St. Simon, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Debe usted ser indulgente con esta pobre muchacha, colocada en una situación tan sin precedentes.

—Nada de indulgencias. Estoy verdaderamente indignado, y he sido víctima de un abuso vergonzoso.

—Creo que ha sonado el timbre —dijo Holmes—. Sí, se oyen pasos en el vestíbulo. Si yo no puedo convencerle de que considere el asunto con mejores ojos, lord St. Simon, he traído un abogado que quizás tenga más éxito.

Abrió la puerta e hizo entrar a una dama y a un caballero.

—Lord St. Simon —dijo—: permítame que le presente al señor Francis Hay Moulton y señora. A la señora creo que ya la conocía.

Al ver a los recién llegados, nuestro cliente se había puesto en pie de un salto y permanecía muy tieso, con la mirada gacha y la mano metida bajo la pechera de su levita, convertido en la viva imagen de la dignidad ofendida. La dama se había adelantado rápidamente para ofrecerle la mano, pero él siguió negándose a levantar la vista. Posiblemente, ello le ayudó a mantener su resolución, pues la mirada suplicante de la mujer era difícil de resistir.

—Estás enfadado, Robert —dijo ella—. Bueno, supongo que te sobran motivos.

—Por favor, no te molestes en ofrecer disculpas —dijo lord St. Simon en tono amargado.

—Oh, sí, ya sé que te he tratado muy mal, y que debería haber hablado contigo antes de marcharme; pero estaba como atontada, y desde que vi aquí a Frank, no supe lo que hacía ni lo que decía. No me explico cómo no caí desmayada delante mismo del altar.

—¿Desea usted, señora Moulton, que mi amigo y yo salgamos de la habitación mientras usted se explica?

—Si se me permite dar una opinión —intervino el caballero desconocido—, ya ha habido demasiado secreto en este asunto. Por mi parte, me gustaría que Europa y América enteras oyeran las explicaciones.

Era un hombre de baja estatura, fibroso, tostado por el sol, de expresión avispada y movimientos ágiles.

—Entonces, contaré nuestra historia sin más preámbulo —dijo la señora—. Frank y yo nos conocimos en el 81, en el campamento minero de McQuire, cerca de las Rocosas, donde papá explotaba una mina. Nos hicimos novios, Frank y yo, pero un día papá dio con una buena veta y se forró de dinero, mientras el pobre Frank tenía una mina que fue a menos y acabó en nada. Cuanto más rico se hacía papá, más pobre era Frank; llegó un momento en que papá se negó a que nuestro compromiso siguiera adelante, y me llevó a San Francisco, pero Frank no se dio por vencido y me siguió hasta allí; nos vimos sin que papá

supiera nada. De haberlo sabido, se habría puesto furioso, así que lo organizamos todo nosotros solos. Frank dijo que también él se haría rico, y que no volvería a buscarme hasta que tuviera tanto dinero como papá. Yo prometí esperarle hasta el fin de los tiempos, y juré que mientras él viviera no me casaría con ningún otro. Entonces, él dijo: «¿Por qué no nos casamos ahora mismo, y así estaré seguro de ti? No revelaré que soy tu marido hasta que vuelva a reclamarte». En fin, discutimos el asunto y resultó que él ya lo tenía todo arreglado, con un cura esperando y todo, de manera que nos casamos allí mismo; y después, Frank se fue a buscar fortuna y yo me volví con papá.

Lo siguiente que supe de Frank fue que estaba en Montana; después oí que andaba buscando oro en Arizona, y más tarde tuve noticias suyas desde Nuevo México. Y un día apareció en los periódicos un largo reportaje sobre un campamento minero atacado por los indios apaches, y allí estaba el nombre de mi Frank entre las víctimas. Caí desmayada y estuve muy enferma durante meses. Papá pensó que estaba tísica y me llevó a la mitad de los médicos de San Francisco. Durante más de un año no llegaron más noticias, y ya no dudé de que Frank estuviera muerto de verdad. Entonces apareció en San Francisco lord St. Simon, nosotros vinimos a Londres, se organizó la boda y papá estaba muy contento, pero yo seguía convencida de que ningún hombre en el mundo podría ocupar en mi corazón el puesto de mi pobre Frank.

Aun así, de haberme casado con lord St. Simon, yo le habría sido leal. No tenemos control sobre nuestro amor, pero sí sobre nuestras acciones. Fui con él al altar con la intención de ser para él tan buena esposa como me fuera posible. Pero puede usted imaginarse lo que sentí cuando, al acercarme al altar, volví la mirada hacia atrás y vi a Frank mirándome desde el primer reclinatorio. Al principio, lo tomé por un fantasma; pero cuando lo miré de nuevo seguía allí, como preguntándome con la mirada si me alegraba de verlo o lo lamentaba. No sé cómo no caí al suelo. Sé que todo me daba vueltas, y las palabras del sacerdote me sonaban en los oídos como el zumbido de una abeja. No sabía qué hacer. ¿Debía interrumpir la ceremonia y dar un escándalo en la iglesia? Me volví a mirarlo, y me pareció que se daba cuenta de lo que yo pensaba, porque se llevó los dedos a los labios para indicarme que permaneciera callada. Luego le vi garabatear en un papel y supe que me estaba escribiendo una nota. Al pasar junto a su reclinatorio, camino de la salida, dejé caer mi ramo junto a él y él me metió la nota en la mano al devolverme las flores. Eran sólo unas palabras diciéndome que me reuniera con él cuando él me diera la señal. Por supuesto, ni por un momento dudé de que mi principal obligación era para con él, y estaba dispuesta

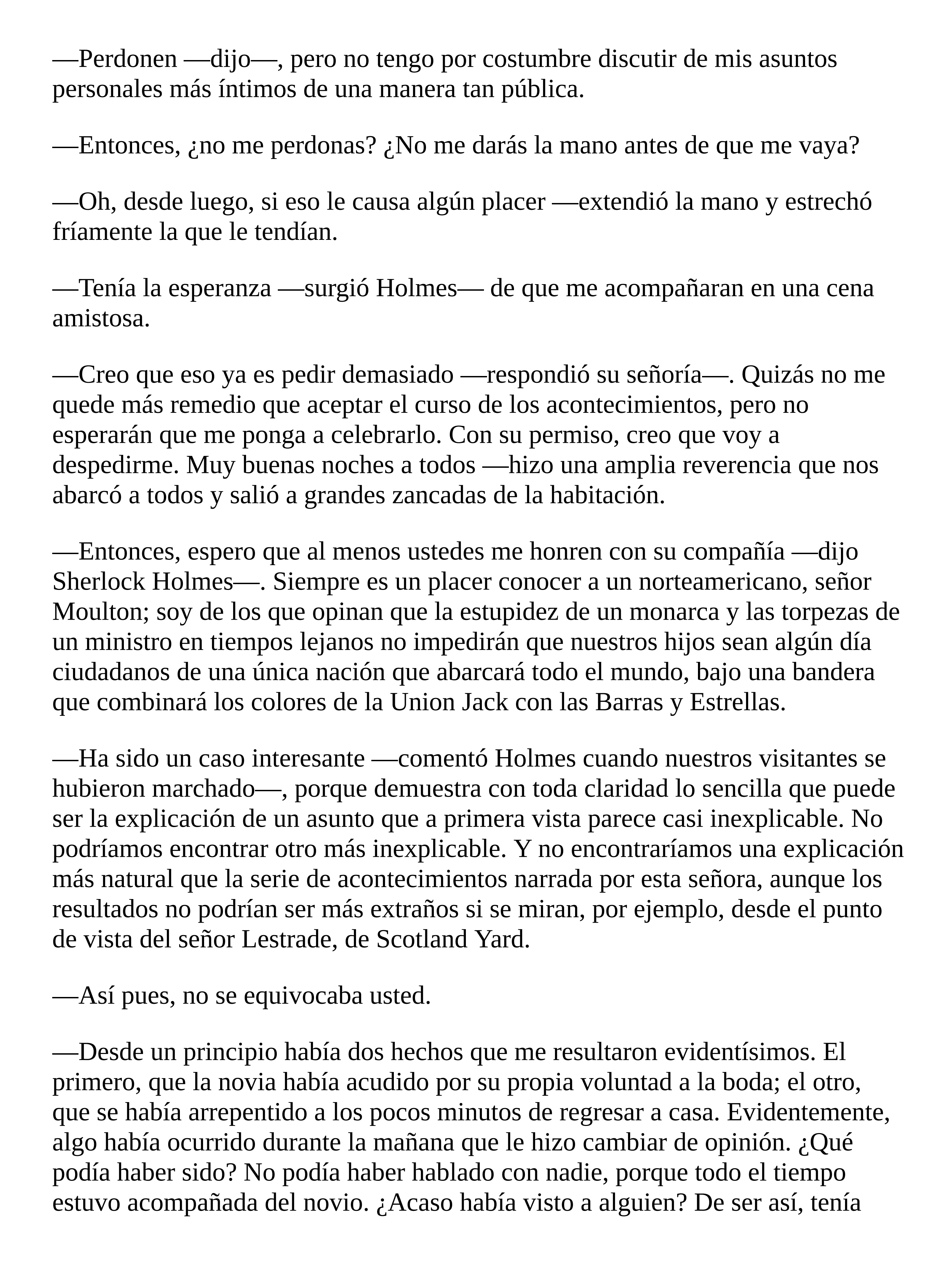
a hacer cualquier cosa que él me indicara.

Cuando llegamos a casa, se lo conté a mi doncella, que le había conocido en California y siempre le tuvo simpatía. Le ordené que no dijera nada y que preparase mi abrigo y unas cuantas cosas para llevarme. Sé que tendría que habérselo dicho a lord St. Simon, pero resultaba muy difícil hacerlo delante de su madre y de todos aquellos grandes personajes. Decidí largarme primero y dar explicaciones después. No llevaba ni diez minutos sentada a la mesa cuando vi a Frank por la ventana, al otro lado de la calle. Me hizo una seña y echó a andar hacia el parque. Yo me levanté, me puse el abrigo y salí tras él. En la calle se me acercó una mujer que me dijo no sé qué acerca de lord St. John... Por lo poco que entendí, me pareció que también ella tenía su pequeño secreto anterior a la boda... Pero conseguí librarme de ella y pronto alcancé a Frank. Nos metimos en un coche y fuimos a un apartamento que tenía alquilado en Gordon Square, y allí se celebró mi verdadera boda, después de tantos años de espera. Frank había caído prisionero de los apaches, había escapado, llegó a San Francisco, averiguó que yo le había dado por muerto y me había venido a Inglaterra, me siguió hasta aquí, y me encontró la mañana misma de mi segunda boda.

—Lo leí en un periódico —explicó el norteamericano—. Venía el nombre y la iglesia, pero no la dirección de la novia.

—Entonces discutimos lo que debíamos hacer, y Frank era partidario de revelarlo todo, pero a mí me daba tanta vergüenza que prefería desaparecer y no volver a ver a nadie; todo lo más, escribirle unas líneas a papá para hacerle saber que estaba viva. Me resultaba espantoso pensar en todos aquellos personajes de la nobleza, sentados a la mesa y esperando mi regreso. Frank cogió mis ropas y demás cosas de novia, hizo un bulto con todas ellas y las tiró en algún sitio donde nadie las encontrara, para que no me siguieran la pista por ellas. Lo más seguro es que nos hubiéramos marchado a París mañana, pero este caballero, el señor Holmes, vino a vernos esta tarde y nos hizo ver con toda claridad que yo estaba equivocada y Frank tenía razón, y tanto secreto no hacía sino empeorar nuestra situación. Entonces nos ofreció la oportunidad de hablar a solas con lord St. Simon, y por eso hemos venido sin perder tiempo a su casa. Ahora, Robert, ya sabes todo lo que ha sucedido; lamento mucho haberte hecho daño y espero que no pienses muy mal de mí.

Lord St. Simon no había suavizado en lo más mínimo su rígida actitud, y había escuchado el largo relato con el ceño fruncido y los labios apretados.


—Perdonen —dijo—, pero no tengo por costumbre discutir de mis asuntos personales más íntimos de una manera tan pública.

—Entonces, ¿no me perdonas? ¿No me darás la mano antes de que me vaya?

—Oh, desde luego, si eso le causa algún placer —extendió la mano y estrechó fríamente la que le tendían.

—Tenía la esperanza —surgió Holmes— de que me acompañaran en una cena amistosa.

—Creo que eso ya es pedir demasiado —respondió su señoría—. Quizás no me quede más remedio que aceptar el curso de los acontecimientos, pero no esperarán que me ponga a celebrarlo. Con su permiso, creo que voy a despedirme. Muy buenas noches a todos —hizo una amplia reverencia que nos abarcó a todos y salió a grandes zancadas de la habitación.

—Entonces, espero que al menos ustedes me honren con su compañía —dijo Sherlock Holmes—. Siempre es un placer conocer a un norteamericano, señor Moulton; soy de los que opinan que la estupidez de un monarca y las torpezas de un ministro en tiempos lejanos no impedirán que nuestros hijos sean algún día ciudadanos de una única nación que abarcará todo el mundo, bajo una bandera que combinará los colores de la Union Jack con las Barras y Estrellas.

—Ha sido un caso interesante —comentó Holmes cuando nuestros visitantes se hubieron marchado—, porque demuestra con toda claridad lo sencilla que puede ser la explicación de un asunto que a primera vista parece casi inexplicable. No podríamos encontrar otro más inexplicable. Y no encontraríamos una explicación más natural que la serie de acontecimientos narrada por esta señora, aunque los resultados no podrían ser más extraños si se miran, por ejemplo, desde el punto de vista del señor Lestrade, de Scotland Yard.

—Así pues, no se equivocaba usted.

—Desde un principio había dos hechos que me resultaron evidentísimos. El primero, que la novia había acudido por su propia voluntad a la boda; el otro, que se había arrepentido a los pocos minutos de regresar a casa. Evidentemente, algo había ocurrido durante la mañana que le hizo cambiar de opinión. ¿Qué podía haber sido? No podía haber hablado con nadie, porque todo el tiempo estuvo acompañada del novio. ¿Acaso había visto a alguien? De ser así, tenía

que haber sido alguien procedente de América, porque llevaba demasiado poco tiempo en nuestro país como para que alguien hubiera podido adquirir tal influencia sobre ella que su mera visión la indujera a cambiar tan radicalmente de planes. Como ve, ya hemos llegado, por un proceso de exclusión, a la idea de que la novia había visto a un americano. ¿Quién podía ser este americano, y por qué ejercía tanta influencia sobre ella? Podía tratarse de un amante; o podía tratarse de un marido. Sabíamos que había pasado su juventud en ambientes muy rudos y en condiciones poco normales. Hasta aquí había llegado antes de escuchar el relato de lord St. Simon. Cuando éste nos habló de un hombre en un reclinatorio, del cambio de humor de la novia, del truco tan transparente de recoger una nota dejando caer un ramo de flores, de la conversación con la doncella y confidente, y de la significativa alusión a «pisarle la licencia a otro», que en la jerga de los mineros significa apoderarse de lo que otro ha reclamado con anterioridad, la situación se me hizo absolutamente clara. Ella se había fugado con un hombre, y este hombre tenía que ser un amante o un marido anterior; lo más probable parecía lo último.

—¿Y cómo demonios consiguió usted localizarlos?

—Podría haber resultado difícil, pero el amigo Lestrade tenía en sus manos una información cuyo valor desconocía. Las iniciales, desde luego, eran muy importantes, pero aún más importante era saber que hacía menos de una semana que nuestro hombre había pagado su cuenta en uno de los hoteles más selectos de Londres.

—¿De dónde sacó lo de selecto?

—Por lo selecto de los precios. Ocho chelines por una cama y ocho peniques por una copa de jerez indicaban que se trataba de uno de los hoteles más caros de Londres. No hay muchos que cobren esos precios. En el segundo que visité, en Northumberland Avenue, pude ver en el libro de registros que el señor Francis H. Moulton, caballero norteamericano, se había marchado el día anterior; y al examinar su factura, me encontré con las mismas cuentas que habíamos visto en la copia. Había dejado dicho que se le enviara la correspondencia al 226 de Gordon Square, así que allá me encaminé, tuve la suerte de encontrar en casa a la pareja de enamorados y me atreví a ofrecerles algunos consejos paternales, indicándoles que sería mucho mejor, en todos los aspectos, que aclararan un poco su situación, tanto al público en general como a lord St. Simon en particular. Los invité a que se encontraran aquí con él y, como ve, conseguí que

también él acudiera a la cita.

—Pero con resultados no demasiado buenos —comenté yo—. Desde luego, la conducta del caballero no ha sido muy elegante.

—¡Ah, Watson! —dijo Holmes sonriendo—. Puede que tampoco usted se comportara muy elegantemente si, después de todo el trabajo que representa echarse novia y casarse, se encontrara privado en un instante de esposa y de fortuna. Creo que debemos ser clementes al juzgar a lord St. Simon, y dar gracias a nuestra buena estrella, porque no es probable que lleguemos a encontrarnos en su misma situación. Acerque su silla y páseme el violín; el único problema que aún nos queda por resolver es cómo pasar estas aburridas veladas de otoño.

11. La corona de berilos

—Holmes —dije una mañana, mientras contemplaba la calle desde nuestro mirador—, por ahí viene un loco. ¡Qué vergüenza que su familia le deje salir solo!

Mi amigo se levantó perezosamente de su sillón y miró sobre mi hombro, con las manos metidas en los bolsillos de su bata. Era una mañana fresca y luminosa de febrero, y la nieve del día anterior aún permanecía acumulada sobre el suelo, en una espesa capa que brillaba bajo el sol invernal. En el centro de la calzada de Baker Street, el tráfico la había surcado formando una franja terrosa y parda, pero a ambos lados de la calzada y en los bordes de las aceras aún seguía tan blanca como cuando cayó. El pavimento gris estaba limpio y barrido, pero aún resultaba peligrosamente resbaladizo, por lo que se veían menos peatones que de costumbre. En realidad, por la parte que llevaba a la estación del Metro no venía nadie, a excepción del solitario caballero cuya excéntrica conducta me había llamado la atención.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, alto, corpulento y de aspecto imponente, con un rostro enorme, de rasgos muy marcados, y una figura impresionante. Iba vestido con estilo serio, pero lujoso: levita negra, sombrero reluciente, polainas impecables de color pardo y pantalones gris perla de muy buen corte. Sin embargo, su manera de actuar ofrecía un absurdo contraste con la dignidad de su atuendo y su porte, porque venía a todo correr, dando saltitos de vez en cuando, como los que da un hombre cansado y poco acostumbrado a someter a un esfuerzo a sus piernas. Y mientras corría, alzaba y bajaba las manos, movía de un lado a otro la cabeza y deformaba su cara con las más extraordinarias contorsiones.

—¿Qué demonios puede pasarle? —pregunté—. Está mirando los números de las casas.

—Me parece que viene aquí —dijo Holmes, frotándose las manos.

—¿Aquí?

—Sí, y yo diría que viene a consultarme profesionalmente. Creo reconocer los síntomas. ¡Ajá! ¿No se lo dije? —mientras Holmes hablaba, el hombre, jadeando y resoplando, llegó corriendo a nuestra puerta y tiró de la campanilla hasta que las llamadas resonaron en toda la casa.

Unos instantes después estaba ya en nuestra habitación, todavía resoplando y gesticulando, pero con una expresión tan intensa de dolor y desesperación en los ojos que nuestras sonrisas se trasformaron al instante en espanto y compasión. Durante un rato fue incapaz de articular una palabra, y siguió oscilando de un lado a otro y tirándose de los cabellos como una persona arrastrada más allá de los límites de la razón. De pronto, se puso en pie de un salto y se golpeó la cabeza contra la pared con tal fuerza que tuvimos que correr en su ayuda y arrastrarlo al centro de la habitación. Sherlock Holmes le empujó hacia una butaca y se sentó a su lado, dándole palmaditas en la mano y procurando tranquilizarlo con la charla suave y acariciadora que tan bien sabía emplear y que tan excelentes resultados le había dado en otras ocasiones.

—Ha venido usted a contarme su historia, ¿no es así? —decía—. Ha venido con tanta prisa que está fatigado. Por favor, aguarde hasta haberse recuperado y entonces tendré mucho gusto en considerar cualquier pequeño problema que tenga a bien plantearme.

El hombre permaneció sentado algo más de un minuto con el pecho agitado, luchando contra sus emociones. Por fin, se pasó un pañuelo por la frente, apretó los labios y volvió el rostro hacia nosotros.

—¿Verdad que me han tomado por un loco? —dijo.

—Se nota que tiene usted algún gran apuro —respondió Holmes.

—¡No lo sabe usted bien! ¡Un apuro que me tiene totalmente trastornada la razón, una desgracia inesperada y terrible! Podría haber soportado la deshonra pública, aunque mi reputación ha sido siempre intachable. Y una desgracia privada puede ocurrirle a cualquiera. Pero las dos cosas juntas, y de una manera tan espantosa, han conseguido destrozarme hasta el alma. Y además no soy yo solo. Esto afectará a los más altos personajes del país, a menos que se le encuentre una salida a este horrible asunto.

—Serénese, por favor —dijo Holmes—, y explíqueme con claridad quién es usted y qué le ha ocurrido.

—Es posible que mi nombre les resulte familiar —respondió nuestro visitante—.

Soy Alexander Holder, de la firma bancaria Holder Stevenson, de Threadneedle Street.

Efectivamente, conocíamos bien aquel nombre, perteneciente al socio más antiguo del segundo banco más importante de la City de Londres. ¿Qué podía haber ocurrido para que uno de los ciudadanos más prominentes de Londres quedara reducido a aquella patética condición? Aguardamos llenos de curiosidad hasta que, con un nuevo esfuerzo, reunió fuerzas para contar su historia.

—Opino que el tiempo es oro —dijo—, y por eso vine corriendo en cuanto el inspector de policía sugirió que procurara obtener su cooperación. He venido en Metro hasta Baker Street, y he tenido que correr desde la estación porque los coches van muy despacio con esta nieve. Por eso me he quedado sin aliento, ya que no estoy acostumbrado a hacer ejercicio. Ahora ya me siento mejor y le expondré los hechos del modo más breve y más claro que me sea posible.

Naturalmente, ustedes ya saben que para la buena marcha de una empresa bancaria, tan importante es saber invertir provechosamente nuestros fondos como ampliar nuestra clientela y el número de depositarios. Uno de los sistemas más lucrativos de invertir dinero es en forma de préstamos, cuando la garantía no ofrece dudas. En los últimos años hemos hecho muchas operaciones de esta clase, y son muchas las familias de la aristocracia a las que hemos adelantado grandes sumas de dinero, con la garantía de sus cuadros, bibliotecas o vajillas de plata.

Ayer por la mañana, me encontraba en mi despacho del banco cuando uno de los empleados me trajo una tarjeta. Di un respingo al leer el nombre, que era nada menos que... bueno, quizá sea mejor que no diga más, ni siquiera a usted... Baste con decir que se trata de un nombre conocido en todo el mundo... uno de los nombres más importantes, más nobles, más ilustres de Inglaterra. Me sentí abrumado por el honor e intenté decírselo cuando entró, pero él fue directamente al grano del negocio, con el aire de quien quiere despachar cuanto antes una tarea desagradable.

—Señor Holder —dijo—, se me ha informado de que presta usted dinero.

—La firma lo hace cuando la garantía es buena —respondí yo.

—Me es absolutamente imprescindible —dijo él— disponer al momento de cincuenta mil libras. Por supuesto, podría obtener una suma diez veces superior a esa insignificancia pidiendo prestado a mis amigos, pero prefiero llevarlo como una operación comercial y ocuparme del asunto personalmente. Como comprenderá usted, en mi posición no conviene contraer ciertas obligaciones.

—¿Puedo preguntar durante cuánto tiempo necesitará usted esa suma? —pregunté.

—El lunes que viene cobraré una cantidad importante, y entonces podré, con toda seguridad, devolverle lo que usted me adelante, más los intereses que considere adecuados. Pero me resulta imprescindible disponer del dinero en el acto.

—Tendría mucho gusto en prestárselo yo mismo, de mi propio bolsillo y sin más trámites, pero la cantidad excede un poco a mis posibilidades. Por otra parte, si lo hago en nombre de la firma, entonces, en consideración a mi socio, tendría que insistir en que, aun tratándose de usted, se tomaran todas las garantías pertinentes.

—Lo prefiero así, y con mucho —dijo él, alzando una caja de tafilete negro que había dejado junto a su silla—. Supongo que habrá oído hablar de la corona de berilos.

—Una de las más preciadas posesiones públicas del Imperio —respondí yo.

—En efecto —abrió la caja y allí, embutida en blando terciopelo de color carne, apareció la magnífica joya que acababa de nombrar—. Son treinta y nueve berilos enormes —dijo—, y el precio de la montura de oro es incalculable. La tasación más baja fijará el precio de la corona en más del doble de la suma que le pido. Estoy dispuesto a dejársela como garantía.

Tomé en las manos el precioso estuche y miré con cierta perplejidad a mi ilustre cliente.

—¿Duda usted de su valor? —preguntó.

—En absoluto. Sólo dudo...

—... de que yo obre correctamente al dejarla aquí. Puede usted estar tranquilo.

Ni

en sueños se me ocurriría hacerlo si no estuviese absolutamente seguro de poder recuperarla en cuatro días. Es una mera formalidad. ¿Le parece suficiente garantía?

—Más que suficiente.

—Se dará usted cuenta, señor Holder, de que con esto le doy una enorme prueba de la confianza que tengo en usted, basada en las referencias que me han dado. Confío en que no sólo será discreto y se abstendrá de todo comentario sobre el asunto, sino que además, y por encima de todo, cuidará de esta corona con toda clase de precauciones, porque no hace falta que le diga que se organizaría un escándalo tremendo si sufriera el menor daño. Cualquier desperfecto sería casi tan grave como perderla por completo, ya que no existen en el mundo berilos como éstos, y sería imposible reemplazarlos. No obstante, se la dejo con absoluta confianza, y vendré a recuperarla personalmente el lunes por la mañana.

Viendo que mi cliente estaba deseoso de marcharse, no dije nada más; llamé al cajero y le di orden de que pagara cincuenta mil libras en billetes. Sin embargo, cuando me quedé solo con el precioso estuche encima de la mesa, delante de mí, no pude evitar pensar con cierta inquietud en la inmensa responsabilidad que había contraído. No cabía duda de que, por tratarse de una propiedad de la nación, el escándalo sería terrible si le ocurriera alguna desgracia. Empecé a lamentar el haber aceptado quedarme con ella, pero ya era demasiado tarde para cambiar las cosas, así que la guardé en mi caja de seguridad privada, y volví a mi trabajo.

Al llegar la noche, me pareció que sería una imprudencia dejar un objeto tan valioso en el despacho. No sería la primera vez que se fuerza la caja de un banquero. ¿Por qué no habría de pasarle a la mía? Así pues, decidí que durante los días siguientes llevaría siempre la corona conmigo, para que nunca estuviera fuera de mi alcance. Con esta intención, llamé a un coche y me hice conducir a mi casa de Streatham, llevándome la joya. No respiré tranquilo hasta que la hube subido al piso de arriba y guardado bajo llave en el escritorio de mi gabinete.

Y ahora, unas palabras acerca del personal de mi casa, señor Holmes, porque quiero que comprenda perfectamente la situación. Mi mayordomo y mi lacayo duermen fuera de casa, y se les puede descartar por completo. Tengo tres

doncellas, que llevan bastantes años conmigo, y cuya honradez está por encima de toda sospecha. Una cuarta doncella, Lucy Parr, lleva sólo unos meses a mi servicio. Sin embargo, traía excelentes referencias y siempre ha cumplido a la perfección. Es una muchacha muy bonita, y de vez en cuando atrae a admiradores que rondan por la casa. Es el único inconveniente que le hemos encontrado, pero por lo demás consideramos que es una chica excelente en todos los aspectos.

Eso en cuanto al servicio. Mi familia es tan pequeña que no tardaré mucho en describirla. Soy viudo y tengo un solo hijo, Arthur, que ha sido una decepción para mí, señor Holmes, una terrible decepción. Sin duda, toda la culpa es mía. Todos dicen que le he mimado demasiado, y es muy probable que así sea. Cuando falleció mi querida esposa, todo mi amor se centró en él. No podía soportar que la sonrisa se borrara de su rostro ni por un instante. Jamás le negué ningún capricho. Tal vez habría sido mejor para los dos que yo me hubiera mostrado más severo, pero lo hice con la mejor intención.

Naturalmente, yo tenía la intención de que él me sucediera en el negocio, pero no tenía madera de financiero. Era alocado, indisciplinado y, para ser sincero, no se le podían confiar sumas importantes de dinero. Cuando era joven se hizo miembro de un club aristocrático, y allí, gracias a su carácter simpático, no tardó en hacer amistades con gente de bolsa bien repleta y costumbres caras. Se aficionó a jugar a las cartas y apostar en las carreras, y continuamente acudía a mí, suplicando que le diese un adelanto de su asignación para poder saldar sus deudas de honor. Más de una vez intentó romper con aquellas peligrosas compañías, pero la influencia de su amigo sir George Burnwell le hizo volver en todas las ocasiones.

A decir verdad, a mí no me extrañaba que un hombre como sir George Burnwell tuviera tanta influencia sobre él, porque lo trajo muchas veces a casa e incluso a mí me resultaba difícil resistirme a la fascinación de su trato. Es mayor que Arthur, un hombre de mundo de pies a cabeza, que ha estado en todas partes y lo ha visto todo, conversador brillante y con un gran atractivo personal. Sin embargo, cuando pienso en él fríamente, lejos del encanto de su presencia, estoy convencido, por su manera cínica de hablar y por la mirada que he advertido en sus ojos, de que no se puede confiar en él. Eso es lo que pienso, y así piensa también mi pequeña Mary, que posee una gran intuición femenina para la cuestión del carácter.

Y ya sólo queda ella por describir. Mary es mi sobrina; pero cuando falleció mi hermano hace cinco años, dejándola sola, yo la adopté y desde entonces la he considerado como una hija. Es el sol de la casa..., dulce, cariñosa, guapísima, excelente administradora y ama de casa, y al mismo tiempo tan tierna, discreta y gentil como puede ser una mujer. Es mi mano derecha. No sé lo que haría sin ella. Sólo en una cosa se ha opuesto a mis deseos. Mi hijo le ha pedido dos veces que se case con él, porque la ama apasionadamente, pero ella le ha rechazado las dos veces. Creo que si alguien puede volverlo al buen camino es ella; y ese matrimonio podría haber cambiado por completo la vida de mi hijo. Pero, ¡ay!, ya es demasiado tarde. ¡Demasiado tarde, sin remedio!

Y ahora que ya conoce usted a la gente que vive bajo mi techo, señor Holmes, proseguiré con mi doloroso relato. Aquella noche, después de cenar, mientras tomábamos café en la sala de estar, les conté a Arthur y Mary lo sucedido y les hablé del precioso tesoro que teníamos en casa, omitiendo únicamente el nombre de mi cliente. Estoy seguro de que Lucy Parr, que nos había servido el café, había salido ya de la habitación; pero no puedo asegurar que la puerta estuviera cerrada. Mary y Arthur se mostraron muy interesados y quisieron ver la famosa corona, pero a mí me pareció mejor dejarla en paz.

—¿Dónde la has guardado? —preguntó Arthur.

—En mi escritorio.

—Bueno, Dios quiera que no entren ladrones en casa esta noche —dijo.

—Está cerrado con llave —indiqué.

—Bah, ese escritorio se abre con cualquier llave vieja. Cuando era pequeño, yo la abría con la llave del armario del trastero.

Ésa era su manera normal de hablar, así que no presté mucha atención a lo que decía. Sin embargo, aquella noche me siguió a mi habitación con una expresión muy seria.

—Escucha, papá —dijo con una mirada baja—. ¿Puedes dejarme doscientas libras?

—¡No, no puedo! —respondí irritado—. ¡Ya he sido demasiado generoso contigo en cuestiones de dinero!

—Has sido muy amable —dijo él—, pero necesito ese dinero, o jamás podré volver a asomar la cara por el club.

—¡Pues me parece estupendo! —exclamé yo.

—Sí, papá, pero no querrás que quede deshonrado —dijo—. No podría soportar la deshonra. Tengo que reunir ese dinero como sea, y si tú no me lo das, tendré que recurrir a otros medios.

Yo me sentía indignado, porque era la tercera vez que me pedía dinero en un mes.

—¡No recibirás de mí ni medio penique! —grité, y él me hizo una reverencia y salió de mi cuarto sin decir una palabra más.

Después de que se fuera, abrí mi escritorio, comprobé que el tesoro seguía a salvo y lo volví a cerrar con llave. Luego hice una ronda por la casa para verificar que todo estaba seguro. Es una tarea que suelo delegar en Mary, pero aquella noche me pareció mejor realizarla yo mismo. Al bajar las escaleras encontré a Mary junto a la ventana del vestíbulo, que cerró y aseguró al acercarme yo.

—Dime, papá —dijo algo preocupada, o así me lo pareció—. ¿Le has dado permiso a Lucy, la doncella, para salir esta noche?

—Desde luego que no.

—Acaba de entrar por la puerta de atrás. Estoy segura de que sólo ha ido hasta la puerta lateral para ver a alguien, pero no me parece nada prudente y habría que prohibírselo.

—Tendrás que hablar con ella por la mañana. O, si lo prefieres, le hablaré yo.

¿Estás segura de que todo está cerrado?

—Segurísima, papá.

—Entonces, buenas noches —le di un beso y volví a mi habitación, donde no tardé en dormirme.

Señor Holmes, estoy esforzándome por contarle todo lo que pueda tener alguna relación con el caso, pero le ruego que no vacile en preguntar si hay algún detalle que no queda claro.

—Al contrario, su exposición está siendo extraordinariamente lúcida.

—Llego ahora a una parte de mi historia que quiero que lo sea especialmente. Yo no tengo el sueño pesado y, sin duda, la ansiedad que sentía hizo que aquella noche fuera aún más ligero que de costumbre. A eso de las dos de la mañana, me despertó un ruido en la casa. Cuando me desperté del todo ya no se oía, pero me había dado la impresión de una ventana que se cerrara con cuidado. Escuché con toda mi alma. De pronto, con gran espanto por mi parte, oí el sonido inconfundible de unos pasos sigilosos en la habitación de al lado. Me deslicé fuera de la cama, temblando de miedo, y miré por la esquina de la puerta del gabinete.

—¡Arthur! —grité—. ¡Miserable ladrón! ¿Cómo te atreves a tocar esa corona?

La luz de gas estaba a media potencia, como yo la había dejado, y mi desdichado hijo, vestido sólo con camisa y pantalones, estaba de pie junto a la luz, con la corona en las manos. Parecía estar torciéndola o aplastándola con todas sus fuerzas. Al oír mi grito la dejó caer y se puso tan pálido como un muerto. La recogí y la examiné. Le faltaba uno de los extremos de oro, con tres de los berilos.

—¡Canalla! —grité, enloquecido de rabia—. ¡La has roto! ¡Me has deshonrado para siempre! ¿Dónde están las joyas que has robado?

—¡Robado! —exclamó.

—¡Sí, ladrón! —rugí yo, sacudiéndolo por los hombros.

—No falta ninguna. No puede faltar ninguna.

—¡Faltan tres! ¡Y tú sabes qué ha sido de ellas! ¿Tengo que llamarte mentiroso, además de ladrón? ¿Acaso no te acabo de ver intentando arrancar otro trozo?

—Ya he recibido suficientes insultos —dijo él—. No pienso aguantarlo más. Puesto que prefieres insultarme, no diré una palabra más del asunto. Me iré de tu casa por la mañana y me abriré camino por mis propios medios.

—¡Saldrás de casa en manos de la policía! —grité yo, medio loco de dolor y de ira—. ¡Haré que el asunto se investigue a fondo!

—Pues por mi parte no averiguarás nada —dijo él, con una pasión de la que no le habría creído capaz—. Si decides llamar a la policía, que averigüen ellos lo que puedan.

Para entonces, toda la casa estaba alborotada, porque yo, llevado por la cólera, había alzado mucho la voz. Mary fue la primera en entrar corriendo en la habitación y, al ver la corona y la cara de Arthur, comprendió todo lo sucedido y, dando un grito, cayó sin sentido al suelo. Hice que la doncella avisara a la policía y puse inmediatamente la investigación en sus manos. Cuando el inspector y un agente de uniforme entraron en la casa, Arthur, que había permanecido todo el tiempo taciturno y con los brazos cruzados, me preguntó si tenía la intención de acusarle de robo. Le respondí que había dejado de ser un asunto privado para convertirse en público, puesto que la corona destrozada era propiedad de la nación. Yo estaba decidido a que la ley se cumpliera hasta el final.

—Al menos —dijo—, no me hagas detener ahora mismo. Te conviene tanto como a mí dejarme salir de casa cinco minutos.

—Sí, para que puedas escaparte, o tal vez para poder esconder lo que has robado — respondí yo.

Y a continuación, dándome cuenta de la terrible situación en la que se encontraba, le imploré que recordara que no sólo estaba en juego mi honor, sino también el de alguien mucho más importante que yo; y que su conducta podía provocar un escándalo capaz de conmocionar a la nación entera. Podía evitar todo aquello con sólo decirme qué había hecho con las tres piedras que faltaban.

—Más vale que afrontes la situación —le dije—. Te han cogido con las manos en la masa, y confesar no agravará tu culpa. Si procuras repararla en la medida de lo posible, diciéndonos dónde están los berilos, todo quedará perdonado y olvidado.

—Guárdate tu perdón para el que te lo pida —respondió, apartándose de mí con un gesto de desprecio.

Me di cuenta de que estaba demasiado maleado como para que mis palabras le

influyeran. Sólo podía hacer una cosa. Llamé al inspector y lo puse en sus manos. Se llevó a cabo un registro inmediato, no sólo de su persona, sino también de su habitación y de todo rincón de la casa donde pudiera haber escondido las gemas. Pero no se encontró ni rastro de ellas, y el miserable de mi hijo se negó a abrir la boca, a pesar de todas nuestras súplicas y amenazas. Esta mañana lo han encerrado en una celda, y yo, tras pasar por todas las formalidades de la policía, he venido corriendo a verle a usted, para rogarle que aplique su talento a la resolución del misterio. La policía ha confesado sin reparos que por ahora no sabe qué hacer. Puede usted incurrir en los gastos que le parezcan necesarios. Ya he ofrecido una recompensa de mil libras. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? He perdido mi honor, mis joyas y mi hijo en una sola noche. ¡Oh, qué puedo hacer!

Se llevó las manos a la cabeza y empezó a oscilar de delante a atrás, parloteando consigo mismo, como un niño que no encuentra palabras para expresar su dolor.

Sherlock Holmes permaneció callado unos minutos, con el ceño fruncido y los ojos clavados en el fuego de la chimenea.

—¿Recibe usted muchas visitas? —preguntó por fin.

—Ninguna, exceptuando a mi socio con su familia y, de vez en cuando, algún amigo de Arthur. Sir George Burnwell ha estado varias veces en casa últimamente. Y me parece que nadie más.

—¿Sale usted mucho?

—Arthur sale. Mary y yo nos quedamos en casa. A ninguno de los dos nos gustan las reuniones sociales.

—Eso es poco corriente en una joven.

—Es una chica muy tranquila. Además, ya no es tan joven. Tiene ya veinticuatro años.

—Por lo que usted ha dicho, este suceso la ha afectado mucho. —¡De un modo terrible! ¡Está más afectada aun que yo!

—¿Ninguno de ustedes dos duda de la culpabilidad de su hijo?

—¿Cómo podríamos dudar, si yo mismo le vi con mis propios ojos con la corona en la mano?

—Eso no puede considerarse una prueba concluyente. ¿Estaba estropeado también el resto de la corona?

—Sí, estaba toda retorcida.

—¿Y no cree usted que es posible que estuviera intentando enderezarla?

—¡Dios le bendiga! Está usted haciendo todo lo que puede por él y por mí. Pero es una tarea desmesurada. Al fin y al cabo, ¿qué estaba haciendo allí? Y si sus intenciones eran honradas, ¿por qué no lo dijo?

—Exactamente. Y si era culpable, ¿por qué no inventó una mentira? Su silencio me parece un arma de dos filos. El caso presenta varios detalles muy curiosos. ¿Qué opinó la policía del ruido que le despertó a usted?

—Opinan que pudo haberlo provocado Arthur al cerrar la puerta de su alcoba.

—¡Bonita explicación! Como si un hombre que se propone cometer un robo fuera dando portazos para despertar a toda la casa. ¿Y qué han dicho de la desaparición de las piedras?

—Todavía están sondeando las tablas del suelo y agujereando muebles con la esperanza de encontrarlas.

—¿No se les ha ocurrido buscar fuera de la casa?

—Oh, sí, se han mostrado extraordinariamente diligentes. Han examinado el jardín pulgada a pulgada.

—Dígame, querido señor —dijo Holmes—, ¿no le empieza a parecer evidente que este asunto tiene mucha más miga que la que usted o la policía pensaron en un principio? A usted le parecía un caso muy sencillo; a mí me parece enormemente complicado. Considere usted todo lo que implica su teoría: usted supone que su hijo se levantó de la cama, se arriesgó a ir a su gabinete, forzó el escritorio, sacó la corona, rompió un trocito de la misma, se fue a algún otro sitio donde escondió tres de las treinta y nueve gemas, tan hábilmente que nadie ha sido capaz de encontrarlas, y luego regresó con las treinta y seis restantes al

gabinete, donde se exponía con toda seguridad a ser descubierto. Ahora yo le pregunto: ¿se sostiene en pie esa teoría? —Pero ¿qué otra puede haber? —exclamó el banquero con un gesto de desesperación—. Si sus motivos eran honrados, ¿por qué no los explica?

—En averiguarlo consiste nuestra tarea —replicó Holmes—. Así pues, señor Holder, si le parece bien iremos a Streatham juntos y dedicaremos una hora a examinar más de cerca los detalles.

Mi amigo insistió en que yo los acompañara en la expedición, a lo cual accedí de buena gana, pues la historia que acababa de escuchar había despertado mi curiosidad y mi simpatía. Confieso que la culpabilidad del hijo del banquero me parecía tan evidente como se lo parecía a su infeliz padre, pero aun así, era tal la fe que tenía en el buen criterio de Holmes que me parecía que, mientras él no se mostrara satisfecho con la explicación oficial, aún existía base para concebir esperanzas. Durante todo el trayecto al suburbio del sur, Holmes apenas pronunció palabra, y permaneció todo el tiempo con la barbilla sobre el pecho, sumido en profundas reflexiones. Nuestro cliente parecía haber cobrado nuevos ánimos con el leve destello de esperanza que se le había ofrecido, e incluso se enfrascó en una inconexa charla conmigo acerca de sus asuntos comerciales. Un rápido trayecto en ferrocarril y una corta caminata nos llevaron a Fairbank, la modesta residencia del gran financiero.

Fairbank era una mansión cuadrada de buen tamaño, construida en piedra blanca y un poco retirada de la carretera. Atravesando un césped cubierto de nieve, un camino de dos pistas para carruajes conducía a las dos grandes puertas de hierro que cerraban la entrada. A la derecha había un bosquecillo del que salía un estrecho sendero con dos setos bien cuidados a los lados, que llevaba desde la carretera hasta la puerta de la cocina, y servía como entrada de servicio. A la izquierda salía un sendero que conducía a los establos, y que no formaba parte de la finca, sino que se trataba de un camino público, aunque poco transitado. Holmes nos abandonó ante la puerta y empezó a caminar muy despacio: dio la vuelta a la casa, volvió a la parte delantera, recorrió el sendero de los proveedores y dio la vuelta al jardín por detrás, hasta llegar al sendero que llevaba a los establos. Tardó tanto tiempo que el señor Holder y yo entramos al comedor y esperamos junto a la chimenea a que regresara. Allí nos encontrábamos, sentados en silencio, cuando se abrió una puerta y entró una joven. Era de estatura bastante superior a la media, delgada, con el cabello y los ojos oscuros, que parecían aún más oscuros por el contraste con la absoluta

palidez de su piel. No creo haber visto nunca una palidez tan mortal en el rostro de una mujer. También sus labios parecían desprovistos de sangre, pero sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. Al avanzar en silencio por la habitación, daba una sensación de sufrimiento que me impresionó mucho más que la descripción que había hecho el banquero por la mañana, y que resultaba especialmente sorprendente en ella, porque se veía claramente que era una mujer de carácter fuerte, con inmensa capacidad para dominarse. Sin hacer caso de mi presencia, se dirigió directamente a su tío y le pasó la mano por la cabeza, en una dulce caricia femenina.

—Habrás dado orden de que dejen libre a Arthur, ¿verdad, papá? —preguntó.

—No, hija mía, no. El asunto debe investigarse a fondo.

—Pero estoy segura de que es inocente. Ya sabes cómo es la intuición femenina.

Sé que no ha hecho nada malo.

—¿Y por qué calla, si es inocente?

—¿Quién sabe? Tal vez porque le indignó que sospecharas de él.

—¿Cómo no iba a sospechar, si yo mismo le vi con la corona en las manos?

—¡Pero si sólo la había cogido para mirarla! ¡Oh, papá, créeme, por favor, es inocente! Da por terminado el asunto y no digas más. ¡Es tan terrible pensar que nuestro querido Arthur está en la cárcel!

—No daré por terminado el asunto hasta que aparezcan las piedras. ¡No lo haré, Mary! Tu cariño por Arthur te ciega, y no te deja ver las terribles consecuencias que esto tendrá para mí. Lejos de silenciar el asunto, he traído de Londres a un caballero para que lo investigue más a fondo.

—¿Este caballero? —preguntó ella, dándose la vuelta para mirarme.

—No, su amigo. Ha querido que le dejáramos solo. Ahora anda por el sendero del establo.

—¿El sendero del establo? —la muchacha enarcó las cejas—. ¿Qué espera encontrar ahí? Ah, supongo que es este señor. Confío, caballero, en que logre

usted demostrar lo que tengo por seguro que es la verdad: que mi primo Arthur es inocente de este robo.

—Comparto plenamente su opinión, señorita, y, lo mismo que usted, yo también confío en que lograremos demostrarlo —respondió Holmes, retrocediendo hasta el felpudo para quitarse la nieve de los zapatos—. Creo que tengo el honor de dirigirme a la señorita Mary Holder. ¿Puedo hacerle una o dos preguntas?

—Por favor, hágalas, si con ello ayudamos a aclarar este horrible embrollo.

—¿No oyó usted nada anoche?

—Nada, hasta que mi tío empezó a hablar a gritos. Al oír eso, acudí corriendo.

—Usted se encargó de cerrar las puertas y ventanas. ¿Aseguró todas las ventanas?

—Sí.

—¿Seguían bien cerradas esta mañana?

—Sí.

—¿Una de sus doncellas tiene novio? Creo que usted le comentó a su tío que anoche había salido para verse con él.

—Sí, y es la misma chica que sirvió en la sala de estar, y pudo oír los comentarios de mi tío acerca de la corona.

—Ya veo. Usted supone que ella salió para contárselo a su novio, y que entre los dos planearon el robo.

—¿Pero de qué sirven todas esas vagas teorías? —exclamó el banquero con impaciencia—. ¿No le he dicho que vi a Arthur con la corona en las manos?

—Aguarde un momento, señor Holder. Ya llegaremos a eso. Volvamos a esa muchacha, señorita Holder. Me imagino que la vio usted volver por la puerta de la cocina.

—Sí; cuando fui a ver si la puerta estaba cerrada, me tropecé con ella que

entraba. También vi al hombre en la oscuridad.

—¿Le conoce usted?

—Oh, sí; es el verdulero que nos trae las verduras. Se llama Francis Prosper.

—¿Estaba a la izquierda de la puerta... es decir, en el sendero y un poco alejado de la puerta?

—En efecto.

—¿Y tiene una pata de palo?

Algo parecido al miedo asomó en los negros y expresivos ojos de la muchacha.

—Caramba, ni que fuera usted un mago —dijo—. ¿Cómo sabe eso?

La muchacha sonreía, pero en el rostro enjuto y preocupado de Holmes no apareció sonrisa alguna.

—Ahora me gustaría mucho subir al piso de arriba —dijo—. Probablemente tendré que volver a examinar la casa por fuera. Quizá sea mejor que, antes de subir, eche un vistazo a las ventanas de abajo.

Caminó rápidamente de una ventana a otra, deteniéndose sólo en la más grande, que se abría en el vestíbulo y daba al sendero de los establos. La abrió y examinó atentamente el alféizar con su potente lupa.

—Ahora vamos arriba —dijo por fin.

El gabinete del banquero era un cuartito amueblado con sencillez, con una alfombra gris, un gran escritorio y un espejo alargado. Holmes se dirigió en primer lugar al escritorio y examinó la cerradura.

—¿Qué llave se utilizó para abrirlo? —preguntó.

—La misma que dijo mi hijo: la del armario del trastero.

—¿La tiene usted aquí?

—Es esa que hay encima de la mesita.

Sherlock Holmes cogió la llave y abrió el escritorio.

—Es un cierre silencioso —dijo—. No me extraña que no le despertara. Supongo que éste es el estuche de la corona. Tendremos que echarle un vistazo.

Abrió la caja, sacó la diadema y la colocó sobre la mesa. Era un magnífico ejemplar del arte de la joyería, y sus treinta y seis piedras eran las más hermosas que yo había visto. Uno de sus lados tenía el borde torcido y roto, y le faltaba una esquina con tres piedras.

—Ahora, señor Holder —dijo Holmes—, aquí tiene la esquina simétrica a la que

se ha perdido tan lamentablemente. Haga usted el favor de arrancarla.

El banquero retrocedió horrorizado.

—Ni en sueños me atrevería a intentarlo —dijo.

—Entonces, lo haré yo —con un gesto repentino, Holmes tiró de la esquina con todas sus fuerzas, pero sin resultado—. Creo que la siento ceder un poco —dijo —, pero, aunque tengo una fuerza extraordinaria en los dedos, tardaría muchísimo tiempo en romperla. Un hombre de fuerza normal sería incapaz de hacerlo. ¿Y qué cree usted que sucedería si la rompiera, señor Holder? Sonaría como un pistoletazo. ¿Quiere usted hacerme creer que todo esto sucedió a pocos metros de su cama, y que usted no oyó nada?

—No sé qué pensar. Me siento a oscuras.

—Puede que se vaya iluminando a medida que avanzamos. ¿Qué piensa usted, señorita Holder?

—Confieso que sigo compartiendo la perplejidad de mi tío.

—Cuando vio usted a su hijo, ¿llevaba éste puestos zapatos o zapatillas?

—No llevaba más que los pantalones y la camisa.

—Gracias. No cabe duda de que hemos tenido una suerte extraordinaria en esta investigación, y si no logramos aclarar el asunto será exclusivamente por culpa nuestra. Con su permiso, señor Holder, ahora continuaré mis investigaciones en

el exterior.

Insistió en salir solo, explicando que toda pisada innecesaria haría más difícil su tarea. Estuvo ocupado durante más de una hora, y cuando por fin regresó traía los pies cargados de nieve y la expresión tan inescrutable como siempre.

—Creo que ya he visto todo lo que había que ver, señor Holder —dijo—. Le resultaré más útil si regreso a mis habitaciones.

—Pero las piedras, señor Holmes, ¿dónde están?

—No puedo decírselo.

El banquero se retorció las manos.

—¡No las volveré a ver! —gimió—. ¿Y mi hijo? ¿Me da usted esperanzas?

—Mi opinión no se ha alterado en nada.

—Entonces, por amor de Dios, ¿qué siniestro manejo ha tenido lugar en mi casa esta noche?

—Si se pasa usted por mi domicilio de Baker Street mañana por la mañana, entre las nueve y las diez, tendré mucho gusto en hacer lo posible por aclararlo. Doy por supuesto que me concede usted carta blanca para actuar en su nombre, con tal de que recupere las gemas, sin poner límites a los gastos que yo le haga pagar.

—Daría toda mi fortuna por recuperarlas.

—Muy bien. Seguiré estudiando el asunto mientras tanto. Adiós. Es posible que tenga que volver aquí antes de que anochezca.

Para mí, era evidente que mi compañero se había formado ya una opinión sobre el caso, aunque ni remotamente conseguía imaginar a qué conclusiones habría llegado. Durante nuestro viaje de regreso a casa, intenté varias veces sondearle al respecto, pero él siempre desvió la conversación hacia otros temas, hasta que por fin me di por vencido. Todavía no eran las tres cuando llegamos de vuelta a nuestras habitaciones. Holmes se metió corriendo en la suya y salió a los pocos minutos, vestido como un vulgar holgazán. Con una chaqueta astrosa y llena de brillos, el cuello levantado, corbata roja y botas muy gastadas, era un ejemplar

perfecto de la especie.

—Creo que esto servirá —dijo mirándose en el espejo que había sobre la chimenea—.

Me gustaría que viniera usted conmigo, Watson, pero me temo que no puede ser. Puede que esté sobre la buena pista, y puede que esté siguiendo un fuego fatuo, pero pronto saldremos de dudas. Espero volver en pocas horas.

Cortó una rodaja de carne de una pieza que había sobre el aparador, la metió entre dos rebanadas de pan y, guardándose la improvisada comida en el bolsillo, emprendió su expedición.

Yo estaba terminando de tomar el té cuando regresó; se notaba que venía de un humor excelente, y traía en la mano una vieja bota de elástico. La tiró a un rincón y se sirvió una taza de té.

—Sólo vengo de pasada —dijo—. Tengo que marcharme en seguida.

—¿Adónde?

—Oh, al otro lado del West End. Puede que tarde algo en volver. No me espere si se hace muy tarde.

—¿Qué tal le ha ido hasta ahora?

—Así, así. No tengo motivos de queja. He vuelto a estar en Streatham, pero no llamé a la casa. Es un problema precioso, y no me lo habría perdido por nada del mundo. Pero no puedo quedarme aquí chismorreando; tengo que quitarme estas deplorables ropas y recuperar mi respetable personalidad.

Por su manera de comportarse, se notaba que tenía más motivos de satisfacción que lo que daban a entender sus meras palabras. Le brillaban los ojos e incluso tenía un toque de color en sus pálidas mejillas. Subió corriendo al piso de arriba, y a los pocos minutos oí un portazo en el vestíbulo que me indicó que había reemprendido su apasionante cacería.

Esperé hasta la medianoche, pero como no daba señales de regresar me retiré a mi habitación. No era nada raro que, cuando seguía una pista, estuviera ausente durante días enteros, así que su tardanza no me extrañó. No sé a qué hora llegó,

pero cuando bajé a desayunar, allí estaba Holmes con una taza de café en una mano y el periódico en la otra, tan flamante y acicalado como el que más.

—Perdone que haya empezado a desayunar sin usted, Watson —dijo—, pero ya recordará que estamos citados con nuestro cliente a primera hora.

—Pues son ya más de las nueve —respondí—. No me extrañaría que el que llega fuera él. Me ha parecido oír la campanilla.

Era, en efecto, nuestro amigo el financiero. Me impresionó el cambio que había experimentado, pues su rostro, normalmente amplio y macizo, se veía ahora deshinchado y fláccido, y sus cabellos parecían un poco más blancos. Entró con un aire fatigado y letárgico, que resultaba aún más penoso que la violenta entrada del día anterior, y se dejó caer pesadamente en la butaca que acerqué para él.

—No sé qué habré hecho para merecer este castigo —dijo—. Hace tan sólo dos días, yo era un hombre feliz y próspero, sin una sola preocupación en el mundo. Ahora me espera una vejez solitaria y deshonrosa. Las desgracias vienen una tras otra. Mi sobrina Mary me ha abandonado.

—¿Que le ha abandonado?

—Sí. Esta mañana vimos que no había dormido en su cama; su habitación estaba vacía, y en la mesita del vestíbulo había una nota para mí. Anoche, movido por la pena y no en tono de enfado, le dije que si se hubiera casado con mi hijo, éste no se habría descarriado. Posiblemente fue una insensatez decir tal cosa. En la nota que me dejó hace alusión a este comentario mío:

«Queridísimo tío: Me doy cuenta de que yo he sido la causa de que sufras este disgusto y de que, si hubiera obrado de diferente manera, esta terrible desgracia podría no haber ocurrido. Con este pensamiento en la cabeza, ya no podré ser feliz viviendo bajo tu techo, y considero que debo dejarte para siempre. No te preocupes por mi futuro, que eso ya está arreglado. Y, sobre todo, no me busques, pues sería tarea inútil y no me favorecería en nada. En la vida o en la muerte, te quiere siempre MARY». ¿Qué quiere decir esta nota, señor Holmes? ¿Cree usted que se propone suicidarse?

—No, no, nada de eso. Quizá sea ésta la mejor solución. Me parece, señor Holder, que sus dificultades están a punto de terminar.

—¿Cómo puede decir eso? ¡Señor Holmes! ¡Usted ha averiguado algo, usted sabe algo! ¿Dónde están las piedras?

—¿Le parecería excesivo pagar mil libras por cada una?

—Pagaría diez mil.

—No será necesario. Con tres mil bastará. Y supongo que habrá que añadir una pequeña recompensa. ¿Ha traído usted su talonario? Aquí tiene una pluma. Lo mejor será que extienda un cheque por cuatro mil libras.

Con expresión atónita, el banquero extendió el cheque solicitado. Holmes se acercó a su escritorio, sacó un trozo triangular de oro con tres piedras preciosas, y lo arrojó sobre la mesa.

Nuestro cliente se apoderó de él con un alarido de júbilo.

—¡Lo tiene! —jadeó—. ¡Estoy salvado! ¡Estoy salvado!

La reacción de alegría era tan apasionada como lo había sido su desconsuelo anterior, y apretaba contra el pecho las gemas recuperadas.

—Todavía debe usted algo, señor Holder —dijo Sherlock Holmes en tono más bien severo.

—¿Qué debo? —cogió la pluma—. Diga la cantidad y la pagaré.

—No, su deuda no es conmigo. Le debe usted las más humildes disculpas a ese noble muchacho, su hijo, que se ha comportado en todo este asunto de un modo que a mí me enorgullecería en mi propio hijo, si es que alguna vez llego a tener uno.

—Entonces, ¿no fue Arthur quien las robó?

—Se lo dije ayer y se lo repito hoy: no fue él.

—¡Con qué seguridad lo dice! En tal caso, ¡vayamos ahora mismo a decirle que ya se ha descubierto la verdad!

—Él ya lo sabe. Después de haberlo resuelto todo, tuve una entrevista con él y,

al comprobar que no estaba dispuesto a explicarme lo sucedido, se lo expliqué yo a él, ante lo cual no tuvo más remedio que reconocer que yo tenía razón, y añadir los poquísimos detalles que yo aún no veía muy claros. Sin embargo, cuando le vea a usted esta mañana quizá rompa su silencio.

—¡Por amor del cielo, explíqueme todo este extraordinario misterio!

—Voy a hacerlo, explicándole además los pasos por los que llegué a la solución. Y permítame empezar por lo que a mí me resulta más duro decirle y a usted le resultará más duro escuchar: sir George Burnwell y su sobrina Mary se entendían, y se han fugado juntos.

—¿Mi Mary? ¡Imposible!

—Por desgracia, es más que posible; es seguro. Ni usted ni su hijo conocían la verdadera personalidad de este hombre cuando lo admitieron en su círculo familiar. Es uno de los hombres más peligrosos de Inglaterra... un jugador arruinado, un canalla sin ningún escrúpulo, un hombre sin corazón ni conciencia. Su sobrina no sabía nada sobre esta clase de hombres. Cuando él le susurró al oído sus promesas de amor, como había hecho con otras cien antes que con ella, ella se sintió halagada, pensando que había sido la única en llegar a su corazón. El diablo sabe lo que le diría, pero acabó convirtiéndola en su instrumento, y se veían casi todas las noches.

—¡No puedo creerlo, y me niego a creerlo! —exclamó el banquero con el rostro ceniciento.

—Entonces, le explicaré lo que sucedió en su casa aquella noche. Cuando pensó que usted se había retirado a dormir, su sobrina bajó a hurtadillas y habló con su amante a través de la ventana que da al sendero de los establos. El hombre estuvo allí tanto tiempo que dejó pisadas que atravesaban toda la capa de nieve. Ella le habló de la corona. Su maligno afán de oro se encendió al oír la noticia, y sometió a la muchacha a su voluntad. Estoy seguro de que ella le quería a usted, pero hay mujeres en las que el amor de un amante apaga todos los demás amores, y me parece que su sobrina es de esta clase. Apenas había acabado de oír las órdenes de sir George, vio que usted bajaba por las escaleras, y cerró apresuradamente la ventana; a continuación, le habló de la escapada de una de las doncellas con su novio el de la pata de palo, que era absolutamente cierta.

En cuanto a su hijo Arthur, se fue a la cama después de hablar con usted, pero no

pudo dormir a causa de la inquietud que le producía su deuda en el club. A mitad de la noche, oyó unos pasos furtivos junto a su puerta; se levantó a asomarse y quedó muy sorprendido al ver a su prima avanzando con gran sigilo por el pasillo, hasta desaparecer en el gabinete. Petrificado de asombro, el muchacho se puso encima algunas ropas y aguardó en la oscuridad para ver dónde iba a parar aquel extraño asunto. Al poco rato, ella salió de la habitación y, a la luz de la lámpara del pasillo, su hijo vio que llevaba en las manos la preciosa corona. La muchacha bajó a la planta baja, y su hijo, temblando de horror, corrió a esconderse detrás de la cortina que hay junto a la puerta de la habitación de usted, desde donde podía ver lo que ocurría en el vestíbulo. Así vio cómo ella abría sin hacer ruido la ventana, le entregaba la corona a alguien que aguardaba en la oscuridad y, tras volver a cerrar la ventana, regresaba a toda prisa a su habitación, pasando muy cerca de donde él estaba escondido detrás de la cortina.

Mientras ella estuvo a la vista, él no se atrevió a hacer nada, pues ello comprometería de un modo terrible a la mujer que amaba. Pero en el instante en que ella desapareció, comprendió la tremenda desgracia que aquello representaba para usted y se propuso remediarlo a toda costa. Descalzo como estaba, echó a correr escaleras abajo, abrió la ventana, saltó a la nieve y corrió por el sendero, donde distinguió una figura oscura que se alejaba a la luz de la luna. Sir George Burnwell intentó escapar, pero Arthur le alcanzó y se entabló un forcejeo entre ellos, su hijo tirando de un lado de la corona y su oponente del otro. En la pelea, su hijo golpeó a sir George y le hizo una herida encima del ojo. Entonces, se oyó un fuerte chasquido y su hijo, viendo que tenía la corona en las manos, corrió de vuelta a la casa, cerró la ventana, subió al gabinete y allí advirtió que la corona se había torcido durante el forcejeo. Estaba intentando enderezarla cuando usted apareció en escena.

—¿Es posible? —dijo el banquero, sin aliento.

—Entonces, usted le irritó con sus insultos, precisamente cuando él opinaba que merecía su más encendida gratitud. No podía explicar la verdad de lo ocurrido sin delatar a una persona que, desde luego, no merecía tanta consideración por su parte. A pesar de todo, adoptó la postura más caballerosa y guardó el secreto para protegerla.

—¡Y por eso ella dio un grito y se desmayó al ver la corona! —exclamó el señor Holder—. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué ciego y estúpido he sido! ¡Y él pidiéndome que le dejara salir cinco minutos! ¡Lo que quería el pobre muchacho era ver si el

trozo que faltaba había quedado en el lugar de la lucha! ¡De qué modo tan cruel le he malinterpretado!

—Cuando yo llegué a la casa —continuó Holmes—, lo primero que hice fue examinar atentamente los alrededores, por si había huellas en la nieve que pudieran ayudarme. Sabía que no había nevado desde la noche anterior, y que la fuerte helada habría conservado las huellas. Miré el sendero de los proveedores, pero lo encontré todo pisoteado e indescifrable. Sin embargo, un poco más allá, al otro lado de la puerta de la cocina, había estado una mujer hablando con un hombre, una de cuyas pisadas indicaba que tenía una pata de palo. Se notaba incluso que los habían interrumpido, porque la mujer había vuelto corriendo a la puerta, como demostraban las pisadas con la punta del pie muy marcada y el talón muy poco, mientras Patapalo se quedaba esperando un poco, para después marcharse. Pensé que podía tratarse de la doncella de la que usted me había hablado y su novio, y un par de preguntas me lo confirmaron. Inspeccioné el jardín sin encontrar nada más que pisadas sin rumbo fijo, que debían ser de la policía; pero cuando llegué al sendero de los establos, encontré escrita en la nieve una larga y complicada historia.

Había una doble línea de pisadas de un hombre con botas, y una segunda línea, también doble, que, como comprobé con satisfacción, correspondían a un hombre con los pies descalzos. Por lo que usted me había contado, quedé convencido de que pertenecían a su hijo. El primer hombre había andado a la ida y a la venida, pero el segundo había corrido a gran velocidad, y sus huellas, superpuestas a las de las botas, demostraban que corría detrás del otro. Las seguí en una dirección y comprobé que llegaban hasta la ventana del vestíbulo, donde el de las botas había permanecido tanto tiempo que dejó la nieve completamente pisada. Luego las seguí en la otra dirección, hasta unos cien metros sendero adelante. Allí, el de las botas se había dado la vuelta, y las huellas en la nieve parecían indicar que se había producido una pelea. Incluso habían caído unas gotas de sangre, que confirmaban mi teoría. Después, el de las botas había seguido corriendo por el sendero; una pequeña mancha de sangre indicaba que era él el que había resultado herido. Su pista se perdía al llegar a la carretera, donde habían limpiado la nieve del pavimento.

Sin embargo, al entrar en la casa, recordará usted que examiné con la lupa el alféizar y el marco de la ventana del vestíbulo, y pude advertir al instante que alguien había pasado por ella. Se notaba la huella dejada por un pie mojado al entrar. Ya podía empezar a formarme una opinión de lo ocurrido. Un hombre

había aguardado fuera de la casa junto a la ventana. Alguien le había entregado la joya; su hijo había sido testigo de la fechoría, había salido en persecución del ladrón, había luchado con él, los dos habían tirado de la corona y la combinación de sus esfuerzos provocó daños que ninguno de ellos habría podido causar por sí solo. Su hijo había regresado con la corona, pero dejando un fragmento en manos de su adversario. Hasta ahí, estaba claro. Ahora la cuestión era: "¿quién era el hombre de las botas y quién le entregó la corona?"

Una vieja máxima mía dice que, cuando has eliminado lo imposible, lo que queda, por muy improbable que parezca, tiene que ser la verdad. Ahora bien, yo sabía que no fue usted quien entregó la corona, así que sólo quedaban su sobrina y las doncellas. Pero si hubieran sido las doncellas, ¿por qué iba su hijo a permitir que lo acusaran a él en su lugar? No tenía ninguna razón posible. Sin embargo, sabíamos que amaba a su prima, y allí teníamos una excelente explicación de por qué guardaba silencio, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un secreto deshonroso. Cuando recordé que usted la había visto junto a aquella misma ventana, y que se había desmayado al ver la corona, mis conjeturas se convirtieron en certidumbre.

"¿Y quién podía ser su cómplice?" Evidentemente, un amante, porque ¿quién otro podría hacerle renegar del amor y gratitud que sentía por usted? Yo sabía que ustedes salían poco, y que su círculo de amistades era reducido; pero entre ellas figuraba sir George Burnwell. Yo ya había oído hablar de él, como hombre de mala reputación entre las mujeres. Tenía que haber sido él el que llevaba aquellas botas y el que se había quedado con las piedras perdidas. Aun sabiendo que Arthur le había descubierto, se consideraba a salvo porque el muchacho no podía decir una palabra sin comprometer a su propia familia.

En fin, ya se imaginará usted las medidas que adopté a continuación. Me dirigí, disfrazado de vago, a la casa de sir George, me las arreglé para entablar conversación con su lacayo, me enteré de que su señor se había hecho una herida en la cabeza la noche anterior y, por último, al precio de seis chelines, conseguí la prueba definitiva comprándole un par de zapatos viejos de su amo. Me fui con ellos a Streatham y comprobé que coincidían exactamente con las huellas.

—Ayer por la tarde vi un vagabundo harapiento por el sendero —dijo el señor Holder.

—Precisamente. Ése era yo. Ya tenía a mi hombre, así que volví a casa y me

cambié de ropa. Tenía que actuar con mucha delicadeza, porque estaba claro que había que prescindir de denuncias para evitar el escándalo, y sabía que un canalla tan astuto como él se daría cuenta de que teníamos las manos atadas por ese lado. Fui a verlo. Al principio, como era de esperar, lo negó todo. Pero luego, cuando le di todos los detalles de lo que había ocurrido, se puso gallito y cogió una cachiporra de la pared. Sin embargo, yo conocía a mi hombre y le apliqué una pistola a la sien antes de que pudiera golpear. Entonces se volvió un poco más razonable. Le dije que le pagaríamos un rescate por las piedras que tenía en su poder: mil libras por cada una. Aquello provocó en él las primeras señales de pesar. «¡Maldita sea! —dijo—. ¡Y yo que he vendido las tres por seiscientas!» No tardé en arrancarle la dirección del comprador, prometiéndole que no presentaríamos ninguna denuncia. Me fui a buscarlo y, tras mucho regateo, le saqué las piedras a mil libras cada una. Luego fui a visitar a su hijo, le dije que todo había quedado aclarado, y por fin me acosté a eso de las dos, después de lo que bien puedo llamar una dura jornada.

—¡Una jornada que ha salvado a Inglaterra de un gran escándalo público! —dijo el banquero, poniéndose en pie—. Señor, no encuentro palabras para darle las gracias, pero ya comprobará usted que no soy desagradecido. Su habilidad ha superado con creces todo lo que me habían contado de usted. Y ahora, debo volver al lado de mi querido hijo para pedirle perdón por lo mal que lo he tratado. En cuanto a mi pobre Mary, lo que usted me ha contado me ha llegado al alma. Supongo que ni siquiera usted, con todo su talento, puede informarme de dónde se encuentra ahora.

—Creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos —replicó Holmes —que está allí donde se encuentre sir George Burnwell. Y es igualmente seguro que, por graves que sean sus pecados, pronto recibirán un castigo más que suficiente.

12. El misterio de Copper Beeches

—El hombre que ama el arte por el arte —comentó Sherlock Holmes, dejando a un lado la hoja de anuncios del Daily Telegraph— suele encontrar los placeres más intensos en sus manifestaciones más humildes y menos importantes. Me complace advertir, Watson, que hasta ahora ha captado usted esa gran verdad, y que en esas pequeñas crónicas de nuestros casos que ha tenido la bondad de redactar, debo decir que, embelleciéndolas en algunos puntos, no ha dado preferencia a las numerosas causes célèbres y procesos sensacionales en los que he intervenido, sino más bien a incidentes que pueden haber sido triviales, pero que daban ocasión al empleo de las facultades de deducción y síntesis que he convertido en mi especialidad.

—Y, sin embargo —dije yo, sonriendo—, no me considero definitivamente absuelto de la acusación de sensacionalismo que se ha lanzado contra mis crónicas.

—Tal vez haya cometido un error —apuntó él, tomando una brasa con las pinzas y encendiendo con ellas la larga pipa de cerezo que sustituía a la de arcilla cuando se sentía más dado a la polémica que a la reflexión—. Quizá se haya equivocado al intentar añadir color y vida a sus descripciones, en lugar de limitarse a exponer los sesudos razonamientos de causa a efecto, que son en realidad lo único verdaderamente digno de mención del asunto.

—Me parece que en ese aspecto le he hecho a usted justicia —comenté, algo fríamente, porque me repugnaba la egolatría que, como había observado más de una vez, constituía un importante factor en el singular carácter de mi amigo.

—No, no es cuestión de vanidad o egoísmo —dijo él, respondiendo, como tenía por costumbre, a mis pensamientos más que a mis palabras—. Si reclamo plena justicia para mi arte, es porque se trata de algo impersonal... algo que está más allá de mí mismo. El delito es algo corriente. La lógica es una rareza. Por tanto, hay que poner el acento en la lógica y no en el delito. Usted ha degradado lo que debía haber sido un curso académico, reduciéndolo a una serie de cuentos.

Era una mañana fría de principios de primavera, y después del desayuno nos habíamos sentado a ambos lados de un chispeante fuego en el viejo apartamento de Baker Street. Una espesa niebla se extendía entre las hileras de casas parduzcas, y las ventanas de la acera de enfrente parecían borrones oscuros entre las densas volutas amarillentas. Teníamos encendida la luz de gas, que caía sobre el mantel arrancando reflejos de la porcelana y el metal, pues aún no habían recogido la mesa. Sherlock Holmes se había pasado callado toda la mañana, zambulléndose continuamente en las columnas de anuncios de una larga serie de periódicos, hasta que por fin, renunciando aparentemente a su búsqueda, había emergido, no de muy buen humor, para darme una charla sobre mis defectos literarios.

—Por otra parte —comentó tras una pausa, durante la cual estuvo dándole chupadas a su larga pipa y contemplando el fuego—, difícilmente se le puede acusar a usted de sensacionalismo, cuando entre los casos por los que ha tenido la bondad de interesarse hay una elevada proporción que no tratan de ningún delito, en el sentido legal de la palabra. El asuntillo en el que intenté ayudar al rey de Bohemia, la curiosa experiencia de la señorita Mary Sutherland, el problema del hombre del labio retorcido y el incidente de la boda del noble, fueron todos ellos casos que escapaban al alcance de la ley. Pero, al evitar lo sensacional, me temo que puede usted haber bordeado lo trivial.

—Puede que el desenlace lo fuera —respondí—, pero sostengo que los métodos fueron originales e interesantes.

—Psé. Querido amigo, ¿qué le importan al público, al gran público despistado, que sería incapaz de distinguir a un tejedor por sus dientes o a un cajista de imprenta por su pulgar izquierdo, los matices más delicados del análisis y la deducción? Aunque, la verdad, si es usted trivial no es por culpa suya, porque ya pasaron los tiempos de los grandes casos. El hombre, o por lo menos el criminal, ha perdido toda la iniciativa y la originalidad. Y mi humilde consultorio parece estar degenerando en una agencia para recuperar lápices extraviados y ofrecer consejo a señoritas de internado. Creo que por fin hemos tocado fondo. Esta nota que he recibido esta mañana marca, a mi entender, mi punto cero. Léala —me tiró una carta arrugada.

Estaba fechada en Montague Place la noche anterior y decía:

«Querido señor Holmes: Tengo mucho interés en consultarle acerca de si debería

o no aceptar un empleo de institutriz que se me ha ofrecido. Si no tiene inconveniente, pasaré a visitarle mañana a las diez y media. Suya afectísima, Violet

HUNTER.»

—¿Conoce usted a esta joven? —pregunté.

—De nada.

—Pues ya son las diez y media.

—Sí, y sin duda es ella la que acaba de llamar a la puerta.

—Quizá resulte ser más interesante de lo que usted cree. Acuérdese del asunto del carbunclo azul, que al principio parecía una fruslería y se acabó convirtiendo en una investigación seria. Puede que ocurra lo mismo en este caso.

—¡Ojalá sea así! Pero pronto saldremos de dudas, porque, o mucho me equivoco, o aquí la tenemos.

Mientras él hablaba se abrió la puerta y una joven entró en la habitación. Iba vestida de un modo sencillo, pero con buen gusto; tenía un rostro expresivo e inteligente, pecoso como un huevo de chorlito, y actuaba con los modales desenvueltos de una mujer que ha tenido que abrirse camino en la vida.

—Estoy segura de que me perdonará que le moleste —dijo mientras mi compañero se levantaba para saludarla—. Pero me ha ocurrido una cosa muy extraña y, como no tengo padres ni familiares a los que pedir consejo, pensé que tal vez usted tuviera la amabilidad de indicarme qué debo hacer.

—Siéntese, por favor, señorita Hunter. Tendré mucho gusto en hacer lo que pueda para servirla.

Me di cuenta de que a Holmes le habían impresionado favorablemente los modales y la manera de hablar de su nuevo cliente. La contempló del modo inquisitivo que era habitual en él y luego se sentó a escuchar su caso con los párpados caídos y las puntas de los dedos juntas.

—He trabajado cinco años como institutriz —dijo— en la familia del coronel

Spence Munro, pero hace dos meses el coronel fue destinado a Halifax, Nueva Escocia, y se llevó a sus hijos a América, de modo que me encontré sin empleo. Puse anuncios y respondí a otros anuncios, pero sin éxito. Por fin empezó a acabárseme el poco dinero que tenía ahorrado y me devanaba los sesos sin saber qué hacer.

Existe en el West End una agencia para institutrices muy conocida, llamada Westway's, por la que solía pasarme una vez a la semana para ver si había surgido algo que pudiera convenirme. Westway era el apellido del fundador de la empresa, pero quien la dirige en realidad es la señorita Stoper. Se sienta en un pequeño despacho, y las mujeres que buscan empleo aguardan en una antesala y van pasando una a una. Ella consulta sus ficheros y mira a ver si tiene algo que pueda interesarlas.

Pues bien, cuando me pasé por allí la semana pasada me hicieron entrar en el despacho como de costumbre, pero vi que la señorita Stoper no estaba sola. Junto a ella se sentaba un hombre prodigiosamente gordo, de rostro muy sonriente y con una enorme papada que le caía en pliegues sobre el cuello; llevaba un par de gafas sobre la nariz y miraba con mucho interés a las mujeres que iban entrando. Al llegar yo, dio un salto en su asiento y se volvió rápidamente hacia la señorita Stoper.

—¡Ésta servirá! —dijo—. No podría pedirse nada mejor. ¡Estupenda! ¡Estupenda!

Parecía entusiasmado y se frotaba las manos de la manera más alegre. Se trataba de un hombre de aspecto tan satisfecho que daba gusto mirarlo.

—¿Busca usted trabajo, señorita? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Como institutriz?

—Sí, señor.

—¿Y qué salario pide usted?

—En mi último empleo, en casa del coronel Spence Munro, cobraba cuatro libras al mes.

—¡Puf? ¡Denigrante! ¡Sencillamente denigrante! —exclamó, elevando en el aire sus rollizas manos, como arrebatado por la indignación—. ¿Cómo se le puede ofrecer una suma tan lamentable a una dama con semejantes atractivos y cualidades?

—Es posible, señor, que mis cualidades sean menos de lo que usted imagina —

dije yo—. Un poco de francés, un poco de alemán, música y dibujo...

—¡Puf, puf? —exclamó—. Eso está fuera de toda duda. Lo que interesa es si usted posee o no el porte y la distinción de una dama. En eso radica todo. Si no los posee, entonces no está capacitada para educar a un niño que algún día puede desempeñar un importante papel en la historia de la nación. Pero si las tiene, ¿cómo podría un caballero pedirle que condescendiera a aceptar nada por debajo de tres cifras? Si trabaja usted para mí, señora, comenzará con un salario de cien libras al año.

Como podrá imaginar, señor Holmes, estando sin recursos como yo estaba, aquella oferta me pareció casi demasiado buena para ser verdad. Sin embargo, el caballero, advirtiendo tal vez mi expresión de incredulidad, abrió su cartera y sacó un billete.

—Es también mi costumbre —dijo, sonriendo del modo más amable, hasta que sus ojos quedaron reducidos a dos ranuras que brillaban entre los pliegues blancos de su cara— pagar medio salario por adelantado a mis jóvenes empleadas, para que puedan hacer frente a los pequeños gastos del viaje y el vestuario.

Me pareció que nunca había conocido a un hombre tan fascinante y tan considerado. Como ya tenía algunas deudas con los proveedores, aquel adelanto me venía muy bien; sin embargo, toda la transacción tenía un algo de innatural que me hizo desear saber algo más antes de comprometerme.

—¿Puedo preguntar dónde vive usted, señor? —dije.

—En Hampshire. Un lugar encantador en el campo, llamado Copper Beeches, cinco millas más allá de Winchester. Es una región preciosa, querida señorita, y la vieja casa de campo es sencillamente maravillosa.

—¿Y mis obligaciones, señor? Me gustaría saber en qué consistirían.

—Un niño. Un pillastre delicioso, de sólo seis años. ¡Tendría usted que verlo matando cucarachas con una zapatilla! ¡Plaf, plaf, plaf! ¡Tres muertas en un abrir y cerrar de ojos! —se echó hacia atrás en su asiento y volvió a reírse hasta que los ojos se le hundieron en la cara de nuevo.

Quedé un poco perpleja ante la naturaleza de las diversiones del niño, pero la risa del padre me hizo pensar que tal vez estuviera bromeando.

—Entonces, mi única tarea —dije— sería ocuparme de este niño.

—No, no, no la única, querida señorita, no la única —respondió—. Su tarea consistirá, como sin duda ya habrá imaginado, en obedecer todas las pequeñas órdenes que mi esposa le pueda dar, siempre que se trate de órdenes que una dama pueda obedecer con dignidad. No verá usted ningún inconveniente en ello, ¿verdad?

—Estaré encantada de poder ser útil.

—Perfectamente. Por ejemplo, en la cuestión del vestuario. Somos algo maniáticos, ¿sabe usted? Maniáticos pero buena gente. Si le pidiéramos que se pusiera un vestido que nosotros le proporcionáramos, no se opondría usted a nuestro capricho, ¿verdad?

—No —dije yo, bastante sorprendida por sus palabras.

—O que se sentara en un sitio, o en otro; eso no le resultaría ofensivo, ¿verdad?

—Oh, no.

—O que se cortara el cabello muy corto antes de presentarse en nuestra casa...

Yo no daba crédito a mis oídos. Como puede usted observar, señor Holmes, mi pelo es algo exuberante y de un tono castaño bastante peculiar. Han llegado a describirlo como artístico. Ni en sueños pensaría en sacrificarlo de buenas a primeras.

—Me temo que eso es del todo imposible —dije.

Él me estaba observando atentamente con sus ojillos, y pude advertir que al oír mis palabras pasó una sombra por su rostro.

—Y yo me temo que es del todo esencial —dijo—. Se trata de un pequeño capricho de mi esposa, y los caprichos de las damas, señorita, los caprichos de las damas hay que satisfacerlos. ¿No está dispuesta a cortarse el pelo?

—No, señor, la verdad es que no —respondí con firmeza.

—Ah, muy bien. Entonces, no hay más que hablar. Es una pena, porque en todos los demás aspectos habría servido de maravilla. Dadas las circunstancias, señorita Stoper, tendré que examinar a algunas más de sus señoritas.

La directora de la agencia había permanecido durante toda la entrevista ocupada con sus papeles, sin dirigirnos la palabra a ninguno de los dos, pero en aquel momento me miró con tal expresión de disgusto que no pude evitar sospechar que mi negativa le había hecho perder una espléndida comisión.

—¿Desea usted que sigamos manteniendo su nombre en nuestras listas? —preguntó.

—Si no tiene inconveniente, señorita Stoper.

—Pues, la verdad, me parece bastante inútil, viendo el modo en que rechaza usted las ofertas más ventajosas —dijo secamente—. No esperará usted que nos esforcemos por encontrarle otra ganga como ésta. Buenos días, señorita Hunter —hizo sonar un gong que tenía sobre la mesa, y el botones me acompañó a la salida.

Pues bien, cuando regresé a mi alojamiento y encontré la despensa medio vacía y dos o tres facturas sobre la mesa, empecé a preguntarme si no habría cometido una estupidez. Al fin y al cabo, si aquella gente tenía manías extrañas y esperaba que se obedecieran sus caprichos más extravagantes, al menos estaban dispuestos a pagar por sus excentricidades. Hay muy pocas institutrices en Inglaterra que ganen cien libras al año. Además, ¿de qué me serviría el pelo? A muchas mujeres les favorece llevarlo corto, y yo podía ser una de ellas. Al día siguiente ya tenía la impresión de haber cometido un error, y un día después estaba plenamente convencida. Estaba casi decidida a tragarme mi orgullo hasta el punto de regresar a la agencia y preguntar si la plaza estaba aún disponible, cuando recibí esta carta del caballero en cuestión. La he traído y se la voy a leer:

“The Copper Beeches, cerca de Winchester.

Querida señorita Hunter: La señorita Stoper ha tenido la amabilidad de darme su dirección, y le escribo desde aquí para preguntarle si ha reconsiderado su posición. Mi esposa tiene mucho interés en que venga, pues le agradó mucho la descripción que yo le hice de usted. Estamos dispuestos a pagarle treinta libras al trimestre, o ciento veinte al año, para compensarle por las pequeñas molestias que puedan ocasionarle nuestros caprichos. Al fin y al cabo, tampoco exigimos demasiado. A mi esposa le encanta un cierto tono de azul eléctrico, y le gustaría que usted llevase un vestido de ese color por las mañanas. Sin embargo, no tiene que incurrir en el gasto de adquirirlo, ya que tenemos uno perteneciente a mi querida hija Alice (actualmente en Filadelfia), que creo que le sentaría muy bien. En cuanto a lo de sentarse en un sitio o en otro, o practicar los entretenimientos que se le indiquen, no creo que ello pueda ocasionarle molestias. Y con respecto a su cabello, no cabe duda de que es una lástima, especialmente si se tiene en cuenta que no pude evitar fijarme en su belleza durante nuestra breve entrevista, pero me temo que debo mantenerme firme en este punto, y solamente confío en que el aumento de salario pueda compensarle de la pérdida. Sus obligaciones en lo referente al niño son muy llevaderas. Le ruego que haga lo posible por venir; yo la esperaría con un coche en Winchester. Hágame saber en qué tren llega. Suyo afectísimo, Jephro RUCASTLE.”

Ésta es la carta que acabo de recibir, señor Holmes, y ya he tomado la decisión de aceptar. Sin embargo, me pareció que antes de dar el paso definitivo debía someter el asunto a su consideración.

—Bien, señorita Hunter, si su decisión está tomada, eso deja zanjado el asunto — dijo Holmes sonriente.

—¿Usted no me aconsejaría rehusar?

—Confieso que no me gustaría que una hermana mía aceptara ese empleo.

—¿Qué significa todo esto, señor Holmes?

—¡Ah! Carezco de datos. No puedo decirle. ¿Se ha formado usted alguna opinión?

—Bueno, a mí me parece que sólo existe una explicación posible. El señor Rucastle parecía ser un hombre muy amable y bondadoso. ¿No es posible que su esposa esté loca, que él desee mantenerlo en secreto por miedo a que la internen en un asilo, y que le siga la corriente en todos sus caprichos para evitar una crisis?

—Es una posible explicación. De hecho, tal como están las cosas, es la más probable. Pero, en cualquier caso, no parece un sitio muy adecuado para una joven.

—Pero ¿y el dinero, señor Holmes? ¿Y el dinero?

—Sí, desde luego, la paga es buena... demasiado buena. Eso es lo que me inquieta. ¿Por qué iban a darle ciento veinte al año cuando tendrían institutrices para elegir por cuarenta? Tiene que existir una razón muy poderosa.

—Pensé que si le explicaba las circunstancias, usted lo entendería si más adelante solicitara su ayuda. Me sentiría mucho más segura sabiendo que una persona como usted me cubre las espaldas.

—Oh, puede irse convencida de ello. Le aseguro que su pequeño problema promete ser el más interesante que se me ha presentado en varios meses. Algunos aspectos resultan verdaderamente originales. Si tuviera usted dudas o se viera en peligro...

—¿Peligro? ¿En qué peligro está pensando?

Holmes meneó la cabeza muy serio.

—Si pudiéramos definirlo, dejaría de ser un peligro —dijo—. Pero a cualquier hora, de día o de noche, un telegrama suyo me hará acudir en su ayuda.

—Con eso me basta —se levantó muy animada de su asiento, habiéndose borrado la ansiedad de su rostro—. Ahora puedo ir a Hampshire mucho más tranquila. Escribiré de inmediato al señor Rucastle, sacrificaré mi pobre cabellera esta noche y partiré hacia Winchester mañana —con unas frases de agradecimiento para Holmes, nos deseó buenas noches y se marchó presurosa.

—Por lo menos —dije mientras oíamos sus pasos rápidos y firmes escaleras abajo —, parece una jovencita perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

—Y le va a hacer falta —dijo Holmes muy serio—. O mucho me equivoco, o recibiremos noticias suyas antes de que pasen muchos días.

No tardó en cumplirse la predicción de mi amigo. Transcurrieron dos semanas, durante las cuales pensé más de una vez en ella, preguntándome en qué extraño callejón de la experiencia humana se había introducido aquella mujer solitaria. El insólito salario, las curiosas condiciones, lo liviano del trabajo, todo apuntaba hacia algo anormal, aunque estaba fuera de mis posibilidades determinar si se trataba de una manía inofensiva o de una conspiración, si el hombre era un filántropo o un criminal. En cuanto a Holmes, observé que muchas veces se quedaba sentado durante media hora o más, con el ceño fruncido y aire abstraído, pero cada vez que yo mencionaba el asunto, él lo descartaba con un gesto de la mano. «¡Datos, datos, datos!» —exclamaba con impaciencia—. «¡No puedo hacer ladrillos sin arcilla!» Y, sin embargo, siempre acababa por murmurar que no le gustaría que una hermana suya hubiera aceptado semejante empleo.

El telegrama que al fin recibimos llegó una noche, justo cuando yo me disponía a acostarme y Holmes se preparaba para uno de los experimentos nocturnos en los que frecuentemente se enfrascaba; en aquellas ocasiones, yo lo dejaba por la noche, inclinado sobre una retorta o un tubo de ensayo, y lo encontraba en la misma posición cuando bajaba a desayunar por la mañana. Abrió el sobre amarillo y, tras echar un vistazo al mensaje, me lo pasó.

—Mire el horario de trenes en la guía —dijo, volviéndose a enfrascar en sus experimentos químicos.

La llamada era breve y urgente:

«Por favor, esté en el Hotel Black Swan de Winchester mañana a mediodía.

¡No deje de venir! No sé qué hacer.

HUNTER.»

—¿Viene usted conmigo?

—Me gustaría.

—Pues mire el horario.

—Hay un tren a las nueve y media —dije, consultando la guía—. Llega a Winchester a las once y media.

—Nos servirá perfectamente. Quizá sea mejor que aplace mi análisis de las acetonas, porque mañana puede que necesitemos estar en plena forma.

A las once de la mañana del día siguiente nos acercábamos ya a la antigua capital inglesa. Holmes había permanecido todo el viaje sepultado en los periódicos de la mañana, pero en cuanto pasamos los límites de Hampshire los dejó a un lado y se puso a admirar el paisaje. Era un hermoso día de primavera, con un cielo azul claro, salpicado de nubecillas algodonosas que se desplazaban de oeste a este. Lucía un sol muy brillante, a pesar de lo cual el aire tenía un frescor estimulante, que aguzaba la energía humana. Por toda la campiña, hasta las ondulantes colinas de la zona de Aldershot, los tejadillos rojos y grises de las granjas asomaban entre el verde claro del follaje primaveral.

—¡Qué hermoso y lozano se ve todo! —exclamé con el entusiasmo de quien acaba de escapar de las nieblas de Baker Street.

Pero Holmes meneó la cabeza con gran seriedad.

—Ya sabe usted, Watson —dijo—, que una de las maldiciones de una mente como la mía es que tengo que mirarlo todo desde el punto de vista de mi especialidad. Usted mira esas casas dispersas y se siente impresionado por su belleza. Yo las miro, y el único pensamiento que me viene a la cabeza es lo aisladas que están, y la impunidad con que puede cometerse un crimen en ellas.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¿Quién sería capaz de asociar la idea de un crimen con estas preciosas casitas?

—Siempre me han producido un cierto horror. Tengo la convicción, Watson, basada en mi experiencia, de que las callejuelas más sórdidas y miserables de Londres no cuentan con un historial delictivo tan terrible como el de la sonriente y hermosa campiña inglesa.

—¡Me horroriza usted!

—Pero la razón salta a la vista. En la ciudad, la presión de la opinión pública puede lograr lo que la ley es incapaz de conseguir. No hay callejuela tan miserable como para que los gritos de un niño maltratado o los golpes de un marido borracho no despierten la simpatía y la indignación del vecindario; y además, toda la maquinaria de la justicia está siempre tan a mano que basta una palabra de queja para ponerla en marcha, y no hay más que un paso entre el delito y el banquillo. Pero fíjese en esas casas solitarias, cada una en sus propios campos, en su mayor parte llenas de gente pobre e ignorante que sabe muy poco de la ley. Piense en los actos de crueldad infernal, en las maldades ocultas que pueden cometerse en estos lugares, año tras año, sin que nadie se entere. Si esta dama que ha solicitado nuestra ayuda se hubiera ido a vivir a Winchester, no temería por ella. Son las cinco millas de campo las que crean el peligro. Aun así, resulta claro que no se encuentra amenazada personalmente.

—No. Si puede venir a Winchester a recibirnos, también podría escapar.

—Exacto. Se mueve con libertad.

—Pero entonces, ¿qué es lo que sucede? ¿No se le ocurre ninguna explicación?

—Se me han ocurrido siete explicaciones diferentes, cada una de las cuales tiene en cuenta los pocos datos que conocemos. Pero ¿cuál es la acertada? Eso sólo puede determinarlo la nueva información que sin duda nos aguarda. Bueno, ahí se ve la torre de la catedral, y pronto nos enteraremos de lo que la señorita Hunter tiene que contarnos.

El Black Swan era una posada de cierta fama situada en High Street, a muy poca distancia de la estación, y allí estaba la joven aguardándonos. Había reservado una habitación y nuestro almuerzo nos esperaba en la mesa.

—¡Cómo me alegro de que hayan venido! —dijo fervientemente—. Los dos han sido muy amables. Les digo de verdad que no sé qué hacer. Sus consejos tienen un valor inmenso para mí.

—Por favor, explíquenos lo que le ha ocurrido.

—Eso haré, y más vale que me dé prisa, porque he prometido al señor Rucastle estar de vuelta antes de las tres. Me dio permiso para venir a la ciudad esta mañana, aunque poco se imagina a qué he venido.

—Oigámoslo todo por riguroso orden —dijo Holmes, estirando hacia el fuego sus largas y delgadas piernas y disponiéndose a escuchar.

—En primer lugar, puedo decir que, en conjunto, el señor y la señora Rucastle no me tratan mal. Es de justicia decirlo. Pero no los entiendo y no me siento tranquila con ellos.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Los motivos de su conducta. Pero se lo voy a contar tal como ocurrió. Cuando llegué, el señor Rucastle me recibió aquí y me llevó en su coche a Copper Beeches. Tal como él había dicho, está en un sitio precioso, pero la casa en sí no es bonita. Es un bloque cuadrado y grande, encalado pero todo manchado por la humedad y la intemperie. A su alrededor hay bosques por tres lados, y por el otro hay un campo en cuesta, que baja hasta la carretera de Southampton, la cual hace una curva a unas cien yardas de la puerta principal. Este terreno de delante pertenece a la casa, pero los bosques de alrededor forman parte de las propiedades de lord Southerton. Un conjunto de hayas cobrizas plantadas frente a la puerta delantera da nombre a la casa.

El propio señor Rucastle, tan amable como de costumbre, conducía el carricoche, y aquella tarde me presentó a su mujer y al niño. La conjetura que nos pareció tan probable allá en su casa de Baker Street resultó falsa, señor Holmes. La señora Rucastle no está loca. Es una mujer callada y pálida, mucho más joven que su marido; no llegará a los treinta años, cuando el marido no puede tener menos de cuarenta y cinco. He deducido de sus conversaciones que llevan casados unos siete años, que él era viudo cuando se casó con ella, y que la única descendencia que tuvo con su primera esposa fue esa hija que ahora está en Filadelfia. El señor Rucastle me dijo confidencialmente que se marchó porque no soportaba a su madrastra. Dado que la hija tendría por lo menos veinte años, me imagino perfectamente que se sintiera incómoda con la joven esposa de su padre.

La señora Rucastle me pareció tan anodina de mente como de cara. No me cayó

ni bien ni mal. Es como si no existiera. Se nota a primera vista que siente devoción por su marido y su hijito. Sus ojos grises pasaban continuamente del uno al otro, pendiente de sus más mínimos deseos y anticipándose a ellos si podía. Él la trataba con cariño, a su manera vocinglera y exuberante, y en conjunto parecían una pareja feliz. Y, sin embargo, esta mujer tiene una pena secreta. A menudo se queda sumida en profundos pensamientos, con una expresión tristísima en el rostro. Más de una vez la he sorprendido llorando. A veces he pensado que era el carácter de su hijo lo que la preocupaba, pues jamás en mi vida he conocido criatura más malcriada y con peores instintos. Es pequeño para su edad, con una cabeza desproporcionadamente grande.

Toda su vida parece transcurrir en una alternancia de rabietas salvajes e intervalos de negra melancolía. Su único concepto de la diversión parece consistir en hacer sufrir a cualquier criatura más débil que él, y despliega un considerable talento para el acecho y captura de ratones, pajarillos e insectos. Pero prefiero no hablar del niño, señor Holmes, que en realidad tiene muy poco que ver con mi historia.

—Me gusta oír todos los detalles —comentó mi amigo—, tanto si le parecen relevantes como si no.

—Procuraré no omitir nada de importancia. Lo único desagradable de la casa, que me llamó la atención nada más llegar, es el aspecto y conducta de los sirvientes. Hay sólo dos, marido y mujer. Toller, que así se llama, es un hombre tosco y grosero, con pelo y patillas grises, y que huele constantemente a licor. Desde que estoy en la casa lo he visto dos veces completamente borracho, pero el señor Rucastle parece no darse cuenta. Su esposa es una mujer muy alta y fuerte, con cara avinagrada, tan callada como la señora Rucastle, pero mucho menos tratable. Son una pareja muy desagradable, pero afortunadamente me paso la mayor parte del tiempo en el cuarto del niño y en el mío, que están uno junto a otro en una esquina del edificio.

Los dos primeros días después de mi llegada a Copper Beeches, mi vida transcurrió muy tranquila; al tercer día, la señora Rucastle bajó inmediatamente después del desayuno y le susurró algo al oído a su marido.

—Oh, sí —dijo él, volviéndose hacia mí—. Le estamos muy agradecidos, señorita Hunter, por acceder a nuestros caprichos hasta el punto de cortarse el pelo. Veamos ahora cómo le sienta el vestido azul eléctrico. Lo encontrará

extendido sobre la cama de su habitación, y si tiene la bondad de ponérselo se lo agradeceremos muchísimo.

El vestido que encontré esperándome tenía una tonalidad azul bastante curiosa. El material era excelente, una especie de lana cruda, pero presentaba señales inequívocas de haber sido usado. No me habría sentado mejor ni aunque me lo hubieran hecho a la medida. Tanto el señor como la señora Rucastle se mostraron tan encantados al verme con él, que me pareció que exageraban en su vehemencia. Estaban aguardándome en la sala de estar, que es una habitación muy grande, que ocupa la parte delantera de la casa, con tres ventanales hasta el suelo. Cerca del ventanal del centro habían instalado una silla, con el respaldo hacia fuera. Me pidieron que me sentara en ella y, a continuación, el señor Rucastle empezó a pasear de un extremo a otro de la habitación contándome algunos de los chistes más graciosos que he oído en mi vida. No se puede imaginar lo cómico que estuvo; me reí hasta quedar agotada. Sin embargo, la señora Rucastle, que evidentemente no tiene sentido del humor, ni siquiera llegó a sonreír; se quedó sentada con las manos en el regazo y una expresión de tristeza y ansiedad en el rostro. Al cabo de una hora, poco más o menos, el señor Rucastle comentó de pronto que ya era hora de iniciar las tareas cotidianas y que debía cambiarme de vestido y acudir al cuarto del pequeño Edward.

Dos días después se repitió la misma representación, en circunstancias exactamente iguales. Una vez más me cambié de vestido, volví a sentarme en la silla y volví a partirme de risa con los graciosísimos chistes de mi patrón, que parece poseer un repertorio inmenso y los cuenta de un modo inimitable. A continuación, me entregó una novela de tapas amarillas y, tras correr un poco mi silla hacia un lado, de manera que mi sombra no cayera sobre las páginas, me pidió que le leyera en voz alta. Leí durante unos diez minutos, comenzando en medio de un capítulo, y de pronto, a mitad de una frase, me ordenó que lo dejara y que me cambiara de vestido.

Puede usted imaginarse, señor Holmes, la curiosidad que yo sentía acerca del significado de estas extravagantes representaciones. Me di cuenta de que siempre ponían mucho cuidado en que yo estuviera de espaldas a la ventana, y empecé a consumirme de ganas de ver lo que ocurría a mis espaldas. Al principio me pareció imposible, pero pronto se me ocurrió una manera de conseguirlo. Se me había roto el espejito de bolsillo y eso me dio la idea de esconder un pedacito de espejo en el pañuelo. A la siguiente ocasión, en medio de una carcajada, me llevé el pañuelo a los ojos, y con un poco de maña me las

arreglé para ver lo que había detrás de mí. Confieso que me sentí decepcionada. No había nada.

Al menos, ésa fue mi primera impresión. Sin embargo, al mirar de nuevo me di cuenta de que había un hombre parado en la carretera de Southampton; un hombre de baja estatura, barbudo y con un traje gris, que parecía estar mirando hacia mí. La carretera es una vía importante, y siempre suele haber gente por ella. Sin embargo, este hombre estaba apoyado en la verja que rodea nuestro campo, y miraba con mucho interés. Bajé el pañuelo y encontré los ojos de la señora Rucastle fijos en mí, con una mirada sumamente inquisitiva. No dijo nada, pero estoy convencida de que había adivinado que yo tenía un espejo en la mano y había visto lo que había detrás de mí. Se levantó al instante.

—Jephro —dijo—, hay un impertinente en la carretera que está mirando a la señorita Hunter.

—¿No será algún amigo suyo, señorita Hunter? —preguntó él.

—No; no conozco a nadie por aquí.

—¡Válgame Dios, qué impertinencia! Tenga la bondad de darse la vuelta y hacerle un gesto para que se vaya.

—¿No sería mejor no darnos por enterados?

—No, no; entonces le tendríamos rondando por aquí a todas horas. Haga el favor de darse la vuelta e indíquele que se marche, así.

Hice lo que me pedían, y al instante la señora Rucastle bajó la persiana. Esto sucedió hace una semana, y desde entonces no me he vuelto a sentar en la ventana ni me he puesto el vestido azul, ni he visto al hombre de la carretera.

—Continúe, por favor —dijo Holmes—. Su narración promete ser de lo más interesante.

—Me temo que le va a parecer bastante inconexa, y lo más probable es que exista poca relación entre los diferentes incidentes que menciono. El primer día que pasé en Copper Beeches, el señor Rucastle me llevó a un pequeño cobertizo situado cerca de la puerta de la cocina. Al acercarnos, oí un ruido de cadenas y el sonido de un animal grande que se movía.

—Mire por aquí —dijo el señor Rucastle, indicándome una rendija entre dos tablas—. ¿No es una preciosidad?

Miré por la rendija y distinguí dos ojos que brillaban y una figura confusa agazapada en la oscuridad.

—No se asuste —dijo mi patrón, echándose a reír ante mi sobresalto—. Es solamente Carlo, mi mastín. He dicho mío, pero en realidad el único que puede controlarlo es el viejo Toller, mi mayordomo. Sólo le damos de comer una vez al día, y no mucho, de manera que siempre está tan agresivo como una salsa picante. Toller lo deja suelto cada noche, y que Dios tenga piedad del intruso al que le hinque el diente. Por lo que más quiera, bajo ningún pretexto ponga los pies fuera de casa por la noche, porque se jugaría usted la vida.

No se trataba de una advertencia sin fundamento, porque dos noches después se me ocurrió asomarme a la ventana de mi cuarto a eso de las dos de la madrugada. Era una hermosa noche de luna, y el césped de delante de la casa se veía plateado y casi tan iluminado como de día. Me encontraba absorta en la apacible belleza de la escena cuando sentí que algo se movía entre las sombras de las hayas cobrizas. Por fin salió a la luz de la luna y vi lo que era: un perro gigantesco, tan grande como un ternero, de piel leonada, carrillos colgantes, hocico negro y huesos grandes y salientes. Atravesó lentamente el césped y desapareció en las sombras del otro lado. Aquel terrible y silencioso centinela me provocó un escalofrío como no creo que pudiera causarme ningún ladrón.

Y ahora voy a contarle una experiencia muy extraña. Como ya sabe, me corté el pelo en Londres, y lo había guardado, hecho un gran rollo, en el fondo de mi baúl. Una noche, después de acostar al niño, me puse a inspeccionar los muebles de mi habitación y ordenar mis cosas. Había en el cuarto un viejo aparador, con los dos cajones superiores vacíos y el de abajo cerrado con llave. Ya había llenado de ropa los dos primeros cajones y aún me quedaba mucha por guardar; como es natural, me molestaba no poder utilizar el tercer cajón. Pensé que quizás estuviera cerrado por olvido, así que saqué mi juego de llaves e intenté abrirlo. La primera llave encajó a la perfección y el cajón se abrió. Dentro no había más que una cosa, pero estoy segura de que jamás adivinaría usted qué era. Era mi mata de pelo.

La cogí y la examiné. Tenía la misma tonalidad y la misma textura. Pero entonces

se me hizo patente la imposibilidad de aquello. ¿Cómo podía estar mi pelo guardado en aquel cajón? Con las manos temblándome, abrí mi baúl, volqué su contenido y saqué del fondo mi propia cabellera. Coloqué una junto a otra, y le aseguro que eran idénticas. ¿No era extraordinario? Me sentí desconcertada e incapaz de comprender el significado de todo aquello. Volví a meter la misteriosa mata de pelo en el cajón y no les dije nada a los Rucastle, pues sentí que quizás había obrado mal al abrir un cajón que ellos habían dejado cerrado.

Como habrá podido notar, señor Holmes, yo soy observadora por naturaleza, y no tardé en trazarme en la cabeza un plano bastante exacto de toda la casa. Sin embargo, había un ala que parecía completamente deshabitada. Frente a las habitaciones de los Toller había una puerta que conducía a este sector, pero estaba invariablemente cerrada con llave. Sin embargo, un día, al subir las escaleras, me encontré con el señor Rucastle que salía por aquella puerta con las llaves en la mano y una expresión en el rostro que lo convertía en una persona totalmente diferente del hombre orondo y jovial al que yo estaba acostumbrada. Traía las mejillas enrojecidas, la frente arrugada por la ira, y las venas de las sienes hinchadas de furia. Cerró la puerta y pasó junto a mí sin mirarme ni dirigirme la palabra.

Esto despertó mi curiosidad, así que cuando salí a dar un paseo con el niño, me acerqué a un sitio desde el que podía ver las ventanas de este sector de la casa. Eran cuatro en hilera, tres de ellas simplemente sucias y la cuarta cerrada con postigos. Evidentemente, allí no vivía nadie. Mientras paseaba de un lado a otro, dirigiendo miradas ocasionales a las ventanas, el señor Rucastle vino hacia mí, tan alegre y jovial como de costumbre.

—¡Ah! —dijo—. No me considere un maleducado por haber pasado junto a usted sin saludarla, querida señorita. Estaba preocupado por asuntos de negocios.

—Le aseguro que no me ha ofendido —respondí—. Por cierto, parece que tiene usted ahí una serie completa de habitaciones, y una de ellas cerrada a cal y canto.

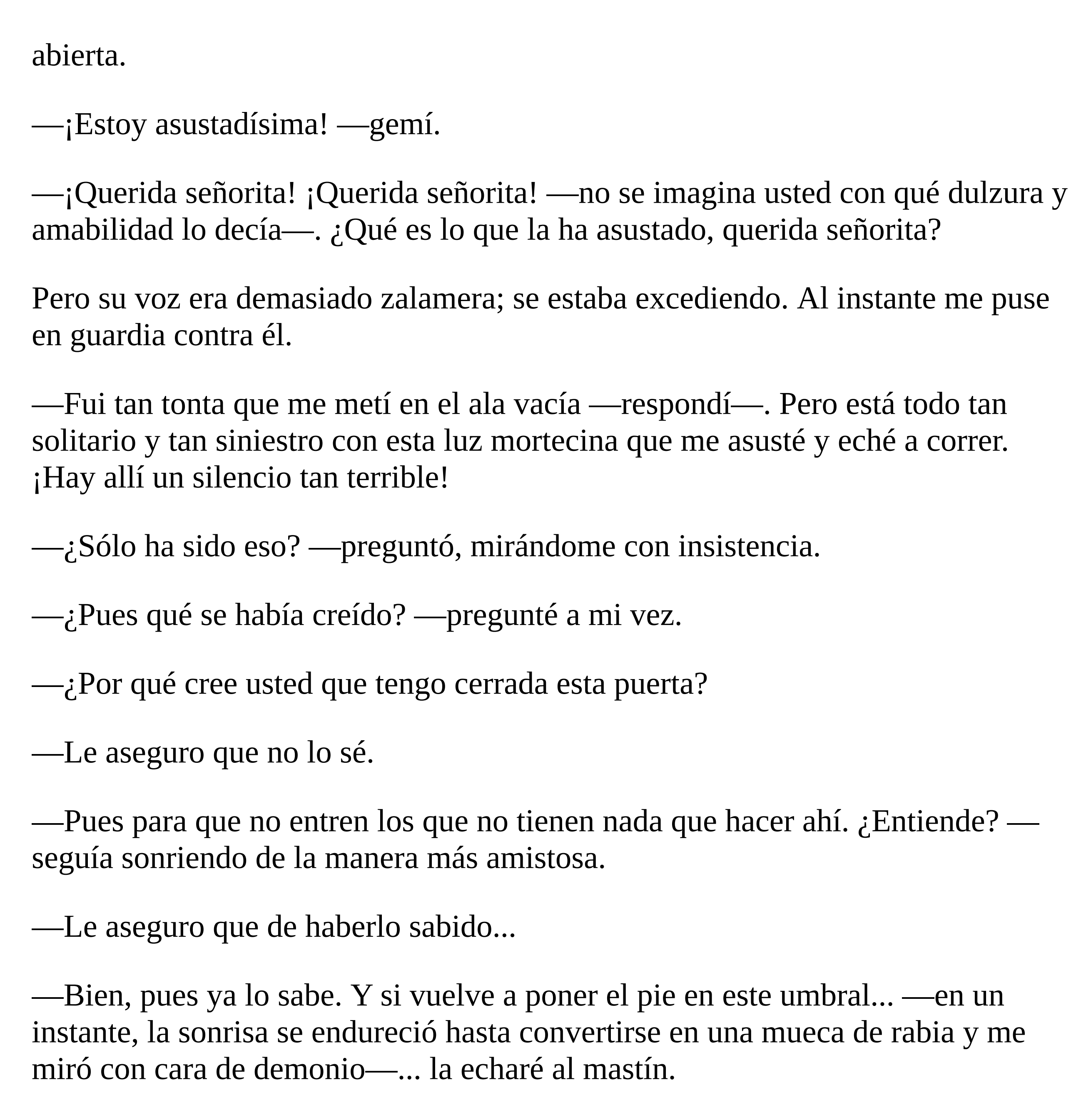
—Uno de mis hobbies es la fotografía —dijo—, y allí tengo instalado mi cuarto oscuro. ¡Vaya, vaya! ¡Qué jovencita tan observadora nos ha caído en suerte! ¿Quién lo habría creído? ¿Quién lo habría creído?

Hablaba en tono de broma, pero sus ojos no bromeaban al mirarme. Leí en ellos sospecha y disgusto, pero nada de bromas.

Bien, señor Holmes, desde el momento en que comprendí que había algo en aquellas habitaciones que yo no debía conocer, ardí en deseos de entrar en ellas. No se trataba de simple curiosidad, aunque no carezco de ella. Era más bien una especie de sentido del deber... Tenía la sensación de que de mi entrada allí se derivaría algún bien. Dicen que existe la intuición femenina; posiblemente era eso lo que yo sentía. En cualquier caso, la sensación era real, y yo estaba atenta a la menor oportunidad de traspasar la puerta prohibida. La oportunidad no llegó hasta ayer. Puedo decirle que, además del señor Rucastle, tanto Toller como su mujer tienen algo que hacer en esas habitaciones deshabitadas, y una vez vi a Toller entrando por la puerta con una gran bolsa de lona negra. Últimamente, Toller está bebiendo mucho, y ayer por la tarde estaba borracho perdido; y cuando subí las escaleras, encontré la llave en la puerta. Sin duda, debió olvidarla allí. El señor y la señora Rucastle se encontraban en la planta baja, y el niño estaba con ellos, así que disponía de una oportunidad magnífica. Hice girar con cuidado la llave en la cerradura, abrí la puerta y me deslicé a través de ella.

Frente a mí se extendía un pequeño pasillo, sin empapelado y sin alfombra, que doblaba en ángulo recto al otro extremo. A la vuelta de esta esquina había tres puertas seguidas; la primera y la tercera estaban abiertas, y las dos daban a sendas habitaciones vacías, polvorientas y desangeladas, una con dos ventanas y la otra sólo con una, tan cubiertas de suciedad que la luz crepuscular apenas conseguía abrirse paso a través de ellas. La puerta del centro estaba cerrada, y atrancada por fuera con uno de los barrotes de una cama de hierro, uno de cuyos extremos estaba sujeto con un candado a una argolla en la pared, y el otro atado con una cuerda. También la cerradura estaba cerrada, y la llave no estaba allí. Indudablemente, esta puerta atrancada correspondía a la ventana cerrada que yo había visto desde fuera; y, sin embargo, por el resplandor que se filtraba por debajo, se notaba que la habitación no estaba a oscuras. Evidentemente, había una claraboya que dejaba entrar la luz por arriba. Mientras estaba en el pasillo mirando aquella puerta siniestra y preguntándome qué secreto ocultaba, oí de pronto ruido de pasos dentro de la habitación y vi una sombra que cruzaba de un lado a otro en la pequeña rendija de luz que brillaba bajo la puerta. Al ver aquello, se apoderó de mí un terror loco e irrazonable, señor Holmes. Mis nervios, que ya estaban de punta, me fallaron de repente, di media vuelta y eché a correr. Corrí como si detrás de mí hubiera una mano espantosa tratando de agarrar la falda de mi vestido. Atravesé el pasillo, crucé la puerta y fui a parar directamente en los brazos del señor Rucastle, que esperaba fuera.

—¡Vaya! —dijo sonriendo—. ¡Así que era usted! Me lo imaginé al ver la puerta



abierta.

—¡Estoy asustadísima! —gemí.

—¡Querida señorita! ¡Querida señorita! —no se imagina usted con qué dulzura y amabilidad lo decía—. ¿Qué es lo que la ha asustado, querida señorita?

Pero su voz era demasiado zalamera; se estaba excediendo. Al instante me puse en guardia contra él.

—Fui tan tonta que me metí en el ala vacía —respondí—. Pero está todo tan solitario y tan siniestro con esta luz mortecina que me asusté y eché a correr. ¡Hay allí un silencio tan terrible!

—¿Sólo ha sido eso? —preguntó, mirándome con insistencia.

—¿Pues qué se había creído? —pregunté a mi vez.

—¿Por qué cree usted que tengo cerrada esta puerta?

—Le aseguro que no lo sé.

—Pues para que no entren los que no tienen nada que hacer ahí. ¿Entiende? —seguía sonriendo de la manera más amistosa.

—Le aseguro que de haberlo sabido...

—Bien, pues ya lo sabe. Y si vuelve a poner el pie en este umbral... —en un instante, la sonrisa se endureció hasta convertirse en una mueca de rabia y me miró con cara de demonio—... la echaré al mastín.

Estaba tan aterrada que no sé ni lo que hice. Supongo que salí corriendo hasta mi habitación. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tirada en mi cama, temblando de pies a cabeza. Entonces me acordé de usted, señor Holmes. No podía seguir viviendo allí sin que alguien me aconsejara. Me daba miedo la casa, el dueño, la mujer, los criados, hasta el niño... Todos me parecían horribles. Si pudiera usted venir aquí, todo iría bien. Naturalmente, podría haber huido de la casa, pero mi curiosidad era casi tan fuerte como mi miedo. No tardé en tomar una decisión: enviarle a usted un telegrama. Me puse el sombrero y la capa, me acerqué a la oficina de telégrafos, que está como a media milla de la casa, y al

regresar ya me sentía mucho mejor. Al acercarme a la puerta, me asaltó la terrible sospecha de que el perro estuviera suelto, pero me acordé de que Toller se había emborrachado aquel día hasta quedar sin sentido, y sabía que era la única persona de la casa que tenía alguna influencia sobre aquella fiera y podía atreverse a dejarla suelta. Entré sin problemas y permanecí despierta durante media noche de la alegría que me daba el pensar en verle a usted. No tuve ninguna dificultad en obtener permiso para venir a Winchester esta mañana, pero tengo que estar de vuelta antes de las tres, porque el señor y la señora Rucastle van a salir de visita y estarán fuera toda la tarde, así que tengo que cuidar del niño. Y ya le he contado todas mis aventuras, señor Holmes. Ojalá pueda usted decirme qué significa todo esto y, sobre todo, qué debo hacer.

Holmes y yo habíamos escuchado hechizados el extraordinario relato. Al llegar a este punto, mi amigo se puso en pie y empezó a dar zancadas por la habitación, con las manos en los bolsillos y una expresión de profunda seriedad en su rostro.

—¿Está Toller todavía borracho? —preguntó.

—Sí. Esta mañana oí a su mujer decirle a la señora Rucastle que no podía hacer nada con él.

—Eso está bien. ¿Y los Rucastle van a salir esta tarde?

—Sí.

—¿Hay algún sótano con una buena cerradura?

—Sí, la bodega.

—Me parece, señorita Hunter, que hasta ahora se ha comportado usted como una mujer valiente y sensata. ¿Se siente capaz de realizar una hazaña más? No se lo pediría si no la considerara una mujer bastante excepcional.

—Lo intentaré. ¿De qué se trata?

—Mi amigo y yo llegaremos a Copper Beeches a las siete. A esa hora, los Rucastle estarán fuera y Toller, si tenemos suerte, seguirá incapaz. Sólo queda la señora Toller, que podría dar la alarma. Si usted pudiera enviarla a la bodega con cualquier pretexto y luego cerrarla con llave, nos facilitaría inmensamente las cosas.

—Lo haré.

—¡Excelente! En tal caso, consideremos detenidamente el asunto. Por supuesto, sólo existe una explicación posible. La han llevado a usted allí para suplantar a alguien, y este alguien está prisionero en esa habitación. Hasta aquí, resulta evidente. En cuanto a la identidad de la prisionera, no me cabe duda de que se trata de la hija, la señorita Alice Rucastle si no recuerdo mal, la que le dijeron que se había marchado a América. Está claro que la eligieron a usted porque se parece a ella en la estatura, la figura y el color del cabello. A ella se lo habían cortado, posiblemente con motivo de alguna enfermedad, y, naturalmente, había que sacrificar también el suyo. Por una curiosa casualidad, encontró usted su cabellera. El hombre de la carretera era, sin duda, algún amigo de ella, posiblemente su novio; y al verla a usted, tan parecida a ella y con uno de sus vestidos, quedó convencido, primero por sus risas y luego por su gesto de desprecio, de que la señorita Rucastle era absolutamente feliz y ya no deseaba sus atenciones. Al perro lo sueltan por las noches para impedir que él intente comunicarse con ella. Todo esto está bastante claro. El aspecto más grave del caso es el carácter del niño.

—¿Qué demonios tiene que ver eso? —exclamé.

—Querido Watson: usted mismo, en su práctica médica, está continuamente sacando deducciones sobre las tendencias de los niños, mediante el estudio de los padres. ¿No comprende que el procedimiento inverso es igualmente válido? Con mucha frecuencia he obtenido los primeros indicios fiables sobre el carácter de los padres estudiando a sus hijos. El carácter de este niño es anormalmente cruel, por puro amor a la crueldad, y tanto si lo ha heredado de su sonriente padre, que es lo más probable, como si lo heredó de su madre, no presagia nada bueno para la pobre muchacha que se encuentra en su poder.

—Estoy convencida de que tiene usted razón, señor Holmes —exclamó nuestra cliente— —. Me han venido a la cabeza mil detalles que me convencen de que ha dado en el clavo. ¡Oh, no perdamos un instante y vayamos a ayudar a esta pobre mujer!

—Debemos actuar con prudencia, porque nos enfrentamos con un hombre muy astuto. No podemos hacer nada hasta las siete. A esa hora estaremos con usted, y no tardaremos mucho en resolver el misterio.

Fieles a nuestra palabra, llegamos a Copper Beeches a las siete en punto, tras dejar nuestro carricoche en un bar del camino. El grupo de hayas, cuyas hojas oscuras brillaban como metal bruñido a la luz del sol poniente, habría bastado para identificar la casa aunque la señorita Hunter no hubiera estado aguardando sonriente en el umbral de la puerta.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó Holmes.

Se oyeron unos fuertes golpes desde algún lugar de los sótanos.

—Ésa es la señora Toller desde la bodega —dijo la señorita Hunter—. Su marido sigue roncando, tirado en la cocina. Aquí están las llaves, que son duplicados de las del señor Rucastle.

—¡Lo ha hecho usted de maravilla! —exclamó Holmes con entusiasmo—.

Indíquenos el camino y pronto veremos el final de este siniestro enredo.

Subimos la escalera, abrimos la puerta, recorrimos un pasillo y nos encontramos ante la puerta atrancada que la señorita Hunter había descrito. Holmes cortó la cuerda y retiró el barrote. A continuación, probó varias llaves en la cerradura, pero no consiguió abrirla. Del interior no llegaba ningún sonido, y la expresión de Holmes se ensombreció ante aquel silencio.

—Espero que no hayamos llegado demasiado tarde —dijo—. Creo, señorita Hunter, que será mejor que no entre con nosotros. Ahora, Watson, arrime el hombro y veamos si podemos abrirnos paso.

Era una puerta vieja y destartalada que cedió a nuestro primer intento. Nos precipitamos juntos en la habitación y la encontramos desierta. No había más muebles que un camastro, una mesita y un cesto de ropa blanca. La claraboya del techo estaba abierta, y la prisionera había desaparecido.

—Aquí se ha cometido alguna infamia —dijo Holmes—. Nuestro amigo adivinó las intenciones de la señorita Hunter y se ha llevado a su víctima a otra parte.

—Pero ¿cómo?

—Por la claraboya. Ahora veremos cómo se las arregló —se izó hasta el tejado —. ¡Ah, sí! —exclamó—. Aquí veo el extremo de una escalera de mano apoyada

en el alero. Así es como lo hizo.

—Pero eso es imposible —dijo la señorita Hunter—. La escalera no estaba ahí cuando se marcharon los Rucastle.

—Él volvió y se la llevó. Ya le digo que es un tipo astuto y peligroso. No me sorprendería mucho que esos pasos que se oyen por la escalera sean suyos. Creo, Watson, que más vale que tenga preparada su pistola.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando apareció un hombre en la puerta de la habitación, un hombre muy gordo y corpulento con un grueso bastón en la mano. Al verlo, la señorita Hunter soltó un grito y se encogió contra la pared, pero Sherlock Holmes dio un salto adelante y le hizo frente.

—¿Dónde está su hija, canalla? —dijo.

El gordo miró en torno suyo y después hacia la claraboya abierta.

—¡Soy yo quien hace las preguntas! —chilló—. ¡Ladrones! ¡Espías y ladrones! ¡Pero os he cogido! ¡Os tengo en mi poder! ¡Ya os daré yo! —dio media vuelta y corrió escaleras abajo, tan deprisa como pudo.

—¡Ha ido a por el perro! —gritó la señorita Hunter.

—Tengo mi revólver —dije yo.

—Más vale que cerremos la puerta principal —gritó Holmes, y todos bajamos corriendo las escaleras.

Apenas habíamos llegado al vestíbulo cuando oímos el ladrido de un perro y a continuación un grito de agonía, junto con un gruñido horrible que causaba espanto escuchar. Un hombre de edad avanzada, con el rostro colorado y las piernas temblorosas, llegó tambaleándose por una puerta lateral.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Alguien ha soltado al perro, y lleva dos días sin comer! ¡Deprisa, deprisa, o será demasiado tarde!

Holmes y yo nos abalanzamos fuera y doblamos la esquina de la casa, con Toller siguiéndonos los pasos. Allí estaba la enorme y hambrienta fiera, con el hocico hundido en la garganta de Rucastle, que se retorcía en el suelo dando alaridos.

Corrí hacia ella y le volé los sesos. Se desplomó con sus blancos y afilados dientes aún clavados en la papada del hombre. Nos costó mucho trabajo separarlos. Llevamos a Rucastle, vivo, pero horriblemente mutilado, a la casa, y lo tendimos sobre el sofá del cuarto de estar. Tras enviar a Toller, que se había despejado de golpe, a que informara a su esposa de lo sucedido, hice lo que pude por aliviar su dolor. Nos encontrábamos todos reunidos en torno al herido cuando se abrió la puerta y entró en la habitación una mujer alta y demacrada.

—¡Señora Toller! —exclamó la señorita Hunter.

—Sí, señorita. El señor Rucastle me sacó de la bodega cuando volvió, antes de subir a por ustedes. ¡Ah, señorita! Es una pena que no me informara usted de sus planes, porque yo podía haberle dicho que se molestaba en vano.

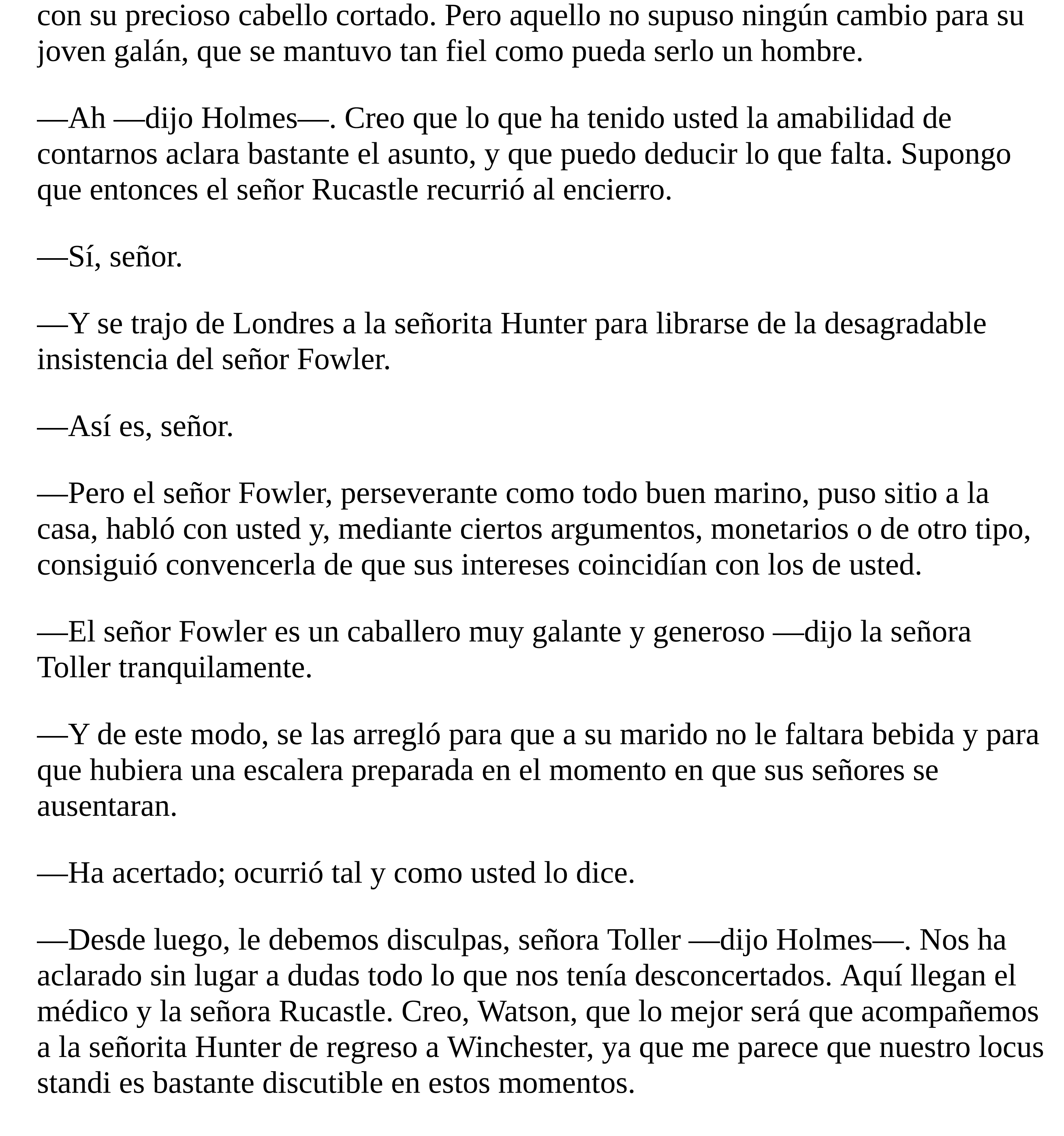
—¿Ah, sí? —dijo Holmes, mirándola intensamente—. Está claro que la señora Toller sabe más del asunto que ninguno de nosotros.

—Sí, señor. Sé bastante y estoy dispuesta a contar lo que sé.

—Entonces, haga el favor de sentarse y oigámoslo, porque hay varios detalles en los que debo confesar que aún estoy a oscuras.

—Pronto se lo aclararé todo —dijo ella—. Y lo habría hecho antes si hubiera podido salir de la bodega. Si esto pasa a manos de la policía y los jueces, recuerden ustedes que yo fui la única que les ayudó, y que también era amiga de la señorita Alice.

Nunca fue feliz en casa, la pobre señorita Alice, desde que su padre se volvió a casar. Se la menospreciaba y no se la tenía en cuenta para nada. Pero cuando las cosas se le pusieron verdaderamente mal fue después de conocer al señor Fowler en casa de unos amigos. Por lo que he podido saber, la señorita Alice tenía ciertos derechos propios en el testamento, pero como era tan callada y paciente, nunca dijo una palabra del asunto y lo dejaba todo en manos del señor Rucastle. Él sabía que no tenía nada que temer de ella. Pero en cuanto surgió la posibilidad de que se presentara un marido a reclamar lo que le correspondía por ley, el padre pensó que había llegado el momento de poner fin a la situación. Intentó que ella le firmara un documento autorizándole a disponer de su dinero, tanto si ella se casaba como si no. Cuando ella se negó, él siguió acosándola hasta que la pobre chica enfermó de fiebre cerebral y pasó seis semanas entre la vida y la muerte. Por fin se recuperó, aunque quedó reducida a una sombra de lo que era y



con su precioso cabello cortado. Pero aquello no supuso ningún cambio para su joven galán, que se mantuvo tan fiel como pueda serlo un hombre.

—Ah —dijo Holmes—. Creo que lo que ha tenido usted la amabilidad de contarnos aclara bastante el asunto, y que puedo deducir lo que falta. Supongo que entonces el señor Rucastle recurrió al encierro.

—Sí, señor.

—Y se trajo de Londres a la señorita Hunter para librarse de la desagradable insistencia del señor Fowler.

—Así es, señor.

—Pero el señor Fowler, perseverante como todo buen marino, puso sitio a la casa, habló con usted y, mediante ciertos argumentos, monetarios o de otro tipo, consiguió convencerla de que sus intereses coincidían con los de usted.

—El señor Fowler es un caballero muy galante y generoso —dijo la señora Toller tranquilamente.

—Y de este modo, se las arregló para que a su marido no le faltara bebida y para que hubiera una escalera preparada en el momento en que sus señores se ausentaran.

—Ha acertado; ocurrió tal y como usted lo dice.

—Desde luego, le debemos disculpas, señora Toller —dijo Holmes—. Nos ha aclarado sin lugar a dudas todo lo que nos tenía desconcertados. Aquí llegan el médico y la señora Rucastle. Creo, Watson, que lo mejor será que acompañemos a la señorita Hunter de regreso a Winchester, ya que me parece que nuestro locus standi es bastante discutible en estos momentos.

Y así quedó resuelto el misterio de la siniestra casa con las hayas cobrizas frente a la puerta. El señor Rucastle sobrevivió, pero quedó destrozado para siempre, y sólo se mantiene vivo gracias a los cuidados de su devota esposa. Siguen viviendo con sus viejos criados, que probablemente saben tanto sobre el pasado de Rucastle que a éste le resulta difícil despedirlos. El señor Fowler y la señorita Rucastle se casaron en Southampton con una licencia especial al día siguiente de su fuga, y en la actualidad él ocupa un cargo oficial en la isla Mauricio. En

cuanto a la señorita Violet Hunter, mi amigo Holmes, con gran desilusión por mi parte, no manifestó más interés por ella en cuanto la joven dejó de constituir el centro de uno de sus problemas. En la actualidad dirige una escuela privada en Walsall, donde creo que ha obtenido un considerable éxito.

Las memorias de Sherlock Holmes

1. Estrella de plata

Estoy viendo, Watson, que no tendré más remedio que ir —me dijo Holmes, cierta mañana, cuando estábamos desayunándonos juntos.

—¡Ir! ¿Adónde?

—A Dartmoor..., a King’s Pyland.

No me sorprendió. A decir verdad, lo único que me sorprendía era que no se encontrase mezclado ya en aquel suceso extraordinario, que constituía tema único de conversación de un extremo a otro de toda la superficie de Inglaterra Mi compañero se había pasado un día entero yendo y viniendo por la habitación, con la barbilla caída sobre el pecho y el ceño contraído, cargando una y otra vez su pipa del tabaco negro más fuerte, sordo por completo a todas mis preguntas y comentarios. Nuestro vendedor de periódicos nos iba enviando las ediciones de todos los periódicos a medida que salían, pero Holmes los tiraba a un rincón después de haberles echado una ojeada Sin embargo, a pesar de su silencio, yo sabía perfectamente cuál era el tema de sus cavilaciones. Sólo había un problema pendiente de la opinión pública que podía mantener en vilo su capacidad de análisis, y ese problema era el de la extraordinaria desaparición del caballo favorito de la Copa Wessex y del trágico asesinato de su entrenador.

Por eso su anuncio repentino de que iba a salir para el escenario del drama correspondió a lo que yo calculaba y deseaba.

—Me sería muy grato acompañarle hasta allí, si no le estorbo —le dije.

—Me haría usted un gran favor viniendo conmigo, querido Watson. Y opino que no malgastará su tiempo, porque este suceso presenta algunas características que prometen ser únicas. Creo que disponemos del tiempo justo para tomar nuestro tren en la estación de Paddington. Durante el viaje entraré en más detalles del asunto. Me haría usted un favor llevando sus magníficos gemelos de campo.

Así fue como me encontré yo, una hora más tarde, en el rincón de un coche de

primera clase, en route hacia Exeter, a toda velocidad, mientras Sherlock Holmes, con su cara, angulosa y ávida, enmarcada por una gorra de viaje con orejeras, se chapuzaba rápidamente, uno tras otro, en el paquete de periódicos recién puestos a la venta, que había comprado en Paddington. Habíamos dejado ya muy atrás a Reading cuando tiró el último de todos debajo del asiento, y me ofreció su petaca.

—Llevamos buena marcha —dijo, mirando por la ventanilla y fijándose en su reloj—. En este momento marchamos a cincuenta y tres millas y media por hora.

—No me he fijado en los postes que marcan los cuartos de milla —le contesté.

—Ni yo tampoco. Pero en esta línea los del telégrafo están espaciados a sesenta yardas el uno del otro, y el cálculo es sencillo. ¿Habrá leído ya usted algo, me imagino, sobre ese asunto del asesinato de John Straker y de la desaparición de Silver Blaze?

—He leído lo que dicen el Telegraph y el Chronicle.

—Es éste uno de los casos en que el razonador debe ejercitar su destreza en tamizar los hechos conocidos en busca de detalles, más bien que en descubrir hechos nuevos. Ha sido ésta una tragedia tan fuera de lo corriente, tan completa y de tanta importancia, personal para muchísima gente, que nos vemos sufriendo de plétora de inferencias, conjeturas e hipótesis. Lo difícil aquí es desprender el esqueleto de los hechos..., de los hechos absolutos e indiscutibles..., de todo lo que no son sino arrequives de teorizantes y de reporteros. Acto continuo, bien afirmados sobre esta sólida base, nuestra obligación consiste en ver qué consecuencias se pueden sacar y cuáles son los puntos especiales que constituyen el eje de todo el misterio. El martes por la tarde recibí sendos telegramas del coronel Ross, propietario del caballo, y del inspector Gregory, que está investigando el caso. En ambos se pedía mi colaboración.

—¡Martes por la tarde! —exclamé yo—. Y estamos a jueves por la mañana... ¿Por qué no fue usted ayer?

—Pues porque cometí una torpeza, mi querido Watson..., y me temo que esto me ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que creerán quienes sólo me conocen por las memorias que usted ha escrito. La verdad es que me pareció imposible que el caballo más conocido de Inglaterra pudiera permanecer oculto mucho tiempo, especialmente en una región tan escasamente poblada como esta del

norte de Dartmoor. Ayer estuve esperando de una hora a otra la noticia de que había sido encontrado, y de que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, al amanecer otro día y encontrarme con que nada se había hecho, fuera de la detención del joven Fitzroy Simpson, comprendí que era hora de que yo entrase en actividad.

Pero tengo la sensación de que, en ciertos aspectos, no se ha perdido el día de ayer.

—¿Tiene usted, según eso, formada ya su teoría?

—Tengo por lo menos dentro del puño los hechos esenciales de este asunto. Voy a enumerárselos. No hay nada que aclare tanto un caso como el exponérselo a otra persona, y si he de contar con la cooperación de usted, debo por fuerza señalarle qué posición nos sirve de punto de partida.

Me arrellané sobre los cojines del asiento, dando chupadas a mi cigarro, mientras que Holmes, con el busto adelantado y marcando con su largo y delgado dedo índice sobre la planta de la mano los puntos que me detallaba, me esbozó los hechos que habían motivado nuestro viaje.

—Silver Blaze —me dijo— lleva sangre de Isonomy, y su historial en las pistas es tan lúcido como el de su famoso antepasado. Está en sus cinco años de edad y ha ido ganando sucesivamente todos los premios de carreras para su afortunado propietario, el coronel Ross. Hasta el momento de la catástrofe era el favorito de la Copa Wessex, estando las apuestas a tres contra uno a favor suyo. Es preciso tener en cuenta que este caballo fue siempre el archifavorito de los aficionados a las carreras, sin que nunca los haya defraudado; por eso se han apostado siempre sumas enormes a su favor, aun dando primas. De ello se deduce que muchísima gente estaba interesadísima en evitar que Silver Blaze se halle presente el martes próximo cuando se dé la señal de partida.

Como es de suponer, en King's Pyland, lugar donde se hallan situadas las cuadras de entrenamiento del coronel, se tenía en cuenta ese hecho. Tomáronse toda clase de precauciones para guardar al favorito. John Straker, el entrenador, era un jokey retirado, que había corrido con los colores del coronel Ross antes que el excesivo peso le impidiese subir a la báscula. Cinco años sirvió al coronel como jokey, y siete de entrenador, mostrándose siempre un servidor leal y celoso. Tenía a sus órdenes tres hombres, porque se trata de unas cuadras

pequeñas, en las que sólo se cuidaban en total cuatro caballos. Todas las noches montaba guardia en la cuadra uno de los hombres, mientras los otros dos dormían en el altillo. De los tres hay los mejores informes. John Straker, que era casado, vivía en un pequeño chalé situado a unas doscientas yardas de las cuadras. No tenía hijos, tenía un buen pasar y una criada. Las tierras circundantes no están habitadas; pero a cosa de media milla hacia el Norte se alza un pequeño grupo de chalés que han sido edificados por un contratista de Tavistock para cuantos, enfermos o no, deseen disfrutar de los aires puros de Dartmoor. El pueblo mismo de Tavistock se halla situado a unas dos millas al Oeste; también a cosa de dos millas, pero cruzando los marjales, está la finca de entrenamiento de caballos de Capleton, propiedad de lord Backwater, regentada por Silas Brown. En todas las demás direcciones la región de marjales está completamente deshabitada, y sólo la frecuentan algunos gitanos trashumantes. Ahí tiene cuál era la situación el pasado lunes al ocurrir la catástrofe. Esa tarde, después de someterse a los caballos a ejercicio y de abrevarlos, como de costumbre, se cerraron las cuadras con llave, a las nueve. Dos de los peones se dirigieron entonces a la casa del entrenador, y allí cenaron en la cocina, mientras que el tercero, llamado Ned Hunter, se quedaba de guardia. Pocos minutos después de las nueve, la criada, Edith Baxter, le llevó a la cuadra su cena, que consistía en un plato de cordero con salsa fuerte. No le llevó líquido alguno para beber, porque en los establos había agua corriente y le estaba prohibido al hombre de guardia tomar ninguna otra bebida. La muchacha se alumbró con una linterna, porque la noche era muy oscura y tenía que cruzar por campo abierto.

Ya estaba Edith Baxter a menos de treinta yardas de las cuadras, cuando surgió de entre la oscuridad un hombre, que le dijo que se detuviese. Cuando el tal quedó enfocado por el círculo de luz amarilla de la linterna, vio la muchacha que se trataba de una persona de aspecto distinguido, y que vestía terno de mezclilla gris con gorra de paño. Llevaba polainas y un pesado bastón con empuñadura de bola Pero lo que impresionó muchísimo a Edith Baxter fue la extraordinaria palidez de su cara y lo nervioso de sus maneras. Su edad andaría por encima de los treinta, más bien que por debajo.

—¿Puede usted decirme dónde me encuentro? —preguntó él—. Estaba ya casi resuelto a dormir en el páramo, cuando distinguí la luz de su linterna.

—Se encuentra usted próximo a las cuadras de entrenamiento de King’s Pyland —le contestó ella.

—¿De veras? ¡Qué suerte la mía! —exclamó—. Me han informado de que en ellas duerme solo todas las noches uno de los mozos. ¿Es que acaso le lleva usted la cena? Dígame: ¿será usted tan orgullosa que desdeñe el ganarse lo que vale un vestido nuevo? —sacó del bolsillo del chakto un papel blanco, doblado, y agregó—: Haga usted que ese mozo reciba esto esta noche, y le regalaré el vestido más bonito que se puede comprar con dinero.

La mujer se asustó viendo la ansiedad que mostraba en sus maneras, y se alejó a toda prisa, dejándolo atrás, hasta la ventana por la que tenía la costumbre de entregar las comidas. Estaba ya abierta, y Hunter se hallaba sentado a la mesa pequeña que había dentro. Empezó a contarle lo que le había ocurrido, y en ese instante se presentó otra vez el desconocido.

—Buenas noches —dijo éste, asomándose a la ventana—. Deseo hablar con usted unas palabras.

La muchacha ha jurado que, mientras el hombre hablaba, vio que de su mano cerrada salía una esquina del paquetito de papel.

—¿A qué viene usted aquí? —le preguntó el mozo.

—A un negocio que le puede llenar con algo el bolsillo —le contestó el otro—. Usted tiene dos caballos que figuran en la Copa Wessex... Silver Blaze y Bayard. Déme datos exactos acerca de ellos, y nada perderá con hacerlo. ¿Es cierto que, a igualdad de peso, Bayard podría darle al otro cien yardas de ventaja en las mil doscientas, y que la gente de estas cuadras ha apostado su dinero a su favor?

—De modo que es usted uno de esos condenados individuos que venden informes para las carreras —exclamó el mozo de cuadra—. Le voy a enseñar de qué manera les servimos en King’s Pyland —se puso en pie y echo a correr hacia donde estaba el perro, para soltarlo.

La muchacha escapó a la casa; pero durante su carrera se volvió para mirar, y vio que el desconocido estaba apoyado en la ventana. Sin embargo, un instante después, cuando Hunter salió corriendo con el perro sabueso, el desconocido ya no estaba allí, y aunque el mozo de cuadra corrió alrededor de los edificios, no logró descubrir rastro alguno del mismo.

—¡Un momento! —dije yo—. ¿No dejaría el mozo de cuadra sin cerrar la puerta cuando salió corriendo con el perro?

—¡Muy bien preguntado, Watson, muy bien preguntado! —murmuró mi compañero—. Ese detalle me pareció de una importancia tal, que ayer envié un telegrama a Dartmoor con el exclusivo objeto de ponerlo en claro. El mozo cerró con llave la puerta antes de alejarse. Puedo agregar que la ventana no tiene anchura suficiente para que pase por ella un hombre.

Hunter esperó a que volviesen los otros mozos de cuadra, y entonces envió un mensaje al entrenador, enterándole de lo ocurrido. Straker se sobresaltó al escuchar el relato, aunque, por lo visto, no se dio cuenta exacta de su verdadero alcance. Sin embargo, quedó vagamente impresionado, y cuando la señora Straker se despertó, a la una de la madrugada, vio que su marido se estaba vistiendo. Contestando a las preguntas de la mujer, le dijo que no podía dormir, porque se sentía intranquilo acerca de los caballos, y que tenía el propósito de ir hasta las cuadras para ver si todo seguía bien. Ella le suplicó que no saliese de casa, porque estaba oyendo el tamborileo de la lluvia en las ventanas; pero no obstante las súplicas de la mujer, el marido se echó encima su amplio impermeable y abandonó la casa.

La señora Straker despertóse a las siete de la mañana, y se encontró con que aún no había vuelto su marido. Se vistió a toda prisa, llamó a la criada y marchó a los establos. La puerta de éstos se hallaba abierta: en el interior, todo hecho un ovillo, se hallaba Hunter en su sillón, sumido en un estado de absoluto atontamiento. El establo del caballo favorito se hallaba vacío, y no había rastro alguno del entrenador.

Los dos mozos de cuadra que dormían en el altillo de la paja, encima del cuarto de los atalajes, se levantaron rápidamente. Nada habían oído durante la noche, porque ambos tienen el sueño profundo. Era evidente que Hunter sufría los efectos de algún estupefaciente enérgico. Y como no se logró que razonase, le dejaron dormir hasta que la droga perdiese fuerza, mientras los dos mozos y las dos mujeres salían corriendo a la busca de los que faltaban. Aún les quedaban esperanzas de que, por una razón o por otra, el entrenador hubiese sacado al caballo para un entrenamiento de primera hora. Pero al subir a una pequeña colina próxima a la casa, desde la que se abarcaba con la vista los páramos próximos, no solamente no distinguieron por parte alguna al caballo favorito, sino que vieron algo que fue para ellos como una advertencia de que se hallaban en presencia de una tragedia.

A cosa de un cuarto de milla de las cuadras, el impermeable de Job Straker

aleteaba encima de una mata de aliagas. Al otro lado de las aliagas, el páramo formaba una depresión a modo de cuenco, y en el fondo de ella fue encontrado el cadáver del desdichado entrenador. Tenía la cabeza destrozada por un golpe salvaje dado con algún instrumento pesado, presentando además una herida en el muslo, herida cuyo corte largo y limpio, había sido evidentemente infligida con algún instrumento muy cortante. Sin embargo, veíase con claridad que Straker se había defendido vigorosamente contra sus asaltantes, porque tenía en su mano derecha un cuchillo manchado de sangre hasta la empuñadura, mientras que su mano izquierda aferraba una corbata de seda roja y negra, que la doncella de la casa reconoció como la que llevaba la noche anterior el desconocido que había visitado los establos.

Al volver en sí de su atontamiento Hunter se expresó también de manera terminante en cuanto a quién era el propietario de la corbata. Con la misma certidumbre aseguró que había sido el mismo desconocido quien, mientras se apoyaba en la ventana, había echado alguna droga en su plato de cordero en salsa fuerte, privando de ese modo a las cuadras de su guardián.

Por lo que se refiere al caballo desaparecido, veíanse en el barro del fondo del cuenco fatal pruebas abundantes de que el animal estaba allí cuando tuvo lugar la pelea. Pero desde aquella mañana no se ha visto al caballo; y aunque se ha ofrecido una gran recompensa, y todos los gitanos de Dartmoor andan buscándolo, nada se ha sabido del mismo. Por último, el análisis de los restos de la cena del mozo de cuadras ha demostrado que contenían una cantidad notable de opio en polvo, dándose el caso de que los demás habitantes de la casa que comieron ese guiso aquella misma noche, no experimentaron ninguna mala consecuencia.

Esos son los hechos principales del caso, una vez despojados de toda clase de suposiciones y expuestos de la peor manera posible. Voy a recapitular ahora las actuaciones de la Policía en el asunto.

El inspector Gregory, a quien ha sido encomendado el caso, es un funcionario extremadamente competente. Si estuviera dotado de imaginación, llegaría a grandes alturas en su profesión. Llegado al lugar del suceso, identificó pronto y detuvo, al hombre sobre quien recaían, naturalmente, las sospechas. Poca dificultad hubo en dar con él, porque era muy conocido en aquellos alrededores. Se llama, según parece, Fitzroy Simpson. Era hombre de excelente familia y muy bien educado, había dilapidado una fortuna en las carreras, y vivía ahora

realizando un negocio callado y elegante de apuestas en los clubs deportivos de Londres. El examen de su cuaderno de apuestas demuestra que él las había aceptado hasta la suma de cinco mil libras en contra del caballo favorito.

Al ser detenido, hizo espontáneamente la declaración de que había venido a Dartmoor con la esperanza de conseguir algunos informes acerca de los caballos de la cuadra de King’s Pyland, y también acerca de Desborough, segundo favorito, que está al cuidado de Silas Brown, en las cuadras de Capleton. No intentó negar que había actuado la noche anterior en la forma que se ha descrito, pero afirmó que no llevaba ningún propósito siniestro, y que su único deseo era obtener datos de primera mano. Al mostrársele la corbata se puso muy pálido, y no pudo, en manera alguna, explicar cómo era posible que estuviese en la mano del hombre asesinado. Sus ropas húmedas demostraban que la noche anterior había estado a la intemperie durante la tormenta, y su bastón, que es de los que llaman abogado de Penang, relleno de plomo, era arma que bien podía, descargando con el mismo repetidos golpes, haber causado las heridas terribles a que había sucumbido el entrenador.

Por otro lado, no mostraba el detenido en todo su cuerpo herida alguna, siendo así que el estado del cuchillo de Straker podía indicar que uno por lo menos de sus atacantes debía de llevar encima la señal del arma. Ahí tiene usted el caso, expuesto concisamente, Watson, y le quedaré sumamente agradecido si usted puede proporcionarme alguna luz.

Yo había escuchado la exposición que Holmes me había hecho con la claridad que es en él característica. Aunque muchos de los hechos me eran familiares, yo no había apreciado lo bastante su influencia relativa ni su mutua conexión.

—¿ Y no será posible —le dije— que el tajo que tiene Straker se lo haya producido con su propio cuchillo en los forcejeos convulsivos que suelen seguirse a las heridas en el cerebro?

—Es más que posible; es probable —dijo Holmes—. En tal caso, desaparece uno de los puntos principales que favorecen al acusado.

—Pero, aun con todo eso, no llego a comprender cuál puede ser la teoría que sostiene la Policía.

—Mucho me temo que cualquier hipótesis que hagamos se encuentre expuesta a objeciones graves —me contestó mi compañero—. Lo que la Policía supone,

según yo me imagino, es que Fitzroy Simpson, después de suministrar la droga al mozo de cuadras, y de haber conseguido de un modo u otro una llave duplicada, abrió la puerta del establo y sacó fuera al caballo con intención, en apariencia, de mantenerlo secuestrado. Falta la brida del animal, de modo que Simpson debió de ponérsela. Hecho esto, y dejando abierta la puerta, se alejaba con el caballo por la paramera, cuando se tropezó o fue alcanzado por el entrenador. Se trabaron, como es natural, en pelea, y Simpson le saltó la tapa de los sesos con su bastón, sin recibir la menor herida producida por el cuchillito que Straker empleó en propia defensa; y luego, o bien el ladrón condujo el animal a algún escondite que tenía preparado, o bien aquel se escapó durante la pelea, y anda ahora vagando por los páramos. Así es como ve el caso la Policía, y por improbable que ésta parezca, lo son aún más todas las demás explicaciones. Sin embargo, yo pondré a prueba su veracidad así que me encuentre en el lugar de la acción. Hasta entonces, no veo que podamos adelantar mucho más de la posición en que estamos.

Iba ya vencida la tarde cuando llegamos a la pequeña población de Tavistock, situada, como la protuberancia de un escudo, en el centro de la amplia circunferencia de Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación: era el uno hombre alto y rubio, de pelo y barba leonados y de ojos de un azul claro, de una rara viveza; el otro, un hombre pequeño y despierto, muy pulcro y activo, de levita y botines, patillitas bien cuidadas y monóculo. Este último era el coronel Ross, sportman muy conocido, y el otro, el inspector Gregory, apellido que estaba haciéndose rápidamente famoso en la organización detectivesca inglesa.

—Me encanta que haya venido usted, señor Holmes —dijo el coronel—. El inspector aquí presente ha hecho todo lo imaginable; pero yo no quiero dejar piedra sin mover en el intento de vengar al pobre Straker y de recuperar mi caballo.

—¿No ha surgido ninguna circunstancia nueva? —preguntó Holmes.

—Siento tener que decirle que es muy poco lo que hemos adelantado —dijo el inspector—. Tenemos ahí fuera un coche descubierto, y como usted querrá, sin duda, examinar el terreno antes que oscurezca, podemos hablar mientras vamos hacia allí.

Un minuto después nos hallábamos todos sentados en un cómodo landó y rodábamos por la curiosa y vieja población del Devonshire. El inspector Gregory

estaba pletórico de datos, y fue soltando un chorro de observaciones, que Holmes interrumpía de cuando en cuando con una pregunta o con una exclamación. El coronel Ross iba recostado en su asiento, con el sombrero echado hacia adelante, y yo escuchaba con interés el diálogo de los dos detectives. Gregory formulaba su teoría, que coincidía casi exactamente con la que Holmes había predicho en el tren.

—La red se va cerrando fuertemente en torno a Fitzroy Simpson —dijo a modo de comentario—, y yo creo que él es nuestro hombre. No dejo por eso de reconocer que se trata de pruebas puramente circunstanciales, y que puede surgir cualquier nuevo descubrimiento que eche todo por tierra.

—¿Y qué me dice del cuchillo, de Straker?

—Hemos llegado a la conclusión de que se hirió él mismo al caer.

—Eso me sugirió mi amigo, el doctor Watson, cuando veníamos. De ser así, influiría en contra de Simpson.

—Sin duda alguna. A él no se le ha encontrado ni cuchillo ni herida alguna. Las pruebas de su culpabilidad son, sin duda, muy fuertes: tenía gran interés en la desaparición del favorito; recae sobre él la sospecha de haber narcotizado al mozo de cuadra; no hay duda de que anduvo a la intemperie durante la tormenta; iba armado de un pesado bastón, y se encontró su corbata en las manos del muerto. La verdad es que creo que poseemos material suficiente para presentarnos ante el Jurado.

Holmes movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Un defensor hábil lo haría todo pedazos. ¿Para qué iba a sacar al caballo del establo? Si pretendía algún daño, ¿por qué no lo iba a hacer allí mismo? ¿Se le ha encontrado una llave duplicada? ¿Qué farmacéutico le vendió el opio en polvo? Sobre todo, ¿en qué sitio pudo esconder un caballo como éste, él, forastero en esta región? ¿Qué explicación ha dado acerca del papel que deseaba que la doncella hiciese llegar al mozo de cuadra?

—Asegura que se trataba de un billete de diez libras. Se le encontró en el billetero uno de esa suma. Pero las demás objeciones que usted hace no son tan formidables como parecen. Ese hombre no es ajeno a la región. Se ha hospedado por dos veces en Tavistock durante el verano. El opio se lo trajo probablemente

de Londres. La llave, una vez que le sirvió para sus propósitos, la tiraría lejos. Quizá se encuentre el caballo en el fondo de alguno de los antiguos pozos de mina que hay en el páramo.

—¿Y qué me dice a propósito de la corbata?

—Confiesa que es suya, y afirma que la perdió. Pero ha surgido en el caso un factor nuevo, que quizá explique el que sacara al caballo del establo.

Holmes aguzó los oídos.

—Hemos encontrado huellas que demuestran que la noche del lunes acampó una cuadrilla de gitanos a una milla del sitio en donde tuvo lugar el asesinato. Los gitanos habían desaparecido el martes. Ahora bien: partiendo del supuesto de que entre los gitanos y Simpson existía alguna clase de concierto, ¿no podría ser que cuando fue alcanzado llevase el caballo a los gitanos, y no podría ser que lo tuviesen éstos?

—Desde luego que cabe en lo posible.

—Se está explorando el páramo en busca de estos gitanos. He hecho revisar también todas las cuadras y edificios aislados en Tavistock, en un radio de diez millas.

—Tengo entendido que muy cerca de allí hay otras cuadras de entrenamiento.

—Sí, y es ése un factor que no debemos menospreciar en modo alguno. Como su caballo Desborough es el segundo en las apuestas, tenían interés en la desaparición del favorito. Se sabe que Silas Brown, el entrenador, lleva apostadas importantes cantidades en la prueba, y no era, ni mucho menos, amigo del pobre Straker. Sin embargo, hemos registrado las cuadras, sin encontrar nada que pueda relacionarlo con los sucesos.

—¿Tampoco se ha descubierto nada que relacione a este Simpson con los intereses de las cuadras de Capleton?

—Absolutamente nada.

Holmes se recostó en el respaldo, y la conversación cesó. Unos minutos después nuestro cochero hizo alto junto a un lindo chalé de ladrillo rojo, de aleros

salientes, que se alzaba junto a la carretera. A cierta distancia, después de cruzar un prado, veíase un largo edificio anexo de tejas grises. En todas las demás direcciones el páramo, de suaves ondulaciones y bronceado por los helechos en trance de mustiarse, dilatábase hasta la línea del horizonte, sin más interrupción que los campanarios de Tavistock y un racimo de casas, allá hacia el Oeste, que señalaba la situación de las cuadras de Capleton. Saltamos todos fuera del coche, a excepción de Holmes, que siguió recostado, con la mirada fija en el cielo que tenía delante, completamente absorto en sus pensamientos. Sólo cuando yo le toqué en el brazo dio un violento respingo y se apeó.

—Perdone —dijo, volviéndose hacia el coronel Ross, que se había quedado mirándole, algo sorprendido—. Estaba soñando despierto —había en sus ojos cierto brillo y en sus maneras una contenida excitación que me convencieron, acostumbrado como estaba yo a sus actitudes, de que se había puesto sobre alguna pista, aunque no podía imaginar si la habría alcanzado.

—Quizá prefiera usted, señor Holmes, seguir directamente hasta la escena del crimen —dijo Gregory.

—Opto por quedarme unos momentos más aquí mismo y abordar una o dos cuestiones de detalle. Supongo que traerían aquí a Straker, ¿verdad?

—Sí, su cadáver está en el piso de arriba. Mañana tendrá lugar la investigación judicial.

—Llevaba algunos años a su servicio, ¿no es cierto, coronel Ross?

—Siempre vi en él a un excelente servidor.

—Dígame, inspector, harían ustedes, me imagino, un inventarío de todo cuanto tenía en los bolsillos al morir, ¿verdad?

—Si desea usted ver lo que se le encontró, tengo los objetos en el cuarto de estar.

—Me gustaría mucho.

Entramos en fila en la habitación delantera, y tomamos asiento en torno a una mesa central, redonda, mientras el inspector abría con llave un cofre cuadrado de metal y colocaba delante de nosotros un montoncito de objetos. Había una caja de cerillas vestas, un cabo de dos pulgadas de vela de sebo, una pipa A. D. P. de

raíz de eglantina, una tabaquera de piel de foca que contenía media onza de Cavendish en hebra larga, un reloj de plata con cadena de oro, un lapicero de aluminio, algunos papeles y un cuchillo de mango de marfil y hoja finísima, recta, con la marca «Weiss and Co. Londres».

—Este es un cuchillo muy especial —dijo Holmes, cogiéndolo y examinándolo minuciosamente—. Como advierto en él manchas de sangre, supongo que se trata del que se encontró en la mano del difunto. Watson, con seguridad que este cuchillo es de los de su profesión.

—Es de la clase que llamamos para cataratas —le contesté.

—Eso me pareció. Una hoja muy fina destinada a un trabajo muy delicado. Artefacto raro para ser llevado por un hombre que había salido a una expedición peligrosa, especialmente porque no podía meterlo cerrado en el bolsillo.

—La punta estaba defendida por un disco de corcho, que fue hallado junto al cadáver —dijo el inspector—. La viuda nos dijo que el cuchillo llevaba ya varios días encima de la mesa de tocador y que lo cogió al salir de la habitación. Como arma, valía poca cosa; pero fue quizá lo mejor de que pudo echar mano en ese momento.

—Es muy posible. ¿Y qué papeles son ésos?

—Tres de ellos son cuentas de vendedores de heno, con su recibí. Otro es una carta con instrucciones del coronel Ross. Y éste otro es una factura de un modista por valor de treinta y siete libras y quince chelines, extendida por madame "Lesurier" de Bond Street, a nombre de William Darbyshire. La señora Straker nos ha informado de que el tal Darbyshire era un amigo de su marido, y que a veces le dirigían aquí las cartas.

—Esta madame Darbyshire era mujer de gustos algo caros —comentó Holmes, mirando de arriba abajo la cuenta—. Veintidós guineas es un precio bastante elevado para un solo vestido ¡Ea!, por lo visto, ya no hay nada más que ver aquí, y podemos marchar hasta el lugar del crimen.

Cuando salíamos del cuarto de estar, se adelantó una mujer que había estado esperando en el pasillo, y puso su mano sobre la manga del inspector. Tenía el rostro macilento, delgado, ojeroso, con el sello de un espanto reciente.

—¿Les han echado ustedes ya mano? ¿Los han descubierto ustedes? —exclamó jadeante.

—No, señora Straker; pero el señor Holmes, aquí presente, ha venido de Londres para ayudarnos, y haremos todo cuanto esté a nuestro alcance.

Holmes le dijo:

—Señora Straker, estoy seguro de haber sido presentado a usted hará algún tiempo en Plymouth, durante una garden party.

—No, señor. Está usted equivocado.

—¡Válgame Dios! Pues yo lo habría jurado. Llevaba usted un vestido de seda color tórtola, con guarniciones de pluma de avestruz.

—En mi vida he usado un vestido así —contestó la señora.

—Entonces ya no cabe duda —dijo Holmes.

Se disculpó y salió de la casa del inspector. Un corto paseo a través del páramo nos llevó a la hondonada en que fue hallado el cadáver. Las aliagas de las que había sido colgado el impermeable se hallaban al borde mismo del hoyo.

—Tengo entendido que esa noche no hacía viento —dijo Holmes.

—En absoluto; pero llovía fuerte.

—En ese caso, el impermeable no fue arrastrado por el viento, sino colocado ahí deliberadamente.

—Sí; estaba extendido sobre las aliagas.

—Eso me interesa vivamente. Veo que el suelo está lleno de huellas. Sin duda que habrán pasado por aquí muchos pies desde la noche del lunes.

—Colocamos aquí al lado un trozo de estera, y ninguno de nosotros pisó fuera de ella.

—Magnífico.

—Traigo en este maletín una de las botas que calzaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura vieja de Silver Blaze.

—¡Mi querido inspector, usted se está superando a sí mismo! Holmes echó mano

del maletín, bajó a la hondonada y colocó la estera más hacia el centro. Después, tumbado boca abajo, y apoyando la barbilla en las manos, escudriñó minuciosamente el barro pataleado que tenía delante.

—¡Hola! —dijo de pronto—. ¿Qué es esto?

Era una cerilla vesta, medio quemada y tan embarrada que a primera vista parecía una astillita de madera.

—No me explico cómo se me pasó por alto —dijo el inspector, con expresión de fastidio.

—Era invisible, porque estaba sepultada en el barro. Si yo la he descubierto, ha sido porque la andaba buscando.

—¡Cómo! ¿Que esperaba usted encontrarla?

—Creí que no era improbable.

Holmes sacó del maletín la bota y el zapato comparó las impresiones de ambos con las huellas que había en el barro. Trepó acto continuo al borde de la hondonada y anduvo a gatas por entre los helechos y los matorrales.

—Sospecho que no hay más huellas —dijo el inspector—. Yo he examinado muy minuciosamente el suelo en cien yardas a la redonda.

—¡De veras! —dijo Holmes, levantándose—. No habría cometido yo la impertinencia de volver a examinarlo, si usted me lo hubiese dicho. Pero, antes de que oscurezca, quiero darme un paseíto por los páramos, a fin de poder orientarme mañana, y me voy a meter esta herradura en el bolsillo, a ver si me da buena suerte.

El coronel Ross, que había dado algunas muestras de impaciencia ante el método tranquilo y sistemático de trabajar que tenía mi compañero, miró su reloj.

—Inspector, yo desearía que regresase usted conmigo —dijo—. Quisiera consultarle acerca de varios detalles, y especialmente sobre si no deberíamos borrar a nuestro caballo de la lista de inscripciones para la copa, mirando por las conveniencias del público.

—No haga semejante cosa —exclamó Holmes con resolución—. Yo, en su caso, dejaría el nombre en la lista.

El coronel se inclinó, y dijo:

—Me alegro muchísimo de que me haya dado su opinión. Cuando haya terminado su labor, nos encontrará en la casa del pobre Straker, y podremos ir juntos en coche a Tavistock.

Regresó con el inspector, mientras Holmes y yo avanzábamos despacio por el páramo. El sol empezaba a hundirse detrás de los edificios de las cuadras de Capleton, y la dilatada llanura que se extendía ante nosotros estaba como teñida de oro, que se ensombrecía, convirtiéndose en un vivo y rojizo color marrón, en los sitios donde los helechos y los zarzales captaban la luminosidad del atardecer.

—Por este lado, Watson —dijo, por fin, Holmes—. Dejemos de lado por el momento la cuestión de quién mató a Straker, y ciñámonos a descubrir el paradero del caballo. Pues bien; suponiendo que se escapó durante la tragedia o después de ésta, ¿hacia dónde pudo ir? Los caballos son animales de índole muy gregaria. Abandonado este nuestro a sus instintos, o bien regresaría a King’s Pyland o se dirigiría a Capleton. ¿Qué razón puede haber para que lleve una vida selvática por los páramos? De haberlo hecho, con seguridad que alguien lo habría visto a estas horas. ¿Y qué razón hay también para que lo secuestren los gitanos? Esta gente se larga siempre de los lugares donde ha habido algún asunto feo, porque no quieren que la Policía les caiga encima con toda clase de molestias. Ni por asomos podían pensar en vender un caballo como éste. Correrían, pues, un grave peligro y no ganarían nada llevándoselo. Eso es evidente.

—¿Dónde está, pues, el caballo?

—He dicho ya que con seguridad marchó a King’s Pyland o a Capleton. Al no estar en King’s Pyland, tiene que estar en Capleton. Tomemos esto como hipótesis de trabajo, y veamos adónde nos lleva En esta parte del páramo, según

hizo notar el inspector, el suelo es muy duro y seco; pero forma pendiente en dirección a Capleton, y desde aquí mismo se distingue que hay, allá lejos, una hondonada alargada, que quizá estaba muy húmeda la noche del lunes. Si nuestra hipótesis es correcta, el caballo tuvo que cruzar esa hondonada, y es en ésta donde debemos buscar sus huellas.

Mientras hablábamos, habíamos ido caminando a buen paso, y sólo invertimos algunos minutos en llegar a la hondonada en cuestión. Yo, a petición de Holmes, tiré hacia la derecha, siguiendo el talud, y él tiró hacia la izquierda; no habría andado yo cincuenta pasos cuando le oí lanzar un grito, y vi que me llamaba con la mano. Las huellas del caballo se dibujaban con claridad en la tierra blanduzca que él tenía delante, y la herradura que sacó del bolsillo ajustaba exactamente en ellas.

—Vea usted qué valor tiene la imaginación —me dijo Holmes—. Es la única cualidad que le falta a Gregory. Nosotros nos imaginamos lo que pudo haber ocurrido, hemos actuado siguiendo esa suposición, y resultó que estábamos en lo cierto. Sigamos adelante.

Cruzamos el fondo pantanoso y entramos en un espacio de un cuarto de milla de césped seco y duro. Otra vez el terreno descendió en declive, y otra vez tropezamos con las huellas. Perdimos éstas por espacio de media milla, pero fue para volver a encontrarlas muy cerca ya de Capleton. El primero en verlas fue Holmes, y se detuvo para señalarlas con expresión de triunfo en el rostro. Paralelas a las huellas del caballo, veíanse las de un hombre.

—Hasta aquí el caballo venía solo —exclamó.

—Así es. El caballo venía solo hasta aquí. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Las dobles huellas cambiaron de pronto de dirección, tomando la de King’s Pyland. Holmes dejó escapar un silbido, y los dos fuimos siguiéndolas. Los ojos de Holmes no se apartaban de las pisadas, pero yo levanté la vista para mirar a un lado, y vi con sorpresa esas mismas dobles huellas que volvían en dirección contraria.

—Un tanto para usted, Watson —dijo Holmes, cuando yo le hice ver aquello—. Nos ha ahorrado una larga caminata que nos habría traído de vuelta sobre nuestros propios pasos. Sigamos esta huella de retorno.

No tuvimos que andar mucho. La doble huella terminaba en la calzada de asfalto que conducía a las puertas exteriores de las cuadras de Capleton. Al acercarnos, salió corriendo de las mismas un mozo de cuadra.

—Aquí no queremos ociosos —nos dijo.

—Sólo deseo hacer una pregunta —dijo Holmes, metiendo en el bolsillo del chaleco los dedos índice y pulgar—. ¿Será demasiado temprano para que hablemos con tu jefe, el señor Silas Brown, si acaso venimos mañana a las cinco de la mañana?

—¡Válgame Dios, caballero! Si alguno anda a esa hora por aquí, será él, porque es siempre el primero en levantarse. Pero, ahí lo tiene usted precisamente, y él podrá darle en persona la respuesta. De ninguna manera, señor, de ninguna manera; me jugaría el puesto si él me ve recibir dinero de usted. Si lo desea, démelo más tarde.

En el momento en que Sherlock Holmes metía de nuevo en el bolsillo la media corona que había sacado del mismo, avanzó desde la puerta un hombre entrado en años y de expresión violenta, que empuñaba en la mano un látigo de caza.

—¿Qué pasa, Dawson? —gritó— No quiero chismorreos. Vete a tu obligación. Ustedes..., ¿qué diablos quieren ustedes por acá?

—Hablar diez minutos con usted, mi buen señor —le contestó Holmes con la más meliflua de las voces.

—No tengo tiempo para hablar con todos los ociosos que aquí se presentan. Lárguense, si no quieren salir perseguidos por un perro.

Holmes se inclinó hacia adelante y cuchicheó algo al oído del entrenador. Este dio un respingo y se sonrojó hasta las sienes.

—¡Eso es un embuste! —gritó—. ¡Un embuste infernal!

—Perfectamente, pero ¿quiere que discutamos acerca de ello en público, o prefiere que lo hagamos en la sala de su casa?

—Bueno, venga conmigo, si así lo desea.

Holmes se sonrió, y me dijo:

—No le haré esperar más que unos minutos, Watson. ¡Ea! señor Brown, estoy a su disposición.

Antes de que Holmes y el entrenador reapareciesen pasaron sus buenos veinte minutos, y los tonos rojos se habían ido desvaneciendo hasta convertirse en grises. Jamás he visto cambio igual al que había tenido lugar en Silas Brown durante tan breve plazo. El color de su cara era cadavérico, brillaban sobre sus cejas gotitas de sudor, y le temblaban las manos de tal manera que el látigo de caza se agitaba lo mismo que una rama sacudida por el viento. Sus maneras valentonas y avasalladoras habían desaparecido por completo, y avanzaba al costado de mi compañero con las mismas muestras de zalamería de un perro a su amo.

—Serán cumplidas sus instrucciones. Serán cumplidas —le decía.

—No quiero equivocaciones —dijo Holmes, volviéndose a mirar; y el entrenador parpadeó al encontrarse con la mirada amenazadora de mi compañero.

—¡Oh, no, no las habrá! Estaré allí. ¿Quiere que lo cambie antes o después?

Holmes meditó un momento y de pronto rompió a reír.

—No, no lo cambie —dijo—. Le daré instrucciones por escrito a este respecto.

Nada de trampas, o...

—¡Puede usted confiar en mí, puede usted confiar en mí!

—Usted actuará en ese día igual que si fuera suyo.

—Puede usted descansar en mí.

—Sí, creo que puedo hacerlo. Bueno, mañana sabrá usted de mí.

Holmes dio media vuelta, sin hacer caso de la mano temblorosa que el otro le tendió, y nos pusimos en camino para King’s Pyland.

—Rara vez he tropezado con una mezcla de fanfarrón, cobarde y reptil, como este maese Silas Brown —comentó Holmes, mientras caminábamos juntos a paso largo.

—Entonces es que el caballo lo tiene él, ¿verdad?

—Me vino con fanfarronadas queriendo hurtar el cuerpo, pero yo le hice una descripción tan exacta de todos los pasos que había dado aquella mañana, que ha acabado convenciéndose de que le estuve mirando. Usted, como es natural, se fijaría en que la puntera de las huellas tenía una forma cuadrada muy especial, y también se fijaría en que las de sus botas correspondían exactamente a la de las huellas. Además, como es natural, ningún subalterno se habría atrevido a semejante cosa. Le fui relatando cómo él, al levantarse el primero, según tenía por costumbre, vio que por el páramo vagaba un caballo solitario; que se dirigió hasta el lugar en que estaba el animal, y que reconoció con asombro, por la mancha blanca de la frente que dio al caballo favorito su nombre, que la casualidad ponía en sus manos el único caballo capaz de vencer al otro, por el que él había apostado su dinero. Acto continuo, le conté que su primer impulso había sido devolverlo a King's Pyland, pero que el demonio le había hecho ver cómo podía ocultar el caballo hasta después de la carrera, y que entonces había vuelto sobre sus pasos y lo había escondido en Capleton. Al oír cómo yo le contaba todos los detalles, se dio por vencido, y solo pensó ya en salvar la piel.

—Pero se había realizado un registro en sus establos.

—Bueno, un viejo disfrazacaballos, como él, tiene muchas artimañas.

—Pero ¿no le da a usted miedo dejar el caballo en poder suyo, teniendo como tiene toda clase de intereses en hacerle daño?

—Mi querido compañero, ese hombre lo conservará con el mismo cuidado que a las niñas de sus ojos. Sabe que su única esperanza de que le perdonen es el presentarlo en las mejores condiciones.

—A mí no me dio el coronel Ross la impresión de hombre capaz de mostrarse generoso, haga él lo que haga.

—La decisión no está en manos del coronel Ross. Yo sigo mis propios métodos, y cuento mucho o cuento poco, según me parece. Es la ventaja de no actuar como detective oficial. No sé si usted habrá reparado en ello, Watson; pero la

manera de tratarme el coronel fue un poquitín altanera. Estoy tentado en divertirme un poco a costa suya. No le hable usted nada acerca del caballo.

—Desde luego que no lo haré sin permiso de usted.

—Además, esto resulta un hecho subalterno si se compara con el problema de quién mató a John Straker.

—¿A ese problema al que usted se va a dedicar?

—Todo lo contrario, ambos regresamos a Londres con el tren de la noche.

Las palabras de mi amigo me dejaron como fulminado. Llevábamos sólo algunas horas en Devonshire, y me resultaba totalmente incomprensible que suspendiese una investigación que tan brillante principio había tenido. Ni una sola palabra más conseguí sacarle hasta que estuvimos de regreso en casa del entrenador. El coronel y el inspector nos esperaban en la sala.

—Mi amigo y yo regresamos a la capital con el expreso de medianoche —dijo Holmes—. Hemos podido respirar durante un rato el encanto de sus magníficos aires de Dartmoor.

El inspector puso tamaño ojos, el coronel torció desdeñosamente el labio.

—Veo que usted desespera de poder detener al asesino del pobre Straker —dijo el coronel.

Holmes se encogió de hombros, y dijo:

—Desde luego, existen graves dificultades para conseguirlo. Sin embargo, tengo toda clase de esperanzas de que su caballo tomará el martes la partida en la carrera, y yo le suplico tenga para ello listo a su jokey. ¿Podría pedir una fotografía del señor John Straker?

El inspector sacó una de un sobre que tenía en el bolsillo, y se la entregó a Holmes.

—Querido Gregory, usted se adelanta a todo lo que yo necesito. Si ustedes tienen la amabilidad de esperar aquí unos momentos, yo quisiera hacer una pregunta a la mujer de servicio.

—No tengo más remedio que decir que me ha defraudado bastante su asesor londinense —dijo el coronel Ross, ásperamente, cuando mi amigo salió de la habitación—. No veo que hayamos adelantado nada desde que él vino.

—Tiene usted por lo menos la seguridad que le ha dado de que su caballo tomará parte en la carrera.

—Sí, tengo la seguridad que él me ha dado —dijo el coronel, encogiéndose de hombros—. Preferiría tener mi caballo.

Iba yo a contestar algo en defensa de mi amigo, cuando éste volvió a entrar en la habitación.

—Y ahora, caballeros, estoy listo para ir a Tavistock —les dijo.

Al subir al coche, uno de los mozos de cuadra mantuvo abierta la portezuela. De pronto pareció ocurrírsele a Holmes una idea, porque se echó hacia adelante y dio un golpecito al mozo en el brazo, diciéndole:

—Veo ahí, en el prado, algunas ovejas. ¿Quién las cuida?

—Yo las cuido, señor.

—¿No les ha pasado nada malo a estos animales durante los últimos tiempos?

—Verá usted, señor no ha sido cosa muy grave, pero el hecho es que tres de los animales han quedado mancos.

Me fijé en que la contestación complacía muchísimo a Holmes, porque se rió por lo bajo y se frotó las manos.

—¡Ahí tiene, Watson, un tiro de largo alcance, de alcance muy largo! —me dijo, pellizcándome el brazo—. Gregory, permítame llamarle la atención sobre esta extraña epidemia de las ovejas. ¡Adelante, cochero!

El coronel Ross seguía mostrando en la expresión de su cara la pobre opinión que se había formado de las habilidades de mi compañero; pero en la del inspector pude ver que su interés se había despertado vivamente.

—¿Da usted importancia a ese asunto? —preguntó.

—Extraordinaria.

—¿Existe algún otro detalle acerca del cual desearía usted llamar mi atención?

—Sí, acerca del incidente curioso del perro aquella noche.

—El perro no intervino para nada.

—Ese es precisamente el incidente curioso —dijo como comentario Sherlock Holmes.

Cuatro días después estábamos de nuevo, Holmes y yo, en el tren, camino de Winchester, para presenciar la carrera de la Copa de Wessex. El coronel Ross salió a nuestro encuentro, de acuerdo con la cita que le habíamos dado, fuera de la estación, y marchamos en su coche de sport de cuatro caballos hasta el campo de carreras, situado al otro lado de la ciudad. La expresión de su rostro era de seriedad, y, sus maneras, en extremo frías.

—No he visto por parte alguna a mi caballo —nos dijo.

—Será usted capaz de conocerlo si lo ve, ¿no es así? —le preguntó Holmes.

Esto irritó mucho al coronel, que le contestó:

—Llevo veinte años dedicado a las carreras de caballos, y nadie me había hecho hasta ahora pregunta semejante. Cualquier niño sería capaz de reconocer a Silver Blaze por la mancha blanca de la frente y su pata delantera jaspeada.

—¿Y cómo van las apuestas?

—Ahí tiene usted lo curioso del caso. Ayer podía usted tomar apuestas a quince por uno, pero esta diferencia se ha ido reduciendo cada vez más y actualmente apenas se ofrece el dinero tres a uno.

—¡Ejem! —exclamó Holmes—. Es evidente que hay alguien que sabe algo.

Cuando nuestro coche se detuvo en el espacio cerrado, cerca de la tribuna grande, miré el programa para ver las inscripciones. Decía así:

Copa Wessex.

52 soberanos c. u., con 1.000 soberanos más, para caballos de cuatro y de cinco años. Segundo, 300 libras. Tercero, 200 libras.

Pista nueva (una milla y mil cien yardas).

The Negro, del señor Heath Newton (gorra encamada, chaquetilla canela).

Pugilist, del coronel Wardlaw (gorra rosa, chaquetilla azul y negra).

Desborough de lord Backwater (gorra amarilla y mangas ídem).

Silver Blaze, del coronel Ross (gorra negra y chaquetilla roja).

Iris, del duque de Balmoral (franjas amarillas y negras).

Rasper, de lord Singleford (gorra púrpura y mangas negras).

—Borramos al otro caballo nuestro y hemos puesto todas nuestras esperanzas en la palabra de usted —dijo el coronel—. ¿Cómo? ¿Qué ocurre? ¿Silver Blaze favorito?

—Cinco a cuatro contra Silver Blaze —bramaba el ring—. ¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! ¡Quince a cinco contra Desborough! ¡Cinco a cuatro por cualquiera de los demás!

—Ya han levantado los números —exclamé—. Figuran allí los seis.

—¡Los seis! Entonces es que mi caballo corre —exclamó el coronel, presa de gran excitación—. Pero yo no lo veo. Mis colores no han pasado.

—Sólo han pasado hasta ahora cinco caballos. Será ese que viene ahí.

Mientras yo hablaba salió del pesaje un fuerte caballo bayo y cruzó por delante de nosotros al trotecito, llevando a sus espaldas los bien conocidos colores negro y rojo del coronel.

—Ese no es mi caballo —gritó el propietario—. Ese animal no tiene en el cuerpo un solo cabello blanco. ¿Qué es lo que usted ha hecho, señor Holmes?

—Bueno, bueno; vamos a ver cómo se porta —contestó mi amigo, imperturbable. Estuvo mirando al animal durante algunos minutos con mis gemelos de campo. De pronto gritó—: ¡Estupendo! ¡Magnífico arranque! Ahí los tenemos, doblando la curva.

Desde nuestro coche de sport los divisamos de manera magnífica cuando avanzaban por la recta. Los seis caballos marchaban tan juntos y apareados que habría bastado una alfombra para cubrirlos a todos; pero a mitad de la recta la saeta de Desborough perdió su fuerza, y el caballo del coronel, surgiendo al frente a galope, cruzó el poste de llegada, a unos seis cuerpos delante de su rival, mientras que Iris, del duque de Balmoral, llegaba tercero, muy rezagado.

—Sea como sea, la carrera es mía —jadeó el coronel, pasándose la mano por los ojos—. Confieso que no le veo al asunto ni pies ni cabeza. ¿No le parece, señor Holmes, que es hora ya de que usted desvele el misterio?

—Desde luego, coronel. Lo sabrá usted todo. Vamos juntos a echar un vistazo al caballo. Aquí lo tenemos —agregó cuando penetrábamos en el pesaje, recinto al que sólo tienen acceso los propietarios y sus amigos—. No tiene usted sino lavarle la cara y la pata con alcohol vínico, y verá cómo se trata del mismo querido Silver Blaze de siempre.

—¡Me deja usted sin aliento!

—Me lo encontré en poder de un simulador, y me tomé la libertad de hacerle correr tal y como me fue enviado.

—Mi querido señor, ha hecho usted prodigios. El aspecto del caballo es muy bueno. En su vida corrió mejor. Le debo a usted mil excusas por haber puesto en duda su habilidad. Me ha hecho un gran favor recuperando mi caballo. Me lo haría usted todavía mayor si pudiera echarle el guante al asesino de John Straker.

—Lo hice ya —contestó con tranquilidad Holmes.

El coronel y yo le miramos atónitos:

—¡Que le ha echado usted el guante! ¿Y dónde está?

—Está aquí.

—¡Aquí! ¿Dónde?

—En este instante está en mi compañía.

El coronel se puso colorado e irritado, y dijo:

—Señor Holmes, confieso cumplidamente que he contraído obligaciones con usted; pero eso que ha dicho tengo que mirarlo o como un mal chiste o como un insulto.

Sherlock Holmes se echó a reír, y contestó:

—Coronel, le aseguro que en modo alguno he asociado el nombre de usted con el crimen. ¡El verdadero asesino está detrás mismo de usted!

Holmes avanzó y puso su mano sobre el reluciente cuello del pura sangre.

—¡El caballo! —exclamamos a una el coronel y yo.

—Sí, el caballo. Quizá aminore su culpabilidad si les digo que lo hizo en defensa propia, y que John Straker era un hombre totalmente indigno de la confianza de usted. Pero ahí suena la campana, y como yo me propongo ganar algún dinerillo en la próxima carrera, diferiré una explicación más extensa para otro momento más adecuado.

Aquella noche, al regresar en tren a Londres, dispusimos del rincón de un pullman para nosotros solos; creo que el viaje fue tan breve para el coronel Ross como para mí, porque lo pasamos escuchando el relato que nuestro compañero nos hizo de lo ocurrido en las cuadras de entrenamiento de Dartmoor, el lunes por la noche, y de los medios de que se valió para aclararlo.

—Confieso —nos dijo— que todas las hipótesis que yo había formado a base de las noticias de los periódicos resultaron completamente equivocadas. Sin embargo, había en esos relatos determinadas indicaciones, de no haber estado

sobrecargadas con otros detalles que ocultaron su verdadero significado. Marché a Devonshire convencido de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque, como es natural, me daba cuenta de que las pruebas contra él no eran, ni mucho menos, completas.

Mientras íbamos en coche, y cuando ya estábamos a punto de llegar a la casa del entrenador, se me ocurrió de pronto lo inmensamente significativo del cordero en salsa fuerte. Quizá ustedes recuerden que yo estaba distraído, y que me quedé sentado cuando ya ustedes se apeaban. En ese instante me asombraba, en mi mente, de que hubiera yo podido pasar por alto una pista tan clara.

—Pues yo —dijo el coronel— confieso que ni aun ahora comprendo en qué puede servirnos.

—Fue el primer eslabón de mi cadena de razonamientos. El opio en polvo no es, en modo alguno. sustancia insípida. Su sabor no es desagradable, pero sí perceptible. De haberlo mezclado con cualquier otro plato, la persona que lo hubiese comido lo habría descubierto sin la menor duda, y es probable que no hubiese seguido comiendo. La salsa fuerte era exactamente el medio de disimular ese sabor. Este hombre desconocido, Fitzroy Simpson, no podía en modo alguno haber influido con la familia del entrenador para que se sirviese aquella noche esa clase de salsa, y llegaría a coincidencia monstruosa el suponer que ese hombre había ido, provisto de opio en polvo, la noche misma en que comían un plato capaz de disimular su sabor. Semejante caso no cabe en el pensamiento. Por consiguiente, Simpson queda eliminado del caso, y nuestra atención se centra sobre Straker y su esposa, que son las dos personas de cuya voluntad ha podido depender el que esa noche se haya cenado en aquella casa cordero con salsa fuerte. El opio fue echado después que se apartó la porción destinada al mozo de cuadra que hacía la guarda, porque los demás de la casa comieron el mismo plato sin que sufrieran las malas consecuencias. ¿Quién, pues, de los dos tuvo acceso al plato sin que la criada le viera?

Antes de decidir esta cuestión, había yo comprendido todo el significado que tenía el silencio del perro, porque siempre ocurre que una deducción exacta sugiere otras. Por el incidente de Simpson me había enterado de que en la casa tenían un perro, y, sin embargo, ese perro no había ladrado con fuerza suficiente para despertar a los dos mozos que dormían en el altillo, a pesar de que alguien había entrado y se había llevado un caballo. Era evidente que el visitante nocturno era persona a la que el perro conocía mucho.

Yo estaba convencido ya, o casi convencido, de que John Straker había ido a las cuadras en lo más profundo de la noche y había sacado de ellas a Silver Blaze. ¿Con qué finalidad? Sin duda alguna que con una finalidad turbia, porque, de otro modo, ¿para qué iba a suministrar una droga estupefaciente a su propio mozo de cuadras? Pero yo no atinaba con qué finalidad podía haberlo hecho. Antes de ahora se han dado casos de entrenadores que han ganado importantes sumas de dinero apostando contra sus propios caballos, por medio de agentes y recurriendo a fraudes para impedirles luego que ganasen la carrera. Unas veces valiéndose del jockey, que sujetaba el caballo. Otras veces recurriendo a medios más seguros y más sutiles. ¿De qué medio pensaba servirse en esta ocasión? Yo esperaba encontrar en sus bolsillos algo que me ayudase a formar una conclusión.

Eso fue lo que ocurrió. Seguramente que ustedes no han olvidado el extraño cuchillo que se encontró en la mano del difunto, un cuchillo que ningún hombre en su sano juicio habría elegido para arma. Según el doctor Watson nos dijo, se trataba de una forma de cuchillo que se emplea en cirugía para la más delicada de las operaciones conocidas. También esa noche iba a ser empleado para realizar una operación delicada. Usted, coronel Ross, con la amplia experiencia que posee en asuntos de carreras de caballos, tiene que saber que es posible realizar una leve incisión en los tendones de la corva de un caballo, y que esa incisión se puede hacer subcutánea, sin que quede absolutamente ningún rastro. El caballo así operado sufre una pequeñísima cojera, que se atribuiría a un mal paso durante los entrenamientos o a un ataque de reumatismo, pero nunca a una acción delictiva.

—¡Canalla y miserable! —exclamó el coronel.

—Ahí tenemos la explicación de por qué John Straker quiso llevar el caballo al páramo. Un animal de tal vivacidad habría despertado seguramente al más profundo dormilón en el momento en que sintiese el filo del cuchillo. Era absolutamente necesario operar al aire libre.

—¡He estado ciego! —exclamó el coronel—. Naturalmente que para eso era para

lo que necesitaba el trozo de vela, y por lo que encendió una cerilla.

—Sin duda alguna. Pero al hacer yo inventarío de las cosas que tenía en los

bolsillos, tuve la suerte de descubrir, no sólo el método empleado para el crimen, sino también sus móviles.

Como hombre de mundo que es, coronel, sabe que nadie lleva en sus bolsillos las facturas pertenecientes a otras personas. Bastante tenemos la mayor parte de nosotros con pagar las nuestras propias. Deduje en el acto que Straker llevaba una doble vida, y que sostenía una segunda casa. La índole de la factura me demostró que andaba de por medio una mujer, una mujer que tenía gustos caros. Aunque es usted generoso con su servidumbre, difícilmente puede esperarse que un empleado suyo esté en condiciones de comprar a su mujer vestidos para calle de veinte guineas. Interrogué a la señor Straker, sin que ella se diese cuenta, acerca de ese vestido. Seguro ya de que ella no lo había tenido nunca, tomé nota de la dirección de la modista, convencido de que visitándola con la fotografía de Straker podría desembarazarme fácilmente de aquel mito del señor Darbyshire.

Desde ese momento quedó todo claro. Straker había sacado el caballo y lo había llevado a una hondonada en la que su luz resultaría invisible para todos. Simpson, al huir, había perdido la corbata, y Straker la recogió con alguna idea, quizá con la de atar la pata del animal. Una vez dentro de la hondonada, se situó detrás del caballo, y encendió la luz; pero aquél, asustado por el súbito resplandor, y con el extraordinario instinto, propio de los animales, de que algo malo se le quería hacer, largó una coz, y la herradura de acero golpeó a Straker en plena frente. A pesar de la lluvia, Straker se había despojado ya de su impermeable para llevar a cabo su delicada tarea, y, al caer, su mismo cuchillo le hizo un corte en el muslo. ¿Me explico con claridad?

—¡Asombroso! —exclamó el coronel—. ¡Asombroso! Parece que hubiera estado usted allí presente.

—Confieso que mi último tiro fue de larguísimo alcance. Se me ocurrió que un hombre tan astuto como Straker no se lanzaría a realizar esa delicada incisión de tendones sin un poco de práctica previa. ¿En qué animales podía ensayarse? Me fijé casualmente en las ovejas, e hice una pregunta que, con bastante sorpresa mía, me demostró que mi suposición era correcta.

—Señor Holmes, ha dejado usted las cosas completamente claras.

—Al regresar a Londres, visité a la modista, y ésta reconoció en el acto a Straker corno uno de sus buenos clientes, llamado Darbyshire, que tenía una esposa muy

llamativa y muy aficionada a los vestidos caros. Estoy seguro de que esta mujer lo metió a él en deudas hasta la coronilla, y que por eso se lanzó a este miserable complot.

—Una sola cosa no nos ha aclarado usted todavía —exclamó el coronel—. ¿Dónde estaba el caballo?

—¡Ah! El caballo se escapó, y uno de sus convecinos cuidó de él. Creo que por ese lado debernos conceder una amnistía. Pero, si no estoy equivocado, estamos ya en el empalme de Clapham, y llegaremos a la estación Victoria antes de diez minutos. Coronel, si usted tiene ganas de fumar un cigarro en nuestras habitaciones, yo tendré mucho gusto en proporcionarle cualquier otro detalle que pueda despertar su interés.

2. La caja de cartón

Al elegir unos cuantos casos típicos que ilustren las notables facultades mentales de mi amigo Sherlock Holmes, he procurado, en la medida de lo posible, que ofrecieran el mínimo de sensacionalismo, y a la vez una amplia muestra de su talento. Sin embargo, es imposible, lamentablemente, separar por completo lo sensacional de lo criminal, y el cronista se ve en el dilema de tener que sacrificar detalles que resultan esenciales en su exposición, dando de ese modo una impresión falsa del problema, o verse obligado a utilizar materiales que la casualidad, y no su elección, le ha proporcionado. Tras este breve prefacio pasaré a exponer mis notas acerca de lo que constituyó una cadena de acontecimientos extraños y particularmente terribles.

Era un día de agosto y hacía un calor abrasador. Baker Street parecía un horno y el relumbre de la luz del sol al incidir sobre los ladrillos amarillos de la casa del otro lado de la calle lastimaba la vista. Costaba trabajo creer que aquellos fuesen los mismos muros que se erguían tan lóbregos por entre las nieblas del invierno.

Habíamos bajado a medias las persianas y Holmes se había acurrucado encima del sofá, leyendo una y otra vez una carta que había recibido en el correo de la mañana.

En cuanto a mí, los años de servicio en la India me habían habituado a soportar el calor mejor que el frío, y que el termómetro pasara de treinta grados no me suponía dificultad alguna. El periódico de la mañana no ofrecía ninguna noticia interesante. El Parlamento había interrumpido sus sesiones. Se habían ido todos de la ciudad y yo añoraba los claros del New Forest o los guijarros de Southsea. Mi reducida cuenta bancaria me había obligado a posponer las vacaciones, y en cuanto a mi acompañante, ni el campo ni el mar le atraían lo más mínimo. Le encantaba permanecer en el mismo centro donde pululaban cinco millones de personas, extendiendo sus filamentos y pasando por entre ellas, receptivo al más pequeño rumor o sospecha de algún delito sin esclarecer. El aprecio de la naturaleza no se encontraba entre sus muchas dotes, y sólo cambiaba de parecer cuando, en lugar de centrarse en un malhechor de la capital, trataba de localizar a algún hermano suyo de provincias.

Viendo que Holmes estaba demasiado abstraído para conversar, yo había echado a un lado el insulso periódico y, reclinándome en el sillón, me sumí en profundas meditaciones. De pronto la voz de mi acompañante interrumpió el curso de mis pensamientos:

—Lleva usted razón, Watson. Parece una forma absurda de dirimir una disputa.

—¡De lo más absurda!-exclamé, y de pronto, comprendiendo que Holmes se había hecho eco del pensamiento más íntimo de mi alma, me incorporé del sillón y le miré perplejo.

—¿Cómo es eso, Holmes? —grité—. Supera todo cuanto pudiera haber imaginado.

Él se rió de buena gana al observar mi perplejidad.

—Recuerde usted —me dijo— que hace algún tiempo, cuando le leí el pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un minucioso razonador sigue los pensamientos no expresados de su compañero, usted se sintió inclinado a tratar el asunto como un mero tour de force del autor. Al advertirle que yo solía hacer eso constantemente, usted se mostró incrédulo.

—¡Oh, no!

—Tal vez no llegara a expresarlo en palabras, mi querido Watson, pero lo hizo sin duda con las cejas. De modo que cuando le vi tirar el periódico al suelo y ponerse a pensar, me alegré mucho de tener la oportunidad de leerle el pensamiento, y finalmente de poder interrumpirlo, demostrando así mi compenetración con usted.

Aquello no me convenció del todo.

—En el ejemplo que usted me leyó —le dije— el razonador extrajo sus conclusiones basándose en la actuación del hombre al que observaba. Si mal no recuerdo, aquel hombre tropezó con un montón de piedras, miró hacia arriba a las estrellas, etcétera. Yo, en cambio, he estado sentado en mi sillón tranquilamente, por tanto ¿qué pistas he podido darle?

—Es usted injusto consigo mismo. Las facciones le han sido dadas al hombre para poder expresar sus emociones, y las suyas cumplen ese cometido fielmente.

—¿Quiere usted decir que leyó en mis facciones el curso de mis pensamientos?

—En sus facciones y sobre todo en sus ojos. ¿Es posible que no pueda usted recordar cómo comenzaron sus ensueños?

—No, no puedo.

—Entonces se lo diré yo. Después de tirar al suelo el periódico, acto que atrajo mi atención hacia usted, estuvo sentado durante medio minuto con expresión ausente. Luego sus ojos se clavaron en el retrato, recientemente enmarcado, del general Gordon y por la alteración de su rostro comprendí que había vuelto a sumirse en sus pensamientos. Más eso no le condujo muy lejos. Sus ojos contemplaron fugazmente el retrato sin marco de Henry Ward Beecher, que estaba encima de sus libros. Entonces miró usted hacia arriba a la pared, y era obvio desde luego lo que eso significaba. Usted pensaba que si el retrato estuviera enmarcado cubriría exactamente ese espacio desnudo de pared, y haría juego con el retrato de Gordon que allí estaba.

—¡Me ha comprendido usted a las mil maravillas!-exclamé yo.

—Hasta ahí era poco probable que me perdiera. Pero ahora sus pensamientos volvieron a Beecher, y usted le miró con severidad como si estudiara el semblante del personaje. Entonces dejó usted de entornar los ojos, aunque sin dejar de mirar, y su rostro se quedó pensativo. Estaba usted recordando los incidentes que jalonaron la carrera de Beecher. Me daba perfecta cuenta de que usted no podía hacer eso sin pensar en la misión que emprendió durante la Guerra Civil en favor del Norte, pues recuerdo que expresó su ferviente indignación por la manera en que fue recibido por los más turbulentos compatriotas nuestros. Lo sintió usted tanto que yo sabía que le sería imposible pensar en Beecher sin acordarse también de eso. Cuando, poco después, vi que sus ojos se apartaron del retrato, sospeché que ahora volvía usted a pensar en la Guerra Civil y, cuando observé que apretaba usted los labios, que sus ojos echaban chispas, y que apretaba los puños, tuve la seguridad de que, en efecto, estaba usted pensando en el heroísmo demostrado por ambos bandos en aquella batalla sin cuartel. Pero entonces, de nuevo su rostro se puso más triste y dio usted muestras de desaprobación. Hizo usted hincapié en la tristeza, el horror y la inútil pérdida de vidas humanas. Acercó usted la mano sigilosamente a su vieja herida y una sonrisa tembló en sus labios, lo cual me indicó que el aspecto ridículo de este método de dirimir las cuestiones internacionales había afectado a

su mente. En ese mismo instante estuve de acuerdo con usted en que aquello era absurdo y me alegró comprobar que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Sin lugar a dudas! —dije yo—. Y ahora que me lo ha explicado usted, confieso seguir tan asombrado como antes.

—Fue un trabajo muy superficial, mi querido Watson, se lo aseguro. No me habría inmiscuido si usted no hubiese mostrado cierta incredulidad el otro día. Pero tengo ahora entre manos un pequeño problema que puede resultar más difícil de resolver que este insignificante intento mío de leer el pensamiento. ¿No ha visto usted en el periódico un breve suelto que alude al extraordinario contenido de un paquete enviado por correo a la señorita Cushing, de Cross Street, en Croydon?

—No, no vi nada.

—¡Ah! Entonces se le debe haber pasado por alto. Tíremelo. Aquí está, debajo de la columna financiera. ¿Tendría la amabilidad de leerlo en voz alta?

Recogí el periódico que me había vuelto a lanzar y leí el suelto indicado.

Se titulaba «UN PAQUETE MACABRO».

«La señorita Susan Cushing, que vive en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que debe ser considerado como una broma particularmente repugnante, a no ser que se le atribuya al incidente un significado más siniestro.

Ayer, a las dos en punto de la tarde, el cartero le entregó un paquetito, envuelto en papel de estraza. Dentro había una caja de cartón, llena de sal gruesa. Al vaciarla, la señorita Cushing encontró horrorizada dos orejas humanas, recién cortadas aparentemente. La caja había sido enviada desde Belfast la mañana anterior a través del servicio de paquetes postales. No hay ninguna indicación acerca del remitente, y el asunto resulta más misterioso todavía ya que la señorita Cushing, que es soltera y tiene cincuenta años, ha llevado una vida de lo más retirada, y tiene tan pocas amistades o corresponsales, que es un raro

acontecimiento para ella el recibir algo por correo. Hace unos años, sin embargo, cuando residía en Penge, alquiló algunas habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de Medicina, de los cuales se vio obligada a deshacerse a causa de sus hábitos ruidosos y conducta irregular. La policía es de la opinión de que este ultraje a la señorita Cushing puede haber sido perpetrado por estos jóvenes, que le guardan rencor y esperaban asustarla enviándole estos restos mortales procedentes de las salas de disección.

Prestaba cierta verosimilitud a esta teoría el hecho de que uno de estos estudiantes procedía de Irlanda del Norte y, según tenía entendido la señorita Cushing, del propio Belfast. Mientras tanto, se está investigando el asunto diligentemente y se ha encargado el caso al señor Lestrade, uno de los más perspicaces detectives de la policía».

—Dejemos ya este asunto del Daily Chronicle —dijo Holmes cuando yo acabé de leer—. Hablemos ahora de nuestro amigo Lestrade. Esta mañana recibí una nota suya que dice:

«Creo que este caso encaja muy bien en su especialidad. Tenemos muchas esperanzas de aclarar el asunto, pero topamos con la pequeña dificultad de no tener nada en que basarnos. Hemos telegrafiado, por supuesto, a la oficina de correos de Belfast, pero aquel día fueron entregados una gran cantidad de paquetes y no hubo manera de identificar a este en particular, o de acordarse del remitente. La caja, de las de media libra de tabaco negro, tampoco nos facilita nada la identificación. La hipótesis del estudiante de medicina sigue pareciéndome la más plausible, pero si usted dispusiera de unas cuantas horas libres me alegraría mucho verlo por aquí. Estaré en casa todo el día o en la comisaría de policía».

—¿Qué le parece, Watson? ¿Puede usted sobreponerse al calor y venirse conmigo

a Croydon ante la remota posibilidad de un nuevo caso para sus anales?

—Estaba impaciente por hacer algo.

—Lo tendrá entonces. Llame a nuestro botones y dígale que pida un coche. Volveré en seguida, cuando me haya quitado el batín y llenado mi petaca.

Mientras íbamos en el tren cayó un aguacero y por tanto en Croydon el calor era mucho menos sofocante que en la ciudad. Holmes había enviado un telegrama, de modo que Lestrade, tan enjuto, tan atildado, y tan husmeador como siempre, nos esperaba en la estación. Un paseo de cinco minutos nos condujo hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.

Era una calle muy larga con casas de ladrillo de dos pisos, limpias y bien cuidadas, con sus peldaños de piedra blanqueada y en las puertas pequeños grupos de mujeres con delantal cotilleando. A medio camino Lestrade se detuvo y llamó a una de las puertas, que abrió una joven criada. La señorita Cushing estaba sentada en el salón, al que nos hizo pasar. Era una mujer de rostro apacible, ojos grandes y dulces, y pelo entrecano que se curvaba sobre ambas sienes. Un recargado antimacasar yacía sobre su regazo y junto a ella, encima de un taburete, había una cesta de sedas de colores.

—Esas cosas horribles están en la dependencia anexa —dijo ella cuando entró Lestrade—. Me gustaría que se las llevara.

—Eso haré, señorita Cushing. Las guardé ahí hasta que mi amigo, el señor Holmes, las hubiera visto en su presencia.

—¿Por qué en mí presencia, señor?

—Por si deseaba hacerle a usted alguna pregunta.

—¿Para qué iba a hacerme preguntas si le digo que no sé nada en absoluto acerca del asunto?

—En efecto, señora —dijo Holmes con voz tranquilizadora—. No tengo la menor duda de que ya la han molestado bastante acerca de este asunto.

—Ya lo creo, señor. Soy una mujer discreta y llevo una vida retirada. Es algo nuevo para mí el ver mi nombre en los periódicos y a la policía en mi casa. No

quiero tener aquí esas cosas, señor Lestrade. Si usted desea verlas tiene que ir a la dependencia anexa.

Era un pequeño cobertizo en el angosto jardín que se extendía por detrás de la casa. Lestrade entró en él y sacó una caja amarilla de cartón, un pedazo de papel de estraza y un cordel. Había un banco al final del sendero y nos sentamos allí mientras Holmes examinaba, uno a uno, los objetos que Lestrade le había entregado.

—El cordel es sumamente interesante —observó, poniéndolo a contraluz y oliéndolo—. ¿Qué le parece, Lestrade?

—Que ha sido embreado.

—Exactamente. Es un trozo de bramante embreado. Sin duda habrá observado

que la señorita Cushing ha cortado la cuerda con unas tijeras, como puede conjeturarse por sus dos extremos deshilachados. Eso es importante.

—No veo su importancia —dijo Lestrade.

—La importancia radica en el hecho de que el nudo lo han dejado intacto y que se trata de un nudo de un tipo especial.

—Está hecho muy hábilmente. Ya me había dado cuenta de eso —dijo Lestrade con suficiencia.

—Dejemos ya el cordel, entonces —dijo Holmes, sonriendo—, y pasemos a la envoltura de la caja. Papel de estraza, con un inconfundible olor a café. ¿Cómo, no lo notó usted? Creo que no puede haber la menor duda al respecto. La dirección está escrita con letra bastante descuidada: «Señorita S. Cushing, Cross Street, Croydon». Está hecha con una pluma de punta gruesa, probablemente una J, y con tinta de muy escasa calidad. La palabra «Croydon» fue escrita al principio con «i», que luego se transformó en «y». El paquete fue enviado, pues, por un hombre —la tipografía es claramente masculina— de escasa educación y que no conoce la ciudad de Croydon. ¡Hasta aquí, todo bien! La caja es amarilla, de las de media libra de tabaco negro, sin nada característico salvo las huellas de dos pulgares en la esquina izquierda del fondo. Está llena de ese tipo de sal gruesa que se utiliza para preservar el cuero y para otros usos comerciales más ordinarios. Y en ella están incrustados esos objetos tan singulares.

Mientras hablaba sacó las dos orejas y, poniendo una tabla sobre sus rodillas, las examinó minuciosamente, mientras Lestrade y yo, inclinados hacia delante uno a cada lado de él, mirábamos alternativamente a esos espantosos restos y al rostro pensativo y anhelante de nuestro compañero. Por fin las devolvió otra vez a la caja y se sentó un rato, absorto en profunda meditación.

—Habrá observado usted, naturalmente —dijo por fin—, que las orejas no forman pareja.

—Sí, me he dado cuenta de eso. Pero si fuera una broma hecha por algunos estudiantes con acceso a las salas de disección, igual de fácil les habría sido enviar un par de orejas de una misma persona que dos orejas desparejadas.

—Exactamente. Pero no se trata de una broma.

—¿Está usted seguro de eso?

—La presunción en contra es muy sólida. En las salas de disección se inyecta a los cadáveres un fluido conservante. Estas orejas no muestran ni rastro de ese fluido. Son recientes además. Han sido cortadas con un instrumento embotado, lo que difícilmente habría ocurrido si lo hubiera hecho un estudiante. Además, a cualquier mentalidad médica se le habría ocurrido utilizar ácido fénico o alcohol rectificado como conservante y de ninguna manera sal gruesa. Repito que este caso no se trata de una broma, sino que estamos investigando un grave crimen.

Un impreciso escalofrío me corrió por el cuerpo al escuchar las palabras de mi compañero y comprobar la sombría circunspección que había endurecido su semblante. Este brutal preliminar parecía anunciar la proximidad de algún extraño e inexplicable horror. Lestrade, sin embargo, dio muestras de desaprobación como si no estuviera convencido del todo.

—Sin duda se pueden poner reparos a la hipótesis de la broma —dijo—, pero existen razones todavía más fuertes en contra de la otra teoría. Sabemos que esta mujer ha llevado una vida discreta y respetable en Penge y aquí durante los últimos veinte años. Apenas ha estado ausente de su casa un solo día en todo ese tiempo. ¿Por qué demonios, por tanto, iba a enviarle ningún criminal las pruebas de su delito, sobre todo si como parece, a menos que sea una consumada actriz, sabe tan poco como nosotros del asunto?

—Ese es el problema que tenemos que resolver —respondió Holmes—, y por lo

que a mí se refiere, me pondré manos a la obra, con la presunción de que mi razonamiento es correcto y que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de mujer, pequeña, delicadamente modelada, y perforada para llevar un pendiente. La otra es de hombre, bronceada, amarillenta y perforada también para llevar un pendiente. Supongo que estas dos personas han muerto, pues en caso contrario ya hace tiempo que nos habríamos enterado de lo que les sucedió. Hoy es viernes. El paquete fue echado al correo el jueves por la mañana. La tragedia ocurrió, por lo tanto, el martes o el miércoles, o incluso antes. Si las dos personas fueron asesinadas, ¿quién sino su asesino pudo enviar esa muestra de su delito a la señorita Cushing? Podemos suponer que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Pero debió de tener algún motivo poderoso para enviar este paquete a la señorita Cushing. ¿Cuál fue, pues, ese motivo? Debe de haber sido para comunicarle ¡qué se había cometido dicho delito!, o tal vez para hacerla sufrir. Mas en ese caso ella debía saber de quién se trataba. ¿Lo sabía, realmente? Lo dudo. Si lo hubiera sabido, ¿por qué iba a llamar a la policía? Podría haber enterrado las orejas, y nadie se hubiera enterado. Eso es lo que habría hecho si hubiese querido proteger al criminal. Pero si no quería protegerlo, habría comunicado su nombre. He aquí un enredo que es preciso resolver.

Se había expresado en voz alta, con suma rapidez, mirando al vacío por encima de la valla del jardín, pero inmediatamente se puso en pie de un enérgico salto y echó a andar en dirección a la casa.

—Tengo que hacerle algunas preguntas a la señorita Cushing —dijo.

—En tal caso, si me lo permite, yo me marcho —dijo Lestrade—, pues tengo entre manos otro asuntillo. Creo que no hay nada más que la señorita Cushing pueda contarme. Me encontrarán en la comisaría de policía.

—Pasaremos a verle de camino a la estación —respondió Holmes.

Poco después él y yo regresamos al salón, donde la impasible dama seguía trabajando tranquilamente en su antimacasar. Al entrar nosotros lo puso encima de su regazo y nos miró con sus ojos azules, de mirada franca y penetrante.

—Estoy convencida, señor —dijo—, de que en todo este asunto hay algún error, que el paquete no iba dirigido a mí. Se lo he dicho varias veces a este caballero de Scotland Yard, pero él se ríe de mí. No tengo ningún enemigo en el mundo,

que yo sepa, de modo que ¿por qué iba a gastarme nadie semejante broma?

—Empiezo a ser de la misma opinión, señorita Cushing —dijo Holmes, tomando asiento a su lado—. Creo que es más que probable...

Hizo una pausa y, al mirar a mi alrededor, me sorprendió ver que tenía los ojos clavados con singular atención en el perfil de la dama. Por un instante pudo leerse en su rostro anhelante sorpresa y satisfacción al mismo tiempo, aunque cuando ella miró en torno para averiguar el motivo de su silencio, Holmes estaba de nuevo tan serio como siempre. Yo miré fijamente sus lisos cabellos entrecanos, su elegante tocado, sus pequeños pendientes de oro, sus plácidas facciones; pero no pude ver nada que justificara la evidente agitación de mi compañero.

—Quedan una o dos preguntas...

—¡Estoy harta de preguntas! —gritó la señorita Cushing con impaciencia.

—Usted tiene dos hermanas, según creo.

—¿Cómo puede saber eso?

—Nada más entrar en la habitación observé que tiene encima de la repisa de la chimenea una fotografía de un grupo de tres damas, una de las cuales es usted misma indudablemente, mientras que las otras dos se le parecen tanto que no es posible dudar del parentesco.

—Sí, lleva usted razón. Esas son mis hermanas Sarah y Mary.

—Y aquí, al alcance de la mano, hay otro retrato, tomado en Liverpool, de su hermana pequeña, en compañía de un hombre que parece un camarero de barco, a juzgar por su uniforme. Observo que entonces todavía no se había casado.

—Es usted un observador muy rápido.

—Es mi oficio.

—Bueno, una vez más lleva usted razón. Pero se casó con el señor Browner unos días después. Cuando fue tomada la fotografía él trabajaba en la compañía South América, pero quería tanto a mi hermana que no pudo soportar el tener que

abandonarla por tanto tiempo y se enroló en la línea que cubría Londres y Liverpool.

—¿Tal vez en el Conqueror?

—No, en el May Day, según mis últimas noticias. Jim vino a verme una vez. Eso fue antes de romper las relaciones; pero después, siempre que desembarcaba se daba a la bebida, y bastaba que bebiese un poco para volverse loco de atar. ¡Ay, aciago día aquel en que volvió a tomar una copa! En primer lugar se olvidó de mí, luego se peleó con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribirnos no sabemos cómo les van las cosas.

Era evidente que la señorita Cushing había tocado un tema que la afectaba profundamente. Como la mayoría de la gente que lleva una vida solitaria, al principio se mostraba tímida, pero con el tiempo llegaba a ser extremadamente comunicativa.

Nos contó muchos detalles de su cuñado el camarero de barco, y luego, desviándose hacia el tema de sus antiguos huéspedes, los estudiantes de medicina, nos hizo un extenso relato de sus fechorías y nos dio sus nombres y apellidos así como los hospitales en donde trabajaban. Holmes escuchó con atención, terciando de vez en cuando con alguna pregunta.

—Con respecto a su segunda hermana, Sarah —dijo él—, me sorprende que, siendo las dos solteras, no vivan juntas.

—¡Ay!, si usted conociera el mal genio de Sarah dejaría de sorprenderse. Lo intenté cuando vine a Croydon, y vivimos juntas hasta hace dos meses, en que tuvimos que separarnos. No quiero decir nada en contra de mi propia hermana, pero lo cierto es que Sarah siempre ha sido una entrometida y muy difícil de complacer.

—Dice usted que ella se peleó con sus parientes de Liverpool.

—Sí, aunque hubo un tiempo en que fueron los mejores amigos. Con decirle que se fue a vivir allí para estar cerca de ellos. Y ahora, cuando habla de Jim Browner, no encuentra palabras lo bastante duras. Los últimos seis meses que pasó allí no hablaba de otra cosa que de lo mucho que él bebía y de sus modales. Tengo la impresión de que debió de sorprender alguna intromisión suya, y le dijo cuatro verdades. Así fue como empezó la cosa.

—Gracias, señorita Cushing —dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia—. Creo que me dijo usted que su hermana Sarah vive en New Street, Wallington, ¿no es cierto? Adiós, y siento mucho que la hayan molestado por un caso con el que, como usted dice, no tiene absolutamente nada que ver.

Cuando salíamos pasó un coche y Holmes lo llamó.

—¿A qué distancia está Wallington?

—Más o menos a una milla, señor.

—Muy bien. Suba, Watson. A hierro caliente, batir de repente. Aunque el caso es sencillo, hay uno o dos detalles muy instructivos relacionados con él. Cochero, deténgase cuando pase por delante de una oficina de telégrafos.

Holmes envió un telegrama breve y durante el resto del trayecto se recostó en el asiento, con el sombrero inclinado sobre la nariz para impedir que el sol le diera en el rostro. Nuestro cochero se detuvo delante de una casa que no se diferenciaba apenas de la que acabábamos de abandonar. Mi compañero le ordenó que esperase, y ya tenía el llamador en la mano cuando se abrió la puerta y un caballero joven y serio, vestido de negro y con un sombrero muy lustroso, apareció en el umbral.

—¿Está en casa la señorita Cushing? —preguntó Holmes.

—La señorita Sarah Cushing está gravemente enferma —dijo el joven—. Desde ayer padece síntomas muy graves de meningitis. Como médico suyo, no puedo asumir de ninguna manera la responsabilidad de permitir que nadie la visite. Yo le recomendaría que volviera dentro de diez días.

Se puso los guantes, cerró la puerta y se fue calle abajo.

—Bueno, lo que no se puede, no se puede —dijo Holmes jovialmente.

—Es posible que no pudiera, ni quisiera, decirle mucho.

—Yo no quería que me dijera nada. Sólo deseaba verla. Sin embargo, creo tener todo lo que quiero. Cochero, llévenos a algún hotel decente, donde podamos almorzar algo. Después nos dejaremos caer por la comisaría de policía para ver a nuestro amigo Lestrade.

Tomamos una agradable comida juntos, durante la cual Holmes no habló más que de violines, refiriéndome con gran júbilo cómo había comprado su propio Stradivarius, que valía por lo menos quinientas guineas, a un chamarilero judío de Tottenham Court Road por cincuenta y cinco chelines. Eso le llevó a Paganini, y durante una hora estuvimos delante de una botella de clarete mientras él me contaba anécdotas y más anécdotas de aquel hombre extraordinario. Cuando llegamos a la comisaría la tarde estaba ya muy avanzada y la deslumbradora y cálida luz se había atenuado hasta convertirse en un suave resplandor. Lestrade nos esperaba en la puerta.

—Hay un telegrama para usted, señor Holmes —dijo.

—¡Ajá! ¡Ahí está la respuesta! —abrió el telegrama, le echó un vistazo y, estrujándolo, se lo metió en el bolsillo—. Todo va bien —dijo.

—¿Ha descubierto usted algo?

—¡Lo he descubierto todo!

—¡Cómo! —Lestrade le miró asombrado—. Está usted bromeando.

—Jamás hablé más en serio en toda mi vida. Se ha cometido un crimen espantoso y creo haber puesto ya al descubierto todos sus pormenores.

—¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas cuantas palabras en el reverso de una de sus tarjetas de visita y se la arrojó a Lestrade.

—Ahí tiene su nombre —dijo—. No podrá arrestarlo hasta mañana por la noche como muy pronto. Preferiría que no mencionara usted mi nombre en relación con el caso, ya que deseo que no me asocien más que con aquellos crímenes cuya solución presente alguna dificultad. Vamos, Watson.

Se fueron a grandes zancadas hacia la estación, dejando a Lestrade mirando todavía con cara satisfecha la tarjeta que Holmes le había arrojado.

—Este es un caso —dijo Sherlock Holmes esa noche mientras charlábamos y nos fumábamos sendos cigarros en nuestras habitaciones de Baker Street— en el que, como en las investigaciones que usted ha descrito bajo los títulos «Un

estudio en escarlata» y «El signo de los cuatro», nos hemos visto obligados a razonar al revés, de los efectos a las causas. Le he escrito a Lestrade pidiéndole que nos proporcione los detalles que aún nos faltan, los cuales sólo conseguirá cuando haya puesto a buen recaudo a su hombre. Sin temor a equivocarse se puede confiar en él, pues, aun careciendo por completo de raciocinio, en cuanto comprende qué es lo que tiene que hacer es tan tenaz como un bulldog, y esta tenacidad es realmente lo que le ha hecho ascender dentro de Scotland Yard.

—¿Entonces el caso no está concluido todavía? —pregunté.

—En sus puntos fundamentales lo está realmente. Sabemos quién es el autor del repugnante asunto, aunque una de las víctimas se nos escape todavía. Claro que usted también habrá sacado sus propias conclusiones.

—Supongo que el hombre del que usted sospecha es Jim Browner, camarero de uno de los barcos de Liverpool.

—¡Oh!, es más que una sospecha.

—Pues yo no aprecio nada salvo vagos indicios.

—Para mí, por el contrario, no puede estar más claro. Repasemos los principales pasos dados hasta ahora. Abordamos el caso, como usted recordará, con la mente completamente en blanco, lo cual es siempre una ventaja. No habíamos concebido teoría alguna. Nos habíamos limitado a observar y a sacar conclusiones a partir de nuestras observaciones. ¿Qué fue lo primero que vimos?

«Una respetable y apacible dama, que parecía ajena a cualquier secreto, y un retrato que me reveló que ella tenía dos hermanas más jóvenes. Al instante se me ocurrió la idea de que la caja podía estar destinada a una de ellas. Deseché la idea hasta poder refutarla o confirmarla sin prisas. Luego fuimos al jardín, como usted recordará, y vimos el extraño contenido de la cajita amarilla.

«La cuerda era de esas que utilizan los veleros a bordo de los barcos y en seguida todo el asunto me olió a cosa de mar. Cuando observé que el nudo era de un tipo muy frecuente entre los marineros, que el paquete había sido enviado desde un puerto, y que la oreja del varón estaba perforada para llevar un pendiente, lo cual es mucho más corriente entre gente de mar que de tierra firme, tuve la certeza de que íbamos a encontrar a todos los actores de esta tragedia entre la marinería.

«Cuando me puse a examinar la dirección del paquete observé que iba dirigido a la señorita S. Cushing. Ahora bien, la hermana mayor se llamaba también, por supuesto, señorita Cushing, y aunque su inicial era asimismo una S, lo mismo podía pertenecer a cualquiera de las otras. En tal caso deberíamos haber comenzado nuestra investigación partiendo de una base completamente nueva. Por consiguiente entré en la casa con la intención de aclarar este punto. Estaba a punto de asegurar a la señorita Cushing mi convencimiento de que se había cometido una equivocación cuando, como usted recordará, me paré en seco. La verdad es que acababa de ver algo que me llenó de sorpresa y que a la vez limitaba enormemente el campo de nuestra pesquisa.

«Watson, usted es consciente, como médico, de que no hay parte del cuerpo humano que varíe tanto de un individuo a otro como la oreja. Cada oreja es, por regla general, completamente inconfundible y difiere de todas las demás. En el Anthropological Journal del año pasado encontrará usted dos breves monografías sobre el tema, escritas por mí. Por consiguiente, yo había examinado las orejas de la caja con ojos de experto, y me había fijado con detenimiento en sus peculiaridades anatómicas. Imagine, pues, mi sorpresa cuando al mirar a la señorita Cushing me di cuenta de que su oreja se correspondía exactamente con el apéndice de mujer que yo acababa de inspeccionar. No podía tratarse de una coincidencia. Presentaba el mismo acortamiento del pabellón, la misma curva amplia del lóbulo superior, la misma circunvolución del cartílago interno. Era en esencia la misma oreja.

«Desde luego comprendí inmediatamente la enorme importancia de aquella observación. Era evidente que la víctima tenía algún parentesco con ella, probablemente muy cercano. Empecé a hablarle de su familia y, como usted recordará, en seguida nos proporcionó algunos detalles sumamente valiosos.

«En primer lugar, su hermana se llamaba Sarah y hasta hace muy poco tiempo su dirección era la misma, de modo que era bastante evidente que se había producido un error y podía figurarse uno a quién iba dirigido en realidad el paquete.

«Luego tuvimos noticias de ese camarero, casado con la tercera hermana, y nos enteramos de que en un tiempo tuvo tal intimidad con la señorita Sarah, que esta se trasladó a Liverpool para estar cerca de los Browner, aunque una posterior pelea los había separado. Esta pelea había interrumpido cualquier clase de comunicación entre ellos durante varios meses, de modo que si Browner hubiese

querido enviar un paquete a la señorita Sarah, indudablemente lo habría hecho a su antigua dirección.

«El asunto comenzaba ahora a resolverse a las mil maravillas. Nos habíamos enterado de la existencia de ese camarero, un hombre impulsivo, y apasionado — recuerde que dejó un empleo, aparentemente mucho mejor para estar cerca de su esposa—, propenso también a ocasionales excesos con la bebida. Teníamos motivos para creer que su esposa había sido asesinada, y que un hombre —presumiblemente marinero— había sido asesinado al mismo tiempo. En seguida pensamos en los celos como móvil del crimen. Pero ¿por qué enviaron a la señorita Sarah Cushing esas pruebas del delito? Probablemente porque durante su estancia en Liverpool ella había tenido algo que ver con que se produjeran los sucesos que desembocaron en tragedia. No sé si habrá notado que esa línea marítima hace escala en Belfast, Dublín y Waterford; de modo que, suponiendo que Browner hubiera cometido el delito, y que se hubiese embarcado inmediatamente en su vapor, el May Day, Belfast sería el primer lugar desde el que podría enviar por correo el terrible paquete.

«A estas alturas era también posible una segunda solución, y aunque a mí me parecía sumamente improbable, decidí aclararla antes de seguir adelante. Un amante rechazado podía haber matado al señor y la señora Browner, y la oreja de varón podría haber pertenecido al marido. Podían ponerse serios reparos a esta teoría, pero era concebible. Por tanto envié un telegrama a mi amigo Algar, de la policía de Liverpool, y le pedí que averiguase si la señora Browner estaba en casa, y si el marido había partido en el May Day. Luego seguimos hasta Wallington para visitar a la señorita Sarah.

«Tenía curiosidad, en primer lugar, por comprobar hasta qué punto se había reproducido en ella el tipo de oreja de la familia. Además podía proporcionarnos, desde luego, información de vital importancia, si bien no me sentía demasiado optimista al respecto. Debe de haberse enterado del suceso del día anterior, ya que en Croydon no se habla de otra cosa, y sólo ella podía saber a quién iba destinado el paquete. Si hubiese estado dispuesta a ayudar a la justicia probablemente se habría puesto ya en contacto con la policía. Sin embargo, era deber nuestro verla, evidentemente, de modo que fuimos a visitarla. Comprobamos que la noticia de la llegada del paquete —pues su enfermedad databa de esas fechas— le había producido tal impresión que le provocó meningitis. Estaba más claro que nunca que ella había comprendido toda su importancia, pero también era igual de claro que tendríamos que esperar algún

tiempo para obtener de ella cualquier tipo de ayuda.

«Sin embargo, la verdad es que no dependíamos de su ayuda. Las respuestas a nuestras pesquisas nos esperaban en la comisaría de policía, a cuya dirección ordené a Algar que las enviara. Nada podía ser más concluyente. La casa de la señora Browner llevaba más de tres días cerrada, y las vecinas opinaban que ella se había marchado al sur para visitar a sus parientes. Se había comprobado en las oficinas de la compañía naviera que Browner había zarpado en el May Day, y yo calculo que debe llegar al Támesis mañana por la noche. Cuando llegue saldrá a su encuentro el obtuso aunque resuelto Lestrade, y no tengo la menor duda de que nos pondremos al corriente de los detalles que nos faltan.

Las expectativas de Sherlock Holmes no quedaron defraudadas. Dos días más tarde recibió un sobre voluminoso, que contenía un mensaje breve del detective y un documento escrito a máquina, que ocupaba varias páginas de papel de oficio.

—Lestrade lo atrapó sin problemas. Tal vez le interese escuchar lo que dice.

«Mi querido señor Holmes:

De conformidad con el plan que nos habíamos trazado para comprobar

nuestras teorías (el «nos» me parece admirable, ¿verdad Watson?), fui al Muelle Albert ayer a las seis de la mañana y subí a bordo del May Day, que pertenece a la Liverpool, Dublín & London Steam Packet Company. Al solicitar información averigüé que había a bordo un camarero llamado James Browner, el cual se había comportado durante el viaje de manera tan insólita que el capitán se había visto obligado a relevarlo de sus obligaciones. Al bajar a su camarote lo encontré sentado encima de un cofre con la cabeza hundida entre las manos, meciéndose de un lado para otro. Es un tipo grande y fuerte, bien afeitado y muy moreno; algo parecido a Aldridge, el que nos ayudó en el asunto de la falsa lavandería. Se levantó de un salto al enterarse del motivo de mi visita. Yo tenía ya el silbato en los labios para llamar a una pareja de la policía fluvial, que había a la vuelta de la esquina, pero él no parecía tener ánimos y alargó las manos lo suficiente para que le pusiera las esposas. Lo llevamos a una celda, y

a su cofre también, pues creíamos que podía haber en su interior algo que le incriminara; pero no encontramos nada a excepción de un gran cuchillo afilado, como el que suelen llevar la mayoría de los marineros.

Sin embargo, no nos hacen falta más pruebas, pues cuando lo llevamos a la comisaría pidió al inspector hacer una declaración, la cual fue tomada, por supuesto, por nuestro taquígrafo según él iba dictándola. Sacamos tres copias mecanografiadas, una de las cuales le incluyo. El asunto, como yo pensaba, ha resultado ser sumamente sencillo, pero le estoy muy agradecido por ayudarme en mi investigación. Le saluda atentamente,

G. Lestrade»

—¡Ejem! La investigación fue, en efecto, muy sencilla —observó Holmes—, pero no creo que ese fuera su parecer cuando nos llamó en su ayuda. No obstante, veamos lo que Jim Browner tiene que decir en su favor. Esta es su declaración, tal como la hizo ante el inspector Montgomery en la comisaría de policía de Shadwell, y tiene la ventaja de ser literal.

«¿Qué si tengo algo que decir? Claro que sí, tengo mucho que decir. Quiero confesarlo todo. Pueden ustedes ahorcarme, o dejarme en paz. Me importa un bledo lo que me hagan, les aseguro que no he pegado ojo desde que hice aquello, y no creo que vuelva nunca más a hacerlo hasta superar esta vigilia. A veces veo el rostro de él, pero sobre todo el de ella. Siempre tengo ante mí uno u otro. Él me mira con severidad y odio y, por el contrario, ella tiene en el rostro una expresión como de sorpresa. ¡Ay, pobre criatura! No es raro que se sorprendiera al leer su sentencia de muerte en un rostro en el que antes casi nunca había visto otra cosa que amor hacia ella.

Pero la culpa fue de Sarah, ¡y ojalá la maldición de un hombre destrozado arruine su vida y haga que se le pudra la sangre en las venas! No es que quiera justificarme. Sé que volví a entregarme a la bebida, pues soy un bestia. Pero ella me habría perdonado; se habría mantenido unida a mí tan íntimamente como el cabo al motón, si esa mujer no hubiera puesto los pies en nuestra casa. Pues

Sarah Cushing me amaba —ese es el origen de todo el asunto—, me amó hasta que todo ese amor se transformó en un odio pernicioso cuando se enteró de que yo daba más importancia a la huella de mi esposa en el barro que a su propio cuerpo y alma.

En total eran tres hermanas. La mayor era una buena mujer francamente, la segunda un demonio, y la tercera un ángel. Sarah tenía treinta y tres años, y Mary veintinueve cuando me casé con ella. Cuando nos fuimos a vivir juntos éramos felices a todas horas del día, y en todo Liverpool no había mejor mujer que mi Mary.

Por consiguiente invitamos a Sarah a pasar una semana con nosotros, y la semana se convirtió en un mes, y una cosa llevó a la otra, hasta que ella fue una más entre nosotros.

En aquella época yo llevaba la cinta azul de la liga de los abstemios; ahorrábamos algo de dinero y todo resplandecía como un dólar nuevo. ¡Por Dios Santo! ¿Quién demonios habría pensado que todo iba a terminar así? ¿Quién demonios lo hubiera imaginado?

Con frecuencia solía volver a casa los fines de semana, y a veces, si el barco se retrasaba a causa del cargamento, pasaba allí toda una semana; de esta manera tuve ocasión de tratar bastante a mi cuñada Sarah. Era una mujer admirable, alta, morena, aguda y violenta, altanera, y con un brillo en los ojos como chispa de pedernal. Pero en presencia de la pequeña Mary nunca pensaba en Sarah, y eso lo juro al igual que espero que Dios se apiade de mí.

A veces me parecía que ella deseaba quedarse a solas conmigo, o engatusarme para que diera un paseo con ella, aunque yo nunca pensara realmente en eso. Pero una noche se me abrieron los ojos. Había vuelto del barco y me encontré con que mi esposa había salido y en casa sólo estaba Sarah. «Dónde está Mary», le pregunté. «Ha ido a pagar unas cuentas.» Yo iba y venía por la habitación impaciente. «Jim, ¿es que no puedes ser feliz sin Mary ni siquiera cinco minutos?», me dijo ella. «No es ningún halago para mí que no te contentes con mi compañía por tan poco tiempo.» «Llevas razón, muchacha», le dije yo, tendiéndole la mano de manera afectuosa. Inmediatamente ella la cogió entre las suyas, que ardían como si tuviese fiebre. La miré a los ojos y lo leí todo en ellos. No le hacía falta hablar, ni a mí tampoco. Fruncí el ceño y retiré la mano. Durante un rato ella permaneció junto a mí en silencio, luego levantó la mano y

me dio unas palmaditas en el hombro.

«¡Cálmate, Jim!», me dijo, y salió corriendo de la habitación con una especie de risa burlona.

Pues bien, desde entonces Sarah me odió con todo su corazón y toda su alma, y es mujer que sabe odiar. Fui un tonto —un redomado tonto— permitiendo que se quedara con nosotros, pero no le dije a Mary ni una palabra, pues sabía que eso la apenaría. Las cosas siguieron igual, pero al cabo de un tiempo empecé a notar un ligero cambio en la propia Mary. Siempre había sido muy confiada e inocente, pero ahora se volvió rara y suspicaz, queriendo saber dónde había estado yo y qué había hecho, a quién escribía, qué llevaba en los bolsillos, y otras mil insensateces por el estilo. Día a día se volvía más rara y más irritable, y tuvimos incesantes riñas por nada. Todo aquello me tenía bastante desconcertado. Sarah me evitaba, aunque ella y Mary eran inseparables. Ahora me doy cuenta de que estaba intrigando, tramando y envenenando la mente de mi esposa en contra de mí; pero yo estaba tan ciego entonces que no podía entenderlo. Entonces rompí mi cinta azul y empecé a beber de nuevo, pero creo que no habría actuado así si Mary hubiese sido la misma de siempre. Ahora tenía algún motivo para estar disgustada conmigo, y la brecha entre nosotros empezó a ensancharse cada vez más. Fue entonces cuando se inmiscuyó ese tal Alec Fairbairn y las cosas se volvieron mucho más aciagas.

La primera vez que vino a casa fue para ver a Sarah, pero en seguida extendió sus visitas también a mí, pues era un hombre encantador, que hacía amigos dondequiera que fuese. Era un tipo apuesto, fanfarrón, ingenioso y tortuoso, que había recorrido medio mundo y sabía hablar de lo que había visto. Era un buen acompañante, no lo negaré, y para ser marinero tenía unos modales increíblemente corteses, de modo que creo que hubo un tiempo en que debió de frecuentar más la toldilla que el castillo de proa. Durante un mes estuvo entrando y saliendo de mi casa, y jamás se me ocurrió que sus suaves y astutos modales pudieran hacerme algún daño. Así que, por fin, algo me hizo sospechar, y desde ese día ya no he vuelto a tener paz.

Fue, además, un detalle insignificante. Había entrado yo inesperadamente en el salón, y al traspasar el umbral vi que el rostro de mi esposa se iluminaba de alegría. Pero cuando ella vio quién era realmente el recién llegado, su alegría se desvaneció de nuevo, y se alejó decepcionada. Aquello me bastó. Sólo había otra persona con la que podía haber confundido mis pasos: Alec Fairbairn. Si lo

hubiera visto entonces, lo habría matado, pues siempre me vuelvo como loco cuando monto en cólera. Mary vio en mis ojos un brillo demoníaco y vino corriendo hacia mí, sujetándome el brazo con sus manos. «¡No lo hagas, Jim, no!», me dijo. «¿Dónde está Sarah?», le pregunté yo. «En la cocina», me respondió ella. «Sarah», le dije al entrar, «no quiero que ese individuo, Fairbairn, vuelva a poner nunca más los pies en mi casa». «¿Por qué no?», me preguntó ella. «Porque yo lo ordeno.»

«¡Caramba!», dijo ella, «si mis amigos no son lo bastante buenos para esta casa, entonces yo tampoco lo soy».

«Puedes hacer lo que te plazca», le dije yo, «pero si Fairbairn vuelve a dejarse ver por aquí, te mandaré una de sus orejas como recuerdo». La expresión de mi rostro la asustó, creo, pues no contestó nada, y esa misma noche se marchó de mi casa.

Bueno, ahora no sé si aquello fue pura maldad por parte de esa mujer, o si ella creía poder enemistarme con mi esposa, incitándola a portarse mal. En cualquier caso, Sarah alquiló una casa a dos calles de distancia de la nuestra y se dedicó a arrendar habitaciones para marineros. Fairbairn solía alojarse allí, y Mary solía ir a tomar el té con su hermana y con él. Ignoro con qué frecuencia, pero un día la seguí y, al irrumpir en la casa, Fairbairn huyó, saltando por encima de la tapia del jardín trasero, como el cobarde canalla que era. Le juré a mi esposa que la mataría si la encontraba de nuevo en compañía de aquel hombre, y me la volví a llevar a casa, sollozando y temblando, y tan blanca como una hoja de papel. Nunca más hubo entre nosotros el menor vestigio de amor. Me di cuenta de que ella me odiaba y me temía, y cuando ese pensamiento me empujaba a beber, también me despreciaba.

Sarah comprobó que no podía ganarse la vida en Liverpool, así que volvió, según tengo entendido, a vivir con su hermana en Croydon, y en mi casa las cosas continuaron más o menos como siempre. Y así hasta la semana pasada, con todas sus amarguras y perdición.

Todo ocurrió de la manera siguiente. Habíamos embarcado en el May Day para un viaje de ida y vuelta de siete días de duración, pero un tonel se soltó y con ello aflojó una de las planchas del barco, de modo que tuvimos que volver a puerto por espacio de doce horas. Abandoné el barco y fui a casa, pensando en darle una sorpresa a mi esposa y con la esperanza de que tal vez le alegrase

verme tan pronto. Pensaba en eso cuando me metí en mi propia calle, y en aquel momento pasó por delante de mí un coche, en el que iba ella sentada al lado de Fairbairn, ambos charlando y riendo, sin pensar en mí que los observaba desde la acera.

Les aseguro, puedo darles mi palabra, que desde ese mismo momento dejé de ser dueño de mi destino y al recordarlo todo me parece un vago sueño. Últimamente había estado bebiendo mucho y eso, unido a lo anterior, me volvió completamente loco. Ahora siento dentro de mi cabeza una especie de zumbido, como unos martillazos de estibador, pero aquella mañana me pareció tener en los oídos todo el estruendo y el borboteo de las cataratas del Niágara.

Pues bien, puse pies en polvorosa y corrí detrás del coche. Llevaba en la mano un pesado bastón de roble, y les aseguro que desde el primer momento estaba hecho una furia, aunque según corría también se despertó en mí la astucia, y me rezagué un poco para observarlos sin ser visto. En seguida se detuvieron en una estación de ferrocarril.

Había una multitud de gente alrededor del despacho de billetes, de modo que me acerqué bastante a ellos sin que me vieran. Sacaron billetes para New Brighton. Yo hice otro tanto, pero subí tres vagones más atrás que ellos. Cuando llegamos dieron una vuelta por el paseo y los seguí sin acercarme nunca a ellos más de cien yardas. Por fin les vi alquilar un bote para dar un paseo, pues hacía mucho calor y pensaron, sin duda, que estarían más frescos en el agua.

Eso fue como ponerse en mis manos. Había un poco de niebla y no se podía ver más allá de unos centenares de yardas. Alquilé un bote y salí tras ellos. Podía ver el contorno borroso de su embarcación, pero iban casi tan rápido como yo, y cuando les di alcance estaban ya a más de una milla de la costa. La neblina era como un velo, y en su interior estábamos nosotros tres. ¡Dios mío! ¿Cómo podré olvidar sus rostros cuando vieron quién iba en el bote que se les aproximaba? Ella se puso a dar voces. Él juró como un loco y me hurgoneó con un remo, pues debió ver en mis ojos una amenaza de muerte. Lo esquivé y le devolví el golpe con mi bastón, que le aplastó la cabeza como si fuera un huevo. A ella posiblemente le habría perdonado la vida, a pesar de toda mi rabia, pero le echó los brazos al cuello y se puso a gritar llamándole «Alec». Golpeé de nuevo y ella quedó tendida junto a él. Me sentía como una fiera salvaje que ha saboreado la sangre. Si Sarah hubiera estado allí, juro por Dios que habría corrido la misma suerte. Saqué mi cuchillo y... bueno, ¡caramba!, ya he dicho bastante. Sentí una

especie de júbilo salvaje, pensando en lo que sentiría Sarah ante tales muestras de lo que su intromisión había ocasionado. Luego até los cadáveres al bote, rompí una tabla del fondo, y me quedé a su lado hasta que se hundieron. Sabía muy bien que el propietario del bote pensaría que se habrían desorientado a causa de la niebla y habrían sido arrastrados mar adentro. Me aseé, regresé a tierra, y me incorporé a mi barco, sin que nadie sospechara lo que había pasado. Esa noche envolví el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente lo envié desde Belfast.

Ahí tienen ustedes toda la verdad del caso. Podrán ahorcarme, o hacer conmigo lo que quieran, mas no podrán castigarme más de lo que ya lo he sido. No puedo cerrar los ojos sin que vea aquellos dos rostros mirándome fijamente... igual que me miraron cuando mi bote se abrió paso entre la neblina. Yo los maté rápidamente, pero ellos me están matando poco a poco; y si el suplicio se prolonga una sola noche más amaneceré loco o muerto. ¿No me pondrá solo en una celda, verdad, señor? Por amor de Dios, no lo haga, y ojalá el día en que usted agonice reciba el mismo trato que ahora me dé a mí.»

—¿Qué sentido tiene todo esto, Watson? —dijo Holmes solemnemente mientras dejaba a un lado el documento—. ¿Qué propósito persigue este círculo de aflicción, violencia y miedo? Sin duda ha de tender hacia algún fin pues, si no, nuestro universo está regido por el azar, lo cual es inconcebible. Pero ¿qué fin? Ahí tiene usted el eterno problema sobre el cual la razón humana está tan lejos de poder responder como siempre.

3. La cara amarilla

Es perfectamente natural que yo, al publicar estos breves bocetos, basados en los numerosos casos en que las extraordinarias cualidades de mi compañero me convirtieron a mí en un oyente y, en ocasiones, en actor de algún drama extraño, es perfectamente natural, digo, que yo ponga de relieve con preferencia sus éxitos y no sus fracasos. No lo hago tanto por cuidar de su reputación, porque era precisamente cuando él ya no sabía qué hacer cuando su energía y su agilidad mental resultaban más admirables; lo hago más bien porque solía ser lo más frecuente que nadie tuviese éxito allí donde él había fracasado, quedando en tales casos, para siempre, la novela sin un final. Sin embargo, dio varias veces la casualidad de que se descubriese la verdad, aun en aquellos casos en que él iba equivocado. Tengo tomadas notas de una media docena de casos de esta clase; de todos ellos, el de la segunda mancha, y este que voy a relatar ahora, son los que ofrecen rasgos de mayor interés.

Sherlock Holmes era un hombre que rara vez hacía ejercicio físico por el puro placer de hacerlo. Pocos hombres eran capaces de un esfuerzo muscular mayor, y resultaba, sin duda alguna, uno de los más hábiles boxeadores de su peso que yo he conocido; pero el ejercicio corporal sin una finalidad concreta considerábalo como un derroche de energía, y era raro que él se ajetrease si no existía alguna finalidad de su profesión a la que acudir. Cuando esto ocurría, era hombre incansable e infatigable. Resultaba digno de notar que Sherlock Holmes se conservase muscularmente a punto en tales condiciones, pero su régimen de comidas era de ordinario de lo más sobrio, y sus costumbres llegaban en su sencillez hasta el borde de la austeridad. Salvo que, de cuando en cuando, recurría a la cocaína, Holmes no tenía vicios, y si echaba mano de esa droga era como protesta contra la monotonía de la vida, cuando escaseaban los asuntos y cuando los periódicos no ofrecían interés.

Cierto día, en los comienzos de la primavera, llegó hasta el extremo de holgarse dando conmigo un paseo por el Park, en el que los primeros blandos brotes de verde asomaban en las ramas de los olmos y las pegajosas moharras de los castaños comenzaban a romperse y dejar paso a sus hojas quíntuples.

Vagabundeamos juntos por espacio de dos horas, en silencio la mayor parte del tiempo, como cumple a dos hombres que se conocen íntimamente. Eran casi las cinco cuando nos hallábamos otra vez en Baker Street.

—Con permiso, señor —nos dijo el muchacho, al abrirnos la puerta—. Estuvo un caballero preguntando por usted.

Holmes me dirigió una mirada cargada de reproches, y me dijo:

—Se acabaron los paseos vespertinos. ¿De modo que ese caballero se marchó?

—Sí, señor.

—¿Le invitaste a entrar?

—Sí, señor. El entró.

—¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

—Media hora, señor. Estaba muy inquieto, señor, y no hizo otra cosa que pasearse y patalear mientras permaneció aquí. Yo le oí porque estaba de guardia del lado de acá de la puerta Finalmente, salió al pasillo, y me gritó: «¿No va a venir nunca ese hombre?» Esas fueron sus mismas palabras, señor. «Bastará con que espere usted un poquito más», le dije. «Pues entonces, esperaré al aire libre, porque me siento medio ahogado —me contestó—. Volveré dentro de poco.» Y dicho esto, se levanta y se marcha, sin que nada de lo que yo le decía fuese capaz de retenerlo.

—Bueno, bueno; has obrado lo mejor que podías —dijo Holmes, cuando entrábamos en nuestra habitación—. Sin embargo, Watson, esto me molesta mucho, porque necesitaba perentoriamente un caso, y, a juzgar por la impaciencia de este hombre, se diría que el de ahora es importante. ¡Hola! Esa pipa que hay encima de la mesa no es la de usted. Con seguridad que él se la dejó aquí. Es una bonita pipa de eglantina, con una larga boquilla de eso que los tabaqueros llaman ámbar. Yo me pregunto cuántas boquillas de ámbar auténtico habrá en Londres. Hay quienes toman como demostración de que lo es el que haya una mosca dentro de la masa. Pero eso de meter falsas moscas en la masa del falso ámbar es casi una rama del comercio. Bueno, muy turbado estaba el espíritu de ese hombre para olvidarse de una pipa a la que es evidente que él tiene en gran aprecio.

—¿Cómo sabe usted que él la tiene en gran aprecio? —le pregunté.

—Veamos. Yo calculo que el precio primitivo de la pipa es de siete chelines y seis peniques. Fíjese ahora en que ha sido arreglada dos veces: la una, en la parte de madera de la boquilla, y la otra, en la parte de ámbar. Las dos composturas, hechas con aros de plata, como puede usted ver, le han tenido que costar más que la pipa cuando la compró. Un hombre que prefiere remendar la pipa a comprar una nueva con el mismo dinero, es que la aprecia en mucho.

—¿Nada más? —le pregunté, porque Holmes daba vueltas a la pipa en su mano y la examinaba con la expresión pensativa característica en él.

Holmes levantó en alto la pipa y la golpeó con su dedo índice, largo y delgado, como pudiera hacerlo un profesor que está dando una lección sobre un hueso.

—Las pipas ofrecen en ocasiones un interés extraordinario —dijo—. No hay nada, fuera de los relojes y de los cordones de las botas, que tenga mayor individualidad. Sin embargo, las indicaciones que hay en ésta no son muy importantes ni muy marcadas. El propietario de la misma es, evidentemente, un hombre musculoso, zurdo, de muy buena dentadura, despreocupado y que no necesita ser económico.

Mi amigo largó todos estos datos como al desgaire; pero me fijé en que me miraba con el rabillo del ojo para ver si yo seguía su razonamiento.

—¿De modo que usted considera como de buena posición a un hombre que emplea para fumar una pipa de siete chelines? —le pregunté.

—Este tabaco es la mezcla Grosvenor, y cuesta ocho peniques la onza —contestó Holmes, sacando a golpecitos una pequeña cantidad de la cazoleta sobre la palma de su mano—. Como es posible comprar tabaco excelente a la mitad de ese precio, está claro que no necesita economizar.

—¿Y los demás puntos de que habló?

—Este hombre tiene la costumbre de encender la pipa en las lámparas y en los picos de gas. Fíjese que está completamente chamuscada de arriba abajo por un lado. Claro está que esto no le habría ocurrido de haberla encendido con una cerilla. ¿Cómo va nadie a aplicar una cerilla al costado de su pipa? Pero no es posible encenderla en una lámpara sin que la cazoleta de la pipa resulte

chamuscada. Esto le ocurre a esta pipa en el lado derecho, y de ello deduzco que este hombre es zurdo. Acerque usted su propia pipa a la lámpara y verá con qué naturalidad, usted, que es diestro, aplica el lado izquierdo a la llama Es posible que le ocurra una vez hacer lo contrario, pero no constantemente. Esta pipa ha sido aplicada siempre de esa forma. Además, los dientes del fumador han penetrado en el ámbar. Esto denota que se trata de un hombre musculoso, enérgico y con buena dentadura Pero, si no me equivoco, le oigo subir por las escaleras, de manera que vamos a tener algo más interesante que su pipa como tema de estudio.

Un instante después se abrió la puerta y entró un hombre alto y joven. Vestía traje correcto, pero poco llamativo, de color gris oscuro, y llevaba en la mano un sombrero pardo de fieltro, blando y de casco bajo. Yo le habría calculado unos treinta años, aunque, en realidad, tenía alguno más.

—Ustedes perdonen —dijo con cierto embarazo—. Me olvidé de llamar. Sí, porque debí haber llamado. La verdad es que estoy un poco trastornado, y pueden ustedes atribuirlo a eso.

Se pasó la mano por la frente como quien está medio aturdido, y, acto continuo, se dejó caer en la silla, más bien que se sentó.

—Veo que usted lleva una o dos noches sin dormir —le dijo Holmes con su simpática familiaridad—. El no dormir agota los nervios más que el trabajo, y aún más que el placer. ¿En qué puedo servir a usted?

—Quería que me diese consejo. No sé qué hacer, y parece como si mi vida se hubiese hecho pedazos.

—¿Desea usted emplearme como detective consultor?

—No es eso sólo. Necesito su opinión de hombre de buen criterio..., de hombre de mundo. Necesito saber qué pasos tengo que dar inmediatamente. ¡Quiera Dios que usted pueda decírmelo!

Se expresaba en estallidos cortos, secos y nerviosos, y me pareció que incluso el hablar le resultaba doloroso, haciéndolo únicamente porque su voluntad se sobreponía a su tendencia.

—Se trata de un asunto muy delicado —dijo—. A uno le molesta tener que

hablar a gentes extrañas de sus propios problemas domésticos. Es angustioso el discutir la conducta de mi propia mujer con dos hombres a los que no conocía hasta ahora. Es horrible tener que hacer semejante cosa. Pero yo he llegado al límite extremo de mis fuerzas y necesito consejo.

—Mi querido señor Grant Munro... —empezó a decir Holmes.

Nuestro visitante se puso en pie de un salto, exclamando:

—¡Cómo! ¿Sabe usted cómo me llamo?

—Me permito apuntarle la idea de que cuando usted desee conservar el incógnito —le dijo Holmes, sonriente—, deje de escribir su nombre en el forro de su sombrero, o si lo escribe, vuelva la parte exterior del caso hacia la persona con quien está usted hablando. Yo iba a decirle que mi amigo y yo hemos escuchado en esta habitación muchas confidencias extraordinarias y que hemos tenido la buena suerte de llevar la paz a muchas almas conturbadas. Confío en que nos será posible hacer lo mismo en favor de usted. Como quizá el tiempo pueda ser un factor importante, yo le ruego que me exponga sin más dilación todos los hechos referentes a su asunto.

Nuestro visitante volvió a pasarse la mano por la frente como si aquello le resultase muy cuesta arriba Yo estaba viendo, por todos sus gestos y su expresión, que teníamos delante a un hombre reservado y circunspecto, de carácter algo orgulloso, más propenso a ocultar sus heridas que a mostrarlas. Pero de pronto, con fiero ademán de su mano cerrada con el que pareció arrojar a los vientos su reserva, empezó a decir.

—El hecho es, señor Holmes, que yo soy un hombre casado, y que llevo tres años de matrimonio. Durante ese tiempo mi esposa y yo nos hemos querido el uno al otro con tanta ternura y hemos vivido tan felices como la pareja más feliz que haya existido. No hemos tenido diferencia alguna, ni una sola, de pensamiento, palabra o hecho. Y de pronto, desde el lunes pasado, ha surgido entre nosotros una barrera y me encuentro con que, en su vida y en sus pensamientos, existe algo tan escondido para mí como si se tratase de una mujer que pasa a mi lado en la calle. Somos dos extraños y yo quiero saber la causa. Antes de seguir adelante, señor Holmes, quiero dejarle convencido de una cosa, Effie me ama. Que no haya ningún error acerca de este punto. Ella me ama con todo su corazón y con toda su alma, hoy más que nunca. Lo sé, lo palpo. Sobre

esto no quiero discutir. El hombre puede fácilmente ver si su mujer le ama. Pero se interpone entre nosotros este secreto, y ya no podremos ser los mismos mientras no lo aclaremos.

—Señor Munro, tenga la amabilidad de exponerme los hechos —dijo Holmes, con cierta impaciencia.

—Voy a decirle lo que yo sé de la vida anterior de Effie. Era viuda cuando yo la conocí, aunque muy joven, pues sólo tenía veinticinco años. Su apellido de entonces era señora Hebron. Marchó a Norteamérica siendo joven y residió en la ciudad de Atlanta, donde contrajo matrimonio con este Hebron, que era abogado con buena clientela Tenían una hija única pero se declaró en la población una grave epidemia de fiebre amarilla y murieron ambos, el marido y la niña Yo he visto el certificado de defunción del marido. Esto hizo que ella sintiese disgusto de vivir en América. Regresó a Middlesex, donde vivió con una tía soltera en Pinner. No estará de más que diga que su madre la dejó en una posición bastante buena y que disponía de un capital de unas cuatro mil quinientas libras, tan bien invertidas por él, que le producía una renta media del siete por ciento. Cuando yo conocí a mi mujer ella llevaba sólo seis meses en Pinner, nos enamoramos el uno del otro y nos casamos pocas semanas más tarde.

Yo soy un comerciante de lúpulo, y como tengo un ingreso de setecientas a ochocientas libras al año, nuestra situación era próspera y alquilamos en Norbury un lindo chalet por ochenta libras anuales. Teniendo en cuenta lo cerca que vivíamos de la capital, nuestro pequeño pueblo resulta muy campero. Poco antes de nuestra casa hay un mesón y dos casas; al otro lado del campo que tenemos delante hay una casita aislada; fuera de éstas no se encuentran más casas hasta llegar a la mitad de camino de la estación. La índole de mi negocio me llevaba a la capital en determinadas estaciones, pero el trabajo aflojaba durante el verano y entonces mi esposa y yo vivíamos en nuestra casa todo lo felices que se puede desear. Le aseguro a usted que jamás hubo entre nosotros una sombra hasta que empezó este condenado asunto de ahora.

Antes de pasar adelante tengo que decirle una cosa. Cuando nos casamos, mi mujer me hizo entrega de sus bienes..., bastante a disgusto mío, porque yo comprendía que si mis negocios me iban mal, la situación resultaría bastante molesta. Sin embargo, ella se empeñó, y así se hizo. Pues bien, hará seis semanas ella vino a decirme:

—Jack, cuando te hiciste cargo de mi dinero me dijiste que siempre que yo necesitase una cantidad debía pedírtela.

—Claro que sí, porque todo él es tuyo —le contesté.

—Pues bien: necesito cien libras —me dijo ella.

Me causó gran sorpresa aquello, porque yo creí que se trataría simplemente de un vestido nuevo o de algo por el estilo, y le pregunté:

—¿Para qué diablos las quieres?

—Mira —me dijo ella, juguetona—, me dijiste que tú eras únicamente mi banquero, y ya sabes que los banqueros no hacen nunca preguntas.

—Naturalmente que tendrás ese dinero, si verdaderamente lo quieres.

—¡Oh!, sí, lo quiero.

—¿Y no quieres decirme para qué lo necesitas?

—Quizá te lo diga algún día Jack, pero no por el momento.

Tuve, pues, que conformarme con eso, aunque era la primera vez que surgía entre nosotros un secreto. Le di un cheque, y ya no volví a pensar más en el asunto. Quizá nada tenga que ver con lo que vino después, pero me pareció justo contárselo.

Pues bien, hace un momento les he dicho que no lejos de nuestro chalet hay una casita aislada. Nos separa nada más que un campo; pero si se quiere ir hasta allí es preciso tomar por la carretera y meterse luego por un sendero. Al final del sendero hay un lindo bosquecillo de pinos albares, y a mí me gustaba mucho ir paseando hasta ese lugar, porque los árboles son siempre cosa simpática. La casita aquélla llevaba sin habitar los últimos ocho meses, y era una lástima, porque se trata de un lindo edificio de dos pisos, con un pórtico al estilo antiguo rodeado de madreselvas. Yo lo contemplé muchas veces pensando que era una linda casita para hacer en ella un hogar.

Pues bien, el lunes pasado iba yo al atardecer paseándome por ese camino, cuando me crucé con un carro de transporte vacío, que volvía a la carretera por

ese sendero, y vi junto al pórtico un montón de alfombras y de enseres amontonados en la cespedera. Era evidente que la casita se había alquilado por fin. Pasé por delante de ella y me detuve a examinarla, como pudiera hacerlo un desocupado, preguntándome qué clase de gente sería la que venía a vivir cerca de nosotros. Estando mirando, advertí que desde una de las ventanas del piso superior me estaba acechando una cara.

Yo no sé, señor Holmes, qué tenía aquella cara; pero el hecho es que sentí un escalofrío por toda la espalda. Yo estaba un poco apartado, y por eso no pude distinguir bien sus facciones, pero era una cara que tenía un algo de antinatural y de inhumano. Esa fue la impresión que me produjo y avancé rápidamente para poder examinar más de cerca a la persona que me estaba mirando. Pero, al hacer eso, la cara desapareció súbitamente, tan súbitamente como si alguien la hubiese apartado a viva fuerza para meterla en la oscuridad de la habitación. Permanecí durante cinco minutos meditando sobre lo ocurrido y esforzándome por analizar mis impresiones. No habría podido decir si la cara era de un hombre o de una mujer. Lo que se me había quedado impreso con más fuerza era su color. Un color amarillo lívido, apagado, con algo como rígido y yerto, dolorosamente antinatural. Me produjo tal turbación que resolví enterarme algo más acerca de los nuevos inquilinos de la casita. Me acerqué y llamé a la puerta, siendo ésta abierta en el acto por una mujer, alta y trasijada, de rostro duro y antipático.

—¿Qué desea usted? —preguntó con acento norteño.

—Soy el vecino de ustedes y vivo allí —le dije apuntando con un movimiento de mi cabeza hacia mi casa—. Veo que acaban de trasladarse aquí y pensé que si puedo ayudarlos en algo...

—Cuando lo necesitemos, le pediremos ayuda —dijo, y me cerró la puerta en la cara.

Molesto por una respuesta tan descortés volví la espalda y me encaminé a mi casa Durante toda la velada, y a pesar de que yo me esforzaba por pensar en otras cosas, mi imaginación volvía siempre a aquella visión que yo había visto en la ventana y a la grosería de la mujer. Decidí no hablar nada a mi esposa de aquella aparición, porque es de temperamento nervioso y muy excitado, y yo no quería que participase de la molesta impresión que a mí me había producido. Sin embargo le comuniqué antes de dormirse que la casita se había alquilado, a lo

que ella no contestó.

Yo soy por lo general hombre de sueño muy pesado. En la familia siempre bromean diciéndome que no había nada capaz de despertarme durante la noche; pero lo cierto es que precisamente aquella noche, ya fuese por la ligera excitación que me había producido mi pequeña aventura o por otra causa, que yo no lo sé, lo cierto es, digo, que mi sueño fue más ligero que de costumbre. Y entre mis sueños tuve una confusa sensación de que algo ocurría en mi cuarto; me fui despertando gradualmente hasta caer en la cuenta de que mi esposa se había vestido y se estaba echando encima el abrigo y el sombrero. Abrí los labios para murmurar algunas palabras, adormilado, de sorpresa y de reconvención por una cosa tan a destiempo, cuando de pronto mis ojos entreabiertos cayeron sobre su cara, iluminada por la luz de una vela. El asombro me dejó mudo. Tenía ella una expresión como jamás yo la había visto hasta entonces..., una expresión de la que yo la habría creído incapaz. Estaba mortalmente pálida y respiraba agitadamente; mientras se abrochaba el abrigo dirigía miradas furtivas hacia la cama para ver si me había despertado. Luego, creyéndome todavía dormido, se deslizó con mucho tiento fuera de la habitación y a los pocos momentos llegó a mis oídos un agudo rechinar que sólo podía ser producido por los goznes de la puerta delantera. Me senté en la cama y di con mis nudillos en la barandilla de la misma para cerciorarme de que estaba verdaderamente despierto. Luego saqué mi reloj de debajo de la almohada. Eran las tres de la madrugada ¿Qué diablos podía estar haciendo mi esposa en la carretera a las tres de la madrugada?

Llevaba sentado unos veinte minutos, dándole vueltas en mi cerebro al asunto, y procurando encontrarle una posible explicación. Cuanto más lo pensaba, más extraordinario y más inexplicable me parecía Todavía estaba tratando de solucionar el enigma, cuando oí que la puerta volvía a cerrarse con mucho tiento y acto seguido los pasos de mi mujer que subía por las escaleras.

—Dónde diablos has estado, Effie? —le pregunté al entrar ella.

Al oírme hablar dio un violento respingo y lanzó un grito que parecía de persona que se ha quedado sin habla. Ese grito y aquel sobresalto me turbaron aún más, porque había en ambos una sensación indescriptible de culpabilidad. Mi esposa se había portado siempre con sinceridad y franqueza, y me dio un escalofrío al verla penetrar furtivamente en su propia habitación y dejar escapar un grito y dar un respingo cuando su marido habló.

—¿Tú despierto, Jack? —exclamó con risa nerviosa—. Yo creí que no había nada capaz de despertarte.

—¿Dónde has estado? —le pregunté con mayor serenidad.

—No me extraña que te sorprendas —me dijo, y yo pude ver que sus dedos temblaban al soltar los cierres de su capa—. No recuerdo haber hecho otra cosa igual en toda mi vida. Lo que me ocurrió fue que sentí como que me ahogaba y que tuve un ansia incontenible de respirar aire puro. Creo firmemente que de no haber salido fuera, me habría desmayado. Permanecí en la puerta algunos minutos y ya me he repuesto.

Mientras hacía este relato no miró ni una sola vez hacia donde yo estaba y el tono de su voz era completamente distinto del corriente. Vi claro que lo que decía era falso. Nada le contesté, pero me volví hacia la pared con el corazón asqueado y el cerebro lleno de mil venenosas dudas y recelos. ¿Qué era lo que mi mujer me ocultaba? ¿Dónde estuvo durante aquella extraña excursión? Tuve la sensación de que ya no volvería a gozar de paz mientras no lo supiese, y sin embargo, me abstuve de hacerle más preguntas después que ella me contó una falsedad. En todo el resto de aquella noche no hice sino revolverme y dar saltos en la cama haciendo hipótesis y más hipótesis, todas ellas a cuál más inverosímiles.

Tenía necesidad de ir aquel día a la City, pero mis pensamientos estaban demasiado revueltos para poder atender a los negocios. Mi mujer parecía tan trastornada como yo y las rápidas miradas escrutadoras que a cada momento me dirigía, me hicieron comprender que ella se daba cuenta de que yo no creía sus explicaciones y que ella no sabía qué hacer.

Apenas si durante el desayuno cambiamos algunas palabras, e inmediatamente después salí yo a dar un paseo a fin de poder meditar, oreado por el aire puro de la mañana, en lo ocurrido.

Llegué en mi paseo hasta el Crystal Palace, pasé una hora en sus terrenos y regresé a Norbury para la una de la tarde, Mi caminata me llevó casualmente por delante de la casita de campo, y me detuve un instante para ver si conseguía ver por alguna ventana a aquella extraña cara que el día anterior me había estado mirando. ¡Imagínese, señor Holmes, mi sorpresa cuando mientras yo miraba, se abrió la puerta y salió por ella mi esposa!

Al verla me quedé mudo de asombro, pero mis emociones no eran nada comparadas con las que exteriorizó su cara cuando nuestras miradas se encontraron. En el primer momento pareció querer echarse hacia atrás y meterse de nuevo en la casa, pero luego, al ver que todo ocultamiento era inútil, avanzó palidísima y con una mirada de susto que desmentía la sonrisa de sus labios.

—¡Oh Jack! —me dijo—. Acababa de entrar en esa casa para ver si podía ser útil en algo a nuestros nuevos convecinos. ¿Por qué me miras de ese modo, Jack?

¿Verdad que no estás enojado conmigo?

—¿De modo que es ahí donde fuiste la noche pasada? —le dije.

—Pero ¿adónde vas a parar? —gritó ella.

—Tú viniste aquí. Estoy seguro de ello. ¿Qué gentes son ésas para que tú tengas que visitarlas a una hora semejante?

—Yo no había venido aquí hasta ahora.

—¿Cómo puedes decirme una cosa que tú sabes que es falsa? —exclamé yo—. Si hasta la voz se te altera cuando hablas. ¿Tuve yo alguna vez un secreto para ti? Entraré en esa casa y veré lo que hay en el fondo de todo eso.

—¡No, Jack; no lo hagas, por amor de Dios! —dijo ella, jadeante y sin poder dominar su emoción.

Y al ver que yo me acercaba a la puerta, me agarró de la manga y tiró de mí hacia atrás con energía convulsiva:

—Jack, yo te suplico que no hagas eso. Te juro que algún día te lo contaré todo; pero tu entrada en esa casa sólo puede acarrear desdichas.

Y como intentase librarme de ella, se aferró a mí, y llegó en sus súplicas hasta desvariar.

—Ten fe en mí, Jack —exclamó—. Ten fe en mí, por esta vez. No tendrás nunca motivos para arrepentirte. Sabes que yo no soy capaz de tener un secreto como no sea en bien de ti mismo. Están en juego aquí para siempre nuestras vidas. Si

vienes a nuestra casa conmigo, nada malo ocurrirá. Si entras a la fuerza en esta casita, todo habrá terminado entre nosotros.

Tenían sus palabras tal ansiedad y delataban sus maneras tal desesperación, que consiguieron detenerme y me quedé indeciso delante de la puerta.

—Tendré fe en ti con una condición, y sólo con una condición —dije, al fin—. Todos esos manejos misteriosos deben terminar ahora mismo. Eres libre de guardar tu secreto, pero has de prometerme que no habrá más visitas nocturnas, ni más andanzas a espaldas mías. Estoy dispuesto a olvidar los hechos pasados, a condición de que me prometas que no volverán a repetirse en adelante.

—Estaba segura de que tendrías fe en mí —exclamó, dando un gran suspiro de alivio—. Se hará como tú lo deseas. ¡Vámonos de aquí! ¡Oh, vámonos de aquí hasta nuestro hogar! —me alejó de la casita, sin dejar de tirar de mi manga.

Mientras íbamos caminando, volví yo la vista hacia atrás, y allí estaba aquella cara amarilla y cadavérica, mirándonos desde la venta del piso alto. ¿Qué eslabón podía unir a aquel ser y a mí esposa? ¿O cómo aquella mujer ruda y grosera estaba ligada a Effie? Era aquél un enigma extraño y yo estaba seguro de que no podría sosegar hasta haberlo aclarado.

Permanecí sin salir de casa dos días, y pareció que mi mujer cumplía lealmente nuestro compromiso; no salió a la calle ni una sola vez, por lo que yo supe. Sin embargo, al tercer día tuve pruebas sobradas de que ni siquiera una solemne promesa bastaba para impedir que aquella influencia secreta la arrastrase, alejándola de su marido y de su deber.

Yo vine ese día a la capital, pero regresé con el tren de las dos y cuarenta, en vez de hacerlo, como es mi costumbre, con el de las tres y treinta y seis. Al entrar yo en mi casa, acudió la doncella presurosa al vestíbulo con la cara sobresaltada.

—¿Dónde está la señora? —le pregunté.

—Creo que ha salido a dar un paseo —me contestó.

Se me llenó el alma instantáneamente de recelos. Corrí al piso superior para cerciorarme de que no estaba en la casa. Una vez arriba, miré casualmente por una de las ventanas y vi que la doncella con la que yo acababa de hablar corría a campo traviesa en dirección a la casita. Comprendí con exactitud lo que había

ocurrido. Mi esposa había ido allí, dejando encargo a la criada de que se le avisase si yo regresaba. Eché a correr escaleras abajo, ardiendo en ira, y tiré a campo traviesa, resuelto a terminar de una vez para siempre con aquel asunto. Vi que mi mujer y la doncella venían a toda prisa por el sendero, pero no me detuve a hablar con ella. Era en la casa donde estaba el secreto que ensombrecía mi vida. Me juré que dejaría de serlo, ocurriese lo que ocurriese. Ni siquiera llamé al llegar a la casa. Hice girar el manillar de la puerta y me abalancé pasillo adelante.

Todo era quietud y silencio en la planta baja. Una olla cantaba puesta al fuego en la cocina y un gatazo negro dormía acurrucado dentro de un canasto, pero no había ni rastro de la mujer que yo había visto en una ocasión anterior. Corrí a la otra habitación y también la encontré vacía Me precipité entonces escaleras arriba, sólo para encontrarme con que las dos habitaciones estaban vacías y desiertas. No había nadie en toda la casa. Mobiliario y cuadros eran de lo más corriente y vulgares, salvo los de la habitación en cuya ventana yo había visto la cara extraña. Esta habitación era cómoda y elegante y todas mis sospechas se inflamaron hasta convertirse en una hoguera furiosa y violenta cuando descubrí, encima de la repisa de la chimenea, una fotografía a todo tamaño de mi mujer que había sido hecha, a petición mía, sólo tres meses antes.

Permanecí dentro de la casa todo el tiempo necesario para convencerme de que estaba vacía en absoluto. Luego la dejé, sintiendo sobre mi corazón un peso como jamás lo había sentido. Al entrar yo en casa, mi mujer salió al vestíbulo, pero yo me encontraba demasiado dolido y enojado para hablar con ella La aparté a un lado y me metí en mi despacho. Sin embargo, ella se metió detrás de mí antes que yo pudiera cerrar la puerta.

—Me pesa el haber roto mi promesa, Jack —me dijo entonces—. Pero estoy segura de que me lo perdonarías si lo supieses todo.

—Cuéntamelo, pues.

—¡No puedo, Jack, no puedo! —exclamó ella.

—No puede existir confianza alguna entre nosotros dos mientras no me expliques quién vive en esa casita y a quién has dado tu fotografía —le contesté, me aparté de ella y abandoné mi casa.

Eso ocurrió ayer, señor Holmes, y desde entonces no he vuelto a ver a mi esposa

y nada más he sabido de este extraño suceso. Es la primera sombra que se ha interpuesto entre nosotros y me ha trastornado de tal manera, que no sé lo que más me conviene hacer. Esta mañana se me ocurrió de pronto que era usted el hombre indicado para aconsejarme, me he dado prisa en venir y me pongo sin reservas entre sus manos. Por encima de todo, le suplico que me diga rápidamente qué es lo que debo hacer, porque esta calamidad me resulta insoportable.

Holmes y yo habíamos escuchado con el máximo interés tan extraordinario relato, hecho de la manera nerviosa e inconexa propia de una persona que se encuentra bajo la influencia de una emoción extremada. Mi compañero permaneció algún tiempo sentado y en silencio, con la barbilla apoyada en la mano, perdido en sus pensamientos.

—Veamos —dijo al fin—. ¿Podría usted jurar que la cara que vio en la ventana era la de un hombre?

—Me sería imposible afirmar tal cosa, porque siempre que la vi fue desde bastante distancia.

—Sin embargo, la impresión que a usted le produjo fue de desagrado.

—No parecía ser el suyo un color natural y mostraba además una rara rigidez de facciones. Cuando me acerqué, la cara desapareció como de un tirón.

—¿Cuánto tiempo hace que su señora le pidió las cien libras?

—Cerca de dos meses.

—¿Ha visto usted en alguna ocasión una fotografía de su primer marido?

—No; muy poco después de la muerte de éste hubo en Atlanta un gran incendio y quedaron destruidos todos los documentos de mi esposa.

—Pero ella conservaba un certificado de defunción. Usted ha dicho que lo vio con sus propios ojos ¿no es así?

—Sí; ella consiguió un certificado después del incendio.

—¿Ha tratado usted con alguna persona que conociera a su esposa en

Norteamérica?

—No.

—¿Le ha hablado en alguna ocasión de volver por aquel país?

—No.

—¿Tampoco ha recibido cartas de allí?

—No, que yo sepa.

—Gracias. Desearía poder meditar un poco más sobre el asunto. Si la casita en cuestión se halla deshabitada constantemente, quizá tengamos alguna dificultad. Por otro lado, si sus moradores fueron advertidos por alguien de que usted iba a presentarse allí, y eso es lo que yo me imagino, y se marcharon ayer antes de que usted llegase, entonces es posible que estén ya de regreso y podríamos aclararlo todo con facilidad. Permítame, pues, que le aconseje que regrese a Norbury y que vuelva a fijarse en las ventanas de la casita. Si usted llega a la convicción de que la casa está habitada, no entre en ella a la fuerza y envíenos un telegrama a mi amigo y a mí. A la hora de recibirlo estaremos con usted y nos costará muy poco tiempo llegar al fondo del asunto.

—¿Y si la casa sigue vacía?

—En ese caso iremos a visitarlo a usted mañana y charlaremos del asunto. Adiós, y por encima de todo, no se preocupe hasta que esté seguro de que tiene razón seria para ello.

—Me temo, Watson, que este negocio resulte desagradable —dijo mi compañero, después de acompañar al señor Grant Munro hasta la puerta—. ¿Usted qué ha sacado en limpio?

—A mí me sonó a cosa fea— contesté.

—En efecto. O mucho me equivoco o hay en el fondo un caso de chantaje.

—Pero ¿quién es el chantajista?

—Pues verá usted, debe de ser esa persona que vive en la única habitación

cómoda de la casita de campo y que tiene la fotografía de la señora encima de la repisa de la chimenea. Le aseguro, Watson, que en eso de la cara cadavérica de la ventana hay algo muy atrayente, y que por nada del mundo querría haberme perdido este caso.

—¿Tiene usted formada ya una teoría?

—Sí, una teoría provisional. Pero me sorprendería que no resulte correcta. En esa casita está el primer marido de esta señora.

—¿Por qué piensa usted semejante cosa?

—¿Cómo podemos explicar de otra manera la ansiedad febril de que su segundo marido no entre allí? Los hechos, tal como yo los veo, son, más o menos, así: esta mujer se casó en Norteamérica. Su marido resultó tener ciertas cualidades odiosas, o quizá estemos en lo cierto diciendo que contrajo alguna enfermedad repugnante, y resultó ser leproso o idiota. Ella, entonces, huyó de su lado, regresó a Inglaterra, cambió de nombre e inició de nuevo, ella al menos así lo creía, su vida. Llevaba ya aquí casada tres años y se creía en una situación completamente segura... porque había mostrado a su marido el certificado de defunción de algún hombre cuyo apellido ella se había apropiado... De pronto el primer marido, o también cabe suponer, alguna mujer falta de escrúpulos que se había unido al inválido, descubrió el paradero suyo. Escribieron a la señora Munro y la amenazaron con presentarse y ponerla en la picota. Ella pide entonces cien libras e intenta comprar su silencio. A pesar de todo, ellos vienen a Inglaterra. Cuando el señor trae casualmente a colación la noticia de que en la casita hay gente nueva, la señora sabe ya, de una manera u otra, que se trata de sus perseguidores. Entonces espera a que su marido esté dormido y sale de casa precipitadamente para tratar de convencerlos de que la dejen en paz. No habiendo tenido éxito, vuelve otra vez, a la mañana siguiente, y es entonces cuando su marido tropieza con ella en el momento en que salía de la casita, tal como él nos lo ha explicado. La mujer le promete entonces que no volverá a ir, pero dos días más tarde el anhelo de desembarazarse de aquellos vecinos temibles se impone a ella con demasiada fuerza, y hace otra tentativa, llevando la fotografía, que es probable le hubiesen exigido antes. Cuando se hallan en esa entrevista, llega corriendo la doncella para anunciar que el amo está de regreso; la esposa, entonces, segura de que aquél irá derecho a la casita, hace salir apresuradamente a sus moradores por la puerta trasera y ellos se esconden probablemente en el bosquecillo de pinos albares que, según dijo antes, hay

cerca de allí. De ese modo el marido se encuentra con la casa desierta. Sin embargo, me sorprendería muchísimo que siga estándolo cuando el señor Munro lleve a cabo esta noche su reconocimiento. ¿Qué opina usted de mi teoría?

—Que toda ella es una pura suposición.

—Por lo menos con ella se explican todos los hechos. Tendremos tiempo de rectificarla cuando lleguen a nuestro conocimiento otros hechos nuevos que no quepan en la misma Por ahora no podemos hacer otra cosa hasta que recibamos un nuevo mensaje de nuestro amigo de Norbury.

No tuvimos que esperar mucho. Nos llegó en el momento que acabábamos de tomar el té. El mensaje decía:

«La casita sigue habitada. He vuelto a ver la cara en la ventana Saldré a la llegada del tren de las siete y no daré ningún paso hasta entonces.»

Nos esperaba en el andén cuando nosotros nos apeamos, y pudimos ver, a la luz de las lámparas de la estación, que se hallaba muy pálido y que temblaba de excitación.

—Señor Holmes, siguen allí —dijo, apoyando una mano en el brazo de mi amigo —. Cuando venía para aquí vi las luces. Ahora lo pondremos todo en claro de una vez y para siempre.

—¿Qué plan tiene usted, según eso? —preguntó Holmes, mientras avanzábamos por la carretera, oscura y bordeada de árboles.

—Voy a entrar a la fuerza y veré con mis propios ojos quién hay dentro de la casa. Quisiera que ustedes dos estuvieran allí en calidad de testigos.

—¿Está usted completamente resuelto a ello, no obstante la advertencia de su esposa de que es preferible que usted no aclare ese misterio?

—Sí, estoy resuelto.

—Yo creo que hace usted bien. Es preferible la verdad, cualquiera que sea, a una duda indefinida. Lo mejor que podemos hacer es llegarnos allí ahora mismo. Mirando las cosas desde el punto de vista legal, no cabe duda de que cometemos un acto indudablemente incorrecto, pero yo creo que vale la pena correr ese riesgo.

La noche era muy oscura, y empezaba a caer una fina llovizna, cuando desembocamos desde la carretera en un estrecho sendero, de profundas huellas y con setos a uno y otro lado. Sin embargo, el señor Grant Munro avanzó impaciente y nosotros le seguimos a trompicones lo mejor que pudimos.

—Aquellas luces son las de mi casa —nos dijo por lo bajo, apuntando hacia un leve resplandor que se veía entre los árboles—, y aquí tenemos la casita en la que yo voy a entrar.

Al decir esto, doblamos un recodo del sendero y nos encontramos muy cerca del edificio en cuestión. Una franja amarilla que cruzaba en sentido vertical el fondo negro nos mostró que la puerta no se hallaba cerrada del todo y en el piso de arriba veíase una ventana brillantemente iluminada. Al dirigir hacia ella nuestra vista, vimos cruzar por detrás del visillo una sombra negra borrosa.

—Allí la tienen ustedes —exclamó Grant Munro—. Ya ven por sus propios ojos que en esa habitación hay alguien. Y ahora, síganme, y pronto lo sabremos todo.

Se acercó a la puerta, pero súbitamente salió de la oscuridad una mujer y quedó dibujada por el foco luminoso de la lámpara Yo no podía verle la cara en la oscuridad del contraluz, pero sí vi que ella alzaba los brazos en actitud de súplica.

—¡Por amor de Dios, Jack, no entres! —gritó—. Tenía el presentimiento de que vendrías esta noche. Piénsalo mejor, corazón. Vuelve a tener fe en mí y nunca tendrás que arrepentirte de ello.

—Effie, he tenido fe en ti demasiado tiempo —exclamó él con severidad—. ¡Suéltame! Tengo que seguir adelante. Mis amigos y yo vamos a poner en claro el asunto de una vez y para siempre.

Hizo a un lado a su esposa, y nosotros le seguimos, muy de cerca. Cuando abrió de par en par la puerta, corrió a cerrarle el paso una mujer anciana, pero él la hizo retroceder y un instante después subíamos todos escaleras arriba. Grant

Munro se abalanzó hacia el cuarto iluminado y nosotros entramos pisándole los talones.

Era un cuartito acogedor y bien amueblado, con dos velas ardiendo encima de la mesa y otras dos encima de la repisa de la chimenea. En un ángulo, inclinada sobre un pupitre, se hallaba una persona, que parecía ser una muchachita. Cuando entramos, ella tenía vuelta la cara hacia otro lado, pero pudimos ver que vestía un vestido encarnado y tenía puestos unos guantes blancos y largos. Al darse media vuelta para mirarnos, yo dejé escapar un pequeño grito de sorpresa y horror. La cara que nos presentó era del más extraordinario color cadavérico y sus rasgos carecían en absoluto de expresión. Un instante después quedaba aclarado el misterio. Holmes, acompañando su acción con una risa, pasó sus manos por detrás de la oreja de la niña y arrancó de su cara la corteza de una máscara, presentándosenos delante una niña negrita como el carbón, que mostraba todo el brillo de su blanca dentadura con una expresión divertida al ver el asombro pintado en nuestros rostros. La alegría de la niña hizo que rompiera yo a reír por un efecto de simpatía; pero Grant Munro permaneció inmóvil, asombrado y agarrándose la garganta con la mano.

—¡Válgame Dios! ¿Qué puede significar esto? —exclamó.

—Yo te diré lo que significa —le gritó su mujer, entrando en la habitación con una expresión de orgullo y de firmeza en su rostro—. Me has obligado, contrariando mi propio criterio, a que te lo diga y ya veremos cómo tú y yo podemos arreglarlo. Mi marido falleció en Atlanta. Mi hija le sobrevivió.

—¡Tu hija!

La señora Munro se sacó del pecho un gran medallón de plata, y dijo:

—Nunca lo has visto abierto.

—Yo tenía entendido que no se abría.

Ella apretó un resorte y la parte delantera del medallón giró hacia atrás. En el interior había el retrato de un hombre, de gran belleza y expresión inteligente, pero cuyos rasgos llevaban el sello inconfundible de su raza africana.

—Este es John Hebron, de Atlanta —dijo la señora—, y no hubo jamás en el mundo un hombre más noble. Yo rompí con mi raza por casarme con él.

Mientras él vivió yo no lamenté ni un instante ese matrimonio. Nuestra desgracia consistió en que la hija única que tuvimos sacó el parecido a la raza de mi marido más bien que a la mía. Es cosa que ocurre con frecuencia en semejantes matrimonios y la pequeña Lucy salió más morena aún que su padre. Pero, morena o rubia, ella es mi hijita querida y el cariño de su madre —la muchachita al oír esas palabras, cruzó corriendo el cuarto y se apretujó contra el vestido de la señora Munro. Esta agregó:

—Cuando vine de Norteamérica la dejé allí, pero fue únicamente porque andaba delicada de salud y el cambio de clima pudiera haberle perjudicado. La entregué al cuidado de una leal escocesa que había sido en tiempos sirvienta nuestra. Jamás pensé ni por un momento negar que ella fuese hija mía. Pero cuando la casualidad te puso a ti en mi camino, Jack, y aprendí a quererte, me entró miedo de hablarte acerca de mi hija. Que Dios me perdone. Temía perderte y me faltó valor entonces para confesártelo. Me veía en la necesidad de escoger entre vosotros dos y tuve la flaqueza de alejarme de mi hijita. He mantenido oculta su existencia durante tres años para que tú no lo supieses, pero recibía noticias de su niñera y sabía que vivía bien. Sin embargo, acabó por apoderarse de mí un abrumador deseo de volver a estar con mi hija. Luché contra ese deseo, pero fue en vano. Aunque sabía el peligro a que me exponía, decidí que viniese mi hija, aunque sólo fuese por algunas semanas. Envié un centenar de libras a la niñera y le di instrucciones acerca de la casita, a fin de que pudiera venir como vecina sin que yo apareciese en modo alguno como relacionada con ella. Llevé mis precauciones hasta el punto de darle orden de que no dejase salir de casa durante el día a la niña y de que le cubriese la carita y las manos de manera que ni aún quienes la veían en la ventana pudiesen chismorrear con la noticia de que había una niña negra en la vecindad. Si no hubiese tomado tantas precauciones, quizá hubiese demostrado una prudencia mayor pero me volvía medio loca el temor de que tú averiguases la verdad. Fuiste tú quien primero me anunció que la casita estaba ocupada. Yo habría esperado hasta la mañana, pero no pude dormir del nerviosismo y acabé escabulléndome fuera, sabedora de que era muy difícil que tú te despertases. Pero me viste marchar y allí empezaron todas mis dificultades. Al siguiente día estaba mi secreto a merced tuya, pero tú te abstuviste noblemente de llevar adelante tu ventaja. Sin embargo, tres días más tarde la niñera y la niña tuvieron el tiempo justo para escapar por la puerta trasera en el momento en que tú te metías en casa por la puerta delantera. Y esta noche lo has sabido por fin todo. Ahora yo te pregunto qué va a ser de nosotros, de mi niña y de mí.

La señora Munro entrelazó las manos en ademan de súplica y esperó la contestación.

Pasaron dos largos minutos antes de que Grant Munro rompiese el silencio, y cuando contestó, lo hizo con una respuesta de la que a mí me agrada hacer memoria. Alzó del suelo a la niña, la besó, y luego, siempre con ella en brazos, alargó la otra mano a su esposa y dio media vuelta en dirección a la puerta.

—Podemos hablar de todo esto con más comodidad en nuestra casa dijo—. Effie, yo no soy un hombre muy bueno; pero creo, con todo, que soy mejor de lo que tú me has juzgado.

Holmes y yo bajamos tras ellos hasta salir al sendero y mi amigo me tiró de la manga en el momento en que cruzamos la puerta, diciéndome:

—Estoy pensando que seremos más útiles en Londres que en Norbury.

Ya no volvió a hablar una palabra de aquel caso hasta muy entrada la noche, en el momento en que, con la palmatoria encendida en la mano, se dirigía a su dormitorio.

—Watson —me dijo—, si en alguna ocasión le parece que yo me muestro demasiado confiado en mis facultades o si dedico a un caso un esfuerzo menor del que se merece, tenga usted la amabilidad de cuchichearme al oído la palabra Norbury y le quedaré infinitamente agradecido.

4. El escribiente del corredor de bolsa

Poco después de mi matrimonio compré su clientela a un médico en el distrito de Paddington. El anciano señor Farquhar, que fue a quien se la compré, había tenido en otro tiempo una excelente clientela de medicina general; pero sus años y la enfermedad que padecía..., una especie de baile de San Vito..., la había disminuido mucho. El público, y ello parece lógico, se guía por el principio de que quien ha de sanar a los demás debe ser persona sana, y mira con recelo la habilidad curativa del hombre que no alcanza con sus remedios a curar su propia enfermedad. Por esa razón fue menguando la clientela de mi predecesor a medida que él se debilitaba, y cuando yo se la compré, había descendido desde mil doscientas personas a poco más de trescientas visitadas en un año. Sin embargo, yo tenía confianza en mi propia juventud y energía y estaba convencido de que en un plazo de pocos años el negocio volvería a ser tan floreciente como antes.

En los tres primeros meses que siguieron a la adquisición de aquella clientela tuve que mantenerme muy atento al trabajo, y vi, en contadas ocasiones, a mi amigo Sherlock Holmes; mis ocupaciones eran demasiadas para permitirme ir de visita a Baker Street, y Holmes rara vez salía de casa como no fuese a asuntos profesionales. De ahí mi sorpresa cuando, cierta mañana de junio, estando yo leyendo el Bristish Medical Journal, después del desayuno, oí un campanillazo de llamada, seguido del timbre de voz, alto y algo estridente, de mi compañero.

—Mi querido Watson —dijo Holmes, entrando en la habitación—, estoy sumamente encantado de verlo. ¿Se ha recobrado ya por completo la señora Watson de sus pequeñas emociones relacionadas con nuestra aventura del Signo de los Cuatro?

—Gracias. Ella y yo nos encontramos muy bien— le dije, dándole un caluroso apretón de manos.

—Espero también —prosiguió él, sentándose en la mecedora— que las preocupaciones de la medicina activa no hayan borrado por completo el interés que usted solía tomarse por nuestros pequeños problemas deductivos.

—Todo lo contrario —le contesté—. Anoche mismo estuve revisando mis viejas notas y clasificando algunos de los resultados conseguidos por nosotros.

—Confío en que no dará usted por conclusa su colección.

—De ninguna manera. Nada me sería más grato que ser testigo de algunos hechos más de esa clase.

—¿Hoy, por ejemplo?

—Sí; hoy mismo, si así le parece.

—¿Aunque tuviera que ser en un lugar tan alejado de Londres como Birmingham?

—Desde luego, si usted lo desea.

—¿Y la clientela?

—Yo atiendo a la del médico vecino mío cuando él se ausenta, y él está siempre dispuesto a pagarme esa deuda.

—¡Pues entonces la cosa se presenta que ni de perlas!— dijo Holmes, recostándose en su silla y mirándome fijamente por entre sus párpados medio cerrados—. Por lo que veo, ha estado usted enfermo últimamente. Los catarros de verano resultan siempre algo molestos.

—La semana pasada tuve que recluirme en casa durante tres días, debido a un fuerte resfriado. Pero estaba en la creencia de que ya no me quedaba rastro alguno del mismo.

—Así es, en efecto. Su aspecto es extraordinariamente fuerte.

—¿Cómo, pues, supo usted lo del catarro?

—Ya conoce usted mis métodos, querido compañero.

—¿De modo que usted lo adivinó por deducción?

—Desde luego.

—¿Y de qué lo dedujo?

—De sus zapatillas.

Yo bajé la vista para contemplar las nuevas zapatillas de charol que tenía puestas.

—Pero ¿cómo diablos?... —empecé a decir.

Holmes contestó a mi pregunta antes que yo la formulase, diciéndome:

—Calza usted zapatillas nuevas, y seguramente que no las lleva sino desde hace unas pocas semanas. Las suelas, que en este momento expone usted ante mi vista, se hallan levemente chamuscadas. Pensé por un instante que quizá se habían mojado y que al ponerlas a secar se quemaron. Pero veo cerca del empeine una pequeña etiqueta redonda con los jeroglíficos del vendedor. La humedad habría arrancado, como es natural, ese papel. Por consiguiente, usted había estado con los pies estirados hasta cerca del fuego, cosa que es difícil que una persona haga, ni siquiera en un mes de junio tan húmedo como este, estando en plena salud.

Al igual que todos los razonamientos de Holmes, este de ahora parecía sencillo una vez explicado. Leyó este pensamiento en mi cara, y se sonrió con un asomo de amargura.

—Me temo que, siempre que me explico, no hago sino venderme a mí mismo —dijo Holmes—. Los resultados impresionan mucho más cuando no se ven las causas.

¿De modo, pues, que está usted listo para venir a Birmingham?

—Desde luego. ¿De qué índole es el caso?

—Lo sabrá usted todo en el tren. Mi cliente está ahí fuera, esperando dentro de un coche de cuatro ruedas. ¿Puede usted venir ahora mismo?

—Dentro de un instante.

Garrapateé una carta para mi convecino, eché a correr luego escalera arriba para explicarle a mi mujer lo que ocurría, y me reuní con Holmes en el umbral de la

puerta de la calle.

—¿De modo que su convecino es médico? —me preguntó, señalándome con un ademán de la cabeza la chapa de metal.

—Sí. Compró una clientela, lo mismo que hice yo.

—¿De algún médico que llevaba mucho tiempo ejerciendo?

—Igual que en el caso mío. Ambos se hallaban establecidos aquí desde que se construyeron las casas.

—Pero usted compró la mejor clientela, ¿verdad?

—Creo que sí. Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Por los escalones de la puerta, muchacho. Los de usted están gastados en una profundidad de tres pulgadas más que los del otro. Pero este caballero que está dentro del coche es mi cliente, el señor Hall Pycroft. Permítame que lo presente a él. Cochero, arree a su caballo, porque tenemos el tiempo justo para llegar al tren.

El hombre con quien me enfrenté era joven, de sólida contextura y terso cutis, con cara de expresión franca y honrada y bigote pequeño, rizoso y amarillo. Llevaba sombrero de copa muy lustroso y un limpio y severo traje negro, todo lo cual le daba el aspecto de lo que era: Un elegante joven de la City, de la clase a la que se ha puesto el apodo de cockneys, pero de la que se forman nuestros más valerosos regimientos de voluntarios, y de la que sale una cantidad de magníficos atletas y deportistas, superior a la que produce ningún otro cuerpo social de estas islas. Su cara redonda y rubicunda, rebosaba alegría natural; pero las comisuras de su boca estaban, según me pareció, encorvadas hacia abajo, como en un acceso de angustia que resultaba medio cómica. Pero hasta que estuvimos instalados en un vagón de primera clase y bien lanzados en nuestro viaje hacia Birmingham, no logré enterarme de las dificultades que le habían arrastrado hacia Sherlock Holmes.

—Tenemos por delante setenta minutos de recorrido sin ninguna estación —hizo notar Holmes —. Señor May Pycroft, sírvase relatar a mi amigo su interesante caso tal y como me lo ha contado a mí, o aún con más detalles, si es posible. Me será útil el volver a escuchar otra vez cómo ocurrieron los hechos. Este caso,

Watson, pudiera llevar algo dentro, y pudiera no llevar nada; pero presenta, por lo menos, esos rasgos extraordinarios y outré que tanto nos agradan a usted y a mí. Y ahora, señor Pycroft, cuente con que no volveré a interrumpirle.

Nuestro joven acompañante me miró con mirada brillante, y dijo:

—Lo peor de toda la historia es que yo aparezco en ella como un condenado majadero. Claro está que aún puede acabar bien y no creo que pudiera haber obrado de otro modo que como obré; pero, si resulta que con ello he perdido mi apaño sin conseguir nada en cambio, tendré que reconocer que he sido un pobre tontaina. Señor Watson, valgo poco para contar historias, y hay que tomarme como soy.

Yo tuve hasta hace algún tiempo mi acomodo en la casa Coxon and Woodhouse, de Drapers Gardens; pero a principios de la primavera se vieron en dificultades, debido al empréstito de Venezuela, como ustedes recordarán, y acabaron quebrando malamente. Yo llevaba cinco años con ellos, y cuando vino la catástrofe, el viejo Coxon me extendió un estupendo certificado; pero, como es natural, nosotros, los empleados, los veintisiete que éramos, quedamos en mitad de la calle. Probé aquí y allá, pero había infinidad de individuos en idéntica situación que yo, y durante mucho tiempo todo fueron dificultades para mí. Yo ganaba en Coxon tres libras semanales, y tenía ahorradas setenta; pero no tardé en meterme por ellas, y hasta en salir por el extremo opuesto. Finalmente, llegué al límite de mis recursos, hasta el punto de costarme trabajo encontrar sellos de correo para contestar a los anuncios y sobres en que pegar los sellos. A fuerza de subir y bajar escaleras, presentándome en oficinas, se me habían desgastado las botas, y me parecía estar tan lejos como el primer día de encontrar acomodo.

Vi, por último, que había una vacante en casa de los señores Mawson y Williams, la gran firma de corredores de Bolsa de Lombard Street. Pudiera ser que no anden ustedes muy enterados en cuestiones de Bolsa; pero puedo informarles de que se trata quizá de la casa más rica de Londres. Al anuncio había que contestar únicamente por carta. Envié mi certificado y mi solicitud, aunque sin la menor esperanza de conseguir el puesto. Me contestaron a vuelta de correo, diciéndome que, si me presentaba el lunes siguiente, podía hacerme cargo en el acto de mis nuevas obligaciones, con tal que mi aspecto exterior fuese el conveniente. Nadie sabe cómo funcionan estas cosas. Hay quien asegura que el gerente mete la mano en el montón de cartas y saca la primera con que tropieza. En todo caso, esta vez la suerte me favoreció a mí, y no deseo otra

satisfacción mayor que la que aquello me produjo. El sueldo era de una libra más por semana, y las obligaciones las mismas, más o menos, que en la casa Coxon.

Y ahora vengo a la parte más extraña del negocio. Yo estaba de pensión más allá de Hampstead..., en el diecisiete de Potter's Terrace. Pues bien: estaba yo fumando y sentado la tarde misma en que se me había prometido aquella colocación, cuando se me presenta mi patrona con una tarjeta que decía: "Arthur Pinner, agente financiero", en letra de imprenta. Era la primera vez que yo oía aquel nombre, y no podía imaginarme qué quería conmigo; pero, como es natural, le dije que lo hiciera subir. Y se me metió en mi cuarto... un hombre de estatura mediana, pelinegro, ojinegro, barbinegro, con un si es no de judío en la nariz. Había en todo él un algo de impetuoso, y hablaba con vivacidad, como quien sabe el valor que tiene el tiempo.

—Hablo con el señor Hall Pycroft, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor —le contesté, acercándole una silla.

—El mismo que últimamente estuvo empleado con Coxon and Woodhouse?

—Sí, señor.

—¿Y que en la actualidad figura como empleado en la casa Mawson?

—Exactamente.

—Pues verá usted. He oído contar ciertos hechos realmente extraordinarios a propósito de sus habilidades financieras. ¿Se acuerda usted de Parker, el que fue gerente de Coxon? Habla y no acaba de esas habilidades de usted.

Me agradó, como es natural, oírle decir aquello. Siempre fui despierto en las oficinas, pero nunca soñé que se hablase sobre mí de esa manera en la City.

—¿Es usted hombre de buena memoria? —me preguntó.

—La tengo bastante buena —le contesté con modestia.

—¿Se ha mantenido usted al tanto del mercado todo este tiempo que lleva sin trabajar?

—Sí; leo todas las mañanas la lista de cotizaciones de Bolsa.

—¡Ahí tiene usted una prueba de auténtica aplicación! —exclamó—. ¡Esa es la manera de prosperar! ¿No se molestará que lo ponga a prueba? Veamos. ¿Cómo está la cotización de los Ayrshires?

—Entre ciento cinco y ciento cinco y cuartillo.

—¿Y la de New Zealand Consolidated?

—A ciento cuatro.

—¿Y la de las British Broken Hills?

—De siete a siete y seis.

—¡Maravilloso! —exclamó él, levantando los brazos—. Esto cuadra perfectamente con todo lo que me habían contado. Muchacho, muchacho, usted vale demasiado para ser simple escribiente de Mawson.

—Como ustedes podrán suponerse, aquel arrebato me asombró, y le dije:

—Pues la verdad, señor Pinner, que no parece que los demás tengan una opinión de mí tan buena como la que tiene usted. Me ha costado luchar de firme el conseguir esta colocación, y soy muy dichoso de haberla logrado.

—Pero, hombre, ¡usted debiera picar un poco más alto! No se halla usted situado en su verdadera esfera de actividades. Pero escuche lo que yo quiero proponerle. Lo que yo quiero proponerle es poca cosa si se la compara con lo que usted vale; pero si se compara con lo que le ofrece Mawson, es como el día frente a la noche. Veamos.

¿Cuándo entra usted a trabajar en Mawson?

—El lunes.

—¡Ajajá! Pues vea: estoy dispuesto a correrme un pequeño albur deportivo apostando a que usted no entra en esa casa.

—¿Que yo no voy a entrar en la casa Mawson?

—No, señor. Para ese día estará usted desempeñando el cargo de gerente comercial de la Franco-Midland Hardware Company Limited, con ciento treinta y cuatro sucursales en las ciudades y aldeas de Francia, sin contar con las que tiene en Bruselas y en San Remo, respectivamente.

Aquello me dejó sin aliento, y luego le dije:

—Nunca oí hablar de ella.

—Es muy probable que no. No se ha querido jalearla, porque todo el capital social fue suscrito por aportaciones particulares, y porque es un negocio demasiado bueno para dar acceso en el mismo al público. Mi hermano, Harry Pinner, ha sido el organizador, y entra en el Consejo de la sociedad después de serle asignado el cargo de director gerente. Como sabe que yo estoy metido aquí de lleno en la corriente de negocios, me ha pedido que le busque en Londres un hombre que valga, y a un precio menor del que vale; un hombre emprendedor, que tenga mucho nervio. Para empezar, sólo podemos ofrecerle una miseria de quinientas libras pero...

—¡Quinientas libras al año! —exclamé, dando un grito.

Solo para empezar, más una comisión del uno por ciento de todas las ventas que hagan sus agentes, puede creerme si le aseguro que el total de esas comisiones superará a su salario.

—Pero yo no sé absolutamente nada de ferretería.

¡Vaya, vaya! Pero usted entiende de números, muchacho.

Sentía zumbidos en la cabeza, y solo a duras penas podía permanecer sentado en mi silla. Pero, de pronto, me acometió un leve escalofrío de duda.

—Quiero serle sincero —le dije—. Mawson no me paga sino doscientas; pero Mawson es cosa segura. La verdad, es tan poco lo que sé de esa compañía de ustedes, que...

—¡Muy bien dicho, muy bien dicho! —exclamó, con una especie de éxtasis de placer—. ¡Es usted el hombre que nos conviene! A usted no se le engatusa con palabras, y tiene usted mucha razón. Pues bien: aquí tiene usted un billete de cien libras; si cree que podemos llegar a un arreglo, métaselo en el bolsillo como

adelanto a cuenta de su salario.

—Es un rasgo muy hermoso —le dije—. ¿Cuándo me haré cargo de mis nuevas obligaciones?

—Haga usted acto de presencia mañana, a la una, en Birmingham —me dijo—. Traigo en el bolsillo una carta, que usted llevará a mi hermano. Lo encontrará en el número ciento veintiséis B de Corporation Street, donde se encuentran las oficinas provisionales de la Compañía. Desde luego, él tiene que dar la conformidad a este arreglo nuestro, pero no habrá ningún inconveniente; pierda cuidado.

—No sé cómo expresarle a usted mi agradecimiento, señor Pinner —le dije.

—No tiene nada que agradecerme, muchacho. Usted alcanza con esto lo que se merece, y nada más. Sólo quedan por arreglar dos cosillas, simples formulismos. Veo que tiene usted ahí una hoja de papel. Tenga la amabilidad de escribir en ella lo siguiente: «Acepto por propia voluntad el cargo de gerente comercial de la Franco-

Midland Hardware Company Limited, con un sueldo mínimo de quinientas libras.» —Así lo hice, y él se metió el papel en el bolsillo.

—Aún falta otro detalle —me dijo—. ¿Qué piensa hacer usted con lo de su colocación en la casa Mawson?

Mi alegría me lo había hecho olvidar todo.

—Les escribiré dimitiendo —le contesté.

—Eso es precisamente lo que yo no quiero que haga.

He tenido una discusión con el gerente de esa casa a propósito de usted. Me acerqué a él para pedirle informes suyos, y se mostró muy agresivo, acusándome de que intentaba engatusarlo a usted para que no entrase al servicio de la casa, etcétera. Acabé por perder casi los estribos, y le dije: «Si usted quiere tener buenos empleados, págueles bien —y agregué—: Estoy seguro de que preferirá nuestra pequeñez a las grandezas de la casa de usted. Le apuesto un billete de cinco libras a que así que se entere del ofrecimiento nuestro ya no volverán ustedes ni siquiera a oír hablar de él.» Y él me contestó: «¡Hecho! Nosotros lo

hemos recogido del arroyo, y no nos abandonará tan fácilmente.» Estas fueron sus propias palabras.

—¡Canalla desvergonzado! —exclamé—. Ni siquiera lo conozco de vista. ¿Qué obligación tengo yo de ser considerado con él? De modo, pues, que no le escribiré, si usted cree que no debo hacerlo.

—¡Perfectamente! ¡Esa es una promesa! —dijo él, poniéndose en pie —. Me encanta haber podido asegurar los servicios de un hombre como usted para mi hermano. Aquí tiene el adelanto de cien libras, y aquí está la carta para mi hermano. Anote la dirección: «ciento veintiséis B. Corporation Street», y recuerde que está usted citado mañana, a la una. Buenas noches, y que tenga usted toda la buena suerte a que es acreedor.

Eso fue, hasta donde yo recuerdo, lo que pasó entre los dos. Imagínese, señor Watson, mi satisfacción ante tamaña buena suerte. Estuve la mitad de la noche sentado, recreándome con ella, y a la mañana siguiente salí para Birmingham, en un tren que me permitiría llegar con tiempo suficiente a la cita. Llevé mi equipaje a un hotel de New Street, y después me encaminé a la dirección que me había sido dada.

Faltaba todavía un cuarto de hora, pero pensé que daría lo mismo. El número ciento veintiséis B era un pasillo entre dos grandes comercios, por el que se llegaba a una escalera en curva, de piedra, de la que arrancaban muchos departamentos, que se alquilaban para oficinas a compañías y a hombres que ejercían sus profesiones. Los nombres de sus ocupantes se hallaban pintados en la pared de la planta baja, pero no se veía entre ellos nada que se pareciese a Franco-Midland Hardware Company Limited. Se me cayó por unos momentos el alma a los pies, preguntándome si todo aquello no sería un truco bien estudiado para engatusarme. En esto vi acercarse a un hombre, y le dirigí la palabra. Se parecía muchísimo al hombre a quien yo había visto la noche anterior: igual tipo y voz, pero completamente afeitado y con el pelo de una tonalidad más clara.

—¿Es usted acaso el señor Hall Pycroft? —me preguntó.

—Sí —le contesté.

—¡Ah! Esperaba su visita, pero ha llegado un poco antes de la hora. Esta mañana recibí carta de mi hermano, en la que se hace lenguas de sus condiciones.

—Estaba buscando las oficinas en el instante que ha llegado usted.

—Todavía no hemos hecho inscribir nuestro nombre, porque hasta la pasada semana no hemos conseguido unas oficinas provisionales. Acompáñeme arriba y hablaremos del asunto.

Le seguí hasta lo alto de una empinada escalera, Allí, bajo el mismo tejado de pizarra, había dos habitaciones pequeñas, vacías y polvorientas, sin alfombras ni cortinas, y en ellas entramos. Yo me imaginaba encontrarme con unas grandes oficinas, mesas brillantes e hileras de escribientes, que era a lo que estaba acostumbrado, y no falto a la verdad si les digo que contemplé con bastante disgusto la mesita y dos sillas de madera que, juntamente con un libro de cuentas y un cesto para papeles inservibles, formaban todo el mobiliario.

—No se desanime, señor Pycroft —me dijo el hombre al que acababa de conocer, viendo cómo se me había alargado la cara —. Roma no se hizo en un día, y nos respaldan fuertes capitales, aunque todavía no presumamos de brillantes oficinas.

Haga el favor de sentarse y darme su carta.

Se la di, y él la leyó con gran atención.

—Ha causado usted una gran impresión a mi hermano Arthur, por lo que veo. Y sé que él es hombre muy agudo juzgando a las personas. Considérese desde ahora como admitido definitivamente. El jura por Londres y yo por Birmingham, pero esta vez seguiré su consejo.

—¿Cuáles son mis obligaciones? —le pregunté.

—En su debido momento se encargará usted de la gerencia del gran depósito de París, que servirá para inundar con artículos de loza inglesa las tiendas de los ciento treinta y cuatro agentes que tenemos en Francia. Falta aún una semana para que queden completadas las compras. Entre tanto, usted permanecerá en Birmingham, procurando hacerse útil.

—¿De qué manera?

Por toda respuesta, echó mano de un libraco de pastas encarnadas que sacó de un cajón, y me dijo:

—Aquí tiene una guía de París, en la que figura la profesión de cada persona, a continuación de su nombre y apellidos. Llévesela usted a su domicilio y entresáqueme los nombres y direcciones de todos los comerciantes de ferretería y quincalla. Nos serán utilísimos.

—¿Y no habrá listas ya clasificadas? —le apunté.

—No son de fiar. Su sistema es distinto del nuestro.

Póngase de firme al trabajo, y tráigame las listas para el lunes, a las doce. Buenos días, señor Pycroft. Si usted sigue mostrando entusiasmo y diligencia, ya verá cómo la Compañía sabe ser buena con usted.

Regresé al hotel con el libraco bajo el brazo y con encontradísimos sentimientos en mi corazón. Por una parte, yo estaba definitivamente colocado y tenía cien libras en mi bolsillo. Por otra parte, el aspecto de las oficinas, el no figurar su nombre en la pared y otros detalles eran susceptibles de producir en el hombre de negocios una mala impresión acerca de la posición de sus patronos. Pero como, ocurriese lo que ocurriese, yo disponía de dinero, me apliqué a mi tarea. Trabajé firme durante todo el domingo; pero, con todo eso, no había llegado el lunes sino hasta la H. Volví a presentarme a mi jefe, lo hallé en el mismo departamento desamueblado, y me ordenó que siguiese con ello hasta el miércoles, y que volviese entonces. Tampoco el miércoles había terminado aún por completo, y tuve que seguir dándole hasta el viernes...; es decir, hasta anteayer. Vine entonces con todo lo hecho al señor Harry Pinner.

—Muchas gracias —me dijo—. Me temo haber calculado en menos la dificultad de la tarea. Esta lista me servirá de verdadera ayuda en mi trabajo.

—Me ha llevado bastante tiempo —le contesté.

—Pues bien —me dijo—: ahora quiero que prepare usted una lista de las tiendas de muebles, porque todas ellas venden artículos de quincallería.

—Perfectamente.

—Puede usted venir mañana, a las siete de la tarde, para que me entere de cómo marcha su trabajo. Pero no se exceda en el mismo. Un par de horas de café cantante por la noche no le haría ningún daño después de su labor del día.

Me decía esto riéndose, y entonces me fijé con un estremecimiento en que el segundo de sus dientes del lado izquierdo estaba empastado de oro de un modo muy chapucero.

Sherlock Holmes se frotó las manos satisfecho, y yo miré con asombro a nuestro cliente. Este prosiguió:

—Hay motivos para que se sorprenda, doctor Watson; pero es por la razón siguiente: cuando yo hablé con el otro individuo en Londres, y se echó a reír, burlándose de la idea de que yo pudiera ir a trabajar en Mawson, me fijé casualmente en que tenía su diente empastado de idéntica forma. Fíjese en que lo que en ambos casos atrajo mi atención fue el brillo del oro. Al poner ese detalle junto a la identidad del tipo y de la voz y ver que no presentaba sino diferencias que podían ser producidas por una navaja de afeitar y por una peluca, no me quedó duda alguna de que se trataba del mismo hombre. Nada tiene de extraño el encontrar un parecido entre dos hermanos, pero no hasta el punto de que tengan ambos el mismo diente empastado de idéntica manera. Me despidió con una inclinación, y yo me encontré en la calle sin darme cuenta de si caminaba de pies o de coronilla. Regresé a mi hotel, metí la cabeza en una palangana de agua e intenté imaginarme lo que ocurría. ¿Por qué me había traído de Londres a Birmingham? ¿Por qué razón había llegado antes que yo? ¿Y para qué había escrito una carta de sí mismo para sí mismo? Era demasiado problema para mí, y no logré verle ni pies ni cabeza. Pero tuve de pronto la idea de que quizá fuese claro para el señor Sherlock Holmes lo que para mí resultaba oscurísimo. Tuve el tiempo justo de coger el tren de la noche para Londres, de visitarle esta mañana y de regresar con ustedes a Birmingham.

Cuando el escribiente del corredor de Bolsa terminó de contar su sorprendente experiencia, hubo una pausa. Sherlock Holmes, recostado en el tapizado respaldo de su asiento, con expresión satisfecha, pero de crítico en la materia, lo mismo que un experto en vinos que acaba de dar el primer paladeo al de una añada extraordinaria, me miró de soslayo, y me dijo:

—¿Verdad, Watson, que no está mal? Hay detalles en el caso que me satisfacen.

Creo que estará usted de acuerdo conmigo en que una entrevista con el señor Arthur Harry Pinner, en las oficinas provisionales de la Franco-Midland Hardware Company Limited, ha de ser una cosa que nos interesará a los dos.

—Pero, ¿cómo podemos realizarla? —le pregunté.

—¡Oh!, eso es bastante fácil —exclamó, con alegría, Hall Pycroft—. Ustedes dos son amigos míos que andan buscando acomodo, ¿y qué cosa más natural puede haber que el que yo me los lleve para presentarlos al director gerente?

—Ni más ni menos. Claro que sí —dijo Holmes—. Me agradaría echar un vistazo a ese caballero y ver si le encuentro sentido al jueguecito que se trae. ¿Qué cualidades tiene usted, amigo mío, que puedan hacer tan valiosos sus servicios? ¿O será posible que...?

Holmes se puso a morderse las uñas y a mirar a la lejanía por la ventana, y ya apenas si le oímos hablar hasta que nos encontramos en New Street.

A las siete del atardecer caminábamos los tres hacia las oficinas de la Compañía, en Corporation Street.

—De nada sirve que lleguemos antes de la hora señalada —nos dijo nuestro cliente—. Parece que él no viniera aquí sino para entrevistarse conmigo, porque las oficinas están desiertas hasta la hora exacta de la cita.

—Eso es muy elocuente —hizo notar Holmes.

—¡Por Júpiter! ¿Qué les dije? —exclamó el escribiente—. Ese que va allí, delante de nosotros, es él.

Nos señaló a un hombre más bien pequeño, rubio y bien vestido, que marchaba presuroso por el otro lado de la calle. Mientras nosotros le vigilábamos, él miró a través de la calle a un muchacho que voceaba la última edición del periódico de la tarde, cruzó la calzada, por entre los coches y los ómnibus, y le compró un ejemplar. Después, aferrando el periódico en la mano, desapareció por el portal de una casa.

—¡Allí entró! —exclamó Hall Pycroft—. Allí están las oficinas de la Compañía y a ellas va. Acompáñenme, y combinaré la entrevista lo más rápidamente posible.

Subimos tras él cinco pisos, hasta encontrarnos delante de una puerta entreabierta, a la que llamó con unos golpecitos nuestro cliente. Una voz nos invitó desde dentro: “¡Adelante!”, y entramos a un cuarto desnudo, sin muebles,

tal como Hall Pycroft nos lo había descrito. El hombre que habíamos visto en la calle estaba sentado delante de la única mesa y tenía extendido en ésta su periódico. Levantó la vista para mirarnos, y yo no creo haber visto nunca otra cara con tal expresión de dolor, de un algo que era aún más que dolor: una expresión tan horrorizada que son pocos los hombres que la muestran alguna vez en su vida. El sudor daba brillo a su frente, sus mejillas eran de un color blancuzco de vientre de pescado, y la mirada de sus ojos era de desatino y de asombro. Miró a su escribiente como si no lo conociese, y por lo atónito que mostraba hallarse nuestro guía, comprendí que éste encontraba a su jefe completamente diferente a como era de ordinario.

—Parece usted enfermo, señor Pinner —exclamó el escribiente.

—Sí, no me siento muy bien —contestó el interrogado, haciendo esfuerzos evidentes por recobrarse, y humedeciéndose los labios resecos con la lengua, antes de contestar —. ¿Quiénes son estos caballeros que ha traído en su compañía?

—El uno es el señor Harris, de Bermondsey, y el otro el señor Price, de esta ciudad —contestó con volubilidad el empleado—. Son amigos míos, y caballeros experimentados, pero llevan algún tiempo sin colocación, y confían en que quizá encuentre usted para ellos algo en que trabajar dentro de la Compañía.

—Es muy posible que sí, es muy posible que sí —dijo el señor Pinner con sonrisa cadavérica—. Sí, estoy seguro de que estaremos en condiciones de hacer algo por ustedes ¿Cuál es su especialidad, señor Harris?

—Soy contable —contestó Holmes.

—Desde luego que necesitamos alguien por ese estilo. ¿Y usted, señor Price?

—Escribiente de oficina.

—Tengo la más viva esperanza de que la Compañía podrá darles acomodo. Se lo comunicaré a ustedes en cuanto hayamos tomado una decisión. Y ahora les suplico que se retiren. ¡Por amor de Dios, déjenme solo! Estas últimas palabras le salieron disparadas, como si el esfuerzo que venía haciendo para reprimirse hubiese estallado súbitamente y por completo. Holmes y yo nos miramos el uno al otro, y Hall Pycroft dio un paso hacia la mesa, diciéndole:

—Se olvida usted, señor Pinner, de que me encuentro aquí citado por usted para recibir algunas instrucciones suyas.

—Así es, señor Pycroft, así es —contestó el otro, ya con más calma—. Puede esperarme aquí un instante, y no hay razón tampoco para que no lo hagan sus amigos. Dentro de tres minutos volveré a estar a disposición de ustedes, si puedo abusar de su paciencia de aquí a entonces.

Se puso en pie con expresión de gran cortesía, nos saludó con una inclinación y desapareció por una puerta que había al fondo, cerrándola por dentro.

—¿Qué es esto? ¿Nos va a dar esquinazo? —cuchicheó Holmes.

—Eso es imposible —contestó Pycroft.

—¿Por qué razón?

—Porque esa es la puerta de la habitación interior.

—¿Y no tiene salida?

—Ninguna.

—¿Está amueblada?

—Ayer se hallaba desnuda.

—Pero entonces, ¿qué diablos está haciendo? Hay en este asunto algo que no entiendo. Si ha habido alguna vez un hombre enloquecido de espanto, ese hombre se llama Pinner. ¿Qué es lo que ha podido producirle la tiritona?

—Sospecha que somos detectives —apunté yo.

—Eso es —confirmó Pycroft.

Holmes movió negativamente la cabeza.

—No empalideció. Estaba ya pálido cuando entramos en la habitación.

—Es muy posible que...

Le cortó la palabra un fuerte martilleo que se oía hacia la puerta interior.

—¿Para qué diablos está golpeando su propia puerta? —exclamó el escribiente.

Volvió a oírse, más fuerte aún que antes, aquel martilleo. Todos nos quedamos mirando con expectación hacia la puerta cerrada. Yo me fijé en el semblante de Holmes y pude observar su rigidez y con qué intensa excitación echaba el busto hacia adelante. De pronto nos llegó un ruido glogloteante, como de alguien que gargarizaba, y un rápido repiqueteo sobre la madera. Holmes se abalanzó hacia la puerta y la empujó. Estaba cerrada por dentro. Siguiendo su ejemplo, nosotros también nos lanzamos con todo el peso de nuestro cuerpo contra la puerta. Saltó uno de los goznes, luego el otro, y la puerta se vino abajo con estrépito. Abalanzándonos por encima de ella nos metimos en el cuarto interior.

Estaba vacío. Pero nuestra desorientación sólo duró un instante. En un ángulo, el más inmediato a la habitación que acabábamos de dejar, había una segunda puerta. Holmes se abalanzó hacia ella y la abrió de un tirón. Tirados por el suelo había una chaqueta y un chaleco, y detrás de la puerta, ahorcado de un gancho con sus propios tirantes, estaba el director gerente de la Franco-Midland Hardware Company. Tenía las rodillas dobladas, le colgaba la cabeza formando un ángulo espantoso con su cuerpo, y el taconeo de sus pies contra la puerta era lo que había interrumpido nuestra conversación. Un instante después lo tenía yo agarrado por la cintura y levantaba en vilo su cuerpo, en tanto que Holmes y Pycroft desataban las tiras elásticas que se le habían hundido entre los pliegues de la piel. Lo trasladamos a continuación al otro cuarto, donde quedó tumbado, con la cara del color de la pizarra, embolsando y desembolsando sus cárdenos labios cada vez que respiraba..., convertido en una espantosa ruina de todo lo que había sido cinco minutos antes.

—¿Qué impresión le produce, Watson? —preguntó Holmes.

Me incliné sobre él y lo examiné. Tenía el pulso débil e intermitente, pero su respiración se iba haciendo más profunda, y sus párpados tenían un leve temblequeo que dejaba ver una estrecha tirita del globo del ojo.

—Se ha escapado por un pelo, pero ya se puede decir que vivirá —les dije—. Hagan el favor de abrir esa ventana y denme la botella de agua.

Le aflojé el cuello de la camisa, vertí agua en su cara y le baje los brazos hasta que lo vi respirar profundamente y con naturalidad.

—Es ya sólo cuestión de tiempo —dije al alejarme de él.

Holmes permanecía en pie junto a la mesa, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y la barbilla caída sobre el pecho.

—Me imagino que tendremos que avisar a la Policía —dijo—. Pero confieso que quisiera poder exponerles el caso completo cuando vengan.

—Para mí sigue siendo un condenado misterio —exclamó Pycroft rascándose la cabeza—. ¿Para qué quisieron traerme hasta aquí, si luego...?

—¡Bah! Todo eso está bastante claro —dijo Holmes con impaciencia—. Yo me refiero a ese último giro inesperado.

—¿De modo que usted comprende lo demás?

—Creo que es bastante evidente. ¿Qué dice usted, Watson?

Yo me encogí de hombros.

—No tengo más remedio que confesar que no toco fondo —le contesté.

—Si usted estudia los hechos desde el principio, sólo pueden apuntar hacia una conclusión.

—Y cuál es esa?

—Pues bien: todo el asunto gira sobre dos hechos.

El primero es el hacerle firmar a Pycroft una declaración escrita de que entraba al servicio de esta absurda Compañía. ¿No ve usted cuán elocuente es esto?

—Pues, la verdad, no lo alcanzo a comprender.

—¿Para qué iban a querer que lo hiciese? No sería como trámite comercial, porque lo corriente es hacer estos arreglos verbalmente, y en este caso no se ve una condenada razón para salirse de las normas. ¿No ve usted, mi joven amigo, que lo que ellos anhelaban poseer era una muestra de su escritura, y que era ese el único medio de conseguirlo?

—¿Y para qué?

—Ahí está precisamente la cuestión. ¿Para qué? Cuando contestemos a esa pregunta habremos avanzado un poco en nuestro pequeño problema. ¿Para qué? Sólo puede haber una razón adecuada. Alguien tenía necesidad de aprender a imitar su escritura, y para ello necesitaba procurarse antes una muestra. Si pasamos ahora al segundo punto, veremos que ambos se iluminan mutuamente. Este segundo punto es la petición que le hizo el señor Pinner de que no admitiese usted el cargo, sino que dejase al gerente de aquella importante casa convencido de que un señor Hall Pycroft, al que nunca había visto personalmente, acudiría a sus oficinas el lunes por la mañana.

—¡Santo Dios! —exclamó nuestro cliente—. ¡Qué borrico he sido!

—Ahora se explica usted el detalle de la escritura.

Suponga, por ejemplo, que se presentase a ocupar el puesto de usted alguien con una letra totalmente distinta a la del documento enviado solicitando el puesto: allí acababa el juego. Pero el muy canalla aprendió en ese intermedio a imitar la de usted, y en tal caso podía estar tranquilo porque me imagino que nadie de entre el personal de las oficinas le había echado a usted la vista encima.

—Absolutamente nadie —gimió Hall Pycroft.

—Prosigamos. Era, como es natural, de la mayor importancia impedir que usted recapacitase mejor sobre el asunto, y también que pudiera ponerse en contacto con nadie que pudiera hacerle saber que un doble suyo estaba trabajando en las oficinas de Mawson. Fue esa la razón que los movió a hacerle un espléndido adelanto sobre su salario, y a obligarle a que se trasladase a la región Midlands, donde le proporcionaron trabajo como para que no regresase a Londres, cosa que hubiera podido estropearles el juego que se traían. Todo eso está bastante claro.

—¿Y para qué iba este individuo a querer pasar por su propio hermano?

—También esto está bastante claro. Es evidente que en este negocio sólo intervienen dos individuos. El otro está haciéndose pasar por usted en las oficinas. Este de aquí hizo el papel de contratador de sus servicios, pero luego se encontró con que, si había de buscarle un patrono, tenía que dar entrada a una tercera persona en el complot. No estaba dispuesto a ello. Transformó todo lo que pudo su aspecto exterior, y confió en que usted atribuiría la semejanza, que no podía menos de advertir, a un parecido familiar. De no haber sido por la feliz casualidad del empastado de oro, es probable que nunca se hubiesen despertado

sus sospechas.

Hall Pycroft agitó en el aire sus puños apretados y exclamó:

—¡Por Dios Santo! ¿Qué habrá estado haciendo este Hall Pycroft en la casa Mawson, mientras me engañaba a mí de esta manera? ¿Qué debemos hacer, señor Holmes? ¡Dígame usted lo que debo hacer!

—Es preciso que telegrafiemos a Mawson.

—Los sábados cierran a las doce.

—No importa; quizá ande por allí algún portero o ayudante...

—Eso sí; tienen un guardián permanente porque los valores que guardan ascienden a una fuerte suma. Recuerdo haberlo oído comentar en la City.

—Perfectamente: telegrafiaremos y averiguaremos si nada malo ocurre, y si trabaja allí un escribiente de su nombre y apellido. Todo eso está bastante claro, pero lo que ya no lo está tanto es el porqué uno de esos bandidos salió de esta habitación al vernos a nosotros y se ahorcó.

—¡El periódico! —gruñó una voz a nuestras espaldas. Lívido y exangüe, el hombre se había sentado: reaparecía en sus ojos la razón, y sus manos restregaban nerviosamente la ancha franja roja que aún tenía marcada alrededor del cuello.

—¡Naturalmente! ¡El periódico! —bramó Holmes en el paroxismo de la excitación—. ¡Qué idiota he sido! Tanto pensé en nuestra visita, que ni por un instante se me ocurrió que pudiera ser el periódico. Ahí está, sin duda alguna, el secreto.

Lo alisó encima de la mesa, y un grito de triunfo escapó de sus labios.

—¡Fíjese en esto, Watson! —gritó—. Es un diario londinense, una primera edición del Evening Standard. Aquí está lo que buscábamos. Mire los titulares: “Crimen en la City. Asesinato en Mawson and Williams.” Ea, Watson, todos nosotros estamos igualmente afanosos por escucharlo, así, pues, lea usted en voz alta.

Por el lugar del diario en que aparecía la noticia, veíase que se trataba del acontecimiento de mayor importancia ocurrido en Londres, y el relato decía así:

“Esta tarde ha ocurrido en la City una temeraria tentativa de robo, que ha culminado con la muerte de un hombre y en la captura del criminal. Mawson and Williams, la célebre firma financiera, viene siendo el custodio de valores que ascienden en conjunto a una suma muy superior al millón de libras esterlinas. Tan consciente estaba la Dirección de la casa de la responsabilidad que sobre ella recaía como consecuencia de los grandes intereses en juego, que instaló cajas de seguridad del último modelo, y un hombre armado montaba, noche y día, guardia en el edificio. Según parece, la firma tomó la pasada semana a su servicio a un nuevo escribiente, llamado Hall Pycroft. Pero el tal Pycroft no era otro que Beddington, el célebre falsificador y ladrón que salió recientemente con su hermano de cumplir una condena de cinco años de trabajos forzados. Valiéndose de medios que no están claros, obtuvo, usando un nombre falso, ese cargo oficial en las oficinas, y valiéndose del mismo, sacó los moldes de diferentes cerraduras y un conocimiento completo de la posición de la cámara acorazada de las cajas fuertes.

Es costumbre en la casa Mawson que los escribientes abandonen los sábados el trabajo al mediodía. Por eso el sargento Tuson, de la Policía de la City, se quedó sorprendido al ver, veinte minutos después de la una, a un caballero portador de una maleta, que bajaba la escalinata. Despertadas sus sospechas, el sargento siguió al hombre y consiguió detenerlo con la ayuda del guardia Pollock, después de una resistencia desesperada. Se vio en el acto que se había cometido un robo atrevido y gigantesco. Se encontraron dentro de la maleta títulos de ferrocarriles norteamericanos por valor de cerca de cien mil libras, aparte de otra importante cantidad de títulos mineros y de otras compañías. Al hacer un registro en los locales, fue descubierto el cadáver del desdichado vigilante, acurrucado dentro de la caja fuerte más espaciosa. De no haber sido por la rápida intervención del sargento Tuson, el cadáver no hubiera sido descubierto hasta el lunes por la mañana. La víctima tenía el cráneo destrozado por un golpe que le aplicó el asesino por detrás con un hurgón de hierro. No cabe la menor duda de que Beddington consiguió que le dejasen entrar alegando que se había dejado algo olvidado; una vez asesinado el vigilante, saqueó rápidamente la caja fuerte mayor y se largó de allí con el botín. El hermano de Beddington, que acostumbra a operar con él, no ha aparecido todavía en este caso, o por lo menos nada se sabe del mismo, aunque la Policía realiza enérgicas investigaciones para dar con su paradero.”

—Bien, podemos ahorrarle a la Policía algún trabajo a ese respecto —dijo Holmes echando un vistazo a la figura macilenta acurrucada junto a la ventana —. La naturaleza humana es una curiosa mezcla, Watson. Ya ve usted cómo un canalla y asesino puede inspirar a su hermano un cariño capaz de impulsarlo al suicidio cuando se entera de que el cuello de aquel no puede escapar a la horca. Pero, en este caso, nosotros no tenemos ahora opción. Señor Pycroft, si usted tiene la bondad de llegarse a la Comisaría, el doctor y yo quedaremos aquí de guardia.

5. La corbeta Gloria Scott

Tengo aquí unos papeles —me dijo mi amigo Sherlock Holmes, sentados una noche invernal al lado del fuego— que creo de veras, Watson, que merecerían un vistazo suyo. Se trata de los documentos acerca del extraordinario caso de la Gloria Scott, y éste es el mensaje que tanto horrorizó al juez de paz Trevor cuando lo leyó.

Había sacado de un cajón un pequeño rollo de aspecto ajado y, desatando su cinta, me entregó una breve nota garabateada en medio folio de papel gris pizarra. Decía:

«El suministro de caza para Londres aumenta sin cesar. Al guardabosque en jefe Hudson, según creemos, se le ha pedido ahora que reciba todos los encargos de papel atrapamoscas y que preserve la vida de vuestros faisanes hembra.»

Al levantar la vista, después de leer tan enigmático mensaje, vi que Holmes se reía de la expresión que había en mi rostro.

—Parece un tanto desconcertado —me dijo.

—No comprendo que un mensaje como éste pueda inspirar horror. A mí me parece más grotesco que cualquier otra cosa.

—Y no me extraña en absoluto. Sin embargo, persiste el hecho de que el lector, que era un anciano robusto y bien conservado, se desplomó al leerlo, como si le hubieran asestado un culatazo con una pistola.

—Excita mi curiosidad —dije—. ¿Por qué ha dicho hace un momento que había razones muy particulares por las que yo debería estudiar estos documentos?

—Porque fue el primer caso en el que yo intervine.

A menudo había tratado yo de saber de labios de mi compañero qué había orientado por primera vez su mente en la dirección de la investigación criminal,

pero hasta el momento nunca le había sorprendido en una vena comunicativa. Ahora se inclinó adelante en su sillón y extendió los documentos sobre sus rodillas. Después encendió su pipa y durante algún tiempo permaneció sentado, fumando y hojeándolos.

—¿Nunca me ha oído hablar de Víctor Trevor? —preguntó—. Fue el único amigo que tuve durante los dos años que pasé en el colegio universitario. Yo nunca fui un individuo muy sociable, Watson, y siempre preferí permanecer en mi habitación y desarrollar mis pequeños métodos de pensamiento, de modo que nunca alterné mucho con los jóvenes de mi curso. Excepto la esgrima y el boxeo, yo no tenía grandes aficiones atléticas y, además, mi línea de estudios era muy distinta de la de los demás condiscípulos, de modo que no teníamos ningún punto de contacto. Trevor era el único alumno al que yo conocía, y precisamente debido al accidente ocasionado por su bull-terrier, que plantó sus dientes en mi tobillo una mañana, cuando me dirigía a la capilla.

Fue una manera prosaica de forjar una amistad, pero resultó efectiva. Tuve que permanecer echado diez días, y Trevor solía venir a preguntar cómo estaba. Al principio sólo charlábamos un par de minutos, pero sus visitas no tardaron en prolongarse y antes de que terminara el curso éramos íntimos amigos. El era un muchacho cordial y saludable, lleno de ánimo y energía, el extremo opuesto a mí en muchos aspectos, pero descubrimos que teníamos algunos intereses en común, y se estableció un vinculo más cuando constaté que carecía de amigos igual que yo. Finalmente me invitó a pasar una temporada en la casa de su padre en Donnithorpe, Norfolk, y acepté su hospitalidad durante un mes de las vacaciones de verano.

El viejo Trevor era, evidentemente, un hombre de buena posición y de cierta categoría, juez de paz y terrateniente. Donnithorpe es un pequeño caserío al norte de Langmere, en la región de los Broads. La casa era un amplio y antiguo edificio, con vigas de roble y obra de mampostería, con una bonita avenida flanqueada por tilos que conducía hasta ella. Las oportunidades de cazar patos silvestres en los pantanos eran excelentes, así como la pesca. Tenía además una pequeña pero selecta biblioteca, procedente, según entendí, de un anterior ocupante, y una cocina tolerable, de modo que muy remilgado había de ser el hombre que no pudiera pasar allí un mes placentero.

Trevor padre era viudo, y mi amigo era su único hijo. Oí decir que hubo una hija, pero que murió de difteria en el curso de una visita a Birmingham. El padre me

interesó extraordinariamente. Era un hombre de poca cultura, pero con un vigor considerable tanto en el aspecto físico como mental. Apenas había leído libro alguno, pero había viajado extensamente, había visto gran parte del mundo y había recordado todo lo que aprendió. Como persona, era un hombre grueso y fornido, con una buena mata de cabellos grises, cara morena, curtida por la intemperie, y unos ojos azules cuya agudeza lindaba en la ferocidad. Sin embargo, gozaba de la reputación de ser un hombre bondadoso y caritativo en toda la comarca y era bien conocida la benignidad de sus sentencias como juez.

Una tarde, poco después de mi llegada, saboreábamos un vasito de oporto como remate de la cena, cuando el joven Trevor empezó a hablar acerca de aquellos hábitos de observación y deducción que yo ya había convertido en un sistema, aunque todavía no había reconocido el papel que habrían de desempeñar en mi vida. Evidentemente, el anciano creyó que su hijo exageraba en su descripción de un par de hechos triviales que yo había protagonizado.

—Vamos, señor Holmes —me dijo, riéndose con ganas—, yo soy un excelente sujeto, si es que puede deducir algo de mí.

—Temo que no haya gran cosa —contesté yo—. Pero podría sugerir que en los doce últimos meses ha temido usted algún ataque personal.

La risa desapareció de sus labios y me miró con viva sorpresa.

—Pues es la pura verdad —dijo—. Tú ya sabes, Víctor —añadió, volviéndose hacia su hijo—, que cuando dispersamos aquella pandilla de cazadores furtivos, juraron apuñalarnos, y de hecho sir Edward Hoby ha sido agredido. Desde entonces, yo siempre me he mantenido en guardia, pero no tengo la menor idea de cómo puede usted saberlo.

—Tiene un bastón muy elegante, señor Trevor —respondí—. Por la inscripción, he observado que no hace más de un año que obra en su poder. Pero se ha tomado usted el trabajo de agujerear su puño y verter plomo derretido en el orificio, a fin de convertirlo en un arma formidable. He deducido que no tomaría tales precauciones si no temiera algún peligro.

—¿Algo más? —preguntó, sonriendo.

—En su juventud, usted practicó muchísimo el boxeo.

—¡Ha acertado otra vez! ¿Y cómo lo ha sabido? ¿Acaso tengo la nariz algo desviada?

—No —contesté—. Se trata de sus orejas. Presentan el aplastamiento y la hinchazón peculiares que delatan al boxeador.

—¿Algo más?

—A juzgar por sus callosidades, se ha dedicado de firme a cavar.

—Gané todo mi dinero en los campos auríferos.

—También ha estado en Nueva Zelanda.

—De nuevo ha acertado.

—Ha visitado Japón.

—Cierto.

—Y ha estado usted íntimamente asociado con alguien cuyas iniciales eran J.A., una persona a la que después quiso olvidar por completo.

El señor Trevor se levantó lentamente, clavó en mi sus grandes ojos azules con una mirada extraña, desenfocada, y acto seguido se desplomó, víctima de un profundo desmayo, sepultando la cara entre las cáscaras de nuez que cubrían el mantel.

Puede imaginar, Watson, cuál fue la impresión que esto nos causó a su hijo y a mí. Sin embargo, el ataque no duró mucho, y cuando le desabrochamos el cuello de la camisa y rociamos su cara con el agua de un vaso, dio un par de boqueadas y se incorporó.

—¡Ay, muchachos! —dijo, esforzándose en sonreír—. Espero no haberos dado un susto. Pese a parecer tan fuerte, hay un punto débil en mi corazón y no se necesita gran cosa para ponerme fuera de combate. No sé cómo se las arregla usted, señor Holmes, pero tengo la impresión de que todos los detectives de la realidad y la ficción serían como chiquillos en sus manos. Este es su camino en la vida, señor, y puede creer en las palabras de un hombre que ha visto un poco el mundo.

Y esta recomendación, junto con la exagerada estimación de mis facultades que la precedió, fue, puede usted creerme, Watson, lo primero que me hizo pensar que cabía convertir en profesión lo que hasta entonces había sido mera afición. En aquel momento, sin embargo, a mí me preocupaba demasiado el súbito desvanecimiento de mi anfitrión para pensar en nada más.

—Espero no haber dicho nada que le haya disgustado —murmuré.

—Desde luego, me ha tocado en un punto de lo más sensible. ¿Puedo preguntarle cómo lo sabe y qué es lo que sabe?

Hablaba en un tono como medio en broma, pero en el fondo de sus ojos todavía había una expresión de terror.

—No puede ser más sencillo —contesté—. Cuando se arremangó un brazo para meter aquel pez en la barca, vi que le habían tatuado «J.A.» en el brazo. Las letras todavía eran legibles, pero se veía bien a las claras, a juzgar por su apariencia borrosa y por el teñido de la piel a su alrededor, que se habían hecho esfuerzos conducentes a su desaparición. Era obvio, pues, que en otro tiempo aquellas iniciales habían sido muy familiares y que, posteriormente, había querido olvidarlas.

—¡Qué vista tiene usted, señor Holmes! —exclamó con un suspiro de alivio—. Es tal como usted dice, pero no hablaremos de ello. Entre todos los fantasmas, los de nuestros viejos amores son los peores. Venga a la sala de billar y fume tranquilamente un cigarro.

A partir de aquel día, y a pesar de toda su cordialidad, siempre hubo una nota de suspicacia en la actitud del señor Trevor conmigo. Hasta su hijo se dio cuenta. «Le diste tal susto al jefe —me dijo— que nunca más volverá a estar seguro de lo que sabes y de lo que no sabes.» Tengo la certeza de que él se esforzaba en no manifestarlo, pero la sospecha estaba tan firmemente arraigada en su mente que afloraba en cualquier ocasión. Finalmente, llegué a estar tan convencido de que le causaba tal inquietud que di por concluida mi visita. Pero el mismo día de mi partida, antes de marcharme, ocurrió un incidente que después demostraría tener su importancia.

Estábamos sentados los tres en sillas del jardín y sobre el césped, tomando el sol y admirando la vista a través de los Broads, cuando salió la sirvienta para decir que ante la puerta había un hombre que deseaba ver al señor Trevor.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó mi anfitrión.

—No ha querido dar ninguno.

—¿Qué quiere, pues?

—Dice que usted lo conoce y que sólo desea unos momentos de conversación.

—Hazle pasar aquí.

Un momento después apareció un hombrecillo apergaminado, con una actitud servil y unos andares bamboleantes. Llevaba una chaqueta abierta, con una gran salpicadura de alquitrán en la manga, una camisa a cuadros rojos y negros, pantalones de tela basta y unas recias botas desgastadas. Tenía un rostro moreno, enjuto y sagaz, con una perpetua sonrisa que mostraba una línea irregular de dientes amarillos, y sus manos arrugadas estaban cerradas a medias, de un modo que es distintivo de los marineros. Al acercarse, encorvado, a través del césped, oí que la garganta del señor Trevor producía un ruido semejante a un hipo y, abandonando de un salto su silla, corrió precipitadamente hacia la casa. Volvió al cabo de unos momentos y, al pasar junto a mí, mi olfato captó una intensa vaharada de brandy.

—Y bien, buen hombre —dijo—, ¿qué puedo hacer por usted?

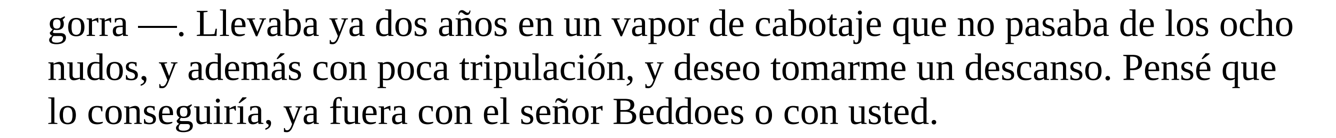
El marinero le miraba con ojos entrecerrados y con la misma e incesante sonrisa en su faz. ¿me conoce? —le preguntó.

—¡Vaya, hombre! ¡Pero si es Hudson! —exclamó el señor Trevor en un tono de sorpresa.

—Y Hudson soy, señor —dijo el marinero—. Es que han pasado más de treinta años desde la última vez que le vi. Y aquí está usted en su casa, y yo comiendo todavía mi tasajo sacado del barril de a bordo.

—Tranquilo, hombre, pues verás que no he olvidado tiempos ya lejanos —dijo el señor Trevor y, avanzando hacia el marinero, le murmuró algo en voz baja. A continuación, y en voz alta añadió—: Ve a la cocina, allí te darán comida y bebida. Y no me cabe duda de que te encontraré un empleo.

—Gracias, señor —repuso el marinero, llevándose la mano a la visera de la



gorra —. Llevaba ya dos años en un vapor de cabotaje que no pasaba de los ocho nudos, y además con poca tripulación, y deseo tomarme un descanso. Pensé que lo conseguiría, ya fuera con el señor Beddoes o con usted.

—¡Ah! —gritó el señor Trevor—. ¿Sabes dónde está el señor Beddoes?

—Por favor, señor, yo sé dónde están todos mis viejos amigos —dijo el hombre con una sonrisa siniestra, y se deslizó tras la sirvienta en dirección a la cocina.

El señor Trevor murmuró algo acerca de haber navegado junto con aquel hombre cuando volvió de las minas. Después entró en la casa, dejándonos a los tres fuera. Al entrar nosotros una hora más tarde, lo encontramos borracho perdido, echado en el sofá de la sala de estar. Todo el incidente dejó en mi mente una impresión desagradable. Al día siguiente no me dolió abandonar Donnithorpe, pues pensaba que mi presencia podía ser motivo de embarazo para mi amigo.

Esto ocurrió durante el primer mes de las vacaciones de verano. Yo volví a mis habitaciones de Londres, donde pasé siete semanas dedicado a unos experimentos de química orgánica. Un día, sin embargo, cuando el otoño ya estaba bastante avanzado y las vacaciones tocaban a su fin, recibí un telegrama de mi amigo en el que me rogaba que volviera a Donnithorpe a fin de recabar mi consejo y ayuda.

Me recibió con el dog cart en la estación, y comprendí al primer vistazo que en los dos últimos meses le habían sometido a dura prueba. Había adelgazado y se notaba que le agobiaba alguna inquietud, pues había perdido aquella actitud amable y jovial que tanto le caracterizaba.

—El jefe se está muriendo —fueron sus primeras palabras.

—¡Imposible! —grité—. ¿Qué le ocurre?

—Apoplejía. Un choque nervioso. Todo el día ha estado al borde del final. Dudo de que lo encontremos con vida.

—Como puede imaginar, Watson, me sentí horrorizado por esta noticia inesperada.

—¿Cuál ha sido la causa? —pregunté.

—Ah, ésta es la cuestión. Sube y podremos comentarlo durante el trayecto.

¿Recuerdas aquel individuo que llegó la tarde anterior a tu partida?

—Perfectamente.

—¿Sabes a quién dejamos entrar en casa aquel día?

—No tengo ni la menor idea.

—¡Era el Diablo, Holmes! —exclamo.

Lo miré estupefacto.

—Sí, era el Diablo personificado. Desde entonces no hemos tenido ni una hora de paz, ni una sola. Desde aquella tarde, el jefe ya no volvió a levantar cabeza, y ahora le ha sido arrebatada la vida y se le ha partido el corazón, todo debido a ese maldito Hudson.

—¿Qué poder tiene, pues?

—¡Ah, esto es lo que yo desearía saber a cualquier precio! ¡El bueno del jefe, tan amable y caritativo! ¿Cómo pudo caer en las manos de semejante rufián? Pero me alegra tanto que hayas venido, Holmes... Confío muchísimo en tu buen juicio y en tu discreción, y sé que me darás el mejor consejo.

Avanzábamos a lo largo de la lisa y blanca carretera rural, y ante nosotros brillaba el largo tramo de los Broads bajo la luz roja del sol poniente. En una arboleda a nuestra izquierda, ya podía ver las altas chimeneas y el mástil de la bandera que señalaban la mansión del squire.

—Mi padre nombró jardinero a aquel tipo —explicó mi compañero— y después, ya que esto no le satisfizo, lo ascendió a mayordomo. Parecía como si la casa estuviera a su merced; la recorría y hacia en ella cuanto se le antojaba. Las criadas se quejaron de su afición a la bebida y de su lenguaje soez, y mi padre les aumentó el sueldo a todas para compensarles de estas molestias. Aquel individuo utilizaba la barca y la mejor escopeta de mi padre, y se regalaba con pequeñas cacerías. Y todo esto lo hacía con una cara tan insolente y burlona que, si hubiera sido un hombre de mi edad, veinte veces le hubiera tumbado de un puñetazo. Te aseguro, Holmes, que en todo momento me he sometido a un férreo control, pero

ahora me pregunto si no hubiera obrado mucho mejor abandonándome un poco más a mis impulsos.

Pues bien, entre nosotros las cosas fueron de mal en peor, y ese animal de Hudson se mostró cada vez más entrometido, hasta que un día, al contestar con insolencia a mi padre en mi presencia, lo agarré por un hombro y lo expulsé de la habitación. Se retiró con un rostro lívido y unos ojos ponzoñosos, que proferían más amenazas de las que hubiese podido pronunciar su lengua. No sé qué ocurrió entre mi pobre padre y él después de esto, pero papá me llamó el día siguiente y me preguntó si no podía yo ofrecer mis excusas a Hudson. Como puedes imaginar, me negué y a la vez intuí cómo podía permitir mi padre que semejante granuja se tomara tantas libertades con él y con el personal de la casa.

—Ah, muchacho —me dijo—, hablar cuesta muy poco, pero tú no sabes cuál es mi situación. Sin embargo, lo sabrás, Víctor. Yo me ocuparé de que lo sepas, ocurra lo que ocurra. ¿Verdad que no crees que tu pobre y viejo padre haya cometido nada malo?

Estaba muy emocionado y se encerró todo el día en el estudio donde, como pude ver a través de la ventana, escribía afanosamente.

Aquella tarde se produjo lo que a mí me representó un gran alivio, pues Hudson nos anunció que iba a dejarnos. Entró en el comedor, donde nosotros estábamos sentados después de cenar, y manifestó su intención con la voz pastosa del hombre medio bebido.

—Ya estoy harto de Norfolk —dijo—. Me iré a casa del señor Beddoes, en el Hampshire. Sé que se alegrará tanto como usted cuando me vea.

—Espero que no irás a marcharte enfadado, Hudson —dijo mi padre con una docilidad que hizo hervir mi sangre en las venas.

—No me han sido presentadas excusas —replicó él, ceñudo y mirando en mi dirección.

—Víctor, ¿no reconoces que has tratado con dureza a este buen hombre? —preguntó mi padre, volviéndose hacia mí.

—Muy al contrario, creo que los dos hemos mostrado con él una paciencia extraordinaria —repuse.

¿Ah, sí, conque éstas tenemos? —gruñó Hudson—. Pues muy bien, hombre. ¡Ya nos ocuparemos de esto!

Salió del comedor con la cabeza gacha y media hora más tarde abandonó la casa, dejando a mi padre en un estado de penoso nerviosismo. Noche tras noche, le oía pasear por su habitación, y precisamente, cuando ya empezaba a recuperar la confianza en sí mismo, cayó por fin el golpe sobre él.

—¿Y cómo fue? —inquirí con afán.

—Del modo más extraordinario. Ayer por la tarde llegó una carta destinada a mi padre con el matasellos de Fordingbridge. Mi padre la leyó, se llevó ambas manos a la cabeza y empezó a caminar por la habitación, describiendo pequeños círculos, como el hombre que ha perdido los sentidos. Cuando por fin le hice echarse en un sofá, su boca y sus párpados se habían desviado a un lado y comprendí que había sufrido un ataque de apoplejía. El doctor Fordham vino en seguida y acostamos a mi padre, pero hoy la parálisis ha aumentado y no da señales de recuperar el conocimiento. Creo muy difícil que aún lo encontremos vivo.

—¡Me horrorizas, Trevor! —exclamé—. ¿Qué podía haber leído en aquella carta, para que causara un resultado tan espantoso?

—Nada. Y esto es lo inexplicable del asunto. El mensaje era tan absurdo como trivial. ¡Ah, Dios mío, como yo temía!

Mientras hablaba enfilamos la curva de la avenida de entrada y, a la luz mortecina, vimos que todas las persianas de la casa estaban echadas. Corrimos hacia la puerta, y el semblante de mi amigo se convulsionó por el dolor al ver aparecer en el umbral un caballero vestido de negro.

—¿Cuándo ha ocurrido, doctor? —preguntó Trevor.

—Casi inmediatamente después de marcharse usted.

—¿Recobró el conocimiento?

—Por unos momentos antes del final.

—¿Algún mensaje para mí?

—Sólo que los papeles están en el cajón posterior del armario japonés.

Mi amigo subió con el doctor a la cámara mortuoria, mientras yo permanecía en el estudio, dando al asunto vueltas y más vueltas en mi cabeza y sintiéndome más apenado que en ningún otro instante de mi vida. ¿Cuál debía ser el pasado de Trevor, pugilista, viajero y buscador de oro, que se había puesto en manos de aquel marinero de rostro patibulario? ¿Por qué, asimismo, había de desmayarse ante una alusión a las iniciales medio borradas en su brazo, y morirse de miedo al recibir una carta de Fordingbridge? Recordé entonces que Fordingbridge estaba en el Hampshire, y que aquel señor Beddoes, al que había ido a visitar el marinero, y presumiblemente a extorsionarle, también había sido mencionado como residente en el Hampshire. Por consiguiente, la carta o bien podía proceder de Hudson, el marinero, para anunciar que había traicionado el culpable secreto que parecía existir, o bien haber sido escrita por Beddoes, a fin de advertir a un antiguo confederado sobre la inminencia de esta delación. Hasta aquí la cosa parecía bastante clara. Pero en este caso, ¿cómo podía el mensaje ser trivial y grotesco, tal como lo describía el hijo? Debía de haberlo interpretado mal. Y si era así, bien podía tratarse de uno de aquellos códigos secretos que quieren decir una cosa mientras aparentan decir otra. Yo tenía que leer esa carta. Si había en ella un significado oculto, yo confiaba en poder desentrañarlo.

Durante una hora permanecí sentado, meditando al respecto en la semioscuridad, hasta que finalmente una sirvienta llorosa trajo una lámpara. La seguía mi amigo Trevor, que entró pálido pero sereno, con estos mismos papeles que ahora tengo sobre mis rodillas. Se sentó ante mí, acercó la lámpara al borde de la mesa y me entregó una breve nota escrita, como ve usted, en una sola cuartilla de color gris. Decía: «El suministro de caza para Londres aumenta sin cesar. Al guardabosque en jefe Hudson, según creemos, se le ha pedido ahora que reciba todos los encargos de papel atrapamoscas y que preserve la vida de vuestros faisanes hembra.

Le aseguro que en mi cara se reflejó el mismo asombro que en la suya cuando leí por primera vez este mensaje. Acto seguido lo releí cuidadosamente. Era, evidentemente, lo que había pensado yo, y una segunda versión había de ocultarse en esa extraña combinación de palabras. ¿Y no podía ser que tuviera un significado ya previamente convenido en palabras tales como «papel atrapamoscas» y «faisanes hembra»? Este significado sería arbitrario y de ningún modo se le podría deducir. Sin embargo, me sentía poco inclinado a creer que fuera éste el caso, y la presencia del nombre «Hudson» parecía indicar que

el tema del mensaje era el que yo había sospechado, y que procedía de Beddoes más bien que del marinero. Probé la lectura hacia atrás, pero los resultados nada tenían de alentadores. A continuación probé con palabras alternativas, pero tampoco pareció que el sistema prometiera aportar alguna luz. Y a continuación, en un instante, tuve en mis manos la clave del enigma, pues vi que cada tercera palabra, comenzando por la primera, construía un mensaje que bien podía llevar al viejo Trevor a la desesperación: «El juego ha terminado. Hudson lo ha contado todo. Huye para salvar tu vida.»[1]

Víctor Trevor hundió el rostro entre sus manos temblorosas.

—Ha de ser esto, supongo —dijo—. Y esto es peor que la muerte, porque significa también el deshonor. Pero, ¿cuál es el significado de ese «guardabosque» y esos «faisanes hembra»?

—Nada significan para el mensaje, pero podrían representar mucho para nosotros si no tuviéramos otros medios para descubrir al remitente. El ha empezado por escribir: «El... juego... ha...», y así sucesivamente. Y después, para ajustarse al código acordado, ha tenido que meter dos palabras en cada espacio vacío. Como es natural, utilizó las primeras palabras que acudieron a su mente, y por haber entre ellas tantas que hacen referencia al deporte de la caza, cabe tener la tolerable seguridad de que o bien es un apasionado de la caza o tiene interés por la cría de animales. ¿Tú sabes algo de ese Beddoes?

—Ahora que lo mencionas —me contestó—, recuerdo que mi pobre padre recibía cada otoño una invitación suya para ir a cazar en su vedado.

—Entonces es indudable que la nota procede de él —dije—. Sólo nos queda descubrir qué es este secreto que el marinero blandía sobre las cabezas de estos dos hombres ricos y respetados.

—Por desgracia, Holmes, mucho me temo que sea un pecado vergonzoso —manifestó mi amigo—. Mas para ti yo no tengo secretos. He aquí la declaración que escribió mi padre cuando supo que el peligro por parte de Hudson se había hecho inminente. La encontré en el armario japonés, tal como se lo dijo él al doctor. Léemela tu mismo, pues yo no tengo fuerzas ni valor para hacerlo.

—Estos son los mismos documentos, Watson, que él me entregó, y ahora se los

leeré a usted tal como aquella noche se los leí a él en el viejo estudio. Como ve, hay un título bastante explícito: «Detalles del viaje de la corbeta Gloria Scott desde que zarpó de Falmouth el 8 de octubre de 1855, hasta su destrucción en latitud Norte 150º 20', longitud Oeste 250º 14', el 6 de noviembre.» Está presentado en forma de carta y dice lo siguiente:

«Mi querido, queridísimo hijo... Ahora, cuando una inminente desgracia empieza a oscurecer los últimos años de mi vida, puedo escribir con toda veracidad y sinceridad que no es el temor a la ley, ni la pérdida de mi posición en el condado, ni tampoco mi caída a los ojos de todos aquellos que me han conocido lo que más destroza mi corazón, sino la idea de que tengas que sonrojarte por mi culpa... tú, que me quieres y que rara vez, quiero esperarlo, has tenido motivo para no respetarme. Pero si cae el golpe que desde siempre me está amenazando, entonces desearía que leyeras esto para que sepas a través de mi hasta qué punto se me puede culpar. Por otra parte, si todo va bien (¡Así quiera concederlo Dios Todopoderoso!) y si por azar este papel todavía pudiera ser destruido y cayera en tus manos, por la memoria de tu querida madre y por el amor que existe entre nosotros, arrójalo al fuego y nunca más vuelvas a dedicarle un solo pensamiento.

En cambio, si tus ojos recorren estas líneas, ello querrá decir que habré sido denunciado y arrebatado de mi casa, o bien, lo que será más probable, pues ya sabes que tengo un corazón débil, que yaceré con mi lengua sellada para siempre por la muerte.

Mi nombre, querido hijo, no es Trevor. Yo era James Armitage en mis años mozos, y ahora comprenderás la impresión que me causó hace unas semanas, que tu amigo del colegio me dirigiera unas palabras que daban a entender que había penetrado en mi secreto. Como Armitage entré a trabajar en un banco de Londres. También como Armitage fui acusado de quebrantar las leyes de mi país y sentenciado a la deportación. No me juzgues con dureza, hijo mío: me vi obligado a pagar lo que se llama una deuda de honor y, para hacerlo, empleé dinero que no era mío, seguro de que podría devolverlo antes de que hubiera la posibilidad de que lo echaran en falta. Pero me persiguió el más atroz de los infortunios, el dinero con el que yo había contado nunca llegó a mis manos, y una prematura revisión de las cuentas bancarias reveló mi desfalco. Mi caso hubiera podido ser juzgado con benevolencia, pero hace treinta años las leyes eran aplicadas con mayor dureza que ahora, y el día en que cumplía veintitrés años me vi encadenado, como cualquier delincuente y junto con otros treinta y siete presidiarios, en el entrepuente de la Gloria Scott, con destino a Australia.

Corría el año 1855. La guerra de Crimea estaba en su apogeo y los viejos barcos destinados a los presidiarios eran utilizados en su mayor parte como transporte en el mar Negro. Por consiguiente, el gobierno se veía obligado a emplear embarcaciones más pequeñas y menos adecuadas para enviar a ultramar sus presidiarios. La Gloria Scott había transportado té de China, pero era un buque anticuado, de proa roma y gran manga, y los nuevos clippers lo habían arrinconado. Desplazaba 500 toneladas y, además de sus treinta y ocho presidiarios, llevaba a bordo una tripulación de veintiséis hombres, dieciocho soldados, un capitán, tres pilotos, un médico, un capellán y cuatro guardianes. En total, casi un centenar de almas íbamos a bordo cuando zarpamos de Falmouth.

Los tabiques entre las celdas de los presidiarios, en vez de ser de grueso roble, como es usual en los barcos que transportan presidiarios, eran bastante delgados y frágiles. El preso contiguo, en dirección a popa, ya me había llamado la atención cuando recorrimos el muelle. Era un hombre joven, de cara blanca e imberbe, nariz larga y delgada, y mandíbula bastante poderosa. Mantenía la cabeza airosamente alta, caminaba con un cierto contoneo y destacaba, sobre todo, por su extraordinaria altura. No creo que ninguno de nosotros le llegara al hombro; estoy seguro de que no medía menos de seis pies y medio. Resultaba extraño ver entre tantos rostros tristes y ajados una faz tan llena de energía y determinación. Su visión fue para mí como la de una reconfortante hoguera en plena tormenta de nieve. Me alegré al descubrir que era mi vecino, y todavía más cuando, en plena noche, oí un susurro junto a mi oído y observé que se las había arreglado para abrir un orificio en la delgada tabla que nos separaba.

—Hola, compañero —me dijo—. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué estás aquí?

Se lo dije y pregunté, a mi vez, con quién hablaba.

—Soy Jack Prendergast —me contestó—, y por todos los cielos te aseguro que aprenderás a bendecir mi nombre antes de lo que tarda en cantar el gallo.

Yo recordaba haber oído hablar de su caso, pues había causado una sensación enorme en todo el país, poco antes de mi propio arresto. Era hombre de buena familia y de una gran capacidad, pero con hábitos torcidos e incurables, y que, mediante un ingenioso sistema de fraude, había obtenido sumas enormes de los principales comerciantes de Londres.

—¡Ajá! ¿Con qué recuerdas mi caso? —exclamó con orgullo.

—Y muy bien, por cierto.

—Entonces tal vez recuerdes algo extraño en él.

—¿El qué?

—Yo me había hecho casi con un cuarto de millón, ¿no es así?

—Así se dijo.

—Pero no se recuperó ni un céntimo, ¿verdad?

—No.

—Bien, ¿y dónde crees que está el botín? —inquirió.

—No tengo ni la menor idea.

—Pues aquí, entre mi pulgar y el índice —me aseguró—. Por Dios que tengo más libras a mi nombre que tu pelos en la cabeza. Y si tienes dinero, hijo mío, y sabes cómo manejarlo y hacerlo circular, ¡puedes lograr cualquier cosa! Y no irás a creer que un hombre que puede hacer cualquier cosa se dispone a gastar el asiento de sus pantalones sentado en la apestosa bodega de un mohoso carguero de las costas de China, infestado por las ratas y las cucarachas, y semejante a un ataúd viejo y putrefacto. No, señor, un hombre como yo cuidará de sí mismo y cuidará de sus amigos. ¡Puedes estar seguro de ello! Tú confía en él, y tan cierto como la Biblia que él te sacará adelante.

Tal era su manera de hablar y, al principio, creí que nada significaba, pero al cabo de un tiempo, cuando me hubo puesto a prueba y juramentado con toda la solemnidad posible, me dio a entender que había realmente una conspiración para apoderarse del barco. Una docena de presidiarios lo habían tramado antes de subir a bordo; Prendergast era el jefe, y su dinero era el factor motivador.

—Yo tenía un asociado —me dijo—, un hombre de rara valía y tan leal como la culata de un fusil al cañón del mismo. Se ordenó como sacerdote, ¿y dónde crees que se encuentra en este momento? Pues bien, es el capellán de este barco... ¡Nada menos que el capellán! Subió a bordo con un abrigo negro y sus papeles

en orden, y en su caja lleva dinero suficiente para comprar este trasto desde la quilla hasta lo alto del palo mayor. La tripulación es suya en cuerpo y alma. Pudo comprarla a tanto la gruesa con descuento por pago al contado, y lo hizo incluso antes de que firmaran el conocimiento de embarque. Cuenta con dos de los guardianes y con Mercer, el segundo oficial, y conseguiría al propio capitán si creyese que valía la pena.

—¿Qué hemos de hacer, pues? —pregunté.

—¿Qué te figuras? —repuso—. Vamos a hacer que las casacas de estos soldados se vuelvan más rojas que cuando las cortó el sastre.

—Pero ellos están armados —alegué.

—Y también lo estaremos nosotros, muchacho. Hay un par de pistolas para cada hijo de madre de los nuestros, y si no podemos apoderarnos de este barco con una tripulación que nos respalde, valdrá más que nos manden a todos a un pensionado de señoritas. Habla esta noche con tu vecino de la izquierda y entérate de si se puede confiar en él.

Así lo hice, y averigüé que era un joven en una situación muy semejante a la mía, cuyo delito había sido el de falsificación. Se llamaba Evans, pero después cambió de nombre, igual que yo, y hoy es un hombre rico y próspero en el sur de Inglaterra.

Estaba más que dispuesto a unirse a la conspiración, como único medio para salvarnos, y antes de haber cruzado el golfo de Vizcaya sólo dos de los presidiarios no estaban enterados del secreto. Uno de ellos era un débil mental en el que no nos atrevimos a confiar; el otro padecía una ictericia y no podía sernos de ninguna utilidad.

En realidad, desde el primer momento no hubo nada que pudiera impedirnos tomar posesión del navío. La tripulación la formaban un grupo de rufianes, especialmente elegidos para el trabajo. El supuesto capellán entraba en nuestras celdas para exhortarnos, equipado con un maletín negro en apariencia lleno de folletos religiosos, y tan a menudo nos visitaba que el tercer día cada uno de nosotros ya había ocultado al pie del camastro una lima, un par de pistolas, una libra de pólvora y veinte postas. Dos de los guardianes eran agentes de Prendergast y el segundo oficial era su mano derecha. El capitán, los otros dos oficiales, el doctor y el teniente Martin y sus dieciocho soldados, era a todo lo

que deberíamos enfrentarnos. No obstante, pese a esta providencia, decidimos no descuidar ninguna precaución y efectuar nuestro ataque de repente y por la noche. Sin embargo, se produjo antes de lo que esperábamos y del modo siguiente:

Una tarde, alrededor de la tercera semana después de nuestra partida, el doctor había bajado para visitar a uno de los presidiarios que estaba enfermo y, al poner la mano en la parte inferior del catre, palpó el perfil de las pistolas. Si hubiera guardado silencio, habría podido enviarlo todo al traste, pero era un hombrecillo nervioso y lanzó una exclamación de sorpresa, y se puso tan pálido que el otro supo al instante lo que ocurría y lo inmovilizó. Fue amordazado antes de que pudiera dar la alarma y atado a la cama. Había dejado abierta la puerta que conducía a cubierta y por ella salimos todos precipitadamente. Los dos centinelas fueron abatidos a tiros y también un cabo que acudió corriendo para saber qué ocurría. Había otros dos soldados ante la puerta del salón, mas al parecer sus mosquetes no estaban cargados, ya que no llegaron a disparar contra nosotros, y ambos fueron acribillados a balazos mientras trataban de calar sus bayonetas. Corrimos entonces hacia el camarote del capitán, pero al abrir la puerta se oyó una detonación en el interior y lo encontramos con la cabeza apoyada en el mapa de Atlántico, sujeto con chinchetas a la mesa, y con el capellán junto a él, con una pistola humeante en su mano. Los dos oficiales habían sido hechos prisioneros por la tripulación y la situación parecía totalmente dominada.

El salón era contiguo al camarote; entramos en él y nos acomodamos en sus bancos, hablando todos a la vez, pues nos enloquecía la sensación de gozar nuevamente de libertad. Había armarios a nuestro alrededor, y Wilson, el falso capellán, descerrajó uno de ellos y sacó una docena de botellas de jerez. Rompimos sus golletes, vertimos el vino en vasos y los estábamos apurando, cuando de pronto, sin la menor advertencia, llegó el rugido de los mosquetes a nuestros oídos y el salón se llenó de humo, hasta el punto que no podíamos ver a través de la mesa. Wilson y otros ocho hombres se retorcían en el suelo, unos sobre otros; y la sangre y el jerez añejo sobre aquella mesa todavía me enferman cuando pienso en ello. Tanto nos intimidó aquella visión, que creo que nos hubiéramos dado por vencidos de no haber sido por Prendergast, que bramó como un toro y se precipitó hacia la puerta con todos los supervivientes pisándole los talones. Nos habían disparado a través de las lumbreras entreabiertas del salón. Salimos a cubierta y allí, a popa, se encontraban el teniente y diez de sus hombres. Nos lanzamos sobre ellos antes de que

consiguieran cargar de nuevo sus mosquetes; se defendieron con coraje, pero pudimos con ellos y, cinco minutos después, todo había terminado. A fe mía que dudo que hubiera un matadero como aquel barco. Prendergast parecía un demonio enfurecido y agarró a los soldados como si fueran chiquillos y los arrojó por la borda, vivos o muertos. Había un sargento con terribles heridas y, sin embargo, se mantuvo a nado durante un tiempo sorprendente, hasta que alguien tuvo la misericordia de volarle la tapa de los sesos. Cuando terminó la refriega, no quedaba con vida ninguno de nuestros enemigos, excepto los guardianes, los oficiales y el doctor.

Precisamente por causa de ellos se produjo la gran disputa. Muchos de nosotros nos dábamos por satisfechos con la recuperación de nuestra libertad y no deseábamos cargar con asesinatos nuestras conciencias. Una cosa era tumbar a los soldados armados y otra presenciar cómo se mataban hombres a sangre fría. Ocho de nosotros, cinco presidiarios y tres marineros, dijimos que no queríamos presenciar semejante atrocidad, pero no hubo manera de convencer a Prendergast y sus seguidores. Dijo que nuestra única probabilidad de salvación radicaba en efectuar un trabajo a fondo, y que no dejaría una sola lengua capaz de hablar más tarde en el estrado de los testigos. A punto estuvimos de correr la misma suerte de los rehenes pero finalmente Prendergast dijo que, si queríamos, podíamos quedarnos con un bote de salvamento y largarnos. Aceptamos en el acto, pues ya estábamos hartos de tantos sucesos sangrientos y sabíamos que las cosas no harían sino empeorar. Nos entregaron un traje de marinero a cada uno, dos barriles de agua y otros dos, uno de tasajo y otro de galleta, y una brújula. Prendergast nos arrojó una carta de navegación, nos dijo que éramos marineros cuyo buque había naufragado en los 50º lat. N y 250º long. O, y después cortó la amarra y nos dejó marchar.

Y ahora, mi querido hijo, viene la parte más sorprendente de mi historia. Durante la rebelión, los marineros, para inmovilizar el barco, habían puesto en facha la vela del trinquete, pero ahora, mientras nos alejábamos de ellos, la izaron de nuevo y, puesto que soplaba un suave viento del nordeste —los alisios—, la corbeta empezó a distanciarse lentamente de nosotros. Nuestro bote subía y bajaba a merced del monótono oleaje, y Evans y yo, que éramos los más cultos del grupo, estábamos sentados a popa calculando nuestra posición y planeando hacia qué costa de África podíamos dirigirnos. Era una cuestión peliaguda, ya que Cabo Verde quedaba sólo a unas quinientas millas al noreste y Sierra Leona a unas setecientas al este. En resumidas cuentas, visto que soplaban a favor los vientos alisios, pensamos que la mejor opción sería Sierra Leona, y pusimos

rumbo en esta dirección, cuando la corbeta casi ocultaba ya su casco a estribor. De pronto, mientras la estábamos mirando, vimos que brotaba de ella una densa columna de humo, que se cernió sobre el horizonte como un árbol monstruoso. Unos segundos más tarde, una explosión retumbó como un trueno en nuestros oídos y, cuando la humareda se disipó un poco, no vimos ni rastro de la Gloria Scott. Instantes después, viramos en redondo y remamos con todas nuestras fuerzas hacia el lugar donde el humo que aún flotaba sobre el agua marcaba la escena de la catástrofe.

Pasó una larga hora antes de que llegáramos a ella y al principio temimos que fuera ya demasiado tarde para salvar a alguien. Un bote hecho astillas y varias jaulas de embalaje y restos de la arboladura, que se balanceaban sobre las olas, nos señalaron dónde se había ido a pique la corbeta. Al no advertir indicios de vida perdimos toda esperanza, y ya nos alejábamos cuando oímos un grito de auxilio y vimos a cierta distancia unos restos del naufragio, con un hombre tendido sobre ellos. Cuando lo subimos a bordo de nuestro bote, resultó ser un marinero llamado Hudson, tan exhausto y lleno de quemaduras que hasta la mañana siguiente no pudo contarnos lo ocurrido.

Al parecer, después de marcharnos nosotros, Prendergast y su pandilla se habían dedicado a dar muerte a los restantes rehenes: el tercer oficial y los dos guardianes fueron muertos a tiros y arrojados por la borda. Seguidamente, Prendergast bajó al entre-puente y con sus propias manos degolló al infortunado cirujano. Sólo quedaba el primer oficial, un hombre audaz y decidido que, cuando vio al presidiario acercarse a él con el cuchillo ensangrentado en la mano, se desprendió de sus ligaduras que de algún modo había conseguido aflojar y, echando a correr por la cubierta, se precipitó hacia la bodega de popa.

Una docena de presidiarios que bajaron pistola en mano en pos de él, lo encontraron con una caja de cerillas en la mano, sentado junto a un barril de pólvora abierto, uno del centenar que había a bordo, y jurando que los haría volar a todos por los aires si se le molestaba. Un instante después se produjo la explosión, aunque Hudson creía que fue causada por la bala mal dirigida de uno de los presidiarios y no por la cerilla del oficial. Pero cualquiera que fuese la causa, significó el fin de la Gloria Scott y de la chusma que se había apoderado de la corbeta.

Tal es, mi querido hijo, la historia de ese terrible asunto en el que me vi envuelto. El día siguiente nos recogió el bergantín Hodspur, con destino a Australia, cuyo

capitán no tuvo dificultad en creer que éramos los supervivientes de un barco de pasaje que se había ido a pique. La Gloria Scott fue considerada por el Almirantazgo como perdida en alta mar, y ni una sola palabra se ha sabido jamás acerca de su verdadero sino. Tras un viaje excelente, el Hodspur nos desembarcó en Sidney, donde Evans y yo cambiamos nuestros nombres y nos dirigimos a las excavaciones en busca de oro, donde, entre la multitud allí concentrada, procedente de todas las naciones, no tuvimos la menor dificultad en perder nuestras anteriores identidades.

No es necesario que relate el resto. Prosperamos, viajamos, volvimos a Inglaterra como ricos colonos, y adquirimos propiedades rurales. Durante más de veinte años hemos llevado una existencia pacífica y útil, y esperábamos que nuestro pasado estuviera enterrado para siempre. Imagina, pues, mis sentimientos cuando en el marinero que nos vino a ver reconocí al instante al hombre que habíamos salvado del naufragio. De alguna manera había averiguado nuestro paradero y estaba dispuesto a vivir a expensas de nuestro miedo.

Comprenderás ahora por qué me esforcé en vivir en paz con él, y hasta cierto punto compartirás conmigo los temores que me invaden, después de que se haya alejado de mí ha ido en busca de otra víctima con amenazas en su boca.

Debajo había escrito con una mano tan temblorosa que el texto apenas resultaba legible: «Beddoes escribe en clave que H. lo ha contado todo. ¡Que el Señor se apiade de nuestras almas!»

—Tal fue la narración que aquella noche le leí al joven Trevor, y yo creo, Watson, que, dadas las circunstancias, era de lo más dramático. El buen muchacho se quedó con el corazón destrozado a causa de ella y se marchó a las plantaciones de té de Terai, donde, según he oído decir, se defiende bien. En cuanto al marinero y a Beddoes, nunca más se volvió a saber de ellos desde el día en que fue escrita la carta de advertencia. Ambos desaparecieron absolutamente. La policía no recibió ninguna denuncia, de modo que Beddoes juzgó como un hecho lo que era tan sólo una amenaza. A Hudson se le había visto acechar furtivamente en las cercanías, y la policía llegó a creer que había liquidado a Beddoes y a continuación había huido. Por mi parte, creo que la verdad fue exactamente lo opuesto. Considero como lo más probable que Beddoes, movido por la desesperación y creyéndose ya traicionado, se vengó de Hudson y huyó del país con todo el dinero al que pudo echar mano. Tales son los hechos del caso, doctor, y si resultan de alguna utilidad para su colección, le

aseguro que los pongo gustosamente a su disposición.

[1] (N. del T.) El código es intraducible, pues para aplicar la clave habría que cambiar el texto del mensaje, al cual se sigue haciendo referencia más adelante. Sin embargo, para aquellos lectores aficionados a descifrar códigos secretos, creo conveniente transcribir el mensaje completo en su versión original inglesa, así como el verdadero texto ya descifrado: The supply of game for London is going steadily up. Head-keeper Hudson, we believe, has been now told to receive all orders for flypaper and for preservation of your hen pheasant's life. Y anotando cada tercera palabra, a partir de la primera, el resultado es el siguiente: «The game is up. Hudson has told all. Fly for your life».

6. El ritual de Musgrave

«¿Qué rescoldos de venganza se convirtieron de pronto en llamaradas en el alma de aquella apasionada mujer?»

Una anomalía que a menudo me llamaba la atención en el carácter de mi amigo Sherlock Holmes era la de que, a pesar de que en sus métodos de pensamiento era el más ordenado y metódico de todos los hombres, y aunque también mostraba un cierto esmero discreto en su manera de vestir, en sus hábitos personales era, en cambio, uno de los hombres más desordenados que jamás hayan llevado a la desesperación a un compañero de pensión. No es que yo sea ni mucho menos convencional en este aspecto, pues la vida desordenada en Afganistán, unida a una disposición de por sí bastante bohemia, me han convertido en hombre más descuidado de lo que corresponde a un médico. Pero en mi caso existe un límite y, cuando encuentro a un hombre que guarda sus cigarros en el cubo para el carbón, su tabaco en la punta de una zapatilla persa y su correspondencia sin contestar atravesada por una navaja de bolsillo en el centro de la repisa de madera de su chimenea, entonces empiezo a darme aires virtuosos.

Siempre he sostenido también que la práctica del tiro de pistola debería ser, indiscutiblemente, un pasatiempo propio del aire libre, y cuando Holmes, en uno de sus arrebatos de extravagante humor se sentaba en una butaca, con su revólver y un centenar de cartuchos Boxer, y procedía a adornar la pared opuesta con unas patrióticas iniciales V.R. trazadas a balazos, yo creía firmemente que ni la atmósfera ni la apariencia de nuestra habitación mejoraban con ello.

Nuestros aposentos siempre estaban llenos de productos químicos y de reliquias del mundo criminal, que tenían la particularidad de desplazarse hasta lugares improbables y aparecer en la mantequera o en sitios todavía más indeseables. Pero mi peor cruz eran sus papeles. Le causaba horror destruir documentos, en especial aquellos que guardaban relación con anteriores casos suyos, y sin embargo sólo una o dos veces al año reunía energías para rotularlos y ordenarlos, pues, tal como he mencionado en algún lugar de estas incoherentes memorias, sus arranques de apasionada energía, cuando llevaba a cabo las notables hazañas

con las que va asociado su nombre, eran seguidos por reacciones letárgicas durante las cuales permanecía tumbado con su violín y sus libros, casi sin moverse, salvo para pasar del sofá a la mesa. Así, mes tras mes se acumulaban sus papeles, hasta que en todos los rincones de la habitación se apilaban fajos de textos manuscritos que por nada del mundo habían de quemarse y que no podían ser cambiados de lugar por nadie que no fuera su propietario.

Una noche de invierno, sentados los dos frente al fuego, me aventuré a sugerirle que, en vista de que ya había acabado de pegar recortes en su libro de noticias, bien podía emplear las dos horas siguientes en hacer un poco más habitable nuestra habitación. No pudo negar la justicia de mi petición y, con cara un tanto severa, se fue a su dormitorio y volvió de él arrastrando tras de sí una gran caja metálica. La colocó en medio del suelo y, poniéndose en cuclillas ante ella, abrió la tapa. Pude observar que una tercera parte de ella ya estaba llena de fajos de papel sujetos con cinta roja para formar diferentes paquetes.

—Aquí hay casos de sobra, Watson —anunció, mirándome con ojos maliciosos —. Creo que si supiera usted todo lo que tengo en esta caja, me pediría que sacara parte de su contenido en vez de meter más papeles en ella.

—¿Están en ella, pues, los documentos referentes a sus primeros trabajos? —pregunté—. A menudo he deseado disponer de sus notas sobre estos casos.

—Sí, amigo mío, todos ellos fueron prematuros, anteriores a la llegada de mi biógrafo para glorificarme.

—Levantaba un fajo tras otro, con manos cuidadosas, casi acariciantes.

—No todo son éxitos, Watson —añadió—, pero entre ellos hay algunos problemitas de lo más atractivo. He aquí los datos del asesinato de Tarleton, y el caso de Vamberry, el comerciante de vinos, y la aventura de la anciana rusa y el singular asunto de la muleta de aluminio, así como un relato completo acerca de Ricoletti, el del pie de piña, y su abominable esposa. Y aquí... ah, esto sí que es en realidad algo un poco recherché.

Hundió el brazo hasta el fondo de la caja y extrajo una cajita de madera con tapa deslizante, como las que contienen ciertos juguetes infantiles. Sacó de su interior un trozo de papel arrugado, una llave de bronce de modelo antiguo y tres discos metálicos viejos y oxidados.

—Y bien, muchacho, ¿qué deduce usted de este lote? —preguntó, sonriendo al ver mi expresión.

—Es una colección curiosa.

—Muy curiosa, y la historia que la acompaña le parecerá todavía más curiosa.

—¿O sea, que estas reliquias tienen una historia?

—Tanto, que ellas mismas son historia.

—¿Qué quiere decir con esto?

Sherlock Holmes las cogió una por una y las depositó a lo largo del borde de la mesa. Después, volvió a sentarse en su sillón y las contempló con un destello de satisfacción en sus ojos.

—Esto —me dijo— es todo lo que me queda para recordarme «La aventura del Ritual de los Musgrave».

Yo le había oído mencionar el caso más de una vez, aunque nunca había podido ver reunidos sus detalles.

—Me agradaría mucho que me ofreciera un relato del mismo —le aseguré. —¡Dejando toda la basura tal como está! —exclamó con malicia—. Veo que, después de todo, su amor al orden no soporta tensiones excesivas, Watson. Pero yo me alegraría de que agregara este caso a sus anales, pues en él hay detalles que le confieren un carácter único en los archivos criminales de este país o, según creo, de cualquier otro. Ciertamente, una recolección de mis ínfimos logros estaría incompleta si no contuviera un relato de este asunto tan singular.

Tal vez recuerde cómo el caso de la corbeta Gloria Scott, y mi conversación con aquel hombre desdichado de cuyo destino ya le hablé, llamaron por primera vez mi atención hacia la profesión que se ha convertido en el trabajo de mi vida. Usted me ve ahora, cuando mi nombre es bien conocido por doquier y reconocido en general, tanto por el público como por las fuerzas oficiales, como un último tribunal de apelación en casos dudosos. Incluso cuando usted me conoció, en tiempos de aquel asunto que ha conmemorado en Estudio en escarlata, yo ya había establecido una relación considerable, aunque no muy lucrativa. No puede imaginar cuán difícil me resultó todo al principio y cuanto

tiempo tuve que esperar antes de comenzar a abrirme camino.

Cuando llegué a Londres, tenía unas habitaciones en Montague Street, junto a la esquina del British Museum, y allí esperé, rellenando mi abundante tiempo de ocio con el estudio de todas aquellas ramas de la ciencia que pudieran conferirme mayor eficiencia. De vez en cuando se me presentaban casos, sobre todo por la mediación de colegas estudiantes, pues mis últimos años en la universidad hubo allí abundantes comentarios sobre mi persona y sobre mis métodos. El tercero de estos casos fue el del Ritual de los Musgrave, y en el interés que suscitó tan singular cadena de acontecimientos, así como en las importantes cuestiones que, según resultó, estaban en juego, sitúo yo mi primer paso adelante hacia la posición que ahora ocupo.

Reginald Musgrave había pasado por mi colegio y nos conocíamos superficialmente. No era popular en general entre los alumnos, aunque a mí siempre me pareció que aquello que se consideraba como orgullo era en realidad un intento de ocultar una extrema timidez natural. En apariencia, era hombre de un tipo que no podía ser más aristocrático: alto, con nariz recta y ojos grandes, de ademanes lánguidos y sin embargo corteses. Era, efectivamente, el vástago de una de las familias más antiguas del reino, aunque la suya era una rama menor que se había separado de los Musgrave del norte en algún momento del siglo XVI y se había establecido en la parte oeste de Sussex, donde la mansión solariega de Hurlstone sea tal vez el edificio habitado más antiguo del condado. Algo de su lugar natal parecía haberse adherido a él, y nunca miré su semblante pálido y anguloso ni la postura de su cabeza sin asociarle arcadas grises y ventanas con parteluz, y todos los vestigios venerables de una sede feudal. Algunas veces conversamos y puedo recordar que, en más de una ocasión, expresó un manifiesto interés por mis métodos de observación y deducción.

Durante cuatro años dejé de verlo, hasta que una mañana se presentó en mi habitación de Montague Street. Poco había cambiado; vestía como un joven a la moda —siempre había tenido un toque de dandy— y conservaba aquella misma actitud tranquila y suave que siempre le había distinguido.

—¿Cómo te van las cosas, Musgrave? —le pregunté, después de habernos estrechado cordialmente la mano.

—Te habrás enterado probablemente de la muerte de mi pobre padre —repuso —. Nos dejó hace cosa de un par de años. Desde entonces he tenido que

administrar las fincas de Hurlstone, como es natural y, puesto que también soy miembro del Parlamento por mi distrito, he llevado una vida muy atareada. Pero tengo entendido, Holmes, que estás canalizando con fines prácticos aquellas facultades con las que solías sorprendernos.

—Sí —contesté—, he optado por vivir de mi ingenio.

—Me agrada oírlo, porque en este momento tu consejo me resultará extraordinariamente valioso. Han ocurrido algunas cosas muy extrañas en Hurlstone, y la policía no ha sido capaz de arrojar ninguna luz sobre el asunto. Se trata, en realidad, de un asunto de lo más extraordinario e inexplicable.

—Puede imaginar con qué interés lo escuchaba, Watson, pues parecía como si aquella oportunidad que yo había estado anhelando durante aquellos meses se presentara por fin. En mi fuero interno, creía que saldría airoso allí donde otros habían fracasado, y ahora tenía la posibilidad de ponerme a prueba.

—Por favor, dame todos los detalles —exclamé.

Reginald Musgrave se sentó frente a mí y encendió el cigarrillo que yo le había ofrecido.

—Debes saber —comenzó— que, aunque yo esté soltero, tengo que mantener una considerable plantilla de sirvientes en Hurlstone, pues es una mansión antigua, muy grande e intrincada, y requiere mucha atención. También tengo un vedado y en la temporada del faisán suelo dar fiestas en casa, por lo que no podría ir escaso de personal. En conjunto, hay ocho criadas, una cocinera, el mayordomo, dos lacayos y un muchacho. Jardín y establos, desde luego, cuentan con una plantilla aparte.

De todos estos sirvientes, el que llevaba más tiempo a nuestro servicio era Brunton, el mayordomo. Cuando lo contrató mi padre, era un joven maestro de escuela sin destino, pero demostró ser un hombre de gran energía y mucho carácter, y pronto se hizo indispensable en la casa. Era un individuo alto y bien plantado, con una frente despejada y, aunque lleva veinte años con nosotros, no puede tener ahora más de cuarenta. Con sus ventajas personales y sus dotes extraordinarias, ya que habla varios idiomas y toca prácticamente todos los instrumentos musicales, es extraordinario que se haya resignado tanto tiempo a ocupar este puesto, pero supongo que se sentía a sus anchas con él y le faltaban energías para efectuar un cambio. El mayordomo de Hurlstone es siempre algo

que recuerdan todos aquellos que nos visitan.

Pero este dechado de perfección tiene un defecto: es un poquitín don Juan, y ya puedes imaginar que, para un hombre como él, no es un papel muy difícil de representar en un tranquilo distrito rural.

Mientras estuvo casado, todo fue muy bien, pero, desde que enviudó, nos ha dado muchos quebraderos de cabeza. Hace unos meses, tuvimos la esperanza de que se dispusiera a sentar de nuevo la cabeza, pues se prometió con Rachel Howells, nuestra segunda camarera, pero ya la ha dejado y se dedica a Janet Tregellis, la hija del guardabosque mayor. Rachel, que es muy buena chica, pero tiene un excitable temperamento galés, sufrió un arrebato de fiebre cerebral, y ahora circula por la casa, o al menos así lo hacía hasta ayer, como un alma en pena y una sombra de lo que había sido. Tal fue nuestro primer drama en Hurlstone, pero un segundo drama nos lo borró de la cabeza, precedido por la caída en desgracia y el despido del mayordomo Brunton. Así ocurrieron las cosas.

Ya he dicho que era un hombre inteligente, y precisamente esta inteligencia ha causado su ruina, ya que al parecer le produjo una curiosidad insaciable respecto a cosas que ni mucho menos le concernían. Yo no barrunté lo muy lejos a lo que esto le llevaría, hasta que un ínfimo incidente me abrió los ojos.

También he dicho que el caserón es grande e intrincado. Una noche de la semana pasada, el jueves por la noche, para ser más exacto, constaté que no me era posible dormir, ya que después de la cena había cometido la imprudencia de tomar una taza de fuerte café noir. Después de luchar con el insomnio hasta las dos de la madrugada, comprendí que todo era inútil, por lo que me levanté y encendí la vela con la intención de continuar una novela que estaba leyendo. Sin embargo, había dejado el libro en la sala de billar, en vista de lo cual me eché la bata encima y me dispuse a ir a buscarlo.

Para llegar hasta allí, tenía que bajar un tramo de escalera y después cruzar el comienzo de un pasadizo que conduce a la biblioteca y a la armería. Puedes imaginar mi sorpresa cuando, al mirar a lo largo de este pasillo, vi un destello de luz procedente de la puerta abierta de la biblioteca. Yo mismo había apagado la lámpara y cerrado la puerta antes de ir a acostarme. Naturalmente, lo primero que pensé fue en ladrones. En Hurlstone, los pasillos tienen sus paredes decoradas en gran parte con trofeos a base de armas antiguas. De uno de ellos

descolgué un hacha de combate y, dejando la vela detrás mío, avancé de puntillas por el pasadizo y atisbé a través de la puerta abierta.

Quien se encontraba en la biblioteca era Brunton, el mayordomo. Estaba sentado en un sillón, con una hoja de papel que parecía un mapa sobre su rodilla, y la frente apoyada en su mano, como sumido en profundos pensamientos. Estupefacto, me quedé mirándolo desde la oscuridad. Una velita larga y delgada, colocada junto al borde de la mesa, proyectaba una débil luz que bastó para indicarme que estaba totalmente vestido. De pronto, mientras yo miraba, abandonó el sillón, se encaminó hacia un escritorio situado a un lado y abrió uno de los cajones. De éste sacó un papel y, volviendo a su asiento, lo alisó junto a la velita y contra el borde de la mesa. Seguidamente empezó a estudiarlo con profunda atención. Me invadió tal indignación por su desparpajo y la forma tan hogareña de examinar nuestros documentos familiares, que di un paso adelante y Brunton, alzando la vista, me descubrió enmarcado en el umbral. Se levantó de un salto, el miedo dio un tono lívido a su semblante y ocultó en su pecho el papel parecido a un mapa que antes había estado estudiando.

—¡Muy bien! —exclamé—. ¿Así nos paga la confianza que hemos puesto en usted? Mañana mismo abandonará mi servicio.

Se inclinó con el aspecto del hombre que se siente completamente aplastado y pasó junto a mí sin pronunciar palabra. La vela seguía sobre la mesa y a su luz eché un vistazo para saber qué era el papel que Brunton había sacado del escritorio. Con sorpresa, constaté que no era nada que tuviera importancia, sino tan sólo una copia de las preguntas y respuestas en el singular y antiguo ceremonial conocido como Ritual de los Musgrave. Es una especie de ceremonia peculiar de nuestra familia, por la que cada Musgrave, a lo largo de los siglos, ha pasado al llegar a su mayoría de edad, una cosa de interés privado y acaso de una cierta pequeña importancia para el arqueólogo, como nuestros escudos y blasones, pero sin el menor uso práctico.

—Mejor será que después volvamos a hablar de este papel —dije yo.

—Si lo consideras realmente necesario... —contestó Musgrave, no sin cierto titubeo—. Siguiendo con mi relato, te diré que volví a cerrar el escritorio, utilizando la llave que Brunton había dejado, y ya me había vuelto para marcharme, cuando quedé sorprendido al descubrir que el mayordomo había regresado y se encontraba de pie ante mí.

—Señor Musgrave, mi señor —exclamó con una voz ronca por la emoción—, no puedo soportar este deshonor. Siempre me he enorgullecido de mi situación en la vida y caer en desgracia me mataría. Mi sangre caerá sobre su cabeza, señor, se lo juro, si me induce al desespero. Si no puede usted conservarme a su lado después de lo que ha pasado, por el amor de Dios déjeme que me despida yo y me marche dentro de un mes, como si fuera por mi propia voluntad. Esto podría soportarlo, señor Musgrave, pero no que se me eche delante de toda la gente que tan bien me conoce.

—No merece tantas consideraciones, Brunton —repliqué yo—. Su conducta no ha podido ser más infame. No obstante, puesto que lleva largo tiempo con la familia, no deseo que caiga sobre usted la vergüenza pública. Sin embargo, un mes es demasiado largo. Márchese dentro de una semana y dé la razón que quiera para justificar su partida.

—¿Solo una semana, señor? —exclamó con la desesperación en la voz—. Quince días... digamos al menos quince días.

—Una semana —repetí—, y debe admitir que se le ha tratado con gran benevolencia.

Se retiró arrastrando los pies y con el rostro hundido en su pecho, como un hombre hecho añicos, y yo apagué la luz y volví a mi habitación.

Durante un par de días después de lo ocurrido, Brunton se mostró más asiduo que nunca en el cumplimiento de sus obligaciones. Yo no hice la menor alusión a lo que había pasado y, no sin cierta curiosidad, quise ver cómo ocultaba su desgracia. Sin embargo, la tercera mañana no se dejó ver, como era su costumbre, después del desayuno a fin de recibir mis instrucciones para la jornada. Al salir del comedor, me encontré casualmente con Rachel Howells, la camarera. Ya te he contado que hacía muy poco que se había restablecido de una enfermedad y su rostro estaba tan pálido y macilento que la reprendí por haberse reintegrado al trabajo.

—Deberías estar en cama —le dije—. Vuelve a tus obligaciones cuando te sientas más fuerte.

Me miró con una expresión tan extraña que empecé a sospechar que su cerebro pudiera estar afectado.

—Estoy fuerte, señor Musgrave —me contestó.

—Veremos lo que dice el médico —dije—. De momento, deja de trabajar y, cuando bajes, dile a Brunton que quiero verle.

—El mayordomo se ha marchado —anunció.

—¿Que se ha marchado? ¿Adónde?

—Se ha marchado y nadie lo ha visto. No está en su habitación. ¡Sí, se ha marchado, ya lo creo que se ha marchado!

Se dejó caer de espaldas contra la pared, lanzando agudas carcajadas, mientras yo, horrorizado ante ese repentino ataque de histeria, me precipitaba hacia la campanilla para pedir auxilio. La joven fue conducida a su habitación, entre gritos y sollozos, mientras yo indagaba qué se había hecho de Brunton. No cabía duda de que había desaparecido. No había dormido en su cama, nadie lo había visto desde que la noche anterior se retiró a su habitación y, sin embargo, resultaba difícil averiguar cómo había podido salir de la casa, ya que por la mañana tanto ventanas como puertas se encontraron debidamente cerradas. Sus ropas, su reloj e incluso su dinero se encontraban en su habitación, pero faltaba el traje negro que usualmente llevaba. También habían desaparecido sus zapatillas, pero había dejado sus botas. ¿Adónde pudo haber ido, pues, el mayordomo en plena noche, y dónde podía estar ahora?

Desde luego, registramos la casa desde el sótano hasta las buhardillas, pero no se halló traza de él. Es, como ya he dicho, un viejo caserón laberíntico, en especial el ala original, hoy prácticamente deshabitada, pero recorrimos todas las habitaciones y el sótano sin descubrir el menor vestigio del desaparecido. A mí me resultaba increíble que hubiese podido marcharse, abandonando todas sus pertenencias y, sin embargo, ¿dónde podía estar? Llamé a la policía local sin el menor resultado. Había llovido la noche anterior y examinamos el césped y los caminos alrededor de la casa, pero en vano. Y así estaban las cosas, cuando un nuevo suceso desvió nuestra atención respecto al misterio anterior.

Durante dos días, Rachel Howells había estado tan enferma, delirando en ciertos momentos e histérica en otros, que se había buscado una enfermera para que la velara por la noche. La tercera noche después de la desaparición de Brunton, la enfermera, al ver que su paciente dormía pacíficamente, se adormeció a su vez en una butaca, y cuando despertó a primera hora de la mañana encontró la cama

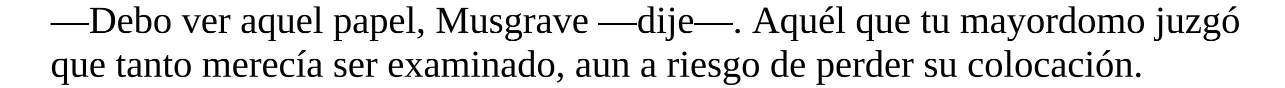
vacía, la ventana abierta y ninguna traza de la enferma.

Me despertaron en el acto y, acompañado por dos lacayos, inicié al momento la búsqueda de la muchacha desaparecida. No fue difícil determinar la dirección que habla tomado, puesto que, comenzando por debajo de su ventana, pudimos seguir fácilmente las huellas de sus pisadas a través del césped hasta el borde del estanque, donde desaparecían, junto al camino de tierra que sale de la finca. El lago tiene allí ocho pies de profundidad; puedes imaginar lo que pensamos al ver que la pista de aquella pobre desequilibrada terminaba al borde del mismo.

Desde luego, en seguida buscamos medios de rastreo y se iniciaron los trabajos para recuperar sus restos, pero no pudimos encontrar trazas del cadáver. En cambio, sacamos a la superficie un objeto de lo más inesperado. Era una bolsa de lona que contenía un bloque de viejo metal oxidado y descolorido, así como unos cuantos guijarros y trozos de vidrio deslustrado. Este extraño hallazgo fue todo lo que pudimos sacar del estanque y, aunque ayer efectuamos todas las búsquedas e indagaciones posibles, nada sabemos de lo que haya podido ocurrirles a Rachel Howells o a Richard Brunton. La policía del condado se muestra impotente y yo acudo a ti como último recurso.

Puede usted imaginar, Watson, con qué afán escuché esta extraordinaria secuencia de hechos, y me esforcé en ensamblarlos y en buscar un hilo común del que pudieran colgar todos.

El mayordomo había desaparecido. La camarera había desaparecido. La camarera había amado al mayordomo, pero después había tenido motivos para odiarlo. Era una joven de sangre galesa, violenta y apasionada. Se había mostrado terriblemente excitada inmediatamente después de la desaparición de él. Había arrojado al lago una bolsa de curioso contenido. Todos éstos eran factores que habían de ser tenidos en cuenta y, sin embargo, ninguno de ellos se situaba de lleno en el meollo del asunto. ¿Cuál era el punto de partida en esa cadena de eventos? En él radicaría el extremo final de tan embrollado ovillo.



—Debo ver aquel papel, Musgrave —dije—. Aquél que tu mayordomo juzgó que tanto merecía ser examinado, aun a riesgo de perder su colocación.

—Ese Ritual nuestro es más bien una cosa absurda —me contestó—, pero al menos lo excusa en parte el valor de la antigüedad. Tengo aquí una copia de las preguntas y respuestas, si es que te interesa echarles un vistazo.

Me entregó este mismo papel que tengo aquí, Watson, y tal es el extraño catecismo al que cada Musgrave había de someterse al hacerse cargo de la propiedad. Voy a leerle las preguntas y respuestas tal como aparecen aquí:

—¿De quién era?

—Del que se ha marchado.

—¿Quién la tendrá?

—El que vendrá.

—¿Dónde estaba el sol?

—Sobre el roble.

—¿Dónde estaba la sombra? —Bajo el olmo.

—¿Con qué pasos se media?

—Al norte por diez y por diez, al este por cinco y por cinco, al sur por dos y por dos, al oeste por uno y por uno, y por debajo.

—¿Qué daremos por ella?

—Todo lo que poseemos.

—¿Por qué deberíamos darlo?

—Para responder a la confianza.

—El original no lleva fecha, pero corresponde a mediados del siglo diecisiete —observó Musgrave—. Temo, sin embargo, que en poco puede ayudarte esto a resolver el misterio.

—Al menos nos ofrece otro misterio —repuse—, y un misterio que es incluso más interesante que el primero. Puede ser que la solución de uno resulte ser la solución del otro. Me excusarás, Musgrave, si digo que tu mayordomo me hace todo el efecto de haber sido un hombre muy inteligente y de haber tenido una percepción más aguda que diez generaciones de sus amos.

—No sigo tu razonamiento, Holmes —dijo Musgrave—. A mí, el papel me parece carente de toda importancia práctica.

—Pues a mí me parece inmensamente práctico, y creo que Brunton era de la misma opinión. Es probable que lo hubiera visto antes de aquella noche en que tú le sorprendiste.

—Es muy posible. Nunca hicimos nada para ocultarlo.

—Yo imagino que él deseaba simplemente refrescar su memoria por si fuera aquella su última ocasión. Según tengo entendido, utilizaba una especie de mapa o carta que estaba comparando con el manuscrito y que se metió en el bolsillo al aparecer tú, ¿no es así?

—Así es. Pero ¿qué podía tener esto que ver con esa antigua costumbre familiar nuestra, y qué significa toda esa jerigonza?

—No creo que vayamos a tener gran dificultad para determinar esto — respondí —. Con tu permiso, tomaremos el primer tren para Sussex y profundizaremos un poco más en el asunto en el lugar que le corresponde.

Aquella misma tarde nos plantamos los dos en Hurlstone. Posiblemente, usted habrá visto fotografías y leído descripciones de este famoso y antiguo edificio, de manera que limitaré mi descripción del mismo a decir que fue construido en forma de L, cuyo brazo largo es la parte más moderna y el más corto corresponde al viejo núcleo a partir del cual se amplió la otra. Sobre la puerta, baja y de recios paneles, en el centro de esta zona antigua, se cinceló la fecha 1607, pero los expertos coinciden en afirmar que las vigas y la obra de piedra son en realidad mucho más antiguas.

El enorme grosor de los muros y las ventanas diminutas de esta parte movieron a la familia, en el siglo pasado, a edificar la nueva ala, y la vieja se utilizaba ahora como almacén y bodega, ello cuando se la utilizaba. Un parque espléndido, con árboles antiguos y magníficos, y el lago al que mi cliente se había referido, se encontraban muy cerca de las avenidas, a unas doscientas yardas del edificio.

Yo ya estaba firmemente convencido, Watson, de que no había allí tres misterios separados, sino uno solo, y que si conseguía descifrar el Ritual de los Musgrave, tendría en mi mano la clave que me permitiría averiguar la verdad, tanto a lo que se refería al mayordomo Brunton como a la camarera Howells. A ello, por tanto,

dediqué todas mis energías. ¿Por qué este criado había de sentir tanto afán por desentrañar aquella vieja fórmula? Evidentemente, porque vio algo en ella que había escapado a todas aquellas generaciones de hidalgos rurales, y de ese algo esperaba obtener alguna ventaja personal. ¿Qué era, pues, y como había afectado a su sino?

Fue perfectamente obvio para mi, al leer el Ritual de los Musgrave, que las medidas habían de referirse sin duda a algún punto al que aludía el resto del documento, y que si podíamos encontrar ese punto estaríamos en buen camino para saber cuál era aquel secreto que los antiguos Musgrave habían juzgado necesario enmascarar de un modo tan curioso y peculiar. Para comenzar se nos daban dos guías: un roble y un olmo. En cuanto al roble, no podía haber la menor duda. Directamente ante la casa, a la izquierda del camino que llevaba a la misma, se alzaba un patriarca entre los robles, uno de los árboles más magníficos que yo haya visto jamás.

—¿Ya estaba aquí cuando se redactó vuestro Ritual? —pregunté al pasar delante de él.

—Según todas las probabilidades, ya lo estaba cuando se produjo la conquista normanda —me respondió—. Tiene una circunferencia de veintitrés pies.

Así quedaba asegurado uno de mis puntos de partida.

—¿Tenéis algún olmo viejo? —inquirí.

—Antes había uno muy viejo, pero hace diez años cayó sobre él un rayo y sólo quedó el tocón.

—¿Puedes enseñarme dónde estaba?

—Ya lo creo.

—¿Y no hay más olmos?

—Viejos no, pero abundan las hayas.

—Me gustaría ver dónde crecía.

Habíamos llegado en un dog-cart, y mi cliente me condujo en seguida, sin entrar

en la casa, a una cicatriz en la hierba que marcaba donde se había alzado el olmo. Estaba casi a mitad de camino entre el roble y la casa. Mi investigación parecía progresar.

—¿Supongo que es imposible averiguar qué altura tenía el olmo? —quise saber.

—Puedo decírtelo en seguida. Medía sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendido.

—Cuando mi viejo profesor me planteaba un problema de trigonometría, siempre consistía en una medición de alturas. Cuando era un mozalbete calculé las de todos los árboles y edificios de la propiedad.

Había sido un inesperado golpe de suerte y mis datos acudían a mí con mayor rapidez de la que yo hubiera podido esperar razonablemente.

—Dime —inquirí—, ¿acaso tu mayordomo te hizo alguna vez esta misma pregunta?

Reginald Musgrave me miró estupefacto.

—Ahora que me lo recuerdas —contestó—, Brunton me preguntó la altura del árbol hace unos meses, debido a una cierta discusión que había tenido con el caballerizo.

Ésta era una excelente noticia, Watson, pues indicaba que me encontraba en el buen camino. Miré el sol. Estaba bajo en el cielo, y calculé que en menos de una hora se situaría exactamente sobre las ramas más altas del viejo roble, y se cumpliría entonces una condición mencionada en el Ritual. Y la sombra del olmo había de referirse al extremo distante de la sombra, pues de lo contrario se habría elegido como guía el tronco. Por consiguiente, había de averiguar dónde se encontraba el extremo distante de la sombra cuando el sol estuviera exactamente fuera del árbol.

—Esto debió de ser difícil, Holmes, dado que el olmo ya no estaba allí.

—Pero al menos sabía que, si Brunton pudo hacerlo, yo también podría. Además, de hecho no había dificultad. Fui con Musgrave a su estudio y me confeccioné esta clavija, a la que até este largo cordel, con un nudo en cada

yarda. Cogí después dos tramos de caña de pescar, que representaban exactamente seis pies, y volví con mi cliente allí donde había estado el olmo. El sol rozaba ya la copa del roble. Aseguré la caña de pescar en el suelo, marqué la dirección de la sombra y la medí. Su longitud era de nueve pies.

Desde luego, el cálculo era ahora de lo más sencillo. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve, un árbol de sesenta y cuatro pies proyectaría una de noventa y seis, y ambas tendrían la misma dirección. Medí la distancia, lo que me llevó casi hasta la pared de la casa, y fijé una clavija en aquel punto.

Puede imaginar mi satisfacción, Watson, cuando a un par de pulgadas de mi clavija observé una depresión cónica en el suelo. Supe que ésta era la marca hecha por Brunton en sus mediciones, y que yo me encontraba todavía sobre su pista.

Desde este punto de partida procedí a dar mis pasos, después de haber verificado primero los puntos cardinales con mi brújula de bolsillo. Diez pasos con cada pie me situaron paralelamente a la pared de la casa, y de nuevo marqué la posición con una clavija. Di después, cuidadosamente, cinco pasos al este y dos al sur, lo que me llevó hasta el mismísimo umbral de la vieja puerta. Dos pasos en dirección oeste significaban ahora dos pasos por el pasadizo enlosado, y éste era el lugar indicado por el Ritual.

Jamás he sentido una sensación tan helada de desilusión, Watson. Por unos momentos me pareció que debía de haber algún error radical en mis cálculos. El sol poniente daba de lleno en el suelo del pasillo y pude observar que las viejas losas que lo pavimentaban, desgastadas por las pisadas, estaban firmemente unidas entre si y que, desde luego, no se habían movido durante años. Brunton no había trabajado allí. Golpeé el suelo, pero el sonido era igual en todas partes y no había señal de grietas o rendijas. Pero por suerte Musgrave, que había empezado a valorar el significado de mis procedimientos, y que ahora se mostraba tan excitado como yo mismo, sacó su manuscrito para verificar mis cálculos.

—¡Y por debajo! —gritó—. ¡Has omitido el «y por debajo»!

Yo había pensado que esto significaba que tendríamos que excavar, pero ahora vi en seguida que, evidentemente, estaba equivocado.

—¿O sea que debajo de aquí hay un sótano? —grité.

—Sí, y tan viejo como la casa. Aquí debajo, atravesando la puerta.

Bajamos por una escalera de caracol tallada en la piedra, y mi compañero encendió una cerilla y con ella una gran linterna que había sobre un barril, en el rincón. Al instante fue obvio que por fin habíamos dado con el verdadero lugar, y que no éramos los únicos en visitar aquel sitio.

Había sido utilizado como almacén de leña, pero los zoquetes de madera, que evidentemente habían estado esparcidos en el suelo, estaban ahora apilados a los lados, a fin de dejar expedito el espacio central. Había en este espacio una losa grande y pesada, con una oxidada anilla de hierro en medio, a la que había sido atada una gruesa bufanda a cuadros, como las usadas por los pastores.

—¡Por Júpiter! —gritó mi cliente—. ¡Ésta es la bufanda de Brunton! Se la he visto puesta y podría jurarlo. ¿Qué ha estado haciendo aquí este villano?

Sugerí que se llamara a un par de policías del condado para que estuvieran presentes, y a continuación intenté alzar la piedra tirando de la bufanda. Lo único que logré fue moverla ligeramente y sólo con la ayuda de uno de los agentes conseguí por fin correrla a un lado. Un negro agujero bostezaba bajo ella, y atisbamos su interior mientras Musgrave, arrodillado al lado, hacía bajar la linterna.

Ante nosotros se abría una pequeña cámara de siete pies de profundidad y cuatro de anchura. A un lado había un arca de madera, más bien baja y con refuerzos de metal, cuya tapa estaba alzada y de cuya cerradura sobresalía esta llave tan curiosa y antigua.

Dentro estaba cubierto por una espesa capa de polvo, y la humedad y la carcoma habían raído la madera hasta el punto de que en su interior crecían colonias de hongos de color lívido. Varios discos de metal, aparentemente monedas antiguas, como la que tengo aquí, estaban esparcidas en el fondo del arca, pero ésta no contenía nada más.

En aquellos momentos, sin embargo, no prestamos atención al viejo arcón, pues nuestros ojos estaban clavados en algo que se agazapaba junto a él. Era la figura de un hombre, vestido de negro, en cuclillas, con la frente apoyada en el borde del arca y con los brazos abiertos para abarcar todo el ancho de ella. Esta postura había agolpado toda la sangre estancándola en su cara, y nadie hubiera reconocido aquella fisonomía deformada y color de hígado, pero su altura, su

traje y sus cabellos bastaron para demostrar a mi cliente, una vez hubimos subido el cadáver, que se trataba indudablemente de su mayordomo desaparecido. Llevaba muerto varios días, pero en su persona no se apreciaban heridas ni magulladuras que explicaran cómo había encontrado tan espantoso final. Una vez retirado su cuerpo del sótano, nos encontrábamos todavía con un problema que era casi tan formidable como aquél con el que habíamos comenzado.

Confieso que hasta el momento, Watson, me sentía decepcionado en mi investigación. Yo había contado con solucionar el asunto apenas encontrara el lugar al que hacía referencia el Ritual, pero ahora me encontraba allí y, al parecer, tan lejos como siempre de saber qué era aquello que la familia había ocultado con tan elaboradas precauciones. Cierto que había hecho luz respecto al sino de Brunton, pero ahora tenía que averiguar cómo se había abatido aquel sino sobre él, y qué papel desempeñó en la cuestión la mujer que había desaparecido. Me senté en un barrilete que había en un rincón y medité cuidadosamente todo lo sucedido.

Usted ya conoce mis métodos en tales casos, Watson; me pongo en el lugar del sujeto y, después de calibrar ante todo su inteligencia, trato de imaginar cómo habría procedido yo en las mismas circunstancias. En este caso, la cuestión se simplifica por el hecho de poseer Brunton una inteligencia de primera fila, de modo que era innecesario proceder a una bonificación para conseguir la ecuación personal, como dicen los astrónomos. El sabia que se había ocultado algo valioso. Localizó el sitio. Descubrió que la piedra que lo cubría era demasiado pesada para que un hombre pudiera moverla sin ayuda. ¿Qué iba a hacer a continuación? No podía obtener ayuda del exterior, aun en el caso de contar con alguien en quien pudiera confiar, sin desatrancar puertas y correr un riesgo muy alto de ser descubierto. Era mejor, si existía la posibilidad, disponer de un ayudante dentro de la casa. Pero ¿a quién podía pedírselo? Aquella chica le había amado sinceramente. A un hombre siempre le resulta difícil admitir que finalmente haya perdido el amor de una mujer por muy mal que él la haya tratado. Mediante unas pocas atenciones intentaría hacer las paces con la joven Howells, y acto seguido la enrolaría como cómplice. Irían juntos una noche al sótano y sus fuerzas unidas bastarían para levantar la piedra. Hasta el momento, yo podía seguir sus acciones como si en realidad hubiera asistido a ellas.

Sin embargo, para dos personas, y una de ellas mujer, levantar la piedra representaba un duro esfuerzo. Un robusto policía de Sussex y yo no lo

habíamos considerado ni mucho menos una tarea ligera.

¿Qué podían hacer que les sirviera de ayuda? Probablemente, lo que yo mismo hubiera hecho. Me levanté y examiné atentamente los diferentes trozos de madera esparcidos por el suelo. Casi en seguida, encontré lo que esperaba. Un trozo de unos tres pies de longitud tenía bien marcada una muesca en un extremo, en tanto que otros varios estaban esparcidos en los lados como si los hubiese comprimido algún peso considerable. Era evidente que, al levantar la piedra, habían introducido cuñas de madera en la grieta formada hasta que al final, cuando la abertura ya era lo bastante grande como para pasar por ella, la mantuviera expedita mediante un tronco colocado en sentido longitudinal y que muy bien pudo quedar marcado por una muesca en el extremo inferior, dado que todo el peso de la piedra había de presionarlo contra el borde de esa otra losa. Hasta el momento, yo seguía pisando terreno firme.

Y seguidamente, ¿cómo iba yo a proceder para reconstruir aquel drama de medianoche? Estaba bien claro que sólo una persona podía introducirse en aquel agujero, y que esta persona fue Brunton. La chica debió de esperar arriba. Brunton abrió entonces el arca, le entregó a ella el contenido, presumiblemente, puesto que nada se ha encontrado, y entonces... ¿qué ocurrió entonces?

Qué rescoldos de venganza se convirtieron de pronto en llamaradas en el alma de aquella apasionada mujer celta, cuando vio que el hombre que la había agraviado, acaso mucho más de lo que él pudiera sospechar, se encontraba en su poder? ¿Fue una casualidad que el madero resbalara y que la piedra encerrara a Brunton en lo que se había convertido en su sepulcro? ¿Era ella tan sólo culpable de haber guardado silencio respecto a la suerte corrida por él? ¿O bien un golpe repentino asestado por su mano había desviado el soporte y permitido que la losa se asentara de nuevo en su lugar? Fuera lo que fuese, a mí me parecía ver aquella figura femenina, agarrando todavía el tesoro recién hallado y subiendo precipitadamente por la escalera de caracol, mientras tal vez resonaban detrás de ella gritos sofocados y el golpeteo de unas manos frenéticas contra la losa de piedra que estaba privando de aire a su amante infiel.

Tal era el secreto de la palidez de ella, de sus nervios maltrechos y de sus arrebatos de risa histérica la mañana siguiente. Pero ¿qué había contenido el arca? ¿Y qué había hecho ella con ese contenido? Desde luego, debía tratarse del metal viejo y no de los guijarros que mi cliente había sacado del estanque. Ella lo había arrojado todo allí apenas tuvo una oportunidad, a fin de eliminar la

última traza de su crimen.

Durante veinte minutos yo había permanecido sentado e inmóvil, meditando sobre estas cuestiones. Musgrave seguía de pie, muy pálido su semblante, balanceando su linterna y mirando el fondo de aquel agujero.

—Son monedas de Carlos I —dijo, mostrando las pocas que habían quedado en el arca—. Como puedes ver, acertamos al calcular la fecha del Ritual.

—Es posible que encontremos algo más de Carlos I —exclamé, ya que de pronto se me ocurrió el probable significado de las dos primeras preguntas del Ritual—. Déjame ver el contenido de la bolsa que pescaste en el estanque.

Subimos a su estudio y puso aquellos restos ante mí. Pude comprender que les adjudicara tan poca importancia cuando los miré a mi vez, ya que el metal estaba ennegrecido y las piedras carecían de todo lustre. Sin embargo, froté una de ellas con la manga y poco después brilló como una chispa en la oscura cavidad de mi mano. La pieza metálica tenía la forma de un aro doble, pero había sido doblada y retorcida hasta perder su forma original.

—Debes tener en cuenta —dije— que el partido realista tuvo cierto poder en Inglaterra incluso después de la muerte del rey, y que, cuando finalmente sus componentes huyeron, es probable que dejaran muchas de sus más preciadas pertenencias enterradas, con la intención de volver en busca de ellas en tiempos más pacíficos.

—Mi antepasado, sir Ralph Musgrave, fue un caballero muy destacado y mano derecha de Carlos II en las correrías del rey —explicó mi amigo.

—¿De veras? —respondí—. Pues entonces creo que de hecho esto debería facilitarnos el último eslabón que deseamos. Debo felicitarte por entrar en posesión, aunque de manera más bien trágica, de una reliquia que es de gran valor intrínseco, pero de una importancia todavía mayor como curiosidad histórica.

—¿Qué es, pues? —preguntó lleno de asombro.

—Nada menos que la antigua corona de los reyes de Inglaterra.

—¡La corona!

—Exactamente. Piensa en lo que dice el Ritual. ¿Cómo lo expresa? “De quién era?” “Del que se ha marchado.” Esto fue después de la ejecución de Carlos. Y a continuación: “¿Quién la tendrá?” “El que vendrá.” Esto se refería a Carlos II, cuyo advenimiento ya estaba previsto. No creo que pueda haber duda de que esta diadema maltrecha e informe rodeó en otros tiempos las reales frentes de los Estuardo.

—¿Y cómo fue a parar al estanque?

—Ah, ésta es una pregunta cuya respuesta exigirá algún tiempo —declaré. Y acto seguido, le esbocé toda la larga secuencia de supuestos y pruebas que yo había construido.

Anochecía ya y la luna brilló nítidamente en el firmamento antes de que yo concluyera mi narración.

—¿Y cómo se explica, pues, que Carlos no recuperase su corona cuando regresó? —preguntó Musgrave, metiendo de nuevo la reliquia en su bolsa de tela.

—Bien, aquí pones el dedo precisamente en el punto que según toda probabilidad nunca podremos aclarar. Lo más seguro es que el Musgrave que detentaba el secreto muriera en el intervalo y que, por un exceso de celo, dejara esta gula a su descendiente sin explicarle el significado. A partir de aquel día y hasta hoy, ha pasado de padre a hijo, hasta caer en manos de un hombre que supo desentrañar su secreto y perdió la vida en el intento.

Y ésta es la historia del Ritual de los Musgrave, Watson. Guardan la corona en Hurlstone, aunque tuvieron algunas dificultades legales y se vieron obligados a pagar una suma considerable antes de obtener permiso para conservarla. Estoy seguro de que si mencionara usted mi nombre, les daría una gran satisfacción enseñársela. En lo que respecta a la mujer, nada más se ha sabido de ella y lo más probable es que se marchase de Inglaterra y se trasladase, junto con el recuerdo de su crimen, a algún país de allende los mares.

7. Los hacendados de Reigate

«Jamás he visto una confesión de culpabilidad tan manifiesta en un rostro humano.»

Watson

Pasó algún tiempo antes de que la salud de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, se repusiera de la tensión nerviosa ocasionada por su inmensa actividad durante la primavera de 1887. Tanto el asunto de la Netherland-Sumatra Company como las colosales jugadas del barón Maupertins son hechos todavía demasiado frescos en la mente del público y demasiado íntimamente ligados con la política y las finanzas, para ser temas adecuados en esta serie de esbozos. No obstante, por un camino indirecto conducen a un problema tan singular como complejo, que dio a mi amigo una oportunidad para demostrar el valor de un arma nueva entre las muchas con las que libraba su prolongada batalla contra el crimen.

Al consultar mis notas, veo que fue el 14 de abril cuando recibí un telegrama desde Lyon, en el que se me informaba de que Holmes estaba enfermo en el hotel Dulong. Veinticuatro horas más tarde, entraba en el cuarto del paciente y me sentía aliviado al constatar que nada especialmente alarmante había en sus síntomas. Sin embargo, su férrea constitución se había resentido bajo las tensiones de una investigación que había durado más de dos meses, un periodo durante el cual nunca había trabajado menos de quince horas diarias, y más de una vez, como él mismo me aseguro, había realizado su tarea a lo largo de cinco días sin interrupción. El resultado victorioso de sus desvelos no pudo salvarle de una reacción después de tan tremenda prueba, y, en unos momentos en que su nombre resonaba en toda Europa y en el suelo de su habitación se apilaban literalmente los telegramas de felicitación, lo encontré sumido en la más negra depresión. Ni siquiera el hecho de saber que había triunfado allí donde había fracasado la policía de tres países, y que había derrotado en todos los aspectos al estafador más consumado de Europa, bastaban para sacarle de su postración nerviosa.

Tres días más tarde nos encontrábamos de nuevo los dos en Baker Street, pero

era evidente que a mi amigo había de sentarle muy bien un cambio de aires, y también a mí me resultaba más que atractivo pensar en una semana de primavera en el campo. Mi viejo amigo, el coronel Hayter, que en Afganistán se había sometido a mis cuidados profesionales, había adquirido una casa cerca de Reigate, en Surrey, y con frecuencia me había pedido que fuese a hacerle una visita. La última vez hizo la observación de que, si mi amigo deseaba venir conmigo, le daría una satisfacción ofrecerle también su hospitalidad. Se necesitó un poco de diplomacia, pero cuando Holmes se enteró de que se trataba del hogar de un soltero y supo que a él se le permitiría plena libertad, aceptó mis planes y, una semana después de regresar de Lyon, nos hallábamos bajo el techo del coronel. Hayter era un espléndido viejo soldado que había visto gran parte del mundo y, tal como yo ya me había figurado, pronto descubrió que él y Holmes tenían mucho en común.

La noche de nuestra llegada, nos instalamos en la armería del coronel después de cenar, Holmes echado en el sofá, mientras Hayter y yo examinábamos su pequeño arsenal de armas de fuego.

—A propósito —dijo el coronel—, creo que voy a llevarme arriba una de estas pistolas, por si acaso se produce una alarma.

—¿Una alarma? —repetí.

—Sí, últimamente tuvimos un susto en estas cercanías. El viejo Acton, que es uno de nuestros magnates rurales, sufrió en su casa un robo con allanamiento y fractura el lunes pasado. No hubo grandes daños, pero los autores continúan en libertad.

—¿Ninguna pista? —inquirió Holmes, fija la mirada en el coronel.

—Todavía ninguna. Pero el asunto es ínfimo, uno de los pequeños delitos de nuestro mundo rural, y forzosamente ha de parecer demasiado pequeño para que usted le preste atención, señor Holmes, después de ese gran escándalo internacional.

Holmes desechó con un gesto el cumplido, pero su sonrisa denotó que no le había desagradado.

—¿Hubo algún detalle interesante?

—Yo diría que no. Los ladrones saquearon la biblioteca y poca cosa les aportaron sus esfuerzos. Todo el lugar fue puesto patas arriba, con los cajones abiertos y los armarios revueltos y, como resultado, había desaparecido un volumen valioso del Homer de Pope, dos candelabros plateados, un pisapapeles de marfil, un pequeño barómetro de madera de roble y un ovillo de bramante.

—¡Qué surtido tan interesante! —exclamé.

—Es evidente que aquellos individuos echaron mano a lo que pudieron.

Holmes lanzó un gruñido desde el sofá.

—La policía del condado debería sacar algo en claro de todo esto —dijo—. Pero sí resulta evidente que...

—Está usted aquí para descansar, mi querido amigo. Por lo que más quiera, no se meta en un nuevo problema cuando tiene todo el sistema nervioso hecho trizas.

Holmes se encogió de hombros con una mueca de cómica resignación dirigida al coronel, y la conversación derivó hacia canales menos peligrosos.

Deseaba el destino, sin embargo, que toda mi cautela profesional resultara inútil, pues, a la mañana siguiente, el problema se nos impuso de tal modo que fue imposible ignorarlo, y nuestra estancia en la campiña adquirió un cariz que ninguno de nosotros hubiese podido prever. Estábamos desayunando cuando el mayordomo del coronel entró precipitadamente, perdida toda su habitual compostura.

—¿Se ha enterado de la noticia, señor? —jadeó—. ¡En la finca Cunningham, señor!

—¡Un robo! —gritó el coronel, con su taza de café a medio camino de la boca.

—¡No, señor! ¡Un asesinato!

El coronel lanzó un silbido.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¿A quién han matado, pues? ¿Al juez de paz o a su hijo?

—A ninguno de los dos, señor. A William, el cochero. Un balazo en el corazón, señor, y ya no pronunció palabra.

—¿Y quién disparó contra él, pues?

—El ladrón, señor. Huyó rápido como el rayo y desapareció. Acababa de entrar por la ventana de la despensa, cuando William se abalanzó sobre él y perdió la vida, defendiendo la propiedad de su señor.

—¿A qué hora ocurrió?

—Alrededor de la medianoche, señor.

—Bien, entonces iremos allí en seguida —dijo el coronel, dedicando de nuevo su atención fríamente al desayuno—. Es un asunto bastante feo —añadió cuando el mayordomo se hubo retirado—. El viejo Cunningham es aquí el número uno entre la hidalguía rural y un sujeto de lo más decente. Esto le causará un serio disgusto, pues este hombre llevaba años a su servicio y era un buen sirviente. Es evidente que se trata de los mismos villanos que entraron en casa de Acton.

—¿Los que robaron aquella colección tan singular? —observó Holmes pensativo.

—Precisamente.

—¡Hum! Puede revelarse como el asunto más sencillo del mundo, pero de todos modos, a primera vista, resulta un tanto curioso, ¿no creen? De una pandilla de amigos de lo ajeno que actúan en la campiña cabria esperar que variasen el escenario de sus operaciones, en vez de allanar dos viviendas en el mismo distrito y en el plazo de pocos días. Cuando esta noche ha hablado usted de tomar precauciones, recuerdo que ha pasado por mi cabeza el pensamiento de que ésta era, probablemente, la última parroquia de Inglaterra a la que el ladrón o ladrones dedicarían su atención, lo cual demuestra que todavía tengo mucho que aprender.

—Supongo que se trata de algún delincuente local —dijo el coronel—. Y en este caso, desde luego, las mansiones de Acton y Cunningham son precisamente los lugares a los que se dedicaría, puesto que son con mucho las más grandes de aquí.

—¿Y las más ricas?

—Deberían serlo, pero durante años han mantenido un pleito judicial que, según creo, ha de haberles chupado la sangre a ambas. El anciano Acton reivindica la mitad de la finca de Cunningham, y los abogados han intervenido de lo lindo.

—Si se trata de un delincuente local, no sería muy difícil echarle el guante —dijo Holmes con un bostezo—. Está bien, Watson, no tengo la intención de entrometerme. —El inspector Forrester, señor —anunció el mayordomo, abriendo la puerta.

El oficial de policía, un joven apuesto y de rostro inteligente, entró en la habitación.

—Buenos días, coronel —dijo—. Espero no cometer una intrusión, pero hemos oído que el señor Holmes, de Baker Street, se encuentra aquí.

El coronel movió la mano hacia mi amigo, y el inspector se inclinó.

—Pensamos que tal vez le interesara intervenir, señor Holmes.

—El hado está contra usted, Watson —dijo éste, riéndose—. Hablábamos de esta cuestión cuando usted ha entrado, inspector. Acaso pueda darnos a conocer algunos detalles.

Cuando Holmes se repantigó en su sillón con aquella actitud ya familiar, supe que la situación no admitía esperanza.

—En el caso Acton no teníamos ninguna pista, pero aquí las tenemos en abundancia; no cabe duda de que se trata del mismo responsable en cada ocasión. El hombre ha sido visto.

—Sí, señor. Pero huyó rápido como un ciervo después de disparar el tiro que mató al pobre William Kirwan. El señor Cunningham lo vio desde la ventana del dormitorio, y el señor Alec Cunningham desde el pasillo posterior. Eran las doce menos cuarto cuando se dio la alarma. El señor Cunningham acababa de acostarse y el joven Alec, ya en bata, fumaba en pipa. Ambos oyeron a William, el cochero, gritar pidiendo auxilio, y el joven Alec fue corriendo a ver qué ocurría. La puerta de detrás estaba abierta y, al llegar al pie de la escalera, vio que dos hombres forcejeaban afuera. Uno de ellos hizo un disparo, el otro cayó,

y el asesino huyó corriendo a través del jardín y saltando el seto. El señor Cunningham, que miraba desde la ventana de su habitación, vio al hombre cuando llegaba a la carretera, pero en seguida lo perdió de vista. El joven Alec se detuvo para ver si podía ayudar al moribundo, lo que aprovechó el villano para escapar. Aparte del hecho de que era hombre de mediana estatura y vestía ropas oscuras, no tenemos señas personales, pero estamos investigando a fondo y si es un forastero pronto daremos con él.

—¿Y qué hacía allí ese William? ¿Dijo algo antes de morir?

—Ni una palabra. Vivía en la casa del guarda con su madre, y puesto que era un muchacho muy fiel, suponemos que fue a la casa con la intención de comprobar que no hubiera novedad en ella. Desde luego, el asunto de Acton había puesto a todos en guardia. El ladrón debía de haber acabado de abrir la puerta, cuya cerradura forzó, cuando William lo sorprendió.

—¿Dijo William algo a su madre antes de salir?

—Es muy vieja y está muy sorda. De ella no podremos conseguir ninguna información. La impresión la ha dejado como atontada, pero tengo entendido que nunca tuvo una mente muy despejada. Sin embargo, hay una circunstancia muy importante. ¡Fíjense en esto!

Extrajo un pequeño fragmento de papel de una libreta de notas y lo alisó sobre su rodilla.

—Esto lo hallamos entre el pulgar y el índice del muerto. Parece ser un fragmento arrancado de una hoja más grande. Observarán que la hora mencionada en él es precisamente la misma en la que el pobre hombre encontró la muerte. Observen que su asesino pudo haberle quitado el resto de la hoja o que él pudo haberle arrebatado este fragmento al asesino. Tiene todo el aspecto de haber sido una cita.

Holmes tomó el trozo de papel, un facsímil del cual se incluye aquí.

—Y suponiendo que se trate de una cita —continuo el inspector—, es, desde luego, una teoría concebible la de que ese William Kirwan, aunque tuviera la reputación de ser un hombre honrado, pudiera haber estado asociado con el ladrón. Pudo haberse encontrado con él aquí, incluso haberlo ayudado a forzar la puerta, y cabe que entonces se iniciara una pelea entre los dos.

—Este escrito presenta un interés extraordinario —dijo Holmes, que lo había estado examinando con una intensa concentración—. Se trata de aguas más profundas de lo que yo me había figurado.

Y ocultó la cabeza entre las manos, mientras el inspector sonreía al ver el efecto que su caso había tenido en el famoso especialista londinense.

—Su última observación —dijo Holmes al cabo de un rato— acerca de la posibilidad de que existiera un entendimiento entre el ladrón y el criado, y de que esto fuera una cita escrita por uno al otro, es una suposición ingeniosa y no del todo imposible. Pero este escrito abre...

De nuevo hundió la cara entre las manos y por unos minutos permaneció sumido en los más profundos pensamientos. Cuando alzó el rostro, quedé sorprendido al ver que el color teñía sus mejillas y que sus ojos brillaban tanto como antes de caer enfermo. Se levantó de un brinco con toda su anterior energía.

—¡Voy a decirle una cosa! —anunció—. Me gustaría echar un breve y discreto vistazo a los detalles de este caso. Hay algo en él que me fascina poderosamente. Si me lo permite, coronel, dejaré a mi amigo Watson con usted y yo daré una vuelta con el inspector para comprobar la veracidad de un par de pequeñas fantasías mías.

Volveré a estar con ustedes dentro de media hora.

Pasó una hora y media antes de que el inspector regresara y solo.

—El señor Holmes recorre de un lado a otro el campo —explicó—. Quiere que los cuatro vayamos juntos a la casa.

—¿A la del señor Cunningham?

—Sí, señor.

—¿Con qué objeto?

El inspector se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente, señor. Entre nosotros, creo que el señor Holmes todavía no se ha repuesto totalmente de su dolencia. Se ha comportado de un modo muy

extraño y está muy excitado.

—No creo que esto sea motivo de alarma —dije—. Generalmente, he podido constatar que hay método en su excentricidad.

—Otros dirían que hay excentricidad en su método —murmuró el inspector—. Pero arde en deseos de comenzar, coronel, por lo que considero conveniente salir, si están ustedes dispuestos.

Encontramos a Holmes recorriendo el campo de un extremo a otro, hundida la barbilla en el pecho y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Aumenta el interés del asunto —dijo—. Watson, su excursión al campo ha sido un éxito evidente. He pasado una mañana encantadora.

—¿Debo entender que ha visitado el escenario del crimen? —preguntó el coronel.

—Sí, el inspector y yo hemos efectuado un pequeño reconocimiento.

—¿Con éxito?

—Hemos visto algunas cosas muy interesantes. Le contaré lo que hemos hecho mientras caminamos. En primer lugar, hemos visto el cadáver de aquel desdichado. Desde luego, murió herido por una bala de revólver, tal como se ha informado.

—¿Acaso dudaba de ello?

—Es que siempre conviene someterlo todo a prueba. Nuestra inspección no ha sido tiempo perdido. Hemos celebrado después una entrevista con el señor Cunningham y su hijo, que nos han podido enseñar el lugar exacto en el que el asesino franqueó el seto de jardín en su huida. Esto ha revestido el mayor interés.

—Naturalmente.

—Después hemos visto a la madre del pobre hombre. Sin embargo, no hemos obtenido ninguna información de ella, ya que es una mujer muy vieja y débil.

—¿Y cuál es el resultado de sus investigaciones?

—La convicción de que el crimen ha sido muy peculiar. Es posible que nuestra visita de ahora contribuya a disipar parte de su oscuridad. Pienso que ahora estamos de acuerdo, inspector, en que el fragmento de papel en la mano del difunto, por el hecho de llevar escrita la hora exacta de su muerte, tiene una extrema importancia.

—Debería constituir una pista, señor Holmes.

—Es que constituye una pista. Quienquiera que escribiese esa nota fue el hombre que sacó a William Kirwan de su cama a esa hora. Pero ¿dónde está el resto del papel?

—Examiné el suelo minuciosamente, con la esperanza de encontrarlo —dijo el inspector.

—Fue arrancado de la mano del difunto. ¿Por qué alguien ansiaba tanto apoderarse de él? Porque le incriminaba. ¿Y qué hizo con él? Con toda probabilidad, metérselo en el bolsillo, sin advertir que una esquina del mismo había quedado entre los dedos del muerto. Si pudiéramos conseguir el resto de esta cuartilla, no cabe duda de que avanzaríamos muchísimo en la solución del misterio.

—Sí, pero ¿cómo llegar al bolsillo del criminal antes de capturarlo?

—Bien, éste es un punto que merece reflexión, pero hay otro que resulta evidente. La nota le fue enviada a William. El hombre que la escribió no pudo haberla llevado, pues en este caso, como es natural, hubiera dado oralmente su mensaje. ¿Quién llevó la nota, pues? ¿O acaso llegó por correo?

—He hecho indagaciones —dijo el inspector—. Ayer, William recibió una carta en el correo de la tarde. El sobre fue destruido por él.

—¡Excelente! —exclamó Holmes que dio una palmada en la espalda del inspector—. Usted ha hablado con el cartero. Es un placer trabajar con usted. Bien, aquí está la casa del guarda y, si quiere subir conmigo, coronel, le enseñaré el escenario del crimen.

Pasamos ante el lindo cottage en el que había vivido el hombre asesinado y caminamos a lo largo de una avenida flanqueada por olmos hasta llegar a la antigua y bonita mansión estilo reina Ana, que ostenta el nombre de Malplaquet

sobre el dintel de la puerta. Holmes y el inspector nos guiaron a su alrededor hasta que llegamos a la verja lateral, separada por una zona ajardinada del seto que flanquea la carretera. Había un policía junto a la puerta de la cocina.

—Abra la puerta, agente —dijo Holmes—. Pues bien, en esta escalera se encontraba el joven señor Cunningham y vio forcejear a los dos hombres precisamente donde ahora nos encontramos nosotros. El señor Cunningham padre estaba junto a aquella ventana, la segunda a la izquierda, y vio al hombre escapar por la parte izquierda de aquellos matorrales. También le vio el hijo. Ambos están seguros de ello a causa del matorral. Entonces, el joven señor Cunningham bajó corriendo y se arrodilló al lado del herido. Sepa que el suelo es muy duro y no hay marcas que puedan guiarnos.

Mientras hablaba, se acercaban dos hombres por el sendero del jardín, después de doblar la esquina de la casa. Uno era un hombre de edad provecta, con un rostro enérgico y marcado por acusadas arrugas, y ojos somnolientos, y el otro era un joven bien plantado, cuya expresión radiante y sonriente, y su chillona indumentaria ofrecían un extraño contraste con el asunto que nos había llevado allí.

—¿Todavía buscando? —le dijo a Holmes el más joven. Yo creía que ustedes, los londinenses, no fallaban nunca. No me parece que sean de lo más rápido después de todo.

—Hombre, es que necesitamos algún tiempo —repuso Holmes con buen humor.

—Van a necesitarlo —aseguró el joven Alec Cunningham—. Por ahora, no veo que tengan una sola pista.

—Sólo hay una —respondió el inspector. Pensamos que sólo con poder encontrar... ¡Cielo santo! ¿Qué le ocurre, señor Holmes?

De repente, la cara de mi pobre amigo había asumido una expresión de lo más alarmante. Con los ojos vueltos hacia arriba, contraídas dolorosamente las facciones y reprimiendo un sordo gruñido, se desplomó de bruces. Horrorizados por lo inesperado y grave del ataque, lo trasladamos a la cocina y lo acomodamos en un sillón, donde pudo respirar trabajosamente durante unos minutos. Finalmente, excusándose avergonzado por su momento de debilidad, volvió a levantarse.

—Watson les dirá que todavía me estoy restableciendo de una seria enfermedad —explicó—. Tiendo a padecer estos súbitos ataques de nervios.

—¿Quiere que le envíe a casa en mi coche? —preguntó el mayor de los Cunningham.

—Es que, puesto que estoy aquí, hay un punto del que me agradaría asegurarme. Podemos verificarlo con gran facilidad.

—~De qué se trata?

—Pues bien, a mí me parece posible que la llegada de aquel pobre William no se produjera antes, sino después de la entrada del ladrón en la casa. Ustedes parecen dar por sentado que, a pesar de que la puerta fue forzada, el amigo de lo ajeno nunca llegó a entrar.

—A mí me parece de lo más obvio —manifestó el señor Cunningham muy serio —. Tenga en cuenta que mi hijo Alec todavía no se había acostado, y que sin duda hubiera oído a alguien que se moviera por allí.

—¿Dónde estaba sentado?

—En mi cuarto vestidor, fumando.

—~Cuál es su ventana?

—La última de la izquierda, junto a la de mi padre.

—¿Tanto su lámpara como la de él estarían encendidas, verdad?

—Indudablemente.

—Hay aquí algunos detalles muy singulares —comentó Holmes, sonriendo—. ¿No resulta extraordinario que un ladrón, y un ladrón que ha tenido cierta experiencia previa, irrumpa deliberadamente en una casa, a una hora en que, a juzgar por las luces, pudo ver que dos miembros de la familia todavía estaban levantados?

—Debía ser un sujeto de mucha sangre fría.

—Como es natural, si el caso no fuera peliagudo no nos habríamos sentido obligados a pedirle a usted una explicación —dijo el joven Alec—. Pero en cuanto a su idea de que el hombre ya había robado en la casa antes de que William le acometiera, creo que no puede ser más absurda. ¿Acaso no habríamos encontrado la casa desordenada y echado de menos las cosas que hubiera robado?

—Depende de lo que fueran estas cosas —repuso Holmes—. Deben recordar que

nos las estamos viendo con un ladrón que es un individuo muy peculiar, y que parece trabajar siguiendo unas directrices propias. Véase, por ejemplo, el extraño lote de cosas que sustrajo en casa de los Acton... ¿Qué eran? Un ovillo de cordel, un pisapapeles y no sé cuántos trastos más...

—Bien, estamos en sus manos, señor Holmes —dijo Cunningham padre—. Tenga la seguridad de que se hará cualquier cosa que usted o el inspector puedan sugerir.

—En primer lugar —repuso Holmes—, me agradaría que usted ofreciera una recompensa, pero suya personal, puesto que las autoridades oficiales tal vez requieran algún tiempo antes de ponerse de acuerdo respecto a la suma, y estas cosas conviene hacerlas con mucha rapidez. Yo ya he redactado un documento aquí y espero que no le importe firmarlo. Pensé que cincuenta libras serían más que suficientes.

—De buena gana daría quinientas —aseguró el juez de paz, tomando la cuartilla y el lápiz que Holmes le ofrecía—. Sin embargo, esto no es exacto —añadió al examinar el documento.

—Lo he escrito precipitadamente.

—Como ve, comienza así: «Considerando que alrededor de la una menos cuarto de la madrugada del martes se hizo un intento...», etcétera. En realidad, ocurrió a las doce menos cuarto.

Me apenó este error, pues yo sabía lo mucho que se resentía Holmes de cualquier resbalón de esta clase. Era su especialidad ser exacto en todos los detalles, pero su reciente dolencia le había afectado profundamente y este pequeño incidente bastó para indicarme que aún distaba mucho de ser él otra vez. Por unos

momentos, se mostró visiblemente avergonzado, mientras el inspector enarcaba las cejas y Alec Cunningham dejaba escapar una carcajada. Sin embargo, el anciano caballero corrigió la equivocación y devolvió el papel a Holmes.

—Délo a la imprenta lo antes posible —pidió—. Creo que su idea es excelente.

Holmes guardó cuidadosamente la cuartilla en su libreta de notas.

—Y ahora —dijo—, seria de veras conveniente que fuéramos todos juntos a la casa y nos aseguráramos de que ese ladrón un tanto excéntrico no se llevó, después de todo, nada consigo.

Antes de entrar, Holmes procedió a efectuar un examen de la puerta que había sido forzada. Era evidente la introducción de un escoplo o de un cuchillo de hoja gruesa que forzó la cerradura, pues pudimos ver en la madera las señales del lugar en que actuó.

—¿No utilizan barras para atrancar la puerta? —preguntó.

—Nunca lo hemos considerado necesario.

—¿No tienen un perro?

—Sí, pero está encadenado al otro lado de la casa.

—¿A qué hora se acuestan los sirvientes?

—Alrededor de las diez.

—Tengo entendido que, a esa hora, William solía encontrarse también en la cama. —Sí.

—Es curioso que precisamente esta noche hubiera estado levantado. Y ahora, señor Cunningham, le ruego tenga la amabilidad de enseñarnos la casa.

Un pasillo enlosado, a partir del cual se ramificaban las cocinas, y una escalera de madera conducían directamente al primer piso de la casa, con un rellano opuesto a una segunda escalera, más ornamental, que desde el vestíbulo principal ascendía a las plantas superiores. Daban a ese rellano el salón y varios dormitorios inclusive los del señor Cunningham y su hijo. Holmes caminaba

despacio, tomando buena nota de la arquitectura de la casa. Yo sabía, por su expresión, que seguía una pista fresca y, sin embargo, no podía ni imaginar en qué dirección le conducían sus inferencias.

—Mi buen señor —dijo el mayor de los Cunningham con cierta impaciencia— seguro que todo esto es perfectamente innecesario. Esta es mi habitación, al pie de la escalera, y la de mi hijo es la contigua. Dejo a su buen juicio dictaminar si es posible que el ladrón llegara hasta aquí sin que nosotros lo advirtiéramos.

—Tengo la impresión de que debería buscar en otra parte una nueva pista — observó el hijo con una sonrisa maliciosa.

—A pesar de todo, debo pedirles que tengan un poco más de paciencia conmigo. Me gustaría ver, por ejemplo, hasta qué punto las ventanas de los dormitorios dominan la parte frontal de la casa. Según creo, éste es el cuarto de su hijo — abrió la puerta correspondiente— y éste, supongo, es el cuarto vestidor en el que él estaba sentado, fumando, cuando se dio la alarma. ¿A dónde mira su ventana?

Cruzó el dormitorio, abrió la otra puerta y dio un vistazo al otro cuarto.

—Espero que con esto se sienta satisfecho —dijo el señor Cunningham sin ocultar su enojo.

—Gracias. Creo haber visto todo lo que deseaba.

—Entonces, si realmente es necesario, podemos ir a mi habitación.

—Si no es demasiada molestia...

El juez se encogió de hombros y nos condujo a su dormitorio, que era una habitación corriente y amueblada con sencillez. Al avanzar hacia la ventana, Holmes se rezagó hasta que él y yo quedamos los últimos del grupo. Cerca del pie de la cama había una mesita cuadrada y sobre ella una fuente con naranjas y un botellón de agua. Al pasar junto a ella, Holmes, con profundo asombro por mi parte, se me adelantó y volcó deliberadamente la mesa y todo lo que contenía. El cristal se rompió en un millar de trozos y las naranjas rodaron hasta todos los rincones del cuarto.

—Ahora si que la he hecho buena, Watson —me dijo sin inmutarse. Vea como ha quedado la alfombra.

Confundido, me agaché y comencé a recoger las frutas, comprendiendo que, por alguna razón, mi compañero deseaba cargarme a mí la culpa. Los demás así lo creyeron y volvieron a poner de pie la mesa.

—¡Hola! —exclamó el inspector—. ¿Dónde se ha metido ahora?

Holmes había desaparecido.

—Esperen aquí un momento —dijo el joven Alec Cunningham. En mi opinión, este hombre está mal de la cabeza. Venga conmigo, padre, y veremos a dónde ha ido.

Salieron precipitadamente de la habitación, dejándonos al inspector, al coronel y a mí mirándonos el uno al otro.

—Palabra que me siento inclinado a estar de acuerdo con el joven Cunningham —dijo el policía—. Pueden ser los efectos de esa enfermedad, pero a mí me parece que...

Sus palabras fueron interrumpidas por un súbito grito de «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinos!» Con viva emoción reconocí la voz como la de mi amigo. Salí corriendo al rellano. Los gritos, reducidos ahora a una especie de rugido ronco e inarticulado, procedían de la habitación que habíamos visitado en primer lugar. Irrumpí en ella y entré en el contiguo cuarto vestidor.

Los dos Cunningham se inclinaban sobre la figura postrada de Sherlock Holmes, el más joven apretándole el cuello con ambas manos, mientras el anciano parecía retorcerle una muñeca. En un instante, entre los tres los separamos de él y Holmes se levantó tambaleándose, muy pálido y con evidentes señales de agotamiento.

—Arreste a estos hombres, inspector —jadeó.

—¿Bajo qué acusación?

—¡La de haber asesinado a su cochero, William Kirwan!

El inspector se le quedó mirando boquiabierto.

—Vamos, vamos, señor Holmes —dijo por fin—, estoy seguro de que en

realidad no quiere decir que...

—¡Pero mire sus caras, hombre! —exclamó secamente Holmes.

Ciertamente, jamás he visto una confesión de culpabilidad tan manifiesta en un rostro humano. El más viejo de los dos hombres parecía como aturdido, con una marcada expresión de abatimiento en su faz profundamente arrugada. El hijo, por su parte, había abandonado aquella actitud alegre y despreocupada que le había caracterizado, y la ferocidad de una peligrosa bestia salvaje brillaba en sus ojos oscuros y deformaba sus correctas facciones. El inspector no dijo nada, pero, acercándose a la puerta, hizo sonar su silbato. Dos de sus hombres acudieron a la llamada.

—No tengo otra alternativa, señor Cunningham —dijo—. Confío en que todo esto resulte ser un error absurdo, pero puede ver que... ¿Cómo? ¿Qué es esto? ¡Suéltelo!

Su mano descargó un golpe y un revolver, que el hombre más joven intentaba amartillar cayó ruidosamente al suelo.

—Guárdelo —dijo Holmes, poniendo en seguida su pie sobre él—. Le resultará útil en el juicio. Pero esto es lo que realmente queríamos.

Holmes sostenía ante nosotros un papel arrugado.

—¡El resto de la hoja! —gritó el inspector.

—Precisamente.

—¿Y dónde estaba?

—Donde yo estaba seguro de que había de estar. Más tarde les aclararé todo el asunto. Creo, coronel, que usted y Watson deberían regresar ya, y yo me reuniré con ustedes dentro de una hora como máximo. El inspector y yo hemos de hablar un poco con los prisioneros, pero con toda certeza volverán ustedes a verme a la hora de almorzar.

Sherlock Holmes cumplió su palabra, pues alrededor de la una se reunió con nosotros en el salón de fumar del coronel. Le acompañaba un caballero más bien bajo y de cierta edad, que me fue presentado como el señor Acton, cuya casa

había sido escenario del primer robo.

—Deseaba que el señor Acton estuviera presente al explicarles yo este asuntillo —dijo Holmes—, pues es natural que tenga un vivo interés por sus detalles. Mucho me temo, mi querido coronel, que lamente el momento en que usted admitió en su casa a un pajarraco de mal agüero como soy yo.

—Al contrario —aseguró vivamente el coronel—. Considero como el mayor de los privilegios que me haya sido permitido estudiar sus métodos de trabajo. Confieso que sobrepasan en mucho cuanto pudiera yo esperar, y que soy totalmente incapaz de entender su resultado. De hecho, aún no he visto ni traza de una sola pista.

—Temo que mi explicación le desilusione, pero siempre ha sido mi hábito el no ocultar ninguno de mis métodos, tanto a mi amigo Watson como a cualquiera capaz de mostrar un interés inteligente por ellos. Pero ante todo, puesto que aún me siento bastante quebrantado por el vapuleo recibido en aquel cuarto vestidor, creo que voy a administrarme un trago de su brandy, coronel. Últimamente, mis fuerzas han sido sometidas a dura prueba.

—Confío en que ya no vuelva a padecer aquellos ataques de nervios.

Sherlock Holmes se echó a reír con ganas.

—Ya hablaremos de esto en su momento —dijo—, y les haré un relato del caso en su debido orden, indicándoles los diversos detalles que me guiaron en mi decisión. Les ruego que me interrumpan si alguna deducción no resulta lo bastante clara.

En el arte de la deducción, tiene la mayor importancia saber reconocer, entre un cierto número de hechos, aquellos que son incidentales y aquellos que son vitales. De lo contrario, energía y atención se disipan en vez de concentrarse. Ahora bien, en este caso no abrigué la menor duda desde el primer momento, de que la clave de todo el asunto debía ser buscada en el trozo de papel encontrado en la mano del difunto.

Antes de entrar en este pormenor, quiero llamarles la atención sobre el hecho de que si el relato de Alec Cunningham era cierto, y si el asaltante, después de disparar contra William Kirwan, había huido al instante, era evidente que no pudo ser él quien arrancase el papel de la mano del muerto. Pero si no fue él,

había de ser el propio Alec Cunningham, pues cuando el anciano hubo bajado ya había varios sirvientes en la escena del crimen. Este punto es bien simple, pero al inspector le había pasado por alto porque él había partido de la suposición de que estos magnates del mundo rural nada tenían que ver con el asunto. Ahora bien, yo me impongo no tener nunca prejuicios y seguir dócilmente los hechos allí donde me lleven éstos, y por consiguiente, en la primera fase de mi investigación no pude por menos que examinar con cierta suspicacia el papel representado por el señor Alec Cunningham.

Acto seguido efectué un examen muy atento de la esquina del papel que el inspector nos había enseñado. En seguida me resultó evidente que formaba parte de un documento muy notable. Aquí está. ¿No observa ahora en él algo muy sugerente?

—Tiene un aspecto muy irregular —contestó el coronel.

—¡Mi apreciado señor! —exclamó Holmes—. ¡No puede haber la menor duda de que fue escrito por dos personas, a base de palabras alternadas! Si le llamo la atención acerca de las enérgicas «t» en las palabras at y to, y le pido que las compare con las débiles de quarter y twelve, reconocerá inmediatamente el hecho. Un análisis muy breve de esas cuatro palabras le permitiría asegurar con toda certeza que learn y maybe fueron escritas por la mano más fuerte, y el what por la más débil.

—¡Por Júpiter, esto está tan claro como la luz del día —gritó el coronel—. ¿Y por qué diablos dos hombres habían de escribir de este modo una carta?

—Evidentemente, el asunto era turbio, y uno de los hombres, que desconfiaba del otro, estaba decidido a que, se hiciera lo que se hiciese, cada uno debía tener la misma intervención en él. Ahora bien, queda claro que de los dos hombres el que escribió el at y el to era el jefe.

—¿Cómo llega a esta conclusión?

—Podríamos deducirla meramente de la escritura de una mano en comparación con la otra, pero tenemos razones de más peso para suponerlo. Si examina este trozo de papel con atención, concluirá que el hombre con la mano más fuerte escribió primero todas sus palabras, dejando espacios en blanco para que los llenara el otro. Estos espacios en blanco no fueron suficientes en algún caso, y pueden ver que el segundo hombre tuvo que comprimir su letra para meter su

quarter entre el at y el to, lo que demuestra que éstas ya habían sido escritas. El hombre que escribió todas sus palabras en primer lugar es, indudablemente, el mismo que planeó el asunto.

—¡Excelente! —exclamó el señor Acton.

—Pero muy superficial —repuso Holmes—. Sin embargo, llegamos ahora a un punto que sí tiene importancia. Acaso no sepan ustedes que la deducción de la edad de un hombre a partir de su escritura es algo en que los expertos han conseguido una precisión considerable. En casos normales, cabe situar a un hombre en la década que le corresponde con razonable certeza. Y hablo de casos normales, porque la mala salud y la debilidad física reproducen los signos de la edad avanzada, aunque el baldado sea un joven. En el presente caso, examinando la escritura enérgica y vigorosa de uno, y la apariencia de inseguridad de la otra escritura, que todavía se conserva legible, aunque las «t» ya han empezado a perder sus barras transversales, podemos afirmar que la primera es de un joven y la otra es de un hombre de edad avanzada pero sin ser del todo decrépito.

—¡Excelente! —volvió a aplaudir Acton.

—No obstante, hay otro punto que es más sutil y ofrece mayor interés. Hay algo en común entre estas manos. Pertenecen a hombres con un parentesco sanguíneo. A ustedes, esto puede resultarles más obvio en las «e» de trazo griego, mas para mí hay varios detalles pequeños que indican lo mismo. No me cabe la menor duda de que se detecta un hábito familiar en estos dos especímenes de escritura. Desde luego, sólo les estoy ofreciendo en este momento los resultados más destacados de mi examen del papel. Había otras veintitrés deducciones que ofrecerían mayor interés para los expertos que para ustedes, y todas ellas tendían a reforzar la impresión en mi fuero interno de que la carta fue escrita por los Cunningham, padre e hijo.

Llegado a este punto, mi siguiente paso fue, como es lógico, examinar los detalles del crimen y averiguar hasta qué punto podían ayudarnos. Fui a la casa con el inspector y vi allí todo lo que había por ver. La herida que presentaba el cadáver había sido producida, como pude determinar con absoluta certeza, por un disparo de revólver efectuado a una distancia de poco más de cuatro yardas. No había en las ropas ennegrecimiento causado por la pólvora. Por consiguiente, era evidente que Alec Cunningham había mentido al decir que los dos hombres estaban forcejeando cuando se hizo el disparo. Asimismo, padre e hijo

coincidieron respecto al lugar por donde el hombre escapó hacia la carretera. En realidad, sin embargo, en este punto hay una zanja algo ancha, con humedad en el fondo. Puesto que en esta zanja no había ni traza de huellas de botas, tuve la absoluta seguridad, no sólo de que los Cunningham habían mentido otra vez, sino también de que en el lugar del crimen nunca hubo ningún desconocido.

Y ahora tenía que considerar el motivo de este crimen singular. Para llegar a él, ante todo procuré aclarar el motivo del primer robo en casa del señor Acton.

Por algo que nos había dicho el coronel, yo tenía entendido que existía un litigio judicial entre usted, señor Acton, y los Cunningham. Desde luego, se me ocurrió al instante que éstos habían entrado en su biblioteca con la intención de apoderarse de algún documento que pudiera tener importancia en el pleito.

—Precisamente —dijo el señor Acton—. No puede haber la menor duda en cuanto a sus intenciones. Yo tengo la reclamación más indiscutible sobre la mitad de sus actuales propiedades, y si ellos hubieran podido encontrar cierto papel, que afortunadamente se encontraba en la caja fuerte de mis abogados, sin la menor duda hubieran invalidado nuestro caso.

—Pues ya lo ve —sonrió Holmes—, fue una intentona audaz y peligrosa, en la que me parece vislumbrar la influencia del joven Alec. Al no encontrar nada, trataron de desviar las sospechas haciendo que pareciera un robo corriente, y con este fin se llevaron todo aquello a lo que pudieron echar mano. Todo esto queda bien claro, pero todavía era mucho lo que se mantenía oscuro. Lo que yo deseaba por encima de todo era conseguir la parte que faltaba de la nota. Sabía que Alec la había arrancado de la mano del difunto, y estaba casi seguro que la habría metido en el bolsillo de su bata. ¿En qué otro lugar sino? La única cuestión era la de si todavía seguía allí. Valía la pena hacer algo para averiguarlo, y con este objeto fuimos todos a la casa.

Los Cunningham se unieron a nosotros, como sin duda recordarán, ante la puerta de la cocina. Era, desde luego, de la mayor importancia que no se les recordase la existencia de aquel papel, pues de lo contrario era lógico pensar que lo destruirían sin tardanza. El inspector estaba a punto de hablarles de la importancia que le atribuíamos, cuando, por la más afortunada de las casualidades, fui víctima de una especie de ataque y de este modo cambió la conversación.

¡Válgame el cielo! —exclamó el coronel, riéndose—. ¿Quiere decir que nuestra compasión estaba injustificada y que su ataque fue una impostura?

—Hablando como profesional, debo decir que lo hizo admirablemente —afirmé, mirando con asombro a aquel hombre que siempre sabía confundirme con alguna nueva faceta de su astucia.

—Es un arte que a menudo demuestra su utilidad —comentó él—. Cuando me recuperé, me las arreglé mediante un truco, cuyo ingenio tal vez revistiera escaso mérito, para que el viejo Cunningham escribiese la palabra twelve a fin de que yo pudiera compararla con el twelve escrito en el papel.

—¡Qué borrico fui! —exclamé.

—Pude ver que me estaba compadeciendo a causa de mi debilidad —dijo Holmes, riéndose—, y sentí causarle la pena que me consta que sintió por mí. Después subimos juntos y, al entrar en la habitación y ver la bata colgada detrás de la puerta, volqué una mesa para distraer momentáneamente la atención de ellos y volví sobre mis pasos con la intención de registrar los bolsillos. Sin embargo, apenas tuve en mi poder el papel, que, tal como yo esperaba, se encontraba en uno de ellos, los dos Cunningham se abalanzaron sobre mí y creo que me hubieran asesinado allí mismo de no intervenir la rápida y amistosa ayuda de ustedes. De hecho, todavía siento en mi garganta la presa de aquel joven, y el padre me magulló la muñeca en sus esfuerzos para arrancar el papel de mi mano. Comprendieron que yo debía saber toda la verdad, y el súbito cambio de una seguridad absoluta a la ruina más completa hizo de ellos dos hombres desesperados.

Tuve después una breve charla con el mayor de los Cunningham referente al motivo del crimen. Se mostró bastante tratable, en tanto que su hijo era peor que un demonio dispuesto a volarse los sesos, o los de cualquier otra persona, en caso de haber recuperado su revólver. Cuando Cunningham vio que la acusación contra él era tan sólida, se desfondó y lo explicó todo. Al parecer, William había seguido disimuladamente a sus amos la noche en que efectuaron su incursión en casa del señor Acton y, al tenerles así en sus manos, procedió a extorsionarlos con amenazas de denuncia contra ellos. Sin embargo, el joven Alec era hombre peligroso para quien quisiera practicar con él esta clase de juego. Fue por su parte una ocurrencia genial la de ver en el miedo a los robos, que estaba atenazando a la población rural, una oportunidad para desembarazarse

plausiblemente del hombre al que temía. William cayó en la trampa y un balazo lo mató, y sólo con que no hubieran conservado entera aquella nota y prestado un poco más de atención a los detalles accesorios, es muy posible que nunca se hubiesen suscitado sospechas.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes colocó ante nosotros este papel [624]:

If you will only come round at quarter to twelve to the east gate you will learn what will very much surprise you and may be of the greatest service to you and also to Annie Morrison. But say nothing to anyone upon the matter

—Es en gran parte precisamente lo que yo me esperaba —explicó—. Desde luego, desconozco todavía qué relaciones pudo haber entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison, pero el resultado demuestra que la celada fue tendida con suma habilidad. Estoy seguro de que habrán de encantarles las trazas hereditarias que se revelan en las «p» y en las colas de las «g». La ausencia de puntos sobre las íes en la escritura del anciano es también muy característica. Watson, creo que nuestro apacible reposo en el campo ha sido todo un éxito, y con toda certeza mañana regresará a Baker Street considerablemente revigorizado.

9. El enfermo interno

«Aunque la ley británica no haya podido protegerlo, la espada de la justicia sigue presente para vengarle.»

Doctor Trevelyan

Al dar una ojeada a la serie un tanto incoherente de memorias con las que he tratado de ilustrar algunas de las peculiaridades mentales de mi amigo el señor Sherlock Holmes, me ha chocado la dificultad que siempre he experimentado al elegir ejemplos que respondan en todos los aspectos a mi propósito. Y es que en aquellos casos en los que Holmes ha efectuado algún tour-de-force de razonamiento analítico y ha demostrado el valor de sus peculiares métodos de investigación, los hechos en sí han sido a menudo tan endebles o tan vulgares que no he encontrado justificación para exponerlos ante el público. Por otra parte, ha ocurrido con frecuencia que ha intervenido en alguna investigación cuyos hechos han sido de un carácter de lo más notable y dramático, pero en la que su participación en determinar sus causas ha sido menos pronunciada de lo que yo, como biógrafo suyo, pudiera desear. El asuntillo que he relatado bajo el título Estudio en escarlata y aquel otro caso relacionado con la desaparición de la Gloria Scott, pueden servir como ejemplos de esas Escila y Caribdis que siempre están amenazando a su historiador. Bien puede ser que, en el caso sobre el que ahora me dispongo a escribir, el papel interpretado por mi amigo no quede suficientemente acentuado y, sin embargo, toda la secuencia de circunstancias es tan notable que no me es posible omitirla sin más en esta serie.

No puedo estar seguro de la fecha exacta, pues algunos de mis memorandos al respecto se han extraviado, pero debió de ser hacia el final del primer año durante el cual Holmes y yo compartimos habitaciones en Baker Street. Hacía un tiempo tempestuoso propio de octubre y los dos nos habíamos quedado todo el día en casa, yo porque temía enfrentarme al cortante viento otoñal con mi quebrantada salud, mientras que él estaba sumido en una de aquellas complicadas investigaciones químicas que tan profundamente le absorbían

mientras se entregaba a ellas. Al atardecer, sin embargo, la rotura de un tubo de ensayo puso un final prematuro a su búsqueda y le hizo abandonar su silla con una exclamación de impaciencia y el ceño fruncido.

—Una jornada de trabajo perdida, Watson —dijo, acercándose a la ventana—. ¡Ajá! Han salido las estrellas y ha menguado el viento. ¿Qué me diría de un paseo a través de Londres?

Yo estaba cansado de nuestra pequeña sala de estar y asentí con placer, mientras me protegía del aire nocturno con una bufanda subida hasta la nariz. Durante tres horas caminamos los dos, observando el caleidoscopio siempre cambiante de la vida, con sus mareas menguante y creciente a lo largo de Fleet Street y del Strand. Holmes se había despojado de su malhumor temporal, y su conversación característica, con su aguda observación de los detalles y sutil capacidad deductiva, me mantenía divertido y subyugado. Dieron las diez antes de que llegáramos a Baker Street. Un brougham esperaba ante nuestra puerta.

—¡Hum! Un médico... y de medicina general, según veo —comentó Holmes—. No lleva largo tiempo en el oficio, pero tiene mucho trabajo. ¡Supongo que ha venido a consultarnos! ¡Es una suerte que hayamos vuelto!

Yo estaba suficientemente familiarizado con los métodos de Holmes para poder seguir su razonamiento, y ver que la índole y el estado de los diversos instrumentos médicos en el cesto de mimbre colgado junto al farolillo dentro del coche le había proporcionado los datos para su rápida deducción. La luz de nuestra ventana, arriba, denotaba que esta tardía visita nos estaba efectivamente dedicada. Con cierta curiosidad respecto a qué podía habernos enviado un colega médico a semejantes horas, seguí a Holmes hasta nuestro sanctum.

Un hombre de cara pálida y flaca, con rubias patillas, se levantó de su asiento junto al fuego apenas entramos nosotros. Su edad tal vez no rebasara los treinta y tres o treinta y cuatro años, pero su semblante ojeroso y el color poco saludable de su tez indicaban una existencia que le había minado el vigor y le había despojado de su juventud. Sus ademanes eran tímidos y nerviosos, como los de un hombre muy sensible, y la mano blanca y delgada que apoyaba en la repisa de la chimenea era la de un artista más bien que la de un cirujano. Su indumentaria era discreta y oscura: levita negra, pantalones gris marengo y un toque de color en su corbata.

—Buenas noches, doctor —le saludó Holmes afablemente—. Me tranquiliza ver que sólo lleva unos minutos esperando.

—¿Ha hablado con mi cochero, pues?

—No, me lo ha dicho la vela en la mesa lateral. Le ruego que vuelva a sentarse y me haga saber en qué puedo servirle.

—Soy el doctor Percy Trevelyan —dijo nuestro visitante—, y vivo en el número 403 de Brook Street.

—¿No es usted el autor de una monografía sobre oscuras lesiones nerviosas? —inquirí.

La satisfacción arreboló sus pálidas mejillas al oír que su obra me era conocida.

—Tan rara vez oigo hablar de ella que ya la consideraba como definitivamente desaparecida —dijo—. Mis editores me dan las noticias más desalentadoras sobre su cifra de ventas. Supongo que usted también es médico...

—Cirujano militar retirado.

—Mi afición han sido siempre las enfermedades de origen nervioso. Hubiera deseado hacer de ellas mi única especialidad, pero, como es natural, hay que aceptar lo primero que se ponga a mano. Sin embargo, esto se sale de nuestro asunto, señor Sherlock Holmes, y me consta lo muy valioso que es su tiempo. Lo cierto es que ha ocurrido recientemente una singular cadena de acontecimientos en mi domicilio de Brook Street y esta noche las cosas han llegado a un extremo que me ha impedido esperar ni una hora más para venir a pedirle consejo y ayuda.

Sherlock Holmes se sentó y encendió su pipa.

—Gustosamente procuraré darle ambas cosas —repuso—. Le ruego que me haga un relato detallado sobre las circunstancias que le han inquietado.

—Alguna de ellas es tan trivial —dijo el doctor Trevelyan—, que en realidad casi me avergüenzo de mencionarla. Pero el asunto es tan inexplicable y el cariz que recientemente ha tomado es tan enrevesado, que se lo explicaré todo y usted juzgará lo que es esencial y lo que no lo es.

Para empezar, me veo obligado a decir algo acerca de mis estudios universitarios. Los cursé en la Universidad de Londres, y estoy seguro de que no creerán que me dedico indebidas alabanzas si digo que mis profesores consideraban como muy prometedora mi carrera estudiantil. Después de graduarme, seguí dedicándome a la investigación, ocupando una plaza menor en el King's College Hospital, y tuve la suerte de suscitar un interés considerable con mis trabajos sobre la patología de la catalepsia y ganar finalmente el premio y la medalla Bruce Pinkerton por la monografía sobre lesiones nerviosas a la que acaba de aludir su amigo. No exageraría si dijera que en aquella época existía la impresión general de que me esperaba una carrera distinguida.

Pero mi gran obstáculo consistía en mi perentoria necesidad de un capital. Como usted comprenderá perfectamente, un especialista con miras altas tiene que comenzar en alguna de una docena de calles de los alrededores de Cavendish Square, todas las cuales exigen alquileres enormes y grandes gastos de amueblamiento. Además de este desembolso preliminar, ha de estar en condiciones para mantenerse varios años y para alquilar un carruaje y un caballo presentables. Esto se hallaba mucho más allá de mis posibilidades, y sólo podía esperar que, a fuerza de economías, en diez años pudiera ahorrar lo bastante para permitirme colgar la placa. Pero de pronto un incidente inesperado abrió ante mí una perspectiva totalmente nueva.

Se trató de la visita de un caballero llamado Blessington, que era para mí un perfecto desconocido. Vino una mañana a mis habitaciones y al instante fue al grano.

—¿Es usted el mismo Percy Trevelyan que ha cursado una carrera tan distinguida y últimamente ha ganado un gran premio? —preguntó.

Yo me incliné.

—Contésteme con franqueza —prosiguió—, pues como verá, ello redunda en su interés. Tiene usted toda la inteligencia que proporciona el éxito a un hombre. ¿Tiene también el tacto?

No pude evitar una sonrisa ante la brusquedad de esta pregunta.

—Confío tener el que me corresponde —repliqué.

—¿Alguna mala costumbre? Supongo que no le dará por la bebida, ¿verdad?

—Verdaderamente, caballero... —exclamé.

—¡Muy bien! ¡Todo muy bien! Pero no tenía más remedio que preguntárselo. Y con todas estas cualidades, ¿cómo es que no ejerce?

Me encogí de hombros.

—Vamos, hombre, vamos —exclamó con voz estentórea—, la vieja historia de siempre: «Hay más en un cerebro que en su bolsillo», ¿no es así? ¿Y qué diría si yo le instalara en Brook Street?

Me quedé mirándole estupefacto.

—¡Sí, pero obro en mi interés, no en el de usted! —gritó—. Le hablaré con perfecta franqueza, y si usted está de acuerdo, yo lo estaré también. Sepa que tengo unos cuantos miles de libras para invertir, y creo que voy a jugármelos con usted.

—¿Pero por qué? —balbuceé.

—Es como cualquier otra especulación, se lo aseguro, y más conveniente que la mayoría de ellas.

—¿Y qué debo hacer yo, pues?

—Se lo explicaré. Yo buscaré la casa, la amueblaré, pagaré las criadas y lo administraré todo. Lo único que debe usted hacer es desgastar el asiento de su silla en el gabinete de consulta. Le dejaré que disponga de dinero de bolsillo y de todo lo necesario. Después, usted me entregará las tres cuartas partes de lo que gane y se reservará para sí el otro cuarto.

Y tal fue la extraña proposición, señor Holmes, con la que se me presentó ese Blessington. No le cansaré con el relato de nuestros regateos y negociaciones, pero terminaron con mi traslado a la casa el día de la Anunciación y el comienzo de mi labor prácticamente en las mismas condiciones que él había sugerido. El vino a vivir conmigo, en la categoría de un paciente interno. Tenía, según parece, el corazón débil y necesitaba una constante supervisión médica. Convirtió las dos mejores habitaciones de la primera planta en sala de estar y dormitorio para él. Era hombre de hábitos singulares, que evitaba las compañías y muy rara vez salía de casa. Su vida era irregular, pero en un aspecto era la regularidad

personificada. Cada noche, a la misma hora, entraba en mi consultorio, examinaba los libros, depositaba cinco chelines y tres penique por cada guinea que yo hubiera ganado y se llevaba el resto para guardarlo en la caja fuerte de su habitación.

Puedo afirmar confiadamente que jamás tuvo motivo para lamentar su especulación. Desde el primer día, ésta fue un éxito. Unos cuantos casos acertados y la reputación que yo me había forjado en el hospital me situaron en seguida en primera fila. En el transcurso de los últimos años he hecho de él un hombre rico.

Y esto es todo, señor Holmes, en lo tocante a mi historia pasada y mis relaciones

con el señor Blessington. Sólo me queda por explicar lo que ha ocurrido y me ha traído aquí esta noche.

Hace unas semanas, el señor Blessington acudió a mí, presa, según me pareció, de una considerable agitación. Me habló de un robo que, según dijo, se había perpetrado en el West End. Recuerdo que se mostró exageradamente alarmado al respecto, hasta el punto de declarar que no pasaría ni un día más sin que añadiéramos unos cerrojos más sólidos a nuestras puertas y ventanas. Durante una semana se mantuvo en un peculiar estado de inquietud, acechando continuamente desde la ventana y dejando de practicar el breve paseo que usualmente constituía el preludio de su cena. Por su actitud, tuve la impresión de que era presa de un miedo mortal causado por alguien o por algo, pero, cuando le interrogué al respecto, se mostró tan efusivo que me vi obligado a abandonar ese tema. Gradualmente, con el paso del tiempo sus temores parecieron extinguirse, y ya había reanudado sus hábitos anteriores, cuando un nuevo acontecimiento lo redujo al penoso estado de postración en el que ahora se encuentra.

Lo que ocurrió fue lo siguiente. Hace dos días recibí la carta que ahora le leeré. No lleva dirección ni fecha:

«Un noble ruso que ahora reside en Inglaterra, se alegraría de procurarse la asistencia profesional del doctor Percy Trevelyan. Hace años que es víctima de ataques de catalepsia, en los que, como es bien sabido, el doctor Trevelyan es una autoridad. Tiene la intención de visitarle mañana, a las seis y cuarto de la tarde, si el doctor Trevelyan cree conveniente encontrarse en su casa.»

Esta carta me interesó muchísimo, pues la principal dificultad en el estudio de la catalepsia es la rareza de esta enfermedad. Comprenderá, pues, que me encontrase en mi consultorio cuando, a la hora convenida, el botones hizo pasar al paciente.

Era un hombre de avanzada edad, delgado, de expresión grave y aspecto corriente, sin corresponder ni mucho menos al concepto que uno se forma sobre un noble ruso. Mucho más me impresionó la apariencia de su acompañante. Era un joven alto, sorprendentemente apuesto, con una cara morena y de expresión fiera, y las extremidades y pecho de un Hércules. Con la mano bajo el brazo del otro al entrar, le ayudó a sentarse en una silla con una ternura que difícilmente se hubiera esperado de él, dado su aspecto.

—Excuse mi intromisión, doctor —me dijo en inglés con un ligero ceceo—. Es mi padre, y su salud es para mí una cuestión de la más extrema importancia.

Me emocionó esta ansiedad filial y dije:

—Supongo que querrá quedarse aquí durante la visita.

—¡Por nada del mundo! —gritó con una expresión de horror—. Esto es para mí más penoso de lo que yo pueda expresar. Si llegara a ver a mi padre en uno de estos terribles ataques, estoy convencido de que no podría sobrevivir a ello. Mi sistema nervioso es excepcionalmente sensible. Con su permiso, yo me quedaré en la sala de espera mientras usted reconoce a mi padre.

Como es natural, asentí y el joven se retiró. El paciente y yo nos entregamos entonces a una conversación sobre su caso, y yo tomé notas exhaustivas. No era hombre notable por su inteligencia y sus respuestas eran con frecuencia oscuras, cosa que atribuí a sus limitados conocimientos de nuestro idioma. De pronto, sin embargo, mientras yo escribía, dejó de contestar a mis preguntas y, al volverme hacia él, me causó una fuerte impresión verle sentado muy enhiesto en su silla, mirándome con una cara rígida y totalmente inexpresiva. Una vez más, era presa de su misteriosa enfermedad.

Mi primer sentimiento, como ya he dicho, fue de compasión y horror, pero mucho me temo que el segundo fuese de satisfacción profesional. Tomé nota del pulso y la temperatura de mi paciente, palpé la rigidez de sus músculos y examiné sus reflejos. No había nada acusadamente anormal en ninguno de estos factores, lo cual coincidía con mis anteriores experiencias. En estos casos yo

había obtenido buenos resultados con la inhalación de nitrito de amilo, y el actual parecía una admirable oportunidad para poner a prueba sus virtudes. La botella estaba abajo, en mi laboratorio, por lo que, dejando a mi paciente sentado en su silla, corrí a buscarla. Me retrasé un poco, buscándola, digamos cinco minutos, y regresé. ¡Imagine mi estupefacción al encontrar vacía la habitación! ¡El paciente se había marchado!

Desde luego, lo primero que hice fue correr en seguida a la sala de espera. El hijo había desaparecido también. La puerta del vestíbulo de entrada había quedado entornada, pero no cerrada. Mi botones, que hace pasar a los pacientes, es un chico nuevo en el oficio y nada tiene de avispado. Espera abajo, y sube para acompañarlos hasta la salida cuando yo toco el timbre del consultorio. No había oído nada, y el asunto quedó envuelto en el misterio. Poco después, llegó el señor Blessington de su paseo, pero no le conté nada de lo sucedido, puesto que, para ser sincero, he adoptado la costumbre de mantener con él, dentro de lo posible un mínimo de comunicación.

Pues bien, no pensaba yo que volviera a saber algo más del ruso y su hijo, y puede imaginar mi asombro cuando esta tarde, a la misma hora, ambos entraron en mi consultorio, tal como habían hecho antes.

—Creo doctor que le debo mis sinceras excusas por mi brusca partida de ayer —dijo mi paciente.

—Confieso que me sorprendió mucho —repuse.

—Lo cierto es —explicó— que, cuando me recupero de estos ataques, mi mente siempre queda como nublada respecto a todo lo que haya ocurrido antes. Me desperté en una habitación desconocida, tal como me pareció entonces a mí, y me dirigí hacia la calle, como aturdido, mientras usted se encontraba ausente.

—Y yo —añadió el hijo—, al ver a mi padre atravesar la puerta de la sala de espera, pensé, como es natural, que había terminado la visita. Hasta que llegamos a casa, no empecé a comprender lo que en realidad había sucedido.

—Bien —dije yo, riéndome—, nada malo ha ocurrido, excepto que el hecho me intrigó muchísimo. Por consiguiente, caballero, si me hace el favor de pasar a la sala de espera, yo continuaré gustosamente la visita que ayer tuvo un final tan repentino.

Durante una media hora, comenté con el anciano sus síntomas y después, tras haberle extendido una receta, le vi marcharse apoyado en el brazo de su hijo.

Ya le he dicho que el señor Blessington elegía generalmente esta hora del día para salir a hacer su ejercicio. Llegó poco después y subió al piso. Momentos más tarde le oí bajar precipitadamente y entró atropelladamente en mi consultorio, como el hombre al que ha enloquecido el pánico.

—¿Quién ha entrado en mi habitación? —gritó.

—Nadie —contesté.

—¡Mentira! —chilló—. ¡Suba y lo verá!

Pasé por alto la grosería de su lenguaje, ya que parecía casi desquiciado a causa del miedo. Cuando subí con él, me señaló unas huellas de pisadas en la alfombra de color claro.

—¿Se atreverá a decir que son mías? —gritó.

Desde luego, eran mucho más grandes que las que él hubiese podido dejar y eran evidentemente muy recientes. Como saben, esta tarde ha llovido de firme y los únicos visitantes han sido ellos dos. Debió de ocurrir, pues, que el hombre de la sala de espera, por alguna razón desconocida y mientras yo estaba ocupado con el otro, hubiera subido a la habitación de mi paciente interno. Allí nada se tocó ni nada había desaparecido, pero la evidencia de aquellas huellas demostraba que la intrusión era un hecho del que no se podía dudar.

El señor Blessington parecía más excitado por el suceso de cuanto yo hubiese creído posible, aunque, desde luego, la situación era apta para turbar la tranquilidad de cualquiera. Llegó incluso a sentarse en una butaca, llorando, y apenas pude conseguir que hablara con coherencia. Fue sugerencia suya que yo viniese a verle a usted y, claro, en seguida vi que era una idea acertada, ya que no cabe duda de que el incidente es de lo más singular, aunque se tenga la impresión de que él exagera enormemente su importancia. Si quieren ustedes volver conmigo en mi brougham, al menos podrán calmarlo, aunque me cuesta imaginar que pueda dar una explicación a este notable suceso.

Sherlock Holmes escuchó esta larga narración con una atención que a mí me indicaba que le había despertado un vivo interés. Su cara era tan impasible como

siempre, pero sus párpados habían descendido con mayor pesadez sobre sus ojos, y el humo se había ensortijado con más espesor al salir de su pipa, como para dar énfasis a cada episodio curioso en el relato del doctor. Al llegar nuestro visitante a la conclusión del mismo, Holmes se levantó de un salto sin pronunciar palabra, me entregó mi sombrero, cogió el suyo de la mesa y seguimos al doctor Trevelyan hasta la puerta. Al cabo de un cuarto de hora, nos apeábamos ante la puerta de la residencia del médico en Brook Street, una de aquellas casas sombrías y de fachada lisa que uno asocia con la práctica médica en el West End. Nos abrió un botones muy jovencito y en seguida empezamos a subir por la amplia y bien alfombrada escalera.

Sin embargo, una singular interrupción nos obligó a inmovilizamos. La luz en la parte alta se apagó de repente y de la oscuridad brotó una voz aguda y temblorosa.

—¡Tengo una pistola —chilló—, y les juro que dispararé si se acercan más!

—¡Esto ya es insultante, señor Blessington! —gritó a su vez el doctor Trevelyan.

—Ah, es usted, doctor —dijo la voz con un gran suspiro de alivio—. Pero estos otros señores... ¿son lo que pretenden ser?

Fuimos conscientes de un largo examen a través de la oscuridad.

—Sí, sí, está bien —aprobó por último la voz—. Pueden subir. Siento que mis precauciones les hayan molestado.

Mientras hablaba, volvió a encender la luz de gas en la escalera y nos encontramos ante un hombre de singular catadura, cuya apariencia, al igual que su voz, atestiguaba unos nervios maltrechos. Estaba muy gordo, pero al parecer en otro tiempo lo había estado mucho más, ya que la piel colgaba flácidamente en su rostro, formando bolsas, como las mejillas de un perro sabueso. Tenía un color enfermizo y sus cabellos, escasos y pajizos, parecían erizados por la intensidad de su emoción. Sostenía en su mano una pistola, pero al avanzar nosotros se la guardó en el bolsillo.

—Buenas noches, señor Holmes —dijo—. Le agradezco muchísimo que haya venido. Nadie ha necesitado nunca más que yo sus consejos. Supongo que el doctor Trevelyan le ha contado esa intolerable intrusión en mis habitaciones.

—Así es —contestó Holmes—. ¿Quiénes son estos dos hombres, señor

Blessington, y por qué desean molestarlo?

—Bueno —contestó el paciente residente no sin cierto nerviosismo—, es difícil, claro, decirlo. No esperará que conteste a esto, señor Holmes.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Venga, hágame el favor. Tenga la bondad de entrar aquí.

Indicó el camino hasta su dormitorio, que era amplio y estaba confortablemente amueblado.

—¿Ve esto? —dijo, señalando una gran caja negra junto al extremo de su cama —. Nunca he sido un hombre muy rico, señor Holmes, y sólo he hecho una inversión en toda mi vida, como les puede decir el doctor Trevelyan. Pero yo no creo en los bancos; nunca confiaría en un banquero, señor Holmes. Entre nosotros, lo poco que tengo se encuentra en esta caja, de modo que comprenderá lo que significa para mí que gente desconocida se abra paso hasta mis habitaciones.

Holmes miró inquisitivamente a Blessington y meneó la cabeza.

—No me es posible aconsejarle si, como observo, trata usted de engañarme — dijo.

—¡Pero si se lo he contado todo!

Holmes giró sobre sus talones con una expresión de disgusto.

—Buenas noches, doctor Trevelyan —dijo.

—¿Y no me da ningún consejo? —gritó Blessington con voz quebrada.

—El consejo que le doy, señor, es que diga la verdad.

Un minuto después nos encontrábamos en la calle y echábamos a andar hacia casa. Habíamos cruzado Oxford Street y recorrido la mitad de Harley Street, y aún no había oído ni una sola palabra de mi compañero.

—Lamento haberle hecho salir a causa de una gestión tan inútil, Watson —dijo por fin—. No obstante, en el fondo no deja de ser un caso interesante.

—Poco es lo que entiendo en él —confesé.

—Resulta evidente que hay dos hombres, acaso más, pero dos por lo menos, que por alguna razón están decididos a echarle mano a ese Blessington. No me cabe la menor duda de que, tanto en la primera como en la segunda ocasión, aquel joven penetró en el dormitorio de Blessington, mientras su compinche, valiéndose de un truco ingenioso, impedía toda interferencia por parte del doctor.

—¿Y la catalepsia?

—Una imitación fraudulenta, Watson, aunque no me atrevería a insinuarle tal cosa a nuestro especialista. Es una dolencia muy fácil de imitar. Yo mismo lo he hecho.

—¿Y qué más?

—Por pura casualidad, Blessington estuvo ausente en cada ocasión. La razón de ellos para elegir una hora tan inusual para una consulta médica era, obviamente, la de asegurarse de que no hubiera otros pacientes en la sala de espera. Ocurrió, sin embargo, que esta hora coincidía con el paseo acostumbrado de Blessington, lo cual parece indicar que no estaban muy familiarizados con la rutina cotidiana de éste. Desde luego, si meramente hubieran ido en pos de algún tipo de botín, habrían hecho al menos alguna tentativa para buscarlo. Además, sé leer en los ojos de un hombre cuando es su piel lo que corre peligro. Es inconcebible que ese individuo se haya hecho dos enemigos tan vengativos como éstos parecen ser, sin él saberlo. Tengo la certeza, por tanto, de que sabe quiénes son estos hombres, y de que por motivos que él conoce suprime este dato. Cabe la posibilidad de que mañana se muestre de un talante más comunicativo.

—¿No existe otra alternativa grotescamente improbable, sin duda, pero con todo concebible? —sugerí—. ¿No podría toda la historia del ruso cataléptico y su hijo ser una invención del doctor Trevelyan, que con finalidades propias haya visitado las habitaciones de Blessington?

A la luz del gas, pude ver que Holmes exhibía una sonrisa divertida ante este brillante planteamiento mío.

—Mi querido amigo —dijo—, fue una de las primeras soluciones que se me ocurrieron, pero pronto pude corroborar el relato del doctor. Aquel joven dejó en la alfombra de la escalera huellas que hicieron superfluo pedir que me enseñaran las que había marcado en la habitación. Si le digo que sus zapatos eran de punta cuadrada en vez de puntiagudos como los de Blessington, y que su longitud era superior en más de una pulgada a los del doctor, reconocerá que no puede haber ninguna duda en cuanto a su identidad. Pero ahora podemos dormir sobre este asunto, pues me sorprendería que por la mañana no oyéramos algo más referente a Brook Street.

La profecía de Sherlock Holmes no tardó en cumplirse. Lo cierto es que se cumplió de un modo harto dramático. A las siete y media de la mañana siguiente, con las primeras luces del día, le vi de pie y en bata junto a mi cama.

—Un brougham nos está esperando, Watson —me dijo.

—¿Qué ocurre, pues?

—El caso de Brook Street.

—¿Alguna noticia fresca?

—Trágica pero ambigua —me contestó, subiendo la persiana—. Fíjese en esto: una hoja de una libreta de notas, con «Por el amor de Dios, venga en seguida. P.T.», garrapateado en ella con un lápiz. Nuestro amigo el doctor estaba en apuros cuando lo escribió. Dése prisa, amigo mío, pues se trata de una llamada urgente.

En poco más de un cuarto de hora nos encontramos de nuevo en casa del médico.

Este salió corriendo a recibirnos con el horror pintado en su cara.

—¡Vaya calamidad! —gritó, llevándose las manos a las sienes.

—¿Qué ha sucedido?

—Blessington se ha suicidado.

Holmes dejó escapar un silbido.

—Sí, se ha ahorcado durante la noche.

Habíamos entrado y el médico nos había precedido hasta lo que era, evidentemente, la sala de espera.

—¡Apenas sé lo que hago! —exclamó—. La policía ya está arriba. Es algo que me ha causado una impresión tremenda.

—¿Cuándo lo descubrió?

—Cada mañana se hace subir una taza de té a primera hora. Cuando entró la camarera, a eso de las siete, el desdichado estaba colgado en el centro de la habitación. Había atado la cuerda al gancho en el que estuvo suspendida una lámpara de gran peso, y había saltado precisamente desde lo alto de la caja fuerte que nos enseñó ayer.

Holmes permaneció unos momentos en profunda cavilación.

—Con su permiso —dijo por fin—, me gustaría subir y echar un vistazo a lo sucedido.

Subimos los dos seguidos por el doctor.

Fue una visión espantosa la que presenciamos al cruzar la puerta del dormitorio. Ya he hablado de la impresión de flaccidez que causaba aquel hombre llamado Blessington, pero, colgado del gancho, esta impresión se intensificaba y exageraba hasta que su apariencia apenas era humana. El cuello estaba retorcido como el de un pollo desplumado, y esto hacía que el resto del difunto pareciera más obeso y antinatural por contraste. Sólo llevaba su camisón largo y por debajo de éste aparecían sus hinchados tobillos y deformes pies. Junto a él, un inspector de policía de porte marcial tomaba notas en una libreta.

—¡Ah, señor Holmes! —exclamó cordialmente al entrar mi amigo—. Me alegra mucho verle.

—Buenos días, señor Lanner —contestó Holmes—. Estoy seguro de que no me considerará como un intruso. ¿Ha oído hablar de los hechos que han desembocado en este final?

—Sí, algo he oído de ellos.

—¿Se ha formado alguna opinión?

—Por lo que puedo saber, el miedo privó a este hombre de su sano juicio. Como ve, ha dormido en esta cama; hay en ella su impresión, y bien profunda. Como usted sabe, hacia las cinco de la mañana es cuando se producen más suicidios. Y ésta debió de ser, más o menos, la hora en que se ahorcó. Al parecer, fue cosa muy bien estudiada.

—Yo diría que lleva muerto como unas tres horas, a juzgar por la rigidez de los músculos —dije yo.

—¿Ha observado algo peculiar en la habitación, señor Lanner? —preguntó Holmes.

—He encontrado un destornillador y unos cuantos tornillos en el lavabo. Asimismo, parece ser que durante la noche fumó lo suyo. Aquí hay cuatro colillas de cigarro que encontré en la chimenea.

—¡Hum! —dijo Holmes—. ¿Ha visto su boquilla para cigarros?

—No, no he visto ninguna.

—¿Su cigarrera, pues?

—Sí, estaba en el bolsillo de su chaqueta.

Holmes la abrió y olisqueó el único cigarro que contenía.

—Esto es un habano, y estas colillas corresponden a unos cigarros del tipo peculiar que importan los holandeses de sus colonias en las Indias Orientales. Suelen ir envueltos en paja y, dada su longitud, son más delgados que los de cualquier otra marca.

Cogió las cuatro colillas y las examinó con su lupa de bolsillo.

—Dos de ellos fueron fumados con boquilla y los otros dos sin ella —prosiguió —. Dos fueron cortados por una navaja no muy afilada y las puntas de los otros dos fueron mordidas por una dentadura en excelente condición. Esto no es un suicidio, señor Lanner, es un asesinato muy bien planeado y realizado a sangre fría.

—¡Imposible! —exclamó el inspector.

—¿Por qué?

—¿Por qué alguien había de asesinar a un hombre por un procedimiento tan torpe como el de colgarlo?

—Esto es lo que tenemos que averiguar.

—¿Cómo pudieron entrar?

—Por la puerta principal.

—Estaba atrancada.

—Pues fue atrancada después de salir ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi sus trazas. Excúseme un momento y podré ofrecerle más información al respecto.

Holmes se acercó a la puerta, hizo funcionar la cerradura y la examinó a su manera metódica. Después sacó la llave, que estaba puesta por el interior y la inspeccionó también. La cama, la alfombra, las sillas, la repisa de la chimenea, la cuerda y el difunto fueron examinados por turno, hasta que se declaró satisfecho y, con mi ayuda y la del inspector, bajó aquellos pobres restos y los depositó reverentemente bajo una sábana.

—¿Qué se sabe de esta cuerda? —preguntó.

—Ha sido cortada de aquí —contestó el doctor Trevelyan, sacando un gran rollo que había debajo de la cama—. Tenía un temor morboso al fuego y siempre guardaba esto junto a sí para poder escapar por la ventana en caso de que ardiese la escalera.

—Esto les debe haber allanado el camino —comentó Holmes pensativo—. Sí, los hechos en sí son muy simples, y me sorprendería que por la tarde no pudiera ofrecerle también los motivos de los mismos. Me llevaré esta fotografía de Blessington que veo sobre la repisa de la chimenea, ya que puede ayudarme en

mis investigaciones.

—¡Pero no nos ha dicho usted nada! —exclamó el doctor.

—Bien, no puede haber duda en cuanto a la secuencia de los acontecimientos —repuso Holmes—. Intervinieron tres sujetos: el hombre joven, el viejo y un tercero sobre cuya identidad carezco de pistas. Es innecesario observar que los dos primeros son los mismos que se presentaron disfrazados como el conde ruso y su hijo, por lo que tenemos una descripción muy completa de ellos. Les franqueó la entrada un cómplice situado dentro de la casa. Si me permite ofrecerle un breve consejo, inspector, yo arrestaría al botones, que, según tengo entendido, bien poco tiempo lleva a su servicio, doctor.

—Es que ese joven tunante no aparece —contestó el doctor Trevelyan—. La camarera y la cocinera lo han estado buscando hace unos momentos.

Holmes se encogió de hombros.

—Ha representado en este drama un papel que ha tenido su importancia — dijo —. Después de subir los tres hombres por la escalera, cosa que hicieron de puntillas, con el de más edad en primer lugar, el más joven en segundo y el hombre desconocido detrás...

—¡Mi querido Holmes! —no pude por menos que exclamar.

—Es que no puede haber discusión en cuanto a la superposición de huellas. Tuve la ventaja de saber la noche pasada a quién pertenecía cada una de ellas. Subieron así los tres a la habitación del señor Blessington, cuya puerta encontraron cerrada. Sin embargo, con la ayuda de un alambre forzaron la llave y le dieron vuelta. Incluso sin lupa, percibirán ustedes los arañazos en la guarda donde fue aplicada la presión.

Al entrar en la habitación, su primera acción debió de consistir en amordazar al señor Blessington. Puede que éste durmiera, o puede que quedara tan paralizado por el terror que fuese incapaz de gritar. Estas paredes son gruesas y es concebible que su chillido, si es que tuvo tiempo para proferir uno, no lo oyera nadie.

Una vez inmovilizado, me resulta evidente que tuvo lugar alguna clase de consulta. Probablemente, se trató de algo similar a un procedimiento judicial.

Debió de haber durado bastante tiempo, ya que fue entonces cuando se fumaron estos cigarros. El hombre de más edad estaba sentado en este sillón de mimbre, y era él quien utilizaba la boquilla. El hombre más joven se sentaba algo más allá, pues dejaba caer su ceniza en esta cómoda. El tercer individuo paseaba de un lado a otro. Creo que Blessington estaba sentado en la cama, aunque erguido, pero de esto no puedo estar absolutamente seguro.

Pues bien, la sesión terminó ahorcando a Blessington. La operación estaba tan prevista que tengo la impresión de que habían traído consigo una especie de garrucha o polea que pudiera servir como horca. Es concebible que aquel destornillador y aquellos tornillos estuvieran destinados a montarla. Sin embargo, al ver el gancho, como es natural se ahorraron este trabajo. Una vez concluida su tarea, se marcharon, y la puerta fue atrancada detrás de ellos por su compinche.

Habíamos escuchado todos, con el más profundo interés, este bosquejo de los hechos nocturnos que Holmes había deducido de unos signos tan sutiles e imperceptibles que, incluso cuando ya nos los había indicado, apenas nos era posible seguirle en sus razonamientos. El inspector se ausentó presuroso para indagar sobre el botones, mientras Holmes y yo regresábamos a Baker Street para desayunar.

—Volveré a las tres —me dijo una vez terminada nuestra colación—. Tanto el inspector como el doctor se reunirán aquí conmigo a esta hora, y espero que, para entonces, habré disipado cualquier punto oscuro que el caso pueda todavía presentar.

Nuestros visitantes llegaron a la hora concertada, pero dieron las cuatro menos cuarto antes de que mi amigo hiciera su aparición. Sin embargo, por su expresión al entrar, pude ver que todo le había salido redondo.

—¿Alguna noticia, inspector?

—Hemos dado con el muchacho, señor.

—Excelente. Y yo he dado con los hombres.

—¡Ha dado usted con ellos! —gritamos los tres a la vez.

—Al menos he conseguido su identidad. El llamado Blessington es, tal como yo

esperaba, bien conocido en la jefatura de policía, y lo mismo cabe decir de sus asaltantes. Sus nombres son Biddle, Hayward y Moffat.

—¡La banda del banco Worthingdon! —exclamó el inspector.

—Exactamente —confirmó Holmes.

—¡Entonces Blessington tenía que ser Sutton!

—Esto es.

—Pues bien, con esto, todo queda tan claro como un cristal —dijo el inspector.

Pero Trevelyan y yo nos miramos desconcertados.

—Recordarán, sin duda, el asunto del gran robo en el banco Worthingdon — dijo Holmes—, en el que tomaron parte cinco hombres, estos cuatro y un quinto llamado Cartwright. Tobin, el vigilante, fue asesinado, y los ladrones huyeron con siete mil libras. Esto ocurrió en 1875. Los cinco fueron detenidos, pero las pruebas contra ellos no tenían nada de concluyentes. Ese Blessington, o Sutton, que era el peor de la pandilla, se convirtió en delator y, debido a su declaración, Cartwright fue ahorcado y los otros tres fueron sentenciados a quince años cada uno. Cuando salieron en libertad el otro día, unos años antes de cumplir toda la condena, se confabularon, como han podido ver, para buscar al traidor y vengar la muerte de su compañero. Por dos veces trataron de llegar hasta él y fallaron, pero a la tercera, como saben, se salieron con la suya. ¿Hay algo más que pueda explicar, doctor Trevelyan?

—Creo que lo ha expuesto todo con notable claridad —dijo el doctor—. Sin duda, el día que se mostró tan excitado fue aquél en que leyó en los periódicos que habían soltado a aquellos hombres.

—Precisamente. Sus temores acerca de un robo no eran más que una pantalla.

—Pero ¿por qué no podía contarle a usted todo esto?

—Pues bien, mi estimado señor, puesto que conocía el carácter vengativo de sus antiguos asociados, trataba de ocultar su identidad ante todos, tanto tiempo como le fuera posible. Su secreto era vergonzoso y no podía decidirse a divulgarlo. No obstante, por miserable que fuese, seguía viviendo bajo el amparo de la ley

británica, y no me cabe duda, inspector, de que aunque este escudo no haya podido protegerlo, la espada de la justicia sigue presente para vengarle.

Tales fueron las singulares circunstancias relacionadas con el paciente interno y el médico de Brook Street. A partir de aquella noche, nada ha sabido la policía de los tres asesinos, y en Scotland Yard hay la sospecha de que figuraban entre los pasajeros del malhadado vapor Norah Crema, que desapareció hace unos años con toda su tripulación en la costa portuguesa, a varias millas al norte de Oporto. La acción judicial contra el botones tuvo que interrumpirse por falta de pruebas, y el «Misterio de Brook Street», como fue llamado, nunca ha sido tratado a fondo en ningún texto accesible al público.

10. El intérprete griego

«Recuerde, Melas, que si habla con alguien de esto, aunque sea con una sola persona, ¡que Dios tenga piedad de su alma!»

Wilson Kemp

A lo largo de mi prolongada e íntima amistad con el señor Sherlock Holmes, nunca le había oído hablar de su parentela, y apenas de su pasado. Esta reticencia por su parte había incrementado el efecto un tanto inhumano que producía en mí, hasta el punto de que a veces me sorprendía mirándolo como un fenómeno aislado, un cerebro sin corazón, tan deficiente en afecto humano como más que eminente en inteligencia. Su aversión a las mujeres y su nula inclinación a contraer nuevas amistades, eran las dos notas típicas de un carácter nada emocional, pero no más que su total supresión de toda referencia a su propia familia. Yo había llegado a creer que era un huérfano sin parientes vivos, pero un día, con gran sorpresa por mi parte, empezó a hablarme de su hermano.

Fue después de tomar el té una tarde de verano, y la conversación, que había errado de forma inconexa y espasmódica desde los palos de golf hasta las causas del cambio en la oblicuidad de la elíptica, desembocó finalmente en la cuestión del atavismo y las aptitudes hereditarias. El tema sometido a discusión era el de hasta qué punto cualquier don singular en un individuo se debía a su linaje y hasta cuál a su propio y temprano aprendizaje.

—En su caso —dije—, por todo lo que me ha dicho parece obvio que su facultad de observación y su peculiar facilidad para la deducción se deben a su adiestramiento sistemático.

—Hasta cierto punto —me contestó pensativo—. Mis antepasados eran terratenientes rurales que al parecer llevaron más o menos la misma vida, como es natural en su clase. Sin embargo, mi tendencia en este sentido está en mis venas y tal vez proceda de mi abuela, que era la hermana de Vernet, el famoso

artista francés. El arte en la sangre adopta las formas más extrañas.

—Pero ¿cómo sabe que es hereditario?

—Porque mi hermano Mycroft lo posee en un grado más alto que yo.

Desde luego, esto era totalmente nuevo para mí. Si había en Inglaterra otro hombre con tan singulares poderes, ¿cómo se explicaba que ni la policía ni el público hubieran oído hablar de él? Hice esta pregunta, con un comentario acerca de que sería la modestia de mi amigo lo que le hacía reconocer como superior a su hermano.

Holmes se echó a reír al oír esta sugerencia.

—Mi querido Watson —dijo—, no puedo estar de acuerdo con aquellos que sitúan la modestia entre las virtudes. Para el lógico, todas las cosas deberían ser vistas exactamente como son, y subestimarse es algo tan alejado de la verdad como exagerar las propias facultades. Por consiguiente, cuando digo que Mycroft posee unos poderes de observación mejores que los míos, puede tener la seguridad de que estoy diciendo la verdad exacta y literal.

—¿Es más joven que usted?

—Es siete años mayor que yo.

—¿Y cómo se explica que no se le conozca?

—Oh, en su círculo es muy bien conocido.

—¿Dónde, pues?

—En el Diógenes Club, por ejemplo.

Nunca había oído hablar de esta institución, y mi cara así debió proclamarlo, pues Sherlock Holmes sacó su reloj.

—El Diógenes Club es el club más peculiar de Londres, y Mycroft uno de sus socios más peculiares. Siempre se le encuentra allí desde las cinco menos cuarto a las ocho menos veinte. Ahora son las seis, de modo que, si le apetece dar un paseo en esta hermosa tarde, será para mí una verdadera satisfacción presentarle

dos curiosidades.

Cinco minutos después nos encontrábamos en la calle, camino de Regent Circus.

—Se preguntará usted —dijo mi compañero— cómo es que Mycroft no utiliza sus facultades para una labor detectivesca. Es incapaz de ello.

—Pero yo creía que había dicho...

—He dicho que es superior a mí en observación y deducción. Si el arte del detective comenzara y terminara en el razonamiento desde una butaca, mi hermano sería el mayor criminólogo que jamás haya existido. Pero no tiene ambición ni energía. Ni siquiera se desvía de su camino para verificar sus soluciones, y preferiría que se le considerase equivocado antes que tomarse la molestia de probar que estaba en lo cierto. Repetidas veces le he presentado un problema y he recibido una explicación que después ha demostrado ser la correcta. Y sin embargo, es totalmente incapaz de elaborar los puntos prácticos que deben dilucidarse antes de poder presentar un caso ante un juez o un jurado.

—¿No es su profesión, pues?

—En modo alguno. Lo que para mí es un medio que me permite ganarme la vida, es para él la simple afición de un diletante. Tiene una facilidad extraordinaria para los números y revisa los libros en algunos departamentos gubernamentales. Mycroft se aloja en Pall Mall, y dobla la esquina, en dirección a Whitehall, cada mañana y regresa cada tarde. A lo largo de todo el año no hace más ejercicio que éste, y no se le ve en ninguna otra parte, excepto tan sólo en el Diógenes Club, situado exactamente enfrente de su alojamiento.

—No puedo recordar este nombre.

—Y es muy lógico. Ya sabe que hay en Londres muchos hombres que, unos por timidez y otros por misantropía, no desean la compañía del prójimo, y no obstante se sienten atraídos por unas butacas confortables y por los periódicos del día. Precisamente para conveniencia de éstos se creó el Diógenes Club, que ahora da albergue a los hombres más insociables y menos amantes de clubs de toda la ciudad. A ningún miembro se le permite dar la menor señal de percepción de la presencia de cualquier otro. Excepto en el Salón de Forasteros, no se permite hablar en ninguna circunstancia, y tres faltas en este sentido, si llegan a oídos del comité, exponen al hablador a la pena de expulsión. Mi hermano fue

uno de los fundadores, y yo mismo he encontrado allí una atmósfera muy relajante.

Habíamos llegado a Pall Mall mientras hablábamos, y descendíamos por él desde el extremo de St. James. Sherlock Holmes se detuvo ante una puerta, a poca distancia del Carlton, y, advirtiéndome que no hablase, me precedió a través del vestíbulo. Reflejada en los espejos, capté una visión de una sala amplia y lujosa, en la que un número considerable de hombres sentados leían periódicos, cada uno en su rincón. Holmes me hizo pasar a una pequeña habitación que daba a Pall Mall y, tras dejarme solo un minuto, volvió con un acompañante que sólo podía tratarse de su hermano.

Mycroft Holmes era un hombre mucho más grueso y macizo que Sherlock. Su figura era la de una persona realmente corpulenta, pero su cara, aunque ancha, había conservado algo de la agudeza de expresión que tan notable era en la de su hermano. Sus ojos, que eran de un gris acuoso peculiarmente claro, parecían mantener en todo momento aquella mirada remota e introspectiva que sólo había observado en Sherlock cuando ejercía plenamente sus facultades.

—Encantado de conocerle, caballero —dijo, alargándome una mano ancha y carnosa, como la aleta de una foca. He oído hablar de Sherlock por doquier, desde que usted es su cronista. A propósito, Sherlock, esperaba verte la semana pasada para consultarme respecto a aquel caso de Manor House. Pensé que tal vez te sintieras un poco desorientado con él.

—No, lo resolví —contestó mi amigo, sonriendo.

—Fue Adams, claro.

—Sí, fue Adams.

—Tuve esta seguridad desde el primer momento.

—Los dos hombres se sentaron junto a la ventana mirador del club—. Este es el lugar adecuado para todo aquél que quiera estudiar la humanidad —dijo Mycroft —. ¡Mira qué tipos tan magníficos! Fíjate, por ejemplo, en esos dos hombres que vienen hacia nosotros.

—¿El jugador de billar y el otro?

—Precisamente. ¿Qué sacas en limpio del otro?

Los dos hombres se habían detenido frente a la ventana. Unas marcas de yeso sobre el bolsillo del chaleco eran las únicas señales de billar que pude ver en uno de ellos. El otro era un individuo bajo y muy moreno, con el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes bajo el brazo.

—Un militar veterano, por lo que veo —dijo Sherlock.

—Y licenciado hace muy poco tiempo —observó su hermano—. Con graduación de suboficial.

—Artillería Real, diría yo —señaló Sherlock.

—Y viudo.

—Pero con un crío de poca edad.

—Críos, muchacho, críos.

—Vamos —exclamé yo, riéndome—, creo que esto ya es demasiado.

—Seguramente —repuso Holmes— no sea tan difícil decir que un hombre con este porte, una expresión de autoridad y una piel tostada por el sol es un militar, algo más que soldado raso y que ha llegado de la India no hace mucho tiempo.

—Que ha dejado el servicio hace poco lo demuestra el hecho de que todavía lleve sus «botas de munición», como suelen llamarlas —observó Mycroft.

—No tiene el paso inseguro del soldado de caballería y, sin embargo, llevaba su gorra inclinada a un lado, como lo demuestra la piel más clara en ese lado de la frente. Su peso no es el propio del soldado de ingenieros. Ha servido en artillería.

—Y, desde luego, su luto riguroso muestra que ha perdido a un ser muy querido.

El hecho de que haga él mismo sus compras da a entender que se trató de su esposa. Observa que ha estado comprando cosas para los chiquillos. Lleva un sonajero, lo que indica que uno de ellos es muy pequeño. Probablemente su mujer muriera al dar a luz. Y el hecho de que lleve bajo el brazo un cuaderno

para pintar denota que hay otro pequeño en el que ha de pensar.

Empecé a comprender lo que quería decir mi amigo al asegurar que su hermano poseía unas facultades todavía más notables que las suyas. Me miró de soslayo y sonrió. Mycroft tomó un poco de rapé de una cajita de concha y sacudió el polvillo caído en su chaqueta, con ayuda de un gran pañuelo de seda roja.

—A propósito, Sherlock —dijo—, han sometido a mi juicio algo que a ti ha de encantarte. Un problema de lo más singular. En realidad, no reuní suficientes energías para seguirlo, salvo de manera muy incompleta, pero me facilitó una base para varias especulaciones sumamente agradables. Si te apetece oír los hechos...

—Mi querido Mycroft, me encantará.

Su hermano escribió unas líneas en una página de su libreta de notas, pulsó el timbre y entregó el papel al camarero.

—He pedido al señor Melas que venga a vernos —explicó—. Vive en el piso sobre el mío y, como nos tratamos superficialmente, ello le movió a acudir a mí a causa de su perplejidad. El señor Melas es de origen griego, según tengo entendido, y es un notable lingüista. Se gana la vida en parte como intérprete en los tribunales de justicia y en parte haciendo de guía para los orientales ricos que frecuentan los hoteles de Northumberland Avenue. Voy a dejar que él mismo nos narre a su manera su curiosísima experiencia.

Unos minutos más tarde se reunió con nosotros un hombre bajo y robusto, cuyo semblante de tez olivácea y sus negrísimos cabellos proclamaban su origen meridional, aunque su dicción era la de un inglés educado. Estrechó calurosamente la mano de Sherlock Holmes, y sus ojos oscuros brillaron de satisfacción cuando comprendió que el especialista ansiaba oír su historia.

—No confío en que la policía me crea... palabra que no —dijo con una voz plañidera—.

Consideran que una cosa así no es posible, sólo porque nunca han oído hablar de ello. Pero yo sé que jamás volveré a estar tranquilo hasta saber qué fue de aquel pobre hombre con el esparadrapo en la cara.

—Tiene usted toda mi atención —le aseguró Holmes.

—Ahora es el miércoles por la tarde —empezó Melas—. Pues bien, fue el lunes por la noche, hace tan sólo dos días, cuando ocurrió todo esto. Yo soy intérprete, como tal vez le haya explicado mi vecino, aquí presente. Traduzco todos los idiomas, o casi todos. Pero, puesto que soy griego de nacimiento y llevo un nombre griego, mi principal relación es con esta lengua. Durante varios años he sido el primer intérprete griego en Londres, y mi nombre es de sobra conocido en los hoteles.

Ocurre, y con cierta frecuencia, que acuden a mí, a horas intempestivas, extranjeros que se encuentran en alguna dificultad, o viajeros que llegan tarde y necesitan mis servicios. No me sorprendió por tanto, el lunes por la noche, que un tal señor Latimer, un joven vestido a la última moda, subiera a mis habitaciones y me pidiera que le acompañase en un cab que estaba esperando ante la puerta. Un amigo griego había ido a visitarle por cuestiones de negocio, explicó, y, puesto que ambos sólo sabían hablar su propio idioma, se hacían indispensables los servicios de un intérprete. Me dio a entender que su casa no quedaba muy lejos, en Kensington, y dio la impresión de tener mucha prisa, ya que me hizo subir rápidamente al cab apenas hubimos bajado a la calle.

Digo en el cab, pero pronto empecé a pensar que me encontraba en un carruaje de mucha más categoría. Sin duda, era mucho más espacioso que los ordinarios coches de cuatro ruedas que tanto afean Londres, y sus adornos, aunque ajados, eran de muy buena calidad. El señor Latimer se sentó frente a mí y, cruzando Charing Cross, remontamos Shaftesbury Avenue. Habíamos desembocado en Oxford Street y yo aventuraba una observación en el sentido de que describíamos un rodeo para ir a Kensington, cuando interrumpí mis palabras al observar la extraordinaria conducta de mi acompañante.

Sacó de su bolsillo una porra de aspecto formidable, rellena de plomo, y empezó

a moverla adelante y atrás varias veces, como para probar su peso y resistencia. Después, sin pronunciar palabra, la puso en el asiento a su lado. Hecho esto, subió los cristales de las ventanillas en cada lado y, con gran sorpresa mía, descubrí que estaban cubiertos con papel para impedir que yo viese a través de ellos.

—Siento privarle de la vista, señor Melas —me dijo—. Lo cierto es que no tengo la menor intención de que vea el lugar que será nuestro destino. Pudiera ser inconveniente para mí que usted pudiera encontrar de nuevo el camino hacia el

mismo.

Como puede imaginar, semejante explicación me dejó estupefacto. Mi acompañante era un hombre joven y fornido, de anchos hombros, y, aparte de su arma, en un forcejeo con él yo no hubiera tenido ni la menor posibilidad.

—Su conducta es de lo más extraordinario, señor Latimer —tartamudeé—. Debe saber que lo que está haciendo es totalmente ilegal.

—Me tomo una cierta libertad, desde luego —repuso—, pero se lo compensaremos. Sin embargo, debo advertirle, señor Melas, que si en cualquier momento de esta noche intenta dar la alarma o hacer algo que vaya en contra de nuestros intereses, descubrirá que incurre en un error muy grave. Debe recordar que nadie sabe dónde se encuentra usted, y que, tanto si está en este coche como en mi casa, se halla igualmente en mi poder.

Hablaba con calma, pero había en sus palabras un tono irritante que resultaba muy amenazador. Guardé silencio, preguntándome cuál podía ser la razón para secuestrarme de un modo tan extraordinario. Y cualquiera que fuese, quedaba bien claro que de nada podía servir mi resistencia y que sólo me cabía esperar para ver qué sucedía.

Durante dos horas viajamos sin que yo tuviera el menor indicio del lugar al que nos dirigíamos. A veces, el traqueteo sobre piedras hablaba de un camino pavimentado, y, en otras, nuestra marcha silenciosa y suave sugería asfalto; pero salvo esta variación en el sonido no había absolutamente nada que ni de la manera más remota pudiera ayudarme a barruntar dónde nos encontrábamos. El papel en cada ventana era impenetrable para la luz, y se había corrido una cortina azul ante los cristales de la parte delantera.

Eran las siete y cuarto cuando salimos de Pall Mall; mi reloj me indicó que faltaban diez minutos para las nueve cuando por fin nos detuvimos. Mi acompañante bajó la ventana y capté una breve visión de un portal bajo y arqueado, con una lámpara encendida encima. Mientras se me ordenaba bajar del carruaje, se abrió la puerta de golpe y me encontré en el interior de la casa, con una vaga impresión, obtenida al entrar, de césped y árboles a cada lado. Sin embargo, si se trataba de un terreno privado o bien rural ya es más de lo que pueda aventurarme a decir.

Dentro alumbraba una lámpara de gas de pantalla coloreada, con una llama tan

baja que poca cosa pude ver, excepto que el vestíbulo era más bien amplio y en sus paredes colgaban varios cuadros. Bajo aquella luz mortecina pude ver que la persona que había abierto la puerta era un hombrecillo de aspecto corriente, de mediana edad y hombros caídos. Al volverse hacia nosotros, el destello de la luz me hizo ver que llevaba gafas.

—¿Es el señor Melas, Harold? —preguntó.

—Sí.

—¡Buen trabajo! ¡Buen trabajo! Espero que no nos guarde rencor, señor Melas, pero no podíamos pasarnos sin usted. Si juega limpio con nosotros, no lo lamentará, pero si intenta alguna jugarreta... ¡que Dios le proteja!

Hablaba de una manera nerviosa, como a sacudidas, e intercalando pequeñas risitas entre sus frases, pero, no sé por qué, me inspiró más temor que el otro.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté.

—Tan sólo hacerle unas cuantas preguntas a un señor griego que nos está visitando, y comunicarnos sus respuestas. Pero no diga más de lo que se le indique que ha de decir (de nuevo la risita nerviosa), o mejor sería que no hubiera usted nacido.

Mientras hablaba, abrió una puerta y nos precedió en una habitación que parecía estar muy ricamente amueblada; pero una vez más la única luz la proporcionaba una sola lámpara con su llama muy reducida. La sala era sin duda grande y la manera de hundirse mis pies en la alfombra al atravesarla me indicó su lujo. Capté la presencia de sillas tapizadas en terciopelo, de una alta repisa de chimenea en mármol blanco y de lo que parecía ser una armadura japonesa a un lado de la misma. Había un sillón precisamente bajo la lámpara; el hombre de más edad me indicó por gestos que debía sentarme en él.

El más joven nos había dejado, pero de repente regresó por otra puerta, acompañando a un hombre vestido con una especie de amplia bata que avanzó lentamente hacia nosotros. Al entrar en el círculo de débil luz que me permitió verle con mayor claridad, me horrorizó su apariencia. Mostraba una palidez mortal y estaba terriblemente enflaquecido, con los ojos salientes y brillantes del hombre cuyo ánimo es mayor que su fuerza. Pero lo que todavía me impresionó más que cualquier signo de debilidad física fue el hecho de que su cara estuviera

grotescamente cruzada por tiras de esparadrapo, y que una de ellas, mucho más grande que las demás, le tapara la boca.

—¿Tienes la pizarra, Harold? —exclamó el más viejo, al desplomarse aquel extraño ser en una silla, más bien que sentarse en ella—. ¿Tiene las manos sueltas? Pues dale la tiza. Usted ha de hacer las preguntas, señor Melas, y él escribirá las respuestas. Pregúntele en primer lugar si está dispuesto a firmar los papeles.

Los ojos del hombre de la cara cruzada por tiras de esparadrapo echaron chispas. —Nunca, escribió en griego sobre la pizarra aquella piltrafa humana.

—¿Bajo ninguna condición? —pregunté a petición de nuestro tirano.

—Sólo si la veo casada en mi presencia por un sacerdote griego al que yo conozca.

El hombre soltó su maligna risita.

—¿Sabe lo que le espera, pues?

—No me importa lo que pueda ocurrirme a mí.

Estos son ejemplos de las preguntas y contestaciones que constituyeron nuestra extraña conversación, medio hablada y medio escrita. Una y otra vez tuve que preguntarle si cedería y firmaría el documento. Y una y otra vez obtuve la misma réplica indignada. Pero pronto se me ocurrió una feliz idea. Empecé a añadir breves frases de mi cosecha a cada pregunta, inocentes al principio, para comprobar si alguna de los dos hombres entendía algo, y después, al constatar que no daban señales de ello, puse en práctica un juego más peligroso. Nuestra conversación transcurrió más o menos como sigue:

—De nada puede servirle esta obstinación. (¿Quién es usted?)

—Tanto me da. (Soy forastero en Londres.)

—Será responsable de lo que ocurra. (¿Cuánto tiempo lleva aquí?)

—Pues que así sea. (Tres semanas.)

—La propiedad nunca puede ser suya. (¿Qué le han hecho?)

—No caerá en manos de unos miserables. (Me están matando de hambre.)

—Si firma quedará en libertad. (¿Qué es este lugar?)

—Jamás firmaré. (No lo sé.)

—A ella no le está haciendo ningún favor. (¿Cómo se llama usted?)

—Quiero oírlo de labios de ella. (Kratides.)

—La verá si firma. (¿De dónde es usted?)

—Entonces no la veré nunca. (De Atenas.)

—Cinco minutos más, señor Holmes, y hubiera averiguado toda la historia ante las narices de aquellos hombres. Mi siguiente pregunta quizás habría aclarado la cuestión, pero en aquel instante se abrió la puerta y entró una mujer en la habitación. No pude verla con suficiente claridad para saber algo más, aparte de que era alta y esbelta, con cabellos negros, y que llevaba una especie de túnica blanca y holgada.

—¡Harold! —exclamó, hablando en un inglés con acento—. No he podido quedarme allí por más tiempo. Está aquello tan solitario, con sólo... ¡Oh, Dios mío, pero si es Paul!

Estas últimas palabras las dijo en griego y en el mismo instante el hombre, con un esfuerzo convulsivo, se arrancó el esparadrapo de los labios y, gritando «¡Sophy! ¡Sophy!», se precipitó hacia los brazos de la mujer. Sin embargo, su abrazo sólo duró un momento, porque el hombre más joven hizo presa en la mujer y la obligó a salir de la habitación, mientras el de más edad dominaba fácilmente a su debilitada víctima y lo arrastraba fuera, a través de la otra puerta. Por unos segundos me quedé solo en el cuarto; me levanté súbitamente con la vaga idea de que tal vez pudiera obtener de algún modo una pista que indicara en qué casa me encontraba. Afortunadamente, sin embargo, no hice nada, pues cuando alcé la vista, descubrí que el hombre de más edad se encontraba de pie en el umbral de la puerta, con los ojos clavados en mí.

—Esto es todo, señor Melas —me dijo—. Ya ve que le hemos otorgado nuestra

confianza en un asunto de un carácter muy privado. No le hubiéramos molestado, pero un amigo nuestro que habla griego y que inició estas negociaciones se ha visto obligado a regresar a Oriente. Nos era del todo necesario encontrar a alguien que ocupara su lugar, y tuvimos la suerte de oír hablar de sus facultades.

Me incliné.

—Aquí hay cinco soberanos —me dijo, acercándose a mí—, que espero constituyan unos honorarios suficientes. Pero recuerde —añadió, dándome unos golpecitos en el pecho y dejando escapar su risita— que si habla con alguien de esto, aunque sea con una sola persona, ¡que Dios tenga piedad de su alma!

No puedo expresar la repugnancia y horror que me inspiraba aquel hombre de aspecto insignificante. Ahora podía verle mejor, pues la luz de la lámpara brillaba sobre él. Sus facciones eran blandas y amarillentas, y su barba, corta y puntiaguda, era más bien rala y mal cuidada. Al hablar, adelantaba el rostro, y sus labios y párpados se estremecían continuamente, como en el hombre que padece el mal de san Vito. No pude menos que pensar que su extraña y pegajosa risita era también un síntoma de alguna enfermedad nerviosa. Lo terrorífico de su cara radicaba sin embargo en sus ojos, de un gris acerado y que brillaban fríamente, con una maligna e inexplicable crueldad en lo más hondo de ellos.

—Si habla de esto, nosotros lo sabremos —dijo—. Poseemos medios propios de información. Ahora le espera el coche; mi amigo el señor Latimer cuidará de acompañarle.

Atravesé con rapidez el vestíbulo y subí de nuevo al vehículo, obteniendo otra vez aquella visión momentánea de unos árboles y un jardín. El señor Latimer, que me seguía pisándome los talones, ocupó el asiento opuesto al mío sin decir palabra. En silencio, cubrimos nuevamente una distancia interminable, con las ventanas cerradas, hasta que por fin, poco después de la medianoche, se detuvo el carruaje.

—Bajará aquí, señor Melas —dijo mi acompañante—. Siento dejarle tan lejos de su casa, pero no hay otra alternativa. Cualquier intento por su parte de seguir al coche, terminaría mal para usted.

Abrió la puerta mientras hablaba y, apenas tuve tiempo para apearme, cuando el cochero propinó un latigazo al caballo y el carruaje se alejó. Miré a mi alrededor

lleno de asombro. Me encontraba en una especie de campo cubierto de brezos, moteado aquí y allá por oscuros matorrales de aulaga. A los lejos, se extendía una hilera de casas con alguna que otra luz en las ventanas superiores. Al otro lado vi las lámparas rojas de señalización de un ferrocarril.

El carruaje que me había conducido hasta allí ya se había perdido de vista. Seguí mirando a mi alrededor y preguntándome dónde podía estar, cuando vi que alguien se acercaba a mí en la oscuridad. Al cruzarse conmigo, observé que era un mozo de estación.

—¿Puede decirme qué lugar es éste? —pregunté.

—Wandsworth Common —me contestó.

—¿Puedo tomar un tren que me lleve a la ciudad?

—Si camina cosa de una milla, hasta Clapham Junction —me sugirió—, llegará justo a tiempo para tomar el último tren con destino a la estación Victoria.

Y éste fue el final de mi aventura, señor Holmes. No sé dónde estuve ni con quién hablé, ni nada más aparte de todo lo que le he contado. Pero sí sé que ocurre allí un feo asunto, y quiero auxiliar a aquel desdichado, si me es posible. A la mañana siguiente relaté toda la historia al señor Mycroft Holmes y posteriormente a la policía.

Seguimos todos sentados y en silencio durante un buen rato, después de escuchar tan extraordinaria narración. Finalmente, Sherlock miró a su hermano.

—¿Alguna medida? —le preguntó.

Mycroft tomó el Daily News que había sobre una mesa lateral.

—«Todo el que facilite alguna información sobre el paradero de un caballero griego llamado Paul Kratides, de Atenas —leyó—, que no habla inglés, será recompensado. Una recompensa similar se entregará a quien dé información sobre una señora griega cuyo nombre de pila es Sophy. X 2473.» Esto apareció en todos los diarios. Ninguna respuesta.

—¿Y la legación griega?

—He preguntado. No saben nada.

—Un telegrama al jefe de la policía de Atenas, pues.

—Sherlock posee toda la energía de la familia —dijo Mycroft, volviéndose hacia mí—. Bien, ocúpate tú del caso, en todos sus aspectos, y hazme saber si consigues algún resultado.

—Desde luego —contestó mi amigo, abandonando su silla—. Te lo haré saber, y también al señor Melas. Entretanto, señor Melas, yo estaría muy alerta en su lugar, pues, como es lógico, a través de estos anuncios deben saber que usted los ha traicionado.

Al volver juntos a casa, Holmes se detuvo en una oficina de telégrafos y mandó varios telegramas.

—Ya ve, Watson, que no hemos perdido ni mucho menos la tarde —observó—.

Algunos de mis casos más interesantes me han llegado, como éste, a través de Mycroft. El problema que acabamos de escuchar, aunque no pueda admitir más que una explicación, no deja de poseer algunas características distintivas.

—¿Tiene esperanzas de resolverlo?

—Pues bien, sabiendo todo lo que sabemos, sería muy raro que no acertáramos a descubrir el resto. Usted mismo debe de haberse formado alguna teoría que explique los hechos que hemos oído relatar.

—Con cierta vaguedad, sí.

—¿Cuál es su idea, pues?

—A mí me ha parecido evidente que esa joven griega había sido traída aquí por el joven inglés llamado Harold Latimer.

—¿Traída desde dónde?

—Desde Atenas, quizás.

Sherlock Holmes negó con la cabeza.

—Latimer no sabía ni una palabra de griego y Sophy hablaba bastante bien el inglés. De lo cual se deduce que ella había pasado algún tiempo en Inglaterra, pero que él no había estado en Grecia.

—Bien, pues entonces supondremos que ella vino a Inglaterra de visita y Latimer la persuadió para huir con él.

—Esto es más probable.

—Y entonces, el hermano, pues supongo que ésta debe ser la relación familiar, viene de Grecia para entrometerse. Imprudentemente, se pone en manos del joven y su asociado de más edad. Estos lo secuestran y emplean con él la violencia a fin de hacerle firmar unos documentos que les entregan la fortuna de la joven, de la que tal vez dispone en fideicomiso. Su hermano se niega a hacerlo. Para negociar con él, han de conseguir un intérprete, y eligen a ese señor Melas, tras haber utilizado antes algún otro. A la chica no se le dice nada de la llegada de su hermano y se entera gracias a un mero accidente.

—¡Excelente, Watson! —exclamó Holmes—. Pienso de veras que no anda usted lejos de la verdad. Ya ve que nosotros poseemos todas las cartas, y sólo hemos de temer algún repentino acto de violencia por parte de ellos. Si nos dan tiempo, podremos echarles el guante.

—¿Pero cómo podemos averiguar dónde se encuentra aquella casa?

—Si nuestra conjetura es correcta y el nombre de la joven es, o era, Sophy Kratides, no deberíamos tener dificultades para encontrarla. Esta ha de ser nuestra principal esperanza, ya que el hermano, desde luego, es totalmente forastero. Está claro que ha transcurrido algún tiempo desde que Harold inició sus relaciones con la muchacha, unas semanas como mínimo, ya que el hermano tuvo tiempo para enterarse desde Grecia y viajar hasta aquí. Si durante este tiempo han estado viviendo en el mismo lugar, es probable que el anuncio de Mycroft reciba alguna respuesta.

Mientras hablábamos, habíamos llegado a nuestra casa de Baker Street. Holmes subió el primero por la escalera y, al abrir la puerta de nuestra sala, lanzó una exclamación de sorpresa. Su hermano Mycroft fumaba sentado en la butaca.

—¡Adelante, Sherlock! ¡Entre caballero! —dijo amablemente, sonriendo al ver nuestras caras sorprendidas—. ¿Verdad que no esperabas tanta energía por mi

parte, Sherlock? Pero, es que no sé por qué, este caso me atrae.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Os adelanté en un coche de punto.

—¿Se ha producido alguna novedad?

—He recibido una contestación a mi anuncio.

—¡Ah!

—Sí, llegó unos minutos después de que os marcharais.

—¿Y con qué contenido?

Mycroft Holmes sacó una hoja de papel.

—Aquí está —dijo—, escrita con una plumilla sobre papel folio color crema, por un hombre de mediana edad y débil constitución.

Dice: «Señor, como respuesta a su anuncio con fecha de hoy, paso a informarle que conozco muy bien a la joven señora en cuestión. Si no le es molestia venir a verme, podré darle algunos detalles sobre su penosa historia. Vive actualmente en

Los Mirtos, Beckenham. Atentamente, J. Davenport.» Mycroft Holmes prosiguió:

—Escribe desde Lower Brixton. ¿No crees que podríamos ir a verlo ahora, Sherlock, y enterarnos de estos detalles?

—Mi querido Mycroft, la vida del hermano es más valiosa que la historia de la hermana. Creo que deberíamos ir a buscar al inspector Gregson, de Scotland Yard, y trasladarnos directamente a Beckenham. Sabemos que a un hombre se le está llevando a la muerte, y cada hora puede resultar vital.

—Mejor será recoger al señor Melas por el camino —sugerí—. Tal vez necesitemos un intérprete.

—¡Excelente! —aprobó Sherlock Holmes—. Mande al botones que vaya a

buscar un carruaje y en seguida nos pondremos en marcha. —Mientras hablaba abrió el cajón de la mesa y observé que se metía el revólver en el bolsillo—. Sí —dijo, como respuesta a mi mirada—, por lo que hemos oído, yo diría que nos las habemos con una banda particularmente peligrosa.

Casi oscurecía antes de que nos encontrásemos en Pall Mall, en las habitaciones de Melas. Un caballero acababa de visitarle y se había marchado.

—¿Puede decirme adónde? —inquirió Mycroft.

—No lo sé, señor —contestó la mujer que había abierto la puerta—. Sólo sé que

se marchó en un coche con aquel caballero.

—¿Dio algún nombre el caballero?

—No, señor.

—¿Era un hombre joven, moreno, alto y apuesto?

—¡Oh no, señor! Era un señor bajito, con gafas, de cara flaca, pero muy agradable, pues mientras hablaba no paraba de reírse.

—¡Vamos! —gritó bruscamente Sherlock Holmes—. ¡Esto se pone serio! —observó mientras nos dirigíamos a Scotland Yard—. Esos hombres se han apoderado nuevamente de Melas. Es un hombre que carece de valor físico, como ellos saben bien después de la experiencia de la noche pasada. Aquel villano consiguió atemorizarlo apenas lo tuvo en su presencia. Sin duda, desean sus servicios profesionales, pero, al haberlo utilizado ya, pueden tener la idea de castigarlo por lo que ellos considerarán como una decidida traición por su parte.

Nuestra esperanza consistía en que tomando el tren pudiéramos llegar a Beckenham al mismo tiempo que el carruaje, o antes que él. Sin embargo, al llegar a Scotland Yard, pasó más de una hora antes de que pudiéramos disponer del inspector Gregson y cumplimentar las formalidades legales que habían de permitirnos entrar en la casa. Eran ya las diez menos cuarto antes de llegar al London Bridge, y las diez y media cuando los cuatro nos apeábamos en el andén de Beckenham. Un trayecto de media milla en coche nos llevó hasta Los Mirtos, un caserón grande y oscuro que se alzaba en terreno propio algo lejos de la carretera. Allí despedimos el coche y avanzamos juntos a la largo del camino de

entrada.

—Todas las ventanas están a oscuras —observó el inspector—. La casa parece vacía.

—Nuestros pájaros han volado y el nido está desierto —confirmó Holmes.

—¿Por qué dice esto?

—Durante la última hora ha salido de aquí un carruaje con abundante carga de equipaje.

El inspector se echó a reír.

—He visto las señales de ruedas a la luz de la lámpara de la verja, pero ¿de dónde me saca lo del equipaje?

—Usted debe haber observado las mismas huellas de ruedas en la otra dirección. Pero las del carruaje que salía eran mucho más profundas, tanto, que cabe afirmar con certeza que el vehículo llevaba una carga muy considerable.

—Aquí me ha sacado usted una cierta ventaja —dijo el inspector, encogiéndose de hombros—. No será fácil forzar la puerta, pero lo intentaremos si no logramos que alguien nos oiga.

Accionó ruidosamente el llamador y tiró del cordón de la campanilla, aunque sin el menor éxito. Holmes se había alejado, pero volvió al poco rato.

—He abierto una ventana —anunció.

—Es una suerte que esté usted al lado de la policía y no contra ella, señor Holmes —señaló el inspector al observar la habilidad con la que mi amigo había forzado el pestillo—. Bien, yo creo que, dadas las circunstancias, podemos entrar sin esperar una invitación.

Uno tras otro nos metimos en una gran sala, que era, evidentemente, la misma en la que se había encontrado el señor Melas. El inspector había encendido su linterna; gracias a ella pudimos ver las dos puertas, la cortina, la lámpara y la armadura japonesa que aquél nos había descrito. En la mesa había dos vasos, una botella de brandy vacía y restos de comida.

—¿Qué es esto? —preguntó Holmes súbitamente.

Todos nos inmovilizamos, escuchando. Un ruido bajo y plañidero nos llegaba desde algún punto por encima de nuestras cabezas. Holmes se precipitó hacia la puerta y salió al recibidor. El inquietante ruido procedía del piso superior. Subió rápidamente, con el inspector y yo pisándole los talones, mientras su hermano Mycroft seguía con tanta celeridad como se lo permitía su corpachón.

En la segunda planta nos hallamos ante tres puertas, y de la del centro brotaban los siniestros ruidos, que unas veces se convertían en sordo murmullo y otras se elevaban de nuevo en un agudo gemido. La puerta estaba cerrada, pero la llave se encontraba en el exterior. Holmes la abrió y se precipitó hacia el interior, pero en seguida volvió a salir, llevándose una mano a la garganta.

—¡Es carbón de leña! —gritó—. ¡Démosle tiempo! ¡Se despejará!

Mirando hacia dentro, pudimos ver que la única luz de la habitación procedía de una llama azul y poco brillante que bailoteaba en un pequeño trípode de bronce colocado en el centro. Proyectaba un círculo lívido fantasmagórico en el suelo, mientras que en las sombras, más allá, percibimos el vago bulto de dos figuras agazapadas contra la pared. De aquella puerta recién abierta salía una horrible y ponzoñosa emanación que nos hizo jadear y toser a todos. Holmes subió corriendo a lo alto de la escalera y abrió un portillo para dar entrada a aire puro, y después, volviendo a la habitación, abrió de par en par la ventana y arrojó al jardín el trípode con el carbón encendido.

—Dentro de un minuto podremos entrar —jadeó al salir otra vez—. ¿Dónde habrá una vela? Dudo de que podamos encender una cerilla en esta atmósfera. Mantén la luz junto a la puerta y nosotros los sacaremos, Mycroft. ¡Ahora!

Sin perder un instante, agarramos los dos hombres envenenados y los arrastramos hasta el rellano. Ambos estaban inconscientes, con los rostros abotargados y congestionados, los labios azulados y los ojos protuberantes. En realidad, tan deformadas estaban sus facciones que, de no ser por su barba negra y su figura robusta, no habríamos podido reconocer en uno de ellos al intérprete de griego que sólo unas pocas horas antes se había despedido de nosotros en el Diógenes Club. Sus manos y sus pies estaban sólidamente atados, y mostraba la señal de un golpe violento sobre un ojo. El otro, inmovilizado de modo similar, era un hombre alto, en el último grado del enflaquecimiento, con varias tiras de

esparadrapo dispuestas de forma grotesca sobre su rostro. Había cesado de gemir cuando lo depositamos en el suelo, y una mirada me indicó que, para él, al menos, nuestra ayuda había llegado demasiado tarde. El señor Melas, en cambio, todavía estaba vivo y, en menos de una hora, con la ayuda del amoníaco y del brandy, tuve la satisfacción de verle abrir los ojos y de saber que mi mano le había arrancado del oscuro valle en el que todos los caminos se encuentran.

Fue una sencilla historia la que nos contó, y sus palabras no hicieron sino confirmar nuestras propias deducciones. Al entrar en sus habitaciones, aquel visitante se había sacado de la manga una cachiporra flexible, y tanto le impresionó el temor a una muerte instantánea e inevitable, que Melas se dejó secuestrar por segunda vez. De hecho, era casi hipnótico el efecto que el rufián de las risitas produjo en el infortunado lingüista, pues éste no podía hablar de él sin mostrar unas manos temblorosas y una gran palidez en el semblante. Había sido conducido rápidamente a Beckenham, actuando como intérprete en una segunda entrevista, todavía más dramática que la primera, en la que los dos ingleses amenazaron a su prisionero con la muerte instantánea si no accedía a sus exigencias. Finalmente, al comprobar que no se dejaba doblegar por sus amenazas, lo devolvieron a su prisión y, tras reprocharle su traición, delatada por el anuncio en los periódicos, lo atontaron, asestándole un bastonazo. Luego, ya no recordaba nada más hasta vernos a nosotros inclinados sobre él.

Y tal fue el caso singular del intérprete griego, cuya explicación todavía sigue envuelta en algún misterio. Al ponernos en contacto con el caballero que contestó al anuncio, pudimos averiguar que aquella infortunada joven procedía de una opulenta familia griega, y que había estado visitando a unos amigos en Inglaterra. Durante su estancia, conoció a un joven llamado Harold Latimer, que adquirió gran influencia sobre ella y que finalmente la persuadió para que se escapara con él. Sus amigos, escandalizados por este hecho, se limitaron a informar a su hermano en Atenas y, a continuación, se lavaron las manos en este asunto.

El hermano, al llegar a Inglaterra, cometió la imprudencia de caer bajo la influencia de Latimer y del asociado de éste, un hombre llamado Wilson Kemp, que tenía los peores antecedentes. Estos dos, al descubrir que, a causa de su desconocimiento del idioma, el hermano se hallaba impotente en su poder, lo mantuvieron cautivo y se esforzaron, a través de la crueldad y el hambre, en obligarle a firmar la cesión de sus propiedades y las de su hermana. Lo tenían prisionero en la casa sin que la joven lo supiera, y el esparadrapo en su cara tenía

como finalidad dificultar su identificación en el caso de que ella pudiera verlo en algún momento. No obstante, su percepción femenina vio inmediatamente a través del disfraz cuando, en ocasión de la primera visita del intérprete, se encontró ante su hermano por primera vez. Sin embargo, la pobre muchacha era también una prisionera, pues nadie más había en la casa, excepto el hombre que hacía de cochero y su mujer, que eran dos instrumentos de los conspiradores y asesinos. Al constatar que su secreto había sido descubierto y que no lograrían imponerse a su prisionero, los dos villanos, junto con la joven, huyeron pocas horas antes de la casa amueblada que habían alquilado. Pero primero pensaron en vengarse, tanto del hombre que les había desafiado como del que los había delatado.

Meses más tarde, nos llegó desde Budapest un curioso recorte de periódico. Explicaba que dos ingleses que viajaban en compañía de una mujer habían tenido un trágico final. Al parecer, ambos fueron apuñalados, y la policía húngara era de la opinión de que se habían peleado los dos e infligido heridas mortales el uno al otro. Sin embargo, yo sé que Holmes tiene diferente manera de pensar, y todavía hoy sostiene que, si fuera posible encontrar a la joven griega, ello tal vez permitiría saber cómo fueron vengadas las afrentas sufridas por ella y su hermano.

11. El tratado naval

El mes de julio que siguió a mi boda se hizo digno de mención por tres casos en los que tuve el privilegio de verme asociado con Sherlock Holmes y estudiar de cerca sus métodos. Tengo estos casos recogidos en mis notas bajo los encabezamientos de «La aventura de la segunda mancha» [602], «La aventura del tratado naval» y «La aventura del capitán cansado». El primero de éstos, sin embargo, trata de asuntos de tal importancia e implica a tantas de las primeras familias del reino, que hasta pasados muchos años no podrá hacerse público. No obstante, ningún otro caso de los que Sherlock Holmes haya llevado ha ilustrado de un modo tan claro el valor de sus métodos analíticos o ha impresionado tan profundamente a quienes trabajaban con él en ese momento. Todavía conservo un informe casi literal de la entrevista en la que demostró la verdad de los hechos en relación con dicho caso a Monsieur Dubuque, de la policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el conocido especialista de Dantzig [603], quienes habían malgastado sus energías en lo que se demostraría que no eran sino cuestiones secundarias. Habrá que esperar, pues, al inicio de un nuevo siglo para poder contar la historia con seguridad. Entre tanto, paso al segundo, el cual también prometía en su momento tener una importancia nacional y que fue notable por ciertos incidentes que le otorgaron un carácter bastante singular.

Durante mis días escolares tuve como íntimo amigo a un muchacho llamado Percy Phelps, que era exactamente de mi misma edad, aunque iba dos clases por delante de mí. Era un chico brillante, que arrambló con todos los premios que daba la escuela, y terminó sus proezas escolares ganando una beca que le llevaría a terminar su triunfante carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba muy bien relacionado e incluso, cuando no éramos más que unos niños, sabíamos muy bien que el hermano de su madre era Lord Holdhurst, el gran político conservador. Poco bien le hacía en la escuela este llamativo parentesco; por el contrario, se nos antojaba que andar persiguiéndolo por todo el patio, dándole con el aro de croquet en las espinillas, era un juego bastante divertido. Pero todo cambió cuando salió al mundo. Supe vagamente que sus aptitudes y la influencia

que tenía en su mano le habían ganado una buena posición en el Foreign Office [604]; después se borró de mi mente, hasta que la siguiente carta me recordó su existencia:

BRIARBRAE, WOKING [605]

Mi querido Watson: Sin duda recordará al «Renacuajo» Phelps que hacía quinto curso en el mismo año en que usted hacía tercero. Es incluso posible que haya sabido que, por medio de las influencias de mi tío, pude conseguir un buen puesto en el Foreign Office y que me encontraba en una situación de confianza y honor, hasta que un horrible infortunio vino a destrozar de repente mi carrera.

De nada sirve que le escriba ahora los detalles de ese horrible suceso. En el caso de que usted acceda a la petición que voy a hacerle, es probable que tenga que narrárselos entonces. Acabo de recobrarme de una encefalitis que me ha durado nueve semanas y todavía me encuentro extremadamente débil. ¿Cree usted que podría traer a su amigo, el señor Holmes, a verme aquí? Me gustaría tener su opinión sobre el caso, aunque las autoridades me aseguran que ya no hay nada que hacer. Por favor, intente hacerlo venir lo antes posible. Cada minuto que pasa parece una hora mientras siga viviendo en este horrible suspense. Dígale que, si no le he pedido consejo antes, no ha sido debido a que no tuviera en consideración su talento, sino a que desde que me sobrevino este duro golpe no he estado totalmente en mis cabales. Ahora vuelvo a estar en disposición de pensar, aunque no me atrevo demasiado a hacerlo por temor a una recaída. Estoy todavía tan débil que, como ve, he tenido que escribirle al dictado. Inténtelo y trágamelo aquí.

Su antiguo compañero de escuela.

PERCY PHELPS

Al leer esta carta hubo algo que me emocionó; esas reiteradas súplicas para que le llevara a Holmes tenían algo de lastimoso. Así que, con lo emocionado que estaba, incluso aunque hubiera sido un asunto difícil, lo hubiera intentado; pero, por supuesto, sabía perfectamente que Holmes amaba tanto su trabajo, que estaba siempre tan dispuesto a prestar ayuda, como dispuesto estaba su cliente a recibirla. Mi mujer estaba de acuerdo conmigo en que no se debía perder un momento en exponerle el asunto, así que una hora después de desayunar me encontraba de nuevo, una vez más, en las viejas habitaciones de Baker Street.

Holmes, ataviado con un batín, estaba sentado en su mesa de trabajo, trabajando afanosamente en una investigación química. Una larga y curvada retorta estaba hirviendo furiosamente sobre la llama azulada del mechero de Bunsen [606] y las gotas destiladas se iban condensando en una medida de dos litros. Mi amigo apenas levantó la vista cuando entré y, viendo que su investigación debía de tener mucha importancia, me senté en un sillón y esperé. Introducía su pipeta de cristal en una botella y en otra, extrayendo de ellas unas cuantas gotas, finalmente puso sobre la mesa un tubo de ensayo que contenía cierta solución. En la mano derecha tenía un trocito de papel de tornasol.

—Llega en un momento crítico, Watson —dijo—. Si el papel permanece azul, es que todo va bien. Si se pone rojo, significa la vida de un hombre —lo introdujo en el tubo de ensayo y el papel adquirió un color carmesí apagado y sucio—. ¡Hum!, ya me lo había imaginado yo —exclamó—. En seguida estoy con usted, Watson. Encontrará tabaco en la babucha persa.

Se volvió hacia su escritorio y escribió varios telegramas, que entregó al botones. Tras esto se dejó caer en la silla que estaba enfrente de mí, levantando las rodillas hasta que sus manos estrecharon sus largos y finos tobillos.

—Un pequeño asesinato de lo más común —dijo—. Imagino que usted tiene algo mejor. Parece anunciar un crimen. ¿Qué pasa, Watson?

Le alargué la carta, que leyó con la máxima atención.

—No dice mucho, ¿verdad? —observó, mientras me la devolvía.

—Casi nada.

—Y, sin embargo, la caligrafía es interesante.

—Pero si no es la suya.

—Precisamente por eso, es la de una mujer.

—¡No, seguro que es la de un hombre!

—No, la de una mujer; una mujer de carácter singular. Mire, al inicio de una investigación tiene su importancia saber si el cliente tiene una relación íntima con alguien que, para bien o para mal, posee una naturaleza excepcional. Esto me ha despertado un interés en el caso. Si está usted preparado, partiremos en seguida para Woking y veremos a ese diplomático cuya situación es tan funesta y a la dama a quien dictó su carta.

Tuvimos la suerte de pillar uno de los primeros trenes en Waterloo, y en menos de una hora nos encontrábamos entre los bosques de abetos y los brezos de Woking. Briarbrae resultó ser una amplia casa construida en medio de una gran extensión de terreno, a pocos minutos de la estación. Tras entregar nuestras tarjetas de visita, nos hicieron pasar a un salón elegantemente decorado, donde a los pocos minutos se nos unió un hombre bastante corpulento, que nos recibió con gran hospitalidad. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero sus mejillas eran tan sonrosadas y sus ojos tan alegres, que seguía dando la impresión de un muchacho regordete y travieso.

—Qué contento estoy de que hayan venido —dijo, dándonos efusivamente la mano—. Percy lleva toda la mañana preguntando por ustedes; pobre hombre, se agarra a un clavo ardiendo. Su padre y su madre me pidieron que los recibiera yo, ya que para ellos es en extremo dolorosa la sola mención del asunto.

—Todavía no tenemos detalles —observó Holmes—. Veo que usted no es un miembro de la familia.

Nuestro conocido pareció sorprendido y, mirando el suelo, empezó a reír.

—Por supuesto, se ha fijado usted en las iniciales «J. H.» de mi medallón —dijo —. Por un momento pensé que se le había ocurrido algo inteligente. Mi nombre es Joseph Harrison y, como Percy va a casarse con mi hermana Annie, seremos al menos parientes políticos. Encontrará a mi hermana en la habitación de Percy; ha estado entregada a sus cuidados durante estos dos últimos meses. Quizá sería mejor que entráramos cuanto antes, porque sé cuán impaciente está.

La estancia a la que fuimos introducidos se hallaba en el mismo piso que el salón. Estaba amueblada en parte como un cuarto de estar y en parte como un dormitorio; había jarrones de flores dispuestos con un gusto exquisito en todos los rincones de la habitación. Un hombre joven, muy pálido y como agotado, yacía en un sofá junto a la ventana abierta, por donde entraban el agradable aroma del jardín y la suave brisa del verano. Una mujer estaba sentada a su lado y se levantó al entrar nosotros.

—¿Me retiro, Percy? —preguntó.

El agarró con fuerza su mano para detenerla.

—¿Cómo está usted, Watson? —dijo cordialmente—. Nunca lo hubiera reconocido con ese bigote y me atrevería a decir que usted no juraría que la persona que está viendo soy yo. Supongo que él es su célebre amigo, el señor Sherlock Holmes, ¿no es así?

Les presenté con pocas palabras y nos sentamos. El hombre corpulento nos había dejado, pero su hermana permanecía allí con su mano entre las del inválido, era un mujer de una apariencia impresionante, un poco baja y gruesa, pero con un hermoso cutis aceitunado, unos ojos grandes y oscuros, como de italiana, y un cabello abundante de un negro oscurísimo. Su magnífica tez contrastaba con la palidez de su compañero, quien a su lado parecía todavía más fatigado y ojeroso.

—No les haré perder tiempo —dijo él, levantándose del sofá—. Entraré sin más preámbulos en el tema. Yo era un hombre feliz y de éxito, señor Holmes, y a punto de casarme, cuando un inesperado y horroroso infortunio vino a echar por tierra todas mis esperanzas.

Trabajaba, como ya le habrá dicho Watson, en el Foreign Office, donde rápidamente ascendí hasta una posición de responsabilidad. Cuando esta Administración hizo a mi tío ministro de Asuntos Exteriores, él empezó a darme misiones de importancia y, como yo las resolviera con éxito, llegó por último a tener la máxima confianza en mi habilidad y tacto.

Hace aproximadamente diez semanas (para ser más exacto el 23 de mayo pasado) me llamó a su despacho privado y, tras felicitarme por el buen trabajo que había hecho, me informó de que tenía para mí una nueva misión de confianza.

Esto —dijo, tomando de su escritorio un rollo de papel gris— es el original de ese tratado secreto entre Inglaterra e Italia [607], sobre el cual siento decir que ya corren rumores en la Prensa. Es extremadamente importante que no haya ninguna filtración más. Las embajadas francesas o rusas pagarían enormes cantidades de dinero por conocer el contenido de estos documentos. No deberían salir de mi despacho, pero es absolutamente necesario hacer una copia de ellos. ¿Tienes escritorio en tu oficina?

—Sí, señor.

—Entonces, coge el tratado y guárdalo allí. Daré instrucciones para que tengas que quedarte cuando se vayan los otros, de modo que puedas hacerlo a tus anchas sin temor a que alguien te esté vigilando. Cuando termines, vuelve a guardar bajo llave en tu escritorio tanto el original como la copia y entrégamelos personalmente mañana por la mañana.

Tomé los documentos y...

—Perdóneme un inciso —dijo Holmes—. ¿Estaban solos durante aquella conversación?

—Absolutamente.

—¿Es una estancia amplia?

—Treinta pies en cada dirección.

—¿En el centro?

—Sí, más o menos.

—¿Hablando bajo?

—La voz de mi tío es siempre muy baja. Yo casi no hablé.

—Gracias —dijo Holmes, entornando los ojos—. Por favor, tenga la bondad de seguir.

—Hice exactamente lo que me había indicado y esperé hasta que los otros empleados se marcharon. Uno de ellos, que trabaja en el mismo despacho que

yo, Charles Gorot, tenía que terminar un trabajo atrasado, así que le dejé allí y me fui a cenar. Cuando volví se había ido. Quería terminar cuanto antes mi trabajo, porque sabía que el señor Harrison, a quien acaban ustedes de ver, estaba en la ciudad y tomaría el tren de las once para volver a Woking y yo quería cogerlo también.

Cuando me puse a examinar el tratado, en seguida me di cuenta de que tenía una importancia tal, que mi tío no había exagerado nada con lo que había dicho. Sin entrar en detalles, puedo decir que definía la posición de Gran Bretaña en relación con la Triple Alianza [608] y predecía la política que iba a llevar ese país en el caso de que la flota francesa aventajara en importancia a la italiana en el marco del Mediterráneo. Las cuestiones tratadas eran puramente navales. Al final estaban las rúbricas de los altos dignatarios que lo habían firmado. Les eché una mirada y me apliqué a la tarea de copiarlo.

Era un largo documento, escrito en francés, y contenía veintiséis artículos separados. Copiaba lo más de prisa que podía, pero a las nueve sólo había terminado nueve artículos y perdí las esperanzas de poder coger el tren. Me sentía soñoliento y estúpido, en parte debido a la cena y en parte también debido a un largo día de trabajo. Una taza de café me despejaría. Hay un portero que se queda toda la noche en un pequeño garito situado al pie de las escaleras; éste tiene la costumbre de preparar café en su infernillo de alcohol para los oficiales que se quedan haciendo horas extraordinarias. Toqué el timbre, pues, para que viniera.

Para mi sorpresa fue una mujer la que respondió a la llamada; una mujer de edad, grande, de cara tosca, que llevaba un delantal. Me explicó que era la mujer del portero, que hacía los recados; le pedí que me subiera un café.

Escribí dos artículos más y, entonces, sintiéndome todavía más soñoliento, me levanté y paseé arriba y debajo de la habitación para estirar las piernas. El café seguía sin venir y me preguntaba cuál sería la causa de este retraso. Abrí la puerta y me encaminé por el pasillo con el fin de descubrirlo. Era un corredor poco iluminado que partía de la habitación en la que había estado trabajando, constituyendo su única salida. Terminaba en una escalera curva con el garito del portero en el corredor que está al final de la escalera. A mitad de camino de la escalera hay un descansillo al que da otro corredor formando un ángulo recto con éste. Este segundo corredor lleva, a través de una escalera, a una puerta lateral que es usada por los sirvientes y también como atajo por los empleados

cuando entran desde Charles Street.

Aquí tiene un plano esquemático del lugar.

—Gracias. Creo que le sigo bastante bien.

—Es muy importante que tenga en consideración este punto. Bajé las escaleras y llegué al hall, donde encontré al portero profundamente dormido en su garito y el agua hirviendo furiosamente en el hervidor sobre el infernillo, salpicando todo el suelo. Alargué la mano y estaba a punto de darle un meneo al hombre, que seguía plácidamente dormido, cuando sonó con fuerza una de las campanillas situadas sobre su cabeza y se despertó sobresaltado.

—Señor Phelps, ¡señor! —dijo, mirándome atónito.

—He bajado a ver si mi café estaba preparado.

—Estaba hirviendo el agua cuando me quedé dormido, señor.

Me miró a mí y luego miró hacia arriba, a la campanilla que todavía seguía estremeciéndose, y su asombro iba en aumento.

—Si usted está aquí, señor, ¿quién ha tocado entonces la campanilla? —preguntó.

—La campanilla —dije yo—. ¿De qué campanilla se trata?

—Es la campanilla de la habitación en la que usted estaba trabajando.

Me quedé helado. Alguien, pues, estaba en mi habitación donde el preciosos tratado estaba extendido encima de mi mesa. Subí frenéticamente las escaleras y avancé corriendo por el corredor. No había nadie en éste, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba tal como lo había dejado, salvo que alguien había cogido de mi escritorio el documento que me había sido encomendado. La copia estaba allí, pero el original había desaparecido.

Holmes se arrellanó en su asiento y se frotó las manos. Me di cuenta de que el problema le llegaba al corazón.

—Dígame, por favor, ¿qué hizo usted entonces? —murmuró.

—Al momento me di cuenta de que el ladrón debía de haber subido las escaleras desde la puerta lateral. Tenía que haberme encontrado con él si hubiera venido por el otro lado.

—¿Estaba convencido de que no podía haber estado durante todo el rato oculto en la habitación, o en el corredor que usted acaba de describir como mal iluminado?

—Es absolutamente imposible. Ni siquiera una rata podría ocultarse ni en la habitación ni en el pasillo. No hay escondite posible.

—Gracias. Le ruego que siga.

—El portero, viendo en la palidez de mi rostro que había algo que temer, me había seguido escaleras arriba. Echamos los dos a correr por el pasillo y por las escaleras que llevaban a Charles Street. La puerta al pie de la escalera estaba cerrada, pero no tenía la llave echada. La abrimos de un golpe y nos precipitamos fuera. Recuerdo claramente que al hacerlo oímos tres campanadas en el carillón de una iglesia vecina. Eran las diez menos cuarto.

—Esto tiene mucha importancia —dijo Holmes, tomando nota en el puño de la camisa.

—La noche era muy oscuro y caía una lluvia fina y cálida. No había nadie en Charles Street, pero al fondo, en Whitehall, el tráfico, como es normal allí, era muy denso. Corrimos por la acera, sin que nos importara el ir descubiertos, y en la última esquina de la calle encontramos un policía que estaba allí parado.

—Acaba de cometerse un robo —dije jadeando—. Un documento de mucho valor ha sido robado del Foreign Office. ¿Ha pasado alguien por aquí?

—Llevo un cuarto de hora aquí parado —dijo—; solamente ha pasado una persona en este tiempo, una señora mayor, alta, que llevaba un chal de cachemira. —¡Ah!, esa es mi mujer —exclamó el portero—. ¿No ha pasado nadie más?

—Nadie.

—Entonces el ladrón debe de haber seguido el otro camino —exclamó mi compañero, tirándome de la manga.

Pero yo no estaba satisfecho con esto, y los intentos que hacía para alejarme de allí aumentaban mis sospechas.

—¿Qué camino siguió la señora? —exclamé.

—No lo sé, señor. La vi pasar, pero no tenía ninguna razón especial para fijarme en ella. Parecía llevar prisa.

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Oh, no hace mucho rato.

—¿Durante estos últimos cinco minutos?

—Pues sí, no pueden haber pasado más de cinco.

—Está perdiendo el tiempo, señor —gritó el portero—, y ahora un minuto puede ser muy importante. Le doy mi palabra de que mi mujer no tiene nada que ver en esto; vayamos ahora al otro extremo de la calle. Bueno, si no quiere usted, lo haré yo —y con esto salió corriendo en la otra dirección.

Pero al cabo de un momento le había alcanzado y le cogí por la manga.

—¿Dónde vive? —dije yo.

—En el número 16 de Ivy Lane, Brixton —contestó él—; pero no se deje llevar por un rastro falso, señor Phelps. Vamos hacia el otro extremo de la calle y veamos si se oye algo.

No perdía nada siguiendo su consejo. Con el policía nos apresuramos calle abajo, pero sólo para descubrir otra calle rebosante de tráfico, mucha gente yendo y viniendo, pero todos ellos iban apresurados, deseosos de encontrar un lugar donde guarecerse en una noche tan húmeda. No había un gandul que nos pudiera decir quién había pasado.

Entonces volvimos a la oficina y buscamos sin resultado por las escaleras y por el pasillo. El pasillo que lleva hasta la habitación está cubierto por un linóleo color cremoso que muestra fácilmente cualquier tipo de huella, pero no encontramos ni un rasguño ni una pisada.

—¿Había estado lloviendo toda la noche?

—Desde las siete, más o menos.

—¿Cómo puede ser, entonces, que la mujer que entró a eso de las nueve no dejara ninguna huella de sus embarradas botas?

—Me alegra que toque ese punto. Se me ocurrió entonces. Las asistentas que se encargan de hacer los recados tiene la costumbre de quitarse las botas en la garita del portero, poniéndose zapatillas de suela lisa.

—Eso lo deja claro. Así que no había huellas, aunque la noche estaba siendo húmeda, ¿no? La sucesión de los acontecimientos tiene un interés extraordinario. ¿Qué hizo después?

—También examinamos la habitación. No había posibilidad de que hubiera una puerta secreta, y las ventanas están a casi treinta pies del suelo. Las dos estaban cerradas por dentro. La alfombra impedía la posibilidad de una trampilla y el techo está sencillamente encalado. Apostaría por mi vida que quien quiera que fuese el que robó mis documentos sólo pudo entrar por la puerta.

—¿Qué me dice de la chimenea?

—No la hay. Hay, en cambio, una estufa. El cordón de la campanilla cuelga de un alambre colocado justo a la derecha de mi escritorio. El que llamara tuvo que venir directamente a mi escritorio para hacerlo. ¿Pero para qué quiere hacer sonar la campanilla un criminal? Es un misterio insoluble.

—Ciertamente el incidente no es habitual. ¿Qué pasos dio después? ¿Examinó la habitación, como supongo que hizo, para ver si el intruso había dejado algún tipo de rastro tras de sí, una colilla o un guante tirado en el suelo, una horquilla de pelo o cualquier otra baratija?

—No había nada de eso.

—¿Ningún olor especial?

—No pensamos en ello.

—Ah, un aroma de tabaco nos serviría de mucho en una investigación de este

tipo.

—Yo no fumo nunca, de modo que me hubiera dado cuenta si hubiera olido a tabaco. No había ninguna pista de este tipo. El único hecho tangible era que la mujer del portero, la señora Tangey, se había apresurado a abandonar el lugar. El no dio ninguna explicación de este hecho, salvo que ésta era más o menos la hora en la que la mujer solía volver a casa. El policía y yo estábamos de acuerdo en que el mejor plan era dar caza a la mujer antes de que pudiese deshacerse de los documentos, en la presunción de que era ella quien los tenía.

A esas alturas la alarma había llegado ya a Scotland Yard y el señor Forbes, el detective, llegó rápidamente y tomó en sus manos el caso, dando muestras de una gran energía. Alquilamos un simón y a la media hora llegamos a la dirección que nos habían dado. Abrió la puerta una joven, que resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. Su madre todavía no había vuelto y nos hizo pasar al cuarto delantero de la casa a esperar.

Al cabo de diez minutos aproximadamente llamaron a la puerta de la casa con los nudillos, y aquí cometimos un error del que me siento culpable. En vez de abrir nosotros la puerta, dejamos a la chica que lo hiciera. La oímos decir: «Madre, hay dos hombres esperándola», y un instante después oímos los pasos de alguien que avanzaba precipitadamente por el pasillo hacia el interior de la casa. Forbes abrió la puerta de golpe y ambos corrimos a la habitación trasera o cocina, pero la mujer había llegado antes que nosotros.

—Pero, ¡cómo!, si es el señor Phelps, el de la oficina —exclamó.

—Vamos, vamos, ¿quién creyó que éramos cuando huyó de nosotros? —preguntó mi compañero.

—Pensé que eran los agentes de seguros —dijo ella—; hemos tenido problemas con un vendedor.

—Esa no es razón suficiente —contestó Forbes—. Tenemos razones para creer

que usted ha cogido unos importantes documentos en el Foreign Office y corrió hasta aquí para dejarlos. Tiene que venir con nosotros a Scotland Yard para ser cacheada.

Protestó y se resistió en vano. Trajeron un carruaje y los tres volvimos en él.

Previamente habíamos inspeccionado la cocina, y especialmente el fuego, con el fin de saber si ella no habría intentado eliminar los papeles mientras estuvo sola. No había indicios, sin embargo, de cenizas o trozos de papel.

Cuando llegamos a Scotland Yard fue conducida de inmediato a la mujer que efectúa los cacheos a las mujeres. Esperé en una agonía de suspense hasta que ésta volvió con el informe. No había indicios de los documentos.

Entonces, por primera vez, me hice plenamente consciente del horror de mi situación. Hasta aquí había estado tan seguro de que recuperaría los documentos rápidamente, que no me había atrevido a pensar en cuáles serían las consecuencias si no lo conseguía. Pero ahora ya no quedaba nada por hacer y tenía tiempo para darme cuenta de mi situación. ¡Era horrible! Watson le habrá dicho que en la escuela yo era un chico nervioso y sensible. Es mi naturaleza. Pensé en mi tío y en sus colegas del Gabinete; en la vergüenza que tendría que pasar por mi culpa, en la que tendría que pasar yo y todos los que tenían relación conmigo. ¿Qué importaba que yo fuera la víctima de un extraordinario accidente? No hay lugar para los accidentes cuando los intereses diplomáticos están en juego. Estaba arruinado; vergonzosamente, desesperadamente arruinado. No sé lo que hice. Imagino que debí de hacer una escena. Tengo un vago recuerdo de un grupo de oficiales apiñados en torno a mí intentando aplacarme. Uno de ellos me condujo hasta Waterloo y me metió en un tren. Creo que hubiera hecho todo el camino a mi lado de no ser porque el doctor Ferrier, que vive aquí al lado, volvía de la ciudad en ese mismo tren. El doctor se hizo amablemente cargo de mí, y menos mal que lo hizo, porque tuve un ataque en la estación y antes de que llegara a mi casa me había vuelto ya un maníaco delirante.

Puede usted imaginarse el estado de cosas aquí cuando el doctor, al llamar a la puerta, los sacó de la cama y me encontraron a mí en semejante estado. La pobre Annie, a quien ven ustedes aquí, y mi madre tenían el corazón destrozado. El detective había dado al doctor Ferrier la información suficiente en la estación para que éste pudiera darles una idea de lo que había sucedido, y su narración no echaba ningún parche al problema. Era evidente que yo había caído enfermo con una enfermedad que sería larga; así que Joseph fue desalojado de su alegre habitación, que convirtieron en un cuarto de enfermo para mí. Aquí he yacido durante más de nueve semanas, señor Holmes, inconsciente y delirante debido a la fiebre. De no haber sido por la señorita Harrison y por los cuidados del doctor no estaría ahora hablando con ustedes. Ella me ha cuidado durante el día, y por

la noche contrataron los servicios de una enfermera, porque en mis ataques era capaz de cualquier cosa. Poco a poco fui recobrando la razón, pero no ha sido sino en estos tres últimos días cuando he recuperado la memoria. Algunas veces deseo no haberla recobrado nunca. La primera cosa que hice fue telegrafiar al señor Forbes, en cuyas manos estaba el caso. Este vino y me aseguró que, aunque se había hecho todo lo posible, no se habían encontrado pruebas ni pistas. Habían interrogado al portero y a su mujer de todos los modos posibles, sin conseguir hacer un poco de luz sobre el asunto. Las sospechas de la policía fueron a recaer entonces sobre el joven Gorot que, como usted recordará, se quedó fuera de hora en la oficina aquella noche. El haberse quedado y su apellido francés eran los dos únicos puntos que podían sugerir una sospecha; pero de hecho yo no empecé a trabajar hasta que él ya se había ido; y su gente, aunque de ascendencia hugonota [609], tiene una simpatía y unas costumbres tan inglesas como las de usted y como las mías. No se encontró nada por lo que pudiera estar implicado en el asunto y aquí renunciaron a seguir investigando. He recurrido a usted, señor Holmes, como mi última esperanza; si me falla, perderé para siempre mi honor y mi posición.

El inválido se hundió de nuevo en los cojines, agotado por el largo monólogo, mientras su enfermera le servía un vaso de cierto medicamento estimulante. Holmes estaba sentado en silencio con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en una actitud que podría parecer apática a un extraño, pero que yo sabía que denotaba la más intensa abstracción.

—Su informe ha sido tan explícito —dijo por último—, que me ha dejado poco lugar a que le haga más preguntas. Queda, sin embargo, una de suma importancia. ¿Le había dicho usted a alguna persona algo sobre la especial tarea que tenía que llevar a cabo?

—No, a nadie.

—¿Ni siquiera a la señorita Harrison, aquí presente, por ejemplo?

—No. No volví a Woking en el espacio de tiempo que hubo entre recibir la orden y ejecutarla.

—¿Y nadie de sus familiares o amigos había ido, por casualidad, a verle?

—Nadie.

—¿Alguno de ellos sabe el camino que hay que seguir para llegar a su oficina?

—Oh, ¡claro! Todos ellos han sido introducidos por mí alguna vez.

—De todos modos, por supuesto, si no dijo nada a nadie sobre ese trabajo, estas preguntas son irrelevantes.

—No dije nada.

—¿Sabe usted algo sobre el portero?

—Nada, excepto que es un soldado retirado.

—¿De qué regimiento?

—Oh, me parece haber oído que de los «Coldstream Guards».[610]

—Gracias. No me cabe duda de que podré conseguir más detalles por medio de Forbes. Las autoridades son excelentes a la hora de amontonar hechos, aunque no siempre los usan en su propio beneficio. ¡Qué cosa más bonita es una rosa!

Fue detrás del diván, abrió la ventana y, tomando en su mano el tallo inclinado de una rosa cubierta de musgo, contempló la exquisita mezcla del carmesí con el verde. Esta faceta de su carácter era nueva para mí porque nunca le había visto demostrar un interés profundo por los objetos naturales.

—No hay nada donde la deducción sea tan necesaria como en la religión —dijo, recostándose en las contraventanas—. El razonador puede construir con ella una ciencia exacta. Siempre me ha parecido que la seguridad suprema en la bondad de la Providencia descansa en las flores. Todas las demás cosas, nuestros poderes, nuestros deseos, nuestro alimento, todos son realmente necesarios en primera instancia para nuestra existencia. Pero esta rosa se nos da por añadidura. Su aroma y su color son un adorno de la vida, no una condición de ésta. Sólo la bondad se da por añadidura y por eso, repito, tenemos mucho que esperar de las flores.

Percy Phelps y su enfermera miraron a Holmes durante esta demostración con sorpresa y un tanto de desilusión escrita en sus rostros. El había caído en una

ensoñación, con la rosa entre sus dedos. Pasó un rato antes de que la joven rompiera el silencio.

—¿Ve usted alguna posibilidad de solucionar este misterio, señor Holmes? —preguntó con cierta aspereza.

—Oh, ¡el misterio! —contestó él, volviendo con un sobresalto a las realidades de la vida—. Sería absurdo negar que el caso es oscuro y complicado; pero puedo prometerles que estudiaré el asunto y que les haré saber los puntos que me impresionen.

—¿Ve alguna pista?

—Me ha proporcionado usted siete, pero, por supuesto, debo comprobarlas antes de pronunciarme sobre su valor.

—¿Sospecha de alguien?

—Sospecho de mí.

—¿Qué?

—De llegar a conclusiones demasiado rápidas.

—Entonces vaya a Londres y compruebe sus conclusiones.

—Su consejo es excelente, señorita Harrison —dijo Holmes, levantándose—. Creo, Watson, que no podemos hacer nada mejor. No se deje llevar por falsas esperanzas, señor Phelps. El asunto está muy enmarañado.

—Estaré en un estado febril hasta que le vuelva a ver —exclamó el diplomático.

—Bueno, vendré en el mismo tren mañana, aunque es más que probable que mi informe sea negativo.

—Dios le bendiga por su promesa de venir —exclamó nuestro cliente—. Me hace cobrar nuevos ánimos el saber que se está haciendo algo. A propósito, tuve una carta de Lord Holdhurst.

—¡Ah!, ¿qué decía?

—Se mostraba frío, pero no severo. Me atrevería a decir que mi grave enfermedad ha evitado que lo fuera. Volvía a repetir que el asunto era de suma importancia y añadía que no se daría paso alguno en relación con mi futuro (con lo cual, por supuesto, se refería a mi destitución) hasta que me hubiera recuperado y tuviera la oportunidad de reparar mi infortunio.

—Bueno, fue razonable y considerado —dijo Holmes—. Vamos, Watson, que tenemos un buen día de trabajo ante nosotros.

El señor Joseph Harrison nos condujo a la estación, y en seguida nos encontramos inmersos en el rápido traqueteo de un tren que venía de Portsmouth. Holmes se hundió en sus pensamientos y apenas abrió la boca hasta que pasamos Clapham Junction.

—Qué agradable es llegar a Londres a través de una de estas líneas que le permiten a uno ver las casas desde arriba, como en este caso.

Pensé que bromeaba porque la visión era bastante sórdida, pero en seguida se explicó.

—Mire esos grandes grupos de edificios que se levantan aislados por encima de los tejados de pizarra; parecen islas de ladrillo en un mar plomizo.

—Son los internados.

—¡Los faros, muchacho, los faros! ¡Almenaras del futuro! Cápsulas con cientos de pequeñas, brillantes semillas en cada uno; de ellas surgirá el inglés del mañana, más inteligente, mejor. Supongo que ese hombre, Phelps, no beberá, ¿no?

—No creo.

—Ni yo tampoco. Pero estamos obligados a tener en cuenta todas las posibilidades. El pobre diablo se ha metido en aguas demasiado profundas y la cuestión que ahora se plantea es si podremos o no sacarlo a flote sano y salvo. ¿Qué piensa usted de la señorita Harrison?

—Es una muchacha con un carácter muy fuerte.

—Sí, pero, o yo estoy equivocado, o se trata de una muchacha bastante sensata.

Ella y su hermano son los únicos hijos de un fabricante de hierro asentado en algún lugar camino de Northumberland [611]. Phelps se comprometió con ella con ocasión de un viaje que realizó el año pasado; ella vino después, con su hermano como escolta, para que él le presentara a su familia. Entonces sucedió este accidente y ella se quedó a cuidar a su amado, mientras que su hermano Joseph, encontrándose cómodo, decidió quedarse también. He estado haciendo alguna investigación por mi cuenta.

Pero hoy ha de ser un día lleno de ellas.

—Mi clientela... —empecé a decir yo.

—Oh, si usted encuentra sus casos más interesantes que los míos... —dijo Holmes con aspereza.

—Iba a decir que mi clientela bien puede ir tirando sin mí por un día o dos; al fin y al cabo es el período más tranquilo del año.

—Excelente —dijo él, recobrando su buen humor—. Entonces estudiaremos juntos este asunto. Creo que debemos empezar por ir a ver a Forbes. Probablemente él podrá darnos todos los detalles que precisamos, hasta que sepamos por dónde ha de abordarse el asunto.

—Usted dijo que tenía una pista.

—Bueno, tenemos varias, pero sólo podremos saber si valen para algo mediante una investigación posterior. El crimen más difícil de rastrear es aquel que carece de un objetivo claro. Ahora bien, éste sí que tiene un objetivo. ¿Quién va a beneficiarse? Están el embajador francés y el ruso; está asimismo quienquiera que sea el que vaya a vendérselo al uno o al otro, y está Lord Holdhurst.

—¡Lord Holdhurst!

—Bueno, se puede concebir que un hombre de Estado se encuentre en una situación en la que no le importaría que cierto documento desapareciera de un modo accidental.

—No un hombre de Estado con un historial tan honorable como el de Lord Holdhurst.

—Es una posibilidad y no podemos permitirnos el lujo de desecharla. Veremos a este honorable Lord hoy y descubriremos si puede decirnos algo. Entretanto ya he puesto en marcha algunas investigaciones.

—¿Ya?

—Sí, envié telegramas desde la estación de Woking a todos los periódicos de la tarde de Londres. Este anuncio aparecerá en todos ellos.

Me tendió una hoja de papel arrancada de su cuaderno de notas. En ésta aparecía escrito a lápiz:

«Diez libras de recompensa a quien pueda dar información sobre el número del vehículo que depositó a un pasajero en la puerta, o alrededores del Foreign Office en Charles Street, a las diez menos cuarto de la noche del pasado 23 de mayo. Dirigirse al 221B de Baker Street.»

—¿Cree usted que el ladrón fue en simón?

—Si no fue así, tampoco nos perjudica el intentar saberlo. Pero, si el señor Phelps tiene razón al afirmar que no hay escondite posible ni en la habitación ni en los pasillos, la persona debe de haber venido desde el exterior. Si entró desde la calle en una noche tan pasada por agua, sin dejar, no obstante, huella alguna sobre el linóleo, que fue examinado pocos minutos después de que esa persona hubiera pasado, en ese caso es altamente probable que viniera en un simón. Sí, creo que podemos deducir con seguridad que vino en un simón.

—Suena probable.

—Esta es una de las pistas de que hablaba. Puede llevarnos hasta algo. Y, por supuesto, está además la campanilla, que es la característica más distintiva del caso. ¿Por qué tenía que sonar la campanilla? ¿Intentaba llevar a cabo una fanfarronada el ladrón que lo hizo? ¿O lo hizo alguien que estaba con el ladrón con la intención de evitar el crimen? ¿O fue un accidente? ¿O fue...?

Se hundió de nuevo en la intensa y profunda reflexión de la que había salido; pero a mí me pareció, acostumbrado como estaba a todos sus estados de ánimo, que había caído en la cuenta de una nueva posibilidad.

Eran las tres y veinte cuando llegamos al final de nuestro recorrido y, tras un

breve almuerzo en la cantina de la estación, rápidamente nos pusimos en camino en dirección a Scotland Yard. Holmes ya había telegrafiado a Forbes, y lo encontramos esperándonos; un hombre pequeño, de aspecto zorruno, con una expresión aguda, pero no por ello más amable, en el rostro. Fue decididamente seco en su comportamiento con nosotros, especialmente cuando supo el motivo que nos llevaba a él.

—Conozco sus métodos, señor Holmes —dijo agriamente—. Está dispuesto a usar toda la información que la policía puede poner a su disposición para intentar terminar el caso por sí mismo y desacreditarla.

—Todo lo contrario —dijo Holmes—. De los cincuenta y tres últimos casos que he tenido, mi nombre sólo ha aparecido en cuatro, llevándose toda la fama la policía en los otros cuarenta y nueve. No le culpo por no saber esto, porque es joven y sin experiencia; pero, si desea progresar en su nuevo cargo, trabaje conmigo, no contra mí.

—Estaría encantado de que me diera alguna otra indicación —dijo el detective cambiando sus modales—. Hasta ahora no he tenido ningún éxito con este caso.

—¿Qué pasos ha dado?

—Hemos seguido la pista a Tangey, el portero. Dejó el ejército con un buen informe sobre su conducta y no podemos encontrar nada contra él. Su mujer es una mala persona, sin embargo. Imagino que sabe más del asunto de lo que intenta aparentar.

—¿La han seguido?

—Tenemos a una de nuestras mujeres detectives tras ella. La señora Tangey bebe, y nuestro detective ha estado con ella en dos ocasiones en las que estaba bastante chispa, pero no pudo sacarle nada.

—Creo que tuvieron a los agentes de seguros en casa.

—Sí, pero les pagaron.

—¿De dónde procedía el dinero?

—No vimos nada irregular en lo que al dinero se refiere. Les debían la pensión

de él; no han dado muestras de que les sobre el dinero.

—¿Qué explicación dio al hecho de que acudiera ella cuando el señor Phelps llamó para pedir un café?

—Dijo que su marido estaba muy cansado y quería ayudarlo.

—Bueno, esto estaría ciertamente de acuerdo con el hecho de que él fue encontrado, un poco más tarde, dormido en la silla. No hay nada contra ellos, pues, salvo el carácter de la mujer. ¿Le preguntó por qué llevaba tanta prisa aquella noche?

Su apremio llamó la atención del número de policía.

—Era más tarde de lo habitual y quería llegar a casa.

—¿Le hizo ver que usted y el señor Phelps, que salieron por lo menos veinte minutos después de ella, llegaron allí antes?

—Ella lo explica por la diferencia entre un coche de punto y el tranvía.

—¿Hizo alguna aclaración de por qué cuando llegó a casa se precipitó hacia la cocina?

—Porque tenía allí el dinero con el que pagar a los corredores.

—Por lo menos tiene una respuesta para todo. ¿Le preguntó si al salir se había encontrado con alguien o había visto a alguien merodeando sospechosamente por Charles Street?

—No vio a nadie, salvo al número de policía.

—Bueno, parece que le ha hecho un concienzudo interrogatorio cruzado. ¿Qué más ha hecho?

—El empleado, Gorot; le hemos estado siguiendo la pista durante estas últimas nueve semanas, pero sin resultado. No tenemos ninguna prueba contra él.

—¿Algo más?

—Bueno, no contamos con ningún otro hecho sobre el que podamos seguir una

investigación.

—¿Se ha formado usted ya alguna teoría sobre cómo pudo llegar a sonar esa campanilla?

—Bueno, tengo que confesar que ese asunto me puede. Quienquiera que lo haya hecho tiene que tener una sangre fría impresionante para así, sin más, ir y hacer sonar la alarma.

—Sí, es algo bastante extraño. Muchas gracias por todo lo que me ha dicho. Sabrá de mí en el caso de que pueda entregarle al hombre. ¡Vamos Watson!

—¿Dónde vamos a ir ahora? —pregunté al dejar la oficina.

—Vamos a ir a entrevistarnos con Lord Holdhurst, el ministro del Gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.

Tuvimos la suerte de que Lord Holdhurst estaba todavía en su despacho de

Downing Street [612] y, tras hacerle llegar Holmes su tarjeta de visita, nos hizo pasar al instante. El político nos recibió con esa extremada cortesía, un poco pasada de moda, que le caracteriza; nos ofreció asiento en dos lujosos y cómodos sillones situados a ambos lados de la chimenea. El, de pie sobre la alfombra que se extendía entre ambos, con su esbelta y ligera figura, su rostro agudo y pensativo y su rizado cabello prematuramente cano, parecía representar el tipo, ya no demasiado común, del noble que es noble de verdad.

—Su nombre me es muy familiar, señor Holmes —dijo sonriendo—. Y, por supuesto, no puedo fingir que desconozco el objeto de su visita. Sólo ha habido un suceso en estas oficinas que puede haber requerido su presencia aquí. Pero, permítame que le pregunte por cuenta de quién actúa.

—Del señor Percy Phelps —contestó Holmes.

—¡Ah, mi infortunado sobrino! Como usted puede comprender, nuestro parentesco me hace todavía más difícil el intentar protegerle de un modo u otro.

Temo que este incidente tendrá un efecto muy perjudicial en su carrera.

—Pero, ¿y si encontramos el documento?

—¡Ah!, en ese caso sería diferente.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, Lord Holdhurst.

—Estaré encantado de poder ofrecerle toda la información que se encuentra en mi poder.

—¿Fue en esta habitación en donde le dio a su sobrino las instrucciones de cómo debía llevarse a cabo la copia del documento?

—Esta era.

—Entonces difícilmente pudo haber alguien que sorprendiera su conversación.

—Por supuesto.

—¿Le había mencionado a alguien que tenía la intención de entregar el tratado a alguien con el fin de hacer una copia?

—Nunca.

—¿Está seguro de ello?

—Absolutamente.

—Bueno, puesto que ni usted se lo dijo a nadie, ni el señor Phelps se lo dijo a nadie, ni nadie más sabía algo sobre el asunto, la presencia del ladrón en la habitación fue, pues, algo puramente accidental. Vio una posibilidad y no la dejó escapar.

El político sonrió:

—Eso ya no es de mi competencia —dijo.

Holmes se quedó un momento pensativo.

—Hay otro aspecto del asunto, también muy importante, que me gustaría comentar con usted —dijo—. Tengo entendido que usted temía las graves consecuencias que acarrearía el hecho de que se llegaran a conocer ciertos

detalles del tratado, ¿no es así?

Una sombra cubrió el expresivo rostro del político.

—Verdaderamente, graves consecuencias.

—¿Y las ha habido ya?

—No, todavía no.

—¿Si el tratado hubiera llegado, pongamos por caso, al Ministerio de Asuntos Exteriores francés o ruso, lo sabría?

—Sí, tendría que saberlo —dijo Lord Holdhurst, poniendo una expresión de disgusto en el rostro.

—Entonces, puesto que han pasado casi diez semanas y todavía no se sabe nada, ¿sería cierto suponer que el tratado no ha llegado a ellos?

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

—No podemos suponer que el ladrón cogió el tratado para enmarcarlo y colgarlo de la pared.

—Posiblemente esté esperando a poder venderlo a mejor precio.

—Si espera un poco más, ya no podrá venderlo en absoluto. Dentro de unos cuantos meses el tratado dejará de ser secreto.

—Eso es muy importante —dijo Holmes—. Por supuesto, no está fuera de lo posible que el ladrón se encuentre aquejado de una súbita enfermedad.

—¿Un ataque de encefalitis, por ejemplo? —preguntó el político, lanzándole una rápida mirada.

—Yo no diría eso —dio Holmes imperturbable—. Y ahora nos vamos, Lord Holdhurst; ya le hemos quitado mucho de su valioso tiempo, y sólo nos queda desearle que tenga usted un buen día.

—Le deseo suerte en su investigación, sea quien sea el criminal —contestó el noble caballero, al tiempo que nos despedía con una reverencia.

—Es un buen tipo —dijo Holmes cuando salimos a Whitehall—. Pero tiene enormes dificultades para mantener su posición. Anda lejos de ser rico y tiene muchos gastos. ¿Se dio cuenta de que sus botines tenían echadas medias suelas? Ahora, Watson, no quiero tenerle alejado más tiempo de sus obligaciones. No haré nada más hoy, a no ser que alguien conteste al anuncio que puse en el periódico. Pero le estaría agradecido en extremo si quisiera acercarse conmigo mañana a Woking; cogeremos el mismo tren que hemos cogido hoy.

Me reuní, pues, con él a la mañana siguiente e hicimos el viaje juntos hasta Woking. Nadie había contestado al anuncio, dijo, y nada había sucedido que echara una nueva luz sobre el asunto. Tenía, cuando así lo deseaba, la profunda inexpresividad de un piel roja. Y yo no pude deducir por su aspecto si estaba o no satisfecho con la situación del caso. Recuerdo que su conversación giró en torno al sistema Bertillon [613] de medidas y expresó una entusiasta admiración por el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente todavía bajo los cuidados de su fiel enfermera, pero tenía mucho mejor aspecto que antes. Cuando entramos, se levantó sin dificultad del sofá y nos saludó.

—¿Alguna novedad? —preguntó con vehemencia.

—Mi informe, como esperaba, es negativo —dijo Holmes—. He visto a Forbes y a su tío y he puesto en marcha una o dos investigaciones que nos pueden llevar hasta algo.

—¿No está, pues, descorazonado?

—En absoluto.

—¡Dios le bendiga por decir tal cosa! —exclamó la señorita Harrison.

—La verdad terminará por salir a la luz si seguimos siendo valerosos y no perdemos la paciencia.

—Nosotros podemos darle más noticias de las que usted ha podido darnos —dijo Phelps volviéndose a sentar en el sofá.

—Esperaba que tuvieran algo que decirme.

—Sí, ayer por la noche nos sucedió algo que podría ser serio —su expresión se fue haciendo más grave según hablaba y su mirada expresaba un tipo de sentimiento parecido al miedo—. ¿Sabe usted —dijo— que empiezo a creer que estoy siendo, sin darme cuenta, el centro de una monstruosa conspiración que no sólo atenta contra mi honor sino también contra mi propia vida?

—¡Ah! —exclamó Holmes.

—Parece increíble, porque no tengo, que yo sepa, un solo enemigo en este mundo. Y, sin embargo, a partir de la experiencia de ayer por la noche, no puedo llegar a otra conclusión.

—Por favor, tenga la bondad de contarme cómo fue.

—Tiene que saber que ayer por la noche fue la primera vez que dormí sin una enfermera en la habitación. Me encontraba muchísimo mejor que los días pasados, tanto, que decidí que podía pasar sin ella. Tenía, no obstante, una lamparilla encendida. Bueno, a eso de las dos de la madrugada me había hundido en un sueño ligero, cuando un ruidito me despertó de repente. Era similar al ruido que hacen los ratones al roer las tablas del entarimado y me quedé un rato escuchando, pensando que esa debía de ser la causa. Entonces se hizo más fuerte, hasta que al final oí en la ventana un golpe agudo y metálico. Me senté asombrado. Ahora ya no había duda sobre la procedencia del ruido. Los más débiles los había producido alguien al intentar forzar los bastidores de la ventana y el segundo lo produjo el pestillo al saltar.

Tras esto, todo quedó en silencio durante unos minutos, como si la persona estuviera esperando a ver si el ruido me había despertado o no. Entonces oí un tenue chirrido, al tiempo que la ventana se iba abriendo lentamente. No pude aguantar más, porque mis nervios ya no son lo que eran y, saltando de la cama, abrí de golpe las contraventanas. Había un hombre agazapado en la ventana. Apenas pude verlo, porque echó a correr con la velocidad del relámpago. Iba envuelto en algo parecido a una capa, que le ocultaba la parte inferior del rostro. Sólo estoy seguro de una cosa, y es que llevaba un arma en la mano. Me pareció un cuchillo. Vi claramente el brillo de éste cuando él se volvió antes de echar a correr.

—Esto es de lo más interesante; y dígame, ¿qué hizo usted entonces?

—Habría saltado por la ventana y le hubiera seguido, si me hubiera sentido más

fuerte. Lo que hice fue tocar la campanilla y levantar a toda la casa. Me llevó un rato porque las campanillas suenan en la cocina y todos los sirvientes duermen arriba. Grité, por tanto, lo cual hizo bajar a Joseph, que se encargó de despertar al resto. Joseph y el mozo de cuadra encontraron pisadas en el macizo de flores que está debajo de la ventana, pero el tiempo ha sido tan seco últimamente, que pensaron que sería imposible seguirlas por todo el césped. No obstante, me han dicho que hay un lugar en la cerca de madera que bordea la carretera que muestra signos como si alguien hubiera pasado por encima rompiendo un listón al hacerlo. Todavía no he dicho nada a la policía local, porque pensé que haría mejor en saber primero su opinión sobre el asunto.

Este relato de nuestro cliente pareció tener un efecto extraordinario sobre Sherlock Holmes. Se levantó de su asiento y se puso a ir y venir por la habitación en un estado incontrolable de excitación.

—Las desgracias nunca vienen solas —dijo Phelps sonriendo, aunque era evidente que este suceso le había dejado un tanto estremecido.

—Ya ha sufrido usted lo suyo, verdaderamente —dijo Holmes—. ¿Cree que sería capaz de dar una vuelta conmigo alrededor de la casa?

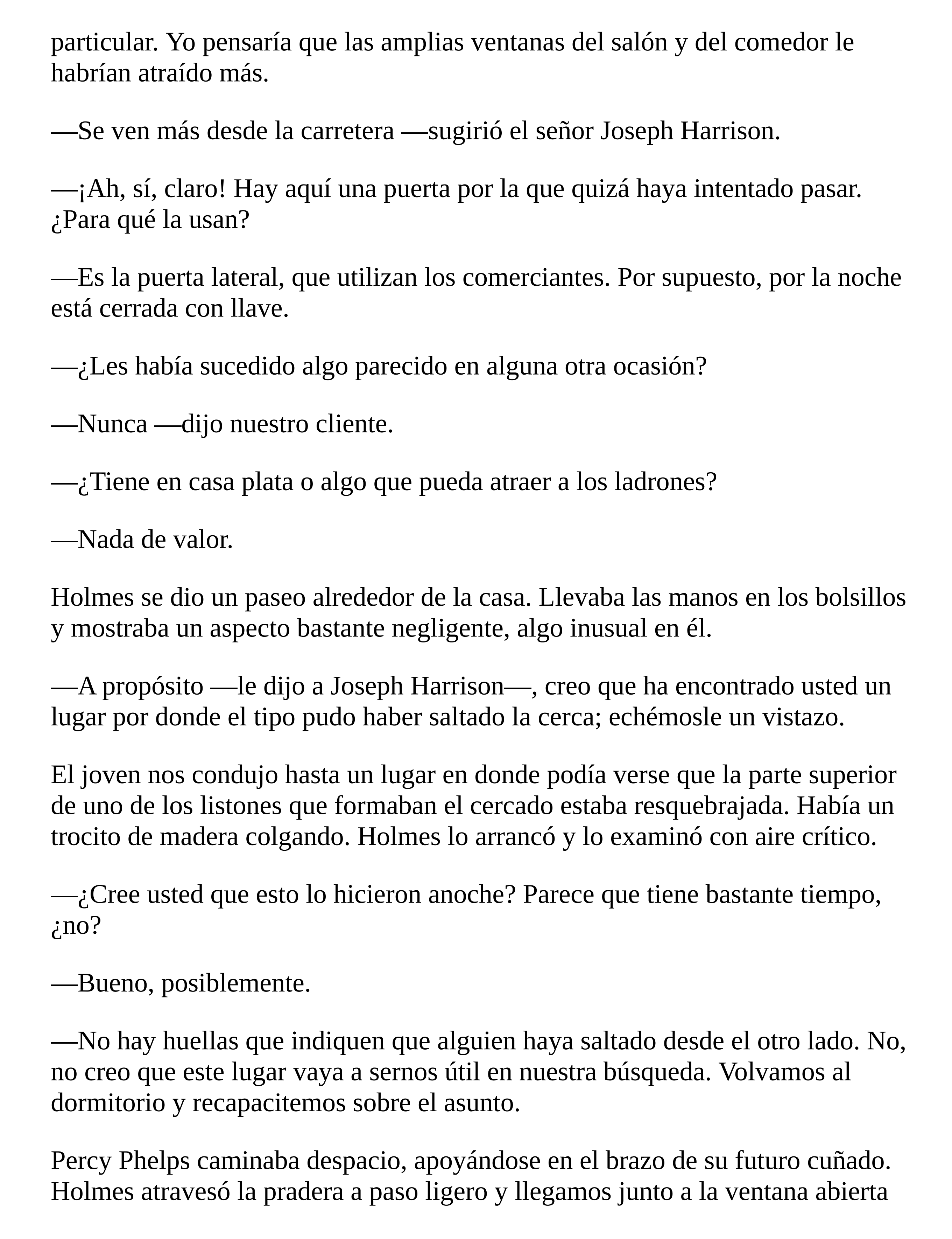
—¡Oh, sí! Me agradaría mucho que me diera un poco el sol. Joseph vendrá también.

—¡Y yo también! —dijo la señorita Harrison.

—Siento mucho tener que decirle que no —dijo Holmes moviendo la cabeza—. Creo que tengo que pedirle que se quede sentada exactamente en el mismo lugar en el que está ahora.

La joven dama volvió a ocupar su asiento con cierto aire de disgusto. Sin embargo, su hermano se había unido a nosotros y salimos los cuatro juntos. Dimos la vuelta por el césped que bordea la casa hasta llegar a la ventana de la habitación que ocupaba el joven diplomático. Había, como él había dicho, algunas huellas en el macizo de flores, pero eran totalmente borrosas e imprecisas. Holmes se inclinó un momento sobre ellas, tras lo cual se irguió de nuevo encogiéndose de hombros.

—No creo que nadie pueda sacar mucho en claro de esto —dijo—. Demos una vuelta entera a la casa y veamos por qué el ladrón escogió esta habitación en


particular. Yo pensaría que las amplias ventanas del salón y del comedor le habrían atraído más.

—Se ven más desde la carretera —sugirió el señor Joseph Harrison.

—¡Ah, sí, claro! Hay aquí una puerta por la que quizá haya intentado pasar. ¿Para qué la usan?

—Es la puerta lateral, que utilizan los comerciantes. Por supuesto, por la noche está cerrada con llave.

—¿Les había sucedido algo parecido en alguna otra ocasión?

—Nunca —dijo nuestro cliente.

—¿Tiene en casa plata o algo que pueda atraer a los ladrones?

—Nada de valor.

Holmes se dio un paseo alrededor de la casa. Llevaba las manos en los bolsillos y mostraba un aspecto bastante negligente, algo inusual en él.

—A propósito —le dijo a Joseph Harrison—, creo que ha encontrado usted un lugar por donde el tipo pudo haber saltado la cerca; echémosle un vistazo.

El joven nos condujo hasta un lugar en donde podía verse que la parte superior de uno de los listones que formaban el cercado estaba resquebrajada. Había un trocito de madera colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó con aire crítico.

—¿Cree usted que esto lo hicieron anoche? Parece que tiene bastante tiempo, ¿no?

—Bueno, posiblemente.

—No hay huellas que indiquen que alguien haya saltado desde el otro lado. No, no creo que este lugar vaya a sernos útil en nuestra búsqueda. Volvamos al dormitorio y recapacitemos sobre el asunto.

Percy Phelps caminaba despacio, apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. Holmes atravesó la pradera a paso ligero y llegamos junto a la ventana abierta

muchos antes que los otros dos.

—Señorita Harrison —dijo Holmes, poniendo mucho cuidado en su modo de dirigirse a ella—, tiene usted que quedarse todo el día en el lugar en el que está ahora.

No consienta que nada le impida hacerlo. Esto tiene una importancia vital.

—Claro que lo haré, si así lo desea usted —dijo la muchacha asombrada.

—Cuando se vaya a dormir, cierre por fuera la puerta de esta habitación y guarde la llave. Prométame que lo hará.

—Pero ¿y Percy?

—Vendrá a Londres con nosotros.

—¿Y yo voy a quedarme aquí?

—Es por su bien, ¡puede serle usted muy útil! ¡Rápido! ¡Prométamelo!

Asintió con la cabeza en el mismo momento en que llegaban los otros.

—¿Por qué te quedas ahí haciendo muecas, Annie? —le gritó su hermano—. Sal a que te dé el sol.

—No, gracias, Joseph; tengo un ligero dolor de cabeza y esta habitación es deliciosamente fresca y sedante.

—¿Qué propone que hagamos ahora, señor Holmes? —dijo nuestro cliente.

—Bueno, no debemos perder de vista la investigación principal por andarnos preocupando de un asuntillo sin importancia. Me prestaría una gran ayuda si pudiera usted venir a Londres con nosotros.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, lo antes posible, siempre que no le suponga un trastorno. Digamos dentro de una hora.

—Me siento lo bastante fuerte, si es que de verdad puedo serle útil en algo.

—Utilísimo.

—Posiblemente quiera que me quede a pasar la noche allí.

—Eso es lo que iba a proponerle.

—En ese caso, si mi amigo nocturno vuelve a visitarme, verá que el pájaro ha volado. Estamos todos en sus manos, señor Holmes: tiene usted que decirnos lo que quiere que hagamos. ¿A lo mejor prefiere que Joseph venga con nosotros para hacerse cargo de mí?

—Oh, no; mi amigo Watson es médico, sabe, y se ocupará de usted. Comeremos aquí, si nos lo permite, y después partiremos juntos hacia la ciudad.

Se decidió hacerlo tal como él lo había sugerido, si bien la señorita Harrison, de acuerdo con la sugerencia de Holmes, se excusó por no abandonar la habitación. Yo no podía concebir cuál era el objeto de la maniobra de mi amigo, a no ser que se propusiera mantener a la dama alejada de Phelps, quien, lleno de alegría por haber recobrado la salud y por las perspectivas de acción, comió con nosotros en el comedor. Holmes nos tenía reservada, sin embargo, otra sorpresa todavía más grande, porque, tras acompañarnos hasta la estación e introducirnos en el vagón, nos anunció con toda calma que no tenía la intención de abandonar Woking.

—Hay todavía dos o tres pequeñas cuestiones que me gustaría aclarar antes de ir —dijo—. Su ausencia, señor Phelps, me será de alguna manera útil. Watson, cuando lleguen a Londres, hágame el favor de dirigirse rápidamente con nuestro amigo a Baker Street y de quedarse allí con él hasta que volvamos a vernos. Es una suerte que sean antiguos compañeros de escuela, porque así tendrán mucho de que hablar. El señor Phelps puede ocupar el cuarto de huéspedes y yo volveré a estar con ustedes mañana a la hora del desayuno, ya que hay un tren que me dejará a las ocho en la estación de Waterloo.

—¿Pero qué pasará con nuestra investigación en Londres? —preguntó Phelps pesaroso.

—Podremos hacerla mañana. Creo que en este momento puedo ser más útil aquí.

—Dígales en Briarbrae que espero estar de vuelta mañana por la noche —gritó Phelps cuando el tren empezaba a dejar el andén.

—No espero volver a Briarbrae —contestó Holmes, despidiéndonos con la mano mientras el tren iba saliendo cada vez más de prisa de la estación.

Phelps y yo hablamos de ello durante el viaje, pero ninguno de los dos pudo imaginarse una razón satisfactoria que explicara este nuevo acontecimiento.

—Supongo que querrá encontrar alguna pista relativa al robo de anoche, si es que se trataba de un robo. Por mi parte, no creo que se tratara de un robo ordinario.

—¿Qué idea tiene usted, pues, del asunto?

—Puede usted achacárselo o no a la debilidad de mis nervios, pero palabra que creo que soy el centro de una profunda intriga política y que, por alguna razón que se me escapa, los conspiradores apuntan contra mi vida. Suena exaltado y absurdo, pero ¡considere los hechos! ¿Por qué iba un ladrón a intentar forzar la ventana de un dormitorio en el que no podía haber posibilidad de robo y por qué iba a llevar un cuchillo en la mano?

—¿Está usted seguro de que no era una ganzúa?

—Oh, no; era un cuchillo. Vi claramente el brillo de la hoja.

—Pero ¿por qué demonios le van a perseguir con tal animosidad?

—¡Ah!, esa es la cuestión.

—Bueno, si Holmes tiene el mismo punto de vista, eso estaría conforme con el hecho de que él se haya quedado allí, ¿no? Suponiendo que su teoría sea correcta, si puede echarle el guante a quien le amenazó a usted anoche, habrá avanzado mucho en la búsqueda de la persona que se llevó el tratado naval. Es absurdo suponer que tiene usted dos enemigos; uno que le roba mientras el otro atenta contra su vida.

—Pero el señor Holmes dijo que no iba a ir a Briarbrae.

—Le conozco desde hace algún tiempo —dije yo—, y sé que nunca hace nada si no cuenta con una buena razón para hacerlo.

Y con esto nuestra conversación saltó a otros tópicos.

Pero fue un día agotador para mí. Phelps estaba todavía muy débil tras su larga enfermedad y sus infortunios le habían vuelto quejica y nervioso. En vano me propuse atraer su interés hacia otros temas tales como Afganistán, India, los problemas sociales; cualquier cosa que le quitara de la cabeza el problema que le tenía obsesionado. Siempre terminaba volviendo al desaparecido tratado; preguntándose, haciendo conjeturas, especulando sobre lo que estaría haciendo Holmes, lo que decidiría Lord Holdhurst, las noticias que tendríamos por la mañana.

Al ir avanzando la tarde, su excitación se hizo casi dolorosa.

—¿Tiene una fe implícita en Holmes? —preguntó.

—Le he visto llevar a cabo hechos asombrosos.

—¿Pero logró esclarecer alguna vez algún otro asunto tan oscuro como éste?

—Oh, sí; le he visto resolver casos que presentaban menos pistas que el suyo.

—¿Pero alguno en el que tantos intereses estuvieron en juego?

—Eso no lo sé. Lo que sí sé seguro es que ha actuado en representación de tres de las casas reinantes de Europa [614] en asuntos vitales.

—Pero usted lo conoce bien, Watson. Es un tipo tan inescrutable, que nunca sé que pensar de él. ¿Cree que tiene esperanzas? ¿Cree que cuenta con acabar el asunto con éxito?

—No ha dicho nada.

—Eso es un mal signo.

—Por el contrario, me he dado cuenta de que cuando no sabe por dónde va, lo dice. Es cuando huele algo, pero todavía no está lo bastante seguro de que está en lo cierto, cuando se muestra más taciturno. Ahora, querido amigo, no podemos evitar los problemas poniéndonos nerviosos con ellos, así que le suplico que se acueste con el fin de que pueda estar usted fresco para lo que nos aguarde mañana, sea lo que sea.

Finalmente pude persuadir a mi compañero de que siguiera mi consejo, aunque sabía, por el estado de excitación en que se encontraba, que no dormiría nada. En realidad, su estado de ánimo era contagioso, porque yo me pasé la mitad de la noche dando vueltas en la cama, rumiando aquel extraño asunto e inventándome cientos de teorías, cada una de ellas, si cabe, más imposible que la anterior. ¿Por qué se había quedado Holmes en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que se quedara en la habitación del enfermo todo el día? Me devané los sesos hasta que me quedé dormido en el empeño de encontrar una explicación que abarcara todos los hechos.

Eran las siete cuando me desperté, y rápidamente me encaminé al cuarto de Phelps, encontrándolo ojeroso y agotado tras haber pasado la noche en blanco. Su primera pregunta fue si Holmes había llegado ya.

—Estará aquí a la hora prometida —dije yo—, y ni un instante antes o después.

Y mis palabras fueron ciertas, porque poco después de las ocho un taxi se paró ante la casa y nuestro amigo salió de él. De pie, junto a la ventana, vimos que traía vendada la mano izquierda y que su rostro estaba pálido y con un aire lúgubre. Entró en la casa, pero pasó un rato antes de que subiera.

—Parece un hombre vencido —exclamó Phelps.

Me vi forzado a contestar que era verdad.

—Después de todo —dije yo—, la clave del asunto es probable que se encuentre aquí en la ciudad.

Phelps exhaló un gemido.

—No sé cómo será —dijo él—, pero había esperado tanto su vuelta... Pero ayer no llevaba la mano vendada, ¿verdad? ¿A qué puede deberse?

—¿No estará usted herido, Holmes? —pregunté yo, cuando nuestro amigo entró en la habitación.

—¡Qué va! Sólo es un rasguño debido a mi propia torpeza —contestó, dándonos los buenos días—. Este caso suyo, señor Phelps, es ciertamente uno de los más oscuros que yo haya investigado.

—Temía que lo encontrara más allá de sus posibilidades.

—Ha sido una importante experiencia.

—Esta venda habla por sí sola de las aventuras que ha corrido —dije—. ¿No nos contará lo que sucedió?

—Después del desayuno mi querido Watson. Recuerde que vengo de respirar el aire matutino de Surrey. Supongo que ningún taxista habrá contestado a mi anuncio, ¿no? Bueno, bueno, no podemos esperar estar marcando tantos todo el rato.

La mesa estaba puesta y, en el mismo momento en que yo iba a hacer sonar la campanilla, entró la señora Hudson con el té y el café. Unos minutos después trajo las bandejas cubiertas y todos nos sentamos a la mesa; Holmes hambriento, yo curioso y Phelps en un estado de profunda depresión.

—La señora Hudson se ha superado para la ocasión —dijo Holmes destapando una fuente de pollo al curry—. Su cocina es un poco limitada, pero, como escocesa que es, tiene una buena idea de lo que debe ser un auténtico desayuno. ¿Qué tiene usted ahí, Watson?

—Jamón y huevos —contesté yo.

—¡Bien! ¿Qué va usted a tomar, señor Phelps? ¿Pollo al curry, huevos o se servirá de la bandeja que tiene a su lado?

—Gracias, no puedo comer nada —dijo Phelps.

—Bueno, entonces —dijo Holmes haciéndome un travieso guiño—, supongo que no tendrá ningún inconveniente en servirme de esa bandeja que tiene a su lado, ¿no es así?

Phelps destapó la bandeja y, al hacerlo, lanzó un grito y se quedó mirándola con el rostro tan pálido como el plato que tenía ante sí. En el centro de la bandeja había un pequeño cilindro de papel color azul grisáceo. Lo cogió, lo devoró con la mirada y después se puso a bailar locamente por toda la habitación, cayendo después en un sillón tan debilitado y exhausto por la emoción, que tuvimos que echarle brandy por la garganta para evitar que se desmayara.

—¡Venga! ¡Venga! —decía Holmes, intentando calmarlo mientras le daba unos ligeros golpecitos en el hombro—. Ha sido demasiado esto de lanzárselo así de sorpresa; pero Watson, aquí presente, sabe que no puedo resistirme a dar un toque de dramatismo a las cosas.

Phelps cogió su mano y se la besó.

—Dios le bendiga —exclamó—. Ha salvado usted mi honor.

—Bueno, el mío también estaba en juego, ¿sabe? —dijo Holmes—. Le aseguro que es para mí tan odioso el fracasar en un caso, como puede serlo para usted el cometer un error en algo que se le ha encargado.

Phelps metió el precioso documento en el bolsillo más escondido de su levita.

—No me atrevo a seguir interrumpiéndoles el desayuno por más tiempo y, sin embargo, me muero por saber cómo lo consiguió y dónde estaba.

Sherlock Holmes se bebió una taza de café, aplicándose después a los huevos con jamón. Tras esto se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su sillón.

—Les diré lo que hice en primer lugar y cómo me las apañé después —dijo—. Tras dejarlos en la estación me fui, dando un encantador paseo por el maravilloso escenario de Surrey, hasta un bonito pueblecito llamado Ripley [615], donde tomé el té y tuve la precaución de llenar mi cantimplora y echarme al bolsillo una bolsa de bocadillos. Me quedé allí hasta la tarde, tras emprender el camino de regreso a Woking, me encontré en la carretera a la puerta de Briarbrae, justo después de la puesta del sol. Bueno, esperé hasta que no hubo nadie en la carretera (no es una carretera muy frecuentada a ninguna hora) y después trepé por la cerca.

—Seguramente la cancela de la cerca estaría abierta, ¿no? —exclamó de repente Phelps.

—Sí; pero tengo un gusto peculiar en estos asuntos. Escogí el sitio en el que se levantan los tres abetos y, amparado por su protección, salté dentro, seguro de que no existía la menor posibilidad de que alguien pudiera verme desde la casa. Me agaché en los matorrales que hay a ese lado de la cerca, y fui reptando de uno a otro (el lamentable estado de las rodilleras de mis pantalones es testigo de ello), hasta que alcancé el macizo de rododendros que está justo enfrente de la

ventana de su habitación. Allí me quedé agazapado y esperé el desarrollo de los acontecimientos.

Todavía no habían bajado la persiana de su habitación y veía a la señorita Harrison sentada allí leyendo junto a la mesa. Eran las diez y cuarto cuando cerró el libro, atrancó las contraventanas y se retiró. La oí cerrar la puerta y tuve la casi absoluta seguridad de que había dado la vuelta a la llave.

—¿La llave? —exclamó Phelps.

—Sí, le había dado instrucciones a la señorita Harrison para que cerrara la puerta por fuera y se llevara la llave cuando se fuera a la cama. Llevó a cabo mis instrucciones al pie de la letra y sin su cooperación no tendría usted ahora ese documento en el bolsillo de su levita. Ella se fue, las luces se apagaron y yo me quedé solo, en cuclillas, tras el macizo de rododendros.

Hacía una buena noche, pero de todos modos fue una espera aburrida. Por supuesto, había en ella algo de esa suerte de excitación que siente el cazador cuando está tumbado en su puesto junto al agua esperando el comienzo de la gran caza. Fue muy larga, sin embargo, casi tan larga, Watson, como aquella vez en la que usted y yo tuvimos que esperar en una horripilante habitación, cuando andábamos investigando aquel problemilla de «La banda de lunares». [616] El reloj de una iglesia de Woking daba los cuartos y más de una vez pensé que se había parado. Por fin, no obstante, a eso de las dos de la madrugada, oí de repente el suave sonido de un cerrojo que se abría y el chirrido de una llave. Un momento después se abrió la puerta de servicio y el señor Joseph Harrison salió a la luz de la luna.

—¡Joseph! —exclamó Phelps.

—Iba descubierto, pero se había echado una capa sobre los hombros con el fin de poder ocultar su rostro rápidamente en caso de emergencia. Caminaba de puntillas, amparándose en la sombra que hacían las paredes de la casa y, cuando llegó a la ventana, metió un cuchillo de hoja muy larga por la ranura y levantó el pestillo, abriendo entonces la ventana de golpe, tras lo cual metió el cuchillo por la ranura de las contraventanas, hizo saltar la tranca y las abrió de par en par.

Desde el lugar en el que estaba veía perfectamente el interior de la habitación y pude seguir todos y cada uno de sus movimientos. Encendió las dos velas que estaban en la repisa de la chimenea y entonces procedió a levantar una esquina

de la alfombra cerca de la puerta. De repente se paró y sacó una pieza cuadrada del entarimado, de esas que se dejan para que los fontaneros puedan acceder a los empalmes de las tuberías del gas. Esta cubría, de hecho, el empalme en forma de T donde se une la tubería que abastece de gas a la cocina, que está justo debajo de esa habitación. Sacó el cilindro de papel fuera del escondite, volvió a poner la pieza del entarimado, arregló la alfombra dejándola como estaba, apagó las velas, y cayó en mis brazos al estar yo esperándole bajo la ventana.

Bueno, el señorito Joseph tiene más maldad de la que yo le hubiera adjudicado, sí, señor, mucha más. Se lanzó contra mí blandiendo el cuchillo y tuve que golpearle hasta tumbarle por dos veces, cortándome en los nudillos antes de dominarle. Cuando terminó la pelea parecía querer «asesinarme» con la mirada del único ojo que le había quedado sano, pero se atuvo a razones y soltó los papeles. Tras haberlos conseguido le dejé ir, pero esta mañana he telegrafiado a Forbes dándole una información completa. Si es lo suficientemente rápido y consigue cazar al pájaro, ¡tanto mejor! Pero si, como sospecho, el pájaro abandonó el nido antes de que él llegue, ¡pues bien, mucho mejor para el Gobierno! Imagino que Lord Holdhurst, por un lado, y el señor Percy Phelps, por otro, preferirían con mucho que el asunto no llegara nunca hasta un tribunal policial.

—¡Dios mío! —dijo nuestro cliente con voz entrecortada—. ¿Está usted diciéndome que durante estas diez largas semanas de agonía los documentos robados estuvieron todo el rato conmigo en la misma habitación?

—Así fue.

—¡Y Joseph! ¡Joseph un traidor y un ladrón!

—¡Hum! Lamento tener que decirle que el carácter de Joseph es más profundo y peligroso de lo que uno juzgaría por su aspecto. Por lo que esta mañana he podido enterarme, he sacado la conclusión de que ha perdido mucho dinero por meterse sin saber nada en el mundo de la Bolsa, y está dispuesto a hacer cualquier cosa para sanear su fortuna. Como es un hombre totalmente egoísta, cuando se le presentó la ocasión, ni la felicidad de su hermana, ni la reputación de usted le hicieron detenerse.

Percy Phelps se hundió en la silla.

—La cabeza me da vueltas —dijo—, sus palabras me han mareado.

—La principal dificultad en su caso —observó Holmes, con el didactismo que le caracteriza— estaba en el hecho de que había demasiados datos. Lo que era vital estaba cubierto y oculto por lo irrelevante. De todos los hechos que se nos presentaron, tuvimos que escoger los que juzgamos esenciales y entonces juntarlos dándoles un orden con el fin de reconstruir esta especialísima cadena de acontecimientos. Yo ya había empezado a sospechar de Joseph a partir del hecho de que usted tenía la intención de viajar con él aquella noche y, por tanto, era bastante probable que, conociendo bien el Foreign Office como lo conocía, él hubiera ido a buscarle de camino. Cuando supe que había habido alguien que había intentado entrar en su dormitorio de un modo tan desesperado, en el cual nadie sino Joseph podía haber ocultado algo (usted nos había dicho en su relato cómo había echado a Joseph de la habitación la noche en que llegó con el doctor), mis sospechas se convirtieron en una certeza total, especialmente cuando el intento se hizo en la primera noche que la enfermera estaba ausente, lo cual mostraba que el intruso estaba bien informado de lo que sucedía en la casa.

—¡Qué ciego he sido!

—Los hechos, hasta donde yo he podido descubrir, son éstos: Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles Street y, como conocía el camino, se dirigió directamente a su habitación un momento después de que usted la hubiera abandonado. Al no encontrar a nadie allí, hizo sonar la campanilla y, al hacerlo, se fijó en el documento que estaba sobre la mesa. Con una sola mirada se dio cuenta de que la suerte había puesto en su camino un documento de inmenso valor y, sin perder un segundo, se lo metió en el bolsillo y se fue. Pasaron como usted recordará, unos cuantos minutos antes de que el portero le llamara a usted la atención sobre la campanilla, y éstos bastaron para darle al ladrón tiempo de escapar.

Hizo el camino hasta Woking en el primer tren y, tras examinar su botín y asegurarse de que realmente tenía un inmenso valor, lo escondió en lo que pensó sería un lugar seguro, con la intención de volverlo a sacar en un día o dos y llevarlo a la Embajada francesa o a cualquier sitio que pensara que le harían un buen precio. Entonces vino su precipitado regreso. El, sin previo aviso, se vio obligado a abandonar su habitación y, desde ese momento, siempre hubo al menos dos personas para impedirle rescatar su tesoro. Debe de haber sido algo enloquecedor entrar en la habitación, pero su insomnio frustró este intento. Recordará usted que no tomó aquella noche su droga de costumbre.

—Lo recuerdo.

—Imagino que él había tomado sus medidas para acrecentar la eficacia de la droga y que confiaba en que usted estuviera inconsciente. Por supuesto, me di cuenta de que repetiría el intento cuando pudiera llevarlo a cabo con seguridad. La posibilidad que andaba buscando se la proporcionó el hecho de que usted abandonara la habitación. Mantuve a la señorita Harrison allí durante todo el día, con el fin de que él no se nos anticipara. Tras esto y tras haberle hecho creer que no había moros en la costa, hice guardia del modo que les he descrito. Yo ya sabía que los documentos probablemente estaban en la habitación, pero no deseaba destrozar todo el entarimado y todo el zócalo en su búsqueda. Por tanto, dejé que él mismo los sacara del escondite, evitándome así muchos problemas. ¿Desean que les aclare algo más?

—¿Por qué intentó entrar por la ventana en la primera ocasión —dije yo—, cuando podía haberlo hecho por la puerta?

—Hubiera tenido que pasar por delante de siete dormitorios para alcanzarla. Por otro lado, podía salir con facilidad al césped. ¿Algo más?

—¿No piensa usted —preguntó Phelps— que tenía intenciones asesinas? Sólo se ha referido usted al cuchillo como herramienta.

—Puede ser —contestó Holmes encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decir con certeza es que el señor Joseph Harrison es un caballero a cuya clemencia por nada del mundo me encomendaría.

12. El problema final

Con extremada tristeza tomo hoy mi pluma para escribir estas últimas palabras, con las que dejaré para siempre constancia de los singulares dones que distinguían a mi amigo, el señor Sherlock Holmes. De un modo incoherente y, viéndolo ahora en profundidad, totalmente inadecuado, me propuse dar cuenta de las extrañas experiencias que tuve en su compañía: desde el primer encuentro casual que nos uniría en la época de Estudio en escarlata hasta los tiempos de su intervención en el asunto del «Tratado naval», una intervención que tuvo el incuestionable efecto de evitar un serio embrollo internacional. Tenía la intención de haberme detenido aquí y de callarme todo lo relativo a aquel suceso que dejó un vacío tal en mi vida, que un lapso de dos años no ha podido llenar. Me veo forzado, no obstante, a continuar, debido a las recientes cartas en las que el coronel Moriarty defiende la memoria de su hermano; no me queda más remedio que exponer los hechos ante el público exactamente como ocurrieron. Sólo yo sé toda la verdad sobre el asunto y me alegra que haya llegado el momento en el que deja de ser bueno y provechoso el callarse. Por lo que sé, solamente se han dado tres informes en la prensa pública: el del Journal de Genève del 6 de mayo de 1891; el del despacho de noticias Reuter, aparecido en los periódicos ingleses del 7 de mayo, y finalmente las cartas a las que acabo de aludir. Los dos primeros eran extremadamente concisos, mientras que el último es, como en seguida pasaré a demostrar, una absoluta desnaturalización de los hechos. De mí depende que por primera vez se cuente lo que de verdad tuvo lugar entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.

Debe recordarse que, tras mi matrimonio y mi posterior inicio en la práctica privada de la medicina, la relación verdaderamente íntima que había existido entre Holmes y yo quedó hasta cierto punto modificada. Seguía viniendo a verme de cuando en cuento, siempre que necesitaba que alguien le acompañara en las investigaciones; pero estas visitas se fueron haciendo cada vez más raras, hasta que en el año 1890 fueron tan escasas que sólo hubo tres casos [617] de los que yo pudiera guardar alguna anotación. Durante el invierno de ese año y en el inicio de la primavera de 1891 leí en los periódicos que el Gobierno francés le había contratado en relación con un asunto de suprema importancia y recibí dos

pequeñas notas suyas, la una fechada en Narbonne y la otra en Nimes, de lo que deduje que su estancia en Francia iba a ser probablemente larga. Me sorprendió, por tanto, verle entrar en mi consultorio la noche del 24 de abril. Me chocó su aspecto, porque parecía más delgado y más pálido de lo normal en él.

—Sí, me he estado cuidando muy poco últimamente —observó en respuesta a mi mirada más que a mis palabras—. Estos últimos días han sido muy agitados. ¿Le importaría que cerrara las contraventanas?

La lámpara sobre la mesa en la que yo había estado leyendo era la única luz que había en la habitación. Holmes, caminando pegado a la pared, llegó junto a ellas y las cerró de golpe, echando después el pestillo.

—¿Tiene miedo de algo? —pregunté yo.

—Pues sí, lo tengo.

—¿De qué?

—De las pistolas de aire comprimido [618].

—Mi querido Holmes, ¿qué quiere decir con esto?

—Creo que me conoce lo suficiente, Watson, para saber que no soy en absoluto un hombre nervioso. Al mismo tiempo es una estupidez más que una valentía el negarse a reconocer que uno corre peligro. ¿Podría darme una cerilla?

Sacó su pitillera como si agradeciera el efecto relajante del tabaco.

—Debo excusarme por aparecer a semejante hora —dijo—, y además tengo que pedirle que por una vez sea tan poco convencional como para permitirme que salga de su casa saltando por el muro posterior de su jardín.

—¿Pero qué significa todo esto? —pregunté.

Alargó la mano y a la luz de la lámpara vi que tenía dos nudillos quemados y que

le sangraban.

—Ya ve que no se trata de una nadería —dijo sonriendo—. Por el contrario, es algo lo suficientemente importante como para que un hombre se deje en ellos sus manos. ¿Está la señora Watson en casa?

—Está de visita fuera de la ciudad.

—¡Estupendo! ¿Está usted solo, pues?

—Más o menos.

—Esto me facilita el proponerle que se venga conmigo una semana al continente.

—¿Adónde?

—¡Oh!, a cualquier lado. Me es igual.

Había algo extraño en todo esto. No era normal en Holmes tomarse unas vacaciones sin más, y había algo en la palidez y en el cansancio de su rostro que me decía que debía de estar sufriendo una fuerte tensión nerviosa. Vio la pregunta en mi mirada y, juntando las manos y apoyando los codos en las rodillas, me explicó la situación.

—Es posible que nunca haya oído hablar del profesor Moriarty —dijo.

—Nunca.

—Sí, ahí está lo maravilloso del asunto —exclamó—. La maldad de ese hombre impregna todo Londres y nadie ha oído hablar de él. Esto es lo que le coloca en la cumbre del crimen. Le digo, Watson, hablando con toda seriedad, que si pudiera derrotar a ese hombre, si pudiera librar a la sociedad de él, me parecería haber alcanzado la cima de mi carrera y podría disponerme a llevar una vida más plácida.

Entre nosotros, los recientes casos en los que he prestado mis servicios a la Familia Real de Escandinavia y a la República Francesa me han dejado en situación de poder llevar una vida apacible, lo que me sería muy grato, y de poder concentrarme en mis investigaciones químicas. Pero no podría descansar,

Watson, no podría sentarme tranquilamente en un sillón sabiendo que un hombre como el profesor Moriarty se está paseando libremente por las calles de Londres.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Hizo una carrera extraordinaria. Es un hombre de buena familia y recibió una esmerada educación; tiene, además, por naturaleza, unas excepcionales dotes para las matemáticas. A la edad de veintiún años escribió un tratado sobre el Teorema del Binomio, que estuvo muy en boga en Europa. Fundándose en esto, ganó una cátedra de matemáticas en una de esas pequeñas Universidades nuestras y todo parecía indicar que tenía ante sí una brillantísima carrera. Pero ese hombre tenía una tendencia hereditaria de lo más diabólica. Llevaba en la sangre un instinto criminal que, en lugar de atenuarse, se acentuó, haciéndose infinitamente más peligroso, debido a sus extraordinarias facultades mentales. En la Universidad empezaron a correr rumores sobre él, obligándole por último a renunciar a la cátedra y volver a Londres, en donde se estableció como tutor en el Ejército. Esto es lo que sabe la gente, pero lo que voy a contarle es lo que yo he descubierto.

Como bien sabe usted, Watson, no hay nadie en Londres que conozca tan bien como yo el mundo del crimen. Durante años no he dejado de ser consciente de que tras el malhechor existe un poder oculto, un cierto poder organizado, que actúa en la sombra sin salirse de la ley y que siempre ampara al delincuente. Una y otra vez, en casos diferentes —casos de falsificación, robos, asesinatos—, he sentido la presencia de esta fuerza y he colegido que había actuado en muchos de esos crímenes sin descubrir, en los que no fui directamente consultado. Durante todos estos años he puesto todo mi empeño en atravesar el velo que lo envuelve, y por último, me llegó el momento, y dando con el hilo lo seguí; éste me llevó, tras un sinfín de astutas vueltas y revueltas, hasta el ex profesor Moriarty, la celebridad matemática.

Es el Napoleón del crimen. Es la mente organizativa de la mitad de los hechos depravados de los que se tiene conocimiento y de casi todos los que pasan inadvertidos en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Tiene un cerebro de primer orden. Permanece sentado, inmóvil, como una araña en el centro de su red; pero esta red tiene miles de hilos y el conoce muy bien el modo de vibrar de cada uno. El mismo hace poco. Sólo planea. Pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados. Que hay un crimen que cometer, pongamos por caso un documento que hacer desaparecer, una casa que

desvalijar, un hombre que quitar de en medio; se le hace llegar al profesor y el asunto se organiza y se lleva a cabo. Pueden coger al agente. En ese caso se encuentra el dinero necesario para su fianza o defensa. Pero nunca se coge al poder central que se sirve de él; nunca pasa más allá de la sospecha. Esta era la organización que yo había deducido, Watson, y a la que dediqué toda mi energía con el fin de sacarla a la luz y acabar con ella.

Pero el profesor estaba rodeado de medidas de seguridad tan bien concebidas que, hiciera lo que hiciera, parecía imposible conseguir una evidencia que pudiera declararle culpable en presencia de un tribunal. Usted conoce mis facultades, mi querido Watson, y, sin embargo, al cabo de tres meses tuve que confesarme a mí mismo que por fin había dado con un antagonista que era intelectualmente igual a mí. Mi horror por sus crímenes se perdió en medio de mi admiración por su habilidad. Pero finalmente cometió un error, sólo un pequeño, un mínimo error, que era más de lo que podía permitirse, estando yo tan cerca de él. No deseché la oportunidad y, partiendo de ese punto, he tejido mi red en torno a él, teniendo ahora todo dispuesto para cerrarla. Dentro de tres días, es decir, el próximo martes, el asunto estará maduro, y el profesor, con todos los miembros principales de su banda, estará en manos de la policía. Después vendrá el mayor juicio del siglo, la aclaración de más de cuarenta misterios y la horca para todos ellos. Pero si actuamos prematuramente, ¿comprende usted?, podrían escaparse de nuestras manos incluso en el último momento.

Ahora bien, si pudiera haber hecho esto sin el conocimiento del profesor Moriarty, todo hubiera ido bien. Pero él era demasiado astuto para eso. Siguió todos los pasos que yo di para extender mis redes en torno suyo. Una y otra vez luchó para escaparse de ellas, pero una y otra vez le gané la partida. Le diré, amigo mío, que si se escribiera un informe detallado de esta silenciosa competición, ocuparía su lugar como el trozo escrito sobre la caza y captura más brillante de la historia detectivesca. Nunca llegué tal alto, nunca un oponente me había seguido tan de cerca. El hilaba fino, pero yo aún más. Esta mañana di el último paso y sólo necesitaba tres días para dar por concluido el asunto. Estaba sentado en mi habitación reflexionando sobre ello, cuando se abrió la puerta y vi al profesor Moriarty ante mí.

Tengo unos nervios a toda prueba, Watson, pero tengo que confesar que tuve un sobresalto cuando vi al mismo hombre que tanto lugar había ocupado en mis pensamientos parado en el umbral de mi puerta. Su aspecto me era casi familiar.

Es extremadamente delgado y alto, con la frente muy blanca y protuberante y los ojos profundamente hundidos. Va cuidadosamente afeitado, lo que resalta su palidez, dándole una apariencia casi ascética; conserva en sus rasgos algo del catedrático que fue. Tiene la espalda curvada por el mucho estudio, y lleva el rostro echado para delante, no parando éste nunca de oscilar lentamente de un lado a otro de un modo curiosamente reptilesco. Me observó con gran curiosidad desde sus fruncidos ojos.

—Tiene usted menos desarrollo frontal del que yo hubiera esperado —dijo finalmente—. Es una costumbre muy peligrosa esa de tener el dedo en el gatillo de un arma cargada metida en el bolsillo del batín.

El hecho es que, al entrar él en la habitación, me di cuenta al instante del gran peligro personal en que me encontraba. El único escape que él podía concebir en ese momento era el de cerrarme la boca. En un instante saqué el revólver del cajón y me lo metí en el bolsillo y en ese momento le estaba apuntado a través de la tela. Tras su observación, saqué el arma y la deposité amenazante sobre la mesa. El seguía sonriendo y pestañeando, pero había algo en su mirada que me hizo sentirme encantado de tener el arma a mano.

—Evidentemente usted no me conoce —dijo.

—Todo lo contrario —contesté yo—, creo que es evidente que le conozco bastante bien. Le ruego que tome asiento. Dispone de cinco minutos si tiene algo que decir.

—Todo lo que tengo que decir ya ha pasado por su pensamiento —dijo.

—Entonces posiblemente mi respuesta ha pasado por el suyo —contesté.

—¿Se mantiene firme en su propósito?

—Absolutamente.

Se echó la mano al bolsillo y yo cogí la pistola de encima de la mesa. Pero no sacó de éste sino una agenda en la que tenía descuidadamente anotadas algunas fechas.

—Se cruzó usted en mi camino el 4 de enero —dijo—. El 23 me molestó; a mediados de febrero volvió usted a causarme un serio trastorno; a finales de

marzo obstaculizó absolutamente mis planes y ahora, cuando ya va a finalizar abril, su continua persecución me ha puesto en una situación en la que corro serio peligro de perder mi libertad. La situación se está haciendo imposible.

—¿Qué sugiere usted? —dije.

—Debe renunciar a lo que se propone, señor Holmes —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Realmente debe hacerlo, ¿sabe?

—Después del lunes —dije yo.

—¡Venga ya! —dijo—. Estoy seguro de que un hombre de su inteligencia en seguida se dará cuenta de que este asunto no tiene más que una solución. Es necesario que se aparte de mi camino. Ha hecho usted que las cosas tomaran un cariz tal que ahora sólo nos queda una salida. Ha supuesto para mí un placer el verle luchar a brazo partido en este asunto y puedo decir, sin exagerar, que me causaría una gran pena el verme forzado a tomar medidas extremas. Sonríe usted, caballero, pero le aseguro que es así.

—El peligro forma parte de mi trabajo —observé.

—No se trata de peligro —dijo—. Es la destrucción inevitable. Está usted obstaculizando el paso no de una sola persona, sino de toda una poderosa organización, cuyo alcance, con toda su inteligencia, sería usted incapaz de conseguir. Quítese de en medio, señor Holmes, si no quiere ser aplastado.

—Lo siento —dije yo, levantándome—, pero el placer de la conversación me ha hecho olvidar que un asunto de importancia me está esperando en otro lugar.

Se levantó y me miró en silencio moviendo tristemente la cabeza.

—Bueno, bueno —dijo finalmente—. Es una pena, pero yo he hecho lo que he podido. Conozco los movimientos de su juego. No puede hacer nada antes del lunes. Ha sido un duelo entre usted y yo, señor Holmes. Usted esperaba verme sentado en el banquillo de los acusados y yo le digo que nunca me verá. Esperaba vencerme y yo le digo que nunca lo hará. Si cuenta con la suficiente inteligencia como para acarrearme la destrucción, esté seguro de que yo no me quedaré atrás.

—Me ha hecho usted varios cumplidos, señor Moriarty —dije yo—. Déjeme

devolvérselos a mi vez diciéndole que, si me asegurara lo primero, estaría encantado de aceptar, en interés público, lo segundo.

—Puedo prometerle lo uno pero no lo otro —dijo gruñendo, y luego, volviendo hacia mí su curvada espalda, salió de la habitación, husmeándolo todo sin dejar de parpadear.

Esta fue mi singular entrevista con el profesor Moriarty. Confieso que me dejó bastante perturbado. Su grave y precisa manera de hablar da una idea de sinceridad, que un simple fanfarrón no podría producir. Por supuesto, usted se dirá: ¿Por qué no tomar precauciones policiales contra él? La razón es que yo estoy totalmente convencido de que el golpe lo darán sus agentes. Tengo todas las pruebas de que será así.

—¿Le han atacado ya alguna vez?

—Mi querido Watson, el profesor Moriarty no es un hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies. Salí a eso del mediodía por unos asuntos que tenía que arreglar en Oxford Street. Al pasar la esquina que va desde Bentinck Street hasta el cruce de Welbeck Street, apenas tuve tiempo de ver un furgón de dos caballos que venía zumbando hacia mí, cuando se me echó encima a la velocidad del rayo. Salté a la acera y me salvé por una fracción de segundo. El furgón giró rápidamente en Marylebone Lane y desapareció en un instante. Tras esto no volví a salirme de la acera, Watson, pero, cuando bajaba por Vere Street un ladrillo vino a caer desde el tejado de una de las casas y se hizo añicos a mis pies. Llamé a la policía e hice que examinaran el lugar. Había tejas y ladrillos acumulados en el tejado preparados para hacer una reparación y me habrían convencido de que el viento había hecho caer uno de éstos. Por supuesto yo sabía algo más, pero no tenía ninguna prueba. Tras esto tomé un simón y me fui a las habitaciones de mi hermano en Pall Mall, donde he pasado el día. Ahora he venido a verle a usted, y en el camino me atacó un matón armado con una porra. Le derribé y ahora está custodiado por la policía; pero puedo decirle con toda seguridad que nunca se establecerá conexión alguna entre el tipo contra cuyos dientes me acabo de despellejar los nudillos y el catedrático de matemáticas retirado, quien, me atrevería a decir, se encuentra a diez millas de distancia solucionando problemas en una pizarra. No se que preguntará ahora, Watson, por qué lo primero que hice al entrar en su casa fue cerrar las contraventanas y por qué me he visto obligado a pedirle permiso para salir de su casa utilizando una salida menos llamativa que la puerta principal.

A menudo había sentido admiración por el valor de mi amigo, pero nunca más que ahora, al verle examinar la serie de incidentes cuya combinación debía de haber constituido un día de horror para él.

—¿Pasará aquí la noche? —dije.

—No, amigo mío; sería un huésped peligroso para usted. Ya he hecho mis planes y todo irá bien. Las cosas han llegado tan lejos, que pueden seguir avanzando sin mi ayuda siempre y cuando se lleve a cabo el arresto; mi presencia será, empero, necesaria a la hora de dictar sentencia. Es obvio, por tanto, que lo mejor que puedo hacer ahora es alejarme durante los pocos días que quedan, antes de que la policía esté en libertad de actuar. Sería para mí un gran placer, pues, si pudiera usted acompañarme al continente.

—Mi clientela me está dando poco trabajo estos días —dije—. Y además tengo un colega en el vecindario que me sustituiría de buen grado. Me encantaría ir.

—¿Y salir mañana por la mañana?

—Si fuera necesario.

—¡Oh, sí, es de lo más necesario! Entonces éstas son sus instrucciones y le ruego, mi querido Watson, que las cumpla al pie de la letra, porque desde este momento es usted mi pareja en una partida de dobles en la que usted y yo nos enfrentamos contra el más inteligente de los granujas y el sindicato del crimen más poderoso de Europa. Ahora escuche. Enviará usted por un recadero de confianza el equipaje que tengo intención de llevar, sin dirección, a la estación Victoria esta noche. Mañana por la mañana enviará a buscar un simón pidiéndole a la persona que vaya que no coja ni el primero ni el segundo que le salgan al encuentro. Se montará en ese simón y se dirigirá a la Lowther Arcade, en donde ésta da al Strand, dándole la dirección escrita al cochero y pidiéndole que no la tire. Tenga preparado el importe, y en el momento en que se detenga el carruaje precipítese en la Arcade y atraviésela, calculando el tiempo que va a llevarle, para estar en el otro lado a las nueve y cuarto. Encontrará una pequeña berlina esperándole pegada al bordillo y conducida por un tipo vestido con un pesado abrigo negro con el cuello ribeteado de rojo. Se subirá en ésta y llegará a la estación Victoria a tiempo de coger el Continental Express.

—¿Dónde me encontraré con usted?

—En la estación. El segundo compartimiento de primera clase empezando por la cabeza del tren está reservado para nosotros.

—¿El compartimiento es nuestro lugar de cita?

—Sí.

En vano le pedí a Holmes que se quedara a pasar la noche. Era evidente que pensaba que podría causar problemas en el techo bajo el que se hallaba, y éste era el motivo que le obligaba a partir. Con algunas precipitadas palabras respecto a nuestros planes para el día siguiente se levantó y salió conmigo al jardín, escalando el muro que da a Mortimer Street; inmediatamente después le oí llamar a un taxi y alejarse en él.

A la mañana siguiente obedecí sus órdenes al pie de la letra. Me procuré un simón, tomando todas las precauciones para evitar que fuera uno que hubieran podido situar allí a propósito para engañarme, e inmediatamente después del desayuno me dirigí a Lowther Arcade y la atravesé a toda la velocidad que me permitieron las piernas. Me esperaba una berlina con un corpulento cochero envuelto en un abrigo oscuro; éste, no bien hube yo subido, hizo sonar el látigo y al instante empezamos a traquetear hacia la estación Victoria. Al llegar allí giró el carruaje y se alejó a toda prisa sin mirarme siquiera.

Hasta aquí todo había ido admirablemente. Tenía el equipaje esperándome y no tuve dificultad en encontrar el compartimiento que Holmes me había indicado; tanto menos cuanto que era el único en todo el tren con el cartel de «Reservado». Mi única fuente de ansiedad era ahora el que Holmes no acababa de aparecer. En el reloj de la estación faltaban siete minutos para la hora de salida del tren. En vano busqué entre los grupos de viajeros y acompañantes la ágil figura de mi amigo. No había signos de su presencia. Pasé cinco minutos ayudando a un venerable sacerdote italiano, quien se empeñaba en hacerle comprender a un maletero en un inglés chapurreado que su equipaje tenía que ser registrado vía París. Luego, tras echar otro vistazo alrededor, volví a mi compartimiento, en donde encontré que el maletero, a pesar del cartel de reservado, me había puesto a mi decrépito amigo italiano como compañero de viaje. De nada me valió explicarle que su presencia era una intrusión, porque mi italiano era todavía más limitado que su inglés; con que me encogí de hombros resignadamente y seguí buscando ansiosamente con la mirada a mi amigo. Me dio un escalofrío al pensar que su ausencia podría significar que algo le había sucedido durante la noche. Ya

habían cerrado las puertas y el tren empezaba a silbar cuando...

—Mi querido Watson —dijo una voz—, ni siquiera ha tenido el detalle de decirme buenos días.

Me volví asombrado. El anciano sacerdote había vuelto su cara hacia mí. En un instante se le suavizaron las arrugas, la nariz se le separó de la barbilla; el labio inferior dejó de sobresalir y la boca de temblar; los apagados ojos se le iluminaron y la encogida figura se estiró. Tras esto, todo el montaje se derrumbó y Holmes reapareció con la misma rapidez con que había desaparecido.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¡Qué susto me ha dado!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —susurró—. Tengo razones para pensar que nos siguen de cerca. ¡Ah! ¡Mire, ahí está en persona! Moriarty.

El tren ya había empezado a moverse cuando Holmes empezó a hablar. Mirando hacia atrás vi a un hombre alto que se abría paso a empujones entre la muchedumbre, agitando la mano como si con esto indicara su deseo de que el tren se detuviera. Era demasiado tarde, sin embargo, porque íbamos ganando velocidad rápidamente y un momento después salíamos de la estación.

—Con todas las precauciones que hemos tomado, nos hemos salvado por poco — dijo Holmes riéndose. Se levantó y, quitándose la negra sotana y el sombrero que habían constituido su disfraz, los metió en una bolsa de mano.

—¿Ha leído el periódico, Watson?

—No.

—¿No ha leído nada, entonces, de lo que ha pasado en Baker Street?

—¿Baker Street?

—Prendieron fuego a nuestra casa ayer por la noche. No causó grandes daños.

—¡Santo cielo! Esto es intolerable.

—Debieron de perderme por completo la pista después de que arrestaran al matón. De no ser así, no hubieran pensado que yo había de volver a mi casa.

Habían tomado la precaución de vigilarle a usted, y eso es lo que lo ha traído a Moriarty hasta la estación Victoria. ¿Cometió usted algún error al venir hacia aquí?

—Hice exactamente lo que me aconsejó.

—¿Encontró la berlina esperándole?

—Sí, me estaba esperando.

—¿Reconoció al cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja el poder apañárselas en casos semejantes sin tener que tomar un mercenario. Pero ahora tenemos que planear lo que vamos a hacer con Moriarty.

—Puesto que esto es un expreso y los horarios del barco están en correspondencia con éste, creo que nos lo hemos quitado de encima de un modo bastante efectivo.

—Mi querido Watson, evidentemente usted no se da cuenta de lo que significan mis palabras cuando digo que puede considerar a este hombre en el mismo plano intelectual que yo. No se imaginará usted que, si yo fuera el perseguidor, iba a dejar que me detuviera un obstáculo tan mínimo. ¿Por qué, pues, va usted a considerarlo como un hombre mediocre?

—¿Qué hará?

—Lo que yo haría.

—¿Qué haría usted, pues?

—Tomar un tren particular.

—Pero ya será tarde.

—En absoluto. El tren se para en Canterbury y siempre hay por lo menos un cuarto de hora de retraso en la salida del barco. Nos cogerá allí.

—Uno pensaría que somos nosotros los criminales. Hagamos que lo arresten al llegar nosotros.

—Eso echaría a perder el trabajo de tres meses. Cogeríamos al pez gordo, pero los pequeños saldrían disparados, escapándose de la red. El lunes los tendremos a todos. No, no podemos permitirnos un arresto ahora.

—¿Entonces, qué?

—Nos apearemos en Canterbury.

—¿Y entonces?

—Bueno, entonces tendremos que hacer el recorrido hasta Newhaven en esos trenes de vía estrecha que se paran en todas las estaciones y desde allí cruzaremos a Dieppe. Moriarty volverá a hacer lo que yo haría. Continuará hasta París, señalará nuestro equipaje y esperará dos días en el depósito. Mientras tanto, nosotros nos compraremos un par de bolsos de viaje, iremos favoreciendo con todas nuestras compras a los fabricantes de todos los países por lo que pasemos y seguiremos nuestro apacible camino hacia Suiza, vía Luxemburgo y Basilea.

Soy un viajero lo bastante experimentado para que me preocupara la pérdida de mi equipaje, pero debo confesar que me incomodaba un poco la idea de verme forzado a andarme zafando y escondiendo de un hombre cuyo negro historial estaba plagado de crímenes. Era evidente, sin embargo, que Holmes entendía la situación más claramente que yo. Así pues, nos apeamos en Canterbury sólo para descubrir que teníamos que esperar una hora para coger un tren con dirección a Newhaven.

Estaba todavía mirando con pesar hacia el furgón de equipaje que desaparecía rápidamente de mi vista con todo mi guardarropa en su interior, cuando Holmes me tiró de la manga y me señaló la vía.

—Mire, ya viene —dijo.

A lo lejos, por entre los bosques de Kentish, surgía una fina columna de humo. Un minuto después vimos un vagón con su máquina tomando a toda velocidad la abierta curva de entrada en la estación. Apenas habíamos tenido tiempo de ocultarnos tras una pila de equipajes cuando éste pasó por delante con su

estrepitoso traqueteo y nos lanzó una bocanada de aire caliente a la cara.

—Ahí va —dijo Holmes, mientras mirábamos cómo el tren se alejaba balanceándose al pasar por las agujas—. La inteligencia de nuestro amigo, como ve, tiene sus límites. Hubiera dado un coup-de-maître [619] de haber deducido y obrado en consecuencia con lo que yo hubiera deducido.

—¿Y qué es lo que hubiera hecho en el caso de que nos hubiera adelantado?

—No cabe duda de que hubiera atacado con fines asesinos. Sin embargo, es éste un juego que admite dos jugadores. Lo que nos debemos plantear ahora es si almorzamos aquí a una hora que sería la propia del desayuno o corremos el riesgo de morirnos de hambre antes de llegar a la cantina de la estación de Newhaven.

Esa noche hicimos el camino hasta Bruselas, donde pasamos dos días, llegamos el tercer día hasta Estrasburgo. En la mañana del lunes, Holmes telegrafió a la policía de Londres, y por la noche teníamos la respuesta aguardándonos en el hotel. Holmes rasgó el sobre y luego, maldiciendo, lo echó a la chimenea.

—¡Debería haberlo supuesto! —gruño—. ¡Se ha escapado!

—¡Moriarty!

—Han atrapado a todos los de su banda menos a él. Se les ha escapado de las manos. Evidentemente, al irme yo unos días fuera del país, no hubo nadie capaz de enfrentarse con él. Pero de verdad pensaba que les había dejado todo hecho. Creo que lo mejor que puede hacer es volver a Inglaterra, Watson.

—¿Por qué?

—Porque yo sería para usted una compañía peligrosa si se quedara. Este hombre se ha quedado sin ocupación; está perdido si vuelve a Londres. Si le conozco bien, creo que dedicará todas sus energías a vengarse de mí. Así lo dijo en nuestra breve entrevista y creo que lo decía en serio. De verdad, le recomiendo que vuelva junto a su clientela.

No era muy acertado darle un consejo semejante a alguien que, además de ser un veterano del Ejército, era un viejo amigo suyo. Nos sentamos en la salle-à-manger

[620] de la estación de Estrasburgo y discutimos la cuestión durante media hora, pero esa misma noche ya habíamos reanudado viaje y nos dirigíamos hacia Ginebra.

Estuvimos durante una encantadora semana vagabundeando por el valle del Ródano y luego, dejando éste a un lado en Leuk, nos encaminamos hacia el puerto de Gemmi, todavía cubierto de nieve y, una vez atravesado éste, hacia Meiringen, pasando por Interlaken. Fue un viaje precioso, con el delicado verde primaveral en la llanura y la virginal blancura invernal en lo alto de las montañas; pero yo me daba perfecta cuenta de que Holmes no olvidaba ni siquiera un solo instante la sombra que le perseguía. Puedo incluso decir, por su manera de escrutar con una rápida mirada las caras con que nos cruzábamos, que él parecía estar convencido de que, estuviéramos donde estuviéramos, ya fuera en los hogareños pueblecitos alpinos como en el solitario puerto de montaña, no podíamos pasear libres del peligro que nos iba siguiendo los pasos.

En una ocasión recuerdo que nos encontrábamos paseando, tras atravesar el puerto de Gemmi, a orillas del melancólico Daubensee, cuando una gran roca que se había desprendido de las crestas que se levantaban a nuestra derecha cayó, rodando estrepitosamente, al lago justo detrás de donde estábamos nosotros. En un momento Holmes se subió a la cresta y, de pie en un elevado pináculo, estiraba el cuello en todas las direcciones. De nada le sirvió a nuestro guía el asegurarle que el desprendimiento de rocas era algo bastante común en aquel lugar en primavera. No dijo nada, pero me sonrió con la cara del hombre que acaba de ver el cumplimiento de lo que estaba esperando.

Y, sin embargo, a pesar de toda esta vigilancia no se deprimió nunca. Por el contrario, no recuerdo haberle visto nunca de tan buen humor. Una y otra vez volvía al hecho de que, si pudiera estar seguro de que la sociedad estaba libre del profesor Moriarty, con sumo gusto daría por concluida su carrera.

—Creo que puedo decir sin estar muy desencaminado, Watson, que no he vivido completamente en vano —observó en una ocasión—. Si mi historial se cerrara esta noche no dejaría de ser ecuánime al examinarlo. El aire de Londres es más dulce con mi presencia. En más de mil casos nunca he utilizado mis facultades en beneficio del mal. Últimamente me está tentando el investigar los problemas que nos proporciona la Naturaleza más que aquellos más superficiales de lo que

es responsable nuestro artificial estado de sociedad. Sus Memorias llegarán a su punto final, Watson, el día en el que yo corone mi carrera con la captura o extinción del criminal más peligroso y competente de Europa.

Seré breve, pero exacto, en lo poco que me queda por contar. No es un tema en el que me guste demorarme y, sin embargo, soy consciente de que es mi deber no omitir ningún detalle.

Fue el 3 de mayo cuando llegamos al pueblecito de Meringen, donde nos alojamos en la Englischer Hof, llevada entonces por el viejo Mete[621] de Londres. Siguiendo su consejo, en la tarde del 4 salimos juntos con la intención de cruzar las colinas y de pasar la noche en el Hamlet de Rosenlaui. No obstante, nos dio instrucciones para que, bajo ningún concepto, pasáramos las cataratas de Reichenbach, que están a medio camino de la colina, sin dar una pequeña vuelta para verlas.

Es, de verdad, un lugar que impone terror. El torrente acrecentado por las nieves fundidas se sume en un tremendo abismo del que sube una fina lluvia que lo envuelve todo como si se tratara del humo de una casa ardiendo. El lecho por el que se precipita el propio río es una inmensa sima limitada por unas rocas negras y resbaladizas que se estrecha en un pozo de incalculable profundidad, de aspecto cremoso e hirviente, en el que se arremolina la corriente al pasar por entre sus mellados bordes. El continuo movimiento de la corriente verdosa cayendo desde lo alto y la espesa cortina de siseante agua pulverizada que no deja de subir desde el abismo, marean a un hombre con su torbellino y clamor constantes. Nos quedamos en el borde, observando el brillo del agua que se estrellaba contra las rocas muy por debajo de donde estábamos y escuchando el grito casi humano, parecido a un intenso gemido, que producía la nube de agua que subía desde el abismo.

Han abierto un camino que rodea media catarata con el fin de permitir una vista completa, pero éste acaba bruscamente y el viajero ha de volver por donde ha venido. Ya nos habíamos dado la vuelta para disponernos a regresar, cuando vimos a un muchacho suizo que venia corriendo por éste con una carta en la mano. Llevaba el membrete del hotel que acabábamos de abandonar y el patrón la enviaba a mi nombre. Decía que a los pocos minutos de salir nosotros había llegado una dama inglesa que se encontraba al borde de la muerte. Había pasado el invierno en Davos

Platz [622] y se encontraba de viaje ahora para reunirse con unos amigos en Lucerna, cuando le había sobrevenido una súbita hemorragia. Pensaban que sólo viviría unas horas, pero supondría un gran consuelo para ella que la viera un médico inglés y, si yo fuera tan amable de volver, etc., etc. El bueno de Steiler me aseguraba en una posdata que él mismo consideraría mi asentimiento como un gran favor, ya que la dama se había negado en redondo a que la viera un médico suizo, y él se encontraba en una situación de gran responsabilidad.

No se podía ignorar tal llamada. Era imposible negarse al requerimiento de una compatriota que se encontraba al borde de la muerte en tierra extraña. Y, sin embargo, sentía escrúpulos de dejar a Holmes. Finalmente acordamos que el muchacho suizo se quedaría con él haciéndole de guía y compañero y yo volvería a Meiringen. Mi amigo dijo que se quedaría un rato en la catarata y luego iría paseando tranquilamente por las colinas hasta Rosenlaui, donde yo me reuniría con él por la noche. Al alejarme vi a Holmes apoyado en una roca con los brazos cruzados y la mirada fija en el correr tumultuoso de las aguas. Esta sería la última visión que tendría de él en este mundo.

Cuando estaba casi al pie del camino de bajada miré hacia atrás. Era imposible ver las cataratas desde allí, pero se veía el serpenteante sendero que sube por la ladera de la colina hasta ésta. Recuerdo que vi a un hombre que iba caminando a toda prisa por el sendero. Me fijé en él por la energía con que caminaba, pero desapareció de mi mente, apresurado como iba a cumplir mi encargo.

Debió de llevarme un poco más de una hora llegar a Meiringen. El viejo Steiler estaba en el porche del hotel.

—Bien —dije corriendo hacia él—, espero que no esté peor.

Hizo un gesto de sorpresa y empezó a parpadear sin saber de qué le estaba hablando, y en ese momento me dio un vuelco el corazón.

—¿No ha escrito usted esto? —dije, sacando la carta de mi bolsillo—. ¿No hay una mujer enferma en el hotel?

—Pues claro que no —exclamó—. Pero la carta lleva el membrete del hotel. ¡Ajá! Debe de haberla escrito el caballero inglés que llegó después de que ustedes se fueran. Dijo...

Pero yo no esperé a las explicaciones del patrón. Con un estremecimiento de miedo eché a correr calle abajo y me encaminé al sendero del que acaba de descender. Me había llevado una hora bajar. A pesar de todos mis esfuerzos pasaron otras dos antes de que me volviera a encontrar en la catarata de Reichenbach. El bastón de paseo de Holmes seguía apoyado en la roca donde yo le había dejado. Pero no había indicios de su presencia y de nada me sirvió gritar. La única respuesta que obtuve era mi propia voz, que multiplicaba el eco de los riscos que me rodeaban.

Fue la visión del bastón de paseo lo que me dejó frío. No había ido, pues, a Rosenlaui. Se había quedado en aquel estrecho sendero de no más de tres pies de anchura con una pared que se levantaba a pico a un lado y una caída semejante por el otro, hasta que su enemigo lo había alcanzado. El joven suizo había desaparecido también. Lo más probable es que también él trabajara para Moriarty y los hubiera dejado solos. ¿Y qué había sucedido después? ¿Quién nos lo iba a decir?

Me quedé quieto un rato, intentado recobrar el dominio de mí mismo, porque estaba totalmente aturdido por el horror. Luego empecé a pensar en los propios métodos de Holmes y a ponerlos en práctica interpretando esta tragedia. Sólo que, ¡ay!, era demasiado sencillo. Durante nuestra conversación no habíamos ido hasta el final del sendero y el bastón señalada el lugar en el que nos habíamos quedado. La tierra negruzca está siempre blanda, debido a la incesante lluvia, y un pájaro hubiera dejado sus huellas en ella. Dos líneas de pisadas estaban claramente impresas a lo largo del camino y ambas seguían el camino hasta más allá de donde yo estaba. No había ninguna que volviera hacia mí. A unas yardas del final el suelo era un amasijo de barro totalmente surcado de pisadas, y las zarzas y los helechos del borde del abismo estaban todos arrancados y aplastados. Me tumbé boca abajo y ahora no podía ver sino el brillo de la humedad aquí y allí en la negras paredes y allá abajo en las profundidades del abismo el brillo de aguas tumultuosas. Grité, pero sólo me respondió el grito casi humano de la catarata.

Pero el destino había previsto que, después de todo, tuviera una última palabra de agradecimiento de mi amigo y compañero. Ya he dicho que su bastón de paseo estaba apoyado en la roca que sobresalía del sendero. Vi algo que brillaba encima de ésta y, levantando la mano, descubrí que el brillo procedía de la pitillera de plata que solía llevar consigo. Al cogerla cayó al suelo un cuadrado de papel sobre el que ésta había sido depositada. Lo desplegué y vi que consistía

en tres páginas arrancadas de su libro de notas y que estaban dirigidas a mí. Como correspondían a su carácter, la dirección era tan precisa y la escritura tan firme y clara como si las hubiera escrito cómodamente sentado en su estudio.

«Mi querido Watson —decía—, le escribo estas líneas gracias a la cortesía del señor Moriarty, que me ha dejado elegir el momento para discutir por última vez cuestiones que se interponen entre nosotros. Me ha hecho un breve resumen de los métodos que ha seguido para esquivar a la policía inglesa y mantenerse al tanto de nuestros movimientos. Estos confirman la ya muy alta opinión que me había formado de sus habilidades. Estoy contento de saber que podré librar a la sociedad de los efectos de su presencia, aunque me temo que sea a un precio que supondrá un gran dolor para mis amigos y en especial, mi querido Watson, para usted. No obstante, ya le he explicado que mi carrera había llegado, en cualquier caso, a su momento crítico, y ninguna otra solución posible sería tan de mi agrado como ésta. De hecho, si puedo serle totalmente sincero, estaba casi seguro de que la carta procedente de Meiringen era una treta y permití que se fuera con la convicción de que sería algo así lo que sucedería a continuación. Dígale al inspector Patterson que los documentos que necesita para declarar culpable a la banda están en el casillero "M", guardados en un sobre azul en el que está escrito "Moriarty". Dispuse el reparto de mis propiedades antes de abandonar Inglaterra, cediéndole todo a mi hermano Mycroft. Salude en mi nombre a la señora Watson y créame, querido amigo, que nunca he dejado de serlo suyo sinceramente.

SHERLOCK HOLMES .»

Pocas palabras bastan para contar el resto. Tras el examen del lugar llevado a cabo por expertos no quedó duda de que una pelea personal entre los dos hombres terminó, como no habría podido ser de otro modo en semejante lugar y situación, en un despeñarse en el abismo abrazados el uno al otro. Todo intento de recuperación de los cuerpos era una imposibilidad, y allí, en la profundidad de aquella horrorosa caldera de aguas turbulentas, yacerán para siempre el más peligroso de los criminales y el más grande defensor de la ley de su generación.

Nunca se volvió a encontrar al joven suizo y no cabe la menor duda de que era uno de los numerosos agentes que trabajaban para Moriarty. En cuanto a la banda, todavía hoy ha de estar en la memoria de las gentes cómo los hechos que Holmes había ido acumulando ponían totalmente al descubierto su organización y cómo pesaba sobre ellos la mano del hombre ahora muerto. Pocos detalles relativos a éste salieron a la luz durante el proceso, y el que ahora me haya visto obligado a hacer una exposición exacta de su carrera se debe a esos imprudentes paladines que intentan limpiar su memoria, atacando a aquél a quien siempre consideraré como el mejor y el más inteligente de los hombres que yo haya conocido [623].

El regreso de Sherlock Holmes

1. La aventura de la casa vacía

En la primavera de 1894, el asesinato del honorable Ronald Adair, ocurrido en las más extrañas e inexplicables circunstancias, tenía interesado a todo Londres y consternado al mundo elegante. El público estaba ya informado de los detalles del crimen que habían salido a la luz durante la investigación policial; pero en aquel entonces se había suprimido mucha información, ya que el ministerio fiscal disponía de pruebas tan abrumadoras que no se consideró necesario dar a conocer todos los hechos. Hasta ahora, después de transcurridos casi diez años, no se me ha permitido aportar los eslabones perdidos que faltaban para completar aquella notable cadena. El crimen tenía interés por sí mismo, pero para mí aquel interés se quedó en nada, comparado con una derivación inimaginable, que me ocasionó el sobresalto y la sorpresa mayores de toda mi vida aventurera. Aun ahora, después de tanto tiempo, me estremezco al pensar en ello y siento de nuevo aquel repentino torrente de alegría, asombro e incredulidad que inundó por completo mi mente. Aquí debo pedir disculpas a ese público que ha mostrado cierto interés por las ocasiones y fugaces visiones que yo le ofrecía de los pensamientos y actos de un hombre excepcional, por no haber compartido con él mis conocimientos. Me habría considerado en el deber de hacerlo de no habérmelo impedido una prohibición terminante, impuesta por su propia boca, que no se levantó hasta el día 3 del mes pasado.

Como podrán imaginarse, mi estrecha relación con Sherlock Holmes había despertado en mí un profundo interés por el delito y, aun después de su desaparición, nunca dejé de leer con atención los diversos misterios que salían a la luz pública e, incluso, intenté más de una vez, por pura satisfacción personal, aplicar sus métodos para tratar de solucionarlos, aunque sin resultados dignos de mención. Sin embargo, ningún suceso me llamó tanto la atención como esta tragedia de Ronald Adair. Cuando leí los resultados de las pesquisas, que condujeron a un veredicto de homicidio intencionado, cometido por persona o personas desconocidas, comprendí con más claridad que nunca la pérdida que había sufrido la sociedad con la muerte de Sherlock Holmes. Aquel extraño caso presentaba detalles que yo estaba seguro de que le habrían atraído muchísimo, y el trabajo de la policía se habría visto reforzado o, más probablemente, superado

por las dotes de observación y la agilidad mental del primer detective de Europa. Durante todo el día, mientras hacía mis visitas médicas, no paré de darle vueltas al caso, sin llegar a encontrar una explicación que me pareciera satisfactoria. Aun a riesgo de repetir lo que todos saben, volveré a exponer los hechos que se dieron a conocer al público al concluir la investigación.

El honorable Ronald Adair era el segundo hijo del conde de Maynooth, por aquel entonces gobernador de una de las colonias australianas. La madre de Adair había regresado de Australia para operarse de cataratas, y vivía con su hijo Adair y su hija Hilda en el 427 de Park Lane. El joven se movía en los mejores círculos sociales, no se le conocían enemigos y no parecía tener vicios de importancia. Había estado comprometido con la señorita Edith Woodley, de Carstairs, pero el compromiso se había roto por acuerdo mutuo unos meses antes, sin que se advirtieran señales de que la ruptura hubiera provocado resentimientos. Por lo demás, su vida discurría por cauces estrechos y convencionales, ya que era hombre de costumbres tranquilas y carácter desapasionado. Y sin embargo, este joven e indolente aristócrata halló la muerte de la forma más extraña e inesperada.

A Ronald Adair le gustaba jugar a las cartas y jugaba constantemente, aunque nunca hacía apuestas que pudieran ponerle en apuros. Era miembro de los clubes de jugadores Baldwin, Cavendish y Bagatelle. Quedó demostrado que la noche de su muerte, después de cenar, había jugado unas manos de whist en el último de los clubes citados. También había estado jugando allí por la tarde. Las declaraciones de sus compañeros de partida -el señor Murray, sir John Hardy y el coronel Moranconfirmaron que se jugó al whish y que la suerte estuvo bastante igualada. Puede que Adair perdiera unas cinco libras, pero no más. Puesto que poseía una fortuna considerable, una pérdida así no podía afectarle lo más mínimo. Casi todos los días jugaba en un club o en otro, pero era un jugador prudente y por lo general ganaba. Por estas declaraciones se supo que, unas semanas antes, jugando con el coronel Moran de compañero, les había ganado 420 libras en una sola partida a Godfrey Milner y lord Balmoral. Y esto era todo lo que la investigación reveló sobre su historia reciente.

La noche del crimen, Adair regresó del club a las diez en punto. Su madre y su hermana estaban fuera, pasando la velada en casa de un pariente. La doncella declaró que le oyó entrar en la habitación delantera del segundo piso, que solía utilizar como cuarto de estar. Dicha doncella había encendido la chimenea de esta habitación y, como salía mucho humo, había abierto la ventana. No oyó

ningún sonido procedente de la habitación hasta las once y veinte, hora en que regresaron a casa lady Maynooth y su hija. La madre había querido entrar en la habitación de su hijo para darle las buenas noches, pero la puerta estaba cerrada por dentro y nadie respondió a sus gritos y llamadas. Se buscó ayuda y se forzó la puerta. Encontraron al desdichado joven tendido junto a la mesa, con la cabeza horriblemente destrozada por una bala explosiva de revólver, pero no se encontró en la habitación ningún tipo de arma. Sobre la mesa había dos billetes de diez libras, y además 17 libras y 10 chelines en monedas de oro y plata, colocadas en montoncitos que sumaban distintas cantidades. Se encontró también una hoja de papel con una serie de cifras, seguidas por los nombres de algunos compañeros de club, de lo que se dedujo que antes de morir había estado calculando sus pérdidas o ganancias en el juego.

Un minucioso estudio de las circunstancias no sirvió más que para complicar aún más el caso. En primer lugar, no se pudo averiguar la razón de que el joven cerrase la puerta por dentro. Existía la posibilidad de que la hubiera cerrado el asesino, que después habría escapado por la ventana. Sin embargo, ésta se encontraba por lo menos a seis metros de altura y debajo había un macizo de azafrán en flor. Ni las flores ni la tierra presentaban señales de haber sido pisadas y tampoco se observaba huella alguna en la estrecha franja de césped que separaba la casa de la calle. Así pues, parecía que había sido el mismo joven el que cerró la puerta. Pero ¿cómo se había producido la muerte? Nadie pudo haber trepado hasta la ventana sin dejar huellas. Suponiendo que le hubieran disparado desde fuera de la ventana, tendría que haberse tratado de un tirador excepcional para infligir con un revólver una herida tan mortífera. Pero, además, Park Lane es una calle muy concurrida y hay una parada de coches de alquiler a cien metros de la casa. Nadie había oído el disparo. Y, sin embargo, allí estaba el muerto y allí la bala de revólver, que se había abierto como una seta, como hacen las balas de punta blanda, infligiendo así una herida que debió provocar la muerte instantánea. Estas eran las circunstancias del misterio de Park Lane, que se complicaba aún más por la total ausencia de móvil, ya que, como he dicho, al joven Adair no se le conocía ningún enemigo y, por otra parte, nadie había intentado llevarse de la habitación ni dinero ni objetos de valor.

Me pasé todo el día dándole vueltas a estos datos, intentando encontrar alguna teoría que los reconciliase todos y buscando esa línea de mínima resistencia que, según mi pobre amigo, era el punto de partida de toda investigación. Confieso que no avancé mucho. Por la tarde di un paseo por el parque, y a eso de las seis me encontré en el extremo de Park Lane que desemboca en Oxford Street. En la

acera había un grupo de desocupados, todos mirando hacia una ventana concreta, que me indicó cuál era la casa que había venido a ver. Un hombre alto y flaco, con gafas oscuras y todo el aspecto de ser un policía de paisano, estaba exponiendo alguna teoría propia, mientras los demás se apretujaban a su alrededor para escuchar lo que decía. Me acerqué todo lo que pude, pero sus comentarios me parecieron tan absurdos que retrocedí con cierto disgusto. Al hacerlo tropecé con un anciano contrahecho que estaba detrás de mí, haciendo caer al suelo varios libros que llevaba. Recuerdo que, al agacharme a recogerlos, me fijé en el título de uno de ellos, El origen del culto a los árboles, lo que me hizo pensar que el tipo debía ser un pobre bibliófilo que, por negocio o por afición, coleccionaba libros raros. Le pedí disculpas por el tropiezo, pero estaba claro que los libros que yo había maltratado tan desconsideradamente eran objetos preciosísimos para su propietario. Dio media vuelta con una mueca de desprecio y vi desaparecer entre la multitud su espalda encorvada y sus patillas blancas.

Mi observación del número 427 de Park Lane contribuyó bien poco a resolver el enigma que me interesaba. La casa estaba separada de la calle por una tapia baja con verja, que en total no pasaban del metro y medio de altura. Así pues, cualquiera podía entrar en el jardín con toda facilidad; sin embargo, la ventana resultaba absolutamente inaccesible, ya que no había tuberías ni nada que sirviera de apoyo al escalador, por ágil que éste fuera. Más desconcertado que nunca, dirigí mis pasos de vuelta hacia Kensington. No llevaba ni cinco minutos en mi estudio cuando entró la doncella, diciendo que una persona deseaba verme. Cuál no sería mi sorpresa al ver que el visitante no era sino el extraño anciano coleccionista de libros, con su rostro afilado y marchito enmarcado por una masa de cabellos blancos, y sus preciosos volúmenes, por lo menos una docena encajados bajo el brazo derecho.

—Parece sorprendido de verme, señor —dijo con voz extraña y cascada.

Reconocí que lo estaba.

—Verá usted, yo soy hombre de conciencia, así que vine cojeando detrás de usted, y cuando le vi entrar en esta casa me dije: voy a pasar a saludar a este caballero tan amable y decirle que aunque me he mostrado un poco grosero no ha sido con mala intención, y que le agradezco mucho que haya recogido mis libros.

—Da usted demasiada importancia a una nadería —dije yo—. ¿Puedo preguntarle cómo sabía quién era yo?

—Bien, señor, si no es tomarme excesivas libertades, le diré que soy vecino suyo; encontrará usted mi pequeña librería en la esquina de Church Street, donde estaré encantado de recibirle, ya lo creo. A lo mejor es usted coleccionista, señor; aquí tengo Aves: de Inglaterra, el Catulo, La guerra santa..., auténticas gangas todos ellos. Con cinco volúmenes podría usted llenar ese hueco del segundo estante. Queda feo, ¿no le parece, señor?

Volví la cabeza para mirar la estantería que tenía detrás y cuando miré de nuevo hacia delante vi a Sherlock Holmes sonriéndome al otro lado de mi mesa. Me puse en pie, lo contemplé durante algunos segundos con el más absoluto asombro, y luego creo que me desmayé por primera y última vez en mi vida. Recuerdo que vi una niebla gris girando ante mis ojos, y cuando se despejó noté que me habían desabrochado el cuello y sentí en los labios un regusto picante a brandy. Holmes estaba inclinado sobre mi silla con una botellita en la mano.

—Querido Watson —dijo la voz inolvidable—. Le pido mil perdones. No podía sospechar que le afectaría tanto.

Yo le agarré del brazo y exclamé:

—¡Holmes! ¿Es usted de verdad? ¿Es posible que esté vivo? ¿Cómo se las arregló para salir de aquel espantoso abismo?

—Un momento —dijo él—. ¿Está seguro de encontrarse en condiciones de charlar? Mi aparición, innecesariamente dramática, parece haberle provocado un terrible sobresalto.

—Estoy bien. Pero, de verdad, Holmes, aún no doy crédito a mis ojos. ¡Cielo santo! ¡Pensar que está usted aquí en mi estudio, usted precisamente! —volví a agarrarlo de la manga y palpé el brazo delgado y fibroso que había debajo—. Bueno, por lo menos sé que no es usted un fantasma —dije—. Querido amigo, ¡cómo me alegro de verle! Siéntese y cuénteme cómo logró salir vivo de aquel terrible precipicio.

Se sentó frente a mí y encendió un cigarrillo con el estilo desenfadado de siempre. Todavía vestía la raída levita del librero, pero el resto de aquel personaje había quedado reducido a una peluca blanca y un montón de libros

sobre la mesa. Holmes parecía aún más flaco y enérgico que antes, pero su rostro aguileño presentaba una tonalidad blanquecina que me indicaba que no había llevado una vida muy saludable en los últimos tiempos.

—¡Qué gusto da estirarse, Watson! —dijo—. Para un hombre alto, no es ninguna broma rebajar su estatura un palmo durante varias horas seguidas. Ahora, querido amigo, con respecto a esas explicaciones que me pide..., tenemos por delante, si es que puedo solicitar su cooperación, una noche bastante agitada y llena de peligros.

Tal vez sería mejor que se lo explicara todo cuando hayamos terminado el trabajo.

—Soy todo curiosidad. Preferiría con mucho oírlo ahora.

—¿Vendrá conmigo esta noche?

—Cuando quiera y a donde quiera.

—Como en los viejos tiempos. Tendremos tiempo de comer un bocado antes de salir. Pues bien, en cuanto a ese precipicio: no tuve grandes dificultades para salir de él, por la sencilla razón de que nunca caí en él.

—¿Que no cayó usted?

—No, Watson, no caí. La nota que le dejé era absolutamente sincera. Tenía pocas dudas de haber llegado al final de mi carrera cuando percibí la siniestra figura del difunto profesor Moriarty erguida en el estrecho sendero que conducía a la salvación. Leí en sus ojos grises una determinación implacable. Así pues, intercambié con él unas cuantas frases y obtuve su cortés permiso para escribir la notita que usted recibió. La dejé con mi pitillera y mi bastón y luego eché a andar por el desfiladero con Moriarty pisándome los talones. Cuando llegamos al final, me dispuse a vender cara mi vida. Moriarty no sacó Ninguna arma, sino que se abalanzó sobre mí, rodeándome con sus largos brazos. También él sabía que su juego había terminado, y sólo deseaba vengarse de mí. Forcejeamos al borde mismo del precipicio. Sin embargo, yo poseo ciertos conocimientos de baritsu, el sistema japonés de lucha, que más de una vez me han resultado muy útiles. Me solté de su presa y Moriarty lanzó un grito horrible, pataleó como un loco durante unos instantes y trató de agarrarse al aire con las dos manos. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no logró mantener el equilibrio y se despeñó.

Asomando la cara sobre el borde del precipicio, le vi caer durante un largo trecho. Luego chocó con una roca, rebotó y se hundió en el agua.

Yo escuchaba asombrado esta explicación, que Holmes iba dándome entre chupada y chupada a su cigarrillo.

—Pero ¿y las huellas? —exclamé—. Yo vi con mis propios ojos dos series de pisadas que entraban en el desfiladero, y ninguna de regreso.

—Esto es lo que sucedió: en el mismo instante de la muerte del profesor me di cuenta de la extraordinaria oportunidad que me ofrecía el destino. Sabía que Moriarty no era el único que había jurado matarme. Había, por lo menos, otros tres hombres, cuyo afán de venganza se vería acrecentado por la muerte de su jefe. Por otra parte, si todo el mundo me creía muerto, estos hombres se confiarían, cometerían imprudencias y, tarde o temprano, yo podría acabar con ellos. Entonces habría llegado el momento de anunciar que todavía pertenecía al mundo de los vivos. Es tal la rapidez con que funciona el cerebro, que creo que ya había pensado todo esto antes de que el profesor Moriarty llegara al fondo de la catarata de Reichenbach.

Me levanté y examiné la pared rocosa que tenía detrás. En el pintoresco relato que usted escribió, y que yo leí con enorme interés varios meses más tarde, aseguraba usted que la pared era lisa, lo cual no es del todo exacto. Había algunos salientes pequeños y me pareció distinguir una cornisa. El precipicio era tan alto que parecía completamente imposible trepar hasta arriba, pero también resultaba imposible regresar por el sendero mojado sin dejar algunas huellas. Es cierto que podría haberme puesto las botas al revés, como ya he hecho otras veces en ocasiones similares, pero la presencia de tres series de pisadas en la misma dirección habrían hecho sospechar un engaño. En conclusión, me pareció que lo mejor era arriesgarme a trepar. Le aseguro, Watson, que no fue una escalada agradable. La catarata rugía debajo de mí. Soy propenso a imaginar cosas, pero le doy mi palabra que me parecía oír la voz de Moriarty llamándome desde el abismo. El menor desliz habría resultado fatal. Más de una vez, cuando se desprendía el puñado de hierba al que me agarraba o mis pies resbalaban en las grietas húmedas de la roca, pensé que todo había terminado. Pero seguí trepando como pude, y por fin alcancé una cornisa de más de un metro de anchura, cubierta de musgo verde y suave, donde podía permanecer tendido cómodamente sin ser visto. Allí me encontraba, querido Watson, cuando usted y sus acompañantes investigaban, de la forma más conmovedora e ineficaz, las

circunstancias de mi muerte.

Por fin, cuando todos ustedes hubieron sacado sus inevitables y completamente erróneas conclusiones, se marcharon al hotel y yo quedé solo. Pensaba que ya habían terminado mis aventuras, pero un hecho completamente inesperado me demostró que aún me aguardaban sorpresas. Un enorme peñasco cayó de lo alto, pasó rozándome, chocó contra el sendero y se precipitó en el abismo. Por un momento pensé que se trataba de un accidente, pero un instante después miré hacia arriba y vi la cabeza de un hombre recortada contra el cielo nocturno, mientras una segunda roca golpeaba la cornisa misma en la que yo me encontraba, a un palmo escaso de mi cabeza. Por supuesto, aquello sólo podía significar una cosa: Moriarty no había estado solo. Un cómplice —y me había bastado aquel fugaz vistazo para saber lo peligroso que era dicho cómplice había montado guardia mientras el profesor me atacaba. Desde lejos, sin que yo lo advirtiera, había sido testigo de la muerte de su amigo y de mi escapatoria. Había aguardado su momento y ahora, tras dar un rodeo hasta lo alto del precipicio, estaba intentando conseguir lo que su camarada no había logrado.

No tuve mucho tiempo para pensar en ello, Watson. Volví a ver aquel siniestro rostro sobre el borde del precipicio y supe que anunciaba la caída de otra piedra. Me descolgué hasta el sendero. Creo que habría sido incapaz de hacerlo a sangre fría, porque bajar era cien veces más difícil que subir, pero no tuve tiempo de pensar en el peligro, pues otra roca pasó zumbando junto a mí mientras yo colgaba agarrado con las manos al borde de la cornisa. A la mitad del descenso resbalé, pero gracias a Dios fui a caer en el sendero, lleno de arañazos y sangrando. Eché a correr, recorrí en la oscuridad diez millas de montaña y una semana después me encontraba en Florencia, con la certeza de que nadie en el mundo sabía lo que había sido de mí.

Sólo he tenido un confidente, mi hermano Mycroft. Le pido mil perdones, querido Watson, pero era fundamental que todos me creyeran muerto, y estoy completamente seguro de que usted no habría podido escribir un relato tan convincente de mi desdichado final si no hubiera estado convencido de que era cierto. Varias veces he tomado la pluma para escribirle durante estos tres años, pero siempre temí que el afecto que usted siente por mí le impulsara a cometer alguna indiscreción que traicionara mi secreto. Por esta razón me alejé de usted esta tarde cuando usted tiró mis libros, porque la situación era peligrosa y cualquier señal de sorpresa y emoción por su parte podría haber llamado la atención hacia mi identidad, con consecuencias lamentables e irreparables. En

cuanto a Mycroft, tuve que confiar en él para obtener el dinero que necesitaba. En Londres, las cosas no salieron tan bien como yo había esperado, ya que el juicio contra la banda de Moriarty dejó en libertad a dos de sus miembros más peligrosos, mis dos enemigos más encarnizados. Así pues, me dediqué a viajar durante dos años por el Tibet, y me entretuve visitando Lhassa y pasando unos días con el Gran Lama. Quizás haya leído usted acerca de las notables exploraciones de un noruego apellidado Sigerson, pero estoy seguro de que jamás se le ocurrió pensar que estaba recibiendo noticias de su amigo.

Después atravesé Persia, me detuve en La Meca y realicé una breve pero interesante visita al califa de Jartum, cuyos resultados he comunicado al Foreign Office. De regreso a Francia, pasé varios meses investigando sobre los derivados del alquitrán de carbón en un laboratorio de Montpellier, en el sur de Francia. Habiendo concluido la investigación con resultados satisfactorios, y enterado de que sólo quedaba en Londres uno de mis enemigos, me disponía a regresar cuando recibí noticias de este curioso misterio de Park Lane, que me hicieron ponerme en marcha antes de lo previsto porque el caso no sólo me resultaba atractivo por sus propios méritos, sino que parecía ofrecer interesantes oportunidades de tipo personal. Llegué enseguida a Londres, me presenté en Baker Street provocándole un violento ataque de histeria a la señora Hudson, y comprobé que Mycroft había mantenido mis habitaciones y mis papeles tal y como siempre habían estado. Y así, querido Watson, a las dos en punto del día de hoy me encontraba sentado en mi vieja butaca, en mi vieja habitación, deseando que mi viejo amigo Watson ocupara la otra butaca, que tantas veces había adornado con su persona.

Este fue el extraordinario relato que escuché aquella tarde de abril, un relato que me habría parecido absolutamente increíble de no haberlo confirmado la visión de la alta y enjuta figura y del rostro agudo y vivaz que yo habría creído que nunca volvería a ver. De algún modo, Holmes se había enterado de la trágica pérdida que yo había sufrido, y demostró sus simpatías con sus maneras mejor que con sus palabras.

—El trabajo es el mejor antídoto contra las penas, querido Watson —dijo—, y esta noche tengo una tarea para nosotros dos que, si consigo rematarla con éxito, justificaría por sí sola la vida de un hombre en este mundo.

Le rogué en vano que me explicara algo más.

—Antes de que amanezca habrá visto y oído lo suficiente —respondió—. Hay mucho que hablar sobre los tres últimos años. Así ocuparemos el tiempo hasta las nueve y media, hora en que emprenderemos la trascendental aventura de la casa vacía.

A la hora mencionada, verdaderamente como en los viejos tiempos, yo iba sentado junto a Holmes en un cabriolé, con un revólver en el bolsillo y la emoción de la aventura en el corazón. Cada vez que la luz de las farolas iluminaba sus austeras facciones, yo me fijaba en que tenía las cejas fruncidas y los finos labios apretados, en señal de reflexión. Yo no sabía qué clase de fiera salvaje íbamos a cazar en la tenebrosa selva del delito de Londres, pero por la actitud de aquel maestro de cazadores me daba perfecta cuenta de que la aventura era de las más serias, y la sonrisa sardónica que de cuando en cuando rompía su ascética seriedad no presagiaba nada bueno para el objeto de nuestra persecución.

Había pensado que nos dirigíamos a Baker Street, pero Holmes hizo detenerse el coche en la esquina de Cavendish Square. Al bajarse, me fijé en que dirigía inquisitivas miradas a derecha e izquierda, y cada vez que llegábamos a una esquina tomaba las máximas precauciones para asegurarse de que nadie nos seguía. Holmes conocía a la perfección todas las callejuelas de Londres, y en esta ocasión me llevó con paso rápido y seguro a través de una red de cocheras y establos cuya existencia yo ni siquiera había sospechado. Salimos por fin a una callecita de casas antiguas y fúnebres por las que llegamos a Manchester Street, y de ahí a Blanford Street. Aquí nos metimos rápidamente por un estrecho pasaje, cruzamos un portón de madera que daba a un patio desierto y entonces Holmes sacó una llave y abrió la puerta trasera de una casa. Entramos en ella y Holmes cerró la puerta con llave.

Aunque la oscuridad era absoluta, resultaba evidente que se trataba de una casa vacía. Nuestros pies hacían crujir y rechinar las tablas desnudas del suelo, y al extender la mano toqué una pared cuyo empapelado colgaba en jirones. Los fríos y huesudos dedos de Holmes se cerraron alrededor de mi muñeca y me guiaron a través de un largo vestíbulo, hasta que percibí la luz mortecina que se filtraba por el sucio tragaluz de la puerta. Entonces Holmes giró bruscamente a la derecha y nos encontramos en una amplia habitación cuadrada, completamente vacía, con los rincones envueltos en sombras y el centro débilmente iluminado por las luces de la calle. No había ninguna lámpara a mano y las ventanas estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo, de manera que apenas podíamos distinguir

nuestras figuras. Mi compañero me puso la mano sobre el hombro y acercó los labios a mi oreja.

—¿Sabe usted dónde estamos? —susurró.

—Yo diría que ésa es Baker Street —respondí, mirando a través de la polvorienta ventana.

—Exacto. Nos encontramos en Candem House, justo enfrente de nuestros viejos aposentos.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Porque aquí disfrutamos de una excelente vista de esa pintoresca mole. ¿Tendría la amabilidad, querido Watson, de acercarse un poco más a la ventana, con mucho cuidado para que nadie pueda verle, y echar un vistazo a nuestras viejas habitaciones, punto de partida de tantas de nuestras pequeñas aventuras? Veamos si mis tres años de ausencia me han hecho perder la capacidad de sorprenderle.

Avancé con cuidado y miré hacia la ventana que tan bien conocía. Al posar los ojos en ella, se me escapó una exclamación de asombro. La persiana estaba bajada y una fuerte luz iluminaba la habitación. A través de la persiana iluminada se distinguía claramente la negra silueta de un hombre sentado en un sillón. La postura de la cabeza, la forma cuadrada de los hombros, las facciones afiladas, todo resultaba inconfundible. Tenía la cara medio ladeada, y el efecto era similar al de aquellas siluetas de cartulina negra que nuestros abuelos solían enmarcar. Se trataba de una imagen perfecta de Holmes. Tan asombrado me sentía que extendí la mano para asegurarme que el original se encontraba a mi lado. Allí estaba, estremeciéndose de risa silenciosa.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¡Es maravilloso!

—Parece que ni los años han ajado ni la rutina ha viciado mi infinita variedad —dijo Holmes, y se notaba en su voz la alegría y el orgullo del artista ante su creación —. Se parece bastante a mí, ¿no cree?

—Estaría dispuesto a jurar que es usted.

—El mérito de la ejecución debe atribuirse a monsieur Oscar Meunier, de Grenoble, que invirtió varios días en el modelado. Se trata de un busto de cera. El resto lo apañé yo esta tarde, durante mi visita a Baker Street.

—Pero ¿por qué?

—Porque, mi querido Watson, tenía toda clase de razones para desear que ciertas personas creyeran que yo estaba aquí, cuando en realidad me encontraba en otra parte.

—¿Sospecha usted que alguien vigilaba esta casa?

—Sabía que la vigilaban.

—¿Quiénes?

—Mis antiguos enemigos, Watson. La encantadora organización cuyo jefe yace en la catarata de Reichenbach. Recuerde usted que ellos, y sólo ellos, saben que sigo vivo. Suponían que tarde o temprano regresaría a mis habitaciones, así que montaron una vigilancia permanente y esta mañana me vieron llegar.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque reconocí a su centinela al mirar por la ventana. Se trata de un tipejo inofensivo, apellidado Parker, estrangulador de oficio y muy buen tocador de birimbao. Él no me preocupaba nada. Pero sí que me preocupaba, y mucho, el formidable personaje que tiene detrás, el amigo íntimo de Moriarty, el hombre que me arrojó las rocas en el desfiladero, el criminal más astuto y peligroso de Londres. Ese es el hombre que viene a por mí esta noche, Watson; pero lo que no sabe es que nosotros vamos a por él.

Poco a poco, los planes de mi amigo se iban revelando. Desde aquel cómodo escondite podíamos vigilar a los vigilantes y perseguir a los perseguidores. La silueta angulosa de la casa de enfrente era el cebo y nosotros éramos los cazadores. Aguardamos silenciosos en la oscuridad, observando las apresuradas figuras que pasaban y volvían a pasar frente a nosotros. Holmes permanecía callado e inmóvil, pero yo me daba cuenta de que se mantenía en constante alerta, sin despegar los ojos de la corriente de transeúntes. Era una noche fría y turbulenta y el viento silbaba estridentemente a lo largo de la calle. Muchas personas iban y venían, casi todas embozadas en sus abrigos y bufandas. Una o

dos veces, me pareció ver pasar una figura que ya había visto antes, y me fijé sobre todo en dos hombres que parecían resguardarse del viento en el portal de una casa, a cierta distancia calle arriba. Intenté llamar la atención de mi compañero hacia ellos, pero Holmes dejó escapar una exclamación de impaciencia y continuó clavando la mirada en la calle. Más de una vez dio pataditas en el suelo y tamborileó rápidamente con los dedos en la pared. Resultaba evidente que se estaba impacientando y que sus planes no iban saliendo tal y como había calculado. Por fin, ya cerca de la medianoche, cuando la calle se iba vaciando poco a poco, Holmes se puso a dar zancadas por la habitación, presa de una agitación incontrolable. Me disponía a hacer algún comentario cuando levanté la mirada hacia la ventana iluminada y sufrí una nueva sorpresa, casi tan fuerte como la anterior. Agarré a Holmes por el brazo y señalé hacia arriba.

—¡La sombra se ha movido!

Efectivamente, ya no la veíamos de perfil, sino que ahora nos daba la espalda. Evidentemente, los tres años de ausencia no habían suavizado las asperezas de su carácter ni su irritabilidad ante inteligencias menos activas que la suya.

—¡Pues claro que se ha movido! —bufó—. ¿Me cree tan chapucero, Watson, como para colocar un monigote inmóvil y esperar que varios de los hombres más astutos de Europa se dejen engañar por él? Llevamos dos horas en esta habitación, y durante este tiempo la señora Hudson ha cambiado de posición el busto ocho veces, es decir, cada cuarto de hora. Se acerca siempre por delante de la figura, de manera que no se vea su propia sombra. ¡Ah! —Holmes aspiró con agitación.

En la penumbra del cuarto pude ver que inclinaba la cabeza hacia delante, con todo el cuerpo rígido, en actitud de atención. Es posible que los dos hombres que yo había visto siguieran acurrucados en el portal, pero ya no los veía. Toda la calle estaba silenciosa y oscura, con excepción de aquella brillante ventana amarilla que teníamos enfrente, con la negra silueta proyectada en su centro. En medio del absoluto silencio volví a oír aquel suave silbido que indicaba una intensa emoción reprimida. Un instante después, Holmes me arrastró hacia el rincón más oscuro de la habitación y me puso la mano sobre la boca en señal de advertencia. Los dedos que me aferraban estaban temblando. Jamás había visto tan alterado a mi amigo, a pesar de que la oscura calle permanecía aún desierta y silenciosa.

Pero, de pronto, percibí lo que sus sentidos, más agudos que los míos, ya habían captado. A mis oídos llegó un sonido bajo y furtivo que no procedía de Baker Street, sino de la parte trasera de la casa en la que nos ocultábamos. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse. Un instante después, se oyeron pasos en el pasillo, pasos que pretendían ser sigilosos, pero que resonaban con fuerza en la casa vacía. Holmes se agazapó contra la pared y yo hice lo mismo, con la mano cerrada sobre la culata de mi revólver. Atisbando a través de las tinieblas, logré distinguir los contornos difusos de un hombre, una sombra apenas más negra que la negrura de la puerta abierta. Se quedó parado un instante y luego avanzó para entrar en la habitación, encogido y amenazador. La siniestra figura se encontraba a menos de tres metros de nosotros, y yo ya tensaba los músculos, dispuesto a resistir su ataque, cuando me di cuenta de que él no había advertido nuestra presencia. Pasó muy cerca de nosotros, se acercó con sigilo a la ventana y la alzó como un palmo, con mucha suavidad y sin hacer ruido. Al agacharse hasta el nivel de la abertura, la luz de la calle, ya sin el filtro del cristal polvoriento, cayó de lleno sobre su rostro. El hombre parecía fuera de sí a causa de la emoción. Sus ojos brillaban como estrellas y sus facciones temblaban. Se trataba de un hombre de edad avanzada, con nariz fina y pronunciada, frente alta y calva, y un enorme bigote canoso. Llevaba un sombrero de copa echado hacia atrás, y bajo su abrigo desabrochado brillaba la pechera de un traje de etiqueta. Su rostro era sombrío y atezado, surcado por profundas arrugas. En la mano llevaba algo que parecía un bastón, pero que al apoyarlo en el suelo resonó con ruido metálico. A continuación, sacó del bolsillo de su abrigo un objeto voluminoso y se enfrascó en una tarea que concluyó con un fuerte chasquido, como el que produce un muelle o un resorte al encajar en su sitio. Siempre con las rodillas en el suelo, se inclinó hacia delante, aplicando todo su peso y su fuerza sobre alguna especie de palanca; el resultado fue un prolongado chirrido que terminó también con un fuerte chasquido. Entonces el hombre se enderezó y vi que lo que sostenía en la mano era una especie de fusil, con una culata de forma extraña. Abrió la recámara, metió algo en ella y cerró de golpe el cerrojo. Luego se volvió a agachar, apoyó el extremo del cañón en el borde de la ventana abierta y vi cómo sus largos bigotes rozaban la culata mientras sus ojos brillaban al enfilar el punto de mira. Oí un ligero suspiro de satisfacción cuando se acomodó la culata en el hombro y comprobé el magnífico blanco que ofrecía la silueta negra sobre fondo amarillo, en plena línea de tiro. El hombre permaneció rígido e inmóvil durante un instante y luego su dedo se cerró sobre el gatillo. Se oyó un fuerte y extraño zumbido y el prolongado tintineo de un cristal hecho pedazos. En aquel instante, Holmes saltó como un tigre sobre la espalda del tirador y le hizo caer de bruces. Pero, al momento, volvió a levantarse y agarró a Holmes por el cuello con la

fuerza de un loco. Le golpeé en la cabeza con la culata de mi revólver y cayó de nuevo al suelo. Me lancé sobre él y, mientras lo sujetaba, mi compañero hizo sonar con fuerza un silbato. Se oyeron pasos que corrían por la acera y dos policías de uniforme, más un inspector de paisano, penetraron en tromba por la puerta delantera.

—¿Es usted, Lestrade? —preguntó Holmes.

—Sí, señor Holmes. Quise ocuparme yo mismo de este asunto. ¡Qué alegría volverle a ver en Londres, señor!

—Pensé que no le vendría mal un poco de ayuda extraoficial. Tres asesinatos sin resolver en un año no indican nada bueno, Lestrade. Sin embargo, en el misterio de Molesey no se comportó usted con su habitual..., quiero decir, lo llevó usted bastante bien.

Nos habíamos puesto de pie y nuestro prisionero jadeaba ruidosamente con un fornido policía a cada lado. En la calle empezaban ya a reunirse grupillos de curiosos. Holmes se acercó a la ventana, la cerró y bajó las persianas. Lestrade había sacado dos velas y los policías habían destapado sus linternas. Entonces pude, por fin, echarle un buen vistazo a nuestro prisionero. El rostro que nos encaraba era tremendamente viril, pero de expresión siniestra, con la frente de un filósofo por arriba y la mandíbula de un depravado por abajo. Debía de tratarse de un hombre con grandes dotes tanto para el bien como para el mal, pero resultaba imposible mirar sus ojos azules y crueles, con los párpados caídos y la mirada cínica, o la agresiva nariz en punta y la amenazadora frente surcada de arrugas, sin leer en ellos las claras señales de peligro colocadas por la Naturaleza. No hacía caso de ninguno de nosotros y mantenía los ojos clavados en el rostro de Holmes, con una expresión que combinaba a partes iguales el odio y el asombro. Y no dejaba de murmurar entre dientes:

—¡Maldito demonio! ¡Maldito demonio astuto!

—¡Ah coronel! —dijo Holmes, arreglándose el arrugado cuello de la camisa—. Nunca es tarde si la dicha es buena, como dice el refrán. Creo que no he tenido el gusto de verle desde que me hizo objeto de sus atenciones cuando yo estaba en aquella cornisa sobre la catarata de Reichenbach.

El coronel seguía mirando a mi amigo como si estuviera en trance.

—Todavía no les he presentado —dijo Holmes—. Este caballero es el coronel Sebastian Moran, que perteneció al ejército de Su Majestad en la India y que ha sido el mejor cazador de caza mayor que ha producido nuestro Imperio Occidental. ¿Me equivoco, coronel, al decir que nadie le ha superado aún en número de tigres cazados?

El feroz anciano no dijo nada y siguió fulminando con la mirada a mi compañero; con sus ojos de salvaje y su hirsuto bigote, él mismo se parecía prodigiosamente a un tigre.

—Parece mentira que mi sencillísima estratagema haya engañado a un shikari con tanta experiencia —dijo Holmes—. Debería resultarle muy conocida. ¿Nunca ha atado usted un cabrito debajo de un árbol, para apostarse entre las ramas con su rifle y aguardar a que el cebo atrajera al tigre? Pues esta casa vacía es mi árbol y usted es mi tigre. Es posible que llevara usted rifles de reserva, por si se presentaban varios tigres o por si se daba la improbable circunstancia de que le fallara la puntería. Pues bien — dijo señalando a su alrededor—, éstos son mis rifles de reserva. El paralelismo es exacto.

El coronel Moran dio un paso adelante, rugiendo de rabia, pero los policías le hicieron retroceder. La furia que despedía su rostro era algo terrible de contemplar.

—Confieso que me tenía usted reservada una pequeña sorpresa —continuó Holmes—. No se me ocurrió que también usted utilizaría esta casa vacía y esta ventana tan conveniente. Había supuesto que actuaría usted desde la calle, donde mi amigo Lestrade y sus alegres camaradas le estaban aguardando. Exceptuando este detalle, todo ha salido como yo esperaba.

El coronel Moran se volvió hacia el inspector.

—Puede que tengan ustedes una causa justificada para detenerme y puede que no —dijo—. Pero, desde luego, no existe razón alguna por la que tenga que aguantar las burlas de este individuo. Si estoy en manos de la ley, que las cosas se hagan de manera legal.

—Bien, eso es bastante razonable —dijo Lestrade—. ¿No tiene nada más que decir antes de que nos vayamos, señor Holmes?

Holmes había recogido del suelo el potente fusil de aire comprimido y estaba

examinando su mecanismo.

—Un arma admirable y originalísima —dijo—. Silenciosa y de tremenda potencia. Llegué a conocer a Von Herder, el mecánico alemán ciego que la construyó por encargo del difunto profesor Moriarty. Durante años he sabido de su existencia, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad de examinarla. Se la encomiendo de manera muy especial, Lestrade, junto con sus correspondientes balas.

—Puede usted confiarla a nuestro cuidado, señor Holmes —dijo Lestrade mientras todo el grupo se dirigía hacia la puerta—. ¿Algo más?

—Sólo preguntar de qué piensa usted acusar al detenido.

—¿De qué, señor? Pues, naturalmente, de intentar asesinar al señor Sherlock Holmes.

—De eso, nada, Lestrade. No tengo ninguna intención de aparecer en el asunto. A usted, y sólo a usted, le corresponde el mérito de la importantísima detención que acaba de practicar. Sí, Lestrade, le felicito. Con su habitual combinación de astucia y audacia, ha conseguido usted atraparlo.

—¡Atraparlo! ¿Atrapar a quién, señor Holmes?

—Al hombre que toda la policía ha estado buscando en vano: al coronel Sebastian Moran, que asesinó al honorable Ronald Adair con una bala explosiva, disparada con un fusil de aire comprimido a través de la ventana del segundo piso de Park Lane, número 427, el día 30 del mes pasado. Esa es la acusación, Lestrade. Y ahora, Watson, si es usted capaz de soportar la corriente que se forma con una ventana rota, creo que le resultará muy entretenido y provechoso pasar media hora en mi estudio mientras fuma un cigarro.

Nuestras antiguas habitaciones se habían mantenido inalteradas gracias a la supervisión de Mycroft Holmes y a los servicios inmediatos de la señora Hudson. Es cierto que al entrar observé una pulcritud desacostumbrada, pero los viejos puntos de referencia seguían todos en su sitio. Allí estaba el rincón de química, con la mesa de madera manchada de ácido. Sobre un estante se veía la formidable hilera de álbumes de recortes y libros de consulta que tantos de nuestros conciudadanos habrían quemado con sumo placer. Los gráficos, el estuche de violín, el colgador de pipas..., hasta la babucha persa que contenía el

tabaco..., todo me saltaba a la vista al mirar a mi alrededor. En la habitación había dos ocupantes: uno de ellos era la señora Hudson, que nos miró radiante al vernos entrar; el otro era el extraño maniquí que tan importante papel había desempeñado en las aventuras de aquella noche. Era un busto de mi amigo en cera de color, admirablemente ejecutado y con un parecido absoluto. Estaba colocado sobre una mesita que le servía de pedestal y envuelto en una vieja bata de Holmes, de manera que, visto desde la calle, la ilusión era perfecta.

—Confío en que tomaría usted todas las precauciones, señora Hudson —dijo Holmes.

—Me acerqué de rodillas, señor Holmes, tal como usted me dijo.

—Excelente. Lo ha hecho usted muy bien. ¿Se fijó en dónde fue a pegar la bala?

—Sí, señor. Me temo que ha estropeado su magnífico busto, porque le atravesó la cabeza y fue a aplastarse contra la pared. La recogí de la alfombra y aquí la tiene.

Holmes me la mostró.

—Una bala de revólver blanda, como puede ver, Watson. Una idea genial. ¿Quién iba a imaginar que se podía disparar esto con un fusil de aire comprimido? Muy bien, señora Hudson, le estoy agradecido por su cooperación. Y ahora, Watson, haga el favor de ocupar una vez más su antiguo asiento, ya que me gustaría discutir con usted varios detalles.

Se había despojado de la raída levita y era de nuevo el Holmes de los viejos tiempos, con el batín de color parduzco con que había vestido a su efigie.

—Los nervios del viejo shikari siguen tan bien templados como siempre, y su vista igual de aguda —dijo riendo, mientras inspeccionaba la frente reventada de su busto—. Un balazo en el centro de la nuca, que atraviesa el cerebro de parte a parte. Era el mejor tirador de la India y no creo que haya muchos en Londres que le superen. ¿No había oído hablar de él?

—Nunca.

—¡Qué injusta es la fama! Aunque, si no recuerdo mal, tampoco había usted oído hablar del profesor James Moriarty, que poseía uno de los mejores cerebros

de este siglo. Haga el favor de pasarme mi índice de biografías, que está en ese estante.

Fue pasando las páginas con indolencia, echándose hacia atrás en su asiento y emitiendo grandes nubes de humo con su cigarro.

—Mi colección de emes es de lo mejorcito —dijo—. Sólo con Moriarty bastaría para dar prestigio a una letra, y aquí tenemos además a Morgan, el envenenador, Merridew, de funesto recuerdo, y Mathews, que me saltó el colmillo izquierdo de un puñetazo en la sala de espera de Charing Cross. Y aquí tenemos por fin a nuestro amigo de esta noche.

Me pasó el libro y leí: «Moran, Sebastian, coronel. Sin empleo. Sirvió en el 1° de Zapadores de Bengalore. Nacido en Londres en 1840. Hijo de sir Augustus Moran,

C.B., ex embajador británico en Persia. Educado en Eton y Oxford. Sirvió en la campaña de Jowaki, en la campaña de Afganistán, en Charasiab (menciones elogiosas), Sherpur y Kabul. Autor de Caza mayor en el Himalaya occidental, 1881; Tres meses en la jungla, 1884. Dirección: Conduit Street. Clubes: el Anglo-Indio, el

Tankerville, el Bagatelle Card Club.»

Al margen aparecía escrito, con la letra precisa de Holmes:

«El segundo hombre más peligroso de Londres.»

—Es asombroso —dije, devolviéndole el volumen—. La carrera de este hombre es la de un militar honorable.

—Es cierto —respondió Holmes—. Hasta cierto punto, se portó muy bien. Siempre fue un hombre con nervios de acero, y todavía se cuenta en la India la historia de cuando se arrastró por una acequia persiguiendo a un tigre herido, devorador de hombres. Algunos árboles, Watson, crecen derechos hasta cierta altura y de pronto desarrollan cualquier extraña deformidad. Lo mismo sucede a menudo con las personas. Sostengo la teoría de que el desarrollo de cada individuo representa la sucesión completa de sus antepasados, y que cualquier giro repentino hacia el bien o hacia el mal obedece a una poderosa influencia introducida en su árbol genealógico. La persona se convierte, podríamos decir,

en una recapitulación de la historia de su familia.

—Una teoría bastante extravagante, diría yo.

—Bien, no insistiré en ello. Por la causa que fuera, el coronel Moran, empezó a descarriarse. Aún sin dar lugar a ningún escándalo público, la India le llegó a resultar demasiado incómoda. Se retiró, vino a Londres y también aquí adquirió mala reputación. Fue entonces cuando le localizó el profesor Moriarty, para quien actuó durante algún tiempo como jefe de su Estado Mayor. Moriarty le proporcionaba dinero en abundancia, y sólo le utilizó en uno o dos trabajos de primerísima categoría, que quedaban fuera del alcance de un criminal corriente. Quizás recuerde usted la muerte de la señora Stewart, de Lauder, en 1887. ¿No? Bueno, pues estoy seguro que Moran estuvo en el fondo del asunto; pero no se pudo demostrar nada. El coronel tenía las espaldas tan bien cubiertas que, incluso después de la desarticulación de la banda de Moriarty, resultó imposible acusarle de nada. ¿Se acuerda de aquella noche en que fui a su casa y cerré las contraventanas por temor a los fusiles de aire comprimido? Sabía muy bien lo que me hacía: estaba enterado de la existencia de este extraordinario fusil y sabía también que lo manejaba uno de los mejores tiradores del mundo. Cuando fuimos a Suiza, él nos siguió en compañía de Moriarty, y no cabe duda de que fue él quien me hizo pasar aquellos cinco minutos de infierno en la cornisa de Reichenbach.

Como podrá usted suponer, durante mi estancia en Francia leí con bastante atención los periódicos, a la espera de una oportunidad de echarle el guante. Mi vida no tenía sentido mientras él anduviese suelto por Londres. Su sombra pesaría sobre mí noche y día, y tarde o temprano encontraría una oportunidad de caer sobre mí. ¿Qué podía hacer? No podía buscarle y pegarle un tiro, porque iría a parar a la cárcel. Tampoco serviría de nada recurrir a un magistrado. Los jueces no pueden actuar basándose en lo que a ellos tiene que parecerles una sospecha disparatada. Así que no podía hacer nada. Pero seguía leyendo los sucesos, porque estaba seguro de que tarde o temprano le pillaría. Y entonces se produjo la muerte de este Ronald Adair. ¡Por fin había llegado mi oportunidad! Sabiendo lo que yo sabía, ¿no resultaba evidente que el coronel Moran era el culpable? Había jugado a las cartas con el joven; le había seguido a su casa desde el club; le había disparado a través de la ventana abierta. No cabía duda alguna. Sólo con las balas bastaría para echarle la soga al cuello. Así que vine inmediatamente. El hombre que vigilaba mi casa me vio, y yo estaba seguro de que informaría a su jefe de mi presencia. Como es natural, el coronel

relacionaría mi súbito regreso con su crimen y se alarmaría terriblemente. No me cabía duda de que intentaría quitarme de en medio cuanto antes, para lo cual traería su arma asesina. Le dejé un blanco perfecto en la ventana y, después de avisar a la policía de que sus servicios podrían ser necesarios —por cierto, Watson, usted los localizó a la perfección en aquel portal—, me instalé en lo que me pareció un excelente puesto de observación, sin imaginar que él elegiría el mismo lugar para atacar. Y ahora, querido Watson, ¿queda algo por aclarar?

—Sí —dije—. No ha explicado todavía qué motivos tenía el coronel Moran para asesinar al honorable Ronald Adair.

—¡Ah, querido Watson, aquí entramos en el terreno de las conjeturas, donde la mente más lógica puede fracasar! Cada uno puede elaborar su propia hipótesis, basándose en las pruebas existentes, y la suya tiene tantas posibilidades de acertar como la mía.

—Pero usted tiene ya la suya, ¿no?

—Creo que no resulta difícil explicar los hechos. Quedó demostrado que el coronel Moran y el joven Adair habían ganado una suma considerable jugando de compañeros. Ahora bien, es indudable que Moran hizo trampas; sé desde hace mucho tiempo que las hacía. Supongo que el día del crimen Adair se dio cuenta que Moran era un tramposo. Lo más probable es que hablara con él en privado, amenazándole con revelar la verdad a menos que Moran se diese de baja en el club y prometiera no volver a jugar a las cartas. Es muy poco probable que un joven como Adair provocase un escándalo de buenas a primeras denunciando a un hombre muy conocido y mucho mayor que él. Lo lógico es que actuara tal como yo digo. Para Moran, quedar excluido de los clubes significaba la ruina, ya que vivía de lo que ganaba trampeando a las cartas. Así que asesinó a Adair, que en aquel mismo momento estaba calculando el dinero que tenía que devolver, ya que consideraba inaceptable quedarse con el fruto de las trampas de su compañero. Cerró la puerta para que las damas no le sorprendieran e insistieran en que les explicara lo que estaba haciendo con la lista y el dinero. ¿Qué tal se sostiene esto?

—Estoy convencido de que ha dado usted en el clavo.

—El juicio lo confirmará o lo desmentirá. Mientras tanto, y pase lo que pase, el coronel Moran no nos molestará más, el famoso fusil de aire comprimido de Von

Herder pasará a adornar el museo de Scotland Yard, y Sherlock Holmes queda libre de nuevo para dedicar su vida a examinar los interesantes problemillas que la complicada vida de Londres nos plantea sin cesar.

2. La aventura del constructor de Norwood

—Desde el punto de vista del experto criminalista —dijo Sherlock Holmes—, Londres se ha convertido en una ciudad particularmente aburrida desde la muerte del llorado profesor Moriarty.

—No creo que encuentre usted muchos ciudadanos honrados que compartan su opinión —respondí yo.

—Bien, bien, ya sé que no debo ser egoísta —dijo él, sonriendo, mientras apartaba su silla de la mesa del desayuno—. Desde luego, la sociedad sale ganando y nadie sale perdiendo, con excepción del pobre especialista sin trabajo que ve desaparecer su oficio. Mientras aquel hombre se mantuvo activo, el periódico de cada mañana ofrecía infinitas posibilidades. Muchas veces se trataba tan sólo de una mínima huella, Watson, del indicio más leve, y, sin embargo, bastaba para que yo supiera que por allí andaba aquel magnífico y maligno cerebro, del mismo modo que el más ligero temblor en los bordes de la telaraña nos recuerda la existencia de la repugnante araña que acecha en el centro. Pequeños hurtos, asaltos violentos, agresiones sin objeto aparente... Para quien conociera la clave, todo se podía encajar de un modo coherente. No existía entonces una sola capital en Europa que ofreciera las oportunidades que Londres ofrecía para el estudio científico de las altas esferas del crimen. Pero ahora... —se encogió de hombros, en burlona desaprobación del estado de cosas al que tanto había contribuido él mismo.

En la época de la que estoy hablando, hacía varios meses que Holmes había reaparecido, y yo, a petición suya había traspasado mi consultorio y volvía a compartir con él los antiguos aposentos de Baker Street. Un joven doctor apellidado Verner había adquirido mi pequeño consultorio de Kensington, pagando con asombrosa celeridad el precio más alto que yo me atreví a pedir, un asunto que no quedó explicado hasta varios años más tarde, cuando descubrí que Verner era pariente lejano de Holmes y que en realidad había sido mi amigo el que aportó el dinero. Nuestros meses de asociación no habían sido tan anodinos como Holmes afirmaba, ya que, revisando mis notas, veo que este período incluye el caso de los documentos del ex-presidente Murillo y también el

escandaloso asunto del vapor holandés Friesland, que estuvo a punto de costarnos la vida a los dos. Sin embargo, su carácter frío y orgulloso rechazaba por sistema todo lo que se pareciera al aplauso público y me hizo prometer, en los términos más estrictos, que no diría una sola palabra sobre él, sus métodos o sus éxitos; una prohibición que, como ya he explicado, no levantó hasta hace muy poco.

Tras expresar su excéntrica protesta, Sherlock Holmes se arrellanó en su sillón, y estaba desplegando el periódico de la mañana con aire despreocupado cuando a ambos nos sobresaltó un tremendo campanillazo en la puerta, seguido de inmediato por un fuerte repiqueteo, como si alguien estuviera aporreando con los puños la puerta de la calle. Cuando ésta se abrió, oímos una ruidosa carrera a través del vestíbulo y unos pasos que subían a toda prisa las escaleras. Un instante después, irrumpía en nuestra habitación un joven excitadísimo, con los ojos desorbitados, desmelenado y jadeante. Nos miró primero al uno y luego al otro, y al advertir nuestras miradas inquisitivas cayó en la cuenta de que debía ofrecer algún tipo de excusas por su desaforada entrada.

—Lo siento, señor Holmes —exclamó—. Le ruego que no se ofenda. Estoy a punto de volverme loco. Señor Holmes, soy el desdichado John Hector McFarlane.

Hizo esta presentación como si sólo con el nombre bastara para explicar su visita y sus modales, pero por el rostro impasible de mi compañero me di cuenta de que aquello le decía tan poco a él como a mí.

—Tome un cigarrillo, señor McFarlane —dijo Holmes, empujando su pitillera hacia él—. Estoy seguro de que, a la vista de sus síntomas, mi amigo el doctor Watson le recomendaría un sedante. Ha hecho tanto calor estos últimos días... Ahora, si se siente usted más tranquilo, le agradecería que tomara asiento en esa silla y nos contara muy despacio y con mucha calma quién es usted y qué desea. Ha pronunciado usted su nombre como si yo tuviera necesariamente que conocerlo, pero le aseguro que, aparte de los hechos evidentes de que es usted soltero, procurador, masón y asmático, no sé nada en absoluto de usted.

Habituado como estaba a los métodos de mi amigo, no me resultó difícil seguir sus deducciones y observar el atuendo descuidado, el legajo de documentos legales, el amuleto del reloj y la respiración jadeante en que se había basado. Sin embargo, nuestro cliente se quedó boquiabierto.

—Sí, señor Holmes, soy todas esas cosas, pero además soy el hombre más desgraciado que existe ahora mismo en Londres. ¡Por amor de Dios, no me abandone, señor Holmes! Si vienen a detenerme antes de que haya terminado de contar mi historia, haga que me dejen tiempo de explicarle toda la verdad. Iría contento a la cárcel sabiendo que usted trabaja para mí desde fuera.

—¡Detenerlo! —exclamó Holmes—. ¡Caramba, qué estupen..., qué interesante!

¿Y bajo qué acusación espera que lo detengan?

—Acusado de asesinar al señor Jonas Oldacre, de Lower Norwood.

El expresivo rostro de mi compañero dio muestras de simpatía, que, mucho me temo, no estaba exenta de satisfacción.

—¡Vaya por Dios! —dijo—. ¡Y yo que hace un momento, durante el desayuno, le decía a mi amigo el doctor Watson que ya no aparecen casos sensacionales en los periódicos!

Nuestro visitante extendió una mano temblorosa y recogió el Daily Telegraph que aún reposaba sobre las rodillas de Holmes.

—Si lo hubiese leído, señor, habría sabido a primera vista qué es lo que me ha traído a su casa esta mañana. Tengo la sensación de que mi nombre y mi desgracia son la comidilla del día —desdobló el periódico para enseñarnos las páginas centrales.

—Aquí está y, con su permiso, se lo voy a leer. Escuche esto, señor Holmes. Los titulares dicen: «Misterio en Lower Norwood. Desaparece un conocido constructor. Sospechas de asesinato e incendio provocado. Se sigue la pista del criminal.» Esta es la pista que están siguiendo, señor Holmes, y sé que conduce de manera infalible hacia mí. Me han seguido desde la estación del Puente de Londres y estoy convencido de que sólo esperan que llegue el mandamiento judicial para detenerme. ¡Esto le romperá el corazón a mi madre, le romperá el corazón! —se retorció las manos, presa de angustiosos temores, y comenzó a oscilar en su asiento, hacia delante y hacia atrás.

Examiné con interés a aquel hombre, acusado de haber cometido un crimen violento. Era rubio y poseía un cierto atractivo, aunque fuera más bien del tipo enfermizo. Tenía los ojos azules y asustados, el rostro bien afeitado y la boca de

una persona débil y sensible. Podría tener unos veintidós años; su vestimenta y su porte eran los de un caballero. Del bolsillo de su abrigo de entretiempo sobresalía un manojo de documentos sellados que delataban su profesión.

—Aprovecharemos el tiempo lo mejor que podamos —dijo Holmes—. Watson, ¿sería usted tan amable de coger el periódico y leerme el párrafo en cuestión?

Bajo los sonoros titulares que nuestro cliente había citado, leí el siguiente y sugestivo relato:

A última hora de la noche pasada, o a primera hora de esta mañana, se ha producido en Lower Norwood un incidente que induce a sospechar un grave crimen, cometido en la persona del señor Jonas Oldacre, conocido residente de este distrito, donde llevaba muchos años al frente de su negocio de construcción. El señor Oldacre era soltero, de 52 años, y residía en Deep Dene House, en el extremo más próximo a Sydenham de la calle del mismo nombre. Tenía fama de hombre excéntrico, reservado y retraído. Llevaba algunos años prácticamente retirado de sus negocios, con los cuales se dice que había amasado una considerable fortuna. No obstante, todavía existe un pequeño almacén de madera en la parte de atrás de su casa, y esta noche, a eso de las doce, se recibió el aviso de que una de las pilas de madera estaba ardiendo. Los bomberos acudieron de inmediato, pero la madera seca ardía de manera incontenible y resultó imposible apagar la conflagración hasta que toda la pila quedó consumida por completo. Hasta aquí, el suceso tenía toda la apariencia de un vulgar accidente, pero nuevos datos parecen apuntar hacia un grave crimen. En un principio, causó extrañeza la ausencia del propietario del establecimiento en el lugar del incendio, y se inició una investigación que demostró que había desaparecido de su casa. Al examinar su habitación, se descubrió que no había dormido en ella. La caja fuerte estaba abierta, había un montón de papeles importantes esparcidos por toda la habitación y, por último, se encontraron señales de una lucha violenta, pequeñas manchas de sangre en la habitación y un bastón de roble que también presentaba manchas de sangre en el puño. Se ha sabido que aquella noche, a horas bastante avanzadas, el señor Jonas Oldacre recibió una visita en su dormitorio, y se ha identificado el bastón encontrado como perteneciente a un visitante, que es un joven procurador de Londres llamado John Hector McFarlane, socio más joven del bufete Graham & McFarlane, con sede en el 426 de Gresham Buildings, E.C. La policía cree

disponer de pruebas que indican un móvil muy convincente para el crimen, y no cabe duda de que muy pronto se darán a conocer noticias sensacionales.

Última hora. - A la hora de entrar en máquinas ha corrido el rumor de que John Hector McFarlane ha sido detenido ya, acusado del asesinato de Mr. Jonas Oldacre. Al menos, se sabe a ciencia cierta que se ha expedido una orden de detención. La investigación en Norwood ha revelado nuevos y siniestros detalles. Además de encontrarse señales de lucha en la habitación del desdichado constructor, se ha sabido ahora que se encontraron abiertas las ventanas del dormitorio (situado en la planta baja), y huellas que parecían indicar que alguien había arrastrado un objeto voluminoso hasta la pila de madera. Por último, se dice que entre las cenizas del incendio se han encontrado restos carbonizados. La policía maneja la hipótesis de que se ha cometido un crimen, y supone que la víctima fue muerta a golpes en su propia habitación, tras lo cual el asesino registró sus papeles y luego arrastró el cadáver hasta la pila de madera, incendiándola para borrar todas las huellas de su crimen. El trabajo de investigación policial se ha encomendado en las expertas manos del inspector Lestrade, de Scotland Yard, que sigue las pistas con su energía y sagacidad habituales.

Sherlock Holmes escuchó este extraordinario relato con los ojos cerrados y las puntas de los dedos juntos.

—Desde luego, el caso presenta algunos aspectos interesantes —dijo con su acostumbrada languidez—. ¿Puedo preguntarle en primer lugar, señor McFarlane, cómo es que todavía sigue en libertad, cuando parecen existir pruebas suficientes para justificar su detención?

—Vivo en Torrington Lodge, Blackheath, con mis padres; pero anoche, como tenía que entrevistarme bastante tarde con el señor Jonas Oldacre, me quedé en un hotel de Norwood y fui a mi despacho desde allí. No supe nada de este asunto hasta que subí al tren y leí lo que usted acaba de oír. Me di cuenta al instante del terrible peligro que corría y me apresuré a poner el caso en sus manos. No me cabe duda de que me habrían detenido en mi despacho de la City o en mi casa. Un hombre me ha venido siguiendo desde la estación del Puente de Londres y

estoy seguro... ¡Cielo santo! ¿Qué es eso?

Era un campanillazo en la puerta, seguido al instante por fuertes pisadas en la escalera. Al cabo de un momento, nuestro amigo Lestrade apareció en el umbral. Por encima de su hombro pude advertir la presencia de uno o dos policías de uniforme.

—¿El señor John Hector McFarlane? —dijo Lestrade.

Nuestro desdichado cliente se puso en pie con el rostro descompuesto.

—Queda detenido por el homicidio intencionado del señor Jonas Oldacre, de Lower Norwood.

McFarlane se volvió hacia nosotros con gesto de desesperación y se hundió de nuevo en su asiento, como aplastado por un peso.

—Un momento, Lestrade —dijo Holmes—. Media hora más o menos no significa nada para usted, y el caballero se disponía a darnos una información sobre este caso tan interesante, que podría servirnos de ayuda para esclarecerlo.

—No creo que resulte nada difícil esclarecerlo —dijo Lestrade muy serio.

—A pesar de todo, y con su permiso, me interesaría mucho oír su explicación.

—Bueno, señor Holmes, me resulta muy difícil negarle nada, teniendo en cuenta la ayuda que ha prestado al Cuerpo en una o dos ocasiones. Scotland Yard está en deuda con usted —dijo Lestrade—. Pero al mismo tiempo debo permanecer junto al detenido, y me veo obligado a advertirle que todo lo que diga puede utilizarse como prueba en contra suya.

—No deseo otra cosa —dijo nuestro cliente—. Todo lo que les pido es que escuchen y reconocerán la pura verdad.

Lestrade consultó su reloj.

—Le doy media hora —dijo.

—Antes que nada, debo explicar —dijo McFarlane— que yo no conocía de nada al señor Jonas Oldacre. Su nombre sí que me era conocido, porque mis padres

tuvieron tratos con él durante muchos años, aunque luego se distanciaron. Así pues, me sorprendió muchísimo que ayer se presentara, a eso de las tres de la tarde, en mi despacho de la City. Pero todavía quedé más asombrado cuando me explicó el objeto de su visita. Llevaba en la mano varias hojas de cuaderno, cubiertas de escritura garabateada —son éstas—, que extendió sobre la mesa.

—Este es mi testamento —dijo—, y quiero que usted, señor McFarlane, lo redacte en forma legal. Me sentaré aquí mientras lo hace.

Me puse a copiarlo, y pueden ustedes imaginarse mi asombro al descubrir que, con algunas salvedades, me dejaba a mí todas sus propiedades. Era un hombrecillo extraño, con aspecto de hurón y pestañas blancas, y cuando alcé la vista para mirarlo encontré sus ojos grandes y penetrantes clavados en mí con una expresión divertida. Al leer los términos del testamento, no di crédito a mis ojos. Pero él me explicó que era soltero, que apenas le quedaban parientes vivos, que había conocido a mis padres cuando era joven y que siempre había oído decir que yo era un joven de muchos méritos, por lo que estaba seguro de que su dinero quedaría en buenas manos. Por supuesto, no pude hacer otra cosa que balbucir algunos agradecimientos. El testamento quedó debidamente redactado y firmado, con mi escribiente respaldándolo como testigo. Es este papel azul, y estas hojas, como ya he explicado, son el borrador. A continuación el señor Oldacre me informó de la existencia de una serie de documentos —contratos de arrendamiento, títulos de propiedad, hipotecas, cédulas y esas cosas— que era preciso que yo examinase. Dijo que no se sentiría tranquilo hasta que todo el asunto hubiera quedado arreglado, y me rogó que acudiese aquella misma noche a su casa de Norwood, llevando el testamento, para dejarlo todo a punto. "Recuerde, muchacho, no diga ni una palabra de esto a sus padres hasta que todo quede arreglado. Entonces les daremos una pequeña sorpresa." Insistió mucho en este detalle y me hizo prometérselo solemnemente.

Como podrá imaginar, señor Holmes, yo no estaba de humor para negarle nada que me pidiera. Ante semejante benefactor, lo único que yo deseaba era cumplir su voluntad hasta el menor detalle. Así que envié un telegrama a casa, diciendo que tenía un trabajo importante y que me resultaba imposible saber a qué hora podría regresar. El señor Oldacre me dijo que le gustaría que yo fuera a cenar con él a las nueve, ya que antes de esa hora no se encontraría en su casa. Pero tuve algunas dificultades para encontrar la casa y eran casi las nueve y media cuando llegué. Lo encontré...

—¡Un momento! —interrumpió Holmes—. ¿Quién abrió la puerta?

—Una mujer madura, supongo que su ama de llaves.

—Y supongo que fue ella la que facilitó su nombre.

—Exacto —dijo McFarlane.

—Continúe, por favor.

McFarlane se enjugó el sudor de la frente y prosiguió con su relato:

—Esta mujer me hizo pasar a un cuarto de estar, donde ya estaba servida una cena ligera. Después de cenar, el señor Oldacre me condujo a su habitación, donde había una pesada caja de caudales. La abrió y sacó de ella un montón de documentos, que empezamos a revisar juntos. Serían entre las once y las doce cuando terminamos. Oldacre comentó que no debíamos molestar al ama de llaves y me hizo salir por la ventana, que había permanecido abierta todo el tiempo.

—¿Estaba bajada la persiana? —preguntó Holmes.

—No estoy seguro, pero creo que sólo estaba medio bajada. Sí, recuerdo que él la levantó para abrir la ventana de par en par. Yo no encontraba mi bastón, y él me dijo: «No se preocupe, muchacho, a partir de ahora espero que nos veamos con frecuencia, y guardaré su bastón hasta que venga a recogerlo.» Allí lo dejé, con la caja abierta y los papeles ordenados en paquetes sobre la mesa. Era tan tarde que no pude volver a Blackheath; así que pasé la noche en el «Anerley Arms» y no supe nada más hasta que leí la horrible crónica del suceso por la mañana.

—¿Hay algo más que quiera usted preguntar, señor Holmes? —dijo Lestrade, cuyas cejas se habían alzado una o dos veces durante la sorprendente narración.

—No, hasta que haya estado en Blackheath.

—Querrá usted decir en Norwood —dijo Lestrade.

—Ah, sí, seguramente eso es lo que quería decir —respondió Holmes, con su sonrisa enigmática.

Lestrade había aprendido, a lo largo de más experiencias que las que le gustaba reconocer, que aquel cerebro afilado como una navaja podía penetrar en lo que a él le resultaba impenetrable. Vi que miraba a mi compañero con expresión de curiosidad.

—Creo que me gustaría cambiar unas palabras con usted ahora mismo, señor Holmes —dijo—. Señor McFarlane, hay dos de mis agentes en la puerta y un coche aguardando.

El angustiado joven se puso en pie y, dirigiéndonos una última mirada suplicante, salió de la habitación. Los policías lo condujeron al coche, pero Lestrade se quedó con nosotros.

Holmes había recogido las hojas que formaban el borrador del testamento y las estaba examinando, con el más vivo interés reflejado en su rostro.

—Este documento tiene su miga, ¿no cree usted, Lestrade? —dijo, pasándole los papeles.

El inspector los miró con expresión de desconcierto.

—Las primeras líneas se leen bien, y también éstas del centro de la segunda página, y una o dos al final. Tan claro como si fuera letra de imprenta —dijo—. Pero entre medias está muy mal escrito, y hay tres partes donde no se entiende nada.

—¿Y qué saca de eso? —preguntó Holmes.

—Bueno, ¿qué saca usted?

—Que se escribió en un tren; la buena letra corresponde a las estaciones, la mala letra al tren en movimiento, y la malísima al paso por los cambios de agujas. Un experto científico dictaminaría en el acto que se escribió en una línea suburbana, ya que sólo en las proximidades de una gran ciudad puede haber una sucesión tan rápida de cambios de agujas. Si suponemos que la redacción del testamento ocupó todo el viaje, entonces se trataba de un tren expreso, que sólo se detuvo una vez entre Norwood y el Puente de Londres.

Lestrade se echó a reír.

—Me abruma usted cuando empieza con sus teorías, señor Holmes —dijo—. ¿Qué relación tiene esto con el caso?

—Para empezar, corrobora el relato del joven en lo referente a que Jonas Oldacre redactó el testamento durante su viaje de ayer. Es curioso, ¿no le parece?, que alguien redacte un documento tan importante de una forma tan a la ligera. Parece dar a entender que el hombre no pensaba que aquello fuera a tener mucha importancia práctica. Como si no pretendiera que el testamento se llevase a efecto.

—Pues al mismo tiempo estaba redactando su sentencia de muerte —dijo Lestrade.

—¿Eso cree usted?

—¿Usted no?

—Bueno, es bastante posible; pero aún no veo claro el caso.

—¿Que no lo ve claro? Pues si esto no está claro, no sé qué puede estarlo. Tenemos un joven que se entera de repente de que si cierto anciano fallece, él heredará la fortuna. ¿Qué es lo que hace? No le dice nada a nadie y se las arregla, con cualquier pretexto, para visitar a su cliente esa misma noche; espera hasta que se haya acostado la única otra persona de la casa y entonces, en la soledad de la habitación, asesina al viejo, quema el cadáver en la pila de madera y se marcha a dormir a un hotel cercano. Las manchas de sangre encontradas en la habitación y en el bastón son muy ligeras. Es probable que creyera que el crimen no había derramado sangre, y confiara en que si el cuerpo quedaba consumido desaparecerían todas las huellas del método empleado, huellas que por una u otra razón lo señalarían a él. ¿No resulta evidente todo esto?

—Mi buen Lestrade, para mi gusto es un pelín demasiado evidente —dijo Holmes —. La imaginación no figura entre sus grandes cualidades, pero si pudiera por un momento ponerse en el lugar de este joven, ¿habría usted escogido para cometer el crimen precisamente la primera noche después de redactar el testamento? ¿No le habría parecido peligroso establecer una relación tan próxima entre los dos hechos? Y lo que es más: ¿habría usted elegido una ocasión en la que se sabía que estaba usted en la casa, ya que un sirviente le ha abierto la puerta? Y por último: ¿se tomaría usted tantas molestias para hacer desaparecer el cuerpo, dejando al mismo tiempo su bastón para que todos

supieran que es usted el asesino? Confiese, Lestrade, todo eso es muy improbable.

—En cuanto al bastón, señor Holmes, usted sabe tan bien como yo que los criminales a veces se ofuscan y hacen cosas que un hombre sereno no haría. Probablemente, le dio miedo entrar otra vez en la habitación. A ver si puede presentarme otra teoría que encaje con los hechos.

—Podría presentarle media docena con toda facilidad —respondió Holmes—. Aquí tiene, por ejemplo, una muy posible, e incluso probable. Se la ofrezco gratis, como regalo. Un vagabundo que pasa por allí los ve a través de la ventana, que sólo tiene la persiana medio bajada. El abogado se marcha. El vagabundo entra. Coge un bastón que encuentra por ahí, mata a Oldacre y se larga después de quemar el cadáver.

—¿Para qué iba el vagabundo a quemar el cadáver?

—¿Y para qué iba a quemarlo McFarlane?

—Para hacer desaparecer alguna prueba.

—Puede que el vagabundo quisiera ocultar el hecho mismo de que se había cometido un asesinato.

—¿Y cómo es que el vagabundo no se llevó nada?

—Porque se trataba de documentos no negociables. Lestrade sacudió la cabeza, aunque me pareció que ya no sentía la misma seguridad absoluta que antes.

—Bien, señor Sherlock Holmes, puede usted buscar a su vagabundo, y mientras lo busca nosotros nos quedaremos con nuestro hombre. El futuro dirá quién tiene razón. Pero fíjese tan sólo en esto, señor Holmes: hasta donde sabemos, no falta ninguno de los papeles, y el detenido es la única persona del mundo que no tenía ningún motivo para llevárselos, ya que, como heredero legal, pasarían a su poder de todas formas.

Mi amigo pareció impresionado por este comentario.

—No pretendo negar que, en algunos aspectos, las pruebas se inclinan hacia su teoría —dijo—. Lo único que quiero hacer ver es que existen otras teorías

posibles. Como usted ha dicho, el futuro decidirá. Buenos días. Creo poder asegurar que en el transcurso de la jornada me dejaré caer por Norwood para ver cómo le va.

Cuando el policía se hubo marchado, mi amigo se puso en pie y comenzó sus preparativos para la jornada de trabajo, con el aire animado de quien tiene por delante una tarea que le encanta.

—Mi primer movimiento, Watson —dijo mientras se enfundaba en su levita—, será, como ya he dicho, en dirección a Blackheath.

—¿Y por qué no a Norwood?

—Porque en este caso tenemos un suceso muy curioso que viene pisándole los talones a otro suceso igualmente curioso. La policía está cometiendo el error de concentrar su atención en el segundo, porque da la casualidad de que es el único verdaderamente criminal. Pero para mí resulta evidente que la única manera lógica de abordar el caso es comenzando por arrojar alguna luz sobre el primer suceso: ese extraño testamento, redactado tan aprisa y con un heredero tan inesperado. Eso podría contribuir a aclarar lo que sucedió después. No, querido amigo, no creo que pueda usted ayudar. No se vislumbra ningún peligro; de lo contrario, ni se me ocurriría dar un paso sin usted. Confío en que, cuando nos veamos esta tarde, pueda comunicarle que he conseguido hacer algo en favor de este desdichado joven que ha venido a ponerse bajo mi protección.

Era ya tarde cuando regresó mi amigo, y se notaba a primera vista, por su expresión preocupada y ansiosa, que las grandes esperanzas con que había salido de casa no se habían cumplido. Se pasó una hora sacándole sonidos al violín, en un intento de apaciguar sus excitados ánimos. Por último, dejó a un lado el instrumento y me soltó un relato detallado de sus desventuras.

—Todo va mal, Watson. No podría ir peor. Mantuve el tipo ante Lestrade, pero por mi alma que parece que, por una vez, el tipo anda por buen camino y nosotros por el malo. Todos mis instintos apuntan en una dirección y todos los hechos en la otra, y mucho me temo que los jurados británicos aún no han alcanzado el nivel de inteligencia necesario para que den preferencia a mis teorías sobre los hechos de Lestrade.

—¿Ha estado usted en Blackheath?

—Sí, Watson, estuve allí y no tardé en averiguar que el difunto y llorado Oldacre era un pájaro de mucho cuidado. El padre había salido a ver a su hijo. La madre estaba en casa: una mujercita tierna, de ojos azules, que temblaba de miedo e indignación. Naturalmente, se negaba a admitir la mera posibilidad de que su hijo fuera culpable, pero tampoco manifestó ni sorpresa ni pena por la suerte de Oldacre. Por el contrario, habló de él con tal rabia que, sin darse cuenta, estaba reforzando considerablemente la hipótesis de la policía, ya que si su hijo la hubiera oído hablar del muerto en semejantes términos, no cabe duda de que se habría sentido predispuesto al odio y a la violencia. «Más que un ser humano, era un mono astuto y maligno —dijo—, y siempre lo fue, desde que era joven.»
—¿Lo conoció usted entonces? —pregunté yo.

—Sí, lo conocí muy bien; en realidad, fue pretendiente mío. Gracias a Dios que tuve el buen sentido de dejarlo y casarme con un hombre mejor, aunque fuera más pobre. Estábamos prometidos, señor Holmes, pero entonces me contaron una historia espantosa sobre él: que había soltado un gato dentro de una pajarera, y aquella crueldad tan brutal me horrorizó tanto que no quise saber nada más de él —se puso a rebuscar en un escritorio y por fin sacó una fotografía de una mujer, toda cortada y apuñalada con un cuchillo—. Esta fotografía es mía, dijo. Él me la envió en este estado, junto con una maldición, la mañana de mi boda.

—Bueno —dije yo—, al menos parece que al final la perdonó, puesto que le dejó

a su hijo todo lo que poseía.

—Ni mi hijo ni yo queremos nada de Jonas Oldacre, ni vivo ni muerto —exclamó ella con mucha dignidad—. Hay un Dios en los cielos, señor Holmes, y ese mismo Dios, que ha castigado a ese malvado, demostrará a su debido tiempo que las manos de mi hijo no se han manchado con su sangre.

Procuré seguir una o dos pistas, pero no encontré nada a favor de nuestra hipótesis, y sí varios detalles en contra. Por último, me rendí y me dirigí a Norwood. La casa en cuestión, Deep Dene House, es una residencia grande y moderna, de ladrillo descubierto, con terrenos propios y un césped delante, en el que hay plantados varios grupos de laureles. A la derecha, y a cierta distancia de la carretera, se encuentra el almacén de madera donde se produjo el incendio. Aquí tiene un plano aproximado, en esta hoja de mi cuaderno. Esta ventana de la izquierda es la de la habitación de Oldacre. Como puede ver, la habitación se ve

perfectamente desde la carretera. Es el único detalle consolador que he obtenido en todo el día. Lestrade no estaba allí, pero un cabo de la policía me hizo los honores. Acababan de hacer un gran descubrimiento. Se habían pasado la mañana hurgando entre las cenizas de madera quemada y, además de los restos orgánicos carbonizados que tenían, encontraron varios discos metálicos desconocidos. Los examiné con atención y no cabía la menor duda de que se trataba de botones de pantalón. Hasta se distinguía en uno de ellos la marca "Hyams", que es el nombre del sastre de Oldacre. A continuación, examiné minuciosamente el césped, en busca de rastros y huellas, pero esta sequía lo ha dejado todo duro como el hierro. No se veía nada, exceptuando que un cuerpo o un bulto grande había sido arrastrado a través de un seto bajo de aligustre que hay delante de la pila de madera. Todo eso, por supuesto, concuerda con la teoría oficial. Me arrastré por el césped bajo el sol de agosto. Pero al cabo de una hora tuve que levantarme, sin haber sacado nada en limpio.

Después de este fracaso, pasé al dormitorio y lo inspeccioné también. Las manchas de sangre eran muy ligeras, meras gotitas borrosas, pero recientes sin lugar a dudas. Se habían llevado el bastón, pero sabemos que también en él las manchas eran pequeñas. No hay duda de que el bastón pertenece a nuestro cliente. Él mismo lo reconoce. En la alfombra se advertían las pisadas de los dos hombres, pero no había ni rastro de una tercera persona; otra baza para la parte contraria. Ellos no paran de anotarse tantos y nosotros seguimos parados. Sólo vislumbré una chispita de esperanza, y aun así se quedó en nada. Examiné el contenido de la caja fuerte, que estaba casi todo sacado y colocado sobre la mesa. Los papeles se habían distribuido en sobres lacrados, uno o dos de los cuales habían sido abiertos por la policía. Por lo que pude apreciar, no tenían mucho valor, y tampoco la cuenta bancaria indicaba que el señor Oldacre se encontrara en una situación muy boyante. Sin embargo, me dio la impresión de que allí faltaban documentos. Encontré alusiones a ciertas escrituras —posiblemente las más valiosas— que no aparecían por ninguna parte. Naturalmente, si pudiéramos demostrar esto, volveríamos el argumento de Lestrade en contra suya, porque ¿quién iba a robar una cosa que sabe que no tardará en heredar?

Por último, tras husmear por todas partes sin llegar a olfatear nada, probé suerte con el ama de llaves, la señora Lexington, una mujer pequeña, morena y callada, de ojos recelosos y mirada torva. Si quisiera, podría decirnos algo, estoy convencido de ello. Pero se cerró como una tumba. Sí, había abierto la puerta al señor McFarlane a las nueve y media. Ojalá se le hubiera secado la mano antes

de hacerlo. Se había ido a la cama a las diez y media. Su habitación está al otro extremo de la casa y no oyó nada de lo que ocurría. El señor McFarlane había dejado en el vestíbulo su sombrero y, según creía recordar, también su bastón. Se había despertado al oír la alarma de incendio. Era indudable que su pobre y querido señor había sido asesinado. ¿Tenía Oldacre algún enemigo? Bueno, todo el mundo tiene algún enemigo, pero el señor Oldacre sólo se ocupaba de sus asuntos y no se trataba con nadie más que por cuestiones de negocios. Había visto los botones y estaba segura de que pertenecían a la ropa que Oldacre llevaba puesta aquella noche. La madera estaba muy seca, porque llevaba un mes sin llover. Ardió como la estopa, y cuando ella llegó al almacén no se veían más que llamas. Tanto ella como los bomberos habían notado el olor a carne quemada. No sabía nada de los documentos, ni de los asuntos privados del señor Oldacre.

Y aquí tiene, querido Watson, el informe completo de mi fracaso. Y sin embargo..., y sin embargo... —apretó sus huesudas manos en un paroxismo de convicción—, yo sé que todo es un error. Lo siento en los huesos. Hay algo que no ha salido a la luz, y esa ama de llaves está enterada de ello. Había en sus ojos una especie de desafío rencoroso que siempre acompaña al sentimiento de culpa. Sin embargo, de nada sirve seguir hablando de ello, Watson; como no tengamos un golpe de suerte, mucho me temo que el Caso de la Desaparición de Norwood no figurará en esta futura crónica de nuestros éxitos que el paciente público tendrá que soportar tarde o temprano.

—Supongo —dije yo— que el aspecto del joven influirá favorablemente en cualquier jurado.

—Ese argumento es muy peligroso, querido Watson. Acuérdese de Bert Stevens, aquel terrible asesino que pretendió que le sacásemos de apuros en el 87. ¿Ha conocido a algún hombre de modales tan suaves, tan de catequesis, como aquél?

—Es cierto.

—A menos que consigamos establecer una hipótesis alternativa, nuestro hombre está perdido. Resulta difícil encontrar un punto flaco en la acusación que ahora mismo puede presentarse contra él, y todas las investigaciones realizadas han servidlo para reforzarla. Por cierto, existe un detalle curioso en esos papeles que quizás podría servirnos de punto de partida para nuestras pesquisas. Al examinar la cuenta bancaria, descubrí que el saldo tan bajo que presenta se debe

principalmente a una serie de cheques por cantidades importantes que se han librado durante el último año a favor de un tal Cornelius. Confieso que me gustaría mucho saber quién puede ser este señor Cornelius al que un constructor retirado transfiere sumas tan elevadas. ¿Es posible que tenga algo que ver en el asunto? Podría tratarse de un agente de bolsa, pero no hemos encontrado ningún título que corresponda a dichos pagos. Mucho me temo, querido camarada, que nuestro caso tenga un final poco glorioso, con Lestrade ahorcando a nuestro cliente, lo cual, sin duda, constituirá un triunfo para Scotland Yard.

Ignoro si Sherlock Holmes llegó a dormir algo aquella noche, pero cuando bajé a desayunar me lo encontré, pálido e inquieto, con sus brillantes ojos aún más brillantes a causa de las oscuras ojeras que los rodeaban. Alrededor de su silla, la alfombra estaba cubierta de colillas y de las primeras ediciones de los periódicos de la mañana.

Sobre la mesa había un telegrama abierto.

—¿Qué le parece esto, Watson? —preguntó, extendiéndomelo. Venía de Norwood y decía lo siguiente:

«Nuevas e importantes pruebas. Culpabilidad McFarlane demostrada definitivamente. Aconsejo abandone caso.

Lestrade.»

—Parece que va en serio —dije.

—Es el cacareo de victoria de Lestrade —respondió Holmes con una sonrisa amarga—. Sin embargo, sería prematuro abandonar el caso. Al fin y al cabo, las pruebas nuevas e importantes son un arma de doble filo, y bien pudiera ser que cortaran en dirección muy diferente a la que Lestrade imagina. Tómese el desayuno, Watson, e iremos juntos a ver qué podemos hacer. Me parece que hoy voy a necesitar su compañía y su apoyo moral.

Mi amigo no había desayunado, porque una de sus manías era la de no tomar alimento alguno en los momentos de más tensión, y alguna vez lo he visto confiar en su resistencia de hierro hasta caer desmayado por pura inanición. «En estos momentos no puedo malgastar energías y fuerza nerviosa en una digestión», solía decir en respuesta a mis recriminaciones médicas. Así pues, no me sorprendió que aquella mañana dejara el desayuno sin tocar y saliera conmigo hacia Norwood. Todavía había un montón de mirones morbosos en torno a Deep Dene House, que era una típica residencia suburbana, tal como yo me la había imaginado. Lestrade salió a recibirnos nada más cruzar la puerta, con la victoria reflejada en el rostro y los modales agresivos de un triunfador.

—Y bien, señor Holmes, ¿ha demostrado ya lo equivocados que estamos?

¿Encontró ya a su vagabundo? —exclamó.

—Todavía no he llegado a ninguna conclusión —respondió mi compañero.

—Pero nosotros ya llegamos a la nuestra ayer, y ahora se ha demostrado que era la acertada. Tendrá que reconocer que esta vez le hemos sacado un poco de delantera, señor Holmes.

—Desde luego, da usted la impresión de que ha ocurrido algo extraordinario —dijo Holmes.

Lestrade se echó a reír ruidosamente.

—No le gusta que le venzan, como a cualquiera —dijo—. Pero uno no puede esperar salirse siempre con la suya, ¿no cree, doctor Watson? Pasen por aquí, por favor, caballeros, y creo que podré convencerles de una vez por todas de que fue John McFarlane quien cometió este crimen.

Nos guió a través de un pasillo que desembocaba en un oscuro vestíbulo.

—Por aquí debió venir el joven McFarlane a recoger su sombrero después de cometer el crimen —dijo—. Y ahora, fíjese en esto.

Con un gesto dramático, encendió una cerilla e iluminó con su llama una mancha de sangre en la pared encalada. Era la huella inconfundible de un dedo pulgar. —Examínela con su lupa, señor Holmes.

—Sí, eso hago.

—Estará usted al corriente de que no existen dos huellas dactilares iguales.

—Algo de eso he oído decir.

—Muy bien, pues entonces haga el favor de comparar esta huella con esta impresión en cera del pulgar derecho del joven McFarlane, tomada por orden mía esta mañana.

Colocó la impresión en cera junto a la mancha de sangre, y no hacía falta ninguna lupa para darse cuenta de que las dos marcas estaban hechas, sin lugar a dudas, por el mismo pulgar. Tuve la seguridad de que nuestro desdichado cliente estaba perdido.

—Esto es definitivo —dijo Lestrade.

—Sí, es definitivo —repetí yo, casi sin darme cuenta.

—Es definitivo —dijo Holmes.

Creí percibir algo raro en su tono y me volví para mirarlo. En su rostro se había producido un cambio extraordinario. Estaba temblando de regocijo contenido. Sus ojos brillaban como estrellas. Me pareció que hacía esfuerzos desesperados por contener un ataque convulsivo de risa.

—¡Caramba, caramba! —exclamó por fin—. ¡Vaya, vaya! ¿Quién lo iba a pensar? ¡Qué engañosas pueden ser las apariencias, ya lo creo! ¡Un joven de aspecto tan agradable! Debe servirnos de lección para que no nos fiemos de nuestras impresiones, ¿no cree, Lestrade?

—Pues sí, hay gente que tiende a creerse infalible, señor Holmes —dijo Lestrade.

Su insolencia resultaba insufrible, pero no podíamos darnos por ofendidos.

—¡Qué cosa más providencial que el joven fuera a apretar el pulgar derecho contra la pared al coger su sombrero de la percha! ¡Una acción tan natural, si nos ponemos a pensar en ello! —Holmes estaba tranquilo por fuera, pero todo su cuerpo se estremecía de emoción reprimida mientras hablaba—. Por cierto,

Lestrade, ¿quién hizo este sensacional descubrimiento?

—El ama de llaves, la señora Lexington, fue quien se lo hizo notar al policía que hacía la guardia de noche.

—¿Dónde estaba el policía de noche?

—Se quedó de guardia en el dormitorio donde se cometió el crimen, para que nadie tocase nada.

—¿Y cómo es que la policía no vio esta huella ayer?

—Bueno, no teníamos ningún motivo especial para examinar con detalle el vestíbulo. Además, no está en un lugar muy visible, como puede apreciar.

—No, no, claro que no. Supongo que no hay ninguna duda de que la huella estaba aquí ayer.

Lestrade miró a Holmes como si pensara que éste se había vuelto loco. Confieso que yo mismo estaba sorprendido, tanto de, su comportamiento jocoso como de aquel extravagante comentario.

—A lo mejor piensa usted que McFarlane salió de su celda en el silencio de la noche con objeto de reforzar la evidencia en su contra —dijo Lestrade—. Emplazo a cualquier especialista del mundo a que diga si ésta es o no la huella de su pulgar.

—Es la huella de su pulgar, sin lugar a discusión.

—Bien, pues con eso me basta —dijo Lestrade—. Soy un hombre práctico, señor Holmes, y cuando reúno mis pruebas saco mis conclusiones. Si tiene usted algo que decir, me encontrará en el cuarto de estar, redactando mi informe.

Holmes había recuperado su ecuanimidad, aunque todavía me parecía detectar en su expresión destellos de regocijo.

—Vaya por Dios, qué mal se ponen las cosas, ¿no cree, Watson? —dijo—. Y sin embargo, existen algunos detalles que parecen ofrecer alguna esperanza a nuestro cliente.

—Me alegra mucho saberlo —dije yo, de todo corazón—. Me temía ya que todo había terminado para él.

—Pues yo no diría tanto, querido Watson. Lo cierto es que existe un fallo verdaderamente grave en esta evidencia a la que nuestro amigo atribuye tanta importancia.

—¿De verdad, Holmes? ¿Y cuál es?

—Tan sólo esto: que me consta que esa huella no estaba ahí cuando yo examiné esta pared ayer. Y ahora, Watson, salgamos a dar un paseíto al sol.

Con la mente confusa, pero sintiendo renacer en el corazón una llama de esperanza, acompañé a mi amigo en su paseo por el jardín. Holmes examinó una a una y con gran interés todas las fachadas de la casa. A continuación, entró en ella e inspeccionó todo el edificio, desde el sótano a los áticos. La mayoría de las habitaciones estaban desamuebladas, pero aun así, Holmes las examinó minuciosamente. Por último, en el pasillo del piso superior, al que daban tres habitaciones deshabitadas, volvió a acometerle el espasmo de risa.

—Desde luego, esta casa tiene aspectos muy curiosos, Watson —dijo—. Creo que va siendo hora de que pongamos al corriente a nuestro amigo Lestrade. Él ha pasado un buen rato a costa nuestra, y puede que nosotros lo pasemos a costa suya, si mi interpretación del problema resulta ser correcta. Sí, sí, creo que ya sé cómo tenemos que hacerlo.

El inspector de Scotland Yard estaba aún escribiendo en la salita cuando llegó Holmes a interrumpirle.

—Tengo entendido que está usted redactando un informe sobre este caso —dijo.

—Así es.

—¿No le parece que quizá sea un poco prematuro? No puedo dejar de pensar que sus pruebas no son concluyentes.

Lestrade conocía demasiado bien a mi amigo para no hacer caso de sus palabras.

Dejó la pluma y le miró con gesto de curiosidad.

—¿Qué quiere usted decir, señor Holmes?

—Sólo que hay un testigo muy importante, al que usted todavía no ha visto.

—¿Puede usted presentármelo?

—Creo que sí.

—Pues hágalo.

—Haré lo que pueda. ¿Cuántos policías tiene usted aquí?

—Hay tres al alcance de mi voz.

—¡Excelente! —dijo Holmes—. ¿Puedo preguntar si son todos hombres grandes y fuertes, con voces potentes?

—Estoy seguro de que sí, aunque no sé qué tienen que ver sus voces con esto.

—Tal vez yo pueda ayudarle a comprender eso, y una o dos cosillas más —dijo Holmes—. Haga el favor de llamar a sus hombres y lo intentaré.

Cinco minutos más tarde, los tres policías estaban reunidos en el vestíbulo.

—En el cobertizo de fuera encontrarán una considerable cantidad de paja —dijo

Holmes—. Les ruego que traigan un par de brazadas. Creo que resultarán de suma utilidad para convocar al testigo que necesitamos. Muchas gracias. Watson, creo que lleva usted cerillas en el bolsillo. Y ahora, señor Lestrade, le ruego que me acompañe al piso de arriba.

Como ya he dicho, en aquel piso había un amplio pasillo al que daban tres habitaciones vacías. Sherlock Holmes nos condujo hasta un extremo de dicho pasillo. Los policías sonreían y Lestrade miraba a mi amigo con una expresión en la que se alternaban el asombro, la impaciencia y la burla. Holmes se plantó ante nosotros con el aire de un mago que se dispone a ejecutar un truco.

—¿Haría el favor de enviar a uno de sus agentes a por dos cubos de agua? Pongan la paja aquí en el suelo, separada de las paredes. Bien, creo que todo está listo.

La cara de Lestrade había empezado a ponerse roja de irritación.

—¿Es que pretende jugar con nosotros, señor Sherlock Holmes? —dijo—. Si sabe algo, podría decirlo sin tanta payasada.

—Le aseguro, mi buen Lestrade, que tengo excelentes razones para todo lo que hago. Tal vez recuerde usted el pequeño pitorreo que se corrió a costa mía cuando el sol parecía dar en su lado de la valla, así que no debe reprocharme ahora que yo le eche un poco de pompa y ceremonia. ¿Quiere hacer el favor, Watson, de abrir la ventana y luego aplicar una cerilla al borde de la paja?

Hice lo que me pedía, y pronto se levantó una columna de humo gris, que la corriente hizo girar a lo largo del pasillo mientras la paja seca ardía y crepitaba.

—Ahora, veamos si logramos encontrar a su testigo, Lestrade. Hagan todos el favor de gritar «fuego». Vamos allá: uno, dos, tres...

—¡Fuego! —gritamos todos a coro.

—Gracias. Por favor, otra vez.

—¡Fuego!

—Sólo una vez más, caballeros, todos a una.

—¡¡Fuego!! —el grito debió resonar en todo Norwood.

Apenas se habían extinguido sus ecos cuando sucedió algo asombroso. De pronto se abrió una puerta en lo que parecía ser una pared maciza al extremo del pasillo, y un hombrecillo arrugado salió corriendo por ella, como un conejo de su madriguera.

—¡Perfecto! —dijo Holmes muy tranquilo—. Watson, eche un cubo de agua sobre la paja. Con eso bastará. Lestrade, permita que le presente al testigo fundamental que le faltaba: el señor Jonas Oldacre.

El inspector miraba al recién llegado mudo de asombro. Éste, a su vez, parpadeaba a causa de la fuerte luz del pasillo y nos miraba a nosotros y al fuego a punto de apagarse. Tenía una cara repugnante, astuta, cruel, maligna, con ojos grises e inquietos y pestañas blancas.

—¿Qué significa esto? —dijo por fin Lestrade—. ¿Qué ha estado usted haciendo todo este tiempo, eh?

Oldacre dejó escapar una risita nerviosa, retrocediendo ante el rostro furioso y enrojecido del indignado policía.

—No he causado ningún daño.

—¿Qué no ha causado daño? Ha hecho todo lo que ha podido para que ahorquen a un inocente. Y de no ser por este caballero, no estoy seguro de que no lo hubiera conseguido.

La miserable criatura se puso a gimotear.

—Se lo aseguro, señor, no era más que una broma.

—¿Conque una broma, eh? Pues le prometo que no será usted quien se ría. Llévenselo abajo y ténganlo en la salita hasta que yo llegue. Señor Holmes —continuó cuando los demás se hubieron ido—, no podía hablar delante de los agentes, pero no me importa decir, en presencia del doctor Watson, que esto ha sido lo más brillante que ha hecho usted en su vida, aunque para mí sea un misterio cómo lo ha logrado. Ha salvado la vida de un inocente y ha evitado un escándalo gravísimo, que habría arruinado mi reputación en el Cuerpo.

Holmes sonrió y palmeó a Lestrade en el hombro.

—En lugar de verla arruinada, amigo mío, va usted a ver enormemente acrecentada su reputación. Basta con que introduzca unos ligeros cambios en ese informe que estaba redactando, y todos comprenderán lo difícil que es pegársela al inspector Lestrade.

—¿No desea usted que aparezca su nombre?

—De ningún modo. El trabajo lleva consigo su propia recompensa. Quizás yo también reciba algún crédito en un día lejano, cuando permita que mi leal historiador vuelva a emborronar cuartillas, ¿eh, Watson?, ahora, veamos cómo era el escondrijo de esa rata.

A unos dos metros del extremo del pasillo se había levantado un tabique de listones y yeso, con una puerta hábilmente disimulada. El interior recibía la luz a

través de ranuras abiertas bajo los aleros. Dentro del escondrijo había unos pocos muebles, provisiones de comida y agua y una buena cantidad de libros y documentos.

—Estas son las ventajas de ser constructor —dijo Holmes al salir—. Uno puede arreglarse un escondite sin necesidad de ningún cómplice..., exceptuando, por supuesto, a esa alhaja de ama de llaves, a la que yo metería también al saco sin pérdida de tiempo, Lestrade.

—Seguiré su consejo. Pero ¿cómo descubrió usted este lugar, señor Holmes?

—Llegué a la conclusión de que el tipo estaba escondido en la casa. Y cuando medí este pasillo, contando los pasos, y descubrí que era dos metros más corto que el del piso de abajo, me resultó evidente dónde se encontraba. Pensé que le faltarían agallas para quedarse quieto al oír la alarma de fuego. Naturalmente, podríamos haber irrumpido por las buenas y detenerlo, pero me pareció divertida la idea de hacer que se descubriera él mismo. Y además, Lestrade, le debía a usted una pequeña mascarada por sus chuflas de esta mañana.

—Pues la verdad, señor, ahora hemos quedado en paz. Pero ¿cómo demonios sabía que ese individuo estaba en la casa?

—La huella del pulgar, Lestrade. Usted mismo dijo que era definitiva, y ya lo creo que lo era, aunque en otro sentido. Yo sabía que el día anterior no estaba ahí. Presto mucha atención a los detalles, como quizás haya observado, y había examinado la pared. Me constaba que el día anterior estaba limpia. Por tanto, la huella se había dejado durante la noche.

—Pero, ¿cómo?

—Muy sencillo. Cuando estuvieron lacrando esos paquetes, Jonas Oldacre hizo que McFarlane sujetara uno de los sellos colocando el dedo pulgar sobre el lacre aún caliente. Debió de suceder de manera tan rápida y natural que me atrevería a decir que el joven ni se dio cuenta. Lo más probable es que ocurriera como le digo, y que ni el mismo Oldacre pensara en sacarle partido. Pero luego, mientras le daba vueltas al asunto en esa madriguera suya, se le debió ocurrir de pronto que la huella del pulgar podía servirle para aportar una prueba absolutamente condenatoria contra McFarlane. Era la cosa más fácil del mundo sacar una impresión en cera del sello, humedecerla con la sangre que saliera de un pinchazo y aplicar la marca a la pared durante la noche, bien por su propia mano,

bien por la de su ama de llaves. Si examina estos documentos que se llevó a su refugio, le apuesto lo que quiera a que encuentra el sello con la huella del pulgar.

—¡Maravilloso! —exclamó Lestrade—. ¡Maravilloso! Tal como usted lo expone, está claro como el agua. Pero ¿qué objeto tenía este siniestro engaño, señor Holmes?

Resultaba divertidísimo ver cómo los modales presuntuosos del inspector se habían transformado de pronto en los de un niño que hace preguntas a su maestro.

—Bueno, no creo que sea difícil de explicar. Ese caballero que nos aguarda abajo es una persona de lo más astuta, maligna y vengativa. ¿Sabía usted que la madre de McFarlane lo rechazó hace tiempo? ¡Claro que no! Ya le dije que primero había que ir a Blackheath y luego a Norwood. Pues bien, aquel insulto, que es como él lo consideraba, quedó enquistado en su mente malvada y calculadora. Toda su vida ha anhelado vengarse, pero nunca se le presentó la oportunidad. Durante los últimos años, las cosas no le han ido bien —especulaciones secretas, supongo— y se encontraba en situación apurada. Entonces decidió defraudar a sus acreedores, y para ello pagó fuertes cantidades a un tal señor Cornelius, que sospecho que es él mismo con otro nombre. Aún no he seguido la pista de estos cheques, pero estoy seguro de que el propio Oldacre los cobró en algún pueblo de provincias donde, de cuando en cuando, lleva una doble vida. Se proponía cambiar definitivamente de nombre, recoger el dinero y desaparecer, para iniciar una nueva vida en otra parte.

—Parece bastante verosímil.

—Debió ocurrírsele que desapareciendo se libraba para siempre de sus acreedores y, al mismo tiempo, podría disfrutar de una cumplida y demoledora venganza contra su antigua novia, si conseguía dar la impresión de que el hijo de ésta lo había asesinado. Como canallada, era una obra maestra y la ha llevado a cabo como un auténtico maestro. La idea del testamento, que aportaría un móvil convincente para el crimen, la visita secreta sin que los padres lo supieran, el escamoteo del bastón, la sangre, los restos de animales y los botones encontrados entre las cenizas... todo ha sido admirable. Pero le ha faltado el don supremo del artista, el de saber cuándo hay que pararse. Quiso mejorar lo que ya era perfecto, estrechar aún más el lazo en torno al cuello de su desgraciada víctima... y lo echó todo a perder. Bajemos, Lestrade, hay una o dos preguntas que me gustaría

hacerle a ese tipo.

La maligna criatura estaba sentada en su propia sala, con un policía a cada lado.

—Era una broma, señor, nada más que una broma —gemía sin cesar—. Le aseguro, señor, que me escondí sólo para ver qué efecto producía mi desaparición, y estoy seguro de que no cometerá usted la injusticia de imaginar que yo habría permitido que le ocurriese nada malo al pobre joven McFarlane.

—Eso lo decidirá el jurado —dijo Lestrade—. En cualquier caso, vamos a detenerlo bajo la acusación de conspiración, si es que no le acusamos de asesinato frustrado.

—Y es muy probable que se encuentre con que sus acreedores embargan la cuenta bancaria del señor Cornelius —dijo Holmes.

El hombrecillo dio un respingo y clavó sus malignos ojos en mi amigo.

—Tengo mucho que agradecerle —dijo—. Puede que algún día ajustemos cuentas.

Holmes sonrió con aire indulgente.

—Me temo que durante unos cuantos años va a estar muy ocupado —dijo—. Por cierto, ¿qué es lo que metió en la pila de madera, junto a sus pantalones viejos? ¿Un perro muerto, conejos o qué? ¿No quiere decirlo? ¡Vaya por Dios, qué poco amable es usted! En fin, me atrevería a decir que con un par de conejos bastaría para explicar la sangre y los restos calcinados. Si alguna vez escribe usted un pequeño relato de esto, Watson, puede apañarse con los conejos.

3. La aventura de los monigotes

Holmes llevaba varias horas sentado en silencio, con su larga y delgada espalda doblada sobre un recipiente químico en el que hervía un preparado particularmente maloliente. Tenía la cabeza caída sobre el pecho y, desde donde yo lo miraba, parecía un pajarraco larguirucho, con plumaje gris mate y un copete negro.

—Y bien, Watson —dijo de repente—, ¿de modo que no piensa usted invertir en valores sudafricanos?

Di un respingo de sorpresa. Aunque estaba acostumbrado a las asombrosas facultades de Holmes, aquella repentina intromisión en mis pensamientos más íntimos resultaba completamente inexplicable.

—¿Cómo demonios sabe usted eso? —pregunté.

Holmes dio media vuelta sin levantarse de su banqueta, con un humeante tubo de ensayo en la mano y un brillo burlón en sus hundidos ojos.

—Vamos, Watson, confiese que se ha quedado completamente estupefacto.

—Así es.

—Debería hacerle firmar un papel reconociéndolo.

—¿Por qué?

—Porque dentro de cinco minutos dirá usted que todo era sencillísimo.

—Estoy seguro de que no diré nada semejante.

—Verá usted, querido Watson —colocó el tubo de ensayo en su soporte y comenzó a disertar con el aire de un profesor dirigiéndose a su clase—, la verdad es que no resulta muy difícil construir una cadena de inferencias, cada una de las cuales depende de la anterior y es, en sí misma, muy sencilla. Si después de

hacer eso se suprimen todas las inferencias intermedias y sólo se le presentan al público el punto de partida y la conclusión, se puede conseguir un efecto sorprendente, aunque puede que un tanto chabacano. Pues bien: lo cierto es que no resultó muy difícil, con sólo inspeccionar el surco que separa su dedo pulgar del índice, deducir con toda seguridad que no tiene usted intención de invertir su modesto capital en las minas de oro.

—No veo ninguna relación.

—Seguro que no; pero se la voy a hacer ver en seguida. He aquí los eslabones que faltan en la sencillísima cadena: Uno: cuando regresó anoche del club, tenía usted tiza entre el dedo pulgar y el índice. Dos: usted se aplica tiza en ese lugar cuando juega al billar, para dirigir el taco. Tres: usted no juega al billar más que con Thurston. Cuatro: hace cuatro semanas, me dijo usted que Thurston tenía una opción para comprar ciertas acciones sudafricanas, que expiraría al cabo de un mes y que deseaba compartir con usted. Cinco: su talonario de cheques está guardado en mi escritorio y no me ha pedido usted la llave. Seis: por tanto, no tiene usted intención de invertir su dinero en este negocio.

—¡Pero si es sencillísimo! —exclamé.

—Ya lo creo —dijo él, un poco escocido—. Todos los problemas le parecen infantiles después de que se los hayan explicado. Pues aquí tiene uno sin explicación. A ver qué saca usted de esto, amigo Watson.

Arrojó sobre la mesa una hoja de papel y volvió a enfrascarse en sus análisis químicos. Yo miré desconcertado el absurdo jeroglífico dibujado en el papel.

—¡Pero, Holmes, si es un dibujo hecho por un niño! —exclamé.

—Ah, ¿eso le parece?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Eso es precisamente lo que le gustaría saber al señor Hilton Cubitt, de Ridling Thorpe Manor, Norfolk. Este pequeño rompecabezas llegó con el primer reparto del correo, y el caballero en cuestión iba a venir en el siguiente tren. Han llamado a la puerta, Watson. No me extrañaría que fuera él.

Se oyeron fuertes pasos en la escalera y un instante después entró en la

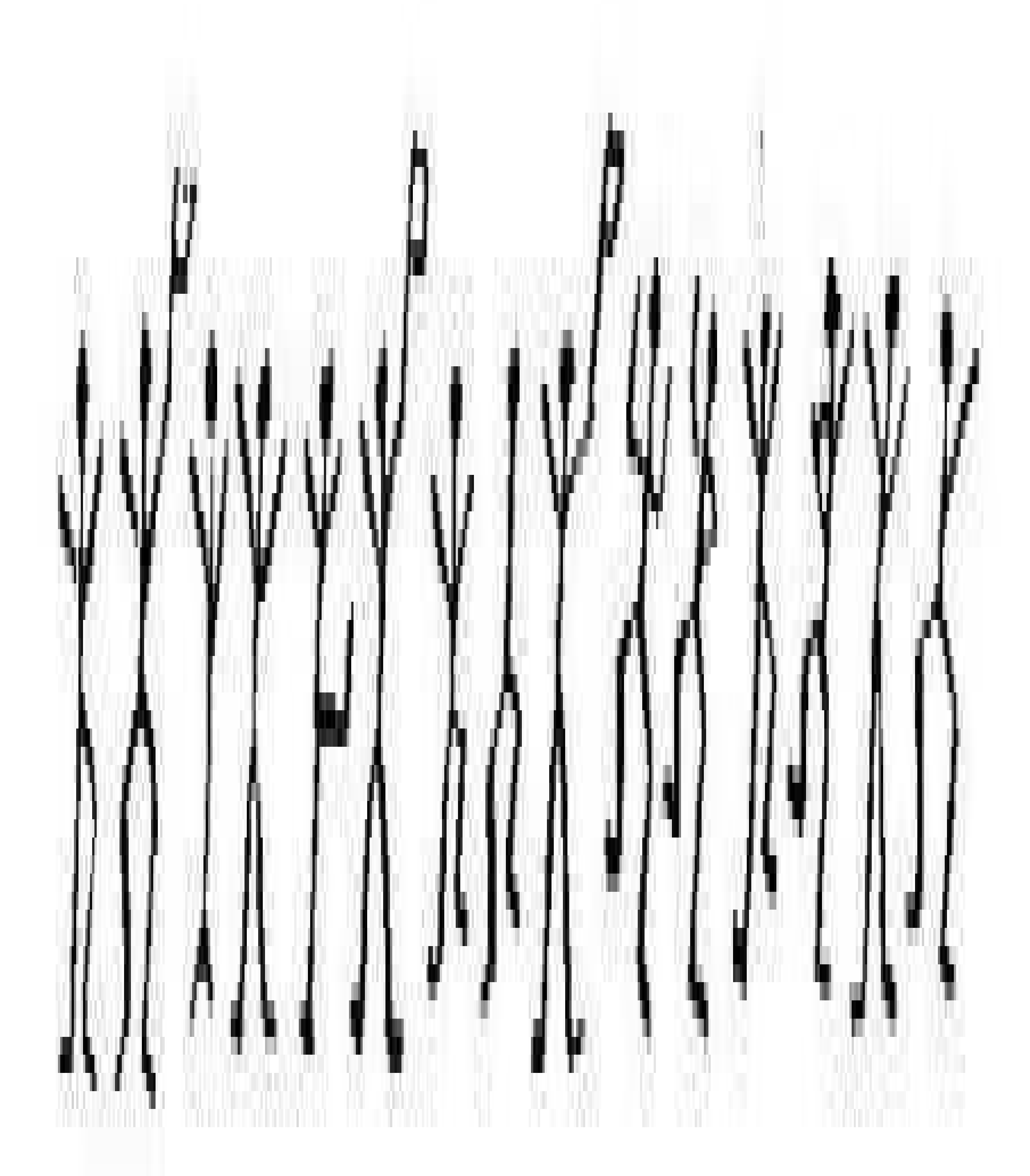
habitación un caballero alto, colorado, bien afeitado, con ojos claros y mejillas sonrosadas que indicaban que vivía lejos de las nieblas de Baker Street. Al entrar, pareció que entraba con él un soplo del aire fresco, sano y vivificante de la costa este. Después de estrecharnos las manos a los dos, se disponía a sentarse cuando su mirada fue a posarse en el papel con los extraños dibujos, que yo acababa de examinar y había dejado sobre la mesa.

—Y bien, señor Holmes ¿qué ha sacado de eso? —preguntó—. Me dijeron que le gustaban a usted los misterios extravagantes, y no creo que pueda encontrar uno más extravagante que éste. Le envié el papel por delante para que tuviera tiempo de estudiarlo antes de que llegara yo.

—Desde luego, se trata de un documento muy curioso —dijo Holmes—. A primera vista, podría pensarse que no es más que un juego de niños. Son una serie de monigotes ridículos que parecen estar bailando. ¿Por qué le atribuye usted tanta importancia a una cosa tan grotesca?

—No soy yo, señor Holmes, es mi esposa. Esto la tiene muerta de miedo. No dice nada, pero puedo advertir el terror en sus ojos. Por eso quiero llegar al fondo del asunto.

Holmes levantó el papel para que le diera de lleno la luz del sol. Era una página arrancada de un cuaderno. Los dibujos estaban hechos a lápiz y eran tal como sigue:



Holmes examinó el papel durante un buen rato y después lo dobló con cuidado y lo guardó en su cuaderno de bolsillo.

—Este promete ser un caso de lo más interesante e insólito —dijo—. En su carta me informaba usted de algunos pormenores, señor Cubitt, pero le agradecería muchísimo que lo repitiera todo, en beneficio de mi amigo el señor Watson.

—No se me da muy bien contar historias —dijo nuestro visitante, cerrando y abriendo con nerviosismo sus grandes y fuertes manos—, así que no vacile en preguntarme si algo no queda claro. Empezaré por mi boda, que tuvo lugar hace un año. Pero, antes que nada, quiero decirles que, aunque no soy un hombre rico, mi familia lleva viviendo en Ridling Thorpe desde hace cinco siglos, y no existe una familia más conocida en todo el condado de Norfolk. El año pasado vine a Londres para la Fiesta de Aniversario y me alojé en una casa de huéspedes de Russell Square, porque allí era donde se alojaba Parker, el vicario de nuestra parroquia. También estaba allí una señorita americana apellidada Patrick, Elsie Patrick. No sé cómo, nos hicimos amigos, y antes de un mes yo estaba tan enamorado como puede estarlo un hombre. Nos casamos discretamente en el registro civil y regresamos a Norfolk convertidos en matrimonio. Le parecerá a usted una locura, señor Holmes, que un hombre perteneciente a una antigua e ilustre familia se case de esta manera, sin saber nada del pasado ni de la familia de su esposa; pero si la viera y la conociera, no le costaría tanto entenderlo.

Ella se portó con absoluta honradez. No se puede decir que no me diera toda clase de facilidades para romper el compromiso si yo lo deseaba. He tenido en mi vida algunas compañías muy desagradables —me dijo—. Quiero olvidarme de ellas y preferiría no mencionar nunca el pasado, porque me resulta muy doloroso. Si me aceptas, Hilton, te llevarás una mujer que no tiene nada de qué avergonzarse personalmente; pero tendrás que aceptar mi palabra y permitirme guardar silencio sobre todo lo que sucedió hasta el momento en que llegué a ser tuya. Si estas condiciones te resultan inaceptables, regresa a Norfolk y déjame seguir con la vida solitaria que llevaba cuando me encontraste. Estas fueron las palabras exactas que me dijo el día antes de nuestra boda. Yo le contesté que aceptaba gustoso sus condiciones, y hasta ahora he cumplido mi palabra.

Pues bien, llevamos ya casados un año y hemos sido muy felices. Pero hace aproximadamente un mes, a finales de junio, advertí las primeras señales de que

algo andaba mal. Un día, mi esposa recibió una carta de América. Pude ver el sello. Se puso pálida como un muerto, leyó la carta y la arrojó al fuego. No hizo ningún comentario y tampoco lo hice yo, porque una promesa es una promesa; pero desde aquel momento, mi mujer no ha conocido un instante de sosiego. Tiene una expresión constante de miedo, como si estuviera esperando algo terrible. Lo mejor que podría hacer es confiar en mí; descubriría que soy su mejor amigo. Pero mientras no hable, yo no puedo decir nada. Le aseguro, señor Holmes, que es una mujer sincera, y que si en el pasado se vio metida en algún lío, no fue por culpa suya. No soy más que un simple hacendado de Norfolk, pero no existe en Inglaterra un hombre que valore más que yo el honor de su familia. Ella lo sabe bien, y lo sabía antes de casarse conmigo. Jamás arrojaría una mancha sobre nuestro honor..., de esto estoy seguro.

Y ahora llegamos a la parte extravagante de la historia. Hace como una semana, el martes de la pasada semana, encontré en el alféizar de una ventana un conjunto de monigotes bailarines, como los de este papel, dibujados con tiza. Pensé que los habría dibujado el mozo de cuadras, pero éste juró que no sabía nada del asunto. En cualquier caso, los pintaron durante la noche. Hice que los borraran y no se lo comenté a mi mujer hasta más tarde. Con gran sorpresa por mi parte, ella se lo tomó muy en serio y me rogó que si aparecían más se los dejara ver. No sucedió nada durante una semana, pero ayer por la mañana encontré este papel sobre el reloj de sol del jardín. Se lo enseñé a Elsie y cayó desmayada al instante. Desde entonces parece como sonámbula, medio aturdida y con el terror constantemente pintado en los ojos. Fue entonces cuando decidí escribirle y enviarle el papel, señor Holmes. No es una cosa que se pueda denunciar a la policía, porque se habrían reído de mí, pero usted me dirá qué se puede hacer. No soy rico, pero si algún peligro amenaza a mi mujercita, gastaría hasta el último penique para protegerla.

Era un gran tipo aquel hijo de la antigua Inglaterra, sencillo, honesto y amable, con sus grandes y expresivos ojos azules y su rostro amplio y simpático. Llevaba reflejados en el rostro el amor y la confianza que sentía por su esposa. Holmes había escuchado su relato con la máxima atención, y luego se quedó un buen rato callado, sumido en profundas reflexiones.

—¿No cree usted, señor Cubitt —dijo por fin—, que lo mejor sería abordar directamente a su esposa y pedirle que le confíe su secreto?

Hilton Cubbit sacudió su enorme cabeza.

—Una promesa es una promesa, señor Holmes. Si Elsie quisiera decírmelo, me lo diría. Si no, no seré yo quien viole su confianza. Pero tengo derecho a actuar por mi cuenta, y pienso hacerlo.

—Entonces, le ayudaré de todo corazón. En primer lugar, ¿sabe usted si ha aparecido algún extranjero por su vecindario?

—No.

—Supongo que se trata de un lugar muy tranquilo, y que una cara nueva provocaría comentarios.

—En la vecindad inmediata, sí. Pero no muy lejos hay varios pueblos con balnearios, y los granjeros aceptan huéspedes.

—Es evidente que estos jeroglíficos significan algo. Si se trata de una clave arbitraria, puede resultarnos imposible descifrarla. Pero si es sistemática, no me cabe duda de que llegaremos al fondo del asunto. Sin embargo, esta muestra en particular es tan pequeña que no puedo hacer nada con ella, y la información que usted me ha dado es tan inconcreta que carecemos de base para una investigación. Yo le aconsejaría regresar a Norfolk, mantenerse ojo avizor y hacer una copia exacta de todo nuevo monigote que aparezca. Es una verdadera lástima que no dispongamos de una copia de los que se dibujaron con tiza en el alféizar de la ventana. Además de esto, investigue discretamente acerca de la presencia de extranjeros por los alrededores. Cuando haya reunido algún dato nuevo, vuelva a verme. Es el mejor consejo que puedo darle, señor Cubbit. Si se presentara alguna novedad apremiante, me tendrá siempre dispuesto a acudir corriendo a su casa de Norfolk.

La entrevista dejó a Sherlock Holmes muy pensativo, y durante los días siguientes le vi en varias ocasiones sacar la hoja de papel de su cuaderno y contemplar durante largo rato y con gran interés las curiosas figuras dibujadas en ella. Sin embargo, no volvió a hacer mención del asunto hasta una tarde, unos quince días después. Yo me disponía a salir cuando él me llamó.

—Será mejor que se quede, Watson.

—¿Por qué?

—Porque esta mañana he recibido un telegrama de Hilton Cubitt. ¿Se acuerda

usted de Hilton Cubitt, el de los monigotes? Ha debido llegar a la estación de Liverpool Street a la una y veinte. Estará aquí de un momento a otro. Su telegrama parece sugerir que se han producido novedades de importancia.

No tuvimos que esperar mucho. Nuestro caballero de Norfolk vino directamente desde la estación, tan rápido como pudo llevarlo un coche de alquiler. Se le veía angustiado y deprimido, con los ojos fatigados y la frente llena de arrugas.

—Este asunto me está destrozando los nervios, señor Holmes —dijo, dejándose caer en una butaca como si estuviera agotado—. Ya es bastante malo sentirse rodeado por gente invisible y misteriosa que parece estar tramando algo contra uno; pero si, además, uno sabe que eso está matando poco a poco a su esposa, la cosa se hace verdaderamente insoportable. Elsie se está consumiendo..., se está consumiendo ante mis propios ojos.

—¿Todavía no ha dicho nada?

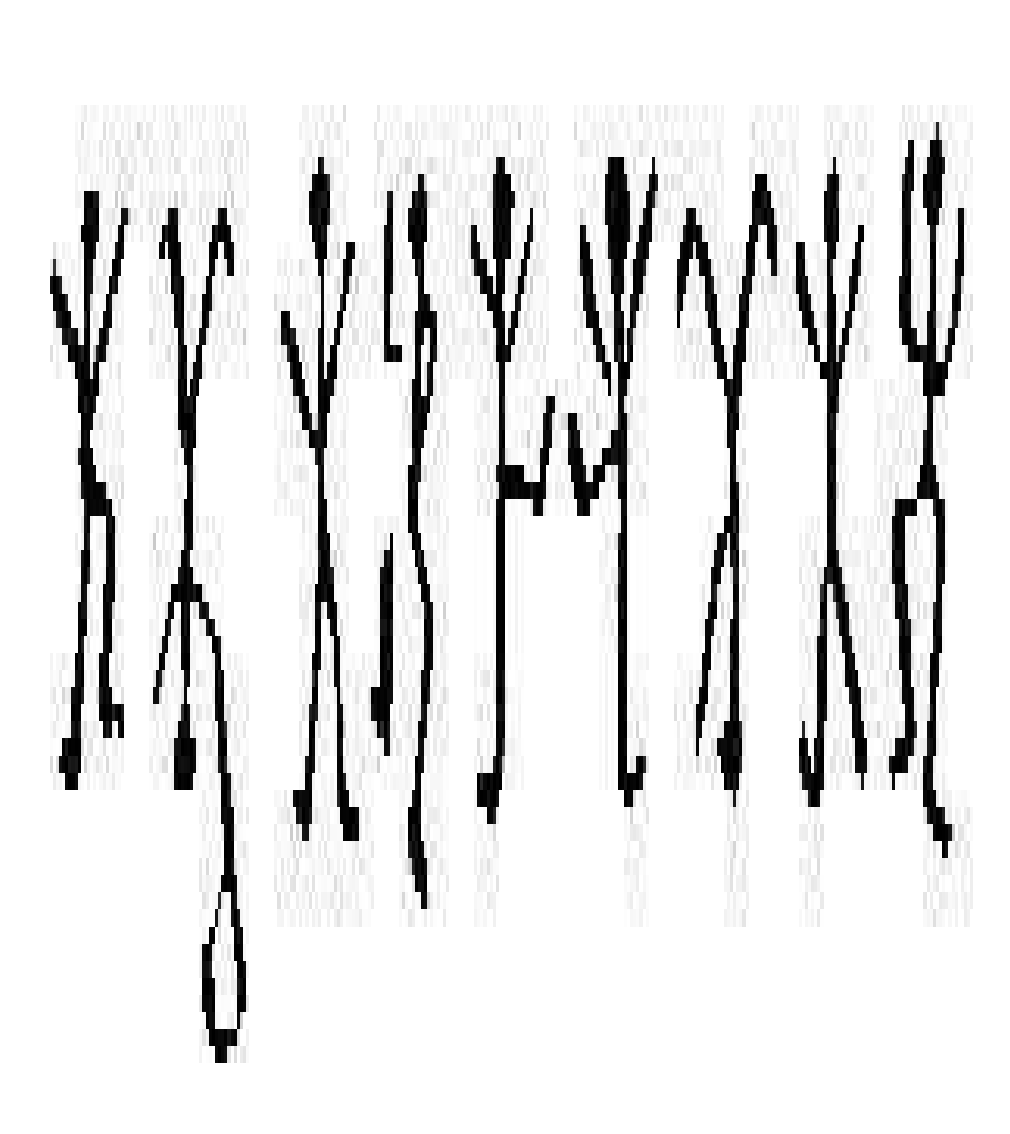
—No, señor Holmes, no ha dicho nada. Y sin embargo, ha habido momentos en que la pobre chica quería hablar, pero no acababa de decidirse a dar el paso. He intentado ayudarla, pero me temo que no fui muy hábil y sólo conseguí asustarla y que siguiera callando. Me hablaba de la antigüedad de mi familia, de nuestra reputación en el condado, del orgullo que sentimos por nuestro honor intachable, y siempre me parecía que estaba a punto de explicarse; pero por una cosa o por otra, nunca llegaba a hacerlo.

—Y usted, ¿ha descubierto algo por su cuenta?

—Mucho, señor Holmes. Traigo varios dibujos nuevos de monigotes para que usted los examine y, lo que es más importante, he visto al sujeto.

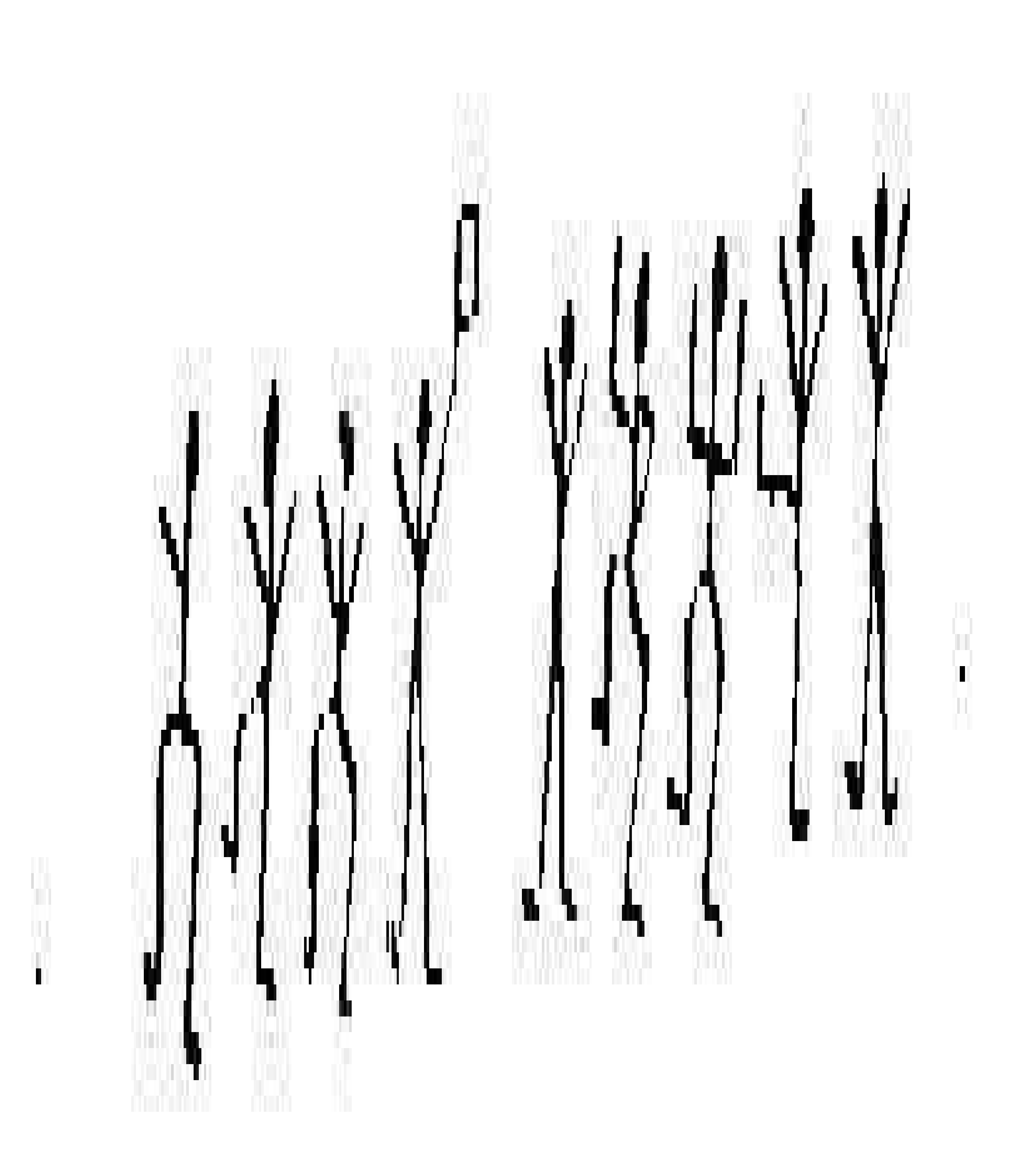
—¡Cómo! ¿Al hombre que los dibuja?

—Sí, lo sorprendí en plena faena. Pero es mejor que se lo cuente todo en orden. Cuando regresé después de visitarle a usted, lo primero que vi a la mañana siguiente fue una nueva cosecha de monigotes. Estaban dibujados con tiza en la puerta negra de madera del cobertizo donde se guardan las herramientas, que está junto al césped, bien a la vista desde las ventanas. Saqué una copia exacta y aquí la tengo —desplegó un papel y lo extendió sobre la mesa—. He aquí el jeroglífico:



—¡Excelente! —dijo Holmes—. ¡Excelente! Por favor, continúe.

—Después de copiarlos, borré los dibujos. Pero dos días después apareció una nueva inscripción. Aquí tengo la copia:



Holmes se frotó las manos y soltó una risita de placer.

—Vamos acumulando material con mucha rapidez —dijo.

—Tres días después, apareció un mensaje dibujado en papel, que dejaron sobre el reloj de sol, sujeto con una piedra. Como ve, las figuras son exactamente las mismas que en el dibujo anterior. Después de eso, decidí ponerme al acecho; cogí mi revólver y me senté en mi estudio, desde donde se domina el césped y el jardín. A eso de las dos de la mañana, seguía sentado junto a la ventana, completamente a oscuras, excepto por la luz de la luna que brillaba fuera, cuando oí pasos a mi espalda y allí estaba mi mujer en camisón. Me rogó que fuera a la cama y yo le dije sin rodeos que quería averiguar quién estaba jugando con nosotros un juego tan absurdo. Me respondió que se trataba de alguna broma idiota y que no debía prestarle atención.

—Si tanto te molesta, Hilton, podríamos irnos de viaje los dos, y nos evitaríamos esta molestia.

—¿Qué? ¿Dejar que un bromista nos expulse de nuestra casa? —dije—.

¡Seríamos el hazmerreír de todo el condado!

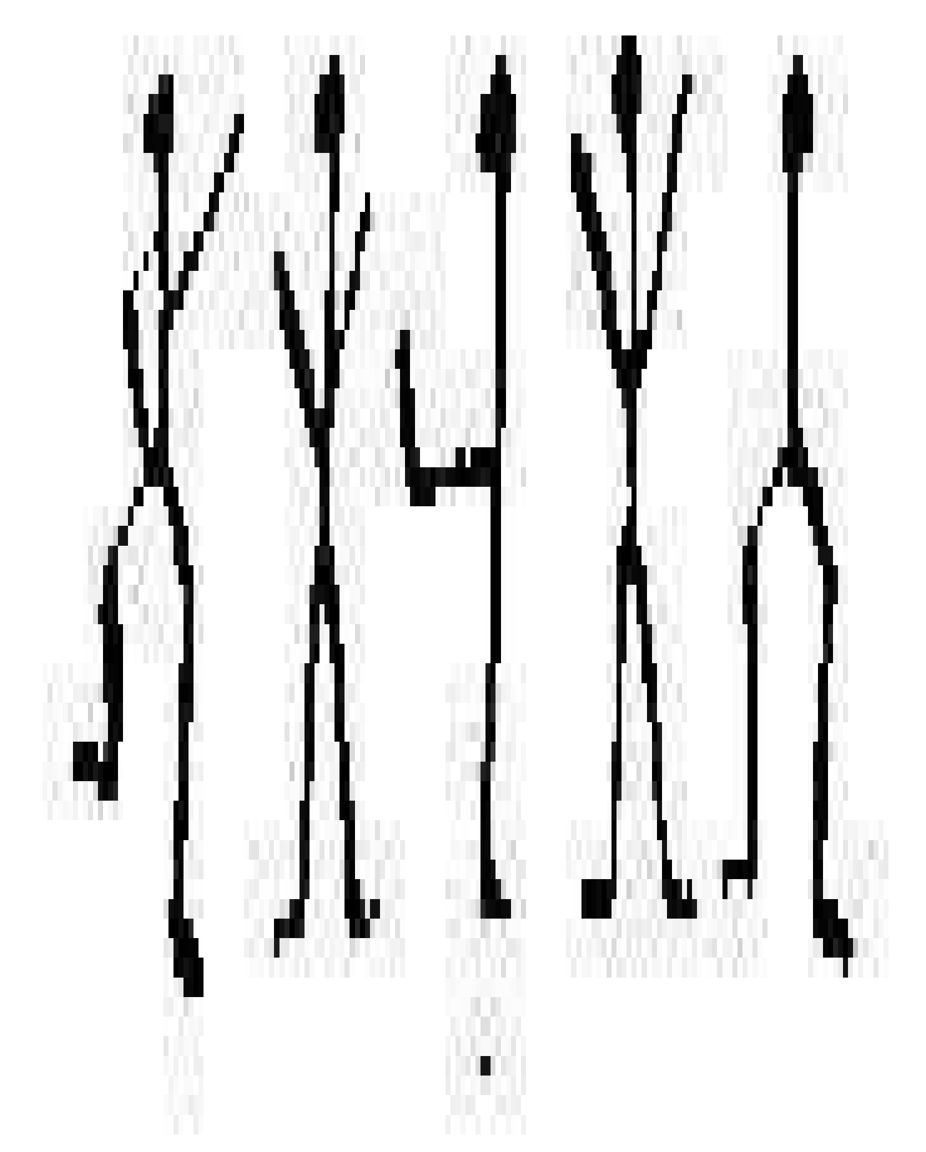
—Vamos, ven a acostarte —dijo ella—, y ya lo discutiremos por la mañana.

De pronto, mientras ella hablaba, vi que su rostro, ya pálido, se ponía aún más pálido a la luz de la luna, y su mano se aferró a mi hombro. Algo se movía en la sombra del cobertizo. Distinguí una figura negra y encogida que doblaba la esquina arrastrándose y se agachaba delante de la puerta. Cogí mi revólver y me disponía a salir a la carrera cuando mi esposa me rodeó con los brazos, sujetándome con una fuerza histérica. Intenté desprenderme de ella, pero se agarraba a mí con absoluta desesperación. Por fin logré soltarme, pero para cuando abrí la puerta y llegué al cobertizo, el individuo había desaparecido. Sin embargo, había dejado huellas de su presencia: en la puerta se veía el mismo conjunto de monigotes que ya había aparecido dos veces y que está copiado en ese papel. Por lo demás, no se veía ni rastro del intruso, a pesar de que recorrí la finca de cabo a rabo. Y sin embargo, lo asombroso es que debió de estar allí todo el tiempo, porque cuando volví a examinar la puerta por la mañana había dibujado varias figuritas más bajo la serie que yo ya había visto.

—¿Tiene usted ese nuevo dibujo?

—Sí. Es muy breve, pero hice una copia y aquí está.

Sacó un nuevo papel. La nueva danza tenía la siguiente forma:



—Dígame —dijo Holmes, y se veía en sus ojos que estaba excitadísimo—, ¿esto era un añadido al primer dibujo, o parecía simplemente independiente?

—Estaba dibujado en una tabla distinta de la puerta.

—¡Excelente! Para nuestros propósitos, esto es de la máxima importancia. Me llena de esperanzas. Ahora, señor Cubitt, le ruego que continúe con su interesantísima narración.

—No tengo nada más que decir, señor Holmes, excepto que me irrité con mi mujer por haberme sujetado cuando podría haber atrapado a aquel granuja merodeador. Me dijo que tuvo miedo de que pudieran hacerme algún daño, y por un instante me asaltó el pensamiento de que tal vez lo que ella temía en realidad es que pudiera hacerle algún daño a él, porque estaba convencido de que ella sabía quién era aquel hombre y lo que significaban sus extraños mensajes. Sin embargo, señor Holmes, hay algo en la forma de hablar de mi esposa y en la mirada de sus ojos que disipa toda duda, y ahora estoy convencido de que pensaba verdaderamente en mi seguridad. Esto es todo lo que hay, y ahora espero que usted me aconseje lo que debo hacer. Por mi gusto, pondría media docena de peones escondidos entre los arbustos, y cuando volviera ese fulano le darían tal paliza que nos dejaría en paz para siempre.

—Me temo que el caso es demasiado grave para remedios tan simples —dijo Holmes—. ¿Cuánto tiempo puede usted quedarse en Londres?

—Tengo que regresar hoy mismo. Por nada del mundo dejaría sola a mi esposa por la noche. Está muy nerviosa y me ha suplicado que vuelva.

—Creo que hace usted bien. Pero si hubiera podido quedarse, es posible que dentro de uno o dos días yo habría podido regresar con usted. Mientras tanto, déjeme esos papeles, y creo muy probable que pueda ir a visitarle muy pronto y arrojar alguna luz sobre el caso.

Sherlock Holmes mantuvo su actitud serena y profesional hasta que nuestro visitante se hubo marchado, aunque yo, que le conocía bien, veía perfectamente que se encontraba excitadísimo. En cuanto las anchas espaldas de Hilton Cubitt desaparecieron por la puerta, mi compañero corrió a la mesa, extendió todos los papeles con monigotes dibujados y se enfrascó en intrincados y laboriosos

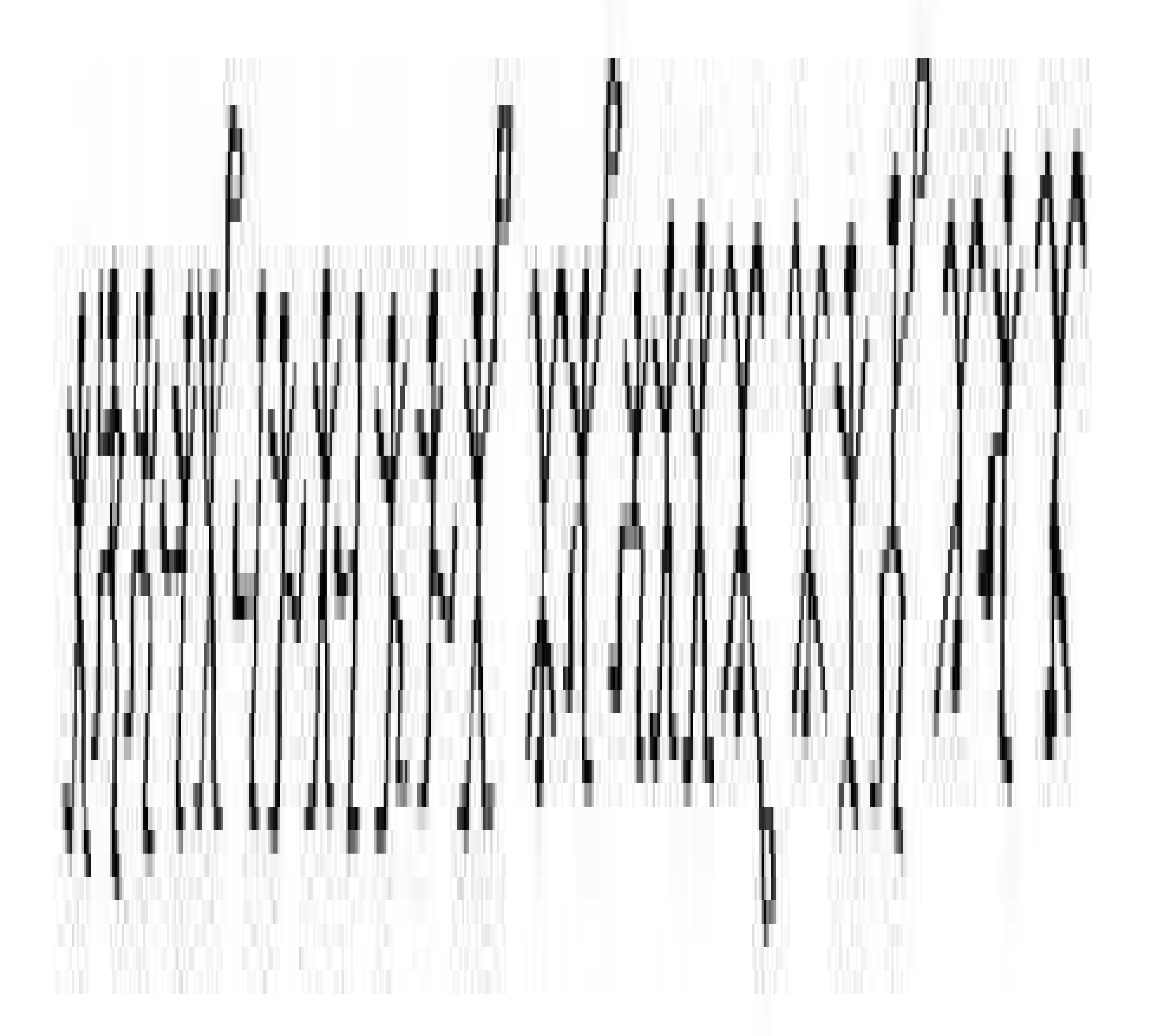
cálculos.

Durante dos horas le vi llenar hojas y hojas de papel con figuras y letras, tan absorto en su tarea que resultaba evidente que se había olvidado de mi presencia. De cuando en cuando hacía progresos y entonces silbaba y cantaba al trabajar; otras veces se quedaba desconcertado y permanecía sentado durante largo rato con la frente fruncida y la mirada ausente. Por fin, saltó de su asiento con un grito de satisfacción y se puso a dar zancadas por la habitación mientras se frotaba las manos. A continuación, escribió un largo mensaje en un impreso para telegramas.

—Si esto recibe la contestación que espero, Watson, podrá usted añadir un precioso caso a su colección —dijo—. Espero que mañana podamos acercarnos a Norfolk para llevarle a nuestro amigo información muy concreta sobre este secreto que tanto le atormenta.

Confieso que me sentía lleno de curiosidad, pero sabía bien que a Holmes le gustaba hacer las revelaciones en su momento y a su manera, así que esperé a que tuviera a bien confiarme sus conocimientos.

Sin embargo, el telegrama de respuesta se retrasó y vivimos dos días de impaciencia, durante los cuales Holmes estiraba las orejas cada vez que sonaba el timbre de la puerta. El segundo día por la tarde nos llegó una carta de Hilton Cubitt. Todo seguía tranquilo, pero aquella mañana había aparecido una larga inscripción en el pedestal del reloj del sol. Incluía una copia, que reproduzco aquí:



Holmes estudió este absurdo friso durante unos minutos y de pronto se puso en pie de un salto, con una exclamación de sorpresa y desaliento. Su rostro expresaba una terrible ansiedad.

—Hemos dejado que esto vaya demasiado lejos —dijo—. ¿Hay algún tren para North Walsham esta noche?

Consulté el horario de ferrocarriles. El último tren acababa de salir.

—Entonces, desayunaremos temprano y tomaremos el primero de la mañana —dijo Holmes—. Nuestra presencia es necesaria con la máxima urgencia. ¡Ah, aquí está el telegrama que esperábamos! Un momento, señora Hudson, quizás haya respuesta... No, es justo lo que esperaba. Este mensaje hace aún más imprescindible que no perdamos un momento en informar a Hilton Cubitt del estado de las cosas, porque nuestro simpático hacendado de Norfolk se encuentra enredado en una extraña y peligrosa telaraña.

Los hechos demostraron que tenía razón. Aun ahora, al acercarme a la conclusión de la historia que al principio me había parecido una fantasía infantil, vuelvo a experimentar la angustia y el horror que entonces sentí. Ojalá hubiera tenido un final más feliz para comunicárselo a mis lectores; pero la crónica debe atenerse a los hechos, y yo debo seguir hasta su siniestro desenlace la extraña cadena de sucesos que durante unos días convirtieron a Ridling Thorpe Manor en tema de conversación a todo lo largo y ancho de Inglaterra.

Apenas si habíamos descendido del tren en North Walsham y mencionado nuestro lugar de destino, cuando el jefe de estación se acercó corriendo a nosotros.

—¿Son ustedes los policías de Londres? —preguntó.

Por el rostro de Holmes cruzó una expresión de preocupación.

—¿Qué le hace pensar semejante cosa?

—Es que acaba de pasar por aquí el inspector Martin, de Norwich. Pero tal vez sean ustedes los médicos. Ella no ha muerto... por lo menos, esto es lo último que se supo. Quizás aún lleguen a tiempo de salvarla, aunque sea salvarla para la

horca.

La frente de Holmes se nubló de ansiedad.

—Nos dirigimos a Ridling Thorpe Manor —dijo—, pero no sabemos nada de lo que ha ocurrido allí.

—Una cosa terrible —dijo el jefe de estación—. Heridos a tiros los dos, el señor Cubitt y su esposa. Ella le disparó y luego se pegó un tiro, al menos eso dicen los criados. Él ha muerto y a ella no hay muchas esperanzas de salvarla. ¡Señor, Señor! ¡Una de las familias más antiguas del condado de Norfolk, y una de las más honorables!

Sin decir palabra, Holmes corrió hacia un coche de alquiler y no abrió la boca en todo el largo recorrido de siete millas. Pocas veces lo he visto tan abatido. Se había mostrado inquieto durante todo el viaje desde Londres, y me había llamado la atención la ansiedad con que hojeaba los diarios de la mañana; pero el hecho de que sus peores temores se hubieran convertido en realidad de manera tan brusca lo dejó sumido en una ciega melancolía. Permanecía recostado en su asiento, perdido en fúnebres especulaciones. Sin embargo, había muchas cosas interesantes a nuestro alrededor, ya que atravesábamos uno de los paisajes más curiosos de Inglaterra, en el que unas pocas casas desperdigadas representaban a la población actual, mientras que a ambos lados del camino se alzaban enormes iglesias de torres cuadradas, que surgían del paisaje verde y llano pregonando la gloria y la prosperidad de la antigua East Anglia. Por fin divisamos el borde violáceo del mar del Norte sobre el verde de la costa de Norfolk, y el cochero señaló con su látigo dos viejos tejadillos de ladrillo y madera que sobresalían de un bosquecito. —Esa es Ridling Thorpe Manor —dijo.

Cuando el coche se detuvo frente a la puerta principal, pude ver, junto al campo

de tenis, el cobertizo negro y el reloj de sol con su pedestal, que tan siniestro significado encerraban para nosotros. Un hombrecillo bien vestido, de aspecto sagaz y con bigote engomado, acababa de apearse de un carricoche. Se presentó como el inspector Martin, de la comisaría de Norfolk, y se sorprendió muchísimo al oír el nombre de mi compañero.

—¡Caramba, señor Holmes, pero si el crimen se ha cometido a las tres de la mañana! ¿Cómo es posible que se haya enterado en Londres y haya llegado al mismo tiempo que yo?

—Es que lo preveía. Vine con la esperanza de poder impedirlo.

—En tal caso, debe disponer de importante información, de la que nosotros carecemos. Por aquí se decía que eran una pareja muy bien avenida.

—El único dato de que dispongo son los monigotes —dijo Holmes—. Ya se lo explicaré más tarde. Mientras tanto, dado que ya es demasiado tarde para evitar la tragedia, lo que me urge es utilizar la información que poseo para procurar que se haga justicia. ¿Colaborará usted conmigo en la investigación, o prefiere que yo actúe por mi cuenta?

—Será para mí un orgullo que actuemos juntos, señor Holmes —dijo el inspector de todo corazón.

—En ese caso, me gustaría escuchar los testimonios y examinar la casa sin perder un instante.

El inspector Martin tuvo el buen sentido de dejar que mi amigo hiciera las cosas a su manera, y se conformó con tomar cuidadosa nota de los resultados. El médico de la localidad, un anciano de cabellos blancos, acababa de bajar de la habitación de la señora Cubitt y nos comunicó que sus heridas eran graves, aunque no mortales de necesidad. La bala había atravesado el cráneo por delante del cerebro y lo más probable era que tardara algún tiempo en recuperar la conciencia. Al preguntársele si se había disparado ella misma o lo había hecho otra persona, no se atrevió a dar una opinión definitiva. Desde luego, el disparo se había hecho desde muy cerca. En la habitación sólo se había encontrado un revólver, con dos casquillos vacíos. El señor Hilton Cubitt había recibido un tiro en el corazón. Tan verosímil era que él hubiera disparado contra su mujer para después matarse, como que fuera ella la asesina, ya que el revólver estaba caído en el suelo entre ellos, a la misma distancia de los dos.

—¿Han movido el cadáver?

—No hemos movido más que a la señora. No podíamos dejarla tirada estando herida.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, doctor?

—Desde las cuatro.

—¿Ha venido alguien más?

—Sí, el policía de aquí.

—¿Y no han tocado ustedes nada?

—Nada.

—Han actuado ustedes con mucha prudencia. ¿Quién le hizo llamar?

—La doncella, Saunders.

—¿Fue ella la que dio la voz de alarma?

—Ella y la señora King, la cocinera.

—¿Dónde están ahora?

—Creo que en la cocina.

—Entonces, me parece que lo mejor es oír cuanto antes su testimonio.

El antiguo vestíbulo de paredes de roble y altas ventanas se había transformado en un juzgado de instrucción. Holmes se sentó en un enorme y anticuado sillón, con sus inexorables ojos brillando desde el fondo de su rostro apesadumbrado. Se leía en ellos el firme propósito de dedicar su vida a esta investigación, hasta que quedara vengado el cliente al que él no había logrado salvar. El atildado inspector Martin, el anciano y barbudo médico rural, un obtuso policía del pueblo y yo componíamos el resto de aquel extraño equipo.

Las dos mujeres contaron su historia con bastante claridad. Estaban durmiendo y se habían despertado al oír un estampido, al que siguió otro un instante después. Dormían en habitaciones contiguas, y la señora King había corrido a la de Saunders. Bajaron juntas las escaleras. La puerta del estudio estaba abierta y había una vela encendida sobre la mesa. Su señor estaba caído boca abajo en el centro de la habitación, muerto. Cerca de la ventana estaba acurrucada su esposa, con la cabeza apoyada en la pared. Estaba gravemente herida, con todo un lado de la cabeza rojo de sangre. Respiraba entrecortadamente, pero fue incapaz de decir nada. Tanto el pasillo como la habitación estaban llenos de humo y olor a pólvora. La ventana estaba bien cerrada y asegurada por dentro, las dos mujeres

estaban seguras de eso. Habían hecho llamar inmediatamente al doctor y al policía y luego, con ayuda del lacayo y el mozo de cuadras, habían trasladado a su maltrecha señora a su habitación. Tanto ella como su marido habían estado acostados en la cama. La señora estaba en camisón y él tenía puesto un batín encima del pijama. No se había tocado nada en el estudio. Por lo que ellas sabían, jamás se había producido una riña entre marido y mujer. Siempre los habían considerado como una pareja muy unida.

Estos eran los principales detalles del testimonio de las sirvientas. En respuesta a las preguntas del inspector Martin, aseguraron que todas las puertas estaban cerradas por dentro y que nadie podía haber escapado de la casa. En respuesta a las de Holmes, las dos recordaron haber notado el olor a pólvora desde el momento en que salieron de sus habitaciones en el piso alto.

—Le recomiendo que preste especial atención a este detalle —le dijo Holmes a su colega—. Y ahora, creo que podemos proceder a un concienzudo examen de la habitación del crimen.

El estudio resultó ser un cuartito pequeño, con tres de sus paredes cubiertas de libros y con un escritorio situado frente a una ventana corriente qué daba al jardín. En primer lugar, dedicamos nuestras atenciones al cadáver del desdichado hacendado, cuyo voluminoso cuerpo seguía tendido en medio de la habitación. Su desordenada vestimenta indicaba que se había despertado y levantado a toda prisa. Le habían disparado de frente, y la bala había quedado dentro del cuerpo después de traspasar el corazón. Su muerte tuvo que ser instantánea y sin dolor. No se veían señales de pólvora ni en su batín ni en sus manos. Según el médico rural, la señora tenía marcas de pólvora en la cara, pero no en las manos.

—La falta de marcas no significa nada, aunque su presencia puede significarlo todo —dijo Holmes—. A menos que haya un cartucho mal encajado que deje salir la pólvora hacia atrás, se pueden disparar muchos tiros sin que quede marca. Yo diría que se puede retirar el cuerpo del señor Cubitt. Supongo, doctor, que no habrá usted extraído la bala que hirió a la señora.

—Para hacerlo se necesitaría una operación muy delicada. Pero todavía quedan cuatro cartuchos en el revólver. Se han disparado dos y se han infligido dos heridas, de manera que sabemos qué ha sido de cada bala.

—Al menos, eso parece —dijo Holmes—. Quizás sepa usted también qué ha

sido de la bala que, como puede verse, ha pegado en el borde de la ventana.

Había dado media vuelta de pronto, y su largo y fino dedo señalaba un orificio que atravesaba el marco inferior de la ventana, a unos dos centímetros del borde.

—¡Por San Jorge! —exclamó el inspector—. ¿Cómo ha podido encontrar eso?

—Porque lo estaba buscando.

—¡Admirable! —dijo el médico rural—. Desde luego, tiene usted razón, señor. Entonces, se hizo un tercer disparo y, por tanto, tuvo que estar presente una tercera persona. Pero ¿quién puede haber sido y cómo pudo escapar?

—Ese es el problema que intentamos resolver ahora —dijo Sherlock Holmes—. ¿Recuerda usted, inspector Martin, que cuando las sirvientas dijeron que habían notado el olor a pólvora nada más salir de su habitación yo le comenté que se trataba de un detalle de suma importancia?

—Lo recuerdo, pero confieso que no sé a qué se refería.

—Eso indica que, en el momento de hacerse los disparos, tanto la puerta como la ventana del estudio estaban abiertas. De lo contrario, el humo de la pólvora no se habría difundido por la casa con tanta rapidez. Para eso se necesita una corriente de aire. Sin embargo, la puerta y la ventana sólo estuvieron abiertas durante un espacio de tiempo muy corto.

—¿Cómo demuestra usted eso?

—Porque la vela no ha chorreado.

—¡Fantástico! —exclamó el inspector—. ¡Fantástico!

—Como tenía la seguridad de que la ventana había estado abierta en el momento de la tragedia, supuse que pudo haber intervenido una tercera persona, que estaría fuera y habría disparado a través de la ventana. Los disparos dirigidos contra esta persona podrían haber dado en el marco. Busqué allí y, como esperaba, encontré la señal del balazo.

—¿Y cómo es que la ventana se encontró cerrada y asegurada?

—El primer impulso de la mujer debió de ser cerrar y asegurar la ventana. Pero... ¡Ajá! ¿Qué es esto?

Era un bolso de mujer sobre la mesa del estudio. Un bolsito muy elegante, de piel de cocodrilo y plata. Holmes lo abrió y volcó sobre la mesa su contenido. Había veinte billetes de cincuenta libras del Banco de Inglaterra sujetos con una goma, y nada más.

—Habrá que guardar esto para presentarlo en el juicio —dijo Holmes, entregando al inspector el bolso con su contenido—. Ahora es necesario que intentemos arrojar alguna luz sobre esta tercera bala que, resulta evidente por el astillamiento de la madera, ha sido disparada desde el interior de la habitación. Me gustaría hablar de nuevo con la señora King, la cocinera... Dijo usted, señora King, que las despertó un fuerte estampido. Al decir eso, ¿quería usted decir que le pareció más fuerte que el segundo?

—Bueno, señor, yo estaba dormida y me despertó, así que resulta difícil juzgar...

Pero me pareció muy fuerte.

—¿Podría haberse tratado de dos tiros, disparados casi al mismo tiempo?

—No sabría decirle, señor.

—Yo creo que eso fue, sin duda, lo que sucedió. Me parece, inspector Martín, que hemos agotado ya las posibilidades de esta habitación. Si tiene la amabilidad de acompañarme, veremos qué nueva información nos ofrece el jardín.

Había un macizo de flores que llegaba hasta la ventana del estudio, y al acercarnos, todos dejamos escapar una exclamación. Las flores estaban pisoteadas, y la tierra blanda estaba cubierta de marcas de pisadas. Pisadas grandes, masculinas, con punteras particularmente largas y puntiagudas. Holmes husmeó entre la hierba y las hojas como un perro de caza que busca un ave herida. De pronto, con un grito de satisfacción, se agachó y recogió del suelo un pequeño cilindro de latón.

—Lo que pensaba —dijo—. La pistola tenía un expulsor, y aquí está el tercer casquillo. Creo, inspector Martín, que nuestro caso está casi terminado.

El rostro del inspector del condado había ido reflejando su intenso asombro ante

el rápido y magistral avance de las investigaciones de Holmes. Al principio, había mostrado cierta tendencia a afirmar su propia posición, pero ahora se encontraba abrumado de admiración y dispuesto a seguir a Holmes donde fuera sin hacer preguntas.

—¿De quién sospecha usted?

—Ya llegaremos a eso. Hay varios aspectos del problema que aún no he tenido ocasión de explicarle. Pero ahora que hemos llegado hasta aquí, creo que lo mejor será que conduzca el asunto a mi manera, y luego se lo aclararé todo de una vez por todas.

—Como usted desee, señor Holmes, siempre que atrapemos a nuestro hombre.

—No es mi intención hacerme el misterioso, pero cuando llega el momento de actuar resulta imposible entretenerse en largas y complicadas explicaciones. Tengo en la mano todos los hilos del asunto. Aunque la señora no llegara a recuperar la conciencia, todavía podríamos reconstruir lo que sucedió anoche y encargarnos de que se haga justicia. En primer lugar, necesito saber si por estos alrededores hay alguna posada que se llame «Elrige's».

Se interrogó a los sirvientes, pero ninguno de ellos había oído hablar de semejante lugar. Sin embargo, el mozo de cuadras aclaró la cuestión al recordar que a varios kilómetros de allí, en dirección a East Rust, vivía un granjero que se apellidaba así. —¿Es una granja aislada?

—Muy aislada, señor.

—¿Incluso es posible que aún no se hayan enterado de lo que sucedió aquí esta noche?

—Puede que no, señor.

Holmes reflexionó un momento y una curiosa sonrisa apareció en su rostro.

—Ensilla un caballo, muchacho —dijo—. Quiero que lleves una nota a la granja de Elrige.

Sacó de un bolsillo una serie de papeles con los dibujos de monigotes, los colocó delante de él en la mesa del estudio y estuvo trabajando durante un rato, al cabo

del cual le pasó una nota al mozo, encargándole que la entregara en propia mano a la persona a quien iba dirigida, e insistiéndole de manera especial en que no respondiera a ninguna pregunta que pudieran hacerle. Pude ver el sobre de la carta, escrito con letra irregular y desordenada, que no se parecía nada a la letra pulcra de Holmes. Iba dirigido al señor Abe Slaney, Granja Elrige, East Ruston, Norfolk.

—Creo, inspector —comentó Holmes—, que lo mejor será que telegrafíe pidiendo refuerzos, pues si mis cálculos son correctos, puede usted tener que conducir a la cárcel del condado a un preso muy peligroso. Seguro que el mismo muchacho que lleva esta carta puede llevar su telegrama. Si sale esta tarde algún tren para Londres, Watson, creo que haríamos bien en cogerlo, porque tengo que terminar un análisis químico bastante interesante y esta investigación está a punto de concluir.

Cuando el joven hubo partido con la nota, Sherlock Holmes dio instrucciones a la servidumbre. Si llegaba alguna visita preguntando por la señora Cubitt, no se le debía dar ninguna información sobre su estado, sino que tenían que hacerla pasar inmediatamente al recibidor. Puso la máxima insistencia en que se grabaran esto en la mente. Por último, nos condujo al recibidor, mientras comentaba que el asunto había quedado ya fuera de sus manos y que procurásemos pasar el tiempo lo mejor que pudiéramos hasta que viésemos lo que nos aguardaba. El doctor se había marchado a atender a sus pacientes y sólo quedábamos el inspector y yo.

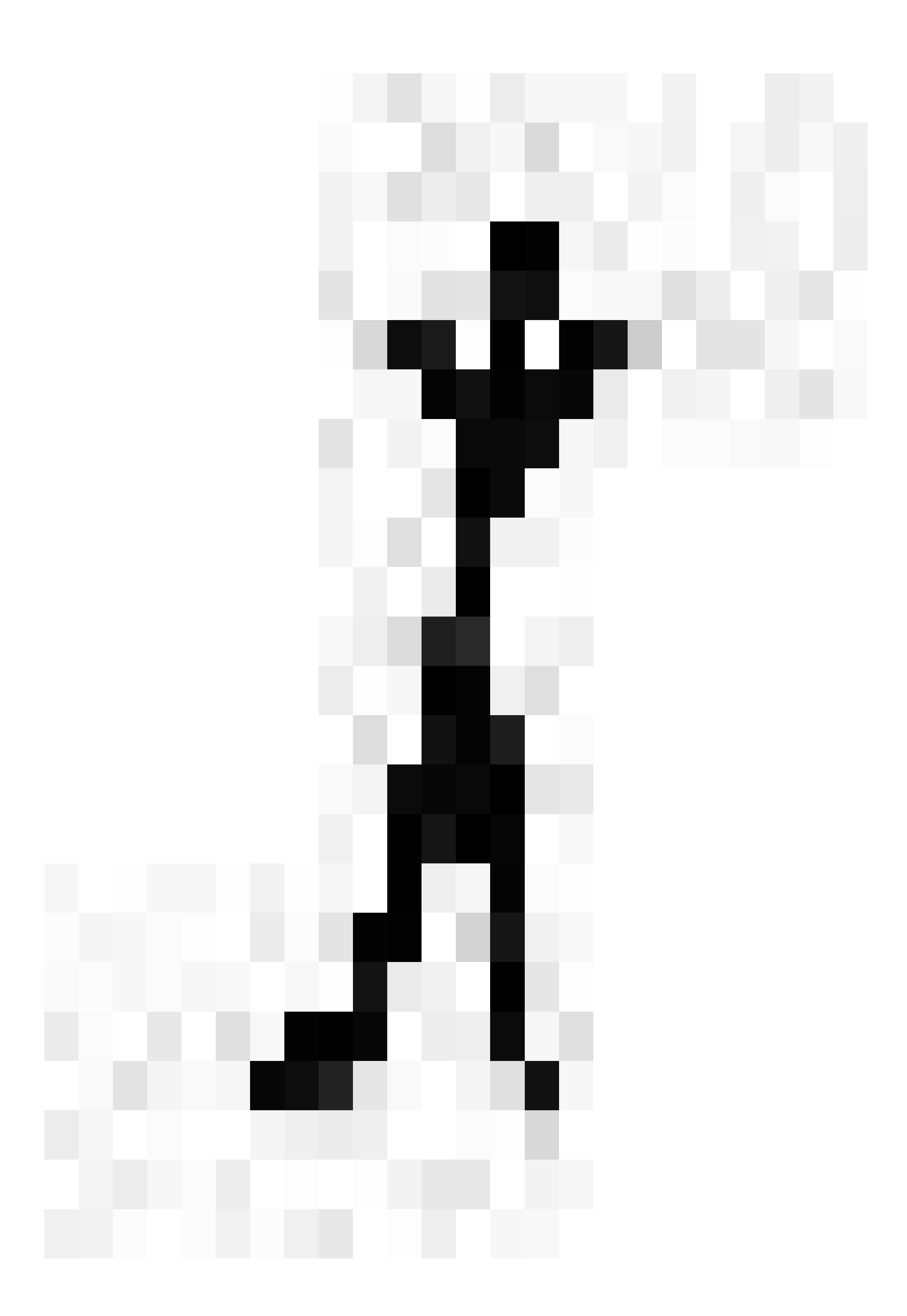
—Creo que puedo ayudarles a pasar una hora muy entretenida y provechosa —dijo Holmes, acercando su silla a la mesa y extendiendo delante de él los diversos papeles donde habían quedado registrados los bailes de los monigotes—. En cuanto a usted, querido Watson, le debo toda clase de reparaciones por haber dejado transcurrir tanto tiempo sin satisfacer su natural curiosidad. A usted, inspector, el asunto le resultará muy atractivo como estudio profesional. Antes que nada, debo informarle de las interesantes circunstancias relativas a las consultas que el señor Hilton Cubitt me hizo en Baker Street.

A continuación, Holmes resumió en pocas palabras los hechos que el lector ya conoce.

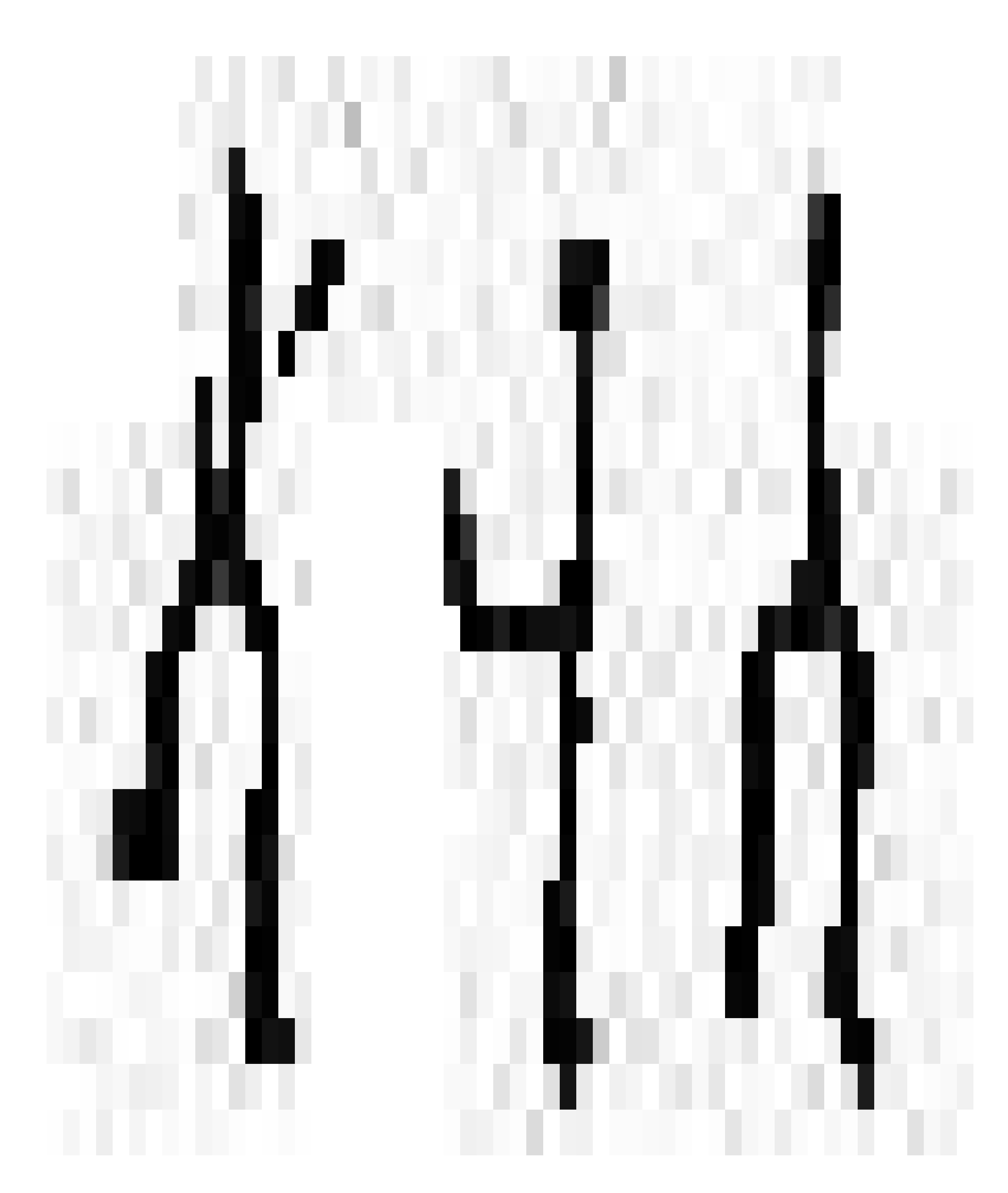
—Tengo aquí delante estas curiosas obras de arte, que nos harían sonreír si no hubieran demostrado ser el anuncio de una tragedia tan terrible. Estoy bastante

versado en todos los tipos de escritura secreta, e incluso he escrito una modesta monografía sobre el tema, en la que analizo ciento sesenta cifrados diferentes, pero confieso que éste era completamente nuevo para mí. Al parecer, la intención de los inventores del sistema era que nadie notara que los dibujos encerraban un mensaje, dando la impresión de que se trataba de meros dibujos infantiles hechos al azar.

Sin embargo, una vez que sabemos que los símbolos representan letras y aplicando las reglas que se utilizan para descifrar toda clase de escrituras en clave, la solución resulta bastante sencilla. El primer mensaje que llegó a mí era tan corto que me resultó imposible hacer nada con él, excepto determinar con relativa confianza que el símbolo X correspondía a la letra E. Como saben ustedes, la letra E es la letra más corriente del alfabeto inglés, y predomina de tal manera que, incluso en las frases muy cortas, podemos tener la seguridad de que aparecerá con más frecuencia que las demás. De los quince símbolos que componían el primer mensaje, cuatro eran iguales, por lo que cabía suponer que representaban la letra E. Es cierto, en algunos casos la figurita aparece llevando una bandera y en otros casos no, pero por el modo en que estaban distribuidas las banderas, parecía razonable suponer que servían para separar las palabras de la frase. Partí, pues, de la hipótesis de que la siguiente figura representaba la E:



Pero ahora venía lo verdaderamente difícil del problema. Después de la E, el orden de frecuencia de las demás letras en el idioma inglés no es tan claro, y las preponderancias que pueden advertirse en una hoja de texto impreso pueden no presentarse en una frase breve. Hablando en general, el orden numérico de frecuencia de las letras sería T, A, O, I, N, S, H, R, D y L; pero la T, la A y la O aparecen casi con la misma frecuencia, y resultaría interminable probar una a una todas las combinaciones hasta obtener una frase que tuviera sentido. En consecuencia, esperé a disponer de más material de estudio. En mi segunda entrevista con el señor Hilton Cubitt, éste me proporcionó otras dos breves fases y un mensaje que, puesto que no tenía banderas, parecía consistir en una sola palabra. Aquí están los símbolos. Ahora bien, en esta única palabra tenemos dos E, en segunda y cuarta posición de una palabra de cinco letras. Podría tratarse de sever, lever o never. No cabe duda de que la última posibilidad es la más probable, como respuesta a una petición, y las circunstancias parecían indicar que se trataba de una respuesta escrita por la señora. Si aceptamos esto como correcto, podemos ya afirmar que los siguientes símbolos corresponden, respectivamente, a las letras N, V y R:



Aun así, las dificultades seguían siendo considerables, pero una idea afortunada me proporcionó varias letras más. Se me ocurrió que, si estas peticiones procedían, como yo sospechaba, de alguien que había conocido íntimamente a la dama en su vida anterior, era muy probable que la combinación formada por dos E y tres letras intermedias significara el nombre ELSIE. Examinando los dibujos, descubrí este tipo de combinación al final del mensaje que se había repetido tres veces. No cabía duda de que se trataba de un llamamiento a "Elsie". De este modo conseguí la L, la S y la I. Pero ¿qué podía estarle pidiendo? La palabra que venía delante de "Elsie" tenía sólo cuatro letras y terminaba en E. Lo más probable era que se tratara de COME (ven). Probé con otras muchas palabras terminadas en E, pero ninguna parecía adecuada al caso. Así pues, disponía ya de la C, la O y la M, y me encontraba ya en situación de atacar de nuevo el primer mensaje, dividiéndolo en palabras y colocando puntos en lugar de símbolos aún no descifrados. Una vez sometido a este tratamiento, el mensaje arrojó el siguiente resultado:

.M .ERE ..E SL.NE.

Ahora bien, la primera letra no podía ser más que la A, lo cual constituía un descubrimiento utilísimo, ya que se repite no menos de tres veces en esta frase tan breve. Además, la H se hace evidente en la segunda palabra, con lo cual, el mensaje queda así:

AM HERE A.E SLANE.

Y rellenando los huecos evidentes del nombre:

AM HERE ABE SLANEY

Ahora ya disponía de tantas letras que podía acometer con bastante confianza el segundo mensaje, que quedó de la siguiente manera:

A. ELRI.ES

Esto sólo cobraba sentido sustituyendo los puntos por las letras T y G, y suponiendo que se trataba del nombre de alguna casa o posada en la que se aloja el autor del mensaje.

El inspector Martin y yo escuchábamos con el máximo interés la clara y completa explicación de cómo mi amigo había obtenido los resultados que le habían proporcionado un control tan completo de nuestra difícil situación.

—¿Y qué hizo usted entonces? —preguntó el inspector.

—Tenía toda clase de razones para suponer que este Abe Slaney era americano, ya que Abe es un diminutivo norteamericano y además sabíamos que una carta procedente de Estados Unidos había sido el punto de partida de todo el problema. También tenía razones de sobra para sospechar que el asunto encerraba algún secreto criminal. Las alusiones de la dama a su pasado y su negativa a confiarle su secreto al marido señalaban en la misma dirección. Así pues, telegrafié a mi amigo Wilson Hargreave, del Departamento de Policía de Nueva York, que más de una vez se ha beneficiado de mis conocimientos sobre el delito en Londres, y le pregunté si conocía algo del nombre Abe Slaney. Aquí está su respuesta: «El maleante más peligroso de Chicago.» La misma tarde que recibí esta respuesta, Hilton Cubitt me envió el último mensaje de Slaney. Utilizando las letras ya conocidas, quedó de esta forma:

ELSIE .RE .ARE TO MEET THY GO.

Añadiendo una P y una D se completaba el mensaje (Elsie prepare to meet thy

god = Elsie, prepárate a comparecer ante Dios), que demostraba que el canalla había pasado de la persuasión a las amenazas; y, conociendo como conozco a los granujas de Chicago, estaba seguro de que no tardaría en pasar de las palabras a la acción. Así que vine a toda prisa a Norfolk con mi amigo y compañero el doctor Watson, pero, por desgracia, sólo llegamos a tiempo de comprobar que ya había sucedido lo peor.

—Es un privilegio colaborar con usted en la resolución de un caso —dijo el inspector con gran convicción—. Sin embargo, me perdonará que le hable con franqueza. Usted sólo tiene que responder ante sí mismo, pero yo debo responder ante mis superiores. Si este Abe Slaney que vive donde Elrige es, efectivamente, el asesino, y consigue escapar mientras yo me quedo aquí sentado, me veré sin duda en un grave apuro.

—No debe usted preocuparse. No intentará escapar.

—¿Cómo lo sabe?

—Huir equivaldría a confesar su crimen.

—Entonces, vayamos a detenerlo.

—Estoy esperando que venga él aquí, de un momento a otro.

—¿Por qué habría de venir?

—Porque le he escrito pidiéndole que venga.

—¡Pero esto es increíble, señor Holmes! ¿Cree que va a venir sólo porque usted se lo pida? ¿No ve que una petición semejante despertará sus sospechas y le impulsará a huir?

—Creo que he sabido presentar la carta del modo adecuado —dijo Sherlock Holmes—. De hecho, o mucho me equivoco o aquí tenemos al caballero en persona, que viene por el sendero.

En efecto, un hombre avanzaba por el sendero que llegaba hasta la puerta. Era un tipo alto, apuesto y moreno, que vestía un traje de franela gris, con sombrero panamá, barba negra y encrespada, nariz grande, aguileña y agresiva y un bastón con el que hacía florituras al andar. Por los aires que se daba al caminar por el

sendero, se diría que el lugar le pertenecía, y llamó a la puerta con un campanillazo fuerte y lleno de confianza.

—Creo, caballeros —dijo Holmes en voz baja—, que lo mejor será tomar posiciones detrás de la puerta. Toda precaución es poca cuando se trata de un sujeto como éste. Necesitará usted sus esposas, inspector. Deje que sea yo el que hable.

Aguardamos en silencio un momento —uno de esos momentos que ya no se olvidan— y luego se abrió la puerta y entró nuestro hombre. Al instante, Holmes le aplicó una pistola a la cabeza y Martin cerró las esposas en torno a sus muñecas. Todo se hizo con tal rapidez y destreza que el individuo se encontró indefenso antes de poder darse cuenta de que le atacaban. Nos miró con sus ojos negros y llameantes y entonces estalló en una amarga carcajada.

—Bien caballeros, esta vez me han ganado por la mano. Parece que fui a topar con algo duro. Pero vine aquí en respuesta a una carta de la señora Hilton Cubitt. ¿No me dirán que ella está metida en esto? ¿No me dirán que ella los ayudó a tenderme esta trampa?

—La señora Cubitt está gravemente herida y se encuentra a las puertas de la muerte.

El hombre soltó un alarido de dolor que resonó en toda la casa.

—¡Está usted loco! —exclamó con ferocidad—. ¡Fue él quien resultó herido, no ella! ¿Quién iba a hacerle daño a la pequeña Elsie? Yo podía amenazarla, que Dios me perdone, pero jamás le habría tocado ni un pelo de su preciosa cabeza. ¡Retire lo que ha dicho! ¡Dígame que no está herida!

—La encontraron malherida al lado del cadáver de su esposo.

El hombre se dejó caer en el sofá, lanzando un profundo gemido y hundiendo el rostro en sus manos esposadas. Permaneció en silencio durante cinco minutos. Luego volvió a alzar el rostro y habló con la fría compostura que da la desesperación.

—No tengo por qué ocultarles nada, caballeros —dijo—. Si le disparé a ese hombre, también él me disparó a mí, y no veo que eso sea un crimen. Pero si piensan ustedes que yo habría sido capaz de hacerle daño a esa mujer, es que no

nos conocen ni a mí ni a ella. Les aseguro que jamás hubo en el mundo un hombre que amara a una mujer como yo la amaba a ella. Y tenía mis derechos sobre ella, porque nos habíamos prometido hace años. ¿Quién era este inglés para interponerse entre nosotros? Les aseguro que yo tenía más derecho, y sólo estaba reclamando lo que era mío.

—Perdió usted su influencia sobre ella cuando ella descubrió la clase de hombre que es usted —dijo Holmes con tono severo—. Huyó de Norteamérica para librarse de usted y se casó en Inglaterra con un caballero honorable. Usted le siguió la pista, la acosó y le hizo insoportable la vida, con la intención de inducirla a abandonar al marido al que amaba y respetaba para fugarse con usted, a quien temía y odiaba. Y lo que ha conseguido es provocar la muerte de un hombre honrado y empujar a su esposa al suicidio. Esta ha sido su participación en el asunto, señor Abe Slaney, y tendrá usted que responder de ello ante la justicia.

—Si Elsie muere, no me importa lo que me pase a mí —dijo el americano. A continuación, abrió una mano y miró un papel arrugado que llevaba en ella—. ¡Oiga usted! —exclamó con un brillo de sospecha en la mirada—. ¿No estará usted tratando de asustarme, eh? Si la señora está tan malherida como usted dice, ¿quién escribió esta nota? —preguntó, arrojándola sobre la mesa.

—La escribí yo para atraerlo aquí.

—¿Que la escribió usted? Fuera de la banda, nadie en el mundo conoce el secreto de los monigotes. ¿Cómo pudo usted escribirla?

—Lo que un hombre inventa, otro lo puede descifrar —dijo Holmes—. Aquí viene un coche que lo llevará a Norwich, señor Slaney. Pero, mientras tanto, tiene usted tiempo de reparar una pequeña parte del mal que ha causado. ¿Se da usted cuenta de que sobre la señora Cubitt han recaído fuertes sospechas de que hubiera asesinado a su esposo, y que sólo mi presencia aquí, con los conocimientos que sólo yo poseía, la ha librado de la acusación? Lo menos que puede usted hacer por ella es dejar claro ante todo el mundo que ella no ha sido responsable, ni directa ni indirectamente, del trágico final de su marido.

—No deseo otra cosa —respondió el americano—. Creo que lo que más me conviene a mí mismo es decir la verdad absoluta.

—Es mi deber advertirle que lo que diga se utilizará en contra suya —exclamó el

inspector, con la admirable deportividad del sistema legal británico.

Slaney se encogió de hombros.

—Correré ese riesgo —dijo—. En primer lugar, quiero que sepan ustedes que conozco a esta mujer desde que era niña. Éramos siete en nuestra cuadrilla, allá en Chicago, y el padre de Elsie era el jefe de la banda. Un tipo listo, el viejo Patrick. Fue él quien inventó esa escritura, que parecía garabatos de niños a menos que tuviera uno la clave. Pues bien, Elsie se enteró de algunas de nuestras andanzas, pero no le gustaba ese tipo de negocios y disponía de un poco de dinero honrado, así que nos dejó plantados y se largó a Londres. Había sido novia mía, y estoy seguro de que se habría casado conmigo si yo me hubiera dedicado a otra cosa; pero no quería saber nada de negocios turbios. No conseguí localizarla hasta después de que se hubiera casado con el inglés. La escribí, pero no me contestó. Entonces me vine para acá y, como las cartas no servían de nada, empecé a dejar mensajes donde ella pudiera leerlos.

Llevo aquí ya un mes. Me alojaba en esa granja, donde disponía de una habitación en la planta baja y podía entrar y salir por las noches sin que nadie se enterara. Intenté convencer a Elsie por todos los medios. Yo sabía que ella leía los mensajes, porque una vez me escribió una respuesta debajo de uno de ellos. Por fin, perdí la paciencia y empecé a amenazarla. Ella entonces me envió una carta implorándome que me marchara y asegurando que le rompería el corazón ver a su esposo envuelto en un escándalo. Decía que bajaría a las tres de la mañana, cuando su esposo estuviera dormido, para hablar conmigo a través de la ventana si luego yo me marchaba y la dejaba en paz. Bajó y trajo dinero, intentando sobornarme para que me marchara. Aquello me sacó de quicio; la agarré del brazo y traté de sacarla por la ventana, pero en aquel momento llegó corriendo el marido con el revólver en la mano. Elsie cayó al suelo y nosotros quedamos frente a frente. Yo también iba armado, y saqué mi revólver para asustarlo y que me dejara ir. Él disparó y falló. Yo disparé casi al mismo tiempo y lo tumbé. Me escabullí por el jardín, y mientras me retiraba oí que la ventana se cerraba a mis espaldas. Esa es la pura verdad, caballeros, hasta la última palabra, y no supe nada más hasta que llegó ese chico a caballo con una nota que me hizo venir aquí como un primo, para caer en sus manos.

Mientras el americano hablaba, un coche había llegado hasta la puerta. En su interior venían dos policías de uniforme. El inspector Martin se puso en pie y tocó el hombro del detenido.

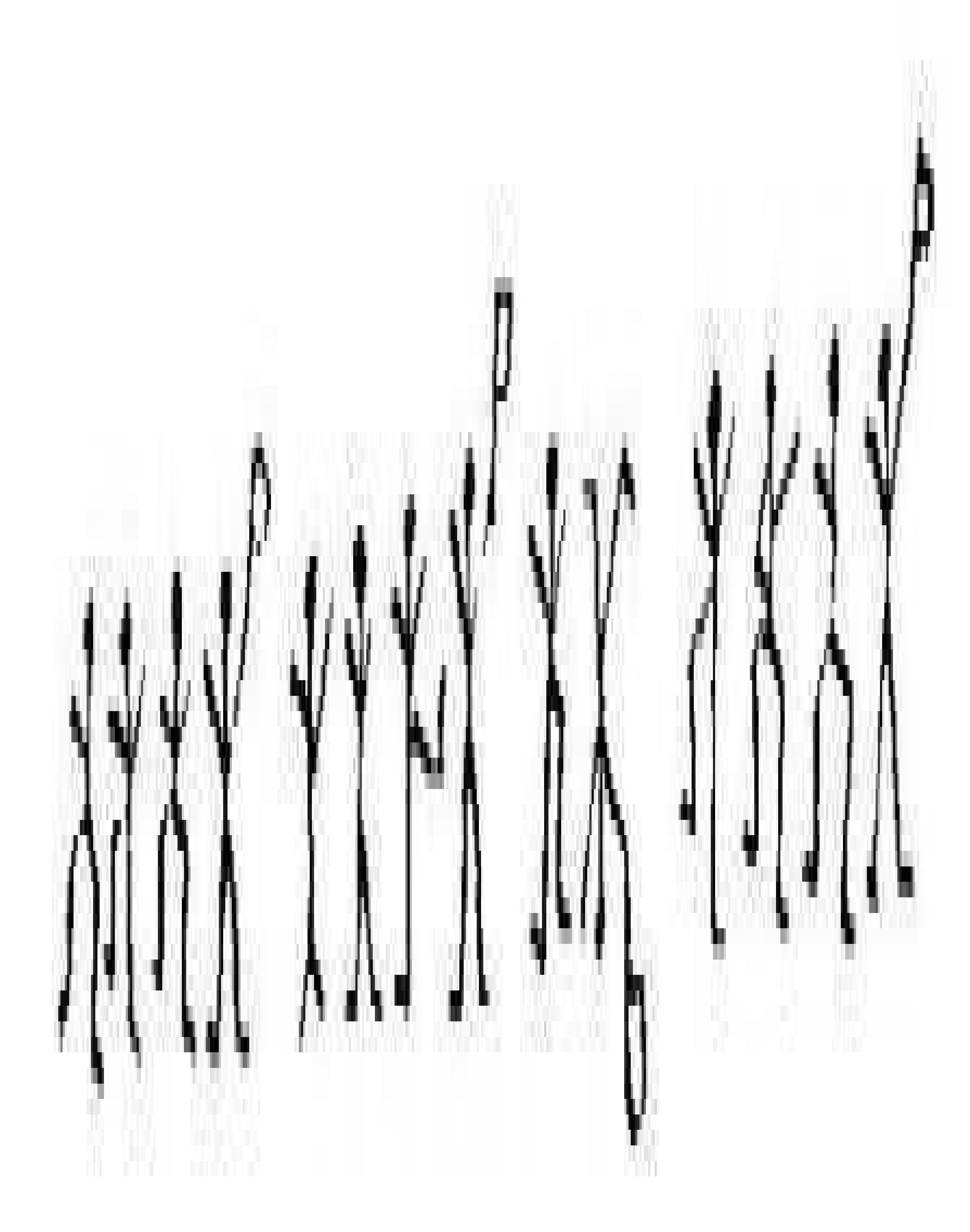
—Es hora de irse.

—¿Puedo verla antes?

—No, está inconsciente. Señor Holmes, mi único deseo es que si alguna otra vez me cae un caso importante, tenga la suerte de tenerlo a usted a mano.

Nos quedamos de pie junto a la ventana, mirando cómo se alejaba el coche. Al volverme, mi mirada cayó sobre la bola de papel que el detenido había tirado sobre la mesa. Era la nota que Holmes había usado como reclamo.

—A ver, Watson, si es usted capaz de leerla —dijo sonriente. No contenía palabras, sino esta pequeña hilera de monigotes.



—Si utiliza el código que les he explicado —dijo Holmes—, verá que significa simplemente Come here at once («Ven aquí al instante»). Estaba convencido de que se trataba de una invitación que no rechazaría, ya que no podía sospechar que viniera de nadie más que de la dama. Y así, querido Watson, hemos conseguido sacar algún bien de estos monigotes que con tanta frecuencia fueron agentes del mal, y creo haber cumplido mi promesa de proporcionarle algo fuera de lo corriente para su archivo. Nuestro tren pasa a las tres cuarenta. Podemos llegar a Baker Street a tiempo para la cena.

Unas breves palabras a manera de epílogo:

El norteamericano Abe Slaney fue condenado a muerte en la sesión de invierno del Tribunal de Apelación de Norwich; pero se le conmutó la pena por otra de trabajos forzados, teniendo en cuenta ciertas circunstancias atenuantes y la convicción de que Hilton Cubitt había disparado el primer tiro.

De la señora de Hilton Cubitt, sólo sé que oí decir que se recuperó por completo y ha permanecido viuda, dedicando su vida al cuidado de los pobres y la administración de las propiedades de su esposo.

4. La aventura de la ciclista solitaria

Entre los años 1894 y 1901, ambos incluidos, Sherlock Holmes se mantuvo muy activo. Podría decirse que durante estos ocho años no hubo caso público de cierta dificultad en el que no se le consultase, y fueron cientos los casos privados -algunos de ellos, los más complicados y extraordinarios- en los que desempeñó un papel destacado. Muchos éxitos sorprendentes y unos pocos fracasos inevitables fueron el resultado de este largo período de continuo trabajo. Dado que he conservado notas muy completas de todos estos casos, y que intervine personalmente en muchos de ellos, podrán imaginar que no resulta fácil decidir cuáles debería seleccionar para presentarlos al público.

No obstante, me atendré a mi antigua norma, dando preferencia a aquellos casos cuyo interés no se basa tanto en la brutalidad del crimen como en el ingenio y las cualidades dramáticas de la solución. Por esta razón, me decido a exponer al lector los hechos referentes a la señorita Violet Smith, la ciclista solitaria de Charlington, y el curioso curso que tomaron nuestras investigaciones, que culminaron en una tragedia inesperada. Es cierto que las circunstancias no se prestaron a ninguna exhibición deslumbrante de las facultades que hicieron famoso a mi amigo, pero el caso presentaba algunos detalles que lo hacen destacar en los abundantes archivos del delito de los que saco el material para estas pequeñas narraciones.

Consultando mi libro de notas del año 1895, compruebo que la primera vez que oímos hablar de la señorita Violet Smith fue el sábado 23 de abril. Recuerdo que su visita incomodó muchísimo a Holmes, que en aquel momento se encontraba inmerso en un abstruso y complicadísimo problema referente a la misteriosa persecución de que era objeto John Vincent Harden, el célebre magnate del tabaco. Mi amigo, que valoraba la precisión y concentración del pensamiento por encima de todas las cosas, no soportaba que nada distrajera su atención del asunto que se traía entre manos. Sin embargo, so pena de incurrir en grosería, lo cual no hubiera sido propio de él, resultaba imposible negarse a escuchar la historia de aquella mujer joven y guapa, alta, simpática y distinguida, que se presentó en Baker Street a última hora de la tarde, solicitando su ayuda y

consejo. De nada sirvió insistir en que se encontraba completamente ocupado, ya que la joven había venido absolutamente decidida a contar su historia, y resultaba evidente que sólo por la fuerza podríamos sacarla de la habitación antes de que lo hubiera hecho. Con expresión resignada y una cierta sonrisa de fastidio, Holmes rogó a la bella intrusa que tomara asiento y nos informara de aquello que tanto la preocupaba.

—Al menos, sabemos que no se trata de su salud —dijo, clavando en ella sus penetrantes ojos—. Una ciclista tan entusiasta debe estar rebosante de energía.

La joven, sorprendida, se miró los pies, y yo pude observar la ligera rozadura producida en un lado de la suela por la fricción con el borde del pedal.

—Sí, señor Holmes, monto mucho en bicicleta, y eso tiene algo que ver con esta visita que le hago.

Mi amigo tomó la mano sin guante de la joven y la examinó con tanta atención y tan poco sentimiento como un científico examinando una muestra.

—Estoy seguro de que me perdonará. Es mi oficio —dijo al soltarla—. Casi cometo el error de suponer que escribía usted a máquina. Pero se nota con toda claridad que toca un instrumento musical. ¿Se ha fijado, Watson, en que el aplastamiento de las puntas de los dedos es común a ambas profesiones? Sin embargo, el rostro expresa una espiritualidad —al decir esto, la hizo volverse hacia la luz— que la máquina de escribir no genera. Esta señorita se dedica a la música.

—Sí, señor Holmes, soy profesora de música.

—En el campo, deduzco del color de su piel.

—Sí, señor; cerca de Farnham, en los límites de Surrey.

—Una zona preciosa, llena de recuerdos interesantes. ¿Se acuerda usted, Watson, que fue cerca de allí donde agarramos a Archie Stamford, el falsificador? Y bien, señorita Violet, ¿qué es lo que le ha ocurrido cerca de Farnham, en los límites de Surrey?

Con gran claridad y presencia de ánimo, la joven inició el siguiente y curioso relato:

—Mi padre murió, señor Holmes. Se llamaba James Smith y dirigía la orquesta del antiguo Teatro Imperial. Mi madre y yo quedamos sin ningún pariente en el mundo, con excepción de un tío llamado Ralph Smith, que se marchó a África hace veinticinco años, sin que desde entonces hayamos sabido una palabra de él. Cuando murió mi padre, quedamos en la pobreza, pero un día nos dijeron que había salido un anuncio en el Times interesándose por nuestro paradero. Ya podrá imaginarse lo emocionadas que estábamos, pensando que alguien nos había legado una fortuna. Acudimos de inmediato al abogado cuyo nombre figuraba en el anuncio, y allí nos presentaron a dos caballeros, el señor Carruthers y el señor Woodley, que habían llegado de Sudáfrica. Dijeron que eran amigos de mi tío, el cual había fallecido pocos meses antes en Johannesburgo, en la más absoluta pobreza, y que con su último aliento les había pedido que localizasen a sus familiares y se asegurasen que nada les faltara. Nos pareció muy raro que el tío Ralph, que jamás se preocupó de nosotras en vida, se mostrase tan atento al morir; pero el señor Carruthers nos explicó que la razón era que mi tío acababa de enterarse de la muerte de su hermano y se sentía responsable de nosotras.

—Perdone —dijo Holmes—, ¿cuándo tuvo lugar esta entrevista?

—En diciembre; hace cuatro meses.

—Continúe, por favor.

—El señor Woodley me pareció una persona despreciable. Todo el tiempo se lo pasó haciéndome guiños... Es un joven sin modales, con el rostro hinchado, un bigote pelirrojo y el pelo repeinado a los lados de la frente. Me resultó absolutamente odioso, y estoy segura de que a Cyril no le gustaría nada que yo me tratase con semejante individuo.

—¡Oh, así que él se llama Cyril! —dijo Holmes, sonriendo.

La joven se sonrojó y se echó a reír.

—Sí, señor Holmes; Cyril Morton, ingeniero electrotécnico. Esperamos casarnos a finales de verano. ¡Cielo santo! ¿Cómo hemos llegado a hablar de él? Lo que quería decir es que el señor Woodley me pareció absolutamente odioso, pero el señor Carruthers, que era mucho mayor, resultaba más agradable. Era un hombre moreno, cetrino, bien afeitado y muy callado, pero tenía buenos modales y una sonrisa simpática. Preguntó por nuestra situación económica, y al enterarse de lo

pobres que éramos me propuso ir a su casa para darle clases de música a su hija de diez años. Yo dije que no me gustaba la idea de dejar sola a mi madre, y él respondió que podía ir a visitarla los fines de semana, y me ofreció cien libras al año, que desde luego es un salario espléndido. Así que acabé por aceptar y me trasladé a Chiltern Grange, a unas seis millas de Farnham. El señor Carruthers es viudo, pero tiene contratada un ama de llaves, una anciana respetable que se llama señora Dixon, para que cuide de la casa. La niña es un encanto y todo prometía ir bien. El señor Carruthers era muy amable y muy aficionado a la música, y pasamos juntos veladas muy agradables. Cada fin de semana, yo volvía a Londres para visitar a mi madre.

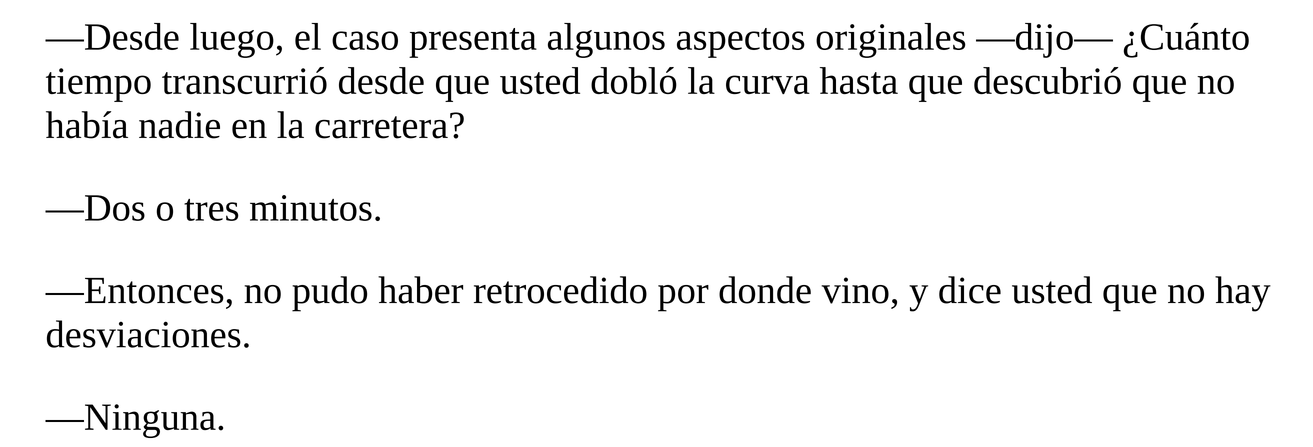
La primera grieta en mi felicidad fue la llegada del señor Woodley y su bigote rojo. Vino para pasar una semana y le aseguro que a mí me parecieron tres meses. Es un tipo horrible... Se portaba como un matón con todo el mundo, pero conmigo era algo infinitamente peor. Me hacía la corte de la manera más odiosa, presumía de su riqueza, me decía que si me casaba con él tendría los mejores diamantes de todo Londres y, por último, viendo que no quería saber nada de él, un día, después de comer, me sujetó entre sus brazos (es asquerosamente fuerte) y juró que no me soltaría hasta que le diese un beso. Apareció el señor Carruthers y le obligó a soltarme, pero él entonces se revolvió contra su propio anfitrión, derribándolo y produciéndole un corte en la cara. Como podrá imaginar, allí se terminó su visita. Al día siguiente, el señor Carruthers me presentó sus excusas, y me aseguró que jamás volvería a verme expuesta a semejante ofensa. Desde entonces no he vuelto a ver al señor Woodley.

Y ahora, señor Holmes, llegamos por fin al extraño suceso que me ha hecho venir hoy a solicitar su ayuda. Debe usted saber que todos los sábados por la mañana voy en bicicleta hasta la estación de Farnham para tomar el tren de las 12,22 a Londres. El camino desde Chiltern Grange es bastante solitario, sobre todo en un trecho de algo más de una milla, que pasa entre los descampados de Charlington Heath y los bosques que rodean la mansión de Charlington Hall. Sería difícil encontrar un tramo de carretera más solitario que ése. Es rarísimo cruzarse con un carro o con un campesino hasta que se sale a la carretera que pasa cerca de Crooksbury Hill. Hace dos semanas, iba yo por ese tramo cuando, al volver la cabeza por casualidad, vi que a unos doscientos metros detrás de mí venía un hombre, también en bicicleta. Parecía un hombre de edad madura, con barba corta y negra. Miré de nuevo hacia atrás antes de llegar a Farnham, pero el hombre había desaparecido y no volví a pensar en él. Pero puede usted imaginarse mi sorpresa, señor Holmes, cuando al regresar el lunes lo vi de nuevo

en el mismo tramo de carretera. Mi asombro fue en aumento cuando el incidente se repitió, exactamente igual que la primera vez, el sábado y el lunes siguientes. El hombre mantenía siempre la distancia y no me molestó en modo alguno, pero aquello seguía pareciéndome muy raro. Se lo comenté al señor Carruthers, que pareció interesado y me dijo que había encargado un coche de caballos, de manera que en el futuro no tendría que recorrer sin compañía esos caminos solitarios.

El coche y el caballo tendrían que haber llegado esta semana, pero por alguna razón se retrasó la entrega y otra vez tuve que hacer en bicicleta el trayecto a la estación. Esto ha sido esta misma mañana. Como podrá suponer, estuve muy atenta al a llegar a Charlington Heath y, en efecto, allí estaba el hombre, exactamente igual que las dos semanas anteriores. Se mantiene siempre a tanta distancia de mí que no puedo verle la cara con claridad, pero estoy segura de que no lo conozco. Va vestido de oscuro, con una gorra de paño. Lo único que he podido distinguir bien es su barba negra. Yo no estaba asustada, pero sí muy intrigada, así que decidí averiguar quién era y qué pretendía. Aminoré la marcha, pero él también lo hizo. Entonces me detuve, y él se detuvo también. Decidí tenderle una trampa. Al llegar a una curva muy pronunciada, la doblé a toda velocidad y luego me paré a esperar. Suponía que él tomaría la curva tan rápido que me pasaría antes de poder detenerse, pero el caso es que no apareció. Volví hacia atrás y miré al otro lado de la curva. Se veía una milla de carretera, pero de él no había ni rastro. Y lo más extraño del caso es que no existe allí ninguna desviación por la que hubiera podido marcharse.

Holmes soltó una risita y se frotó las manos.



—Desde luego, el caso presenta algunos aspectos originales —dijo— ¿Cuánto tiempo transcurrió desde que usted dobló la curva hasta que descubrió que no había nadie en la carretera?

—Dos o tres minutos.

—Entonces, no pudo haber retrocedido por donde vino, y dice usted que no hay desviaciones.

—Ninguna.

—Tuvo que meterse por algún sendero, a un lado o a otro.

—No pudo ser por el lado del descampado, porque lo habría visto.

—En tal caso, por el procedimiento de exclusión, tenemos que suponer que se dirigió hacia Charlington Hall, que, según tengo entendido, es una mansión con terrenos propios, situada a un lado de la carretera. ¿Algo más?

—Nada, señor Holmes, excepto que me quedé tan perpleja que sentí que no quedaría satisfecha hasta haberle visto a usted y recibido sus consejos.

Holmes permaneció callado durante un rato.

—¿Dónde trabaja el caballero con el que va usted a casarse? —preguntó al fin.

—Trabaja en la Compañía Eléctrica Midland, de Coventry. —¿No se le habrá ocurrido darle una sorpresa?

—¡Oh, señor Holmes! ¿Cree que yo no lo iba a reconocer?

—¿Ha tenido usted otros admiradores?

—Tuve varios antes de conocer a Cyril.

—¿Y después?

—Bueno, está ese horrible Woodley, si es que a eso se le puede llamar un admirador.

—¿Y nadie más?

Nuestra bella cliente pareció un poco confusa.

—¿Quién es él? —insistió Holmes.

—Bueno, quizás sean puras figuraciones mías, pero a veces me ha dado la impresión de que mi patrón, el señor Carruthers, está muy interesado en mí. Pasamos bastante tiempo juntos. Yo le acompaño al piano por las tardes. Nunca ha dicho nada, es un perfecto caballero, pero las chicas siempre nos damos cuenta.

—¡Ajá! —Holmes parecía serio—. ¿Y de qué vive este señor?

—Es rico.

—¿Y no tiene coches ni caballos?

—Bueno, por lo menos tiene una posición bastante acomodada. Pero viene a Londres dos o tres veces por semana. Le interesan mucho las acciones de minas de oro sudafricanas.

—Señorita Smith, le ruego que me mantenga informado de cualquier nuevo giro de los acontecimientos. Por el momento, me encuentro muy ocupado, pero encontraré tiempo para hacer algunas averiguaciones sobre su caso. Mientras tanto, no dé ningún paso sin hacérmelo saber. Hasta la vista, y espero que no recibamos de usted más que buenas noticias.

—El que a una chica como ésa la siga alguien forma parte del orden establecido de la Naturaleza —dijo Holmes, dando chupadas a su pipa de meditación—, pero no precisamente en bicicleta y por solitarios caminos rurales. Sin duda alguna, se trata de algún enamorado secreto. Pero el caso presenta algunos detalles curiosos y sugerentes, Watson.

—¿Cómo que sólo aparezca en ese punto concreto?

—Exacto. Nuestro primer paso debe consistir en averiguar quiénes son los inquilinos de la mansión Charlington. Tampoco estaría mal enterarse de la relación que existe entre Carruthers y Woodley, dos hombres que parecen tan diferentes. ¿Cómo es que los dos se muestran tan interesados por los familiares de Ralph Smith? Y otra cosa: ¿Qué clase de casa es esta, que le paga a una institutriz el doble de lo normal, pero no dispone ni de un caballo estando a seis millas de la estación? Es raro, Watson, muy raro.

—¿Va usted a ir allí?

—No, querido amigo, va a ir usted. Podría muy bien tratarse de una intriga sin importancia, y no puedo interrumpir por ella esta otra investigación, que sí que es importante. El lunes llegará usted a Farnham a primera hora; se esconderá cerca de Charlington Heath; observará con sus propios ojos lo que ocurra y actuará como le indique su buen criterio. Y después, tras averiguar quién ocupa la mansión, regresará a informarme. Y ahora, Watson, ni una palabra más sobre el asunto hasta que dispongamos de algún asidero firme que nos permita avanzar hacia la solución.

Sabíamos por la propia joven que regresaría el lunes en el tren que sale de Waterloo a las 9,50, de manera que yo madrugué para tomar el de las 9,13. Una vez en la estación de Farnham, no tuve dificultades para que me indicaran el camino a Charlington Heath. Resultaba imposible confundirse respecto al escenario de la aventura de la joven ciclista, ya que la carretera discurría entre un brezal abierto por un lado y un antiguo seto de tejo por el otro, un seto que rodeaba un parque repleto de árboles magníficos. Había una entrada principal, de piedra cubierta de liquen, con los pilares de cada lado rematados por vetustos emblemas heráldicos; pero además de esta entrada principal para carruajes, observé varias aberturas más en el seto, de las que partían senderos. La casa no se veía desde la carretera, pero todo el entorno daba una impresión de tristeza y decadencia.

El descampado estaba cubierto de manchones dorados de tojos en flor, que brillaban de un modo magnífico a la radiante luz del sol primaveral. Me situé detrás de uno de estos grupos de arbustos, desde donde podía controlar la entrada al parque de la mansión y un buen tramo de carretera a cada lado. La carretera estaba vacía cuando yo salía a ella, pero ahora se veía un ciclista que venía en dirección contraria a la que yo había traído. Iba vestido de oscuro y pude ver que tenía barba negra. Al llegar al final de los terrenos de Charlington Hall, se apeó de su máquina y se metió con ella por una abertura del seto, desapareciendo de mi vista.

Transcurrió un cuarto de hora y entonces apareció un segundo ciclista. Esta vez se trataba de la señorita Smith, que venía de la estación. Al acercarse al seto, la vi mirar a su alrededor. Un instante después, el hombre salió de su escondite, montó en su bicicleta y empezó a seguirla. En todo el extenso paisaje, aquellas eran las únicas figuras en movimiento: la atractiva muchacha, sentada muy derecha en su máquina, y el hombre que la seguía, doblado sobre el manillar, con un misterioso aire furtivo en todos sus movimientos. Ella se volvió para mirarlo y redujo la velocidad. Él la redujo también. La chica se detuvo. El hombre se detuvo al instante, manteniéndose a unos doscientos metros detrás de ella. El siguiente movimiento de la muchacha fue tan inesperado como valeroso: hizo girar bruscamente su bicicleta y se lanzó a toda velocidad hacia él. Pero el hombre actuó con igual rapidez y salió disparado en un huida desesperada. Poco después, la muchacha volvió a aparecer carretera arriba, con la cabeza orgullosamente erguida, sin dignarse a reconocer la presencia de su silencioso acompañante. También él había dado la vuelta, y siguió manteniendo la distancia hasta que la curva de la carretera los ocultó de mi vista.

No me moví de mi escondite, e hice muy bien, porque al poco rato reapareció el hombre pedaleando despacio. Se metió por la entrada a la mansión y desmontó de su bicicleta. Tenía las manos alzadas y parecía estar arreglándose la corbata. Luego montó de nuevo en la bicicleta y se alejó por el camino que llevaba a la mansión. Yo atravesé corriendo el brezal y atisbé entre los árboles. Pude ver a lo lejos algunos retazos del antiguo edificio gris, con sus erguidas chimeneas Tudor, pero el camino atravesaba una zona muy frondosa y no volví a ver a mi hombre.

Sin embargo, me pareció qué había aprovechado bastante bien la mañana y regresé a Farnham muy animado. El agente local de la propiedad no pudo darme ninguna información acerca de Charlington Hall, y me remitió a una conocida firma de Pall Mall. Pasé por ella al regresar a Londres y fui recibido por un representante muy educado. No, no podían alquilarme Charlington Hall para el verano. Llegaba un poco tarde. La habían alquilado hacía aproximadamente un mes. El inquilino era un tal señor Williamson, un caballero mayor y respetable. El atento agente lamentaba no poder decirme más, ya que no estaba autorizado a comentar los asuntos de sus clientes.

Sherlock Holmes escuchó con atención el largo informe que le presenté aquella misma tarde, pero que no consiguió arrancarle las breves palabras de elogio que yo había esperado y que tanto habría apreciado. Por el contrario, su rostro austero adoptó una expresión más severa que de costumbre al comentar todo lo que yo había hecho y dejado de hacer.

—Su escondite, querido Watson, estuvo muy mal elegido. Debió usted esconderse detrás del seto; de ese modo habría podido ver de cerca a ese personaje tan interesante. En cambio, se situó usted a varios cientos de metros de distancia y me trae aún menos información que la señorita Smith. Ella cree no conocer al hombre; yo estoy convencido de que lo conoce. De lo contrario, ¿por qué iba a poner tanto empeño en que ella no se le acerque lo suficiente como para verle la cara? Usted lo describe doblado sobre el manillar. Más ocultamiento, como puede ver. La verdad es que lo ha hecho usted fatal. El tipo vuelve a casa y usted quiere averiguar quién es.

¡Y no se le ocurre más que acudir a una agencia de Londres!

—¿Qué tendría que haber hecho? —pregunté algo irritado.

—Entrar en el bar más cercano. Ese es el centro de todos los cotilleos del pueblo. Allí le habrían dado todos los nombres, desde el del propietario hasta el de la última fregona. ¡Williamson! Eso no me dice nada. Si se trata de un anciano, entonces no puede ser él el activo ciclista que escapa a toda velocidad de la atlética joven que le persigue. ¿Qué hemos sacado en limpio de su expedición? Sólo que la chica decía la verdad. Eso yo nunca lo dudé. Que existe una relación entre el ciclista y la mansión. Tampoco tenía dudas sobre eso. Que el inquilino de la mansión se llama Williamson. ¿Qué adelantamos con eso? Vamos, vamos, querido amigo, no ponga esa cara. Poco más podemos hacer hasta el próximo sábado, y mientras tanto quizás yo pueda averiguar una o dos cosas.

A la mañana siguiente llegó una carta de la señorita Smith, relatando en términos breves y precisos los hechos que yo había presenciado. Pero la miga de la carta estaba en la posdata:

«Estoy segura, señor Holmes, de que respetará usted la confidencia que voy a hacerle. Mi situación se ha vuelto incómoda, debido a que mi patrón me ha pedido que me case con él. Estoy convencida de que sus sentimientos son sinceros y completamente honrados. Pero, por supuesto, yo ya estoy comprometida. Se tomó muy a pecho mi negativa, pero se mostró muy amable. No obstante, lo comprenderá, la situación es un poco tensa.»

—Parece que nuestra joven amiga está metida en un buen lío —dijo Holmes, pensativo, al acabar la carta—. La verdad es que el caso presenta más aspectos interesantes y más posibilidades de lo que yo suponía al principio. No me sentaría nada mal pasar un día tranquilo y apacible en el campo, y estoy por acercarme allí esta tarde para poner a prueba una o dos teorías que se me han ocurrido.

El tranquilo día de campo de Holmes tuvo un desenlace inesperado, ya que llegó a Baker Street bastante tarde, con un labio partido y un chichón amoratado en la frente, además de presentar un aspecto general tan desastrado que su persona habría despertado las justificadas sospechas de Scotland Yard. Se había divertido muchísimo con sus aventuras y se reía alegremente al relatarlas.

—Hago tan poco ejercicio que siempre resulta gratificante —dijo—. Como sabe, poseo ciertos conocimientos del noble y antiguo deporte británico del boxeo. De cuando en cuando resultan útiles. Hoy, por ejemplo, lo habría pasado

bochornosamente mal de no ser por ellos.

Le rogué que me contara lo que había sucedido.

—Localicé ese bar de pueblo que le había recomendado visitar, y allí inicié mis discretas averiguaciones. Me instalé en la barra y el charlatán del propietario me fue dando toda la información que deseaba. Williamson es un hombre de barba blanca que vive solo en la mansión, con unos pocos sirvientes. Corre el rumor de que es o ha sido clérigo, pero uno o dos incidentes ocurridos durante su breve estancia en la mansión me parecieron muy poco eclesiásticos. He hecho ya algunas indagaciones en una agencia eclesiástica, y allí me han dicho que existió un clérigo con ese apellido, que tuvo una carrera particularmente turbulenta. Además, el tabernero me dijo que a la mansión solían acudir visitas de fin de semana, «gente de pasta», según él, y en especial cierto caballero con bigote rojo apellidado Woodley, que estaba siempre por allí. Hasta aquí habíamos llegado cuando ¿quién dirá que vino a entrometerse? Pues el propio caballero en cuestión, que estaba bebiendo una cerveza allí mismo y había escuchado toda la conversación. ¿Quién era yo? ¿Qué quería? ¿A qué venían tantas preguntas?

Su lenguaje era de lo más fluido y sus adjetivos muy vigorosos, y remató una sarta de insultos con un revés traicionero que no pude esquivar del todo. Los minutos siguientes fueron deliciosos. Mis directos de izquierda contra los porrazos del rufián. Yo acabé como usted ve. Al señor Woodley se lo llevaron en un carro. Así terminó mi excursión al campo, y debo confesar que, aunque ha sido muy divertida, mi expedición a los límites de Surrey no ha resultado mucho más provechosa que la suya.

El jueves nos llegó otra carta de nuestra cliente:

«Señor Holmes, no creo que le sorprenda saber que voy a dejar mi empleo en casa del señor Carruthers. Ni siquiera un sueldo tan alto puede compensarme de lo incómodo de mi situación. El sábado iré a Londres y no tengo intención de regresar. El señor Carruthers ha comprado un cochecito, de manera que los peligros de la carretera solitaria, si es que alguna vez existieron, han desaparecido. En cuanto al motivo concreto de que me vaya, no se trata sólo de la tensa situación con el señor Carruthers, sino que además ha vuelto a aparecer ese odioso señor Woodley. Siempre fue repugnante, pero ahora está

más feo que nunca, porque parece que ha tenido un accidente y está todo desfigurado. Lo he visto por la ventana, pero gracias a Dios aún no he coincidido con él. Tuvo una larga conversación con el señor Carruthers, que después de eso parecía muy excitado. Woodley debe de estar alojado por aquí cerca, porque no durmió en casa y, sin embargo, lo volví a ver esta mañana, merodeando entre los arbustos. Preferiría que anduviese suelta una fiera salvaje antes que él. Le odio y le temo más de lo que soy capaz de expresar. ¿Cómo puede el señor Carruthers soportar ni por un segundo a semejante bicho? Menos mal que el sábado se acabarán mis problemas.»

—Eso espero, Watson, eso espero —dijo Holmes muy serio—. Alrededor de esta mujercita se está tramando alguna turbia intriga, y nuestro deber es procurar que nadie la moleste en este último viaje. Creo, Watson, que debemos prepararlo todo para desplazarnos allí el sábado por la mañana y asegurarnos que esta curiosa e incipiente investigación no tenga un final trágico.

Confieso que hasta aquel momento no me había tomado muy en serio el caso, que me parecía más grotesco y extravagante que verdaderamente peligroso. Que un hombre acechara y siguiera a una mujer tan guapa no tenía nada de nuevo, y si el tipo era tan poco decidido que no sólo no se atrevía a abordarla sino que incluso huía cuando ella se le acercaba, no podía tratarse de un asaltante muy peligroso. Aquel rufián de Woodley era muy diferente, pero, excepto en una ocasión, nunca había molestado a nuestra cliente y ahora visitaba la casa de Carruthers sin importunarla a ella. El hombre de la bicicleta tenía que ser uno de los que visitaban la mansión los fines de semana, como había dicho el tabernero, aunque seguíamos sin saber quién era y qué pretendía. Sin embargo, la actitud grave de Holmes y el hecho de que al salir de nuestras habitaciones se metiera un revólver en el bolsillo me hizo pensar por primera vez en la posibilidad de que detrás de aquella curiosa cadena de sucesos acechase la tragedia.

Después de una noche de lluvia amaneció un día espléndido, y los campos cubiertos de brezo y salpicados de vistosos matorrales de tojo en flor parecían aún más hermosos a unos ojos hastiados de los pardos sombríos y el gris pizarra de Londres. Holmes y yo avanzábamos por la ancha y arenosa carretera, aspirando el aire fresco de la mañana y disfrutando del canto de los pájaros y la suave brisa primaveral.

Desde una altura del camino en la ladera de la colina Crooksbury pudimos divisar la sombría mansión, sobresaliendo entre los añosos robles que, aun siendo muy viejos, eran más jóvenes que el edificio que rodeaban. Holmes señaló el largo tramo de carretera que formaba una franja rojo-amarillenta entre el color pardo del brezal y el verde primaveral del bosque. A lo lejos se veía un punto negro que resultó ser un vehículo que avanzaba hacia nosotros. Holmes soltó una exclamación de impaciencia.

—Yo había calculado un margen de media hora —dijo—, pero si aquél es su carricoche, es que debe de haber decidido tomar un tren anterior. Me temo, Watson, que va a pasar por Charlington antes de que podamos encontrarnos con ella.

Desde el momento en que dejamos la elevación, perdimos de vista el vehículo, pero avanzamos a un paso tan rápido que mi vida sedentaria empezó a hacerse sentir, y me fui quedando rezagado. Holmes, sin embargo, se mantenía siempre en forma, porque disponía de reservas inagotables de energía nerviosa a las que recurrir. Ni por un momento aminoró su paso elástico hasta que, de pronto, cuando ya iba unos cien metros por delante de mí, se detuvo y le vi levantar el brazo con un gesto de dolor y desesperación. En aquel mismo momento, por la curva de la carretera apareció un carricoche vacío, con el caballo al trote y las riendas colgando, que se acercó rápidamente a nosotros.

—¡Demasiado tarde, Watson, demasiado tarde! —exclamó Holmes mientras yo corría resoplando hacia él—. ¡Qué idiota he sido en no pensar en el tren anterior! ¡Secuestro, Watson! ¡Secuestro! ¡Asesinato! ¡Dios sabe qué! ¡Ciérrele el paso y pare al caballo! Muy bien. Ahora monte, y veremos si puedo remediar las consecuencias de mi estupidez.

Subimos los dos al coche y Holmes hizo que el caballo diera la vuelta, dio un trallazo con el látigo y salimos volando carretera adelante. Al doblar la curva quedó visible todo el tramo de carretera que discurría entre el brezal y la mansión. Yo agarré a Holmes del brazo.

—¡Allí está el hombre! —jadeé.

Un ciclista solitario venía hacia nosotros. Traía la cabeza agachada y los hombros encorvados y pedaleaba con todas sus fuerzas. Volaba como un corredor de carreras. De pronto, levantó el rostro barbudo, nos vio cerca de él y

frenó, saltando a continuación de su máquina. La barba, negra como el carbón, contrastaba de manera extraña con la palidez de su rostro, y los ojos le brillaban como si tuviera fiebre. Se quedó mirándonos a nosotros y al carruaje y en su rostro se formó una expresión de asombró.

—¿Qué es esto? ¡Alto ahí! —grito, cerrándonos el paso con su bicicleta—. ¿De dónde han sacado este coche? ¡Pare usted! —vociferó, sacando una pistola del bolsillo—. ¡Pare le digo, o por San Jorge que le meto un tiro al caballo!

Holmes arrojó las riendas sobre mis rodillas y saltó del coche.

—Usted es el hombre al que queríamos ver. ¿Dónde está la señorita Violet Smith? —dijo con su característica rapidez y claridad.

—Eso mismo le pregunto yo. Viene usted en su coche y tiene que saber dónde está.

—Encontramos el coche en la carretera, pero no había nadie en él. Hemos venido para ayudar a la señorita.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? —exclamó el desconocido, frenético de angustia—. ¡La han atrapado, ese demonio de Woodley y el cura renegado! Venga usted, venga, si de verdad es su amigo. Ayúdenme y la salvaremos, aunque tenga que dejar mi pellejo en el bosque de Charlington.

Corrió como un loco, pistola en mano, hacia una abertura en el seto. Holmes le siguió y yo seguí a Holmes, dejando al caballo pastando junto a la carretera.

—Se han metido por aquí —dijo Holmes, señalando las huellas de varios pies en el sendero embarrado—. ¡Caramba! ¡Quietos un momento! ¡Hay alguien caído en los matorrales!

Se trataba de un joven de unos diecisiete años, vestido como mozo de cuadras, con pantalones y polainas de cuero. Yacía caído de espaldas, con las rodillas dobladas y una terrible brecha en la cabeza. Estaba sin sentido, pero vivo. Me bastó una mirada a la herida para saber que no había penetrado en el hueso.

—Es Peter, el lacayo —exclamó el desconocido—. Él conducía el coche. Esos salvajes le han hecho bajar y lo han golpeado. Dejémoslo aquí; no podemos

hacer nada por él, pero a ella aún podemos salvarla de lo peor que le puede ocurrir a una mujer.

Corrimos frenéticamente por el sendero, que serpenteaba entre los árboles. Habíamos llegado a los arbustos que rodeaban la casa cuando Holmes se detuvo en seco.

—No han ido a la casa. Sus pisadas van hacia la izquierda. ¡Allí, junto a los laureles! ¡Ah, lo que yo decía!

Mientras él hablaba, del verde macizo de arbustos que teníamos delante surgió un alarido de mujer, un alarido que vibraba con un paroxismo de horror, y que se cortó de golpe en la nota más aguda, con un gemido de ahogo.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Está en la pista de bolos! —gritó el desconocido, lanzándose de cabeza entre los arbustos—. ¡Perros cobardes! ¡Síganme, caballeros! ¡Demasiado tarde! ¡Por todos los diablos!

Habíamos salido de pronto a un precioso claro cubierto de césped y rodeado de viejos árboles. En el punto más alejado, a la sombra de un corpulento roble, había un curioso grupo de tres personas. Una era una mujer, nuestra cliente, amordazada con un pañuelo y con aspecto de estar a punto de desmayarse. Frente a ella se erguía un hombre joven de aspecto brutal, rostro macizo y bigote pelirrojo, con las piernas bien abiertas y enfundadas en polainas. Tenía un brazo en jarras y con el otro hacía ondear una fusta. Su actitud era la de un fanfarrón en un momento de triunfo. Entre los dos había un hombre mayor, con barba blanca, que vestía una sobrepelliz corta sobre un traje claro de lana, y que al parecer acababa de celebrar un rito nupcial, ya que al aparecer nosotros se guardó en el bolsillo el libro de oraciones y felicitó jovialmente al siniestro novio con una palmada en el hombro.

—¡Se han casado! —balbucí.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó nuestro guía.

Atravesó corriendo el claro, con Holmes y yo pisándole los talones. Al acercarnos, la joven se tambaleó y tuvo que apoyarse en el tronco del árbol. Williamson, el ex sacerdote, nos saludó con una reverencia burlona, y el fanfarrón de Woodley nos salió al paso con una brutal carcajada de júbilo.

—Ya puedes quitarte esa barba, Bob —dijo—. Se te conoce perfectamente. Pues bien, tú y tus amigos llegáis justo a tiempo para que os presente a la señora Woodley.

La respuesta de nuestro guía fue sorprendente. Se arrancó la barba negra que le servía de disfraz y la tiró al suelo, dejando al descubierto un rostro alargado, cetrino y bien afeitado. A continuación, levantó su revólver y apuntó al joven rufián, que avanzaba hacia él blandiendo su peligrosa fusta.

—Sí —dijo nuestro aliado—. Soy Bob Carruthers y pienso defender a esta mujer aunque me ahorquen por ello. Ya te advertí lo que haría si volvías a molestarla, y por Dios que cumpliré mi promesa.

—Llegas tarde. ¡Es mi esposa!

—No, es tu viuda.

El revólver detonó y vi brotar la sangre de la pechera del chaleco de Woodley. Giró sobre sus pies con un gemido y cayó de espaldas, mientras su rostro odioso y enrojecido adquiría de repente una terrible palidez. El anciano, que todavía vestía su sobrepelliz, estalló en una sarta de blasfemias como no he oído jamás y sacó también un revólver, pero antes de que pudiera levantarlo se encontró frente a los ojos el cañón del arma de Holmes.

—¡Se acabó! —dijo mi amigo fríamente—. Tire esa pistola. Recójala, Watson, y apúntele a la cabeza. Gracias. Usted, Carruthers, deme ese revólver. Ya está bien de violencia. Vamos, entréguemelo.

—Pero ¿quién es usted?

—Me llamo Sherlock Holmes.

—¡Santo Dios!

—Veo que ha oído hablar de mí. Hasta que llegue la policía, yo actuaré en representación suya. ¡Eh, muchacho! —le gritó al asustado lacayo, que acababa de aparecer en el borde del claro—. Ven aquí. Lleva esta nota a Farnham lo más deprisa que puedas —garabateó unas cuantas palabras en una hoja de su cuaderno—. Entrégasela al inspector jefe del puesto de policía. Y mientras él llega, todos ustedes quedan bajo mi custodia personal.

La personalidad fuerte y arrolladora de Holmes dominaba la trágica escena, y todos por igual éramos como marionetas en sus manos. Williamson y Carruthers cargaron con el herido Woodley para meterlo en la casa y yo ofrecí mi brazo a la asustada muchacha. Tendieron al herido en una cama y, a petición de Holmes, lo examiné. Presenté mi informe en el antiguo comedor adornado con tapices, donde Holmes se había instalado con sus dos prisioneros delante.

—Vivirá —dije.

—¿Cómo? —gritó Carruthers, poniéndose en pie de un salto—. Entonces subiré a rematarlo antes que nada. No me digan que esa muchacha, ese ángel, va a quedar atrapada para toda su vida a Jack Woodley «el Rugiente».

—No debe preocuparse por eso —dijo Holmes—. Existen dos excelentes razones para que no se la pueda considerar su esposa, bajo ningún concepto. En primer lugar, tenemos motivos de sobra para poner en duda el derecho del señor Williamson a celebrar un matrimonio.

—He sido ordenado —exclamó el viejo granuja.

—Y también suspendido.

—Cuando uno es sacerdote, es sacerdote para siempre.

—No lo veo yo así. ¿Y qué hay de la licencia?

—Sacamos una licencia de matrimonio. La tengo en el bolsillo.

—La conseguiría con engaños. Pero, en cualquier caso, un matrimonio forzado no tiene validez; en cambio, constituye un delito muy grave, como comprobará usted antes de que esto termine[703]. O mucho me equivoco, o tendrá tiempo de sobra para reflexionar sobre el tema durante los próximos diez años, más o menos. En cuanto a usted, Carruthers, más le habría valido guardarse la pistola en el bolsillo.

—Empiezo a creer que sí, señor Holmes, pero cuando pensé en todas las precauciones que había tomado para proteger a esta muchacha..., porque yo la amaba, señor Holmes, y es la única vez en mi vida que he sabido lo que es el amor... me volví loco al saber que estaba en poder del matón más brutal de Sudáfrica, un tipo cuyo solo nombre infunde un terror supersticioso desde

Kimberley a Johannesburgo. Sí, señor Holmes, usted no lo creerá, pero desde que esta chica empezó a trabajar para mí, ni una sola vez dejé que pasara delante de esta casa, donde yo sabía que se ocultaban estos canallas, sin seguirla en mi bicicleta para asegurarme de que no le ocurriera nada malo. Me mantenía distanciado de ella, y me ponía una barba postiza para que no me reconociera, porque se trata de una joven decente y orgullosa, que no se habría quedado mucho tiempo en mi casa de haber sabido que yo la iba siguiendo por las carreteras rurales.

—¿Por qué no la advirtió del peligro?

—Porque también en este caso se habría marchado, yo no podía soportar la idea. Aunque no me amara, significaba mucho para mí ver su preciosa figura por la casa y oír el sonido de su voz.

—Usted llama a eso amor, señor Carruthers —dije yo—, pero yo lo llamo egoísmo.

—Puede que las dos cosas vayan unidas. Fuera como fuere, no quería que se marchara. Además, con esta gente por aquí, convenía que hubiera alguien cerca para cuidar de ella. Y cuando llegó el telegrama, tuve la seguridad de que pronto entrarían en acción.

—¿Qué telegrama?

—Este —dijo Carruthers, sacándolo del bolsillo. El texto era breve y conciso:

«El viejo ha muerto.»

—¡Hum! —dijo Holmes—. Creo que ya sé cómo se desarrollaron las cosas, y me doy cuenta de que este telegrama debió impulsarlos a entrar en acción, como usted dice. Pero, mientras aguardamos, podría usted explicarme algunos detalles.

El viejo renegado de la sobrepelliz soltó una explosiva descarga de palabrotas.

—Por mi alma, Bob Carruthers —dijo—, que si nos delatas te voy a hacer lo mismo que tú le hiciste a Jack Woodley. Puedes rebuznar todo lo que quieras acerca de la chica, porque ese es asunto tuyo, pero si traicionas a tus compañeros

con este poli de paisano, será la peor faena que has hecho en tu vida.

—No se excite, reverendo —dijo Holmes, encendiendo un cigarrillo—. Los cargos contra usted están bastante claros, y sólo quiero preguntar unos cuantos detalles por curiosidad personal. Sin embargo, si existe algún problema en que ustedes me lo cuenten, seré yo quien hable y veremos qué posibilidades tienen de ocultar sus secretos. En primer lugar, tres de ustedes llegaron de Sudáfrica para dar este golpe: usted, Williamson, usted, Carruthers, y Woodley.

—Error número uno —dijo el anciano—. Yo no conocía a ninguno de los dos hasta hace dos meses, y jamás en mi vida he estado en África, así que puede meter eso en su pipa y fumárselo, señor Metomentodo Holmes.

—Es cierto lo que dice —confirmó Carruthers.

—Bien, bien, vinieron sólo dos. El reverendo es un producto del país. Ustedes conocieron a Ralph Smith en Sudáfrica y tenían motivos para suponer que no viviría mucho. Entonces averiguaron que su sobrina heredaría su fortuna. ¿Qué tal voy?

Carruthers asintió y Williamson soltó una palabrota.

—No cabe ninguna duda de que ella era el pariente más próximo, y ustedes estaban seguros de que el viejo no haría testamento.

—No sabía ni leer ni escribir —dijo Carruthers.

—Así que ustedes dos se plantaron aquí y localizaron a la chica. El plan era que uno de los dos se casara con ella y el otro recibiría una parte del botín. Por alguna razón, Woodley salió elegido como marido. ¿Cómo fue eso?

—Nos la jugamos a las cartas en el viaje. Él ganó.

—Comprendo. Usted tomó a la joven a su servicio, y así Woodley podría cortejarla. Pero ella se dio cuenta de que era un bruto borracho y no quiso saber nada de él. Mientras tanto, su plan se trastornó porque usted mismo se enamoró de la chica, y no podía soportar la idea de que este rufián se la quedase.

—¡No, por San Jorge, no podía!

—Hubo una pelea entre ustedes. Woodley se marchó enfurecido y comenzó a hacer sus propios planes sin contar con usted.

—Empiezo a pensar, Williamson, que no hay mucho que podamos decirle a este caballero —dijo Carruthers con una risa amarga—. Sí, nos peleamos y él me derribó. Pero ahora ya estamos en paz. Entonces lo perdí de vista. Fue entonces cuando él reclutó a este padre renegado. Descubrí que se habían instalado juntos aquí, en el trayecto que ella recorría para ir a la estación. A partir de entonces, no la perdí de vista, porque sabía que se estaba cociendo alguna diablura. Hace dos días, Woodley se presentó en mi casa con este telegrama, que nos comunicaba la muerte de Ralph Smith. Me preguntó si estaba dispuesto a seguir adelante con el trato. Le respondí que no. Preguntó entonces si accedería a casarme con la chica y darle a él una parte. Le dije que lo haría de muy buena gana, pero que ella no me aceptaba. Entonces, Woodley dijo: «Primero vamos a casarla, y puede que al cabo de una o dos semanas vea las cosas de diferente manera». Le respondí que me negaba a utilizar la violencia, y se marchó maldiciendo, como el canalla malhablado que siempre ha sido, y jurando que sería suya de un modo u otro. Ella se iba a marchar de mi casa esta semana y yo había conseguido un coche para llevarla a la estación, pero me sentía tan intranquilo que la seguí en bicicleta. Sin embargo, dejé que me tomara demasiada delantera, y antes de que pudiera alcanzarla el mal ya estaba hecho. No supe nada más hasta que los vi a ustedes dos regresando con el coche.

Holmes se puso en pie y tiró la colilla de su cigarrillo a la chimenea.

—He sido un obtuso, Watson —dijo—. Cuando me presentó usted su informe dijo que le había parecido ver al ciclista arreglarse la corbata entre los arbustos. Sólo con esto tendría que haberlo comprendido todo. Sin embargo, podemos felicitarnos por haber intervenido en un caso bastante curioso y en algunos aspectos único. Veo venir por el sendero a tres policías del condado, y me alegra comprobar que el pequeño mozo de cuadras se mantiene a su paso; es probable que ni él ni el fascinante novio sufran daños permanentes a causa de las aventuras de esta mañana. Creo, Watson, que en su calidad de médico debería atender a la señorita Smith y decirle que si se encuentra suficientemente recuperada tendremos mucho gusto en acompañarla a casa de su madre. Y si su recuperación no es completa, ya verá usted como una ligera alusión a la posibilidad de enviar un telegrama a cierto joven electricista de las Midlands la deja curada del todo. En cuanto a usted, señor Carruthers, creo que ha hecho todo lo que ha podido por reparar su participación en un plan maligno. Aquí

tiene mi tarjeta, y si mi declaración puede servirle de ayuda en el juicio, me tendrá a su disposición.

El lector probablemente habrá observado que, sumido en el torbellino de nuestra incesante actividad, suele resultarme difícil redondear mis relatos añadiendo esos detalles finales que tanto aprecian los curiosos. Cada caso ha servido de preludio a otro y, una vez pasada la crisis, los actores desaparecen para siempre de nuestras ajetreadas vidas. Sin embargo, al final de los manuscritos referentes a este caso he encontrado una breve anotación que confirma que la señorita Violet Smith heredó una gran fortuna y que actualmente es la esposa de Cyril Morton, socio principal de Morton & Kennedy, conocidos electricistas de Westminster. Williamson y Woodley fueron procesados por secuestro y agresión; al primero le cayeron siete años y al segundo diez. No consta ningún dato acerca de Carruthers, pero estoy seguro de que el tribunal no juzgaría con mucha severidad su agresión, teniendo en cuenta que Woodley tenía reputación de ser un maleante peligrosísimo, y creo que con unos meses bastaría para satisfacer las exigencias de la justicia.

5. La aventura del colegio Priory

En nuestro pequeño escenario de Baker Street hemos presenciado entradas y salidas espectaculares, pero no recuerdo ninguna tan repentina y sorprendente como la primera aparición del doctor Thorneycroft Huxtable, M.A., Ph.D., etc..

Su tarjeta, que parecía demasiado pequeña para soportar el peso de tanto título académico, le precedió en unos segundos y luego entró él: tan grande, tan pomposo y tan digno que parecía la encarnación misma del aplomo y la solidez. Y sin embargo, lo primero que hizo en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas fue tambalearse y apoyarse en la mesa, tras lo cual se desplomó en el suelo y allí quedó su majestuosa figura, postrada e inconsciente sobre la alfombra de piel de oso colocada delante de nuestra chimenea.

Nos pusimos en pie de un salto y durante unos instantes contemplamos con silencioso asombro aquel enorme resto de naufragio, que parecía el resultado de una repentina y letal tempestad ocurrida en algún lugar lejano del océano de la vida. Luego corrimos a socorrerlo, Holmes con un almohadón para la cabeza y yo con brandy para la boca. El rostro blanco y macizo estaba surcado por arrugas de preocupación, las fláccidas bolsas de debajo de los ojos tenían un color plomizo, la boca entreabierta se curvaba en una mueca de dolor y sus rollizas mejillas estaban sin afeitar. La camisa y el cuello mostraban las mugrientas señales de un largo viaje, y el cabello se encrespaba desordenadamente sobre la bien formada cabeza. El hombre que yacía ante nosotros había sufrido sin duda un duro golpe.

—¿Qué tiene, Watson? —preguntó Holmes.

—Agotamiento total, puede que simple hambre y cansancio —respondí, tomándole el pulso y verificando que el torrente de vida se había reducido a un débil goteo.

—Billete de ida y vuelta desde Mackleton, en el norte de Inglaterra —dijo Holmes, sacándoselo del bolsillo del reloj—. Y aún no son ni las doce. No cabe duda de que ha madrugado.

Los párpados fruncidos empezaron a temblar y un par de ojos grises y ausentes alzaron su mirada hacia nosotros. Un instante después, nuestro hombre se ponía en pie con dificultades y rojo de vergüenza.

—Perdone esta muestra de debilidad, señor Holmes; temo que me han fallado las fuerzas. Gracias. Si pudiera tomar un vaso de leche y una galleta, estoy seguro de que me pondría bien. He venido personalmente, señor Holmes, para asegurarme de que me acompañará usted a la vuelta. Temía que un simple telegrama no lograría convencerlo de la absoluta urgencia del caso.

—Cuando se haya repuesto usted del todo...

—Ya me siento perfectamente otra vez. No me explico cómo me dio este desfallecimiento. Señor Holmes, quiero que venga usted a Mackleton conmigo en el primer tren.

Mi amigo sacudió la cabeza.

—Mi compañero, el doctor Watson, podrá decirle que en estos momentos estamos ocupadísimos. No puedo dejar este caso de los documentos Ferrers, y además está a punto de comenzar el juicio por el crimen de Abergavenny. Sólo un asunto muy importante podría sacarme de Londres en estos momentos.

—¡Importante! —nuestro visitante levantó las manos—. ¿No se ha enterado del secuestro del único hijo del duque de Holdernesse?

—¿Cómo? ¿El que fue ministro?

—Exacto. Hemos tratado de ocultárselo a la prensa, pero anoche el Globe publicaba algunos rumores. Pensé que tal vez estuviera usted al corriente.

Holmes estiró su largo y delgado brazo y sacó el volumen «H» de su enciclopedia de consulta.

—«Holdernesse, sexto duque de K.G., P.C...[705], y así medio alfabeto...; barón de Beverley, conde de Carston... ¡Caramba, menuda lista!... Señor de Hallamshire desde 1900. Casado con Edith, hija de sir Charles Appledore, en 1888. Hijo único y heredero: lord Saltire. Propietario de unos 250,000 acres. Minas en

Lancashire y Gales. Residencias: Carlton House Terrace, Londres; Mansión Holdernesse, en Hallamshire; castillo de Carston, en Bangor, Gales. Lord Almirante en 1872. Primer secretario de Estado... » ¡Vaya, vaya! Se trata, sin duda, de uno de los grandes personajes del reino.

—El más grande, y puede que el más rico. Ya sé, señor Holmes, que es usted un profesional de primera fila y que está dispuesto a trabajar por mero amor al trabajo. Sin embargo, puedo decirle que su excelencia ha prometido entregar un cheque de cinco mil libras a la persona que pueda indicarle el paradero de su hijo, y otras mil a quien pueda identificar a la persona o personas que lo han secuestrado.

—Una oferta principesca —dijo Holmes—. Watson, creo que acompañaremos al doctor Huxtable al norte de Inglaterra. Y ahora, doctor Huxtable, en cuanto se haya terminado la leche, le agradecería que nos contara lo que ha ocurrido, cuándo ocurrió, cómo ocurrió y, por último, qué tiene que ver en ello el doctor Thorneycroft Huxtable, del colegio Priory, cerca de Mackleton, y por qué viene a solicitar mis humildes servicios tres días después del suceso, como se deduce del estado de su barba.

Nuestro visitante había dado cuenta de su leche y sus galletas. Recuperado el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas, comenzó a explicar la situación con considerable energía y lucidez.

—Debo informarles, caballeros, de que el Priory es un colegio preparatorio, del que soy fundador y director. Tal vez les resulte más familiar mi nombre si lo asocian a los Comentarios a Horacio por Huxtable. El Priory es el mejor y más selecto colegio preparatorio de Inglaterra, sin excepción alguna. Lord Leverstoke, el conde de Blackwater, sir Cathcart Soames..., todos ellos me han confiado a sus hijos. Pero cuando me pareció que mi colegio había alcanzado el cenit fue hace tres semanas, cuando el duque de Holdernesse envió a su secretario, el señor James Wilder, para notificarme la intención de poner a mi cargo al joven lord Saltire, de diez años de edad, hijo único y heredero suyo. ¡Qué poco imaginaba yo que aquello iba a ser el preludio de la desgracia más terrible de mi vida!

El muchacho llegó el 1 de mayo, que es cuando comienza el semestre de verano. Era un joven encantador, que se adaptó en seguida a nuestras normas. Debo decirle..., espero no estar cometiendo una indiscreción, pero en un caso como

éste es absurdo andarse con medias verdades..., que el chico no era muy feliz en su casa. Es un secreto a voces que la vida matrimonial del duque no ha sido muy apacible y acabó desembocando en una separación por mutuo acuerdo. La duquesa se ha establecido en el sur de Francia. Esto ocurrió hace muy poco, y se sabe que las simpatías del muchacho estaban del lado de la madre. Cuando ella se marchó de la mansión Holdernesse, el chico se quedó muy deprimido, y por eso decidió el duque enviarlo a mi colegio. A los quince días se había adaptado por completo y parecía absolutamente feliz con nosotros.

Se le vio por última vez la noche del 13 de mayo, es decir, la noche del lunes pasado. Su cuarto está en el segundo piso y para llegar a él hay que pasar por otra habitación más grande, en la que duermen dos alumnos. Estos muchachos no vieron ni oyeron nada, de manera que es imposible que el joven Saltire pasara por allí. La ventana de su cuarto estaba abierta y hay una hiedra bastante sólida que llega hasta el suelo. No encontramos pisadas abajo, pero no cabe duda de que esta es la única salida posible.

Su ausencia se descubrió a las siete de la mañana del martes. Se notaba que había dormido en su cama. Antes de marcharse se había vestido del todo, con el uniforme escolar de chaqueta negra, estilo Eton, y pantalones gris oscuro. No se advertían señales de que hubiera entrado alguien en su habitación y estamos seguros de que si hubiera habido gritos o forcejeo se habrían oído, porque Caulder, el mayor de los dos muchachos que duermen en la habitación interior, tiene el sueño muy ligero.

Cuando descubrimos la desaparición de lord Saltire, pasé lista inmediatamente a todo el personal del colegio: alumnos, profesores y servicio. Y entonces nos dimos cuenta de que lord Saltire no se había fugado solo. Faltaba también Heidegger, el profesor de alemán. Su habitación está también en el segundo piso, al otro extremo del edificio, pero dando a la misma fachada que la de lord Saltire. También había dormido en su cama; pero al parecer se había marchado a medio vestir, porque su camisa y sus calcetines estaban tirados en el suelo. No cabe duda de que bajó descolgándose por la hiedra, porque encontramos pisadas suyas abajo en el césped. Junto a este césped hay un pequeño cobertizo donde guardaba su bicicleta, que también ha desaparecido.

Llevaba con nosotros dos años, y había llegado con las mejores referencias. Pero era un tipo callado y poco simpático, que no se llevaba muy bien ni con los alumnos ni con los profesores. No se pudo encontrar ni rastro de los fugitivos, y

hoy, jueves, sabemos tan poco como el martes. Naturalmente, fuimos de inmediato a preguntar a la mansión Holdernesse. Se encuentra a sólo unas millas de distancia, y pensamos que un repentino ataque de nostalgia le habría hecho volver con su padre. Pero allí no sabían nada de él. El duque está excitadísimo, y en cuanto a mí, ya han visto ustedes el estado de postración nerviosa al que me han reducido la incertidumbre y la responsabilidad. Señor Holmes, si alguna vez se ha empleado usted a fondo, le suplico que lo haga ahora, porque nunca en su vida encontrará un caso que más lo merezca.

Sherlock Holmes había escuchado con el mayor interés el relato del afligido director de escuela. Sus cejas fruncidas y el profundo surco que había entre ellas demostraban que no era preciso insistirle para que concentrase toda su atención en un problema que, aparte de las enormes sumas que en él se barajaban, tenía forzosamente que atraerle, dada su afición a lo enigmático y lo extraño. Sacó su cuaderno de notas y garabateó en él algunas anotaciones.

—Ha sido una torpeza por su parte no acudir a mí antes —dijo en tono severo—. Me obliga a iniciar mi investigación con una grave desventaja. Es impensable, por ejemplo, que esa hiedra y ese césped no le revelaran nada a un observador experto.

—No ha sido culpa mía, señor Holmes. Su excelencia estaba empeñado en evitar a toda costa un escándalo público. Le asustaba que sus desgracias familiares quedaran expuestas a la vista de todos. Siente horror por ese tipo de cosas.

—¿Pero se ha realizado alguna investigación oficial?

—Sí, señor, pero sin ningún resultado. Al principio pareció que se había encontrado una pista, ya que alguien declaró haber visto a un hombre joven y un niño saliendo de una estación cercana en uno de los primeros trenes. Pero anoche supimos que se había seguido la pista de la pareja hasta Liverpool, y se ha comprobado que no tienen nada que ver con el asunto. Entonces fue cuando, desesperado, defraudado y tras una noche sin dormir, decidí tomar el primer tren y venir directamente a verle.

—Supongo que la investigación sobre el terreno aflojaría mientras se seguía esa pista falsa.

—Se interrumpió por completo.

—Con lo cual se han perdido tres días. No se podía haber manejado peor el asunto.

—Eso me parece a mí, lo reconozco.

—Sin embargo, debería poderse resolver el problema. Tendré mucho gusto en echarle un vistazo. ¿Ha descubierto usted alguna conexión entre el chico perdido y este profesor alemán?

—Absolutamente ninguna.

—¿Ni siquiera estaba en su clase?

—No; por lo que yo sé, jamás intercambiaron una palabra.

—Desde luego, esto es muy curioso. ¿Tenía bicicleta el chico?

—No.

—¿Se ha echado en falta alguna otra bicicleta?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

—Vamos a ver: ¿no pensará usted en serio que este alemán se marchó en bicicleta en plena noche con el chico en brazos?

—Claro que no.

—Entonces, ¿cuál es su teoría?

—Lo de la bicicleta pudo ser un truco para despistar. Pueden haberla escondido en cualquier parte y luego marcharse a pie.

—Desde luego; pero parece un truco bastante absurdo, ¿no cree? ¿Había más bicicletas en ese cobertizo?

—Varias.

—¿Y no cree que si hubieran querido dar la impresión de que se marcharon de ese modo habrían escondido un par de bicicletas?

—Supongo que sí.

—Desde luego que sí. La teoría del truco para despistar no se sostiene. Sin embargo, el incidente constituye un magnífico punto de partida para una investigación. Al fin y al cabo, una bicicleta no es fácil de esconder o destruir. Otra pregunta: ¿Recibió el chico alguna visita el día antes de su desaparición?

—No.

—¿Recibió alguna carta?

—Sí, una.

—¿De quién?

—De su padre.

—¿Abren ustedes las cartas de los alumnos?

—No.

—Y entonces, ¿cómo sabe que era de su padre?

—Porque el sobre llevaba el escudo de armas y la dirección estaba escrita con la letra del duque, que es característicamente rígida. Además, el duque recuerda haber escrito.

—¿Recibió otras cartas antes de ésa?

—Ninguna en varios días.

—¿Y alguna vez ha recibido carta de Francia?

—No, nunca.

—Supongo que se da usted cuenta de hacia dónde apuntan mis preguntas. Una de dos: o se llevaron al chico a la fuerza o se marchó por su propia voluntad. En este último caso, cabría suponer que sólo una llamada de fuera podría empujar a

un muchacho tan joven a hacer semejante cosa. Si no recibió visitas, la llamada tuvo que llegar por carta. Por tanto, estoy intentando averiguar quién la escribió.

—Me temo que no puedo ayudarle mucho. Que yo sepa, el único que le escribía era su padre.

—El cual le escribió el mismo día de su desaparición. ¿Se llevaban muy bien el padre y el hijo?

—Su excelencia no se lleva bien con nadie. Vive sumergido por completo en los grandes asuntos públicos y resulta bastante inaccesible a las emociones normales.

Pero, a su manera, siempre se portó bien con el niño.

—Sin embargo, las simpatías de éste se inclinaban por la madre, ¿no?

—Sí.

—¿Lo dijo él?

—No.

—Entonces, ¿el duque?

—¡Santo cielo, no!

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—Tuve algunas conversaciones confidenciales con el señor James Wilder, secretario de su excelencia. Fue él quien me informó acerca de los sentimientos de lord Saltire.

—Ya veo. Por cierto, esa última carta del duque, ¿se encontró en la habitación del muchacho después de que éste desapareciera?

—No, se la había llevado. Creo, señor Holmes, que deberíamos ponernos en camino hacia la estación de Euston.

—Pediré un coche. Dentro de un cuarto de hora estaremos a su servicio. Y si va usted a telegrafiar, señor Huxtable, convendría que la gente de por allí creyera

que las investigaciones aún siguen centradas en Liverpool, o dondequiera que conduzca esa pista falsa. De ese modo, yo podré trabajar tranquilamente en las puertas de su establecimiento, y tal vez el rastro no esté tan borrado como para que no podamos olfatearlo dos viejos sabuesos como Watson y yo.

Aquella noche la pasamos en la fría y vigorizante atmósfera de la región de Peak, donde se encuentra el famoso colegio del doctor Huxtable. Ya había oscurecido cuando llegamos. Sobre la mesa del vestíbulo había una tarjeta, y el mayordomo susurró algo al oído del director, que se volvió hacia nosotros con la alegría reflejada en todos sus macizos rasgos.

—¡El duque está aquí! —dijo—. El duque y el señor Wilder están en mi despacho. Vengan, caballeros, y los presentaré. Como es natural, yo había visto muchos retratos del famoso estadista, pero el hombre de carne y hueso era muy distinto de sus imágenes. Se trataba de una persona alta y majestuosa, vestida de manera inmaculada, con un rostro flaco y chupado, y una nariz grotescamente larga y encorvada. La mortal palidez de su piel contrastaba con la larga y ondulada barba roja que le caía por encima del chaleco blanco, en el que una cadena de reloj brillaba a través de las guedejas. Así era el majestuoso personaje que nos miraba con fría mirada desde el centro de la alfombra de la chimenea del doctor Huxtable. A su lado había un hombre muy joven, que supuse que sería Wilder, el secretario privado. Era pequeño, nervioso, inquisitivo, con ojos inteligentes de color azul claro y expresión cambiante. Fue él quien inició en el acto la conversación, en tono cortante y decidido.

—Vine esta mañana, doctor Huxtable, pero llegué demasiado tarde para impedirle partir hacia Londres. Me enteré de que tenía la intención de solicitar al señor Sherlock Holmes que se hiciera cargo del caso. A su excelencia le sorprende, doctor Huxtable, que haya usted dado un paso semejante sin consultarlo.

—Al saber que la policía había fracasado...

—Su excelencia no está en modo alguno convencido del fracaso de la policía.

—Pero señor Wilde...

—Sabe usted muy bien, doctor Huxtable, que su excelencia tiene especial interés en evitar todo escándalo público. Prefiere que su intimidad la conozcan las menos personas posibles.

—La cosa tiene fácil remedio —dijo el acobardado doctor—. El señor Sherlock Holmes puede regresar a Londres en el tren de la mañana.

—Nada de eso, doctor, nada de eso —dijo Holmes con su voz más meliflua—. Este aire del Norte resulta muy vigorizante y agradable, y me parece que voy a pasar unos días en estos páramos, ocupando la mente lo mejor que pueda. Naturalmente, a usted le toca decidir si me alojo bajo su techo o en la posada del pueblo.

Pude darme cuenta de que el pobre doctor se encontraba sumido en la más profunda indecisión, de donde fue rescatado por la voz grave y sonora del duque barbirrojo, que resonó como un gong llamando a comer.

—Doctor Huxtable, estoy de acuerdo con el señor Wilder en que tendría usted que haberme consultado. Pero ya que el señor Holmes está enterado de todo, sería verdaderamente absurdo no aprovechar sus servicios. En lugar de ir a la posada, señor Holmes, me agradaría mucho que se quedara conmigo en la mansión Holdernesse.

—Gracias, excelencia. Pero, a efectos de la investigación, creo que será más juicioso que me quede en el escenario del misterio.

—Como desee, señor Holmes. Por supuesto, cualquier información que el señor Wilder o yo podamos proporcionarle está a su disposición.

—Lo más probable es que tenga que ir a visitarlos a la mansión —dijo Holmes —. Por el momento, señor, sólo deseo preguntarle si tiene formada alguna hipótesis que explique la misteriosa desaparición de su hijo.

—No, señor; ninguna.

—Perdóneme si hago alusión a algo que le resulta doloroso, pero no tengo más remedio. ¿Cree usted que la duquesa puede tener algo que ver con el asunto?

El ilustre ministro dio claras muestras de vacilación.

—No creo —dijo por fin.

—La otra explicación más evidente es que el chico haya sido secuestrado con objeto de pedir rescate por él. ¿No ha recibido ninguna petición en ese sentido?

—No, señor.

—Una pregunta más, excelencia. Tengo entendido que escribió usted a su hijo el día mismo del incidente.

—No; le escribí el día antes.

—Eso es. ¿Pero él recibió la carta ese día?

—Sí.

—¿Había algo en su carta que pueda haberlo trastornado o inducido a dar ese paso?

—No, señor, claro que no.

—¿Echó usted mismo la carta al correo?

La contestación del aristócrata quedó interrumpida por el secretario, que intervino algo acalorado.

—Su excelencia no tiene por costumbre llevar personalmente las cartas al correo —dijo—. La carta se dejó con las demás en la mesa del despacho, y yo mismo las eché al buzón.

—¿Está usted seguro de haber echado esta carta?

—Sí; me fijé en ella.

—¿Cuántas cartas escribió su excelencia aquel día?

—Veinte o treinta —dijo el duque—. Mantengo mucha correspondencia. Pero ¿no le parece esto un poco irrelevante?

—No del todo —respondió Holmes.

—Por mi parte —prosiguió el duque—, he aconsejado a la policía que dirija su atención hacia el sur de Francia. Ya he dicho que no creo que la duquesa haya incitado un acto tan monstruoso, pero el chico tenía ideas muy equivocadas, y es posible que haya huido para irse con ella, inducido y ayudado por ese alemán. Bien, doctor Huxtable, nos volvemos á la mansión.

Me di cuenta de que a Holmes aún le habría gustado hacer algunas preguntas más, pero el brusco comportamiento del noble daba a entender que la entrevista había terminado. Era evidente que aquello de discutir sus intimidades familiares con un extraño le resultaba absolutamente aborrecible a su exquisito carácter aristocrático, y que temía que cualquier nueva pregunta arrojara una desagradable luz sobre los rincones discretamente oscurecidos de su historia ducal.

En cuanto el aristócrata y su secretario se marcharon, mi amigo se lanzó de inmediato a la investigación, con su vehemencia habitual.

Examinamos minuciosamente la habitación del muchacho, que no nos proporcionó información alguna, aparte de dejarnos convencidos de que sólo pudo haber escapado por la ventana. Tampoco la habitación y los objetos personales del profesor alemán nos ofrecieron ninguna pista nueva. En este caso, un tallo de hiedra había cedido bajo su peso, y a la luz de la linterna pudimos ver en el césped la huella dejada por sus talones al bajar al suelo. Aquella marca solitaria en el bien cortado césped constituía el único testimonio material de la inexplicable fuga nocturna.

Sherlock Holmes salió del colegio solo y no regresó hasta después de las once. Se había hecho con un mapa militar de la zona y lo trajo a mi cuarto, lo extendió sobre la cama, colgó encima una lámpara y se puso a fumar mientras lo examinaba, señalando de cuando en cuando los puntos de interés con la humeante boquilla de ámbar de su pipa.

—Cada vez me gusta más este caso, Watson —dijo—. Decididamente, presenta aspectos muy interesantes. En esta fase inicial, quiero que se fije en estos detalles geográficos, que pueden tener mucha importancia para nuestra investigación. Mire este mapa. Este cuadrado oscuro es el colegio Priory. Voy a marcarlo con un alfiler. Y esta línea es la carretera principal. Ya ve que corre de Este a Oeste, pasando frente a la escuela, y que en ninguna de las dos direcciones existe una desviación en más de una milla. Si los dos fugitivos se marcharon por carretera, tuvo que ser por esta carretera.

—Exacto.

—Por una curiosa y afortunada casualidad, podemos saber hasta cierto punto lo que pasó por esta carretera durante la noche de autos. Aquí, donde señalo con la

pipa, había un policía rural de servicio desde las doce hasta las seis. Como puede ver, se trata del primer cruce que existe por el lado este. El guardia declara que no se movió de su puesto ni un instante, y está seguro de que ni el hombre ni el niño pudieron pasar por allí sin que él los viera. He hablado esta noche con el policía en cuestión, y me ha parecido una persona de absoluta confianza. Con eso queda descartado este camino. Pasemos a ocuparnos del otro. Aquí hay una fonda, «El Toro Rojo», cuya propietaria estaba enferma. Había hecho llamar al médico de Mackleton, pero éste no llegó hasta por la mañana, porque estaba ocupado con otro caso. La gente de la fonda pasó toda la noche en vela, aguardando su llegada, y parece que en todo momento había alguien vigilando la carretera. También ellos han declarado que no pasó nadie. Si hemos de creer en su declaración, podemos descartar también el lado oeste, y estamos en condiciones de asegurar que los fugitivos no utilizaron para nada la carretera.

—¿Y la bicicleta, qué? —objeté.

—Eso es. Ahora llegaremos a la bicicleta. Continuemos nuestro razonamiento: si estas personas no se marcharon por la carretera, tuvieron que ir campo a través, hacia el norte o hacia el sur del colegio. De eso no cabe duda. Consideremos las dos posibilidades. Al sur del colegio, como puede ver, hay una gran extensión de tierra cultivable, dividida en campos pequeños, separados por tapias de piedra. Por ahí hay que reconocer que la bicicleta no sirve para nada. Podemos descartar la idea. Veamos ahora el terreno que hay al Norte. Aquí tenemos una arboleda, señalada en el mapa como Ragged Shaw, más allá de la cual comienza un extenso páramo, Lower Gill Moor, que se prolonga unas diez millas con una pendiente gradual hacia arriba. Aquí, a un lado de esta desolación, está la mansión Holdernesse, a diez millas de distancia por carretera, pero sólo a seis atravesando el páramo. Toda esta llanura es tremendamente árida. Hay unos pocos granjeros que tienen arrendadas pequeñas parcelas en el páramo, donde crían ovejas y vacas. Exceptuándolos a ellos, los únicos habitantes que uno encuentra hasta llegar a la carretera de Chesterfield son chorlitos y zarapitos. Aquí, como ve, hay una iglesia, unas pocas granjas y otra posada. Más allá comienzan a empinarse las montañas. Así pues, nuestra investigación debe dirigirse hacia aquí, hacia el Norte.

—¿Y la bicicleta, qué? —insistí.

—¡Ya va, ya va! —dijo Holmes con impaciencia—. Un buen ciclista no necesita carreteras. Hay muchos senderos que atraviesan el páramo, y esa noche había

luna llena. ¡Caramba! ¿Qué pasa?

Alguien llamaba frenéticamente a la puerta, y un instante después el doctor Huxtable había entrado en la habitación. Traía en la mano una gorra azul de bicicleta, con una insignia blanca en lo alto.

—¡Al fin tenemos una pista! —exclamó—. ¡Gracias al cielo, por fin hemos encontrado el rastro del pobre chico! ¡Esta es su gorra!

—¿Dónde la encontraron?

—En el carromato de unos gitanos que habían acampado en el páramo. Se marcharon el martes. Hoy los localizó la policía, que registró la caravana y encontró esto.

—¿Qué explicación dieron?

—Evasivas y mentiras... Dicen que la encontraron en el páramo el martes por la mañana. ¡Los muy canallas saben dónde está el chico! Gracias a Dios, están a buen recaudo, guardados bajo siete llaves. El miedo a la justicia o la bolsa del duque acabarán por hacerles soltar todo lo que saben.

—De momento, no está mal —dijo Holmes cuando el doctor salió por fin de la habitación—. Por lo menos, concuerda con la teoría de que es por el lado del páramo donde podemos esperar obtener resultados. La verdad es que la policía de aquí no ha hecho nada, aparte de detener a esos gitanos. ¡Mire aquí, Watson! Hay una corriente de agua que atraviesa el páramo. Aquí la tiene, marcada en el mapa. En algunas partes se ensancha, formando una ciénaga. Con este tiempo tan seco sería inútil buscar huellas en cualquier otro sitio; pero aquí sí que es posible que haya quedado algún rastro. Vendré a despertarlo mañana temprano y veremos si entre usted y yo podemos arrojar alguna luz sobre este misterio.

Apenas había amanecido cuando me desperté, descubriendo junto a mi cama la figura alta y delgada de Holmes. Estaba completamente vestido y, al parecer, ya había salido.

—Ya he visto el césped y el cobertizo de las bicicletas —dijo—. También he dado un paseo por la arboleda de Ragged Shaw. Y ahora, Watson, tenemos servido chocolate en el cuarto de al lado. Debo rogarle que se dé prisa, porque nos aguarda un gran día.

Le brillaban los ojos y tenía las mejillas coloreadas por la excitación con la que un maestro artesano contempla la tarea preparada ante él. Aquel Holmes activo y despierto era un hombre muy diferente del soñador pálido e introspectivo de Baker Street. Al mirar su elástica figura, que irradiaba energía nerviosa, tuve la sensación de que, en efecto, nos aguardaba un día agotador.

Y sin embargo, comenzó con una terrible decepción. Nos adentramos llenos de esperanza en la turba color canela del páramo, surcada por millares de senderos de ovejas, hasta llegar a la ancha franja de color verde claro correspondiente a la ciénaga que se extendía entre nosotros y Holdernesse. Indudablemente, si el muchacho se hubiera dirigido a su casa, habría pasado por allí, y no habría podido pasar sin dejar huellas. Pero no se veía ni rastro de él ni del alemán. Mi amigo recorrió los bordes de la ciénaga con expresión abatida, inspeccionando con ansiedad cada mancha de barro en el musgo que cubría el suelo. Abundaban las huellas de ovejas, y varias millas más abajo encontramos también huellas de vacas. Nada más.

—Chasco número uno —dijo Holmes, mirando con expresión abatida la ondulante extensión de páramo—. Allí abajo hay otra ciénaga, con un estrecho cuello entre las dos. ¡Caramba, caramba, caramba! ¿Qué tenemos aquí?

Habíamos llegado a un corto y negro tramo de sendero, en cuyo centro, perfectamente impresa sobre la tierra húmeda, se veía la huella de una bicicleta.

—¡Hurra! —exclamé—. ¡Ya lo tenemos!

Pero Holmes estaba sacudiendo la cabeza y su expresión, más que de alegría; era de desconcierto y curiosidad.

—Una bicicleta, desde luego, pero no la bicicleta —dijo—. Conozco a la perfección cuarenta y dos huellas de neumáticos diferentes. Esta, como puede ver, es de un Dunlop con un parche en la parte de fuera. La bicicleta de Heidegger llevaba neumáticos Palmer, que dejan una huella con franjas longitudinales. Aveling, el profesor de matemáticas, estaba seguro de eso. Por tanto, no son las huellas de Heidegger.

—¿Las del niño, entonces?

—Podría ser, si pudiéramos demostrar que disponía de una bicicleta. Pero en este aspecto hemos fracasado por completo. Esta huella, como puede usted ver, la ha

dejado un ciclista que venía desde la zona del colegio.

—O que iba hacia allí.

—No, no, querido Watson. La impresión más profunda es, naturalmente, la de la rueda de atrás, que es donde se apoya el peso del cuerpo. Fíjese en que en varios puntos ha pasado por encima de la huella de la rueda delantera, que es menos profunda, borrándola. No cabe duda de que venía del colegio.[706] Puede que esto tenga relación con nuestra investigación y puede que no, pero lo primero que vamos a hacer es seguir esta huella hacia atrás. Así lo hicimos, pero a los pocos cientos de metros salimos de la zona pantanosa del páramo y perdimos la pista. Recorrimos el sendero en dirección inversa y encontramos otro punto por donde lo atravesaba un arroyo. Allí volvimos a descubrir las huellas de la bicicleta, aunque casi borradas por las pezuñas de las vacas. Más allá no se veía ni rastro, pero el sendero penetraba en el bosque de Ragged Shaw, situado detrás del colegio. De este bosque tenía que haber salido la bicicleta. Holmes se sentó sobre una piedra y apoyó la barbilla en las manos. Antes de que volviera a moverse, yo ya me había fumado dos cigarrillos.

—Bien, bien —dijo por fin—. Desde luego, entra dentro de lo posible que un hombre astuto cambie los neumáticos de su bicicleta para dejar huellas diferentes. Un delincuente al que se le ocurriera esto sería un hombre con el que me sentiría orgulloso de medirme. Dejaremos pendiente esta cuestión y volveremos a nuestra ciénaga, porque hemos dejado mucho sin explorar.

Continuamos nuestra sistemática inspección de las orillas de la zona cenagosa del páramo, y nuestra perseverancia no tardó en verse magníficamente recompensada. Un sendero embarrado cruzaba la parte baja de la ciénaga. Al acercarnos a él, Holmes dejó escapar un grito de alegría. Es su mismo centro se veía una huella que parecía un fino haz de cables de telégrafo. Era el neumático Palmer.

—¡Aquí sí que tenemos a Herr Heidegger! —exclamó Holmes, radiante de júbilo —. Parece, Watson, que mi razonamiento ha estado bastante acertado.

—Le felicito.

—Pero aún nos queda mucho camino por andar. Haga el favor de salirse del sendero. Y ahora, sigamos la pista. Me temo que no nos llevará muy lejos.

Sin embargo, según avanzábamos, descubrimos que en aquella parte del páramo abundaban las zonas blandas, y aunque perdíamos la pista con frecuencia, siempre conseguíamos encontrarla de nuevo.

—¿Se fija usted —dijo Holmes— en que el ciclista está apretando la marcha de manera inequívoca? No cabe ninguna duda. Fíjese aquí, donde las dos huellas se ven con claridad. Están las dos igual de marcadas. Eso sólo puede significar que el ciclista está doblado sobre el manillar, como en una carrera de velocidad. ¡Por Júpiter! ¡Se ha caído!

Un manchón de forma irregular cubría algunos metros de sendero. Más allá había unas pocas pisadas y luego reaparecían los neumáticos.

—Un patinazo de costado —aventuré.

Holmes recogió una rama aplastada de tojo en flor. Observé horrorizado que las flores amarillas estaban todas manchadas de sangre. También en el sendero y entre los brezos se veían manchas de sangre coagulada.

—¡Mala cosa! —dijo Holmes—. ¡Mala cosa! ¡Apártese, Watson! ¡No quiero pisadas innecesarias! ¿Qué sacamos de aquí? Cayó herido, se levantó, volvió a montar y siguió su camino. Pero no se ve ninguna otra huella. Sí, por aquí ha pasado ganado. ¿No le habrá corneado un toro? ¡Imposible! Pero no se ve ninguna otra clase de huellas. Sigamos adelante, Watson. Ahora que tenemos manchas de sangre además de las huellas de neumáticos, no es posible que se nos escape.

No tuvimos que buscar mucho. Las huellas de la bicicleta empezaron a describir fantásticas curvas sobre el sendero húmedo y brillante. De pronto, al mirar hacia adelante, distinguí un brillo metálico entre los espesos arbustos, de donde sacamos una bicicleta, con neumáticos Palmer, un pedal doblado y toda la parte delantera espantosamente manchada y embadurnada de sangre. Por el otro lado de los arbustos asomaba un zapato. Dimos corriendo la vuelta al matorral y allí encontramos al desdichado ciclista. Era un hombre alto, con barba poblada y gafas, uno de cuyos cristales se había desprendido. La causa de su muerte había sido un terrible golpe en la cabeza que le había aplastado el cráneo. El hecho de que hubiera sido capaz de seguir adelante después de recibir semejante herida decía mucho de la vitalidad y el valor de aquel hombre. Llevaba zapatos, pero no calcetines, y bajo su chaqueta desabrochada se veía una camisa de noche. Sin

duda alguna, se trataba del profesor alemán.

Holmes dio la vuelta al cuerpo con respeto y lo examinó con gran atención. Después permaneció bastante tiempo sentado, sumido en profundas reflexiones, y de su frente arrugada pude deducir que, en su opinión, aquel macabro descubrimiento no nos había hecho avanzar gran cosa en nuestra investigación.

—Es un poco difícil decir qué hacer ahora, Watson —dijo por fin—. Si fuera por mí, seguiríamos adelante con nuestra investigación, porque ya hemos perdido tanto tiempo que no podemos perder ni una hora más. Sin embargo, nuestra obligación es informar a la policía de este descubrimiento y procurar que el cuerpo de este pobre hombre reciba las atenciones debidas.

—Yo podría llevar una nota.

—Pero es que necesito su compañía y su ayuda. ¡Un momento! Allá lejos hay un tipo cortando turba. Hágalo venir aquí y él traerá a la policía.

Fui a buscar al campesino y Holmes lo envió, muerto del susto, con una nota para el doctor Huxtable.

—Y ahora, Watson —dijo—, esta mañana hemos encontrado dos pistas. Una, la de la bicicleta con los neumáticos Palmer, que ya hemos visto a dónde lleva. Otra, la de la bicicleta con el neumático Dunlop parcheado. Antes de ponernos a investigar ésa, hagamos balance de lo que sabemos para tratar de sacarle el máximo partido y poder separar lo esencial de lo accidental. En primer lugar, quiero que quede bien claro para usted que el muchacho se marchó, sin duda alguna, por su propia voluntad. Se descolgó por la ventana y se largó, solo o acompañado. De eso no cabe la menor duda.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien, pasemos ahora a este desdichado profesor alemán. El chico estaba completamente vestido cuando huyó. Pero el alemán salió sin calcetines. Está claro que tuvo que actuar con mucha precipitación.

—No cabe duda.

—¿Por qué salió? Porque presenció la fuga del chico desde la ventana de su dormitorio. Porque quería alcanzarlo y hacerle volver. Montó en su bicicleta,

salió en persecución del muchacho y, persiguiéndolo, encontró la muerte.

—Eso parece.

—Ahora llegamos a la parte crítica de mi argumentación. Lo natural es que un hombre que persigue a un niño eche a correr detrás de él. Sabe que podrá alcanzarlo. Pero este alemán no actúa así, sino que coge su bicicleta. Me han dicho que era un excelente ciclista. No habría hecho eso de no haber visto que el chico disponía de algún medio de escape rápido.

—La otra bicicleta.

—Continuamos con nuestra reconstrucción. Encuentra la muerte a cinco millas del colegio... no de un tiro, fíjese, que eso tal vez podría haberlo hecho un muchacho, sino de un golpe salvaje, asestado por un brazo vigoroso. Así pues, el muchacho iba acompañado en su huida. Y la huida fue rápida, ya que un consumado ciclista necesitó cinco millas para alcanzarlos. Sin embargo, examinamos el terreno en torno al lugar de la tragedia y ¿qué encontramos? Nada más que unas cuantas pisadas de vaca. Eché un buen vistazo alrededor, y no hay ningún sendero en cincuenta metros.

El crimen no pudo cometerlo otro ciclista. Y tampoco hay pisadas humanas. —¡Holmes! —exclamé—. ¡Esto es imposible!

—¡Admirable! —dijo él—. Un comentario de lo más esclarecedor. Es imposible tal como yo lo expongo, y por tanto debo haber cometido algún error en mi exposición. Sin embargo, usted ha visto lo mismo que yo. ¿Es capaz de sugerir dónde está el fallo?

—¿No podría haberse roto el cráneo al caerse?

—¿En una ciénaga, Watson?

—No se me ocurre otra cosa.

—¡Bah, bah! Peores problemas hemos resuelto. Por lo menos, disponemos de material abundante, siempre que sepamos utilizarlo. En marcha, pues, y puesto que el Palmer ya no da más de sí, veamos lo que puede ofrecernos el Dunlop con el parche.

Encontramos la pista y la seguimos durante un buen trecho; pero en seguida el páramo empezó a elevarse, formando una larga curva cubierta de brezo, y dejamos atrás la corriente de agua. En aquel terreno, las huellas ya no podían ayudarnos más. En el punto donde vimos las últimas señales de neumáticos Dunlop, éstas lo mismo habrían podido dirigirse a la mansión Holdernesse, cuyas señoriales torres se alzaban a varias millas de distancia por nuestra izquierda, que a una aldea de casas bajas y grises situada frente a nosotros y que indicaba la situación de la carretera de Chesterfield.

Al acercarnos a la destartalada y cochambrosa posada, sobre cuya puerta se veía la figura de un gallo de pelea, Holmes soltó un súbito gemido y se agarró a mi hombro para no caer. Había sufrido una de esas violentas torceduras de tobillo que le dejan a uno incapacitado. Cojeando con dificultad, llegó hasta la puerta, donde un hombre moreno, achaparrado y entrado en años, fumaba una pipa de arcilla negra.

—¿Cómo está usted, señor Reuben Hayes? —dijo Holmes.

—¿Quién es usted y cómo conoce tan bien mi nombre? —replicó el campesino, con un brillo receloso en sus astutos ojos.

—Bueno, está escrito en el letrero que tiene sobre su cabeza. Y se nota cuando un hombre es el dueño de la casa. Supongo que no tendrá usted en sus establos nada parecido a un coche.

—No, no lo tengo.

—Apenas puedo apoyar el pie en el suelo.

—Pues no lo apoye en el suelo.

—Entonces no podré andar.

—Pues salte.

Los modales del señor Reuben Hayes no tenían nada de graciosos, pero Holmes se lo tomó con un buen humor admirable.

—Mire, amigo —dijo—. Me encuentro en un apuro algo ridículo y no me importa cómo salir de él.

—A mí tampoco —dijo el huraño posadero.

—Se trata de un asunto muy importante. Le pagaría un soberano si me dejara una bicicleta.

El posadero aguzó el oído.

—¿Dónde quiere ir usted?

—A la mansión Holdernesse.

—Supongo que son amigos del duque —dijo el posadero, observando con mirada irónica nuestras ropas manchadas de barro.

Holmes se echó a reír alegremente.

—En cualquier caso, se alegrará de vernos.

—¿Por qué?

—Porque le traemos noticias de su hijo desaparecido.

—¿Cómo? ¿Le siguen ustedes la pista?

—Se han tenido noticias suyas en Liverpool y esperan encontrarlo de un momento a otro.

De nuevo se produjo un rápido cambio en el rostro macizo y sin afeitar. Sus modales se hicieron de pronto más simpáticos.

—Tengo menos motivos que casi nadie para desearle buena suerte al duque —dijo—, porque en otro tiempo fui su jefe de cocheras y se portó muy mal conmigo. Me echó a la calle sin un certificado, fiándose de la palabra de un tratante de piensos mentiroso. Pero me alegra saber que se ha localizado al joven señor en Liverpool, y les ayudaré a llevar la noticia a la mansión.

—Se lo agradezco —dijo Holmes—. Pero primero comeremos algo. Luego me traerá usted la bicicleta.

—No tengo bicicleta.

Holmes le enseñó un soberano.

—Le digo que no tengo, hombre. Les prestaré dos caballos para llegar a la mansión.

Fue asombrosa la rapidez con que aquel tobillo torcido se curó en cuanto nos quedamos solos en la cocina embaldosada. Estaba a punto de anochecer y no habíamos probado bocado desde primeras horas de la mañana, de manera que dedicamos un buen rato a la comida. Holmes estaba sumido en sus pensamientos, y un par de veces se acercó a la ventana para mirar con gran interés hacia fuera. Daba a un patio mugriento, en cuyo rincón más alejado había una herrería, donde trabajaba un muchacho muy sucio. Al otro lado estaban los establos. Holmes acababa de sentarse después de una de estas excursiones, cuando de pronto saltó de la silla, lanzando una ruidosa exclamación.

—¡Por el cielo, Watson, creo que ya lo tengo! ¡Sí, sí, tiene que ser así! Watson, ¿recuerda usted haber visto hoy huellas de vaca?

—Sí, bastantes.

—¿Dónde?

—Bueno, por todas partes. Las había en la ciénaga, y también en el sendero, y también cerca de donde murió el pobre Heidegger.

—Exacto. Y ahora, Watson, ¿cuántas vacas ha visto usted en el páramo?

—No recuerdo haber visto ninguna.

—Qué raro, Watson, que hayamos visto huellas de vaca por todo nuestro recorrido, pero ni una sola vaca en todo el páramo. ¿No le parece muy raro, Watson?

—Sí, es raro.

—Ahora, Watson, haga un esfuerzo. Intente recordar. ¿Puede ver esas pisadas en el sendero?

—Sí que puedo.

—¿Y no recuerda, Watson, que a veces las pisadas eran así —colocó una serie de miguitas de pan de esta forma :::::— y otras veces así .:..: y muy de cuando en cuando así . . . ¿Se acuerda de eso?

—No, no me acuerdo.

—Pues yo sí. Podría jurarlo. No obstante, podemos volver cuando queramos a comprobarlo. He estado más ciego que un topo al no darme cuenta antes.

—¿Y de qué se ha dado cuenta?

—De lo extraordinaria que es esa vaca, que tan pronto anda al paso como al trote como al galope. ¡Por San Jorge, Watson, que una treta como ésa no ha podido salir del cerebro de un tabernero rural! Parece que el terreno está despejado, con excepción de ese chico de la herrería. Escurrámonos fuera, a ver qué encontramos.

En el destartalado establo había dos caballos de pelo áspero y alborotado. Holmes levantó la pata trasera de uno de ellos y se echó a reír en voz alta.

—Zapatos viejos, pero recién calzados: herraduras viejas, pero clavos nuevos. Este caso merece pasar a la historia. Acerquémonos a la herrería.

El muchacho seguía trabajando sin fijarse en nosotros. Vi que la mirada de Holmes pasaba como un rayo de derecha a izquierda, revisando los fragmentos de hierro y madera que había desparramados por el suelo. Pero de pronto oímos pasos detrás de nosotros y apareció el propietario, con las pobladas cejas fruncidas sobre sus feroces ojos y sus morenas facciones retorcidas por la ira. Llevaba en la mano una garrota corta con puño metálico y avanzaba de manera tan amenazadora que me alegré de palpar el revólver en mi bolsillo.

—¡Condenados espías! —gritó el hombre—. ¿Qué están haciendo aquí?

—¡Caramba, señor Reuben Hayes! —dijo Holmes muy tranquilo—. Cualquiera pensaría que tiene usted miedo de que descubramos algo.

El hombre se dominó con un violento esfuerzo y su crispada boca se aflojó en una risa falsa, aún más amenazadora que su ceño.

—Pueden ustedes descubrir lo que quieran en mi herrería —dijo—. Pero mire,

señor, no me gusta que la gente ande fisgando por mi casa sin mi permiso, así que, cuanto antes paguen ustedes su cuenta y se larguen de aquí, más contento quedaré.

—Muy bien, señor Hayes, no teníamos intención de molestar —dijo Holmes—. Hemos estado echando un vistazo a sus caballos; pero me parece que, después de todo, iremos andando. Creo que no está muy lejos.

—No hay más que dos millas hasta las puertas de la mansión. Por la carretera de la izquierda.

No nos quitó de encima sus ojos huraños hasta que salimos de su establecimiento. No llegamos muy lejos por la carretera, ya que Holmes se detuvo en cuanto la curva nos ocultó de la vista del posadero.

—Como dicen los niños, en esa posada se estaba caliente, caliente —dijo—. A cada paso que doy alejándome de ella, me siento más frío. No, no; de aquí yo no me marcho.

—Estoy convencido —dije yo— de que ese Reuben Hayes lo sabe todo. En mi vida he visto un bandido al que se le note tanto.

—¡Vaya! ¿Esa impresión le dio, eh? Y además, tenemos los caballos, y tenemos la herrería. Sí, señor, un sitio muy interesante este «Gallo de Pelea». Creo qué deberíamos echarle otro vistazo sin molestar a nadie.

Detrás de nosotros se extendía una prolongada ladera, salpicada de peñascos de caliza gris. Habíamos salido de la carretera y empezábamos a subir la cuesta cuando, al mirar en dirección a la mansión Holdernesse, vi un ciclista que se acercaba a toda velocidad.

—¡Agáchese, Watson! —exclamó Holmes, posando una pesada mano sobre mi hombro.

Apenas nos había dado tiempo a ocultarnos cuando el ciclista pasó como un rayo ante nosotros. En medio de una turbulenta nube de polvo pude vislumbrar un rostro pálido y agitado, con la boca abierta y los ojos mirando enloquecidos hacia delante. Era como una extraña caricatura del impecable James Wilder que habíamos conocido la noche anterior.

—¡El secretario del duque! —exclamó Holmes—. ¡Vamos, Watson, a ver qué hace!

Nos escabullimos de roca en roca y en pocos momentos alcanzamos una posición desde la que podíamos divisar la puerta delantera de la posada. Junto a ella, apoyada en la pared, estaba la bicicleta de Wilder. No se advertía ningún movimiento en la casa ni pudimos distinguir ningún rostro en las ventanas.

Poco a poco, el crepúsculo fue avanzando y el sol hundiéndose tras las altas torres de Holdernesse Hall. Entonces, en la oscuridad, vimos que en el patio de la posada se encendían los dos faroles laterales de un carricoche y poco después oímos el repicar de los cascos, mientras el coche salía a la carretera y se alejaba a galope tendido en dirección a Chesterfield.

—¿Qué piensa usted de esto, Watson? —susurró Holmes.

—Parece una huida.

—Un hombre solo en un cochecillo, por lo que he podido ver. Y desde luego, no era el señor James Wilder, porque está ahí, en la puerta.

En la oscuridad había surgido un rojo cuadrado de luz, y en medio de él se encontraba la negra figura del secretario, con la cabeza adelantada, escudriñando en la noche. Era evidente que estaba esperando a alguien. Por fin se oyeron pasos en la carretera, una segunda figura se hizo visible por un instante, recortada en la luz, se cerró la puerta y todo quedó de nuevo a oscuras. Cinco minutos más tarde se encendió una lámpara en una habitación del primer piso.

—La clientela del «Gallo de Pelea» parece de lo más curiosa —dijo Holmes.

—El bar está por el otro lado.

—Efectivamente. Éstos deben de ser lo que podríamos llamar huéspedes privados. Ahora bien, ¿qué demonios hace el señor James Wilder en ese antro a estas horas de la noche, y quién es el individuo que se cita aquí con él? Vamos, Watson, tenemos que arriesgarnos y procurar investigar esto un poco más de cerca.

Nos deslizamos juntos hasta la carretera y la cruzamos sigilosamente hasta la puerta de la posada. La bicicleta seguía apoyada en la pared. Holmes encendió

una cerilla y la acercó a la rueda trasera. Le oí reír por lo bajo cuando la luz cayó sobre un neumático Dunlop con un parche. Por encima de nosotros estaba la ventana iluminada.

—Tengo que echar un vistazo ahí dentro, Watson. Si dobla usted la espalda y se apoya en la pared, creo que podré arreglármelas.

Un instante después, tenía sus pies sobre mis hombros. Pero apenas se había subido cuando volvió a bajar.

—Vamos, amigo mío —dijo—. Ya hemos trabajado bastante por hoy. Creo que hemos cosechado todo lo posible. Hay un largo trayecto hasta el colegio, y cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

Durante la penosa caminata a través del páramo, Holmes apenas si abrió la boca. Tampoco quiso entrar en el colegio cuando llegamos a él, sino que seguimos hasta la estación de Mackleton, desde donde Holmes envió varios telegramas. Aquella noche, ya tarde, le oí consolar al doctor Huxtable, abrumado por la trágica muerte de su profesor, y más tarde entró en mi habitación, tan despierto y vigoroso como cuando salimos por la mañana.

—Todo va bien, amigo mío —dijo—. Le prometo que antes de mañana por la tarde habremos dado con la solución del misterio.

A las once de la mañana del día siguiente, mi amigo y yo avanzábamos por la famosa avenida de los tejos de Holdernesse Hall. Nos franquearon el magnífico portal isabelino y nos hicieron pasar al despacho de su excelencia. Allí encontramos al señor James Wilder, serio y cortés, pero todavía con algunas huellas del terrible espanto de la noche anterior acechando en su mirada furtiva y sus facciones temblorosas.

—¿Vienen ustedes a ver a su excelencia? Lo siento, pero el caso es que el duque no se encuentra nada bien. Le han trastornado muchísimo las trágicas noticias. Ayer por la tarde recibimos un telegrama del doctor Huxtable informándonos de lo que ustedes habían descubierto.

—Tengo que ver al duque, señor Wilder.

—Es que está en su habitación.

—Entonces, tendré que ir a su habitación.

—Creo que está en la cama.

—Pues lo veré en la cama.

La actitud fría e inexorable de Holmes convenció al secretario de que era inútil discutir con él.

—Muy bien, señor Holmes; le diré que están ustedes aquí.

Tras media hora de espera, apareció el gran personaje. Su rostro estaba más cadavérico que nunca, tenía los hombros hundidos y, en conjunto, parecía un hombre mucho más viejo que el de la mañana anterior. Nos saludó con señorial cortesía y se sentó ante su escritorio, con su barba roja cayéndole sobre la mesa.

—¿Y bien, señor Holmes? —dijo.

Pero los ojos de mi amigo estaban clavados en el secretario, que permanecía de pie junto al sillón de su jefe.

—Creo, excelencia, que hablaría con más libertad si no estuviera presente el señor Wilder.

El aludido palideció un poco más y dirigió a Holmes una mirada malévola.

—Si su excelencia lo desea...

—Sí, sí, será mejor que se retire. Y ahora, señor Holmes, ¿qué tiene usted que decir?

Mi amigo aguardó hasta que la puerta se hubo cerrado tras la salida del secretario.

—El caso es, excelencia, que mi compañero el doctor Watson y yo recibimos del doctor Huxtable la seguridad de que se había ofrecido una recompensa, y me gustaría oírlo confirmado por su propia boca.

—Desde luego, señor Holmes.

—Si no estoy mal informado, ascendía a cinco mil libras para la persona que le

diga dónde se encuentra su hijo.

—Exacto.

—Y otras mil para quien identifique a la persona o personas que lo tienen retenido.

—Exacto.

—Y sin duda, en este último apartado están incluidos no sólo los que se lo llevaron, sino también los que conspiran para mantenerlo en su actual situación.

—¡Sí, sí! —exclamó el duque con impaciencia—. Si hace usted bien su trabajo, señor Sherlock Holmes, no tendrá motivos para quejarse de que se le ha tratado con tacañería.

Mi amigo se frotó las huesudas manos con una expresión de codicia que me sorprendió, conociendo como conocía sus costumbres frugales.

—Me parece ver el talonario de cheques de su excelencia sobre la mesa —dijo —. Me gustaría que me extendiera un cheque por la suma de seis mil libras, y creo que lo mejor sería que lo cruzase. Tengo mi cuenta en el Capital and Counties Bank, sucursal de Oxford Street.

Su excelencia se irguió muy serio en su sillón y dirigió a mi amigo una mirada gélida.

—¿Se trata de una broma, señor Holmes? No es un asunto como para hacer chistes.

—En absoluto, excelencia. En mi vida he hablado más en serio.

—Entonces, ¿qué significa esto?

—Significa que me he ganado la recompensa. Sé dónde está su hijo y conozco por lo menos a algunas de las personas que lo retienen.

La barba del duque parecía más rabiosamente roja que nunca, en contraste con la palidez cadavérica de su rostro.

—¿Dónde está? —preguntó con voz entrecortada.

—Está, o al menos estaba anoche, en la posada del «Gallo de Pelea», a unas dos millas de las puertas de su finca.

El duque se dejó caer hacia atrás en su asiento.

—¿Y a quién acusa usted?

La respuesta de Sherlock Holmes fue asombrosa. Dio un rápido paso hacia delante y tocó al duque en el hombro.

—Lo acuso a usted —dijo—. Y ahora, excelencia, tengo que insistir en lo del cheque.

Jamás olvidaré la expresión del duque cuando se levantó de un salto agarrando el aire con la mano, como quien cae en un abismo. Después, con un extraordinario esfuerzo de aristocrático autodominio, se sentó y sepultó la cabeza entre las manos.

Transcurrieron algunos minutos antes de que hablara.

—¿Cuánto sabe usted? —preguntó por fin, sin levantar la cabeza.

—Los vi a ustedes dos juntos anoche.

—¿Lo sabe alguien más, aparte de su amigo?

—No se lo he contado a nadie.

El duque tomó una pluma con sus dedos temblorosos y abrió su talonario de cheques.

—Cumpliré mi palabra, señor Holmes. Voy a extenderle su cheque, por mucho que me desagrade la información que usted me ha traído. Poco sospechaba, cuando ofrecí la recompensa, el giro que iban a tomar los acontecimientos. Supongo, señor Holmes, que usted y su amigo son personas discretas.

—Temo no entender a su excelencia.

—Lo diré claramente, señor Holmes. Si sólo ustedes dos están al corriente de los

hechos, no hay razón para que esto siga adelante. Creo que la suma que les debo asciende a doce mil libras, ¿no es así?

Pero Holmes sonrió y sacudió la cabeza.

—Me temo, excelencia, que las cosas no podrán arreglarse con tanta facilidad. Hay que tener en cuenta la muerte de ese profesor.

—Pero James no sabía nada de eso. No puede usted culparle de ello. Fue obra de ese canalla brutal que tuvo la desgracia de utilizar.

—Excelencia, yo tengo que partir del supuesto de que cuando un hombre se embarca en un delito es moralmente culpable de cualquier otro delito que se derive del primero.

—Moralmente, señor Holmes. Desde luego, tiene usted razón. Pero no a los ojos de la ley, sin duda. No se puede condenar a un hombre por un crimen en el que no estuvo presente y que le resulta tan odioso y repugnante como a usted. En cuanto se enteró de lo ocurrido me lo confesó todo, lleno de espanto y remordimiento. No tardó ni una hora en romper por completo con el asesino. ¡Oh, señor Holmes, tiene usted que salvarle! ¡Tiene que salvarle, le digo que tiene que salvarle! —el duque había abandonado todo intento de dominarse y daba zancadas por la habitación, con el rostro convulso y agitando furiosamente los puños en el aire. Por fin consiguió controlarse y se sentó de nuevo ante su escritorio—. Agradezco lo que ha hecho al venir aquí antes de hablar con nadie más. Al menos, así podremos cambiar impresiones sobre la manera de reducir al mínimo este horroroso escándalo.

—Exacto —dijo Holmes—. Creo, excelencia, que eso sólo podremos lograrlo si hablamos con absoluta y completa sinceridad. Estoy dispuesto a ayudar a su excelencia todo lo que pueda, pero para hacerlo necesito conocer hasta el último detalle del asunto. Creo haber entendido que se refería usted al señor James Wilder, y que él no es el asesino.

—No; el asesino ha escapado.

Sherlock Holmes sonrió con humildad.

—Se nota que su excelencia no está enterado de la modesta reputación que poseo, pues de lo contrario no pensaría que es tan fácil escapar de mí. El señor

Reuben Hayes fue detenido en Chesterfield, por indicación mía, a las once en punto de anoche. Recibí un telegrama del jefe local de policía esta mañana antes de salir del colegio.

El duque se recostó en su silla y miró atónito a mi amigo.

—Parece que tiene usted poderes más que humanos —dijo—. ¿Así que han cogido a Reuben Hayes? Me alegro de saberlo, siempre que ello no perjudique a James.

—¿Su secretario?

—No, señor. Mi hijo.

Ahora le tocaba a Holmes asombrarse.

—Confieso que esto es completamente nuevo para mí, excelencia. Debo rogarle que sea más explícito.

—No le ocultaré nada. Estoy de acuerdo con usted en que la absoluta sinceridad, por muy penosa que me resulte, es la mejor política en esta desesperada situación a la que nos ha conducido la locura y los celos de James. Cuando yo era joven, señor Holmes, tuve un amor de esos que sólo se dan una vez en la vida. Me ofrecí a casarme con la dama, pero ella se negó, alegando que un matrimonio semejante podría perjudicar mi carrera. De haber seguido ella viva, jamás me habría casado con otra. Pero murió y me dejó este hijo, al que yo he cuidado y mimado por amor a ella. No podía reconocer la paternidad ante el mundo, pero le di la mejor educación y desde que se hizo hombre lo he mantenido cerca de mí. Descubrió mi secreto, y desde entonces se ha aprovechado de la influencia que tiene sobre mí y de su posibilidad de provocar un escándalo, que es algo que yo aborrezco. Su presencia ha tenido bastante que ver en el fracaso de mi matrimonio. Por encima de todo, odiaba a mi joven y legítimo heredero, desde el primer momento y con un odio incontenible. Se preguntará usted por qué mantuve a James bajo mi techo en semejantes circunstancias. La respuesta es que en él veía el rostro de su madre, y por devoción a ella aguanté sufrimientos sin fin. No sólo su rostro, sino todas sus maravillosas cualidades... no había una que él no me sugiriera y recordara. Pero tenía tanto miedo de que le hiciera algún daño a Arthur..., es decir, a lord Saltire... que, por su seguridad, envié a éste al colegio del doctor Huxtable.

James se puso en contacto con este individuo Hayes, porque el hombre era arrendatario mío y James actuaba como apoderado. Este sujeto fue siempre un canalla, pero por alguna extraña razón James hizo amistad con él. Siempre le atrajeron las malas compañías. Cuando James decidió secuestrar a lord Saltire, recurrió a los servicios de este hombre. Recordará usted que yo escribí a Arthur el último día. Pues bien, James abrió la carta e introdujo una nota citando a Arthur en un bosquecillo llamado Ragged Shaw, que se encuentra cerca del colegio. Utilizó el nombre de la duquesa y de este modo consiguió que el muchacho acudiese. Aquella tarde, James fue al bosque en bicicleta —le estoy contando lo que él mismo me ha confesado— y le dijo a Arthur que su madre quería verlo, que le aguardaba en el páramo y que si volvía al bosque a medianoche encontraría a un hombre con un caballo que lo llevaría hasta ella. El pobre Arthur cayó en la trampa. Acudió a la cita y encontró a este individuo, con un poni para él. Arthur montó, y los dos partieron juntos. Parece ser, aunque de esto James no se enteró hasta ayer, que los siguieron, que Hayes golpeó al perseguidor con su bastón y que el hombre murió a consecuencia de las heridas. Hayes llevó a Arthur a esa taberna, "El Gallo de Pelea", donde lo encerraron en una habitación del primer piso, al cuidado de la señora Hayes, una mujer bondadosa pero completamente dominada por su brutal marido.

Pues bien, señor Holmes, así estaban las cosas cuando nos vimos por primera vez, hace dos días. Yo sabía tan poco como usted. Me preguntará usted qué motivos tenía James para cometer semejante fechoría. Yo le respondo que había mucho de locura y fanatismo en el odio que sentía por mi heredero. En su opinión, él era quien debería heredar todas mis propiedades, y experimentaba un profundo resentimiento por las leyes sociales que lo hacían imposible. Pero, al mismo tiempo, tenía también un motivo concreto. Pretendía que yo alterase el sistema de herencia, creyendo que entraba dentro de mis poderes hacerlo, y se proponía hacer un trato conmigo: devolverme a Arthur si yo alteraba el sistema, de manera que pudiera dejarle las tierras en testamento. Sabía muy bien que yo, por iniciativa propia, jamás recurriría a la policía contra él. He dicho que pensaba proponerme este trato, pero en realidad no llegó a hacerlo, porque todo ocurrió demasiado deprisa para él y no tuvo tiempo de poner en práctica sus planes.

Lo que dio al traste con toda su malvada maquinación fue que usted descubriera el cadáver de ese Heidegger. La noticia dejó a James horrorizado. La recibimos ayer, estando los dos en este despacho. El doctor Huxtable envió un telegrama. James quedó tan abrumado por el dolor y la angustia, que las sospechas que yo

no había podido evitar sentir se convirtieron al instante en certeza, y lo acusé del crimen. Hizo una confesión completa y voluntaria, y a continuación me suplicó que mantuviera su secreto durante tres días más, para darle a su miserable cómplice una oportunidad de salvar su criminal vida. Accedí a sus súplicas, como siempre he accedido, y al instante James salió disparado hacia "El Gallo de Pelea" para avisar a Hayes y proporcionarle medios de huida. Yo no podía presentarme allí a la luz del día sin provocar comentarios, pero en cuanto se hizo de noche acudí corriendo a ver a mi querido Arthur. Lo encontré sano y salvo, pero aterrado hasta lo indecible por el espantoso crimen que había presenciado. Ateniéndome a mi promesa, y de muy mala gana, consentí en dejarlo allí tres días, al cuidado de la señora Hayes, ya que, evidentemente, era imposible informar a la policía de su paradero sin decirles también quién era el asesino, y yo no veía la manera de castigar al criminal sin que ello acarreara la ruina a mi desdichado James. Me pidió usted sinceridad, señor Holmes, y le he cogido la palabra. Ya se lo he contado todo, sin circunloquios ni ocultaciones. A su vez, sea usted igual de sincero conmigo.

—Lo seré —dijo Holmes—. En primer lugar, excelencia, tengo que decirle que se ha colocado usted en una posición muy grave a los ojos de la ley. Ha ocultado un delito y ha colaborado en la huida de un asesino. Porque no me cabe duda de que si James Wilder llevó algún dinero para ayudar a la fuga de su cómplice, este dinero salió de la cartera de su excelencia.

El duque asintió con la cabeza.

—Se trata de un asunto verdaderamente grave. Pero en mi opinión, excelencia, aún más culpable es su actitud para con su hijo pequeño. Lo ha dejado tres días en ese antro...

—Bajo solemnes promesas...

—¿Qué son las promesas para esa clase de gente? No tiene usted ninguna garantía de que no se lo vuelvan a llevar. Para complacer a su culpable hijo mayor, ha expuesto a su inocente hijo menor a un peligro inminente e innecesario. Ha sido un acto absolutamente injustificable.

El orgulloso señor de Holdernesse no estaba acostumbrado a que lo tratasen de ese modo en su propio palacio ducal. Se le subió la sangre a su altiva frente, pero la conciencia le hizo permanecer mudo.

—Le ayudaré, pero sólo con una condición: que llame usted a su lacayo y me permita darle las órdenes que yo quiera.

Sin pronunciar palabra, el duque apretó un timbre eléctrico. Un sirviente entró en la habitación.

—Le alegrará saber —dijo Holmes— que su joven señor ha sido encontrado. El duque desea que salga inmediatamente un coche hacia la posada "El Gallo de Pelea" para traer a casa a lord Saltire. Y ahora —prosiguió Holmes cuando el jubiloso lacayo hubo desaparecido—, habiendo asegurado el futuro, podemos permitirnos ser más indulgentes con el pasado. Yo no ocupo un cargo oficial y mientras se cumplan los objetivos de la justicia no tengo por qué revelar todo lo que sé. En cuanto a Hayes, no digo nada. Le espera la horca, y no pienso hacer nada para salvarlo de ella. No puedo saber lo que va a declarar, pero estoy seguro de que su excelencia podrá hacerle comprender que le interesa guardar silencio. Desde el punto de vista de la policía, parecerá que ha secuestrado al niño con la intención de pedir rescate. Si no lo averiguan ellos por su cuenta, no veo por qué habría yo de ayudarlos a ampliar sus puntos de vista. Sin embargo, debo advertir a su excelencia de que la continua presencia del señor James Wilder en su casa sólo puede acarrear desgracias.

—Me doy cuenta de eso, señor Holmes, y ya está decidido que me dejará para siempre y marchará a buscar fortuna en Australia.

—En tal caso, excelencia, puesto que usted mismo ha reconocido que fue su presencia lo que estropeó su vida matrimonial, le aconsejaría que procurara arreglar las cosas con la duquesa e intentara reanudar esas relaciones que fueron tan lamentablemente interrumpidas.

—También eso lo he arreglado, señor Holmes. He escrito a la duquesa esta mañana.

—En tal caso —dijo Holmes, levantándose—, creo que mi amigo y yo podemos felicitarnos por varios excelentes resultados obtenidos en nuestra pequeña visita al Norte. Hay otro pequeño detalle que me gustaría aclarar. Este individuo Hayes había herrado sus caballos con herraduras que imitaban las pisadas de vacas. ¿Fue el señor Wilder quien le enseñó un truco tan extraordinario?

El duque se quedó pensativo un momento, con una expresión de intensa sorpresa en su rostro. Luego abrió una puerta y nos hizo pasar a un amplio salón,

arreglado como museo. Nos guió a una vitrina de cristal instalada en un rincón y señaló la inscripción.

«Estas herraduras —decía— se encontraron en el foso de Holdernesse Hall. Son para herrar caballos, pero por abajo tienen la forma de una pezuña hendida para despistar a los perseguidores. Se supone que pertenecieron a alguno de los barones de Holdernesse que actuaron como salteadores en la Edad Media.»

Holmes abrió la vitrina, se humedeció un dedo, lo pasó por la herradura. Sobre su piel quedó una fina capa de barro reciente.

—Gracias —dijo, volviendo a cerrar el cristal—. Es la segunda cosa más interesante que he visto en el Norte.

—¿Y cuál es la primera?

Holmes dobló su cheque y lo guardó con cuidado en su cuaderno de notas.

—Soy un hombre pobre —dijo, dando palmaditas cariñosas al cuaderno antes de introducirlo en las profundidades de un bolsillo interior.

6. La aventura de Peter el Negro

Nunca he visto a mi amigo en mejor forma, tanto mental como física, como en el año 95. Su creciente fama atraía a una inmensa clientela y sería indiscreto por mi parte hacer la más ligera alusión a la identidad de algunos de los ilustres clientes que cruzaron nuestro humilde umbral de Baker Street. Sin embargo, Holmes, como todos los grandes artistas, vivía para su arte y, excepto en el caso del duque de Holdernesse, casi nunca le vi pedir un pago importante por sus inestimables servicios. Era tan poco materialista, o tan caprichoso, que con frecuencia se negaba a ayudar a los ricos y poderosos cuando su problema no le resultaba interesante, mientras que dedicaba semanas de intensa concentración a los asuntos de cualquier humilde cliente cuyo caso presentara aquellos aspectos extraños y dramáticos que excitaban su imaginación y ponían a prueba su ingenio.

En aquel memorable año de 1895, una curiosa y extravagante serie de casos había atraído su atención: desde la famosa investigación sobre la súbita muerte del cardenal Tosca, investigación que llevó a cabo por expreso deseo de Su Santidad el Papa, hasta la detención de Wilson, el conocido amaestrador de canarios, con la que eliminó un foco de infección en el East End de Londres. Pisándoles los talones a estos dos célebres casos llegó la tragedia de Woodman's Lee, con las misteriosísimas circunstancias que rodearon la muerte del capitán Peter Carey. La crónica de las hazañas del señor Sherlock Holmes quedaría incompleta si no incluyera algunos informes sobre este caso tan insólito.

Durante la primera semana de julio, mi amigo se estuvo ausentando de nuestros aposentos tan a menudo y durante tanto tiempo que comprendí que algo se traía entre manos. El hecho de que durante aquellos días se presentaran varios hombres de aspecto patibulario preguntando por el capitán Basil me dio a entender que Holmes estaba operando en alguna parte bajo uno de los numerosos disfraces y nombres con los que ocultaba su formidable identidad. Tenía por lo menos cinco pequeños refugios en diferentes partes de Londres en los que podía cambiar de personalidad. No me contaba nada de sus actividades y yo no tenía por costumbre sonsacar confidencias. La primera señal concreta que me dio

acerca del rumbo de sus investigaciones fue verdaderamente extraordinaria. Había salido antes del desayuno, y yo me había sentado a tomar el mío cuando entró dando zancadas en la habitación, con el sombrero puesto y una enorme lanza de punta dentada bajo el brazo, como si fuera un paraguas.

—¡Válgame Dios, Holmes! —exclamé—. No me irá usted a decir que ha estado andando por Londres con ese trasto.

—Fui en coche a la carnicería y volví.

—¿La carnicería?

—Y vuelvo con un apetito excelente. No cabe duda, querido Watson, de lo bueno que es hacer ejercicio antes de desayunar. Pero apuesto a que no adivina usted qué clase de ejercicio he estado haciendo.

—No pienso ni intentarlo.

Holmes soltó una risita mientras se servía café.

—Si hubiera usted podido asomarse a la trastienda de Allardyce, habría visto un cerdo muerto colgado de un gancho en el techo y un caballero en mangas de camisa dándole furiosos lanzazos con esta arma. Esa persona tan enérgica era yo, y he quedado convencido de que por muy fuerte que golpeara no podía traspasar al cerdo de un solo lanzazo. ¿Le interesaría probar a usted?

—Por nada del mundo. Pero ¿por qué hace usted esas cosas?

—Porque me pareció que tenía alguna relación indirecta con el misterio de Woodman's Lee. ¡Ah, Hopkins!, recibí su telegrama anoche y le estaba esperando. Pase y únase a nosotros.

Nuestro visitante era un hombre muy despierto, de unos treinta años de edad, que vestía un discreto traje de lana, pero conservaba el porte erguido de quien estaba acostumbrado a vestir uniforme. Lo reconocí al instante como Stanley Hopkins, un joven inspector de policía en cuyo futuro Holmes tenía grandes esperanzas, mientras que él, a su vez, profesaba la admiración y el respeto de un discípulo por los métodos científicos del famoso aficionado. Hopkins traía un gesto sombrío y se sentó con aire de profundo abatimiento.

—No, gracias, señor. Ya desayuné antes de venir. He pasado la noche en Londres, porque llegué ayer para presentar mi informe.

—¿Y qué informe tenía usted que presentar?

—Un fracaso, señor, un fracaso absoluto.

—¿No ha hecho ningún progreso?

—Ninguno.

—¡Vaya por Dios! Tendré que echarle un vistazo al asunto.

—Hágalo, señor Holmes, por lo que más quiera. Es mi primera gran oportunidad y ya no sé qué hacer. Por amor de Dios, venga y écheme una mano.

—Bien, bien, da la casualidad de que ya he leído con bastante atención toda la información disponible, incluyendo el informe de la investigación policial. Por cierto, ¿qué le parece a usted esa petaca encontrada en el lugar del crimen? ¿No hay ahí ninguna pista?

Hopkins se mostró sorprendido.

—Era la petaca del muerto, señor Holmes. Tenía sus iniciales en la parte de dentro. Y además, era de piel de foca y él había sido cazador de focas.

—Pero no tenía pipa.

—No, señor, no encontramos ninguna pipa; la verdad es que fumaba muy poco.

Sin embargo, es posible que llevara algo de tabaco para sus amigos.

—Sin duda. Lo menciono tan sólo porque si yo hubiera estado encargado del caso me habría sentido inclinado a tomar eso como punto de partida de mi investigación. Sin embargo, mi amigo el doctor Watson no sabe nada de este asunto y a mí no me vendría mal escuchar una vez más el relato de los hechos. Háganos un breve resumen de lo más esencial.

Stanley Hopkins sacó del bolsillo una hoja de papel.

—Tengo unos cuantos datos que resumen la carrera del difunto, el capitán Peter

Carey. Nació en el 45, así que tenía cincuenta años. Había sido un valeroso y próspero cazador de ballenas y focas. En 1883 mandaba el vapor Sea Unicorn, de Dundee, dedicado a la caza de focas. Realizó varios viajes seguidos, bastante provechosos, y al año siguiente, 1884, se retiró. Después se dedicó a viajar durante unos años, y por fin adquirió una pequeña propiedad llamada Woodman's Lee, cerca de Forest Row, en Sussex. Allí ha vivido durante seis años, y allí murió, hoy hace una semana.

El hombre tenía algunas facetas bastante peculiares. En su vida privada era un estricto puritano, un tipo callado y sombrío. Vivía con su esposa, su hija de veinte años y dos sirvientas. Estas dos cambiaban constantemente, ya que la vida en su casa no era muy alegre y, a veces, resultaba totalmente insoportable. El hombre se emborrachaba con frecuencia, y cuando le daba el ataque se convertía en un completo demonio. Más de una vez sacó de casa a su mujer y a su hija en mitad de la noche, persiguiéndolas a latigazos por el jardín hasta que todo el pueblo se despertaba con los gritos.

Una vez compareció ante el juez por haber agredido brutalmente al anciano vicario, que había ido a casa a reprenderle por su conducta. En pocas palabras, señor Holmes, costaría trabajo encontrar un tipo más peligroso que el capitán Peter Carey, y me han dicho que tenía el mismo carácter cuando estaba al mando de su barco. En el oficio se le conocía como Peter el Negro, no sólo por su rostro atezado y el color de su poblada barba, sino también por sus arrebatos, que eran el terror de todos los que le rodeaban. Ni que decir tiene que todos sus vecinos lo odiaban y procuraban evitarlo, y que no he oído una sola palabra de lamentación por su terrible final.

Seguramente, señor Holmes, en el informe de la indagación habrá leído acerca del camarote de Carey, pero puede que su amigo no sepa nada de esto. Se había construido una cabaña de madera, que él siempre llamaba el camarote", a unos cientos de metros de la casa, y dormía en ella todas las noches. Era una cabañita pequeña, con una sola habitación de dieciséis pies por diez[707]. Guardaba la llave en el bolsillo, y él mismo se hacía la cama, limpiaba y no permitía que nadie más traspasara el umbral. A cada lado hay unas ventanas pequeñas, cubiertas por cortinas, y que nunca se abrían. Una de estas ventanas daba a la carretera, y la gente que veía la luz por la noche solía señalarla, preguntándose qué estaría haciendo allí Peter el Negro. Esta, señor Holmes, es la ventana que nos proporcionó uno de las pocas informaciones concretas que salieron a relucir en la indagación.

Recordará usted que un albañil llamado Slater, que venía andando desde Forest Row a eso de la una de la madrugada, dos días antes del crimen, se detuvo al pasar junto al terreno y se fijó en el cuadrado de luz que brillaba entre los árboles. Este albañil jura que a través de la cortina se veía claramente la silueta de un hombre con la cabeza girada hacia un lado, y que esta silueta no era de ningún modo la de Peter Carey, al que él conocía muy bien. Era la silueta de un hombre barbudo, pero de barba corta y erizada hacia delante, muy diferente de la del capitán. Eso es lo que dice, pero había estado dos horas en el bar y hay bastante distancia desde la carretera hasta la ventana. Además, esto sucedió el lunes, y el crimen se cometió el miércoles.

El martes, Peter Carey se encontraba en uno de sus peores momentos, cegado por la bebida y tan peligroso como una fiera salvaje. Anduvo rondando por la casa y las mujeres salieron huyendo al oírlo venir. A última hora de la tarde se fue a su cabaña. A eso de las dos de la mañana, su hija, que dormía con la ventana abierta, oyó un grito espantoso que venía de aquella dirección; pero como no tenía nada de extraño que aullara y vociferara cuando estaba borracho, no hizo caso. A las siete, al levantarse, una de las sirvientas se fijó en que la puerta de la cabaña estaba abierta, pero tal era el terror que aquel hombre inspiraba que hasta mediodía nadie se atrevió a acercarse a ver qué le había sucedido. Al atisbar por la puerta abierta vieron un espectáculo que las hizo salir corriendo hacia el pueblo con el rostro lívido de espanto. En menos de una hora yo ya estaba allí y me había hecho cargo del caso.

Bueno, como usted sabe, señor Holmes, yo tengo los nervios bastante bien templados, pero le doy mi palabra de que me estremecí cuando metí la cabeza en aquella cabaña. Estaba llena de moscas y moscardones que zumbaban como un armonio, y las paredes parecían las de un matadero. Él la llamaba el camarote, y verdaderamente era un camarote; cualquiera podría pensar que estaba en un barco. Había una litera en un extremo, un cofre de marino, mapas y cartas de navegación, una fotografía del Sea Unicorn, una hilera de cuadernos de bitácora en un estante...; exactamente todo lo que uno esperaría encontrar en el camarote de un capitán. Y en medio de todo ello estaba él, con el rostro contorsionado como un alma condenada y sometida a tormento, y la frondosa barba apuntando hacia arriba en un gesto de agonía. Su ancho pecho estaba atravesado por un arpón de acero, que le salía por la espalda y se hundía profundamente en la pared que tenía detrás. Estaba clavado igual que un escarabajo de colección. Por supuesto, estaba muerto, y así había estado desde el instante en que lanzó aquel último grito de agonía.

Conozco sus métodos, señor, y los apliqué. Sin permitir que nadie tocase nada, examiné con la máxima atención los alrededores de la cabaña y el suelo de la misma.

No había ninguna pisada.

—Quiere usted decir que no encontró ninguna.

—Le aseguro, señor, que no las había.

—Mi buen Hopkins, he investigado muchos crímenes, pero aún no he encontrado ninguno cometido por un ser volador. Y mientras el criminal se sostenga sobre dos piernas, siempre quedará alguna señal, alguna rozadura, algún minúsculo desplazamiento detectable por un investigador científico. Resulta increíble que esta habitación embadurnada de sangre no contuviera ninguna huella que pudiera ayudarnos. Sin embargo, tengo entendido, por el informe de la indagación, que había ciertos objetos que usted no dejó de examinar.

El joven inspector acusó los comentarios irónicos de mi compañero con un estremecimiento.

—He sido un tonto al no acudir a usted en su momento, señor Holmes. Sin embargo, ya de nada vale lamentarse. En efecto, había en la habitación varios objetos que exigían especial atención. Uno de ellos era el arpón con el que se cometió el crimen. Lo habían cogido de un armero en la pared; allí había otros dos y quedaba un espacio vacío para el tercero. En el mango tenía grabadas las palabras «S.S. Sea Unicorn, Dundee». Esto parecía indicar que el crimen se cometió en un arrebato de furia y que el asesino había echado mano a la primera arma que encontró a su alcance. El hecho de que el crimen se cometiera a las dos de la madrugada y que, a pesar de la hora, Peter Carey estuviera completamente vestido, permitía suponer que se había citado con su asesino, lo cual parece confirmado por la presencia en la mesa de una botella de ron y dos vasos vacíos.

—Sí —dijo Holmes—. Creo que las dos inferencias son aceptables. ¿Había algún otro licor en la habitación aparte del ron?

—Sí, encima del cofre de marino había un botellero con brandy y whisky; pero no tiene interés para nosotros, porque las frascas estaban llenas y, por tanto, no se habían usado.

—Aun así, su presencia tiene algún significado —dijo Holmes—. Sin embargo, oigamos algo más acerca de los objetos que, según usted, parecen guardar relación con el caso.

—Tenemos la petaca de tabaco, que estaba encima de la mesa.

—¿En qué parte de la mesa?

—En el centro. Era de piel de foca, piel áspera con pelo tieso, con una correíta de cuero para cerrarla. En la parte de dentro tenía las iniciales «P.C.». Contenía una media onza de tabaco fuerte de marinero.

—¡Excelente! ¿Qué más?

Stanley Hopkins sacó del bolsillo un cuaderno de notas con tapas grisáceas muy gastadas y hojas descoloridas. En la primera página estaban escritas las iniciales «J.H.N.» y la fecha «1883». Holmes lo puso sobre la mesa y lo examinó con su minuciosidad habitual, mientras Hopkins y yo mirábamos, cada uno por encima de sus hombros. La segunda página llevaba estampadas las iniciales «C.P.R.», y a continuación venían varias hojas llenas de números. Había un encabezamiento que decía «Argentina», otro «Costa Rica» y otro «San Paulo», todos ellos seguidos por páginas llenas de signos y cifras.

—¿Qué le dice a usted esto? —preguntó Holmes.

—Parecen ser listas de valores de Bolsa. Es posible que «J.H.N.» sean las iniciales de un corredor de Bolsa, y «C.P.R.» las de su cliente.

—¿Y qué opina de «Canadian Pacific Railway»? —dijo Holmes.

Stanley Hopkins soltó un taco entre dientes y se golpeó el muslo con el puño cerrado.

—¡Qué estúpido he sido! —exclamó—. ¡Claro que es lo que usted dice! Ahora sólo nos quedan por descifrar las iniciales «J.H.N.». Ya he examinado las listas antiguas de la Bolsa, pero no he encontrado ningún corredor, ni de los oficiales ni de los de fuera, cuyas iniciales coincidan con ésas. Sin embargo, tengo la impresión de que esta es la pista más importante con la que cuento. Reconocerá usted, señor Holmes, que existe la posibilidad de que estas iniciales correspondan a la otra persona allí presente..., es decir, al asesino. Insisto,

además, en que la aparición en el caso de un documento referente a grandes cantidades de acciones de gran valor nos proporciona la primera indicación de un posible móvil para el crimen.

El rostro de Sherlock Holmes revelaba que este nuevo giro del asunto le había desconcertado por completo.

—Tengo que admitir esos dos argumentos suyos —dijo—. Confieso que este cuaderno, que no se mencionaba en el informe, modifica cualquier opinión que yo me pudiera haber formado. Había elaborado ya una teoría sobre el crimen en la que esto no tiene cabida. ¿Se ha molestado usted en seguir la pista a alguno de los valores que aquí se mencionan?

—Se está investigando en las oficinas, pero me temo que las listas completas de los accionistas de estos valores sudamericanos estén en Sudamérica, y tardaremos varias semanas en seguir la pista de las acciones.

Holmes había estado examinando con su lupa las tapas del cuaderno.

—Parece que aquí hay una mancha de color —dijo.

—Sí, señor, es una mancha de sangre. Ya le he dicho que recogí el cuaderno del suelo.

—¿La mancha estaba encima o debajo?

—Por el lado del suelo.

—Lo cual, naturalmente, demuestra que el cuaderno cayó al suelo después de cometerse el crimen.

—Exacto, señor Holmes. Me di cuenta de ese detalle y supuse que se le caería al asesino cuando éste huyó precipitadamente. Estaba muy cerca de la puerta.

—Supongo que no se habrá encontrado ninguna de estas acciones entre las propiedades del difunto.

—No, señor.

—¿Tiene alguna razón para sospechar que el móvil fue el robo?

—No, señor. No parece que hayan tocado nada.

—Caramba, caramba, sí que es un caso interesante. Había también un cuchillo, ¿no es así?

—Un cuchillo metido en su vaina. Se encontraba caído a los pies de la víctima.

La señora Carey lo ha identificado como perteneciente a su esposo.

Holmes se sumió en reflexiones durante un buen rato.

—Bueno —dijo por fin—, supongo que tendré que acercarme a echar un vistazo.

Stanley Hopkins soltó una exclamación de alegría.

—Gracias, señor. No sabe el peso que me quita de encima.

Holmes amonestó al inspector con el dedo.

—La tarea habría resultado más sencilla hace una semana —dijo—. Pero, aun ahora, puede que mi visita no sea del todo infructuosa. Si dispone usted de tiempo, Watson, me gustaría mucho que me acompañara. Haga el favor de llamar un coche, Hopkins; estaremos listos para salir hacia Forest Row en un cuarto de hora.

Tras apearnos en una pequeña estación junto a la carretera, recorrimos en coche varias millas a través de lo que quedaba de un extenso bosque que en otro tiempo formó parte de la gran selva que durante tanto tiempo mantuvo a raya a los invasores sajones: la impenetrable región arbolada, que fue durante sesenta años el baluarte de Gran Bretaña. Se habían talado grandes extensiones, ya que en esta zona se instalaron las primeras fundiciones de hierro del país, los árboles se utilizaron como leña para fundir el mineral. En la actualidad, los ricos yacimientos del Norte han absorbido esta industria, y sólo los bosques arrasados y las grandes cicatrices de la tierra dan testimonio del pasado. En un claro que se abría en la verde ladera de una colina se alzaba una casa de piedra baja y alargada, a la que se llegaba por un sendero curvo que atravesaba el terreno. Más cerca de la carretera, rodeada de arbustos por tres de sus lados, había una pequeña cabaña con la puerta y una ventana orientadas en nuestra dirección. Aquel era el lugar del crimen.

Stanley Hopkins nos condujo primero a la casa, donde nos presentó a una mujer ojerosa, de cabellos grises: la viuda del hombre asesinado, cuyo rostro demacrado y surcado por profundas arrugas, con una furtiva mirada de terror en el fondo de sus ojos enrojecidos, revelaba los años de sufrimiento y malos tratos que había soportado. Con ella se encontraba su hija, una muchacha rubia y pálida, cuyos ojos llamearon desafiantes al decirnos que se alegraba de que su padre hubiera muerto y que bendecía la mano que lo había abatido. Peter Carey el Negro se había creado un ambiente doméstico terrible, y sentimos verdadero alivio al salir de nuevo a la luz del sol y recorrer el sendero que los pies del difunto habían ido abriendo a través de los campos. La cabaña era una construcción de lo más sencillo, con paredes de madera, tejado a un agua, una ventana junto a la puerta y otra en el lado contrario. Stanley Hopkins sacó la llave del bolsillo, y se había inclinado hacia la cerradura cuando de pronto se detuvo, con una expresión de curiosidad y sorpresa en el rostro.

—Alguien ha estado manipulando esto —dijo.

No cabía la menor duda: la madera estaba rayada y las rayas estaban blancas por debajo de la pintura, como si se hubieran hecho un momento antes. Holmes había estado inspeccionando la ventana.

—También han intentado forzarla. Pero quien fuera no consiguió entrar. Tiene que haber sido un ladrón muy torpe.

—Esto es muy sorprendente —dijo el inspector—. Podría jurar que estas marcas no estaban ayer por la tarde.

—Puede haber sido algún curioso del pueblo —sugerí.

—No lo creo. Muy pocos se atreverían a poner el pie en este terreno, y mucho menos a intentar forzar la entrada de la cabaña. ¿Qué opina de esto, señor Holmes?

—Opino que la suerte nos ha sido muy propicia.

—¿Quiere decir que esta persona volverá?

—Es muy probable. Vino esperando encontrar la puerta abierta. Trató de forzarla con la hoja de una navajita de bolsillo y no lo consiguió. ¿Qué va a hacer a continuación?

—Volver a la noche siguiente con una herramienta más eficaz.

—Eso me parece a mí. Sería un fallo por nuestra parte no estar aquí para recibirlo. Mientras tanto, déjeme ver el interior de la cabaña.

Se habían borrado las huellas de la tragedia, pero el mobiliario de la pequeña habitación seguía igual que la noche del crimen. Durante dos horas, Holmes examinó con la máxima concentración todos los objetos, uno por uno, pero al final su expresión demostraba que la búsqueda no había dado frutos. Sólo una vez hizo una pausa en su concienzuda investigación.

—¿Ha sacado algo de este estante, Hopkins?

—No; no he tocado nada.

—Se han llevado algo. En la esquina del estante hay menos polvo que en el resto. Puede haber sido un libro que estaba tumbado. O una caja. En fin, no puedo hacer más. Demos un paseo por este hermoso bosque, Watson, y dediquemos unas horas a los pájaros y a las flores. Nos reuniremos aquí mismo más tarde, Hopkins, y veremos si podemos entablar contacto con el caballero que vino de visita anoche.

Eran más de las once cuando tendimos nuestra pequeña emboscada. Hopkins era partidario de dejar abierta la puerta de la cabaña, pero Holmes opinaba que aquello despertaría las sospechas del intruso. La cerradura era de las más sencillas, y bastaba con un cuchillo fuerte para hacerla saltar. Además, Holmes propuso que no aguardáramos dentro de la cabaña, sino fuera, entre los arbustos que crecían en torno a la ventana del fondo. De este modo podríamos observar a nuestro hombre si éste encendía la luz y descubrir cuál era el objeto de su furtiva visita nocturna.

Fue una guardia larga y melancólica, pero aun así sentimos algo de la emoción que experimenta el cazador cuando acecha junto a la charca de agua, en espera de la llegada de la fiera sedienta. ¿Qué clase de bestia salvaje podía caer sobre nosotros desde la oscuridad? ¿Sería un feroz tigre del crimen, al que sólo podríamos capturar tras dura lucha con uñas y dientes, o resultaría ser un taimado chacal, peligroso tan sólo para los débiles y descuidados? Permanecimos agazapados en absoluto silencio entre los arbustos, esperando que llegara lo que pudiera llegar. Al principio, los pasos de algunos aldeanos rezagados o el sonido de voces procedentes de la aldea entretenían nuestra

espera; pero, poco a poco, estas interrupciones se fueron extinguiendo, y quedamos envueltos en un silencio absoluto, con la excepción de las campanas de la lejana iglesia, que nos informaban del avance de la noche, y del repiqueteo de una fina lluvia que caía entre el follaje que nos cobijaba.

Acababan de sonar las dos y media, en las horas más oscuras que preceden al amanecer, cuando todos nos sobresaltamos al oír un ligero pero inconfundible chasquido procedente de la puerta de la finca. Alguien había entrado en el sendero. De nuevo se hizo un largo silencio, y yo empezaba a temer que hubiera sido una falsa alarma, cuando oímos pasos sigilosos al otro lado de la cabaña, seguidos al instante por roces y chasquidos metálicos. ¡El desconocido trataba de forzar la cerradura! Esta vez fue más hábil o contaba con un instrumento mejor, porque se oyó un brusco chasquido y el chirriar de las bisagras. Luego se encendió una cerilla, y un instante después la firme llama de una vela iluminaba el interior de la cabaña. Nuestros ojos se clavaron, a través de los visillos de gasa, en la escena que se desarrollaba dentro.

El visitante nocturno era un hombre joven, delgado y frágil, con un bigote negro que acentuaba la palidez mortal de su rostro. No podía tener mucho más de veinte años. Jamás he visto un ser humano que diera tan patéticas muestras de miedo: le castañeteaban los dientes y temblaba de pies a cabeza. Iba vestido como un caballero, con chaqueta Norfolk y pantalones de media pierna, y se tocaba con una gorra de paño. Le vimos mirar en torno suyo con ojos asustados. A continuación colocó el cabo de vela sobre la mesa y desapareció de nuestra vista, hacia uno de los rincones. Reapareció con un libro voluminoso, uno de los cuadernos de bitácora alineados sobre los estantes, se apoyó en la mesa y fue pasando hojas rápidamente hasta encontrar la anotación que buscaba. Entonces hizo un gesto iracundo con el puño, cerró el libro, volvió a colocarlo en el rincón y apagó la luz. Apenas había dado media vuelta para salir de la cabaña, cuando la mano de Hopkins cayó sobre su cuello y pude oír el fuerte gemido de espanto que el individuo dejó escapar al comprender que estaba atrapado. Se encendió de nuevo la vela y contemplamos a nuestro miserable prisionero, tembloroso y encogido en manos del policía. Se dejó caer sobre el cofre de marino y nos miró uno a uno con expresión de desamparo.

—Y ahora, querido amigo —dijo Stanley Hopkins—, ¿quién es usted y qué busca aquí?

El hombre se recompuso y se enfrentó a nosotros, esforzándose por mantener la

serenidad.

—Son ustedes policías, ¿verdad? —dijo—. Y creen que estoy complicado en la muerte del capitán Peter Carey. Les aseguro que soy inocente.

—Eso ya lo veremos —dijo Hopkins—. En primer lugar, ¿cómo se llama usted?

—John Hopley Neligan.

Vi que Holmes y Hopkins intercambiaban una rápida mirada.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—¿Puedo hablar confidencialmente?

—No, desde luego que no.

—¿Y por qué iba a decírselo?

—Si no tiene respuesta, puede pasarlo muy mal en el juicio.

El joven se estremeció.

—Está bien, se lo diré. ¿Por qué no habría de hacerlo? Aunque me repugna la idea de que el viejo escándalo vuelva a salir a la luz. ¿Han oído hablar de Dawson & Neligan?

Por la expresión de Hopkins, me di cuenta de que él conocía el nombre; pero Holmes mostró un vivo interés.

—¿Se refiere usted a los banqueros del West Country? —dijo—. Se declararon en quiebra dejando a deber un millón, arruinando a la mitad de las familias del condado de Cornualles, y Neligan desapareció.

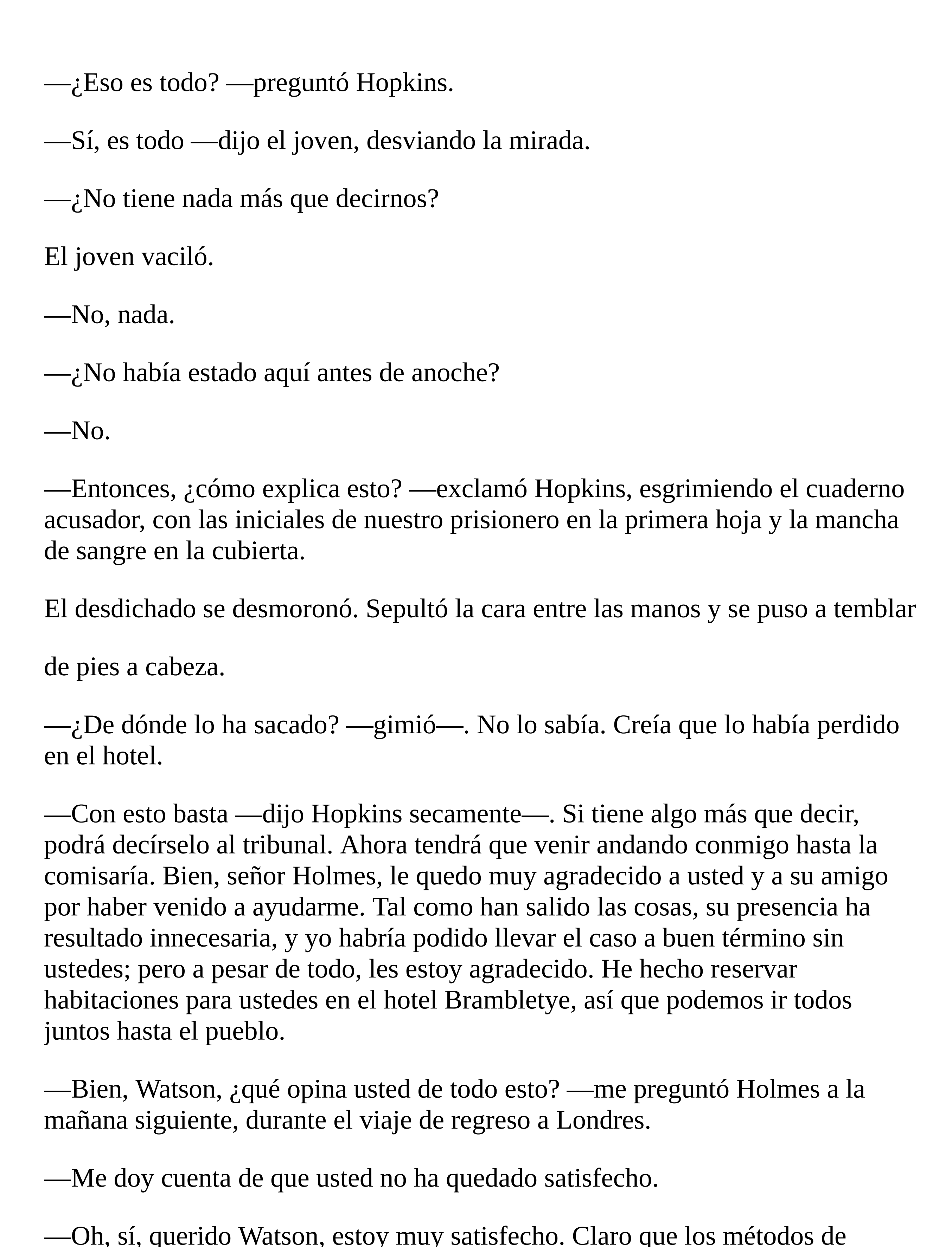
—Exacto. Neligan era mi padre.

Por fin estábamos llegando a algo concreto, aunque todavía parecía existir un largo trecho de distancia entre un banquero fugitivo y el capitán Peter Carey, clavado a la pared con uno de sus propios arpones. Todos escuchamos con la máxima atención las palabras del joven.

—Mi padre era el verdadero responsable. Dawson estaba ya retirado. Yo sólo tenía diez años por entonces, pero era lo bastante mayor para sentir la vergüenza y el horror del asunto. Siempre se ha dicho que mi padre robó todas las acciones y huyó, pero no es verdad. El creía que si le daban tiempo para negociarlas todo iría bien y se podría pagar a todos los acreedores. Zarpó rumbo a Noruega en su yatecito justo antes de que se dictara su orden de detención. Aún me acuerdo de aquella última noche, cuando se despidió de mi madre. Nos dejó una lista de valores que se llevaba y juró que regresaría con su honor reparado y que ninguno de los que habían confiado en él saldría perjudicado. Pero ya no se volvió a saber nada de él. Tanto él como el yate desaparecieron por completo. Mi madre y yo creímos que ambos estaban en el fondo del mar, junto con las acciones que se había llevado. Sin embargo, teníamos un amigo de confianza que se dedica a los negocios y que descubrió hace algún tiempo que algunos de los valores que se llevó mi padre habían reaparecido en el mercado de Londres. Pueden ustedes imaginarse nuestro asombro. Me pasé meses intentando seguirles la pista, y por fin, tras muchas decepciones y dificultades, descubrí que el vendedor original había sido el capitán Peter Carey, propietario de esta choza.

Como es natural, hice algunas averiguaciones acerca de este hombre, y así supe que había estado al mando de un ballenero que regresaba del Ártico precisamente cuando mi padre navegaba hacia Noruega. El otoño de aquel año fue muy tormentoso, con una larga serie de galernas del Sur. Cabía la posibilidad de que hubieran arrastrado el yate de mi padre hacia el Norte, donde pudo encontrarse con el barco del capitán Carey. Y si esto fue lo que ocurrió, ¿qué había sido de mi padre? En cualquier caso, si la declaración de Peter Carey me servía para demostrar cómo habían llegado al mercado aquellas acciones, podría demostrar que mi padre no las había vendido y que no se las llevó con afán de lucro personal.

Vine a Sussex con la intención de ver al capitán, pero justo entonces ocurrió su terrible muerte. En el informe de la indagación leí una descripción de esta cabaña, en la que se decía que aquí se guardaban los viejos cuadernos de bitácora de su barco. Se me ocurrió entonces que, si podía enterarme de lo que ocurrió a bordo del Sea Unicorn en el mes de agosto de 1883, podría resolver el misterio de la desaparición de mi padre. Vine anoche, dispuesto a mirar los libros, pero no conseguí abrir la puerta. Esta noche lo volví a intentar, con éxito, pero descubrí que las páginas correspondientes a ese mes habían sido arrancadas del libro. Y en ese momento caí preso en sus manos.



—¿Eso es todo? —preguntó Hopkins.

—Sí, es todo —dijo el joven, desviando la mirada.

—¿No tiene nada más que decirnos?

El joven vaciló.

—No, nada.

—¿No había estado aquí antes de anoche?

—No.

—Entonces, ¿cómo explica esto? —exclamó Hopkins, esgrimiendo el cuaderno acusador, con las iniciales de nuestro prisionero en la primera hoja y la mancha de sangre en la cubierta.

El desdichado se desmoronó. Sepultó la cara entre las manos y se puso a temblar

de pies a cabeza.

—¿De dónde lo ha sacado? —gimió—. No lo sabía. Creía que lo había perdido en el hotel.

—Con esto basta —dijo Hopkins secamente—. Si tiene algo más que decir, podrá decírselo al tribunal. Ahora tendrá que venir andando conmigo hasta la comisaría. Bien, señor Holmes, le quedo muy agradecido a usted y a su amigo por haber venido a ayudarme. Tal como han salido las cosas, su presencia ha resultado innecesaria, y yo habría podido llevar el caso a buen término sin ustedes; pero a pesar de todo, les estoy agradecido. He hecho reservar habitaciones para ustedes en el hotel Brambletye, así que podemos ir todos juntos hasta el pueblo.

—Bien, Watson, ¿qué opina usted de todo esto? —me preguntó Holmes a la mañana siguiente, durante el viaje de regreso a Londres.

—Me doy cuenta de que usted no ha quedado satisfecho.

—Oh, sí, querido Watson, estoy muy satisfecho. Claro que los métodos de

Stanley Hopkins no me convencen. Me ha decepcionado este Stanley Hopkins; esperaba mejores cosas de él. Siempre hay que buscar una posible alternativa y estar preparado para ella. Es la primera regla de la investigación criminal.

—¿Y cuál es aquí la alternativa?

—La línea de investigación que yo he venido siguiendo. Puede que no conduzca a nada, es imposible saberlo, pero al menos la voy a seguir hasta el final.

Varias cartas aguardaban a Holmes en Baker Street. Echó mano a una de ellas, la abrió y estalló en una triunfal explosión de risa.

—Excelente, Watson. La alternativa se va desarrollando. ¿Tiene usted impresos para telegramas? Escriba por mí un par de mensajes: «Sumner, agente naviero, Ratcliff Highway. Envíe tres hombres, que lleguen mañana a las diez de la mañana.

Basil.» Ese es mi nombre por esos barrios. El otro es para el inspector Stanley

Hopkins, 46 Lord Street, Brixton: «Venga a desayunar mañana a las nueve y media. Importante. Telegrafíe si no puede venir. - Sherlock Holmes.» Ya está, Watson, este caso infernal me ha estado atormentando durante diez días. Con esto lo destierro por completo de mi presencia y confío en que a partir de mañana no volvamos ni a oírlo mencionar.

El inspector Stanley Hopkins se presentó a la hora exacta y los tres nos sentamos a degustar el excelente desayuno que la señora Hudson había preparado. El joven policía estaba muy animado por su éxito.

—¿Está usted convencido de que su solución es la correcta? —preguntó Holmes.

—No podría imaginar un caso más completo.

—A mí no me pareció concluyente.

—Me asombra usted, señor Holmes. ¿Qué más se puede decir?

—¿Es que su explicación abarca todos los hechos?

—Sin duda alguna. He averiguado que el joven Neligan llegó al hotel

Brambletye el mismo día del crimen. Alegó que venía a jugar al golf. Aquella misma noche se presentó en Woodman's Lee, vio a Peter Carey en la cabaña, se peleó con él y lo mató con el arpón. Después, horrorizado por lo que había hecho, huyó de la cabaña, y al huir se le cayó el cuaderno de notas que había llevado con el fin de interrogar a Peter Carey acerca de esos valores. Se habrá fijado usted en que algunos de ellos estaban marcados con una rayita, y otros, la gran mayoría, no lo estaban. Las acciones marcadas se han localizado en el mercado de Londres; las otras, seguramente, estaban todavía en poder de Carey, y el joven Neligan, según su propia declaración, estaba ansioso por recuperarlas para quedar en paz con los acreedores de su padre. Después de huir no se atrevió a acercarse a la cabaña durante algún tiempo; pero por fin se decidió a hacerlo, para poder obtener la información que necesitaba. ¿No le parece bastante sencillo y evidente?

Holmes sonrió y negó con la cabeza.

—Me parece que sólo tiene un fallo, Hopkins: que es intrínsecamente imposible. ¿Ha probado usted a atravesar un cuerpo con un arpón? Ay, ay, señor mío, debería usted prestar atención a estos detalles. Mi amigo Watson podrá decirle que yo me pasé toda una mañana practicando ese ejercicio. No es cosa fácil, y exige un brazo fuerte y experimentado. Ese golpe se asestó con tal violencia que la punta del arpón se clavó a bastante profundidad en la pared. ¿Cree usted que ese jovenzuelo anémico es capaz de una violencia tan tremenda? ¿Es este el hombre que estuvo bebiendo ron y agua mano a mano con Peter el Negro en mitad de la noche? ¿Es su perfil el que fue visto a través de la cortina dos noches antes? No, no, Hopkins; a quien tenemos que buscar es a otra persona, mucho más formidable.

La cara del policía se había ido poniendo cada vez más larga durante la parrafada de Holmes. Sus esperanzas y ambiciones se derrumbaban a su alrededor. Pero no estaba dispuesto a abandonar sus posiciones sin lucha.

—No puede usted negar, Holmes, que Neligan estuvo presente aquella noche. El cuaderno lo demuestra. Creo disponer de pruebas suficientes para satisfacer a un jurado, aunque usted aún pueda encontrarles algún fallo. Además, señor Holmes, yo ya le he echado el guante a mi hombre. En cambio, ese terrible personaje suyo, ¿dónde está?

—Yo diría que está subiendo la escalera —dijo Holmes muy tranquilo—. Creo,

Watson, que lo mejor será que tenga ese revólver al alcance de la mano —se levantó y colocó un papel escrito sobre una mesita lateral—. Ya estamos listos.

Se oyó una conversación de voces roncas fuera de la habitación y, de pronto, la señora Hudson abrió la puerta para anunciar que había tres hombres que preguntaban por el capitán Basil.

—Hágalos pasar de uno en uno —dijo Holmes.

El primero que entró era un hombrecillo rechoncho como una manzana, de mejillas sonrosadas y sedosas patillas blancas. Holmes había sacado una carta del bolsillo y preguntó:

—¿Su nombre?

—James Lancaster.

—Lo siento, Lancaster, pero el puesto está ocupado. Aquí tiene medio soberano por las molestias. Haga el favor de pasar a esta habitación y esperar unos minutos.

El segundo era un individuo alto y enjuto, de pelo lacio y mejillas hundidas. Dijo llamarse Hugh Pattins. También él recibió una negativa, medio soberano y la orden de esperar.

El tercer aspirante era un hombre de aspecto poco corriente, con un feroz rostro de bulldog enmarcado en una maraña de pelo y barba, y un par de ojos oscuros y penetrantes que brillaban tras la pantalla que formaban unas cejas espesas, greñudas y salientes. Saludó y permaneció en pie con aire marinero, dándole vueltas a la gorra entre las manos.

—¿Su nombre? —preguntó Holmes.

—Patrick Cairns.

—¿Arponero?

—Sí, señor. Veintiséis campañas.

—De Dundee, tengo entendido.

—Sí, señor.

—¿Dispuesto a zarpar en un barco explorador?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su tarifa?

—Ocho libras al mes.

—¿Podría embarcar inmediatamente?

—En cuanto recoja mi equipaje.

—¿Ha traído sus documentos?

—Sí, señor —sacó del bolsillo un fajo de papeles desgastados y grasientos. Holmes los echó una ojeada y se los devolvió.

—Es usted el hombre que yo buscaba —dijo—. En esa mesita está el contrato. No tiene más que firmarlo y asunto concluido.

El marinero cruzó la habitación y tomó la pluma.

—¿Tengo que firmar aquí? —preguntó, inclinándose sobre la mesa.

Holmes miró por encima de su hombro y pasó las dos manos sobre el cuello del hombre.

—Con esto bastará —dijo.

Se oyó un chasquido de acero y un bramido como el de un toro furioso. Un instante después, Holmes y el marinero rodaban juntos por el suelo. Aquel hombre tenía la fuerza de un gigante, e incluso con las esposas que Holmes había cerrado tan hábilmente en torno a sus muñecas habría dominado con facilidad a mi amigo si Hopkins y yo no hubiéramos corrido en su ayuda. Sólo cuando apreté el frío cañón de mi revólver contra su sien comprendió al fin que su resistencia era inútil. Le atamos los tobillos con una cuerda y nos incorporamos jadeando por el esfuerzo de la pelea.

—La verdad es que tengo que pedirle disculpas, Hopkins —dijo Sherlock

Holmes —. Me temo que los huevos revueltos se habrán quedado fríos. Sin embargo, estoy seguro de que saboreará mejor el resto de su desayuno pensando en que ha logrado resolver su caso de manera triunfal.

Stanley Hopkins estaba mudo de asombro.

—No sé que decir, señor Holmes —balbuceó por fin con el rostro enrojecido—. Me da la impresión de que he estado haciendo el ridículo de principio a fin. Ahora me doy cuenta de algo que nunca debí olvidar: que yo soy el alumno y usted el maestro. Aun ahora, veo lo que usted ha hecho, pero no sé cómo lo hizo ni lo que significa.

—Bien, bien —dijo Holmes de buen humor—. Todos aprendemos a fuerza de experiencia, y esta vez su lección es que nunca se debe perder de vista la alternativa. Estaba usted tan absorto en el joven Neligan que no tuvo tiempo para pensar en Patrick Cairns, el verdadero asesino de Peter Carey.

La ruda voz del marinero interrumpió nuestra conversación.

—Alto ahí, amigo —dijo—. No me quejo de la forma en que se me ha maltratado, pero me gustaría que llamaran a las cosas por su nombre. Dice usted que yo asesiné a Peter Carey; yo digo que maté a Peter Carey, que es algo muy distinto. A lo mejor no me creen ustedes. A lo mejor se piensan que les estoy colocando un cuento.

—Nada de eso —dijo Holmes—. Oigamos lo que tiene usted que decir.

—Se cuenta en pocas palabras, y por Dios que cada palabra es la pura verdad. Yo conocía bien a Peter el Negro, así que cuando él sacó el cuchillo yo lo atravesé de parte a parte con un arpón, porque sabía que era su vida o la mía. Así es como murió. A ustedes puede parecerles un asesinato. Al fin y al cabo, tanto da morir con una cuerda al cuello como con el cuchillo de Peter el Negro clavado en el corazón.

—¿Cómo llegó usted allí? —preguntó Holmes.

—Se lo contaré desde el principio. Pero permitan que me incorpore un poco para que pueda hablar con más facilidad. Todo sucedió en el 83..., en agosto de aquel año, Peter Carey era capitán del Sea Unicom y yo era segundo arponero. Acabábamos de dejar los hielos con rumbo a casa, con vientos en contra y una

galerna de Sur cada semana, cuando divisamos una pequeña embarcación que había sido arrastrada hacia el Norte. Sólo llevaba un hombre a bordo, un hombre de tierra firme. La tripulación había creído que el barco se iba a pique y había tratado de alcanzar las costas de Noruega en el bote salvavidas. Seguramente se ahogaron todos. Bien, izamos a bordo a aquel hombre, y el capitán mantuvo con él varias conversaciones bastante largas en el camarote. El único equipaje que recogimos con él era una caja de lata. Por lo que yo sé, jamás se llegó a pronunciar el nombre de aquel hombre, y a las dos noches desapareció como si nunca hubiera estado allí. Se dio por supuesto que se habría arrojado al mar o que habría caído por la borda a causa del temporal que sufríamos. Sólo un hombre sabía lo que había sucedido, y ese hombre era yo, que había visto con mis propios ojos cómo el capitán lo volteaba y lo arrojaba por la borda, durante la segunda guardia de una noche oscura, dos días antes de que avistáramos los faros de las Shetland.

Pues bien, me guardé para mí lo que sabía y esperé a ver en qué iba a parar el asunto. Cuando regresamos a Escocia, se echó tierra al asunto y nadie hizo preguntas. Un desconocido había muerto por accidente y nadie tenía por qué andar haciendo averiguaciones. Poco después, Peter Carey dejó de navegar y tardé muchos años en dar con su paradero. Supuse que había hecho aquello para quedarse con el contenido de la caja de lata, y que ahora podría permitirse pagarme bien por mantener la boca cerrada.

Descubrí dónde vivía gracias a un marinero que se lo había encontrado en Londres, y me planté allí para exprimirlo. La primera noche se mostró bastante razonable, y estaba dispuesto a darme lo suficiente para no tener que volver al mar por el resto de mi vida. Íbamos a dejarlo todo arreglado dos noches después. Cuando llegué, lo encontré casi completamente borracho y con un humor de perros. Nos sentamos a beber y hablamos de los viejos tiempos, pero cuanto más bebía él, menos me gustaba la expresión de su cara. Me fijé en el arpón colgado de la pared y pensé que quizás lo iba a necesitar antes de que pasara mucho tiempo. Y por fin se lanzó sobre mí, escupiendo y maldiciendo, con ojos de asesino y un cuchillo grande en la mano. Pero antes de que lo pudiera sacar de la vaina, yo lo atravesé con el arpón. ¡Cielos! ¡Qué grito pegó! ¡Y su cara todavía no me deja dormir! Me quedé allí parado, mientras su sangre chorreaba por todas partes, y esperé un poco; todo estaba tranquilo, así que fui recuperando el ánimo. Miré a mi alrededor y descubrí la caja de lata en un estante. Yo tenía tanto derecho a ella como Peter Carey, así que me la llevé y salí de la cabaña. Pero fui tan estúpido que me dejé la petaca olvidada en la mesa.

Y ahora voy a contarles la parte más rara de toda la historia. Apenas había salido de la cabaña cuando oí que alguien se acercaba y me escondí entre los arbustos. Un hombre llegó andando con sigilo, entró en la cabaña, soltó un grito como si hubiera visto un fantasma y salió corriendo a toda la velocidad de sus piernas hasta perderse de vista. No tengo ni idea de quién era y qué quería. Por mi parte, caminé diez millas, tomé un tren en Turnbridge Wells y llegué a Londres sin que nadie se enterara.

Cuando me puse a examinar el contenido de la caja, vi que no había en ella dinero, nada más que papeles que yo no me atrevía a vender. Ya no podía sacarle nada a Peter el Negro y me encontraba embarrancado en Londres sin un chelín. Lo único que me quedaba era mi oficio. Leí esos anuncios para arponeros a buen sueldo, así que me pasé por la agencia y ellos me enviaron aquí. Eso es todo lo que sé, y repito que la justicia debería darme las gracias por haber matado a Peter el Negro, ya que les he ahorrado el precio de una cuerda de cáñamo.

—Una narración muy clara —dijo Holmes, levantándose y encendiendo su pipa —. Creo, Hopkins, que debería usted conducir a su detenido a lugar seguro sin pérdida de tiempo. Esta habitación no reúne condiciones para servir de celda, y el señor Patrick Cairns ocupa demasiado espacio en nuestra alfombra.

—Señor Holmes —dijo Hopkins—, no sé cómo expresarle mi gratitud. Todavía no me explico cómo ha obtenido usted estos resultados.

—Pues, sencillamente, porque tuve la suerte de encontrar la pista correcta nada más empezar. Es muy posible que si hubiera sabido que existía ese cuaderno, me habría despistado como le pasó a usted. Pero todo lo que yo sabía apuntaba en una misma dirección: la fuerza tremenda, la pericia en el manejo del arpón, el ron con agua, la petaca de piel de foca con tabaco fuerte..., todo aquello hacía pensar en un marinero, y más concretamente, en un ballenero. Estaba convencido de que las iniciales «P.C.» grabadas en la petaca eran pura coincidencia, y que no eran las de Peter Carey, porque ése casi no fumaba y no se encontró ninguna pipa en la cabaña. Recordará usted que le pregunté si había whisky y brandy en la cabaña, y que dijo usted que sí. ¿Cuántos hombres de tierra adentro conoce usted que prefieran beber ron habiendo a mano otros licores? Sí, estaba seguro de que se trataba de un marinero.

—¿Y cómo pudo encontrarlo?

—Querido amigo, el problema era muy sencillo. Si se trataba de un marinero, tenía que ser uno que hubiera navegado con él en el Sea Unicorn. Por las noticias que yo tenía, Carey no había navegado en ningún otro barco. Me pasé tres días poniendo telegramas a Dundee, y al cabo de ese tiempo disponía ya de los nombres de todos los tripulantes del Sea Unicorn en 1883. Cuando encontré un Patrick Cairns entre los arponeros, comprendí que mi investigación se acercaba a su fin. Deduje que lo más probable era que mi hombre se encontrara en Londres y deseara ausentarse del país durante algún tiempo. Así que me pasé unos días en el East End, corriendo la voz de una expedición al Ártico y ofreciendo pagas tentadoras a los arponeros dispuestos a embarcarse a las órdenes del capitán Basil. Y aquí puede ver los resultados.

—¡Maravilloso! —exclamó Hopkins—. ¡Maravilloso!

—Tiene usted que hacer que pongan en libertad al joven Neligan lo antes posible —dijo Holmes—. Confieso que opino que le debe usted algunas disculpas. Habrá que devolverle la caja de lata, aunque, por supuesto, las acciones que Peter Carey vendió están perdidas para siempre. Aquí viene el coche, Hopkins, ya puede usted llevarse a su hombre. Si me necesita para el juicio, nos encontrará a Watson y a mí en alguna parte de Noruega. Ya le enviaré detalles concretos.

7. La aventura de Charles Augustus Milverton

Han transcurrido años desde que tuvieron lugar los acontecimientos que me dispongo a relatar, a pesar de lo cual aún siento cierto reparo en comentarlos. Durante mucho tiempo habría resultado imposible sacar a la luz pública estos hechos, ni siquiera con la mayor discreción y prudencia; pero ahora, la persona más implicada se encuentra ya fuera del alcance de las leyes humanas y, con las debidas supresiones, se puede contar la historia de manera que no perjudique a nadie. Constituyó una experiencia absolutamente única, tanto en la carrera de Sherlock Holmes como en la mía. El lector sabrá disculpar que oculte la fecha y cualquier otro dato que pudiera servirle para identificar el verdadero suceso.

Holmes y yo habíamos salido a uno de nuestros vagabundeos vespertinos, y habíamos regresado a eso de las seis de la tarde de un día crudo y frío de invierno. Al encender Holmes la lámpara, la luz cayó sobre una tarjeta dejada encima de la mesa. Le echó un vistazo y, soltando una exclamación de repugnancia, la tiró al suelo. Yo la recogí y leí:

CHARLES AUGUSTUS MILVERTON

APPLEDORE TOWERS

HAMPSTEAD

Agente.

—¿Quién es? —pregunté.

—El hombre más malo de Londres —respondió Holmes, sentándose y estirando las piernas hacia el fuego—. ¿Dice algo al dorso de la tarjeta?

Le di la vuelta y leí:

—«Pasaré a verlo a las 6,30. - C.A.M.»

—¡Hum! Es casi la hora. Dígame, Watson: ¿no siente usted una especie de escalofrío o estremecimiento cuando mira las serpientes en el parque zoológico y ve esos bichos deslizantes, sinuosos, venenosos, con su mirada asesina y sus rostros malignos y achatados? A lo largo de mi carrera he tenido que vérmelas con cincuenta asesinos, pero ni el peor de todos ellos me ha inspirado la repulsión que siento por este individuo. Y sin embargo, no puedo evitar tener tratos con él... La verdad es que viene porque yo le invité.

—Pero ¿quién es?

—Se lo voy a decir, Watson. Es el rey de los chantajistas. ¡Que Dios se apiade del hombre, y aún más de la mujer, cuyos secretos y reputación caigan en manos de Milverton! Con una sonrisa en los labios y un corazón de mármol, los exprimirá y seguirá exprimiendo hasta dejarlos secos. A su manera, el tipo es un genio, y habría destacado en cualquier oficio más digno. Utiliza el método siguiente: hace correr la voz de que está dispuesto a pagar sumas muy elevadas por cartas que comprometan a personas ricas o de alta posición. Recibe esta mercancía no sólo de criados y doncellas que traicionan a sus señores, sino también de rufianes elegantes que se han ganado la confianza y el cariño de mujeres demasiado confiadas. No es nada tacaño en sus tratos. Sé, por ejemplo, que le pagó setecientas libras a un lacayo por una nota con sólo dos líneas de texto, y el resultado fue la ruina de una distinguida familia. Todo lo que sale al mercado va a parar a Milverton, y hay cientos de personas en esta gran ciudad que se ponen blancos con sólo oír su nombre. Nadie sabe dónde caerá su garra, porque es lo bastante rico y lo bastante astuto para no actuar con apremios. Es capaz de guardarse una carta durante años, para jugarla en el momento en que las apuestas sean más sustanciosas. Ya le he dicho que es el hombre más malo de Londres, y ahora le pregunto si se puede comparar al rufián que en un momento de arrebato le atiza un garrotazo a su compinche, con este hombre que, de manera metódica y a sangre fría, tortura el alma y retuerce los nervios con el fin de seguir llenando sus ya hinchados sacos de dinero.

Pocas veces había yo oído a mi amigo hablar con tal intensidad de sentimiento.

—Pero supongo yo que la justicia podrá echarle el guante —dije.

—Técnicamente, qué duda cabe, pero en la práctica no. ¿Qué ganaría una mujer,

por ejemplo, con que le cayeran unos pocos meses de cárcel, si la consecuencia inmediata es su propia ruina?

Sus víctimas no se atreven a devolver los golpes. Si alguna vez extorsionara a una persona inocente, entonces sí, le tendríamos cogido. Pero es tan astuto como el mismo demonio. No, no, tendremos que encontrar otras maneras de combatirlo.

—¿Y por qué viene aquí?

—Porque un ilustre cliente ha puesto su lamentable caso en mis manos. Se trata de lady Eva Brackwell, la más bella de las jóvenes que fueron presentadas en sociedad la temporada pasada. Va a casarse dentro de quince días con el conde de Dovercourt. Este monstruo dispone de varias cartas imprudentes (imprudentes, Watson, y no algo peor), que fueron dirigidas a un joven caballero de provincias que no tiene un céntimo. Con esas cartas bastaría para romper el compromiso. Milverton enviará las cartas al conde, a menos que se le pague una fuerte suma de dinero. A mí se me ha encargado entrevistarme con él y llegar al mejor arreglo posible.

En aquel instante se oyó un traqueteo y ruido de cascos abajo en la calle. Me asomé a mirar y vi un lujoso carruaje tirado por un magnífico par de caballos, con brillantes faroles cuya luz se reflejaba en las lustrosas ancas de los nobles animales. Un lacayo abrió la puerta y un hombre bajo y corpulento, con un peludo abrigo de astracán, descendió del coche. Un minuto más tarde estaba en nuestra habitación.

Charles Augustus Milverton era un hombre de cincuenta años, de cabeza voluminosa con aire intelectual, cara redonda, regordeta y afeitada, perpetua sonrisa fría y dos ojos grises e inquisitivos, que brillaban intensamente a través de unas gruesas gafas con montura de oro. Había en su aspecto algo de la benevolencia de míster Pickwick, estropeada tan sólo por la insinceridad de la sonrisa fija y por el brillo metálico de aquellos ojos inquietos y penetrantes. Su voz era tan suave y untuosa como sus facciones cuando avanzó con una gordezuela mano extendida, murmurando lamentaciones por no habernos encontrado en casa en su primera visita.

Holmes hizo caso omiso de la mano extendida y le miró con rostro pétreo. La sonrisa de Milverton se ensanchó; se encogió de hombros, se quitó el abrigo, lo

dobló con gran parsimonia sobre el respaldo de una silla y tomó asiento.

—Este caballero... —dijo, haciendo un gesto en dirección mía—. ¿Es discreto?

¿Es de confianza?

—El doctor Watson es mi amigo y mi socio.

—Muy bien, señor Holmes. Tan sólo protestaba en interés de su cliente. Se trata de una cuestión tan delicada...

—El doctor Watson ya está al corriente.

—Entonces, vayamos al grano. Dice usted que actúa en nombre de lady Eva. ¿Le ha autorizado ella a aceptar mis condiciones?

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Siete mil libras.

—¿Y la alternativa?

—Querido señor, me resulta doloroso hablar de ello; pero si no me ha pagado esa cantidad el día catorce, puede estar seguro de que no habrá boda el dieciocho.

Su insufrible sonrisa se hizo más meliflua que nunca. Holmes reflexionó un momento.

—Me parece —dijo por fin— que da usted por seguras demasiadas cosas. Como es natural, conozco el contenido de esas cartas. Y, desde luego, mi cliente hará lo que yo la aconseje. Y yo la aconsejaré que se lo cuente todo a su futuro esposo y confíe en su generosidad.

—Milverton soltó una risita ahogada.

—Está claro que no conoce usted al conde —dijo.

La expresión de desconcierto que apareció en la cara de Holmes me demostró que sí lo conocía.

—¿Qué tienen de malo esas cartas? —preguntó.

—Son divertidas, muy divertidas —respondió Milverton—. La dama escribe unas cartas encantadoras. Pero puedo asegurarle que el conde de Dovercourt no sería capaz de apreciarlas en lo que valen. Sin embargo, puesto que usted opina lo contrario, dejémoslo estar. Es una simple cuestión de negocios. Si cree usted que lo que más conviene a los intereses de su cliente es poner esas cartas en manos del conde, no cabe duda de que sería una idiotez pagar una suma de dinero tan elevada por recuperarlas.

Se levantó y recogió su abrigo de astracán. Holmes se había puesto gris de rabia y humillación.

—Aguarde un momento —dijo—. Va usted demasiado deprisa. Desde luego, estaríamos dispuestos a hacer todo lo posible por evitar el escándalo en un asunto tan delicado.

Milverton volvió a dejarse caer en su asiento.

—Estaba seguro de que lo vería usted desde ese punto de vista —ronroneó.

—Pero, al mismo tiempo —continuó Holmes—, lady Eva no es una mujer rica. Le aseguro que un desembolso de dos mil libras agotaría sus recursos, y que la cifra que usted menciona está por completo fuera de sus posibilidades. Le ruego, pues, que modere sus exigencias y devuelva las cartas al precio que yo le indico, que le aseguro que es el más alto que podrá conseguir.

La sonrisa de Milverton se ensanchó aún más y sus ojos centellearon divertidos.

—Me consta que es cierto lo que usted dice acerca de los recursos de la dama —dijo—. Pero, al mismo tiempo, tiene usted que reconocer que la boda de una dama es ocasión muy propicia para que sus amigos y parientes hagan algún pequeño esfuerzo en su beneficio. Puede que aún no sepan qué regalo de bodas hacerle. Yo les aseguro que este pequeño fajo de cartas le proporcionará más alegría que todos los candelabros y mantequilleras de Londres.

—Es imposible —dijo Holmes.

—¡Señor, Señor, qué desgracia! —exclamó Milverton, sacando del bolsillo un abultado cuaderno—. No puedo evitar pensar que las señoras están mal

aconsejadas al no hacer un esfuerzo. ¡Fíjese en esto! —mostró una cartita con un escudo de armas en el sobre—. Pertenece a... bueno, quizás no sea correcto decir el nombre hasta mañana por la mañana. Pero para entonces estará ya en manos del esposo de la dama. Y todo porque ella no quiso molestarse en conseguir una suma miserable, que podría haber obtenido en una hora convirtiendo sus diamantes en dinero. Es una lástima tan grande. Por cierto, ¿recuerda usted cómo se rompió de pronto el compromiso entre la honorable señorita Mils y el coronel Dorking? Sólo dos días antes de la boda apareció una noticia en el Morning Post anunciando que todo había terminado. ¿Y por qué? Resulta casi increíble, pero todo se podría haber arreglado con la ridícula suma de mil doscientas libras. ¿No es una pena? Y aquí está usted, señor Holmes, un hombre inteligente, regateando las condiciones, cuando están en juego el futuro y el honor de su cliente. Me sorprende usted, señor Holmes.

—Le estoy diciendo la verdad —respondió Holmes—. No se puede conseguir ese dinero. Yo creo que sería mejor para usted aceptar la respetable suma que le ofrezco, en lugar de arruinar el porvenir de esta mujer sin sacar de ello ningún beneficio.

—En eso se equivoca, señor Holmes. Dar a conocer los hechos me reportaría considerables beneficios de manera indirecta. Tengo ocho o diez casos similares, aún madurando. Si corriera entre ellos la voz de que he hecho un severo escarmiento con lady Eva, los encontraría a todos mucho más dispuestos a razonar. ¿Comprende mi punto de vista?

Holmes saltó de su silla.

—Póngase usted detrás de él, Watson. No lo deje escapar. Y ahora, señor, veamos el contenido de ese cuaderno. Milverton se había escurrido, rápido como una rata, hacia un costado de la habitación, colocándose con la espalda contra la pared.

—¡Señor Holmes, señor Holmes! —dijo, abriéndose la chaqueta y dejando ver la culata de un enorme revólver, que sobresalía del bolsillo interior—. Yo esperaba que hiciera usted algo original. Esto lo han hecho tantas veces... ¿Y de qué ha servido? Le aseguro que estoy armado hasta los dientes y que estoy perfectamente dispuesto a utilizar el arma, sabiendo que la ley estará de mi parte. Además, está muy equivocado si supone que iba a traer aquí las cartas dentro de un cuaderno de notas. Jamás haría una tontería semejante. Y ahora, caballeros,

todavía me aguardan una o dos entrevistas esta noche y hay un largo camino hasta Hampstead.

Dio un par de pasos hacia adelante, recogió su abrigo, apoyó la mano en el revólver y se volvió hacia la puerta. Yo levanté una silla, pero Holmes negó con la cabeza y volví a dejarla en el suelo. Milverton salió de la habitación con una reverencia, una sonrisa y un guiño de ojos, y unos momentos después oímos cerrarse de golpe la puerta del carruaje y el traqueteo de las ruedas que se alejaban.

Holmes se quedó sentado e inmóvil ante la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, la barbilla caída sobre el pecho y los ojos clavados en el brillo de las brasas. Así permaneció, callado y sin moverse, durante media hora. Entonces, con el aire de quien ha tomado una decisión, se puso en pie de un salto y se metió en su alcoba. Al poco rato, un joven obrero de aspecto disoluto, con perilla y andares fanfarrones, encendía su pipa de arcilla en la lámpara antes de salir a la calle.

—Ya volveré, Watson —dijo antes de desvanecerse la noche. Comprendí que había iniciado su campaña contra Charles Augustus Milverton; pero poco sospechaba yo el extraño giro que habría de tomar dicha campaña.

Durante varios días, Holmes estuvo yendo y viniendo a todas horas con aquel disfraz, pero yo no sabía nada de sus andanzas, aparte de un comentario suyo que indicaba que pasaba el tiempo en Hampstead y que no era tiempo perdido. Por fin, una noche de furiosa tempestad, cuando el viento gemía y hacía golpear las ventanas, regresó de su última expedición y, después de quitarse el disfraz, se sentó ante el fuego y se echó a reír de buena gana, con su característica risa silenciosa y hacia dentro.

—¿Verdad, Watson, que no me considera usted un hombre propenso al matrimonio?

—Desde luego que no.

—Pues le interesará saber que estoy comprometido.

—¡Querido amigo! Le feli...

—Con la criada de Milverton.

—¡Cielo santo, Holmes!

—Necesitaba información, Watson.

—Pero ¿no habrá ido demasiado lejos?

—Era preciso hacerlo. Soy un fontanero llamado Escott, con un negocio que prospera. He salido con ella todas las tardes y he hablado con ella. ¡Santo cielo, qué conversaciones! Sin embargo, he conseguido lo que quería. Ahora conozco la casa de Milverton como la palma de mi mano.

—¿Y la chica, qué, Holmes?

Él se encogió de hombros.

—No se puede evitar, querido Watson. Habiendo tanto en juego, hay que jugar las cartas lo mejor que se pueda. Sin embargo, me alegra decirle que tengo un odiado rival que se apresurará a quitarme la novia en cuanto yo le vuelva la espalda. ¡Qué noche tan maravillosa hace!

—¿Le gusta este tiempo?

—Viene muy bien para mis propósitos, Watson. Me propongo entrar a robar en casa de Milverton esta noche.

Me quedé en silencio y sentí un escalofrío al escuchar estas palabras, pronunciadas lentamente, en un tono de absoluta decisión. De la misma manera en que un relámpago en la noche nos permite ver en un instante todos los detalles de un extenso paisaje, a mí me pareció vislumbrar de golpe todas las posibles consecuencias de semejante acción: el descubrimiento, la detención, el final de una honrosa carrera en medio del fracaso y la vergüenza irreparables, mi amigo quedando a merced del odioso Milverton.

—¡Por amor de Dios, Holmes, piense en lo que hace! —exclamé.

—Querido amigo, lo he meditado muy a fondo. Yo jamás me precipito en mis acciones y no adoptaría un método tan drástico, y desde luego tan peligroso, si existiera otra posibilidad. Consideremos el asunto de manera clara e imparcial. Supongo que usted reconocerá que se trata de un acto moralmente justificable, aunque técnicamente delictivo. Lo único que pretendo al entrar en la casa es

apoderarme de aquel cuaderno de bolsillo..., algo en lo que usted mismo estaba dispuesto a ayudarme.

Le di vueltas a la idea en la cabeza.

—Sí —dije—, es moralmente justificable, siempre que no nos propongamos robar más objetos que los que se utilizan con fines ilícitos.

—Exacto. Y puesto que es moralmente justificable, sólo tengo que considerar la cuestión del riesgo personal. Y un caballero no debe pensar mucho en eso cuando una dama necesita desesperadamente su ayuda, ¿no cree?

—Se colocará usted en una posición muy dudosa.

—Bueno, eso forma parte del riesgo. No existe otra manera posible de recuperar las cartas. La desdichada dama no dispone del dinero y no puede confiar en ninguno de sus allegados. Mañana se cumple el plazo y si no conseguimos las cartas esta noche, ese canalla cumplirá su palabra y le destrozará la vida. Así pues, o abandono a mi cliente a su suerte o tengo que jugar esta última carta. Entre nosotros, Watson, se trata de una competición deportiva entre ese Milverton y yo. Como ha podido ver, él ha salido ganando en los primeros asaltos, pero mi amor propio y mi reputación me obligan a luchar hasta el final.

—En fin, no me gusta, pero supongo que no queda más remedio —dije—. ¿Cuándo salimos?

—Usted no viene.

—Entonces, usted tampoco. Le doy mi palabra de honor, y no he faltado a ella en mi vida, de que cogeré un coche e iré directo a la comisaría a denunciarle, a menos que me permita compartir con usted esta aventura.

—Usted no puede ayudarme.

—¿Cómo lo sabe? No puede saber lo que va a suceder. En cualquier caso, mi decisión ya está tomada. No es usted el único que tiene amor propio e, incluso, reputación.

Al principio, Holmes pareció molesto, pero luego desarrugó la frente y me palmeó el hombro.

—Muy bien, querido camarada, que sea como usted dice. Hemos compartido el mismo alojamiento durante años, y tendría gracia que acabáramos compartiendo la misma celda. ¿Sabe, Watson? No me importa confesar que siempre he tenido la impresión de que habría podido ser un delincuente muy eficaz. Esta es la oportunidad de mi vida en ese sentido. ¡Mire! —sacó de un cajón un bonito maletín de cuero y lo abrió, dejando ver una buena cantidad de herramientas relucientes—. Este es un equipo de ladrón de primera clase y último modelo, con palanqueta niquelada, cortacristales con punta de diamante, llaves adaptables y todos los adelantos modernos que exige el progreso de la civilización. Y aquí tengo mi linterna sorda.

Todo está preparado. ¿Tiene usted un par de zapatos silenciosos?

—Tengo zapatillas de tenis con suela de goma.

—Excelente. ¿Y antifaz?

—Puedo hacer un par con seda negra.

—Veo que tiene usted una fuerte disposición natural para este tipo de cosas. Muy bien; haga usted los antifaces. Tomaremos un poco de cena fría antes de salir. Ahora son las nueve y media. A las once tomaremos un coche más o menos hasta Church Row. Desde allí hay un cuarto de hora de camino hasta Appledore Towers. Podremos estar trabajando antes de medianoche. Milverton tiene el sueño muy pesado y se va siempre a dormir a las diez y media. Con un poco de suerte, podremos estar aquí de vuelta a las dos, con las cartas de lady Eva en mi bolsillo.

Holmes y yo nos vestimos de etiqueta para parecer dos hombres que salían del teatro y regresaban a su casa. En Oxford Street paramos un coche, que nos llevó a una dirección de Hampstead. Allí nos apeamos, y con nuestros abrigos bien abrochados —porque hacía un frío terrible y el viento parecía pasar a través de nosotros— caminamos a lo largo del seto.

—Este asunto exige actuar con mucha delicadeza —dijo Holmes—. Los documentos están encerrados en una caja fuerte en el despacho de nuestro hombre, y el despacho es la antesala de su dormitorio. Por otra parte, como todos los tipos bajos y gordos que se dan buena vida, el hombre duerme a pierna suelta. Agatha, que así se llama mi prometida, dice que todo el servicio hace chistes acerca de lo difícil que resulta despertar al señor. Tiene un secretario que

cuida de sus intereses y que no sale del despacho en todo el día. Por eso tenemos que actuar de noche. También tiene un perro muy feroz que ronda por el jardín. Las dos últimas veces que vi a Agatha era bastante tarde, y tuvo que encerrar a la fiera para que yo pudiera pasar. Esa es la casa, esa grande con terreno propio. Nos metemos por la puerta y vamos hacia la derecha, por entre los laureles. Lo mejor será que nos pongamos los antifaces aquí. Como ve, no hay luz en ninguna de las ventanas y todo marcha sobre ruedas.

Una vez puestos los negros antifaces de seda, que nos convertían en dos de las figuras más truculentas de Londres, nos acercamos furtivamente a la casa oscura y silenciosa. A uno de los lados había una especie de terraza embaldosada, a la que daban varias ventanas y dos puertas.

—Ese es su dormitorio —susurró Holmes—. Esta puerta da directamente al despacho. Lo mejor sería entrar por ella, pero está cerrada con llave y con cerrojo y haríamos demasiado ruido al forzarla. Venga por aquí. Hay, un invernadero que da a la sala de estar.

El invernadero estaba cerrado, pero Holmes cortó un círculo de cristal y abrió el pestillo por dentro. Un instante después, había cerrado la puerta a nuestras espaldas y nos habíamos convertido en delincuentes a los ojos de la ley. El aire denso y caluroso del invernadero, cargado con la fuerte y sofocante fragancia de plantas exóticas, se pegó a nuestras gargantas. Holmes me tomó de la mano en la oscuridad y me guió con rapidez a lo largo de hileras de arbustos cuyas ramas nos rozaban la cara. Mi amigo poseía una notable facultad, laboriosamente cultivada, para ver en la oscuridad. Sin soltarme de la mano, abrió una puerta y tuve la confusa sensación de que habíamos entrado en una habitación espaciosa en la que poco tiempo antes se había fumado un cigarro. Holmes avanzó a tientas entre los muebles, abrió la puerta y la cerró a nuestras espaldas. Extendí la mano y palpé varios abrigos que colgaban de la pared, por lo que comprendí que estábamos en un pasillo. Avanzamos por él y Holmes abrió con mucho cuidado una puerta del lado derecho. Algo echó a correr hacia nosotros y casi se me sale el corazón por la boca, aunque estuve a punto de echarme a reír al darme cuenta de que se trataba del gato. En esta nueva habitación había una chimenea encendida, y también el ambiente estaba cargado de humo de tabaco. Holmes entró de puntillas, esperó a que yo pasara tras él y cerró la puerta con el mayor cuidado. Estábamos en el despacho de Milverton, y en el extremo más alejado había un cortinaje que indicaba la entrada a su dormitorio.

El fuego ardía bien, iluminando la habitación. Cerca de la puerta vi brillar un interruptor eléctrico, pero no hacía falta encender la luz ni hubiera sido prudente hacerlo. A un lado de la chimenea había una gruesa cortina que tapaba el ventanal que habíamos visto desde fuera. Al otro lado estaba la puerta que comunicaba con la terraza. En el centro de la habitación había un escritorio con un sillón giratorio de reluciente cuero rojo. Enfrente de él, una gran librería con un busto de mármol de la diosa Atenea encima. En el rincón que quedaba entre la librería y la pared había una gran caja fuerte de color verde, en cuyos tiradores de latón pulido se reflejaba la luz de la chimenea. Holmes cruzó con sigilo la habitación y contempló la caja. Luego se acercó con igual cautela a la entrada del dormitorio y escuchó atentamente con la cabeza ladeada. No se oía ni un sonido en el interior. Mientras tanto, a mí se me ocurrió que lo más prudente sería asegurarnos la retirada por la puerta que daba al exterior y me acerqué a examinarla. Con gran sorpresa comprobé que no estaba cerrada ni con llave ni con cerrojo. Le di un toque a Holmes en el brazo y él volvió su rostro enmascarado en aquella dirección. Pude ver que se sobresaltaba, y resultaba evidente que aquello le sorprendía tanto como a mí.

—No me gusta —susurró acercando los labios a mi oído—. No sé qué significa esto. Sea lo que sea, no tenemos tiempo que perder.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí; quédese junto a la puerta. Si oye venir a alguien, ciérrela por dentro, y ya saldremos por donde entramos. Si vienen por el otro lado, podemos salir por la puerta si es que hemos terminado o escondernos detrás de las cortinas de esta ventana si no hemos terminado aún. ¿Ha comprendido?

Asentí con la cabeza y me quedé junto a la puerta. Mi primera sensación de miedo había desaparecido y ahora me sentía excitado, con una emoción aún más intensa que la que había experimentado en cualquiera de las ocasiones en las que actuábamos como defensores de la ley y no como infractores. La noble finalidad de nuestra misión, el saber que se trataba de un acto altruista y caballeroso, la personalidad canallesca de nuestro adversario, todo ello acentuaba el interés deportivo de nuestra aventura. Lejos de sentirme culpable, me recreaba y regocijaba en el peligro. Contemplé con admiración cómo Holmes desplegaba su instrumental y escogía la herramienta adecuada con la tranquilidad y precisión científica de un cirujano que realiza una delicada operación. Yo sabía que abrir cajas fuertes era una de sus aficiones favoritas, y me di cuenta de la alegría con

que se enfrentaba a aquel monstruo verde y dorado, el dragón que encerraba entre sus fauces la reputación de tantas hermosas doncellas. Arremangándose los puños de su chaqueta -había dejado el abrigo encima de una silla-, Holmes sacó dos taladros, una palanqueta y varias llaves maestras. Yo permanecí junto a la puerta central, sin dejar de vigilar todas las demás, atento a cualquier emergencia, aunque lo cierto es que no tenía muy claro lo que iba a hacer si alguien nos interrumpía. Holmes trabajó durante media hora con concentrada energía, dejando un instrumento, tomando otro, manejándolos todos con el vigor y la delicadeza de un experto mecánico. Por fin oí un chasquido, la gruesa puerta verde se abrió de par en par y pude vislumbrar en el interior un gran número de paquetes de papeles, todos ellos atados, sellados y etiquetados. Holmes sacó uno de los paquetes, pero resultaba difícil leer a la luz vacilante del fuego, así que recurrió a su pequeña linterna sorda, ya que encender la luz eléctrica habría resultado demasiado peligroso estando Milverton en la habitación contigua. De pronto vi que se interrumpía, escuchaba con atención y un instante después había cerrado la puerta de la caja fuerte, recogía su abrigo, guardaba todas las herramientas en los bolsillos y se lanzaba como una flecha a esconderse detrás de la cortina de la ventana, indicándome con gestos que hiciera lo mismo.

Sólo después de ocultarme a su lado oí lo que había provocado la alarma en sus sentidos, más agudos que los míos. Se oían ruidos en algún lugar de la casa. Primero, una puerta que se cerraba a lo lejos; luego, un confuso y apagado rumor que acabó por convertirse en el rítmico resonar de unos pasos decididos que se acercaban con rapidez. Llegaron al pasillo que había fuera de la habitación y se detuvieron ante la puerta. La puerta se abrió. Se oyó un fuerte chasquido al girar el interruptor eléctrico y se encendió la luz. Volvió a cerrarse la puerta y llegó a nuestras narices el aroma picante de un cigarro fuerte. Entonces se iniciaron de nuevo los pasos, andando de un lado a otro, a pocos metros de nosotros. Por fin se oyó el crujido de un sillón y los pasos cesaron. A continuación oímos una llave que entraba en una cerradura y luego el crujir de los papeles. Hasta aquel momento, yo no me había atrevido a mirar, pero entonces separé con mucho cuidado las cortinas y miré a través de la abertura. Holmes apretó su hombro contra el mío y comprendí que también él estaba mirando. Delante de nosotros, y casi al alcance de la mano, vimos la ancha y redondeada espalda de Milverton. No cabía duda de que habíamos malinterpretado sus movimientos y que durante todo aquel tiempo él no había estado en su dormitorio, sino pasando el rato en algún salón o sala de billar en el otro extremo de la casa, cuyas ventanas no habíamos visto. Su voluminosa cabeza entrecana, con una reluciente calva en la coronilla, ocupaba el primer plano de nuestra visión. Estaba recostado hacia

atrás en su sillón de cuero rojo, con las piernas extendidas y un largo cigarro negro saliendo oblicuamente de su boca. Vestía una chaqueta de corte militar y color rosado, con cuello de terciopelo negro. Sostenía en la mano un largo documento legal, que leía de manera indolente mientras lanzaba por la boca anillos de humo. Por la comodidad de su postura y la tranquilidad de su actitud, no parecía que tuviera intenciones de marcharse pronto.

Sentí que la mano de Holmes agarraba la mía y le daba un apretón tranquilizador, como para indicarme que podía controlar la situación y que no estaba preocupado. Pero yo no estaba seguro de si él había visto lo que, desde mi posición, saltaba a la vista: que la puerta de la caja había quedado mal cerrada y Milverton podía fijarse en ello en cualquier momento. Decidí por mi propia cuenta que en el mismo instante en que Milverton diera señales de haberlo advertido, yo saltaría de mi escondite, le echaría el abrigo sobre la cabeza para inmovilizarlo y dejaría el resto en manos de Holmes. Pero Milverton no levantó la mirada. Permanecía vagamente interesado en los papeles que tenía en la mano y pasaba una página tras otra, siguiendo la argumentación del abogado. «En fin —pensé—; cuando termine el documento y el cigarro se marchará a su habitación.» Pero antes de que pudiera terminar ninguna de las dos cosas ocurrió algo extraordinario, que desvió nuestra atención por otros caminos.

Yo me había fijado en que Milverton consultaba varias veces su reloj y en una ocasión se había levantado, para volverse a sentar con un gesto de impaciencia. Sin embargo, no se me había ocurrido que pudiera tener una cita a horas tan intempestivas hasta que llegó a mis oídos un débil sonido procedente de la terraza de fuera. Milverton dejó sus papeles y se puso rígido en su asiento. Se repitió el sonido y a continuación unos golpecitos en la puerta. Milverton se levantó para abrirla. —Bueno —dijo secamente—. Llega usted con casi media hora de retraso.

Así que ésta era la explicación de la puerta sin cerrar y de la vigilia nocturna de Milverton. Se oyó el suave roce de un vestido de mujer. Yo había cerrado la abertura entre las cortinas cuando Milverton volvió el rostro en nuestra dirección, pero ahora me aventuré a abrirla de nuevo con mucho cuidado. Milverton se había vuelto a sentar, con el cigarro todavía insolentemente colocado en la comisura de sus labios. Frente a él, iluminada de lleno por la luz eléctrica, había una mujer alta y delgada, vestida de oscuro, con un velo sobre el rostro y una capa que le cubría la barbilla. Respiraba entrecortadamente y su esbelta figura temblaba de emoción de pies a cabeza.

—Muy bien —dijo Milverton—. Me ha hecho usted perder unas buenas horas de sueño, querida. Espero que haya valido la pena. ¿No podía venir a otra hora, eh?

La mujer negó con la cabeza.

—Bien, si no se puede, no se puede. Y si la condesa la ha tratado mal, ahora tiene la oportunidad de desquitarse. Pero... Pobre muchacha! ¿Por qué tiembla de ese modo? ¡Vamos, serénese! Y ahora, vayamos al negocio —sacó una nota del cajón de su escritorio—. Dice usted que tiene cinco cartas que comprometen a la condesa D'Albert. Quiere usted venderlas. Yo quiero comprarlas. Hasta aquí todo va bien. Sólo falta fijar el precio. Como es natural, me gustaría ver antes las cartas. Si son buenas de verdad... ¡Cielo santo! ¡Es usted!

Sin decir una palabra, la mujer se había levantado el velo y dejado caer la capa que cubría su barbilla. El rostro que se enfrentaba a Milverton era moreno y atractivo, de facciones bien dibujadas, nariz aguileña, cejas marcadas y oscuras sobre unos ojos que brillaban con dureza, y una boca de labios finos y rectos, curvada en una sonrisa peligrosa.

—Sí, soy yo —dijo—. La mujer cuya vida ha destrozado.

Milverton se echó a reír, pero en su voz había una vibración de miedo.

—Ha sido usted tan obstinada —dijo—. ¿Por qué me obligó a llegar a tales extremos? Le aseguro que yo, por propia iniciativa, soy incapaz de hacer daño a una mosca, pero todo el mundo tiene su negocio y ¿qué podía yo hacer? Fijé un precio que estaba perfectamente dentro de sus posibilidades, y usted no quiso pagar.

—Así que envió las cartas a mi marido, y él, el caballero más noble que jamás ha existido, un hombre al que yo no era digna ni de atarle los zapatos, murió con el corazón destrozado. ¿Recuerda usted la última noche que pasé por esa puerta? Rogué y supliqué, pidiéndole compasión. Y usted se rió en mi cara, como pretende reírse ahora, sólo que ahora su corazón de cobarde no puede impedir que le tiemblen los labios. Sí, nunca pensó que volvería a verme por aquí, pero aquella noche aprendí la manera de llegar hasta usted para encontrármelo cara a cara y a solas. Bien, Charles Milverton, ¿qué tiene usted que decir?

—No piense que puede intimidarme —dijo él poniéndose en pie—. Sólo tengo que dar una voz para llamar a mis sirvientes y hacer que la detengan. Pero estoy

dispuesto a disculpar su natural irritación. Salga de mi habitación por donde vino y no diré una palabra más.

La mujer siguió donde estaba, con la mano hundida en el pecho y la misma sonrisa mortal en sus finos labios.

—No volverá a destrozar más vidas como destrozó la mía. No torturará más corazones como ha torturado el mío. Voy a librar al mundo de un bicho venenoso. ¡Toma esto, perro, y esto! ¡Y esto, y esto, y esto!

Había sacado un pequeño y reluciente revólver y vació un cilindro tras otro en el cuerpo de Milverton, con el cañón a dos palmos escasos de la pechera de su camisa. El hombre retrocedió encogiéndose y luego cayó de cara sobre la mesa, tosiendo con fuerza y crispando las manos entre los papeles. Se volvió a levantar tambaleante, recibió otro tiro y cayó rodando al suelo.

—¡Me has matado! —gimió, y quedó inmóvil.

Nuestra intervención no habría podido, de ninguna manera, salvar a aquel hombre de su destino. Sin embargo, al ver cómo la mujer descargaba una bala tras otra en el cuerpo encogido de Milverton, yo había estado a punto de saltar, pero entones sentí la fría y fuerte mano de Holmes que me agarraba de la muñeca y comprendí todo lo que quería decir aquella presa firme y disuasoria: que aquello no era asunto nuestro; que se había hecho justicia con un canalla; que nosotros teníamos nuestra propia tarea y nuestros propios objetivos, y que no debíamos perderlos de vista. Apenas había acabado la mujer de salir de la habitación, cuando Holmes, de un par de zancadas rápidas y silenciosas, se plantó en la otra puerta e hizo girar la llave en la cerradura. En aquel mismo instante oímos voces en la casa y el sonido de pasos apresurados. Los disparos de revólver habían despertado a la servidumbre. Con absoluta tranquilidad, Holmes se dirigió a la caja, cogió todos los papeles de cartas que pudo abarcar con ambos brazos y los arrojó al fuego. Repitió la operación una y otra vez, hasta que la caja quedó vacía. Alguien estaba intentando girar el picaporte y golpeando la puerta por fuera. Holmes miró rápidamente a su alrededor. La carta que había servido como mensajera de la muerte para Milverton estaba sobre la mesa, toda salpicada de sangre. Holmes la arrojó también entre los papeles que ardían. Luego sacó la llave de la puerta exterior, salió por ella detrás de mí y la cerró por fuera.

—¡Por aquí, Watson! —dijo—. ¡Podemos escalar la tapia del jardín!

Jamás había creído que una alarma pudiera propagarse con tanta rapidez. Cuando miré hacia atrás, la enorme casa tenía todas las luces encendidas, la puerta principal estaba abierta y se veían figuras corriendo por el sendero de entrada. Todo el jardín estaba lleno de gente, y cuando nosotros salimos de la terraza un tipo gritó: «¡Aquí están!», y se lanzó en nuestra persecución, pisándonos los talones. Holmes parecía conocer a la perfección el terreno y se abrió camino con rapidez por entre una plantación de arbolitos, conmigo siguiéndole los pasos y nuestro perseguidor más adelantado resoplando detrás de nosotros. La tapia que nos cerraba el paso medía casi dos metros de altura, pero Holmes saltó por encima sin dificultad. Cuando yo intentaba hacer lo mismo, sentí que la mano del hombre que nos perseguía me agarraba del tobillo; me desembaracé de él a patadas y trepé como pude sobre el borde sembrado de cristales. Caí de cara entre unos arbustos, pero Holmes me hizo ponerme de pie al instante y echamos a correr juntos por el extenso brezal de Hampstead Heath. Creo que debimos correr unas dos millas antes de que Holmes se detuviera por fin y escuchara con atención. Detrás de nosotros el silencio era absoluto. Habíamos despistado a nuestros perseguidores y estábamos a salvo.

Acabábamos de desayunar y estábamos fumando nuestra pipa matutina del día siguiente al de la extraordinaria aventura que acabo de relatar cuando el señor Lestrade, de Scotland Yard, muy solemne y ceremonioso, se hizo anunciar en nuestro modesto cuarto de estar.

—Buenos días, señor Holmes —dijo—. Buenos días. ¿Puedo preguntarle si en estos momentos se encuentra muy ocupado?

—No tanto como para no poder escucharle.

—Se me ha ocurrido que, tal vez, si no tiene nada especial entre manos, no le importaría ayudarnos en un caso de lo más extraordinario que ha ocurrido esta misma noche en Hampstead.

—¡Caramba! —exclamó Holmes—. ¿Y de qué se trata?

—Un asesinato..., un asesinato de lo más dramático y misterioso. Ya sé lo mucho que le interesan estas cosas, y consideraría un gran favor que pasara por Appledore Towers para echarnos una mano con sus consejos. No se trata de un crimen vulgar. Hace bastante tiempo que le teníamos echado el ojo a ese señor

Milverton, que, entre nosotros, era un pedazo de canalla. Sabemos que guardaba documentos que utilizaba para hacer chantaje. Los asesinos han quemado todos estos papeles. No se han llevado nada de valor, y es bastante probable que los criminales fueran hombres de buena posición, cuyo único objeto era evitar el escándalo.

—¡Criminales! —exclamó Holmes—. ¿En plural?

—Sí, eran dos. Estuvieron a punto de cogerlos con las manos en la masa. Tenemos huellas de sus pisadas, tenemos sus descripciones...; le apuesto diez a uno a que los encontramos. El primero era demasiado rápido, pero el segundo fue alcanzado por el ayudante del jardinero y tuvo que forcejear para escaparse. Era un hombre de estatura media, complexión atlética, mandíbula cuadrada, cuello grande, bigote y un antifaz sobre los ojos.

—Eso es bastante inconcreto —dijo Sherlock Holmes—. ¡Si hasta podría ser una descripción de Watson!

—Es cierto —dijo el inspector muy divertido—. La descripción podría aplicarse a Watson.

—Bien, me temo que no puedo ayudarle, Lestrade —dijo Holmes—. La verdad es que yo ya conocía a ese Milverton, y lo consideraba uno de los hombres más peligrosos de Londres. Creo que existen ciertos crímenes que escapan al alcance de la ley y que, por tanto, justifican hasta cierto punto la venganza particular. No, no vale la pena discutir. Ya está decidido. Mis simpatías se inclinan más por los criminales que por la víctima y no pienso encargarme de este caso.

Holmes no había dicho una sola palabra acerca de la tragedia que habíamos presenciado, pero me fijé en que pasó toda la mañana muy pensativo y, con su mirada ausente y su comportamiento abstraído, daba la impresión de estar esforzándose por recordar algo. Estábamos a la mitad de la comida cuando, de pronto, se puso en pie de un salto.

—¡Por Júpiter, Watson! ¡Ya lo tengo! —exclamó—. ¡Coja su sombrero y venga conmigo!

Bajó a toda velocidad por Baker Street y luego dobló por Oxford Street hasta llegar casi a Regent Circus. Allí, a mano izquierda, había un escaparate lleno de fotografías de las celebridades y bellezas del momento. Los ojos de Holmes se

clavaron en una de ellas y, siguiendo la dirección de su mirada, vi la fotografía de una dama majestuosa y altiva, con vestido de corte y una alta diadema de brillantes en su noble cabeza. Contemplé la delicada curva de la nariz, las cejas marcadas, la boca recta y la fina y enérgica mandíbula bajo la boca. Y me quedé sin respiración al leer el título, con siglos de historia, del eminente aristócrata y estadista con el que había estado casada. Mi mirada se cruzó con la de Holmes y éste se llevó un dedo a los labios mientras nos alejábamos del escaparate.

8. La aventura de los seis napoleones

No tenía nada de raro que el señor Lestrade, de Scotland Yard, pasara a visitarnos por las tardes, y sus visitas eran muy bien acogidas por Sherlock Holmes, porque le permitían mantenerse al día de lo que sucedía en la dirección de la policía. A cambio de las noticias que Lestrade traía, Holmes se mostraba siempre dispuesto a escuchar con atención los detalles del caso en el que estuviera trabajando el inspector, y de cuando en cuando, sin intervenir de manera activa, le proporcionaba algún consejo o sugerencia, sacados de su vasto arsenal de conocimientos y experiencia.

Aquella tarde en concreto, Lestrade había estado hablando del tiempo y de los periódicos, y después se había quedado callado, chupando pensativo su cigarro.

Sherlock Holmes le miró con interés.

—¿Tiene algo especial entre manos? —preguntó.

—Oh, no, señor Holmes, nada de particular.

—Está bien, cuéntemelo todo.

Lestrade se echó a reír.

—De acuerdo, señor Holmes, no puedo negar que hay algo que me tiene preocupado. Y sin embargo, se trata de un asunto tan absurdo que no me decidía a molestarle con ello. Por otra parte, si bien es un asunto trivial, no cabe duda de que es raro, y ya sé que a usted le gusta todo lo que se sale de lo corriente. Aunque, en mi opinión, cae más en el campo del doctor Watson que en el suyo.

—¿Una enfermedad? —pregunté yo.

—Locura, más bien. Y una locura bastante extraña. ¿Se imaginan que exista a estas alturas una persona que sienta tanto odio por Napoleón que se dedique a romper todas las imágenes suyas que encuentra?

Holmes volvió a recostarse en su asiento.

—No es asunto para mí —dijo.

—Exacto. Eso decía yo. Sin embargo, cuando este hombre asalta casas para poder romper imágenes que no le pertenecen, la cosa escapa de la jurisdicción del médico para entrar en la del policía.

Holmes se enderezó de nuevo.

—¡Asaltos! Eso es más interesante. Cuénteme los detalles.

Lestrade sacó su cuaderno de notas reglamentario y refrescó la memoria consultando sus páginas.

—El primer caso denunciado tuvo lugar hace cuatro días —dijo—. Ocurrió en la tienda de Morse Hudson, un establecimiento de Kennington Road dedicado a la venta de cuadros y esculturas. El dependiente había pasado un momento a la trastienda cuando oyó un ruido de rotura. Acudió corriendo y encontró, hecho pedazos en el suelo, un busto de escayola de Napoleón que había estado expuesto en el mostrador junto con otras obras de arte. Salió corriendo a la calle, pero, a pesar de que varios transeúntes declararon haber visto a un hombre salir con prisas de la tienda, no pudo localizarlo ni identificarlo. Parecía uno de esos actos de vandalismo gratuito que ocurren de cuando en cuando, y así lo hizo constar el policía de servicio en su informe. La escayola no valía más que unos chelines, y la cosa parecía demasiado infantil como para investigarla.

Sin embargo, el segundo caso fue más grave, y también más extraño. Ocurrió anoche mismo. En la misma Kennington Road, a unos cientos de metros de la tienda de Morse Hudson, vive un médico muy conocido, el doctor Barnicot, que tiene una de las clientelas más numerosas al sur del Támesis. Su residencia y consultorio principal están en Kennington Road, pero tiene también un quirófano y dispensario en Lower Brixton Road, a dos millas de distancia. Resulta que este doctor Barnicot es un ferviente admirador de Napoleón, y tiene la casa llena de libros, retratos y reliquias del emperador. Hace poco tiempo, compró a Morse Hudson dos reproducciones en escayola de la famosa cabeza de Napoleón esculpida por el francés Devine. Colocó una en el vestíbulo de su casa de Kennington Road y la otra en la repisa de la chimenea del quirófano de Lower Brixton. Pues bien, cuando el doctor Barnicot se levantó esta mañana se quedó estupefacto al descubrir que su casa había sido asaltada por la noche, pero que

no se habían llevado nada más que la cabeza de Napoleón del recibidor. La habían sacado al jardín y la habían estrellado contra la pared, al pie de la cual encontramos sus fragmentos.

Holmes se frotó las manos.

—Esto sí que es una novedad —dijo.

—Ya supuse que le gustaría el asunto. Pero aún no hemos terminado. El doctor Barnicot tenía que estar en su quirófano a las doce, y puede usted imaginarse su asombro al descubrir que alguien había abierto una ventana durante la noche y encontrar los pedazos de su segundo busto esparcidos por toda la habitación. Lo habían reducido a átomos allí mismo. En ninguno de los dos casos encontramos huellas que pudieran darnos alguna pista sobre el delincuente, o lunático, autor del desaguisado. Y éstos son los hechos, señor Holmes.

—Son curiosos, por no decir grotescos —dijo Holmes—. ¿Puedo preguntarle si los dos bustos destrozados en las dependencias del doctor Barnicot eran idénticos al destruido en la tienda de Morse Hudson.

—Todos salieron del mismo molde.

—Este dato contradice la teoría de que la persona que los rompe actúa impulsada por un odio genérico a Napoleón. Si consideramos los cientos de figuras del emperador que deben existir en Londres, es mucho suponer que un iconoclasta imparcial se tope, por pura casualidad, con tres ejemplares del mismo busto nada más empezar.

—Yo pensé lo mismo que usted —dijo Lestrade—. Pero, por otra parte, este Morse Hudson es el proveedor de bustos de esta zona de Londres, y ésos eran los únicos que había tenido en su tienda en varios años. De manera que, si bien es cierto, como usted dice, que existen en Londres cientos de figuras de Napoleón, es muy probable que estas tres fueran las únicas en todo el distrito. Así que un fanático del barrio empezaría por ellos. ¿Qué le parece a usted, doctor Watson?

—Las posibilidades de la monomanía no tienen límites —respondí—. Es lo que los psicólogos franceses modernos llaman «idée fixe» [708], que puede ser algo completamente trivial, acompañado por una normalidad absoluta en todos los demás aspectos. Un hombre que haya leído mucho sobre Napoleón, o cuya familia haya sufrido alguna desgracia hereditaria por culpa de la gran guerra,

puede llegar a concebir una «idée fixe» de éstas, y bajo su influencia cometer toda clase de extravagancias.

—Eso no cuela, querido Watson —dijo Holmes, negando con la cabeza—. Ni con todas las «idées fixes» del mundo, su monomaníaco sería capaz de localizar el paradero de estos bustos.

—¿Y cómo lo explica usted, entonces?

—No pretendo hacerlo. Me limito a hacer notar que existe un cierto método en las excéntricas actividades de este caballero. Por ejemplo, en el vestíbulo del doctor Barnicot, donde el ruido podría despertar a la familia, sacó el busto de la casa antes de romperlo; sin embargo, en el quirófano, donde había menos peligro de provocar una alarma, lo rompió en el mismo sitio donde estaba. El asunto parece ridículo y trivial, pero yo no me atrevería a calificar nada de trivial, teniendo en cuenta que algunos de mis casos más clásicos han tenido comienzos muy poco prometedores. Recuerde usted, Watson, que lo primero que supimos del espantoso caso de la familia Abernetty fue que el perejil se había hundido en la mantequilla un día de mucho calor. En consecuencia, no puedo permitirme sonreír ante sus tres bustos rotos, Lestrade, y le quedaría muy agradecido si me informa de cualquier novedad que se presente en esta curiosa cadena de acontecimientos.

Las novedades que pedía mi amigo llegaron mucho antes, y con un aspecto infinitamente más trágico, de lo que yo habría podido imaginar. A la mañana siguiente, cuando todavía estaba vistiéndome en mi habitación, Holmes llamó a mi puerta y entró con un telegrama en la mano. Lo leyó en voz alta.

«Venga inmediatamente, 131 Pitt Street, Kensington. - LESTRADE»

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté.

—Ni idea. Puede ser cualquier cosa. Pero sospecho que se trata de la continuación

de la historia de los bustos. En cuyo caso, nuestro amigo el iconoclasta ha

comenzado a operar en otro barrio de Londres. Hay café en la mesa, Watson, y tengo un coche en la puerta.

Media hora después llegábamos a Pitt Street, un pequeño remanso de tranquilidad junto a una de las zonas más animadas de la vida londinense. El número 131 formaba parte de una hilera de casas todas iguales, todas de fachada lisa, respetables y nada románticas. Al acercarnos vimos una multitud de curiosos que se agolpaba contra la verja que había delante de la casa.

Holmes soltó un silbido.

—¡Por San Jorge! ¡Se trata, por lo menos, de un intento de asesinato!

Por menos de eso, un mensajero de Londres no se para a mirar. Ha habido un acto de violencia, como se deduce de los hombros caídos y el cuello estirado de aquel individuo. ¿Qué es eso, Watson? El escalón más alto está fregado y los demás están secos. Y hay pisadas por todas partes. Bueno, ahí tenemos a Lestrade en la ventana delantera, y pronto nos enteraremos de todo.

El inspector nos recibió con una cara muy seria y nos hizo pasar a una sala de estar, donde un hombre mayor, desgreñado y nerviosísimo, vestido con un batín de franela, daba zancadas de un lado a otro. Lestrade nos lo presentó como el propietario de la casa, señor Horace Harker, del Sindicato Central de Prensa.

—Es otra vez el asunto de los Napoleones —dijo Lestrade—. Anoche pareció usted interesado, señor Holmes, y pensé que tal vez le gustaría estar presente ahora que el caso ha tomado un giro mucho más grave.

—¿Qué giro ha tomado?

—El de asesinato. Señor Harker, ¿quiere usted explicar a estos caballeros exactamente lo que ha ocurrido?

El hombre del batín se volvió hacia nosotros con una expresión de profunda melancolía.

—Es algo extraordinario —dijo— que, habiéndome pasado la vida recogiendo noticias sobre otra gente, ahora que me cae encima una verdadera noticia me encuentro tan trastornado y tan fastidiado que no puedo ligar dos palabras seguidas. Si hubiera venido aquí como periodista, me habría entrevistado a mí

mismo y habría colocado dos columnas en todos los periódicos de la tarde. En cambio, así estoy regalando un material valioso, contando la historia una y otra vez a toda una serie de personas diferentes, sin sacarle yo ningún provecho. No obstante, he oído hablar de usted, señor Holmes, y si consigue usted explicar este asunto tan raro me sentiré compensado por la molestia de tener que contarle la historia.

Holmes tomó asiento y escuchó.

—Todo parece centrarse en este busto de Napoleón que compré para esta misma habitación, hace unos cuatro meses. Lo conseguí barato en Harding Brothers, a dos puertas de la estación de High Street. Gran parte de mi trabajo periodístico lo hago de noche, y a veces me quedo escribiendo hasta altas horas de la madrugada. Eso es lo que hice hoy. Estaba en mi cuchitril, en la parte trasera del piso alto, a eso de las tres de la mañana, cuando tuve la seguridad de haber oído ruidos abajo. Me puse a escuchar, pero no se repitieron, y llegué a la conclusión de que habían venido del exterior. De pronto, unos cinco minutos más tarde, se oyó un grito espantoso, el sonido más horroroso que he oído en mi vida, señor Holmes. Me seguirá resonando en los oídos mientras viva. Me quedé helado de espanto uno o dos minutos, y luego cogí el atizador y bajé la escalera. Al entrar en esta habitación, encontré la ventana abierta de par en par, y me fijé al instante en que el busto ya no estaba en la repisa. Que un ladrón se lleve una cosa así es algo que escapa a mi comprensión, ya que se trataba tan sólo de una copia de escayola sin ningún valor. Como usted mismo puede ver, el que salga por esa ventana abierta puede llegar al escalón de la puerta con sólo dar una zancada larga. Evidentemente, eso era lo que el ladrón había hecho, así que di la vuelta y fui a abrir la puerta. Al salir a la oscuridad, casi me caigo encima de un cadáver que había tendido allí. Retrocedí corriendo a buscar una luz y pude ver al pobre desgraciado, con un enorme tajo en el cuello, en medio de un charco de sangre. Estaba tumbado de espaldas, con las rodillas dobladas y la boca horriblemente abierta. Estoy seguro de que se me aparecerá en sueños. Tuve el tiempo justo para tocar mi silbato de policía y después debí desmayarme, porque no recuerdo nada más hasta que vi al policía mirándome, de pie en el vestíbulo.

—Bien, ¿quién era el hombre asesinado? —preguntó Holmes.

—No tenemos nada que indique su identidad —respondió Lestrade—. Podrá usted ver el cadáver en el depósito, pero hasta ahora no hemos sacado nada en limpio. Es un hombre alto, tostado por el sol, muy fuerte y de treinta años como

máximo. Estaba mal vestido, pero no parece un obrero. Junto a él, caída en el charco de sangre, una navaja con cachas de asta. No sabemos si se trata del arma del crimen o si pertenecía al difunto. Sus ropas no tienen ninguna marca, y en los bolsillos no llevaba nada más que una manzana, un trozo de cuerda, un plano de Londres de los que cuestan un chelín, y una fotografía. Aquí la tiene.

Se trataba, sin lugar a dudas, de una instantánea tomada con una cámara pequeña. En ella se veía a un hombre de aspecto despierto, rasgos pronunciados y simiescos, cejas tupidas y un curioso prognatismo en la parte inferior de la cara, que parecía el hocico de un babuino.

—¿Y qué ha sido del busto? —preguntó Holmes, tras estudiar atentamente la fotografía.

—Hemos tenido noticias de él un momento antes de que llegaran ustedes. Lo han encontrado en el jardín delantero de una casa deshabitada en Campden House Road.

Estaba hecho pedazos. Ahora me disponía a ir a verlo.

—Desde luego. Pero antes tengo que echar un vistazo por aquí —examinó la alfombra y la ventana—. O se trataba de un hombre muy ágil o tenía las piernas muy largas. Teniendo debajo la entrada al sótano, no debió ser fácil llegar al antepecho de la ventana y abrirla. La salida resulta ya un poco más fácil. ¿Viene usted con nosotros a ver los restos de su busto, señor Harker?

El desconsolado periodista se había sentado ante un escritorio.

—Tengo que intentar sacar algún partido de esto —dijo—, aunque no me cabe duda de que las primeras ediciones de los periódicos de la tarde ya traerán todos los detalles. ¿Recuerdan ustedes cuando se hundió la tribuna en Doncaster? Pues yo era el único periodista que había en la tribuna y mi periódico fue el único que no sacó la noticia del suceso, porque yo estaba demasiado alterado para escribirla. Y ahora voy a llegar demasiado tarde con un asesinato cometido en la puerta de mi propia casa.

Al salir de la habitación oímos el rascar de su pluma sobre la cuartilla del papel. El lugar donde habían aparecido los fragmentos del busto se encontraba a unos cientos de metros de distancia. Por primera vez, nuestros ojos se posaron en aquella representación del gran emperador que parecía despertar un odio tan

frenético y destructivo en la mente del desconocido. Los pedazos estaban desparramados sobre la hierba. Holmes recogió unos cuantos y los examinó con mucha atención. Por su expresión concentrada y sus movimientos intencionados, tuve la convicción de que por fin había dado con una pista.

—¿Y bien? —preguntó Lestrade.

—Todavía nos queda mucho camino por andar —respondió Holmes—. Y sin embargo..., y sin embargo..., la verdad es que tenemos algunos datos muy sugerentes para empezar a actuar. Para este extraño criminal, la posesión de este insignificante busto tenía más valor que una vida humana. Este es el primer punto. Después, tenemos el hecho curioso de que no lo rompiera en la casa, ni a las puertas de la misma, si lo único que quería era romperlo.

—El encuentro con ese otro individuo debió alterarlo y ponerlo nervioso. Seguramente, no sabía lo que se hacía.

—Sí, eso es bastante probable. Pero me gustaría llamar su atención de manera muy especial hacia la situación de esta casa, en cuyo jardín se destrozó el busto.

Lestrade miró a su alrededor.

—La casa está desocupada, así que estaba seguro de que nadie le molestaría en el jardín.

—Sí, pero hay otra casa vacía más arriba, y tuvo que pasar delante de ella para llegar a esta otra. ¿Por qué no lo rompió allí, dado que es evidente que a cada metro que lo siguiera llevando aumentaba el riesgo de tropezarse con alguien?

—Me rindo —dijo Lestrade.

Holmes señaló la farola situada sobre nuestras cabezas.

—Aquí podía ver lo que hacía, pero allí no. Esa fue la razón.

—¡Por Júpiter, es verdad! —exclamó el inspector—. Ahora que lo pienso, el busto del doctor Barnicot lo rompieron cerca de una lámpara roja. Y bien, señor Holmes, ¿qué vamos a hacer con este dato?

—Recordarlo. Tenerlo en cuenta. Puede que más adelante demos con algo que

encaje con él. ¿Qué medidas se propone tomar ahora, Lestrade?

—En mi opinión, la manera más práctica de abordar el asunto es identificar al muerto. No creo que nos resulte muy difícil. Cuando hayamos averiguado quién era y con quién se relacionaba, dispondremos de un buen punto de partida para averiguar qué estaba haciendo anoche en Pitt Street y quién se tropezó con él y lo mató a la puerta de la casa del señor Horace Harker. ¿No lo cree usted así?

—Sin duda alguna. Sin embargo, no es así, ni mucho menos, como yo abordaría el caso.

—¿Y qué es lo que haría usted?

—Oh, no deje usted que yo le influya en modo alguno. Propongo que usted actúe a su manera y yo a la mía. Más adelante podemos comparar notas, y los datos de cada uno complementarán los del otro.

—Muy bien —dijo Lestrade.

—Si vuelve usted a Pitt Street y ve al señor Horace Harker dígale de mi parte que ya he sacado una conclusión y que no cabe duda de que anoche entró en su casa un peligroso maníaco homicida que se cree Napoleón. Eso le vendrá bien para su artículo.

Lestrade se le quedó mirando fijamente.

—¿No dirá en serio que se cree eso?

Holmes sonrió.

—¿Que no? Bueno, tal vez no. Pero estoy seguro de que interesará al señor Harker y a los suscriptores del Sindicato Central de Prensa. Y ahora, Watson, creo que tenemos por delante una jornada larga y bastante complicada. Me gustaría mucho, Lestrade, que pudiera usted pasarse por Baker Street a hacernos una visita a las seis de esta tarde. Hasta entonces, me gustaría conservar esta fotografía encontrada en el bolsillo de la víctima. Es posible que tenga que solicitar su compañía y su ayuda para una pequeña expedición que, si mi cadena de razonamientos resulta ser correcta, tendremos que emprender esta noche. Hasta entonces, adiós y buena suerte.

Sherlock Holmes y yo caminamos juntos hasta High Street, y allí nos detuvimos ante la tienda de Harding Brothers, donde se había adquirido el busto. Un joven dependiente nos comunicó que el señor Harding estaría ausente hasta la tarde, y que él era nuevo y no podía darnos ninguna información. El rostro de Holmes dio señales de decepción y fastidio.

—Bueno, Watson, no podemos esperar que todo nos salga bien a la primera —dijo por fin—. Si el señor Harding no viene hasta la tarde, tendremos que volver por la tarde. Como ya habrá sospechado, estoy intentado seguir la pista de esos bustos hasta su fuente de origen, con el fin de averiguar si existe alguna particularidad que explique su curioso destino. Vayamos a la tienda de Morse Hudson en Kennington Road, y veamos si él puede arrojar algo de luz sobre el problema.

Tardamos una hora en coche en llegar al establecimiento del vendedor de cuadros. Era un hombre bajo y rechoncho, de rostro colorado y carácter irascible.

—Sí, señor, en mi mismo mostrador —dijo—. No sé para qué pagamos impuestos, si luego cualquier rufián puede entrar y romper las propiedades de uno. Sí, señor, fui yo quien le vendió al doctor Barnicot las dos figuras. ¡Es una vergüenza, señor! Es una campaña nihilista, estoy seguro. Sólo a un anarquista se le ocurriría ir por ahí rompiendo estatuas. Republicanos rojos, eso es lo que son. ¿Que a quién le compré las figuras? ¿Y eso qué tiene que ver? Está bien, si se empeña en saberlo, se las compré a Gelder & Co., de Church Street, Stepney. Una firma muy conocida en el negocio, y desde hace veinte años. ¿Qué cuántas compré? Tres..., dos y una son tres..., dos del doctor Barnicot y una que rompieron a plena luz del día en mi propio mostrador... ¿Que si conozco a este hombre de la fotografía? No, no lo conozco. Pero... sí, me parece que sí... ¡Pero si es Beppo! Era una especie de italiano que trabajaba por libre y que hizo algunos trabajos para la tienda. Sabía tallar un poco, dorar un marco, cosas por el estilo. Me dejó la semana pasada y desde entonces no he sabido nada de él. No, no sé de dónde vino ni a dónde fue. Mientras estuvo por aquí no tuve ninguna queja de él. Se marchó dos días antes de que rompieran el busto.

—Bien, eso es todo lo que razonablemente podemos esperar sacar de Morse Hudson —dijo Holmes al salir de la tienda—. Tenemos a este Beppo como factor común, tanto en Kennington como en Kensington, así que no hemos recorrido estas diez millas en vano. Ahora, Watson, vamos a Gelder & Co., de

Stepney, la fuente de origen de los bustos. Mucho me extrañaría que no sacásemos algo en limpio de allí.

Cruzamos en rápida sucesión el borde del Londres elegante, el Londres hotelero, el Londres teatral, el Londres literario, el Londres comercial y, por último, el Londres marítimo, hasta llegar a una ciudad de cien mil almas junto al río, en cuyas casas de apartamentos sudan y se sofocan desplazados de toda Europa. Allí, en una amplia avenida donde en otros tiempos residían los comerciantes ricos de la ciudad, encontramos el taller de escultura que íbamos buscando. La parte exterior era un gran patio lleno de piedras monumentales. En el interior había un local muy espacioso, en el que cincuenta operarios se dedicaban a tallar o moldear. El encargado, un alemán rubio y corpulento, nos recibió educadamente y respondió con claridad a todas las preguntas de Holmes. Una consulta a los libros reveló que se habían hecho cientos de escayolas a partir de una reproducción en mármol de la cabeza de Napoleón esculpida por Devine, pero que las tres enviadas a Morse Hudson, aproximadamente un año atrás, formaban parte de una partida de seis, y que las otras tres se habían enviado a Harding Brothers, de Kensington. No existía razón alguna para que esas seis fueran diferentes de las demás escayolas. No se le ocurría ningún posible motivo para que alguien quisiera destruirlas..., es más, la idea le daba risa. El precio de venta al por mayor era de seis chelines, pero el minorista podía sacar doce o más. La copia se sacaba en dos moldes, uno de cada lado de la cara, y luego se juntaban los dos perfiles de escayola para formar el busto completo. El trabajo solían realizarlo obreros italianos en el mismo local donde nos encontrábamos. Una vez terminados, los bustos se ponían a secar sobre una mesa en el pasillo, y después se almacenaban. Eso era todo lo que podía decirnos. Pero la presentación de la fotografía tuvo un notable efecto sobre el encargado. Su cara enrojeció de ira y sus cejas se fruncieron sobre sus azules y teutónicos ojos.

—¡Ah, granuja! —exclamó—. Sí, ya lo creo, le conozco muy bien. Este ha sido siempre un establecimiento respetable, y la única vez que hemos tenido aquí a la policía fue por culpa de este individuo. Eso fue hace más de un año. Apuñaló a otro italiano en la calle, y luego vino al taller con la policía pisándole los talones, y aquí lo detuvieron. Se llamaba Beppo..., nunca supe su apellido. Me está bien empleado por contratar a un tipo con esa cara. Pero era buen trabajador..., uno de los mejores.

—¿Qué le cayó?

—El otro no murió, así que le cayó sólo un año. Seguro que ya está libre. Pero por aquí no se ha atrevido a asomar la nariz. Tenemos aquí a un primo suyo y estoy casi seguro de que él podría decirle por dónde anda.

—No, no —dijo Holmes—. Ni una palabra al primo..., ni una palabra, se lo ruego. Se trata de un asunto muy importante, y cuantos más progresos hago, más importante parece. Cuando consultó usted en el libro la venta de esas escayolas me fijé en que la fecha era el 3 de junio del año pasado. ¿Podría usted decirme en qué fecha fue detenido Beppo.

—Podría decirse aproximadamente consultando los pagos de jornales. Sí —continuó, después de pasar páginas durante un rato—. Recibió su última paga el 20 de mayo.

—Gracias —dijo Holmes—. Creo que ya no necesito seguir abusando de su tiempo y su paciencia.

Con una última advertencia de que no dijera nada de nuestras averiguaciones, nos dirigimos de nuevo hacia el oeste. Hasta bien avanzada la tarde no pudimos tomar un apresurado almuerzo en un restaurante. A la entrada, el cartelón de un vendedor de periódicos anunciaba: «Atrocidad en Kensington. Asesinado por un loco», y el contenido del periódico demostraba que el señor Horace Harker había conseguido, después de todo, hacer llegar su relato a la imprenta. La narración del incidente, en un estilo sumamente sensacionalista y florido, ocupaba dos columnas. Holmes apoyó el periódico en las vinagreras y lo leyó mientras comíamos. En una o dos ocasiones se rió por lo bajo.

—Esto está muy bien, Watson —dijo—. Escuche esto: «Es un consuelo saber que en este caso no pueden darse disparidades de opiniones, ya que tanto el señor Lestrade, uno de los funcionarios más expertos del cuerpo de policía, como el señor Sherlock Holmes, detective particular de fama mundial, han llegado, cada uno por su parte, a la conclusión de que esta grotesca serie de incidentes, que tan trágico desenlace ha tenido, es fruto de la locura y no de un delito premeditado. Sólo la aberración mental puede explicar los hechos.» La prensa, Watson, es una institución valiosísima, si uno sabe cómo utilizarla. Y ahora, si ya ha terminado usted, volveremos a Kensington y veremos lo que tiene que decir sobre el asunto el encargado de Harding Brothers.

El fundador de aquella gran empresa resultó ser un hombrecillo menudo y

vivaracho, muy atildado y perspicaz, con la mente clara y la lengua suelta.

—Sí, señor, ya he leído la noticia en los periódicos de la tarde. El señor Horace Harker es cliente nuestro. Le vendimos el busto hace unos meses. Adquirimos tres de estos bustos a Gelder & Co., de Stepney, pero ya los hemos vendido todos. ¿A quién? Supongo que si consulto los libros de ventas se lo podré decir sin dificultad. Sí, aquí está apuntado. Uno al señor Harker, como puede ver; otro, al señor Josiah Brown, de Laburnum Lodge, Laburnum Vale, Chiswick, y otro, al señor Sandeford, de Lower Grove Road, Readiag. No, jamás he visto a este hombre de la fotografía. Una cara así no se olvidaría fácilmente, ¿no cree? En mi vida he visto alguien tan feo. ¿Que si tenemos empleados italianos? Pues sí, hay varios entre los obreros y el personal de la limpieza. Supongo que, si se lo propone, cualquiera de ellos podría echar un vistazo a este libro de ventas; no existe ningún motivo para tener el libro vigilado. En fin, este es un asunto muy raro, y confío en que me avise si sus investigaciones dan algún fruto.

Holmes había tomado varias notas durante las declaraciones del señor Harding, y pude darme cuenta de que se sentía plenamente satisfecho con el rumbo que iban tomando los acontecimientos. Sin embargo, no hizo ningún comentario, exceptuando el de que, si no nos dábamos prisa, íbamos a llegar tarde a nuestra cita con Lestrade. Y efectivamente, cuando llegamos a Baker Street, el inspector ya se encontraba allí, dando zancadas de un lado a otro de la habitación, consumido de impaciencia. Su aspecto solemne daba a entender que su jornada de trabajo no había sido infructuosa.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Ha habido suerte, señor Holmes?

—Hemos tenido un día muy ocupado, pero no todo ha sido tiempo perdido —explicó mi amigo—. Hemos visto a los dos comerciantes, y también a los fabricantes de los bustos. Ahora puedo seguirle la pista a cada uno de los bustos desde el principio.

—¡Los bustos! —exclamó Lestrade—. Bueno, bueno, usted tiene sus propios métodos, señor Sherlock Holmes, y no seré yo quien diga una palabra en contra de ellos, pero me parece que yo he aprovechado la jornada mejor que usted. He identificado al muerto.

—¡No me diga!

—Y he descubierto un móvil para el crimen.

—¡Espléndido!

—Uno de nuestros inspectores está especializado en Saffron Hill y el barrio italiano. Pues bien, el cadáver llevaba colgado del cuello un símbolo católico, y esto, junto con el tono de su piel, me hizo pensar que era latino. El inspector Hill lo identificó nada más verlo. Se llamaba Pietro Venucci, natural de Nápoles, y era uno de los peores asesinos de Londres. Estaba relacionado con la Mafia, que, como usted sabe, es una organización política secreta que impone sus reglas por medio del asesinato. Como ve, las cosas empiezan a aclararse. Lo más probable es que el otro tipo sea también italiano, y miembro de la Mafia. Ha debido romper alguna de sus reglas, y la organización envió a Pietro para ajustarle las cuentas. Es muy posible que la fotografía que encontramos en el bolsillo del muerto sea de nuestro hombre, y que la llevara para asegurarse de que no apuñalaba a otra persona. Pietro va siguiendo al tipo, lo ve meterse en una casa, espera a que salga, y en la pelea que se entabla es él quien recibe una herida mortal. ¿Qué le parece, señor Holmes?

Holmes palmoteó en señal de aprobación.

—¡Excelente, Lestrade, excelente! —exclamó—. Pero no sé si he entendido muy bien su explicación de la destrucción de los bustos.

—¡Los bustos! ¿No hay quien le saque esos bustos de la cabeza? Al fin y al cabo, eso no es nada; hurto menor, seis meses como máximo. Lo que de verdad estamos investigando es el asesinato, y le digo que ya casi tengo todos los hilos en mis manos.

—¿Qué va a hacer a continuación?

—Muy sencillo. Iré con Hill al barrio italiano, encontraremos al hombre de la fotografía, y lo detendremos, acusado de asesinato. ¿Quiere venir con nosotros?

—Creo que no. Me da la impresión de que podemos lograr nuestro objetivo de un modo más sencillo. No puedo estar seguro, porque todo depende..., en fin, depende de un factor que está completamente fuera de nuestro control. Pero tengo grandes esperanzas..., de hecho, podría apostar dos contra uno a que si usted nos acompaña esta noche podré ayudarle a echarle el guante.

—¿En el barrio italiano?

—No; creo que en Chiswick nos será mucho más fácil encontrarlo. Si viene usted conmigo a Chiswick esta noche, Lestrade, le prometo ir mañana con usted al barrio italiano; con ese pequeño retraso no se pierde nada. Y ahora, creo que unas pocas horas de sueño nos vendrían muy bien a todos, porque no pienso salir hasta las once y es poco probable que regresemos antes de que amanezca. Quédese a cenar con nosotros, Lestrade, y después puede echarse en el sofá hasta que llegue la hora de salir. Mientras tanto, Watson, le agradecería que llamase a un mensajero, porque tengo que enviar una carta y es importante que salga cuanto antes.

Holmes se pasó la tarde rebuscando entre los diarios atrasados que llenaban uno de nuestros trasteros. Cuando por fin bajó, sus ojos tenían una expresión de triunfo, pero no nos dijo nada sobre el resultado de sus indagaciones. Por mi parte, yo había seguido paso a paso los métodos con los que habíamos seguido los diversos vericuetos de este complicado caso y, aunque todavía no intuía cuál era nuestro objetivo, me daba perfecta cuenta de que Holmes esperaba que el grotesco criminal intentara apoderarse de los dos bustos que quedaban, uno de los cuales, como yo recordaba, se encontraba en Chiswick. Sin duda, el objeto de nuestro viaje era atraparlo con las manos en la masa, y no podía dejar de admirar la astucia con que mi amigo había insertado una pista falsa en el periódico de la tarde, para que nuestro hombre pensara que podía seguir adelante con su plan impunemente. No me sorprendí cuando Holmes sugirió que llevara mi revólver. Él ya se había equipado con la pesada fusta de caza, que era su arma favorita.

Un coche nos aguardaba a las once en la puerta, y en él llegamos hasta un lugar al otro lado del puente de Hammersmith, donde dijimos al cochero que nos esperara. Una corta caminata nos llevó hasta una calle solitaria, flanqueada por bonitas casas, cada una con su terreno propio. A la luz de una farola leímos «Laburnum Villa» en la entrada de una de ellas. Evidentemente, sus ocupantes se habían retirado a dormir, porque todo estaba oscuro, a excepción de una luz sobre los cristales de la puerta del vestíbulo, que arrojaba un borroso círculo de luz sobre el sendero del jardín. La valla de madera que separaba el jardín de la calle proyectaba una densa sombra negra hacia la parte de dentro, y allí fue donde nos agazapamos.

—Me temo que tendremos que esperar mucho tiempo —susurró Holmes—. Podemos dar gracias al cielo de que no llueva. No creo que sea prudente fumar para pasar el rato. Sin embargo, hay dos posibilidades contra una de que obtengamos una compensación por tanta molestia.

Sin embargo, nuestra guardia no resultó tan larga como Holmes nos había hecho temer, y terminó de un modo repentino y extraño. En un instante, sin el más ligero ruido que nos advirtiera de su llegada, se abrió la puerta del jardín y por ella entró una figura oscura y atlética, tan rápida y ágil como un mono, que avanzó velozmente por el sendero. La vimos cruzar frente a la luz que salía por encima de la puerta y desaparecer, confundida con la negra sombra de la casa. Hubo una larga pausa, durante la cual estuvimos conteniendo la respiración, y luego llegó a nuestros oídos un crujido muy débil. Estaban abriendo una ventana. El ruido cesó, y de nuevo se produjo un largo silencio. El individuo había entrado en la casa. Vimos el súbito resplandor de una linterna sorda dentro de la habitación. Evidentemente, lo que buscaba no estaba allí, porque enseguida vimos el resplandor a través de otra ventana, y después, de otra.

—Acerquémonos a la ventana abierta. Lo atraparemos cuando vuelva a salir —cuchicheó Lestrade.

Pero antes de que pudiéramos hacer un movimiento, el hombre salió de nuevo. Al pasar por el círculo de luz, vimos que llevaba un objeto blanco bajo el brazo. Miró furtivamente a su alrededor, y el silencio de la calle desierta le tranquilizó. Dándonos la espalda, dejó en el suelo su carga, y al instante oímos un golpe seco, seguido por un ruido de rotura. El hombre estaba tan concentrado en lo que hacía que no oyó nuestros pasos, que avanzaban sigilosamente por el césped. Con un salto de tigre, Holmes cayó sobre su espalda, y un segundo después Lestrade y yo lo teníamos agarrado por las muñecas y le habíamos colocado las esposas. Cuando le dimos la vuelta, vimos una cara cetrina y repugnante, que nos miraba temblando de furia, y comprendí que habíamos capturado al hombre de la fotografía.

Pero Holmes no estaba prestando atención a nuestro prisionero. Agachado junto al umbral de la puerta examinaba con la máxima atención el objeto que el hombre había sacado de la casa. Se trataba de un busto de Napoleón, igual al que habíamos visto por la mañana, y roto en fragmentos similares. Con mucho cuidado, Holmes acercó a la luz cada pedazo, pero éstos en nada se diferenciaban de cualquier otro trozo de escayola rota. Acababa de terminar su inspección cuando se encendieron las luces del vestíbulo, se abrió la puerta, y apareció en el umbral el dueño de la casa, un hombre grueso y jovial en mangas de camisa.

—El señor Josiah Brown, supongo —dijo Holmes.

—Sí, señor; y usted, sin duda, es Sherlock Holmes. Recibí la carta que me envió por mensajero, e hice exactamente lo que usted me indicaba. Cerramos todas las puertas por dentro y aguardamos a ver qué ocurría.

—Vaya, me alegra comprobar que han agarrado a ese granuja. Supongo, caballeros, que entrarán a tomar algo.

Pero Lestrade estaba ansioso por poner a su hombre a buen recaudo, así que a los pocos minutos habíamos hecho venir a nuestro coche y los cuatro íbamos camino de Londres. Nuestro cautivo no dijo una sola palabra; se limitó a mirarnos con furia desde la sombra de sus desgreñados cabellos, y una vez que mi mano le pareció a su alcance, le lanzó un mordisco como un lobo hambriento. Nos quedamos en la comisaría el tiempo suficiente para enterarnos de que, al registrar sus ropas, no se había encontrado nada más que unos pocos chelines y una enorme navaja, en cuyas cachas se veían abundantes huellas de sangre reciente.

—Esto va bien —dijo Lestrade al despedirnos—. Hill conoce a toda esta gente y sabrá cómo se llama. Ya verá usted cómo mi teoría de la Mafia resulta cierta. Pero, desde luego, le estoy agradecidísimo, señor Holmes, por la manera tan profesional con que le ha echado el guante. Todavía no lo comprendo bien todo.

—Me temo que es muy tarde para explicaciones —dijo Holmes—. Además, aún quedan uno o dos detalles por aclarar, y este es uno de los casos que vale la pena apurar hasta el final. Si se pasa una vez más por mis aposentos mañana a las seis, creo que podré demostrarle que aún no ha captado usted todo el significado de este asunto, que presenta algunos aspectos que lo convierten en un caso absolutamente original en la historia del crimen. Si alguna vez le autorizo a escribir más crónicas de mis pequeños problemas, Watson, estoy seguro de que el relato de la singular aventura de los bustos de Napoleón animará considerablemente sus páginas.

Cuando volvimos a reunirnos a la tarde siguiente, Lestrade venía provisto de abundante información acerca de nuestro detenido. Al parecer, se llamaba Beppo, de apellido desconocido. Era un truhán bastante conocido en la colonia italiana. En otros tiempos había sido un hábil escultor que se ganaba honradamente la vida, pero se había torcido por el mal camino y ya había estado dos veces en la cárcel; una por hurto y la otra, como ya sabíamos, por apuñalar a un compatriota. Hablaba inglés a la perfección. Todavía se ignoraban los

motivos que le impulsaban a destrozar los bustos, y se negaba a responder a cualquier pregunta sobre el tema; pero la policía había descubierto que era muy probable que los bustos hubieran sido hechos por sus propias manos, ya que había realizado trabajos de este tipo en el establecimiento de Gelder & Co. Holmes escuchó con atención y cortesía toda esta información, gran parte de la cual ya conocíamos, pero yo, que le conocía bien, me daba perfecta cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte, y detecté una mezcla de desasosiego e impaciencia bajo la máscara que asumía de manera habitual. Por fin, se levantó de su asiento con los ojos chispeantes. Había sonado la campanilla de la puerta. Un minuto después, oímos pasos en la escalera, y al momento penetró en la habitación un hombre ya mayor, de rostro sonrosado y patillas entrecanas. Llevaba en la mano derecha una anticuada bolsa de viaje, que depositó sobre la mesa.

—¿Está aquí el señor Sherlock Holmes?

Mi amigo hizo una inclinación de cabeza y sonrió.

—El señor Sandeford, de Reading, ¿verdad? —dijo.

—Sí, señor. Me temo que llego un poco tarde, pero los trenes han sido un desastre. Me escribió usted acerca de un busto que obra en mi posesión.

—Exacto.

—Tengo aquí su carta. Dice usted: «Deseo obtener una copia del Napoleón de Devine, y estoy dispuesto a pagarle diez libras por la que usted posee.» ¿Es así?

—Desde luego.

—Me sorprendió mucho su carta, porque no puedo imaginar cómo se enteró usted

de que yo poseía semejante objeto.

—Es natural que le haya sorprendido, pero la explicación es muy sencilla. El señor Harding, de Harding Brothers, me dijo que le había vendido a usted el último ejemplar y me dio su dirección.

—Ah, ¿con que fue así? ¿Le dijo lo que pagué por él?

—No, no me lo dijo.

—Mire, yo soy un hombre honrado, aunque no sea muy rico. Sólo pagué quince chelines por el busto, y creo que tiene usted derecho a saberlo antes de que yo acepte sus diez libras.

—Sus escrúpulos le honran, señor Sandeford, pero yo ofrecí ese precio y estoy dispuesto a mantenerlo.

—Vaya, es usted muy espléndido, señor Holmes. He traído el busto, como usted me pedía. Aquí lo tiene.

Abrió la bolsa y, por fin, vimos sobre nuestra mesa un ejemplar completo de aquel busto que ya habíamos contemplado más de una vez hecho pedazos. Holmes sacó un papel del bolsillo y puso un billete de diez libras sobre la mesa.

—Haga usted el favor de firmar este papel, señor Sandeford, en presencia de estos testigos. Es una simple declaración de que me transfiere a mí todos los derechos que haya podido tener sobre este busto. Soy un hombre metódico, ¿sabe usted?, y nunca se sabe qué giro pueden tomar las cosas más adelante. Muchas gracias, señor Sandeford; aquí tiene su dinero, y le deseo muy buenas tardes.

Cuando nuestro visitante hubo desaparecido, Sherlock Holmes inició una serie de movimientos que nosotros seguimos fascinados. Comenzó por sacar de un cajón un mantel blanco y limpio, y extenderlo sobre la mesa. A continuación, colocó el recién adquirido busto en el centro del mantel. Por último, tomó su fusta de caza y asestó con ella un fuerte golpe en la cabeza de Napoleón. La figura se rompió en pedazos, y Holmes se inclinó ansioso sobre los destrozados restos. Al instante, con un fuerte grito de triunfo, levantó un fragmento que llevaba pegado un objeto redondo y oscuro, como si fuera una ciruela en un pastel.

—Caballeros —exclamó—, permítanme que les presente la famosa perla negra de los Borgia.

Lestrade y yo nos quedamos callados por un momento, y luego, con una reacción espontánea, estallamos en aplausos como si estuviéramos presenciando el elaborado desenlace de una obra dramática. Un súbito rubor asomó en las pálidas mejillas de Holmes, que se inclinó ante nosotros como un dramaturgo

que recibe el homenaje de su público. En momentos como aquél, Holmes dejaba por un momento de ser una máquina de razonar y sucumbía a la debilidad humana por la admiración y el aplauso. Aquel personaje tan peculiarmente orgulloso y reservado, que rechazaba con desprecio la notoriedad pública, era capaz de conmoverse hasta las entrañas ante la admiración y los elogios espontáneos de un amigo.

—Sí, caballeros —continuó—. Esta es la perla más famosa que existe hoy día en todo el mundo y, mediante una cadena continua de razonamientos inductivos, he tenido la suerte de poder seguir su pista desde la alcoba del príncipe Colonna, en el hotel Dacre, donde fue robada, hasta el interior de éste, el último de los seis bustos de Napoleón fabricados por Gelder & Co., de Stepney. Seguro que usted, Lestrade, se acuerda de la sensación que causó la desaparición de esta valiosa joya, y de los vanos esfuerzos de la policía de Londres por recuperarla. Yo mismo fui consultado al respecto, pero no conseguí arrojar ninguna luz sobre el caso. Las sospechas recayeron sobre la doncella de la princesa, que era italiana, y se supo que tenía un hermano en Londres, pero no se pudo demostrar que existiera ningún contacto entre ellos. La doncella se llama Lucrezia Venucci, y no me cabe la menor duda de que ese Prieto que fue asesinado hace dos noches era el hermano. He estado consultando las fechas en los viejos archivos de prensa, y he comprobado que la desaparición de la perla se produjo exactamente dos días antes de la detención de Beppo por una agresión violenta..., detención que tuvo lugar en la fábrica de Gelder & Co., en el mismo momento en que se estaban fabricando estos bustos. Ahora ya pueden ver con toda claridad la secuencia de los hechos, aunque, por supuesto, los contemplan en el orden inverso al que se me fueron presentando a mí. Beppo tenía en su poder la perla. Tal vez se la robó a Pietro, tal vez fuera cómplice de Pietro, incluso es posible que actuara de intermediario entre Pietro y su hermana. La verdadera situación no tiene demasiada importancia para nosotros. Lo importante es que él tenía la perla, y que la llevaba encima en aquel momento, cuando le perseguía la policía. Se dirigió a la fábrica en la que trabajaba, y sabía que disponía sólo de unos pocos minutos para ocultar este valiosísimo botín, que de otro modo sería descubierto cuando le registraran. En el pasillo había seis Napoleones de escayola secándose. Uno de ellos aún estaba blanco. En un instante, Beppo, que era un trabajador muy hábil, hizo un agujerito en el yeso húmedo, metió en él la perla y, con unos pocos toques, tapó de nuevo la abertura. El escondrijo era perfecto: nadie podría descubrirlo. Pero Beppo fue condenado a un año de cárcel y, mientras tanto, los seis bustos quedaron desperdigados por Londres. Era imposible saber cuál de ellos contenía el tesoro; sólo rompiéndolos podía

averiguarlo. Ni siquiera sacudiéndolos podía descubrir nada, porque como el yeso estaba húmedo, lo más probable era que la perla hubiera quedado adherida a él..., como, efectivamente, ha sucedido. Beppo no se dio por vencido, y llevó a cabo su investigación con considerable ingenio y perseverancia. Por medio de un primo que trabaja en Gelder, se informó de los minoristas que habían adquirido los bustos. Se las arregló para conseguir trabajo en Morse Hudson, y de este modo siguió la pista a tres de ellos. La perla no estaba en ninguno. Entonces, con ayuda de algún empleado italiano, logró averiguar dónde habían ido a parar los otros tres bustos. El primero estaba en casa de Harker. Allí fue acosado por su compinche, que consideraba a Beppo responsable de la pérdida de la perla, y en el forcejeo que se produjo a continuación Beppo lo apuñaló.

—Si Pietro era su cómplice, ¿para qué llevaba la fotografía? —pregunté yo.

—Para seguirle la pista si tenía necesidad de preguntar por él a terceras personas. Es la explicación más obvia. Pues bien, después del asesinato, me figuré que lo más probable sería que Beppo apresurara sus acciones, en lugar de proceder despacio. Tendría miedo de que la policía averiguase su secreto, así que se daría prisa antes de que le tomaran la delantera. Por supuesto, yo no podía saber si había encontrado o no la perla en el busto de Harker. Ni siquiera estaba seguro de que se tratara de la perla; pero era evidente que andaba buscando algo, puesto que se llevó el busto a varias casas de distancia, para romperlo en un jardín que tuviera una farola al lado. Puesto que el busto de Harker era uno de los tres que quedaban, las posibilidades eran exactamente las que yo les dije: dos contra uno a que la perla no se encontraba allí. Quedaban dos bustos, y lo natural era que fuera primero a por el de Londres. Avisé a los habitantes de la casa, con el fin de evitar una segunda tragedia, y allá fuimos nosotros, con magníficos resultados. Pero entonces, desde luego, yo ya estaba seguro de que andábamos detrás de la perla de los Borgia. El apellido del hombre asesinado conectaba un caso con el otro. Sólo quedaba ya un busto, el de Reading, y en él tenía que estar la perla. Se lo compré a su propietario en presencia de ustedes, y ahí lo tienen.

Permanecimos unos momentos sentados en silencio. Al fin, Lestrade dijo:

—Bueno, Holmes, le he visto manejar un buen número de casos, pero no creo haber visto jamás uno tan bien llevado como éste. No tenemos celos de usted en Scotland Yard; no, señor, nos sentimos orgullosos de usted, y si se pasa por allí mañana, no habrá un solo hombre, desde el inspector más viejo al guardia más joven, que no se alegre de estrecharle la mano.

—Gracias —dijo Holmes—. Gracias.

Y mientras se volvía de espaldas, me pareció que jamás le había visto tan cerca de dejarse llevar por las más tiernas emociones. Pero un instante después, volvía a ser el pensador frío y práctico de siempre.

—Ponga la perla en la caja fuerte, Watson —dijo—, y saque los papeles del caso de falsificación de Conk-Singleton. Adiós, Lestrade. Si tiene algún problemilla, le haré encantado, si me es posible, una o dos sugerencias que le ayuden a solucionarlo.

9. La aventura de los tres estudiantes

En el año 95, una sucesión de acontecimientos sobre los que no es preciso entrar en detalles nos llevó a Sherlock Holmes y a mí a pasar unas semanas en una de nuestras grandes ciudades universitarias, y durante este tiempo nos aconteció la pequeña pero instructiva aventura que me dispongo a relatar. Como fácilmente se comprende, todo detalle que pudiera ayudar al lector a identificar con exactitud la universidad o al criminal, resultaría improcedente y ofensivo. Lo mejor que se puede hacer con un escándalo tan penoso es que caiga en el olvido. Sin embargo, con la debida discreción, se puede referir el incidente en sí, ya que permite poner de manifiesto algunas de las cualidades que dieron fama a mi amigo. Así pues, procuraré evitar en mi narración la mención de detalles que pudieran servir para localizar los hechos en un lugar concreto o dar indicios sobre la identidad de las personas implicadas.

Residíamos por entonces en unas habitaciones amuebladas, cerca de una biblioteca en la que Sherlock Holmes estaba realizando laboriosas investigaciones sobre documentos legales de la antigua Inglaterra...., investigaciones que condujeron a resultados tan sorprendentes que bien pudieran servir de tema de una de mis futuras narraciones. Allí recibimos una tarde la visita de un conocido, el señor Hilton Soames, profesor y tutor del colegio universitario de San Lucas. El señor Soames era un hombre alto y enjuto, de temperamento nervioso y excitable. Yo siempre había sabido que se trataba de una persona inquieta, pero en esta ocasión se encontraba en tal estado de agitación incontrolable que resultaba evidente que había ocurrido algo muy anormal.

—Confío, señor Holmes, en que pueda usted dedicarme unas horas de su valioso tiempo. Nos ha ocurrido un incidente muy lamentable en San Lucas y, la verdad, de no ser por la feliz coincidencia de que se encuentre usted en la ciudad, no habría sabido qué hacer.

—Ahora mismo estoy muy ocupado y no quiero distracciones —respondió mi amigo—. Preferiría, con mucho, que solicitara usted la ayuda de la policía.

—No, no, amigo mío; bajo ningún concepto podemos hacer eso. Una vez que se recurre a la ley, ya no es posible detener su marcha, y se trata de uno de esos casos en los que, por el prestigio del colegio, resulta esencial evitar el escándalo. Usted es tan conocido por su discreción como por sus facultades, y es el único hombre del mundo que puede ayudarme. Le ruego, señor Holmes, que haga lo que pueda.

El carácter de mi amigo no había mejorado al verse privado de sus acogedores aposentos de Baker Street. Sin sus cuadernos de notas, sus productos químicos y su confortable desorden se sentía incómodo. Se encogió de hombros con un gesto de forzada aceptación, mientras nuestro visitante exponía su historia con frases precipitadas y toda clase de nerviosas gesticulaciones.

—Tengo que explicarle, señor Holmes, que mañana es el primer día de exámenes para la beca Fortescue. Yo soy uno de los examinadores. Mi asignatura es el griego, y la primera prueba consiste en traducir un largo fragmento de texto en griego, que el candidato no ha visto antes. Este texto está impreso en el papel de examen y, como es natural, el candidato que pudiera prepararlo por anticipado contaría con una inmensa ventaja. Por esta razón, ponemos mucho cuidado en mantener en secreto el ejercicio. Hoy, a eso de las tres, llegaron de la imprenta las pruebas de este examen. El ejercicio consiste en traducir medio capítulo de Tucídides[709]. Tuve que leerlo con atención, ya que el texto debe ser absolutamente correcto. A las cuatro y media todavía no había terminado. Sin embargo, había prometido tomar el té en la habitación de un amigo, así que dejé las pruebas en mi despacho. Estuve ausente más de una hora. Como sabrá usted, señor Holmes, las habitaciones de nuestro colegio tienen puertas dobles: una forrada de bayeta verde por dentro y otra de roble macizo por fuera. Al acercarme a la puerta exterior de mi despacho vi con asombro una llave en la cerradura. Por un instante pensé que había dejado olvidada allí mi propia llave, pero al palpar en mi bolsillo comprobé que estaba en su sitio. Que yo sepa, la única copia que existía era la de mi criado, Bannister, un hombre que lleva diez años encargándose de mi cuarto y cuya honradez está por encima de toda sospecha. En efecto, comprobé que se trataba de su llave, que había entrado en mi habitación para preguntarme si quería té, y que al salir se había dejado olvidada la llave en la cerradura. Debió de llegar a mi cuarto muy poco después de salir yo de él. Su descuido con la llave no habría tenido la menor importancia en otra ocasión cualquiera, pero en este día concreto ha tenido unas consecuencias de lo más deplorables.

En cuanto miré al escritorio, me di cuenta de que alguien había estado revolviendo mis papeles. Las pruebas venían en tres largas tiras de papel. Yo las había dejado juntas, y ahora una estaba tirada en el suelo, otra en una mesita cerca de la ventana y la tercera seguía donde yo la había dejado.

Holmes dio muestras de interés por primera vez.

—La primera página del texto, en el suelo; la segunda, en la ventana; y la tercera, donde usted la dejó —dijo.

—Exacto, señor Holmes. Me asombra usted. ¿Cómo es posible que sepa eso?

—Por favor, continúe con su interesantísima exposición.

—Por un momento pensé que Bannister se había tomado la imperdonable libertad de examinar mis papeles. Sin embargo, él lo negó de la manera más terminante, y estoy convencido de que decía la verdad. La otra posibilidad es que alguien, al pasar, advirtiera la llave en la puerta y, sabiendo que yo no estaba, hubiera entrado para mirar los papeles. Está en juego una considerable suma de dinero, ya que la beca es muy elevada, y una persona sin escrúpulos podría muy bien correr un riesgo para obtener una ventaja sobre sus compañeros.

A Bannister le afectó mucho el incidente. Estuvo a punto de desmayarse cuando comprobamos, sin ningún género de dudas, que alguien había estado enredando con los papeles. Le di un poco de brandy y lo dejé desplomado en un sillón mientras yo inspeccionaba con más detenimiento la habitación. No tardé en descubrir que el intruso había dejado otras huellas de su presencia, además de los papeles revueltos. En la mesa de la ventana había varias virutas de un lápiz al que habían sacado punta. También encontré un trozo de mina rota. Evidentemente, el muy granuja había copiado el texto a toda prisa se le había roto la mina del lápiz y se había visto obligado a sacarle punta de nuevo.

—¡Excelente! —exclamó Holmes, que empezaba a recuperar su buen humor a medida que el caso iba captando su atención—. Ha tenido usted mucha suerte.

—Eso no es todo. Tengo un escritorio nuevo, con una superficie perfecta, de cuero rojo. Estoy dispuesto a jurar, y Bannister también, que estaba impecable y sin ninguna mancha. Y ahora me encuentro que tiene un corte limpio de unas tres pulgadas de largo[710], no un simple arañazo, sino un corte con todas las de la de ley. Y no sólo eso: también encontré en la mesa una bolita de masilla o arcilla

negra, con motitas que parecen de serrín. Estoy convencido de que todos esos rastros los dejó el hombre que estuvo husmeando en los papeles. No encontramos huellas de pisadas ni ningún otro indicio sobre su identidad. Yo ya no sabía qué hacer, cuando de pronto me acordé de que usted estaba en la ciudad, y he venido de inmediato a poner el asunto en sus manos. ¡Ayúdeme, señor Holmes! Dese usted cuenta de mi problema: o descubro quién ha sido o tendremos que aplazar el examen hasta que preparemos nuevos ejercicios, y como esto no se puede hacer sin dar explicaciones, nos veremos envueltos en un desagradable escándalo, que arrojará una mancha no sólo sobre el colegio, sino sobre la universidad entera. Por encima de todo, es preciso solucionar este asunto callada y discretamente.

—Tendré mucho gusto en echarle un vistazo y ofrecerle los consejos que pueda —dijo Holmes, levántándose y poniéndose el abrigo—. Este caso no carece por completo de interés. ¿Fue alguien a visitarle a su habitación después de que recibiera usted los exámenes?

—Sí, el joven Daulat Ras, un estudiante indio que vive en la misma escalera, vino a preguntarme algunos detalles acerca del examen.

—¿Se presenta él al examen?

—Sí.

—¿Y los papeles estaban encima de su mesa?

—Estoy casi seguro de que estaban enrollados.

—¿Pero se notaba que eran pruebas de imprenta?

—Es posible.

—¿No había nadie más en su habitación?

—No.

—¿Sabía alguien que las pruebas estaban allí?

—Nadie más que el impresor.

—¿Lo sabía ese tal Bannister?

—No, seguro que no. No lo sabía nadie.

—¿Dónde está Bannister ahora?

—El pobre hombre está muy enfermo. Lo dejé tirado en un sillón, porque tenía mucha urgencia por venir a verle a usted.

—¿Ha dejado la puerta abierta?

—Antes guardé las pruebas bajo llave.

—Entonces, señor Soames, la cosa se reduce a esto: a menos que el estudiante indio se diera cuenta de que aquel rollo eran las pruebas del examen, el hombre que estuvo husmeando las encontró por casualidad, sin saber que estaban allí.

—Eso me parece a mí.

Holmes exhibió una sonrisa enigmática.

—Bien —dijo—. Vayamos a ver. Este caso no es para usted, Watson; es mental, no físico. De acuerdo, si se empeña puede venir. Señor Soames, estamos a su disposición.

—El cuarto de estar de nuestro cliente tenía una ventana larga y baja con celosía, que daba al patio del antiguo colegio, con sus viejas paredes cubiertas de líquenes. Una puerta gótica daba acceso a una gastada escalera de piedra. La habitación del profesor se encontraba en la planta baja. Encima residían tres estudiantes, uno en cada piso. Estaba casi anocheciendo cuando llegamos a la escena del misterio. Holmes se detuvo y observó con interés la ventana. Se acercó a ella y, poniéndose de puntillas y estirando el cuello, miró al interior de la habitación.

—Tiene que haber entrado por la puerta. Por aquí no hay más abertura que la de un panel de cristal —dijo nuestro erudito guía.

—Vaya por Dios —dijo Holmes, mirando a nuestro acompañante con una curiosa sonrisa—. Bien, pues si aquí no podemos averiguar nada, más vale que entremos.

El profesor abrió la puerta exterior y nos invitó a pasar a su habitación. Nos quedamos en el umbral mientras Holmes examinaba la alfombra.

—Me temo que aquí no hay huellas —dijo—. Ya sería difícil que las hubiera con un día tan seco. Parece que su sirviente se ha recuperado. Ha dicho usted que lo dejó en un sillón. ¿En cuál?

—En éste que está junto a la ventana.

—Ya veo. Cerca de esta mesita. Ya pueden entrar, he terminado con la alfombra. Veamos primero la mesa pequeña. Desde luego, está muy claro lo que ha ocurrido. El tipo entró y cogió los papeles, hoja por hoja, de la mesa del centro. Los trajo a esta mesa, junto a la ventana, porque desde aquí podía ver si se acercaba usted por el patio, y tendría tiempo de escapar.

—Pues, en realidad, no podía verme —dijo Soames—, porque entré por la puerta lateral.

—¡Ah! ¡Eso está muy bien! De todos modos, eso es lo que él pensaba. Déjeme ver las tres tiras de papel. No hay huellas de dedos, no señor. Vamos a ver, cogió primero ésta y la copió. ¿Cuánto tiempo pudo tardar en hacerlo, utilizando todas las abreviaturas posibles? Como mínimo, un cuarto de hora. Una vez copiada, la tiró al suelo y cogió la segunda tira. Debía de ir por la mitad cuando usted regresó y él tuvo que retirarse a toda prisa..., con muchísima prisa, puesto que no tuvo tiempo de colocar los papeles en su sitio, para que usted no advirtiera que aquí había estado alguien. ¿No oyó usted pasos precipitados por la escalera al entrar?

—Pues la verdad es que no.

—Bien. Escribió con tal frenesí que se le rompió la mina del lápiz y, como usted ya había observado, tuvo que sacarle punta. Esto es interesante, Watson. El lápiz era de marca, de tamaño más o menos normal, con mina blanda; azul por fuera, con el nombre del fabricante en letras de plata, y la parte que queda no tendrá más que una pulgada y media de longitud. Busque ese lápiz, señor Soames, y tendrá a su hombre.

Como pista adicional, le diré que posee una navaja grande y muy poco afilada.

El señor Soames quedó algo abrumado por esta avalancha de información.

—Todo lo demás lo entiendo —dijo—, pero, la verdad, ese detalle de la longitud...

Holmes esgrimió una pequeña viruta con las letras NN y un espacio en blanco detrás.

—¿Lo ve?

—No, me temo que ni aun así...

—Watson, he sido siempre injusto con usted. Hay otros iguales. ¿Qué podrían significar estas NN? Están al final de una palabra. Como todo el mundo sabe, Johann Faber es el fabricante de lápices más conocido. ¿No resulta evidente que lo que queda del lápiz es sólo lo que viene detrás de « Johann»? —inclinó la mesita de lado para que le diera la luz eléctrica y continuó—: Confiaba en que hubiera utilizado un papel lo bastante fino como para que quedara alguna marca en esta superficie pulida. Pero no, no veo nada. No creo que saquemos nada más de aquí. Veamos ahora la mesa del centro. Supongo que este pegote es la masilla negra que usted mencionó. De forma más o menos piramidal y ahuecada, por lo que veo. Como bien dijo usted, parece haber granitos de serrín incrustados. Vaya, vaya, esto es muy interesante. Y el corte..., un buen tajo, sí señor. Empieza con un fino rasguño y acaba en un auténtico desgarrón. Señor Soames, estoy en deuda con usted por haber dirigido mi atención hacia este caso. ¿Adónde da esa puerta?

—A mi alcoba.

—¿Ha entrado usted ahí después del suceso?

—No, fui directamente a buscarle a usted.

—Me gustaría echar un vistazo. ¡Qué bonita habitación al estilo antiguo! ¿Le importaría aguardar un momento mientras examino el suelo? No, no veo nada. ¿Qué es esa cortina? Ah, cuelga usted su ropa detrás. Si alguien se viera obligado a esconderse en esta habitación, tendría que hacerlo aquí, porque la cama es demasiado baja y el armario tiene muy poco fondo. Supongo que no habrá nadie aquí...

Cuando Holmes descorrió la cortina pude advertir, por una cierta rigidez y actitud de alerta en su postura, que estaba en guardia contra cualquier

emergencia. Pero lo cierto es que detrás de la cortina no se ocultaban más que tres o cuatro trajes, colgados de una hilera de perchas. Holmes se dio la vuelta y, de pronto, se agachó hacia el suelo.

—¡Caramba! ¿Qué es esto?

Se trataba de una pequeña pirámide, hecha con una especie de masilla negra, exactamente igual a la que había sobre la mesa del despacho. Holmes la sostuvo en la palma de la mano y la acercó a la luz eléctrica.

—Parece que su visitante ha dejado rastros en su alcoba, y no sólo en su cuarto de estar, señor Soames.

—¿Qué podía buscar aquí?

—Creo que está muy claro. Usted regresó por un camino inesperado y él no se percató de su llegada hasta que usted estaba ya en la misma puerta. ¿Qué podía hacer? Recogió todo lo que pudiera delatarle y corrió a esconderse en el dormitorio.

—¡Cielo santo, señor Holmes! No me diga que todo el tiempo que estuve aquí hablando con Bannister tuvimos atrapado a ese individuo, sin nosotros saberlo.

—Así lo veo yo.

—Tiene que existir otra alternativa, señor Holmes. No sé si se ha fijado usted en la ventana de mi alcoba.

—Con celosía, junquillos de plomo, tres paneles separados, uno de ellos con bisagras para abrirlo y lo bastante grande para que pase un hombre.

—Exacto. Y da a un rincón del patio, de manera que queda casi invisible. El tipo pudo haber entrado por aquí, dejó ese rastro al cruzar el dormitorio y después, al encontrar la puerta abierta, escapó por ella.

—Seamos prácticos —dijo—. Me pareció entender que hay tres estudiantes que utilizan esta escalera y pasan habitualmente por delante de su puerta.

—En efecto.

—¿Y los tres se presentan a este examen?

—Sí.

—¿Tiene usted razones para sospechar de alguno de ellos más que de los otros?

Soames vaciló.

—Se trata de una pregunta muy delicada. No me gusta difundir sospechas cuando no existen pruebas.

—Oigamos las sospechas. Ya buscaré yo las pruebas.

—En tal caso, le explicaré en pocas palabras el carácter de los tres hombres que residen en esas habitaciones. En la primera planta está Gilchrist, muy buen estudiante y atleta; juega en el equipo de rugby y en el de cricket del colegio, y representó a la universidad en vallas y salto de longitud. Un joven agradable y varonil. Su padre era el famoso sir Jabez Gilchrist, que se arruinó en las carreras. Mi alumno quedó en la pobreza, pero es muy aplicado y trabajador y saldrá adelante.

En la segunda planta vive Daulat Ras, el indio. Un tipo callado e inescrutable, como la mayoría de los indios. Lleva muy bien sus estudios, aunque el griego es su punto débil. Es serio y metódico.

El piso alto corresponde a Miles McLaren. Un tipo brillante cuando le da por trabajar..., uno de los mejores cerebros de la universidad; pero es inconstante, disoluto y carece de principios. En su primer año estuvo a punto de ser expulsado por un escándalo de cartas. Se ha pasado todo el curso holgazaneando y no debe sentirse muy tranquilo ante este examen.

—En otras palabras, usted sospecha de él.

—No me atrevería a decir tanto. Pero, de los tres, sería quizás el menos improbable.

—Exacto. Y ahora, señor Soames, veamos cómo es su sirviente, Bannister.

Bannister resultó ser un hombrecillo de unos cincuenta años, pálido, bien afeitado y de cabellos grises. Todavía no se había recuperado de aquella brusca

perturbación de la tranquila rutina de su vida. Sus fofas facciones temblaban con espasmos nerviosos y sus dedos no podían estarse quietos.

—Estamos investigando este lamentable incidente, Bannister —dijo el profesor.

—Sí, señor.

—Tengo entendido —dijo Holmes— que dejó usted su llave olvidada en la cerradura.

—Sí, señor.

—¿No es muy extraño que le ocurra eso precisamente el día en que estaban aquí esos papeles?

—Ha sido una gran desgracia, señor. Pero ya me ha ocurrido alguna otra vez.

—¿A qué hora entró usted en la habitación?

—A eso de las cuatro y media. La hora del té del señor Soames.

—¿Cuánto tiempo estuvo dentro?

—Al ver que él no estaba, salí inmediatamente.

—¿Miró usted los papeles de encima de la mesa?

—No, señor, le aseguro que no.

—¿Cómo pudo dejarse la llave en la puerta?

—Llevaba en las manos la bandeja del té, y pensé volver luego a recoger la llave.

Pero se me olvidó.

—¿La puerta de fuera tiene picaporte?

—No, señor.

—¿De manera que permaneció abierta todo el tiempo?

—Sí, señor.

—Cuando regresó el señor Soames y le llamó, ¿se alteró usted mucho?

—Sí, señor. En todos los años que llevo aquí, que son muchos, nunca había sucedido una cosa así. Estuve a punto de desmayarme, señor.

—Eso tengo entendido. ¿Dónde estaba usted cuando empezó a sentirse mal?

—¿Que dónde estaba? Pues aquí mismo, cerca de la puerta.

—Es muy curioso, porque fue a sentarse en aquel sillón que hay junto al rincón.

¿Por qué no se sentó en cualquiera de estas otras sillas?

—No lo sé, señor. Ni me fijé en dónde me sentaba.

—No creo que se fijara en nada, señor Holmes —dijo Soames—. Tenía muy mal aspecto..., completamente cadavérico.

—¿Se quedó usted aquí cuando se marchó el profesor?

—Nada más que un minuto o cosa así. Luego cerré la puerta con llave y me fui a mi habitación.

—¿De quién sospecha usted?

—Ay señor, no sabría decirle. No creo que haya en esta universidad un caballero capaz de hacer algo así para obtener ventaja. No, señor, no lo creo.

—Gracias. Con eso basta —dijo Holmes—. Ah, sí, una cosa más. ¿No le habrá usted dicho a ninguno de los tres caballeros que usted atiende que algo va mal, verdad?

—No, señor; ni una palabra.

—¿Ha visto a alguno de ellos?

—No, señor.

—Muy bien. Y ahora, señor Soames, si le parece bien, daremos un paseo por el

patio.

Tres cuadrados de luz amarilla brillaban sobre nosotros en medio de la creciente oscuridad.

—Sus tres pájaros están todos en sus nidos —dijo Holmes, mirando hacia arriba— ¡Vaya! ¿Qué es eso? Uno de ellos parece bastante inquieto.

Se trataba del indio, cuya oscura silueta había aparecido de pronto a través de los visillos, dando rápidas zancadas de un lado a otro de la habitación.

—Me gustaría echarles un vistazo en sus habitaciones —dijo Holmes—. ¿Sería posible?

—Sin ningún problema —respondió Soames—. Este conjunto de habitaciones es el más antiguo del colegio, y no es raro que vengan visitantes a verlas. Acompáñenme y yo mismo les serviré de guía.

—Nada de nombres, por favor —dijo Holmes mientras llamábamos a la puerta de Gilchrist.

La abrió un joven alto, delgado y de cabello pajizo, que nos dio la bienvenida al enterarse de nuestros propósitos. La habitación contenía algunos detalles verdaderamente curiosos de arquitectura doméstica medieval. Holmes quedó tan encantado que se empeñó en dibujarlo en su cuaderno de notas; durante la operación, se le rompió la mina del lápiz, tuvo que pedir uno prestado a nuestro joven anfitrión y, por último, le pidió prestada una navaja para sacarle punta a su lápiz. El mismo curioso incidente le volvió a ocurrir en las habitaciones del indio, un individuo pequeño y callado, con nariz aguileña, que nos miraba de reojo y no disimuló su alegría cuando Holmes dio por terminados sus estudios arquitectónicos. En ninguno de los dos casos me pareció que Holmes hubiera encontrado la pista que andaba buscando. En cuanto a nuestra tercera visita, quedó frustrada. La puerta exterior no se abrió a nuestras llamadas, y lo único positivo que nos llegó del otro lado fue un torrente de palabrotas.

—¡Me tiene sin cuidado quién sea! ¡Pueden irse al infierno! —rugió una voz iracunda—. ¡Mañana es el examen y no puedo perder el tiempo con nadie.

—¡Qué grosero! —dijo nuestro guía, rojo de indignación, mientras bajábamos por la escalera—. Naturalmente, no se daba cuenta de que era yo quien llamaba,

pero aun así su conducta resulta impresentable y, dadas las circunstancias, bastante sospechosa.

La reacción de Holmes fue muy curiosa.

—¿Podría usted decirme la estatura exacta de este joven? —preguntó.

—La verdad, señor Holmes, no sabría qué decirle. Es más alto que el indio, aunque no tanto como Gilchrist. Supongo que alrededor de cinco pies y seis pulgadas[711].

—Eso es muy importante —dijo Holmes—. Y ahora, señor Soames, le deseo a usted buenas noches.

Nuestro guía expresó a voces su sorpresa y desencanto.

—¡Santo cielo, señor Holmes! ¡No irá usted a dejarme así de repente! Me parece que no se da usted cuenta de la situación. El examen es mañana. Tengo que tomar alguna medida concreta esta misma noche. No puedo permitir que se celebre el examen si uno de los ejercicios está amañado. Hay que afrontar la situación.

—Tiene que dejar las cosas como están. Mañana me pasaré por aquí a primera hora de la mañana y hablaremos del asunto. Es posible que para entonces me encuentre en condiciones de sugerirle alguna línea de actuación. Mientras tanto, no cambie usted nada; absolutamente nada.

—Muy bien, señor Holmes.

—Y quédese tranquilo. No le quepa duda de que encontraremos la manera de solucionar sus dificultades. Me voy a llevar la masilla negra, y también las virutas de lápiz. Adiós.

Cuando volvimos a salir a la oscuridad del patio miramos de nuevo las ventanas. El indio seguía dando paseos por la habitación. Los otros dos estaban invisibles.

—Bien, Watson, ¿qué le parece? —preguntó Holmes en cuanto salimos a la calle —. Es como un juego de salón, algo así como el truco de las tres cartas, ¿no

cree? Ahí tiene usted a sus tres hombres. Tiene que ser uno de ellos. Elija. ¿Por cuál se decide?

—El individuo mal hablado del último piso. Es el que tiene el peor historial. Sin embargo, ese indio también parece un buen pájaro. ¿Por qué estará dando vueltas por el cuarto sin parar?

—Eso no quiere decir nada. Muchas personas lo hacen cuando están intentando aprenderse algo de memoria.

—Nos miraba de una manera muy rara.

—Lo mismo haría usted si le cayese encima una manada de desconocidos cuando estuviera preparando un examen para el día siguiente y no pudiera perder ni un minuto. No, eso no me dice nada. Además, los lápices y las cuchillas..., todo estaba como es debido. El que sí me intriga es ese individuo...

—¿Quién?

—Hombre, pues Bannister, el sirviente. ¿Qué pinta él en este asunto?

—A mí me dio la impresión de ser un hombre completamente honrado.

—A mí también, y eso es lo que me intriga. ¿Por qué iba un hombre completamente honrado a... Bueno, bueno, aquí tenemos una papelería importante. Comenzaremos aquí nuestras investigaciones.

En la ciudad sólo había cuatro papelerías de cierta importancia, y en cada una de ellas Holmes exhibió sus virutas de lápiz y ofreció un alto precio por un lápiz igual. En todas le dijeron que podían encargarlo, pero que se trataba de un tamaño poco corriente y casi nunca tenían existencias. El fracaso no pareció deprimir a mi amigo, que se encogió de hombros con una resignación casi divertida.

—No hay nada que hacer, querido Watson. Esta pista, que era la mejor y la más concluyente, no ha conducido a nada. Aunque, la verdad, estoy casi seguro de que, aun sin ella, podremos elaborar una explicación suficiente. ¡Por Júpiter! Querido amigo, son casi las nueve, y nuestra patrona dijo algo acerca de guisantes a las siete y media. Estoy viendo, Watson, que con esa manía de fumar constantemente y esa irregularidad en las comidas, van a acabar por pedirle que

se largue, y yo compartiré su caída en desgracia..., aunque no antes de que haya resuelto el problema del profesor nervioso, el sirviente descuidado y los tres intrépidos estudiantes.

Holmes no volvió a hacer ningún comentario sobre el caso aquel día, aunque permaneció sentado y sumido en reflexiones durante mucho rato, después de nuestra retrasada cena. A las ocho de la mañana siguiente entró en mi habitación cuando yo estaba terminando de asearme.

—Bien, Watson —dijo—. Es hora de ir a San Lucas. ¿Puede prescindir del desayuno?

—Desde luego.

—Soames estará hecho un manojo de nervios hasta que podamos decirle algo concreto.

—¿Y tiene usted algo concreto que decirle?

—Creo que sí.

—¿Ha llegado ya a alguna conclusión?

—Sí, querido Watson; he solucionado el misterio.

—Pero... ¿qué nuevas pistas ha podido encontrar?

—¡Ah! No en vano me he levantado de la cama a horas tan intempestivas como las seis de la mañana. He invertido dos horas de duro trabajo y he recorrido no menos de cinco millas, pero algo he sacado en limpio. ¡Fíjese en esto!

Extendió la mano, y en la palma tenía tres pequeñas pirámides de masilla negra.

—¡Caramba, Holmes, ayer sólo tenía dos!

—Y esta mañana he conseguido otra. No parece muy aventurado suponer que la fuente de origen del número tres sea la misma que la de los números uno y dos. ¿No cree, Watson? Bueno, pongámonos en marcha y libremos al amigo Soames de su tormento.

Efectivamente, el desdichado profesor se encontraba en un estado nervioso lamentable cuando llegamos a sus habitaciones. En unas pocas horas comenzarían los exámenes, y él todavía vacilaba entre dar a conocer los hechos o permitir que el culpable optase a la sustanciosa beca. Tan grande era su agitación mental que no podía quedarse quieto, y corrió hacia Holmes con las manos extendidas en un gesto de ansiedad.

—¡Gracias a Dios que ha venido! Llegué a temer que se hubiera desentendido del caso. ¿Qué hago? ¿Seguimos adelante con el examen?

—Sí, sí; siga adelante, desde luego.

—Pero... ¿y ese granuja?

—No se presentará.

—¿Sabe usted quién es?

—Creo que sí. Puesto que el asunto no se va a hacer público, tendremos que atribuirnos algunos poderes y decidir por nuestra cuenta, en un pequeño consejo de guerra privado. ¡Colóquese ahí, Soames, haga el favor! ¡Usted ahí, Watson! Yo ocuparé este sillón del centro. Bien, creo que ya parecemos lo bastante impresionantes como para infundir terror en un corazón culpable. ¡Haga el favor de tocar la campanilla!

Bannister acudió a la llamada y reculó con evidente sorpresa y temor ante nuestra pose judicial.

—Haga el favor de cerrar la puerta —dijo Holmes—. Y ahora, Bannister, ¿será tan amable de decirnos la verdad acerca del incidente de ayer?

El hombre se puso pálido hasta las raíces del pelo.

—Se lo he contado todo, señor.

—¿No tiene nada que añadir?

—Nada en absoluto, señor.

—En tal caso, tendré que hacerle unas cuantas sugerencias. Cuando se sentó ayer

en ese sillón, ¿no lo haría para esconder algún objeto que habría podido revelar quién estuvo en la habitación?

La cara de Bannister parecía la de un cadáver.

—No, señor; desde luego que no.

—Era sólo una sugerencia —dijo Holmes en tono suave—. Reconozco francamente que no puedo demostrarlo. Pero parece bastante probable si consideramos que en cuanto el señor Soames volvió la espalda usted dejó salir al hombre que estaba escondido en esa alcoba.

Bannister se pasó la lengua por los labios resecos.

—No había ningún hombre.

—¡Qué pena, Bannister! Hasta ahora, podría ser que hubiera dicho la verdad, pero ahora me consta que ha mentido.

El rostro de Bannister adoptó una expresión de huraño desafío.

—No había ningún hombre, señor.

—Vamos, vamos, Bannister.

—No, señor; no había nadie.

—En tal caso, no puede usted proporcionarnos más información. ¿Quiere hacer el favor de quedarse en la habitación? Póngase ahí, junto a la puerta del dormitorio. Ahora, Soames, le voy a pedir que tenga la amabilidad de subir a la habitación del joven Gilchrist y le diga que baje aquí a la suya.

Un minuto después, el profesor regresaba, acompañado del estudiante. Era éste un hombre con una figura espléndida, alto, esbelto y ágil, de paso elástico y con un rostro atractivo y sincero. Sus preocupados ojos azules vagaron de uno a otro de nosotros, y por fin se posaron con una expresión de absoluto desaliento en Bannister, situado en el rincón más alejado.

—Cierre la puerta —dijo Holmes—. Y ahora, señor Gilchrist, estamos solos aquí,

y no es preciso que nadie se entere de lo que ocurre entre nosotros, de manera que podemos hablar con absoluta franqueza. Queremos saber, señor Gilchrist, cómo es posible que usted, un hombre de honor, haya podido cometer una acción como la de ayer.

El desdichado joven retrocedió tambaleándose, y dirigió a Bannister una mirada llena de espanto y reproche.

—¡No, no, señor Gilchrist! ¡Yo no he dicho una palabra! ¡Ni una palabra, señor! —exclamó el sirviente.

—No, pero ahora sí que lo ha hecho —dijo Holmes—. Bien, caballero, se dará usted cuenta de que después de lo que ha dicho Bannister, su postura es insostenible, y que la única oportunidad que le queda es hacer una confesión sincera.

Por un momento, Gilchrist, con una mano levantada, trató de contener el temblor de sus facciones. Pero un instante después había caído de rodillas delante de la mesa y, con la cara oculta entre las manos, estallaba en una tempestad de angustiados sollozos.

—Vamos, vamos —dijo Holmes amablemente—. Errar es humano, y por lo menos nadie puede acusarle de ser un criminal empedernido. Puede que resulte menos violento para usted que yo le explique al señor Soames lo ocurrido, y usted puede corregirme si me equivoco. ¿Lo prefiere así? Está bien, está bien, no se moleste en contestar. Escuche, y comprobará que no soy injusto con usted.

Señor Soames, desde el momento en que usted me dijo que nadie, ni siquiera Bannister, sabía que las pruebas estaban en su habitación, el caso empezó a cobrar forma concreta en mi mente. Por supuesto, podemos descartar al impresor, puesto que éste podía examinar los ejercicios en su propia oficina. Tampoco el indio me pareció sospechoso: si las pruebas estaban en un rollo, es poco probable que supiera de qué se trataba. Por otra parte, parecía demasiada coincidencia que alguien se atreviera a entrar en la habitación, de manera no premeditada, precisamente el día en que los exámenes estaban sobre la mesa. También eso quedaba descartado. El hombre que entró sabía que los exámenes estaban aquí. ¿Cómo lo sabía?

Cuando vinimos por primera vez a su habitación, yo examiné la ventana por fuera. Me hizo gracia que usted supusiera que yo contemplaba la posibilidad de

que alguien hubiera entrado por ahí, a plena luz del día y expuesto a las miradas de todos los que ocupan esas habitaciones de enfrente. Semejante idea era absurda. Lo que yo hacía era calcular lo alto que tenía que ser un hombre para ver desde fuera los papeles que había encima de la mesa. Yo mido seis pies y tuve que empinarme para verlos. Una persona más baja que yo no habría tenido la más mínima posibilidad. Como ve, ya desde ese momento tenía motivos para suponer que si uno de sus tres estudiantes era más alto de lo normal, ése era el que más convenía vigilar.

Entré aquí y le hice a usted partícipe de la información que ofrecía la mesita lateral. La mesa del centro no me decía nada, hasta que usted, al describir a Gilchrist, mencionó que practicaba el salto de longitud. Entonces todo quedó claro al instante, y ya sólo necesitaba ciertas pruebas que lo confirmaran, y que no tardé en obtener.

He aquí lo que sucedió: este joven se había pasado la tarde en las pistas de atletismo practicando el salto. Regresó trayendo las zapatillas de saltar, que, como usted sabe, llevan varios clavos en la suela. Al pasar por delante de la ventana vio, gracias a su elevada estatura, el rollo de pruebas encima de su mesa, y se imaginó de qué se trataba. No habría ocurrido nada malo de no ser porque, al pasar por delante de su puerta, advirtió la llave que el descuidado sirviente había dejado allí olvidada. Entonces se apoderó de él un repentino impulso de entrar y comprobar si, efectivamente, se trataba de las pruebas del examen. No corría ningún peligro, porque siempre podría alegar que había entrado únicamente para hacerle a usted una consulta. Pues bien, cuando hubo comprobado que, en efecto, se trataba de las pruebas, es cuando sucumbió a la tentación. Dejó sus zapatillas encima de la mesa.

—¿Qué es lo que dejó en ese sillón que hay al lado de la ventana?

—Los guantes —respondió el joven.

Holmes dirigió una mirada triunfal a Bannister.

—Dejó sus guantes en el sillón y cogió las pruebas, una a una, para copiarlas. Suponía que el profesor regresaría por la puerta principal y que lo vería venir. Pero, como sabemos, vino por la puerta lateral. Cuando lo oyó, usted estaba ya en la puerta. No había escapatoria posible. Dejó olvidados los guantes, pero recogió las zapatillas y se precipitó dentro de la alcoba. Se habrán fijado en que

el corte es muy ligero por un lado, pero se va haciendo más profundo en dirección a la puerta del dormitorio. Eso es prueba suficiente de que alguien había tirado de las zapatillas en esa dirección, e indicaba que el culpable había buscado refugio allí. Sobre la mesa quedó un pegote de tierra que rodeaba a un clavo. Un segundo pegote se desprendió y cayó al suelo en el dormitorio. Puedo agregar que esta mañana me acerqué a las pistas de atletismo, comprobé que el foso de saltos tiene una arcilla negra muy adherente y me llevé una muestra, junto con un poco del serrín fino que se echa por encima para evitar que el atleta resbale. ¿He dicho la verdad, señor Gilchrist?

El estudiante se había puesto en pie.

—Sí, señor; es verdad —dijo.

—¡Cielo santo! ¿No tiene nada que añadir? —exclamó Soames.

—Sí, señor, tengo algo, pero la impresión que me ha causado el quedar desenmascarado de manera tan vergonzosa me había dejado aturdido. Tengo aquí una carta, señor Soames, que le escribí esta madrugada, tras una noche sin poder dormir. La escribí antes de saber que mi fraude había sido descubierto. Aquí la tiene, señor. Verá que en ella le digo: «He decidido no presentarme al examen. Me han ofrecido un puesto en la policía de Rhodesia y parto de inmediato hacia África del Sur.»

—Me complace de veras saber que no intentaba aprovecharse de una ventaja tan mal adquirida —dijo Soames—. Pero ¿qué le hizo cambiar de intenciones?

Gilchrist señaló a Bannister.

—Este es el hombre que me puso en el buen camino —dijo.

—En fin, Bannister —dijo Holmes—. Con lo que ya hemos dicho, habrá quedado claro que sólo usted podía haber dejado salir a este joven, puesto que usted se quedó en la habitación y tuvo que cerrar la puerta al marcharse. No hay quien se crea que pudiera escapar por esa ventana. ¿No puede aclararnos este último detalle del misterio, explicándonos por qué razón hizo lo que hizo?

—Es algo muy sencillo, señor, pero usted no podía saberlo; ni con toda su inteligencia lo habría podido saber. Hubo un tiempo, señor, en el que fui mayordomo del difunto sir Jabez Gilchrist, padre de este joven caballero.

Cuando quedó en la ruina, yo entré a trabajar de sirviente en la universidad, pero nunca olvidé a mi antiguo señor porque hubiera caído en desgracia. Hice siempre todo lo que pude por su hijo, en recuerdo de los viejos tiempos. Pues bien, señor, cuando entré ayer en esta habitación, después de que se diera la alarma, lo primero que vi fueron los guantes marrones del señor Gilchrist encima de ese sillón. Conocía muy bien aquellos guantes y comprendí el mensaje que encerraban. Si el señor Soames los veía, todo estaba perdido. Así que me desplomé en el sillón, y nada habría podido moverme de él hasta que el señor Soames salió a buscarle a usted. Entonces salió de su escondite mi pobre señorito, a quien yo había mecido en mis rodillas, y me lo confesó todo. ¿No era natural, señor, que yo intentara salvarlo, y no era natural también que procurase hablarle como lo habría hecho su difunto padre, haciéndole comprender que no podía sacar provecho de su mala acción? ¿Puede usted culparme por ello, señor?

—Desde luego que no —dijo Holmes de todo corazón, mientras se ponía en pie —. Bien, Soames, creo que hemos resuelto su pequeño problema, y en casa nos aguarda el desayuno. Vamos, Watson. En cuanto a usted, caballero, confío en que le aguarde un brillante porvenir en Rhodesia. Por una vez ha caído usted bajo. Veamos lo alto que puede llegar en el futuro.

10. La aventura de las gafas de oro

Cuando contemplo los tres abultados volúmenes de manuscritos que contienen nuestros trabajos del año 1894 debo confesar que, ante tal abundancia de material, resulta muy difícil seleccionar los casos más interesantes en sí mismos y que, al mismo tiempo, permitan poner de manifiesto las peculiares facultades que dieron fama a mi amigo. Al hojear sus páginas, veo las notas que tomé acerca de la repulsiva historia de la sanguijuela roja y la terrible muerte del banquero Crosby; encuentro también un informe sobre la tragedia de Addlenton y el extraño contenido del antiguo túmulo británico; también corresponden a este período el famoso caso de la herencia de los Smith-Mortimer y la persecución y captura de Huret, el asesino de los bulevares, una hazaña que le valió a Holmes una carta autógrafa de agradecimiento del presidente de Francia y la Orden de la Legión de Honor. Cualquiera de estos casos podría servir de base a un relato, pero, en conjunto, opino que ninguno de ellos reúne tantos aspectos insólitos e interesantes como el episodio de Yoxley Old Place, que no sólo incluye la lamentable muerte del joven Willoughby Smith, sino también las posteriores derivaciones, que arrojaron tan curiosa luz sobre las causas del crimen.

Era una noche cruda y tormentosa de finales de noviembre. Holmes y yo habíamos pasado toda la velada sentados en silencio, él dedicado a descifrar con una potente lupa los restos de la inscripción original de un antiguo palimpsesto[712], y yo absorto en un tratado de cirugía recién publicado. Fuera de la casa, el viento aullaba a lo largo de Baker Street y la lluvia repicaba con fuerza contra las ventanas. Resultaba extraño sentir la zarpa de hierro de la Naturaleza en pleno corazón de la ciudad, rodeados de construcciones humanas hasta una distancia de diez millas en cualquier dirección, y darse cuenta de que, para la fuerza colosal de los elementos, todo Londres no significaba más que las madrigueras de topos que salpican los campos. Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle vacía. Aquí y allá, las farolas brillaban sobre la calzada embarrada y las relucientes aceras. Un solitario coche de alquiler avanzaba chapoteando desde el extremo que da a Oxford Street.

—¡Caramba, Watson, menos mal que no tenemos que salir esta noche! —dijo

Holmes, dejando a un lado la lupa y enrollando el palimpsesto—. Ya he hecho bastante por hoy. Esto fatiga mucho la vista. Por lo que he podido descifrar, se trata de una cosa tan prosaica como la contabilidad de una abadía de la segunda mitad del siglo quince. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué es esto?

Entre el rugido del viento se oía el ruido de cascos de caballo y el prolongado chirrido de una rueda que raspaba contra el bordillo. El coche que yo había visto acababa de detenerse ante nuestra puerta.

—¿Qué puede buscar? —exclamé al ver que un hombre se apeaba del coche.

—¿Pues qué va a buscar? Nos busca a nosotros. Y nosotros, mi pobre Watson, ya podemos ir buscando abrigos, bufandas, chanclos y cualquier otro accesorio inventado por el hombre para combatir las inclemencias de un tiempo como el de esta noche. Pero... ¡aguarde un momento! ¡El coche se marcha! Todavía quedan esperanzas. Si quisiera que le acompañáramos, le habría hecho esperar. Baje corriendo a abrir la puerta, querido camarada, porque toda la gente de bien hace mucho que se fue a la cama.

Cuando la luz de la lámpara del vestíbulo iluminó a nuestro visitante nocturno, le reconocí de inmediato. Se trataba de Stanley Hopkins, un joven y prometedor inspector, en cuya carrera Holmes había mostrado en más de una ocasión un interés muy real.

—¿Está él? —preguntó ansioso.

—Suba, querido amigo —dijo desde lo alto la voz de Holmes—. Espero que no tenga usted planes para nosotros en una noche como ésta.

El inspector subió las escaleras, con su lustroso impermeable resplandeciendo bajo la luz de la lámpara. Le ayudé a quitárselo, mientras Holmes avivaba la llama de los troncos de la chimenea.

—Acérquese, amigo Hopkins, y caliéntese los pies. Aquí tiene un cigarro, y el doctor tiene preparada una receta a base de agua caliente y limón que es mano de santo en noches como ésta. Tiene que ser un asunto importante el que le ha traído aquí con semejante temporal.

—Sí que lo es, señor Holmes. Le aseguro que he tenido una tarde agotadora. ¿Ha visto algo sobre el caso de Yoxley en las últimas ediciones de los periódicos?

—Hoy no he visto nada posterior al siglo quince.

—Bueno, no se ha perdido nada porque sólo venía un parrafito y todo está equivocado. No he dejado que crezca la hierba bajo mis pies. La cosa ha ocurrido en Kent, a siete millas de Chatham y tres de la estación de ferrocarril. Me telegrafiaron a las tres y cuarto, llegué a Yoxley Old Place a las cinco, llevé a cabo mis investigaciones, regresé a Charing Cross en el último tren y vine directamente en coche a verle usted.

—Lo cual significa, según creo entender, que no ve usted del todo claro el asunto.

—Significa que no le encuentro ni pies ni cabeza. Por lo que he podido ver, se trata del caso más embarullado que jamás me haya tocado en suerte, y eso que al principio parecía tan sencillo que no ofrecía dudas. No hay móvil, señor Holmes, eso es lo que me trae a mal traer: que no consigo encontrar un móvil. Tenemos un muerto..., sobre eso no cabe ninguna duda..., pero, por más que miro, no encuentro ninguna relación por la que alguien pudiera desearle algún mal al difunto.

Holmes encendió su cigarro y se recostó en su asiento.

—A ver, cuéntenos —dijo.

—Para mí, los hechos están muy claros —dijo Stanley Hopkins—. Lo único que me falta saber es qué significan. La historia, por lo que he podido averiguar, es la siguiente: Hace unos diez años, esta casa de campo, Yoxley Old Place, fue alquilada por un hombre mayor, que dijo llamarse profesor Coram. Estaba inválido, y se pasaba la mitad del tiempo en la cama y la otra mitad renqueando por la casa con un bastón o paseando por el jardín en una silla de ruedas empujada por el jardinero. Gozaba de las simpatías de los pocos vecinos que iban a visitarlo, y tenía reputación de ser muy culto. Su servicio doméstico lo componían una anciana ama de llaves, la señora Marker, y una doncella, llamada Susan Tarlton. Las dos están con él desde que llegó, y las dos parecen ser excelentes personas. El profesor está escribiendo un libro erudito, y hace cosa de un año tuvo necesidad de contratar un secretario. Los dos primeros que encontró fueron sendos fracasos, pero el tercero, un joven recién salido de la universidad llamado Willoughby Smith, parece que era justo lo que el profesor andaba buscando. Su trabajo consistía en escribir durante toda la mañana lo que el

profesor le dictaba, después de lo cual solía pasearse buscando referencias y textos relacionados con la tarea del día siguiente. Este Willoughby Smith no tiene ningún antecedente negativo, ni de muchacho en Uppingham ni de joven en Cambridge. He leído sus certificados y parecen indicar que ha sido siempre un tipo decente, callado y trabajador, sin ninguna mancha en su historial. Y sin embargo, éste es el joven que ha encontrado la muerte esta mañana, en el despacho del profesor, en circunstancias que sólo pueden interpretarse como asesinato.

El viento aullaba y gemía en las ventanas. Holmes y yo nos acercamos más al fuego, mientras el joven inspector, poco a poco y con todo detalle, iba desgranando su curioso relato.

—Aunque buscásemos por toda Inglaterra —continuó—, no creo que pudiéramos encontrar una casa más aislada del mundo y libre de influencias exteriores. Podían pasar semanas enteras sin que nadie cruzara la puerta del jardín. El profesor vivía absorto en su trabajo y no existía para él nada más. El joven Smith no conocía a nadie en el vecindario, y llevaba una vida muy similar a la de su jefe. Las dos mujeres no salían para nada de la casa. Mortimer, el jardinero, el que empuja la silla de ruedas, es un pensionista del ejército, un veterano de Crimea de conducta intachable. No vive en la casa, sino en una casita de tres habitaciones al otro extremo del jardín. Estas son las únicas personas que uno puede encontrar en los terrenos de Yoxley Old Place. Por otra parte, la puerta del jardín está a cien yardas de la carretera principal de Londres a Chatham; se abre con un pestillo y no hay nada que impida que alguien entre. Ahora les voy a repetir las declaraciones de Susan Tarlton, que es la única persona que tiene algo concreto que decir sobre el asunto. Ocurrió por la mañana, entre las once y las doce. En aquel momento, ella estaba ocupada en colgar unas cortinas en la alcoba delantera del piso alto. El profesor Coram todavía seguía en la cama, porque cuando hace mal tiempo rara vez se levanta antes del mediodía. El ama de llaves estaba haciendo algo en la parte posterior de la casa. Willouhgy Smith había estado hasta entonces en su dormitorio, que también utilizaba como cuarto de estar; pero en aquel momento, la doncella le oyó salir al pasillo y bajar al despacho, situado inmediatamente debajo de la alcoba en la que ella se encontraba. No le vio, pero asegura que sus pasos firmes y rápidos resultaban inconfundibles. No oyó cerrarse la puerta del despacho, pero aproximadamente un minuto más tarde sonó un grito espantoso en la habitación de abajo. Un alarido ronco y salvaje, tan extraño y poco natural que lo mismo podía haberlo lanzado una mujer que un hombre. Al mismo tiempo, se

oyó un golpe fortísimo, que hizo temblar toda la casa, y después todo quedó en silencio. La doncella se quedó petrificada unos instantes, pero luego recuperó el valor y corrió escaleras abajo. La puerta del despacho estaba cerrada; la abrió y encontró al joven Willoughby Smith tendido en el suelo. Al principio no advirtió que tuviera ninguna herida, pero al intentar levantarlo vio que brotaba sangre de la parte inferior del cuello, donde presentaba una herida pequeña, pero muy profunda, que había seccionado la arteria carótida. El instrumento causante de la herida estaba tirado en la alfombra, junto al cuerpo. Se trataba de uno de esos cuchillitos para el lacre que suele haber en los escritorios antiguos, con margo de marfil y hoja muy rígida. Formaba parte de la escribanía de la mesa del profesor.

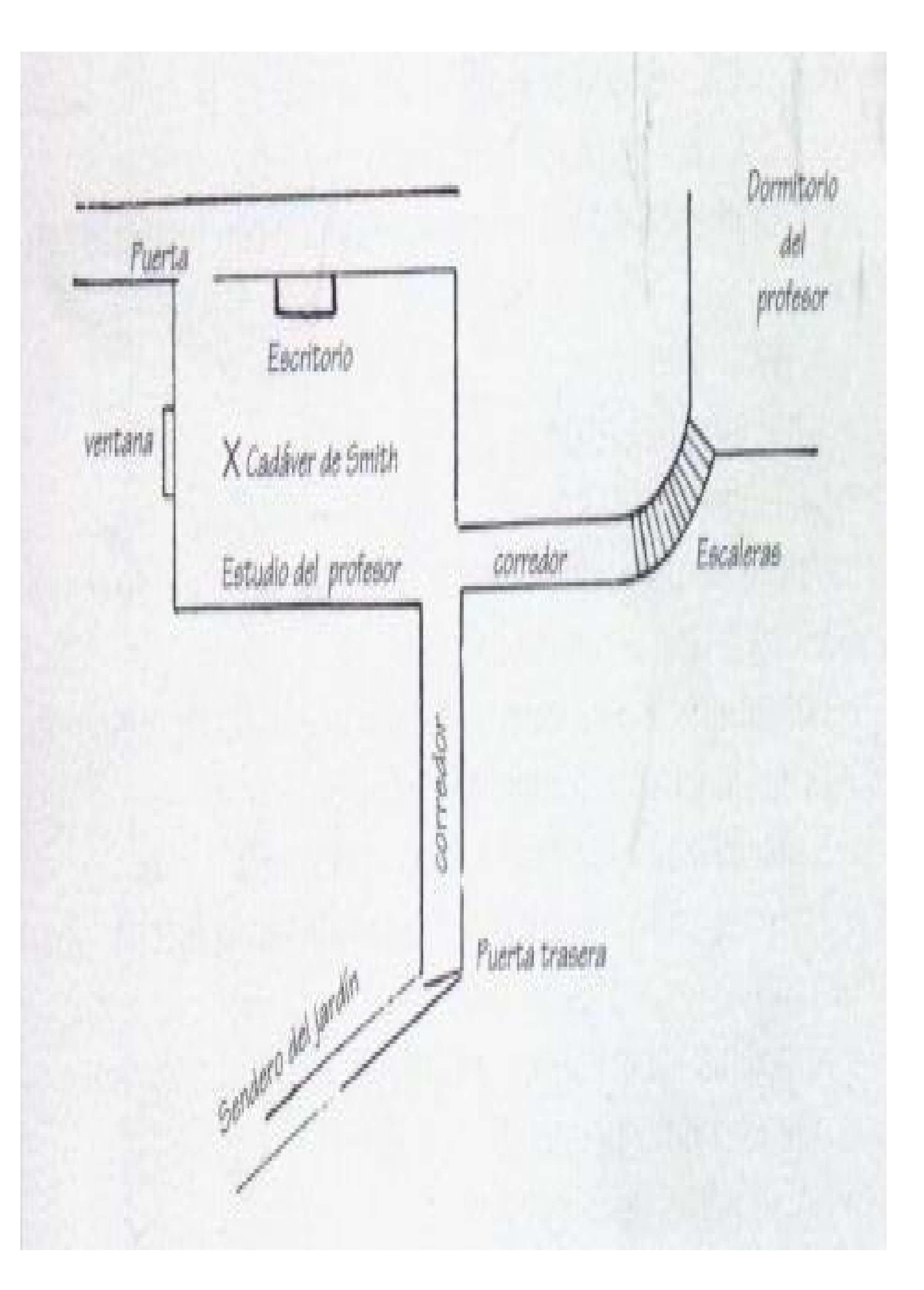
Al principio, la doncella creyó que el joven Smith estaba ya muerto, pero cuando le echó un poco de agua de una garrafa por la frente, Smith abrió los ojos por un instante y murmuró: «El profesor... ha sido ella.» La doncella está dispuesta a jurar que ésas fueron las palabras exactas. El hombre hizo esfuerzos desesperados por decir algo más y llegó a levantar la mano derecha, pero cayó definitivamente muerto.

Mientras tanto, el ama de llaves había llegado también al despacho, aunque demasiado tarde para oír las últimas palabras del moribundo. Dejando a Susan junto al cadáver, corrió a la habitación del profesor. Este se encontraba sentado en la cama, terriblemente alterado, porque había oído lo suficiente para darse cuenta de que había ocurrido algo espantoso. La señora Marker está dispuesta a jurar que el profesor todavía tenía puesta su ropa de cama, y lo cierto es que le resultaba imposible vestirse sin la ayuda de Mortimer, que tenía orden de presentarse a las doce en punto. El profesor declara haber oído el grito a lo lejos, pero dice no saber nada más. No acierta a explicar las últimas palabras del joven, «El profesor... ha sido ella», pero supone que fueron producto del delirio. Está convencido de que Willoughby Smith no tenía ningún enemigo en el mundo, y no puede explicarse los motivos del crimen. Lo primero que hizo fue enviar a Mortimer, el jardinero, a avisar a la policía local. Poco después, el jefe del puesto me hacía llamar a mí. Nadie tocó nada hasta que yo llegué, y se dieron órdenes estrictas de que nadie anduviera por los senderos que conducen a la casa. Era una ocasión espléndida para poner en práctica sus teorías, señor Holmes; no faltaba nada.

—Excepto Sherlock Holmes —dijo mi compañero, con una sonrisa tirando a amarga—. Pero siga contándonos. ¿Qué clase de trabajo llevó usted a cabo?

—Primero, señor Holmes, tengo que pedirle que mire este plano aproximado, que le dará una idea general de la situación del despacho del profesor y otros detalles del caso. Así podrá seguir el hilo de mis investigaciones.

Desplegó el boceto que aquí reproduzco y lo extendió sobre las rodillas de Holmes. Yo me levanté y me situé detrás de Holmes para estudiarlo por encima de su hombro.


Puerta
Escritorio
ventana
X Cadáver de Smith
Estudio del profesor
corredor
Dormitorio
del
profesor
Escaleras
corredor
Puerta trasera
Sendero del jardín

—Naturalmente, es sólo una aproximación, y no incluye más que los detalles que a mí me parecieron esenciales. El resto ya lo verá usted mismo más adelante. Ahora, veamos: en primer lugar, y suponiendo que el asesino o asesina viniera de fuera, ¿por dónde entró? Sin duda alguna, por el sendero del jardín y por la puerta de atrás, desde la cual se llega directamente al despacho. Cualquier otra ruta habría presentado muchísimas complicaciones. La retirada también tuvo que efectuarse por el mismo camino, ya que, de las otras dos salidas que tiene la habitación, una quedó bloqueada por Susan, que corría escaleras abajo, y la otra conducía directamente al dormitorio del profesor. Así pues, dirigí de inmediato mi atención al sendero del jardín, que estaba empapado por la reciente lluvia y sin duda presentaría huellas de pisadas.

Mi inspección me demostró que me las tenía que ver con un criminal experto y precavido. En el sendero no había ni una huella. Sin embargo, no cabía duda de que alguien había caminado sobre el arriate de césped que flanquea el sendero, y que lo había hecho para no dejar huellas. No pude encontrar nada parecido a una impresión clara, pero la hierba estaba aplastada y resulta evidente que por allí había pasado alguien. Y sólo podía tratarse del asesino, porque ni el jardinero ni ninguna otra persona habían estado por allí esta mañana, y la lluvia había empezado a caer durante la noche.

—Un momento —dijo Holmes—. ¿Adónde conduce este sendero?

—A la carretera.

—¿Qué longitud tiene?

—Unas cien yardas.

—Pero tuvo usted que encontrar huellas en el punto donde el sendero cruza la puerta exterior.

—Por desgracia, el sendero está pavimentado en ese punto.

—¿Y en la carretera misma?

—Nada. Estaba toda enfangada y pisoteada.

—Tch, tch. Bien, volvamos a esas pisadas en la hierba. ¿Iban o volvían?

—Imposible saberlo. No se advertía ningún contorno.

—¿Pie grande o pequeño?

—No se podía distinguir.

Holmes soltó una interjección de impaciencia.

—Desde entonces, no ha parado de llover a mares y ha soplado un verdadero huracán —dijo—. Ahora será más difícil de leer que este palimpsesto. En fin, eso ya no tiene remedio. ¿Qué hizo usted, Hopkins, después de asegurarse de que no estaba seguro de nada?

—Creo estar seguro de muchas cosas, señor Holmes. Sabía que alguien había entrado furtivamente en la casa desde el exterior. A continuación, examiné el corredor. Está cubierto con una estera de palma y no han quedado en él huellas de ninguna clase. Así llegué al despacho mismo. Es una habitación con pocos muebles, y el que más destaca es una mesa grande con escritorio. Este escritorio consta de una doble columna de cajones con un armarito central, cerrado. Según parece, los cajones estaban siempre abiertos y en ellos no se guardaba nada de valor. En el armarito había algunos papeles importantes, pero no presentaba señales de haber sido forzado, y el profesor me ha asegurado que no falta nada. Tengo la seguridad de que no se ha robado nada.

Y llegamos por fin al cadáver del joven. Se encontraba cerca del escritorio, un poco a la izquierda, como se indica en el plano. La puñalada se había asestado en el lado derecho del cuello y desde atrás hacia delante, de manera que es casi imposible que se hiriera él mismo.

—A menos que se cayera sobre el cuchillo —dijo Holmes.

—Exacto. Esa idea se me pasó por la cabeza. Pero el cuchillo se encontraba a varios palmos del cadáver, de modo que parece imposible. Tenemos, además, las palabras del propio moribundo. Y por último, tenemos esta importantísima prueba que se encontró en la mano derecha del muerto.

Stanley Hopkins sacó de un bolsillo un paquetito envuelto en papel. Lo desenvolvió y exhibió unos lentes con montura de oro, de los que se sujetan

solamente a la nariz, con dos cabos rotos de cordón de seda negra colgando de sus extremos.

—Willoughby Smith tenía una vista excelente —prosiguió—. No cabe duda de que esto fue arrancado de la cara o el cuerpo del asesino.

Sherlock Holmes tomó los lentes en la mano y los examinó con la máxima atención e interés. Se los colocó en la nariz, intentó leer a través de ellos, se acercó a la ventana y miró a la calle con ellos, los inspeccionó minuciosamente a la luz de la lámpara y, por último, riéndose por lo bajo, se sentó a la mesa y escribió unas cuantas líneas en una hoja de papel, que a continuación entregó a Stanley Hopkins.

—No puedo hacer nada mejor por usted —dijo—. Quizás resulte de alguna utilidad.

El asombrado inspector leyó la nota en voz alta. Decía lo siguiente:

«Se busca mujer educada y refinada, vestida como una señora. De nariz bastante gruesa y ojos muy juntos. Tiene la frente arrugada, expresión de miope y, probablemente, hombros caídos. Hay razones para suponer que durante los últimos meses ha acudido por lo menos dos veces a un óptico. Puesto que sus gafas son muy potentes y los ópticos no son excesivamente numerosos, no debería resultar difícil localizarla.»

El asombro de Hopkins, que también debía verse reflejado en mi cara, hizo sonreír a Holmes.

—Estarán de acuerdo en que mis deducciones son la sencillez misma —dijo—. Sería difícil encontrar otro objeto que se preste mejor a las inferencias que un par de gafas, y más un par de gafas tan particular como éste. Que pertenecen a una mujer se deduce de su delicadeza y también, por supuesto, de las últimas palabras del moribundo. En cuanto a lo de que se trata de una persona refinada y bien vestida..., como ven, la montura es magnífica, de oro macizo, y no cabe suponer que una persona que lleva estos lentes se muestre desaliñada en otros aspectos. Si se los pone, comprobará que la pinza es muy ancha para su nariz, lo cual indica que la dama en cuestión tiene una nariz muy ancha en la base. Esta clase de nariz suele ser corta y vulgar, pero existen excepciones lo bastante numerosas como para impedir que me ponga dogmático e insista en este aspecto de mi descripción. Yo tengo una cara bastante estrecha, y aun así no consigo que

mis ojos coincidan con el centro de los cristales ni de lejos. Por tanto, nuestra dama tiene los ojos muy juntos, pegados a la nariz. Fíjese, Watson, en que los cristales son cóncavos y de potencia poco corriente. Una mujer que haya padecido toda su vida tan graves limitaciones visuales presentará, sin duda, ciertas características físicas derivadas de su mala vista, como son la frente arrugada, los párpados contraídos y los hombros cargados.

—Sí —dije yo—. Ya sigo su razonamiento. Sin embargo, confieso que no entiendo de dónde saca lo de las dos visitas al óptico.

Holmes levantó las gafas en la mano.

—Fíjese —dijo— en que las pinzas están forradas con tirillas de corcho para suavizar el roce contra la nariz. Una de ellas está descolorida y algo gastada, pero la otra está nueva. Es evidente que una tira se desprendió y hubo de poner otra nueva. Yo diría que la más vieja de las dos no lleva puesta más que unos pocos meses. Son exactamente iguales, por lo que deduzco que la señora acudió al mismo establecimiento a que le pusieran la segunda.

—¡Por San Jorge, es maravilloso! —exclamó Hopkins, extasiado de admiración —. ¡Pensar que he tenido todas esas evidencias en mis manos y no me he dado cuenta! Aunque, de todas maneras, tenía intención de recorrerme todas las ópticas de Londres.

—Desde luego que debe hacerlo. Pero mientras tanto, ¿tiene algo más que decirnos sobre el caso?

—Nada más, señor Holmes. Creo que ahora ya sabe tanto como yo..., probablemente más. Estamos investigando si se ha visto a algún forastero por las carreteras de la zona o en la estación de ferrocarril, pero por ahora no hemos tenido noticias de ninguno. Lo que me desconcierta es la absoluta falta de móviles para el crimen. Nadie es capaz de sugerir ni la sombra de un motivo.

—¡Ah! En eso no estoy en condiciones de ayudarle. Pero supongo que querrá que nos pasemos por allí mañana.

—Si no es pedir mucho, señor Holmes. Hay un tren a Chatham que sale de Charing Cross a las seis de la mañana. Llegaríamos a Yoxley Old Place entre las ocho y las nueve.

—Entonces, lo tomaremos. Reconozco que su caso presenta algunos aspectos muy interesantes, y me encantará echarle un vistazo. Bien, es casi la una, y más vale que durmamos unas horas. Estoy seguro de que podrá arreglarse perfectamente en el sofá que hay delante de la chimenea. Antes de salir, encenderé mi mechero de alcohol y le daré una taza de café.

A la mañana siguiente, la borrasca había agotado sus fuerzas, pero aun así hacía un tiempo muy crudo cuando emprendimos viaje. Vimos cómo se levantaba el frío sol de invierno sobre las lúgubres marismas del Támesis y los largos y tétricos canales del río, que yo siempre asociaré con la persecución del nativo de las islas Andaman, allá en los primeros tiempos de nuestra carrera. Tras un largo y fatigoso trayecto, nos apeamos en una pequeña estación a pocas millas de Chatham. En la posada del lugar tomamos un rápido desayuno mientras enganchaban un caballo al coche, y cuando por fin llegamos a Yoxley Old Place nos encontrábamos listos para entrar en acción. Un policía de uniforme nos recibió en la puerta del jardín.

—¿Alguna novedad, Wilson?

—No, señor, ninguna.

—¿Nadie ha visto a ningún forastero?

—No, señor. En la estación están seguros de que ayer no llegó ni se marchó ningún forastero.

—¿Han hecho indagaciones en las pensiones y posadas?

—Sí, señor; no hay nadie que no pueda dar razón de su presencia.

—En fin, de aquí a Chatham no hay más que una moderada caminata. Cualquiera podría alojarse allí, o tomar un tren, sin llamar la atención. Este es el sendero del que le hablé, señor Holmes. Le doy mi palabra de que ayer no había ni una huella en él.

—¿A qué lado estaban las pisadas en la hierba?

—A este lado. En esta estrecha franja de hierba entre el sendero y el macizo de flores. Ahora ya no se distinguen las huellas, pero ayer las vi con toda claridad.

—Sí, sí; por aquí ha pasado alguien —dijo Holmes, agachándose junto al césped —. Nuestra dama ha tenido que ir pisando con mucho cuidado, ¿no cree?, porque por un lado habría dejado huellas en el sendero, y por el otro las habría dejado aún más claras en la tierra blanda del macizo de flores.

—Sí, señor; debe de tratarse de una mujer con mucha sangre fría.

Advertí en el rostro de Holmes un momentáneo gesto de concentración.

—¿Dice usted que tuvo que regresar por este mismo camino?

—Sí, señor; no hay otro.

—¿Por esta misma franja de hierba?

—Pues claro, señor Holmes.

—¡Hum! Una hazaña notable..., muy notable. Bien, creo que ya hemos agotado las posibilidades del sendero. Sigamos adelante. Supongo que esta puerta del jardín se suele dejar abierta, ¿no? Con lo cual, la visitante no tenía más que entrar. No traía intenciones de asesinar a nadie, pues en tal caso habría venido provista de alguna clase de arma, en lugar de tener que recurrir a ese cuchillito del escritorio. Avanzó por este corredor sin dejar huellas en la estera de palma, y vino a parar a este despacho. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí? No tenemos manera de saberlo.

—Unos pocos minutos como máximo, señor. Me olvidé de decirle que la señora Marker, el ama de llaves, había estado limpiando aquí poco antes..., como un cuarto de hora, según me contó ella.

—Bien, eso nos permite fijar un límite. Nuestra dama entra en la habitación y ¿qué hace? Se dirige al escritorio. ¿Para qué? No le interesa nada de los cajones; si hubiera en ellos algo que valiera la pena robar, no los habrían dejado abiertos. No, ella busca algo en ese armario de madera. ¡Ajá! ¿Qué es este rasponazo en la superficie? Alúmbreme con una cerilla, Watson. ¿Por qué no me dijo nada de esto, Hopkins?

La señal que estaba examinando comenzaba en la chapa de latón a la derecha del ojo de la cerradura y se prolongaba unas cuatro pulgadas, rayando el barniz de la madera.

—Ya me fijé en eso, señor Holmes, pero siempre se encuentran marcas alrededor

del ojo de la cerradura.

—Ésta es reciente..., muy reciente. Mire cómo brilla el latón en los bordes de la raya. Si la señal fuera vieja, tendría el mismo color que la superficie. Obsérvelo con mi lupa. También el barniz tiene como polvillo a los lados del arañazo. ¿Está por aquí la señora Marker?

Una mujer mayor, de expresión triste, entró en la habitación.

—¿Le quitó usted el polvo ayer por la mañana a este escritorio?

—Sí, señor.

—¿Se fijó usted en este rasponazo?

—No, señor; no me fijé.

—Estoy seguro de ello, porque el plumero se habría llevado este polvillo de barniz. ¿Quién guarda la llave de este escritorio?

—La tiene el profesor, colgada de su cadena de reloj.

—¿Es una llave corriente?

—No, señor, es una llave Chubb.

—Muy bien. Puede retirarse, señora Marker. Ya vamos progresando algo. Nuestra dama entra en el despacho, se dirige al escritorio y lo abre, o al menos intenta abrirlo. Mientras está ocupada en esta operación, entra el joven Willoughby Smith. En sus prisas por retirar la llave, la dama hace esta señal en la puerta. Smith la sujeta y ella, echando mano del objeto más próximo, que resulta ser este cuchillo, le golpea para obligarle a soltar su presa. El golpe resulta mortal. El cae y ella escapa, con o sin el objeto que había venido a buscar. ¿Está aquí Susan, la doncella? ¿Podría haber salido alguien por esa puerta después de que usted oyera el grito, Susan?

—No, señor; es imposible. Antes de bajar la escalera habría visto a quien fuera en el pasillo. Además, la puerta no se abrió, porque yo lo habría oído.

—Eso descarta esta salida. Así pues, no cabe duda de que la dama se marchó por donde había venido. Tengo entendido que este otro pasillo conduce a la habitación del profesor. ¿No hay ninguna salida por aquí?

—No, señor.

—Sigamos por aquí y vayamos a conocer al profesor. ¡Caramba, Hopkins! Esto es muy importante, pero que muy importante. El pasillo del profesor también tiene una estera de palma.

—Bueno, ¿y eso qué?

—¿No ve la relación que esto tiene con el caso? Está bien, está bien, no insisto en ello. Sin duda, estoy equivocado. Pero no deja de parecerme sugerente. Venga conmigo y preséntame.

Recorrimos el pasillo, que era igual de largo que el corredor que conducía al jardín. Al final había un corto tramo de escalones que terminaba en una puerta. Nuestro guía llamó con los nudillos y luego nos hizo pasar a la habitación del profesor.

Se trataba de una habitación muy grande, con las paredes cubiertas por innumerables libros, que desbordaban los estantes y se amontonaban en los rincones o formaban rimeros en torno a la base de las estanterías. La cama se encontraba en el centro de la habitación, y en ella, recostado sobre almohadas, estaba el dueño de la casa. Pocas veces he visto una persona de aspecto más pintoresco. Un rostro demacrado y aguileño nos miraba con ojos penetrantes, que acechaban en sus hundidas cuencas bajo el dosel de unas pobladas cejas. Tenía blancos el cabello y la barba, pero esta última presentaba curiosas manchas amarillas en torno a la boca. Entre la maraña de pelo blanco brillaba un cigarrillo, y el aire de la habitación apestaba a humo rancio de tabaco. Cuando le tendió la mano a Holmes, advertí que también la tenía manchada de amarillo por la nicotina.

—¿Fuma usted, señor Holmes? —dijo, hablando un inglés esmerado y con un cierto tonillo de afectación—. Coja un cigarrillo, por favor. ¿Y usted, caballero? Puedo recomendárselos, porque los prepara especialmente para mí Ionides de Alejandría. Me envía mil cada vez, y deploro tener que confesar que encargo un nuevo suministro cada quince días. Mala cosa, señores, mala cosa; pero un anciano tiene pocos placeres a su alcance. El tabaco y mi trabajo..., eso es todo

lo que me queda.

Holmes había encendido un cigarrillo y lanzaba rápidas miradas por toda la habitación.

—El tabaco y el trabajo, pero ahora sólo el tabaco —exclamó el anciano—. ¡Ay, qué interrupción más fatal! ¿Quién habría podido imaginar una catástrofe tan terrible? ¡Un joven tan agradable! Le aseguro que después de los primeros meses de adaptación resultaba un ayudante admirable. ¿Qué opina usted del asunto, señor Holmes?

—Todavía no he llegado a ninguna conclusión.

—Le estaría de verdad reconocido si consiguiera usted arrojar algo de luz sobre esto que nosotros vemos tan oscuro. A las ratas de biblioteca, y más si son inválidas como yo, un golpe así nos deja paralizados. Pero usted es un hombre de acción..., un aventurero. Cosas así forman parte de la rutina cotidiana de su vida. Usted puede mantener la serenidad en cualquier emergencia. Es una verdadera suerte tenerle de nuestro lado.

Mientras el viejo profesor hablaba, Holmes iba y venía de un lado a otro de la habitación. Observé que estaba fumando con extraordinaria rapidez. Evidentemente, compartía el gusto de nuestro anfitrión por los cigarrillos de Alejandría recién hechos.

—Sí, señor, un golpe aplastante —continuó el anciano—. Esta es mi magnum opus..., ese montón de papeles que hay sobre la mesita de allá. Es un análisis de los documentos encontrados en los monasterios coptos de Siria y Egipto, un trabajo que profundiza en los fundamentos mismos de la religión revelada. Con esta salud tan débil, ya no sé si seré capaz de terminarlo, ahora que me han arrebatado a mi ayudante. ¡Válgame Dios, señor Holmes! ¡Fuma usted aún más que yo!

Holmes sonrió.

—Soy un entendido —dijo, tomando otro cigarrillo de la caja (el cuarto) y encendiéndolo con la colilla del que acababa de terminar—. No tengo intención de molestarle con largos interrogatorios, profesor Coram, porque ya estoy informado de que usted se encontraba en la cama en el momento del crimen y no puede saber nada al respecto. Sólo le preguntaré una cosa: ¿Qué supone usted

que quería decir el pobre muchacho con sus últimas palabras: «El profesor... ha sido ella»?

El profesor meneó la cabeza en señal de negativa.

—Susan es una chica del campo —dijo—, y ya sabe usted lo increíblemente estúpida que es la clase campesina. Me imagino que el pobre muchacho debió murmurar algunas palabras incoherentes o delirantes, y que ella las retorció, convirtiéndolas en este mensaje sin sentido.

—Ya veo. ¿Y no tiene usted ninguna explicación para esta tragedia?

—Podría tratarse de un accidente; podría tratarse, pero esto que quede entre nosotros, de un suicidio. Los jóvenes tienen problemas secretos. Tal vez algún asunto de amores, del que nosotros no sabíamos nada. Me parece una explicación más probable que la del asesinato.

—Pero ¿y las gafas?

—¡Ah! Yo no soy más que un estudioso..., un soñador. No soy capaz de explicar las cosas prácticas de la vida. Aun así, amigo mío, todos sabemos que las prendas de amor pueden adoptar formas muy extrañas. Pero, por favor, coja usted otro cigarrillo. Es un placer encontrar a alguien que sabe apreciarlos. Un abanico, un guante, unas gafas..., ¿quién sabe las cosas que un hombre puede llevar como recuerdo o como símbolo cuando decide poner fin a su vida? Este caballero habla de pisadas en la hierba; pero, al fin y al cabo, es fácil equivocarse en una cosa así. En cuanto al cuchillo, bien pudo rodar lejos del cuerpo del hombre cuando éste cayó al suelo. Puede que esté diciendo tonterías, pero a mí me parece que a Willoughby Smith le llegó la muerte por su propia mano.

Holmes pareció muy sorprendido por la teoría del profesor y continuó paseando de un lado a otro durante un buen rato, sumido en reflexiones y consumiendo un cigarrillo tras otro.

—Dígame, profesor Coram —preguntó por fin—, ¿qué hay en ese armarito del escritorio?

—Nada que pueda interesar a un ladrón. Documentos familiares, cartas de mi pobre esposa, diplomas de universidades que me han concedido honores... Aquí

tiene la llave. Puede verlo usted mismo.

Holmes cogió la llave y la miró un instante; luego la devolvió.

—No, no creo que me sirva de nada —dijo—. Preferiría salir tranquilamente a su jardín y reflexionar un poco sobre el asunto. No se puede descartar del todo esa teoría del suicidio que usted acaba de exponer. Le pido perdón por esta intromisión, profesor Coram, y le prometo que no volveremos a molestarle hasta después de la comida. A las dos vendremos a verle y le informaremos de todo lo que pueda haber ocurrido de aquí a entonces.

Holmes se mostraba curiosamente distraído, y durante un buen rato estuvimos yendo y viniendo en silencio por el sendero del jardín.

—¿Tiene alguna pista? —pregunté por fin.

—Todo depende de esos cigarrillos que he fumado —me respondió—. Es posible que me equivoque por completo. Los cigarrillos me lo harán saber.

—¡Querido Holmes! —exclamé yo—. ¿Cómo demonios...?

—Bueno, bueno, ya lo verá usted por sí mismo. Y si no, no habrá pasado nada. Claro que siempre podemos volver a seguir la pista del óptico, pero hay que aprovechar los atajos cuando se puede. ¡Ah, aquí viene la buena de la señora Marker! Vamos a disfrutar de cinco minutos de instructiva conversación con ella.

Creo haber dicho ya en ocasiones anteriores que Holmes, cuando quería, podía portarse de un modo particularmente encantador con las mujeres y tardaba muy poco en ganarse su confianza. En la mitad del tiempo que había mencionado, ya se había ganado la simpatía del ama de llaves y estaba charlando con ella como si se conocieran desde hacía años.

—Sí, señor Holmes, tiene razón en lo que dice. Fuma de una manera terrible. Todo el día y, a veces, toda la noche. Si viera esa habitación algunas mañanas... Cualquiera se pensaría que es la niebla de Londres. También el pobre señor Smith fumaba, aunque no tanto como el profesor. Su salud..., bueno, la verdad es que no sé si fumar es bueno o malo para la salud.

—Desde luego, quita el apetito —dijo Holmes.

—Bueno, yo no sé nada de eso, señor.

—Apuesto a que el profesor apenas come.

—Bueno, es variable. Es lo único que puedo decir.

—Estoy dispuesto a apostar a que esta mañana no ha desayunado; y después de todos los cigarrillos que le he visto consumir, dudo que toque la comida.

—Pues en eso se equivoca, señor, porque da la casualidad de que esta mañana ha desayunado más que nunca. No creo haberle visto jamás comer tanto. Y para comer ha encargado un buen plato de chuletas. Yo misma estoy sorprendida, porque desde que entré ayer en el despacho y vi al pobre señor Smith tirado en el suelo, no puedo ni mirar la comida. En fin, hay gente para todo y, desde luego, el profesor no ha dejado que eso le quite el apetito.

Nos pasamos toda la mañana en el jardín. Stanley Hopkins se había marchado al pueblo para verificar ciertos rumores acerca de una mujer forastera que unos niños habían visto en la carretera de Chatham la mañana anterior. En cuanto a mi amigo, toda su habitual energía parecía haberle abandonado. Jamás le había visto ocuparse de un caso de una manera tan desganada. Ni siquiera mostró signo alguno de interés ante las novedades que trajo Hopkins, que había localizado a los niños, los cuales habían visto, sin lugar a dudas, a una mujer que respondía exactamente a la descripción de Holmes y que llevaba gafas o lentes de algún tipo. Prestó algo más de atención cuando Susan, al servirnos la comida, nos comunicó espontáneamente que creía que el señor Smith había salido a dar un paseo la mañana anterior y que había regresado tan sólo media hora antes de que ocurriera la tragedia. A mí se me escapaba el significado de tal incidente, pero me di perfecta cuenta de que Holmes lo estaba incorporando al plan general que tenía trazado en el cerebro. De pronto, se levantó de su silla y consultó su reloj.

—Las dos en punto, caballeros —dijo—. Vamos a liquidar este asunto con nuestro amigo el profesor.

El anciano acababa de terminar de comer y, desde luego, su plato vacío daba testimonio del buen apetito que le había atribuido su ama de llaves. Presentaba un aspecto verdaderamente estrafalario cuando volvió hacia nosotros su blanca melena y sus ojos relucientes. En su boca ardía el sempiterno cigarrillo. Se había vestido y estaba sentado en una butaca junto a la chimenea.

—Y bien, señor Holmes, ¿ha resuelto ya este misterio?

Empujó hacia mi compañero la gran lata de cigarrillos que tenía a su lado, sobre una mesa. Holmes extendió el brazo en ese mismo instante y entre los dos hicieron caer la caja al suelo.

Todos nos pasamos un par de minutos de rodillas, recogiendo cigarrillos de los sitios más impensables. Cuando por fin nos incorporamos, advertí que a Holmes le brillaban los ojos y que sus mejillas estaban teñidas de color. Sólo en los momentos críticos había yo visto ondear aquellas banderas de batalla.

—Sí —dijo—. Lo he resuelto.

Stanley Hopkins y yo lo miramos asombrados. En las demacradas facciones del viejo profesor se produjo un temblor que parecía vagamente una sonrisa burlona.

—¿De verdad? ¿En el jardín?

—No, aquí mismo.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

—En este preciso instante.

—¿Es una broma, señor Sherlock Holmes? Me fuerza usted a decirle que este asunto es demasiado serio para tratarlo tan a la ligera.

—He forjado y puesto a prueba todos los eslabones de mi cadena, profesor Coram, y estoy seguro de que es sólida. Lo que aún no puedo decir es cuáles son sus motivos y qué papel exacto desempeña usted en este extraño asunto. Pero, probablemente, dentro de unos pocos minutos lo oiremos de su propia boca. Mientras tanto, voy a reconstruir para usted lo sucedido, de manera que sepa cuál es la información que aún me falta.

Ayer entró una mujer en su despacho. Vino con la intención de apoderarse de ciertos documentos que estaban guardados en su escritorio. Disponía de una llave propia. He tenido oportunidad de examinar la suya, y no presenta la ligera descoloración que habría producido la rozadura contra el barniz. Así pues, usted no participó en su entrada y, por lo que yo he podido interpretar, ella vino sin que usted lo supiese, con intención de robarle.

El profesor lanzó una nube de humo.

—¡Cuán interesante e instructivo! —dijo—. ¿No tiene más que añadir? Sin duda, habiendo seguido hasta aquí los pasos de esa dama, podrá decirnos también lo que ha sido de ella.

—Eso me propongo hacer. En primer lugar, fue sorprendida por su secretario y lo apuñaló para poder escapar. Me inclino a considerar esta catástrofe como un lamentable accidente, pues estoy convencido de que la dama no tenía intención de infligir una herida tan grave. Un asesino no habría venido desarmado. Horrorizada por lo que había hecho, huyó enloquecida de la escena de la tragedia. Por desgracia para ella, había perdido sus gafas en el forcejeo y, como era muy corta de vista, se encontraba del todo perdida sin ellas. Corrió por un pasillo, creyendo que era el mismo por el que había llegado (los dos están alfombrados con esteras de palma), y hasta que no fue demasiado tarde no se dio cuenta de que se había equivocado de pasillo y que tenía cortada la retirada. ¿Qué podía hacer? No podía quedarse donde estaba. Tenía que seguir adelante. Así que siguió adelante. Subió unas escaleras, empujó una puerta y se encontró aquí en su habitación.

El anciano se había quedado con la boca abierta, mirando a Holmes como alelado. En sus expresivas facciones se reflejaban tanto el asombro como el miedo. Por fin, haciendo un esfuerzo, se encogió de hombros y estalló en una risa nada sincera.

—Todo eso está muy bien, señor Holmes —dijo—. Pero existe un pequeño fallo en esa espléndida teoría. Yo estaba en mi habitación y no salí de ella en todo el día.

—Soy consciente de eso, profesor Coram.

—¿Pretende usted decir que yo puedo estar en esa cama y no darme cuenta de que ha entrado una mujer en mi habitación?

—No he dicho eso. Usted se dio cuenta. Usted habló con ella. Usted la reconoció. Y usted la ayudó a escapar.

Una vez más, el profesor estalló en chillonas carcajadas. Se había puesto en pie y sus ojos brillaban como ascuas.

—¡Usted está loco! —exclamó—. ¡No dice más que tonterías! ¿Conque yo la ayudé a escapar, eh? ¿Y dónde está ahora?

—Está aquí —respondió Holmes, señalando una librería alta y cerrada que había en un rincón de la habitación.

El anciano levantó los brazos, sus severas facciones sufrieron una terrible convulsión y cayó desplomado en su butaca. En el mismo instante, la librería que Holmes había señalado giró sobre unas bisagras y una mujer se precipitó en la habitación.

—¡Tiene usted razón! —exclamó con un extraño acento extranjero—. ¡Tiene usted razón! ¡Aquí estoy!

Estaba cubierta de polvo y envuelta en telarañas que se habían desprendido de las paredes de su escondite. También su rostro estaba tiznado de suciedad, pero ni en las mejores condiciones habría sido hermoso, ya que presentaba exactamente todas las características físicas que Holmes había adivinado, con el añadido de una larga y obstinada mandíbula. A causa de su natural miopía, agravada por el súbito paso de las tinieblas a la luz, se había quedado como deslumbrada, parpadeando para tratar de distinguir dónde estábamos y quiénes éramos. Y sin embargo, a pesar de todos estos inconvenientes, había cierta nobleza en el porte de aquella mujer, cierta gallardía en su desafiante mandíbula y su cabeza erguida que despertaban algo de respeto y admiración. Stanley Hopkins le había puesto la mano sobre el brazo, declarándola detenida, pero ella le hizo a un lado, con suavidad pero con una dignidad tan dominante que imponía obediencia. El anciano se echó hacia atrás en su asiento, con el rostro crispado, y la miró con ojos afligidos.

—Sí, señores, estoy en sus manos —dijo—. Desde donde estaba he podido oírlo todo, y he comprendido que ha averiguado la verdad. Lo confieso todo. Yo maté a ese joven. Pero tiene usted razón al decir que fue un accidente. Ni siquiera me di cuenta de que había agarrado un cuchillo. Estaba desesperada y eché mano a lo primero que encontré sobre la mesa para golpearle y hacer que me soltara. Les estoy diciendo la verdad.

—Señora —dijo Holmes—, estoy seguro de que dice la verdad, pero me temo que usted no se encuentra bien.

El rostro de la mujer había adquirido un color espantoso, que las oscuras

manchas de polvo hacían parecer aún más cadavérico. Fue a sentarse en el borde de la cama y reanudó su relato.

—Me queda poco tiempo aquí —dijo—, pero quiero que sepan ustedes toda la verdad. Soy la esposa de este hombre. Y él no es inglés: es ruso. Su nombre no se lo voy a decir.

Por primera vez el anciano pareció conmovido.

—¡Dios te bendiga, Anna! —exclamó—. ¡Dios te bendiga!

Ella lanzó una mirada de absoluto desdén en su dirección.

—¿Por qué sigues empeñado en aferrarte a esa vida miserable, Sergius? —dijo—. Una vida que ha causado daño a tantas personas sin beneficiar a ninguna..., ni siquiera a ti. Sin embargo, no es asunto mío romper ese frágil hilo antes del momento que Dios decida. Ya he cargado con bastante peso sobre mi conciencia desde que atravesé el umbral de esta maldita casa. Pero tengo que hablar antes de que sea demasiado tarde. Como he dicho, caballeros, soy la esposa de este hombre. Cuando nos casamos, él tenía cincuenta años y yo era una alocada muchacha de veinte.

Estábamos en una ciudad de Rusia, en una universidad...; pero no voy a decir dónde.

—¡Dios te bendiga, Anna! —murmuró de nuevo el anciano.

—Éramos reformistas..., revolucionarios...; en fin, nihilistas, ya me entienden. Él y yo, y muchos más. Nos vimos metidos en problemas, un policía resultó muerto, hubo muchas detenciones, se buscaron pruebas y para salvar su vida y obtener de paso una fuerte recompensa mi marido nos traicionó, a su propia esposa y a sus compañeros. Sí, nos detuvieron a todos gracias a su confesión. Algunos acabaron en la horca y otros en Siberia. Yo me encontraba entre estos últimos, pero mi condena no era para toda la vida. Mi marido se vino a Inglaterra con sus mal adquiridas ganancias y aquí ha vivido discretamente desde entonces, sabiendo que si la Hermandad descubría dónde estaba no se tardaría ni una semana en hacer justicia.

El anciano profesor extendió una mano temblorosa y cogió un cigarrillo.

—Estoy en tus manos, Anna —dijo—. Siempre has sido buena conmigo.

—Todavía no les he contado hasta dónde llegó tu vileza —continuó la mujer—. Entre nuestros camaradas de la Hermandad había uno que era mi amigo del alma. Era noble, generoso, atento..., todo lo que mi marido no era. Odiaba la violencia. Todos nosotros éramos culpables, si es que se puede hablar de culpa, menos él. Me escribía constantes cartas tratando de disuadirme de seguir por aquel camino. Aquellas cartas le habrían salvado, y también mi diario, donde yo iba dejando constancia día a día de mis sentimientos hacia él y de las opiniones de cada uno. Mi marido encontró el diario y las cartas y los escondió. Juró todo lo que hizo falta jurar para que condenaran a Alexis a muerte. No consiguió sus propósitos, pero lo enviaron a Siberia, donde aún sigue, trabajando en una mina de sal. Piensa en ello, canalla, más que canalla. Ahora mismo, en este preciso instante, Alexis, un hombre cuyo nombre no eres digno ni de pronunciar, lleva una vida de esclavo..., y sin embargo, tengo tu vida en mis manos y te dejo vivir.

—Siempre has sido noble, Anna —dijo el anciano sin dejar de chupar su cigarrillo.

La mujer se había puesto en pie, pero se dejó caer de nuevo con un gemido de dolor.

—Tengo que terminar —dijo—. Cuando cumplí mi condena, me propuse recuperar el diario y las cartas para hacerlos llegar al gobierno ruso y conseguir la puesta en libertad de mi amigo. Sabía que mi esposo había venido a Inglaterra. Me pasé meses haciendo averiguaciones y al fin descubrí su paradero. Me constaba que aún tenía el diario, porque estando en Siberia recibí una carta suya haciéndome reproches y citando algunos párrafos de sus páginas. Sin embargo, conociendo su carácter vengativo, estaba segura de que jamás me lo devolvería de buen grado. Tenía que apoderarme de él por mis propios medios. Con este objeto, acudí a una agencia de detectives privados y contraté a un agente, que se introdujo en la casa de mi marido como secretario... Fue tu segundo secretario, Sergius, el que te dejó de manera tan precipitada. Este hombre descubrió que los documentos se guardaban en el escritorio y sacó un molde de la llave. No quiso pasar de ahí. Me proporcionó un plano de la casa y me dijo que por la mañana el despacho estaba siempre vacío, porque el secretario trabajaba aquí arriba. Así pues, hice acopio de valor y vine a recuperar los papeles con mis propias manos. Lo conseguí, pero ¡a qué precio! Acababa de apoderarme de los papeles y estaba cerrando el armario cuando aquel joven me agarró. Ya nos habíamos visto

aquella misma mañana. Nos encontramos en la carretera y yo le pregunté dónde vivía el profesor Coram, sin saber que era empleado suyo.

—¡Exacto! ¡Eso es! —exclamó Holmes—. El secretario volvió a casa y le habló a su jefe de la mujer que había visto. Y luego, con su último aliento, intentó transmitir el mensaje de que había sido ella..., la «ella» de la que acababa de hablar con el profesor.

—Tiene que dejarme hablar —dijo la mujer en tono imperativo, mientras su rostro se contraía como por efecto del dolor—. Cuando él cayó al suelo, yo salí corriendo, pero me equivoqué de puerta y fui a parar a la habitación de mi marido. Él amenazó con entregarme. Yo le dije que si lo hacía, su vida estaba en mis manos: si él me delataba a la policía, yo le delataría a la Hermandad. Si yo quería vivir no era pensando en mí misma, sino porque deseaba cumplir mi propósito. Él sabía que yo cumpliría mi amenaza, que su propio destino estaba ligado al mío. Por esta razón, y no por otra, me encubrió. Me metió en ese oscuro escondite, una reliquia de otros tiempos que sólo él conocía. Pidió que le sirvieran las comidas en su habitación y así pudo darme parte de las mismas. Quedamos de acuerdo en que en cuanto la policía dejase la casa, yo me escabulliría por la noche y me marcharía para no volver más. Pero, no sé cómo, parece que usted ha adivinado nuestros planes —sacó un paquetito de la pechera de su vestido y continuó—: Estas son mis últimas palabras. Aquí está el paquete que salvará a Alexis. Lo confío a su honor y su sentido de la justicia. Tómenlo y entréguenlo en la embajada rusa. Y ahora que ya he cumplido con mi deber, yo...

—¡Quieta! —gritó Holmes, atravesando la habitación de un salto y arrebatándole

de la mano un frasquito.

—Demasiado tarde —dijo ella derrumbándose en la cama—. Demasiado tarde. Tomé el veneno antes de salir de mi escondite. Me da vueltas la cabeza..., me voy... Confío en usted, señor, acuérdese del paquete.

—Un caso sencillo, pero muy instructivo en ciertos aspectos —comentó Holmes durante el viaje de regreso a Londres—. Desde un principio, todo giraba en torno a las gafas. De no haberse dado la afortunada circunstancia de que el moribundo se quedara con ellas, no sé si habríamos conseguido hallar la solución. Al ver la potencia que tenían las lentes, comprendí en seguida que su propietaria tenía que

haber quedado ciega e indefensa al verse privada de ellas. Cuando usted pretendió hacerme creer que una persona así pudo recorrer una estrecha franja de césped sin dar ni un solo paso en falso, le comenté, como recordará, que me parecía una verdadera hazaña. Por mi parte, decidí que se trataba de una hazaña imposible, a menos que dispusiera de un segundo par de gafas, lo cual parecía muy improbable. En consecuencia, me vi obligado a considerar seriamente la hipótesis de que se hubiera quedado dentro de la casa. Al observar la semejanza entre los dos corredores comprendí que era muy probable que la mujer se hubiera equivocado, en cuyo caso era evidente que habría ido a parar a la habitación del profesor. De manera que me puse ojo avizor ante cualquier cosa que pudiera apoyar esta suposición, y examiné cuidadosamente la habitación en busca de algún posible escondite. La alfombra parecía de una sola pieza y bien clavada, así que descarté la idea de una trampilla en el suelo. Pero podía existir un hueco detrás de los libros. Como saben, estos dispositivos eran frecuentes en las antiguas bibliotecas. Me fijé en que había libros amontonados en el suelo por todas partes, y sin embargo quedaba una estantería vacía. Allí podía estar la puerta. No encontré ninguna huella que me orientara, pero la alfombra tenía un color pardusco que se presta muy bien al examen. Así que me fumé un montón de esos excelentes cigarrillos y dejé caer la ceniza por todo el espacio que quedaba delante de la librería sospechosa. Un truco muy sencillo, pero la mar de efectivo. Luego bajamos al jardín y, delante de usted, Watson, aunque usted no se dio cuenta de la intención de mis preguntas, me cercioré de que el consumo de alimentos del profesor Coram había aumentado..., como cabría esperar de quien tiene que alimentar a una segunda persona. Volvimos a subir a la habitación y me las arreglé para tirar la caja de cigarrillos, con lo que tuve ocasión de examinar el suelo de cerca y pude ver con toda claridad, por las huellas dejadas sobre la ceniza del cigarrillo, que durante nuestra ausencia la prisionera había salido de su agujero. Bien, Hopkins, hemos llegado a Charing Cross y le felicito por haber llevado el caso a tan feliz conclusión. Supongo que irá usted a Jefatura. Watson, creo que usted y yo nos daremos un paseo hasta la embajada rusa.

11. La aventura del Tres Cuartos desaparecido

En Baker Street estábamos bastante acostumbrados a recibir telegramas extraños, pero recuerdo uno en particular que nos llegó una sombría mañana de febrero hace ocho años y que tuvo bastante desconcertado a Sherlock Holmes durante un buen cuarto de hora. Venía dirigido a él y decía lo siguiente:

«Por favor, espéreme. Terrible desgracia. Desaparecido tres cuartos ala derecha. Indispensable mañana. - OVERTON.»

—Sellado en el Strand y despachado a las diez treinta y seis —dijo Holmes, releyéndolo una y otra vez—. Evidentemente, el señor Overton se encontraba considerablemente excitado cuando lo envió y, en consecuencia, algo incoherente. En fin, me atrevería a decir que lo tendremos aquí antes de que termine de echarle un vistazo al Times, y entonces nos enteraremos de todo. En tiempos de estancamiento como éstos, hasta el más insignificante problema es bien venido.

Era cierto que últimamente no habíamos estado muy activos y yo había aprendido a temer aquellos períodos de inactividad porque sabía por experiencia que la mente de mi amigo era tan anormalmente inquieta que resultaba peligroso dejarle privado de material con el que trabajar. Con los años, yo había conseguido irle apartando poco a poco de aquella afición a las drogas que en un cierto momento había amenazado con poner en jaque su brillante carrera. Ahora me constaba que, en condiciones normales, Holmes ya no tenía necesidad de estímulos artificiales; pero yo sabía que el demonio no estaba muerto, sino sólo dormido, y había tenido ocasión de comprobar que su sueño era muy ligero y su despertar inminente cuando, en períodos de inacción, el rostro ascético de Holmes se contraía y sus ojos hundidos e inescrutables adoptaban una expresión melancólica. Así pues, bendije a este señor Overton, quienquiera que fuese, que con su enigmático mensaje venía a romper la peligrosa calma, que para mi

amigo encerraba más peligro que todas las tempestades de su turbulenta vida.

Tal como esperábamos, tras el telegrama no tardó en llegar su remitente: la tarjeta del señor Cyril Overton, del Trinity College de Cambridge, anunció la entrada de un mocetón gigantesco, más de cien kilos de hueso y músculo macizo, que obstruía todo el hueco de la puerta con sus anchos hombros mientras nos miraba a Holmes y a mí con un rostro simpático pero contraído por la ansiedad.

—¿El señor Holmes?

Mi compañero hizo una inclinación de cabeza.

—He estado en Scotland Yard, señor Holmes. He visto al inspector Stanley Hopkins, y él me ha recomendado que acudiese a usted. Dice que el caso, por lo que él ha podido entender, está más dentro de su campo que del de la policía.

—Siéntese, por favor, y explíqueme de qué se trata.

—¡Es espantoso, señor Holmes, sencillamente espantoso! No sé cómo no se me ha vuelto el pelo blanco. Godfrey Staunton..., sabrá usted quién es, naturalmente... Ni más ni menos que el eje sobre el que gira todo el equipo. No me importaría prescindir de dos hombres del montón con tal de tener a Godfrey en la línea de tres cuartos. No hay quien pueda hacerle sombra, ni pasando, ni recibiendo, ni regateando, y encima tiene cabeza y sabe mantenernos conjuntados. ¿Qué puedo hacer? Eso es lo que le pregunto, señor Holmes. Está Moorhouse, el primer reserva, pero está entrenado como medio y siempre se empeña en meterse de lleno en el barullo, en lugar de ceñirse a la banda. Tiene buen pie para los saques, de acuerdo, pero no se entera y le falta punta de velocidad. Seguro que Morton o Johnson, los puntas de Oxford, lo dejan tirado. Stevenson corre bastante, pero no podría tirar desde la línea de veinticinco, y no voy a meter un tres cuartos que ni centra ni empalma sólo porque corra mucho. No, señor Holmes, estamos perdidos a menos que usted me ayude a encontrar a Godfrey Staunton.

Mi amigo había escuchado con divertido asombro este largo parlamento, que fue pronunciado con una fuerza y una seriedad extraordinarias, remachando cada declaración con una vigorosa palmada en la rodilla del orador. Cuando nuestro visitante acabó de hablar, Holmes estiró la mano y tomó la letra «S» de su archivo de datos. Pero, por una vez, no le sirvió de nada excavar en aquella mina

de información variada.

—Aquí tengo a Arthur H. Staunton, el joven y prometedor falsificador —dijo—. Y estaba también Henry Staunton, a quien ayudé a colgar; pero este Godfrey Staunton es un nombre nuevo para mí.

Ahora era nuestro visitante el que se sorprendía:

—¡Pero cómo, señor Holmes! ¡Le suponía un hombre bien informado! —exclamó —. Y ahora que lo pienso, si no le suena el nombre de Godfrey Staunton, puede que tampoco haya oído hablar de Cyril Overton.

Holmes, con expresión divertida, negó con la cabeza.

—¡Válgame Dios! —exclamó el deportista—. ¡Pero si fui primer reserva de Inglaterra contra Gales y llevo todo el año de capitán de la «Uni»! Claro que eso no es nada. Jamás imaginé que hubiera una sola persona en Inglaterra que no conociera a Godfrey Staunton, el tres cuartos rompedor del Cambridge, del Blackheath, y cinco veces internacional. ¡Santo Dios, señor Holmes! ¿En qué mundo vive usted?

Holmes se echó a reír ante el ingenuo asombro del joven gigante.

—Señor Overton, usted vive en un mundo diferente al mío, más agradable y más sano. Las ramificaciones de mi mundo se extienden por muchos sectores de la sociedad, pero me alegra decir que jamás habían penetrado en el campo del deporte aficionado, que es lo mejor y más sólido que hay en Inglaterra. Sin embargo, su inesperada visita me demuestra que incluso en ese mundo de aire puro y juego limpio puede haber trabajo para mí; así pues, señor mío, le ruego que se siente y me explique despacio, con tranquilidad y con detalle, lo que ha ocurrido y qué clase de ayuda espera usted de mí.

El rostro del joven Overton había adoptado la expresión incómoda de quien está más acostumbrado a usar los músculos que el ingenio; pero poco a poco, con numerosas repeticiones y pasajes oscuros que más vale omitir en este relato, fue exponiéndonos su extraña historia.

—La situación es la siguiente, señor Holmes. Como ya le he dicho, soy el capitán del equipo de rugby de la Universidad de Cambridge, y Godfrey Staunton es mi mejor jugador. Mañana jugamos contra Oxford. Ayer llegamos a

Londres y nos instalamos en el hotel de Bentley. A las diez hice la ronda para asegurarme de que todos estaban recogidos, porque creo que el entrenamiento riguroso y el sueño abundante son fundamentales para mantener el equipo en forma. Cambié unas palabras con Godfrey antes de que se retirara a dormir. Me pareció pálido y preocupado, y le pregunté si le ocurría algo. Me dijo que todo iba bien, que era sólo un pequeño dolor de cabeza. Le deseé buenas noches y lo dejé. Media hora después, según dice el portero, llegó un tipo barbudo y de aspecto patibulario, con una carta para Godfrey. Éste todavía no se había acostado, así que le subieron la carta a su habitación. Nada más leerla, cayó desplomado en un sillón, como si le hubieran pegado un hachazo. El portero se asustó tanto que hizo intención de salir a buscarme, pero Godfrey lo detuvo, bebió un trago de agua y se recompuso. Luego bajó al vestíbulo, habló unas palabras con el hombre que aguardaba allí y los dos se marcharon juntos. Cuando el portero los vio por última vez, iban casi corriendo calle abajo, en dirección al Strand. Esta mañana, la habitación de Godfrey estaba vacía, su cama estaba sin deshacer y todas sus cosas estaban tal como yo las había visto la noche antes. Se largó con aquel desconocido a la primera de cambio y desde entonces no hemos tenido noticias de él. Yo no creo que vuelva. Este Godfrey era un deportista hasta la médula, y no habría abandonado sus entrenamientos y dejado plantado a su capitán de no ser por un motivo irresistible. No, me da la sensación de que se ha ido para siempre y no lo volveremos a ver.

Sherlock Holmes escuchaba con la máxima atención este curioso relato.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó.

—Telegrafié a Cambridge, por si allí habían sabido algo de él. Ya me han contestado, y nadie lo ha visto.

—¿Pudo haber regresado a Cambridge?

—Sí, hay un tren nocturno a las once y cuarto.

—Pero, hasta donde usted sabe, no lo tomó.

—No, nadie lo ha visto.

—¿Qué hizo usted a continuación?

—Envié un telegrama a lord Mount-James.

—¿Por qué a lord Mount-James?

—Godfrey es huérfano, y lord Mount-James es su pariente más próximo. Su tío, creo.

—¿Ah, sí? Esto arroja una nueva luz sobre el asunto. Lord Mount-James es uno de los hombres más ricos de toda Inglaterra.

—Eso he oído decir a Godfrey.

—¿Y su amigo es pariente próximo?

—Sí, es su heredero, y el viejo ya tiene casi ochenta años... y además está podrido de la gota. Dicen que podría darle tiza al taco de billar con los nudillos. Jamás en su vida le dio a Godfrey un chelín, porque es un avaro sin remisión, pero cualquier día lo recibirá todo de golpe.

—¿Ha recibido contestación de lord Mount-James?

—No.

—¿Qué motivo podría tener su amigo para ir a casa de lord Mount-James?

—Bueno, algo le tenía preocupado la noche anterior, y si se trataba de un asunto de dinero, es posible que recurriera a su pariente más próximo, que tiene tanto; aunque, por lo que yo he oído, tenía bien pocas posibilidades de sacarle algo. Godfrey no se llevaba muy bien con el viejo, y no iría a verlo si pudiera evitarlo.

—Bien, eso lo aclararemos pronto. Pero aun suponiendo que fuera a ver a su pariente lord Mount-James, todavía tiene usted que explicar la visita de ese individuo patibulario a una hora tan intempestiva y la agitación que provocó su llegada.

Cyril Overton se apretó la cabeza con las manos.

—¡No se me ocurre ninguna explicación! —exclamó.

—Bien, bien, tengo el día libre y será un placer echarle un vistazo al asunto —dijo Holmes—. Le recomiendo encarecidamente que haga usted sus preparativos para el partido sin contar con este joven caballero. Como usted bien dice, tiene

que haber surgido una necesidad ineludible para que se marchara de esa forma, y lo más probable es que esa misma necesidad lo mantenga alejado. Vamos a acercarnos juntos al hotel y veremos si el portero puede arrojar alguna luz sobre el asunto.

Sherlock Holmes era un maestro consumado en el arte de conseguir que un testigo humilde se sintiera cómodo, y tardó muy poco, en la intimidad de la habitación abandonada de Godfrey Staunton, en sacarle al portero todo lo que éste tenía que decir. El visitante de la noche anterior no era un caballero, y tampoco un trabajador. Era, sencillamente, lo que el portero describía como «un tipo vulgar»; un hombre de unos cincuenta años, barba entrecana y rostro pálido, vestido con discreción. También él parecía nervioso; el portero había observado que le temblaba la mano cuando entregó la carta. Godfrey Staunton se había guardado la carta en el bolsillo. No le había dado la mano al hombre al encontrarlo en el vestíbulo. Habían intercambiado unas pocas frases, de las que el portero sólo llegó a distinguir la palabra «tiempo». Luego se habían marchado a toda prisa, de la manera ya descrita. Eran exactamente las diez y media en el reloj del vestíbulo.

—Vamos a ver —dijo Holmes, sentándose en la cama de Staunton—. Usted es el portero de día, ¿no es así?

—Sí, señor; acabo mi turno a las once.

—Supongo que el portero de noche no vería nada.

—No, señor; de madrugada llegó un grupo que venía del teatro, pero nadie más.

—¿Estuvo usted de servicio todo el día de ayer?

—Sí, señor.

—¿Llevó usted algún mensaje al señor Staunton?

—Sí, señor; un telegrama.

—¡Ah! Eso es interesante. ¿A qué hora?

—A eso de las seis.

—¿Dónde estaba el señor Staunton cuando lo recibió?

—Aquí, en su habitación.

—¿Se encontraba usted presente cuando lo abrió?

—Sí, señor; me quedé a esperar por si había contestación.

—¿Y qué? ¿La hubo?

—Sí, señor; escribió una respuesta.

—¿Se hizo usted cargo de ella?

—No. La llevó él mismo.

—¿Pero la escribió en su presencia?

—Sí, señor. Yo me quedé junto a la puerta, y él escribió en esa mesa, vuelto de espaldas. Al terminar de escribir, dijo: «Muy bien, portero; ya lo llevaré yo mismo». —¿Qué utilizó para escribir?

—Una pluma, señor.

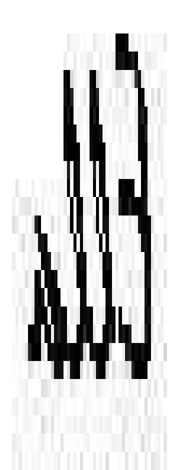
—¿Utilizó un impreso de esos que hay sobre la mesa?

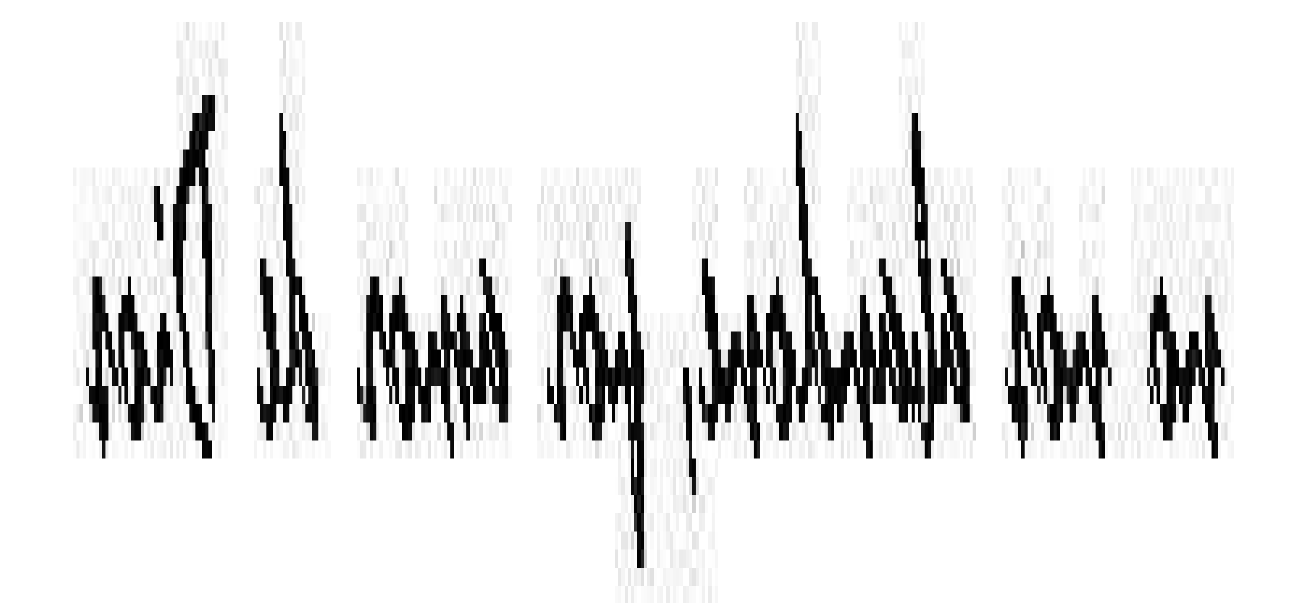
—Sí, señor; el de encima.

Holmes se levantó, tomó los impresos para telegramas, los acercó a la ventana y examinó con mucha atención el que estaba encima del montón.

—Es una pena que no escribiera con lápiz —dijo por fin, dejándolos en su sitio con un resignado encogimiento de hombros—. Como sin duda habrá observado con frecuencia, Watson, la escritura suele quedar marcada a través del papel, un fenómeno que ha ocasionado la disolución de más de un feliz matrimonio. Pero aquí no ha quedado ni rastro. No obstante, me complace advertir que escribió con una plumilla de punta ancha, así que estoy casi convencido de que encontraremos alguna impresión en este secante. ¡Ajá, seguro que es esto!

Arrancó una tira de papel secante y nos mostró el siguiente jeroglífico:





—¡Póngalo frente al espejo! —exclamó Cyril Overton, muy excitado.

—No hace falta —dijo Holmes—. El papel es fino y podremos leer el mensaje en el reverso. Aquí está.

Dio la vuelta al papel y leímos esto:

Ella

no nos abandona, por amor de Dios

—Así que esto es el final del telegrama que Godfrey Staunton envió pocas horas antes de su desaparición. Nos faltan por lo menos seis palabras del mensaje, pero lo que queda..., «No nos abandone, por amor de Dios»..., demuestra que este joven sentía la inminencia de un formidable peligro, del que alguien podía protegerle. ¡Fíjense que dice nos! Luego existe otra persona afectada. ¿Quién podría ser sino ese hombre pálido y barbudo que parecía tan nervioso? ¿Qué relación existe entre Godfrey Staunton y el barbudo? ¿Y quién es esta tercera persona a la que ambos piden ayuda contra el peligro inminente? Nuestra investigación ha quedado ya concretada en eso.

—No tenemos más que averiguar a quién iba dirigido ese telegrama —sugerí yo.

—Exacto, mi querido Watson. Su idea, con ser tan profunda, ya se me había pasado por la cabeza. Pero tal vez no se haya parado usted a pensar que, si se presenta en una oficina de Telégrafos y pide que le enseñen el resguardo de un telegrama enviado por otra persona, puede que los funcionarios no se muestren demasiado dispuestos a complacerle. ¡Hay tanto tiquismiquis en este tipo de cosas!. Sin embargo, no me cabe duda alguna de que con un poco de delicadeza y mano izquierda se podría conseguir. Mientras tanto, señor Overton, me gustaría inspeccionar en su presencia esos papeles que hay encima de la mesa.

Había una cierta cantidad de cartas, facturas y cuadernos de notas, que Holmes examinó uno por uno, con dedos ágiles y nerviosos y ojos rápidos y penetrantes.

—Nada por aquí —dijo por fin—. A propósito, supongo que su amigo era un joven saludable. ¿No sabe si tenía algún problema?

—Estaba hecho un toro.

—¿Le ha visto alguna vez enfermo?

—Ni un solo día. Una vez tuvo que guardar reposo a causa de una patada, y otra

vez se dislocó la rótula, pero eso no es nada.

—Puede que no estuviera tan fuerte como usted supone. Me siento inclinado a pensar que tenía algún problema secreto. Con su permiso, me voy a guardar uno o dos de estos papeles, por si resultan de utilidad en nuestras futuras pesquisas.

—¡Un momento, un momento! —exclamó una voz quejumbrosa.

Al volvernos a mirar, vimos a un anciano estrafalario que temblequeaba y se estremecía en el umbral de la puerta. Vestía de riguroso negro, con ropas raídas, sombrero de copa de ala muy ancha y una chalina blanca y floja. El efecto general era el de un párroco de pueblo o un ayudante de funeraria. Sin embargo, a pesar de su aspecto desastrado e incluso absurdo, su voz chirriaba de modo tan agudo y sus modales tenían tal intensidad que resultaba obligado prestarle atención.

—¿Quién es usted, señor, y con qué derecho anda husmeando en los papeles de este caballero? —preguntó.

—Soy detective privado y estoy intentando aclarar su desaparición.

—Ah, ¿conque eso es usted? ¿Y quién le ha autorizado, eh?

—Este caballero, amigo del señor Staunton, vino a verme por recomendación de Scotland Yard.

—¿Quién es usted, señor?

—Soy Cyril Overton.

—Entonces es usted el que me envió el telegrama. Yo soy lord Mount-James. He venido todo lo deprisa que ha querido traerme el ómnibus de Bayswater. ¿De manera que ha contratado usted a un detective?

—Sí, señor.

—¿Y está usted dispuesto a afrontar ese gasto?

—Estoy seguro, señor, de que mi amigo Godfrey responderá de ello en cuanto lo encontremos.

—¿Y si no lo encuentran? ¿Eh? ¡Contésteme a eso!

—En tal caso, seguro que su familia...

—¡De eso nada, señor mío! —chilló el hombrecillo—. ¡A mí no me pida ni un

penique! ¡Ni un penique! ¿Se entera usted, señor detective? Este muchacho no tiene más familia que yo, y yo le digo que no me hago responsable. Si tiene alguna aspiración a heredar se debe al hecho de que yo jamás he malgastado el dinero, y no tengo intención de empezar ahora. En cuanto a esos papeles con los que tantas libertades se toma, le advierto que si hay entre ellos algo de valor, tendrá usted que responder puntualmente de lo que haga con ellos.

—Muy bien, señor —respondió Sherlock Holmes—. Mientras tanto, ¿puedo preguntar si tiene usted alguna teoría que explique la desaparición del joven?

—No, señor, no la tengo. Tiene ya edad y tamaño suficientes para cuidar de sí mismo, y si es tan imbécil que se pierde, me niego por completo a aceptar la responsabilidad de buscarlo.

—Me doy perfecta cuenta de su posición —dijo Holmes, con un brillo malicioso en los ojos—. Pero tal vez usted no comprenda bien la mía. Según parece, este Godfrey Staunton carece de medios económicos. Si lo han secuestrado, no puede haber sido por algo que él posea. La fama de sus riquezas, lord Mount-James, se ha extendido más allá de nuestras fronteras, y es muy posible que una banda de ladrones se haya apoderado de su sobrino con el fin de sacarle información acerca de su casa, sus costumbres y sus tesoros.

El rostro de nuestro menudo y antipático visitante se volvió tan blanco como su chalina.

—¡Cielos, caballero, qué idea! ¡Jamás se me habría ocurrido semejante canallada! ¡Qué gentuza tan inhumana hay en el mundo! Pero Godfrey es un buen muchacho, un chico de fiar...; por nada del mundo traicionaría a su viejo tío. Haré trasladar toda la plata al banco esta misma tarde. Mientras tanto, señor detective, no escatime esfuerzos. Le ruego que no deje piedra sin remover para recuperarlo sano y salvo. En cuanto a dinero, bueno, siempre puede recurrir a mí, mientras no pase de cinco o, todo lo más, diez libras.

Ni aun después de verse obligado a adoptar esta humilde actitud pudo el avariento aristócrata proporcionarnos alguna información útil, ya que sabía muy poco de la vida privada de su sobrino. Nuestra única pista era el fragmento de telegrama, y Holmes, llevando una copia del mismo en la mano, se puso en marcha dispuesto a encontrar un segundo eslabón para su cadena. Nos habíamos quitado de encima a lord MountJames, y Overton había ido a discutir con los

demás miembros de su equipo la desgracia que les había sobrevenido. A poca distancia del hotel había una oficina de telégrafos. Nos detuvimos a la puerta.

—Vale la pena intentarlo, Watson —dijo Holmes—. Claro que con una orden judicial podríamos exigir ver los resguardos, pero aún no hemos llegado a esos niveles. No creo que se acuerden de las caras en un sitio tan concurrido. Vamos a arriesgarnos.

Se dirigió a la joven situada tras la ventanilla y habló con su tono más dulzón.

—Perdone que la moleste. Ha debido haber algún error en un telegrama que envié ayer. No he recibido respuesta, y mucho me temo que se me olvidara poner mi nombre al final. ¿Podría usted confiarme si fue así?

La muchacha echó mano a una pila de impresos.

—¿A qué hora lo puso?

—Poco después de las seis.

—¿A quién iba dirigido?

Holmes se llevó un dedo a los labios y me lanzó una mirada.

—Las últimas palabras eran «por amor de Dios» —susurró en tono confidencial

—. Me tiene muy angustiado el no recibir contestación.

La joven separó uno de los impresos.

—Aquí está. No lleva firma —dijo, alisándolo sobre el mostrador.

—Claro, eso explica que no me hayan respondido —dijo Holmes—. ¡Qué estúpido he sido! Buenos días, señorita, y muchas gracias por haberme quitado esa preocupación.

En cuanto estuvimos de nuevo en la calle, Holmes se echó a reír por lo bajo y se frotó las manos.

—¿Y bien? —pregunté yo.

—Vamos progresando, querido Watson, vamos progresando. Tenía siete planes diferentes para echarle el ojo a ese telegrama, pero no esperaba tener éxito a la primera.

—¿Y qué ha sacado en limpio?

—Un punto de partida para la investigación —alzó la mano para detener un coche y dijo—: a la estación de King's Cross.

—¿Así que nos vamos de viaje?

—Sí, creo que tendremos que darnos una vuelta por Cambridge. Todos los indicios parecen apuntar en esa dirección.

—Dígame, Holmes —pregunté mientras rodábamos calle arriba por Gray's Inn Road—, ¿tiene ya alguna sospecha sobre la causa de la desaparición? No creo recordar, entre todos nuestros casos, ninguno que tuviera unos motivos tan poco claros. Supongo que no creerá usted en serio eso de que le puedan haber secuestrado para obtener información acerca de la fortuna de su tío.

—Confieso, querido Watson, que esa explicación no me parece muy probable. Sin embargo, se me ocurrió que era la única que tenía posibilidades de interesar a ese anciano tan desagradable.

—Y ya lo creo que le interesó. Pero ¿qué otras alternativas existen?

—Podría mencionar varias. Tiene usted que admitir que resulta muy curioso y sugerente que esto haya ocurrido en la víspera de un partido importante y que afecte precisamente al único hombre cuya presencia parece esencial para la victoria de su equipo. Naturalmente, puede tratarse de una coincidencia, pero no deja de ser interesante. En el deporte aficionado no hay apuestas organizadas, pero entre el público se cruzan muchas apuestas bajo cuerda, y es posible que alguien haya considerado que vale la pena anular a un jugador, como hacen con los caballos los tramposos del hipódromo. Esta sería una explicación. Hay otra bastante evidente, y es que este joven es, efectivamente, el heredero de una gran fortuna, por muy modesta que sea su situación actual, de manera que no se puede descartar la posibilidad de un secuestro para obtener rescate.

—Estas teorías no explican lo del telegrama.

—Muy cierto, Watson. El telegrama sigue siendo el único elemento concreto del que disponemos, y no debemos permitir que nuestra atención se desvíe por otros caminos. Si vamos a Cambridge es precisamente para tratar de arrojar algo de luz sobre el propósito de ese telegrama. Por el momento, nuestra investigación no tiene un rumbo muy claro, pero no me sorprendería mucho que de aquí a la noche lo aclarásemos o, cuando menos, realizásemos un avance considerable.

Ya había oscurecido cuando llegamos a la histórica ciudad universitaria. Holmes alquiló un coche en la estación e indicó al cochero que nos llevara a casa del doctor Leslie Armstrong. A los pocos minutos, nos deteníamos frente a una gran mansión en la calle más transitada. Nos hicieron pasar y, tras una larga espera, fuimos admitidos en la sala de consulta, donde encontramos al doctor sentado detrás de su mesa.

El hecho de que no me sonase el nombre de Leslie Armstrong demuestra hasta qué punto había yo perdido contacto con mi profesión. Ahora sé que no sólo es una figura de la facultad de Medicina de la Universidad, sino también un pensador con fama en toda Europa en más de una rama de la ciencia. No obstante, aun sin conocer su brillante historial, resultaba imposible no quedar impresionado con sólo echarle un vistazo: rostro macizo y cuadrado, ojos melancólicos bajo unas cejas pobladas, mandíbula inflexible tallada en granito... Un hombre de fuerte personalidad, un hombre de inteligencia despierta, serio, ascético, controlado, formidable..., así vi yo al doctor Leslie Armstrong. Sostenía en la mano la tarjeta de mi amigo y nos miraba con una expresión no muy complacida en sus severas facciones.

—He oído hablar de usted, señor Holmes, y estoy al tanto de su profesión, que no es, ni mucho menos, de las que yo apruebo.

—En eso, doctor, coincide usted con todos los delincuentes del país —respondió mi amigo, muy tranquilo.

—Mientras sus esfuerzos se orienten hacia la eliminación del delito, señor, pueden contar con el apoyo de todo miembro razonable de la sociedad, aunque estoy convencido de que la maquinaria oficial es más que suficiente para ese propósito. Cuando sus actividades empiezan a ser criticables es cuando se entromete en los secretos de personas particulares, cuando saca a relucir asuntos familiares que más valdría dejar ocultos y cuando, por añadidura, hace perder el tiempo a personas que están más ocupadas que usted. Ahora mismo, por

ejemplo, yo tendría que estar escribiendo un tratado en lugar de conversar con usted.

—No lo dudo, doctor; pero es posible que la conversación acabe por parecerle más importante que el tratado. Dicho sea de paso, lo que nosotros hacemos es justo lo contrario de lo que usted nos achaca: procuramos evitar que los asuntos privados salgan a la luz pública, como sucede inevitablemente cuando el caso pasa a manos de la policía. Podría usted considerarme como un explorador independiente, que marcha por delante de las fuerzas oficiales del país. He venido a preguntarle acerca del señor Godfrey Staunton.

—¿Qué pasa con él?

—Usted lo conoce, ¿no es verdad?

—Es íntimo amigo mío.

—¿Sabe usted que ha desaparecido?

—¿Ah, sí? —las ásperas facciones del doctor no mostraron ningún cambio de expresión.

—Salió anoche de su hotel y no se ha vuelto a saber de él.

—Ya regresará, estoy seguro.

—Mañana es el partido de rugby entre las universidades.

—No siento el menor interés por esos juegos infantiles. Me interesa, y mucho, el futuro del joven, porque lo conozco y lo aprecio. Él partido de rugby no entra para nada en mis horizontes.

—En tal caso, apelo a su interés por el joven. ¿Sabe usted dónde está?

—Desde luego que no.

—¿No lo ha visto desde ayer?

—No; no le he visto.

—¿Era el señor Staunton una persona sana?

—Absolutamente sana.

—¿No le ha visto nunca enfermo?

—Nunca.

Holmes plantó ante los ojos del doctor una hoja de papel.

—Entonces, tal vez pueda usted explicarme esta factura de trece guineas, pagada el mes pasado por el señor Godfrey Staunton al doctor Leslie Armstrong, de Cambridge. La encontré entre los papeles que había encima de la mesa.

El doctor se puso rojo de ira.

—No veo ninguna razón para que tenga que darle explicaciones a usted, señor Holmes.

Holmes volvió a guardar la factura en su cuaderno de notas.

—Si prefiere una explicación pública, tendrá que darla tarde o temprano —dijo —. Ya le he dicho que yo puedo silenciar lo que otros no tienen más remedio que hacer público, y obraría usted más prudentemente confiándose a mí.

—No sé nada del asunto.

—¿Tuvo alguna noticia del señor Staunton desde Londres?

—Desde luego que no.

—¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor! ¡Ese servicio de Telégrafos! —suspiró Holmes con aire cansado—. Ayer, a las seis y cuarto de la tarde, el señor Godfrey Staunton le envió a usted desde Londres un telegrama sumamente urgente..., un telegrama que, sin duda alguna, está relacionado con su desaparición..., y usted no lo ha recibido. Es una vergüenza. Voy a tener que pasarme por la oficina local y presentar una reclamación.

El doctor Leslie Armstrong se puso en pie de un salto, con su enorme rostro rojo de rabia.

—Tengo que pedirle que salga de mi casa, señor —dijo—. Puede decirle a su

patrón, lord Mount-James, que no quiero tener ningún trato ni con él ni con sus agentes. ¡No, señor, ni una palabra más! —hizo sonar con furia la campanilla—. John, indíqueles a estos caballeros la salida.

Un pomposo mayordomo nos acompañó con aire severo hasta la puerta y nos dejó en la calle. Holmes estalló en carcajadas.

—No cabe duda de que el doctor Leslie Armstrong es un hombre con energía y carácter —dijo—. No he conocido otro más capacitado, si orientase su talento por ese camino, para llenar el hueco que dejó el ilustre Moriarty. Y aquí estamos, mi pobre Watson, perdidos y sin amigos en esta inhóspita ciudad, que no podemos abandonar sin abandonar también nuestro caso. Esa pequeña posada situada justo enfrente de la casa de Armstrong parece adaptarse de maravilla a nuestras necesidades. Si no le importa alquilar una habitación que dé a la calle y adquirir lo necesario para pasar la noche, puede que me dé tiempo a hacer algunas indagaciones.

Sin embargo, aquellas indagaciones le llevaron mucho más tiempo del que Holmes había imaginado, porque no regresó a la posada hasta cerca de las nueve. Venía pálido y abatido, cubierto de polvo y muerto de hambre y cansancio. Una cena fría le aguardaba sobre la mesa, y cuando hubo satisfecho sus necesidades y encendido su pipa, adoptó una vez más aquella actitud semicómica y absolutamente filosófica que le caracterizaba cuando las cosas iban mal. El sonido de las ruedas de un carruaje le hizo levantarse a mirar por la ventana. Ante la puerta del doctor, bajo la luz de un farol de gas, se había detenido un coche tirado por dos caballos tordos.

—Ha estado fuera tres horas —dijo Holmes—. Salió a las seis y media, y ahora vuelve. Eso nos da un radio de diez o doce millas, y sale todos los días, y algunos días dos veces.

—No tiene nada de extraño en un médico.

—Pero, en realidad, Armstrong no es un médico con clientela. Es profesor e investigador, pero no le interesa la práctica de la medicina, que le apartaría de su trabajo literario. Y siendo así, ¿por qué hace estas salidas tan prolongadas, que deben resultarle un fastidio, y a quién va a visitar?

—El cochero...

—Querido Watson, ¿acaso puede usted dudar de que fue a él a quien primero me dirigí? No sé si sería por depravación innata o por indicación de su jefe, pero se puso tan bruto que llegó a azuzarme un perro. No obstante, ni a él ni al perro les gustó el aspecto de mi bastón, y la cosa no pasó de ahí. A partir de aquel momento, nuestras relaciones se hicieron un poco tirantes y ya no parecía indicado seguir haciéndole preguntas. Lo poco que he averiguado me lo dijo un individuo amistoso en el patio de esta misma posada. Él me ha informado de las costumbres del doctor y sus salidas diarias. En aquel mismo instante, y como para confirmar sus palabras, llegó el coche a su puerta.

—¿No pudo usted haberlo seguido?

—¡Excelente, Watson! Está usted deslumbrante esta noche. Sí que se me pasó por la cabeza esa idea. Como tal vez haya observado, junto a nuestra posada hay una tienda de bicicletas. Entré a toda prisa, alquilé una y conseguí ponerme en marcha antes de que el carruaje se perdiera de vista por completo. No tardé en alcanzarlo, y luego, manteniéndome a una discreta distancia de cien yardas, seguí sus luces hasta que salimos de la ciudad. Habíamos avanzado un buen trecho por la carretera rural cuando ocurrió un incidente bastante mortificante. El coche se detuvo, el doctor se apeó, se acercó rápidamente hasta donde yo me había detenido a mi vez, y me dijo con un excelente tono sarcástico que temía que la carretera fuera algo estrecha y que esperaba que su coche no impidiera el paso de mi bicicleta. No lo habría podido expresar de un modo más admirable. Me apresuré a adelantar a su coche, seguí unas cuantas millas por la carretera principal y luego me detuve en un lugar conveniente para ver si pasaba el carruaje. Pero no se veía la menor señal de él, así que no cabe duda de que se tuvo que meter por alguna de las varias carreteras laterales que yo había visto. Volví atrás, pero no encontré ni rastro del coche. Y ahora, como ve, acaba de regresar. Por supuesto, en un principio no tenía ninguna razón especial para relacionar estas salidas con la desaparición de Godfrey Staunton, y sólo me decidí a investigarlas porque, de momento y en términos generales, nos interesa todo lo que tenga que ver con el doctor Armstrong. Pero ahora que he podido comprobar lo atentamente que vigila si alguien le sigue en esas excursiones, la cosa parece más importante, y no me quedaré satisfecho hasta haberla aclarado.

—Podemos seguirle mañana.

—¿Usted cree? No es tan fácil como usted piensa. No conoce usted el paisaje de la región de Cambridge, ¿verdad que no? Se presta muy mal al ocultamiento.

Toda la zona que he recorrido esta noche es llana y despejada como la palma de la mano, y el hombre al que queremos seguir no es ningún idiota, como ha demostrado sin ningún género de dudas esta noche. He telegrafiado a Overton para que nos transmita a esta dirección cualquier novedad que surja en Londres, y mientras tanto, lo único que podemos hacer es concentrar nuestra atención en el doctor Armstrong, cuyo nombre pude leer, gracias a aquella señorita tan atenta de Telégrafos, en el resguardo del mensaje urgente de Staunton. Armstrong sabe dónde está el joven, podría jurarlo...; y si él lo sabe, será fallo nuestro si no llegamos a saberlo también nosotros. Por el momento, hay que reconocer que nos va ganando por una baza, y ya sabe usted, Watson, que no tengo por costumbre abandonar la partida en esas condiciones.

Sin embargo, el nuevo día no nos acercó más a la solución del misterio. Después del desayuno llegó una carta que Holmes me pasó con una sonrisa. Decía así:

«Señor:

Puedo asegurarle que está usted perdiendo el tiempo al seguir mis movimientos. Como tuvo ocasión de comprobar anoche, mi coche tiene una ventanilla en la parte de atrás, y si lo que quiere es hacer un recorrido de veinte millas que le acabe dejando en el mismo punto de donde salió, no tiene más que seguirme. Mientras tanto, puedo informarle de que espiándome a mí no ayudará en nada al señor Godfrey Staunton, y estoy convencido de que el mejor servicio que podría usted hacerle a dicho caballero sería regresar inmediatamente a Londres y comunicarle al que le manda que no ha logrado encontrarlo. Desde luego, en Cambridge pierde usted el tiempo. Atentamente,

LESLIE ARMSTRONG.»

—Un antagonista honrado este doctor, y sin pelos en la lengua —dijo Holmes—. Caramba, caramba. Ha conseguido excitar mi curiosidad y no lo soltaré sin haber averiguado más.

—Ahora mismo tiene el coche en la puerta —dije yo—. Está subiendo a él. Le he visto mirar hacia nuestra ventana. ¿Y si probara yo suerte con la bicicleta?

—No, no, querido Watson. Sin ánimo de menospreciar su inteligencia, no me parece que sea usted rival para el ilustre doctor. Tal vez pueda conseguir nuestro objetivo realizando algunas investigaciones independientes por mi cuenta. Me temo que tendré que abandonarle a usted a su suerte, ya que la presencia de dos forasteros preguntones en una apacible zona rural podría provocar más comentarios de lo que sería conveniente. Estoy seguro de que podrá entretenerse contemplando los monumentos de esta venerable ciudad, y espero poder presentarle un informe más favorable antes de esta noche.

Sin embargo, mi amigo iba a sufrir una nueva decepción. Regresó ya de noche, cansado y sin resultados.

—He tenido un día nefasto, Watson. Después de fijarme en la dirección que tomaba el doctor, me he pasado el día visitando todos los pueblos que hay por ese lado de Cambridge y cambiando comentarios con taberneros y otras agencias locales de noticias. He cubierto bastante terreno: Chesterton, Histon, Waterbeach y Oakington han quedado investigados, y todos ellos con resultados negativos. Sería imposible que en esas balsas de aceite pasara inadvertida la presencia diaria de un coche de lujo con dos caballos. Otra baza para el doctor. ¿Hay algún telegrama para mí?

—Sí; lo he abierto y dice: «Pregunte por Pompey a Jeremy Dixon, Trinity College.» No lo he entendido.

—Oh, está muy claro. Es de nuestro amigo Overton y responde a una pregunta mía. Le enviaré una nota al señor Jeremy Dixon y estoy seguro de que ahora cambiará nuestra suerte. Por cierto, ¿hay alguna noticia del partido?

—Sí, el periódico local de la tarde trae una crónica excelente en su última edición. Oxford ganó por un gol y dos ensayos. Escuche el final del artículo: «La derrota de los Celestes se puede atribuir por completo a la lamentable ausencia de su figura internacional Godfrey Staunton, que se notó en todos los momentos del partido. La falta de coordinación en la línea de tres cuartos y las debilidades en el ataque y la defensa neutralizaron con creces los esfuerzos de un equipo duro y esforzado.»

—Ya veo que los temores de nuestro amigo Overton estaban justificados —dijo

Holmes—. Personalmente, estoy de acuerdo con el doctor Armstrong: el rugby no entra en mis horizontes. Hay que acostarse pronto, Watson, porque preveo que mañana será un día muy agitado.

A la mañana siguiente, lo primero que vi de Holmes me dejó horrorizado: estaba sentado junto a la chimenea con su jeringuilla hipodérmica en la mano. Pensé en aquella única debilidad de su carácter y me temí lo peor al ver brillar el instrumento en su mano. Pero él se rió de mi expresión de angustia y dejó la jeringuilla en la mesa.

—No, no, querido compañero, no hay motivo de alarma. En esta ocasión, esta jeringuilla no será un instrumento del mal, sino que, por el contrario, será la llave que nos abra las puertas del misterio. En ella baso todas mis esperanzas. Acabo de regresar de una pequeña exploración y todo se presenta favorable. Desayune bien, Watson, porque hoy me propongo seguir el rastro del doctor Armstrong y, una vez sobre la pista, no me pararé a comer ni a descansar hasta verlo entrar en su madriguera.

—En tal caso —dije yo—, más vale que nos llevemos el desayuno, porque hoy parece que sale más temprano. El coche ya está en la puerta.

—No se preocupe. Déjele marchar. Muy listo tendrá que ser para meterse por donde yo no pueda seguirle. Cuando haya terminado, baje conmigo al patio y le presentaré a un detective que es un eminente especialista en el tipo de tarea que nos aguarda.

Cuando bajamos, seguí a Holmes a los establos. Una vez allí, abrió la puerta de una caseta e hizo salir a un perrito blanco y canelo, de orejas caídas, que parecía un cruce de sabueso y zorrero.

—Permítame que le presente a Pompey —dijo—. Pompey es el orgullo de los rastreadores del distrito. No es un gran corredor, como se deduce de su constitución, pero jamás pierde un rastro. Bien, Pompey, aunque no seas muy veloz, me temo que serás demasiado rápido para un par de maduros caballeros londinenses, así que voy a tomarme la libertad de sujetarte por el collar con esta correa. Y ahora, muchacho, en marcha: enséñanos lo que eres capaz de hacer.

Cruzamos la calle hasta la puerta del doctor. El perro olfateó un instante a su alrededor y, con un agudo gemido de excitación, salió disparado calle abajo,

tirando de la correa para avanzar más deprisa. Al cabo de media hora, habíamos dejado atrás la ciudad y recorríamos a paso ligero una carretera rural.

—¿Qué ha hecho usted, Holmes? —pregunté.

—Un truco venerable y gastadísimo, pero que resulta muy útil de cuando en cuando. Esta mañana me metí en las cocheras del doctor y descargué mi jeringa, llena de esencia de anís, en una rueda trasera de su coche. Un perro de caza puede seguir el rastro del anís de aquí al fin del mundo, y nuestro amigo Armstrong tendría que conducir su coche por el río Cam para quitarse de encima a Pompey. ¡Ah! ¡Qué granuja más astuto! Así es como me dio esquinazo la otra noche.

El perro se había salido de pronto de la carretera principal para meterse por un camino cubierto de hierba. A una media milla de distancia, el camino desembocaba en otra carretera ancha, y el rastro torcía bruscamente a la derecha, en dirección a la ciudad que acabábamos de abandonar. Al sur de la población, la carretera formaba una curva y continuaba en dirección contraria a la que habíamos tomado al partir.

—De manera que este rodeo iba dedicado exclusivamente a nosotros, ¿eh? —dijo Holmes—. No me extraña que mis indagaciones en todos esos pueblos no condujeran a nada. Desde luego, el doctor se está empleando a fondo en este juego, y me gustaría conocer las razones de tanto disimulo. Ese pueblo de la derecha debe de ser Trumpington. Y... Por Júpiter! ¡Ahí viene el coche, doblando la esquina! ¡Rápido, Watson, rápido, o estamos perdidos!

De un salto, Holmes se metió por un portillo que daba a un campo, arrastrando tras él al indignado Pompey. Apenas habíamos tenido tiempo de ocultarnos detrás del seto cuando el carruaje pasó traqueteando delante de nosotros. Tuve una fugaz visión del doctor Armstrong en su interior, con los hombros caídos y la cabeza hundida entre las manos, convertido en la viva imagen del desconsuelo. La expresión seria del rostro de mi compañero me hizo comprender que también él lo había visto.

—Empiezo a temer que nuestra investigación tenga un mal final —dijo—. No tardaremos mucho en saberlo. ¡Vamos, Pompey! ¡Ajá, es esa casa de campo!

No cabía duda de que habíamos llegado al final de nuestro viaje. Pompey daba vueltas y vueltas, gimoteando ansiosamente frente al portillo, donde aún se

distinguían las huellas del coche. Un sendero conducía hasta la solitaria casita. Holmes ató el perro al seto y avanzamos presurosos hacia ella. Mi amigo llamó a la rústica puertecita y volvió a llamar sin obtener respuesta. Sin embargo, la casa no estaba vacía, porque a nuestros oídos llegaba un sonido apagado..., una especie de monótono gemido de dolor y desesperación, indescriptiblemente melancólico. Holmes vaciló un instante y luego se volvió a mirar hacia la carretera que acabábamos de recorrer. Por ella venía un coche, cuyos caballos tordos resultaban inconfundibles.

—¡Por Júpiter, ahí vuelve el doctor! —exclamó Holmes—. Esto decide la cuestión. Tenemos que averiguar qué ocurre antes de que llegue.

Abrió la puerta y penetramos en el vestíbulo. El sordo rumor sonó con más fuerza, hasta convertirse en un largo y angustioso lamento. Venía del piso alto. Holmes se lanzó escaleras arriba, y yo subí tras él. Abrió de un empujón una puerta entornada y los dos nos quedamos inmóviles de espanto ante la escena que teníamos delante.

Una mujer joven y hermosa yacía muerta sobre la cama. Su rostro pálido y sereno, con ojos azules muy abiertos y apagados, miraba hacia arriba entre una abundante mata de cabellos dorados. Al pie de la cama, medio sentado, medio arrodillado, con el rostro hundido en la colcha, había un joven cuyo cuerpo se estremecía en constantes sollozos. Se encontraba tan inmerso en su pena que ni siquiera levantó la mirada hasta que Holmes le puso la mano en el hombro.

—¿Es usted el señor Godfrey Staunton?

—Sí..., sí..., pero llegan ustedes tarde. ¡Ha muerto!

El pobre hombre estaba tan aturdido que sólo se le ocurría pensar que nosotros éramos médicos enviados en su ayuda. Holmes estaba intentando pronunciar unas palabras de consuelo y explicarle la inquietud que su repentina desaparición había provocado entre sus amigos, cuando se oyeron pasos en la escalera, y el rostro macizo, severo y acusador del doctor Armstrong apareció en la puerta.

—Bien, caballeros —dijo—. Ya veo que se han salido con la suya, y no cabe duda de que han elegido un momento particularmente delicado para su intrusión. No me gusta armar alboroto en presencia de la muerte, pero les aseguro que si yo fuera más joven, su monstruoso comportamiento no quedaría impune.

—Perdone, doctor Armstrong, creo que ha habido un pequeño malentendido —dijo mi amigo con dignidad—. Si quisiera usted venir abajo con nosotros, tal vez podríamos aclararnos el uno al otro las circunstancias de este doloroso asunto.

Un minuto más tarde, el severo doctor se encaraba con nosotros en el cuarto de estar de la planta baja.

—¿Y bien, caballero? —dijo.

—En primer lugar, quiero que sepa que no trabajo para lord Mount-James y que mis simpatías en este asunto están por completo en contra de ese noble señor. Cuando desaparece una persona, mi deber es averiguar qué le ha ocurrido; pero una vez que lo he hecho, el caso está concluido por lo que a mí concierne. Mientras no se haya cometido ningún delito, soy mucho más partidario de silenciar los escándalos privados que de darles publicidad. Si aquí no se ha violado la ley, como parece ser el caso, puede usted confiar plenamente en mi discreción y mi cooperación para que el asunto no llegue a oídos de la prensa.

El doctor Armstrong dio un rápido paso adelante y estrechó con fuerza la mano de Holmes.

—Es usted un buen tipo —dijo—. Le había juzgado mal. Doy gracias al cielo por haberme arrepentido de dejar al pobre Staunton aquí solo con su dolor y haber hecho dar la vuelta a mi coche, porque así he tenido ocasión de conocerle. Sabiendo ya lo que usted sabe, el resto es fácil de explicar. Hace un año, Godfrey Staunton pasó una temporada en una pensión de Londres, se enamoró perdidamente de la hija de la patrona y se casó con ella. Era una muchacha tan buena como hermosa y tan inteligente como buena. Ningún hombre se avergonzaría de una esposa semejante. Pero Godfrey era el heredero de ese viejo aristócrata avinagrado y estaba completamente seguro de que la noticia de su matrimonio daría al traste con su herencia. Yo conocía bien al muchacho y lo apreciaba por sus muchas y excelentes cualidades. Hice todo lo que pude para ayudarle a arreglar las cosas. Procuramos, por todos los medios posibles, que nadie se enterase del asunto, porque una vez que un rumor así se pone en marcha, no tarda mucho en ser del dominio público. Hasta ahora, gracias a esta casita aislada y a su propia discreción, Godfrey había conseguido lo que se proponía. Nadie conocía su secreto, excepto yo y un sirviente de toda confianza, que en estos momentos ha ido a Trumpington a buscar ayuda. Pero, de pronto, una terrible desgracia se abatió sobre ellos: la esposa contrajo una grave

enfermedad, una tuberculosis del tipo más virulento. El pobre muchacho estaba medio loco de angustia, a pesar de lo cual tenía que ir a Londres a jugar ese partido, porque no podía faltar sin dar explicaciones que revelarían el secreto. Intenté animarlo por medio de un telegrama, y él me respondió con otro, en el que me suplicaba que hiciera todo lo posible. Ese fue el telegrama que usted, de algún modo inexplicable, parece haber visto. Yo no le había dicho lo inminente que era el desenlace, porque sabía que su presencia aquí no serviría de nada, pero le conté la verdad al padre de la chica, y él, sin pararse a pensar, se la contó a Godfrey, con el resultado de que éste se presentó aquí en un estado rayano en la locura, y en ese estado ha permanecido desde entonces, arrodillado al pie de la cama, hasta que esta mañana la muerte puso fin a los sufrimientos de la pobre mujer. Eso es todo, señor Holmes, y estoy seguro de que puedo confiar en su discreción y en la de su amigo.

Holmes estrechó la mano del doctor.

—Vamos, Watson —dijo.

Y salimos de aquella casa de dolor al pálido sol de la mañana de invierno.

12. La aventura de Abbey Grange

Una cruda y fría mañana del invierno de 1837 me desperté al sentir que alguien me tiraba del hombro. Era Holmes, la vela que llevaba en la mano iluminaba el rostro ansioso que se inclinaba sobre mí, y me bastó una mirada para comprender que algo iba mal.

—¡Vamos, Watson, vamos! —me gritó—. La partida ha comenzado. ¡Ni una palabra! ¡Vístase y venga conmigo!

Diez minutos después, íbamos los dos en un coche de alquiler, rodando por calles silenciosas, camino de la estación de Charing Cross. Comenzaban a aparecer las primeras y débiles luces de la aurora invernal y, de cuando en cuando, alcanzábamos a ver la figura borrosa de algún obrero madrugador que se cruzaba con nosotros, difuminada en la bruma iridiscente de Londres. Holmes se arrebujaba en silencio en su grueso abrigo, y yo le imitaba de buena gana, porque hacía un frío intenso y ninguno de los dos habíamos desayunado. Hasta que no hubimos tomado un poco de té caliente en la estación y ocupado nuestros asientos en el tren de Kent, no nos sentimos lo suficientemente descongelados, él para hablar y yo para escuchar. Holmes sacó una carta del bolsillo y la leyó en voz alta:

«ABBEY GRANGE, MARSHAM, KENT, 3,30 de la mañana.

QUERIDO SR. HOLMES: Me gustaría mucho poder contar cuanto antes con su ayuda en lo que promete ser un caso de lo más extraordinario. Parece que entra de lleno en su especialidad. Aparte de dejar libre a la señora, procuraré que todo se mantenga exactamente como lo encontré, pero le ruego que no pierda un instante, porque es difícil dejar aquí a lord Eustace.

Le saluda atentamente, Stanley HOPKINS.»

—Hopkins ha recurrido a mí en siete ocasiones, y en todas ellas su llamada estaba justificada —dijo Holmes— Creo que todos esos casos han pasado a formar parte de su colección, y debo reconocer, Watson, que posee un cierto sentido de la selección que compensa muchas cosas que me parecen deplorables en sus relatos. Su nefasta costumbre de mirarlo todo desde el punto de vista narrativo, en lugar de considerarlo como un ejercicio científico, ha echado a perder lo que podría haber sido una instructiva, e incluso clásica, serie de demostraciones. Pasa usted por encima de los aspectos más sutiles y refinados del trabajo, para recrearse en detalles sensacionalistas, que pueden emocionar, pero jamás instruir al lector.

—¿Por qué no los escribe usted mismo? —dije, algo picado.

—Lo haré, querido Watson, lo haré. Por el momento, como sabe, estoy demasiado ocupado, pero me propongo dedicar mis años de decadencia a la composición de un libro de texto que compendie en un solo volumen todo el arte de la investigación. La que tenemos ahora entre manos parece ser un caso se asesinato.

—Entonces, ¿cree usted que este sir Eustace está muerto?

—Yo diría que sí. La letra de Hopkins indica que se encuentra muy alterado, y no es precisamente un hombre emotivo. Sí, me da la impresión de que ha habido violencia y que no han levantado el cadáver, en espera de que lleguemos a examinarlo. No me llamaría por un simple suicidio. En cuanto a eso de dejar libre a la señora..., parece como si se hubiera quedado encerrada en una habitación durante la tragedia. Vamos a entrar en las altas esferas, Watson: papel crujiente, monograma «E.B.», escudo de armas, casa con nombre pintoresco... Creo que el amigo Hopkins estará a la altura de su reputación y nos proporcionará una interesante mañana. El crimen se cometió anoche, antes de las doce.

—¿Cómo puede saber eso?

—Echando un vistazo al horario de trenes y calculando el tiempo. Primero hubo que llamar a la policía local, ésta se puso en comunicación con Scotland Yard,

Hopkins tuvo que llegar hasta allí, y luego me hizo llamar a mí. Todo eso ocupa buena parte de la noche. Bien, ya llegamos a la estación de Chislehurst, y pronto saldremos de dudas.

Un trayecto en coche de unas dos millas por estrechos caminos rurales nos llevó hasta la puerta exterior de un amplio jardín, que nos fue franqueada por un anciano guardés, cuyo rostro macilento reflejaba los efectos de algún terrible desastre. La avenida de acceso a la mansión atravesaba un espléndido parque entre hileras de añosos olmos y terminaba ante un edificio bajo y extenso, con una columnata frontal que recordaba el estilo de Palladio[713]. Saltaba a la vista que la parte central, toda cubierta de hiedra, era muy antigua, pero los grandes ventanales demostraban que se habían realizado reformas en tiempos modernos, y un ala de la mansión parecía completamente nueva. La puerta estaba abierta, y en ella nos aguardaba la figura juvenil del inspector Stanley Hopkins, con su rostro despierto y sagaz.

—Me alegro mucho de que haya venido, señor Holmes. Y usted también, doctor Watson. Aunque, la verdad, de haber sabido lo que iba a ocurrir, no les habría molestado, porque en cuanto la señora volvió en sí nos dio una explicación tan clara del asunto que poco nos queda ya por hacer. ¿Se acuerda usted de la banda de ladrones de Lewisham?

—¿Quiénes, los tres Randall?

—Exacto; el padre y dos hijos. Han sido ellos, no cabe la menor duda. Hace quince días dieron un golpe en Sydenham y fueron vistos e identificados. Hace falta mucha sangre fría para dar otro golpe tan pronto y tan cerca. Y esta vez les va a costar la horca.

—¿Así que sir Eustace está muerto?

—Sí; le aplastaron la cabeza con su propio atizador de chimenea.

—Según me ha dicho el cochero, se trata de sir Eustace Brackenstall.

—Exacto; uno de los hombres más ricos de Kent. Lady Brackenstall se encuentra en la sala de estar. La pobre mujer ha sufrido una experiencia espantosa. Cuando la vi por primera vez, parecía medio muerta. Creo que lo mejor será que la vea usted y escuche su versión de los hechos. Luego examinaremos juntos el comedor.

Lady Brackenstall no era una persona corriente. Pocas veces he visto una figura tan elegante, una presencia tan femenina y un rostro tan bello. Era rubia, de cabellos dorados y ojos azules, y no cabe duda de que su cutis habría presentado la tonalidad perfecta que suele acompañar a estos rasgos de no ser porque su reciente experiencia la había dejado pálida y demacrada. Sus sufrimientos habían sido tanto físicos como mentales, porque encima de un ojo se le había formado un tremendo chichón de color violáceo, que su doncella, una mujer alta y austera, mojaba constantemente con agua y vinagre. Yacía tendida de espaldas sobre un diván, con aspecto de total agotamiento, pero en cuanto nosotros entramos en la habitación, su mirada rápida y observadora y la expresión de alerta de sus hermosas facciones nos hicieron comprender que la terrible experiencia no había quebrantado ni su ingenio ni su valor. Estaba envuelta en una amplia bata de colores azul y plata, pero a su lado, sobre el diván, colgaba un vestido de noche negro con lentejuelas.

—Ya le he contado todo lo que sucedió, señor Hopkins —dijo con voz cansada—. ¿No podría usted repetirlo por mí? Bien, si usted cree que es necesario, explicaré a estos caballeros lo ocurrido. ¿Han estado ya en el comedor?

—Me ha parecido mejor que oyeran primero su historia, señora.

—Me sentiré mucho mejor cuando haya arreglado usted todo esto. Es horrible pensar que todavía sigue ahí tirado.

La mujer sufrió un estremecimiento y se cubrió el rostro con las manos. Al hacerlo, la manga de su bata se deslizó hacia abajo, dejando al descubierto el antebrazo.

Holmes dejó escapar una exclamación.

—¡Señora, tiene usted más heridas! ¿Qué es esto?

Dos marcas de color rojo intenso resaltaban sobre el blanco y bien torneado brazo. Lady Brackenstall se apresuró a cubrirlo.

—No es nada. No tiene nada que ver con el espantoso suceso de anoche. Si usted

y su amigo hacen el favor de sentarse, les contaré todo lo que pueda. Soy la esposa de sir Eustace Brackenstall. Nos casamos hace aproximadamente un año. Supongo que no tendría sentido tratar de ocultar que nuestro matrimonio no ha

sido feliz. Me temo que todos nuestros vecinos se lo dirían, aunque yo intentara negarlo. Tal vez parte de la culpa sea mía. Me crié en el ambiente más libre y menos convencional de Australia del Sur, y esta vida inglesa, con sus protocolos y su etiqueta, no va conmigo. Pero la principal razón era un hecho conocido por todos: que sir Eustace era un borracho empedernido. Pasar una hora con un hombre así ya resulta desagradable. ¿Se imaginan lo que puede representar para una mujer sensible y cultivada verse atada a él día y noche? Defender la validez de un matrimonio así es un sacrilegio, un crimen, una infamia... Les aseguro que estas monstruosas leyes suyas acabarán atrayendo una maldición sobre su país. El cielo no consentirá que perdure tanta maldad.

Se incorporó por un instante, con las mejillas encendidas y los ojos despidiendo fuego bajo el terrible golpe de la frente. Pero la mano firme y cariñosa de la austera doncella le colocó de nuevo la cabeza sobre la almohada y el arrebato de furia se diluyó en apasionados sollozos. Por fin pudo continuar:

—Voy a contarles lo de anoche. Seguramente ya sabrán que en esta casa toda la servidumbre duerme en el ala moderna. En este bloque central vivimos nosotros; la cocina está en la parte de atrás y nuestro dormitorio arriba. Teresa, mi doncella, duerme encima de mi habitación. No hay nadie más en esta parte de la casa, y ningún ruido podría despertar a los que están en el ala más apartada. Los ladrones tenían que saberlo, pues de lo contrario no habrían actuado como lo hicieron.

Sir Eustace se retiró aproximadamente a las diez y media. La servidumbre ya se había marchado a su sector. La única que seguía levantada era mi doncella, que permanecía en su habitación del piso alto hasta que yo necesitara sus servicios. Yo me quedé en esta habitación hasta después de las once, absorta en la lectura de un libro. Luego di una vuelta por la casa para asegurarme de que todo estaba en orden antes de subir a mi cuarto. Tenía la costumbre de hacerlo yo misma, porque, como ya les he explicado, sir Eustace no siempre estaba en condiciones. Revisé la cocina, la despensa, el armero, la sala de billar y, por último, el comedor. Al acercarme a la ventana, que tiene cortinas muy gruesas, sentí de pronto que me daba el viento en la cara y comprendí que estaba abierta. Descorrí las cortinas y me encontré cara a cara con un hombre ya mayor, ancho de hombros, que acababa de penetrar en la habitación. La ventana es un ventanal francés, que en realidad forma una puerta que da al jardín. Yo llevaba en la mano una palmatoria con la vela encendida, y a su luz pude ver a otros dos hombres que venían detrás del primero y estaban entrando en aquel momento. Retrocedí,

pero el hombre se me echó encima al instante. Me agarró primero por la muñeca y después por la garganta. Abrí la boca para gritar, pero él me dio un puñetazo tremendo encima del ojo, que me derribó por el suelo. Debí de permanecer inconsciente durante unos minutos, porque cuando volví en mí descubrí que habían arrancado el cordón de la campanilla y me habían atado con él al sillón de roble situado a la cabecera de la mesa del comedor. Estaba tan apretada que no podía moverme, y me habían amordazado con un pañuelo para impedir que hiciera ruido. En aquel preciso instante, mi desdichado esposo entró en el comedor. Sin duda, había oído ruidos sospechosos y venía preparado para una escena como la que, efectivamente, se encontró. Estaba en mangas de camisa y empuñaba su bastón favorito, de madera de espino. Se lanzó contra uno de los ladrones, pero otro, el más viejo, se agachó, cogió el atizador de la chimenea y le pegó un golpe terrible según pasaba a su lado. Cayó sin soltar ni un gemido y ya no volvió a moverse. Me desmayé de nuevo, pero también esta vez debieron de ser muy pocos minutos los que permanecí inconsciente. Cuando abrí los ojos, vi que se habían apoderado de toda la plata que había en el aparador y que habían abierto una botella de vino. Cada uno de ellos tenía una copa en la mano. Ya les he dicho, ¿o no?, que uno era viejo y barbudo, y los otros dos muchachos imberbes. Podrían haber sido un padre y sus dos hijos. Estaban cuchicheando entre ellos. Luego se acercaron a mí y se aseguraron de que seguía bien atada. Y por fin se marcharon, cerrando la ventana al salir. Tardé por lo menos un cuarto de hora en quitarme la mordaza de la boca, y cuando lo conseguí, mis gritos hicieron bajar a la doncella. No tardó en acudir el resto del servicio y avisamos a la policía, que inmediatamente se puso en contacto con Londres. Esto es todo lo que puedo decirles, caballeros, y espero que no será necesario que vuelva a repetir una historia tan dolorosa.

—¿Alguna pregunta, señor Holmes? —preguntó Hopkins.

—No quiero abusar más de la paciencia y el tiempo de lady Brackenstall —dijo Holmes—. Pero antes de pasar al comedor, me gustaría oír lo que pueda usted contarnos —añadió, dirigiéndose a la doncella.

—Yo vi a esos hombres antes de que entraran en la casa —dijo ésta—. Estaba sentada junto a la ventana de mi habitación y vi a tres hombres a la luz de la luna, junto al portón de la casa del guardés, pero en aquel momento no le di importancia. Más de una hora después, oí gritar a la señora y bajé corriendo, encontrándola como ella dice, pobre criatura, y al señor en el suelo, con la sangre y los sesos desparramados por todo el comedor. Cualquier otra mujer se

habría vuelto loca, allí atada y con el vestido salpicado de sangre; pero a la señorita Mary Fraser de Adelaida nunca le faltó valor, y lady Brackenstall de Abbey Grange no ha cambiado de manera de ser. Creo, caballeros, que ya la han interrogado bastante, y ahora se va a retirar a su habitación con su vieja Teresa para tomarse el descanso que tanto necesita.

Con ternura maternal, la sombría mujer pasó el brazo alrededor de los hombros de su señora y la ayudó a salir de la habitación.

—Lleva con ella toda la vida —dijo Hopkins—. La cuidó de pequeña y vino con ella a Inglaterra cuando partieron de Australia, hace año y medio. Se llama Teresa Wright, y ya no se encuentran doncellas de su clase. Por aquí, señor Holmes, haga el favor.

Del expresivo rostro de Holmes había desaparecido toda señal de interés, y comprendí que, al esfumarse el misterio, el caso había perdido todo su encanto. Todavía faltaba practicar una detención, pero ¿qué tenían de especial aquellos vulgares maleantes para que él se ensuciara las manos con ellos? Un especialista en enfermedades raras y difíciles que descubriera que le han llamado para tratar un sarampión experimentaría una desilusión semejante a la que yo leí en los ojos de mi amigo. Aun así, la escena que nos aguardaba en el comedor de Abbey Grange era lo bastante extraña como para atraer su atención y despertar de nuevo su apagado interés. Se trataba de una habitación muy espaciosa y de techo muy alto, con artesonado de roble tallado, revestimiento de paneles de roble, y un notable surtido de cabezas de ciervo y armas antiguas adornando las paredes. En el extremo más alejado de la puerta se encontraba el ventanal francés del que habíamos oído hablar. A la derecha, tres ventanas más pequeñas llenaban la estancia de fría luz invernal. A la izquierda había una chimenea ancha y profunda, con una enorme repisa de roble. Junto a la chimenea había un pesado sillón, también de roble, con travesaños en la base. Entrelazado en los espacios de la madera había un grueso cordón de color escarlata, atado con fuerza a ambos extremos del travesaño de abajo. Al desatar a la señora, había aflojado el cordón, pero los nudos que lo sujetaban al sillón seguían intactos. En estos detalles no reparamos hasta más adelante, porque, por el momento, toda nuestra atención había quedado concentrada en el espantoso objeto que yacía sobre la alfombra de piel de tigre extendida delante de la chimenea.

Dicho objeto era el cadáver de un hombre alto y bien constituido, de unos

cuarenta años de edad. Estaba caído de espaldas, con el rostro vuelto hacia arriba y los blancos dientes asomando en una especie de sonrisa entre la barba negra y bien recortada. Tenía las manos cerradas y levantadas por encima de la cabeza, empuñando un grueso bastón de madera de espino. Sus facciones morenas, atractivas y aguileñas estaban retorcidas en un espasmo de odio vengativo que le daba a su muerto rostro una horrible expresión demoníaca. Parecía evidente que se encontraba en la cama cuando percibió que algo ocurría, ya que vestía una camisa de noche con muchos bordados y perifollos, y sus pies descalzos asomaban bajo los pantalones. La cabeza presentaba una herida espantosa, y toda la habitación daba testimonio de la ferocidad salvaje del golpe que lo había derribado. Caído junto a él, se veía un pesado atizador de hierro, curvado por la fuerza del golpe. Holmes examinó el instrumento y el indescriptible destrozo que había ocasionado.

—Este viejo Randall tiene que ser un hombre muy fuerte —comentó.

—Sí —dijo Hopkins—. Tengo algunos datos suyos y es un tipo de cuidado.

—No debería resultar difícil echarle el guante.

—Ni lo más mínimo. Le anduvimos buscando durante algún tiempo, y llegó a decirse que había huido a América, pero ahora que sabemos que la banda está aquí, no hay manera de que se nos escape. Ya hemos dado aviso en todos los puertos de mar, y antes de esta noche se ofrecerá una recompensa. Lo que no entiendo es cómo han podido hacer una salvajada semejante, sabiendo que la señora daría su descripción y que nosotros teníamos que reconocerla por fuerza.

—Exacto. Lo más lógico habría sido asesinar también a lady Brackenstall para callarle la boca.

—Tal vez no se dieran cuenta de que se había recuperado de su desmayo —aventuré yo.

—Parece bastante probable. Si creyeron que seguía inconsciente, no tenían por qué matarla. ¿Qué me dice de este pobre hombre, Hopkins?

—Era un hombre de buen corazón cuando estaba sobrio, pero un verdadero demonio cuando estaba borracho o, mejor dicho, cuando estaba medio borracho, porque casi nunca se emborrachaba hasta el límite. En esas ocasiones parecía poseído por el diablo y era capaz de cualquier cosa. Por lo que he oído, a pesar

de su fortuna y de su título, ha estado una o dos veces a punto de cruzarse en nuestro camino. Hubo un escándalo que costó bastante acallar, porque se dijo que había rociado de petróleo a un perro y le había prendido fuego (para empeorar las cosas, se trataba del perro de la señora). Y en otra ocasión le tiró una garrafa a la cabeza a Teresa Wright, la doncella; también entonces se armó un buen lío. En general, y esto que quede entre nosotros, la casa resultará más agradable sin él. ¿Qué mira usted ahora?

Holmes se había puesto de rodillas y examinaba con gran interés los nudos del cordón rojo con el que habían atado a la señora. A continuación, inspeccionó concienzudamente el extremo que había quedado roto y deshilachado cuando el asaltante arrancó el cordón.

—Al arrancar esto, la campanilla de la cocina tuvo que hacer un ruido tremendo —comentó.

—Nadie podía oírlo. La cocina está en la parte de atrás de la casa.

—¿Y cómo sabía el ladrón que no lo iba a oír nadie? ¿Cómo se atrevió a tirar del cordón de una campanilla de manera tan insensata?

—Exacto, señor Holmes, eso es. Acaba usted de plantear la misma pregunta que yo me vengo haciendo una y otra vez. No cabe duda de que este sujeto conocía la casa y sus costumbres. Tiene que haber estado completamente seguro de que toda la servidumbre se había acostado ya, a pesar de ser relativamente temprano, y de que nadie podía oír sonar la campana de la cocina. De lo que se deduce que tenía que estar compinchado con alguno de los sirvientes. Esto, desde luego, es de cajón. Lo malo es que hay ocho sirvientes, y todos tienen buenas referencias.

—En igualdad de condiciones —dijo Holmes—, uno se inclinaría a sospechar de la persona a quien le tiraron una garrafa a la cabeza. Sin embargo, eso supondría una traición a su señora, por quien esta mujer parece sentir devoción. Bueno, bueno, este detalle carece de importancia, porque cuando agarre usted a Randall no creo que le resulte difícil averiguar quiénes fueron sus cómplices. Desde luego, todos los detalles que tenemos a la vista parecen corroborar el relato de la señora, si es que necesitaba corroboración —se acercó al ventanal francés y lo abrió de par en par—. Aquí no se ven huellas, pero el terreno es durísimo y no es de esperar que las haya. Veo que esas velas que hay encima de la repisa de la chimenea han estado encendidas.

—Sí, los ladrones se alumbraron con ellas y con la palmatoria de la señora.

—¿Y qué se llevaron?

—Pues no se llevaron gran cosa..., como media docena de artículos de plata que había en ese aparador. Lady Brackenstall opina que la muerte de sir Eustace los debió impresionar, y que por eso no saquearon la casa, como habrían hecho en otras circunstancias.

—Seguro que fue eso. Y sin embargo, se pusieron a beber vino, según tengo entendido.

—Para calmarse los nervios.

—Ya. Supongo que nadie ha tocado estas tres copas que hay sobre el aparador.

—Así es; y la botella está tal como la dejaron.

—Vamos a ver... ¡Caramba, caramba! ¿Qué es esto?

Las tres copas estaban juntas, todas ellas con rastros de vino, y una de ellas contenía bastantes posos. La botella estaba cerca de las copas, llena en sus dos terceras partes, y junto a ella había un tapón de corcho, largo y muy manchado. El aspecto de la botella y el polvo que la cubría indicaban que los asesinos habían saboreado un vino nada corriente. La actitud de Holmes había cambiado de pronto. Su expresión de indiferencia había desaparecido y de nuevo pude advertir una chispa de interés en sus ojos hundidos y penetrantes. Cogió el corcho y lo examinó minuciosamente.

—¿Cómo sacaron el corcho? —preguntó.

Hopkins señaló un cajón a medio abrir. En su interior había unas cuantas piezas de mantelería y un enorme sacacorchos.

—¿Ha dicho lady Brackenstall que usaron ese sacacorchos?

—No; recuerde que estaba inconsciente mientras ellos abrían la botella.

—Es cierto. La verdad es que no utilizaron este sacacorchos. Esta botella se abrió con un sacacorchos de bolsillo, probablemente de los que van incorporados

a una navaja, y que no tendría más de una pulgada y media de largo. Si examina usted la parte superior del corcho, verá que tuvieron que meter el sacacorchos tres veces para poder sacar el tapón. No han llegado a atravesarlo. Este sacacorchos tan grande habría atravesado el tapón y lo habría sacado de un solo tirón. Cuando atrape usted a ese tipo, verá cómo lleva encima una de esas navajas de múltiples usos.

—¡Magnífico! —exclamó Hopkins.

—Pero estas copas confieso que me desconciertan. Lady Brackenstall vio beber a los tres hombres, ¿no dijo eso?

—Sí; eso lo dejó muy claro.

—Entonces, eso zanja la cuestión. ¿Qué más podríamos decir? Y sin embargo, Hopkins, tiene usted que admitir que estas tres copas son muy curiosas. ¿Cómo, que no ve usted nada de curioso en ellas? Está bien, dejémoslo correr. Es posible que cuando un hombre posee facultades y conocimientos especiales, como los míos, tienda a buscar explicaciones complicadas aunque tenga una más sencilla a mano. Lo de las copas, naturalmente, podría ser pura casualidad. En fin, buenos días, Hopkins. No creo que pueda serle útil para nada y parece que ya tiene usted el caso aclarado. Ya me avisará cuando detengan a Randall, y espero que me informe de cualquier otra novedad que pueda presentarse. Confío en poder felicitarle pronto por haber llevado el caso a una conclusión satisfactoria. Vamos, Watson, creo que aprovecharemos mejor el tiempo en casa.

Durante nuestro viaje de regreso pude darme cuenta, por la expresión de Holmes, de que se encontraba muy intrigado por algo que había observado. De cuando en cuando, y haciendo un esfuerzo, lograba desembarazarse de aquella impresión y hablar como si el asunto estuviera muy claro, pero de pronto volvían a acometerle las dudas, y sus cejas fruncidas y su mirada abstraída indicaban que sus pensamientos habían volado de nuevo hacia el gran comedor de Abbey Grange, escenario de aquella tragedia nocturna. Por fin, con un impulso repentino, y en el preciso momento en que nuestro tren empezaba a arrancar en una estación de las fueras, saltó al andén y me arrastró a mí tras él.

—Perdóneme, querido amigo —dijo mientras veíamos desaparecer tras una curva los vagones de cola de nuestro tren—. Lamento mucho hacerle víctima de lo que quizás parezca un mero capricho, pero, por mi vida, Watson, que me

resulta sencillamente imposible dejar el caso como está. Todos mis instintos se rebelan contra ello. Hay un error, todo es un error..., ¡le juro que es un error! Y sin embargo, la declaración de la señora no tiene cabos sueltos, la confirmación de la doncella parece suficiente, casi todos los detalles concuerdan... ¿Qué puedo yo oponer a eso? Tres copas de vino, eso es todo. Pero si yo no hubiera dado ciertas cosas por sentadas, si lo hubiera examinado todo con la atención que dedico cuando abordo un caso desde cero, sin dejarme influir por una historia perfectamente construida..., ¿acaso no habría encontrado algo más concreto en que basarme? Pues claro que sí. Siéntese en este banco, Watson, hasta que pase un tren hacia Chislehurst, y deje que le exponga mis razones. Pero, antes que nada, le ruego que borre de su mente la idea de que todo lo que nos han contado la doncella y la señora tiene que ser necesariamente cierto. No debemos permitir que la encantadora personalidad de la dama influya en nuestro buen juicio. Desde luego, hay en su relato algunos detalles que, si los consideramos en frío, resultan bastante sospechosos. Estos ladrones dieron un golpe importante en Sydenham hace quince días. Los periódicos hablaron de ellos y publicaron sus descripciones, y parece natural que si alguien desea inventar una historia en la que intervienen ladrones imaginarios se inspire en ellos. Pero en realidad, y como regla general, los ladrones que acaban de dar un buen golpe se conforman con disfrutar de su botín en paz y tranquilidad, sin embarcarse en nuevas empresas arriesgadas. Además de esto, no es normal que los ladrones actúen a una hora tan temprana; no es normal que golpeen a una señora para impedir que grite, ya que a cualquiera se le ocurre que ese es el medio más seguro de hacerla gritar; no es normal que cometan un asesinato cuando son lo bastante numerosos para reducir a un solo hombre sin tener que matarlo; no es normal que se conformen con un botín reducido cuando tienen mucho más a su alcance; y, por último, yo diría que no es nada normal que unos hombres de esa clase dejen una botella medio llena. ¿Qué le parecen todas esas anormalidades, señor Watson?

—Desde luego, su efecto acumulativo es considerable, y sin embargo, cada una de ellas por sí sola es perfectamente posible. A mí lo que me parece menos normal de todo es que ataran a la señora al sillón.

—Bueno, de eso no estoy tan seguro, Watson. Es evidente que, una de dos: o tenían que matarla, o tenían que inmovilizarla para que no pudiera dar la alarma en cuanto ellos escaparan. Pero, de cualquier modo, creo haber demostrado que existe un cierto factor de improbabilidad en la historia de la dama, ¿no le parece? Y luego, para colmo, viene el detalle de las copas de vino.

—¿Qué pasa con las copas de vino?

—¿Puede usted representárselas mentalmente?

—Las veo con toda claridad.

—Nos dicen que tres hombres bebieron de ellas. ¿Le parece a usted probable?

—¿Por qué no? Había vino en las tres.

—Exacto. Pero sólo había posos en una copa. Tiene usted que haberse fijado en ello. ¿Qué le sugiere eso?

—La última copa que se llenó tendría más poso.

—Nada de eso. La botella tenía poso en abundancia, y resulta inconcebible que en las dos primeras copas no caiga nada y la tercera quede llena de poso. Existen dos explicaciones posibles, y sólo dos. La primera es que, después de llenar la segunda copa, agitaran la botella, con lo cual la tercera copa recibiría todo el poso. Esto no parece probable. No, no; estoy seguro de tener razón.

—¿Y qué es lo que supone usted?

—Que sólo se utilizaron dos copas, y que las heces de ambas se echaron en una tercera copa, para dar la falsa impresión de que allí habían estado tres personas. De ser así, todo el poso habría quedado en esta última copa, ¿no es cierto? Sí, estoy convencido de ello. Pero si he acertado con la verdadera explicación de este pequeño fenómeno, entonces el caso se eleva al instante desde el plano de lo vulgar al de lo excepcional, ya que eso sólo puede significar que lady Brackenstall y su doncella nos han mentido deliberadamente, que no debemos creer ni una sola palabra de su historia, que tienen alguna razón de peso para encubrir al verdadero asesino, y que tendremos que reconstruir el caso por nuestros propios medios, sin ninguna ayuda por su parte. Esta es la misión que ahora nos aguarda, Watson, y ahí viene el tren de Chislehurst.

Los habitantes de Abbey Grange se sorprendieron mucho de nuestro regreso, pero Sherlock Holmes, al enterarse de que Stanley Hopkins había ido a presentar su informe en la jefatura, tomó posesión del comedor, cerró la puerta por dentro y se enfrascó durante dos horas en una de aquellas minuciosas y concienzudas investigaciones que formaban la sólida base en la que se apoyaban sus brillantes

trabajos deductivos. Sentado en un rincón, como un estudiante aplicado que observa una demostración del profesor, yo seguía paso a paso aquella admirable exploración. El ventanal, las cortinas, la alfombra, el sillón, la cuerda... Todo fue examinado al detalle y debidamente ponderado. Ya se habían llevado el cadáver del desdichado baronet, pero todo lo demás continuaba tal como lo habíamos visto por la mañana. En un momento dado, y con gran asombro por mi parte, Holmes se subió a la repisa de la chimenea. Muy por encima de su cabeza colgaban las pocas pulgadas de cordón rojo que permanecían unidas al cable. Se quedó un buen rato mirando hacia arriba y luego, con intención de acercarse más, apoyó la rodilla en una moldura de la pared de madera. De este modo llegaba con la mano a pocas pulgadas del extremo roto del cordón; pero lo que más pareció interesarle no fue esto, sino la moldura misma. Por último, saltó al suelo con una exclamación de satisfacción.

—Ya está, Watson —dijo—. Tenemos el caso resuelto, y es uno de los más notables de nuestra colección. ¡Pero hay que ver lo torpe que he sido y lo cerca que he estado de cometer el mayor disparate de mi vida! Ahora creo que, a falta de unos pocos eslabones, mi cadena está ya casi completa.

—¿Ya tiene usted a sus hombres?

—A mi hombre, Watson, a mi hombre. Sólo uno, pero un tipo de cuidado. Fuerte como un león..., fíjese en ese golpe, que ha doblado el atizador. Uno noventa de estatura, ágil como una ardilla, hábil con los dedos y, sobre todo, con un talento más que notable, ya que toda esta ingeniosa historia es invención suya. Sí, Watson, nos hemos topado con la obra de un individuo verdaderamente extraordinario. Y sin embargo, en ese cordón de campanilla nos ha dejado una pista que tendría que habernos sacado de dudas al instante.

—¿Dónde estaba esa pista?

—Vamos a ver, Watson, si fuera usted a arrancar un cordón de campanilla, ¿por dónde cree que se rompería? Sin duda, por el punto donde está unido al cable. ¿Por qué habría de romperse a tres pulgadas del extremo, como ha hecho éste?

—¿Quizás porque estaba gastado en ese punto?

—Exacto. Este extremo, que es el que podemos examinar, está deshilachado. Ha sido lo bastante astuto como para deshilacharlo con su navaja. Pero el otro extremo no lo está. Desde aquí no se puede ver, pero si se sube usted a la repisa,

verá que está cortado limpiamente, sin señal alguna de deshilachamiento. Es fácil reconstruir lo ocurrido. Nuestro hombre necesita una cuerda. No se atreve a arrancarla de un tirón por temor a dar la alarma al hacer sonar la campanilla. ¿Qué es lo que hace? Se sube a la repisa de la chimenea, pero desde ahí todavía no alcanza bien; apoya la rodilla en la moldura (se puede apreciar la huella en el polvo), y saca la navaja para cortar el cordón. A mí me han faltado por lo menos tres pulgadas para llegar al punto del corte, de lo que deduzco que este hombre es, por lo menos, tres pulgadas más alto que yo.

¡Fíjese en esa marca en el asiento del sillón de roble! ¿Qué es eso?

—Sangre.

—Ya lo creo que es sangre. Sólo con eso queda desacreditado el relato de la señora. Si ella estaba sentada en este sillón cuando se cometió el crimen, ¿cómo cayó ahí esa mancha? No, no; ella se sentó en el sillón después de la muerte de su marido. Apostaría a que el vestido negro tiene una mancha que coincide con ésta. Este todavía no es nuestro Waterloo, Watson, sino más bien nuestro Marengo, porque empieza en derrota y acaba en victoria[714]. Ahora me gustaría cambiar unas palabras con la doncella Teresa. Vamos a tener que proceder con cautela durante algún tiempo si queremos obtener la información que necesitamos.

Aquella severa doncella australiana era todo un personaje: taciturna, recelosa, de modales bruscos... Tuvo que transcurrir un buen rato antes de que la actitud amistosa de Holmes y su franca aceptación de todo lo que ella decía la descongelaran hasta el punto de corresponder a su simpatía. No hizo ningún intento de ocultar el odio que sentía hacia su difunto señor.

—Sí, señor, es verdad que me tiró una garrafa a la cabeza. Le oí insultar a mi señora y le dije que no se atrevería a hablar así si el hermano de la señora estuviese aquí. Entonces fue cuando me tiró la garrafa. A mí me habría dado igual que me tirase una docena, con tal de que dejara tranquila a mi pajarita. Estaba siempre maltratándola, y ella tenía demasiado orgullo para quejarse. Ni siquiera a mí me contaba todo lo que él le hacía. Nunca me enseñó esas marcas en los brazos que usted vio esta mañana, pero yo sé muy bien que son pinchazos hechos con un alfiler de sombrero. ¡Monstruo traicionero! Que Dios me perdone por hablar así de él ahora que está muerto, pero si alguna vez ha habido un monstruo en el mundo, ha sido él. Cuando lo conocimos era todo dulzura. Han

pasado sólo dieciocho meses, pero a nosotras dos nos han parecido dieciocho años. Ella acababa de llegar a Londres... Sí, era su primer viaje, la primera vez que se alejaba de su país. Él la conquistó con su título y su dinero y sus hipócritas modales londinenses. La pobre señora cometió un error, y lo ha pagado como ninguna mujer pagó jamás. ¿En qué mes le conocimos? Ya le he dicho que fue nada más llegar a Inglaterra. Llegamos en junio, así que fue en julio. Se casaron en enero del año pasado. Sí, la señora ha vuelto a bajar a la sala de estar, y seguro que accederá a recibirle, pero no debe usted exigirle mucho, porque ya ha soportado todo lo que una persona de carne y hueso es capaz de aguantar.

Lady Brackenstall se encontraba reclinada en el mismo diván, pero parecía más animada que por la mañana. La doncella había entrado con nosotros y comenzó de nuevo a aplicar paños a la magulladura que su señora tenía en la frente.

—Espero —dijo la dama— que no habrá venido usted a interrogarme de nuevo.

—No, lady Brackenstall —respondió Holmes en su tono más suave—. No tengo intención de ocasionarle ninguna molestia innecesaria, y mi único deseo es facilitarle las cosas, porque estoy convencido de que ha sufrido usted mucho. Si quisiera usted tratarme como a un amigo y confiar en mí, vería que yo puedo corresponder a su confianza.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Que me diga la verdad.

—¡Señor Holmes!

—No, no, lady Brackenstall, eso no sirve de nada. Es posible que conozca usted mi modesta reputación. Pues bien, me la apostaría toda a que la historia que usted nos contó es pura invención.

Tanto la señora como la doncella miraban a Holmes con el rostro empalidecido y los ojos aterrados.

—¡Es usted un insolente! —exclamó Teresa—. ¿Se atreve a decir que mi señora ha mentido?

Holmes se levantó de su asiento.

—¿No tiene nada que decirme?

—Ya se lo he contado todo.

—Piénselo mejor, lady Brackenstall. ¿No sería preferible ser sincera?

Por un instante, el hermoso rostro dio muestras de vacilación. Pero en seguida, algún nuevo y poderoso proceso mental lo dejó fijo como una máscara.

—Le he contado todo lo que sé.

Holmes recogió su sombrero y se encogió de hombros.

—Lo siento mucho —dijo, y sin pronunciar otra palabra salimos de la habitación y de la casa.

El jardín tenía un estanque y hacia él se encaminó mi amigo. Estaba congelado, pero había quedado un único agujero en el hielo, para beneficio de un cisne solitario. Holmes se quedó mirándolo, y luego se acercó al pabellón de guardia. Garabateó una breve nota para Stanley Hopkins y se la dejó al guardés.

—Puedo acertar o equivocarme, pero tenemos que hacer algo por el amigo Hopkins, aunque sólo sea para justificar esta segunda visita —dijo—. Todavía no le puedo confiar todas mis sospechas. Creo que nuestro próximo campo de operaciones será la oficina de la línea marítima Adelaida-Southampton, que se encuentra al final de Pall Mall, si mal no recuerdo. Hay otra línea de vapores que hace el servicio entre Australia del Sur e Inglaterra, pero consultaremos primero en la más importante.

La tarjeta de Holmes nos procuró al instante la atención del gerente, y no tardamos en obtener toda la información que mi amigo necesitaba. En junio del 95, sólo un barco de esa línea había llegado a un puerto inglés: el Rock of Gibraltar, el más grande y mejor de los transatlánticos. Una consulta a la lista de pasajeros permitió corroborar que en él había viajado la señora Fraser, de Adelaida, en compañía de su doncella. En aquellos momentos, el barco navegaba rumbo a Australia, por aguas situadas al sur del canal de Suez. Los oficiales eran los mismos que en el 95, con una sola excepción: el primer oficial, Jack Croker, había ascendido a capitán y estaba a punto de tomar el mando de su nuevo barco, el Bass Rock, que zarparía de Southampton dentro de dos días. Residía en Sydenham, pero lo más probable era que se pasara aquella misma mañana por la

oficina para recibir instrucciones, de modo que si queríamos podíamos aguardarlo.

No, el señor Holmes no deseaba hablar con él, pero sí que le gustaría saber algo más acerca de su historial y su carácter.

Su historial era magnífico. No había en toda la flota un oficial que pudiera compararse con él. En cuanto a su carácter, era de absoluta confianza cuando estaba de servicio, pero fuera de su barco era un tipo alocado, temerario, nervioso e irascible, aunque sin dejar de ser leal, honrado y de buen corazón. Esta era, en sustancia, la información con la que Holmes salió de la oficina de la Compañía Naviera Adelaida-Southampton. Desde allí nos dirigimos a Scotland Yard, pero en lugar de entrar, Holmes se quedó sentado en el coche, con las cejas fruncidas, sumido en profundos pensamientos. Por último, se hizo llevar a la oficina de telégrafos de Charing Cross, donde cursó un telegrama, y regresamos al fin a Baker Street.

—No he sido capaz de hacerlo, Watson —dijo cuando nos hubimos instalado de nuevo en nuestro cuarto—. Una vez cursada la orden de detención, nada en el mundo habría podido salvarlo. Una o dos veces a lo largo de mi carrera he tenido la impresión de que había hecho más daño yo descubriendo al criminal que éste al cometer su crimen. Así que he aprendido a ser cauto y ahora prefiero tomarme libertades con las leyes de Inglaterra antes que con mi propia conciencia. Es preciso que sepamos algo más antes de actuar.

Antes de que anocheciera recibimos la visita del inspector Stanley Hopkins. Las cosas no le iban muy bien.

—Holmes, estoy convencido de que es usted un brujo. Le aseguro que a veces pienso que posee usted poderes que no son humanos. Vamos a ver: ¿cómo demonios sabía usted que la plata robada estaba en el fondo de ese estanque?

—No lo sabía.

—Pero me dijo que lo inspeccionara.

—¿Así que la encontró, eh?

—Sí, la encontré.

—Me alegro mucho de haberle podido ayudar.

—¡Pero es que no me ha ayudado! ¡Lo que ha hecho es complicar muchísimo más el asunto! ¿Qué clase de ladrones son éstos que roban la plata y luego la tiran al estanque más próximo?

—No cabe duda de que su proceder es bastante excéntrico. Yo me limité a razonar a partir de la idea de que si la plata la habían robado personas que en realidad no la querían, sino que únicamente la estaban utilizando como pantalla, lo más natural era que procuraran deshacerse de ella lo antes posible.

—Pero ¿cómo se le pudo pasar por la cabeza semejante idea?

—Bueno, me pareció que era posible. Nada más salir por el ventanal francés tuvieron que encontrarse el estanque, con su tentador agujerito en el hielo, delante de sus mismas narices. ¿Qué mejor escondite que aquél?

—¡Ah, un escondite! ¡Eso es otra cosa! —exclamó Stanley Hopkins—. Sí, claro, ahora lo entiendo. Era muy pronto, había aún gente por los caminos, y tuvieron miedo de que alguien los viera con la plata, de manera que la echaron al estanque, con la intención de regresar a por ella cuando no hubiera moros en la costa. Magnífico, señor Holmes, esto está mejor que esa idea de la pantalla.

—Seguro. Ha elaborado usted una admirable teoría. No cabe duda de que mis ideas eran completamente disparatadas, pero tiene usted que reconocer que han dado como resultado la recuperación de la plata.

—Sí, señor, sí; todo el mérito es suyo. En cambio, yo he sufrido un grave resbalón.

—¿Un resbalón?

—Sí, señor Holmes. La banda de los Randall ha sido detenida esta mañana en Nueva York.

—Vaya por Dios, Hopkins. Esto sí que parece rebatir su teoría de que anoche cometieron un asesinato en Kent.

—Es un golpe mortal, señor Holmes, absolutamente mortal. Sin embargo, hay otras cuadrillas de tres hombres, aparte de los Randall, e incluso podría tratarse

de una banda nueva, que la policía aún no conoce.

—Seguro; es perfectamente posible. ¿Cómo, se marcha usted?

—Sí, señor Holmes; no habrá descanso para mí hasta que haya llegado al fondo del asunto. Supongo que no tiene usted ninguna sugerencia que hacerme. —Ya le he hecho una.

—¿Cuál?

—Bueno, he sugerido la posibilidad de una pantalla.

—Pero ¿por qué, señor Holmes, por qué?

—Ah, ésa es la cuestión, desde luego. Pero le recomiendo que piense en esa idea. Puede que descubra que tiene su miga. ¿No se queda a cenar? Está bien, adiós y háganos saber cómo le va.

Hasta después de haber cenado y haber quedado recogida la mesa, Holmes no volvió a mencionar el asunto. Había encendido su pipa y acercado los pies, enfundados en zapatillas, al reconfortante fuego de la chimenea. De pronto, consultó su reloj.

—Espero novedades, Watson.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo..., dentro de unos minutos. Seguro que piensa usted que me he portado muy mal con Hopkins hace un rato.

—Confío en su buen juicio.

—Una respuesta muy sensata, Watson. Tiene usted que mirarlo de este modo: lo que yo sé es extraoficial; lo que él sabe es oficial. Yo tengo derecho a decidir por mí mismo, pero él no. Él tiene que revelarlo todo, o se convertiría en un traidor al cargo que ocupa. En caso de duda, preferiría no colocarle en una posición tan penosa y por eso me reservo lo que sé hasta que haya llegado a una conclusión clara sobre el asunto.

—¿Y eso cuándo será?

—Ha llegado el momento. Va usted a presenciar la última escena de un pequeño e interesante drama.

Se oyeron ruidos en la escalera, y nuestra puerta se abrió para dejar paso a uno de los ejemplares masculinos más espléndidos que jamás han entrado por ella. Era un hombre joven y muy alto, con bigote rubio, ojos azules, piel tostada por el sol de los trópicos y andares elásticos, que demostraban que aquella poderosa estructura era tan ágil como fuerte. Cerró la puerta después de entrar y se quedó de pie, con los puños apretados y el pecho palpitando, como tratando de dominar una emoción avasalladora.

—Siéntese, capitán Croker. ¿Recibió usted mi telegrama?

Nuestro visitante se dejó caer en una butaca y nos miró con ojos inquisitivos.

—Recibí su telegrama y he venido a la hora que usted indicaba. Me han dicho

que ha estado usted hoy en la oficina. No hay manera de escapar de usted. Oigamos ya las malas noticias. ¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Detenerme? ¡Hable, hombre! No se quede ahí sentado, jugando conmigo como el gato con el ratón.

—Dele un cigarro —me dijo Holmes—. Muerda eso, capitán Croker, y no se deje llevar por los nervios. Puede estar seguro de que yo no me sentaría a fumar con usted si lo considerase un criminal vulgar. Sea sincero conmigo y saldrá ganando. Trate de engañarme y lo aplastaré.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Que me cuente toda la verdad de los sucedido anoche en Abbey Grange. Toda la verdad, fíjese bien, sin añadir ni omitir nada. Es ya tanto lo que sé, que si se desvía usted una pulgada del camino recto, tocaré este silbato de policía desde la ventana y el asunto quedará fuera de mis manos para siempre.

El marino meditó un momento y luego se dio una palmada en la pierna con su enorme mano tostada por el sol.

—Correré el riesgo —dijo—. Creo que es usted un hombre de palabra y un hombre justo, y le voy a contar toda la historia. Pero antes tengo que decirle una cosa. Por lo que a mí respecta, no me arrepiento de nada, no temo nada, volvería

hacer lo que hice, y me sentiría orgulloso de haberlo hecho. ¡Maldita bestia! Aunque tuviera más vidas que un gato, no le bastaría con todas ellas para pagar lo que hizo. Pero está la señora, Mary..., Mary Fraser..., porque jamás me harán llamarla por ese otro maldito apellido... Cuando pienso los problemas que esto puede ocasionarle..., yo, que daría la vida sólo por hacer brotar una sonrisa en su amado rostro..., es que se me hace la sangre agua. Y sin embargo..., y sin embargo... ¿Qué otra cosa podía yo hacer? Voy a contarles mi historia, caballeros, y después les preguntaré, de hombre a hombre, si podía haber hecho otra cosa.

Tengo que retroceder un poco. Parece que ustedes lo saben todo, así que supongo que ya saben que la conocí cuando ella era pasajera y yo primer oficial del Rock of Gibraltar. Desde que la vi por vez primera no existió otra mujer para mí. Cada día del viaje la amaba más, y muchas veces, durante la oscuridad de la guardia nocturna, me he arrodillado para besar la cubierta del barco allí donde sus queridos pies la habían pisado. Ella nunca me prometió nada. Me trató con toda la honradez con que una mujer puede tratar a un hombre. No tengo ninguna queja. Por mi parte, todo era amor; por la suya, buena camaradería y amistad. Cuando nos separamos, ella era una mujer libre, pero yo ya no podría ser libre jamás.

Al regreso de mi siguiente viaje me enteré de su matrimonio. ¿Y por qué no iba a poderse casar con quien quisiera? Título y dinero... ¿A quién iban a sentarle mejor que a ella? Nació para todo lo bello y delicado. Me alegré de su buena suerte y de que no se hubiera echado a perder entregándose a un vulgar marino sin un céntimo. Así es como yo amaba a Mary Fraser.

En fin, pensaba que no la volvería a ver; pero al concluir mi último viaje fui ascendido a capitán y mi nuevo barco aún no se había botado, de manera que tuve que esperar un par de meses, y fui a pasarlos con mi familia en Sydenham. Y un día, en un camino rural, me encontré con Teresa Wright, su vieja doncella, que me contó cosas de ella, de él, de todo. Les aseguro, caballeros, que casi me vuelvo loco ¡Ese perro borracho! ¡Atreverse a ponerle la mano encima, él, que no era digno ni de lamerle los zapatos! Volví a ver a Teresa. Después vi a la propia Mary... y la volví a ver por segunda vez. A partir de entonces ella ya no quiso que siguiéramos viéndonos. Pero el otro día recibí el aviso de que mi barco zarparía en una semana, y decidí verla una vez más antes de partir. Teresa siempre estuvo de mi parte, porque quería a Mary y odiaba a ese canalla casi tanto como yo. Por ella me enteré de las costumbres de la casa. Mary solía

quedarse a leer en su salita de la planta baja. Anoche me acerqué hasta allí arrastrándome y arañé el cristal de la ventana. Al principio, ella no quería abrirme, pero ahora sé que en el fondo me ama y no fue capaz de dejarme fuera en una noche tan helada. Me susurró que diera la vuelta hasta el ventanal delantero y lo abrió para dejarme pasar al comedor. Una vez más, escuché de sus labios cosas que me hicieron hervir la sangre, y una vez más maldije a ese bruto que maltrataba a la mujer que yo amaba. Pues bien, caballeros, allí estábamos los dos, de pie junto al ventanal, y pongo al cielo por testigo de que en una actitud absolutamente inocente, cuando ese hombre se precipitó en la habitación como un loco, le dijo los peores insultos que un hombre puede dirigir a una mujer y la golpeó en la cara con el bastón que traía en la mano. Yo di un salto para coger el atizador y entablamos una lucha bastante igualada. Aquí en mi brazo puede ver dónde cayó su primer golpe. Pero entonces me tocó pegar a mí y le partí el cráneo como si hubiera sido una calabaza podrida. ¿Creen ustedes que lo lamenté? ¡Ni lo más mínimo! Era su vida o la mía... Más aún: era su vida o la de ella, porque, ¿cómo iba yo a dejarla en poder de aquel loco? Así lo maté. ¿Hice mal? Si es así, caballeros, díganme qué habrían hecho ustedes de encontrarse en mi situación. Ella había gritado cuando él la golpeó, y eso hizo bajar a la vieja Teresa de la habitación de arriba. En el aparador había una botella de vino y yo la abrí para verter un poco en los labios de Mary, que estaba medio muerta del susto. Yo también bebí un poco. Pero Teresa se mantenía fría como el hielo, y la idea fue tan suya como mía. Teníamos que aparentar que habían sido los ladrones. Teresa no paró de repetirle la historia a su señora, mientras yo trepaba para cortar el cordón de la campanilla. Luego la até al sillón, e incluso deshilaché el extremo del cordón para que pareciera natural y nadie se preguntara cómo había podido un ladrón trepar hasta allí para cortarlo. Cogí unos cuantos platos y cacharros de plata para reforzar la historia del robo, y las dejé solas, indicándolas que dieran la alarma un cuarto de hora después de marcharme yo. Tiré la plata al estanque y me volví a Sydenham con la sensación de que, por una vez en mi vida, había aprovechado bien la noche. Y esta es la verdad y toda la verdad, señor Holmes, aunque me cueste el cuello.

Holmes siguió fumando en silencio durante un rato. Luego cruzó la habitación y estrechó la mano de nuestro visitante.

—Esto es lo que pienso —dijo—. Sé qué todo lo que me ha dicho es verdad, porque prácticamente no ha dicho ni una palabra que yo no supiera ya. Nadie más que un acróbata o un marinero podía haber trepado para cortar ese cordón desde la moldura, y nadie más que un marino podía haber hecho esos nudos para

atar el cordón a la silla. La señora no había estado en contacto con marinos más que una vez en su vida, y eso fue durante su viaje. Y tenía que tratarse de alguien de su misma categoría humana, por el empeño que ponía en encubrirle, lo cual, de paso, demostraba que le amaba. Ya ve lo fácil que me ha resultado dar con usted en cuanto me puse a seguir la pista adecuada.

—Yo creí que la policía nunca conseguiría descubrir nuestro engaño.

—Y no lo ha conseguido, ni creo que lo consiga. Pero mire, capitán Croker: este es un asunto muy serio, aunque estoy dispuesto a admitir que usted actuó bajo la provocación más extrema a la que pueda verse sometido un hombre. Tratándose de defender su vida, es muy posible que su acción se pueda considerar legítima. Sin embargo, eso debe decidirlo un jurado británico. Mientras tanto, me inspira usted tanta simpatía que si decidiera desaparecer en las próximas veinticuatro horas yo le prometo que nadie le molestaría.

—¿Y después, todo saldría a relucir?

—Desde luego que saldrá a relucir.

El marino se puso rojo de ira.

—¿Cree usted que se le puede proponer algo así a un hombre? Conozco la ley lo suficiente como para saber que Mary sería detenida como cómplice. ¿Piensa que yo la dejaría sola para afrontar el escándalo mientras yo me escabullo? No, señor; que hagan lo que quieran conmigo, pero, por amor de Dios, señor Holmes, tiene usted que encontrar alguna manera de librar a mi pobre Mary de los tribunales.

Por segunda vez, Holmes estrechó la mano del marino.

—Sólo estaba poniéndole a prueba, y también esta vez ha respondido. Bien, estoy asumiendo una gran responsabilidad, pero ya le he proporcionado a Hopkins una pista excelente, y si no es capaz de sacarle partido, yo ya no puedo hacer más. Vamos a ver, capitán Croker, hagamos esto como es debido. Usted es el acusado. Watson, usted es un jurado británico, y le aseguro que nunca he conocido a una persona mejor capacitada para ejercer esa función. Yo soy el juez. Y ahora, caballeros del jurado, han oído ustedes la relación de los hechos. ¿Consideran al acusado culpable o inocente?

—Inocente, su señoría —dije yo.

—Vox populi, vox Dei[715]. Este tribunal le absuelve, capitán Croker. A no ser que la justicia encuentre un falso culpable, está usted a salvo de mí. Vuelva usted dentro de un año a visitar a la señora, y ojalá que el futuro de ustedes dos justifique la sentencia que hemos pronunciado esta noche.

13. La aventura de la Segunda Mancha

Mi intención era que «La aventura de Abbey Grange» hubiera sido la última de las aventuras de mi amigo Sherlock Holmes que yo diera a conocer al público. Esta decisión no se debía a la escasez de material, ya que dispongo de notas acerca de varios centenares de casos que nunca he llegado a mencionar, ni tampoco a que mis lectores hayan ido perdiendo interés por la personalidad única y los métodos extraordinarios de este hombre inigualable. La verdadera razón hay que buscarla en el poco entusiasmo demostrado por el propio señor Holmes ante la continua publicación de sus experiencias. Mientras estuvo ejerciendo su profesión, la relación de sus éxitos tenía para él una cierta utilidad práctica; pero desde que se retiró definitivamente de Londres, para dedicarse al estudio y la apicultura en las tierras bajas de Sussex, la notoriedad le ha llegado a resultar aborrecible, y ha insistido de manera terminante en que se respeten sus deseos en este aspecto. Sólo cuando le recordé que yo había prometido que «La aventura de la segunda mancha» se publicaría cuando llegase el momento adecuado, y le hice notar la conveniencia de que esta larga serie de episodios culminara en el más importante caso internacional que jamás se le encomendó, conseguí obtener su autorización para exponer al público una versión del asunto que hasta ahora se ha mantenido celosamente oculta. Si en algún momento del relato parece que soy algo inconcreto en ciertos detalles, el lector sabrá comprender que existe una excelente razón para mi reticencia.

Sucedió, pues, que un martes de otoño por la mañana, en un año y una década que quedarán sin precisar, recibimos en nuestros humildes aposentos de Baker Street a dos visitantes famosos en toda Europa. Uno de ellos, austero, solemne, dominante y con ojos de águila, era nada menos que el ilustre lord Bellinger, dos veces primer ministro de Gran Bretaña. El otro, moreno, elegante y de rasgos muy marcados, apenas entrado en la madurez y dotado de toda clase de cualidades físicas y mentales, era el muy honorable Trelawney Hope, ministro de Asuntos Europeos y el estadista más prometedor del país. Se sentaron uno junto al otro en nuestro sofá lleno de papeles revueltos, y se notaba a primera vista, por sus expresiones preocupadas y ansiosas, que el asunto que los había traído era de la máxima importancia. Las manos delgadas del primer ministro, surcadas

por venas azules, apretaban con fuerza el puño de marfil de su paraguas, y su rostro demacrado y ascético nos dirigía sombrías miradas, primero a Holmes y después a mí. El ministro de Asuntos Europeos se tiraba, nervioso, del bigote y jugueteaba con los dijes de la cadena de su reloj.

—Cuando descubrí la pérdida, señor Holmes, lo cual sucedió a las ocho de esta mañana, informé inmediatamente al primer ministro. Ha sido idea suya que vengamos a verle.

—¿Han informado ustedes a la policía?

—No, señor Holmes —respondió el primer ministro, con la manera de hablar rápida y tajante que le había hecho famoso—. Ni lo hemos hecho ni es posible hacerlo. Informar a la policía equivaldría, a la larga, a informar al público, y esto deseamos evitarlo de manera muy especial.

—¿Y eso por qué, señor?

—Porque el documento en cuestión tiene una importancia tan tremenda que su publicación podría provocar fácilmente..., yo diría que casi con seguridad..., complicaciones de suma gravedad en el escenario europeo. No exagero al decir que podrían estar en juego decisiones de guerra o de paz. Si no podemos intentar recuperarlo en absoluto secreto, lo mismo da que no lo recuperemos, porque lo que se proponen los que lo han robado es, precisamente, dar a conocer su contenido.

—Comprendo. Y ahora, señor Trelawney Hope, le agradecería mucho que me explicara con exactitud las circunstancias en que desapareció este documento.

—Se puede decir en muy pocas palabras, señor Holmes. La carta..., porque se trata de una carta de un dirigente extranjero..., se recibió hace seis días. Era tan importante que ni siquiera la he querido dejar en mi caja fuerte, sino que la he llevado todas las noches a mi casa de Whitehall Terrace y la he tenido en mi habitación, dentro de un maletín cerrado con llave. Anoche estaba allí, de eso estoy seguro, porque abrí el maletín mientras me vestía para cenar y vi dentro el documento. Esta mañana ya no estaba. El maletín se quedó toda la noche sobre la mesa del tocador, al lado del espejo. Yo tengo el sueño muy ligero, y mi esposa también. Los dos estamos dispuestos a jurar que nadie pudo entrar en nuestra habitación durante la noche. Y sin embargo, le repito que el documento ha desaparecido.

—¿A qué hora cenó usted?

—A las siete y media.

—¿Cuánto tiempo tardó en irse a la cama?

—Mi esposa había salido al teatro, y yo me quedé esperándola. No subimos a nuestra habitación hasta las once y media.

—¿Así que el maletín permaneció sin vigilancia durante cuatro horas?

—A nadie se le permite entrar en esa habitación, exceptuando a la mujer que la limpia por la mañana, y a mi ayuda de cámara y la doncella de mi esposa durante el resto del día. Y los dos son servidores de confianza, que llevan bastante tiempo con nosotros. Además, ninguno de ellos podía saber que en el maletín hubiera nada más importante que el papeleo normal del ministerio.

—¿Quién conocía la existencia de esa carta?

—En mi casa, nadie.

—¿Ni siquiera su esposa?

—No, señor; no le dije nada hasta esta mañana, cuando eché en falta el documento.

El primer ministro asintió en señal de aprobación.

—Hace mucho que conozco su elevado sentido del deber en cuestiones de su cargo, señor —dijo—. Estoy convencido de que, tratándose de un secreto tan importante como éste, lo pondría por encima incluso de sus lazos familiares más íntimos.

El ministro de Asuntos Europeos correspondió con una inclinación de cabeza.

—Con eso no me hace usted más que justicia, señor. Hasta esta mañana no le había dicho a mi esposa ni una palabra del asunto.

—¿No podría ella haberlo adivinado?

—No, señor Holmes, ni ella ni nadie podría haberlo adivinado.

—¿Había perdido usted antes algún documento?

—No, señor.

—¿Quién conocía en Inglaterra la existencia de esa carta?

—Ayer se informó a todos los ministros del Consejo. Pero el juramento de secreto que rige en todas las reuniones del Gabinete se reforzó ayer con una solemne advertencia del primer ministro. ¡Dios mío! ¡Y pensar que a las pocas horas, yo mismo iba a perderlo! —su atractivo rostro se contrajo en una mueca de desesperación, mientras se mesaba el cabello con las manos. Por un momento, tuvimos una fugaz visión de cómo era aquel hombre por dentro: impulsivo, ardiente, extremadamente sensible. Pero al instante había adoptado de nuevo la máscara aristocrática y volvía a oírse su voz suave—. Además de los miembros del Consejo de Ministros, hay dos, o tal vez tres, altos funcionarios que están enterados de la existencia de la carta. Nadie más en toda Inglaterra, señor Holmes, se lo aseguro.

—¿Y en el extranjero?

—Me inclino a creer que no la ha visto nadie más que la persona que la escribió. Estoy convencido de que sus ministros..., de que no se han utilizado los cauces oficiales habituales.

Holmes reflexionó durante unos momentos.

—Bien, señor, tengo que pedirle detalles más concretos sobre ese documento, y saber por qué su desaparición puede acarrear tan graves consecuencias.

Los dos estadistas intercambiaron una rápida mirada, y las hirsutas cejas del primer ministro se contrajeron en un ceño fruncido.

—Verá, señor Holmes, está en un sobre largo y delgado, de color azul claro. Tiene un sello de lacre rojo, con un león rampante estampado. La dirección está escrita a mano, en letra grande y firme...

—Me temo —interrumpió Holmes— que, por muy interesantes e incluso esenciales que sean esos detalles, mi pregunta debe llegar a la raíz del asunto. ¿De qué trataba esa carta?

—Eso es un secreto de Estado de la máxima importancia, y me temo que no puedo decírselo, y tampoco me parece que sea necesario. Si usted, valiéndose de las facultades que se dice que posee, es capaz de encontrar el sobre que le he descrito, con su contenido, habrá prestado un gran servicio a su país y se habrá hecho merecedor de cualquier recompensa que esté en nuestra mano concederle.

Sherlock Holmes se puso en pie, sonriente.

—Son ustedes dos de los hombres más ocupados del país —dijo— y yo mismo, en mi modestia, también tengo mucho trabajo por hacer. Lamento muchísimo no poder ayudarles en este asunto, y prolongar esta entrevista sería una pérdida de tiempo.

El primer ministro se puso en pie de un salto, con aquel mismo brillo rápido y feroz en sus ojos hundidos que acobardaba a los consejos de ministros.

—¡No estoy acostumbrado...! —empezó a decir, pero logró dominar su cólera y se sentó de nuevo. Durante un minuto, o más, todos permanecimos en silencio. Por fin, el anciano estadista se encogió de hombros.

—Tendremos que aceptar sus condiciones, señor Holmes. No cabe duda de que tiene usted razón y no podemos esperar que se ponga en acción a menos que le otorguemos nuestra plena confianza.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo el estadista más joven.

—En tal caso, se lo contaré, confiando por completo en su honor y en el de su compañero, el doctor Watson. También podría apelar a su patriotismo, ya que no se me ocurre una desgracia peor para nuestro país que la que podría producirse si saliera a la luz este asunto.

—Puede usted confiar en nosotros.

—Pues bien, la carta es de cierto dirigente extranjero, molesto por algunos sucesos coloniales en los que ha intervenido recientemente nuestro país. La ha escrito en un arrebato y bajo su propia responsabilidad. Por lo que hemos podido averiguar, sus ministros no saben nada del asunto. Lo malo es que está redactada de un modo tan poco afortunado y algunas frases son tan provocativas, que si se publicaran darían lugar, sin duda, a un estado de opinión muy peligroso. Se produciría en el país una ebullición de tal calibre que me atrevería a decir que, a

la semana de publicarse la carta, este país se vería envuelto en una terrible guerra.

Holmes escribió un nombre en una hoja de papel y se la pasó al primer ministro.

—Exacto. Ha sido él. Y su carta, esta carta que puede significar un gasto de miles de millones y la pérdida de cientos de miles de vidas humanas, es la que se ha perdido de manera tan inexplicable.

—¿Han informado usted al remitente?

—Sí, señor; hemos enviado un telegrama en clave.

—Tal vez él desee que la carta se publique.

—No, señor; tenemos razones de peso para creer que él se ha dado cuenta de que actuó de manera acalorada e imprudente. Para él y su país, la publicación de esta carta supondría un golpe aún más duro que para nosotros.

—En ese caso, ¿a quién le interesa que se publique la carta? ¿Por qué puede desear alguien robarla o publicarla?

—Ahí, señor Holmes, nos metemos en el campo de la alta política internacional. Pero si considera usted la situación en Europa, no le resultará difícil comprender el motivo. Europa entera es un campamento armado. Existen dos alianzas con una potencia militar bastante equilibrada. Gran Bretaña se encuentra en condiciones de inclinar la balanza. Si se viera arrastrada a la guerra contra una de las dos confederaciones, esto aseguraría la supremacía de la otra, tanto si ésta entra en guerra como si no. ¿Me sigue usted?

—Con toda claridad. Así pues, a los enemigos de este gobernante les interesaría apoderarse de la carta y publicarla, con el fin de crear un enfrentamiento entre su país y el nuestro.

—Eso es.

—¿Y a quién se le enviaría este documento, en caso de caer en manos enemigas?

—A cualquiera de las grandes cancillerías de Europa. Probablemente, en estos instantes ya va camino de una de ellas, a toda la velocidad a la que pueda

llevarla un vehículo de vapor.

El señor Trelawney Hope dejó caer la cabeza sobre el pecho y suspiró en voz alta. El primer ministro apoyó una mano consoladora en su hombro.

—Ha tenido usted mala suerte, querido amigo. Nadie le culpa de nada. No ha omitido usted ninguna precaución. Y ahora, señor Holmes, ya dispone usted de todos los datos. ¿Qué medidas recomienda?

Holmes movió la cabeza con expresión triste.

—¿Está usted convencido, señor, de que si no se recupera ese documento habrá guerra?

—Lo considero muy probable.

—Entonces, señor, prepárese para la guerra.

—Esas son palabras muy duras, señor Holmes.

—Considere los hechos, señor. Es completamente imposible que lo robaran después de las once y media de la noche, ya que, según he creído entender, el señor Hope y su esposa permanecieron en su habitación desde esa hora hasta que se descubrió el robo. Así pues, lo tuvieron que robar ayer, entre las siete y media y las once y media, probablemente más cerca de la primera hora, ya que es obvio que quien se lo llevó sabía que estaba allí, y lo más natural es que procurara apoderarse de él lo antes posible. Ahora bien, dada la hora en que se robó y la importancia del documento, ¿dónde puede estar ahora? Nadie tiene motivo alguno para retenerlo. Es preciso hacerlo llegar rápidamente a manos de quienes lo necesitan. ¿Qué posibilidades tenemos a estas alturas de alcanzarlos, ni siquiera de seguirles la pista?

Ni la más mínima.

El primer ministro se levantó del sofá.

—Lo que dice es completamente lógico, señor Holmes. A mí también me parece que el asunto está fuera de nuestras posibilidades.

—Supongamos, sólo a manera de hipótesis, que lo hubiera robado la doncella o

el ayuda de cámara.

—Los dos son sirvientes antiguos y de confianza.

—Me pareció entender que su habitación se encuentra en la segunda planta, que no se puede entrar desde fuera de la casa, y que nadie habría podido llegar desde dentro sin que le vieran. En tal caso, la carta tiene que haberla robado alguien de la casa. ¿A quién se la pudo entregar el ladrón? A cualquiera de los varios espías internacionales y agentes secretos, con cuyos nombres estoy relativamente familiarizado. Hay tres de ellos que podrían considerarse como las estrellas de su profesión. Comenzaré mis indagaciones intentado averiguar si todos ellos continúan en sus puestos. En caso de faltar alguno de ellos, y sobre todo si falta desde anoche, dispondremos de algún indicio sobre el lugar de destino del documento.

—¿Por qué no habría de continuar en su puesto? —preguntó el ministro de Asuntos Europeos—. Podría perfectamente haberlo llevado a alguna embajada en Londres.

—No creo que lo haya hecho. Estos agentes trabajan por libre, y muchas veces sus relaciones con las embajadas son algo tirantes.

El primer ministro asintió en señal de aprobación.

—Creo que tiene usted razón, señor Holmes. Tratándose de un botín tan valioso, lo llevaría personalmente. Su línea de acción me parece excelente. Mientras tanto, Hope, no podemos descuidar nuestros otros deberes a causa de esta desgracia. En caso de producirse alguna novedad durante el día de hoy, nos pondremos en comunicación con usted. Y usted, naturalmente, nos tendrá al corriente de los resultados de sus investigaciones.

Los dos estadistas hicieron una inclinación de cabeza y salieron de la habitación con aire solemne.

Cuando nuestros ilustres visitantes se hubieron marchado, Holmes encendió su pipa sin pronunciar palabra y se quedó un buen rato sumido en profundas reflexiones. Yo me había puesto a hojear el periódico de la mañana y me encontraba inmerso en un crimen sensacional que se había cometido en Londres la noche antes, cuando mi amigo soltó una exclamación, se puso en pie de un salto y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

—Sí —dijo—; no hay mejor manera de abordarlo. La situación es muy grave, pero no desesperada. Si pudiéramos estar seguros de cuál de ellos la tiene..., porque todavía es posible que no haya salido de sus manos. Al fin y al cabo, estos tipos se mueven por dinero, y yo cuento con el respaldo del Tesoro Nacional. Si está a la venta, puedo comprarla, aunque ello signifique que todos paguemos un penique más de impuestos. Es perfectamente posible que nuestro hombre esté aguardando a escuchar las ofertas de este bando antes de probar suerte con el otro. Y sólo existen tres hombres capaces de jugar un juego tan arriesgado: Oberstein, La Tothiere y Eduardo Lucas. Tendré que verlos a los tres.

Yo eché un vistazo al periódico.

—¿Se refiere usted a Eduardo Lucas, de Godolphin Street?

—Sí.

—Pues a ése no lo verá usted.

—¿Por qué no?

—Esta noche ha sido asesinado en su casa.

Eran tantas las veces que mi amigo me había asombrado en el transcurso de sus aventuras, que sentí verdadera satisfacción al darme cuenta de que esta vez era yo quien le había dejado completamente atónito. Me miró como alucinado y me arrebató el periódico de las manos. Esto era lo que estaba leyendo cuando él se levantó de su asiento:

«ASESINATO EN WESTMINSTER

La pasada noche se cometió un crimen en circunstancias misteriosas en el número 16 de Godolphin Street, una vetusta y solitaria calle de edificios del siglo XVIII, situada entre el río y la Abadía, casi a la sombra de la gran torre del Parlamento. La pequeña pero señorial mansión llevaba varios años habitada por el señor Eduardo Lucas, muy conocido en los círculos sociales por su atractiva personalidad y por tener merecida fama de ser uno de los mejores

tenores aficionados del país. El señor Lucas era soltero, de treinta y cuatro años, y su servicio estaba formado por la señora Pringle, su anciana ama de llaves, y un ayuda de cámara llamado Mitton. La primera se retira pronto y duerme en el piso alto. El ayuda de cámara había salido a visitar a un amigo que reside en Hammersmith. Así pues, el señor Lucas se quedó solo en casa desde las diez de la noche. Todavía no se sabe lo que ocurrió en ese tiempo, pero a las doce menos cuarto, el agente de policía Barrett, que hacía la ronda por Godolphin Street, observó que la puerta del número 16 se encontraba entreabierta. Llamó sin obtener respuesta y, al advertir una luz en la habitación delantera, avanzó por el pasillo y llamó de nuevo a la puerta de esta habitación, con idéntico resultado negativo. Entonces abrió la puerta de un empujón y penetró en la estancia. La habitación se encontraba en absoluto desorden, con todos los muebles amontonados a un lado y una silla volcada en el centro. Junto a esta silla, aferrado todavía a una de sus patas, yacía el desdichado inquilino de la casa. Había recibido una puñalada en el corazón, que debió producirle la muerte instantánea.

El cuchillo con el que se cometió el crimen es una daga india de hoja curva, descolgada de una panoplia de armas orientales que adornaba una de las paredes. En cuanto al móvil del crimen, no parece haber sido el robo, ya que no falta ninguno de los objetos de valor que contenía la habitación. El señor Eduardo Lucas era tan conocido y apreciado que su violenta y misteriosa muerte ha provocado una gran consternación en su extenso círculo de amistades.»

—Bien, Watson, ¿qué le parece esto?

—Una coincidencia asombrosa.

—¡Una coincidencia! Aquí tenemos a uno de los tres hombres que habíamos señalado como posibles participantes en este drama, y resulta que muere de una manera violenta durante las mismas horas en que el drama se representaba. Las posibilidades de que se trate de una coincidencia son tan ínfimas que no existen números para representarlas. No, querido Watson, los dos sucesos están relacionados..., tienen que estar relacionados. A nosotros nos toca descubrir la

relación.

—Pero ahora la policía estará enterada de todo.

—Nada de eso. La policía sabe lo que ha visto en Godolphin Street. No sabe, ni sabrá, nada de lo sucedido en Whitehall Terrace. Sólo nosotros estamos al tanto de los dos sucesos, y podemos intentar descubrir la relación entre ambos. De todas maneras, hay un detalle evidente que habría bastado para orientar mis sospechas hacia Lucas. Godolphin Street está en Westminster, a pocos minutos de Whitehall Terrace. Los otros dos agentes secretos que he mencionado viven al extremo del West End. Por tanto, a Lucas le resultaba más fácil que a los otros establecer un contacto o recibir un mensaje de la casa del ministro de Asuntos Europeos. Es poca cosa, pero cuando los hechos se concentran en tan pocas horas puede resultar esencial. ¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí?

Había aparecido la señora Hudson, trayendo en bandeja una tarjeta de mujer.

Holmes le echó un vistazo, levantó las cejas y me la pasó a mí.

—Dígale a lady Hilda Trelawney Hope que tenga la bondad de pasar —dijo.

Un momento después, nuestro humilde apartamento, que ya se había visto honrado aquella mañana, se honró aún más con la entrada de la mujer más encantadora de Londres. Yo había oído hablar con frecuencia de la belleza de la hija menor del duque de Belminster, pero ni las descripciones ni las fotografías en blanco y negro me había preparado para el sutil y delicado encanto y el hermoso colorido de aquella cabeza exquisita. Sin embargo, tal como nosotros la vimos aquella mañana de otoño, no era su belleza lo primero que impresionaba al observador; el cutis era admirable, pero se veía pálido de emoción; los ojos brillaban, pero su brillo era febril; la delicada boca se apretaba y fruncía en un intento de mantener la calma. El terror, y no la belleza, era lo primero que saltaba a la vista cuando nuestra hermosa visitante quedó momentáneamente encuadrada en el marco de la puerta.

—¿Ha estado aquí mi marido, señor Holmes?

—Sí, señora, ha estado aquí.

—Señor Holmes, le suplico que no le diga que he venido. Holmes respondió con una fría inclinación de cabeza y le ofreció un asiento.

—Señora, me coloca usted en una situación muy delicada. Le ruego que se siente y me explique qué desea; pero me temo que no puedo hacerle promesas incondicionales.

La dama cruzó la habitación y se sentó de espaldas a la ventana. Verdaderamente, aquella mujer alta, elegante e intensamente femenina tenía el porte de una reina.

—Señor Holmes —dijo mientras cruzaba y descruzaba las manos, enfundadas en guantes blancos—, voy a hablarle con sinceridad, y confío en que usted, a cambio, sea sincero conmigo. Entre mi marido y yo existe absoluta confianza en todos los aspectos, excepto en uno: la política. Para este tema, sus labios están sellados, no me cuenta nada. Ahora bien, me consta que anoche ocurrió en nuestra casa un incidente sumamente deplorable. Sé que ha desaparecido un documento. Pero como se trata de asunto político, mi esposo se niega a contarme los detalles. Sin embargo, es esencial..., esencial, repito..., que yo me entere de todo. Usted es la única persona, aparte de esos políticos, que conoce los hechos. Le ruego, pues, señor Holmes, que me informe con exactitud de lo sucedido y sus posibles consecuencias. Cuéntemelo todo, señor Holmes. No se calle por consideración a los intereses de su cliente, porque le aseguro que, aunque él no se dé cuenta, lo más conveniente para sus intereses sería confiar plenamente en mí. ¿Qué papel es ése que han robado?

—Señora, lo que me pide es completamente imposible.

Ella dejó escapar un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

—Tiene que comprenderlo, señora. Si su marido considera que debe mantenerla al margen de este asunto, ¿cómo voy a contarle lo que él ha decidido ocultar, habiendo conocido los hechos bajo promesa de secreto profesional? No está bien que me lo pida. Tendría que preguntárselo a él.

—Ya se lo he preguntado. He acudido a usted como último recurso. Pero aunque

no me diga nada concreto, señor Holmes, puede usted hacerme un gran servicio si me aclara un único detalle.

—¿Cuál, señora?

—¿Puede este incidente perjudicar la carrera política de mi marido?

—Bueno, señora, desde luego, a menos que se resuelva favorablemente, puede tener efectos muy lamentables.

—¡Ah! —exclamó ella, respirando hondo, como quien acaba de ver resueltas sus dudas—. Una pregunta más, señor Holmes: por un comentario que se le escapó a mi esposo bajo la primera impresión del desastre, he creído entender que la pérdida de este documento podría acarrear terribles consecuencias para la nación.

—Si él lo dijo, no seré yo quien lo niegue.

—¿Qué clase de consecuencias?

—Lo siento, señora, otra vez me pregunta usted más de lo que yo puedo responder.

—En tal caso, no le haré perder más tiempo. No le culpo, señor Holmes, por negarse a hablar más abiertamente, y estoy segura de que usted, por su parte, no pensará mal de mí por intentar compartir los problemas de mi marido, aun en contra de su voluntad. Una vez más, le ruego que no le diga nada de mi visita.

Al llegar a la puerta se volvió para mirarnos y tuve una última visión de aquel rostro hermoso y atormentado, con los ojos asustados y la boca apretada. Un instante después se había ido.

—Bueno, Watson, el bello sexo es su especialidad —dijo Holmes con una sonrisa cuando el ondulante frufrú de las faldas concluyó con un portazo—. ¿A qué juega esta dama?

—Me parece que lo ha dicho bien claro, y su ansiedad es muy natural.

—¡Hum! Piense en su aspecto, Watson, en su manera de actuar, en su excitación contenida, su inquietud, su insistencia en hacer preguntas. Recuerde que pertenece a una casta que no suele exteriorizar sus emociones.

—Desde luego, venía muy alterada.

—Recuerde también el curioso convencimiento con que nos aseguró que sería mejor para su marido que ella lo supiera todo. ¿Qué quería decir con eso? Y se habrá fijado usted, Watson, en cómo se situó para tener la luz a la espalda. No

quería que leyésemos su cara.

—Sí, se sentó en la única silla de la habitación.

—Sin embargo, los motivos de las mujeres son tan inescrutables... ¿Se acuerda de aquella mujer de Margate, de la que yo sospeché por la misma razón? Y lo que sucedía era que no se había empolvado la nariz. ¿Cómo puedes construir algo sobre bases tan movedizas? Sus actos más triviales pueden significar una inmensidad, y sus comportamientos más extraordinarios pueden depender de una horquilla o un rizador de pelo. Buenos días, Watson.

—¿Va usted a salir?

—Sí; pienso pasar la mañana en Godolphin Street, en compañía de nuestros amigos de la policía. La solución de nuestro problema depende de Eduardo Lucas, aunque confieso que aún no tengo ni idea de la forma que pueda adoptar. Es un error garrafal teorizar antes de conocer los hechos. Quédese en guardia, Watson, por si llegan nuevas visitas. Si me es posible, vendré a comer con usted.

Durante todo aquel día, el siguiente y el otro, Holmes se mantuvo de un humor que sus amigos llamarían taciturno y los demás malhumorado. Entraba y salía sin dejar de fumar, tocaba fragmentos de violín, se sumía en ensoñaciones, devoraba bocadillos a horas intempestivas y apenas respondía a las preguntas que yo le hacía de cuando en cuando. Era evidente que su investigación no marchaba por buen camino. No decía ni palabra sobre el caso, y tuve que enterarme por los periódicos de los detalles de la indagación y de la detención y posterior puesta en libertad de John Mitton, el ayuda de cámara de la víctima. El jurado de instrucción pronunció el evidente veredicto de «homicidio intencionado», pero los autores seguían siendo desconocidos. No se pudo hallar ningún móvil. La habitación estaba llena de objetos de valor, pero no habían robado ninguno. Tampoco se habían tocado los papeles del muerto. Dichos papeles fueron examinados minuciosamente, y demostraron que el fallecido era un verdadero experto en política internacional, un chismoso incorregible, un notable lingüista y un infatigable escritor de cartas. Conocía íntimamente a los políticos más destacados de varios países. Pero no se pudo encontrar nada sensacional entre los abundantes documentos que llenaban sus cajones. En cuanto a sus relaciones con mujeres, parecían haber sido numerosas, pero superficiales. Tenía muchas conocidas, pero pocas amigas, y no parecía haber amado a ninguna. Era hombre de costumbres ordenadas y conducta inofensiva.

Su muerte constituía un absoluto misterio, y lo más probable era que continuara siéndolo.

En cuanto a la detención de John Mitton, el ayuda de cámara, había sido una medida desesperada, como única alternativa a no hacer nada. Pero no se pudo mantener la acusación. Aquella noche, Mitton había estado visitando a unos amigos en Hammersmith y disponía de una coartada perfecta. Es cierto que emprendió el regreso a casa con tiempo de sobra para llegar a Westminster antes de la hora en que se descubrió el crimen, pero alegó que había hecho parte del camino andando, lo cual parecía bastante probable, dado que hacía una noche deliciosa. El caso es que llegó a casa a las doce de la noche, y pareció quedar abrumado por la inesperada tragedia. Siempre se había llevado bien con su señor. En sus cajones se habían encontrado varios artículos pertenecientes a la víctima, entre ellos, un estuche con navajas de afeitar, pero él explicó que se trataba de regalos de la víctima, y el ama de llaves corroboró esta versión. Mitton llevaba tres años trabajando al servicio de Lucas.

Llamaba la atención que éste nunca lo llevase con él al Continente. Lucas hacía ocasionales viajes a París, que podían durar hasta tres meses, pero Mitton se quedaba al cuidado de la casa de Godolphin Street. En cuanto al ama de llaves, no había oído nada la noche del crimen. Si su señor había recibido alguna visita, tuvo que abrirle la puerta él mismo.

Así pues, por lo que yo pude leer en los periódicos, el misterio llevaba durando ya tres días. Si Holmes sabía algo más, se lo guardaba para sí mismo. No obstante, me había dicho que el inspector Lestrade le mantenía informado del caso, así que me constaba que estaba al tanto de los detalles de la investigación. Al cuarto día, el Daily Telegraph publicó un largo comunicado de su corresponsal en París, que parecía resolver todo el asunto:

«La policía de París acaba de realizar un descubrimiento que levanta el velo del misterio que envolvía la trágica muerte de Eduardo Lucas, asesinado durante la noche del pasado lunes en Godolphin Street, Westminster. Como recordarán nuestros lectores, el señor Lucas fue encontrado apuñalado en su habitación, y se llegó a sospechar de su ayuda de cámara, aunque éste disponía de una coartada que disipó toda sospecha. Ayer, en París, la servidumbre de una mujer, identificada como la señora de Henri Fournaye, que reside en una pequeña mansión de la Rue Austerlitz, comunicó a las autoridades que su señora presentaba síntomas de locura. Tras someterla a un examen, se comprobó que,

efectivamente, padecía una manía de carácter peligroso y permanente. La policía ha podido averiguar que la señora de Henri Fournaye había llegado de Londres el martes, y existen indicios que la relacionan con el crimen de Westminster. La comparación de fotografías ha demostrado de manera concluyente que los señores Henri Fournaye y Eduardo Lucas eran una misma persona y que, por alguna razón, el fallecido llevaba una doble vida entre Londres y París. La señora Fournaye, que es de origen criollo, tiene un carácter muy excitable, y en ocasiones ha sufrido ataques de celos de tipo histérico. Se sospecha que durante uno de estos ataques cometió el crimen que tanta sensación ha causado en Londres. No se han reconstruido aún sus movimientos durante la noche del lunes, pero se sabe con certeza que una mujer que responde a su descripción causó un gran revuelo el martes por la mañana en la estación de Charing Cross con su aspecto enloquecido y sus gestos violentos. Así pues, parece probable que cometiera el crimen en un ataque de locura, o que perdiera el juicio a consecuencia de su acción. Por el momento, la infeliz mujer se ha mostrado incapaz de hacer una declaración coherente, y los médicos no abrigan esperanzas de que recupere la razón. Se ha sabido que la noche del lunes se vio a una mujer, que bien podría haber sido madame Fournaye, vigilando durante varias horas la casa de Godolphin Street.»

—¿Qué le parece esto, Holmes? —pregunté, después de haberle leído el artículo en alta voz mientras él terminaba el desayuno.

—Querido Watson —respondió, levantándose de la mesa y dando zancadas por la habitación—, yo sé lo mucho que está usted sufriendo, pero si no le he contado nada en estos tres días es porque no hay nada que contar. Y tampoco este informe de París nos sirve de mucha ayuda.

—Pues parece que aclara de manera concluyente la muerte de ese hombre.

—La muerte de ese hombre no es más que un mero incidente, un episodio trivial en comparación con nuestra auténtica tarea, que consiste en seguir la pista de ese documento y salvar a Europa de la catástrofe. En estos tres días sólo ha ocurrido una cosa importante, y es que no ha ocurrido nada. Recibo informes del gobierno casi cada hora, y en ninguna parte de Europa se ha advertido señal alguna de agitación. En cambio, si esta carta estuviera circulando..., no, no puede estar circulando, pero en ese caso, ¿dónde está? ¿Quién la tiene? ¿Por qué la mantiene oculta? Esa pregunta me golpea el cerebro como un martillo. ¿Ha sido una coincidencia que Lucas muriera asesinado la misma noche en que desapareció la

carta? ¿Llegó la carta a sus manos? ¿Acaso se la llevó esa esposa loca que resulta que tenía? Y si se la llevó ella, ¿estará en su casa de París? ¿Cómo podría yo registrarla sin despertar las sospechas de la policía francesa? Este es un caso, querido Watson, en el que la ley nos resulta tan peligrosa como los propios criminales. Estamos solos contra todos, pero lo que está en juego es tremendo. Si lograra resolverlo de manera satisfactoria, no cabe duda de que este caso representaría el broche de oro a mi carrera. ¡Ah, aquí llega el último parte de guerra! —echó un vistazo a la nota que acababan de entregarle—. ¡Vaya! Parece que Lestrade ha descubierto algo interesante. Póngase el sombrero, Watson, que vamos a dar un paseíto hasta Westminster.

Era mi primera visita al escenario del crimen: una casa alta y estrecha, algo deslucida, cursi, correcta y sólida como el siglo que la vio nacer. El rostro de bulldog de Lestrade nos miraba desde la ventana delantera. Un corpulento policía de uniforme nos abrió la puerta y el inspector nos salió a recibir efusivamente. Nos hizo pasar a la habitación en la que se había cometido el crimen, pero ya no quedaba ninguna huella del mismo, con excepción de una fea mancha de forma irregular sobre la alfombra. Dicha alfombra era una pieza india, pequeña y cuadrada, situada en el centro de la habitación, y rodeada por amplios márgenes de precioso entarimado antiguo, formado por bloques cuadrados de madera muy pulimentados. Sobre la chimenea colgaba una magnífica panoplia llena de armas, una de las cuales era la que se había utilizado aquella trágica noche. Junto a la ventana había un suntuoso escritorio, y todos los detalles de la habitación -cuadros, alfombras y colgaduras- indicaban un gusto por lo fastuoso que rondaba los límites de la afectación.

—¿Ha leído las noticias de París? —preguntó Lestrade.

Holmes asintió.

—Esta vez parece que nuestros amigos franceses han dado en el clavo. No cabe duda de que ocurrió como ellos dicen. Supongo que ella llamó a la puerta..., una visita sorpresa, porque el hombre mantenía sus dos vidas en compartimentos estancos..., y él la dejó entrar, porque no podía dejarla en la calle. Ella le explicó cómo había logrado dar con él, le reprochó su conducta, una cosa llevó a la otra, y con esa daga tan al alcance de la mano pasó lo que tenía que pasar. Sin embargo, no debió suceder de buenas a primeras, porque todas estas sillas estaban corridas hasta allí, y el hombre tenía una en las manos, como si con ella hubiera intentado mantener a la mujer a distancia. Está todo tan claro como si lo

hubiéramos visto.

Holmes arqueó las cejas.

—¿Y sin embargo, me ha hecho llamar?

—Ah, sí, es por otra cosa... Una pequeñez, pero de ésas que a usted le interesan... Una cosa bastante rara, ¿sabe?, podríamos decir que extravagante. No tiene nada que ver con el asunto principal..., nada que ver, eso salta a la vista.

—¿Y de qué se trata, pues?

—Pues bien, ya sabe usted que cuando se comete un crimen de este tipo ponemos mucho cuidado en dejarlo todo como estaba. No se ha cambiado nada de sitio. Hay un agente de guardia día y noche. Esta mañana, después de enterrar a la víctima y dar por terminadas las investigaciones en lo que a este cuarto se refiere, se nos ocurrió adecentarlo un poco. ¿Ve esa alfombra? Fíjese en que no está clavada al suelo, sólo colocada encima. Así que pudimos levantarla. Y encontramos...

—¿Sí? ¿Qué encontraron?

El rostro de Holmes se estaba poniendo tenso de ansiedad.

—Estoy seguro de que no lo adivinaría ni en cien años. ¿Ve usted esa mancha en la alfombra? Es de suponer que una buena parte debió de atravesar la alfombra hasta el suelo, ¿no le parece?

—Desde luego que sí.

—Pues bien, le sorprenderá saber que no hay ninguna mancha en la madera del suelo.

—¡Que no hay mancha! ¡Pero si tiene que haberla!

—Sí, eso pensaría cualquiera. Pero lo cierto es que no hay mancha.

Agarró la punta de la alfombra y la levantó para demostrar lo que decía.

—Sin embargo, la alfombra está tan manchada por debajo como por encima.

Tiene que haber dejado alguna marca.

Lestrade se rió por lo bajo, encantado de tener tan desconcertado al famoso experto.

—Ahora verá la explicación. Sí que hay una segunda mancha, pero no está debajo de la primera. Véalo usted mismo.

Y diciendo esto, levantó otra parte de la alfombra y, efectivamente, allí había una gran mancha escarlata sobre la madera blanca del antiguo entarimado.

—¿Qué le parece esto, señor Holmes?

—Bueno, es muy sencillo. Las dos manchas coincidían, pero alguien ha girado la alfombra. Era fácil hacerlo, siendo cuadrada y no estando sujeta al suelo.

—Hombre, señor Holmes, no hace falta que usted nos diga que alguien ha girado la alfombra. Eso está clarísimo, ya que las manchas coinciden a la perfección con sólo poner la alfombra de esta otra manera. Lo que yo querría saber es quién giró la alfombra y por qué.

El rostro rígido de Holmes indicaba que mi amigo estaba vibrando de excitación interna.

—Vamos a ver, Lestrade —dijo—. ¿Ese policía del pasillo ha estado de guardia en la casa todo el tiempo?

—Pues sí.

—Bien, siga mi consejo. Interróguelo a fondo. No lo haga delante de nosotros. Llévelo a la habitación de atrás y nosotros nos quedaremos esperando aquí. Pregúntele cómo se ha atrevido a dejar que entrase aquí gente y se quedara sola en esta habitación. No le pregunte si ha dejado entrar a alguien. Delo por hecho. Dígale que usted sabe que aquí ha estado alguien. Apriétele. Dígale que la única oportunidad que tiene de obtener el perdón es haciendo una confesión completa. ¡Haga exactamente lo que le digo!

—¡Por San Jorge, que si sabe algo yo se lo sacaré! —exclamó Lestrade, saliendo disparado hacia el vestíbulo. A los pocos segundos oímos su voz autoritaria, procedente de la habitación de atrás.

—¡Ahora, Watson, ahora! —gritó Holmes con ansia frenética.

Toda la fuerza demoníaca que aquel hombre disimulaba bajo su máscara de indiferencia estalló en un paroxismo de energía. Apartó de un tirón la alfombra india, y un instante después estaba a cuatro patas, hurgando con las uñas las tablillas del suelo. Una de ellas se movió hacia un lado al introducir Holmes las uñas en la juntura, y giró hacia atrás como la tapa de una caja, descubriendo una pequeña y negra cavidad bajo el suelo. Holmes introdujo su ansiosa mano en el hueco y volvió a sacarla con un gruñido de disgusto y decepción. Estaba vacío.

—¡Deprisa, Watson, deprisa! ¡Hay que volverla a colocar!

Volvió a tapar el hueco y apenas habíamos tenido tiempo de colocar en su sitio la alfombra cuando oímos la voz de Lestrade en el pasillo. Al entrar, encontró a Holmes lánguidamente apoyado en la repisa de la chimenea, con expresión resignada y paciente, como si le costara trabajo disimular sus irreprimibles bostezos.

—Lamento haberle hecho esperar, señor Holmes. Ya veo que se está muriendo de aburrimiento con este asunto. Bien, pues sí que ha confesado. Acérquese, MacPherson, quiero que estos caballeros se enteren de su inexcusable conducta.

El enorme policía, sonrojadísimo y muy arrepentido, entró como arrastrándose en

la habitación.

—Lo hice sin mala intención, señor, se lo aseguro. La señorita llamó anoche a la puerta..., se había equivocado de casa, ¿sabe usted? Y nos pusimos a hablar. Se siente uno muy solo cuando tiene que estar de guardia todo el día.

—Bien, ¿y qué sucedió luego?

—Quería ver el lugar donde se había cometido el crimen..., dijo que había leído la noticia en los periódicos. Era una señorita muy respetable y muy bienhablada, señor, y no vi nada de malo en dejarla que echara un vistazo. Cuando vio la mancha en la alfombra cayó desmayada al suelo y se quedó como muerta. Corrí a la parte de atrás y traje un poco de agua, pero no conseguí hacerla volver en sí. Entonces fui al «lvy Plant», el bar de la esquina, para pedir un poco de brandy. Pero cuando regresé a la casa la joven había vuelto en sí y se había marchado.

Supongo que se sintió avergonzada y no se atrevió a encararse conmigo.

—¿Y qué me dice de lo de mover esa alfombra?

—Verá, señor, desde luego estaba un poco arrugada cuando yo volví. Como ella se cayó encima, y la alfombra está sobre un suelo pulido, sin nada que la sujete... Así que la estiré un poco.

—Esto le enseñará que no puede usted engañarme, agente MacPherson —dijo Lestrade, muy digno—. Seguro que pensaba que nunca se descubriría que había faltado usted a su deber; pero ya ve que me ha bastado una simple mirada a esa alfombra para saber, sin ningún género de dudas, que en esta habitación había entrado alguien. Tiene usted suerte, joven, de que no falte nada, pues de lo contrario las iba a pasar negras. Lamento haberle hecho venir por una tontería como ésta, señor Holmes, pero pensé que podría interesarle el hecho de que la segunda mancha no coincidiera con la primera.

—Ya lo creo, ha sido interesantísimo. Dígame, agente: ¿esa mujer sólo ha estado aquí una vez?

—Sí, señor, sólo una vez.

—¿Quién era?

—No sé cómo se llama, señor. Venía por un anuncio en el que pedían una mecanógrafa, y se equivocó de número... Era una señorita muy agradable y educada, señor.

—¿Alta? ¿Guapa?

—Sí, señor, era una joven muy crecidita. Y supongo que se podría decir que era guapa. Quizás hubiera quien dijera que era muy guapa. «¡Oh, agente, por favor, déjeme echar un vistazo!», me dijo. Era muy simpática y, ¿cómo le diría?, persuasiva, y no me pareció que hubiera nada de malo en dejarle asomar la cabeza por la puerta.

—¿Cómo iba vestida?

—Muy discreta, señor..., con una capa larga que le llegaba a los pies.

—¿Qué hora era?

—Empezaba a oscurecer. Estaban encendiendo las farolas cuando yo regresaba con el brandy.

—Muy bien —dijo Holmes—. Vamos, Watson, creo que tenemos cosas más importantes que hacer en otra parte.

Lestrade se quedó en la habitación delantera mientras el arrepentido agente nos abría la puerta para que saliéramos de la casa. En el escalón de entrada, Holmes dio media vuelta y enseñó algo que tenía en la mano. El policía lo miró y se quedó de piedra.

—¡Cielo santo, señor! —exclamó, con el asombro pintado en el rostro.

Holmes se llevó el dedo a los labios, volvió a meterse la mano en el bolsillo del pecho y estalló en carcajadas mientras nos alejábamos calle abajo.

—¡Excelente! —dijo—. Vamos, amigo Watson, está a punto de levantarse el telón para el último acto. Le tranquilizará saber que no habrá guerra, que el muy honorable Trelawney Hope no verá truncada su brillante carrera, que el indiscreto gobernante no será castigado por su indiscreción, que el primer ministro no tendrá que enfrentarse a ningún conflicto en Europa, y que con un poco de tacto y habilidad por nuestra parte nadie saldrá perjudicado por lo que podría haber sido un incidente gravísimo.

Mi mente se llenó de admiración por aquel hombre extraordinario.

—¡Lo ha resuelto usted! —exclamé.

—No del todo, Watson. Todavía hay algunos detalles que continúan tan oscuros como antes. Pero tenemos ya tanto que será culpa nuestra si no conseguimos el resto. Vamos derechos a Whitehall Terrace y pondremos fin al asunto.

Cuando llegamos a la residencia del ministro de Asuntos Europeos, Holmes preguntó por lady Hilda Trelawney Hope. Nos hicieron pasar a una sala de estar.

—¡Señor Holmes! —dijo la señora, con el rostro encendido de indignación—. Esto es muy indiscreto y desconsiderado por su parte. Creí haberle explicado que deseaba mantener en secreto la visita que hice, para que mi esposo no fuera a

creer que me entrometo en sus asuntos. Y a pesar de ello, me compromete usted viniendo aquí y dando a entender que existen relaciones profesionales entre nosotros.

—Por desgracia, señora, no tenía alternativa. Se me ha encomendado recuperar ese importantísimo documento y me veo obligado, señora, a pedirle que tenga la amabilidad de entregármelo.

La dama se puso en pie de un salto y todo el color desapareció de su hermoso rostro. Se le pusieron los ojos vidriosos, se tambaleó y pensé que iba a desmayarse. Pero en seguida, con un tremendo esfuerzo, se recuperó del golpe, y el asombro y la indignación más completos borraron cualquier otra expresión de sus facciones.

—¡Eso..., eso es un insulto, señor Holmes!

—Vamos, vamos, señora, es inútil. Entrégueme la carta.

Ella se precipitó hacia la campanilla.

—El mayordomo les indicará la salida.

—No le llame, lady Hilda. Si lo hace, frustrará mis sinceros esfuerzos por evitar un escándalo. Entrégueme la carta y todo saldrá bien. Si colabora conmigo, yo lo arreglaré todo. Si se me enfrenta, tendré que descubrirla.

Ella se irguió desafiante, con la dignidad de una reina, y clavó sus ojos en los de Holmes como si pretendiera leer en su alma. Tenía la mano en la campanilla pero no se decidía a hacerla sonar.

—Está intentado asustarme. No es muy de hombres, señor Holmes, eso de venir aquí a intimidar a una mujer. Dice que sabe algo. A ver, ¿qué es lo que sabe?

—Le ruego que se siente, señora. Si se cae, puede hacerse daño. No hablaré hasta que se haya sentado. Gracias.

—Le concedo cinco minutos, señor Holmes.

—Con uno me bastará, lady Hilda. Estoy enterado de su visita a Eduardo Lucas, de que usted le entregó el documento, de su ingenioso regreso de ayer a la

habitación de Lucas, y de cómo sacó la carta del escondrijo que hay debajo de la alfombra.

Ella se le quedó mirando con el rostro ceniciento y tragó saliva dos veces antes de poder hablar.

—Está usted loco, señor Holmes..., ¡loco! —consiguió exclamar por fin.

Holmes sacó del bolsillo un trocito de cartulina. Era el rostro de una mujer recortado de una fotografía.

—Llevaba esto encima porque me pareció que podría resultarme útil —dijo—. El policía la ha reconocido.

Lady Hilda se quedó boquiabierta y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Vamos, lady Hilda. Usted tiene la carta. Aún se puede arreglar todo. No deseo causarle problemas. Mi misión habrá concluido cuando le entregue la carta a su esposo. Siga mi consejo y sea sincera conmigo; es su única oportunidad.

Había que descubrirse ante el valor de aquella dama. Ni siquiera entonces se dio por vencida.

—Le repito, señor Holmes, que comete usted un error absurdo.

Holmes se levantó de su asiento.

—Lo siento por usted, lady Hilda. He hecho lo que he podido, pero ya veo que todo es en vano.

Hizo sonar la campanilla y entró el mayordomo.

—¿Está el señor Trelawney Hope en casa?

—Llegará a la una menos cuarto, señor.

Holmes consultó su reloj.

—Todavía falta un cuarto de hora —dijo—. Muy bien, le esperaré.

Apenas había terminado el mayordomo de cerrar la puerta cuando lady Hilda

cayó de rodillas a los pies de Holmes, con las manos extendidas y su bello rostro alzado e inundado de lágrimas.

—¡Tenga piedad de mí, señor Holmes! ¡Tenga piedad! —suplicaba de manera frenética—. ¡Por amor de Dios, no se lo diga! ¡Usted no sabe cómo quiero a mi marido! ¡Por nada del mundo querría verle sufrir, y sé que esto le destrozará el corazón!

Holmes la hizo levantar.

—Gracias a Dios, señora, ha recuperado usted su buen juicio, aunque haya sido en el último momento. No hay un instante que perder. ¿Dónde está la carta?

Ella corrió hacia un escritorio, lo abrió y sacó un sobre azul y alargado.

—Aquí está, señor Holmes. ¡Ojalá no la hubiera visto nunca!

—¿Cómo podemos devolverla? —murmuró Holmes—. ¡Pronto, pronto, tenemos que encontrar la manera! ¿Dónde está el maletín de documentos?

—Sigue en el dormitorio.

—¡Qué buena suerte! Rápido, señora, tráigalo aquí.

Un momento después, la señora reaparecía con un maletín rojo en la mano.

—¿Cómo lo abrió la otra vez? ¿Tiene una copia de la llave? Sí, claro que la tiene. Ábralo.

Lady Hilda se había sacado del pecho una llavecita, con la que abrió el maletín. Estaba repleto de papeles. Holmes metió el sobre azul en medio del montón, entre las páginas de algún otro documento. Una vez cerrado, el maletín regresó al dormitorio.

—Ya estamos preparados —dijo Holmes—. Todavía nos quedan diez minutos. Lady Hilda, yo voy a hacer todo lo que esté de mi parte por encubrirla. A cambio, usted puede emplear estos minutos en explicarme con sinceridad qué significa todo este terrible embrollo.

—Se lo contaré todo, señor Holmes —gimió ella—. ¡Ay, señor Holmes, yo me

cortaría la mano derecha antes que darle un disgusto a mi marido! No hay en todo Londres una mujer que ame a su esposo como yo amo al mío, y sin embargo, si él supiera lo que he hecho.... lo que me he visto obligada a hacer..., no me lo perdonaría nunca. Tiene un sentido del honor tan alto que no es capaz de olvidar ni de perdonar un acto deshonroso de otra persona. ¡Ayúdeme, señor Holmes! ¡Está en juego mi felicidad, su felicidad, nuestras mismas vidas!

—¡Dése prisa, señora, que se acaba el tiempo!

—Todo se debió a una carta mía, señor Holmes, una carta imprudente que escribí antes de casarme. Una carta tonta, la carta de una chiquilla impulsiva y enamorada. Yo la escribí de manera inocente, pero a mi marido le habría parecido monstruosa. Si la hubiera leído, habría perdido para siempre la confianza en mí. Hace años que la escribí y creía que el asunto estaba olvidado. Pero entonces apareció este hombre, Lucas, y me dijo que la carta había caído en sus manos y que se la iba a enseñar a mi marido. Le supliqué que no lo hiciera, y él me dijo que me devolvería mi carta si yo le proporcionaba cierto documento que, según él, había en el portafolios de mi marido. Tenía algún espía en el ministerio, que le había informado de su existencia. Me aseguró que mi marido no sufriría ningún perjuicio. Póngase en mi lugar, señor Holmes. ¿Qué podía yo hacer?

—Contárselo todo a su marido.

—¡No podía, señor Holmes, no podía! Por un lado, la catástrofe me parecía segura; por el otro, y aunque me resultara terrible robarle papeles a mi marido, se trataba de un asunto de política y sus consecuencias se me escapaban, mientras que en un asunto de amor y confianza las consecuencias me parecían muy claras. ¡Lo hice, señor Holmes! Saqué un molde de su llave y ese hombre, Lucas, me hizo una copia. Abrí el maletín, saqué el documento y lo llevé a Godolphin Street.

—¿Y qué sucedió allí, señora?

—Llamé a la puerta como habíamos convenido. Lucas abrió. Lo seguí hasta su habitación, dejando entreabierta la puerta del vestíbulo, porque me daba miedo quedarme a solas con aquel hombre. Recuerdo que al entrar me fijé en una mujer que había en la calle. Nuestro negocio quedó concluido en un instante: él tenía mi carta sobre el escritorio; yo le entregué el documento; él me dio la carta. Y en

aquel momento oímos un ruido en la puerta y pasos en el pasillo. Lucas levantó a toda prisa la alfombra, metió el documento en alguna especie de escondrijo que tenía allí, y lo tapó de nuevo.

Lo que sucedió a continuación es como una espantosa pesadilla. Conservo la visión de una cara morena y desencajada, y el sonido de una voz de mujer que gritaba en francés: «¡Mi espera no ha sido en vano! ¡Por fin te he encontrado con ella!» Se entabló una lucha feroz. Recuerdo que él cogió una silla, y que en las manos de ella brillaba un cuchillo. Escapé corriendo de aquella terrible escena, huí de la casa y no supe más hasta la mañana siguiente, cuando leí en el periódico el terrible desenlace. Sin embargo, aquella noche dormí feliz, porque había recuperado mi carta y no sabía aún lo que me reservaba el futuro.

A la mañana siguiente me di cuenta de que no había hecho más que cambiar un problema por otro. La angustia de mi marido cuando descubrió la desaparición de ese papel me llegó al alma. Tuve que contenerme para no arrodillarme a sus pies allí mismo y confesarle lo que había hecho. Pero aquello significaría tener que confesar también el pasado. Aquella mañana fui a visitarle a usted para hacerme una idea del alcance de mis actos. Cuando comprendí la enormidad del asunto, ya no pensé en otra que no fuera recuperar el documento de mi marido. Tenía que seguir estando donde Lucas lo había dejado, ya que lo guardó antes de que aquella terrible mujer entrara en la habitación. De no haber sido por su repentina llegada, yo no me habría enterado de dónde estaba el escondrijo. ¿Cómo podía volver a entrar en aquella habitación? Vigilé la casa durante dos días, pero la puerta nunca se quedaba abierta. Anoche hice el último intento. Ya sabe usted cómo me las arreglé para conseguir mi objetivo. Me traje el documento a casa, y había pensado destruirlo, porque no se me ocurría ninguna manera de devolverlo sin tener que confesárselo todo a mi marido. ¡Cielos, oigo sus pasos en la escalera!

El ministro de Asuntos Europeos irrumpió muy nervioso en la habitación.

—¿Alguna noticia, señor Holmes? ¿Alguna noticia? —preguntó.

—Tengo algunas esperanzas.

—¡Ah, gracias a Dios! —se le iluminó el rostro—. El primer ministro ha venido a comer conmigo. ¿Podemos hacerle partícipe de sus esperanzas? A pesar de que tiene nervios de acero, me consta que apenas ha dormido desde que ocurrió este

terrible suceso. Jacobs, ¿quiere pedirle al primer ministro que suba? Lo siento, querida, me temo que se trata de un asunto político. Nos reuniremos contigo en el comedor dentro de unos minutos.

El primer ministro parecía tranquilo, pero por el brillo de sus ojos y el temblor de sus huesudas manos se notaba que estaba tan nervioso como su joven colega.

—Tengo entendido que dispone usted de alguna información, señor Holmes.

—Puramente negativa, por el momento —respondió mi amigo—. He investigado en todos los lugares donde podría encontrarse el documento, y estoy seguro de que no hay peligro de que caiga en malas manos.

—Pero eso no es suficiente, señor Holmes. No podemos seguir viviendo permanentemente sobre semejante volcán. Necesitamos algo concreto.

—Tengo esperanzas de conseguirlo. Por eso estoy aquí. Cuanto más pienso en este asunto, más convencido estoy de que la carta no ha salido de esta casa.

—¡Señor Holmes!

—De haber salido, es indudable que a estas alturas ya se habría publicado.

—Pero ¿por qué iba nadie a robarla sólo para dejarla en esta casa?

—No estoy convencido de que haya sido robada.

—Entonces, ¿cómo pudo salir del portafolios?

—No estoy convencido de que haya salido del portafolios.

—Señor Holmes, si es una broma, no tiene gracia. Puedo asegurarle que salió del maletín.

—¿Ha examinado usted el maletín desde el martes por la mañana?

—No; no hacía ninguna falta.

—Es posible que la haya pasado por alto.

—Eso es absolutamente imposible.

—Pues yo no estoy convencido. He visto casos parecidos. Supongo que habrá otros papeles en ese maletín. Puede haberse mezclado con ellos.

—Estaba encima de todos.

—Alguien puede haber movido el maletín, descolocando su contenido.

—Le digo que no. Lo saqué todo.

—De todas maneras, es fácil comprobarlo, Hope —intervino el primer ministro —. Que traigan aquí ese maletín.

El ministro hizo sonar la campanilla.

—Jacobs, tráigame el maletín de los documentos. Esto es una ridícula pérdida de tiempo, pero si no se va a quedar satisfecho de otra manera, haremos lo que dice. Gracias, Jacobs; déjelo ahí. Siempre llevo la llave en la cadena del reloj. Mire, aquí están todos los papeles: carta de lord Merrow, informe de sir Charles Hardy, memorándum de Belgrado, notas acerca de los impuestos sobre los cereales en Rusia y Alemania, carta de Madrid, nota de Lord Flowers... ¡Cielo santo! ¿Qué es esto?

¡Lord Bellinger! ¡Lord Bellinger!

El primer ministro le arrebató de la mano el sobre azul.

—¡Sí, es ésta! ¡Y la carta está intacta! Hope, le felicito.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué peso me he quitado de encima! ¡Pero esto es inconcebible..., es imposible! Señor Holmes, es usted un mago..., ¡un brujo! ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Porque sabía que no estaba en ninguna otra parte.

—¡No puedo creer lo que ven mis ojos! —corrió frenético hacia la puerta—.

¿Dónde está mi mujer? ¡Hilda! ¡Hilda! —su voz se perdió por la escalera.

El primer ministro miró a Holmes con un centelleo en los ojos.

—Vamos, vamos —dijo—. Aquí hay más de lo que salta a la vista. ¿Cómo

volvió la carta a meterse en el maletín?

Sonriendo, Holmes se volvió para eludir el intenso escrutinio de aquellos ojos extraordinarios.

—También nosotros tenemos nuestros secretos diplomáticos —dijo.

Y recogiendo su sombrero, se encaminó hacia la puerta.

Su última reverencia

Prefacio de “Su última reverencia”

Los amigos de Sherlock Holmes se alegrarán de saber que vive todavía y que, fuera de algunos ataques de reumatismo que de cuando en cuando lo traen derrengando, goza de buena salud. Lleva muchos años viviendo en una pequeña granja de las Tierras Bajas, a diez kilómetros de Eastbourne, y allí distribuye sus horas entre la Filosofía y la Agricultura. En el transcurso de este período de descanso, ha desechado los más espléndidos ofrecimientos que se le han hecho para que se hiciese cargo de varios casos, resuelto ya a que su retiro fuese definitivo. Sin embargo, la inminencia de la guerra con Alemania le movió a poner a disposición del Gobierno su extraordinaria combinación de actividad intelectual y práctica, con resultados históricos que se relatan en Su último saludo en el escenario. A esta obra, y para completar el volumen, se han agregado varios casos que han estado esperando mucho tiempo en mi carpeta.

JOHN H. WATSON, M. D.

1. El pabellón Wisteria

Capítulo primero.

El extraño suceso ocurrido a míster John Scout Eccles

El hecho ocurrió, según consta en mi libro de notas, en un día crudo y ventoso, a fines de marzo del año 1892. Estando sentados a la mesa y almorzando, recibió Holmes un telegrama y garabateó en el acto la contestación. No hubo ningún comentario, pero el asunto aquel no se apartó de sus pensamientos, porque, después de almorzar, se situó de pie delante del fuego, con expresión meditabunda, fumando su pipa, y volviendo a leer de cuando en cuando el mensaje. De pronto se volvió hacia mí con unos ojos en que brillaba una mirada maliciosa:

—Escuche, Watson: creo que podemos considerarlo a usted como hombre de letras. ¿Qué definición daría usted a la palabra «grotesco»?

—La de cosa rara, fuera de lo normal —apunté yo.

Al oír esta definición movió negativamente la cabeza.

—Seguramente que abarca algo más que eso; algo que lleva dentro de sí una sugerencia de cosa trágica y terrible. Si usted repasa mentalmente alguno de esos relatos con los que ha martirizado a un público por demás paciente, se dará cuenta de que lo grotesco se convirtió con frecuencia en criminal en cuanto se ahondó en el asunto.

»Recuerde el insignificante episodio de los pelirrojos. En sus comienzos fue cosa grotesca, pero al final se convirtió en una atrevida tentativa de robo. Y nada digamos de aquel otro episodio por demás grotesco de las cinco semillas de naranja, que desembocó en línea recta en un complot asesino. Esa palabra hace que yo me ponga en guardia.

—¿La tiene usted en el telegrama? —le pregunté.

Me lo leyó en voz alta:

“Me ha ocurrido un incidente increíble y grotesco. ¿Puedo consultar con usted?

Scout Eccles

Oficina de Correos Charing Cross.”

—¿Hombre o mujer? —le pregunté.

—Naturalmente que es un hombre. No hay mujer capaz de enviar un telegrama con la contestación pagada. Se habría presentado aquí sin más.

—¿Lo recibirá usted?

—Ya sabe usted, querido Watson, que desde que hicimos encerrar al coronel Carruthers estoy aburridísimo. Mi cerebro es como un motor en marcha, que se destroza porque no está embragado a la máquina para la que fue construido. La vida es una cosa vulgar, los periódicos resultan estériles; lo audaz y novelesco desaparecieron, por lo visto, del mundo criminal. En estas condiciones, ¿cómo es posible que me pregunte si estoy dispuesto a ocuparme de un problema nuevo, por fútil que resulte? Pero, si no me equivoco, aquí tenemos a nuestro cliente.

Se oyeron unos pasos lentos en la escalera y, un momento después, se hizo pasar a la habitación a un hombre corpulento, alto, de patillas grises y aspecto solemne y respetable. En sus facciones graves y maneras pomposas estaba escrita la historia de su vida. Desde sus botines de paño hasta sus gafas de armazón de oro, era aquel hombre un miembro de partido conservador eclesiástico, buen ciudadano, ortodoxo y rutinario en el más alto grado. Pero algo asombroso había venido a perturbar su compostura natural, marcando sus huellas en los cabellos revueltos, en las mejillas encendidas e irritadas, en sus maneras inquietas y llenas de excitación. Se zambulló sin más en el asunto diciendo:

—Míster Holmes, me ha ocurrido algo de lo más extraordinario y desagradable.

En toda mi vida no me he visto en situación semejante. Una situación por demás indecorosa, por demás ofensiva. No tengo más remedio que buscarle una explicación.

De irritado que estaba, tragó saliva y bufó.

—Tenga la amabilidad de sentarse míster Scout Eccles —le dijo Holmes en tono tranquilizador. Antes que nada, ¿puedo preguntarle cómo es que se ha dirigido a mí?

—Pues verá usted señor: el asunto no parecía como para llevarlo a la policía; pero, cuando usted se entere de los hechos, reconocerá que yo no podía dejar las cosas como estaban. Yo no abrigo la menor simpatía hacia los detectives particulares, considerados como una clase, pero como había oído hablar de usted... —Perfectamente. Y ahora, en segundo lugar, le pregunto: ¿por qué no vino inmediatamente?

—¿Qué quiere usted decir con esas palabras?

Holmes miró su reloj.

—Son las dos y cuarto —dijo—. Su telegrama fue puesto a eso de la una. Pero basta mirar sus ropas y su cabeza para darse cuenta de que sus dificultades arrancaron el instante en que usted se despertó esta mañana.

Nuestro cliente alisó sus cabellos revueltos y se palpó la barbilla sin afeitar.

—Tiene razón, míster Holmes. Ni por un momento pensé en arreglarme. Lo que yo quería era salir a cualquier precio de esa casa. Pero antes de venir a usted he andado de un lado para otro haciendo averiguaciones. Fui a la agencia de alquileres y me contestaron que el señor García tenía pagados los de la casa hasta el día, y que todo estaba en orden en el pabellón Wisteria.

—Ea, ea, señor —exclamó Holmes, echándose a reír—. Se parece usted a mi amigo Watson, que acostumbra contar sus historias mal y en orden invertido. Por favor, ponga orden en sus pensamientos y expóngase en su debida secuencia los sucesos que le han impulsado a salir de casa sin peinarse ni arreglarse, con botas de paño y los botones del chaleco abrochados en ojales equivocados, para buscar consejo y ayuda.

Nuestro cliente bajó los ojos para contemplar con expresión lastimosa su extraordinaria apariencia exterior.

—Míster Holmes, estoy seguro de que produzco una impresión detestable, y no creo que en toda mi vida me haya ocurrido hasta ahora cosa semejante. Voy a contarle el rarísimo suceso y no me cabe la menor duda de que, cuando haya terminado, reconocerá usted que ha habido motivo suficiente para disculparme.

Pero el relato quedó cortado en flor. Se oyó fuera mucho ajetreo y mistress Hudson abrió la puerta para dar la entrada en la habitación a dos individuos robustos y con aspecto de funcionarios públicos. Uno de ellos dos era bien conocido, por ser el inspector Gregson, de Scotland Yard; funcionario enérgico, valeroso y, dentro de sus límites, capaz. Cambió con Holmes un apretón de manos y presentó a su camarada, el inspector Baynes, de la Policía de Surrey.

—Hemos salido juntos a cazar, míster Holmes, y el humillo nos ha traído hacia aquí.

Volvió sus ojos de bulldog hacia nuestro visitante.

—¿Es usted mister John Scout Eccles, de Popham House, Lee?

—Sí, señor.

—Le venimos siguiendo en sus andanzas toda la mañana.

—Sin duda que lo situaron gracias al telegrama —dijo Holmes.

—Exactamente, míster Holmes. Le tomamos el humillo en la oficina de Correos

de Charing Cross y venimos hasta aquí.

—¿Y por qué me siguen? ¿Qué desean?

—Deseamos, míster Scout Eccles, que nos haga usted una declaración acerca de los hechos que desembocaron en la muerte de míster Aloysius García, del pabellón Wisteria, cerca de Esher.

Nuestro cliente se había erguido en su asiento con ojos desorbitados y sin el menor asomo de color en su cara asombrada.

—¿Muerto? ¿Dice usted que murió?

—Sí, señor; ha muerto.

—Pero, ¿cómo fue? ¿Quizá por accidente?

—Se trata de un asesinato, si en el mundo se ha cometido alguno.

—¡Santo Dios! ¡Es espantoso! ¿Me va a usted a decir...me va a usted a decir que se sospecha de mí?

—Al muerto se le encontró en el bolsillo una carta de usted, y por ella sabemos que usted había proyectado pasar la noche en su casa.

—Y en ella la pasé.

El policía sacó su cuaderno de notas, pero Sherlock Holmes le dijo:

—Espere un momento, Gregson. Lo que usted busca es un relato claro de lo ocurrido, ¿no es así?

—Y es deber mío prevenir a míster Scout Eccles que lo que él diga puede ser usado y empleado en contra suya.

—Cuando ustedes entraron, míster Eccles estaba a punto de contárnoslo todo. Watson, yo creo que un vaso de coñac con soda no le hará ningún mal. Y ahora, señor, yo le ruego a usted que, sin preocuparse de que su auditorio ha aumentado, prosiga con su narración, igual que si nadie le hubiera interrumpido.

Nuestro visitante se había echado de golpe el coñac, volviéndole los colores a la cara; después de dirigir una mirada recelosa al cuaderno del inspector, se lanzó resueltamente a su extraordinario relato:

—Soy soltero —dijo— y como mi temperamento es amigo de alternar, cultivo gran número de amistades. Cuéntase entre éstas las familias de un cervecero retirado que se apellida Malvilla y que vive en Albemarle Mansión, Kensigton. En su mesa conocí hace algunas semanas a un señor joven apellidado García. Me informaron que era hijo de padres españoles y que tenía no sé qué cargo en la Embajada. Hablaba un inglés perfecto, era de maneras agradables y nunca he visto hombre mejor parecido.

»No sé cómo ocurrió, pero el hecho es que aquel joven y yo ligamos una fuerte amistad. Pareció que desde el primer momento se aficionaba a mí, y sin cumplirse los dos días de habernos conocido, vino a visitarme a Lee. De una cosa pasamos a la otra y él acabo por invitarme a pasar algunos días en su casa pabellón Wisteria, entre Esher y Oxshott. Para cumplir con el compromiso contraído me dirigí ayer por la tarde a Esher.

»Me había descrito su casa antes que yo fuese a ella. Residía con un criado fiel, un compatriota suyo, que atendía todas sus necesidades. Este individuo hablaba inglés y se encargaba de todos los menesteres de la casa. Tenía, además, un estupendo cocinero, según me dijo: era un mestizo con el que se había hecho en uno de sus viajes, y que era capaz de preparar excelentes comidas. Recuerdo que él mismo comentó que para vivir en el corazón de Surrey formaba una extraña familia, opinión con la que yo me manifesté conforme, aunque estaba lejos de pensar todo lo extraña que era.

»Me hice llevar en coche hasta la casa, que se hallaba a cosa de cuatro kilómetros de Esher por el lado Sur. La casa es de regular capacidad y se alza retirada de la carretera, desde la que se llega a ella por una avenida bordeada de arbustos perennes. El edificio es viejo, destartalado y en ruinas. Cuando el coche se detuvo delante de la puerta, llena de manchas y ronchas del tiempo, tuve mis dudas sobre si hacía bien en visitar a un hombre al que sólo conocía muy superficialmente. Sin embargo, él mismo fue quien abrió la puerta, recibiéndome con la más brillante cordialidad. Luego me puso en manos de su criado, individuo moreno y melancólico, que me llevó a mi dormitorio, encargándose de mi maleta. La atmósfera toda de la casa resultaba deprimente. Cenamos tête à tête, y aunque mi anfitrión hizo cuanto estuvo de su parte por mantener una conversación agradable, parecía como si sus pensamientos se le desmandasen constantemente y hablaba de un modo tan vago y arrebatado que apenas si yo le comprendía. Tamborileaba constantemente con los dedos en la mesa, se mordiscaba las uñas y daba otras señales de nerviosa impaciencia. La comida no fue ni bien servida ni estaba bien condimentada, y la sombría presencia del taciturno criado no contribuyó a alegrarla. Les aseguro a ustedes que anduve buscando muchas veces, en el transcurso de la velada, una excusa para regresar a Lee.

»Recuerdo en este momento otra cosa que quizá tenga importancia en relación con el asunto que ustedes dos, caballeros, están investigando. En aquel momento yo no le atribuí ninguna importancia, ya casi terminando la cena, el criado

entregó una carta, y me fijé en que, después de leerla, mi anfitrión se mostró aún más distraído y raro que hasta entonces. Renunció ya a mantener ni siquiera una simulación de diálogo y permaneció en su silla, fumando incontables cigarrillos, ensimismado en sus propios pensamientos y sin hacer observación alguna acerca del texto de la carta. Me alegré cuando dieron las once, de poder retirarme a descansar. Algo más tarde se asomó García a mirar al interior de mi habitación, que estaba ya a oscuras, y me preguntó si había llamado yo a la campanilla. Le dije que no. Entonces él se disculpó por haberme molestado a una hora tan tardía, diciendo que era cerca de la una. Yo concilié el sueño acto seguido y dormí toda la noche profundamente.

»Y ahora llego a la parte asombrosa de mi historia. Cuando me desperté era pleno

día. Miré mi reloj y eran cerca de las nueve. Yo había insistido en que me despertaran a las ocho, asombrándome mucho de aquel descuido. Salté de la cama y tiré de la campanilla para llamar al criado. Nadie contestó. Volví a llamar una y otra vez, siempre con idéntico resultado. Llegué entonces a la conclusión de que la campanilla estaba descompuesta. Me metí rápidamente en las ropas y me apresuré a bajar, muy malhumorado, para pedir agua caliente. Imagínese mi sorpresa al no encontrar a nadie en la casa. Llamé a gritos desde el vestíbulo. Nadie respondió. La noche anterior había indicado el dueño de la casa cuál era su dormitorio. Llamé, pues, a la puerta. La habitación estaba vacía y la cama no había sido tocada. También él se había marchado con los demás. ¡El dueño extranjero, el lacayo extranjero, el cocinero extranjero, habían desaparecido durante la noche! Así terminó mi visita al pabellón Wisteria.

Sherlock Holmes se frotaba las manos y gorgoriteaba por lo bajo ante aquella ocasión de agregar tan extraño suceso a su colección de episodios extraordinarios. Y dijo al visitante:

—Buscando en mis recuerdos, lo que a usted le ha ocurrido constituye un caso único, ¿quiere decirme, señor, qué hizo usted entonces?

—Estaba furioso. La primera idea que se me ocurrió fue la de que había sido víctima de una broma. Empaqué mis cosas, cerré con estrépito la puerta del vestíbulo al salir y marché en dirección a Esher, cargado con mi maleta. Fui a la oficina de Allan Brothers, los agentes de alquileres más importantes del pueblo, y me encontré con que eran ellos quienes habían dado la casa en arriendo. Se me

ocurrió que todo aquel enredo no podía tener por único objeto burlarse de mí, y que seguramente lo que sobre todo buscaba el señor García era largarse sin pagar la renta. Marzo va muy avanzado, de manera que pronto habrá que pagar el trimestre. Pero esta suposición resultó equivocada. Los agentes me dieron las gracias por mi advertencia, pero me informaron que la renta había sido pagada por adelantado. En vista de eso, vine a Londres y me encaminé a la Embajada Española. Aquel hombre no era conocido allí.

Acto seguido me trasladé a ver a Melvilla, en cuya casa me habían presentado a García, encontrándome con que él sabía aún menos que yo. Por último, al recibir su telegrama de contestación, me encaminé aquí, por tener entendido que usted aconseja lo que hay que hacer cuando se presenta un caso difícil. Y ahora, señor inspector, deduzco, de las palabras que usted dijo al seguir adelante con el relato que lo que acabo de decir es la pura verdad, y que, fuera de ello, desconozco en absoluto todo lo que haya podido ocurrirle a este hombre. Mi único deseo es de ayudar a la Justicia en todo cuanto me sea posible.

—Estoy seguro de ello, míster Scout Eccles, estoy seguro de ello —dijo el inspector Gregson con gran amabilidad—. No tengo más remedio que decir que todos los hechos tal cual nos los ha relatado, coinciden con los datos que han llegado a conocimiento nuestro. Veamos ahora, por ejemplo, lo relativo a esa carta que llegó mientras ustedes cenaban. ¿Se fijó usted qué hizo con ella?

—Sí que me fijé. García la arrugó y echó al fuego.

—¿Qué me dice usted a eso, Baynes?

El detective campesino era un hombre voluminoso, mofletudo, coloradote, cuya cara se salvaba de lo grosero gracias al brillo extraordinario de sus ojos casi ocultos detrás de fofas gorduras de las cejas y de los cigarrillos. Extrajo con despaciosa sonrisa del bolsillo una hoja de papel, doblada y descolorida.

—La rejilla de la chimenea es graduable y el papel fue lanzado por encima de los bordes de aquella. Lo recogí sin quemar en la parte de atrás.

Holmes dio entender con una sonrisa el aprecio que ello le merecía.

—Bien detalladamente ha debido usted de registrar la casa para encontrar una bola de papel.

—Así es, míster Holmes. Es mi costumbre. ¿Quiere, míster Gregson, que la leamos?

El detective londinense asintió con la cabeza.

—La carta está escrita en papel corriente color crema y no tiene filigranas. Es de tamaño cuartilla y le han dado dos cortes con unas tijeritas. Le han hecho luego tres dobleces y la han lacrado con lacre rojo, extendido apresuradamente y aplastado con algún objeto plano y ovalado. Está dirigida al señor García, pabellón Wisteria, y dice así: «Nuestros colores son verde y blanco. Verde, abierto; blanco, cerrado. Escalera principal, primer pasillo, séptima a la derecha, bayeta verde. Buen viaje. D» Es letra de mujer, escrita con pluma de punta fina, pero el sobre escrito lo ha sido con otra pluma, o por otra persona. Como ven ustedes, la letra es más gruesa y de rasgos más enérgicos.

—Es una carta muy notable —dijo Holmes, mirándola de arriba abajo—. Le felicito, míster Baynes, por el cuidado del detalle que ha demostrado en el análisis que ha hecho de ella. Podrían quizás añadirse algunos otros detalles insignificantes. El sello ovalado es, sin diputa, de un gemelo de puño ¿qué otra cosa tiene esa forma? Las tijeritas son las de uñas. A pesar de los pequeños que son los cortes, se observa claramente en ambos la misma ligera curva.

El detective campesino gorgoriteo por lo bajo y dijo:

—Creí que había oprimido totalmente el jugo, pero veo que aun quedaba un poco más. No tengo más remedio que decir que lo único que yo saco de la carta es que se traían algún asunto entre manos y que, como es corriente, en el fondo de todo anda una mujer.

Durante esta conversación, el señor Scott Eccles se había movido nervioso en su asiento, y dijo:

—Me alegro de que hayan encontrado esa carta, que viene a corroborar lo que yo había dicho. Pero me permito hacerles notar que no sé todavía qué es lo que le ha ocurrido al señor García, ni lo que ha sido de sus criados.

—Por lo que a García respecta, la contestación es fácil —dijo Gregson—. Se le encontró esta mañana muerto en el parque comunal de Oxshott, a casi dos kilómetros de distancia de su casa. Tenía la cabeza reducida a papilla por efecto de fuertes golpes que le habían sido dados con un talego de arena o con un

instrumento por ese estilo, que, más bien que herir, había aplastado. Estaba en un sitio solitario y no hay casa alguna a menos de quinientos metros. Por lo que se deduce, le golpearon primero por la espalda, pero su agresor siguió golpeándole mucho tiempo después de muerto. Fue una agresión furibunda. No se han descubierto huellas de pisadas ni pista alguna que lleve hacia los criminales.

—¿Le han robado?

—No; no se advierte ninguna tentativa de robo.

—Eso es muy doloroso, muy doloroso y terrible —exclamó míster Scott Eccles, con voz quejumbrosa—; pero la situación en que a mí me pone es muy difícil. Nada he tenido yo que ver en que mi huésped emprendiese una excursión nocturna y encontrase un final tan triste. ¿Cómo es que yo me veo metido en semejante asunto?

—Muy sencillo, señor —le contestó el inspector Baynes—. El único instrumento que se le ha encontrado en el bolsillo al muerto ha sido la carta en la que usted le anunciaba que pasaría con él la noche en que murió. Por el sobre de la carta conocí yo el nombre y dirección del muerto. Esta mañana llegamos a su casa después de las nueve, y no hallamos en ella ni a usted ni a nadie. Telegrafié a Gregson para que diese con el paradero de usted en Londres, mientras yo registraba el pabellón Wisteria. Vine después a Londres, me reuní con míster Gregson y aquí nos tiene.

—Creo —dijo Gregson, levantándose— que lo mejor que podríamos hacer ahora es dar forma oficial al asunto. Usted nos acompañará a la Comisaría, míster Scott Eccles, y pondremos por escrito su declaración.

—Iré enseguida, desde luego. Pero retengo los servicios de míster Holmes.

Quiero que no economice gastos ni esfuerzos para llegar al fondo de este asunto.

Mi amigo se volvió hacia el inspector provinciano.

—Supongo, míster Baynes, que no verá inconveniente alguno en que colabore con usted.

—Me consideraré muy honrado, señor.

—Veo que ha actuado usted con gran rapidez y sistema en todo. ¿Se tiene algún dato que permita fijar la hora exacta en que ese hombre halló la muerte?

—Llevaba allí desde la una de la madrugada. Alrededor de esa hora llovió y con toda seguridad que su muerte se produjo antes de la lluvia.

—Eso es completamente imposible, míster Baynes —exclamó nuestro cliente—. Tenía una voz inconfundible. Yo estaría dispuesto a jurar que fue él quien me habló a esa hora en mi dormitorio.

—Es extraordinario, pero no imposible —dijo Holmes sonriendo.

—¿Tiene usted acaso una pista? —preguntó Gregson.

—Así, a primera vista, el caso no parece muy complejo, aunque ofrece notas de novedad y de interés. Necesitaría conocer más los hechos antes de aventurarme a exponer una opinión última y definitiva. A propósito, míster Baynes: ¿no encontró usted nada de notable, fuera de esa carta, durante su registro en la casa?

El detective miro a mi amigo de una manera rara y dijo:

—Sí, encontré algunas cosas sumamente notables. Quizá cuando yo haya terminado los trámites en la Comisaría, le interese venir para que le dé mi opinión acerca de las mismas.

—Estoy por completo a sus ordenes —dijo Sherlock Holmes, llamando a la campanilla—. Mistress Hudson, acompañe hasta la puerta a estos caballeros, y tenga la bondad de enviar al botones con este telegrama, que lleva contestación pagada de cinco chelines.

Permanecimos un rato sentados y en silencio después de que se marcharon nuestros visitantes. Holmes fumaba de firme, con las cejas fuertemente apretadas sobre sus ojos penetrantes y la cabeza caída hacia delante con la expresión afanosa que le caracterizaba.

—¿Qué me dice usted, Watson, de este asunto?-me preguntó, al mismo tiempo que se volvía de manera súbita hacia mí.

—Esta mitificación de que ha sido víctima Scott Eccles no me dice nada.

—¿Y el crimen?

—Pues verá usted: teniendo en cuenta la fuga de los compañeros del muerto, yo diría que ellos están complicados de un modo u otro en el asesinato y han huido de la Justicia.

—Desde luego, es un punto de vista posible. Pero así, a simple vista, tendrá usted que reconocer que resulta muy raro que sus dos criados estuviesen mezclados en una conspiración en contra de su amo y que agrediesen a éste precisamente la noche en que había un invitado, teniéndolo como lo tenían a merced suya todos los restantes días de la semana en los que estaba solo.

—¿Por qué razón han huido entonces?

—Esto es. ¿Por qué han huido? Ése es el hecho trascendental. El otro es el caso extraordinario ocurrido a nuestro cliente míster Scott Eccles. Ahora bien, Watson: ¿está acaso fuera de los límites de la inteligencia humana suministrar una explicación en la que encajen estos dos hechos trascendentales? Si en esa explicación cupiese también la misteriosa carta con su cariñosa fraseología, quizás valdría la pena aceptarla como una hipótesis transitoria. Y si los nuevos hechos que vayamos conociendo encajan en el cuadro, quizá entonces nuestra hipótesis se convierta gradualmente en la solución.

—¿Y cuál es esa hipótesis?

Holmes se arrellanó en un sillón, con los ojos entornados.

—Tiene usted que empezar por aceptar, Watson, que la idea de que se trata de una broma es inaceptable. Se preparaban graves acontecimientos, según lo demostraron los hechos, y ese atraer con halagos a Scott Eccles al pabellón Wisteria tiene alguna relación con ellos.

—¿Y cuál puede ser esa relación?

—Vayamos tomando eslabón por eslabón. A simple vista resulta cosa que se sale de lo corriente esa rara y súbita amistad entre el joven hispano y Scott Eccles. Fue aquel quien forzó la marcha de las cosas. El mismo día siguiente al de conocerse, marchó a visitar a Eccles al otro extremo de Londres, y se mantuvo en estrecho contacto con él hasta que consiguió que fuese a Esher. Y yo pregunto: ¿para qué podía querer a Eccles? ¿Qué era lo que éste le podía

proporcionar? A mí no me parece un hombre especialmente inteligente, ni que tenga condiciones para despertar las simpatías de un hombre de raza latina y de ingenio rápido. ¿Por qué, pues, eligió García precisamente a Eccles, entre todas las personas con quien estaba relacionado, como la más indicada para sus propósitos? ¿Posee alguna cualidad destacable? Yo digo que sí. Es el tipo exacto de lo que se llama la respetabilidad inglesa, es el hombre que, como testigo, más impresión puede causar en el ánimo de otro inglés. Usted mismo ha podido ver como ninguno de los dos inspectores ha soñado ni por un instante en poner en tela de juicio sus declaraciones, por extraordinarias que hayan sido.

—¿Y qué es lo que él tenía que declarar como testigo?

—Tal como salieron las cosas, nada; pero todo, si hubiesen resultado de manera distinta. Así es como yo veo las cosas.

—Es decir, que él podría resultar quien demostrase una coartada.

—Exactamente, mi querido Watson; él podría haber hecho buena una coartada. Supongamos, nada más que como base de argumentación, que los habitantes del pabellón Wisteria son compinches de un determinado plan. Y que éste tiene que ser puesto en ejecución, sea el que sea, antes de la una de la madrugada. Es posible que, mediante manejo de relojes, hayan conseguido que Scott Eccles se acostase más temprano de lo que él pensaba; en todo caso, es muy verosímil que cuando García se llegó hasta el cuarto de dicho señor para decirle que era la una, no fuesen sino las doce. Suponiendo que García realizase lo que tenía que realizar y estuviese de vuelta para la hora mencionada, es evidente que disponía de un elemento muy fuerte de prueba contra cualquier acusación. ¡Allí estaba aquel inglés irreprochable, dispuesto a jurar ante cualquier tribunal que el acusado no salió de su casa! Era ése un seguro contra lo peor que pudiera ocurrir.

—Sí, sí, eso ya lo veo. Pero, ¿y qué me dice de la desaparición de los otros dos?

—Aún no tengo todos los hechos en la mano, pero no creo que haya dificultades insuperables. Sin embargo, es un error adelantase en los juicios a los hechos. Porque uno se deja llevar insensiblemente a retorcerlos para acomodarlos a las teorías que se ha forjado.

—¿Y la carta que recibió?

—¿Recuerda su texto? «Nuestros colores son verde y blanco.» Esto suena a cosa

de carrera de caballos. «Verde, abierto; blanco, cerrado.» Esto es evidentemente una señal. «Escalera principal, primer pasillo, séptima a la derecha, bayeta verde.» Esto es una cita. Quizás encontramos en el fondo de todo a un marido celoso. Se trataba en todo caso de una búsqueda peligrosa. De no haberlo sido, no habría escrito: «Que Dios le proteja» Y la firma D. Esto debería servirnos de guía.

—El hombre era español. Me permito insinuar que D. significa Dolores, que es un nombre de mujer bastante corriente en España.

—Muy bien dicho, Watson, muy bien dicho; pero completamente inadmisible. Una española que escribe a un español lo habría hecho en este idioma. Quien ha escrito esta carta es con absoluta certidumbre una inglesa. Bueno, lo mejor será que nos revistamos de paciencia hasta que este magnífico inspector vuelva por aquí. Mientras nos ha salvado durante unas breves horas de la insoportable fatiga de no hacer nada.

Antes que regresase nuestro inspector de Surrey llegó la contestación al telegrama de Holmes. Este lo leyó, y ya se disponía a guardarlo en su cuaderno de notas, cuando se fijó en la expresión de expectativa que tenía mi cara. Me lo tiró, riéndose, y me dijo:

—Nos moveremos entre gentes de gran altura.

El telegrama no era otra cosa que una lista de nombres y direcciones:

Lord Harringby, Tre Dingle; sir George Folliot, Exsott Towers; mister Hynes Hynes, J. P. Purdey Place; mister James Baker Williams, Forton Old Hall; mister Henderson, High Gable; reverendo Joshua Stone, Nether Walsling.

—Es una manera muy sencilla de limitar nuestro campo de operaciones —dijo Holmes—. No me cabe duda de que Baynes, con su manera metódica de discurrir, ha adoptado ya un plan semejante.

—No acabo de comprenderle a usted.

—Querido compañero, hemos llegado ya a la conclusión de que el mensaje recibido por García venía a ser una dirección ó una cita amorosa. Pues bien: si la interpretación es correcta, y para encontrarse en el lugar de la cita tiene uno que subir por una escalera principal y buscar la séptima puerta de un pasillo, salva a la vista que la casa es muy grande. Es también evidente que tal casa no puede encontrarse a distancia mayor de dos o tres kilómetros de Oxshott puesto que García caminaba en esa dirección y calculaba, según mi manera de interpretar los hechos, hallarse de vuelta en el pabellón Wisteria con tiempo para beneficiarse de una coartada, que sólo sería válida hasta la una de la madrugada. Como el número de casas espaciosas de las proximidades de Oxshott tiene que ser limitado, adopté el método que tenía a mano, es decir, envié un telegrama a los agentes de fincas mencionadas por Scott Eccles, y conseguí de ellos una lista. Son las que dicen este telegrama de contestación, y entre ellas, debe de encontrarse el otro extremo suelto de esta, nuestra enmarañada madeja.

Eran ya cerca de las seis para cuando estuvimos en la linda aldea de Esher, del condado de Surrey, acompañados por el inspector Baynes.

Holmes y yo llevábamos todo lo necesario para pasar allí una noche, y hallamos cómodo hospedaje en el mesón “El Toro”. Por último, nos dirigimos con el detective a realizar nuestra visita al pabellón Wisteria. Era un atardecer frió y oscuro del mes de marzo; un viento cortante y una fina lluvia golpeaban nuestras caras, dando ambiente a la inhóspita dehesa comunal, por la que cruzaba nuestro camino, y al final trágico hacia el que nos conducía.

Capítulo segundo.

El Tigre de San Pedro

Una caminata fría y melancólica, de un par de millas nos llevó hasta una elevada puerta exterior de madera, por la que se desemboca en una lóbrega avenida de castaños. La avenida, sombría y formando curva, nos condujo hasta una casa baja y oscura, que se proyectaba como una mancha de pez sobre el fondo del firmamento pizarroso. El brillo de una luz débil se filtraba por la ventana de la fachada, a la izquierda de la puerta. Baynes dijo:

—Hay un guardián al cuidado de la casa. Llamaré a la ventana.

Cruzó la pradera y dio unos golpecitos en el cristal. A través del empañado cristal

vi confusamente cómo un hombre que estaba sentado junto al fuego se ponía de pie en un salto, y oí el grito agudo que lanzaba dentro de la habitación. Un instante después nos abría la puerta el agente de policía, demudado y jadeante. La luz de la vela se balanceaba en su trémula mano; Baynes le preguntó con serenidad.

—¿Qué le ocurre, Walters?

El hombre se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente y dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Me alegro de que haya venido usted, señor. Ha sido una vigilia muy prolongada, y creo que mis nervios no son ya lo que eran.

—¿Sus nervios, Walters? Jamás habría pensado que tuviese usted un solo nervio en su cuerpo.

—Ha sido, señor, culpa de esta casa solitaria y silenciosa, y de esas cosas raras que hemos encontrado en la cocina. Y cuando usted golpeó en la ventana, pensé que volvía de nuevo.

—¿Qué es lo que volvía de nuevo?

—Lo que fuese, que igual podía ser el demonio. Estaba en la ventana.

—¿Qué es lo que estaba en la ventana, y cuándo ha sido eso?

—Hará cosa de dos horas. Cuando empezaba a oscurecer. Yo estaba sentado en la silla, leyendo. No sé qué impulso me dio de levantar la vista, pero el caso es que había una cara mirándome por el cristal más abajo. ¡Válgame Dios, y que cara! La veré en mis sueños.

—¡Vaya, vaya, Walters! No es ése el mejor lenguaje para un agente de policía.

—Lo sé, señor, lo sé; pero me estremeció, ¡a qué negarlo! No era negra ni blanca ni de ninguno de los colores que yo conozco, sino de una tonalidad rara de arcilla, con salpicaduras de leche. Y luego su tamaño; era el doble que la de usted, señor; y su aspecto, señor: aquellos enormes ojazos saltones, y los dientes blancos como los de una fiera. Le aseguro, señor, que no me fue posible mover un dedo, ni recobrar el aliento, hasta que se apartó y desapareció. Salí de la casa, me lance por el arbustal; pero, gracias a Dios, no había nadie allí.

—Si yo no supiera, Walters, que es usted un hombre valiente, pondría una tacha negra junto a su nombre, por esto que dice. Ni aunque se trate del diablo en persona, debe un agente de policía que está de servicio dar nunca gracias a Dios por no haber podido echarle el guante a la persona a quien persigue. ¿No será todo ello una alucinación y un efecto de los nervios?

—Eso, al menos, es cosa fácil de comprobar —dijo Holmes, encendiendo su pequeña linterna de bolsillo.

Después de un rápido examen del campo de césped, nos informó:

—En efecto, hay huellas de un pie que yo creo que debe ser del numero cuarenta y cuatro. Si el resto del cuerpo era proporcionado a su pie, con seguridad que se trata de un gigante.

—¿Qué fue de él?

—Creo que se abrió paso por el arbustal y ganó la carretera.

—Bien —dijo el inspector con expresión grave y pensativa—, sea quien fuere, y quisiese lo que quisiere, se marchó ya, y tenemos otras cosas a las que atender de inmediato. Y ahora, míster Holmes, le mostraré la casa.

Los diferentes dormitorios y salas no aportaron nada a una investigación cuidadosa. Por lo que se veía, los inquilinos habían traído poco o nada con ellos, y habían arrendado la casa completamente amueblada, hasta en sus menores detalles. Habían dejado una buena cantidad de ropa, con la etiqueta de Marx y Cía., Hingh Hilborn. Se habían hecho ya investigaciones por telégrafo, y por ellas se supo que Marx no poseía dato alguno respecto a su cliente, fuera de que era un buen pagador. Entre los objetos de propiedad personal, había algunas chucherías, pipas, novelas, dos de ellas en español, un anticuado revólver de percusión por aguja y una guitarra.

—De todo esto no se saca nada —dijo Baynes, caminando de habitación en habitación con la vela en la mano—. Pero ahora, míster Holmes, le invito a fijar su atención a la cocina.

Era una habitación lóbrega, de elevado cielo raso, situada en la parte posterior de la casa, con una yacija de paja en un rincón, que servía aparentemente de cama al cocinero. La mesa estaba cubierta de platos y de fuentes con los restos de la cena de la noche anterior.

—Fíjese en esto —dijo Baynes—. ¿Qué saca usted en consecuencia?

Sostuvo la vela, alumbrando un objeto rarísimo que se apoyaba en la parte posterior del trinchante. Se hallaba tan arrugado, encogido y marchito que resultaba imposible decir que pudo haber sido aquello. Por un lado era negro y correoso, teniendo cierto parecido con una figura humana. Al examinarla, creí en un principio que se trataba de algún bebé negro, momificado, y luego lo tomé por un mono muy antiguo y retorcido. Finalmente quedé en duda de si aquello era un animal o un ser humano. Tenía ceñida la cintura por una franja doble de conchas blancas.

—¡Cosa interesante, interesantísima! —exclamó Holmes, contemplando aquellos restos siniestros—. ¿Hay algo más?

Baynes nos llevó sin decir palabra hasta el fregadero y adelantó la vela para iluminarlo con su luz. Todo él estaba cubierto con los miembros y cuerpo de un ave corpulenta y blanca, despedazada de una manera salvaje, y sin desplumar.

Holmes señaló con el dedo las barbillas de la cabeza cortada del tronco y dijo:

—Es un gallo blanco. ¡Por demás interesante! Estamos ante un caso curiosísimo.

Pero míster Baynes había reservado para el final la más siniestra de sus exhibiciones. Sacó de debajo del fregadero un cubo de cinc que contenía cierta cantidad de sangre, y, acto seguido, retiró de la mesa una fuente, en la que había un montón de trocitos de huesos chamuscados.

—Aquí se ha matado a un ser y lo incineraron. Todos estos huesos los entresacamos del hogar. Hicimos venir esta mañana a un médico, y éste afirmó que no se trataba de huesos humanos.

Holmes se sonrió y se frotó las manos.

—Inspector, no tengo más remedio que felicitarle por la manera como ha llevado este caso tan característico y tan instructivo. Si no lo toma usted a mal le diré que pienso que tiene usted dotes superiores a las oportunidades que para ejercitarlos se le presentan.

Los ojillos del inspector Baynes relampagueaban de satisfacción.

—Tiene usted razón, míster Holmes. Aquí, en provincias, nos estancamos. Un caso como este de ahora supone para un hombre una oportunidad, y yo confío en aprovecharla. ¿Qué saca usted en consecuencia a propósito de estos huesos?

—Yo diría que son de un cordero o de un cabritillo.

—¿Y el gallo blanco?

—Es un detalle curioso, míster Baynes, muy curioso. Casi estoy por decirle único.

—En efecto, señor: en esta casa ha debido de vivir gente muy extraña y de costumbres muy extrañas también. Una de esas personas a que me refiero ha muerto. ¿Serían acaso sus compañeros los que le siguieron y lo mataron? Si es

obra suya, estoy seguro de que les echaremos el guante, porque están vigilados todos los puertos de embarque. Pero yo tengo un criterio distinto acerca de eso. Sí, mi criterio es muy distinto.

—Según eso, usted tiene ya su teoría al respecto, ¿no es así?

—Y quiero llevarla yo mismo adelante, míster Holmes. Debo hacerlo en honor a mis propias facultades. Usted tiene ya hecho su prestigio, pero yo tengo todavía por hacer el mío. Me alegraría mucho poder afirmar, al final del asunto, que yo he solucionado el caso sin la ayuda de usted.

Holmes se echó a reír de muy buen agrado, y dijo:

—Muy bien, muy bien, inspector. Usted siga su camino y yo seguiré el mío. Lo que yo consiga está siempre de muy buena gana a su servicio, si usted no encuentra inconveniente en dirigirse a mí. Creo que he visto ya en esta casa todo lo que quería ver, y que el tiempo de que dispongo podría emplearse con mayor provecho en cualquier otro lugar. Au revoir, y ¡buena suerte!

Yo habría podido decir, por muchos indicios sutiles, que se le habrían escapado a cualquier otra persona menos a mí, que Holmes seguía una pista todavía fresca. A pesar de que un observador casual lo habría encontrado tan impasible como siempre, brotaban de sus ojos encendidos y de sus maneras más briosas un anhelo apagado y una sugerencia de energía en tensión, que a mí me dieron la seguridad de que la pieza de caza no estaba lejos. Nada dijo Holmes, según tenía por costumbre, y nada le pregunté yo, según también tenía por costumbre. Bastábame con participar en la partida de caza y en aportar mi humilde ayuda para la captura, sin distraer con interrupciones innecesarias la atención de aquel cerebro reconcentrado. Todo se manifestaría a su debido tiempo.

Esperé pues; pero, para mi desilusión, cada vez mayor, esperé en vano. Siguió un día, a otro día, y mi amigo no avanzó un paso. Se pasó una mañana en Londres, y yo me enteré por una alusión casual, que había visitado el Museo Británico. Fuera de esta única excursión, se pasó los días en largas caminatas, frecuentemente solitarias, o en charlar con cierto número de gentes de la aldea, cuya amistad se había dedicado a cultivar.

—Watson, tengo la seguridad de que una semana en el campo, le vendrá magníficamente —me dijo un día—. Resulta por demás agradable ver cómo surgen en los setos los primeros tallos verdes y las primeras candelillas en los

avellanos. Con una escarda, una caja de hojalata y un libro elemental sobre botánica, pueden invertirse días muy instructivos.

Él mismo vagaba de un lado para otro cargado con ese equipo, pero el surtido de plantas que traía cada noche era muy escaso.

De cuando en cuando tropezábamos en nuestras andanzas con el inspector Baynes. La cara gordinflona y coloradota de éste se retorcía de sonrisas y sus ojillos rebrillaban al saludar a mi compañero. Poco era lo que hablaba acerca del caso, pero de ese poco sacamos en consecuencia que tampoco él se hallaba insatisfecho del curso que llevaban los acontecimientos. Sin embargo, no tengo más remedio que confesar que me quedé algo sorprendido cuando unos cinco días después del crimen, abrí mi periódico de la mañana y me encontré con estos grandes titulares:

El misterio de Oxshott h acia la solución

Detención del presunto asesino

Holmes saltó de su asiento al leer tales titulares, como si le hubiesen pinchado, y exclamó:

—¡Por Júpiter! ¿Quiere decir eso que Baynes le ha echado el guante?

—Por lo visto, sí —le contesté, y leí el siguiente informe:

«Se ha producido en Esher y en toda su comarca una gran emoción al saberse, a última hora de la pasada noche, que se había llevado a cabo una detención relacionada con el asesinato de Oxshott. Se recordará que en el parque comunal de Oxshott fue encontrado muerto el señor García, del pabellón Wisteria. Su cadáver mostraba señales de una agresión de extraordinaria violencia, y también se recordará que su criado y su cocinero huyeron aquella misma noche, lo que parecía demostrar su participación en el crimen. Se apuntó la idea, que no llegó a demostrarse, de que el muerto guardaba quizá en la casa objetos de valor, y que el móvil del crimen había sido el robo de los mismos. El inspector Baynes, a cuyo cargo está el caso, realizó toda clase de esfuerzos para descubrir el lugar en

que se ocultaban los fugitivos, teniendo buenas razones para creer que no habían ido muy lejos y que se hallaban ocultos en algún escondite que tenían preparado previamente. Se tuvo, a pesar de todo, desde el primer momento, la certidumbre de que llegarían a dar con su paradero, porque el cocinero, según declaraciones de algunos proveedores que tuvieron ocasión de verlo por la ventana, era hombre de aspecto por demás llamativo. Se trata de un mulato gigantesco y feísimo, de rasgos amarillentos, de marcado tipo negroide. A este individuo se le ha visto con posterioridad al crimen, porque la noche misma que siguió a éste fue descubierto y perseguido por el agente de policía Walters, pues tuvo la audacia de regresar al pabellón Wisteria. El inspector Baynes, pensando que una visita de esa clase no se hacía sin ninguna finalidad determinada, y que era probable, por consiguiente, que se repetiría, dejó sin guardia la casa, pero colocó personal oculto en el bosque de arbustos. El individuo en cuestión cayó en la trampa y fue capturado la noche pasada después de grandes forcejeos, en el transcurso de los cuales dio una feroz mordedura al agente de policía Downing. Tenemos entendido que, cuando el preso sea llevado ante los jueces, la Policía solicitará que se mantenga su detención, esperándose que su captura haya de traer como consecuencia grandes novedades.»

—No tenemos más remedio que ir a visitar inmediatamente a Baynes —exclamó Holmes, echando mano a su sombrero—. Lo alcanzaremos con el tiempo preciso antes que salga de casa.

Cruzamos a toda prisa la calle de la aldea y tal cual esperábamos, encontramos al inspector cuando salía de sus habitaciones.

—¿Ha leído usted el periódico, míster Holmes? —preguntó, alargándonos un ejemplar del mismo.

—Sí, lo he leído míster Baynes. Le ruego que no tome a mal el que le ponga a usted amistosamente en guardia.

—¿En guardia, contra que, míster Holmes?

—He estudiado este caso con especial atención, y no estoy convencido de que la dirección que usted sigue sea la verdadera. No me agradaría que usted se lanzara demasiado adelante por ese camino, a menos que tenga una completa seguridad.

—Es usted muy amable, míster Holmes.

—Le aseguro que hablo mirando por usted.

Creí advertir en uno de los ojillos de míster Baynes un temblor que se parecía a un guiño.

—Míster Holmes, habíamos convenido en que cada cual llevase el asunto siguiendo sus propias directrices, y eso es lo que yo estoy haciendo.

—Pues entonces, no digo nada —contestó Holmes—. No lo tome a mal.

—De ninguna manera, señor; yo creo que usted mira por mi bien. Pero todos nosotros tenemos nuestros modos de trabajar propios, míster Holmes. Usted tiene los suyos y quizá yo tenga también los míos.

—Ni una palabra más.

—De todos modos, voy a darle a usted con mucho gusto los datos que poseo. El individuo en cuestión es un completo salvaje, tan fuerte como un caballo percherón, y tan agresivo como un demonio. Casi le arrancó el pulgar a Downing de un mordisco, antes que pudiera ser dominado. Apenas si habla algunas palabras en inglés, y sólo hemos conseguido que nos conteste con gruñidos.

—¿Y usted cree tener pruebas de que él asesinó a su amo?

—Yo no he dicho eso, míster Holmes; yo no he dicho eso. Todos tenemos nuestros pequeños trucos. Pruebe usted con los suyos y yo probaré con los míos. Ése es nuestro convenio.

Mientras Holmes y yo nos alejábamos, éste se encogió de hombros, y dijo:

—No puedo conseguir que ese hombre se me confiese. Me da la impresión de que cabalga de una manera que va a sufrir una caída. Pero bueno, y como él dice, cada uno de nosotros debe proceder a su manera, y ya veremos lo que resulta. Sin embargo, observo algo en el inspector Baynes que no acabo de comprender por completo.

Una vez que estuvimos de vuelta en nuestra habitación de “El Toro”, me dijo Sherlock Holmes:

—Watson, haga el favor de asentarse en esa silla, porque voy a ponerle al tanto de la situación, pues bien pudiera ser que esta noche tuviese yo necesidad de su ayuda. Voy a explicarle la evolución que ha experimentado este caso hasta donde yo he sido capaz de seguirlo. En sus rasgos fundamentales ha sido sencillo, pero, a pesar de ello, ha ofrecido extraordinarias dificultades para poder realizar una detención. En ese aspecto hay todavía huecos que necesitaré llenar... Volvamos a la carta que le fue entregada a García la noche misma de su muerte. Podemos descartar la idea que tiene Baynes de que los criados de García participaron en el hecho. La prueba en ello la tenemos en que quien se las había ingeniado para que Scott Eccles se hallase presente aquella noche en la casa fue el mismo García, y ya sabemos que ese acto suyo no podía tener otra finalidad que la de preparar una coartada. Era, pues, García quien meditaba una empresa, una empresa que era por lo visto criminal, porque sólo quien medita un crimen trata de establecer una coartada. ¿Quién es, pues, la persona que con mayor probabilidad le quitó la vida? No cabe duda de que esa persona es la misma contra la cual iba dirigida la empresa criminal. Hasta aquí creo yo que avanzamos por terreno firme... Nos encontramos, pues, con una razón que explica la desaparición de los criados de García. Todos ellos estaban compinchados para cometer algún crimen que nosotros desconocemos. Si ese crimen se realizaba, García regresaría a casa, quedaría cubierto contra toda sospecha por la declaración del caballero inglés, y no habría pasado nada. Pero lo que premeditaban debía de ser empresa peligrosa, y si García no regresaba a casa a una hora determinada, era probable que hubiese perdido la vida él mismo. Por consiguiente, habían quedado convenidos en que, si tal cosa ocurría, sus dos subordinados huirían a algún lugar previamente convenido, para librarse de allí de las pesquisas y estar en situación de renovar más adelante la tentativa. ¿No es cierto que esta hipótesis explica todo los hechos ocurridos?

Tuve la sensación de que la inexplicable maraña se desenredaba ante mis ojos. Y, como siempre me ocurría, me pregunté cómo no había visto yo antes una cosa evidente.

—Pero, ¿por qué razón había de regresar uno solo de los servidores?

—Podemos suponer que, en la confusión de la fuga, se habían olvidado algo de mucho valor, de algo que no se resignaba a desprenderse. Eso explicaría su insistencia en regresar, ¿no es cierto?

—Bien, ¿y cuál es el próximo paso?

—El paso que viene a continuación es la carta recibida por García durante la cena. Ella descubre la existencia de otro compinche en extremo contrario. Pero, ¿dónde se encuentra el extremo contrario? Ya le tengo dicho que ese extremo sólo podía encontrarse en alguna casa muy espaciosa, y que el número de casas de esa categoría que hay en el contorno es muy escaso. Los primeros días que pasé en esta aldea los consagré a una serie de caminatas, y durante éstas, en los intervalos de mis pesquisas botánicas, llevé a cabo un reconocimiento de todas las casas grande y un examen de la historia familiar de sus ocupantes. Una, sólo una de las casas reclamó mi atención. Esa casa fue la conocida granja de estilo jacobino, de High Gable, situada a dos kilómetros de distancia del extremo más lejano a Oxshott, y a menos de un kilómetro del escenario de la tragedia. Las demás casonas pertenecen a gentes prosaicas y respetables, que viven muy lejos de todo lo novelesco. En cambio míster Henderson, de High Gable, resultó desde todo punto de vista hombre raro al que bien podían ocurrirle aventuras raras. Concentraré, pues, mi atención a él y en su casa... Ahí tiene usted, Watson, una colección de gentes raras; y la más curiosa entre todas ellas es el mismo Henderson. Me las compuse para visitarle con un pretexto razonable; pero me pareció leer en sus ojos negros, profundos y meditadores, que él sabía perfectamente cuál era mi verdadera finalidad. Es hombre de cincuenta años, y aires de emperador; es decir, un hombre impetuoso, dominador, que oculta un temperamento al rojo vivo, detrás de su cara apergaminada. O es extranjero, o ha vivido mucho tiempo en los trópicos, porque tiene un color amarillento y está reseco, aunque es tan correoso como una trenza de látigo. Su amigo y secretario, míster Lucas, es indudablemente extranjero, de color chocolate, marrullero, dulzarrón y gatuno, con una melosidad venenosa en el hablar. De modo, pues, Watson, que nos encontramos ya ante dos grupos de extranjeros, el uno en el pabellón Wisteria, y el otro en High Gable, con lo que empiezan a taparse los huecos de los que antes le hablaba. Esta pareja de amigos íntimos y confidenciales constituyen el centro de toda la casa; pero hay otra persona que quizá sea más importante para las finalidades inmediatas que perseguimos nosotros. Henderson tiene dos hijas, una de doce y otra de trece años. Tienen de institutriz a cierta miss Burnet, inglesa, de unos cuarenta años. Hay también un criado de confianza. Este pequeño grupo es el que forma la verdadera familia, porque siempre viajan juntos, ya que Henderson es un gran viajero que anda siempre de un lado para otro. No hace más que unas semanas que regresaron a High Gable, después de un año de ausencia. Agregaré que es un hombre inmensamente rico que puede satisfacer todos sus caprichos sin sacrificio alguno. Fuera del grupo del que hablo, su casa está llena de despenseros, lacayos, doncellas y todo personal sobrealimentado y en holganza que es

corriente en las grandes residencias campestres de Inglaterra... De todo eso me enteré en parte por los chismorreos de la aldea, y en parte por mi propia observación. No hay mejores instrumentos en esa tarea que los criados que han sido despedidos y se sienten resentidos. Yo tuve la buena suerte, aunque tampoco lo habría encontrado si no hubiese andado a su caza. Como dice Baynes, cada cual tenemos nuestro sistema. Fue ese sistema mío el que me permitió conocer a John Wasnes, que fue jardinero de High Gable, y que fue despedido en un momento de mal humor por su amo dominador. A su vez, el jardinero tenía amigos entre la servidumbre del interior de la casa, a la que une el común temor y antipatía al amo. En esa forma conseguí la llave que me iba a abrir los secretos de aquella familia... ¡Gente rara, Watson! No afirmo que conozca ya todo lo que allí ocurre, pero son, sin duda alguna, gente rara. El edificio está compuesto de dos alas; la servidumbre vive en una y la familia en otra. Entre un ala y otra no existe más ligazón que el criado de confianza de Henderson, que sirve de comer a la familia. Todo se lleva hasta una determinada puerta, que conecta las dos alas. La institutriz y las niñas apenas salen, como no sea al jardín. Jamás, ni por casualidad, Henderson se pasea solo. Su moreno secretario es como su sombra. Entre la servidumbre se rumorea que su amo tiene un miedo terrible de algo. Warner dice: «Vendió su alma al diablo por dinero, y teme que su acreedor se presente en cualquier momento a reclamar la deuda.» Nadie tiene la menor idea de dónde vinieron, o quiénes son. Es gente violenta. En dos ocasiones Henderson la ha emprendido a latigazos con algunas personas, y tan solo se ha librado de comparecer ante los tribunales gracias a su repleta bolsa y a las fuertes indemnizaciones que ha pagado...

Y ahora, Watson, examinemos la situación de estos datos nuevos. Podemos dar por supuesto que la carta procedía de esta extraña familia, y que en ella se invitaba a García a realizar algún proyecto que tenían convenido. ¿Quién escribió la carta? Alguien que estaba dentro de la ciudadela, y que era una mujer. ¿Qué otra persona podía ser sino la institutriz miss Burnet? Todos nuestros razonamientos, nos llevan en esa dirección. Podemos, en todo caso, tomarlo como una hipótesis, y ver las consecuencias que de ella se derivarán. Agregaré que la edad y la manera de ser de miss Burnet viene a desmentir mi primera suposición de que pudiera haber en nuestra historia un asunto amoroso... Si ella escribió la carta, es de suponer que era amiga y aliada de García. ¿Qué actitud puede suponerse en consecuencia que adoptaría al recibir la noticia de su muerte? Si la empresa en que colaboraban era pecaminosa, se callaría, aunque guardase en su corazón aborrecimiento y odio contra quienes le habían dado muerte; y también era de presumir que prestaría su ayuda, mientras se tratase

tomar venganza de ellos. ¿Me sería posible hablar con ella, y servirme de ella? Tal fue mi primer pensamiento. Pero ahora nos enfrentamos con un hecho siniestro. Desde la noche del crimen, nadie ha visto a miss Burnet. Desde entonces se ha esfumado por completo. ¿Vive? ¿Ha sufrido suerte idéntica y en idéntica noche que el amigo al que había dado cita? ¿O la tienen simplemente prisionera? He ahí el punto que nos queda todavía por resolver... Por lo dicho se dará cuenta usted, Watson, de lo difícil de la situación. No disponemos de prueba alguna que nos permita solicitar un edicto judicial. Si expusiésemos ante un juez nuestras suposiciones, las tomaría por pura fantasía. La desaparición de la mujer nada representa, porque en esa extraordinaria servidumbre puede ocurrir que no se vea a un miembro de la misma, durante una semana entera. Sin embargo, pudiera encontrarse ahora mismo en peligro de muerte. Todo lo que yo puedo hacer ahora es vigilar la casa, haciendo que mi agente Warner monte guardia frente a las puertas exteriores del parque. No podemos consentir que se prolongue semejante situación. Puesto que la Justicia no puede hacer nada debemos actuar cargando nosotros con los riesgos.

—¿Qué es lo que usted sugiere?

—Conozco la habitación de esa mujer. Se puede llegar hasta ella por el tejado de una de las dependencias accesorias. Sugiero, pues, que usted y yo vayamos allí esta noche para ver si damos en el corazón mismo del misterio.

La perspectiva, no tengo más remedio que reconocerlo, no era muy atrayente. La vieja casa, con su atmósfera de misterio, sus extraños y temibles habitantes, los peligros desconocidos que podía ofrecer el acercarse a ella, y el que, desde el punto de vista legal, nos colocábamos en una situación falsa, todo, en fin, se combinaba para dar un apagón a mi entusiasmo. Pero la frialdad de témpano que Holmes ponía en sus razonamientos tenía algo que hacía imposible echarse atrás cuando él recomendaba alguna aventura. Le daba a uno el convencimiento de que así, y sólo así, era posible llegar a la solución. Estreché su mano en silencio. Los dados estaban echados.

Pero no quiso el destino que nuestra investigación tuviese un final aventurero. Serían las cinco de la tarde, y ya empezaba a descender las sombras de marzo, cuando se precipitó dentro de nuestra habitación un excitado campesino.

—Se fueron, míster Holmes. Marcharon con el último tren. La señora se escapó y yo la tengo recogida abajo, en un coche.

—¡Magnífico, Warner! —exclamó Holmes, poniéndose en pie de un salto—. Watson, esos huecos se van llenando rápidamente.

Dentro del coche encontramos una mujer, medio desmayada por efecto del agotamiento nervioso. En los rasgos de su cara aguileña y enflaquecida mostraba las huellas de alguna tragedia reciente. Colgábale la cabeza inexpresiva sobre el pecho, pero cuando la levantó y fijó en nosotros sus ojos apagados, vi que sus pupilas formaban dos puntitos negros en el centro del ancho iris grisáceo. La habían narcotizado con opio. Nuestro emisario, es decir, el jardinero despedido, nos dijo:

—Yo estaba de vigilancia en la puerta exterior, tal como usted me lo tenía ordenado, míster Holmes. Cuando salieron en coche, yo les seguí hasta la estación. Esta mujer caminaba como sonámbula; pero cuando intentaron meterla en el tren, volvió a la vida y se opuso forcejeando. La metieron de un empujón dentro del vagón, pero ella salió otra vez a viva fuerza. Yo entonces me puse de su parte, la metí en un coche, y aquí estamos. No olvidaré jamás la cara que me miró desde la ventanilla del vagón cuando yo me la llevaba. Poco tiempo me quedaría de vida, si aquel demonio amarillento, de ojos negros y expresión rabiosa, pudiera cumplir sus deseos.

Subimos a la mujer a nuestro cuarto, la acostamos en el sofá, y un par de tazas del café más fuerte que pudimos preparar bastaron para despejar su cerebro de las brumas de la droga. Holmes había enviado a buscar a Baynes, y explicó rápidamente a éste la situación.

—Señor mío, usted me ha proporcionado la prueba misma que yo andaba buscando —dijo el inspector, estrechando calurosamente la mano de mi amigo —.

Desde el primer momento seguía yo la misma pista que usted.

—¿Cómo? ¿Qué también usted andaba detrás de Henderson?

—Sí, míster Holmes, y cuando usted reptaba sigilosamente por el arbustal de High Gable, yo estaba encaramado entre las ramas de un árbol y le estaba viendo desde allí arriba. Andábamos a ver quién conseguía antes una prueba de culpabilidad.

—Y entonces, ¿por qué detuvo al mulato?

Baynes gorgoriteó de risa.

—Yo tenía la certidumbre de que Henderson, como él se hace llamar, se daba cuenta de que se recelaba de él, y que mientras se creyese en peligro permanecería agazapado y no daría paso alguno. Detuve a un hombre que yo sabía que no era culpable para hacerle creer que ya no le vigilábamos. Yo estaba seguro de que entonces intentaría largarse dándonos así oportunidad de acercarnos a miss Burnet.

Holmes puso su mano en el hombro del inspector, y le dijo:

—Usted llegará muy arriba en su profesión, porque tiene instinto y facultad intuitiva.

Baynes se sonrojó de placer.

—He tenido durante toda la semana a un agente vestido de paisano en la estación, esperando que se produjese la fuga. Vayan a donde vayan los del grupo de High Gable, ese hombre les seguirá y miss Burnet se encuentra a salvo, todo termina bien. Sin las declaraciones de esta mujer no podemos proceder a realizar detenciones, eso es evidente. De modo, pues, que cuando antes nos haga ella su declaración, será mejor.

—Se está recobrando por instantes —dijo Holmes, examinando a la institutriz—. Pero, dígame, Baynes: ¿quién es el tal Henderson?

—Henderson —contestó el inspector—, es don Murillo, al que llamaban en otro tiempo el Tigre de San Pedro.

¡El Tigre de San Pedro! Como un relámpago surgió en mi cerebro la historia completa de aquel hombre. Se había hecho célebre como el tirano más depravado y sanguinario de cuantos han gobernado cualquier país con pretensiones de civilizado. Hombre fornido, temerario y enérgico, tuvo temple suficiente para hacer soportar sus vicios durante diez o doce años a un pueblo acobardado. Su nombre inspiraba terror por toda América Central. Al cabo de ese tiempo hubo una sublevación general en contra suya. Pero el tirano era tan astuto como cruel, y en cuanto advirtió el primer rumor de la tormenta que se acercaba, hizo llevar secretamente sus tesoros a bordo de un barco tripulado por fervientes adeptos suyos. Cuando los sublevados tomaron al siguiente día por asalto el palacio, lo encontraron vacío. El dictador, sus dos hijas, su secretario y

sus riquezas habían escapado de sus manos. Desde aquel día desapareció del mundo, y repetidas veces se ocupó la Prensa europea del anónimo bajo el cual escondía su identidad.

—Sí, señor; don Murillo, el Tigre de San Pedro —recalcó Baynes—. Si usted lo consulta, se encontrará con que los colores de la bandera de San Pedro son el verde y el blanco, es decir, los mismos de los que habla la carta. Ese hombre se hace llamar Henderson, pero yo pude remontarme en sus andanzas hasta París, Roma, Madrid, Barcelona, en cuyo puerto entró su barco el año ochenta y seis. Desde entonces lo buscan para tomar venganza en él, pero hasta ahora no habían conseguido dar con su paradero.

Miss Burnet, que se había erguido en su asiento y seguía con gran atención nuestro dialogo dijo:

—Descubrieron su paradero hace un año. Ya una vez han atentado contra su vida, pero algún espíritu maligno le protegió. Nuevamente, ahora, ha caído el noble y caballeroso García, mientras ese monstruo huye sano y salvo. Pero otro hombre sucederá al caído, y otro, y otro hasta que algún día se haga justicia; eso es tan cierto como que mañana va a salir el sol.

Sus manos delgadas se apretaban con fuerza y el ímpetu de su odio empalideció su cara demacrada.

—¿Y cómo fue el intervenir de usted en este asunto, miss Burnet? —preguntó Holmes—. ¿Cómo es posible que una señora inglesa participe en un asunto de asesinato?

—Me alié a ellos porque no había otro modo en el mundo de que se hiciese justicia. ¿Qué le importa a la Justicia de Inglaterra que hayan corrido ríos de sangre años atrás en San Pedro, o que este individuo robase un barco cargado de riquezas? Para ustedes todas esas cosas son igual que crímenes cometidos en algún otro planeta. Para nosotros, en cambio, son realidades vivas. Nos hemos enterado de la verdad a fuerza de dolor y de sufrimientos. Para nosotros no hay en el infierno un demonio que pueda equipararse con Juan Murillo, y no puede haber paz en la vida mientras todas sus víctimas sigan clamando venganza.

—No cabe duda de que ese hombre fue todo lo que usted dice —le contestó Holmes—. He oído hablar de sus atrocidades. Pero, ¿en qué le afectan ellas a usted?

—Se lo contaré todo. La política de este miserable consistía en asesinar, con un pretexto u otro, a cuantos hombres podían llegar a ser con el tiempo rivales peligrosos suyos. Mi marido... sí, porque mi verdadero apellido es señora de Víctor Durango, era ministro de San Pedro en Londres. Allí nos conocimos y nos casamos. Hombre más noble no los ha habido en el mundo. Por desgracia, Murillo tuvo noticias de sus excelentes cualidades, lo llamó a San Pedro con cualquier pretexto, y lo hizo fusilar. Como si tuviera un barrunto de la muerte que le esperaba, se negó a llevarme con él. Le fueron confiscadas sus propiedades, y yo quedé malviviendo y con el corazón destrozado.

»Sobrevino más tarde la caída del tirano. Éste huyó, como se lo he contado antes. Pero las muchas personas, cuyas vidas había deshecho y cuyos parientes más próximos y más queridos habían sufrido las torturas y la muerte a manos suyas, no se conformaron con dejar las cosas como estaban. Formaron entre sí una sociedad que no se disolvería sino cuando hubiese realizado su obra. A mí se me designó, después que logró descubrirse al déspota caído bajo el nombre de Henderson; se me designó, digo, para que entrase en su servidumbre y mantuviese a los demás al tanto de sus andanzas. Pude lograrlo obteniendo el cargo de institutriz dentro de la familia. Él estaba lejos de pensar que la mujer que tenía que enfrentarse con él a las horas de comer era la misma a cuyo marido había lanzado a la eternidad con sólo una hora de tiempo para prepararse. Yo le sonreía, cumplía con mis obligaciones para con sus hijas, y esperaba mi momento. Se atentó contra él en París, pero la tentativa fracasó. Viajábamos en rápido zigzag de aquí para allá por toda Europa, para despistar a nuestros perseguidores, hasta que regresamos a esta casa, que él tenía alquilada desde que llegó por vez primera a Inglaterra.

»Pero también aquí le esperaban los ejecutores de la justicia. Sabiendo que él volvería, aguardábale aquí García, hijo del que fue alto dignatario de San Pedro. Aguardábale con dos compañeros leales, gente humilde, pero animados los tres por idénticos motivos de venganza. Poco era lo que García podía realizar en pleno día, porque Murillo adoptaba toda clase de precauciones, y jamás salía como no fuese acompañado de su satélite Lucas, o sea López, que era como se llamaba en los tiempos de su grandeza. Sin embargo, Murillo dormía solo, y el vengador podía llegar hasta él durante la noche. Una tarde, fijada de antemano, envié a mi amigo las instrucciones finales, porque Murillo vivía siempre alerta, y cambiaba constantemente de habitación. Yo me cuidaría de que las puertas estuviesen abiertas; una luz verde o blanca, en una ventana que caía frente al paseo de entrada, le advertiría si todo estaba en regla, o si era preciso postergar

la empresa.

»Pero todo se nos torció. Yo no sé cómo, pero lo cierto es que había despertado los recelos de López, el secretario. Cuando yo acababa de escribir la carta, se me acercó furtivamente por detrás y saltó sobre mí. Él y su amo me llevaron a rastras a mi habitación, y me sentenciaron como reo convicto de traición. En aquel mismo instante me habrían clavado sus cuchillos, si hubiesen visto la manera de salvarse de las consecuencias de su crimen. Por último, y después de un largo debate, llegaron a la conclusión de que asesinarme resultaba demasiado peligroso. Pero decidieron desembarazarse para siempre de García. Me amordazaron, y Murillo me retorció el brazo hasta arrancarme la dirección de aquél. Juro que, de haber sabido yo lo que proyectaba contra García, me lo habría dejado arrancar antes de hacer lo que hice. López escribió el sobre para la carta que yo había escrito, lo lacró sellándolo con un gemelo de su camisa, y envió la carta por mando de su criado José. Ignoro de qué modo lo asesinaron, salvo que fue la mano de Murillo la que descargó el golpe que lo derribó, porque López había quedado aquí manteniéndome bajo guardia. Me imagino que le esperaron entre los matorrales de aliagas que bordean el camino y que le golpearon cuando él pasaba. Al principio tuvieron el propósito de dejarle entrar en la casa, para matarlo como a un vulgar ladrón sorprendido in fraganti; pero se dijeron que si se veían mezclados en una investigación policíaca, se descubriría públicamente su verdadera personalidad y se expondrían con ello a nuevas agresiones. Quizá la persecución cesase con la muerte de García, que asustaría a los demás, haciéndoles renunciar a su empeño.

»Todo les habría ido bien, si yo no hubiese sabido lo que ellos habían hecho. Estoy segura de que hubo momentos en que mi vida estuvo en el fiel de la balanza.

Fui confinada dentro de mi habitación, me aterrorizaron con las amenazas más horribles, me maltrataron de una manera cruel para quebrantar mi espíritu... miren este corte en mi hombro y los magullamientos que tengo en los brazos... y en una ocasión en que yo traté de pedir socorro desde la ventana, me amordazaron. Este cruel encarcelamiento se prolongó durante cinco días, durante los cuales me dieron el alimento estrictamente preciso para mantener mi vida. Esta tarde me sirvieron un buen almuerzo, pero en cuanto lo comí, me di cuenta de que me habían suministrado una droga. Recuerdo como en sueños que medio me condujeron medio me transportaron, al coche; en ese mismo estado de inconsciencia me trasladaron al tren. Sólo entonces, casi cuando ya empezaban a

moverse las ruedas, me di cuenta de que mi libertad estaba en mis propias manos. Salté fuera, ellos intentaron arrastrarme atrás, y de no haber sido por la ayuda de este buen hombre que me llevó hasta el coche, no habría conseguido huir de ellos. Ahora, gracias a Dios, estoy ya siempre fuera de sus manos.

Todos habíamos escuchado con la mayor atención este extraordinario relato, y fue Holmes quién rompió el silencio moviendo la cabeza y diciendo:

—Todavía no hemos vencido las dificultades que se nos presentaban. Nuestra labor policíaca termina, pero ahora empieza nuestra labor justiciera.

—Exactamente —le contesté yo—. Un abogado inteligente podría presentar el caso como acto de legítima defensa. Quizá esos hombres tienen sobre sus espaldas un centenar de crímenes, pero sólo pueden ser juzgados por éste de ahora.

—Vamos, vamos —dijo Baynes, alegremente—: yo tengo una idea mejor que ésa de la justicia. La legítima defensa es una cosa, y atraer a un hombre con engaños es otra muy diferente. Aunque viesen en ese hombre un peligro para ellos. No y no. Cuando veamos en la próxima sesión de lo criminal ante el Jurado de Gilford, a los inquilinos de High Gable, veremos todos nosotros justificada nuestra acción.

Sin embargo, es cosa del dominio de la historia el que tuvo que pasar todavía algún tiempo antes que el Tigre de San Pedro recibiese su merecido. Astutos y audaces, él y su acompañante despistaron a su perseguidor de ahora, penetrado en una casa de huéspedes de Edmonton Street y saliendo por una puerta trasera que daba a Curzon Square. Desde ese día ya no se les volvió a ver en Inglaterra. Pero seis meses después fueron asesinados cierto señor Marqués de Montalba y el señor Rully, secretario suyo, en sus habitaciones del hotel Escorial, de Madrid. El crimen se atribuyó a los nihilistas, y no se logró detener a los asesinos. El inspector Baynes vino de visita a Baker Street con una descripción impresa de la morena cara del secretario y de las facciones dominadoras, los ojos magnéticos y las cejas tupidas de su señor. No pudimos dudar de que se había hecho justicia, a pesar de que ésta se hubiese retrasado.

—Ha sido un caso caótico, mi querido Watson —dijo Holmes, mientras fumaba

la pipa de la velada—. No le será posible a usted presentarlo de forma apretada por la que siente tanto cariño. Abarca dos continentes, se relaciona con dos

grupos distintos de personas misteriosas, y se complica aún más con la presencia altamente respetable de nuestro amigo Scott Eccles, cuya inclusión me demuestra que el difunto García era hombre de cerebro calculador, y que tenía bien desarrollado el instinto de su propia conservación. Lo único notable del caso es que, entre una completa maraña de posibilidades, nosotros y nuestro digno colaborador, el inspector Baynes, supimos mantenernos pegados a las líneas esenciales, guiándonos de ese modo por el sendero lleno de retorcimientos y de zigzagueos. ¿Hay todavía en el caso algún detalle que usted no vea claro?

—¿Qué es lo que iba buscando el mulato cuando volvió a la casa?

—Yo creo que puede explicárnoslo el extraño animal que hallamos en la cocina. Aquel hombre era un salvaje primitivo de las selvas inexploradas de San Pedro, y ese animal era su fetiche. Cuando él y su compañero huyeron para esconderse en algún lugar previamente señalado y en el que vivía, sin duda alguna, otro confederado suyo, su compañero le convenció de que debía abandonar un objeto tan comprometedor. Pero el mulato tenía puesto en él su corazón, y al día siguiente se sintió arrastrado hacia el mismo; pero, al mirar previamente por la ventana, descubrió al agente de policía Walters, que se había hecho cargo de la casa. Aguardó tres días más, y su fe o superstición lo arrastraron hacia allí otra vez. El inspector Baynes que, con su astucia habitual, había quitado importancia al incidente delante de mí, se había dado verdaderamente cuenta de la importancia que tenía y montó una trampa en la que cayó aquel individuo. ¿Hay algún otro punto dudoso, Watson?

—El ave despedazada, el cubo de sangre, los huesos chamuscados, el misterio todo de aquella sorprendente cocina.

Holmes se sonrió, al mismo tiempo que consultaba una nota en su cuaderno.

—Me pasé una mañana en el Museo Británico leyendo éste y algunos otros puntos. He aquí una acotación del libro de Eckermann. El vuduismo y las religiones de negroides:

«El verdadero adorador de Vudú no acomete ninguna empresa de importancia sin antes realizar determinados sacrificios que tienen por finalidad el hacerse propicios a sus sucios dioses. En casos extremos, esos ritos toman la forma de sacrificios humanos seguidos de actos canibalescos. Pero lo más corriente es que las víctimas sean un gallo blanco, que es despedazado vivo, o un chivo negro, al

que se corta el cuello y cuyo cuerpo se quema luego.»

—Ya ve, pues, usted, que nuestro bárbaro amigo era un hombre muy ortodoxo en el cumplimiento de sus ritos. Es una cosa grotesca, Watson —agregó Holmes, mientras sujetaba despacio con una goma su libro de notas—. Pero, como ya he tenido ocasión de hacerle observar, de lo grotesco a lo horrible no hay sino un paso.

2. El círculo rojo

Capítulo I

—Bueno, señora Warren, no veo que tenga ningún motivo especial para estar intranquila, ni comprendo por qué yo, puesto que mí tiempo tiene cierto valor, debería intervenir en el asunto. La verdad es que tengo otras cosas en que ocuparme —. Así dijo Sherlock Holmes, y volvió al gran libro de apuntes en que ordenaba y clasificaba algún material reciente.

Pero la patrona era tan pertinaz y astuta como puede serlo una mujer. Mantuvo firmemente sus posiciones.

—Usted arregló un asunto de un huésped mío el año pasado —dijo—, el señor Fairdale Hobbs.

—Ah, sí; un asunto muy sencillo.

—Pero él no hace más que hablar de eso, de su amabilidad, señor Holmes, y del modo en que hizo luz en las tinieblas. Recordé sus palabras cuando yo misma me encontré entre brumas y dudas. Sé que usted podría si quisiera.

Holmes era accesible por el lado de la lisonja y también, para hacerle justicia, por el lado de la benevolencia. Las dos fuerzas le hicieron dejar el pincel de la goma con un suspiro de resignación y echar atrás su asiento.

—Bueno, bueno, señora Warren, hablemos sobre eso, entonces. No le molesta el tabaco, me parece. Gracias, Watson, ¡los fósforos! Está usted inquieta, según entiendo, porque su nuevo huésped permanece en sus habitaciones y usted no le puede ver. Bueno, señora Warren, si yo fuera su huésped muchas veces no me vería durante varias semanas.

—No lo dudo, señor Holmes, pero esto es diferente. Me da pánico; no puedo dormir de miedo. Oír sus rápidos pasos, moviéndose de acá para allá desde la madrugada hasta altas horas de la noche, y sin embargo no ver ni un atisbo de él..., es más de lo que puedo soportar. Mi marido está tan nervioso con eso como yo, pero él pasa fuera todo el día en su trabajo, mientras que yo no tengo

descanso, ¿Por qué se esconde? ¿Qué ha hecho? Salvo por la chica, estoy sola en casa todo el día con él, y es algo que mis nervios no pueden aguantar.

Holmes se inclinó hacia delante y puso sus largos y flacos dedos en el hombro de la mujer. Tenía un poder tranquilizador casi hipnótico cuando lo deseaba. El susto se desvaneció de los ojos de ella, y sus agitados rasgos volvieron a su habitual estado. Se sentó en la silla que él le indicaba.

—Si lo tomo, debo conocer todos sus detalles —dijo él—. Tómese tiempo para considerarlo. El punto más pequeño puede ser esencial. ¿Dice usted que el hombre llegó hace diez días, y le pagó una quincena de pensión y alimentación?

—Preguntó mis condiciones, señor Holmes. Dije que cincuenta chelines por semana. Hay un pequeño gabinete y una alcoba, todo completo, en lo más alto de la casa.

—¿Y bien?

—Dijo: «Le pagaré cinco libras por semana si lo puedo tener en mis propios términos.» Yo soy pobre, señor Holmes, y mi marido gana poco, y el dinero es muy importante para mí. Sacó un billete de diez libras, y lo extendió hacia mí allí mismo. «Puede recibir lo mismo cada quincena durante mucho tiempo si cumple mis condiciones», dijo. «Si no, no tendré que ver más con usted.» —¿Cuáles eran las condiciones?

—Pues bien, señor Holmes, que tenía que tener una llave de la casa. Eso estaba muy bien. Los huéspedes muchas veces la tienen. También, que había que dejarle completamente solo, sin molestarle nunca, bajo ninguna excusa.

—Nada extraño en eso, ¿verdad?

—De un modo razonable, no, señor. Pero esto está fuera de toda razón. Lleva allí diez días y ni mi marido, ni yo, ni la chica le hemos puesto los ojos encima una sola vez. Podemos oír sus rápidos pasos dando vueltas de un lado para otro, por la noche, de madrugada, a mediodía; pero, salvo esa primera noche, nunca ha salido de la casa ni una vez.

—Ah, salió la primera noche, ¿no?

—Sí, señor, y volvió muy tarde..., cuando ya todos estábamos en la cama. Me

dijo, después de tomar las habitaciones, que lo haría así, y me pidió que no pusiera la barra en la puerta. Le oí subir las escaleras pasada la medianoche.

—Pero ¿y sus comidas?

—Dio instrucciones especiales de que siempre, cuando llamara, debíamos dejar su comida en una silla, fuera de la habitación. Luego vuelve a llamar cuando ha terminado, y la cogemos de la misma silla. Si quiere alguna cosa, lo pone en letras de molde en un papel y lo deja.

—¿En letras de molde?

—Sí, señor; en letras de molde a lápiz. Sólo la palabra; nada más. Aquí tiene uno

que le he traído: JABÓN. Aquí hay otro: FÓSFORO. Este es el que dejó esta mañana: DAILY GAZETTE. Le dejo ese periódico con el desayuno todas las mañanas.

—Caramba, Watson —dijo Holmes, mirando con gran curiosidad las tiras de papel de barba que le había entregado la patrona—: esto sí que es un poco raro. El encierro lo puedo entender, pero ¿por qué en letras de molde? Es un procedimiento un poco complicado. ¿Por qué no escribir normalmente? ¿Qué sugeriría, Watson?

—Que deseara ocultar su letra.

—Pero ¿por qué? ¿Qué puede importarle que su patrona tuviera una palabra en su letra? Sin embargo, quizá sea lo que dice usted. Pero entonces, ¿por qué unos mensajes tan lacónicos?

—No me lo puedo imaginar.

—Esto abre un placentero campo a la especulación inteligente. Las palabras están escritas con un lápiz de clase nada rara, de punta ancha y color violeta. Observará que el papel está roto aquí, por el lado, después de escribir, de modo que parte de la J de Jabón se ha perdido. Sugerente, Watson, ¿verdad?

—Denota precaución.

—Exactamente. Está claro que había alguna señal, alguna marca del pulgar, algo

que pudiera dar una clave sobre la identidad de la persona. Bueno, señora Warren, dice usted que el hombre era de tamaño mediano, moreno y barbudo. ¿Qué edad tendría?

—Joven, señor; no más de treinta años.

—Bueno, ¿no me puede dar más indicaciones?

—Hablaba un buen inglés, y sin embargo pensé que era extranjero por su acento.

—¿Iba bien vestido?

—Muy elegantemente vestido..., un caballero. Ropa oscura, nada que llamara la atención.

—¿No dio nombre?

—No, señor.

—¿Y no ha tenido cartas o visitantes?

—Nada.

—Pero sin duda, usted o la chica entran en su cuarto por la mañana.

—No, señor; él cuida de sí mismo.

—¡Vaya!, eso sí que es notable. ¿Y su equipaje?

—Llevaba una sola maleta, grande, oscura... nada más.

—Bueno, no veo que tengamos mucho material que nos sirva. ¿Dice usted que nada ha salido de ese cuarto..., absolutamente nada?

La patrona sacó un envoltorio de su bolso; de él, sacudió dos fósforos quemados y una colilla de cigarrillo, y los hizo caer en la mesa.

—Estaban en su bandeja esta mañana. Los traje porque había oído que usted sabe

leer grandes cosas en cosas pequeñas.

—Aquí no hay nada —dijo—. Los fósforos, desde luego, se han usado para encender cigarrillos. Eso se ve en lo corto del lado quemado. Encendiendo una pipa o un cigarro se consume la mitad. Pero ¡caramba!, esta colilla es verdaderamente notable. ¿Dice usted que el caballero tenía barba y bigote?

—Sí, señor.

—No lo entiendo. Yo diría que sólo un hombre afeitado del todo podía haber fumado esto. Bueno, Watson, incluso su modesto bigote habría sufrido quemaduras.

—¿Una boquilla? —sugerí.

—No, no; el extremo está aplastado. Supongo que no podría haber dos personas en sus habitaciones, señora Warren.

—No, señor. Come tan poco, que muchas veces me extraña que pueda conservar la vida de una sola persona.

—Bueno, creo que debemos esperar a tener un poco más de material. Después de todo, usted no tiene de que quejarse. Ha recibido su renta, y no es un huésped molesto, aunque ciertamente es raro. Paga bien, y si decide vivir oculto, no es asunto que le incumba directamente a usted. No tenemos excusa para invadir su vida privada mientras no tengamos razones para pensar que hay un motivo culpable. Yo acepto el asunto y no lo perderé de vista. Infórmeme si ocurre algo nuevo, y confíe en mi asistencia si hace falta.

—Ciertamente hay algunos puntos de interés en este caso, Watson —observó, cuando se marchó la patrona—. Claro que quizá sea trivial, una excentricidad individual; o quizá sea mucho más profundo de lo que parece a primera vista. Lo primero que se le ocurre a uno es la posibilidad obvia de que la persona que está ahora en las habitaciones sea diferente de la que las tomó.

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno, aparte de esta colilla, ¿no resulta curioso que la única vez que salió el huésped fuera inmediatamente después de tomar las habitaciones? Volvió, o alguien volvió, cuando todos los testigos estaban alejados. No tenemos pruebas de que la persona que volvió fuera la que salió. Luego, además, el hombre que tomó las habitaciones hablaba bien el inglés. Este otro, en cambio, escribe

«fósforo» cuando debía ser «fósforos». Puedo imaginar que sacó la palabra de un diccionario, que da el sustantivo, pero no el plural, el estilo lacónico puede ser para ocultar la falta de conocimiento del inglés. Sí, Watson, hay buenas razones para sospechar que ha habido una sustitución de huéspedes.

—Pero ¿con que posible fin?

—¡Ah!, ahí está nuestro problema. Hay una sola línea evidente de investigación. —Bajó el gran libro en que, día tras día, ordenaba los anuncios personales de los diversos diarios de Londres—. ¡Válgame Dios! —dijo, pasando las hojas—, ¡qué coro de gemidos, gritos y balidos! ¡Qué mezcla de sucesos extraños! Pero sin duda es el terreno de caza más valioso que le ha sido dado nunca a un estudioso de lo insólito. Esta persona está sola, y no se la puede abordar por carta sin romper el absoluto secreto que se desea. ¿Cómo le va a llegar de fuera una noticia o un mensaje? Obviamente, por un anuncio en un periódico. No parece haber otro camino, y por suerte sólo tenemos que ocuparnos de un periódico. Aquí están los recortes de la Daily Gazette de la última quincena: «Señora con boa negro en el club de Patinaje Prince's», eso lo podemos pasar. «Sin duda Jimmy no le partirá el corazón a su madre»; esto parece que no viene a cuento. «Si la señora que se desmayó en el autobús de Brixton...»...no me interesa. «Todos los días mi corazón anhela...» Un balido, Watson, un balido sin disimulo. ¡Ah! esto es un poco más probable: «Ten paciencia. Encontraré algún medio de comunicación. Mientras, esta columna. G.» Esto es dos días después de que llegara el huésped de la señora Warren. Parece plausible, ¿no? El misterioso ser podría entender inglés aunque no pudiera escribirlo. Vamos a ver si encontramos otra vez el rastro. Sí, aquí estamos, tres días después. «Hago arreglos con éxito. Paciencia y prudencia. Pasará la nube. G.» Nada en una semana después de esto. Luego viene algo mucho más claro: «El camino se despeja. Si encuentro oportunidad de mensaje por señales recuerda código convenido; uno A, dos B, etcétera. Pronto sabrás. G.» Eso estaba en el periódico de ayer, y no hay nada en el de hoy. Todo esto concuerda bastante con el huésped de la señora Warren. Si esperamos un poco, Watson, no dudo que el asunto se hará más comprensible.

Y así resultó: pues por la mañana encontré a mi amigo de pie, ante la chimenea, de espaldas al fuego y con una sonrisa de completa satisfacción en la cara.

—¿Qué tal esto, Watson? —exclamó, tomando el periódico de la mesa—. «Casa alta roja con molduras de piedra blanca. Tercer piso. Segunda ventana a la

izquierda. Después del oscurecer. G.» Eso está bastante claro. Creo que después de desayunar debemos hacer una pequeña exploración del barrio de la señora Warren. Ah, señora Warren, ¿qué noticias nos trae esta mañana?

Nuestra cliente había irrumpido en el cuarto con una energía explosiva, que prometía algún acontecimiento nuevo e importante.

—¡Es cosa para la policía, señor Holmes! —exclamó—. ¡No quiero saber nada más de esto! Que se marche con su equipaje. Iba a subir a decírselo sin más, sólo que pensé que era mejor pedir primero su opinión. Pero mi paciencia ha llegado a su límite, y cuando se llega a golpear al marido de una...

—¿Golpear al señor Warren?

—En todo caso, tratarle mal.

—Pero ¿quién le ha tratado mal?

—¡Ah! ¡Eso es lo que queremos saber! Fue esta mañana, señor Holmes. Mi marido es cronometrador en Morton y Waylight’s, en Tottenham Court Road. Tiene que salir de casa antes de las siete. Pues bien, esta mañana, no había dado diez pasos en la calle cuando dos hombres le fueron por detrás, le echaron un abrigo por la cabeza y le metieron en un coche de punto que estaba junto a la acera. Le llevaron una hora en el coche, y luego abrieron la puerta y le arrojaron fuera. Se quedó en la calzada tan trastornado que no vio qué se hacía del coche. Cuando pudo dominarse, se dio cuenta de que estaba en Hampstead Heath; así que tomó un ómnibus hasta casa, y ahí está, tumbado en el sofá, mientras yo venía en seguida a contarle lo que ha pasado.

—Muy interesante —dijo Holmes—. ¿Observó el aspecto de esos hombres?, ¿les oyó hablar?

—No, está aturdido. Sólo sabe que le arrebataron como por arte de magia y le dejaron caer del mismo modo. Había por lo menos dos en el asunto, o quizá tres.

—¿Y usted relaciona este ataque con su huésped?

—Bueno, llevamos viviendo ahí quince años y nunca nos ha pasado tal cosa. Ya estoy harta de él. El dinero no lo es todo. Le haré salir de mi casa antes que termine el día.

—Espere un poco, señora Warren. No se precipite. Empiezo a creer que este asunto puede ser mucho más importante de lo que parecía a simple vista. Ahora está claro que algún peligro amenaza a su huésped. Está igualmente claro que sus enemigos, acechando en su espera junto a su puerta, le confundieron con su marido en la luz neblinosa de la mañana. Al descubrir su error, le soltaron. Qué habrían hecho si no hubiera sido un error, sólo podemos hacer conjeturas.

—¿Qué tengo que hacer, señor Holmes?

—Tengo muchas ganas de ver a ese huésped suyo, señora Warren.

—No veo cómo pueda conseguirlo, a no ser que eche abajo la puerta. Siempre le oigo quitar la llave mientras bajo la escalera después de dejar la bandeja.

—Tiene que meter la bandeja. Sin duda podríamos ocultarnos y verle actuar.

—Bueno, señor, enfrente está el cuarto de los baúles. Podría poner un espejo, quizá, y si usted estuviera detrás de la puerta...

—¡Excelente! —dijo Holmes—. ¿A qué hora almuerza?

—Hacia la una, señor Holmes.

—Entonces, el doctor Watson y yo nos daremos una vuelta. Por el momento, señora Warren, adiós.

A las doce y media estábamos en la entrada de la casa de la señora Warren, un edificio alto, estrecho, de ladrillo amarillo, en Great Orme Street, estrecho pasadizo al nordeste del British Museum. Como queda cerca de la esquina de la calle, domina Howe Street, con sus casas más pretenciosas. Holmes señaló con una risita una de ellas, una serie de pisos residenciales, que se destacaba tanto que no podía menos de llamar la atención.

—¡Vea, Watson! —dijo—. «Casa alta, roja, con molduras de piedra.» Esa es la estación de señales, sin duda. Conocemos el lugar y conocemos el código; nuestra tarea debería ser simple. Hay en esa ventana un rótulo de «Se Alquila». Evidentemente es un piso vacío al que tiene acceso el cómplice. Bueno, señora Warren, ¿qué más?

—Se lo tengo todo preparado. Si suben y dejan las botas en el descansillo, les

llevaré allí en seguida.

Era un escondite excelente el que había arreglado. El espejo estaba puesto de tal modo que, sentados en la oscuridad, podíamos ver claramente la puerta de enfrente. Apenas nos habíamos instalado allí, y se había marchado la señora Warren cuando un claro campanilleo nos hizo saber que llamaba nuestro misterioso vecino. Al fin apareció la patrona con la bandeja, la dejó en una silla junto a la puerta cerrada, y luego, pisando pesadamente, se marchó. Acurrucados en el ángulo de la puerta, manteníamos los ojos fijos en el espejo. De repente, mientras dejaban de oírse los pasos de la patrona, hubo un rechinar de la llave, giró el pestillo, y dos manos delgadas salieron disparadas y levantaron la bandeja de la silla. Un momento después la volvían a poner, y vi un atisbo de una cara morena, hermosa, horrorizada, que miraba fijamente a la estrecha apertura del cuarto de los baúles. Luego, la puerta se cerró de golpe, la llave volvió a girar, y todo fue silencio. Holmes me tiró de la manga y nos deslizamos juntos escaleras abajo.

—Volveré a verla esta noche —dijo a la expectante patrona—. Creo, Watson, que podremos discutir mejor este asunto en nuestra propia residencia.

—Mi sospecha, como ha visto, ha resultado ser correcta —dijo él luego, hablando desde las profundidades de su butaca—. Ha habido una sustitución de huéspedes. Lo que no preví es que encontráramos una mujer, y una mujer nada corriente, Watson.

—Ella nos vio.

—Bueno, vio algo que la alarmó. Eso es seguro. La sucesión general de acontecimientos está bastante clara, ¿verdad? Una pareja busca en Londres refugio contra un peligro terrible y muy apremiante. La medida de ese peligro es el rigor de sus precauciones. El hombre, que tiene algún trabajo que hacer, desea dejar a la mujer en absoluta seguridad mientras lo hace. No es un problema fácil, pero lo ha resuelto de modo original, y tan eficazmente que la presencia de ella no era conocida ni por la patrona que le da su alimento. Los mensajes en letras de molde está claro que eran para evitar que su letra revelara su sexo. El hombre no puede acercarse a la mujer, pues guiaría a sus enemigos hacia ella. Como no puede comunicarse con ella directamente, recurre a los anuncios personales de un periódico. Hasta ahí, todo está claro.

—Pero ¿qué hay en la base de todo?

—Ah, sí, Watson: ¡severamente práctico, como de costumbre! ¿Qué hay en la base de todo? El caprichoso problema de la señora Warren se ensancha un poco y toma un aspecto más siniestro conforme avanzamos. Esto sí que lo puedo asegurar: no es una escapada amorosa corriente. Ya vio la cara de la mujer ante las señales de peligro. Hemos sabido también del ataque contra el patrón, que sin duda iba contra el huésped. Estas alarmas, y la desesperada necesidad de secreto, indican que el asunto es de vida o muerte. El ataque contra el señor Warren hace pensar además que el enemigo, quienquiera que sea, no se ha dado cuenta de la sustitución del huésped masculino por el femenino. Es muy curioso y complejo, Watson.

—¿Por qué se va a meter más en ello? ¿Qué puede sacar de eso?

—¿Por qué, en efecto? Es el Arte por el Arte, Watson. Supongo que cuando usted se doctoró se encontró estudiando casos sin pensar en los honorarios, ¿no?

—Para mi educación, Holmes.

—La educación no se termina nunca, Watson. Es una serie de lecciones, de las cuales las más instructivas son las últimas. Este es un caso instructivo. No hay en él dinero ni prestigio, y sin embargo a uno le gustaría ponerlo en claro. Cuando anochezca nos deberíamos hallar en una etapa más avanzada de nuestra investigación.

Cuando volvimos a casa de la señora Warren, la oscuridad de un anochecer invernal de Londres se había espesado en una cortina gris, en una muerta monotonía de color, rota sólo por los nítidos cuadrados amarillos de las ventanas y los halos borrosos de los faroles de gas. Atisbando desde el salón oscurecido de la pensión, otra pálida luz brilló, alta, en la oscuridad.

—Alguien se mueve en ese cuarto —dijo Holmes, en un susurro, con su cara macilenta y ansiosa tendida hacia el cristal—. Sí, veo su sombra. ¡Ahí está otra vez! Tiene una vela en la mano. Ahora escudriña al otro lado. Quiere estar seguro de que ella está alerta. Ahora empieza a destellar. Tome el mensaje usted también, Watson, que lo confrontaremos uno con otro. Un único destello, eso es A, sin duda. Bueno, ahora. ¿Cuántos ha contado? Veinte. Yo también. Seguro que ése es el comienzo de otra palabra. Ahora -TENTA. Se acabó. ¿Puede ser eso todo, Watson? ATTENTA no tiene sentido. Ni vale en tres palabras: AT-

TEN-TA. ¡Ahí va otra vez! ¿Qué es eso? ATTE... vaya, el mismo mensaje otra vez. ¡Curioso, Watson, muy curioso! Ahora empieza otra vez: AT... vaya, lo repite por tercera vez. ¡ATTENTA tres veces! ¿Cuántas veces lo va a repetir? No, parece que sea el final. Se ha retirado de la ventana. ¿Qué piensa de eso, Watson?

—Un mensaje en cifra, Holmes.

Mi compañero lanzó una súbita risa de comprensión.

—Y no es una cifra muy difícil, Watson —dijo—. ¡Vaya, claro, es italiano! El mensaje va dirigido a una mujer ¡Atenta! ¡Ten cuidado! ¿Qué tal, Watson?

—Creo que ha acertado.

—Sin duda. Es un mensaje muy urgente, repetido tres veces para hacerlo aún más apremiante; ¿atenta a qué? Espere un poco; otra vez vuelve a la ventana.

Al renovarse las señales, vimos otra vez la vaga silueta de un hombre acurrucado y el fulgor de la pequeña llama por la ventana. Eran más frecuentes que antes; tanto que era difícil seguirlas.

—PERICOLO. ¿Eh, qué es eso, Watson? Peligro, ¿verdad? Sí, es una señal de peligro. Ahí va otra vez. Hola, qué demonios pasa...

La luz se había extinguido de repente, había desaparecido el cuadrado luminoso de la ventana, y el tercer piso formaba una banda oscura en torno al alto edificio, con sus filas de ventanas brillantes. El último grito de aviso había quedado cortado de pronto. ¿Cómo, y por quién? En el mismo instante se nos ocurrió la misma idea. Holmes se levantó de un salto del lugar donde estaba acurrucado, junto a la ventana.

—Esto es serio, Watson —exclamó—. Hay algo diabólico en marcha. ¿Por qué iba a detenerse tal mensaje a medio camino? Yo pondría a Scotland Yard en contacto con este asunto... pero es demasiado apremiante para que nos marchemos.

—¿Voy a llamar a la policía?

—Tenemos que definir la situación de un modo un poco más claro. A lo mejor

admite alguna interpretación más inocente. Vamos, Watson, crucemos nosotros mismos al otro lado a ver qué sacamos de ello.

Capítulo II

Caminando rápidamente por Howe Street me volví para mirar el edificio que habíamos dejado. Allí, vagamente perfilada en la ventana más alta, vi la sombra de una cabeza, una cabeza de mujer, mirando tensamente, con rigidez, a la noche, esperando en suspenso, casi sin aliento, la continuación de ese mensaje interrumpido. En la puerta de los pisos de Howe Street, un hombre, embozado en un plastrón y un gabán, estaba apoyado en la verja. Se sobresaltó cuando la luz del vestíbulo nos dio en la cara.

—¡Holmes! —gritó.

—¡Vaya, Gregson! —dijo mi compañero, dando la mano al detective de Scotland Yard—. Fin del viaje con encuentro de enamorados. ¿Qué le trae por aquí?

—Lo mismo que a usted, espero —dijo Gregson—. ¿Cómo ha llegado usted a esto?, no puedo imaginarlo.

—Diferentes hilos, pero que llevan al mismo enredo. He estado recibiendo las señales.

—¿Las señales?

—Sí, desde esa ventana. Se interrumpieron a la mitad. Pasamos acá a ver por qué razón. Pero puesto que está a salvo en sus manos, no veo de qué sirve continuar el asunto.

—¡Espere un poco! —gritó Gregson, con empeño—. Le he de hacer justicia, señor Holmes; nunca he tenido un caso en que no me sintiera más fuerte por contar con usted a mi lado. Hay sólo una salida de estos pisos, así que le tenemos seguro.

—¿Quién es él?

—Bueno, bueno, por una vez le llevamos ventaja, señor Holmes. Tiene que reconocernos como mejores esta vez. —Golpeó fuertemente el suelo con el bastón, a lo cual un cochero de punto, látigo en mano, se acercó desde un coche de cuatro ruedas en que estaba al otro lado de la calle—. Este es el señor Leverton, de la Agencia American Pinkerton's.

—¿El héroe del misterio de la cueva de Long Island? —dijo Holmes—. Encantado de conocerle.

El americano, un joven tranquilo, con aire práctico, y de cara afilada y bien afeitada, se ruborizó ante esas palabras de elogio.

—Estoy sobre la pista de mi vida, señor Holmes —dijo—. Si puedo encontrar a Gorgiano...

—¡Cómo! ¿Gorgiano el del Circulo Rojo?

—Ah, ¿tiene fama en Europa, entonces? Bueno, en América lo sabemos todo de él. Sabemos que está en la base de cincuenta asesinatos, y sin embargo no tenemos nada positivo con que cazarle. Voy detrás de él desde Nueva York, y le he seguido de cerca durante una semana en Londres, esperando alguna excusa para echarle la mano al cuello. El señor Gregson y yo le hemos acorralado en esa gran casa de pisos, y hay sólo una puerta, así que no se nos puede escapar. Han salido tres personas desde que entró, pero juraría que no era ninguna de ellas.

—El señor Holmes habla de señales —dijo Gregson—. Espero que, como de costumbre, sepa cosas que nosotros no sabemos.

En pocas palabras, Holmes explicó la situación tal como nos ha aparecido. El americano dio una palmada, consternado.

—¡Va contra nosotros! —exclamó.

—¿Por qué lo cree así?

—Bueno, eso parece, ¿no? Ahí está, enviando mensajes a un cómplice; hay en Londres varios de su banda. Luego, de repente, cuando, según lo que cuenta, les decía que había peligro, se interrumpió. ¿Qué podía significar eso sino que desde la ventana había visto que estábamos en la calle, o que había comprendido lo cerca que estaba el peligro, y que debía actuar en seguida para evitarlo? ¿Qué

sugiere, señor Holmes?

—Que subamos en seguida y lo veamos con nuestros propios ojos.

—Pero no tenemos orden de detención.

—Está el local desalquilado en circunstancias sospechosas —dijo Gregson—. Eso basta por el momento. Una vez que lo tengamos sujeto ya veremos si Nueva York puede o no ayudarnos a retenerle. Yo asumiré la responsabilidad de detenerle ahora.

Nuestros detectives oficiales pueden fallar en cuestión de inteligencia, pero nunca de valentía. Gregson subió por la escalera para detener a ese asesino desesperado, con el mismo aire absolutamente tranquilo y de negocios con que habría subido la escalera de Scotland Yard. El agente de Pinkerton había tratado de adelantársele de un empujón, pero Gregson le echó atrás firmemente con el codo. Los peligros de Londres son privilegio de la policía de Londres.

En el tercer descansillo, la puerta del piso de la izquierda estaba entreabierta. Gregson la abrió de un empujón. Dentro, todo era silencio y oscuridad. Encendí un fósforo, y prendí la linterna del detective. Cuando el chisporroteo se afirmó en una llama, todos lanzamos un grito de sorpresa. En las tablas del suelo sin alfombra se destacaba una reciente traza de sangre. Los pasos ensangrentados apuntaban hacia nosotros, y salían de un cuarto interior, cuya puerta estaba cerrada. Gregson la abrió de una sacudida y sostuvo por delante la luz, mientras todos escudriñábamos ansiosos sobre sus hombros.

En medio del suelo del cuarto vacío apareció la figura de un hombre enorme, con su cara morena y bien afeitada contorsionada de modo grotesco y horrible, y con la cabeza rodeada por un espectral halo carmesí de sangre, tendido en un ancho círculo mojado sobre las blancas tablas. Tenía las rodillas enhiestas y las manos extendidas con angustia, y del centro de su ancha garganta morena, levantada hacia arriba, surgía el mango blanco de un cuchillo con toda la hoja metida en su cuerpo. Gigantesco como era, el hombre debía haber caído como un buey en el matadero bajo ese terrible golpe. Junto a su mano derecha, había en el suelo un tremendo puñal de doble filo y mango de cuerno, y al lado, un guante negro de cabritilla.

—¡Caramba! ¡Es Gorgiano el Negro en persona! —exclamó el detective americano—. Alguien se nos ha adelantado esta vez.

—Ahí está la vela en la ventana, señor Holmes —dijo Gregson—. Pero ¿qué hace?

Holmes había ido al otro lado, había encendido la vela, y la estaba pasando de un lado a otro a través de los cristales de la ventana. Luego atisbó en la oscuridad, apagó la vela de un soplo, y la tiró al suelo.

—Creo más bien que eso será útil —dijo. Se acercó y se quedó profundamente pensativo, mientras los dos profesionales examinaban el cadáver—. Dice usted que tres personas más salieron de la casa mientras usted esperaba abajo —dijo, por fin—.

¿Las observó bien?

—Sí.

—¿Había un hombre de unos treinta años, de barba negra, moreno, de tamaño mediano?

—Sí, fue el último en pasar delante de mí.

—Ese es su hombre, me parece. Puedo darle su descripción, y tenemos un excelente perfil de su huella. Eso debería bastarle.

—No es mucho, señor Holmes, entre los millones de habitantes de Londres.

—Quizá no. Por eso me pareció lo mejor convocar a esta señora en su ayuda.

Nos volvimos todos ante esas palabras. Allí, enmarcada en el umbral, había una mujer alta y bella: la misteriosa huésped de Bloomsbury. Avanzó lentamente, con la cara pálida y tensa a causa del terrible temor, los ojos fijos, y su mirada aterrorizada clavada en la oscura figura tendida en el suelo.

—¡Le han matado! —murmuró—. ¡Oh, Dios mío, le han matado!

Entonces oí que tomaba aliento, profundamente, y dio un salto con un grito de alegría. Dando vueltas al cuarto, danzó dando palmadas, con sus ojos oscuros fulgurando en asombro, felicidad, y con mil bonitas exclamaciones italianas en los labios. Era terrible y sorprendente ver a tal mujer tan convulsa de alegría ante semejante espectáculo. De repente se detuvo y nos miró con ojos interrogantes.

—¡Pero ustedes! ¡Ustedes son de la policía! ¿no es verdad? Ustedes han matado a Guiseppe Gorgiano. ¿No es verdad?

—Somos de la policía, señora.

Miró en torno suyo, a las sombra del cuarto.

—Pero entonces, ¿dónde está Gennaro? —preguntó—. Es mi marido, Gennaro Lucca. Yo soy Emilia Lucca, y somos de Nueva York. ¿Dónde está Gennaro? Me acaba de llamar desde esta ventana y he venido a toda prisa.

—Fui yo quien llamó —dijo Holmes.

—¡Usted! ¿Cómo pudo?

—Su cifra no era difícil, señora. Su presencia aquí era necesaria. Sabía que sólo tenía que transmitir con la luz VIENI para que usted viniera.

La hermosa italiana miró con respeto a mi compañero.

—No comprendo cómo sabe esas cosas —dijo—. Guiseppe Gorgiano... cómo pudo... —se detuvo; luego, de repente, su cara se iluminó de orgullo y placer—. ¡Ya lo veo! ¡Mi Gennaro! ¡Mi espléndido, mi hermoso Gennaro, que me ha conservado a salvo de todo daño, lo hizo; con su propia mano fuerte mató al monstruo! ¡Ah, Gennaro, qué estupendo eres! ¿Qué mujer puede merecer a tal hombre?

—Bueno, señora Lucca —dijo el prosaico Gregson, poniendo la mano en la manga de la señora con tan poco sentimiento con si ella fuera un chulo de Notting Hill—, todavía no tengo muy claro quién es usted o qué es usted, pero ha dicho bastante como para dejar en claro que la vamos a necesitar en Scotland Yard.

—Un momento, Gregson —dijo Holmes—. Me parece que esta señora puede tener tantos deseos de proporcionarnos información como nosotros de recibirla. ¿Comprende usted, señora, que su marido será detenido y juzgado por la muerte del hombre que tenemos delante? Lo que diga usted puede ser utilizado en el proceso. Pero si usted piensa que ha actuado por motivos que no son criminales, y que él querría que se conocieran, entonces no puede ayudarle mejor que contándonos toda la historia.

—Ahora que Gorgiano ha muerto, no tememos nada —dijo la señora—. Era un demonio y un monstruo, y no puede haber juez en el mundo que castigue a mi marido por haberle matado.

—En ese caso —dijo Holmes—, sugiero que cerremos esta puerta, que dejemos las cosas como las encontramos, que vayamos con esta señora a sus habitaciones y que formemos nuestra opinión después de oír lo que tenga que decirnos.

Media hora después estábamos sentado los cuatro en el pequeño gabinete de la signora Lucca, oyendo su notable relato sobre esos siniestros acontecimientos, cuyo final habíamos presenciado por casualidad. Hablaba en un inglés rápido y fluido, pero nada convencional, que no intentaremos imitar:

—Nací en Posilipo, cerca de Nápoles —dijo—, hija de Augusto Barelli, que era el abogado más importante, y que en una ocasión fue diputado de esa comarca. Gennaro era empleado de mi padre, y me enamoré de él, como tiene que amarle toda mujer. No tenía dinero ni posición, así que mi padre prohibió el matrimonio. Escapamos juntos, nos casamos en Bari y vendí mis joyas para obtener el dinero con que llegar a América. Eso fue hace cuatro años, y desde entonces hemos estado en Nueva York.

»Al principio, la fortuna fue muy buena con nosotros. Gennaro pudo hacer un favor a un caballero italiano, le salvó de unos rufianes en un sitio llamado la calle Bowery, haciendo así un amigo poderoso. Se llamaba Tito Castalotti, y era el principal socio de la firma Castalotti y Zamba, que son los mayores importadores de fruta de Nueva York. El señor Zamba está inválido, y nuestro nuevo amigo Castalotti tenía poder en toda la firma, que emplea más de trescientos hombres. Dio empleo a mi marido, le hizo jefe de un departamento y le mostró su buena voluntad en todos los sentidos. El señor Castalotti era soltero, y creo que sentía que Gennaro era como su hijo, y tanto mi marido como yo le queríamos como si fuera nuestro padre. Habíamos tomado y amueblado una casita en Brooklyn, y nuestro porvenir parecía asegurado, cuando apareció una nube negra que pronto iba a cubrir nuestro cielo.

»Una noche, al volver del trabajo, Gennaro trajo a un paisano con él. Se llamaba Gorgiano y también era de Posilipo. Era un hombre enorme, como saben, pues han visto su cadáver. No sólo tenía cuerpo de gigante, sino que todo en él era gigantesco, enorme, aterrador. Su voz era como un trueno en nuestra casita. Apenas había sitio para sus braceos cuando hablaba. Sus pensamientos, sus

emociones, sus pasiones, eran todas exageradas y monstruosas. Hablaba, o más bien rugía, con tal emoción que los demás no podían sino quedarse escuchando, acobardados por aquel poderoso torrente de palabras. Era un hombre terrible y extraño. ¡Gracias a Dios que está muerto!

»Volvió una y otra vez. Pero yo me daba cuenta de que Gennaro no estaba más contento que yo con su presencia. Mi pobre marido se quedaba sentado, pálido y nervioso, escuchando su inacabable delirio sobre política y cuestiones sociales. Gennaro no decía nada, pero yo, que le conocía tan bien, pude leer en su rostro una emoción que nunca había visto en él. Al principio creí que era rencor. Y luego, poco a poco, comprendí que era algo más: era miedo, un miedo profundo, secreto, penetrante. Esa noche, que advertí su terror, le abracé y le imploré por su amor y por todo lo que quería que no me ocultara nada, y que me contara por qué ese hombre enorme le abrumaba tanto.

»Él me lo contó, y mi corazón se sintió frío como el hielo al escucharlo. Mi pobre Gennaro, en sus días locos y encendidos, cuando todo el mundo parecía estar contra él y su mente estaba medio desquiciada por las injusticias de la vida, se había unido a una sociedad napolitana, el Círculo Rojo, que estaba en relación con los antiguos Carbonarios. Los juramentos y secretos de esa fraternidad eran terribles; pero una vez bajo su dominio no era posible escapar. Cuando huimos a América, Gennaro creyó que se los había quitado de encima para siempre. ¡Cuál fue su horror una noche al encontrar por la calle al mismo hombre que le había iniciado en Nápoles, el gigante Gorgiano, un hombre que se había ganado el sobrenombre de “Muerte” en el Sur de Italia, pues estaba teñido hasta los codos en crimen! Había llegado a Nueva York para evitar a la policía italiana, y ya había plantado una rama de esa terrible sociedad en su nuevo país. Todo esto me dijo Gennaro, y me enseño una convocatoria que había ese mismo día, con un Círculo Rojo en el encabezamiento, diciéndole que se iba a convocar una reunión en una determinada fecha, y que se ordenaba y requería su presencia.

»Eso ya era bastante malo, pero aún faltaba lo peor. Yo había notado que desde hacía algún tiempo que cuando Gorgiano venía a vernos, según solía, al anochecer, me hablaba mucho a mí; y aun cuando sus palabras fueran para mi marido, esos terribles ojos, bestiales y fulgurantes, siempre se dirigían a mí. Una noche reveló su secreto. Yo había despertado en él lo que llamaba “amor”; el amor de un bruto, de un salvaje. Cuando Gennaro no había vuelto todavía, él llegó. Se abrió paso a empujones, me agarró con sus poderosos brazos, me abrazó con su abrazo de oso, me cubrió de besos y me imploró que me escapara

con él. Yo estaba luchando y chillando cuando entró Gennaro y le atacó. Él dejó sin sentido a Gennaro de un golpe y huyó de la casa, donde nunca más entraría. Esa noche hicimos un enemigo mortal.

»Pocos días después tuvo lugar la reunión. Gennaro volvió de ella con una cara tan sombría que comprendí que había ocurrido algo terrible. Era peor de lo que yo podía haber imaginado. Los fondos de la sociedad se recaudaban por medio de chantaje a italianos ricos a los que se amenazaba cuando rehusaban pagar. Parece que habían abordado a Castalotti, nuestro querido amigo y protector. El se había negado a ceder a las amenazas, y había entregado los avisos a la policía. En la reunión se acordó que él y su casa debían ser volados con dinamita. Echaron a suertes quién había de realizarlo. Gennaro vio la cruel cara de nuestro enemigo sonriéndole cuando metió la mano en la bolsa. Sin duda lo habían arreglado previamente de algún modo, pues fue el fatal disco, con el Círculo Rojo, lo que sacó en la mano. Tenía que matar a su mejor amigo o exponerse él mismo y a mí a la venganza de sus camaradas. Era parte de su demoníaco sistema castigar a quienes temían u odiaban dañando no sólo a sus personas, sino a sus seres queridos, y el saberlo era lo que pendía con terror sobre la cabeza de mi pobre Gennaro y lo que casi le enloquecía de temor. Toda esa noche velamos juntos, abrazados, fortaleciéndonos mutuamente para las dificultades que teníamos por delante. La noche siguiente era la fijada para el intento. A mediodía, mi marido y yo estábamos de camino para Londres, pero no sin antes avisar a nuestro bienhechor del peligro, y dejar también a la policía la información que protegiera su vida en el futuro.

»Lo demás, caballeros, ya lo saben por ustedes mismos. Estábamos seguros de que nuestros enemigos nos seguirían como nuestras sombras. Gorgiano tenía sus razones particulares para vengarse, pero además sabíamos lo inexorable, astuto e incansable que podía ser. Italia y América estaban llenas de historias de su temible poder. Ahora sería cuando se ejerciera del todo. Mi marido empleó los pocos días sin peligro que habíamos conseguido con nuestra fuga en buscarme un refugio para poder estar a cubierto de cualquier riesgo. Por su parte, él deseaba estar libre para poder comunicar con la policía americana y la italiana. Yo misma no sé dónde vivía, ni cómo. Lo único que sabía era por los anuncios de un periódico. Pero una vez, mirando por la ventana, vi dos italianos observando la casa, y comprendí que Gorgiano había encontrado de algún modo nuestro refugio. Finalmente, Gennaro me dijo, por el periódico, que me haría señales desde una ventana, pero cuando llegaron, las señales no fueron más que alertas, que se interrumpieron de pronto. Ahora veo claro que él sabía que

Gorgiano le seguía de cerca, y ¡gracias a Dios! estaba preparado para cuando llegara. Y ahora, caballeros, les preguntaría si tenemos algo que temer de la justicia, o si algún juez en el mundo condenaría a mi Gennaro por lo que ha hecho.

—Bueno, señor Gregson —dijo el americano, mirando al inspector—, no sé cuál será su punto de vista británico, pero supongo que en Nueva York el marido de esta señora recibiría una muestra de agradecimiento casi general.

—Tendrá que venir conmigo a ver al jefe —respondió Gregson—. Si se confirma lo que dice, creo que ni ella ni su marido tienen mucho que temer. Pero lo que no puedo entender en absoluto, señor Holmes, es cómo demonios se ha mezclado usted también en el asunto.

—Por la educación, Gregson, por la educación. Sigo buscando conocimientos en la vieja universidad. Bueno, Watson, ya tiene otra muestra más de lo trágico y lo grotesco que añadir a su colección. Por cierto, ¿no son las ocho, y es una noche de Wagner en Covent Garden? Si nos damos prisa, podemos llegar a tiempo para el segundo acto.

3. Los planos del Bruce-Partintong

Una densa niebla amarillenta cayó sobre Londres durante la tercera semana de noviembre del año 1875. Creo que desde el lunes hasta el jueves no llegamos a distinguir desde nuestras ventanas de Baker Street la silueta de las casas de la acera de enfrente. Holmes se pasó el primer día metodizando su índice del grueso volumen de referencias. El segundo y el tercer día los invirtió pacientemente en un tema que venía siendo de poco tiempo a aquella parte su afición preferida: la música de la Edad Media. Pero el cuarto día, cuando al levantarnos después de desayunarnos, vimos que seguía pasando por delante de nuestras ventanas el espeso remolino parduzco condensándose en aceitosas gotas sobre la superficie de los cristales, el temperamento activo e impaciente de mi camarada no pudo aguantar más tan monótona existencia. Se puso a pasear incansablemente por nuestra sala, acometido de una fiebre de energía contenida, mordiéndose las uñas, tamborileando en los muebles, lleno de irritación contra la falta de actividad.

—¿No hay nada interesante en el periódico, Watson? —preguntó.

Yo sabía que al preguntar Holmes si no había nada de interesante, quería decir nada interesante en asuntos criminales. Traían los periódicos noticias de una revolución, de una posible guerra, de un inminente cambio de Gobierno; pero esas cosas no caían dentro del horizonte de mi compañero. En lo referente a hechos delictivos todo lo que yo pude leer eran cosas vulgares y fútiles. Holmes refunfuñó y reanudó sus incansables paseos.

—En Londres el mundo criminal es, desde luego, una cosa aburrida —dijo con la voz quejumbrosa de un cazador que no levanta ninguna pieza—. Mire por la ventana, Watson. Fíjese en cómo las figuras de las personas surgen de pronto, se dejan ver confusamente y vuelven a fundirse en el banco de las nubes. En un día como éste, el ladrón y el asesino podrían andorrear por Londres tal como lo hace el tigre en la selva virgen, invisible hasta el momento en que salta sobre su presa, y, en ese momento, visible únicamente para la víctima.

—Se ha llevado a cabo infinidad de pequeños robos —le dije.

Holmes bufó su desprecio y dijo:

—Este grandioso y sombrío escenario está montado para algo más digno. Es una suerte para esta comunidad que yo no sea un criminal.

—¡Ya lo creo que lo es! —exclamé de todo corazón.

—Supongamos que yo fuese Brooks o Woodhouse, o cualquiera de los cincuenta individuos que tienen motivos suficientes para despacharme al otro mundo. ¿Cuánto tiempo sobreviviría yo a mi propia persecución? Una llamada, una cita falsa, y asunto acabado. Es una suerte que no haya días de niebla en los países latinos, los países de los asesinatos. ¡Por vida mía que aquí llega por fin algo que va a romper nuestra mortal monotonía!

Era la doncella y traía un telegrama. Holmes lo abrió y rompió a reír diciendo:

—¡Vaya, vaya! ¿Qué más? Mi hermano Mycroft está a punto de venir.

—¿Y eso le extraña? —le pregunté.

—¿Que si me extraña? Es como si tropezase usted con un tranvía caminando por un sendero campestre. Mycroft tiene sus raíces, y de ellas no se sale. Sus habitaciones en Pall Mall, el club Diógenes, White May; ese es su círculo. Una vez, una sola, ha venido a esta casa. ¿Qué terremoto ha podido hacerle descarrilar?

—¿No lo explica?

Holmes me entregó el telegrama de su hermano, que decía:

«Necesito verte a propósito de Cadogan West. Voy enseguida. - Mycroft.»

—¿Cadogan West? Yo he oído ese nombre.

—A mi recuerdo no le dice nada. ¡Quién iba a imaginarse que Mycroft se nos fuese a presentar de esta manera tan excéntrica! Eso es como si un planeta se

saliese de su órbita. A propósito, ¿sabe usted cual es la profesión de mi hermano?

Yo conservaba un confuso recuerdo de una explicación que me dio cuando la Aventura del intérprete griego.

—Me dijo usted que ocupaba un pequeño cargo en algún departamento del Gobierno británico.

Holmes gorgoriteó por lo bajo.

—En aquel entonces yo no le conocía a usted tan bien como ahora. Es preciso ser discreto cuando uno habla de los altos asuntos del Estado. Acierta usted con lo que está bajo el Gobierno británico. También acertaría en cierto sentido si dijese que, de cuando en cuando, el Gobierno británico es él.

—¡Mi querido Holmes!

—Creí que lograría sorprenderle. Mycroft cobra cuatrocientas cincuenta libras al año, sigue siendo un empleado subalterno, no tiene ambiciones de ninguna clase, se niega a recibir ningún título ni condecoración, pero sigue siendo el hombre más indispensable del país.

—¿Por qué razón?

—Porque ocupa una posición única, que él mismo se ha creado. Hasta entonces no había nada que se le pareciese ni volverá a haberlo. Mi hermano tiene el cerebro más despejado y más ordenado, con mayor capacidad para almacenar datos, que ningún otro ser viviente. Las mismas facultades que yo he dedicado al descubrimiento del crimen, él las ha empleado en esa otra actividad especial. Todos los departamentos ministeriales le entregan a él conclusiones, y él es la oficina central de intercambio, la cámara de compensación que hace el balance. Todos los demás hombres son especialistas en algo, pero la especialidad de mi hermano es saber de todo. Supongamos que un ministro necesita datos referentes a un problema que afectaba a la Marina, a la India, al Canadá y a la cuestión del bimetalismo; él podría conseguir los informes por separado de cada uno de los departamentos y sobre cada problema, pero únicamente Mycroft es capaz de enfocarlos todos, y de enviarle inmediatamente un informe sobre cómo cada uno de esos factores repercutiría en los demás. Empezaron sirviéndose de él como de un atajo, de una comodidad; ahora ha llegado a convertirse en cosa fundamental.

Todo está sistemáticamente archivado en aquel gran cerebro suyo, y todo puede encontrarse y servirse en el acto. Una vez y otra han sido sus palabras las que han decidido la política nacional. Eso constituye para él su vida. No piensa en nada más, salvo cuando, a modo de ejercicio intelectual, afloja su tensión cuando yo voy a visitarle y le pido consejo acerca de alguno de mis pequeños problemas. Pero hoy nuestro Júpiter baja de su trono. ¿Qué diablos puede significar eso? ¿Quién es Cadogan West, y qué representa para Mycroft?

—¡Ya lo tengo! —exclamé, y me zambullí en el montón de periódicos que había encima del sofá—. ¡Sí, sí, aquí está, cómo no! Cadogan West era el joven al que se encontró muerto el martes por la mañana en el ferrocarril subterráneo.

Holmes se irguió en su asiento, con la pipa a mitad de camino en la boca:

—Esto tiene que ser cosa seria, Watson. Una muerte que ha obligado a mi hermano a alterar sus costumbres no puede ser cosa vulgar. ¿Qué demonios puede Mycroft tener que ver en el asunto? Yo lo recordaba como un caso gris. Se hubiera dicho que el joven se había caído del tren, hallando así la muerte. No le habían robado, y no existía ninguna razón especial para sospechar que se hubiese cometido violencia. ¿No es así?

—Se ha realizado una investigación —le dije—, y han salido a relucir muchos hechos nuevos. Mirándolo más de cerca, yo aseguraría que se trata de un caso curioso.

—A juzgar por el efecto que ha producido sobre mi hermano, yo diría que es el más extraordinario de los casos —Holmes se arrellanó en un sillón—. Veamos, Watson, los hechos.

—El nombre de la víctima era Arthur Cadogan West, de veintisiete años, soltero, y empleado de las oficinas del arsenal Woolwich.

Un empleado del Gobierno. ¡Ahí tiene usted el eslabón que le une a mi hermano Mycroft!

—Salió súbitamente de Woolwich el lunes por la noche. La última persona que lo vio fue su novia miss Violet Westbury, a la que él abandonó bruscamente en medio de la niebla a eso de las siete y media de aquella noche. No medió riña alguna entre ellos, y la muchacha no sabe dar explicación de la conducta del joven. No se volvió a saber de él hasta que su cadáver fue descubierto por un

peón de ferrocarril apellidado Mason, en la parte exterior de la estación de Aldgate, que pertenece al ferrocarril subterráneo de Londres.

—¿Hora?

—El cadáver fue descubierto el martes a las seis de la mañana. Yacía a bastante distancia de los rieles, al lado izquierdo de la vía conforme se va hacia el Este, en lugar próximo a la estación, donde la línea sale del túnel, por el cual corre. Tenía la cabeza destrozada; herida que bien pudo producirse al caerse del tren. Sólo de ese modo pudo quedar el cadáver sobre la vía. De haber llegado hasta allí desde algunas de las calles próximas, habrían tenido que cruzar las barreras de la estación, donde hay permanentemente un cobrador. Este detalle parece ser absolutamente seguro.

—Perfectamente. El caso se presenta bastante concreto. Ese hombre, muerto o vivo, cayó o fue lanzado desde el tren. Todo eso lo veo claro. Prosiga.

—Los trenes que corren por la vía junto a la cual fue encontrado el cadáver son los que traen dirección de Oeste a Este, siendo algunos exclusivamente metropolitanos, y procediendo otros de Willesden y de los empalmes que allí coinciden. Puede darse por seguro que, cuando el joven halló la muerte viajaba en esa dirección a una hora avanzada; pero es imposible afirmar la estación en la que subió al tren.

—Eso lo demostraría su billete.

—No se le encontró billete alguno de ferrocarril en el bolsillo.

—¡Qué no se le encontró billete! Por vida mía, Watson, que eso sí que es extraño. Si mi experiencia no me engaña no es posible pasar a un andén del ferrocarril subterráneo sin mostrar el billete. Es, pues, de presumir que el joven lo tenía. ¿Se lo quitaron para que no se supiese en que estación había subido? Es posible. ¿No se le caería en el vagón mismo? También eso es posible. Sin embargo es un detalle curioso. Tengo entendido que no mostraba señales de haberse cometido robo alguno.

—Por lo menos en apariencia. Aquí viene una lista de todo lo que llevaba encima. Su cartera contenía dos libras y quince chelines. Llevaba también un talonario de cheques de la sucursal en Woolwich del Capital and Countries Bank. Gracias a él se le pudo identificar. Llevaba también dos billetes de anfiteatro

para Woolwich Theater, para la función de aquella misma noche. Y también un pequeño paquete con documentos técnicos.

Holmes dejó escapar una exclamación de júbilo:

—¡Ahí, por fin, lo tenemos, Watson! Gobierno británico, arsenal de Woolwich, documentos técnicos, mi hermano Mycroft; la cadena está completa. Pero aquí llega él, si no me equivoco, para hablar por sí mismo.

Un instante después fue introducida en nuestra habitación la figura alta y voluminosa de Mycroft Holmes. Hombre fuerte y macizo, su figura producía una sensación de desmañada inercia física, pero, en lo alto de aquella corpulencia alzábase rígida una cabeza de frente tan dominadora, de ojos de un gris acero tan vivos y penetrantes, de labios tan firmemente apretados y tan sutil en el juego expresivo de sus facciones, que desde la primera mirada se olvidaba uno del cuerpo voluminoso y sólo pensaba en el alma dominadora.

Traía a sus talones a nuestro viejo amigo Lestrade, de Scotland Yard, delgado y severo. La expresión grave de las dos caras nos anunció por adelantado alguna investigación de mucho peso. El detective cambió apretones de manos sin decir palabra. Mycroft Holmes forcejeó el gabán, y luego se dejó caer en un sillón, diciendo:

—Asunto por demás desagradable, Sherlock. Me molesta muchísimo alterar mis costumbres, pero no era posible contestar con una negativa a los altos poderes. Tal como están las cosas en Siam, es un inconveniente el que yo me ausente de mi despacho. Pero esto de ahora constituye una auténtica crisis. Jamás vi tan alterado al primer ministro. En cuanto al Almirantazgo, allí hay un bordoneo como de colmena a la que se ha vuelto al revés. ¿Has leído lo referente al caso?

—Acabamos de leerlo. ¿Qué documentos técnicos eran esos?

—¡Ahí está la cuestión! Por suerte, no se ha hecho pública la cosa. De haber sido, los periódicos habrían venido furiosos. Los documentos que este desdichado joven llevaba en su bolsillo eran los del submarino Bruce-Partington —. Mycroft Holmes hablaba con una solemnidad que daba a entender hasta que punto le parecía importante el tema. Su hermano y yo estábamos llenos de expectación. —Con seguridad estarás enterado. Yo pensé que no habría nadie que no hubiese oído de este asunto.

—Para mí es solamente un apellido.

—Es imposible exagerar la importancia que tiene. De todos los secretos del Gobierno, el de este submarino era el más cautelosamente guardado. Puedes creerme si te digo que dentro del radio de acción de un submarino Bruce-Partington se hace imposible toda operación de guerra naval. Hará dos años se coló de rondón en los presupuestos una suma importante que se invirtió en comprar el monopolio de ese invento. Se ha realizado toda clase de esfuerzos para conservar el secreto. Los planos, que son extraordinariamente complicados, abarcan unas treinta patentes separadas, cada una de las cuales es esencial para el funcionamiento del conjunto. Esos planos se guardaban en una caja fuerte muy ingeniosa que está dentro de unas oficinas confidenciales anexas al arsenal y que tienen puertas y ventanas a prueba de ladrones. Bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia podían ser sacados los planos de aquellas oficinas. Si el jefe de construcciones de la Marina deseaba consultarlos, tenía que ir con ese objeto a las oficinas de Woolwich. Pues bien: nos encontramos ahora con esos planos en los bolsillos de un empleadillo que aparece muerto en el corazón de Londres. Desde un punto de vista gubernamental, ese hecho es sencillamente espantoso.

—Pero ¿no los habéis recuperado?

—No, Sherlock, no; ahí está el apuro. No los hemos recuperado. Se sustrajeron de Woolwich diez planos. En los bolsillos de Cadogan West fueron encontrados siete. Los tres más esenciales han desaparecido: fueron robados, se esfumaron. Sherlock, es preciso que dejes todo cuanto tengas entre manos. Despreocúpate de esos acertijos insignificantes y propios de tribunales de Policía. Aquí tienes que resolver un problema de vital importancia internacional. ¿Por qué se llevó Cadogan West los planos? ¿Dónde están los que han desaparecido? ¿Cómo murió ese joven? ¿De qué manera llegó su cadáver hasta donde fue encontrado? ¿Cómo puede enderezarse este entuerto? Encuéntrame contestaciones a todas estas preguntas, y habrás realizado un buen servicio a tu país.

—¿Y por qué no lo resuelves tú mismo, Mycroft? Tu vista alcanza tanto como la mía.

—Quizá sí, Sherlock. Pero es cuestión de conseguir una cantidad de detalles. Tú dame esos detalles, y yo podré darte una excelente opinión de hombre técnico, desde mi sillón. Pero correr de aquí para allá, someter a interrogatorio a los

guardas ferroviarios, tumbarse de cara en el suelo con un cristal de aumento pegado a mi ojo, todo eso se sale de mi oficio. No, tú eres la única persona capaz de poner en claro el asunto. Si tienes el capricho de leer tu nombre y apellido en la próxima lista de honores y condecoraciones...

Mi amigo se sonrió, movió negativamente la cabeza y dijo:

—Yo entro en el juego por puro amor al juego. Ahora bien: el problema presenta determinados puntos de interés y lo tomaré en consideración muy a gusto. Vengan algunos datos más.

—He garrapateado los más esenciales en esta hoja de papel, junto con unas cuantas direcciones que te serán útiles. El verdadero custiodiador oficial de los planos es el célebre técnico del Gobierno sir James Walter, cuyas condecoraciones y títulos cubren dos líneas en un diccionario de personalidades. Ha encanecido en el servicio, es un caballero, lo reciben con favor en las mansiones más altas, y es, sobre todo, un hombre cuyo patriotismo está fuera de cualquier sospecha. Él es una de las dos personas que tienen una llave de la caja de seguridad. Agregaré que los planos se hallaban, sin duda alguna, en las oficinas durante las horas de trabajo del lunes, y que sir James salió para Londres a eso de las tres de la tarde, llevándose con él la llave. Estuvo en casa del almirante Sinclair, en la plaza Barclay, durante toda la velada, mientras ocurrió este incidente.

—¿Ha sido contrastado este hecho?

—Sí; su hermano, el coronel Valentine Walter, ha dado testimonio de la hora en

que salió de Woolwich, y el almirante Sinclair de la de su llegada a Londres; de modo, pues, que sir James ha dejado de ser un factor directo en el problema.

—¿Quién era la otra persona que disponía de una llave?

—El empleado mayor y dibujante míster Sydney Jonson. Es hombre de cuarenta años, casado, con cinco hijos, callado y huraño, pero, en conjunto, tiene una hoja excelente de servicios al Estado. Goza de pocas simpatías entre sus colegas, pero es un trabajador infatigable. Según lo que él mismo cuenta, y que está corroborado por las afirmaciones de su esposa, permaneció sin salir de su casa durante toda la tarde del lunes, después de las horas de oficina, y su llave no abandonó ni un solo instante la cadena del reloj de la que cuelga.

—Háblame ahora de Cadogan West.

—Lleva diez años en el servicio del Gobierno, y ha trabajado bien. Tiene fama de ser hombre arrebatado e impetuoso, pero recto y honrado. Nada podemos decir en contra suya. Él ocupaba en las oficinas el lugar siguiente a Sydney Jonson. Sus obligaciones le ponían en contacto diario y personal con los planos. Nadie más podía manejarlos.

—¿Quién guardó aquella noche los planos en la caja fuerte?

—Míster Sydney Jonson, primer oficial.

—Entonces, es cosa completamente clara quien se los llevó, ya que fueron encontrados sobre el cuerpo del segundo empleado, Cadogan West. La cosa parece definitiva, ¿no es así?

—En efecto, Sherlock; sin embargo, quedan sin explicar muchas cosas. En primer lugar, ¿por qué se los llevó?

—Me imagino que su valor será muy grande, ¿no es cierto?

—Le habrían pagado sin dificultad por ellos varios miles de libras.

—¿Puedes apuntarme alguna razón posible que explique el que llevase los planos a Londres, como no fuere para venderlos?

—No, no puedo.

—Pues entonces, es preciso que aceptemos lo que digo como hipótesis de trabajo. El joven West se llevó los planos. Ahora bien: eso sólo pudo realizarlo si él disponía de una llave falsa.

—De varias llaves falsas, puesto que tenía que abrir las puertas del edificio y las de la habitación.

—Disponía, pues, de varias llaves falsas. Se llevó los planos a Londres para vender el secreto, sin duda, con el propósito de devolverlos a la caja fuerte por la mañana siguiente antes que nadie los echase en falta. Mientras se hallaba en Londres entregando a esa empresa traidora encontró la muerte.

—¿De qué manera?

—Supondremos que regresaba a Woolwich cuando fue asesinado lanzado fuera

del compartimiento del tren.

—Aldgate, lugar donde fue hallado el cadáver, se encuentra mucho más allá de la estación Puente de Londres, que sería la de su ruta hacia Woolwich.

—Es posible imaginar muchas circunstancias que hicieron que siguiese viaje más allá del Puente de Londres. Por ejemplo, iba en el coche alguien con el que había trabado una conversación que absorbió su atención. La conversación terminó en una escena de violencia, en la que él perdió la vida. Es posible que él intentase salir de aquel coche, que cayese a la vía y hallase de ese modo la muerte. Entonces el otro cerró la puerta. La niebla era muy espesa y nadie vio nada de lo que había ocurrido.

—Dentro de los datos que poseemos hasta ahora, no puede darse una explicación mejor; sin embargo, Sherlock, fíjate en los muchos puntos que has dejado sin tocar. Supondremos, para seguir el razonamiento, que el joven Cadogan West había dado previamente una cita al agente extranjero, y que por esa razón no hubiese adquirido ningún compromiso por otro lado. En lugar de eso, Cadogan West tomó dos billetes para el teatro, marchó hacia el mismo acompañando a su novia y, de pronto, desapareció.

—Una añagaza para despistar —dijo Lestrade, que había estado escuchando con cierta impaciencia el diálogo.

—Una añagaza rarísima. Esa es la objeción número uno. Paso a la objeción número dos: supongamos que llega a Londres y se entrevista con el agente extranjero. Es preciso que devuelva los documentos antes de la mañana siguiente, porque, de lo contrario, se descubriría su desaparición. Se llevó diez planos. Sólo se encontraron siete en el bolsillo. ¿Qué fue de los otros tres? Por propia voluntad no se habría desprendido de ellos. Además, ¿dónde está el precio de su traición? Lo natural es que se le hubiese encontrado en el bolsillo una importante suma de dinero.

—Yo lo veo todo perfectamente claro —dijo Lestrade—. No cabe la menor duda de lo que ocurrió. Se llevó los planos para venderlos. Se entrevistó con el agente. No lograron ponerse de acuerdo en cuanto al precio. Emprendió el viaje de

regreso a su casa, pero el agente marchó con él. Dentro del tren, ese agente lo asesinó, se apoderó de los planos más esenciales y arrojó su cadáver a la vía. Eso lo explicaría todo, ¿no es así?

—¿Y por qué no llevaba billete?

—El billete habría dado a entender cual era la estación del metropolitano más próxima a la casa del agente. Por eso éste se lo quitó del bolsillo.

—Muy bien, Lestrade, muy bien —dijo Holmes—. Su teoría forma un todo ajustado. Pero si eso es cierto, el caso está prácticamente terminado. Por un lado tenemos al traidor muerto. Por otro lado, los planos del submarino Bruce-Partington estarán ya, según toda probabilidad, en el Continente. ¿Qué nos queda por hacer a nosotros?

—¡Actuar, Sherlock, actuar! —exclamó Mycroft, poniéndose bruscamente en pie —. Todos mis instintos están en contra de esa explicación. ¡Pon todas tus facultades en la obra! ¡Vete al escenario del crimen! ¡Habla con las personas relacionadas con el asunto! ¡No dejes piedra sin mover! En toda tu carrera no tuviste jamás una oportunidad tan grande de servir a tu país.

—¡Bueno, bueno! —dijo Holmes, encogiéndose de hombros—. ¡Vamos, Watson! Y usted, Lestrade, ¿podría favorecernos con su presencia durante algunas horas? Empezaremos nuestras pesquisas con una visita a la estación de Aldgate. Adiós, Mycroft. Te haré llegar un informe antes de la noche, pero te advierto por adelantado que es poco lo que puedes esperar.

Una hora más tarde estábamos Holmes, Lestrade y yo en el ferrocarril subterráneo y en el punto mismo en que éste sale del túnel que desemboca en la estación de Aldgate. Un anciano, cortés y rubicundo, representaba a la compañía del ferrocarril, y nos dijo, señalando un punto que distaba cosa de un metro de los raíles:

—Aquí es donde yacía el cadáver del joven. No pudo caer de arriba porque, según ven ustedes, se trata de muros completamente limpios. Por consiguiente, sólo pudo caer de un tren, y ese tren, hasta donde nos es posible localizar, debió de cruzar a eso de la medianoche del lunes.

—¿Se ha hecho un examen de los vagones para ver si presentan alguna señal de lucha violenta?

—No hay tales señales, tampoco se le encontró billete.

—¿Nadie dio parte de que había sido encontrada abierta una portezuela?

—Nadie.

—Esta mañana hemos recibido nuevos datos —dijo Lestrade—. Un pasajero que cruzó por Aldegate en un tren metropolitano corriente, a eso de las once y cuarenta de la noche del lunes, oyó un pesado golpe como si hubiese caído a la línea un cuerpo, un momento antes de que el tren llegase a la estación. Pero la niebla era muy espesa y nada podía verse. No dio ningún aviso de lo ocurrido en aquel momento... ¿Qué le ocurre, Holmes?

Mi amigo se había quedado inmóvil, con una expresión de la más tensa atención en el rostro, mirando a los raíles del ferrocarril en el sitio mismo en que éstos formaban una curva a la salida del túnel. Aldgate es una estación de empalme, y los raíles forman allí una verdadera red. Holmes tenía fija en ellos su mirada anhelante e interrogadora; advertí en su rostro vivo y penetrante aquel apretamiento de labios, aquel vibrar de las ventanas de la nariz y aquella contracción de las cejas, largas y tupidas, que tan elocuentes eran para mí.

—Agujas —murmuró—; las agujas.

—¿Qué les pasa a las agujas? ¿Qué quiere decir usted con ello?

—Me imagino que en un sistema ferroviario como éste no existirá gran numero

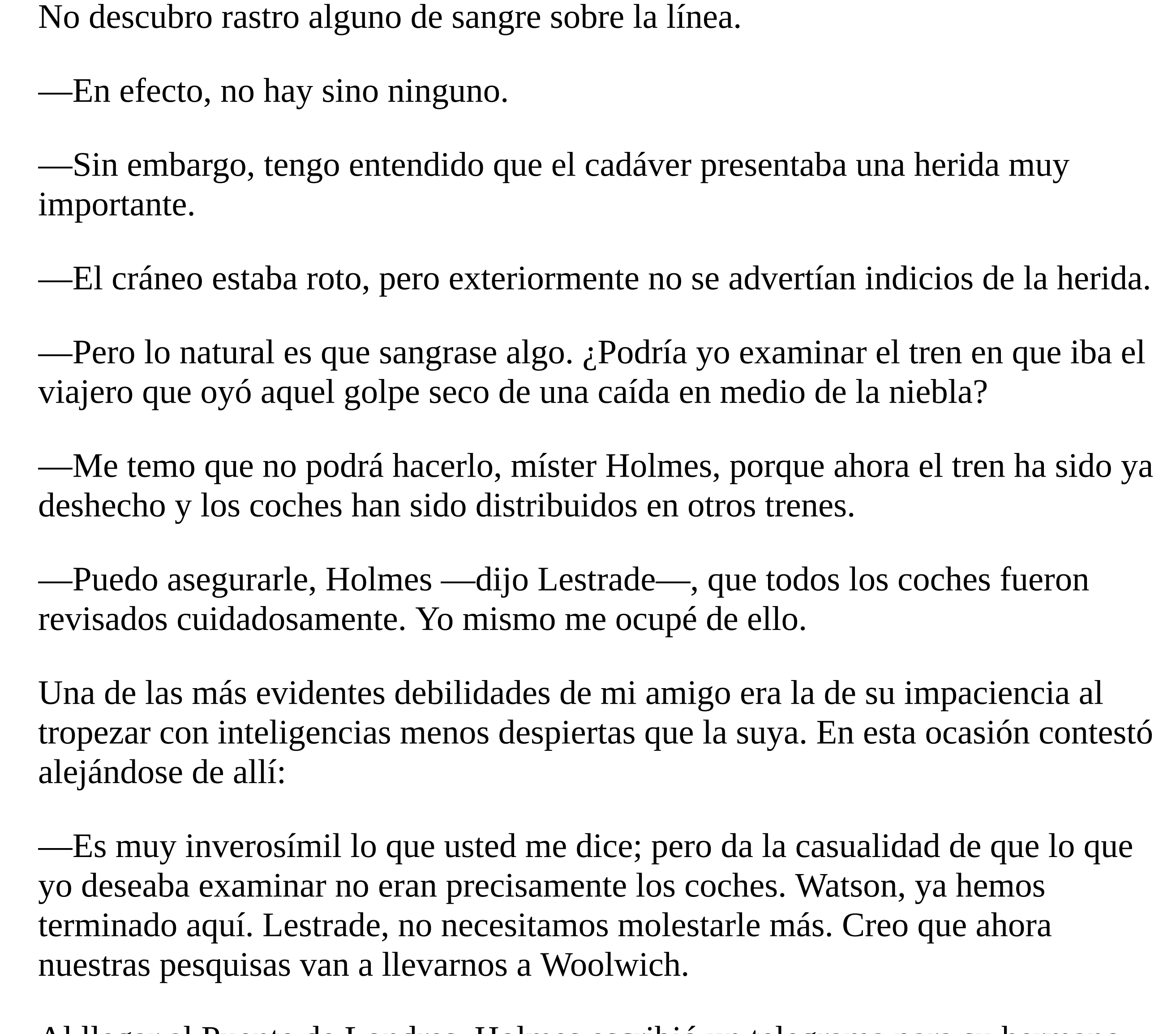
de agujas, ¿verdad?

—No; son muy pocas.

—Y, además, una curva, agujas y una curva. ¡Por vida de...! Si fuera nada más que eso...

—¿Qué le ocurre, señor Holmes? ¿Ha descubierto usted una pista?

—Una idea, una simple indicación y nada más. Pero va aumentando mi interés este caso. Sería un detalle único, completamente único, y, sin embargo, ¿por qué no?



No descubro rastro alguno de sangre sobre la línea.

—En efecto, no hay sino ninguno.

—Sin embargo, tengo entendido que el cadáver presentaba una herida muy importante.

—El cráneo estaba roto, pero exteriormente no se advertían indicios de la herida.

—Pero lo natural es que sangrase algo. ¿Podría yo examinar el tren en que iba el viajero que oyó aquel golpe seco de una caída en medio de la niebla?

—Me temo que no podrá hacerlo, míster Holmes, porque ahora el tren ha sido ya deshecho y los coches han sido distribuidos en otros trenes.

—Puedo asegurarle, Holmes —dijo Lestrade—, que todos los coches fueron revisados cuidadosamente. Yo mismo me ocupé de ello.

Una de las más evidentes debilidades de mi amigo era la de su impaciencia al tropezar con inteligencias menos despiertas que la suya. En esta ocasión contestó alejándose de allí:

—Es muy inverosímil lo que usted me dice; pero da la casualidad de que lo que yo deseaba examinar no eran precisamente los coches. Watson, ya hemos terminado aquí. Lestrade, no necesitamos molestarle más. Creo que ahora nuestras pesquisas van a llevarnos a Woolwich.

Al llegar al Puente de Londres, Holmes escribió un telegrama para su hermano, y me lo dio a leer antes de entregarlo en la ventanilla. Decía así:

«Veo alguna luz en la oscuridad, pero es posible que se apague. Mientras tanto, envíame por un mensajero, que aguardará mi regreso en Baker Street, una lista completa de todos los espías extranjeros o agentes internacionales de cuya existencia en Inglaterra se tienen noticias, con la dirección completa de sus domicilios.

Sherlock»

—Esto debería sernos útil, Watson —contestó mientras ocupábamos nuestros asientos en el tren que pasaba por Woolwich—. Hemos contraído, desde luego, una deuda con mi hermano Mycroft por habernos hecho participar en este caso que promete ser verdaderamente extraordinario.

Su rostro anhelante seguía manifestando la energía intensa y la extrema tirantez, que me hacía comprender la existencia de algún detalle nuevo y sugestivo que había abierto una dirección estimulante a sus pensamientos. Fíjese el lector en el perro zorrero cuando pasa holgazán el tiempo alrededor de las perreras, con las orejas colgantes y el rabo caído, y compárelo con su actitud cuando, con ojos llameantes y músculos tensos, corre por la línea del husmillo que sube hasta la altura del pecho. Así era el cambio que se había efectuado en Holmes desde aquella mañana. Era un hombre distinto de aquel otro, lleno de flojedad y como inválido, que algunas horas antes había merodeado tan inquieto, vestido con su batín color arratonado, por la habitación rodeada de un cinturón de niebla.

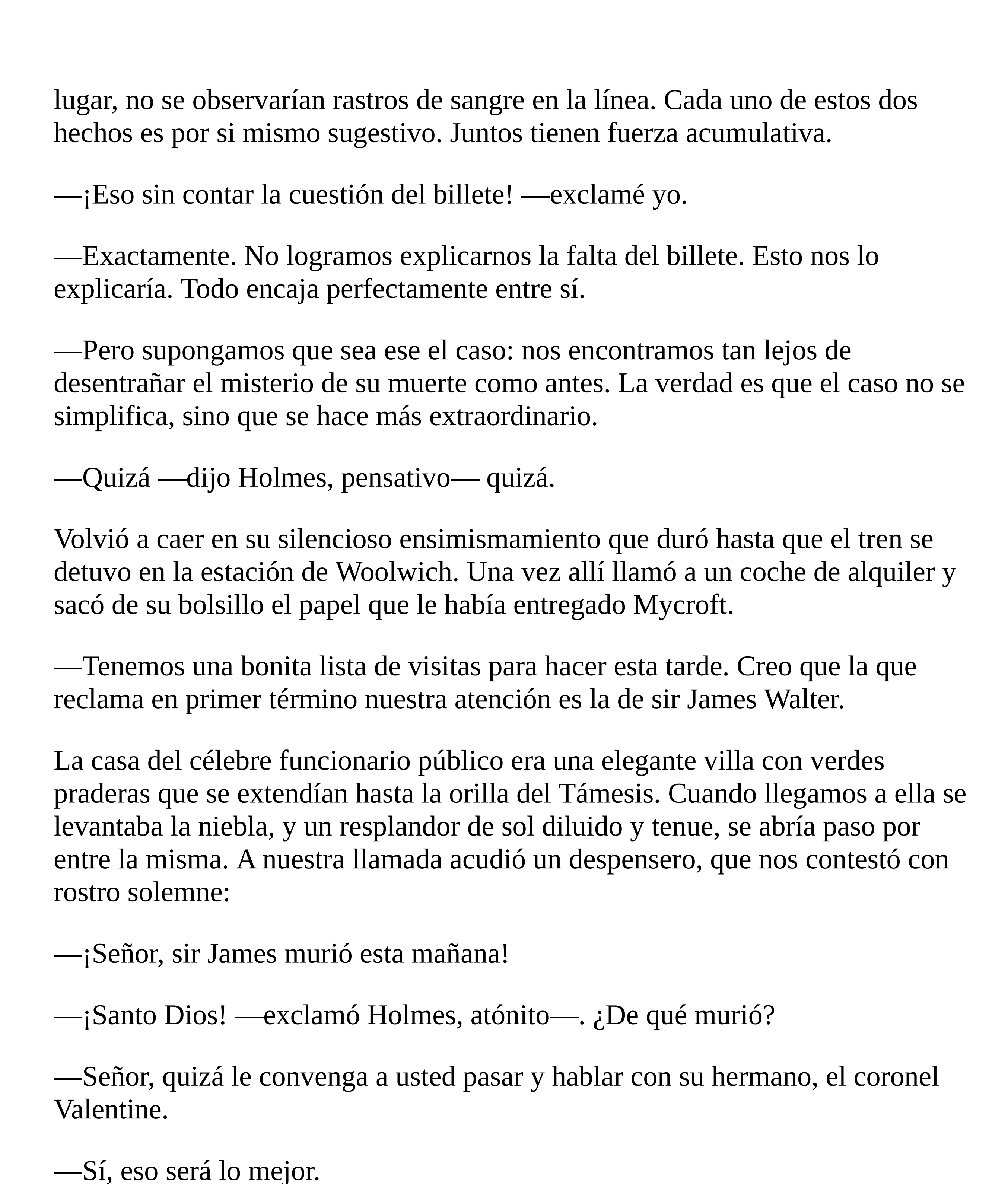
—Aquí contamos con materiales. Aquí hay campo de acción. He dado pruebas de estar dormido al no haber caído en la cuenta de las posibilidades que encerraba el caso.

—Pues para mí son todavía un misterio.

—El misterio es para mí el final, pero he aferrado ya una idea que quizá nos lleve lejos. Ese hombre fue muerto en algún otro sitio y su cadáver estaba encima del techo de un coche del ferrocarril.

—¡Encima del techo!

—Extraordinario, ¿verdad? Pero medite usted en los hechos. ¿Se trata de una simple coincidencia el que haya sido encontrado en el lugar mismo en que el tren da saltos y balanceos al salir de una curva para entrar en las agujas? ¿No es precisamente ese lugar en que es probable que cayese a la vía cualquier objeto colocado encima del techo de un coche? Las agujas no influirían en ningún cuerpo que fuese dentro del tren. O bien el cadáver cayó desde el techo, o, por el contrario, se ha dado una coincidencia por demás curiosa. Pero medite usted en la cuestión de la sangre. Desde luego, si el cadáver había sangrado en algún otro



lugar, no se observarían rastros de sangre en la línea. Cada uno de estos dos hechos es por si mismo sugestivo. Juntos tienen fuerza acumulativa.

—¡Eso sin contar la cuestión del billete! —exclamé yo.

—Exactamente. No logramos explicarnos la falta del billete. Esto nos lo explicaría. Todo encaja perfectamente entre sí.

—Pero supongamos que sea ese el caso: nos encontramos tan lejos de desentrañar el misterio de su muerte como antes. La verdad es que el caso no se simplifica, sino que se hace más extraordinario.

—Quizá —dijo Holmes, pensativo— quizá.

Volvió a caer en su silencioso ensimismamiento que duró hasta que el tren se detuvo en la estación de Woolwich. Una vez allí llamó a un coche de alquiler y sacó de su bolsillo el papel que le había entregado Mycroft.

—Tenemos una bonita lista de visitas para hacer esta tarde. Creo que la que reclama en primer término nuestra atención es la de sir James Walter.

La casa del célebre funcionario público era una elegante villa con verdes praderas que se extendían hasta la orilla del Támesis. Cuando llegamos a ella se levantaba la niebla, y un resplandor de sol diluido y tenue, se abría paso por entre la misma. A nuestra llamada acudió un despensero, que nos contestó con rostro solemne:

—¡Señor, sir James murió esta mañana!

—¡Santo Dios! —exclamó Holmes, atónito—. ¿De qué murió?

—Señor, quizá le convenga a usted pasar y hablar con su hermano, el coronel Valentine.

—Sí, eso será lo mejor.

Nos pasaron a una salita que estaba a media luz y a la que acudió enseguida un caballero de unos cincuenta años, muy alto, bello, de barba rubia. Era el hermano más joven del hombre de ciencia fallecido. Todo en él delataba lo súbito del golpe que se había descargado sobre aquella familia: la mirada

ojerosa, las mejillas descoloridas y el cabello enmarañado. Casi no lograba articular las palabras al hablar de aquella muerte.

—La culpa la tiene este horrendo escándalo —nos dijo—. Mi hermano sir James era hombre muy sensible a todo lo que afectaba su honor, y no podía sobrevivir a este asunto. Le destrozó el corazón. Él se mostraba siempre muy orgulloso de la eficacia de su departamento, y esto fue para él un golpe aplastador.

—Veníamos con la esperanza de que nos diese algunos datos que habrían podido ayudarnos a poner en claro el asunto.

—Les aseguro que todo constituía para él un misterio, como lo es para ustedes y para todos nosotros. Había puesto ya a disposición de la policía todos sus datos. Naturalmente, no dudaba que Cadogan West era culpable. Pero todo lo demás le resultaba inconcebible.

—¿No puede usted darnos algún dato nuevo capaz de hacer una luz en este asunto?

—No sé sino lo que he leído u oído hablar. No deseo parecer descortés, míster Holmes; pero ya comprenderá que en este momento nos encontramos completamente trastornados, y por eso no tengo más remedio que suplicarle que demos fin a esta entrevista.

Cuando volvimos a estar en el coche, me dijo mi amigo:

—Ha sido, desde luego, una novedad inesperada. ¿Habrá sido natural la muerte, o se habrá matado el pobre viejo? En este último caso, ¿no se podrá interpretar esa acción como una censura a su propia persona por el abandono de sus obligaciones?

Dejemos para más adelante esta cuestión. Y ahora vamos a visitar a la familia de Cadogan West.

La desconsolada madre residía en una casa pequeña, pero bien cuidada, de los alrededores de la población. La anciana estaba afectada por el dolor para poder sernos de alguna utilidad; sin embargo, había a su lado una joven de pálido rostro, que se nos presentó como miss Violet Westbury, la prometida del muerto y la última persona que habló con él aquella noche fatal.

—No consigo explicármelo, míster Holmes —nos dijo—. No he pegado un ojo desde que ocurrió la tragedia, pensando, pensando y pensando, de día y de noche, en lo que pueda verdaderamente significar todo esto. Arthur era el hombre más sincero, más caballeroso y el mejor patriota del mundo. Antes de vender un secreto de Estado confiado a él, Arthur habría sido capaz de cortarse la mano derecha. A cualquiera que lo conociese tiene que resultarle semejante suposición una cosa absurda, imposible, disparatada.

—Pero ahí están los hechos, miss Westbury.

—En efecto, sí, confieso que no consigo explicármelos.

—¿Andaba acaso necesitado de dinero?

—No; sus necesidades eran modestas y su sueldo generoso. Había conseguido economizar algunos centenares de libras y nos íbamos a casar por Año Nuevo.

—¿No advirtió usted en él señales de excitación mental? Ea, miss Westbury, sea absolutamente franca conmigo.

La vista rápida de mi compañero había advertido alguna leve mutación en las maneras de nuestra interlocutora. Ésta se sonrojó y titubeó hasta que, por fin, dijo:

—Sí. Yo tenía como una sensación de que algo le preocupaba.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Nada más que en la última semana, o cosa así. Se mostraba pensativo y preocupado. En una ocasión le insté a que me dijese lo que ocurría. Reconoció que, en efecto, algo le preocupaba, y que se refería a cuestiones de su cargo oficial. «La cuestión es demasiado grave para que yo hable de ella, ni aún contigo», me dijo, y eso fue todo lo que conseguí sacarle.

Holmes tenía una expresión grave.

—Prosiga, miss Westbury. Dígamelo todo, aunque parezca que le perjudica a él. Ignoramos adónde nos puede llevar, en fin de cuentas.

—La verdad es que nada más tengo que decir. En una o dos ocasiones tuve yo un

barrunto de que iba a contarme algo. Una noche me habló de la importancia que tenía aquel secreto, y creo recordar que me dijo que los espías extranjeros pagarían sin duda por el mismo una fuerte suma.

El rostro de mi amigo se puso todavía más serio.

—¿Algo más?

—Dijo que nosotros procedíamos con abandono en esta clase de asuntos, que sería cosa fácil para un traidor hacerse con los planos.

—¿Le hizo esas manifestaciones recientemente?

—Sí; muy recientemente.

—Cuéntenos ahora lo que ocurrió la última noche.

—Íbamos al teatro. La niebla era tan espesa que de nada nos hubiera servido tomar un coche. Fuimos caminando y pasamos cerca de las oficinas. De pronto se lanzó como una flecha y se perdió en la niebla.

—¿Sin dar una explicación?

—Dejó escapar una exclamación. Eso fue todo. Esperé, pero él no regresó. Entonces volví caminando a mi casa. A la mañana siguiente, después de la hora de abrir las oficinas, vinieron a preguntar por él. A eso de las doce nos enteramos de la terrible noticia. ¡Oh, míster Holmes, si pudiera usted salvar su honor, por lo menos su honor! Para él lo era todo.

Holmes movió tristemente la cabeza y me dijo:

—Vamos, Watson. El deber nos llama a otra parte. Nuestra próxima visita debe ser a las oficinas donde fueron sustraídos los planos.

Cuando el coche se alejaba de aquella casa, me dijo:

—Las cosas se presentaban antes feas para este joven, pero las pesquisas que hemos realizado las presentan aún peor. Lo inminente de su boda proporciona un móvil para la comisión del delito. Como es natural, necesitaba dinero. Que la idea estaba dentro de su cabeza lo da a entender el que hablase del asunto.

Estuvo a punto de convertir a la muchacha en cómplice suya, hablándole de sus proyectos. Todo eso se presenta muy feo.

—Pero, Holmes, también el testimonio unánime de su honradez debe ser tenido en cuenta. Además, ¿cómo es posible explicar que dejase a la muchacha en mitad de la calle y saliese de pronto como disparado a cometer el delito?

—Así es, en efecto. Es indudable que se pueden poner objeciones. Pero frente a ellas se alza una argumentación formidable.

Míster Sydney Jonson, oficial primero, salió en las oficinas a nuestro encuentro y nos acogió con el respeto que imponía siempre la tarjeta de mi compañero. Era un hombre delgado, huraño, de gafas y edad mediana; estaba ojeroso y las manos le temblequeaban por efecto de la tensión nerviosa a que había estado sujeto.

—¡Qué desgracia, míster Holmes, que desgracia! ¿Se ha enterado usted de la muerte de nuestro jefe?

—Hemos estado hace poco en su casa.

—Aquí está todo desorganizado. El jefe muerto, Cadogan muerto y los planos robados. Y, sin embargo, cuando el lunes por la tarde cerramos las oficinas, era ésta una dependencia de funcionamiento tan perfecto como la mejor de las del Gobierno. ¡Santo Dios, y qué espanto causa pensar en ello! ¡Pensar que West, el hombre de quien menos lo habría uno pensado, haya hecho semejante cosa!

—Según eso, ¿usted está seguro de su culpabilidad?

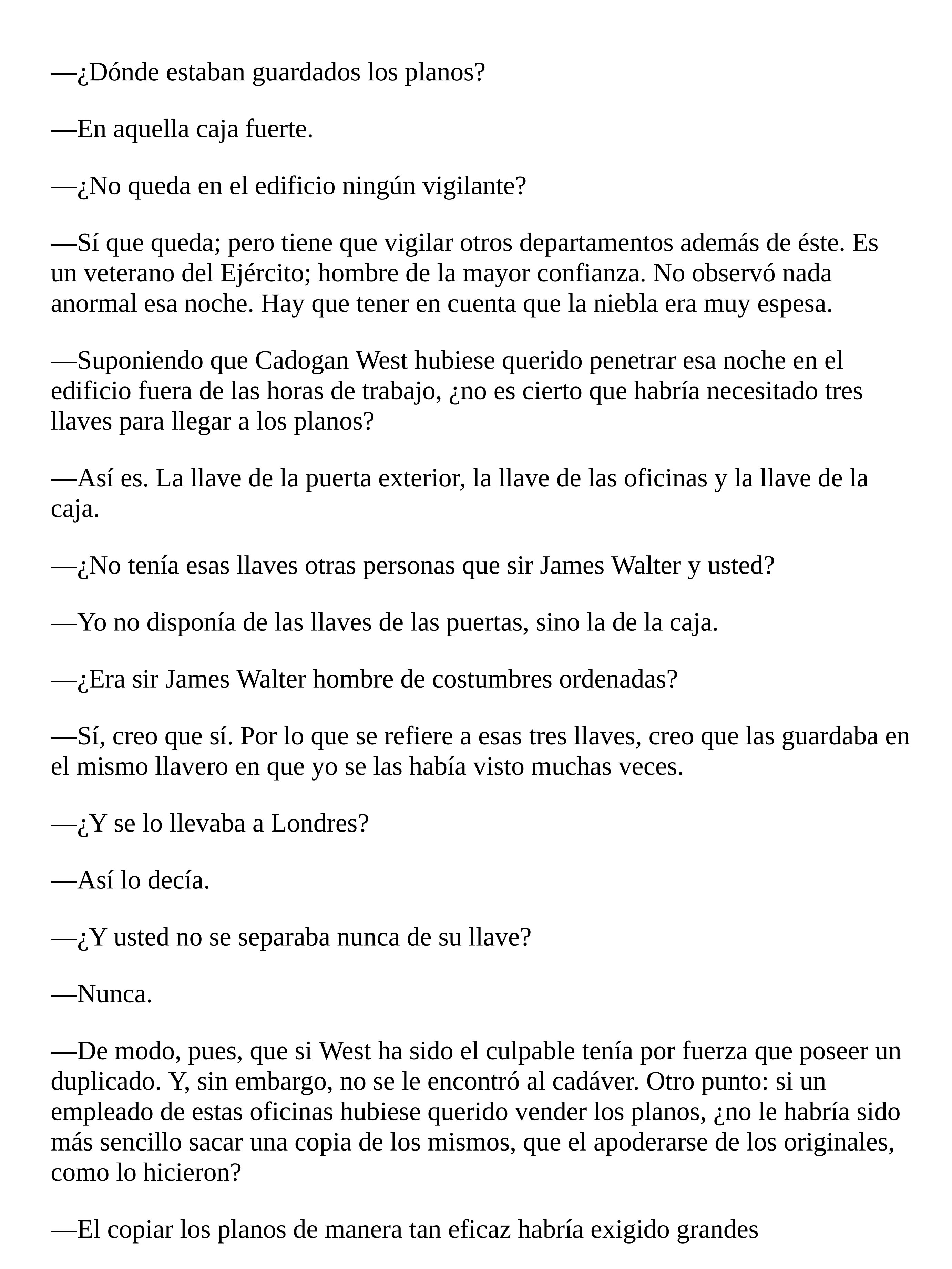
—Es la única posibilidad que veo. Sin embargo, yo me habría sentido tan seguro de él como de mí mismo.

—¿A qué hora cerraron las oficinas el lunes?

—A las cinco.

—¿Fue usted quien las cerró?

—Soy siempre el último empleado que abandona el local.



—¿Dónde estaban guardados los planos?

—En aquella caja fuerte.

—¿No queda en el edificio ningún vigilante?

—Sí que queda; pero tiene que vigilar otros departamentos además de éste. Es un veterano del Ejército; hombre de la mayor confianza. No observó nada anormal esa noche. Hay que tener en cuenta que la niebla era muy espesa.

—Suponiendo que Cadogan West hubiese querido penetrar esa noche en el edificio fuera de las horas de trabajo, ¿no es cierto que habría necesitado tres llaves para llegar a los planos?

—Así es. La llave de la puerta exterior, la llave de las oficinas y la llave de la caja.

—¿No tenía esas llaves otras personas que sir James Walter y usted?

—Yo no disponía de las llaves de las puertas, sino la de la caja.

—¿Era sir James Walter hombre de costumbres ordenadas?

—Sí, creo que sí. Por lo que se refiere a esas tres llaves, creo que las guardaba en el mismo llavero en que yo se las había visto muchas veces.

—¿Y se lo llevaba a Londres?

—Así lo decía.

—¿Y usted no se separaba nunca de su llave?

—Nunca.

—De modo, pues, que si West ha sido el culpable tenía por fuerza que poseer un duplicado. Y, sin embargo, no se le encontró al cadáver. Otro punto: si un empleado de estas oficinas hubiese querido vender los planos, ¿no le habría sido más sencillo sacar una copia de los mismos, que el apoderarse de los originales, como lo hicieron?

—El copiar los planos de manera tan eficaz habría exigido grandes

conocimientos técnicos.

—Me imagino que tanto sir James como usted o Cadogan poseían esos conocimientos técnicos.

—Está claro que lo poseíamos. Pero no trate usted, míster Holmes, de embrollarme a mí en el asunto. ¿Qué se adelanta con esta clase de especulaciones, siendo así que se encontraron los planos originales encima de West?

—Lo digo porque resulta verdaderamente extraño que corriese con los riesgos de sustraer los planos originales pudiendo haber sacado tranquilamente copias que le habrían servido igual para el caso.

—Desde luego que es raro; sin embargo, lo hizo.

—Cuantas pesquisas se llevan a cabo en este asunto nos ponen al descubierto algo inexplicable. Vamos a otra cosa: faltan todavía tres de los planos. Son, según tengo entendido, los más esenciales.

—En efecto, así es.

—¿Quiere decir esto que cualquiera que posea esos tres planos, aun sin los siete restantes, estaría en condiciones de construir el submarino Bruce-Partington?

—Yo he informado en ese sentido al Almirantazgo. Pero hoy he vuelto a repasar los planos y ya no estoy seguro. En uno de los planos devueltos están dibujadas las válvulas dobles con las guías ajustables automáticamente. Los extranjeros no podrían construir el submarino hasta que no inventen por sí mismos este dispositivo.

Naturalmente podrían vencer pronto semejante dificultad.

—Pero los tres planos que faltan son los más importantes.

—Sin duda alguna.

—Si usted me lo permite, haré un recorrido por las oficinas. No creo que tenga que hacerle ninguna otra pregunta.

Holmes estudió la cerradura de la caja fuerte, la puerta de la habitación y los postigos de hierro de la ventana. Sólo cuando estuvimos en la pradera del lado de afuera de la ventana, se despertó vivamente su interés. Había allí un arbusto de laurel y varias de sus ramas parecían haber sido torcidas o quebradas. Las examinó cuidadosamente con su lente de aumento y examinó luego algunas huellas borrosas y confusas que habían dejado en el suelo. Por último, pidió al oficial primero que cerrase los postigos de hierro, y me hizo notar que no encajaban bien en el centro y que cualquiera podía ver desde fuera lo que pasaba en el interior.

—Todas estas indicaciones han sido echadas a perder por el retraso de tres días.

Quizá no signifiquen nada, pero también pudiera darse el caso contrario. Bueno, Watson, yo no creo que Woolwich pueda dar de sí más de lo que ha dado. Parca es la recolección que aquí hemos hecho. Vamos a ver si se nos dan mejor las cosas en Londres.

Sin embargo, antes que abandonásemos la estación Woolwich agregamos una nueva gavilla a nuestra cosecha. El empleado de la taquilla pudo informarnos con absoluta seguridad de que había visto a Cadogan West —al que conocía muy bien de vista— la noche del lunes, y que se había trasladado a Londres por el tren de las ocho y quince que se dirige al Puente de Londres. Iba solo y tomó un billete de tercera. Al taquillero le llamaron la atención sus maneras, nerviosas y llenas de excitación. De tal forma le temblequeaban las manos, que anduvo con dificultad para recoger el cambio, y el empleado mismo tuvo que ponérselo en la mano. Consultando el horario, se vio que aquel era el primer tren que podía tomar West, después de abandonar a su novia a eso de las siete y media.

Después de media hora de silencio, dijo de pronto Holmes:

—Reconstruyamos los hechos, Watson. No creo que en todas las pesquisas que llevamos realizadas conjuntamente hayamos tropezado jamás con otro caso más difícil de abordar. Paso que damos hacia delante no nos sirve para otra cosa que para descubrirnos una nueva loma que escalar. Sin embargo, hemos realizado algunos progresos apreciables... En términos generales, nuestras investigaciones en Woolwich han sido contrarias a Cadogan West: pero los indicios de la ventana quizás se presten a una hipótesis favorable. Supongamos, por ejemplo, que se le hubiese acercado para hacerle proposiciones algún agente extranjero. Quizás lo hizo poniendo por delante determinadas condiciones que le impedían dar parte

de lo ocurrido, pero que, sin embargo, lograron influir en el curso de sus pensamientos de la manera que hemos visto por las palabras a su prometida. Perfectamente. Supongamos ahora que, cuando se dirigía al teatro con su novia, distinguió a ese mismo agente que marchaba en dirección a las oficinas. Era hombre impetuoso, rápido en tomar sus resoluciones. Lo sacrificaba todo al deber. Siguió al hombre, llegó a la ventana, presenció la sustracción de los documentos y salió en persecución del ladrón. De esa manera salvamos la dificultad de que nadie que estuviera en condiciones de sacar copias de los planos, robaría los originales. Trantándose de una persona ajena a las oficinas, no tenía más remedio que sustraer los originales. Hasta ahí la hipótesis está dentro de la lógica.

—Y después de eso, ¿qué?

—Ahí es donde empiezan las dificultades. Cualquiera se imaginaría que el acto primero del joven Cadogan West sería echar mano al canalla y dar la alarma. ¿Por qué no lo hizo? ¿No cabría la posibilidad de que quien se apoderó de los papeles fuese un funcionario de categoría superior a la suya? Eso explicaría la conducta de West. ¿No podría ser también que ese funcionario superior le hubiese dado esquinazo en medio de la niebla y que West saliese inmediatamente para Londres, a fin de llegar antes que él a sus habitaciones, dando por supuesto que sabía dónde estaba su residencia? La llamada debió de ser muy apremiante, para dejar como dejó a su novia abandonada en medio de la niebla y para no haber hecho ninguna tentativa con objeto de ponerse en comunicación con ella. Al llegar aquí nuestro husmillo se enfría. Existe un ancho foso entre cualquiera de estas dos hipótesis y la colocación del cadáver de West en el techo de un coche de ferrocarril metropolitano, con siete planos en el bolsillo. El instinto me empuja a trabajar desde este momento por el otro extremo. Si

Mycroft nos ha enviado las direcciones que le pedí, quizá podamos elegir en ellas nuestro hombre y seguir dos pistas, en lugar de una sola.

Como era de presumir, en Baker Street nos estaba esperando una carta. La había traído con urgencias de correo un mensajero del Gobierno. Holmes le echó un vistazo y luego me la pasó a mí. Decía así:

«La morralla es abundante, pero hay muy pocos capaces de acometer un negocio de tal envergadura. Los únicos dignos de ser tomados en consideración son: Adolph Meyer, del número 13, Great George Street, Westmister; Louis La Rothière, de Campeen Masions, Notting Hill, y Hugo Oberstein, número 13, Caulfield Gardens, Kensington. De este último se sabe que se hallaba en Londres el lunes y que se ha ausentado posteriormente. Me satisface que veas alguna luz. El Gabinete espera tu informe definitivo con la mayor ansiedad. Se han hecho desde las más altas esferas apremiantes llamamientos. Toda la fuerza del Estado estará dispuesta a apoyarte en caso de necesitarlo.

Mycroft.»

—Me temo que en un asunto como éste no van a servirnos de nada todos los caballos de la reina y todos los hombres de la reina.

Holmes había extendido encima de la mesa su gran plano de Londres y estaba ansiosamente inclinado encima del mismo. De pronto, y con una exclamación de sorpresa, dijo:

—Vaya, vaya, las cosas van, por fin, viniendo hacia nosotros. ¡Por vida mía, Watson, que aun tengo confianza en que nos vamos a salir con la nuestra!

Y me palmeó en el hombro, en un estallido de hilaridad.

—Voy a salir. Se trata nada más que de un reconocimiento. No emprenderé nada serio sin llevar a mi lado a mi leal camarada y biógrafo. Quédese aquí. Según toda probabilidad, estaré de vuelta dentro de algunas horas. Si le pesa el tiempo, ármese de papel oficio y pluma y comience su relato de cómo en cierta ocasión salvamos a nuestro país.

Aquel optimismo se reflejó hasta cierto punto en mi propio ánimo, porque sabía perfectamente que para apartarse de su habitual seriedad de maneras hacía falta que hubiese razones muy fuertes que despertasen su júbilo. Esperé lleno de impaciencia su regreso durante toda aquella tarde de noviembre. Por fin, y poco después de las diez, llegó un mensajero con una carta que decía:

«Estoy cenando en el restaurante Goldini, Gloucester Road Kensington. Venga enseguida a compartir mi cena. Tráigase una llave de mecánico, una linterna sorda, un escoplo y un revólver.

S. H.»

Era un lindo herramental para que un ciudadano respetable anduviese con el mismo por las calles envueltas en niebla. Guardé todo convenientemente en mi gabán y me hice llevar derecho a la dirección que se me había dado. Allí estaba mi amigo, sentado a una mesita redonda, cerca de la puerta del chillón restaurante italiano.

—¿Ha cenado usted ya? Pues entonces, acompáñeme en el café y el curaçao. Pruebe uno de los cigarros del propietario. No son tan venenosos como parecen.

¿Trajo las herramientas?

—Las tengo aquí, en mi gabán.

—Magnífico. Voy a darle un ligero esbozo de lo que he realizado, con algunas indicaciones de lo que vamos a emprender. Empiece, Watson, por tener como hecho evidente el de que, en efecto, el cadáver de ese joven fue colocado encima del techo del tren. Eso estaba ya claro desde el momento en que dejé establecido que el cadáver había caído del techo del tren y no del interior de uno de sus vagones.

—¿No podrían haberlo dejado caer desde alguno de los puentes?

—Yo diría que eso es imposible. Si usted se fija en los techos de los coches, verá que son ligeramente curvos, sin barandilla de ninguna clase en los bordes. Podemos, pues, afirmar con seguridad que el cadáver fue colocado allí.

—¿Pero cómo es posible semejante cosa?

—Ésa era la pregunta a la que era preciso contestar. Pues bien: sólo de una manera podía hacerse. Ya sabrá usted que en algunos puntos del West End, el

ferrocarril subterráneo corre a cielo abierto, entre túnel y túnel. Yo conservaba un recuerdo confuso de haber visto ventanas por encima de mi cabeza en alguno de mis viajes por el metropolitano. Supongamos que el tren se detuviese debajo de alguna de esas ventanas: ¿qué dificultad había en colocar el cadáver encima del techo?

—Parece sumamente improbable.

—Tenemos que echar mano otra vez del viejo axioma de que, cuando fallan todas las demás posibilidades, la verdad tiene que estar en la única que permanece en pie, por muy poco probable que sea. Aquí han fallado todas las demás posibilidades. Pues bien: cuando descubría que el más importante de los agentes internacionales, el que acababa de ausentarse de Londres, vive en una casa de pisos cuyas ventanas dan a las líneas del ferrocarril subterráneo, me entró tal alegría, que le asombré a usted con mi súbita frivolidad.

—Vamos, ¿de modo que fue eso?

—Sí, eso fue. Míster Hugo Oberstein, del número trece, Caulfield Gardens, se convirtió en mi objetivo. Empecé mis operaciones en la estación de Gloucester Road, en la que un empleado muy servicial se prestó a caminar conmigo por la vía, permitiéndome comprobar, no sólo que las ventanas de la escalera interior de Caulfield Gardens dan a las líneas, sino de un hecho todavía más fundamental, a saber: que, debido a la interacción de uno de los ferrocarriles mayores, es frecuente que los trenes del subterráneo tengan que detenerse durante algunos minutos en aquel sitio precisamente.

—¡Estupendo, Holmes! ¡Ya es suyo el problema!

—No tanto, Watson, no tanto. Avanzamos, pero la meta está todavía lejos. Después de reconocer la parte posterior de Caulfield Gardens exploré la delantera y me convencí de que el pájaro había huido, efectivamente. La casa es espaciosa, pareciéndome que las habitaciones del piso superior están desamuebladas. Oberstein vivía allí con un único ayuda de cámara, que será probablemente algún cómplice que goza de toda su confianza. Es preciso que tengamos muy presente que Oberstein ha marchado al Continente para dar salida a su botín, pero no como un fugitivo. Ningún motivo tiene para temer una orden de detención, y con seguridad que no se le va a ocurrir la idea de que un detective aficionado le vaya a hacer una visita domiciliaria.

Y eso es precisamente lo que ahora estamos a punto de llevar a cabo.

—¿No habría modo de conseguir una orden de allanamiento que le de legalidad?

—Será difícil obtenerla nada más que con las pruebas de las que ahora disponemos.

—¿Y qué esperamos sacar de esta visita?

—No sabemos la clase de correspondencia que podemos encontrar allí.

—No me gusta la cosa, Holmes.

—Usted, mi querido compañero, quedará de centinela en la calle. Yo me encargaré de la parte criminal. No es momento de pararse en barras. Piense en la carta de Mycroft, en el Almirantazgo, en el Consejo de Ministros, en la alta personalidad que espera noticias. Es preciso que vayamos.

Mi respuesta fue ponerme de pie y decir:

—Tiene razón, Holmes. Es preciso ir.

Holmes se puso rápidamente en pie y me estrechó la mano.

—Estaba seguro de que no se echaría usted atrás en el último instante.

Eso me dijo, y yo descubrí durante un momento en sus ojos algo que acercaba a la ternura mucho más que a todo lo que yo había visto en él hasta entonces. Un momento después había vuelto a ser el hombre dominador y práctico.

—Desde aquí hasta allí hay casi un kilómetro, pero no tenemos prisa. Vayamos caminando. No deje caer ninguna de las herramientas, por favor. El que lo detuviesen como tipo sospechoso nos acarrearía una complicación lamentable.

Caulfield Gardens era una de esas hileras de casas de fachadas chatas, con columnas y pórtico, que en el West End de Londres constituyen un producto tan característico de la época media victoriana. En la casa de al lado parecía que hubiese una fiesta de niños, porque el alegre runrún de las voces infantiles y el estrépito del piano llenaban la noche. La niebla seguía envolviéndolo todo y nos cubría con sus sombras amigas. Holmes encendió su linterna y proyectó su luz

sobre la maciza puerta.

—El problema es serio —dijo—, porque, además, de cerrada con llave, tiene echado el cerrojo. Quizás se nos presente mejor por el patinejo. En caso de que se entrometa algún agente de policía demasiado celoso, tenemos allí un magnifico arco de puerta. Écheme una mano, Watson, y yo haré lo mismo con usted.

Unos momentos después nos encontrábamos los dos en el patinejo del sótano. Apenas habíamos tenido tiempo de meternos en la parte más sombría del mismo, cuando oímos entre la niebla de la acera, encima de nosotros, los pasos de un agente de policía. Cuando su lento ritmo murió a lo lejos, Holmes se puso a trabajar en la puerta del patinejo. Lo vi inclinarse y hacer fuerza hasta que se abrió aquélla con un chasquido seco. Nos lanzamos inmediatamente al oscuro pasillo, cerrando a nuestras espaldas la puerta. Holmes abrió la marcha, subiendo por la escalera caracolada y sin alfombra. Su pequeño foco de luz amarillenta iluminó su ventana baja.

—Ya estamos en el sitio, Watson. Ésta debe ser.

Abrió la ventana de par en par y, al hacerlo, llegó hasta nosotros un rumor apagado, áspero, que fue encrespándose con firmeza hasta convertirse en el huracán estrepitoso de un tren que cruzó por delante de nosotros y se perdió en la oscuridad. Holmes barrió con la luz de su linterna el antepecho de la ventana. Tenía una espesa capa de hollín, de las locomotoras que pasaban, pero la negra superficie estaba como raspada y borrosa en algunos sitios.

—Vea usted dónde apoyaron el cadáver... ¡Hola, Watson! ¿Qué es esto? No cabe duda de que es una mancha de sangre—. Holmes me mostraba unas débiles manchas descoloridas a lo largo del marco de la ventana. —Y aquí también, en la piedra del escalón. La prueba es completa. Esperemos aquí hasta que se detenga un tren.

No tuvimos que esperar mucho. El tren siguiente rugió como el anterior desde dentro del túnel, pero acortó la marcha al salir a cielo abierto, y acto seguido se detuvo, entre rechinamientos de frenos, debajo mismo de donde estábamos. Desde el antepecho de la ventana hasta el techo de los vagones no había ni un metro de distancia. Holmes cerró suavemente la ventana, y dijo:

—Hasta aquí tenemos la prueba de que estábamos en lo cierto. ¿Qué piensa de

esto, Watson?

—Que es una obra maestra. Jamás rayó usted a tanta altura.

—Ahí no puedo estar de acuerdo con usted. Desde el momento en que concebí la idea de que el cadáver había estado en el techo del tren, idea que nada tiene de abstracta, todo lo demás era inevitable. Si no fuera por los grandes intereses en juego, el asunto, hasta ahora, sería insignificante. Lo difícil es lo que aun tenemos por delante. Pero quizás descubramos aquí algo que nos sirva de ayuda.

Llegamos al alto de la escalera de la cocina y entramos en las habitaciones del primer piso. Una de ellas estaba destinada a comedor, severamente amueblada, pero que no contenía nada de interés. La segunda era un dormitorio, también vacío de interés. La otra habitación ofrecía mejores perspectivas, y mi compañero se dispuso a realizar un trabajo sistemático. Por todas partes se veían en ella libros y papeles, y era evidente que se empleaba para despacho. Holmes revolvió rápida y metódicamente el contenido, uno tras otro, de los cajones y armarios, pero su rostro severo no llegaba a iluminarse con el más leve resplandor de un éxito. Al cabo de una hora seguía estando en la misma situación que cuando había empezado.

—Este perro astuto ha hecho desaparecer sus huellas —dijo al fin—. No ha dejado nada que pueda servir de base a una acusación. Ha destruido o se ha llevado su correspondencia peligrosa. Ésta es nuestra última probabilidad.

Lo decía por una pequeña caja de hojalata que tenía encima de la mesa de escritorio. Holmes la abrió con su cortafrío. Había en el interior varios rollos de papel cubiertos de números y de cálculos, sin nota alguna que indicase a qué se referían. Las frases presión de agua y presión por pulgada cuadrada apuntaban una posible relación con un submarino. Holmes los tiró con impaciencia a un lado. Sólo quedaba ya un sobre que contenía algunos pequeños recortes de periódicos. Los vertió sobre la mesa y pude ver enseguida por la expresión anhelante de su rostro que se habían despertado sus esperanzas.

—¿Qué es esto, Watson? ¡Eh! ¿Qué es esto? El comprobante de una serie de mensajes publicados en la sección de anuncios de un periódico. Es la columna de anuncios del Daily Telegraph, a juzgar por el papel y por el tipo de letras. Ángulo superior derecho de una página. No hay fechas, pero los mensajes se clasifican por sí mismos.

Éste debe ser el primero:

«Esperaba noticias más pronto. Convenidas las condiciones. Escriba con todos los detalles a la dirección de la tarjeta. - Pierrot.»

Viene a continuación:

«Demasiado complicado para descripción. Tiene que darme informe completo. Dinero dispuesto contra mercancía. - Pierrot.» Y ahora éste:

«Asunto apremia. He de retirar ofrecimiento de no cumplirse contrato. Señale entrevista por carta. La confirmará por anuncio. - Pierrot.» Y por último:

«Lunes noche después de las nueve. Sólo nosotros. No desconfíe. Pago contante a la entrega de mercancías. - Pierrot.»

¡Un registro completo, Watson! ¡Ay, si pudiéramos llegar hasta el corresponsal que está en el otro extremo!

Holmes se quedó ensimismado, tamborileando con los dedos encima; por último se puso vivamente en pie.

—Bien, quizás no sea tan difícil, después de todo. Aquí ya no nos queda nada por hacer, Watson. Creo que podríamos hacernos llevar en coche hasta las oficinas del Daily Telegraph, para dar así un digno remate a las tareas de un día afortunado.

Mycrof Holmes y Lestrade, a los que Holmes había dado cita, vinieron a visitarnos al día siguiente después del desayuno, y Sherlock Holmes les hizo el relato de nuestras gestiones de la víspera. Al oír la confesión de nuestro

allanamiento de morada, el detective profesional movió la cabeza y dijo:

—Nosotros, los del Cuerpo de Policía, no podemos hacer esas cosas, Holmes. No es de extrañar que consiga resultados superiores a los nuestros. Pero cualquier día de éstos irán demasiado lejos y se encontrarán usted y su amigo en dificultades.

—¡Por Inglaterra, nuestros hogares y una mujer hermosa! Qué se nos da, ¿verdad, Watson? ¡Mártires en el altar de nuestro país! ¿Pero a ti que te parece, Mycroft?

—¡Magnífico, Sherlock! ¡Admirable! Pero, ¿en qué forma vas a emplear todo eso?

Holmes echó mano al Daily Telegraph que estaba encima de la mesa.

—¿No han visto ustedes el anuncio que hoy ha insertado Pierrot?

—¡Cómo! ¿Otro más?

—Sí. Óiganlo. «Esta noche. A la misma hora. Mismo lugar. Dos golpes. De absoluta necesidad. Va en ello su propia seguridad. - Pierrot.»

—¡Por vida de..., que si contesta al anuncio ya es nuestro! —exclamó Lestrade.

—Eso mismo pensé yo al ponerlo. Creo que si les conviniese a ustedes dos venir con nosotros a Caulfield Gardens, quizás nos encontrásemos un poco más cerca de una solución.

Una de las más extraordinarias características de Sherlock Holmes era su capacidad para desembragar su cerebro de toda actividad, desviando sus pensamientos hacia cosas más livianas, así que llegaba al convencimiento de que nada podía adelantar en una determinada tarea. Recuerdo que durante todo aquel día memorable se enfrascó en una monografía que tenía empezada sobre Los motetes polifónicos, de Lassus. Yo, en cambio, carecía por completo de esa facultad de diversión, y el día, como es de suponer, me resultó interminable.

Todo convergió para excitar mis nervios: la extraordinaria importancia internacional de lo que allí se jugaba, la expectativa de las altas esferas, la índole directa del experimento que íbamos a llevar a cabo. Sentí alivio cuando, después

de una cena ligera, nos pusimos en marcha para nuestra expedición. Lestrade y Mycroft se reunieron con nosotros delante de la estación de Gloucester Road, que era donde nos habíamos dado cita.

La noche anterior habíamos dejado abierta la puerta del patinejo de la casa de Oberstein, y como Mycroft Holmes se negó de redondo, indignado, a trepar por la barandilla, Sherlock y yo no tuvimos más remedio que penetrar en la casa y abrir la puerta del vestíbulo. A eso de las nueve de la noche estábamos todos nosotros sentados en el despacho, esperando pacientemente a nuestro hombre.

Transcurrió una hora y luego otra. Cuando dieron las once, las acompasadas campanas del gran reloj de la iglesia parecieron doblar fúnebres nuestras esperanzas. Lestrade y Mycroft se movían nerviosos en sus asientos y cada cual miraba su reloj dos veces en un minuto. Holmes permanecía callado, pero sereno, con los parpados medio cerrados, pero con todos sus sentidos alerta.

Alzó la cabeza con un respingo súbito, y dijo:

—Ahí llega.

Por delante de la puerta se había oído los pasos furtivos de un hombre que cruzaba. Poco después se oyeron en sentido contrario. Luego, un arrastrar de pies y dos aldabonazos secos. Holmes, se levantó indicándonos que siguiésemos sentados. La luz de gas del vestíbulo era un simple puntito. Abrió la puerta exterior, y después que una negra figura pasó por delante de él, la cerró y aseguró.

«Por aquí», le oímos decir, y un instante después surgía ante nosotros nuestro hombre.

Holmes le había seguido de cerca, y cuando el desconocido se dio media vuelta, dejando escapar un grito de sorpresa y de alarma, él le sujetó por el cuello de la ropa, y lo volvió de un empujón a la habitación. Antes que hubiese recobrado el equilibrio, se cerró la puerta y Holmes apoyó en ella su espalda. Aquel hombre miró con ojos sin sentido. Con el golpe se le desprendió el sombrero de anchas alas, la bufanda que le tapaba la boca se le cayó, y quedaron al descubierto la barba rubia y sedosa y las facciones hermosas y delicadas del coronel Valentine Walter.

Holmes lanzó un silbido de sorpresa, y dijo:

—Esta vez, Watson, califíqueme en su relato como de burro completo. No era éste el pájaro que yo esperaba.

—Pero, ¿quién es él? —preguntó Mycroft ansiosamente.

—El hermano más joven del difunto sir James Walter, jefe del Departamento de submarinos. Sí, sí; ya veo hacia qué lado se inclinan las cartas. Ya vuelve en sí. Creo que lo mejor sería que me dejasen que le interrogue.

Habíamos transportado hasta el sofá el cuerpo caído en el suelo. Nuestro preso acabó por incorporarse, miró en torno suyo con expresión de espanto, y se pasó la mano por la frente como quien no puede creer a sus propios sentidos. Luego le preguntó:

—¿Qué significa esto? Yo vine a visitar a míster Oberstein.

—Coronel Walter, se sabe ya todo —dijo Holmes—. Lo que rebasa mi comprensión es cómo un caballero inglés ha podido conducirse de esta manera. Pero estamos enterados de toda su correspondencia y de sus relaciones con Oberstein. Y también de las circunstancias en que halló la muerte el joven Cadogan West. Permítame que le aconseje que haga usted por ganar siquiera un poco de respeto mediante su arrepentimiento y su confesión en vista de que hay todavía algunos detalles que solo podemos saberlos de los labios de usted.

El coronel Walter gimió y hundió la cabeza entre las manos.

Nosotros esperábamos, pero él guardó silencio. Holmes le dijo:

—Puedo asegurarle que sabemos todo lo esencial. Sabemos que le urgía el dinero; que sacó usted un molde de las llaves que tenía su hermano; que se puso usted en correspondencia con Oberstein, y que éste contestaba sus cartas mediante anuncios insertados en las columnas del Daily Telegraph. Sabemos que usted se digirió a las oficinas el lunes por la noche, aprovechando la niebla, y que el joven Cadogan West le vio y le siguió, porque tenía alguna razón para sospechar de usted. Le vio cuando usted estaba robando, pero le fue imposible dar la alarma, no constándole que no había ido por encargo de su hermano para llevarle los planos. West, abandonando todos sus asuntos particulares, como buen ciudadano que era, marchó detrás de usted oculto en la niebla y no le perdió la pista hasta que usted llegó a esta misma casa. Entonces intervino y usted, coronel Walter, agregó al crimen de traición el más terrible aún de

asesinato.

—¡Yo no le maté! ¡No le maté! ¡Juro ante Dios que no le maté! —gritó nuestro desdichado preso.

—Pues entonces, cuéntenos de qué manera encontró Cadogan West su muerte antes que colocasen su cadáver encima del techo de un coche del ferrocarril.

—Se lo contaré. Le juro que se lo contaré. En lo demás sí que intervine. Lo confieso. Fue como usted dice. Yo tenía que pagar una deuda contraída en la Bolsa. Me era indispensable el dinero. Oberstein me ofreció cinco mil. Con aquello me salvaba de la ruina. Pero, por lo que respecta al asesinato, soy tan inocente como usted.

—¿Qué fue, pues, lo que ocurrió?

—Él venía sospechando de mí, y me siguió. Yo no me di cuenta hasta que llegué a esta misma puerta. La niebla era muy espesa y no se distinguía a tres metros de distancia. Yo había llamado con dos aldabonazos, y Oberstein había acudido a la puerta. Entonces, el joven se abalanzó hacia nosotros, y preguntó qué íbamos a hacer con los planos. Oberstein llevaba siempre una porra corta. Al intentar West meterse a viva fuerza en la casa, Oberstein le golpeó en la cabeza. El golpe fue mortal. Murió antes de cinco minutos. Allí quedó tendido en el vestíbulo, y nosotros nos quedamos sin saber qué hacer. De pronto se le ocurrió a Oberstein la idea esa de los trenes que se detenían debajo mismo de su ventana. Pero antes examinó los planos que yo había llevado. Me dijo que los esenciales eran tres, y que tendría que quedarse con ellos.

«No puede usted quedarse con ello —le dije—. Si no son devueltos a Woolwich se armará un jaleo espantoso.» «Es preciso que me quede con ellos —me contestó—, porque son de un tipo tan técnico que es imposible sacar copias en tan escaso tiempo.» Él meditó un momento y de pronto exclamó que ya había encontrado la solución, diciéndome: «Me guardaré tres. Los demás se los meteremos en el bolsillo a este joven. Cuando se descubra, todo el asunto se lo cargarán a él.» Yo no veía otra solución, y por eso obramos como él indicó. Esperamos media hora en la ventana hasta que se detuvo el tren. La niebla era tan espesa que no podía verse nada, y ninguna dificultad tuvimos en bajar el cadáver de West hasta el techo del tren. Mi intervención en el asunto terminó ahí.

—¿Y qué me cuenta de su hermano?

—Mi hermano no dijo una palabra, pero en una ocasión me había sorprendido con sus llaves, y creo que sospechaba. Leí en sus ojos que sospechaba. Como ya ustedes saben, no volvió a levantar cabeza.

Reinó el silencio en la habitación, Mycroft Holmes fue quien lo rompió:

—¿Y por qué no repara usted el daño que ha hecho? Con ello aliviaría su conciencia y quizá su castigo.

—¿Y qué clase de reparación puedo ofrecer?

—¿Dónde se encuentra Oberstein con los planos?

—Lo ignoro.

—¿No le dio alguna dirección?

—Me dijo que si le escribía al hotel Du Louvre, en París, quizá le llegasen las cartas.

—Pues entonces, aún está usted en situación de reparar un mal —dijo Sherlock Holmes.

—Haré todo cuanto esté en mi mano. No precisamente es cariño lo que tengo a este individuo, que ha sido mi ruina y mi caída.

—Aquí tiene papel y pluma. Siéntese a esa mesa y escriba lo que le digo. Ponga en el sobre la dirección que le dio. Perfectamente. He aquí ahora la carta:

«Querido señor: Refiriéndome a nuestra transacción, habrá usted observado, sin duda y ahora, que falta en ella un detalle esencial. Dispongo de un dibujo con el cual quedará completo. Sin embargo, esto me ha ocasionado una molestia especial. Y no tengo más remedio que pedirle un nuevo adelanto de quinientas libras. No quiero confiarlo al correo, ni aceptaré nada como no sea oro o billetes. Habría ido a visitarle fuera de Inglaterra, pero el que yo saliese en esta ocasión del país llamaría la atención. Por consiguiente, espero encontrarme con usted en la sala de fumar del hotel Charing Cross, el sábado al mediodía. Billetes ingleses u oro únicamente. Recuérdelo.» Esto producirá efecto, y mucho me sorprendería

si no nos entregase a nuestro hombre.

¡Y nos los entregó! Es asunto que pertenece ya a la historia; a esa historia secreta de una nación que suele ser con frecuencia mucho más íntima e interesante que sus relatos públicos. Oberstein, ansioso de completar el golpe maestro de toda su vida, acudió al reclamo, y pudo ser encerrado con seguridad durante quince años en un presidio de Inglaterra. Le fueron encontrados en su maleta los inapreciables planos del submarino Bruce-Partington, que él había puesto a subasta en todos los centros de Europa.

El coronel Walter falleció en la cárcel antes que se cumpliese el segundo año de su condena. En cuanto a Holmes, volvió reconfortado a su monografía sobre Los motetes polifónicos, de Lassus, que posteriormente fue impresa para circular en privado, y que, según dicen los técnicos, constituye la última palabra sobre el tema. Algunas semanas después me enteré de una manera casual que mi amigo había pasado un día en Windsor, de donde regresó con un precioso alfiler de corbata de una esmeralda fina. Al preguntarle yo si la había comprado, me contestó que era un regalo que le había hecho cierta generosa dama en interés de la cual había desempeñado un pequeño encargo con bastante fortuna. Nada más me dijo; pero yo creo que podría adivinar el nombre de aquella dama augusta, y tengo muy pocas dudas de que el alfiler de esmeralda le recordará para siempre a mi amigo la aventura de los planos del submarino Bruce-Partington.

4. El detective agonizante

La señora Hudson, la patrona de Sherlock Holmes, tenía una larga experiencia de sufrimiento. No sólo encontraba invadido su primer piso a todas horas por bandadas de personajes extraños y a menudo indeseables, sino que su notable huésped mostraba una excentricidad y una irregularidad de vida que sin duda debía poner duramente a prueba su paciencia. Su increíble desorden, su afición a la música a hora extrañas, su ocasional entrenamiento con el revólver en la habitación, sus descabellados y a menudo malolientes experimentos científicos, y la atmósfera de violencia y peligro que le envolvía, hacían de él el peor inquilino de Londres. En cambio, su pago era principesco. No me cabe duda de que podría haber comprado la casa por el precio que Holmes pagó por sus habitaciones en los años que estuve con él.

La patrona sentía el más profundo respeto hacia él y nunca se atrevía a llamarle al orden por molestas que le parecieran sus costumbres. Además, le tenía cariño, pues era un hombre de notable amabilidad y cortesía en su trato con las mujeres. Él las detestaba y desconfiaba de ellas, pero era siempre un adversario caballeroso. Sabiendo qué auténtica era su consideración hacia Holmes, escuché atentamente el relato que ella me hizo cuando vino a mi casa el segundo año de mi vida de casado y me habló de la triste situación a la que estaba reducido mi pobre amigo.

—Se muere, doctor Watson —dijo—. Lleva tres días hundiéndose, y dudo que dure el día de hoy. No me deja llamar a un médico. Esta mañana, cuando vi cómo se le salen los huesos de la cara, y cómo me miraba con sus grandes ojos brillantes, no pude resistir más. «Con su permiso o sin él, señor Holmes, voy ahora mismo a buscar a un médico», dije. «Entonces, que sea Watson», dijo. Yo no perdería ni una hora en ir a verle, señor, o a lo mejor ya no lo ve vivo.

Me quedé horrorizado, pues no había sabido nada de su enfermedad.

Ni que decir tiene que me precipité a buscar mi abrigo y mi sombrero. Mientras íbamos en el coche, pregunté detalles.

—Tengo poco que contarle. El había estado trabajando en un caso en Rotherhithe, en un callejón junto al río, y se ha traído la enfermedad con él. Se acostó el miércoles por la tarde y desde entonces no se ha movido. Durante esos tres días no ha comido ni bebido nada.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué no llamó a su médico?

—Él no quería de ningún modo, doctor Watson. Ya sabe que dominante es. No me atreví a desobedecerle. Pero no va a durar mucho en este mundo, como verá usted mismo en el momento en que le ponga los ojos encima.

Cierto que era un espectáculo lamentable. En la media luz de un día neblinoso de noviembre, el cuarto del enfermo era un lugar tenebroso, y esa cara macilenta y consumida que me miraba fijamente desde la cama hizo pasar un escalofrío por mi corazón. Sus ojos tenían el brillo de la fiebre, sus mejillas estaban encendidas de un modo inquietante, y tenía los labios cubiertos de costras oscuras; las flacas manos sobre la colcha se agitaban convulsivamente, y su voz croaba de modo espasmódico. Siguió tendido inerte cuando entré en el cuarto, pero al verme hubo un fulgor de reconocimiento en sus ojos.

—Bueno, Watson, parece que hemos caído en malos días —dijo con voz débil, pero con algo de su vieja indolencia en sus modales.

—¡Mi querido amigo! —exclamé, acercándome a él.

—¡Atrás! ¡Échese atrás! —dijo, del modo tajante e imperioso que yo había visto en él sólo en momentos de crisis—. Si se acerca a mí, Watson, mandaré echarle de casa.

—Pero ¿por qué?

—Porque ése es mi deseo. ¿No basta?

Si, la señora Hudson tenía razón. Estaba más dominante que nunca. Sin embargo, era lamentable ver su agotamiento.

—¡Exactamente! Ayudará mejor haciendo lo que se le dice.

—Es verdad, Holmes.

El suavizó la dureza de sus maneras.

—¿No estará irritado? —preguntó, jadeando para obtener aliento.

Pobre hombre, ¿cómo iba yo a estar irritado al verlo tendido en tal situación frente a mí?

—Es por su bien, Watson —coreó.

—¿Por mi bien?

—Sé lo que me pasa. Es una enfermedad de los coolíes de Sumatra, algo que los holandeses conocen mejor que nosotros, aunque hasta ahora no han conseguido mucho. Sólo una cosa es cierta. Es mortal de necesidad, y es terriblemente contagiosa.

Ahora hablaba con una energía febril, con las largas manos convulsionándose y sacudiéndose en gestos para que me alejara.

—Contagiosa por contacto; eso es. Mantenga la distancia y todo irá bien.

—¡Válgame Dios, Holmes! ¿Supone que eso va a influir en mí por un momento? No me afectaría en el caso de un desconocido. ¿Se imagina que me impediría cumplir mi deber con tan viejo amigo?

Volví a avanzar, pero me rechazó con una mirada de cólera furiosa.

—Si se queda ahí, le hablaré. Si no, tiene que marcharse de este cuarto.

Siento tan profundo respeto por las extraordinarias cualidades de Holmes, que siempre he obedecido a sus deseos, aun cuando menos los entendiera. Pero ahora todo mi instinto profesional estaba excitado. Aunque él fuera mi jefe en otro sitio, en un cuarto de un enfermo yo era el suyo.

—Holmes —dije—, usted no es usted mismo. Un enfermo es sólo un niño, y así le voy a tratar. Quiéralo o no, voy a examinar sus síntomas y lo voy a tratar.

Me miró con ojos venenosos.

—Si debo tener un médico, quiéralo o no, por lo menos que sea uno en quien

tenga confianza —dijo.

—¿Entonces no la tiene en mí?

—En su amistad, ciertamente. Pero los hechos son los hechos, Watson, y después de todo, usted es sólo un médico general de experiencia muy limitada y de títulos mediocres. Es doloroso tener que decir estas cosas, pero me obliga a ello.

Me sentí muy ofendido.

—Tal observación no es digna de usted, Holmes. Me muestra muy claramente el estado de sus nervios. Pero si no tiene confianza en mí, no le impondré mis servicios. Traigamos a sir Jasper Meek, o Penrose Fisher, o cualquiera de los mejores de Londres. Pero alguno tiene que aceptar, y eso es definitivo. Si cree que voy a quedarme aquí quieto, viéndole morir sin ayudarle bien por mí mismo o bien trayendo otro para que le ayude, se ha equivocado de persona.

—Tiene buenas intenciones, Watson —dijo el enfermo, con algo entre un sollozo y un gemido—. ¿Tengo que demostrarle su propia ignorancia? ¿Qué sabe usted, por favor, de la fiebre Tapanuli? ¿Qué sabe de la corrupción negra de Formosa?

—No he oído hablar de ninguna de las dos cosas.

—En Oriente, Watson, hay muchos problemas de enfermedades, muchas posibilidades patológicas extrañas—. Se contenía después de cada frase para concentrar su menguante energía—. He aprendido mucho en algunas investigaciones recientes de índole médico-criminal. En el transcurso de ellas he dado con esa enfermedad. Usted no puede hacer nada.

—Quizá no. Pero por casualidad sé que el doctor Ainstree, la mayor autoridad viviente en enfermedades tropicales, está ahora en Londres. Es inútil toda protesta, Holmes. Voy a buscarle ahora mismo —y me dirigí decidido hacia la puerta.

¡Nunca he sufrido tal choque! En un momento, con un salto de tigre, el agonizante me había interceptado. Oí el brusco chasquido de una llave al girar. Un momento después, volvió tambaleante a su cama, agotado y jadeante después de esa única llamarada de energía.

—No me quitará la llave por la fuerza, Watson. Ya le tengo, amigo mío. Aquí está, y aquí se quedará hasta que yo disponga otra cosa. Pero le seguiré el humor. — Todo eso en breves jadeos, con terribles luchas en medio, buscando aliento—. Sólo piensa usted en mi propio bien. Se saldrá con la suya, pero déme tiempo de reunir fuerzas. Ahora no, Watson, ahora no. Son las cuatro. A las seis se puede ir.

—Eso es una locura, Holmes.

—Sólo dos horas, Watson. Le prometo que se irá a las seis. ¿Está contento de esperar?

—Parece que no tengo alternativa.

—En absoluto, Watson. Gracias, no necesito ayuda para arreglar la ropa de la cama. Usted, por favor, guarde la distancia. Bueno, Watson, sólo hay otra condición que yo pondría. Usted buscará ayuda, pero no del médico que ha mencionado, sino del que elija yo.

—No faltaba más.

—Las tres primeras palabras sensatas que ha pronunciado desde que entró en este cuarto, Watson. Ahí encontrará algunos libros. Estoy un tanto agotado; no sé cómo se sentirá una batería cuando vierte la electricidad en un no-conductor. A las seis, Watson, reanudaremos nuestra conversación.

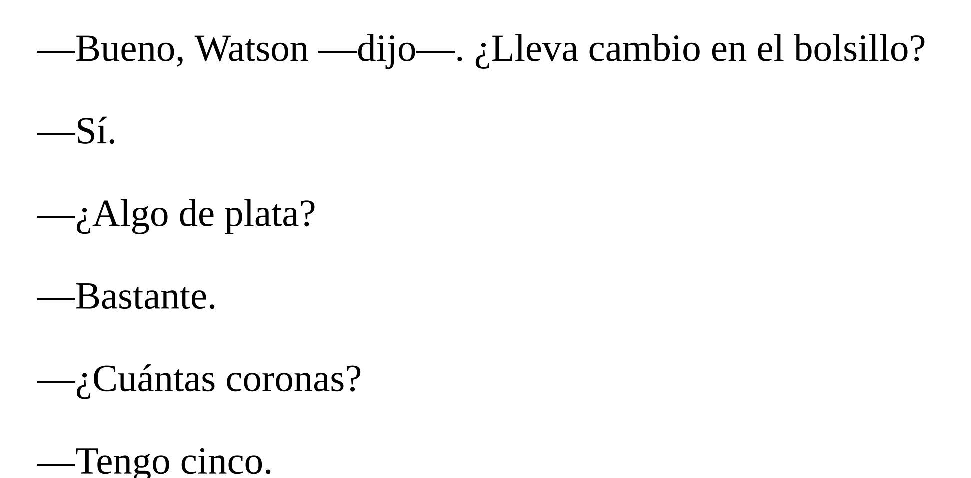
Pero estaba destinada a reanudarse mucho antes de esa hora, y en circunstancias que me ocasionaron una sacudida sólo inferior a la causada por su salto a la puerta. Yo llevaba varios minutos mirando la silenciosa figura que había en la cama. Tenía la cara casi cubierta y parecía dormir. Entonces, incapaz de quedarme sentado leyendo, me paseé despacio por el cuarto, examinando los retratos de delincuentes célebres con que estaba adornado. Al fin, en mi paseo sin objetivo, llegué ante la repisa de la chimenea. Sobre ella se dispersaba un caos de pipas, bolsas de tabaco, jeringas, cortaplumas, cartuchos de revólver y otros chismes. En medio de todo esto, había una cajita blanca y negra, de marfil, con una tapa deslizante. Era una cosita muy bonita; había extendido yo la mano para examinarla más de cerca cuando...

Fue terrible el grito que dio..., un aullido que se podía haber oído desde la calle. Sentí frío en la piel y el pelo se me erizó de tan horrible chillido. Al volverme, vislumbré un atisbo de cara convulsa y unos ojos frenéticos. Me quedé

paralizado, con la cajita en la mano.

—¡Deje eso! Déjelo al momento, Watson..., ¡al momento, digo!— Cuando volví a poner la caja en la repisa, su cabeza volvió a hundirse en la almohada, y lanzó un hondo suspiro de alivio—. Me molesta que se toquen mis cosas, Watson. Ya sabe que me molesta. Usted enreda más de lo tolerable. Usted, un médico..., es bastante como para mandar a un paciente al manicomio. ¡Siéntese, hombre, y déjeme reposar!

Ese incidente dejó en mi ánimo una impresión muy desagradable. La violenta excitación sin motivo, seguida por esa brutalidad de lenguaje, tan lejana de su acostumbrada suavidad, me mostraba qué profunda era la desorganización de su mente. De todas las ruinas, la de una mente noble es la más deplorable. Yo seguí sentado en silenciosa depresión hasta que pasó el tiempo estipulado. Él parecía haber observado el reloj tanto como yo, pues apenas eran las seis cuando empezó a hablar con la misma excitación febril de antes.



—Bueno, Watson —dijo—. ¿Lleva cambio en el bolsillo?

—Sí.

—¿Algo de plata?

—Bastante.

—¿Cuántas coronas?

—Tengo cinco.

—¡Ah, demasiado pocas! ¡Demasiado pocas! ¡Qué mala suerte, Watson! Sin embargo, tal como son, métaselas en el bolsillo del reloj, y todo su otro dinero, en el bolsillo izquierdo del pantalón. Gracias. Así se equilibrará mucho mejor.

Era una locura delirante. Se estremeció y volvió a emitir un ruido entre la tos y el sollozo.

—Ahora encienda el gas, Watson, pero tenga mucho cuidado de que ni por un momento pase de la mitad. Le ruego que tenga cuidado, Watson. Gracias, así está muy bien. No, no hace falta que baje la cortinilla. Ahora tenga la bondad de poner unas cartas y papeles en esa mesa a mi alcance. Gracias. Ahora algo de

esos trastos de la repisa. ¡Excelente, Watson! Ahí hay unas pinzas de azúcar. Tenga la bondad de levantar con ayuda de ellas esa cajita de marfil. Póngala ahí entre los papeles. ¡Bien!

Ahora puede ir a buscar al señor Culverton Smith, en Lower Street, 13.

—Nunca he oído tal nombre —dije.

—Quizá no, mi buen Watson. A lo mejor le sorprende saber que el hombre que más entiende en el mundo sobre esta enfermedad no es un médico, sino un plantador. El señor Culverton Smith es un conocido súbdito de Sumatra, que ahora se encuentra de viaje en Londres. Una irrupción de esta enfermedad en su plantación, que estaba muy lejos de toda ayuda médica, le hizo estudiarla él mismo, con consecuencias de gran alcance. Es una persona muy metódica, y no quise que se pusiera usted en marcha antes de las seis porque sabía muy bien que no lo encontraría en su estudio. Si pudiera persuadirle para que viniera aquí y nos hiciera beneficiarios de su experiencia impar en esta enfermedad, cuya investigación es su entretenimiento favorito, no dudo que me ayudaría.

Doy las palabras de Holmes como un todo consecutivo, y no voy a intentar reproducir cómo se interrumpían con jadeos tratando de recobrar el aliento y con apretones de manos que indicaban el dolor que sufría. Su aspecto había empeorado en las pocas horas que llevaba yo con él. Sus colores febriles estaban más pronunciados, los ojos brillaban más desde unos huecos más oscuros, y un sudor frío recorría su frente. Sin embargo, conservaba su confiada vivacidad de lenguaje. Hasta el último jadeo, seguiría siendo el jefe.

—Le dirá exactamente cómo me ha dejado —dijo—. Le transmitirá la misma impresión que hay en su mente, un agonizante, un agonizante que delira. En efecto, no puedo pensar por qué todo el cauce del océano no es una masa maciza de ostras, si tan prolíficas parecen. ¡Ah, estoy disparatando! ¡Qué raro, cómo el cerebro controla el cerebro! ¿Qué iba diciendo, Watson? Mis instrucciones para el señor Culverton Smith. Ah, sí, ya me acuerdo. Mi vida depende de eso. Convénzale, Watson. No hay buenas relaciones entre nosotros. Su sobrino, Watson..., sospechaba yo algo sucio y le permití verlo. El muchacho murió horriblemente. Tiene un agravio contra mí. Usted le ablandará, Watson. Ruéguele, pídaselo, tráigale aquí como sea. Él puede salvarme, ¡sólo él!

—Le traeré un coche de punto, si le tengo que traer como sea.

—No haga nada de eso. Usted le convencerá para que venga. Y luego volverá antes que él. Ponga alguna excusa para no volver con él. No lo olvide, Watson. No me vaya a fallar. Usted nunca me ha fallado. Sin duda, hay enemigos naturales que limitan el aumento de las criaturas. Usted y yo, Watson, hemos hecho nuestra parte. ¿Va a quedar el mundo, entonces, invadido por las ostras? ¡No, no, es horrible! Transmítale todo lo que hay en su mente.

Le dejé con la imagen de ese magnífico intelecto balbuceando como un niño estúpido. El me había entregado la llave, y con una feliz ocurrencia, me la llevé conmigo, no fuera a cerrar él mismo. La señora Hudson esperaba, temblaba y lloraba en el pasillo. Detrás de mí, al salir del piso, oí la voz alta y fina de Holmes en alguna salmodia delirante. Abajo, mientras yo silbaba llamando a un coche de punto, se me acercó un hombre entre la niebla.

—¿Cómo está el señor Holmes? —preguntó.

Era un viejo conocido, el inspector Cortón, de Scotland Yard, vestido con ropas nada oficiales.

—Está muy enfermo —contesté.

Me miró de un modo muy raro. Si no hubiera sido demasiado diabólico, podría haber imaginado que la luz del farol de gas mostraba exultación en su cara.

—Había oído rumores de eso —dijo.

El coche me esperaba ya y le dejé.

Lower Burle Street resultó ser una línea de bonitas casas extendidas en la vaga zona limítrofe entre Notting Hill y Kensington. La casa ante la cual se detuvo mi cochero tenía un aire de ufana y solemne respetabilidad en sus verjas de hierro pasadas de moda, su enorme puerta plegadiza y sus dorados relucientes. Todo estaba en armonía con un solemne mayordomo que apareció enmarcado en el fulgor rosado de una luz eléctrica coloreada que había detrás de él.

—Sí, el señor Culverton Smith está en casa. ¡El doctor Watson! Muy bien, señor, subiré su tarjeta.

Mi humilde nombre y mi título no parecieron impresionar al señor Culverton Smith. A través de la puerta medio abierta oí una voz aguda, petulante y

penetrante:

—¿Quién es esa persona? ¿Qué quiere? Caramba, Staples, ¿cuántas veces tengo que decir que no quiero que me molesten en mis horas de estudio?

Hubo un suave chorro de respetuosas explicaciones por parte del mayordomo.

—Bueno, no lo voy a ver, Staples, no puedo dejar que se interrumpa así mi trabajo. No estoy en casa. Dígaselo. Dígale que venga por la mañana si quiere verme realmente.

Otra vez el suave murmullo.

—Bueno, bueno, déle ese recado. Puede venir por la mañana o puede no volver. Mi trabajo no tiene que sufrir obstáculos.

Pensé en Holmes revolviéndose en su lecho de enfermo, y contando los minutos, quizá, hasta que pudiera proporcionarle ayuda. No era un momento como para detenerse en ceremonias. Su vida dependía de mi prontitud. Antes de que aquél mayordomo, todo excusas, me entregara su mensaje, me abrí paso de un empujón, dejándole atrás, y estaba ya en el cuarto.

Con un agudo grito de cólera, un hombre se levantó de una butaca colocada junto al fuego. Vi una gran cara amarilla, de áspera textura y grasienta, de pesada sotabarba, y unos ojos huraños y amenazadores que fulguraban hacía mí por debajo de unas pobladas cejas color de arena. Su alargada cabeza calva llevaba una gorrita de estar en casa, de terciopelo, inclinada con coquetería hacia un lado de su curva rosada. El cráneo era de enorme capacidad, y sin embargo, bajando los ojos, vi con asombro que la figura de ese hombre era pequeña y frágil, y retorcida por los hombros y la espalda como quien ha sufrido raquitismo desde su infancia.

—¿Qué es esto? —gritó con voz aguda y chillona—. ¿Qué significa esa intrusión? ¿No le mandé recado de que viniera mañana por la mañana?

—Lo siento —dije—, pero el asunto no se puede aplazar. El señor Sherlock Holmes...

El pronunciar el nombre de mi amigo tuvo un extraordinario efecto en el hombrecillo. El aire de cólera desapareció en un momento de su cara, y sus

rasgos se pusieron tensos y alertados.

—¿Viene de parte de Holmes? —preguntó.

—Acabo de dejarle.

—¿Qué hay de Holmes? ¿Cómo está?

—Está desesperadamente enfermo. Por eso he venido.

El hombre mi hizo señal de que me sentara en una butaca y se volvió para sentarse otra vez en la suya. Al hacerlo así, vislumbré un atisbo de su cara en el espejo de encima de la chimenea. Hubiera podido jurar que mostraba una maliciosa y abominable sonrisa. Pero me convencí de que debía ser alguna contracción nerviosa que yo había sorprendido, pues un momento después se volvió hacia mí con auténtica preocupación en sus facciones.

—Lamento saberlo —dijo—. Sólo conozco al señor Holmes a través de algunos asuntos de negocios que hemos tenido, pero siento gran respeto hacia su talento y su personalidad. Es un aficionado del crimen, como yo de la enfermedad. Para él, el delincuente; para mí, el microbio. Ahí están mis prisiones —continuó, señalando una hilera de botellas y tarros en una mesita lateral—. Entre esos cultivos de gelatina, están cumpliendo su condena algunos de los peores delincuentes del mundo.

—Por su especial conocimiento del tema, es por lo que deseaba verle el señor Holmes. Tiene una elevada opinión de usted, y pensó que era la única persona en Londres que podría ayudarle.

El hombrecillo se sobresaltó, y la elegante gorrita resbaló al suelo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué iba a pensar el señor Holmes que yo le podía ayudar en su dificultad?

—Por su conocimiento de las enfermedades orientales.

—Pero ¿por qué iba a pensar que esa enfermedad que ha contraído es oriental?

—Porque en unas averiguaciones profesionales, ha trabajado con unos marineros chinos en los muelles.

El señor Culverton Smith sonrió agradablemente y recogió su gorrita.

—Ah, es eso —dijo—, ¿es eso? Confío en que el asunto no sea tan grave como usted supone. ¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Unos tres días.

—¿Con delirios?

—De vez en cuando.

—¡Vaya, vaya! Eso parece serio. Sería inhumano no responder a su llamada. Lamento mucho esta interrupción en mi trabajo, doctor Watson, pero este caso ciertamente es excepcional. Iré con usted enseguida.

Recordé la indicación de Holmes.

—Tengo otro recado que hacer —dije.

—Muy bien. Iré solo. Tengo anotada la dirección del señor Holmes. Puede estar seguro de que estaré allí antes de media hora.

Volví a entrar en la alcoba de Holmes con el corazón desfalleciente. Tal como lo dejé, en mi ausencia podía haber ocurrido lo peor. Para mi enorme alivio, había mejorado mucho en el intervalo. Su aspecto era tan espectral como antes, pero había desaparecido toda huella de delirio y hablaba con una voz débil, en verdad, pero con algo de su habitual claridad y lucidez.

—Bueno, ¿le ha visto, Watson?

—Sí, ya viene.

—¡Admirable, Watson! ¡Admirable! Es usted el mejor de los mensajeros.

—Deseaba volver conmigo.

—Eso no hubiera valido, Watson. Sería obviamente imposible. ¿Preguntó qué enfermedad tenía yo?

—Le hablé de los chinos en el East End.

—¡Exactamente! Bueno, Watson, ha hecho todo lo que podía hacer un buen amigo. Ahora puede desaparecer de la escena.

—Debo esperar a oír su opinión, Holmes.

—Claro que debe. Pero tengo razones para suponer que esa opinión será mucho más franca y valiosa si se imaginara que estamos solos. Queda el sitio justo detrás de la cabecera de mi cama.

—¡Mi querido Holmes!

—Me temo que no hay alternativa, Watson. El cuarto no se presta a esconderse, pero es preciso que lo haga, en cuanto que es menos probable que despierte sospechas. Pero ahí mismo, Watson, se me antoja que podría hacerse el trabajo. —De repente se incorporó con rígida atención en su cara hosca—. Ya se oyen las ruedas, Watson. ¡Pronto, hombre, si de verdad me aprecia! Y no se mueva, pase lo que pase..., pase lo que pase, ¿me oye? ¡No hable! ¡No se mueva! escuche con toda atención.

Luego, en un momento, desapareció su súbito acceso de energía, y sus palabras dominantes y llenas de sentido se extinguieron en los sordos y vagos murmullos de un hombre delirante.

Desde el escondite donde me había metido tan rápidamente, oí los pasos por la escalera, y la puerta de la alcoba que se abría y cerraba. Luego, para mi sorpresa, hubo un largo silencio, roto sólo por el pesado aliento y jadeo del enfermo. Pude imaginar que nuestro visitante estaba de pie junto a la cama y miraba al que sufría. Por fin se rompió ese extraño silencio.

—¡Holmes! —gritó—. ¡Holmes! —con el tono insistente de quien despierta a un dormido—. ¿Me oye, Holmes? —Hubo un roce, como si hubiera sacudido bruscamente al enfermo por el hombro.

—¿Es usted, señor Smith? —susurró Holmes—. Apenas me atrevería a esperar que viniera.

El otro se rió.

—Ya me imagino que no —dijo—. Y sin embargo, ya ve que estoy aquí. ¡Remordimientos de conciencia!

—Es muy bueno de su parte, muy noble. Aprecio mucho sus especiales conocimientos.

Nuestro visitante lanzó una risita.

—Claro que sí. Por suerte, usted es el único hombre en Londres que los aprecia.

¿Sabe lo que le pasa?

—Lo mismo —dijo Holmes.

—¡Ah! ¿Reconoce los síntomas?

—De sobra.

—Bueno, no me extrañaría, Holmes. No me extrañaría que fuera lo mismo. Una mala perspectiva para usted si lo es. El pobre Víctor se murió a los cuatro días; un muchacho fuerte, vigoroso. Como dijo usted, era muy chocante que hubiera contraído una extraña enfermedad, que, además, yo había estudiado especialmente. Singular coincidencia, Holmes. Fue usted muy listo al darse cuenta, pero poco caritativo al sugerir que fuera causa y efecto.

—Sabía que lo hizo usted.

—¿Ah, sí? Bueno, usted no pudo probarlo, en todo caso. Pero ¿qué piensa de usted mismo, difundiendo informes así sobre mí, y luego arrastrándose para que le ayude en el momento en que está en apuros? Qué clase de juego es éste, ¿eh?

Oí el aliento ronco y trabajoso del enfermo.

—¡Déme agua! —jadeó.

—Está usted cerca de su fin, amigo mío, pero no quiero que se vaya hasta que tenga yo unas palabras con usted. Por eso le doy agua. Ea, ¡no la vierta por ahí! Está bien. ¿Entiende lo que le digo?

Holmes gimió.

—Haga por mí lo que pueda. Lo pasado, pasado —susurró—. Yo me quitaré de la cabeza esas palabras: juro que lo haré. Sólo cúreme y lo haré.

—Olvidará, ¿qué?

—Bueno, lo de la muerte de Víctor Savage. Usted casi reconoció que lo había hecho. Lo olvidaré.

—Puede olvidarlo o recordarlo, como le parezca. No le veo declarando en la tribuna de los testigos. Le veo entre otras maderas de forma muy diferente, mi buen Holmes, se lo aseguro. No me importa nada que sepa cómo murió mi sobrino. No es de él de quien hablamos. Es de usted.

—Sí, sí.

—El tipo que vino a buscarme, no recuerdo cómo se llama, dijo que había contraído esa enfermedad en el East End entre los marineros.

—Sólo así me lo puedo explicar.

—Usted está orgulloso de su cerebro, Holmes, ¿verdad? Se considera listo, ¿no? Esta vez se ha encontrado con otro más listo. Ahora vuelva la vista atrás, Holmes.

¿No se imagina de otro modo cómo podría haber contraído eso?

—No puedo pensar. He perdido la razón. ¡Ayúdeme, por Dios!

—Sí, le ayudaré. Le ayudaré a entender dónde está y cómo ha venido a parar a esto. Me gustaría que lo supiera antes de morir.

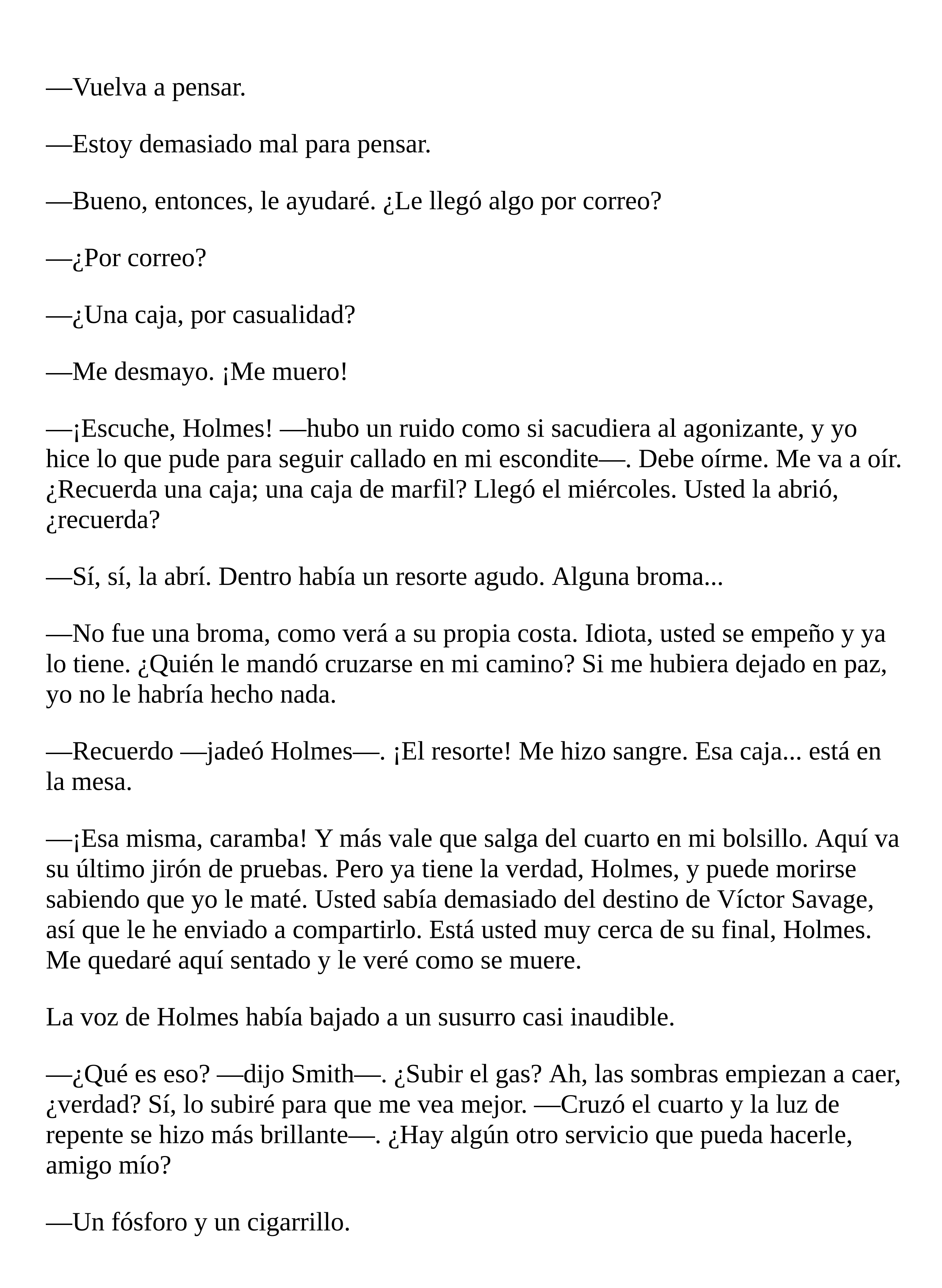
—Déme algo para aliviarme el dolor.

—Es doloroso, ¿verdad? Sí, los coolíes solían chillar un poco al final. Le entra como un espasmo, imagino.

—Sí, sí; es un espasmo.

—Bueno, de todos modos, puede oír lo que digo. ¡Escuche ahora! ¿No recuerda algún incidente desacostumbrado en su vida poco antes de que empezaran sus síntomas?

—No, no, nada.



—Vuelva a pensar.

—Estoy demasiado mal para pensar.

—Bueno, entonces, le ayudaré. ¿Le llegó algo por correo?

—¿Por correo?

—¿Una caja, por casualidad?

—Me desmayo. ¡Me muero!

—¡Escuche, Holmes! —hubo un ruido como si sacudiera al agonizante, y yo hice lo que pude para seguir callado en mi escondite—. Debe oírme. Me va a oír. ¿Recuerda una caja; una caja de marfil? Llegó el miércoles. Usted la abrió, ¿recuerda?

—Sí, sí, la abrí. Dentro había un resorte agudo. Alguna broma...

—No fue una broma, como verá a su propia costa. Idiota, usted se empeño y ya lo tiene. ¿Quién le mandó cruzarse en mi camino? Si me hubiera dejado en paz, yo no le habría hecho nada.

—Recuerdo —jadeó Holmes—. ¡El resorte! Me hizo sangre. Esa caja... está en la mesa.

—¡Esa misma, caramba! Y más vale que salga del cuarto en mi bolsillo. Aquí va su último jirón de pruebas. Pero ya tiene la verdad, Holmes, y puede morirse sabiendo que yo le maté. Usted sabía demasiado del destino de Víctor Savage, así que le he enviado a compartirlo. Está usted muy cerca de su final, Holmes. Me quedaré aquí sentado y le veré como se muere.

La voz de Holmes había bajado a un susurro casi inaudible.

—¿Qué es eso? —dijo Smith—. ¿Subir el gas? Ah, las sombras empiezan a caer, ¿verdad? Sí, lo subiré para que me vea mejor. —Cruzó el cuarto y la luz de repente se hizo más brillante—. ¿Hay algún otro servicio que pueda hacerle, amigo mío?

—Un fósforo y un cigarrillo.

Casi grité de alegría y asombro. Hablaba con su voz natural; un poco débil, quizá, pero la misma que yo conocía. Hubo una larga pausa y noté que Culverton estaba parado, mirando mudo de asombro a su compañero.

—¿Qué significa esto? —le oí decir al fin, en tono seco y ronco.

—El mejor modo de representar un personaje —dijo Holmes—. Le doy mi palabra de que desde hace tres días no he probado de comer ni de beber hasta que usted ha tenido la bondad de darme un vaso de agua. Pero el tabaco es lo que encuentro más molesto. Ah, ahí unos cigarrillos. —Oí rascar un fósforo—. Esto está mucho mejor. ¡Hola, hola! ¿Oigo los pasos de un amigo?

Fuera se oyeron unas pisadas, se abrió la puerta y apareció el inspector Morton.
—Todo está en orden y aquí tiene a su hombre —dijo Holmes.

El policía hizo las advertencias de rigor.

—Le detengo acusado del asesinato de un tal Víctor Savage —concluyó.

—Y podría añadir que por intento de asesinato de un tal Sherlock Holmes —observó mi amigo con una risita—. Para ahorrar molestias a un inválido, el señor Culverton Smith tuvo la bondad de dar nuestra señal subiendo el gas. Por cierto, el detenido tiene en el bolsillo derecho de la chaqueta una cajita que valdría más quitar de en medio. Gracias. Yo la trataría con cuidado si fuera usted. Déjela ahí. Puede desempeñar su papel en el juicio.

Hubo una súbita agitación y un forcejeo, seguido por un ruido de hierro y un grito de dolor.

—No conseguirá más que hacerse daño —dijo el inspector—. Estése quieto, ¿quiere?

Sonó el ruido de las esposas al cerrarse.

—¡Bonita trampa! —gritó la voz aguda y gruñona—. Esto le llevará al banquillo a usted, Holmes, no a mí. Me pidió que viniera aquí a curarle. Me compadecí y vine.

Ahora sin duda inventará que he dicho algo para apoyar sus sospechas demenciales. Puede mentir como guste, Holmes. Mi palabra es tan buena como

la suya.

—¡Válgame Dios! —gritó Holmes—. Se me había olvidado del todo. Mi querido Watson, le debo mil excusas. ¡Pensar que le he pasado por alto! No necesito presentarle al señor Culverton Smith, ya que entiendo que le ha conocido antes, esta tarde. ¿Tiene abajo el coche a punto? Le seguiré en cuanto me vista; quizá sea útil en la comisaría.

»Nunca me había hecho más falta —dijo Holmes, mientras se reanimaba con un vaso de borgoña y unas galletas, en los intervalos de su arreglo—. De todos modos, como usted sabe, mis costumbres son irregulares, y tal hazaña significa para mí menos que para la mayoría de los hombres. Era esencial que hiciera creer a la señora Hudson en la realidad de mi situación, puesto que ella debía de transmitírsela a usted. ¿No se habrá ofendido, Watson? Se dará cuenta de que, entre sus muchos talentos, no hay lugar para el disimulo. Nunca habría sido capaz de darle a Smith la impresión de que su presencia era urgentemente necesaria, lo cual era el punto vital de todo el proyecto. Conociendo su naturaleza vengativa, seguro que vendría a ver su obra.

—Pero ¿y su aspecto, Holmes, su cara fantasmal?

—Tres días de completo ayuno no mejoran la belleza de uno, Watson. Por lo demás, pasando una esponja con vaselina por la frente y poniendo belladona en los ojos, colorete en los pómulos y costras de cera en los labios, se puede producir un efecto muy satisfactorio. Fingir enfermedades es un tema sobre el que he pensado a veces escribir una monografía. Un poco de charla ocasional sobre medias coronas, ostras o cualquier otro tema extraño produce suficiente impresión de delirio.

—Pero, ¿por qué no me quiso dejar que me acercara, puesto que en realidad no había infección?

—¿Y usted lo pregunta, querido Watson? ¿Se imagina que no tengo respeto a su talento médico? ¿Podía imaginar yo que su astuto juicio iba a aceptar a un agonizante que, aunque débil, no tenía el pulso ni la temperatura anormales? A cuatro pasos se le podía engañar. Si no conseguía engañarle, ¿quién iba a traer a Smith a mi alcance? No, Watson, yo no tocaría esa caja. Puede ver, si la mira de lado, el resorte agudo que sale cuando se abre, como un colmillo de víbora. Me atrevo a decir que fue con un recurso así con lo que halló la muerte el pobre

Savage, que se interponía entre ese monstruo y una herencia. Sin embargo, como sabe, mi correspondencia es muy variada, y estoy un tanto en guardia contra cualquier paquete que me llegue. Pero me pareció que fingiendo que él había conseguido realmente su propósito, podría arrancarle una confesión. Y he realizado ese proyecto con la perfección del verdadero artista. Gracias, Watson, tiene que ayudarme a ponerme la chaqueta. Cuando hayamos acabado en la comisaría, creo que no estaría de más tomar algo nutritivo en Simpson's.

5. La desaparición de Lady Frances Carfax

—¿Pero por qué turcos precisamente? —preguntó Mr. Sherlock Holmes, clavando su mirada en mis botines.

Yo estaba reclinado en una silla de respaldo de rejilla, y mis pies, que sobresalían, habían atraído su atención siempre activa.

—Ingleses —respondí, algo sorprendido—. Me los compré en Latimer's, en la calle Oxford.

Holmes sonrió con expresión de paciencia tolerante.

—¡Los baños! —dijo—; ¡los baños! ¿Por qué los turcos relajantes y caros, en vez del estimulante artículo casero?

—Porque estos últimos días me he sentido reumático y viejo. El baño turco es lo que en Medicina llamamos alterante, un nuevo punto de partida, un purificador del sistema. Por cierto, Holmes —añadí—, no me cabe duda de que la relación entre mis botas y los baños turcos resulta perfectamente evidente para un cerebro lógico; no obstante, le agradecería mucho que me la explicase.

—El hilo de razonamiento no es muy oscuro, Watson —dijo Holmes, con un guiño malicioso—. Pertenece a la misma clase elemental de deducción que ilustraría si le preguntase con quien compartió el coche en su paseo de esta mañana.

—No admito que un nuevo ejemplo pueda servir de explicación —dije, con tono áspero.

—¡Bravo, Watson! Una reconvención digna y lógica. Veamos, ¿cuáles eran los puntos? Empecemos por el último: el coche. Observará que tiene usted unas salpicaduras en la manga izquierda y la hombrera de su gabán. Si hubiera ido sentado en el centro de un cabriolé, probablemente no llevaría esas salpicaduras, y en el caso de que las llevase, serían sin duda simétricas. Así que está claro que



ha ido sentado en uno de los lados, razón por la que queda igualmente claro que iba acompañado.

—Eso es evidente.

—Absurdamente común, ¿verdad?

—¿Pero y los botines y el baño?

—Igual de pueril. Tiene usted la costumbre de abrocharse los botines de una forma determinada. En esta ocasión veo que los tiene atados con un elaborado doble lazo, que no es su método habitual de hacerlo. Por lo tanto, se los ha quitado. ¿Quién se los ha anudado? Un zapatero, o el mozo del salón de baños. Es poco probable que haya sido el zapatero, ya que sus botines están nuevos. ¿Qué queda? Los baños. ¡Qué bobada! ¿Verdad? Pero en cualquier caso, el baño turco ha cumplido una finalidad.

—¿De qué se trata?

—Dice que los ha estado tomando porque necesita un cambio. Permítame que le sugiera uno. ¿Cómo le sentaría Lausanne, mi querido Watson, en asiento de primera con todos los gastos pagados con generosidad principesca?

—¡Qué maravilla! ¿Pero por qué?

Holmes se arrellanó en su sillón y se sacó del bolsillo el cuaderno de anotaciones.

—Uno de los tipos de persona más peligrosos del mundo —dijo—, es la mujer sin rumbo y sin amigos. Es la más inofensiva, y con frecuencia la más servicial de los mortales, pero también una inevitable incitación al crimen para los demás. Está desvalida. Suele ser migratoria. Tiene medios suficientes para desplazarse de país en país, de hotel en hotel. Se pierde, con frecuencia, en un laberinto de oscuras pensiones y casas de huéspedes. Es una gallina que se ha salido del corral en un mundo de zorros. Cuando la devoran, nadie la echa de menos. Me temo que algo malo le ha ocurrido a lady Frances Carfax.

Me alivió su súbito descenso de lo general a lo particular.

Holmes consultó sus anotaciones.

—Lady Frances —prosiguió— es la única superviviente por línea directa de la familia del fallecido conde de Rufton. Las fincas, como quizá recordará, pasaron a manos de los sucesores masculinos. Ella quedó con medios limitados, pero con sus extraordinarias alhajas antiguas españolas, de plata y diamantes, curiosamente talladas, a las que siempre ha estado muy apegada, incluso demasiado, porque nunca consintió en dejarlas a buen recaudo en el banco, llevándoselas en todos sus viajes. Una figura patética, lady Frances; una mujer hermosa, de mediana edad, aún fresca y sin embargo, por un extraño destino, es el último resto del naufragio de lo que hace sólo veinte años era una flota espléndida.

—¿Y qué es lo que le ha ocurrido?

—¡Ah! ¿Qué le ha ocurrido a lady Frances? ¿Está viva, o está muerta? He aquí nuestro problema. Es una dama de costumbres regulares, y durante cuatro años ha conservado el hábito invariable de escribir cada dos semanas a Miss Dobney, su antigua institutriz, que se retiró hace tiempo y vive en Camberwell. Es Miss Dobney quien me ha consultado. Hace casi cinco semanas que no recibe noticias. La última carta se la escribió desde el hotel National, en Lausanne. Según parece, lady Frances se fue de allí sin dejar dirección. La familia está angustiada y, como son inmensamente ricos, no repararán en medios para ayudarnos a esclarecer el asunto.

—¿Es Miss Dobney la única fuente de información? ¿No mantenía correspondencia con nadie más?

—Sí, con alguien cuyos datos no fallan, Watson. Me refiero al banco. Las damas solteras tiene que vivir y sus libretas bancarias son como diarios resumidos. Guarda su dinero en el Silvester. Le he echado un vistazo a su cuenta. El penúltimo cheque fue para pagar la cuenta del hotel de Lausanne, pero lo extendió por una cantidad muy elevada, que probablemente la dejó con efectivo en mano. Sólo ha girado un cheque desde entonces.

—¿A quién, y dónde?

—A Miss Marie Devine. No tenemos nada que nos indique dónde fue extendido. Fue cobrado en el Crédit Lyonnais de Montpellier hace menos de tres semanas. Era de cincuenta libras.

—¿Y quién es Miss Marie Devine?

—Eso también he podido descubrirlo. Miss Marie Devine era la sirviente de lady Frances Carfax. Pero no hemos logrado averiguar por qué le pagó ese cheque. No obstante, estoy convencido de que sus pesquisas no tardarán en resolver el caso.

—¡Mis pesquisas!

—De ahí su cura de salud en Lausanne. Sabe muy bien que no puedo irme de Londres mientras el viejo Abrahams tema tan mortalmente por su vida. En Scotland Yard se sienten solos sin mí, y eso provoca una excitación insana entre las clases criminales. Vaya usted pues, mi querido Watson, y si mi humilde consejo puede valorarse a la extraña tarifa de dos peniques por palabra, estará esperando, a su disposición, día y noche, al otro extremo del telégrafo continental.

Dos días después estaba en el hotel National de Lausanne, donde fui recibido con todo género de cortesías por M. Moser, su famoso gerente. Según me informó, lady Frances se había alojado en él varias semanas. Había inspirado gran simpatía a cuantos la habían tratado. No sobrepasaba los cuarenta años. Aún conservaba su atractivo, y daba la impresión de haber sido una mujer encantadora en su juventud. Mr. Moser no sabía nada de las alhajas valiosas, pero los empleados del hotel habían observado que el baúl más pesado del equipaje de la dama había permanecido siempre escrupulosamente cerrado. Marie Devine, la sirvienta, era tan popular como su señorita. Se había prometido a uno de los principales camareros del hotel, y no era difícil obtener su dirección, que era 11, Rue de Trajan, Montpellier. Tomé buena nota de todo, convencido de que ni el mismo Holmes habría sido más eficaz en la consecución de datos.

Sólo quedaba un rincón en la sombra. Ninguna de las luces que poseía podía esclarecer la causa de la marcha súbita de la dama. Era muy feliz en Lausanne. Existían toda clase de razones para creer que pensaba quedarse toda la temporada en sus lujosos aposentos, que daban al lago. Y sin embargo se fue, no anunciándolo hasta la víspera, lo que le supuso tener que pagar una semana de habitación sin usarla. Únicamente Jules Vibart, el enamorado de la sirvienta, podía sugerir algo. Relacionó la marcha imprevista con la visita al hotel, uno o dos días antes, de un hombre alto, moreno y con barba. «Un Sauvage; un véritable sauvage!» exclamó Jules Vibart. El hombre se alojaba en otro lugar de la ciudad. Había sido visto hablando seriamente con madame en el paseo del lago. Luego, había venido a visitarla, pero ella se había negado a recibirle. Era

inglés, pero su nombre no había quedado registrado. Madame había dejado el lugar inmediatamente después. Jules Vibart y, lo que era más importante, su novia, creían que la visita y la marcha guardaban una relación de causa y efecto. Sólo hubo una cosa de la que Jules no dijo una palabra: el motivo por el que Marie había dejado a su señorita. Sobre eso no quería o no podía hablar. Si quería informarme, tendría que preguntárselo a ella.

Así concluyó el primer capítulo de mis pesquisas. El segundo lo consagré al lugar donde se había dirigido lady Frances Carfax al marcharse de Lausanne. Rodeaba a esta cuestión cierta reserva y eso me confirmaba en mi idea de que se había ido con la intención de que alguien le perdiese el rastro. De no ser así, ¿por qué en su equipaje no pusieron simplemente la etiqueta de Baden? Tanto ella como sus maletas llegaron al balneario renano por una ruta indirecta. Todo eso lo averigüé mediante el gerente de la oficina local de la Cook. Así que me fui a Baden, después de despacharle a Holmes un informe de los pasos que había dado, y recibir en contestación un telegrama de elogio un tanto humorístico.

En Baden no fue difícil seguirle la pista. Lady Frances se había alojado dos semanas en el Englischer Hof. Estando allí había conocido a un tal doctor Shlessinger y a su esposa, misioneros de Sudamérica. Como a casi todas las damas solitarias, a lady Frances la religión le proporcionaba consuelo y actividad. La extraordinaria personalidad del doctor Shlessinger, su devoción sincera, y el hecho de que estuviera recobrándose de una enfermedad contraída en el ejercicio de sus deberes apostólicos, la impresionaron profundamente. Ayudó a Mrs. Shlessinger a cuidar de aquel santo convaleciente. El se pasaba el día, según me describió el gerente, en una tumbona en la terraza, con sus dos enfermeras una a cada lado. Había confeccionado un mapa de Tierra Santa, con referencia especial al reino de los medianitas, sobre el que estaba escribiendo una monografía. Por fin, cuando su salud hubo mejorado palpablemente, regresó a Londres con su esposa, y lady Frances les acompañó en el viaje. De eso hacía tres semanas, y el gerente no había tenido más noticias de ellos. En cuanto a la criada, Marie, se había ido hecha un mar de lágrimas unos días antes, tras informar al resto de la servidumbre de que abandonaba su servicio para siempre. El doctor Shlessinger había pagado la cuenta de todos antes de irse.

—Por cierto —dijo, el gerente, para concluir—, no es usted el único amigo de lady Frances Carfax que se interesa por su paradero. Hace sólo una semana vino por aquí un hombre con el mismo propósito.

—¿Le dejó su nombre? —pregunté.

—No; pero era inglés, aunque de un tipo poco corriente.

—¿Un salvaje? —apunté yo, relacionando los hechos al estilo de mi ilustre amigo.

—Exactamente. Esa palabra lo describe muy bien. Es un individuo corpulento, con barba, de piel curtida, que da la impresión de estar más a gusto en la posada de un granjero que en los hoteles de moda. Yo diría que es un tipo tosco, feroz, al que no querría ofender por nada del mundo.

El misterio empezaba a definirse, y las figuras se percibían con más claridad al levantar la niebla. Era evidente que aquella dama buena y piadosa estaba siendo perseguida allí adonde iba por un tipo siniestro e inexorable, al que temía, pues de lo contrario no habría salido huyendo de Lausanne. Y él la había seguido. Antes o después, la alcanzaría. ¿O quizá ya la había alcanzado? ¿Era ése el secreto de su prolongado silencio? ¿No habían podido las buenas personas que la acompañaban protegerla de su violencia o su chantaje? ¿Qué terrible propósito, qué oscura maquinación se ocultaba detrás de aquella larga persecución? Ese era el problema que tenía que resolver.

Escribí a Holmes, explicándole la rapidez y la seguridad con que había llegado a las raíces de la cuestión. En respuesta recibí un telegrama en el que se me pedía una descripción de la oreja izquierda del doctor Shlessinger. El sentido del humor de Holmes es extraño y a veces ofensivo, así que no hice caso de su inoportuna broma. En realidad, ya estaba en Montpellier, tras los pasos de la criada, Marie, cuando llegó su mensaje.

No me fue difícil encontrar a la antigua sirvienta y enterarme de cuanto tenía que decirme. Era una criatura abnegada, que había dejado a su señorita porque estaba segura de que quedaba en buenas manos, y porque su inminente boda hacía, en cualquier caso, inevitable la separación. Su señorita, según confesó muy afligida, le había dado muestras de irritabilidad en su estancia en Baden, y en una ocasión la había interrogado como si sospechara de su honestidad, lo cual había hecho su marcha más fácil de lo que habría sido en otras circunstancias. Lady Frances le había enviado cincuenta libras como regalo de boda. Como yo, Marie miraba con profundo recelo al desconocido que había obligado a su señorita a abandonar Lausanne. Le había visto con sus propios ojos agarrar por la muñeca a la dama,

con gran violencia, en el paseo del lago, un lugar público. Era un hombre feroz y terrible. Creía que era por miedo de él por lo que lady Frances había aceptado que los Shlessinger la escoltasen hasta Londres. Nunca le había hablado de ello a Marie, pero una serie de pequeñas evidencias habían convencido a la criada de que su señorita vivía en un estado de continua aprensión nerviosa. Se encontraba en ese punto de su relato, cuando de pronto se levantó de un salto y su rostro se convulsionó de sorpresa y miedo.

—¡Mire! —exclamó—. Ese sinvergüenza la persigue todavía. Ese es el hombre del que le hablaba.

Vi, a través de la ventana abierta de la sala de estar, a un hombre grandote y de piel cetrina, con una larga barba encrespada, que caminaba despacio por el centro de la calle; mirando ansioso los números de las casas. Era evidente que, al igual que yo, le seguía la pista a la muchacha. Dejándome llevar del impulso del momento, salí corriendo y le abordé.

—¿Es usted inglés? —dije.

—¿Y qué si lo soy? —preguntó, con una abominable mueca.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—No, no puede —respondió, con decisión.

La situación era embarazosa, pero con frecuencia el camino directo es el mejor.

—¿Dónde está lady Frances Carfax? —pregunté.

Se me quedó mirando atónito.

—¿Qué ha hecho con ella? ¿Por qué la perseguía? ¡Insisto en que quiero una respuesta! —dije.

El individuo lanzó un bramido de ira y saltó sobre mí como un tigre. En más de una riña he sabido defenderme, pero aquel hombre tenía garras de hierro y la furia de un diablo. Tenía ya su mano en mi garganta, y yo estaba a punto de perder el sentido, cuando un ourvier francés, sin afeitar, vestido con una camisa azul, salió disparado de un cabaret que había enfrente, con un garrote en la mano, y le asestó un fuerte golpe a mi agresor en el antebrazo, obligándole a

soltar a su presa. Permaneció un instante de pie echando humo de rabia, sin saber si debía o no renovar el ataque. Por fin, con un iracundo gruñido, me dejó y entró en la casa de la que acababa de salir yo. Me volví a darle las gracias a mi salvador, que estaba junto a mí en la calzada.

—Bueno, Watson —dijo, ¡ha armado usted una buena! Creo que lo mejor será que regrese conmigo a Londres en el expreso nocturno.

Una hora después Sherlock Holmes, con su estilo y vestimenta habituales, estaba sentado en mi aposento privado del hotel. Su explicación de por qué había aparecido súbita y oportunamente fue la simplicidad misma, a saber que, al ver que podía irse de Londres, había decidido tomarse la delantera en la siguiente etapa de mi viaje, etapa por demás obvia. Disfrazado de obrero, había estado sentado en el cabaret esperando mi aparición.

—Ha realizado usted una investigación particularmente eficaz —dijo—. En este momento no consigo recordar ningún disparate que haya dejado de cometer. El resultado final de su actuación ha sido dar la alarma en todas partes sin descubrir nada.

—Posiblemente usted no lo habría hecho mejor —respondí con amargura.

—No hay “posiblemente” que valga. Lo he hecho mejor. Aquí está el honorable Philip Green, que se aloja en este mismo hotel; quizá encontremos en él el punto de partida de una investigación más fructífera.

Habían traído una tarjeta en una bandeja, tarjeta que dio entrada al mismo rufián barbudo que me había atacado en la calle. Se sobresaltó al verme.

—¿Qué significa esto, Mr. Holmes? —preguntó—. He recibido su nota y aquí me tiene. ¿Pero qué tiene que ver este hombre en el asunto?

—Es mi viejo amigo y socio, el doctor Watson, que nos está ayudando en este caso.

El desconocido alargó una mano enorme y negra de sol, con algunas frases de disculpa.

—Espero no haberle lastimado. Cuando me acusó de haberle hecho daño a ella, perdí el control de mí mismo. Lo cierto es que últimamente no soy responsable

de mis actos. Tengo los nervios como cables de alta tensión. La situación me ha desbordado. Lo que quiero saber en primer lugar, Mr. Holmes, es cómo ha llegado usted a conocer mi existencia.

—Estoy en contacto con Miss Dobney, la institutriz de lady Frances.

—¡La vieja Susan Dobney, con su cofia! La recuerdo bien.

—Y ella le recuerda a usted. Fue antes... antes de que decidiera marcharse a Sudáfrica.

—Ah, veo que conoce toda mi historia, así que no necesito ocultarle nada. Le juro, Mr. Holmes, que no ha habido jamás en el mundo un hombre que amase a una mujer con un amor más sincero que el que le profesé yo a Frances. Yo era un joven disipado, lo sé, aunque no peor que otros de mi clase. Pero su mente era tan pura como la nieve. No soportaba ni una sombra de vulgaridad. Así que cuando le contaron algunas cosas que había hecho, decidió que no tenía nada más que decirme. Y a pesar de todo me amaba, eso es lo más paradójico del caso; me amaba lo bastante para seguir soltera toda su santa vida, sólo por mí. Cuando hubieron transcurrido unos años, y tras hacer fortuna en Barbeton, pensé que quizá podría ir en su busca y apaciguarla. Había oído decir que no estaba casada. La encontré en Lausanne, e hice cuanto estuvo en mi mano. Creo que flaqueó un poco, pero tenía una fuerte voluntad, y la siguiente vez que fui a visitarla había abandonado la ciudad. Seguí sus pasos hasta Baden, y pasado un tiempo me enteré de que su criada estaba aquí. Soy un tipo rudo, acostumbrado a una vida igualmente ruda, y cuando el doctor Watson me habló de aquel modo, perdí el control por un instante. Pero por el amor de Dios, díganme qué ha sido de lady Frances.

—Eso es lo que tratamos de averiguar —dijo Sherlock Holmes, con singular gravedad—. ¿Cuál es su dirección en Londres, Mr. Green?

—En el hotel Langham sabrán localizarme.

—En ese caso, ¿puedo recomendarle que vuelva allí y esté a mano por si lo necesito? No deseo fomentar falsas esperanzas, pero puede estar seguro de que se hará todo lo posible por la seguridad de lady Frances. Por el momento, no puedo decir nada más. Le dejaré esta tarjeta para que pueda ponerse en contacto con nosotros. Ahora, Watson, si hace su equipaje telegrafiaré a Mrs. Hudson rogándole que haga uno de sus mejores esfuerzos para reconfortar a dos viejos

hambrientos mañana a las siete y media.

Nos aguardaba un telegrama al llegar a nuestras habitaciones de la calle Baker; Holmes lo leyó con una exclamación de interés y me lo alargó. “Desgarrada o mellada”, rezaba el mensaje, procedente de Baden.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Todo —respondió Holmes—. Quizá recuerde mi pregunta aparentemente trivial, acerca de la oreja izquierda del clerical caballero. No respondió a ella.

—Ya no estaba en Baden, y no pude investigar.

—Exacto. Por eso envié un duplicado al gerente del Englischer Hof, cuya respuesta tiene en su mano.

—¿Y qué demuestra?

—Demuestra, mi querido Watson, que nos las estamos viendo con un hombre excepcionalmente astuto y peligroso. El reverendo Dr. Shlessinger, misionero de Sudamérica, no es otro que Peter “El Santo”, uno de los malhechores menos escrupulosos que ha producido Australia; y eso que, para ser un país joven, ha dado tipos muy bien acabados. Su especialidad particular consiste en engatusar a damas solitarias, jugando con sus sentimientos religiosos; y la mujer a la que llama su esposa, una inglesa apellidada Fraser, es una valiosa colaboradora. La naturaleza de sus tácticas me sugirió su identidad, y esta peculiaridad física —fue mordido en una pelea, en una taberna de Adelaida, en el 89— confirmó mis sospechas. Nuestra infortunada dama está en manos de una pareja infernal, que no se arredrará nada, Watson. Una suposición probable es que esté ya muerta. Si no lo está, se encuentra sin duda prisionera y no puede escribir ni a Miss Dobney ni a sus demás amigos. También entra en lo posible que no llegase a Londres, o que pasara de largo; pero la primera suposición es poco probable, ya que, con sus sistemas de registro, a los extranjeros no les resulta fácil engañar a la policía continental, y la segunda también lo es, porque nuestros rufianes no podían tener muchas esperanzas de encontrar un lugar más seguro que la capital donde tener a una persona secuestrada. Todos mis instintos me dicen que está en Londres, pero, como de momento no podemos averiguar dónde, no nos queda sino dar los pasos más evidentes; cenar, y conservar la paciencia. Más tarde iremos a ver, dando un paseo, a nuestro amigo Lestrade de Scotland Yard.

Pero ni la policía oficial ni la organización pequeña, pero muy eficiente, de Holmes, bastaron para desvelar el misterio. Entre los apiñados millones de habitantes de Londres, las tres personas que buscábamos quedaban tan difuminadas como si no hubieran existido nunca. Probamos a poner anuncios, pero fracasamos. Seguimos pistas, que no nos llevaron a ningún sitio. Registramos todos los garitos criminales que frecuentaba Shlessinger. Vigilamos a sus antiguos colaboradores, pero se mantuvieron alejados de él. Y de repente, tras una semana de tensión infructuosa, vimos un destello de luz. Un pendiente de plata y brillantes, de diseño español, había sido empeñado en Bevington's, sitio en Westminster Road. Lo había empeñado un hombre corpulento y afeitado de aspecto clerical. Como se demostró, su nombre y dirección eran falsos. La oreja no había sido observada, pero la descripción respondía a la de Shlessinger.

Tres veces había venido nuestro barbudo amigo del Langham en busca de noticias, la tercera una hora después de que consiguiéramos este nuevo indicio. La ropa empezaba a bailar en su enorme cuerpo. Parecía estar marchitándose en su ansiedad. "Si por lo menos me dieran algo que hacer", era su lamento constante. Por fin Holmes podía complacerle.

—Ha empezado a empeñar las joyas. Tenemos que echarle el guante ahora.

—Pero ¿significa eso que lady Frances ha sufrido algún daño?

Holmes meneó gravemente la cabeza.

—Suponiendo que la hayan tenido prisionera hasta ahora, está claro que no pueden soltarla sin perjudicarse ellos. Hemos de estar preparados para lo peor.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Esas personas no le conocen de vista?

—No.

—Es posible que en el futuro vaya a otra casa de empeños. En ese caso tendremos que volver a empezar. Pero como ha obtenido un buen precio y no le han hecho preguntas, si necesita dinero con urgencia lo más probable es que vuelva a Bevington's. Le daré una nota para ellos, y le permitirán que espere en la tienda. Si aparece ese individuo, sígale hasta su casa. Pero sin indiscreciones y, sobre todo, sin violencia. Júreme por su honor que no dará ningún paso sin mi

conocimiento y autorización.

Durante dos días el honorable Philip Green (hijo, si se me permite mencionarlo, del famoso almirante del mismo nombre que había capitaneado a la flota del mar de Azof en la guerra de Crimea) no nos trajo noticias. La tarde del tercero irrumpió en nuestra sala de estar lívido, estremecido, con todos los músculos de su potente masa temblando de agitación.

—¡Le tenemos! ¡Le tenemos! —exclamó.

Era incoherente de tan excitado que estaba. Holmes lo tranquilizó con unas palabras, y lo sentó de un empujón.

—Vamos, vamos, cuéntenoslo todo por orden —dijo.

—He estado allí hace una hora. Esta vez, era la esposa; pero el pendiente que ha traído era la pareja del otro. Es una mujer alta y pálida, con ojos de hurón.

—Ella es —dijo Holmes.

—Ha salido de la tienda y la he seguido. Ha ido caminando por Kennington Road, y yo tras ella. Por fin ha entrado en otro establecimiento. Mr. Holmes, eran unas pompas fúnebres.

Mi compañero se sobresaltó y preguntó, con esa voz vibrante que delataba el carácter fiero que se ocultaba tras sus ojos grises y fríos:

—¿Y bien?

—Ha estado hablando con la mujer que había detrás del mostrador. Yo también he entrado. “Es tarde”, he oído que decía, o alguna otra frase con idéntico significado. La mujer del mostrador se ha excusado: “tendría que estar ya allí —ha respondido—. Ha costado más, por salirse de lo corriente”.

Ambas se han interrumpido y me han mirado, así que he preguntado cualquier tontería y he abandonado el establecimiento.

—Ha hecho estupendamente. ¿Qué ha ocurrido luego?

—La mujer ha salido, pero yo me había escondido en un portal. Creo que he

despertado sus sospechas, porque ha mirado a su alrededor. Luego ha llamado a un coche y se ha subido a él. He tenido la suerte de encontrar otro y la he seguido. Se ha apeado en el 36 de la plaza Poultney, de Brixton. He continuado sin detenerme, hasta la esquina de la plaza, donde he abandonado el coche para vigilar la casa.

—¿Ha visto a alguien?

—Las ventanas estaban todas a oscuras, salvo una del piso inferior. Estaban echadas las cortinillas, así que no he podido ver nada. Estaba allí de pie, preguntándome qué debía hacer, cuando se ha detenido ante la casa un furgón cubierto, en el que viajaban dos hombres. Se han apeado, han sacado algo del furgón y lo han subido a cuestas hasta la puerta del vestíbulo. Mr. Holmes, era un ataúd.

—¡Ah!

—Ha habido un momento en que he estado a punto de precipitarme en la casa, ya que habían abierto la puerta para franquearles la entrada a los hombres y su carga. Ha sido la mujer quien ha salido a abrir; me ha visto, y creo que me ha reconocido. Se ha sobresaltado y ha cerrado la puerta apresuradamente. He recordado la promesa que le hice, y aquí me tiene.

—Ha realizado un trabajo excelente —dijo Holmes, garabateando unas palabras en media hoja de papel—. No podemos hacer nada legal sin una orden judicial, y lo mejor que puede hacer para servir a la causa es llevar esta nota a las autoridades y conseguir una. Quizá le pongan algunas dificultades, pero supongo que con la venta de las joyas bastará. Lestrade se ocupará de todos los detalles.

—Pero mientras tanto pueden asesinarla. ¿Qué significaba el ataúd, y a quién iba destinado sino a ella?

—Haremos todo lo posible, Mr. Green. No perderemos ni un minuto. Déjelo en nuestras manos. Ahora Watson —añadió, mientras nuestro cliente se alejaba a toda prisa—, pondrá en movimiento a las fuerzas regulares. Nosotros, como de costumbre, somos las irregulares, y debemos seguir nuestra propia línea de acción. La situación se nos presenta tan desesperada, que quedan justificadas las medidas más extremas.

No perdamos ni un segundo en llegar a la plaza Poultney.

—Tratemos de reconstruir los hechos —dijo, cuando cruzábamos a toda velocidad por delante del Parlamento y por el puente de Westminster—. Esos rufianes se trajeron a Londres, con engaño, a la infortunada dama, después de separarla de su fiel criada. Si ha escrito algunas cartas, las han interceptado. Con ayuda de un cómplice, han alquilado una casa amueblada. Una vez en ella, han retenido a lady Frances, y han tomado posesión de las valiosas alhajas que eran su objetivo desde el principio. Han empezado a vender algunas de ellas, creyendo que se trata de una operación segura, pues no tienen razones para creer que a nadie le interese el destino de su cautiva. Cuando la pongan en libertad, es evidente que les denunciará. Así que no pueden ponerla en libertad. Pero tampoco pueden tenerla encerrada a cal y canto para siempre. El asesinato es, pues, su única solución.

—Parece muy claro.

—Tomemos ahora otra línea de razonamiento. Cuando se siguen dos hilos de pensamiento diferentes, Watson, se encuentra siempre un punto de intersección que debería aproximarle a uno a la verdad. Ahora partiremos, no de la dama, sino del ataúd, e iremos hacia atrás en nuestra argumentación. Me temo que ese incidente demuestra, sin duda ninguna, que la dama está muerta. Apunta también a un entierro ortodoxo, con el debido acompañamiento de un certificado médico y una ratificación oficial. Si la dama hubiera sido asesinada, como parece evidente, la habrían enterrado en un agujero, cavado por ellos mismos en la parte trasera del jardín. Pero aquí todo se hace abiertamente, de forma regular. ¿Qué significa eso? Que le causaron la muerte de tal forma que pudieron engañar al médico, simulando un final natural; quizá el envenenamiento. Sin embargo, es extraño que permitieran que el galeno se acercara a la muerta; a no ser que fuera cómplice suyo, proposición por otro lado bastante inverosímil.

—¿Podrían haber falsificado un certificado médico?

—Peligroso, Watson, muy peligroso. No, no me los imagino haciendo tal cosa. ¡Deténgase, cochero! Ese establecimiento debe ser la funeraria, porque acabamos de pasar por delante de la casa de empeños. ¿Me hace el favor de entrar, Watson? Su aspecto inspira confianza. Pregunte a qué hora se celebra mañana el funeral de la plaza Poultney.

La mujer de la tienda me respondió sin vacilar que tendría lugar a las ocho de la mañana.

—Ya ve, Watson, que no hay misterio; ¡todas las cartas están encima de la mesa! De una manera u otra han cumplimentado todos los requisitos legales, y creen que tienen poco que temer. Bien, no nos queda sino el ataque frontal directo. ¿Va armado? —Con mi bastón.

—Bueno, bueno, seremos fuertes. Como dice el proverbio inglés, “va tres veces armado quien lucha por causa justa”. No podemos permitirnos el lujo de esperar a la policía, ni de mantenernos dentro de las cuatro esquinas de la ley. Puede irse, cochero. Vamos, Watson, probemos suerte juntos, como ya hicimos alguna vez en el pasado.

Llamó apremiantemente a la puerta de una casona oscura, sita en el centro de la plaza Poultney. Nos abrieron en seguida, destacándose la silueta de una mujer alta en el vestíbulo iluminado con luz tenue.

—¿Qué es lo que quieren? —nos preguntó ásperamente, escudriñándonos en la oscuridad.

—Quiero hablar con el doctor Shlessinger —dijo Holmes.

—Aquí no vive nadie con ese nombre —respondió, y trató de cerrar la puerta; pero Holmes la había obstruido con el pie.

—Muy bien, entonces quiero ver al hombre que vive aquí, se llame como se llame —dijo Holmes, con tono firme.

—Adelante, entren —dijo—. A mi marido no le asusta enfrentarse con ningún hombre en el mundo. Cerró la puerta detrás nuestro y nos introdujo en una sala de estar situada a la derecha del vestíbulo, avivando la lamparilla de gas al dejarnos.

—Mr. Peters estará con ustedes dentro de un instante —dijo.

Sus palabras resultaron ser literalmente ciertas, porque apenas habíamos tenido tiempo de echar un vistazo a aquella estancia polvorienta y apolillada en la que nos hallábamos, cuando la puerta se abrió y entró con paso ligero un hombre corpulento, de rostro afeitado y calvo. Tenía la cara ancha y rubicunda, las mejillas colgantes y un aire general de benevolencia superficial que quedaba desmentido por su boca cruel y agresiva.

—Sin duda aquí hay algún error, caballeros —dijo, con una voz untuosa, de esas que parece que todo lo solucionan—. Me imagino que les han dirigido a la persona equivocada. Quizá si probasen más abajo en la misma calle...

—Ya está bien, no tenemos tiempo que perder —dijo mi compañero, con firmeza —. Usted es Henry Peters, de Adelaida, antes reverendo doctor Shlessinger, de Baden y Sudamérica. Estoy seguro de eso como de que me llamo Sherlock Holmes.

Peters, como le llamaré a partir de ahora, se sobresaltó y clavó su mirada en la de su sorprendente perseguidor.

—Me temo que su nombre no me asusta, Mr. Holmes —dijo con frialdad—. Cuando un hombre tiene la conciencia tranquila, no se alarma fácilmente. ¿Qué ha venido a hacer a mi casa?

—Quiero saber qué ha hecho con lady Frances Carfax, a quien se trajo hasta aquí desde Baden.

—Le agradecería que me dijera usted dónde está esa señora —respondió Peters, con tono tranquilo—. Tengo contra ella una factura de casi cien libras, y como única compensación un par de pendientes de bisutería que los comerciantes casi ni se dignan a mirar. Se encariñó con Mrs. Peters y conmigo en Baden (es un hecho que utilizaba entonces otro nombre) y se nos pegó en nuestro viaje a Londres. Pagué su cuenta del hotel y su billete. Una vez en Londres, nos dio esquinazo y, como le decía, nos dejó estas joyas anticuadas en pago de sus facturas. Si la encuentra, Mr. Holmes, estaré siempre en deuda con usted.

—Es mi intención encontrarla —dijo Sherlock Holmes—. Voy a registrar esta casa hasta que aparezca.

—¿Dónde está su orden judicial?

Holmes entresacó un revólver de su bolsillo.

—Tendrá que conformarse con ésta hasta que llegue una mejor.

—Así que es usted un vulgar ladrón.

—Descríbame así, si le place —dijo Holmes, divertido—. Mi compañero

también es un peligroso rufián. Y, los dos juntos, vamos a registrar su casa.

Nuestro adversario abrió la puerta.

—Ve a buscar a la policía, Annie —dijo. Se oyó por el pasillo un crujir de faldas femeninas, y se abrió y se cerró la puerta del vestíbulo.

—Tenemos el tiempo limitado, Watson —dijo Holmes—. Si trata de detenernos, Peters, puede estar seguro de que resultará herido. ¿Dónde está el ataúd que entraron en su casa?

—¿Para qué quiere el ataúd? Está haciendo su servicio. Hay un cuerpo en su interior.

—Tengo que ver ese cuerpo.

—Nunca con mi consentimiento.

—Pues entonces sin él.

Con un movimiento rápido, Holmes empujó a un lado a aquel individuo y salió al vestíbulo. Delante nuestro había una puerta entreabierta. Entramos. Era el comedor. Sobre la mesa, debajo de una lámpara de araña a medio encender, estaba depositado el ataúd. Holmes avivó el gas y levantó la tapa. Muy hundida en su interior yacía una figura muy flaca. El resplandor de las luces se proyectó sobre un rostro viejo y marchito. Ningún proceso imaginable de crueldad, inanición o enfermedad podrían haber reducido a la aún hermosa lady Frances a aquel estado de ruina ajada. En el rostro de Holmes se reflejó su sorpresa y también su alivio.

—¡Gracias a Dios! —murmuró—. Es otra persona.

—Por una vez ha cometido un buen disparate, Mr. Sherlock Holmes —dijo Peters, que nos había seguido hasta la estancia.

—¿Quién es la difunta?

—Bueno, si quiere saberlo, es una antigua niñera de mi esposa, llamada Rose Spender, a la que encontramos en la enfermería del asilo de Brixton. La trajimos aquí, llamamos al doctor Horson, de Firbank Villas 13, (anote bien la dirección,

Mr. Holmes) y le prodigamos todo género de cuidados, como buenos cristianos que somos. Murió al tercer día, de pura senilidad, según consta en el certificado; pero ésa es solo la opinión del médico y, por supuesto, usted sabe más que él. Le hemos encargado su funeral a Stimson & Co., de Kennington Road; será enterrada mañana por la mañana a las ocho. ¿Ve en todo esto algo sospechoso, Mr. Holmes? Acaba de cometer una torpeza estúpida, y lo mínimo que podría hacer es admitirlo. Habría dado cualquier cosa por poder fotografiar su cara boquiabierta y perpleja, al levantar esa tapa, esperando ver a lady Frances Carfax, y hallar sólo a esa pobre mujer de noventa años.

La expresión de Holmes permanecía impávida, como siempre, ante las burlas de su antagonista; pero sus puños cerrados delataban su profundo enojo.

—Voy a registrar su casa —dijo.

—¡Ah! ¿Conque sí? —exclamó Peters, al mismo tiempo que se oían en el pasillo una voz de mujer y unos pasos pesados—. Pronto lo veremos. Por aquí, oficiales se los ruego. Estos hombres han entrado por la fuerza en mi casa, y no consigo librarme de ellos. Ayúdenme a echarles.

En el umbral habían aparecido un sargento y un agente. Holmes se sacó una tarjeta de su tarjetero.

—Aquí tienen mi nombre y dirección. Este es mi amigo el doctor Watson.

—¡Válgame Dios! Le conocemos muy bien, señor —dijo el sargento—; pero no puede estar aquí sin una orden judicial.

—Claro que no. Me hago cargo. —¡Arréstele! —exclamó Peters.

—Sabemos donde encontrar a este caballero si queremos algo de él —dijo el sargento, majestuosamente—; pero tendrá que irse, Mr. Holmes.

—Sí, Watson, tendremos que irnos.

Un minuto después volvíamos a estar en la calle. Holmes estaba tan tranquilo como siempre, pero yo ardía de ira y humillación. El sargento nos siguió.

—Lo lamento, Mr. Holmes, pero así es la ley.

—Exacto, sargento; no podía hacer otra cosa.

—Supongo que tenía buenas razones para estar en esa casa. Si hay algo que yo pueda hacer...

—Ha desaparecido una mujer, sargento, y creemos que está ahí dentro. Espero una autorización legal.

—En ese caso no perderé la vista a esa gente, Mr. Holmes. Si ocurre algo, desde luego se lo haré saber.

Eran sólo las nueve, así que nos lanzamos de nuevo sobre la pista. Tomamos un coche y fuimos a la enfermería del asilo de Brixton, donde descubrimos que era verdad que una caritativa pareja se había personado allí hacía unos días, había reclamado a una vieja imbécil como antigua sirviente suya, y había obtenido autorización para llevársela. No manifestaron ninguna sorpresa cuando les dijimos que había muerto.

El médico fue nuestro siguiente objetivo. Había sido llamado, hallando a la mujer casi muerta de senilidad; la había visto expirar, y había firmado el acta de defunción con toda legalidad. "Les aseguro que todo fue perfectamente normal y que no hubo posibilidad de jugar sucio en toda esta cuestión", —dijo. Nada en la casa le había parecido sospechoso, salvo que era "sorprendente que personas de su clase no tuvieran servidumbre". Eso nos comentó el doctor, y no pasó de ahí.

Por último, pusimos rumbo a Scotland Yard. Habían surgido dificultades de trámite relativo a la orden de registro. Se produciría un retraso inevitable. No se obtendría la firma del magistrado hasta la mañana siguiente. Si Holmes se presentaba a eso de las nueve podría acompañar a Lestrade, para presenciar su puesta en ejecución. Así acabó el día, salvo que cerca de la medianoche, nuestro amigo, el sargento, vino a decirnos que había visto destellos de luces de aquí y allá en las ventanas del oscuro caserón, pero nadie había entrado ni salido de él. No nos quedaba sino hacer acopio de paciencia, y esperar a la mañana siguiente.

Sherlock Holmes estaba demasiado irritable para conversar y demasiado inquieto para dormir. Le dejé fumando ávidamente, con sus cejas pesadas y oscuras casi juntándose y sus dedos largos y nerviosos tamborileando en los brazos de su sillón, mientras le daba vueltas en su cabeza a toda solución posible del misterio. En el curso de la noche, le oí varias veces andar de un lado a otro de la casa. Por fin, justo cuando acababa de despertarme, irrumpió en mi

habitación. Llevaba puesto el batín, pero su rostro pálido y ojeroso me dio a entender que no había dormido en toda la noche.

—¿A qué hora era el funeral? A las ocho, ¿verdad? —preguntó, anhelante—. Bueno, ahora son las siete y veinte. ¿Por amor del cielo, Watson, qué le ha ocurrido a ese cerebro que Dios me ha dado? ¡Deprisa, hombre, deprisa! Es una cuestión de vida o muerte; mil probabilidades de muerte contra una vida. ¡Nunca me lo perdonaré si llegamos demasiado tarde!

Menos de cinco minutos después volábamos en un cabriolé por la calle Baker. Pero aún así eran las ocho menos veinticinco cuando pasamos delante del Big Ben, y sonaron las ocho campanadas en el momento en que girábamos a toda velocidad por Brixton Road. Hubo, sin embargo, quien llegó tarde como nosotros. Diez minutos después de la hora la carroza fúnebre estaba aún ante la puerta de la casa, y en el instante en que nuestro caballo, echando espuma, se detenía, apareció en el umbral el féretro, llevado por tres hombres. Holmes salió disparado y les cortó el paso.

—¡Vuelvan atrás! —exclamó, apoyando su mano sobre el pecho del primer hombre—. ¡Vuelvan atrás ahora mismo!

—¿Qué diablos significa esto? Una vez más le pregunto: ¿dónde está su orden judicial? —gritó el furioso Peters desde el otro extremo del féretro, con la cara brillante.

—La orden está en camino. Este ataúd permanecerá en la casa hasta que llegue.

La autoridad de la voz de Holmes produjo su efecto en los hombres que transportaban el féretro. Peters se había esfumado en el interior de la casa, y obedecieron estas últimas órdenes.

—¡Deprisa, Watson, deprisa! Aquí hay un destornillador —gritó Holmes, una vez colocado de nuevo el féretro sobre la mesa—. Este para usted, amigo mío; un soberano si los goznes de la tapa han saltado dentro de un minuto. ¡No pregunte, y trabaje! ¡Bien! ¡Otro! ¡Y otro más! ¡Tiremos de ella todos juntos! ¡Está cediendo! ¡Está cediendo! ¡Ah, por fin lo hemos conseguido!

Con un esfuerzo conjunto separamos la tapa del féretro. Al hacerlo, salió de su interior un olor a cloroformo mareante e irresistible. Yacía allí un cuerpo, con la cabeza envuelta en un algodón, previamente empapado en el narcótico. Holmes

lo arrancó, dejando al descubierto el rostro estatuario de una mujer de mediana edad, hermosa y espiritual. Un instante después había rodeado el cuerpo con el brazo y lo había incorporado hasta sentarlo.

—¿Ha muerto, Watson? ¿Queda alguna chispa de vida en ella? ¡Espero que no hayamos llegado demasiado tarde!

Durante media hora pareció que sí, que era demasiado tarde. Lady Frances, con la asfixia y los vapores venenosos del cloroformo, parecía haber sobrepasado el último punto desde el que es posible el retorno. Pero por fin, gracias a la respiración artificial, las inyecciones de éter y todos los recursos a los que tiene acceso la ciencia, un hálito de vida, un temblor en los párpados, un poco de vaho en un espejo, nos indicaron que la vida volvía poco a poco. Se había detenido un coche y Holmes, apartando la cortina, lo miró.

—Aquí está Lestrade con su orden —dijo—. Se encontrará con que los pájaros han volado. Y aquí —añadió, al oír unos pasos pesados que corrían por el pasillo — viene alguien que tiene más derecho que nosotros a cuidar a esta dama. Buenos días, Mr. Green; creo que cuanto antes podamos trasladar a lady Frances, mejor. Mientras tanto, puede proceder con el funeral y así la pobre anciana que aún yace en este féretro irá por fin, sola, a su último descanso.

—Mi querido Watson —dijo Holmes aquella noche—, si decide incorporar este caso a sus anales, deberá hacerlo sólo como un ejemplo de ese eclipse momentáneo al que está expuesto incluso el cerebro mejor equilibrado. Estos deslices son comunes a todos los mortales, y más grande será aquél que sepa reconocerlos y ponerles remedio. Quizá sea yo acreedor a esta alabanza moderada. Toda la noche pasada estuve obsesionado por la idea de que un punto clave, una frase extraña, una observación curiosa, había cruzado mi mente sin detenerse en ella. Luego, de pronto, en los grises albores matutinos, me vinieron a la memoria unas palabras. Eran las que repitió Philip Green. Aquella mujer dijo: “Es tarde. Tendría que estar ya allí. Ha costado más, por salirse de lo corriente”. Estaba hablando del ataúd. Y éste se salía de lo corriente. Eso sólo podía significar que había sido confeccionado con unas medidas especiales. ¿Pero por qué? ¿Por qué? En un instante recordé su profundidad, y el cuerpo disminuido y marchito que yacía en su fondo. ¿Por qué un ataúd tan grande para un cuerpo tan pequeño? Para dejar espacio para otro cadáver. Las iban a enterrar a las dos con el mismo certificado. Todo estaba claro, si no hubiera tenido yo una venda en los ojos. A las ocho iban a enterrar a lady Frances. Nuestra única

posibilidad era detener al féretro antes de que abandonase la casa.

Solo teníamos una posibilidad desesperada de encontrarla viva, pero era una posibilidad, como demostraron los resultados. Nunca, que yo sepa, había asesinado a nadie aquella gente. Quizá en el momento decisivo se resistirían a usar la violencia. Podían enterrarla sin dejar vestigios de cómo había muerto, e incluso, si sus restos eran exhumados, les quedaba una posibilidad. Esperaba que fuesen tales consideraciones las que prevalecieran. Puede reconstruir la escena bastante bien. Ya ha visto el cuartucho espantoso donde la pobre dama había estado recluida todo este tiempo. Irrumpieron en él y la atontaron con el cloroformo, la bajaron al comedor, vertieron más vapor en el féretro para asegurarse de que no despertaría, y cerraron la tapa. Un truco ingenioso, Watson. Es nuevo, para mí, en los anales del crimen. Si nuestros amigos ex-misioneros escapan de las garras de Lestrade, espero enterarme de algunos incidentes brillantes en su carrera futura.

6. El pie del diablo

Al relatar de vez en cuando algunas de las experiencias curiosas y los recuerdos interesantes que asocio con mi amistad íntima y prolongada con Mr. Sherlock Holmes, me he topado constantemente con las dificultades que me ha causado su aversión por la publicidad. Para su carácter austero y cínico el aplauso popular siempre ha sido aborrecible, y nada le divertía más al cerrar con éxito un caso que traspasar el mérito a algún oficial ortodoxo, y escuchar con sonrisa burlona el coro general de felicitaciones equivocadas. Ha sido en realidad esta actitud por parte de mi amigo, y no desde luego la falta de material interesante, lo que en los últimos años me ha obligado a publicar muy pocos de mis relatos. Mi participación en algunas de sus aventuras siempre ha sido un privilegio que me ha exigido discreción y reticencia.

Quedé, pues, enormemente sorprendido al recibir el martes pasado un telegrama de Holmes, nunca se ha sabido de él que escribiera cuando bastaba un telegrama, en los términos siguientes:

«¿Por qué no contarles el horror de Cornualles, el más extraño caso que se me ha encomendado?»

Ignoro qué resaca de su cerebro había refrescado el caso en su memoria, o qué antojo le había hecho desear que yo lo relatase; pero me apresuré, antes de que llegara otro telegrama cancelando aquél, a rebuscar las notas que me darían los detalles exactos del caso, y a exponerles el caso a mis lectores.

Fue en la primavera del año 1897, cuando en la férrea constitución de Holmes aparecieron algunos síntomas de debilitamiento frente a un trabajo duro, constante y del tipo más agotador, agravado, además, por sus propias imprudencias ocasionales. En marzo de aquel año el doctor Moore Agar, de la calle Harley, cuya dramática presentación a Holmes quizá cuente algún día, le dio órdenes terminantes al famoso detective privado de dejar a un lado todos sus casos y entregarse a un completo descanso, si quería evitar un colapso. Su estado de salud no era asunto por el que Holmes se tomase el más mínimo interés, ya que tenía una gran capacidad de abstracción mental, pero al final fue inducido,

bajo la amenaza de quedar inhabilitado para el trabajo de forma permanente, a buscarse un cambio total de escena y de aires. Así fue como a principios de primavera de aquel mismo año nos trasladamos a una casita de campo cerca de la bahía de Poldhu, en el extremo más alejado de la península de Cornualles.

Era un lugar singular, especialmente adecuado para el humor sombrío de mi paciente. Desde las ventanas de nuestra casita encalada, construida en lo alto de una colina muy verde, dominábamos todo el siniestro semicírculo de la bahía de Mounts, esa antigua trampa mortal para los veleros, con su hilera de negros acantilados y arrecifes azotados por las olas, contra los que habían hallado la muerte innumerables marineros. Con viento del norte la bahía permanece plácida y abrigada, invitando a las embarcaciones sacudidas por la tempestad a virar hacia ella en busca de descanso y protección.

Pero luego vienen el súbito remolino de viento, las ráfagas huracanadas del sudoeste, el ancla arrancada, la orilla a sotavento, y la última batalla en el rompiente espumoso. El marinero prudente está siempre alejado de ese lugar maldito.

Por el lado de tierra nuestros alrededores eran tan sombríos como el mar. Era aquélla una zona de páramos ondulantes, solitarios y grises, con un campanario aquí y allá para marcar el emplazamiento de algún que otro pueblo de tiempos pasados. En cualquier dirección de los páramos había vestigios de una raza ya desaparecida que no había dejado como constancia de su paso sino extraños monumentos de piedra, túmulos irregulares que contenían las cenizas incineradas de los muertos, y curiosas construcciones de tierra que apuntaban a la lucha prehistórica. El embrujo y misterio de la región, con su siniestra atmósfera de naciones olvidadas, apelaba a la imaginación de mi amigo, quien pasaba gran parte de su tiempo dando largos paseos y sumiéndose en meditaciones solitarias en los páramos. La antigua lengua de Cornualles también había atraído su atención, y recuerdo que se le metió en la cabeza la idea de que era muy similar al caldeo y constituía una derivación directa del lenguaje de los comerciantes de estaño fenicios.

Recibió un envío de libros de filología, y se disponía a consagrarse al desarrollo de su tesis cuando de repente, para pesar mío y alborozo manifiesto de él, nos encontramos, incluso en aquella tierra de sueños, sumergidos en un problema ocurrido a nuestra puerta, más intenso, más absorbente e infinitamente más misterioso que cualquiera de los que nos habían hecho salir de Londres. Nuestra

vida sencilla y plácida, nuestra saludable rutina fueron interrumpidas violentamente, y nosotros nos vimos precipitados en el centro de una serie de sucesos que provocaron una excitación extrema no sólo en Cornualles, sino también en toda la parte occidental de Inglaterra. Quizá muchos de mis lectores conserven algún recuerdo de lo que se llamó entonces el “Horror de Cornualles”, aunque a la prensa de Londres no llegó más que un relato muy incompleto del asunto. Ahora, trece años después, voy a dar a conocer públicamente los auténticos detalles de aquel caso inconcebible.

Ya he dicho que unos cuantos campanarios diseminados indicaban la situación de los pueblos que salpicaban aquella parte de Cornualles. El más cercano era la aldea de Tredannick Wollas, donde las casas de unos doscientos habitantes se apiñaban en torno a una iglesia antigua y cubierta de musgo. El vicario de la parroquia, Mr. Roundhay, tenía algo de arqueólogo, y, como tal, había trabado amistad con Holmes. Era un hombre de mediana edad, atractivo y afable, con un caudal considerable de erudición local. Invitados por él, fuimos un día a tomar el té en la vicaría, conociendo asimismo a Mr. Mortimer Tregennis, un caballero independiente que había incrementado los escasos recursos del sacerdote alquilando habitaciones en su casa espaciosa y destartalada. El vicario, que era soltero, estaba encantado de haber llegado a un acuerdo de este tipo, a pesar de no tener apenas nada en común con su huésped, que era un hombre delgado, moreno, con gafas, y con un encorvamiento de espalda que daba la impresión de una auténtica deformidad física. Recuerdo que durante nuestra corta visita encontramos al vicario locuaz, y a su inquilino extrañamente reservado, con expresión triste, y entregado a la introspección; todo el tiempo permaneció sentado con la mirada perdida, aparentemente absorto en sus propios asuntos.

Esos fueron los dos hombres que entraron abruptamente en nuestra sala de estar el martes 16 de marzo, poco después de la hora del desayuno, cuando estábamos fumando juntos y preparándonos para nuestra excursión diaria por los páramos.

—Mr. Holmes —dijo el vicario, con voz agitada—, durante la noche ha ocurrido un suceso de lo más trágico y extraordinario. Es algo de verdad insólito. No podemos sino considerar como un don de la providencia que esté usted aquí en estos momentos, porque en toda Inglaterra no hay un hombre al que necesitemos más.

Clavé en el intruso vicario una mirada poco amistosa; pero Holmes se quitó la pipa de los labios y se irguió en su silla, como un viejo sabueso que oye el grito

de “¡Zorro a la vista!” Señaló el sofá con el dedo, y el palpitante vicario, con su agitado compañero, se sentaron en él, uno junto al otro. Mr. Mortimer Tregennis se dominaba más que el sacerdote, pero el crispamiento de sus manos delgadas y el brillo de sus ojos oscuros delataban la emoción que compartía con éste.

—¿Hablo yo, o lo hace usted? —preguntó al vicario.

—Bueno, como parece ser que es usted quien ha hecho el descubrimiento, sea lo que fuere, y el vicario lo sabe todo de segunda mano, quizá será mejor que hable, Mr. Tregennis —dijo Holmes.

Lancé una mirada al vicario, vestido apresuradamente, a su inquilino, sentado junto a él, ataviado con toda formalidad, y me divirtió la sorpresa que había producido en sus rostros la simple deducción de Holmes.

—Quizá será mejor que diga primero unas palabras —dijo el vicario—, y entonces usted mismo juzgará si prefiere escuchar los detalles de Mr. Tregennis, o salir corriendo sin pérdida de tiempo hacia el escenario de tan misterioso suceso. Explicaré, pues, que nuestro amigo aquí presente pasó la velada de ayer en compañía de sus dos hermanos, Owen y George, y en la de su hermana, Brenda, en su casa de Tredannick Wartha, que está cerca de la vieja cruz de piedra del páramo. Les dejó poco después de las diez, jugando a cartas en torno a la mesa del comedor, de buen humor y con excelente salud. Esta mañana, como es hombre madrugador, ha salido de paseo en esa dirección antes de desayunar, siendo alcanzado por el coche del doctor Richards, quien le ha explicado que acababan de mandarle llamar urgentemente desde Tredannick Wartha. Como es natural, Mr. Mortimer Tregennis ha ido con él. Al llegar a Tredannick Wartha se ha encontrado con un estado de cosas extraordinario. Sus tres hermanos estaban sentados en torno a la mesa, tal como él los había dejado, con las cartas aún extendidas ante ellos y las velas consumidas hasta la base. La hermana estaba reclinada en su silla, muerta, con los dos hermanos sentados a cada lado, riendo, gritando y cantando, con la mente totalmente perturbada. Los tres, la mujer muerta y los dos hombres enloquecidos, tenían en el rostro una expresión de horror desaforado, una convulsión de terror que daba miedo mirarla. No había indicios de la presencia de nadie en la casa, excepto de Mrs. Porter, la vieja cocinera y ama de llaves, que ha declarado que durmió profundamente y no oyó ningún ruido durante la noche. No habían robado ni desordenado nada, y no existe ninguna explicación sobre cuál pudo ser la visión espantosa que mató de pánico a una mujer e hizo perder el juicio a dos hombres fuertes. Esta es, en dos

palabras, la situación, Mr. Holmes; si puede ayudarnos a esclarecerla habrá realizado un gran trabajo.

Yo esperaba poder engatusar de algún modo a mi compañero para continuar con la vida tranquila que era el objetivo de nuestro viaje; pero una sola mirada a la expresión intensa de su rostro y a sus cejas contraídas me indicaron lo vano de mi esperanza. Estuvo un rato sentado en silencio, absorbido por el extraño drama que había venido a romper nuestra paz.

—Voy a estudiar el asunto —dijo, por fin—. A primera vista, parece tratarse de un caso excepcional. ¿Ha estado ya allí, Mr. Roundhay?

—No, Mr. Holmes. Mr. Tregennis me lo ha contado todo al volver a la parroquia, y al instante hemos corrido a consultarle a usted.

—¿A qué distancia está la casa donde ocurrió esa singular tragedia?

—A una milla tierra adentro, más o menos.

—En ese caso iremos caminando juntos. Pero, antes de salir, he de hacerle unas pocas preguntas, Mr. Mortimer Tregennis.

El interpelado había permanecido callado todo el tiempo, pero yo había observado que su excitación más controlada era incluso superior a la emoción agresiva del clérigo. Estaba sentado con el rostro pálido y contraído, la mirada ansiosa clavada en Holmes, y sus manos delgadas unidas convulsivamente. Sus labios pálidos habían temblado al escuchar la espantosa experiencia que había vivido su familia, y en sus ojos oscuros parecía reflejarse parte del horror de la escena.

—Pregunte lo que quiera, Mr. Holmes —dijo, anhelante—. Es un tema del que se me hace difícil hablar, pero le contestaré la verdad.

—Hábleme de la noche pasada.

—Verá, Mr. Holmes; cené allí, como le ha dicho el vicario, y mi hermano mayor,

George, propuso luego una partida de Whist. Nos sentamos a jugar a eso de las nueve.

Eran sobre las diez y cuarto cuando me puse en pie para marcharme. Les dejé en torno a la mesa, lo más alegres que imaginarse pueda.

—¿Quién salió a despedirle?

—Mrs. Porter ya se había acostado, así que salí yo solo. Cerré la puerta del vestíbulo desde fuera. La ventana del salón estaba cerrada, aunque no habían echado la cortinilla. Esta mañana no había ningún cambio ni en la puerta ni en la ventana, ni tampoco razón para creer que un desconocido había entrado en la casa. Sin embargo allí estaban, totalmente enloquecidos por el terror, y Brenda muerta de miedo, medio reclinada, con la cabeza colgando sobre el brazo de la butaca. En toda mi vida no lograré borrar de mi memoria la escena que he contemplado es esa habitación.

—Los hechos, tal y como usted los presenta, son sin duda extraordinarios —dijo Holmes—. Supongo que no tendrá ninguna teoría propia capaz de explicarlos.

—Es algo demoníaco. Mr. Holmes; ¡demoníaco! —exclamó Mortimer Tregennis —. No es de este mundo. Algo entró en esa habitación, que apagó de un soplo la luz de la razón que había en sus mentes. ¿Qué fuerza humana podría hacer una cosa así?

—Me temo —replicó Holmes-que si el asunto está por encima de la humanidad, también estará por encima mío. Pero en cualquier caso debemos agotar todas las explicaciones naturales antes de apoyarnos en una teoría como ésta. En cuanto a usted, Mr. Tregennis, parece ser que por alguna razón no estaba muy unido a su familia, ya que ellos vivían juntos y usted tiene habitaciones aparte.

—Cierto, Mr. Holmes, aunque todo está pasado y olvidado. Éramos una familia de mineros de estaño de Redruth que vendimos nuestro negocio a una empresa y nos retiramos con dinero suficiente para vivir. No negaré que hubo, al repartir el dinero, ciertas desavenencias que nos mantuvieron distanciados durante un tiempo; pero todo quedó perdonado y arreglado, y ahora éramos los mejores amigos del mundo.

—Volviendo a la velada que pasaron juntos, ¿no ha quedado nada grabado en su memoria que pudiera arrojar luz sobre la tragedia? Piense despacio, Mr. Tregennis; busque cualquier pista que pueda ayudarme.

—No recuerdo nada en absoluto, señor.

—¿Sus hermanos estaban del humor habitual?

—Nunca les vi mejor.

—¿Estaban nerviosos? ¿En algún momento dieron muestras de aprensión ante un peligro inminente?

—No, nada de eso.

—¿Entonces no tiene nada que agregar que pueda serme útil?

Mortimer Tregennis estuvo unos instantes meditando seriamente.

—Sólo se me ocurre una cosa —dijo por fin—. Cuando nos sentamos a la mesa yo me coloqué de espaldas a la ventana y mi hermano George, que era mi compañero en la partida, de cara a ella. Una vez le vi mirar con atención por encima de mi hombro, así que me di la vuelta y me puse a mirar yo también. La cortinilla estaba levantada y la ventana cerrada, pero pude vislumbrar los arbustos del prado, y por un instante me pareció que algo se movía entre ellos. No podría ni siquiera afirmar si era una persona o un animal, sólo sé que había algo allí. Cuando le pregunté a George qué estaba mirando, me comentó que él había tenido la misma sensación. Eso es todo cuanto puedo decirle.

—¿No investigaron?

—No; no nos pareció importante.

—Así que les dejó sin ninguna premonición de la desgracia.

—Ninguna en absoluto.

—No acabo de comprender cómo se ha enterado de la noticia esta mañana temprano.

—Soy muy madrugador, y suelo dar un paseo antes del desayuno. Esta mañana, acababa de salir cuando el doctor me ha alcanzado en su coche. Me ha dicho que la vieja Mrs. Porter le había enviado un chico con un mensaje urgente. He subido de un salto al vehículo y hemos seguido el viaje. Al llegar, hemos entrado en esa estancia espantosa. Las velas y el fuego del hogar debían haberse apagado hacía horas, y ellos habían permanecido sentados en la oscuridad hasta romper el día.

El doctor ha dicho que Brenda llevaba muerta por lo menos seis horas. No había señales de violencia. Estaba caída sobre el brazo de su butaca, con aquella expresión en el rostro. George y Owen estaban cantando fragmentos de canciones y gesticulando como dos grandes simios. ¡Oh, qué visión tan horrible! Yo no he podido soportarlo, y el doctor estaba tan blanco como el papel. Incluso se ha desplomado en una silla, como en una especia de desmayo, y casi hemos tenido que atenderle a él también.

¡Extraordinario! ¡Realmente extraordinario! —dijo Holmes, levantándose y asiendo su sombrero—. Creo que quizá lo mejor será ir a Tredannick Wartha sin más dilatación. Confieso que rara vez me he enfrentado con un caso que a primera vista presentara un problema más singular.

Nuestras primeras gestiones no sirvieron apenas para avanzar en la investigación. Pero de todos modos la mañana estuvo marcada, en su mismo inicio, por un incidente que produjo en mi ánimo la más siniestra impresión. Se acerca uno al lugar de la tragedia por un sendero campestre estrecho y serpenteante. Caminábamos por él cuando oímos el traqueteo de un coche que venía hacia nosotros, y nos hicimos a un lado para dejarle paso. Al cruzarse con nosotros pude entrever por la ventanilla cerrada un rostro horriblemente contorsionado y sonriente que se nos quedaba mirando. Aquellos ojos desorbitados y brillantes, y aquellos dientes que rechinaban pasaron junto a nosotros como una visión espantosa.

—¡Mis hermanos! —exclamó Mortimer Tregennis, lívido hasta los labios—. Se los llevan a Helston.

Nos volvimos para mirar el negro carruaje, que se alejaba dando tumbos. Luego dirigimos nuestros pasos hacia aquella casa malhadada donde les había sorprendido su extraña suerte.

Era una morada espaciosa y llena de luz, más mansión que simple casa de campo, con un jardín de considerable extensión que, con el aire de Cornualles, abundaba ya en flores primaverales. A este jardín se abría la ventana del salón, y, según Mortimer Tregennis, era por allí por donde tenía que haberse acercado el ser maléfico que en un instante, mediante el horror puro, había hecho estallar sus mentes. Holmes caminó despacio y pensativo por entre los tiestos de flores y por el sendero que conducía al porche. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que recuerdo que tropezó contra la regadera, derramó su contenido e inundó nuestros

pies y también el sendero del jardín. Ya en la casa salió a recibirnos la anciana ama de llaves de Cornualles, Mrs. Porter, que con la ayuda de una muchacha joven atendía a las necesidades de la familia. Respondió de buen grado a todas las preguntas de Holmes. No había oído nada durante la noche. Últimamente sus amos habían estado de un humor estupendo, y nunca les había visto tan alegres y prósperos. Se había desmayado de espanto al entrar por la mañana en la estancia y ver aquella reunión espantosa alrededor de la mesa. Tras recuperarse había abierto la ventana de par en par para que pasara el aire, y había ido corriendo hasta el camino principal, desde donde había enviado a un joven granjero en busca del médico. La señorita estaba arriba en su cama, si deseábamos verla. Habían sido necesarios cuatro hombres fuertes para meter a los hermanos en el coche del manicomio. Ella no pensaba permanecer en la casa ni un día más; aquella misma tarde se iría a St. Ives, para reunirse con su familia.

Subimos la escalera y examinamos el cadáver. Miss Brenda Tregennis había sido una muchacha muy bonita, aunque ahora ya había entrado en la madurez. Su rostro de tez oscura y rasgos bien dibujados era hermoso, incluso muerta, aunque aún se adivinaba en él algo de aquella convulsión de horror que había sido su última emoción humana. Desde su dormitorio bajamos al salón donde había ocurrido la extraña tragedia. En la chimenea se apiñaban las cenizas carbonizadas del fuego de la noche. Seguían sobre la mesa las cartas, desparramadas en su superficie. Las butacas habían sido colocadas contra la pared, pero todo lo demás había quedado como la víspera. Holmes recorrió la estancia con paso ligero y rápido; se sentó en las diversas sillas, acercándolas a la mesa y reconstruyendo sus posiciones. Comprobó cuanta extensión de jardín se veía desde allí; examinó el suelo, el techo y la chimenea, pero ni una sola vez percibí aquel súbito brillo en sus ojos ni la contracción de los labios que me indicaban que veía un resquicio de luz en la oscuridad.

—¿Por qué fuego? —preguntó una vez—. ¿Lo tenían siempre encendido en las noches primaverales, en una habitación tan pequeña?

Mortimer Tregennis le explicó que la noche era fría y húmeda. Por esa razón habían encendido el fuego después de su llegada.

—¿Qué va a hacer ahora, Mr. Holmes? —preguntó.

Mi amigo sonrió y apoyó su mano en mi brazo, diciendo:

—Creo, Watson, que voy a reanudar esas sesiones de envenenamiento por tabaco que usted ha condenado tan frecuente y justamente. Con su permiso, caballeros, vamos a volver a nuestra casa, porque no me parece que aquí vaya a aparecer nada nuevo digno de atención. Voy a dar vueltas en mi cabeza a todos estos hechos, Mr. Tregennis, y si se me ocurre algo desde luego me pondré en contacto con usted y el vicario. Mientras tanto les deseo muy buenos días.

Hasta pasado un buen rato de nuestro regreso a Poldhu Cottage Holmes no rompió su mutismo completo y ensimismado. Permaneció todo ese rato hecho un ovillo en su sillón, con su rostro macilento y ascético apenas visible en el torbellino azul del humo de su tabaco, las oscuras cejas fruncidas, la frente arrugada y la mirada vacía y perdida. Por fin, dejó a un lado su pipa y se puso en pie de un salto.

—Es inútil, Watson —dijo, con una risotada—. Vayamos a caminar juntos por los acantilados en busca de flechas de pedernal. Es más fácil encontrar eso que una pista en este asunto. Hacer trabajar al cerebro sin suficiente material es como acelerar un motor. Acaba estallando en pedazos. Brisa del mar, sol, y paciencia, Watson; todo se andará.

»Ahora definamos con calma nuestra posición —prosiguió mientras bordeábamos juntos los acantilados—. Agarrémonos con firmeza a lo poquísimo que sabemos, para que cuando aparezcan hechos nuevos seamos capaces de colocarlos en sus lugares correspondientes. En primer lugar, daré por sentado que ninguno de los dos está dispuesto a admitir intrusiones diabólicas en los asuntos humanos. Empecemos por borrar por completo de nuestra mente esa posibilidad. Nos quedan pues tres personas que han sido gravemente lastimadas por un agente humano, consciente o inconsciente. Ese es terreno firme. Bien, ¿y cuándo ocurrió eso? Evidentemente, y suponiendo que su relato sea cierto, muy poco después de que Mr. Mortimer Tregennis abandonase la estancia. Ese es un punto muy importante. Hay que presumir que fue sólo unos minutos después. Las cartas aún estaban sobre la mesa. Era ya más tarde de la hora en que solían acostarse, y sin embargo no habían cambiado de posición ni apartado las sillas para levantarse. Repito, pues, que lo que fuera ocurrió inmediatamente después de su marcha, y no después de las once de la noche.

»El siguiente paso obligado es comprobar, dentro de lo posible, los movimientos de Mortimer Tregennis después de abandonar la estancia. No es nada difícil y parecen estar por encima de toda sospecha. Conociendo como conoce mis

métodos, habrá advertido, sin duda, la burda estratagema de la regadera, mediante la cual he obtenido una impresión de las huellas de sus pies, más clara que la que habría podido conseguir de otro modo. En el sendero húmedo y arenoso se han dibujado admirablemente. La noche pasada también había humedad, como recordará, y no era difícil, tras obtener un botón de muestra, distinguir sus pisadas entre otras y seguir sus movimientos. Parece que se alejó rápidamente en dirección de la vicaría.

»Si Mortimer Tregennis había desaparecido de la escena, y alguna persona afectó desde el exterior a los jugadores de cartas, ¿cómo podemos reconstruir a esa persona, y cómo es que infundió en ellos tal sentimiento de horror? Podemos eliminar a Mrs. Porter. Se ve que es inofensiva. ¿Hay alguna evidencia de que alguien se encaramó a la ventana del jardín y de un modo u otro produjo a quienes la vieron un efecto tan terrorífico que les hizo perder la razón? La única sugerencia en esa dirección fue expresada por el mismo Mortimer Tregennis, que afirma que su hermano habló de cierto movimiento en el jardín. Eso es realmente extraño, ya que la noche estaba lluviosa, encapotada y oscura. Cualquiera que tuviera el propósito de asustar a esas personas estaría obligado a aplastar su cara contra el cristal antes de ser visto. Hay un parterre de flores de tres pies fuera de la ventana, y sin embargo no hay en él ni la sombra de una huella. De modo que es difícil imaginar cómo alguien ajeno a la familia pudo producir en los tres hermanos una impresión tan terrible; y por otra parte no hemos hallado ningún móvil para una agresión tan rara y complicada. ¿Se da cuenta de nuestras dificultades, Watson?

—Demasiado bien —respondí, con convicción.

—Y sin embargo, con un poco más de material, quizá demostremos que no son insuperables —dijo Holmes—. Me imagino que entre nuestros abundantes archivos, Watson, encontraríamos algunos casos casi tan oscuros como éste. Mientras tanto, dejaremos el asunto a un lado hasta que consigamos datos más concretos, y consagraremos el resto de la mañana a la persecución del hombre neolítico.

Quizá haya hablado ya del poder de abstracción mental de mi amigo, pero nunca me maravilló tanto como aquella mañana primaveral en Cornualles, cuando se pasó dos horas platicando sobre celtas, puntas de flechas y restos diversos, con tanta despreocupación como si no hubiera un misterio siniestro esperando a ser resuelto. Fue al regresar a casa por la tarde y encontrar a un visitante

aguardándonos, cuando nuestras mentes volvieron a concentrarse en el asunto pendiente. Ninguno de los dos necesitamos que nadie nos dijera quién era nuestro visitante. Aquel cuerpo imponente, aquel rostro agrietado y lleno de costurones, de ojos llameantes y nariz de halcón, aquel cabello encrespado que casi rozacepillaba el techo de nuestra casa, aquella barba dorada en las puntas y blanca junto a los labios, salvo por la mancha de nicotina de su cigarrillo perpetuo, aquellos rasgos, en suma, eran tan conocidos en Londres como en África, y sólo podían asociarse con la tremenda personalidad del doctor Leon Sterndale, el gran explorador y cazador de leones.

Habíamos oído hablar de su presencia en la región, y en una o dos ocasiones habíamos percibido su alta silueta en los caminos de los páramos. Sin embargo, ni él hizo nada por trabar conocimiento con nosotros, ni a nosotros se nos había ocurrido trabarlo con él, ya que era del dominio público que era su amor por el recogimiento lo que le impulsaba a pasar la mayor parte de sus intervalos entre una expedición y otra en un pequeño bungalow sepultado en el solitario bosque de Beauchamp Arriance. Allí, con sus libros y sus mapas, llevaba una existencia totalmente solitaria, atendiendo él mismo a sus sencillas necesidades, y prestando en apariencia poca atención a los asuntos de sus vecinos. Así que fue una sorpresa para mí oírle preguntar a Holmes con voz anhelante si había algo en su reconstrucción del misterioso episodio.

—La policía del condado está totalmente perdida —dijo—; pero quizá su vasta experiencia le haya sugerido alguna explicación verosímil. Mi único derecho a reclamar su confianza es que durante mis muchas residencias aquí he llegado a conocer muy bien a la familia Tregennis,en realidad, podría llamarles primos por línea materna, y su extraño final me ha causado, como es natural, un gran impacto.

»Estaba ya en Plymouth, camino de África, pero me he enterado de la noticia esta mañana y he venido sin pérdida de tiempo para ayudar en la investigación.

Holmes arqueó las cejas.

—¿Y ha perdido el barco por eso?

—Tomaré el próximo.

—¡Caramba, esto sí que es amistad!

—Ya le digo que éramos parientes.

—Sí, sí; primos por parte de madre. ¿Estaba ya su equipaje a bordo?

—Algo de él había, pero la mayor parte estaba en el hotel.

—Comprendo. Pero no creo que el suceso haya sido publicado todavía en los periódicos matutinos de Plymouth.

—No, señor; he recibido un telegrama.

—¿Puedo preguntar de quién?

Una sombra cruzó el demacrado rostro del explorador.

—Es usted muy inquisitivo, Mr. Holmes.

—Es mi trabajo.

Con un esfuerzo, el doctor Sterndale recuperó su enfurruñada compostura.

—No veo objeción para decírselo. Ha sido Mr. Roundhay, el vicario, quién me ha enviado el telegrama que me ha hecho venir.

—Gracias —dijo Holmes—. En respuesta a su pregunta original puedo decirle que aún no tengo la mente clara en relación con el caso, pero abrigo esperanzas de llegar a alguna conclusión. Sería prematuro decir nada más.

—Quizá no le importaría decirme si sus sospechas apuntan en alguna dirección determinada.

—No puedo responder a eso.

—Entonces he perdido el tiempo, y no necesito prolongar mi visita.

El famoso doctor salió de nuestra casa de un patente mal humor, y a los cinco minutos Holmes le siguió.

No volví a verle hasta después del anochecer, cuando volvió con un paso lento y una expresión huraña, que me hicieron comprender que no había progresado mucho en su investigación. Le echó una mirada al telegrama que le aguardaba, y

lo tiró al hogar.

—Del hotel de Plymouth, Watson —dijo—. Me ha dado el nombre el vicario, y he telegrafiado para asegurarme de que la historia del doctor Leon Sterndale era cierta. Parece ser que en efecto ha pasado la noche allí, y que ha dejado parte de su equipaje camino a África, y ha vuelto para estar presente en la investigación. ¿Qué opina, Watson?

—Que está vivamente interesado.

—Vivamente interesado, sí. Hay en esto un hilo, que aún no hemos sabido encontrar, y que nos guiaría por esta maraña. Anímese, Watson, porque estoy convencido de que aún no ha caído en nuestras manos todo el material necesario. Cuando eso suceda, pronto quedarán atrás nuestras dificultades.

Poco sabía yo entonces lo pronto que se harían realidad las palabras de Holmes, y lo extraño y siniestro que sería el acontecimiento inminente que había de abrir ante nosotros una nueva línea de investigación. A la mañana siguiente, me estaba afeitando junto a la ventana, cuando oí ruido de cascos y, al levantar la vista, vi un dogcart que se acercaba a todo galope por la senda. Se detuvo delante de nuestra puerta, y nuestro amigo el vicario se apeó de él apresuradamente y se acercó corriendo por el sendero de nuestro jardín. Holmes ya estaba vestido, y ambos salimos prestos a recibirle.

Nuestro visitante estaba tan excitado que apenas podía articular palabra, pero por fin, entre jadeos y estallidos, salió la trágica historia de sus labios.

—¡Estamos poseídos por el diablo, Mr. Holmes! ¡Mi pobre parroquia está poseída por el diablo! —gritó—. ¡El mismísimo Satanás anda suelto por ella! ¡Nos tiene en sus manos!

En su agitación iba bailando de un lado para otro, salvándose sólo del ridículo por su rostro ceniciento y sus ojos desorbitados. Por fin nos disparó la terrible noticia.

—Mr. Mortimer Tregennis ha muerto durante la noche, con idénticos síntomas que el resto de su familia.

Holmes se puso en pie de un salto, todo energía en un instante.

—¿Cabríamos los dos en su dogcart?

—Sí.

—Entonces, Watson, tendremos que posponer el desayuno. Mr. Roundhay, estamos a su entera disposición. Deprisa, deprisa, antes de que revuelvan las cosas.

El huésped ocupaba en la vicaría dos habitaciones, situadas una encima de la otra, que formaban una de las esquinas. La de abajo era una amplia sala de estar y la de arriba el dormitorio. Daban a un terreno de croquet que se prolongaba hasta las mismas ventanas. Nosotros llegamos antes que el médico y la policía, así que todo estaba intacto. Permítaseme describir la escena tal y como la vimos aquella mañana de marzo envuelta en bruma. Ha dejado una impresión imborrable en mi memoria.

La atmósfera en la estancia era de asfixia horrible y deprimente. La criada que entró primero abrió la ventana, de lo contrario aún habría sido más intolerable. Aquel ahogo podía deberse en parte a que en la mesa central había una lamparilla ardiendo y humeando. Junto a ella estaba sentado el muerto, apoyado en su silla, con la escueta barba proyectada hacia fuera, los lentes subidos a la frente y el rostro, enjuto y moreno, vuelto hacia la ventana y convulsionando por el mismo rictus de terror que había marcado los rasgos de su difunta hermana. Tenía los miembros contorsionados y los dedos retorcidos como si hubiera muerto en un auténtico paroxismo de miedo. Estaba totalmente vestido, aunque algunos indicios mostraban que lo había hecho con prisas. Sabíamos ya que había dormido en su cama y que le había sobrevenido su trágica muerte a primera hora de la mañana.

Podía adivinarse la energía al rojo vivo que se ocultaba debajo del exterior flemático de Holmes, con sólo observar el cambio brusco que se operaba en él al entrar en el fatal apartamento. En un instante se puso tenso y alerta, con los ojos brillantes, el rostro rígido y los miembros temblando de actividad febril. Salió al césped, entró por la ventana, recorrió la sala de estar y subió al dormitorio, como el osado sabueso registra la madriguera. Dio un rápido vistazo por el dormitorio y acabó de abrir la ventana, lo que pareció proporcionarle un nuevo motivo de excitación, ya que se asomó a ella con sonoras exclamaciones de interés y júbilo. A continuación bajó la escalera apresuradamente, salió por la ventana abierta, se tiró boca abajo en el césped, se puso en pie de un salto y volvió a entrar en la

estancia, todo ello con la energía de un cazador que le pisa los talones a la pieza. Examinó la lamparilla, que era de las corrientes, con minucioso cuidado y tomando ciertas medidas en su depósito. Hizo, con su lupa, un puntilloso escrutinio de la pantalla de talco que recubría la parte superior de la misma, y rascó algunas cenizas que había adheridas a su superficie, poniendo algunas de ellas en un sobre, que acto seguido se guardó en su cuaderno de bolsillo. Por fin, en el momento en que hacían su aparición el médico y la policía oficial, llamó aparte al vicario y salimos los tres al césped.

—Me complace decirles que mi investigación no ha sido del todo estéril —comentó—. No puedo quedarme para discutir el asunto con la policía, pero le agradeceré mucho, Mr. Roundhay, que le presente mis saludos al inspector y dirija su atención hacia la ventana del dormitorio y la lamparilla de la sala de estar. Son sugerentes, por separado, y juntas casi concluyentes. Si la policía necesita más información, me sentiré muy honrado de recibirles en mi casa. Y ahora, Watson, creo que aprovecharemos mejor el tiempo en otro lugar.

Quizá a la policía le molestara la intrusión de un aficionado, o quizá imaginase haber encontrado por sí sola una esperanzadora línea de investigación; el caso es que nada supimos de ella en los dos días siguientes. Durante los mismos, Holmes pasó una parte de su tiempo en casa, fumando y ensimismado, pero una parte mucho mayor la consagró a dar largos paseos por el campo, siempre solo, regresando después de muchas horas sin comentar dónde había estado. Un experimento me sirvió para comprender su línea de investigación.

Se había comprado una lamparilla idéntica a la que ardía en el dormitorio de Mortimer Tregennis la mañana de la tragedia. La llenó con el mismo aceite que se utilizaba en la vicaría, y cronometró con exactitud el tiempo que tardaba en consumirse. También realizó otro experimento de cariz más desagradable, que no creo que consiga olvidar nunca.

—Observará, Watson —comentó una tarde-que sólo hay un punto común de similitud entre los distintos informes que nos han llegado. Se trata del efecto producido por la atmósfera de ambas estancias en las personas que primero entraron en ellas. Recordará que Mortimer Tregennis, al describir el episodio de su última visita a casa de sus hermanos, nos contó que el doctor se desplomó sobre una silla al entrar al salón. ¿Lo había olvidado? Bueno, pues yo le aseguro que ocurrió así. Recordará también que Mrs. Porter, el ama de llaves, nos dijo que había desfallecido al entrar en la estancia y luego había abierto la ventana.

En nuestro segundo caso (el de Mortimer Tregennis), no puede haber olvidado la terrible sensación de asfixia que producía el aposento cuando llegamos nosotros, a pesar de que la criada había abierto la ventana. Esa misma criada, según averigüé luego, se había encontrado tan mal que había tenido que acostarse. Admitirá, Watson, que todos estos hechos son muy sugerentes. En ambos casos tenemos evidencias de una atmósfera envenenada. En ambos casos también, tenemos una combustión en la sala: un fuego en el primero, y una lamparilla en el segundo. El fuego había sido necesario, pero la lamparilla fue encendida (como demostrará una comparación con el aceite consumido) mucho después del alba. ¿Por qué? Sin duda porque existe una relación entre las tres cosas; la combustión, la atmósfera asfixiante y la muerte o locura de esos desdichados. Eso está claro, ¿no?

—Así parece.

—Por lo menos podemos aceptarlo como una hipótesis probable. Supongamos, pues, que en ambos casos quemaron algo que produjo una atmósfera de extraños efectos tóxicos. Muy bien. En el salón de los hermanos Tregennis esa sustancia fue colocada en la chimenea. La ventana estaba cerrada, pero como es natural, parte del humo se perdió por el cañón de la chimenea. De ahí que los efectos del veneno quedasen más atenuados que en el otro caso, donde era más difícil que se escaparan los vapores. El resultado parece indicar que fue así, ya que en el primer caso la mujer, que presumiblemente tenía un organismo más sensible, fue la única que murió, siendo los otros presa de esa demencia pasajera o permanente que es, sin duda, el primer efecto de la droga. En el segundo caso el resultado fue completo. De modo que los hechos parecen corroborar la teoría del veneno activado por combustión.

»Con este hilo de razonamiento en mente registré la habitación de Mortimer Tregennis, buscando restos de la sustancia venenosa. El lugar más obvio era la pantalla o guardahumos de la lamparilla. Allí, como era de esperar, vi cierto número de cenizas escamosas, y alrededor de los bordes una orla de polvo amarronado que aún no se había consumido. Como sin duda observó, me guardé en un sobre la mitad de esas cenizas.

—¿Por qué la mitad, Holmes?

—Mi querido Watson, no soy quién para interponerme en el camino de la policía oficial. Les dejo la misma evidencia que encontré yo. El veneno quedó en el

talco, si fueron lo bastante sagaces para encontrarlo. Y ahora, Watson, encendamos nuestra lamparilla, aunque tomaremos la precaución de abrir antes la ventana, para evitar la defunción precoz de dos meritorios miembros de la sociedad; usted se sentará en un sillón, cerca de la ventana abierta a no ser que, como persona sensata, decida que no tiene nada que ver con este asunto. ¡Oh! ¿Así que quiere ver qué pasa? Sabía que conocía bien a mi Watson. Colocaré esta silla frente a la suya, de forma que quedemos a la misma distancia del veneno, cara a cara. Dejaremos la puerta entreabierta. Ahora estamos ambos en una posición que nos permite vigilar al otro e interrumpir el experimento si los síntomas nos parecen alarmantes. ¿Está todo claro? Bien. Entonces, sacaré el polvillo, o lo que queda de él, del sobre, y lo dejaré encima de la lamparilla encendida. ¡Así! Ahora, Watson, sentémonos y esperemos acontecimientos.

No tardaron en producirse. Apenas me había arrellanado en mi asiento, cuando llegó hasta mí un olor intenso, almizcleño, sutil y nauseabundo. A la primera bocanada mi cerebro y mi imaginación perdieron por completo el control. Ante mis ojos se arremolinó una nube densa y negra, y mi mente me dijo que en aquella nube, aún imperceptible, pero dispuesto a saltar sobre mis sentidos consternados, se ocultaba, al acecho, todo cuanto había en el universo de vagamente horrible, monstruoso e inconcebiblemente perverso. Había formas imprecisas arremolinándose y nadando en el oscuro banco de nubes, todas ellas amenazas y advertencias de algo que iba a ocurrir, del advenimiento en el umbral de un morador inefable, cuya sola sombra haría estallar mi alma. Se apoderó de mí un terror glacial. Sentía que el pelo se me erizaba, los ojos se me salían de las órbitas, la boca se me abría y la lengua se me ponía como el cuero. Tenía tal torbellino en mi mente que sabía que algo iba a estallar. Intenté gritar, y tuve una vaga conciencia de un gruñido ronco, que era mi propia voz, pero que sonaba distante e independiente de mí. En aquel momento, al hacer un débil esfuerzo por escapar, mi vista se abrió paso en aquella nube de desesperanza, y se posó un instante en la cara de Holmes, blanca, rígida, y contraída de horror: la misma expresión de que había visto en los rasgos de los fallecidos. Fue aquella visión lo que me proporcionó unos segundos de cordura y fuerza. Salí disparado de mi asiento, rodeé a Holmes con los brazos y juntos franqueamos, dando tumbos, la puerta; al instante siguiente nos habíamos dejado caer sobre el césped y yacíamos uno junto al otro, conscientes sólo de los gloriosos rayos solares que se filtraban bruscamente a través de la demoníaca nube de terror que nos había envuelto. Esta última se fue levantando de nuestras almas, igual que la niebla del paisaje, hasta que regresaron la paz y la razón, y nos sentamos en la hierba, enjugándonos las frentes pegajosas, y escudriñándonos el uno al otro, para

descubrir, con temor, las últimas huellas de la terrible experiencia que acabábamos de vivir.

—¡Por todos los cielos, Watson! —dijo Holmes por fin, con voz insegura—; le debo mi agradecimiento y también una disculpa. Era un experimento injustificado incluso para mí solo, así que doblemente para un amigo. Le aseguro que lo siento de veras.

—Ya sabe —respondí, algo emocionado, porque hasta entonces Holmes nunca me había dejado entrever tanto su corazón—, que es para mí una alegría y un gran privilegio ayudarle.

En seguida volvió a encauzarse en la vena mitad humorística y mitad cínica que constituía su actitud habitual con quienes le rodeaban, y dijo:

—Sería superfluo hacernos enloquecer, mi querido Watson. Cualquier observador cándido declararía sin duda ninguna que ya lo estábamos antes de embarcarnos en un experimento tan irracional. Confieso que no imaginaba que sus efectos fueran tan repentinos y graves. —Entró a toda prisa en la casa, y apareció de nuevo sujetando la lamparilla, que aún quemaba, con el brazo extendido, y la tiró a un zarzal—. Hemos de esperar un poco a que se ventile la habitación. Supongo, Watson, que no le quedará ni una sombra de duda sobre cómo se produjeron las tragedias.

—Ninguna en absoluto.

—Pero el móvil sigue siendo tan oscuro como antes. Vayamos hasta esa glorieta y discutamos juntos el asunto. Ese preparado infernal parece estar aún metido en mi garganta. Creo que hemos de admitir que toda la evidencia apunta hacia Mortimer Tregennis, el cual podría haber sido el criminal en la primera tragedia y la víctima en la segunda. Debemos recordar, en primer lugar, que existe una historia de pelea familiar, con reconciliación posterior, aunque ignoramos hasta qué punto fue cruda la pelea o superficial la reconciliación. Cuando pienso en Mortimer Tregennis, con su cara de zorro y sus ojillos astutos y brillantes agazapados detrás de sus gafas, no veo en él a un hombre predispuesto a perdonar. En segundo lugar, tengamos presente que esa idea de que había algo moviéndose en el jardín, que distrajo de momento nuestra atención de la auténtica causa de la tragedia, surgió de él. Tenía un motivo para desorientarnos. Y por último, si no fue él quien echó esa sustancia al fuego en el momento de

abandonar la estancia, ¿quién lo hizo? El suceso ocurrió inmediatamente después de su marcha. Si hubiera entrado alguna otra persona, sin duda la familia se habría levantado de la mesa. Y además, en el pacífico Cornualles no llegan visitas pasadas las diez de la noche. Así que podemos afirmar que todas nuestras evidencias señalan a Mortimer Tregennis como culpable.

—¡Entonces su muerte fue un suicidio!

—Bueno, Watson, a primera vista no es una suposición absurda. Un hombre sobre cuya alma pesaba el haber condenado a su familia a un final como éste podría, llevado por el remordimiento, infligirse ese final a sí mismo. Sin embargo, existen poderosas razones en contra. Por fortuna, hay un hombre en Inglaterra que lo sabe todo, y lo he dispuesto todo para que podamos oír los hechos de sus labios esta misma tarde. ¡Ah! Llega con un poco de adelanto. Le ruego que venga por aquí, doctor Leon Sterndale. Hemos estado realizando dentro un experimento químico, que ha dejado la habitación poco adecuada para la recepción de tan distinguido visitante.

Oí el rechinar de la verja del jardín y apareció en el camino la figura majestuosa del gran explorador de África. Se volvió algo sorprendido hacia la rústica glorieta donde estábamos sentados.

—Me ha hecho llamar, Mr. Holmes. He recibido su nota hará una hora, y aquí me tiene, aunque en realidad no sé por qué he de obedecer a su requerimiento.

—Quizá podamos aclarar ese punto antes de separarnos —dijo Holmes—. Mientras tanto, le agradezco sinceramente su cortés aquiescencia. Discúlpenos por esta recepción informal al aire libre, pero mi amigo Watson y yo hemos estado a punto de aportar nuevo material para un nuevo capítulo de lo que los periódicos llaman el “Horror de Cornualles”, y de momento preferimos una atmósfera limpia. Quizá, ya que los asuntos que tenemos que discutir le afectan personalmente y de forma muy íntima, será mejor que hablemos donde no puedan oírnos.

El explorador se apartó el cigarro de los labios y miró a mi compañero con severidad.

—No acabo de comprender, señor —dijo—, de qué puede tener que hablarme que me afecte personalmente y de forma muy íntima.

—Del asesinato de Mortimer Tregennis —dijo Holmes.

Por un momento deseé estar armado. La cara fiera de Sterndale se tornó purpúrea, sus ojos centellearon y sus venas, agarrotadas y apasionadas, se le abultaron en la frente, mientras daba un salto adelante, hacia mi amigo, con los puños cerrados. Entonces se detuvo y con un esfuerzo violento adoptó una actitud de calma fría y rígida, que quizá presagiaba más peligro que su vehemente arrebato.

—He vivido tanto tiempo entre salvajes y fuera de la ley —dijo—, que me he acostumbrado a hacerme la ley yo mismo. Le suplico, Mr. Holmes, que no lo olvide, porque no deseo causarle ningún daño.

—Tampoco yo tengo deseos de causarle daño a usted, Dr. Sterndale. La mejor prueba de ello está en que, sabiendo lo que sé, le he hecho llamar a usted y no a la policía.

Sterndale se sentó jadeante, intimidado quizá por primera vez en su aventurera vida. En las maneras de Holmes había una serena afirmación de fuerza, a la que no podía uno sustraerse. Nuestro visitante estuvo unos instantes balbuceando, cerrando y abriendo las manazas con agitación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó por fin—. Si es un farol, Mr. Holmes, ha escogido al hombre equivocado para su experimento. Dejémonos ya de andarnos por las ramas. ¿Qué quiere decir?

—Voy a decírselo —respondió Holmes— y la razón por la que se lo digo es que espero que la franqueza engendre franqueza. Mi próximo paso dependerá por entero de la naturaleza de su defensa.

—¿Mi defensa?

—Sí, señor.

—¿Mi defensa contra qué?

—Contra la acusación de haber asesinado a Mortimer Tregennis.

Sterndale se secó la frente con el pañuelo.

—Por vida mía, está usted progresando —dijo—. ¿Dependen todos sus éxitos de su prodigiosa capacidad para farolear?

—Es usted —dijo Holmes, con tono severo— quien está faroleando, doctor Sterndale, no yo. Como prueba le expondré algunos de los hechos sobre los que se basan mis conclusiones. De su regreso desde Plymouth, dejando que gran parte de sus pertenencias zarparan sin usted rumbo a África, diré tan sólo que fue lo primero que me hizo comprender que era usted uno de los factores a tener en cuenta en la reconstrucción de este drama...

—Volví...

—He escuchado sus razones y me parecen fútiles y poco convincentes. Pero pasemos eso por alto. Vino aquí a preguntarme de quién sospechaba. Me negué a contestar. A continuación, fue a la vicaría, estuvo un rato esperando fuera, y por fin volvió a su casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Le seguí.

—No vi a nadie.

—Eso es lo que le sucederá siempre que sea yo quien le siga. Pasó en su casa una noche inquieta, y fraguó cierto plan, que puso en práctica a primera hora de la mañana. Abandonó su morada al alba y se llenó el bolsillo de una gravilla rojiza que había amontonada junto a su puerta.

Sterndale dio un respingo violento y miró atónito a Holmes.

—Luego recorrió a toda prisa la milla que le separaba de la vicaría. Llevaba, si me permite la observación, el mismo par de zapatos de tenis con suela acanalada que calza en este momento. Ya en la vicaría, cruzó la huerta y el seto lateral, saliendo debajo de la ventana del inquilino Tregennis. Era ya pleno día, pero todos dormían en la casa. Se sacó del bolsillo parte de la gravilla, y la lanzó contra la ventana superior.

Sterndale se puso en pie de un salto, y exclamó:

—¡Creo que es usted el mismísimo diablo!

Holmes sonrío al oír el cumplido, y prosiguió.

—Tuvo que tirar dos puñados o quizá tres, antes de que el inquilino saliera por la ventana. Le hizo señal de bajar. Él se vistió apresuradamente y descendió a la sala de estar. Usted entró por la ventana. Sostuvieron una breve entrevista, durante la cual usted estuvo caminando de un lado a otro de la estancia. Luego salió, cerrando la ventana, y se quedó en el césped de fuera fumando un cigarro y observando lo que ocurría. Por fin, tras la muerte de Tregennis, se retiró por donde había venido. Y ahora, doctor Sterndale; ¿cómo justifica esa conducta, y cuáles son los motivos por los que actuó como lo hizo? Si miente o trata de jugar conmigo, le aseguro que este asunto pasará a otras manos definitivamente.

A nuestro visitante se le había puesto la cara cenicienta mientras escuchaba las palabras de su acusador. Estuvo un rato sentado meditando, con el rostro oculto entre las manos. Luego, con un súbito gesto impulsivo, se sacó una fotografía del bolsillo superior y la tiró sobre la mesa rústica que teníamos delante.

—Este es mi motivo —dijo.

En ella aparecía el rostro y el busto de una mujer muy hermosa. Holmes se inclinó para verla, y dijo:

—Brenda Tregennis.

—Sí, Brenda Tregennis —repitió nuestro visitante—. La he amado durante años, Y durante años me ha amado ella a mí. Ese es el secreto de mi recogimiento en Cornualles que tanto sorprende a la gente: me ha acercado a la única persona en el mundo que quería de verdad. No podía casarme con ella, porque tengo ya esposa; aunque me abandonó hace años, por culpa de las deplorables leyes inglesas, no puedo divorciarme. Brenda estuvo años esperando. Yo estuve años esperando. Y todo para llegar a este final.

Un terrible sollozo sacudió su corpulenta masa, y se oprimió la garganta con la mano por debajo de su barba moteada. Luego, haciendo un esfuerzo, se dominó y siguió hablando.

—El vicario lo sabía. Era nuestro confidente. Él le diría que Brenda era un ángel bajado a la tierra. Por eso me telegrafió y regresé. ¿Qué me importaban ni mi equipaje ni África al enterarme de que la mujer amada había muerto de aquella manera? Ahí tiene la clave que le faltaba para explicar mi acto, Mr. Holmes.

—Prosiga —dijo mi amigo.

El doctor Sterndale se sacó del bolsillo un paquetito de papel y lo depositó sobre la mesa. En el exterior había escrito: “Radix pedis diaboli”, con una etiqueta roja de veneno debajo. Empujó el paquetito hacia mí.

—Tengo entendido que es usted médico, señor. ¿Ha oído hablar alguna vez de este preparado?

—¡Raíz del pie del diablo! No, nunca he oído hablar de él.

—Eso no va en menoscabo de su erudición profesional, porque creo que, exceptuando una muestra en un laboratorio de Buda, no existe ningún otro espécimen en Europa. Todavía no ha tenido acceso ni a la farmacopea ni a los libros de toxicología. Su raíz tiene forma de pie, mitad humano, mitad caprino; de ahí el nombre fantástico que le dio un misionero botánico. Es utilizada como veneno probatorio por los brujos de ciertas regiones del oeste de África, que la guardan en secreto. Obtuve este espécimen en circunstancias extraordinarias, en el país de los Ubanghi.

Abrió el papel mientras hablaba, mostrándonos un montoncito de un polvillo parduzco, similar al rapé.

—¿Y bien, señor? —preguntó Holmes con tono grave.

—Voy a contarle lo ocurrido, Mr. Holmes, porque es tanto lo que ya sabe que evidentemente me interesa que lo sepa todo. Ya le he explicado mi relación con la familia Tregennis. Por la hermana era amable con los tres varones. Hubo una pelea por dinero que causó el alejamiento de Mortimer, pero pareció que las cosas se arreglaban y volví a tratarme con él como con los otros. Era un hombre taimado, sutil y calculador, y observé en él algunos detalles que despertaron mis sospechas; pero no tenía motivo para un enfrentamiento.

»Un día, hace un par de semanas, vino a visitarme y le mostré algunas de mis curiosidades africanas. Entre otras, le enseñé este polvillo y le hablé de sus extrañas propiedades, de cómo estimula los centros cerebrales que controlan la emoción del miedo y cómo la muerte o la locura es la suerte que corre el infortunado indígena que es sometido a un juicio probatorio por el sacerdote de la tribu. Le conté también lo impotente que es la ciencia europea para detectarlo. No puedo decirles de qué forma se lo apropió porque no salí de la estancia; pero

no hay duda de que mientras yo estaba abriendo armarios y encorvándome sobre cajas, se las ingenió para sustraer parte de la raíz del pie del diablo. Recuerdo bien que me acosó a preguntas relativas a la cantidad y tiempo necesarios para que surtiese efecto, pero ni por un instante imaginé que pudiera tener razones personales para querer saber todo aquello.

»No pensé más en el asunto hasta recibir en Plymouth el telegrama del vicario. El rufián pensaba que yo estaría mar adentro antes de que se publicase la noticia, y que permanecería años perdido en África. Pero volví en seguida. Desde luego, no pude escuchar los detalles sin quedar convencido de que se había utilizado mi veneno. Vine a verle de rondón, por si se le había ocurrido cualquier otra explicación. Pero no podía haberla. Sabía que Mortimer Tregennis era el asesino; que por dinero, y quizá con la idea de que si los demás miembros de su familia enloquecían se convertiría en el único administrador de sus bienes conjuntos, había usado contra ellos el polvo del pie del diablo, causando la demencia de dos de ellos, y la muerte de su hermana Brenda, el único ser humano al que he amado y que me ha correspondido. Ese era su crimen; ¿cuál había de ser su castigo?

»¿Debía recurrir a la justicia? ¿Dónde estaban mis pruebas? Sabía que los hechos eran ciertos, ¿pero lograría hacer creer aquella historia fantástica a un jurado de campesinos? Quizá sí y quizá no; y no podía permitirme fracasar. Mi alma clamaba venganza. Ya le he dicho antes, Mr. Holmes, que he pasado gran parte de mi vida fuera de la ley, y que he acabado por hacérmela yo a mi manera. Y eso fue lo que hice esta vez. Decidí que debía compartir el destino que había infligido a otros. O eso, o le ajusticiaría con mis propias manos. En toda Inglaterra no hay en estos momentos un solo hombre que le tenga menos aprecio a su existencia que yo a la mía.

»Ahora ya sabe todo. Usted mismo ha explicado el resto. Como ha dicho, tras una noche sin descanso, salí por la mañana temprano de mi casa. Preví la dificultad de despertarle, así que recogí grava del montón que ha mencionado, y la utilicé para tirarla contra la ventana. Él bajó y me dio entrada por la ventana de la sala de estar. Le expuse su crimen y le dije que venía como juez y como verdugo. El desdichado se hundió paralizado en una silla al ver mi revólver. Encendí la lamparilla, puse el polvillo sobre ella y permanecí junto a la ventana, dispuesto a cumplir mi amenaza de disparar si trataba de abandonar la estancia. Murió a los cinco minutos. ¡Dios mío! ¡Y cómo murió! Pero mi corazón fue de piedra, porque no soportó nada que mi amada Brenda no hubiera sentido antes

que él. Esa es mi historia, Mr. Holmes. Quizá si amase a alguna mujer habría hecho lo mismo. En cualquier caso, estoy en sus manos. Puede dar los pasos que le plazca. Como ya le he dicho, no hay ningún ser viviente que pueda temer menos a la muerte que yo.

Holmes permaneció un rato sentado en silencio.

—¿Qué planes tenía? —preguntó, por fin.

—Tenía la intención de sepultarme en el centro de África. Mi trabajo allí está a medio acabar.

—Vaya a acabarlo —dijo Holmes—. Yo, por lo menos, no pienso impedírselo.

El doctor Sterndale irguió su figura gigantesca, hizo una grave reverencia, y se alejó de la glorieta. Holmes encendió su pipa y me alargó su tabaquera, diciendo:

—No nos vendrán mal, para variar, unos vapores que no sean venenosos. Creo que estará de acuerdo, mi querido Watson, en que no es éste un caso en el que tengamos que interferir. Nuestra investigación ha sido independiente, y también lo serán nuestras acciones. ¿Va usted a denunciar a ese hombre?.

—Por supuesto que no —respondí.

—Nunca he amado, Watson, pero supongo que si lo hubiese hecho y el objeto de mi amor hubiera tenido un final como éste, habría actuado igual que nuestro ilegal cazador de leones. ¿Quién sabe? Bueno, Watson, no ofenderé a su inteligencia explicándole lo que ya es obvio. La gravilla en el alféizar de la ventana fue, desde luego, el punto de partida de mis pesquisas. No había nada que encajara con ella en el jardín de la vicaría. Sólo cuando el doctor Sterndale y su casa atrajeron mi atención di con el complemento que me faltaba. La lamparilla encendida en pleno día y los restos del polvillo en la pantalla fueron eslabones sucesivos de una cadena bastante clara. Y ahora, mi querido Watson, creo que podemos borrar este caso de nuestras memorias y reanudar con la conciencia limpia el estudio de esas raíces caldeas que sin duda encontraremos en la ramificación de Cornualles de la fantástica lengua céltica.

7. Su último saludo en el escenario

Eran las nueve de la noche de un dos de agosto: el peor agosto de la historia del mundo. Ya entonces podía uno pensar que la maldición de Dios se cernía aplastante sobre un mundo degenerado, pues flotaban un silencio sobrecogedor y una sensación de vaga expectación en el aire sofocante y estancado. El sol se había puesto hacía rato, pero en el occidente lejano, a poca altura, se dibujaba una franja rojo sangre, como una herida abierta. Arriba, las estrellas brillaban resplandecientes; y abajo, las luces de las embarcaciones centelleaban en la bahía. Los dos famosos alemanes estaban junto al parapeto de piedra de la avenida del jardín; tenían detrás el edificio, bajo, alargado y cargado de gabletes de la casa, y estaban contemplando la ancha playa que se extendía al pie del profundo acantilado pizarroso sobre el que Von Bork, como un águila errante, se había posado hacía cuatro años. Tenían las cabezas muy juntas y hablaban en tonos quedos, confidenciales. Desde debajo los dos extremos incandescentes de sus cigarros podrían haber sido tomados por los ojos humeantes de algún demonio maligno, acechando en las tinieblas. Hombre extraordinario este Von Bork, un hombre que difícilmente sería igualado por ninguno de los abnegados agentes del Kaiser. Era su talento lo primero que le había recomendado para la misión de Inglaterra, la misión más importante de todas; pero desde que se había hecho cargo de ella, su talento se había manifestado de forma cada vez más patente ante la media docena de personas que estaban en contacto con la realidad en todo el mundo. Una de esas personas era su actual compañero, el barón Von Herling, primer secretario de la legación, cuyo enorme vehículo Benz de 100 HP esperaba, bloqueando el camino vecinal, a conducir a su propietario de vuelta a Londres.

—A juzgar por la marcha de los acontecimientos, creo que probablemente estará de regreso en Berlín antes de que acabe la semana —estaba diciendo el secretario—. Cuando llegue, mi querido Von Bork, creo que se quedará sorprendido del recibimiento que le aguarda. Yo sé lo que se piensa, en las más altas esferas, de su trabajo en este país.

El secretario era un hombre descomunal, grueso, ancho y alto, con una forma de

hablar lenta y cansina que había sido su mejor recomendación en la carrera diplomática.

Von Bork se rió.

—No son muy difíciles de engañar —comentó—. No puede uno imaginarse una gente más dócil y más ingenua.

—No sé qué pensar —dijo el otro, reflexivo—. Tienen límites extraños y uno tiene que aprender a observarlos. Es esa simplicidad superficial suya lo que hace caer en la trampa al extraño. La primera impresión que uno recibe es que son totalmente maleables; pero de pronto se tropieza uno con algo inflexible y sabe que ha llegado al límite y que debe adaptarse a ese hecho. Por ejemplo, tienen sus convencionalismos isleños y, simplemente, hay que observarlos.

—¿Se refiere a lo de “guardar las formas” y todo eso? —Von Bork suspiró, como si hubiera sufrido mucho.

—Me refiero a los prejuicios ingleses en todas sus extrañas manifestaciones. Como ejemplo puedo mencionar uno de mis peores tropiezos y me permito hablar de tropiezos porque conoce lo bastante bien mi trabajo para ser consciente de mis éxitos. Fue cuando llegué por primera vez. Me invitaron a una reunión de fin de semana en la casa de campo de un ministro del Gabinete. La conversación fue tremendamente indiscreta.

Von Bork asintió con la cabeza.

—He estado allí-dijo secamente.

—Exacto. Bueno, pues, naturalmente, envié a Berlín un resumen de la información. Por desgracia nuestro buen canciller es hombre de poco tacto en estos asuntos, e hizo una observación que dejaba patente que sabía lo que se había dicho. Como es natural la pista les condujo directamente hacia mí. No tiene idea de lo que eso me perjudicó. Nuestros anfitriones británicos no fueron precisamente ingenuos y maleables en esta ocasión, puedo asegurárselo. Dos años tuve que soportar sus efectos. En cambio usted, con esa pose de deportista...

—No, no, no la llame pose. Una pose es algo artificial. Y lo mío es natural. Soy un deportista nato. Disfruto con ello.

—Bueno, eso la hace más efectiva. Participa en regatas contra ellos, caza con ellos, juega al polo, los iguala en cualquier juego, y su carruaje de cuatro caballos se lleva el premio en las Olimpiadas. He oído decir que incluso boxea con los oficiales jóvenes. ¿Cuál es el resultado? Nadie le toma en serio. Es usted "un deportista simpático", "un tipo estupendo para ser alemán", un joven bebedor, noctámbulo, bullicioso y despreocupado. Y durante todo ese tiempo esta tranquila casa de campo es el centro de la mitad de los males que sufre Inglaterra, y el caballero-deportista el más astuto agente del servicio secreto en toda Europa. ¡Genial, mi querido Von Bork! ¡Genial!

—Me adula usted, barón. Pero desde luego puedo afirmar que mis cuatro años en este país no han sido improductivos. Nunca le he mostrado mi pequeño almacén. ¿Le importaría que entremos un momento?

La puerta del estudio se abría directamente a la terraza. Von Bork la empujó y, pasando delante, pulsó el interruptor de la luz eléctrica. Luego cerró la puerta detrás de la voluminosa forma que le seguía, y ajustó con cuidado la pesada cortina que cubría la ventana de celosías. Sólo después de haber tomado y comprobado todas aquellas precauciones, volvió su rostro curtido y aguileño hacia su invitado.

—Algunos de mis papeles ya no están aquí —dijo—; ayer, cuando mi esposa y la servidumbre salieron para Flushing, se llevaron los menos importantes. Desde luego, debo reclamar la protección de la Embajada para los otros.

—Su nombre ya ha sido registrado como miembro del personal de la Embajada. No habrá dificultades ni para usted ni para su equipaje. Claro que cabe la posibilidad de que no tengamos que irnos. Quizá Inglaterra abandone a Francia a su suerte. Sabemos que no hay ningún tratado que ligue un país a otro.

—¿Y Bélgica?

—A Bélgica también.

Von Bork meneó la cabeza.

—No creo que eso sea posible. En este caso sí que hay un tratado definitivo.

Inglaterra nunca se recuperaría de una tal humillación.

—Pero al menos tendría paz, por el momento.

—¿Y el honor?

—Vamos, mi querido amigo, vivimos en una época utilitarista. El honor es un concepto medieval. Además, Inglaterra no está preparada. Resulta inconcebible, pero ni siquiera nuestro impuesto de guerra especial de cincuenta millones, que parece que tendría que dejar tan patente nuestro propósito como si lo hubiéramos anunciado en la primera página del Times, ha despertado a esta gente de su letargo. Aquí y allá se oye una pregunta. Y yo debo hallar una respuesta. Aquí y allá alguien se irrita. Y yo debo apaciguarlo. Pero le aseguro que en lo esencial: almacenaje de municiones, preparación para un ataque submarino, instalaciones para fabricación de altos explosivos... no hay nada preparado. Así que, ¿cómo va a intervenir Inglaterra, sobre todo cuando le hemos organizado esa mezcla infernal de guerra civil en Irlanda, furias rompecristales, y Dios sabe qué más para que concentre su atención en casa?

—Tiene que pensar en su futuro.

—¡Ah! Esa es otra cuestión. Supongo que para el futuro nosotros tenemos nuestros propios planes respecto a Inglaterra, y que su información nos será vital. Con Mr. John Bull tendremos que vérnoslas hoy o mañana. Si prefiere que sea hoy, estamos preparados. Si ha de ser mañana, aún lo estaremos más. Creo que para ellos sería más sensato luchar con aliados que sin ellos, pero ese es asunto suyo. Esta semana es la de su destino. Pero me estaba hablando de sus papeles. —Se sentó en el sillón, con la luz iluminando su cabeza ancha y calva, y siguió fumando tranquilamente su cigarro.

En el ángulo del fondo de la espaciosa habitación revestida de roble repleta de libros alineados colgaba una cortina. Al descorrerla quedó al descubierto una gran caja fuerte con remates de bronce. Von Bork separó una llavecita de la cadena de su reloj y, tras considerables manipulaciones del cierre de seguridad, abrió de par en par la pesada puerta.

—¡Mire! —dijo, apartándose e invitándole con la mano.

La luz alumbró de lleno la caja abierta, y el secretario de la Embajada contempló con absorto interés las hileras atestadas de archivadores que había en su interior.

Cada archivador tenía su etiqueta, y sus ojos, al recorrerlos uno a uno con la

mirada, leyeron una larga serie de títulos, tales como “Fondeaderos”, “Defensas portuarias”, “Aeroplanos”, “Irlanda”, “Egipto”, “Fuertes de Portsmouth”, “El Canal”, “Rosyth”, y una veintena más. Cada compartimiento rebosaba de documentos y planos.

—¡Colosal! —exclamó el secretario. Dejó el cigarro, y se puso a aplaudir con sus manos gordinflonas.

—Y todo en cuatro años, barón. No está del todo mal para un caballero de provincias, bebedor y jinete incansable. Pero está por llegar la perla de mi colección; ya tiene su lugar reservado. —Señaló con el dedo un espacio vacío sobre el que había impreso el rótulo “Señales Navales”.

—Pero ya tiene un expediente muy completo sobre eso.

—Anticuado, digno de la papelera. De alguna manera en el Almirantazgo ha sonado la alarma y han cambiado todos los códigos. Ha sido un golpe duro, barón, el peor que he recibido en toda mi campaña. Pero gracias a mi talonario y al bueno de Altamont todo va a solucionarse esta noche.

El barón consultó su reloj, y emitió una exclamación gutural de disgusto.

—Bueno, no puedo esperar más. Como usted se imagina, las cosas se están moviendo en Carlton Terrace y tenemos que estar en nuestros puestos. Esperaba poder llevarme la noticia de su golpe maestro. ¿Altamont no le concretó la hora?

Von Bork le alargó un telegrama.

«Iré sin falta esta noche y llevaré las bujías nuevas. - ALTAMONT.» —Bujías, ¿eh?

—Tenga en cuenta que se hace pasar por experto en motores y yo tengo un taller completo de reparaciones. En nuestro código, todo lo que se sabe de antemano que puede tener que mencionarse recibe el nombre de una pieza de recambio. Si habla de un radiador, se trata de un acorazado; una bomba de aceite es un crucero, y así sucesivamente. Las bujías son las señales navales.

—Puesto en Portsmouth a mediodía —dijo el secretario, examinando el sobrescrito—. Por cierto, ¿cuánto le paga?

—Quinientas libras por este trabajo en particular, y además cobra un sueldo.

—¡Ambicioso bastardo! Son útiles, estos traidores, pero me pesa el precio de sangre que hay que pagarles.

—Con Altamont, a mí no me pesa nada. Es un trabajo fantástico. Le pago bien, pero por lo menos entrega la mercancía, como él mismo dice. Además, no es un traidor. Le aseguro que nuestro junker más pangermánico es un tierno palomito en sus sentimientos por Inglaterra, comparado con un auténtico irlandés resentido y emigrado a América.

—¡Oh! ¿Es un irlandés americano?

—Si le oyera hablar no lo dudaría. A veces le aseguro que me cuesta trabajo entenderle. Parece haber declarado la guerra tanto al inglés del rey como al rey inglés. ¿De verdad tiene que irse? Llegará de un momento a otro.

—Sí. Lo siento, pero ya he permanecido aquí más tiempo del debido. Le esperamos mañana temprano; cuando haya introducido ese libro de señales por la portezuela de la escalinata del duque de York, habrá puesto un triunfante colofón a sus servicios en Inglaterra. ¿Cómo? ¿Tokay? —Señaló con el dedo una botella llena de lacres y polvo que había en una bandeja, junto a dos vasos altos.

—¿Puedo ofrecerle un vaso antes de que emprenda su viaje?

—No gracias. Pero me huele a juerga.

—Altamont es un fino catador de vinos, y tiene especial predilección por mi tokay. Es un tipo quisquilloso, así que hay que llevarle la corriente en estas cosas pequeñas. Le aseguro que es digno de estudio.

Habían salido ya a la terraza, y continuaron caminando hasta llegar al alejado extremo donde, con un solo toque del chofer del barón, el gran automóvil se puso a vibrar y a cloquear.

—Esas luces son las de Harwich, supongo —dijo el secretario, poniéndose el guardapolvo—. ¡Qué quietud y qué paz! Antes de que acabe la semana, quizá haya otras luces, y la costa inglesa esté menos tranquila. También en los cielos habrá movimiento, si resulta cierto todo lo que promete el viejo Zeppelin. Por cierto, ¿quién hay ahí?

Tan sólo había luz en una de las ventanas; se veía en el interior una lámpara y junto a ella, sentada al lado de la mesa, una mujer vieja y de mejillas sonrosadas tocada con una cofia. Estaba encorvada sobre su labor de punto, y se interrumpía de vez en cuando para acariciar a un gran gato negro que había en un taburete cercano.

—Es Martha, la única criada que se ha quedado.

El secretario rió entre dientes.

—Casi podría personificar a Gran Bretaña —dijo—, con su completo ensimismamiento y su aire general de cómoda somnolencia. Bueno, hasta la vista, Von Bork.

Con una última ondulación de la mano subió al coche de un salto, y un momento después los dos conos dorados de los faros se proyectaron en la oscuridad. El secretario se arrellanó entre los cojines de su lujoso vehículo, con el pensamiento tan absorto en la inminente tragedia europea, que casi no se dio cuenta de que su automóvil, al girar por la calle del pueblo, casi aplasta a un pequeño Ford que avanzaba en dirección contraria.

Von Bork volvió al estudio, caminando despacio, una vez los últimos resplandores de los faros del coche se hubieron desvanecido en la distancia. Al pasar por la ventana de su vieja ama de llaves, observó que había apagado la luz y se había retirado. Eran para él una nueva experiencia, aquel silencio y aquella oscuridad que reinaban en su espaciosa casa, pues su familia y servidumbre habían sido numerosas.

No obstante le alivió pensar que estaban todos a salvo y que, exceptuando a aquella anciana que se había retrasado en la cocina, tenía toda la finca para él solo. Había mucho que limpiar en su estudio, y se puso a hacerlo; hasta que su cara expresiva y bella se encendió con el calor de los documentos quemados. Había junto a la mesa un maletín de piel, y empezó a guardar ordenada y sistemáticamente en él el precioso contenido de su caja fuerte. Apenas había iniciado esta tarea, cuando su fino oído detectó el sonido de un coche lejano. Al instante lanzó una exclamación de júbilo, aseguró las correas del maletín, cerró la caja con combinación, y salió corriendo a la terraza. Llegó justo a tiempo para ver los faros de un pequeño automóvil apagarse en la verja. Se apeó un pasajero y avanzó deprisa hacia él mientras el chofer, un tipo corpulento, entrado en años

y con bigote cano, se sentaba tranquilamente, como resignado a su larga vigilia.

—¿Bien? —preguntó vehementemente Von Bork, saliendo al encuentro de su visitante.

Por toda respuesta el hombre levantó por encima de su cabeza un paquete de papel parduzco, haciendo un gesto de triunfo.

—Esta noche ya puede chocarla a gusto, señor —exclamó—. Le traigo el gato en el talego.

—¿Las señales?

—Como le decía en el telegrama. Hasta la última de ellas: semáforos, códigos de luces, el Marconi... una copia, no se vaya a pensar que es el original. Era demasiado peligroso. Pero puede apostar a que es la mercancía auténtica—. Le dio al alemán una palmada en el hombro, con tan tosca familiaridad, que el otro reculó.

—Entre —dijo—. Estoy solo en casa. Sólo esperaba esto. Desde luego es mejor una copia que el original. Si faltase el original lo cambiarían todo. ¿Cree que con la copia todo irá bien?

El americano irlandés había entrado en el estudio y se había sentado en el sillón, estirando sus brazos y piernas. Era un hombre alto y flaco de unos sesenta años, con las facciones muy marcadas y una barbita de chivo que le daba un cierto parecido con las caricaturas de Tío Sam. De la comisura de sus labios colgaba un cigarro a medio fumar, empapado de saliva, y al tomar asiento volvió a encenderlo con una cerilla.

—¿Preparándose para la mudanza? —observó, mirando a su alrededor—. Oiga, señor —agregó, clavando la vista en la caja fuerte que en aquel momento no ocultaba la cortina—, no me irá a decir que guarda sus documentos ahí.

—¿Por qué no?

—¡Caray! ¡En un artefacto como ése, que es como si estuviera abierto! ¡Y le tienen a usted por un espía importante! Cualquier ladrón yanqui desguazaría eso con un abrelatas. Si hubiera sabido que todas mis cartas quedarían ahí, al alcance de cualquiera, no habría hecho el imbécil escribiéndole.

—Cualquier ladrón tendría dificultades para forzar esta caja fuerte —respondió Von Bork—. Este metal no puede cortarse con ninguna herramienta.

—¿Pero, y la cerradura?

—No, tiene doble combinación. ¿Sabe lo que significa?

—A mí que me registren —dijo el americano.

—Bien; pues significa que se necesita una palabra, además de una serie de números para accionar esa cerradura. —Se levantó y le mostró un disco con doble juego radial alrededor del agujero de la llave—. El exterior es para las letras, y el de dentro para los números.

—Bueno, bueno, eso ya está mejor.

—Así que no es tan simple como creía. La mandé fabricar hace cuatro años; ¿qué cree que elegí como código?

—No podría saberlo.

—Elegí la palabra agosto y la cifra 1914; eso es todo.

En el rostro del americano se dibujaron sorpresa y admiración.

—¡Eso sí que es tener ojo! ¡Afinó bien la puntería!

—Sí, unos pocos de nosotros podíamos adivinar la fecha incluso entonces. ¡Y pensar que mañana le doy el cerrojazo definitivo!

—Muy bien, pero aún quedo yo. No creerá que voy a quedarme solo en este maldito país. Por lo que veo, dentro de una semana o menos John Bull estará erguido sobre sus cuartos traseros y con las garras extendidas. La verdad es que preferiría ver el espectáculo desde el otro lado del mar.

—Pero usted es ciudadano americano.

—También Jack James era ciudadano americano, y eso no le impide estar pudriéndose en Portland. No se escabulle uno de un policía inglés diciéndole que es ciudadano americano. “Aquí rigen la ley y el orden británicos”, contesta. Por

cierto, señor, hablando de Jack James; tengo la impresión de que no hace gran cosa para cubrir a sus hombres.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Von Bork, secamente.

—Bueno, usted es el jefe, ¿no? Es usted quien tiene que ocuparse de que no caigan. Pero caen, y usted nunca ha rescatado a ninguno. Ahí tiene a James...

—Lo que ocurrió con James fue culpa suya, lo sabe muy bien. Era demasiado porfiado para este trabajo.

—James era estúpido, lo admito. ¿Pero qué me dice de Hollis?

—Estaba loco.

—Bueno, se ofuscó un poco al final. Pero es que es como para acabar en el manicomio tener que pasarse de la mañana a la noche representando un papel, rodeado de cien tipos dispuestos a echarle a uno la cofia encima. Y ahora Steiner...

Von Bork se sobresaltó violentamente, y el rubor de su rostro bajó en un tono.

—¿Que le ocurre a Steiner?

—Pues que le han echado el guante, eso es todo. Ayer noche irrumpieron por sorpresa en su almacén, y él y sus papeles están en la cárcel de Portsmouth. Usted se largará y él, pobre diablo, tendrá que aguantar el barullo y mucha suerte tendrá si sale vivo. Por eso quiero yo poner agua de por medio a la vez que usted.

Von Bork era un hombre fuerte y contenido, pero era fácil darse cuenta de que aquella noticia le había afectado.

—¿Cómo han podido descubrir a Steiner? —murmuró—. Ese es el peor golpe de todos.

—Pues casi le dan otro peor, porque creo que no andan lejos de mí.

—¡No puede ser!

—¡Ya lo creo! Mi patrona, allí en el camino de Fratton, tuvo que contestar a algunas preguntas, y yo al enterarme comprendí que había llegado el momento de moverse. Pero lo que yo quiero saber, señor, es cómo los polis averiguan todas estas cosas. Steiner es el quinto hombre que pierde usted desde que firmamos contrato, y conozco el nombre del sexto si no me escabullo pronto. ¿Cómo explica usted eso?

¿No le da vergüenza ver que sus hombres van cayendo de ese modo?

El rostro de Von Bork se encendió violentamente.

—¿Cómo se atreve a decirme eso?

—Si no me atreviera a ciertas cosas, señor, no estaría a su servicio. Pero voy a decirle a las claras lo que pienso. He oído decir que ustedes, los políticos alemanes, cuando uno de sus agentes ha concluido su trabajo, no ponen muchos reparos a que lo quiten de en medio.

Von Bork se levantó de un salto.

—¿Se atreve a insinuar que he entregado a mis propios agentes?

—No llego a tanto señor; pero en algún lugar hay un soplón o una infiltración, y a usted compete descubrir dónde. En cualquier caso, no voy a dejar las cosas al azar. Quiero irme a mi pequeña Holanda, y cuanto antes, mejor.

—Llevamos demasiado tiempo siendo aliados para pelearnos en la hora de la victoria. Ha realizado un trabajo espléndido, con muchos riesgos, y eso no puedo olvidarlo. No se hable más; váyase a Holanda, y desde Rotterdam podrá tomar un barco a Nueva York. Déme ese libro, y lo meteré en mi equipaje, con los demás.

El americano sostenía en su mano el paquetito. Pero no hizo gesto de entregarlo.
—¿Qué hay del parné? —preguntó.

—¿De qué?

—La pasta. La recompensa. Las 500 libras. El artillero se puso muy antipático al final, y tuve que untarlo con cien dólares más, ya que de lo contrario usted y yo nos quedábamos compuestos y sin libro. “No hay nada que hacer” dijo, muy

convencido; pero los cien pavos lo amansaron. Toda esta broma me ha costado doscientas libras, así que no entrego ni una página si no cobro mi recompensa.

Von Bork sonrió con cierta amargura y dijo:

—No parece tener una opinión muy elevada de mi honor; quiere el dinero antes de entregarme el libro.

—Mire usted, señor, los negocios son los negocios.

—De acuerdo, lo haremos a su manera. —Se sentó a la mesa, hizo unos garabatos en un cheque, arrancó éste del talonario; pero se guardó muy bien de alargárselo a su interlocutor—. Después de todo, puestas así las cosas, Mr. Altamont —dijo—, no veo por qué he de confiar más yo en usted que usted en mí. ¿Me comprende? —añadió, volviendo la cabeza y mirando por encima del hombro al americano—. Dejaré el cheque encima de la mesa. Reclamo mi derecho a examinar ese paquete antes de que recoja su dinero.

El americano se lo pasó sin decir palabra. Von Bork desató el bramante y rasgó dos envoltorios de papel. Luego permaneció sentado un momento mirando, callado y perplejo, el librito azul que tenía delante de los ojos. En su tapa, había impreso en letras de oro el siguiente título: Manual Práctico de Apicultura. Sólo un instante pudo el jefe de espías seguir contemplando aquella inscripción extrañamente ajena al tema; al siguiente era sujetado en la nuca por una garra de acero, y apareció ante su cara contorsionada una esponja empapada en cloroformo.

—¡Otro caso, Watson! —dijo Mr. Sherlock Holmes, alargándole la botella de Imperial Tokay.

El robusto chofer, que se había sentado junto a la mesa, adelantó presto el vaso.

—Es un buen vino, Holmes.

—Un vino extraordinario, Watson. Nuestro amigo del sofá me ha asegurado que es de la bodega especial de Francisco José en el palacio de Schoenbrunn. ¿No le molestaría demasiado abrir la ventana? El vapor del cloroformo no ayuda al paladar.

La caja fuerte estaba entreabierta y Holmes, de pie ante ella, iba sacando los

archivos y examinándolos por encima, antes de guardarlos ordenadamente en el maletín de Von Bork. El alemán yacía en el sofá roncando ruidosamente, con una cuerda rodeándole las piernas y otra la parte superior de los brazos.

—No hace falta apresurarse, Watson. Estamos a salvo de interrupciones. ¿Le importa tocar la campanilla? No hay nadie en la casa excepto la vieja Martha, que ha interpretado su papel admirablemente. Cuando me hice cargo del caso, le conseguí este puesto. Ah, Martha, le gustará saber que todo va bien.

La encantadora anciana acababa de aparecer en el umbral. Le dedicó a Holmes

una sonrisa y una reverencia; pero miró con cierta aprensión a la figura del sofá.

—Está bien, Martha. No ha sufrido ni un rasguño.

—Me alegro, Mr. Holmes. A su manera, ha sido un amo bondadoso. Quería que me fuera ayer a Alemania con su esposa, pero eso no hubiera convenido a sus planes, ¿verdad?

—Desde luego que no, Martha. Mientras siguiera usted aquí, yo estaba tranquilo.

Hemos tenido que esperar su señal mucho rato esta noche.

—Es que estaba aquí el secretario, señor.

—Lo sé. Nos hemos cruzado.

—Creía que no iba a irse nunca. Sabía que tampoco convendría a sus planes encontrarle aquí.

—No, desde luego. A fin de cuentas, sólo hemos tenido que esperar una media hora; hasta que se ha apagado su lámpara y he comprendido que no había moros en la costa. Puede entregarme su informe mañana, en el hotel Claridge de Londres, Martha.

—Muy bien, señor.

—Supongo que lo tiene todo a punto para la marcha.

—Sí, señor. Hoy ha enviado siete cartas. Como de costumbre, tengo las

direcciones.

—Muy bien, Martha. Mañana las estudiaré. Buenas noches. Estos papeles —prosiguió, cuando la anciana se hubo retirado—, no son demasiado importantes, ya que, naturalmente, la información que representan fue remitida hace ya tiempo al Gobierno alemán. Son los originales, que no podían sacarse del país sin riesgo.

—Entonces no sirven para nada.

—Yo no diría tanto, Watson. Por lo menos servirán para que los nuestros estén al corriente de lo que se sabe y lo que no. Añadiré que la mayoría de estos papeles han llegado aquí por mediación mía, y por lo tanto no son precisamente fidedignos. Alegraría mis años de decadencia ver a un buque alemán navegando por el canal de Solent de acuerdo con los planos de campo de minas que yo les he facilitado. ¿Pero y usted, Watson? —interrumpió su trabajo y agarró por los hombros a su viejo amigo —; casi no le he visto a la luz. ¿Cómo le han tratado los años? Es usted el mismo mozalbete campechano de siempre.

—Me he quitado veinte años de encima, Holmes. Nunca me he sentido tan feliz como en el momento en que recibí su telegrama pidiéndome que fuera a reunirme con usted en Harwich y que llevase el coche. Pero usted Holmes, ha cambiado muy poco, si exceptuamos esa horrenda perilla.

—Sacrificios que ha de hacer uno por el país, Watson —dijo Holmes, tirándose del mechón—. Mañana no será más que un desagradable recuerdo. Con el pelo cortado y otros cambios superficiales sin duda mañana reapareceré en el Claridge tal como era antes de que esta faenilla americana, le ruego que me perdone, Watson, pero mi pozo de inglés parece haberse secado permanentemente, antes de que este asunto americano se cruzase en mi camino.

—Pero si se había retirado, Holmes. Nos dijeron que llevaba una existencia de asceta, entre sus abejas y sus libros, en una granjita de los South Downs.

—Exacto, Watson. ¡Aquí tiene el fruto de mi ociosa holganza, la obra magna de estos últimos años! —Cogió el volumen encima de la mesa y leyó el título completo —: Manual Práctico de Apicultura, con algunas Observaciones sobre la Segregación de la Reina. Lo he escrito yo solo. Contemple el fruto de noches de meditación y días laboriosos, en los que vigilé a las cuadrillas de pequeñas obreras como en otro tiempo había vigilado el mundo criminal de Londres.

—Entonces, ¿cómo es que se puso a trabajar otra vez?

—¡Ah! Con frecuencia hasta yo mismo me asombro. Habría podido resistirme al ministro de Asuntos Exteriores, pero cuando el premier en persona se dignó a visitar mi humilde morada... El hecho es, Watson, que ése caballero del sofá era un poco demasiado bueno para los nuestros. Se le consideraba único en su clase. Las cosas iban mal, y nadie conseguía comprender porqué. Se sospechaba de agentes e incluso se practicaban detenciones, pero resultaba evidente que había una fuerza secreta central, muy poderosa. Era imprescindible sacarla a la luz. Recibí fuertes presiones para tomar cartas en el asunto. Me ha costado dos años, Watson, que no han estado exentos de emoción. Si le digo que inicié mi peregrinaje en Chicago, ingresé en una sociedad secreta irlandesa en Buffalo, le causé serios problemas a los agentes de policía de Skibbareen y por fin atraje la atención de un agente subordinado de Von Bork, quien me recomendó como un hombre de aptitudes, se hará una idea de lo complejo que ha sido el asunto. Desde entonces me he visto honrado con su confianza, lo que no ha impedido que la mayoría de sus planes fracasasen sutilmente y cinco de sus mejores agentes estén ahora en la cárcel. Yo observaba vigilante el fruto, Watson, y lo recogía cuando maduraba. Bueno, señor, espero que ya se haya recobrado del todo.

Este último comentario iba dirigido a Von Bork, que tras muchos parpadeos y ahogos había permanecido tumbado en silencio escuchando el relato de Holmes. De pronto estalló en un furioso torrente de invectiva alemana, con el rostro convulsionado de pasión. Holmes prosiguió con su rápida investigación de documentos, mientras su prisionero le maldecía y renegaba.

—Aunque no sea musical, el alemán es la lengua más expresiva del mundo —dijo, cuando Von Bork se interrumpió de puro agotamiento—. ¡Ajá! —añadió, fijando la atención en la esquina de un plano antes de colocarlo en la maleta—. Esto meterá a otro pájaro en la jaula. No tenía idea de que el tesorero fuese tan canalla, aunque ya hace tiempo que no le quito el ojo de encima. Señor Von Bork, va a tener que responder a muchas preguntas.

El prisionero se había incorporado en el sofá con dificultad y miraba sin pestañear a su aprehensor con una extraña mezcla de odio y perplejidad.

—Ya le ajustaré las cuentas, Altamont —dijo, hablando con lenta deliberación—. ¡Le ajustaré las cuentas aunque me cueste la vida!

—¡La eterna y dulce canción! —dijo Holmes—. ¡Cuántas veces la habré escuchado en tiempos pasado! Era la cantinela favorita del llorado profesor Moriarty. Tengo entendido que el coronel Sebastian Moran la había canturreado alguna vez. Y sin embargo, sigo vivo y dedicado a la apicultura en los South Downs.

—¡Maldito seas, doble traidor! —exclamó el alemán, forcejeando para soltarse con destellos de muerte en sus feroces ojos.

—No, la cosa no es tan terrible —replicó Holmes, sonriendo—. Como sin duda sabrá ya por mi relato, Mr. Altamont de Chicago no existía en realidad. Lo utilicé y se ha ido.

—¿Entonces, quién es usted?

—No es importante quién sea yo, pero como parece interesarle, Mr. Von Bork, le diré que no es ésta la primera vez que trabo conocimientos con miembros de su familia. Hubo un tiempo en el que llevé muchos asuntos en Alemania, y quizá mi nombre le sea familiar.

—Desearía conocerlo —dijo el prusiano con acritud.

—Soy el artífice de la separación entre Irene Adler y el fallecido rey de Bohemia, cuando su primo Heinrich era embajador imperial. También fui yo el salvador del conde Von und Zu Grafenstein, hermano mayor de su madre, cuando intentó asesinarle el nihilista Klopman. Fui yo...

Von Bork se incorporó, atónito.

—No hay más que un hombre —exclamó.

—Exacto —dijo Holmes.

Von Bork emitió un gemido y volvió a hundirse en el sofá.

—Y la mayor parte de toda esta información me ha llegado a través suyo —se lamentó—. ¿Qué valor tiene? ¿Qué he hecho? ¡Es mi ruina para siempre!

—Lo cierto es que muy fidedigna no es —dijo Holmes—. Habría que hacer comprobaciones, y usted tiene poco tiempo para eso. Quizá su almirante

encuentre las piezas de artillería bastante más grandes de lo que espera y los cruceros un tanto más rápidos.

Von Bork, desesperado, se llevó las manos a la garganta.

—Existen otras muchas cuestiones de detalle que sin duda saldrán a la luz en su momento. Pero posee usted una cualidad muy poco frecuente en un alemán, Mr. Von Bork: es un deportista, y no me guardará rencor cuando comprenda que, al igual que ha superado en inteligencia a tantos otros, ha sido superado por una vez. Después de todo, ha hecho cuanto ha podido por su país, y yo he hecho lo mismo por el mío: ¿hay algo más natural? Además —añadió, no sin cierta amabilidad, apoyando su mano en el hombro del adversario postrado—, es mejor esto que caer ante un enemigo más innoble. Estos papeles ya están listos, Watson. Si me ayuda con nuestro prisionero, creo que podemos salir en seguida para Londres.

No fue tarea fácil mover a Von Bork, ya que era un hombre fuerte y estaba desesperado. Por fin, sujetándole uno por cada brazo, los dos amigos le hicieron avanzar muy despacio por la misma avenida del jardín que había recorrido con orgullo y confianza hacía solo unas horas mientras recibía las felicitaciones del famoso diplomático. Tras una última y breve resistencia fue izado, aún atado de pies y manos, al asiento libre del pequeño automóvil. Su precioso maletín fue encajado junto a él.

—Confío en que esté tan cómodo como permiten las circunstancias —dijo Holmes, cuando hubieron acabado de instalarle—. ¿Me censurará usted si me tomo la libertad de encender un cigarro y colocárselo entre los labios?

Pero toda afabilidad resultaba inútil con aquel alemán enojado.

—Supongo que se dará usted cuenta. Mr. Sherlock Holmes —dijo— de que si su Gobierno le apoya en el trato que me está dando, provocará una declaración de guerra.

—¿Y qué me dice de su Gobierno y el trato que le da a esto otro? —preguntó Holmes, tamborileando sobre el maletín.

—Usted es un particular. No tiene ninguna orden de detención contra mí. Su forma de proceder es ilegal y ultrajante.

—Desde luego —dijo Holmes.

—Ha secuestrado a un súbdito alemán.

—Y robado sus documentos privados.

—Bueno, ya conocen la situación, tanto usted como su cómplice. Si me pusiera a gritar pidiendo ayuda al pasar por el pueblo...

—Mi querido señor, si hiciera una cosa tan estúpida probablemente aumentaría el número demasiado limitado de nombres de nuestras tabernas locales, dejándonos la nueva enseña de «El Prusiano Colgado». El inglés es una criatura tolerante, pero en estos momentos su ánimo anda un poco inflamado y es mejor no ponerlo a prueba. No, Mr. Von Bork, usted nos acompañará como persona tranquila y sensata que es, a Scotland Yard, desde donde podrá mandar aviso a su amigo el barón Von Herling para ver si sigue pudiendo ocupar esa plaza que le tiene reservada entre el personal de la Embajada. En cuanto a usted, Watson, tengo entendido que se ha unido a nosotros cumpliendo su antiguo servicio, así que Londres no le hará desviarse de su camino. Quédese aquí conmigo en la terraza, porque quizá sea nuestra última charla.

Los dos amigos mantuvieron una conversación íntima de unos pocos minutos, recordando una vez más los días del pasado, mientras su prisionero forcejeaba en vano para romper sus ligaduras. Cuando volvían hacia el coche, Holmes señaló con el dedo el mar iluminado por la luna, y meneó pensativo la cabeza.

—Viene un viento del este, Watson.

—Creo que no, Holmes. El aire está tibio.

—¡Mi querido Watson! es usted el único punto inamovible en una era de cambios. Pero es cierto que viene un viento del este, un viento que nunca ha soplado aún en Inglaterra. Será frío y crudo, Watson, y quizá muchos de nosotros nos marchitemos al sentir sus ráfagas. No obstante, no por eso deja de ser un viento de Dios, y cuando amaine el temporal brillará bajo el sol una tierra más limpia, mejor y más fuerte. Ponga el coche en marcha, Watson, ya deberíamos estar en camino. Tengo un cheque por quinientas libras que habrá que hacer pronto efectivo, ya que el firmante es muy capaz de cancelarlo, si puede.

8. El jorobado

«Poned a Urías frente a lo más reñido de la batalla y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera.»

II Samuel 11, 15

Una noche de verano, pocos meses después de casarme, estaba sentado ante mi chimenea, fumando una última pipa y dando cabezadas sobre una novela, pues mi jornada de trabajo había sido agotadora. Mi esposa había subido ya, y el ruido al cerrarse con llave la puerta de entrada, un rato antes, me indicó que también los sirvientes se habían retirado. Había abandonado mi asiento y estaba vaciando la ceniza de mi pipa, cuando oí de pronto un campanillazo.

Miré el reloj. Eran las doce menos cuarto. A una hora tan tardía no podía tratarse de un visitante. Un paciente, desde luego, y posiblemente toda la noche en vela. Torciendo el gesto, me dirigí al recibidor y abrí la puerta. Con gran asombro por mi parte, era Sherlock Holmes quien se encontraba en la entrada.

—Vaya, Watson —dijo—, ya esperaba yo llegar a tiempo para encontrarle todavía levantado.

—Adelante, por favor, mi querido amigo.

—¡Parece sorprendido y no me extraña! ¡Y aliviado también, diría yo! ¡Hum! ¿O sea que todavía fuma aquella mezcla Arcadia de sus tiempos de soltero? Esta ceniza esponjosa en su chaqueta es inconfundible. Es fácil observar que estaba usted acostumbrado a vestir uniforme, Watson; nunca se le podrá tomar por un paisano de pura raza mientras conserve el hábito de guardar el pañuelo en su manga. ¿Puede darme alojamiento por esta noche?

—Con mucho gusto.

—Me dijo que tenía una habitación individual para soltero, y veo que en este momento no hay ningún visitante varón. Así lo proclaman los ganchos para sombreros en su perchero.

—Me complacerá mucho que se quede.

—Gracias. Llenaré, pues, un colgador vacante. Lamento ver que ha tenido un operario británico en casa. Los envía el demonio. ¿No sería un problema de desagües, espero?

—No, el gas.

—¡Ah! Ha dejado dos marcas de clavos de su bota en su linóleo, precisamente allí donde da la luz. No, gracias, he cenado algo en Waterloo, pero gustosamente fumaré una pipa con usted.

Le ofrecí mi bolsa de tabaco y él se sentó frente a mí; durante un rato fumé en silencio. Yo sabía perfectamente que sólo un asunto de importancia podía haberle traído a mi casa a semejante hora, de modo que esperé con paciencia que decidiera abordarlo.

—Veo que en estos momentos está muy ocupado profesionalmente —comentó, dirigiéndome una mirada penetrante.

—Sí, he tenido un día atareado —contesté—. Tal vez a usted le parezca una necedad —añadí—, pero de hecho no sé cómo lo ha podido deducir.

Holmes se rió para sus adentros.

—Tengo la ventaja de conocer sus costumbres, mi querido Watson —dijo—. Cuando su ronda es breve va usted a pie, y cuando es larga toma un coche de alquiler. Ya que percibo que sus botas, aunque usadas, nada tienen de sucias, no me cabe duda de que últimamente su trabajo ha justificado tomar el coche.

—¡Excelente! —exclame.

—Elemental, querido Watson —dijo él—. Es uno de aquellos casos en los que quien razona puede producir un efecto que le parece notable a su interlocutor, porque a éste se le ha escapado el pequeño detalle que es la base de la deducción. Lo mismo cabe decir, mi buen amigo, sobre el efecto de algunos de

esos pequeños relatos suyos, que es totalmente el de un espejismo, puesto que depende del hecho de que usted retiene entre sus manos ciertos factores del problema que nunca le son impartidos al lector. Ahora bien, en este momento me encuentro en la misma situación de estos lectores, pues tengo en esta mano varios cabos de uno de los casos más extraños que nunca hayan llenado de perplejidad el cerebro de un hombre, y sin embargo me faltan uno o dos que son necesarios para completar mi teoría. ¡Pero los tendré, Watson, los tendré!

Sus ojos centellearon y un leve rubor se extendió por sus flacas mejillas. Por un instante, se alzó el velo ante su naturaleza viva y entusiasta, pero sólo por un instante. Cuando le miré de nuevo, su cara había adoptado otra vez aquella impasibilidad de indio piel roja que había movido a tantos a mirarle como una máquina y no como un hombre.

—El problema presenta rasgos interesantes —dijo—; puedo decir que incluso características excepcionales muy interesantes. Ya he examinado el asunto y he llegado, según creo, cerca de la solución. Si pudiera usted acompañarme en esta última etapa, me prestaría un servicio más que considerable.

—Me encantaría.

—¿Podría ir mañana a Aldershot?

—No dudo de que Jackson me sustituirá en mi consulta.

—Muy bien. Deseo salir de Waterloo en el tren de las once diez.

—Lo cual me da tiempo de sobra.

—Pues entonces, si no tiene demasiado sueño, le haré un esbozo de lo que ha ocurrido y de lo que queda por hacer.

—Tenía sueño antes de llegar usted. Ahora estoy perfectamente despejado. —Resumiré la historia tanto como sea posible sin omitir nada que pueda ser vital para el caso. Es concebible que usted haya leído incluso alguna referencia al mismo. Es el supuesto asesinato del coronel Barclay, de los Royal Mallows, en Aldershot, lo que estoy investigando.

—No he oído nada al respecto.

—Es que todavía no ha despertado una gran atención, excepto localmente. Son hechos que sólo cuentan con un par de días. Brevemente, son los siguientes:

Como usted sabe, el Royal Mallows es uno de los regimientos irlandeses más famosos en el ejército británico. Hizo proezas tanto en Crimea como durante el motín de los cipayos y, desde entonces, se ha distinguido en todas las ocasiones posibles. Hasta el lunes por la noche lo mandaba James Barclay, un valiente veterano que comenzó como soldado raso y fue ascendido a suboficial por su bravura en tiempos del motín. Llegaría a mandar el mismo regimiento en el que en otro tiempo él había llevado un mosquete.

El coronel Barclay se casó en la época en que era sargento, y su esposa, cuyo nombre de soltera era Nancy Devoy, era hija de un antiguo sargento del mismo regimiento. Hubo por tanto, como puede imaginar, alguna leve fricción social cuando la joven pareja, pues jóvenes eran aún, se encontró en su nuevo ambiente. No obstante, parece ser que se adaptaron con rapidez y, según tengo entendido, la señora Barclay siempre fue tan popular entre las damas del regimiento como lo era su marido entre sus colegas oficiales. Añadiré que era una mujer de gran belleza y que incluso ahora, cuando lleva más de treinta años casada, todavía presenta una espléndida apariencia.

Todo indica que la vida familiar del coronel Barclay fue tan feliz como regular. El mayor Murphy, al que debo la mayor parte de mis datos, me asegura que nunca oyó que existiera la menor diferencia entre la pareja. En conjunto, él piensa que la devoción de Barclay a su esposa era mayor que la que su esposa sintiera por él. Barclay se sentía muy intranquilo si se apartaba del lado de ella por un día. Ella, en cambio, aunque afectuosa y fiel, no revelaba un cariño tan avasallador. Pero los dos eran considerados en el regimiento como el mejor modelo de una pareja de mediana edad. No había absolutamente nada en sus relaciones mutuas que anunciara a la gente la tragedia que iba a producirse más tarde.

Al parecer, el coronel Barclay presentaba algunos rasgos singulares en su carácter. En su talante usual, era un viejo soldado animoso y jovial, pero había ocasiones en que daba la impresión de ser capaz de mostrarse considerablemente violento y vindicativo. Sin embargo, por lo que parece, este aspecto de su naturaleza jamás se había vuelto contra su esposa. Otro hecho que había llamado la atención del mayor Murphy, así como de tres de los otros cinco oficiales con los que hablé, era el singular tipo de depresión que a veces le acometía. Tal como

lo expresó el mayor, a menudo la sonrisa se borraba de sus labios, como si lo hiciera una mano invisible, cuando se estaba sumando a las bromas y el regocijo en la mesa de los oficiales. Durante varios días, cuando este humor se apoderaba de él, permanecía sumido en el más profundo abatimiento. Esto y un cierto toque de superstición eran los únicos rasgos inusuales que, en su manera de ser, habían observado sus hermanos de armas. Esta última peculiaridad asumía la forma de una repugnancia respecto a quedarse solo, especialmente después de oscurecido, y este detalle pueril en una personalidad tan conspicuamente varonil había suscitado comentarios y conjeturas.

El primer batallón de los Royal Mallows, el antiguo 117, lleva varios años estacionado en Aldershot. Los oficiales casados viven fuera de los cuarteles y, durante todo este tiempo, el coronel había ocupado una villa llamada Lachine, a cosa de media milla del Campamento Norte. La casa se alza en terreno propio, pero su ala oeste no se halla a más de treinta yardas de la carretera principal. Un lacayo y dos camareras constituyen la servidumbre. Ellos, junto con sus señores, eran los únicos ocupantes de Lachine, ya que los Barclay no tenían hijos, y no era usual en ellos tener visitantes instalados. Pasemos ahora a lo sucedido en Lachine entre las nueve y las diez del pasado lunes.

Al parecer, la señora Barclay pertenecía a la iglesia católica romana y se había interesado vivamente por la creación del Gremio de San Jorge, formado en conexión con la capilla de Watt Street, con la finalidad de suministrar ropas usadas a los pobres. Aquella noche, a las ocho, había tenido lugar una reunión del Gremio, y la señora Barclay había cenado apresuradamente a fin de llegar puntual a la misma. Al salir de su casa, el cochero la oyó dirigir una observación de tipo corriente a su marido, y asegurarle que no tardaría en volver. Llamó después a la señorita Mornison, una joven que vive en la villa contigua, y fueron las dos juntas a la reunión. Ésta duró cuarenta minutos y, a las nueve y cuarto, la señora Barclay regresó a su casa, después de dejar a la señorita Mornison ante la puerta de la suya, al pasar.

Hay en Lachine una habitación que se utiliza como sala de estar por la mañana. Da a la carretera, y una gran puerta cristalera de hojas plegables se abre desde ella sobre el césped. Este se extiende a lo largo de unas treinta yardas, y sólo lo separa de la carretera un muro bajo rematado por una barandilla de hierro. En esta habitación entró la señora Barclay al regresar. Las cortinas no estaban corridas, ya que rara vez se utilizaba aquella sala por la noche, pero la propia señora Barclay encendió la lámpara y después tocó la campanilla, para pedir a

Jane Stewart, la primera camarera, que le sirviera una taza de té, cosa que era más bien contraria a sus hábitos usuales. El coronel había estado sentado en el comedor, pero al oír que su esposa ya había regresado, se reunió con ella en la sala mencionada. El cochero le vio atravesar el vestíbulo y entrar en ella. Nunca más se le volvería a ver con vida.

El té que ella había pedido le fue subido al cabo de diez minutos, pero la sirvienta, al acercarse a la puerta, oyó, sorprendida, las voces de su señor y su señora entregados a un furioso altercado. Llamó, sin recibir respuesta alguna, e incluso hizo girar el pomo de la puerta, pero resultó que ésta estaba cerrada pon el interior. Como es natural, bajó corriendo para advertir a la cocinera, y las dos mujeres, acompañadas por el lacayo, subieron al vestíbulo y escucharon la disputa que proseguía con la misma violencia. Todos coinciden en que sólo se oían dos voces, la de Barclay y la de su mujer. Las frases emitidas por Barclay eran breves y expresadas con voz queda, de modo que ninguna de ellas les resultaba audible a los que escuchaban tras la puerta. Las de la señora, en cambio, eran más cortantes y, cuando alzaba la voz, se oían perfectamente. «¡Eres un cobarde!», le repetía una y otra vez. «¿Qué podemos hacer ahora? ¿Qué podemos hacer ahora? ¡Devuélveme la vida! ¡No quiero volver a respirar nunca más el mismo aire que tú! ¡Cobarde! ¡Cobarde!» Esto eran fragmentos de la conversación de ella, que terminaron con un grito repentino y espantoso proferido por la voz del hombre, junto con el ruido de una caída y un penetrante chillido de la mujer. Convencido de que había ocurrido alguna tragedia, el cochero se abalanzó hacia la puerta y trató de forzarla, mientras del interior brotaba un grito tras otro. No le fue posible, sin embargo, abrirla, y las sirvientas estaban demasiado acongojadas por el miedo para poder prestarle alguna ayuda. Pero entonces se le ocurrió súbitamente una idea y cruzó corriendo la puerta del vestíbulo y salió a la extensión de césped, sobre la que se abría la gran puerta cristalera de hojas plegables. Un lado de éstas estaba abierto, cosa según creo usual en verano, y sin dificultad pudo entrar en la habitación. Su señora había dejado de gritar y estaba echada, sin conocimiento, en un sofá, en tanto que, con los pies sobre el costado de una butaca y la cabeza en el suelo, cerca del ángulo del guardafuegos, yacía el infortunado militar, muerto y en medio de un charco de su propia sangre.

Naturalmente, el primer pensamiento del cochero, al descubrir que nada podía hacer por su amo, fue el de abrir la puerta, pero entonces se presentó una dificultad tan singular como inesperada. La llave no se encontraba en la parte interior de la puerta, y no fue posible encontrarla en parte alguna de la

habitación. Por consiguiente, volvió a salir por la ventana y regresó tras haber conseguido la ayuda de un policía y de un medico. La señora, contra la cual se alzaron lógicamente las más intensas sospechas, fue trasladada a su dormitorio todavía en un estado de insensibilidad. El cadáver del coronel fue colocado entonces sobre el sofá y se procedió a un examen cuidadoso del escenario de la tragedia.

Se comprobó que la herida infligida al infortunado veterano era un corte desigual, de unos cuatro dedos de longitud, en la parte posterior de la cabeza, que indudablemente había sido causado por un golpe violento asestado con un instrumento contundente. Tampoco fue difícil deducir cuál pudo haber sido esta arma. En el suelo y cerca del cadáver había una curiosa maza de madera dura tallada, con un mango de hueso. El coronel poseía una variada colección de armas traídas de los diferentes países en los que habla luchado, y la policía conjetura que esta maza figuraba entre sus trofeos. Los sirvientes niegan haberla visto antes, pero entre las numerosas curiosidades que hay en la casa es posible que les hubiera pasado por alto. Nada más de importancia descubrió la policía en la habitación, salvo el hecho inexplicable de que ni en la persona de la señora Barclay ni sobre la víctima ni en parte alguna de la habitación se encontró la llave perdida. Finalmente, la puerta tuvo que abrirla un cerrajero de Aldershot.

Así estaban las cosas, Watson, cuando el lunes por la mañana me trasladé a Aldershot, a petición del mayor Murphy, para respaldar los esfuerzos de la policía. Pienso que reconocerá que el problema ofrecía ya su interés, pero mis observaciones pronto me hicieron comprender que era en realidad mucho más extraordinario que todo cuanto pudiera aparentar a primera vista.

Antes de examinar la habitación, interrogué a los sirvientes, pero sólo conseguí obtener los hechos que ya he explicado. Otro detalle interesante fue el que recordó la camarera Jane Stewart. Como ya le he dicho, al oír los ecos de la disputa bajó y regresó con los otros criados. Dice que en la primera ocasión, cuando ella estaba sola, las voces de su señor y de su señora eran tan bajas que apenas pudo oír nada, y juzgó por sus tonos, más bien que por sus palabras, que había una seria desavenencia entre ellos. Sin embargo, al insistir yo en mis preguntas, recordó haber oído el nombre «David», pronunciado dos veces por la dama. Este punto tiene la mayor importancia para orientarnos respecto al motivo de la súbita pelea. Recordará que el nombre del coronel era James.

Había algo en el caso que causó profunda impresión tanto a los sirvientes como a

la policía. Hablo de la deformación en la cara del coronel. Según su relato, había quedado grabada en ella la expresión de miedo y horror más tremenda que pueda asumir una faz humana. Esto, claro está, encajaba perfectamente con la teoría de la policía, en el caso de que el coronel hubiera podido ver a su esposa en el momento de efectuar ésta un ataque mortífero contra él. Y contra esto no representaba una objeción fatal el hecho de tener la herida en la parte posterior de la cabeza, ya que pudo haberse vuelto para evitar el golpe. No era posible obtener información alguna de la señora, ya que ésta se mostraba temporalmente desequilibrada a consecuencia de un agudo ataque de fiebre cerebral.

Supe por la policía que la señorita Mornison, que, como recordará, salió aquella noche con la señora Barclay, negaba tener la menor idea acerca de lo que había causado el malhumor de su compañera al volver.

Una vez reunidos estos hechos, Watson, fumé varias pipas mientras meditaba sobre ellos, tratando de separar los que eran cruciales de otros que eran meramente incidentales. No cabía la menor duda de que el punto más distintivo y sugestivo en el caso era la desaparición de la llave de la puerta. Un registro a fondo no había permitido encontrarla en la habitación y, por consiguiente, habían de habérsela llevado. Pero ni el coronel ni la esposa del coronel pudieron apoderarse de ella. Esto quedaba bien claro. Por consiguiente, tenía que haber entrado en la habitación una tercera persona. Y esta tercera persona sólo pudo haber entrado por la ventana. Me pareció que un examen cuidadoso de la habitación y del césped podían revelar alguna traza del misterioso individuo. Usted ya conoce mis métodos, Watson, y no hubo ni uno solo de ellos que yo dejara de aplicar en mi búsqueda. Y ésta concluyó al encontrar yo trazas, pero muy diferentes de las que había esperado. Había habido un hombre en la sala, y este hombre había cruzado el césped, procedente de la carretera. Me fue posible obtener cinco impresiones muy claras de las huellas de sus pies: una en la misma carretera, en el punto donde había escalado el muro bajo, dos en el césped y otras dos, muy débiles, en las tablas enceradas cercanas a la ventana por la que entró. Al parecer, había corrido por el césped, pues las huellas del dedo gordo eran mucho más profundas que las de los talones. Pero no fue el hombre el que me sorprendió, sino su acompañante.

—¿Su acompañante?

Holmes extrajo de su bolsillo una hoja grande de papel plegada y la desdobló cuidadosamente sobre su rodilla.

—¿Qué me dice de esto? —preguntó.

El papel estaba cubierto por dibujos de huellas de patas de un animal pequeño. Tenía cinco almohadillas bien marcadas y una indicación de uñas largas, y toda la huella mostraba más o menos el tamaño de una cucharilla de postre.

—Es un perro —dije.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un perro que trepe por una cortina? Encontré señales bien claras de que esta criatura lo había hecho.

—¿Un mono, pues?

—Pero ésta no es la huella de un mono.

—¿De qué puede ser, pues?

—Ni perro, ni gato, ni mono, ni criatura alguna con la que nosotros estemos familiarizados. He tratado de reconstruirla a partir de las mediciones. He aquí cuatro huellas en las que el animal ha estado inmóvil y de pie. Como puede ver, no hay menos de quince pulgadas entre la pata delantera y la trasera. Añada a esto la longitud del cuello y de la cabeza, y tendrá una bestezuela de no mucho menos de dos pies de longitud... probablemente más, si existe una cola. Pero observe ahora esta otra medición. El animal se ha estado moviendo y tenemos la longitud de su paso. En cada caso es tan sólo de unas tres pulgadas. Como ve, existe una indicación de un cuerpo largo con unas patas muy cortas unidas a él. No ha tenido la consideración de dejar una muestra de su pelo tras de sí, pero su forma general ha de ser la que he indicado, puede trepar por una cortina y es carnívoro.

—¿Cómo lo deduce?

—Porque trepó por la cortina. En la ventana colgaba una jaula con un canario; parece ser que su objetivo era apoderarse del pájaro.

—¿Qué era, entonces, este animal?

—Ah, si pudiera darle un nombre habría avanzado un buen trecho hacia la solución del caso. Bien mirado, se trata probablemente de alguna criatura de la tribu de las comadrejas o los armiños y, sin embargo, es más grande que todos

los ejemplares de estas especies que yo haya visto jamás.

—Pero ¿qué tuvo que ver con el crimen?

—Esto también queda oscuro. Pero, como observará, sabemos que hubo un hombre en el camino, presenciando la disputa entre los Barclay, puesto que había luz en la habitación y las cortinas no estaban corridas. Sabemos también que corrió a través del césped, entró en la habitación acompañado por un animal extraño, y que, o bien golpeó al coronel, o éste se desplomó a causa del tremendo susto que le causó su visión y se partió la cabeza en la esquina del guardafuegos. Finalmente, tenemos el curioso hecho de que el intruso se llevó la llave al marcharse.

—Parece como si sus descubrimientos hubieran dejado el asunto más oscuro de lo que ya estaba —observe.

—Así es. Indudablemente, han demostrado que el caso es mucho más profundo de lo que se conjeturó al principio. Medité detenidamente la cuestión y llegué a la conclusión de que debo enfocar el caso desde otro aspecto. Pero de hecho, Watson, le estoy manteniendo levantado y puedo contarle perfectamente todo esto en nuestro viaje de mañana a Aldershot.

—Gracias, pero ha llegado demasiado lejos para detenerse ahora.

—Yo tenía la certeza de que, cuando la señora Barclay salió de su casa a las siete y media, estaba en buena relación con su marido. Como creo haber dicho ya, nunca mostraba de forma ostentosa su afecto, pero el cochero la oyó departir amistosamente con el coronel. Ahora bien, la misma certeza tuve de que, al regresar, se retiró inmediatamente a la habitación en que menos probabilidades tenía de ver a su esposo, y allí pidió té, como era propio de una mujer presa de agitación. Y finalmente, al presentarse él, prorrumpió en violentas recriminaciones.

Por consiguiente, algo había ocurrido entre las siete y media y las nueve, algo que alteró por completo los sentimientos de ella respecto a él. Pero la señorita Mornison no se había separado de ella durante esta hora y media, y era absolutamente seguro por tanto, a pesar de su negativa, que algo tenía que saber ella respecto al asunto.

Mi primera conjetura fue la posibilidad de que entre esta joven y el veterano

militar existiera alguna relación que éste hubiera confesado ahora a su esposa. Esto explicaría la indignación de ésta a su regreso y también la negativa de la joven en lo tocante a que hubiera ocurrido algo. Tampoco era del todo incompatible con la mayoría de palabras que pudieron oírse.

Pero existía la referencia a un tal David y también el contrapeso del bien sabido afecto del coronel por su mujer, ello sin hablar de la trágica intrusión de este otro hombre que, desde luego, bien podía estar totalmente desvinculada de todo lo ocurrido antes. No resultaba nada fácil seguirlo todo paso a paso, pero en conjunto yo me sentía inclinado a descartar la idea de que hubiera habido algo entre el coronel y la señorita Mornison, pero cada vez estaba más convencido de que esta joven tenía la clave de lo que provocó el odio de la señora Barclay contra su marido. Por consiguiente, tomé la lógica medida de visitar a la señorita Mornison, explicarle que tenía la absoluta certeza de que ella retenía datos que obraban en su poder y asegurarle que su amiga la señora Barclay podía verse en el banquillo, con peligro de una sentencia capital, a no ser que se aclarase la cuestión.

La señorita Mornison es una jovencita pequeña, con ojos tímidos y rubios cabellos, pero a la que no le faltan, ni mucho menos, astucia y sentido común. Después de hablar yo, reflexionó durante algún tiempo y acto seguido, volviéndose resueltamente hacia mí, comenzó una notable declaración, que procedo a condensarle.

—Prometí a mi amiga no decir nada al respecto, y una promesa es una promesa —dijo—. Pero si de veras puedo ayudarla cuando se encuentra bajo una acusación tan grave, y cuando su boca, pobrecita, se ve cerrada por la enfermedad, creo que estoy liberada de mi promesa. Yo le diré exactamente lo que ocurrió el lunes por la tarde.

Regresábamos de la misión de Watt Street a eso de las ocho y cuarto. En nuestro camino teníamos que pasar por Hudson Street, que es una calle muy tranquila. Sólo hay un farol en ella, en la acera izquierda, y al acercarnos a él, vi venir hacia nosotros un hombre con la espalda muy encorvada y con algo semejante a una caja colgada de un hombro. Parecía deforme, pues caminaba con la cabeza gacha y las rodillas dobladas. Al cruzarnos con él, levantó la cara para mirarnos bajo el círculo de luz que proyectaba el farol; al hacerlo se detuvo y gritó con una voz terrible: «¡Dios mío, pero si es Nancy!» La señora Barclay se volvió con una palidez total y se hubiera caído de no haberla sostenido aquel ser de tan

horrendo aspecto. Me disponía a llamar a un guardia, cuando ella, con gran sorpresa por mi parte, dirigió educadamente la palabra al hombre.

—Durante estos treinta años te he creído muerto, Henry —le dijo con voz temblorosa.

—Y yo —contestó él.

Fue terrible oír el tono con el que pronunció estas palabras. Tenía un rostro muy moreno y tremebundo, y un brillo en los ojos que todavía vuelvo a ver en sueños.

Cabellos y patillas estaban entreverados de gris, y tenía toda la cara arrugada y llena de surcos, como una manzana marchita.

—Sigue un rato tu camino, querida —me dijo la señora Barclay—. Quiero hablar un momento con este hombre. No hay nada que temer.

Trataba de hablar con naturalidad, pero estaba todavía mortalmente pálida y el temblor de sus labios apenas le permitía articular las palabras.

Hice lo que ella me pedía y los dos hablaron durante varios minutos. Después ella bajó por la calle con los ojos llameantes. Vi que el pobre inválido, de pie junto al farol, alzaba los puños cerrados en el aire, como si la rabia le hubiera enloquecido. Ella no dijo ni palabra hasta que llegamos a mi puerta, pero entonces me estrechó la mano y me rogó que no contara a nadie lo ocurrido.

—Es un antiguo amigo mío que ha reaparecido —me dijo.

Cuando le prometí que por mí no se sabría ni una palabra, me besó y ya no he vuelto a verla desde entonces. Le acabo de contar toda la verdad, y si me la callé ante la policía fue porque no comprendí entonces el peligro en que se encontraba mi querida amiga. Ahora sé que sólo puede redundar en su favor el que se sepa todo.

Tal fue su declaración, Watson, y para mí, como podrá imaginar, fue como una luz en una noche oscura. Todo lo que antes había estado desconectado empezó en seguida a asumir su verdadero lugar, y tuve una primera y vaga idea de toda la secuencia de acontecimientos. Mi próximo paso consistía, evidentemente, en hallar al hombre que había causado una impresión tan notable en la señora

Barclay. Si todavía se encontraba en Aldershot, la cuestión no sería tan difícil. No hay un número muy elevado de civiles y un hombre deformado forzosamente había de llamar la atención. Pasé un día buscando y, al atardecer, aquel mismo atardecer, Watson, ya había dado con él.

El hombre se llama Henry Wood y vive en una habitación de la misma calle en la que le encontraron las dos mujeres. Lleva sólo cinco días en la población. Simulando ser un agente del registro, tuve una interesante conversación con su patrona. El hombre ejerce el oficio de actor y prestidigitador. Una vez caída la noche, va de una cantina a otra y ofrece en ellas su pequeño espectáculo. Lleva consigo, en aquella caja, un animalillo que a la patrona parece causarle una considerable inquietud, ya que nunca ha visto un animal semejante. Él lo utiliza en algunos de sus trucos, según cuenta ella. Esto fue lo que pudo explicarme la mujer, así como también que era muy extraño que el hombre viviera teniendo en cuenta lo muy retorcido que estaba, que hablaba a veces en una lengua extraña y que en las dos últimas noches le había oído gemir y llorar en su habitación. Era buen pagador, pero en lo que le entregó le dio lo que parecía ser un florín falso. Me lo enseñó, Watson, y era una rupia india.

Y ahora, mi querido amigo, ya ve usted exactamente dónde nos encontramos y por qué quiero tenerle a mi lado. Está perfectamente claro que, cuando las damas se alejaron de ese hombre, él las siguió a distancia, que presenció a través de la ventana la disputa entre marido y mujer, que irrumpió en la habitación y que el animalillo que llevaba en la caja quedó en libertad. Todo esto ofrece la mayor certeza. Pero él es la única persona de este mundo que puede decirnos exactamente lo que sucedió en aquella habitación.

—¿Y tiene la intención de preguntárselo a él?

—Desde luego... pero en presencia de un testigo.

—¿Y yo soy el testigo?

—Si tiene esa bondad. Si él puede explicar lo sucedido, pues muy bien. Y si se niega, no tendremos más alternativa que la de pedir un mandamiento.

—¿Y cómo sabe que él estará allí cuando nosotros lleguemos?

—Tenga la seguridad de que he tomado algunas precauciones. He puesto a vigilarle a uno de mis chicos de Baker Street, que se agarraría a él como una lapa

fuera adonde fuera. Mañana lo encontraremos en Hudson Street, Watson, y entretanto yo sí que sería un criminal si le mantuviera alejado de la cama por más tiempo.

Era mediodía cuando nos encontramos en la escena de la tragedia y, bajo la orientación de mi compañero, nos dirigimos sin pérdida de tiempo a Hudson Street. A pesar de su capacidad para contener sus emociones, pude ver fácilmente que Holmes se encontraba en un estado de excitación contenida, mientras a mi me cosquilleaba aquella sensación placentera, mitad deportiva mitad intelectual, que experimentaba invariablemente cuando me unía a él en sus investigaciones.

—Esta es la calle —dijo al enfilar un corto pasaje flanqueado por sencillas casas de dos plantas y obra vista—. Ah, ahí está Simpson, que viene a dar el parte.

—Está en casa, señor Holmes —exclamó un rapaz con aspecto de pillete, corriendo hacia nosotros.

—¡Muy bien, Simpson! —aprobó Holmes, dándole una palmadita en la cabeza —. Adelante, Watson, ésta es la casa.

Hizo pasar su tarjeta, junto con el mensaje de que habíamos acudido por un asunto importante. Unos momentos después nos encontramos cara a cara con el hombre que deseábamos ver. A pesar del tiempo caluroso, estaba agazapado frente a un fuego; la pequeña habitación parecía un horno. El hombre estaba sentado, todo él retorcido y acurrucado en una silla, de un modo que proporcionaba una indescriptible impresión de deformidad, pero el rostro que volvió hacia nosotros, aunque arrugado y atezado, debió de haber sido en otro tiempo notable por su belleza. Nos miró suspicazmente con ojos de un amarillo bilioso y, sin hablar, ni levantarse, nos indicó un par de sillas.

—¿El señor Henry Wood, últimamente residente en la India, verdad? — preguntó Holmes afablemente—. He venido por ese asuntillo de la muerte del coronel Barclay.

—¿Y qué puedo saber yo al respecto?

—Esto es lo que he venido a averiguar. ¿Supongo que sabe usted que, si no se aclara el caso, la señora Barclay, que es una antigua amiga suya, será juzgada, según todas las probabilidades, por asesinato?

El hombre experimentó un violento sobresalto.

—Yo no sé quién es usted —exclamó—, ni cómo ha llegado a saber lo que sabe, pero juraría que es verdad lo que me está diciendo.

—Sólo esperan que ella recupere el sentido para proceder a su arresto.

—¡Dios mío! ¿Y ustedes también son de la policía?

—No.

—¿Cuál es, pues, su misión?

—Es misión de todo hombre procurar que se haga justicia.

—Puede aceptar mi palabra de que ella es inocente.

—¿Entonces usted es culpable?

—No, no lo soy.

—¿Quién mató, pues, al coronel James Barclay?

—Fue la Providencia justiciera quien le mató. Pero le aseguro que, si yo le hubiera hecho saltar la tapa de los sesos, como ansiaba hacer, no habría recibido de mis manos más que lo debido. Si su conciencia culpable no lo hubiera fulminado, es más que probable que yo me hubiera manchado con su sangre. Usted desea que yo cuente lo ocurrido. Pues bien, no veo por qué no debiera hacerlo, pues nada hay en ello que deba avergonzarme.

Las cosas ocurrieron así, señor. Usted me ve ahora con mi espalda como la de un camello y mis costillas deformadas, pero hubo un tiempo en que el cabo Henry Wood era el hombre más apuesto del 117 de Infantería. Nos encontrábamos entonces en la India, acantonados en un lugar al que llamaremos Bhurtee. Barclay, el que murió el otro día, era sargento en la misma compañía, y la beldad del regimiento, y además la mejor chica que haya existido jamás, era Nancy Devoy, hija del sargento abanderado. Había dos hombres que la amaban y uno al que amaba ella. Ustedes sonreirán al mirar a este pobre ser acurrucado ante el fuego y oírme decir que me amaba por lo bien plantado que era yo.

Pero aunque yo fuese dueño de su corazón, su padre estaba empeñado en que se casara con Barclay. Yo era un muchacho algo atolondrado y tarambana, y él había recibido una educación y ya estaba destinado a llevar un día espada. Pero la chica se mantuvo fiel a mí y parecía como si yo fuera a conseguirla, cuando se produjo la rebelión de los cipayos y se desencadenó el infierno en todo el país.

Nuestro regimiento quedó bloqueado en Bhurtee con media batería de artillería, una compañía de sikhs y numerosos civiles, entre ellos mujeres. Nos rodeaban diez mil rebeldes, mostrándose tan ávidos como una jauría de terriers alrededor de una jaula de ratas. Hacia la segunda semana del asedio, se nos terminó el agua y surgió la cuestión de si podíamos establecer comunicación con la columna del general Neill, que estaba avanzando por la región. Era nuestra única posibilidad, ya que no podíamos esperar abrirnos paso peleando, con todas aquellas mujeres y niños, por lo que me ofrecí voluntario para ir al encuentro del general Neill y explicarle el peligro que corríamos. Mi ofrecimiento fue aceptado y hablé de él con el sargento Barclay, del que se decía que conocía el terreno mejor que nadie, y trazó una ruta que me permitiría atravesar las líneas rebeldes. A las diez de aquella misma noche, comencé mi expedición. Había un millar de vidas que salvar, pero sólo en una pensaba yo cuando por la noche salté desde el parapeto.

Mi camino discurría a lo largo de un terreno seco que, según esperábamos, había de ocultarme ante los centinelas enemigos, pero al doblar un ángulo del mismo me encontré frente a seis de ellos que me estaban esperando agazapados en la oscuridad. En un instante, un golpe me atontó y fui atado de pies y manos. Pero el verdadero golpe lo recibí en el corazón y no en la cabeza, pues cuando volví en mí y escuché lo que pude entender de su conversación, oí lo suficiente para enterarme de que mi camarada, el mismo hombre que había trazado el camino que yo había de seguir, me había traicionado y, por medio de un sirviente nativo, me había entregado al enemigo.

Bien, no es necesario que divague sobre esta parte de la historia. Ya sabe ahora de que era capaz James Barclay. Bhurtee fue liberada por Neill el día siguiente, pero los rebeldes se me llevaron con ellos en su retirada. Pasaron largos años antes de que yo volviera a ver un rostro blanco. Fui torturado y traté de huir, pero fui capturado y torturado de nuevo. Pueden ustedes ver en qué estado quedé. Algunos de los rebeldes, que huyeron a Nepal, se me llevaron consigo, y después me encontré más allá de Darjeeling. Los montañeses de esta región mataron a los rebeldes que me mantenían prisionero y, por un tiempo, me convertí en su esclavo hasta que me escapé, pero en vez de ir hacia el sur tuve que ir al norte,

hasta encontrarme con los afganos. Allí vagabundeé varios años, y al final regresé al Punjab, donde viví casi siempre entre nativos y me gané la vida con los trucos de prestidigitación que había aprendido. ¿De qué iba a servirme a mí, un pobre inválido, volver a Inglaterra, o darme a conocer entre mis antiguos camaradas de armas? Ni siquiera mi deseo de venganza podía impulsarme a hacerlo. Prefería que Nancy y mis compañeros pensaran que Henry Wood había muerto con la espalda enhiesta, en vez de que me vieran vivo y moviéndome con ayuda de un bastón, como un chimpancé. Ellos no dudaban de que yo había muerto, y me cuidé de que nunca supieran otra cosa. Oí que Barclay se había casado con Nancy y que ascendía rápidamente en el regimiento, pero ni siquiera esto me movió a hablar.

Pero cuando uno envejece, le asalta la nostalgia de su patria. Durante años yo había soñado con los verdes y espléndidos prados y setos de Inglaterra. Finalmente, decidí verlos antes de morir; ahorré lo suficiente para el viaje y me vine entonces aquí, un lugar de soldados, pues yo conozco sus aficiones y sé cómo divertirlos con ello gano lo bastante para sustentarme.

—Su narración no puede ser más interesante —dijo Holmes—. Ya he oído hablar de su encuentro con la señora Barclay y su mutua identificación. Según tengo entendido, entonces usted la siguió hasta su casa y vio a través de la ventana un altercado entre ella y su esposo, durante el cual ella le echó en cara su conducta con usted. Sus sentimientos le dominaron, atravesó corriendo el césped e irrumpió allí donde estaban los dos.

—Así fue, señor. Y al verme a mí, él asumió una expresión como nunca se la he visto a ningún hombre y se cayó, dándose un golpe en la cabeza contra el guardafuegos. Pero ya estaba muerto antes de caerse. Leí la muerte en su cara tan claramente como ahora puedo leer ese texto a la luz del fuego. La mera visión de mi persona fue como una bala que atravesara su corazón culpable.

—¿Y entonces?

—Nancy se desmayó y yo le arranqué de la mano la llave de la puerta, con la intención de abrirla y pedir auxilio. Pero mientras lo hacía, me pareció mejor dejarlo y huir, ya que las cosas podían ponerse negras para mí. Por otra parte, si me detenían mi secreto quedaría al descubierto. En mis prisas, metí la llave en mi bolsillo y dejé caer mi bastón mientras daba caza a Teddy, que se había subido a la cortina. Una vez lo tuve en su caja, de la que había escapado, me

alejé de allí con toda la rapidez posible.

—¿Quién es Teddy?

El hombre se inclinó y alzó la parte frontal de una especie de conejera que había en un rincón. Al instante salió de ella un bellísimo animal de color castaño rojizo, esbelto y sinuoso, con patas de armiño, un hocico largo y delgado, y el par de ojos más hermosos que nunca hubiera visto yo en la cabeza de un animal.

—¡Es una mangosta! —grité.

—Algunos lo llaman así y otros lo llaman icneumón —dijo el hombre—. Cazador de serpientes es el nombre que le doy yo, y es sorprendentemente rápido con las cobras. Aquí tengo una sin colmillos, y Teddy la captura cada noche para divertir a los clientes de la cantina. ¿Alguna cosa más, caballero?

—Tal vez tengamos que verle de nuevo si la señora Barclay llegara a encontrarse en un grave aprieto.

—En este caso, desde luego, yo me presentaría.

—Pero si no es así, no hay necesidad de suscitar este escándalo contra un hombre que ya está muerto, por vergonzoso que haya sido su comportamiento. Tiene usted, al menos, la satisfacción de saber que, durante treinta años de su vida, su conciencia siempre le reprochó su malvada conducta severamente. Ah, allí va el mayor Murphy, por el otro lado de la calle. Adiós, Wood. Quiero saber si ha ocurrido algo nuevo desde ayer.

Tuvimos tiempo para alcanzar al mayor antes de que llegase a la esquina.

—Ah, Holmes —dijo—, supongo que se habrá enterado de que todo este jaleo ha terminado en nada.

—¿Qué ha sido, pues?

—Acaba de terminar la diligencia judicial. Las pruebas médicas han demostrado concluyentemente que la muerte fue debida a una apoplejía. Ya ve que, después de todo, fue un caso bien sencillo.

—Ya lo creo, notablemente superficial —repuso Holmes, sonriendo—. Vamos,

Watson, no creo que en Aldershot se nos necesite ya.

—Hay una cosa —dije mientras nos encaminábamos a la estación—. Si el marido se llamaba James y el otro Henry, ¿a qué venía hablar de un tal David?

—Esta sola palabra, mi estimado Watson, hubiera tenido que contarme toda la historia de haber sido yo el razonador ideal que a usted tanto le agrada describir. Era, evidentemente, un término usado como reproche.

—¿Como reproche?

—Sí. Ya sabe usted que, de vez en cuando, David se extralimitaba un poco; en una ocasión lo hizo en el mismo sentido que el sargento Barclay. Usted recordará el asuntillo de Urías y Betsabé. Mucho me temo que mis conocimientos bíblicos estén un poco oxidados, pero encontrará esta historia en el primer o segundo libro de Samuel.

El Archivo de Sherlock Holmes

Prefacio de “El archivo”

Me acomete el temor de que Sherlock Holmes acabe convirtiéndose en uno de esos tenores famosos que, por haber sobrevivido a la época de sus triunfos, se dejan llevar de la tentación de repetir una y otra vez sus saludos escénicos de despedida ante públicos indulgentes. Esto tiene que acabar, y Sherlock Holmes debe seguir el camino de todo lo que es carne en el sentido material o en el de la fantasía. Es grato pensar que existe algún fantástico limbo para las criaturas de la imaginación, algún lugar desconocido e imposible en el que los elegantes de Fielding siguen haciendo el amor a las hermosas de Richardson y se contornean pomposos los héroes de Scott, y los encantadores Cockneys de Dikens arrancan todavía risas, y los mundanos de Thackeray persisten en su conducta censurable. Quizá Sherlock Holmes y su Watson hallen un rincón humilde en este Wahalla, dejando el puesto que ocuparon en el escenario a algún sabueso todavía más astuto, y al que acompañe un camarada que lo sea todavía menos.

La carrera de Sherlock Holmes ha sido larga, aunque quizás hay tendencia a exagerarla, como lo hacen esos caballeros decrépitos que se me acercan para manifestarme que sus aventuras constituyeron la lectura de su niñez, sin que su cumplido despierte en mí las muestras de satisfacción que ellos esperaban. A nadie le resulta muy grato que se manipule tan poco amablemente con las fechas de la vida de uno mismo. La realidad fría es que Holmes se estrenó en Estudio en Escarlata y en El signo de los cuatro, dos libretos que vieron la luz pública entre el 1887 y el 1889. El año 1891 fue cuando apareció en The Strand Magazine la primera de una larga serie de novelas cortas: Un escándalo en Bohemia. Los lectores gustaron de ellas y pidieron más; por eso se han ido publicando desde aquella fecha en serie discontinua que en la actualidad abarca no menos de cincuenta y seis novelas, reeditadas en las Aventuras, las Memorias, La Reaparición y Su último saludo en el escenario, quedando aún estas doce, que aparecieron en el transcurso de los últimos años, y que ahora publicamos bajo el título de El archivo de Sherlock Holmes. Holmes inició sus aventuras en plena era post-victoriana; se prolongaron éstas durante todo el demasiado breve reinado del rey Eduardo, y hasta en estos días febriles que vivimos se las ha arreglado para conservar su propio huequecito aparte. Por eso se puede decir de

él con verdad que quienes de jóvenes leyeron acerca de él, han vivido lo suficiente para ver cómo sus hijos, ya mayores, seguían las mismas aventuras en la misma revista. Es éste un ejemplo sorprendente de la paciencia y de la lealtad de los lectores ingleses.

Al dar fin a las Memorias estaba yo completamente decidido a acabar con Holmes, convencido de que no debía dejar que mis energías literarias se vertiesen con exceso en un mismo cauce. Aquella cara pálida de rasgos marcados y aquel cuerpo de miembros relajados estaban acaparando una parte indebida de mi imaginación. Le maté pero, por buena estrella, ningún juez de investigación había levantado el cadáver y pronunciado sentencia; no me fue, pues, difícil, después de un largo intervalo, satisfacer a las halagadoras demandas y dejar sin efecto, mediante explicaciones, aquella violenta acción mía. Nunca lo he lamentado. He podido comprobar en la práctica que esta clase de esbozos no me han impedido lanzarme a explorar, hasta el límite de mi capacidad, otras ramas de la literatura tan diversas como la historia, la poesía, la novela histórica, las investigaciones psíquicas y el drama. Si no hubiese existido Holmes, yo no habría sido capaz de hacer más, aunque quizá se haya interpuesto un poco en el camino de la apreciación por el público de mi labor literaria más importante.

¡Adiós, pues, a Sherlock Holmes, lector! Te doy gracias por tu constancia en el pasado, y yo me animo a esperar que algún pago habrás recibido por ella en forma de distracción de las preocupaciones de la vida y estimulante cambio de la atención cerebral, cosas que sólo pueden encontrarse en el reino maravilloso de la ficción novelesca.

ARTHUR CONAN DOYLE

1. La aventura de la piedra preciosa de Mazarino

Fue un placer para el doctor Watson verse de nuevo en la descuidada habitación del primer piso de la calle Baker, que había sido el punto de arranque de tantas aventuras extraordinarias. Miró a su alrededor, fijándose en los mapas científicos que había en la pared, en el banco de operaciones químicas comido por los ácidos, en la caja del violín apoyada en un rincón y en el recipiente de carbón, donde se guardaban en otro tiempo las pipas y el tabaco. Por último, sus ojos fueron a posarse en la cara fresca y sonriente de Billy, el joven pero inteligente y discreto botones, que había contribuido un poco a llenar el hueco de soledad y de aislamiento que rodeaba la figura sombría del gran detective.

—Parece que aquí no ha cambiado nada, Billy. y tú tampoco cambias. ¿Se podrá decir de él lo mismo?

Billy dirigió la mirada llena de solicitud hacia la puerta del dormitorio que estaba cerrada, y contestó:

—Creo que está en cama y dormido.

Eran las siete de la tarde de un encantador día veraniego, pero el doctor Watson se hallaba lo bastante familiarizado con la irregularidad del horario de vida de su viejo amigo para experimentar ninguna sorpresa por ese hecho.

—Supongo que esto significa que se halla metido en algún caso.

—Sí, señor; precisamente ahora está dedicado al mismo con todo ahínco. Yo temo por su salud. Lo encuentro cada día más pálido y más delgado y no come nada. “¿Cuándo le darán ganas de comer, señor Holmes?, preguntó la señora Hudson, y él contestó: “Pasado mañana, a las siete y media”. Ya sabe cómo se vive cuando un caso despierta real interés.

—Sí, Billy, ya lo sé.

—Anda tras la pista de alguien. Ayer salió a la calle disfrazado de obrero en

busca de trabajo. Hoy salió de mujer anciana. Y a mí me engañó, aunque tengo motivos para conocer ya sus artimañas.

Billy apuntó con el dedo hacia una sombrilla muy voluminosa que estaba apoyada contra el sofá y dijo:

—Es una de las prendas del equipo de la anciana.

—Pero ¿de qué trata todo ello, Billy?

Billy bajó la voz, como quien habla de grandes secretos de estado:

—No me importa contárselo, señor; pero debe quedar entre nosotros dos. Se trata del caso del diamante de la Corona.

—¡Cómo! ¿Del que vale cien mil libras y ha sido robado?

—Sí, señor. Es preciso recuperarlo. ¡El Primer Ministro y el Ministro del Interior estuvieron sentados en ese mismo sofá! El señor Holmes los trató con mucha amabilidad. Les tranquilizó y les prometió que haría todo cuanto pudiera. Vino también lord Cantlemere...

—¡Ah!

—Sí, señor; usted sabe lo que esto significa. Ese hombre es de los tiesos, si se me permite decirlo. Yo trago al Primer Ministro, y no tengo nada que decir contra el Ministro del Interior, que me dio la impresión de ser un hombre cortés y servicial, pero no me cae bien su señoría. Lo mismo le ocurre al señor Holmes. Fíjese en que ese lord no tenía fe en el señor Holmes y se oponía a que se le diese intervención en el asunto. Aseguraba que fracasaría.

—¿Y el señor Holmes lo sabe?

—El señor Holmes sabe todo lo que hay que saber.

—Bien, esperemos que no fracase y que lord Cantlemere se vea desairado. Pero, dime, Billy: ¿a qué viene esa cortina que tapa la ventana?

—El señor Holmes la colocó hace tres días. Tapa una cosa curiosa que hay al otro lado.

Billy avanzó y apartó la cortina que ocultaba el hueco que formaba el mirador.

El doctor Watson no pudo reprimir una exclamación de asombro. Había allí un facsímil de su viejo amigo, con su bata y todo, la cara vuelta en sus tres cuartas partes hacía la ventana y mirando hacia abajo, como si leyera un libro invisible mientras su cuerpo se hallaba profundamente hundido en el sillón. Billy separó la cabeza del muñeco y la mantuvo en alto.

—La cambiamos adaptándola a diferentes ángulos, a fin de que parezca más viva. Yo no me atrevería a tocarla si no estuviera bajada la cortina. Pero cuando está levantada, puedo ver la cabeza desde la acera de enfrente.

—Ya antes hemos hecho algo por el estilo.

—Fue antes de que yo me colocase aquí —dijo Billy.

Apartó las cortinas de la ventana y miró a la calle.

—Hay ciertos individuos que nos vigilan desde allí enfrente. Ahora mismo veo a uno en la ventana. Mire usted mismo.

Watson había dado ya un paso hacia delante, cuando se abrió la puerta del dormitorio, saliendo por ella la figura larga y delgada de Holmes; su rostro estaba pálido y seco, pero su andar y su porte estaban tan llenos de vida como siempre. De un solo salto llegó hasta la ventana, y volvió a correr la cortina.

—Así está mejor, Billy —dijo—. Muchacho, tu vida estaba en peligro; pero por el momento no puedo estar sin ti. Bien, Watson, da gusto verlo otra vez en su antigua residencia. Llega en un momento crítico.

—Eso estoy viendo.

—Billy, puedes retirarte. Este muchacho es un problema, Watson. ¿Hasta qué punto tengo derecho a permitir que corra peligros?

—¿Peligros de que, Holmes?

—De una muerte súbita. Esta noche espero algo.

—¿Y qué es lo que espera?

—Ser asesinado, Watson.

—¡Una broma suya, Holmes!

—Aunque mi sentido del humor es limitado, es muy capaz de bromas mejores que ésa. Pero, mientras llega el momento, podríamos pasarlo agradablemente, ¿verdad? ¿Nos está permitido el alcohol? El sifón y los cigarros se encuentran en su sitio de antaño. Quiero verlo en su sillón de siempre. Espero que no habrá aprendido a desdeñar mi pipa y mi lamentable calidad de tabaco. En estos días sustituye al alimento.

—¿Y por qué no come?

—Porque las facultades se afinan cuando se les hace pasar hambre. Seguramente que usted querido Watson, como médico que es, reconocerá que lo que la digestión nos hace ganar en aporte de sangre nos lo quita en capacidad cerebral. Yo soy un cerebro, Watson. Todo el resto de mi ser es un simple apéndice. Por consiguiente, es el cerebro al que yo tengo que atender.

—Pero ¿qué me dice de ese peligro, Holmes?

—Ah, sí; por si se convirtiese en realidad, no estaría de más que cargase su memoria con el nombre y la dirección del asesino. Podría comunicárselo a Scotland Yard, junto con la expresión de mi afecto y mi postrera bendición. Su nombre es Sylvius..., el conde Negretto Sylvius. ¡Anótelos, hombre, anótelos! Ciento treinta y seis Moonside Gardens. N.W. ¿Los tiene?

La honrada cara de Watson tenía gestos contradictorios y nerviosos de ansiedad. Demasiado conocía los inmensos riesgos con que cargaba Holmes, y sabía perfectamente que más bien habría en sus palabras cortedad que exageración. Watson era siempre hombre dispuesto a la acción, y en ese instante se mostró a la altura de las circunstancias.

—Holmes, cuente conmigo. No tengo nada que hacer durante un par de días.

—Veo que no mejora en su aspecto moral, Watson. Ahora ha sumado a los vicios que ya tenía el de decir pequeñas mentiras. Todo en usted está delatando al médico atareado, que tiene que atender consultas a toda hora del día.

—La cosa no llega a tanto. Pero ¿no puede hacer detener al individuo en

cuestión?

—Podría hacerlo, Watson. Eso es lo que tanto le molesta a él.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque ignoro adónde se encuentra el diamante.

—Sí. Ya me habló Billy..., la joya de la Corona que ha desaparecido.

—Sí, la magnífica piedra amarilla de Mazarino. He tirado mi red y tengo dentro

de ella el pez. Pero no he conseguido encontrar la piedra. ¿Qué adelanto con aprenderlos? Podemos hacer que el mundo sea un lugar mejor dándoles la zancadilla y sujetándolos. Pero yo no me he lanzado a esa empresa. Lo que yo necesito es la piedra.

—¿Y es este conde Sylvius uno de los peces a que se refiere?

—Sí; es el tiburón. Muerde. El otro es Sam Merton, el boxeador. No es mala persona Sam; pero el conde se ha servido de él. Sam no es un tiburón. Es un gobio corpulento, estúpido y de cabeza de toro. Pero, a pesar de ello, anda aleteando dentro de mi red.

—¿Dónde se encuentra el conde Sylvius?

—Lo he tenido toda la mañana a mi lado. Usted, Watson, me ha visto en ocasiones disfrazado de anciana. Jamás lo estuve de manera más convincente. Ese hombre llegó incluso a recoger mi sombrilla. “Permítame, señora...”, me dijo. Es medio italiano, ¿sabe usted?, y cuando está de buen humor tiene toda la simpatía del Sur, aunque cuando está de malas es el mismísimo diablo encarnado. La vida está llena de hechos caprichosos, Watson.

—Habría podido ser una pura tragedia.

—Sí, quizá sí. Lo seguí hasta el antiguo taller de Straubenze, en Minories. Straubenze fabricó el fusil de aire comprimido, una obra magnífica, según tengo entendido, y que supongo que debe encontrarse en este instante en una ventana frente a la mía. ¿Ha visto el muñeco? Sí, claro que Billy se lo enseñaría. Bien, en cualquier momento puede recibir un balazo en su hermosa cabeza. ¡Ah, Billy!

¿Qué ocurre?

El muchacho había reaparecido en la habitación con una tarjeta en una bandeja. Holmes la miró con las cejas arqueadas y con una sonrisa divertida.

—Ahí está en persona. No me esperaba esto. ¡Agarre la ortiga, Watson! Es un hombre de temple. Quizá conozca la fama que goza como buen tirador de caza mayor. Desde luego que constituiría un final glorioso de su historia deportiva que me echase a mí a la bolsa. Esta es una demostración de que siente la punta de mi pie cerca de su talón.

—Llame a la policía.

—Tendré probablemente que hacerlo. Pero todavía no. ¿Quiere mirar con cuidado por la ventana, para ver si alguien merodea por la calle?

—Sí, cerca de la puerta hay un individuo que parece un matón.

—Será Sam Merton; el fiel, pero bastante idiota, Sam ¿Dónde se encuentra este caballero, Billy?

—En la sala de espera, señor.

—Hazlo subir cuando yo toque el timbre.

—Sí, señor.

—Hazlo pasar, aunque yo no esté en la habitación.

—Sí, señor.

Watson esperó a que la puerta estuviese cerrada y en seguida miró a su compañero.

—Mire, Holmes, esto no puede ser. Este es un hombre desesperado, que no se detiene ante nada. Quizás haya venido para asesinarlo.

—No me sorprendería.

—Insisto en hacerle compañía.

—Sería un estorbo tremendo.

—¿Para quién, para él?

—No, querido compañero, para mí.

—No puedo abandonarlo.

—Sí, usted puede, Watson. Y lo hará, porque nunca ha dejado de representar su parte en el juego. Debo asegurarme que jugará hasta el final. Este hombre ha venido con una finalidad, pero quizá se quede por conveniencia mía. —Holmes tomó su libro de notas y garabateó algunas líneas—. Tome un coche de alquiler hasta Scotland Yard y dele esto a Youghal de la División de Investigaciones Criminales. Regrese con la policía. El arresto del cómplice seguirá después.

—Lo haré con alegría.

—Antes de que regrese debería tener suficiente tiempo para averiguar donde está la piedra —tocó el timbre—. Creo que deberíamos salir por la habitación. Esta segunda salida es excesivamente útil. Quiero preferiblemente ver a mi tiburón sin que me vea, y tengo, como recordará, mi propia forma de hacerlo.

Fue, en consecuencia, una habitación vacía a la cual Billy, un minuto después, condujo al conde Sylvius. El famoso tirador, deportista, y hombre de ciudad era una persona morena, con un formidable bigote oscuro sombreando una cruel y delgada boca, y transpuesta por una larga y curvada nariz como el pico de un águila. Estaba bien vestido, pero su brillante corbata, su resplandeciente alfiler, y sus relucientes anillos resultaban extravagantes. Cuando la puerta se cerró tras de él, miró alrededor con feroces y sobresaltados ojos, como alguien que sospecha una trampa a cada paso. Entonces se puso violento al notar la impasible cabeza y el cuello del camisón que se proyectaba por encima del sillón en la ventana. Primero su expresión fue una de puro asombro. Entonces la luz de una horrible esperanza centelleó en sus oscuros y sangrientos ojos. Echó un vistazo a su alrededor para ver que no hubiera testigos, y entonces, de puntillas, levantó su grueso bastón, y se aproximó a la silenciosa figura. Se estaba agachando para su salto y estallido final cuando una fría y sardónica voz lo saludo desde la puerta abierta de la habitación:

—¡No lo rompa, conde! ¡No lo rompa!

El asesino trastabilló, mostrando asombro en su convulsa cara. Por un instante levantó su pesado bastón una vez más, como si pudiera volcar su violencia desde la imagen hacia el original; pero había algo en esos firmes ojos grises y sonrisa burlona que causaron que su mano se posara a un lado.

—Es un objeto hermoso —dijo Holmes, avanzando hacia maniquí—. Tavernier, el modelador francés, lo hizo. Él es tan bueno para las figuras de cera como su amigo Straubenze lo es para los rifles de aire.

—¡Rifles de aire, señor! ¿A qué se refiere?

—Ponga su sombrero y su bastón sobre la mesa. ¡Gracias! Por favor, tome asiento. ¿Podría tener la amabilidad de quitarse su revólver también? Oh, muy bien, si prefiere sentarse sobre él. Su visita es realmente oportuna, porque quería tener unos pocos minutos de charla con usted.

El conde frunció el ceño, con pesadas y amenazadoras cejas.

—Yo, también deseaba tener algunas palabras con usted, Holmes. Es por eso que estoy aquí. No creerá que intentaba agredirlo.

Holmes meció sus piernas en el borde de la mesa.

—Más bien deduzco que tenía alguna especie de idea en su cabeza —dijo—. ¿Pero por qué estas atenciones personales?

—Porque ha salido de su camino para fastidiarme. Porque ha puesto sus criaturas sobre mi camino.

—¡Mis criaturas! ¡Le aseguro que no!

—¡Absurdo! Los tengo vigilados. Dos pueden jugar el mismo juego, Holmes.

—Hay un pequeño punto, conde Sylvius, quizás querría amablemente darme un preaviso cuando me visita. Puede entender esto, con mi rutina de trabajo, debo encontrarme en familiares términos con la mitad de la galería de bribones, y entenderá que las excepciones son odiosas.

—Bien entonces, Sr. Holmes.

—¡Excelente! Pero le aseguro que está equivocado acerca de mis supuestos agentes.

El conde Sylvius rió desdeñosamente.

—Otras personas pueden observarlo tan bien como usted. Ayer fue un viejo deportista. Hoy fue una anciana mujer. Ellos me vigilan todo el día.

—Realmente, señor, usted me elogia. El viejo barón Dowson dijo la noche anterior a que fuera colgado que en mi caso lo que la ley ha ganado, el escenario lo ha perdido. ¿Y ahora usted me halaga por mis pequeñas interpretaciones?

—¿Fue... fue usted?

Holmes se encogió hombros.

—Puede ver en el rincón la sombrilla que tan educadamente me sostuvo en Minories antes de que empezara a sospechar.

—Si lo hubiese sabido, quizá no habría usted...

—...vuelto a esta humilde casa. Lo sabía perfectamente. Todos tenemos que lamentar ocasiones que hemos perdido. Ahora bien, como usted lo ignoraba, estamos aquí los dos.

El ceño del conde se frunció aún más apretadamente sobre sus ojos amenazadores.

—Lo que me acaba de decir pone aún peor las cosas. ¡No eran sus agentes, sino su misma entrometida persona de comediante! Reconoce, entonces, que me ha seguido los pasos. ¿Por qué?

—Vamos, vamos, conde. Usted se dedicó a matar leones en Argelia.

—¿Y qué hay con eso?

—¿Por qué los mataba?

—¿Por qué? ¡Por deporte, por la emoción, por el peligro!

—Y también, sin duda, para librar al país de aquel flagelo, ¿verdad?

—¡Exactamente!

—Entonces ahí tiene en breves palabras mi porqué.

El conde se puso de pie de un salto y se llevó con movimiento involuntario la mano al bolsillo de la cadera.

—¡Siéntese, señor, siéntese! Yo tenía una razón de tipo más práctico. Necesito el diamante amarillo.

El conde Sylvius se recostó en su silla con sonrisa siniestra, y dijo:

—¡Le digo...!

—Usted sabía que yo andaba detrás suyo con una finalidad. La razón verdadera de haber venido aquí esta noche es que quiere averiguar hasta dónde estoy enterado del asunto y hasta qué punto es absolutamente indispensable eliminarme, porque yo lo sé todo, salvo un detalle que va a decírmelo ahora.

—¿De verdad? ¿Y cuál es el hecho que le falta por conocer?

—El sitio en que está el diamante.

El conde miró fijamente a su interlocutor.

—De modo que usted desea averiguar eso, ¿verdad? ¿Y cómo demonios puedo decirle dónde está esa piedra preciosa?

—Puede decírmelo y me lo dirá.

—¡Ah!, ¿sí?

—Conde Sylvius, conmigo no le valen los engaños. —Holmes miró al conde, y sus ojos fueron contrayéndose y encendiéndose hasta no ser más que dos puntas de acero amenazadoras—. Usted es para mí como un cristal. Veo hasta la parte posterior de su alma.

—Entonces, como no puede menos, verá adónde se encuentra el diamante.

Holmes palmeó divertido, y apuntó al conde con su índice burlón, diciéndole:

—¡Ah! ¿Ve usted cómo lo sabe? ¡Usted mismo lo ha confesado!

—Yo no he confesado nada.

—Veamos, conde. Si se pone razonable, podemos hacer negocio. En caso contrario, se cogerá los dedos.

El conde Sylvius alzó los ojos al techo y dijo:

—¡Y hablaba usted de que yo recurría a engaños!

Holmes lo miró pensativo, como mira un buen jugador de ajedrez mientras está pensando su jugada definitiva. De pronto abrió el cajón de la mesa y sacó de él un cuaderno de notas achatado.

—¿Sabe lo que guardo en este libro?

—No, señor; no lo sé.

—¡Lo guardo a usted!

—¿A mí?

—Sí, señor, a usted. Todo usted está aquí dentro; todo lo que ha hecho durante su vida repugnante y dañina.

—¡Maldición, Holmes! ¡Mi paciencia tiene sus límites! —exclamó el conde, con ojos relampagueantes.

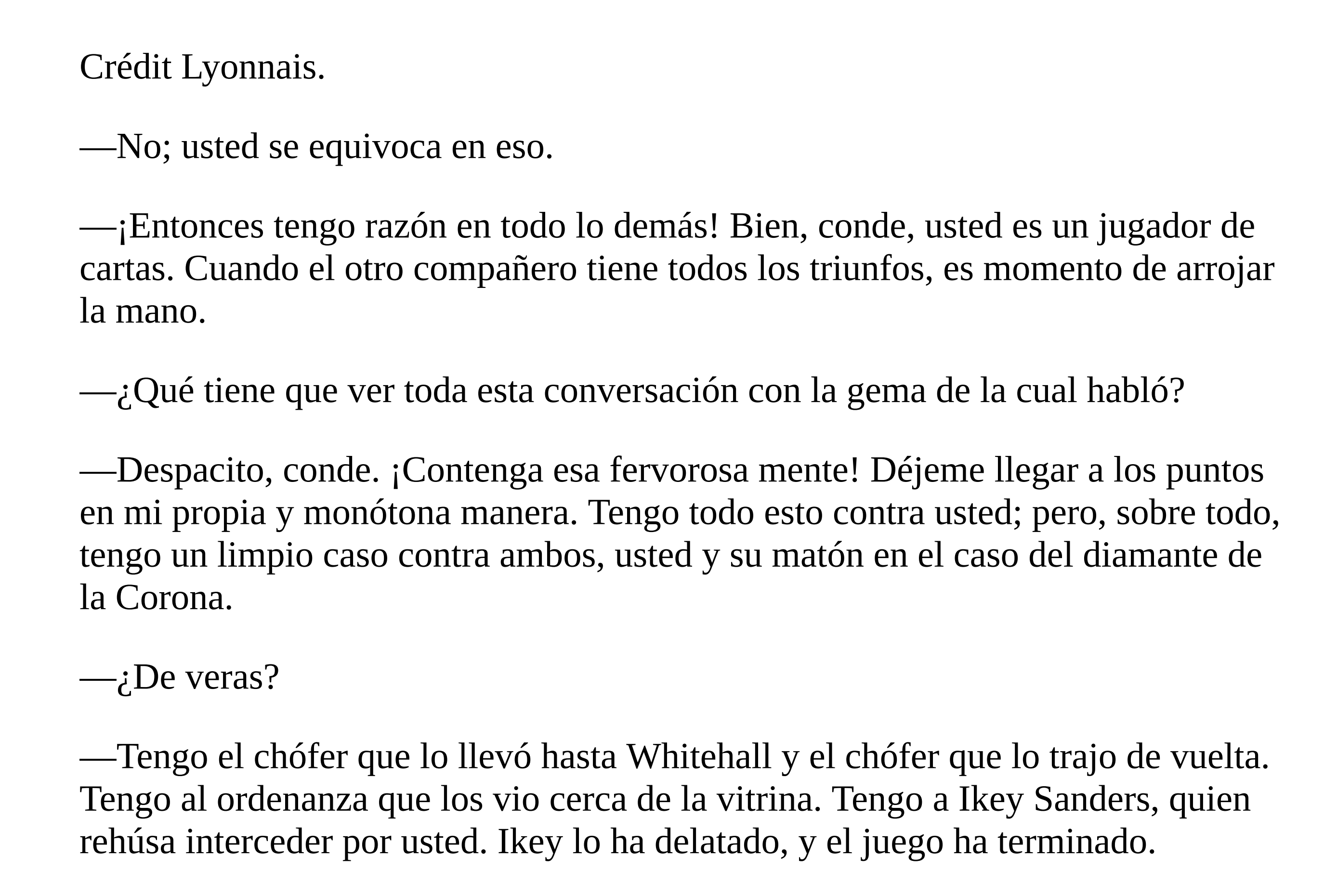
—Todo está aquí, conde. La verdad acerca de la muerte de la señora anciana Harold, que le dejó en herencia la finca de Blymer, que usted perdió rápidamente en el juego.

—Está fantaseando.

—Y también la historia completa de la señorita Minnie Warrender.

—¡Bueno! De eso no va a sacar nada.

—Hay muchas más cosas aquí, conde. Aquí está el robo cometido en el tren de lujo de la Riviera el día 13 de febrero de 1892. Y el cheque falsificado contra el



Crédit Lyonnais.

—No; usted se equivoca en eso.

—¡Entonces tengo razón en todo lo demás! Bien, conde, usted es un jugador de cartas. Cuando el otro compañero tiene todos los triunfos, es momento de arrojar la mano.

—¿Qué tiene que ver toda esta conversación con la gema de la cual habló?

—Despacito, conde. ¡Contenga esa fervorosa mente! Déjeme llegar a los puntos en mi propia y monótona manera. Tengo todo esto contra usted; pero, sobre todo, tengo un limpio caso contra ambos, usted y su matón en el caso del diamante de la Corona.

—¿De veras?

—Tengo el chófer que lo llevó hasta Whitehall y el chófer que lo trajo de vuelta. Tengo al ordenanza que los vio cerca de la vitrina. Tengo a Ikey Sanders, quien rehúsa interceder por usted. Ikey lo ha delatado, y el juego ha terminado.

Las venas saltaron en la frente del conde. Sus oscuras y peludas manos se cerraron con fuerza en una convulsión de emoción controlada. Trató de hablar, pero las palabras no tomaban forma.

—Esa es la mano que estoy jugando —dijo Holmes—. Las cartas están puestas sobre la mesa. Pero una carta está perdida. Es el Rey de Diamantes. No sé donde está la piedra.

—Y nunca lo sabrá.

—¿No? Ahora, sea razonable, conde. Considere la situación. Lo van a encerrar por veinte años. Y también a Sam Merton. ¿De qué les va a servir el diamante? De nada absolutamente. Pero si lo entrega estoy dispuesto a todo aunque se trate de un delito. No queremos ni a usted ni a Sam. Queremos la piedra. Dénosla, y por lo que a mí respecta, puede vivir en libertad, mientras se porte bien de aquí en adelante. Si comete otro desliz... bueno, será el último. Pero ahora mi encargo es recuperar la piedra, no detenerlo a usted.

—¿Y si me niego?

—Pues, entonces... ¡Qué pena...! Será usted y no la piedra.

Billy apareció en respuesta a la llamada del timbre.

—Creo, conde, que convendría que también su amigo Sam asistiese a esta conferencia. Después de todo, es justo que sus intereses estén representados. Billy del lado de afuera de la puerta de la calle verás a un señor muy corpulento y feo. Invítelo a subir.

—¿Y si no quiere, señor?

—No quiero violencias, Billy. No lo maltrate. Si usted le dice que el conde Sylvius lo necesita, vendrá con seguridad.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora? —preguntó el conde Sylvius cuando Billy desapareció.

—Hace un momento se encontraba aquí mi amigo Watson. Le conté que tenía en mis redes a un tiburón y a un gobio; ahora me dispongo a levantar la red y a que salgan juntos.

El conde se había levantado de su asiento y tenía la mano en su espalda. Holmes hizo que algo sobresaliese del bolsillo de su bata.

—Holmes, usted no morirá en la cama.

—Esa idea se me ha ocurrido muchas veces, pero ¿de verdad que tiene mucha importancia? A fin de cuentas, conde, usted mismo tiene más probabilidades de morir en posición perpendicular y no en posición horizontal. Pero esta clase de previsiones del futuro resultan morbosas. ¿Por qué no hemos de entregamos sin restricción al disfrute de la hora presente?

Los ojos negros y amenazadores de aquel maestro del crimen se encendieron de pronto con luminosidad de fiera. La figura de Holmes pareció ir creciendo a medida que se ponían en tensión, dispuesto a todo.

—Amigo mío, no vale la pena andar palpando su revólver —dijo con voz tranquila—. Sabe usted perfectamente que no se atrevería a usarlo, ni aun en el caso de que yo le diese el tiempo necesario para sacarlo, conde, los revólveres son instrumentos alborotadores y desagradables. Es mejor recurrir a los fusiles

de aire comprimido. ¡Ah! Me parece oír los ingrávidos pasos de su estimable socio.

—Buenos días, señor Merton. ¿Resulta aburrida la calle, verdad?

El boxeador profesional, que era un joven corpulento de expresión estúpida, terca y oblicua, se quedó como cortado en la puerta misma, mirando en torno suyo con desorientación. La campechanía de Holmes era cosa nueva para él, y aunque tuvo la sensación confusa de que le era hostil, no supo de que manera hacerle frente, y se volvió pidiendo ayuda hacia su más astuto camarada.

—¿De qué se trata ahora, conde? ¿Qué es lo que quiere este individuo? ¿Qué hay de nuevo? —su voz era gruesa y ronca.

El conde se encogió de hombros y fue Holmes quien contestó:

—Señor Merton, para expresarlo en dos palabras, le diré que todo se acabó.

El boxeador siguió hablando a su asociado.

—Pero ¿es que este fulano se está divirtiendo, o qué? Yo no estoy para diversiones.

—No, supongo que no —dijo Holmes—. Creo que puedo asegurarle que, a medida que avance la noche, usted se sentirá cada vez de peor humor. Bueno, conde Sylvius, vamos a ver. Yo soy hombre de muchas ocupaciones y no puedo perder el tiempo. Voy a pasar a ese dormitorio. Considérese aquí como en su propia casa durante mi ausencia. Usted tendrá más libertad para explicar a su amigo cómo están las cosas sin que les cohíba mi presencia. Mientras tanto, tocaré en mi violín la barcarola de Hoffmann. Dentro de cinco minutos volveré para que ustedes me den la contestación definitiva. Usted se ha dado perfecta cuenta de la alternativa, ¿no es así? ¿Los encarcelaremos a ustedes, o recuperaremos la piedra?

Holmes se retiró, recogiendo al pasar su violín, que estaba en un rincón. Unos instantes después llegaban débiles, a través de la puerta cerrada del dormitorio, las notas lánguidas y llorosas de la más obsesionante melodía.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó Merton con ansiedad cuando su compañero se volvió hacia él—. ¿Sabe algo acerca de la piedra?

—Sabe demasiado acerca de ella. No estoy seguro de que no sepa absolutamente todo.

—¡Santo Dios! —la cara pálida del boxeador se volvió todavía más blanca.

—Ikey Sanders nos ha delatado.

—¿Qué ha qué? Le haré pedazos por eso aunque me cueste la horca.

—Con eso no adelantamos mucho. Hemos de decidir ahora mismo lo que tenemos que hacer.

—Un momento —dijo el boxeador, mirando con recelo hacia la puerta del dormitorio—. Este individuo es de cuidarse y hay que estar alerta. ¿No nos estará escuchando?

—¿Cómo va a poder escuchar si está tocando la música?

—Tiene razón. Quizás haya alguien detrás de una cortina. Hay demasiadas cortinas en esta habitación.

Al volverse para mirar vio por vez primera la efigie de la ventana, y se quedó sorprendido mirando y apuntando con el dedo, demasiado atónito para hablar.

—¡Bah! Es sólo un muñeco —dijo el conde.

—Una simulación, ¿verdad? ¡Por mi vida! ¿No andará en ello madame Tussaud? Es su viva imagen, con el batín y todo. Pero ¡las cortinas, conde!

—¡Al diablo las cortinas! Estamos perdiendo el tiempo y no andamos sobrados de él. Ese hombre puede mandarnos a presidio por el asunto de la piedra.

—¡Vaya si puede!

—Pero nos dejará libres con sólo que le digamos dónde está el botín.

—¡Cómo! ¿Qué se lo entreguemos? ¿Qué le entreguemos lo que vale cien mil soberanos?

—O lo uno o lo otro.

Merton se rascó la rapada cabeza.

—Ese hombre está aquí solo. Vamos a darle lo suyo. Con apagar la luz nada tendríamos que temer.

El conde movió negativamente la cabeza.

—Está armado y en guardia. Si lo matásemos a tiros, nos sería difícil huir en un sitio como éste. Además, es bastante probable que la policía esté al corriente de todas las pruebas que él tiene. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Se oyó un leve crujido que parecía proceder de la ventana. Ambos hombres se volvieron rápidos, pero todo estaba tranquilo. Fuera de aquel muñeco extraño sentado en el sillón, no había sin duda alguna nadie más en el cuarto.

—Hay algo en la calle —dijo Merton—. Mire, jefe, usted tiene el cerebro. Seguramente encontrará la forma de salir de esta situación. Si asestarle un golpe no lo es, entonces la solución es toda suya.

—He engañado a mejores hombre que él —contestó el conde—. La piedra está aquí en mi bolsillo secreto. No corrí riesgos al ocultarla. Puede estar fuera de Inglaterra esta noche y dividida en cuatro piezas en Ámsterdam antes del Domingo.

Holmes no sabe nada de Van Seddar.

—Pensé que Van Seddar se iría la próxima semana.

—Así iba a ser. Pero ahora deberá salir en el próximo ferry. Uno de los dos debe escabullirse con la piedra hacia la calle Lima y decírselo.

—Pero el falso fondo no está hecho todavía.

—Bien, debe tomarlo como está y arriesgarse. No hay ni un momento que perder —nuevamente, con el sentido de peligro que se convierte en un instinto en el deportista, se detuvo y observó fijamente hacia la ventana. Sí, era seguro que desde la calle venía ese débil sonido—. Respecto a Holmes —continuó—, podemos engañarlo fácilmente. Verás, el condenado tonto no nos arrestará si le damos la piedra. Bien, le prometeremos la piedra. Lo pondremos sobre el camino equivocado, y antes de que descubra que está por mal camino, el

diamante estará en Holanda y nosotros fuera del país.

—¡Eso suena genial! —exclamó Sam Merton con una amplia sonrisa.

—Puedes irte y decirle al holandés que se mueva. Yo veré a este tonto y lo llenaré con confesiones falsas. Le diré que la piedra está en Liverpool. ¡Cómo me aturde esa melancólica música!; ¡Me pone de los nervios! En el momento en que averigüe que no está en Liverpool ya estará dividida en cuartos y nosotros sobre el agua azul. Ven aquí, ponte fuera de la línea de visión de la cerradura. Aquí está la piedra.

—Me extraña que se atreva a llevarla encima.

—¿Dónde puedo mantenerla segura? Si pudimos sacarla de Whitehall alguien más podría seguramente alejarla de mí.

—Echémosle una mirada.

El conde Sylvius lanzó algo así como una mirada poco halagadora hacia su socio e hizo caso omiso de las manos sucias que se extendían hacia él.

—¿Qué... piensa que voy a robárselo? Mire, señor, me estoy cansando de sus métodos.

—Bien, bien, sin ofensas, Sam. No podemos permitirnos una disputa. Ven hacía la ventana si quieres ver adecuadamente la belleza de la piedra. ¡Ahora sostén la lámpara! ¡Aquí!

—¡Gracias!

Con un simple salto Holmes brincó de la silla del maniquí y atrapó la preciosa gema. La sostuvo en una sola mano, mientras que con la otra apuntaba un revólver a la cabeza del conde. Los dos villanos retrocedieron con absoluto asombro. Antes de que se recobraran Holmes presionó el timbre eléctrico.

—¡Sin violencia, caballeros... sin violencia, les ruego! ¡Tengan en consideración los muebles! Debe ser evidente para usted que su posición es imposible. La policía está esperando abajo.

La perplejidad del conde sobrepasó su furia y su temor.

—¿Pero cómo dedujo...? —balbuceó.

—Su sorpresa es muy natural. No estaba enterado que una segunda puerta de mi habitación se encuentra directamente detrás de la cortina. Me imaginé que debió oírme cuando desplacé el muñeco, pero la suerte estaba de mi lado. Me dio la oportunidad de escuchar su interesante conversación, que hubiese sido penosamente embarazosa si se hubieran percatado de mi presencia.

El conde hizo un gesto de resignación.

—Le subestimamos, Holmes. Creo que es el mismísimo diablo.

—No tanto mi querido conde —Holmes respondió con una cortés sonrisa.

El lento intelecto de Sam Merton sólo gradualmente fue apreciando la situación. Ahora, con los sonidos de pesados pasos llegando por las escaleras, rompió el silencio.

—¡Un polizonte! —dijo—. Pero, dígame, ¿qué le pasa a ese condenado violín? Porque sigue tocando.

—¡Bah, bah! —contestó Holmes—. Está usted en lo cierto. ¡Déjelo tocar! Estos gramófonos modernos constituyen un invento extraordinario.

La policía penetró en tromba, se oyó tintinear las esposas, y los criminales fueron conducidos al coche que estaba esperando. Watson se quedó rezagado acompañando a Holmes, para felicitarlo por esta nueva hoja que acababa de agregar a sus laureles. Una vez más la conversación fue interrumpida por el imperturbable Billy, que se presentó con su bandeja.

—Lord Cantlemere, señor.

—Hágalo subir, Billy. Es un eminente par del reino que representa a los más elevados intereses —dijo Holmes—. Es una persona excelente y leal, pero está más bien chapado a la antigua. ¿Quiere que lo hagamos apearse de su solemnidad? ¿Vamos a tomarnos una pequeña libertad? Calculo que no debe saber nada de lo que acaba de ocurrir.

Se abrió la puerta para dejar paso a un hombre enjuto y austero, de perfil parecido a un hacha, y patillas largas de la época media victoriana, negras y

brillantes, que no concordaban bien con los hombros caídos y flojos andares.

Holmes se adelantó afectuoso y le apretó una mano, que no respondió con otro apretón.

—¿Cómo andamos, lord Cantlemere? La temperatura es fría para la época del año en que estamos, pero bastante calurosa dentro de casa ¿Puedo quitarle el gabán?

—No, gracias; lo conservaré puesto.

Holmes apoyó con insistencia su mano en la manga del gabán.

—¡Por favor, permítame! Mi amigo el doctor Watson podrá decirle que estos cambios de temperatura son muy traidores.

Su señoría se liberó con impaciencia de las manos de Holmes.

—Me encuentro muy cómodo, señor. No voy a permanecer aquí porque entré simplemente para saber si ha hecho algún progreso en la tarea que le ha sido encomendada.

—Es difícil..., dificilísima.

—Ya me temí que así le pareciese.

El viejo cortesano dejó transparentar un tonillo de mofa en sus palabras y en su expresión.

—Señor Holmes, todo el mundo descubre sus limitaciones, pero ese descubrimiento nos cura por lo menos del engreimiento.

—Sí, señor, me he visto muy perplejo.

—¡Claro está!

—Sobre todo, en lo relativo a un detalle. Quizás usted pudiera ayudarme en ese punto.

—Solicita mi consejo con bastante retraso. Yo creía que usted disponía de métodos que nunca se quedaban cortos. Sin embargo, no tengo inconveniente en

ayudarlo.

—Vera, lord Cantlemere, la verdad es que tenemos todas las pruebas para acusar a los auténticos ladrones.

—Cuando los haya atrapado.

—Exactamente. Ahora bien, el problema es éste: ¿De qué manera procederemos contra el perista?

—¿No es algo prematura la pregunta?

—Siempre es bueno que tengamos preparados nuestros planes para todo.

Entonces bien, ¿qué prueba consideraría usted decisiva contra el perista?

—Encontrar la piedra en su posesión.

—¿Lo harían ustedes detener en tal caso?

—Sin duda alguna.

Rara vez se reía Holmes, pero en esta ocasión estuvo tan a punto de hacerlo como Watson no recordaba haberlo visto nunca.

—Siendo así, querido señor, me veré en la dolorosa necesidad de aconsejar que procedan a su detención.

Lord Cantlemere se puso muy irritado. En sus exangües mejillas vibraron, pasajeros, algunos de sus antiguos colores.

—Señor Holmes, se toma usted grandes libertades. No recuerdo caso igual en mis cincuenta años de vida oficial. Yo soy un hombre atareado, señor, que tiene a su cargo negocios importantes, y no dispongo de tiempo ni de gusto para bromas estúpidas. No tengo inconveniente en decirle, señor, que jamás he creído en sus talentos y que siempre he defendido la opinión de que el asunto habría estado más seguro en manos de la policía oficial. Su manera de conducirse confirma las conclusiones a que yo había llegado. Tengo el honor de darle las buenas tardes, señor.

Holmes había cambiado rápidamente de posición y se interponía ahora entre el lord y la puerta.

—Un momento, señor —dijo—. Salir de aquí con la piedra de Mazarino constituiría un delito mucho más grave a que se le encontrase transitoriamente en posesión de la piedra.

—Caballero, esto es intolerable. Déjeme pasar.

—¡Meta la mano en el bolsillo del lado derecho de su gabán!

—¿Qué es lo que pretende insinuar?

—Vamos, vamos; haga lo que le pido.

Un instante después, el atónito aristócrata, con la gran piedra amarilla sobre la palma de la mano temblorosa, parpadeaba y tartamudeaba:

—¡Cómo! ¡Qué! ¿Qué significa esto, señor Holmes?

—¡Lo he hecho muy mal, lord Cantlemere, lo he hecho muy mal! —exclamó Holmes—. Este viejo amigo aquí presente le podrá explicar mi endiablada afición a las bromas. Eso y que no resisto la tentación de lo dramático. Me tomé la libertad, la grandísima libertad, lo confieso, de meterle la piedra en el bolsillo al comienzo de nuestra entrevista.

El viejo aristócrata miraba, con ojos muy abiertos, tan pronto la piedra como el rostro sonriente que tenía delante.

—Señor, no sé lo que hago. En efecto, sí; es la piedra preciosa de Mazarino. Señor Holmes, le quedamos muy reconocidos. Quizá, lo confieso, su sentido del humor esté algo viciado, y esta exhibición del mismo haya sido notablemente inoportuna; pero yo retiro por lo menos todos los comentarios que he hecho acerca de su asombrosa capacidad profesional Pero ¿cómo...?

—El caso está nada más que a medio terminar, ya vendrán a su tiempo los detalles. Espero, lord Cantlemere, que la satisfacción que tendrá al participar en los altos círculos a los que ahora vuelve, el resultado conseguido, supondrá una pequeña compensación por mi broma. Billy, acompañe a su señoría hasta la calle, y diga a la señora Hudson que me alegraré de que nos envíe lo antes

posible cena para dos.

2. El problema del puente de Thor

En algún sitio de los sótanos del banco Cox and Co., en Charing Cross, hay un estuche metálico de documentos, maltratado y desgastado por los viajes, con mi nombre pintado en la tapa: John H. Watson, M.D., anteriormente del Ejército de la India. Está atestado de papeles, casi todos los cuales son informes sobre casos que ilustran los curiosos problemas que en diversos momentos tuvo que examinar el señor Sherlock Holmes. Algunos, y no menos interesantes, fueron completos fracasos, y como tales no admiten que se les relate, ya que no se llega a ninguna explicación definitiva. Un problema sin solución puede interesar al estudioso, pero es difícil que no moleste al lector corriente. Entre estos casos no concluidos está el del señor James Phillimore, quien, volviendo atrás hacia su casa para buscar su paraguas, desapareció de este mundo sin dejar rastro. No menos notable es el del barco Alicia, que zarpó una mañana de primavera y se metió en un pequeño banco de niebla del que jamás volvió a salir, sin que se supiera más de él ni de su tripulación. Otro caso digno de nota es el Isador Persano, el conocido periodista y duelista, a quien se encontró en estado de locura, mirando fijamente una caja de cerillas que tenía delante y que contenía un curioso gusano, al parecer desconocido para la ciencia. Aparte de esos casos no sondeados, hay algunos que implican los secretos de familias particulares, hasta un punto que significaría la consternación en muchos ambientes elevados si se creyera posible que hallaran su camino hasta la letra impresa. No necesito decir que tal quebrantamiento de confianza es impensable, y que esos informes se apartarán y se destruirán ahora que mi amigo tiene tiempo para dedicar sus energías a otro asunto. Queda un considerable remanente de casos de mayor o menor interés, que yo podría haber publicado antes si no hubiera temido dar al público un hartazgo que repercutiera en la reputación de un hombre a quien admiro por encima de todos. En algunos estuve metido yo mismo y puedo hablar como testigo de vista, mientras que en otros, o no estuve presente o tuve un papel tan pequeño que sólo podrían contarse como por parte de una tercera persona. El siguiente relato está sacado de mi propia experiencia.

Era una desapacible mañana de octubre, y observé, al vestirme, cómo las últimas hojas que quedaban iban siendo arrebatadas del solitario platanero que crecía en

el terreno de detrás de nuestra casa. Bajé a desayunar preparado para encontrar a mi compañero deprimido, pues, como todos los grandes artistas, fácilmente se dejaba influenciar por el ambiente. Por el contrario, vi que casi había terminado su desayuno y que su humor era especialmente luminoso y alegre, con ese buen ánimo algo siniestro que caracterizaba sus momentos más ligeros.

—¿Tiene algún caso, Holmes? —hice notar.

—La facultad de deducción es ciertamente contagiosa, Watson —respondió—. Le

ha hecho capaz de sondear mi secreto. Sí, tengo un caso. Tras un mes de trivialidades y estancamiento, las ruedas se ponen en marcha otra vez.

—¿Podría compartirlo?

—Hay poco que compartir, pero podemos discutirlo cuando haya consumido un par de huevos duros con que nos ha favorecido nuestra cocinera. Su estado quizá no deje de tener relación con el ejemplar del Family Herald que observé ayer en la mesa del vestíbulo. Incluso un asunto tan trivial como el cocer un huevo requiere una atención que sea consciente del paso del tiempo, incompatible con la novela de amor de esa excelente publicación.

Un cuarto de hora después, la mesa estaba despejada y nosotros cara a cara. El había sacado una carta del bolsillo.

—¿Ha oído hablar de Neil Gibson, el Rey del Oro? —dijo.

—¿Quiere decir el senador americano?

—Bueno, una vez fue senador por algún estado del Oeste, pero se le conoce más como el mayor magnate de minas de oro del mundo.

—Sí, sé de él. Seguro que lleva viviendo algún tiempo en Inglaterra. Su nombre es muy conocido.

—Sí, compró unas grandes propiedades en Hampshire hace cinco años. ¿Ha oído hablar del trágico fin de su mujer?

—Claro. Ahora lo recuerdo. Por eso es conocido el nombre. Pero la verdad es

que no sé nada de los detalles.

Holmes dirigió la mano hacia unos papeles que había en una silla.

—Yo no tenía idea de que el caso vendría a parar a mí, ni de que ya tendría preparados mis recortes de prensa —dijo—. La verdad es que el problema, aunque enormemente sensacional, no parecía presentar dificultades. La interesante personalidad de la acusada no oscurece la claridad de las pruebas. Esa fue la opinión emitida por el jurado forense y también en la instrucción. Ahora se ha remitido a la Audiencia de Winchester. Me temo que es un asunto ingrato. Puedo descubrir hechos, Watson, pero no puedo cambiarlos. A no ser que se presenten algunos completamente nuevos e inesperados, no veo qué puede esperar mi cliente.

—¿Su cliente?

—Ah, me olvidaba de que no se lo he dicho. Me estoy metiendo en su enredosa costumbre, Watson, de contar las cosas por el final. Más vale que empiece por leer esto.

La carta que me había entregado, escrita con letra enérgica y dominante, decía así:

«Hotel Claridge, 3 de octubre

Querido señor Sherlock Holmes:

No puedo ver ir a la muerte a la mejor mujer que ha creado Dios sin hacer todo lo posible por salvarla. No puedo explicar las cosas, ni siquiera puedo intentarlo, pero sé sin duda alguna que la señorita Dunbar es inocente. Usted conoce los hechos, ¿y quién no? Ha sido el comadreo de todo el país. ¡Y ni una voz se ha levantado a su favor! Es la maldita injusticia de todo esto lo que me vuelve loco. Esa mujer tiene un corazón que no le dejaría matar una mosca. Bueno, iré mañana a las once a ver si usted puede dejar pasar algún rayo de luz

a la oscuridad. Quizá tenga yo una clave y no lo sé. En todo caso, todo lo que sé, todo lo que tengo y todo lo que soy son para usted, si puede salvarla. Si alguna vez en su vida ha mostrado toda su capacidad, aplíquela ahora a este caso.

Suyo atentísimo,

J. Neil Gibson.»

—Ahí lo tiene —dijo Sherlock Holmes, sacudiendo las cenizas de su pipa de después del desayuno y volviendo a llenarla despacio—. Este es el caballero que espero. En cuanto a la historia, apenas ha tenido tiempo usted de hacerse cargo de todos esos papeles, así que debo ponerle al corriente si va a tomar un interés intelectual en el asunto. Este hombre es el más poderoso financiero del mundo, y un hombre, según tengo entendido, de carácter muy violento y temible. Se casó con una mujer, la víctima de esta tragedia, de la que no sé nada sino que ya había pasado su juventud, lo que fue aún más desgraciado, dado que una institutriz muy atractiva se ocupaba de la educación de sus dos niños pequeños. Esas son las tres personas que intervienen en el asunto, y el escenario es una grandiosa mansión señorial, centro de una histórica finca inglesa. Pasemos ahora a la tragedia. A la mujer se la encontró en los terrenos de la finca, a casi media milla de la casa, en plena noche, vestida con el traje de la cena, con un chal por los hombros y una bala de revólver que le había atravesado la cabeza. No se encontró arma alguna cerca de ella y no había pistas locales en cuanto al asesinato. No había arma alguna cerca de ella, Watson, ¡fíjese en eso! El crimen parece que se cometió ya entrada la noche, el cadáver lo encontró un guarda de caza hacia las once y lo examinaron la policía y un médico antes de llevarlo a la casa. ¿Está muy condensado o puede seguirlo claramente?

—Está muy claro, pero ¿por qué sospechar de la institutriz?

—Bueno, en primer lugar, hay algún indicio muy directo. Un revólver, con una cámara descargada y de un calibre que correspondía a la bala, se halló en el suelo de su guardarropa. —Sus ojos se quedaron fijos y repitió, fragmentando las

palabras—: En-el-suelo-de-su-guardarropa. —Luego se quedó en silencio, y vi que se había puesto en marcha algún proceso de pensamiento que sería estúpido interrumpir. De repente, sobresaltado, volvió a emerger a una vida animada—. Sí, Watson, se encontró. Bastante condenatorio, ¿eh? Eso pensaron los dos primeros jurados. Además, la mujer muerta llevaba encima una nota dándole cita en ese mismo lugar y firmada por la institutriz. ¿Qué tal eso? Finalmente, está el motivo. El senador Gibson es una persona muy atractiva. Si muere su mujer, quién más probable que la suceda sino la señorita que ya, por todos los informes, había recibido apremiantes atenciones de su patrono. Amor, fortuna, poder, todo dependiendo de una vida de mediana edad. Feo, Watson, ¡muy feo!

—Sí, es verdad, Holmes.

—Y ella no puede presentar una coartada. Por el contrario, tuvo que admitir que había bajado cerca del puente de Thor, que fue el escenario de la tragedia, hacia esa hora. No lo podía negar, porque la había visto un aldeano que pasaba por allí.

—Eso realmente parece definitivo.

—¡Y sin embargo, Watson, sin embargo...! Ese puente, un solo ancho arco de piedra con balaustrada a los lados, hace pasar el camino sobre la parte más estrecha de una laguna larga, honda, rodeada de juncos. Lago de Thor, lo llaman. En la entrada del puente yacía muerta la mujer. Tales son los principales hechos. Pero, si no estoy equivocado, aquí está nuestro cliente, mucho antes de la hora.

Billy había abierto la puerta, pero el nombre que anunció era inesperado. El señor Marlon Bates nos era desconocido a los dos. Era un hombre pequeño, delgado y nervioso, de ojos asustados, y unas maneras convulsivas y vacilantes; un hombre de quien cualquier mirada profesional juzgaría que estaba al borde del hundimiento nervioso.

—Parece agitado, señor Bates —dijo Holmes—. Por favor, siéntese. Me temo que sólo puedo concederle un rato, pues tengo una cita a las once.

—Ya sé que la tiene —jadeó nuestro visitante, disparando frases breves como un hombre sin aliento—. Viene el señor Gibson. El señor Gibson es mi jefe. Soy administrador de su finca. Señor Holmes, es un canalla..., un canalla infernal.

—Un lenguaje fuerte, señor Bates.

—Tengo que ser enfático, señor Holmes, porque el tiempo es limitado. No querría que me encontrara aquí por nada del mundo. Ahora está a punto de llegar. Pero yo estaba en un lugar desde donde no pude venir antes. Su secretario, el señor Ferguson, no me dijo hasta esta mañana que él tenía cita con usted.

—¿Y usted es su administrador?

—Ya le he avisado que me despido. Dentro de un par de semanas me habré librado de esa maldita esclavitud. Un hombre duro, señor Holmes, duro con todo lo que le rodea. Esas beneficencias públicas son una pantalla para cubrir sus iniquidades privadas. Fue brutal con ella. Ella venía de los trópicos, era brasileña de nacimiento, como sin duda usted sabe.

—No, se me había escapado.

—Tropical por nacimiento y tropical por naturaleza. Hija del sol y de la pasión. Le había querido a él como pueden querer las mujeres así, pero cuando se marchitaron sus encantos físicos, que he oído decir que en otro tiempo fueron grandes, no hubo nada que le sujetara. Todos la queríamos y estábamos por ella, y le odiábamos a él por el modo como la trataba. Pero él es taimado y astuto. Eso es todo lo que tengo que decirle. No lo tome por lo que parece a simple vista. Hay algo más detrás de eso. Ahora me tengo que ir. ¡No, no me retenga! Él casi estará al llegar.

Con una asustada mirada al reloj, nuestro extraño visitante salió literalmente corriendo por la puerta y desapareció.

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo Holmes, tras un intervalo de silencio.

—El señor Gibson parece tener una casa muy leal. Pero el aviso es sutil, y ahora sólo podemos esperar a que aparezca el hombre en persona.

A la hora en punto oímos unos pesados pasos por las escaleras y se hizo entrar al cuarto el famoso millonario. Al mirarlo, comprendí no sólo los temores y el odio de su administrador, sino también los ataques que tantos rivales en los negocios habían acumulado sobre su cabeza. Si yo fuera escultor y quisiera dar con el modelo de hombre de negocios con éxito, nervios de hierro y conciencia de cuero, elegiría al señor Neil Gibson como modelo. Su figura alta, flaca y áspera sugería la rapacidad y el hambre. Un Abraham Lincoln trasladado a bajos usos

daría cierta idea de ese hombre. Su cara podía estar cincelada en granito, dura, angulosa, inexorable, con profundas líneas, cicatrices de muchas penalidades. Unos fríos ojos grises, mirando con astucia bajo unas cejas erizadas, nos inspeccionaron sucesivamente. Se inclinó de modo rutinario cuando Holmes dijo mi nombre, y luego, con dominante aire de posesión, tendió una silla a mi compañero y se sentó con sus huesudas rodillas casi tocándose.

—Permítame empezar diciendo, señor Holmes —comenzó—, que el dinero en este caso no me importa nada. Lo puedo quemar si le sirve de algo para alumbrar la verdad. Esa mujer es inocente y esa mujer debe quedar absuelta, y a usted le toca conseguirlo. ¡Diga su cifra!

—Mis honorarios siguen una escala fija —dijo fríamente Holmes—. No lo varío, salvo cuando los perdono por completo.

—Bueno, si los dólares no significan nada para usted, piense en la reputación. Si arregla esto, todos los periódicos de Inglaterra y de América le trompetearán. Será el tema de conversación de todos los continentes.

—Gracias, señor Gibson. Creo que no necesito trompeteos. Quizá le sorprenda saber que prefiero trabajar de modo anónimo, y que es el problema mismo lo que me atrae. Pero estamos desperdiciando el tiempo. Vamos a los hechos.

—Creo que usted encontrará los más importantes en los informes de prensa. No sé que pueda añadir nada para ayudarle. Pero si hay algo sobre lo que usted desee más luz..., bueno, aquí estoy para proporcionarla.

—Bueno, sólo hay un punto.

—¿Cuál?

—¿Cuáles eran las relaciones exactas entre usted y la señorita Dunbar?

El Rey del Oro se sacudió violentamente y casi se levantó de la silla. Luego recobró su calma corpulenta.

—Supongo que está usted en su derecho, y quizá tiene obligación de hacer esa pregunta, señor Holmes.

—Vamos a estar de acuerdo en suponerlo así —dijo Holmes.

—Entonces, puedo asegurarle que nuestras relaciones eran enteramente y siempre las de un patrono hacia una señorita con la que nunca conversó y a la que nunca vio, salvo cuando estaba en compañía de sus hijos.

Holmes se levantó de la silla.

—Señor Gibson, yo soy un hombre muy atareado —dijo—, y usted no tiene tiempo ni ganas de conversaciones que no van a ninguna parte. Le deseo buenos días.

Nuestro visitante se levantó también y su gran figura descoyuntada se irguió por encima de la de Holmes. Había un fulgor furioso bajo esas cejas erizadas y un toque de color en las mejillas cetrinas.

—¿Qué diablos quiere decir con eso, señor Holmes? ¿Rechaza usted mi asunto?

—Bueno, señor Gibson, por lo menos le rechazo a usted. Había creído que mis palabras eran bien claras.

—Muy claras, pero ¿qué hay detrás de esto? ¿Me sube el precio o tiene miedo de hacerse cargo, o qué? Tengo derecho a una respuesta clara.

—Bueno, quizá lo tenga —dijo Holmes—. Le daré ésta. Este asunto ya es bastante complicado para empezar con él sin la dificultad adicional de una información falsa.

—¿Quiere decir que miento?

—Bueno, trataba de expresarlo tan delicadamente como pude, pero si usted se empeña en esa palabra, no le llevaré la contraria.

Me puse en pie de un salto, pues la expresión de la cara del millonario era demoníaca en su intensidad, y había levanto su gran puño nudoso. Holmes sonrió lánguidamente y extendió la mano a la pipa.

—No haga tanto ruido, señor Gibson. Tenga en cuenta que, después del desayuno, incluso la menor discusión me sienta mal. Un paseo al aire de la mañana y pensarlo un poco tranquilamente le vendrían muy bien.

Con esfuerzo, el Rey del Oro dominó su furia. No pude menos de admirarle,

pues con un supremo dominio de sí mismo había pasado en un momento desde una cálida llamarada de cólera a una indiferencia fría y despreciativa.

—Bueno, usted decide. Supongo que usted sabe manejar sus propios asuntos. No puedo obligarle a aceptar el caso contra su voluntad. No le beneficia nada lo de esta mañana, señor Holmes, pues he derrumbado a hombres más fuertes que usted. Nadie me ha llevado la contraria y se ha salido con la suya.

—Muchos me han dicho eso, y sin embargo aquí estoy —dijo Holmes, sonriendo —. Bueno, señor Gibson, buenos días. Usted tiene todavía mucho que aprender.

Nuestro visitante salió ruidosamente, pero Holmes fumaba en silencio imperturbable con unos ojos pensativos fijos en el techo.

—¿Algo que opinar, Watson? —preguntó por fin.

—Bueno, Holmes, debo confesar que, cuando considero que éste es un hombre que apartaría sin duda cualquier obstáculo de su camino, y cuando recuerdo que su mujer quizá fuera un obstáculo y un motivo de odio, según nos dijo ese Bates, me parece...

—Exactamente. Y a mí también.

—Pero ¿cuáles eran sus relaciones con la institutriz y cómo lo ha descubierto?

—¡Un farol, Watson, un farol! Cuando consideré el tono apasionado de su carta, extraño, nada de negocios, y lo contrasté con sus maneras y su aspecto de dominio de sí mismo, resultó muy claro que había alguna emoción profunda centrada en la acusada, antes que en la víctima. Tenemos que comprender las relaciones exactas de esas tres personas sí hemos de alcanzar la verdad. Ya vio el ataque de frente que le hice y qué imperturbablemente lo recibió. Luego me tiré un farol dándole la impresión de que estaba absolutamente seguro, cuando en realidad sólo lo sospechaba.

—¿Volverá, quizá?

—Estoy seguro de que lo hará. Debe volver. No puede dejarlo donde está. ¡Ah! ¿No llaman a la puerta? Sí, ahí están sus pasos. Bueno, señor Gibson, estaba diciéndole ahora mismo al doctor Watson que ya era más que hora de que

viniera.

El Rey del Oro había vuelto a entrar en el cuarto con un aire más amansado que cuando salió. Su orgullo herido seguía mostrándose en sus ojos resentidos, pero su sentido común le había hecho ver que tenía que ceder para alcanzar su fin.

—Lo he estado pensando, señor Holmes, y creo que me he apresurado al tomar a mal sus observaciones. Usted tiene razón en llegar al fondo de los hechos, sean cuales sean, y le admiro por ello. Sin embargo, puedo asegurarle que las relaciones entre la señorita Dunbar y yo no tienen que ver realmente con el asunto.

—Eso tengo que ser yo quien lo decida, ¿no?

—Sí, supongo que así es. Es usted como un cirujano que quiere conocer todos los síntomas antes de dar el diagnóstico.

—Exactamente. Eso lo expresa bien. Y sólo un paciente que tenga algún objetivo al engañar a su médico le ocultaría la realidad de su caso.

—Puede ser, pero reconocerá usted, señor Holmes, que la mayor parte de los hombres se echarían un poco atrás si les preguntaran a quemarropa cuáles son sus relaciones con una mujer, si hay un sentimiento serio en el caso. Supongo que la mayor parte de los hombres tienen un pequeño reducto privado en algún rincón de sus almas donde no les gusta que entren intrusos. Y usted ha irrumpido bruscamente en él. Pero el objetivo le excusa, puesto que era el tratar de salvarla. Bueno, el juego está hecho, y la reserva, abierta, y puede explorar donde quiera. ¿Qué es lo que quiere?

—La verdad.

El Rey del Oro se detuvo un momento como quien ordena sus pensamientos. Su cara sombría y de hondos surcos se había vuelto aún más triste y más grave.

—Se la puedo decir en pocas palabras, señor Holmes —dijo por fin—. Hay cosas que son tan dolorosas como difíciles de decir, así que no iré más allá de lo necesario. Conocí a mi mujer cuando buscaba oro en Brasil. María Pinto era la hija de un funcionario del Gobierno en Manaos, y era muy hermosa. Ya era joven y ardiente en esos días, pero incluso ahora, mirando atrás con sangre más fría y ojos más críticos, veo que era extraordinaria y prodigiosa en su belleza.

Tenía un carácter profundamente rico, también, apasionado, muy diferente de las americanas que he conocido. Bueno, para abreviar la larga historia, la quise y me casé con ella. Sólo cuando se pasó lo romántico, y duró años, me di cuenta de que no teníamos nada, absolutamente nada, en común. Mi amor se fue apagando. Si el de ella hubiera desaparecido, la cosa habría sido más fácil. Pero ¡ya sabe el curioso modo de ser de las mujeres! Hiciera lo que hiciera, nada podía apartarla de mí. Si he sido áspero con ella, o incluso brutal, como han dicho algunos, fue porque sabía que si pudiera matar su amor o convertirlo en odio, sería más fácil para los dos. Pero nada la cambió. Me adoraba en estos bosques ingleses como me había adorado hace veinte años en las orillas del Amazonas. Hiciera lo que hiciera, seguía tan apegada como siempre.

»Entonces apareció la señorita Grace Dunbar. Vino por un anuncio nuestro y fue la institutriz de nuestros dos hijos. Quizá haya visto usted su retrato en los periódicos. El mundo entero ha proclamado que es también una mujer muy bella. Bueno, yo no pretendo ser más moral que mis prójimos, y le confesaré que no podía vivir bajo el mismo techo con una mujer así y en contacto diario con ella sin sentir una consideración apasionada hacia ella. ¿Me censura usted, señor Holmes?

—No le censuro porque lo sintiera. Le censuraría si lo expresó, puesto que esa señorita estaba en cierto sentido bajo su protección.

—Bueno, quizá sea así —dijo el millonario, aunque por un momento el reproche había vuelto a hacer surgir en sus ojos el viejo fulgor colérico—. No pretendo ser mejor de lo que soy. Supongo que toda la vida he sido un hombre que echaba mano a lo que quería, y nunca he querido más que el amor y la posesión de esa mujer. Así se lo dije.

—Ah, ¿se lo dijo?

Holmes podía parecer temible cuando se emocionaba.

—Le dije que si pudiera casarme con ella lo haría, pero que eso no estaba a mi alcance. Le dije que el dinero no me importaba y que se haría todo lo que pudiera hacer para que ella estuviera feliz y a gusto.

—Muy generoso, por supuesto —dijo Holmes, con una mueca burlona.

—Mire usted, señor Holmes. Vine a verle por una cuestión de pruebas, no de

moral. No le pido su crítica.

—Sólo en atención a esa señorita es por lo que cojo su caso —dijo Holmes severamente—. No sé de nada de lo que se la acusa que sea realmente peor que lo que usted mismo ha confesado: que ha tratado de echar a perder a una chica indefensa que estaba bajo su techo. A algunos de ustedes, los ricos, habría que enseñarles que no se puede sobornar a todo el mundo para que perdonen sus excesos.

Para mi sorpresa, el Rey del Oro recibió el reproche con ecuanimidad.

—Eso es lo que yo mismo pienso ahora. Gracias a Dios que mis planes no salieron como yo pretendía. Ella no quiso aceptar nada de eso, y quiso dejar la casa al momento.

—¿Por qué no lo hizo?

—Bueno, en primer lugar, otras personas dependían de ella, y no era fácil para ella echarlas a todas al sacrificar su modo de ganarse la vida. Cuando juré, como hice, que no la volvería a molestar, consintió en quedarse. Pero había otra razón. Ella conocía la influencia que tenía sobre mí, y que ésta era más fuerte que ninguna otra en el mundo. Ella quería usarla para bien.

—¿Cómo?

—Bueno, sabía algo de mis negocios. Son muy grandes, señor Holmes, más de lo que creería cualquier persona normal. Puedo elevar o destruir, y suele ocurrir que destruya. No sólo individuos. Eran comunidades, ciudades, incluso naciones. El negocio es un juego duro, y los débiles acaban contra la pared. Jugué el juego por todo lo que valía. Nunca chillé y nunca me importó que el otro chillara. Pero ella lo veía de otro modo. Creo que tenía razón. Creía y decía que una fortuna para un solo hombre, siendo más de lo que necesitaba, no debería construirse sobre diez mil hombres arruinados que quedaban sin medios de vida. Así es como lo veía, y creo que era capaz de ver más allá de los dólares, algo más duradero. Se dio cuenta de que yo hacía caso de lo que decía, y creyó que serviría al mundo influyendo en mis acciones. Así se quedó..., y entonces ocurrió esto.

—¿Puede usted arrojar alguna luz sobre ello?

El Rey del Oro se detuvo más de un minuto, con la cabeza entre las manos, perdido en profundos pensamientos.

—Está muy negro contra ella. No lo puedo negar. Y las mujeres tienen una vida interior y pueden hacer cosas que escapan al juicio de un hombre. Al principio yo me quedé tan trastornado y abrumado que estaba dispuesto a creer que ella se había dejado llevar de algún modo extraño que iba contra su naturaleza. Una sola explicación se me ocurrió. Se la doy, señor Holmes, por lo que pueda valer. No hay duda de que mi mujer estaba terriblemente celosa. Hay unos celos del alma que pueden ser tan frenéticos como los celos del cuerpo, y aunque mi mujer no tenía razón, y creo que la entendía, para estos últimos, se daba cuenta de que esa chica inglesa ejercía un influjo en mi ánimo y en mis actos que ella misma no logró nunca. Era una influencia para bien, pero eso no arreglaba el asunto. Estaba loca de odio, y el calor del Amazonas seguía siempre en su sangre. Podría haber planteado asesinar a la señorita Dunbar, o, digamos, amenazarla con una pistola para asustarla y que se marchara. Entonces podría haber habido una pelea y que la pistola se disparase hiriendo a la que la tenía.

—Esa posibilidad ya se me ha ocurrido —dijo Holmes—. En efecto, era la única alternativa obvia al asesinato deliberado.

—Pero ella lo niega absolutamente.

—Bueno, eso no es definitivo, ¿verdad? Uno puede entender que una mujer puesta en una situación tan terrible pudiera apresurarse a casa llevando todavía el revólver. Incluso pudo haberlo tirado entre su ropa, sin saber apenas lo que hacía, y, cuando fue encontrado, pudo intentar salir del paso mintiendo con una negativa total, puesto que era imposible toda explicación. ¿Qué hay contra tal suposición?

—La misma señorita Dunbar.

—Bueno, quizá.

Holmes miró el reloj.

—No tengo duda de que podemos obtener esta mañana los permisos necesarios y llegar a Winchester en el tren de la tarde. Cuando yo vea a esa señorita, es muy posible que le sea más útil en el asunto, aunque no puedo prometer que mis conclusiones sean necesariamente como usted desea.

Hubo alguna tardanza en el pase oficial, y en vez de llegar a Winchester ese día, llegamos a Thor Place, la finca del señor Neil Gibson en Hampshire. El no nos acompaño, pero teníamos la dirección del sargento Coventry, de la policía local, que había sido el primero en examinar el asunto. Era un hombre alto, flaco, cadavérico, con unas maneras secretas y misteriosas, que hacían pensar que sabía o sospechaba mucho más de lo que se atrevía a decir. Empleaba también el truco de bajar de repente la voz hasta un susurro como si hubiera encontrado algo de importancia vital, aunque la información solía ser muy corriente. Más allá de esos detalles en sus maneras, pronto mostró ser un hombre decente y honrado que no tenía reparo en confesar que no sabía por dónde andaba y que de buena gana recibiría cualquier ayuda.

—En todo caso, prefiero tenerle a usted que a Scotland Yard, señor Holmes —dijo—. Si llaman a la Yard para algún caso, entonces la policía local pierde todo el mérito en el éxito y a lo mejor le echan la culpa si fracasa. Usted juega limpio, según he oído.

—Yo no necesito aparecer en el asunto en absoluto —dijo Holmes, para evidente alivio de nuestro melancólico conocido—. Si se me permite aclararlo, no pido que se mencione mi nombre.

—Bueno, es muy elegante por su parte, ciertamente. Y su amigo, el doctor Watson, es de fiar, ya lo sé. Bueno, señor Holmes, mientras vamos al sitio hay una pregunta que querría hacerle. No se lo insinuaría a nadie más que a usted. —Miró a su alrededor como si apenas se atreviera a decirlo—. ¿No cree que podría haber una acusación contra el propio señor Neil Gibson?

—Lo he estado considerando.

—No ha visto a la señorita Dunbar. Es una mujer asombrosamente buena en todos los sentidos. El pudo muy bien desear quitarse de en medio a su mujer. Y esos americanos son más listos con sus pistolas que nuestra gente. La pistola era de él, ¿sabe?

—¿Se ha averiguado eso claramente?

—Sí, señor. Era de una pareja que tenía él.

—¿Una de una pareja? ¿Dónde está la otra?

—Bueno, ese caballero tenía un montón de armas de fuego de una u otra clase. Nunca hemos encontrado la pareja de esa pistola determinada, pero la caja estaba hecha para dos.

—Si era de una pareja, sin duda debería encontrar la otra.

—Bueno, las tenemos fuera ahí en la casa si usted quiere mirarlas.

—Más tarde, quizá. Creo que bajaremos andando juntos y echaremos una mirada al escenario de la tragedia.

La conversación había tenido lugar en el cuartito delantero de la humilde casa del sargento Coventry, que servía como comisaría local de policía. Un paseo de una media milla a través de un páramo barrido por el viento, todo oro y bronce con los helechos marchitos, nos llevó a una puerta lateral que daba a los terrenos de la finca de Thor Place. Un sendero cruzaba las hermosas tierras, y luego, desde un claro, vimos la casa, anchamente extendida, la mitad de madera, un poco Tudor y un poco georgiana, en lo alto de la colina. A nuestro lado había una extensa laguna rodeada de juncos, estrechada por en medio, donde el camino de coches principal pasaba por un puente de piedra, pero ensanchándose en pequeños lagos a ambos lados. Nuestro guía se detuvo a la entrada del puente, señalando al suelo.

—Ahí es donde yacía el cuerpo de la señora Gibson. Lo marqué con esa piedra.

—¿Entiendo que usted llegó aquí antes de que retiraran el cadáver?

—Sí, mandaron a por mí en seguida.

—¿Quién?

—El propio señor Gibson. En el momento en que se dio la alarma y que él salió precipitadamente de la casa con otros, se empeñó en que no movieran nada hasta que llegara la policía.

—Muy sensato. Por los periódicos supe que el disparo fue hecho desde muy cerca.

—Sí, señor, muy cerca.

—¿Cerca de la sien derecha?

—Detrás mismo de ella, señor Holmes.

—¿Cómo estaba tendido el cadáver?

—De espaldas, señor Holmes. No había señales de lucha. Ninguna. No había arma. La breve nota de la señorita Dunbar la llevaba apretada en la mano.

—¿Apretada, dice?

—Sí, señor; apenas pudimos abrirle los dedos.

—Eso es de gran importancia. Eso excluye la idea de que nadie hubiera podido colocarle la nota allí después de su muerte para dar una pista falsa. ¡Válgame Dios!

La nota, según recuerdo, era muy corta: «Estaré en el puente de Thor a las nueve. G. Dunbar.» ¿Era así?

—Sí, señor.

—¿Reconoció la señorita Dunbar haberla escrito?

—Sí, señor.

—¿Qué explicación dio?

—Su defensa se reserva para la Audiencia. Ella no quiso decir nada.

—El problema, ciertamente, es interesante. La cuestión de la carta es muy oscura, ¿verdad?

—Bueno, señor Holmes —dijo el guía—, si me permite decirlo así, pareció el único punto realmente claro de todo el caso.

Holmes sacudió la cabeza.

—Admitiendo que la carta sea auténtica y que se escribiera realmente, cierto que se recibió algún tiempo antes, digamos una o dos horas. ¿Por qué, entonces, esa señora seguía llevándola agarrada en la mano izquierda? ¿Por qué la iba a llevar

con tanto cuidado? No necesitaba aludir a ella en la entrevista. ¿No parece notable?

—Bueno, señor Holmes, tal como lo dice, quizá sí.

—Creo que me gustaría sentarme tranquilamente unos minutos y pensarlo bien. —Se sentó en el borde de piedra del puente, y vi sus rápidos ojos grises disparando sus ojeadas escrutadoras en todas direcciones.

De repente volvió a ponerse en pie de un salto y corrió hasta la balaustrada de enfrente, sacó la lupa del bolsillo y empezó a examinar la piedra.

—Es curioso —dijo.

—Sí, señor; vimos la mella en el reborde. Supongo que lo ha hecho alguien que pasaba por aquí.

La piedra era gris, pero en ese único punto se mostraba blanca por un espacio no mayor que una moneda de seis peniques. Examinando de cerca, se veía que la superficie estaba mellada por un fuerte golpe.

—Costó alguna violencia hacer esto —dijo Holmes pensativo. Con el bastón, golpeó varias veces el reborde sin dejar señal—. Sí, fue un golpe duro. En un sitio curioso, además. No fue desde arriba, sino desde abajo, pues ya ve que estaba en el borde inferior del parapeto.

—Pero está al menos a quince pies del cadáver.

—Sí, está a quince pies del cadáver. Quizá no tenga que ver con el asunto, pero es un punto digno de tener en cuenta. Creo que no tenemos más que averiguar aquí. ¿No había huellas, dice?

—El suelo estaba duro como el hierro, señor Holmes. No había huellas en absoluto.

—Entonces podemos irnos. Subiremos primero a la casa y miraremos esas armas de que habla usted. Luego iremos a Winchester, pues me gustaría ver a la señorita Dunbar antes de seguir adelante.

El señor Neil Gibson no había vuelto de Londres, pero vimos en la casa al

neurótico señor Bates, que nos había visitado aquella mañana. Nos mostró con siniestra complacencia el temible arsenal de armas de fuego de diversas formas que su patrono había acumulado en el transcurso de una vida de aventuras.

—El señor Gibson tiene sus enemigos, como esperaría cualquiera que le conozca a él y a sus métodos —dijo—. Duerme con un revólver cargado en el cajón junto a la cama. Es un hombre violento, señor Holmes, y hay momentos en que todos le tenemos miedo. Estoy seguro de que la pobre señora que ha fallecido estuvo aterrorizada muchas veces.

—¿Presenció alguna vez que empleara violencia física contra ella?

—No, no puedo decir eso. Pero he oído palabras que eran casi tan malas, palabras de desprecio frío y cortante, incluso delante de los criados.

—Nuestro millonario no parece brillar en la vida privada —observó Holmes, mientras nos dirigíamos a la estación—. Bueno, Watson, hemos encontrado muchos datos, algunos nuevos, y sin embargo me parece que estoy lejos de una conclusión. A pesar del evidente odio del señor Bates hacia su jefe, deduzco por él que cuando se dio la alarma, él estaba sin duda en su biblioteca. La cena había acabado a las ocho y media y todo estaba normal hasta entonces. Es verdad que la alarma se dio un poco tarde, ya entrada la noche, pero la tragedia sin duda ocurrió alrededor de la hora indicada en la nota. No hay ninguna prueba de que el señor Gibson hubiera salido de la casa desde que volvió de Londres a las cinco. Por otro lado, la señorita Dunbar, según tengo entendido, reconoce que había dado cita a la señora Gibson en el puente. Aparte de eso, no quiere decir nada, ya que su abogado le ha aconsejado que se reserve su defensa. Tenemos varias preguntas fundamentales que hacer a esa señorita, y mi ánimo no estará en paz mientras no la veamos. Tengo que confesar que el caso me parecería muy negro contra ella si no fuera por una sola cosa.

—¿Cuál es, Holmes?

—El hallazgo de la pistola en su guardarropa.

—¡Caramba, Holmes! —exclamé—, ése me parecía el detalle más condenatorio de todos.

—No es así, Watson. Me había llamado la atención, incluso la primera vez que lo leí por encima, como algo muy extraño, y ahora que estoy más en contacto

con el caso, es mi única base firme de esperanza. Tenemos que buscar coherencia. Donde falta, debemos sospechar engaño.

—Apenas le sigo.

—Bueno, vamos, Watson, imaginemos por un momento que es usted una mujer que, de un modo frío y premeditado, va a liberarse de una rival. Usted lo ha planeado. Hay escrita una nota. Usted tiene su arma. El crimen ha sido llevado a cabo. Ha sido eficaz y completo. ¿Me va a decir que después de llevar a cabo un crimen tan hábil echaría a perder su reputación olvidando tirar el arma en una de esas matas de juncos que la cubrirían para siempre, y que por fuerza tiene que llevársela a casa cuidadosamente y colocarla en su propio guardarropa, el primerísimo lugar que registrarían? Ni sus mejores amigos le llamarían astuto, Watson, y sin embargo, no le puedo imaginar haciendo algo tan torpe como eso.

—En la excitación del momento...

—No, Watson, no voy a admitir que eso sea posible. Cuando se premedita fríamente un crimen, los medios de ocultarlo también están fríamente premeditados.

Espero, por tanto, que estemos en presencia de un serio error.

—Pero hay mucho que explicar.

—Bueno, nos dedicaremos a explicarlo. Una vez que se cambia de punto de vista, lo que era algo tan condenatorio se convierte en una clave de la verdad. Por ejemplo, está el revólver. La señorita Dunbar niega conocerlo en absoluto. En nuestra nueva teoría, dice la verdad cuando lo afirma así. Por tanto, se lo pusieron en el guardarropa. ¿Quién lo puso allí? Alguien que deseaba incriminarla. ¿No era esa persona el verdadero criminal? Ya ve cómo llegamos en seguida a una línea muy fecunda de investigación.

Nos vimos obligados a pasar la noche en Winchester, ya que las formalidades no estaban todavía completadas, pero a la mañana siguiente, en compañía del señor Joyce Cummings, el prometedor abogado a quien se había confiado la defensa, se nos permitió ver a la señorita en su celda. Por todo lo que habíamos oído, yo esperaba ver una mujer hermosa, pero nunca olvidaré el efecto que me produjo la señorita Dunbar. No era extraño que incluso el dominante millonario hubiera encontrado en ella algo más poderoso que él mismo, algo que podía dominarle y

guiarle. Uno notaba también, al mirar esa cara, fuerte, bien cortada pero sensitiva, que aunque ella fuera capaz de alguna acción impetuosa, sin embargo había en ella una innata nobleza de carácter que haría que su influencia fuera siempre para bien. Era morena, alta, con una figura noble y una presencia dominadora, pero sus ojos oscuros tenían la expresión desvalida y apelante de la criatura acosada que siente las redes a su alrededor, pero no ve la salida. Ahora, al darse cuenta de la presencia y la ayuda de mi famoso amigo, un toque de color subió a sus mejillas consumidas y una luz de esperanza empezó a fulgurar en la mirada que nos dirigió.

—¿Quizá el señor Neil Gibson le ha dicho algo de lo que ocurrió entre nosotros? —preguntó, con voz sorda y agitada.

—Sí —respondió Holmes—, no tiene que molestarse en entrar en esa parte de la historia. Después de verla, estoy dispuesto a aceptar la declaración del señor Gibson tanto sobre la influencia que usted ejercía sobre él como sobre la inocencia de sus relaciones con él. Pero ¿por qué no se ha explicado toda esa situación en el proceso de instrucción?

—Me parecía terrible que se pudiera sostener tal acusación. Creí que, si esperábamos, todo el asunto se aclararía por sí solo, sin que hubiera necesidad de entrar en penosos detalles de la vida íntima de la familia. Pero creo que, lejos de aclararse, se ha hecho aún más grave.

—Mi querida señorita —exclamó Holmes gravemente—, le ruego que no se haga ilusiones sobre ese punto. El señor Cummings, aquí presente, le asegurará que todas las cartas están ahora contra nosotros, y que tenemos que hacer todo lo posible si hemos de ganar y que todo quede en claro. Sería un cruel engaño fingir que no está usted en un peligro muy grande. Proporcióneme, pues, toda la ayuda que pueda para llegar a la verdad.

—No ocultaré nada.

—Háblenos, entonces, sobre sus verdaderas relaciones con la mujer del señor Gibson.

—Me odiaba, señor Holmes. Me odiaba con todo el fervor de su carácter tropical. Era una mujer que no hacía nada a medias, y la medida de su amor a su marido era también la medida de su odio hacia mí. Es probable que malentendiera nuestras relaciones. No querría calumniarla, pero amaba tan

vivamente en un sentido físico que apenas podía comprender el vínculo mental, e incluso espiritual, que unía a su marido a mí, ni imaginar que era sólo mi deseo de influir en su poder para buenos fines lo que me retenía bajo su techo. Ahora veo que yo estaba equivocada. Nada podía justificar que me quedara allí donde era causa de infelicidad, y sin embargo es seguro que la infelicidad habría seguido aunque me hubiera marchado de la casa.

—Bueno, señorita Dunbar —dijo Holmes—, le ruego que nos diga exactamente qué ocurrió esa noche.

—Puedo decirle la verdad en la medida en la que sé, señor Holmes, pero no estoy en condiciones de demostrar nada, y hay puntos, los más vitales, que no puedo explicar, y que no puedo imaginar cómo podrían explicarse.

—Si usted encuentra los hechos, quizá otros encontrarán la explicación.

—Entonces, con respecto a mi presencia en el puente de Thor esa noche, recibí una nota de la señora Gibson por la mañana. Estaba puesta en la mesa del cuarto donde dábamos clase, y quizá la pusiera ella con su propia mano. Me imploraba que la viera después de cenar, decía que tenía algo importante que decirme y me rogaba que dejara una respuesta en el reloj de sol del jardín, porque deseaba que nadie lo supiera. Yo no veía razón para tal secreto, pero hice lo que me pedía, y acepté la cita. Me pedía que destruyera su nota, y la quemé en la estufa de la clase. Ella tenía mucho miedo de su marido, que la trataba con una aspereza por la que yo le reprochaba frecuentemente, y sólo pude imaginar que ella no deseaba que él supiera nada de nuestra entrevista.

—Pero ella guardó su respuesta cuidadosamente.

—Sí. Me sorprendió que la tuviera en la mano al morir.

—Bueno, ¿qué pasó luego?

—Fui allí como había prometido. Cuando llegué al puente, ella me esperaba. Nunca me di cuenta hasta ese momento de cuánto me odiaba esa pobre criatura. Era como una loca; en efecto, creo que estaba loca, sutilmente loca, con ese profundo poder de engaño que a veces tienen los locos. Si no ¿cómo hubiera podido tratarme todos los días con indiferencia y sentir sin embargo un odio tan furioso contra mí en su corazón? No diré lo que dijo. Vertió toda su furia salvaje en palabras horribles, que quemaban. Yo ni contesté; no pude. Era horrible verla.

Me tapé los oídos con las manos y me marché a toda prisa. Al dejarla, ella seguía allí, parada, chillándome sus maldiciones, a la entrada del puente.

—¿Dónde la encontraron después?

—A pocos pasos del lugar.

—Y sin embargo, suponiendo que ella muriera poco después que la dejó usted, ¿no oyó usted ningún disparo?

—No, no oí nada. Pero, claro, señor Holmes, yo estaba tan agitada y horrorizada por esa terrible explosión que me apresuré a volver a la paz de mi cuarto, y era incapaz de notar nada de lo que pasaba.

—Dice que volvió a su cuarto. ¿Lo volvió a dejar antes de la mañana siguiente?

—Sí, cuando se dio la alarma de que había muerto esa pobre criatura, yo salí corriendo con los demás.

—¿Vio al señor Gibson?

—Sí; acababa de volver del puente cuando le vi. Había mandado a buscar al médico y al policía.

—¿Le pareció muy perturbado?

—El señor Gibson es un hombre muy fuerte y que se sabe controlar. Creo que nunca mostraría sus emociones. Pero yo, que le conocía bien, vi que estaba profundamente afectado.

—Entonces llegamos al punto más importante. Esa pistola que se encontró en su cuarto, ¿la había visto antes alguna vez?

—Nunca, lo juro.

—¿Cuándo se encontró?

—A la mañana siguiente, cuando la policía hizo su registro.

—¿Entre su ropa?

—Sí, en el suelo de mi guardarropa, debajo de mis trajes.

—¿No pudo suponer cuánto llevaba allí?

—No estaba allí la mañana anterior.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque arreglé el guardarropa.

—Eso es definitivo. Entonces alguien entró en su cuarto y colocó el arma allí para inculparla.

—Tuvo que ser así.

—¿Y cuándo?

—Sólo pudo ser a las horas de comer, o si no, a las horas cuando yo daba clase a los niños.

—¿Tal como estaba usted cuando recibió la nota?

—Sí; desde ese momento en adelante, toda la mañana.

—Gracias, señorita Dunbar. ¿Hay algún otro punto que pueda servirme en la investigación?

—No se me ocurre ninguno.

—Hubo algún signo de violencia en la piedra del puente: una mella muy reciente enfrente mismo del cadáver. ¿Podría sugerir alguna explicación posible?

—Seguro que es una mera coincidencia.

—Curioso, señorita Dunbar, muy curioso. ¿Por qué iba a aparecer en el mismo momento de la tragedia y por qué en el mismo sitio?

—Pero ¿qué pudo causarlo? Sólo una violencia muy grande pudo tener tal efecto.

Holmes no contestó. Su cara pálida y ansiosa había asumido de repente esa

expresión tensa y remota que me había acostumbrado a asociar con las supremas manifestaciones de su genio. Tan evidente era la crisis en su mente que ninguno de nosotros se atrevió a hablar, y allí nos quedamos sentados, el abogado, la procesada y yo, observándole en un silencio concentrado y absorto. De repente se levantó de la silla de un salto, vibrando de energía nerviosa y de apremiante necesidad de acción.

—¡Vamos, Watson, vamos! —exclamó.

—¿Qué pasa, señor Holmes?

—No se preocupe, mi querida señorita. Tendrá noticias mías, señor Cummings. Con la ayuda del Dios de la Justicia, le proporcionaré una defensa que hará resonar a Inglaterra. Tendrá noticias mañana, señorita Dunbar, y mientras tanto esté segura de que las nubes se están levantando y que tengo todas las esperanzas de que la luz de la verdad se abra paso.

No era largo el viaje desde Winchester hasta Thor Place, pero fue largo para mi impaciencia, mientras que para Holmes evidentemente resultaba interminable, pues, a causa de su nerviosismo, no podía sentarse, y daba vueltas por el vagón o tamborileaba con sus largos dedos sensitivos en los almohadones que había a su lado. De repente, sin embargo, cuando nos acercábamos a nuestro destino, se sentó enfrente de mí, teníamos un vagón de primera para nosotros solos, y poniéndome una mano en cada rodilla me miró a los ojos con la mirada peculiarmente maligna que era característica de su humor más travieso.

—Watson —dijo—, creo recordar que usted va armado en estas excursiones nuestras.

Le parecía muy conveniente que lo hiciera, pues él se cuidaba muy poco de su propia seguridad cuando su mente estaba absorbida en un problema, así que más de una vez mi revólver había sido un buen amigo en la necesidad. Se lo recordé así.

—Sí, sí, yo soy un poco distraído en esos asuntos. Pero ¿lleva el revólver encima?

Lo saqué de mi bolsillo lateral, un arma pequeña, corta, cómoda, pero muy útil. El soltó el cierre, sacó los cartuchos y lo examinó con cuidado.

—Es pesado, notablemente pesado —dijo.

—Sí, es una pieza bastante sólida.

Caviló sobre ella unos momentos.

—Sabe, Watson —dijo—, creo que su revólver va a tener una relación muy estrecha con el misterio que estamos investigando.

—Mi querido Holmes, está bromeando.

—No, Watson, hablo en serio. Tenemos una prueba por delante. Si las prueba sale bien, todo estará claro, y la prueba dependerá de la conducta de esta pequeña arma. Un cartucho fuera. Ahora volveremos a poner los otros cinco y echaremos el seguro. ¡Así! Eso aumenta el peso y lo convierte en una reproducción mejor.

No tenía yo idea de lo que había en su mente ni él me iluminó, sino que siguió perdido en sus pensamientos hasta que paramos en la pequeña estación de Hampshire. Obtuvimos un destartalado cochecillo, y en un cuarto de hora estábamos en casa de nuestro amigo confidencial, el sargento.

—¿Una pista, señor Holmes? ¿Cuál es?

—Todo depende del funcionamiento del revólver del doctor Watson —dijo mi amigo—. Aquí está. Bueno, sargento, ¿puede darme diez yardas de cuerda?

La tienda del pueblo nos proporcionó un ovillo de fuerte guita.

—Creo que esto es lo único que necesitamos —dijo Holmes—. Ahora, si les parece bien, emprenderemos lo que espero que sea la última etapa de nuestro viaje.

El sol se ponía, convirtiendo el ondulado páramo de Hampshire en un prodigioso panorama otoñal. El sargento, con miradas críticas e incrédulas, que evidenciaban sus profundas dudas sobre la cordura de mi acompañante, iba remoloneando a nuestro lado. Al acercarnos al escenario del crimen, vi que mi amigo, por debajo de su habitual frialdad, estaba en realidad profundamente agitado.

—Si —dijo, en respuesta a mi observación—, ya me ha visto alguna vez fallar el blanco, Watson. Tengo instinto para estas cosas y sin embargo a veces me ha engañado. Parecía una certidumbre cuando me relampagueó por la mente en la celda de Winchester, pero uno de los inconvenientes de una mente activa es que siempre se pueden imaginar explicaciones alternativas que harían que nuestra pista fuera falsa. Y sin embargo..., sin embargo... Bueno, Watson, no podemos más que probar.

Mientras caminaba había atado firmemente un cabo de la cuerda a la culata del revólver. Ahora habíamos llegado al escenario de la tragedia. Con mucho cuidado, bajo la guía del policía, situó el lugar exacto donde había estado tendido el cadáver. Luego buscó entre los brezos y helechos hasta encontrar una piedra voluminosa. La ató al otro extremo de la cuerda, y la colgó sobre el parapeto del puente de modo que pendía suelta sobre el agua. Luego se situó en el lugar fatal, a cierta distancia del borde del puente, con mi revólver en la mano, teniendo la cuerda tensa entre el arma y la pesada piedra al otro extremo.

—¡Vamos allá! —exclamó.

Diciendo estas palabras levantó la pistola hasta la cabeza y luego la soltó. En un momento la arrebató el peso de la piedra, golpeando con un fuerte chasquido el parapeto, y se desvaneció por encima de la balaustrada cayendo al agua. Apenas había desaparecido cuando Holmes se arrodilló junto a la piedra, y un jubiloso grito mostró que había encontrado lo que esperaba.

—¿Ha habido nunca una demostración más exacta? —exclamó—. ¡Vea, Watson, su revólver ha resuelto el problema! —señaló una segunda mella del mismo tamaño y forma de la piedra, que había aparecido bajo el reborde de la balaustrada de piedra—. Nos quedaremos esta noche en la posada —continuó, levantándose y encarándose con el asombrado sargento—. Por supuesto, usted buscará un gancho de recoger y recobrará fácilmente el revólver de mi amigo. También encontrará a su lado el revólver, la cuerda y la piedra con que esa vengativa mujer intentó disfrazar su propio crimen y cargarle una acusación de asesinato a una víctima inocente. Puede hacerle saber al señor Gibson que le veré por la mañana, cuando se puedan dar precisos pasos para vindicar a la señorita Dunbar.

Bien entrada la noche, mientras fumábamos nuestras pipas en la posada del pueblo, Holmes me hizo un breve resumen de lo que había pasado.

—Me temo, Watson —dijo—, que no mejorará usted la reputación que haya adquirido yo añadiendo a sus anales el caso del misterio de puente de Thor. He estado torpe, y me ha faltado esa mezcla de imaginación y realidad que es la base de mi arte. Confieso que la mella en la balaustrada de piedra era una pista suficiente para sugerir la solución verdadera, y me critico a mí mismo por no haberla descubierto antes.

»Debe admitirse que lo que planeó la mente de esa desgraciada mujer era profundo y sutil, de modo que no era cosa sencilla desenredar su plan. Creo que en nuestras aventuras nunca hemos encontrado un ejemplo más extraño de lo que puede producir un amor extraviado. Que la señorita Dunbar fuera su rival en un sentido físico o meramente mental, le pareció imperdonable a sus ojos. Sin duda, echó la culpa a esa inocente señorita de todos los malos tratos y duras palabras con que su marido trataba de rechazar su afecto demasiado demostrativo. Su primera resolución fue acabar con su propia vida. La segunda fue hacerlo de tal modo que enredara a su víctima en un destino que fuera mucho peor que ninguna muerte súbita.

»Podemos seguir claramente los diversos pasos, y éstos muestran una notable sutileza mental. Con gran astucia, consiguió de la señorita Dunbar una nota que hiciera parecer que ella había elegido el escenario del crimen. En su afán de que se descubriera, ella exageró un poco, agarrándola en la mano hasta el final. Sólo eso debía haber provocado sospechas antes de lo que ocurrió.

»Luego tomó uno de los revólveres de su marido, había, como ha visto, un arsenal en la casa, y se lo guardó para hacer uso de él. Alguien lo había escondido esa mañana en el guardarropa de la señorita Dunbar, después de disparar un cartucho, lo que pudo hacer fácilmente en los bosques sin llamar la atención. Luego bajó al puente, donde había organizado ese método tan enormemente ingenioso para desembarazarse de su arma. Cuando apareció la señorita Dunbar, empleó su último aliento en verter su odio, y luego, cuando, ella ya no la podía oír, llevó a cabo su terrible propósito. Ahora todos los eslabones están en su sitio y la cadena se ha completado. Los periódicos preguntarán por qué no se dragó el lago para empezar, pero es muy fácil ser juicioso a posteriori, y en todo caso, la extensión de un lago lleno de juncos no es fácil de dragar si no se tiene una idea clara de qué se busca y dónde. Bueno, Watson, hemos ayudado a una notable mujer, y también a un hombre temible. Si en el futuro unen sus fuerzas, como parece probable, el mundo financiero quizá sepa que el señor Neil Gibson ha aprendido algo en esta aula de la Tristeza

donde se enseñan nuestras lecciones terrenales.

3. La aventura del hombre que reptaba

Sherlock Holmes opinó siempre que yo debía publicar los hechos rarísimos relacionados con el profesor Presbury aunque sólo fuese para disipar, de una vez para siempre, todos aquellos feos rumores que hará veinte años revolucionaron la Universidad y que hallaron eco en las sociedades doctas de Londres. Pero surgieron determinados obstáculos y la auténtica historia de este curioso caso permaneció sepultada en la caja de hojalata que encierra tantos relatos de las aventuras de mi amigo. Pero al fin hemos logrado la autorización necesaria para airear los hechos de uno de los últimos casos en que intervino Holmes antes de retirarse de sus actividades profesionales. Hoy mismo, es preciso dar pruebas de cierta reserva y discreción al exponer ante el público el asunto.

Fue durante la velada de un domingo de principios de septiembre del año 1903 cuando recibí uno de los lacónicos mensajes de Holmes:

«Venga inmediatamente si no hay algún obstáculo, y no deje de venir aunque lo haya.

>S. H.»

Nuestras relaciones en esa última etapa eran muy especiales. Holmes era hombre de rutinas, de rutinas limitadas y concentradas; yo era una de esas rutinas. Como institución, era yo igual que el violín, el tabaco fuerte de hebra, la vieja pipa ennegrecida, los volúmenes de índices y otras menos disculpables quizá. Cuando se trataba de casos que requerían moverse activamente y en los que se necesitaba un compañero en cuyo temple podía él confiar hasta cierto punto, mi papel saltaba a la vista. Pero, aun fuera de esos aspectos, yo le servía. Yo era la piedra de afilar en la que se aguzaba su inteligencia. Yo lo estimulaba. Le gustaba

pensar en voz alta estando yo delante. No se podía decir que sus observaciones iban dirigidas a mí (muchas de ellas podían ir dirigidas lo mismo a su cama que a mí); pero, una vez adquirida la rutina, le agradaba hasta cierto punto que yo tomase nota y que interviniese. Si esa especie de lentitud metódica de mi mentalidad lo irritaba, esa irritación servía únicamente para que sus llamaradas de intuición y sus impresiones estallasen con mayor viveza y rapidez. Ése era mi humilde papel en nuestra alianza.

Cuando llegué a Baker Street me lo encontré hecho una pelota en su sillón, con las rodillas en alto, la pipa en la boca y el ceño surcado de meditaciones. Era evidente que se hallaba en las torturas de algún molesto problema. Me señaló con un vaivén de la mano mi viejo sillón; fuera de eso, no dio durante media hora señales de que advirtiese que yo estaba allí. De pronto, con una señal de disgusto, pareció arrancarse de sus ensoñaciones, y acompañando sus palabras con la extraña sonrisa que le era habitual, me dio la bienvenida a la que había sido, en otro tiempo, mi casa, diciendo:

—Mi querido Watson, sabrá usted disculpar este ensimismamiento. En las últimas veinticuatro horas han sido sometidos a mi consideración algunos hechos curiosos, y éstos han dado origen a su vez a determinadas meditaciones de carácter más general. Estoy pensando seriamente en escribir una pequeña monografía acerca de los usos de los perros en las tareas de los detectives.

—Mire, Holmes, ése es un tema que ya ha sido explorado. Los sabuesos, los podemos... —le contesté yo.

—No, no es eso, Watson; desde luego, ese aspecto del problema es evidente. Pero existe otro mucho más útil. Quizá recuerde que en el caso que usted, con sus métodos sensacionalistas asoció con las «Hayas Cobrizas» [91], conseguí, estudiando el alma del niño, deducir los hábitos criminales del muy relamido y respetable padre.

—Sí; lo recuerdo bien.

—La dirección de mis pensamientos respecto a los perros es análoga. El perro refleja la vida de la familia. ¿Quién vio alguna vez un perro juguetón en una familia triste, o un perro melancólico en una familia feliz?; las personas gruñonas y agresivas tienen perros gruñones y agresivos, las personas peligrosas tienen perros peligrosos. Quizás en las alteraciones de los humores de los perros

se refleja la diversidad de humores de sus amos.

Yo moví la cabeza con una fuerte expresión de duda, y dije:

—Me parece, Holmes, que eso es traer las cosas por los pelos. Mi amigo volvió a llenar la pipa y a sentarse en su sillón, sin darse por enterado de mi comentario.

—La aplicación práctica de eso que acabo de decir tiene relación estrecha con el problema que estoy investigando. Compréndame. Es una madeja muy enredada y ando buscando un cabo suelto. Quizás ese cabo está en la pregunta: ¿por qué Roy, el fiel perro lobo del profesor Presbury, se lanza a morderlo?

Me recosté en el respaldo de mi sillón, algo desilusionado. ¿Para resolver un problema tan fútil como éste me había sacado de mis ocupaciones? Holmes me miró, y me dijo:

—¡Siempre el mismo, viejo Watson! Jamás comprenderá usted que los más graves problemas pueden depender de las cosas más insignificantes. Pero, ¿no resulta extraño, así, de pronto, que un fisiólogo ecuánime y anciano, me imagino que habrá usted oído hablar de Presbury, el célebre fisiólogo de Camford, resulta extraño, digo, que un hombre así, que ha tenido siempre a su perro lobo como el más adicto de sus amigos, se haya visto estos días acometido por él dos veces? ¿Qué saca usted en consecuencia?

—Que el perro está enfermo.

—Sí, también eso hay que tomarlo en cuenta. Pero el hecho es que el perro no ataca a nadie más, y que por lo visto tampoco molesta a su amo, sino en circunstancias muy especiales. Es curioso, Watson, muy curioso. Si quien llama ahora al timbre es el joven Bennett, se ha adelantado a la hora de la cita.

Se oyeron pasos rápidos en la escalera, llamaron con golpes vivos a nuestra puerta, y un instante después se presentó nuestro cliente.

Era un joven alto y bello, de unos treinta años, bien vestido y elegante, pero con algo en su porte que hacía pensar más bien en un estudioso que en el aplomo de un hombre de mundo. Cambió un apretón de manos con Holmes y luego me miró a mí con cierta sorpresa...

—Señor Holmes, éste es un asunto muy delicado. Tenga en cuenta cuáles son

mis relaciones, tanto las privadas como las públicas, con el profesor Presbury. No creo que tenga justificación que yo hable delante de una tercera persona.

—Nada tema, señor Bennett. El doctor Watson es la esencia misma de la discreción y le aseguro que es muy probable que yo tenga que necesitar un colaborador en este asunto.

—Como usted guste, señor Holmes. Estoy seguro de que le vendrá bien que yo adopte ciertas reservas en el asunto.

—Usted comprenderá esta actitud, Watson, si le digo que este caballero, el señor Trevor Bennett, es ayudante profesional del gran hombre de ciencia, que vive bajo su mismo techo, y que es novio oficial de su hija. Tenemos, entonces, que convenir en que el profesor tiene todos los títulos para contar con su lealtad y su adhesión. La mejor manera de demostrársela es dar los pasos necesarios para poner en claro este extraño misterio.

—Así lo espero, señor Holmes. Eso es lo que me propongo. ¿Conoce el doctor Watson el estado de cosas?

—No tuve tiempo de explicárselo.

—Entonces, quizá sea preferible que yo vuelva otra vez sobre el tema, antes de pasar a exponer algunas novedades ocurridas.

—Me encargaré de ello yo mismo —dijo Holmes—, para demostrarle de ese modo que recuerdo los hechos en su orden debido. El señor profesor es hombre que goza de fama europea, Watson. Toda su vida ha transcurrido dentro de las normas tradicionales. Nunca dio ocasión en ella ni a un asomo de escándalo. Es viudo y tiene una sola hija, Edith. Según tengo entendido, es hombre de temperamento viril y enérgico, casi pudiéramos decir combativo. Tal era la situación hace algunos meses.

»Entonces y de pronto varió la corriente de su vida. A pesar de que tiene sesenta y un años, se comprometió para casarse con la hija del profesor Morphy, colega suyo en la cátedra de Anatomía comparada. No era, como lo entiendo, el cortejo razonable de un hombre envejecido, sino el apasionado frenesí de la juventud, porque nadie pudo mostrarse como el amante más leal. La señorita, Alice Morphy, era una muchacha perfecta en mente y cuerpo, así que esa era toda la excusa para el enamoramiento del profesor. Sin embargo no se encontró con la

total aprobación de su propia familia.

—Pensamos que, más bien, es excesivo —dijo nuestro visitante.

—Exactamente. Excesivo y un poco violento y antinatural. El profesor Presbury era rico, de todos modos, y no había objeción por parte del padre. La hija, sin embargo, tenía otros criterios, y había varios candidatos para su mano, quienes, si fueran menos elegibles desde un mundano punto de vista, eran por lo menos mayores de edad. A la muchacha parecía gustarle el profesor por el espíritu de su excentricidad. Era solamente la edad lo que permanecía entre medio.

»Durante este tiempo un pequeño misterio repentinamente nubló la normal rutina de la vida del profesor. Hizo lo que nunca había hecho antes. Dejó su casa y no dio indicaciones acerca de a dónde iba. Se alejó durante quince días y regresó pareciendo bastante fatigado por el viaje. No hizo alusión a dónde había estado a pesar de que era usualmente el más sincero de los hombres. Ocurrió, sin embargo, que nuestro cliente aquí presente, el señor Bennett, recibió una carta de un compañero de estudios en Praga, quien dijo que estaba contento de haber visto al profesor Presbury allí, pese a que no fue capaz de hablarle. Solamente de esta forma su propia familia se enteró de donde había estado.

»Ahora viene el punto. Desde este momento un curioso cambió sobrevino al profesor. Se volvió furtivo y astuto. Aquellos a su alrededor tenían siempre el sentimiento de que no era el hombre que ellos habían conocido, sino que estaba bajo alguna sombra la cual había oscurecido sus más altas cualidades. Su intelecto no fue afectado. Sus conferencias eran tan brillantes como de costumbre. Pero siempre había algo nuevo, algo siniestro e inesperado. Su hija, quien estaba dedicada a él, trato una y otra vez de reanudar las viejas relaciones y penetrar esta máscara que su padre parecía ponerse. Usted, señor, según tengo entendido, obró de la misma manera; pero todo en vano. Y ahora, señor Bennett, explique con sus propias palabras el incidente de las cartas.

—Debe saber, doctor Watson, que el profesor no tenía secretos para mí. Ni aunque hubiese sido su hijo o un hermano más joven, habría yo podido gozar de una manera más completa de sus confidencias. Como su secretario, pasaban por mi mano todos los documentos que llegaban para él, y tenía el encargo de abrir y de clasificar las cartas que recibía. Todo eso cambió a poco de su regreso. Me dijo que recibiría de Londres algunas cartas que vendrían señaladas con una cruz debajo del sello de correos Esas cartas debía ponerlas a un lado, porque sólo él

tenía que leerlas. En efecto, pasaron por mis manos varias cartas de esa clase, que traían la marca “E.C.” y estaban escritas con letra de persona inculta. Si el profesor contestó a ellas, las respuestas en todo caso no pasaron por mis manos, ni fueron a parar al cesto de las cartas en las que se recoge la correspondencia.

—Explique también lo de la caja —dijo Holmes.

—Ah, sí, la caja. El profesor se trajo al regresar de sus viajes, una cajita de madera. Era la única cosa que hacía pensar en que él había viajado por el continente, porque es uno de esos curiosos trabajos tallados que uno asocia con la imagen de Alemania. Esta cajita la colocó en su vitrina del instrumental. Cierto día, buscando yo una cánula, tomé la caja. Para mi sorpresa, esto puso furioso al profesor, que me reprendió con palabras completamente duras por mi curiosidad. Era la primera vez que ocurría semejante cosa y aquello me hirió profundamente. Intenté hacerle comprender que yo había tocado la caja por pura casualidad, pero tuve conciencia durante toda la velada de que el profesor me miraba con aspereza y de que el incidente aquel estaba enconando su alma.

Bennett sacó del bolsillo un pequeño libro Diario, y dijo:

—Esto ocurrió el día 2 de julio.

—Serviría usted desde luego para testigo de una manera admirable —dijo Holmes —. Quizá me sean necesarias algunas de esas fechas que ha anotado.

—Entre otras cosas que yo he aprendido de mi gran maestro, figura la del método. Desde el momento en que observé una anormalidad en su conducta, me pareció que era mi deber estudiar su caso. Por eso tengo aquí anotado que fue en ese mismo día, 2 de julio, cuando Roy acometió al profesor, al salir éste de su despacho al vestíbulo. El día 11 de julio se repitió una escena del mismo estilo, y aún tengo anotada otra más: el día 20 de julio. Después de esta fecha tuvimos que confinar a Roy en las caballerizas. Se trata de un animal encantador y muy cariñoso; mucho me temo que los estoy cansando.

Bennett dijo estas palabras en tono de censura, porque saltaba a la vista que Holmes no prestaba atención. Tenía la cara rígida y sus ojos miraban abstraídos el cielo raso. Volvió en sí haciendo un esfuerzo y murmuró:

—¡Muy extraño, por demás extraño! Estos detalles son nuevos para mí, señor Bennett. Creo que con esto hemos repasado bien todo lo anterior, ¿verdad? Usted

habló antes de nuevas incidencias.

La cara agradable y sincera de nuestro visitante se ensombreció, y como si la nublara algún recuerdo desagradable, dijo:

—Esto de lo que voy a hablar ocurrió anteanoche. Estaba yo acostado y despierto a eso de las dos de la madrugada, cuando percibí, como si llegara del pasillo, un ruido apagado y blando. Abrí la puerta y miré. Debo decir que el profesor duerme al final del pasillo...

—¿La fecha de eso fue...? —preguntó Holmes.

Nuestro visitante se mostró claramente molesto ante una interrupción tan extemporánea.

—He dicho ya que eso ocurrió anteanoche, es decir, el 4 de septiembre.

Holmes asintió con la cabeza y le sonrió, agregando:

—Por favor, siga.

—Duerme, como digo, al final del pasillo, y para llegar hasta la escalera tenía que cruzar por delante de mi puerta. Señor Holmes, aquélla fue una experiencia aterradora. Yo me considero tan bien templado de nervios como cualquiera, pero lo que vi me consternó. El pasillo estaba a oscuras, sin más luz que la mancha luminosa de una ventana situada hacia la mitad del mismo. Me di cuenta de que por el pasillo avanzaba algo, algo oscuro y que caminaba como un reptil. ¡Reptaba, señor Holmes, reptaba! No caminaba totalmente sobre manos y rodillas. Yo diría que caminaba más bien sobre sus manos y sus pies, con la cara hundida entre aquéllas. Sin embargo, parecía moverse con facilidad. La vista de aquello me paralizó de tal manera que no pude salir y preguntarle si podía servirle de algo hasta que él llegó a mi puerta. Su reacción fue extraordinaria. Se irguió de golpe, me escupió con algunas frases horrendas, pasó corriendo por delante de mí y bajó por la escalera. Esperé cosa de una hora, pero él no regresó. Debió de hacerlo cuando ya había amanecido.

—¿Qué saca usted de todo eso, Watson? —preguntó Holmes con aires de patólogo que presenta un ejemplar raro.

—Quizás un lumbago. He conocido un caso fuerte de esta enfermedad que

obligó a un hombre a caminar así. No hay cosa que irrite más el genio.

—¡Bien, Watson! Usted nos obliga siempre a permanecer con los pies pegados al suelo, pero en este caso no hay manera de conformarse con el lumbago, ya que le fue posible erguirse en un momento.

—Jamás fue mejor su salud —dijo Bennett—; a decir verdad, en muchísimos años no lo he visto tan fuerte como ahora. Ahí tiene usted los hechos, señor Holmes. No es éste un caso como para consultar con la policía, pero lo cierto es que estamos completamente desorientados sobre lo que hay que hacer, y tenemos una especie de presentimiento de que vamos hacia un desastre. Edith, es decir, la señorita Presbury, participa de mi criterio, ya no podemos seguir esperando pasivamente.

—Desde luego que es un caso rarísimo y muy sugestivo. ¿Qué opina usted, Watson?

—Hablando en mi calidad de médico —le contesté—, yo diría que es un caso para que intervenga un alienista. Ese noviazgo perturbó los procesos cerebrales del anciano. Viajó por el extranjero con la esperanza de arrancar esa pasión que sentía. Quizá sus cartas y la cajita tengan relación con algún otro asunto particular; quizás un préstamo o certificado de acciones, que él guarda en la cajita.

—Naturalmente, y el perro lobo está en contra de esa operación financiera. No y no, Watson; en esta cuestión hay algo más. Yo quizá sugeriría...

Nunca se sabrá lo que Sherlock Holmes estaba a punto de sugerir, porque en ese instante se abrió la puerta y entró en la habitación una joven. Al aparecer ella, el señor Bennett se puso de pie, dejando escapar una exclamación, y avanzó precipitadamente con las manos extendidas para recibir en ellas las que ella también ofrecía.

—¡Edith, querida! Supongo que no habrá ocurrido nada, ¿verdad?

—Sentí el impulso irresistible de seguirte. ¡Oh, Jack, qué miedo tan grande he pasado! Es espantoso quedarse allí sola.

—Señor Holmes, ésta es la joven de la que yo he hablado, mi prometida.

—Sí, poco a poco íbamos llegando a esa conclusión, ¿verdad, Watson? —contestó Holmes con una sonrisa—. Me imagino, señorita Presbury, que se ha producido alguna novedad en este caso, y que usted pensó que deberíamos conocerla, ¿no es así?

Nuestra visitante, joven, hermosa y llena de vida, del tipo corriente de jóvenes inglesas, devolvió la sonrisa a Holmes, al sentarse cerca de Bennett.

—Al encontrarme con que el señor Bennett había salido de su hotel, pensé que probablemente lo encontraría aquí. Claro está que ya me había anunciado que vendría a consultarlo. ¡Ay, señor Holmes! ¿No puede hacer nada por mi pobre padre?

—Espero que sí, señorita Presbury, pero el caso se presenta todavía oscuro. Quizá lo que usted tiene que decirnos arroje sobre el mismo alguna luz nueva.

—Señor Holmes, lo que voy a decirle ocurrió la noche pasada. Mi padre se había mostrado durante todo el día muy raro. Estoy segura de que hay ocasiones en las que no le queda recuerdo de lo que hace. Vive como en un ensueño extraordinario. El día de ayer fue uno de ésos. No era mi padre aquella persona con la que yo estaba viviendo. Su corteza exterior estaba allí, pero no era él, de una manera real y verdadera.

—Cuénteme lo que ocurrió.

—Me despertaron durante la noche los furiosos ladridos del perro. Al pobre Roy lo tenemos ahora encadenado en las caballerizas. Yo duermo siempre con mi puerta cerrada con llave, porque, como Jack, como el señor Bennett... le dirá, todos tenemos un sentimiento de peligro inminente. Mi habitación está en el segundo piso. Sucedió que la persiana de mi ventana estaba abierta, y el exterior estaba iluminado por el brillo de la luz de la luna. Como estaba acostada con mis ojos clavados sobre el cuadrado de luz, escuchando a los frenéticos ladridos del can, me quedé asombrada de ver la cara de mi padre mirándome a través de la ventana. Señor Holmes, casi morí de sorpresa y horror. Estaba presionada contra el cristal de la ventana, y una mano pareció elevarse como si empujara la ventana. Si esa ventana se hubiera abierto, pienso que me hubiera vuelto loca. No fue una falsa ilusión, señor Holmes. No se engañe pensando en eso. Me atrevo a decir que fueron veinte segundos o algo así que me quedé paralizada observando su cara. Entonces desapareció, pero no pude... no pude saltar de la

cama y mirar hacia afuera después de aquello. Yací fría y temblando hasta la mañana. En el desayuno estaba incisivo y feroz en su conducta, y no hizo alusión a la aventura de la noche. Ninguno lo hizo, pero le di una excusa para venir a la ciudad... y aquí estoy.

Holmes observó cuidadosamente, sorprendido por la narración de la señorita Presbury.

—Mi estimada señorita, dice que su habitación está en el segundo piso. ¿Hay alguna escalera larga en el jardín?

—No, señor Holmes, esa es la parte asombrosa. No hay ninguna manera posible de alcanzar la ventana... y con todo ahí estaba.

—Y la fecha fue el 5 de septiembre —dijo Holmes—. Eso ciertamente complica el asunto.

Fue el cambio de actitud de Holmes, lo que produjo una mirada de sorpresa en la señorita.

—Esta es la segunda vez que hace alusión a la fecha, señor Holmes —dijo Bennett—. ¿Es posible que tenga alguna relación con el caso?

—Es posible... muy posible... pero aún no tengo completo el esquema de pensamiento.

—¿Posiblemente está pensando en la conexión entre el delirio y las fases de la luna?

—No, se lo aseguro. Era una línea de pensamiento diferente. Posiblemente pueda dejar su cuaderno de notas y yo comprobaré las fechas. Watson, creo que ahora está perfectamente clara nuestra línea de acción. Esta señorita nos ha informado, y yo tengo la máxima confianza en su intuición, de que su padre recuerda poco a nada de las cosas que le ocurren en determinadas fechas. Iremos, entonces, a visitarlo como si nos hubiese dado una cita en una de esas fechas en cuestión. Lo atribuirá a su falta de memoria. De ese modo, iniciaremos nuestra campaña con un estudio del profesor hecho de cerca.

—Me parece magnífico —dijo el señor Bennett—. Les advierto, sin embargo, que el profesor es a veces irascible y violento.

Holmes se sonrió.

—Existen razones para que nosotros vayamos a visitarlo inmediatamente, razones muy poderosas si mis teorías resultan verdaderas; señor Bennett, el día de mañana nos verá con toda seguridad en Camford. Si mal no recuerdo, existe allí un mesón llamado Chequers, en el que sirven un oporto superior a lo corriente y en el que no hay un "pero" que poner a las ropas de cama. Watson, creo que los próximos días nos va a tocar vivirlos en lugares menos agradables.

El lunes por la mañana íbamos camino de la ciudad célebre por su Universidad, lo cual no significó para Holmes ningún esfuerzo, porque él no tenía raíces que arrancar, pero supuso para mí una serie de planes y precipitaciones, porque por aquel entonces mi clientela era bastante considerable. Holmes no hizo la menor alusión al caso hasta después que tuvimos depositados nuestros maletines en el antiguo mesón del que había hablado.

—Creo, Watson, que podemos encontrar al profesor momentos antes de almorzar.

Da su lección a las once y es seguro que permanecerá algún tiempo en su casa.

—¿Y qué excusa podemos darle para nuestra visita?

Holmes consultó su librito de notas.

—El día 26 de agosto hubo un período de excitación. Partiremos del supuesto de que en esos períodos sólo conserva un recuerdo confuso de sus acciones. Si nosotros insistimos en que hemos acudido allí porque él nos citó, creo que es difícil que se arriesgue a contradecirnos. ¿Se siente con la cara dura necesaria para llegar hasta el fin?

—No tenemos sino que intentarlo.

—¡Magnífico, Watson! Algo así como una mezcla de "siempre adelante y manos a la obra". No tenemos sino que intentarlo. Es la divisa de la firma. Encontraremos, con seguridad, alguna persona amiga en el pueblo que nos sirva de guía.

La persona amiga, en la parte trasera de un magnífico coche hanson, cruzó a toda velocidad por delante de una hilera de colegios antiguos, desembocó por último

en una avenida de carruajes bordeada de árboles y se detuvo delante de la puerta de una casita encantadora rodeada de césped y cubierta de purpúrea glicina. Indudablemente, el profesor Presbury vivía rodeado por todos los indicios, no sólo del confort, sino del lujo. En el momento en que el coche se detenía, aparecía en la ventana delantera una cabeza plateada, y nos dimos cuenta de que un par de ojos penetrantes nos examinaba, al abrigo de unas cejas hirsutas y a través de unos anteojos de marco grueso. Un momento después, nos encontramos dentro de su sanctum y delante de nosotros estaba el misterioso hombre de ciencias cuyas extravagancias nos habían hecho venir desde Londres. Indudablemente, ni en sus maneras, ni en su aspecto se advertía ninguna señal de excentricidad, porque era un hombre grueso, de facciones voluminosas, serio, alto, vestido de levita, con toda la dignidad en el porte que requiere un profesor. Lo más notable de su cara eran los ojos, vivos, observadores y avispados, casi astutos.

Examinó nuestras tarjetas y nos dijo:

—Siéntense, caballeros, por favor. ¿En qué puedo servirlos?

Holmes sonrió con amabilidad, y dijo:

—Ésa era precisamente la pregunta que yo iba a hacerle, profesor.

—¡A mí, señor!

—Quizá se trate de un error. Yo me enteré por intermedio de otra persona de que el profesor Presbury, de Camford, necesita en estos momentos de mis servicios.

—¡Ah, sí!

A mí me pareció que en aquellos intensos ojos grises había un centelleo de malicia.

—¿Eso fue lo que le dijeron? —prosiguió—. ¿Y puedo preguntarle el nombre de su informador?

—Lo siento mucho, profesor, pero se me habló de un terreno bastante confidencial. Si he cometido un error, nada se ha perdido; sólo me queda expresarle que lo lamento.

—Nada de eso. Yo desearía profundizar más en este asunto. Me interesa. ¿Puede mostrarme un escrito cualquiera, una carta o un telegrama, en apoyo de su afirmación?

—No; no los tengo.

—Supongo que no llegaría al extremo de afirmar que fui yo mismo quien lo llamó.

—Preferiría no contestar a ninguna pregunta —dijo Holmes.

—No, claro que no —dijo el profesor con aspereza—. Sin embargo, a esta pregunta concreta se puede contestar muy fácilmente sin su ayuda.

Cruzó la habitación hacia la campanilla. Nuestro amigo de Londres, el señor Bennett, acudió en seguida a la llamada.

—Adelante, señor Bennett. Estos dos caballeros vienen desde Londres bajo la impresión de que han sido llamados. Usted maneja mi correspondencia. ¿Tiene una carta o algo que se haya dirigido a una persona de apellido Holmes?

—No, señor —contestó Bennett, ruborizándose.

—Esa prueba es terminante —dijo el profesor, clavando sus ojos irritados en mi compañero.

Luego se inclinó hacia adelante, apoyando sus dos manos encima de la mesa, y agregó:

—Y ahora, señor, me está pareciendo que su posición es muy discutible.

Holmes se encogió de hombros y contestó:

—Sólo puedo repetir que lamento muchísimo este entretenimiento innecesario.

—¡De ninguna manera, señor Holmes! —exclamó el anciano con voz chillona y con una expresión de extraordinaria malignidad en su cara. Mientras hablaba, se interpuso entre nosotros y la puerta, y blandió sus dos manos hacia nosotros con furiosa exaltación.

—No va a salir del paso con tanta facilidad.

Tenía el rostro convulsionado y nos miraba enseñando los dientes y farfullando, poseído de un furor insensato. Estoy convencido de que nos habríamos visto obligados a abrimos paso para salir a fuerza de puños, de no haber sido por la intervención de Bennett.

—Querido profesor —exclamó—, ¡tenga en cuenta su posición! ¡Piense en el escándalo que se produciría en la Universidad! El señor Holmes es una persona muy conocida y usted no puede tratarlo de ningún modo con tal descortesía.

Nuestro anfitrión (si así podemos llamarlo) dejó libre, con semblante muy huraño, el camino de la puerta. Nos alegramos al vernos fuera de la casa, y en el sosiego de la avenida de carruajes bordeada de árboles. Holmes parecía sumamente divertido con el incidente, y dijo:

—Nuestro docto amigo tiene sus nervios algo desequilibrados. Quizá nuestro entretenimiento fue un poco torpe; sin embargo, hemos conseguido el contacto personal que yo deseaba. Pero, ¡por mi vida, Watson, que ese hombre nos sigue! Tenemos a esa mala persona pisándonos los talones.

Oímos a espaldas nuestras los pasos de alguien que corría, pero, con gran alivio mío, no resultó ser el formidable profesor, sino su ayudante, el que surgió del recodo que formaba la avenida. Se nos acercó jadeante, y dijo:

—Lo siento muchísimo, señor Holmes. Quería disculparme.

—No hacen falta disculpas, querido señor. Estas cosas son propias de nuestra profesión.

—No lo he visto nunca de humor más peligroso. Pero es que cada vez se nos presenta más siniestro. Ahora podrá comprender por qué razón estamos alarmados su hija y yo. Y, sin embargo, su cerebro rige perfectamente.

—¡Demasiado bien! —exclamó Holmes—. Ahí es donde calculé yo mal. Es evidente que su memoria funciona mucho mejor de lo que yo había pensado. A propósito, ¿podríamos ver, antes de irnos, la ventana del cuarto de la señorita Presbury?

El señor Bennett se abrió camino a través de algunos arbustos, y tuvimos una

vista del lado de la casa.

—Es esa. La segunda a la izquierda.

—Mi estimado señor, parece difícilmente accesible. Y aún con todo esto observará que hay una hiedra debajo y una cañería de agua encima que podrían dar algún punto de apoyo.

—No podría trepar por mí mismo —dijo el señor Bennett.

—Muy probablemente. Sería ciertamente una hazaña peligrosa para cualquier hombre normal.

—Hay otra cosa que quería decirle, señor Holmes. Tengo la dirección del hombre en Londres a quien el profesor le escribe. Parece que ha sido escrita esta mañana, y lo tengo de su papel secante. Es una innoble posición para un secretario de confianza, ¿pero qué más podía hacer?

Holmes observó el papel y lo puso en su bolsillo.

—Dorak... un nombre curioso. Eslavo, imagino. Bien, es un importante eslabón en la cadena. Regresamos a Londres mañana, señor Bennett. No veo ninguna buena razón para que alarguemos nuestra estancia aquí. No podemos arrestar al profesor porque no ha cometido ningún crimen, ni podemos ponerlo bajo vigilancia, porque no ha mostrado signos de estar loco. No es posible tomar ninguna acción por ahora.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—Un poco de paciencia, señor Bennett. Los acontecimientos se desarrollarán muy pronto. A menos que esté equivocado, el próximo martes puede producirse una crisis. Ciertamente deberíamos estar en Camford ese día. Mientras tanto, la posición general es indiscutiblemente desagradable, y si la señorita Presbury puede prologar su visita...

—Eso es fácil.

—Entonces permita que permanezca hasta que le aseguremos que todo el peligro ha pasado. Mientras tanto, déjele hacer su voluntad y no se entrometa. Mientras esté de buen humor todo irá bien.

—¡Ahí está! —dijo Bennett en un sobresaltado susurro.

Mirando por entre las ramas, vimos que la figura alta y erguida del profesor salía de la puerta del vestíbulo y miraba en derredor suyo. Tenía el cuerpo inclinado hacia adelante, imprimía a sus dos manos un movimiento de balanceo en línea recta y ladeaba la cabeza de un lado a otro. El secretario se despidió de nosotros con un postrer vaivén de la mano y se escabulló por entre los árboles; poco después lo vimos reunirse con su jefe y ambos entraron juntos a la casa, manteniendo lo que nos pareció una conversación animada, e incluso llena de excitación.

Mientras caminábamos hacia el hotel, dijo Holmes:

—Creo que el viejo ha estado atando cabos. Me produjo la impresión, por lo poco que de él he podido ver, que posee un cerebro extraordinariamente despejado y lógico. Desde luego, se ha mostrado explosivo, pero tengamos en cuenta que desde su punto de vista tiene algún motivo para enfurecerse si alguien pone a los detectives sobre su pista y él sospecha que la cosa procede de las personas mismas que viven en su casa. Estoy pensando que el amigo Bennett pasa ahora por momentos desagradables.

Holmes se detuvo en una sucursal de correos y envió un telegrama. La contestación nos llegó durante la velada, y Holmes me la entregó.

«He visitado la Commercial Road y hablado con Dorak. Hombre bondadoso, de Bohemia, anciano. Tiene gran almacén de artículos varios.

MERCER.»

—Tengo a Mercer desde que usted se marchó —dijo Holmes—. Lo utilizo para todo y se cuida de la rutina del negocio. Me era importante saber algo del hombre con quien el profesor mantiene una correspondencia tan reservada; su nacionalidad permite relacionarlo con la visita que el profesor hizo a Praga.

—Gracias a Dios que encontramos algo que puede relacionarse con algo —dije yo—. Por el momento, parece que nos encontramos frente a una larga serie de incidentes inexplicables y totalmente desconectados unos de otros. Por ejemplo, ¿qué relación posible puede establecerse entre un perro lobo furioso y una visita a Bohemia o entre cualquiera de esas dos cosas y un hombre que camina de noche reptando por el pasillo de la casa? En cuanto a sus fechas, resultan la mayor mistificación de todo.

Holmes se sonrió y se frotó las manos. Convendría que diga que estábamos sentados en la vieja sala del antiguo mesón, con una botella de la afamada cosecha de que Holmes había hablado, encima de la mesa que nos separaba. Esperé sus palabras.

—Bien, empecemos por la cuestión de las fechas —dijo, juntando las yemas de los dedos y como si estuviera aleccionando a una clase—. El Diario de este excelente joven demuestra que el día 2 de julio se produjeron inconvenientes. Desde esa fecha, parece que el hecho se repite con intervalos de nueve días, con sólo una excepción que yo recuerde. El último estallido tuvo lugar el viernes 3 de septiembre, lo cual concuerda también con el período, lo mismo que el día 26 de agosto que le precedió.

Esto es algo más que una coincidencia.

No tuve más remedio que asentir.

—Establezcamos, entonces, de una manera provisional la teoría de que el profesor toma una vez cada nueve días alguna droga de gran fuerza y que sufre sus efectos altamente venenosos, pero pasajeros. Su temperamento, que es ya de por sí arrebatado, se hace todavía más explosivo. El profesor se acostumbró a esa droga cuando estuvo en Praga, y ahora se la suministra un bohemio que vive en Londres y que actúa de intermediario. Todo eso encaja perfectamente, Watson.

—Pero, ¿y el perro, la cara en la ventana, el hombre que reptaba por el pasillo?

—Bueno, bueno; tenemos ya un principio. Hasta el próximo martes yo no espero que ocurra ninguna novedad. Mientras tanto, no podemos hacer otra cosa que mantenernos en contacto con el amigo Bennett y disfrutar de las delicias de esta encantadora ciudad.

Bennett se las arregló a la mañana siguiente para venir a traemos el último informe. Tal como Holmes se lo había imaginado, había pasado verdaderos apuros. Sin llegar a acusarlo concretamente de que era responsable de nuestra presencia, el profesor le había hablado en términos rudos y ásperos, siendo evidente que estaba muy resentido. Sin embargo, por la mañana había vuelto a ser el mismo de siempre y había pronunciado su brillante lección de costumbre ante una clase muy concurrida.

—Aparte de esos extraños accesos —dijo Bennett—, la verdad es que posee energía y vitalidad auténticas y superiores a cualquiera de los momentos que yo recuerdo. Tampoco su cerebro estuvo nunca más despierto. Pero no es él; no es nunca el mismo hombre que nosotros conocíamos.

—No creo que tengan ustedes nada que temer por lo menos durante una semana —contestó Holmes—. Yo soy hombre de muchas ocupaciones, y el doctor Watson tiene que atender a sus enfermos. Quedamos, entonces, de acuerdo en encontrarnos aquí a esta misma hora, el martes próximo, y mucho me sorprendería que no estemos entonces en condiciones de explicar las dificultades en que ustedes se encuentran, aunque quizá no podamos acabar con ellas antes de que volvamos a despedirnos de usted. Entretanto, ténganos al corriente de cuanto ocurra por correo.

No vi a mi amigo durante los siguientes días, pero el lunes siguiente recibí una breve carta suya pidiéndome que me reuniese con él al día siguiente en el tren. De lo que me dijo mientras viajábamos en dirección a Camford, deduje que todo marchaba bien, que no había sufrido ningún encrespamiento la paz en el hogar del señor profesor, y que la conducta de éste era completamente normal. Este informe nos lo confirmó personalmente Bennett, cuando vino a visitarnos aquella velada en nuestro anterior hospedaje del Chequers.

—Hoy ha tenido noticias de su corresponsal en Londres. Recibió una carta y un paquetito, ambos con la marca de la cruz debajo del sello, la cual me advierte que no la debo tocar. No ha habido nada más.

—Eso puede probar muy poco —dijo Holmes desagradablemente—. Ahora pienso señor Bennett, que debemos llegar a alguna conclusión esta noche. Si mis deducciones son correctas deberemos tener una oportunidad de resolver este asunto. A fin de hacerlo es necesario mantener al profesor bajo observación. Sugiero, en consecuencia, que permanezca despierto y de guardia. Si lo escucha

pasar por su puerta, no lo interrumpa, pero sígalo discretamente. El Dr. Watson y yo no estaremos muy lejos. ¿A propósito, dónde está la llave de esa pequeña caja de la que habló?

—En su cadena de reloj.

—Imagino que nuestras investigaciones irán en esa dirección. En el peor de los casos la cerradura no será muy imponente. ¿Tiene algún otro robusto hombre en el servicio?

—Está el cochero, McPhail.

—¿Dónde duerme?

—Sobre los establos.

—Posiblemente lo necesitaremos. Bien, no podemos hacer nada más hasta que veamos cómo se desarrollan los hechos. Adiós... pero espero que nos veamos antes del amanecer.

Fue cerca de la medianoche cuando nos ocultamos en nuestros puestos situados entre algunos arbustos inmediatamente opuestos al corredor de la puerta del profesor. Era una noche clara, pero fría, y estábamos contentos de llevar nuestros cálidos abrigos. Soplaban ráfagas de viento, y las nubes se deslizaban a través del cielo, oscureciendo de tanto en tanto la media luna. Hubiera sido una vigilia deprimente si no fuera por la expectativa, la excitación, y la seguridad de mi camarada de que probablemente llegaríamos al final de esta extraña secuencia de acontecimientos que habían captado nuestra atención.

—Si el ciclo de nueve días se mantiene entonces tendremos al profesor en su peor estado esta noche —dijo Holmes—. El hecho de que estos extraños síntomas empezaran después de su visita a Praga, que está en correspondencia secreta con un comerciante bohemio en Londres, quien presumiblemente representa a alguien en Praga, y que recibió un paquete de él este mismo día; todo apunta a una dirección. Lo que ingiere y por qué lo ingiere aún está más allá de nuestro alcance, pero que emana de alguna forma desde Praga es claramente evidente. Lo ingiere bajo estrictas directivas que regulan este ciclo de nueve días, que fue el primer punto que atrajo mi atención. Pero sus síntomas son lo más sobresaliente. ¿Ha observado sus nudillos?

Debí confesar que no lo había hecho.

—Gruesos y duros de una forma que es considerablemente nueva para mi experiencia. Siempre mire a las manos primero, Watson. Luego los puños, pantalones, rodillas y botas. Muy curiosos nudillos los cuales sólo pueden ser explicados por el modo de progresión observado por... —Holmes se detuvo y repentinamente chocó sus manos contra su frente—. ¡Oh, Watson, Watson, que tonto he sido! Parece increíble, y aún con todo debe ser verdad. Todo apunta en una dirección. ¿Cómo pude perderme viendo la conexión de las ideas? ¿Esos nudillos, cómo pude pasar por alto esos nudillos? ¡Y el perro! ¡Y la hiedra! Es seguramente por el tiempo que pasé dentro de esa pequeña granja de mis sueños. ¡Preste atención, Watson! ¡Aquí está! Tendremos la oportunidad de verlo por nosotros mismos.

La puerta del vestíbulo se abrió lentamente y contra el fondo luminoso vimos la alta figura del profesor Presbury. Estaba vestido con su bata de noche. Mientras permanecía delineado en la entrada estaba erecto pero inclinándose hacia delante con los brazos colgados, como cuando lo vimos la última vez. Ahora se adelantó en el camino, y con un extraordinario cambio se dirigió hacia nosotros. Se hundió en una posición agazapada y se movió a lo largo con sus manos y pies, saltando de vez en cuando como si estuviera desbordado de energía y vitalidad. Se movió a lo largo de la fachada de la casa y luego giró en la esquina. Cuando desapareció, Bennett se deslizó a través de la puerta del vestíbulo y lentamente lo siguió.

—¡Venga, Watson, venga! —exclamó Holmes.

Y avanzamos, con paso todo lo suave y furtivo que nos fue posible, por entre los arbustos, hasta alcanzar un puesto desde el que podíamos ver el otro lado de la casa, que aparecía bañado en la luz de la media Luna. Divisábamos con claridad al profesor en cuclillas, al pie de la pared cubierta de hiedra. Mientras lo estábamos mirando, se lanzó súbitamente a trepar por la planta con increíble agilidad. Saltaba de rama en rama, seguro de pie y firme de garra, trepando como si lo hiciera por el simple gozo de poner a prueba su propia energía y sin ninguna otra finalidad concreta. Su bata, que aleteaba a uno y otro lado de su cuerpo le daba el aspecto de un gigantesco murciélago, pegado contra la pared de su propia casa; era una gran mancha negra cuadrada, sobre la pared iluminada por la luz de la Luna. De pronto se cansó de esta diversión, y, dejándose caer de rama en rama, saltó al suelo en su actitud anterior, y se dirigió hacia las

caballerizas, reptando de la misma manera que antes. El perro lobo estaba ya fuera de sus casillas, ladrando furiosamente, más excitado que nunca en cuanto distinguió a su amo. Tiraba con fuerza de su cadena, y temblaba de ansia y de furor. El profesor se agazapó muy calculadamente fuera del alcance del perro y empezó a provocarlo de todas las maneras que le fue posible. Agarró puñados de piedrecitas del paseo y se las tiró al perro a la cara, lo hostigó con una estaca que agarró por allí, pasó sus manos sólo a algunos centímetros de distancia de las fauces abiertas del animal, y se esforzó por aumentar su furia de cuantas maneras le fue posible, aunque el perro había perdido ya todo control. No recuerdo haber presenciado en todas nuestras aventuras espectáculo más extraño que el que presentaba aquella figura impasible y digna todavía; agazapada al estilo de rana en el suelo, y azuzando al animal ya enloquecido para que se lanzase a arrebatos de furor todavía más salvajes, recurriendo para ello a los medios de la crueldad más ingeniosa y calculada, aunque el perro saltaba enfurecido delante de él.

¡Y de pronto ocurrió lo inesperado! No se rompió la cadena, sino que se deslizó el collar, fabricado para un perro de Terranova, de cuello más grueso. Oímos el tintineo de la cadena al caer al suelo, y un instante después, el perro y el hombre rodaban juntos por tierra; uno, rugiendo de furor; el otro, lanzando un chillido de terror que tenía una extraña vibración de falsete. Fue un momento de peligro inminente para la vida del profesor. El salvaje animal lo había agarrado bien por el cuello, y sus colmillos habían penetrado profundamente. El profesor había perdido el conocimiento antes de que pudiéramos llegar y separar al perro. Quizá habría sido una tarea peligrosa para nosotros, pero la voz y la presencia de Bennett hicieron entrar instantáneamente en razón al gran perro lobo El estruendo había hecho bajar de su habitación de encima de las caballerizas al cochero, soñoliento.

—No me sorprende —dijo moviendo de un lado a otro la cabeza—. Lo he visto haciendo lo mismo. Estaba seguro de que un día u otro el perro le clavaría el diente.

Se ató al perro lobo, y entre todos llevamos al profesor a su habitación del piso superior. Bennett, que tenía el título de médico, me ayudó a curarlo y vendarle el cuello. Los afilados dientes habían pasado peligrosamente cerca de la carótida, y la hemorragia era grande. El peligro pasó al cabo de media hora. Yo le había dado al paciente una inyección de morfina, y se había quedado profundamente dormido. Entonces, y sólo entonces, pudimos mirarnos unos a otros y hacer un inventario de la situación.

—Creo que debería verlo un cirujano de primera clase —dije yo.

—¡No, por amor de Dios! —exclamó Bennett—. Por el momento, ha quedado reducido el escándalo a nuestra propia casa De nosotros no saldrá. Si va más allá de estos muros no habrá ya quien lo detenga. Piensen ustedes en la posición que ocupa en la Universidad, en la fama de que goza en toda Europa y en los sentimientos de su hija.

—Tiene razón —dijo Holmes—. Creo que es muy posible hacer que el asunto quede entre nosotros, e impedir también la recaída ahora que podemos actuar libremente. Deme la llave de la cadena del reloj, Bennett. McPhail se quedará cuidando al enfermo y nos avisará si ocurre algo. Vamos a ver qué encontramos en la misteriosa caja del profesor.

No era mucho lo que dentro de ella había, pero lo suficiente; una ampolla vacía, otra casi llena, una jeringa hipodérmica, varias cartas en letra embrollada y extranjera. Las señales que traían los sobres indicaban que ésas eran las que habían perturbado la rutina de las tareas del secretario, y todas ellas estaban fechadas en la “Commercial Road", y firmadas A. Dorak. Consistían en simples facturas que anunciaban que se había enviado una nueva botella al profesor Presbury, o en recibos del dinero cobrado. Sin embargo, había otro sobre más, escrito en otra letra, con sello de Austria y fechado en Praga.

—¡Aquí es donde tenemos el material que necesitamos! —exclamó Holmes, sacando la carta de dentro del sobre. Decía así:

«Ilustre colega: Desde que recibí su apreciada visita, he pensado mucho en su caso, y a pesar de que en las circunstancias en que usted se encuentra existen razones especiales para someterse al tratamiento, yo le aconsejaría, no obstante, cautela, porque mis experiencias me han demostrado que no está exento de determinados peligros.

Quizá habría sido preferible el suero de antropoide. Según ya lo tengo explicado, me he servido en esta ocasión del «langur carinegro» por tener a mano un ejemplar. Ya sabe que el langur es un animal que repta y trepa, en tanto que el antropoide camina erecto, y nos resulta en todo sentido más cercano.

Le suplico que tome todas las precauciones posibles, a fin de que no se produzca una divulgación prematura del procedimiento. No tengo en Inglaterra sino otro cliente directo, y Dorak actúa como mi agente para los dos.

Agradecería informes semanales.

De usted, con la más alta estima.

H. LOWENSTEIN.»

¡Lowenstein! Ese apellido me trajo a la memoria el recuerdo de algún recorte de periódico en el que se hablaba de un oscuro hombre de ciencia que trabajaba para descubrir, por procedimientos desconocidos todavía, el secreto del rejuvenecimiento y el elixir de la vida, ¡Lowenstein, de Praga! Lowenstein, el del prodigioso suero vigorizador, al que la profesión médica había declarado tabú, porque se negaba a descubrir la fuente de que lo extraía. Expliqué en pocas palabras lo que recordaba.

Bennett había echado mano a los estantes de un manual de zoología. Y leyó:

—Langur, el gran mono carinegro de las vertientes del Himalaya, el más corpulento y más humano de los monos trepadores. Vienen aquí muchos más detalles. Bueno, señor Holmes, es evidente que, gracias a usted, hemos podido seguir el mal hasta su misma fuente.

—La verdadera fuente —dijo Holmes— está, como es natural, en ese amor extemporáneo que dio a nuestro impetuoso profesor la idea de que sólo podría conseguir su anhelo rejuveneciéndose. Cuando se intenta sobreponerse a la naturaleza se corre el riesgo de caer bajo ella. El más elevado tipo de hombre puede retroceder hasta el puro animal, si se aparta del sendero recto de su

destino.

Permaneció unos momentos sentado, con la ampolla en la mano, contemplando el líquido interior.

—En cuanto yo escriba a este hombre diciéndole que lo hago criminalmente responsable de los venenos que pone en circulación, desaparecerán para siempre las molestias. Podría, sin embargo, reincidir. Y quizás otros descubran procedimientos mejores. Ahí se encierra un peligro; un verdadero peligro para la humanidad. Piense, Watson, en que los hombres materialistas, los sensuales, los mundanos, querrían todos prolongar sus indignas vidas. Los espiritualistas, en cambio, no esquivarían la llamada o algo más elevado. Sería la supervivencia de los menos aptos. ¿En qué clase de pozo negro se convertiría nuestro mundo?

De pronto, se esfumó el ensoñador, y Holmes, el hombre de acción, saltó de su silla.

—Señor Bennett, creo que ya no queda nada por decir. Los diversos incidentes encajarán ahora perfectamente dentro del plan general. Desde luego, el perro advirtió el cambio mucho más rápidamente que ustedes. Le bastaba para ello con el olfato. Roy no acometió al profesor, sino al mono, de la misma manera que era el mono quien hostigaba a Roy. Trepar constituía para este animal un placer, y creo que fue pura casualidad que durante esa diversión llegase a la ventana de la joven. Watson, hay un tren muy temprano para Londres, pero creo que nos dará tiempo a tomar en el Chequers una taza de té antes de ir a la estación.

4. El Vampiro de Sussex

Holmes acabó de leer cuidadosamente una nota que le había llegado en el último reparto de correo. Luego, con una risita contenida, que era en él lo más cercano a la risa, me la tendió.

—Como ejemplo de mezcla de lo moderno y lo medieval, de lo práctico y lo demencialmente fantástico, creo que éste debe ser indudablemente el límite —dijo—.

¿Qué le parece, Watson? Leí lo que sigue:

46 Old Jewry 19 de noviembre.

Asunto: Vampiros.

Señor: nuestro cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, mayorista de té, de Mincing Lane, nos ha dirigido una consulta con fecha de la presente en relación a los vampiros. Dado que nuestra firma está enteramente especializada en impuestos de maquinaria, el asunto difícilmente queda dentro de nuestra esfera de actividades, y en consecuencia, hemos recomendado al señor Ferguson que le visite a usted y le exponga el caso. No nos hemos olvidado del éxito de su intervención en el caso Matilda Briggs. Somos, señor, de usted muy atentamente, Morrison, Morrison y Dodd. E.J.C.

—Matilda Briggs no era el nombre de ninguna joven, Watson —dijo Holmes, en tono reminiscente—. Era un buque relacionado con la rata gigante de Sumatra. Es una historia que el mundo no está todavía preparado para oír. Pero, ¿qué

sabemos de vampiros? ¿Entra eso en nuestra esfera de actividades? Cualquier cosa es mejor que la inactividad, pero lo cierto es que parece como si nos hubieran trasladado a un cuento fantástico de los hermanos Grimm. Extienda el brazo, Watson, y veamos qué nos cuenta la "V".

Me eché hacia atrás y tomé el enorme fichero al que Holmes había aludido. Lo sostuvo sobre las rodillas, y su mirada fue pasando, lenta y amorosamente, por el registro donde los viejos casos se mezclaban con la información acumulada a lo largo de su vida.

—Viaje del Gloria Scott —leyó—. Fue un feo asunto. Me parece recordar que usted lo puso por escrito, Watson, aunque no puedo felicitarle por el resultado. Victor Lynch, el falsificador. Veneno... lagarto venenoso, o gila. Un caso notable, ése. Vittoria, la bella del circo. Vanderbilt y el ladrón ambulante. Víboras. Victor, el asombro de Hammersmith. ¡Vaya, vaya! ¡Querido viejo índice! Nada se le escapa.

Escuche esto, Watson: Vampirismo en Hungría. Y también: Vampiros en

Transilvania.

Recorrió impacientemente las páginas con la mirada, pero al cabo de una breve lectura ensimismada dejó a un lado el enorme registro con un gruñido de decepción.

—¡Basura, Watson! ¡Basura! ¿Qué tenemos nosotros que ver con cadáveres andarines que sólo se quedan en sus tumbas si se les clava una estaca en el corazón? Es pura chifladura.

—Pero, indudablemente —dije yo—, el vampiro no es necesariamente un muerto. Una persona viva podría tener la costumbre. He leído algo, por ejemplo, de viejos que chupaban la sangre de jóvenes para apoderarse de su juventud.

—Tiene usted razón, Watson. En una de esas referencias se menciona esta leyenda. Pero, ¿vamos a prestar seriamente atención a esta clase de cosas? Esta agencia pisa fuertemente el suelo, y así debe seguir. El mundo es suficientemente ancho para nosotros. No necesitamos fantasmas. Me temo que no podemos tomarnos al señor Robert Ferguson demasiado en serio. Quizá esta nota sea suya, y pueda arrojar alguna luz sobre lo que le preocupa.

Tomó una segunda carta que había permanecido olvidada sobre la mesa mientras había estado absorto en la primera. Empezó a leerla con una sonrisa divertida en el rostro, pero esa expresión se fue mutando en otra de intenso interés y concentración. Cuando terminó, permaneció algún rato perdido en meditaciones, jugueteando con la carta entre los dedos. Finalmente, se despertó sobresaltado de su ensueño.

—Mansión Cheeseman, Lamberley. ¿Dónde está Lamberley?

—Está en Sussex, al sur de Horsham.

—No muy lejos, ¿eh? ¿Y la mansión Cheeseman?

—Conozco esa zona, Holmes. Está llena de viejas casas que llevan los nombres de los hombres que las construyeron hace siglos. Tiene usted las mansiones Odley, y Harvey, y Carriton... A la gente se la ha olvidado, pero sus nombres viven en sus casas.

—Precisamente —dijo Holmes, fríamente. Era una de las peculiaridades de su modo de ser, orgulloso y reservado, el que, si bien almacenaba muy rápida y cuidadosamente en el cerebro toda nueva información, raras veces daba muestras de agradecimiento a aquel que se la hubiera proporcionado—. Estoy por afirmar que sabremos muchas más cosas de la mansión Cheeseman, en Lamberley, antes de haber terminado con esto. La carta es, tal como esperaba, de Robert Ferguson. A propósito, dice que le conoce a usted.

—¿Qué me conoce?

—Mejor lea la carta.

Me tendió la carta. Llevaba el encabezamiento citado. Decía así:

«Querido míster Holmes: me ha sido usted recomendado por mis abogados, pero, a decir verdad, el asunto es tan extraordinariamente delicado que resulta sumamente difícil hablar de él. Concierne a un amigo mío en cuyo nombre actúo. Este caballero se casó hará como cinco años con una dama peruana, hija de un negociante peruano al que había conocido en relación con la importación de nitratos. La dama era muy hermosa, pero su cuna extranjera y su distinta

religión determinaron siempre una separación de intereses y de sentimientos entre marido y mujer, de modo que, al cabo de un tiempo, el amor de mi amigo hacia ella pudo enfriarse, y pudo considerar aquel matrimonio como un error. Sentía que había aspectos del modo de ser de su mujer que nunca podría explorar ni entender. Esto era tanto más penoso cuanto que ella era la esposa más amante que hombre pueda desear, y, según toda apariencia, absolutamente leal.

Ahora vayamos al punto que le expondré más claramente cuando hablemos. Lo cierto es que esta nota pretende solamente darle una idea general de la situación y averiguar si está usted dispuesto a intervenir en el asunto. La dama empezó a mostrar ciertos rasgos extraños, totalmente ajenos a su carácter habitual, que es dulce y apacible. El hombre había estado ya casado, y tenía un hijo de su primera mujer. El muchacho tenía quince años, y era un chico muy simpático y afectuoso, aunque desdichadamente lisiado a consecuencia de un accidente en su infancia. En dos ocasiones se sorprendió a la mujer en el momento de atacar al pobre muchacho, sin la menor provocación por parte de éste. Una de las veces le golpeó con un bastón, causándole un gran moretón en el brazo.

Eso no fue nada, sin embargo, si se compara con su conducta con su propio hijo, un niñito que aún no ha cumplido el año. En cierta ocasión, hace cosa de un mes, este niño había sido dejado solo por su aya durante unos pocos minutos. Un fuerte grito del niño, como de dolor, hizo volver al aya. Cuando ésta entró corriendo en la habitación, vio a su ama, la señora de la casa, inclinada sobre el niño y, aparentemente mordiéndole en el cuello. El niño tenía en el cuello una pequeña herida por la que salía un hilillo de sangre. El aya quedó tan horrorizada que quiso llamar al marido, pero la dama le imploró que no lo hiciera, e incluso le dio cinco libras como precio de su silencio. No dio ninguna explicación, y de momento, no se habló más del asunto.

Aquello dejó, sin embargo, una impresión terrible en el aya, y, desde entonces, vigiló estrechamente a su ama, y montó una guardia más cuidadosa sobre el

niño, al que quería tiernamente. Le pareció que, del mismo modo que ella vigilaba a la madre, la madre la vigilaba a ella, y que, cada vez que se veía obligada a dejar solo al niño, la madre esperaba llegar hasta él. El aya guardó al niño día y noche, y día y noche la silenciosa madre vigilante parecía estar al acecho como el lobo acecha al cordero. Esto le parecerá increíble, y, sin embargo, le ruego que se lo tome con toda seriedad, porque la vida de un niño y la cordura de un hombre puede depender de ello.

Finalmente llegó el día tremendo en que los hechos no pudieron seguir siendo ocultados al marido. Los nervios del aya no resistieron; no podía seguir soportando la tensión, y se lo contó todo al hombre. A él le pareció aquello una historia tan descabellada como ahora puede parecérselo a usted. Sabía que la suya era una esposa amante, y, salvo por los ataques contra su hijastro, una madre amante. ¿Cómo, entonces, era posible que hubiera herido a su querido niñito? Le dijo al aya que estaba disparatando, que sus sospechas eran las de una demente, y que no podían tolerarse semejantes infundios contra la señora. Mientras hablaban, se oyó un grito de dolor. Aya y amo se abalanzaron juntos hacia el cuarto del niño. Imagínese sus sentimientos, señor Holmes, cuando vio a su mujer levantarse de la posición de arrodillada, junto a la cuna, y vio sangre en el cuello al descubierto del niño y sobre la sábana. Profiriendo un grito de horror, volvió hacia la luz el rostro de su mujer y le vio sangre alrededor de los labios. Era ella, ella, más allá de toda duda, la que había bebido sangre del pobre niño.

Así está la cosa. La mujer está ahora confinada en su habitación. No ha habido explicaciones. El marido está medio enloquecido. El sabe, como yo, muy poco de vampirismo, aparte del nombre. Habíamos pensado que era algún cuento fantástico de tierras lejanas. Y, sin embargo, aquí, en Inglaterra, en el corazón mismo de Sussex... Bueno, todo esto podríamos discutirlo mañana por la mañana. ¿Acepta usted recibirme? ¿Querrá emplear sus notables talentos en ayudar a un hombre aturdido? Si es así, tenga la amabilidad de cablegrafiar a Ferguson, Mansión Cheeseman, Lamberley, y estaré en sus habitaciones a las diez. Sinceramente suyo, Robert Ferguson.

P.S. - Creo que su amigo Watson jugaba al rugby en el equipo de Blackheath cuando yo era tres cuartos en el de Richmond. Es la única referencia de orden personal que puedo darle.»

—Claro que lo recuerdo —dije, dejando la carta—. El grandullón Bob Ferguson, el mejor tres cuartos que nunca tuvo Richmond. Fue siempre un tipo excelente. Es muy suyo el preocuparse por el problema de un amigo.

Holmes me miró pensativamente y meneó la cabeza.

—Watson, jamás lograré alcanzar sus fronteras —dijo—. Hay en usted posibilidades inexploradas. Haga el favor de enviar un cable, como un buen chico: «Estudiaré su caso gustosamente.» —¡Su caso!

—No debemos permitir que piense que esta agencia es un asilo de retrasados mentales. Claro que es su caso. Envíele el cable y olvídese del asunto hasta mañana.

La mañana siguiente, puntualmente a las diez, Ferguson entraba en nuestra salita. Yo le recordaba como un hombre alto y flaco, de miembros sueltos, con una veloz carrera que le había permitido burlar a muchos defensas contrarios. Creo que no hay cosa más penosa que encontrarse con los restos naufragados de un atleta que se ha conocido en su plenitud. Su fuerte estructura estaba abatida, su pelo rubio era ralo, y estaba cargado de hombros. Temí suscitar en él impresiones correlativas.

—Hola, Watson —dijo; y su voz seguía siendo grave y cordial—. No tiene usted exactamente el mismo aspecto del hombre al que yo tiré por encima de las cuerdas en Old Deer Park. Supongo que yo también debo estar un tanto cambiado. Pero han sido estos últimos uno o dos días los que me han envejecido. He visto por su telegrama, señor Holmes, que es inútil que me presente como emisario de otra persona.

—Es más fácil el trato directo.

—Desde luego. Pero puede usted suponer lo difícil que resulta hablar así de la mujer que uno está obligado a proteger y ayudar. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a acudir a la policía con semejante historia? Pero hay que proteger a los niños.

¿Es que está loca, señor Holmes? ¿Llevará esto en la sangre? ¿Ha conocido usted algún caso parecido en su carrera? Por el amor de Dios, deme algún consejo, porque ya no doy más de mí.

—Es muy natural, señor Ferguson. Ahora siéntese y cálmese, y deme algunas respuestas claras. Puedo asegurarle que yo sí puedo dar muchísimo más de mí, y que confío en encontrar alguna solución. Ante todo, dígame qué pasos ha dado. ¿Sigue su mujer cerca de los niños?

—Tuvimos una escena terrible. Es una mujer amantísima, señor Holmes. Si alguna vez una mujer ha amado a su marido en cuerpo y alma, ésa es ella. Le partió el corazón el que yo hubiera descubierto ese secreto, ese horrible e increíble secreto. Ni siquiera dijo nada. No dio a mis reproches otra respuesta que una expresión como enloquecida y desesperada en sus ojos al mirarme, luego se fue corriendo a su habitación y se encerró en ella. Desde entonces se ha negado a verme. Tiene una doncella llamada Dolores que ya estaba a su servicio antes de que se casara... Es una amiga más que una criada. Le lleva la comida.

—Entonces, ¿el niño no está en peligro inmediato?

—La señora Mason, el aya, ha jurado que no le dejará ni de día ni de noche. Puedo confiar por entero en ella. Más que por él estoy inquieto por el pobrecito Jack, porque tal como le dije en mi nota, ha sido atacado por ella dos veces.

—¿Pero sin sufrir heridas?

—No. Le golpeó salvajemente. Es una cosa todavía más terrible si se tiene en cuenta que es un pobre inválido inofensivo —las duras facciones de Ferguson se dulcificaron al hablar de su chico—. Uno pensaría que la condición del muchacho ablandaría el corazón de cualquiera. Una caída en la niñez y la columna vertebral deformada, señor Holmes. Pero, por dentro, el más dulce y afectuoso de los corazones.

Holmes había tomado la carta del día anterior y la estaba releyendo.

—¿Qué otros ocupantes tiene su casa, señor Ferguson?

—Dos criados que no hace mucho que están a nuestro servicio. Un mozo de cuadras, Michael, que duerme en la casa. Mi mujer, yo mismo, mi chico Jack, el pequeño, Dolores y la señora Mason. Eso es todo.

—Conjeturo que no conocía usted bien a su esposa en la época de su matrimonio.

—Hacía sólo unas pocas semanas que la conocía.

—¿Cuánto tiempo ha estado con ella la doncella Dolores?

—Algunos años.

—Entonces, ¿Dolores debe conocer mejor que usted el carácter de su mujer?

—Sí, podría decirse que sí.

Holmes anotó algo.

—Imagino —dijo— que puedo ser más útil en Lamberley que aquí. Es eminentemente un caso de investigación personal. Si la dama permanece en su habitación, nuestra presencia no puede irritarla ni incomodarla. Naturalmente, nos alojaremos en la posada.

Ferguson tuvo un gesto de alivio.

—Esto es lo que yo esperaba, señor Holmes. Hay un tren excelente que sale a las dos de la estación Victoria, si puede venir.

—Claro que iremos. Ahora tenemos un bache de trabajo. Puedo concederle indivisamente mis energías. Naturalmente, Watson nos acompaña. Pero hay uno o dos puntos de los que quisiera estar seguro antes de partir. Esa desdichada dama, tal como lo entiendo, ha atacado, aparentemente, a ambos niños: a su propio hijo y al del primer matrimonio de usted.

—Así es.

—Pero estos ataques toman formas diferentes, ¿no es cierto? Golpeó a su hijastro.

—Una vez con un bastón, y otra muy salvajemente con las manos.

—¿No dio ninguna explicación de porqué le golpeaba?

—Ninguna, salvo que le odiaba. Una y otra vez dijo esto.

—Bueno, no se desconoce esto en las madrastras. Celos póstumos, por decirlo de algún modo. ¿Es celosa la dama por naturaleza?

—Sí, es muy celosa... Es celosa con toda la fuerza de su vehemente amor tropical.

—Pero el muchacho... Tiene quince años, creo haber entendido, y probablemente estará muy desarrollado mentalmente, puesto que su cuerpo está tan limitado en la acción. ¿No dio él ninguna explicación de esos ataques?

—No. Declaró que no había ninguna razón para ellos.

—¿Hicieron buenas migas en otro tiempos?

—No; nunca hubo amor entre ellos.

—Y, sin embargo, dice usted que es un chico muy afectuoso.

—En todo el mundo no puede haber otro hijo tan ferviente. Mi vida es su vida. Está absorto en todo lo que digo y hago.

Holmes anotó nuevamente algo. Permaneció un rato perdido en sus pensamientos. —Sin duda, usted y su hijo eran grandes camaradas antes de este segundo matrimonio. Estaban muy cerca el uno del otro, ¿no es cierto?

—Sí, muy cierto.

—Y el chico, siendo tan afectuoso de naturaleza, estaría muy apegado, sin duda, a la memoria de su madre.

—Sí, mucho.

—Parece ser, desde luego, un interesantísimo muchacho. Otro punto acerca de esos ataques. ¿Los extraños ataques contra el niño pequeño, y las agresiones contra su hijo, se produjeron en los mismos períodos?

—En el primer caso, así fue. Fue como si se hubiera adueñado de ella una especie de frenesí, y hubiera descargado su furia contra ambos. En el segundo caso Jack fue la única víctima. La señora Mason no tenía quejas en torno al niño.

—Eso, ciertamente, complica las cosas.

—No acabo de seguirle, señor Holmes.

—Probablemente no. Uno se forma teorías provisionales, y espera a que el tiempo o nuevos conocimientos las desbaraten. Una mala costumbre, señor Ferguson, pero el hombre es débil. Me temo que su viejo amigo, aquí presente, haya dado una visión exagerada de mis métodos científicos. Sin embargo, en el punto en que estamos, me limitaré a decir que su problema no me parece insoluble, y que puede contar con que estaremos en la estación Victoria a las dos.

Era ya entrada la tarde de un triste y brumoso día de noviembre cuando, tras dejar el equipaje en la posada Chequers, de Lamberley, viajamos en coche por un largo y serpenteante camino arcilloso de Sussex, y llegamos finalmente a la vieja casa de campo aislada en que vivía Ferguson. Era un edificio grande y complicado, muy antiguo en su parte central, muy nuevo en las alas, con altas chimeneas estilo Tudor y un techo picudo de lajas de Horsham cubiertas de liquen. Los peldaños de la entrada estaban redondeados por el desgaste, y los viejos azulejos que adornaban el pórtico tenían el emblema de un queso y un hombre, en honor al constructor original. [92] En el interior, los techos estaban estriados por macizas vigas de roble, y los suelos irregulares se combaban en pronunciadas curvas. Un olor a cosa vieja y enmohecida invadía todo aquel vetusto edificio.

Había una gran sala central, y a ella nos condujo Ferguson. Allí, en una gran chimenea anticuada cuyo manto de hierro llevaba inscrita la fecha 1670, brillaba y chisporroteaba un espléndido fuego de troncos.

Mirando a mi alrededor, vi que la habitación era una singularísima mezcla de fechas y sitios. Las paredes medio artesonadas podían muy bien haber pertenecido al caballero campesino del siglo diecisiete. Estaban ornamentadas, sin embargo, en la parte inferior por una línea de acuarelas modernas elegidas con gusto, mientras que en la parte superior, donde un yeso amarillento ocupaba el lugar del roble, colgaba una hermosa colección de utensilios y armas sudamericanos, que se había traído sin duda consigo la dama peruana que estaba en el piso de arriba. Holmes se puso en pie, con esa pronta curiosidad que surgía de su impaciente cerebro, y la examinó con bastante atención. Volvió con mirada pensativa.

—¡Vaya! —exclamó— ¡Vaya!

Un spaniel, que había permanecido en una cesta en un rincón, se echó a andar lentamente hacia su amo, avanzando con dificultad. Sus patas traseras se movían irregularmente, y la cola le arrastraba por el suelo. Lamió la mano de Ferguson.

—¿Qué ocurre, señor Holmes?

—El perro. ¿Qué le ocurre?

—Eso quisiera saber el veterinario. Una especie de parálisis. Meningitis espinal, pensó él. Pero se le va pasando. Pronto estará bien... ¿no es verdad, Carlo?

Un temblor de asentimiento recorrió la cola fláccida. Los ojos tristones del animal nos miraron a todos sucesivamente. Sabía que estábamos hablando de su caso.

—¿Le vino de repente?

—En una sola noche.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Puede que cuatro meses.

—Muy notable. Muy sugerente.

—¿Qué ve usted en ello, señor Holmes?

—Una confirmación de lo que ya pensaba.

—Por el amor de Dios, ¿qué piensa usted, señor Holmes? ¡Puede que para usted sea un simple ejercicio intelectual, pero para mí es la vida o la muerte! ¡Mi mujer una asesina frustrada! ¡Mi hijo en constante peligro! No juegue conmigo, señor Holmes. Esto es terriblemente serio, demasiado serio.

El grandullón tres cuartos de rugby temblaba de pies a cabeza. Holmes le puso la mano en el hombro, tranquilizadoramente.

—Me temo que la solución, señor Ferguson, sea cual sea, le reserva un dolor —dijo—. Se lo atenuaré todo lo que pueda. Por el momento no puedo decir más,

pero espero tener algo definitivo antes de salir de esta casa.

—¡Dios quiera que así sea! Si ustedes me disculpan, caballeros, subiré a la habitación de mi mujer, y veré si se ha producido algún cambio.

Estuvo ausente algunos minutos, durante los cuales Holmes reanudó su examen de los objetos curiosos de la pared. Cuando nuestro anfitrión volvió, estaba claro, por su expresión abatida, que no había hecho ningún progreso. Le acompañaba una joven, alta, esbelta, de tez morena.

—El té está listo, Dolores —dijo Ferguson—. Cuídese de que su ama tenga todo lo que desee.

—Está muy mala —exclamó la muchacha, mirando a su amo con ojos indignados

—. No pide comida. Está muy mala. Necesita un médico. Me daba miedo estar sola con ella sin un médico.

Ferguson me miró con una interrogación en los ojos.

—Me encantaría ser de alguna utilidad.

—¿Recibirá su ama al doctor Watson?

—Que venga. No se lo preguntaré. Necesita un médico.

—Entonces, iré con usted de inmediato.

Seguí a la muchacha, que temblaba presa de un fuerte nerviosismo, por las escaleras y por un viejo pasillo. A su extremo había una maciza puerta lacada de hierro. Se me ocurrió, al verla, que si Ferguson trataba de llegar por la fuerza junto a su mujer la cosa no le resultaría fácil. La muchacha se sacó una llave del bolsillo, y las pesadas planchas de roble crujieron sobre sus viejos goznes. Entré, y ella me siguió rápidamente, cerrando la puerta detrás suyo.

En la cama había una mujer, evidentemente con mucha fiebre. Estaba consciente sólo a medias, pero cuando entré unos ojos asustados, pero hermosos, me miraron con miedo. Al ver a un extraño, pareció sentir alivio, y con un suspiro dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada. Avancé hacia ella

pronunciando algunas palabras de confortación, y permaneció quieta mientras le tomaba el pulso y la temperatura. Uno y otra estaban altos, y, sin embargo, mi impresión fue que su condición era más de excitación mental y nerviosa que no de auténtica enfermedad.

—Ha estado así un día, dos días. Temo que se muera —dijo la muchacha.

La mujer volvió hacia mí su hermoso rostro encendido.

—¿Dónde está mi marido?

—Está abajo, y le gustaría verla.

—No le veré. No le veré —y pareció entrar de nuevo en el delirio—. ¡Un diablo!

¡Un diablo! ¡Oh! ¿Qué puedo hacer con ese demonio?

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No. Nadie puede ayudarme. Se acabó. Todo está destruido. Haga lo que haga, todo está destruido.

La mujer debía sufrir alguna extraña ilusión. Yo era incapaz de imaginarme al honrado Bob Ferguson como diablo o demonio.

—Señora —dije—, su marido la quiere a usted tiernamente. Está muy apenado por lo que ocurre.

De nuevo volvió hacia mí aquellos ojos magníficos.

—Me quiere. Sí. Pero, ¿es que yo no le quiero a él? ¿No le quiero hasta el punto de sacrificarme antes que romper su querido corazón? Así es como le quiero. Y, sin embargo, él podría pensar de mí... pudo hablarme de aquel modo...

—Está muy dolorido, pero es incapaz de entender.

—No, no puede entender. Pero debería confiar.

—¿Por qué no habla con él? —sugerí.

—No, no; no puedo olvidar aquellas palabras terribles, ni su expresión. No le

veré. Ahora váyase. No puede hacer nada por mí. Dígale solamente una cosa. Quiero a mi hijo. Tengo derecho a mi hijo. Este es el único mensaje que puedo enviarle.

Se volvió de cara a la pared y no dijo más.

Volví a la sala de abajo donde Ferguson y Holmes seguían todavía sentados junto al fuego. Ferguson escuchó pensativamente mi narración de la entrevista.

—¿Cómo puedo mandarle a su hijo? —dijo—. ¿Cómo voy a saber qué extraño impulso puede entrarle? ¿Cómo podré jamás olvidar cómo se levantó del lado de la cuna con sangre en los labios? —se estremeció al recordar—. El niño está seguro con la señora Mason, y debe seguir con ella.

Una doncella de elegante uniforme, la única cosa moderna que podía verse en la casa, había traído un poco de té. Mientras lo estaba sirviendo, se abrió la puerta y un jovencito entró en la habitación. Era un muchacho que llamaba la atención: cara pálida, cabello rubio, expresivos ojos azul pálido que se encendían en súbita llama de emoción y alegría cuando su mirada se posaba en su padre. Se abalanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, con el abandono de una adolescente enamorada.

—Oh, papá —gritó—, no sabía que ya estuvieras de vueltas. Habría estado aquí esperándote. ¡Oh! ¡Qué contento estoy de verte!

Ferguson se liberó suavemente del abrazo, con ciertas muestras de turbación.

—Querido muchacho —dijo, dando unos tiernos golpecitos en la rubia cabeza —, he vuelto pronto porque he podido convencer a mis amigos, el señor Holmes y el doctor Watson, para que vinieran a pasar la velada con nosotros.

—¿Es el señor Holmes, el detective?

—Sí.

El jovencito nos miró de un modo penetrante y, según me pareció, poco amistoso.

—¿Qué me dice de su otro hijo, señor Ferguson? —preguntó Holmes— ¿Podríamos ver al bebé?

—Pídele a la señora Mason que baje al niño —dijo Ferguson. El muchacho se marchó con un andar extraño, bamboleante, que delató a mis ojos médicos que sufría de una afección espinal. Volvió al poco rato, y, detrás suyo, venía una mujer alta y delgada que llevaba en sus brazos a un hermosísimo niño, de ojos negros y pelo rubio, una maravillosa mezcla de lo sajón y lo latino. Ferguson, evidentemente estaba loco por aquel niño, ya que lo tomó en sus brazos y lo acarició tiernamente.

—Y pensar que alguien pueda tener el corazón tan duro como para hacerle daño —murmuró, bajando la mirada hacia la pequeña mancha rojo vivo del cuello del querubín.

Fue en aquel momento cuando casualmente miré a Holmes, viéndole una expresión singularísimamente concentrada. Su cara estaba inmóvil, como tallada en marfil, y sus ojos, que por un momento habían mirado a padre e hijo, estaban ahora enfocados, con vehemente curiosidad, en algo que se encontraba al otro extremo de la habitación. Siguiendo su mirada, no pude suponer otra cosa sino que a través de la ventana contemplaba el melancólico jardín mojado. Cierto que había una persiana medio cerrada por la parte de fuera, obstruyendo la visión, pero, con todo, era indudablemente la ventana lo que Holmes miraba con concentrada atención. Luego sonrió, y su mirada volvió al bebé. En su cuello regordete estaba la pequeña señal hinchada. Sin decir nada, Holmes la examinó atentamente. Finalmente, tomó y agitó levemente uno de los pequeños puños que revoloteaban ante su cara.

—Adiós, hombrecito. Has tenido un extraño comienzo en la vida. Aya, quisiera tener unas palabras con usted en privado.

Se la llevó aparte y le habló vehemente durante algunos minutos. Sólo pude oír las últimas palabras, que fueron: «Espero que su inquietud no tarde en quedar apaciguada.» La mujer, que parecía ser una criatura de la especie huraña y silenciosa, se retiró con el niño.

—¿Como es la señora Mason? —preguntó Holmes.

—No muy convincente externamente, como puede ver, pero tiene un corazón de oro, y quiere muchísimo al niño.

—¿Te gusta la señora Mason, Jack? —Holmes se volvió repentinamente hacia el muchacho, cuya expresiva cara se ensombreció. Negó con la cabeza.

—Jacky tiene agrados y desagrados muy acentuados —dijo Ferguson, rodeando con el brazo los hombros del muchacho—. Afortunadamente, yo estoy entre sus agrados.

El chico apoyó arrulladoramente la cabeza en el pecho de su padre. Ferguson lo separó suavemente.

—Vete ya, Jacky, pequeño —dijo; y contempló a su hijo con mirada amorosa hasta que hubo desaparecido—. Ahora, señor Holmes —prosiguió, cuando el chico se hubo ido—, realmente me doy cuenta de que le he metido en un problema sin solución, porque ¿qué puede hacer aparte de concederme su simpatía? Debe ser un asunto extremadamente delicado y complejo desde su punto de vista.

—Es ciertamente delicado —dijo mi amigo, con una sonrisa divertida—, pero ahora no se me representa complejo. Ha sido un caso propio para la deducción intelectual; pero cuando esta deducción intelectual original se ve confirmada punto por punto por numerosos incidentes independientes, entonces lo subjetivo se hace objetivo, y podemos decir confiadamente que hemos llegado a la meta. De hecho, ya había llegado a ella antes de salir de Baker Street; el resto ha sido meramente observación y confirmación.

Ferguson se llevó su manaza a la arrugada frente.

—Por el amor del cielo, Holmes —dijo, roncamente—, si es usted capaz de ver la verdad de este asunto, no me mantenga en la inquietud. ¿En qué posición me encuentro? ¿Qué debo hacer? No me importa cómo haya llegado usted a establecer los hechos, mientras realmente los conozca.

—Desde luego, le debo una explicación, y la tendrá. Pero, ¿me permite llevar las cosas a mi manera? ¿Puede recibirnos la dama, Watson?

—Está enferma, pero goza de toda su razón.

—Muy bien. Sólo en su presencia podremos aclararlo todo. Subamos a verla.

—No me recibirá —exclamó Ferguson.

—Oh, sí, lo hará —dijo Holmes. Garrapateó unas pocas líneas en un papel—. Usted, al menos, tiene la entrée, Watson. ¿Tendrá la bondad de entregarle esta

nota a la dama?

Subí nuevamente, y entregué la nota a Dolores, que abrió la puerta cautamente. Al cabo de un minuto oí un grito en el interior, un grito en el que parecían mezclarse la alegría y la sorpresa, Dolores sacó la cabeza por la puerta.

—Les recibirá. Escuchará —dijo.

Ferguson y Holmes subieron a mi llamada. Cuando entramos en la habitación, Ferguson dio uno o dos pasos hacia su mujer, que se había incorporado en la cama; pero ella hizo con la mano ademán de detenerle. Ferguson se dejó caer en un sillón, y Holmes y yo nos sentamos a su lado, después de una inclinación de cabeza a la dama, que miró a Holmes con los ojos dilatados por el asombro.

—Creo que podríamos prescindir de Dolores —dijo Holmes—. Oh, muy bien, señora, si prefiere que se quede, no tengo nada que objetar. Mire, señor Ferguson, soy un hombre ocupado, con muchas visitas, y mis métodos tienen que ser breves y directos. La operación quirúrgica más rápida es la menos dolorosa. Permítame que antes que nada le diga algo que tranquilizará su espíritu. Su mujer es muy buena, muy amante, y ha sido tratada muy mal.

Ferguson se puso en pie con un grito de alegría.

—Demuéstreme esto, señor Holmes, y estaré en deuda con usted para siempre.

—Lo haré, pero al hacerlo le heriré profundamente en otra dirección.

—No me importa, si libera de culpa a mi mujer. Todo lo demás que hay en el mundo no es nada comparado con eso.

—Permítame contarle, entonces, el curso de los razonamientos que pasaron por mi mente en Baker Street. La idea de un vampiro me resultaba absurda. Y, sin embargo, su observación era precisa. Usted había visto a la dama levantarse de junto a la cuna del niño con sangre en los labios.

—Cierto.

—¿No se le ocurrió que puede chuparse una herida con propósitos distintos al de extraer sangre? ¿Acaso no hubo una reina en la historia de Inglaterra que chupó una herida para sacar de ella el veneno?

—¡Veneno!

—Cosa corriente en Sudamérica. Mi instinto percibió la presencia de esas armas de la pared antes de haberlas visto. Hubiera podido tratarse de otro veneno, pero eso fue lo que se me ocurrió. Cuando vi el pequeño carcaj vacío junto al pequeño arco de cazar pájaros, eso era exactamente lo que esperaba ver. Si el niño resultaba pinchado con una de esas flechas impregnadas en curare o en cualquier otro alcaloide diabólico, moriría a menos que se chupara el veneno de la herida. ¡Y el perro! Si alguien fuera a usar un veneno como ése, ¿no lo probaría primero para comprobar que no había perdido sus virtudes? No había previsto al perro, pero al menos lo entendí, y encajó en mi reconstrucción. ¿Entiende ahora? Su mujer temía un ataque de esa clase. Vio que se producía, y salvó la vida del niño; y, sin embargo, no quiso contarle a usted la verdad, porque sabía cuánto quería usted al muchacho, y temió romperle el corazón.

—¡Jacky!

—Le estuve observando hace unos momentos, cuando usted acariciaba al pequeño. Su cara se reflejaba claramente en la ventana, porque la persiana cerrada convertía al cristal en espejo. Vi en esa cara tantos celos, tanto odio cruel, como raras veces he visto en un rostro humano.

—¡Mi Jacky!

—Tiene usted que afrontarlo, señor Ferguson. Es todavía más penoso por cuanto que ha sido un amor deformado, un amor demencialmente exagerado hacia usted, y probablemente hacia su difunta madre, el que le ha inducido a actuar. Su alma entera está consumida por el odio a ese espléndido niñito, cuya salud y belleza contrastan con su propia deficiencia.

—¡Santo Dios! ¡Es increíble!

—¿He dicho la verdad, señora?

La mujer sollozaba, con la cara hundida entre las almohadas. En aquel momento se volvió hacia su marido.

—¿Cómo podía decírtelo, Bob? Sabía qué golpe sería para ti. Era mejor que esperara, y que lo supieras por otros labios que los míos. Cuando este caballero, que parece poseer poderes mágicos, me escribió que lo sabía todo, me sentí

extremadamente feliz.

—Creo que mi receta para el señorito Jacky sería un año de viaje por mar —dijo Holmes, poniéndose en pie—. Sólo me queda una cosa oscura, señora. Podemos entender perfectamente sus ataques contra Jacky. La paciencia de una madre tiene un límite. Pero, ¿cómo se atrevió a dejar solo al niño estos últimos dos días?

—Se lo había contado a la señora Mason. Ella sabía.

—Exacto. Eso pensé.

Ferguson estaba junto a la cama, conteniendo los sollozos, con las manos tendidas, tembloroso.

—Creo, Watson, que es el momento de marchamos —dijo Holmes, en un susurro —. Si coge usted de un brazo a la excesivamente fiel Dolores, yo la cogeré del otro. Eso. Ahora —añadió, cerrando la puerta detrás suyo—, creo que podemos dejar que arreglen entre ellos lo que queda pendiente.

Sólo tengo una anotación más sobre este caso. Se trata de la carta que escribió Holmes como respuesta final a aquella con que empezaba este relato. Decía así:

Baker Street, 21 de noviembre.

Asunto: Vampiros.

Señor: en respuesta a su carta del 19, me permito comunicarle que he estudiado el caso de su cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, mayoristas de té, de Mincing Lane, y que el asunto ha sido llevado a una satisfactoria conclusión. Agradeciéndole su recomendación, soy de ustedes, atento, seguro servidor,

Sherlock Holmes.

5. La aventura de los tres Garridebs

Pudo haber terminado en comedia, o pudo haber terminado en tragedia. Le costó a un hombre la perdida de la razón; a mí, una hemorragia, y a otro hombre más, la correspondiente pena legal. Pero, con todo eso, no cabe duda de que el caso encerró un elemento de comedia, como ustedes van a juzgarlo por sí mismos.

Recuerdo muy bien la fecha, porque fue en el mismo mes en que Holmes rehusó un título de nobleza por servicios que quizá puedan describirse algún día. Sólo de paso lo menciono, porque en mi situación de socio y confidente me veo obligado a ser sumamente cauto para evitar cualquier indiscreción. Repito, sin embargo, que esto me permite fijar la fecha, que fue durante la segunda quincena del mes de junio de 1902, muy poco después de la terminación de la guerra en Sudáfrica. Holmes había permanecido varios días en la cama, como acostumbra a hacerlo de tiempo en tiempo; pero aquella mañana se me presentó con un largo documento escrito en papel de folio y con una expresión divertida en sus severos ojos grises.

—Amigo Watson —me dijo—, aquí hay para usted una probabilidad de ganar algún dinero. ¿Ha oído usted alguna vez el apellido Garrideb?

Confesé que jamás lo habla oído.

—Bien, si consigue atrapar a un Garrideb, ganará dinero con ello.

—¿Por qué?

—Bueno, eso es largo de contar, y también bastante fantástico. No creo que en todas las exploraciones que llevamos realizando en el complejo humano nos hayamos encontrado jamás con una cosa más curiosa. Como el interesado, va venir muy pronto para ser sometido a un interrogatorio, no quiero abordar el asunto hasta que se encuentre aquí presente. Pero entretanto, lo que nos hace falta es el nombre.

La guía del teléfono estaba encima de la mesa, junto a mí y abrí sus páginas para

realizar en ellas una búsqueda que parecía bastante infructuosa. Pero, con gran asombro mío, encontré ese apellido en el lugar correspondiente, y deje escapar una exclamación de triunfo:

—¡Aquí lo tiene, Holmes! ¡Aquí está!

Holmes recibió el volumen de mi mano y leyó:

—“Garrideb, número ciento treinta y seis, Little Ryder Street W.”

—Siento mucho desilusionarlo, querido Watson pero este personaje es el mismo individuo en cuestión y aquí está su dirección en su carta. Nos hace falta otro para emparejarlo con él.

En ese momento llegó mistress Hudson con una tarjeta en la bandeja. La tomé y la examiné.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamé, atónito—. La inicial del nombre es muy distinta:

John Garrideb, consejero legal, Moorville, Kansas, EE.UU.

Holmes sonrió al examinar la tarjeta y dijo:

—Me temo, Watson que no tenga más remedio que realizar otro esfuerzo, Este caballero está metido ya en el caso, aunque no lo esperaba esta mañana. Sin embargo, él se halla en condiciones de decirnos bastantes cosas que yo deseo saber.

Un momento después entraba el susodicho en la habitación. John Garrideb, consejero legal, era un hombre pequeño y fornido, de cara redonda, fresca y completamente afeitada, tan característica de muchos hombres norteamericanos de negocios. La impresión general que producía era la de un hombre rechoncho y bastante infantil, de un joven con cara adornada de ancha y constante sonrisa. Sus ojos, sin embargo, atraían la atención. Rara vez he visto en una cabeza humana unos ojos que proclamasen una vida interior más intensa que aquella. ¡Así eran de vivos, despiertos y ágiles para exteriorizar todos los cambios de pensamiento! Hablaba con acento norteamericano, pero sin ninguna excentricidad en la manera de expresarse.

—¿Es el señor Holmes? —preguntó, mirando primero a uno y luego a otro—.

¡Ah, ya entiendo! Yo diría que sus retratos no son demasiado distintos a la realidad. Creo que ha recibido una carta de otra persona que lleva mi mismo apellido, el señor Natham Garrideb. ¿Es así?

—Siéntese, por favor —dijo Sherlock Holmes—. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Tomó las hojas de papel de oficio.

—Usted es, sin duda, el señor John Garrídeb, del que se habla en este documento.

Pero lleva ya algún tiempo en Inglaterra, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo dice, señor Holmes?

Creí leer en aquellos ojos expresivos una súbita sospecha.

—Porque todo su equipo es inglés.

El señor Garrideb dejó oír una risa forzada.

—Señor Holmes, estoy enterado ya de sus artimañas, pero nunca pensé que yo mismo sería el sujeto con quien las ejercitase. ¿De dónde saca lo que ha dicho?

—Por el corte de la hombrera de su chaqueta, por la puntera de sus botas... ¿Hay alguien que pueda tener la menor duda?

—Bien, bien; no me imaginaba que mí britanismo saltase de esa manera a la vista. Lo cierto es que los negocios me trajeron a este lado del mar hará algún tiempo, y por eso mi vestimenta es, como usted dice, casi por completo londinense. Pero me imagino que su tiempo vale mucho, y que no nos hemos reunido para hablar del modelo de mis calcetines ¿Qué le parece si dedicamos nuestra atención a ese documento que tiene usted en la mano?

No sé por qué, pero la verdad era que Holmes había hecho erizar a nuestro visitante, cuya cara regordeta se había revestido de una expresión mucho menos simpática.

—¡Paciencia, señor Garrideb, paciencia! —dijo mi amigo en tono tranquilizador —. El doctor Watson podría decirle que estas pequeñas digresiones mías suelen a veces tener alguna influencia sobre los asuntos, como se demuestra al final. Pero ¿por qué razón no vino con usted el señor Natham Garrideb?

—¿Y por qué razón tuvo él que involucrarlo en este asunto, digo yo? —preguntó nuestro visitante, con un súbito arrebato de ira—. ¿Qué tenía que ver en ello? Nos encontramos con un asunto puramente profesional entre dos caballeros, y uno de ellos se siente obligado a dar intervención a un detective. Esta mañana hablé con ese señor, y entonces él me expuso esta fea jugarreta que me ha hecho, y por esa razón he venido. Pero, a pesar de todo, la cosa me molesta bastante.

—La medida no significa nada en su contra, señor Garrideb. Fue inspirada simplemente por el interés que él tiene en alcanzar la finalidad que persigue; finalidad que, según tengo entendido, es de la misma vital importancia para ambos. El sabía que yo dispongo de medios de conseguir informes y, por consiguiente, era muy natural que recurriese a mí.

La expresión irritada de nuestro visitante fue desapareciendo gradualmente, y dijo:

—Bien; mirado así, ya resulta distinto. Cuando esta mañana fui a visitarlo y me dijo que había puesto el asunto en manos de un detective, me limité a pedirle su dirección y vine hasta aquí directamente. Yo no quiero que la policía se meta en un asunto de carácter privado. Pero si usted está dispuesto a ayudamos a encontrar a nuestro hombre, ningún daño puede haber en ello.

—Entonces bien; así es como está planteado el asunto —dijo Holmes—. Y ahora, ya que se encuentra aquí, lo mejor será que escuchemos de sus propios labios un relato claro. Mi amigo aquí presente desconoce los detalles.

El señor Garrideb me examinó con mirada no demasiado amistosa.

—¿Hace falta que los conozca? —preguntó.

—Por lo general, él y yo trabajamos juntos.

—Bien, de todos modos no existe razón para que se mantenga en secreto. Le relataré a usted los hechos con toda la brevedad que me sea posible. Si usted procediese de Kansas no necesitaría explicarle quién era Alexander Hamilton

Garrideb. Se hizo rico negociando en fincas y más tarde en la bolsa del trigo de Chicago, pero luego gastó su dinero comprando tantas tierras como las que abarca uno de los condados de Inglaterra. Esas tierras se hallan situadas a lo largo del rio Arkansas, al oeste de Fort Dodge. Se trata de tierras de pastoreo, maderera, cultivable y de minerales, y de toda otra clase de tierra que brinde dólares al hombre que la posea.

No tenía conocidos ni parientes... o, si los tenía, nunca había oído hablar de ellos. Pero adquirió una especie de orgullo por la rareza de su apellido. Eso fue los que nos juntó. Yo estaba trabajando como abogado en Topeka, y un día tuve una visita del anciano, se encontraba muerto de risa por encontrar otro hombre con su mismo apellido. Era su nueva afición favorita, y estaba completamente dispuesto a averiguar si habían más Garridebs en el mundo. "¡Encuéntrame otro!" dijo. Le contesté que era un hombre ocupado y no podía gastar mi vida paseando por el mundo en busca de Garridebs. "Nada menos", dijo él, "eso es justo lo que hará si las cosas salen tan bien como las planeé". Pensé que estaba bromeando, pero había mucho significado en sus palabras, como estaba pronto a descubrir. Ya que murió un año después de decir esto, y dejó un testamento tras de él. Era un extraño testamento que había sido archivado en el estado de Kansas. Sus propiedades fueron divididas en tres partes y tuve que aceptar la condición de encontrar dos Garridebs quienes deberían compartir conmigo el resto de la herencia. Eran cinco millones de dólares para cada uno, pero no podíamos poner un dedo sobre el dinero hasta que estuviéramos los tres.

—Era una gran oportunidad para que ejercitara mi práctica legal y me puse en camino en busca de los Garridebs. No hay ninguno en los Estados Unidos. Busqué por él, señor, con gran esmero pero nunca pude encontrar un Garrideb. Entonces probé en Inglaterra. Indudablemente debían haber suficientes nombres en el directorio telefónico de Londres. Fui tras él hace dos días y le expliqué todo el asunto. Pero era un hombre solitario, como yo, con algunas familiares mujeres, pero ninguno varón. El testamento hablaba de tres hombres adultos. Así que verá que hay una vacante, y si pudiera ayudarnos a llenarla estaríamos dispuestos a pagarle por sus costos.

—Bien, Watson —dijo Holmes con una sonrisa— ¿Dije que era algo caprichoso, no es cierto? Debería pensar, señor, que lo más obvio que debería hacer es poner anuncios en los periódicos.

—Lo he hecho, Sr. Holmes. Ninguna respuesta.

—¡Mi estimado señor! Bien, estamos ciertamente ante un pequeño y curioso problema. Consultaré mi agenda. Por cierto, es curioso que haya venido de Topeka. Yo solía tener un corresponsal... ahora está muerto... el viejo Dr. Lysander Starr, quien fue Mayor en 1890.

—¡El buen Dr. Starr! —dijo nuestro visitante—. Su nombre aún es honorable. Bien, señor Holmes, debo suponer que todo lo que podemos hacer es esperar a que nos informe y nos haga saber cómo progresan sus investigaciones. Cuento con usted para oír novedades en un día o dos —con esta seguridad nuestro americano se inclinó de modo respetuoso y se marchó.

Holmes tenía encendida su pipa, y se sentó durante un tiempo con una sonrisa curiosa sobre su cara.

—¿Bien? —pregunté al fin.

—Me estoy preguntando, Watson... ¡Sólo preguntando!

—¿El qué?

Holmes tomó la pipa de sus labios.

—Me estaba preguntando, Watson, qué cosa sobre la tierra puede ser el objetivo de este hombre para decirnos tal maraña de mentiras. Estuve cerca de preguntarle..., porque hay veces en que un directo ataque frontal es la mejor acción..., pero juzgué que sería mejor dejarle pensar que nos había engañado. Tenemos a un hombre con un traje inglés raído en los codos y pantalones abultados en la rodilla, con una vestimenta añeja, y por este documento y por su propio aspecto se trata de un americano provinciano que posteriormente desembarcó en Londres. No puso ningún anuncio en los periódicos. Usted sabe que no me pierdo nada en esa sección. Nunca hubiera pasado por alto un anuncio como ése. Nunca conocí un Dr. Lysander Starr, de Topeka. Por dondequiera que lo tanteé, me resultó falso. Creo que el individuo es, en efecto, norteamericano. Pero sus años de residencia en Londres han limado su acento característico. ¿Qué juego se trae, entonces, y qué móvil se esconde detrás de esta absurda búsqueda de los Garrideb? La cosa merece que le dediquemos nuestra atención porque, aceptando que ese individuo es un sinvergüenza, no cabe duda de que es un sinvergüenza complejo e ingenioso. Vamos ahora a poner en claro si el otro corresponsal nuestro es también fraudulento. Háganme el favor de llamarlo por teléfono, Watson.

Así lo hice, y desde el otro extremo de la línea me contestó una voz débil y temblorosa:

—Sí, sí, yo soy el señor Natham Garrideb. ¿Hablo con el señor Holmes? Me agradaría mucho cambiar unas palabras con el señor Holmes.

Mi amigo tomó al aparato y yo escuché el diálogo, entrecortado, como es natural.

—Sí, ha estado aquí. Tengo entendido que usted no lo conoce. ¿Desde cuándo...? ¡Sólo dos días...! Sí, sí, desde luego, la perspectiva es por demás atrayente. ¿Estará en casa esta noche? Y el otro Garrideb, ¿estará también? Perfectamente, iremos, porque me agradaría charlar con usted sin que él se hallase presente... El doctor Watson me acompañará. Me parece comprender por su carta que usted sale muy poco de casa. Bien, llegaremos a eso de las seis. No es necesario que le diga nada al abogado norteamericano. Perfectamente. Adiós.

Era la hora del crepúsculo, y hasta Little Ryder, una de las calles más pequeñas que arrancan de Edgware Road, a menos de un tiro de piedra del antiguo Tyburn Tree, de ominoso recuerdo, parecía dorada y maravillosa al recibir de soslayo los rayos del sol poniente. La casa misma a donde nosotros nos dirigimos era un edificio amplio, antiguo, de estilo de la primera época georgiana, con una fachada lisa de ladrillo, cortada únicamente por dos miradores profundos, situados en la planta baja. Nuestro cliente vivía en esta planta baja y aquellas ventanas resultaron ser la parte delantera de una habitación espaciosa en la que se pasaba las horas en que no estaba acostado. Holmes me señalaba, cuando pasábamos, las pequeñas placas de bronce las cuales llevaban curiosos nombres.

—Desaparecieron hace algunos años, Watson —remarcó, indicando su descolorida superficie—. Este es su nombre real, de todos modos, y eso es algo para tener en cuenta.

La casa tenía una escalera común, y allí habían numerosos nombres escritos en el portal, algunos indicando despachos y otros residencias privadas. No se trataba de una colección de aposentos residenciales, sino más bien la morada de un soltero bohemio. Nuestro cliente nos abrió la puerta por sí mismo y se disculpó diciendo que la encargada se había ido a las cuatro en punto. El señor Nathan Garrideb era una persona muy alta, inarticulada y de espalda redonda, delgada y calva, de sesenta y pico años de edad. Tenía una cara cadavérica, con

una deslucida piel muerta correspondiente a un hombre a quien el ejercicio le era desconocido. Unos grandes y redondeados anteojos y una pequeña barba saliente combinados con su encorvada actitud le daban una expresión de miope curiosidad. El efecto general, sin embargo, era amigable, aunque excéntrico.

La sala era tan curiosa como su ocupante. Parecía un pequeño museo. Tanto a lo ancho como a lo largo, estaba llena de armarios y gabinetes, atestados con especímenes geológicos y anatómicos. Estuches de mariposas y polillas flanqueaban cada lado de la entrada. Una gran mesa en el centro estaba ensuciada con toda clase de desechos, mientras que el alto tubo de metal de un poderoso microscopio se erizaba entre ellos. Mientras ojeaba alrededor me sorprendí en la universalidad de los intereses del hombre. Aquí había un estuche de monedas antiguas. Allí, un gabinete de instrumentos de la edad de piedra. Detrás de la mesa central, un gran armario de huesos fósiles. Por encima, una línea de cráneos de yeso con nombres tales como “Neardenthal”, “Heidelberg”, “Cro-Magnon” impresos bajo ellos. Era claro que era un estudiante de variadas materias. Mientras permanecía frente de nosotros, tenía en la mano derecha un trozo de piel de gamuza, con la que estaba abrillantando una moneda.

De Siracusa..., perteneciente al mejor período —nos explicó exhibiéndola—. Más adelante degeneraron muchísimo. En su momento de esplendor yo las considero magníficas aunque algunos prefieran las producciones de la escuela de Alejandría. Señor Holmes, ahí encontrará una silla. Permítanme que quite antes estos huesos, Y usted, señor..., ya caigo, doctor Watson, tenga la bondad de apartar a un lado el jarrón japonés. Aquí me ven ustedes en medio de las pequeñas aficiones de mí vida Mi médico me sermonea porque no salgo jamás; pero ¿para qué necesito salir teniendo como tengo aquí tantas cosas que me atraen? Les aseguro que sólo para catalogar debidamente el contenido de una de esas vitrinas necesitaría mis buenos tres meses.

Holmes miró en torno suyo con curiosidad, y preguntó:

—Pero ¿me va a decir que no sale de aquí nunca?

—De cuando en cuando me hago llevar en coche hasta la casa de Sotheby o al establecimiento de Christie. Fuera de eso, rara vez abandono mi habitación. No soy demasiado fuerte, y mis investigaciones absorben mi atención por completo. Sin embargo, señor Holmes, ya puede imaginarse que sorpresa terrible (agradable, pero terrible) fue para mí oír hablar de esa buena suerte

incomparable. Sólo falta otro Garrideb para completar el asunto, y con toda seguridad que conseguiremos encontrarlo. Yo tenía un hermano, pero murió, y las mujeres están descalificadas en este caso. Pero con seguridad que tiene que haber otros con ese apellido en el mundo. Yo había oído hablar de que usted se hacía cargo de casos extraordinarios, y por esa razón me dirigí a usted. Desde luego este caballero norteamericano me parece hombre serio y debí haberlo consultado con él antes, pero mi intención fue obrar de la mejor manera posible.

—Creo que usted obró muy sabiamente —le dijo Holmes—. Pero ¿de verdad que siente verdaderos deseos de ser propietario de tierras en Norteamérica?

—De ninguna manera, señor. Nada sería capaz de inducirme a abandonar mi colección, señor. Pero este caballero me ha dado la seguridad de que si dejamos sentados nuestros derechos, me comprará mi parte. Se habló de la suma de cinco millones de dólares. En este momento se ofrecen en el mercado una media docena de ejemplares que llenarían lagunas que hay en mi colección y que yo no puedo comprar porque me faltan algunos centenares de libras esterlinas.

¡Piense en todo lo que yo podría realizar con cinco millones de dólares! Tengo ya el núcleo necesario para formar una colección nacional. Seré conocido como el Hans

Sloane [93] de mi época.

Le brillaban los ojos tras los cristales de sus anchas gafas. Era evidente que Natham Garrideb no escatimaría esfuerzos para descubrir a otro hombre que llevase el mismo apellido.

—Vine con el exclusivo objeto de conocerlo, y no hay razón que justifique que interrumpa sus estudios —dijo Holmes—. Prefiero siempre establecer contacto personal con las personas para quienes trabajo. Son muy pocas las preguntas que aún me quedan por hacerle, ya que llevo en el bolsillo el clarísimo relato que usted me envió, y he llenado los huecos que en él había aprovechando la visita de ese caballero norteamericano. He creído entender que usted ignoraba su existencia hasta esta misma semana.

—Así es, en efecto. Vino a visitarme el martes pasado.

—¿Le ha hablado de la entrevista que hoy sostuvimos?

—Sí; vino derecho desde su casa. Antes se había irritado mucho.

—¿Qué razón tuvo para ello?

—Pareció creer que era poner en tela de juicio su respetabilidad. Pero cuando regresó venia muy alegre.

—¿Le indicó alguna norma de acción?

—No, señor; en absoluto.

—¿Recibió o le ha pedido alguna suma de dinero?

—¡Jamás, señor!

—¿Usted no cree que él anda detrás de alguna cosa?

—No, señor; salvo lo que él me ha expuesto.

—¿Le anunció que nos habíamos dado cita por teléfono?

—Sí, señor; se lo dije.

Holmes se quedó meditando. Yo veía que estaba intrigado.

—¿Hay en su colección algunos ejemplares de gran valor?

—No, señor. No soy rico. Es una colección buena, pero no de precio extraordinario.

—¿Y usted no tiene miedo a los ladrones de casas?

—No.

—¿Qué tiempo lleva ocupando estas habitaciones?

—Cerca de cinco años.

El interrogatorio de Holmes se vio interrumpido por una vigorosa llamada en la puerta. No bien nuestro cliente abrió el pestillo, entró en el cuarto, presa de gran excitación, el abogado norteamericano.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó, agitando por encima de la cabeza un periódico. Me pareció que llegaría a tiempo. ¡Mil felicitaciones, señor Natham Garrideb! ¡Ya es rico, señor! Nuestro asunto ha terminado con toda felicidad, y todo está en regla. En cuanto a usted, señor Holmes, sólo podemos decirle que lamentamos haberlo molestado inútilmente.

Entregó el periódico a nuestro cliente, que se quedó de una pieza, mirando con ojos de asombro un anuncio que estaba marcado. Holmes y yo nos inclinamos hacia adelante y leímos por encima de su hombro. He aquí lo que decía:

“HOWARD GARRIDEB

CONSTRUCTOR DE MAQUINARIA AGRÍCOLA

Agavilladoras, cosechadoras, harados a vapor y manuales, sembradoras mecánicas, rastrillos, carruajes de granjero, carruajes de cuatro puertas y toda clase de accesorios.

Presupuestos para pozos artesianos. Dirigirse a Grosvenor Buildings, Aston.”

—¡Magnífico! —exclamó, casi sin aliento, nuestro huésped—. Ya tenemos nuestro tercer hombre.

—Inicié investigaciones en Birmingham —dijo el norteamericano—, y el agente que tengo allí me ha enviado este anuncio que apareció en un diario de la localidad. Tenemos que darnos prisa y acabar el asunto. He escrito a este señor

anunciándole que mañana, a las cuatro de la tarde, irá a visitarlo a su oficina.

—¿Quiere que sea yo quien vaya visitarlo?

—¿Qué le parece, señor Holmes? ¿No cree que sería lo más acertado? Me presento yo, por ejemplo, que soy un norteamericano que anda por el mundo, y cuento una historia maravillosa. ¿Por qué habría de confiar en mí? Usted, en cambio, es un inglés que puede ofrecer sólidas referencias, y él no tendrá más remedio que tomar en consideración lo que le cuente. Yo no tendría inconveniente en ir con usted, si así lo desea; pero da la coincidencia de que mañana es un día en que he de andar ocupadísimo, y siempre estaría a tiempo de visitarlo otro día, si usted encontrara alguna dificultad.

—La verdad es que no he hecho un viaje así desde hace muchos años.

—Es una cosa de nada, señor Garrideb. Yo he calculado ya su horario. Usted sale de aquí a las doce, para llegar poco después de las dos. Puede regresar a la noche. No tiene que hacer otra cosa que entrevistarse con ese hombre, explicarle el asunto y conseguir una fe de vida oficial de su existencia. ¡Por Dios... —agregó acaloradamente—, que si tiene en cuenta que yo he venido desde el centro de los Estados Unidos, no supone gran cosa que se desplace un par de cientos de kilómetros para dar fin a este asunto!

—Muy exacto —dijo Holmes—. Creo que lo que este caballero dice es muy cierto.

El señor Natham Garrideb se encogió de hombros con expresión de desconsuelo, y contestó:

—Bien, si usted insiste no tendré más remedio que ir, Desde luego que parece duro que yo le niegue nada, teniendo en cuenta las magníficas esperanzas que usted ha aportado a mi vida.

—Asunto concluido, entonces —dijo Homes—, y no deje de informarme del resultado lo antes que pueda.

—De eso me cuidaré yo —dijo el norteamericano. Luego agregó, mirando su reloj—: Bueno, tengo que retirarme. Mañana vendré a visitarlo, señor Natham, y estaré a su lado hasta verlo en camino hacia Birmingham. ¿Viene en mi misma dirección, señor Holmes? Entonces, adiós, y quizá tengamos buenas noticias que

comunicarle mañana por la noche.

Noté que la cara de mi amigo se aclaró cuando el americano dejó la habitación, y la mirada de pensamientos confusos habían desaparecido.

—Desearía poder observar su colección, señor Garrideb —dijo—. En mi profesión todos los conocimientos curiosos son útiles, y esta habitación suya es un almacén de ellos.

Nuestro cliente centelleó con placer y sus ojos brillaron desde detrás de sus grandes anteojos.

—Siempre he oído, señor, que usted es un hombre muy inteligente —dijo—. Le ofrezco hacer una visita ahora mismo si tuviese el tiempo.

—Desafortunadamente, yo no lo tengo. Pero estos especímenes están tan bien etiquetados y clasificados que escasamente necesitaría su explicación personal. ¿Tendría alguna objeción para que realizase una visita mañana si tengo tiempo?

—No, para nada. Es realmente bienvenido. Este lugar estará, por supuesto, cerrado, pero la señora Saunders estará en el sótano hasta las cuatro en punto y le dejará aquí con su llave.

—Bien, espero estar libre mañana por la tarde. Si le pudiera decir una palabra a la señora Saunders estaría todo en orden. ¿Por cierto, quién es su agente inmobiliario?

Nuestro cliente se asombró por esta repentina pregunta.

—Holloway y Steele, en Edgware Road. ¿Pero por qué?

—Tengo un poco de arqueólogo cuando voy a las casas —dijo Holmes, riendo —.

Me estaba preguntando si esta era de la época de la Reina Anna o georgiana.

—Georgiana, sin ninguna duda.

—Ciertamente. Había pensado que era anterior. De cualquier modo, es fácilmente verificable. Bien, adiós, señor Garrideb, y que tenga todos los éxitos

en su viaje a Birmingham.

El agente inmobiliario estaba cerrado, pero nos enteramos que iba estar cerrado todo el día, así que regresamos a Baker Street. No fue hasta después de la cena que Holmes volvió al asunto.

—Nuestro pequeño problema se acerca al final —dijo—. No hay duda de que ha delineado la solución en su propia mente.

—No comprendo ni una palabra de ello.

—La cabeza está seguro suficientemente despejada y la cola la veremos mañana.

[94]. ¿No ha notado nada curioso acerca del anuncio?

—Vi que la palabra “arado” estaba mal escrita.

—¿Oh, ha notado eso, no es cierto? Venga, Watson, mejora con el tiempo. Sí, era un mal inglés pero un buen americano. El impresor lo ha puesto como lo recibió. Fíjese en la palabra carruaje. Eso también es americano. Y los pozos artesianos son comunes con ellos más que con nosotros. Era un típico aviso americano, pero pretendiendo ser de una firma inglesa. ¿Qué piensa de ello?

—Sólo puedo suponer que este abogado americano lo puso por sí mismo. Cuál fue su objetivo no lo puedo entender.

—Bien, hay dos explicaciones alternativas. De todos modos, él quería enviar a este viejo fósil a Birmingham. Eso está muy claro. Le debería haber dicho que iba a ir a una búsqueda sin sentido, pero reconsiderándolo, parecía mejor despejar la escena dejándole ir. Mañana, Watson... bien, el mañana hablará por sí mismo.

Holmes se retiró y se levantó muy temprano. Cuando regresó a la hora del desayuno noté que su cara estaba muy seria.

—Este es un asunto más grave de lo que esperaba, Watson —dijo—. Es justo que se lo diga, aunque sé que será solamente una razón adicional para que corra de cabeza hacia el peligro. Es todo lo que debe saber Watson por ahora. Pero hay

peligro, y debería saberlo.

—Bueno, Holmes, pero no es el primero que hemos corrido juntos. Y espero que tampoco será el último. ¿Cuál es el peligro característico en esta ocasión?

—Nos encontramos ante un caso muy difícil de desentrañar. He logrado identificar al señor John Garrideb, consejero legal No es otro que Evans el asesino, de fama siniestra y criminal.

—Con eso me quedo como estaba.

—Claro. ¡Cómo que no entra dentro de los deberes de su profesión llevar en su memoria un calendario portátil de la cárcel de Newgate! Fui a entrevistarme en el Yard con mi amigo Lestrade. Quizás anden allí, en ocasiones, algo escasos de intuición imaginativa, pero van por delante del mundo en cuanto a trabajar a conciencia y con método. Se me ocurrió que quizá sus archivos nos pusiesen sobre la pista de nuestro amigo norteamericano. Y, ¡cómo no!, descubrí su cara regordeta en la galería de retratos de maleantes, con una inscripción debajo, que decía:

James Winter, alias Morecroft, alias Evans el asesino —Holmes sacó un sobre del bolsillo y dijo—: Tomé algunas notas de su expediente. Tiene cuarenta y cuatro años. Nació en Chicago. Consta que mató a tiros a tres hombres en los Estados Unidos. Se salvó de ir a presidio porque mediaron influencias políticas. Vino a Londres en el año 1893. Por cuestiones de juego hirió de bala a un hombre en un club nocturno de Waterloo Road, en el año 1895. El agredido murió, pero había sido el provocador de la riña. El muerto resultó ser Roger Prescott, famoso falsificador de Chicago. Evans, el asesino, salió en libertad en el año 1901. Desde entonces ha estado sometido a vigilancia por la policía, pero ha llevado, por lo visto, una vida normal Es hombre muy peligroso, suele andar siempre con armas encima, y dispuesto a emplearlas. Ése es nuestro pajarraco, Watson; un pajarraco peligroso, como no podrá menos que reconocer.

—¿Pero qué juego es el que se trae?

—La verdad es que ya empieza a definirse. He ido a visitar la agencia de alquileres. Nuestro cliente, según el mismo nos dijo, lleva allí cinco años. La casa estuvo deshabitada durante un año, antes de que él la alquilase. El inquilino anterior era todo un caballero, de apellido Waldrom. En la agencia recordaban perfectamente los rasgos físicos del señor Waldrom. Repentinamente

desapareció y nada más se oyó de él. Era un hombre alto, barbudo y de tez oscura. Ahora, Prescott, el hombre a quien el asesino Evans disparó, era, de acuerdo a Scotland Yard, un hombre alto y de tez oscura con barba. Como una hipótesis de trabajo, creo que tenemos que tomar que Prescott, el criminal americano, solía vivir en la misma habitación que nuestro inocente amigo ahora dedica a su museo. Así que al fin conseguimos un eslabón, como ve.

—¿Y el siguiente eslabón?

—Bien, debemos salir y buscarlo.

Tomó un revolver de su escritorio y me lo entregó en mano.

—Tengo mi preferida conmigo. Si nuestro amigo del Lejano Oeste trata de actuar de acuerdo con su apodo, nosotros estaremos listos. Le daré una hora para que tome una siesta, Watson, y entonces pienso que será hora para comenzar nuestra aventura en Ryder Street.

Eran las cuatro en punto cuando alcanzamos el curioso apartamento de Nathan Garrideb. La señora Saunders, la portera, estaba a punto de irse, pero no tuvo ninguna duda en admitirnos, por lo que la puerta se cerró con una cerradura de resortes, y Holmes prometió ver que todo estuviera seguro antes de irnos. Poco tiempo después de que la puerta exterior se cerrara, la gorra de la señora Saunders pasó por el mirador, y sabíamos que estábamos solos en el piso inferior de la casa. Holmes realizó un rápido examen de la instalación. Había un armario en un rincón oscuro, el cual sobresalía de la pared. Fue detrás de éste donde nos agazapamos mientras Holmes en un susurro delineaba sus intenciones.

—Quería que nuestro estimable amigo saliera de su habitación... eso está muy claro, y, como el coleccionista nunca salía, concibió un plan para hacerlo salir. Todo lo de esta invención de los Garridebs no tiene aparentemente ningún otro fin. Debo decir, Watson, que hay cierta astucia demoníaca en ello, incluso si el extraño nombre del arrendatario le diera una oportunidad que a duras penas podría haber esperado.

Tramó su estrategia con remarcada astucia.

—¿Pero qué es lo que quería?

—Para descubrirlo estamos aquí. No tiene absolutamente nada que ver con

nuestro cliente, tal como veo la situación. Es algo que se relaciona con el individuo al que asesinó, y que era quizá su compinche en delincuencia. Dentro de esta habitación hay algún secreto criminal. Así es como yo veo el problema. Pensé al principio que quizá nuestro amigo tenía entre las piezas de su colección alguna de mucho mayor valor de lo que él se imaginaba; algo digno de atraer la atención de un delincuente de alto rango. Pero el hecho de que el señor Roger Prescott de ominoso recuerdo, haya ocupado estas habitaciones, parece indicar que existe alguna razón de más peso. Bueno, Watson, el único recurso que nos queda es el de armarnos de paciencia y esperar a ver que nos traen las horas.

La hora que esperábamos no tardó mucho en sonar. Al oír que la puerta exterior se abría y se cerraba nos apretujamos aún más en la sombra. Se oyó luego el ruido agudo y metálico de una llave que funcionaba, y en seguida entró el norteamericano en el cuarto. Cerró tras de él la puerta con mucho cuidado, dirigió una mirada a su alrededor para cerciorarse de que no había peligro, se quitó rápidamente el gabán y se dirigió hacia la mesa central con la decisión de un hombre que sabe muy bien lo que tiene que hacer y de qué manera tiene que hacerlo. Apartó a un lado la mesa, arrancó la alfombra cuadrada sobre la que aquélla descansaba, la enrolló del todo hacia atrás y acto seguido, sacó del bolsillo un destornillador. De pronto escuchamos el ruido de tablas que se deslizaban, y un instante después quedaba a la vista, en el suelo, una abertura de boca cuadrada. Evans, el asesino, encendió un fósforo, lo aplicó a un trozo de vela y desapareció de nuestra vista.

Era evidente que había llegado nuestro momento. Holmes me tocó la muñeca como advertencia, y ambos avanzamos furtivamente hacia la puerta abierta de la trampa. Sin embargo, por muy suavemente que lo hicimos, el viejo entarimado debió de crujir bajo nuestros pies, porque súbitamente surgió del espacio abierto la cabeza del norteamericano, que atisbaba con ansiedad por todas partes. Su rostro tuvo un relampagueo de furor al vernos; ese furor se fue suavizando gradualmente hasta convertirse en sonrisa avergonzada cuando se dio cuenta de que dos pistolas estaban apuntadas hacia su cabeza.

—¡Bien, bien! —dijo fríamente cuando trepó a la superficie—. Imagino que ha sido demasiado para mí, señor Holmes. Descubrió mi juego, supongo, y jugó conmigo como un tonto desde el comienzo. Bien, señor, es todo suyo, me ha derrotado y...

En un instante había sacado un revólver de su pecho y disparado dos tiros. Sentí

una quemadura repentina como si un hierro al rojo vivo hubiera sido presionado contra mi muslo. Hubo una colisión cuando la pistola de Holmes cayó en la cabeza del hombre. Tuve una visión de él revolcándose sobre el piso con sangre corriendo por su cara mientras Holmes lo registraba en busca de armas. Entonces los delgados brazos de mi amigo me rodearon, y me condujo hacia una silla.

—¿Está herido, Watson? ¡Por amor de Dios, dígame que no está herido!

Era peor la herida... eran peor muchas heridas... que saber la profundidad de lealtad y amor que yacía detrás de esa fría máscara. Los ojos severos y claros se apagaron por un momento, y los firmes labios se agitaron. Por una única vez alcancé a ver un gran corazón tan bien como un gran cerebro. Todos mis años de humildad así como de servicio fiel culminaron en ese momento de revelación.

—No es nada, Holmes. Es un mero rasguño.

Rasgó mis pantalones con su navaja.

—¡Está bien! —gritó con un inmenso suspiro—. Es absolutamente superficial —su cara se puso como hilachas cuando observó a nuestro prisionero, quien estaba levantándose con una aturdida cara—. Por Dios, esto está bastante bien para usted. Si hubiera asesinado a Watson, no se iría de esta habitación con vida. Ahora, señor, ¿Qué es lo que tiene para decirme?

No tenía nada que decir. Solamente se sentó y frunció la cara. Me apoyé en el brazo de Holmes, y juntos miramos hacia abajo dentro del pequeño sótano que había sido descubierto bajo la mesa. Aún estaba iluminado por la vela con la cual Evans había descendido. Nuestros ojos cayeron sobre una masa de maquinaria oxidada, grandes rollos de papel, un desorden de frascos, y, ordenados sobre una pequeña mesa, un número de pequeños y limpios manojos de papeles.

—Una maquina impresora... un equipo de falsificación —dijo Holmes.

—Sí, señor —dijo nuestro prisionero, tambaleándose lentamente con sus pies y entonces se hundiéndose sobre la silla—. La más grande falsificadora que Londres nunca vio. Esa es la máquina de Prescott, y esos manojos en la mesa son dos mil billetes de Prescott que valen cien cada uno y son adecuados para pasar por todos lados. Ayúdense a sí mismos, caballeros. Llámenlo un trato y déjenme largarme.

Holmes rió.

—Nosotros no hacemos así las cosas, señor Evans. No hay ningún refugio para usted en este país. ¿Usted le disparo a ese hombre, Prescott, no es cierto?

—Sí, señor, y cumplí cinco años por ello, aunque fue él quien me forzó a ello. Cinco años... cuando debería tener una medalla del tamaño de un plato de sopa. Ningún hombre vivo puede distinguir un Prescott de un Banco de Inglaterra, y si no lo hubiera eliminado, hubiera inundado a Londres con ellos. Era el único en el mundo que sabía donde los había hecho. ¿Puede imaginar que quisiese llegar al lugar? ¿Y puede usted imaginar que cuando encontré a este loco y tonto cazador de bichos con un extraño nombre usurpando el lugar, y nunca alejándose de su habitación, tuve que idear un plan lo mejor que se me ocurriera para alejarlo de aquí? Quizás hubiera sido más astuto haberlo matado. Hubiera sido suficientemente fácil, pero soy un hombre blando de corazón que no puedo empezar a disparar a menos que otro hombre tenga un arma también. ¿Pero dígame, señor Holmes, qué es lo que hice mal, de todos modos? No he usado esta instalación. No he herido a este viejo cadáver. ¿En qué me ha atrapado?

—Sólo intento de homicidio, por lo que puedo ver —dijo Holmes—. Pero ese no es nuestro trabajo. La Justicia considerará eso en la siguiente etapa. Lo que queríamos en este momento era solamente su atractiva personalidad. Por favor llame a Yard, Watson. No les será enteramente inesperado.

Así que esos fueron los hechos sobre el asesino Evans y su rememorable invención de los tres Garridebs. Oímos posteriormente que nuestro pobre y viejo amigo nunca superó el trauma de sus sueños desaparecidos. Cuando su castillo en el aire cayó, se enterró bajo las ruinas. Lo último que oímos fue de un sanatorio en Brixton. Era un día alegre en Scotland Yard cuando el equipo de Prescott fue descubierto, porque, aunque sabían que existía, nunca habían sido capaces, luego de la muerte del hombre, de encontrar donde estaba. Evans ciertamente hizo un gran servicio ya que Prescott causó muchas preocupaciones a los hombres de la División de Investigaciones Criminales, porque el falsificador permanece por sí mismo encasillado como un peligro público. Voluntariamente se había subscripto a esa medalla del tamaño de un plato de sopa de la cual el criminal había hablado, pero un desagradecido banco tenía una visión menos favorable, y el asesino Evans regresó a las sombras de la cuales había emergido.

6. La aventura del cliente ilustre

Hoy ya no puede causar perjuicio fue la contestación que me dio Sherlock Holmes cuando, por décima vez en otros tantos años, le pedí autorización para hacer público el relato que sigue. Y de ese modo conseguí permiso para dejar constancia de lo que, en ciertos aspectos, constituyó el momento supremo de la carrera de mi amigo.

Lo mismo Holmes que yo sentíamos cierta debilidad por los baños turcos. Fumando en plena lasitud del secadero, he encontrado a Holmes menos reservado y más humano que en ningún otro lugar. Hay en el piso superior del establecimiento de baños de la avenida Northumberland un rincón aislado con dos meridianas a la par una de otra, y en ellas estábamos acostados el día 3 de septiembre de 1902, fecha en que da comienzo mi relato. Yo le había preguntado si había algún asunto en marcha, y él me contestó sacando su brazo largo, enjuto y nervioso, de entre las sábanas en que estaba envuelto, y extrayendo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, que estaba colgada a su lado.

—Puede lo mismo tratarse de algún individuo estúpido, inquieto y solemne, o de un asunto de vida o muerte —me dijo al entregarme la carta—. Yo no sé más de lo que me dice el mensaje.

Procedía del Carlton Club y traía la fecha de la noche anterior. Esto fue lo que yo leí:

«Sir James Damery presenta sus respetos a míster Sherlock Holmes, e irá a visitarle a su casa, mañana a las 4.30. Sir James se permite anunciarle que el asunto sobre el que desea consultar con míster Holmes es muy delicado y también muy importante. Confía por ello en que míster Sherlock Holmes haga los mayores esfuerzos por concederle esta entrevista, y que la confirmará llamando por teléfono al Club Carlton.»

—No hará falta que le diga, Watson, que la he confirmado —me dijo Holmes al devolverle yo el documento—. ¿Sabe usted algo del tal Damery?

—Lo único que sé es que ese apellido suena todos los días en la vida de sociedad.

—Yo no puedo decirle a usted algo más que eso. Lleva fama de ser un especialista en el arreglo de asuntos delicados que no conviene que aparezcan en los periódicos. Quizá recuerde usted sus negociaciones con sir George Lewis a propósito del testamento de Hammerford. Es un hombre de mundo que tiene dotes naturales para la diplomacia. Por ello no tengo más remedio que suponer que no se tratará de una pista falsa, y que, en efecto, le es precisa nuestra intervención.

—¿Nuestra?

—Si quiere ser usted tan amable, Watson.

—Me sentiré muy honrado.

—Pues entonces, ya sabe la hora; las cuatro y treinta. Podemos, pues, apartar el asunto de nuestra atención hasta esa hora.

Vivía yo por aquel entonces en mis habitaciones de la calle de Queen Anne, pero me presenté en la calle Baker antes de la hora indicada. Era la media en punto cuando fue anunciado sir james Damery. Apenas si hará falta describirlo, porque son muchos los que recordarán a aquel personaje voluminoso, estirado y honrado, aquella cara ancha y completamente afeitada, y sobre todo, aquella voz agradable y pastosa. Brillaba la franqueza en sus grises ojos de irlandés, y en sus labios inquietos y sonrientes jugueteaba la jovialidad. Todo pregonaba su cuidado meticuloso por el bien vestir que le había hecho célebre, su lustroso sombrero de copa, su levita negra; en fin, los detalles todos, desde la perla del alfiler de su corbata de raso negro, hasta las polainas cortas de color espliego sobre sus zapatos de charol. Aquel aristócrata corpulento y dominador se enseñoreó de la pequeña habitación.

—Esperaba, desde luego, encontrarme aquí con el doctor Watson —dijo, haciéndome una reverencia cortés—. Su colaboración pudiera ser muy necesaria en esta ocasión, porque nos las tenemos que ver con un individuo familiarizado con la violencia y que no se para en barras. Estoy por decir que no hay en Europa un hombre más peligroso.

—Ese calificativo ha sido aplicado ya a varios adversarios míos —dijo,

sonriente, Holmes— ¿Fuma usted? Pues entonces, me perdonara que yo encienda mi pipa. Peligroso de veras tiene que ser ese hombre de que habla, para serlo más que el profesor Moriarty, ya muerto, o que el aún vivo coronel Sebastián Moran. ¿Podría saber su nombre?

—¿Oyó usted hablar alguna vez del barón Gruner?

—¿Se refiere al asesino austriaco?

El coronel Damery alzó las manos enguantadas en cabritilla rompiendo a reír:

—¡A usted no se le escapa nada, míster Holmes! ¡Es asombroso! ¿De modo ya, que lo tiene usted calibrado como asesino?

—Mi profesión me obliga a estar al día de los hechos criminales del continente. ¿Quién que haya leído el relato de lo ocurrido en Praga puede tener dudas acerca de la culpabilidad de tal individuo? Se salvó por una cuestión puramente de tecnicismo legal y por el fallecimiento sospechoso de un testigo. Tengo la misma seguridad que si lo hubiese presenciado con mis propios ojos de que él mató a su esposa cuando ocurrió aquel llamado accidente en el Paso de Splugen. También yo estaba enterado de que el barón se había trasladado a Inglaterra, y barruntaba que más pronto o más tarde me proporcionaría tarea. Veamos: ¿qué es lo que ha hecho este barón Gruner? Me imagino que no se tratará de una exhumación de la vieja tragedia.

—No, es más grave que eso. Es importante que se castigue el crimen ya cometido, pero lo es más el evitarlo. Míster Holmes, es cosa terrible ver cómo se prepara delante de los ojos de uno mismo un acontecimiento espantoso, una situación atroz; darse cuenta clara de cuál será el final y verse del todo impotente para evitarlo.

¿Puede un ser humano verse en situación más angustiosa?

—Quizá no.

—Siendo así, creo que sentirá usted simpatía por el cliente en cuyo interés estoy actuando.

—No supuse que actuaba usted como simple intermediario. ¿Quién es el interesado?

—Míster Holmes, he de rogarle que no insista en esa pregunta. Es de la mayor importancia que yo pueda darle la seguridad de que su ilustre apellido no ha sido traído a colación en el asunto. Prefiere permanecer desconocido, aunque actúe por móviles caballerosos y nobles en el más alto grado. No hará falta que diga que sus honorarios están garantizados y que podrá actuar con absoluta libertad. ¿Verdad que carece de importancia el nombre de su cliente?

—Lo siento —contestó Holmes—. Estoy acostumbrado a que un extremo de mis casos esté envuelto en misterio, pero el que lo estén los dos extremos resulta demasiado expuesto a confusiones. Lamento, sir James, tener que rehusar a ocuparme del caso.

Nuestro visitante dio muestras de profundo desconcierto. La emoción y la desilusión ensombrecieron su cara ancha y expresiva, y dijo:

—Míster Holmes, es difícil que pueda usted darse cuenta del alcance de esa negativa suya. Me coloca usted en un dilema grave, porque tengo la seguridad completa de que si me fuera posible revelárselo todo, se sentiría usted orgulloso de encargarse del caso; pero me lo impide la promesa que tengo hecha. ¿Podría yo, por lo menos, exponerle todo lo que me está permitido?

—No hay inconveniente, a condición de que quede bien sentado que yo no me comprometo a nada.

—Entendido. En primer lugar, creo, sin duda, que habrá oído usted nombrar al general De Merville.

—De Merville... ¿el que se hizo famoso en Khyber? Sí, he oído hablar de él.

—Tiene una hija, Violeta de Merville, joven, rica, hermosa, culta, un prodigio de mujer en todo sentido. Pues bien; es a esta hija, a esta muchacha encantadora e inocente, a la que estamos tratando de salvar de las garras de un demonio.

—Eso quiere decir que el barón Gruner ejerce poder sobre ella, ¿verdad?

—El más fuerte de todos los poderes, tratándose de una mujer: el poder del amor. Ese individuo es, como quizás haya oído usted decir, un hombre de extraordinaria hermosura, de trato fascinador, voz acariciadora y aparece envuelto en esa atmósfera de novela y de misterio que tanto atrae a la mujer. Se cuenta que no hay ninguna que se le resista y que se ha aprovechado

ampliamente de ese hecho.

—Pero ¿cómo pudo un hombre de su calaña establecer trato con una dama de la categoría de miss Violeta de Merville?

—Fue durante una excursión en yate por el Mediterráneo. Los que en la misma participaban, aunque gente selecta, habían de pagarse el pasaje. Es seguro que los iniciadores no supieron la verdadera personalidad del barón hasta que fue ya demasiado tarde. El muy canalla se dedicó a cortejar a la joven, y consiguió ganarse su corazón de una manera completa y absoluta. Decir que ella le ama no es decir bastante. Está chiflada por él, está obsesionada con él. No hay nada para ella en el mundo fuera de ese hombre. No consiente en escuchar nada que vaya contra él. Se ha hecho todo lo que es posible hacer para curarla de su locura, y ha sido en vano. Para resumirlo todo: tiene el propósito de casarse con el barón el mes que viene. Y como es ya mayor de edad y tiene una voluntad de hierro, resulta difícil idear una manera de impedírselo.

—¿Está enterada del episodio austriaco?

—Ese astuto demonio le ha contado todos los feos escándalos públicos de su vida pasada, pero lo ha hecho en todos los casos presentándose a sí mismo como un mártir inocente. Ella acepta la versión de Gruner y no quiere escuchar ninguna otra.

—¡Vaya! Bien pero creo que ha pronunciado usted sin darse cuenta el nombre de su cliente, que es, sin duda el general De Merville.

Nuestro visitante se movió nervioso en su silla.

—Míster Holmes, yo podría equivocarle diciéndole que sí, pero faltaría a la verdad. De Merville es hombre ya sin energías. Este incidente ha desmoralizado por completo al veterano soldado. Perdió el temple que no le abandonó jamás en los campos de batalla, y se ha convertido en un hombre débil y vacilante, incapaz de hacer frente a un canalla lleno de brillantez y de ímpetu como es el austriaco. Mi cliente, sin embargo, es un viejo amigo que ha tratado íntimamente al general por espacio de muchos años y se interesa paternalmente por esta mocita desde que se vistió de corto. No es capaz de presenciar cómo se consuma esta tragedia sin realizar algún intento para evitarla. Scotland Yard no tiene base alguna para intervenir en este asunto. Fue sugerencia de esa persona la idea de que intervenga usted, aunque como ya he dicho con la estipulación expresa de

que no apareciese envuelto personalmente en el caso. Yo no dudo, míster Holmes, de que poniendo en juego sus grandes dotes, le sería fácil seguir la pista que le llevaría hasta mi cliente con sólo seguirme a mí, pero he de pedirle como cuestión de honor que se abstenga de hacerlo y que no rompa su incógnito.

Holmes dejó ver una sonrisa muy especial, y contestó:

—Creo que puedo prometérselo con toda seguridad. Le agregaré que el problema que me trae me interesa, y que estoy dispuesto a examinarlo. ¿Cómo podré mantenerme en contacto con usted?

—El Club Carlton sabrá dar conmigo. Pero en caso de necesidad inmediata, hay un teléfono para llamadas reservadas: el equis equis treinta y uno.

Holmes tomó nota del mismo, y permaneció, sonriendo, con el libro de notas abierto encima de las rodillas.

—La dirección actual del barón, por favor.

—Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es un edificio espacioso. Ha salido con suerte de algunas especulaciones dudosas, y es hombre rico, lo cual le hace un adversario tanto más peligroso.

—¿Está actualmente en su casa?

—Sí.

—Con independencia de lo que ya me ha explicado, ¿puede proporcionarme algún otro dato acerca de ese hombre?

—Es una persona de gustos costosos, criador de caballos; jugó una breve temporada al polo en Hurlingham, pero se habló del asunto de Praga y tuvo que retirarse. Colecciona libros y cuadros. Hay en su temperamento un importante aspecto de artista. Tengo entendido que está considerado como una autoridad en porcelana china, y ha publicado un libro sobre el tema.

—Una personalidad compleja —dijo Holmes—. Todos los grandes criminales la tienen. Mi antiguo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainwright no era cualquier cosa como artista. Podría citar muchos más. Bien, sir James, informe a su cliente de que desde este momento concentro mi atención en el

barón Gruner. No puedo decir más; dispongo de algunas fuentes de información propias mías, y creo que no han de faltarme algunos medios para iniciar el trabajo.

Una vez que se retiró nuestro visitante, permaneció Holmes sentado y sumido en profundas meditaciones durante tan largo rato que me pareció se había olvidado de mi presencia. Sin embargo, volvió de pronto con gran viveza a la realidad y me preguntó:

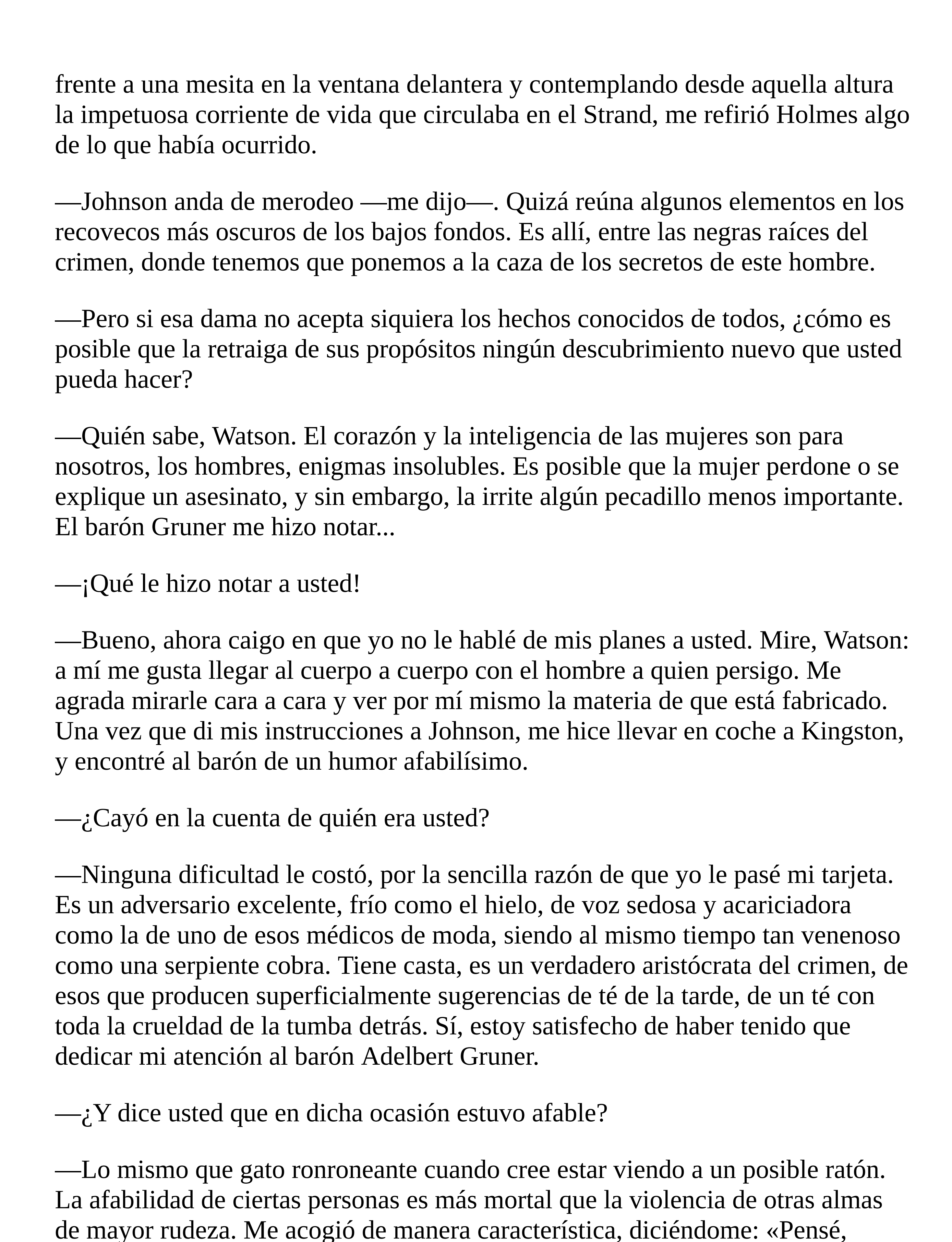
—Y qué, Watson, ¿no se le ocurre algo?

—Yo creo que lo mejor que puede usted hacer es entrevistarse con la misma joven.

—Querido Watson, ¿cómo voy yo, un desconocido, a salir airoso, si su pobre y anciano padre no ha conseguido influir en ella? Sin embargo, si todo lo demás nos falla, hay algo aprovechable en esa sugerencia. Pero creo que es preciso que empecemos desde un ángulo distinto. Me está pareciendo que Shinwell Johnson podría servirnos de algo.

Aún no se me ha presentado ocasión en estas Memorias de mencionar a Shinwell Johnson, porque sólo raras veces he entresacado mis casos de las últimas etapas de la carrera de mi amigo. Llegó a ser un colaborador valioso durante los primeros años de este siglo. Lamento decir que Johnson empezó por ganarse fama como maleante muy peligroso y cumplió dos condenas en Parkhurst. Más tarde se arrepintió y se alió con Holmes, actuando de agente suyo en el voluminoso mundo de los bajos fondos de

Londres, y sus valiosas informaciones resultaron con frecuencia de vital importancia. Si Johnson hubiese sido un cimbel de la policía, pronto habría sido puesto al descubierto; pero como intervenía en casos que no llegaban nunca directamente a los tribunales de justicia, sus compañeros no advirtieron jamás sus actividades. Con el brillo de sus dos condenas tenía acceso libre a todos los clubes nocturnos, tugurios y antros de juego, y su rapidez de observación y despierto cerebro lo convirtieron en un agente ideal para adquirir informes. En esta ocasión propúsose Sherlock Holmes recurrir a sus servicios. No me fue posible seguir de cerca los pasos que dio a continuación mi amigo, porque tenía ciertos asuntos profesionales apremiantes propios míos; pero, de acuerdo con la cita que teníamos, me reuní con él aquella noche en Simpson's, donde, sentados


frente a una mesita en la ventana delantera y contemplando desde aquella altura la impetuosa corriente de vida que circulaba en el Strand, me refirió Holmes algo de lo que había ocurrido.

—Johnson anda de merodeo —me dijo—. Quizá reúna algunos elementos en los recovecos más oscuros de los bajos fondos. Es allí, entre las negras raíces del crimen, donde tenemos que ponemos a la caza de los secretos de este hombre.

—Pero si esa dama no acepta siquiera los hechos conocidos de todos, ¿cómo es posible que la retraiga de sus propósitos ningún descubrimiento nuevo que usted pueda hacer?

—Quién sabe, Watson. El corazón y la inteligencia de las mujeres son para nosotros, los hombres, enigmas insolubles. Es posible que la mujer perdone o se explique un asesinato, y sin embargo, la irrite algún pecadillo menos importante. El barón Gruner me hizo notar...

—¡Qué le hizo notar a usted!

—Bueno, ahora caigo en que yo no le hablé de mis planes a usted. Mire, Watson: a mí me gusta llegar al cuerpo a cuerpo con el hombre a quien persigo. Me agrada mirarle cara a cara y ver por mí mismo la materia de que está fabricado. Una vez que di mis instrucciones a Johnson, me hice llevar en coche a Kingston, y encontré al barón de un humor afabilísimo.

—¿Cayó en la cuenta de quién era usted?

—Ninguna dificultad le costó, por la sencilla razón de que yo le pasé mi tarjeta. Es un adversario excelente, frío como el hielo, de voz sedosa y acariciadora como la de uno de esos médicos de moda, siendo al mismo tiempo tan venenoso como una serpiente cobra. Tiene casta, es un verdadero aristócrata del crimen, de esos que producen superficialmente sugerencias de té de la tarde, de un té con toda la crueldad de la tumba detrás. Sí, estoy satisfecho de haber tenido que dedicar mi atención al barón Adelbert Gruner.

—¿Y dice usted que en dicha ocasión estuvo afable?

—Lo mismo que gato ronroneante cuando cree estar viendo a un posible ratón. La afabilidad de ciertas personas es más mortal que la violencia de otras almas de mayor rudeza. Me acogió de manera característica, diciéndome: «Pensé,

míster Holmes, que recibiría su visita más pronto más tarde. Sin duda que estará usted al servicio del general De Merville para que procure impedir mi matrimonio con su hija Violeta. Es eso, ¿verdad que sí?» Le contesté que así era en efecto, y él me dijo: «Querido señor, lo único que va a conseguir es echar a perder su bien ganada fama, Se trata de un caso en el que no hay posibilidad de que usted tenga éxito. Será el suyo un trabajo estéril, para no hablar de los posibles peligros que puedan acecharle. Permítame que le aconseje con vivo interés que se haga a un lado inmediatamente.»

«Es curioso —le contesté— acaba usted de darme el mismísimo consejo que yo me proponía darle a usted. Yo respeto su inteligencia, barón, y ese respeto mío no ha disminuido con esta breve conversación nuestra. Permítame que le hable de hombre a hombre. Nadie pretende remover su pasado y colocarle en situación innecesariamente incómoda. Aquello pasó, y usted se encuentra ahora en aguas tranquilas; pero si usted se empeña en este matrimonio, levantará en contra suya a un enjambre de enemigos poderosos que no le dejarán en paz hasta que la estancia en Inglaterra le resulte demasiado incómoda. ¿Lo vale verdaderamente el juego? Créame, ganaría usted dejando tranquila a esa dama. Será poco agradable para usted que lleguen a conocimiento de ella los hechos de su pasado.» El barón luce debajo de su nariz unos tubitos de pelo abrillantado de cosmético, que producen la impresión de las antenas cortas de un insecto. Mientras me escuchaba, esos tubos de pelo se estremecían divertidos y acabó rompiendo a reír suavemente: «Míster Holmes, disculpe este buen humor —me dijo—. Es realmente divertido ver que intenta hacer baza sin tener triunfo alguno en la mano. Creo que nadie le aventajaría, pero resulta, a pesar de todo, bastante patético. Míster Holmes, no tiene usted en la mano ni un solo triunfo; sólo cartas de lo más menudas.» «Eso es lo que usted cree.» «Eso es lo que me consta. Voy a ponérselo de manera que lo entienda, porque las cartas que yo tengo en la mano son tan fuertes, que puedo permitirme el lujo de enseñarlas. He tenido la buena fortuna de ganarme por completo el cariño de esa dama. Me lo ha entregado a pesar de que yo le relaté sin ambages todos los desdichados incidentes de mi vida pasada. También le aseguré que existían ciertas personas malas y enredadoras... espero que usted se dará por aludido, que se acercarían a ella a contarle todas esas cosas, y le advertí de qué forma debía tratarlas. ¿Ha oído usted hablar, míster Holmes, de la sugestión poshipnótica? Pues bien, va usted a ver sus fenómenos en la práctica, porque un hombre que tenga personalidad es capaz de emplear el hipnotismo sin nada de pases ni otra clase de comedias. De otro modo, pues, que ella le espera a usted: no me cabe la menor duda de que le otorgará una cita, porque se presta con amabilidad a los

deseos de su padre; con excepción únicamente de nuestro pequeño asunto.» Pues bien, Watson: no creí que tuviese nada más que agregar, y me despedí con toda la fría dignidad que fui capaz de reunir; él me detuvo diciéndome: «A propósito, míster Holmes, ¿conocía usted a Le Brun, agente de policía francés?» «Sí», le contesté. «¿Sabe lo que le ocurrió?» «Oí decir que unos apaches le apalearon en el distrito de Mont-martre y le dejaron inválido para toda su vida.» «Muy cierto, míster Holmes. Da la curiosa coincidencia de que sólo una semana antes de ese hecho, el tal Le Brun había estado realizando investigaciones acerca de asuntos míos. No haga usted lo mismo, míster Holmes; es cosa que no trae buena suerte. Son varios los que ya lo han comprobado. Lo último que le digo es esto: siga su propio camino y déjeme a mí seguir el mío, Adiós.» Ahí tiene usted, Watson; ya está usted al día de todo.

—Parece un individuo peligroso.

—Peligrosísimo. A mí no me impresionan los fanfarrones, pero este hombre pertenece a la categoría de los que se quedan en sus palabras por debajo de sus propósitos.

—¿Y es forzoso que usted intervenga? ¿Es de verdadera importancia que ese hombre no se case con la muchacha?

—Yo diría que tiene mucha importancia, pensando en que, sin género alguno de duda, asesinó a su última mujer. ¡Además, tenemos el cliente! Bueno, bueno, no hay necesidad de que discutamos este aspecto de la cuestión. Es preferible que me acompañe usted a casa una vez que termine de tomar el café, porque el ágil Shinwell estará ya allí con su informe.

Estaba, en efecto. Era un hombre corpulento, tosco, de cara rubicunda y aspecto escorbútico, con unos ojos negros vivaces que constituían la única señal exterior del alma por demás astuta que había en el interior. Por lo visto, había buceado en lo que constituía su reino característico y, allí, estaba, sentado junto a él en el sofá, un ejemplar que se había traído, consistente en una mujer joven, delgada y ondulante como una llama, de rostro pálido y cara de expresión intensa, juvenil, pero tan consumida por el pecado y el dolor, que en ella podían descubrirse los años terribles que habían dejado en la misma su huella leprosa.

—Esta es miss Kitty Winter —dijo Shinwell Johnson, con un vaivén de la gruesa mano a modo de presentación—. Lo que ella no sepa...; bueno, ella misma

hablará. Antes de una hora de haber recibido su mensaje le eché el guante, míster Holmes.

—Es fácil dar conmigo —dijo la joven—. Yo siempre estoy en el garito. Como este gordo de Shinwell. Gordo, somos viejos camaradas tú y yo. Pero por vida mía, que hay otra persona que si hubiese la menor justicia en el mundo debería encontrarse en un infierno todavía más profundo que el nuestro. Es el hombre detrás del que usted anda, míster Holmes.

Holmes se sonrió, y dijo:

—Miss Winter, me parece que contamos con su simpatía.

—Si yo puedo ayudar a que ese hombre vaya a donde debe ir, cuenten conmigo hasta el último estertor —dijo nuestra visitante con furiosa energía. Su cara pálida y resuelta y sus ojos llameantes mostraban un odio tan intenso como rara vez una mujer y jamás un hombre pueden alcanzar—. Míster Holmes, no hace falta que remueva usted mi pasado. No es ni de aquí ni de allá. Yo soy lo que Adelbert Gruner hizo de mí. ¡Si yo pudiese tirarlo por tierra! —sus manos, como garras, se aferraron con frenesí al aire—. ¡Oh, si yo pudiera arrastrarlo al foso adonde él ha empujado a tantas!

—¿Está usted enterada del asunto?

—El gordo Shinwell me lo ha contado. Por lo visto anda esta vez detrás de una pobre tonta y quiere casarse con ella. Usted desea impedirlo. Bien, pero es seguro que usted conoce lo bastante acerca de ese canalla para impedir a cualquier chica decente y que esté en sus cabales inscribirse en la misma parroquia que él.

—Pero ella no está en sus cabales, sino locamente enamorada. Se le ha dicho de él todo lo que hay que decir, y nada le importa.

—¿También lo del asesinato?

—Sí.

—¡Por vida mía, que debe de ser muchacha valiente!

—Dice que todo son calumnias.

—Pero ¿no puede usted meterle por sus ojos de idiota las pruebas?

—Bien, ¿puede usted ayudarnos en esa tarea?

—¿No soy yo misma una prueba? Con sólo que me pongan delante de ella y yo le cuente de qué manera me trató...

—¿Está usted dispuesta a hacerlo?

—¿Qué si estoy dispuesta? ¡Cómo piensa que no voy a estarlo!

—Quizá valiera la pena intentarlo. Pero ese hombre le ha contado gran parte de sus culpas y ella le ha perdonado, y tengo entendido que no está dispuesta a abrir nueva discusión acerca del asunto.

—Apuesto cualquier cosa a que él no le ha contado todo. Aparte de ese asesinato que tanto dio que hablar, yo entreví uno o dos más. Me habló en más de una ocasión de alguien, con sus maneras aterciopeladas, y luego me miró fijamente y me dijo: «Al mes de eso murió.» La cosa no era como para tranquilizarla a una, pero yo no le di mucha importancia, porque en aquel entonces estaba enamorada de él. A mí me parecía bien todo lo que él hacía, lo mismo que ahora le parece a esa pobre loca. Una sola cosa me produjo impresión profunda, y, por vida mía, que de no haber sido por ésa su lengua venenosa y embustera que sabe encontrar explicación para todo y que todo lo suaviza, aquella misma noche me habría largado yo de su lado. Me refiero a un libro que él tiene un libro de pastas de cuero color castaño con un cierre y su escudo grabado en oro en la parte de fuera. Creo que aquella noche estaba un poco borracho, o, de lo contrario, no me lo habría enseñado.

—¿Y qué libro era ése?

—Mire, míster Holmes, este individuo colecciona mujeres y se enorgullece de su colección, de la misma manera que algunos hombres coleccionan polillas y mariposas. En ese libro suyo tenía registrado todo: fotografías instantáneas, nombres, detalles, todos los datos acerca de esas mujeres. Era un libro repugnante; un libro que ningún hombre, ni aunque procediera del arroyo, habría sido capaz de reunir. Sin embargo, era el libro de Adelbert Gruner. Almas que he arruinado. Ése es el título que habría podido inscribir en la portada, si se le hubiese ocurrido. Sin embargo, con eso no vamos a ninguna parte, porque ese libro no le servirá a usted de nada, y si le sirviese no podría hacerse con él.

—¿Dónde está ese libro?

—¿Cómo puedo yo decirle donde está ahora? Hace más de un año que me aparté de ese hombre. Sé donde lo guardaba entonces. Gruner es en muchos aspectos un gato limpio y cuidadoso, de modo que quizá siga estando en uno de los compartimientos del escritorio antiguo que tiene en su despacho interior. ¿Conoce usted la casa del barón?

—He estado en su despacho —dijo Holmes.

—¿Ah, sí? Pues la verdad que se ha movido usted mucho para no haber empezado la tarea sino esta mañana. El despacho exterior es aquel en que exhibe las porcelanas de China; un gran armario de cristal entre las ventanas. Detrás de su mesa esta la puerta por la que se pasa al despacho interior; un cuartito donde guarda documentos y cosas.

—¿No teme a los ladrones?

—Adelbert no es un cobarde. Ni el peor enemigo suyo podría afirmar eso de él.

Sabe guardarse. Por la noche funciona un timbre de alarma contra los ladrones. Además, ¿qué hay allí que pueda interesar a un ladrón, corno no se llevase todos sus cacharros de fantasía?

—Eso no sirve para nada. Ningún perista admite artículos que no pueda ni fundir ni vender —dijo Shínwell Johnson, con el acento sentencioso de un técnico en la materia.

—Así es, en efecto —dijo Holmes—. Bueno, miss Winter, si usted quisiese venir hasta aquí mañana por la tarde a las cinco, meditaré de aquí a entonces en si es posible combinar una entrevista personal suya con esa otra joven. Le quedo extraordinariamente agradecido por su cooperación. No necesito decirle que mis clientes se mostrarán espléndidos en...

—Ni hablar de eso, míster Holmes —exclamó la joven—. Yo no he salido a ganar dinero. Con tal de que vea a ese hombre en el fango, me consideraré pagada por mi trabajo... En el fango y pisoteándole yo su maldita cara. Ese es mi precio. Estaré a su disposición mañana o cualquier otro día, mientras usted le persigue. Aquí, el gordo, le dirá siempre dónde puede encontrarme.

No volví a ver a Holmes hasta la noche siguiente, en que volvimos a cenar en nuestro restaurante del Strand. Cuando yo le pregunté cómo le había ido en su entrevista, se encogió de hombros. Acto continuo me hizo el relato, que yo voy a repetir, como luego se verá, porque su exposición dura y seca necesita alguna ligera manipulación para suavizarla y darle verdadera vida.

—No tuve dificultad alguna en conseguir la cita, porque la muchacha está en sus glorias dando pruebas de obediencia filial abyecta en todo lo secundario, para de ese modo hacerse perdonar su flagrante desobediencia en lo referente a su compromiso matrimonial. El general me telefoneó que todo estaba listo, y la arrebatada miss Winter acudió puntual, de modo que a las cinco y media nos dejó un coche frente al número ciento cuatro de la plaza de Berkeley, donde reside el veterano soldado, en uno de esos castillos londinenses espantosamente grises, junto a los cuales las iglesias parecen edificios frívolos. Un lacayo nos pasó a una gran sala de cortinajes amarillos, y en ella nos esperaba la joven grave, pálida, reservada; tan inflexible y tan lejana como una estatua de nieve en lo alto de una montaña. Yo no acierto verdaderamente con el medio de retratársela a usted, Watson. Quizá tenga usted ocasión de conocerla antes de que terminemos con este asunto, y entonces podrá usted servirse de su propio caudal de palabras. Es hermosa, pero con la hermosura etérea de un transmundo, propia de una fanática que tiene puestos sus pensamientos en las alturas. He visto caras así en los cuadros de viejos pintores de la Edad Media. A mí no me cabe en la cabeza cómo un hombre bestial haya podido poner sus garras repugnantes en un ser como ése. Quizá se haya fijado ya en que los extremos se atraen, lo espiritual hacia lo animal, el hombre de las cavernas hacia el ángel. Pero jamás habrá visto usted contraste peor que éste... Ella sabía a lo que íbamos, como es natural; porque aquel canalla no había dejado pasar tiempo para acudir a envenenar su alma contra nosotros. Creo que sí, que la asombró bastante la visita de miss Winter, pero nos indicó con un vaivén de la mano que nos sentásemos en nuestras sillas correspondientes, cómo lo haría una reverenda madre abadesa al recibir la visita de dos mendigos bastante lacerados. Querido Watson, si su cerebro se siente inclinado a encresparse, tome lecciones de Violeta de Merville. «Bien, señor —me dijo con una voz que se parecía al viento que sopla desde un témpano de hielo—; lo conozco ya mucho de nombre. Según creo, ha venido usted a visitarme para denigrar a mi prometido, el barón Gruner. Le he recibido a usted únicamente por deseo expreso de mi padre, y le advierto por adelantado que nada de lo que pueda decirme ejercerá la más ligera impresión sobre mi voluntad.» Le tuve compasión, Watson. En aquel momento pensé en ella como habría pensado en una hija mía. Rara vez soy elocuente.

Yo manejo mi cerebro, no mi corazón. Pero la verdad es que empleé con ella las frases más calurosas que fui capaz de encontrar en mi manera de ser. Le pinté la situación espantosa de la mujer que se despierta para conocer el verdadero carácter de un hombre después de que ya es su esposa; de una mujer que tiene que resignarse a ser acariciada por manos manchadas de sangre y labios de sanguijuela. No me olvidé de nada; de la vergüenza, del terror, de la angustia, de la irremediabilidad de todo ello. Mis frases conmovidas no consiguieron teñir con una sola pincelada de color aquellas mejillas de marfil, ni hacer que en sus ojos ensimismados brillase un solo destello de emoción. Recordé lo que aquel canalla me había dicho acerca de la influencia poshipnótica. Se hubiera dicho que la joven vivía por encima de lo terrenal en un sueño de éxtasis. «Míster Holmes —me dijo—, le he escuchado con paciencia. El efecto que ha producido en mi voluntad es exactamente el que yo le anuncié. Sé ya que Adelbert, mi prometido, ha llevado una vida tempestuosa y que en el transcurso de la misma ha despertado odios enconados y ha sido víctima de los más injustos ataques. Usted es el último de una serie de personas que ha expuesto ante mí sus calumnias. Quizá su intención sea buena, aunque me consta que es usted un agente a sueldo que actuaría de la misma manera en favor que en contra del barón. En todo caso, quiero que sepa de una vez y para siempre que yo le amo y que él me ama, y que la opinión del mundo entero no representa para mí cosa superior a los gorjeos de esos pájaros que hay en la parte de afuera de mi ventana. Si su noble alma ha tenido en algún momento una caída, quizás esté yo especialmente destinada a levantarla hasta su elevado y auténtico nivel.» De pronto, volvió sus ojos hacia mi acompañante y dijo: «No me imagino quién pueda ser esta joven.» Iba yo a responderle cuando la muchacha estalló lo mismo que un torbellino. Si alguna vez la llama y el hielo se han visto frente a frente fue cuando se vieron de ese modo aquellas dos mujeres. «Yo le voy a decir quién soy —gritó miss Winter, saltando de su asiento con la boca contorsionada de furor— Soy su última amante. Soy una del centenar de mujeres que él ha tentado, que él ha gozado, que él ha arruinado y arrojado luego a la basura, como lo hará con usted, aunque el montón de basura al que usted irá a parar será probablemente el sepulcro, y en eso tendrá usted suerte. Le digo, mujer estúpida, que casarse con ese hombre equivale para usted a la muerte. Le despedazará el corazón o le retorcerá el cuello, pero de una manera o de otra, la matará. No hablo por amor a usted. Me importa un rábano que usted viva o que usted muera. Hablo por odio a él, para escupirle, para hacerle sufrir lo que él me ha hecho sufrir a mí; pero me da igual, mi elegante joven, y no me mire de esa manera, porque para cuando termine su asunto quizás haya caído usted todavía más bajo que yo». «Preferiría no hablar de estas cosas —dijo con frialdad miss De Merville—. Permítame que

le diga que estoy enterada de tres episodios de la vida de mi novio en los que se vio enzarzado en las redes de mujeres calculadoras, y que estoy segura de que se encuentra cordialmente arrepentido de todo el daño que él haya podido ocasionar» «¡Tres episodios! —gritó mi acompañante—. ¡Estúpida! ¡Estúpida rematada!» «Míster Holmes, yo le suplico que pongamos fin a esta entrevista —dijo la voz de hielo—. He obedecido al deseo de mi padre aceptando entrevistarme con usted, pero no me creo obligada a escuchar los delirios de esta individua.» Miss Winter se abalanzó, lanzando una blasfemia, y si yo no la hubiese sujetado por la muñeca, habría agarrado por el moño a aquella mujer capaz de sacar de quicio a cualquiera. Tiré de miss Winter hacia la puerta, y tuve la buena suerte de volver a meterla en el coche sin dar lugar a un escándalo público, porque estaba fuera de sí de rabia. También yo, dentro de mi frialdad, me sentía irritadísimo, porque la superioridad y la suprema complacencia en sí misma de la mujer a la que intentábamos salvar tenían un algo de indeciblemente molesto. Ya sabe usted, pues, otra vez cuál es la situación y es evidente que necesito preparar otra jugada de salida, porque este gambito ya no sirve. Me mantendré en contacto con usted, Watson, porque es más que probable que tenga que representar un papel en la obra, aunque quizás es también posible que la próxima jugada la hagan ellos más bien que nosotros.

Y la hicieron. Descargaron el golpe, o mejor dicho, lo descargó, porque jamás he podido creer que la dama pudiera ser copartícipe del mismo. Creo que aún hoy podría señalar la losa de la acera en que yo estaba cuando mis ojos se posaron en el cartelón anunciador, con un sentimiento angustioso de horror que traspasó mi alma. Fue entre el Gran Hotel y la estación de Charing Cross donde un vendedor de periódicos, al que le faltaba una pierna, tenía expuestos los periódicos de la tarde. Era exactamente dos días después de nuestra última conversación. Creo que permanecí unos momentos como atontado por un golpe. Conservo luego el confuso recuerdo de que eché mano violentamente a un periódico, de que el vendedor me reprendió, porque no le había pagado, y, por último, de que me detuve en la puerta de entrada de una farmacia, mientras encontraba la funesta gacetilla. La terrible hoja anunciadora de las noticias decía en letra negra sobre fondo amarillo:

MORTAL AGRESIÓN CONTRA SHERLOCK HOLMES

«Nos enteramos, con pesar, de que el conocidísimo detective particular míster Sherlock Holmes ha sido víctima esta mañana de una mortal agresión, de resultas de la cual ha quedado en estado grave. No se poseen detalles exactos acerca del suceso, pero debió de ocurrir en la calle Regent a eso de las doce de la noche, frente al café Royal. La agresión fue llevada a cabo por dos hombres armados de bastones, y míster Holmes fue golpeado en la cabeza y en el cuerpo, recibiendo heridas que los médicos califican de muy graves. Fue conducido al hospital de Charing Cross, y después insistió en que le condujesen a sus habitaciones de la calle Baker. Según parece, los malhechores que le agredieron eran hombres bien vestidos, que luego se pusieron a salvo de las personas que presenciaron el caso, metiéndose por el café Royal y saliendo de éste por la parte trasera, a la calle Glasshouse. Pertenecen, sin duda alguna, a la cofradía de criminales que tantas veces ha tenido que lamentar la actividad y la destreza desplegadas por el agredido.»

No hará falta decir que casi sin acabar de leer la noticia salté a un hansom y me lancé camino de la calle Baker. Encontré en el vestíbulo al célebre cirujano sir Leslie Oakshott, cuyo coche brougham esperaba junto al bordillo de la acera.

—No existe peligro inmediato —fue el informe suyo—. Dos heridas con desgarro en el cuero cabelludo y varios magullamientos importantes. Ha sido preciso darle varios puntos de sutura. Le ha sido inyectada morfina y es esencial la tranquilidad, aunque no esté prohibida radicalmente una entrevista de algunos minutos.

Con tal autorización me metí calladamente en el cuarto, que estaba medio a oscuras. El paciente estaba completamente despierto, y oí que me llamaba con un áspero cuchicheo. La cortinilla estaba bajada una cuarta parte de la altura de la ventana, dejando pasar de soslayo un rayo de sol que iba a proyectarse sobre la vendada cabeza del herido. La blanca compresa de hilo se había empapado de sangre y mostraba un manchón purpúreo. Me senté junto a la cama e incliné mi cabeza.

—Perfectamente, Watson. No ponga esa cara de asustado —murmuró con voz débil—. La cosa no está tan mal como parece.

—¡Gracias sean dadas a Dios!

—Yo entiendo algo de la lucha con bastón, corno usted sabe, y la mayoría de los bastonazos los recibí con mis brazos en posición de guardia. Con el que no pude es con el segundo enemigo.

—¿Qué puedo hacer, Holmes? No cabe duda de que fueron enviados por ese maldito individuo. Iré y lo despellejaré a latigazos si usted me lo ordena.

—¡Bueno y querido Watson! No, sobre eso nada podemos hacer mientras la policía no les eche el guante a esos hombres. Tenían bien preparada la retirada. De eso podemos estar bien seguros. Espere un poco. Tengo trazados mis planes. Lo primero que es preciso hacer es exagerar mis heridas. Vendrán a pedirle noticias. Exagere de firme, Watson. Será mucha suerte si yo llego hasta el fin de la semana, rotura de cráneo, delirio, lo que guste. Nunca exagerará demasiado.

—Pero ¿y sir Leslie Oakshott?

—No dirá nada. Se fijará en lo peor de mi estado. Ya me cuidaré yo de ello.

—¿Nada más?

—Sí. Avise a Shinwell Johnson que cuide de apartar de la circulación a la muchacha. Esos elegantes la andarán buscando. Saben, como es natural, que ella me acompañó. Si se atrevieron a meterse conmigo, no es probable que se olviden de ella.

Es cosa urgente. Hágalo esta misma noche.

—Ahora mismo iré. ¿Algo más?

—Coloque encima de la mesa mi pipa y la bolsita del tabaco, ¡muy bien! Venga por aquí todas las mañanas y haremos nuestro plan de campaña.

Me las entendí con Johnson aquella misma noche para que llevase a miss Winter a un barrio tranquilo, y que tuviese cuidado de que ella permaneciera agazapada hasta que pasase el peligro.

El público estuvo durante seis días bajo la impresión de que Holmes se encontraba a las puertas de la muerte. Los boletines eran muy graves y en los periódicos aparecían gacetillas siniestras. Mis constantes visitas me daban a mí la seguridad de que la cosa no era tan seria. Su férrea constitución y su voluntad

resuelta realizaban milagros. Se recobraba rápidamente, y en ocasiones llegaba yo a sospechar que se rehacía más rápidamente aún de lo que quería hacerme creer a mí. Había en aquel hombre una curiosa tendencia al secreto que solía producir muchos efectos dramáticos, pero que dejaba incluso a su más íntimo amigo haciendo cábalas sobre cuáles serían sus verdaderos planes. Holmes llevaba hasta el límite extremo el axioma de que el único conjurado que está seguro es el que lleva él solo una conjura. Yo me encontraba más próximo a él que nadie y, sin embargo, tenía en todo momento la sensación de la grieta que nos separaba.

Al séptimo día le quitaron los puntos de sutura, a pesar de lo cual, los periódicos de la noche hablaban de erisipela. Los mismos periódicos de la noche trataban otra noticia que yo tenía por fuerza que llevar a mi amigo, lo mismo si estaba sano que si estaba enfermo. En la lista de pasajeros del barco de la «Cunard», el Ruritania, que zarpaba el viernes de Liverpool, figuraba el barón Adelbert Gruner, que tenía que cerrar en los Estados Unidos importantes transacciones financieras antes de su boda inminente con miss Violeta de Merville, única hija de, etcétera, etcétera. Holmes escuchó la noticia con una expresión fría y reconcentrada en su cara pálida. Comprendí que le había herido en lo vivo.

—¡El viernes! —exclamó—. ¡Tres días disponibles tan sólo! Yo creo que el muy canalla quiere zafarse del peligro. ¡Pero no lo conseguirá, Watson! ¡Por todos los diablos, que no lo conseguirá! Watson, quiero que haga usted algo que ahora voy a decirle.

—Estoy aquí para servirle, Holmes.

—Invierta usted las próximas veinticuatro horas en un estudio intensivo de las porcelanas de la China.

No me dio ninguna explicación, ni yo se la pedí, Una larga experiencia me había enseñado la sabiduría de la obediencia. Pero cuando salía de su habitación fui caminando por la calle Baker adelante, dándole vueltas en mi cabeza a la idea de cómo me las iba yo a arreglar para cumplir aquella orden tan rara. Acabé haciéndome llevar en coche hasta la Biblioteca de Londres, en la plaza Saint James, consulté el caso con el segundo bibliotecario, Lomax, amigo mío, y salí de allí rumbo a mis habitaciones con un libraco bajo el brazo.

Suele decirse que el abogado criminalista que prepara su caso, atiborrándose de

datos como para interrogar el lunes a un testigo hábil, se olvida por completo de todos aquellos conocimientos forzados antes del sábado. Desde luego que yo no pretendo pasar hoy por una autoridad en cuestiones de cerámica. Sin embargo, toda aquella tarde, y toda aquella noche, con un corto intervalo para descansar, y toda la mañana siguiente me la pasé sorbiendo datos y cargando mi memoria de nombres. Aprendí en aquel libro los contrastes de los grandes artistas decoradores, el misterio de las fechas cíclicas, las características del Huná-wu y las bellezas del Yung-lo, los escritos de Tang-ving y las magnificencias del primitivo período del Sung y del Yuan. Cuando fui a visitar a Holmes a la mañana siguiente, iba yo cargado con todos aquellos conocimientos. Se había levantado ya de la cama, aunque nadie lo habría dicho a juzgar por los partes médicos publicados, y estaba hundido en su sillón favorito, apoyando su cabeza llena de vendajes en la mano.

—Pero, Holmes; si uno fuera a creer a los periódicos pensaría que está usted agonizando —le dije.

—Esa es precisamente la impresión que yo deseo producir. Y ahora dígame, Watson: ¿ha aprendido usted sus lecciones?

—Por lo menos lo he intentado.

—Pues entonces tráigame esa cajita que hay encima de la repisa de la chimenea —. Abrió la tapa y sacó del interior un objeto pequeño, envuelto con sumo cuidado en fina tela de seda oriental. Desenvolvió ésta y quedó a la vista un fino platillo del más bello color azul oscuro. —Es preciso manejarlo con sumo cuidado, Watson. Es una auténtica porcelana cáscara de huevo de la dinastía Ming. Es la pieza más fina que ha pasado por la casa Christie. Un juego completo valdría como para pagar el rescate de un rey; a decir verdad, es dudoso que exista un solo juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Un verdadero entendido se saldría de sus casillas viendo este platillo.

—¿Y qué he de hacer con él?

Holmes me entregó una tarjeta en la que estaban escritas estas palabras: Dr. Hill Barton, 369 Half Moon Street.

—Así es corno usted se llamará por esta noche, Watson. Irá usted a visitar al barón Gruner. Estoy bastante enterado de sus costumbres y es probable que a las ocho y media se encuentre desocupado. Se le avisará por adelantado con una

carta que usted va a pasar a visitarle, y usted le dirá que le lleva un ejemplar de un juego absolutamente único de porcelana Ming. Puede usted incluso afirmar que es médico, porque ése es un papel que representa usted sin duplicidad. Usted es coleccionista, el juego en cuestión vino a parar a sus manos, ha oído hablar del interés que el barón se toma en este asunto, y no tendría inconveniente en vendérselo si se ponen de acuerdo en el precio.

—¿En qué precio?

—Bien preguntado, Watson. Es seguro que si usted no conoce el valor de lo que vende, podría quedarse muy por debajo en el pedir. Ha sido sir James quien me ha proporcionado este platito que procede, según yo creo, de la colección de su cliente.

Si usted le dice que es difícil encontrar cosa igual en el mundo no exagerará.

—Tal vez convendría que le ofreciese someter la tasación a un perito.

—¡Magnifico, Watson! Hoy tiene usted verdaderos destellos. Sugiérale a Christie o a Sotheby. Su delicadeza le veda ponerle usted mismo precio.

—¿Y si no me recibe?

—Sí que le recibirá. Tiene la manía coleccionista en su forma más aguda, y especialmente en porcelanas, asunto en el que está reconocido como una autoridad. Siéntese, Watson, que voy a dictarle yo mismo la carta. No necesita contestación. Se limitará a decirle que va usted a visitarle y con que objeto.

El documento resultó admirable, breve, cortés y estimulador de la curiosidad del especialista. Llevólo un mensajero de distrito a su debido tiempo. Aquella misma noche, con el precioso platillo en la mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en el bolsillo, me lancé a la aventura.

La magnificencia del edificio y del parque daban a entender, como sir James había dicho, que el barón Gruner era hombre de considerable fortuna. Una larga y serpenteante avenida de carruajes, bordeada a uno y otro lado por arbustos raros, desembocaba en una espaciosa plaza engravillada y decorada con estatuas. La finca había sido levantada por un rey del oro de Sudáfrica, en la época del auge febril de las minas, y el edificio, largo y de poca altura, con torrecillas en los ángulos, imponía por su volumen y por su solidez, aunque fuese una

pesadilla arquitectónica. Un mayordomo, que habría constituido un ornamento en un tribunal de obispos, me hizo pasar y me puso en manos de un lacayo de librea de felpa, que me llevó a presencia del barón. Se hallaba en pie delante de una gran vitrina, cuya parte frontal estaba abierta, entre dos ventanas, y que contenía una parte de su colección de porcelanas chinas. Al entrar se volvió con un jarroncito de color castaño en la mano.

—Haga el favor de sentarse, doctor —me dijo—. Estaba haciendo un inventario de mis tesoros y preguntándome si realmente puedo permitirme agregarles otros ejemplares. Quizá le interese este pequeño Tang, que data del siglo diecisiete. Tengo la seguridad de que jamás vio usted trabajo más fino y esmalte más rico. ¿Trae usted encima el platillo Ming del que me hablaba?

Lo desenvolví con gran cuidado y se lo entregué. Se sentó frente a su escritorio, acercó la lámpara, porque ya estaba oscureciendo, y se puso a examinarlo. En esta actitud, la luz amarilla proyectábase sobre sus facciones, y pude estudiarlas a placer.

Era, sin duda, un hombre de extraordinaria belleza. Bien merecida tenía la celebridad que en Europa había adquirido de hombre bello. No pasaba de estatura mediana, pero era esbelto y lleno de vitalidad, Era de tez morena, casi oriental y ojazos negros, lánguidos, que muy bien podían ejercer una fascinación irresistible sobre las mujeres. Sus cabellos y su bigote eran de un color negro de cuervo, y este último era corto, puntiagudo y bien cosmetizado. Tenía facciones proporcionadas y agradables, a excepción de su boca, de labios rectos y delgados. Si alguna vez he visto yo una boca de asesino era, sin duda, aquélla; un tajo en la cara cruel, duro, de bordes apretados, inexorable y terrible. Obraba como mal aconsejado al impedir que el bigote la disimulase, tapándola, porque era como la señal de peligro puesta por la naturaleza como una advertencia a sus víctimas. Su voz era atrayente y sus maneras, perfectas. Le calculé muy poco más de treinta años, aunque luego se vio por su documentación que tenía cuarenta y dos.

—¡Precioso, verdaderamente precioso! —dijo por último—. De modo que tiene usted un juego de seis servicios. Lo que me desconcierta es que no haya oído yo hablar hasta ahora de la existencia de tan magníficos ejemplares. Solo un juego conozco en Inglaterra que pueda comparase con éste, pero no existe probabilidad alguna de que salga al mercado. ¿Sería indiscreción, doctor Hill Barton, preguntarle cómo llegó a poder suyo esta rara y valiosa pieza!

—¿Tiene eso alguna importancia? —le dije adoptando el aire de mayor despreocupación de que me fue posible revestirme—. Usted ha comprobado que se trata de una pieza auténtica y, por lo que respecta al precio, me conformo con que sea tasada por un experto.

—Resulta sumamente misterioso —dijo, y en sus ojos negros relampagueó una súbita sospecha—. En una transacción de objetos de tanto valor, es natural que uno desee informarse bien de todos los detalles. No hay duda de que se trata de un ejemplar legítimo. Sobre eso tengo completa seguridad. Pero no tengo más remedio que encararme con todas las posibilidades: ¿y si luego resulta que no tenía usted derecho a vender el juego?

—Estoy dispuesto a darle una garantía contra toda reclamación de esa clase.

—Lo cual nos trae a plantear la cuestión del valor que tiene esa garantía suya.

—Sobre ese extremo le contestarían mis banqueros.

—Así es, pero con todo y con eso, esta transacción se me antoja fuera de lo normal.

—Puede usted tomarlo o dejarlo —le dije yo con indiferencia— Es usted el primero a quien se lo he ofrecido, porque sabía que es usted un entendido en la materia; pero no tendré dificultad alguna en venderlo a otras personas.

—¿Quién le informó de que yo era un entendido?

—Supe que había usted escrito un libro acerca de esta materia.

—¿Ha leído ese libro?

—No.

—¡Por vida mía, que esto me resulta cada vez más difícil de entender? Es usted un entendido y un coleccionista que tiene en su colección un ejemplar valiosísimo, y, sin embargo, no se molesta en consultar el único libro que podía haberle explicado el verdadero alcance y el valor de lo que tenía entre manos. ¿Qué explicación me da usted de eso?

—Yo soy hombre muy atareado. Soy médico establecido.

—Eso no es responder. Cuando un hombre tiene una afición la sigue hasta el final, sean las que fueren sus demás actividades. En su carta me decía usted que es entendido en la materia.

—Y lo soy.

—¿Me permite que le haga algunas preguntas? Doctor, no tengo más remedio que decirle que este incidente me está resultando cada vez más sospechoso: digo, doctor, por si, en efecto, lo es usted. Dígame: ¿qué sabe usted del emperador Shormi y de qué manera lo relaciona usted con el Shoso-in, cerca de Nara? ¡Qué!, ¿le desconcierta? Cuénteme algo de la dinastía norteña de Wei y del lugar que ocupa en la historia de las cerámicas.

Salté con rapidez de mi asiento, simulando irritación, y dije:

—Esto es intolerable, señor. Vine con el propósito de hacerle a usted un favor, y no para que me examinase lo mismo que si yo fuera un niño de escuela. Quizá mis conocimientos sobre la materia sólo cedan a los de usted, pero no estoy dispuesto, desde luego, a contestar a preguntas que se me hacen de modo tan ofensivo.

Clavó su vista en mí. Había desaparecido de sus ojos la languidez. Centellearon súbitamente. Entre sus labios crueles había un brillo de dientes.

—¿Qué juego se trae? Usted ha entrado aquí como espía. Usted es un emisario de Holmes. Es una añagaza que me están jugando. Tengo entendido que el individuo en cuestión se está muriendo, y por eso, sin duda, destaca a instrumentos suyos a fin de que me vigilen. Vive Dios, que ha entrado usted hasta aquí sin permiso, pero le va a resultar más difícil salir que entrar.

Saltó en pie y yo retrocedí, preparándome para hacer frente a su agresión, porque el individuo estaba fuera de sí de furor. Quizá sospechó de mí desde el primer instante; desde luego, el interrogatorio le había hecho comprender la verdad; era evidente que yo no podía tener esperanzas de engañarle. Hundió la mano en un cajón lateral y revolvió furiosamente en el interior. Pero, de pronto, algo debió de llegar hasta su oído, porque se quedo inmóvil, escuchando atentamente.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ah! —y se precipitó dentro del cuarto, cuya puerta quedaba a sus espaldas.

Llegué en dos zancadas hasta la puerta abierta. Jamás perderá claridad en mi imaginación el cuadro que allí presencié. La ventana por la que se salía al jardín estaba abierta de par en par. Junto a ella, produciendo la impresión de un fantasma terrible, con la cabeza envuelta en vendajes manchados de sangre, la cara enjuta y blanca, estaba Sherlock Holmes. Un instante después había desaparecido por aquella abertura, y llegó a mis oídos el chasquido de los arbustos de laurel al caer sobre ellos su cuerpo. El dueño de la casa dejó escapar un alarido de rabia y corrió hacia la ventana abierta para perseguirle.

¡Y en ese instante...! Porque fue en un instante, sí, pero yo lo vi con toda claridad. Un brazo, un brazo de mujer salió con ímpetu de entre las hojas. Casi en el acto dejó escapar el barón un grito espantoso; un chillido que resonará siempre en mi memoria. Se llevó con estrépito sus dos manos a la cara y se puso a correr por la habitación, golpeándose con la cabeza en las paredes. Luego cayó sobre la alfombra, rodando sobre sí mismo y retorciéndose mientras sus alaridos, en ininterrumpida sucesión, llenaban toda la casa.

—¡Agua, por amor de Dios, agua! —gritaba.

Eché mano a un botellón que había en una mesa lateral y corrí en socorro suyo. En ese mismo instante acudieron corriendo desde el vestíbulo el mayordomo y varios lacayos. Recuerdo que uno de ellos se desmayó al arrodillarse junto al herido y volver hacia la luz de la lámpara aquel rostro que causaba horror. El vitriolo iba carcomiéndolo por todas partes, goteando desde las orejas y la barbilla. Uno de los ojos estaba ya blanco y como convertido en cristal. El otro estaba rojo e inflamado. Las facciones que momentos antes me habían producido admiración, eran corno un bellísimo cuadro sobre cuya superficie había pasado el artista una esponja húmeda de inmundicias. Se habían desdibujado, deshumanizado, perdido el color, vuelto espantosas.

Yo expliqué en pocas palabras lo que había ocurrido, sólo en lo referente al ataque con vitriolo. Unos saltaron por la ventana y otros salieron corriendo por la pradera, pero había oscurecido ya y empezaba a llover. Entre alarido y alarido, la víctima se enfurecía con la vengadora exclamando:

—Fue Kitty Winter, esa gata infernal de Kitty Winter. ¡Endemoniada mujer! ¡Lo pagará, lo pagará! ¡Dios del cielo, este dolor es superior a mis fuerzas!

Le lavé la cara con aceite, apliqué algodón en rama a las superficies en carne

viva y le inyecté morfina por vía hipodérmica. La terrible expresión había hecho desaparecer de su mente todo recelo acerca de mí; se aferraba a mis manos como si aun en esa situación tuviera yo poder a aquellos ojos de pez muerto que se volvían queriendo mirarme. Aquella destrucción me habría arrancado lágrimas, si yo no hubiera tenido bien presente la vida vergonzosa que había traído como consecuencia un cambio tan horrendo. Me repugnaba aquel apretar de sus manos abrasadoras, y sentí alivio cuando el médico de cabecera, seguido inmediatamente por un especialista, se presentaron para relevarme. También llegó un inspector de policía, al que yo entregue mi verdadera tarjeta. Habría sido tan inútil como absurdo el obrar de otro modo, porque en Scotland Yard me conocían de vista casi tanto como a Holmes. Luego abandoné aquella casa de tristeza y de horror. Antes de una hora me encontraba en la calle Baker.

Holmes estaba sentado en su silla de siempre; parecía muy pálido y agotado. Con independencia de sus heridas, hasta sus nervios de hierro habían sido sacudidos por los acontecimientos de aquella velada. Escuchó con espanto el relato que le hice de la transformación sufrida por el barón.

—¡Así paga el demonio, Watson, así paga el demonio! —me dijo—. Más pronto o más tarde, ocurre siempre eso mismo. Bien sabe Dios, que los pecados eran muchos —agregó, agarrando de la mesa un volumen color castaño—. Este es el libro del que nos habló aquella mujer. Si esto no logra deshacer la boda, nada habrá capaz de lograrlo. Pero la deshará, Watson. No tiene más remedio. Ninguna mujer que se respete será capaz de mostrarse insensible.

—¿Es el diario de sus amores?

—O el diario de sus lascivias. Llámelo como mejor le parezca. En cuanto esa mujer nos habló de este libro, me di cuenta de que teníamos un arma terrible si conseguía hacerme con el mismo. En aquel entonces nada dije en que se pudiera transparentar mi pensamiento, porque la mujer hubiera podido irse de la lengua. Pero medité mucho en tal libro. Después, la agresión de que fui víctima me proporcionó la oportunidad de hacer creer al barón que no necesitaba ya adoptar precauciones en contra mía. Todo ello venía bien. Yo habría quizás esperado un poco más, pero su anunciado viaje a Norteamérica me forzó a actuar de inmediato. Ese hombre no habría dejado aquí un documento tan comprometedor. Teníamos que acometer enseguida la empresa. Escalar de noche la casa es imposible, porque ese hombre tomaba precauciones. Pero había la posibilidad de hacerlo durante la velada, a condición de que yo consiguiese llamar su atención

hacia otro lado. Ahí es donde entraron en escena usted y su platillo azul. Pero tenía que saber con seguridad el sitio en que se encontraba el libro; sólo dispondría de escasos minutos para poder actuar, porque mi tiempo estaba limitado por sus conocimientos de la cerámica china. En vista de eso, me hice acompañar en el último instante por la muchacha. ¿Cómo iba yo a suponer lo que llevaba en el paquetito tan cuidadosamente escondido debajo de la capa? Yo estaba en la creencia de que había venido a trabajar exclusivamente por cuenta mía, pero, por lo visto, ella también traía su negocio.

—Ese hombre adivinó que yo era un enviado de usted.

—Me lo temía, Lo cierto es que usted le entretuvo el tiempo suficiente para que yo me apoderase del libro, pero no lo suficiente para que yo huyese sin que nadie se diese cuenta... ¡Hola, sir James, me alegro mucho de que haya venido usted!

Nuestro cortés amigo se había presentado, respondiendo a una llamada previa, Escuchó con la más profunda atención el relato de lo ocurrido que le hizo Holmes.

—¡Es maravilloso lo hecho por usted, maravilloso! —exclamó al final—. Pero si esas heridas son tan graves como asegura el doctor Watson, se habrá conseguido nuestro propósito de romper esa boda sin necesidad de recurrir al empleo de este horrible libro.

Holmes movió negativamente la cabeza.

—Las mujeres del tipo de miss De Merville no actúan de ese modo. Le amaría todavía más si le consideraba como un mártir desfigurado. No, no. Lo que tenemos que destruir es su apariencia moral, no su apariencia física. Ese libro la hará bajar de las nubes a la tierra. Es lo único que puede conseguirlo. Está escrito de su puño y letra. Ella no puede hacerlo a un lado.

Sir James se llevó el libro y el precioso platillo. Como yo estaba ya en retraso, bajé con él a la calle. Esperaba a sir James un carruaje brougbam; subió al mismo, dio una orden rápida al escarapelado cochero, y el vehículo se alejó rápidamente. Sir James echó su gabán encima de la ventanilla de manera que la mitad que quedaba fuera cubría el escudo que ostentaba el panel, pero a pesar de ello, tuve yo tiempo de verlo, a la luz del abanico transparente de nuestra puerta. La sorpresa me dejó un instante sin aliento. Me di media vuelta y subí hasta el cuarto de Holmes.

—He descubierto quién es nuestro cliente —exclamé, entrando de sopetón con mi gran noticia—. Sepa usted, Holmes, que es...

—Es un amigo leal y un hombre caballeresco —dijo Holmes alargando la mano para cortarme la palabra—. Baste con eso, ahora y siempre, entre nosotros.

Ignoro de qué manera se empleó el libro acusador. Quizá fue sir James el encargado de esa tarea, aunque es más probable que, por lo delicado de la misma, le fuese encomendada al padre de la joven. Fuese como fuere, el efecto que produjo fue el que se buscaba. Tres días después apareció en The Morning Post una gacetilla anunciando que no tendría lugar la boda entre el barón Adelbert Gruner y miss Violeta de Merville. En el mismo número del periódico venía reseñada la primera vista ante el tribunal de policía, en la acusación contra miss Kitty Winter por el grave delito de lanzamiento de vitriolo. Fueron aportadas en esa causa tales atenuantes que, según se recordará, fue sentenciada a la mínima pena que podía serlo por delito semejante. Sherlock Holmes se vio en peligro de ser acusado de robo con escalo, pero cuando la finalidad es noble y el cliente es lo bastante insigne, hasta la rígida justicia inglesa se humaniza y se hace elástica. Mi amigo no ha tenido que comparecer hasta ahora en el banquillo.

7. La aventura de Los Tres Gabletes

No creo que ninguna de mis aventuras con Sherlock Holmes haya tenido un comienzo tan brusco y tan dramático como ésta que asocio con los tres gabletes y tejados triangulares. Llevaba varios días sin ver a Holmes e ignoraba por qué nuevo rumbo se encaminaban ahora sus actividades. Pero aquella mañana estaba de un humor hablador. Apenas me había instalado en el sillón, bajo y muy usado, a un lado de la chimenea, y mientras él se encogía con la pipa en la boca, en el sillón de enfrente, llegó nuestro visitante. Si hubiese dicho que había llegado un toro furioso, habría dado una impresión más clara de lo que ocurrió.

La puerta se abrió de par en par, se abalanzó dentro de la habitación un negro corpulento. Habría resultado un tipo cómico de no haber sido aterrador, porque vestía un traje chillón a cuadros grises, y llevaba una corbata flotante color salmón. Proyectaba su ancha cara y su nariz achatada hacia delante, y sus ojos tristones, que mostraban un rescoldo de malicia, nos miraban tan pronto al uno como al otro.

—¿Quién de ustedes es el señor Holmes? —preguntó en su característico inglés mal hablado.

Holmes alzó su pipa con una lánguida sonrisa.

—¿De modo que es usted? —dijo nuestro visitante, contorneando con andares desagradables y furtivos la esquina de la mesa—. Oiga señor Holmes, no meta usted cuchara en plato ajeno. Deje que cada cual se ocupe de sus asuntos. ¿Me ha comprendido, señor Holmes?

—Siga hablando —le contestó Holmes—. Da gusto oírlo.

—Da gusto oírme, ¿verdad que sí? —gruñó aquel bárbaro—. No le dará tanto si me obliga a decirle lo que pienso. A más de uno de su clase se la tenía jurada, y no estaban muy conformes cuando acabe de liquidar cuentas con ellos. ¡Fíjese en esto, señor Holmes!

Movió con un vaivén, debajo de la nariz de mi amigo, un puño descomunal y lleno de protuberancias nudosas. Holmes lo examinó con expresión del más vivo interés, y le preguntó:

—¿Nació con el puño así? ¿O es cosa que se desarrolla gradualmente?

Fue debido quizá a la frialdad de hielo de mi amigo, o se debió acaso al ligero ruido metálico del hurgón, al agarrarlo; el hecho es que los ímpetus de nuestro visitante se apagaron un poco, y dijo:

—Bueno, ya queda debidamente advertido. Tengo un amigo que tiene intereses en el camino de Harrow, ya sabe lo que quiero decir, y no está dispuesto a que nadie se entrometa en sus asuntos. ¿Se ha fijado en lo que le digo? Usted no es la ley, y yo tampoco lo soy, y si usted va por allí, nos veremos las caras. No se olvide un momento de lo que le digo.

—Hace ya algún tiempo que deseaba conocerlo —dijo Holmes—. No lo invito a que se siente porque no me agrada su olor pero ¿no es usted Steve Dixie, el machacador?

—Así me llamo, señor Holmes, y lo probaré en usted si me hincha los labios.

—Los tiene ya bastante —le contestó Holmes, con la vista fija en la repugnante boca de nuestro visitante—. Pero fue la muerte del joven Perkins, delante del bar Holborn. ¡Cómo! ¿Se marcha usted?

El negro había retrocedido unos pasos, y su cara se había puesto lívida.

—No quiero oír hablar de semejante cosa —dijo—. ¿Qué tengo que ver con ese Perkins, señor Holmes? Yo estaba entrenándome en el Bull Ring, de Birmingham cuando ese joven se metió en problemas.

—Bueno, Steve, eso ya se lo contará al juez —le dijo Holmes—. Los he venido vigilando a usted y a Stockdale.

—¡Qué el Señor me contenga! Señor Holmes...

—¡Basta! Largo de aquí. Ya sabré tenerlo en cuenta cuando me haga falta.

—Buenos días, señor Holmes. Espero que no me guarde rencor por esta visita.

—Se lo guardaré si no me dice quién le envió.

—Bueno, señor, eso no es ningún secreto. Fue ese mismo caballero que acaba usted de nombrar.

—Y a él, ¿quién lo metió en esto?

—Eso sí que no lo sé, señor Holmes. Él se limitó a decirme “Steve, visita al señor Holmes, y avísale que su vida corre peligro si viene por Harrow.” Esa es la pura verdad.

Sin esperar a que se le hiciesen nuevas preguntas, nuestro visitante se ausentó de la habitación casi tan precipitadamente como había entrado. Holmes sacudió las cenizas de su pipa, riéndose por lo bajo.

—Me alegro, Watson, de que no se haya visto obligado a romperle su lanuda cabeza con el hurgón. La verdad es que se trata de un individuo bastante inofensivo, de un bebé grande, musculoso, estúpido y fanfarrón, al que es fácil acobardar, como ya lo ha visto. Es uno de los miembros del grupo de Spencer John y ha participado en algunos asuntos sucios recientes, y que quizás aclare cuando disponga de tiempo. Su jefe inmediato. Barney, es un individuo más astuto. Se especializan en agresiones, intimidación y otros delitos por el estilo. Lo que me interesa saber es quién se esconde detrás de ellos en este caso.

—¿Y por qué razón pretenden intimidarlo?

—Por el caso de Harrow Weald. Y esto me decide a examinar ese asunto, porque hay oculto algo feo, por eso se toman todo este trabajo.

—¿Y de qué se trata?

—Se lo iba a explicar antes de que tuviésemos este interludio cómico. He aquí la carta de la señora Maberley. Si a usted le agrada, le enviaremos enseguida un telegrama y nos pondremos inmediatamente en camino. Yo leí lo que sigue:

“Querido señor Holmes: Me están ocurriendo los más extraños incidentes en relación con esta casa, y agradecería mucho su consejo. Me encontrará en casa a cualquier hora del día de mañana. La casa se encuentra a un corto paseo de la

estación de Weald. Tengo entendido que mi difunto esposo, Mortimer Maberley, fue uno de los primeros clientes que usted tuvo.

Suya muy atentamente,

MARY MABERLEY.”

La dirección era: “Los Tres Gabletes, Harrow Weald”.

—Ahí tiene, Watson —me dijo Holmes—. Bien, si dispone de tiempo, nos pondremos enseguida en camino.

Un viaje corto en ferrocarril, y un viaje todavía más corto en coche, nos condujeron hasta la casa, que era un edificio de ladrillo y madera que se alzaba dentro de su propio terreno de un acre de tierra de pastos sin cultivar. Tres pequeñas proyecciones encima de las ventanas superiores constituían como un débil intento de justificar el nombre. Detrás de la casa había un bosque de pinos melancólicos y a medio desarrollar, y todo el aspecto de la casa era pobre y deprimente. Sin embargo, nos encontramos con un interior bien amueblado, y nos recibió una señora muy simpática, entrada ya en años, con todas las muestras de cultura y refinamiento.

—Recuerdo a su esposo, señora —dijo Holmes—, aunque han transcurrido bastantes años desde que recurrió a mis servicios para yo no sé qué asunto de poca monta.

—Quizá le suene más el nombre de mi hijo Douglas.

Holmes miró a la señora con interés.

—¡Válgame Dios! ¿Es usted la madre de Douglas Maberley? Yo lo trataba, aunque superficialmente. Pero todo Londres lo conocía. ¡Qué magnífica persona! ¿Dónde se encuentra en la actualidad?

—¡Murió, señor Holmes, murió! Era agregado de embajada en Roma, y murió el pasado mes a consecuencia de una pulmonía.

—Lo lamento. Parecía imposible ligar la idea de la muerte con un hombre como él. Jamás conocí a nadie que tuviera una vitalidad tan despierta. Vivía intensamente, hasta con su última fibra.

—Demasiado intensamente, señor Holmes. Eso fue su ruina. Usted lo recordará como era... gallardo y majestuoso. No ha visto la caprichosa, malhumorada y cavilante criatura en la que se convirtió. Su corazón se partió. En un solo mes me pareció ver a mi galante muchacho transformarse en un cínico y desgastado hombre.

—¿Una aventura amorosa... una mujer?

—O un demonio. Bien, no fue para hablar de mi pobre muchacho que le pedí que viniera, señor Holmes.

—El doctor Watson y yo estamos a su servicio.

—Han ocurrido varios sucesos muy extraños. He estado viviendo en esta casa durante más de un año, y he disfrutado de la ventaja de tener una vida retirada por lo que he visto poco a mis vecinos. Hace tres días recibí una llamada de un hombre que decía ser un comprador. Hace tres días recibí una llamada de un hombre que decía ser un comprador. Dijo que esta casa se adaptaba exactamente a los deseos de uno de sus clientes, y que si pudiera renunciar a ella por dinero no habría objeción. Me pareció muy extraño ya que aquí hay varias casas vacías en venta que aparecen ser igualmente elegibles, pero naturalmente estaba interesado en lo que decía. En consecuencia mencioné un precio que era quinientas libras más del que me ofrecía. Inmediatamente cerramos la oferta, pero añadió que su cliente deseaba comprar el mobiliario cuando pusiera un precio sobre él. Algunos de los muebles son de mi antiguo hogar, y son, como verá, muy buenos, por lo que le pedí una buena suma. En esto también estuvo de acuerdo. Siempre quise viajar, y el convenio era tan bueno que realmente parecía que podría ser mi propia dueña para el resto de mi vida... Ayer el hombre regresó con todos los acuerdos por escrito. Afortunadamente se los mostré al señor Sutro, mi abogado, quien vive en Harrow. Me dijo: “Este es un documento extraño. ¿Está segura que si usted firma no puede legalmente retirar algo de la casa... ni siquiera sus propias posesiones privadas?” Cuando el hombre regresó

por la tarde llamé su atención sobre este punto, y le dije que sólo quería vender los muebles. Él me contesto “No, no, todo.” A lo que le repliqué: “¿Pero mis ropas? ¿Mis joyas?”. El me dijo entonces: “Bien, bien, algunas concesiones pueden hacerse para sus efectos personales. Pero nada saldrá de la casa sin que sea controlado. Mi cliente es una persona muy liberal, pero tiene sus manías y su manera propia de hacer las cosas. Todo o nada, es su consigna.” “Entonces va a ser nada” le contesté. Y ahí quedaron las cosas; pero aquel asunto me pareció tan fuera de lo común, que pensé...

Al llegar a este punto tuvimos una interrupción muy extraordinaria. Holmes alzó la mano pidiendo silencio. Acto seguido cruzó la habitación, abrió de pronto la puerta y arrastró al interior a una mujer alta y delgada a la que había agarrado por el hombro. Ésta entró forcejeando torpemente igual que una enorme ave de corral a la que se saca de su nido cacareando.

—¡Déjeme en paz! ¿Que está usted haciendo conmigo? —chilló.

—¿Cómo es eso, Susan?

—Señora, yo quería preguntarle si los señores que habían venido de visita almorzarían aquí, y en ese instante, sin mediar palabra, este señor se abalanzó sobre mí.

—Venía escuchándola desde hace cinco minutos, pero no quise interrumpir su interesantísimo relato. ¿No está algo asmática, Susan? Su respiración es demasiado fatigosa para esta clase de trabajo.

Susan se volvió hacia su cautivador con expresión huraña, pero asombrada.

—¿Y quién es usted, en todo caso, y que derecho tiene para apurarme de ese modo?

—Lo hice simplemente porque deseo hacer una pregunta en su presencia. ¿Habló con alguien, mistress Maberley, de que me iba a escribir para consultarme?

—No, señor Holmes; a nadie le hablé.

—¿Quien echó su carta al correo?

—Susan.

—Precisamente. Y ahora, Susan: ¿a quién escribió o a quién envió un mensaje advirtiéndole que su señora iba a consultar conmigo?

—Eso es una gran mentira. No envié ningún mensaje.

—Vea, Susan, que los que padecen de asma no viven mucho tiempo. Ya lo sabe. Decir mentiras es un pecado. ¿A quién avisó?

—¡Susan! —gritó su ama—. Creo que eres una mala y traicionera mujer. Ahora recuerdo que la vi hablando con alguien sobre la cerca.

—Esos eran mis propios asuntos —dijo la mujer malhumoradamente.

—¿Suponga que le digo que era a Barney Stockdale a quién le habló? —dijo Holmes.

—Bien, si lo conoce, ¿Por qué pregunta por él?

—No estaba seguro, pero ahora lo sé. Bien, ahora Susan, le daré diez libras si me dice quién está detrás de Barney.

—Alguien que puede ofrecer miles de libras por cada diez que tiene en el mundo.

—¿Entonces, es un hombre rico? No; sonrió... una mujer rica. Ahora que hemos llegado tan lejos, puede darnos el nombre y ganarse un tenner (NdT: billete de diez libras).

—Lo veré en el infierno primero.

—¡Oh, Susan! ¡Tu lenguaje!

—Me voy de aquí. Ya he tenido suficiente de todos ustedes. Enviaré por mi maleta mañana —y se retiró por la puerta.

—Adiós, Susan. Un calmante es el mejor remedio... ahora —continuó, tornándose

su expresión repentinamente de lívida a severa cuando la puerta se hubo cerrado

tras de la excitada y furiosa mujer—. Esta pandilla significa negocios. Mire que cerca juegan su juego. Su carta tiene el matasellos de las 10 P.M. Y con todo Susan se lo comunica a Barney. Barney tiene tiempo de ir a su patrón y obtener instrucciones; él o ella (me inclino por lo último de acuerdo a la ironía de Susan cuando pensó que había cometido un error) idea un plan. Se llama al negro Steve, y todo es puesto en alerta a las once en punto de mañana. Así de rápido trabaja esta gente.

—¿Pero qué es lo que quieren?

—Sí, esa es la pregunta. ¿Quién tenía la casa antes que usted?

—Un capitán de mar retirado llamado Ferguson.

—¿Algo memorable acerca de él?

—Nada que haya oído.

—Me preguntó si pudo haber enterrado algo. Por supuesto, cuando la gente entierra los tesoros hoy en día lo hacen en el banco o en la oficina de correos. Pero siempre hay algunos lunáticos en este tema. Sería un mundo aburrido sin ellos. Primero pensé que había enterrado algo de valor. ¿Pero por qué, en ese caso, deberían querer su mobiliario? ¿No tendrá usted un Rafael o un manuscrito de Shakespeare sin saberlo?

—No, no lo creo, no tengo nada más raro que un juego de té de Crown Derby.

—Eso no justificaría todo este misterio. ¿Por qué no deberían decir abiertamente que es lo que quieren? Si codiciaran su juego de té, pueden seguramente ofrecer un precio por él sin comprar lo que está encerrado, almacenado y puesto en barriles. No, como yo lo veo, hay algo que usted no sabe y que lo tiene, y que no se lo daría si lo supiera.

—Eso es como yo lo veo —dije.

—El Dr. Watson está de acuerdo, entonces así está establecido.

—¿ Y bien, Sr. Holmes, qué puede ser?

—Veamos si por el puro análisis mental podemos llegar a alguna conclusión. Ha

estado viviendo en esta casa durante un año.

—Casi dos.

—Aún mejor. Durante este largo período nadie quiso nada de usted. Ahora repentinamente en tres o cuatro días tiene urgentes demandas. ¿Qué deduce de ello?

—Sólo puede significar —dije— que el objeto, cualquiera que sea, ha llegado a esta casa recientemente.

—Es correcto una vez más —dijo Holmes—. Ahora, Sra. Maberley ¿Ha recibido un objeto recientemente?

—No, no he comprado nada nuevo este año.

—¡De veras! Eso es algo notable. Bien, creo que tenemos que permitir que algunos asuntos sigan su curso hasta que tengamos datos más claros. ¿Es un hombre preparado su abogado?

—El señor Sutro es hombre de gran capacidad.

—¿Tiene alguna otra doncella, o la linda Susan, que en este momento ha cerrado con un portazo la puerta delantera, era la única?

—Tengo una muchacha joven.

—Entonces procure conseguir que el señor Sutro duerma en la casa un par de noches, porque quizás usted necesite protección.

—¿Contra quién?

—¡Vaya usted a saber! El asunto es, desde luego, oscuro. Si yo no logro descubrir qué es lo que ellos andan buscando, tendré que abordar el asunto por el otro extremo, procurando acercarme al director de todo esto. ¿Le dejó alguna dirección el agente de alquileres?

—Nada más que su tarjeta, en la que consta su profesión: Haines Johnson, subastador y tasador.

—No creo que lo encontremos en la guía de profesiones. Los hombres que se dedican a negocios honrados no ocultan la dirección de su lugar de trabajo. Bien, usted me comunicará cualquier novedad que ocurra. Me he hecho cargo de su caso, y puede confiar en que lo seguiré hasta el final.

Cuando cruzábamos por el vestíbulo, los ojos de Holmes, a los que nada se les escapaba, se fijaron en varias maletas y cajones que estaban apilados en un rincón y en los que se destacaban unas etiquetas.

—“Milán”. “Lucerna”. Este equipaje procede de Italia.

—Son las cosas del pobre Douglas.

—¿Todavía no las ha desempaquetado? ¿Desde cuándo las tiene en casa?

—Llegaron la semana pasada.

—Pero usted nos dijo... ¡Vaya, aquí tenemos el eslabón que nos faltaba! ¿Cómo sabe que no hay ahí dentro nada de valor?

—Porque no puede haberlo, señor Holmes. El pobre Douglas sólo contaba con su paga y una pequeña renta anual. ¿Qué es lo que él podría poseer de valor?

Holmes permaneció un rato absorto en sus meditaciones. Por último dijo:

—Señora Maberley, ordene que sin perder un momento suban todas estas cosas a su dormitorio. Examínelas lo antes posible, y vea qué es lo que contienen. Vendré mañana para conocer su informe.

Era evidente que Los Tres Gabletes se hallaban sometidos a estrecha vigilancia, porque cuando circunvalamos la alta cerca, al final del camino, vimos que el boxeador negro estaba allí, a la sombra. Tropezamos con él de improviso, y su figura resultaba, en aquel lugar solitario, sombría y amenazadora. Holmes se puso la mano en el bolsillo.

—Buscando el revólver, ¿verdad, señor Holmes?

—No, Steve; buscando mi frasco de perfume.

—Es un hombre de buen humor, señor Holmes, ¿verdad?

—No le divertirá mucho, Steve, si yo me pongo a perseguirlo. Se lo advertí esta mañana.

—Bien, señor Holmes, he pensado en todo lo que usted me dijo, y no quiero que se hable más del asunto del señor Perkins. Mire, señor Holmes, si yo puedo ayudarlo en algo, cuente conmigo.

—Entonces dígame quien está en el fondo de todo este asunto.

—¡Que Dios me valga, señor Holmes, le dije la pura verdad! Lo ignoro. Mi mandamás, Barney, me da diversas órdenes, y yo no sé nada.

—Entonces bien, Steve, no olvide que la señora que vive en esa casa y todo cuanto hay debajo de ese techo están bajo mi protección. Téngalo presente.

—Perfectamente, señor Holmes. Me acordare de ello.

—La verdad es, Watson, que he logrado asustarlo y hacerlo temer por su propio pellejo —contestó Holmes, mientras caminábamos—. Creo que sería capaz de traicionar a su patrón si supiese quién es. Fue una suerte que yo estuviese algo enterado de las actuaciones del grupo de Spencer John, y que Steve sea un miembro del mismo. Y ahora, Watson, éste es un caso como para consultarlo con Langdale Pike, y ahora mismo voy en su busca. Quizá cuando regrese consiga ver más claro en el asunto.

No volví a ver a Holmes en el transcurso del día, pero puedo suponer perfectamente de qué manera lo pasó, porque Langdale Pike era su libro viviente de consulta en todo cuanto se relacionaba con los escándalos de sociedad. Este personaje extraordinario y lánguido pasaba sus horas de vigilia en el arco de la ventana de un club de la calle Saint James y era el recepcionista así como también el transmisor de todos los chismes de la metrópolis. Se dedicaba a escribir artículos con los que contribuía todas las semanas a la basura que satisface a un público inquisitivo. Si bien nunca había bajado a las túrbidas profundidades de la vida de Londres, si había algún extraño remolino o espiral sobre la superficie, era señalado con automática exactitud por este dial humano. Holmes discretamente había ayudado a Langdale con su conocimiento, y en una ocasión él fue ayudado a su vez por Langdale.

Cuando me encontré con mi amigo en su habitación, temprano a la mañana siguiente, supe observando su porte que todo estaba bien, pero nada menos que

una desagradable sorpresa nos estaba esperando. Tomó la forma del siguiente telegrama:

«Por favor venga inmediatamente. Casa de cliente desvalijada en la noche. Policía en la casa.

SUTRO»

Holmes silbó.

—El drama ha llegado a una crisis, y más rápido de lo que esperaba. Hay un gran poder que maneja todo detrás de este asunto, Watson, lo que no me sorprende después de lo que escuché. Este Sutro, por supuesto, es su abogado. Cometí un error, me temo, en no preguntarle si quería pasar la noche de guardia. Este amigo ha probado claramente un extremo roto. Bien, no hay nada que hacer excepto otro viaje a Harrow Weald.

Encontramos a The Three Gables con un aspecto diferente del ordenado grupo familiar del día anterior. Un pequeño grupo de curiosos se habían congregado en la puerta del jardín, mientras un par de alguaciles estaban examinando las ventanas y los setos de geranios. En el interior nos encontramos con un formal y gris caballero, quién se presentó como el cooperativo abogado, así como con un rubicundo y bullicioso inspector de policía, quien saludó a Holmes como un viejo amigo.

—Señor Holmes, me temo que en esta ocasión no tiene nada que hacer aquí. Se trata de un robo corriente y moliente, muy dentro de la capacidad de la pobre policía rutinaria. No se necesitan especialistas.

—Desde luego que el caso está en muy buenas manos —le contestó Holmes—. ¿De modo que se trata de un simple robo?

—Así es. Sabemos perfectamente quienes son los asaltantes y adónde los encontraremos. Se trata del grupo de Barney Stockdale, de la que forma parte el

negro corpulento. Se los ha visto por estos alrededores.

—¡Magnífico! ¿Qué se llevaron?

—Verá, por lo visto muy poca cosa. Dieron cloroformo a la señora Maberley y la casa fue..., ¡Pero aquí tenemos frente a nosotros a la misma señora en persona!

Nuestra amiga del día anterior había entrado a la habitación, apoyándose en una joven. Parecía pálida y enferma.

—Señor Holmes, usted me dio un buen consejo —dijo, sonriendo tristemente—. ¡Pero, no lo seguí! No quise molestar al señor Sutro, y me quedé sin protección alguna.

—Yo no me he enterado hasta esta mañana —explicó el abogado.

—Míster Holmes me aconsejó que hiciese pernoctar en la casa a un amigo. Desatendí su consejo y lo pagué.

—Parece que se encuentra usted muy mal —dijo Holmes—. Quizá no esté como para contarme lo que le ocurrió.

—Está todo aquí dentro —dijo el inspector, dando golpecitos en un voluminoso libro de notas.

—Sin embargo, si la señora no se siente demasiado agotada...

—La verdad es que queda muy poco por contar. No me cabe duda de que esa malvada Susan lo había preparado todo para que entrasen en la casa. Seguramente que la conocían centímetro a centímetro. Tuve durante un instante la sensación del paño impregnado de cloroformo que me colocaron encima de la boca pero no puedo hacerme una idea del tiempo que permanecí sin conocimiento. Cuando me desperté, había un hombre junto a la cama y otro se incorporaba de entre el equipaje de mi hijo con un legajo de papeles en la mano. El equipaje estaba abierto en parte y el contenido desparramado por el suelo. Antes de que aquel hombre pudiera huir, yo me abalancé y me aferre a él.

—Corrió un peligro muy grande —dijo el inspector.

—Me aferré a él, pero me arrojó de una sacudida, y el otro debió golpearme,

porque ya no recuerdo nada más. La doncella, Mary, se despertó con el ruido y pidió socorro a gritos por la ventana. Eso hizo que acudiese la policía, pero aquellos bandidos habían huido.

—¿Qué es lo que se llevaron?

—Yo no creo que falte nada de valor. Estoy segura de que no había nada de valor en las maletas de mi hijo.

—¿No dejó aquel hombre algo que pueda servir de clave?

—Quedó una hoja de papel que es muy posible que le haya quitado cuando me aferré a él. Estaba en el suelo toda arrugada. Es de letra de mi hijo.

—Lo que quiere decir que nos servirá de muy poca cosa —dijo el inspector—. Si, en cambio, hubiese sido de letra del ladrón...

—Exactamente —dijo Holmes—. ¡Qué sentido común más tosco! En todo caso, me gustaría examinar ese papel.

El inspector sacó de su cartera una hoja de papel, doblada, tamaño folio, y dijo con solemnidad:

—Yo no dejo que se me escape nada, por insignificante que parezca. Es un consejo que le doy a usted, señor Holmes. Veinticinco años de experiencia me han hecho aprender la lección. Siempre existe alguna posibilidad de que se encuentren huellas dactilares, o alguna otra cosa.

Holmes examinó la hoja de papel.

—¿Qué saca en claro de esto, inspector?

—Da la impresión de que se trata de la última hoja de una novela rara, por lo que yo he podido ver.

—Sí, muy bien podría ser que con ella termine una curiosa historia —dijo Holmes—. Se habrá fijado en que lleva en lo alto la numeración de la página. Es la doscientas cuarenta y cinco. ¿Dónde están las doscientas cuarenta y cuatro que faltan?

—Creo que se las llevaron los ladrones. ¡Que lo aprovechen!

—Resulta extraño que asalten una casa para robar unos papeles como esos. ¿No le sugiere nada ese hecho?

—Sí, señor; me hace pensar en que, con la precipitación del momento, se llevaron lo primero que tuvieron a mano. ¡Que disfruten alegremente de su botín!

—¿Por qué razón tenían que revolver en el equipaje de mi hijo? —preguntó la señora Maberley.

—Verá, al no encontrar en la planta baja objetos de valor, subieron a probar fortuna en el piso alto. Así es como yo lo interpreto. ¿Qué le parece a usted, señor Holmes?

—Tengo que meditar acerca de eso, inspector. Watson, venga hasta la ventana — una vez allí los dos, Holmes leyó el escrito hasta el final. Empezaba en la mitad de una frase y decía así:

“... cara sangraba considerablemente de los cortes y de los golpes, pero aquello no era nada comparado con lo que sangró su corazón cuando vio el rostro encantador, aquel rostro por él que había estado dispuesto a sacrificar su propia vida, contemplando su angustia y su humillación. Ella se sonreía...; si, vive Dios, se sonrió, como demonio sin corazón que era, cuando él alzó su vista para mirarla. En aquel instante el amor murió y nació el odio. Todo hombre debe vivir para algo. Si no he de vivir para abrazarte, señora mía, entonces tendré seguramente que vivir para destruirte para mi completa venganza.”

—¡Extraña redacción! —dijo Holmes sonriendo, al devolver el papel al inspector —. ¿Se fijó en que de pronto deja de hablar en tercera persona y escribe en primera? Entusiasmado con su relato, el autor del escrito se imaginó en el momento supremo que era él mismo el protagonista.

—Sí, me pareció una escritura inconsistente —dijo el inspector, volviendo a colocar la hoja en su cartera—. ¡Cómo! ¿Se va, señor Holmes?

—No creo que tenga nada que hacer aquí una vez que el asunto se halla en tan buenas manos. A propósito, señora Maberley. Me dijo que deseaba viajar, ¿verdad?

—Viajar ha sido siempre mi mayor ilusión, señor Holmes.

—¿A dónde le agradaría ir: a El Cairo, Madeira, la Riviera...?

—Oh, si tuviera dinero iría alrededor del mundo.

—Exactamente. Alrededor del mundo. Bien, buenos días. Le enviaré algunos renglones en la tarde.

Cuando pasamos la ventana vi al avanzar la sonrisa del inspector y la sacudida de cabeza. “Estos astutos tipos siempre tienen un toque de locura”. Eso fue lo que leí en la sonrisa del inspector.

—Ahora, Watson, estamos en la última etapa de nuestro pequeño viaje —dijo Holmes cuando regresábamos entre el bullicio del centro de Londres una vez más—. Creo que tendremos más claro el asunto inmediatamente, y sería bueno si puede acompañarme, porque es más seguro tener un testigo cuando se está enfrentándose con una señora como Isadora Klein.

Tomamos un taxi y salimos acelerados hacia alguna dirección en Grosvenor Square. Holmes había estado ensimismado con sus pensamientos, pero se avivó repentinamente.

—A propósito, Watson, ¿Supongo que lo ve todo claramente?

—No, no puedo decir eso. Solamente puedo deducir que estamos yendo a ver a la señora que está detrás de estas acciones.

—¡Exactamente! ¿Pero el nombre de Isadora Klein no lo dice nada? Ella era, por supuesto, la belleza por excelencia. Nunca hubo una mujer que se le pudiera comparar. Ella es de pura raza española, la sangre real de los magistrales conquistadores, y sus familiares han sido los líderes en Pernambuco por generaciones. Se casó con el anciano rey del azúcar alemán, Klein, y actualmente es la más rica así como también la más amada viuda sobre la tierra. Después hubo un periodo de aventuras donde ella se rindió a sus propios deseos. Tenía varios amantes, y Douglas Maberley, uno de los más notables hombres en

Londres, fue uno de ellos. Fue según los rumores, más que una mera aventura la relación que mantuvo con él. No era una débil mariposa de sociedad sino un fuerte y orgulloso hombre que daba y esperaba todo. Pero ella es la “belle dame sans merci” de la ficción (NdT: bella dama desgraciada). Cuando su capricho estaba satisfecho el asunto se terminaba, y la otra parte en el asunto si no quería aceptar sus palabras, ella sabía cómo quitárselos de encima.

—Entonces esa fue su propia historia...

—¡Ah! Está juntando las piezas. He oído que ella está a punto de casarse con el joven duque de Lomond, quien podría ser su hijo. Su madre Grace puede pasar por alto la edad, pero un gran escándalo sería un hecho diferente, así que es imperativo... ¡Ah! Aquí estamos.

Era una de las más finas casas esquineras de West End. Un lacayo tomó nuestras tarjetas y regresó comunicándonos que la señora no estaba en casa.

—Entonces esperaremos hasta que regrese —dijo Holmes festivamente.

—Que no esté en casa significa que no está para usted —dijo el lacayo.

—Bien —respondió Holmes—. Eso significa que no tendremos que esperar. Dele amablemente esta nota a su ama.

Garabateó tres o cuatro palabras sobre una hoja de su agenda, la dobló y se la entregó en mano al hombre.

—¿Qué decía, Holmes? —pregunté.

—Simplemente escribí: “¿Debería ser la policía, entonces?”. Creo que eso debería permitirnos entrar.

Lo hizo... con increíble celeridad. Un minuto después estábamos en un cuarto al estilo de las Noches de Arabia, vasto y maravilloso, con una semioscuridad, conseguida con una ocasional luz eléctrica rosa. La señora había llegado, lo sentía, a ese tiempo de la vida cuando incluso la más soberbia belleza encuentra a la media luz mejor bienvenida. Se levantó del sofá cuando entramos: alta, majestuosa, una figura perfecta, una hermosa cara como si fuera una máscara, con dos maravillosos ojos españoles que parecían asesinarnos a ambos.

—¿Qué significan esta insistencia y este mensaje insultante? —preguntó, mostrando la hoja de papel.

—No necesito explicarlo, señora. Siento demasiado respeto por su inteligencia para hacer semejante cosa, aunque reconozco que en los últimos días esa inteligencia ha tenido deslices sorprendentes.

—¿Cómo es eso, señor?

—Suponiendo que sus fanfarrones a sueldo podían apartarme de mi tarea con amenazas. Ningún hombre se lanzaría a la profesión a que yo me dedico si no fuera porque el peligro lo atrae. ¿De modo, entonces, que fue usted la que me obligó a hacer indagaciones en el caso del joven Maberley?

—No tengo la menor idea de lo que está hablando. ¿Qué tengo que ver con esos fanfarrones a sueldo?

Holmes se dio media vuelta con expresión de desgana.

—En efecto, he menospreciado su inteligencia. ¡Buenas tardes!

—Espere. ¿A dónde va usted?

Estábamos todavía a mitad de camino de la puerta, cuando ella nos alcanzó y agarró a Holmes del brazo. Se había transformado instantáneamente de acero en terciopelo.

—Vengan, señores, y tomen asiento. Discutamos el asunto a fondo. Señor Holmes, tengo la sensación de que puedo hablar francamente con usted, porque posee los sentimientos de un caballero. ¡Qué rápidamente lo descubre el instinto de una mujer! Lo trataré a usted como a un amigo.

—No puedo prometerle reciprocidad, madame. Yo no soy la ley, pero represento a la justicia hasta donde alcanzan mis pobres facultades. Estoy dispuesto a escuchar, y después le diré qué es lo que voy a hacer.

—Fue una estupidez mía, desde luego, amenazar a un hombre valeroso como usted.

—Lo verdaderamente estúpido, madame, es que usted se haya entregado a

manos de un grupo de sinvergüenzas capaces de someterla a un chantaje o denunciarla. —¡No, no! No soy tan bobalicona He prometido hablarle con franqueza, le diré que nadie, fuera de Barney Stockdale y de Susan, su mujer, tiene la más remota idea de quién es la persona a la que obedecen. Por lo que a ellos respecta, le diré que no es la primera...

Se sonrojó y asintió con un movimiento de cabeza, adoptando unos aires encantadores de mujer coqueta intimidada.

—Comprendo. Los ha puesto a prueba antes.

—Son unos buenos sabuesos que siguen la pista en silencio.

—Pero esa clase de sabuesos tiene la costumbre de morder más pronto o más tarde la mano que les da de comer. Serán encarcelados por este robo. La policía los busca ya.

—Cargarán con lo que les corresponda. Para eso se les paga. Mi nombre no se pronunciará para nada en este asunto.

—A menos de que yo la haga figurar dentro del mismo.

—No, no; usted no lo hará. Usted es un caballero, y se trata de un secreto de mujer.

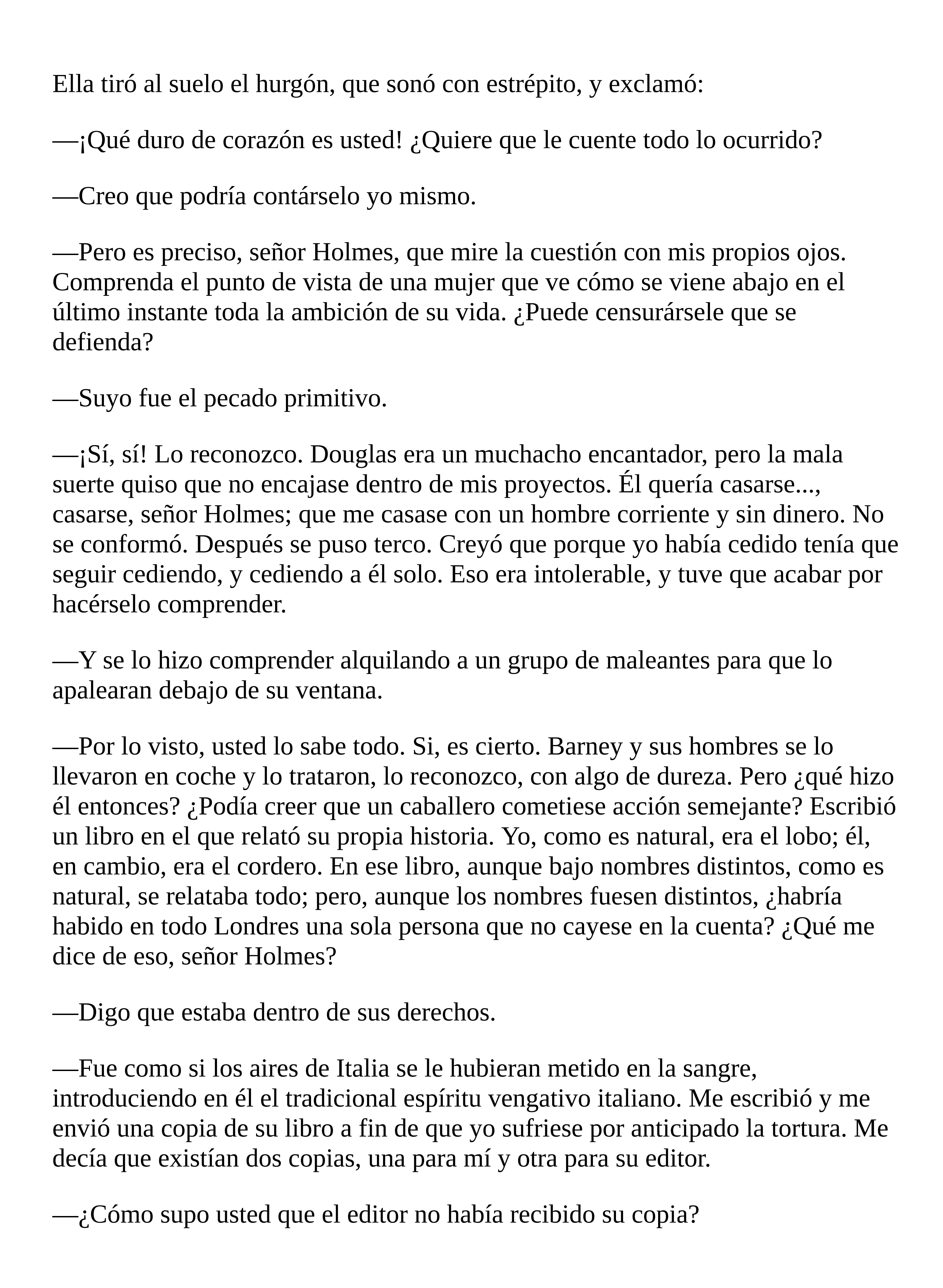
—En primer lugar, tiene que devolver ese manuscrito.

Se rió a carcajadas, y cruzó la sala hasta la chimenea. Había en ella una masa calcinada que revolvió con el hurgón.

—¿Quiere que devuelva esto? —preguntó.

Tan canallescamente exquisita parecía, plantada delante de nosotros con una sonrisa desafiante, que comprendí que entre los criminales de Holmes, aquella mujer era la única a la que a éste le resultaría más difícil hacer frente. Sin embargo, Holmes era inmune al sentimentalismo, y dijo fríamente:

—Esto decide su suerte. Es muy rápida para actuar, madame, pero en esta ocasión se ha excedido.



Ella tiró al suelo el hurgón, que sonó con estrépito, y exclamó:

—¡Qué duro de corazón es usted! ¿Quiere que le cuente todo lo ocurrido?

—Creo que podría contárselo yo mismo.

—Pero es preciso, señor Holmes, que mire la cuestión con mis propios ojos. Comprenda el punto de vista de una mujer que ve cómo se viene abajo en el último instante toda la ambición de su vida. ¿Puede censurársele que se defienda?

—Suyo fue el pecado primitivo.

—¡Sí, sí! Lo reconozco. Douglas era un muchacho encantador, pero la mala suerte quiso que no encajase dentro de mis proyectos. Él quería casarse..., casarse, señor Holmes; que me casase con un hombre corriente y sin dinero. No se conformó. Después se puso terco. Creyó que porque yo había cedido tenía que seguir cediendo, y cediendo a él solo. Eso era intolerable, y tuve que acabar por hacérselo comprender.

—Y se lo hizo comprender alquilando a un grupo de maleantes para que lo apalearan debajo de su ventana.

—Por lo visto, usted lo sabe todo. Si, es cierto. Barney y sus hombres se lo llevaron en coche y lo trataron, lo reconozco, con algo de dureza. Pero ¿qué hizo él entonces? ¿Podía creer que un caballero cometiese acción semejante? Escribió un libro en el que relató su propia historia. Yo, como es natural, era el lobo; él, en cambio, era el cordero. En ese libro, aunque bajo nombres distintos, como es natural, se relataba todo; pero, aunque los nombres fuesen distintos, ¿habría habido en todo Londres una sola persona que no cayese en la cuenta? ¿Qué me dice de eso, señor Holmes?

—Digo que estaba dentro de sus derechos.

—Fue como si los aires de Italia se le hubieran metido en la sangre, introduciendo en él el tradicional espíritu vengativo italiano. Me escribió y me envió una copia de su libro a fin de que yo sufriese por anticipado la tortura. Me decía que existían dos copias, una para mí y otra para su editor.

—¿Cómo supo usted que el editor no había recibido su copia?

—Yo sabía quién era su editor, porque no era ésa su primera novela. Me enteré de que no había recibido noticias de Italia. Entonces se produjo la muerte súbita de Douglas. Mientras existiese el otro manuscrito, no habría seguridad para mí. Tenía que encontrarse entre sus efectos personales, y éstos serian devueltos a su madre. Hice entrar en acción al grupo. Una de las personas del mismo se colocó de sirvienta en la casa. Yo quería realizar el trabajo honradamente. Le aseguro de verdad que yo quería actuar de ese modo. Estaba dispuesta a comprar la casa con todo lo que ella contenía. Ofrecí pagar el precio que ella quisiese pedir. Únicamente recurrí a otros medios cuando hubo fallado todo lo demás. Entonces bien, señor Holmes, reconociendo que yo traté con excesiva dureza a Douglas, ¡y bien sabe Dios lo apesadumbrada que estoy!, ¿qué otra cosa podía hacer cuando se jugaba todo mi porvenir?

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—Bien, bien —le contestó—; me imagino que, como de costumbre, no tendré más remedio que transigir con un delito. ¿Cuánto vendrá a costar un viaje alrededor del mundo hecho a toda comodidad?

La dama lo miró con ojos de asombro.

—¿Podría realizarse con cinco mil libras?

—¡Sí, yo creo que sí, desde luego!

—Perfectamente. Creo que usted me firmara un cheque por esa cantidad, y yo me cuidaré de que llegue a manos de la señora Maberley. Es acreedora a que usted le proporcione un pequeño cambio de aires. Y para terminar, señora mía —al decir esto, Holmes le apuntó con el índice en señal de advertencia—: ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! ¡No es posible jugar toda la vida con instrumentos de filo sin cortarse alguna vez esas manos tan delicadas!

8. La aventura del soldado de la piel decolorada

Las ideas de mi amigo Watson, aunque limitadas, son extraordinariamente pertinaces. Desde hace tiempo ha venido hostigándome para que escriba uno de mis casos. Quizá he provocado yo mismo esa persecución, por haberle hecho notar muchas veces la superficialidad de sus relatos, acusándole de inclinarse hacia el gusto popular, en vez de ceñirse rigurosamente a los hechos y a las cifras. «¡Pruebe de escribir usted mismo, Holmes!», me ha solido replicar, y ahora, después de tomar la pluma en la mano, me veo forzado a reconocer que, en efecto, empiezo a darme cuenta de que es preciso presentar el asunto de manera que pueda interesar al lector. Es difícil que el siguiente caso no interese, porque se cuenta entre los más raros de mi colección, aunque Watson no tenga notas del mismo en la suya. Ya que hablo de mi viejo amigo y biógrafo, aprovecharé la oportunidad para hacer notar que, si en mis variadas y pequeñas pesquisas echo sobre mí la carga de un acompañante, no lo hago ni por sentimentalismo ni por capricho, sino porque Watson posee algunas notables características propias suyas, a las que no ha concedido importancia, llevado de su modestia y del aprecio exagerado en que tiene mis propias realizaciones. Un confederado capaz de prever siempre las conclusiones a que usted va a llegar y el curso de la acción que va a emprender es siempre peligroso; pero aquel otro al que todas las novedades que se producen le caen como una sorpresa continua, y para el que el porvenir es siempre un libro cerrado, resulta en verdad una ayuda leal.

Veo por mis libros de notas que fue durante el mes de enero de 1903, apenas terminada la guerra con los bóers, cuando recibí la visita de míster James M. Dodd, un británico corpulento, sano, quemado del sol, bien plantado. El bueno de Watson me había abandonado para seguir a una esposa, único acto suyo egoísta que yo recuerdo del tiempo en que estuvimos asociados. Yo estaba, pues, a solas. Yo tengo por costumbre sentarme de espaldas a la ventana y hacer sentar a mis visitas en la silla de enfrente, de modo que les de la luz en la cara. Míster James M. Dodd mostró no saber cómo empezar la conversación. No intenté acudir en ayuda suya, porque su silencio me dejaba más tiempo para observarlo a él. He comprobado que resulta hábil despertar en los clientes una sensación de

poder, y por eso le hice ver algunas de las conclusiones a que yo había llegado.

—Veo, señor, que viene usted de Sudáfrica.

—Así es, míster Holmes; usted es brujo.

—Del Cuerpo de Voluntarios de Caballería Imperial, si no me equivoco. Del regimiento de Middlesex, sin duda alguna.

—Así es, míster Holmes; usted es brujo.

Me sonreí al escuchar la expresión de su asombro.

—Cuando un caballero de apariencia varonil entra en mi habitación, con el rostro

de un matiz que el sol de Inglaterra no podrá darle jamás, y a eso se agrega el detalle de que lleva el pañuelo dentro de la manga, en lugar de llevarlo en el bolsillo, no resulta difícil de establecer su profesión. Lleva usted la barba corta, y ese detalle da a entender que no pertenece usted al ejército profesional. Tiene todo el aspecto de un jinete. En cuanto a situarlo en el Cuerpo de Middlesex, ya su tarjeta me ha hecho saber que es usted corredor de bolsa en la calle Thorgmorton. ¿A qué otro regimiento podía usted agregarse?

—Lo ve usted todo.

—No veo más de lo que ven todos, pero me he adiestrado en fijarme en lo que veo. Bueno, míster Dodd, usted no ha venido esta mañana a visitarme con objeto de hablar acerca de la ciencia de la observación, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ocurre en Tuxbury Old Park?

—¡Míster Holmes...!

—No hay en ello misterio alguno, querido señor. Su carta estaba fechada en ese lugar, y como usted solicitaba esta entrevista en términos muy apremiantes, resulta claro que había ocurrido algo importante de una manera repentina.

—Así es, en efecto. Pero yo escribí la carta por la tarde, y de entonces acá han ocurrido muchas cosas. Si el coronel Emsworth no me hubiese echado de allí a puntapiés...

—¡Que le ha echado a puntapiés!

—Bueno, en realidad, lo que hizo viene a ser lo mismo. Este coronel Emsworth no se para en barras. Fue en sus tiempos de militar el más exigente ordenancista que había en el ejército, y aquellos eran tiempos en los que se empleaba un lenguaje duro.

Yo no habría estado junto al coronel, de no haber sido por atención a Godfrey.

Encendí mi pipa y me arrellané en mi asiento, diciéndole:

—Explíquese claramente.

Mi cliente se sonrió con malicia y me contestó.

—Es que yo había acabado por suponer que usted lo sabe todo sin que se lo digan. Pero, en fin, voy a ponerle al corriente de los hechos, y quiera Dios que sea usted capaz de explicarme el alcance que tienen. Me he pasado la noche en vela y dándole vueltas en el cerebro al asunto, pero cuanto más lo pienso, más increíble me resulta... Cuando en el mes de enero de mil novecientos uno, es decir, hace dos años, me incorporé, el joven Godfrey Emsworth servía en el mismo escuadrón. Era hijo único del coronel Emsworth, el de la Cruz Victoria de la guerra de Crimea. Llevaba en sus venas sangre combativa, y no es extraño que se alistase de voluntario. No había en todo el regimiento mozo de mejores dotes. Nos hicimos amigos, con esa amistad que únicamente llega a establecerse cuando dos personas viven idéntica vida y comparten las mismas alegrías y dolores. Era mi camarada. Esta palabra significa mucho en el ejército. Durante un año entero de rudo pelear aguantamos juntos las duras y las maduras. Hasta que, durante la acción que tuvo lugar cerca de Diamond Hill, en los alrededores de Pretoria, le metieron a él una bala de grueso calibre. Recibí una carta suya desde el hospital de Ciudad de El Cabo y otra desde Southampton. Pues bien: acabada la guerra y ya todos de regreso, le escribí al padre preguntándole por el paradero de Godfrey. No me contestó. Espere y volví a escribirle. Esta vez recibí una carta concisa y huraña. Godfrey había emprendido un viaje alrededor del mundo, y no era probable que regresase antes de un año. Y nada más... Yo no me quedé satisfecho, míster Holmes. Todo ello me resultó condenadamente raro. Godfrey era un buen muchacho, y no podía hacer de lado a un camarada de ese modo. No concordaba con su manera de ser. Resulta que, además, yo estaba enterado de que tenía que heredar una suma importante de dinero, y que su padre

y él no siempre se entendían bien. El viejo era en ocasiones agresivo, y el joven Godfrey era demasiado entero para aguantarlo. No, yo no me di por satisfecho, y decidí llegar hasta la raíz del asunto. Pero como mis propios casos requerían mucha atención tras dos años de ausencia, no me fue posible ocuparme del caso de Godfrey hasta esta misma semana. Pero, puesto que lo he tomado ya en mano, me propongo abandonar todo hasta llevarlo a feliz término.

Míster James M. Dodd me produjo la impresión de que era una de esas personas a las que es preferible tener de amigo que de enemigo. Sus ojos azules tenían una expresión dura, y su cuadrada mandíbula se había tensado mientras hablaba.

—¿Y qué ha hecho usted? —le pregunté.

—Mi primer paso consistió en ir hasta su residencia, tuxbury Old Park, cerca de Bedford, para ver por mis propios ojos cómo se presentaba el terreno. Por eso le escribí a la madre; no quería tratar más con el venado del padre. Fue un ataque frontal: que Godfrey era mi camarada; yo tenía un gran interés, que ella se explicaría por lo que habíamos pasado juntos; que iba a pasar por el pueblo, y si ella no ponía objeción alguna, etcétera. La contestación fue atentísima y en ella se me ofrecía alojamiento para pasar la noche. Eso fue lo que me llevó el lunes allí... El viejo palacio de tuxbury se halla en un lugar inaccesible, a diez kilómetros de distancia de cualquier punto. En la estación no había coche alguno, de modo que me vi obligado a cubrir el trayecto a pie, cargado con mi maletín, y era ya casi oscurecido cuando llegué. Es un gran edificio solitario que se alza dentro de un extenso parque. Yo diría que pertenece a toda clase de épocas y de estilos, porque empieza en una base isabelina que es mitad de madera, y acaba en un pórtico de la época victoriana. En el interior es todo artesonados, tapices y viejas pinturas medio borrosas; es decir, una casa en sombras y de misterio. Había un despensero, el viejo Ralph, que parecía tener tantos años como la casa misma, y su mujer, que era quizá más vieja, había sido la niñera de Godfrey, y yo le había oído a éste hablar de ella como de una madre, a la que quería casi tanto como a su madre; por eso me sentí atraído hacia ella a pesar de su raro aspecto. También simpaticé con la madre, que era una mujer pequeña y cariñosa como una ratita blanca. Con el único que no hice migas fue con el coronel... Tuvimos desde el primer momento nuestros más y nuestros menos, y sentí impulsos de regresar en el acto mismo a la estación. Si no lo hice, fue porque tuve la sensación de que sería hacerle el juego a él. Me pasaron inmediatamente a su despacho y allí me lo encontré, corpulento, cargado de espaldas, tez oscura, larga barba revuelta, sentado detrás de su mesa-escritorio

llena de papeles. Su nariz de venas rojas se proyectaba como el pico de un buitre, y dos ojos grises, agresivos, se clavaron en mí por debajo de unas cejas tupidas y salientes. Comprendí por qué Godfrey hablaba poco de su padre. «Veamos, señor —me dijo con voz áspera—; me agradaría conocer las verdaderas razones de esta visita.» Le contesté que ya las había explicado en la carta que había enviado a su esposa. «Sí, sí; en ella decía usted que había conocido a Godfrey en África, y, como es natural, no tenemos más pruebas que su palabra.»

«Tengo cartas suyas en el bolsillo.» «¿Quiere tener la amabilidad de mostrármelas?» Repasó las dos que yo le entregué, y luego me las devolvió, preguntándome: «Bien, ¿y qué?» «Yo quiero mucho a su hijo, señor. Nos unen muchos lazos y recuerdos. ¿No es, pues, natural, que yo me asombre de su repentino silencio y que desee saber qué ha sido de él?» «Creo recordar, señor, que he mantenido ya correspondencia con usted, y que le comuniqué lo que había sido de él. Ha emprendido un viaje alrededor del mundo. Después de lo que pasó en África, su salud estaba quebrantada, y tanto su madre como yo fuimos de opinión que precisaba un descanso completo y un cambio. Tenga usted la amabilidad de transmitir esa explicación a cualquier otro amigo que pudiera interesarse en el asunto.» «Desde luego —le contesté—. Pero yo le pediría que tuviese la amabilidad de darme el nombre de la línea de navegación y del vapor en que ha embarcado y de la fecha en que lo hizo. De ese modo estoy seguro de que conseguiré hacer llegar hasta él una carta.» Esta petición mía pareció desconcertar e irritar a mi huésped. Sus tupidas cejas salientes se abatieron sobre sus ojos y tamborileó impaciente con sus dedos encima de la mesa. Por último, alzó la vista con la expresión de un jugador de ajedrez que ha visto hacer a su adversario una jugada amenazadora y acaba de descubrir la jugada suya con que ha de parar el golpe. «Míster Dodd —contestó—, son muchos los que se sentirían ofendidos por su infernal obstinación y que juzgarían que esta insistencia suya de ahora linda con una maldita impertinencia.» «Atribúyalo, señor, al cariño que profeso a su hijo.» «Exacto, pero he llegado ya al límite de lo que puedo tolerar por esa razón. Tengo que pedirle que abandone sus pesquisas, En todas las familias existen ciertas intimidades y propósitos que no siempre pueden ser confiados a los extraños, por muy buena que sea la intención de éstos. Mi esposa tiene gran interés en que usted le cuente cosas de la vida pasada de Godfrey, pero yo he de rogarle que haga caso omiso de su presente y de su futuro. Tales pesquisas suyas no conducen a ninguna finalidad útil, y nos colocan en una situación delicada y difícil». De modo, míster Holmes, que me encontré con el camino cerrado. No

había modo de seguir adelante. Lo único que me quedaba era simular que aceptaba la situación, haciendo interiormente promesa de no descansar hasta aclarar qué había sido de mi amigo. La velada fue tristona. Cenamos tranquilamente los tres, en una vieja habitación, oscura y ajada. La señora me preguntó ansiosamente acerca de su hijo, pero el anciano parecía huraño y deprimido. Todo aquello me aburrió de tal manera, que me excusé lo antes que me fue posible hacerlo dentro de las buenas formas, y me retiré a mi dormitorio. Era ésta una habitación amplia y desnuda, situada en la planta baja, tan lóbrega como todo el resto de la casa; pero, míster Holmes, después de dormir durante un año en el veld, se vuelve uno poco exigente en esas materias. Descorrí las cortinas y me asomé a mirar al jardín, fijándome en que hacía una noche hermosa, con la media luna brillante en el cielo. Después me senté junto a la viva hoguera de la chimenea, con la lámpara colocada a mi lado en una mesa, y traté de distraer mis pensamientos con la lectura de una novela.

Pero me cortó la lectura la entrada de Ralph, el viejo despensero, que me traía un nuevo suministro de carbón. «Pensé que, quizá se le acabase durante la noche el que tiene, señor. El tiempo es crudo y estas habitaciones son frías.» Vaciló antes de retirarse de la habitación, y al volver yo la vista, me encontré con que estaba en pie y que su arrugada cara me miraba con expresión de ansiedad. «Señor, yo le ruego que me perdone, pero no pude menos de escuchar lo que usted habló de mi joven míster Godfrey durante la cena. Ya sabrá usted, señor, que fue mi mujer la que le crió, de modo que yo casi podría decir que soy su padre adoptivo. Es, pues, natural, que nosotros nos interesemos por el señorito. ¿De modo que, según dice usted, se portó como un valiente?» «Hombre más valeroso no lo hubo en todo el regimiento. En cierta ocasión me sacó de debajo mismo de los rifles de los bóers, y quizá si él no lo hubiese hecho, yo no estaría aquí en este momento.» El anciano despensero se frotó las arrugadas manos. «Sí, señor, sí; eso va perfectamente con la manera de ser de míster Godfrey. Siempre fue valeroso. No hay en el parque un solo árbol al que no haya trepado. Nada era capaz de detenerle. Fue un muchacho magnífico, y también, señor..., también de hombre fue magnífico.» Me puse en pie de un salto y exclamé: «¡Cómo! Dice usted que fue. Habla como si él hubiera muerto. ¿Qué misterio encierra todo esto? ¿Qué ha sido de Godfrey Emsworth?» Agarré al anciano por los hombros, pero él se echó atrás. «No entiendo lo que usted dice, señor. Si algo quiere saber de míster Godfrey interrogue usted al amo. Él lo sabe. Yo no debo entremeterme.» Iba a retirarse de la habitación, pero yo le detuve por el brazo y le dije: «Escuche. Va usted a contestarme a una sola pregunta antes que se retire, porque de lo contrario soy capaz de retenerle a usted aquí toda la noche. ¿Ha

muerto

Godfrey?» No fue capaz de sostener mi mirada. Parecía estar hipnotizado. La contestación salió de sus labios como si yo se la hubiese arrancado. Y fue terrible e inesperada. «¡Pluguiera Dios que hubiese muerto!», exclamó, y arrancándose mis manos se precipitó fuera de la habitación. Ya se imaginará usted, míster Holmes, que no volví a mi silla en un estado de ánimo muy feliz. Me pareció que las palabras del anciano sólo podían tener una interpretación. Era evidente que mi pobre amigo habíase visto envuelto en algún acto criminal, o por lo menos, vergonzoso, y que afectaba al honor de la familia. Por eso, aquel anciano severo había enviado a su hijo lejos, ocultándolo al mundo, a fin de evitar algún escándalo público. Godfrey era un mozo temerario, y que se dejaba llevar fácilmente por los que le rodeaban. Había caído, sin duda, en malas manos que le habían extraviado y conducido a la ruina. Si se trataba verdaderamente de eso, la cosa era lamentable; pero aun en un caso así, era deber mío buscarle hasta dar con él, a fin de ver si yo podía serle de alguna ayuda. Me hallaba ensimismado y meditando con ansiedad en el asunto, cuando alcé la vista y me encontré de pronto con el mismísimo Godfrey Emsworth, que estaba en pie delante de mí.

Mi cliente se había detenido, como persona presa de profunda emoción. Yo, al darme cuenta de su estado, le dije:

—Prosiga, por favor. Su problema ofrece algunos rasgos muy fuera de lo corriente.

—Míster Holmes, mi amigo estaba de la parte de afuera de la ventana, con la cara apretada contra el cristal. Le he dicho antes que yo me asomé a mirar cómo estaba la noche. Al hacerlo dejé las cortinas parcialmente descorridas. La figura de mi amigo quedaba encuadrada dentro de esa abertura de las cortinas. La ventana llegaba hasta el suelo mismo, de modo que pude ver toda su figura, pero fue su rostro el que atrajo la mirada mía. Estaba mortalmente pálido; jamás he visto yo a un hombre de rostro tan blanco. Creo que esa debe de ser la blancura de los fantasmas; pero sus ojos se cruzaron con los míos, y en verdad que eran ojos de una persona viva. En el momento en que él cayó en la cuenta de que yo le miraba dio un salto atrás y desapareció en la oscuridad... Míster Holmes, en el aspecto de ese hombre hay algo que me produjo una impresión dolorosa. No se trata simplemente de una cara cadavérica que se destacaba en la oscuridad, tan blanca como el yeso. Era algo más sutil; algo como vergonzoso, furtivo, algo

como, culpable; en fin, algo completamente distinto de la franqueza y hombría que yo conocí en aquel mozo. Me quedó en el alma una sensación de horror... Pero, el hombre que ha estado haciendo la guerra un año o dos, teniendo por contrario en el juego al hermano bóer, sabe conservar templados los nervios y actuar con rapidez. Apenas había desaparecido Godfrey, cuando yo ya me había abalanzado hacía la ventana. El cierre de ésta funcionó con dificultad, y tardé algún tiempo en poder levantarla hacia arriba. Acto seguido me escabullí por la abertura y corrí por el camino del jardín hacia la dirección que yo pensé que podría haber tomado mi amigo... El camino era largo y la luz mala, pero me pareció que algo se movía delante de mí. Seguí corriendo y le llamé por su nombre, pero fue inútil. Al llegar al final del camino me encontré con que éste se bifurcaba en varias direcciones, yendo a parar a distintos edificios adyacentes a la casa. Me quedé indeciso, y estando así escuché con toda claridad el ruido de una puerta que se cerraba. No se había producido en la casa, a mis espaldas, sino enfrente de mí, en algún sitio envuelto en la oscuridad. Aquello me bastó, míster Holmes, para adquirir el convencimiento de que lo que yo había visto no era una visión. Godfrey había huido de mí corriendo y se había metido en algún sitio, cerrando después la puerta. De eso estaba yo seguro. Ya no me quedaba a mí nada que hacer. Pasé una noche intranquila, dando vueltas en mi cabeza al asunto y tratando de encontrar alguna explicación en la que encajase todo lo sucedido. Al día siguiente encontré al coronel de temperamento más conciliador, y como su esposa me hizo notar que en aquellos alrededores existían lugares dignos de verse, aproveché la oportunidad para preguntarles si les resultaría molesto que yo pasase allí otra noche más. La gruñona conformidad dada por el anciano me proporcionó un día entero para dedicarme a observar. Yo estaba ya completamente convencido de que Godfrey se ocultaba por allí cerca; pero me quedaba todavía por averiguar el sitio y la razón de aquel ocultamiento... Era la casa tan espaciosa y tan llena de recovecos, que podía esconderse dentro de ella un regimiento entero sin que nadie advirtiese su presencia. Si el secreto estaba allí, me resultaría difícil penetrarlo. Pero la puerta que yo había oído cerrarse estaba, con toda seguridad, fuera de la casa. Era preciso que yo explorase el jardín, por si podía descubrir algo. Ningún obstáculo se me presentaba para ello, porque los dos ancianos se hallaban atareados cada cual a su manera, y me dejaron en libertad para pasar el tiempo como bien me pareciese... Había varios pequeños edificios que servían de dependencias de la casa, pero al fondo del jardín se alzaba un edificio aislado y de regular capacidad; lo suficiente como para servir de vivienda a un jardinero o a un guarda de caza. ¿Sería aquel lugar del que procedía el ruido de la puerta que se cerró? Me acerqué al edificio despreocupadamente, como si me estuviese paseando sin rumbo fijo por el

parque. Al hacerlo, salió de la puerta un hombre pequeño, vivaracho, de barba, chaqueta negra y sombrero hongo; es decir, que no tenía aspecto alguno de jardinero. Con gran sorpresa mía, aquel hombre cerró la puerta con llave después de salir y se metió ésta en el bolsillo. Luego me miró con expresión algo sorprendida y me preguntó: «¿Es usted visita en esta casa?» Le dije que, en efecto, estaba de visita y que era amigo de Godfrey. Y agregué: «¡Qué pena que se encuentre viajando, porque seguramente le habría agradado hablar conmigo!» «Ya la creo que sí. Estoy seguro de que le habría agradado —me contestó con expresión de culpabilidad—. Espero que repita usted la visita en alguna ocasión más propicia.» Siguió su camino, pero, al darme yo media vuelta, me fijé en que se había detenido y me estaba vigilando medio oculto por los arbustos de laurel que había en el extremo más alejado del jardín. Me fijé detenidamente en la casita al pasar por delante, pero las ventanas estaban cerradas con gruesas cortinas, y me dio la impresión de que no había nadie dentro. Si yo me mostraba demasiado audaz, pudiera echar a perder mi propio juego, e incluso me exponía a que me diesen orden de marcharme de la casa, porque tenía la sensación de que me vigilaban. Por eso me volví paseando al edificio principal y dejé para la noche hacer nuevas averiguaciones. Cuando todo estuvo oscuro y tranquilo, me deslicé por la ventana de mi cuarto y avancé todo lo silenciosamente que me fue posible hasta la misteriosa casita... He dicho ya que las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas, pero ahora me las encontré también cerradas con persianas. Sin embargo, a través de una de ellas salía un poco de luz, y por eso concentré mi atención en ella. Tuve suerte, porque la cortina no había sido corrida del todo, y podía ver el interior de la habitación por una grieta que tenía la persiana. Era un cuarto bastante alegre, en el que ardían una lámpara y un buen fuego en la chimenea. Frente por frente de mí estaba sentado el hombrecito al que yo había encontrado por la mañana. Fumaba en pipa y estaba leyendo un periódico.

—¿Qué periódico era? —pregunté yo.

Mi cliente pareció molestarse porque yo le hubiese interrumpido el relato, y preguntó:

—¿Tiene eso importancia?

—Es de lo más esencial.

—Pues no me fijé.

—Sin embargo, quizá se fijase usted en si era un periódico de hojas anchas o uno de esos otros de tamaño más reducido, como suelen ser los semanarios.

—Ahora que usted me menciona ese detalle, la verdad es que no era de hojas grandes. Quizá fuese The Spectator. Pero yo no estaba para pensar en esa clase de detalles, porque de espaldas a la ventana había otro hombre sentado, y yo podría jurar que ese otro hombre era Godfrey. No le veía la cara, pero reconocí la inclinación de sus hombros, que me era sumamente familiar. Estaba apoyado sobre el codo, en actitud de gran melancolía, y miraba hacia el fuego de la chimenea. Vacilaba yo en lo que debería hacer, cuando sentí un golpe seco en el hombro y me encontré junto a mí al coronel Emsworth. «¡Venga por acá señor!», me dijo en voz baja.

»Caminó en silencio hasta la casa y yo le seguí, entrando ambos en mi dormitorio. Al pasar por el vestíbulo echó mano a un horario de trenes, y dijo: “A las ocho treinta sale un tren para Londres. El coche estará esperándole a usted a las ocho junto a la puerta.”

»Estaba blanco de ira, y yo me encontré, no hará falta decirlo, en una posición tan difícil que hube de limitarme a algunas frases incoherentes de disculpa, tratando de excusarme con la gran preocupación que yo sentía por mi amigo. El coronel me dijo con rudeza: “Este asunto no admite discusión. Ha cometido usted un acto sumamente censurable, introduciéndose en la intimidad de nuestra familia. Usted se encontraba aquí en calidad de huésped y se ha convertido en espía. Nada más tengo que agregar, señor, fuera de que no deseo volver a verle a usted.”

»Míster Holmes, al oír aquello perdí los estribos y rompí a hablar acaloradamente: “Yo he visto a su hijo, y tengo la seguridad de que usted lo oculta del mundo por alguna razón que a usted solo le interesa. No puedo imaginarme a qué móviles puede usted obedecer aislándole a él de esta manera; pero estoy seguro de que mi amigo se encuentra imposibilitado de obrar con libertad. Le prevengo, coronel Emsworth, que no renunciaré a mis esfuerzos para llegar al fondo del misterio, mientras no tenga la seguridad de la salud y del bienestar de mi amigo. Desde luego, no me dejaré intimidar por nada, en absoluto, de cuanto usted pueda decir o hacer.”

»Aquel viejo tenía en ese momento una expresión diabólica y llegué a pensar que estaba a punto de agredirme. He dicho ya que es un gigantón de aspecto

agresivo y de rostro enjuto; aunque yo no soy poca cosa, quizá me habría resultado difícil defenderme de él. Sin embargo, después de dirigirme una furibunda y larga mirada, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Yo, por mi parte, tomé por la mañana el tren que se me había señalado, muy resuelto de venir directamente a consultar con usted y a pedirle consejo y ayuda, para lo cual le escribí pidiéndole una cita.»

Tal era el problema que mi visitante me expuso. Según habrá podido ya observar el lector astuto, ofrecía pocas dificultades para su solución, porque en la raíz del problema sólo existía una serie muy limitada de alternativas. Sin embargo, por elemental que fuese, ofrecía puntos de interés y de novedad que disculpaban que yo lo dejase registrado por escrito. Y ahora, empleando mi método familiar de análisis lógico, pasaré a reducir paulatinamente el número de soluciones posibles.

—Dígame: ¿cuántos criados había en la casa? —le pregunté.

—Pues, por lo que yo vi, deduzco que no había más que el viejo despensero y su mujer. El género de vida que allí se llevaba era de lo más sencillo.

—¿De modo que en la casita independiente no había ningún criado?

—Ninguno, a menos que actuase como tal el hombrecito de la barba. Sin embargo, me dio la impresión de ser una persona muy superior a ese cargo.

—He ahí un detalle muy sugestivo. ¿Se fijó usted en si llevaban de comer desde una casa a la otra?

—Ahora que usted me habla de eso, es cierto que vi al viejo Ralph ir por el camino del jardín en dirección a la casita, llevando una cesta. En aquel momento no se me ocurrió la idea de que la cesta pudiera contener alimentos.

—¿Realizó usted alguna pesquisa en el pueblo?

—Sí. Hablé con el jefe de estación y también con el mesonero del pueblo. Me limité a preguntarles si tenían algunas noticias de mi antiguo camarada Godfrey Emsworth. Ambos me aseguraron que estaba realizando un viaje alrededor del mundo; que había regresado a casa y que casi enseguida volvió a salir para reemprenderlo. Es evidente que la explicación es aceptada por todos.

—¿Nada habló usted de sus sospechas?

—Nada.

—Obró usted muy cuerdamente. No hay duda de que estamos en la obligación de investigar el caso. Regresaré con usted a tuxbury Old Park.

—¿Hoy mismo?

En aquel momento andaba yo ocupado en poner en claro el caso que mi amigo Watson ha relatado con el título de La Escuela de la Abadía, en la que tan de cerca se halla comprometido el duque de Greyminster. También había recibido una misión procedente del sultán de Turquía que me obligaba a una actuación inmediata, porque pudieran seguirse las más severas consecuencias políticas de no hacerlo así. Por consiguiente, y según consta en mi diario, sólo en los comienzos de la semana siguiente pude ponerme en camino para cumplir mi compromiso en Bedforshire en compañía de míster James M. Dodd. Mientras nos dirigíamos a la estación de Euston recogimos a un caballero grave y taciturno, de aspecto de hierro gris, con el que previamente había yo hecho los arreglos necesarios.

—Es un viejo amigo —le dije a Dodd—. Quizá su presencia sea absolutamente innecesaria, y puede también que resulte esencial. De momento no hace falta entrar en más detalles.

Los relatos de Watson tendrán, sin duda, acostumbrado al lector a que yo no pierda el tiempo en palabras inútiles y a que no ponga en claro mis pensamientos mientras no tengo resuelto el caso que llevo entre manos. Dodd pareció sorprendido, pero no se habló más acerca del asunto, y los tres proseguimos juntos el viaje. Ya en el tren pregunté a Dodd algo que yo deseaba que oyese nuestro acompañante.

—Dice usted que vio la cara de su amigo en la ventana con absoluta claridad, con una claridad tal que tiene seguridad absoluta de que era él.

—No cabe la menor duda. Apretaba la nariz contra el cristal. La luz de la lámpara se proyectaba de lleno sobre él.

—¿No podría tratarse de alguien que se le pareciese?

—No, no; era él.

—Pero usted afirma que estaba cambiado, ¿no es así?

—Únicamente en cuanto al color. Su cara era... ¿cómo diré...?, de una blancura como de barriga de pescado. Estaba blanqueada.

—¿Con el mismo tono blanco por toda ella?

—Creo que no. Lo mejor que vi de todo fue su frente apretada contra la ventana.

—¿Le llamó usted?

—Me hallaba demasiado sobresaltado y horrorizado en aquel momento. Acto seguido, y según se lo he dicho ya, salí en persecución suya, pero sin conseguir alcanzarle.

Para mí, el caso se hallaba prácticamente completo, y tan sólo me faltaba un incidente pequeño a fin de redondearlo. Cuando, después de un considerable trayecto en coche, llegamos a la vieja casa, extraña y retirada, que mi cliente había descrito. Fue Ralph, el anciano despensero, quien nos abrió la puerta. Yo había comprometido el coche para todo el día y había pedido a mi anciano amigo que permaneciese dentro del mismo hasta que le llamásemos. Ralph, viejecito arrugado, vestía el convencional traje de chaqueta negra y pantalones negros con raya blanca, con una única y curiosa variante. Llevaba guantes de cuero color castaño, de los que se despojó instantáneamente al vernos, dejándolos encima de la mesa del vestíbulo al entrar nosotros. Según mi amigo Watson ha podido hacer notar, poseo una agudeza anormal en mis sentidos; husmeé un aroma débil, pero acre. Parecía centrado en la mesa del vestíbulo. Me di media vuelta, coloqué allí mi sombrero, lo tiré al suelo, me incliné para recogerlo y me di maña para acercar mi nariz a menos de treinta centímetros de distancia de los guantes. Sí, indudablemente que aquel curioso olor a brea salía de ellos. Seguí adelante para entrar en el despacho con mi caso ya resuelto. ¡Qué lástima que no tenga más remedio que mostrar las cartas que tengo en mano cuando relato yo mismo un caso! Watson lograba presentar sus deslumbrantes finales ocultando esa clase de eslabones de la cadena.

El coronel Emsworth no estaba en la habitación, pero acudió con bastante rapidez al recibir el mensaje de Ralph. Oímos en el pasillo sus pasos rápidos y firmes. La puerta se abrió de par en par y entró precipitadamente, con la barba

enmarañada y las facciones contraídas, convertido en el anciano más terrible que yo he encontrado nunca. Tenía en la mano nuestras tarjetas, las rompió en pedazos y las pisoteó.

—¿No le tengo dicho, condenado entremetido, que se considere arrojado de esta casa? No vuelva jamás a tener la audacia de mostrar aquí su maldita cara. Si vuelve a entrar sin licencia mía estaré en mi derecho de recurrir a la violencia. ¡Le mataré a tiros, señor! ¡Por Dios, que lo haré! En cuanto a usted, señor —prosiguió volviéndose hacia mí—, considérese incurso en la misma advertencia. Estoy al tanto de la innoble profesión que ejerce, pero debe usted ocupar sus celebrados talentos en algún otro terreno. Aquí no hay lugar para ellos.

—No puedo marcharme de aquí —dijo mi cliente con firmeza— hasta que sepa de los propios labios de Godfrey que no se halla coartada su libertad.

Nuestro huésped, mal de su agrado, tiró de la campanilla.

—Ralph —dijo—, telefonee a la policía del condado y diga al inspector que envíe un par de guardias. Dígale que hay en la casa asaltantes.

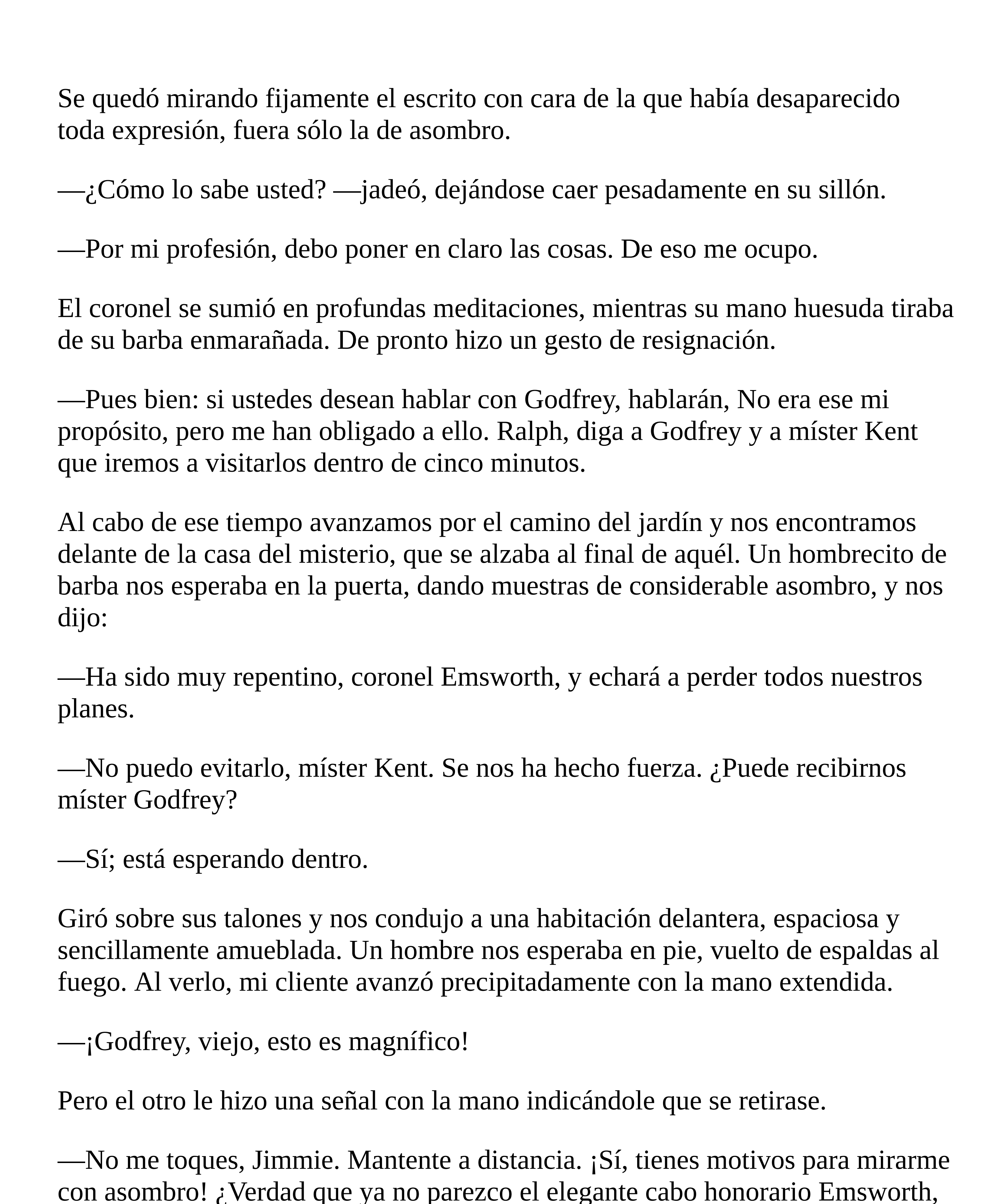
—Un momento —le dije yo—. Míster Dodd, ya sabrá usted que el coronel Emsworth se encuentra en su derecho al dar ese paso, y que dentro de su casa nosotros podemos consideramos fuera de la ley. Por otro lado, él debe reconocer que usted ha obrado movido enteramente por el interés que le inspira su hijo. Yo me atrevo a esperar que, si se nos conceden cinco minutos de conversación con el coronel Emsworth, conseguiré con toda seguridad alterar su punto de vista en este asunto.

—Yo no soy hombre que cambia fácilmente —repuso el veterano soldado—. Ralph, haga lo que he dicho. ¿Qué diablos espera para hacerlo? ¡Llame usted a la policía!

—No hará nada de eso —dije yo, descansando mi espalda en la puerta cerrada—. Cualquier interferencia de la policía acarrearía la catástrofe misma que usted tanto teme.

Saqué mi libro de notas y escribí una única palabra en una hoja suelta, que entregué al coronel Emsworth, diciéndole:

—Esto es lo que nos ha traído hasta aquí.



Se quedó mirando fijamente el escrito con cara de la que había desaparecido toda expresión, fuera sólo la de asombro.

—¿Cómo lo sabe usted? —jadeó, dejándose caer pesadamente en su sillón.

—Por mi profesión, debo poner en claro las cosas. De eso me ocupo.

El coronel se sumió en profundas meditaciones, mientras su mano huesuda tiraba de su barba enmarañada. De pronto hizo un gesto de resignación.

—Pues bien: si ustedes desean hablar con Godfrey, hablarán, No era ese mi propósito, pero me han obligado a ello. Ralph, diga a Godfrey y a míster Kent que iremos a visitarlos dentro de cinco minutos.

Al cabo de ese tiempo avanzamos por el camino del jardín y nos encontramos delante de la casa del misterio, que se alzaba al final de aquél. Un hombrecito de barba nos esperaba en la puerta, dando muestras de considerable asombro, y nos dijo:

—Ha sido muy repentino, coronel Emsworth, y echará a perder todos nuestros planes.

—No puedo evitarlo, míster Kent. Se nos ha hecho fuerza. ¿Puede recibirnos míster Godfrey?

—Sí; está esperando dentro.

Giró sobre sus talones y nos condujo a una habitación delantera, espaciosa y sencillamente amueblada. Un hombre nos esperaba en pie, vuelto de espaldas al fuego. Al verlo, mi cliente avanzó precipitadamente con la mano extendida.

—¡Godfrey, viejo, esto es magnífico!

Pero el otro le hizo una señal con la mano indicándole que se retirase.

—No me toques, Jimmie. Mantente a distancia. ¡Sí, tienes motivos para mirarme con asombro! ¿Verdad que ya no parezco el elegante cabo honorario Emsworth, del escuadrón B?

Desde luego que su aspecto era extraordinario. Veíase que había sido un hombre

bello, de facciones bien marcadas y quemadas por el sol africano; pero sobre esa superficie oscura veíanse ronchones extrañamente blancuzcos como si su piel hubiese sido blanqueada.

—Aquí tienes la razón de que no me agrade recibir visitas —dijo—. Por ti, Jimmie, no me importa, pero hubiese preferido que no viniese tu amigo. Me imagino que habrá mediado alguna razón de peso, pero con ello me encuentro en situación de inferioridad.

—Yo quería asegurarme de que no te ocurría nada, Godfrey. Te vi la noche aquella en que te pusiste a mirar por la ventana y no pude dejar el asunto tranquilo hasta ponerlo todo en claro.

—El viejo Ralph me dijo que estabas allí, y no me pude contener sin echarte un vistazo. Calculé que no me verías y tuve que refugiarme corriendo en mi madriguera cuando oí que alzabas la ventana.

—Pero, ¡por vida de...!, ¿qué es lo que ocurre?

—Es una cosa larga de contar —dijo él, encendiendo un cigarrillo—. ¿Recuerdas aquel combate por la mañana, en Buffelsspruit, en los alrededores de Pretoria, sobre el ferrocarril oriental? ¿No supiste que yo había sido herido?

—Sí; lo supe, pero no me dieron nunca detalles.

—Tres de nosotros quedamos separados del grueso de las fuerzas. Recordarás que era un territorio muy abrupto. Éramos Simpson, al que llamábamos el calvo Simpson, Andersen y yo. Estábamos limpiando el terreno de hermanos bóers, pero éstos se hallaban acechando y nos aislaron a tres. Los otros dos fueron muertos. A mí me atravesó el hombro una bala de grueso calibre. Yo, sin embargo, me aferré a mi caballo, y éste galopó en un trayecto de varios kilómetros antes de que me desmayase y rodase desde la silla al suelo.

»Cuando recobré el conocimiento estaba oscureciendo, y me incorporé, sintiéndome muy débil y enfermo. Con gran sorpresa mía, me encontré cerca de una casa que estaba cerrada, una casa bastante grande con una ancha escalinata y muchas ventanas. Hacía un frío de muerte. Ya recordarás que todas las noches hacía un frío entumecedor, un frío muy distinto de la temperatura cruda, pero sana. Pues bien; yo estaba entumecido hasta el tuétano, y mi única esperanza consistía, al parecer, en llegar hasta aquella casa. Me puse en pie, tambaleando, y

avancé arrastrándome, consciente apenas de lo que hacía. Conservo un confuso recuerdo de que subí lentamente los peldaños de la escalinata, de que entré por una puerta abierta de par en par y penetré en una habitación muy espaciosa que contenía varias camas, y que me tumbé en una de ellas con un suspiro de satisfacción. La cama estaba sin hacer, pero eso no me produjo la menor inquietud. Me cubrí con las ropas de la cama el cuerpo, que temblaba de frío, y un instante después me encontraba profundamente dormido. »Me desperté a la mañana siguiente, y tuve la impresión de que en lugar de recobrar el sentido en un mundo normal, habría irrumpido dentro de una pesadilla extraordinaria. Por las amplias ventanas, sin cortinas, penetraba un torrente de sol africano, y hasta los más pequeños detalles de aquel gran dormitorio enjalbegado y desnudo se distinguían con nitidez y realce. Estaba ante mí un hombre pequeño, parecido a un enano, de cabeza enorme y bulbosa, que chapurreaba con gran excitación en holandés, accionando con dos manos horribles que se me antojaban esponjas de color castaño. A sus espaldas había un grupo de personas que parecían sumamente divertidas con la situación pero al mirarlas sentí correr por mi cuerpo un escalofrío. Ni una sola de ellas era un ser humano normal. Todas estaban contorsionadas, hinchadas o desfiguradas de manera fantástica. La risa de aquellos monstruos extraordinarios era espantosa de oír.

»Por lo visto, ninguno de ellos era capaz de hablar en inglés, pero era urgente aclarar la situación, porque aquel ser de cabeza monstruosa estaba enfureciendose cada vez más y lanzando gritos de bestia salvaje; me había puesto las manos deformes encima y me sacaba a rastras de la cama, sin hacer caso de la sangre que manaba de nuevo de mi herida. Aquel pequeño monstruo tenía la fuerza de un toro, y no sé lo que me habría hecho si no hubiera acudido, al oír el barullo, un hombre anciano que se veía que ejercía autoridad. Pronunció en holandés algunas frases severas y mi perseguidor se alejó reculando. Luego, aquel hombre me miró presa del mayor asombro, y me preguntó: “¿Cómo diablos ha venido usted aquí? ¡Espere un momento! Me doy cuenta de que está usted rendido de cansancio y que es preciso curar esa herida que tiene en el hombro. Soy médico, y voy a vendarle en seguida. Pero, ¡por Dios vivo!, que está usted aquí en un peligro mayor que el que le amenaza en el campo de batalla, porque se encuentra en el hospital de leprosos y ha dormido usted en la cama de un leproso.” ¿Para qué voy a decirte más, Jimmie? Por lo visto, todos aquellos pobres seres habían sido evacuados el día anterior, ante la inminente batalla. Luego, al avanzar los británicos, el médico superintendente había vuelto a llevarlos allí. Éste me aseguró que, aunque él se creía inmune a la enfermedad, no se habría atrevido a hacer lo que yo había hecho. Me alojó en una habitación

reservada, me trató cariñosamente y cosa de una semana después fui llevado al hospital general de Pretoria.

»Ahí tienes mi tragedia. Yo aguardaba contra toda esperanza. Los terribles síntomas que tú ves en mi cara no vinieron a anunciarme que no me había salvado hasta que no me encontré de vuelta en mi casa. ¿Qué iba a hacer? Me encontraba en esta casa solitaria. Disponíamos de dos servidores en los que podíamos confiar por completo. Contábamos con una casita dentro de la cual yo podía vivir. Míster Kent, que es médico, se manifestó dispuesto a permanecer a mi lado bajo juramento de guardar el secreto. En esas condiciones, el asunto parecía sencillo. La alternativa que se me ofrecía era espantosa: separación para toda la vida entre gentes desconocidas sin una sola esperanza de liberación. Pero era imprescindible guardar el más absoluto secreto, porque, de lo contrario, hasta en esta tranquila región campesina se habría levantado un alboroto, y yo me habría visto arrastrado a mi suerte horrible. Era preciso ocultarlo incluso de ti, Jimmie. No llego a comprender cómo mi padre ha alterado su resolución.

El coronel Emsworth me señaló a mí con el dedo.

—Éste es el caballero que me forzó a ello.

Al decirlo desdobló la hoja de papel en la que yo había escrito la palabra lepra.

—Me pareció que este señor sabía tanto, que lo más seguro era dejarle que lo supiese todo.

—Y, en efecto, ha sido lo más seguro —le dije—. ¿Quién sabe si de todo esto no redundará en beneficio? Creo haber entendido que la única persona que ha examinado al enfermo ha sido míster Kent. ¿Me permite, señor, preguntarle si es usted una autoridad competente en esta clase de enfermedades? Según tengo entendido son, por naturaleza, tropicales o semitropicales.

—Sé de ellas lo que es corriente que sepa un médico instruido —me contestó, con cierta tiesura.

—No pongo en duda, señor, que sea usted un hombre de absoluta competencia, pero estoy seguro de que convendrá conmigo en que en un caso así tiene importancia conocer otra opinión más. Me parece que ha huido de esto por temor a que hiciesen presión sobre usted, para obligarle el apartamiento del enfermo.

—Así es, en afecto —dijo el coronel Emsworth.

—Preví esta situación —dije yo, explicándome— y me he hecho acompañar de un amigo en cuya discreción podemos confiar por completo. En cierta ocasión, yo pude rendirle un favor profesional, y el está dispuesto a aconsejarme más bien como amigo que en su calidad de especialista. Se llama sir James Saunders.

Ni siquiera la perspectiva de celebrar una entrevista con lord Roberts habría despertado mayor admiración y placer en un simple subalterno que los que ahora se reflejaban en la cara de míster Kent.

—Sin duda alguna que me sentiré muy orgulloso —murmuró.

—Pues entonces voy a pedir a sir James que venga hasta aquí. En este momento se encuentra en el coche, fuera de la puerta. Mientras tanto, coronel Emsworth, podríamos reunirnos en su despacho, donde yo le daría las explicaciones necesarias.

Aquí es donde yo echo en falta a mi Watson. Él es capaz, recurriendo a habilidosas preguntas y exclamaciones de asombro, de elevar a la categoría de prodigio mi arte sencillo, que no es otra cosa que la sistematización del sentido común. Siendo yo quien relata mi propia historia, no dispongo de semejante ayuda. Sin embargo, voy a exponer aquí el proceso que siguió mi pensamiento, y tal como lo expuse a mi pequeño auditorio, en el que estaba incluida la madre de Godfrey, dentro del despacho del coronel Emsworth. He aquí lo que yo dije:

—Mi razonamiento arranca de la suposición de que, una vez que se ha eliminado del caso todo lo que es imposible, la verdad tiene que consistir en el supuesto que todavía subsiste, por muy improbable que sea. Puede ocurrir que los supuestos subsistentes sean varios, y en ese caso se van poniendo a prueba uno después de otro hasta que uno de ellos ofrezca base convincente. Vamos a aplicar esta norma al caso en cuestión. Tal y como a mí me lo presentaron al principio, existían tres explicaciones posibles de la reclusión o encarcelamiento de este caballero en uno de los edificios subalternos de la mansión paternal. Consistía una de las explicaciones en que estaba oculto por algún crimen, o en que estaba loco y su familia deseaba no verse en la obligación de llevarlo a un asilo o en que se hallaba afectado de alguna enfermedad que obligaba a mantenerle apartado. No se me ocurrieron otras soluciones adecuadas. Por tanto, era preciso comparar y sopesar cada una de ellas con las demás.

»La suposición del crimen no aguantaba un análisis. En este distrito no se había dado la noticia de ningún crimen cuya solución constituyese un misterio, de eso estaba yo seguro. De haberse tratado de un crimen que permanecía años sin descubrirse, es evidente que la familia habría estado interesada en desembarazarse del delincuente y en enviarle al extranjero más bien que en mantenerle oculto en casa. No se me ocurría ninguna explicación para esta última línea de conducta.

»Lo de la locura ya era más plausible. La presencia de otra persona en la casita hacía pensar en un cuidador. El hecho de que cerrase la puerta al salir reforzaba la suposición y sugería la idea de que se ejercía fuerza. Por otro lado, esta fuerza no podía ser muy enérgica, porque en ese caso el joven no habría podido librarse de ella para ir a echar un vistazo a su amigo. Usted recordará, míster Dodd, que yo le fui tanteando en busca de detalles y preguntándole, por ejemplo, qué periódico estaba leyendo míster Kent. Si lo que leía hubiese sido The Lancet o The British Medical Journal, ese dato me habría servido de ayuda. Sin embargo, nada tiene de ilegal guardar a un loco dentro de una casa particular, siempre que esté atendido por una persona calificada para ello, y siempre que las autoridades hayan sido debidamente notificadas. ¿De dónde, pues, nacía este anhelo desesperado de guardar secreto? Tampoco aquí la teoría se amoldaba por completo a los hechos.

»Quedaba la tercera posibilidad, en la que todo parecía encajar, por extraña e improbable que pareciese. La lepra no es cosa rara en África del Sur. Quizás este joven, por alguna casualidad extraordinaria, la hubiese contraído. En tal caso, su familia se vería en una situación espantosa, porque ellos querían librarle del aislamiento. Sería precisa una gran reserva para evitar que corriese el rumor de lo que ocurría, con la subsiguiente intervención de las autoridades. Un médico legal, a condición de pagarle bien, podría encargarse del paciente, no siendo difícil encontrar quien se prestase a ello. No existía razón alguna para que el enfermo no pudiera salir de su reclusión después de oscurecido. Una de las consecuencias corrientes de esta enfermedad es el blanqueo de la piel. El caso era importante, tan importante, que me decidí a actuar como si estuviese ya demostrado. Mis últimas dudas desaparecieron cuando al llegar aquí me fijé en que Ralph, que es quien lleva las comidas, usaba guantes impregnados en materias desinfectantes. Bastó una sola palabra para hacerle ver a usted, señor, que su secreto había sido descubierto, y si yo la escribí en lugar de pronunciarla, fue para demostrarle que podía confiar en mi discreción.

Me hallaba yo finalizando este pequeño análisis del caso, cuando se abrió la puerta y fue pasado al despacho el gran dermatólogo de austera figura. Por esta vez sus facciones de esfinge se habían relajado y había en su mirada calor de humanidad. Se adelantó hasta el coronel Emsworth y le dio un apretón de manos, diciéndole:

—Con frecuencia me toca llevar malas noticias, y es muy raro que pueda darlas buenas. Por esto me felicito más de esta oportunidad. No es lepra.

—¿Cómo?

—Es un caso bien claro de pseudolepra o ictiosis, una afección de la piel que le da apariencia de escamas, fea y obstinada, pero posible de curar y, desde luego, no infecciosa. Sí, míster Holmes, la coincidencia es muy notable. Pero ¿es, en verdad, una simple coincidencia, o están en juego fuerzas sutiles de las que es muy poco lo que sabemos? ¿Estamos seguros de que la aprensión que este joven ha venido sufriendo terriblemente desde que se encontró expuesto al contagio no ha podido producir una acción física que estimula precisamente lo que se teme? En todo caso, yo respondo con mi reputación profesional. ¡Pero la señora se ha desmayado! Creo que lo mejor sería que míster Kent no se aparte de ella hasta que se haya recobrado de esta impresión de alegría.

9. La aventura de la melena de león

Resulta curiosísimo que un problema que era tan abstruso y tan extraordinario como el que más de cuantos he tenido que afrontar durante mi larga carrera profesional, haya venido a mí después de retirado del ejercicio de la misma. Y que me lo trajeran, como quien dice, a mi misma puerta. Ocurrió después de haberme retirado a mi pequeña casa de Sussex, consagrándome por completo a la apaciguadora vida de la naturaleza, que tanto había anhelado en los largos años que pasé entre las lobregueces londinenses. El bueno de Watson se había esfumado casi del panorama de mi vida en el periodo a que me refiero. Si acaso lo veía en alguna ocasión, era aprovechando tal o cual fin de semana. No tengo por tanto, más remedio que ser mi propio cronista. ¡Ah, si él hubiese estado conmigo, qué gran partido habría sacado de un suceso tan maravilloso y de mi triunfo final contra todas las dificultades! Pero como no fue así, me veo obligado a contar mi historia de la manera más sencilla que acostumbro, exponiendo paso a paso cómo avancé por el escabroso camino que se me presentó durante mis pesquisas para aclarar el misterio de «la melena de león».

Mi casa se alza en la vertiente sur de la región de los Down, y desde ella se domina un gran panorama del Canal. La línea de la costa se halla formada, en aquel punto, por colinas calizas, y para bajar hasta el mar hay que hacerlo siguiendo un único sendero, largo y tortuoso, de fuerte pendiente y resbaladizo. En la desembocadura del sendero hay una faja de un centenar de metros, de piedras, que no se cubre por las aguas ni aun en la pleamar. Sin embargo, se ven aquí y allá, en esa faja, ciertos entrantes de las aguas y pozos que forman espléndidas piscinas natatorias que se renuevan en cada marea. Esta playa admirable se alarga en una línea de varios kilómetros a uno y otro lado del sendero, quedando sólo cortada en un punto por la pequeña caleta y aldea de Fulworth.

Mi casa está aislada. Yo, mi anciana criada y mis abejas, acaparamos para nosotros solos la finca. Sin embargo, a cosa de un par de kilómetros de distancia se encuentra el conocido colegio Harold Stackhurst, en el que una veintena de jóvenes realizan una preparación intensiva para examinarse en varias

profesiones, contando con un cuerpo de profesores. El señor Stackhurst fue en sus tiempos un afamado remero de los «azules» y un estudiante perfecto. Desde mi llegada a la región costera entablamos relaciones de amistad, y él y yo teníamos la suficiente confianza mutua para presentarnos en la casa del otro, sin previa invitación, a pasar la velada.

Hacia finales del mes de julio de 1907, hubo una fuerte borrasca huracanada que agitó el Canal, lanzando su alto oleaje contra la base de los acantilados y dejando una laguna en la playa al retirarse la marea. En la mañana de que estoy hablando, el viento había amainado, y toda la naturaleza aparecía como recién lavada y fresca. Era imposible entregarse al trabajo con día tan delicioso, y yo salí de paseo para disfrutar de aquella atmósfera exquisita. Avancé por el sendero del acantilado que desemboca en la playa después de una pendiente pronunciada. De pronto oí un grito a mis espaldas, y vi a Harold Stackhurst que me saludaba alegremente con la mano.

—¡Qué mañana, señor Holmes! Tuve la idea de ir a buscarlo para que saliese a dar un paseo.

—Veo que va a darse un chapuzón.

—Ya vuelve a sus antiguas mañas —me contestó, dándose palmadas en su abultado bolsillo—. Si, el señor McPherson salió temprano y espero encontrarlo allí.

Fitzroy McPherson era el profesor de Ciencias, joven magnífico y sobresaliente, que había visto arruinada su vida por un padecimiento cardíaco que siguió a unas fiebres reumáticas. Sin embargo, era por naturaleza un atleta y se distinguía en todos los deportes que no exigían esfuerzos demasiado violentos. Verano e invierno, iba siempre a nadar, y como yo también soy nadador, lo he acompañado muchas veces.

Mientras hablábamos, distinguimos precisamente a nuestro hombre. Su cabeza sobresalía del borde del acantilado en que terminaba el sendero. Después apareció su figura entera en la cima, tambaleándose como si estuviera borracho. Un momento más tarde, levantó los dos brazos en alto, lanzó un alarido terrible y cayó de cara al suelo. Stackhurst y yo corrimos hacia él (estaría a unos cincuenta metros) y lo pusimos boca arriba. Estaba agonizando. Era evidente que aquellos ojos hundidos y vidriosos y las mejillas espantosamente lívidas no podían

significar otra cosa. Su rostro se animó un instante con un relámpago de vida y pronunció dos o tres frases con expresión anhelante de advertencia. Sonaron confusas y a medio vocalizar, pero la última de ellas, que salió de sus labios en un chillido y que mis oídos lograron captar, fue: «la melena de león». Resultaba ininteligible y que no venía al caso, pero yo no conseguí reducirla a ningún otro sonido articulado. De pronto, medio se alzó del suelo, lanzó con fuerza los brazos al aire y cayó hacia adelante, sobre un costado. Estaba muerto.

Mi compañero quedó paralizado por la súbita tragedia; pero yo, como puede suponerse, puse en alerta todos mis sentidos. Bien lo necesitaba, porque muy pronto se hizo evidente que nos encontrábamos en presencia de un caso extraordinario. El muerto no llevaba otra ropa que su impermeable Burberry, los pantalones y unos zapatos de lona sin atar los cordones. Al caer al suelo, se le desprendió el Burberry, que llevaba simplemente echado sobre los hombros, y quedó al descubierto su tronco. Nos quedamos contemplándolo con ojos de asombro. Tenía toda la espalda cubierta de líneas amoratadas, como si hubiese sido terriblemente vapuleado con un azote de alambre fino. El instrumento con el que había sido ejecutado el castigo era evidentemente flexible, porque los largos y furiosos cardenales le contorneaban los hombros y las costillas. Le corría la sangre por la barbilla, porque en el paroxismo de sus angustias se había mordido el labio inferior hasta destrozárselo. Su cara contorsionada y tensa pregonaba lo terrible que había sido su agonía.

Estábamos junto al cadáver, yo arrodillado y Stackhurst de pie, cuando se proyectó sobre nosotros una sombra, y vimos a nuestro lado a Ian Murdoch. Era éste el preparador de los estudiantes de Matemáticas del establecimiento, hombre alto, moreno, enjuto y tan taciturno y huraño, que de nadie podía decirse que fuese amigo suyo. Parecía vivir en alguna región altísima de números irracionales y secciones cónicas, teniendo muy escasas conexiones con la vida corriente. Los estudiantes lo miraban como a una cosa rara, y lo habrían hecho objeto de sus burlas, si no hubiese tenido aquel hombre en sus venas algo de sangre extraña y exótica que se manifestaba no sólo en sus ojos negros como el carbón y en su cara atezada, sino también en repentinos arrebatos de genio, a los que solamente cuadraba el calificativo de feroces. En cierta ocasión en que un perrito que pertenecía a McPherson lo estaba hostigando, agarró al animalito y lo tiró contra el cristal de la ventana, acto que le habría valido con seguridad el despido por parte de Stackhurst, si no hubiese resultado muy útil como profesor. Tal era el hombre extraño y complejo que apareció a nuestro lado. Aquel espectáculo pareció producirle un sincero dolor, a pesar de que el incidente del

perro habría podido dar a entender con seguridad que no existían grandes simpatías entre él y el muerto.

—¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! ¿Puedo hacer algo? ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Se encontraba usted con él? ¿Puede explicamos lo que ha ocurrido?

—No, no; esta mañana me retrasé. No he ido a la playa. Llego ahora directamente de Los Gabletes. ¿Qué puedo hacer?

—Corra al puesto de policía de Fulworth. Comuníqueles en seguida lo ocurrido.

Partió sin pronunciar palabra y a todo lo que daban sus piernas, mientras yo me hacía cargo del caso, y Stackhurst, desconcertado a la vista de la tragedia, permanecía junto al cadáver. Mi primer paso consistió, como es natural, en tomar nota de las personas que pudiera haber en la playa. Desde lo alto del camino la dominaba toda. Se hallaba totalmente desierta. Únicamente se veían dos o tres sombras negras, allá lejos, avanzando camino de Fulworth. Con esa seguridad, descendí despacio por la cuesta. El terreno era de arcilla o greda suave mezclada con yeso, y por aquí y por allá vi las mismas pisadas, ambas ascendiendo y descendiendo. Nadie había descendido por esta ruta esa mañana. En un lugar observé la impresión de mano abierta con los dedos inclinados hacia delante. Esto podía solamente significar que McPherson tropezó en su ascenso. También había depresiones circulares, que sugerían que había caído sobre sus rodillas más de una vez. En el punto más bajo del camino había una considerable laguna dejada por la retirada de la marea. En un costado de ella McPherson se había desvestido, por eso descansaba su toalla sobre una roca. Estaba doblada y seca, por lo que parecía que, después de todo, nunca había entrado al agua. Una o dos veces mientras buscaba entre los duros guijarros encontré un sendero de arena con la impresión de sus zapatos de lona, que además de sus pies desnudos, podían ser vistos a simple vista. El más reciente hecho probó que tenía todo listo para darse un baño, mientras que la tolla indicaba que en realidad no lo había hecho.

Y aquí estaba el problema limpiamente definido..., tan extraño como ninguno al que alguna vez me haya confrontado. El hombre no estuvo en la playa más de un cuarto de hora como mucho. Stackhurst lo siguió desde Los Gabletes, así que no podría haber duda acerca de ello. Se fue a bañar y se desvistió, como mostraban las pisadas desnudas. Entonces repentinamente se colocó las ropas nuevamente...

estaban todas desarregladas y desabrochadas... y regresó sin bañarse, o sin la consideración de secarse. Y la razón de este cambio de propósito fue que había sido azotado en algún salvaje e inhumano estilo, torturado hasta que mordiese sus labios en agonía, y dejado con fuerza suficiente para arrastrarse y morir. ¿Quién había realizado este bárbaro acto? Allí había, es cierto, pequeñas grutas y cuevas en la base del desfiladero, pero el bajo sol brillaba directamente dentro de ellas, y allí no había lugar para un escondite. Entonces, nuevamente, esas distantes figuras en la playa. Parecían muy lejanas para tener relación con el crimen, y la ancha laguna en la que McPherson tuvo intención de bañarse permanecía entre éste y aquellas, porque su ligero oleaje llegaba hasta el pie de las rocas. En el mar, dos o tres barcas de pescadores estaban a no mucha distancia. Ya habría ocasión de interrogar tranquilamente a sus ocupantes. Varios caminos se abrían para mis investigaciones, pero ninguno de ellos conducía a una meta muy clara.

Al regresar junto al cadáver, me encontré con que se había reunido en torno al mismo un pequeño grupo de personas que vagaban por los campos. Como es natural, allí estaba Stackhurst todavía. Ian Murdoch acababa de llegar con Anderson, el agente de policía de la aldea, hombre corpulento, con bigotes del color del jengibre, de la raza lenta y maciza de Sussex, raza que oculta una gran cantidad de buen sentido bajo su exterior torpe y callado. Escuchó todo, tomó nota de todo lo que dijimos, y, por último, me llamó aparte.

—Señor Holmes, me alegraría mucho que me aconsejase. Este asunto tiene demasiado volumen para que yo pueda manejarlo. ¡Las que tendré que oír de boca de Lewes si tengo un tropiezo!

Le aconsejé que enviase a llamar en seguida a su superior inmediato y también a un médico; que no permitiese que moviesen nada de como estaba, y que se hiciese la menor cantidad posible de huellas, hasta que aquéllos llegasen. Mientras tanto, registré los bolsillos del muerto. Tenía el pañuelo, un cuchillo grande y un tarjetero pequeño, plegable. Sobresalía de éste una hoja de papel, que yo desdoblé y entregué luego al policía. En ella se leían, escritas con letra manuscrita, de mujer, estas palabras:

«Iré con toda seguridad.

MAUDIE.»

Me dio la impresión de una cita de amor, aunque el dónde y el cuándo eran un misterio. El guardia volvió a colocar el papel en el tarjetero, y lo metió otra vez, con las demás cosas, en los bolsillos del Burberry. Luego, viendo que nada más se presentaba espontáneamente, regresé a mi casa para desayunarme, dejando todo dispuesto para que se realizase una búsqueda a fondo en la base de los acantilados.

Stackhurst vino por mi casa un par de horas después para informarme que el cadáver había sido trasladado a Los Gabletes, donde tendría lugar la investigación judicial. Me trajo al mismo tiempo algunas noticias graves y concretas. Tal y como yo esperaba nada se había encontrado en las cuevas pequeñas de la base de los acantilados, pero él había registrado los papeles que McPherson tenía en su escritorio, encontrándose con algunos que demostraban la existencia de correspondencia íntima con cierta señorita Maud Bellamy, de Fulworth. Teníamos, entonces, identificada a la autora de la carta.

—La policía tiene en sus manos las cartas —siguió diciéndome—. No me fue posible traérselas. Pero no cabe duda de que se trata de un asunto amoroso serio. Sin embargo, no veo motivo para relacionarlo con el horrible suceso, fuera de que esa mujer le había dado una cita.

—Pero yo creo que es muy difícil que se la diese en una piscina a la que todos ustedes acostumbraban ir —le hice yo notar.

—Sólo por una casualidad no acudieron varios estudiantes más en compañía de McPherson.

—¿Sería, en efecto, una casualidad?

Stackhurst arrugó, pensativo, el ceño.

—Fue Ian Murdoch quien los entretuvo, empeñándose en que hiciesen yo no sé qué demostración algebraica antes del desayuno. El pobre hombre está terriblemente afectado por todo ello.

—Pero tengo entendido que no eran amigos.

—Hubo un tiempo en que no lo fueron. Pero ya desde hace un año, más o menos, Murdoch mantenía con McPherson unas relaciones tan estrechas como puede tenerlas una persona como él. Por naturaleza, no es Murdoch un hombre inclinado a la simpatía.

—Eso tengo entendido, y creo que usted me habló, en cierta ocasión, de un incidente entre esos hombres por haber maltratado a un perro.

—Eso quedó arreglado.

—Pero quizá quedase algún resquemor.

—No, no, estoy seguro de que eran verdaderos amigos.

—En ese caso tendremos que ahondar en el asunto de la muchacha. ¿La conoce usted?

—La conoce todo el mundo. Es la bella de estos alrededores, una mujer auténticamente hermosa, Holmes, que llamaría la atención en cualquier parte. Yo sabía que McPherson se sentía atraído hacia ella, pero nunca llegué a suponer que las cosas habían ido tan lejos como lo que dan a entender esas cartas.

—Pero, ¿quién es ella?

—Es la hija del viejo Tom Bellamy, propietario de todas las lanchas y casetas de baño que hay en Fulworth. Empezó de pescador, pero ha llegado a ser hombre bastante rico El negocio lo llevan él y su hijo William.

—¿Quiere que vayamos hasta Fulworth y que hablemos con ellos?

—¿Con qué pretexto?

—El pretexto es fácil de encontrarlo. Mirándolo bien, no es posible que el pobre muerto se haya maltratado a sí mismo de una manera tan ultrajante. Alguna mano humana era la que empuñaba el látigo, si fue con un látigo con lo que infligieron las heridas. Seguramente que el círculo de las relaciones de McPherson en este lugar solitario era reducido. Sigamos ese círculo en todas direcciones y es difícil que no demos con el móvil, el que a su vez nos conducirá

hasta el criminal.

De no haber estado nuestros ánimos envenenados por la tragedia de que habíamos sido testigos, aquel paseo por las tierras bajas aromadas de tomillo habría resultado agradable. La aldea de Fulworth se alza en una hondonada extendida en semicírculo al borde de la bahía. Detrás de la aldea de casas antiguas y en el terreno en cuesta se han construido varias casas modernas.

—Aquella casa es The Haven como Bellamy la bautizó. La que tiene una torre en la esquina y el tejado de pizarra. No está mal para un hombre que inició su vida sin otra cosa que... ¡Por Júpiter, fíjese en aquello!

La puerta exterior del jardín de la casa en cuestión se había abierto, y por ella había salido un hombre. No había modo de equivocar la figura alta, angulosa, solitaria. Era Ian Murdoch, el matemático. Unos momentos después nos tropezamos con él en la carretera.

—¡Hola! —dijo Stackhurst.

El otro hizo una inclinación de cabeza, nos miró de soslayo con sus extraños ojos negros, y hubiese seguido de largo si su jefe no lo hubiese detenido preguntándole:

—¿Qué hacía usted en esa casa?

La cara de Murdoch enrojeció de ira.

—Cuando estoy bajo su techo, señor, soy un subordinado suyo. Pero no sabía que tuviese que darle cuenta de mis actos particulares.

Stackhurst tenía los nervios a flor de piel después de todo lo que había soportado. De no haber sido por eso, quizá se hubiese contenido. Pero ahora se dejó llevar por completo de su genio, y contestó:

—En las circunstancias en que nos encontramos, su respuesta es una pura impertinencia, señor Murdoch.

—Quizá se pueda aplicar ese mismo calificativo a su propia pregunta.

—No es ésta la primera vez que he tenido que pasar por alto sus

insubordinaciones. Pero será seguramente la última. Tenga la amabilidad de tomar disposiciones con toda la rapidez que le sea posible para buscarse otro acomodo en el lugar que le parezca.

—Tenía ya ese propósito. Hoy he perdido a la única persona que me hacia tolerable la vida en Los Gabletes.

Y siguió su camino, mientras que Stackhurst lo veía alejarse con mirada furiosa.

—¿Verdad que es un hombre imposible, intolerable? —exclamó.

La primera idea que tenía que ocurrírseme era forzosamente la de que Ian Murdoch aprovechaba la primera oportunidad que se le ofrecía para abrirse un camino que le permitiese escapar del escenario del crimen. Empezaba a dibujarse en mi imaginación una sospecha, vaga y nebulosa. Quizá la visita a los Bellamy proyectase más luz sobre el problema. Stackhurst se rehízo y nos dirigimos hacia la casa.

El señor Bellamy resultó ser un hombre de mediana edad y de barbas de un color rojo encendido. Parecía estar irritadísimo, y pronto su cara estuvo tan colorada como sus cabellos.

—No, señor; no necesito saber detalles. Mi hijo aquí presente —y al decir esto nos señaló a un joven fornido, de cara pesada y huraña, que se hallaba en un rincón del cuarto de estar— piensa lo mismo que yo en que las atenciones del señor McPherson hacia Maud eran insultantes. Sí señor, la palabra matrimonio nunca fue mencionada, y aun están esas cartas y encuentros, y un gran negocio que ninguno de nosotros podría aprobar. Ella no tiene madre, y nosotros somos sus únicos guardianes. Estamos determinados a...

Pero las palabras fueron quitadas de su boca por la aparición de una señorita. No había ninguna contradicción en que ella pudiera agraciar a cualquier auditorio en el mundo. ¿Quién podría haber imaginado que tan rara flor pudiese crecer con tales raíces y en tal atmósfera? Las mujeres raramente son una atracción para mí, porque mi cerebro ha gobernado siempre mi corazón, pero no pude evitar mirar su perfecta y bien delineada cara, con toda la suave frescura de las tierras bajas en su delicado color, sin darse cuenta que ningún joven podría atravesarse en su camino sin resultar sano y salvo. Así era la mujer que había abierto la puerta y que ahora permanecía con ojos abiertos e intensos al frente de Harold Stackhurst.

—Ya tengo conocimiento de que Fitzroy está muerto —dijo—. No tenga miedo de decirme los detalles.

—Este otro caballero suyo le hará saber las noticias —explicó el padre.

—No hay razón alguna por la que mi hermana deba ser inmiscuida en el asunto —gruño el joven.

La hermana lanzó una sostenida y feroz mirada sobre él.

—Este es mi asunto, William. Permíteme manejarlo a mi manera. Por todos los comentarios parece ser que un crimen ha sido cometido. Si puedo ayudar a descubrir quién lo hizo, es lo menos que puedo hacer por quien ya no está.

Ella escuchó un pequeño relato de mi compañero, con una serena concentración que me mostró que ella poseía un fuerte carácter tanto como una gran belleza. Maud Bellamy permanecerá siempre en mi memoria como una completa y admirable mujer. Parece que ella tenía conocimiento de mi presencia, por lo que al final se volvió hacia mí.

—Llévelos a la justicia, señor Holmes. Tiene usted mi simpatía y mi ayuda, quienquiera que sean.

Mientras parecía que echaba una mirada desafiante a su padre y a su hermano mientras hablaba.

—Gracias —le dije—. Yo concedo mucha importancia en esta clase de asuntos al instinto de la mujer. Ha empleado la palabra «llévelos», en plural. ¿Cree que en esta cuestión ha intervenido más de uno?

—Yo conocía al señor McPherson lo suficiente para saber que era un hombre valeroso y fuerte. Un hombre solo no habría podido jamás infringirle ultraje semejante.

—¿Podría hablar con usted algunas palabras a solas?

—Te digo, Maud, que no te mezcles en este asunto —le gritó el padre, irritado. Me dirigió una mirada de desamparo:

—¿Qué puedo hacer?

—Todo el mundo va a enterarse muy pronto de los hechos, de modo que no hay ningún daño en discutirlos aquí —le contesté—. Habría preferido hablar con usted en secreto, pero puesto que su padre no lo permite, tendrá que participar en las deliberaciones.

Le hablé entonces de la carta que se le había encontrado al muerto en el bolsillo.

—Con toda seguridad que saldrá a relucir en las actuaciones del juez de instrucción. ¿Querría usted aclarar todo lo que pueda este asunto?

—No veo razón alguna para hacer de ello un misterio —me contestó—.

Estábamos comprometidos para casarnos, y si manteníamos el secreto era porque el tío Fitzroy, que es un señor muy anciano y está, según dicen, muriéndose, podría haberlo desheredado si se casaba en contra de su voluntad. No existía para ello ningún otro motivo.

—Podías habérnoslo dicho —refunfuñó Bellamy.

—Lo habría hecho, padre, si hubiera visto en ustedes la menor simpatía.

—Yo desapruebo que mi hija se mezcle con hombres que pertenecen a otra categoría social que la suya.

—Tu prejuicio en contra de él fue el que nos impidió ponerte en antecedentes del asunto. En cuanto a la cita, se la di en contestación a esta otra carta —la joven rebuscó en su vestido y sacó un papel todo arrugado, que decía:

«Corazón: En la playa, en el sitio de siempre, el martes, aunque oscurezca. Es la única hora en que puedo salir.

F. M.»

—Hoy es martes y tenía el propósito de reunirme con él esta noche.

Examiné la carta.

—No ha venido por el correo. ¿Quién se la trajo?

—Preferiría no contestar a esa pregunta. La verdad es que nada tiene que ver con el asunto que usted intenta poner en claro. Pero contestaré con toda libertad a cuanto tenga relación con ello.

Se mostró a la altura de su palabra, pero nada de cuanto nos dijo resultó de utilidad para nuestra investigación. Ella no tenía motivos para pensar que su novio tuviese ningún enemigo, pero reconoció que ella había tenido varios admiradores entusiastas.

—¿Puedo preguntar si se cuenta entre ellos el señor Ian Murdoch?

La joven se sonrojó y pareció confusa.

—Hubo un tiempo en que me pareció que sí. Pero todo cambió al enterarse de las relaciones que existían entre Fitzroy y yo.

Otra vez me pareció que la sombra que envolvía a aquel hombre extraño tomaba contornos más definidos. Era preciso examinar sus antecedentes. Había que llevar a cabo clandestinamente un registro en su habitación. Stackhurst se brindó a colaborar porque también iban surgiendo sospechas en su cerebro. Regresamos de nuestra visita a The Haven, esperanzados de que teníamos ya en nuestras manos un extremo libre de la enmarañada madeja.

Había transcurrido una semana. La investigación judicial no había arrojado ninguna luz sobre el asunto, y el caso había sido postergado para cuando hubiese nuevas pruebas. Stackhurst había llevado a cabo una investigación discreta acerca de su subordinado, y se había realizado un registro superficial en su habitación sin conseguirse ningún resultado positivo. Yo, por mi parte, lo había repasado todo de nuevo, física e intelectualmente, sin poder llegar a conclusiones nuevas. El lector no encontrará en todas mis crónicas otro caso que me haya obligado a llegar hasta el límite mismo de mi capacidad como me obligó éste. Ni siquiera mi imaginación lograba idear una posible solución de aquel misterio. Pero, de pronto, ocurrió el incidente del perro.

Fue mi ama de llaves la primera que se enteró del caso, por esa sorprendente telegrafía sin hilos que les sirve a esa clase de personas para recoger todas las

noticias que circulan por la región.

—Lamentable historia, señor, la del perro del señor McPherson —me dijo una noche.

Yo no tengo por costumbre alentar esa clase de conversaciones, pero aquellas palabras me llamaron la atención.

—¿Y qué le ha ocurrido al perro del señor McPherson?

—Ha muerto, señor. Ha muerto de pena por su amo.

—¿Quién le ha contado semejante cosa?

—¡Si no hace más que hablar de esto todo el mundo! Le produjo una impresión terrible y no ha querido comer nada durante una semana. Dos de esos caballeros del colegio de Los Gabletes lo han encontrado hoy muerto en la playa, en el mismo lugar que encontró la muerte su amo.

«En el mismo lugar». Las palabras me quedaron bien grabadas en la memoria. Surgió en mi cerebro una percepción confusa de que se trataba de un detalle de vital importancia. Que el perro se muriese era un hecho que concordaba con el carácter magnífico y leal de los perros. Pero «¡en el mismo lugar!» ¿Por qué en aquella playa precisamente? ¿Era también ahora posible que hubiese sido sacrificado a alguna venganza? ¿Era posible que...? Sí. La idea era apenas perceptible, pero algo se estaba cuajando en mi cerebro. Pocos minutos después iba camino de Los Gabletes, y allí me encontré a Stackhurst en su despacho. Mandó llamar, a petición mía, a Sudbury y a Blount, los dos estudiantes que habían encontrado el perro.

—Sí —dijo uno de ellos—. Estaba al borde mismo de la laguna. Debió de ir siguiendo el rastro de su difunto amo.

Vi al fiel animalito, un terrier Airedale, tendido encima de la esterilla del vestíbulo. El cuerpo estaba tieso y rígido, los ojos bien abiertos y los miembros contorsionados. En todas las líneas del cuerpo estaba retratada la agonía.

Fui caminando desde Los Gabletes hasta la laguna que servía de piscina. El sol se había ocultado y la sombra que proyectaba el alto acantilado se marcaba negra en las aguas, que tenían un brillo apagado, como el de una hoja de plomo. El

lugar estaba desierto, sin que hubiese otras señales de vida que las dos gaviotas que trazaban círculos y dejaban oír sus chillidos por encima de mi cabeza. A la luz, que se iba desvaneciendo, conseguí distinguir las pequeñas huellas del perro contorneando la roca misma en que su amo había dejado la toalla. Permanecí largo rato meditando, mientras las sombras se espesaban a mi alrededor. Mi cerebro estaba lleno de pensamientos que se sucedían veloces unos a otros. Ya mis lectores saben, sin duda, lo que es una pesadilla, en la que se tiene la seguridad de que existe algo importantísimo que se está buscando, que está allí mismo, pero que nunca se logra alcanzar. Así me sentía en aquel atardecer solitario en el lugar de la muerte. Hasta que me di vuelta y regresé, caminando lentamente hacia casa.

En el instante mismo en que alcanzaba el punto más alto del sendero se me aclaró todo. De pronto, como una exhalación, recordé lo que tan ansiosamente y en vano había querido asir. Los lectores sabrán, si es que Watson no ha escrito inútilmente, que yo tengo un inmenso depósito de conocimientos de cosas que se salen de lo corriente, amontonados sin sistema científico, pero disponibles para las necesidades de mi labor. Mi cerebro es como un almacén atiborrado de paquetes de toda clase; tantos, tantos, que no es extraño que sólo conserve una vaga percepción de todo lo que hay allí. Tenía la seguridad de que algo había que bien pudiera servir en este asunto. Era todavía una cosa vaga, pero ya sabía por lo menos cómo podría convertirla en una cosa clara. Era algo monstruoso, increíble, pero quedaba siempre como una posibilidad. Yo lo pondría plenamente a prueba.

Hay en mi casa una buhardilla espaciosa, atiborrada de libros. Me zambullí en ellos, y los revolví durante una hora. Al cabo de ese tiempo, salí de la buhardilla con un pequeño volumen color chocolate y plata. Busqué anhelante el capítulo del que ya tenía un recuerdo confuso. Sí, se trataba, sin duda, de una hipótesis improbable, pero no podía tranquilizarme hasta adquirir la certeza de si, en efecto, podía ser realidad. Era muy tarde cuando me acosté, ansioso de que llegase la hora de emprender mi tarea al día siguiente.

Pero mi tarea se vio interrumpida de manera fastidiosa. Acababa apenas de beber mi taza matinal de té y estaba a punto de salir camino de la playa, cuando recibí la visita del inspector Bradle, de la Comisaría de Sussex; un hombre macizo, asentado, de expresión bovina, de ojos meditabundos, que ahora me miraban con expresión muy turbada, al decirme:

—Señor, yo conozco su inmensa experiencia. Este paso que doy es, desde luego, completamente extraoficial, y no es preciso que tenga otras derivaciones. Pero la verdad es que yo estoy en contra de lo actuado en este caso de McPherson. La pregunta que quiero hacerle es ésta: ¿debo proceder a una detención, sí o no?

—¿Se refiere al señor Ian Murdoch?

—Sí, señor. Si usted lo piensa, no hay nadie más contra quien se pueda proceder. Es la ventaja de estas soledades, la de poder ir reduciendo la cosa hasta un espacio muy pequeño. Si no fue él, ¿quién pudo haberlo hecho?

—¿Qué pruebas tiene en contra de ese hombre?

Él había rebuscado en los mismos surcos que yo, el carácter de Murdoch y el misterio en que parecía vivir envuelto; sus furiosos arrebatos, ejemplarizados con el incidente del perro; el hecho de haber tenido anteriormente una riña con McPherson, y el que existían razones para creer que pudiera encontrarse resentido por las atenciones que el muerto tenía hacia la señorita Bellamy. Todos mis argumentos, sin agregar uno solo nuevo, como no fuera el de que parecía que Murdoch estaba haciendo toda clase de preparativos para ausentarse.

—¿Cuál sería mi situación si le consintiese escabullirse con todos estos argumentos en su contra?

Aquel hombre voluminoso y flemático tenía el ánimo profundamente turbado. Yo le dije:

—Fíjese en todos los fallos fundamentales que ofrece su caso. Ese hombre puede ofrecer una coartada segura en la mañana del crimen. Había permanecido hasta el último instante con sus alumnos, y tras unos pocos minutos de la aparición de McPherson vino tras de nosotros. Entonces es absolutamente imposible albergar en la mente que pudiera con sus propias manos infringir estos azotes sobre un hombre considerablemente tan fuerte como él mismo. Finalmente, está la cuestión del instrumento con que las lesiones fueron infringidas.

—¿Qué puede ser excepto un rebenque o un látigo flexible de algún tipo?

—¿Examinó las marcas? —pregunté.

—Las he visto. También el doctor.

—Pero yo las examine cuidadosamente con un lente. Tienen sus peculiaridades.

—¿Y cuáles son, señor Holmes?

Di un paso hacia mi cómoda y extraje una fotografía aumentada.

—Este es mi método en ciertos casos —expliqué.

—Ciertamente hace las cosas a fondo, señor Holmes.

—Apenas sería lo que soy si no lo hiciera. Ahora consideremos este moretón que se extiende alrededor del hombro derecho. ¿No observa nada que sea de interés?

—No puedo decir que lo vea.

—Seguramente es evidente que es algo sin igual por su intensidad. Hay un punto de sangre acumulada aquí, y otro aquí. Hay indicaciones similares en el otro moretón de aquí abajo. ¿Qué pueden significar?

—No tengo idea. ¿Usted la tiene?

—Quizás sí. Quizás no. Pronto estaré dispuesto a comentar más. Cualquier cosa definirá que hacer, esa señal nos brindará un largo camino hacia el criminal.

—Es, por supuesto, una idea absurda —dijo el oficial—, pero si una caliente malla de cable ha sido dispuesta sobre su espalda, entonces esos puntos marcados representarían el lugar donde una malla se cruza con la otra.

—Una muy ingeniosa comparación. ¿O deberíamos decir una red con pequeños y duros nudos sobre él?

—Por Dios, señor Holmes, creo que ha dado en el clavo.

—También podría obedecer, señor Bradle, a una causa totalmente distinta. En todo caso, sus pruebas son muy débiles para proceder a una detención. Y, finalmente, tenemos aquellas últimas palabras que pronunció: «la melena de león».

—Yo estaba pensando si tal vez Ian...

—Sí, ya he pensado en ello. Si la segunda palabra hubiese sonado algo parecido

a Murdoch; pero no fue así. La pronunció dando casi un chillido, y estoy seguro de que dijo «melena».

—¿No tiene alguna alternativa, señor Holmes?

—Quizá sí; pero no deseo hablar de ello hasta que tenga una base más sólida de discusión.

—¿Y cuándo será?

—Dentro de una hora, o quizá menos.

El inspector se rascó la barbilla y me miró con expresión de duda.

—Señor Holmes, ojalá pudiera adivinar lo que usted tiene en la cabeza. Quizás está pensando en aquellas lanchas de pesca.

—No, no, no pienso en ellas, porque estaban demasiado lejos.

—Entonces, ¿será en Bellamy y en el gigante de su hijo? No le tenían grandes simpatías al señor McPherson. ¿No habrán sido ellos capaces de hacer la jugada?

—No y no; no logrará tirarme de la lengua hasta que yo esté en condiciones —le dije, sonriendo—. Y ahora, inspector, cada cual tenemos nuestra tarea. Quizá si usted viene a verme al mediodía...

A ese punto habíamos llegado cuando sobrevino una terrorífica interrupción que constituyó el principio del fin.

Se abrió de golpe la puerta de la casa, se oyeron pasos tambaleantes en el pasillo, y entró en la habitación dando tumbos Ian Murdoch, pálido, despeinado, con las ropas en un espantoso desorden, aferrándose con sus manos huesudas a los muebles para no caer al suelo.

—¡Aguardiente! ¡Aguardiente! —jadeó, y cayó lanzando gemidos encima del sofá.

No venía solo. Lo seguía Stackhurst sin sombrero y jadeante, casi tan distrait, tan fuera de sí, como su compañero.

—¡Sí, sí, aguardiente! —gritó—. Este hombre está que se muere. He hecho cuanto pude por traerlo hasta aquí. Se me desmayó dos veces en el camino.

Medio vaso de alcohol puro produjo un cambio maravilloso. Se irguió sobre un brazo, y se arrancó la chaqueta de los hombros gritando:

—¡Por amor de Dios! ¡Aceite, opio, morfina! ¡Cualquier cosa que me alivie de esta tortura infernal!

El inspector y yo lanzamos un grito al ver aquello. Allí, entrecruzado en el hombro desnudo de aquel hombre, se veía el mismo extraño dibujo reticulado de color rojo, de líneas inflamadas, que había constituido el sello mortal de Fitzroy McPherson.

El dolor era evidentemente terrible y más que local, porque el paciente se quedaba de pronto sin aliento, se le ennegrecía la cara y se llevaba la mano al corazón con ruidosos jadeos, mientras de su frente caían gruesas gotas de sudor. Podía morírsenos en cualquier momento. Fuimos vertiendo por su garganta nuevas cantidades de aguardiente y a cada nueva dosis parecía revivir. Le aplicamos algodón en rama empapado en aceite de oliva y este remedio pareció amortiguar la tortura de aquellas extrañas heridas. Hasta que dejó caer pesadamente la cabeza encima de un almohadón. La naturaleza agotada se había refugiado en su última reserva de vitalidad. Aquello era mitad amodorramiento y mitad desmayo, pero al menos le aliviaba el dolor.

Era imposible hacerle preguntas, pero en el instante mismo en que nos cercioramos de su estado, Stackhurst se volvió hacia mí exclamando:

—¡Santo Dios! ¿De qué se trata, Holmes, de qué se trata?

—¿Adónde lo encontró usted?

—Allá, en la playa, y exactamente en el lugar en que el pobre McPherson halló su muerte. De haber padecido este hombre del corazón, como le ocurría a McPherson, no se encontraría aquí. Más de una vez creí, mientras lo traía, que era ya cadáver. Los Gabletes quedan demasiado lejos, y por eso vine a su casa.

—¿Lo vio en la playa?

—Me paseaba por lo alto del acantilado cuando oí el grito que lanzó. Estaba al

borde del agua, dando vueltas como un borracho. Bajé corriendo, lo cubrí con algunas ropas y lo traje sendero arriba. Por amor de Dios, Holmes, ponga de su parte todo cuanto pueda y no ahorre trabajos para librar de semejante maldición a este pueblo, porque se nos está haciendo la vida intolerable. ¿No puede, con toda su reputación mundial, hacer nada por nosotros?

—Creo que sí, Stackhurst. Acompáñeme. Usted también, inspector, venga con nosotros. Vamos a ver si podemos poner al asesino en sus manos.

Dejando al hombre desmayado al cuidado de mi ama de llaves, marchamos los tres hacia la laguna maldita. Había en la gravilla un montoncito de toallas y de ropas abandonadas allí por el hombre agredido. Fui caminando lentamente por el borde del agua, siguiéndome mis camaradas en fila india. La mayor parte de aquella laguna era muy poco profunda, pero en la base del acantilado, donde la playa formaba una hondonada, llegaba a metro y medio o dos metros de profundidad. Era natural que los nadadores se dirigiesen hacia allí, porque formaba una hermosa piscina de agua verde traslúcida, tan clara como el cristal. En la base del acantilado y por encima del agua había una hilera de rocas. Avancé siguiéndola, sin dejar de mirar ansiosamente hacia el agua profunda que tenía debajo. Había llegado al punto en que el agua era más profunda y estaba más en calma, cuando mis ojos descubrieron lo que venían buscando. Lancé un ruidoso alarido de triunfo, y exclamé:

—¡Cyanea! ¡Ahí tienen «la melena de león»!

En efecto, el extraño objeto hacia el que yo apuntaba producía la impresión de una masa enmarañada de cabellos arrancada de la melena de un león. Estaba asentada encima de un escalón de roca, a unos noventa centímetros por debajo del agua; era un animal rarísimo que ondulaba, vibraba como una cabellera presentando rayas de plata entreveradas con sus trenzas amarillentas. Se dilataba y se contraía, pesadamente, con ritmo lento.

—Ya ha hecho bastante daño. ¡Le ha llegado su hora! —grité—. ¡Ayúdame, Stackhurst! Vamos a matar para siempre al asesino.

Justamente encima del escalón de piedra había un peñasco de grueso tamaño, y lo empujamos hasta que cayó dentro del agua levantando grandes salpicaduras. Cuando se disipó el pequeño oleaje, pudimos observar que había quedado asentado sobre el escalón de piedra. Un extremo de membrana amarilla que

manoteaba nos hizo ver que nuestra víctima había quedado bajo el peñasco. De abajo de la piedra subía una espesa espuma aceitosa, que manchó todo alrededor de las aguas, al subir lentamente hacia la superficie.

—¡Bueno, si no lo veo, no lo creo! —exclamó el inspector—. ¿Qué era eso señor Holmes? Yo he nacido y me he criado en esta región, pero jamás vi cosa semejante. Eso no pertenece a Sussex.

—Tanto mejor para Sussex —dije yo—. Quizá fue la borrasca del sudoeste la que lo empujó hasta aquí. Volvamos los tres a mi casa, y les haré conocer la terrible experiencia de una persona que tenía buenas razones para recordar su propio encuentro con este mismo peligro de los mares.

Cuando llegamos a mi despacho, nos encontramos con que Murdoch se había rehecho hasta el punto de poder sentarse. Estaba con el cerebro como embotado, y de cuando en cuando se sentía acometido de un paroxismo de dolor. Nos explicó en frases entrecortadas que no tenía idea de lo que le había ocurrido, fuera de que aquellos terroríficos dolores le habían penetrado súbitamente todo el cuerpo y que necesitó de toda su energía para llegar hasta la orilla.

—He aquí un libro —dije yo, echando mano al pequeño volumen que puso en claro lo que quizá habría quedado para siempre oscuro. Se titula Out of doors, por el célebre viajero J. G. Wood. Este señor estuvo a punto de perecer a consecuencia del contacto con ese animal inmundo, y por eso escribió con pleno conocimiento de causa. El nombre completo de este ser malvado es el de Cyanea Capillata, y puede ser muy peligroso para la vida, y sepan que su acción es más dolorosa que la mordedura de la cobra. Permítanme que les ofrezca un breve resumen:

«Si el bañista distingue una masa, como redonda y suelta, de membranas y de fibras color leonado, algo como unos grandes manojos de melena de león y de color plateado, que se ponga en guardia, porque se trata del terrible animal llamado Cyanea Capillata.»

—¿Es posible describir con mayor claridad a nuestro siniestro conocido?

Luego pasa a contarnos su encuentro con uno de esos animales cuando nadaba frente a la costa de Kent. Pudo darse cuenta de que ese animal irradiaba filamentos casi invisibles hasta una distancia de quince metros, y que todo ser viviente que se encontraba a esa distancia del mortífero centro de la

circunferencia corría peligro de muerte. Aun de lejos, los efectos sobre Wood fueron casi mortales. «Los numerosísimos hilos produjeron ligeras líneas color escarlata en la piel; examinadas más detenidamente resultaron ser puntos minúsculos o pústulas, encerrando cada puntito algo así como una aguja al rojo vivo que traspasa los nervios.»

Explica luego que el dolor en la parte afectada superficialmente era secundario en aquella tortura refinada. «Sentí dolores que me atravesaban el pecho y que me hacían caer como si hubiese sido herido por otros tantos balazos. El pulso se interrumpía, y de pronto daba el corazón seis o siete saltos como si quisiera saltar fuera del pecho.»

Aquello estuvo a punto de matarlo, aunque sólo había estado en contacto con aquel ser en medio del agitado océano y no en las aguas someras y tranquilas de una charca de agua de mar. Asegura que apenas se conoció a sí mismo más tarde, porque su cara estaba blanca, contraída y arrugada. Se bebió de golpe una botella de aguardiente, y parece que esto le salvó la vida.

—Ahí tiene el libro, inspector. Se lo presto, y no podrá dudar de la tragedia del pobre McPherson.

—Explicación que, de paso, me libra de toda sospecha —comentó Ian Murdoch con agria sonrisa. No lo censuro, inspector, ni tampoco a usted, señor Holmes. Sus sospechas eran naturales. Me está pareciendo que yo mismo me he limpiado de toda sospecha cuando ya estaba en vísperas de ser detenido, y lo he logrado compartiendo la desgracia de mi pobre amigo.

—No, señor Murdoch, yo estaba ya sobre la pista, y de haber salido a la hora temprana que me había propuesto, quizá lo habría salvado de su terrorífica experiencia.

—¿Y cómo lo descubrió, señor Holmes?

—Yo soy un lector omnívoro y que tiene una memoria extraordinariamente retentiva para las cosas insignificantes. Esa frase «la melena de león» me tenía obsesionado. Estaba seguro de haberla leído en alguna parte y en un contexto inesperado. Ya han visto ustedes que tal frase viene a ser la descripción del animal. No me cabe duda de que cuando el señor McPherson lo vio estaba flotando sobre las aguas, y que fue la única manera que se le ocurrió para ponemos en guardia contra el ser que lo había atacado.

—Yo, por lo menos, estoy absuelto —dijo Murdoch, poniéndose lentamente de pie—. Me agradaría dar algunas frases de explicación, porque sé en qué dirección se han encaminado sus pesquisas. Es cierto que yo amaba a esa joven, pero desde el día en que ella se decidió por mi amigo McPherson, no tuve más deseo que contribuir a su felicidad. Me contenté con hacerme a un lado, actuando de enlace entre ellos. Llevé con frecuencia sus mensajes, y porque yo estaba en su intimidad y esa mujer me era tan querida, me apresuré a comunicarle la muerte de mi amigo, antes de que alguien se me adelantase y se la comunicase de manera más repentina y despiadada. Ella nada le dijo, señor, acerca de nuestras relaciones, por si las encontraba mal y redundaba en perjuicio mío. Pero con permiso de ustedes, voy a intentar el regreso hasta Los Gabletes, porque el cuerpo me está pidiendo cama.

Stackhurst le tendió la mano, diciendo:

—Nuestros nervios han vibrado demasiado alto —dijo—. Olvide lo pasado, Murdoch. En el porvenir nos comprenderemos mejor.

Salieron juntos y agarrados del brazo amistosamente. Aún se quedó allí el inspector, contemplándome en silencio con sus ojos bovinos. Hasta que exclamó:

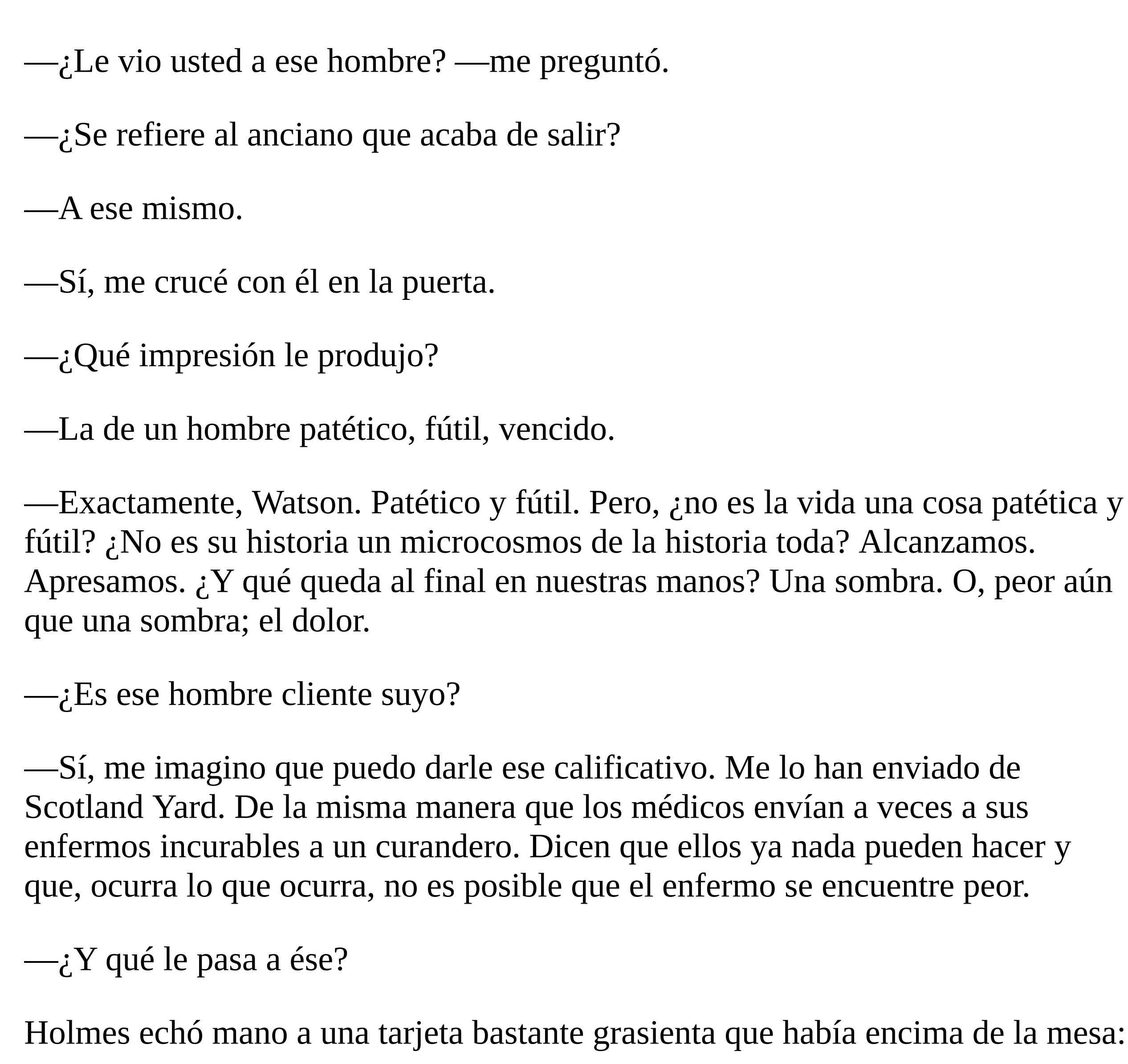
—¡Lo ha hecho muy bien! Yo había leído cosas acerca de usted, pero nunca llegué a creerlas. ¡Es maravilloso!

No tuve más remedio que darle un apretón de manos. Aceptar una alabanza como aquélla era rebajar el nivel de las propias normas.

—Al principio me mostré tardío; culpablemente lento. De haberse encontrado el cadáver en el agua, es difícil que la cosa se me hubiese escapado. Lo que me despistó fue la toalla. El pobre hombre no pensó siquiera en secarse, y yo creí que él no había llegado a entrar en el agua. ¿Por qué, entonces, iba a surgir en mí la idea de que hubiese sido atacado por algún animal marino? Ahí es donde yo perdí el rumbo. Bien, bien, inspector, muchas veces me he arriesgado a bromear a costa de ustedes, los caballeros de la policía oficial, pero la Cyanea Capillata ha estado muy a punto de vengar a Scotland Yard.

10. La aventura del fabricante de colores retirado

Sherlock Holmes estaba aquella mañana de humor melancólico y filosófico. Su naturaleza, siempre despierta y práctica, se hallaba sujeta a esta clase de reacciones.



—¿Le vio usted a ese hombre? —me preguntó.

—¿Se refiere al anciano que acaba de salir?

—A ese mismo.

—Sí, me crucé con él en la puerta.

—¿Qué impresión le produjo?

—La de un hombre patético, fútil, vencido.

—Exactamente, Watson. Patético y fútil. Pero, ¿no es la vida una cosa patética y fútil? ¿No es su historia un microcosmos de la historia toda? Alcanzamos. Apresamos. ¿Y qué queda al final en nuestras manos? Una sombra. O, peor aún que una sombra; el dolor.

—¿Es ese hombre cliente suyo?

—Sí, me imagino que puedo darle ese calificativo. Me lo han enviado de Scotland Yard. De la misma manera que los médicos envían a veces a sus enfermos incurables a un curandero. Dicen que ellos ya nada pueden hacer y que, ocurra lo que ocurra, no es posible que el enfermo se encuentre peor.

—¿Y qué le pasa a ése?

Holmes echó mano a una tarjeta bastante grasienta que había encima de la mesa:

—«Josiah Amberley». Dice que es el socio más reciente de la firma Brickfall y Amberley, fabricante de materiales artísticos. Puede usted ver esos nombres en

las cajas de colores. Reunió su patrimonio, se retiró de los negocios a la edad de sesenta y un años, compró una casa en Lewisham y se asentó allí para descansar después de una vida de incesante ajetreo. Cualquiera pensaría que de ese modo tenía el porvenir tolerablemente seguro.

—En efecto.

Holmes echó un vistazo a algunas notas qué había garrapateado en el reverso de un sobre.

—Se retiró del negocio el año mil ochocientos noventa y seis, Watson. A principios de mil ochocientos noventa y siete se casó con una mujer veinte años más joven que él y, además, bien parecida, si la fotografía no la favorece. Una renta suficiente para vivir con desahogo, una mujer, ninguna obligación de trabajar; todo ello parecía brindar un camino recto a su vida. Y, sin embargo, se convierte en menos de dos años en un pobre ser vencido y miserable, tanto como el más vencido y miserable que repta bajo el sol.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

La historia de siempre, Watson. Un amigo desleal y una mujer casquivana. Según parece, Amberley tiene una afición en la vida: el ajedrez. En Lewisham, vive un médico joven que es también aficionado a jugar al ajedrez. Tengo anotado su nombre: el doctor Ray Ernest. Ernest visitaba la casa con frecuencia, y la consecuencia natural fue que surgiese una intimidad entre él y la señora Amberley, porque tendrá usted que reconocer que nuestro infortunado cliente posee pocas gracias exteriores, por grandes que puedan ser las dotes de su alma. La pareja aquella se fugó la semana pasada, con dirección desconocida, y lo que es más, la infiel esposa se llevó la caja de documentos del viejo, en calidad de equipaje personal, y con una buena parte de los ahorros que había hecho en su vida, dentro de la caja. ¿Podemos dar con el paradero de la mujer? ¿Podemos recuperar el dinero? Como usted ve, el problema es hasta aquí de lo más vulgar, aunque de importancia vital para míster Josiah Amberley.

—¿Y qué piensa usted hacer al respecto?

—Da la casualidad, querido Watson, que la primera pregunta es esta otra: ¿Qué va a hacer usted? Si es que tiene usted la bondad de hacerse cargo de mi papel. Sabe que me encuentro preocupado en el caso de los patriarcas coptos, que hoy hará crisis. La verdad es que no tengo tiempo para desplazarme a Lewisham; y,

sin embargo, las observaciones que se hagan en el lugar mismo tienen un valor especial. El viejo ese insistió mucho en que fuese yo, pero ya le expliqué la imposibilidad en que me encontraba. Está, pues, dispuesto a acoger a un representante mío.

—Sea como usted quiere —le contesté—. Reconozco que no voy a servir de mucho pero haré cuanto esté de mi parte.

Y así fue como una tarde veraniega me puse en camino para Lewisham, muy ajeno a pensar que antes de una semana se hablaría anhelosamente en toda Inglaterra del asunto al que me lanzaba.

Era ya tarde aquella noche cuando regresé a Baker Street y rendí cuenta de mi misión. Holmes, con su enjuto cuerpo repantigado en el hondo sillón, y la pipa dejando escapar lentas espirales de agrio humo de tabaco, tenía los párpados entornados tan perezosamente, que casi parecía dormido, de no ser porque los levantaba en cuanto yo me detenía en mi narración o llevaba en ella a algún pasaje discutible, y entonces me traspasaba con la mirada interrogadora de sus ojos grises, tan brillantes y afilados como dos estoques.

—La casa de míster Josiah Amberley se llama “El refugio” —dije yo—. Creo que le interesaría, Holmes. Se parece a uno de esos patricios pobres que se ven obligados a alternar con sus inferiores. Ya conoce usted las características de ese barrio: las monótonas calles de ladrillo, las fatigosas carreteras suburbanas. En medio mismo de todo eso, una islita de la cultura y comodidad de antaño; esta antigua casa, rodeada de un elevado muró, bañado por el sol, moteado de líquenes y coronado de musgo, la clase de muro que...

—Suprima poesía, Watson —dijo Holmes con severidad—. Anoto: un muro alto

de ladrillo.

—Exactamente. Yo no habría sabido cuál de aquellas casas era “El refugio”. De no habérselo preguntado a un ocioso que estaba fumando en la calle. Tengo razón para mencionarle a este individuo. Era alto, moreno, de grandes bigotes, y apariencia de militar. Contestó a mi pregunta con un movimiento de cabeza y me dirigió una mirada curiosamente interrogadora, de la que me acordé algo más tarde.

Apenas traspasé la puerta exterior, vi a míster Amberley que avanzaba por el

camino de carruajes. Esta mañana, cuando estuvo aquí, solo pude echarle una ojeada, y aún con eso me produjo la impresión de un individuo raro; pero cuando le vi a plena luz del día, su aspecto me resultó todavía más anormal.

—Como comprenderá, Watson, yo he estudiado a ese hombre ya pero agradaría conocer la impresión que a usted le produjo —dijo Holmes.

—La que me dio fue la de un hombre doblado por la preocupación. Tiene la espalda encorvada, como si llevase sobre ella un gran peso. Pero no es, como me imaginé al principio, una poca cosa de hombre, ya que sus hombros y su pecho son los de un gigante, aunque su cuerpo se vaya ahusando hacia abajo hasta terminar en zanquilargo.

—El zapato izquierdo con arrugas; el derecho, liso.

—No me fijé en ese detalle.

—Usted no; pero yo ya descubrí que tenía un miembro artificial. Prosiga.

—Me sorprendieron los mechones blancuzcos de cabello gris que le salían por debajo de! sombrero de paja, la expresión violenta, vehemente de su cara y lo fuertemente acusado de los rasgos de ésta.

—Muy bien, Watson. ¿Y qué dijo?

—Empezó a soltarme la historia de sus agravios. Fuimos caminando por el jardín y, como es natural, yo me fijé en todo. Nunca he visto finca peor cuidada. Las plantas del jardín estaban todas crecidas y altas, dándome la impresión del total abandono en que se las había dejado para que siguiesen las tendencias de la naturaleza, más bien que las del arte. No comprendo cómo una mujer que se respeta ha podido tolerar semejante estado de cosas. También la casa estaba en e! último grado de desaseo, pero, por lo visto, aquel pobre hombre se daba cuenta de ello e intentaba remediarlo. Lo digo porque en e! centro del vestíbulo se veía un gran tarro de pintura verde, y él, por su parte, empuñaba en la mano izquierda una gruesa brocha. Había estado pintando la obra de madera.

Me introdujo en la sucia habitación reservada y charlamos largo y tendido. Como es natural, le desilusionó el que usted no hubiese ido, y dijo: “No me esperaba, claro está, que un individuo tan humilde como yo, especialmente después de las graves pérdidas financieras que acabo de sufrir, lograse que un

hombre tan célebre como míster Sherlock Holmes le dedicase toda su atención.”

Le di la seguridad de que para nada había intervenido en eso su situación financiera, y él me contestó: “Si, ya sé que ese señor se dedica al arte por el arte; pero quizá hubiese encontrado aquí algo digno de estudio, aunque sólo se fijase en el lado artístico del crimen. ¡Como es la naturaleza humana, doctor Watson, y qué negra ingratitud la que se descubre en este caso! ¿Cuándo le negué yo a ella nada de lo que me pidió? ¿Cuándo hubo una mujer tan mimada? En cuanto a ese joven, le traté como si hubiese sido un hijo mío. Entraba y salía por mi casa como si hubiese estado en la suya. ¡Y, sin embargo, vea el trato que me han dado! ¡Es un mundo espantoso el nuestro, doctor Watson, un mundo espantoso!”

Ésa fue su cantinela durante una hora o más. Según parece, no abrigaba ninguna sospecha de aquella intriga amorosa. El matrimonio vivía solo en la casa, salvo una mujer que va todas las tardes a las seis y se retira una vez terminado su trabajo. En la noche en cuestión, el anciano Amberley, deseando obsequiar a su esposa, había sacado dos asientos de paraíso para el teatro de Haymarket. A última hora, la mujer se quejo de dolor de cabeza y se negó a ir. Amberley marchó solo. No parece haber dudas a este respecto, porque él me enseñó el billete para su esposa.

—Esto que me dice es notable, muy notable —dijo Holmes, que parecía ir tomando cada vez mayor interés en e! caso—. Prosiga, por favor, Watson. Su relato me está resultando muy digno de interés. ¿Examinó usted con sus propios ojos aquel billete? ¿No tomó, por casualidad, el número de asiento?

—Pues da la casualidad de que lo tomé —le contesté yo con algo de orgullo—. Se me quedó en la memoria, porque daba también la casualidad de que el numero que yo tenía en la escuela era el treinta y uno.

—¡Magnifico, Watson! Entonces es que el asiento de ese hombre era el treinta o el treinta y dos.

—En efecto —le contesté, algo intrigado—. Y la fila era la B.

—También ese detalle resulta muy satisfactorio. ¿Qué otra cosa le dijo él?

—Me enseñó lo que él llamaba su cuarto blindado. Es realmente un cuarto como la cámara de un banco, con la puerta y la persiana de hierro; a prueba de ladrones, según me dijo. Sin embargo, la mujer disponía, por lo visto de una

llave duplicada, y entre ella y su amante se llevaron unas siete mil libras en dinero y en papel de!

Estado.

—¡En papel del Estado! ¿Y cómo van a venderlo?

—Me dijo que había entregado la lista de los títulos a la Policía, y que confiaba en que les resultaría imposible su venta. Regresó de! teatro a eso de la medianoche y se encontró con la casa saqueada, la puerta y la ventana abiertas y los fugitivos ya lejos de allí. No le dejaron ni carta ni mensaje. Tampoco ha vuelto a saber de ellos una sola palabra desde entonces. Inmediatamente alertó a la Policía.

—Holmes se quedó meditando durante algunos minutos y luego me pregunto:

—Dice usted que él estaba pintando. ¿Qué es lo que pintaba?

—Verá usted, lo que realmente estaba pintando era el pasillo, pero había pintado ya la puerta y la obra de carpintería de ese cuarto blindado de que le he hablado.

—¿No le parece a usted que ésa es una ocupación algo extraña en las circunstancias por las que atraviesa?

—“No hay más remedio que ocuparse en algo para aliviar el corazón dolorido”. Esa fue la explicación que él mismo me dio. Es, sin duda, una excentricidad, pero estamos ante un hombre a todas luces excéntrico. Hizo añicos en presencia mía una fotografía de su esposa. La hizo añicos en un arrebato furioso, lleno de ira. “No quiero volver a ver su condenada cara”.

—¿Nada mas, Watson?

—Si; hay algo que me llamó la atención más que todo lo que he dicho. Me había hecho conducir en coche hasta la estación de Blackheath y había subido ya al tren. En el instante mismo de arrancar éste, vi que un hombre se metía como una flecha en el vagón próximo al mío. Ya sabe usted, Holmes, que a mí me quedan rápidamente grabadas las caras y figuras. Este hombre del vagón era, sin duda, el mismo individuo alto y moreno al que yo había dirigido la palabra en la calle. Le vi nuevamente en el Puente de Londres, y luego me perdió entre la multitud. Pero estoy convencido de que me venía siguiendo.

—¡Claro que sí, claro que sí! —exclamó Holmes—. Un hombre alto, de tupidos bigotes, dice usted. ¿Verdad que llevaba gafas oscuras contra el sol?

—Holmes, es usted brujo. Yo no lo había dicho, pero sí que llevaba gafas oscuras contra el sol.

—¿Y un alfiler de corbata masónico?

—¡Holmes!

—Es muy sencillo, mi querido Watson. Pero vamos ahora a lo práctico. No tengo más remedio que confesarle que este caso, que me pareció de una sencillez absurda e indigno de que yo me ocupase de él, está adquiriendo rápidamente un aspecto muy distinto. La verdad es que, a pesar de que usted durante su misión ha dejado pasar por alto todos los detalles de importancia, bastan las cosas que se le han metido por los ojos para dar en qué pensar seriamente.

—¿Qué es lo que se me ha pasado por alto?

—No se ofenda, mi querido compañero. Ya sabe usted que yo hablo en términos generales. Nadie lo hubiera hecho mejor. Algunas personas no lo habrían hecho ni siquiera tan bien como usted. Pero es evidente que se le han escapado algunos puntos esenciales. ¿Qué opinión tienen de míster Amberley y de su esposa los convecinos? Eso tenía, sin duda, importancia. ¿Y el doctor Ernest? ¿Era este señor el alegre Lotario que su conducta da a entender? Watson, con su buena presencia, cualquier mujer se convertiría en colaboradora y cómplice suya. ¿Qué le han dicho la empleada de Correos o la mujer de! verdulero? Yo me lo imagino a usted sin dificultad cuchicheándole tiernas naderías a la joven de la taberna «El Ancla azul» y recibiendo a cambio algunas realidades concretas. Nada de eso hizo usted.

—Aún estoy a tiempo.

—Ya ha habido quien lo ha hecho. Gracias al teléfono y a la ayuda de Scotland Yard, suelo conseguir los datos esenciales sin salir de esta habitación. A decir verdad, los informes que he recibido confirman el relato de ese hombre. Tiene fama en aquel barrio de ser un tacaño y también un marido brutal y exigente. También es cierto que guardaba una importante suma de dinero en su cámara fuerte. E igualmente que el joven doctor Ernest, hombre soltero, jugaba al ajedrez con Amberley, y hacía, probablemente, el tonto con la mujer de éste.

Todas esas cosas parecen claras, y uno se siente tentado a pensar que ya no hay nada más decir, ¡y sin embargo!

—¿Dónde ve usted las dificultades?

—Quizá sólo están en mi imaginación. Bien, Watson, dejémoslo ahí. Escapemos de este fatigoso mundo de la rutina diaria por la puerta lateral de la música. Esta noche canta Carina en el Albert Hall, y disponemos aun de tiempo para vestirnos, cenar y disfrutar.

Me levanté por la mañana temprano, pero algunas migajas de tostada y dos cascaras vacías de huevo me anunciaron que mi compañero había madrugado todavía más que yo.

Encima de la mesa encontré estas líneas:

«Querido Watson: Deseo establecer uno o dos puntos de contacto con míster Josiah Amberley. Cuando lo haya hecho pondremos de lado este caso, o lo seguiremos. Lo único que le pido es que esté usted a mano a eso de las tres de la tarde, porque bien pudiera ser que yo le necesitase.

S. H.»

No volví a ver a Holmes hasta esa hora, en que regresó serio, preocupado y ensimismado. En momentos así era preferible dejarle abandonado a sí mismo. —¿Ha venido por aquí Amberley?

—No.

—¡Ah! Es lo que estoy esperando.

No se vio defraudado, porque el viejo llegó en ese momento, con expresión de contrariedad y desconcierto en su cara severa.

—Míster Holmes, he recibido un telegrama, y no sé qué pensar del mismo.

Se lo alargó a Holmes, y éste leyó en voz alta:

«Venga en seguida y sin falta. Puedo darle información acerca de su pérdida reciente.

ELMAN, La Vicaría.»

—Enviado a las dos y diez minutos en Little Purlington —dijo Holmes—. Little Purlington está en Essex, según creo, no lejos de Frinton. Como es natural, se pondrá en camino en seguida, ya que esto procede claramente de una persona de responsabilidad, el vicario del lugar. ¿Dónde está mi Crockford? Sí, aquí lo tenemos, C. Elman, M.A., que vive en Mossmoor, cerca de Little Purlington. Mire el horario de trenes, Watson.

—Hay uno que sale de Liverpool Street a las cinco y veinte..

—Magnífico, Watson, usted debería ir con él, porque quizá necesite de su ayuda o de su consejo. Es evidente que hemos llegado en este asunto a una crisis.

Pero nuestro cliente parecía muy reacio a ese viaje, y dijo:

—Míster Holmes, eso es completamente absurdo. ¿Qué puede saber ese individuo de lo que ha ocurrido? Es malgastar tiempo y dinero.

—No le habría telegrafiado si no hubiese sabido algo. Telegrafíe en seguida que usted se pone en camino.

—No creo que vaya a ir.

Holmes adoptó su actitud más severa.

—Produciría la peor de las impresiones a la Policía y a mí, míster Amberley, el que, al surgir una pista tan evidente, se negase usted a seguirla. Nos produciría la

sensación de que usted no se toma en serio estas pesquisas.

Nuestro cliente pareció horrorizado ante aquella perspectiva, y dijo:

—Desde luego que iré, si usted mira las cosas de esa manera. Así, a primera vista, resulta absurdo el suponer que este cura sepa nada, pero si usted cree...

—Creo, en efecto —contestó Holmes con énfasis, y de ese modo nos vimos lanzados a nuestra excursión.

Holmes me llamó aparte antes de que saliéramos de la habitación y me dio unas frases de consejo que demostraban que le parecía aquel un asunto de importancia.

—Haga usted lo que hiciere, cuide sobre todo de que ese hombre salga de viaje —me dijo—. Si él se apartase de usted o regresase, vaya usted hasta la oficina de teléfonos más próxima y envíeme un telefonema que diga simplemente: «Fugado».

Yo dejaré todo arreglado para que llegue a mis manos dondequiera que me encuentre.

No es Little Purlington lugar al que se llega fácilmente, porque se encuentra en una línea secundaria. No es aquél en mis recuerdos un viaje agradable, porque el tiempo era caluroso, el tren lento y mi acompañante huraño y callado. Apenas habló, salvo para hacer en ocasiones alguna observación referente a lo fútil de nuestros pasos. Llegados, por fin a la pequeña estación, aún nos quedaba una excursión en coche para llegar a la vicaría, donde nos recibió en su despacho un clérigo grueso, solemne, bastante pomposo. Tenía delante nuestro el telegrama, y nos preguntó:

—Bien, caballeros; ¿en qué puedo servirles?

—Hemos venido en contestación a su telegrama —le expliqué yo.

—¡A mi telegrama! Yo no les he puesto ningún telegrama.

—Quiero decir al telegrama que usted envió a míster Josiah Amberley acerca de su mujer y de su dinero.

—Señor, si esto es una broma, es de un gusto muy discutible —exclamó irritado el vicario—. Jamás he oído el nombre de ese caballero del que usted me habla y no envié a nadie ningún telegrama.

Nuestro cliente y yo nos miramos atónitos.

—Quizá se trate de algún error. ¿No habrá por aquí dos vicarías? Aquí tiene usted el telegrama mismo, firmado Elman y fechado en la vicaría.

—Caballero, vicaría no hay más que ésta, y no hay más vicario que yo. Este telegrama es una escandalosa falsedad, y ya se encargará la Policía de investigar su origen. Mientras tanto, no veo finalidad alguna para prolongar esta entrevista.

Y así fue como míster Amberley y yo nos vimos en la carretera, en una aldea que me pareció la más primitiva de Inglaterra. Nos dirigimos a la oficina de Telégrafos, pero ya estaba cerrada. Sin embargo, en la taberna de «El Escudo Ferroviario» encontramos un teléfono, y gracias al mismo establecí contacto con Holmes, que se mostró asombrado del resultado de nuestro viaje.

—¡Extraordinario! —dijo la voz lejana. ¡Por demás extraordinario! Querido Watson, mucho me temo que no tenga un tren para regresar esta noche. Le he condenado a usted, sin darme cuenta, a los horrores de un mesón de aldea. Sin embargo, Watson, usted dispone siempre del recurso de la naturaleza y de Josiah Amberley. Manténgase en estrecho contacto con ambos —le oí gorgoritear secamente en el instante en que cortaba la comunicación.

Pronto pude convencerme de que la fama de tacaño de mi acompañante era bien merecida. Había refunfuñado por lo costoso de la excursión, había insistido en que viajáramos en tercera clase y ahora protestó ruidosamente por la factura del hospedaje. A la mañana siguiente, cuando llegamos a Londres, era difícil decir cuál de nosotros se encontraba de peor humor.

—Lo mejor que podría usted hacer es quedarse en Baker Street cuando pasemos por allí —dije— Quizá míster Holmes tenga nuevas instrucciones.

—Si no valen más que las últimas, me van a servir de muy poca cosa —dijo Amberley con expresión maligna.

Sin embargo me acompañó. Yo tenía avisado a Holmes por telegrama a la hora que llegaríamos, pero me encontré con un mensaje en el que decía que nos

esperaba en Lewisham. Esto constituyó una sorpresa, pero aún lo fue mayor el encontrarme con que Holmes no estaba solo en la sala de nuestro cliente. Junto a él se encontraba un hombre moreno, de rostro severo e impasible, de gafas con cristales oscuros y un voluminoso alfiler masónico muy a la vista en su corbata. Holmes dijo:

—Este señor es mi amigo Barker. También él estaba interesado en su,caso, míster Josiah Amberley, aunque ambos trabajábamos de una manera independiente. Sin embargo, los dos tenemos que hacerle la misma pregunta.

Míster Amberley dejose caer pesadamente en un asiento. Barruntó peligro inminente. Yo lo leí en sus ojos de mirada tensa y en sus rasgos contraídos.

—¿Cuál es esa pregunta, míster Holmes?

—Únicamente ésta: ¿qué ha hecho usted de los cadáveres?

Mi acompañante se puso en pie lanzando un áspero chillido. Se aferró con sus dos manos huesudas al aire. Tenía la boca abierta y durante un instante pareció una horrible ave de presa. Se nos presentó súbitamente el verdadero Josiah Amberley, demonio deforme con el alma tan retorcida como su cuerpo. Al caer de espaldas en su silla se llevó con estrépito una mano a la boca, como para ahogar la tos. Holmes saltó a su garganta como un tigre y le torció la cara hacia abajo. De entre sus labios jadeantes cayó una píldora blanca.

—Nada de atajos, Josiah Amberley; las cosas tendrán que hacerse con dignidad y en su orden debido. ¿Qué me dice usted, Barker?

—Tengo a la puerta un coche —contestó nuestro taciturno compañero.

—La comisaría sólo dista de aquí algunos centenares de metros. Iremos juntos. Usted, Watson, puede quedarse aquí. Estaré de vuelta dentro de media hora.

El viejo fabricante de colores tenía la fuerza de un león en su tronco gigantesco, pero se encontró perdido en las manos de dos expertos manipuladores de hombres. Forcejeando y retorciéndose, fue arrastrado hasta el coche que esperaba, y yo quedé en mi solitaria vigilia dentro de aquella casa de mal agüero. Holmes regresó antes de lo que había dicho, acompañado por un joven e inteligente inspector de Policía.

—He dejado a Barker para que cuide de las formalidades —dijo Holmes—.

Usted, Watson, ya conocía a Barker. Fue mi odiado rival en la playa de Surrey. Cuando usted me habló de un hombre alto y moreno, no me fue difícil completar el retrato. Es un hombre que tiene a su crédito varios casos muy buenos, ¿verdad que sí, inspector?

—Desde luego que se ha entrometido en varias ocasiones —contestó el inspector con reserva.

—Sus métodos son, sin duda, irregulares, al igual que los míos. Pero ya sabe usted que hay ocasiones en que los irregulares resultan útiles. Usted, por ejemplo, con su obligada advertencia de que cualquier cosa que declare podrá ser empleada en contra suya, no habría logrado, valiéndose de un farol, que ese granuja hiciese lo que virtualmente constituye una confesión.

—Quizá no. Sin embargo, míster Holmes, conseguimos salirnos con la nuestra. No se imagine que nosotros no habíamos formado ya criterio acerca de este caso, y que no habríamos echado el guante a nuestro hombre Ya perdonará que nos mostremos resentidos cuando usted se mete de golpe, valiéndose de métodos que nosotros no podemos emplear, y despojándonos de ese modo de la fama que nos pertenece.

—No habrá tal despojo, Mackimmon. Le aseguro que de ahora en adelante yo desaparezco y que, en cuanto a Barker, no ha hecho otra cosa que lo que yo le he dicho.

El inspector parecía considerablemente aliviado.

—Míster Holmes, esa conducta suya es espléndida. A usted han de importarle poco las alabanzas o las censuras, pero el caso nuestro es muy diferente cuando los periódicos empiezan a hacer preguntas.

—De acuerdo. Puede estar seguro de que en esta ocasión le harán preguntas, de modo que no estaría de más el que tuviese preparadas las respuestas. ¿Qué va usted a decir, por ejemplo, si un informador inteligente y activo le pregunta cuáles fueron concretamente los detalles que despertaron sus sospechas y que, por último, se convirtieron en absoluto convencimiento de la verdad de los hechos?

El inspector pareció desconcertado.

—Míster Holmes, yo creo que hasta ahora no tenemos ninguno de esos hechos concretos. Usted dice que el preso, en presencia de tres testigos, hizo algo que equivale a una confesión, intentando suicidarse, porque, había asesinado a su esposa y al amante de ésta. ¿Qué otros hechos tiene usted?

—¿Dio orden ya de que se registre la casa?

—Están a punto de llegar con ese objeto tres agentes de Policía.

—Pues en este caso, no tardará usted en disponer del más evidente de todos los hechos. No es posible que los cadáveres estén lejos de aquí. Busque en las bodegas y en el jardín. No debe ser tarea larga la de excavar los lugares probables. Esta casa es más antigua que la instalación del agua corriente. Debe, pues, de haber en alguna parte un pozo que ya no se emplea. Pruebe en él su suerte.

—Pero, ¿cómo lo averiguó usted y de qué manera se cometió el crimen?

—Le enseñaré primero de qué manera se cometió y después le daré la explicación que usted se merece, y que se merece todavía más este amigo mío que la espera desde hace mucho y que ha sido de un valor inapreciable durante todo el caso. Pero quiero empezar por hacerle ver la mentalidad de este hombre. Es una mentalidad muy fuera de lo corriente; tanto, que yo creo que es más probable que vaya a parar a Broad Moor que al patíbulo.

Posee en el más alto grado la clase de inteligencia que uno supone en el temperamento italiano medieval, más bien que en un hombre de la Inglaterra moderna. Era un tacaño miserable que traía a su mujer tan a mal traer con sus procedimientos ruines, que era por ello presa fácil de cualquier aventurero. Este se presentó en la persona del doctor que jugaba al ajedrez.

Amberley sobresalía en este juego. Fíjese, Watson, en que ése es un indicio de una inteligencia maquinadora. Como todos los avaros, era hombre celoso, y sus celos trocáronse en manía frenética. Con razón o sin ella, sospechó una intriga amorosa; decidió vengarse y lo planeó con habilidad diabólica... ¡Venga!

Holmes nos llevó por un pasillo con la misma seguridad que si hubiese vivido en la casa y se detuvo delante de la puerta abierta de la cámara fuerte.

—¡Puf! ¡Qué antipático olor de pintura! —exclamó el inspector.

—Ésta fue nuestra primera pista —dijo Holmes—. Puede agradecérsela a la observación del doctor Watson, aun que éste no supo sacar la consecuencia. Fui yo quien puso el pie en el rastro. ¿Por qué llenaba este individuo la casa, en una ocasión así, de fuertes olores? Evidentemente, para ocultar con ellos otros olores. Algún olor culpable que podría despertar sospechas. Luego se presentó la idea de una cámara como ésta que ve usted aquí, que tiene la puerta y los postigos de hierro; es decir, una habitación herméticamente cerrada. Junte usted esos dos hechos, ¿a dónde llevan? Sólo examinando la casa por mí mismo podía yo averiguarlo. Estaba yo seguro de que se trataba de un caso grave, porque había examinado la hora del billetaje del teatro de Haymarket, otra de las dianas del doctor Watson, comprobando que ni el número treinta ni el treinta y dos de la fila B del paraíso habían sido vendidas aquella noche. Por consiguiente, la coartada de Amberley se venía abajo, porque no había entrado en el teatro. Cometió un grave resbalón al dejar que mi astuto amigo viese el número de asiento que había comprado para su esposa. El problema que ahora se presentaba era el de encontrar la manera de examinar la casa. Envié a un agente mío hasta la más absurda de las aldeas en que se me ocurrió pensar y le hice ir a mi hombre a una hora que le imposibilitase el regresar aquella noche. Para evitar que Amberley nos burlase, hice que le acompañara el doctor Watson. El apellido del buen vicario lo saqué, como es natural, de mi Crockford. ¿Me explico con claridad?

—Estupendamente —dijo el inspector con voz reverente.

—Sin peligro ya de que nadie me interrumpiese en mi tarea, procedí al estudio de la casa. La profesión de salteador de casas ha constituido siempre una posible alternativa a la profesión que ejerzo. No me cabe duda de que si me hubiese decidido por aquélla habría destacado. Fíjense en los descubrimientos que hice. Vean la tubería del gas que viene por aquí, a todo lo largo de la cenefa. Al llegar al ángulo de la pared, sigue hacia arriba, y aquí, en el rincón, hay una llave. La tubería entra en la cámara fuerte y va a terminar en este rosetón de yeso que hay en el centro del cielo raso, donde queda disimulada por los adornos decorativos. El tubo está abierto de par en par. En cualquier momento y con solo abrir la llave exterior, se podría inundar de gas la cámara. Con la puerta y los postigos de la ventana cerrados, no le daría yo dos minutos de conservar el conocimiento a la persona encerrada en la pequeña habitación. Ignoro de que endiablada añagaza se valió para que él y ella entrasen, pero una vez dentro y la puerta cerrada,

estaban a merced suya.

El inspector examinó con gran interés la tubería y dijo:

—Uno de nuestros funcionarios habló de olor a gas; pero la puerta y la ventana estaban entonces abiertas y ya habían procedido a pintar por lo menos una parte. Según Amberley nos dijo, había empezado esa tarea el día anterior. ¿Y qué más, míster Holmes?

—Pues entonces ocurrió un incidente bastante inesperado para mí. Empezaba a clarear el día y yo estaba colándome por la ventana de la despensa cuando sentí que una mano me agarraba por el cuello de la ropa, y oí una voz que me dijo: «¡Eh, granuja, ¿qué haces aquí dentro?». Cuando pude doblar la cabeza, me encontré frente a los cristales ahumados de mi amigo y rival, el señor Barker. Lo curioso de aquel encuentro inesperado nos hizo sonreír a los dos. Por lo visto, la familia del doctor Ray Ernest le había encargado a el que llevase a cabo algunas investigaciones, y también había llegado a la conclusión de que allí se habla jugado sucio. Llevaba vigilando la casa varios días, y se había fijado en el doctor Watson como en uno de los personajes evidentemente sospechosos que habían ido de visita. No podía en modo alguno proceder a la detención de Watson, pero cuando vio a un individuo escabullirse fuera por la ventana de la despensa, no pudo ya contenerse. Le expliqué cómo estaban las cosas y proseguimos juntos las investigaciones.

—¿Por qué con él sí y con nosotros no?

—Porque pensaba ya someter a Amberley a esa pequeña prueba que tan admirablemente ha resultado. Temí que quizás ustedes no quisiesen llevar las cosas tan adelante.

El inspector se sonrió.

—En efecto, quizá no hubiésemos querido. De modo, míster Holmes, que tengo su palabra de que usted se hace desde este momento a un lado y nos entrega el resultado de sus investigaciones.

—Así lo he hecho siempre.

—Bien. Se lo agradezco en nombre del cuerpo. Tal como usted lo ha explicado, el caso se presenta claro, y no creo que haya una gran dificultad para dar con los

cadáveres.

—Y ahora le voy a mostrar una pequeña prueba algo macabra —dijo Holmes—. Estoy seguro de que ni el mismo Amberley se fijó nunca en ella. Si quiere usted conseguir buenos resultados, inspector, colóquese siempre en el lugar de los demás y piense lo que usted haría en su caso. Exige imaginación, pero compensa siempre. Pues bien, supongamos que usted se viese encerrado en esta pequeña habitación, que sólo le quedasen dos minutos de vida y quisiese quedar a mano con el criminal, que probablemente estaba en ese instante mofándose de usted desde el otro lado de la puerta. ¿Qué haría usted?

—Escribiría un mensaje.

—Exactamente. Querría usted informar a los demás de cómo moría. De nada le serviría escribir en un papel, porque él lo descubriría... Pero si escribiese usted en la pared, quizá lo viese alguien. Y ahora, ¡vean ustedes aquí! Encima mismo del zócalo hay algo escrito con lápiz de tinta encarnada: «Nos as...». Y nada más.

—¿Y que saca usted en consecuencia?

—El escrito está a treinta centímetros de altura del suelo. Cuando lo escribió, el pobre hombre estaba caído en el suelo y moribundo. Perdió el sentido antes de que pudiera terminar la frase.

—Sí; él quería escribir: «Nos asesina».

—Así lo veo yo, y si ustedes encuentran encima del cadáver un lápiz de tint...

—Puede usted estar seguro de que lo buscaremos. Pero, ¿y los valores? Es evidente que no hubo tal robo. Y él, eso sí, poseía esos valores. Lo hemos comprobado.

—Tenga la seguridad de que los tiene ocultos en lugar seguro. Cuando toda la historia de la fuga hubiese pasado al olvido, el los habría descubierto de pronto, bien anunciando que la pareja culpable se había arrepentido y le había devuelto el botín o que lo había perdido.

—Veo que usted ha encontrado respuesta a todas las dificultades —dijo el inspector—. Desde luego, a nosotros tenía que venir para darnos parte, pero no me explico el que se haya dirigido también a usted.

—Un puro refinamiento —contestó Holmes—. Tenía conciencia de su habilidad, y estaba tan seguro de sí mismo que se creía a salvo de todos. De esa manera podía decir, si llegaba el caso, a cualquier vecino receloso: «Fíjese en todos los pasos que he dado. No sólo he consultado a la Policía, sino que lo he hecho también al mismo Sherlock Holmes.»

El inspector se echó a reír, y dijo:

—Míster Holmes, no tenemos más remedio que perdonarle eso de «lo he hecho también al mismo», porque su trabajo en esta ocasión ha sido tan perfecto como el mejor de los que yo recuerdo.

Un par de días después, mi compañero me echó desde donde él estaba sentado un ejemplar del bisemanario North Surrey Observer. Bajo una serie de titulares deslumbrantes que empezaban con lo de «El terrible crimen de "El refugio"» y terminaba con el de «Brillantes pesquisas de la Policía», había el primer relato completo del asunto. El párrafo final era una muestra típica del conjunto. Decía así:

«La extraordinaria sagacidad con que el inspector Mackinnon dedujo del olor de pintura, que quizá con ello se ocultase otro olor, por ejemplo el de gas; la audaz hipótesis de que quizá la cámara fuerte fuese también la cámara de la muerte, y la investigación subsiguiente que llevó a descubrir los cadáveres dentro de un pozo que no se usaba, y cuya boca estaba hábilmente oculta por la caseta del perro, quedarán en la historia del crimen como ejemplo destacado de la inteligencia de nuestros detectives oficiales...»

—¡Vaya, vaya! Este Mackinnon es un buen muchacho —exclamó Holmes con sonrisa bonachona—. Páselo a nuestros archivos, Watson. Quizá pueda contarse algún día toda la verdad.

11. La aventura de la inquilina del velo

Si se piensa en que Holmes permaneció ejerciendo activamente su profesión por espacio de veinte años, y que durante diecisiete de ellos se me permitió cooperar con él y llevar el registro de sus hazañas, se comprenderá fácilmente que dispongo de una gran masa de material. Mi problema ha consistido siempre en elegir, no en descubrir. Aquí tengo la larga hilera de agendas anuales que ocupan un estante, y ahí tengo también las cajas llenas de documentos que constituyen una verdadera cantera para quien quiera dedicarse a estudiar no sólo hechos criminales, sino los escándalos sociales y gubernamentales de la última etapa de la era victoriana. A propósito de estos últimos, quiero decir a los que me escriben cartas angustiosas, suplicándome que no toque el honor de sus familias o el buen nombre de sus célebres antepasados, que no tienen nada que temer. La discreción y el elevado sentido del honor profesional que siempre distinguieron a mi amigo siguen actuando sobre mí en la tarea de seleccionar estas memorias, y jamás será traicionada ninguna confidencia. He de protestar, sin embargo, de la manera más enérgica contra los intentos que últimamente se han venido haciendo para apoderarse de estos documentos con ánimo de destruirlos. Conocemos la fuente de que proceden estos intentos delictivos. Si se repiten estoy yo autorizado por Holmes para anunciar que se dará publicidad a toda la historia referente a cierto político, al faro y al cuervo marino amaestrado. Esto que digo lo entenderá por lo menos un lector.

No es razonable creer que todos esos casos de que hablo dieron a Holmes oportunidad de poner en evidencia las extraordinarias dotes de instinto y de observación que yo me he esforzado por poner de relieve en estas memorias. Había veces en que tenía que recoger el fruto tras largos esfuerzos; otras se le venía fácilmente al regazo. Pero con frecuencia, en esos casos que menos oportunidades personales le ofrecían, se hallaban implicadas las más terribles tragedias humanas. Uno de ellos es el que ahora deseo referir. He modificado ligeramente los nombres de personas y de lugares, pero, fuera de eso, los hechos son tal y como yo los refiero.

Recibí cierta mañana (a finales de 1896) una nota apresurada de Holmes en la

que solicitaba mi presencia. Al llegar a su casa, me lo encontré sentado y envuelto en una atmósfera cargada de humo de tabaco. En la silla que caía frente por frente de él había una señora anciana y maternal, del tipo rollizo de las dueñas de casas de pensión.

—Le presento a la señora Merrilow, de South Brixton —dijo mi amigo, indicándomela con un ademán de la mano—. Señora Merrilow no tiene inconveniente en que se fume, Watson. Se lo digo por si quiere entregarse a esa sucia debilidad suya. Señora Merrilow tiene una historia interesante que contar. Esa historia puede traer novedades en las que sería útil la presencia de usted.

—Todo lo que yo pueda hacer...

—Comprenderá usted, señora Merrilow, que si yo me presento a la señora Ronder, preferiría hacerlo con un testigo. Déselo usted a entender antes que nosotros lleguemos.

—¡Bendito sea Dios, míster Holmes! —contestó nuestra visitante—. Ella tiene tales ansias de hablar con usted, que lo hará aunque se haga usted seguir de todos los habitantes de la parroquia.

—Iremos, téngalo presente, a primera hora de la tarde. Es, pues, preciso que, antes de ponernos en camino, conozcamos con exactitud todos los hechos. Si les damos un repaso ahora, el doctor Watson podrá ponerse al corriente de la situación. Usted me ha dicho que desde hace siete años tiene de inquilina a la señora Ronder, y que en todo ese tiempo sólo una vez le ha visto la cara.

—¡Y pluguiera a Dios que no se la hubiese visto! —exclamó señora Merrilow.

—Tengo entendido que la tiene terriblemente mutilada.

—Tanto, míster Holmes, que ni cara parece. Esa fue la impresión que me produjo. Nuestro lechero la vio en cierta ocasión nada más que un segundo, cuando ella estaba curioseando por la ventana del piso superior, y cuál no sería su impresión, que dejó caer la vasija de la leche y ésta, corrió por todo el jardincillo delantero. Ahí verá usted qué clase de cara es la suya. En la ocasión en que yo la vi la pillé desprevenida, y se la tapó rápidamente, y luego dijo: «Ya sabe usted, por fin, la razón de que yo no me levante nunca el velo.»

—¿Sabe usted algo acerca de su vida anterior?

—Absolutamente nada.

—¿Dio alguna referencia cuando se presentó en su casa?

—No, señor, pero dio dinero contante y sonante y en mucha cantidad. Puso encima de la mesa el importe de un trimestre adelantado, y no discutió precios. Una mujer pobre como yo, no puede permitirse en estos tiempos rechazar una oportunidad como ésa.

—¿Alegó alguna razón para dar la preferencia a su casa?

—Mi casa está muy retirada de la carretera y es más recogida que otras muchas. Además, yo sólo tengo una inquilina y soy mujer sin familia propia. Me imagino que había visitado otras casas y que la mía le resultó de mayor conveniencia suya. Lo que ella busca es vivir oculta, y está dispuesta a pagarlo.

—Ha dicho usted que jamás esa señora dejó ver su cara, salvo en esa ocasión y por casualidad. Pues sí, es la suya una historia extraordinaria, muy extraordinaria, y no me sorprende que desee hacer luz en ella.

—No, míster Holmes, yo no lo deseo. Me doy por satisfecha con cobrar mi renta.

No es posible conseguir una inquilina más tranquila ni que dé menos trabajo.

—¿Y qué ha ocurrido entonces para que se haya lanzado a dar este paso?

—Su salud, míster Holmes. Me da la impresión de que se está acabando. Además, algo espantoso hay en aquella cabeza. «¡Asesino!» —grita— «¡Asesino!» Y otra vez la oí: «¡Fiera! ¡Monstruo!» Era de noche, y sus gritos resonaban por toda la casa, dándome escalofríos. Por eso fui a verla por la mañana, y le dije: «Señora Ronder, si tiene usted algún secreto que conturba su alma, para eso están el clero y la Policía. Entre unos y otros le proporcionarían alguna ayuda.» Ella exclamó: «Nada de Policía, por amor de Dios. Y en cuanto al clero, no es posible cambiar el pasado. Y, sin embargo, me quitaría un peso del alma que alguien se enterase de la verdad, antes que yo me muera.» «Pues bien —le dije yo—; si no quiere usted nada con la Policía, tenemos a ese detective del que tanto leemos», con su perdón, míster Holmes. Ella se agarró a esa idea inmediatamente, y dijo: «Ése es el hombre que necesito. ¿Cómo no se me ocurrió jamás acudir a él? Tráigalo, señora Merrilow, y si pone inconvenientes a

venir, dígale que yo soy la mujer de la colección de fieras de Ronder. Dígale eso y cítele el nombre de “Abbas Parva”.» Aquí está como ella lo escribió: «Abbas Parva.» «Eso le hará venir si él es tal y como yo me lo imagino.»

—Me hará ir, en efecto —comentó Holmes—. Muy bien, señora Merrilow. Desearía tener una breve conversación con el doctor Watson. Eso nos llevará hasta la hora del almuerzo. Puede contar con que llegaremos a su casa de Brixton a eso de las tres.

Apenas sí nuestra visitante había salido de la habitación con sus andares menudos y bamboleantes de ánade, cuando ya Sherlock Holmes se había lanzado con furiosa energía sobre una pila de libros vulgares que había en un rincón. Escuchóse durante algunos minutos un constante roce de hojas y de pronto un gruñido de satisfacción, porque había dado con lo que buscaba. Era tal su excitación que no se levantó, sino que permaneció sentado en el suelo, lo mismo que un Buda extraño, con las piernas cruzadas, rodeado de gruesos volúmenes, y con uno de ellos abierto encima de las rodillas.

—Watson, éste es un caso que en su tiempo me trajo preocupado. Fíjese en mis notas marginales que lo demuestran. Reconozco que no logré explicármelo. Sin embargo, estaba convencido de que el juez de investigación estaba equivocado. ¿No recuerda usted la tragedia de Abbas Parva?

—En absoluto, Holmes.

—Sin embargo, por aquel entonces vivía usted conmigo. Desde luego, también mis impresiones del caso eran muy superficiales, porque no disponía de datos en que apoyarme, y porque ninguna de las dos partes había solicitado mis servicios. Quizá le interese leer los periódicos.

—¿No podría señalarme usted mismo los detalles sobresalientes?

—Es cosa muy fácil de hacer. Ya verá cómo los recuerda conforme yo vaya hablando. El nombre de Ronder era, desde luego, conocidísimo. Era el rival de Wombwell y de Sanger. Uno de los más grandes empresarios de circo de su tiempo. Hay, sin embargo, pruebas de que se entregó a la bebida y de que al ocurrir la tragedia se hallaban tanto él como su circo ambulante en decadencia. La caravana se había detenido para pasar la noche en Abbas Parva, pueblo pequeño del Berkshire, que fue donde ocurrió este hecho horrendo. Iban camino de Wimbledon y viajaban por carretera. Se limitaron, pues, a acampar, sin hacer

exhibición alguna, porque se trataba de un lugar tan pequeño que no les habría compensado el trabajo.

»Entre las fieras que exhibían figuraba un magnífico ejemplar de león de África. Le llamaban el Rey del Sáhara, y tanto Ronder como su mujer tenían por costumbre realizar exhibiciones dentro de su jaula. Ahí tiene una foto de la escena. Verá por ella que Ronder era un cerdo corpulento, y su esposa, una espléndida mujer. Alguien testimonió durante la investigación que el león había ofrecido síntomas de estar de humor peligroso, pero que, como de costumbre, la familiaridad engendra el menosprecio, y nadie hizo caso.

»Era cosa corriente que Ronder o su esposa diesen de comer al león por la noche. Unas veces lo hacía uno de ellos, otras, los dos juntos; pero nunca permitían que nadie más le diese de comer, creyendo que mientras fuesen ellos los que le llevaban el alimento, el león los consideraría como bienhechores suyos y no les haría ningún daño. La noche del suceso habían entrado los dos a darle de comer, y entonces ocurrió un suceso horrendo, pero cuyos detalles nunca se consiguió poner en claro.

»Parece que el campamento todo se despertó hacia medianoche por los rugidos del animal y los chillidos de la mujer. Todos los cuidadores y empleados acudieron desde sus tiendas corriendo, llevando linternas. A la luz de éstas vieron un espectáculo terrible. Ronder yacía en el suelo, con la parte posterior del cráneo hundida y con señales de profundos zarpazos en el cuero cabelludo; a unos diez metros de distancia de la jaula, que estaba abierta. Cerca de la puerta de la jaula yacía la señora Ronder, de espaldas, con la fiera acurrucada y enseñando los dientes encima de ella. Le había destrozado la cara de tal manera que no se creyó que sobreviviera. Varios de los artistas del circo, encabezados por el forzudo Leonardo y por el payaso Griggs, acometieron a la fiera con pértigas, y el león dio un salto hacia atrás y se metió en la jaula, que aquéllos se apresuraron a cerrar.

»Nadie supo cómo había quedado abierta. Se llegó a la suposición de que la pareja había intentado entrar en la jaula, pero que, en el instante en que fueron corridos los cierres de la puerta, el animal se lanzó sobre ellos de un salto. Ningún otro detalle de interés apareció en la investigación, fuera de que la mujer, en el delirio de sus atroces dolores, no cesaba de gritar: «¡Cobarde! ¡Cobarde!», cuando la conducían al carromato en que vivían. Transcurrieron seis meses antes que ella pudiera prestar declaración, pero se cumplieron debidamente todos los

trámites, y el veredicto del jurado del juez de instrucción fue de muerte sobrevenida por una desgracia.

—¿Cabía otra alternativa? —pregunté yo.

—Tiene usted razón de hacer esa pregunta. Sin embargo, había un par de detalles que trajeron desasosiego a Edmunds, de la Policía de Berkshire. ¡Magnífico muchacho el tal Edmunds! Más adelante lo destinaron a Allahabad. Gracias a él me puse en contacto con el asunto, porque se dejó caer por aquí y fumamos un par de pipas hablando del mismo.

—¿Era un individuo delgado y de pelo rubio?

—Exactamente. Tenía la seguridad de que descubriría usted su pista inmediatamente.

—¿Y qué fue lo que le preocupaba?

—La verdad es que nos preocupó a los dos. Resultaba endiabladamente difícil reconstruir el hecho. Mírelo desde el punto de vista del león. Se ve en libertad. ¿Y qué hace entonces? Da media docena de saltos hacia delante para ir a caer sobre Ronder. Éste se da media vuelta para huir, puesto que las señales de los zarpazos las tenía en la parte posterior de la cabeza; pero el león le derriba. Entonces, en vez de dar otro salto y escapar, se vuelve hacia la mujer, que estaba cerca de la jaula, la derriba de espaldas y le mastica la cara. Por otro lado, los gritos de la mujer parecían dar a entender que el marido le había fallado de una u otra manera. ¿Qué pudo hacer el pobre hombre para socorrerla? ¿No ve usted la dificultad?

—Desde luego.

—Pero había algo más, que se me ocurre a mí, ahora que vuelvo a repasar el asunto. Algunas de las personas declararon que, coincidiendo con los rugidos del león y con los chillidos de la mujer, se oyeron gritos de terror que daba un hombre.

—Serían de Ronder, sin duda.

—Difícilmente podía gritar si estaba con el cráneo destrozado. Dos testigos, por lo menos, se refieren a gritos de un hombre mezclados con los de una mujer.

—Yo creo que para entonces estaría gritando el campamento entero. Por lo que se refiere a los demás puntos, creo que podría apuntar una solución.

—La tomaré muy a gusto en consideración.

—Cuando el león se vio en libertad, él y ella estaban juntos, a diez metros de la jaula. Ronder se dio media vuelta y fue derribado. La mujer concibió la idea de meterse dentro de la jaula y de cerrar la puerta. Era aquél su único refugio. Se lanzó a ponerla en práctica, pero cuando ya llegaba a la puerta, la fiera saltó sobre ella y la derribó. La mujer, irritada contra su marido, porque, al huir éste, la fiera se había enfurecido. Si ambos le hubiesen hecho frente, quizá la hubiesen obligado a retroceder. De ahí sus estentóreos gritos de «¡Cobarde!»

—¡Magnífico, Watson! Su brillante exposición no tiene más que un defecto.

—¿Qué defecto, Holmes?

—Si ambos estaban a diez pasos de distancia de la jaula, ¿cómo llegó la fiera a encontrarse con la puerta abierta?

—¿No es posible que tuviesen algún enemigo y que éste la abrió?

—¿Y por qué había de acometerlos de manera tan salvaje si estaba acostumbrada a jugar con ellos y a exhibir con ellos sus habilidades dentro de la jaula?

—Quizás ese mismo enemigo había hecho algo con el propósito de enfurecerlo.

Holmes permaneció pensativo y en silencio durante algunos momentos.

—Bien, Watson, hay algo que decir en favor de su hipótesis. Ronder era un hombre que tenía muchos enemigos. Edmunds me dijo que cuando estaba metido en copas era espantoso. Hombre corpulento y fanfarrón, maltrataba de palabra y obra a cuantos se le cruzaban en el camino. Yo creo que aquellos gritos de monstruo, de los que nos ha hablado nuestra visitante, son reminiscencias nocturnas del muerto querido. Sin embargo, todo esto no son sino cábalas fútiles mientras no conozcamos todos los hechos. Tenemos en el aparador una perdiz fría y una botella de Montrachet. Renovemos nuestras energías antes que tengamos que exigirles un nuevo esfuerzo.

Cuando nuestro coche hamson nos dejó junto a la casa de la señora Merrilow,

nos encontramos a la rolliza señora cerrando con su cuerpo el hueco de la puerta de su morada humilde, pero retirada. Era evidente que su precaución principal era la de no perder una buena inquilina, y antes de conducirnos al piso superior nos suplicó que no dijésemos ni hiciésemos nada que pudiera provocar un hecho tan indeseable. Por fin, después de haberle dado toda clase de seguridades, nos condujo por la escalera, estrecha y mal alfombrada, hasta la habitación de la misteriosa inquilina.

Era un cuarto mal ventilado, angosto, que olía a rancio, como no podía menos, puesto que la ocupante no salía de él apenas. Por algo que parecía justicia del Destino, aquella mujer que tenía encerradas a las fieras en una jaula había acabado siendo como una fiera dentro de una jaula. Se hallaba sentada en un sillón roto, en el rincón más oscuro del cuarto. Los largos años de inactividad habían quitado algo de esbeltez a las líneas de su cuerpo, que debió de ser hermoso, y conservaba aún su plenitud y voluptuosidad. Un grueso velo negro le cubría el rostro, pero el borde del mismo terminaba justamente encima del labio superior, dejando al descubierto una boca perfecta y una barbilla finamente redondeada. Yo pensé que, en efecto, debió de ser una mujer extraordinaria. También su voz era de timbre delicado y agradable.

—Míster Holmes, usted conoce ya mi nombre —explicó—. Pensé que bastaría para que viniese.

—Así es, señora, aunque no acabo de comprender cómo sabe que yo estuve interesado en el caso suyo.

—Lo supe cuando, recobrada ya mi salud, fui interrogada por el detective del condado, míster Edmunds. Pero yo le mentí. Quizás había sido más prudente decirle la verdad.

—Por lo general, decir la verdad suele ser lo más prudente. ¿Y por qué mintió usted?

—Porque de ello dependía la suerte de otra persona. Era un ser indigno por demás. Yo lo sabía, pero no quise que su destrucción recayese sobre mi conciencia.

¡Habíamos vivido tan cerca, tan cerca!

—¿Ha desaparecido ya ese impedimento?

—Sí, señor. La persona a que aludo ha muerto.

—¿Por qué, entonces, no le cuenta usted ahora a la Policía todo lo que sabe?

—Porque hay que pensar también en otra persona. Esa otra persona soy yo. Sería incapaz de aguantar el escándalo y la publicidad que acarrearía el que la Policía tomase en sus manos el asunto. No es mucho lo que me queda de vida, pero deseo morir sin ser molestada. Sin embargo, deseaba dar con una persona de buen criterio a la que poder confiar mi terrible historia, de modo que, cuando yo muera, pueda ser comprendido cuanto ocurrió.

—Eso es un elogio que usted me hace, señora. Pero soy, además, una persona que tiene el sentimiento de su responsabilidad. No le prometo que, después que usted haya hablado, no me crea en el deber de poner su caso en conocimiento de la Policía.

—Creo que no lo hará usted, míster Holmes. Conozco demasiado bien su carácter y sus métodos, porque vengo siguiendo su labor desde hace varios años. El único placer que me ha dejado el Destino es el de la lectura, y pocas cosas de las que ocurren por el mundo se me pasan inadvertidas. En todo caso, estoy dispuesta a correr el riesgo del empleo que usted pudiera hacer de mi tragedia. Mi alma sentirá alivio contándola.

—Tanto mi amigo como yo, nos alegraríamos de oírla.

La mujer se levantó y sacó de un cajón la fotografía de un hombre. Saltaba a la vista que se trataba de un acróbata profesional, de magnífica conformación física. Estaba retratado con sus poderosos brazos cruzados delante del arqueado pecho, y con una sonrisa que asomaba por entre sus tupidos bigotes; la sonrisa engreída del hombre conquistador de mujeres.

—Es Leonardo —nos dijo.

—¿Leonardo, el forzudo que prestó declaración?

—El mismo. Y este otro es... mi marido. —Era una cara espantosa. La cara de un cerdo humano, o más bien de un jabalí formidable en su bestialidad. Era fácil imaginarse aquella boca repugnante, rechinando y echando espumarajos en sus momentos de rabia, y aquellos ojillos malignos proyectando sus ruindades sobre todo lo que miraban. Rufián, fanfarrón, bestia; todo eso estaba escrito en aquel

rostro de gruesa mandíbula—. Estos dos retratos les ayudarán, caballeros, a comprender esta historia. Cuando yo tenía diez años era ya una muchacha de circo, educada en el aserrín de la pista y que saltaba por el aro. Cuando me convertí en mujer, se enamoró de mí este hombre, si a su lascivia se le puede dar el nombre de amor. En un mal momento me casé con él. Desde ese día viví en un infierno, y él fue el demonio que me atormentó. No había una sola persona en toda la compañía que no supiese cómo me trataba. Me abandonó para ir con otras. Si yo me quejaba, solía atarme y me azotaba con su fusta de montar. Todos me compadecían y todos le odiaban, pero, ¿qué podían hacer? Desde el primero hasta el último le temían. Porque era terrible en todo momento, pero llegaba a sanguinario siempre que estaba borracho. Una y otra vez fue condenado por agresión y por crueldades con los animales; pero tenía dinero abundante, y le importaban muy poco las multas. Los mejores artistas nos abandonaron, y el espectáculo empezó a ir cuesta abajo. Únicamente Leonardo y yo lo sosteníamos, con la ayuda del pequeño Jimmy Griggs, el payaso. Este pobre hombre no tenía muchos motivos para estar de buen humor, pero se esforzaba cuanto podía en evitar que todo se derrumbase.

»Leonardo entró entonces cada vez más íntimamente en mi vida. Ya han visto ustedes cómo era físicamente. Ahora sé cuán pobre era el espíritu encerrado en un cuerpo tan magnífico, pero, comparado con mi marido, parecía algo así como el ángel Gabriel. Me compadeció y me ayudó, hasta que nuestra intimidad sé convirtió en amor; un amor profundo, profundísimo, apasionado, con el que yo había soñado siempre, pero que nunca esperé sentir. Mi marido lo sospechó, pero yo creo que tenía tanto de cobarde como de bravucón, y que Leonardo era el único hombre al que temía. Se vengó a su manera, atormentándome cada vez más. Una noche mis gritos trajeron a Leonardo hasta la puerta de nuestro carromato. Aquella vez bordeamos la tragedia, y mi amante y yo no tardamos en comprender que no era posible evitarla. Mi marido no tenía derecho a vivir. Planeamos su muerte.

»Leonardo era hombre de cerebro astuto y calculador. Fue él quien lo planeó todo. No lo digo para censurarle, porque yo estaba dispuesta a acompañarle hasta la última pulgada del camino. Pero yo no habría tenido jamás el ingenio necesario para trazar aquel plan. Preparamos una clava, fue Leonardo quien la fabricó, y en la cabeza de la misma, hecha de plomo, aseguramos cinco largas uñas de acero, con las puntas fuera y de la misma anchura de la garra del león. Daríamos con ella a mi marido el golpe de muerte, pero, por las señales que quedarían haríamos pensar a todos que se la había producido el león, al que

dejaríamos libre.

»La noche estaba negra corno la pez cuando mi marido y yo marchamos, según era nuestra costumbre, a dar de comer a la fiera. Llevábamos la carne cruda en un cubo de cinc. Leonardo estaba al acecho detrás de la esquina del gran carromato junto al cual teníamos que pasar antes de llegar a la jaula.

»Actuó con retraso; cruzamos por delante de él sin que descargase el golpe; pero nos siguió de puntillas, y yo oí el crujido que produjo la clava al destrozar el cráneo.

Fue un ruido que hizo dar un vuelco de alegría a mi corazón. Corrí hacia delante y solté el cierre que sujetaba la puerta de la gran jaula del león.

»Y entonces ocurrió una cosa terrible. Quizás esté usted enterado de lo rápidos que son estos animales para recibir el rastro de la sangre humana, y cómo ésta los excita. Algún instinto extraño debió de hacer barruntar al león que un ser humano había muerto. Al descorrer yo el cerrojo saltó y se me vino encima en un segundo. Leonardo pudo salvarme. Si él se hubiese abalanzado sobre el león y le hubiese golpeado con la maza, habría podido hacerle retroceder. Pero se acobardó. Le oí gritar aterrorizado y le vi darse media vuelta y huir. En el mismo instante sentí en mi carne los dientes del león. Ya su aliento abrasador y sucio me había envenenado y apenas si experimenté sensación alguna de dolor. Intenté apartar con las palmas de mis manos las tremendas fauces, manchadas de sangre y que lanzaban un vaho hirviente y grité pidiendo socorro. Tuve la sensación de que todo el campamento se ponía en movimiento y conservo el confuso recuerdo de que un grupo de hombres, compuesto por Leonardo, Griggs y otros, me sacaron de debajo de las zarpas de la fiera. Ése fue, míster Holmes, por espacio de muchos meses fatigosos, el último de mis recuerdos. Cuando recobré la razón y me vi en el espejo maldije al león, ¡oh!, ¡cómo lo maldije!; no porque había destrozado mi hermosura, sino por no haberme arrancado la vida. Sólo un deseo tenía, míster Holmes, y contaba con dinero suficiente para satisfacerlo. Este deseo era el de cubrirme el rostro de manera que nadie pudiera verlo, y vivir donde nadie de cuantos yo había conocido pudieran encontrarme. Eso era lo único que ya me restaba por hacer; y eso es lo que he venido haciendo. Convertida en un pobre animal que se ha arrastrado hasta dentro de un agujero para morir; así es cómo acaba su vida Eugenia Ronder.

Permanecimos sentados en silencio un rato, cuando ya la desdichada mujer había

acabado de relatar su historia. De pronto, Holmes extendió su largo brazo y palmeó en la mano a la mujer con una expresión de simpatía como rara vez yo le había visto exteriorizar.

—¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! —decía—. Los manejos del Destino son, en verdad, difíciles de comprender. Si no existe alguna compensación en el más allá, entonces el mundo no es sino una broma cruel. ¿Y qué fue del tal Leonardo?

—Jamás volví a verlo ni oír hablar de él. Quizá no tuve razón para llevar mi animosidad hasta ese punto. Quizás él hubiese amado a esta pobre cosa que el león había dejado, lo mismo que a uno de esos monstruos de mujer que exhibimos por el país. Pero no se puede hacer tan fácilmente a un lado el amor de una mujer. Aquel hombre me había dejado entre las garras de la fiera, me había abandonado en el momento de peligro. Sin embargo, no pude decidirme a entregarlo a la horca. Mi suerte me tenía sin cuidado. ¿Qué podía ser más angustioso que mi vida actual? Pero me interpuse entre Leonardo y su destino.

—¿Y ha muerto ya?

—Se ahogó el mes pasado mientras se bañaba cerca de Margate. Leí su muerte en los periódicos.

—¿Y qué hizo de su clava de cinco garras, detalle éste el más extraordinario e ingenioso de toda su historia?

—No puedo decírselo, míster Holmes. Cerca del campamento había una cantera de cal que tenía en su base una profunda ciénaga verdosa. Quizás en el fondo de la misma...

—Bien, bien, la cosa tiene ya poca importancia. El caso ha quedado concluso. Nos habíamos puesto en pie para retirarnos, pero algo observó Holmes en la voz de la mujer que atrajo su atención. Volvióse rápidamente hacia ella.

—Su vida no le pertenece —le dijo—. No atente contra ella.

—¿Qué utilidad tiene para nadie?

—¿Qué sabe usted? El sufrir con paciencia constituye por sí mismo la más preciosa de las lecciones que se pueden dar a un mundo impaciente.

La contestación de la mujer fue espantosa. Se levantó el velo y avanzó hasta que le dio la luz de lleno, y dijo:

—¡A ver si es usted capaz de aguantar esto!

Era una cosa horrible. No existen palabras para describir la conformación de una cara, cuando ésta ha dejado de ser cara. Los dos ojos oscuros, hermosos y llenos de vida, que miraban desde aquella ruina cartilaginosa, realzaban aún más lo horrendo de semejante visión. Holmes alzó las manos en ademán de compasión y de protesta, y los dos juntos abandonamos el cuarto.

***

Dos días después fui a visitar a mi amigo, y éste me señaló con cierto orgullo una pequeña botella que había encima de la repisa de la chimenea. La cogí en la mano. Tenía una etiqueta roja, de veneno. Al abrirla, se esparció un agradable olor de almendras.

—¿Ácido prúsico? —le pregunté.

—Exactamente. Me ha llegado por el correo. «Le envío a usted mi tentación. Seguiré su consejo.» Eso decía el mensaje. Creo, Watson, que podemos adivinar el nombre de la valerosa mujer que lo ha enviado.

12. La aventura de Shoscombe Old Place

Sherlock Holmes llevaba un buen rato inclinado sobre su microscopio de baja potencia. Entonces se enderezó y se volvió a mirarme triunfalmente.

—Es cola, Watson —dijo—. Indudablemente es cola. ¡Mire esos objetos dispersos en el campo de visión!

Me incliné hacia el ocular y lo enfoqué para mi vista.

—Esos pelos son hilos de una chaqueta de franela. Las masas grises irregulares son polvo. Hay escamas epiteliales a la izquierda. Esos bultos pardos del centro son indiscutiblemente cola.

—Bueno —dije, riendo—, estoy dispuesto a aceptar su palabra. ¿Hay algo que dependa de eso?

—Es una demostración muy bonita —respondió—. En el caso St. Pancras quizá recuerde que se encontró una gorra junto al policía muerto. El acusado niega que sea suya. Pero es un hombre que construye marcos y habitualmente maneja cola.

—¿Es uno de sus casos?

—No; mi amigo Merivale, de la Yard, me ha pedido que examine el caso. Desde que cacé a aquel falsificador de moneda por las virutas de zinc y cobre en la costura del puño, han empezado a darse cuenta de la importancia del microscopio. —Miró con impaciencia el reloj—. Viene a verme un nuevo cliente, pero lleva retraso. Por cierto, Watson, ¿sabe usted algo de carreras de caballos?

—Debería saber. Las pago con casi la mitad de mi pensión por heridas de guerra.

—Entonces le utilizaré como mi «Guía Fácil para el Hipódromo». ¿Qué hay de sir Robert Norberton? ¿Le dice algo ese nombre?

—Bueno, yo diría que sí. Vive en Shoscombe Old Place, y le conozco bien,

porque en otro tiempo yo solía pasar allí el verano. Norberton una vez estuvo a punto de caer dentro de la jurisdicción de usted.

—¿Cómo fue eso?

—Fue cuando golpeó con el látigo a Sam Brewer, el famoso prestamista de Curzon Street, en Newmarket Heath. Casi lo mató.

—¡Ah!, ¡eso parece interesante! ¿Se permite muchas veces esas cosas?

—Bueno, tiene fama de ser hombre peligroso. Es seguramente el jinete más atrevido de Inglaterra, segundo en el Grand National de hace unos pocos años. Es uno de los hombres que ha perdurado más allá de su verdadera generación. Habría sido un modelo en la sociedad de los días de la regencia; boxeador, atleta, temerario en las carreras de caballos, cortejador de bellas damas y, por lo que dicen, tan metido por el camino de la extravagancia que a lo mejor nunca encuentra el camino de vuelta.

—Estupendo, Watson. Un esbozo en pocos rasgos. Me parece que conozco a ese hombre. Bueno, ¿puede darme una idea de Shoscombe Old Place?

—Sólo que está en el centro de Shoscombe Park, y que allí se encuentra la famosa caballeriza de Shoscombe y sus terrenos de entrenamiento.

—Y el principal entrenador —dijo Holmes— es John Mason. No tiene que sorprenderse de mis conocimientos, Watson, porque es una carta suya la que estoy desdoblando. Pero sepamos más de Shoscombe. Parece que he dado con un buen filón.

—Están los famosos perros de aguas Shoscombe —dije—. Oirá hablar de ellos en todas las exposiciones caninas. La raza más genuina de Inglaterra. Son el orgullo de la señora de Shoscombe Old Place.

—La mujer de Robert Norberton, imagino.

—Sir Robert no se ha casado. Más vale, considerando sus perspectivas. Vive con su hermana, viuda, lady Beatrice Falder.

—¿Quiere decir que ella vive con él?

—No. El hogar pertenecía a su difunto marido, sir James. Norberton no tiene ningún derecho al hogar. Es sólo un derecho vitalicio y revierte al hermano del marido. Entretanto ella cobra la renta todos los años.

—¿Y el hermano de Robert, supongo, se gasta esa renta?

—Es más o menos lo que pasa. Es un demonio de hombre y le hace llevar una vida muy incómoda. Pero he oído decir que ella le quiere mucho. Pero ¿qué ocurre de malo en Shoscombe?

—Ah, eso es precisamente lo que quiero saber. Y aquí espero, está el hombre que nos lo puede decir.

Se abrió la puerta y el joven sirviente hizo entrar a un hombre alto, completamente afeitado, con la expresión firme y austera que sólo se ve en los que tienen que dominar caballos o chicos. El señor Mason tenía muchos de ambas clases en su poder, y parecía a la altura de su tarea. Se inclinó con frío dominio de sí mismo y se sentó en la silla que le indicó Holmes.

—¿Recibió mi carta, señor Holmes?

—Sí, pero no explicaba nada.

—Es una cosa demasiado delicada para poner los detalles por escrito. Y demasiado complicada. Sólo podía hacerlo cara a cara.

—Bueno, estamos a su disposición.

—Ante todo, señor Holmes, creo que mi jefe, sir Robert, se ha vuelto loco.

Holmes levantó las cejas.

—Esto no es un hospital para alienados —dijo—. Pero ¿por qué lo dice?

—Bueno, señor Holmes, cuando un hombre hace una cosa rara, o dos cosas raras, puede que ello signifique algo, pero cuando todo lo que hace es raro, entonces uno empieza a hacerse preguntas. Creo que el «Príncipe» de Shoscombe y el Derby le han trastornado la cabeza.

—¿Es un potro que usted hace correr?

—El mejor de Inglaterra, señor Holmes. Si alguien lo sabe, tendría que ser yo. Bueno, les seré sincero, pues sé que ustedes son caballeros de honor y esto no saldrá de este cuarto. Sir Robert tiene que ganar este Derby. Está entrampado hasta el cuello, y es su última oportunidad. Todo lo que ha podido reunir o pedir prestado se invierte en el caballo, ¡con buenos puntos de ventaja, además! Ahora pueden conseguirlo a cuarenta, pero estaba cerca de cien cuando él empezó a apoyarlo.

—Pero ¿cómo es eso, si el caballo es tan bueno?

—El público no sabe lo bueno que es. Sir Robert ha sido demasiado listo para los pronosticadores. Saca al medio hermano de «Príncipe» para exhibirlo. No se les puede distinguir. Pero el uno aventaja al otro en dos cuerpos en un estadio cuando se trata del galope. El no piensa más que en el caballo y en la carrera. Ha dedicado toda su vida a ello. Hasta entonces, puede mantener a raya a los judíos. Si le falla «Príncipe» está listo.

—Parece una jugada más bien desesperada, pero ¿dónde entra la locura?

—Bueno, ante todo, no hay más que mirarle. Creo que no duerme por las noches. A todas horas baja a las cuadras. Tiene unos ojos de loco. Ha sido demasiado para sus nervios. Y luego, ¡ahí está su conducta con lady Beatrice!

—¡Ah! ¿Qué es eso?

—Siempre habían sido inmejorables amigos. Tenían ambos los mismos gustos, y a ella le gustaban los caballos tanto como a él. Todos los días a la misma hora, ella iba en coche a verlos; y, sobre todo, quería a «Príncipe». Este aguzaba las orejas cuando oía las ruedas por la grava y salía trotando todas las mañanas hasta el coche para recibir el terrón de azúcar. Pero ahora se acabó.

—¿Por qué?

—Bueno, parece que ella ha perdido todo interés por los caballos. Hace una semana que pasa de largo por delante de las cuadras sin decir ni buenos días.

—¿Cree que ha habido una riña?

—Y, además, agria, salvaje, rencorosa. ¿Por qué, si no, iba él a regalar el perro de aguas predilecto de ella, que lo quería como si fuera su hijo? Se lo dio hace

unos pocos días al viejo Barnes, que lleva el «Dragón Verde», a tres millas, en Crendall.

—Ciertamente, fue algo raro.

—Claro, con su corazón débil y su hidropesía, no se podía esperar que ella fuera por ahí con él, pero él pasaba dos horas con ella todas las noches en su cuarto. Bien hacía en hacer todo lo que pudiera, pues ella se ha portado con él de un modo extraordinario. Pero eso también se acabó. Y ella lo toma muy en serio. Está cavilosa y malhumorada, y bebe, señor Holmes, bebe como un pez.

—¿Bebía antes de que se pelearan?

—Bueno, tomaba algún vasito, pero ahora muchas veces es una botella entera en una noche. Eso me dijo Stephens, el mayordomo. Todo ha cambiado, señor Holmes, y hay en eso algo condenadamente podrido. Pero, además, ¿qué hace el amo bajando por la noche a la cripta de la iglesia vieja? ¿Y quién es el hombre con el que se reúne allí?

Holmes se frotó las manos.

—Siga, señor Mason. Cada vez se pone más interesante.

—Fue el mayordomo quien lo vio ir. Las doce de la noche y lloviendo fuerte. Así que a la noche siguiente me presenté en la casa, y claro, el amo había vuelto a salir. Stephens y yo le seguimos, pero era un asunto difícil, pues habría sido un problema si nos hubiera visto. Es un hombre terrible con los puños una vez que se pone en marcha, y no respeta a nadie. Así que teníamos miedo de acercarnos demasiado; pero le seguimos la pista de todos modos. Era la cripta de los fantasmas lo que buscaba, y allí había un hombre esperándole.

—¿Qué es esa cripta de los fantasmas?

—Bueno, señor Holmes, hay una vieja capilla arruinada en el parque. Es tan vieja que nadie puede datar su fecha. Y debajo tiene una cripta con mala fama entre nosotros. De día, es un sitio oscuro, húmedo, solitario, pero son pocos en el condado los que se atreverían a acercarse de noche. Pero el amo no tiene miedo. Nunca ha tenido miedo en su vida. Pero ¿qué hace allí por la noche?

—¡Espere un poco! —dijo Holmes—. Dice usted que hay otro hombre allí. Debe

ser uno de sus propios hombres de las cuadras, o alguien de la casa. Seguro que no tienen más que localizarle y preguntárselo.

—No es nadie que conozca yo.

—¿Cómo puede decirlo?

—Porque lo he visto, señor Holmes. Fue la segunda noche, Sir Robert se volvió y pasó de largo entre nosotros, Stephens y yo, temblando entre los matorrales como dos conejitos, pues había un poco de luna esa noche. Pero oímos al otro, que venía detrás. No tuvimos miedo de él. Así que pasó sir Robert, salimos fuera y fingimos que dábamos un paseo a la luz de la luna, de modo que salimos al encuentro, tan corrientes e inocentes como nos era posible. «¡Hola, compadre! ¿Quién puede ser usted?», digo yo. Me parece que no nos había oído venir, así que nos miró por encima del hombro con una cara como si hubiera visto al mismo diablo saliendo del infierno. Lanzó un aullido y se marchó tan deprisa como pudo en la oscuridad. ¡Sí que corría! Se lo aseguro. En un momento se perdió de vista y dejamos de oírle, y no averiguamos quién era ni qué era.

—Pero ¿le vieron claramente a la luz de la luna?

—Sí, juraría por su cara amarilla, un mal bicho, diría yo. ¿Qué podía tener en común con sir Robert?

Holmes se quedó un rato perdido en cavilaciones.

—¿Quién acompaña a lady Beatrice Falder? —preguntó por fin.

—Está su doncella, Carrie Evans. Lleva cinco años con ella.

—Y la quiere, sin duda.

El señor Mason se revolvió incómodo.

—Está muy enamorada —respondió por fin—. Pero no diré de quién.

—¡Ah! —dijo Holmes.

—No puedo contar chismes.

—Le entiendo, señor Mason. Por supuesto, la situación está bastante clara. Por la descripción de sir Robert dada por el doctor Watson, me doy cuenta de que no hay mujer que se salve de él. ¿No cree que la riña entre hermano y hermana puede radicar en eso?

—Bueno, hace mucho tiempo que el escándalo está bastante claro.

—Pero a lo mejor ella no lo había visto antes. Supongamos que lo ha descubierto de repente. Quiere quitarse de encima a esa mujer. Su hermano no lo permite. La inválida, con su corazón enfermo y su incapacidad para andar por ahí, no puede hacer cumplir su voluntad. La odiada doncella sigue atada a ella. La señora rehúsa hablar, se pone de mal humor, se da a la bebida. Sir Robert, en su cólera, le quita su perro de aguas predilecto. ¿No es lógico todo eso?

—Bueno, podría serlo... hasta ese punto.

—¡Exactamente! Hasta ese punto. ¿Cómo concordaría todo eso con las visitas nocturnas a la vieja cripta? No podemos encajar eso en nuestro plan.

—No, señor, y hay algo más que no puede encajar. ¿Por qué sir Robert iba a querer desenterrar un cadáver?

Holmes se incorporó bruscamente.

—Lo descubrimos ayer mismo, después de que le escribí a usted. Ayer sir Robert se había ido a Londres, de modo que Stephens y yo bajamos a la cripta. Estaba todo en orden, señor Holmes, salvo que en un rincón había un esqueleto humano.

—Informó usted a la policía, supongo.

Nuestro visitante sonrió sombríamente.

—Bueno, señor Holmes, creo que apenas les interesaría. Eran sólo la cabeza y unos pocos huesos de una momia. Podía tener mil años. Pero no estaba antes; lo juraría yo y también Stephens. La habían echado a un lado en un rincón, tapándola con una tabla, pero ese rincón siempre había estado vacío.

—¿Qué hizo usted con ello?

—Bueno, lo dejamos allí.

—Muy sensato. Dice que sir Robert se marchó ayer. ¿Ha vuelto?

—Le esperamos hoy.

—¿Cuándo regaló sir Robert el perro de su hermana?

—Hoy hace una semana. El animal aullaba detrás del viejo cobertizo del pozo, y sir Robert estaba esa mañana en uno de sus accesos de mal humor. Lo cogió y creí que lo iba a matar. Luego se lo dio a Sandy Bain, el jockey, y le dijo que se lo llevara al viejo Barnes en el «Dragón Verde», pues no quería volverlo a ver.

Holmes se quedó un rato callado meditando. Había encendido la más vieja y sucia de sus pipas.

—Todavía no acabo de entender qué quiere usted que haga yo en este asunto, señor Mason —dijo por fin—. ¿No puede explicármelo mejor?

—Quizá esto lo aclarará, señor Holmes —dijo nuestro visitante.

Sacó un papel del bolsillo, y desdoblándolo con cuidado, mostró un trozo de hueso chamuscado.

Holmes lo examinó con interés.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Hay una caldera de calefacción central en el sótano debajo del cuarto de lady Beatrice. Lleva algún tiempo sin utilizarse, pero sir Robert se quejó del frío y la hizo poner en marcha de nuevo. La lleva Harvey; es uno de mis mozos. Esta mañana vino a verme con esto, lo había encontrado removiendo las cenizas. No le gustó su aspecto.

—Tampoco a mí me gusta —dijo Holmes—. ¿Qué le parece, Watson?

Estaba quemado hasta reducirse a un tizón negro, pero no había duda de su significado anatómico.

—Es el cóndilo superior de un fémur humano —dije.

—¡Exactamente! —Holmes se había puesto muy serio—. ¿Cuándo se ocupa ese

muchacho de la caldera?

—La pone en marcha todas las mañanas y luego la deja.

—Entonces, ¿cualquiera podría visitarla por la noche?

—Sí, señor.

—¿Se puede entrar desde fuera?

—Hay una puerta exterior. Hay otra que conduce arriba por una escalera hasta el pasillo que lleva hasta el cuarto de lady Beatrice.

—Aquí hay aguas profundas, señor Watson: profundas y más bien sucias. ¿Dice usted que sir Robert no estuvo en casa anoche?

—No, señor.

—Entonces, fuera quien fuese el que quemó los huesos, no fue él.

—Es cierto, señor Holmes.

—¿Cómo se llama la posada de que hablaba?

—El «Dragón Verde».

—¿Hay buena pesca por esa parte de Berkshire?

El honrado entrenador nos dio a entender con su cara que estaba convencido de

que otro loco se había metido en su apurada vida.

—Bueno, señor Holmes, he oído decir que hay truchas en la corriente del molino y lucios en el lago de Hall.

—Eso basta. Watson y yo somos unos pescadores famosos, ¿verdad, Watson? En lo sucesivo, puede ir a buscarnos al «Dragón Verde». Deberíamos llegar esta noche. No necesito decir que no es que no queramos verle, señor Mason, pero una carta nos basta, y, sin duda, yo le podría encontrar si le necesito. Cuando hayamos avanzado un poco más en el asunto le haré saber mi meditada opinión.

Así fue como un claro atardecer de mayo Holmes y yo nos encontrábamos solos en un vagón de primera, en dirección a la pequeña «parada a petición» de Shoscombe. La redecilla del departamento estaba llena de un temible arsenal de cañas, sedales y cestos. Al llegar a nuestro destino, un pequeño trayecto en coche nos llevó a una posada a la antigua, donde un jovial hotelero, Josiah Barnes, se hizo cargo ávidamente de nuestros planes para la extinción de los peces de la comarca.

—¿Y qué hay del lago Hall y la posibilidad de lucios? —dijo Holmes.

El rostro del hotelero se nubló.

—No serviría, señor. El lago se encuentra cerca de los terrenos de sir Robert y en la actualidad, él está terriblemente celoso de los pronosticadores de carreras. Si ustedes dos, siendo forasteros, se encontraran tan cerca de sus terrenos de entrenamiento, les perseguirían, tan seguro como la muerte. Sir Robert no quiere correr riesgos de ningún tipo.

—He oído decir que tiene un caballo inscrito para el Derby.

—Sí, y muy bueno, además. Se lleva todo nuestro dinero a la carrera, y todo el de sir Robert, por añadidura. Por cierto —nos miró con los ojos pensativos—, supongo que ustedes no estarán también en las carreras.

—No, desde luego. Nada más que dos fatigados londinenses muy necesitados del aire saludable de Berkshire.

—Bueno, están en el sitio apropiado para ello. Hay mucho que ver por ahí. Pero no olviden lo que he dicho de sir Robert. Es de los que pegan primero y hablan después. No se acerquen al parque.

—¡Por supuesto, señor Barnes! Así lo haremos. Por cierto, qué bonito perro de aguas el que ladraba en el vestíbulo.

—Sí que lo es. Esa es la verdadera raza Shoscombe. No la hay mejor en

Inglaterra.

—A mí también me gustan los perros —dijo Holmes—. Bueno, si se puede preguntar, ¿cuánto costaría un perro así?

—Más de lo que yo podría pagar, señor. Fue el mismo sir Robert quien me lo dio. Por eso tengo que tenerlo atado. Se marcharía a la mansión en un momento si lo soltara.

—Vamos teniendo algunas cartas en la mano, Watson —dijo Holmes, cuando nos dejó nuestro patrono—. No es fácil jugar, pero quizá dentro de un día o dos veremos cuál es nuestro camino. Por cierto, sir Robert sigue en Londres, he oído decir. Quizá podríamos entrar en el sagrado dominio sin miedo a un ataque personal. Hay un punto o dos en los que querría estar seguro.

—¿Tiene alguna teoría, Holmes?

—Sólo esto, Watson: que hace cerca de una semana ocurrió algo que afectó profundamente a la vida de la casa Shoscombe. ¿Qué fue eso? Sólo podemos suponerlo por sus efectos. Parecen de carácter curiosamente heterogéneo. Pero eso sin duda nos ayudaría. Sólo los casos sin color ni sucesos son los desesperados. Vamos a considerar nuestros datos. El hermano deja de visitar a la hermana inválida.

Regala el perro favorito de ella. ¡Su perro, Watson! ¿No le sugiere nada?

—Nada más que el rencor del hermano.

—Bueno, podría ser así. O no..., bueno, hay una alternativa. Ahora sigamos nuestro repaso de la situación desde el momento en que se produjo esa riña, si hubo una riña. La señora se queda en su cuarto, cambia de costumbres, no se la ve cuando sale en coche con su doncella, rehúsa detenerse en las cuadras para saludar a su caballo favorito, y al parecer se da a la bebida. Con eso está listo el caso, ¿no?

—Salvo por el asunto de la cripta.

—Esta es otra línea de pensamiento. Hay dos, y le ruego que no las confunda. La línea A, que se refiere a lady Beatrice, tiene un sabor vagamente siniestro, ¿verdad?

—No puedo sacar nada de ella.

—Bueno, entonces, tomemos la línea B, que se refiere a sir Robert. Está empeñado como un loco en ganar el Derby. Está en manos de los judíos y en

cualquier momento le pueden poner en venta, pasando sus cuadras a poder de sus acreedores. Es un hombre atrevido y desesperado. Obtiene sus ingresos de su hermana. La doncella de su hermana es su instrumento dócil. Hasta ahí parece que estamos en terreno seguro, ¿no?

—Pero ¿y la cripta?

—¡Ah, sí, la cripta! Supongamos, Watson —es sólo una suposición escandalosa, una hipótesis presentada sólo para discutir— que sir Robert haya liquidado a su hermana.

—Mi querido Holmes, eso ni se plantea.

—Muy posiblemente, Watson. Sir Robert es de familia honorable. Pero de vez en cuando se encuentra un cuervo entre las águilas. Discutamos un momento sobre ese supuesto. No podría huir del país mientras no hubiera logrado su fortuna y esa fortuna sólo se puede conseguir logrando el golpe con el «Príncipe» de Shoscombe. Por tanto, tiene que seguir en su terreno. Para eso tendría que encontrar a alguien que la sustituyera imitándola. Con la doncella como confidente, eso no sería imposible. El cadáver de la mujer podría llevarse a la cripta, que es un lugar raramente visitado, y podría destruirse secretamente por la noche en la caldera, dejando detrás algún indicio como el que ya hemos visto, ¿Qué le dice esto, Watson?

—Bueno, todo es posible si se admite la monstruosa suposición original.

—Creo que hay un pequeño experimento que debemos hacer mañana, Watson, para arrojar algo de luz sobre el asunto. Mientras, si queremos mantener nuestra caracterización, sugiero que convidemos a nuestro anfitrión a un vaso de su vino y entremos en una elevada conversación sobre anguilas y albures, que parece el camino directo para lograr ese afecto. Quizá podríamos encontrar algún cotilleo local útil durante el proceso.

Por la mañana Holmes descubrió que habíamos llegado sin cucharillas de cebo para los lucios, lo que nos excusó de pescar durante ese día. Hacia las once fuimos a dar un paseo, y obtuve permiso para sacar el perro de aguas negro con nosotros.

—Ese es el sitio —dijo, cuando llegamos ante dos altas verjas del parque, con unos grifones heráldicos destacándose encima—. Hacia el mediodía, me informa

el señor Barnes, la vieja señora sale a pasear en coche, y el carruaje debe esperar mientras se abren las verjas. Cuando pase y antes de que tome velocidad, quiero que usted, Watson, detenga al cochero con alguna pregunta. No se ocupe de mí. Yo me esconderé detrás de esa mata de acebo y veré lo que pueda.

No fue una vigilancia muy prolongada. Al cabo de un cuarto de hora, vimos el gran barouche abierto, amarillo, bajando por la larga avenida, tirado por dos espléndidos caballos grises de gran alzada. Holmes se acurrucó detrás de su mata con el perro. Un guarda salió corriendo y abrió las verjas de par en par.

El carruaje se habría refrenado hasta ir al paso y pude mirar a sus ocupantes. Una joven muy colorada, de pelo lindo y ojos desvergonzados, iba sentada a la izquierda. A su derecha iba una persona anciana de espalda redondeada y un montón de chales en torno a la cara y los hombros, que proclamaban que era una inválida. Cuando los caballos estaban a punto de llegar a la carretera, levanté la mano con gesto autoritario y, cuando el cochero frenó, pregunté si estaba sir Robert en Shoscombe Old Place.

En ese momento salió Holmes y soltó el perro. Este, con un grito alegre, se lanzó hacia el coche y subió al estribo. Luego, sólo un momento después, su ansioso saludo se mudó en furia y lanzó un mordisco a la falda negra que tenía encima.

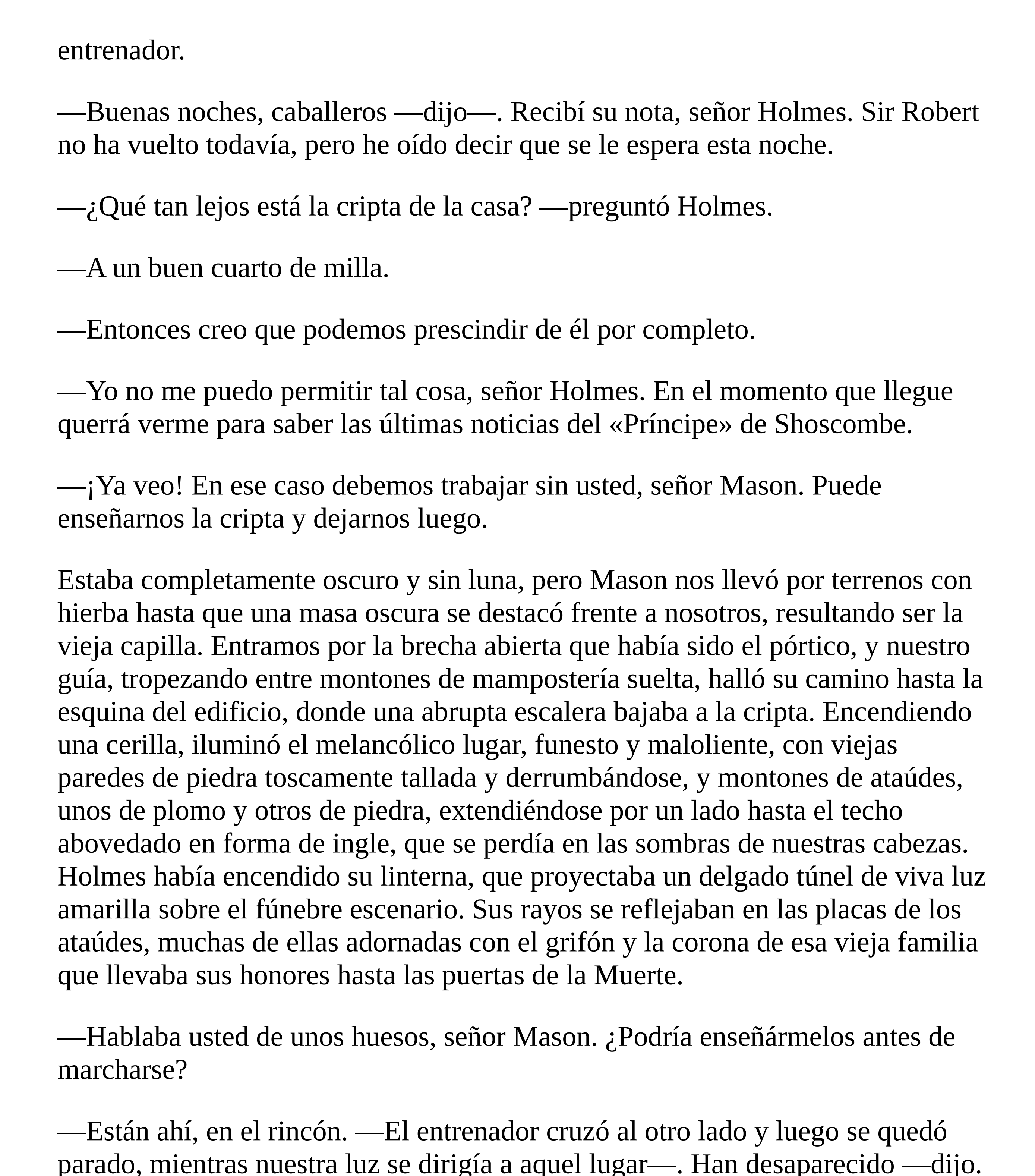
—¡Siga, cochero, siga! —chillo una voz áspera. El cochero dio un latigazo a los caballos y nos quedamos plantados en la carretera.

—Bueno, Watson, ya está —dijo Holmes, sujetando la correa del excitado perro de aguas—. Creyó que era su ama y vio que era una desconocida. Los perros no se equivocan.

—Pero ¡era la voz de un hombre! —grité.

—¡Exactamente! Hemos añadido otra carta a nuestro juego, Watson, pero hay que jugar con cuidado, de todos modos.

Mi compañero no parecía tener más planes para el día y usamos por fin nuestros aparejos de pesca en la corriente del molino, con el resultado de que comimos truchas en la cena. Sólo después de cenar mostró Holmes señales de renovada actividad. Una vez más nos encontramos en el mismo camino que por la mañana, que nos llevó a la verja del parque. Una figura alta y oscura nos esperaba allí, y resultó ser nuestro conocido de Londres, el señor John Mason, el



entrenador.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. Recibí su nota, señor Holmes. Sir Robert no ha vuelto todavía, pero he oído decir que se le espera esta noche.

—¿Qué tan lejos está la cripta de la casa? —preguntó Holmes.

—A un buen cuarto de milla.

—Entonces creo que podemos prescindir de él por completo.

—Yo no me puedo permitir tal cosa, señor Holmes. En el momento que llegue querrá verme para saber las últimas noticias del «Príncipe» de Shoscombe.

—¡Ya veo! En ese caso debemos trabajar sin usted, señor Mason. Puede enseñarnos la cripta y dejarnos luego.

Estaba completamente oscuro y sin luna, pero Mason nos llevó por terrenos con hierba hasta que una masa oscura se destacó frente a nosotros, resultando ser la vieja capilla. Entramos por la brecha abierta que había sido el pórtico, y nuestro guía, tropezando entre montones de mampostería suelta, halló su camino hasta la esquina del edificio, donde una abrupta escalera bajaba a la cripta. Encendiendo una cerilla, iluminó el melancólico lugar, funesto y maloliente, con viejas paredes de piedra toscamente tallada y derrumbándose, y montones de ataúdes, unos de plomo y otros de piedra, extendiéndose por un lado hasta el techo abovedado en forma de ingle, que se perdía en las sombras de nuestras cabezas. Holmes había encendido su linterna, que proyectaba un delgado túnel de viva luz amarilla sobre el fúnebre escenario. Sus rayos se reflejaban en las placas de los ataúdes, muchas de ellas adornadas con el grifón y la corona de esa vieja familia que llevaba sus honores hasta las puertas de la Muerte.

—Hablaba usted de unos huesos, señor Mason. ¿Podría enseñármelos antes de marcharse?

—Están ahí, en el rincón. —El entrenador cruzó al otro lado y luego se quedó parado, mientras nuestra luz se dirigía a aquel lugar—. Han desaparecido —dijo.

—Lo esperaba —dijo Holmes, con una risita—. Supongo que sus cenizas podrían encontrarse ahora mismo en ese horno que ya ha consumido una parte.

—Pero ¿por qué querría alguien quemar los huesos de un hombre que lleva mil años muerto? —preguntó John Mason.

—Estamos aquí para averiguarlo —dijo Holmes—. Puede representar una larga búsqueda y no tenemos que entretenerle. Me imagino que tendremos nuestra solución antes de la mañana.

Cuando nos dejó John Mason, Holmes se puso a trabajar haciendo un cuidadoso examen de las tumbas, empezando por una muy antigua, que parecía sajona, en el medio, a través de una larga fila de Hugos y Odos normandos, hasta que llegamos a sir William y sir Denis Falder, del siglo XVIII. Al cabo de una hora o más, Holmes llegó a un ataúd de plomo que estaba puesto de pie a la entrada de la cripta. Oí su pequeño grito de satisfacción, y me di cuenta, por sus movimientos apresurados pero con un objetivo, de que había alcanzado una meta. Entonces sacó del bolsillo una corta palanqueta, que metió en una rendija, hasta levantar toda la parte de delante, que parecía estar sujeta sólo por un par de cierres. Hubo un ruido desgarrador y de rotura al ceder, pero apenas tenía goznes y mostró parcialmente su contenido antes de que tuviéramos una interrupción intempestiva.

Alguien andaba por la capilla de arriba. Era el paso firme y rápido de quien venía con un propósito definido y conocía muy bien el suelo que pisaba. Una luz bajó por las escaleras y, un momento después, el hombre que la llevaba quedó enmarcado en el arco gótico. Era una terrible figura, de estatura enorme y feroz aspecto. Una gran linterna cuadrada que sostenía delante de él iluminaba hacia arriba una fuerte cara de grandes bigotes y ojos coléricos, que fulguraron en torno suyo por todos los rincones de la cripta, deteniéndose al fin con mortal fijeza en mi compañero y yo.

—¿Quiénes diablos son ustedes? —atronó—. ¿Y qué hacen en mis propiedades?

Luego, como Holmes no respondiera, avanzó unos pasos hacia él y levantó el pesado bastón que llevaba.

—¿Me oye? —gritó—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Su estaca vibraba en el aire.

Pero en vez de encogerse, Holmes avanzó a su encuentro.

—Yo también tengo una pregunta que hacerle, sir Robert —dijo con tono más que severo—. ¿Quién es éste? ¿Y qué hace aquí?

Se volvió y, de un tirón, arrancó la tapa del ataúd que tenía detrás. Al fulgor de la linterna, vi un cadáver envuelto todo de pies a cabeza en una sábana, con terribles rasgos de bruja, nariz y barbilla salientes por un extremo, con los ojos muertos y helados mirando desde una cara descolorida que se desmigajaba.

El baronet retrocedió tambaleándose con un grito y se apoyó en un sarcófago de piedra.

—¿Cómo ha podido saberlo? —gritó. Y luego, recuperando sus maneras amenazadoras—. ¿A usted qué le importa eso?

—Me llamo Sherlock Holmes —dijo mi compañero—. Quizá conozca mi nombre. En todo caso, me importa lo que le importa a cualquier buen ciudadano: defender la justicia. Me parece que tiene usted mucho que responder.

Sir Robert lanzó durante un momento una mirada fulgurante, pero la tranquila voz

de Holmes y sus maneras frías y seguras tuvieron su efecto.

—Delante de Dios, señor Holmes, todo está bien —dijo—. Las apariencias están en contra mía, lo reconozco, pero no pude actuar de otro modo.

—Me gustaría creerlo, pero me temo que sus explicaciones debe darlas ante la policía.

Sir Robert encogió sus anchos hombros.

—Bueno, si tiene que ser, tiene que ser. Suban a la casa y podrán juzgar por sí mismos cómo está el asunto.

Un cuarto de hora después nos encontramos en lo que me pareció, por la fila de pulidos cañones tras capas de cristal, que era el cuarto de armas de la vieja casa. Estaba cómodamente amueblado, y allí nos dejó unos momentos sir Robert. Al volver, traía dos acompañantes consigo: uno, la florida joven que ya habíamos visto en el coche; el otro, un hombrecillo con cara de rata y modales desagradablemente furtivos. Los dos tenían un aire de absoluto desconcierto,

revelador de que el baronet no había tenido tiempo todavía de explicarles el giro que habían tomado los acontecimientos.

—Aquí tiene —dijo sir Robert, haciendo un gesto con la mano—. El señor y la señora Norlett. La señora Norlett, bajo su nombre de soltera Evans, ha sido la doncella de confianza de mi hermana durante varios años. Les he traído aquí porque me parece que lo mejor que puedo hacer es explicarles la verdadera situación, y ellos son dos personas que pueden confirmar lo que diga.

—¿Es necesario, sir Robert? ¿Ha pensado lo que hace? —exclamó la mujer.

—En cuanto a mí, rehúso toda responsabilidad —dijo su marido.

Sir Robert le lanzó una mirada de desprecio.

—Yo asumiré toda la responsabilidad —dijo—. Ahora, señor Holmes, escuche una sencilla explicación de los hechos. Está claro que usted se ha metido a fondo en mis asuntos, pues si no, no le habría encontrado donde le encontré. Por tanto, con toda probabilidad, ya sabe que voy a hacer correr un caballo poco conocido en el Derby y que todo depende de mi éxito. Si gano, todo será fácil. Si pierdo..., bueno, ¡no me atrevo a pensarlo!

—Comprendo su situación —dijo Holmes.

—Dependo para todo de mi hermana, lady Beatrice. Pero es bien sabido que su usufructo de estas propiedades vale sólo durante su vida. En cuanto a mí, estoy atrapado en manos de los judíos. Siempre he sabido que si muriera mi hermana, mis acreedores caerían sobre mis propiedades como una bandada de cuervos. Se apoderarían de todo: mis cuadras, mis caballos, todo. Bueno, señor Holmes, mi hermana, en efecto, murió hace una semana.

—¡Y usted no se lo dijo a nadie!

—¿Qué podía hacer? Me amenazaba la ruina absoluta. Si pudiera aplazar las cosas durante tres semanas, todo iría bien. El marido de su doncella, este hombre, es actor. Se nos ocurrió, se me ocurrió, que él podía representar el papel de mi hermana durante un breve período. Se trataba sólo de aparecer todos los días en el coche, pues no hacía falta que entrara en su cuarto nadie más que su doncella. No fue difícil de arreglar. Mi hermana murió de la hidropesía que padecía desde hacía tiempo.

—Eso lo decidirá el forense.

—Su médico certificará que hacía meses que sus síntomas presagiaban ese final.

—Bueno, ¿qué hizo usted?

—El cadáver no podía seguir aquí. La primera noche, Norlett y yo lo llevamos fuera, a la vieja casa del pozo, que ahora no se usa nunca. Sin embargo, nos seguía su perro de aguas preferido, que ladraba continuamente a la muerta, de modo que pensé que hacía falta un lugar más seguro. Me desembaracé del perro y llevamos el cadáver a la cripta de la iglesia. No hubo indignidad ni irreverencia, señor Holmes. No creo que haya injuriado a una muerta.

—Su conducta me parece inexcusable.

El baronet sacudió la cabeza con impaciencia.

—Es fácil predicar —dijo—. Quizá le habría parecido otra cosa si hubiera estado en mi situación. Uno no puede ver todas sus esperanzas y sus planes destrozados en el último momento sin hacer un esfuerzo para salvarlos. Me pareció que no sería un lugar indigno de ella si la poníamos por el momento en uno de los ataúdes de los antepasados de su marido, yaciendo en una tierra que sigue siendo sagrada. Abrimos uno de esos ataúdes, sacamos el contenido y la pusimos como ya ha visto. En cuanto a las viejas reliquias que sacamos, no podíamos dejarlas en el suelo de la cripta. Norlett y yo las quitamos de allí y él bajo por la noche y las quemó en el horno central. Esta es mi historia, señor Holmes, aunque no comprendo cómo usted me ha obligado a contársela.

Holmes se quedó un rato cavilando.

—Hay un defecto en su narración —dijo por fin—. Sus apuestas en la carrera, y por tanto sus esperanzas en el futuro, seguirían valiendo aunque sus acreedores se apoderaran de sus propiedades.

—El caballo sería parte de las propiedades. ¿Qué me importan a mí mis apuestas? Probablemente, ellos no le dejarían correr. Mi principal acreedor es, por desgracia, un tipo desvergonzado, Sam Brewer, a quien una vez me vi obligado a darle de latigazos. ¿Supone usted que él trataría de salvarme?

—Bueno, sir Robert —dijo Holmes, levantándose—, este asunto, desde luego,

debe comunicarse a la policía. Mi deber era sacar a la luz los hechos y ahí tengo que dejarlo. En cuanto a la moralidad o a la decencia de su conducta, no me toca expresar mi opinión. Es casi medianoche, Watson, y creo que podemos volver a nuestra humilde residencia.

Todo el mundo sabe ahora que este singular episodio acabó de un modo más feliz de lo que merecían las acciones de sir Robert. El «Príncipe» de Shoscombe ganó el Derby, el propietario se embolsó ochenta mil libras en apuestas y los acreedores permanecieron tranquilos hasta que se terminó la carrera, y entonces se les pagó por completo, quedando lo sufriente para restablecer a sir Robert en una decente posición en la vida. Tanto la policía como el forense vieron con benevolencia lo ocurrido y, salvo por una leve censura por la tardanza en registrar el fallecimiento de la señora, el feliz propietario salió sin tacha de ese extraño incidente en una carrera que ahora ha sobrevivido a sus sombras y promete acabar en una vejez honorable.

Notas

[redacted]

[11] Heber C. Kemball, en uno de sus sermones, alude con este título galante a sus cien esposas. ↩

[redacted]

Sahib: amo.↩

Khitmulgar: despensero.↩

Hookah. También llamada narguile o pipa de agua.↩

El mal gusto conduce el crimen.↩

No hay tontos más molestos que los ingeniosos.↩

Estamos acostumbrados a que los hombres se rían de lo que no entienden.↩

Célebre equilibrista de la época.↩

Johann Pan Friedrich Richter (1763-1825), novelista y pensador alemán mejor conocido como Jean Paul.↩

¡Lástima que la Naturaleza hiciera de ti tan sólo un hombre, pues tienesmadera para haber sacado una persona honrada y un bribón!↩

[redacted]

Bastón de paseo de cabeza abultada que se fabrica con el tallo de Licuala

Acutifida, una palma de Asia oriental. ↩

Member of the Royal College of Surgeons (Miembro del Real Colegio deCirujanos). ↩

La deducción de Watson se explica porque la inicial H sirve en inglés tantopara la palabra "hunt", una de cuyas acepciones es «asociación de cazadores», como para «hospital». ↩

Referencia a la guerra civil que concluyó con la condena a muerte y la ejecución de Carlos I, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, en 1649. Lord Clarendon, Primer Conde de Clarendon (1609-1674), fue primer ministro en la Restauración, pero en 1667 tuvo que huir a Francia, al acusársele de traición. En el exilio terminó de escribir su "Historia de la rebelión y de las guerras civiles en Inglaterra". ↩

Funcionario público cuyo principal deber es investigar, en presencia de unjurado, cualquier defunción cuando hay motivos para suponer que las causas no han sido naturales. ↩

Alusión a San Mateo 6,34. ↩

Jan (1850-1925), tenor, y Edward (1853-1917), bajo, los hermanos De Reszke, nacidos en Varsovia, cantaron juntos en algunas de las representaciones de "Les Huguenots", la ópera de Meyerbeer, estrenada en París en 1836. ↩

[redacted]

(N. del T.) El código es intraducible, pues para aplicar la clave habría que cambiar el texto del mensaje, al cual se sigue haciendo referencia más adelante. Sin embargo, para aquellos lectores aficionados a descifrar códigos secretos, creo conveniente transcribir el mensaje completo en su versión original inglesa, así como el verdadero texto ya descifrado: The supply of game for London is going steadily up. Head-keeper Hudson, we believe, has been now told to receive all orders for flypaper and for preservation of your hen pheasant's life. Y anotando cada tercera palabra, a partir de la primera, el resultado es el siguiente: «The game is up. Hudson has told all. Fly for your life».↩

Véase «El rostro amarillo».↩

Dantzig o Danzig es el antiguo nombre de Gdansk. Su azarosa historia la hallevado a ser prusiana, libre, alemana y rusa sucesivamente. Desde 1946 volvió a incorporarse a Polonia con su nombre polaco de Gdansk.↩

Ministerio de Asuntos Exteriores británico.↩

Woking está a 19 kilómetros al nordeste de Aldershot, en dirección a Guilford, en Surrey.↩

El mechero de Bunsen -llamado así por su inventor, el químico alemánWilhelm Eberhard Bunsen (1881-1899)-, muy usado en los laboratorios, funcionaba a base de mezcla de aire y gas, que pasaba a través de un tubo con pequeños orificios. Ardía al otro extremo con una tenue luz azulada, pudiendo alcanzar temperaturas hasta de 7.000º C.↩

Se refiere a un acuerdo secreto que en 1887 firmó Inglaterra con el gobierno italiano, por el cual se permitía a Italia la entrada en Libia, a cambio de que Italia dejara las manos libres a Gran Bretaña para su intervención en el Sudán y el Alto Egipto, que se consideraban entonces bajo la esfera de la influencia italiana. El resultado fue que Inglaterra entró en conflicto con Francia y estuvo al borde de la guerra. De ahí la importancia que para Francia tenía el conocimiento de ese tratado, lo mismo que para Rusia, con quien Francia había llegado por entonces a un acuerdo.↩

Alianza secreta que se firmó entre Alemania y el Imperio Austrohúngaro.En 1882 se unió Italia, convirtiéndose en la Triple Alianza.↩

Los hugonotes eran los protestantes calvinistas de Francia. Tras la revocación del Edicto de Nantes, en 1685, un gran número de ellos huyó a Inglaterra,

Holanda, Alemania, Suiza y América, donde contribuyeron a la vida cívica e industrial.↩

Uno de los más famosos regimientos de todo el Ejército británico. Los Coldstreams (también llamados «carboneros»), que actualmente forman parte de la Guardia Real, pertenecieron al regimiento de campaña del general Monk (1608-1670) y entraron con él en Londres en 1660 para poner fin al dominio de los partidarios de

Cromwell y comenzar el restablecimiento de la monarquía.↩

Condado fronterizo al norte de Inglaterra, que tiene una costa muy accidentada, altos páramos y fértiles valles en su interior.↩

Pequeña calle sin salida, cuyo número 10 sigue siendo hoy la residencia delprimer ministro británico.↩

Alphonse Bertillon (1853-1914) fue el creador del sistema denominado antropometría o bertillonaje, que sirve para identificar a una persona mediante ciertas constantes anatómicas: huellas dactilares, caracteres de los lóbulos de las orejas, etc., y para realizar retratos-robot. En 1882 el propio Bertillon aplicó su método en el

Palacio de Justicia de París.↩

Watson posiblemente se refería a Bohemia, Holanda y Escandinavia.↩

Ripley está a unos seis kilómetros de Woking, desde donde se llega por unaserpenteante carretera que sigue el curso del río Wey y atraviesa los terrenos comunales de Send.↩

Uno de los cuentos incluidos en Las aventuras de Sherlock Holmes. Se trata de un curioso caso del problema del recinto cerrado, al que también aludiría el amigo de Rouletabille en El misterio del cuarto amarillo. Véase pág. 66, de la citada obra de Gastón Leroux.↩

Estos tres casos debieron de ser «La aventura del pabellón Wisteria», «Estrella de Plata» y «La aventura de la diadema de berilo».↩

Este tipo de pistolas no tiene nada que ver con las escopetas de aire comprimido de feria. La primera arma de este tipo fue construida en 1530 por el armero alemán Günter de Nuremberg, y fue perfeccionada por otros compatriotas suyos como Lobsinger (1550) y Mavin (1600). Por aquella época ya se llegó a fabricar un modelo capaz de atravesar una puerta de más de dos centímetros de grosor, pero se prohibió su venta.↩

«Golpe maestro». (En francés en el original.).↩

«Comedor». (En francés en el original).↩

El Grosvenor Hotel se abrió en 1861, poco después de terminada la estaciónVictoria. Es un hermoso edificio de 90 metros de ancho por 30 de alto, que da a la calle del palacio de Buckingham.↩

Pequeña ciudad suiza que fue a finales del siglo pasado un famoso centrode curación de la tuberculosis, enfermedad real o literariamente endémica en el siglo XIX. Es en este lugar donde está localizada la acción de la novela del escritor alemán Thomas Mann (1875-1955), La montaña mágica.↩

Este final recuerda el de la muerte de Sócrates en el Felón de Platón: «Tal fue el final de nuestro amigo, del que podemos decir que, entre sus contemporáneos, fue el mejor, el más inteligente y honrado de los hombres que hayamos conocido.» El propio Conan Doyle tenía una buena opinión sobre esta obra y, cuando hizo su lista de «las doce mejores historias», la colocó en cuarto lugar.↩

Traducción de la nota escrita por los dos Cunningham y que hizo caer a sucochero en una trampa mortal:«Si quieres venir a las doce menos cuarto a la puerta este te enterarás de algo que te sorprenderá mucho y quizá será de lo más útil para ti y también para Annie Morrison. Pero no hables con nadie de este asunto.»↩

Podría tratarse de sever, lever, never... u otras 30 palabras inglesas, por lomenos, aunque no resulten tan probables como never («nunca»). ↩

Sin embargo, el símbolo utilizado como V en el mensaje número 4 es idéntico al que representa la P en el mensaje número 5. Debido a estas inconsistencias, muchos expertos opinan que Watson no está publicando el verdadero código, que posiblemente era mucho más complicado, habiendo preferido sustituirlo por otro de su invención, más asequible para el lector, pero que no debería haberle planteado tantas dificultades a Holmes, un hombre «bastante versado en todos los tipos de escritura secreta», autor de monografías, etc. ↩

Efectivamente, un matrimonio tan evidentemente forzado que para celebrarlo es preciso mantener amordazada a la novia no tiene ninguna validez legal ni eclesiástica, y tanto Woodley como Williamson deberían haberlo sabido, en especial este último. De hecho, lo más probable es que Williamson supiera perfectamente que el plan no tenía ninguna posibilidad de dar resultado, pero pretendía seguirle la corriente a Woodley, menos versado en cuestiones legales, cobrar su comisión y desaparecer cuanto antes, dejando que Woodley se las arreglara solo. ↩

M.A.: «Master in Arts»; Ph.D.: «Doctor in Philosophy». ↩

K.G.: «Knight of the Garter» (Caballero de la Orden de la Jarretera); P.C.

Posiblemente significa Privy Councillor, es decir, miembro del Consejo Privado de la Reina. ↩

Este asunto de las huellas de la bicicleta es uno de los que más controversias ha provocado entre los holmesólogos. Efectivamente, aunque la impresión de la rueda trasera pise la de una rueda delantera, eso no ayuda a distinguir si van o vienen, ya que la huella sería exactamente igual en ambos casos, a menos que una de las ruedas tuviera alguna marca identificable y Holmes supiera en qué lado se encontraba dicha marca, lo cual queda descartado. Posiblemente, Holmes se fijó en otros indicios, que Watson no comprendió bien, y por eso ofrece aquí

esta explicación tan poco satisfactoria.↩

Unos cinco metros por tres.↩

«Idea fija», «fijación». (En francés en el original).↩

Tucídides (460-400 a.C.), célebre historiador griego, autor de la Historia dela Guerra del Peloponeso, un texto muy conocido por los estudiantes de griego. En realidad, el estudiante tramposo no tenía necesidad de copiar el texto del examen; le habría bastado con tomar algunas referencias que le permitieran identificar el fragmento, para luego localizarlo en el libro.↩

Siete centímetros y medio.↩

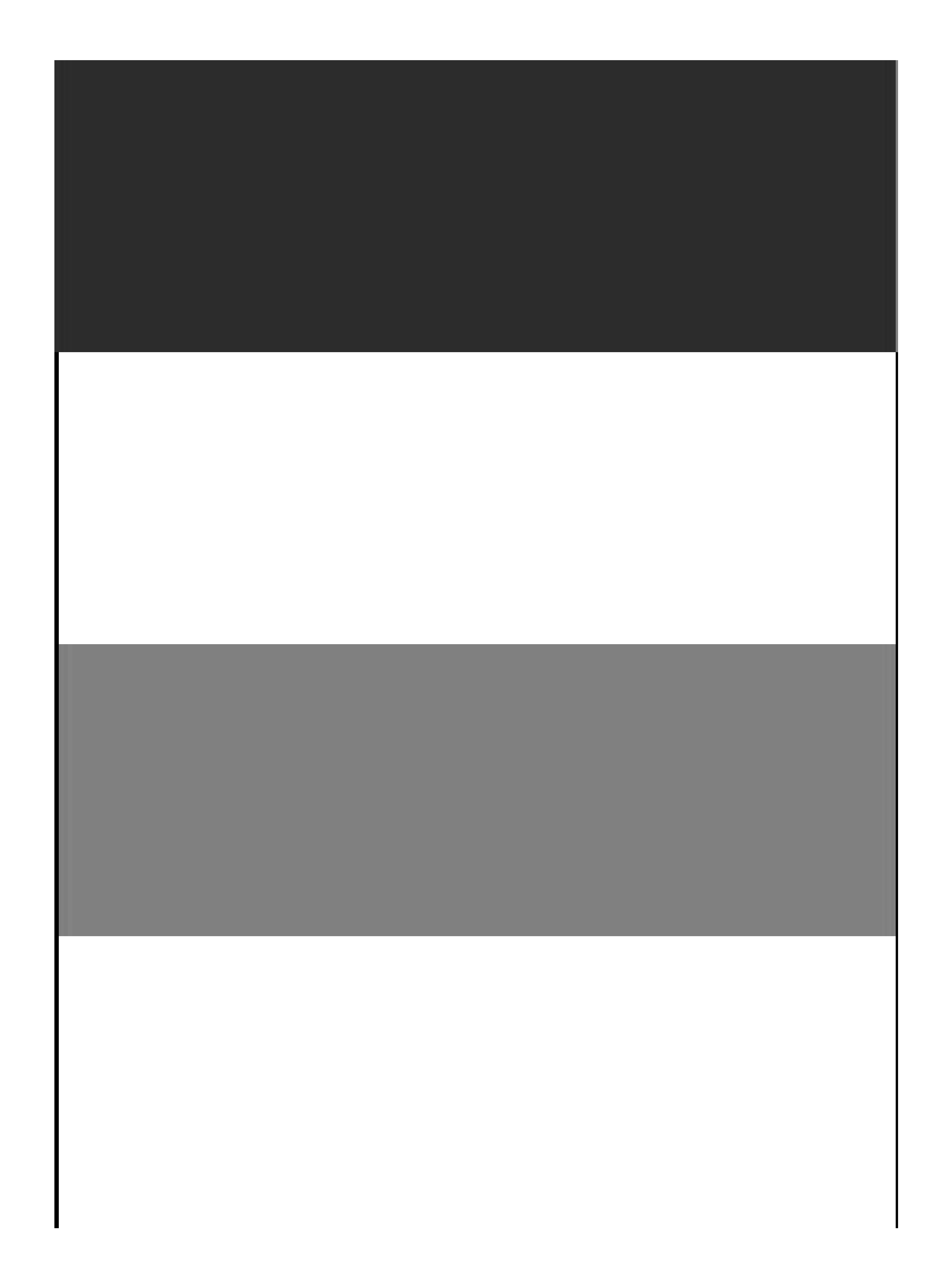
Aproximadamente, un metro setenta.↩

Un palimpsesto es un pergamino en el que se ha borrado lo escrito paraescribir en él por segunda vez. Mediante técnicas químicas se puede recuperar parte de la escritura original, y de este modo se han descubierto valiosos fragmentos de literatura antigua.↩

Andrea Palladio (1518-1580), arquitecto italiano del Renacimiento, célebrepor sus diseños grandiosos y solemnes, basados en el estilo romano, con abundancia de arcos y, columnas.↩

En Marengo, localidad italiana del Piamonte, Napoleón derrotó a los austriacos en 1800, tras un comienzo desfavorable. Waterloo, en el centro de Bélgica, fue el escenario de su derrota definitiva en 1815.↩

La voz del pueblo es la voz de Dios.↩



Ver “El misterio de Copper Beeches”. ↩

El nombre de la mansión, «Cheeseman», está formado por «cheese», queso,y «man», hombre. Literalmente: «hombre de queso». ↩

Sir Hans Sloane (1.660-1.753). Físico y científico. Miembro fundador delMuseo Británico y el Museo de Historia Natural. Presidente de la Real Sociedad de 1.727 a 1.741. En un viaje a Jamaica realizó varias anotaciones sobre la flora y fauna del lugar, vestimenta y fenómenos naturales tales como terremotos. Coleccionó moluscos, insectos, plantas y otros especímenes. ↩

“I can make neither head nor tail of it” en el original, literalmente “no puedohacer ni cabeza ni cola de ello”. ↩